

**ESTUDIO Y EDICIÓN
DEL
VALERIAN DE HUNGRÍA
DE DIONÍS CLEMENTE**

**TESIS DOCTORAL
de Jesús Duce García**

**Director: Alberto del Río Nogueras
Departamento de Filología Española
(Literaturas Española e Hispánicas)
Universidad de Zaragoza**

ÍNDICE del ESTUDIO

¶ El autor y la época	2
¶-1 Dionís Clemente, notario y escritor	2
¶-2 La corte valenciana del duque de Calabria	13
¶-3 El mundo del libro y la literatura caballeresca en la Valencia del Renacimiento	32
¶¶ La obra literaria	43
¶¶-1 Los preliminares literarios	43
El incipit	43
El prólogo	47
Los versos laudatorios	60
Andrés Martín Pineda	65
Miguel Jerónimo Oliver	72
La exhortación al lector	74
¶¶-2 La historia	79
¶¶-2.1 El argumento	79
Sinopsis de la obra	138
Árbol genealógico de Valerián	143
Protagonismo capitular y episodios más relevantes	144
¶¶-2.2 La estructura	148
Estructura de la <i>Parte Primera</i>	154
Estructura de la <i>Parte Segunda</i>	164
¶¶-2.3 La trayectoria del héroe: paradigma y desvío	173
Nacimiento y educación	173
La investidura	197
El amor y su tratamiento	213
Lo maravilloso. La magia. Los sueños	240
La corte y la aventura: la <i>curialitas</i>	271
Lo marginal: el enano y el bandolero	291
¶¶-2.4 La justicia y el oficio del autor en el <i>Valerián</i>	310
Bibliografía utilizada	322
Conclusiones	362

¶ EL AUTOR Y LA ÉPOCA

¶-1 DIONÍS CLEMENTE, NOTARIO Y ESCRITOR

«**D**ionís Clemente, notario valenciano». Estas son las mínimas credenciales con las que se presenta el autor del *Valerían de Hungría*, lo que encontramos en el íncipit de esta obra, tras los recursos literarios del autor ficticio y la falsa traducción. En el extenso cuerpo preliminar, compuesto por un prólogo, dos poemas laudatorios y una exhortación al lector, se dice en varias ocasiones que Clemente es el traductor del libro, abundando con ello en el tópico citado, pero en realidad es el creador original, lo que queda plenamente confirmando con el contrato de impresión descubierto por el profesor Philippe Berger en sus investigaciones sobre el libro y la lectura en el Renacimiento valenciano,¹ acuerdo firmado el 30 de diciembre de 1539 entre Dionís Climent, notario de Valencia, y Francisco Díaz Romano, impresor extremeño de reconocido prestigio.²

¹ Philippe Berger, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987, 2 volúmenes.

² Díaz Romano se había establecido en la citada ciudad hacia 1530, bajo los auspicios del *Estudi General*, donde dio comienzo a su prolífica labor impresora. Poco después consiguió la vecindad de Valencia y se trasladó con su equipo a la conocida imprenta del Molino de la Rovella, en la que estuvo trabajando al menos hasta 1541. Profesional muy cuidadoso en sus elaboraciones, fue responsable de las siguientes estampaciones: *Triumpho de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora* de Juan Gómez (1530), *Cosmida miani sauallii Oriolani presbyteri oratio parennetica de optimo statu republicae literariae constituendo* (1531), *Llibre de consells*, o *Spill de les dones*, de Jaume Roig (1531), *Judicium in confessiones sacerdotum* de Pere Antoni Beuter (1532), *Certamen poetich en Llaor de Purísima i Inmaculada Concepció de la Mare de Deu* (1533), *Breviarium Valentinum secundum ritum metropolitanae Ecclesiae Valentiae* (1533), *De virtutibus, gaudis et doloribus deiparae Virginis Mariae* de Tomás Real (1533), *Libro del esforzado Morgante y de Roldán y Reynaldos* de Jerónimo Aunés (1533), *Camino del buen cristiano* de Francisco Jorba (1533), *Tractatus siue questio de secreto* de Arnaldo Alberti (1534), *Diálogos cristianos contra la secta mahomética* de Bernardo Pérez de Chinchón (1535), *Libro de motes de damas y caballeros*, intitulado *El juego de mandar* de Luis Milán (1535), *Liber Avreus perutilis ac necessarius, de administratione et executione Justicie* (1536), *Disputatio de armis clericorum et religiosorum* de Jaime Montanyans (1536), *Libro de música de vihuela de mano*, intitulado *El Maestro* de Luis Milán (1536), *Tractado de la forma que se ha de tener en la celebración del general Concilio* (1536), *Libro llamado Consulado de Mar* (1539), los cuadernillos de los *Furs* de 1528 y 1533 (1539), trabajo por el cual fue nombrado impresor oficial de la ciudad, *Crónica del muy alto príncipe y esforzado cavallero Valerían de Ungria* de Dionís Clemente (1540), *Tratado muy vtil e provechoso para toda manera de tratantes y personas aficionada al contar, de reglas breves de reducciones e monedas y otras reglas tanto breves quanto compendiosas* de Marco Aurel Alemán (1541), y *Directorio de las horas canónicas y sumario de la vida de Christo con otras cosas a la salud del ánima muy prouechosas* (1541). Recogemos esta información de José Enrique Serrano y Morales, *Reseña histórica en forma de diccionario de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España hasta el año 1868, con noticias bio-bibliográficas de los principales impresores*, Valencia, imprenta de F. Domenech, 1898-1899, pp. 106-115.

Anotemos, además, que el contrato entre Climent y Díaz Romano se suscribió para la impresión de mil volúmenes, y que el desarrollo de sus cláusulas detalla con precisión los compromisos materiales de ambas partes e incluso las sanciones en el caso de que no se cumplieran los pactos convenidos:

Die XXX mensis decembris anno a Nativitate Domini M° D° XXXX.³

Nos Dionisius Climent notarius Valencie ex una et Franciscus Diaz romanus impressor librorum Valencie habitator ex alia partibus gratis et scienter alteri ad invicem et vicisim viceque versa presentibus acceptantibus et nostris quod in et super concordia et avenencia inferius dicenda declaranda ex causis et racionibus infrascriptis fuerunt et sunt inter nos partes predictas convecta concordia pactata et stipulata capitula infrascripta que in nostri partium presencia alta et intelligibile voce per infrascriptum notarium fuerunt lecta et publicata forma sequenti.

Capitols fets e fermats convenguts e concordats per y entre los magnífich en Dionis Climent notari de una e lo honorable en Francisco Diaz romano impressor de libros de altra sobre la concordia e avinença sobre les dites parts concordada e per les causes e rahons davall scrites los quals capitols son los següents.

Primerament es stat pactat avengut e concordat que lo dit Dionis Climent ha de donar al dit Francisco Diaz totlo paper que sera necessari pera la impressio de mil libres o volums que lo dit Francisco Diaz li haia de imprimir.

Item estat pactat avengut e concordat que la solucio de la dita impressio sera de aquesta manera que lo dit Francisco Diaz fara e imprimira deu fulls en lo principi los quals en continent que seran fets e impressos aquell dit Dionis Climent li haia de pagar e pague al for de deu solidos per rayma segons esta entre aquells concertat e lo residuo fins a la fi del dit libre se li haia pagar ço es cascuna semmana la mitat del que havra tirat de forma que a la fi de la dita impressio lo dit Climent reste deudor de la mitat que summara la dita impressio deduhit lo que havra pagat dels dits primers fulls.

Item es estat pactat avengut e concordat que lo dit Francisco Diaz sia obligat de compondre la dita impressio e ferla neta e sens falsia de la mateixa forma e manera que ha donat copia e mostra al dit Climent ço es quaranta linees en cascuna de les columnes ab les letres que son necessaries convenientes (sic) segons la dita forma de mostra ab que haia de tirar cascun dia hun full ço es dos cartes sots les penes deius scrites.

³ El profesor Berger opina que el año indicado en la minuta notarial es una errata evidente, debiendo de ser en su lugar un año antes, esto es, 1539, dado que, «según una costumbre bastante corriente entre los notarios valencianos, las últimas actas de un año civil se reseñaban al principio del año siguiente, que, por distracción del copista, era el que figuraba a menudo en la fecha del acta cuando la pasaba a limpio», p. 483. Por otra parte, resulta también muy claro que una obra que fue impresa el 2 de agosto de 1540, como reza claramente en su colofón, no podía tener un contrato de impresión cinco meses después.

Item es estat pactat avengut e concordat que lo dit Francisco Diaz sia obligat a corregir lo que imprimira conforme al original que li sera donat y que acabat lo dit libre aquell dit Francisc Diaz sia obligat al dit Climent de restituhir lo dit original.

Item es estat pactat que lo dit Francisco Diaz no puixa imprimir mes libres dels dits mil que ha de imprimir per al dit Climent sots pena de vint ducats de or per cascun libre que se trobara impres mes dels dits mil libres.

Item es estat pactat avengut e concordat que la una part a l'altra prometra axi com ab los presents promet a l'altra adinvicem et vicisim e viceversa de fer e efectuar totes les coses de super pactades e no contravenir ad aquellos sots pena de docents ducats de or pagadors per la part inobedient a la part obedient tantes voltres quantes hi sera contravengut.

Item es estat pactat avengut e concordat que los presents capitols e qualsevol de aquells sien executoris ab totes les clausules de submissio renunciacio de proprii fori variacio de juhi e altres clausules ensemblants contractes (posat?) acostumades iuxta stil e practica del notari rebedor dels presents... Actum Valencie etc.

Testes huius rei sunt honorabiles Petrus Borbo bibliopola et Blasius Redorat specierius Valencie habitatores (A. P. V.: *protocolos* de Jaime Fontes, sig. 1182).⁴

Dionís Clemente, en efecto, fue notario del reino de Valencia, como así se desprende de los numerosos protocolos de los que dio fe o autorizó, conservados con su nombre valenciano, Dionís Climent, en el Archivo del Reino de Valencia y en el Archivo del Patriarca de Valencia, colegio de Corpus Christi.⁵ Todo indica, además, que nuestro autor mantuvo una estrecha vinculación con la alta nobleza valenciana; las muestras más fehacientes son su firma como notario del testamento del marqués de Bramdeburgo, segundo marido de Germana de Foix, y la dedicatoria del *Valerián de Hungría* a la marquesa del Zenete, que poco después sería la esposa del poderoso duque de Calabria. Respecto al marqués de Bramdeburgo, recordemos que se había casado con doña Germana en 1519, y que fue nombrado capitán general del reino de Valencia en 1523, aunque murió al poco tiempo, el 5 de julio de 1525. Por su parte, la influyente doña Germana, nacida en 1488, había contraído matrimonio en tres ocasiones: en 1506 con Fernando el Católico, viudo de la reina Isabel; en 1519 con el citado marqués; y en 1526 con Fernando de Aragón, duque de Calabria. De igual manera, fue lugarteniente y virreina de Valencia durante tres importantes etapas: de 1507 a 1520, en solitario; de

⁴ En Philippe Berger, ob. cit., tomo II, pp. 481-483.

⁵ En el Archivo del Reino de Valencia se conservan cuatro protocolos con su nombre: sig. 2490 (1539), 10041 (1548), 10042 (1550), 10043 (1572). Por su parte, en el Archivo del Patriarca se halla una sola carpeta de grandes dimensiones, que contiene documentos de diversos años: sig. 620 (1523, 1525, 1530, 1535, 1545, 1557 a 1559). En general, se trata de testamentos.

1523 a 1525, junto al marqués de Bramdeburgo; y de 1526 a 1536, con el duque de Calabria, cuyo nombramiento recibieron conjuntamente en calidad de *simul et in solidum*, lo que les otorgaba idéntica capacidad representativa y gubernamental. Germana de Foix falleció el 15 de octubre de 1536, dejando a don Fernando como virrey absoluto, el cual contrajo nuevas nupcias con doña Mencía de Mendoza, marquesa del Zenete, en 1541, a pocos meses de la publicación del *Valerían*. El mandato del duque se amplió hasta el 26 de octubre de 1550, fecha de su muerte, mientras que la inquieta y culta doña Mencía, le sobrevivió cuatro años más. Estos tres importantes nobles, doña Germana, don Fernando y doña Mencía, conforman el trípode fundamental de la política y la cultura en el que se asentó el Renacimiento valenciano de varias décadas, especialmente entre 1526 y 1550, los años en que se vino a desarrollar la corte de don Fernando, el duque de Calabria, a través de dos fases distinguibles que se vinculan a cada una de los dos duquesas. Este interesante contexto, el seno de esta importante y espléndida corte, es el espacio donde Dionís Clemente desarrolló su trabajo como notario y se descubrió como escritor de ficción, rodeado de nobles, poetas, músicos, juristas e intelectuales y humanistas de variado tipo.

Respecto a la producción literaria de Clemente, no se le conoce ninguna otra obra, al margen del *Valerían*. En ese sentido, resulta cuando menos llamativo que un autor capaz de escribir más de trescientos folios de apretada prosa caballeresca, no haya dejado ningún otro testimonio literario. Ningún poema prologal, canción o poesía de certamen, tan habituales en aquella época, ningún opúsculo o pieza menor, ningún diálogo. Descontando las noticias del *Valerían*, que son, además, bastante escasas hasta que Pascual de Gayangos lo incluye en su famoso *Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año 1800* (Madrid, Rivadeneyra, 1857), nada dicen sobre Dionís Clemente los diversos estudios bibliográficos y literarios de escritores valencianos del siglo XVI.⁶

⁶ Josef Rodríguez, *Biblioteca Valentina*, Valencia, Joseph Thomas Lucas, 1747; Vicente Ximeno, *Escritores del reino de Valencia*, Valencia, Joseph Estevan Dolz, 1747-1749; Justo Pastor Fuster, *Biblioteca Valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días, con adiciones y enmiendas a la de D. Vicente Ximeno*, Valencia, José Ximeno, 1827; José M^a Puig Torralba y Francisco Martí Grajales, *Estudio histórico-crítico de los poetas valencianos de los siglos XVI, XVII y XVIII*, Valencia, Viuda de Ayoldi, 1883; José Ribelles Comín, *Bibliografía de la lengua valenciana*, Madrid, Revista de Archivos, Museos y Bibliotecas, 1915-1943; Francisco Martí Grajales, *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico de los poetas que florecieron en el reino de Valencia hasta el año 1700*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1927; Carola Reig, *Los escritores del reino de Valencia*, Valencia, Anubar, 1977; Josep Lluís Sirera, *Història de la literatura valenciana*. València, Alfons el Magnànim, 1995; y Josep Romeu i Figueras, *Assaigs de literatura valenciana del Renaixement*, Alacant, Universitat d'Alacant, 1999. Por otra parte, todo indica que Clemente no participó en las famosas justas poéticas de las primeras décadas del quinientos, donde sí que acudieron sus amigos

Las noticias del Clemente escritor, en definitiva, se cuentan por absolutas ausencias. Ni historiadores ni bibliógrafos, ni literatos ni ensayistas de una u otra época, parecen conocer o recordar a este notario metido en veredas caballerescas. Respecto a su obra, el *Valerían de Hungría*, tampoco ha sido muy afortunada, dado que son escasísimos los comentarios que sobre ella se han hecho y muy pocos los ejemplares localizados a lo largo de los tiempos. Desde luego, los numerosos censores de los libros de caballerías, en el momento de citar las obras que rechazan o vituperan, nada dicen sobre el *Valerían*. De igual forma, el genial Cervantes no lo nombra ni alude en las páginas del *Quijote*, donde tantos libros de caballerías son tratados, incluso algunos que antes apenas habían merecido crítica o elogio. En ese sentido, sorprende también la ausencia del libro de Clemente en el concienzudo trabajo de Nicolás Antonio,⁷ quien, además de realizar un recuento extenso y minucioso del género de caballerías, muestra en su prefacio una apasionada defensa del mismo.

Tan sólo sabemos, merced a los inventarios descubiertos hasta el momento, que algunas bibliotecas y librerías de aquellos años tuvieron en sus anaqueles diversos volúmenes del *Valerían*. Sin ir más lejos, la magnífica biblioteca del duque de Calabria tenía dos ejemplares, junto a muchas otras obras de tipo caballeresco,⁸ mientras que la también excelente biblioteca de doña Mencía de Mendoza, menos proclive al entretenimiento, albergaba un solo ejemplar, tal como nos ha revelado amablemente el profesor Josep Solervicens Bo,⁹ quien está analizando actualmente el inventario de la

notarios y poetas, como podemos ver en el estudio y edición de Antoni Ferrando Francés, *Els certàmens poètics valencians del segle XIV al XIX*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1983. De la misma manera, tampoco el valenciano Gil Polo incorporó a Climent en su particular y extenso parnaso del *Canto del Turia*, dentro de la pastoril *Diana enamorada* (1564), nómina que, en efecto, recoge a buena parte de los escritores valencianos del siglo XV y la primera mitad del siglo XVI, varios de los cuales pertenecieron a la corte del duque de Calabria, a quienes Gil Polo llegó a conocer personalmente.

⁷ Nicolás Antonio, *Bibliotheca hispana sive hispanorum*, Roma, Ex officina Nicolai Angeli Tinassii, 1672, 2 volúmenes. La segunda edición: *Bibliotheca hispana nova*, ed. Tomás Antonio Sánchez, Juan Antonio Pellicer y Rafael Casalbón, Madrid, Ibarra, 1783-1788, 2 volúmenes.

⁸ Véase el «Inventario de los libros de don Fernando de Aragón, duque de Calabria (a. 1550)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, IV, 1874, pp. 7-10, 21-25, 38-41, 54-56, 67-69, 83-86, 99-101, 114-117, 132-134; documento redactado por el bibliotecario Manuel Repullés. Apuntemos que en esta biblioteca se encontraban también dos ejemplares de *Los cuatro libros de Amadís de Gaula* y dos más del *Palmerín de Olivia*. Junto a ellos aparecen el *Libro del hijo de don Tristán*, *Don Leonís de Grecia*, *Lucidante de Tracia*, *Las Sergas de Esplandián*, *Los nueve de la fama*, *La Poncella de Francia*, *El conde Partinuplés*, *Roberto el Diablo*, *El Caballero Bellio*, *Los cuatro libros de Clarián de Landanis*, *Felix Magno*, *Florambel*, el VI de *Amadís: Florisando*, el VII de *Amadís: Lisuarte de Grecia*, el X de *Amadís: Florisel de Niquea*, *Los dos libros de Espejo de caballerías*, *El cuarto de don Reynaldos: Baldo*, *La Trapsonda*, *Lidamor*, *El Caballero de la Rosa*, *Tablante de Ricamonte* y la *Crónica del rey Guillermo de Inglaterra*, amén de múltiples crónicas, tanto en latín como en romance, sobre los reyes de Castilla y de Aragón.

⁹ Josep Solervicens Bo, «La literatura humanística a la selecta biblioteca de Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete, duquesa de Calabria i deixebra de Joan Lluís Vives», en *La Universitat de València*

marquesa erudita. En la tienda y librería de Juan de Junta, conocido mercader de Burgos, se hallaban almacenados, según un inventario de 1557, hasta diez ejemplares del *Valerían*, una cantidad nada despreciable.¹⁰ El profesor Philippe Berger, por su parte, descubrió un ejemplar entre las pertenencias de un humilde pregonero, como así consta en cierto documento notarial.¹¹ Dos siglos más tarde, la ilustrada condesa de Campo de Alange también poseyó un ejemplar del *Valerían* en su refinada biblioteca, la cual fue inventariada por vez primera en 1779, y ampliada después con los siguientes representantes del título condal, si bien finalmente fue vendida de forma íntegra al Estado en 1891.¹²

Eso es todo hasta llegar a las noticias bibliográficas de Gayangos, quien comenta la existencia de dos ejemplares del *Valerían*, el de la condesa, que años más tarde se ubicará en la Biblioteca Nacional, y otro perteneciente a la Biblioteca Imperial de Viena; de igual forma, da a conocer una traducción al italiano, *Historia di Valeriano d'Ongaria*, realizada por Pietro Lauro (Venecia, Pietro Rosello, 1558), cuya información toma de Gaetano Melzi, *Bibliografía dei romanza e poemi romanzeschi*

i l'Humanisme: «Studia Humanitatis» i renovació cultural a Europa i al Nou Món, ed. Ferran Grau Codina, y otros, València, Universitat de València, 2003, pp. 313-324. El profesor Solervicens nos ha informado sobre los libros caballerescos que aparecen en el inventario de la biblioteca de doña Mencía: además del *Valerían*, se refleja una obra sin título de Chrétien de Troyes y un *Lanzarote en prosa*.

¹⁰ William Pettas, *A Sixteenth-Century Spanish Bookstore: The Inventory of Juan de Junta*, Philadelphia, American Philosophical Society, 1995. En el apartado «Libros de romance», se advierten los siguientes volúmenes de materia caballeresca: 1 *Cavallero determinado*, 2 *Cronica del rey don Rodrigo*, 5 *Cavallero de la Cruz*, 9 *Carlo Magno*, 1 *Crónica del rey don Guiliermo*, 1 *Conquista de Ultramar*, 2 *Don Crislián de España*, 1 *Don Polindo*, 2 *Don Chyrongilio*, 2 *Don Clarián de España libro primo*, 2 *Don Clarián de España libro segundo*, 2 *Don Felisbián*, 2 *Don Roselao de Grecia*, 1 *Don Florisel de Niquea*, 2 *Espejo de Cavallería libro segundo*, 4 *Florambel de Lucea*, 2 *Felis Magno*, 2 *Lucidante*, 2 *Morgante libro primo*, 15 *Orlando Furioso*, 1 *Palmerín de Inglaterra libro segundo*, 1 *Sergas de Esplandián*, 21 *Sueño de Feliciano de Silva*, y 10 *Valerían de Hungaria*. En un breve apartado adjunto, bajo el título de «Siguen los libros enquadernados», aparecen también: 1 *Crónica de Arderique*, 1 *Conde Fernand Gonçales*, 3 *Conde Partinuplés*, 1 *Carlo Magno*, 1 *Cavallero determinado*, 1 *Oliveros de Castilla*, 1 *Orlando Furioso*, 2 *Reina Sibilla*, 1 *Rey Canamor* y 1 *Donzella Theodor*. El trabajo editor e interpretativo de Pettas hay que contrastarlo con las observaciones de Lorenzo Ruiz Hidalgo, «El inventario de la librería de Juan de Junta en Burgos en 1557. Una edición fallida», *Trabajos de la Asociación Española de Bibliografía*, 2 (1998), pp. 411-420.

¹¹ Philippe Berger, ob. cit., tomo I, p. 387, donde se remite al Archivo del Patriarca de Valencia, protocolos de Lucas Verger, sig. 550, 6 de julio de 1558.

¹² Ana Santos Aramburo, «La colección de libros de caballerías de la condesa de Campo de Alange», *Pliegos de Cordel*, 25 (2004), pp. 3-16. La biblioteca de la condesa llegó a poseer un alto número de libros de caballerías: *Espejo de Príncipes y Caballeros*, *Segunda parte de Príncipes y Caballeros*, *Tercera y Cuarta parte de Espejo de Príncipes y Caballeros*, *Los cuatro libros de Amadís de Gaula*, *Sergas de Esplandián*, *Lisuarte de Grecia*, *Amadís de Grecia*, *Florisel de Niquea*, *Tercera parte de Florisel de Niquea*, *Libro primero de la Cuarta parte de Florisel de Niquea*, *Libro segundo de la Cuarta parte de Florisel de Niquea*, *Libro primero de Belianís de Grecia*, *Tercera y cuarta parte de Belianís de Grecia*, *Palmerín de Olivia*, *Primaleón*, *Cristalián de España*, *Palmerín de Inglaterra*, *Tercera parte de Palmeirim de Inglaterra*, *Clarisol de Bretaña*, *La demanda del Sancto Grial*, *Policisne de Boecia*, *Guarino Mezquino*, y también *Valerían de Ungria*. Este ejemplar del *Valerían* es el que se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional.

d'Italia (Milano, P. A. Tosi, 1838).¹³ Ya en el siglo XX, el gran bibliógrafo José Simón Díaz encuentra otra traducción italiana: *Historia (Dell') di Valeriano d'Ongaria... Di nuovo tradotta della lingua Spagnuola nella Italiana* (Venecia, Lucio Spineda, 1611), localizando dos ejemplares de la misma, uno en la Biblioteca Nacional y otro en la Biblioteca del Arsenal de París; respecto a la traducción citada por Gayangos, localiza igualmente un ejemplar en la susodicha biblioteca parisina.¹⁴ Ambas traducciones al italiano reproducen únicamente la segunda parte del libro, según hemos advertido en las consultas efectuadas. En cuanto a la obra original, hay que esperar al catálogo de Daniel Eisenberg, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography* (London, Grant & Cutler, 1979), en el que se establece la nómina definitiva de los ejemplares conservados y conocidos:

- 1) Barcelona: Biblioteca de Catalunya, Bon 8-IV-8, 9.
- 2) Madrid: Biblioteca Nacional, R-4372 (falta de la portada y de los primeros folios del índice).
- 3) Munich: Bayerische Staatsbibliothek, 2º P.o.hisp.18.
- 4) Viena: Nationalbibliothek, CP.2.C.3. (falta de la portada, los preliminares y los veintitrés primeros folios).¹⁵

Esta nómina y sus correspondientes localizaciones son confirmadas por Eisenberg y la profesora M^a Carmen Marín Pina en la completísima *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos* (Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000).¹⁶ Cabe recordar, no obstante, ciertos ejemplares aludidos por Antonio Palau y Dulcet en el *Manual del librero hispano-americano*, cuyo paradero actual no hemos

¹³ Pascual de Gayangos, *Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año 1800*, en *Libros de Caballerías*, tomo I, Madrid, Rivadeneyra, 1857, pp. LXIII-LXXXVII. La noticia del *Valerían* se halla en la p. LXXXVII. Puede completarse con Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid, Rivadeneyra, 1863-1869, tomo I, pp. 1222-1223, entrada 1253.

¹⁴ Véase José Simón Díaz, «Nuevos datos bibliográficos sobre libros de caballerías», *Revista de Literatura*, 8 (1955), pp. 255-270. Las traducciones italianas del *Valerían* se citan en la p. 270, entradas 195 y 196. Y hay que ver también José Simón Díaz, *Bibliografía de la literatura hispánica*, Madrid, CSIC, 2ª edición, 1963-1964, tomo III. II, «Libros de caballerías», pp. 437-524. Los datos del *Valerían* están en la p. 524, entradas 7572, 7573 y 7574.

¹⁵ Daniel Eisenberg, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography*, London, Grant & Cutler, 1979. El *Valerían* se halla en la p. 89 y recibe la signatura MM.

¹⁶ M^a Carmen Marín Pina y Daniel Eisenberg, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000. Véanse las entradas 2067, 2068 y 2069.

podido averiguar.¹⁷ Se trata de referencias decimonónicas sobre tres ejemplares que pertenecieron a diversos libreros y coleccionistas: M. S. Sobolewski tuvo un ejemplar falto de portada y de dos hojas del índice; el barón Achille Seillière poseyó un ejemplar hacia 1887, el mismo que después registró el conocido librero londinense Bernard Quaritch en un catálogo de 1895;¹⁸ el tercer ejemplar estuvo en poder de Estanislao Kostka Montaña Pradera, de Lérida, extraño individuo del que nada hemos podido saber.

Hasta aquí alcanzan todos los datos que hemos podido verificar sobre Dionís Clemente y sobre la resonancia libresca del *Valerían*. Respecto al escritor valenciano, todo parece indicar que no ha merecido comentario alguno durante más de tres siglos; en cuanto al *Valerían*, las pocas noticias existentes desde el Renacimiento hasta el siglo XIX son siempre relativas al coleccionismo y la bibliofilia. El primero que menciona a Clemente es el bibliógrafo y erudito Pascual de Gayangos, quien confiesa no haber encontrado ningún dato sobre su persona; tan sólo pretende inferir, tras una rápida lectura de la obra, que el escritor quiso aludir en ella a los hechos de don Rodrigo de Mendoza, marqués de Zenete, virrey de Valencia durante la guerra de la Alemania, interpretación que creemos errónea, dado que los episodios narrados en el *Valerían* no presentan ninguna correspondencia directa o figurada con esos hechos.

En el campo de la filología, Gayangos es también el primer intelectual que analiza el *Valerían*, si bien lo hace sucinta y mecánicamente, demostrando no haber leído la obra en su integridad. Ya en el siglo XX, Menéndez y Pelayo declara abiertamente que no ha tenido ocasión de leer el libro y se limita a repetir algunas palabras de su predecesor,¹⁹ mientras que sir Henry Thomas lo despacha simplemente en dos líneas dentro de su gran trabajo de investigación caballeresca.²⁰ El cambio cualitativo viene de la mano de Daniel Eisenberg, quien, además de localizar los cuatro

¹⁷ Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispano-americano*, Barcelona, Librería Palau, 2ª edición, 1948-1977, tomo 25, p. 89, entradas 348845 y 348846.

¹⁸ Aunque Palau no lo especifica, se trata de Bernard Quaritch, *Biblioteca Hispana: a catalogue of books in castilian, catalan, portuguese or otherwise of Spanish interest*, London, Bernard Quaritch, 1895. El *Valerían* aparece en la p. 143 con la signatura 1406. Tras la entrada bibliográfica correspondiente, Quaritch confiesa que su ejemplar pertenecía con anterioridad al barón Seillière, y también informa sobre el ejemplar conservado por Sobolewski. En otro orden de cosas, señala la ausencia de Dionís Clemente en los trabajos de Ticknor y Nicolás Antonio y en el diccionario de escritores valencianos de Ximeno.

¹⁹ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, Madrid, CSIC, 1962, 2ª edición; tomo II, p. 431.

²⁰ Henry Thomas, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas. Despertar de la novela caballeresca en la Península Ibérica y expansión e influencia en el extranjero*, Madrid, CSIC, 1952, p. 103. Edición original: Cambridge, University Press, 1920.

ejemplares que actualmente se conocen, lleva a cabo en uno de sus conocidos trabajos las primeras valoraciones críticas de la obra en cuestión, deteniéndose sobre todo en las explicaciones que Dionís Clemente vierte en la dedicatoria y prólogo de la historia. Asimismo, el profesor norteamericano plantea la necesidad de editar y estudiar el *Valerían*, calificando dicha empresa como de una interesante oportunidad investigadora, especialmente por las posibles alusiones a sucesos contemporáneos y personajes reales que el libro de Clemente podría albergar.²¹

Tras el brillante pórtico inaugurado por Juan Manuel Cacho Blecua con su *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, comienzan a producirse numerosas aproximaciones críticas a los diferentes libros de caballerías, incluido, aunque con pocas muestras, el *Valerían*. Sin ir más lejos, en su estudio sobre el motivo de la cueva en los libros de caballerías, el profesor Cacho Blecua alude varias veces al *Valerían de Hungría* y recuerda algunos episodios significativos de su argumento. Se trata en concreto de dos escenas que entroncan con la tipología que Cacho Blecua articula en torno a lo que denomina «la experiencia de los límites»; la primera es de una cueva que cobija a ciertos ladrones, ejemplo de «La cueva como morada», y la segunda describe a la dama Frunea que se ve encerrada en una cueva para expiar la muerte de su amado, ejemplo que forma parte de «La cueva como prisión».²²

En un artículo comparativo sobre tres libros de caballerías, la profesora Nieves Baranda sugiere estudiar la cortesía en el *Valerían*, lo que demuestra que conoce la obra y sabe de los elementos que la constituyen. Baranda analiza los gestos de la cortesía en el *Palmerín de Olivia*, el *Cifar* y el *Guarino Mezquino*, para terminar proponiendo diversos temas de estudio respecto a los componentes y el ideario de lo cortesano en libros de caballerías como el *Valerían*.²³

De igual forma, resulta imprescindible parar mientes en José Manuel Lucía Megías y su trabajo sobre la imprenta y los libros de caballerías. Las anotaciones vertidas por este crítico sobre el *Valerían* están en relación con el mundo editorial y con

²¹ Daniel Eisenberg, *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982, pp. 87 y 88, fundamentalmente.

²² Juan Manuel Cacho Blecua, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad Inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127. Véase también en el hermoso libro *El delirio y la razón: don Quijote por dentro*, ed. Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005, pp. 102-131

²³ Nieves Baranda, «Gestos de cortesía en tres libros de caballerías de principios del siglo XVI», en *Traité de savoir-vivre en Espagne et au Portugal du Moyen Âge à nos jours*, Clermont-Ferrand, Association des Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Clermont-Ferrand II, 1995, pp. 55-68.

los elementos que narratológicamente se denominan paratextuales.²⁴ De esa forma, podemos encontrar desde ilustraciones que reproducen la portada del libro u otras partes del mismo, hasta la transcripción de varios fragmentos de sus preliminares. Lucía Megías nos describe también el prólogo-dedicatoria del *Valerían* en el que el notario Clemente se dirige a su protectora, doña Mencía de Mendoza, para explicarle los supuestos acontecimientos por los que el libro llegó a sus manos y cómo después tuvo que traducirlo del latín en el que estaba escrito; todo lo cual se inscribe en el motivo del manuscrito encontrado y la traducción fingida, que Clemente maneja con gran solvencia.

En la actualidad podemos contar con una *Guía de lectura* llevada a cabo por Susana Requena, dentro de la colección «Guías de lectura caballerisca» del Centro de Estudios Cervantinos.²⁵ Requena ofrece en la «Introducción» un atinado resumen de los aspectos más señeros del *Valerían*, tanto de su forma como de su contenido. Seguidamente, desarrolla con gran minuciosidad el argumento y elabora los diccionarios de personajes, terminando con una bibliografía pertinente. Para Susana Requena el *Valerían* se inserta con pleno derecho en el género editorial de los libros de caballerías, dado que presenta un amplio abanico de tópicos y motivos folklóricos heredados de la tradición artúrica y de los modelos del *Amadís de Gaula* y el *Tirant lo Blanc*; también, por otra parte, da cabida al tema de los castigos y consejos, algunos de los cuales se ve enmarcados en debates jurídicos, lo que parece reflejar ciertos intereses particulares de su autor.

En cualquier caso, la escasa atención que ha mostrado la bibliografía y la crítica por el *Valerían*, puede entenderse como un reflejo o una consecuencia de sus propias características y del lugar que ocupa en la historia del género caballeresco. Recordemos que la obra de Clemente no tuvo ni de lejos la acogida que otros libros de caballerías merecieron, tal como puede colegirse de los documentos y lecturas de aquella época y de las investigaciones realizadas en los siglos posteriores sobre el género en cuestión. Pinciano, Torquemada, Mateo Alemán, Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Nicolás Antonio: ningún escritor ni estudioso menciona al *Valerían*. Las razones de estos silencios pueden ser múltiples y quizá inaccesibles para nuestro actual punto de vista; sin embargo, existe un importante factor literario que bien pudo influir en la

²⁴ José Manuel Lucía Megías, *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000, *passim*.

²⁵ Susana Requena, «*Valerían de Hungría*» de Dionís Clemente. *Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.

escasa propagación de esta obra. Me refiero al predominio evidente de los libros de Feliciano de Silva y sus continuadores e imitadores. El paradigma inicial que el *Amadís de Gaula* había pergeñado a finales del XV mediante una propuesta idealista de gran éxito, según proponen y articulan los profesores Alvar y Lucía Megías, se vio superado en las primeras décadas del XVI por un nuevo modelo en el que se establecía la combinación de géneros y materias, esto es, la propuesta experimental de Feliciano de Silva, el autor que supo canalizar la herencia amadisiana y ampliar los márgenes del género a través de otras formas narrativas del Renacimiento, todo lo cual fue preparando el camino para un posterior paradigma caballeresco: la denominada propuesta de entretenimiento, literatura de pura evasión, que se extendió a lo largo de la segunda mitad del XVI.²⁶

Además de la primacía de las aportaciones de Feliciano y el avance de los grandes ciclos caballerescos, tan del gusto del público lector en aquellos momentos, hay que reconocer que la calidad literaria del *Valerían* no llega a los niveles de muchos de los miembros de la familia caballerisca, empezando por *Amadís de Gaula*, *Tirant lo Blanc* y *Palmerín de Inglaterra*, los tres libros de caballerías que no por casualidad se salvaron de la quema en el famoso escrutinio del *Quijote*; ni tampoco puede compararse con las *Sergas de Esplandián* de Rodríguez de Montalvo, el *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva, o el *Palmerín de Olivia* y el *Primaleón*, entre otros libros que consiguieron logros indudables y marcaron con sus desarrollos las pautas del género. El *Valerían* pertenece de lleno a los *toneles* caballerescos que buscaron su oportunidad sin conseguirla suficientemente, encontraron apoyo editorial pero no tuvieron su reválida, aventajados por otras obras más arriesgadas y de mayor proyección literaria, dentro de un género en plena evolución.

²⁶ Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, *Libros de caballerías castellanos. Una antología*, Barcelona, Ollero y Ramos / Random House, 2004; véase especialmente el capítulo 3. «Libros de caballerías castellanos: un corpus y una propuesta de clasificación», pp. 27-44.

¶-2 LA CORTE VALENCIANA DE FERNANDO DE ARAGÓN, DUQUE DE CALABRIA

Dionís Clemente escribió y publicó su obra en el ámbito de la corte valenciana del duque de Calabria, donde diferentes artistas, músicos, poetas, juristas, universitarios y también inquietos gobernantes y brillantes pensadores conformaron un espacio cultural de gran resonancia en la época y de contrastados frutos en diversas materias. El desarrollo de esta corte, entre 1526 y 1550, puede estructurarse en dos etapas que vienen a corresponder en buena medida con los dos matrimonios de don Fernando de Aragón, primero con la reina Germana, hasta finales de la cuarta década, y después con doña Mencía, desde 1541 hasta la fecha final consignada, si bien la figura del duque se mantuvo siempre como referencia fundamental, esto es, como la efigie de un verdadero príncipe renacentista, orgulloso de sus raíces monárquicas y promotor de un espacio propio de poder, expansión y complacencia, espacio que hubiera sido imposible sin el aval y la confianza del emperador Carlos V. En ese sentido, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien precisamente estuvo al servicio del duque, recuerda en sus *Batallas y quincuagenas* diversas anécdotas de la relación entre Carlos y Fernando, destacando en todo momento el gran aprecio y respeto que sentía el rey por el noble:

¡Qué cumplido e comedido es el Emperador rrey, nuestro señor, e cómo onrraua la perssona del Duque de Calabria más que a ningún Grande de todos sus rreynos! Que a ninguno se quitaua el bonete, e quitáuasele al Duque el bonete, e metíale en sus cortinas rreales oyendo misa e rrogáuase con la paz, o a lo menos quando se la trahían boluía la cabeza al Duque para que la tomase ante que al Emperador se diese. E al Duque dáuala por rresçebida e leuantáuase e hazía reuerençia a su Çesárea Magestat por aquel favor e comedimiento, e no lo tomaua.²⁷

Don Fernando de Aragón, duque de Calabria, príncipe de Tarento, nació en Andria, en la región de Apulia, el 15 de diciembre de 1488, y fue el primogénito de los reyes de Nápoles don Fadrique o Federico III y doña Isabel, que además tuvieron cuatro

²⁷ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y quincuagenas*, ed. Juan Bautista de Avalle Arce, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1989, p. 137. El cronista le dedica muchos folios al duque, concretamente desde el 332 al 349 del original –pp. 129-142 de la edición–, en las que se incluye la estampación de dos escudos de armas de don Fernando de Aragón, único caso de doble distintivo en todo el autógrafo de la obra.

hijos más: don Alfonso, don César, doña Isabel y doña Julia de Aragón.²⁸ Recordemos que la familia de don Fernando era descendiente por línea directa de la dinastía iniciada por Alfonso el Magnánimo, tras el que reinaron Fernando I, Alfonso II, Fernando II y el citado don Fadrique. La infancia de don Fernando coincidió en parte con las llamadas Guerras de Italia, por las que su padre, don Fadrique, perdió el reino de Nápoles a manos del ejército francés de Luis XII y de la armada de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, que había sido enviado por Fernando el Católico. Los dos monarcas habían firmado el tratado secreto de Chambord-Granada el 11 de noviembre de 1500, por el que ambos reinos se repartían el territorio de Nápoles: la tierra de Labor y los Abruzos para Francia, la Calabria y la Apulia para Aragón. El rey don Fadrique capituló ante el Gran Capitán el 6 de septiembre de 1501, mientras que don Fernando de Aragón, con tan sólo trece años, quedó defendiendo Tarento hasta que se rindió también el 1 de marzo de 1502. Una vez acabado el conflicto, Federico III fue acogido por el rey francés, que le cedió el ducado de Anjou con todas sus rentas, donde permaneció hasta su muerte en Tours el 9 de septiembre de 1504. Por su parte, el joven don Fernando fue capturado y llevado a España, donde la reina lo recibió amablemente y se incorporó a la corte de los Reyes Católicos, si bien con ello se había faltado al pacto de rendición por el que se había garantizado su libertad y residencia en la ciudad de Bari. Al poco tiempo, Fernando recibió la noticia del fallecimiento de su padre y su nombramiento como heredero del reino de Nápoles. Mientras tanto, su madre y sus hermanos y hermanas se habían refugiado en Ferrara, bajo el amparo de un pariente cercano.

²⁸ Sobre la vida y hechos de don Fernando de Aragón tomamos como primeras referencias las crónicas contemporáneas de la época, esto es, Fernández de Oviedo y sus *Batallas y quinquagenas*; también Martín de Viciana, *Libro segundo de la Chrónyca de la inclita y coronada ciudad de Valencia*, Valencia, Joan Navarro, 1564, ed. facsímil: Valencia, Universidad de Valencia, 1972; y Jerónimo Zurita, *Historia del rey don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia*, volumen 5: libros noveno y décimo, ed. Ángel Canellas López, Magdalena Canellas Anoz y Antonio J. López Gutiérrez, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1996. Asimismo, tenemos muy en cuenta los siguientes estudios: Vicente Castañeda, «Don Fernando de Aragón, duque de Calabria. Apuntes biográficos», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 25 (1911), pp. 268-286; Cayetano Torres Fornes, «Pequeñas reflexiones sobre el duque de Calabria», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 1 (1920), pp. 200-205; Vicente Castañeda, *Sucesos en Valencia durante el reinado del emperador Carlos V y virreinato del duque de Calabria (1547-1551)*, Madrid, Imprenta Góngora, 1958; Josefina Mateu Ibars, *Los virreyes de Valencia. Fuentes para su estudio*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1963; Josep Martí Ferrando, *Poder y sociedad durante el virreinato del duque de Calabria*, tesis doctoral, Valencia, Universidad de Valencia, 1993; Juan Francisco Pardo Molero, «El tercer Fernando. El duque de Calabria y la sucesión a los reinos hispánicos (1512-1522)», en *Socialización, vida privada y actividad pública de un emperador del Renacimiento. Fernando I, 1503-1564*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Estatales, 2004, pp. 229-251; y más recientemente Salvador López-Ríos, «La educación de Fernando de Aragón, duque de Calabria, durante su infancia y juventud (1488-1502)» en *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, ed. Nicasio Salvador Miguel y Cristina Moya García, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuet, 2008, pp. 127-144.

A pesar de su corta edad, hacia el año 1506, fue nombrado lugarteniente general del principado de Cataluña, el reino de Mallorca y los condados de Rosellón y Cerdeña, pero algunas de sus actuaciones no fueron bien recibidas por el rey Católico, según indican los documentos de la época. Posteriormente, entre 1512 y 1513, ciertos hechos relacionados con una posible conspiración contra el rey, provocaron el encarcelamiento preventivo del duque, primero en el castillo de Atienza, donde fueron ajusticiados algunos de sus seguidores más fieles, y después en el castillo de Játiva, donde permaneció encerrado durante diez años, teniendo a su servicio exclusivo dos criados.²⁹ El Papa León X escribió a Guillermo de Croy, señor de Chièvres, personaje fundamental del entorno de la casa de Austria, para que intercediese por la libertad del duque de Calabria en varias ocasiones, entre 1516 y 1519.³⁰ En los años de las Germanías de Valencia, compartió presidio con el marqués del Zenete, padre de doña Mencía de Mendoza. También en ese tiempo, concretamente en 1522, los sublevados le ofrecieron la libertad a cambio de su apoyo al levantamiento, pero el duque se opuso de forma categórica, lo que debió impresionar al entonces joven y reciente emperador Carlos, quien lo liberó finalmente de su prisión el 13 de diciembre de 1523, acogiéndole en la corte real de Valladolid, donde fue muy honrado y obtuvo nuevos privilegios. El profesor Manuel Fernández Álvarez, dentro de sus estudios carolinis, describe con detalle este importante suceso:

Notable fue la llegada a la Corte de aquel prisionero de Estado que Fernando el Católico había encerrado en el castillo de Játiva, y al que los agermanados, en las horas más altas y virulentas de su rebelión, habían querido liberar, haciendo incluso planes sobre su futuro, con proyecto de boda incluido, nada menos que con Juana de Castilla. Se trataba del duque de Calabria, aquel noble napolitano con derechos al reino de Nápoles, que a

²⁹ Existen diferentes versiones sobre las causas que provocaron el apresamiento del duque. Torres Fornes se inclina por el motivo de los celos de Fernando el Católico por el duque respecto a doña Germana de Foix, quien al parecer admiraba al noble napolitano. Vicente Castañeda apoya esta misma tesis recordando las palabras del cronista del monasterio de San Miguel de los Reyes (aunque no lo nombra, entendemos que se trata de fray Francisco de Villanueva, autor del *Libro de la fundación, dotación y rentas de este monasterio de San Miguel de los Reyes*), el cual afirmaba que doña Germana «siempre había estado enamorada del duque y, aunque algo tarde, podemos añadir que consiguió sus deseos». Sin embargo, el cronista aragonés Jerónimo Zurita ofrece una versión bien distinta. Según Zurita, las razones del apresamiento fueron los contactos secretos del duque del Calabria con el rey de Francia, por mediación, según se supo después, del duque de Ferrara. El rey francés invitó al de Calabria a visitar Francia para firmar algún tipo de alianza, prometiéndole en el trato la restitución del reino de Nápoles. Véase Jerónimo Zurita, ob. cit., volumen 5, libro X, cap. XXXVIII, pp. 383-385; la edición original fue impresa en Zaragoza, Domingo de Portonaris y Ursino, 1580.

³⁰ Archivo General de Simancas, Patronato Real, legajo 60, nº 91 y legajo 61, nº 190 y 193; citado en Luis Arciniega García, *El monasterio de San Miguel de los Reyes*, Valencia, Biblioteca Valenciana / Generalitat Valenciana, 1991, tomo II, p. 169.

principios de siglo había sido apresado por el Gran Capitán y enviado a España, siguiendo las órdenes de Fernando el Católico. Que el duque de Calabria rechazase, no ya solo aquellos fantásticos planes políticos, sino también su propia libertad recibida de unos rebeldes al rey, tenía que impresionar a Carlos V, con su sentido caballeresco de la existencia, incluida la propia esencia del poder.³¹

La importancia de este hecho a nivel internacional queda confirmada con la carta que el Papa Clemente VII dirigió al emperador, manifestándole el agrado con el que se había conocido la noticia de la liberación y buen trato dispensado al duque de Calabria.³² Carlos le ofreció también dieciocho mil ducados de oro de renta anual. A partir de estos acontecimientos, el duque se ganó la confianza y el aprecio del emperador, incorporándose al séquito real en ciertas expediciones y llegando a realizar algunas gestiones y tareas de gran relevancia. Por ejemplo, presidió temporalmente, en representación del emperador, los actos oficiales de la Cortes de Monzón y Valencia, y también se encargó de ayudar en los preparativos de la boda entre Carlos e Isabel de Portugal, acompañando a la novia desde Lisboa hasta Sevilla, donde se celebraron los desposorios reales con grandes fiestas y solemnidad. En el mismo lugar, justamente el 13 de mayo de 1526, por indicación expresa del emperador, don Fernando se casó con la flamante reina de Aragón doña Germana de Foix,³³ viuda de Fernando el Católico y también del marqués de Bramdeburgo. Poco después, el 31 de agosto, esta vez en Granada, Carlos V lo nombró virrey de Valencia, conjuntamente con su mujer, que ya había sido titular de este reino desde 1507 a 1520, en solitario, y de 1523 a 1525, con el apoyo del marqués anteriormente citado. El cronista valenciano Martín de Viciana inicia sus comentarios biográficos sobre la figura del duque recordando la llegada de los virreyes a Valencia el 28 de noviembre de 1526, tras lo que va anotando algunos de los sucesos más importantes de los años inmediatos:

El Excellentísimo don Hernando de Aragón, Duque de Calabria, hijo del Serenísimo don Fadrique de Aragón, Rey de Nápoles, vino a esta ciudad de Valencia con su

³¹ Manuel Fernández Álvarez, *Carlos V, el César y el hombre*, Madrid, Espasa Calpe, 2003 [1999], p. 284. También hay que ver las pp. 155-156 y 329-332.

³² Archivo General de Simancas, Patronato Real, legajo 62, nº 15. Breve del 20 de enero de 1524; citado en Luis Arciniega García, ob. cit., tomo II, p. 169.

³³ Sobre esta figura y su relación con el duque y con el reino valenciano, hay que consultar el trabajo de Luis Querol Roso, *La última reina de Aragón, virreina de Valencia*, Valencia, Imprenta de José Presencia, 1931; el estudio de Regina Pinilla, *Valencia y doña Germana. Castigo de agermanados y problemas religiosos*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1994; y sobre todo el reciente y extenso análisis de Rosa E. Ríos Lloret, *Germana de Foix. Una mujer, una reina, una corte*, Valencia, Biblioteca Valenciana / Generalitat Valenciana, 2003.

Esclarecida muger Doña Germana, Reina, muger que había sido del católico don Hernando, Rey de Aragón, a xxviiij de Noviembre, año M.D.xxvj con el cargo de visorreyes, según parece por el Priuilegio dado en Granada el postrero de Agosto, año susodicho. Después, a xxiiij de Junio, año M.D.xxxv, vinieron de Nápoles por mar a Valencia las Infantas doña Julia y doña Isabel, hermanas del dicho Duque. Y a xv de Octubre, año M.D.xxxvj, falleció la Reyna Germana en la villa de Liria. Fue sepultada en Sant Miguel de los Reyes, como a instauradora de aquella casa, según lo hauemos tratado en la primera parte. Después casó el Duque con la Ilustrísima doña Mencía de Mendoza, Marquesa del Zenete, a xiiij de Henero, año M.D.xxxxj. Fallecieron doña Julia a iiij de Março, año M.D.xliij, y doña Isabel a xxij de Henero, año M.D.l, y falleció el Duque a xxvj de Octubre del mismo año; y los tres fueron sepultados en Sant Miguel de los Reyes. Después falleció la Duquesa a iiij de Henero, año M.D.liiij. Fue sepultada en Predicadores en la capilla del Rey. En todas estas jornadas, assí de fiesta como de llanto, fueron estos señores acompañados y seruidos por los Caballeros, porque sobraua en ellos el valor, honestidad y religión, Y porque si entrásemos en escreuir sus hystorias, cada uno dellos merece libro y no pequeño. Y pues no dexaron hijos para tratar dellos, concluymos con darles a todos vn Requiescant in pace.³⁴

Tras instalarse en Valencia como nuevo y poderoso virrey, don Fernando quiso recuperar el prestigio de su familia italiana de origen y el reconocimiento social y político que se le había negado durante décadas, para lo cual, además de atender con intensidad los problemas del reino, véanse, entre otros, las consecuencias de la revuelta agermanada y la complicada situación política con la población morisca, empezó a promover una serie de encuentros, reuniones y fiestas en las dependencias reales, primero en el palacio arzobispal y después en el inmejorable contexto del gran Palacio del Real y sus jardines colindantes,³⁵ que significaron el acicate y la proyección de una espléndida corte renacentista, a la vez valenciana, española y europea, que portará durante décadas el estandarte de la brillantez artística y el entretenimiento aristócrata. Los intereses italianos de don Fernando, guiados por la poderosa referencia humanista y cultural de su patria napolitana, se sumaron a los gustos franceses y aragoneses, más epicúreos y galantes, de doña Germana,³⁶ además de la presencia orgullosa de la

³⁴ Martín de Viciana, *Libro segundo de la Chrónyca de la inclita y coronada ciudad de Valencia*, Valencia, Joan Navarro, 1564, f. 34r. Reproducción facsímil: Valencia, Universidad de Valencia, 1972, p. 69.

³⁵ Puede verse una minuciosa descripción del fastuoso Palacio del Real en la obra de Carlos Sarthou Carreres, *Jardines de España. Artísticos del Tesoro Nacional y Parques Reales*, Valencia, Semana Gráfica, 1949, pp. 364-365.

³⁶ La profesora Ríos Lloret, en su citado estudio, dibuja con precisión la corte virreinal y aclara el verdadero papel que debió de corresponder a doña Germana: «A la corte de doña Germana se le acusa de intrascendente y se critica su preocupación por el lujo, pero esta corte creó un mundo propio al que hay

tradición local y la lengua lemosín o valenciana, todo lo cual supuso una oportuna e interesante mixtura de elementos que fue articulando progresivamente los parámetros de un genuino espacio cortesano, bastante singular en el marco de las cortes españolas renacentistas. La utilización entreverada de los diferentes aspectos y tratamientos quedó bien patente en el estilo de autores como Luis Milán, Joan Fernández de Heredia, Andreu Martí Pineda, los entonces jóvenes Joan Timoneda y Gaspar Gil Polo, y otros artistas del momento,³⁷ los cuales escribían obras con diversos registros e incorporaban varias lenguas en sus repertorios poéticos y teatrales.

En ese sentido, la exquisitez y diversión palaciega de los años del virreinato se describen con precisión en *El Cortesano* de Luis Milán, obra bilingüe, en castellano y valenciano, con la que el autor pretendía emular a Baldassare Castiglione, según manifiesta de forma explícita en las primeras páginas de su obra. Aunque se publicó en 1561, el libro de Milán refleja el ambiente de los últimos años del matrimonio de doña Germana de Foix y don Fernando, en la década de los treinta, con sus actuaciones lúdicas y musicales en los patios del palacio y el jardín renacentista, sus poesías, máscaras y momos de clara imitación italiana, sus torneos amorosos y sus cacerías por los márgenes de la ciudad, en la huerta de la Albufera.³⁸ Las cuantiosas y variadas

que entender mediante una llave que abra sus secretos. Es interesante constatar que siempre se define esta corte como frívola y galante, pero más que frívola era epicúrea; en ella hay una trascendencia de lo instantáneo, una valoración del presente que se sabe efímero, ya que tanto Germana de Foix como Fernando de Aragón conocen, por propia experiencia, lo mudables que son los destinos de los hombres. Una pregunta que surge de inmediato es por qué se juzga de forma tan distinta la corte de doña Germana y la corte del duque de Calabria, cuando ambos eran un matrimonio que gobernó *simul et solidum* y que tuvieron las mismas o muy semejantes apetencias y gustos. Una posible respuesta sea que a doña Germana no se le adjudican otras intenciones sino las meramente sensuales y materiales, mientras que a don Fernando se le conceden miras más elevadas» (p. 153).

³⁷ Sobre la brillante y variopinta corte del duque, véase el estudio de Francisco Almila y Vives, *El Duc de Calabria i la seva Cort*, Valencia, Sicania, 1958; y el artículo de Nancy F. Marino, «The Literary Court in Valencia, 1526-36», *Hispanofila*, 104 (1992), pp. 1-16. Pero sobre todo debe consultarse la extensa y documentada tesis doctoral de Josep Martí Ferrando, *Poder y sociedad durante el virreinato del duque de Calabria*, Valencia, Universidad de Valencia, 1993, de la que se han publicado por el momento las siguientes derivaciones: *El poder sobre el territorio (Valencia, 1536-1550)*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2000, «La corte virreinal en el reinado del emperador», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, 26 (2000), pp. 101-105, «La Biblioteca Real llega a Valencia: Fernando de Aragón, duque de Calabria», en *San Miguel de los Reyes: de Biblioteca Real a Biblioteca Valenciana*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2000, pp. 45-72, y «La corte virreinal valenciana del duque de Calabria», *Reales Sitios*, 158 (2003), pp. 16-31.

³⁸ Véase Lluís del Milà, *El Cortesano*, ed. Vicent Josep Escartí, estudis introductoris: Vicent Josep Escartí i Antoni Tordera, València, Universitat de València, 2001. Según leemos en la introducción, «La cort valenciana dels Duches de Calabria, durant els seus anys d'esplendor, elaborà en bona mesura –almenys en la seua realització literària, *El Cortesano*, de Milà, que ara ens ocupa– la imatge més perfecta possible de les formes de vida nobiliàries dels bons cortesans. Però no tan solo dels cortesans que podien figurar-se els valencians del moment, sinó dels cortesans que, a Urbino, havia dissenyat Baldassare Castiglione». Y también: «De manera que l'esperit del Renaixement italià, si mai va arribar a València, ho féu en aquell temps de la cort de don Ferran i donya Germana. Si ens fixem en alguns dels temes que interessaven Castiglione, veurem fins a quin punt la cort valenciana *italianitzava* les seues

diversiones de esta pieza, compuesta de seis jornadas disímiles, tienen como piedras angulares la teatralidad, el lenguaje y los enredados diálogos de temas sentimentales, que llegan a tantear los aspectos serios y graves o se acercan a la pura chanza, pasando de un extremo a otro con suma facilidad –el decoro *versus* la burla–. Todo este procedimiento puede identificarse como claro antecedente de la comedia burlesca barroca, cuyas miras y maneras en *El Cortesano*, a juicio de algunos críticos, debería recibir mayor atención.³⁹

Otra obra que exhibe el ambiente lúdico y festivo de aquella época y aquel espacio es la farsa titulada el *Coloquio de las damas valencianas*, o también *La visita*, de Joan Fernández de Heredia, publicada en 1562 dentro de la recolección de todas las obras de este autor. Esta farsa igualmente bilingüe fue representada al parecer en 1525, en el palacio del arzobispo, residencia por aquel entonces de doña Germana y el marqués de Brandemburgo, si bien décadas más tarde, y a petición de doña Mencía de Mendoza, la obra se volvió a representar, esta vez en alguno de los patios del Palacio del Real y ante la distinguida corte del duque de Calabria, con una nueva y extensa introducción del dramaturgo.⁴⁰ En *La visita* se aprecia, entre otras cosas, la genuina

formas de vida; i també, com és fàcil de suposar, la seua literatura» (pp. 17-20). Consúltense igualmente los siguientes estudios: Ruggero Palmieri, «D'una imitazione spagnola del *Cortegiano*. *El Cortesano* di Luis Milán», *Il Consiliatore*, II (1915), fasc. 3-4; J. B. Trend, *Luis Milán and the Vihuelistas*, Oxford, 1925; Josep Romeu y Figueras, «Literatura valenciana en *El Cortesano* de Lluís Milà», *Revista Valenciana de Filología*, I (1951), pp. 313-340; Joan Oleza Simó, «La Corte, el amor, el teatro y la guerra», *Edad de Oro*, 5 (1986), pp. 150-182; Josep Solervicens Bo, *El diàleg renaixentista: Joan Lluís Vives, Cristòfor Despuig, Lluís Milà, Antoni Agustí*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997; Ignacio López, «Dignidad real y acción mayestática en *La farsa de las galeras* de Luis Milán», *eHumanista*, 2 (2002), pp. 176-187; John Griffiths, «Luis Milán, Alonso Mudarra y la canción acompañada», *Edad de Oro*, 22 (2003), pp. 7-28; y Adelaida Cortijo Ocaña y Antonio Cortijo Ocaña, «Carnaval y teatro en los siglos XVI y XVII, *El Cortesano* de Luis de Milán y la comedia burlesca barroca», *Revista de Filología Española*, 84 (2004), pp. 399-412.

³⁹ En ese sentido, véase el trabajo citado de Adelaida y Antonio Cortijo Ocaña, donde leemos lo que sigue: «Con *El Cortesano* no tenemos sino uno de esos casos, quizá el menos investigado por la crítica y que merece la pena recoger para la historia del teatro cortesano y de las representaciones de máscaras carnavalescas que más tarde, allá para mediados del siglo XVII, verá un resurgir con la llamada comedia burlesca. El Carnaval, que ya presentara ejemplos medievales teatrales o parateatrales –como es el caso poco estudiado del *Combite a su madrastra* de Jorge Manrique, donde aparece un *festín burlesco* semejante a los que aparecen en casi todas las comedias burlescas barrocas–, da señales de vida literaria en *El Cortesano* de Luis de Milán, texto que refleja el *otium* de la corte virreinal valenciana en el primer tercio del siglo XVI desde una perspectiva lúdico-literario-carnavalesca» (p. 412).

⁴⁰ Véase Juan Fernández de Heredia, *Obras*, ed. Rafael Ferreres, Madrid, Espasa-Calpe, 1955. Ferreres opina que «El *Coloquio* de las damas valencianas, a pesar del tiempo, conserva toda la frescura de cuando se escribió. Es más: aún mantiene una actualidad extraordinaria. Leyéndolo, saboreándolo, nos reímos con la misma intensidad, con la misma fuerza sana que nos arrancan los mejores sainetes bilingües del admirado Eduardo Escalante. También es bilingüe el coloquio de Fernández de Heredia. Hay varias cosas que los diferencian. En primer lugar, los personajes de Fernández de Heredia pertenecen al gran mundo y no a la clase humilde o pequeña burguesía que tanto gustaba al dramaturgo de Cabañal. Y respecto al bilingüismo, también hay diferencias. Los personajes de Escalante emplean el castellano de manera lamentable, bien para mostrar una cultura que no tienen, bien para darse importancia social, ya que, para muchos de ellos ser finos y hablar valenciano no es compatible. Este recurso de Escalante,

combinación del retrato de costumbres y la diversión cortesana, no exenta de ciertas dosis de sátira e ironía, muy del gusto de la época, tal y como ya hemos visto en Luis Milán.

Pero no era todo únicamente solaz y pasatiempo cortesano, del que muy posiblemente participó Dionís Clemente, fedatario de los virreyes y amigo de poetas como Martí Pineda y Jerónimo Oliver. El duque de Calabria tuvo otras inquietudes y motivaciones bien contrastadas, en tanto que príncipe renacentista, orgulloso de su poder y sus posibilidades recobradas y expandidas. Luis Vives, Gonzalo Fernández de Oviedo, o el propio Carlos V, entre otros, señalaron que don Fernando era muy docto en varias materias, sabedor especialmente de filosofía y teología, y con una amplia formación autodidacta de las artes y las ciencias, incluidas las matemáticas y la astrología. Había tenido un magnífico secretario y maestro italiano, de nombre Crisóstomo Colonna (h. 1460-1539), que le enseñó en profundidad la lengua latina y otras asignaturas. De la misma manera, fue un exquisito lector, estudioso y coleccionista de libros y gran aficionado a la música, de la que tenía no pocos conocimientos, todo lo cual, eso sí, iba combinando con su predilección deportiva de la caza. El jerónimo fray José de Sigüenza (1544-1606), relator de la fundación del monasterio de San Miguel de los Reyes, ofrece una de las descripciones más conocidas de la personalidad del duque:

Era afable, humano, de corazón verdaderamente real y generoso, representando esto en su persona, en sus cosas y en su casa. Sobre todo resplandecía en él una singular piedad e inclinación a todas las cosas sagradas: aficionado al culto divino, a las Yglesias y a sus ministros, mostrando a todo esto un ánimo tan modesto, y por decirlo así tan humilde, que se le vía en el semblante de fuera la reverencia del alma [...] Era este príncipe de lindo y claro ingenio, y tan amigo de letrados y letras, como de música.⁴¹

El duque siempre mantuvo los lazos con su familia y su tierra natal napolitana, por medio de cartas, embajadas e intercambios materiales. Tras la muerte de su madre en 1533, sus hermanas, las infantas Julia e Isabel, se trasladaron, junto a un buen número de seguidores, entre sirvientes y amigos, a los palacios de Valencia. Las

constantemente mantenido en los sainetes, es el que le ayudó más para alcanzar la carcajada del público. En Fernández de Heredia, tanto los que hablan una lengua como otra lo hacen correctamente. No hay en él este truco que hemos apuntado en Escalante. En el *Coloquio de las damas valencianas* el conversar en la lengua materna es síntoma de superioridad, de pertenecer a una región rica. Contra los castellanos dirige las burlas graciosas, y despiadadas a veces» (pp. XXXVI-XXXVII, del «Prólogo»).

⁴¹ Fray José de Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, Madrid, Bailly / Bailliére e hijos, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, nº 12, 1907-1909, tomo II, p. 128 y 133.

infantas llegaron a la ciudad el 23 de junio de 1535,⁴² trayendo consigo cuantiosos enseres, libros, cuadros y otros objetos artísticos, pertenecientes a la corte de Nápoles, que tanto brillo y esplendor había acumulado desde los tiempos de Alfonso el Magnánimo, a pesar de los múltiples conflictos bélicos y políticos. Con el rico y extenso equipaje de Julia e Isabel, y con las numerosas personas que las acompañaron, se incrementó la presencia de las costumbres y maneras italianas en la corte virreinal, y se difundió mucho más el estilo italiano que el duque de Calabria ya había dado a conocer a sus poetas y dramaturgos preferidos, lo que así se confirma en las fiestas y reuniones del jardín del Real, descritas con tanto detalle por Milán y mencionadas por algunos cronistas y viajeros de la época. Aquellos famosos juegos y torneos palaciegos, en los que participaban nobles, burgueses y artistas, tanto hombres como mujeres, imbuidos en un entorno de perfumes, emblemas, máscaras y laberintos, presididos siempre por la risa, la burla y el ingenio, muestran las mismas credenciales que otros círculos cortesanos europeos que se consideraban como ejemplo de la nueva idiosincrasia humanista. Justo es reconocer que la corte del duque y doña Germana, y ahora también de las infantas napolitanas, investida de formas aragonesas, castellanas, valencianas, e igualmente italianas, mediante una combinación inédita en todo el ancho territorio hispánico, fue un auténtico espacio de apertura a las ideas y maneras renacentistas que venían del exterior, especialmente a través de los accesos marítimos que proporcionaba el Mediterráneo.

Así las cosas, la ciudad de Valencia se convirtió en un puente cultural entre dos mundos, Italia y España, cuyos pilares se hallaban representados por don Fernando, sus hermanas y los maestros y sirvientes italianos que habían acudido en diferentes momentos a las tierras levantinas. En ese sentido, recordemos que las obras de Petrarca, Dante, Valla, Bembo, Bocaccio y otros autores italianos, formaron parte de las adquisiciones librescas de Fernando y del equipaje traído desde Nápoles por las infantas, obras entre las que destaca, por su innegable repercusión en la corte valenciana, *El Cortesano* de Baldassare Castiglione, que había sido publicado en 1528, en Venecia, en casa de Aldo y Andrea Asolo, y cuya traducción al español fue realizada muy pronto por Juan Boscán, publicándose en 1534, en Barcelona, por Pedro Mompezat. De esa forma, las ideas cortesanas de Castiglione, y la poesía y la estética del humanismo, buscaron y encontraron perfecto acomodo junto al arte y la literatura de

⁴² Martín de Viciana, *Libro segundo de la Chronyca de la inclita y coronada ciudad de Valencia*, Valencia, Joan Navarro, 1564, f. 34r.

raigambre medieval, las coplas laudatorias de certamen religioso y los villancicos populares valencianos.

El 15 de octubre de 1536 fallecía doña Germana de Foix, la última reina de la Corona de Aragón, la gran virreina de Valencia. La muerte se produjo en la villa de Liria, y desde ella se trajo su cadáver en andas hasta la capital del reino, acompañado en la procesión por cien clérigos con antorchas. Su cuerpo fue depositado en el monasterio de San Bernardo y posteriormente de forma provisional en el de Santa María de Jesús, de la orden franciscana, a las afueras de la ciudad, del que era responsable y albacea el confesor de la reina. En este edificio se llevaron a cabo las honras fúnebres y en él quedó doña Germana hasta que se trasladó definitivamente al monasterio jerónimo de San Miguel de los Reyes, en el año 1546, lugar donde, por orden del duque, debían descansar los distintos miembros de la familia real que pertenecían a su corte: doña Germana, como reina de Aragón, las infantas Julia e Isabel, como hijas de los reyes de Nápoles, y el propio don Fernando, como sucesor de la corona napolitana. Con la desaparición de doña Germana se cerró una larga etapa en la que su figura había mantenido diferentes y casi contrapuestas posturas, desde la actitud represora y correctiva en los años inmediatos al conflicto de las Germanías, donde la reina aplicó la justicia en representación del rey, hasta los cometidos temporizadores de la época siguiente, en la que las arduas cuestiones políticas quedaban siempre en manos del duque, lo que confirma que la reina promocionaba y se hallaba muy al frente de los entretenimientos cortesanos.

El duque de Calabria volvió a contraer matrimonio en enero de 1541, con doña Mencía de Mendoza y Fonseca, marquesa del Zenete y condesa de Breda, a quien, como ya hemos dicho repetidamente, Dionís Clemente dedica el *Valerían de Hungría*. La boda había sido propuesta por el mismo don Fernando y aceptada sin reparos por Carlos V, quien consideraba el enlace altamente conveniente para sus planes de consolidación monárquica. Sin embargo, durante un tiempo se sucedieron distintos aplazamientos, debidos, por un lado, a las desconfianzas del duque por el fuerte carácter y la magnífica formación de la marquesa, y por otro lado, a la exigencia de doña Mencía de que don Fernando expulsara del reino a doña Esperanza, su amante conocida. Las presiones de Carlos V hacia ambos implicados, a través de constantes epístolas y mensajeros, lograron el objetivo que se perseguía, y por fin el emperador firmó las capitulaciones del nuevo desposorio, celebrado en Ayora el 13 de enero de 1541. Don Fernando luchó por la obtención de una ventaja económica en su compromiso y finalmente resultó

altamente beneficiado al hacerse cargo del marquesado y recibir de la futura duquesa 11.000 ducados.⁴³

Como máxima compensación del matrimonio pactado, don Fernando consiguió el apoyo del rey en su política de poseer las tierras al norte de Segorbe, penetrando por Manzanera, en el vecino reino de Aragón, ampliando así su dominio e influencia. El 8 de agosto de 1542, Carlos V y su madre, doña Juana, por real privilegio otorgado en las Cortes de Monzón, le concedieron al duque de Calabria y a sus herederos las villas de Jérica, Pina y Barracas, y todos los derechos que podía tener sobre las de Caudiel, Viver, Toro y Novalinches. Poco antes, el 4 de marzo de 1541, había fallecido la infanta Julia, por lo que su hermana vio reducidos a la mitad los 5.200 ducados de renta consignados en el reino de Nápoles. El duque y su nueva esposa, doña Mencía, acompañados del secretario Yciz, solicitaron al emperador que Isabel siguiese recibiendo la cantidad total que se había establecido para las dos hermanas. Carlos V autorizó éste y otros favores, si bien nunca llegaron a efecto.

A pesar de la presencia de doña Mencía de Mendoza, mujer de esmerada educación y amplia cultura, amiga de grandes humanistas, de escritores y catedráticos, mecenas de poetas y artistas como Clemente, noble titular de un rico y exquisito patrimonio, y figura, en fin, respetada y querida tanto en España como en parte de Europa, los años finales del duque estuvieron salpicados de numerosos inconvenientes y desalientos. Las tensiones entre familias y facciones aristocráticas, habitualmente dirimidas por medio de los llamados bandos o banderías, la inseguridad de las grandes ciudades, cada vez más atestadas de población marginal, y las constantes incursiones piratas en la costa, siempre guiadas por desmanes y violencias incontroladas, fueron algunos de los aspectos que mermaron la estabilidad del poder político del duque y las propias credenciales del virreinato, que ya nunca volvería a tener la misma autonomía ni tampoco una corte de semejante esplendor cultural como la de don Fernando.

En cuanto a las fiestas y reuniones palaciegas, siguieron celebrándose un tiempo bajo la atenta mirada de la marquesa del Zenete, según se desprende de los cronistas Francisco de Villanueva y José Siguënza, o de las acotaciones de Joan Fernández de Heredia, quien recuerda la petición que le hizo doña Mencía de volver a representar el *Coloquio de las damas valencianas*. Es cierto que la nueva esposa del duque tenía

⁴³ Sobre los motivos y circunstancias del enlace, véase José Martí Ferrando, tesis cit., tomo I, pp. 107-115; y Jeroni Soria, *Dietari (1539-1557)*, prólogo de Francisco Momblanch González, Valencia, Acció Bibliogràfica Valenciana, 1960, p. 203 y ss.

inquietudes bien distintas a las de doña Germana, pero su apoyo a los escritores y universitarios locales y su afán evidente de adquirir conocimientos e incrementar los fondos de su biblioteca personal, hacen pensar que continuó fomentando los encuentros y tertulias de los jardines del Real, al menos en su dimensión más culta, convocando a poetas, músicos e intelectuales humanistas y promoviendo la representación de obras de teatro y las audiciones de la por entonces ya famosa capilla musical.

El 22 de enero de 1550 falleció la infanta Isabel, el último miembro que quedaba vivo de la familia de origen del duque, lo que supuso un duro golpe que debió de debilitar profundamente a don Fernando, aquejado ya de diversos males, cansado, viejo, enfermo y muy disgustado con las últimas polémicas del reino, en las que no tuvo apoyo alguno por parte de la casa real. La crónica oficial del monasterio jerónimo rememora cómo en el lecho de muerte de Isabel el duque le pidió a su hermana que le esperase, pues se sentía próximo a su fin. De hecho, los jurados de Valencia informaron al príncipe Felipe que la muerte del duque se había producido el día 26 de octubre, a las cinco de la tarde.⁴⁴ El entierro se llevó a cabo poco después en el monasterio de San Miguel de los Reyes, con la pompa que correspondía a tan insigne mandatario y la participación de cuantiosos seguidores y amigos.⁴⁵ El citado monasterio, institución que había sido fundada y financiada por el mismo don Fernando con ayuda de doña Germana, convertido ahora en panteón familiar, quedó como heredero universal de todos sus bienes. Cabe decir que en nuestros días, totalmente rehabilitado, se ha convertido en sede de la magnífica Biblioteca Valenciana, el primer centro bibliográfico de la Comunidad Valenciana.

Llegados a este punto, hay que recordar algunos de los grandes proyectos de don Fernando, alentados durante decenios por un empeño firme y ambicioso, por un anhelo consecuente con sus aspiraciones, asociado siempre con sus inquietudes culturales y sus aficiones más predilectas. Sin ir más lejos, dispuso de una enorme y magnífica biblioteca, muy conocida y apreciada en su tiempo, que mandó depositar hacia el final de sus días en el monasterio de San Miguel de los Reyes. En los anaqueles y cajas de esta vasta biblioteca se acumularon obras de diversas procedencias y variados estilos y materias, escritas, además, en diferentes lenguas: latín, castellano, francés, italiano, toscano, catalán, y portugués. Allí estuvieron, entre muchos otros, Platón, Aristóteles,

⁴⁴ Véase Josep Rodrigo Pertegás, «Testamento del duque de Calabria», *Cultura Valenciana*, 2 (1928), 76-80.

⁴⁵ El fastuoso y emotivo entierro del duque lo describe con detalle Fray José de Sigüenza en su ob. cit., tomo II, p. 136-137.

Homero, Horacio, Virgilio, Ovidio, Terencio, Persio, Juvenal, Apuleyo, Catulo, Plauto, Lucano, Marcial, Ptolomeo, Séneca, Cicerón, Tito Livio, Quintiliano, Plutarco, Julio César, Salustio, Jenofonte, Tucídides, Suetonio, Vegecio, Valerio Máximo, Macrobio, Diógenes Laercio, San Agustín, Tomás de Aquino, Boecio, Isidoro de Sevilla, Antonio de Nebrija, Erasmo, Tomás Moro, los *Emblemas* de Alciato, los *Fueros de Valencia*, los *Fueros de Aragón*, Dante, Petrarca, Lorenzo Valla, Petro Bembo, Bocaccio, Maquiavelo, *El Cortesano* de Castiglione, Pedro Mexía, Juan de Mena, Antonio de Guevara, el *Romance de la Rosa*, *Orlando Furioso*, distintas ediciones de la *Biblia*, vidas de santos, sermones y oraciones, libros de poesía en romance, libros de derecho, de aritmética, de música, de doma de caballos, numerosas crónicas y libros de historia, y también abundantes libros de caballerías, incluidos el *Amadís de Gaula*, el *Tristán*, el *Palmerín de Olivia* y las *Sergas de Esplandián*, entre muchos otros, además del *Caballero de la Rosa* –se trata del *Claribalte*, obra dedicada al duque– y hasta dos ejemplares del *Valerían de Hungría*. El impresionante fondo de esta biblioteca, donde los clásicos griegos y latinos se dieron la mano con los humanistas italianos, y donde las obras filosóficas y teológicas se mezclaron con los poemarios amorosos y las narraciones de entretenimiento, debió de acercarse a los mil ejemplares, cifra poco habitual en los patrimonios nobiliarios del siglo XVI. En ese sentido, recordemos que don Fernando, tras fallecer su madre, envió a Italia a su secretario particular, Jerónimo Furnari, para que trajera a Valencia lo que quedaba de la Biblioteca Real de la antigua Corona de Nápoles, biblioteca iniciada por Alfonso el Magnánimo e incrementada después por Fernando I, Alfonso II, Fernando II y, por último, el propio don Fadrique, padre del duque.⁴⁶

La famosa biblioteca del virrey se fraguó, pues, con diferentes e importantes adquisiciones, vinculadas con momentos cruciales de su recorrido vital: los libros que había tenido a su disposición en su larga prisión en Játiva, las aportaciones de doña Germana, los restos de la formidable Biblioteca Real napolitana, y finalmente, los volúmenes obtenidos en los años de doña Mencía de Mendoza, se segunda esposa, una de las mujeres más cultas de su tiempo, lectora apasionada y humanista de formación, que poseyó también una extraordinaria colección libresca, superior incluso a la del

⁴⁶ Véase la disertación de Carlos Sanllehy y Girona, *La biblioteca del duque de Calabria*, Barcelona, Asociación de Bibliófilos de Barcelona, 1958, en la que se comentan algunos de estos acontecimientos. También puede consultarse el compendio titulado *Manuscripts del Duc de Calabria. Còdexs de la Universitat de València*, València, Universitat de València, 1991, trabajo monográfico sobre una exposición de hermosos códices que pertenecieron al duque.

duque. El inventario conservado de la biblioteca de don Fernando apunta 795 títulos, mientras que los papeles hallados de doña Mencía, todavía en estudio, anuncian 949 volúmenes,⁴⁷ con lo que ambas librerías se constituyen como las más importantes de la Valencia renacentista y sin duda de las más aventajadas del territorio hispánico, sólo superadas por la increíble biblioteca de Fernando Colón, que ascendía a 16.000 ejemplares, y comparables a otras como la de Constantino Ponce de la Fuente, con 898 asientos, o la de Diego Hurtado de Mendoza, de 432 libros⁴⁸.

Respecto a su otra gran devoción, la música, el duque de Calabria logró crear una capilla musical compuesta de excelentes cantores, letristas y músicos.⁴⁹ La capilla alcanzó gran fama y prestigio en los reinos hispánicos, de donde venían ex profeso para escuchar las composiciones y copiar las técnicas musicales. El escritor Joan Timoneda (1518/1520-1583) rememora en sus cuentos de *El Sobremesa y Alivio de caminantes* diversas anécdotas de la corte valenciana, en las que incide en la calidad y la importancia de la capilla musical, si bien también apunta con ironía y gracia los impagos y las limitaciones económicas del duque, que no debieron de ser pocas:

⁴⁷ Recuérdese el famoso «Inventario de los libros de don Fernando de Aragón, duque de Calabria», y el estudio de Josep Solervicens Bo, «La literatura humanística a la selecta biblioteca de Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete, duquesa de Calabria i deixebra de Joan Lluís Vives», ambos trabajos ya citados.

⁴⁸ Respecto a la biblioteca de Fernando Colón, consúltense los trabajos de Archer M. Huntington, Servando Arbolí Farauo, y Simón de la Rosa López, *Catalogue of the Library of Ferdinand Columbus*, New York, Graus Reprint Corporation, 1967; Tomás Marín Martínez, José Manuel Ruiz Asencio, y Klaus Wagner, *Catálogo concordado de la biblioteca de Hernando Colón*, Madrid, Mapfre, 1993; *Hernando Colón y la biblioteca colombina: una vida de libros*, ed. Teresa Prieto Palomo, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003; y Marc McDonald, *The Print Collection of Ferdinandus Columbus, 1488-1539: A Renaissance collector in Seville*, Londres, The British Museum Press, 2004. En cuanto a las otras bibliotecas mencionadas, deben verse Klaus Wagner, *El doctor Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su biblioteca*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1979; Anthony Hobson, «Libros, manuscritos y encuadernaciones de la biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza», en *XVIII Congreso Internacional de Bibliofilia*, Madrid, Congreso Internacional de Bibliofilia, 1993, pp. 120-135; y *Renaissance book collecting: Jean Grolier and Diego Hurtado de Mendoza, their books and bindings*, New York, Cambridge University Press, 1999.

⁴⁹ Para conocer los aspectos musicales de la corte del duque pueden consultarse los siguientes trabajos: José Ruiz de Lihory, *La música en Valencia. Diccionario biográfico y crítico*, Valencia, Establecimiento Tipográfico Doménech, 1903; Higinio Anglés, *La música en la corte de Carlos V*, Barcelona, Instituto Español de Musicología, 1944; Jaime Moll, «Notas para la historia musical de la corte del duque de Calabria», *Anuario Musical*, 18 (1963), pp. 123-135; y Vicente Ros Pérez, «Las capillas del duque de Calabria y del Palacio Real. Luís Milà», en *Historia de la música de la Comunidad Valenciana*, dir. Gonzalo Badenes, Valencia, Prensa Alicantina-Prensa Valenciana, 1992, pp. 103-105. Asimismo, nos parece imprescindible el conjunto de estudios de Josep Romeu i Figueras, *Assaigs de literatura valenciana del Renaixement*, Alacant, Universitat d'Alacant, 1999, especialmente el titulado «Mateu Fletxa el Vell, la cort literariomusical del duc de Calàbria i el Cançoner dit d'Uppsala», pp. 17-108, publicado previamente en versión castellana en la revista *Anuario Musical*, 13 (1958), pp. 25-101. De la misma manera, hay que ver el artículo de M^a Carmen Gómez Muntané, «San Miguel de los Reyes y la capilla musical de don Fernando de Aragón», en *San Miguel de los Reyes: de Biblioteca Real a Biblioteca Valenciana*, Valencia, Biblioteca Valenciana / Generalitat Valenciana, 2000, pp. 91-111; y el trabajo de Ferrán Muñoz, *Mencía de Mendoza y la «Viuda» de Mateo Flecha*, València, Alfons el Magnànim, 2001.

Cuento 122 (cuento 29)

El duque de Calabria fue tan dado a la música, que no había en España quien tantos y tan buenos músicos tuviese, a causa de los grandes salarios que les daba. Viniendo un gran músico forastero al Real para oír la música, el día de los Reyes, que tanto le habían alabado, oída e informado de la renta del duque, dijo:

– Para tan chica capa, gran capilla es ésta.

Cuento 123 (cuento 30)

Como el duque de Calabria dilatase una vez la paga de sus cantores, importunábale el maestro de capilla a pedírsela, diciendo:

–Mire vuestra Excelencia que se dilata nuestra paga.

Respondía él:

–Mírese.

Como por diversas veces se la hubiese demandado con decir «Mire vuestra Excelencia», y él había respondido «Mírese», dijo un día el maestro:

–¿Contino se ha de estar vuestra Esxecelencia en *mi*? Para ser buen cantor, diga *fa*: fágase.

Respondió el duque:

–Perdonad, que vos me entonastes.⁵⁰

Por su parte, el padre jerónimo José Sigüenza, buen conocedor de la última etapa ducal y cronista de la orden que tantos apoyos recibió de los virreyes valencianos, trae a colación los diversos oficios religiosos que don Fernando mandaba celebrar en palacio, donde intervenían maestros, músicos, cantantes y organistas:

Celebrábase cada día en su capilla el oficio divino, como en capilla real, con solemnidad grande. Tenía para esto capellanes ordinarios, y para las fiestas principales, un obispo que dixesse la missa de pontifical; y así juntó la mejor capilla de músicos así de voces naturales, como de todo género de instrumentos, que hubo en España, ni la ha avido después acá tan buena en número, habilidades y voces, porque se juntó allí cuanto bueno se hallava en estos reinos, y todos yvan a servirle con mucho gusto.⁵¹

Desde que en 1527 doña Germana y don Fernando se instalaron en el Palacio del Real y comenzaron a organizar las fiestas y reuniones que pronto etiquetaron y dieron

⁵⁰ Joan Timoneda, *Buen Aviso y Portacuentos, El Sobremesa y Alivio de caminantes*. Joan Aragonés, *Cuentos*, ed. M^a Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, Madrid, Espasa Calpe, 1990. Los cuentos aparecen en *El Sobremesa y Alivio de caminantes*, pp. 282-283.

⁵¹ Fray José de Sigüenza, ob. cit., tomo II, p. 128.

renombre a su corte, la nueva capilla participó, junto a la también muy completa de la Seo de Valencia, de las grandes solemnidades y efemérides que se celebraron en la ciudad, en las que la realeza y la aristocracia exhibían sus mejores galas y el pueblo salía a la calle en plena algarabía y festejo. De esa forma, ambas capillas predicaron y cantaron en la ceremonia de canonización de San Antonio, en el acto con motivo del nacimiento del príncipe Felipe o en la entrada triunfal del emperador Carlos V a Valencia, entre otros importantes acontecimientos. De la misma manera, participaban de las fiestas religiosas más tradicionales, como la de San Miguel y especialmente las de Navidad y la Epifanía de los Reyes Magos. Ahora bien, los músicos de la capilla ducal no sólo intervenían en las grandes celebraciones religiosas y oficiales, sino que también colaboraban en las fiestas profanas y en el teatro cortesano, en las farsas de Joan Fernández de Heredia y en los citados divertimentos que describe Luis Milán en *El Cortesano*. Según señala el profesor Castañeda,⁵² el duque de Calabria llegó a mantener, en la época de doña Germana, hasta cuarenta y siete capellanes, «servidores de altar y cantores de capilla», siete ministriles, ocho trompetas y dos atabaleros, lo que unido a veintiún gentiles hombres, entre secretarios, escribanos y ayudantes, sesenta oficiales de diversos oficios, catorce pajes, dieciséis cazadores, ocho monteros, ocho mozos de mulas, nueve acemileros, y cerca de veinte doncellas, componía un servicio de más de doscientas personas, amén del obispo que el emperador Carlos le había puesto a su cargo, y de los nobles y artistas que siempre acompañaban a los virreyes.

En esta capilla colaboraron compositores y maestros de gran celebridad, como el abad y músico Pedro de Pastrana, que participó de forma intermitente y quizá por encargo, debido a su dedicación más exclusiva al cabildo real de Carlos V. Otros datos sobre el particular los aporta el historiador Lasso de la Vega, quien encontró en los archivos valencianos el registro de la composición y los emolumentos de la capilla en 1550, año de la muerte de don Fernando, registro en el que se cuentan hasta treinta y siete personas integrantes o relacionadas con el cuerpo musical de capellanes, encabezadas por el reverendo Francisco Mexía, obispo de Fez, mosén Luis Zapater, como predicador, y el conocido Juan Cepa, como maestro de capilla.⁵³

En torno a la corte y a la capilla del duque se fueron estableciendo, como ya hemos advertido una y otra vez, artistas de diferente signo, incluidos, desde luego,

⁵² Vicente Castañeda, art. cit., pp. 276-277.

⁵³ Miguel Lasso de la Vega y López de Tejada, marqués de Saltillo, *Doña Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete (1508-1554)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1942, pp. 47-48.

diversos músicos. En primer lugar, no debe olvidarse al polifacético Luis Milán, que además de escritor y poeta, fue compositor musical e instrumentista de cuerda; de hecho, llevó a imprenta el *Libro de música de vihuela de mano, intitulado El Maestro* (Valencia, Francisco Díaz Romano, 1535),⁵⁴ que es cronológicamente el primer tratado de este tipo en toda la Península. Otro autor de cierto interés, Joan Fernández de Heredia, del que ya hemos hablado a propósito de *La visita*, gran amigo de Milán y de los duques, y buen poeta, escribió abundantes farsas, diálogos, villancicos y chistes, que a menudo se representaban o cantaban acompañados de música, en la que él mismo había intervenido. De mayor importancia resulta el catalán Mateo Flecha el Viejo y sus famosas ensaladas, género poético-musical donde se mezclan con libertad ingredientes formales, cuyo ejemplo más sonado fue *La viuda*, dedicada probablemente a doña Mencía de Mendoza. Aunque la presencia de Flecha en Valencia no está probada con total seguridad, parecen evidentes las coincidencias de los versos de sus ensaladas con los aspectos literarios y musicales de la corte del duque, véase el poliglotismo, la diversidad de géneros y asuntos, y la utilización constante de romances, canciones populares, villancicos navideños y poesías sobre el tema de la malmaridada, como así llevaron a cabo los valencianos Luis Milán, Joan Fernández de Heredia y Joan Timoneda, entre otros.

Finalmente, recordemos que en 1556 se publicó en Venecia el *Cançoner del Duc de Calàbria*, repertorio poético-musical que también se conoce como el *Cancionero de Uppsala*, debido a que el único ejemplar conocido se halló en la biblioteca de esa ciudad sueca.⁵⁵ Aunque las cincuenta y cuatro piezas musicales que lo componen figuran como anónimas, excepto la número cuarenta y nueve, atribuida a Nicolás Gombert, los estudiosos del *Cancionero* han identificado y atribuido el resto de villancicos a diferentes autores: el maestro catalán Mateo Flecha, el músico valenciano Bertomeu

⁵⁴ Existen ediciones modernas: *Libro de Música de vihuela de mano intitulado El Maestro*, ed. Leo Schrade, Leipzig, Publikationen Älterer Musik, 1927 / Hildesheim, Georg Olms, 1967; *Libro de Música de vihuela de mano intitulado El Maestro*, ed. Ruggero Chiesa, Milán, Edizioni Suvini Zerboni, 1974; *El Maestro*, ed. Charles Jacobs, Londres, University Press, 1971.

⁵⁵ El hallazgo se debe al musicólogo español Rafael Mitjana, quien publicó después el estudio. Años más tarde, Leopoldo Querol Roso analizó y reeditó las composiciones en su tesis doctoral *La poesía del Cancionero de Uppsala*, publicada en los *Anales de la Universidad de Valencia*, 10 (1929-1930). Posteriormente, fue transcrito y editado por Jesús Bal y Gay, con la introducción de Mitjana y un trabajo preliminar de Isabel Pope sobre el villancico polifónico, véase *Cancionero de Uppsala: Villancicos de diversos autores a dos, y a tres y a quatro y a cinco bozes, Venecia, 1556*, México, El Colegio de México, 1944. No hay que olvidar tampoco el ensayo de Jesús Riosalido, *El Cancionero de Uppsala*, Madrid, Instituto Hispano Árabe de Cultura, 1983; y la tesis doctoral de José M^a Vives Ramiro, dedicada al estudio y edición del *Cancionero de Uppsala*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1992, en microfichas.

Càrceres, el compositor Cristóbal de Morales, natural de Sevilla, el también andaluz Juan Vázquez, el músico catalán Joan Aldomar, el compositor Juan Cepa, maestro de la capilla del duque, como ya hemos visto, y el eclesiástico Pedro Pastrana, que igualmente formó parte de la misma y fue abad de San Miguel de los Reyes. En cuanto a las letras de las canciones, varias son con fiabilidad de Fernández de Heredia, y del mismo modo es bastante probable la impronta de Milán y del joven Timoneda, e incluso de Juan del Encina, de quien podría contarse alguna poesía.

La biblioteca con sus tertulias, la capilla musical con sus canciones, y las fiestas y representaciones teatrales del Palacio del Real a orillas del Turia, se convirtieron en espacios artísticos de gran atractivo y reclamo en la época, un verdadero estímulo para que naturales y foráneos acudieran a la corte, mostraran sus credenciales e incluso participaran de algunas creaciones y lecturas. Para el mantenimiento y desarrollo de estos ámbitos curiales, tuvo un papel determinante el impulso de otras áreas culturales contiguas, véanse los certámenes poéticos, auspiciados por la Iglesia, y véase también el mundo del libro y la imprenta, fundamental en Valencia durante la primera mitad del XVI, y por extensión la literatura y el teatro,⁵⁶ a través de un buen número de intelectuales, autores y obras que conformaron una referencia de notable repercusión en el conjunto de los reinos hispánicos, quizá la mejor muestra del intercambio funcional entre el Renacimiento humanista que venía de Italia y las formas hispánicas autóctonas.

Este ambiente cortesano fue el que rodeó a Clemente y le empapó de cuantiosos elementos que a buen seguro influyeron en la decisión de escribir el *Valerián*; un contexto en el que se dejaron notar especialmente dos figuras que ya hemos comentado en repetidas ocasiones: el ingenioso poeta y vihuelista Luis Milán y el versátil escritor Joan Fernández de Heredia. Ambos autores se hallaban estrechamente vinculados al teatro y la poesía, siendo igualmente representantes tanto de los elementos autóctonos

⁵⁶ Respecto al mundo del libro y la imprenta, debe consultarse el estudio del profesor Berger, tantas veces citado en estas páginas. En cuanto a los certámenes poéticos, hay que acudir a Antoni Ferrando Francés, *Els certàmens poètics valencians del segle XIV al XIX*, València, Alfons el Magnànim, 1983, donde comprobamos que Clemente no participaba en ellos, a diferencia de sus amigos –Martí Pineda, Jerónimo Oliver– que sí lo hicieron en varias ocasiones. Y sobre la literatura y el teatro en general en la Valencia renacentista, además de los estudios citados de Romeu i Figueras y Ferrán Muñoz, hay que ver el conocido trabajo de Henri Mérimée, *El arte dramático en Valencia. Desde los orígenes hasta principios del siglo XVII*, València, Alfons el Magnànim, 1985 [1913], 2 volúmenes; y también los estudios: AA. VV., *Teatros y prácticas escénicas, I: El Quinientos valenciano*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1984; Josep Lluís Sirera, «Espectáculo y teatralidad en la Valencia del Renacimiento», *Edad de Oro*, 5 (1986), pp. 247-270; Josep Lluís Sirera, *Història de la literatura valenciana*, València, Alfons el Magnànim, 1995, en concreto, el capítulo 4, «El segle XVI: tradició i univers cortesà», pp. 197-236, y el capítulo 5, «Maduresa i esplendor de les lletres castellanès», pp. 237-284; y Luis Gil Fernández, *Formas y tendencias del humanismo valenciano quinientista*, Alcañiz, Instituto de Estudios Humanísticos / Madrid, CSIC, 2003.

valencianos como del bilingüismo y de las influencias castellanas e italianas. Milán y Fernández de Heredia, compañeros de festejos y concursos, son los puntales literarios de la corte virreinal del de Calabria, pero no deben olvidarse otros creadores que también tuvieron gran importancia en el desarrollo de los gustos y las formas de aquellos momentos de efusión artística, tales como Martí Pineda, Frances Fenollet, Jerónimo Sempere, Joan Baptista Aynes, Baltasar de Romaní, Jerónimo Aunés, Nicolás Espinosa, y los cronistas Pedro Antón Beuter y Martín de Viciana, entre otros. Todos ellos, Clemente incluido, se apoyaron en diferentes factores, diferentes géneros y materias, que se hacen necesarios para el entendimiento de la generación literaria que integró la corte del duque de Calabria y conformó la primera época de la Valencia renacentista.

¶-3 EL MUNDO DEL LIBRO Y LA LITERATURA CABALLERESCA EN LA VALENCIA DEL RENACIMIENTO

Durante casi todo el Renacimiento, Valencia fue un centro permanente de edición y publicaciones. Según el profesor Philippe Berger, al que seguimos en todo momento,⁵⁷ tras la época incunable del XV y una leve crisis entre 1507 y 1509, la reorganización activa y la implantación definitiva de la imprenta valenciana se llevó a cabo a partir de 1510, siendo sus señas más elocuentes el enérgico desarrollo de la literatura profana y la invasión en el mercado del idioma castellano, si bien el latín y el valenciano estuvieron presentes en algunas materias. La media anual de impresiones, a pesar de los graves problemas sociales y políticos que iban acaeciendo –sobre todo el conflicto de las Germanías (1521-1524)–, llegó a 7 y 8 títulos, lo que se producía como resultado de tres o cuatro talleres trabajando de forma simultánea, cifras muy elevadas respecto a otras grandes urbes. Impresores tanto valencianos como de otras zonas de la Península, e incluso extranjeros, fueron instalándose en Valencia en búsqueda de contratos de trabajo, operarios y materia prima, también de apoyo económico y mecenazgo editorial. Algunos, incluso, solicitaron la ciudadanía y vecindad valenciana, lo que en el caso de obtenerla les ofrecía cuantiosas ventajas administrativas. A partir de la *Tacha Real* y otros documentos y registros cotejados por el profesor Berger,⁵⁸ se sabe, por ejemplo, que el saboyano Joan Jofre y el alemán Cristófol Cofman llegaron a Valencia hacia 1498 y que después estuvieron imprimiendo casi sin interrupción hasta 1530. El francés Joan Vinyau debió recalcar hacia 1513 y mantuvo su producción hasta 1531. Jorge Costilla residió y trabajó en Valencia una

⁵⁷ Además de su conocido estudio general, deben verse sus artículos complementarios: «La lecture à Valence de 1474 à 1560 (Evolution des comportements en fonction des milieux sociaux)», en *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*, Paris, Editions ADPF, 1981, pp. 97-107, «La dependance editoriale de l'Espagne: le cas de Valence aux XVe et XVIe siècles», en *Histoire du livre et de l'édition dans les pays ibériques. La dependance*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1986, pp. 7-25, y de especial interés, «Las lecturas de las capas modestas en la Valencia renacentista», *Bulletin Hispanique*, 99.1 (1997), pp. 161-170, y «Las lecturas femeninas en la Valencia del Renacimiento», *Bulletin Hispanique*, 100.2 (1998), pp. 383-399. También pueden verse los trabajos de José Sanchis Sivera, «Copistes, llibreters i impressors a València», *Bulletí de la Biblioteca de Catalunya*, 4 (1917), pp. 135-140, «Bibliología valenciana (Siglos XV, XVI y XVII)», *Anales de Cultura Valenciana*, 9 (1931), pp. 89-122, y «Bibliología valenciana (Siglos XVI y XVII)», *Anales de Cultura Valenciana*, 10 (1932), pp. 44-49 y 89-119, en los que se recoge diversa documentación sobre el mundo del libro y la imprenta valenciana. Mucho más extensa, documentada y precisa es la tesis de Diego Romero Lucas, *Catálogo gráfico-descriptivo de la primitiva imprenta valenciana (1473-1530)*, dirigida por el profesor José Luis Canet Valles, Valencia, Universitat de València, 2004, en trámite de publicación.

⁵⁸ En la *Tacha Real* aparecía el registro de los libreros e impresores censados en la ciudad, listado que llevaban a cabo los repartidores del impuesto real. Cada registro de los que se anotaron corresponden a los impuestos votados en las Cortes de 1513, 1528, 1542, 1547 y 1552. Véase Berger, ob. cit., tomo 2, pp. 521-548, los llamados documentos H.

primera etapa, de 1508 a 1513, después se fue varios años a Murcia, de donde volvió hacia 1520 para seguir imprimiendo en solitario o en colaboración hasta 1532. El extremeño Francisco Díaz Romano, editor del *Valerían de Hungría*, apareció en 1530 y se hizo cargo del Molino de la Rovella, llevando a estampa un buen número de obras y consiguiendo el título de impresor oficial de Valencia, hasta que en 1541, sin que se sepan las razones exactas, regresó a Guadalupe, su pueblo de origen. Se desconoce el momento preciso de la llegada de Juan Navarro a Valencia, pero sí que puede colegirse su excelente tarea impresora desde 1531 a 1543. Por su parte, el flamenco Juan de Mey se estableció en 1535 y estuvo trabajando hasta 1556 ó 1557, sacando a la luz importantes y meritorios libros.

Junto a los maestros impresores y sus talleres de imprenta, hay que contar a los editores, libreros, comerciantes, tipógrafos y otras profesiones en torno al libro y la imprenta que fueron surgiendo en Valencia durante las primeras décadas del siglo XVI. Desde luego, ni unos ni otros tuvieron la misma fortuna, lo que siempre estaba en dependencia con los vaivenes económicos del sector y con las ayudas oportunas de instituciones o mecenas interesados. De hecho, la mayor parte de los que trabajaban en molinos y talleres no tenían suficiencia financiera para acometer los posibles contratos, por lo que algunos de ellos se unieron en sociedades, firmaron acuerdos y compartieron materiales, operarios y ganancias. Por ejemplo, Sebastián de Escocia, Joan Jofre y la viuda de Lope de la Roca se asociaron para realizar cierto trabajo editor durante tres meses. Jorge Costilla y Vinyau imprimieron conjuntamente un par de libros, tras lo que, según parece, siguieron apoyándose puntualmente. El mismo Jorge Costilla y el también impresor Diego de Gumiel se unieron para llevar a estampa un breviario en 1517. En diciembre de 1531, Pere Posa y Bernat Basures, editores, firmaron un proyecto común societario para futuras ediciones. Apuntemos también la labor de intelectuales inquietos como Juan de Molina, escritor, erudito, traductor de latín y editor ocasional, que buscó los convenios y ayudas necesarios para sacar a la luz diversas obras, véanse *Los triumphos de Apiano* en 1522, la *Crónica de Aragón* de Luciano Marineo Sículo en 1524, y los *Dichos y hechos del rey don Alonso* de Antonio Panormitano en 1527, impresas las tres en el taller de Jofre. Respecto a los libreros, se pueden contabilizar entre 1473 y 1560 hasta treinta figuras importantes que eran poseedores de una tienda propia.

Apuntemos igualmente algunas de las obras impresas más significativas del período en que Dionís Clemente se formó como escritor. Destaca, por ejemplo, la

publicación del enorme e influyente *Cancionero General* de Hernando del Castillo, que vio la luz en Valencia en 1511, de la mano de Jorge Costilla y de Joan Uguet, los cuales habían obtenido el privilegio del Consejo local. También en 1511 se concede a Costilla, por el tiempo de dos años, el privilegio de impresión de los *Furs* y la exclusiva momentánea de su venta, lo que no dejó de provocar abundantes recelos entre los responsables de los talleres, debido a la notable fama que los cuadernillos forales habían adquirido desde finales del siglo anterior. En 1515, los conocidos y valorados poetas Vicent Ferrandis y Jaume Bertran, reunieron buena parte de sus poesías en las *Obres contemplatives y de molta devoció novament trobades*, a petición del entonces joven Fenollet, que les profesaba gran admiración y quizá les ayudó en este empeño. Por otra parte, en el taller de Jofre se llegó a imprimir hasta dos veces *La Celestina*, en 1514 y 1518, ediciones que fueron supervisadas y posiblemente patrocinadas por el humanista Alonso de Proaza, profesor de la Universidad de Valencia. Otro gran humanista, el prolífico Juan de Molina, preparó la edición del *Gamaliel*, exitosa obra del catalán Pedro Pascual, impresa por Jofre en 1517, 1522 y 1525, la primera en valenciano, la siguiente en castellano y la última en latín; libro que después sería prohibido sistemáticamente por los índices inquisitoriales. Merced al apoyo económico del duque de Gandía, Juan de Molina pudo editar también en 1520 sus propias *Epístolas de San Hierónimo*, edición que venía avalada por el privilegio imperial. En ese sentido, recordemos que Dionís Clemente, notario de la corte virreinal, obtuvo también, como era preceptivo, el privilegio de Carlos V para publicar su *Valerián de Hungría*. En 1528, casi de forma simultánea, Jofre y Costilla imprimieron cada uno una edición del *Enchiridion* de Erasmo de Róterdam, mientras que el *Coloquio de Erasmo intitulado Institución del Matrimonio christiano* lo publicó poco después Jofre en solitario, todo lo cual significó la puerta de entrada en Valencia de las obras de Erasmo. El humanista Juan de Molina y el impresor precedente lanzaron al mercado, también en 1528, dos ediciones del entonces famosísimo *Marco Aurelio* de Fray Antonio de Guevara, sin autorización conocida de éste. Años más tarde, Molina y Guevara debieron de llegar a algún tipo de acuerdo, dado que el primero sacó a la luz una segunda edición de la obra, esta vez claramente autorizada, en las prensas de Juan Navarro. El librero Onofre Almudéver emprendió en 1531 la publicación del *Llibre de consells* o *Spill*, importante obra satírica del autor medieval Jaume Roig, impresa por el prolífico Francisco Díaz Romano. Juan de Mey estampó en 1547 y 1548 la compilación de los *Fori Regni Valentiae*, con privilegio imperial. Ya en los márgenes de la época fernandina,

concretamente en 1563, el escritor y también editor Juan Timoneda le encargó la impresión de su *Timón de tratantes* a Juan Navarro. Los dos primeros volúmenes de la fundamental *Crónica de la ínclita ciudad de Valencia* de Martín de Viciano los imprimió igualmente Juan Navarro en 1564.

En el conjunto de las variadas publicaciones de la primera mitad del siglo XVI valenciano, llama la atención el alto número de libros de caballerías que vieron la luz.⁵⁹ Antes de la aparición del libro de Clemente, habían salido de las prensas valencianas algunas primeras ediciones del género caballeresco; en primer lugar, el magnífico y fundacional *Tirant lo Blanch* de Joanot Martorell (Nicolás Spindeler, 1490),⁶⁰ que sabemos se escribió mucho antes, y también *Renaldos de Montalbán* de Luis Domínguez (Jorge Costilla, antes de 1511),⁶¹ *La Trapesonda* (Jorge Costilla, 1513),⁶² *Floriseo* de Fernando Bernal (Diego de Gumiel, 1516),⁶³ el *Libro del esforçado cavallero Arderique* de Juan de Molina (Juan Vinyao, 1517),⁶⁴ *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo (Juan Vinyao, 1519),⁶⁵ *Lepolemo* de Alonso de Salazar (Juan Jofre, 1521), y los dos libros de *Morgante* de Jerónimo Aunés (Francisco Díaz Romano, 1533, y Nicolás Durán de Salvanyach, 1535), a los que deben sumarse las reediciones de *Oliveros de Castilla* (s. i., 1505), el citado *Lepolemo* (Juan Jofre, 1525) y la narración caballeresca titulada el *Libro del rey Canamor y del infante Turián* (Jorge Costilla, 1527),⁶⁶ cuya primera edición se había estampado en Burgos en 1509. Por último, ya en 1540, se publicó el voluminoso *Valerián de Hungría* del notario Dionís Clemente, último representante valenciano de los libros de caballerías. Respecto al *Caballero de la Rosa* que Berger localiza en sus investigaciones, todo hace pensar,

⁵⁹ Philippe Berger trata este asunto en su artículo «À propos des romans de chevalerie a Valence», *Bulletin Hispanique*, 92.1 (1990), pp. 83-90.

⁶⁰ Joanot Martorell, *Tirant lo Blanch*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Ariel, 1982.

⁶¹ No se conocen ejemplares conservados de esta edición. La fuente la proporciona Berger, ob. cit., tomo II, pp. 467-469, concretamente en el documento D-3, con fecha de 11 de agosto de 1511, en el que se menciona una edición del *Renaldos* que ha sido convenida entre el librero Hernando del Castillo, el impresor Jorge Costilla y el librero Johan Uguet. Contamos ahora con el *Libro del noble y esforzado & invencible caballero Renaldos de Montaluan*, ed. Ivy A. Corfis, New York, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2001, que se basa en la edición de Salamanca, de 1526.

⁶² No se conocen ejemplares conservados de esta edición. La fuente se halla en José Enrique Serrano Morales, ob. cit., pp. 95-96 y 207-208, donde se adjuntan dos contratos de 1513 relativos a la edición de la *Trapesonda*.

⁶³ Fernando Bernal, *Floriseo*, ed. Javier Guijarro Ceballos, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.

⁶⁴ *Arderique*, ed. Dorothy Molloy Carpenter, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000.

⁶⁵ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, ed. Alberto del Río Nogueras, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.

⁶⁶ *Historias caballerescas del siglo XVI*, volumen II, ed. Nieves Baranda, Madrid, Fundación José Antonio de Castro / Turner, 1995, pp. 1-122: *Libro del rey Canamor*.

como ya ha indicado el profesor Lucía Megías,⁶⁷ que se trata de una edición fantasma del *Claribalte*, cuyo protagonista se hace llamar durante varios capítulos de la forma antes aludida. Por otra parte, no olvidemos que la obra de Fernández de Oviedo estaba dedicada al duque de Calabria, quien precisamente poseía en su biblioteca un ejemplar del *Caballero de la Rosa*.

Unos años más tarde, a modo de alternativa frente a los libros de caballerías, los cuales habían sido denostados por intelectuales de prestigio y empezaban a entrar en clara decadencia, se vino a optar en Valencia por la caballería a lo divino, de la mano del inquieto poeta valenciano Jerónimo Sempere y su *Libro de la cavallería celestial del Pie de la Rosa Fragante* (1554), junto a la reedición del *Libro de la cavallería cristiana* de fray Jaime de Alcalá (1556), obra primera de los caballeros celestiales. No obstante, estas apuestas tampoco tuvieron continuidad, debido, entre otras cosas, a la prohibición de la obra de Sempere en el *Índice* de Valdés de 1559, que después incluirán todos los sumarios posteriores. Por la misma época, sobresale la reincidencia de una variante de la familia caballeresca importada de Italia: los poemas caballerescos épicos. Francisco Garrido de Villena tradujo del italiano, en versos castellanos, el *Orlando innamorato* de Boiardo, que además quiso extender con una continuación personal, también en versos castellanos, titulada *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles con la muerte de los doce pares de Francia*, ambas obras salidas del prestigioso taller de Juan de Mey, en 1555. Este mismo año, otro escritor y traductor valenciano, Nicolás Espinosa, publicó en Zaragoza *La segunda parte de Orlando con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles*, lo que seguramente se trata de una competencia frente al libro de Garrido de Villena. Por su parte, el mercader y poeta de certámenes Jerónimo Sempere, una vez abandonada la caballería a lo divino, se inclinó por la epopeya encomiástica de tono político, publicando las dos partes de la *Carolea*, en casa de Juan de Arcos, en 1560, poema de claro ensalzamiento de la figura de Carlos V, que después citará Cervantes en el *Quijote*. Apuntemos finalmente, ya en 1566, la primera edición del *Carlo famoso* de Luis Zapata, también por Juan de Mey, obra visiblemente influida por el *Orlando furioso* de Ariosto (1516-1521-1532), que cierra el ciclo de los poemas caballerescos editados en la Valencia renacentista y también el extenso recorrido de toda la literatura caballeresca en dicha ciudad a lo largo de varias décadas.

⁶⁷ José Manuel Lucía Megías, «Libros de caballerías castellanos: textos y contextos», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 9-60. Véanse las explicaciones en la p. 59.

En el caso de la literatura caballeresca se advierten con claridad dos tendencias literarias que se entrecruzan a lo largo de la primera mitad del quinientos valenciano. Por un lado, se produce la traducción y transformación de poemas épico-novelescos italianos, y por otro, se da pie a la creación de narraciones de caballerías autóctonas. Respecto a la primera, hay que recordar que los dos primeros libros de *Renaldos de Montalbán*, traducidos y adaptados por Luis Domínguez, se basan en el anónimo *Innamoramento di Carlo Magno* (1481-1491), mientras que *La Trapisonada*, libro tercero del ciclo, sigue de cerca *La Trabisonda hystoriata* (1483) de Francesco Tromba. De igual forma, los dos tomos del *Morgante* preparados por Jerónimo Aunés, son una adaptación del *Il Morgante maggionte* (1478-1483) de Luigi Pulci. Recordemos que fuera de Valencia también se reelaboraron otros poemas italianos, como es el caso del famoso *Espejo de cavallerías*, sacado a la luz en Toledo en tres partes (1525, 1527, 1547), el cual se basa principalmente en el *Orlando innamorato* (1483-1495) de Matteo Maria Boiardo, así como el *Baldo*,⁶⁸ cuarta parte del *Renaldos*, editado en Sevilla (1542), cuya referencia proviene del poema macarrónico *Baldus* (1517-1521) de Teofilo Folengo. Los ejemplos de Toledo y Sevilla son sin duda de gran importancia para el desarrollo de la literatura caballeresca hispánica e incluso para otros géneros emergentes en el Renacimiento español, pero las prensas valencianas se destacan por haber iniciado con antelación el contacto con las obras italianas y por llevar este género, tanto en el tiempo como en la diversidad de las propuestas, mucho más allá que el resto de centros editores.

Para el profesor Javier Gómez-Montero, las estrechas relaciones entre la corte valenciana y el reino de Nápoles, fueron establecidas en los tiempos de Enrique de Aragón, a finales del siglo XV, y se ampliaron ostensiblemente en la época del duque de Calabria y doña Germana y después doña Mencía de Mendoza, todo lo cual facilitó la entrada en España de los ciclos caballerescos italianos en torno a la figura de Carlomagno y sus famosos pares, material que alcanzó gran predicamento en la literatura española de los Siglos de Oro, por medio de múltiples géneros.⁶⁹ Este maridaje caballeresco entre Italia y España, cuyos ejemplos más importantes han sido analizados por los profesores Bernhard König, Javier García-Montero y Folke

⁶⁸ *Baldo*, ed. Folke Gernert, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.

⁶⁹ Sobre estos aspectos hay que ver el estudio de Javier Gómez-Montero, *Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542). El «Espejo de cavallerías» (deconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen, Niemeyer, 1992.

Gernert,⁷⁰ perduró durante un tiempo en la capital del Turia hasta alcanzar los años sesenta, según hemos visto, con las versiones poéticas de la obra de Boiardo, debidas a Francisco Garrido de Villena y Nicolás Espinosa, y con la innegable huella ariostesca en el *Carlo famoso* de Luis Zapata.

A nuestro parecer, tanto estas adaptaciones en verso del *Innamorato*, como los libros de *Morgante* elaborados por Jerónimo Aunés en 1533 y 1535, forman parte de la promoción italianizante realizada por Fernando de Aragón durante todo su mandato, lo que resulta bien visible en los hechos narrados por Milán en *El Cortesano*, en las predilecciones literarias que se desprenden de la propia biblioteca del duque, y en los gustos musicales que se observan en las composiciones de la capilla musical de palacio. Sin embargo, la influencia italiana del duque de Calabria no puede retrotraerse hasta 1510 y 1513, fechas en las que se publicaron el *Renaldos de Montalbán* y *La Trapisonda*, dado que todavía no era virrey ni se había instalado en Valencia, además de que por esos años estaba a punto de ser retenido contra su voluntad en el castillo de Játiva. Sólo a partir de 1526, cuando don Fernando, liberado de su prisión y reconocido plenamente por el emperador, entró triunfal en Valencia junto a doña Germana y el séquito de ambos, cabe entender la presencia y difusión de los modelos italianos, incluyendo, desde luego, los poemas caballerescos. Recordemos una vez más que en la gran biblioteca ducal, según los inventarios que han perdurado, se hallaban las obras de Dante, Petrarca, Boccaccio, Bembo, Valla y Castiglione, entre muchos otros, y también aparecía el *Orlando furioso* de Ariosto.

Ahora bien, queda el interrogante de saber cuál es el conducto utilizado entre las dos penínsulas en las primeras décadas del siglo, antes de la llegada del duque de Calabria. Quizá dicho conducto pueda encontrarse en la relación existente entre el reino de Nápoles y los otros reinos de la corona de Aragón desde los tiempos de Alfonso el Magnánimo, a través de los circuitos comerciales y políticos establecidos a la sazón, que tenían gran incidencia en ciudades como Barcelona, Zaragoza y Valencia. En ese sentido, el profesor Armando Petrucci aporta una clave que nos parece fundamental para analizar el asunto que estamos tratando: el Nápoles aragonés del siglo XV

⁷⁰ Véanse los trabajos de Bernhard König, *Novela picaresca y libros de caballerías*, Salamanca, SEMYR, 2003, donde se estudian, entre otros asuntos, la repercusión del *Morgante* de Pulci y el *Baldo* de Folengo en la literatura caballeresca hispánica. De Gomez-Montero, además del trabajo ya citado, hay que ver «El *Libro de Morgante* en el laberinto de la novela de caballerías», *Voz y Letra*, 7/2 (1996), pp. 29-59. Folke Gernert, editora del *Baldo*, nos ofrece por su parte el artículo «El *Baldo* [1542]: cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 335-347.

constituyó un gran centro de producción, distribución, importación y conservación del nuevo libro humanístico italiano, así como de su repertorio, sus modelos gráficos e iconográficos y de la totalidad de sus valores culturales, lo que se llevó a cabo por medio de la creación de una admirable corte y el desarrollo en su seno de una espléndida biblioteca, la biblioteca palatina de Castelnuovo. En este selecto espacio, los príncipes, nobles, caballeros e intelectuales platicaban y debatían sobre las nuevas aportaciones del Humanismo, recitaban canciones y romances, además de comentar a los clásicos greco-latinos y los grandes pensadores eclesiásticos.⁷¹ En efecto: desde que, en 1443, Alfonso V entrara victorioso en Nápoles e instalara allí su palio y su corte, la plaza italiana se convirtió en un centro literario y artístico de primera magnitud en toda Europa. Acudieron allí numerosos poetas y músicos castellanos y aragoneses, que cantaban o versificaban las glorias guerreras de su rey y de los caballeros de la corte y componían hermosos poemas de amor, alabando la belleza de las mujeres calabresas o contando los amores de la joven Lucrezia de Alagno y el rey Alfonso. Destacaron entre ellos el aragonés Pedro de Santa Fe, el catalán Pere Torrellas o Torroella, y otros escritores de procedencia imprecisa como Juan de Andújar, Carvajal, Juan de Dueñas, Juan de Tapia, Suero de Ribera, Diego del Castillo y Fernando de Guevara. Quizá también estuvo presente Lope de Stúñiga, cuyo nombre lleva el famoso cancionero napolitano que en realidad no fue compilado ni redactado por él, cancionero que además está emparentado con otras muestras, véase *Roma, Módena, Venecia, Marciana, y San Martín* de Palermo, entre otros ejemplos, lo que demuestra la extraordinaria difusión de la poesía cancioneril española en tierras italianas.⁷² Los poetas valencianos Jordi de Sant Jordi y Ausiàs March, figuras sobresalientes de unos años de máximo esplendor literario en Valencia, también estuvieron vinculados a la aventura napolitana de Alfonso de

⁷¹ Armando Petrucci, «Biblioteca, libros y escrituras en el Nápoles aragonés», en *Manuscris del Duc de Calabria. Còdexs de la Universitat de València*, València, Universitat de València, 1991, pp. 77-85.

⁷² Véanse los siguientes estudios generales: Francisca Vendrell Gallostra, «La corte literaria de Alfonso V de Aragón y tres poetas de la misma», *Boletín de la Real Academia Española*, 19 (1932), pp. 85-100, 388-405, 468-484, 584-607, 733-747, y 20 (1933), pp. 69-92; Eloy Benito Ruano, «Lope de Estúñiga, Vida y cancionero», *Revista de Filología Española*, 51 (1968), pp. 17-109; Nicasio Salvador Miguel, *La poesía cancioneril: El cancionero de Estúñiga*, Madrid, Alhambra, 1977; José Carlos Rovira, *Humanistas y poetas en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990; y Vicenç Beltrán, *Poesía española, 2. Edad Media: lírica y cancioneros*, Barcelona, Crítica, 2002, especialmente la sección «Los Trastámara aragoneses: Alfonso el Magnánimo y Juan I de Navarra y II de Aragón», pp. 423-512. El *Cancionero de Estúñiga* ha sido editado, entre otros, por Nicasio Salvador Miguel, Madrid, Alhambra, 1987, y por Manuel y Elena Alvar, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1981. De gran valor es el trabajo de M^a Carmen Marín Pina, «Poetas aragoneses en la corte de Alfonso V», en *I Curso sobre lengua y literatura en Aragón (Edad Media)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 197-215, donde encontramos un excelente análisis de la corte del Magnánimo y de los poetas que la formaron, además de aportar una detallada bibliografía.

Aragón. De la misma manera, fueron incorporándose en la corte algunos humanistas italianos afines al que empezó entonces a llamarse el Magnánimo, véanse Giovanni Pontano, Antonio Becadelli, Bartolomé Fazzio, Jorge de Trebisonda, Leonardo Bruno de Arezzo, Poggio Bracciolini, Francesco Filelfo, Gianozzo Manetti y el propio Lorenzo Valla, varios de los cuales recibieron encargos de traducir obras del latín y del griego, y otros escribieron crónicas de los hechos pasados o contemporáneos en alabanza de los monarcas aragoneses, como es el caso de Valla, que escribió una biografía del rey Fernando de Antequera. Unos y otros, españoles e italianos, poetas y caballeros, formaron un vasto movimiento, en el que se mezclaron los gestos renovadores y la recuperación de una estética propia de los siglos pasados: el retorno de los trovadores, según la conocida opinión de Roger Boase.⁷³ En esta modelación de gustos en parte precedentes, no sólo se hallaban los elementos puramente poéticos, sino que también aparecía con fuerza la artificiosidad, el teatro y el espectáculo, tan del plácet del rey y sus adjuntos, así como diversas pautas y conductas caballerescas que fueron modulando un espacio de exaltación heroica en la literatura y el arte, lo que impulsó el recuerdo de los ciclos caballerescos del mito artúrico y la materia carolingia.

En el mismo orden de cosas, no debemos olvidar que el contexto sociopolítico de la corona aragonesa en el Mediterráneo era de por sí muy dinámico y mantenía intercambios y embajadas periódicas, siendo permeable a las influencias de los reinos vecinos, como confirma la presencia vinculante de la literatura castellana y el notable eco de la cultura francesa y la tradición poética provenzal. Justamente de la misma forma, los textos y autores de la literatura vulgar italiana, de Dante, Petrarca, Boccaccio y tantos otros, fueron divulgados con rapidez por los territorios aragoneses, catalanes y levantinos, y empezaron a estar presentes en las mejores bibliotecas nobiliarias y principescas, hasta tal punto que, según el investigador Giuseppe Tavani, se podría hablar de la existencia de un «canale diretto di comunicazione culturale» entre Nápoles y Cataluña, con entrada directa por Barcelona, aunque también existieron numerosos lazos con el reino y la ciudad de Valencia;⁷⁴ todo ello propiciado, insistimos, por la brillante corte napolitana de Alfonso y de su hijo Ferrante, y por las cortes posteriores,

⁷³ Roger Boase, *The troubadour Revival: A Study of Social Change and Traditionalism in Medieval Spain*, London, Routledge, 1978; trad. esp. *El resurgimiento de los trovadores. Un estudio del cambio social y el tradicionalismo en el final de la Edad Media en España*, Madrid, Pegaso, 1981.

⁷⁴ Giuseppe Tavani, «Literatura i Societat a Barcelona entre la fi del segle XIV i el començament del XV», en *Actes del Cinquè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, Montserrat, 1980, pp. 7-40. La cita en p. 37.

menos refulgentes, de los demás reyes que les sucedieron, en las que convivían perfectamente cuatro lenguas y varias culturas; el castellano y el catalán con el latín y el italiano, las coplas castellanas con los endecasílabos italianos, la progresiva implantación del humanismo con los géneros y maneras medievales de la tradición cortés hispánica. Este posible puente literario y artístico que unió Nápoles con Barcelona y Valencia desde mediados del siglo XV podría ser la explicación de que obras como el *Renaldos* y la *Trapisonda* llegaran a la Península y se tradujeran e imprimieran tempranamente en los talleres valencianos.

En cuanto a los libros de caballerías originales publicados en Valencia, hay que decir que constituyen un grupo importante y atractivo dentro del género: *Floriseo*, *Arderique*, *Claribalte*, *Lepolemo*, *Valerían de Hungría*, el *Libro de la cavallería celestial del Pie de la Rosa Fragante*, además de las reediciones de *Oliveros*, *Lepolemo* y *Canamor*, son uno de los más importantes muestrarios caballerescos, superado en número por ciudades como Sevilla, Toledo, Zaragoza, Alcalá de Henares, Salamanca, Valladolid, Burgos, Lisboa y Medina del Campo, pero por muchas menos ciudades en orden de primeras ediciones. Es cierto que la mitad de los títulos se publicaron con antelación a la época virreinal de don Fernando, sin embargo, no hay que olvidar la abundante presencia de literatura caballeresca en la biblioteca del duque, lo que demuestra la predilección de éste por la materia citada. Por otra parte, apuntemos que *Floriseo*, *Claribalte* y *Lepolemo* reúnen características de gran interés dentro del contexto caballeresco hispánico, como han sabido ver Javier Guijarro Ceballos, Alberto del Río Nogueras, Sylvia Roubaud y Anna Bognolo.⁷⁵ Entre otros aspectos destacables, cabe señalar los elementos de tono realista, especialmente los relacionados con las armas y los enfrentamientos bélicos, comunes a las tres obras y también al viejo *Tirant* –que se tradujo al castellano en 1511– y al *Arderique*, además de otros libros

⁷⁵ Javier Guijarro Ceballos, *El «Floriseo» de Fernando Bernal*, Mérida, Junta de Extremadura, 1999; Alberto del Río Nogueras, «El desvío del paradigma de género en el *Claribalte*, novela de caballerías de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Salastano. De interpretación textual*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1985, pp. 99-119, «Amor, matrimonio secreto y libros de caballerías. El sinuoso camino de don Claribalte para llegar ante la faz de la iglesia», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995), ed. José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1997, tomo II, pp. 1261-1268, y «El *Claribalte* [1519] de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 225-270; Sylvia Roubaud, «Cervantes y el Caballero de la Cruz», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pp. 525-556; Anna Bognolo, «La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías: el *Lepolemo, Caballero de la Cruz* (Valencia, 1521)», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 septiembre-1 de octubre de 1993), ed. Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1995, tomo I, pp. 371-378, y «El *Lepolemo, Caballero de la Cruz* y el *Leandro el Bel*», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 271-288.

publicados en las primeras décadas del siglo, lo que en opinión del profesor Guijarro, «no se trata por supuesto de una cadena de relaciones textuales; sólo de un interés continuado por unos moldes narrativos a medio camino entre el *romance* medieval y lo que con el tiempo serán el realismo del *Lazarillo* y la novela cervantina». ⁷⁶ Quizá el *Valerían* podría sumarse a este grupo de tendencia realista, si bien los ingredientes que presenta al respecto no son del mismo tipo, centrándose en algunas fórmulas notariales del derecho civil y en la figura del bandolero y ladrón de caminos, como intentaremos demostrar en las secciones correspondientes.

A modo de resumen, debemos decir que el auge de la imprenta, la edición y los libros se extendió, no sin ciertos altibajos, durante el virreinato del duque, a quien precisamente los escritores y eruditos le dedicaron varias de sus obras, además de que el propio regente encargó y financió algunas impresiones de cierta relevancia. Sin ir más lejos, el duque de Calabria fue el promotor de la primera edición de las obras completas de Ausias March, traducidas al castellano por Baltasar de Romani. Por su parte, Pere Borbó se presentó públicamente como «librero de su Excelencia», es decir, del virrey don Fernando. Recordemos que Borbó se mostró durante mucho tiempo interesado en la faceta de editor y publicó a su costa pequeñas obras y pliegos sueltos por los memos desde 1535 hasta 1565, lo que coincide en parte con la época que estamos tratando. A partir del fallecimiento del duque en 1550, se abrió una etapa en la que los editores valencianos ya no dejaron a los autores la facultad de elegir la lengua, siendo el castellano el idioma que dominará casi absolutamente en el mercado. Esta cuestión vino a coincidir con el auge de la poesía castellana de Boscán y Garcilaso, cuyas muestras se habían publicado en 1543 y eran referentes ineludibles para cualquier poeta del momento. Por su parte, los libros de caballerías dejaron de publicarse en Valencia, dejando el paso libre a otras formas y materias.

⁷⁶ Javier Guijarro, ob. cit., pp. 130-131.

¶ ¶ LA OBRA LITERARIA

¶ ¶-1 LOS PRELIMINARES LITERARIOS

EL ÍNCIPIT

En la parte superior del folio recto inicial, bellamente adornado por una orla de combinación de tres matrices con motivos florales y figuras religiosas, aparece el extenso íncipit que hace las veces de título y presentación del libro, largo epígrafe que ofrece, además, importantes datos sobre la obra y su autor. Según consta en el mismo, nos encontramos ante un primer volumen en el que están compiladas las dos partes de la *Crónica del muy alto príncipe y esforzado caballero Valerián de Hungría*. La noción numérica alude a la posibilidad de futuras continuaciones, seguramente dedicadas a los héroes de las generaciones inmediatas al protagonista, como en efecto confirmará después y de manera redundante la voz narradora de la historia. En las siguientes líneas del íncipit se indica que la *Parte Primera* del *Valerián* trata de los padres del protagonista –los reyes Pasmerindo y Albericia– y también de la princesa Flerisena, su amada, y de la causa por la cual el príncipe Valerián fue enviado a la corte del emperador Octavio. La segunda parte dicese desarrollada a partir de los grandes hechos en armas del caballero protagonista y de sus verdaderos y leales amores con su dama, juntamente con diversos consejos y castigos escritos por el sabio Arismenio, segundo en artes y conocimientos tras el gran sabio Zenofor, rey de Lidia.

El montante de los elementos utilizados hasta el momento refleja en perfecto sumario el desarrollo de la historia que se manifestará a continuación de los preliminares, lo que en retórica clásica, ya desde la magnífica propuesta de Aristóteles, se hizo llamar *prótasis* o exposición del argumento, que coincide en buena medida con lo que ahora denominamos íncipit, y que siempre acompaña al prólogo y antecede a la invocación o dedicatoria.¹ Por otra parte, recordemos que la proliferación de este tipo de

¹ Véase Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1991, cap. «El exordio», pp. 70-76: «Es sabido que el proemio, con la prótasis y la invocación (a las Musas, a los dioses, eventualmente al destinatario de la obra o al que le encarga) es una parte fija de los poemas épicos, heroicos, caballerescos, cómico-heroicos, desde Homero hasta los tiempos modernos», p. 71. Respecto a

compendios introductorios en las obras de la Edad Media y también del Renacimiento se debía primordialmente a que muchas de ellas se hallaban carentes de un título determinado o de credenciales precisas que las identificaran, lo que, no obstante, se iría transformando progresivamente con el uso sistemático de la imprenta y las condiciones y normativas del mercador editor. Ante esa más que probable ausencia, los libros solían emprender su andadura con párrafos de extensión y forma diversas, en los que se llevaba a cabo una presentación y resumen de la historia, normalmente contigua al resto de elementos del exordio literario,² tal y como estamos viendo en la obra que tratamos.

En tanto que extensión del tradicional motivo caballeresco del autor ficticio,³ se menciona la consiguiente traducción del libro de su original en latín, llevada a cabo, según se expone, por Dionís Clemente, notario valenciano, que es en realidad el

Aristóteles, consúltese su *Retórica*, ed. Alberto Bernabé, Madrid, Alianza, 1998, especialmente, el libro III, cap. XIV, 1414b-1415a, en donde se establecen las distintas posibilidades del preámbulo del discurso –y del proemio de la poesía y el preludio de la composición para flauta–, incluida, bajo ciertas condiciones, la fórmula de la *πρότασις*: «Pero no debe olvidarse que todos los recursos de este género son ajenos al discurso, pues se dirigen a un oyente de poca altura y que atiende a lo que esta fuera de cuestión, porque en caso de que no sea así, no hay ninguna necesidad de preámbulo, a menos que sea para exponer los puntos principales del asunto, a fin de que, como un cuerpo, el discurso tenga también una cabeza», p. 295.

² Para éstas y otras cuestiones de tipo textual debe consultarse el trabajo de José Manuel Lucía Megías, *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000, cuyas indicaciones seguimos en todo momento y a cuyos ejemplos nos remitimos siempre que parece oportuno. Otras referencias que hemos tenido en cuenta: Agustín G. de Amezá y Mayo, «Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro», [1946] recogido en su obra general *Opúsculos históricos-literarios*, Madrid, CSIC, 1951, tomo I, pp. 331-373; José María Díez-Borque, *El libro. De la tradición oral a la cultura impresa*, Barcelona, Montesinos, 1985; Jaime Moll, *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Madrid, Arco/Libros, 1994; José Simón Díaz, *El libro español antiguo. Análisis de su estructura*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000 [1983]; *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, dir. Francisco Rico, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2000; Manuel José Pedraza, Yolanda Clemente y Fermín de los Reyes, *El libro antiguo*, Madrid, Síntesis, 2003; Julián Martín Abad, *Los libros impresos antiguos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004; y Víctor Infantes, *Del libro áureo*, Madrid, Calambur, 2006. Fermín de los Reyes, en el manual citado, imprescindible para ahondar en los asuntos que aquí comentaremos, aclara que «el libro impreso, en su inicio, es una imitación del manuscrito, que reproducía el título al comienzo de la obra en el incipit, pero no de forma más destacada. Sin embargo, poco a poco se va a utilizar el anverso o recto de la primera hoja (antes en blanco), para ir incluyendo datos e ilustraciones. El primero de dichos datos es el título, que se reproduce en grandes caracteres xilográficos en el tercio inferior, para luego hacerse en caracteres tipográficos», p. 216.

³ Véase sobre todo el estudio de M^a Carmen Marín Pina, «El tópico de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Salamanca, 3-6 de octubre de 1989), ed. María Isabel Toro Pascua, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, vol. I, pp. 541-548. No están de más los trabajos de Daniel Eisenberg, «The Pseudo-Historicity of the Romances of Chivalry», en su obra *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982, pp. 119-130; Victoria Cirlot, «La ficción del original en los libros de caballerías», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 outubro 1991), coords. Aires A. Nascimento y Cristina Almeida Ribeiro, Lisboa, Cosmos, 1993, vol. IV, pp. 367-373; Carlos García Gual, «Un truco de la ficción histórica: el manuscrito reencontrado», *1616*, 1 (1996), pp. 47-60; Claudia Demattè, «Instancias autoriales en los libros de caballerías», en *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro* (Münster, 1999), ed. Christoph Strosetzki, Madrid, Iberoamericana / Frankfurt, Vervuert, 2001, pp. 415-421; y Emilio José

verdadero creador de la obra, como ya hemos comprobado en secciones precedentes. Al final del incipit se añade la dedicatoria a la ilustrísima señora doña Mencía de Mendoza, marquesa del Zenete. Hay que decir que doña Mencía provenía de una de las familias nobiliarias más importantes de la Edad Media española; era hija de Rodrigo Díaz de Vivar y de Mendoza, primer marqués del Zenete, y de María de Fonseca; nieta del cardenal Pedro González de Mendoza y bisnieta de Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana. La marquesa fue una figura excepcional en la historia del Renacimiento hispánico, una mujer de gran personalidad que se había formado en el ámbito del erasmismo.⁴ Apasionada por el arte y la literatura, como demuestran sus colecciones privadas de joyas, tapices y cuadros, y su magnífica biblioteca, una de las mejores y más voluminosas de su tiempo, fue también mecenas de estudiantes y artistas y promotora de diversas iniciativas en la Universidad valenciana. Unos meses después de editarse el *Valerían de Hungría*, la marquesa se casará en segundas nupcias con Fernando de Aragón, el poderoso duque de Calabria, virrey a la sazón del reino de Valencia; enlace que se llevó a cabo el trece de enero de 1541, después de varios inconvenientes y aplazamientos.⁵ Las extraordinarias credenciales de doña Mencía

Sales Dasí, *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, concretamente el cap. V, «La ficción de la escritura», pp. 147-155.

⁴ Sobre la figura de doña Mencía deben verse, cuando menos, los siguientes estudios: Miguel de Lasso de la Vega, *Doña Mencía de Mendoza, Marquesa del Cenete (1508-1554)*, Madrid, Viuda de Estanislao Maestre, 1942; J. K. Steppe, «Mencía de Mendoza et ses relations avec Érasme, Gilles de Busleyden et Jean Louis Vives», en *Scrinium Erasmianum*, ed. J. Coppens, Leiden, 1969, tomo II, pp. 200-205; Simón Vosters, «Doña Mencía de Mendoza, señora de Breda y Virreina de Valencia», *Cuadernos de Bibliofilia*, 13 (1985), pp. 3-20; Juana Hidalgo Ogáyar, «Doña Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete, condesa de Nassau y duquesa de Calabria, ejemplo de mujer culta en el siglo XVI», en *VIII Jornadas de Arte. La mujer en el arte español* (Madrid, 1996), Madrid, 1997, pp. 93-102; Amparo Felipe Orts, «El proyecto universitario de doña Mencía de Mendoza. Las capitulaciones de 1544», en *Doctores y escolares. II Congreso Internacional de Historia de las Universidades Hispánicas* (Valencia, 1995), València, Universitat de València, 1998, vol. I, pp. 141-154; Joseph Martí Ferrando, «Una humanista en la corte virreinal: Mencía de Mendoza», en *San Miguel de los Reyes: de Biblioteca Real a Biblioteca Valenciana*, Valencia, Generalitat Valenciana / Biblioteca Valenciana, 2000, pp. 73-89; Joseph M. Escola Tuset, «Mencía de Mendoza, mecenas humanista», *Revista Salina*, 16 (2003), pp. 63-68; Joseph Solervicens Bo, «La literatura humanística a la selecta biblioteca de Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete, duquesa de Calàbria i deixeble de Joan Lluís Vives», en *La Universitat de València i l'Humanisme: Studia humanitatis i renovació cultural a Europa i al Nou Món*, ed. Ferrán Grau Codina, y otros, València, Universitat de València, 2003, pp. 313-325; y especialmente los trabajos de la doctora Noelia García Pérez, *Arte, poder y género. El patronazgo artístico de Mencía de Mendoza*, Murcia, Nausicaä, 2004, y *Mencía de Mendoza (1508-1554)*, Madrid, Ediciones del Orto, 2004.

⁵ La fecha del enlace se recoge en diversos documentos de la época. Véase, por ejemplo, Martín de Viciana, *Libro segundo de la Chronyca de la ínclita y coronada ciudad de Valencia*, Valencia, Joan Navarro, 1564, f. 34r. Reproducción facsímil: Valencia, Universidad de Valencia, 1972, p. 69: «Después casó el Duque con la Ilustríssima doña Mencía de Mendoça, Marquesa del Zenete, a xiiij de Henero, año M.D.xxxxj». De igual forma en Jeroni Soria, *Dietari (1539-1557)*, Valencia, Acció Bibliogràfica Valenciana, 1960, p. 203: «Entrada de la Marquesa, muller del Duch de Calabria. Digous a XIII de Giner, 1541, vespra dels tres Reys de Orient, després dinar, entra lo Duch de Calabria Don Fernando de Arago, virey de Valencia ad dona Mensía de Mendoza, marquesa de Adzaneta y esposada de dit Dutch, la qual

debieron de atraer a Clemente, quien a buen seguro buscó apoyo en la marquesa para afrontar con las máximas garantías el contrato y los permisos de la edición, y para superar los escollos a los que los libros de caballerías y de entretenimiento, censurados y menospreciados por diversas instancias, se enfrentaban cada vez más.

Desde el punto de vista estructural, digamos que el extenso e informativo íncipit materializa su arranque con la cláusula «Título del presente libro». Acto seguido, desarrolla su contenido en virtud de un esquema tripartito, al igual que sucede con las presentaciones de otros libros de caballerías. Según el profesor Lucía Megías, esta variedad de íncipit suele hallarse articulado en tres partes claramente definidas y concatenadas: en primer lugar, se reproduce el título integral de la obra, seguido de un breve resumen del contenido o argumento de la misma; en segundo lugar, se ofrecen diferentes datos del origen fabuloso del texto y de su autor, también de su lengua original y del traductor correspondiente, el cual siempre disfraza al verdadero creador; y ya en la parte final, se nombra con respeto, admiración y cortesía a la persona a quien se dirige o se dedica el libro.⁶ En el caso del *Valerían* se exponen, además, los principales elementos narrativos de la obra –las aventuras bélicas de Valerían, los amores de éste con Flerisena y los consejos y castigos del sabio Arismenio–, introduciendo igualmente varios lugares comunes de la tradición literaria caballeresca, para terminar con la dedicatoria a una persona muy célebre y respetada en el Renacimiento español, doña Mencía de Mendoza, con lo que se viene a señalar un contexto sociopolítico determinado: la corte valenciana de los duques de Calabria en la primera mitad del XVI,

sesposaren en Ayora, terra de la dita Marquesa, la qual es filla de Don Rodrigo de Mendosa, quondam Marques de Adazaneta».

⁶ José Manuel Lucía Megías, ob. cit., pp. 413-416: cap. «El íncipit», donde, además del ejemplo del *Valerían*, se transcriben los casos del *Claribalte* (1519), *Florisando* (1526), y *Florisel de Niquea*, parte III (1546), en los que se combinan igualmente la presentación más o menos extensa de la obra y la dedicatoria a un noble y mecenas. El primero está dedicado precisamente al duque de Calabria, el segundo a don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, y el tercero a don Francisco de Zúñiga Sotomayor, duque de Béjar; todos ellos pertenecientes a la alta aristocracia que apoyaba a Carlos V. Por nuestra parte, queremos añadir el significativo ejemplo del *Clarián de Landanís*, libro primero (1518), cuyo largo íncipit presenta diversos elementos de gran parecido a los que hemos visto en el *Valerían*: «Aquí comienza la primera parte de la historia del muy noble y valiente cavallero don Clarián de Landanís, hijo del buen rey Lantedón de Suecia y de la reina Damabela, su muger, en que se recuenta de muchas de las grandes cavallerías, muy famosos y notables hechos de armas que fizo y de los muy leales amores que tuvo con us señora Gradamisa, hija del emperador Vasperaldo y de la emperatriz Altibea. La cual historia contiene en sí tres libros. Fue sacada de lenguaje alemán en italiano por Federico de Maguncia, obispo de Lanchano, por mandado del sereníssimo rey Fernando de Nápoles, primero d'este nombre. E traduzida y buelta de italiano en vuilgar castellano por Gabriel Velázquez de Castillo. Dirigida al ilustre y muy magnífico señor Charles de Mingoal, mussiur de Sanzela y gran cavallerizo del rey don Carlos, nuestro señor, por merescido renombre Musseur le Gran»; véase *Clarián de Landanís*, libro primero, ed. Antonio Joaquín González Gonzalo, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005, p. 13.

uno de los espacios nobiliarios y artísticos que acumuló mayor peso específico en la convulsa y difícil época de los primeros Austrias.

EL PRÓLOGO

«**E**s tan grande la ceguedad de los que escriben, ilustrísimas señoras, que no solamente no ven los aparentes y claros defectos de sus obras, pero su mayor gloria es manifestarlos para que por su mismo medio sean a los que los ignoran públicos y manifiestos». Con estas primeras palabras del prólogo el autor suscribe la pauta acostumbrada del género de los libros de caballerías y desarrolla una introducción que busca justificar tanto la existencia física y material de la obra como la de su contenido narrativo, supuestamente provechoso en todos sus niveles. Para ello Clemente combina los modelos estructurales del prólogo literario y el prólogo dedicatoria,⁷ urdiendo un llamativo relato que se apoya en fechas determinadas, 1521 y 1530, y en hechos reales asociados a ellas, perfectamente reconocibles. El primer acontecimiento es la Dieta imperial reunida por Carlos V en la ciudad de Worms, donde el joven y recién nombrado emperador convocó a Lutero y le pidió explicaciones sobre sus polémicos escritos; y el segundo, con esa cita de «las muertes que se siguieron en ésta de Valencia», podría estar aludiendo a funestos acontecimientos, posiblemente entrelazados: ahí están las sangrientas revueltas de los moriscos en algunos núcleos urbanos, los frecuentes ataques piratas que asolaron la costa valenciana durante las primeras décadas del XVI, y también la peste declarada por esas fechas en la propia ciudad de Valencia y en poblaciones colindantes, que produjo la movilidad de no pocas familias.

Dirigiéndose en todo momento a doña Mencía, el notario metido a escritor plantea una crítica múltiple y compleja, haciendo referencia tanto a los autores y sus creaciones como a los censores de las mismas, combinando así, desde el plano del contenido, el prólogo presentativo con el prólogo preceptivo, según los términos desarrollados por Alberto Porqueras Mayo.⁸ En primer lugar, la voz autorial avisa de los

⁷ José Manuel Lucía Megías, ob. cit., pp. 373-408: cap. «Los prólogos literarios». Téngase en cuenta que «los prólogos literarios terminarán por fundirse con los prólogos-dedicatorias, cuando estos últimos terminen también por ampliar sus contenidos», p. 374.

⁸ Alberto Porqueras Mayo, *El prólogo como género literario. Su estudio en el Siglo de Oro español*, Madrid, CSIC, 1957, pp. 114-117. El profesor Porqueras Mayo define el prólogo presentativo en

defectos evidentes que muchas obras manifiestan por descuido y negligencia de sus creadores, pero de inmediato pasa a denostar a los ignorantes reprensos de libros, muchos de los cuales, siendo escritores, hasta dejan de escribir para dedicarse a la corrección y amonestación de obras, en las que siempre encuentran, aunque sean éstas excelentes, algún vicio o defecto que reprender. Una vez alcanzada esa perspectiva, Clemente considera que la mejor precaución ante tales malicias es que cada escritor llegue a conocer en profundidad sus propios defectos y limitaciones. Este planteamiento quizá sea un verdadero ejercicio de honestidad literaria por parte del notario, pero también se trata de un evidente reclamo para agradar a la exquisita lectora del *Valerían*, doña Mencía de Mendoza. Se inicia de esa manera el tópico de la *captatio benevolentiae*, el cual, en esta ocasión, se extiende y articula a partir de una crítica precisa hacia las introducciones prolijas de algunos libros, esos inmensos y peripatéticos rodeos que se hallan ahítos de sermones de filosofía y alusiones a las hazañas de los héroes antiguos y míticos. O lo que es lo mismo, Clemente está postulando un tipo de prólogo distinto, más sencillo y directo, que explique de forma concreta el origen de la obra y se apoye para ello en parámetros históricos identificables. Dichas ideas, sin embargo, se oponen en principio a la tradición prologal de la Edad Media, cuyo ejemplo más oportuno lo encontramos en la propia refundición del *Amadís de Gaula* llevada a cabo por Rodríguez de Montalvo, donde se ofrece un generoso prólogo, adornado, entre otras cosas, por el recuerdo de algunas anécdotas que había contado el historiador Tito Livio, y por la evocación de varios héroes de la mítica Troya: el fuerte Héctor, el famoso Aquiles, el esforzado Troilo y el valiente Ajax Telamón, a los que se suma el singular duque Godofredo de Bouillon, guerrero histórico que participó en la Primera Cruzada, protagonista también de la *Gran Conquista de Ultramar*, texto español compuesto a principios del XIV, de gran influencia en la literatura caballeresca posterior.

virtud de cinco elementos básicos: carácter introductorio, brevedad, defensa, alabanza y presentación del asunto, además de sostener que se trata de un prólogo muy abundante y de poca importancia estética. El prólogo preceptivo, por su parte, tiene su fundamentación en el acopio de material ideológico y en la suma de noticias de historia literaria que suele acarrear. Consúltese también el trabajo de Jesús Montoya Martínez e Isabel de Riquer, *El prólogo literario en la Edad Media*, Madrid, UNED, 1998, especialmente, cap. I, «La doctrina retórica clásica y medieval sobre el prólogo», pp. 35-60, y cap. IV, «La literatura didáctica. El prólogo literario», pp. 149-176, en donde se comentan las raíces clásicas del prólogo y se estudia con rigor su estructura y procedimiento en el contexto medieval, atendiendo especialmente el discurso epidíctico o demostrativo y el prólogo literario que se produce en la literatura didáctica, si bien se prescinde de tipologías o divisiones sobre el contenido de este último.

En ese sentido, como apunta el profesor Lucía Megías, el *Valerían de Hungría* es uno de los libros de caballerías que pretende mayor verosimilitud en su justificación inicial,⁹ distanciándose de otros casos que utilizan escenarios muy alejados de la realidad, como es el caso del sueño fantástico que podemos ver en el atractivo prólogo del *Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada (Barcelona, Claudio Bornat, 1564).¹⁰ Por otra parte, debe tenerse en cuenta la evolución del prólogo dentro del propio género caballeresco, dado que la pieza prologal se fue diversificando a lo largo del siglo XVI, simultaneando, además, continuos reflujos con los elementos tradicionales del prólogo literario, lo que sucede, por ejemplo, en el *Espejo de príncipes y caballeros* de Diego Ortúñez de Calahorra (Zaragoza, Esteban de Nájera, 1555).¹¹

En otro orden de cosas, resulta muy significativo que el autor del *Valerían* busque constantemente la anuencia y el patrocinio de doña Mencía de Mendoza, dama de gran prestigio, como ya hemos dicho, y figura importante dentro del humanismo español y la intelectualidad valenciana; muy conocida también en los Países Bajos a raíz de su primer matrimonio con el conde Enrique de Nassau, camarlengo de Carlos V. Dentro del género editorial caballeresco, la marquesa del Zenete se constituye en el único ejemplo de destinatario que reúne tres aspectos concretos. Se trata, en primer lugar, de una mujer, con todo lo que ello significa en la sociedad de aquellos años; en segundo lugar, es una intelectual que se ha formado ampliamente en los *studia humanitatis* y ha mantenido relación con múltiples representantes de las nuevas corrientes universitarias; y por último, también se halla comprometida, al menos en algún grado, con la orientación filosófica de Erasmo de Róterdam y sus seguidores. Clemente está solicitando el beneplácito a una inquieta erudita de la alta nobleza que en

⁹ José Manuel Lucía Megías, ob. cit., p. 375-376: «Datos históricos, como las cortes del emperador Carlos o la peste declarada en Valencia, fechas concretas como 1521 y 1530, hacen que el relato de Dionís Clemente se vista con el ropaje de una crónica histórica antes que de un sueño fantástico o de una aventura onírica [...] El relato fantástico que encabeza numerosos libros de caballerías castellanos aquí se ha vuelto histórico; así como el prólogo literario que alberga normalmente este tipo de historias, aquí es reemplazado por el prólogo-dedicatoria».

¹⁰ Véase al respecto el artículo de Isabel Muguruza, «Sobre el prólogo de *Don Olivante de Laura* de Antonio de Toquemada», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia Lacarra, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 127-144.

¹¹ Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, ed. Daniel Eisenberg, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, 6 vols. En esta obra se presenta un vasto introito salpicado de citas científicas, filosóficas y de otras áreas, con especial atención a la *Historia Natural* de Plinio, utilizando también los argumentos del diálogo XCVIII, «De la tristeza y miseria», del libro segundo del *De remedios contra próspera y adversa fortuna* de Petrarca, y aludiendo algunos dichos de Salomón y de Claudiano, para terminar con el recuerdo de las conquistas de Julio Cesar y Alejandro, las victorias de los Scipiones y Camillos, la fortaleza de Aquiles, la animosidad de Aníbal, los trabajos de Hércules, y los naufragios de Ulises, contados unos y otros por Homero, Tito Livio, Virgilio o Lucano.

cierta manera representa los nuevos tiempos renacentistas y las nuevas formas de entender y promover la cultura; protectora de artistas, amiga de espectáculos, coleccionista y bibliófila, e impulsora, si bien en parte frustrada, de la nueva Universidad valenciana. No obstante lo dicho, la predilección por doña Mencía resulta bastante contradictoria o, cuando menos, sorprendente, en función de los criterios censores contra la literatura caballerescas que muchos humanistas habían manifestado en sus discursos y arengas filológicas. Entre estos exigentes estudiosos sobresale el gran pensador valenciano Juan Luis Vives, que fue precisamente mentor y amigo de la marquesa. En varias de sus obras, pero sobre todo en el *De officio mariti* (1528) y en el *De causis corruptarum artium* (1531),¹² Vives había condenado sin reparos la literatura de entretenimiento y, en especial, los libros de caballerías, «cuyas locuras nunca tienen final», y a los que consideraba inmorales, vergonzosos, pestíferos y mentirosos, entre otros apelativos. Concretamente en *De institutione feminae christianae* (1523), dirigiéndose con gran severidad a las doncellas aficionadas a las aventuras de caballeros andantes y damas enamoradas, aseguraba que «más les valiera no haber aprendido jamás a leer sino haber perdido los ojos para no leerlas y los oídos para no escucharlas».¹³

¿Por qué Clemente, pues, dedica el *Valerían* a una prestigiosa discípula del humanista que más afiladamente había despreciado el género caballeresco? ¿Y por qué lo hace precisamente a una mujer, siendo que Vives había censurado con rotundidad la literatura de caballerías como lectura femenina, literatura que abocaba sin remisión al pecado y la condena? Sin que encontremos una satisfactoria explicación a estas incógnitas, quizá sea plausible pensar que el escritor, cuya formación más allá del ámbito notarial desconocemos, no tenía noticia de la opinión de Vives sobre los libros de caballerías, o tal vez ni tan siquiera era sabedor de su relación con doña Mencía,

¹² Por ejemplo, en *De officio mariti. Los deberes del marido*, ed. Carme Bernal, València, Ajuntament de València, 1994, pp. 134-136; también en *De causis corruptarum artium*, dentro de *Joannis Ludovici Vivis Opera Omnia, distributa et ordinata in argumentorum classes a Gregorio Maiansio*, Valencia, 1782-1790, 8 vols. Reproducción facsímil: London, The Gregg Press Limited, 1964; véase vol. VI, pp. 108-110. Las palabras de Vives son claras y contundentes: «La voluptuosidad impregna la mayor parte de las obras de los poetas; las fabulas milesias como *El asno de oro* de Apuleyo; casi todas las de Luciano; las que en elevado número se han escrito en lenguas vernáculas, como Tristán, Lancelot, Ogeres, Amadis, Arturos y otras semejantes. Todos estos libros fueron escritos por hombres ociosos, con mucho papel a su alcance, ignorantes en temas de mayor altura. Perjudican tales lecturas no sólo a las mujeres sino también a los hombres, al igual que aquellas que animan esta inclinación natural que tenemos a lo malo: las que dan armas a la astucia, las que encienden la sed de la codicia, las que inflaman la ira o cualquier deseo de cosas ilícitas y vergonzosas», *De officio mariti*, p. 134.

aunque esto último parece más extraño, ya que existía una constante divulgación de mecenazgos y relaciones entre nobles y artistas. En cualquier caso, no debemos soslayar la natural independencia de gustos y aficiones que seguramente existía entre unos y otros lectores, bien fueran ricos, pobres, mandatarios o sirvientes, hombres o mujeres, como demuestran las distintas bibliotecas y posesiones de la época, algunos de cuyos ejemplos nos ha traído a colación el profesor Berger en sus múltiples investigaciones.¹⁴

En ese sentido, recordemos nuevamente que el poderoso virrey don Fernando de Aragón llegó a poseer una gran biblioteca de unos ochocientos libros, en la que había abundantes obras caballerescas de diversas procedencias y modalidades, empezando por la lógica presencia de dos ejemplares del *Valerián de Hungría*. Y en cuanto a la también ingente biblioteca particular de doña Mencía, de cerca de mil volúmenes, abastecida especialmente de literatura clásica y humanística en latín, como corresponde con una estudiante de dichas materias, debe apuntarse que albergó algunas obras en lengua romance, incluidas unas pocas de estirpe caballeresca, en concreto uno de los bellos poemas narrativos de Chrétien de Troyes –aunque no se sabe todavía cuál de ellos–, el vasto *Lanzarote en prosa* y, por supuesto, un ejemplar del *Valerián*. Por otra parte, tampoco hay que olvidar que la marquesa heredó la acreditada biblioteca de su padre, Rodrigo de Mendoza, el primer marqués del Zenete, librería que alcanzaba los 631 títulos y en la que igualmente se incluían diversos textos caballerescos, concretamente *El séptimo libro de Amadís: Lisuarte de Grecia, La Poncella de Francia*, la *Crónica del rey don Rodrigo* de Pedro del Corral, y dos ejemplares de *La historia del emperador Carlomagno y de los doce pares*, amén de algunas crónicas, tratados militares e historias del mítico Alejandro.¹⁵

A todo lo dicho hasta el momento hay que añadir el aspecto que posiblemente resulta más significativo: los libros de caballerías se constituían en lecturas de solaz y divertimento especialmente indicadas o dirigidas para las mujeres, lo que en buena lógica se producía por la evidente intención de los autores de conectar con la sensibilidad del público lector femenino, que pudo ser mucho más numeroso y

¹³ Juan Luis Vives, *De institutione feminae christiana. La formación de la mujer cristiana*, ed. Joaquín Beltrán Serra, València, Ajuntament de València, 1994, p. 66.

¹⁴ Véase especialmente Philippe Berger, «La lectura à Valence de 1474 à 1560 (Evolution des comportements en fonction des milieux sociaux)», dentro de *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*, Paris, Editions ADPF, 1981, pp. 97-101, y también «À propos des romans de chevalerie à Valence», *Hommage à Maxime Chevalier, Bulletin Hispanique*, 92/1 (1990), pp. 83-99.

¹⁵ Francisco Javier Sánchez Cantón, *La biblioteca del marqués del Cenete iniciada por el cardenal Mendoza (1470-1523)*, Madrid, CSIC, 1942.

entusiasta que el de los hombres. En efecto, abundantes damas de la nobleza, así como diversas mujeres, cónyuges de funcionarios, juristas, mercaderes, banqueros y artesanos, y también monjas y devotas en general, poseyeron o tuvieron a su alcance diversas bibliotecas, en las que, además de libros religiosos, de lecturas espirituales y práctica litúrgica, también se incluían no pocos libros de carácter profano, preferentemente los del género caballeresco, como han demostrado Pedro Cátedra y Anastasio Rojo a partir del cotejo de cuantiosos inventarios.¹⁶ De la misma forma, ya en el terreno de la ficción, existen diversos testimonios de mujeres lectoras u oyentes, reflejo, sin duda, de la realidad que los escritores observaban en su derredor, bien en la corte y la ciudad, o bien en las ventas y en el retiro del campo o el refugio conventual. Recordemos, en primer lugar, el atrayente caso de la doncella lectora que aparece en el viaje del infante Roboán a las Ínsolas Dotadas, dentro del medieval *Libro del Caballero Zifar*, episodio de enorme interés a tenor de la antigüedad del texto, lo que podría representar una muestra de una costumbre verídica que el autor del *Zifar* hubiera contemplado en alguna ocasión:

E la donzella lleuaua el libro de la estoria de don Yuan e començo a leer en el. E la donzella leye muy bien e muy apuestamente e muy ordenadamente, de guissa que entendie el infante muy bien todo lo que ella leye, e tomaua en ello muy grand plazer e grand solaz; ca çiertamente non ha ome que oya la historia de don Yuan, que nos resçiba ende muy grand plazer, por las palabras muy buenas que en el dizie. E todo ome que quisiere aver solaz e plazer, e aver buenas costumbres, deve leer el libro de la estoria de don Yuan.¹⁷

Apuntemos también el ejemplo de las mujeres lectoras de libros de caballerías y novelas pastoriles que se describen en un atractivo episodio del *Guzmán de Alfarache* (Segunda Parte, libro tercero, capítulo tercero), cuando Guzmán prosigue con el suceso de su casamiento hasta que su mujer falleció, lo que le da pie para criticar a las mujeres

¹⁶ Véase Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo, *Biblioteca y lecturas de mujeres. Siglo XVI*, Madrid, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, en especial, pp. 160-170: «Una buena porción de las condenas de la lectura de los libros de caballerías se hace en virtud del hecho de ser leídos por mujeres, casadas y doncellas, y eso tanto en España como en otros países [...] No era sólo una construcción patriarcal: las habilidades de la mujer como reproductora de narraciones orales de toda índole, de lo que es un buen testimonio el propio Boccaccio y los narradores del siglo XVI que enmarcan sus cuentos en tertulias femeninas, tiene su correlato nada sorprendente en su predisposición no sólo por narrar, sino también por las lecturas de ficción, empezando por la caballeresca», p. 163.

¹⁷ *Libro del Caballero Zifar*, ed. Cristina González, Madrid, Cátedra, 1983, p. 413.

de costumbres liberales y repobrar de paso los excesos y devaneos de la literatura de entretenimiento:

Otras muy curiosas, que dejándose de vestir, gastan sus dineros alquilando libros y, porque leyeron en *Don Belianís*, en *Amadís* o en *Esplandián*, si no lo sacó acaso del *Caballero del Febo*, los peligros y malandanzas en que aquellos desafortunados caballeros andaban por la infanta Magalona, que debía de ser alguna dama bien dispuesta, les parece que ya ellas tienen a la puerta el palafrén, el enano y la dueña con el señor Agrajes, que les diga el camino de aquellas espesas florestas y selvas, para que no toquen a el castillo encantado, de donde van a parar en otro, y saliéndoles a el encuentro un león descabezado, las lleva con buen talante donde son servidas y regaladas de muchos y diversos manjares, que ya les parece que los comen y que se hallan en ello, durmiendo en aquellas camas tan regaladas y blandas con tanta quietud y regalo, sin saber quién lo trae ni de dónde les viene, porque todo es encantamiento. Allí están encerradas con toda honestidad y buen tratamiento, hasta que viene don Galaor y mata el gigante, que me da lástima siempre que oigo decir las crueldades con que los tratan, y fuera mejor que con una señora destas los hubieran enviado a Castilla, donde por sólo verlos pagaran muchos dineros con que tuvieran bastante dote para casarse sin andar por tantas aventuras o desventuras, y así se deshace todo el encantamiento. No falta otro tal como yo, que me dijo el otro día que si a estas hermosas les atasen los libros tales a la redonda y les pegases fuego, que no sería posible arder, porque su virtud lo mataría. Yo no digo nada y así lo protesto, porque voy por el mundo sin saber adónde y lo mismo dirán de mí.¹⁸

No obstante, los mejores ejemplos se hallan, como sucede con tantos otros aspectos y materias, en las magníficas páginas del *Quijote* cervantino. En ellas aparece la joven Luscinda, que es gran admiradora del *Amadís de Gaula*; y la bella Dorotea, que ha leído varios libros de caballerías; también concurren Maritornes, la ventera y su hija, que han escuchado, por lo menos, las historias de *Don Cirongilio de Tracia* y *Felixmarte de Hircania*, cuando algunos de los segadores que acudían a la posada de Juan Palomeque el Zurdo tomaban los gruesos volúmenes y los leían en voz alta; y no hay que olvidar a la Duquesa, Altisidora y otras damas del castillo, que dicen conocer el *Quijote* y haber degustado algunos libros de caballeros y enamoradas. Estas y otras muchas potenciales lectoras, entendidas o conocedoras del género caballeresco, surcan los renglones de la obra de Cervantes, desde el ama y la sobrina del hidalgo hasta las

¹⁸ Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 787-788.

pastoras, doncellas y criadas de diversos escenarios. Se trata, en definitiva, de una representación variopinta de mujeres, tanto letradas como analfabetas, que llegan a emocionarse, divertirse e incluso enamorarse con los libros de caballerías, muestrario de un auténtico público femenino, seguidor incondicional de estas obras, que Cervantes da muestras de conocer a la perfección.¹⁹

Toda esta confluencia, a propósito de doña Mencía de Mendoza y su acercamiento a la literatura de evasión, no parece baladí y revela el oportuno escenario en el que se presentó Dionís Clemente con su enorme libro bajo el brazo, esto es, el escenario cortesano de dos carismáticos nobles que mantuvieron espléndidas y variopintas bibliotecas, dos reconocidos intelectuales y humanistas pero también dos buenos lectores de literaturas diversas en lenguas vulgares, a tenor de los títulos que albergaban sus anaqueles. A esto debe sumarse, como ya hemos estudiado en anteriores capítulos, el auge editorial de la literatura caballeresca en la ciudad de Valencia, ya desde finales del siglo XV y en buena parte de la primera mitad del siglo XVI, e igualmente debe tenerse en cuenta el excelente momento de todo el sector literario y artístico, con publicaciones diversas, contratos de impresión y edición de libros, representaciones teatrales y musicales, certámenes, fiestas y actividades varias de poetas y escritores de diferentes procedencias.

En ese sentido, todo indica que las ideas censoras de Vives, contemporáneas en buena medida del contexto editorial y cultural en el que se hallaba Clemente, no tuvieron mucho efecto, al menos en la parcela que estamos tratando, siendo que los mecenas, impresores, editores y escritores autóctonos o residentes en el reino de Valencia protagonizaron una de las etapas más fecundas e interesantes de la extensa historia del género caballeresco hispánico. No obstante esto último, debemos indicar que después de editarse el *Valerían* los libros de caballerías desaparecieron de las prensas valencianas –salvo la reedición tardía del *Amadís de Grecia* de Feliciano de

¹⁹ Deben verse los trabajos de M^a Carmen Marín Pina, «Lectores y lecturas caballerescas en el *Quijote*», en *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Alcalá de Henares, 12-16 nov. 1990), Barcelona, Anthropos, 1993, pp. 265-273, «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino», *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), pp. 129-148, y especialmente «La aventura de leer y las mujeres del *Quijote*», *Boletín de de la Real Academia Española*, tomo 85, cuadernos 291-292 (2005), pp. 417-441. También hay que consultar el estudio de Maxime Chevalier, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Ediciones Turner, 1976, en concreto el cap. «Sobre el público de las novelas de caballerías», pp. 65-103; igualmente el de Daniel Eisenberg, «Who Read the Romances of Chivalry?», en su obra *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982, pp. 89-118; y el de Rafael Ramos, «Lectura y lectores de relatos de caballerías en la Castilla Medieval», *Ínsula*, 675 (2003), pp. 24-27.

Silva en 1582, por la Compañía de Impresores–, algunas de cuyas razones tienen que encontrarse en el ocaso de la inquieta corte valenciana, tras el fallecimiento de don Fernando y doña Mencía, en 1550 y 1554, respectivamente.

Pero todavía hay más elementos en la presentación del *Valerían* que se pueden asociar con la promoción y el deleite de los libros de caballerías. Hay que señalar, por ejemplo, que las constantes palabras de tributo hacia la marquesa buscan y pretenden la certificación de la historia del príncipe Valerían, sacando a la luz para ello una serie de sucesos en los que se mezclan a partes iguales la ficción con la realidad. Clemente sitúa la acción de manera muy concreta y oportuna, iniciando su relato en 1521 con la Dieta de Worms –Vuormacia en el texto–, encuentro político de gran trascendencia histórica. En efecto, Carlos V congregó en marzo de 1521 la Dieta imperial en Worms y convocó al polémico fraile agustino Martín Lutero, enviándole un salvoconducto imperial. Lutero ya había publicado por esas fechas sus principales escritos que lo enfrentaban a Roma: *A la nobleza cristiana de la nación alemana*, *De la cautividad babilónica de la Iglesia* y *De la libertad cristiana*, en los que planteaba los criterios de un nuevo cristianismo, con la base doctrinal de la justificación de la fe, el sacerdocio universal, la lectura directa de la Biblia, una Iglesia desvinculada del poder de Roma, y la validez de los únicos sacramentos que aparecen en el *Nuevo Testamento*: Bautismo, Penitencia y Eucaristía. Apoyado y vitoreado a su paso por el pueblo alemán, Lutero tuvo su primera confrontación con la Dieta de Worms el 17 de abril de 1521. Tras varias comparecencias, el emperador condenó finalmente la herejía de Lutero y mandó expulsar a éste de la reunión internacional y de la ciudad, si bien tuvo que aplazar las decisiones respecto a los asuntos religiosos concernientes, acosado por los graves problemas que habían suscitado los levantamientos de comuneros y agermanados en España.²⁰

En este punto del prólogo podría interpretarse que el autor formaba parte del séquito imperial instalado en Worms, en cuyo seno, según se explica, se recibe la visita de Fernando, hermano del emperador, y con él un grupo de grandes hombres y nobles caballeros de Hungría. Los documentos de la época confirman que Fernando acudió

²⁰ Véase Manuel Fernández Álvarez, *Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid, Espasa, 1999, en concreto el capítulo «La Dieta imperial de Worms: Carlos V y Lutero», pp. 132-140, donde leemos: «[Carlos V] Quería oír personalmente al que sería uno de sus mayores antagonistas –y acaso el personaje más destacado de la Alemania del siglo XVI– antes de condenarlo. Eso parecía lo más honesto. En lo cual Carlos V mostró una de sus características más acusadas: su sentido ético de la existencia [...] Estamos ante un momento crucial de la historia de Alemania, de la historia de Europa, de la historia del mundo».

realmente a Worms, donde su hermano le cedió el título de archiduque de Austria y le nombró su vicario y lugarteniente general.²¹ En cuanto a Dionís Clemente, ningún dato nos confirma que formara parte del distinguido grupo que se hallaba reunido en la ciudad alemana, pero bien pudo conocer estos acontecimientos a través de los nobles e intelectuales de la corte valenciana, fieles seguidores del recién nombrado emperador. Por otra parte, no cabe duda de que la inclusión de este evento busca el ensalzamiento de la figura de Carlos V y de su proyección en tanto que nuevo soberano de un gran imperio, todo lo cual queda reforzado poco después en los renglones iniciales de la *Parte Primera del Valerián*: «En las antiguas historias de los emperadores de Alemaña se lee que en el tiempo que imperó el emperador Octavio, tan cuerdamente y sabia governó su imperio que de sus súbditos fue bien quisto...», donde, a la par del recurso acostumbrado del comienzo atemporal y legendario, se insiste en la imagen de un sabio y juicioso emperador de Alemania.

Tras las alusiones de carácter histórico, dando paso ya a la ficción libre, se dice que un noble húngaro traba gran amistad con el autor y le presta para su lectura las dos partes «primera y segunda de la Crónica de un príncipe de aquel reino tan valeroso como antiguo llamado Valerián de Ungría». Cierta hecho que no se explica en el relato ocasiona la muerte inesperada del caballero húngaro, por cuya razón la obra queda en manos de quien está reseñando el prólogo. De improviso, hay un salto en el tiempo y el espacio y la voz narradora sitúa las nuevas circunstancias en 1530, en la ciudad de Cuenca, tras haber dejado Valencia por motivo de alguna tragedia o grave suceso que no se llega a especificar. Quizá se trate de la peste, declarada en la ciudad en ese mismo año, según consta en algunas crónicas valencianas, lo que por otra parte entroncaría con el conocido motivo literario que Boccaccio utilizó en el comienzo del *Decamerón*.²² Pero quizá el narrador se esté refiriendo a las sangrientas revueltas de los moriscos o a los ataques de los piratas llevados a cabo en esas mismas fechas, tal como aparece con insistencia en los escritos de la época. Así, por ejemplo, en la carta de Fernando de

²¹ Así lo confirma Manuel Fernández Álvarez en su trabajo «Del edicto de Worms de 1521 a la Dieta de Augsburgo de 1530», dentro de *Historia de España*, dir. Ramón Menéndez Pidal. Tomo XX: *La España del emperador Carlos V*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, pp. 738-745. Consúltense también el conjunto de estudios *Socialización, vida privada y actividad pública de un emperador del Renacimiento: Fernando I, 1503-1564*, ed. Alfredo Alvar, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004, donde se recogen las ponencias de las «Jornadas sobre Fernando I, el emperador», celebradas en Alcalá de Henares, en 2003.

²² Mientras que en el *Valerián* apenas se muestra como una posibilidad, en el *Decamerón* se lleva a cabo una extensa descripción de la epidemia, con gran lujo de detalles. Véase Boccaccio, *Decamerón*, ed. María Hernández Esteban, Madrid, Cátedra, 1994, en especial pp. 113-125.

Aragón a Carlos V, en Valencia, 23 de marzo de 1529, en la que el duque le advierte al emperador de los terribles disturbios sociales que están extendiéndose por todo el reino de Valencia;²³ o también en la carta de la emperatriz Isabel dirigida a Carlos V, de Madrid, a 16 de noviembre de 1529, en la que se alude al reciente desastre de las galeras españolas, comandadas por el capitán Portundo, frente a la armada del pirata Barbarroja, desastre acaecido cerca de las islas Formentera e Ibiza, lo que dejó en flagrante indefensión a toda la zona balear y levantina, «por el daño que se espera que este enemigo hará en la costa destes reynos y el peligro en que están los lugares y fortalezas que V. Md. tiene en África, y aun del reyno de Granada, si con brevedad no se provehe».²⁴ De la misma guisa es la información que registra el estudio del profesor García Martínez sobre bandoleros, corsarios y moriscos, en algunas de cuyas páginas se enumeran los distintos ataques de los piratas en la primera mitad del siglo XVI por todo el reino de Valencia:

Per bé la relació no n'és exhaustiva, heus ací, en síntesi, la sèrie de principals accions piràtiques en l'època indicada: 1503, saqueig de Cullera; 1518-1529, Barba-rossa devasta Xilxes, Dénia i Parcent; 1519, atac a Orpesa i Borriana; 1528, assalt al Palmar; 1529, desembarc a Oliva; 1532, saqueig de Piles i Cullera; 1534, desembarc a Parcent; 1536, atac de Barba-rossa a Orpesa; 1543, desembarc de Salah Rais a Guardamar; 1545, el mateix corsari assalta Vinaròs; 1547, desembarc a Morvedre i saqueig del monestir de Sant Esperit i atac a Alcalà de Xivert; 1550, Dragut ataca Benissa, saqueja la vila de Sant Joan i assalta Cullera; 1551, desembarc a Cales del Pinar, prop d'Alcúdia; 1554, desembarc a Benicarló i intent contra Altea; i 1556, atac a Dénia.²⁵

Ubicado, pues, en la ciudad de Cuenca, Clemente dice haber mandado traducir la obra y trasladar su «elegante y gracioso latín», escrito por un sabio llamado Arismenio, al romance paladino que finalmente ofrece ya impreso a la marquesa del Zenete. En esta ocasión, como ya sucedía en el incipit, se ha utilizado el tópico del autor fingido y la falsa traducción, fórmula literaria complementaria del viejo motivo del manuscrito

²³ Carta de Fernando de Aragón, duque de Calabria, a Carlos V, Valencia, 23 de marzo de 1529 (A.G.S., Estado, Despachos diversos, leg. 1533, ff. 328-329, original), citada y resumida en *Historia de España*, dir. Ramón Menéndez Pidal. Tomo XX: *La España del emperador Carlos V*, por Manuel Fernández Álvarez, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, p. 444.

²⁴ Carta de Isabel a Carlos V, Madrid, 16 de noviembre de 1529 (A.G.S.G.A. Leg. 2, ff. 16 y 17, original), editada en Manuel Fernández Álvarez, *Corpus documental de Carlos V, I (1516-1539)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1973, pp. 176-178.

²⁵ Sebastià García Martínez, *Bandoleros, corsaris i moriscos*, València, E. Climent, 1980, pp. 47-48.

encontrado, recursos ambos muy queridos por el género de los libros de caballerías y de larga proyección en la literatura medieval europea, utilizados ya en la materia artúrica –véanse la *Historia regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, el *Li contes del graal* de Chrétien de Troyes y *La quête du Graal* del ciclo de la *Vulgata*–²⁶ y en la materia troyana –así en la *Ephemeris belli Troiani* de Dictis Cretense y el *De excidio Troiae* de Dares Frigio–²⁷, presentes también en el *Libro del Caballero Zifar*,²⁸ además de hallarse vinculados, según opina François Delpech, a los relatos hagiográficos y la literatura cabalística;²⁹ artificios, en fin, que buscan llamar la atención del lector y aumentar en lo posible el valor de la obra, sugiriendo una digna y verídica procedencia, habitualmente asociada a la técnica de la *adtestatio rei visae* o testificación ocular de los hechos, y propiciando un efecto narrativo que pretende organizar y matizar la historia subsiguiente, además de perseguir, más o menos veladamente, la afirmación orgullosa de la verdadera autoría del libro.

Es justo en estos momentos cuando Clemente suplica a su protectora que disponga hacer leer la obra –quizá como lectura en voz alta, al calor del grupo de damas cortesanas–, recomendación que viene acompañada de elogios a la honestidad y aprovechamiento de sus páginas, que sólo una persona con declarado ingenio y ampliamente instruida en asuntos sublimes y delicados sabrá apreciar. Las páginas del libro son «morales y llanas», según confiesa Clemente, pero también representan un generoso descanso y esparcimiento para la futura duquesa, un verdadero contrapunto dentro de su exquisita y clásica formación. Tras estos comentarios, el prólogo termina con una retahíla de buenas intenciones y un deseo de larga vida para la ilustre señora de los Mendoza, además de la preceptiva referencia al «Señor de todo lo criado».

A modo de resumen y final, hay que decir que el prólogo ha perpetuado varios de los componentes manidos de las piezas liminares –falsa modestia, crítica general de los defectos literarios, tópicos de autenticación–, aunque, por otro lado, se ha hecho parcialmente novedoso en ciertos aspectos; véase, por ejemplo, su elocuente rechazo de

²⁶ Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*, ed. Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Siruela, 1985, pp. 1-2; Chrétien de Troyes, *Li contes del graal. El cuento del grial*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Quaderns Crema, 1985, p. 87; *La búsqueda del Santo Grial*, ed. Carlos Alvar, Madrid, Alianza, 1986, pp. 262-263.

²⁷ *La Iliada latina. Diario de la guerra de Troya de Dictis Cretense. Historia de la destrucción de Troya de Dares Frigio*, ed. M^a Felisa del Barrio Vega y Vicente Cristóbal López, Madrid, Gredos, 2001, pp. 193-199 y 389-390, respectivamente a las historias de Dictis y Dares.

²⁸ *Libro del Caballero Zifar*, ed. Cristina González, Madrid, Catedra, 1983, pp. 65-72.

la tradición prologal de la *auctoritas*, dejando de lado incluso las remembranzas de los grandes héroes del pasado, tan habitual en la literatura caballeresca y en otros géneros literarios. Ahora bien, en lo que más originalidad alcanza es en la incorporación de acontecimientos reales que, además, son muy cercanos en el tiempo, esto es, la Dieta de Worms y los sucesos trágicos de Valencia, en los que quizá no habría que descartar la presencia o proximidad del autor.

La pieza del prólogo es una presentación dedicada íntegramente a doña Mencía, de quien se citan sus muchas cualidades y sus vastos saberes, y quien, a la postre, representa la principal justificación de que el libro se halle «traducido» del latín y esté preparado para ser leído, o lo que es mejor, para ser enjuiciado por ella misma. ¿Hasta qué punto su autoridad o su criterio pudieron influir en la redacción del *Valerían*? ¿Acaso sancionó o corrigió la obra en alguna medida? ¿Escribió Clemente el prólogo antes de llevar a imprimir la obra, en espera de enmiendas u orientaciones de la futura virreina, o por el contrario simplemente nos encontramos con un efecto derivado de la *iudicem attentum parare*? Son preguntas de difícil averiguación y respuesta en firme, dado que la fórmula de la dedicatoria es uno de los más antiguos preliminares literarios que se conoce, además de que, ya en pleno siglo XVI, se hallaba fundida o entreverada con el prólogo, como puede verse en muchos ejemplos de los libros de caballerías, algunos de los cuales hemos referido previamente. Los autores buscaban el apoyo material y económico de los poderosos y, por supuesto, la mayor difusión de sus escritos, si bien no siempre obtenían provecho alguno, quedando el supuesto mecenazgo en una cuestión de titularidad únicamente formal.³⁰ En cuanto a posibles intervenciones en la redacción o disposición de las obras, debe apuntarse que precisamente a partir de mediados de siglo se empiezan a desarrollar diversos aspectos que podrán introducir cambios inequívocos en los libros; nos referimos, por un lado, a los *Índices* inquisitoriales, con sus diversos expurgos y manipulaciones, y por otro lado, a las aprobaciones, permisos y censuras que tenían que superar los textos manuscritos antes

²⁹ François Delpéch, «El hallazgo del escrito oculto en la literatura española del Siglo de Oro: elementos para una mitología del Libro», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 53.1 (1998), pp. 5-37.

³⁰ Véase sobre estos aspectos José Simón Díaz, *El libro español antiguo. Análisis de su estructura*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000 [1983], concretamente el capítulo XI: «Las dedicatorias», pp. 133-150: «La Dedicatoria es el más antiguo de los preliminares literarios y evoluciona de tal manera que por fraccionamiento ocasiona varios de los textos posteriores [...] Hay que remontarse al siglo XV para comprobar cómo entre los incunables son muchos los que contienen como única pieza introductoria una Epístola-Dedicatoria en que el autor coloca su obra bajo la protección de alguien y explica los motivos que le impulsaron a escribirla», p. 133.

de ser llevados a la imprenta. Pero esto no afectó, que sepamos, a la única edición conocida del *Valerían*, anterior en el tiempo a la puesta en marcha de ambos procesos.

LOS VERSOS LAUDATORIOS

Tras el minucioso y descriptivo prólogo, se encuentran dos series de versos encomiásticos de Andrés Martín Pineda y Miguel Hierónimo Oliver, respectivamente, amigos de Clemente, notarios y poetas de cierto prestigio en la corte valenciana renacentista del duque de Calabria, como así lo atestiguan las diferentes referencias bibliográficas y literarias. Sin ir más lejos, Gaspar Gil Polo en su particular parnaso del «Canto de Turia», dentro de la famosa *Diana enamorada* (Valencia, viuda de Joan Mey, 1564), nombra a Pineda en la estrofa número veinte, y a Oliver en la número treinta, ambos comparados con dioses, poetas y legisladores de la Antigüedad:

Con abundosos cantos del **Pineda**
resonarán también estas riberas,
con cuyos versos Pan vencido queda,
y amansan su rigor las tigres fieras;
hará que su famoso nombre pueda
subir a las altísimas esferas:
por este mayor honra haber espero,
que la soberbia Smirna por Homero.

Al que romanas leyes declarando
y delicados versos componiendo,
irá al sabio Licurgo aventajando,
y al veronés poeta antecediendo,
ya desde aquí le estoy pronosticando
gran fama en todo el mundo, porque entiendo
que, cuando de **Oliver** se hará memoria,
ha de callar antigua y nueva historia.³¹

³¹ Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada*, ed. Francisco López Estrada, Madrid, Castalia, 1987. Las estrofas transcritas están en las pp. 219 y 223, respectivamente. También hemos seguido la siguiente edición: *La Diana enamorada, cinco libros que prosiguen los VII de Jorge de Montemayor, por Gaspar Gil Polo. Nueva impresión con notas al Canto de Turia*, ed. Francisco Cerdá y Rico, Madrid, Imprenta

Estos dos autores desarrollaron su proyección literaria en la primera mitad del siglo XVI, llegando a formar parte del círculo artístico de la corte virreinal, donde participaron en diversos actos culturales y festivos y consiguieron publicar algunas composiciones. También es indudable su relación con acreditados autores del momento, como Joan Fernández de Heredia, Luis Milán y Jerónimo Sempere, además del contacto permanente con otros poetas y dramaturgos por medio de la comparecencia en justas, certámenes y tertulias, actividades muy habituales en la Valencia de aquellos años.

Las coplas de estos dos notarios poetas están subordinadas, como le sucede al incipit y el prólogo, a la tónica acostumbrada del exordio. Proveniente de la tradición clásica, ya desde el alejandrino Dioscórides en su *Anthologia palatina*, y después con Virgilio en sus *Geórgicas* y Horacio en sus *Odas*, entre muchos otros, la fórmula de la alabanza prologal y en ocasiones también epigonal se había extendido por casi todos los géneros, creando estructuras y pautas iterativas que buscaban la predisposición del lector respecto al texto presentado. A partir de la Edad Media empezaron a incorporarse composiciones poéticas que ensalzaban los pretendidos méritos de las obras, versos y encomios que partían tanto del propio autor como de sus amigos y admiradores, y que se hicieron muy frecuentes en el siglo XVI y prácticamente imprescindibles en el siguiente.³²

El esquema laudatorio que siguen Andreu Martí Pineda y Miguel Jerónimo Oliver se puede encontrar en algunos libros de caballerías anteriores al *Valerián*, y en concreto Oliver ya lo había puesto en práctica con ocho coplas de arte mayor en el comienzo del volumen segundo del *Morgante* de Jerónimo de Aunés.³³ Citemos, por ejemplo, las poesías que aparecen en los últimos folios del *Primaleón* (Salamanca, Juan de Porras, 1512), con una emisión de seis coplas mayores dirigidas al lector.³⁴ De gran interés son las sugerentes coplas, también de arte mayor y en número de seis, que podemos ver en las *Sergas de Esplandián* de Garci Rodríguez de Montalvo, en su

de don Antonio de Sancha, 1788, 2 vols. Reproducción facsímil: Valencia, Librerías París-Valencia, 1979.

³² Véase José Simón Díaz, ob. cit., los siguientes capítulos: «Poesías preliminares del propio autor», pp. 175-194 y «Poesías laudatorias de otros autores», pp. 195-204, en donde se exponen múltiples ejemplos de las modalidades correspondientes.

³³ Jerónimo Aunés, *Libro segundo de Morgante*, Valencia, Nicolás Durán de Salvanyach, 1535, preliminares.

³⁴ *Primaleón*, ed. M^a Carmen Marín, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998, pp. 537-538.

edición de Roma de 1525,³⁵ poesías que vienen firmadas por el conocido humanista Alonso de Proaza, quien había epilogado de igual forma nada menos que *La Celestina*.³⁶ No hay que olvidar el oportuno colofón del *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva (Cuenca, Cristóbal Francés, 1530), donde se ofrecen seis coplas de arte mayor presentadas por un tal «corrector», si bien manifiestan el característico tono enfático y reivindicativo de Silva.³⁷ Otras variantes estróficas que podemos encontrar son las quintillas con esquema variable en su rima, como las que aparecen en el colofón del *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo (Valencia, Juan Viñao, 1519), en las que Mosén Jeroni Artés dice dirigirse a los lectores.³⁸

Después de editarse el *Valerían*, ya en la segunda mitad del siglo XVI, aparecieron diversos libros de caballerías acompañados igualmente de poesías laudatorias; véase, entre otros, el *Floramante de Colonia* de Jerónimo López (Sevilla, Juan Vázquez de Ávila, 1550), donde se hallan siete coplas finales que presentan acotaciones igualmente intencionadas,³⁹ y el *Palmerín de Inglaterra* (Toledo, Herederos de Fernando de Santa Catalina, 1547), en cuyo prólogo se encuentran cuatro coplas del «autor al lector», con versos en acróstico.⁴⁰ En las últimas décadas del quinientos, como consecuencia de la poderosa influencia italianizante, se usaron con cierta frecuencia los sonetos, por ejemplo, los que se encuentran al inicio y al final de *Febo el Troyano* de Esteban Corbera (Barcelona, Pedro Malo, 1576),⁴¹ o los que se dirigen a Marcos Martínez, autor de la *Tercera parte del Espejo de príncipes y caballeros* (Alcalá de Henares, Juan Íñiguez de Lequerica, 1587), en los preliminares de dicha obra.⁴²

En cualquier caso, dentro del importante caudal de poesía laudatoria de los libros de caballerías, uno de los ejemplos más interesantes es sin lugar a dudas el que Martín

³⁵ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, ed. Carlos Sainz de la Maza, Madrid, Castalia, 2003, pp. 841-843.

³⁶ Fernando de Rojas, *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. Francisco J. Lobera, Guillermo Serés, Paloma Díaz-Mas, Carlos Mota, Íñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 351-354.

³⁷ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, Cuenca, Cristóbal Francés, 1530, f. 283v.

³⁸ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, ed. Alberto del Río Nogueras, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, p. 139.

³⁹ Javier Guijarro Ceballos, *Guía de «Floramante de Colonia», Parte II de «Clarián de Landanis»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, p. 10.

⁴⁰ Francisco de Moraes, *Palmerín de Inglaterra*, Libro I, ed. Aurelio Vargas Díaz-Toledo, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2006, pp. 4-5.

⁴¹ José Julio Martín Romero, *Guía de lectura de «Febo el Troyano»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, p. 88.

⁴² Marcos Martínez, *Tercera parte del Espejo de príncipes y caballeros*, Zaragoza, Pedro Cobarte, 1623.

Pineda y Jerónimo Oliver llevan a cabo en el *Valerían*. Los autores valencianos nos ofrecen nueve y ocho coplas de arte mayor, respectivamente, diseñadas con exclusividad para la exaltación publicitaria, y cuya estructura funcional, como ha demostrado la profesora M^a Carmen Marín, está en relación con las poesías esplandianas de Alonso de Proaza y con las coplas del *Primaleón*, lo que viene a confirmar la existencia de un modelo de poesía encomiástica en el género caballeresco.⁴³ Este modelo vendría a inaugurarse o perfilarse con la primera referencia de los poemas de la obra palmeriniana y se asentaría progresivamente a través de las aportaciones de Proaza, Silva y los poetas del *Valerían*, siendo después imitado por diferentes autores. Los elementos más característicos que componen este modelo poético son, en primer lugar, el tipo de estrofa, normalmente la copla de arte mayor, aunque también debe tenerse en cuenta el soneto, más asociado con la dedicatoria; en segundo lugar, anótese la serie versal, que oscila entre cuatro y ocho cuerpos en las coplas, mientras que en los sonetos es indiferente; y sobre todo, hay que parar mientes en los aspectos troncales que organizan el contenido de los poemas, en clara dependencia, como ya decíamos arriba, con la tónica del introito y también con el recurso literario de la captación lectora, para lo cual los poemas se dirigen retóricamente al lector, bien de forma directa a través del epígrafe oportuno, o bien mediante alusiones bastante palmarias en los propios versos. Es un modelo, en fin, que combina diversos componentes relacionados con la publicidad de la obra y con la promoción del autor, introduce en ocasiones el agradecimiento al mecenas o protector, y lo que es más importante, quiere poner en evidencia la aceptación sin fisuras de un género, los libros de caballerías, en el que se funden varias tradiciones y donde el fondo y la forma merecen todos los elogios, justo en el extremo opuesto de la crítica y el reproche, a veces tan virulentos, que distintos intelectuales de la época mostraron frente a estas obras.

⁴³ M^a Carmen Marín, «Las coplas del *Primaleón* y otros versos laudatorios en los libros de caballerías», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval* (Alacant, 16-20 de setembre de 2003), ed. Rafael Alemany, y otros, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005, vol. II, pp. 1057-1066: «[son] versos destinados a promocionar unos libros que gozaron de un gran favor entre el público a la vez que recibieron los duros ataques de los moralistas y los autores graves. La finalidad de todos estos poemas laudatorios de las obras, de sus autores y destinatarios pudo ser también en este sentido la de contraatacar y contrarrestar, en la medida de lo posible, estas críticas rebatiendo sus argumentos, elogiando ante todo el estilo y la moralidad de estos libros, presentándolos como dechados, como modelos dignos de imitación donde se pueden encontrar sentencias y enseñanzas provechosas además de entretenimiento».

En el ejemplo del *Valerían* dichos aspectos pueden estructurarse, según establece el profesor Lucía Megías, de la siguiente forma: a) una estrofa inicial en donde se realiza un elogio superlativo de la obra; b) un resumen en varias coplas de las materias que pueden hallarse en el texto, tales como las aventuras guerreras, las aventuras amorosas, las enseñanzas cortesanas, y la grandeza e importancia en general de todo su contenido; c) la alabanza en pocos versos del estilo que utiliza el autor; y d) tras un epígrafe de «Fin», la última estrofa en la que se recogen todas las ideas precedentes a modo de publicidad global del libro.⁴⁴

Los versos encomiásticos de Martí Pineda y Jerónimo Oliver aúnan múltiples elementos de la tradición prologal y echan mano de imágenes recurrentes, así los parnasos, castalias y heliconas, usando hinchadas comparaciones y elevando el supuesto valor del libro a cotas legendarias y de prestigio más que probado. Apúntese que Oliver, en sus poemas del libro segundo de *Morgante*, había llegado a situar tales elogios en un nivel supuestamente práctico, afirmando que no debe importar la cuantía dineraria del libro en cuestión sino su excelente fruto. Tampoco debe olvidarse el poema epígonal del *Primaleón* y sus aseveraciones sobre las cualidades del libro que el lector acaba de contemplar o leer, lo que de forma casi idéntica plantea Alonso de Proaza en sus poesías del *Esplandián* de 1525, y también, pero con menos énfasis, Mosén Jeroní Artés en las quintillas postreras del *Claribalte*. Por otra parte, sin tanto empaque ni tan variados recursos, el poema que aparece en el comienzo del *Palmerín de Inglaterra*, enunciado como del «autor al lector», con acróstico incluido que revela el nombre de Luis Hurtado, encierra apreciaciones parecidas y halagos de igual naturaleza, haciéndose notar, eso sí, la cita de Roldán y Amadís, predecesores heroicos a los que Palmerín, según se indica, va a superar con creces. De catadura no muy distinta es lo que sucede con el soneto que Luis Alariu dedica al autor de *Febo el Troyano*, en cuyos versos se rememoran los hechos gloriosos que se acaban de contar, de tanta calidad como los que cantó Ovidio y los que se vierten en el *Orlando* de Ariosto. A cierta distancia de todos los ejemplos antedichos, el poema final del *Amadís de Grecia* se dedica a recordar en qué punto ha quedado la historia narrada, nombrando a los tres magos protagonistas causantes de la situación, y remitiendo de inmediato a un siguiente libro en el que se resolverá el increíble encantamiento de la Torre del Universo y donde se contarán las aventuras de Florisel, el nuevo héroe ideado por Feliciano de Silva; o lo que es lo

⁴⁴ José Manuel Lucía Megías, ob. cit., pp. 402-408.

mismo, nos hallamos con una publicidad directa de la serie amadisiana que prescinde de otros complementos y evita descripciones del contenido, elogios concretos o enseñanzas derivadas. Planteamiento bien distinto es el que se observa en las coplas del *Floramante de Colonia* y el resto de sonetos de *Febo el Troyano* y la *Tercera parte de Espejo de príncipes y caballeros*, donde la razón de ser son los constantes ensalzamientos de los mecenas a quienes van dirigidas las obras.

En cualquiera de los casos, los poemas del *Valerían* son muestras muy significativas del modelo de poesía laudatoria caballeresca que estamos comentando y que la profesora Marín Pina ha logrado definir. En primer lugar, se trata de uno de los casos de mayor número de versos laudatorios dentro del género de caballerías; de hecho, sólo el propio Jerónimo Oliver alcanza tal cantidad de coplas en su particular elogio del *Morgante*. También es destacable que lo hagan dos autores de cierto prestigio en su época, vinculados con uno de los grupos intelectuales y artísticos más pujantes y productivos del Renacimiento hispánico. Ahora bien, lo que quizá supone mayor relevancia es la fijación definitiva del modelo encomiástico que los dos poetas consiguen mediante la impronta y el desarrollo de sus largas y tópicas composiciones, imitadas después por numerosos autores que no alcanzaron semejantes condiciones.

ANDRÉS MARTÍN PINEDA

Sobre este primer poeta del *Valerían* se dan diversas aunque incompletas noticias en la famosa *Biblioteca Valentina* de Josef Rodríguez, publicada en 1747,⁴⁵ donde se dice que era natural de Valencia y notario público, «erudito poeta, aunque a lo antiguo», y que escribió en valenciano. Fue también secretario de una justa poética que se celebró en Valencia en honor a la Purísima Concepción, en 1532, bajo el patrocinio de la iglesia parroquial de Santa Catalina mártir, concurso que después se llegó a editar como *Certamen Poetich en llahor de la Concepció*, a cargo de Francisco Díaz Romano, en 1533, obra en la que el propio notario participaba con algunas poesías. Pineda redactó igualmente la *Sentencia a la Disputa o Procés de viudes y donzelles*, que

⁴⁵ Josef Rodríguez, *Biblioteca Valentina*, Valencia, Joseph Thomas Lucas, 1747. Los datos de Martí Pineda se hallan en la p. 55.

se vierte al final de las *Poesías* de Jaime Roig, impresas en Valencia por Juan de Arcos, en 1561.

Por su parte, la conocida bibliografía de Ximeno, de 1747-1749,⁴⁶ en la que el autor tratado aparece con el nombre de Andrés Martí de Pineda, ofrece los mismos datos que la *Valentina*, añadiendo la noticia de la obtención de la cátedra de Notaría local, conferida por el Magistrado en mayo de 1566, con facultad de leer en la capilla de la Cofradía Real de San Jaime apóstol.

El doctor Francisco Cerdá y Rico, en su edición de 1788 de la *Diana enamorada* de Gil Polo, recoge nuevas noticias de este poeta.⁴⁷ Añade que publicó la citada sentencia también en Barcelona, en 1561, por Jaume Cortey, con el siguiente título: *Comenza lo procés o disputa de viudes y donzelles, ordenat per los magnífichs mossen Jaume Siurana, generós, y mestre Luís Joan Valentí, doctor en medicina, ab una sentencia ordenada por lo honorable y discret Andreu Martí Pineda, notari*. Según Cerdá y Rico, participó en la *Justa poética en lahor de la seráphica Sancta Cathalina de Sena celebrada en son convent de Valencia, día de Sanct Miguel, 1511*, publicada en Barcelona, por Geromo Margarit, 1513, en donde firmó como Andreu Pineda. De su pluma son también las obras menores *A un son gran amich novament casat*, en casa de Juan Bautista Timoneda, y *Consells y bons avisos dirigits a una noble senyora valenciana novament casada*, del mismo Timoneda. Finalmente, en las *Obras* de Juan Fernández de Heredia, editadas póstumamente en Valencia, en 1562, aparecen unas coplas de Andrés Martín Pineda, amigo del autor.⁴⁸

Ya en el siglo XIX, el bibliógrafo valenciano Pastor Fuster corrige algunos errores que se habían arrastrado desde el pasado; establece definitivamente el apellido del poeta, quitando la preposición –advirtiendo que es un error de Ximeno–, y enmienda también la fecha de la sentencia publicada en Barcelona, de 1561 a 1531. De igual forma, revela la interesante información de que en el *Certamen Poetich* de 1533, hecho a instancias de Jerónimo Sempere, Pineda consiguió el primer premio, con poesías en lemosín y en castellano. Añade una nueva obra al repertorio de este autor: *Contemplació en honor y reverencia de les set vegades que el nostre redemptor Jesús escampà la sua preciosíssima sanch ab les propietasts de cascuna. Feta per Andreu*

⁴⁶ Vicente Ximeno, *Escritores del reino de Valencia*, Valencia, oficina de Joseph Estevan Polz, 1747-1749, 2 vols. La entrada de Martí de Pineda está en I, p. 142.

⁴⁷ Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada*, ed. Cerdá y Rico, II, pp. 327-336, en las que se vierten poemas enteros de Martí Pineda.

⁴⁸ Juan Fernández de Heredia, *Obras*, ed. Rafael Ferreres, Madrid, Espasa-Calpe, p. 170.

Martí Pineda, notari, pieza religiosa que se expone íntegramente en el tomo primero de la *Biblioteca Valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días, con adiciones y enmiendas a la de D. Vicente Ximeno*, de 1827, donde se apunta igualmente que «si en lo profano fue excelente poeta, no lo fue menos en lo religioso».⁴⁹ Asimismo, se indica que en un bando de 1586 aparece la firma de un tal Andreu Martí Pineda, *escrivá de manament*, que podría ser algún descendiente o familiar del poeta.

En un breve trabajo posterior, el *Estudio histórico-crítico de los poetas valencianos de los siglos XVI, XVII y XVIII* de Puig Torralva y Martí Grajales, publicado en 1883, se pone en duda la participación de Martí Pineda en la *Justa* de 1511, dado que sería entonces demasiado joven, además de que el nombre utilizado, Andreu Pineda, podría referirse a una persona distinta, cuya localización, sin embargo, no ha podido realizarse.⁵⁰ Respecto al certamen de Santa Catalina de 1532, hay que tener en cuenta que entre los participantes también se hallaba Andrés Honorato Pineda, hijo del poeta.

En el estudio de Francisco Martí Grajales, el *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico de los poetas que florecieron en el reino de Valencia hasta el año de 1700*, sacado a la luz en 1927, se amplían y precisan los datos del notario poeta, a la luz de ciertas investigaciones llevadas a cabo en los archivos valencianos.⁵¹ Se afirma, por ejemplo, que era natural de Játiva y que en 1512 «solicitó y obtuvo el ser vecino de Valencia». Perteneció en tres ocasiones al Consejo general de la ciudad: en 1528, 1538 y 1547. En 1535 fue nombrado notario examinador, juntamente con Antonio Juan, y desde 1572 a 1574 fue «escrivá de manament de ses magnificencias». En torno a estas fechas se puede suponer su fallecimiento. Martí Grajales no ha logrado encontrar en los *Manuals de Concells* del Ayuntamiento de Valencia el nombramiento de Andreu Martí Pineda como ocupante de la cátedra de Notaría, en cambio sí que ha visto un acuerdo de julio de 1566 por el cual se otorga dicha cátedra al poeta Andrés Honorato Pineda, seguramente hijo del anterior. En otro orden de cosas, se documenta con fecha de diciembre de 1552 la concesión de licencia a nuestro poeta para contraer matrimonio

⁴⁹ Justo Pastor Fuster, *Biblioteca Valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días, con adiciones y enmiendas a la de D. Vicente Ximeno*, Valencia, Imprenta de José Ximeno, 1827, 2 vols. Los datos y poesías están en I, pp. 116-120.

⁵⁰ José M^a Puig Torralva y Francisco Martí Grajales, *Estudio histórico-crítico de los poetas valencianos de los siglos XVI, XVII y XVIII*, Valencia, Imprenta de la viuda de Ayoldi, 1883. Reproducción facsímil: Valencia, Librería París-Valencia, 1992; véanse pp. 30-32.

⁵¹ Francisco Martí Grajales, *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico de los poetas que florecieron en el reino de Valencia hasta el año 1700*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1927, pp. 362-364.

con Ángela Caldés, viuda del mercader Juan Burgos. Asimismo, en el archivo del colegio de Corpus Christi o del Patriarca existen hasta doce protocolos de Martí Pineda pertenecientes a los años 1521, 1522, 1525 y 1526, y de 1551 al 1558; también aparece un breve comentario suyo en el libro *Tacha real*, de autoría desconocida, y un soneto intitulado «Al zoilo y detractor», en el *Libro de Cavallería celestial del Pie de la Rosa fragante* de Jerónimo Sempere, Valencia, 1554. De la misma manera, se anota que la *Contemplació en honor y reverencia de les set vegades* podría fecharse en 1521. Y finalmente, se adjuntan el acta de avecindamiento y la citada licencia matrimonial.

Entre los estudios mas recientes hay que citar el gran repertorio de Ferrando Francés, *Els certàmens poètics valencians*, en donde se recogen las composiciones de certamen de Pineda y se exponen todos los datos aportados por la bibliografía anterior, siguiendo sobre todo las investigaciones de Martí Grajales.⁵² Respecto a su posible participación en la *Justa poética* de 1511, se vuelve a la idea de que el firmante Andreu Pineda sea el mismo autor que Andreu Martí Pineda. También se trae a colación una nueva noticia literaria: una carta del notario y poeta dirigida a su amigo Serafí de Centelles, incluida en el *Dietari* de Jeroni Sòria. Asimismo, se ofrecen más detalles del soneto preliminar que abre el *Libro de Cavallería celestial de la rosa fragante* de Jeroni Sempere –o Jerónimo Sempere–; se trata de un poema dedicado «al zoilo y detractor», cuyo comienzo es «No rompas con los dientes esta razón». Ferrando Francés define a Andreu Martí Pineda como un poeta de circunstancias, participante de justas religiosas y reuniones cortesanas, que además consigue adentrarse con éxito en el género satírico. En su obra, según anota este bibliógrafo –siguiendo en esta ocasión a Rubio i Balaguer–,⁵³ coexisten tres estilos de la producción poética de la Valencia de aquella época: «el gris estil teològico-popular de la poesia de certamen, l'estil emfàtic, llatinitzant i magistral de la *Sentència arbitral* de la *Disputa* i del pròleg del *Certamen Poètic* de 1532, i l'estil popularitzant dels *Consells* als seus amics novament casats».

Recordemos también el trabajo editor de Vicent Pitarch y Lluís Gimeno, *Poesia eròtica i burlesca dels segles XV i XVI*,⁵⁴ en el que incluyen tres piezas de Pineda:

⁵² Antoni Ferrando Francés, *Els certàmens poètics valencians del segle XIV al XIX*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1983. Véase especialmente el *Certamen en llaor de Santa Caterina de Siena*, pp. 669-727, y el *Certamen en llaor de la Puríssima i Inmaculada Concepció de la Mare de Deu*, pp. 769-865.

⁵³ Jordi Rubio i Balaguer, *Literatura catalana*, en *Historia general de las literaturas hispánicas*, dir. G. Díaz Plaja, Barcelona, Vergara, 1968; en vol. III, p. 913.

⁵⁴ Vicent Pitarch i Lluís Gimeno, *Poesia eròtica i burlesca dels segles XV i XVI*, València, Edicions 3i4, 1982.

Disputa de viudes i donzelles, los *Consells a un casat* y los *Consells a una casada*, que nunca se habían editado conjuntamente. En la introducción del volumen, Pitarch y Gimeno recogen algunas noticias sobre el poeta notario y estudian brevemente las piezas seleccionadas.

Ahora bien, los estudios que hasta el momento se han acercado con mayor profundidad y exactitud a la obra y vida de este autor son los realizados por Vicente Graullera y Carmen Moróder,⁵⁵ y Tomás Martínez Romero.⁵⁶ Los dos primeros han realizado un riguroso trabajo de investigación documental, aclarando errores e imprecisiones de los anteriores trabajos bibliográficos. Han descubierto igualmente el nombramiento de Pineda como notario de Valencia, fechado el 4 de abril de 1513 (Archivo del Reino de Valencia, *Manaments i Empares*, número 44), y han confirmado que era originario de Játiva y que fue Notario Real desde el 15 de mayo de 1511, por lo que su nacimiento podría establecerse en los primeros años de la última década del siglo XV. Pineda se casó al parecer en dos ocasiones: la primera, con Francisca Benet Mir, con quien tuvo un hijo, Andreu Honorat, que debió nacer alrededor de 1525; y la segunda, con Ángela Caldes, el 10 de diciembre de 1552, cuando nuestro poeta tenía más de sesenta años, lo que en principio, debido a su avanzada edad, resulta un tanto curioso. Respecto a su fallecimiento, hay que situarlo a partir de 1558, última fecha de los protocolos que se conservan a su nombre. Graullera y Moróder confirman el nombramiento de Pineda en 1528 como miembro del Consell General de la ciudad de Valencia, repitiéndose en los años 1538 y 1547; también fue designado como examinador del Colegio Notarial en 1535. Es muy probable que ocupara cargos de cierta responsabilidad, vinculados con las Cortes y la organización de la justicia local, a tenor de su comparecencia en diversos actos oficiales de la época. En cuanto a la obra literaria, Graullera y Moróder contabilizan y detallan cinco piezas llevadas a la imprenta: la *Contemplació en honor y reverencia d'les set vegades que nostre redemptor Jesús escampá la sua preciosíssima sanch ab les propietats de cascuna*, publicada en 1521, el *Certamen en loor de la Purísima Concepción de la Virgen*, de 1533, los *Consells y bons avisos dirigits a una noble senyora valenciana novament casada*, de 1560, el *Escriu Andreu Martí Pineda, notari, a un son gran amich novament*

⁵⁵ Vicente Graullera y Carmen Moróder, «Andreu Martí Pineda, notario y poeta valenciano del XVI», *Homenatge al doctor Sebastià Garcia Martínez*, València, Universitat de València, 1988, vol. I, pp. 375-385.

⁵⁶ Tomàs Martínez Romero, «L'obra profana d'Andreu Martí Pineda i la literatura valenciana a la primera meitat del XVI», *Llengua & Literatura*, 12 (2001), pp. 77-104.

casat, sin fecha de impresión, y el *Procés o disputa de viudes y donzelles*, de 1561, con participación de Jaume Siurana y Lluís Joan Valentí. También han confirmado la inclusión de la *Disputa de viudes i donzelles* al final del *Llibre de les dones* de Juame Roig, y algunas poesías en un libro de fray Tomás Vessach sobre la vida de santa Catalina de Sena, impreso en 1511. Sin embargo, Graullera y Moróder no parecen conocer los versos encomiásticos del *Valerián* y las coplas que se incluyen en las obras de Joan Fernández de Heredia.

Martínez Romero, por su parte, incide precisamente en la relación de Pineda con Fernández de Heredia y con la corte de Germana de Foix, y recuerda también su amistad con múltiples intelectuales de la época, como Bernat Fenollar, Joan Moreno y Jeroni Sempere, entre otros. Pero lo más relevante del estudio de Martínez Romero es su pormenorizado análisis de la obra profana de Pineda –los *Consells a un casat*, los *Consells a una casada* y la *Disputa de viudes i donzelles*–, a partir del cual se puede establecer con gran claridad el espacio literario que corresponde al notario y poeta valenciano. En ese sentido, resulta evidente que Pineda no participa de muchos presupuestos humanistas, a pesar de relacionarse con un círculo visiblemente influido por el humanismo italiano. Los consejos del poeta de Játiva se instalan directamente en la literatura de matrimonio más tradicional y en la corriente satírica –bien abastecida de lugares comunes– que gira en torno a ella, aunque también manifiestan algún que otro vínculo con las obras pedagógicas de Luis Vives, Antonio de Guevara y otros autores del Renacimiento hispánico.

Finalmente, debe citarse el manual de Josep Lluís Sirera, *Historia de la literatura valenciana*, donde Pineda recibe bastante atención y se presenta como integrante de la refinada corte del duque de Calabria, además de asociarse con los certámenes poéticos, las fiestas urbanas y los actos religiosos y cívicos de la Valencia renacentista.⁵⁷ Dentro del campo satírico, Pineda viene a significar una reorientación moralista, una contención expresiva y conceptual de los aspectos relacionados con la sexualidad femenina. El mejor ejemplo, en opinión de Sirera, es su conocida *Sentecia* para la *Disputa de viudes i donzelles*, escrita en forma de debate entre Jaume Siurana y Lluís Joan Valentí, quienes defienden alternativamente la conveniencia de diferentes tipos de mujer para el matrimonio. Del mismo tono punzante y crítico son sus *Consells*

⁵⁷ Josep Lluís Sirera, *Història de la literatura valenciana*, València, Alfons el Magànim, 1995. Los comentarios sobre Martí Pineda se hallan en el cap. 4, «El segle XVI: tradició i univers cortesà», pp. 197-236.

a un casat y sus *Consells i bons avisos dirigits a una noble senyora valenciana novament casada*, publicados ambos a mediados de siglo, aunque redactados seguramente en los años de la corte del duque de Calabria. Por todo ello, el profesor Sirera otorga a nuestro poeta un puesto de merecida relevancia en la literatura valenciana del siglo XVI.

Andreu Martí Pineda es sin lugar a dudas uno de los poetas que deben tenerse en cuenta en la Valencia de la primera mitad del XVI, como así corroboran los estudiosos y bibliógrafos que se han acercado a su figura. Toda su obra conocida está escrita en valenciano, salvo precisamente las coplas castellanas del *Valerián* y algún poema suelto de certamen. Poeta festivo, de justas y certámenes religiosos, es también escritor de vena satírica en literatura sobre el matrimonio. Sus opiniones y *consells* mantienen una línea más conservadora que otros autores coetáneos, aunque igualmente se observa, según estima Tobias Brandenberger,⁵⁸ una notable influencia de las ideas de Juan Luis Vives. Queda patente su gran amistad con Joan Fernández de Heredia y Jerónimo Sempere, escritores esenciales de la Valencia renacentista, y su relación con diversos notarios dedicados a la literatura, véanse Dionís Clemente y Miguel Jerónimo Oliver, entre otros. De igual manera, parece segura su estrecha vinculación con los duques de Calabria y su prestigiosa corte de escritores, músicos y humanistas. A pesar de su particular apuesta dentro de las letras valencianas del XVI, no existe hasta el momento un estudio significativo que aborde toda su creación poética, incluyendo tanto el material profano y religioso, como los versos laudatorios que se hallan esparcidos en diferentes obras. Sí existen, en cambio, excelentes trabajos parciales como los de Graullera y Moróder y Martínez Romero, y certeras aproximaciones como las del profesor Josep Lluís Sirera, que recupera favorablemente su figura, en tanto que reflejo fronterizo entre dos épocas y tradiciones, o como las de Tobias Brandenberger, que estudia con atención la temática matrimonial de sus composiciones más conocidas.

MIGUEL JERÓNIMO OLIVER

El notario Miguel Jerónimo Oliver, segundo poeta del *Valerían*, también estuvo presente en los círculos renacentistas valencianos, participando especialmente en presentaciones y dedicatorias de diversas obras. Además de los versos encomiásticos destinados a Clemente y su obra, colaboró con ocho coplas laudatorias en otro libro de caballerías publicado en Valencia, el *Libro segundo de Morgante* de Jerónimo Aunés, sacado a la luz en 1535, por Nicolás Durán de Salvanyach. De igual forma, se le conocen las siguientes piezas panegíricas: un soneto en alabanzas a don Carlos de Borja, duque de Gandía, en el comienzo de la segunda parte de la *Crónica de Valencia* de Martín de Viciana;⁵⁹ un epigrama latino en honor a Felipe II en los preliminares del libro cuarto de la misma *Crónica*;⁶⁰ y un soneto laudatorio rememorando a Joan Fernández de Heredia, que se halla en el epílogo de las obras de éste, publicadas en 1562.

En las primeras bibliografías valencianas, la *Biblioteca Valentina* de Rodríguez y los *Escritores del reino de Valencia* de Ximeno, no se recogen noticias de Oliver, lo que resulta un tanto extraño a tenor de su participación en las obras citadas arriba, muy conocidas en su época, y de su amistad con los poetas e intelectuales de mediados del siglo XVI. De hecho, Gil Polo incluyó a Oliver en su particular selección de poetas insignes, el famoso «Canto de Turia». En ese sentido, hay que acudir a la vieja edición de Cerdá y Rico de la *Diana enamorada*,⁶¹ donde sí que se dan numerosos datos y atribuciones sobre el poeta en cuestión. En las notas de dicha edición se indica que en los llamados *Apuntamientos de Lorga* se halla el siguiente comentario: «En 19 de mayo mandó la ciudad que el Clavario común passasse al magnífico Misser Miguel Gerónimo Oliver, doctor en entrambos derechos, 20 libras por el trabajo que tuvo en ordenar los versos que se pusieron en el arco triumphal que se hizo en el Mercado y en las portaladas de los portales de Serranos y del Real, para la entrada que hizo S. M. Phelipe II en 17 de Febrero de 1564». Asimismo, se dice que existen ciertas composiciones

⁵⁸ Tobias Brandenberger, *Literatura de matrimonio (Península Ibérica, s. XIV-XVI)*, Zaragoza, Pórtico, 1996, especialmente pp. 237-250.

⁵⁹ Martín de Viçyana, *Libro segundo de la Chrónyca de la inclita y coronada ciudad de Valencia*, Valencia, Joan Navarro, 1564. Reproducción facsímil: Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1972, p. 9.

⁶⁰ Martín de Viçyana, *Libro cuarto de la Crónica de la inclita y coronada ciudad de Valencia*, Barcelona, Pablo Cortey, 1566. Reproducción facsímil: Valencia, Universidad de Valencia, 1972, p. 8.

⁶¹ Gaspar Gil Polo, *Diana enamorada*, ed. Cerdá y Rico. Los datos de Oliver se hallan en el tomo II, pp. 384-394.

suyas, tanto en latín como en castellano, en otras obras impresas; por ejemplo, en las *Poesías* de Diego Ramírez Pagan –en realidad *Floresta de divina Poesía que contiene muchas y diversas obras morales, espirituales y temporales*, Valencia, Joan Navarro, 1562–, en las que se ve un epigrama latino laudatorio de Oliver dedicado al autor; o en el libro *Conscribendis epistolis* de Francisco Juan Bardaxí, Valencia, Juan Mey, 1564, donde también aparece otro epigrama en latín con idénticas funciones. En la obra titulada *Primera parte de la Carolea. Trata de las victorias del Emperador Carlos V, Rey de España*, de Jerónimo Sempere, publicada en Valencia, por Juan de Arcos, 1560, poema épico que cita Cervantes en el capítulo VII del *Quijote* de 1605, se vierte una oda en latín y un soneto del doctor Oliver en alabanza del poeta Sempere. Otro epigrama latino, éste más breve que lo anteriores, se recoge en la *Eucharistia* de Francisco Decio, Valencia, Juan Mey, 1549. El erudito Cerdá y Rico completa la extensa entrada informativa de Oliver con los poemas ya citados de la *Crónica de Valencia* y la obra de Fernández de Heredia, añadiendo finalmente la anotación de un posible elogio hacia el jurisconsulto valenciano por parte del humanista aragonés Palmireno en su comedia *Lobenia*, incluida en *Tertia & ultima pars rhetoricae Laurentii Palmyreni in qua de memoria & actione disputatur. Ad Illustrissimum dominum D. Petrum Volscium serenissimi Regis Poloniae legatum dignissimum in Hispania, Valentiae, Ex typographia Ioannis Mey, 1566.*⁶²

El trabajo bibliográfico de Pastor Fuster se limita a repetir los comentarios y adscripciones de Cerdá y Rico,⁶³ añadiendo la existencia de un epigrama de tres dísticos que dice hallarse en la *Gramática Latina* de Andrés Sempere, impresa en Valencia en 1586, por Joan Mey –en realidad por Pedro Huete, como vemos en otras referencias–.⁶⁴ Por su parte, el decimonónico *Estudio histórico-crítico* de Puig Torralva y Martí Grajales, nada dice del notario y poeta.

⁶² Lo que confirma Andrés Gallego Barnes en su estudio *Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579). Un humanista aragonés en el Studi General de Valencia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1983. En efecto, dentro del prefacio pedagógico que Palmireno escribe para su comedia *Lobenia*, representada ésta en enero de 1566, Gallego Barnes encuentra las siguientes alusiones: «En esto llega la Fama que se alegra de ver a tantos poetas en Valencia. Melpomena intenta moderar su entusiasmo pidiéndole que no asimile a los verdaderos poetas a los que lo deben todo al oficio. La Fama no se deja vencer por la objeción y enumera a los principales representantes del Parnaso valenciano: Hieronymo Falcó, el Jurisconsulto Oliver, Antonio de la Jardina, secretario del obispo: luego menciona a los filósofos y médicos: Andrés Sempere, Fernando Bonavida, Aegidio Polo, Vicente Vadillo, Robledo, Romani, León, Artieda», p. 157.

⁶³ Justo Pastor Fuster, ob. cit., pp. 126-127.

⁶⁴ Por ejemplo, en la edición de Cerdá y Rico de la *Diana enamorada*, tomo II, p. 398-399.

En el *Diccionario biográfico y bibliográfico* de Martí Grajales, de 1927, se aporta la noticia de que Oliver era ya doctor en derecho en 1546. Tras recordar los versos que compuso como motivo de la venida a Valencia de Felipe II, se dice que perteneció dos veces al Consejo General de la ciudad, siempre a propuesta del cuerpo de juristas. La primera vez lo eligieron el 16 de junio de 1565 y la segunda el 16 de junio de 1576. De igual forma, el 22 de diciembre de 1567 obtuvo por sorteo, junto a otros doctores, el nombramiento de asesor de los Justicias, y cuatro años después se le designó, con Pedro Benavent, el puesto de *corregidor de aduocats*. Para terminar, Martí Grajales recuerda los elogios de Gil Polo hacia el poeta, así como las composiciones de éste vertidas en la *Carolea* de Sempere, en las *Obras temporales y espirituales* de Fernández de Heredia y en *Libro segundo de la Crónica de Valencia*, olvidando el resto de piezas que le habían asignado los bibliógrafos anteriores.

Los estudios más recientes de literatura valenciana no tienen en cuenta la figura de este conocido jurista, este importante hombre de leyes que se dedicó también a la poesía encomiástica y panegírica, en la que destacaba claramente por su dominio del latín. No cabe duda de que Jerónimo Oliver se relacionó con los grandes y nobles de su tiempo, en primer lugar con los duques de Calabria, y también con otros aristócratas, virreyes y lugartenientes posteriores. Su afición a colaborar poéticamente en prólogos, encomios y dedicatorias de obras de todo tipo –clásicas, cronísticas, religiosas, y de entretenimiento–, demuestra en principio su amplitud de gustos literarios, e igualmente pone de manifiesto sus numerosas amistades más allá de la aristocracia y la notaría, desde poetas cortesanos y prestigiosos cronistas, hasta escritores de ficción en romance vulgar como el propio Clemente. Por otra parte, los largos poemas que dedica al *Valerían* y al segundo libro del *Morgante* son prueba evidente de su acercamiento o interés por el género caballeresco.

LA EXHORTACIÓN AL LECTOR

El *Valerían* se distingue de muchos libros de caballerías por poseer un cuerpo preliminar cabalmente estructurado en partes independientes y correlativas: el *incipit*, el prólogo, los versos laudatorios y, finalmente, la llamada exhortación al lector. Esta última representa, en tanto que sección autónoma, una auténtica novedad en el género, aunque su contenido, desde luego, está basado en característicos motivos

persuasivos, habituales en las presentaciones y piezas prologales. La exhortación al lector ocupa el primer folio del cuarto cuadernillo de los preliminares, folio que hallamos enmarcado con media orla de combinación, adornada de motivos florales y dos pequeños ángeles en la pieza horizontal.

Así pues, nos encontramos con un texto breve en el que Dionís Clemente, utilizando el ficticio ropaje de trujamán, se dirige directamente al lector para recomendar la lectura de la obra que va a emprender su andadura, excusando de paso los defectos que en ella se puedan percibir. Una vez más, entran en materia los tradicionales *topois* del exordio y de la falsa modestia, los cuales vienen a repetir el tono, la intención y algunas de las ideas que ya se han suscrito en el prólogo, si bien en éste los elementos se hallaban subordinados en gran medida al homenaje llevado a cabo a doña Mencía. Al igual que otros autores se dirigen retóricamente al lector por medio de poemas de diferente extensión, el notario Clemente, optando por la prosa, expone un párrafo de veintinueve líneas donde defiende con variados argumentos la lectura del *Valerían*. En primer lugar, hace referencia a las posibles dudas que puedan asaltar al lector respecto a «las vidas y hazañas de los cavalleros» y las «hermosuras y estados de las dueñas y donzellas» que aparecen en la obra, amén de otros ingredientes que revelen mayor asombro. Estas dudas, asegura la voz narrativa, deben ser totalmente desechadas, dado que en la crónica de Valerían no hay cosa que esté fuera de la razón ni del orden natural que en otras historias antiguas o modernas no se haya contado. En ese sentido, el *Valerían* se quiere presentar como un libro que no pretende desarrollar nuevos aspectos en relación al espacio de la aventura y la maravilla, eligiendo, por tanto, redundar en los ya conocidos por cualquier lector de caballerías. Aunque eso sí, se ofrece la gran novedad de los «saludables consejos y castigos» que aparecerán ocasionalmente en la historia, lo que, según se arguye, debería otorgar mayor crédito a la misma. La voz narrativa que se autodefine como traductor, siguiendo con la afectación de modestia y la búsqueda de benevolencia en los lectores, confiesa que el estilo con el que ha redactado la obra es bajo e ignorante, y declara también la existencia de algunos errores tipográficos de la impresión, que después tampoco son tan observables. Tras todo lo cual, aconseja aprovechar entre tantos defectos y errores aquello que se entienda placentero e interesante, y da por terminada la exhortación.

Al igual que ha efectuado con las piezas anteriores, Dionís Clemente sigue los cauces habituales de los proemios y prólogos literarios, utilizando los motivos de búsqueda de atención y simpatía *–iudicem attentum, docilem et benevolum parare–*,

recursos que provienen de la tradición retórica clásica, descritos con minuciosidad por Quintiliano y Cicerón, y retomados después por la literatura medieval y renacentista, que los aplicó en los prólogos e introducciones a las obras. No obstante, para desarrollar dichos recursos, como ya hemos dicho antes, el escritor valenciano prefiere la prosa en vez del verso, a diferencia de la mayoría de los autores del género caballeresco. Además, escoge la concreción en lugar de la generalidad, citando elementos reales del contenido, esto es, los consejos y castigos, los cuales ya se habían anunciado en el incipit. Aunque Clemente no lo especifique en momento alguno, las explicaciones de la exhortación parecen dirigirse no sólo al común de los lectores, como así se indica en el título, sino también a doña Mencía de Mendoza, lo que puede sobreentenderse en virtud de las mismas o parecidas palabras y orientaciones que han sido utilizadas en el prólogo precedente. Si la obra que tratamos, tanto en su arranque titular como en la presentación acreditativa, se dirige abiertamente a la marquesa, cabe pensar que los comentarios ofrecidos a los lectores están generalizando en el fondo una intención de carácter personal que Clemente quiere dejar bien asentada: el agradecimiento y pleitesía a quien posiblemente apadrinó su voluminosa apuesta narrativa, o al menos recibió, imaginamos que complaciente, la solicitud de dicho apoyo.

Sin lugar a dudas, la ordenación pautada de los preliminares del *Valerían* hace entrever meditaciones intenciones tanto a nivel editorial como literario, entre las que no se oculta una importante gradación referencial. En primer lugar, hay que circunscribir la publicación de la obra al arrimo de Carlos V, como así se verifica con el privilegio real anunciado en la portada y a través también del escudo del rey expuesto en mitad de la plana. La dedicatoria a la opulenta marquesa del Zenete, muestra el siguiente nivel de apoyatura y promoción, enriquecido, a buen seguro, con las espléndidas credenciales de esta mujer formada en el Humanismo. Recordemos igualmente que en el prólogo se verifica la huella de Carlos V y su familia nobiliaria, proyectándose el origen del *Valerían* en tierras del rey Fernando, hermano del emperador y futuro monarca de Hungría y Bohemia. Los largos poemas encomiásticos de Martí Pineda y Oliver, amigos del autor, mantienen el impulso prestigioso del libro y desarrollan las razones de su beneficiosa lectura. Dichos poetas, como ya hemos indicado repetidamente, pertenecieron al grupo de artistas, músicos, pensadores y juriconsultos que formaron parte de la corte del duque de Calabria, cuyo virreinato valenciano significó un fructífero período cultural en el que se publicaron precisamente varios libros de caballerías y otras obras de entretenimiento.

El *Valerían de Hungría* nace así con los mejores avales de la primera mitad del siglo XVI, desde la portentosa figura imperial hasta una de las noblezas más flamantes del momento, vinculada estrechamente con la cultura renacentista. Pero Clemente no quiere pasar por alto su relación con los lectores inmediatos de su obra, entre los que se halla la propia marquesa, lectores que conocen perfectamente el género de los libros de caballerías y saben de sus largas e iterativas historias. Por esa razón, si bien manteniéndose en los márgenes del tópico establecido, avisa de ciertas novedades que podrán crear interesantes contrastes en medio de las numerosas páginas del imaginario caballeresco, esos consejos y castigos que aparecerán esporádicamente en medio de las incontables hazañas de los héroes y de sus amores con las damas que los acompañan.

No obstante, dichos consejos y castigos, al menos aquéllos que podrían derivar en orientaciones morales susceptibles de influir en el lector, no van a ser tan abundantes como cabría esperar, teniendo en cuenta el anuncio efectuado a la sazón. Por otra parte, la disparidad de estos consejos viene a ser bastante amplia, además de tener importantes diferencias en la función que asumen dentro de la historia. Habrá consejos de buen gobierno en clara sintonía con la tradición de los tratados *de regimine principum*, y encontraremos otros que estarán muy relacionados con el proceso amoroso de los protagonistas. Ciertos consejos serán más bien recomendaciones personalizadas sobre las cualidades que atesoran un caballero o una dama, en aras, casi siempre, de futuros enlaces matrimoniales, y otros desplegarán algunas anotaciones y curiosidades, como las que se vierten sobre el adecuado trato a los palafrenes. Existen, asimismo, dos personajes fundamentales que serán emisores de diversos consejos y actuarán como consejeros y responsables de orientaciones varias, si bien su diferencia funcional en el relato terminará siendo muy notable. Nos referimos al enano Dromisto y el sabio Arismenio, figuras de vasta tradición caballeresca, cuyas credenciales narrativas estudiaremos con más detalle en la sección correspondiente.

En cualquier caso, a pesar de la anunciada novedad que representa esta «Exhortación del mismo traductor de la historia al lector», y a pesar igualmente de sus buenas intenciones didácticas y de sus promesas de castigos y consejos oportunos, arropados por el propósito de verosimilitud del inmediato prólogo y los lauros de los poemas encomiásticos, la pieza en cuestión no parece que obtuviera el éxito anhelado, dado que, como sabemos, la obra no volvió a editarse, amén del casi absoluto silencio que se cierne sobre ella. Y aún es más, la fórmula exhortativa adoptada por Dionís Clemente, en un claro intento de acrecentar los procedimientos persuasivos del

comienzo prologal, no se volvió a utilizar en los libros de caballerías, siendo que los modelos de prólogos –el literario y el de dedicatoria, de los que se surte el *Valerían*– «terminarán por separarse completamente a lo largo de la centuria, en especial cuando se utilice el literario como medio para historiar el tópico de la falsa traducción».⁶⁵

⁶⁵ José Manuel Lucía Megías, ob. cit., p. 390

¶ ¶-2 LA HISTORIA

¶ ¶-2.1 EL ARGUMENTO⁶⁶

Parte Primera

de la crónica del muy alto príncipe y esforçado cavallero

Valerián de Ungría

La acción de la anunciada crónica se inicia, al igual que sucede en los relatos folclóricos, en un tiempo remoto: «En las antiguas historias de los emperadores de Alemaña se lee que en el tiempo que imperó el emperador Octavio...». Con este arranque se marca una distancia temporal entre el tiempo ficticio de la narración y el tiempo real del lector, fórmula muy habitual en los libros de caballerías.

La historia comienza retro trayéndose a un tiempo anterior no muy lejano al del héroe principal. Son los años del gran Octavio, emperador de Alemania, el cual se casó con Pulchrea, hija del rey Vantesileo de la Gran Bretaña, con lo que queda altamente dignificada la ascendencia de los futuros protagonistas. Los que serán abuelos de Flerisena, la dama de Valerián, tuvieron dos hijos, Nestarcio y Polidia, personajes centrales de la *Parte Primera*. El príncipe Nestarcio, además, es la figura clave de los primeros capítulos de la obra, donde protagoniza numerosas escenas de iniciación, arropadas por el tradicional simbolismo caballeresco.

El príncipe alemán sale de caza por los montes cercanos a la ciudad de Colonia y se encuentra con un gran ciervo al que persigue con encono. El surgimiento inusitado de los ciervos en los bosques, y también la transformación de algún personaje en ese animal, supone una clara inmersión en el mundo de la magia, lo sobrenatural y los sueños, por lo que el ciervo viene a simbolizar en sí mismo una guía o mediación hacia el mundo del Más Allá, una señal que abre las puertas al terreno de lo imprevisible y lo misterioso.

⁶⁶ Al final de la extensa inmersión en el argumento que aquí empieza, incluimos una sinopsis que intenta concretar las líneas fundamentales de la voluminosa trama del *Valerián*.

En efecto, la persecución del venado lleva al joven a una fuente donde se halla una hermosa doncella, quien solicita de inmediato ayuda al caballero para remediar la injusticia que está padeciendo su señora Arinda, princesa de Grecia. Nestarcio queda dignificado por la petición de Danela, la doncella de la fuente, y acepta la responsabilidad de luchar por la inocencia de la princesa griega. A través de una extensa digresión que ocupa gran parte del capítulo primero, Danela relata los acontecimientos que dieron origen a tal afrenta. Estos hechos sucedieron en la corte de Constantinopla, donde numerosos caballeros se habían dado cita para agasajar a la famosa y bellísima princesa, si bien ésta había rechazado a todos los pretendientes, incluido Clarinor, príncipe de Apolonia, que había muerto de pena al sentirse desairado. Fulvián, hermano del anterior, se presentó poco después en la corte exigiendo retribución, y retaba a cualquier caballero con el fin de demostrar la culpabilidad de Arinda por la muerte de su hermano [I, 1].

Antes de marchar hacia Constantinopla, Nestarcio le pide al emperador Octavio, su padre, que lo arme caballero. Es en este punto donde se desarrolla otro motivo literario de gran importancia en la literatura caballerescas: la investidura de armas. Nestarcio, pues, vela una noche las armas en compañía de la emperatriz Pulchrea, su madre, y de la infanta Polidia, su hermana, rezando intensamente a la Virgen María. A la mañana siguiente, el séquito real al completo acude a la iglesia mayor de Colonia. El príncipe es armado caballero por su propio padre, si bien no ha querido tomar la espada de él sino de su hermana, como homenaje a la princesa Arinda por la que ha dado tan crucial paso. Después de dejar la iglesia, se dirigen a los palacios del emperador donde éste ofrece una comida a todos los invitados, además de fiestas, juegos, bailes y otros entretenimientos que duran hasta más allá de la media noche [I, 2-3].

Nestarcio parte de su tierra junto a Danela y dos escuderos. En el viaje, al cruzar por el reino de Hungría, vienen a conocer la noticia de un buen caballero llamado Aspalión que defiende un vado como servicio a una doncella, de nombre Asserina, de la que espera obtener su amor [I, 4-5]. De nuevo nos encontramos con otro motivo caballeresco: los pasos de armas, auténticos espectáculos deportivos, a veces cruentos, que sirvieron de inspiración a caballeros reales de la Edad Media.

En tan sólo unas pocas páginas la historia de Nestarcio desarrolla varios de los más importantes tópicos caballerescos, lo que sin duda tiene como objetivo la configuración de un héroe ejemplar que enaltece por ascendencia a la futura figura de Flerisena. De esa forma, Nestarcio se convierte en el primer gran héroe del libro, en el

primer personaje que supera todos los ritos de iniciación. Otros elementos que se añaden al proceso de señalamiento de Nestarcio son, en primer lugar, su predisposición para luchar por la inocencia de una dama, de quien se ha enamorado de oídas, y en segundo, la experiencia de un sueño profético en el que se enfrenta a un dragón por liberar a una doncella, quedando, tras la lucha, bastante malherido. Sueño que le acontece cuando se halla en el castillo de Equivalio [I, 6].

A la mañana siguiente, Nestarcio se enfrenta a Aspalión del Vado y lo vence en el cumplimiento de su *costumbre*, si bien también favorece su enlace con Asserina, a tenor de los buenos valores e intenciones que manifiesta el caballero. El episodio finaliza con la marcha de Nestarcio hacia Constantinopla y la de Aspalión y Asserina hacia Belgrado [I, 7]. Pero antes de que estos últimos lleguen a su destino, un nuevo e importante personaje entra en acción; se trata de Pasmerindo, rey de Hungría y futuro padre de Valerián. Con él se introducen nuevos aspectos y se amplía el imaginario caballeresco. El primer ingrediente que se suma es el de la guerra contra los infieles, motivo también muy utilizado en los libros de caballerías.

El rey Pasmerindo se dirige al Imperio de Trepisonda para ayudar a su emperador en la guerra contra el moro Abelarín de Asiria [I, 8]. Al mismo tiempo que se presenta en la corte y ofrece sus servicios como militar, conoce a la hija del emperador, la princesa Albericia, de quien se enamora instantáneamente, lo que deriva en un proceso paralelo entre el espacio de las armas y el espacio del amor, esto es, el afianzamiento de Pasmerindo como líder del bando cristiano y el desarrollo de la relación sentimental de los futuros padres de Valerián.

Durante varios y largos capítulos [I, 9-15], Pasmerindo evoluciona positivamente en ambos sentidos, si bien el trasunto amoroso, a través de diálogos o parlamentos, dirige casi siempre el desarrollo de la historia. Para ello se da entrada a un nuevo tipo de personajes que resultan imprescindibles en la estructura de la aventura caballeresca: los ayudantes e intermediarios de los héroes. En el relato de Pasmerindo surgen con ese fin los escuderos Darinto y Laurén y la doncella Colenda, los cuales intervienen en el progresivo y cortés acercamiento del rey húngaro a su amada Albericia, quien finalmente lo acepta como caballero suyo, entregándole en señal un prendedero de oro.

Antes de partir a la batalla, el 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz, el emperador reúne a todos sus caballeros y nombra como responsables de sus ejércitos a Pasmerindo y a Menadoro, sobrino del rey de Bohemia y excelente caballero, que también está

enamorado de la princesa Albericia, y por ello lleva un sayo de guerra con las letras «AA» bordadas en su honor, además del lema «Tal alto es el principio como el fin glorioso». Los nuevos caudillos, ejemplos de cortesía y mesura, hacen traer las siete señas del emperador, con los siete dolores de la Virgen María bordados en oro y plata, y las reparten a siete expertos caballeros de la casa imperial, quedando organizado así el ejército en el mismo número de escuadrones. Cada uno de ellos contará, según dicta Pasmerindo, con cien carretas de mantenimiento. Y por delante, además, partirá el carruaje de las tiendas con mil caballeros en su guarda [I, 16-17].

Esa misma noche, en presencia de Darinto y Colenda, el rey Pasmerindo y la princesa Albericia se desposan privadamente, tomándose las manos y «diciendo las palabras ordenadas por la Iglesia sin faltar un solo punto». Terminada la ceremonia, no se alcanza la consumación física [I, 18], en espera de la reválida social que pronto llegará con el triunfo militar del rey de Hungría. De esa forma, Pasmerindo, portando un escudo que muestra un corazón encadenado, y Menadoro, con las dos letras bordadas en su sayo, dirigen el conjunto de los enormes escuadrones, de sesenta mil caballeros cada uno. La acción bélica se sitúa en la ciudad de Rumea, donde el moro Abelarín pretende entrar victorioso. De hecho, poco antes de que los cristianos lleguen a esta ciudad, el ejército de Abelarín, por medio de cincuenta ingenios, atraviesa el río y se instala a las puertas de la misma. Sin embargo, al día siguiente, cuando ya oscurecía, los caballeros cristianos alcanzan el lugar y derrotan clamorosamente a los moros, siendo las proezas de Pasmerindo el elemento crucial para la victoria [I, 19-20].

El jefe moro Abelarín, que en todo momento se comporta y define como un caballero, cree que el ataque por sorpresa de los cristianos no ha sido correcto, y por ello manda a decir al emperador, a través del caballero Zonaril, que su asalto «fue más officio de ladrones que salen a los caminos a robar y saltar a los caminantes, cuando los tienen a su salvo, que no de cavalleros que sean deseosos de ganar honra e prez entre los buenos». En virtud de lo ocurrido, Abelarín desafía al emperador a un combate singular, de cuyo resultado se determinará la retirada o el avance de los ejércitos. Pasmerindo se ofrece voluntario para ser el representante cristiano en las batallas individuales, lo que además quiere prolongar en una justa donde defenderá la superior belleza de su dama frente a otras que se quieran exponer, usando como señal identificable y motivo el prendedero de oro [I, 21]. Tras un largo y duro combate, Pasmerindo vence al gallardo Abelarín, y después hace lo propio con los diez caballeros que se han presentado para romper lanzas. El triunfo del rey Pasmerindo alcanza todos

los órdenes: resulta el mejor caballero tanto en la guerra como en la lucha deportiva, es además vencedor absoluto del enemigo moro, y su dama queda ensalzada como la más hermosa entre las doncellas [I, 22-23]. Por su parte, Abelarín muestra excelentes cualidades caballerescas humillándose ante el emperador y ofreciéndole sus servicios, su persona y su reino [I, 24].

El ascenso de Pasmerindo llega a su culmen cuando se reencuentra con Albericia y mantiene con ella por primera vez una relación íntima consentida, de la que la dama queda preñada del futuro héroe protagonista, siendo el primer aviso en el texto del nacimiento de Valerián. El rey, además, informa de su hacienda al emperador y solicita desposarse con la princesa, lo que se le concede de sumo grado. En ese punto acuden Aspalión y Asserina, representantes ahora del reino de Hungría, los cuales también solicitan el casamiento oficial. Mientras tanto la emperatriz conversa con su hija y le da ciertas orientaciones de cómo debe enfocar la educación de sus hijos [I, 25-28].

El veinticinco de julio, festividad de Santiago apóstol, los emperadores presiden los desposorios de ambas parejas, y el arzobispo los lleva a cabo con «las palabras e con las cerimonias por la católica Iglesia ordenadas». Después se celebran las fiestas y las justas en las que participan caballeros de alta guisa, exhibiendo graciosas invenciones y llamativas divisas, combates incruentos en los que siempre resulta victorioso Pasmerindo. Sólo el caballero Menadoro evidencia su pesadumbre ante tanta oriflama y por ello se despide del rey y el emperador, y se marcha, abatido, de la ciudad de Trepisonda. Las bodas duran ocho días y se extienden aún más con otras fiestas y torneos, hasta que el monarca húngaro decide volver a su tierra con toda su comitiva. Después de algún tiempo, la reina pare «un hijo tan hermoso que cuantos lo vieron afirmaron no haver oído ni visto jamás su semejante», bautizándolo con gran solemnidad y grandes fiestas y poniéndole el nombre de Valerián de Hungría [I, 29-30].

La narración cambia de escenario centrándose de nuevo en las andanzas del príncipe alemán Nestarcio, quien llega a Constantinopla acompañado de Danela, con el objetivo de liberar a la princesa Arinda, la cual está prisionera en una torre, tal y como el caballero la había visto en su sueño. Nestarcio se presenta a los emperadores de Constantinopla ofreciéndose para defender la justicia de la princesa, mantener su derecho y corregir la vil traición que se le ha causado.

Nestarcio visita la torre y contempla por primera vez a la princesa Arinda, de quien queda prendado de forma inmediata. Tras las presentaciones, en las que Arinda siente igualmente una fuerte atracción, el caballero promete liberar a la dama de su

prisión. Más tarde, el príncipe se entrevista con Fulvián y le advierte sin reparo de su intención. Para ello muestra ante el emperador su gage o señal del reto: la falda de su manto. Fulvián se mofa de su oponente diciéndole que es de «tierna edad», lo que Nestarcio responde con un desafío a muerte. Poco después, se prepara el combate: los escuderos portan las armas de sus señores y se monta un cadalso donde se sientan los emperadores y Arinda [I, 31-32].

Dos jueces reciben a los contrincantes y les sitúan en diferentes partes del campo, tras lo que suenan las trompetas dando por empezada la batalla. El relato describe con minuciosidad las acciones y golpes de la lucha singular, y también se aluden constantemente las armas y piezas utilizadas. El combate dura muchas horas sin que parezca que ninguno vaya a caer en tierra, hasta que Nestarcio le produce a Fulvián una herida mortal entre las piernas, cerca de la ingle derecha, donde la armadura no cubre la carne. Fulvián muere y Nestarcio queda momentáneamente sin conocimiento, debido al enorme esfuerzo acometido. Al poco, los maestros acuden para curar con ungüentos y otros remedios las llagas del príncipe, mientras la princesa acompaña el proceso manifestando su agradecimiento y admiración [I, 33].

Durante algunos días, Nestarcio guarda reposo y recibe sucesivos cuidados. En ese tiempo es visitado por la emperatriz, por Danela y por Arinda. Se desarrollan así diversas y largas conversaciones entre las damas y el caballero, cuyo resultado final, una vez restablecido el héroe de sus llagas, es un encuentro amoroso de los prometidos, que de esa forma se desposan en secreto, sin olvidarse de «todas las palabras y debido consentimiento que está por la católica Iglesia ordenado». Arinda queda preñada de una hija de la que se dice que nadie igualará en hermosura y «en todas las otras gracias e virtudes que se podían en un perfeta donzella considerar», y por cuyo servicio Valerián realizará grandes hazañas en armas [I, 34-36].

A partir de aquí surge el tercer escenario caballeresco de esta parte de la obra. Se dice que la emperatriz de Constantinopla, madre de Arinda, tiene por nombre Demerencia y es hija del rey de Francia. Dicho monarca, dieciocho años después de Demerencia, tuvo un hijo al que llamó Finariel, nombrado príncipe sucesor del reino. Con las aventuras de Finariel la historia se diversifica y ofrece un tercer exponente heroico que viene a sumarse a las hazañas de Nestarcio y Pasmerindo, si bien se sigue en todo momento los tópicos y lugares comunes que aparecen en los relatos de aquéllos.

Con tan sólo diecisiete años, Finariel solicita de su padre armarse caballero, lo cual se realiza con rapidez a pesar de las reticencias del rey francés. La ceremonia,

apenas descrita en el discurso, se lleva a cabo de un día para otro, tras la vela de armas en una noche y prometiéndose fiestas en París para los días postreros. Al cabo de un tiempo, Finariel conoce a unos mercaderes alemanes que han vuelto de una romería, los cuales le hablan de la hermosura de la hija del emperador de Alemania. Surge otra vez el típico enamoramiento de oídas y el príncipe francés parte en búsqueda de Polidia. Por el camino se encuentra con su primera prueba caballeresca, en concreto la defensa de una doncella que pide ayuda contra la tiranía de su padrastro. Los combates de Finariel con sus adversarios se describen con cierta crudeza, lo que no se ha había visto antes en la narración y que a partir de ahora será bastante común en los episodios bélicos. Se dice con rotundidad que estos enemigos no son caballeros ni tampoco cristianos, porque no cumplen el juramento de la orden de caballería e igualmente desoyen los mandamientos de Dios, binomio indisoluble que se hará primordial en toda la obra [I, 37-38].

Finariel llega a Alemania y pernocta en Aquisgrán. Dos días después entra en Colonia, donde reside el emperador Octavio. El príncipe francés ofrece sus servicios al emperador y participa de ciertas celebraciones, a partir de las cuales conoce a Polidia y le confiesa su amor. Al poco tiempo, un escudero llamado Elisén llega a la corte de Colonia, enviado por Nestarcio desde Constantinopla para solicitar la presencia de embajadores que sancionen oficialmente el casamiento del príncipe alemán con Arinda. Tras diversos coloquios de los enamorados, Finariel decide acompañar a los embajadores con la intención de pedir a Nestarcio el beneplácito para su desposorio con Polidia [I, 39].

En el capítulo cuarenta aparece el cuarto eje estructural de la primera parte de la historia de Valerián. El personaje titular de este nuevo espacio es el formidable caballero Menadoro, que ya estuvo presente en las acciones de Pasmerindo, si bien en estos momentos cobra mayor protagonismo. Menadoro, heredero al trono de Bohemia, regresa a su tierra tras la guerra contra los moros de Abelarín. Por el camino, de manera similar a como le había sucedido a Finariel, se encuentra con una doncella que está siendo amenazada por falsos y codiciosos caballeros que pretenden la hacienda que va a recibir ésta de su padre. Menadoro lucha sin dudarle por la doncella y después le acompaña y protege, dado que su costumbre es «servir e favorecer a las mugeres» [I, 40].

Días más tarde, siguiendo su camino hacia Bohemia, se topa con un extraño doncel que va golpeando con un palo a su enclenque palafren. Menadoro da entonces

consejos al doncel de cómo tratar al caballo. La respuesta del joven es un tanto enigmática: promete llegar primero con el flaco palafrén a diez leguas del lugar, antes de que anochezca, que Menadoro a casa del rey de Bohemia en dos años, siendo que sólo le quedaban a éste ocho días de camino. El desconocido alude al pasado enamoramiento de Menadoro por Albericia como ejemplo de más difícil consecución que su particular reto hípico. El príncipe bohemio se sorprende por estas declaraciones y sigue haciéndolo un día después cuando aparece un viejo que le vaticina que conocerá a una doncella de quien se va a enamorar. El viejo, que en realidad es también el doncel, transmuta su aspecto en un hombre de avanzada edad, con largas barbas aunque no tan anciano como el anterior, y se presenta como Arismenio, personaje que será fundamental en toda la obra.

Al poco tiempo, Menadoro se encuentra por el camino con una doncella que le habla de la corte de Gran Bretaña y de la hermosura de la princesa Luceminia, hija del rey Laristeo. La profecía de Arismenio empieza a cumplirse y el príncipe olvida su amor por Albericia, al mismo tiempo que siente nacer un sentimiento de atracción por la joven británica. El enamoramiento de oídas –motivo que precede a casi todas los idilios de la obra– sirve a Menadoro como acicate para reflexionar sobre el amor y la imposibilidad de dominar las riendas que lo dirigen. Tras lo que el príncipe de Bohemia decide acompañar a la doncella Esteria en su viaje de regreso a Gran Bretaña [I, 41].

Acontece un encuentro con dos sujetos que a pesar de su apariencia de caballeros se comportan como ladrones y salteadores, menospreciando la noble orden de caballería. Días después de que Menadoro derrotara a los malos caballeros, llega al puerto de Calais con la intención de cruzar el estrecho que hay entre Francia y la Gran Bretaña. Es la primera vez en la obra que aparece el mar, si bien no se describe de forma alguna. El barco llega pronto a Canterbury, donde Menadoro y Esteria se enteran que el rey con su séquito está cazando en las afueras de Londres. Una vez contactado el grupo monacal, el príncipe bohemio propone a Laristeo la realización de una justa deportiva, cuya finalidad en el fondo es impresionar a Luceminia, la cual ya empieza a mirarlo con extrema admiración. El caballero vence fácilmente a todos sus adversarios, recibiendo elogios y reconocimientos del rey y los presentes. En el regreso hacia Londres, Menadoro le pide a la princesa que lo reciba como caballero, a lo que finalmente accede, rubricando con ello el amor que ha surgido entre ambos [I, 42].

Se sucede ahora un cambio de escenario y se lleva a cabo el entrelazamiento con la historia de Finariel, cuando éste se dirigía con los embajadores del rey Octavio hacia

Constantinopla. En esta renombrada ciudad, Finariel, príncipe de Francia, se encuentra con Nestarcio, príncipe de Alemania. Los dos grandes héroes se reconocen y admiran mutuamente, lo que de inmediato se transforma en una estrecha y duradera amistad. De igual forma, sus identidades son desveladas ante el resto de comensales, entre los que especialmente Arinda queda muy contenta al conocer a su tío. Finalmente, el príncipe francés solicita a Nestarcio un don que por el momento dice no poder explicarle ni conviene que se cumpla [I, 43].

Finariel se entrevista con el emperador griego y le da un extenso consejo sobre cómo debe tratar a sus súbditos. Entre otras cuestiones, Finariel le aconseja tratar con humildad y sincero interés a sus vasallos, sin perder por ello la autoridad, el rigor y la justicia cuando sean necesarios.

El emperador de Grecia recibe a los embajadores y a Finariel y accede a la preparación de los desposorios oficiales de Nestarcio y Arinda. Se celebran así juegos, alegrías y una misa solemne, presidida por el arzobispo de la ciudad. Tras lo cual, se prepara también una gran comida y se realizan justas y fiestas en la plaza del lugar. Nestarcio y Arinda son jurados públicamente como príncipes del Imperio Griego, con lo que varias de las casas reales aparecidas en la obra estrechan sus lazos, en concreto, Alemania y Grecia, con apadrinamiento de Francia. El príncipe alemán solicita permiso para realizar el día de bodas en Colonia con sus padres, siendo que el resto de acontecimientos oficiales se han celebrado íntegramente en Constantinopla. De esa forma, los príncipes y Finariel parten hacia Alemania [I, 44].

Cerca de los confines del Imperio Griego, los tres amigos se encuentran con un desconocido caballero que guarda un paso como promesa a una doncella. Primero Finariel y después Nestarcio se enfrentan con el desconocido, pero ambos salen derrotados, quebrándose sus lorigas, estriberas y arzones. El caballero se levanta el visal del yelmo y resulta ser Pasmerindo, rey de Hungría y príncipe de Trepisonda, quien se ofrece de inmediato como amigo y servidor de los dos héroes, confesándoles que había sabido de su venida y que por ello había salido a su encuentro. Con esta victoria Pasmerindo se sitúa simbólicamente por encima de Nestarcio y Finariel, anunciando el futuro alzamiento del heredero de Hungría como caballero supremo [I, 45].

En una floresta cerca de la ciudad de Rustre, el grupo principesco se topa con un caballero que va montado encima de una alimaña, extraño animal cuya descripción resulta tan sorprendente como incalificable. El jinete lleva pintado en su escudo un castillo, por lo que será llamado el Cavallero del Castillo. El escudero del mismo dice

que el señor del Castillo Venturoso les reta en justa si no desean concederle ciertos dones o abandonar en el lugar a Arinda, jurando que no amarán de allí en adelante a quien hasta entonces hayan amado. Los tres caballeros declinan tales peticiones y se disponen de inmediato a luchar. Finariel lo intenta pero su caballo huye espantado al ver a la alimaña en la que monta el Cavallero del Castillo. Nestarcio cae en el primer embate y lo mismo le ocurre al rey de Hungría. El príncipe francés lo intenta de nuevo a pie y con la espada, pero sucumbe otra vez ante la potencia del contrincante, el cual está a punto de cortarle la cabeza. Nestarcio y Pasmerindo evitan esta tragedia prometiendo al Cavallero del Castillo un don cada uno.

Tras ciertas pláticas entre el desconocido y los príncipes, llegan a una fuente rodeada de frondosos árboles que tiene como entrada una cueva. El misterioso e invencible caballero les avisa de las numerosas piezas de caza que hay en el aquel paraíso, y así aparecen de improviso un cerdo, un oso, un ciervo, un raposo y una liebre, entre otros seres, todos los cuales parecen estar afectados por algún poder que emana del Cavallero del Castillo. Poco después surgen un oso y un león que emprenden entre sí una cruel batalla de la que no sale vencedor alguno, cayendo a tierra los dos como muertos. Al momento llegan dos salvajes de luengas barbas, con palos y grandes escudos, y también pelean entre sí llevados por la furia y el miedo, tumbándose finalmente al unísono. El tercer combate lo protagonizan una espantosa serpiente y un caballero bien armado, el cual lleva una maza de clavos en la mano derecha y un escudo en la siniestra. Este caballero, que no es otro que el del Castillo, humilla a la gran serpiente en un brutal lance que el relato describe con minuciosidad. Al final, los otros seres y animales también huyen de la fuente, claramente influidos por la presencia de este enigmático caballero, el cual parece dominar sin paliativos la vida salvaje y los animales más emblemáticos [I, 46-47].

El desconocido se descubre ante los tres caballeros y resulta ser el sabio Arismenio, señor del Castillo Venturoso, quien se ofrece a partir de ahora como servidor suyo. Arismenio habla largamente con Pasmerindo y le dice que ha sido elegido como «padre del más hermoso fijo y esforçado cavallero que en nuestros tiempos y en muchos antes se ha visto», por cuya causa le especifica el don que antes le había solicitado. En concreto le pide que siga la voluntad de Dios por encima de todo, que haga también cumplir las leyes y ordenaciones de los hombres y que se rija con humildad y misericordia en su gobierno, lo que constituye un extenso consejo bastante similar al que otrora dio Finariel al emperador griego. Hacia el término del consejo,

Arismenio usa por primera vez en la narración el nombre de Valerián para el futuro hijo de Pasmerindo, y asimismo le dice al rey que cuando el niño tenga siete años lo envíe a casa del príncipe Nestarcio, donde recibirá la crianza y formación necesarias. Después, Arismenio le pide a Nestarcio lo mismo que a Pasmerindo, si bien el relato no repite el largo discurso anterior. Por su parte, el don solicitado a Finariel es que sirva lo mejor posible a su amada Polidia. Tras la emisión de consejos y la solicitud de dones, Arismenio se despide de los caballeros y la princesa. Al día siguiente, el grupo llega a la ciudad de Clocea, donde les acoge la reina Albericia de Hungría. Allí pasan mucho tiempo descansando en palacio o divirtiéndose en las monterías, hasta que Nestarcio, Arinda y Finariel retoman su camino hacia Colonia [I, 48].

El entrelazamiento nos lleva de nuevo con Menadoro, príncipe de Bohemia, el cual está de invitado en casa del rey Laristeo de la Gran Bretaña. Aparece la doncella Acrimela en palacio y solicita ayuda contra un malvado caballero, llamado Damacinel, que quiere mancillar su honra y arrebatar su hacienda. Menadoro se ofrece de inmediato a luchar por la doncella. De esa forma, parten hacia las tierras y el castillo de la doncella, en donde cierto día Menadoro se enfrenta con Damacinel, a quien le recuerda que está faltando al juramento de la investidura de armas, en el que se promete luchar y morir por guardar las honras y haciendas de las dueñas y doncellas. El príncipe bohemio supera con facilidad a Damacinel, el cual, totalmente humillado, reconoce la locura de sus pretensiones y suplica a la doncella perdón por su yerro. Después, Menadoro toma el camino de regreso, albergando una noche en casa de un labrador. [I, 49-50].

Al día siguiente, Menadoro encuentra una cueva y en su entrada a una doncella entristecida, quien no responde a las preguntas del príncipe y huye por el interior del subterráneo. Menadoro la sigue presto y tras andar un buen rato en medio de las tinieblas llega a una claridad donde se ve un enorme palacio labrado en la roca. En la puerta del mismo está llorando la doncella, la cual aconseja a Menadoro que se aleje rápidamente de la sima. Al poco tiempo aparece el gigante Anacarte, el primer jayán que surge en la historia de *Valerián*. El caballero lucha con denuedo contra el gigante y le inflige una severa derrota, hiriéndole de gravedad en ambas piernas. Antes de morir, Anacarte asegura que no ha cometido deshonor alguna, se arrepiente también de los males que ha causado y pide misericordia a Dios. Menadoro manda llamar a algunos clérigos para que preparen un entierro cristiano. Mientras tanto, la doncella Frumea le cuenta por extenso a Menadoro las circunstancias que le han llevado a semejante situación. Todo había empezado con el caballero Maragón, quien se había enamorado

perdidamente de Frumea y había luchado por su causa en diversas ocasiones. Pero la doncella al final rechazó a Maragdín, y éste, sin poder soportar tanto dolor, se suicidó. Huyendo de la tragedia, Frumea se marchó a otras tierras. Fue en ese peregrinaje cuando el gigante la encontró y la hizo su cautiva. A pesar de todo el tiempo que ha estado presa, la doncella reconoce que el gigante la ha cuidado con amabilidad y nunca ha sido soberbio ni malvado, todo lo cual había aprendido de un ermitaño que le crió cuando era niño [I, 51-52].

Acuden los clérigos y dicen responsos y absoluciones ante el cadáver del gigante, echándole también agua bendita. Después, envolviéndolo en dos sábanas de su lecho, se entierra al gigante en una iglesia de Nuestra Señora, lo que es presenciado en todo momento por tres caballeros desconocidos. Tras ello, Menadoro sigue su camino hasta Londres, donde no están los reyes ni la princesa porque han partido hacia Vidisora. El príncipe de Bohemia intercepta la comitiva en Ricomonte y allí les cuenta a sus amigos y a Luceminia las diferentes aventuras que ha vivido [I, 53]. Más adelante alcanzan el castillo de Vidisora donde los enamorados se entregan físicamente y cumplen sus ansiados deseos, «con todas las palabras que por la católica Iglesia para semejantes auctos y sacramentos están ordenadas», fruto de lo cual la princesa queda preñada de un hijo.

Poco después se declara la guerra contra el rey de Escocia, por lo que el monarca inglés y todos sus caballeros, incluido Menadoro, parten hacia Londres para organizar los ejércitos. Dos días después, se sucede la gran batalla, con la derrota del rey de Escocia y los suyos y con el protagonismo bélico del príncipe bohemio. Mientras tanto, Luceminia da a luz un niño de hermosas y grandes facciones. Esteria, la doncella de la princesa, envuelve al bebé en paños labrados con cruces de seda de grana y oro y lo llevan a una aldea, entregándoselo a un ama para que lo críe y eduque. El escudero Gargarén acude también a la aldea y hace bautizar al niño, con la custodia de humildes padrinos y poniéndole el nombre que querían sus padres: Florianteo. Al cabo de un tiempo, regresan los caballeros de la guerra y Menadoro y Luceminia reanudan sus encuentros amorosos [I, 54].

La alternancia narrativa nos devuelve al viaje que están realizando Nestarcio, Arinda y Finariel hacia Colonia, pasando antes por el reino de Hungría y el archiducado de Austria. Poco después, la comitiva se marcha en barcos por el Rin con destino a la capital alemana, donde asiste a un maravilloso recibimiento «que jamás en los passados tiempos se había fecho su semejante ni creían que se hazer pudiesse en los venideros».

El emperador reúne a todos los caballeros para asignar el día de las bodas de Nestarcio y Arinda y preparar las fiestas y justas consecuentes. Finariel, por su parte, pide a su amigo Nestarcio que cumpla el don que le prometió en el pasado, el cual se concreta ahora en solicitar como esposa a la princesa Polidia. Los dos amigos realizan conjuntamente la petición al emperador, quien accede encantado, recordando los buenos servicios que Finariel ha llevado a cabo para la familia imperial.

Con todo, Finariel no quiere esperar a las celebraciones y le pide al emperador que sus desposorios se celebren con toda la antelación posible. De forma inmediata, Octavio manda llamar al arzobispo de la ciudad y éste preside los desposorios de Finariel y Polidia, para mayor satisfacción de ambos [I, 56].

A los dos meses del plazo para las bodas, Arinda dio a luz una niña «tan hermosa, que cuantos la vieron no podían creer que mortal fuese», siendo bautizada en la iglesia de Santa Úrsula con el nombre de Flerisena. La princesa alemana no quiso que su hija fuera criada por ama alguna y le dio su propia leche, evitando así que la niña recibiera en su alimento la villanía o los defectos de otra naturaleza. Por fin llega el día que todos están esperando con impaciencia, en especial los novios, los cuales se preparan lujosamente para la ceremonia. Los vestidos y riqueza de las princesas van a ser descritos, según apunta el narrador, por Arismenio, el cual se halla entre los allegados aunque al parecer nadie llega a reconocerlo. Arinda, de rubios y hermosos cabellos, lleva una redecilla de hilo de oro como tocado, un collar de diamantes y rubíes, y una camisa con cruces de esmeraldas, entre otros maravillosos adornos. Polidia, por su parte, lleva un tocado alemán engalanado de piedras preciosas, un prendedero con gruesas perlas, una camisa con labor de oro y seda blanca, y una saya de damasco blanco donde lleva «puestas por compás» las letras F y P, amén de otras exquisiteces. Se celebra así una solemne boda que dura casi todo el día, tras la cual los participantes se retiran a descansar [I, 57].

Al día siguiente, empiezan las justas en la plaza de la ciudad, donde ya están preparados los cadalsos. En los primeros embates salen victoriosos Ethesalión y Cleofán de Sajonia, los cuales se enfrentan después en términos de igualdad a tres caballeros que llevan llamativos dibujos en sus cimbras. Dos de esos caballeros resultan ser Aspalión del Vado y Laurén, quienes son reconocidos y elogiados por Nestarcio. Más tarde, aparecen cuatro caballeros que llevan paramentos con brocado morado y dibujos de medias lunas. Otros protagonistas de los lances posteriores son los caballeros Aliarte de Irlanda y Gonadiel.

En un nuevo día, empiezan los combates colectivos. Los participantes se dividen en dos equipos: por un lado, los hombres de Francia, que son muy numerosos, y por otro, los de Alemania, Hungría y Gran Bretaña. Los enfrentamientos se suceden durante horas sin que ningún bando alcance con claridad la victoria. En los siguientes días se llevan a cabo distintos torneos y juegos, en los que participan los diversos grupos venidos a tal efecto. También se involucran en la lucha Nestarcio y Finariel, los cuales acaudillan sus guardias respectivas. Tras las justas, fiestas y torneos, el emperador Octavio otorga libertades y jurisdicciones a señores y caballeros, y dona asientos y grandes quitaciones a los caballeros de Grecia que quieren quedarse en Alemania. Al final, Finariel y Polidia regresan a Francia, [I, 58-59].

Algunos caballeros parten de Colonia hacia sus tierras. Los campeones Aliarte de Irlanda y Gonadiel también se marchan, recalando a los dos días en Aquisgrán. Cerca de esta ciudad encuentran a dos doncellas que dicen haber sido ultrajadas por falsos caballeros. Al poco tiempo, Aliarte y Gonadiel combaten y aniquilan con facilidad a los pérfidos sujetos. Y lo mismo sucede con otros cuatro caballeros que aparecen después presentándose como familiares de los anteriores. De esa forma, llegan al castillo de Antíoco, tío de las doncellas, quien les agradece los servicios prestados y se compromete a defender la inocencia de sus sobrinas. Los dos héroes siguen su camino bordeando el río Rin y llegan a la ciudad de Bolduque. Después, navegan en una charrúa hasta Gran Bretaña, desembarcan en Antona y entran al poco tiempo en Londres, hallando a su señor, el rey Laristeo y a Menadoro y Luceminia, a quienes relatan las fiestas acaecidas en Colonia [I, 60-62].

La historia cambia de escenario y nos lleva con Aspalión del Vado y Laurén cuando están saliendo de Colonia con el recaudo de llevar unas cartas a Belgrado. Justo en la ribera de un río que tienen que cruzar, se topan con un enano que está pescando, del cual se burlan por su baja estatura. El enano les contesta de forma ejemplar, además de sermonearles con buenas razones y algunos avisos, en especial, el de nos mostrarles el vado para pasar a la otra orilla. Los caballeros piden excusas y prometen al enano cualquier don a cambio de que les indique la forma de atravesar el río. El enano, cuyo nombre es Dromisto, accede y les muestra el vado escondido, de la misma forma que les explica que para satisfacer los dones ofrecidos deberán entrar en un castillo y tajar las cabezas de dos falsos caballeros que habían matado a su señor. Aspalión y Laurén llegan al citado castillo y se enfrentan a los traidores, acabando con sus vidas después de

una sangrienta batalla. Tras dejar el castillo a cargo de amigos y familiares, los caballeros se marchan del lugar acompañados por el enano.

El grupo llega a una villa llamada Suercia, cuya urbe está cercada de muro y torres, además de hondas cavas llenas de agua. Otro día de mañana se marchan de esa ciudad y llegan a un valle en el que se encuentran con dos doncellas, las cuales invitan a los caballeros a visitar su castillo. En el trayecto se topan con dos caballeros que llevan presa a otra doncella, Lirena, que resulta ser prima de las anteriores. Laurén y Aspalión luchan de inmediato con los raptos y están a punto de ajusticiarlos; entonces Lirena intercede por sus vidas si éstos prometen cumplir de verdad el juramento de la orden de caballería. El noble gesto de la doncella produce un cambio radical en los caballeros, quienes piden perdón y deponen armas e intenciones [I, 63-64].

Aspalión, Laurén y Dromisto, dentro ya del reino de Hungría, hallan una cueva en las proximidades de un extraño y frondoso paraje. En la entrada de dicha cueva les reciben ciertos ladrones con hachas, capellinas y espadas. Los caballeros derrotan con suficiencia a casi todos los villanos. En ese momento, aparece un viejo malediciente que amenaza con grandes voces a los ladrones que quedan en pie, los cuales se vuelven irritados contra él y lo matan. Uno de esos hombres, el llamado Aranel, les revela a los viajeros que en la cueva están presos dos caballeros que fueron vilmente engañados por el viejo de las barbas blancas. Estos caballeros son nada menos que Marceo y Logistil, amigos personales de Aspalión y Laurén y criados del rey Pasmerindo. Tras el feliz reencuentro, los cinco camaradas mandan a Aranel y su compañero que amontonen los cadáveres y los prendan fuego, lo mismo que llevan a cabo con la cueva.

El grupo de amigos se marcha de esos parajes y llegan a un castillo donde son bien recibidos por el señor del mismo, de nombre Alenor. Dicho caballero, después de escuchar las últimas hazañas de los héroes, les pide que lleven a su hijo Branortes a la corte húngara, para que allí aprenda las costumbres necesarias para ser un buen doncel. De esa forma, alcanzan la ciudad de Fradia, en la que está el rey Pasmerindo con todo su séquito y con su hijo Valerián, que tiene ahora cuatro años. Branortes y Dromisto ofrecen sus servicios al rey, mientras que Aspalión y Laurén le entregan las cartas del emperador Octavio y el príncipe Nestarcio. El rey queda además muy contento de las palabras y razones de Dromisto, de tal manera que le encomienda la educación de Valerián, al igual que prevé que sea Aspalión del Vado el que enseñe a su hijo el manejo de las armas [I, 65].

El relato cambia otra vez de escena y vuelve con Finariel y Polidia en su regreso a Francia. Tras pasar por una aldea, la comitiva de Finariel se encuentra con un doncel que viene llorando y pidiendo ayuda para su padre, que se halla en gran necesidad. Gostilán, duque de Normandía, y Aduarte, señor de Nimes, se ofrecen voluntarios y acompañan al doncel. Al cabo de dos horas, se internan en un valle en el que presencian una batalla de tres caballeros contra otro, el cual se defiende muy bien protegiéndose las espaldas dentro de un gran roble hueco. El caballero del árbol resulta ser el padre del doncel y por ello Gostilán y Aduarte emprenden de inmediato la lucha, la cual pronto se inclina a su favor, con la muerte de dos de los caballeros y el arrepentimiento y humillación del tercero. Mientras se aprietan las llagas, el padre, que se dice Agoleno, les cuenta a los defensores cómo aquellos malvados caballeros querían vengarse de él por no haber entregado su hija a uno de ellos. Después de estas explicaciones, Gostilán y Aduarte regresan a la aldea donde descansan los príncipes [I, 66].

Finariel, la infanta y todos los demás caballeros llegan por fin a París, donde son recibidos con enorme alegría. El rey también los agasaja y se deleita extensamente con ellos en la cena de bienvenida. Al otro día de mañana, se preparan fiestas y justas. Al cabo de cuatro meses de la llegada a París, la infanta pare un hermoso hijo al que ponen por nombre Poliantel. El rey, gravemente enfermo, apenas puede gozar de su nieto, muriendo ocho horas después del nacimiento. Tras esperar cuarenta días, se prepara en la plaza mayor unos cadalsos cubiertos de paños negros. El séquito real y todos los caballeros de la corte escuchan misa en la iglesia de Notre Dame, tras lo que Finariel y Polidia son jurados y proclamados como reyes de Francia, y Poliantel como príncipe heredero [I, 67].

Ahora el entrelazamiento lleva la historia al reino de Gran Bretaña, donde a la sazón se halla el príncipe bohemio Menadoro, formando parte de la corte del rey Laristeo. Llegan entonces noticias de Bohemia anunciando la muerte del rey de dicho país, tío de Menadoro, y la proclamación de éste como nuevo monarca. El caballero solicita casarse con Luceminia y poco después se celebran las bodas, en las que además Menadoro es jurado como rey de Bohemia. En las consiguientes fiestas el escudero Gargarén se casa con Esteria y se arma caballero, mostrando sus cualidades en los diversos ejercicios. El ahora rey Menadoro se entrevista con Laristeo y le desvela las relaciones secretas que había tenido tiempo atrás con Luceminia, así como el nacimiento del hijo de ambos, Florianteo [I, 68].

La historia presenta un nuevo cambio de escenario, lo que pone en evidencia la recapitulación de los procesos argumentales de cada uno de los héroes, a tenor del próximo acabamiento de la *Parte Primera*. El relato regresa a Colonia, donde el príncipe Nestarcio está ejercitándose en la caza. Yendo un día por el monte, se encuentra con una doncella vestida de paños negros, la cual reconoce al príncipe y le pide un don. Concedido al instante por el caballero, la doncella le explica que se trata de darle derecho de un gran agravio que le están haciendo una vieja mujer y sus dos hijos. Uno de los cuales había pretendido casarse con Ardania, que así se decía la joven, para así adueñarse del señorío de un castillo que en realidad corresponde por derecho al hermano menor de Ardania. Finalizada la historia, Nestarcio marcha presto en busca de los felones. Por el camino se encuentra con un espléndido caballero que resulta ser Banortes, el cual relata las pasadas aventuras de la cueva del viejo barbado y se suma sin dudarle a la demanda que ha solicitado Ardania. Justo en las puertas del castillo que ha sido arrebatado vilmente a la doncella, se sucede la batalla entre las dos partes, con clara y rápida victoria para los dos héroes amigos. Eneliana, que así se llama la vieja, es encerrada por los sirvientes de Ardania en una cámara, desde la que contempla la derrota y muerte de sus hijos y en la que poco después se ahorca con su mismo ceñidero. Tras todo esto, Nestarcio y Banortes se marchan del lugar, acompañados de dos nuevos escuderos: Lucenio, el hermano menor de la doncella, y Asanor, otro doncel del castillo [I, 69].

El grupo de caballeros y escuderos toma un nuevo camino hacia Colonia. Una mañana, después de haber entrado en una tierra muy áspera, escuchan las voces de dos caballeros que están peleando mutuamente con gran fiereza. La razón de dicho enfrentamiento es el que uno de ellos no quiere desvelar su identidad ante las preguntas insidiosas del otro. Nestarcio interviene de inmediato como mediador, alarmándose de que tan pequeña causa pueda hacer perder las vidas de los caballeros, y proponiendo por ello una fórmula para solucionar su tonta discusión. El discurso aleccionador de Nestarcio y el reconocimiento de su persona ante todos como hijo del emperador Octavio, provoca que los caballeros reconozcan su grave error y desvelen también sus identidades. Son Elisén y Brimarel, amigos entre sí y del propio príncipe. Sin más incidentes, el grupo alcanza por fin la ciudad de Colonia [I, 70].

En el último capítulo de la *Parte Primera*, la historia atiende al príncipe Valerían, abriéndose así las posibilidades narrativas de la figura que será el personaje central del resto de la obra. Este capítulo sirve, pues, para conectar de forma natural las

dos partes del libro y las dos generaciones de héroes que están representadas en las mismas. Por otro lado, en estos últimos folios se viene a cumplir lo que se avisaba en el título respecto a la marcha de Valerián a la corte del rey Octavio. En efecto, tras el nacimiento de Ardimea, hermana del héroe, los reyes húngaros mandan al niño a la corte alemana, bajo la supervisión del enano Dromisto y del caballero Aspalión del Vado, quien también lleva consigo a su mujer, Asserina, y su hijo, Canisor. Durante el trayecto hacia Colonia, se internan en un paraje donde encuentran una fuente que brota misteriosamente debajo de una enorme encina. Desde la sombra del prodigioso árbol surge un fiero león de grandes dimensiones. Ante la sorpresa de todos los presentes, el niño, que todavía no ha cumplido los ocho años, combate enérgicamente al animal y lo vence con el cuchillo de monte.

Después de la emblemática lid, los compañeros de Valerián desuellan al león y envían la piel al rey Pasmerindo. Poco después, entran en Colonia y se presentan ante los emperadores y los príncipes. La noticia de la proeza de Valerián es recibida con gran entusiasmo. Mientras tanto, el enano Dromisto, además de hacer reír por su aspecto, vuelve a sorprender con sus agudas respuestas. Finalmente, el emperador queda como responsable máximo de la crianza de Valerián y de su hermosa nieta Flerisena [I, 71].

Parte Segunda
de la crónica del muy alto príncipe y esforçado cavallero
Valerián de Ungría

Cumplidos los doce años, Valerián ha completado gran parte de su educación en la corte del emperador Octavio. En una intensa conversación con Flerisena, el príncipe le declara sus sentimientos amorosos y le pide entrar a su servicio. Tras este acontecimiento, la historia da un salto temporal de un lustro. Valerián tiene ahora diecisiete años. Acaece un día que cierto doncel entra en palacio y se arrodilla ante Nestarcio y Arinda, solicitando la orden de caballería. El joven Valerián, que ha presenciado la petición del desconocido, cree que también ha llegado su momento de recibir la investidura y completar su formación. No obstante, Valerián decide preguntar antes a su dama, para lo cual envía a su fiel Dromisto. En la entrevista palaciega, el enano hace las delicias de las doncellas pero también se comporta y explica como un buen consejero de su señor. Flerisena concede sin dudar su beneplácito y poco después Valerián le solicita a Aspalión las armas precisas para la futura ceremonia.

Otro día de mañana, se celebra la misa para la investidura del joven doncel, quien no quiere tomar la espada sino del príncipe Nestarcio. Vueltos de la iglesia mayor de Colonia a los palacios de la casa real, se sientan todos juntos a las mesas mientras se llevan a cabo diversos juegos cortesanos. El doncel se retira sin confesar su hacienda; poco después envía a un escudero que revela su identidad, la cual no había podido explicar debido a un don que se lo impedía. Se trata de Florianteo de Bohemia, hijo del nuevo rey Menadoro y de Luceminia, cormana de Nestarcio, el cual queda sumamente maravillado al conocer a su sobrino [II, 1-2].

El primer entrelazamiento de la segunda parte lleva a la corte húngara del rey Pasmerindo, el cual se halla deleitándose con sus caballeros en el ejercicio de la caza. El monarca se desvía del camino que siguen sus compañeros y encuentra una doncella que transporta un gran fardo. Junto a ella hay un caballero que está intentando quitarle el bulto y en ese momento empieza a utilizar su espada. Pasmerindo se aproxima y acusa al caballero de no cumplir el juramento de caballería y de seguir por ello el oficio de salteador y de ladrón. Después, el rey toca la bocina y acuden de inmediato los caballeros de su séquito, a los que les manda que prendan y ahorquen al caballero felón, el cual, sumamente espantado, pide misericordia y Pasmerindo lo deja marchar. La

doncella confiesa ser Empiralidea, hija de Arismenio. En el bulto lleva las armas que han sido preparadas para la ceremonia de iniciación caballerescas de Valerián. El rey se alegra de oír noticias de su hijo y regresa a Belgrado para contárselas a la reina Albericia [II, 3].

La acción vuelve a Colonia. Valerián siente que ya ha llegado su momento y solicita a Nestarcio la orden de caballería. Aparece entonces Empiralidea y relata la proeza de Valerián cuando era niño, lo que causa el asombro de todos los presentes. Más tarde, desenvuelve el fardo y enseña las armas del futuro caballero, las cuales son blancas y sin ninguna orladura ni labor, salvo el escudo, que tiene esculpidas cuatro flores de azucenas y en medio de ellas cuatro llamas de fuego. La espada lleva el mismo dibujo que el escudo, siendo sus tablas de huesos de elefantes, la manzana de piedra blanca y el fierro de color indio muy oscuro. Valerián se queda atónito observando la belleza de sus armas, mientras Empiralidea dialoga con Flerisena. Después, las armas son llevadas a la iglesia mayor, donde posteriormente Valerián lleva a cabo el velatorio. Una vez absuelto de sus pecados, el príncipe húngaro se pasa toda la noche rezando frente al altar de la Virgen María, al mismo tiempo que Flerisena, en su cámara personal, reza igualmente ante una pequeña imagen de Nuestra Señora.

Venida, pues, la mañana, la comitiva real sale de los palacios para dirigirse hacia la iglesia. Se celebra la misa y Nestarcio hace caballero a Valerián, el cual recibe la espada de su dama. Al final, interviene con solemnidad el viejo emperador, aludiendo a Dios como única fuente del estado y honra del nuevo caballero. Seguidamente, Valerián jura por Dios y la orden de caballería que nunca tendrá otra dama que Flerisena, la cual lo acepta públicamente como su verdadero señor.

El grupo nobiliario regresa a los palacios. Valerián monta un caballo no menos blanco que sus armas. Su yelmo lo lleva Aspalión del Vado y su lanza Canisor. Tanto en la plaza de la ciudad como en los palacios, se ofrecen los mejores manjares, al tiempo que se realizan juegos y alegrías en honor al recién nombrado caballero. Una vez terminada la fiesta, Valerián y Dromisto dialogan sobre diversas cuestiones.

Al día siguiente, Dromisto conversa extensamente con las doncellas de Flerisena, las cuales se ríen de sus gestos y ocurrencias. La princesa, por su parte, le trata con confianza y le hace algunas preguntas sobre las intenciones de su señor, desarrollando para ello hermosos y melancólicos parlamentos. Al poco, Valerián tiene que marcharse en demanda de aventuras para completar su iniciación caballerescas. Se despide, pues, de Aspalión y Nestarcio, a los que pide el permiso de partida, y después

de Flerisena, con quien llora amargamente por la separación que van a vivir. Deja a Dromisto en compañía de su dama y escoge a Canisor como escudero y único compañero de viaje, partiendo hacia el reino de Dinamarca [II, 4-6].

La alternancia sitúa de nuevo la historia en Londres, pero esta vez se retrotrae en el tiempo con respecto a los últimos acontecimientos. En la corte británica se hallan Laristeo, Menadoro y el joven Florianteo. Aparece ante los reyes un demandante que solicita un don en blanco al príncipe Florianteo. Éste accede de inmediato, pero no está preparado para intervenir, dado que todavía no ha sido armado caballero, por lo que insta al escudero para que lo acompañe a Colonia, donde jurará la orden y recibirá el nombramiento de Nestarcio, su tío. Dicha acción acontece en un capítulo anterior, como ya hemos visto.

Florianteo, pertrechado ya con sus armas personales, y el escudero, que se dice Amoraneo, siguen el camino, lo que este último aprovecha para relatar los hechos que han llevado a la petición de ayuda. Se trata de un conflicto de hacienda y derecho entre un marido en segundas nupcias y el hijo del primer matrimonio. El segundo marido no quiere entregar la parte que le corresponde al hijo de la madre fallecida, aduciendo que es descendiente de otra mujer. Amoraneo, sintiéndose desgraciado e impedido para luchar por sus derechos, decide pedir consejo al sabio Arismenio, quien le indica la conveniencia de ir en búsqueda del príncipe de Bohemia. Tras escuchar el relato, y sin esperar más, Florianteo va al encuentro de Macronel, que así se llama el segundo marido, y combate con él por el derecho y la razón que amparan al escudero.

Florianteo vence con mucha facilidad a Macronel, rompiéndole la lanza en mil piezas y cortándole sin reparo el pescuezo. Después, los presentes mandan enterrar al mal caballero en Suricia, la ciudad natal de los protagonistas del suceso, donde Florianteo arma caballero al joven Amoraneo. En este punto, el narrador vierte información del futuro, confesando que Amoraneo morirá al poco tiempo debido a una picadura de víbora y que repartirá su hacienda dignamente entre sus deudos [II, 7].

El relato vuelve con Valerían en su peregrinaje como caballero andante por caminos de Alemania. En ese espacio encuentra a un doncel danés que dice dirigirse a la corte del rey Octavio en demanda de ayuda, dado que conoce la hazaña del príncipe Nestarcio en el castillo de la doncella Ardinea y cree que caballeros de ese cariz serán capaces de solucionar su grave problema. Valerían confiesa que pertenece a ese grupo y se ofrece de inmediato para realizar la labor que sea oportuna. El doncel le dice que tendrá que defender su derecho contra el más fiero jayán que en el mundo se conoce, lo

que provoca mayor convencimiento en Valerián por acceder a la lucha. En el viaje hacia Dinamarca el doncel explica las razones de su mal.

Se trata de una trágica historia que ha destrozado su familia. Armela, la hermana de este doncel, era famosa por su hermosura. Entre otros pretendientes, el gigante Galifarán se quedó totalmente prendado de ella. Al poco tiempo, el gigantesco Brocaleón de la Cueva, padre de Galifarán, vino a solicitar a la doncella para entregársela como esposa su hijo, pero el padre de Armela se negó en rotundo. Brocaleón se enojó y juró que no saldría hombre ni mujer vivo del castillo. Sin embargo, Galifarán, más mesurado que su padre, consiguió levantar el cerco y la amenaza, si bien mantenía su deseo de tomar como mujer a Armela. Mientras Galifarán se ejercitaba por los caminos como buen caballero, la doncella se enamoró de un caballero llamado Lamariceo. Los amantes se desposaron en secreto e intentaron huir hacia Escocia, pero Galifarán los interceptó y los mató sin piedad. El gigante no pudo resistir la situación y se suicidó, cayendo junto a la mujer que amaba. Sabida por Brocaleón la muerte de su hijo, fue al castillo y degolló a todos los que iba encontrado, incluido el padre de Armela. El doncel, cuyo nombre es Nicerián, se hallaba en otro lugar, el castillo de su tío Cleandro y pudo por ello salvar la vida.

Valerián queda maravillado por la historia que le cuenta el doncel. Poco después, llegan al castillo de Cleandro, donde Brocaleón, lleno de furia, está quemando las puertas. Valerián se enfrenta con decisión al gigante y en el primer embate le corta los dedos de la mano derecha salvo el pulgar. En el segundo, le perfora un brazo, y en el tercero, le corta una pierna. El gigante, abatido, maldice a Dios y a Nuestra Señora, situándose así en el extremo opuesto del caballero cristiano. En efecto, el príncipe Valerián, después de rematar al blasfemo jayán, explica que sólo con la ayuda de Dios ha conseguido la victoria. Finalmente, tras salvar a Cleandro y los habitantes del castillo, Valerián y sus escuderos parten del lugar, acompañados de Nicerián [II, 8-9].

Cierta noche, Valerián descansa las fatigas del camino bajo un gran olmo. Allí escucha una voz que le avisa de los grandes hechos que van a regir su vida, a lo que Valerián responde con un extenso parlamento en el que reflexiona sobre la grandeza de su amor por Flerisena. Después, el príncipe queda dormido y tiene un intenso sueño. En dicho sueño Valerián se halla herido y acostado en un lecho. Aparece entonces un hombre de corta estatura que lee en voz alta un escrito. Valerián se levanta sin ningún dolor y se pone sus armas. Llega después a una cueva en cuya entrada hay un gran fuego que logra atravesar. Dentro ya de la gruta, vence a dos esquivos leones que le

impedían el paso. También aparece una enorme serpiente y de nuevo la suerte está de su parte. Finalmente, surge un gran simio, el cual consigue golpear a Valerían con un palo en la cabeza. En ese momento, el caballero cree oír las voces de su señora y se despierta del sueño. Viendo que ya amanece, llama a Canisor y Nicerián, que estaban dormidos, y continúan el viaje [II, 10].

No muy lejos de la ciudad de Trasienda, Valerían se encuentra con una doncella que va llorando en su palafrén. Lareana, que así se dice la joven, le cuenta a Valerían que está casada en secreto con el caballero Reledín, el cual, cuando se disponía a presentarse ante el padre de la doncella, fue apresado en un castillo donde gobierna la costumbre de retener a los caballeros que se internan en sus muros. Valerían decide ir de inmediato al castillo y liberar a Reledín. El citado lugar está gobernado por la maga Boralda, quien recibe en principio a los visitantes siguiendo el protocolo de bienvenida, aunque pronto deshace el engaño y promueve que dos caballeros ataquen al joven príncipe. Se trata del marido y el hijo de la maga, a los que el héroe derrota con facilidad. Después, Valerían exige a Boralda que suelte a Reledín. Para ello hay que coger ciertas llaves que están guardadas en una cámara. Nicerián entra en la misma y queda sin sentido, dado que la cámara se halla encantada por las artes de Boralda. Tan sólo Valerían consigue acceder al recinto mágico, merced a los poderes de la espada que le diera Empiralidea. Todo ello da lugar al primer episodio de la obra donde se manifiesta la magia de forma explícita, al margen de las apariciones de Arismenio, siempre rodeadas de aspectos maravillosos.

Valerían desciende con las llaves a las profundidades oscuras del castillo, para lo cual necesita encender algunas hachas, circunstancia ésta que provoca que los liberados le otorguen el nombre de Caballero de los Fuegos, primer apodo que recibe el protagonista. Allí encuentra a Reledín y a otros presos conocidos: Darinto, Banortes y Astreo. Una vez terminada la liberación, Valerían ordena que lleven a Boralda ante Nestarcio para que se haga la justicia oportuna [II, 11].

Por su parte, Valerían, Reledín y Lareana se marchan del lugar, no sin antes prender fuego al castillo, el cual no arde por entero debido a su estructura en forma de bóveda. En una cercana floresta se encuentran con Vultoreo, el padre de la doncella, quien se reconcilia con los desposados y agradece al Caballero de los Fuegos los servicios prestados. Tras lo cual, el príncipe prosigue su camino en demanda de nuevas aventuras. El tercer día en la mañana se topa con un afligido caballero, llamado Alorián de Cirea, que se dirige a la casa del rey Tindareo de Dinamarca en busca de ayuda. Sus

dos hermosas hijas, Barthea y Limarela, han sido raptadas y llevadas al monte por Mustiganio y Bronfalión, dos soberbios gigantes que tienen intención de deshonrarlas. Valerián se ofrece presto para ir a rescatarlas y luchar con los jayanes. En efecto, al poco tiempo los interceptan, combaten y vencen, si bien Alorián sale herido de un brazo, lo que no impide que se reúna felizmente con sus hijas. Por razón de esta hazaña, junto a la muerte de Brocaleón de la Cueva y la liberación de los presos del castillo de Boralda, empezó a extenderse la fama del Caballero de los Fuegos, «con tal alto nombre, que en todas las hazañas de los otros cavalleros, assí de aquel tiempo como de muchos de los passados, se puso silencio» [II, 12-13].

Llegados a altas y áridas sierras, Valerián y su compañía contemplan a un caballero que está siendo atacado por diez hombres, al tiempo que un gigante a grandes voces los arenga en la batalla. Valerián ayuda al caballero y consiguen juntos vencer a muchos de los contrarios. Los tres villanos que han salido indemnes entran corriendo en una cueva que se encuentra en las cercanías. Valerián va tras ellos, mientras el otro caballero queda fuera luchando con Camelo, el gigante voceador, al que conseguirá aniquilar. Tras recorrer íntegramente la cueva llega a un valle en cuyo extremo se ve otra caverna. Al cabo de una hora, alcanza el lugar y descubre a los tres ladrones y a Xentropoleo, un gigante «fuera de toda proporción natural». El héroe se enfrenta sin miedo al jayán y en la primera acometida le corta nervios y venas de un brazo. Después, le produce más llagas y le taja un pie, dando fin a su vida. Dentro de la cueva, Valerián encuentra una cárcel en la que hay diversos caballeros atados con grillos y esposas. Dos de los hombres recluidos son los donceles ingleses Aliarte y Gonadiel, mientras que el caballero de la entrada de la otra cueva resulta ser el joven Florianteo, primo de Flerisena. El príncipe de Hungría se quita el yelmo, dándose a conocer y abrazando a sus amigos.

La voz narrativa explica con algún detalle las actividades que llevaban a cabo los gigantes y su banda de ladrones en la comarca de los Valles Dudados. Xentropoleo, Camelo y sus seguidores controlaban el paso de la comarca a través de dos estratégicas cuevas. Robaban y retenían a los que cruzaban por el lugar, matando sin contemplaciones a los que querían defenderse. En la segunda cueva, además de la cárcel, tenían un espacio para albergar caballos, armas, lechos de rama y heno seco, y pan, harina y otros alimentos robados a los caminantes. También habían labrado unos grandes ídolos de piedra que los gigantes veneraban. Al término de esta aventura,

Valerián manda quemar todas las partes de la cueva y también a los gigantes y hombres fallecidos [II, 14].

La historia da un salto de escenario y recupera a Astreo, Darinto y Banortes en su cometido de llevar prisionera a Boralda hasta Colonia. Se presentan, pues, ante Nestarcio y relatan la aventura por la que Valerián les liberó del encerramiento en que la maga Boralda les había metido. De inmediato, el príncipe alemán manda encerrar a Boralda en una torre. A continuación, los recién llegados reparten diversas cartas a los miembros del séquito. Entre dichos papeles se encuentra una emotiva misiva de Valerián a su amada Flerisena.

La «Carta de Valerián de Ungría a la esclarecida princesa Flerisena, su señora» es la primera carta que aparece transcrita en la obra, y con ella su autor introduce un motivo muy utilizado en los libros de caballerías. La carta de Valerián se adhiere así a las típicas declaraciones amorosas que los héroes caballerescos envían a sus damas, donde exponen el gran tormento que padecen por no poder gozar ni tan siquiera de la visión de la mujer que aman.

Poco después, Darinto y Banortes parten hacia Hungría mientras Astreo se queda en la corte del príncipe Nestarcio. Se sucede aquí un lapso de un año, tras el cual Nestarcio convoca Cortes para poner asiento en muchas cosas. En ese contexto, la maga Boralda suplica a Nestarcio que no la juzgue con el rigor de sus leyes y que aplique la misericordia con que se suele tratar a las mujeres, a lo que el príncipe alemán responde afirmativamente, librándola de la prisión de la torre y dándole como cárcel los palacios y el término de la ciudad [II, 15-16].

La alternancia episódica devuelve la acción a Florianteo, Aliarte de Irlanda y Gonadiel, los cuales, después de regresar de Dinamarca, descansan en la ciudad de Trenea. Tras cierto tiempo, embarcan en un «barco assaz grande y rezio» con la intención de llegar a Gran Bretaña. No obstante, en el trayecto se topan con una espectacular tormenta, descrita en el discurso con bastante detalle. La sabiduría y experiencia de los marineros hace que el barco no acabe destrozado. Poco después consiguen desembarcar en una tierra de aspecto apacible donde encuentran una hermosa y artificiosa fuente. En torno a la fuente se halla un deleitoso lugar en el que se ven sillas y mesas hechas de piedras de colores, además de abundante hierba. El grupo de Florianteo se deja llevar por la laxitud del paraje, y tras comer y descansar por extenso se suman en un profundo sopor.

Este rincón paradisíaco produce el adormecimiento a quien lo visita, debido, según se indica en el texto, a los poderes somníferos del agua de la fuente. Cuando Florianteo y los suyos despiertan del largo sueño, se hallan en una prisión en forma de bóveda, en la que sólo se ve una pequeña ventana y una puerta de hierro, y desde ellas el ancho mar. Por la puerta aparece una doncella llamada Cornicia que les pregunta si alguno de ellos es de Gran Bretaña, dado que su padre, el caballero Balisar, dueño de la ínsula de Cefalia, quiere vengarse de los británicos por la muerte de dos hermanos suyos. Una vez que los ingleses confiesan su identidad a Cornicia, ésta, conmovida y atraída por los cautivos, les aconseja que cambien sus nombres para no ser reconocidos. Poco después, y también gracias a la doncella, consiguen salir de su prisión, si bien los caballeros optan por quedarse en el castillo para luchar contra Balisar y sus seguidores. En el combate sobresale muy especialmente el joven Neophal, el cual, tras la conquista del castillo, es armado caballero por Florianteo. La vela de armas tiene lugar en una capilla de San Jorge, en cuyo retablo hay una imagen de la Virgen María. Balisar es hecho preso para ser ajusticiado en la corte inglesa.

Partidos de la isla de Cefalia, y tras varios días de viaje, el grupo de Florianteo llega a Londres, donde es recibido por los reyes Laristeo y Menadoro y sus mujeres respectivas. Gonadiel y Aliarte gozan asimismo de la compañía de sus damas. Por su parte, Balisar y sus malvados ayudantes son descabezados y enterrados. Finalmente, Neophal y Cornicia son desposados por un clérigo mandado venir a tal efecto [II, 17-19].

Mientras tanto, en un sucinto capítulo, la historia vuelve a la corte alemana de Colonia. El príncipe Nestarcio libera de su prisión a Boralda, a tenor de su buen comportamiento. La maga consigue la licencia para ir a su castillo de Dinamarca, el cual encuentra destrozado por el fuego que mandó prender Valerián. Mientras aparenta un gran dolor, recoge entre los restos del mismo un pequeño libro que esconde rápidamente. A su regreso a Colonia, Nestarcio le encomienda el cargo de la princesa Flerisena. En este punto la narración avisa en prolepsis de los verdaderos y funestos motivos de Boralda, basados en la venganza de la muerte de su marido e hijo [II, 20].

El entrelazamiento lleva de nuevo la historia a los avatares del héroe principal, del cual se dice que lleva dos años en Dinamarca y ha alcanzado gran fama por sus altos hechos contra caballeros y gigantes. Valerián encamina ahora sus pasos hacia Tresendia, topándose en una floresta a un escudero llamado Velorrín que anda buscando al Caballero de los Fuegos para pedir su intercesión. La causa de tal solicitud radica en

una brutal injusticia llevada a cabo por el codicioso Tesamor, quien ha provocado la muerte de los padres y hermana del escudero. Valerián se ofrece para enfrentarse con el malvado Tesamor, lo que sucede al poco tiempo, en un camino próximo a la floresta, donde el príncipe húngaro vence con facilidad al mal caballero y sus dos hijos, tras una violenta batalla en la que el héroe emascula los cuerpos de sus adversarios. Después, alcanzan el castillo de Tesamor, donde liberan a muchos que allí estaban cautivos o temerosos del caballero felón.

Pasados tres días, Valerián, el escudero y el resto de la compañía se dirigen hacia Tresendia, si bien antes recalcan en el castillo de Cleandro, tío de Verrolín. Días más tarde, Valerián llega por fin a la espectacular ciudad de Tresendia. El grupo se presenta ante Tindareo, rey de Dinamarca, el cual agradece al Caballero de los Fuegos los servicios realizados. El castillo de Tesamor pasa a ser propiedad del doncel Nicerián, mientras que Velorrín es armado caballero por Valerián, en una ceremonia solemne y festiva. El príncipe de Hungría descansa algún tiempo en la casa del rey danés, participando con él en diversas partidas de caza [II, 21-22].

La narración vuelve al ámbito de la familia real alemana. El príncipe Nestarcio, desocupado de negocios y finalizadas las Cortes que reformaron su imperio, organiza una caza por el monte y la floresta. En el grupo de montería va todo el séquito nobiliario, incluidas las doncellas y Boralda. Mientras los caballeros están de caza, Flerisena y su Erminia quedan adormecidas en la hierba. Entonces Boralda saca el libro que había recuperado de su castillo y lee un extraño conjuro. De improviso, aparece una espesa niebla que cubre todo el lugar. Es la primera vez que la malvada dueña hace uso directo de sus poderes, lo que demuestra que su magia sólo se desarrolla en ciertas circunstancias. Al momento, surge por el aire, entre las brumas, un carro tirado por cuatro grandes grifos. Boralda pone cuidadosamente en el carro a las doncellas y se dispone a marchar, no sin antes despedirse de Arinda, a quien le explica las razones de venganza que le llevan a secuestrar a Flerisena. El dolor que siente Arinda es tan insoportable que cae desmayada. Cuando Nestarcio se entera de lo ocurrido, convoca a todos sus caballeros en Colonia para preparar la búsqueda de su hija [II, 23].

Nestarcio desea informar de lo sucedido a sus padres, los emperadores de Alemania, los cuales se hallan retirados en un monasterio, debido a su avanzada edad. La noticia afecta poderosamente a los venerables ancianos, quienes ya se sienten muy cercanos al final de sus días. El viejo emperador Octavio expone ante su hijo y nuera, a modo de testamento, sus últimos deseos, una vez que, según explica, se han examinado

los libros de su conciencia y vistos los recibos de su vida. Octavio les encomienda especialmente tres cosas: la dirección del imperio, el enterramiento de sus cuerpos en la madre tierra y todas aquellas diligencias que devuelven sus almas al Creador. Poco después del largo y emotivo parlamento de Octavio, los emperadores mueren piadosamente. En ese mismo día, Nestarcio envía las tristes nuevas a Constantinopla, Francia, Gran Bretaña, Hungría, a todos los emperadores, príncipes, deudos y amigos [II, 24].

La princesa Arinda manda también cartas a todas las Cortes amigas, si bien la misiva más importante es la que envía a Valerián, contándole angustiada lo sucedido con Flerisena. La misión de entregar la carta se la encomienda al fiel Dromisto, el cual parte sin demora hacia el reino de Dinamarca. Mientras tanto, Nestarcio y Arinda son nombrados emperadores de Alemania y príncipes de Constantinopla. El enano encuentra pronto a su señor y le relata todo lo acontecido con Flerisena y Boralda, así como la muerte de los emperadores. El efecto de las noticias en Valerián es demoledor. Tras exclamar vehementes quejidos sobre el infortunio que acaba de conocer, Valerián lee la carta de la princesa Arinda, quien le cuenta con detalle el rapto de Flerisena, llevado a cabo por la maga Boralda y el carro volador. De inmediato, Valerián se pone en marcha hacia Alemania [II, 25].

La historia vuelve hacia atrás en el tiempo y sitúa la acción en el instante que Boralda se lleva a Flerisena en el carro aéreo. Después de volar bien alto, la maga hace descender el artefacto en una pequeña y lejana isla que está en los confines de la tierra habitada por los turcos. A partir de ahora, la figura de Boralda comienza a mostrar todos sus componentes mágicos. Con sus artes en plena potencia, levanta de la nada un fuerte castillo, con ricos aposentos, una deleitosa huerta, donde se yerguen árboles y fuentes, y un alto muro que circunda todo lo anterior. La fortaleza tiene una sola puerta de acceso, con una cava muy honda y un puente estrecho que sólo deja pasar a una persona. Junto a la puerta, además, crea un enorme fuego que nunca deja de arder. Finalmente, toma a Flerisena y Erminia, todavía dormidas, y las coloca bajo unos árboles.

Venida la mañana, las doncellas despiertan y se asustan al verse en otro lugar. Boralda les tranquiliza mediante palabras falaces, asegurándoles que han sido llevadas a ese palacio para su seguridad y con permiso de Arinda. A pesar de que se sienten tristes por estar lejos de las personas amadas, la princesa y su compañera aceptan la situación y comienzan a pasear y holgar por los jardines. Por su parte, Boralda hace que tres de sus

doncellas salgan en búsqueda de los tres mejores caballeros, con los que la maga, después de engañarlos, pretende que guarden el castillo [II, 26].

El importante giro que han dado los acontecimientos provoca una nueva alternancia que busca personajes y escenarios distintos. Entra así en acción el príncipe Poliantel, hijo de Finariel, rey de Francia. Tras las noticias del rapto de Flerisena, el monarca francés accede a la insistente petición del joven Poliantel de recibir la orden de caballería. De esa forma, una mañana, después de haber velado las armas la noche anterior, Finariel lo hace caballero, recibiendo la espada de su hermana Belinda. Armado, pues, y con un solo escudero, parte hacia Colonia., de donde, una vez que se ha informado detalladamente de lo ocurrido, sale en demanda de Flerisena. Pero un día, yendo por una floresta, se encuentra con dos caballeros que están riñendo entre sí por ver cuál de ellos se lleva una doncella, que allí mismo retienen unos escuderos. La doncella pide ayuda a Poliantel y le explica que la intención de aquellos caballeros es deshonorarla. Al momento, el príncipe de Francia lucha con ambos, matando a uno y dejando muy herido al otro. Laricea, que así se dice la doncella, cuenta a Poliantel las circunstancias que habían llevado a la traición de los caballeros felones [II, 27].

Un nuevo salto nos lleva hasta otro gran héroe que también se dispone a salir en demanda de Flerisena. Se trata de Pasmerindo, rey de Hungría, el cual, después de enterarse del rapto de la princesa y de la muerte de los emperadores alemanes, parte junto al doncel Corismo en búsqueda de la joven. Por su parte, la reina Albericia, junto a su hija Ardimea, decide ir a la corte de Colonia. El rey hace que les acompañen Lauren y Darinto, además de cien caballeros que comandan Marceo y Logistil. La ciudad de Belgrado queda a cargo de Ladiseno y su guarda militar en manos del fiel Banortes.

Pasmerindo abandona su reino y toma el camino de Thesalia. Después de haber andado más de diez días, se encuentra una mañana con un caballero llamado Amadén que quiere llegar ante el rey Pasmerindo para solicitar su ayuda. Amadén relata que la reina de Thesalia está amenazada por el codicioso caballero Dandalio, cormano de su marido, con intención de quitarle las posesiones del reino. Se trata de una complicada e interesante cuestión de derecho hereditario. Vincilario, el rey de Thesalia, ha fallecido sin tener descendencia después de haber consumado tres enlaces, el último de las cuales se ha realizado con Laurela, procedente de una familia extranjera. Vincilario ha dejado por escrito un testamento que otorga todos los bienes a esta joven. Dandalio cree que la

cesión no es legal y reclama, como familiar directo, la herencia del reino. Este caballero opina además que el rey ha sido forzado a firmar los documentos pertinentes.

El monarca húngaro se pone de parte de Laurela y poco después llega a Prantasia, donde se entrevista con la joven reina, manifestándole su apoyo y su decisión de enfrentarse a Dandalio. Laurela reúne entonces a todos sus caballeros y presenta al que va a ser su campeón, confiando plenamente en el derecho que dice tener de su parte. Los caballeros tesalinos aceptan la iniciativa de la reina, y ésta manda a uno de ellos, el llamado Tucalén, como emisario ante Dandalio. El desafío de Pasmerindo tiene carácter oficial y es refrendado por todos los caballeros y regidores de la ciudad, los cuales juran ante el principal escribano de Prantasia que entregarán el derecho de la plaza a quien venza en la batalla. Dandalio participa también del juramento y promete que, si sale derrotado de la lid, los suyos retirarán el cerco sobre las posesiones de Laurela.

Frente a un cadalso de quinientos caballeros y nobles, además de los jueces, la reina y las dueñas y doncellas, se inicia el magno combate. Los combatientes se enfrentan con furia y rompen sus lanzas en mil pedazos. Pasmerindo es implacable en la batalla y ocasiona grandes y mortales llagas a Dandalio, el cual, avergonzado de su comportamiento codicioso, se arrepiente en el momento de su muerte ante todos los caballeros y ante un clérigo que es mandado llamar. La secuencia hace que todos se entristezcan, incluida Laurela, que amargamente llora la desaparición de su adversario. Pasados unos días, Pasmerindo desvela por fin su identidad a la reina de Thesalia, la cual queda muy contenta al saber que tan alto caballero ha sido el defensor de su derecho [II, 28-30].

El escenario es ahora Gran Bretaña, donde también han llegado las noticias del secuestro de Flerisena y la muerte de los emperadores de Alemania. Florianteo, el hijo de los reyes británicos, parte junto a su escudero Ocernio en búsqueda de la princesa. Se embarcan en un navío y atraviesan el estrecho que hay entre Gran Bretaña y Francia, entrando en el gran mar y navegando durante días. Una mañana, entrando ya en el Mar Mediterráneo, se topan con el barco de Zonacrín, un moro corsario que roba y cautiva a los navegantes cristianos. Si bien los marineros ingleses se muestran muy temerosos del ataque de los moros, Florianteo encabeza la lucha con enorme bravura y decisión, lo que sirve de estímulo para alcanzar la victoria. Florianteo hiere letalmente a Zonacrín, el cual tiene que retirarse a una cámara de su barco para ser curado. El famoso corsario, impresionado por la figura del príncipe, se ofrece en su servicio, humillándose. Tras estos acontecimientos, el navío llega a Génova, donde son puestos en libertad los

cautivos que el barco moro llevaba en su interior. Después, ya en tierra firme, Florianteo y su compañía se disponen a atravesar toda Italia, para pasar luego a Alemania, Hungría y Constantinopla [II, 31].

Una vez dejadas atrás las tierras de Romania, los ducados de Ferrara y Milán y el marquesado de Mantua, Florianteo y sus acompañantes se aproximan a la ciudad de Trento. Un día de mañana, se encuentran con una carreta tirada por cuatro caballos, encima de la cual yace, junto a sus armas, un caballero muerto. La carreta viene acompañada por dos doncellas y sus escuderos. Una de las doncellas, la llamada Barinta, explica a Florianteo que el difunto que transportan es el caballero Valantín, su padre, a quien un malvado caballero había matado la noche precedente. Después de aquello, Barinta y su hermana pasaron una noche en un castillo del lugar, donde dos buenos caballeros, al conocer lo sucedido, partieron en busca del caballero matachín. Florianteo decide hacer lo mismo y al poco tiempo halla a los dos caballeros luchando con el pérfido sujeto y tres acompañantes que lo ayudan. La intervención del príncipe británico es definitiva y los cuatro malandrines caen en seguida muertos. Las doncellas se reúnen con los honrados caballeros y Florianteo se despide, siguiendo su camino. La historia cierra el capítulo avisando de que el príncipe será engañado más adelante por una doncella que le pedirá un don [II, 32].

Un nuevo cruce episódico nos lleva junto a la reina Albericia y su hija, quienes parten de Belgrado con intención de llegar a Colonia. Una mañana, habiendo entrado en el archiducado de Austria y saliendo de una aldea para entrar en una floresta, hallan un paso que está defendido por un caballero, el cual ha jurado luchar en justa durante tres días con el caballero que quiera atravesarlo. De esa forma, los caballeros que acompañan a Albericia prueban fortuna contra el paladín desconocido, pero éste derrumba con facilidad a todos los justadores. Cuando el guardián del paso se quita el yelmo y dejar ver sus rubios cabellos y su rostro de niño, la reina cree que se trata de su hijo Valerián, pero luego se da cuenta de que no es así, ya que el joven no lleva en la cara un pequeño lunar leonado que el príncipe húngaro tiene desde su nacimiento. Tras los lances deportivos, el desconocido ofrece sus servicios a la reina de Hungría. Mientras les acompaña hacia una cercana aldea, el caballero queda prendado de la infanta Ardimea. Poco después descubre su identidad a las damas, resultando ser Poliantel, príncipe de Francia. Al día siguiente, antes de partir de nuevo, el héroe solicita ser el caballero de Ardimea, la cual lo acepta sin dudar, con la aprobación de la reina.

Por su parte, Albericia y Ardimea llegan a Colonia, donde son recibidas con cariño por los nuevos emperadores alemanes, los cuales se hallan sumidos en la tristeza por la desaparición de su hija. El narrador advierte que las noticias de Pasmerindo, Valerián y Flerisena tardarán algunos años en saberse [II, 33].

El entrelazamiento ofrece otra vez el peregrinaje del protagonista de la obra, quien toma un barco en el puerto de Fruvia, con dirección a Artra, en Alemania. Por el camino sobreviene una violenta tormenta, en la que los marineros y el propio Valerián temen perder la vida. Durante doce días navegan a la deriva, totalmente perdidos y sin rumbo, hasta que por fin alcanzan una tierra desconocida. Una vez en suelo firme, recorren el lugar sin encontrar camino o poblado algunos, tan sólo una pequeña senda que les lleva a una fuente. Poco después, bajo la espesura de unos grandes árboles, comen y descansan en la blanda hierba [II, 34].

En el siguiente capítulo, el narrador explica en analepsis algunas de las intervenciones de Arismenio que no han sido mencionadas en el argumento, por lo que dicho personaje aumenta en protagonismo dentro del proceso evolutivo de la historia de Valerián. Se dice, por ejemplo, que Empiralidea, la doncella que llevaba las armas del príncipe de Hungría, fue enviada por Arismenio, que además es su padre. Se revela también que el sabio ha sido testigo secreto de varios acontecimientos relacionados con Valerián. Por otra parte, Arismenio ha sido quien ha provocado el «tempestoso viento» que los ha llevado a aquella ínsula, lo que pone en evidencia los poderes mágicos que parece poseer.

Cuando Valerián y los otros quedan dormidos, Arismenio y su hija ponen en la mano izquierda de Valerián una candela encendida, porque así, mientras arda la mecha, el caballero no podrá despertar. Arismenio y Empiralidea cambian las armas blancas del héroe por otras de color negro. También cambian la poma de la espada y el propio caballo, que ahora son de azabache. Tras lo cual, los visitantes nocturnos se marchan con sigilo. Al recobrase, Valerián contempla sorprendido todos los aparejos negros y ve una carta que han dejado sobre su pecho. En dicha carta, Arismenio le cuenta a Valerián que no ha podido hacer nada en cuanto a la traición de la dueña Boralda. Le relata asimismo que le ha hecho venir a la Ínsula Venturosa y a esa fuente y que ha cambiado sus armas y su caballo, porque estén más acordes con su actual dolor y tristeza. Finalmente, se despide rogando a Dios para que le ayude en su empresa. Leída la carta, Valerián y sus camaradas preparan de nuevo el barco y atienden a que los vientos se amainen para poder partir [II, 35].

Tras dos días de espera en la Ínsula Venturosa, sueltan velas y navegan con gran tranquilidad. Tiempo después, topan con las tierras del Imperio Griego y entran en el puerto de Ephilea, del ducado de Andrinópolis. El príncipe Valerián se alegra de escuchar la lengua griega, la cual conoce perfectamente. Mientras que los marineros sueltan amarras con la intención de volver a su patria, Valerián y sus amigos parten hacia Constantinopla. Al cabo de tres días, se encuentran con un caballero que va persiguiendo a tres caballeros infames que han raptado a su dama. Valerián decide ayudarlo y se suma a la carrera. Finalmente, alcanzan a los felones y consiguen derrotarlos. Areana y Trinareo, que así se llaman la dama y el caballero, se reúnen de nuevo, felices. Ante la petición de Valerián, la dueña relata las circunstancias que le llevaron a ser raptada. Todo empezó con la relación de Areana y Trinareo, los cuales se habían enamorado profundamente y se veían todas las noches en la cámara de la joven. Ocurrió entonces que un tío de Areana quiso casarla con un familiar suyo, para lo cual pidió el consentimiento paterno. Al principio, el padre se negó, pero poco después, sin poder aguantar la insistencia de su hermano, accedió a conceder dicho matrimonio. Frente a esa dramática situación, los enamorados, en secreto, y tan sólo ante un clérigo y unos pocos testigos, se desposaron, para huir después hacia el castillo de una cormana de Trinareo. Al día siguiente, el tío de Areana persuadió al padre para que hicieran prender a los novios, por «achaque o apellido» de que habían robado algo que le pertenecía.

Los tres caballeros que llevaban a Areana son, pues, oficiales de la justicia. No obstante, cuando los amantes y Valerián llegan por fin al castillo de la cormana del caballero, el padre de la dama manda un mensajero que les hace saber su intención de anular la persecución. Trinareo, eso sí, debe pedir perdón al padre y olvidar cualquier enojo contra el hermano del mismo. Con aquella alegría, vuelven a la ciudad de Pradia, donde de inmediato empiezan a prepararse las bodas de Trinareo y Areana. Valerián se marcha hacia Constantinopla [II, 36-37].

Al cabo de tres días, el príncipe húngaro llega a Constantinopla, de ver la cual mucho se asombra. Un caballero llamado Agarindo lo invita a su casa, en donde Valerián se presenta como el Caballero Triste y relata parte de sus andanzas, así como su intención de buscar a la princesa Flerisena. Otro día de mañana, Valerián acude a los palacios imperiales y se presenta con el mismo sobrenombre ante Nestarcio y Arinda, los cuales se hallan en esos momentos en la ciudad. Los emperadores quedan impresionados por la convicción y gallardía de Valerián, lo que hace que manifiesten su

total confianza en él. Durante tres días, el héroe pasea por la famosa ciudad y platica a menudo con el emperador. El cuarto día, cuando el Caballero Triste se halla con Nestarcio y otros altos hombres, entra en la sala imperial una doncella con dos escuderos que traen una arquilla «tan larga como de dos palmos y el ancho a la proporción d'ellos», y cuya cubierta es de cristal. Dentro de la arquilla se ve un libro de gran tamaño.

Diliarda, que así se dice la doncella, empieza a contar en presencia de la corte la causa de su venida con aquel extraño objeto. Su lugar de procedencia es el lejano reino de Lidia, donde un viejo monarca que no tenía hijos ni deudos, nombró como nuevo rey a Zenofor, el padre de la doncella, «assí por ser de mayor estado como sabio en las artes y cumplido de virtudes». Por las mismas fechas, su madre había fallecido, lo que provocó que las alegrías se cubrieran de tristeza y de dolor. Tiempo después, su padre le enseñó la arquilla y el libro, objetos encantados que sólo puede abrir un caballero que alcance la perfección en el amor. Una vez abierto el libro, el campeón encontrará un consejo escrito que Zenofor ha dejado para su hija. Pero es más, el libro tiene poderes mágicos que serán de gran utilidad para el caballero que consiga abrirlo; en él hallará, dijo Zenofor a Diliarda, «todo lo que saber quisiere para remedio de alguna duda que en la mesma sazón terná, allende de otros avisos y consejos».

A los tres meses de estas declaraciones, Zenofor murió, dejando como gobernador del reino a un hermano suyo, de nombre Affasarén, quien también asumió la responsabilidad de ser tutor de Diliarda hasta que ésta cumpliera los quince años, momento en el que el reino pasaría a manos de la joven. Affasarén no cumplió su palabra y encerró a Diliarda en una cámara. Después, con apoyo de unos familiares, planeó matar a la doncella en una cacería. Sin embargo, los familiares contaron la traición a la dama, la cual se fingió enferma para no acudir a las monterías. Entonces, cumplido el tiempo oportuno, la tía de Diliarda fue a pedir a Affasarén que restituyera el poder real, tal como había jurado en el pasado. El felón hizo caso omiso y encarceló también a la tía. Fue así como Diliarda tomó la arquilla con el libro mágico y partió en busca de ayuda. Estuvo en las tierras del soldán de Babilonia y pasó por Trepisonda, Bohemia, Hungría y Thesalia, donde nadie pudo abrir el libro.

El emperador y el resto de caballeros quedan atónitos por la historia que ha sido contada. Al momento, todos los altos hombres quieren probar la aventura del libro mágico. El emperador ni siquiera consigue extraer el libro de la arquilla. Los mancebos Calisendo y Enorián sí logran sacarlo, pero no pueden abrirlo. El Caballero Triste lo

toma y lo abre con increíble y pasmosa facilidad, demostrando ser el caballero perfecto. Valerián lee en voz alta el consejo que dejó escrito Zenofor. El consejo es un discurso de larga extensión donde el padre recomienda a la hija la manera en que debe conducir su reino, para lo cual aborda numerosas áreas y materias. Después de leer el consejo, Diliarda y los suyos se retiran. El Caballero Triste aprovecha para abrir el libro mágico y contempla en él a Flerisena y Erminia, sentadas bajo unos árboles y cerca de una fuente, en medio de un paraje exquisito y desconocido. De igual forma, encuentra en las páginas un aviso del mago Zenofor que le anima a seguir en su demanda y le da algunas pistas del lugar donde se encuentra Flerisena. Un sitio poblado de pocos cristianos, cercado por el mar, cuyas provincias más vecinas se hallan deshabitadas y desiertas y las más lejanas están señoreadas por infieles. Un lugar que está en el oriente aunque también linda con el norte.

Poco después, el Caballero Triste preside la ceremonia de investidura caballeresca de Soranter y Sedanel. Tras los festejos habituales, Diliarda y sus acompañantes se despiden de Valerián, agradeciéndole haber dado cima en la extraña aventura del libro. Esa misma noche, el héroe también se marcha. Manda hacer una funda de pieles negras para la arquilla, impidiendo así que se vea el libro. Prepara también una buena fusta, con diestros marineros, criados, caballos, armas y vituallas para un largo camino. Antes de partir, Valerián le encarga a su amigo Agarindo que a la mañana siguiente haga saber al emperador que el Caballero Triste es en realidad el hijo del rey Pasmerindo de Hungría [II, 38-39].

A pesar de que el maestre de la fusta desconoce el lugar del que le habla Valerián, la expedición iza las velas, dejando atrás el canal de Constantinopla, y se interna en el mar inmediato. Tras diez días de navegación, necesitan llegar a tierra para buscar agua potable. Mientras los marineros recogen el agua en una fuente, Valerián cabalga por un camino y contempla a cuatro caballeros que llevan forzada a una doncella. Al momento, aparecen otros dos caballeros, el padre y el hermano de la joven, que arremeten contra los anteriores. Los cuatro malvados logran en seguida una clara ventaja, pero en ese instante interviene Valerián, tirando de su espada negra, y en poco tiempo y con suma facilidad mata a los secuestradores. La doncella Zarea y sus familiares, todos ellos turcos, agradecen al héroe su rauda y efectiva mediación.

Poco después, el grupo llega a la fusta y el Caballero Triste enseña el libro mágico a sus amigos turcos. En él contemplan, sorprendidos, las imágenes de la princesa Flerisena, apreciando su gran belleza. El príncipe pone en antecedentes a los

turcos sobre la figura y derroteros de la noble alemana. Por su parte, sin embargo, continúa manteniendo el anonimato. Zarea llega a estar muy impresionada con el paladín húngaro, a punto del enamoramiento, pero más adelante se casará con otro buen caballero. Tras descansar unos días en el castillo de Zarea y su padre, la expedición de Valerían deja aquella zona y se adentra de nuevo en el mar oriental.

Pasados algunos días de navegación, se topan con un navío de grandes velas. El capitán del barco del Caballero Triste, conocedor de la lengua turca y la griega, pregunta con cortesía a la embarcación por sus credenciales. Un marinero contesta que su fusta pertenece a Zoradán de Antioquía, un caballero moro que se halla maltrecho en amores, desairado por Abumena, la hija del Gran Turco. Una vez hechas las presentaciones, Zoradán pide al Caballero Triste que le acompañe en su fusta. En el viaje los caballeros se hacen amigos y conversan de «las cosas de sus señoras», lamentando sus penosas circunstancias. Una vez llegados a la ciudad de Tracemia, desembarcan y se alojan en los aposentos de Zoradán. Antes de dormir, Valerían contempla a su dama en el libro mágico [II, 40-41].

A la mañana siguiente, Zoradán y el Caballero Triste se presentan ante el Gran Turco y sus hijos Xarefin y Abumena, los cuales quedan maravillados por la apostura y personalidad del caballero cristiano. Se suceden diversos diálogos entre Xarefin y Valerían, en los que también participa Abumena, mientras Zoradán no puede dejar de contemplar a su amada. Las conversaciones entre turcos y cristianos se repiten durante varios días, favoreciendo su amistad y entendimiento, aunque provocando igualmente la desazón del príncipe de Antioquía, perdidamente enamorado de Abumena [II, 42].

La alternancia narrativa devuelve la acción a Diliarda y sus cormanos, los caballeros Sedanel y Soderter. En el viaje que están realizando cruzan por Thesalia y conocen la noticia de que Laurela, dirigente de este lugar, ha cobrado su puesto merced a un gran caballero que ha derrotado al intrigante Dandalio. Después, se encuentran con un desconocido paladín que va en búsqueda de Flerisena, ante lo que Diliarda le hace saber que el héroe que la salvó a ella de la muerte, también iba en demanda de la hija de Nestarcio. Esta circunstancia origina un gran interés en el desconocido, quien pregunta por la hacienda del Caballero Triste, dado que le recuerda poderosamente al hijo del rey Pasmerindo de Hungría. Diliarda confiesa que podría tratarse de ese príncipe, y en ese punto, para su comprobación, realiza una descripción del mismo: cabellos hermosos, ojos de gran perfección, rostro blanco y colorado, con un pequeño lunar en una parte; de estatura alta y proporcionada, y manos blancas. En cuanto a lenguas, sabe muchas, entre

las que domina especialmente el húngaro y el alemán. Y no parece tener más de veintidós años. La descripción hecha por Diliarda es prueba suficiente para que el caballero, que resulta ser el propio Pasmerindo, reconozca a su hijo Valerián. Visto lo cual, el rey de Hungría decide marcharse de Thesalia, en donde se había detenido unos días para luchar contra Dandalio y apoyar a la reina Laurela [II, 43].

Diliarda y sus primos continúan su camino hacia Lidia. Cuando entran por una floresta, contemplan a tres caballeros que llevan forzadas a dos doncellas. Los felones pertenecen a la banda de Dandalio y andan robando por todo el reino. Soranter y Sedanel derrotan con suficiencia a los villanos, los cuales habían sido alquilados por Dandalio como salteadores de caminos.

La comitiva de Diliarda acompaña a las doncellas hasta su villa de origen. Por el camino, éstas relatan a la princesa cómo habían sido apresadas con engaños por aquellos malvados que querían deshonrarlas, después de expulsar y amenazar a dos escuderos que las custodiaban. Llegan por fin al castillo de las doncellas, donde sale a recibirles el padre de las mismas, de nombre Adariel, el cual, con cortesía y humildad, agradece a Sedanel y Soranter los servicios prestados en la defensa de sus hijas. Tras lo cual, los dos grupos se separan [II, 44].

Tomando de nuevo la senda hacia Lidia, Diliarda y los suyos llegan a Babilonia, donde se presentan ante el soldán, a quien le cuentan las hazañas del príncipe de Hungría. El soldán de Babilonia queda prendado de la hermosura de Diliarda, pero la diversidad de sus leyes impide que se atreva a proponer un casamiento. El grupo sigue su camino y al cabo de diez días llega a una sierra muy alta, desde la que se contempla la ciudad de Lidia. Ya de noche, se topan con un hombre viejo de largas barbas, llamado Panfelicio, el cual está a cargo del hospital de peregrinos. Diliarda se instala en el hospital y le cuenta al viejo lo acontecido con su hacienda, mostrándole también el consejo de Zenofor. Por su parte, Panfelicio comenta los desmanes del traidor Affasarén.

A la mañana siguiente, el viejo acude a la ciudad y comienza a hablar con todos los principales, congregándoles para enfrentarse al tirano. El propio Panfelicio visita a Affasarén y le pide permiso para traer a palacio a sus peregrinos. Al cabo de tres días, Sedanel, Soranter y otros caballeros acuden a las estancias reales disfrazados de palmeros, solicitando que les den de comer, según tienen por costumbre los peregrinos de Tierra Santa. Debajo de los hábitos de palmeros los caballeros esconden sus armas. Sedanel se acerca al tirano y le da muerte con un cuchillo. Posteriormente, los

caballeros y el anciano convencen a los distintos seguidores del traidor, presentando a Diliarda como la verdadera reina de Lidia [II, 45-46].

El salto del entrelazamiento devuelve la historia a la corte del Gran Turco, donde Dromisto dialoga con la princesa Abumena. La joven pregunta interesada por la hacienda del Caballero Triste, a lo que Dromisto responde con discreción, ocultando el auténtico nombre del príncipe. Ante ello, la infanta, apesadumbrada, confiesa su amor por Valerián. Poco después, el criado le cuenta todo a su señor, planteando la necesidad de encontrar alguna manera con la que Abumena se enamore de Zoradán, quien está prendado de ella desde hace tiempo. En ese punto, el príncipe Xarefín organiza una partida de caza y a ella acuden Zoradán, Abumena, Valerián y todos sus acompañantes. El primer día, el grupo de cazadores mata a dos grandes puercos, uno de los cuales cae a manos del Caballero Triste. En la próxima jornada se encuentran con un león y una leona muy fieros. Valerián, tomando su espada negra y poniéndose un manto en su otro brazo, arremete contra las bestias y las derrota. Ahora bien, para matar definitivamente al enorme león, que en realidad ya se halla muy llagado, hace que Zoradán culmine el aniquilamiento. De esa forma, el héroe cristiano intenta presentar a su amigo ante la infanta como el verdadero campeón de aquella aventura, sin embargo, todos los monteros y doncellas opinan que la hazaña se debe únicamente al Caballero Triste.

Tras regresar de la cacería, aparece de improviso un caballero que rinde pleitesía al Gran Turco, con la intención de hacer pública una demanda que prometió a una doncella. Se llama Vanomades, príncipe de Damasco, aunque es natural de las tierras de Soria. Fue armado caballero por el soldán de El Cairo, con cuya hija quedó en prenda, comprometiéndose a luchar por su hermosura allí donde fuere y traer las certificaciones y sellos de sus victorias. Valerián contesta en seguida al osado caballero, asegurando que él conoce a otra doncella mucho más hermosa, y lo reta en batalla para el día siguiente, ofreciendo a la sazón un gage.

Al alba, el Caballero Triste toma sus armas negras y su caballo, mientras que Canisor y Nicerián portan el yelmo y la lanza. Luego, caballeros, doncellas y criados llegan a la plaza, donde el Gran Turco tiene reservado un sitio especial, adornado con paños de oro. Aparecen los jueces y suenan los añafiles, dando comienzo a la batalla. Los dos caballeros pelean con fuerza y valentía y siempre de forma correcta. El combate está igualado durante mucho tiempo, hasta que Valerián empieza a llagar a su contrario. Finalmente, el cristiano desarma al moro. A pesar de ello, Vanomades no reniega de su pretensión y sigue encumbrando la belleza de su amada Abriarda. El Caballero Triste

queda impresionado de la actitud de su oponente y le perdona la vida. A partir de ese momento, Vanomades y Valerián se sienten unidos por una gran amistad.

El príncipe de Damasco necesita quince días para curar sus heridas. Mientras tanto, Valerián declara que la doncella por la que luchó con Vanomades es la hija del Gran Turco. Por este motivo solicita un don como recompensa, argumentando que la justicia y razón en todas las leyes tienen único señorío. El regente árabe piensa que el cristiano va a pedir casarse con Abumena, pero finalmente, ante la sorpresa de todos, lo que pide es que sea su amigo Zoradán quien despose a la princesa. Aunque con cierta pena y contrariedad, Abumema accede. Poco después, se celebran las bodas. Por su parte, Vanomades marcha hacia su tierra donde es proclamado rey [II, 47-52].

El Caballero Triste decide irse de la corte del Gran Turco, lo que ocasiona gran pesadumbre a sus amigos Xarefin, Zoradán y Abumena. Pero antes de partir, el héroe descubre unas fustas que han llegado al puerto llenas de cautivos cristianos, entre los que reconoce a sus amigos Lucenio, Asanor y Neophal. De inmediato, solicita su libertad a los dignatarios turcos. Zoradán intercede entonces y consigue la liberación de todos los presos. Tras lo cual, Valerián se despide definitivamente de los caballeros y doncellas turcos. La narración adelanta acontecimientos y dice que Abumena y Zoradán tendrán más adelante un hijo, de nombre Ramantín de Antioquía, que llegará a ser un gran caballero [II, 53].

Ya en el alta mar, Lucenio y Asanor cuentan a Valerián las vicisitudes que les han llevado hasta Tracemia. Estando en Dinamarca, habían visto a tres caballeros que atacaban a Neophal. Después de luchar y vencer a los traidores, los nuevos amigos habían tomado un barco que marchaba hacia al Imperio Griego, donde querían acudir en busca de noticias de Flerisena. Llegaron a Constantinopla y allí les hablaron del Caballero Triste y de la aventura del libro mágico. Por su parte, Valerián también ha oído hablar de los hechos protagonizados por Lucenio en defensa de la doncella Arдания. Seguidamente, les enseña la arquilla y el libro que le diera Zenofor [II, 54].

De forma inesperada, el príncipe húngaro y los suyos encuentran una extraña isla de peña tajada, donde se vislumbran altos edificios y un espeso humo que brota de ellos. Tanto el maestre del barco como Valerián, se dan cuenta de que han localizado la ínsula de Boralda, cuyas artes mágicas han sido mermadas por efecto de Arismenio, según dice el narrador. Después de alcanzar un pequeño puerto, el Caballero Triste y los tres caballeros suben por unas gradas y llegan al castillo, en el que unas grandes llamas impiden la entrada. Valerián se coloca las armas y atraviesa con decisión el fuego, sin

que éste le haga el menor daño. Aparecen entonces dos caballeros armados y de buen talle que exigen de Valerián el cumplimiento de la costumbre de ese castillo, la cual es obedecer en lo que fuere a la señora del lugar. El héroe se niega, por lo que debe enfrentarse con los dos guardianes. El combate es muy duro y los adversarios son formidables con las armas, pero al final Valerián logra derrotarlos. Se interna, pues, dentro del castillo, y en la siguiente puerta le espera otro caballero armado que le exige el mismo juramento. De nuevo, surge la batalla, y esta vez Valerián cree enfrentarse con el más diestro caballero que jamás ha visto. Sin embargo, el campeón del castillo es de edad avanzada y se fatiga más de prisa que el joven príncipe, el cual logra una nueva victoria. Tras esto, ya en el patín, surge de repente Boralda con un cayado en la mano y golpea brutalmente en el yelmo de Caballero Triste. El cayado sale rebotado y la maga quiere volver a cobrarlo, pero el príncipe la detiene y después le ata las manos y los pies por la parte de la espalda. Poco más adelante, oye voces y encuentra la entrada a la huerta, donde contempla, por fin, a su amada Flerisena, que se halla paseando con su doncella Erminia. La princesa queda impresionada al ver a Valerián y se desmaya en el acto. El caballero grita entonces extensos y vehementes lamentos, creyendo que su dama está muerta. Pero la princesa alemana se recupera pronto y los amantes se funden en un fuerte y ansioso beso. Al momento, Erminia les avisa que Boralda se ha desatado de las cuerdas y se acerca con el cayado entre los dientes. Valerián se enfrenta con la maga, quitándole primero el cayado y encerrándola después en una cámara bien alta del castillo.

Cuando Valerián baja hacia el patín, una oscura nube cubre el lugar. En unos instantes, la nube se disipa y surgen Empiralidea y el sabio Arismenio, que abrazan con alegría al caballero. Congregados todos los amigos, platican sobre los recientes acontecimientos. Arismenio explica que el cayado prodigioso de Boralda le impedía actuar contra ella. Dice también que las llamas consumirán el castillo y el báculo, y la isla volverá a tener su fisonomía original. Se comenta una vez más la aventura del libro mágico, que a partir de ahora será motivo recurrente de señalamiento del mejor y más leal caballero del mundo. Asimismo, se revelan las identidades de los dos guardianes del primer acceso: el uno es Poliantel, hijo de Finariel y Polidia, reyes de Francia, y el otro Florianteo, hijo de Menadoro y Luceminia, reyes de Bohemia y Gran Bretaña. El sabio Arismenio justifica la actuación de los caballeros a partir de los encantamientos y engaños de Boralda. El tercer guardián es el rey Pasmerringo, padre de Valerián, con lo que se ha llevado a efecto el simbólico motivo del combate entre el hijo y el padre, sin

que ninguno se reconozca. El príncipe de Hungría tira con desdén las armas negras, sintiéndose culpable por haber herido a su padre, si bien Arismenio explica de nuevo las circunstancias que han propiciado los hechos.

Poco después, se reúnen todos los caballeros, dándose a conocer y reconciliándose con Valerián. Se incorporan también Lucenio, Asanor y Neophal, que habían quedado en el puente. Arismenio expone ante el grupo los engaños que han empujado a los héroes a semejante situación, recordando algunos aspectos de las historias personales de Poliantel, Florianteo y el rey Pasmerindo. Más tarde, se incorpora Flerisena y aparecen los escuderos y donceles, que estaban presos en otra parte del castillo. Esa misma noche, se hace traer comida y diversos remedios y ungüentos para los llagados. Valerián y Arismenio van a hablar con Boralda, la cual se halla casi fuera de juicio. Ante las preguntas del sabio, Boralda insiste en su deseo de venganza contra Valerián, por encima de cualquier otra circunstancia y sin importarle la muerte de los emperadores. El tutor y cronista deja encerrada a la maga y asegura que recibirá la pena y castigo que merece.

A la mañana siguiente, Dromisto lleva la arquilla y el libro a Flerisena, pero ésta no puede abrirlo. Más adelante, el príncipe Valerián, en presencia del rey y el resto de caballeros, relata varias de sus aventuras, incluida la del libro y los amores de Abumena y Zoradán. Después, abre el códice y muestra el consejo escrito de Zenofor para su hija Diliarda [II, 55-58].

Tras los trascendentales capítulos del enfrentamiento contra la maga Boralda, se da paso a nuevas acciones en el territorio cristiano europeo. Finariel, el rey de Francia, ha partido en demanda de Flerisena, mientras que la reina Polidia y su hija Belinda marchan hacia Colonia con el propósito de ofrecer su ayuda y consuelo a Nestarcio. En la corte alemana se han alojado también la reina Albericia de Hungría y su hija Ardímea, con quienes las francesas traban una gran amistad [II, 59].

La narración parece dar un requiebro temporal, cuya delimitación resulta muy difícil de establecer, desconociendo si es antes, después o simultáneamente a los hechos acaecidos en el castillo de Boralda. Comienzan a relatarse las andanzas de Finariel en su búsqueda de la princesa Flerisena. Acompañado de su escudero Banortes, el rey francés atraviesa Luxemburgo y llega a Suiza. Un día, yendo por un monte espeso, se encuentra con una doncella y un hombre que van visiblemente agitados. La doncella se acerca a Finariel y le aconseja que lleve siempre el yelmo enlazado por aquella tierra, dado que en ella hay caballeros traidores y envidiosos que podrán asaltarle. Asimismo, le cuenta

cómo esa misma mañana dos acompañantes suyos, dos duques franceses, han sido atacados por seis villanos. El rey se ofrece de inmediato para luchar con los malvados. Al momento, la doncella le conduce al lugar donde los dos amigos todavía se defienden de los agresores. Finariel derrota con suficiencia a los atacantes. Acabados de curar los heridos, la doncella les confiesa que otros malos caballeros le han quitado una herencia y un castillo, a lo que los presentes responden prometiendo ayudarla a recuperarlos. Descansando cerca de una fuente, la doncella, cuyo nombre es Fricea, relata los pormenores de su actual situación [II, 60].

Los padres y hermanos de Fricea habían muerto y ésta se había marchado de su hacienda para criarse con una tía suya en otro lugar. Un caudillo llamado Donadirén y sus seguidores tomaron a la fuerza el castillo de la doncella, expulsando a sus ocupantes. La joven buscó ayuda y encontró a los dos duques franceses, los cuales se habían topado con aquellos seis atacantes [II, 61].

El rey francés, los duques y la doncella llegan al castillo en litigio y son recibidos en el patín por cuatro caballeros que los embisten, entre ellos Donadirén. Un escudero llamado Belorín les advierte de la desventaja en la que se encuentran, sin embargo, la victoria de Finariel y sus amigos es rápida y contundente. Ante las preguntas del monarca, un criado que pertenece al servicio del lugar comenta por extenso las maldades llevadas a cabo por sus amos; los presenta como herejes que no enterraban a sus muertos y creaban falsos cargos eclesiásticos. Tras ello, el escudero Belorín reconoce su error en el cálculo de la batalla, agradece la merced que han recibido todos en la liberación y solicita que le devuelvan sus palafrenes [II, 62].

Una vez restituido el castillo, Fricea se humilla ante el rey y le ofrece su hacienda para que disponga de ella a conveniencia. Finariel le propone que se case con Belorín, si bien antes el escudero debe velar armas y jurar la orden de caballería. Al día siguiente, el propio rey es quien preside la ceremonia caballeresca. Por la tarde, acude la tía de la doncella, acompañada de dos sobrinos y del clérigo que va a realizar los próximos casamientos. Después de celebrarse las bodas, el rey y los duques toman el camino hacia Alemania [II, 63].

El grupo de Finariel cruza Alemania y llega a Hungría. En una encrucijada se encuentran con dos caballeros y sus dos escuderos, a quienes saludan con cortesía y largueza. Se trata de dos caballeros españoles que han viajado por Gran Bretaña y Alemania, donde les hablaron de la muerte de los emperadores y del rapto de Flerisena. Por esa razón están en demanda de la princesa, con intención de liberarla, aunque de

momento no han sabido nada de su paradero. Finariel se sorprende de que no hayan recibido noticias de Flerisena, por lo que piensa que quizá se encuentre oculta en tierras del Imperio Griego. Tras esta amable conversación, los grupos se despiden y se separan [II, 64].

Llegado este punto, y de forma novedosa en la historia, el narrador dice que, ante el deseo de los lectores, se va a desvelar la identidad de los caballeros españoles. Son hijos de Palordián, rey de España. Uno es el príncipe, de nombre Gastafileo, y el otro, su hermano, Radorián, hijo de una hija del duque de Milán. Se relata que los dos hermanos habían partido de Sevilla y habían viajado por el mar de España, rodeando Portugal, Galicia, Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa, hasta recalar en Burdeos. Después, alcanzaron Gran Bretaña y Londres, en la que estaban Laristeo y Menadoro con sus mujeres y la infanta Castiria. Los españoles fueron invitados a una celebración religiosa a la que acudió toda la corte. El príncipe de España quedó prendado de la belleza sin par de la infanta, lo que en seguida fue correspondido por la joven. Posteriormente, con la mediación de Radorián, Garinthea, doncella de la infanta, y Polucar, sobrino de la anterior, los enamorados se transmitieron sus sentimientos y Gastafileo fu aceptado como caballero por la dama. No obstante, los españoles se habían comprometido en la búsqueda de Flerisena y decidieron partir hacia Alemania y Hungría. Allí oyeron sobre la hermosura de la reina Laurela de Thesalia, por lo que Radorián deseaba llegar a Prantasia, la capital del país, donde ofrecería sus servicios a la reina. Es justo en ese momento cuando los españoles se encuentran con el rey Finariel y los duques [II, 65].

Llegados ya al reino de Thesalia, los caballeros hispanos se albergan en casa de un anciano caballero, de nombre Barmenil. El viejo les cuenta que en su juventud había sido criado con el desaparecido rey Vincilario, el cual, ya de edad avanzada, había casado con Laurela. Cuando murió Vincilario, Laurela había heredado el reino, aunque no le faltó enfrentamiento con un cormano del rey llamado Dandalio. Por entonces intervino el rey Pasmerindo de Hungría, quien venció y aniquiló al traidor Dandalio. Poco después, la joven Graciela, hija del anciano, fue solicitada como doncella por la reina Laurela. Apareció entonces en la corte el malvado Crapanel, el cual, al sentirse desairado por Graciela, urdió una cruel traición para matarla. Crapanel se inventó la historia de un hombre que había subido con una cuerda a la alcoba de la doncella. Al momento, Laurela mandó llamar a Graciela y la interrogó sobre el particular, pero ésta se defendió perfectamente y negó con rotundidad los hechos que se le imputaban. Por su

parte, el mal caballero se reafirmaba en su alegato y retaba en duelo a quien quisiera demostrar lo contrario, sin cuya intercesión la joven sería ajusticiada.

Oído el relato de Barmenil, el caballero Radorián, ansioso por obtener fama caballeresca, promete luchar en defensa del derecho de Graciela, para mayor alegría del anciano. Después, los españoles se retiran a descansar, mientras Barmenil prepara la marcha hacia Prantasia [II, 66].

Llegan a la ciudad y Radorián se presenta ante la reina, exponiéndole su deseo de luchar con el traidor Crapanel. En la entrevista, la reina y el caballero español se sienten mutuamente atraídos. El duelo se lleva a cabo en una gran plaza: los jueces sitúan a los caballeros uno enfrente del otro y suenan las trompetas. Tras la gran fuerza de los primeros embates, Radorián derrota a Crapanel. Le quita después el yelmo y le amenaza con la espada, instándole a confesar la verdad. Llamados los jueces, el malvado confiesa, arrepentido, su traición y mentira, lo que se notifica de inmediato a la reina. Barmenil y su hija se humillan ante el caballero español, mientras que Laurela promete compensar el agravio ocasionado. Cuando vuelven a los palacios, Radorián le desvela a Graciela las razones que le han llevado a Thesalia. A partir de aquí el narrador da indicaciones de resumir la historia de Radorián, ya que «no sería menor que la de Valerían». Finalmente, el caballero español se casa con Laurela y la doncella Graciela lo hace con el recién investido Obarán [II, 67].

Gastafileo parte en solitario por tierras de Hungría y Alemania. Cerca de un camino ve a un escudero que está durmiendo despreocupadamente en la hierba. Gastafileo le despierta y le advierte del peligro que corre en esa situación, a merced de los asaltadores. El escudero dice que en esa tierra no hay ladrones, a diferencia de España en la que abundan. De forma inesperada, el escudero alude a Flerisena y al caballero que lo liberará de su prisión, si bien no ofrece datos ni nombre alguno. Gastafileo se desespera ante la vaguedad de aquellas informaciones, pero entonces el escudero confiesa que un tío suyo es el señor del Castillo Venturoso, que Flerisena se halla cautiva en tierras de Oriente y que su caballero salvador, cuyo nombre el escudero no sabe, es hijo del padre más honrado de aquella época.

El escudero le cuenta también un sueño que acaba de tener, en el que se le ha aparecido la infanta Castiria y le ha ofrecido sus manos para besárselas. Gastafileo se turba por esta declaración sobre la mujer que ama y está a punto de enfadarse con el doncel, el cual no entiende la razón de tal ensañamiento, ya que si el caballero está enamorado realmente de la doncella debería estar junto a ella prestándole sus servicios y

no andar por parajes lejanos haciendo otros menesteres. Tras esta intervención, el auxiliar se marcha con mucha celeridad, dejando al caballero muy pensativo. Al final de este capítulo, el narrador aclara que el agudo escudero es en realidad el sabio Arismenio, el cual ha querido orientar a Gastafileo y motivarle para que regrese a Gran Bretaña, dado que su intención de liberar a Flerisena nunca llegará a efecto, siendo como es una misión reservada exclusivamente para Valerían [II, 68].

Gastafileo continúa su cabalgada por tierras alemanas. Se encuentra con una doncella que huye de dos caballeros que quieren darle muerte. El caballero español se enfrenta con los perseguidores y los vence con facilidad. Ante las preguntas de Gastafileo, uno de ellos expone las razones de su enconada persecución: la doncella había tenido relaciones a escondidas con un caballero, sin respeto de su alma, su honra ni la de todos sus deudos. Los caballeros, que son cormanos de la joven, quisieron limpiar esa afrenta y salieron en búsqueda de los amantes. Moriela, que así se dice la doncella, se defiende de las acusaciones alegando que su amante es en verdad su caballero y esposo, aceptado como tal ante Dios, y que sus primos han actuado de esa forma porque quieren arrebatarle su hacienda. Aparece entonces, Adolín, el esposo de Moriela, dando gracias a Gastafileo por sus servicios, y juntos acuden a casa de una tía de la doncella donde acuerdan las futuras bodas.

Sin más incidentes, Gastafileo llega a Londres y se presenta ante Menadoro, quien le ofrece un puesto en la corte británica. El caballero español queda sumamente agradecido, lo que además se añade al placer de estar cerca de su amada Castiria. Pasado algún tiempo, vienen los mensajeros de Radorián con las noticias de los hechos anteriormente narrados. Gastafileo los hace retornar a España, con mensajes y razones para su padre. El capítulo se cierra con el comentario del narrador de que la historia del caballero español está reflejada en su propia crónica [II, 69].

La alternancia episódica proyecta la historia hacia el castillo de Boralda, donde Valerían y Flerisena están con gran solaz mientras el rey y los dos príncipes curan las heridas. Arismenio habla con sus dos protegidos y les cuenta su interpretación del sueño que Valerían tuvo debajo de un olmo cuando viajaba por Dinamarca. El lecho en el que yacía con mortales llagas representaba la continua sensación de la ausencia de su amada, y los ingentes deseos de salvarla, allí donde estuviera presa. El hombre pequeño era su fiel Dromisto, y las oscuras y tristes armas hacían referencia a sus nuevos sentimientos. La isla y cueva apartadas eran la ínsula y el castillo de la maga, y el fuego que se significó, fue aquél que Valerían atravesó sin dolor. Los dos esquivos leones

claramente representaban a los dos príncipes, y la espantosa serpiente era el rey Pasmerindo de Hungría, padre del héroe. Finalmente, el simio de gran talle no era otro que la hechicera y engañosa Boralda.

La ecuánime interpretación del sueño hace que Valerían y Flerisena elogien los saberes de su amigo y le agradezcan todas sus palabras y consejos. Después, continúan platicando de otros temas, al tiempo que se incorporan Lucenio, Neophal, Empiralidea y Erminia. Arismenio les dice a todos que, habiendo visto lo que el rey Zenofor había escrito en el libro mágico y también en otros muchos, considera que dicho rey es el más sabio en las artes, tanto en aquellos tiempos como en muchos de los pasados. Con aquellas y otras apacibles charlas, van pasando algunos días hasta que Pasmerindo, Florianteo y Poliantel se curan de sus llagas y se restituyen de sus fuerzas [II, 70].

Un día llega un barco cristiano a la isla del castillo de Boralda. Se trata de la expedición del rey Finariel, el cual es recibido con gran regocijo por Arismenio. Después, abraza al resto de caballeros, entre los que se encuentra Poliantel, su hijo. También conoce por primera vez a Florianteo y Valerían. Finalmente, el mago protector conduce al rey de Francia ante su sobrina, la hermosa Flerisena, a quien de inmediato saluda con alborozo. Tras todas las presentaciones, Finariel desea saber las aventuras que han guiado a los caballeros hasta el castillo de la hechicera. Arismenio, que a la postre es el cronista oficial de toda la historia de Valerían, se encarga de hacer la misma función en este episodio y le cuenta al rey francés las distintas andanzas de unos y otros caballeros. En el discurso quedan resaltados los hijos de Palordián de España: Radorián, que se ha casado con Laurela, reina de Thesalia, y Gastafíleo, príncipe de España, que reside en Gran Bretaña en la corte del rey Menadoro.

Arismenio prosigue su narración contando una inédita aventura de Finariel. Tras salir de Constantinopla, el barco del rey francés había aportado a la ínsula de Antimerón el gigante. Finariel y los duques que le acompañan lucharon con el gigante y con sus dos hijos, Blandidel y Bravaleo, a quienes vencieron y mataron. El gobierno de la isla se lo dejaron a Brondala, hija del gigante, mesurada e humilde y sin el mal talante de sus hermanos. Tiempo después, el barco de Finariel derivó por otras islas y lugares hasta que una tormenta forzó el gobernalle en dirección a las tierras de los infieles.

Además de la historia de Finariel, el sabio recuerda a los presentes las circunstancias y engaños que llevaron a los grandes héroes al recinto de Boralda, la aventura del libro mágico que confirmó a Valerían como el caballero perfecto, y las

batallas que se produjeron en el castillo encantado, con Valerián siempre victorioso [II, 71].

En el día de la partida de todos los ocupantes del castillo, Arismenio manda que se lleven a Boralda al barco del rey Finariel y que la encierren en una cámara. Manda igualmente que se embarquen los caballos y las armas. Y entran en los barcos los siguientes personajes: Pasmerringo, Finariel y Flerisena en medio de ellos; Florianteo y Poliantel con cada una de las doncellas; Valerián con los duques de Lorena y Guiaina; después, Neophal, Lucenio y Asanor, con los otros escuderos y compañía. Es entonces cuando Arismenio, antes de embarcar, prende fuego al cayado mágico de Boralda. Mientras el báculo se va consumiendo, el castillo se derrite como si estuviera hecho de cera. Al final, el cayado se convierte en cenizas, y el castillo, junto con su honda cava, desaparece por entero, ante la admiración de todos los presentes. Desde su cautiverio, Boralda da grandes voces al contemplar la caída de aquel edificio.

En la fusta de Valerián embarcan los donceles, mientras que en el barco de Finariel lo hacen Flerisena, los reyes, príncipes y duques, las doncellas y el fiel Dromisto. Levantan las áncoras y navegan sin incidentes por aquellos mares, dado que Valerián tiene el permiso del Gran Turco. Viendo que están cerca de Tracemia, Valerián envía con Canisor tres cartas a la corte turca: dos para el Gran Turco y Xarefín, y la otra, muy cumplida, para sus entrañables Zoradán y Abumena. En poco tiempo, Canisor llega a los palacios y entrega las misivas a los amigos de Valerián. En dichas cartas, el héroe cuenta a sus amigos la historia del rapto de Flerisena y cómo después consiguió liberarla, incluyendo también la aventura del libro mágico. Leída la carta, los príncipes salen de la ciudad y toman un batel con el propósito de toparse con el barco de Valerián, lo que consiguen muy pronto. El príncipe de Hungría se reencuentra con sus amigos turcos. Al poco tiempo, alcanzan los palacios del Gran Turco, a quien le cuentan todo lo ocurrido. Antes de partir de nuevo, Zoradán obsequia a su amigo cristiano con dos bateles cargados de aves, pan y frutas [II, 72].

Tras navegar muchos días por el mar oriental, llegan a la tierra en la cual Valerián se había encontrado en el pasado con una doncella llamada Zarea. Tras haber comido y descansado, Arismenio decide revelar a la princesa la muerte de sus abuelos, lo que le sume a ésta en una profunda tristeza. Mientras tanto, la comitiva pone rumbo hacia Constantinopla con la intención de seguir luego hasta Colonia. Una vez pasados siete días de navegación, y viendo que la costa más próxima pertenece ya al Imperio Griego, Valerián envía a Zonacrín con una carta para los emperadores griegos,

Constancio y Demerencia. Tras llegar a la corte de Constantinopla, el moro Zonacrín se bautiza y convierte al cristianismo en la iglesia de Santa Sofía, tomando el nombre de Atelicán. El emperador lo hace caballero, le ofrece grandes rentas y prepara su casamiento con una hija del conde de Terento.

Reanudado el viaje, los barcos llegan a la Ínsula Venturosa de Arismenio. Valerián y los suyos descansan en torno a una fuente. A partir de ese momento, la narración describe con bastante detalle los elementos integrantes de una comida campestre, en medio de un paisaje paradisíaco. Arismenio y Empiralidea aparecen con seis doncellas y dos carretas tiradas por ocho caballos. Las doncellas desenvuelven los bultos que portan las carretas, y sacan un aparador de cristal y una vajilla del mismo material, asimismo diversas sillas y dos mesas de variado tamaño, sin olvidarse de finos y blancos manteles y paños de boca que las cubren y engalan. Aparece otra carreta donde viene la opípara comida. Los caballeros y doncellas comen placentera y distendidamente [II, 73-74].

Mientras los demás duermen, Valerián y Flerisena se abrazan y besan efusivamente. El príncipe lleva después a su amada bajo cuatro árboles, con el propósito de llegar «al fin y remedio que tantos años desseara». Flerisena se opone en un principio, pero en seguida atiende las razones que Valerián le expone. Los amantes gozan de sus cuerpos toda la noche, sin que el caballero deje de decir a la princesa palabras amorosas, así como la joven de responder en gratitud a las mismas. Con la luz del alba, vuelven a sus sillas de comensales, donde se encuentran y dialogan con Arismenio y Empiralidea [II, 75].

Sin poder resistirlo, los amantes se quedan dormidos junto a la hija del sabio mentor. El resto de caballeros y doncellas van despertando progresivamente. Tiempo después, el grupo embarca de nuevo y en pocos días llegan a Alemania. Pasan por diferentes ciudades y aldeas en las que Flerisena y los caballeros son recibidos con todos los honores. A tres leguas de Colonia, los emperadores alemanes y las reinas con sus hijas y doncellas, además de los altos hombres de la corte, acogen a Valerián y sus compañeros, produciéndose emotivos encuentros entre los caballeros y sus damas y entre padres e hijos. Por su parte, el joven Florianteo se enamora de Belinda, de la que es deudo en tercer grado. Con la intención de regresar a Colonia, Arismenio organiza a todo el séquito por parejas: Nestarcio con la reina Polidia, su hermana; el rey Pasmerindo con la emperatriz Arinda; el rey Finariel con la reina Albericia; Valerian y Flerisena. Tras ellos se incorporan Poliantel con Ardimea y Florianteo con Belinda.

Siguen Brandimario, duque de Guiaina, con Erminia, y Catenor, duque de Lorena, con Empiralidea; y los otros caballeros con el resto de doncellas. El cortejo llega por fin a los palacios imperiales [II, 76].

Boralda es recluida temporalmente en una torre, hasta que se decida qué hacer con ella. Arismenio defiende ante los emperadores los juiciosos sentimientos de Poliantel y Florianteo hacia Ardimea y Belinda. Se celebra también una misa protocolaria. Tras ella, Arismenio cuenta por enésima vez el rapto de Flerisena y la traición de Boralda, así como los engaños por los que Pasmerindo, Florianteo y Poliantel acudieron al castillo encantado. Relata igualmente la aventura del libro mágico y la hazaña de Valerián en conseguir abrirlo, finalizando con las peripecias del héroe en la corte del Gran Turco [II, 77].

Cierto día, el emperador Nestarcio junta a todos sus caballeros y anuncia con gran solemnidad las próximas bodas de las parejas reconocidas: en primer lugar, Valerián con Flerisena, hija del propio Nestarcio; Poliantel con la infanta Ardimea, hija de los reyes de Hungría; Florianteo con Belinda, la otra hija del dirigente alemán. Quedan pendientes los casamientos de los duques de Guiaina y Lorena, así como de los criados Lucenio y Asanor y otros siervos y doncellas. El narrador sigue inteviniendo decisivamente y articula la excusa de la prolijidad para dejar de contar ciertos episodios de la historia.

Acto seguido, Arismenio solicita la merced de que su hija se despose con Nicerián, escudero del príncipe húngaro. Después, el sabio confiesa su intervención en el encuentro de Valerián y Nicerián en la Floresta Desdichada, justo antes de que se enfrentaran a Brocaleón de la Cueva. Por otra parte, Canisor, el otro doncel de Valerián, recibe por mujer a Erminia, hija de la marquesa Domeclia. Se suceden nuevas presentaciones y diversos anuncios. Alzadas las mesas, el emperador designa el día de los desposorios para veinte días más tarde [II, 78].

Nestarcio ordena a los secretarios que se envíen las noticias de las bodas por todo el territorio europeo: a los emperadores de Constantinopla, a los reyes de Hungría, Francia, Trepisonda y Gran Bretaña. Despachados los mensajeros, Pasmerindo y Finariel, juntamente con sus hijos, prometen otros casamientos a sus donceles y criados.

Después de los nombramientos, Valerián se retira a su cámara y dialoga con su fiel Dromisto, a quien le promete el galardón que quiera pedirle. El enano sólo desea seguir en su compañía, ofreciéndole sus servicios. Tras estas conversaciones, Valerián decide escribir y enviar una carta al rey Tindareo, rey de Dinamara, misiva que llega en

pocos días a Tresendia, donde el rey se halla instalado. En la extensa carta, Valerián se confiesa como el Caballero de los Fuegos que en su día estuvo en la corte danesa. Relata entonces la malévolas acción llevada a cabo por Boralda, quien raptó a la princesa y la encerró en el castillo encantado. Una vez más, el príncipe narra la crucial aventura del libro mágico. A continuación, resume sus andanzas en la corte del Gran Turco, en donde se hacía llamar el Caballero Triste. Con esas mismas credenciales, llegó al castillo encantado de Boralda y luchó sin saberlo con los príncipes de Francia y Gran Bretaña, y también con su propio padre. Finalmente, Valerián describe la liberación de Flerisena y cómo después partieron de la ínsula prodigiosa y llegaron a Colonia, presentándose ante el emperador alemán.

El rey Tindareo queda maravillado por las aventuras y pruebas que ha superado Valerián y de inmediato le contesta con una epístola de reconocimiento. Mientras tanto, en Colonia, Dromisto habla con Flerisena, la cual toma la determinación de que los encuentros carnales con su amado deberán postergarse hasta el día de las bodas [II, 79].

Neophal llega a Londres en pocos días y se presenta ante el rey Menadoro y su mujer, a quienes les entrega las cartas de la corte alemana. Neophal les cuenta resumidamente los últimos acontecimientos, lo que también es escuchado por el caballero Gastafileo. Después, marchan todos a la iglesia para dar gracias a Nuestra Señora por haber protegido a Florianteo, hijo de los monarcas. Menadoro le concede entonces un extraordinario privilegio a Neophal por el que puede edificar castillos y poblaciones en la Ínsula de Cefalia, donde además sus moradores quedarán libres de todos los derechos anteriores. También tendrá «poder y facultad de determinar todas las causas, así civiles como de crimen», incluidos los casos de traición al rey. Todo ello se complementa con una moneda propia y una relación preestablecida con la corona británica.

Al cabo de algunos días, el rey Menadoro dialoga con Gastafileo y le hace saber el conocimiento que tiene de las haciendas de los príncipes españoles, así como de las últimas peripecias de Gastafileo y Radorián por Alemania y Thesalia. El príncipe de España desea volver a su tierra, pero antes acompaña a los reyes y la infanta en su viaje a Colonia. En breve tiempo, Menadoro y su séquito bajan por el río de Londres hasta el mar, donde toman dos barcos que los llevan al Imperio de Alemania [II, 80].

La organización general de las fiestas y las bodas en Colonia queda en manos de Arismenio. Llegado el día de los desposorios, el arzobispo celebra una gran misa en los palacios del emperador. Se van nombrando a todos los depositados, empezando por

Valerián y Flerisena, «con todas las ceremonias y palabras que nuestra cathólica iglesia está ordenadas». Venida la noche, después de las fiestas y el reconocimiento público de los enlaces entre los caballeros y sus damas, Valerián solicita a su esposa lo que ésta le había prometido para ese momento. La princesa prepara entonces su cámara privada y hace llegar las llaves a Valerián. Una vez juntos, recuerdan la primera vez que hicieron el amor bajo unos árboles, y seguidamente se entregan al placer que tanto anhelan, fruto de los cuales Flerisena queda embarazada de un hijo. El narrador promete decir el nombre de este niño en el tiempo que corresponda [II, 81].

De igual forma, el rey Menadoro y su familia, así como su corte y el caballero Gastafileo, llegan por fin a Colonia. Florianteo recibe amorosamente a sus padres. De nuevo se mencionan los grandes hechos acometidos por el príncipe de Hungría. Aliarte y Gonadiel, allí presentes, se acuerdan de cómo Valerián los había librado del gigante Xentropoleo. Se suceden diversas conversaciones en las que se rememoran episodios importantes de la historia. Los reyes Pasmerindo y Menadoro recuerdan la época en que ambos amaban a la reina Albericia. También se traen a colación las transformaciones pasadas de Arismenio. Al final del día, se pone en conocimiento de todos los presentes la relación entre Gastafileo y Castiria [II, 82].

Al día siguiente, Arismenio le revela a Nestarcio la trascendencia de los casamientos que van a realizarse, puesto que de esa forma se certificará una firme paz entre todos los reinos representados, así de la Gran Bretaña con Francia y España, como de Bohemia con Hungría y Alemania. El emperador alemán agradece los servicios al sabio amigo y le promete que será recompensado largamente por él y por sus hijos, lo que, según el narrador, se contará por extenso en la tercera parte de la historia. En esa hipotética tercera parte aparecerá Ataminar, hijo de Nicerián y Empiralidea, que combatirá al gigante Fabalón del Pino; y también surgirá Fulgencio, hijo de Florianteo, que habrá derrotado con anterioridad a Castorión del Pino, padre de Fabalón.

Después, Arismenio se entrevista con Gastafileo y le confiesa que lo conoce desde tiempo atrás, cuando una vez se cruzó como caballero en su camino, yendo por una floresta. Días más tarde, se celebran las bodas de Gastafileo y Castiria, a las que se suman las del escudero Lareón con Garinthea. De esa forma, se despachan mensajeros para Gran Bretaña, España y Thesalia, con la consiguiente alegría de Palordián y Radorián [II, 83].

Las bodas siguen preparándose ante la supervisión atenta del emperador. Se realizan fiestas y juegos por las calles de la ciudad, además de llevarse a cabo

encuentros cortesanos. Un día se presenta en la corte una doncella, la cual relata una extraña y triste historia de amor. Feliagra, que así se dice la joven, cuenta que en el pasado había conocido a un caballero pretendiente al cual desdeñó en un principio. Poco después, sin poderlo remediar, vino a amarlo apasionadamente, pero entonces el caballero cambió sus sentimientos y la rechazó. Sintiendo muy desgraciada, pidió consejo a un importante sabio, quien le recomendó acudir a las bodas que se iban a celebrar en Colonia, donde encontraría al caballero que podría ayudarla. La acción probatoria consiste en un corazón de piedra partido en tres trozos que sólo los que más sincera e intensamente se amen podrán volver a unir. Cuando esto se consiga, el caballero desairado comenzará a sentir vivos amores por Feliagra.

Oída por el emperador la historia de la doncella, ordena a Arismenio que organice y dirija el lance. El primero que lo intenta es el propio emperador, acordándose de su amada señora. El segundo es el rey Pasmerindo y, después, el rey Finariel, sin que ambos tengan más suerte que Nestarcio. A continuación, lo intenta Menadoro, y tras él, Nicerián, Asanor, Lucenio y Lareón. El turno siguiente es para Poliantel, Gastafileo y Florianteo, sin que ninguno alcance la cima. Sólo queda el príncipe Valerián, el cual toma las dos partes del corazón y, volviéndose hacia su amada, las junta con suma facilidad. La segunda prueba debe ser efectuada por las damas, de las que Flerisena es la única que consigue unir la tercera parte de la piedra, con el resultado final de un compacto y ardiente corazón. La aventura está superada y Feliagra queda enormemente agradecida de Valerián y Flerisena.

La doncella regresa a Ralea, su ciudad natal, de donde toma el apellido, y encuentra a su amado Acorán. Al cabo de unos días, se casan y posteriormente tienen un hijo llamado Bastilán de Ralea, el cual, según el narrador, hizo grandes cosas en armas que se habrán de contar en la tercera parte de la historia de Valerián. También tienen una hija a la que ponen por nombre Forciana, hermosa doncella por la que el caballero Familadar, hijo de Lucenio y Binarda, hará en el futuro grandes servicios. Pero Forciana morirá de un desmayo a los diecisiete años, y Familadar otorgará su corazón a Frargenia, hija de Canisor y Erminia. Todo lo cual, insiste el narrador, se contará en la tercera parte de la crónica [II, 84].

A la mañana siguiente, el emperador y Arismenio dialogan con todas las parejas. En las jornadas posteriores, se siguen celebrando múltiples fiestas y torneos. El cuarto día, a la salida de misa, entra en palacio un caballero que trae mensajes para el rey Menadoro. En dichas cartas, la reina de Gran Bretaña informa de la muerte del rey

Laristeo y pide a Menadoro y Luceminia que regresen a la corte británica. El emperador hace cesar las justas y manda descolgar los paños y adornos para cambiarlos por el luto oportuno. También ordena llevar a cabo el escrutinio de los caballeros que han venido a participar en los acontecimientos deportivos. Entre otros, habían venido los siguientes: Verrolín, Catenor, Brandimario, Laurén, Darinto, Logistil, Marceo, Aspalión del Vado, Aliarte de Irlanda, Gonadiel, Cleophán de Saxonia, Ethesalión, Canisor, Nicerián, Ocernio, Clemino, Lareón, Lucenio, Asanor y Brisortes [II, 85].

Diversos grupos se despiden de los emperadores y salen de Colonia. Menadoro y los suyos parten hacia Gran Bretaña, si bien recalán antes en Francia, acompañando en el camino a Finariel y su séquito. Finalmente, cruzan el mar y llegan a Londres, donde al cabo de quince días la apenada reina viene a morir. Mientras tanto, Gastafileo y su mujer llegan a España, donde se les recibe con grandes fiestas. Finariel, por su lado, entra en París, para mayor alegría de Polidia y Ardimea [II, 86].

Pasmerindo y Albericia regresan a Hungría y llegan pronto a Belgrado, donde el rey manda hacer grandes honras por la muerte de Laristeo. En su compañía se han marchado Aspalión del Vado y Asserina, además de otros caballeros y doncellas. Otro día después de esta partida, Arismenio dialoga con Nicerián y le dice que Empiralidea está embarazada de un hijo que se formará parte de la corte inglesa del rey Florianteo. De igual forma, el mago protector le revela a Nestarcio que su hija Flerisena también va a tener un hermoso hijo [II, 87].

Se suceden diversas conversaciones en los palacios de Colonia. Poco después, por recomendación del sabio maestro, Nestarcio hace llamar a todos sus consejeros para dilucidar el destino de la traidora Boralda, lo que lleva a cabo como «buen juez y christiano príncipe», bien distinto, según apunta el narrador, a otros reyes que no se preocupan de los juicios de los delincuentes. Boralda es interrogada por el consejo de caballeros, el cual la halla culpable y la condena a muerte. Conocida la decisión, Flerisena pide al emperador un don de clemencia para que la maga no sea ejecutada. Según la princesa, Boralda no había sido «homicida voluntaria» y sólo había actuado en venganza. El príncipe de Hungría apoya a su dama en ese planteamiento. La alternativa que proponen es enviar a Boralda a un monasterio de religiosas, con el fin de que ofrezca sus últimos servicios a Dios. Lo que de inmediato se lleva a la práctica, si bien en pocos días, después de arrepentirse del mal que había hecho, la maga fallece.

Al cabo de dos meses, una noche tres horas antes del alba, Flerisena siente los dolores del parto. En tan sólo una hora, la princesa pare un hermoso hijo, el cual al

tercer día es bautizado con gran solemnidad en la Iglesia Mayor de Colonia. Le ponen por nombre Flerián de Alemania. Al poco tiempo, se despachan mensajeros a Constantinopla, Hungría, Francia y Gran Bretaña. Cuando uno de los mensajeros llega a Londres, la infanta Boralda también se pone de parto. Nace un niño al que le hacen llamar Fulgencio. De la misma forma, Ardimea, esposa de Poliantel, da a luz una hermosa hija que vienen en llamar Polinda.

Siguiendo con los nacimientos, Erminia pare una niña a la que llaman Frargenia. Se dice que Frargenia tendrá en el futuro un hijo llamado Canivalio. Por otra parte, Castiria tiene un hermoso hijo, de nombre Roristán de España, que será el caballero de la doncella Laudimea, bellísima hija de Valerián y Flerisena, y cuyos grandes hechos se vertirán en la anunciada tercera parte del libro. Igualmente, Binarda, la mujer de Lucenio, da a luz a un niño al que llaman Familiadar. Y aún hubo otros nacimientos que el narrador dice soslayar por no hacer «la cosa muy larga y fatigosa». Eso sí: insiste en que los recién nacidos van a ser protagonistas de la tercera parte de la historia caballeresca [II, 88].

Mientras tanto, en Belgrado, en la corte del rey Pasmerindo, reciben la noticia de la muerte de los emperadores de Trepisonda, padres de Albericia. Uno de los mensajeros, de nombre Numidel, relata la enfermedad de la emperatriz y el posterior fallecimiento de los dos grandes señores. Los reyes de Hungría, junto a Canisor y el doncel Corismo, parten hacia Trepisonda, donde son recibidos como nuevos monarcas. Pasmerindo y Albericia confirman todos los privilegios anteriores y añaden algunos más, según los estados y circunstancias. Por su parte, Canisor y Corismo alcanzan licencia para ir en busca de algunas aventuras [II, 89].

La acción regresa de nuevo a Colonia. El sabio Arismenio decide volver a su castillo, mientras que su hijo, Nicerián, en compañía de su escudero Bagarín, sale en demanda de aventuras, con intención de llegar a Dinamarca. Una mañana, entrando por una floresta, se encuentra con un caballero que va quejándose de su ventura. Pentarcio, que así se llama el caballero, cuenta a Nicerián una larga historia. Se había casado con una doncella a quien salvó de una afrenta. Tras un tiempo, salió de su castillo para realizar ejercicios en armas, pero cuando volvió su mujer había fallecido de pena, dejándole como heredero de ricas haciendas. Los comarcanos y deudos más próximos le convencieron de casarse por segunda vez con una mujer muy joven. Sin embargo, la diferencia de edades y caracteres entre los novios acarreó serios problemas en su relación. Cierta día, tres malvados caballeros secuestraron a la mujer, aduciendo que era

para defenderla de su marido, trasladándola hasta el reino de Escocia. El caballero Pentarcio, ante la mala fama que le precedía, no había encontrado apoyo de ningún tipo, y tampoco por sí sólo podía enfrentarse a los villanos. El joven Nicerián se ofrece al instante en su ayuda y juntos parten hacia Escocia.

Ambos caballeros llegan pronto a la corte del rey de Escocia y proponen una batalla contra los felones. Uno de ellos, el llamado Noratén, no duda en dar su gaje, al mismo tiempo que insulta a Pentarcio. El hijo de Arismenio queda muy sañudo con tales formas y entrega de inmediato su señal para la próxima batalla. Ante la sorpresa de los caballeros visitantes, el rey escocés permite burla tras burla, mostrándose como un mal dirigente. Al día siguiente, en la plaza que se halla frente a los palacios, se celebra la esperada lid. Los jueces hacen la señal de consentimiento y luego se oyen las trompetas que marcan el inicio de la batalla. En la primera embestida, Nicerián y Pentarcio derrumban con facilidad a dos de los malvados, quedando uno de ellos muy malherido. Poco después, Pentarcio vence al otro que queda y Nicerián derrota con suficiencia a Noratén. Los dos felones piden, humillados, la merced de la vida, la cual se les otorga, con la condición de que declaren la falsedad de su vil acusación y el engaño del rapto de la joven. De esa forma, los jueces determinan a favor de Pentarcio y valoran como justa su anterior solicitud. Tras esta decisión, el caballero recupera a su mujer, la cual estaba recluida en un castillo de un tío de Noratén, y de inmediato, por fin juntos, regresan a su tierra.

La narración dice que a partir de este suceso el verdadero amor surgirá entre el hombre y la joven, de cuyo fruto tendrán dos hijos, Palamireo y Denilda, de los que se hablará en la tantas veces aludida tercera parte. Nicerián, por su lado, marcha a Dinamarca, donde reside varios días en casa de su tío Cleandro. Después, acude a Trensandia, siendo muy honrado por el rey del lugar. De allí pasa a Francia y el ducado de Saboya, donde realiza grandes hazañas. Tras un tiempo, Nicerián vuelve a Colonia con su mujer Empiralidea [II, 90-91].

El cambio de escenario nos lleva a Gran Bretaña, donde los reyes reciben mensajeros de Bohemia. Se trata de un triste aviso: el duque de Fonteso, a quien Menadoro había encomendado la regencia del señorío de Bohemia, acaba de morir. Los monarcas parten hacia el lugar en cuestión, dejando a Florianteo y Belinda al frente de los ingleses. Al cabo de diez días se presentan en Morandia, en cuya corte les reciben con gran expectación. Menadoro lanza una convocatoria a todos los altos hombres y

caballeros, con el fin de asentar las cosas del reino. El reparto de bienes se realiza en base a la razón y derecho que cada caballero requiere [II, 92].

El entrelazamiento conecta con Canisor y Corismo, los cuales deambulan por los caminos de Trepisonda. Una mañana, entrando por un monte, se encuentran con una doncella llamada Marcia. Ante las preguntas de los caballeros, la doncella les cuenta que se dirige a casa del emperador para solicitar socorro y derecho contra un mal caballero que tiene a su madre cercada en su castillo. Canisor y Corismo se ofrecen al instante como defensores de la dama afrentada. Nabrandelio, el felón, tenía retenida y amenazada a la madre porque ésta se había negado a que su hija se casara con él. Canisor asegura que tan gran villanía es inadmisibles en la tierra del emperador Pasmerindo. Y acto seguido se dirigen hacia el castillo de Marcia, el cual, cuando llegan, está envuelto en humo. Con gran decisión, Canisor y Corismo combaten y derrotan a Nabrandelio, Sardalín y otros villanos. Después, consiguen apagar las llamas y liberan a la madre de Marcia. Tras esta aventura, el narrador asegura que las andanzas de Corismo y Canisor son muy extensas y que por lo tanto las excusa, anotando únicamente el momento final, cuando llegan, triunfantes, a Belgrado, siendo recibidos por sus mujeres y deudos [II, 93].

Un nuevo salto de escenario conduce la historia a los hechos de Brisortes. El antiguo escudero de Finariel parte de París acompañado de un doncel, su sobrino, que le lleva el yelmo y la lanza. La intención de Brisortes es llegar a los reinos de España. Por el camino, desde Francia hasta los valles de Navarra, no encuentra aventuras en las que pueda emplear su fuerza y orgullo, debido a que los nuevos reyes han puesto orden y asiento convenientes, así en el regimiento y administración de la justicia como en guardar los caminos. Un día, dos horas después de mediodía, Brisortes descubre a dos caballeros que están riñendo. Ante las preguntas del aventurero andante, los caballeros siguen discutiendo verbalmente sin atenderse a razones. La razón de su pelea es la defensa que cada uno hace de las características de su mujer, siendo la una hermosa y la otra fea. A través de largos parlamentos, exponen los valores de cada esposa y con ello las ventajas e inconvenientes tanto de la belleza como de la fealdad. La primera es criticada por albergar la soberbia, originando las riendas del temor, la vergüenza, la castidad y el amor, pero la segunda también encuentra otras censuras. Brisortes no puede apoyar ninguna de las dos posturas porque ambas son similares, «el que la tiene hermosa ha de passar fatiga en guardarla, y el que fea, trabajo en aborrecerla», por lo

que deja a los caballeros y se aleja hasta llegar a una aldea del mismo valle navarro [II, 94].

A la mañana siguiente, Brisortes se topa con un doncel que va llorando amargamente, montado en un palafrén. La causa de su duelo es el rapto de su hermana y su padre a manos de dos villanos con oficio de salteadores, que usan una cueva para ocultar a sus víctimas. Brisortes se enfrenta con los secuestradores fuera y dentro de la cueva, anquilíandolos con gran destreza. El doncel se reúne por fin con su hermana y su padre, de nombre Fallencio, los cuales agradecen al caballero el gran servicio que ha cumplido. La narración anuncia que las siguientes aventuras de Brisortes quedan en espera, adelantándose que se casará con la hija del señor de Estampes, con quien tuvo dos hijos y una hija, quienes serán protagonistas de la tercera parte de la historia [II, 95].

También parten de París, como lo ha hecho Brisortes, los caballeros Asoradel, Clemino y Ocernio, con el propósito de alcanzar la Gran Bretaña y hacer ejercicios en armas que los llenen de prez y honra. Salen de Cales en un gran barco en dirección a las islas, pero al cabo de tres horas un viento tempestuoso hace que pierdan el rumbo. Al día siguiente, el mar se calma, si bien la orientación se ha perdido del todo y tardan veinte días en llegar a tierra firme. Por fin alcanzan una extraña ínsula donde se contemplan tres enormes y hermosos castillos que están edificadas a manera de triángulo; tras ellos hay una ciudad majestuosa, cercada de magníficos muros y torres. Cuando llegan al primer castillo, ven en la puerta un letrado que dice *Guárdese de passar quien no se atreve a çufrir lo que le puede seguir*. Leído el cual, deciden seguir adelante. En esto, aparecen tres caballeros bien armados y se enfrentan a los caballeros que provienen de la corte francesa. Asoradel y sus amigos vencen con facilidad y continúan en su camino por el castillo. Muy pronto se topan con otra columna donde está escrito *Pues passastes el primero no tentéis más vuestra suerte, porque es cierta vuestra muerte*. Con la misma bravura atraviesan el padrón y vuelven a luchar con otros caballeros que defienden la segunda prueba. Cobradas las lanzas, siguen avanzando y llegan hasta la tercer columna, en la que se dice *Si no vencéis los terceros, sabed que havéis de çufrir mayor pena que el morir*. Al momento, aparece un viejo que les felicita por haber llegado hasta ese padrón pero les recomienda que no luchen en la siguiente batalla, dado que si pierden pasarán siete años en duras prisiones y tendrán una cruel muerte por atravesarse a quebrantar las leyes de los padrones. Clemino contesta que a pesar de todo, y agradeciendo el aviso, no se consideran cobardes y quieren luchar hasta el final. Desde el principio, el combate se desarrolla con bastante igualdad. En cierto

momento, la emperatriz del lugar, que está contemplando desde lejos la batalla, manda al anciano para que pare la lucha e invite a todos los contendientes al castillo [II, 96].

La narración hace un requiebro y se ofrece una extensa información sobre la emperatriz de la ínsula. Las noticias empiezan con Anastarasia, emperatriz y reina de las siete ínsulas occidentales, hija del emperador Ansión de Media. A Anastarasia la casaron con el rey Abolán de Ircania y tuvieron una hija llamada Austercia, cuyo marido fue Axarán de Bolante, rey de Liquia y Circes. Esta pareja tuvo un hijo llamado Abaraz de Liquia y una hija a quien pusieron de nombre Licoranda. Distintas muertes en la familia hicieron que la emperatriz Anastarasia se quedara solamente con la pequeña Licoranda. La abuela juntó entonces a los sabios varones de sus señoríos y les solicitó consejo para cuidar lo mejor posible a su nieta. La decisión final fue ir en busca de un gran sabio, Arismenio, el cual podría orientar la vida de la niña Licoranda.

En este punto se dice que la ínsula se llama Deleitosa y antiguamente se decía de Fortuna, según lo había escrito Antimerón, cronista del rey Ansión de Media. La emperatriz llegó a la ínsula de Arismenio y estuvo platicando con él mago tres días. Éste le aconsejó que pusiera los tres padrones y los nueve caballeros, además de otros muchos protegiendo los castillos y la ciudad llamada Felicia. También le dijo que al cabo de cierto tiempo aparecería un caballero de incalculable valor que se enamoraría de Licoranda, pero que años antes llegarían tres caballeros, criados de los deudos del que después habría de venir. Esta es la razón por la que Anastarasia decide frenar el combate, al darse cuenta que Ocernio, Asoradel y Clemio son los caballeros de los que habló el sabio Arismenio. Los tres héroes se presentan ante la gran emperatriz, quien los recibe con alegría y cordialidad. Al rato, surgen siete dueñas detrás de las cuales viene la niña y doce hermosas doncellas rica y extrañamente vestidas. La belleza de Licoranda es, incluso en su corta edad, de admiración increíble, dejando impresionados a los caballeros.

Tras descansar esa noche en la Deleitosa, los tres amigos se van en su barco, llegando en cincuenta días a Antona, de la Gran Bretaña, y después pasan a Londres. Allí residen un tiempo en casa de Florianteo. Después acuden a Colonia y conviven con los emperadores Nestarcio y Arinda, y con los reyes Valerían y Flerisena y su hijo Flerián, el cual está muy interesado en las aventuras de la Ínsula de la Fortuna. Finalmente, los tres viajeros regresan a París, donde son recibidos por sus mujeres y por los reyes y príncipes, sus señores, los cuales también se maravillan de las aventuras pasadas en la tierra de Anastarasia. Pero, sobre todo, se admiran de las primeras hazañas

del joven héroe Flerián y de lo que Arismenio, «por ayudar y dar en ellas remedio», llevó a cabo, así como de las cosas que sucedieron en la Ínsula de la Fortuna, lo que se tratará, según dice el narrador en la frase final del libro, en la tercera parte de esta grande historia [II, 97].

SINOPSIS DE LA OBRA

Debido a la abultada fábrica narrativa del *Valerían*, con el resuello de ciento sesenta y ocho capítulos en sus dos largos tramos, la interacción de más de ciento sesenta personajes y el cómputo aproximado de cincuenta escenarios distintos, en tanto que territorios de la acción y la aventura, se hace conveniente una mirada doblemente depejada del relato, una sinopsis ajustada e incluso extrema, buscando siempre los aspectos troncales e imprescindibles, los episodios fundamentales del maderamen discursivo, toda vez que el dilatado comentario que antes hemos desplegado atendía a la obligación de recuperar la gran mayoría de las figuras actantes y el montante superior de los hechos sobrevenidos.

Parte Primera

El príncipe Nestarcio de Alemania sale de montería y se encuentra con una doncella que le solicita ayuda para liberar a una gran dama, la princesa griega Arinda, injustamente acusada de haber ocasionado la muerte de un caballero. Nestarcio se enamora de oídas y se ofrece como paladín defensor, para lo cual debe investirse como caballero y jurar la orden. Tras el ritual preceptivo, parte de inmediato hacia Constantinopla, superando por el camino diversas pruebas, entre las que destaca su victoria frente al caballero Aspalión del Vado.

El rey Pasmerindo de Hungría se une al ejército que el emperador de Trepisonda está preparando para luchar contra los moros invasores de Abelarín de Asiria. En la corte imperial, el monarca húngaro se enamora de la princesa Albericia, con la que pronto mantiene relaciones íntimas. Pasmerindo se convierte también en el mejor guerrero y líder indiscutible de los cristianos, secundado por el buen caballero Menadoro, que ama en secreto a la princesa. Poco después, Pasmerindo derrota en combate singular a Abelarín, tras lo que se suceden diversas celebraciones y las bodas de los protagonistas. Menadoro, resignado, vuelve a su tierra. Al cabo de un tiempo, Albericia da a luz un niño de gran belleza que recibe el nombre de Valerían de Hungría.

Por su parte, Nestarcio llega a Constantinopla y combate con el pérfido Falvián, logrando rescatar a la princesa Arinda, quien queda prendida del caballero salvador. Tan sólo unos días más tarde, se desposan en secreto y conciben a Flerisena. Lejos de allí, el príncipe Finariel de Francia es armado caballero y comienza su andadura como aventurero justiciero; humilla primero a los tiranos Darceo y Malicarán y después

alcanza la corte del emperador Octavio en Colonia, donde se enamora de la infanta Polidia. Seguidamente, recibe el nombramiento de embajador y parte hacia Constantinopla.

En su viaje de regreso a Bohemia, Menadoro se encuentra con un doncel misterioso que después resulta ser el anciano Arismenio, quien le da ciertos consejos y dice estar desde ese instante a su servicio. Menadoro cambia su objetivo y se dirige a Gran Bretaña, con el fin de conocer a la princesa Luceminia. Cerca de Londres, se proclama campeón de una prestigiosa justa y consigue ser aceptado como caballero por la citada princesa.

En Constantinopla, Nestarcio y Arinda celebran los desposorios oficiales y marchan después hacia Colonia, acompañados por el príncipe Finariel. En la frontera con el reino de Hungría, se topan con un caballero que consigue vencerles en buena lid. Se trata del rey Pasmerindo, que a partir de ahora se suma al grupo. Todos juntos llegan al Castillo Venturoso, donde un extraño personaje, poseedor de grandes conocimientos, derrota con facilidad a los tres caballeros. La enigmática figura viene a ser Arismenio, quien se ofrece abiertamente como ayudante y protector de los héroes y damas principales.

Menadoro sale victorioso de sus enfrentamientos con el malvado Damacinel y el gigante Anacarte. Al poco tiempo, Menadoro y Luceminia se desposan y aman en secreto, de cuyo fruto nace Florianteo, al cual ocultan en una aldea cercana. Mientras tanto, Nestarcio y sus acompañantes llegan a Colonia; nace Flerisena, se celebran las bodas reales de Finariel y Polidia, y se preparan fastuosos torneos internacionales a los que acuden afamados caballeros. Cuando Aspalión del Vado y Laurén se dirigen a estos lances, se encuentran con el enano Dromisto, quien se une presto a la comitiva, llegando a incorporarse más tarde a la propia corte.

Meses después de ser coronados reyes de Francia, Finariel y Polidia tienen un hijo al que llaman Poliantel. Por su parte, Menadoro se convierte en el rey de Bohemia, lo que promociona su boda con Luceminia y la recuperación del hijo de ambos. En tierras alemanas, Nestarcio y el doncel Banortes resuelven la injusticia que sufre la bella Ardania. El rey Pasmerindo, mientras tanto, decide mandar a Valerián a la corte de Colonia, donde recibirá la educación más adecuada a su nivel. En el trayecto, el jovencísimo príncipe vence a un fiero león, mostrando ante todos su precoz superioridad caballeresca.

Parte Segunda

Han pasado varios años. Valerián y Flerisena se enamoran y comprometen. El príncipe Nestarcio realiza funciones de emperador y arma caballero, sin reconocerlo, al joven Florianteo, lo que empuja a Valerián a solicitar el mismo favor. Poco después, con las armas que Empiralidea, la hija de Arismenio, ha traído de improviso, el príncipe húngaro es investido caballero por Nestarcio, recibiendo la espada de Flerisena. Los amantes se desposan en secreto y el caballero sale en demanda de aventuras.

Valerián vence al jayán Brocaleón y supera las pruebas del castillo encantado de la hechicera Boralda, lo que logra con ayuda de la espada mágica que le entregó Empiralidea. Toma a la sazón el sobrenombre de Caballero de los Fuegos, y una vez deshechos algunos entuertos menores, llega a los Valles Dudados, donde, mano a mano con el príncipe Florianteo, consigue desbaratar una violenta banda de asaltadores de caminos y derrotar a sus sanguinarios jefes, los gigantes Camelo y Xentropoleo.

Confinada en los palacios de Colonia, Boralda muestra un comportamiento ejemplar. Esto le proporciona una gran libertad que le sirve para recuperar su libro de conjuros y sentar las bases de la futura traición. En otros espacios ajenos, el príncipe Florianteo culmina nuevas hazañas, destacándose su éxito frente al perverso Balisar de la isla de Cefalia. Del mismo modo, Valerián encadena diversos laureles por tierras de Dinamarca y en la ciudad de Tresendia.

Tras celebrar cortes generales, Nestarcio y su séquito salen de caza por las afueras de Colonia. Es el instante que Boralda, ansiosa de venganza, aprovecha para usar sus artes mágicas y raptar a Flerisena, con la intervención de un carro volador tirado por cuatro grifos. Casi con inmediatez, los viejos emperadores mueren, tras lo que Nestarcio y Arinda son jurados como nuevos responsables de Alemania, siendo su primera ordenanza la propagación de la noticia del rapto y la solicitud de ayuda para buscar a su hija. El enano Dromisto sale presto en búsqueda de Valerián. Entretanto, Boralda conduce el carro a una isla lejana y desconocida, en la que, por medio de increíbles encantamientos, origina un castillo y una huerta.

Los grandes héroes de una y otra generación parten en busca de la princesa Flerisena. En Francia, el joven Poliantel es armado caballero e inicia su periplo particular con el primer objetivo de encontrar a su prima. Lleno también de gran determinación, el rey Pasmerindo abandona Hungría en pos de la hija de su gran amigo, recalando primeramente en el reino de Thesalia, donde consigue una flamante victoria

contra el perjuro Dandalio y sus seguidores, que apostaban por arrebatarse a la joven reina Laurela su derecho sucesorio.

Desde Gran Bretaña, Florianteo comienza igualmente su derrotero en búsqueda de la princesa alemana, lo que lleva a cabo en barco por el Mediterráneo, topándose con el moro corsario Zonacrín, al que derrota sin contemplaciones. En su paso efímero por Colonia, Poliantel se enamora de Ardimea, la joven hermana de Valerián. El campeón húngaro, por su lado, llega a la Ínsula Venturosa, donde el sabio Arismenio le alecciona en algunos asuntos y le ofrece un nuevo y singular armamento.

Apodado ahora el Caballero Triste, Valerián surca el mar y llega a tierras orientales. Allí le acontece la espectacular aventura del libro de imágenes y escrituras mágicas, un libro que ha originado el gran sabio Zenofor para ayudar e instruir a su hija Diliarda. Sólo Valerián consigue abrir las páginas del libro encantado, propiciando de esa forma que Diliarda pueda leer el consejo de buen gobierno que le ha dejado su padre. Asimismo, el libro muestra imágenes de Flerisena y la isla donde se encuentra atrapada.

Buscando con afán ese recóndito lugar, Valerián alcanza los territorios del Gran Turco, donde le suceden numerosos y beneficiosos lances, además de conseguir la amistad del príncipe Zoradán, la infanta Abumema, el infante Xarefin y el propio gran soberano. Mientras Diliarda llega a Lidia y logra proclamarse reina, derrocando por fin al traidor Affasarén, Valerián sigue avanzando por mares turcos hasta que inopinadamente localiza la isla secreta y el castillo encantado de Boralda. El príncipe de Hungría consigue superar todos los encantamientos y derrotar a tres magníficos caballeros que defienden el lugar. Estos defensores son Poliantel, Florianteo y el rey Pamerindo, que han sido engañados por la hechicera. La princesa Flerisena es liberada y Valerián se convierte en el campeón supremo. Boralda queda presa con el fin de ser ajusticiada en Colonia.

Se suceden ahora los acontecimientos que protagoniza Finariel en su búsqueda de Flerisena, subrayándose su victoria frente al usurpador Donadirén, que tenía amenazada a la doncella Fricea. Por las florestas de Gran Bretaña empiezan las aventuras de los caballeros españoles Radorián y Gastafileo, que también pretenden encontrar a la princesa alemana, aunque sus pasos les llevan a Thesalia y Prantasia, respectivamente. Gastafileo acumula mayor número de andanzas y victorias; humilla, por ejemplo, al malvado Crapanel y se topa después con Arismenio, que le aconseja

nuevos rumbos. Finariel, por su lado, alcanza definitivamente la isla de Boralda, justo cuando Valerián y los demás están preparando la partida.

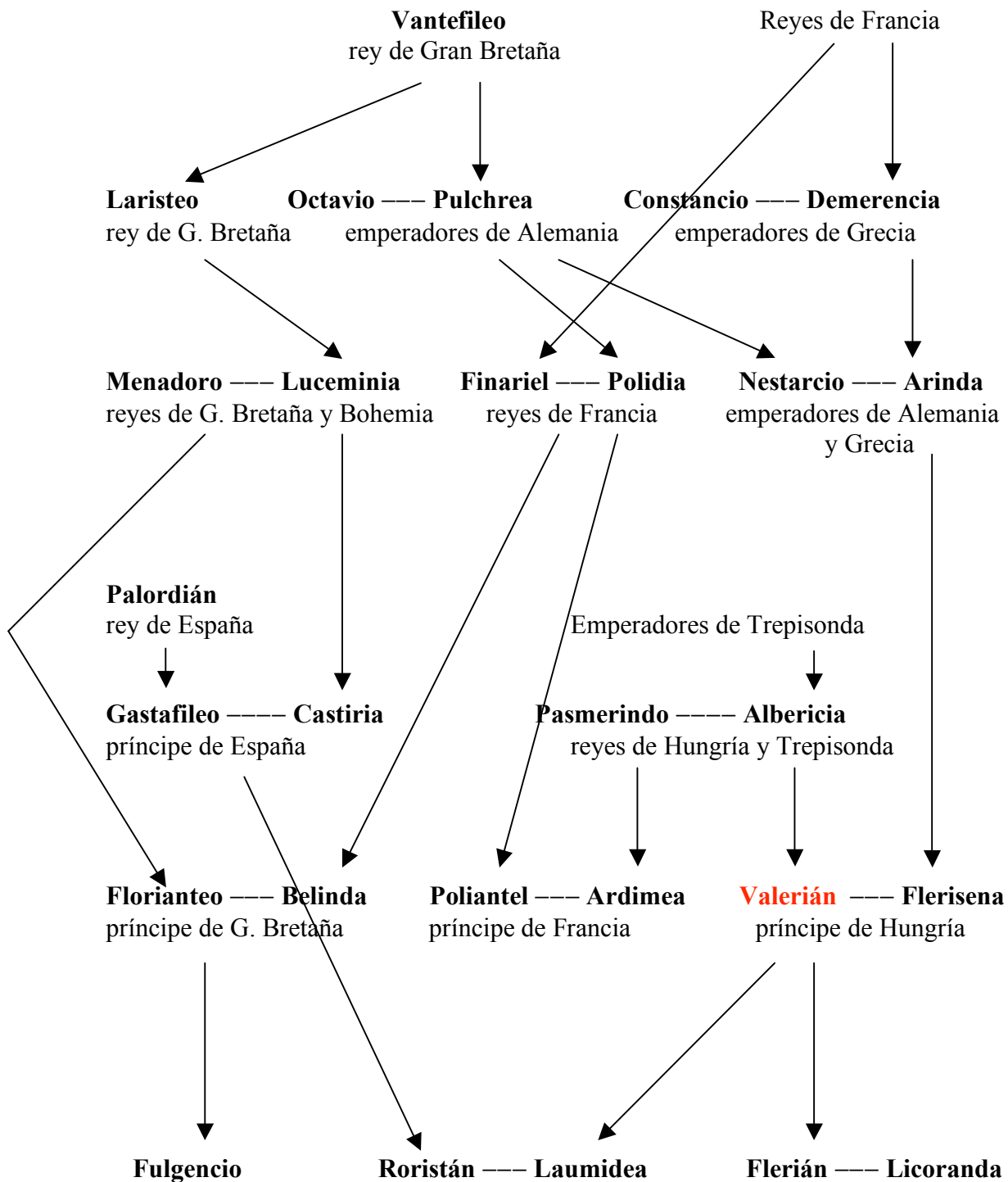
Una vez destruido el lugar nefando, el grupo inicia el viaje de regreso a Alemania. Antes de alejarse de la zona oriental, Valerián informa de lo sucedido a sus amigos turcos. Después, Arismenio les conduce intencionadamente a la Ínsula Venturosa, donde los máximos protagonistas consuman por vez primera su deseo sexual. Muy pronto llegan a Colonia, y allí, bajo la dirección del sabio y consejero, se llevan a cabo diversas bodas reales y sus fiestas y torneos correspondientes, a los que son invitados todos los grandes caballeros y damas de los reinos europeos. Se casan Valerián y Flerisena, Florianteo y Belinda, Poliantel y Ardimea, y Nicerián y Empiralidea, entre otros.

Menadoro y Lucemina, reyes ingleses, acuden a las celebraciones, acompañados de su hija Castiria y el prometido de ésta, el príncipe Gastafileo, quienes de igual manera se desposan públicamente. Sobreviene entonces la singular aventura del Corazón Dividido, un corazón de piedra roto en tres fragmentos que únicamente Flerisena y Valerián logran unir, demostrando ser los más leales en el amor. Tras los banquetes, las misas y las justas, los distintos reyes y príncipes regresan a sus haciendas respectivas.

Boralda es sancionada por el consejo de jueces con la pena máxima, pero Flerisena interfiere y logra que sólo sea recluida en un monasterio, donde, no obstante, muere al poco tiempo. Meses después, tienen lugar diversos nacimientos: Flerián, hijo de Valerián y Flerisena; Fulgencio, hijo de Florianteo y Belinda; Polinda, hija de Poliantel y Ardimea; Atanimar, hijo de Nicerián y Empiralidea; y Roristán, hijo de Gastafileo y Castiria.

Transcurridos unos cuantos años, acaecen las aventuras de Nicerián por tierras de Escocia; también las de Canisor y Corismo en el reino de Trapisonda; las de Brisortes por los peligrosos caminos de España, llenos de salteadores; y finalmente las de Asoradel, Clemio y Ocernio en la Ínsula Deleitosa, donde siguen las indicaciones que se hallan escritas en tres padrones. En esta isla habitan la gran reina Anastarasia y su nieta Licoranda, que dicen estar a la espera de un extraordinario caballero que acudirá a visitarlas, tal y como les ha auspiciado el sabio Arismenio. Se trata de Flerián de Alemania, cuyas aventuras se relatarán en la tercera parte de la historia.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE VALERIÁN



PROTAGONISMO CAPITULAR Y EPISODIOS MÁS RELEVANTES

PARTE PRIMERA

Principio – I, 7: Nestarcio

Pruebas de iniciación caballeresca:

[El ciervo y la doncella / Enamoramiento de oídas / Investidura de armas / El vado defendido / El sueño profético]

I, 8 – I, 30: Pasmerindo

Matrimonio secreto de Pasmerindo y Albericia: I, 18

La guerra contra los moros: I, 19 – I, 24

Nacimiento de Valerían: I, 30

I, 31 – I, 36: Nestarcio

La batalla contra Fulvián: I, 33

Matrimonio secreto de Nestarcio y Arinda: I, 35 – I, 36

I, 37 – I, 39: Finariel

I, 40 – I, 42: Menadoro

Aparición del sabio Arismenio: I, 41

I, 43 – I, 44: Nestarcio / Finariel

I, 45 – I, 48: Nestarcio / Finariel / Pasmerindo / Arismenio

Aventura del Castillo Venturoso: I, 46 – I, 48

I, 49 – I, 54: Menadoro

Nacimiento secreto de Florianteo: I, 54

I, 55 – I, 59: Nestarcio / Finariel

Desposorios de Finariel y Polidia: I, 55 – I, 56

Nacimiento de Flerisena: I, 57

Los torneos de Colonia: I, 58 – I, 59

I, 60 – I, 62: Aliarte de Ircania / Gonadiel

I, 63 – I, 65: Aspalión del Vado / Laurén

Aparición del enano Dromisto: I, 63

I, 66: Gostilán / Aduarte

I, 67: Finariel

Nacimiento de Poliantel

I, 68: Menadoro

I, 69 – I, 70: Nestarcio

I, 71: Valerián

El combate contra el león

PARTE SEGUNDA

II, 1: Valerián

II, 2: Florianteo

Investidura de Florianteo

II, 3: Pasmerindo

II, 4 – II, 6: Valerián

Investidura de Valerián: II, 5

Matrimonio secreto de Valerián y Flerisena: II, 6

II, 7: Florianteo

II, 8 – II, 13: Valerián [el Caballero de los Fuegos]

El gigante Brocaleón: II, 8 – II, 9

El sueño de Valerián: II, 10

Aparición de la maga Boralda: II, 11

II, 14: Valerián / Florianteo

Los ladrones de los Valles Dudados

II, 15 – II, 16: Nestarcio / Boralda

II, 17 – II, 19: Florianteo

La Ínsula de Cefalia: II, 17 – II, 18

II, 20: Nestarcio / Boralda

II, 21 – II, 22: Valerián

II, 23: Boralda

El rapto de Flerisena: II, 23

II, 24 – II, 25: Nestarcio

Fallecimiento de los emperadores de Alemania: II, 24

II, 26: Boralda

II, 27: Poliantel

Investidura de Poliantel

II, 28 – II, 30: Pasmerindo

La sucesión del reino de Thesalia: II, 29 – II, 30

II, 31 – II, 32: Florianteo

II, 33: Poliantel

II, 34 – II, 42: Valerían [el Caballero Triste]

La Ínsula Venturosa: II, 34

Aventura del libro mágico: II, 38 – II, 39

El consejo del rey sabio Zenofor: II, 39

En la corte del Gran Turco: II, 41 – II, 42

II, 43 – II, 46: Diliarda

II, 47 – II, 59: Valerían

En la corte del Gran Turco: II, 47 – II, 52

El castillo encantado de Boralda

y la liberación de Flerisena: II, 55

II, 60 – II, 64: Finariel

II, 65: Gastafileo / Radorián

II, 66 – II, 67: Radorián

II, 68 – II, 69: Gastafileo

II, 70 – II, 76: Valerían / Flerisena / Arismenio

Encuentro sexual en la Ínsula Venturosa: II, 75

II, 77 – II, 79: Valerían / Flerisena / Nestarcio

Bodas reales en Colonia

II, 80: Neophal

II, 81: Valerían / Flerisena

Bodas reales en Colonia

II, 82 – II, 83: Menadoro / Gastafileo

Desposorios de Gastafileo y Castiria: II, 83

II, 84: Valerían / Flerisena / Arismenio

Demanda del Corazón Dividido

II, 85: Menadoro

II, 86: Finariel

II, 87: Pasmerindo

II, 88: Flerisena

Nacimiento de Flerián

II, 89: Pasmerindo

II, 90 – II, 91: Nicerián

II, 92: Menadoro

II, 93: Canisor / Corismo

II, 94 – II, 95: Brisortes

II, 96 – II, 97: Asoradel / Clemino / Ocernio

Aventura de la Ínsula Deleitosa

¶ ¶-2.2 LA ESTRUCTURA

El abultado libro de caballerías elaborado por Dionís Clemente sigue en buena medida el modelo establecido por el *Amadís de Gaula* de Rodríguez de Montalvo y los elementos estructurales que derivan del mismo. Sin pertenecer a ningún ciclo caballeresco, y definido, pues, como libro suelto o independiente dentro del *corpus* del género editorial que nos atañe, el *Valerían* se amolda en bastantes grados a la propuesta idealista del paradigma inicial, tal como define el profesor Lucía Megías los referentes fundamentales del *corpus*,⁶⁷ y se aleja con claridad de la propuesta realista, de la que apenas participa –quizá con la presencia del bandolerismo y los apuntes del derecho–. De igual forma, la obra de Clemente se distancia tanto de la propuesta experimental de Feliciano de Silva, en donde se observan las aventuras pastoriles, las burlas cortesanas o la poesía intercalada, entre otros aspectos, como del nuevo paradigma representado por el *Espejo de príncipes y caballeros*, la llamada literatura caballeresca de entretenimiento, posterior en el tiempo al *Valerían*. Desde otra perspectiva filológica, nuestra obra suscribe de forma rotunda los once o doce constituyentes básicos que el profesor Guijarro Ceballos despliega con amplios fundamentos para especificar el género caballeresco,⁶⁸ salvo la parcial excepción del punto 10 o rasgo k], *con amplia presencia de la magia*, que sólo podemos conceder plenamente a la *Parte Segunda* de la obra, si bien este detalle apenas distorsiona el perfecto cúmulo de componentes que el *Valerían* incorpora sobre el particular,

⁶⁷ José Manuel Lucía Megías, «Libros de caballerías castellanos: textos y contextos», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 9-60. Debe completarse con otros estudios del mismo autor: *De los libros de caballerías manuscritos al «Quijote»*, Madrid, Sial, 2004, especialmente el cap. «Los libros de caballerías castellanos en busca de un género», pp. 11-38; y, junto a Carlos Alvar, *Libros de caballerías castellanos: Una antología*, Barcelona, Ollero y Ramos / Random House Mondadori, 2004, en concreto la «Introducción», pp. 9-58. «El género caballeresco vive dos épocas de esplendor a lo largo del siglo XVI, que vendrán marcadas por dos modelos literarios, que gozarán de un gran éxito y predicamento en la centuria: el *Amadís de Gaula* y el *Espejo de príncipes y caballeros*. Modelos paradigmáticos de la «literatura idealista» y de la «literatura de entretenimiento», p. 27 del primer trabajo aludido. Véase ahora el completo estudio de José Manuel Lucía Megías y Emilio José Sales Dasí, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008.

⁶⁸ Javier Guijarro Ceballos, «Los libros de caballerías, género en prosa de tradiciones medievales e innovaciones renacentistas», dentro de Miguel Ángel Teijeiro y Javier Guijarro Ceballos, *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el Siglo de Oro*, Madrid, Eneida / Cáceres, Universidad de Extremadura, 2007, pp. 27-71. Y con mayor desarrollo y equipaje, también Javier Guijarro Ceballos, «Los Libros de caballerías: una propuesta de caracterización de “género”», en su conjunto de estudios *El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías. Calas en la poética caballeresca*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2007, pp. 37-138.

subrayándose por tanto su inequívoca pertenencia al género y su total dependencia de los aspectos estructurales que lo conforman.

En ese sentido, y antes de entrar a fondo en la organización del *Valerían*, debemos traer a colación el elemento primordial en el que se sustentan y desarrollan las estructuras narrativas de los libros de caballerías, prefijadas en lo fundamental, como decíamos arriba, por su primer paradigma. Nos referimos concretamente al concepto de *aventura*, definida por Federico Fernando Curto Herrero como unidad mínima del relato caballeresco.⁶⁹ Esta definición ha sido después ampliada y enriquecida por M^a Carmen Marín Pina –dentro de su extenso estudio sobre el ciclo de los *Palmerines*–, en la que de momento nos parece la más completa aproximación al asunto de la estructura funcional, aproximación que ha servido de pauta, acomodo o plataforma para múltiples trabajos y análisis posteriores:

El héroe puede buscar la aventura y la aventura al héroe. En cualquiera de los casos, la aventura es un elemento narrativo básico del género; es la unidad mínima generadora de las distintas secuencias narrativas. Formalmente, es una unidad aislable, que no aislada, con estructura propia dentro del relato caballeresco. La recurrencia de unos esquemas formales, asimilados en distintos niveles por los autores y por los mismos lectores, permite su reconocimiento. Si cotejamos algunas de las aventuras que discurren por la serie [de los *Palmerines*] con las de los primeros textos artúricos y las tempranas producciones autóctonas, pocas diferencias formales hallaremos con aquellas que acometieron Erec, Galván, Yvain o Amadís de Gaula y Esplandián. Morfológicamente, poseen las mismas partes constitutivas, situaciones iniciales parejas y desarrollos y desenlaces similares. Los viejos cañamazos de la aventura surgen ahora remozados por los autores caballerescos peninsulares con escasas innovaciones por lo que a su diseño formal y a sus componenetes mínimos se refieren.⁷⁰

⁶⁹ Federico Francisco Curto Herrero, *Estructura de los libros españoles de caballerías en el siglo XVI*, Madrid, Fundación Juan March, 1976, p. 12. Recordemos también las aportaciones de Armando Durán, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Madrid, Gredos, 1973, quien se centra fundamentalmente en los argumentos de unas pocas obras del ciclo artúrico y de la literatura caballeresca hispánica, «con el objeto de aislar esos elementos comunes mínimos para estudiar sus recurrencias, sus variantes, sus oposiciones; es decir, para estudiar sus posibilidades combinatorias, primero en un plano paradigmático (entre las novelas de un mismo género) y después en un plano sintagmático (entre distintos géneros)», p. 10.

⁷⁰ M^a Carmen Marín Pina, *Edición y estudio del ciclo español de los Palmerines*, tesis doctoral, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989, p. 152, dentro de la sección «Estructura interna: organización de los libros en secuencias narrativas», pp. 135-165. Entre otros investigadores que han seguido la estela estructuralista de Curto Herrero y Marín Pina, véase Isabel Muguruza Roca, *Humanismo y libros de caballerías. Estudio del «Olivante de Laura» de Antonio de Torquemada*, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1996, a destacar el cap. «Estructura episódica: las unidades narrativas y su articulación», pp. 53-76; también M^a Isabel Romero Tabares, *La mujer casada y la amazona. Un modelo femenino renacentista en la obra de Pedro de Luján*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998, en concreto el cap.

También han sido de gran importancia los planteamientos de Juan Manuel Cacho Blecua, desarrollados en el anchuroso y excelente introito de su edición del *Amadís de Gaula*, donde viene a definir la estructura de dicha obra en función de los tres tipos de aventura que la constituyen, entendidos éstos como ejes sobre los que temáticamente se organizan los principales sucesos narrativos. Se trata en concreto, según expone Cacho Blecua, de la aventura familiar, la aventura amorosa y la aventura política-cortesana, las cuales se interfieren o superponen constantemente entre sí, presentando la mayoría de las veces, en tanto que manifestación externa de lo que acontece, alguna demostración guerrera, bien sea un enfrentamiento colectivo, entre grupos o ejércitos, o bien una batalla individual, mucho más común, lo que representa a fin de cuentas la materia prima de los libros de caballerías.⁷¹

Respecto a nuestro *Valerían de Hungría*, obra que sigue con bastante fidelidad el modelo amadisiano y en la que se advierte claramente el segmento básico de la aventura, hay que empezar indicando que la estructura general viene marcada por la división en dos partes, tal y como se anuncia en el propio título de la obra. La estructura interna resultante, esto es, la que la historia refleja en su discurso y en el contenido sucesivo de sus capítulos, se ajusta en principio a la información vertida por el íncipit, siguiendo las pautas de orden y distribución que de ella se derivan explícitamente. Recordemos una vez más que, según el íncipit –que hace así las veces de *prótesis* o exposición del argumento–, la *Parte Primera* del *Valerían* trata de los padres del protagonista, los reyes Pasmerindo y Albericia, también trata de su dama, la princesa

«Los libros de caballerías en el siglo XVI. Su organización interna», pp. 62-65; Claudia Demattè, «Los cuatro libros del muy noble y valeroso caballero Félix Magno [Sevilla, 1549]», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 375-388; y especialmente Ana Carmen Bueno Serrano en su tesis doctoral, *Índice y estudio de motivos en los libros de caballerías (1508-1516)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2007, en la que estudia los elementos estructuralistas a partir de la tipología de motivos, desarrollando al respecto la siguiente división funcional: motivos folclóricos, motivos caballerescos sintagmáticos simples y motivos caballerescos pragmáticos.

⁷¹ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987-1988, vol. I, cap. «Aventuras y maravillas», pp. 108-133, donde leemos lo que sigue: «Las aventuras se constituyen en pruebas que confieren un sentido personal y social a las acciones de los caballeros, en tanto que demostración de unas cualidades personales puestas al servicio de una sociedad, en la que el desorden existe, y en la que también viven personas necesitadas de ayuda. No les atañen a ellos solos, pues suponen la salvaguarda de una sociedad amenazada por la existencia de continuas transgresiones eliminadas por los actos caballerescos». Sobre el concepto de aventura en la tradición caballerescas, hay que consultar el clásico estudio de Erich Köhler, *La aventura caballerescas. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Sirmio, Barcelona, 1990 [1956]; «*aventure* significa siempre, y a menudo exclusivamente, peligro. La vida peligrosa que lleva el caballero errante se convierte en su característica más profunda y virtud suprema de su estamento; en un pasaje significativo del *Yvain* la *aventure* se convierte en el signo de la distancia abismal entre el caballero y el resto de la humanidad», p. 64. Por su parte, Paul Zumthor, en su artículo «De Perceval à Don Quichotte. L'espace du chevalier errant»,

Flerisena, y de la razón por la cual el joven Valerián es enviado a la corte del gran emperador Octavio. Mientras tanto, en la *Parte Segunda* se abordan los grandes hechos en armas del caballero húngaro y sus verdaderos y leales amores, además de agregarse los sabios consejos del cronista Arismenio.

En efecto, la *Parte Primera*, que consta de setenta y un capítulos, se centra en los hechos de los padres de Valerián y en la generación de caballeros y damas con los que éstos se relacionan, lo que viene a representar la posibilidad retórica del *ordo naturalis* o *more cíclico*, o lo que es lo mismo, el comienzo de la narración retrotrayéndose a un tiempo anterior a la existencia del protagonista, convención frecuentada asiduamente por los libros de caballerías.⁷² Además de Pasmerindo y Albericia, flamantes reyes de Hungría, surgen las efigies de Nestarcio y Arinda, padres de Flerisena y futuros emperadores de Alemania, Finariel y Polidia, reyes de Francia, y Menadoro y Luceminia, reyes de Bohemia y Gran Bretaña. Cabe decir que el protagonismo es esencialmente masculino, derivándose en los típicos procesos de iniciación caballerescas y encumbramiento social. Por otra parte, todos los personajes fundamentales son deudos o parientes entre sí y en ocasiones participan conjuntamente de algunas aventuras. Su condición de altos dirigentes y la tendencia que manifiestan en alcanzar el gobierno de los grandes reinos e imperios europeos, revelan unas características tanto caballerescas como cortesanas que parecen recordar a figuras reales de la época renacentista, especialmente a la casa de Austria y la imagen cesárea de Carlos V, gran aficionado, como es sabido, a las lecturas de caballerías y a los gestos y costumbres de tipo militar. En cualquier caso, la *Parte Primera* es la historia de los grandes monarcas europeos y de los distintos caminos de confirmación caballerescas que llevan a éstos a lo más alto del escalafón político. Y aunque las aventuras constituyen, como es habitual en los libros de caballerías, las secuencias o segmentos mínimos de la *dispositio*, o mejor, las unidades básicas de la narración, sus alternativas en este caso no alcanzan todo su potencial, dado que se suscriben solamente las aventuras bélicas y las

Poétique, 87 (1991), pp. 259-269, analiza la aventura como un espacio dinámico que acompaña o envuelve al héroe en su trayectoria vital.

⁷² La retórica clásica contemplaba diversas posibilidades de la *dispositio* del discurso. En ese sentido, Quintiliano había definido el *ordo naturalis* –*more cíclico*– como la sucesión de los hechos en el tiempo o su encadenamiento lógico, mientras que, en sentido contrario, el *ordo artificialis* o *artificiosus* –*more homérico*– correspondía a una alteración deliberada del orden natural por motivos determinados de la *utilitas*, bien fuera con fines artísticos o bien por eficacia argumentativa. Véanse éstas y otras consideraciones en Heinrich Lausberg, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1966, vol. I, pp. 280 y 373-376, que pueden completarse con Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1988, pp. 118-124.

aventuras amorosas, fundamentales por demás en toda la obra, mientras que el terreno de la maravilla, lo extraordinario y la revelación mágica –la aventura maravillosa–, queda reservado prácticamente en su totalidad para la siguiente sección.

La *Parte Segunda*, compuesta por noventa y siete capítulos, se dedica con bastante detenimiento y profusión a las trayectorias de Valerían y Flerisena, si bien aparecen igualmente los hechos de otros personajes que tienen edades y circunstancias similares. Se trata ahora de los hijos de la generación anterior, véase Florianteo, hijo de Menadoro y Luceminia, y Poliantel, hijo de los reyes de Francia. También cobra importancia Gastafileo, príncipe de España, con el que el autor incorpora nuevos elementos que prometen desarrollarse en futuros episodios. Por otro lado, el sabio y cronista Arismenio asume nuevas e importantes responsabilidades, aunque no llega a emitir tantos consejos como cabría esperar, tal y como el incipit había manifestado al respecto. No obstante, la *Parte Segunda* es ante todo el relato de Valerían, la materialización, por tanto, del mayor acopio de cualidades caballerescas y cortesanas del conjunto de la obra, lo que se hace efectivo mediante la incorporación de todas las unidades narrativas posibles, véanse las hazañas bélicas, la aventura del amor –incluyendo ahora los pasos habituales al completo: matrimonio secreto, encuentros eróticos, desposorios y bodas oficiales–, las ordalías mágicas y los prodigios y encantamientos de índole diversa.

Hacia la recta final de esta segunda entrega, se relatan algunas aventuras de otros caballeros de condición más modesta y menor proyección argumental: los donceles Neophal y Nicerián, los caballeros Canisor y Corismo, el escudero Brisortes y los jóvenes aventureros Asoradel, Clemino y Ocernio. De igual forma, se anuncian las peripecias de la tercera generación de héroes, la de Flerián de Hungría, hijo de *Flerisena* y *Valerían*, así como de otros grandes caballeros de idénticas circunstancias cronológicas, lo que se contará, según advierte constantemente la voz narrativa, en una tercera parte de la historia, de cuya existencia real no se tiene noticia.

Aunque el aviso de futuras continuaciones era un tópico literario muy frecuente en los libros de caballerías, lo cierto es que en bastantes ocasiones se convertía en realidad y los autores engarzaban nuevas aventuras y extendían desmesuradamente las progenes de los héroes caballerescos. Basta observar los ciclos de Amadís, de Palmerín o de Clarián, entre algunos otros. En ese sentido, el *Valerían* ofrece cuantiosas informaciones que remiten con insistencia a una tercera entrega, datos y detalles biográficos que en principio parecen suficientes para generar verdaderamente una

continuación de la obra. Se adelantan, por ejemplo, algunos hechos de gran relevancia: Nestarcio recompensará ampliamente los servicios prestados a Arismenio, el cual quedará ligado de esa forma con la corte alemana, convirtiéndose en el factótum de varias generaciones de héroes; Ataminar, hijo de Nicerián y Empiralidea, combatirá al gigante Fabalón del Pino, y Fulgencio, hijo de Florianteo, hará lo mismo con el jayán Castorián del Pino. Se anuncian por demás las señas de diversos caballeros que serán los artífices de las hazañas de la citada tercera parte: Gastafileo y Brisortes, que ya han tenido protagonismo en la *Parte Segunda* y que por lo tanto van a extender sus logros caballerescos; y también Bastilán de Ralea, Roristán de España, y especialmente Flerián de Alemania, que alcanzará la supremacía frente a todos los demás. De la misma manera, se indican ulteriores nacimientos –Palamireo y Denilda, hijos de Pentarcio–, decesos –Forciana morirá por desmayo a los diecisiete años– e incluso bodas y relaciones familiares –Brisortes se casará con la hija del señor de Estampes; Familadar, hijo de Lucenio y Binarda, se desposará con Frargenia, hija de Canisor y Erminia; y Roristán se unirá a Laudimea, la bellísima hija de Valerián y Flerisena–.

Los elementos desencadenados son muy abundantes y esto hace pensar que no se trata únicamente de un recurso literario. A nuestro modo de ver, el libro de Dionís Clemente va más allá del tópico y revela una clara intención de continuidad y proyección narrativa, estímulo que al parecer no llegó a término o no pudo siquiera concretarse. En ese sentido, es verdad que en la *Parte Primera* apenas existen anuncios y noticias de la *Parte Segunda* –tan sólo el aviso de las proezas inigualables de Valerián–, lo que podría condicionar en alguna medida el planteamiento que acabamos de exponer, sin embargo, hay que tener muy en cuenta el amplio desarrollo que se va a operar en la segunda parte de la obra, con la incorporación de aspectos novedosos y con el imponente crecimiento de la propia materia discursiva, de su esencia caballescica y de todos los motivos que la suscriben o circundan, incluido, desde luego, el prurito de extender y concatenar el relato hasta límites insospechados, a través de las oportunas fórmulas anticipatorias: «según que en la tercera parte d’esta historia se cuenta», o también, «lo que se no dexó de cumplir en la tercera parte d’esta grande historia», entre otros ejemplos.

ESTRUCTURA DE LA PARTE PRIMERA

El reparto de protagonismo entre los cuatro grandes héroes de la *Parte Primera* se establece en dos niveles claramente diferenciados, en virtud no solamente de los capítulos que protagonizan, sino también de su participación en las aventuras más señaladas. Nestarcio y Pasmerindo, los dos reyes de máxima importancia de toda la obra y padres de la pareja que después será el eje central del argumento, ocupan las tres cuartas partes de esta primera sección, si bien en varias ocasiones lo hacen de forma conjunta. Sus intervenciones en la historia son muy significativas desde el comienzo del libro, articulando los tópicos y motivos caballerescos más característicos y emblemáticos. Sólo la iniciación caballerescas de Valerián, casi toda ella en la *Parte Segunda*, alcanzará mayor desarrollo y variedad que las del futuro emperador de Alemania y las del rey de Hungría.

Es posible que exista un cierto apunte de referencia histórica a través de Nestarcio y Pasmerindo. Dionís Clemente parece estar rememorando la figura del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y la de su hermano Fernando I, archiduque de Austria y consorte de Ana de Hungría. De forma similar, Finariel y Menadoro, los otros dos grandes reyes de la historia, podrían reflejar, si bien con distinta aproximación, las figuras de Francisco I, rey de Francia, y Enrique VIII, rey de Inglaterra, con los que Carlos V tuvo relaciones bastante tempestuosas durante todo su reinado. En cualquier caso, la actuación de los personajes monárquicos del *Valerián* sólo reproduce elementos de carácter general, esto es, la promoción de ciertas casas reales en el contexto sociopolítico europeo y el éxito fulgurante de algunos de sus dirigentes, pero no describe acontecimientos concretos que puedan verificarse documentalmente o por medio de la historiografía, salvo quizá un par de comentarios sobre la guerra entre España y Francia –posiblemente el conflicto armado de 1537–,⁷³ alusiones por lo demás sucintas y sin prolongación en la peripecia narrativa:

⁷³ En el verano de 1537 Carlos V acude a las Cortes de Monzón, donde se han dado cita los síndicos de las principales ciudades aragonesas, catalanas y valencianas y lo más granado de la nobleza y el clero de la Corona de Aragón. Entre otros asuntos, Carlos les solicita ayuda material para sus numerosos enfrentamientos en Europa. Véase Manuel Fernández Álvarez, ob. cit., especialmente la Parte IV, cap. 7. «[Quería] dar cuenta pormenorizada de las relaciones entre los dos rivales, con las continuas agresiones del francés desde 1521, para justificar su conducta: de cómo siempre había querido la paz y siempre había sido hostigado con la guerra. De forma que, y puesto que tampoco nada había conseguido en aquella ocasión, había decidido invadir Francia», p. 560.

De Francia salieron Acaristo, duque de Borgoña, Brandimario, duque de Guiaina, Catenor, duque de Lorena, Brestán, duque de Orlens, Gostilán, duque de Normandía, [y] Aduarte, señor de Nimes, los cuales en la sazón que las nuevas del casamiento del príncipe Finariel llegaron a su padre, se hallaron en su corte a causa que el rey los había embiado a llamar, **por razón de la guerra que el rey de España le comenzava de hazer por la parte de Bayona**, para los embiar con grande ejército a defenderle la entrada que quería hazer por su reino (I, cap. lvij, f. 103v).

Y lo que más fizo acrecentar aquellas fiestas fue que le vinieron nuevas **que la guerra, que el rey de España le había comenzado de fazer por Bayona**, era ya fenecida con assento de perpetua paz, según la concordaron los dos cavalleros que fueron con la otra gente embiados para la guarda de Bayona, assí como vos diximos (I, cap. lxxvij, f. 123v).

Hay que puntualizar, no obstante, que este plantel de aparente reflejo de la aristocracia europea se observa de forma parecida en buena parte de los libros de caballerías, empezando por varias de las obras más representativas, *Amadís de Gaula*, *Sergas de Esplandián*, *Palmerín de Olivia* y *Primaleón*, donde asoman los reinos de Hungría, Gran Bretaña, Francia y Alemania, entre otros, así como sus respectivos dirigentes, bien sean emperadores, reyes o nobles de alto abolengo; dirigentes que cumplen análogas expectativas a las que mostraban los señores y monarcas de la Europa real del siglo XVI, reproduciendo similares postulados de poder, de conquista y hasta en ocasiones de enfrentamientos en duras pugnas entre sí, como fue el caso de Carlos V y Francisco I, protagonistas de una larga rivalidad y un publicitado desafío, proyectados claramente en el *Don Florindo* de Fernando Basurto.⁷⁴

Al respecto de lo dicho hasta el momento, la hipótesis especular de Nestarcio respecto de Carlos V no habría que desecharla, puesto que el personaje literario es el soberano más preponderante de la obra entera –emperador de Alemania y de Grecia–, y su corte imperial se transforma en el espacio palaciego por antonomasia, centro de reunión de los monarcas, caballeros y damas, aspectos ambos que concuerdan en buena medida con la figura imperial de Carlos V y sus significativas Cortes y Dietas europeas, en las que siempre le acompañaban abigarrados séquitos de nacionalidades diversas. Además, la imagen y las aspiraciones de Carlos, como apunta el profesor Alberto del

⁷⁴ Como demuestra Alberto del Río Noguerras en su estudio «De la exposición de un infante a la querrela hispanofrancesa por el reino de Nápoles: el homenaje de Fernando Basurto a Carlos V en el *Don Florindo*», en *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 627-660.

Río Nogueras, «alimentaban la pluma de los escritores de ficciones caballerescas, quienes en varias ocasiones las convirtieron en modelo para las acciones relatadas en sus libros», lo que podemos comprobar en múltiples obras del género: *Claribalte*, *Don Florindo*, *Floriseo*, *Crónica del rey Guillermo de Inglaterra*, *Tristán de Leonís*, *Lepolemo*, *Polismán de Nápoles*, y *Florambel de Lucea*,⁷⁵ y también en el *Libro segundo de don Clarián de Landanís*, según propone el profesor Guijarro Ceballos.⁷⁶

En otro orden de cosas, Nestarcio es el personaje que más pruebas caballerescas aglutina en menos capítulos, síntoma evidente de su gran importancia en la historia de Valerián de Hungría. En los ocho primeros compases de la obra, Nestarcio cumple con un largo y minucioso ritual de iniciación heroica que recrea diversos *topoi* de la tradición literaria caballerescas. El comienzo del proceso se apoya en una típica escena cinegética: el doncel sale de montería y se encuentra con un ciervo misterioso al que persigue enconadamente. Tras una larga persecución por el bosque, el bello animal le arrastra en la carrera hasta un apartado manantial. El motivo del encuentro con el ciervo,⁷⁷ a menudo de color blanco, cuya persecución lleva a los cazadores hasta una paradisíaca fuente, donde en ocasiones aparece una hermosa doncella, proviene en principio de la mitología celta y la tradición oriental, en las que siempre se relaciona con el viaje al Otro Mundo; una singular y extraña aventura que sólo pueden llevar a cabo los héroes que reúnan las más altas cualidades. Las variantes y transformaciones de

⁷⁵ Alberto del Río Nogueras, «Semblanzas caballerescas del emperador Carlos V», en *La imagen triunfal del emperador: La jornada de la coronación imperial de Carlos V en Bolonia y el friso del Ayuntamiento de Tarazona*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 63-85. El profesor Río Nogueras ha llevado a cabo diversos estudios sobre el *Claribalte*, *Don Florindo*, y *Florambel de Lucea*, que iremos comentando oportunamente. Para el resto de las obras citadas hay que remitirse a los siguientes trabajos: Javier Guijarro Ceballos, *El «Floriseo» de Fernando Bernal*, Mérida, Junta de Extremadura, 1999; Nieves Baranda, *Crónica del rey Guillermo de Inglaterra. Hagiografía política y aventuras medievales entre Francia y España*, Madrid, Iberoamericana, 1997; M^a Luzdivina Cuesta Torre, «Libros de caballerías y propaganda política: un trasunto novelesco de Carlos V», en *Mundos de ficción. Actas del VI Congreso de la Asociación Española de Semiótica*, Murcia, Universidad de Murcia, 1996, pp. 553-560; Anna Bognolo, «La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías: el *Lepolemo*, Caballero de la Cruz (Valencia, 1521)», en *Medievo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. Juan Paredes Núñez, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. I, pp. 371-378; y M. Mora-Mallo, «*Don Polismán de Nápoles*», de *Jerónimo de Contreras. Edición, introducción y notas*, Michigan, 1979.

⁷⁶ Javier Guijarro Ceballos, «La historia en los libros de caballerías: la “nacionalización” del *Libro segundo de don Clarián* (1522)», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»)*. Poética, lectura, representación e identidad, ed. Eva Belén Carro Carvajal, y otros, Salamanca, SEMYR, 2002, pp. 147-171.

⁷⁷ Véase Stith Thompson, *Motif-Index of Folk-Literature*, Indiana University Press, Bloomington & London, 1966, 6 tomos; en concreto la entrada B184.4. *Magic deer*. Se complementa necesariamente con N771. *King (prince) lost on hunt has adventures*, y con N774. *Adventures from pursuing enchanted animal (hind, boar, bird)*.

dicho motivo son bastantes numerosas y se expanden en la Edad Media a través fundamentalmente de la Materia de Bretaña, la poesía épica y el relato hagiográfico.⁷⁸

En ese paisaje idílico aunque misterioso –la fuente y el bosque–, el joven Nestarcio se encuentra con una afligida y desesperada doncella, quien le relata una larga historia y le solicita con urgencia su ayuda. Dicha encomienda se trata de la defensa de una hermosa princesa que está siendo amenazada por un torvo y desalmado caballero. De forma casi automática, Nestarcio se enamora de oídas de Arinda,⁷⁹ quien será en el futuro su esposa, ofreciéndose al instante para luchar por ella, si bien antes resulta necesario que vele las armas y jure la orden de caballería. Es en este punto donde se desarrolla uno de los episodios recurrentes de mayor trascendencia en toda la literatura caballeresca: la investidura o imposición de armas. El joven príncipe sigue las pautas típicas de este rito de iniciación, y lo hace de forma aproximada, aunque no idéntica, a

⁷⁸ Resultan imprescindibles los siguientes estudios: Sergio Cigada, *La leggenda medievale del Cervo Bianco e le origini della «matière de Bretagne»*, Roma, Academia Nazionale dei Lincei, 1965; Diego Catalán, «Lanzarote y el ciervo de pie blanco», en su obra *Por campos del Romancero*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 82-100; Marcelle Thiébaux, *The Stag of Love. The Chase in Medieval Literature*, London, Cornell University Press, 1974; Jeanne Baroin, «A propos du cerf épique», en *Mélanges de langue et littérature française du Moyen Âge et de la Renaissance, offert à Monsieur Charles Foulon*, tome II, Rennes Cédex, Université de Haute-Bretagne, 1980, pp. 5-13; Laurence Harf Lancner, *Les fées au Moyen Âge. Morgane et Mélusine. La naissance des fées*, Gêneve, Slatkine, 1984; Francis Dubost, «Les merveilles du cerf: miracles, métamorphoses, médiations», *Revue des langues romanes*, 98 (1994), pp. 287-310; Gloria B. Chicote, «La caza del ciervo de pie blanco. Resemantización del motivo en el Romance de Lanzarote», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50.1 (2002), pp. 43-57; y especialmente Carlo Donà, *Per le vie dell'altro mondo. L'animale guida e il mito del viaggio*, Soveria Manelli, Rubbettino, 2003. También puede consultarse nuestra modesta contribución: Jesús Duce García, «Los ciervos en la literatura caballeresca hispánica», en *Actas del XI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (León, 10 al 24 de septiembre de 2005), León, Universidad de León, 2007, vol. I, pp. 501-510.

⁷⁹ El tópico del enamoramiento de oídas –*ex auditu*– representa un sentimiento de tipo espiritual, en evidente contraste con el enamoramiento a primera vista –*de visu*–, que expresa el carácter físico y sexual, mucho más canónico y frecuente en el género. En el *Motif-Index*: T11. *Falling in love with person never seen*; y T11.1. *Love from mere mention or description*. Recuérdese el trabajo de Domingo Ynduráin, «Enamorarse de oídas», en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, tomo II, pp. 598-603, donde se comenta, entre otros, el conocido caso de Esplandián, quien se enamora de oídas de Leonorina, y lo mismo ella de él: Garci Rodríguez de Montalvo, *Sergas de Esplandián*, ed. Carlos Sainz de la Maza, Madrid, Castalia, 2003, cap. XII y XXXVII, respectivamente. Apuntemos también el caso de Clarián, quien tras «nombrar esta señora, súbitamente fue ferido de una tan cruel frecha de amor, que su muy duro y fuerte corazón fue traspasado, quedando el nombre de aquella princessa en los más secreto de sus entrañas, donde nunca perdió aquella morada fasta que el ánima del cuerpo se le partió», Gabriel Velázquez de Castillo, *Clarián de Landanis (Libro I)*, ed. Antonio Joaquín González Gonzalo, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005, cap. XXXVIII, pp. 84. Cercano al enamoramiento de oídas se encuentra el denominado amor de lejos o *amor de lonh*, en el que siempre aparece una imagen que provoca el sentimiento amoroso, bien sea a través de un sueño, de una pintura o una escultura; véase Leo Spitzer, «L'amour lointain de Jaufré Rudel», *Romanische literatur-studien 1936-1956*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1959, pp. 363-417; y Victoria Cirlot, «El amor de lejos y el valor de la imagen. Elaboración y negación del mito del amor en la Europa medieval», *Memoria, mito y realidad en la historia medieval. XIII Semana de Estudios Medievales* (Nájera, del 29 de julio al 2 de agosto de 2002), Logroño, Gobierno de La Rioja, 2003, pp. 281-310.

como lo suscriben Amadís, Lisuarte, Palmerín, Primaleón y otros héroes de la literatura caballerescas hispánica, y como lo hará también el propio Valerián. Unos y otros muestran el reflejo de una auténtica celebración nobiliaria que se practicó a lo largo de la Edad Media, tal y como se establece, entre otros documentos, en la *Partida Segunda* de Alfonso X el Sabio,⁸⁰ llegando a convertirse paulatinamente «en una ceremonia religiosa, cuando en un principio era exclusivamente militar», según nos describe el profesor Cacho Blecua en su imprescindible estudio sobre el *Amadís*.⁸¹

El emperador Octavio, su padre, preside la ceremonia de investidura, en la que también participan la madre y la hermana del nuevo caballero. Una vez proclamado y jurado como tal, el príncipe de Alemania sale en pos de su demanda y se topa con el caballero Aspalión, a quien consigue derrotar en buena lid, atravesando así el vado que éste defendía, lo que constituye su primera prueba militar y su primer triunfo como paladín insuperable. De nuevo nos encontramos con otro motivo caballeresco: los afamados pasos de armas. Se trataba de espectáculos marciales y deportivos, aunque a veces muy cruentos, que sirvieron de inspiración a caballeros auténticos de la Edad Media por toda Europa, y cuyo ejemplo español más conocido es el *Passo Honroso* del

⁸⁰ Véase el resumen y los comentarios de Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana, I. La creación del discurso prosístico: el entramado cortesano*, Madrid, Cátedra, 1998, en concreto el cap. 4.3.3.5.1: «Título XXI: la configuración cortesana de la caballería», pp. 560-564.

⁸¹ Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Madrid, Cupsa / Universidad de Zaragoza, 1979, p. 76. Sobre el asunto de la investidura no hay que dejar de ver los estudios de Jean Flori, «Les origines de l'adoubement chevaleresque: étude des remises dans les chroniques et annales latines du IXe au XIIe siècle», *Traditio*, 35 (1979), pp. 209-272; «Chevalerie et liturgie. Remise des armes et vocabulaire chevaleresque dans les sources liturgiques du IXe au XIVe siècle», *Le Moyen Âge*, 84 (1978), pp. 247-278 y 409-442; «Du nouveau sur l'adoubement des chevaliers» (XIe-XIIe siècles), *Le Moyen Âge*, 91 (1985), pp. 201-226; y su trabajo de conjunto *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2001, donde revisa y amplía sus postulados anteriores. Consúltese también Maurice Keen, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 1986, sobre todo el cap. IV, «La ceremonia de armar caballero», pp. 92-114; y el clásico de Marc Bloch, *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 2002 [1968], en especial el cap. «La caballería», pp. 332-339. En el caso hispánico deben consultarse los trabajos de Bernabé Martínez Ruiz, «La investidura de armas en Castilla», *Cuadernos de Historia de España*, 1-2 (1944), pp. 190-211; Nelly R. Porro, «La investidura de armas en el *Amadís de Gaula*», *Cuadernos de Historia de España*, 57-58 (1973), pp. 331-404; *La investidura de armas en Castilla. Del rey Sabio a los Católicos*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998; Bonifacio Palacios Martín, «Investidura de armas de los reyes españoles en los siglos XII y XIII», en *Primer Simposio Nacional sobre las armas en la Historia*, número especial de *Glaudius*, Madrid, Instituto de Estudios sobre Armas Antiguas, 1988, pp. 153-192; Juan Manuel Cacho Blecua, «La iniciación caballerescas del *Amadís de Gaula*», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballerescas*, ed. M^a Eugenia Lacarra, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 59-80; Jesús Rodríguez Velasco, «El Cid y la investidura caballerescas», en *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas*, ed. Carlos Alvar, y otros, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2002, pp. 383-392; Antonio Contreras, «La investidura de armas: pescozada y palmada en el *Lanzarote del Lago*», *La Corónica*, 32.1 (2003), pp. 257-274; y en especial el trabajo de Juan Manuel Cacho Blecua, «La iniciación caballerescas de don Quijote», *Philologia Hispalensis*, 18/2 (2004), pp. 21-48.

caballero leonés Suero de Quiñones, defendido entre el 10 de julio al 9 de agosto de 1434, en el puente del río Órbigo.⁸² Sobre este particular, hay que acudir a la definición de los pasos de armas llevada a cabo por el profesor Martín de Riquer en su clásico estudio de la caballería andante española:

Un caballero, situado en un lugar fijo, prohíbe el paso a todos los demás caballeros que intenten aproximarse al lugar vedado o *defendido*. Este caballero es el *mantenedor* del paso. Los demás, que deben conocer las condiciones del *mantenedor*, que suele exponerlas y publicarlas con anticipación en sus *capítulos* o reglamento de la prueba, al aceptar el reto e intentar pasar, se convierten en *aventureros* y se ven obligados a luchar contra el defensor del paso.⁸³

Recordemos asimismo que los caballeros de los pasos solían llegar a diferentes acuerdos en los que se fijaban los días que debía mantenerse el paso e incluso las lanzas que tenían que romperse como mínimo en los sucesivos embates. De igual forma, era imprescindible la presencia de los jueces, notarios y otras figuras administrativas o jurídicas que daban fe y redactaban los documentos avalistas de dichos compromisos verbales. La mayor parte de lo cual, sin embargo, no aparece en el paso ficticio de Aspalión del Vado, en el que la acción se asienta enteramente en el combate único entre los dos caballeros: el valedor de la *costumbre*, que lucha por el servicio de una doncella de la que espera conseguir su amor, y el caballero andante, que desea proseguir su camino y llegar cuanto antes a su objetivo, donde también se encuentra la razón de sus más profundos deseos.

Llegado el descanso tras la primera prueba, Nestarcio tiene un sueño profético que le revela simbólicamente los acontecimientos que regirán la liberación de la bella dama.⁸⁴ Este último recurso, bastante frecuente en los libros de caballerías, viene a

⁸² Pero Rodríguez de Lena, *El Passo Honroso de Suero de Quiñones*, ed. Amancio Labandeira Fernández, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977.

⁸³ Martín de Riquer, *Caballeros andantes españoles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, pp. 58-59. Las precisas consideraciones del maestro Riquer pueden completarse con Maurice Keen, «Espectáculos, torneos y votos solemnes», dentro de su obra *La caballería*, pp. 265-288; también Jean Flori, «La evolución del combate caballeresco hasta el siglo XV», en su libro *Caballeros y caballería en la Edad Media*, pp. 146-149; y Javier González Cuenca, «Espectáculos nobiliarios de riesgo: el torneo y sus variantes», dentro del estudio global *Historia de los espectáculos de España*, coord. Andrés Amorós y José María Díez Borque, Madrid, Castalia, 1999, pp. 487-506.

⁸⁴ Sobre el sueño y las profecías en los libros de caballerías hay que ver el estudio de Julián Acebrón Ruiz, *Sueño y ensueño en la literatura castellana medieval y del siglo XVI*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004, donde amplía los fundamentos que ya había desarrollado en anteriores trabajos. También deben consultarse los artículos de Eloy R. González, «Función de las profecías en el *Amadís de Gaula*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 31 (1982), pp. 282-291; Javier Roberto González, «La

completar la veloz sucesión de motivos caballerescos que materializa en la figura de Nestarcio un excelente proceso de mejora que le llevará en poco tiempo a la cúspide de la aceptación social, esto es, a su boda con la princesa Arinda, hija de los emperadores de Grecia, y a su confirmación como digno y único heredero del Imperio Alemán, máximo referente monárquico y gubernativo en toda la obra.

Las aventuras de Nestarcio se convierten de esa forma en el primer gran eje estructural de la obra, el primer bloque narrativo, desplegado en los dieciocho primeros capítulos, cuya principal razón de ser es precisamente el diseño de la figura del emperador, un poderoso dirigente europeo que aglutina y representa a los demás príncipes y caballeros y es el responsable de la corte imperial en la que se llevarán a cabo las bodas, las justas y los torneos más importantes de dos generaciones caballerescas. El propio Valerían irá a la corte de Nestarcio en Colonia para completar su formación caballerescas, en cuyo seno, no por casualidad, se iniciará también en el amor, conociendo a su futura dama. Con todo ello, el personaje de Nestarcio viene a integrar, al igual que sucede con la imagen que Carlos V quería propagar de sí mismo, los prototipos del emperador y el caballero, el político y el soldado, aposentados en la eficaz combinación entre sus valores correspondientes de rectitud y prestancia.

Tras haberse consolidado la iniciación caballerescas del príncipe alemán, el otro gran rey, Pasmerindo de Hungría, empieza su particular peregrinaje, extendiéndose durante un buen número de capítulos, en concreto desde el diecinueve hasta el treinta de la *Parte Primera*. La efigie de Pasmerindo tiene desde su origen un distinto planteamiento que su predecesor, dado que se trata de un monarca ya reconocido que se encuentra en una fase muy avanzada del proceso de acreditación social. Pese a ello, aparece un nuevo elemento heroico que situará a Pasmerindo en un nivel de alta significación. Nos referimos al importante tema de la guerra, el conflicto armado entre grandes facciones o países, en este caso la guerra contra los moros, donde el rey

admonición como profecía en el *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 18 (1994), pp. 282-291; «Los sueños proféticos del *Palmerín de Olivia* a la luz de los *Commentarii in Somnium Scipionis* de Macrobio», *Stylos*, 7 (1998), pp. 205-264; y «Pautas para la caracterización del discurso profético ficcional como clase de texto: las profecías del *Palmerín de Olivia*», *Incipit*, 18 (1998), pp. 107-158; y Jacques Joset, «Sueños y visiones medievales: razones de sinrazones», *Atalaya*, 6 (1995), pp. 51-70. No deben olvidarse las aproximaciones de Pedro Bohigas Balaguer, «La *Visión de Alfonso X* y las *Profecías de Merlín*», *Revista de Filología Española*, 25 (1941), pp. 383-398; Joaquín Gimeno Casaldueiro, «La profecía medieval en la literatura castellana y su relación con las corrientes proféticas europeas», en su obra *Estructura y diseño en la Literatura Castellana Medieval*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1975; y el estudio general de Teresa Gómez Trueba, *El sueño literario en España. Consolidación y desarrollo del género*, Madrid, Cátedra, 1999, donde, sin embargo, tan sólo se comenta un ejemplo caballeresco: el sueño que Feliciano de Silva relata al final de la primera parte del *Amadís de Grecia*.

húngaro se convierte en el principal caudillo cristiano, auténtico *primus inter pares*, que, además, consigue derrotar al rey Abelarín de Asiria en un combate individual que decide el curso de la contienda –véase en I, 23–. Unido a lo anterior, la revalidación definitiva en el realce progresivo de Pasmerindo viene dada por el acceso al amor a través de Albericia, su dama, tanto en el aspecto carnal como en la consiguiente y obligada celebración de las bodas. Todo ello formaliza el segundo eje estructural de esta parte de la obra, cuya derivación final constituye el nacimiento del que será el héroe supremo –acaecido en I, 30–.

Si Nestarcio es el dibujo de un pujante caballero que llegará a la cima del poder político, el rey de Hungría asume el papel de gran militar, asociándose desde el principio con el mundo árabe y oriental, y con los ejércitos moros y los círculos turcos, lo que después retomará y con mayor énfasis su hijo Valerián, que entrará a formar parte de la extraordinaria corte del Gran Turco.⁸⁵ Apuntemos al respecto que la presencia árabe y oriental en el *Valerián* –al igual que en otros libros de caballerías de la misma época– constituye un claro reflejo del verdadero protagonismo de estos pueblos en los acontecimientos históricos de las primeras décadas del siglo XVI, entre los que cabe destacar la campaña de Tunez de 1535 –con la famosa toma de La Goleta–, llevada a cabo por las huestes de Carlos V,⁸⁶ o la invasión de Hungría en 1526, de la mano del enorme ejército turco de Solimán el Magnífico, a lo que debe sumarse el

⁸⁵ Sobre la importante presencia del mundo árabe y oriental en los libros de caballerías, hay que tener en cuenta el estudio general de Albert Mas, *Les Turcs dans la Littérature Espagnole du siècle d'Or (Recherches sur l'évolution d'un thème littéraire)*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1967, en el que se analiza la presencia de los turcos en las *Sergas de Esplandián*, *Lisuarte de Grecia*, *Palmerín de Olivia* y *Palmerín de Inglaterra*. Asimismo, deben consultarse los importantes trabajos de Rafael Ramos, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: “Esta sancta guerra que contra los infieles comenzada tienen”», *Boletín de la Real Academia Española*, tomo LXXIV, cuaderno CCLXIII (1994), pp. 503-521; y Paloma Gracia Alonso, «El “palacio tornante” y el bizantinismo del *Amadís de Gaula*», en *Medioevo y literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 septiembre-1 octubre 1993), ed. Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. II, pp. 443-455; a los que añadimos el de Axayácatl Campos García Rojas, «El Mediterráneo como representación de un imperio: moros, corsarios y gigantes paganos en *Tristán el Joven*», *I Congreso Internacional de Estudios Históricos: el Mediterráneo, un mar de piratas y corsarios*, ed. Ana Sánchez Fernández, Santa Pola, Ayuntamiento de Santa Pola, 2002, pp. 285-291. Respecto al tema contiguo de las cruzadas, véase el trabajo de M^a Carmen Marín Pina, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa del reinado fernandino», en *Fernando II de Aragón, el Rey Católico*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996, pp. 87-105.

⁸⁶ Estos acontecimientos bélicos son narrados con gran profusión de detalles por los cronistas de aquella época: Alonso de Santa Cruz, *Crónica del emperador Carlos V*, ed. Ricardo Beltrán y Rózpide y Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera, Madrid, Imprenta de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militar, 1920-1925, 5 volúmenes; en concreto, vol. III, pp. 271-275; y fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, ed. Carlos Seco, Madrid, Rivadeneyra, Biblioteca de Autores Españoles, 1955-1956, 3 volúmenes; concretamente vol. II, pp. 511-538.

problema incesante de la piratería berberisca y turca por todo el Mediterráneo, con especial incidencia en las costas levantinas y catalanas, como explicaremos ampliamente en una sección posterior.

Así las cosas, las aventuras independientes de Nestarcio y Pasmerindo cubren los primeros treinta y seis capítulos de este primer tramo, si bien los grandes reyes irán apareciendo después por todo el libro en numerosas ocasiones. Son, junto a Valerián, los referentes heroicos de mayor permanencia en la historia, y sus itinerarios caballerescos asientan los componentes narrativos que serán luego primordiales para el desarrollo de la acción. A partir de ellos se estrenan y difunden en la obra los espacios de la demanda y la batalla, del encuentro amoroso y las actividades cortesanas, así como las proyecciones descriptivas de la prueba valedora y el rito de iniciación, lo que casi todos los personajes posteriores imitarán o amplificarán en distintos grados. Por otra parte, Nestarcio y Pasmerindo representan, a través de su condición progenitora, una de las expectativas argumentales más evidentes, dado que serán los padres respectivos de los máximos protagonistas de la obra.

Los otros dos monarcas en ciernes, Finariel y Menadoro, no alcanzan las cotas de protagonismo de sus inmediatos antecesores, pero son también cruciales para el derrotero y sentido de la historia, además de completar con sus respectivos emparejamientos y descendientes el árbol genealógico de Valerián y, por ende, el cuadro de parentescos de la realeza europea que se exhibe a lo largo del libro. Ambos caballeros repiten, como hemos dicho, los esquemas inaugurados por los héroes precedentes, aunque no llegan a concretar tantos motivos en el proceso de su formación caballeresca. Finariel, que aparece en I, 37, está asociado en buena medida con Nestarcio, a cuya corte acudirá en bastantes ocasiones y por diversos motivos, además de desposar a Polidia, hermana de aquél. Después de que ha sido armado caballero, el príncipe francés inicia su periplo personal a través de una serie de combates cuya descripción se realiza con bastante minuciosidad, lo que inaugura en el relato la representación descarnada, con tono más realista, de las batallas individuales. Por su lado, Menadoro se relaciona desde el principio con Pasmerindo, luchando junto a él contra los moros invasores y visitando esporádicamente el palacio real de Belgrado. En las aventuras de Menadoro surge por primera vez la figura de Arismenio, quien pondrá a prueba con sus acertijos y transformaciones al futuro rey inglés. También es muy significativo en la figura de Menadoro su desigual proceso amoroso, siendo el único de los cuatro grandes reyes que no consigue el amor de la primera dama por la que se

siente atraído. En efecto, la princesa Albericia, por cuyo favor el príncipe de Bohemia está luchando en las guerras contra los moros, se promete finalmente con el rey de Hungría, quien igualmente le había ofrecido sus servicios. Otro aspecto que hay que tener en cuenta de Menadoro es el nacimiento de su hijo Florianteo, al que debe ocultar en una aldea para salvaguardar la honra de la madre, la princesa Luceminia, debido a que el matrimonio secreto que han llevado a cabo todavía no ha sido sancionado por los padres ni reconocido social y públicamente.⁸⁷

Como queda patente, Finariel y Menadoro introducen nuevos elementos de cierta importancia que van extendiendo la tónica y el ideario caballerescos, amén de rematar el entramado de relaciones de la que dependerán casi todos los personajes posteriores. Tras la incorporación de estos dos héroes a la historia, donde llevan las riendas durante quince y diez capítulos, respectivamente, algunas acciones empiezan a protagonizarse entre dos o tres caballeros e incluso de forma grupal, por medio de los espacios cortesanos y los séquitos que acompañan a los príncipes y emperadores. El encuentro o reunión de los paladines no es casual y sirve para señalar acontecimientos capitales o desarrollar diferentes aspectos narrativos. Véase al respecto el mejor ejemplo: Nestarcio y Finariel combaten juntos con un desconocido caballero que logra vencerles fácil e incruentamente. Este campeón encubierto es el rey de Hungría, por lo que la figura de éste queda engrandecida frente a la de sus compañeros, situación que en principio resulta sorprendente si tenemos en cuenta que el libro había presentado al príncipe alemán con los atributos caballerescos y cortesanos más sobresalientes – recordando de esa manera a la poderosa figura de Carlos V–, pero no debemos olvidar por otra parte que Pasmerindo es el padre de Valerián, y por lo tanto, siguiendo el lugar común de las genealogías ficticias caballerescas, acumula las máximas cualidades posibles, sólo superadas por su hijo. Después de esta revelación, los tres héroes

⁸⁷ Aunque hablaremos más adelante de estos aspectos, señalemos ahora, en tanto que trabajos fundamentales, los siguientes estudios caballerescos: Justina Ruiz de Conde, *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid, M. Aguilar, 1948; Anthony van Beysterveldt, «El amor caballeresco del *Amadís* y el *Tirante*», *Hispanic Review*, 49 (1981), pp. 407-425; Sylvie Roubaud, «La Fôret de longue attente: amour et mariage dans les romans de chevalerie», en *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*. *Colloque International* (Sorbonne, 3-6 octobre 1984), ed. Augustin Redondo, Paris, Publications de la Sorbonne, 1985, pp. 251-267; Rafael Beltrán, «Relaciones de complicidad ante el juego amoroso: *Amadís*, *Tirant* y la *Celestina*», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballerescas*, ed. M^a Eugenia Lacarra, Bilbao, Universidad de Navarra, 1991, pp. 59-79; y Alberto del Río Nogueras, «Amor, matrimonio secreto y libros de caballerías. El sinuoso camino de don Claribalte para llegar ante la faz de la iglesia», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995), ed. José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1997, vol II, pp. 1261-1268.

protagonizan la aventura del Castillo Venturoso, donde otro extraño caballero, dueño de la maravillosa fortaleza, les derrota con pasmosa facilidad. Esta vez se trata del sabio y mago Arismenio, quien ha usado sus poderes para presentarse orgullosamente, si bien a partir de este momento se ofrece como fiel consejero y ayudante de los tres caballeros, como antes hiciera con Menadoro y posteriormente realizará con Valerián y Flerisena.

La conjunción de personajes se perpetúa a través de los juegos, fiestas y torneos celebrados en Colonia, a los que se presentan numerosos caballeros de distintas procedencias, algunos de los cuales tendrán sus propias aunque efímeras aventuras. La *Parte Primera* termina con el primer episodio protagonizado por Valerián, quien ya empieza a dar señales de supremacía caballeresca al derrotar, con tan sólo ocho años, a un fiero y descomunal león que ha surgido de improviso tras una fuente, bajo la sombra de una enigmática encina. El príncipe húngaro se dirige después a la espléndida corte de Nestarcio, donde se dice que llevará a cabo su formación caballeresca y cortesana, tal y como el incipit de la obra había predicho, y donde también se halla la princesa Flerisena, de la que más adelante se sentirá enamorado. Ambos acontecimientos, el combate contra el león y la incorporación al ámbito de la corte, conforman, en plena infancia del protagonista, las primeras etapas de su iniciación heroica, bien equipadas por una descollante personalidad que le hace superior a los demás personajes: Valerián ha vencido al animal de mayor resonancia emblemática y se ha incorporado al centro aristócrata más importante de Europa. De igual manera, la pequeña Flerisena, «en sus tiempos ni en muchos de los que después sucedieron, no tuvo ni halló quien a la su sobrenatural hermosura, con ninguna que pareciese comparación, pudiese igualar» (I, 71).

ESTRUCTURA DE LA PARTE SEGUNDA

La *Parte Segunda* del *Valerián de Hungría* es bastante más extensa que la anterior y además presenta una estructura interna sensiblemente distinta. A ello debe sumarse una mayor afluencia de personajes, secuencias, acontecimientos y, en consecuencia, de elementos narrativos, varios de los cuales representan una novedad o desarrollan por extenso componentes que ya han surgido en la *Parte Primera*. El derrotero físico y la proyección social de Valerián son los asientos argumentales de buena parte del relato, y muchas de las acciones se articulan en virtud

de los objetivos de promoción y perfeccionamiento planteados para dicha figura. El príncipe de Hungría aparece como protagonista en cuarenta y ocho capítulos, la mitad material de esta segunda sección. Tras él, a una distancia considerable, se sitúa la princesa Flerisena, con unos trece capítulos en su haber, que son suficientes para convertirla en el personaje femenino más apreciable de todo el libro, además de personificar el motivo impulsor de los hechos centrales de la *Parte Segunda*. En un tercer nivel se encuentran los pujantes héroes de la nueva generación –Florianteo, Gastafileo, Radorián, Poliantel–, y los grandes reyes y caballeros de la parte precedente –Nestarcio, Pasmerindo, Finariel, Menadoro–, junto a los casos especiales del sabio Arismenio y el enano Dromisto, mucho más activos en estas nuevas aventuras. En parecido nivel de protagonismo hay que posicionar a dos mujeres de catadura bien distinta: Boralda, malvada y vengativa hechicera que representa la contrapartida del héroe principal, y Diliarda, hija del gran sabio Zenofor y espléndida dirigente del reino de Lidia. Por último, ya en un cuarto grado, a modo de complemento y de contraste frente a los personajes de superior alcance, existe un montante de ocho caballeros que protagonizan por sí solos o en grupo algunas aventuras aisladas, en no más de cinco capítulos, concentrados hacia la parte final de la obra.

Estos cuatro niveles de protagonismo capitular rompen la hegemonía que los grandes monarcas habían establecido en el primer recorrido de la obra. La figura de Valerián se destaca notablemente y se coloca en la cumbre de todo lo acontecido, por encima de emperadores, reyes, caballeros y donceles. Asimismo, la gran mayoría de los sucesos conducen al señalamiento de Valerián como el mejor caballero del mundo, el héroe invencible cuya potencia personal es capaz de anular los más difíciles y misteriosos encantamientos. Recordemos también que la *Parte Segunda* comienza su andadura con la confirmación amorosa de Valerián y Flerisena y termina con el anuncio de las aventuras de Flerián, el hijo de ambos, por lo que el ciclo heroico que representa Valerián puede entenderse como cerrado o completo, a tenor de la distribución generacional de las partes de la obra.

La *Parte Segunda* presenta una novedad fundamental en su estructura: un acontecimiento de enorme trascendencia viene a condicionar el resto de la historia, influyendo en el destino de numerosos personajes que ven abocados sus pasos hacia un mismo objetivo. Se trata del viejo tópico del rapto de la princesa o la doncella, de larga y resonante tradición, con ejemplos bien conocidos en el mundo clásico, matizado y

reconducido en el Medievo por las leyendas celtas y la materia de Bretaña.⁸⁸ En el capítulo veintitrés, tras los primeros triunfos de Valerián, la maga Boralda secuestra a la princesa Flerisena, usando para ello prodigios y encantamientos de gran espectacularidad –la espesa niebla, el carro volador, los cuatro grifos–, y la transporta por los aires de inmediato hasta un espacio apartado e inaccesible, un lugar desértico y misterioso, que el sabio Zenofor describirá después con detalle en las páginas inestables del libro encantado:

Y pues para te dar algunos avisos y señas hasta agora no está entredicha la libertad, la tierra adonde se halla es poblada de christianos e muy pocos, sus confines son de mar, de la cual está cercada. Las provincias más vezinas son desiertas e inhabitadas, y las que con ellas confinan infieles las señorean. Es hazia el oriente su región, aunque alguna parte tiene contra el norte. Y para mayor declaración de todo, al tiempo que esto leyeres ya habrá trocado su primero nombre, tomando otro, el cual, por te no causar pena en tiempo de consuelo, no declaro (II, 39).

La perversa hechicera quiere vengarse a toda costa de Valerián, siendo que éste ha provocado la muerte de su marido y su hijo, así como la destrucción de su hacienda. A partir del propio instante del rapto, se desarrolla una expectativa que gira en torno a la búsqueda y liberación de Flerisena, lo que terminará ocasionando, en última instancia, el encumbramiento absoluto de Valerián. Los hechos que estamos aludiendo articulan el núcleo narrativo de la *Parte Segunda*, entre los capítulos 34 y 60, donde la sucesión argumental alcanza en sí misma un simbolismo *in fieri*. En primer lugar, mientras diversos héroes parten en demanda de Flerisena, Valerián visita la fantástica Ínsula Venturosa, en la que recibe los estímulos e indicaciones de su mentor Arismenio, además de un nuevo armamento. El príncipe húngaro se hace llamar ahora el Caballero Triste, en recuerdo de la desdicha que circunda sus sentimientos. Poco después, se enfrenta con la singular aventura del libro mágico, en la que obtiene, frente a numerosos

⁸⁸ Véase Carlos García Gual, *Primeras novelas europeas*, Madrid, Istmo, 1988, en concreto el «Comentario» sobre Chrétien de Troyes y *Lanzarote o el Caballero de la Carreta*, pp. 209-213, a propósito del rapto de la reina Ginebra. Desde la perspectiva esencialmente folclórica, resultan muy interesantes las anotaciones de Demetrio E. Brisset Martín, «Imágenes del rapto de la doncella en rituales festivos ibéricos», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 58.2 (2003), pp. 201-222, donde se lleva a cabo una aproximación comparativa etnohistórica, con el instrumental analítico de la antropología visual, para abordar el simbolismo de las diversas imágenes de la mujer raptada que aparecen en las representaciones festivas, tanto religiosas como profanas. Por su parte, Ana Carmen Bueno, en su tesis citada, engloba el motivo del rapto con la denominación «el rapto de una doncella como agresión», al que le asocia fundamentalmente las siguientes entradas del *Motif-Index*: R31. *Light extinguished and woman*

competidores, el mayor galardón posible: resulta elegido como el más fiel amador de todos los tiempos.⁸⁹ Acto seguido, lleva a cabo una serie de brillantes acciones en la corte del Gran Turco, donde, a pesar de las diferencias religiosas, logra el máximo reconocimiento, ganándose la amistad de los caballeros y dirigentes árabes. Finalmente, el héroe llega al castillo encantado de Boralda, su última y definitiva prueba. Es el momento de la mayor distinción y señalamiento: Valerián supera las artes mágicas de la malvada hechicera, vence a los caballeros defensores del castillo, que resultan ser Florianteo, Poliantel y Pasmerindo, y libera de su prisión a la princesa Flerisena.

Si tenemos en cuenta que otros grandes caballeros ni siquiera han logrado llegar a la ínsula recóndita, aunque lo han intentado constantemente, y que aquéllos que lo han conseguido han sido engañados y manipulados por Boralda, la victoria de Valerián adquiere una dimensión extraordinaria e incomparable, especialmente significativa tras la derrota que inflige a su propio padre, lo que nos hace evocar el simbólico combate entre Esplandián y Amadís, o lo que es lo mismo, la nueva contra la vieja caballería, si bien en nuestro caso el sentido del triunfo se refiere tan sólo al fulgurante progreso del héroe, arrollador en su itinerario y en su potencia personal.

En ese sentido, es verdad que Valerián lleva claramente las riendas de la búsqueda de Flerisena, pero la técnica habitual del entrelazamiento de historias, como elemento de la amplificación discursiva, se aplica en esta sección con gran fluidez, materializándose mediante un continuo cambio de escenario y personajes, lo que afecta especialmente a Nestarcio, Pasmerindo, Florianteo, Poliantel, Boralda, Diliarda y, por supuesto, Valerián de Hungría, a los que se suma de forma retrospectiva el joven príncipe Finariel, de quien también se describen los movimientos de su particular pesquisa, una vez que ya ha sido liberada la princesa. En definitiva, digamos que muchos de los personajes de la obra se hallan vinculados de una manera u otra a los siniestros hechos perpetrados por Boralda. Respecto al entrelazamiento, hay que señalar que en la *Parte Primera* se había llevado a término con escasas permutas de escenarios, algunos de los cuales presentaban dilatados márgenes capitulares –Nestarcio con los siete primeros capítulos, Pasmerindo de I, 8 a I, 30, Menadoro de I, 49 a I, 54–; se trataba mayormente, según la terminología del profesor Cacho Blecua, de

stolen; R300-399. *Refuges and recapture*; R4. *Surprise capture*; K800-999. *Fatal deception*; K700. *Capture by deception*; R10. *Abduction*.

⁸⁹ *Motif-Index*: H1556. *Tests of fidelity*; H467. *Tests of wife's love or faithfulness*; H314. *Suitor's sincerity tested*; y H310. *Suitor tests*.

entrelazamientos de aventuras independientes. Sin embargo, en la voluminosa *Parte Segunda* las alternancias aumentan en número, mientras que sus márgenes descienden y se unifican –dos o tres capítulos como media–, desarrollando, además, un nuevo tipo de entrelazamiento, tal y como ya hemos observado en la demanda de la princesa Flerisena, esto es, el entrelazamiento de aventuras individuales con la misma temática, con un mismo objetivo.⁹⁰

En los capítulos restantes de *Parte Segunda* los logros alcanzados por el protagonista y su dama se corroboran a través de tres acontecimientos fundamentales: las bodas reales (II, 81), la superación de la aventura del Corazón Dividido (II, 84) y el nacimiento de Florián (II, 88). Los tres acontecimientos tienen lugar en la corte del emperador Nestarcio, en la ciudad de Colonia, donde han acudido casi todos los caballeros y damas de las dos generaciones que protagonizan la historia. Dentro de este extenso montante de capítulos, el autor trae de la mano nuevos paladines que ensanchan las credenciales típicas caballerescas. Entre ellos destacan claramente los caballeros españoles Gastafileo y Radorián, sobre todo el primero, que protagoniza aventuras de gran calado en el último tercio de la *Parte Segunda*. La tardía incorporación de los héroes hispanos no es óbice para que se advierta un cierto énfasis en la importancia y proyección de sus figuras. De hecho, Gastafileo se constituye, tras Valerián, en el más laureado de los campeones de la nueva generación, superando en buena medida a Florianteo y Poliantel, cuyo demérito principal es haber sido humillados por la espada y la habilidad de Valerián, mientras que el caballero español, por su parte, no llega a conocer derrota alguna ni se llega a enfrentar al campeón húngaro. Además de lo anterior, el príncipe de España se emparenta con la flamante corona británica, desposando a Castiria, la hermosa hija de Menadoro y Luceminia, y también se anuncia la relación futura de su hijo Roristán con Laudimea, hija de Valerián y Flerisena, por lo

⁹⁰ Véase Juan Manuel Cacho Bleuca, «El entrelazamiento en el *Amadís* y en las *Sergas de Esplandián*», en *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1986, vol. I, pp. 235-271. «El entrelazamiento consiste en el relato de una, dos o más historias pertenecientes a personas diferentes y ocurridas en distintos espacios, en la mayoría de las ocasiones en tiempos simultáneos, contada-contadas interrumpidamente, para ser recogida-recogidas en la detención siguiente», p. 236. «El autor tiende a suspender el sentido al variar los episodios sin indicar los acontecimientos futuros, y organiza la historia en función de una sensación de transcurso temporal. El relato sigue un orden teóricamente lineal en la sucesión de personajes y tiempos, de modo que las simultaneidades se resuelven a través de los entrelazamientos. Todo tiene un tiempo narrativo preciso que el autor no se puede saltar, pues los personajes viven su propia historia que se sigue ordenadamente. Las aventuras se interrumpen cuando coinciden temporalmente con la de otros protagonistas de los que se quiere hablar», p. 247.

que la casa española queda estrechamente vinculada con los más grandes imperios europeos.

Más allá de las diferencias de extensión, distribución y protagonismo que ya hemos comentado, las dos partes del *Valerían* se distinguen claramente por el variado uso de algunos elementos temáticos y narrativos. El ejemplo más visible es la incorporación y difusión de la magia y la maravilla en la *Parte Segunda*, aspectos muy recurrentes en la gran mayoría de los libros de caballerías, a excepción del *Florisando* de Paéz de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, en los que se rechaza abiertamente el mundo sobrenatural, y del propio *Tirant lo Blanc*, donde sólo aparece un episodio de este tipo: la historia del caballero Spèrcius y la doncella transformada en dragón. En la obra de Clemente, como decíamos, los escenarios de magia surgen con gran pujanza en la segunda parte de la historia, iniciándose con la aventura de la Cámara Encantada (II, 12), contingencia que únicamente Valerían es capaz de superar. A partir de ese momento, la magia se convierte en un elemento troncal dentro del relato, necesario para la misma hechura de los acontecimientos, por cuanto sirve para denotar y construir la figura del héroe protagonista. De hecho, la vinculación entre la magia y Valerían va aumentando progresivamente y termina presentando una imagen indisoluble, como demuestra la utilización que de ella hacen algunos personajes cuando relatan públicamente las hazañas del príncipe húngaro, en especial el sabio Arismenio, quien rememora en cuantiosas ocasiones la aventura del libro mágico y las pruebas del castillo encantado de Boralda, en tanto que manifestaciones características del mejor caballero del mundo.

Aunque examinaremos con más detalle la magia y la maravilla en la unidad correspondiente, digamos ahora que, salvo las extrañas mutaciones de Arismenio en la primera parte de la obra, en la *Parte Segunda* se dan cita todos los sucesos extraordinarios de la obra, aparecen también diversos objetos admirables y un buen número de gigantes y seres monstruosos, además de desplegarse los territorios genuinos de los *mirabilia* –la Ínsula Venturosa y los castillos hechizados de la maga Boralda– y de desarrollarse ampliamente las figuras de Arismenio, Boralda y Zenofor, representantes de nigromancias de distinto origen y significación. Esta marcada diferencia entre las partes del *Valerían* produce un síntoma asociativo entre contenido y personajes: si Nestarcio y Pasmerindo adquirirían en la *Parte Primera* su prestigio caballeresco y monárquico a través de dilatados periplos guerreros, entre batallas individuales y conflictos armados contra los moros o los turcos, Valerían, en la *Parte*

Segunda, llegará a la cima de la heroicidad tomando un camino probatorio cumplidamente subyugado por lo sobrenatural y la maravilla, convirtiéndose en el único héroe capaz de domeñar las entretelas del Ultramundo.

Otro de los aspectos más destacables, dentro de las divergencias entre las dos mitades, es la mayor presencia activa de personajes femeninos en la *Parte Segunda*, en concreto de tres importantes mujeres de características y funciones muy heterogéneas: la vengativa maga Boralda, causante de la ofensa que desencadena la salida de todos los héroes; la joven y valiente Diliarda, futura reina de Lidia; y, especialmente, la princesa Flerisena, prometida del gran paladín y dama perteneciente al distinguido séquito imperial. Hay que recordar que el papel de las mujeres en los libros de caballerías suele basarse en dos imágenes prototípicas: o bien son féminas desamparadas o maltratadas que solicitan la intervención de los caballeros defensores, o bien son mujeres enamoradas, temporalmente confinadas en el castillo o en la corte, que esperan pacientes el regreso de sus amados, una vez que éstos hayan superado las pruebas demostrativas e irrefutables de su amor y fidelidad por ellas.⁹¹ Pero aunque el cometido de las mujeres se aperciba a partir de su desvalimiento y su dependencia con el vasallaje del caballero, lejos, por tanto, del protagonismo dinámico de los héroes, lo cierto es que a nivel temático y estructural las mujeres representan y canalizan el amor en sus

⁹¹ La profesora M^a Carmen Marín Pina es la precursora de los estudios sobre la mujer en el género de caballerías, concretamente a través de su trabajo «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino», *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), pp. 129-148, donde ya advierte sobre la ausencia de trabajos dedicados a la mujer como personaje literario caballeresco, y anota también la relativa excepción de Eduardo de Laiglesia, *La mujer en los libros de caballerías*, Madrid, Imprenta Fontanet, 1917, que trata únicamente de algunas mujeres de textos artúricos. Afortunadamente, en los últimos años se han realizado diversas aproximaciones al asunto en cuestión: María Rosa Petruccelli, «Personajes femeninos y voluntad de protagonismo en el *Palmerín de Olivia*», en *Studia Hispanica Medievalia IV. Actas de las V Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval*, ed. Azuzena Adelina Fraboschi, y otros, Buenos Aires, Universidad Católica de Argentina, 1996, pp. 302-313; Marto Haro, «La mujer en la aventura caballerescas: dueñas y doncellas en el *Amadis de Gaula*», en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael Beltrán, València, Universitat de València, 1998, pp. 181-218; Montserrat Piera, «Lletres de Batalla de mujeres en *Tirant lo Blanc* y *Curial e Güelfa*: la verbalización del discurso femenino dentro del código caballeresco», *La Corónica*, 27.1 (1998), pp. 33-53; José Enrique Ruiz-Domènec, *Siete mujeres para Tirant*, València, Ayuntamiento de València, 1998; Isabel Romero Tabares, *La mujer casada y la amazona. Un modelo femenino renacentista en la obra de Pedro de Luján*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998; «Modelos de mujeres en los libros de caballerías hispánicos. El *Rosíán de Castilla*», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas pasaron. Estudios sobre la ficción caballerescas*, ed. Julián Acebrón Ruiz, Lleida, Universitat de Lleida, 2001, pp. 191-216; Elami Ortiz-Hernán Puparelli, «Hacia una tipología de los personajes femeninos en los libros de caballerías hispánicos (A propósito de la *Antología de libros de caballerías castellanos* editada por José Manuel Lucía Megías)», *Tirant*, 6 [en línea], 2003, 20 páginas; Laura Gallego García, «Personajes femeninos en el *Belianis de Grecia*. Tipología y tradiciones», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, ed. Rafael Alemany, y otros, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2006, vol. II, pp. 753-764; y Elami Ortiz-Hernán Puparelli, «El papel de la mujer en el *Cristalián de España*», en *Actes del X Congrés Internacional de l'AHLM*, vol. III, pp. 1243-1252.

diferentes niveles, tanto en la proyección idealizada como en la propia dimensión erótica, constituyéndose así en elementos fundamentales para el desarrollo y consecución de la historia, por razón de que los caballeros necesitan del acicate del amor para superar los obstáculos de su particular peregrinaje. O lo que es lo mismo, las caballerías andantes no pueden entenderse sin el horizonte y el estímulo de un amor declarado hacia una dama, como manifestará una y otra vez el propio don Quijote, conocedor aventajado de los intrínquilis y circunstancias de los caballeros de largas e iterativas errancias.

En cualquier caso, las tres mujeres susodichas cubren diferentes alternativas narrativas, elevando de esa forma la cota de actuación femenina en el maderamen del relato. La vengativa Boralda, que protagoniza en gran medida los capítulos centrales de la segunda parte, sigue la pauta de las hechiceras malignas y *dueñas traidoras*, menos corrientes en la literatura caballerescas que su versión masculina, si bien existen algunos ejemplos memorables como el de la infanta Melía de las *Sergas de Esplandián*, que resulta a grandes rasgos el modelo que sigue Boralda, o el de la maga Dragosina del *Silves de la Selva*, que a su vez parece basarse en las dos anteriores, tal y como nos advierte el profesor Emilio José Sales Dasí.⁹² Por su parte, Diliarda aparece solamente en seis capítulos –en II, 38-39 y II, 43-46–, donde se manifiesta el portento del libro de imágenes y escrituras automáticas, y donde por primera vez en la obra se plantea la sucesión monárquica en una mujer, la citada Diliarda, lo que en principio es poco frecuente en los libros de caballerías, anclados, como se sabe, en el reflejo de las costumbres y usos del Medievo –véanse las *Partidas* de Alfonso X y los textos que las imitaron–, que nada indicaban sobre esta posibilidad sucesoria. Finalmente, la tercera mujer en danza, Flerisena, se convierte en uno de los personajes principales e incluso en auténtica protagonista de diversos momentos de la *Parte Segunda*. La princesa cumple enteramente con su función de dama enamorada, siempre atenta a su caballero, y al mismo tiempo desarrolla otros registros que incrementan su escala narrativa; ahí esta su papel de alta señora de la corte alemana, en donde aconseja a unos e interfiere por el

⁹² Emilio José Sales Dasí, «Nuevos aspectos de la imitación en el *Silves de la Selva* de Pedro de Luján», artículo todavía inédito que Sales Dasí ha tenido la gentileza de enviarnos. El mismo autor analiza algunos ejemplos de este tipo de mujeres en su artículo «La dueña traidora: venganzas y secuestros en las continuaciones del *Amadis de Gaula*», *Medievalia*, 32-33 (2001), pp. 24-36. Respecto al personaje de Melía, véase Axayácatl Campos García Rojas, «La infanta Melía: un caso de vida salvaje, intelectualidad y magia en *Las Sergas de Esplandián*», en *Proceedings of the Ninth Colloquium*, ed. de Andrew M. Beresford y Alan Deyrmond, PMHRS, 26, London, Queen Mary and Westfield College, 2000, pp. 135-144.

destino de otros –salvando de la condena de muerte a la pérfida Boralda–; y ahí está, por supuesto, su triste protagonismo como víctima de la venganza contra el príncipe de Hungría, mediante su apresamiento y reclusión en un lugar inhóspito y recóndito que todos los héroes buscarán con denuedo, formalizando así una de las motivaciones más habituales de la aventura caballeresca.

¶ 2.3 LA TRAYECTORIA DEL HÉROE: PARADIGMA Y DESVÍO

NACIMIENTO Y EDUCACIÓN

La llegada al mundo de Valerián acontece en medio de extraordinarias condiciones. Su padre, Pasmerindo, es el rey de Hungría, acreditado caballero andante y portentoso caudillo militar que ha logrado frenar el avance de los moros invasores, derrotando incluso al cabecilla de los mismos. Su madre, Albericia, es la hermosa heredera del Imperio de Trepisonda. Tras el beneplácito de los emperadores trepisondinos, el joven húngaro y la atractiva princesa se unen oficial y públicamente en matrimonio, lo que se festeja con múltiples fiestas, banquetes y torneos, y después parten hacia Belgrado, en cuyos palacios, al cabo de un tiempo oportuno, tiene lugar el nacimiento del futuro gran héroe:

Passados algunos días después de llegado el rey a Belgrado, la reina parió un hijo tan hermoso que cuantos lo vieron afirmaron no haver oído ni visto jamás su semejante, al cual, bautizado con mucha solemnidad e grandes fiestas que por su nacimiento se fizieron, assí en todo el reino de Ungría como en Trepisonda, después de [que] los emperadores fueron sabidores de su nacimiento, pusieron nombre de Valerián de Ungría, del cual como vos diximos es la presente historia (I, cap. xxx).

El nacimiento del héroe o personaje de gran singularidad es uno de los motivos más importantes y emblemáticos de todas las culturas y religiones y de todas las tradiciones literarias que derivan de aquéllas. Sobre ese particular, los conocidos estudios de Otto Rank y Lord Raglan establecen el prototipo o paradigma heroico a partir de las vidas de diversos héroes mitológicos, literarios y religiosos, advirtiendo en las circunstancias del nacimiento de todos ellos un mismo o parecido esquema y un especial simbolismo que los determina categóricamente, en cuanto a elementos primordiales que anticipan un destino único e intransferible.⁹³ Recordemos que el doctor vienés Otto Rank, imbuido de las teorías psicoanalíticas y en búsqueda del significado de diversos temas míticos de resonancia universal, consideró las trayectorias vitales de

⁹³ Otto Rank, *El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires, Paidós, 1961 [1914]; Lord Raglan, *The Hero: A Study in Tradition. Myth and Drama*, London, 1936, y «The Hero of Tradition», en Alan

grandes figuras del pasado, tanto reales como ficticias. En virtud de dichas figuras entresacó una serie de rasgos comunes que sirvieron para establecer el patrón de la leyenda del héroe. Dicho patrón se puede resumir de la siguiente forma: el héroe descende de padres de la más alta nobleza, a menudo reyes y emperadores, y su origen se halla precedido por numerosas dificultades que ponen en peligro a sus progenitores. Se suele producir una profecía bajo la forma de un sueño u oráculo que advierte sobre el nacimiento y sus circunstancias. Poco después, el niño es abandonado en las aguas en un frágil recipiente. Muy lejos del lugar de origen, el pequeño queda bajo el amparo de animales salvajes o personas de extracción humilde. Una vez transcurrida la infancia, el héroe descubre sus raíces nobiliarias y empieza a obtener el reconocimiento de sus méritos, se venga después de su padre y alcanza finalmente el puesto y los honores que le corresponden por linaje.⁹⁴

Por su parte, utilizando una estructura y gradación bastante similares, aunque lejos de las teorías freudianas, el aristócrata inglés Lord Raglan (F. S. Somerset) estableció una lista de ventidós elementos fundamentales respecto de las vidas de numerosas figuras. El currículum o modelo del héroe desarrollado por Raglan incide en primer lugar en la necesidad de la ascendencia regia –a veces también divina– y en las inusuales circunstancias que rodean la concepción y el nacimiento del futuro protagonista. Se señala acto seguido que el recién nacido es hecho desaparecer y enviado a un país lejano, donde unos padres adoptivos se encargan de su crianza y educación. A pesar de esta premisa, apenas se tienen noticias del desarrollo de su infancia. Cuando alcanza la madurez, regresa al reino que le pertenece y que será suyo posteriormente; allí consigue vencer a un gran rey, o quizá a un gigante, o a un dragón o bestia inmundada, se casa después con una princesa y se convierte en el soberano absoluto del lugar. Durante un tiempo indeterminado, gobierna apaciblemente impartiendo generosidad y justicia, pero llega un día en que pierde la confianza de sus súbditos –y también de los dioses– y le es arrebatado el trono por la fuerza, muriendo de manera misteriosa o dramática. Sus hijos no suelen continuar el legado, mientras que su cuerpo, tras ciertos inconvenientes o aplazamientos, recibe finalmente santa sepultura.

Dundes, editor, *The Study of Folklore*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, N. J., 1965, pp. 142-157, que es reimpresión del artículo con el mismo título publicado en *Folklore*, 45 (1934), pp. 212-231.

⁹⁴ Otto Rank, ob. cit., pp. 79-80.

Aunque existen otros estudios de gran interés, como el de Valdimir Propp,⁹⁵ que desarrolló un esquema muy minucioso de treinta y un elementos y numerosas subdivisiones, si bien lo hizo partiendo con exclusividad de los cuentos de hadas rusos y manejando figuras que no siempre eran de carácter heroico; o como el de Joseph Campbell,⁹⁶ que analizó las transformaciones o etapas del héroe en ocho posibilidades temáticas, utilizando con gran erudición materiales de distintas tradiciones; lo cierto es que las propuestas de Otto Rank y Lord Raglan han sido las más frecuentadas en el ámbito que nos concierne, esto es, el de la filología hispánica, y más en concreto, el de la literatura caballeresca, donde la demanda del paradigma heroico es una de las tareas más complicadas de llevar a cabo, debido al volumen y la variedad de las obras que la constituyen.

Sin ir más lejos, Juan Bautista Avalor-Arce sigue la referencia del investigador inglés para pautar la biografía del gran modelo de los libros de caballerías españoles, Amadís de Gaula, del cual llega a acumular hasta dieciséis puntos de los posibles.⁹⁷ Otros especialistas en la materia, véanse Juan Manuel Cacho Blecua y M^a Carmen Marín Pina, también tienen en cuenta a Lord Raglan, aunque prestan más atención al psicólogo austríaco, del que suscriben, para las figuras de Amadís y Palmerín, de Esplandián y Primaléon, algunas de las fases básicas del arquetipo heroico que propone su famoso estudio, como son la ascendencia regia, el nacimiento extraordinario, y el abandono y educación del héroe lejos de su tierra originaria.⁹⁸ No obstante, el profesor Cacho Blecua ha superado con creces los anteriores planteamientos al establecer,

⁹⁵ Vladimir Propp, *Morfología del cuento*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1972 [1928].

⁹⁶ Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959 [1949]. Las ocho coordenadas de Campbell trenzan eficazmente el patrón cíclico del mito del héroe: la concepción, la infancia, el héroe como guerrero, como amante, como emperador, como redentor del mundo, como santo, y, por último, la muerte del héroe. Sobre este particular, Campbell asegura que «los creadores de la leyenda raras veces se han contentado al considerar los grandes héroes del mundo como meros seres humanos que traspasaron los horizontes que limitan a sus hermanos y regresaron con los dones que sólo puede encontrar un hombre con fe y valor tales. Por lo contrario, la tendencia ha sido siempre dotar al héroe de fuerzas extraordinarias desde el momento de su nacimiento, o aun desde el momento de su concepción. Toda la vida del héroe se muestra como un conjunto de maravillas con la gran aventura central como culminación», p. 285.

⁹⁷ Juan Bautista Avalor-Arce, «Amadís de Gaula»: *el primitivo y el de Montalvo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 101-132. Véase también el estudio de Yolanda Russinovich de Solé, «El elemento mítico-simbólico del Amadís de Gaula: Interpretación de su significado», *Thesaurus*, 29 (1974), pp. 129-168.

⁹⁸ Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, cap. I, «Nacimientos extraordinarios», pp. 16-37, y cap. II, «Abandono y educación», pp. 38-56; también Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1987-1988, en concreto el cap. «Protagonistas», pp. 134-148 de la extensa «Introducción». Por su parte, M^a Carmen Marín Pina, *Edición y estudio del ciclo español de los «Palmerines»*, sobre todo la sección «El personaje caballeresco», pp. 166-240.

mediante los propios capítulos de su conocido estudio, una estructura temática de la trayectoria de Amadís –de resultas, el paradigma amadisiano–, que después ha sido guía y orientación de numerosos trabajos caballerescos y ha servido para formalizar el patrón general del héroe de las caballerías hispánicas. Uno de los ejemplos que mejor perpetúa y desarrolla este trazado lo ha llevado a cabo Emilio José Sales Dasí, el cual, dentro de su metódico estudio sobre el género de los libros de caballerías, ha propuesto precisamente un modelo del caballero andante español, apoyándose en siete pautas o señas fundamentales e idiosincrásicas: los orígenes regioes, el nacimiento singular, la separación de la madre y las marcas de nacimiento, el influjo de la lactancia, la infancia y educación, la primera prueba peligrosa, y la investidura como incorporación al mundo de los adultos.⁹⁹

A pesar de todo lo expuesto, debe decirse que las señales que determinan el nacimiento de Valerián de Hungría no son excesivamente espectaculares o llamativas ni cumplen con un gran número de los puntos de los patrones aducidos. En efecto, el nacimiento de Valerián no está vinculado a componentes extraños o sobrenaturales, como ocurre con Cirongilio de Tracia, Tristán de Leonís y muchos de los héroes artúricos, sin olvidarnos del legendario Alejandro. Su cuerpo no aparece con marcas o tatuajes, como presenta la gran mayoría de los campeones caballerescos –Esplandián, Palmerín de Olivia, Floriseo, Clarián de Landanís, el Caballero del Febo y Olivante de Laura, entre otros–, motivo folclórico de tradición antiquísima, recogido en el *Motif-Index of Folk-Literature* de Stith Thompson con la entrada T563. Tampoco es abandonado a las aguas en un cesto o arquilla, motivos S141 y S331 del *Motif-Index*, ordealía de raigambre mitológica por cuya superación se demuestran condiciones excepcionales, como así ocurre con Amadís y también con grandes personajes de la

⁹⁹ Emilio José Sales Dasí, *La aventura caballerescas*, pp. 19-29. Al respecto de las señas del caballero, el profesor Sales Dasí, que se apoya en los estudios precedentes de Köhler y Cacho Blecua, aclara que «la representación literaria se diferencia bastante de aquellos caballeros medievales de carne y hueso en los que los autores se basaban en apariencia para trazar su retrato literario. En una época en que la sociedad se hallaba dividida de forma piramidal y la nobleza ocupaba una posición privilegiada, parece lógico pensar que los caballeros, individuos que tenían a su cargo la defensa del orden jerárquico, disfrutarían de todos los beneficios del estamento al que pertenecían. Pero no siempre fue así. Estos hombres de guerra, segundones dentro de la nobleza en muchos casos, tuvieron que buscar su propio sustento enrolándose en las filas de los ejércitos de grandes señores feudales, participando en las cruzadas o tentando a la fortuna convertidos en mercenarios [...] En principio, éste fue el referente del que partieron los escritores para perfilar la imagen del caballero errante o andante. Sin embargo, en su descripción se utilizaron todos esos atributos que contribuirían a forjar un retrato idílico: la valentía, la cortesía y la generosidad, el alto sentido de la justicia, la lealtad, la mesura y la cordura», pp. 19-20.

Antigüedad, véanse Moisés, Sargón, Edipo, Télefo, y Rómulo y Remo, entre los más conocidos.¹⁰⁰

El recién nacido, eso sí, tiene ascendencia monárquica, primer y necesario peldaño para lograr encumbrarse a la categoría de héroe, y también provoca el asombro en los presentes por su hermosura sin igual, lo que ya es signo de su especial disposición y barrunto de su grandeza posterior. La belleza y la perfección física forman parte del canon del héroe de todos los tiempos, en tanto que elementos externos que acompañan o reflejan sus superiores aptitudes, además de poner en evidencia su distinción frente al resto de personajes, acercándoles en cierta medida a la divinidad.¹⁰¹ Los grandes paladines de los libros de caballerías cumplen plenamente con este requisito, dejando maravillados a quienes los contemplan y ejerciendo por primera vez un foco de atracción que después permanecerá activado *in crescendo* a lo largo de sus trayectorias vitales. Véanse como muestra estos ejemplos:

Pues como fuese cumplido el tiempo de la preñez de la duquesa, plugo a Nuestro Señor que, después de mucho trabajo e peligro que sufrió con los dolores del parir, parió un

¹⁰⁰ Para el estudio de todos estos motivos en el ámbito caballeresco debe verse el trabajo de la profesora Paloma Gracia Alonso, *Las señales del destino heroico*, Barcelona, Montesinos, 1991. «La infancia heroica constituye un capítulo esencial en la literatura épica, cuyas características pueden definirse como unidad, tradicionalidad y coherencia. El nacimiento y la infancia del héroe componen un capítulo perfectamente definido en cualquiera de las obras medievales bien construidas, ya que obedece a unas necesidades y a unos objetivos claramente determinados: se abre con las circunstancias en que el personaje es engendrado, o si éstas no son significativas, con un nacimiento singular, o, en su defecto, con una crianza excepcional, y se cierra con la investidura. Su tradicionalidad es manifiesta porque para adivinar el origen de los motivos fundamentales que integran el nacimiento heroico hay que remontarse a los albores de nuestra cultura, de la cultura universal, y, aunque sea posible dar con sus primeras expresiones escritas, las fuentes no permiten más que entrever su significado. Se trata de una narración coherente no sólo consigo misma sino también con el contexto al que sirve de prólogo, ya que da razón a la vida adulta del héroe; ésta se manifestará como consecuencia y causa a la vez de unos determinados presupuestos, pues las circunstancias que envuelven el nacimiento de cada personaje, así como las que vive a lo largo de la niñez, se ajustan perfectamente a la condición del personaje adulto», pp. 199-200. Recuérdense también las aportaciones de François Delpech, «Les jumeux exclus: cheminements hispaniques d'une mythologie de l'impureté», en *Les problèmes de l'exclusion en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*, Études réunies et présentées par Augustin Redondo, Paris, Publications de la Sorbonne, 1983, pp. 177-203.

¹⁰¹ Ya en el Mundo Antiguo, especialmente en la tradición griega, los cuerpos humanos perfectos, sanos y bellísimos eran la representación utilizada para figurar a los dioses. Por contigüidad, los grandes héroes, que en muchos casos eran semidioses, también se representaban con los cuerpos más perfectos y hermosos. Atiéndanse estas cuestiones en Mircea Eliade, *Historia de las creencias y las ideas religiosas, I. De la Edad de Piedra a los Misterios de Eleusis*, Barcelona, Paidós, 1999 [1976], especialmente pp. 339-340: «El sentido religioso de la perfección del cuerpo humano —la belleza, la armonía de movimientos, la calma, la serenidad— inspiró el canon artístico. El antropomorfismo de los dioses griegos, tal como se manifiesta ya en los mitos, y que más tarde será criticado por los filósofos, recupera su significación religiosa en la estatuaría divina. Paradójicamente, una religión que proclama la distancia irreductible entre el mundo divino y el de los hombres, hace de la perfección del cuerpo humano la representación más adecuada de los dioses».

hijo, el mayor y más hermoso que nunca se vido nacer en aquellos tiempos, con cuyo nacimiento fueron llenos sus padres de complida alegría e los vasallos de entero favor (Fernando Bernal, *Floriseo*, libro primero, cap. iii).¹⁰²

A la reina tomaron dolores de parto. Las damas no sabina qué se fazer. Empero tomaron a su señora como mejor pudieron, decendiéronla del palafrén y tendieron muchos paños en que se echasse. Allí, aunque con gran trabajo, la reina parió un fijo tan hermoso cual nunca jamás se vio semejante d'él (Gabriel Velázquez de Castillo, *Clarián de Landanís*, Libro I, cap. XXI).¹⁰³

Y ellas así lo fizieron y ella quedó sola con ella; y al tiempo qu'el Emperador cenava, Griana parió un fijo, el más hermoso que decir se vos podría. Tolomestra lo tomó muy prestamente y embolviólo en muy ricos paños. E primero que esto fiziesse lo miró a un blandón que encendido tenía e vídolo tal que la fizo maravillar y aver mucha piedad por no nacer aquella criatura tan ferosa en tiempo que se pudiera criar como él merescía (*Palmerín de Olivia*, cap. otavo).¹⁰⁴

Cuenta la historia que la hermosa princesa Niquea, cuando llegó a su tiempo de parir, ella parió un infante el más hermoso y grande que visto se uviessse, con el cual grande plazer se hizo en la corte. A este infante pusieron nombre don Florisel de Niquea, el cual salió el más estremado cavallero en armas y en bondad que jamás se vio; hiziéronse en la corte grandes fiestas por su nacimiento (Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, cap. CXXVII).¹⁰⁵

Conviene resaltar que la llegada de Valerián es celebrada con un bautismo solemne y con grandes fiestas por todo el reino, o lo que es lo mismo, a través, por un lado, del rito religioso oficial y, por otro, de la ceremonia y aprobación populares. Si tenemos en cuenta que los padres y parientes del recién nacido son caballeros y damas que pertenecen a la realeza o la más alta aristocracia, y que el estamento eclesiástico y también el pueblo llano, como acabamos de ver, están ligados a su primera ratificación social, Valerián se convierte desde su origen en un héroe amparado y validado por «los

¹⁰² Fernando Bernal, *Floriseo*, ed. Javier Guijarro Ceballos, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003, libro primero, cap. iii, p. 7.

¹⁰³ Gabriel Velázquez de Castillo, *Clarián de Landanís*, Libro I, ed. Antonio Joaquín González Gonzalo, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005, cap. XXI, pp. 48-49.

¹⁰⁴ *Palmerín de Olivia*, ed. Giuseppe di Stefano, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, cap. otavo, p. 26.

¹⁰⁵ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. Ana Carmen Bueno y Carmen Laspuertas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, cap. CXXVII, p. 557.

tres estados por que Dios quiso que se mantuviese el mundo», tal y como se definían en las *Partidas* de Alfonso X el Sabio.¹⁰⁶

Por otra parte, la presencia del bautismo confiere una doble significación que debe tenerse en cuenta. Junto al signo cristiano de incorporación a la comunidad, hay que entrever el ancestral simbolismo del agua, presente en todas las tradiciones y culturas, que proyecta el poder regenerativo del líquido elemento y su enorme potencial de creación y de vida, lo que siempre se formaliza en un ritual iniciático. Es verdad que Valerían no queda expuesto a merced de las aguas, elemento arquetípico que le otorgaría máxima singularidad, pero no hay que olvidar que el bautismo cristiano, en cuya fórmula se halla implícita la iniciación, es un reflejo transformado y reinterpretado de aquél.¹⁰⁷ Recordemos a ese respecto que, si bien Amadís de Gaula, primer y máximo referente de los héroes de caballerías, sigue la pauta de la exposición acuática, siendo abandonado en un cajoncillo sobre las aguas, a partir de Esplandián, el propio hijo de Amadís, la opción más habitual es la ceremonia del bautismo, en tanto que cristianización de ritos ancestrales, incluso en los casos donde el recién nacido ha sido desamparado en otros medios, como sucede con Palmerín de Olivia, que fue dejado «a la ventura que Dios le dicesse», encima de un árbol que estaba situado en una gran montaña de espesas matas.¹⁰⁸

Con todo, lo que realmente cobra importancia es que el andamiaje de la figura de Valerían no está manteniendo con exactitud los modelos previos caballerescos de los que parece hallarse más próximo –Amadís, Esplandián, Palmerín, Clarián–, ni sigue con rigor el patrón tradicional del héroe mítico en sus primeros pasos. No obstante,

¹⁰⁶ Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, glosadas por el Licenciado Gregorio López, Salamanca, Andrea de Portonaris, 1555, en concreto, *Segunda Partida*, título XXI, f. 70r. Reproducción facsímil: Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1974. Esta división tripartita de la sociedad se hallaba ampliamente difundida en la Edad Media, siendo suscrita, entre otros, por el infante don Juan Manuel, como puede comprobarse en el *Libro de los estados*, ed. Ian R. Macpherson y Robert Brian Tate, Madrid, Castalia, 1991, cap. XCII, p. 277, y en el *Libro del caballero et del escudero*, ed. Reinaldo Ayerbe-Chaux, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989, cap. XVII, p. 12.

¹⁰⁷ Mircea Eliade, *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*, Barcelona, Kairós, 2000, pp. 165-167: «Obviamente, el bautismo cristiano fue, desde el principio, equivalente a una iniciación. El bautismo introduce al convertido a una nueva comunidad religiosa y le hace merecedor de la vida eterna. Se sabe que entre el año 150 y 300 existió un fuerte movimiento bautismal en Palestina y Siria. Los esenios también practicaron baños rituales o bautismos. Al igual que entre los cristianos, se trataba de un rito iniciático [...] De este modo vemos en qué sentido el cristianismo primitivo contenía elementos iniciáticos. Por un lado, el bautismo y la eucaristía santificaban al creyente al cambiar de manera radical su condición existencial. Por otra, los sacramentos le separaban de la masa de los profanos y le hacían formar parte de una comunidad de elegidos».

resulta innegable que en el natalicio de Valerián se vierten algunos de los aspectos más representados por dichos modelos y patrones –la ascendencia monárquica, la belleza física del recién nacido, el bautismo oportuno y las celebraciones públicas de carácter lúdico y festivo–, aunque es en fases inmediatas de la historia y en otros momentos del proceso de crecimiento del personaje, cuando se alcanza una mayor concentración simbólica y una mayor intensidad en la cimentación del mito, como iremos viendo en las secciones correspondientes. En ese sentido, Valerián parece acercarse a los modelos que representan Tirant, Claribalte, Florindo y algún otro ejemplo caballeresco, en cuyos nacimientos se presentan muy pocos elementos folclóricos.

Respecto a otros nacimientos que aparecen en el *Valerián*, debe decirse que en principio siguen los pasos del ejemplo del protagonista, repitiéndose en todos ellos las características ya mencionadas, aunque también incorporan algunas particularidades que se hacen dignas de comentario. Por ejemplo, en el nacimiento de Finariel, uno de los grandes campeones de la *Parte Primera*, se incluye explícitamente el tema de la sucesión monárquica de pleno y legítimo derecho –en sintonía con lo estipulado por la *Partida II*, título primero, ley novena–,¹⁰⁹ por cuya circunstancia el recién nacido es nombrado príncipe de Francia y futuro emperador de Constantinopla:

Para prossecución de la historia conviene que sepáis agora que el mesmo rey de Francia e padre de la emperatriz de Constantinopla, después de diez y ocho años que ella nació, hubo un hijo al cual llamaron Finariel, por razón que fue fin de los desseos de sus padres, según por ellos había sido desseado. Por el nacimiento del cual muy grandes fiestas se fizieron por toda Francia, conociendo que Nuestro Señor Dios se había

¹⁰⁸ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadis de Gaula*, ed. cit., vol. I, pp. 247-248 y vol. II, p. 1009, para los casos de Amadís y Esplandián, respectivamente; *Palmerín de Olivia*, ed. cit., p. 26-27, en cuanto a la exposición y bautismo de Palmerín.

¹⁰⁹ Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, ed. cit., *Segunda Partida*, ff. 6r-6v: «Ley. IX. *Cómo el Rey deve amar a Dios por la gran bondad que es en él.* Verdaderamente es llamado Rey aquel que con derecho gana el Señorío del reyno. E puédese ganar por derecho en estas quatro maneras. La primera es quando por heredamiento hereda los reynos el fijo mayor, o alguno de los otros que son más propincos parientes a los reyes al tiempo de su finamiento. La segunda es quando lo gana por auenencia de todos los del reyno, que lo escogieron por Señor, non auiendo pariente que deua heredar el Señorío del Rey finado por derecho. La tercera razón es por casamiento, e esto es quando alguno casa con dueña que es heredera del reyno, que maguer él non venga de linaje de Reyes, puédese llamar Rey después que fuere casado con ella. La quarta es por otorgamiento del Papa o del Emperador quando alguno dellos faze Reyes en aquellas tierras en que han derecho de lo fazer. Onde si lo ganan los Reyes en alguna manera que de suso diximos, son dichos verdaderamente Reyes. E deuen otrosí guardar siempre más la pro communal de su pueblo que la suya misma, porque el bien e la riqueza dellos es como suyo. Otrosí deuen amar e honrrar a los mayores e a los medianos e a los menores, a cada vno segund su estado, e plazerles con los sabios, e allegarse con los entendidos, e meter amor e acuerdo entre su gente, e ser justiciero dando a cada vno su derecho. E deuen fiar más en los suyos que en los estraños, porque ellos son su Señores naturales, e non por premia».

acordado d'ellos, dándoles príncipe legítimo sucesor en sus reinos, los cuales temían, si el príncipe no naciera, que después de la vida de los reyes no fuesen anexos al Imperio de Constantinopla, por razón que en aquellos tiempos, no habiendo varon sucesor, las mugeres podían suceder en los reinos de sus padres (I, cap. xxxvij, ff. 51r-51v).

El caso de Flerisena, la señalada y hermosa dama del héroe protagonista, es doblemente especial, dado que se trata del único nacimiento femenino que se relata con cierto detalle en toda la obra, y también es el único ejemplo en el que se valora con gran determinación la necesidad de una crianza mediante la leche materna, frente a otras posibilidades que pudieran contaminar de villanía e imperfección el género y estado natural de la princesa:

Passados dos meses del plazo para las fiestas señalado, la princesa Arinda parió un fija tan fermosa, que cuantos la vieron no podían creer que mortal fuesse, la cual, a los tres días de su nacimiento, fue bautizada con gran solemnidad en la iglesia de Santa Ursola. A la cual, después de muchos acuerdos y pareceres que sobre poner el nombre que había de tener se tuvieron y revocaron, llamaron Flerisena, por lo que entonces se podía ver assí había de florecer entre las hermosas, que dexando a todas las de su tiempo por yervas o espinas, ella sola fuesse la flor, ante la cual ninguna pudiesse ni osasse tener nombre de hermosa.

De su criança, assí mismo es bien que sepáis que no menos sobrepujó a todas las otras fijas de reyes y de otros príncipes, que de la hermosura que Dios le diera. Assí porque la princesa, su madre, viéndola tan hermosa, no quiso que ama la criasse, sino de su mesma leche, porque de la agena no participasse de villanía o de deffectos y manzillas de que los niños participan cuando amas los crían, porque aquella mala leche muchas y las más vezes en tal manera perturba a naturaleza sus potencias, que no puede obrar según lo bueno natural, sino según lo malo accidental, por lo cual fue la más humilde e amorosa donzella que se jamás vido (I, cap. lvij, f. 103v).

El motivo de la lactancia en la literatura medieval, como indica el profesor Cacho Blecua en un estudio sobre el particular, está estrechamente relacionado con la condición del linaje del recién nacido y con sus comportamientos futuros, al igual que sucede con los demás sucesos de la infancia, los cuales terminan siendo «explicaciones apriorísticas de su conducta posterior».¹¹⁰ En nuestra obra, la incomparable belleza de la

¹¹⁰ Juan Manuel Cacho Blecua, «*Nunca quiso mamar lech de mugier rafez* (Notas sobre la lactancia. Del *Libro de Alexandre* a don Juan Manuel)», *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Santiago de Compostela, 2 al 6 de diciembre de 1985), ed. Vicente Beltrán, Barcelona, PPU, 1988, pp. 209-224. Con su acostumbrada precisión, Cacho Blecua resume el citado

pequeña Flerisena es la razón manifiesta por la que su madre decide amamantarla con su propia leche para asegurar la conservación íntegra de la naturaleza original, desechando por tanto los servicios de la nodriza o ama de cría, figura doméstica muy común en las clases nobles y aristócratas de las sociedades antiguas, plenamente institucionalizada en la Edad Media, como demuestra su inclusión en la *Partidas* alfonsinas, concretamente en la *Segunda*, título séptimo, ley tercera.¹¹¹ Otra posibilidad que también ha quedado desestimada en el *Valerían* es el amamantamiento y crianza por parte de animales,¹¹² lo que siempre acontece cuando el niño ha sido abandonado y expuesto, sin protección alguna, en plena naturaleza, como se observa en numerosos ejemplos de la mitología clásica grecolatina –Rómulo y Remo, Télefo, Paris, Auge–, también en la tradición legendaria hispánica –Gárgoris y Habidis–, y por supuesto en algunos casos de la literatura caballerescas, véase la cierva que cuida a los siete hijos de Isomberta y el conde Eustaquio, en la *Leyenda del Caballero del Cisne*, la leona que cría a Esplandián, o la cierva que hace lo propio con Poncia, personaje principal del *Primaleón*.

No obstante, la figura de la nodriza surge en otro de los ejemplos que creemos merece cierta atención. Esta vez se trata del nacimiento de Florianteo, hijo del gran caballero Menadoro y la princesa Luceminia, heredera del reino de Gran Bretaña. El caballero y la princesa se enamoran a primera vista y deciden de inmediato mantener encuentros privados. Como manda el canon caballeresco, Menadoro solicita a la dama ser aceptado como su caballero servidor y convertirse en su esposo, implicando para ello mantener relaciones carnales, «lo que luego fue por aquella hermosa princesa cumplido, con todas las palabras que por la católica Iglesia para semejantes auctos y

motivo de la siguiente forma: «En definitiva, las cualidades espirituales se transmiten a través de la lactancia y pueden condicionar apriorísticamente la vida de una persona. No resulta extraño, pues, que de los pocos datos dedicados a la niñez en las obras literarias medievales, en ocasiones, el amamantamiento ocupe un lugar preeminente. Nos encontraríamos ante dos aspectos interrelacionados de los que todavía se encuentran huellas en la cultura popular española: a) amamantamiento y grupo social; b) amamantamiento y conducta», p. 219.

¹¹¹ Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, ed. cit., *Segunda Partida*, f. 17v: «Ley III. *En qué manera deuen ser guardados los fijos de los Reyes.* [...] E los que primeramente deuen fazer esta guarda ha de ser el Rey e la Reina. E esto es en darles amas sanas e bien acostumbradas e de buen linaje, ca bien assí como el niño se gouierna e se cría en el cuerpo de la madre fasta que nasce, otrosí se gouierna y se cría del ama desde que le da la teta fasta que gela tuelle. E porque el tiempo desta criança es más luego que el de la madre, por ende non puede ser que non reciba mucho del contenente e de las costumbres del ama».

¹¹² Entrada B535 del *Motif-Index* de Stith Thompson. También debe considerarse el T611.7. *Cierva que proporciona leche al niño abandonado*. El amamantamiento de un niño por un animal, según explica Paloma Gracia Alonso, ob. cit., pp. 143-152, constituye un eco de ritos iniciáticos ancestrales, cuya superación supone un renacimiento que prepara al sujeto para integrarse en la sociedad e incluso para ser un gran mandatario, merced a las virtudes transmitidas por el animal benefactor.

sacramentos están ordenadas» (I, cap. liiiij, f. 98r). El matrimonio secreto, motivo habitual en los libros de caballerías, muy utilizado en el *Valerían*, se ha llevado a cabo de forma correcta, siguiendo los pasos establecidos a tal efecto: el caballero ha prometido honestamente su dedicación y su entrega, la doncella ha aceptado el ofrecimiento, se han dicho después las palabras preceptivas que dicta la Iglesia, y finalmente ha tenido lugar el encuentro sexual, fruto del cual la mujer queda encinta de un niño. Sin embargo, los últimos escalones del proceso –la anuencia de los padres, los desposorios públicos y la ceremonia eclesial–, no se realizan de forma inmediata, debido a que Menadoro no ha alcanzado todavía el nivel social adecuado, que deberá ser similar al de Luceminia, por lo que los jóvenes amantes, ayudados por sus sirvientes y escuderos, se ven obligados a ocultar el recién nacido en las inmediaciones de la ciudad, donde una nodriza se encarga de alimentarlo.¹¹³

Y quiso Nuestro Señor que en breve spacio pariesse un fijo tan hermoso y de tan grandes faciones, que Esteria se maravilló d'ello, pareciéndole que era imposible una muger tan niña como su señora haver podido parir criatura tan grande. Y después que la princesa fue libre, tomando los paños que ya Esteria había aparejado muchos días antes, entre los cuales había unos labrados con unas cruces de seda de grana y oro, después que los huvo con ellos embuelto, y dexado a su madre en su lecho, por la ventana que Menadoro ende entrava, salió Esteria con el niño y en compañía del escudero de Menadoro. El cual, aquella y todas las noches passadas, venía ende para ayudarlas en lo que pudiesse, haviéndolo dexado su señor para aquel effecto, salió del castillo. Y decendieron a la villa, adonde cavalgando en sendos palafrenes, los cuales siempre tenía Gargarén, que assí se dezía aquel escudero, ensillados en una casa para cuando menester fuessen, fueron a una aldea que había a una legua de la villa, adonde Gargarén ya tenía prevenida una ama, diziendo que para una criatura que había de parir una amiga suya, y que cuando huviesse parido, él la traería ende para que la criasse (I, cap. liiiij, f. 98v).

Durante un tiempo determinado, Menadoro incrementa su valía combatiendo como general de las huestes inglesas frente al enemigo escocés, convirtiéndose en un espléndido líder militar que recibe toda la estima y confianza del rey Laristeo. Pero es

¹¹³ Recordemos que el uso de las nodrizas proviene de muy antiguo y en él se suman diversas implicaciones, como explica María del Carmen García Herrero en su excelente estudio *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, 2 vols. «Sin embargo, existen una serie de factores que inciden negativamente en la lactancia materna. Al fallecimiento de la madre durante el parto y a la debilidad o incapacidad para amamantar al hijo se incorporan otras causas económicas, sociales y culturales que mueven a recurrir con frecuencia a la lactancia mercenaria», vol. I, p. 89.

mucho más adelante, justo en el capítulo sesenta y ocho, tras obtener el trono de Bohemia por méritos propios –ya que no es heredero directo–, cuando Menadoro alcanza la situación idónea que le permite desvelar, sin vergüenza alguna, su relación con Luceminia. Casi de inmediato, los reyes perdonan el yerro cometido y muy pronto se suceden las bodas y las fiestas; de esa forma, el hijo secreto deja de serlo, vuelve con su madre verdadera y pasa a ser el sucesor de la corona inglesa.

Finalmente, hay que traer a colación el nacimiento de Flerián de Alemania, primogénito de los máximos protagonistas. Véase que el nombre de Flerián se forma a partir de las sílabas que figuran en sus padres –*interpretatio per syllabas*–, uno de los procedimientos etimológicos más habituales en los libros de caballerías para la acuñación de antropónimos, como ha estudiado M^a Carmen Marín Pina.¹¹⁴ El futuro paladín, cuyas aventuras, según se dice con insistencia, se contarán en la tercera parte de la historia, viene al mundo con parecidos e incluso superiores arropamientos que sus padres. En efecto, el niño nace en el seno de la más alta aristocracia europea, precisamente como fruto de la fusión de las casas reales de Alemania, Grecia y Hungría, y lo hace además en la corte y la ciudad de Colonia, capital del vasto imperio alemán y lugar de encuentro y referencia para todos los caballeros y damas del *Valerían*. Por otra parte, es verdad que no presenta mayores signos que su magnífica condición y su brillantez corporal, pero el señalamiento celebrativo que le acompaña parece anunciar las más altas resoluciones, por encima incluso de las que mostraron Valerían y los otros héroes. El nuevo príncipe recibe el bautismo de mayor solemnidad y protocolo de toda la obra, llevado a cabo en la Iglesia Mayor de la capital imperial, todo lo cual quiere manifestar que nos encontramos con un gran paladín de la cristiandad o con un individuo de especiales valores espirituales. El énfasis del acontecimiento litúrgico viene de la mano de la supresión de las fiestas mundanas, lo que representa un indicador de gran capacidad distinguidora. Hay que recordar que la celebración festiva popular, dentro de la ficción caballeresca y también de la realidad de la época, es un componente habitual en el nacimiento de un caballero o una dama de gran relevancia. Con ella se transmite la universal aceptación del recién llegado y se avisa de su futuro papel de

¹¹⁴ M^a Carmen Marín Pina, «El personaje y la retórica del nombre propio en los libros de caballerías españoles», *Tropelias*, 1 (1990), pp. 165-175. Con la misma fórmula etimológica que el nombre de Flerián encontramos, entre otros, el ejemplo de Flortir, hijo de Florinda y Platir. Cercanos procedimientos se observan en Florambel, hijo de Florineo y Beladina, y en Florismarte, hijo de Flosarán y Martedina, por traer a colación sólo unas pocas muestras de las muchas que abundan en el género que tratamos.

gobernante, campeón o figura ejemplar. Sin embargo, Flerián, el héroe que reúne en su esencia las cualidades supremas de Valerián y Flerisena, no viene acompañado de las alegrías y bailes del pueblo llano.

No passaron dos meses después de fallecida Boralda, que una noche tres horas antes del alva a Flerisena tomaron los dolores del parto. El cual quiso Nuestro Señor que fuesse tan bueno, que antes de una hora parió un muy hermoso hijo, el cual al tercero día de su nacimiento fue bautizado en la Iglesia Mayor de Colonia, con tanta solenidad, dexado todo género de fiestas mundanas por consejo de Arismenio, que se no havia oído jamás bautismo que tan solenizado fuesse. Al cual, de común acuerdo de todos los que era razón que tuviessen para ello voto, pusieron nombre Flerián de Alemaña, pues participava de la primera sillaba del nombre de Flerisena, su madre, y de las últimas del príncipe Valerián, su padre. El cual podéis ser ciertos que no fue criado con menor cuidado y vigilancia que los príncipes, sus padres y agüelos, para todo aquello que a su género y estado convenía. Por el nacimiento del cual muchos mensageros se despacharon, assí para Costantinopla y Ungría como para Francia y la Gran Bretaña, adonde grandes alegrías se fizieron, aunque por extenso no se vos cuentan (II, cap. lxxxviii, ff. 322r-322v).

Tras la etapa del nacimiento y las circunstancias que lo acompañan –que aquí hemos visto con la disparidad de los ejemplos aducidos–, el segundo escalón en la biografía de un héroe o de un caballero es la infancia y el período de aprendizaje y educación que lleva consigo. Se trata de una fase de gran importancia simbólica –si bien de escaso rendimiento narrativo: apenas suele ocupar unos folios o un capítulo–, en la que la diferencia del elegido frente al resto de personajes suele aumentar considerables enteros. Recordemos que el patrón mítico del héroe –Otto Rank, Lord Raglan, Joseph Campbell– propone un abandono, quizá un rapto o, en cualquier caso, un alejamiento inducido del niño, lejos de su tierra natal, así como una guarda y una educación del mismo a cargo de personajes muy específicos, habitualmente figuras de extracción humilde, como pastores o ermitaños que educan al héroe desde el secreto o el desconocimiento de su verdadera condición.

En los libros de caballerías encontramos una cierta variedad al respecto. El paradigma amadisiano se halla en principio muy vinculado a la estructura tradicional del mito heroico; sin embargo, Amadís de Gaula es salvado de las aguas por un caballero llamado Gandales, y no por algún animal o persona humilde, como hubiera sido más canónico. Sobre ese particular, el profesor Cacho Blecua trae a colación lo que

técnicamente se ha venido en llamar la institución del *fosterage* o «la costumbre de la educación del niño fuera del ámbito paterno»,¹¹⁵ costumbre nobiliaria que fue bastante habitual en la Edad Media europea, como demuestran múltiples testimonios. Por su parte, Esplandián, el afamado hijo de Amadís, sí que es recogido por un animal, en este caso una leona, que le amamanta bajo el control y vigilancia del ermitaño y «santo hombre» Nasciano, responsable en última instancia de la crianza de Esplandián.¹¹⁶ En el otro gran ciclo caballeresco, Palmerín de Olivia es mantenido y criado, tras su breve exposición, por el colmenero Geraldo y el mercader Estebón, seres de inferiores credenciales que pronto se verán superados por las aspiraciones caballerescas del futuro héroe. Justo en el otro extremo se hallan Polendos, Primaleón y don Duardos, pertenecientes a la siguiente generación, que son educados en las cortes de sus familiares directos, llevando a cabo las actividades propias de su rango principesco.¹¹⁷ Similar configuración presenta Clarián, protagonista de otra de las grandes series de caballerías, cuya etapa infantil discurre en la corte de su padre, el rey Lantedón, donde le enseñan las letras y le ayudan a «entender las sanctas doctrinas», además de «leer hechos famosos de cavallería que en gran cobdicia le ponían de los seguir».¹¹⁸ Parecidas señas a los anteriores, pero mucho más ambiciosas en su proyección, exhibe el caso de don Claribalte, educado en el palacio imperial albanés «en las artes y avisos con que los príncipes se deven dotrinar desde su niñez»; instrucción que corre a cargo de dos

¹¹⁵ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. cit., vol. I, p. 138. Véanse las explicaciones de Georges Duby, «Los jóvenes en la sociedad aristocrática de la Francia del noroeste en el siglo XII», dentro de su obra *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1973, pp. 132-147: «La juventud aparece en estos relatos como el tiempo de la impaciencia, de la turbulencia y de la inestabilidad. En el período anterior y en el posterior de su vida el individuo está radicado, ya sea en la casa de su padre o en la del señor que lo educa, mientras es niño, ya sea en su propia casa cuando él mismo es marido y padre. Entre estas dos épocas el caballero deambula», p. 134. Thomas Zotz recoge varios ejemplos de esta costumbre en su trabajo «El mundo caballeresco y las formas de vida cortesanas», dentro del libro de Josef Fleckenstein, *La caballería y el mundo caballeresco*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 165-219: «Notker, abad de Sankt Gallen, nos informa de cómo acogió a los hijos de sus feudatarios (*milités*) para darles una educación rigurosa e hizo que se les enseñara el manejo de aves de cetrería. Más adelante se dice que, cuando acabaron el escuderaje, el abad les proporcionó armas y regalos, ganándose así en todas partes una buena fama, lo que permite reconocer el valor que tenía para un joven noble el servicio de escudero en la corte y las ventajas sociales que podía obtener de él un señor de linaje principesco», p. 184. Recuérdese igualmente el clásico estudio de Louis Gernet, «Fosterage et légende», *Mélanges Gustave Glotz*, Paris, PUF, 1922, pp. 385-395, en el que se analiza la tradición del *fosterage* en la Antigüedad.

¹¹⁶ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. cit., vol. II, cap. LXVI, pp. 1004-1009 y cap. LXX, pp. 1080-1082.

¹¹⁷ *Palmerín de Olivia*, ed. cit., caps. IX-XVIII, pp. 27-35, que corresponden a la infancia de Palmerín. Por otra parte, en el *Primaleón*, ed. M^a Carmen Marín, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998, cap. VII, p. 16, cap. XIII, p. 32, y cap. LXIX, p. 148, se muestran, a cual más breve, las infancias respectivas de los tres protagonistas de la segunda generación palmeriniana.

¹¹⁸ Gabriel Velázquez del Castillo, *Clarián de Landanis* (Libro I), ed. cit., cap. XXXIII, p. 51.

excelentes peritos: el ayo Laterio y el filósofo Solarne, mediante los cuales don Claribalte adquiere una formación de gran altura que comprende, por una lado, el conocimiento y manejo de las armas y, por otro, el aprendizaje de las artes liberales –el *trivium* y el *quadrivium* de las universidades medievales–.¹¹⁹ Por poner un ejemplo de otra factura, citemos al caballero Floriseo, el cual pasa su niñez bajo la protección de un ermitaño que le inicia a leer y escribir, le enseña las lenguas latina y griega y le forma en «las artes e la sciencia divina», aunque «por este estudio no dexava Floriseo de ocuparse algunas horas del día en provar su cuerpo en cosas de fuerça e desemboltura».¹²⁰

Como podemos observar, la niñez y adolescencia de los héroes caballerescos tiene en su desarrollo dos vías posibles: o bien es una infancia que transcurre en un medio impropio, totalmente ajeno de los escenarios nobiliarios, o bien resulta una infancia acaecida en palacios y cortes reales, con las prebendas y lujos acostumbrados, aunque frecuentemente distantes de los espacios originales de los héroes. De hecho, esta última contingencia, cuya primera muestra formaliza Amadís de Gaula con su estancia en el señorío de Gandales, es la que se hace más común en el género y repetirán numerosos caballeros protagonistas,¹²¹ incluido el príncipe Valerían de Hungría, que establecerá su residencia en la magnífica corte imperial de Octavio y Nestarcio.

En cuanto al proyecto educativo de los futuros caballeros, hay que decir que principalmente se basa en una equilibrada mezcla de destrezas militares, experiencias cinegéticas y saberes letrados y artísticos, o lo que es lo mismo, en una instrucción física y deportiva y una preparación intelectual –*sapientia et fortitudo*–, esquema clásico de la educación del caballero y del príncipe, avalado por múltiples tratados y *espejos de príncipes* medievales.¹²² En dicho patrón instructivo se incluyen también las

¹¹⁹ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, ed. Alberto del Río, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, cap. I, pp. 5-6.

¹²⁰ Fernando Bernal, *Floriseo*, ed. cit., cap. XIII, pp. 24-25.

¹²¹ Recordemos brevemente algunos de los ejemplos más importantes. 1.- Arrebatado de sus padres por unos corsarios, Amadís de Grecia es entregado como obsequio al rey pagano Magadén, quien se encarga de criarlo en la fastuosa corte hindú de la ciudad de Saba. 2.- El que años más tarde se llamará el Caballero del Febo lleva a cabo su crianza en la lejana corte del sultán de Babilonia, donde se instruye en lo necesario para recibir la orden de caballería. 3.- Aunque amamantado primero por un salvaje, Felixmarte es amparado después en el castillo del Fosado, en cuyas dependencias aprende todo lo referido a las letras y las armas. 4.- El gigante Epaminón se lleva al pequeño Cirongilio a la Ínsula Patalena y allí se encarga de criarlo amorosa y adecuadamente, educándolo en lo que entiende necesario. 5.- El joven Olivante es criado, junto a Peliscán, en la prestigiosa corte de la isla de Laura, gobernada a la sazón por el duque Armides, la dueña Polinesta y la gran sabia Ipermea.

¹²² De la formación y regimiento de caballeros, nobles y príncipes, nos hablan numerosos textos hispánicos de la Edad Media, habitualmente denominados *espejos de príncipes*, cuyo modelo más importante es el *De regimine principum* de Egidio Romano. Véase al respecto el trabajo de Adelina

derivaciones conductuales de la *curialitas*, como son la generosidad, la constancia, la moderación y la amabilidad, presentes ya en la gran mayoría de los héroes caballerescos. Dentro de la tradición de los *espejos de príncipes*, en cuya hechura suelen advertirse referencias de Aristóteles, Vegetio, Egidio Romano, Valerio Máximo, Suetonio, Salustio, Séneca, y Agustín de Hipona, entre otros autores, conviene destacar las ricas aportaciones de las *Siete Partidas* de Alfonso X, donde se establecen los deberes y costumbres de los emperadores y reyes, y también las principales virtudes que un caballero debe adquirir –cordura, fortaleza, medida y justicia– (II, 21.4). Diferentes consideraciones y quizá mayores miras se encuentran en el *Libro del caballero et del escudero* del infante don Juan Manuel, en el que se viene a plantear un extenso programa de enseñanzas, bajo el aspecto de enciclopedia científica, que en realidad deriva de la práctica política y los paradigmas morales que gobiernan la sociedad en su conjunto. Un siglo más tarde, el obispo Alonso de Cartagena, en el prólogo de su *Doctrinal de los caballeros* (1435-1440), aboga por una enseñanza basada en las nociones de los hombres sabios y en los ejemplos de los hombres antiguos, así como en el conocimiento de las leyes escritas, modelo educativo de clara estirpe humanista con el que se pretende impulsar la imagen del caballero prudente y discreto. Por su parte, Rodrigo Sánchez de Arévalo, en su tratado *Vergel de príncipes* (1456), dedicado al rey Enrique IV de Castilla, opina que la formación de los reyes, príncipes y nobles debe apoyarse especialmente en tres óptimos y honestos ejercicios del ocio, a saber, el entrenamiento militar y la montería, ocupaciones tradicionales del príncipe, y la música, materia que pertenece al *quadrivium* de las artes liberales. Otro significativo autor, Alfonso de Palencia, en su *Tratado de la perfección del triunfo militar* (1459), retoma el conocido y viejo debate de las armas frente a las letras, decantándose por una instrucción basada en la ciencia o arte militar, incluyendo sus componentes sociales,

Rucquoi y Hugo O. Bizarri, «Los espejos de príncipes en Castilla: entre Oriente y Occidente», *Cuadernos de Historia de España*, 79.1 (2005), pp. 7-30, donde encontramos las siguientes explicaciones: «El género de los “espejos de príncipes” ha tenido, en la Península Ibérica, un desarrollo constante y continuo. La necesidad de formación del príncipe, y de los miembros de la alta nobleza en general, originó la elaboración de tratados que, si bien no han tenido por lo general influencia en el resto de Europa, no por ello han poseído características menos específicas. Entre los siglos XIII y XIV, el proceso que dio origen a una serie de tratados relativos a la educación del príncipe se desarrolló en medio de la confrontación de formas orientales y occidentales y, en el curso de la segunda mitad de ls siglo XIII, innumerables obras didácticas o adaptaciones de formas llegadas a Oriente. El modelo occidental de “espejo de príncipes”, creado por Gil de Roma con su *De regimine principum*, acabó por imponer su estructura, aunque la conjunción de elementos orientales y occidentales, que había dado al reino de Castilla un perfil específico y particular frente al resto de Europa, y el impacto de obras transmitidas en árabe, ampliamente favorecido por Alfonso X, el Sabio, nunca desaparecieron del todo».

políticos y morales, que aproximan a Palencia en gran medida a la esfera del Humanismo.¹²³

Alfonso X, don Juan Manuel, Alonso de Cartagena, Rodrigo Sánchez de Arévalo y Alfonso de Palencia son algunos de los máximos referentes de la tradición de los regimientos de príncipes, cuyo influjo en los libros de caballerías, incluido, desde luego, el *Valerían*, se percibe en el trasfondo de las diversas posibilidades que venimos anotando, siempre orientadas desde un sistema de educación múltiple y diversa. No obstante, recordemos que el *Florisando* de Paéz de Ribera y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz se salen notablemente de tales patrones, dado que se trata de obras donde el aprendizaje de los caballeros se fundamenta con gran exclusividad en la formación religiosa, desechándose, por inadecuadas, otro tipo de costumbres, actividades y lecturas implicadas. Pero este plan de enseñanza no es el habitual en los libros de caballerías. Educados y adiestrados por ermitaños, pastores, magos, maestros o grandes nobles y monarcas, según el caso, los donceles y caballeros noveles aprenden pronto a leer y escribir, conocen también diversas lenguas antiguas y modernas, e incluso reciben enseñanzas de arte, música y canto, además, por supuesto, de tener clases marciales y realizar torneos incruentos y diversas actividades deportivas, destacándose entre éstas la caza y la cetrería.

Valerían de Hungría pertenece al modelo de los caballeros que despliegan su etapa de aprendizaje en los medios palaciegos, siguiendo con ello el paradigma de Amadís y la práctica real de la aristocracia del Medioevo. De los primeros años de su vida, descritos en unas pocas líneas, sabemos tan sólo que han transcurrido en las dependencias reales de Belgrado, junto a sus padres, su hermana y otros familiares. Sin embargo, a partir de los siete años su trayectoria vital va a dar un giro de ciento ochenta

¹²³ Véanse éstos y otros casos en Carlos Heusch, *La caballería castellana en la baja Edad Media. Textos y contextos*, con la colaboración de Jesús Rodríguez Velasco, Montpellier, Université de Montpellier III, 2000. Complétese con los siguientes estudios y ediciones: Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, ed. Gregorio López, Salamanca, Andrea de Portonaris, 1555 (reproducción facsímil: Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1974); Mario Penna, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Atlas, 1959; don Juan Manuel, *Obras completas*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Gredos, 1982, 2 tomos; José Antonio Maravall, «La ‘cortesía’ como saber en la Edad Media», en *Estudios de historia del pensamiento español, 1: Edad Media*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, pp. 255-267; Ángel Gómez Moreno, «La caballería como tema en la literatura medieval española: tratados teóricos», en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, vol. II, pp. 311-323; Noel Fallows, *The Chivalric Vision of Alfonso de Cartagena: Study and Edition of the «Doctrinal de cavalleros»*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1995; Jesús D. Rodríguez Velasco, *El debate sobre la caballería en el siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996; y la obra de Alfonso de Palencia, *De perfectione militaris triumpho. La perfección del triunfo*, ed. Javier Durán Barceló, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996.

grados. Recordemos que ya en el propio íncipit de la obra se indicaba cómo Pasmerindo decide enviar a su hijo a la exquisita corte alemana del emperador Octavio y el príncipe Nestarcio. Las razones de esta decisión provienen en primer lugar de un consejo que el sabio Arismenio había dado a Pamerindo tiempo atrás, consejo en el que, una vez emitidas numerosas indicaciones de buen gobierno y de cómo hacer cumplir las leyes, el factótum le recomendó al rey que mandara al pequeño Valerián, justo cuando éste alcanzara los siete años, a la corte alemana, para que allí fuera atendido sin consentimientos indebidos y fuera educado plenamente en los ejercicios relativos a su estado y condición.

»Y porque a los fijos, quando en casa de sus padres se crían, siempre los regalos les impiden que alcançar no puedan las cosas que cumplen para su doctina y criança, tan cumplidamente como conviene, será bien que el príncipe, vuestro hijo, quando huviere cumplido siete años, en la qual edad mayores serán sus fuerças y saber de lo que extimar se puede, lo embiéis a la casa d'este, vuestro buen amigo, el príncipe Nestarcio. En la qual, señor, podéis ser cierto que todas las cosas de criança y virtuosos exercicios florecen, y adonde el príncipe Valerián, no con menos cura de la que vós, señor, si ende fuéssedes presente terníades, sera criado y enseñado, allende que de su criança y conocimiento nacerán los principios del bien que le está guardado. Y porque tengo de hablar a estos dos príncipes, pido vos, señor, por merced, me perdonéis mi atrevimiento, pues sabéis la causa que para ello he tenido (I, cap. xlviii, f. 86r).

Arismenio entiende que la prestigiosa corte alemana de Colonia, en la que se halla establecida la casa real de mayor trascendencia en toda la obra, es el contexto idóneo para que el futuro gran héroe desarrolle su formación y asuma «los principios del bien que le está guardado». De esa manera, cuando llega el momento preciso –que viene a coincidir con el tránsito entre las partes del libro y con el cambio del protagonismo generacional–, Pasmerindo envía a su hijo al destino anunciado, en compañía del caballero Aspalión del Vado y el enano Dromisto y también de «veinte cavalleros muy buenos, los cuales levavan algunos perros y halcones para quando se les offreciesse tierra de caça» (I, cap. lxxj, f. 131v).

Valerián no ha cumplido los ocho años pero ya aparenta muchos más; tiene un cuerpo grande y poderoso y se expresa con mayor profundidad que un niño de tan corta edad. Similares detalles se observan en alguno de los grandes caballeros que hemos citado recientemente; véase, por ejemplo, Amadís de Grecia: «E así pasaron hasta que el donzel avía ocho años, que, quando d'ellos fue, de dos tanta edad parecía, tanto, que no

avía donzel con quien luchase que dos tanta edad qu'él oviese que no derribase». ¹²⁴ Por otra parte, la elección de los siete u ocho años no es baladí y corresponde con la primera división de las edades del hombre, tal y como se venía estableciendo en la Edad Media. Inspirados en los plantemientos de Agustín de Hipona, autores cristianos como Dracontius, Eugenio de Toledo y, sobre todo, Isidoro de Sevilla (*Etimologías*, V, 38, 3-5; XI, 2), dividían la vida en cinco o seis períodos, extendiendo la *infantia* hasta los siete años y la *pueritia* hasta los catorce. ¹²⁵ De igual forma, las fragmentaciones o series en torno al número siete eran bastante frecuentes en ensayos de diversa índole, debido al simbolismo arcano y cabalístico de dicha cifra, habitualmente asociada a la propia formación del universo (las siete esferas de Claudio Ptolomeo, los siete planetas de Bernardo Silvestre), y cuya atribución contemplaba también las edades del hombre, en donde el *puerulus* abarcaba hasta los siete años y el *puer* hasta los catorce, tras los que seguían *adolescens*, *iuvenis*, *vir*, *senior* y *senex*.

En el camino hacia Colonia, el príncipe de Hungría protagoniza una increíble acción distinguidora que representa su primera gran prueba. Se trata de una experiencia que suele acontecer en edades superiores, al filo de la juventud, cuando el doncel lleva a cabo sus primeras batallas individuales y se dispone a ingresar en la orden de caballería. La comitiva de Valerián se detiene en una fuente para avituallarse y descansar bajo el abrigo de los árboles. De forma inesperada, un «león tan grande como fiero» surge tras una encina y se avalanza, rampante e impetuoso, contra el niño indefenso. Lejos de amedrentarse con la amenaza, Valerián se enfrenta decididamente a la bestia, utilizando tan sólo un manto protector para uno de sus brazos y un cuchillo de monte, con el que finalmente consigue herir de muerte al león. Su hazaña provoca verdadero asombro en los presentes, que apenas conciben cómo alguien de tan corta edad ha logrado derribar a semejante fiera, el rey de todos los animales, tal y como se le definía en el *Fisiólogo* y los bestiarios medievales, donde se le comparaba además con Jesucristo, el rey de todos los hombres. ¹²⁶ Con la misma actitud de sorpresa y alegría, los reyes Pasmerindo y

¹²⁴ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. cit., cap. II, p. 25.

¹²⁵ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. José Oroz Reta, Manuel A. Marcos Casquero y Manuel C. Díaz y Díaz, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, especialmente pp. 541-543 y 870-879: «1. Gradus aetatis sex sunt: infantia, pueritia, adolescentia, iuventus, gravitas atque senectus. 2. Prima aetas infantia est pueri nascentis ad lucem, quae orrigitur in septem annis. 3. Secunda aetas pueritia, id est pura et necdum ad generandum apta, tendens usque ad quartumdecimum annum», pp. 870-872.

¹²⁶ *Bestiario medieval*, ed. Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela, 1986, pp. 90-93: «Lo que en griego se llama “león” significa “rey” en francés. El león, de varias formas, domina a muchos animales; por eso es rey el león [...] El león significa el Hijo de la Virgen María; es, sin duda alguna, el

Arinda, cuando reciben a los pocos días la noticia de la proeza de Valerián, dan a «Nuestro Señor innumerables gracias por les haver dado fijo que en tan pequeña edad hoviesse fecho lo que al mejor cavallero del mundo fuera contado» (I, cap. lxxj, f. 132r).

Al margen de su enorme importancia en la heráldica y la iconografía de la Edad Media y el Renacimiento, cuyo análisis se aleja de nuestras pretensiones, el león aparece con frecuencia en varios géneros literarios, especialmente en el ancho plantel de la literatura caballeresca, donde suele ejemplificar el poder físico y la superior naturaleza y jerarquía, así como la encarnación del valor, la sabiduría y la justicia.¹²⁷ Ya en la materia artúrica, con ejemplos en *Li chevaliers au lion* y *Li Contes del Graal* de Chrétien de Troyes, la *Demanda del Santo Graal* o el *Perlesvaus*, por decir unos pocos, y, desde luego, en los libros de caballerías hispánicos, con los casos del *Palmerín de Olivia* y el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, entre los más conocidos, la derrota o amansamiento del león muestra las inmejorables capacidades y las más altas potencias del caballero errante, que a menudo se topa con el enorme férido –o quizá con otro animal de grandes proporciones– en sus primeras aventuras de carácter iniciático. Valerián sigue así los pasos que corresponden a su papel de caballero protagonista, pero demuestra una precocidad que no se observa en otros héroes análogos. Justo en el bisel entre las partes del libro, Clemente nos está dibujando a un niño que combate como un guerrero invencible.

Ahora bien, Valerián necesita de otros elementos en su avance hacia la cúspide de la caballería. Requiere, como hemos visto en el modelo amadisiano, de una adecuada crianza cortesana, la cual va a correr a cargo del mismísimo emperador Octavio, al tiempo que los aspectos materiales, «el aposento y todo lo ál», quedan en manos del príncipe Nestarcio. Junto al joven húngaro, aunque con orientaciones de otra índole, se

rey de todos los hombres; por su propia naturaleza, tiene poder sobre todas las criaturas. Con fiera actitud y terrible venganza se aparecerá a los judíos cuando los juzgue, porque obraron mal cuando lo clavaron en la cruz, y debido a esta acción perversa no tienen rey propio». El profesor Malaxecheverría ha tomado la referencia del bestiario anglonormando de Philippe de Thaün, escrito probablemente entre 1121 y 1152, editado por E. Walberg, *Le Bestiaire*, Paris-Lund, H. Möller, 1900.

¹²⁷ Véase Miguel Garci-Gómez, «La tradición del león reverente: glosas para los episodios en *Mío Cid*, *Palmerín de Olivia*, *Don Quijote* y otros», *Kentucky Romance Quaterly*, 19 (1972), pp. 255-284; Francisco Layna Ranz, «Itinerario de un motivo caballeresco: el caballero ante el león», *Anales Cervantinos*, 25-26 (1987-1988), pp. 193-209; Álvaro Galmés de Fuentes, «El *mitotema* de los leones en la épica románica y la tradición árabe», en *Romania Arabica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 257-293; y también Rafael Beltrán, «Tiemblan las carnes del valiente ante la batalla: claves caballerescas para el episodio de los requesones en la celada y el león manso (*DQ*, II, xvii)» *Letras*, 50-51. Número monográfico: *Libros de caballerías. El «Quijote»*. *Investigaciones y relaciones* (2004-2005), pp. 39-50.

va a criar Flerisena, de «sobrenatural hermosura», la hija del príncipe alemán. Dicha crianza y «las otras cosas que más por experiencia e industria que por naturaleza vienen a saberse y exercitar» (II, cap. I, f. 133r), se reflejan en la historia a través de breves alusiones que aparecen esparcidas en tan sólo unos folios. De hecho, la infancia entera de Valerián ocupa muy poco espacio textual, como así establecen los patrones heroicos y caballerescos que venimos utilizando; se desarrolla en el último capítulo de la primera parte y, en mayor medida, en el primero de la segunda, donde, bien avanzada la narración del mismo, se señala que el príncipe magiar, con doce años ya cumplidos, se ha afianzado suficientemente en todos sus procesos, esto es, en su constitución y apostura física, también en su formación cortesana y, especialmente, en el amor que siente por Flerisena, motor de futuras actuaciones que precipitarán el ascenso caballeresco.

En un primer momento, las enseñanzas que recibe Valerián se describen de forma general y tópica, mediante términos al uso como «doctrina» o «criança». Eso sí, queda claro que diversos personajes van a custodiar al príncipe desde los siete a los diecisiete años, ejerciendo funciones educativas claramente complementarias. Aspalión del Vado y Dromisto, que han venido de Belgrado junto a Valerián, se encargan de la guarda y acompañamiento diario y personal, en lo que debe recordarse la preparación castrense y venatoria del primero, y la sabiduría popular y el sentido común del segundo, cuyos «remedios y consejos saludables» orientan a Valerián en sus primeros impulsos amorosos. El siguiente nivel de instrucción lo componen el emperador Octavio y el príncipe Nestarcio, a los que deben añadirse los nobles, los caballeros curiales, y las damas, doncellas y sirvientes de palacio. A partir de este grupo exquisito y heterogéneo se articula la experiencia cortesana de Valerián, quien, además, recibe el afecto y la plena confianza de la familia imperial, que lo acoge y trata de la misma manera que si fuera un descendiente directo, «que ningún grado le faltava para serlo perfectamente, sino el nombre de hijo» (II, cap. i, f. 133v).

No obstante, ya en el segundo capítulo de la *Parte Segunda*, el propio Valerián ofrece la información más concreta sobre el asunto del aprendizaje y la crianza, justo en el momento en que reflexiona sobre el futuro de su condición y desvela ante Dromisto su deseo de ser armado caballero. Valerián se define a sí mismo como un hombre muy cultivado en las letras, que pretende completar su educación principesca con el oficio de la caballería y las armas, lo que finalmente le hará ser digno de su estado y su familia. En las palabras del príncipe húngaro llama la atención un apunte altamente

significativo: las letras han representado su mayor ejercicio, por encima, cabe imaginar, de los entrenamientos marciales, las monterías y otras actividades cortesanas.

»Y porque el descanso no lo veo por agora aparejado, según tú sabes, y ninguna vida es más enojosa que aquella que de conveniente ejercicio carece, **he acordado de ser cavallero, para que pueda començar de exercitarme en aquello que después de las letras, en fasta aquí ha sido mi mayor ejercicio, mi edad y estado requieren.** Porque cuando me fuere otorgado el señorío, que si a mis padres sobrevino se me deve, sepa assí **en las armas como en las letras lo que cualquier príncipe no deve ignorar,** porque de otra manera cuasi tiránicamente lo poseería, pues a ninguno es otorgado señorío sino para que, imitando e siguiendo las pisadas y regla de aquél que, siendo de todos señor y rey, quiso ser la misma regla y exemplar, rijan y gobiernan sus súbditos con la igualdad de justicia con que d'él somos regidos (II, cap. ij, f. 135r).

En este contexto de la dedicación a las letras, Valerián se ha formado también en diversos idiomas; al menos así podemos interpretarlo en aventuras posteriores, concretamente cuando se indica que conoce la lengua griega y «otras muchas puesto que d'ello no se haya hecho mención» (II, cap. xxxvj), o se señala que entiende y domina sin problema alguno el idioma turco (II, cap. xlj). La explicación más completa sobre el particular la encontramos en las palabras de la joven Diliarda, justo en el momento en que, tras los oportunos servicios del Caballero Triste y a resultas de ciertas pesquisas que se están llevando a cabo, desarrolla gradualmente la prosopografía y la etopeya de Valerián, aludiendo también a su hablar gracioso y su conocimiento de lenguas, y recordando de paso su educación en suelo alemán:

–Y por ende digo que los señales que de su persona se me acuerdan son primeramente los cabellos, los cuales, puesto que en él no dexen de parecer muy bien, mejores serían para la donzella que no le faltasse otro para ser cumplidamente hermosa. Los ojos con todas las otras partes de su rostro son de tanta perfición, quanto de todos los que lo miran embidiado, juntamente con el color blanco y colorado que a cada parte conviene, con un pequeño lunar en una parte que por cierto antes le acrecienta que mengua su gran perfición. Su estatura es más alta que baxa, puesto que muy proporcionada. Las manos tiene blancas con las carnes, que menos o más serían estremos. Su hablar es muy gracioso, y aunque sin dudar **todas las lenguas hable, su natural no puede doblarlo de manera que dexa de mostrar quanto le es más fácil la úngara que las otras, juntamente con la alemana, adonde se dezía que era criado.** Su edad no muestra passar veinte y dos años, señalándola con unos delgados hilos de oro que a nacer le comiençan, tan ralos como es espessa e firme la estremada lealtad que su alto y

generoso corazón ha mostrado tener. De sus fuerças, como más consistan en la prueba que en la vista, no podría yo dezir la grandeza, aunque si proporcionalmente a todas las otras faciones que dixe corresponden, no pueden dexar de ser muy grandes, señaladamente acompañándolas el esfuerço que en sí muestra tener (II, cap. xliij, f. 224r).

Si con la experiencia de la preparación guerrera, los consejos y sentencias de Dromisto, y los juegos y pasatiempos de palacio, la figura de Valerián se instalaba en los parámetros de la nobleza y caballería cortesana de la Edad Media, el ejercicio constante y superior de las letras, el aprendizaje de lenguas modernas y antiguas, y la práctica del buen hablar, le aproximan al prototipo humanista del príncipe letrado que aparece en el *Cortesano* de Baldassare Castiglione. Recordemos que la obra traducida al castellano por Boscán en 1534, publicada en Barcelona, desarrolla en diversos momentos el tema de la excelencia de las letras y la necesidad de la presencia de éstas en la formación del perfecto noble o príncipe cortesano. Así sucede, por ejemplo, en una amplia discusión entre Canossa y Federico Fragoso sobre el tipo de lengua que ha de usar el cortesano, lo que deriva en los preceptos del buen hablar y en la reflexión de la lengua como instrumento imprescindible de la comunicación, puesto que hablar correcta y cabalmente constituye una de las virtudes esenciales del cortesano (I, §§ 29-39). En otro episodio posterior, Pietro Bembo quiere que se declare la preeminencia de las letras sobre las armas, perpetuando un viejo debate que fue objeto de múltiples comentarios en los siglos medievales. Canossa sostiene por su parte la primacia de las armas, pero se inclina también por una sólida educación humanista y por el necesario conocimiento de idiomas, incluyendo el latín y el griego (I, §§ 42-46).

El cual querría yo que fuese en las letras más que medianamente instruido, a lo menos en las de **humanidad**, y tuviese noticia no sólo de **la lengua latina más aun de la griega**, por las muchas y diversas cosas que en ella maravillosamente están escritas. No dexé los poetas ni los oradores, ni cese de leer historias; exercítese en escribir en metro y prosa, mayormente en esta nuestra lengua vulgar.¹²⁸

Así pues, Valerián reproduce la imagen de un príncipe formado en diversas materias humanísticas, además, por supuesto, de su imprescindible preparación en el área militar. De ningún otro personaje de la obra se especifica una educación en

¹²⁸ Baldassare Castiglione, *El Cortesano*, ed. Mario Pozzi, Madrid, Cátedra, 1994, p. 182.

semejante términos. De esa forma, la primacía de Valerián se origina desde las propias enseñanzas recibidas, las cuales, unidas a las superiores capacidades físicas y anímicas del joven, y unidas también al ámbito cortesano del que han surgido, centro neurálgico de buena parte del relato, muestran la faz de un caballero ataviado de viejas y nuevas costumbres, atento al clásico canon heroico y fiel en gran medida al patrón caballeresco, pero influido ya de varios de los aspectos fundamentales del Humanismo, al igual que sucede, por cierto, y en grados diversos, con otros protagonistas de numerosos libros de caballerías.¹²⁹

¹²⁹ Véase al respecto el trabajo de Alberto del Río Nogueras, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», en *Literatura medieval. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 outubro 1991), Lisboa, Cosmos, 1993, vol. II, pp. 73-80, donde leemos lo siguiente: «Los autores de libros de caballerías sazonan las andanzas guerreras de sus héroes con episodios en que su comportamiento curial se ofrece como paradigma de conducta para el nuevo ideal de caballero andante. Este ha debido arrinconar su espada y rodela, reservándolas de manera casi exclusiva para torneos y demás muestras espectaculares y ha debido aplicarse de manera decidida a la pluma, a la conversación y al juego de cortesanía. Signos de los nuevos tiempos», p. 78.

LA INVESTIDURA

Motivado por la petición de investidura de Florianteo de Bohemia, el príncipe Valerián, que cuenta ahora diecisiete años, decide solicitar la orden de caballería. Justo tras el proceso del requerimiento, se presenta en palacio la doncella Empiralidea, hija del sabio Arismenio, portando las armas que han sido fundidas exclusivamente para Valerián, armas «tan blancas como la nieve, sin ninguna orladura ni labor, salvo que en el escudo estaban esculpidas cuatro flores de açucenas y de en medio d'ellas nacían cuatro llamas de fuego» (II, cap. iiij, f. 138v). Ante el grupo al completo de la corte, Empiralidea relata la victoria del príncipe húngaro frente al fiero león, noticia que no había sido desvelada públicamente hasta ese momento. Unidos, pues, los elementos que demuestran la plena capacidad del aspirante –su formación militar y curial, su declarado deseo de servir a su dama, y su primera gran prueba, llevada a cabo con increíble precocidad–, el príncipe Nestarcio, regente a la sazón del imperio de Alemania, accede a poner en marcha el correspondiente *auto de caballería*, tal como es definida la investidura en la obra que tratamos.

La investidura de armas representa un paso imprescindible para el reconocimiento y ascenso del héroe caballeresco, en tanto que experiencia iniciática de incorporación a la clase de los caballeros y al mundo de los adultos. En sus raíces históricas fue una prueba exclusivamente de carácter guerrero, un examen de ingreso del aspirante al grupo de iguales. Su procedencia, según el profesor Jean Flori, es pagana y germánica, si bien después irá enriqueciéndose a lo largo de la Edad Media, dando cabida a elementos religiosos, políticos y folclóricos, quedando imbuida igualmente por la ideología de las leyendas artúricas y otras materias caballerescas, y derivando finalmente en una especie de celebración sacramental y litúrgica que la literatura manejó y adornó a conveniencia.¹³⁰ En la ceremonia de investidura, siempre

¹³⁰ Recordemos los trabajos de Jean Flori, «Chevalerie et liturgie. Remise des armes et vocabulaire chevaleresque dans les sources liturgiques du IXe au XIVe siècle», *Le Moyen Âge*, 84 (1978), pp. 247-278 y 409-442; «Les origines de l'adoubement chevaleresque. Étude des remises dans les chroniques et annales latines du IXe au XIIe siècle», *Traditio*, 35 (1979), pp. 209-272; «Du nouveau sur l'adoubement des chevaliers» (XIe-XIIe siècles), *Le Moyen Âge*, 91 (1985), pp. 201-226; y su estudio general *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2001, en cuyo cap. «La Iglesia y la caballería», pp. 203-234, podemos leer el siguiente resumen: «Estos actos ceremoniales, muy probablemente de origen pagano y germánico, apenas han dejado huella en la historia escrita, por completo en manos de los eclesiásticos. No quedan de manifiesto hasta que la Iglesia los adopta, los sacraliza y comienza a impregnarlos de sus propios valores, y no es seguro que los textos que los mencionan hagan alusión a un solo y mismo rito».

ante la presencia del rey o un gran noble, el caballero jura la orden y recibe las armas que le corresponden, adquiere las obligaciones de la caballería, y de igual forma le son otorgados los privilegios necesarios para acometer con garantías las funciones de su nueva etapa.

En el contexto medieval de la Península Ibérica, el documento más importante al respecto es la *Partida* II.21, validada posteriormente por el *Ordenamiento de Alcalá*, y reproducida o interpretada por distintos textos teóricos de los siglos posteriores, además de utilizarse como referencia en la ficción caballeresca. El ritual descrito en las *Partidas* alfonsinas, denominado en la mayoría de los casos como «fazer cavallero», establece una costumbre de rango sociojurídico que viene a confirmar la adscripción de un escudero al estamento nobiliario de los defensores. En ese sentido, los libros de caballerías y otros géneros con representación caballeresca reflejan de manera diversa y parcial la citada ceremonia, eligiendo unos u otros ingredientes, incorporando a veces cambios o novedades, siempre en función de los intereses narrativos de cada obra o de las características que envuelven al caballero protagonista de turno.¹³¹

Valerián reproduce de forma general los pasos más importantes de la ceremonia de la investidura. En primer lugar, vela sus armas durante una noche en la iglesia mayor, rezando a Dios y la Virgen María. Nada se dice, sin embargo, de la apostura, la limpieza corporal y las hermosas vestiduras que debe presentar, tal y como se indica con detalle en la *Partida* II.21.13. Al día siguiente, mientras la ciudad se halla en espera de la fiesta y el banquete, con las mesas preparadas en la plaza, los emperadores, los integrantes de la corte y los invitados acuden a la iglesia, donde Valerián se encuentra absolutamente concentrado en sus oraciones. De manera casi inmediata, se celebra la misa preceptiva y «todas las cerimonias que para aquel auto convenían», fórmula de abreviación en la que podemos integrar otros elementos del protocolo que no se nombran; por ejemplo, el obligado interrogatorio del oficiante al peticionario respecto a su deseo de ingresar en la

¹³¹ Insistamos ahora en el trabajo de Juan Manuel Cacho Blecua, «La iniciación caballeresca del *Amadís de Gaula*», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia Lacarra, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 59-80, de donde entresacamos la siguiente explicación: «En la transformación del ritual de iniciación caballeresca, de la misma manera que en la formación de la imagen del caballero y en la configuración de su ideología, la literatura desempeñó un papeel importantísimo. Las obras de Chrétien de Troyes marcaron unas pautas decisivas por el vocabulario, por el significado y por los ingredientes utilizados en el rito. La literatura artúrica posterior heredó y modificó algunos aspectos de la ceremonia, dándole a veces un carácter más ideológico, y destacando más algunos de sus valores religiosos y simbólicos, como puede comprobarse en el *Lancelot* en prosa, obra que conjuntamente con el *Tristán de Leonís* constituyen los principales jalones sobre los que se construyó el *Amadís de Gaula* », p. 63.

orden. Tras comulgar, momento final de la misa, Nestarcio ordena caballero al joven príncipe y le pregunta de quién quiere recibir la espada, el arma que configura el símbolo definitivo de su ordenamiento caballeresco. Elige a Flerisena, su dama, «la más hermosa y alta princesa que jamás naciera». Han quedado fuera de la investidura de Valerián el acto de calzar las espuelas y los signos físicos de la pescozada y el beso, expuestos en la *Partida* II.21.14; tampoco se verbaliza el propio juramento de adhesión a la caballería, aludido tantas veces a lo largo del *Valerián*. De cualquier forma, el príncipe húngaro cumple con el pautaado mayor establecido por la tratadística, apoyándose, como es lógico, en la estilización efectuada por la tradición artúrica y en los referentes ofrecidos por el *Amadís* y los primeros libros de caballerías hispánicos.

Tan ornada falló Valerián la iglesia al tiempo que vino para **velar sus armas**, que le pareció que no se pudiera mejor ni más ricamente adereçar, aunque para lo hazer se tuviera tiempo de muchos años. Porque el príncipe Nestarcio, queriendo que no se dexasse de conocer que no había en olvido puesto lo que al rey Pasmerindo devía, y que tenía de lo satisfazer cumplido desseo, no solamente mandó adereçar y ornar la iglesia de muy ricos paños, para acrecentamiento de la honra que a Valerián entendía de hazer en aquel **aucto de cavallería**, pero juntamente que en aquel día se fiziessen muchos juegos y otras cosas de alegría, con que la fiesta se acrecentasse. Y otrosí que en una plaça, que había delante sus palacios, estuviessen paradas muchas mesas, para que a todos los que ende quisiessen venir a comer, se les diesse tan cumplidamente que conociessen la voluntad que para ello tenía el que assí lo ordenar. Y que por todas las finiestras de las calles tuviessen colgados los mejores y más ricos paños que cada uno pudiesse haver, porque de aquel día quedasse inmortal memoria. Aunque no quiso que se fiziessen justas ni torneos, porque, siendo el plazo de un día para otro, los cavalleros no podrían salir tan adereçados como él quisiera, por la falta de tiempo que para ello tuvieran.

Venida la mañana del siguiente día, siendo ya cerca de l'alva, el príncipe Nestarcio embió a dezir a Valerián que viniesse a los palacios, porque de allí lo pudiesen acompañar a la iglesia, assí como a Florianteo. Pero Valerián, pareciéndole que no era bien por razón de cualquier mundana honra, puesto que mayor ser no pudiesse, según había de ser acompañado por los más altos príncipes y señores que en aquellos tiempos se fallavan, dexar la de Nuestro Señor Dios y de su gloriosa madre, con los cuales en aquella sazón se hallava, le embió a pedir por merced que no se lo mandasse, pues a la buelta a sus palacios se le podrían hazer aquella tan alta honra y merced. Porque su determinación era de se no mover de aquel lugar fasta que la missa fuesse dicha, y por él recebido el sacrantíssimo cuerpo de Nuestro Señor Jesuchristo, y aquel alto orden de cavallería que le había plazido dar.

[...]

Y con tanta compañía que no podían por las calles caber, llegaron a la iglesia mayor, adonde fallaron a Valerián de todas sus armas, salvo de la cabeça y manos, armado, fincadas las rodillas en la primera de las gradas por donde al altar se subía. Y cuando supieron que assí havía estado toda aquella noche, y vieron que estuvo sin jamás moverse de aquel lugar hasta que la missa fue acabada, y fechas todas las cerimonias que para aquel auto convenían, mucho se maravillaron, y más que todos Flerisena, cuando vido que por sus padres ni por ella no havía buuelto la cabeça ni curava de entender sino en su [o]ración.

Antes de acabar la missa, Valerián recibió al Señor en quien tenía, y cada uno que bien de la fe siente, ha de tener su speranza. Y después, **el príncipe Nestarcio lo fizo cavallero**, y preguntándole **de quién quería tomar la espada**, Valerián le dixo que si lo por bien tenía de la princesa, su hija, porque pudiesse dezir que **assí como recibía el orden de cavallería del mejor y más alto cavallero que se fallava en aquella sazón, tomava la espada de las más hermosa y alta princesa que jamás naciera**. Por donde el emperador, trayendo a Flerisena, no tardó en ceñirle la espada diziéndole:

–Plega a Dios, virtuoso cavallero, de vos fazer tan bueno y de tan dichosa suerte como por vós y aquellos que vos aman con derecho se puede dessear.

–Siéndolo de mano de semejantes dos príncipes y tan extremados en el mundo –dixo Valerián–, no permitiera el Señor que assí lo quiso, muy alta y soberana princesa, que la obra dexa de mostrar en alguna parte que fue por vosotros señores obrada (II, cap. v, ff. 140r-141r).

En su detenido análisis del *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo, el profesor Cacho Blecua contabiliza catorce ceremonias de investidura, lo cual, a pesar de la gran extensión de la obra, muestra la relevancia de este rito de paso en la idiosincrasia de los héroes amadisianos y en la evolución de la trama de sus aventuras. Respecto al ciclo de los *Palmerines*, hay que decir que no presenta proporcionalmente tantos ejemplos como el anterior, además de que, como advierte M^a Carmen Marín, especialista y editora de la serie, éstos se centran sobre todo en la concesión de armas. Por su parte, el *Valerián de Hungría* de Clemente, cuya dimensión física es mayor que la de cualquier libro de caballerías en solitario, sobrepasando de largo los trescientos folios, incluye hasta quince ceremonias de variada categoría y condición. La investidura de Valerián es la más elaborada y la que más referencias acumula, en adecuada consonancia con la primacía del personaje en la obra que lleva su nombre. En el otro extremo, los casos de Brimarel, Elisén y Lentín (I, 59), Gargarén (I, 68), Amoraneo (II, 7), Verrolín (II, 22), Soranter y Sedanel (II, 39), Vanomades (II, 50), Belorín, (II, 63),

Obarán (II, 67), y Zonacrín (II, 74), tienen escaso desarrollo argumental o simplemente se aluden en anécdota, aunque sirven para mantener en constante distinción la importancia del ritual, en tanto que elemento que identifica, simboliza y da sentido al caballero andante. Los *autos de caballería* que sí debemos hacer constar son los de Nestarcio y Finariel, en la *Parte Primera*, y Florianteo, Neophal y Poliantel, en la *Segunda*, príncipes y nobles de gran protagonismo, cuyas ceremonias de investidura aportan algunos datos de interés.

Nestarcio (I, 3)

Por donde cuando fue hora, **acompañado de la emperatriz y de su hermana, fue a la capilla en que las había de velar**, al cual tuvieron compañía, rogando a Dios le diese ventura en ellas y le fiziesse tal cautiverio que pudiesse acrecentar la honra que de sus predecesores heredara, aunque Nestarcio no lo rogava sino con las rodillas fincadas delante del altar de Nuestra Señora la Virgen María, suplicándola otrosí con mucha humildad que en la batalla, que había de hazer propuesto por librar a la princesa Arinda y en todas las otras, le ayudasse.

Venida la mañana la emperatriz con su hija se vistieron muy ricamente, y con el emperador, que las ya atendía, partieron de los palacios para la iglesia mayor, levando los duques de Bavera y Saxonia al príncipe Nestarcio en medio d'ellos, armado de todas sus armas salvo del yelmo y la lança, los cuales le levavan el marqués de Brandemburch y el conde de Tirol. Era tan grande el estruendo de los sonos que consigo llevavan, que quasi no podían oírse. Por donde era tanta la gente que a las calles, por las cuales iván, acudía, sin la que ya había en ellas, que les impedía que andar no pudiesen. De suerte que cuando a la iglesia llegaron y fue la missa acabada, ya era gran parte del día pasado, señaladamente con **las grandes cerimonias y solemnidad con que fue el auto de cavallería de Nestarcio hecho**, el cual **no quiso tomar la espada del emperador, su padre, aunque él lo hizo cavallero, sino de la infanta, su hermana**, pareciéndole que, pues su principio había de emplearse en librar tan alta y hermosa donzella como la princesa Arinda, de otra su semejante había de tomar la espada con que lo había de hazer.

Y como ya fuesse, según se vos ha dicho, tarde, acompañando al novel volvieron a los palacios, adonde comieron con mucha alegría, siendo combidados del emperador, assí los duques de Bavera y Saxonia, como el marqués de Brandemburch y el conde de Tirol y los otros altos hombres que ende se hallaron. Por donde la fiesta fue muy acrecentada, la cual no diminuyeron los juegos que se hizieron y representaron aquel día y las bailas y otros exercicios de alegría, los cuales duraron hasta passada media noche, en el cual tiempo cada uno se fue a descansar, señaladamente la emperatriz con la infanta Polidia y las otras dueñas y donzellas que con ellas habían velado la precedente noche (I, cap. iii, ff. 6r-6v).

Finariel (I, 37)

Cuando fue de edad de diez y siete años, siendo muy orgulloso de corazón, desseava sobre todas las cosas ser cavallero, por poder ganar honra y prez, assí como los otros cavalleros mancebos que havia en la corte del rey, su padre. Y como en aquella sazón otra cosa no desseasse, un día que el rey, su padre, estava en gran solaz con sus cavalleros, fincadas las rodillas en el suelo le pidió un don, el cual luego le fue por su padre otorgado, desseando saber lo que quería por razón de lo cual, después de le haver besado las manos, el príncipe le dixo que el don que le otorgara se havia de cumplir con **darle el orden de cavallería** el día siguiente, pues ya tenía las armas con todo lo ál que convenía aparejado.

Y puesto que el rey quisiera que el príncipe, su hijo, no fuera tan cedo cavallero, o a lo menos hasta tener cumplidos veinte años, considerando que aquel desseo proceder no podía sino del orgullo y esfuerço que su corazón sentía, no le pesó antes [e] ordenó que assí el día que dixera como muchos otros después se fiziessen grandes fiestas en París, por autorizar **el tan alto orden que su fijo havia de recibir**, el cual recibió el otro día en la mañana, **haviendo para ello velado las armas aquella noche** con toda la solemnidad que para semejante auto convenía (I, cap. xxxvij, f. 61v).

Florianteo (II, 2)

Otro día de mañana, el emperador con la emperatriz, siendo por los príncipes, sus fijos, avisados, por honrar al donzel que vos diximos, fueron a la iglesia mayor de Colonia, adonde ya fallaron al donzel que era venido, acompañado assí de los príncipes Nestarcio e Arinda, como de su fija Flerisena, a quien, por le hazer mayor honra, havia traído de rienda dende los palacios hasta la iglesia, tan maravillado de ver su hermosura, que no tuvo atrevimiento para alçar los ojos a mirarla muchas vezes, ni menos de hablarle sino muy poco, pareciéndole que a ningún mortal se devía otorgar tan gran bienaventurança. Después de llegados el emperador y la emperatriz a la iglesia, la missa se començó muy solene. Y cuando fue tiempo, **Nestarcio hizo cavallero al donzel estraño, con todas las cerimonias que para semejante aucto convenían**. El cual **no quiso tomar la espada sino del príncipe Nestarcio**, por no mudar el propósito con que ende viniera. Bultos de la iglesia a los palacios se sentaron a las mesas, adonde el novel comió en la de los príncipes Nestarcio e Arinda. Y después, por más regozijar la fiesta, se fizieron algunos juegos, con que mucho se folgaron. A todo lo cual, Nestarcio havia provehído, adivinando el deudo que con el novel tenía, el cual aquella noche, haviendo ya dado las gracias que devía, y querido besar las manos al príncipe Nestarcio, por las mercedes y honra que d'él recibiera, se despidió de todos los que era razón, y señaladamente del príncipe Nestarcio. El cual le otorgó la licencia que le pidiera, rogándole que su fazienda le dixesse, porque se folgaría mucho sólo por no quedar con desseo de saberla, al cual el novel prometió que lo más cedo que pudiesse, pues entonces no tenía tal

libertad, lo faría d'ella sabidor. Con que se fue a su aposento, y otro día de gran mañana partió con sus escuderos. (II, cap. ij, ff. 136r-136v).

Neophal (II, 18)

Y cuando ya fueron desarmados, pues no había de quien se temer, salvo de sus espadas, entendieron en lo que habían de adereçar para su partida, y en lo que convenía para **el aucto de la cavallería de Neophal**. Por amor del cual, y por los otros respectos que se vos han dicho, no dexavan de hazer mucha honra a Cornicia, para consuelo de la cual le dezían muchas cosas, con que algo más quedó satisfecha y aconsolada. Tanto que, al tiempo que ellos comieron en alguna parte, les hizo compañía, puesto que su padre jamás lo quisiese hazer, aunque con toda la rebuelta se lo habían embiado mejor adereçado que se les embiara a ellos en los días que los tuvo presos, porque las mugeres que ende había, viendo la honra que a su señora hazían, no dexaron de lo adereçar como convenía.

Aquella noche Neophal veló las armas que mejor le armaron, en una capilla que en el castillo había, so invocación de Sant Jorge, en el retablo de la cual estava una imagen de Nuestra Señora la Virgen María. Ante la cual toda la noche, fincadas sus rodillas, estuvo suplicándola lo hiziesse tal cavallero, cual a su servicio y de su precioso hijo convenía. Y Cornicia le tuvo compañía, como aquella que ya no dudava de mostrar abiertamente lo que en su corazón tenía bien firme y cerrado.

Y otro día de mañana, aunque no se dixo missa, pues Balisar no tenía ende clérigo para que la dezir pudiesse, **Florianteo lo fizo cavallero**, rogando a Dios que empleasse mejor su cavallería que los cavalleros que hasta entonces habían sido señores de aquella tierra. Y puesto que tuviessen determinado de se no partir dende aquel día, como de los marineros huviessen sabido que el tiempo les hazía tan endereçado quanto lo pudieran dessear, mudando propósito, después de haver hablado a Neophal y Cornicia todo lo que les pareció convenir, y dexándolos con grandes llantos, assí d'ella como de las otras mugeres, viendo que a Balisar y a sus escuderos levavan presos, se partieron dende con mucha alegría, dando gracias a Dios por la merced que les había fecho (II, cap. xvij, ff. 169r-169v).

Poliantel (II, 27)

Y como ya tuviesse Poliantel de muchos días aparejado lo que para su cavallería convenía, una mañana, después de **la noche que las armas velara**, sin ninguna fiesta, por razón de aquellas tristes nuevas, **el rey Finariel lo fizo cavallero, recibiendo la espada de su hermana Belinda**. Y otro día, despedido de sus padres, los cuales con muchas lágrimas encomendándolo a Dios y a la Virgen María, su madre, le dieron la licencia que les pidiera para partirse, armado de sus buenas más que ricas armas, con sólo un escudero, partió, tomando el camino más derecho para Colonia, adonde llegó sin hallar cosa que le huviesse puesto estorvo (II, cap. xxvij, f. 182v).

Las ceremonias de investidura del *Valerían*, y así lo advertíamos con la de su personaje central, siguen básicamente el esquema marcado por los tratados de caballería, aunque hay diversos elementos que no llegan a significarse y otros que han sido notablemente modificados por la tradición literaria caballeresca. El único aspecto que aparece en todos los ejemplos es la figura del oficiante de la investidura, el hacedor que tiene la capacidad de asignar la caballería al escudero o doncel que ha realizado la petición oportuna. Esta figura siempre es la de un caballero ya ordenado, como se exige en la *Partida* II.21.11 y en el *Libro de la orden de caballería*, parte IV.9.¹³² Se trata, pues, de un caballero reconocido, bien sea noble, príncipe, rey o emperador, que incluso puede ser el padre del sujeto que va a ser investido en armas, como le sucede a Amadís con su padre, el rey Perión, y como le ocurre a Nestarcio con su padre, el emperador Octavio de Alemania, y a Finariel con el suyo, el rey de Francia a la sazón. Estos dos personajes, Nestarcio y Finariel, son protagonistas cardinales de la obra, por lo que sus incorporaciones a la orden de caballería vienen a reforzar la importancia de las casas familiares a las que pertenecen, fundamentales por lo demás en todo el libro. Nestarcio, como sucede con otros aspectos, prevalece por encima del resto de personajes de la historia –con la excepción del príncipe de Hungría–, a tenor de su constante responsabilidad en los episodios de investidura; sin ir más lejos, nombra caballeros a Florianteo y Valerían, los héroes más significativos de la *Parte Segunda*. Finariel, por su lado, también otorga la caballería a Poliantel y Belorín, paladines aventureros de gran renombre. Los dos monarcas citados invisten conjuntamente a Brimarel, Elisén y Lentín, en una celebración que apenas se describe. El rey británico Laristeo confiere esa dignidad a Gargarén, también en breve componenda. El joven Florianteo hace lo propio con Amoraneo y Neophal, a través de dos rituales bien distintos. El príncipe Valerían ordena caballeros a Verrolín, Soranter y Sodanel. El soldán de El Cairo recibe e impone en armas a Vanomades. Por su parte, el caballero español Radorián ordena a Obarán. Y finalmente, el emperador griego Constancio hace caballero al otrora moro y corsario Zonacrín, convertido ahora al cristianismo. Todos los oficiantes, como se puede ver, cumplen sobradamente el requisito que establecen los textos teóricos, salvo quizá el caso del soldán egipcio, cuya significación, no obstante, hay que considerar en el seno

¹³² Seguimos en todo momento las siguientes ediciones: Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, ed. Gregorio López, Salamanca, Andrea de Portonaris, 1555 (reproducción facsimil: Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1974); Ramon Llull, *Llibre de l'orde de cavalleria*, a cura d'Albert Soler i Llopart, Barcelona, Barcino, 1988; y también Ramon Llull, *Libro de la orden de caballería*, ed. Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Alianza, 1992.

de los escenarios orientales que imitan las cortes cristianas, muy habituales en el *Valerían* y en muchos otros libros de caballerías.

En algunos de los episodios arriba mentados aparecen otros ingredientes fundamentales del ritual de la investidura. Véanse, por ejemplo, los tres espacios utilizados en el proceso del ordenamiento. El primero de ellos es la capilla, normalmente ubicada dentro de una iglesia o a veces en una ermita lejana, donde el iniciado vela sus armas y reza en confesión durante toda la noche anterior a la ceremonia. Venida la mañana, hay que acudir al segundo espacio: la iglesia, en la que se celebra la misa solemne y se lleva a cabo la parte principal del auto, esto es, el oficiante nombra al caballero y le ofrece la espada, mientras que el investido jura acatar la orden, servir a Dios e impartir justicia, allá por donde fuere. Y en tercer lugar aparece el palacio, lugar al que acuden los caballeros, damas y acompañantes para participar de una comida comunitaria y de las fiestas, juegos y bailes que se realizan en honor del nuevo caballero. En la *Partida* II.21.13 y en el *Libro de la orden de caballería*, parte IV.1-4 se habla siempre de la iglesia como espacio propio para la investidura, sin citarse ningún otro lugar, aunque también se estipula que «aquel día debe hacerse gran fiesta, dar convites, justar y las demás cosas que corresponden a la fiesta de caballería», según dice Llull en la parte IV.13 de su libro, lo que viene a sugerir otros espacios, más abiertos y menos solemnes, como así se presentan los torneos, fiestas y alegrías que acontecen en los palacios del *Valerían*, especialmente en el palacio de Nestarcio y su corte de la ciudad de Colonia, donde se celebran varias e importantes ceremonias caballerescas. No obstante, el paso por la iglesia y la celebración eclesiástica no parece ser absolutamente imprescindible en nuestra obra; así podemos constatarlo en la investidura del magnífico Neophal, en la que no se llega a celebrar la misa reglamentaria, debido a que no hay en el lugar «un clérigo para que la dezir pudiesse», lo que en nada impide que sea armado caballero en las dependencias reales por el príncipe Florianteo, heredero de la corona inglesa.

Otro elemento que surge en varios ejemplos del *Valerían* es el homenaje de la espada, el arma que representa la extensión del caballero, asociada con las virtudes que el iniciado debe conseguir y desarrollar, tal como indica la *Partida* II.21.4, principalmente en relación con la justicia, como también expone el *Libro de la orden de caballería*, parte V.2. Según se advierte en los textos teóricos, la espada es entregada por la misma figura que hace de oficiante, esto es, el rey o un noble de gran relevancia, lo que en la literatura caballeresca sufre diversas mutaciones, en función de los temas

que se hacen propios del género y los aspectos específicos que trate la obra correspondiente. Nestarcio recibe la espada de su hermana, la infanta Polidia, futura reina de Francia; por su parte, Florianteo la recoge de Nestarcio, que pronto se convertirá en emperador de Alemania; el príncipe Valerián prefiere que se la entregue Flerisena, su propia dama; Poliantel la recibe de su hermana Belinda, infanta de Francia; Soranter y Sodanel lo hacen del príncipe de Hungría; y Belorín de su amada Fricea. No todos los dadores de la espada son caballeros, lo que en principio contraviene las indicaciones que aparecen en la *Partida* II.21.11, en el *Libro de la orden de caballería*, parte IV.9, y también en el *Libro del cavallero et del escudero*, cap. 18, donde se afirma con rotundidad lo siguiente:

Otrosí, la cavallería á mester que sea y el senyor que da la cavallería et el cavallero que la reçibe, et la spada con que se faze. Et así es la cavallería conplida, ca todas las otras cosas que se y fazen son por bendiçiones et por aposturas et onras.¹³³

Ahora bien, algunos de los ejemplos del *Valerián*, como sucede con frecuencia en los libros de caballerías, presentan figuras que ejecutan únicamente el gesto físico del ofrecimiento, sin ser responsables últimos de la imposición, que siempre corre a cargo de un monarca, príncipe o gran caballero. En cuatro de los seis casos citados, la espada la entrega una bella y principal dama, originando así una escena que viene a simbolizar la obligación y empeño del caballero en defender a su amada y hacer prevalecer su amor ante cualquier circunstancia adversa, lo que viene a formar parte de la ideología sentimental de la ficción caballeresca. La literatura, pues, introduce categóricamente la figura de la mujer y el motivo del amor como elementos cruciales en la ordenación de los caballeros, y por lo tanto en la esencia de su propia idiosincrasia, aspectos que no reflejan los tratados, aunque sí que contemplan la posibilidad de usar el nombre de la dama en el fervor de la lucha: «E aun porque se esforçassen más, tenían por cosa guisada, que los que ouiessen amigas, que las nombrassen en las lides, porque les creciessen más los coraçones e ouiessen mayor vergüença de errar», según dice la *Partida* II.21.22.

En efecto, las mujeres adquieren una especial significación en los rituales de investidura de la literatura caballeresca, articulando, además, diferentes funciones. En la

¹³³ Don Juan Manuel, *Cinco tratados: Libro del cavallero et del escudero. Libro de las tres razones. Libro enfenido. Tractado de la asunçión de la Virgen. Libro de la caça*, ed. Reinaldo Ayerbe-Chaux, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989, p. 13.

materia artúrica suelen desarrollar el papel de intercesoras o avalistas del futuro caballero, como ocurre en la historia de Lanzarote, en cuyo proceso de iniciación intervienen perentoriamente dos mujeres: la Dama del Lago, que explica al joven el sentido de la caballería e intercede por él ante el rey Arturo, y la reina Ginebra, que le apoya desde el principio y le envía después la espada que completará su ordenamiento.¹³⁴ En las letras hispánicas los ejemplos son igualmente múltiples: en el *Libro del Caballero Zifar*, además de contemplarse la intercesión constante de la reina Seringa, diversas doncellas participan en la segunda ceremonia de Roboán, portando una lanza, una espada, una guirnalda y también una camisa de sirgo, siendo una de ellas, «muy fermosa e muy fija dalgo, a quien copo la suerte que gela vestiese». Eso sí, el resto de objetos los imponen los reyes y el emperador de Trigrida, quienes presiden en todo momento la ceremonia.¹³⁵ La mediación más significativa puede verse en el *Amadís de Gaula*, donde la dama Oriana solicita al rey Perión que haga caballero al que, en secreto y en desconocimiento de ambos, es el heredero del reino. En los parámetros de la simbólica casualidad, la investidura del Doncel del Mar aglutina ingredientes y personajes de suma trascendencia que le desvelarán su identidad y su destino, cambiarán su vida y su condición y le abrirán las puertas del amor.¹³⁶ Otro ejemplo a considerar es el *Palmerín de Olivia*, en el que, justo el día de la investidura del héroe, llega a palacio una hermosa doncella con un yelmo exquisito y un escudo que presenta una pintura de una mano de mujer. La joven explica que su señor envía estos obsequios al caballero para que averigüe con ellos el secreto de su propio corazón; acto seguido, Palmerín es armado caballero por su padre, el rey Florendos, siguiendo de esa forma el motivo recreado por Amadís.¹³⁷ Recordemos igualmente la relevancia de la pastora

¹³⁴ *Historia de Lanzarote del Lago, I. La Reina del Gran Sufrimiento*, ed. Carlos Alvar, Madrid, Alianza, 1987, cap. xxi y ss.

¹³⁵ *Libro del Caballero Zifar*, ed. Cristina González, Madrid, Cátedra, 1983, cap. titulado «De cómo el emperador de Trigrida armó cavallero al infante Roboán», pp. 397-400.

¹³⁶ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. cit., libro I, cap. IV, «Cómo el rey Lisuarte navegó por la mar, y aportó al reino de Escocia donde con mucha honra fue recebido», pp. 262-282. El profesor Cacho Blecua explica con detalle la situación aludida: «La casualidad facilita toda la investidura. Amadís deseaba ser armado caballero por su desconocido padre, y momentos antes del rito le habían mandado unos regalos. La cera con su nombre, el anillo y la espada de su progenitor. Oriana se quedará con la cera y, por tanto, conocerá la identidad de Amadís antes que él. La espada será la misma sobre la que había jurado casamiento Perión y será la misma que imponga a su hijo. El mismo objeto identificador de un linaje está presente momentos antes de la procreación del futuro héroe y en esta renovación de su ser»; p. 142 de la «Introducción».

¹³⁷ *Palmerín de Olivia*, ed. Giuseppe Di Stefano, intr. M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, en el cap. xvj, «Cómo Palmerín fue armado cavallero por mano de Floreados e le dio las ricas armas y espada que havia havido de Guamezir; e una doncella le presentó un yelmo e un escudo; e se despidió de la Infanta Arismena e se fue», pp. 38-40.

Silvia en la iniciación y posterior ordenamiento de Florisel de Niquea, a cargo del rey de Lacedemonia, antes de que acudan juntos al Infierno de Anastárax, como nos cuenta Feliciano de Silva en su variopinto *Amadís de Grecia*. La ceremonia de madurez caballerescas de Florisel no se describe tan apenas, dado que la narración anda interesada en la superación de los protagonistas de uno de los encantamientos más portentosos y enigmáticos de los muchos que inventó Silva.¹³⁸ Y apuntemos finalmente el caso del *Olivante de Laura*, cuyo principal paladín es armado caballero por el duque Armides, su mentor y padre adoptivo, tomando la espada de mano de la duquesa Polinesta, «con mucho acatamiento, rindiéndole las gracias por la merced que en ello le hacía». De nuevo se trata de una situación apurada, casi de puro trámite, en la que no importa la ceremonia en sí misma sino lo que se desprende de ella, esto es, las condiciones caballerescas necesarias para intervenir en una demanda de urgente aplicación: liberar al emperador y al rey Aureliano, padre de Olivante.¹³⁹

Los ejemplos anteriores –mujeres que interceden por los héroes y canalizan sus sentimientos, o mujeres que transfieren sus cualidades al iniciado– son sólo una pequeña muestra de la representación femenina que el género de caballerías y otras formas caballerescas amparan en las escenas de petición y ordenamiento de armas. El *Valerían* sigue perfectamente estas posibilidades narrativas y expone, como ya hemos visto, cuatro ocasiones en las que la mujer es pieza fundamental en el ceremonial de la investidura, siendo el caso más sobresaliente el del propio Valerían, dado que éste recibe una espada mágica de manos de su amada Flerisena, hija de la figura monárquica más importante de toda la obra: Nestarcio de Alemania, quien, además, supervisa y autoriza el acto. En Flerisena se agolpan todos los elementos transferibles que identificarán después al caballero que ahora está en ciernes: el amor, como punto de partida y justificación del camino que desea emprender Valerían; el poder social y político, representado por la casa imperial de Alemania, epicentro de todos los itinerarios de los héroes; la belleza, inigualable en la dama pero también sorprendente en el príncipe húngaro; y la maravilla, transmitida a su vez por la espada mágica que la joven ofrece, antecedente de las ordalías prodigiosas que únicamente Valerían podrá ejecutar con perfecta solvencia.

¹³⁸ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. cit., en el cap. CXXXIV, «De lo que a Florisel y a Silvia y a Darinel sucedió yendo a ver el Infierno de Anastárax», pp. 579-581.

¹³⁹ Antonio de Torquemada, *Obras completas, II. Don Olivante de Laura*, ed. Isabel Muguza, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1997, p. 88.

En muy pocas de las ceremonias del *Valerían* se comenta la preparación externa del caballero, cuya vestimenta y apariencia corporal, según se apunta en la *Partida* II.21.13, debe alcanzar la máxima pulcritud y hermosura. De hecho, en ninguno de los ejemplos de la obra de Clemente surge el gesto significativo del baño, tan fundamental en el código de Alfonso X. Lo que sí se manifiesta muy a menudo es la vigilia del caballero, entendida como vela de la armas durante una noche entera, en oración constante a Dios o la Virgen María. Por otra parte, las preguntas sobre el deseo de ingresar en la orden, la pescozada de confirmación, el beso de reconocimiento y otros elementos descritos en la *Partida* II.21.13, 14 y 15, y en el *Libro de la orden caballería*, parte IV, no se observan en las investiduras del *Valerían*, aunque quizá puedan estar abreviados en esas «cerimonias que para semejante aucto convenían», a las que se alude, por ejemplo, en el ordenamiento de Florianteo y en el del héroe principal. De forma general, conviene recordar que tanto el *Valerían* como el resto de los libros de caballerías, prescinden habitualmente de los detalles de estos formulismos, debido a que se presupone –y así se indica una y otra vez en los relatos– la intachable condición de los aspirantes y su inmejorable preparación para jurar la orden.

En ese sentido, digamos que los recién nombrados caballeros del *Valerían* no emiten el juramento preceptivo de la orden; tan sólo hay algunos que vinculan sus futuras andanzas con la defensa de su amada, como hace con elocuencia el máximo protagonista, y otros que simplemente dan las gracias a Dios por haber logrado semejante disposición. No obstante, todo indica que tales promesas y obligaciones quedan abarcadas efectivamente en las «cerimonias» y la solemnidad del proceso ritual, ya que en diversos momentos posteriores los caballeros recuerdan el juramento llevado a cabo e incluso puntualizan el contenido del mismo. Véanse los siguientes ejemplos, relacionados con la figura de Menadoro:

–Yo tengo por cierto, virtuosa donzella, que, siendo vós fija de tan honrados padres, no dexaríades de dezir en todo verdad. Por donde, aunque por mandado del rey, mi señor, yo no viniera para provar mis fuerças por vos fazer **dar la emienda y derecho que vos convienen, sabiendo el prejuizio que a vuestra honra se haze, dexando aparte la pérdida de vuestra hazienda, no dexara de lo emprender, pues no para otro effeto recibí el orden de cavallería** (I, cap. xlix, f. 89v).

–Muy mal parece, Damacinel, a los cavalleros, **haviendo jurado que defenderán las dueñas y donzellas, y morirán por guardar sus honras y haziendas**, hazer lo

contrario, porque vienen **contra el juramento que juran cuando el orden de cavallería reciben**. De la cual contravención es cierto que no han d'esperar menos de riguroso castigo del alto señor, en menosprecio del cual lo cometen (I, cap. xlix, f. 90r).

El príncipe Menadoro ha jurado defender el derecho de las dueñas y doncellas que así lo requieran, siguiendo con ello las indicaciones de la *Partida* II.21.21, donde se dicta la obligación del investido de combatir por el derecho del caballero o dueña que se hallen en algún tuerto o en situación de pobreza y carencia material, lo que también se contempla en la segunda parte del *Libro de la orden de cavallería*, parágrafo 19, en cuyas líneas se dice con determinación que es oficio de caballero socorrer a los hombres desvalidos, a los huérfanos y viudas, y en general a aquellos que son inferiores en honra y en fuerza. Sobre este particular, mucho más concreto llega a ser el *Ordenamiento de la Banda*, dictado por Alfonso XI entre 1332 y 1334, en cuyo capítulo VI se especifica la intervención de los caballeros de la citada orden:

E quando alguna dueña o alguna doncella fijadalgo biniere a la corte del rey a querellar de algún desaguisado quel ayan fecho, que los cavalleros de la Vanda o cualquier dellos, que la pongan antel Rey para que muestre su derecho, e aún si compliere, que raçone por ella, porque aya cumplimiento de derecho, e aún, demás de raçonar, que faga lo que rel Rey fallare con su corte que debe façer porque ella aya todo su derecho.¹⁴⁰

Esta lección de defensa retributiva, ampliamente confirmada por los tratados de cavallería, deben cumplirla sin omisión todos los caballeros que se precien como tales y justifiquen por consiguiente la denominación que reciben, y así lo recuerda uno de los más importantes personajes del *Valerían*, el rey Pasmerindo de Hungría, cuando manifiesta lo que sigue:

–Pero cuando se hallan en los cavalleros, entonces son de tachar, porque si **al tiempo que reciben el orden de cavallería juran de punar hasta la muerte que a las dueñas y donzellas no se les hará fuerça ni agravio**, cierto es que dexándolo de hazer contravienen al juramento que fizieron (II, cap. xxx, f. 189v).

¹⁴⁰ Alfonso Ceballos-Escalera y Gila, *La orden y divisa de la Banda Real de Castilla*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1993, p. 62.

Tal obligación, tal oficio y deber, es planteado de forma parecida por el príncipe Finariel de Francia, cuyas palabras se asemejan igualmente a las anotaciones alfonsíes, lulianas, manolinas y del resto de ensayistas caballerescos:

–No quiera Dios, virtuosa donzella –dixo Finariel–, que por mi causa en ningún tiempo **sucedá daño ni prejuizio a ninguna persona**, quanto más a las donzellas, a las cuales, sobre todas las otras personas, **los cavalleros somos tenidos de defender y servir**, señaladamente habiendo de caberle parte a vuestra señora e mía, la princesa (I, cap. xliij, f. 76r).

De hecho, el incumplimiento de dicho compromiso es síntoma evidente del oficio totalmente opuesto, esto es, el oficio de ladrones y malvados, de salteadores y rufianes. Recordemos en ese sentido el texto de Ramon Llull, concretamente en su parte segunda, donde explica con claridad las características del traidor a la orden y las consecuencias de su nefasta desviación. Los caballeros traidores y ladrones deben ser perseguidos y aniquilados por los buenos caballeros, dado que aquéllos han cometido el mayor latrocinio posible al privar del honor a la caballería. Estos planteamientos se recrean con nitidez y constancia en el *Valerián*, en cuyas páginas la presencia del ladrón y asaltador de caminos, a veces de origen noble, aunque otras claramente villano, es perseverante y funcional, reflejo, según creemos, de una realidad inmediata que Clemente parece conocer con cierto detalle. Incluso el jefe moro Abelarín, tras una de las primeras batallas entre moros y cristianos, censura con argumentos la actuación anticaballerisca de los soldados del emperador de Trepisonda:

–Por donde yo entiendo de embiarle a dezir que lo que él anoche hizo contra mis cavalleros, fue más **officio de ladrones que salen a los caminos a robar y saltar los caminantes cuando los tienen a su salvo, que no de cavalleros que sean deseosos de ganar honra e prez entre los buenos** (I, cap. xxj, f. 33v).

La oposición frontal entre el oficio de caballeros y el oficio de ladrones es uno de los elementos ideológicos que queda más patente en el *Valerián*, antagonismo que se dirige en primera instancia a través de una alabanza de la caballería como estamento de valores supremos y como perfecto *modus vivendi* que enarbola la causa de la justicia y la defensa del débil y desamparado. No en vano, como afirmaba don Juan Manuel en su *Libro del cavallero et el escudero*, cap. XVIII, «la cavallería es más noble et más

onrado estado que todos los otros», y también en el *Libro de los estados*, primera parte, cap. XC: «éste es el postremer estado que ha entre los fijos dalgo, et es la mayor onra a que omne fijo dalgo puede llegar».¹⁴¹ Varios de los ladrones y villanos del *Valerían* perpetúan las malas costumbres y deshonoran los principios básicos de la convivencia, atacando, robando y reteniendo a los caminantes, o amenazando y forzando a las doncellas, amén de usurpar privilegios y robar posesiones. Estas felonías llegan al grado más alto cuando el bellaco de turno resulta ser un individuo que ha recibido la orden, lo que desautoriza de inmediato su posición social y le hunde en el ínfimo peldaño posible, además de merecer, como dice Llull y después repetirán los tratados y los libros de caballerías, la propia muerte. Los ejemplos sobre este asunto en el *Valerían* son bastante numerosos, formando un evidente tópico que cumple la función de enfatizar las diferencias comportamentales entre los personajes. El príncipe Menadoro, por ejemplo, tiene muy claro cuál es esa diferencia y cuál es el castigo que debe aplicar a los que han incumplido el juramento sagrado de la investidura caballeresca:

–Pues siendo cavalleros salteáis como ladrones, yo vos mostraré qué galardón se alcança por los que, **menospreciando tan alto orden como el de cavallería, vienen a ser como vosotros salteadores** (I, cap. xliij. f. 72v).

Unos y otros ingredientes sirven, como decimos, para ensalzar las cualidades de la caballería y de la orden que la sustenta, cuya ceremonia de ingreso a la misma confirma en todos los casos del *Valerían*, con el del protagonista en primer lugar, la puerta de acceso a un estamento social que debe mantenerse y revalidarse con los propios actos. De hecho, Valerían, Nestarcio, Finariel, Florianteo, Neophal y otros grandes héroes cumplen debidamente con el compromiso adquirido en su investidura, convirtiéndose en testimonios perfectos de la orden que dicen defender.

¹⁴¹ Don Juan Manuel, *El libro de los estados*, ed. Ian R. Macpherson y Robert Brian Tate, Madrid, Castalia, 1991, p. 269.

EL AMOR Y SU TRATAMIENTO

A los valores que suscribe el tema de la caballería, promovidos por las obligaciones y deberes de los caballeros, a propósito de su incorporación y juramento a la orden, debe añadirse el *ars amatoria* que se hace propio del género, cuyas créditos provienen en su origen del denominado amor cortés,¹⁴² aunque también deben tenerse en cuenta otras fuentes y algunas combinaciones a partir de las mismas. Recordemos que el amor cortés suele definirse como la doctrina sentimental de una relación amorosa que en principio es imposible de llevar a término, relación que está dominada por el sufrimiento y la continencia, y donde se idealiza en grado sumo a la amada, casi siempre de una clase social superior, casada, y por tanto inalcanzable para el caballero. Este amor significa el completo sometimiento al servicio de la dama y se apoya en la creencia de que un sentimiento de tales características expresa las virtudes del amante perfecto, del enamorado puro y casto.

Sin embargo, con el referente del amor cortés no terminan de explicarse los episodios amorios de los libros de caballerías. Como necesaria aportación sobre la cuestión amorosa, hay que recalar en el concepto de amor caballeresco que proponen René Nelli y Alexander A. Parker,¹⁴³ definido también por el mantenimiento de la

¹⁴² De la amplia bibliografía que existe sobre el amor cortés entresacamos por su interés la propuesta de R. Schnell, «L'amour courtois en tant que discours sur l'amour», *Romania*, 110 (1989), pp. 72-126 y 331-363. Este investigador defiende que sería preferible hablar de un lenguaje cortés sobre el amor, en lugar de describir la naturaleza de un tipo o modelo sobre el mismo. Existen, no obstante, diversas hipótesis sobre el significado del también llamado fino amor. Una de las más importantes se basa en la idea clásica de la amistad ciceroniana, esto es, la sublimación del amor carnal, como exponen, entre otros, C. S. Lewis, *The Allegory of Love. A Study in Medieval Tradition*, Oxford, Oxford University, 1936; A. J. Denomy, «An Inquiry into the Origins of Courtly Love», *Mediaeval Studies*, 6 (1944), pp. 175-260, «Fin' Amors: The Pure Love of the Troubadours, its Amorality and Possible Source», *Mediaeval Studies*, 7 (1945), pp. 139-207; Otis H. Green, *El amor cortés en Quevedo*, Zaragoza, Librería General, 1955; y Étienne Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1982. La otra gran corriente opina que lo fundamental del amor cortés es la posesión física, cuestión que además sirve para poner en tela de juicio la existencia misma del concepto. En esta vertiente encontramos los trabajos de Moshé Lazar, *Amour courtois et 'fin amors' dans la littérature du XIIIe siècle*, Paris, Klincksieck, 1964; Peter Dronke, *Medieval Latin and the Rise of European Love-Lyric*, Oxford, Clarendon, 1968; y Keith Whinnom, *La poesía amatoria de la época de los Reyes Católicos*, Durham, University Press, 1981. Véase el estudio panorámico de Guillermo Serés, *La transformación de los amantes. Imágenes del amor de la Antigüedad al Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1996, especialmente el cap. III, «Confluencias de tradiciones en la literatura medieval», pp. 87-136; también Pedro M. Cátedra, *Amor y pedagogía en la Edad Media. Estudios de doctrina amorosa y práctica literaria*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989; y Martín de Riquer, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, Barcelona, Planeta, 1975, 3 volúmenes, en especial el tomo I, pp. 77-103. Puede consultarse igualmente el trabajo de Jean Markale, *El amor cortés o la pareja infernal*, Olañeta, Palma de Mallorca, 1998 [1987], donde se exponen al respecto planteamientos en principio eclécticos aunque vinculados formalmente con la primera corriente.

¹⁴³ René Nelli, *L'Érotique des troubadours*, Toulouse, 1963, también en *Trovadores y troveros*; Palma de Mallorca, Olañeta, 1982 [1979]; Alexander A. Parker, *La filosofía del amor en la literatura española, 1480-1680*, Madrid, Cátedra, 1986, especialmente el cap. I, «El lenguaje religioso del amor

idealización de los amantes y la absoluta lealtad del caballero a la dama, pero donde se da entrada al encuentro físico y la culminación sexual en los momentos oportunos, lo que suele llevar al llamado matrimonio secreto, además de la extinción de las diferencias sociales entre los amantes, que ahora son siempre de procedencia noble y aristócrata. La tesis de Nelly y Parker, no obstante, es rebatida parcialmente por Antony van Beysterveldt,¹⁴⁴ quien opina que la distinción anterior está mal planteada y que ambos conceptos se relacionan en el mundo literario con dos tipos de hombres claramente disímiles: el amador cortesano de la lírica cancioneril y el caballero-amante de los libros de caballerías, una vertiente de doble procedencia y perfil que termina reconstruyéndose o aglutinándose en el amor caballeresco. Fuera como fuese, las distintas figuras amorosas comparecen y se combinan por extenso en los libros de caballerías hispánicos, a través de su largo periplo desde la Edad Media hasta comienzos del siglo XVII, adquiriendo matices y tomando referencias de la compleja realidad literaria que los va circundando. En consecuencia, podemos encontrar imágenes del amor cortés, plenamente estereotipadas, y también elementos que se instalan en el neoplatonismo renacentista; surgen conceptos amorosos que dimanan de la poesía canconeril, de la ficción sentimental y de otros géneros de aquellos años, mezclándose las posturas idealizadoras con las más sensuales y eróticas. Se trata, en definitiva, de un *ars amandi* en el que importa más el grado de la manifestación que la pureza de sus componentes, siendo que éstos suponen la fusión o la convivencia de varias tradiciones literarias. En cualquier caso, como apuntan los principales investigadores del género, el amor en los libros de caballerías se representa a través de una amplia gama de posibilidades argumentales que desmontan la tradicional idea de que todas las obras del género son idénticas.

humano», pp. 25-60, donde se analiza el amor cortés y se desarrolla el concepto del amor caballeresco. Para el profesor Parker, quien reconoce apoyarse en las apreciaciones de Nelli, «en la literatura española el amor caballeresco nutre los libros de caballerías y finalmente se convierte en el amor ideal de Cervantes, mientras que el amor cortés del siglo XV evoluciona hasta el neoplatonismo del XVI» (p. 30).

¹⁴⁴ Antony van Beysterveldt, *Amadís-Esplandián-Calisto. Historia de una linaje adulterado*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982, p. 40. Beysterveldt utiliza los mismos principios teóricos en su trabajo «El amor caballeresco en el *Amadís* y el *Tirante*», *Hispanic Review*, 49 (1981), pp. 407-425: «Hemos recalcado el privilegio que gozan los caballeros del *Amadís* y del *Tirante* de poder acceder libremente al medio ambiente femenino, libertad no estorbada todavía por un código de honor muy estricto a este respecto. Pero en contraste con los amantes cortesanos, estos caballeros realizan sus actos esforzados, que les hacen dignos del amor de su dama, en una esfera de vida típicamente masculina de la cual queda rigurosamente excluida la mujer. Por tanto, la cuestión de las diferencias entre el amor cortés y el caballeresco me parece ser, en el fondo, un problema mal planteado, porque ambos conceptos se encuentran en la realidad literaria íntimamente relacionados con dos tipos de hombres claramente distintos», p. 424.

El amor, pues, llena de sentido la literatura caballeresca, desarrollando procesos narrativos mediante los cuales la acción se desencadena hacia el objetivo marcado, que siempre es el ascenso social y el pleno reconocimiento del héroe, el cual debe superar su vasto peregrinaje, lleno de pruebas y de señales, en ocasiones relacionadas precisamente con su capacidad y fidelidad amorosa. Ahora bien, en el camino del amor hay diversas etapas o momentos, con sus respectivos escenarios e integrantes, que jalonan la peripecia amorosa y la consecución de sus frutos. En la obra de Dionís Clemente, además de diversas aportaciones de los personajes más significativos, la figura del príncipe Valerián es la que mejor y con más suficiencia ilustra todos esos períodos, presentando al respecto hasta cinco etapas fácilmente distinguibles:

- Enamoramiento
- Servicio amoroso
- Matrimonio secreto
- Relaciones sexuales
- Desposorios y bodas

1. Enamoramiento

La primera fase comporta el inicio de los sentimientos amorosos de Valerián por Flerisena, que pronto llegan a ser recíprocos. Durante buena parte de su infancia, los dos aristócratas han convivido en los palacios imperiales de Colonia, participando juntos de diversas actividades y juegos, al mismo tiempo que cada uno ha seguido de forma independiente y por separado las enseñanzas que corresponden con sus selectos programas educativos. Ya desde el principio ha existido entre ellos una relación especial que les ha impulsado a querer compartir numerosos momentos, disfrutando de las fiestas y los entretenimientos de la corte. Más adelante, con doce años ya cumplidos, Valerián le desvela a la princesa el profundo amor que siente por ella, sentimiento que dice albergar desde tiempo atrás. La joven confiesa sinceramente que no se había percatado de este sentimiento, pero acepta encantada el servicio que solicita el doncel, al que considera su gran amigo de la infancia. Poco a poco comenzará a sentir algunos síntomas de enamoramiento y se situará en idéntico nivel que su caballero. Así las cosas, una vez acabada la conversación entre Valerián y Flerisena, la descripción metafórica que brinda el narrador confirma las características de un amor que se ha gestado en lenta progresión, sin espontaneidad, a lo largo de una de las etapas básicas

del crecimiento y desarrollo personales, y, por lo tanto, bastante anómalo dentro de los libros de caballerías, en los que habitualmente el amor surge de forma súbita y desenfrenada.

Esta fue la primera piedra que se puso en el cimiento de la fábrica d'estos amores, la cual aunque por entonces con palabras cuasi por burla dichas pareciesse ponerse, después del ardor de sus coraçones, templado con el agua de las muchas lágrimas que derramaron, sintiendo aquexadas cuitas y mortales desseos, se fizo tal betume que con él se refirmó, de suerte que sola la muerte, la cual todos los más estrechos ñudos y lazos desata, la quitó al tiempo que murieron, sin que antes se le huviesse podido causar algún movimiento (II, cap. i, f. 134r).

Eso sí: Valerián dice basar el impulso de su actual atracción en la gracia y hermosura del gesto de Flerisena y en el sufrimiento de pérdida cuando ella no está presente, por lo que su ejemplo perpetúa en gran medida el motivo medieval de la *visio* y *conversio* amorosas, en tanto que arrobamiento del amado por la contemplación de la amada y el consiguiente deseo de gozar de su belleza, o también en tanto que alienación del uno en el otro a propósito del elemento naturalista del movimiento de las potencias orgánicas como origen del movimiento de los sentidos. Dichos planteamientos hunden sus raíces en el concepto del *amor hereos*,¹⁴⁵ la enfermedad de amor o locura erótica que Platón definía en sus conocidos diálogos –*Fedro*, el *Banquete* y *Timeo*, fundamentalmente– como una *corruptio imaginationis*.¹⁴⁶ Más adyacentes nos resultan las ideas aportadas por Andrés el Capellán en su conocida obra *De Amore*, escrita a finales del siglo XII, en cuyos párrafos, imbuidos de imágenes ovidianas, además del eco de las platónicas, se encuentran algunos de los axiomas y reflexiones amorosas más influyentes de la Edad Media y el Renacimiento. No olvidemos que en *De Amore* se encuentra el concepto del amor como raíz de toda cortesía y de todo bien, y hay también en él numerosas e importantes sentencias, como la que expresa que el verdadero amor crece en los impedimentos y la adversidad. La conjunción de estos aspectos hace pensar que se trata de un código o manual del amor cortés, si bien algunos autores prefieren no

¹⁴⁵ *Motif-Index*: T24.3. *Madness from love*.

¹⁴⁶ Véanse, por ejemplo, los comentarios de *El banquete*, trad. Fernando García Romero, intro. Carlos García Gual, Madrid, Alianza, 1989, 186 a-b: «La naturaleza de los cuerpos, en efecto, posee este doble Eros, ya que el estado de salud del cuerpo y el de enfermedad, según se reconoce unánimemente, son dos cosas opuestas y desiguales, y lo desigual a lo desigual desea y ama. Por tanto, uno será el amor que radique en lo sano y otro el que radique en lo enfermo», p. 61. Esta distinción entre dos tipos de amor deriva por consiguiente entre la salud propiamente dicha y lo que viene en llamarse enfermedad de amor.

entender dicho sentido de forma exclusiva o aislada, y dan paso, en consecuencia, a una perspectiva del amor mucho más general, abierta o diversa. En cualquier caso, y a propósito del tratamiento amoroso en los libros de caballerías, conviene recordar las primeras y significativas palabras de este importante tratado:

Amor est passio quaedam innata ex visione et immoderata cogitatione formae alterius sexus, ob quam aliquis super omnia cupit alterius potiri amplexibus et omnia de utriusque voluntate in ipsius amplexu amoris praecepta compleri ('El amor es una pasión innata que tiene su origen en la percepción de la belleza del otro sexo y en la obsesión por esta belleza, por cuya causa se desea, sobre todas las cosas, poseer los abrazos del otro y, en estos abrazos, cumplir, de común acuerdo, todos los mandamientos del amor').¹⁴⁷

Respecto al caso de Valerián, es necesario insistir en la idea arriba mentada: su amor no ha sido inmediato ni fruto de un conocimiento instantáneo. Ya hemos dicho que los sentimientos del joven príncipe se han ido pergeñando a lo largo de los últimos años de su tierna infancia, al calor de la distinguida corte alemana, donde ha crecido junto a la princesa Flerisena. De esa forma, su pasión amorosa va más allá del recurrente amor *de visu* o amor a primera vista,¹⁴⁸ tan habitual en el género caballeresco y en el propio *Valerián*. Recordemos a ese respecto el ejemplo del rey Pasmerindo de Hungría, quien, tras gozar de la visión de Albericia, la más alta y hermosa doncella que jamás viera ni oyera decir, «determinava posponer todos los trabajos e peligros que le sobrevenir pudiesen por alcanzar nombre de su cavallero» (I, cap. ix, f. 15r). Florianteo se enamora de súbito cuando contempla la extrema belleza de Belinda y lo mismo le ocurre a Poliantel con la princesa Ardimea, de inigualable donosura. La exquisitez facial y corporal de las damas arrebató totalmente a los caballeros, los cuales comienzan a sentir de forma instantánea la obsesión mental y los síntomas físicos de la enfermedad de amor, especialmente la *mania*, el *furor*, el delirio, que llega con frecuencia a la acumulación colérica; los humores que circulan por el cuerpo no encuentran la salida y se mezclan con los movimientos del alma.¹⁴⁹

¹⁴⁷ Andrés el Capellán, *De Amore*, ed. Inés Creixell Vidal-Quadras, Barcelona, Quaderns Crema, 1985, *Libro primero*, «Introducción al tratado del amor», pp. 54-55.

¹⁴⁸ *Motif-Index*: T15. *Love at first sight*.

¹⁴⁹ Sobre la vasta tradición médica y literaria de la enfermedad de amor hay que ver el trabajo de Aurora Egido, «La enfermedad de amor en el *Desengaño* de Soto de Rojas», en *Al ave al vuelo. Estudios sobre la obra de Soto de Rojas*, Granada, Universidad de Granada, 1984, pp. 32-52, con una amplia y oportuna bibliografía. Respecto al tratamiento de la enfermedad de amor en el *Amadís*, véase Ivonne

Ahora bien, en otros casos de índole bien distinta, como el del rey Finariel con Polidia o el del futuro emperador Nestarcio con Arinda, se produce el enamoramiento de oídas o amor de lejos –*amor de lonh*–,¹⁵⁰ cuyos términos se relacionan habitualmente con las canciones del trovador Jaufré Rudel. Este sentimiento, a diferencia del amor a primera vista, admite buenas dosis de carácter intelectual, o lo que es lo mismo, de carácter generador o creativo de imágenes mentales propias, a tenor de su apoyatura exclusiva en la palabra, en las excelencias que se cuentan de una dama o un caballero determinados, y no en la observación directa de dichas cualidades. Se trata, pues, de un amor conceptual y espiritual, que no precisa de referencias materiales o corpóreas, acomodado en la pura creencia y en la fe sin límites.

Valerián, sin embargo, como en tantos otros aspectos de la obra, se diferencia claramente de unos y de otros, manifestando un amor que se ha forjado con el paso del tiempo, en la camaradería y los juegos de los años infantiles. Todo indica que se trata de una amistad entrañable que se ha ido transformando progresivamente en amor y en atracción sexual, de un sentimiento que ha brotado en la *infantia* y se ha ido construyendo y matizando en la *pueritia* y la *adolescencia*. El punto de partida no ha sido, como acabamos de decir, el mismo que el resto de los personajes; a pesar de ello, el curso posterior y el resultado final de sus amores sí que conllevan los elementos propios del amor caballeresco y el sustento típico de dedicación entre un caballero y su dama.

2. Servicio amoroso

En la segunda fase de su historia amorosa, Valerián y Flerisena se instalan ya plenamente en el rumbo más común de los personajes caballerescos, llevando a cabo uno de los rituales más significativos en la usanza que nos concierne: el servicio de pleitesía del caballero por su señora, relación de compromiso y vasallaje mediante la cual el caballero atiende, se dedica y promociona infatigablemente a su dama, tornándose ésta en lema y señal de sus enfrentamientos y aventuras, allá por donde anduviere. El comienzo de dicha encomienda no puede ser más emblemático en el caso de Valerián, siendo que resulta sancionado en la propia ceremonia de su investidura. En

David-Peyre, «Le mal d'amour dans le roman de chevalerie de Montalvo *Amadis de Gaule* (1500)», *Crisol*, 10 (1989), pp. 5-11, cuyos términos son perfectamente aplicables al *Valerián* y a la gran mayoría de los libros de caballerías.

¹⁵⁰*Motif-Index*: T11. *Falling in love with person never seen*; y T11.1. *Love from mere mention or description*.

efecto; tras ser nombrado caballero por Nestarcio y recibir la espada de manos de Flerisena, el ya anciano emperador Octavio solicita al joven príncipe que se responsabilice de la guarda y defensa de su nieta, lo que el nuevo caballero acepta emocionado y presto, dado que su intención personal coincide plenamente con ese compromiso:

Al cual Valerián, tornando a fincar las rodillas en el suelo, dixo que, puesto que no se lo otorgasse tan cumplida gracia que servir pudiesse, assí a él como a aquella esclarecida princesa, la honra y merced que aquel día recibiera por cumplir su mandado **tomava aquel cargo, con no menor desseo de la servir** que era la merced que por ello se le fazía. Al cual Flerisena agradeció aquel ofrecimiento, de suerte que ninguno de quantos lo oyeron dexó de quedar tan contento como Valerián alegre, conociendo que las palabras de su señora señalavan la voluntad que contra él tenía, ser la que él desseava (II, cap. v, f. 140v)

Hecho, pues, oficial y público su servicio a la princesa, si bien de fondo, como sabemos, alberga más elementos de los conocidos por los presentes, nuestro protagonista está en disposición de iniciar su larga andadura caballeresca en la que siempre tendrá de referencia su amor por Flerisena, a modo de estímulo y de objetivo final. Ese amor correspondido y fiel será el garante de su perpetua batalla contra la injusticia y será también el fuego vivo de la remembranza y la aspiración más intensa de su corazón, «porque con este seguro pueda çufrir aquellas penas y desseos mortales que de sentir tengo, con que mi vida podrá para vuestro servicio sostenerse hasta que se cumpla el tiempo por mí desseado» (II, cap. v, f. 141r).

Este es, en realidad, el procedimiento amatorio más utilizado en los libros de caballerías. El paladín sale en demanda de aventuras con el fin de lograr las proezas que le equiparen con el esplendor de su dama y le hagan merecedor de la misma y de su amor. El término comparativo suele concretarse en la hermosura de la mujer amada: cuanto más impresionante es su belleza, más difíciles serán los obstáculos que deberá superar el caballero. De esa forma, amor y caballería se fusionan y se hacen ambivalentes, llegando a influir en el carácter de algunas de las ordalías más extraordinarias, donde se medirá precisamente la lealtad en el amor. Recuérdese, sin ir más lejos, la interesante aventura del Corazón Dividido (II, cap. lxxxiiij), en la que sólo los enamorados más fieles, perfectos en su dedicación amorosa –que serán, por supuesto, Valerián y Flerisena–, podrán juntar las piezas marmóreas que fueron

separadas por la magia más poderosa. La lección parece evidente: el proceso de mejora de los protagonistas, en tanto que suma de las cualidades bélicas del caballero y las cualidades amorosas de los amantes, se sitúa por encima de cualquier otro fundamento en las historias caballerescas.

Pertrechado de estas composturas, simbólicamente refrendadas con la ceremonia de la investidura, Valerián de Hungría parte de la corte alemana e inicia su largo periplo aventurero, en el que se topará con gigantes perversos, asaltadores sin escrúpulos, villanos ruines y encantamientos de variada catadura. Junto a él va siempre el recuerdo imborrable de su amada, evocación que ocupa todos sus pensamientos y empuja sus acciones, aunque también le produce el suplicio de la ausencia y la lejanía:

Pero ¿qué penas y tormentos, qué desseos e cuidados, qué dolores y passiones, qué aficiones e cuitas tan mortales son los que aquexarte pueden, por más que cada uno en su grado use contra ti de su extremo, pues con la vida te dexen, que sean suficiente contrapeso de la menor centella de aquella gloria que en Flerisena, tu señora, has alcançado y sin pérdida de la vida perder no puedes? (II, cap. x, f. 151v).

Tales expresiones emparentan nuestro texto con los conceptos habituales de la poesía cancioneril, en la que se viene a sublimar la intensidad del sufrimiento amoroso, aplicándose el tópico de la pérdida y la distancia insalvables, además de los juegos semánticos de la antítesis vida y muerte, gloria y pesadumbre, y otros usos lúdicos y ambiguos con el lenguaje, como estudió en su momento el profesor Keith Whinnom.¹⁵¹ Recordemos al respecto la profunda renovación del lenguaje poético llevada a cabo por la lírica y los cancioneros del siglo XV, especialmente en cuanto a la utilización del vocabulario poético tradicional como eufemismo para simbolizar la pasión amatoria y la exigencia de una concepción de amor aposentada en la filosofía de la naturaleza, pensamiento que se enfrentaba con la tradición amorosa más inmediata al requerir la satisfacción del deseo sexual, el placer carnal, en clara sintonía con la representación

¹⁵¹ Keith Whinnom, *La poesía amatoria de la época de los Reyes Católicos*, Durham, University of Durham, 1981. «En la poesía cancioneril más fina, no tenemos que enfrentarnos ni con metáfora ni con el sentido literal, sino con la ambigüedad, una ambigüedad pensada y buscada», p. 37. Al decir de Whinnom, nos enfrentamos a un vocabulario muy restringido en el que se notan las elevadas frecuencias de un número reducido de palabras abstractas, lo que desarrolla un conceptismo que se basa «en la paradoja, en la ambigüedad y el doble sentido, en la referencia oblicua, en el decir callando y en el simple juego de palabras».

bifronte del amor cortés y el amor caballeresco que el género de los libros de caballerías comenzaba a desarrollar.

En efecto; la enfermedad de amor atenazará a Valerián y sentirá intensamente la enajenación producida por la melancolía, debido al exceso de calor que supone la provisión constante de sangre para recordar y contemplar la imagen de su amada que está grabada a fuego en la *phantasia*. Estas sensaciones le llevarán en varias ocasiones al borde de la desesperación y la locura, tal y como pueden explicarse a partir de la teoría hipocrática de los humores o el cuaternario, ampliamente difundida en la Edad Media y el Renacimiento. No obstante, el compromiso responsable de su servicio y vasallaje dedicado a Flerisena, y el empeño ávido por llegar a la cúspide caballeresca para mostrar de esa forma, ante el mundo y ante sí mismo, la firmeza y potencia de su amor, serán los apoyos que conseguirán mantener en alza toda su energía. La constante e indomable aspiración le purifica y le perfecciona hasta las últimas consecuencias, lo mismo que le ocurre a su dama a través de la salvaguarda de su honra como elemento dignificador supremo y tesoro dispuesto para el único caballero que en verdad lo merece.

3. Matrimonio secreto

De la mano de la profesora Justina Ruiz de Conde, merced a su estudio sobre el amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías,¹⁵² sabemos que el matrimonio secreto o clandestino –llamado también *a iuras*, esto es, por juramento, o *in manu clerici*– fue una práctica bastante habitual en la realidad de la Edad Media europea e hispánica, amparada o admitida por diversos fueros y documentos legales, aunque también fuertemente censurada, matizada o contradicha por otros. Desde tiempos remotos, los esponsales clandestinos se habían considerado válidos a muchos de los efectos, y con ese carácter se promulgaron en la época de la expansión de las compilaciones forales, si bien a nivel general y desde el ámbito eclesiástico empezaron a sancionarse como ilícitos, debido especialmente a la necesidad del consentimiento

¹⁵² Justina Ruiz de Conde, *El amor y el matrimonio secreto de los libros de caballerías*, Madrid, Aguilar, 1948, en cuyas páginas iniciales se adjuntan numerosas citas legislativas tanto a favor como en contra del matrimonio secreto; «La mayor parte de las nupcias se celebran, en general, con grandes solemnidades y con la intervención del representante divino. Con menor frecuencia –aunque con la suficiente para obligar a los legisladores a ocuparse del caso–, hay también enlaces privados, ocultos, a los que no concurren o los testigos, o el párroco, o ninguno de ellos. Desde 718 a 1564, fecha en que fueron aplicados a España los acuerdos del Concilio de Trento, existen estas uniones clandestinas con mayor o menor abundancia, según la época», p. 14.

paterno o familiar, lo que tuvo una de sus primeras aplicaciones jurídicas en las *Leyes de Toro* de 1505, y ya con pleno desarrollo a partir de las decisiones del Concilio de Trento de 1563, donde se establecieron normas y deberes de obligado cumplimiento y donde se reforzó el poder eclesiástico en los asuntos matrimoniales.¹⁵³ Antes de alcanzar esta última e influyente fecha, los principales libros de caballerías y las más importantes series caballerescas miraron de cerca las circunstancias aludidas y aprovecharon el hábito del matrimonio secreto, representándolo en buena parte de sus historias amorosas,¹⁵⁴ incluyendo por demás algunas variedades y contingencias, como así podemos ver en el propio *Valerían*.

Previamente a la marcha del príncipe húngaro en pos de la aventura, éste y la hermosa doncella alemana protagonizan una curiosa y atropellada representación, cuyas características formalizan *in extremis* un matrimonio secreto. En medio de unas circunstancias poco frecuentes, enmarcadas en una sugerente acotación teatral –ese espacio mínimo pero vital, esa estrechura de la gente que les facilita la intimidad–, el episodio acontece cuando Valerían y Flerisena se disponen a salir de la iglesia, una vez que ya ha finalizado la ceremonia de investidura y el caballero ha jurado los votos oportunos.

¹⁵³ Sobre el tema del matrimonio, resulta imprescindible el documentado trabajo de M^a Carmen García Herrero, *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, 2 volúmenes; véase especialmente, dentro del tomo I, el extenso capítulo VII, «El matrimonio», pp. 191-314, donde se contrastan y exploran con detalle todos los aspectos concernientes a la institución matrimonial de finales de la Edad Media: el consentimiento familiar en distintos órdenes, las decisiones del Concilio de Trento, los tipos matrimoniales, el matrimonio por palabras de fuero, el matrimonio por palabras de presente, el matrimonio en la faz de la Iglesia, el comportamiento de los distintos grupos, los diferentes modelos de ceremonias nupciales, la prueba del matrimonio, y las bodas y las fiestas oportunas. Debe consultarse igualmente el clásico estudio de Adhémar Esmein, *Le mariage en droit canonique*, Paris, Librairie du Rucueil Sirey, 1929-1935, 2 volúmenes; y también los trabajos misceláneos de Georges Duby, *El amor en la Edad Media y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1990, y *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal*, Madrid, Taurus, 1992; sin olvidar otro estudio de M^a Carmen García Herrero, *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2005, especialmente el capítulo «Matrimonio y libertad», pp. 107-132.

¹⁵⁴ Véase el artículo de Sylvia Roubaud, «La forêt de longue attente: amour et mariage dans les romans de chevalerie», en *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*, ed. Augustin Redondo, Paris, Publications de la Sorbonne, 1985, pp. 251-267, donde se comentan ejemplos matrimoniales del *Amadis de Gaula*, del *Claribalte*, y del *Libro del Cavallero Zifar*. También debe consultarse el trabajo de Alberto del Río Noguerras, «Amor, matrimonio secreto y libros de caballerías. El sinuoso camino de don Claribalte para llegar ante la faz de la Iglesia», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995), ed. José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1997, tomo II, pp. 1261-1268, donde se analiza pormenorizadamente el proceso amoroso y matrimonial de Claribalte y su dama Dorendaina.

Oído por Flerisena lo que Valerían dixera, y conociendo que si con larga razón había de satisfacerle, antes que la acabasse llegarían a las puertas de la iglesia, adonde ni después de salidos no habría aparejo para dezirle la voluntad que tenía de otorgarle lo que pidiera, pues era conforme a lo que por ella se desseava, para la conservación de su honra, con la mayor brevedad que pudo, le dixo que dende entonces **lo recibía por su verdadero señor, y le otorgava el señorío de sí y de cuanto heredar esperaba, de la mesma suerte que él lo ofreciera, dándole y tomando por señal d’ello la derecha mano que ya tenía**, lo que con la estrechura de la gente muy fácilmente se pudo hazer, havidas por dichas todas las palabras y por fechas, y **cumplidas todas las ceremonias que en semejantes casos se requerían y la católica iglesia tenía ordenado**. Las cuales por entonces eran escusadas, pues delante de Dios, que era el verdadero sacerdote, se hazía, el cual no ignorava la conformidad de sus voluntades y consentimiento de sus coraçones, de los cuales se engendrava el verdadero matrimonio. Y porque en fin de aquellas razones, eran ya cerca de las puertas de la iglesia llegados, la princessa cessó de su razón, por donde no pudo dezirle ni mandar lo que había de hazer en su partida. (II, cap. v, ff. 141r-141v).

La acción nos ofrece el desarrollo breve y apresurado de un matrimonio secreto, en el que se aplican varios de los ingredientes obligados, si bien falta precisamente el encuentro erótico final, la realización de la cópula sexual como rúbrica del acuerdo tomado por los amantes, en tanto que matrimonio *por palabras de futuro*, práctica habitual en la realidad del Medioevo, según nos detalla la profesora M^a Carmen García Herrero.¹⁵⁵ La asunción del contrato matrimonial en aquellos años, tanto el público como el clandestino, solía requerir de esta consumación física, pero también se aceptaba aquél que se hacía únicamente *por palabras de presente*, esto es, sin el «ayuntamiento carnal del marido et de la muger», tal y como reflejaban los textos legales, incluidas las propias *Partidas* del rey Alfonso:

¹⁵⁵ «Los matrimonios por palabras de futuro, por el mero hecho de mediar cópula carnal entre los prometidos, se convierten automáticamente en matrimonio, sin necesidad de ningún otro consentimiento manifiesto y sin que la voluntad contraria de alguno de los prometidos pueda impedirlo. Tal conclusión, que puede parecer extraña y que se presenta de un modo axiomático, sin fisuras, obedece, según Esmein, a que en este punto los decretalistas se ajusta fielmente a la tradición (griega, romana, judía) y a los textos más antiguos. Es también una supervivencia del pensamiento de Graciano, quien diferenciaba dos estados dentro del matrimonio: *conjugium initiatum* y *conjugium ratum*; el primero resultaba del consentimiento de los esposos y podía disolverse por algunas causas, el segundo se establecía por la cópula carnal y era el matrimonio completo e indisoluble. El matrimonio se presenta como un acto en varios tiempos, y puede decirse todavía, como en derecho romano, “*facit enim pactio conjugalis, ut quae primus erat sponsa in coitu fiat conjux*”», M^a Carmen García Herrero, ob. cit., tomo I, pp. 227-228.

Que el matrimonio que se face por palabras de presente es valedero también como el que es fecho por ayuntamiento del marido et de la muger, et qué departamento ha entre ellos.

Diferencia nin departamento ninguna non ha para seer el matrimonio valedero, entre aquel que se face por palabras de presente et el otro que es acabado ayuntándose carnalmente el marido con la muger. Et esto porque el consentimeinto tan solamente que se face por palabras de presente, abonda para valer el casamiento; pero el un matrimonio es acabado de palabra et de fecho, et el otro de palabra solamente. Et como quier que el casamiento sea valedero que es fecho en cualquier destas maneras que desuso son dichas.¹⁵⁶

Antes de salir del recinto eclesiástico, Flerisena accede a la solicitud caballeresca de Valerián y lo acepta como su señor absoluto. En consonancia con el recurso de la *abbreviatio*, muy esgrimido en estos lances protocolarios, no se llegan a especificar todas las «palabras» y «cerimonias» que son requeridas por la Iglesia católica para la realización de los enlaces privados, necesarias igualmente para asegurar la honra femenina que quedaría en entredicho sin la anuencia de dicho escenario, aunque, eso sí, se vierte una apresurada fórmula con claras implicaciones jurídicas: «le otorgava el señorío de sí y de cuanto heredar esperaba», ampliamente documentada en la época medieval y renacentista.¹⁵⁷ En cualquier caso, la sintonía de las voluntades de los enamorados y el consentimiento de sus mutuos amores, autorizan por sí mismos el precario ritual que Valerián y Flerisena han llevado a cabo de forma escondida e inapreciable para el resto de los presentes, ritual que, a pesar de este ocultamiento público, obtiene la más alta aprobación en virtud del lugar sagrado donde se ha efectuado, con la figura de Dios como verdadero y único sacerdote.

Al margen de las circunstancias especiales en que se ha llevado a cabo el acuerdo matrimonial, la razón de que los jóvenes prometidos no pongan en práctica la culminación sexual del casamiento secreto debe encontrarse en la propia condición de

¹⁵⁶ Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, ed. cit. Partida IV, título I, ley IV.

¹⁵⁷ Véanse algunos ejemplos en M^a Carmen García Herrero, «Las capitulaciones matrimoniales en Zaragoza en el siglo XV», *En la España Medieval*, 5 (1986), pp. 381-398. También pueden verse otros «Capitulos matrimonyales», dentro del *Formulario notarial zaragozano de la primera mitad del siglo XVI*, ed. Cristina Monterde Albiac y María Rosa Gutiérrez Iglesias, Zaragoza, El Justicia de Aragón, 2001, pp. 28-30, donde leemos el caso de dos vecinos de la ciudad de Zaragoza, «coniuges futuros, se espera en faz de la santa madre iglesia, solempniter y carnal cópula consumir, las quales partes traen, mandan y dan en aiutorio y por contemplación del presente matrimonio, los bienes y cantidades de dinero siguientes e infrascriptos».

su ejemplar y máximo protagonismo. Efectivamente: antes de llegar al encuentro ansiado y definitivo, Valerián y Flerisena van a superar los obstáculos más difíciles y las pruebas más asombrosas de todo el relato –que son a su vez los episodios fundamentales en torno a los que gira la *Parte Segunda*: el rapto de Flerisena, los encantamientos de Boralda, la aventura del libro prodigioso–, lo que les otorgará las cualidades supremas –de hecho, la perfección sin tacha en amores y batallas– y les situará muy por encima del resto de personajes, garantía concluyente e inapelable de la validez de su enlace encubierto.

Entre las otras parejas, sólo Pasmerindo y Albericia, los padres de Valerián, llevan a cabo una ceremonia en la que tampoco alcanzan la satisfacción del amor carnal. Ahora bien, los aspectos que conciernen a esa ceremonia se ajustan mucho más a los encuentros nocturnos y matrimonios secretos que aparecen en la gran mayoría de los libros de caballerías.¹⁵⁸ En primer lugar, los enamorados entablan un extenso diálogo en el que se vierten los sentimientos, las peticiones y los deseos más emergentes, tras lo que Pasmerindo jura con solemnidad ante Dios y la cruz de su espada, mientras Albericia acepta a su señor con total resolución. Otro elemento de gran importancia es la figura de los testigos del ritual, inexistentes, por cierto, en el caso de Valerián y Flerisena, a pesar de la multitud que los envuelve, pero imprescindibles en buena parte de los ejemplos caballerescos conocidos, donde reproducen de esa forma el protocolo oficial establecido por la Iglesia.¹⁵⁹ Para el enlace de Pasmerindo y Albericia se hallan presentes dos típicos auxiliares: Darinto, escudero fiel del rey húngaro, y Colencia, doncella de confianza de la princesa de Trepisonda. El papel de los testigos, a menudo implicados en la urdimbre de las citas secretas, suele ser determinante en los momentos claves de las mismas y en el proceso final de los esponsales. Su capacidad mediadora

¹⁵⁸ Asociados a estos aspectos, véanse en el *Motif-Index* los motivos T2. *The relative pleasures of love*; T31.2(B) *Lovers' meeting: knight as guest of mistress' husband /father/*; T35.5. *Lover goes to see his beloved in her husband's (or her father's) house*; T281. *Sex hospitality*; T281.2. *Sex hospitality given to king*; T30. *Lovers' meeting*; K1911.3. *Reinstatement of true bride*; y K1348. *Lover gets into maiden's room by means of a ladder*.

¹⁵⁹ Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, ed. cit. Partida IV, título III, ley I: *De los desposorios y de los casamientos en encubierto, y por qué razones prohíbe la santa Iglesia que los hagan escondidamente*. Entre otras cuestiones, y además de las «honras que manda la santa Iglesia», se incide en la importancia de la presencia inexcusable de los testigos para que el casamiento quede de esa forma sancionado, «pues la Iglesia no puede juzgar las cosas encubiertas, mas según que razonaren las partes y fuere probado». Y también M^a Carmen García Herrero, ob. cit., tomo I, capítulo «El matrimonio ante testigos», p. 247: «Solamente un pequeño porcentaje de uniones se realizan mediante mano notarial. De hecho, cuando se requiere probar la existencia de matrimonio no suele recurrirse al testimonio escrito, pues la norma es que no haya tal. Lo más importante, lo definitivo, es que al menos *dos personas* puedan atestiguar haberse encontrado presentes cuando el hombre y la mujer se otorgaron mutuamente».

parece el reflejo de sus correspondientes pares eclesiásticos, esos sacerdotes, obispos y grandes nobles, que serán los responsables de los desposorios oficiales y las grandes celebraciones comunitarias. Pero, además, los testigos suelen influir en el éxito y en el grado de consecución del matrimonio, como ocurre justamente en el caso de Pasmerindo y Albericia, donde el doncel Darinto, prevenido y cauto ante las circunstancias temporales de la situación, aconseja a su señor que interrumpa su «momento de gloria» y lo deje para más adelante:

E fecho aquello, tomando de su señora la mano derecha e juntándola con la suya, **se desposaron diciendo las palabras ordenadas por la iglesia sin faltar un solo punto en ellas ni en la voluntad e consentimiento.** E tomando a Nuestro Señor Dios y a su gloriosa madre por más ciertos testigos de los que eran a ello presentes, la besó tantas vezes e se detuvo en aquella gloria tanto tiempo que no parecía acordársele cosa de las d'este siglo. Por donde le huvo de decir Darinto:

–Bien creo, mi señor, aunque por haver cumplido tan enteramente lo primero que prometistes, se aya de esperar que lo mesmo havéis de hazer en lo segundo, que a lo menos no será con la mesma voluntad.

–¿Cómo por qué lo dizes, Darinto? –dixo el rey.

–Porque ya no ay de aquí al día dos horas, señor –dixo Darinto–, e cuantos son en los palacios como sabéis han de madrugar, e no será bien que por gozar un momento más de la gloria en que vos veo, acaezca algún contrario por donde la perdáis para siempre (I, cap. xviii, ff. 28v-29r).

Por su parte, Nestarcio y Arinda, padres de Flerisena, cumplimentan en gran medida el proceso de su matrimonio secreto. En esta ocasión el intemediario y testigo es la joven Danela, doncella de compañía, quien dialoga con ambos por separado y dispone el encuentro de los amantes en la cámara privada de la princesa. La iniciativa corre a cargo del varón, como es lo acostumbrado en estos casos; Nestarcio confiesa abiertamente sus sentimientos, promete fidelidad y ruega servicio y señorío. Después se dicen las palabras reglamentarias que exige la Iglesia católica, tras lo que los enamorados deben considerarse lícitamente como esposos. El príncipe alemán abraza con libertad a su dama, quien le corresponde de igual forma. En el siguiente encuentro nocturno, y ultimados, pues, los aspectos inherentes al ritual, los consortes realizan la cópula sexual, de cuyo resultado Arinda queda encinta de la futura Flerisena. Apuntemos en seguida que la situación del embarazo resulta bastante sistemática en los

matrimonios secretos del género caballeresco. Véanse los dos momentos antes descritos:

E conociendo que su voluntad no era de se lo otorgar hasta que fuesen desposados, la suplicó, pues sus desseos no se estendían para más de quererla por señora e alcançar alguna seguridad con que su afligido corazón no temiesse perderla, que lo recibiesse por su cavallero y esposo, assí como él la entendía recibir por señora, lo que, como sus voluntades no fuesen en aquello en sólo un punto diferentes, luego **fue hecho con todas las palabras y debido consentimiento que está por la católica Iglesia ordenado**, cumplido lo cual se le otorgó a Nestarcio usar de su primer pensamiento, abraçando a su señora, la cual no dexó con igual voluntad de le otorgar aquella parte que como a su nuevo señor y esposo devía (I, cap. xxxv, f. 60r).

Y puesto que la princesa jamás hoviera creído que el príncipe, su señor, la havía de aquejar tanto como en aquella sazón viesse lo contrario, y conociendo que no havía razón con que contradezirle deviesse, pues pedía y quería lo que le era devido, rogándole que se çufriesse hasta que salida dende Danela pudiesen en su lecho acostarse, alcanzó tiempo con que, quitados los vestidos d'entramos, se acostaron en él, adonde sin contradición alguna, antes de su propia voluntad causado del sobrado amor que le tenía de muy hermosa donzella, en no menos breve tiempo, **perdiendo su primer título y cobrando el segundo de dueña, quedó en aquella noche preñada de una fija** que en muchos de los passados tiempos ni en aquellos con gran parte de los venideros se halló quien le igual fuesse, assí en hermosura como en todas las otras gracias e virtudes que se podían en una perfeta donzella considerar (I, cap. xxxvj, f. 61r).

La disparidad amorosa del *Valerían* no es excesivamente anchurosa ni existen figuras muy distintas a las preceptivas o habituales, como sí sucede en el *Amadís de Gaula* con Galaor, en la *Tercera parte* del *Florisel de Niquea* con Rogel de Grecia, en el *Palmerín de Inglaterra* con Floriano, o en el *Olivante de Laura* con Peliscán, por poner sólo algunos ejemplos. Se trata en estos casos de caballeros que encarnan una concepción del amor más distendida, sensual y ajena de los protocolos generales. Estos caballeros se relacionan de manera libre y espontánea con mujeres de diferente posición social, sin que por ello dejen en ningún momento de cumplir con sus compromisos y obligaciones de la orden de caballería. Según el gran estudioso Jean Frappier, estos elementos discordantes provienen en última instancia de la tradición celta; posteriormente se configuraron en los ejemplos amatorios de la materia artúrica,

fusionándose a su vez con el *fine amour* de los trovadores provenzales.¹⁶⁰ En efecto: estas fórmulas de supuesto origen celta parecen vincularse con la pasión encendida de algunos amores caballerescos, los cuales, a partir de la liberalidad sexual que prodigan, se distancian claramente del amor cortés y de la altivez y resistencia acostumbradas de la dama.

Pero, como decíamos arriba, la obra de Clemente no atiende estas posibilidades amorosas. Eso sí: nos brinda un caso especial, significativo, de matrimonio secreto, bien disímil a los que hasta ahora hemos visto. Nos referimos al enlace del caballero Menadoro de Bohemia y la princesa Luceminia de Gran Bretaña. Ya desde el principio la historia personal de Menadoro aparece marcada por ciertos desvíos o impedimentos, enamorándose de una mujer, Albericia, que no va a corresponderle, siendo que se ha prometido al rey Pasmerindo, gran amigo y compañero de batallas de Menadoro. Atormentado por el dolor, abandona el escenario en el que se encuentra –el imperio de Trepisonda– e intenta regresar a su tierra natal. La intervención providencial del sabio Arismenio, que surge aquí por vez primera en la obra, provoca que Menadoro olvide su amor por Albericia y quede prendado de la jovencísima Luceminia, princesa del reino británico. De igual forma, las proezas del caballero dentro y fuera de la corte inglesa dan pie para que la doncella admita su servicio amoroso. Así las cosas, los jóvenes enamorados, ayudados por la doncella Esteria, que hace las veces de testigo y cómplice, inician sus encuentros nocturnos que sellan con el procedimiento del matrimonio secreto. Luceminia, como sucede con la gran mayoría de las doncellas que han pasado a ser dueñas de esta manera, queda embarazada de un hijo.

Y como él viesse que en la princesa tenía cumplido señorío, y no tuviese otro desseo sino de verse tan al seguro, que por ninguna vía pudiesse a su señora perder, y conociese el aparejo que entonces se le ofrecía para lo alcançar, la suplicó que para su cumplida satisfacción lo recibiese por verdadero servidor y esposo. Lo que luego fue por

¹⁶⁰ Jean Frappier, «Le concept de l'amour dans les romans arthuriens», en *Amour courtois et Table Ronde*, Gèneve, Drozt, 1973, pp. 43-56: «L'amour de la fée est comme une grâce inattendue, une illumination soudaine, un don total [...] les fées des contes celtiques, et les fées en général, sont volontiers capricieuses, volages, libertines», p. 45. El profesor Antony van Beysterveldt sostiene una opinión parecida en su estudio transversal *Amadís-Esplandián-Calisto. Historia de un linaje adulterado*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982: «También es cierto que estas incidencias aparecen faltas de un preciso fondo explicativo en el texto de *Amadís*, y que lo más exacto sería considerarlas como meras reminiscencias o residuos en la arqueología de la obra, evocatorios de una primitiva etapa en la formación de las leyendas célticas, y como tales, reflejando las costumbres de la sociedad matriarcal de los celtas con su patrón de comportamiento sexual radicalmente distinto del que se puso en vigor en las sociedades cristianas a partir del siglo IV», p. 81.

aquella hermosa princesa cumplido, **con todas las palabras que por la católica Iglesia para semejantes auctos y sacramentos están ordenadas**. Por donde, fecho aquello, Menadoro començó de tomar aquella primera parte de gloria que se le otorgava, con que buena pieça estuvieron entrambos igualmente gozando, assí aquella noche como muchas otras, en cabo de las cuales, queriendo a su desseado fin traer sus continuos desseos, conociendo la poca resistencia que en su señora havia, señaladamente haviéndose ya con ella desposado la primera noche que en su cámara havia entrado, según se vos contó, después de muchas amorosas razones que entre ellos passaron, tanto fizo y porfió, que, alcançando enteramente el cumplimiento del remedio que desseava para sus aquexados desseos, la dexó quando salió de su cámara **preñada de un fijo**, aunque por entonces ninguno d'ellos lo sabía. Y quando fue en su aposento, conociendo de quanto a Nuestro Señor Dios era obligado, le dio las gracias que pudo, porque después de tantos desatientos no se havia olvidado de darle tan alto galardón, suplicando le guiase aquellos fechos de manera que, sirviéndolo, pudiesse gozar de aquella princesa sin ningún perju[i]zio de sus almas y honra, pues le havia plazido dársela por compañera para en este siglo (I, cap. liiiij, f. 98r).

Con todo, los siguientes acontecimientos no responden a los cánones establecidos y proyectan sobre este caso una clara distinción que se hace única en la historia de *Valerían*. Los nuevos esposos no proclaman públicamente su acuerdo y ocultan el embarazo, entendiéndose la acción como salvaguarda de la honra de Luceminia. De hecho, cuando nace el niño, de nombre Florianteo, es rápidamente envuelto en ricos paños con unas cruces bordadas y se entrega a un ama de una aldea próxima para que lo crie. ¿Por qué hay que defender la honra de la princesa si los amantes han llevado a efecto un matrimonio secreto con el ritual y las palabras adecuadas? La razón debe hallarse, como sucedía en otro sentido con los ejemplos anteriores, en la propia condición de los intervinientes, concretamente en la del príncipe Menadoro. Así es; Menadoro representa sin duda la imagen de un perfecto caballero y un guerrero de casta insuperable, pero no tiene, en el momento de los esponsales clandestinos, la categoría social comparable a la que ostenta Luceminia, la cual, recordemos, es la heredera directa del reino de la Gran Bretaña. La evidente diferencia social entre ambos, inexistente en las demás parejas de la obra, que siempre pertenecen a la alta aristocracia y son o serán regentes de países e imperios, condiciona por defecto el matrimonio de Menadoro y Luceminia, provocando la necesidad de ocultar el fruto del mismo.

No obstante, la diferencia aludida concurre sólo de forma temporal, dado que las equivalencias vuelven a su cauce cuando Menadoro adquiere el grado más alto. El joven Menadoro es pariente del viejo rey de Bohemia, el cual, a falta de descendientes directos, y sintiéndose a la sazón enfermo, lo nombra príncipe del reino y su heredero inmediato. Al poco tiempo, el rey fallece y Menadoro se convierte en el nuevo y flamante monarca, lo que proyecta el reconocimiento de su situación a todos los efectos, empezando por el desvelamiento del matrimonio escondido, la proclamación de las bodas públicas y, especialmente, la presentación de Florianteo ante sus abuelos y ante la corte como hijo legal de los ahora príncipes de Inglaterra. Cabe añadir que Menadoro, entre uno y otro acontecimiento, solicita encarecidamente a los reyes ingleses que no sancionen a su hija por los hechos pretéritos, con lo que se viene a insistir en la idea de que este matrimonio secreto no había cumplido debidamente con las obligaciones o necesidades del nivel correspondiente.

Las circunstancias del enlace de Menadoro, sin duda las más intempestivas de todos los matrimonios secretos que aparecen en el *Valerían*, se constituyen en tanto que recurso narrativo que articula la trayectoria y evolución del joven aventurero. No olvidemos que Menadoro, de entre los cuatro grandes caballeros de la primera parte de la obra, es el que presenta una menor prestancia social y un recorrido con menores logros y algún que otro fracaso, por lo que su camino hacia los máximos objetivos viene a resultar posiblemente el más difícil y presenta más inconvenientes que el de sus futuros iguales.

4. Relaciones sexuales

Valerían y Flerisena pospusieron el encuentro sexual, dejando su matrimonio secreto sin el máximo galardón. Ya hemos visto que esto puede suceder en algún caso pero no es lo más frecuente en los libros de caballerías, donde los esponsales clandestinos suelen llevar a término la unión física, casi siempre precipitada por la mayor impaciencia y deseo del varón. Nuestra pareja protagonista, sin embargo, retarda esa fase durante un buen número de capítulos, nada menos que desde el cinco hasta el setenta y cinco, ambos de la segunda parte, un enorme espacio narrativo que atañe, como hemos dicho tantas veces, a los episodios más trascendentes de la obra.

Existe, no obstante, un momento intermedio, dominado por la pulsión erótica, en el que los amantes dan rienda suelta a parte de sus deseos carnales, si bien no llegan a la cópula sexual, entorpecidos por los acontecimientos que se desarrollan en su entorno

más próximo. Valerián acaba de superar los obstáculos y encantamientos creados por la maga Boralda, liberando así de su reclusión a Flerisena. Los enamorados se reúnen de nuevo después de mucho tiempo y después de una larga separación llena de incertidumbre y temor. Cuando contempla por fin a su caballero salvador, la princesa se desmaya de la impresión, aplicándose de esa forma un efecto del *amor hereos*, como les ocurre a numerosas damas en el instante que recuerdan, visualizan o recuperan a sus amados señores, o incluso cuando tan sólo escuchan su nombre, como le sucederá en otras circunstancias a una joven llamada Melibea.¹⁶¹ Valerián emite entonces un discurso de agradecimiento a los que le han ayudado, seguido de otro dedicado íntegramente a su dama, invocando también a Dios para que le socorra y anime en este instante. Una vez vuelta Flerisena a su ser, los amantes, encendidos de pasión, se besan y acarician con gran deleite y desenfreno.

No fue jamás alegría en corazón de hombre mortal tan grande como la que en aquel punto el de Valerián sintió, oyendo aquella boz y viendo abiertos aquellos ojos, por ver los cuales había con tantos afanes y mortales desseos ende venido. Y con aquello, cobrando algo más de su perdido juicio, comenzó de desabrocharle las cintas de los pechos a gran priessa, no dexando sus ojos de continuar su acostumbrado exercicio, assí entonces de aquel impensado gozo como poco antes de su cierto dolor. Por donde a la princesa se otorgó con mayor fuerça sospirar y cobrar alguna parte de sus perdidos espíritus, con que pudo cuasi del todo abrir sus ojos (II, cap. lv, ff. 248v-249r).

Valerián y Flerisena tienen que abandonar sus mutuas caricias debido a las extrañas circunstancias de la ínsula encantada, todavía sin resolver de forma definitiva. De hecho, aparece en ese instante la maga Boralda, desesperada y rabiosa ante el éxito del príncipe de Hungría, blandiendo entre los dientes su cayado mágico, «con el cual obrava mil cosas y hazía otros tantos males». Valerián logra que Boralda arroje el cayado, tras lo que la inmoviliza y encierra en lo alto del castillo. Poco después, el sabio Arismenio, que inicia aquí una etapa de gran protagonismo, convoca a los caballeros y damas del lugar y prepara el regreso triunfal a Alemania.

¹⁶¹ Como vemos en el décimo auto de la obra de Fernando de Rojas, *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. Francisco J. Lobera, Guillermo Serés, Paloma Díaz.Mas, Carlos Mota, Íñigo Ruiz Arzálluz y Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 2000, concretamente en p. 227: «MELIBEA. Di, no temas. CELESTINA. Calisto. ¡Oh, por Dios, señora Melibea!, ¿qué poco esfuerzo es éste? ¿Qué descaemiento? [...] Señora mía Melibea, ángel mío, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? ¡Abre tus claros ojos!».

Las caricias entre el caballero y la princesa tienen su merecida continuación en el capítulo setenta y cinco, cuyo título es de por sí concluyente: «De cómo Valerián de Ungría con la princesa Flerisena llegaron al puerto de sus aquexados y comunes desseos, alcançando la gloria tan cumplida como con los humanos sentidos se puede sentir e gozar». Arismenio, tal y como le había prometido tiempo atrás a Valerián, dispone y acondiciona el espacio oportuno para que éste obtenga el descanso de los anhelos y sufrimientos que le acongojan cuando se encuentra junto a su amada Flerisena. En primer lugar, provoca un viento prodigioso que gobierna las naves en las que viajan Valerián y sus amigos, y las conduce finalmente hasta una extraña isla que resulta ser la Ínsula Venturosa, la tierra originaria del sabio. El grupo se instala en las proximidades de una hermosa fuente y unos frondosos árboles, donde pronto acuden seis doncellas con dos carretas colmadas de los utensilios y manjares necesarios para un banquete exquisito. Tras la succulenta cena, todos los comensales, salvo Valerián y Flerisena, quedan profundamente dormidos a causa de un poderoso hechizo de Arismenio.

En ese marco incomparable, en medio de una naturaleza esplendorosa, y después de una cena que ha servido simbólicamente de celebración preparatoria, los amantes se entregan por fin a sus placeres más íntimos. En los primeros momentos, Flerisena cumple con el papel de dama temerosa por su honra y muestra cierto reparo ante la situación, pero también Valerián sigue el canon que le corresponde e insiste con vehemencia en su pretensión carnal, dado que ésta se halla totalmente avalada por el matrimonio secreto que los enamorados llevaron a cabo hace ya bastante tiempo. Además, la figura de Arismenio presenta el perfil sancionador de un sacerdote ejemplar, generando con precisión y delicadeza los elementos propicios para la unión definitiva.

Por donde viéndose Valerián surgido en aquel seguro puerto de descanso, no se ha de dudar que por lo gozar más cumplido dexasse de dezir a la princesa, su señora, palabras tan amorosas como su entendimiento e juicio en aquella sazón alcançavan, por alcançar el cual tantos peligros e fortunas como trabajos y afanes le havia convenido passar. Ni menos se ha de creer que aquella agradecida princesa, conociendo cuán justamente le era devido y que con se lo otorgar dava a si mesma el remedio que Valerián pedía, dexasse con igual voluntad de lo conceder. Con que, no se hallando en aquella sazón entre aquellos dos leales y verdaderos amantes ningún género de discordia ni de descontentamiento pues lo jamás hubo, dando a sus coraçones la verdadera seguridad

que desseavan, todo lo que de la noche quedava igualmente gozaron de muy mayor gloria, de la que por ellos era antes de la gozar considerada (II, cap. lxxv, f. 292v).

Nuestros protagonistas han dado de esta forma el paso categórico hacia el *amor concupiscenciae*, el cual se aposenta en el concepto general de la *concupiscencia* o amor sensible y deseo natural de todos los animales, como había definido Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* (IX, 3 y XII, 1) o Tomás de Aquino en la *Summa* (I, i, q. 27, a. 3), y en el concepto particular de la *cupiditas*, que hace referencia al deseo que surge de la visión de la belleza física, la *visio* que se imprime con letras de molde en las entrañas y en la fantasía del observador, cuya tradición literaria emerge en Platón (por ejemplo, *Fedro*, 254-255), y se desenvuelve en diversos autores del Medievo y el Renacimiento, con anuencia de trovadores provenzales y poetas hispanos de cancionero.¹⁶² Unos y otros aspectos se entrecruzan libremente en el amor carnal que personajes caballerescos como Valerián y Flerisena, y tantos otros en los libros de caballerías hispánicos, brindan sin reparos ni fisuras en lo que forma parte de un proceso autorizado y coherente con las fórmulas socialmente aceptadas.

Baste recordar el magnífico y elocuente ejemplo del *Tirant lo Blanc*, obra en la que se encuentran episodios muy subidos de tono y personajes que exteriorizan pasiones y deseos ardientes, especialmente los personajes femeninos –Carmesina, Plazer de mi Vida, la Emperatriz de Constantinopla, la doncella Eliseo–, cuyas distintas actuaciones confieren a la historia una palpable y acertada sensualidad. Imposible olvidar a Plazer de mi Vida, doncella con un nombre cargado de evidente intención, representante máxima del erotismo en el libro de Martorell, y protagonista de tórridas e impactantes escenas en las que se desenvuelve como intermediaria amatoria, como guía y transmisora carnal, e incluso como secreta o soñada *voyeur*, todo lo cual le produce placer e insatisfacción al mismo tiempo, condicionando su sexualidad floreciente de muchacha virgen de unos quince años.¹⁶³

¹⁶² Sobre estos conceptos nos habla largo y tendido Guillermo Serés en su ob. cit., especialmente pp. 41-44, 52 y 91-94. Conviene recuperar al respecto el trabajo de F. Tobin, «Concupiscencia and Courtly Love», *Romance Notes*, 14 (1972), pp. 387-393, en el que se ofrecen oportunas definiciones de los términos tratados. Y también debe consultarse el análisis de Pedro M. Cátedra, *Amor y pedagogía en la Edad Media. Estudios de doctrina amorosa y práctica literaria*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, donde se aportan múltiples reflexiones sobre estas cuestiones.

¹⁶³ Véase al respecto el reciente estudio de Rafael Beltrán, *Tirant lo Blanc, de Joanot Martorell*, Madrid, Síntesis, 2006, concretamente el cap. «Novela de amor», pp. 175-200, y la amplia sección dedicada a los personajes, pp. 67-128. Debe completarse, cuando menos, con los trabajos de Lluís Alpera, «La concepció de l'amor al *Tirant lo Blanc*», en *Estudis de literatura catalana al País Valencià*, Alicante, Universidad de Alicante, 1987, pp. 25-36; y los de Juan Manuel Cacho Blecua, «El amor en el *Tirant lo*

5. *Desposorios y bodas*

Todas las relaciones amorosas del mundo caballeresco, hayan pasado o no por el matrimonio secreto, necesitan de un reconocimiento público donde suelen converger diversos sucesos aprobatorios, concretamente la celebración de la misa por parte de una eminente figura eclesiástica, y las fiestas, alegrías y justas comunales prodigadas y presididas por el rey. Como no podía ser de otra manera, el caso de Valerián y Flerisena se distingue en gran medida del resto de parejas de la obra, mostrando al respecto una estructura de tres fases significativas, perfectamente pautadas. Recordemos que el príncipe y su señora ya han alcanzado la última etapa de su itinerario amoroso, tras haber consumado su entrega sexual. Tanto el matrimonio secreto realizado escondidamente en el templo, como el encuentro urdido por Arismenio en la arboleda, son piezas básicas de su camino amatorio hacia el definitivo beneplácito social, que siempre debe estar homologado por el máximo representante social y político.

El primer paso es el de la concesión matrimonial y el reparto de bienes. En el capítulo setenta y ocho de la segunda parte del *Valerián*, el emperador Nestarcio reúne a sus distinguidos huéspedes en la sala central del palacio para declararles sus últimas decisiones y voluntades. Se encuentran en el lugar los principales héroes y damas de la *Parte Segunda*. Así las cosas, Nestarcio le ruega a su sobrino Poliantel que reciba como esposa a la infanta Ardimea, lo que produce una gran satisfacción a los reyes de Hungría, padres de la joven. Al príncipe Florianteo, el gran amigo de Valerián, le pide que despose a Belinda, lo que llena de complacencia a los expectantes reyes de Francia. Y de la misma manera le otorga a Valerián por esposa a Flerisena, con el consiguiente derecho sobre los imperios de Alemania y Grecia, amén de la sucesión del reino de Hungría que el caballero ostenta por derecho propio. El emperador se prolonga en su cometido con otros grandes paladines y sus señoras, indicándoles los casamientos y privilegios correspondientes. Se anuncian también numerosos dones para todos los caballeros, doncellas y escuderos que han intervenido de una u otra forma en la liberación y posterior custodia de Flerisena, con especial aplicación para el sabio Arismenio, que se convierte a partir de ahora en consejero y ayudante personal del emperador. Se cierra el extraordinario y solemne acto con la fijación de las fechas

Blanc: Hipòlit y la emperadriu», *Actes del Symposium Tirant lo Blanc*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993, pp. 133-170; y «El beso en el *Tirant lo Blanch*», *Homenaje al profesor José Fradejas Lebrero*, Madrid, UNED, 1993, pp. 39-57. También puede consultarse el libro de José Enrique Ruiz-Doménec, *Siete mujeres para Tirant*, València, Ajuntament de València, 1998.

pertinentes; la celebración de los desposorios se realizará al cabo de veinte días y las bodas a los dos meses cumplidos. El emperador envía a sus mensajeros por los diversos reinos cristianos con el propósito de que la noticia de las ceremonias se divulge ampliamente por todos los reinos europeos. Al mismo tiempo, despacha la invitación de forma personal a las cortes de Constantinopla, Hungría, Francia y Gran Bretaña.

Tanto en éste como en otros casos, la narración distingue claramente entre las dos celebraciones aludidas, esto es, los desposorios, que se efectúan en el ámbito privado y cortesano, con una duración limitada, y las bodas, que se realizan en el espacio público, o al menos en un contexto más amplio, y se extienden durante algún tiempo. Ambas se llevan a cabo por la iniciativa del más alto noble, a menudo el rey o el emperador, y ambas incluyen el componente religioso, concretándose en el ritual de la misa, que siempre está presidida por una importante figura eclesiástica. Es la necesaria confirmación ante Dios y la Iglesia del compromiso amoroso entre el caballero y la dama. Tras la misa, en el primer caso, se sucede un convite nupcial exclusivo para los familiares directos y la corte más selecta. La segunda celebración, sin embargo, tiene un carácter más abierto y festivo. Se trata ahora, sobre todo, del reconocimiento por parte de toda la comunidad, lo que se desarrolla, por un lado, en el terreno cortesano y caballeresco, a través de entretenimientos, justas y torneos, y por otro, en el ámbito de la población urbana, mediante alegrías, bailes y banquetes en la plaza y las calles de la ciudad.

De esta forma, llegamos al capítulo ochenta y uno de esta *Parte Segunda*. El arzobispo de Colonia oficia una solemne misa en el interior de los palacios imperiales, desposando a todas las parejas que habían obtenido la aquiescencia de Nestarcio. De nuevo entra en funcionamiento el recurso de la *brevitas* y se dice que el arzobispo llevó a cabo el ritual «con todas las ceremonias y palabras que por nuestra cathólica Iglesia están ordenadas, dándoles en la fin su bendición» (II, cap. lxxxj, f. 306v), justamente la misma expresión e idénticos conceptos que los utilizados en los matrimonios secretos. Suenan también algunos instrumentos musicales en señal de aprobación. Poco después, los padres, amigos y allegados se acomodan en las mesas palaciegas, donde se da buena cuenta de los manjares traídos para la ocasión. A pesar de todo lo acontencido, el proceso de los esponsales no ha llegado todavía a su fin, dado que Valerián y Flerisena siguen viéndose a escondidas, por la noche, en la cámara de la princesa. Cabe decir, pues, que sólo tras la ceremonia de las bodas, ante la comunidad al completo, se

aceptará el matrimonio con todas sus consecuencias, lo que no ha impedido que se entendiera como válido en otros niveles.

Las bodas reales se celebran por fin en el capítulo ochenta y cuatro. El emperador articula lo necesario para que las calles de la ciudad se adornen profusamente. Los novios y novias, tal como los denomina el relato en este momento, se presentan engalanados en la sala principal de palacio, donde también se encuentran los emperadores, los familiares y los reyes y grandes caballeros que han acudido a la invitación. El grupo al completo se dirige hacia la iglesia mayor de la ciudad, en la que de nuevo el arzobispo de Colonia oficia el sacramento de la misa. No faltan la música y los coros cantores. Numerosas gentes acompañan a los recién casados dentro y fuera del recinto, vitoreándolos y mostrando su alegría por medio de bailes, canciones y diversos juegos. Es ahora la fiesta colectiva, el júbilo de todos los pobladores del lugar. Los matrimonios rubrican de esa manera su pleno reconocimiento social.

Un gran banquete en palacio da por finalizada la jornada, dejando para otro día los entretenimientos bélicos, los torneos y combates a varias lanzas, en los que participarán caballeros y escuderos de distintas procedencias, guerreros que han venido expresamente desde muy lejos en busca de gloria. Aunque el largo proceso nupcial ha alcanzado su término, de improviso acontece la extraordinaria aventura del Corazón Dividido, que va a significar un nuevo refuerzo –esta vez mayúsculo: la ratificación final– de la fidelidad amorosa entre Valerián y Flerisena, como ya hemos explicado en ocasiones anteriores.

Los elementos que aparecen y conforman las bodas del *Valerián* son los habituales en el género caballeresco. Sobre este particular hay que acudir al estudio de la profesora M^a Luzdivina Cuesta Torre, quien describe y examina dichos acontecimientos en diferentes libros de caballerías: *Palmerín de Olivia*, *Primaleón*, *Floriseo*, *Platir*, *Tristán el Joven*, *Belianís de Grecia*, *Felixmarte de Hircania*, y *Flor de Caballerías*. Según Cuesta Torre, la trascendencia de las bodas en los libros citados queda fuera de toda duda, a pesar de que existen importantes diferencias tanto en el número como en la extensión de algunas descripciones. De hecho, estas descripciones ocupan a veces tan sólo unas pocas frases, ligadas a la obligación abreviadora del narrador, mientras que en otras ocasiones llenan páginas enteras en las que se enumeran los ingredientes materiales que comparecen en las fiestas referidas.

La estructura narrativa que suele establecerse en la mayoría de los casos es la siguiente: en primer lugar, siempre de mañana, se celebra una misa solemne en la iglesia

más importante de la localidad. Poco después, se lleva a cabo un desfile festivo y lúdico por las calles, en el que participa activamente el pueblo llano. Hacia el medio día, acontece el banquete privado en los salones de palacio, donde en ocasiones sobreviene la visita inesperada de algún mensajero que solicita cierto servicio o trae un objeto mágico –como así ocurre en el *Valerían*–, que suele enaltecer las cualidades de los recién casados. Y finalmente, se representan los bailes y juegos cortesanos, y también los torneos caballerescos, aunque con frecuencia estos últimos se postergan para más adelante. Fijándose en todos los elementos comentados, Cuesta Torre llega a una conclusión general basada en tres puntos fundamentales:

1) Las fiestas de desposorios y bodas son un elemento fundamental en el argumento de los libros de caballerías; 2) su descripción, de longitud variable, mantiene por lo general un mismo esquema de desarrollo; 3) la abundancia de descripciones de fiestas de desposorio y de boda ha cristalizado en la creación de cierto número de fórmulas y tópicos. También Cervantes debió sentir como inevitable la inclusión de un episodio de bodas en un libro que se precie de tal y, por ello, en el *Quijote*, que es enciclopedia de todos los tópicos usuales en tales obras, no falta la descripción –en este caso nada tópica– de la boda correspondiente: las famosas bodas de Camacho y Quiteria.¹⁶⁴

Por otra parte, en cuanto a un posible reflejo de la realidad en las bodas del *Valerían* y los demás libros de caballerías, cabe decir que, efectivamente, los festejos con motivo de bodas reales solían durar varios días en las ciudades donde se celebraban, llevándose a cabo numerosas actividades tanto populares como cortesanas, con bailes y diversiones para el conjunto de la comunidad, y justas y palenques con armas para el grupo selecto de los caballeros de la corte, como nos especifica el profesor Pedro M. Cátedra en sus recientes estudios y ediciones sobre el particular.¹⁶⁵

¹⁶⁴ M^a Luzdivina Cuesta Torre, «Fiestas de boda en (algunos) libros de caballerías», en *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Santander, 22-26 de septiembre de 1999), ed. Margarita Freixas y Silvia Iriso, Santander, AHLM, 2000, vol. I, pp. 617-630. Consúltense igualmente el trabajo de Sylvie Roubaud, «Les fêtes dans les romans de chevalerie hispaniques», en *Les fêtes de la Renaissance: Quinzième Colloque International d'Études Humanistes* (Tours 10-12 juillet 1972), ed. J. Jacquot y E. Konigson, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, 1975, pp. 313-230, en donde la autora estudia dos modalidades de las fiestas en los libros de caballerías, a saber, las solemnidades guerreras y las celebraciones civiles, incluidas por supuesto las bodas, apoyándose para ello en cuatro textos fundamentales: el *Curial*, el *Tirant*, el *Amadís de Gaula* y el *Palmerín de Inglaterra*.

¹⁶⁵ Véanse los comentarios de Pedro M. Cátedra en su estudio y edición del *Jardín de Amor. Torneo de invención del siglo XVI*, Salamanca, SEMYR, 2005, donde leemos que «desde muy antiguo, las bodas o bautizos eran acontecimientos directamente relacionados con la promoción y mantenimiento del linaje, de la sangre noble. Se celebraban, precisamente, junto con las manifestaciones más conspicuas de la virtud del linaje caballeresco, las fiestas militares, torneos y justas. Tenemos testimonios reales muy

En el mismo orden de cosas, el historiador Miguel Ángel Ladero Quesada remite especialmente a la importancia política de estos encuentros y nos recuerda, entre otros ejemplos, las bodas de Juan I y Beatriz de Portugal en Badajoz, en mayo de 1383, que duraron veinticinco días y sirvieron para el nombramiento del primero como rey de Portugal. O también los desposorios por poderes de la infanta Isabel y el príncipe Alfonso de Portugal en Sevilla, en abril de 1490, cuyas celebraciones se prolongaron hasta el 2 de mayo, «con profusión de justas en la ribera del Guadalquivir, comitivas de ida y vuelta desde los alcázares reales, músicas y juegos diversos, y una gran corrida de doce toros».¹⁶⁶ Y mucho más cerca en el tiempo, las famosas bodas del emperador Carlos V con Isabel de Portugal, realizadas en Sevilla, en marzo de 1526, cuya preparación había contado precisamente con la figura de Fernando de Aragón, duque de Calabria y próximo virrey de Valencia.

En cualquier caso, respecto a Valerián y Flerisena, una vez finalizados los desposorios y las bodas, hay que decir que nuestros personajes han cumplido ordenada y rigurosamente con todo el protocolo amoroso y marital, tradicionalmente admitido. No se han saltado ningún paso importante e incluso han demorado alguna de las etapas que más los concernían y más deseaban consumir. A resultas de todo ello, se puede indicar que la rectitud amatoria de los personajes ideados por Clemente es superior en buena medida a la que presenta la gran mayoría de los personajes del género caballeresco, en donde aparecen desvíos y alternativas de indudable relevancia que vienen a mostrar un panorama más heterogéneo, muchas veces al margen de la preceptiva eclesiástica y social de la época. Entre los pocos libros de caballerías que despliegan un mismo o parecido esquema que el *Valerián*, hay que destacar el *Libro del muy esforçado e invencible Cavallero de la Fortuna, propiamente llamado don Claribalte*,¹⁶⁷ obra de corta extensión y de cierta calidad, escrita por el conocido cronista Gonzalo Fernández

antiguos de la fusión de una fiesta caballeresca, como el torneo, con la celebración social de un contrato matrimonial o de un enlace religioso litúrgico, cuando éste empezó a ser obligatorio», p. 94.

¹⁶⁶ Miguel Ángel Ladero Quesada, *Las fiestas en la cultura medieval*, Barcelona, Random House Mondadori, 2004, especialmente pp. 89-95: «Otras fiestas cívicas en honor de los reyes, su familia y sus triunfos».

¹⁶⁷ Léase al respecto: «El recorrido por los entresijos de la unión matrimonial adquiere un peso específico importantísimo dentro del libro de Gonzalo Fernández de Oviedo. La minucía con que se refieren toda clase de detalles habla a las claras de una preocupación del autor por hacerse portavoz en la ficción de las recomendaciones de la Iglesia. El intento de hacer compatibles dos concepciones opuestas del amor: la cortés y la que cae dentro de los límites de la ortodoxia, es un empeño para el que contaba con antecedentes en los modelos genéricos. Pero como en el *Amadís*, el lastre moralizante acaba por hacer incurrir al autor en más de una contradicción narrativa. Nuestro cronista de Indias, al hacer ostensible su faceta de moralista furibundo, actuó de crítico *avant la lettre* frente a la catadura inmoral de los libros de

de Oviedo, quien también se hallaba claramente vinculado con el duque de Calabria y la corte renacentista valenciana. En ese sentido, no debe dejarse de lado que ambas obras se publicaron en Valencia en una época determinada, bajo influjos humanistas y renovados bríos eclesiásticos, y que ambos autores tuvieron una formación contrastada y desarrollaron actividades relacionadas con el mundo de la escribanía, como sabemos por las obras y documentos que nos han legado, bien estudiados, en el caso de Fernández de Oviedo, por Juan Bautista Avalu-Arce y Alberto del Río Nogueras,¹⁶⁸ y en el trámite de hacerlo, respecto a Dionís Clemente, por razón del estudio que nos ocupa y a través de posibles futuros trabajos.

caballerías, precisamente desde las páginas de uno de ellos», en Alberto del Río Nogueras, art. cit., p. 1268.

¹⁶⁸ Sobre todo, véase Juan Bautista Avalu-Arce, «El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, alias de Sobrepeña» y «Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo», dentro de su colección de estudios *Dintorno de una Época Dorada*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1978, pp. 101-118 y 118-136, respectivamente. Por su parte, Alberto del Río Nogueras ha editado el *Claribalte* en el Centro de Estudios Cervantinos y ha analizado varios de sus aspectos más importantes por medio de diversos trabajos, que ya hemos citado oportunamente.

LO MARAVILLOSO. LA MAGIA. LOS SUEÑOS

De forma inmediata a los temas de la caballería y el amor, hay que traer a colación un tercer aspecto que suele constituirse en pilar básico de los argumentos caballerescos, produciendo a la sazón numerosos tópicos y motivos narrativos. Nos referimos al asunto de la maravilla y la magia, en tanto que irrupción de lo sorprendente y lo inaudito en el discurso literario. Sobre este particular parece adecuado tomar como punto de partida los estudios del gran medievalista Jacques Le Goff, el cual llega a distinguir hasta tres formas del ámbito de lo sobrenatural en la cultura de la Edad Media; a saber: *mirabilis*, que concierne en general a lo maravilloso y lo inexplicable, de palpables raíces precristianas y paganas; *magicus*, orientado hacia la parte del mal, correspondiente a la intervención de personas o seres con poderes extraordinarios, habitualmente de características malévolas o demoníacas –gigantes, monstruos, demonios, brujos–; y *miraculosus*, de presencia más restringida que los anteriores, que está relacionado con la influencia de la divinidad y por lo tanto con lo maravilloso cristiano.¹⁶⁹

El profesor Juan Manuel Cacho Blecua añade una cuarta variedad, en principio relacionada con el *magicus*, que viene en llamar «lo maravilloso mecánico», o lo que es lo mismo, aquellos ingredientes que abandonan los parámetros de lo natural y provocan mayor asombro y admiración si cabe, estando ocasionados por los conocimientos

¹⁶⁹ Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1985, especialmente, el cap. I, «Lo maravilloso en el Occidente Medieval», pp. 9-24. Respecto al mundo caballeresco y cortés, el maestro Le Goff opina lo siguiente: «No es casualidad que lo maravilloso desempeñe un papel tan importante en las novelas cortesanías. Lo maravilloso está profundamente integrado en esa busca de la identidad individual y colectiva del caballero idealizado. La circunstancia de que las pruebas por las que pasa un caballero entrañan toda clase de maravillas, de maravillas que lo ayudan (como ciertos objetos mágicos) o de maravillas que debe combatir (como los monstruos) llevó a Erich Köhler a escribir que la aventura misma, que consiste en esa proeza, en esa busca de la identidad del caballero en el mundo cortesano es, en definitiva, ella misma una maravilla», p. 12. En cuanto a los conceptos utilizados por el profesor Le Goff, conviene acudir a las interesantes revisiones de Laurence Harf-Lancner, «Merveilleux et fantastique au Moyen Âge: une catégorie mentale et un jeu littéraire», *Dimensions of the Marvellous (Actes du Colloque tenu à Oslo en juin 1986)*, Oslo, 1987, I tomo, pp. 243-256. En ese sentido, véase también el ambicioso estudio de Francis Dubost, *Aspects fantastiques de la littérature narrative médiévale, XIIe-XIIIe siècles. L'Autre, l'Ailleurs et l'Autrefois*, Paris, Champion, 1991, 2 tomos; y el trabajo de Christine Ferlampin-Acher, «Merveilles» et topique merveilleuse dans les romans médiévaux, Paris, Honoré Champion, 2003, en concreto, el amplio cap. II, «Vers une topique du merveilleux», pp. 25-90. Entre los estudios hispánicos, cabe destacar las aproximaciones teóricas de Rafael M. Mérida Jiménez, «La fantasía imposible: apuntes metodológicos para el medioevo castellano», en *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, ed. Jaume Pont, Lleida, Universitat de Lleida, 1999, pp. 43-53; y Javier Gómez-Montero, «Los límites de lo fantástico en los géneros literarios del siglo XVI», *Anthropos*, 154-155 (1994), pp. 51-60, y «Phantasos in litteris. La magia ante el estatuto ficcional de “lo maravilloso” y “lo fantástico” de la ficción», en *Brujas, demonios y fantasmas...*, pp. 55-92.

especiales de los hombres.¹⁷⁰ Se trata de los artefactos mecánicos de origen desconocido y extraña proporción, los ingenios y teatros semovientes, y los autómatas musicales, impelentes o igníferos, presentes todos ellos en numerosos libros de caballerías, empezando con el propio *Amadís* y sus disonantes hombres de cobre y el enigmático palacio giratorio de la Ínsola Firme (*Amadís de Gaula*, II, cap. lxiii).

Como ya indicaba María Rosa Lida de Malkiel en su acreditado estudio, los elementos maravillosos y ultraterrenos desarrollan una función básica en la estructura de las adaptaciones hispánicas del ciclo artúrico y el ciclo carolingio, y de igual forma en los libros de caballerías autóctonos,¹⁷¹ en los que se originan escenas extraordinarias y ordalías supremas donde se dan cita múltiples prodigios y encantamientos. La distribución estratégica de dichas escenas pone en evidencia las destacadas cualidades de algunos personajes y su progresivo reconocimiento y avance social. Si bien es cierto que estructuralmente las peripecias mágicas desarrollan la misma función que otras acciones probatorias que no contienen dicha peculiaridad –por ejemplo, las batallas entre caballeros, los torneos y las justas, o la guerra entre ejércitos y bandos–, el grado de señalamiento que se desprende de aquéllas es mucho mayor. Las pruebas mágicas sólo las pueden superar las figuras que están dotadas de los recursos y habilidades más sobresalientes, esto es, el mejor caballero del mundo y la doncella más leal en amores. De esa forma, lo prodigioso y admirable, dentro del itinerario de los héroes y damas protagonistas, se perfila como la necesaria y categórica distinción de los elegidos frente al común de los personajes, la rúbrica definitiva de los campeones bélicos y los perfectos amadores, además de significar desde el plano temático una victoria del bien contra el mal, representado éste en múltiples facetas y protagonizado por magos, hechiceras y monstruos de toda índole, malvados oponentes que se hallan fuera de la

¹⁷⁰ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. cit., vol. I, p. 128.

¹⁷¹ María Rosa Lida de Malkiel, *La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas*, apéndice de Howard R. Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, México, FCE, 1956, pp. 371-449. Recordemos que la profesora Lida de Malkiel recorre con acierto los vericuetos maravillosos de numerosas obras caballerescas: las *Sumas de historia troyana*, el *Caballero Zifar*, *Amadís de Gaula*, las *Sergas de Esplandián*, la *Historia del Rey Canamor*, *Palmerín de Olivia*, *Palmerim de Inglaterra*, *Amadís de Grecia*, *Cirongilio de Tracia*, el primer volumen de *Espejo de príncipes y caballeros*, *Clarisel de las Flores*, y *Florando de Castilla*. Otro autor que también ha realizado una investigación panorámica sobre esta materia es Antonio Garrosa Resina, *Magia y superstición en la literatura castellana medieval*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987. Garrosa Resina toma en buena medida la perspectiva de la magia y la hechicería como prácticas de la realidad que se reflejan de una u otra forma en la literatura; en cuanto al ámbito caballeresco, analiza el fenómeno en las siguientes obras: *El Caballero Zifar*, el *Amadís de Gaula*, la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral, *La historia de la Doncella de Francia*, y *El Victorial*. Tampoco debe olvidarse el trabajo de Anna Bognolo, *La finzione rinnovata. Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*, Pisa, ETS, 1997, donde se profundiza en los diferentes aspectos que el título anuncia.

razón y del derecho, y siempre se revelan como adoradores de dioses paganos y precursores de oscuras y perversas costumbres.

Existen, pues, diversas claves narrativas de la maravilla y el Ultramundo que se materializan, tanto en el *Valerían* como en la gran mayoría de los libros de caballerías, por medio de una serie de motivos y figuras que vienen a resultar fundamentales en el cañamazo de las historias: los humanos con poderes extraordinarios, véanse magos, hechiceras o sabios nigromantes; los lugares mágicos, espacios encantados y portales que llevan al Más Allá, donde suceden cosas increíbles y la realidad se invierte o se transforma; los seres portentosos, extraños o monstruosos, salidos de las cavernas, del propio Averno o de origen desconocido; los objetos encantados o admirables, espadas, anillos, libros y otras cosas que acumulan poderes insospechados; y finalmente los sueños fantásticos, las visiones proféticas cuyo significado está siempre íntimamente ligado con el destino de los héroes. Tan sólo quedan fuera de la obra de Clemente los artefactos, ingenios y autómatas, que en otros libros de caballerías suelen aparecer en lugares encantados o esconderse en jardines misteriosos.

1. Magos

En el *Valerían* hay tres humanos con poderes extraordinarios, cuyo papel en el desarrollo de la acción es de vital importancia, si bien presentan diferentes grados de protagonismo y perfiles igualmente disímiles. El primero de ellos, el mago y sabio Arismenio, acumula la función de cronista o autor de la historia, en lo que viene a representar el recurso de la *adtestatio rei visae*, de clásica y larga usanza literaria y uno de los tópicos más característicos de los libros de caballerías, como ya hemos señalado en otra sección. No obstante, cabe decir que dicho cometido tan sólo se menciona de forma directa en dos ocasiones en toda la obra: al inicio de la historia, cuando se habla de la procedencia del manuscrito y del origen figurado de las aventuras del caballero húngaro, y hacia el final de la misma, en un breve comentario del narrador que busca la justificación habitual de la *abbreviatio*: «Y otrosí porque siendo el coronista d'ella Arismenio no quiso escribirlas extensamente, porque no pareciesse que las escribía por loar su propio hijo» (II, cap. xcj, f. 327r).

Donde Arismenio se hace realmente esencial es en su concurso como personaje directo del relato. Lo que lleva a cabo, además, desarrollando dos perfiles distintos que terminarán por fundirse en uno solo. Arismenio se manifiesta, por un lado, con la imagen de un sabio positivo, representante de la magia blanca y protector cualificado de

los héroes, especialmente de Valerián, y por otro, con el perfil de un camarlengo o adjunto del emperador de Alemania. Nos interesa aquí, en principio, su labor como mago prodigioso, cuyas raíces, al igual que sucede con el resto de sus colegas de los libros de caballerías, se hallan fundamentalmente en la figura mítica del mago Merlín y en sus no menos importantes variantes femeninas, como Morgana, la Dama del Lago o Viviana.

Recordemos que la figura de Merlín proviene de una remota tradición celta que se pierde en el eco de múltiples y confusas leyendas de transmisión oral. Dentro de ese extenso y complicado proceso, resulta categórica la imagen diseñada por Geoffrey de Monmouth en la primera mitad del siglo XII, en sus obras *Historia Regum Britanniae* y *Vita Merlini*. Monmouth dibuja en principio un personaje de cierto tono sombrío, un mago que se ha criado de forma salvaje lejos de la civilización y que después actuará como adivino con ciertos poderes. Los siguientes recreadores de la materia artúrica se decantan por un Merlín mucho más abocado hacia las artes mágicas, si bien todavía conservan su don de profetizar, como podemos observar en el *Roman de Brut* de Robert Wace, escrito hacia 1155, o en las obras de Robert de Boron, de primeros del siglo XIII, quien convierte al sabio en antiprofeta del Grial. Sin embargo, los creadores de la *Vulgata* y el *Pseudo-Boron*, ya en pleno siglo XIII, desechan casi definitivamente las profecías y otorgan la máxima relevancia a los poderes mágicos y los encantamientos, que serán desde esta etapa las características típicas de Merlín. De esta forma, queda muy patente la gran evolución de este personaje a través del tiempo; los primeros e importantes retazos de Monmouth y las incorporaciones de Wace dan paso a los posteriores estadios del ciclo artúrico, en los que Merlín aparece ya como sabio y consejero real y mago de numerosas facultades, además de ser el guardián y benefactor de los nobles caballeros errantes.¹⁷²

Las tardías versiones hispánicas del mito artúrico, sobre todo el *Baladro del sabio Merlín*, publicado por vez primera en 1498,¹⁷³ mantienen las citadas credenciales

¹⁷² Consúltese al respecto el trabajo de Santiago Gutiérrez, *Merlín y su historia*, Madrid, Alianza, 1997, donde se analizan igualmente las versiones hispánicas del mito de Merlín. A nivel europeo, debe consultarse el conocido trabajo de Paul Zumthor, *Merlín le Prophète. Un thème de la littérature polémique de l'historiographie et des romans*, Genève, Éditions Slatkine, 2000 [1943]; también Jean Markale, *Merlín l'Enchanteur ou l'éternelle quête magique*, Paris, Albin Michel, 1992 [1981]; y Richard Trachsler, *Merlín l'enchanteur. Étude sur le Merlin de Robert de Boron*, Malesherbes, SEDES, 2000.

¹⁷³ Véase la edición *El baladro del sabio Merlín con sus profecías*, en dos volúmenes (reproducción facsímil; transcripción y estudios), Oviedo, Universidad de Oviedo / Ediciones Trea, 1999. De sus estudios introductorios hay que ver el de Pedro M. Cátedra y Jesús D. Rodríguez Velasco, «*El baladro del sabio Merlín* y su contexto literario y editorial», pp. XXI-LIII.

del personaje, las cuales van a servir para la configuración de los numerosos magos y hechiceras que asoman en los libros de caballerías, si bien es verdad que éstos van a encontrar una disposición menos ambigua y ampliamente cristianizada. En efecto, los encantadores y magas de nuestro género caballeresco no suelen exteriorizar muchos enigmas ni tienen pasados oscuros o diabólicos, como sí sucede con Merlín y el hada Morgana. La influencia de otras tradiciones literarias y la autoridad incesante de la ideología católica, modificaron en buena medida los atributos de la herencia artúrica, originando personajes más próximos y terrenales, acomodados finalmente a las nuevas enseñanzas de la religión cristiana. El Arismenio del *Valerián de Hungría* se coloca así en el camino de estos nuevos parámetros, perpetuando los pasos de la Urganda del *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*, el Alquife y la Zirfea de los libros amadisianos de Feliciano de Silva, el Muça Belín del *Palmerín de Olivia* y el *Primaleón*, y la Dueña del Fondo Valle del *Florambel de Lucea*, entre muchos otros.¹⁷⁴

La primera aparición de Arismenio la encontramos en las aventuras del príncipe Menadoro, en cuyo transcurso el mago utiliza el poder de la mutación física y se presenta alternativamente como un joven doncel y como un anciano misterioso. Ambas representaciones sirven para poner a prueba a Menadoro y anunciarle su próximo y definitivo emparejamiento amoroso. Tras esta declaración y los consejos pertinentes, el mago recupera su forma original y pone en evidencia su identidad y sus verdaderas intenciones ante el noble:

–No vos cumple, Menadoro, trabajar por me alcançar ni menos saber de mí más de lo que yo quisiere, porque todo será afán e trabajo perdido, señaladamente que mi voluntad no es de vos dexar por agora quexoso del todo, porque si yo no vos preciara tanto como vos precio, no tuviera este cuidado ni tomara el trabajo que para vos ver he tenido. Y porque de aquí adelante sepáis mi nombre, yo soy contento de vos lo dezir, aunque no más de vuestra hazienda de la que vos he dicho, pues assí mesmo no vos sería provechoso, porque si yo vos dixesse que vuestros desseos han de venir al puerto por vos desseado, por ventura no fariades algunas cosas que para los traer a effecto convernían, por donde no se cumpliessen. Y si lo contrario, podría ser que aquel pensamiento vos acarreasse algún descontentamiento de vuestra ventura, por razón del cual no alcançássedes algún bien, que puede ser que vos este guardado. **Mi nombre es**

¹⁷⁴ Véase Emilio José Sales Dasí, *La aventura caballeresca*, cap. 7.2. «El mago», pp. 78-92: «Bajo la denominación de magos, sabios, encantadores, o incluso hadas, son muchos los personajes que aparecen en la literatura caballeresca con unos poderes extraordinarios. Ellos son los responsables, en gran medida, de la existencia de un universo maravilloso donde los sucesos más increíbles se asumen como un elemento más de la realidad novelesca».

Arismenio, que servir vos desseo. Y porque para otra vez no me desconozcáis, miradme agora bien.

Por donde, bolviéndose Menadoro, vido **un hombre de buena estatura, más viejo que moço, según sus barvas eran tan largas que le llegavan a la cintura, y sus cabellos más blancos que negros** (I, cap. xlj, f. 71v).

Arismenio tiene la prosopografía habitual del mago artúrico, adoptada igualmente por el género de caballerías. Contemplamos la efigie de un hombre de edad madura o avanzada, experimentado, con semblante enérgico, de gran estatura y con blancos cabellos y largas barbas. Se trata, como resulta bien evidente, de un retrato absolutamente estereotipado que ha trascendido los géneros, las épocas y los medios para instalarse en nuestro actual y moderno imaginario colectivo, a través, sobre todo, de conocidas aportaciones cinematográficas.

De igual manera, Arismenio demuestra en su primera comparecencia el dominio total de la metamorfosis corpórea, en claro seguimiento de las conocidas transformaciones de encantadores y hechiceras de una y otra tradición; apúntense al respecto los cambios de sexo, las alteraciones de la edad y, especialmente, las conversiones en animales salvajes, como es el caso de Urganda en el *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva (libro segundo, cap. IV), cuando se reviste de espantosa y fiera serpiente para regocijar a los presentes y medir la reacción del héroe oportuno;¹⁷⁵ o el de Ipermea en el *Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada (libro segundo, cap. XXVII), que también se transforma en una monstruosa sierpe para combatir contra la malvada maga Zerisa, convertida a la sazón en vestiglo.¹⁷⁶

Poco después de quedar vinculado con Menadoro, el sabio Arismenio reaparece para establecer relación con los otros tres grandes caballeros de la primera parte del libro, Nestarcio, Pasmerindo y Finariel. No olvidemos que la función más importante de los nigromantes, además de la que confieren sus facultades mágicas, es la de ayudar y proteger a los grandes héroes, lo que Arismenio va a cumplir con rigor en ambas parte de la obra. Así las cosas, los tres citados aristócratas llegan al Castillo Venturoso –en posteriores capítulos, la Ínsula Venturosa–, lugar prodigioso y extraño en el que se topan con un oscuro paladín, llamado el Cavallero del Castillo, que lucha con ellos en

¹⁷⁵ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. Ana Carmen Bueno Serrano y Carmen Laspuertas Sarvisé, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, p. 255-256.

¹⁷⁶ Antonio de Torquemada, *Obras completas, II. Don Olivante de Laura*, ed. Isabel Muguza Roca, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1997, pp. 539-541.

buena lid y los vence fácilmente, exigiéndoles ciertos dones en compensación. El caballero embozado es dueño absoluto del lugar y hace aparecer bestias, monstruos y salvajes que se enfrentan entre sí y después se desvanecen en la nada. Se trata, como es obvio, de Arismenio, que una vez más pone a prueba a los personajes que más tarde acogerá bajo su tutela. Igualmente preceptivos son los avisos e informaciones que el mago expone ante sus nuevos amigos, lo que de paso viene a estructurar la gradación sociológica de los mismos, colocando en primer lugar al rey Pasmerindo de Hungría, padre de Valerián, y tras él a los príncipes Nestarcio de Alemania y Finariel de Francia, por ese orden.

Al primero que el Cavallero del Castillo quiso hablar fue el rey Pasmerindo, pues los príncipes Nestarcio y Finariel en todas las cosas le otorgaban la honra. Pero, antes que le hablasse, a todos tres juntos dixo cómo **él era Arismenio**, señor del Castillo Venturoso, a quien les suplicava tuviessen de allí adelante por muy verdadero servidor, pues podían tener por cierto que ninguna cosa desseava tanto, assí por la honra que d'ello le podía recrecer, como porque sabía que una sola fija que tenía él, uno d'ellos la había de librar del mayor peligro en que se había de ver. Y que pues tan grande era el beneficio que d'ellos esperaba, allende de la honra que ya dixera, le parecía que era razón conocerlos y hazerles algún servicio y offrecerles su persona, como lo había fecho, para siempre que lo menester huviessen, y que aquella había sido la causa de su venida (I, cap. xlvij, f. 85v).

Arismenio dialoga afablemente con los tres paladines y les recomienda actitudes de buen gobierno, de justicia y misericordia, de humildad y generosidad, cumpliendo así con la faceta de consejero de los héroes. Dentro de ese contexto, el mago propone a Pasmerindo que envíe al joven Valerián a la formidable corte de la ciudad de Colonia, centro del poderoso imperio alemán, donde el muchacho podrá recibir la selecta educación que merece. De esa forma, Arismenio actúa de perfecto conector entre las dos generaciones y las dos historias que componen el libro, lo que ha llevado a cabo utilizando todas las herramientas que le corresponden: sus sabios consejos y sus habilidades mágicas.

A partir de este momento, Arismenio incrementa su protagonismo en el relato, siguiendo de cerca el progreso de Valerián. Sin ir más lejos, forjadas por sus diversas artes son las armas blancas que el príncipe recibe en la ceremonia de investidura. Una de ellas es una espada mágica que permitirá al joven entrar en la cámara encantada de

Boralda y derrotar a la malvada familia de ésta. Arismenio cubre a la perfección su expediente y se aparece en sueños a Valerián para avisarle de los múltiples obstáculos que va a tener que superar para conseguir los máximos galardones. Más adelante, cuando el príncipe parte por mar en búsqueda de Flerisena, el mago provoca una fuerte tormenta que conduce al barco hasta la Ínsula Venturosa, donde Arismenio le hace entrega a Valerián de unas armas negras, necesarias para luchar contra la malvada hechicera que ha raptado a la princesa. Parecido sortilegio efectúa en el regreso de los héroes, una vez que la joven ha sido liberada de su prisión. Un viento intempestivo empuja a la nave nuevamente hasta la costa de la Venturosa, en cuyos jardines, merced a otro encantamiento de Arismenio, los jóvenes enamorados pueden gozar plenamente de su amor.

La intervención de Arismenio resulta, como queda de manifiesto, esencial en los dos itinerarios del héroe protagonista, esto es, en su avance irrefrenable como campeón caballeresco y en su magnífico desarrollo como perfecto amador. Es cierto que Arismenio entabla contacto con diversos personajes de la obra; lo hace oportunamente con los cuatro grandes caballeros de la primera generación, como ya hemos visto, también se entrevista con Florianteo y Gastafileo, principales caballeros de la segunda generación, y sobre todo se relaciona con el emperador Nestarcio, estableciendo junto a él la más alta referencia de autoridad en la ciudad de Colonia. Sin embargo, la función primordial de Arismenio es la de auxiliar y salvaguardar a Valerián, para lo cual hace uso de todas sus destrezas mágicas: los sueños proféticos, las armas hechizadas y los encantamientos de diversa índole. Unos y otros constituyen jalones cualitativos en el camino del héroe hacia su destino, y sólo Arismenio, desde su plataforma doblemente privilegiada de mago supremo y consejero eficaz de reyes y emperadores, es sabedor del mismo.

Frente a la magia blanca y benefactora de Arismenio se halla la magia negra y perversa de Boralda, figura que encarna el máximo antagonismo de Valerián en toda la obra. Esta hechicera confirma la tendencia tradicional de identificar las representaciones mágicas con el sexo femenino, como se comprueba en los modelos clásicos de Medea y Circe, aludidas e imitadas numerosas veces en la literatura caballeresca, pero también como se observa en las múltiples variantes femeninas del ciclo artúrico, con permiso de

Merlín, cuyos primeros reflejos en los libros de caballerías son Urganda la Desconocida y Zirfea de Argenes, personajes de la gran saga amadisiana.¹⁷⁷

Boralda acumula sus malévolas formas en dos niveles bien distinguibles. Aparece primero en el capítulo once de la *Parte Segunda* como dueña de un castillo en el que ha instaurado una *mala costumbre*, lo que constituye un motivo característico de la materia artúrica y por extensión de los libros de caballerías, en tanto que reflejo de estructuras narrativas míticas relacionadas con el tema del viaje al Ultramundo y el franqueamiento de las barreras de la realidad.¹⁷⁸ La malvada hechicera engaña con sus diferentes oficios a los caballeros que se acercan al castillo y los apresa con oscuros propósitos. Pero éste no es el caso de Valerián, quien consigue entrar libremente en el recinto y aniquila al esposo y al hijo de Boralda. Para alcanzar las mazmorras donde se hallan numerosos caballeros cautivos, hay una cámara encantada que sólo el príncipe de Hungría puede atravesar merced a su espada mágica. Poco después, Valerián hace que incendien el castillo y Boralda es llevada a la corte de Colonia para ser juzgada por sus actos.

Tras los hechos descritos, el nivel de protagonismo de Boralda va a aumentar paulatinamente, con una mayor profusión de sus componentes mágicos, antes apenas

¹⁷⁷ Véase al respecto el artículo de Carlos Alvar, «Mujeres y hadas en la literatura medieval», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. María Eugenia Lacarra, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 21-34: «Nadie ignora que la presencia de damas y doncellas, hadas y brujas en el mundo artúrico es una constante que llama la atención por su abundancia. Los personajes femeninos de otras novelas de temática diferente esconden con frecuencia un origen no menos mágico, aunque resulta difícil distinguir sus antecedentes por la superposición de estratos folklóricos y literarios que enmascaran las formas primitivas», p. 22. Sobre las hadas, magas y hechiceras del ciclo artúrico y de otras materias medievales, resultan imprescindibles los estudios de Laurence Harf-Lancner, *Les Fées au Moyen Âge. Morgane et Mélusine: la naissance des fées*, Paris, Champion, 1984, y *Le monde des Fées dans l'Occident Médiéval*, Paris, Hachette Littératures, 2003.

¹⁷⁸ Véase Anna Bognolo, «La desmitificación del espacio en el *Amadís de Gaula*: los “castillos de la mala costumbre”», en *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO* (Toulouse, 6-10 de julio de 1993), ed. Ignacio Arellano, y otros, Toulouse-Pamplona, GRISO, 1996, III, pp. 67-72; y Carlos Sainz de la Maza, «La Montaña Defendida o el destino narrativo de los “castillos de la mala costumbre” en las *Sergas de Esplandián*», *Revista de Literatura Medieval*, 14/2 (2002), pp. 81-102. Sainz de la Maza, tomando como referencia las anotaciones de la profesora Bognolo, establece el citado motivo en cuatro puntos: «1. Un caballero se acerca a un castillo de siniestro renombre y decide desvelar el misterio que en él se encierra, desatendiendo todas las advertencias que recibe acerca de los peligros que tal empresa entraña. 2. Tras superar diversas barreras físicas y humanas que, por lo general, lo obligan a entrar en combate, el caballero es recibido en el castillo. 3. Le resulta imposible salir del castillo si no acaba previamente, con las armas en la mano, una empresa en la que lo maravilloso cumple un papel esencial. 4. La culminación de la hazaña le permite liberar a los inocentes presos en el castillo y devuelve la libertad y felicidad a los habitantes del mismo (que en la tradición artúrica es casi siempre un burgo amurallado, no una fortaleza). Más tarde, el caballero prosigue su camino errante», p. 81. En el ámbito europeo hay que acudir a Francis Dubost y su trabajo *Aspects fantastiques de la littérature narrative médiévale (XII-XIII). L'autre, l'ailleurs, l'autrefois*, Genève, Slaktine, 1991, donde el castillo de *mala costumbre* queda incluido en la tipología de los châteaux périlleux: 1- Le château assiégé et affamé. 2- Le château piégé. 3-

descubiertos. El detonante de todo ello es la venganza que Boralda quiere llevar a cabo por la muerte de sus familiares y por la pérdida de su castillo, para lo cual urde un siniestro plan con el objetivo de castigar severamente a Valerián, el autor de sus desdichas. Es verdad que la narración no había mostrado una auténtica maga perversa con grandes poderes, al estilo de la Melía de las *Sergas de Esplandián* o la Zerisa del *Olivante de Laura*, y quizá por esta razón nos encontramos ahora con un personaje que requiere asistencia específica para elevar sus capacidades nigrománticas. Boralda convence a Nestarcio para que le deje volver a sus antiguos dominios con la excusa de resolver ciertos asuntos personales, pero lo cierto es que quiere buscar entre los muros derruidos un poderoso libro de conjuros que le ayudará a vencer a Valerián. Con el libro en su poder, la magia de Boralda crece y se expande de manera arrolladora, haciéndose casi invencible; ante el asombro de la corte alemana, provoca una espesa niebla y hace aparecer cuatro espantosos grifos que conducen un carro volador, en el que se lleva a la fuerza a Flerisena y su doncella Erminia (II, cap. xxiii).

La hechicera de poderes extraordinarios ha realizado por fin su entrada espectacular. Y lo ha hecho con el ejercicio más infame y el quebrantamiento más doloroso: el secuestro de la dama del héroe protagonista. Recordemos que este tipo de sucesos surge ocasionalmente en los libros de caballerías como núcleo generador de aventuras que siempre encarecen la figura del caballero de turno.¹⁷⁹ En concreto en el *Valerián*, el rapto de la princesa Flerisena resulta de gran importancia para el curso de los acontecimientos, como ya hemos explicado en otro lugar. Ahora bien, la magia de Boralda, que desde luego ha superado a estas alturas cualquier otra manifestación maravillosa de la obra, todavía va a ver incrementada su potencia. Las artes oscuras de la vengadora Boralda son capaces de crear desde la nada un enorme castillo con dependencias, jardines y una puerta mágica de fuego perpetuo; sirven también para esconder ante el ojo humano la ínsula donde ha originado tales prodigios; y lo más significativo, son suficientes para arrebatar la voluntad de tres grandes caballeros,

Le château magique. 4- Le château désert. 5- Le château marqué par une *male coutume*. 6- Le château frappé d'enchantement. 7- Le château sous emprise démoniaque, p. 370.

¹⁷⁹ Emilio José Sales Dasí ha estudiado los episodios de rapto en el ciclo amadisiano, «La dueña traidora: venganzas y secuestros en las continuaciones del *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 32-33 (2001), pp. 24-36. Estos episodios aparecen también en la materia carolingia, donde suelen asociarse con el motivo de la *princesse sarrasine*; consúltese al respecto el trabajo de Charles A. Knudson, «Le thème de la *princesse sarrasine* dans *La Prise d'Orange*», *Romance Philology*, 22.4 (1969), pp. 449-462. Knudson encuentra varios ejemplos en el ciclo de Guillermo y los relaciona con el tema clásico de la joven enamorada de un enemigo de su pueblo, inspirado en la vieja leyenda de Medea y Jasón.

Florianteo, Poliantel y el rey Pasmerindo, que se sienten empujados a defender el castillo y luchar contra un formidable caballero instigador que no es otro que Valerián de Hungría.

En cualquier caso, la impresionante magia de Boralda sucumbe ante la superioridad del héroe protagonista, vencedor en todos los escenarios posibles, concentrados a la sazón en los capítulos cincuenta y cinco y cincuenta y seis de la *Parte Segunda*. El campeón húngaro logra sortear los obstáculos gracias sobre todo a sus dotes naturales y su empeño por conquistar el éxito, lo que le sitúa por encima de cualquier circunstancia y cualquier personaje. La caballería derrota, en fin, a la magia, el orden caballeresco triunfa ante el orden del Ultramundo.

El tercer representante de la magia en la obra es el sabio Zenofor. Su papel tiene un breve recorrido pero el eco de sus creaciones alcanza una gran repercusión. En ese sentido, no resulta extraño que se aluda a este personaje en el propio íncipit del libro, cuando se dice que el sabio Arismenio es «segundo después de Zenofor, rey de Lidia». Ahora bien, en realidad Zenofor no aparece como personaje activo sino como recuerdo inmediato de su hija Diliarda, dado que aquél, según se dice en el relato, ha fallecido hace ya algún tiempo. En el capítulo treinta y nueve de la segunda parte, la joven Diliarda se presenta en la corte de Constantinopla portando el objeto más extraordinario que aparece en toda la historia del *Valerián*. Se trata de un libro mágico en cuyas páginas en blanco surgen espontáneamente imágenes y textos escritos. Este inusual prodigio, trenzado de gran simbolismo –sólo el mejor caballero puede abrir el libro y contemplar y leer su contenido–, ha sido creado por el sabio Zenofor con el propósito de ayudar a su hija en diferentes aspectos, lo que en efecto se lleva a cabo mediante el oportuno arbitraje de Valerián.

La aparición de Diliarda y el libro maravilloso de Zenofor constituye uno de los pilares básicos en los que se aposentan las aventuras del príncipe Valerián, superado únicamente por el rapto y liberación de Flerisena. De hecho, el libro mágico viene a resultar de gran utilidad para localizar la isla en la que Boralda tiene cautivas a las doncellas. De esa forma, Zenofor, incluso sin estar presente, sabio y mago de poderes superiores y monarca instruido en leyes y buen gobierno, representa el culmen de la magia favorecedora y la sabiduría humanitaria.

2. Lugares mágicos

Los espacios encantados o lugares maravillosos son elementos muy comunes de las historias caballerescas, en tanto que pórticos que llevan al Más Allá o al Inframundo,¹⁸⁰ donde la realidad se ve alterada por efecto de un emisor que posee el dominio de la magia; son lugares asombrosos que habitualmente conllevan diversas fórmulas probatorias, necesarias para la reválida de los héroes más preparados. Los terrenos de los *mirabilia* se manifiestan a través de variados escenarios que estructuran los avatares de los libros de caballerías, originando una tipología identificable y redundante que tantas críticas adversas recibirá por los intelectuales renacentistas. Recuérdense las montañas con cuevas misteriosas y terroríficas,¹⁸¹ donde a menudo habitan monstruos y criaturas infernales; las florestas secretas con paisajes idílicos pero peligrosos y enigmáticos, en los que abundan manantiales adormecedores y animales extraños; los castillos y palacios que encierran mil portentos,¹⁸² con cámaras hechizadas, fuegos y nieblas sorprendentes, y autómatas y artilugios de origen desconocido;¹⁸³ y especialmente las ínsulas y territorios encantados que suelen contener a todos los anteriores y donde se alojan los siniestros creadores de semejantes maravillas.

¹⁸⁰ Sobre esta cuestión debe consultarse el trabajo ya citado de María Rosa Lida de Malkiel, adjunto al de Howard R. Patch; y también Carlos Alvar, «El viaje al más allá y la literatura artúrica», *Literatura y Fantasía en la Edad Media*, ed. Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1989, pp. 15-26; José Manuel Lucía Megías, «La descripción del Otro Mundo en el *Libro del Cavallero Zifar*», *Anthropos*, 154-155 (1994), pp. 125-130; y M^a Luzdivina Cuesta Torre, «Lo sobrenatural en la *Leyenda del Caballero del Cisne*», en *La literatura en la época de Sancho IV*, ed. Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1995, pp. 355-366.

¹⁸¹ Resulta imprescindible el trabajo de Juan Manuel Cacho Blecua, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127, donde precisamente se comentan algunas de las cuevas que aparecen en el *Valerían*, en concreto una cueva que cobija y esconde a ciertos ladrones, dentro del apartado «La cueva como morada», y otra sima en la que se halla encerrada y prisionera la dama Frunea, correspondiente a «La cueva como prisión», tal y como las define el profesor Cacho Blecua. Añadamos por otra parte, siguiendo las anotaciones de Ana Carmen Bueno en su tesis doctoral arriba citada, que en el *Motif-Index* de Stith Thompson «el motivo quedaría codificado como F92.6. *Entrance to lower world through cave /cavity/*, paralelo al motivo F93. *Water entrance to lower world*. Ambos ejemplos permiten concluir que las cuevas, las islas o el agua son unidades con distinto significante pero con idéntica función en los libros de caballerías e intercambiables en los mismos contextos», p. 102.

¹⁸² Véase nuestra humilde contribución a este asunto: Jesús Duce García, «Fantasías caballerescas: aproximación al motivo de los castillos encantados» en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001), ed. Carmen Parrilla y Mercedes Pampín, A Coruña, Universidade da Coruña, 2005, vol. II, pp. 213-223.

¹⁸³ Hay que ver especialmente el estudio de Carlos Alvar, «De autómatas y otras maravillas», en *Fantasía y literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*, ed. Nicasio Salvador Miguel, Santiago López-Ríos y Esther Borrego Gutiérrez, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 29-54.

En ciertas ocasiones, estos lugares se hallan significados por la alegoría y el símbolo, como podemos ver en el *Amadís de Grecia* (libro II, cap. lxxvi) de Feliciano de Silva, donde se plasma el Castillo del Universo, una gigantesca torre dominada en primera instancia por el carro de la Muerte, aunque más arriba se hallan los siete cielos con sus siete planetas y los doce signos y todas las estrellas, y finalmente el carro triunfal del Dios cristiano.¹⁸⁴ Otro bello ejemplo de lo maravilloso alegórico puede verse en el *Olivante de Laura* (libro II, cap. iv-vii y xli) de Antonio de Torquemada, donde aparece la fabulosa Casa de la Fortuna, en la que se reúnen figuras reales y ficticias del pasado más remoto, además de los entes alegóricos más retumbantes y significativos: la Fortuna, la Fama, la Muerte, y el Tiempo, dueño supremo de la existencia.¹⁸⁵ En esta misma línea, hay que recordar el *Florindo* (libro III, cap. xxvi) de Fernando Basurto y su Castillo Encantado de las Siete Venturas, donde asistimos a un simbólico enfrentamiento del héroe principal con los siete pecados capitales, lo que representa una irrupción de lo sobrenatural cristiano que resulta un claro antecedente de *Las Moradas* o *Castillo Interior* de Teresa de Jesús.¹⁸⁶

El *Valerían* no recoge el testigo del escenario alegórico pero sí ofrece algunos de los lugares mágicos más acostumbrados del género caballeresco: las ínsulas encantadas. No olvidemos que el motivo de las islas maravillosas hunde sus raíces en la tradición clásica de numerosas culturas, con las reconocidas muestras de la *Odisea* como ejemplo más cercano y reconocible, constituyendo una de las localizaciones más comunes del Otro Mundo, amén de algunos mitos desarrollados por la filosofía helénica, como es el caso de la Atlántida. En el mismo orden de cosas, las viejas leyendas celtas, y después también las germánicas, incluyen con frecuencia el empleo de la isla y la barrera acuática como puerta al Ultramundo, concretamente por medio del *imram* o viaje iniciático a las tierras dispersas. Todo lo cual fue heredado con similares orientaciones por la materia artúrica –apúntese Avalón o la Isla Perdida, entre otros muchos ejemplos– y recogido igualmente por la literatura caballerisca hispánica, en donde las ínsulas lejanas y misteriosas, y por extensión la *terra incognita*, simbolizan en primera instancia el aislamiento, la soledad y la muerte, aunque también el descubrimiento y la

¹⁸⁴ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. Ana Carmen Bueno Serrano y Carmen Laspuertas Sarvisé, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004, pp. 424-426.

¹⁸⁵ Antonio de Torquemada, *Obras completas. II. Don Olivante de Laura*, ed. Isabel Muguza Roca, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1997, pp. 373-406 y 642-649.

¹⁸⁶ Véase al respecto el análisis de Alberto del Río Nogueras, «Sobre el *Don Florindo* de Fernando Basurto (1530). Un caballero andante asedia el castillo interior», *Rilce*, IV.2 (1987), pp. 55-72.

búsqueda de la fortuna, en clara dependencia con las incursiones reales al Nuevo Mundo.

Ahora bien, el modelo más inmediato en los libros de caballerías es la Ínsola Firme del *Amadís de Gaula*, territorio donde se concentran hechizos y maravillas provocados por el nigromante Apolidón: autómatas siniestros, animales extraordinarios, ordalías sorprendentes –el Arco de los Leales Amadores, la Cámara Defendida–, y el increíble Palacio Tornante, entre otros fenómenos, cuyas fuentes remiten a los espacios maravillosos y los castillos encantados de la materia de Bretaña, pero también a los palacios admirables de la leyenda troyana y el legado greco-bizantino, sin olvidar diferentes influjos del mundo clásico, en una fusión de múltiples tradiciones literarias, como ha sabido demostrar la profesora Paloma Gracia Alonso en varios de sus estudios.¹⁸⁷

Aunque no llegan a la acumulación de portentos que presenta la Ínsola Firme, los tres grandes espacios mágicos del *Valerían* tienen el mismo objetivo de buscar la máxima admiración de los lectores, y también cumplen con la misma función narrativa de acrecentar las credenciales de los héroes protagonistas. Nos referimos a los dos castillos encantados de Boralda, ambos de malvadas componendas, y a la exuberante y multicolor Ínsula Venturosa del sabio Arismenio.

Cerca de la ciudad de Tresendia, donde está ubicada la corte de Tindareo, rey de Dinamarca, Boralda y su familia poseen un castillo de *mala costumbre* en el que apresan a los caballeros visitantes y en el que también existe el portento de la cámara hechizada que anula los sentidos a quienes se atreven a cruzarla. Recordemos que las habitaciones y cámaras encantadas son frecuentes complementos de los lugares y edificios maravillosos de la literatura caballeresca, como muestra el *Amadís de Gaula* con la citada Cámara Defendida o el *Amadís de Grecia* con la extraordinaria Gloria de Niquea, y como igualmente recoge la tradición artúrica e incluso la épica legendaria de Troya, con la espectacular cámara de Héctor, donde se esconden mil peligros y sorprendentes autómatas.¹⁸⁸ En unas y en otras dependencias, sólo los caballeros

¹⁸⁷ Paloma Gracia Alonso, «El arco de los leales amadores. A propósito de algunas ordalías literarias», *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), pp. 95-115, «Sobre la tradición de los autómatas en la Ínsola Firme. Materia antigua y materia artúrica en el *Amadís de Gaula*», *Revista de Literatura Medieval*, 7 (1995), pp. 119-136, y «El Palacio Tornante y el bizantinismo del *Amadís de Gaula*», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 septiembre-1 de octubre de 1993), ed. Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. II, pp. 443-456.

¹⁸⁸ Hay que ver el artículo de Helena de Carlos Villamarín, «Os Autómatas de la Cámara de Eytor», *Verba. Anuario Galego de Filoloxía*, 16 (1989), pp. 135-143, que toma como referencia la

perfectos, los héroes invencibles en la contienda y los más puros en sus sentimientos amorosos, podrán entrar y vencer los maleficios existentes o romper en su caso las ataduras de las damas injustamente cautivas.

Boralda ve demolido su primer castillo, cuyos obstáculos y encantamientos Valerían supera con gran facilidad, ayudado en parte por su espada mágica. Sin embargo, bajo los parámetros de la venganza, la malvada hechicera amplifica sus artes oscuras y erige un nuevo y rutilante castillo en medio de una pequeña isla desierta, cerca de los mares de Turquía, lugar muy apartado de las rutas conocidas.

Y cuando vino la hora que convenía, con no menos presteza que cuando subiera, lo hizo abaxar en una pequeña isla que en los confines de la tierra habitada por los turcos había. Tan apartada de población por su gran esterilidad, que en ningún tiempo aportó ende persona, ayudando a ello carecer de agua. Por donde los navíos passavan tan lexos d'ellas, pues de ninguna cosa podían d'ella aprovecharse, que cuasi en cient años ninguno podía verla sino forçado de gran tormenta.

Y con sus artes, en el mismo instante que ende llegara, hizo sobre una roca el más fuerte castillo que su ingenio, el cual era muy grande, pudo alcançar, con muy ricos aposentos y una huerta, aunque pequeña, circuida de muy alto muro. En la cual, assí los árboles y frutas d'ellos como las aguas, que por muchos caños discorrían, cayendo de unos pilares en otros haziendo un aplazible estruendo, muy gran deleite acarreavan. Y no quiso, para su mayor fortaleza, hazer en él más de una pequeña puerta, con una cava tan honda que espanto ponía a la vista. Y para la entrada d'ella una puente tan estrecha que no podía passar más de una persona cavalgando, al cabo de la cual, junto a la puerta del castillo, había un fuego tan grande ardiendo, assí de noche como de día, que a todos los que ella quería no parecía sino una boca de infierno, según el humo y llamas, que de aquel fuego parecían salir, llegavan a tan alto que cuasi con las nuves igualavan. Y después, tomando a Flerisena y Erminia, que a su mismo sabor dormían, las echó debaxo de unos árboles que en la misma huerta había, en el lugar más deleitoso d'ella (II, cap. xxvj, f. 181r).

El nuevo espacio regentado por Boralda contiene hechizos de enorme poder como no se habían visto hasta el momento en toda la obra. En primer lugar, la isla resulta prácticamente inalcanzable para los caballeros que franquean las aguas en su

Crónica Troyana, texto en lengua gallega, en concreto la edición de Ramón Lorenzo, A Coruña, Real Academia Galega, 1985, concretamente el cap. 208, «Da feyturas da cámara de Éytor», pp. 436-437. Véase también el trabajo de Jean R. Scheidegger, «Les automates dans le roman antique (*Roman de Thèbes et Roman de Troie*)», en *Le roman antique au Moyen Âge. Actes du Colloque du Centre d'Études Médiévales de l'Université de Picardie. Amiens 14-15 janvier, 1989*, ed. Buschinger, Göppingen, Kümmerle, 1992, pp. 177-186.

búsqueda. Pasmerindo, Florianteo y Poliantel llegan a ella de forma misteriosa y en instantes que la narración no menciona. Valerián lleva a cabo muchas y significativas aventuras –el libro mágico, la corte del Gran Turco– antes de conseguir vislumbrar sus costas y penetrar sus tierras. Lucenio, Asanor y Neophal son capturados por los turcos cuando están en las proximidades de la isla. Finariel logra por fin encontrarla después de numerosos intentos, aunque lo hace cuando ya todo ha terminado y los personajes están a punto de marcharse. Casi en cien años, se nos dice, los navíos no han podido verla, lo que Boralda aprovecha a conveniencia y extiende en grado sumo.

En mitad de la roca surge de la nada un castillo de grandes proporciones, con altas almenas y numerosos aposentos. Alrededor de él aparece también una huerta amurallada, en la que se disponen árboles y fuentes para solaz de las doncellas raptadas. Finalmente, se origina una cava muy profunda que circunda todo el edificio, cuya única entrada la constituye una puerta que está ardiendo constantemente, tal cual «una boca de infierno». La puerta en llamas perpetuas, y por extensión el castillo lleno de humo o niebla, constituyen escenarios típicos que podemos encontrar en la literatura caballescica, como es el caso del *Platir* y su Castillo de Pulches, «el cual estaba más negro que la pez de las llamas que parecían que salían de las mismas piedras y de los cimientos»;¹⁸⁹ o el del *Amadís de Grecia* y su espeluznante Infierno de Anastárax, donde «todo fue cercado de una niebla tan espesa como muy espeso humo, dentro de la cual sonaban bramidos y silvos muy dolorosos y espantables».¹⁹⁰ Se trata, en fin, de poderosos obstáculos mágicos que muy pocos héroes pueden superar con éxito, además de representar, como queda bien patente en el *Valerián*, el acceso al Más Allá y al Mundo Infernal: quien consigue traspasar ese umbral tenebroso y flamígero se interna en el paisaje de la demencia, donde las coordenadas espaciotemporales pierden su lógica y las cosas se ponen del revés.

Castillos encantados como los de Boralda formalizan uno de los tópicos más distintivos de los libros de caballerías, elementos diferenciales que provienen, como tantos otros, de las entretelas artúricas, con permiso de algunos retazos troyanos que ya hemos aludido. La gran variedad de castillos encantados caballescicos puede contrastarse con la lista de motivos folklóricos que ofrece el *Motif-Index* de Stih Thompson, al respecto de murallas, fortalezas y torres extraordinarias, con más de

¹⁸⁹ *Platir*, ed. M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997, cap. xlij, p. 198.

¹⁹⁰ Feliciano de Silva, *Amadís de Grecia*, ed. cit., cap. lxxxii, p. 436.

ochenta contingencias.¹⁹¹ Otra perspectiva clasificatoria la encontramos en el concepto del *château périlleux*, según propone y desarrolla Francis Dubost a partir de siete modalidades, como ya hemos comentado en una nota anterior. En cualquier caso, el motivo de los castillos encantados, bien con escenario alegórico incorporado, o bien prescindiendo del mismo, pero siempre cumpliendo la función de dar pábulo al sentido de la maravilla, asume referentes fundamentales de las narraciones caballerescas, presentándose como una prueba mayúscula que debe superar el héroe, quizá la ordalía suprema, el castillo encantado como prueba absoluta, el bastión definitivo en el que únicamente la perfección en las armas y la pureza en el amor pueden alcanzar la victoria frente a los poderes ocultos y la magia más portentosa. La luz frente a las tinieblas, la búsqueda y la promoción de una identidad frente al caos de lo desconocido.

De forma enfrentada a los castillos aciagos de Boralda se encuentra la ínsula benefactora de Arismenio, lugar en el que los héroes también son puestos a prueba, pero nunca a través del engaño malévolo o de las trampas mágicas que puedan producirles daño alguno. La Ínsula Venturosa es el espacio de maravilla más importante del *Valerían* y el que cumple las funciones narrativas inauguradas por la Ínsula Firme del *Amadís de Gaula*, en tanto que *locus mirabilia* por antonomasia de una obra determinada, lo que después perpetuaron la Ínsula de los Ximios del *Lisuarte de Grecia*, la Isla del Malfado del *Palmerín de Olivia*, o la Isla Encantada del *Floriseo*, entre otros muchos ejemplos. Se trata en nuestro caso de un territorio anchuroso e inespecífico, de aspecto primordialmente paradisíaco, que nunca se llega a delimitar o describir por extenso en el relato. Sabemos, eso sí, que tiene un puerto y una montaña, también una larga senda que se interna en una arboleda frondosa, donde existen manantiales rodeados de abundante hierba fresca, además de un castillo y otros edificios que apenas se nombran.

La Ínsula Venturosa aparece en tres ocasiones en la historia, tres momentos de considerable importancia que sirven para que los héroes protagonistas alcancen grandes objetivos en su camino de ratificación social. La primera vez acontece en el libro primero, capítulos del 46 al 48, donde sirve como escenario de encuentro entre los tres caballeros supremos de la primera generación, Nestarcio, Pasmireno y Finariel, y la figura de Arismenio. Con la apariencia de un caballero misterioso, el sabio conduce a

¹⁹¹ Véase el tercer volumen (F-H), donde aparecen más de setenta entradas de *Extraordinary castle* (F771), pp. 207-211, y once de *Extraordinary tower* (F772), p. 211.

los príncipes hasta una cercana floresta, en la que se advierten una fuente y una cueva. De este apacible pero extraño paraje, surgen de improviso un oso y un león, que emprenden entre sí una cruel batalla, de la que no sale vencedor alguno. Al momento, llegan dos salvajes de luengas barbas, y también pelean entre sí y caen derrumbados al unísono. El tercer combate lo protagoniza una espantosa serpiente y el Cavallero del Castillo, quien humilla a la enorme serpiente en un brutal lance que la narración refiere con gran minuciosidad. Al final, todos los seres y animales huyen de la fuente, claramente influidos por la presencia de este enigmático caballero, dominador sin paliativos de la vida salvaje y los animales más emblemáticos. El desconocido se descubre ante los tres caballeros y resulta ser el sabio Arismenio, señor del Castillo Venturoso, quien se ofrece a partir de ahora como servidor suyo, si bien requiere a cambio ciertos compromisos de su parte.

El sabio habla largamente con Pasmerindo y le dice que ha sido elegido como «padre del más hermoso fijo y esforçado cavallero que en nuestros tiempos y en muchos antes se ha visto». Entre otras cosas, le pide que siga la voluntad de Dios por encima de todo, que haga también cumplir las leyes de los hombres y que se rija con humildad y misericordia en su gobierno, lo que constituye un extenso consejo *de regimine principum*. Hacia el final de la exhortación, Arismenio usa por primera vez en el relato –al margen, por supuesto, del incipit– el nombre de Valerián para el futuro hijo de Pasmerindo, y asimismo le indica al rey que cuando el niño tenga siete años lo envíe a casa del príncipe Nestarcio, donde recibirá la crianza y formación adecuadas. Después, Arismenio le pide a Nestarcio lo mismo que a Pasmerindo, si bien el relato no redundante en el largo discurso anterior. Por su parte, el don solicitado a Finariel es que sirva lo mejor posible a su amada Polidia. Tras la emisión de consejos y la solicitud de dones, Arismenio se despide de los caballeros y éstos parten hacia Alemania.

La segunda ocasión en la que aparece este lugar es en los capítulos 34 y 35 de la *Parte Segunda*. El protagonista de la obra ha tomado un barco en el puerto de Fruvia, con dirección a Artra, Alemania. Por el camino sobreviene una violenta tormenta, en la que los marineros y el propio Valerián temen perder la vida. Durante doce días consecutivos navegan a la deriva, totalmente perdidos, hasta que por fin recalcan en una desconocida costa. Una vez en suelo firme, recorren el lugar siguiendo una pequeña senda que les lleva a una fuente, en la que comen y descansan. La narración aclara que Arismenio ha sido quien ha provocado el «tempestoso viento», lo que pone en evidencia el gran alcance de sus poderes mágicos. Cuando Valerián y los otros quedan dormidos,

Arismenio y su hija ponen en la mano izquierda de Valerián una candela encendida, dado que de esa forma, mientras arda la mecha, el caballero no podrá despertar. Arismenio y Empiralidea cambian las armas blancas del héroe por otras de color negro. También cambian la poma de la espada y el propio caballo, que ahora son de azabache. Al recobrase, Valerián contempla sorprendido las armas negras y ve una carta que han dejado sobre su pecho. En dicha carta, Arismenio le confiesa a Valerián que no ha podido encontrar a la dueña Boralda. Le relata asimismo que le ha hecho venir a la Ínsula Venturosa para cambiar sus armas y su caballo, más acordes ahora con el dolor y la tristeza que el joven experimenta. Finalmente, el sabio se despide rogando a Dios para que le ayude en su empresa. Leída la carta, Valerián y sus camaradas preparan de nuevo el barco y esperan ansiosos la moderación de los vientos para poder partir.

La tercera y última aparición de la Ínsula Venturosa acontece en los capítulos 73 al 75 de la *Parte Segunda*, tras el núcleo argumental más significativo de la obra. Valerián y los suyos han llegado a la isla de Arismenio y descansan en torno a la ya providencial fuente, en la que se concentran claramente las emisiones mágicas.¹⁹² A partir de ese momento, la narración describe con bastante detalle los elementos integrantes de un magnífico almuerzo campestre, en medio de un paisaje paradisíaco. Arismenio y Empiralidea aparecen con seis doncellas y dos carretas donde se advierte una vajilla de cristal, diversas sillas y dos mesas de variado tamaño y gran hermosura. Aparece otra carreta en la que se transporta la opípara comida. Los caballeros y doncellas comen placentera y distendidamente. Mientras los demás duermen, Valerián y Flerisena se abrazan y besan con gran pasión. El príncipe lleva después a su amada bajo cuatro árboles, con el propósito de llegar «al fin y remedio que tantos años deseara». Flerisena se opone en un principio, pero en seguida se doblega ante las razones que Valerián expone. Los amantes gozan de sus cuerpos toda la noche. Con la luz del alba, vuelven a sus sillas de comensales, donde dialogan extensamente con Arismenio y Empiralidea.

Como puede verse, la Ínsula Venturosa es el escenario mágico más importante de la obra, por cuanto suceden en él episodios de gran significación en el itinerario caballeresco de algunos personajes, y especialmente de Valerián, que experimenta en

¹⁹² El motivo de las fuentes y manantiales mágicos proviene, como tantos otros tópicos, de la literatura artúrica. Apúntese al respecto el trabajo de Marie-Luce Chénierie, «Le motif de la fontaine dans les romans arthuriens en vers des XIIe siècles», en *Mélanges de langue et littérature françaises du Moyen Âge et de la Renaissance, offerts à Monsieur Charles Foulon*, Rennes Cédex, Université de Haute-Bretagne, 1980, tome 1, pp. 99-104.

este espacio dos momentos imprescindibles en su trayectoria particular: la preparación armamentística y mental frente a la gran batalla, y el encuentro sexual definitivo con su amada, una vez que ésta ha sido liberada de su prisión. Y todavía más: en la isla de Arismenio se habla del futuro de Valerián antes de que éste haya nacido, se anuncia su educación cortesana y su destino como caballero ejemplar. Se trata, pues, del territorio que proyecta las cualidades del héroe. Y todo hace pensar que el próximo gran caballero, Flerián de Alemania, ha sido concebido en este extraordinario lugar.

3. *Seres portentosos*

Los seres portentosos y extraordinarios que aparecen en el *Valerián* están representados fundamentalmente por los gigantes, figuras monstruosas y violentas, de antiquísimo abolengo en la literatura universal, y muy frecuentes en los libros de caballerías.¹⁹³ Símbolos de lo contranatural –*homo deformatis et pravus*–, los jayanes suelen acumular las prácticas más perversas e inmorales: raptan y fuerzan doncellas, traicionan y usurpan reinos, avasallan y esclavizan a los caminantes, utilizan constantemente la intimidación y la brutalidad para conseguir todos sus fines, y se enfrentan a muerte contra los caballeros que osan inmiscuirse en sus alevosos planes. Al igual que sucede con los magos, los gigantes aparecen con más frecuencia y significación en la segunda parte del *Valerián*. Recordemos que en la primera mitad se asoma tan sólo un gigante, el llamado Anacarte, a quien el príncipe Menadoro vence con gran facilidad; en la segunda mitad, sin embargo, entran en liza hasta doce jayanes de distinta catadura. En los primeros capítulos de la *Parte Segunda* hallamos al enamorado Galifarán y a su padre, el vengativo y sanguinario Brocaleón de la Cueva, al que Valerián derrota cómodamente, materializando con ello la primera gran hazaña

¹⁹³ Véase el trabajo de M^a Carmen Marín Pina, «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 outubro, 1991), coord. Aires A. Nacimiento y Cristina Almeida, Lisboa, Cosmos, 1993, vol. IV, pp. 27-33, donde se analizan además otros seres deformes y sorprendentes. Más exclusivamente sobre los gigantes, consúltese José Manuel Lucía Megías, «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: de los gigantes de los libros de caballerías al *Quijote*», en *Fantasia y literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*, ed. Nicasio Salvador Miguel, Santiago López-Ríos y Esther Borrego Gutiérrez, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 235-258; y José Julio Martín Romero, «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, ed. Rafael Alemany, y otros, Alacant, Institut Universitari de Filologia Valenciana, 2005, vol. III, pp. 1105-1122, lo que nos remite, por cierto, al *Motif-Index*: F531.5.11. *Giant incontest with man*. A nivel general, resulta de gran interés el trabajo de Santiago López-Ríos, *Salvajes y razas monstruosas en la literatura castellana medieval*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1999; e igualmente el conocido estudio de Claude Keppler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 1986 [1980].

del príncipe tras haber recibido la investidura caballeresca (II, 8). Muy poco después surgen Mustigano y Bronfalión, dos gigantes altaneros que intentan deshonorar a ciertas doncellas, hijas del caballero Alorián de Cirea, quien consigue, no obstante, resarcirse plenamente de tal afrenta (II, 13). Acto seguido se dan cita los descomunales Camelo y Xentropoleo, los gigantes que lideran una banda de salteadores y villanos en el tierra de los Valles Dudados, donde extorsionan y secuestran a los viajeros que se atreven a cruzar por dichos parajes (II, 14). Mucho más adelante, una vez que se han consumado las peripecias centrales de la demanda y liberación de Flerisena, aparecen Antimerón y sus hijos Blandidel, Bravaleo y la buena gigante Brondala, vencidos los primeros por el flamante y ya maduro rey de Francia (II, 71). Y por último, hacia al final de la obra, surge la alusión a Fabalón del Pino, del que se anuncian múltiples acciones en la hipotética tercera parte (II, 83). El príncipe Valerián, desde luego, es el que consigue los mejores resultados frente a estos seres negativos y contrahechos, aniquilando a los gigantes más violentos y poderosos, con mención especial del salteador Xentropoleo, «fuera de toda proporción de natura», gigante que incorpora en su haber el vil oficio de salteador de caminos, figura de la que hablaremos con detenimiento en otra sección.

Además de los característicos y predecibles gigantes, existen en el *Valerián* otros seres vinculados con la maravilla y la magia, en concreto ciertos animales míticos y emblemáticos, muy frecuentes también en la literatura caballeresca. Justo en el primer capítulo de la obra aparece un hermoso y misterioso ciervo, lo que en principio supone una clara inmersión en el mundo de lo sobrenatural, dado que este animal simboliza en sí mismo una guía o mediación hacia el mundo de los sueños, una señal que abre las puertas al terreno de lo imprevisible y lo extraordinario, tal y como se había modelado en la materia artúrica a partir de múltiples y entreveradas tradiciones.¹⁹⁴ El ciervo del *Valerián* conduce al joven príncipe Nestarcio por una floresta extraña y lo empuja hacia su primera gran prueba, directamente relacionada con la dama que pronto será su prometida. El bello animal se convierte así en el primer paso de la preparación

¹⁹⁴ Remitimos a la bibliografía apuntada en notas precedentes, si bien debemos resaltar el buen trabajo de Sergio Cigada, *La leggenda medievale del Cervo Bianco e le origini della «matière de Bretagne»*, Roma, Academia Nazionale dei Lincei, 1965; y el más extenso de Carlo Donà, *Per le vie dell'altro mondo. L'animale guida e il mito del viaggio*, Soveria Manelli, Rubbettino, 2003; ambos centrados en la literatura artúrica. Respecto al género caballeresco hispánico, puede consultarse nuestra pequeña y de momento primera contribución: Jesús Duce García, «Los ciervos en la literatura caballeresca hispánica», en *Actas del XI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (León, 10 al 24 de septiembre de 2005), León, Universidad de León, 2007, vol. I, pp. 501-510, donde exponemos diversos ejemplos de ciervos que aparecen en los libros de caballerías; ciervos que actúan

caballeresca del héroe alemán, y en el primer eslabón de la larga cadena de acciones que supondrán su definición como responsable de todo un imperio. Ejemplos similares al del *Valerían* pueden encontrarse en numerosos libros de caballerías, véanse especialmente el *Floriseo*, *Primaleón*, *Felixmarte de Hircania*, y *Palmerín de Inglaterra*, en los que el episodio de la persecución del ciervo se apropia de un papel fundamental dentro del proceso de la iniciación del caballero, siendo anunciador de las primeras y a menudo más complicadas pruebas del joven neófito, exámenes que son también la antesala de la investidura de armas y la validación social que de ésta se deriva, como ocurre precisamente con el caso de Nestarcio, armado caballero poco después de su encuentro con el ciervo misterioso.

Aunque no tiene un determinado arropamiento mágico, el formidable león que aparece en el capítulo final de la primera parte, del que ya hemos hablado en páginas anteriores, es un animal que proviene igualmente del terreno de la maravilla, en tanto que presenta unas proporciones y características inusuales en estos emblemáticos felinos. Vencido por un niño que todavía no ha cumplido los ocho años, el descomunal león refleja la grandeza y superioridad del futuro caballero, que ya es capaz de aniquilar con un simple cuchillo al todopoderoso rey de la selva. De esta forma, el león se convierte en la puerta de acceso por la que el joven Valerían inicia una proyección heroica que no tendrá competencia en toda la obra.

Convocados por la magia negra de Boralda, surgen de la nada cuatro colosales y espantosos grifos que tiran de un carro en el que será llevada a la fuerza la princesa Flerisena (II, 23). Recordemos que los bestiarios y otros documentos medievales describían al mítico e imaginario grifo como el ave más grande de todas las que surcaban los cielos. Sus alas y su cabeza son como los del águila, mientras que los restantes miembros de su cuerpo se asemejan a los del león.¹⁹⁵ Animal cruel y despiadado, el grifo es capaz de derrotar a varios hombres armados y desarrolla la fuerza suficiente para transportar cuerpos u objetos por los aires durante largos trayectos, como así sucede en el *Valerían* con el carro de Boralda y las doncellas raptadas. Dentro

como guías hacia el ultramundo y ciervos protectores que cuidan e incluso amamantan al niño abandonado.

¹⁹⁵ Véase Ignacio Malaxecheverría, *Bestiario medieval*, Madrid, Siruela, 1999 [1986], pp. 138-143: «El grifo». *Motif-Index*: B42. *Griffin. Half lion, half eagle*; B17.2.2. *Hostile griffin*. Consúltese también *Los viajes de Sir John Mandeville*, ed. Ana Pinto, Madrid, Cátedra, 2001, pp. 278-282, donde se asegura que los grifos habitan en los países más allá del lejano Catay, especialmente en el país llamado Bacharie, el cual está poblado «de gentes muy malas y crueles», y en el que «hay muchos más grifos que en ningún otro».

de la gran variedad de monstruos híbridos que presentan los libros de caballerías, el grifo constituye uno de los seres más impresionantes y difíciles de batir por los héroes, además de estar habitualmente asociado con el mundo tenebroso y demoníaco. Uno de los ejemplos más llamativos lo encontramos en los episodios de la Casa de la Fortuna del *Olivante de Laura*, donde el caballero protagonista se enfrenta en un violento y decisivo combate a un espantable grifo «que más cosa infernal parecía que de la tierra», monstruo alado capaz de levantar en sus garras y su pico a dos gigantes y cuyo simple desplazamiento aéreo henchía de gran viento todo el castillo, las poblaciones cercanas y el valle entero.¹⁹⁶

Ahora bien, el animal más extraño y sorprendente de toda la obra de Clemente surge en el capítulo cuarenta y seis de la *Parte Primera*. Cerca de la ciudad de Rustre, en medio de una típica floresta, Pasmerindo, Nestarcio y Finariel se topan con un desconocido caballero que va montado en un asombroso cuadrúpedo, insólito animal cuya descripción no concuerda con modelo alguno de los bestiarios del Medievo ni con otras deformidades tradicionales que suelen exhibirse en la literatura caballerescas.

Y cuando más se acercaron, vieron que el cavallo en que cavalgava era una alimaña muy grande, la cual tenía cuatro pies y la cabeça a manera de ciervo, con los oídos pequeños y el pescueço largo e delgado, con la barriga y el cuerpo tan ancho que era maravilla. Las ancas muy cortas e redondas, sin ninguna cola, aunque los pelos que en ellas tenía eran tan largos que llegavan al suelo, y tan amarillos que parecían ruvios y de la silla hasta la cabeça. Y de la silla hasta la cabeça era su cuero tan raso e negro como azavache, con unas cintas tan anchas como un dedo y blancas que le començavan debaxo de la barva e venían a fenecer en los pechos. Las armas del cavallero correspondían a los colores que vos diximos, tanto que él e la alimaña en que cavalgava parecían una mesma cosa, salvo que en el escudo se mostrava pintado un castillo muy bien fecho (I, cap. xlvj, ff, 81v-82r).

Esta especie de híbrido entre ciervo y alazán, de colores, formas y elementos muy diversos, parece fruto bastante exclusivo de la imaginación de Dionís Clemente, al igual que sucede, al menos en cierta medida, con algunos monstruos ideados por diferentes autores caballerescos, siempre en búsqueda de los efectos y las descripciones más sorprendentes que puedan impresionar al lector habitual del género. Pensemos, por ejemplo, en el descomunal y horrendo Gran Patagón, una mezcla de perro y ciervo que

¹⁹⁶ Antonio de Torquemada, *Olivante de Laura*, ed. cit., cap. V, pp. 381-383.

aparece en las páginas del significativo *Primaleón*; o traigamos a las mentes el no menos deforme Bufalón, un extrañísimo hombre molusco, tritón u hombre pez con conchas adosadas que se da cita en el *Olivante de Laura* de Antonio de Torquemada.¹⁹⁷ Todo parece indicar que una parte de los monstruos híbridos de los libros de caballerías proviene de la imaginación propia de sus creadores, quienes desarrollaban así su particular *Liber monstrorum*, lo que dificulta lógicamente la realización de un acercamiento tipológico a estos seres fantásticos «fuera de toda razón y naturaleza», a cada cual más extravagante y multiforme.

4. *Objetos encantados*

Elementos también muy comunes de los *mirabilia* caballerescos son los objetos mágicos, cuyas referencias literarias se encuentran claramente en la mitología clásica y en las tradiciones europeas, con especial énfasis en la materia de Bretaña, donde existe una gran variedad al respecto, de la que se nutren por mayor y más directa intermediación los libros de caballerías hispánicos. Se trata en concreto de espadas, escudos, piedras, capas, anillos, libros y otros diversos utensilios que transmiten poderes a quienes los llevan o los manipulan, señalando con ello la importancia de dichos portadores en el proceso del relato: sólo los elegidos podrán blandir espadas encantadas, juntar piedras mágicas, leer mensajes ocultos, y canalizar la magia para conseguir sus fines benefactores y de promoción personal.

En el anchísimo *Valerían* comparecen únicamente cuatro objetos mágicos: la espada forjada por Arismenio, el libro extraordinario del gran sabio Zenofor, el cayado prodigioso de la perversa Boralda, y el asombroso Corazón Dividido que la doncella Feliagra ha traído de tierras lejanas. Los cuatro están conectados directamente con el príncipe Valerían y desarrollan funciones muy determinadas en el curso de la acción. La espada mágica, uno de los objetos más recurrentes de la literatura caballerescas,¹⁹⁸ aparece en el *Valerían* por obra y gracia del sabio Arismenio. Se trata de un arma con poderes protectores que sirve para que Valerían pueda atravesar la cámara encantada de Boralda sin recibir los efluvios adormecedores que afectan a todo aquél que pretende pasar por el citado lugar (II, cap. xj). Esta espada ha sido recibida por el héroe en la

¹⁹⁷ *Primaleón*, ed. M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998, cap. cxxxij, pp. 321-322. Antonio de Torquemada, *Olivante de Laura*, ed. cit., libro III, cap. i, p. 707.

¹⁹⁸ *Motif-Index*: D1081. *Magic sword*. Véase igualmente Antonio Contreras, «Las tres espadas maravillosas de *La Questa del Sant Grasal* catalana», *Revista de Poética Medieval*, 13 (2004), pp. 11-26.

ceremonia de investidura, por lo que se transforma en signo permanente de su iniciación caballerescas y su demanda inquebrantable de aventuras justicieras.¹⁹⁹ En ese sentido, resulta muy significativo que la espada esté vinculada con el mundo de la magia, siendo que así distingue superlativamente a la figura de su receptor, si bien hay que matizar que sólo en los episodios del castillo de la maga Boralda se alude directamente a sus poderes extraordinarios, lo que no es óbice para que éstos puedan sobreentenderse en otros momentos de la historia.

El libro de Zenofor es a todas luces el objeto mágico más original creado por Dionís Clemente. Se trata de un libro que reúne elementos maravillosos de diversa índole, adecuadamente relacionados con el sistema probatorio que deben cumplir los héroes. En primer lugar, encontramos un encantamiento que mantiene las tapas del libro selladas. El emperador de Constantinopla y el resto de caballeros presentes intentan abrir el objeto pero no lo consiguen; únicamente el príncipe de Hungría, entonces llamado el Caballero Triste, lo abre con increíble y pasmosa facilidad, demostrando ser el caballero elegido para las mayores glorias. Una vez abierto, Valerián lee en voz alta un consejo de buen gobierno que dejó escrito Zenofor; el consejo es un discurso de larga extensión donde el padre recomienda a la hija la manera en que debe conducir su reino, para lo cual aborda con detenimiento numerosas áreas y materias. No obstante, el poder más inusitado del libro es la capacidad de reproducir imágenes reales de personas que se encuentran en otros lugares, a modo de una conexión visual entre espacios y dimensiones distintas. De esta forma, el Caballero Triste puede contemplar en sus páginas a Flerisena y Erminia, sentadas bajo unos árboles y cerca de una fuente, en medio de un paraje exquisito y desconocido. Acto seguido, Valerián encuentra también en el libro un aviso escrito del mago Zenofor que le anima a seguir en su demanda de la princesa, dándole algunas pistas sobre el territorio y el edificio donde la malvada Boralda la tiene presa (II, cap. xxxviii).

Las características del libro encantado del *Valerián* se asemejan en parte a las que despliegan los espejos mágicos de varias materias literarias y folclóricas, incluida, desde luego, la literatura caballerescas, en la que casi siempre aparecen como componentes de las ordalías amorosas, para cuya consecución el caballero de turno

¹⁹⁹ Recuérdese el estudio de Juan Manuel Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*; «El caballero está en función de sus armas que forman parte inseparable de su indumentaria, y son instrumento sin el cual no puede ejercer su función. Para la mentalidad mágica o mejor la simbólica, el caballero siempre está en contacto con sus armas, de modo que en una extensión analógica o por contigüidad, éstas pueden servir para representarlo», p. 131.

tiene que ver reflejada la imagen de su dama en el cristal opaco. Recuérdesse el espejo maravilloso que aparece en la corte del emperador Palmerín, donde se dice que «veríades grandes maravillas en el espejo porque si él cobrase su claridad y vós u otro cualquiera lo tomasse en la mano, veríades claramente cabe vos aquella que amásedes aunque'ella estuviesse muy lexos»; espejo que después volverá a surgir en parecidas circunstancias y con los mismos atributos en la historia del *Platir*.²⁰⁰ Entre ésta y algunas otras posibilidades, el objeto que más se aproxima al libro de Zenofor lo hallamos en el primer libro de *La cuarta parte del Florisel de Niquea*, donde acontece la increíble aventura del Cubo del Espejo, un cuerpo de vidrio en forma de sólido regular en el que «todo quanto passava cinco leguas en torno del castillo, se divisava como si presente estuviesse. El Cubo era todo cerrado y muy resplandeciente, sin que junta ninguna se viesse».²⁰¹ Unos y otros ejemplos, sin embargo, no llegan a la acumulación de prodigios del libro de Zenofor, en el que, además de las imágenes proyectadas, se manifiestan repentinamente textos escritos de diversa índole. Un libro, al fin, que contiene la imagen y la palabra.

Otro de los objetos mágicos, el cayado de Boralda, hunde sus raíces igualmente en numerosas tradiciones, entre las que puede recordarse la tradición bíblica y el ejemplo de Moisés y su báculo prodigioso. El cayado –y la varita, el bastón y la rama– se proyecta como el resultado de las relaciones entre el hombre, la tierra y las plantas. Se trata de un objeto mágico cuyo origen es totalmente natural, al contrario que los otros tres objetos del *Valerían*, productos de la manipulación humana. Ante el avance irrefrenable de Valerían en el castillo de Boralda, ésta aparece, iracunda, con el cayado entre los dientes, «con el cual obrava mil cosas y hazía otros tantos males». Pero el príncipe húngaro consigue que la maga arroje el cayado, y después la inmoviliza y encierra en lo alto de la fortaleza (II, cap. iv). Poco después, Arismenio desvela que han sido los poderes del cayado los que le han impedido actuar libremente con su propia magia, cuestión que no hace sino aumentar la singularidad y perfección de Valerían frente a todos los demás, sean caballeros o nigromantes.

El cuarto y último objeto mágico, el corazón de piedra, surge en el capítulo ochenta y cuatro de la *Parte Segunda*, justo a continuación de las bodas de los máximos

²⁰⁰ *Primaleón*, ed. cit., cap. cxxv, p. 298. *Platir*, ed. M^a Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997, cap. iv, pp. 19-24.

²⁰¹ Feliciano de Silva, *La primera parte de la quarta de la chorónica del excellentísimo principe don Florisel de Niquea*, Zaragoza, Pierrez de la Floresta, 1568, cap. xxv, f. 28r.

protagonistas. Ante la corte alemana de Nestarcio, la joven Feliagra relata la triste historia de un amor desairado, para cuyo restablecimiento un extraño sabio, del que nunca se dice su nombre, le ofreció un corazón dividido en tres partes y le recomendó acudir a las fiestas que se iban a celebrar en Colonia, donde encontraría el héroe que podría ayudarla. La acción probatoria que el sabio determinó al respecto consiste en unir los tres trozos de piedra, lo que solamente llevarán a término aquellos enamorados que más intensa y sinceramente se amen. Tras la consecución de esta prueba, la historia de amor de Feliagra podrá alcanzar su merecida recompensa.

Todos los presentes, tanto el emperador como los grandes reyes y caballeros, fracasan en el intento de unir dos pedazos del corazón de roca; sólo Valerián tiene las cualidades necesarias para superar el encantamiento y conseguir dicho objetivo, mediante una desenvoltura que ya forma parte de sus características personales. La segunda prueba debe ser efectuada por las damas, de las que Flerisena es la única que logra ensamblar la tercera parte de la piedra, con el resultado final de un nuevo y ardiente corazón que parece vivo. La aventura del Corazón Dividido constituye así la corroboración de la superioridad de los amores de Valerián y Flerisena ante cualquier otro ejemplo del relato, además de situarse como broche final de su largo periplo amoroso, una vez terminados los desposorios y las bodas pertinentes.

5. Sueños proféticos

Con una rica tradición literaria que se remonta a los textos bíblicos y los clásicos griegos y latinos, pasando, desde luego, por la materia artúrica, los sueños proféticos forman parte del habitual equipaje de recursos de la literatura caballeresca, en tanto que elementos maravillosos que vaticinan y simbolizan los hechos más trascendentes que el héroe va a llevar a cabo en un futuro inmediato. Se constituyen así en un peldaño fundamental dentro del proceso de confirmación social del caballero protagonista, manifestándose casi siempre de forma previa a la obtención del servicio amoroso de la dama o a la superación de la primera y a menudo más difícil prueba. Para la hechura de los sueños y las aventuras oníricas los autores utilizan materiales enigmáticos que buscan la atención del receptor; se trata de símbolos e imágenes de gran extrañeza que acrecientan la expectación y la maravilla y preparan el encumbramiento final del elegido. Los ejemplos en los libros de caballerías son abundantes y variados, especialmente en los grandes ciclos de la primera mitad del siglo XVI, como así ha señalado Javier Roberto González, quien ha estudiado los casos que acontecen en el

Palmerín de Olivia, además de analizar las profecías generales del *Amadís de Gaula*, antes examinadas por Eloy R. González.²⁰² De igual forma, deben tenerse en cuenta las aportaciones del profesor Julián Acebrón Ruiz, quien se ha ocupado de los sueños proféticos de las *Sergas de Esplandián*, el *Florisando* y el citado *Palmerín*, poniéndolos en relación con el sistema de los sueños y aventuras oníricas de otros géneros y materias de la época renacentista.²⁰³

Si tomamos como referencia los *Comentarios al Sueño de Escipión* de Macrobio –quizá la interpretación onírica más conocida en la Edad Media y el siglo XVI–, los dos sueños más importantes que aparecen en el *Valerían* corresponden a la categoría denominada en griego *óneiros*, en latín *somnium*: «Se denomina propiamente sueño el que esconde mediante símbolos y oculta con palabras enigmáticas el significado, ininteligible sin interpretación, de aquello que muestra»; lo que les sitúa frente a otras categorías de sueños como los denominados *visio*, *oraculum*, *insomnium* y *visum*, que presentan componentes de distinta consideración.²⁰⁴ Los dos sueños aludidos corresponden respectivamente a los dos grandes héroes de la obra, esto es, el príncipe Nestarcio, futuro emperador de las vastas tierras alemanas y figura más destacada de la *Parte Primera*, y Valerían de Hungría, protagonista casi absoluto de la siguiente parte y referencia constante en toda la historia narrada.

²⁰² Eloy R. González, «Función de las profecías en el *Amadís de Gaula*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 31 (1982), pp. 282-291; Javier Roberto González, «La admonición como profecía en el *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 18 (1994), pp. 282-291; «Amadís en su profecía general», *Letras*, 34 (1996), pp. 63-85; «La profecía general sobre Esplandián en el *Amadís de Gaula*», en *La cultura hispánica y Occidente. Actas del IV Congreso Argentino de Hispanistas* (Mar de Plata, 18-20 de mayo de 1995), ed. Edith Marta Villarino, Mar de la Plata, Universidad Nacional de Mar de la Plata, 1997, pp. 334-337; «Los sueños proféticos del *Palmerín de Olivia* a la luz de los *Commentarii in Somnium Scipionis* de Macrobio», *Stylos*, 7 (1998), pp. 205-264; «La ideología profética del *Palmerín de Olivia*», *Letras*, 37 (1998), pp. 53-81; «Pautas para la caracterización del discurso profético ficcional como clase de texto: las profecías del *Palmerín de Olivia*», *Incipit*, 18 (1998), pp. 107-158; «La narración profética en los libros de caballerías castellanos», en *La función narrativa y sus nuevas dimensiones (Actas del Primer Simposio Internacional del Centro de Estudios de Narratología)*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1998, pp. 294-302; y «El sistema profético en la determinación del *Palmerín-Primaleón* como unidad textual (segunda y última parte)» *Incipit*, 20-21 (2000-2001), pp. 81-118. Recuérdese también en el *Motif-Index*: M300. *Prophecies*; M302. *Means of prophesying*; y D1812. *Magic power of prophecy*.

²⁰³ Julián Acebrón Ruiz, *Sueño y ensueño en la literatura castellana medieval y del siglo XVI*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004, trabajo en el que se recogen diversos estudios anteriores, convenientemente actualizados. «En esta nueva actitud ante la materia onírica tienen un papel destacado las ficciones caballerescas, especialmente los libros castellanos de caballerías. Estos, sobre todo en el que se ha denominado período fundacional y constituyente del género, redescubren, exploran, desarrollan y consolidan posibilidades que brindan los sueños para la estrategia narrativa, posibilidades que no se agotan en alegoría onírica, en el ensueño-marco o el relato proléptico. *Palmerín de Olivia* es, a este respecto, un libro paradigmático», p. 246.

²⁰⁴ Macrobio, *Comentarios al Sueño de Escipión*, ed. Jordi Raventós, Madrid, Siruela, 2005, véase especialmente el cap. 3, pp. 32-36.

En el minucioso camino iniciático de Nestarcio, integrado por los más importantes motivos y tópicos caballerescos, aparece, como decíamos, un característico sueño alegórico en el que se van a dar cita figuras y acontecimientos que están vinculados estrechamente con el futuro inmediato del héroe y su dama. Estamos a la sazón en el capítulo seis de la *Parte Primera*, y Nestarcio, que ha sido ordenado caballero recientemente, acaba de superar su primera batalla contra un oponente altamente cualificado. Una vez dormido, derrengado por el anterior embate bélico, el príncipe alemán sueña que llega a una exuberante y lejana ciudad, tras varios días de viaje. Por las calles de la misma, guiado por la joven Danela, encuentra una torre donde se halla cautiva una hermosa doncella. Un infernal y gigantesco dragón está a punto de aniquilar a la doncella. Nestarcio se enfrenta resolutivamente con el monstruo, «pero que después de pasada gran pieza, no le aprovechando su destreza ni ardimiento, se hallava en los braços de aquel fiero dragón, el cual con todas sus fuerças trabajava de ahogarlo y con sus agudas uñas passarle las carnes hasta las entrañas», por lo que queda, tras la lucha, bastante malherido y casi sin sentido, momento en el que justamente despierta, lanzando gritos de socorro.

Los sucesos soñados por Nestarcio se corresponden con los hechos que sobrevienen entre los capítulos treinta y uno y treinta y tres de la *Parte Primera*, como así recuerda oportunamente la voz narrativa. La ciudad a la que llega Nestarcio, acompañado, por supuesto, de Danela, es la bella y enorme Constantinopla, capital del imperio griego, «de cuyo asiento y edeficios muy maravillado fue, e, sobre todo, porque le parecía haverla ya otra vez visto». En una elevada torre se halla presa la princesa Arinda, cautiva por el engaño del malvado caballero Fulvián. El príncipe de Alemania se ofrece como valedor de la doncella y ésta acepta de inmediato, visiblemente emocionada. Al poco tiempo, ante los jueces oportunos y las normas correspondientes, los dos caballeros se enfrentan en un fiero combate, primero a caballo, rompiendo lanzas, y después descabalgados y con la espada mordiente. Fulvián acaba derrotado y mortalmente herido, pero Nestarcio también recibe numerosas heridas y cae al suelo, perdiendo el conocimiento, de la misma forma que había acontecido en el sueño.

El sueño de Valerián tiene también vital importancia en el desarrollo del relato, en tanto que simboliza la aventura medular de la segunda parte de la obra, verdadera prueba de fuego que determinará la consolidación del héroe supremo. Cierta noche, Valerián descansa las fatigas del camino bajo un gran olmo. Allí escucha una voz que le

avisa de los grandes hechos que van a regir su vida a partir de ese instante, a lo que Valerián responde con un extenso parlamento en el que reflexiona sobre la grandeza de su amor por Flerisena. Después, el príncipe queda dormido y tiene un sueño de gran intensidad. En dicho sueño Valerián se halla herido y acostado en un lecho. Aparece entonces un hombre de corta estatura que lee en voz alta un escrito. Valerián se levanta sin ningún dolor y se pone sus armas. Llega después a una cueva en cuya entrada hay un gran fuego que logra atravesar. Dentro ya de la gruta, vence a dos violentos leones que le impedían el paso. También aparece una enorme serpiente y de nuevo la suerte está de su parte. Finalmente, surge un gran simio, el cual consigue golpear a Valerián con un madero en la cabeza. En ese momento, el caballero cree oír las voces de su dama y se despierta del sueño (II, cap. x).

El caso de Valerián presenta una novedad importante: será interpretado por el sabio Arismenio, quien de esta forma aumenta sus habilidades y saberes, ya de por sí extraordinarias. Transcurridos los cruciales acontecimientos a los que hacía referencia el sueño, Arismenio habla con sus dos protegidos y les desvela la exégesis del mismo. El lecho en el que Valerián yacía con mortales llagas representaba el dolor por la ausencia de Flerisena y los ingentes deseos de salvarla, allí donde estuviera presa. El hombre pequeño era su fiel Dromisto, y las oscuras armas estaban ligadas con sus nuevos sentimientos de pérdida y desesperación. La isla y la cueva apartadas eran claramente la ínsula y el castillo de la maga, y el fuego que aparecía en la puerta, fue aquél que Valerián atravesó después sin ningún tipo de padecimiento. Los dos esquivos leones representaban certeramente a los dos grandes príncipes, Florianteo y Poliantel, y la espantosa serpiente era nada menos que el rey Pasmerindo de Hungría, padre del héroe. Finalmente, el simio de gran talle no era otro que la hechicera y embaucadora Boralda, la cual, en efecto, le golpeó con el cayado mágico (II, cap. lxx).

Como puede verse, el paisaje onírico dibujado en el *Valerián* no es excesivamente complejo ni tan variado como el de otras obras y series más emblemáticas del género. Clemente elige, al igual que ha hecho con otros aspectos, una fórmula sencilla y de mínima incidencia, aunque, eso sí, aplicada con precisión en los momentos y figuras de mayor relevancia de la obra. Esto es: dos sueños proféticos para dos grandes héroes, dos ensueños para dos acontecimientos que marcarán de forma definitiva la orientación del relato.

LA CORTE Y LA AVENTURA: LA CURIALITAS

En las páginas del *Valerían* aparecen combinados el espacio de la corte y el terreno de la aventura, con clara preeminencia de este último sobre el anterior, como suele ser habitual en los libros de caballerías hispánicos. Ambos espacios, no obstante, se encuentran en total dependencia, dado que la corte suele representar los momentos de preparación o de interludio expectante de la aventura, y ésta necesita del asueto y la ceremonia cortesana para confirmar y expandir su propia proyección narrativa.²⁰⁵

En cualquier caso, el ámbito cortesano se hace presente en las dos partes de la obra de Clemente, pero recibe mayor énfasis en la segunda entrega, donde se da cuenta de un importante número de acontecimientos relacionados con los parámetros de la cortesanía y la vida palaciega, muchos de los cuales se hallan en clara subordinación con los dos máximos protagonistas, Valerían y Flerisena.

El contexto cortesano surge siempre en torno a los héroes más significativos y sus avances en el terreno del amor o en la preparación de las distintas pruebas y aventuras que mostrarán sus cualidades caballerescas, incluida la investidura de armas. En ese sentido, como apunta Juan Manuel Cacho Bleuca a propósito del *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián* de Rodríguez de Montalvo,²⁰⁶ el estereotipo resultante no es exactamente el binomio tradicional de *fortitudo* y *sapientia*, sino más bien el de *fortitudo* junto a la *curialitas*, esto es, la cortesía, entendiendo ésta en un sentido más limitado y específico que el suscrito por Baldassare Castiglione en su famosa e influyente obra, dado que en el caso amadisiano tienen cabida elementos de

²⁰⁵ En parecidos términos se expresa también Anna Bognolo en su estudio *La finzione rinnovata. Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*, Pisa, ETS, 1997: «In conclusione, il cronotopo della corte, pur con tutto il suo splendore, non ha una sua autonomia. Il tempo della corte è un tempo di partenze, dovute all'irruzione del conflitto; di attese, fatte di curiosità, inquietudine, tristezza, notizie centellate, partenze di altre *quêtes*; e di ritorni celebrati con accoglienze festose. Il fatto che per la corte le narrazioni dell'avventura rivestano un'importanza capitale dimostra quanto marcata sia la sua dipendenza», p. 84.

²⁰⁶ Juan Manuel Cacho Bleuca, «El universo ficticio de Rodríguez de Montalvo: el *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*», en *L'univers de la chevalerie en Castille. Fin du Moyen Âge – Début des Temps Modernes*, coordonné par Jean-Pierre Sánchez, Paris, Éditions du temps, 2000, pp. 251-269. Así, pues, «en estas novedosas formulaciones, el estereotipo del caballero ya no sólo se definirá por su esfuerzo, sino por unas nuevas actitudes cortesanas que asumen unos valores de clase. Se trata de conciliar dos actitudes aparentemente contradictorias: por un lado el mundo de las armas y por otro el mundo de las bellas formas, de los buenos modales, en definitiva de la cortesía palaciega», p. 266. En este mismo sentido, debe consultarse el trabajo de Alberto del Río Nogueras, «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», en *Literatura Medieval. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 outubro 1991), org. Aires A. Nascimento e Cristina Almeida Ribeiro, Lisboa, Cosmos, 1993, vol. II, pp. 73-83.

carácter puramente lúdico y festivo, en perfecta sintonía con el *homo ludens* postulado por el historiador Johan Huizinga, esencialmente activo y consciente en la época del Renacimiento.²⁰⁷ En el *Valerían*, desde luego, el binomio propuesto por el profesor Cacho Blecua se desarrolla con bastante holgura y es la referencia más habitual, pero también resulta de gran importancia el horizonte de la *sapientia*, sobre todo en el caso del príncipe de Hungría y su amplio programa educativo, como ya hemos comentado en otro lugar.

Dentro de los parámetros observados, conviene decir que el concepto de *cortesía* aparece con bastante frecuencia en las páginas del *Valerían*, presentándose como claro exponente del comportamiento de las figuras que integran el espacio de la corte. Muchos de los caballeros que participan en los núcleos cortesanos muestran constantemente su «cortesía e mesura», tanto en sus relaciones cotidianas, dentro del propio palacio o en la ciudad cercana, como en el campo de batalla. Uno de los mejores ejemplos lo formaliza el príncipe Menadoro, quien pone en evidencia una y otra vez su «gran cortesía y merced», que le llevarán a la cúspide amorosa y social. De la misma manera, «con mucha cortesía e humildad» agradecen ciertos nobles a los buenos caballeros Sedanel y Soranter lo que han hecho por sus hijas, salvándolas del peligro. Ahora bien, como sucede en casi todos los aspectos de la obra, *Valerían* aglutina las mejores prestaciones de esta cualidad cortesano-caballeresca, asociada en su caso con la selecta educación recibida en la corte alemana:

Y como Valerían no fuesse menos bien criado y humilde con los semejantes que con los sobervios por lo contrario, fizo otro tanto, por donde el donzel, quedando de su buena criança y cortesía pagado, desseando ver y saber más de su persona de lo que fasta entonces se le otorgara, le dixo que si no lo recibía en deservicio, le haría gran merced en dezirle si havia estado algún tiempo en la casa del emperador Octavio. (II, cap, viij).

Además de la representación cortés que define el comportamiento caballeresco, hay que adjuntar, dentro del mismo orden de cosas, otro elemento de gran importancia

²⁰⁷ Johan Huizinga, *Homo ludens*, Madrid, Alianza, 1998 [1954]. «Si alguna vez una élite consciente de sí misma ha tratado de concebir la vida como un juego de perfección artística, ha sido en el Renacimiento. Recordemos de nuevo que el juego no excluye lo serio. El espíritu del Renacimiento está muy lejos de lo frívolo. Inspirarse en la Antigüedad era un propósito concebido con sacrosanta seriedad. La entrega al ideal de la creación plástica y de la invención intelectual estaba poseída de una hondura y una pureza insuperables. Apenas si podemos imaginarnos figuras más serias que las de Leonardo y Miguel Ángel [...] Toda la magnificencia del Renacimiento es una mascarada alegre y solemne con el aparato de un pasado fantástico e idealizado [...] El Renacimiento resucita las dos creaciones de mayor carácter lúdico, la poesía pastoril y la caballería, dotándolas de una vida literaria y festival», pp. 306-307.

en la interrelación de los personajes; se trata de las solicitudes, peticiones y súplicas entre caballeros, integradas en los encuentros y diálogos habituales de casi todos los marcos posibles, momentos que suelen iniciarse con la expresión «por cortesía», o más extendidamente, «por cortesía me dezid, cavalleros», a modo de fórmula protocolaria que intenta garantizar una conducta o una respuesta determinada, la cual no siempre llega en las condiciones deseadas, provocando, por tanto, la acción intermediaria y justiciera del paladín de turno.

La utilización que hace Clemente de este concepto, aunque de índole variada, como acabamos de ver, tiene una base común que entronca en gran medida con los valores corteses de la literatura caballeresca tradicional y el vínculo *chevalerie* y *clergie* del que nos hablaba el profesor Erich Köhler en su estudio sobre la narrativa artúrica, a propósito de un proceso de fusión entre varios elementos.²⁰⁸ No obstante, y en virtud de lo que hemos comentado en otro momento, el uso de dicha noción se aproxima en mayor grado al conjunto de virtudes que debe poseer y desarrollar un perfecto cortesano, tal y como opinaba Castiglione y otros intelectuales de la época renacentista.

En cuanto a las principales actividades de la *curialitas* desarrolladas por el *Valerían*, nos encontramos, por un lado, con las fiestas que siempre acompañan a los desposorios y bodas de los príncipes, y por otro, con los torneos incruentos de los caballeros, ligados también a las ceremonias matrimoniales o en ocasiones a los autos de ingreso a la orden de caballería. Todo lo cual determina en principio una mayor concentración cortesana en la celebración del amor respecto a otros rituales posibles, véase la celebración puramente litúrgica, de la que hay muy pocos ejemplos en la obra que tratamos. Celebración del amor, pues, en tanto que pretexto o justificación para llevar a cabo las acciones más atractivas, estimulantes y satisfactorias, aquellos esparcimientos y espectáculos que constituyen el verdadero deleite y regocijo para todos los miembros de la corte.

En ese sentido, el reflejo de la realidad histórica no debe pasarse por alto, dado que las fiestas con motivo de bodas o compromisos nobiliarios solían durar varios días en las localidades donde tenían lugar, con numerosas manifestaciones de todo tipo, tanto cortesanas como populares, cuyo ejemplo más oportuno podemos encontrar en las celebraciones de boda del emperador Carlos V con Isabel de Portugal, acaecidas en

²⁰⁸ Erich Köhler, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Barcelona, Sirmio, 1991 [1956], en concreto el cap. II, «*Chevalerie – Clergie*. Doble destino y conciencia histórica de la caballería cortés», pp. 42-61.

Sevilla, en marzo de 1526, descritas y analizadas con detalle por el profesor Alfredo J. Morales a partir de múltiples documentos.²⁰⁹ Ahora bien, pálido es dicho reflejo si tenemos en cuenta la gran variedad de recreaciones cortesanas y populares que acicalaban los enlaces monárquicos y nobiliarios de finales de la Edad Media y de todo el siglo XVI, con entradas y arcos triunfales, arquitectura efímera, representaciones teatrales y musicales, bailes, máscaras, desfiles, espectáculos de toros, juegos de cañas, justas, torneos, fuegos y cohetes, y algunos otros aditamentos, cuya dimensión siempre era de marcado efecto visual, en busca de la brillantez, la admiración y la maravilla, y en busca también de la ostentación del poder y la preeminencia social de la aristocracia.²¹⁰

Frente a otros libros de caballerías,²¹¹ el *Valerían* es parco en esas variantes festivas y lúdicas. Como ya hemos dicho arriba, se repite con frecuencia el mismo esquema celebrativo, a saber, las fiestas y los torneos, que casi siempre se llevan a cabo

²⁰⁹ Alfredo J. Morales, «Recibimiento y boda de Carlos V en Sevilla», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, ed. Alfredo J. Morales, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 27-47. Sobre las fiestas cortesanas en general, véase el trabajo de Fernando Bouza, «El espacio de las fiestas y ceremonias de corte: lo cortesano como dimensión», *ibidem*, pp. 155-173; y el estudio panorámico de Miguel Ángel Ladero Quesada, *Las fiestas en la cultura medieval*, Barcelona, Random House Mondadori, 2004, a destacar el capítulo «Fiestas extraordinarias: políticas, cortesanas y caballerescas», pp. 79-116. De igual forma, deben verse los trabajos colectivos: *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval*, Madrid, Polifemo, 1999; y *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, coords. María Luisa Lobato y Bernardo J. García García, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2003. Consúltese el estudio de Roy Strong, *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento (1450-1650)*, Madrid, Alianza, 1988, donde se analiza el espacio festivo cortesano de varios monarcas renacentistas, entre los que destaca Carlos V con sus fastuosos viajes y entradas imperiales. Y véanse también los eruditos comentarios de Pedro M. Cátedra a su edición de *Jardín de Amor. Torneo de invención del siglo XVI*, Salamanca, SEMYR, 2005, en concreto el capítulo «Corte y caballería», pp. 93-98.

²¹⁰ Podemos ver múltiples ejemplos en el trabajo de Esther Borrego Gutiérrez, «Matrimonios de la Casa de Austria y fiesta cortesana», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, pp. 79-116. «Aunque fueron celebrados todo tipo de eventos, los matrimonios reales se distinguieron por la concatenación de fiestas propias de cada una de las secuencias previas a la ratificación del matrimonio –ceremonia en la que se conocían los contrayentes–, y de las correspondientes a las secuencias posteriores, que finalizaban con la entrada pública de la nueva reina en la corte. Así, la celebración completa de las nupcias reales era un proceso largo e intenso, que podía llegar a durar incluso más de dos años», p. 86.

²¹¹ Véanse al respecto los trabajos de Alberto del Río Nogueras, «Dos recibimientos triunfales en un libro de caballerías del siglo XVI», en *Homenaje a José Manuel Blecua*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1986, pp. 19-30; y «Sobre magia y otros espectáculos cortesanos en los libros de caballerías», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 de septiembre-1 de octubre 1993), ed. Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. IV, pp. 137-149. Véase también el trabajo de Sylvie Roubaud, «Les fêtes dans les romans de chevalerie hispaniques», en *Les Fêtes de la Renaissance*, eds. Jean Jacquot et Elie Konigson, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1973, tomo III, pp. 313-340; y sobre todo el de M^a Luzdivina Cuesta Torre, «Fiestas de boda en (algunos) libros de caballerías» en *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Santander, 22-26 de septiembre de 1999), ed. Margarita Freixas y Silvia Iriso, Santander, AHLM, 2000, vol. I, pp. 617-630, citado anteriormente en otra sección.

de manera simultánea o en todo caso inmediata, e incluso a veces conteniendo las primeras a los segundos: «Como las justas y torneos, que en las fiestas de las bodas de aquellos príncipes se habían de hazer» (I, cap. lvij), en clara alusión a un gran programa festivo en el que se integran, entre otros esparcimientos que no se explican, los combates caballerescos incruentos. En cuanto a las fiestas por sí mismas, lo acostumbrado es que se nombren de manera sucinta tras los desposorios oportunos y apenas se describan las actividades que las constituyen. De hecho, tan sólo en unas pocas ocasiones se especifican las diversiones o entretenimientos que se van a realizar en la fiesta señalada de la corte:

Por donde la fiesta fue muy acrecentada, la cual no disminuyeron los juegos que se hizieron y representaron aquel día y los bailes y otros ejercicios de alegría, los cuales duraron hasta passada media noche (I, cap. iii, ff. 6r-6v).

El caso de los torneos se aprecia bien distinto, dado que aparecen descripciones minuciosas en las que se enumeran distintas figuras y no pocos componentes. Las justas y torneos suelen ser las actividades lúdicas que se llevan a cabo al final de las celebraciones, una vez terminados los banquetes cortesanos, los rituales eclesiásticos y los festejos y bailes populares. Al igual que sucede con los anteriores, los torneos que aparecen en el *Valerían*, y por extensión en los libros de caballerías, recogen en buena medida la tradición de los torneos y demás combates caballerescos –*rieptos* y desafíos, pasos de armas, justas– que la realidad medieval y renacentista dejó plasmados en diversos documentos. Sobre este particular, debemos al profesor Pedro M. Cátedra significativas investigaciones, a partir de las cuales queda bien patente que la fiesta caballeresca representó sobre todo un medio de «propaganda y de legitimación de linaje y poder paramonárquico», una expresión en forma de pasatiempo del papel omnímodo del rey como señor de sus vasallos y como modelo de las supremas cualidades caballerescas, lo que se hizo notorio en los reinos hispánicos a partir del siglo XV, y se extendió considerablemente a lo largo del XVI en la España de los Austrias y en buena parte de Europa. El torneo pasó a ser el centro de una serie de espectáculos de carácter deportivo y festivo que promovían la agrupación de la nobleza en torno a su rey y en torno igualmente a una ideología y valores comunes. Por otra parte, estos espectáculos se hicieron cada vez más complejos, sofisticados y aparatosos, dando cabida a distintos materiales iconográficos y teatrales, en clara adaptación a los nuevos gustos de la época

y a la evolución del espacio aristócrata medieval hacia el mundo cortesano del Renacimiento.²¹²

En sintonía con los tratados tardomedievales y renacentistas,²¹³ los torneos y justas del *Valerían* presentan de manera bastante regular una serie de elementos y figuras. Sin ir más lejos, la efigie del rey siempre aparece como juez superior del desarrollo de los mismos, aunque también están presentes los *jueces* nombrados para la ocasión, que vigilan el cumplimiento de las normas establecidas. Las luchas deportivas se realizan habitualmente cerca de las dependencias de palacio, en una plaza, liza, palenque o espacio acotado, donde se levanta un cadalso bellamente adornado y se instalan diversos asientos para los nobles y cortesanos que van a presenciar los combates. Previamente a todo ello, el monarca ha publicado y difundido la noticia de tales entretenimientos, tanto por las tierras locales como por los reinos vecinos y aliados, invitando a participar a los caballeros que deseen obtener gloria y nombradía, los cuales, en efecto, «vernían para exercitarse y dar a conocer sus valores».

Muchos pareceres ovo ende, assí como eran diversas las intenciones, porque el príncipe Nestarcio quería que los torneos, que en las fiestas de sus bodas se havían de hazer,

²¹² Pedro M. Cátedra, «Fiestas caballerescas en tiempos de Carlos V», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, pp. 93-118. Entre otras cosas, el profesor Cátedra revela que «la reglamentación del torneo en un espacio concreto de cofradía u orden de caballeros más antigua que conservamos en Europa es española y está en los estatutos de la orden de la Banda, que fundó Alfonso XI entre 1332 y 1334», p. 97. Sobre el mismo particular, contamos ahora con el nuevo estudio de Pedro M. Cátedra, *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño de don Quijote*, Madrid, Abada, 2007, donde se analizan distintos ejemplos de torneos, tanto reales como ficticios, y se amplian los postulados del anterior trabajo. Pueden verse también los artículos de Rosana de Andrés Díaz, «Las fiestas de caballería en la Castilla de Trastámara», *En la España Medieval*, 5 (1986), pp. 81-107; José Luis Martín y Luis Serrano-Piedecasas, «Tratados de caballerías. Desafíos, justas y torneos», *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia Medieval*, 4 (1991), pp. 161-242; Francisco J. Flores Arroyo, «El torneo caballeresco: De la preparación militar a la fiesta y representación teatral», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 de septiembre-1 de octubre 1993), ed. Juan Paredes Núñez, Granada, Universidad de Granada, 1995, tomo II, pp. 257-278; y especialmente el estudio de M^a Carmen Marín Pina, «Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad Moderna», en *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna*, dir. Eliseo Serrano Martín, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1996, pp. 109-118.

²¹³ Véanse, entre otros, Diego de Varela, *Preeminencias y cargos de los oficiales de armas*, en *Prosistas castellanos del siglo XV*, ed. Mario Penna, Madrid, Ediciones Atlas, 1959, pp. 169-172, en las que se habla de distintas figuras oficiales del torneo; *La Orden y Divisa de la Banda Real de Castilla*, ed. Alfonso de Ceballos-Escalera y Gila, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1993, especialmente pp. 66-70, dedicadas al ordenamiento del torneo y la justa; Alonso de Cartagena, *Doctrinal de los caballeros*, ed. José María Viña Liste, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago, 1995, sobre todo el libro tercero, título quinto: «De la devisa de la Vanda e de los torneos», pp. 229-241, donde se recoge básicamente el mismo articulado que aparece en la Orden de la Banda; y Noel Fallows, *Un texto inédito sobre la caballería del Renacimiento español. «Doctrina del arte de la caballería», de Juan Quijada de Reayo*, Liverpool, Liverpool University Press, 1996, destacándose el capítulo cuarto, «Que trata de la justa», pp. 50-53, y el apéndice III, «Luis Zapata, *Del Justador* (escrito entre 1582-1593)», pp. 75-83, con numerosas y detalladas descripciones del lance.

fuessen publicados, assí por toda Francia como por Ungría y la Gran Bretaña, y que el término de las bodas fuesse tan largo que después de **publicados los torneos**, los cavalleros de todos aquellos reinos, tuviessen tiempo de venir a ellos si quisiessen (I, cap. lvj, f. 102r).

El rey nombra igualmente a los primeros *mantenedores* de la justa, figuras habituales de los lances caballerescos reglamentados, especialmente de los pasos de armas. Se trata en nuestro caso de ciertos cavalleros que actúan como campeones representativos, en oposición a los contendientes foráneos o ajenos que vienen a probar suerte, llamados éstos a la sazón cavalleros *aventureros*.

E llegados a una villa que se dize Cantarberi, descansaron ende aquella noche y allí supieron como el rey estava caçando a quatro leguas de Londres hazia aquella parte, e que vinieran en su compañía la reina y Luceminia con muchos cavalleros, algunos de los cuales se havían señalado **mantenedores de justa**, por no estar ociosos, y otrosí porque el rey holgava mucho de aquello, porque a maravilla era buen cavallero (I, cap. xlij, f. 73r).

Llegado el día señalado, se suceden las presentaciones de los paladines y los enfrentamientos acordados. En los magníficos torneos celebrados en Colonia, por motivo de las bodas reales de Nestarcio y Arinda, el relato se explaya con la preparación y las representaciones de la fiesta caballeresca. Aparece la plaza en todo su esplendor, convenientemente engalanada y dispuesta para las batallas. Ubicados en ella desde el principio, se hallan, expectantes, los *mantenedores* de la justa, haciendo alarde de sus lanzas, sus divisas y sus armas de guerra, mientras que los cavalleros *aventureros*, que en seguida hacen su entrada, acarrear brillantes cimeras y paramentos y exhiben graciosas invenciones,²¹⁴ cuyas leyendas la narración no aporta. Todo está a punto para emprender la acción y quebrar las primeras lanzas; los cavalleros combatientes se acercan al estrado del rey y hacen la reverencia de rigor.

²¹⁴ Sobre invenciones de justadores hay que ver los trabajos de Francisco Rico, «Un penacho de penas. De algunas invenciones y letras de cavalleros», en su obra, *Textos y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo XV*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 189-230; Alberto del Río Nogueras, «Libros de caballerías y poesía de cancioneros: Invenciones y letras de justadores», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Salamanca, 3-6 de octubre de 1989), ed. M^a Isabel Toro, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, pp. 303-318; y Rafael Beltrán, «La noria con arcaduces (cimera de Jorge Manrique) y otras doce invenciones poéticas en *Tirant lo Blanc*», en *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Vázquez Villanueva*, ed. Pedro M. Piñero, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 135-152.

Dicha la cual, salieron de los palacios para ir a la plaça con el mesmo orden del precedente día, adonde ya estaban hechos cadhalsos cubiertos de ricos paños de oro y aparejadas las sillas por el orden que al estado de cada uno convenía, en las cuales se sentaron, atendiendo los cavalleros que havían de venir a justar. Porque ya los mantenedores, los cuales eran Ethesalión, fijo del duque de Bavera, e Cleofán de Saxonia, estaban al cabo de la plaça, adonde venía a fenecer la tela en una tienda, en la puerta de la cual había gran número de lanças arrimadas, aparejadas para quando los cavalleros viniessen a la justa. Los cuales no tenían paramentos ni cimeras, sino armas de guerra, porque assí se había ordenado que viniessen los mantenedores, y que passado el medio día, que era el término que la justa havían de mantener, saliessen aquellos primeros e viniessen otros para el otro medio día. Y si caso fuesse que antes de cumplir su término, fuessen por los aventureros derribados, cumpliessen los cavalleros que los derribarían hasta que viniessen otros que a ellos der[r]ibassen, a fin que todos pudiessen ser mantenedores y aventureros y salir de guerra y divisados, y el valor de cada uno conocido.

No hovieron, el emperador, con todos lo que havéis oído, acabado de assentarse, quando por una calle que había en frente de su cadahalso, por la cual todos los cavalleros havían de entrar y salir, porque pudiessen al sabor de todos ser vistas sus invenciones, entraron dos cavalleros con los cavallos, paramentos y cimeras blancos, los cuales eran de damasco brosladas sobre ellos unas llamas de fuego de hilo de oro con seda de grana muy espessas, y en las cimeras sendas donzellas de lo mesmo vestidas, que con fuelles mostravan darse gran priessa en acabarlas de encender. Y assí como entraron, hizieron su mesura al emperador, y después, rodeando la tela por la parte de los mantenedores, fueron a parar al otro cabo d'ella (I, cap. lvijj, ff. 105r-105v).

Respecto a los espacios cortesanos concretos en los que acontecen tantos los torneos como las fiestas, hay que decir que en la *Parte Primera* sobresalen fundamentalmente los enclaves palatinos de Colonia, Trepisonda, Constantinopla y Londres, grandes localidades en las que existen nutridos grupos de cortesanos. Los caballeros y damas de la primera entrega, véanse Nestarcio y Arinda, Pasmerindo y Albericia, Finariel y Polidia, y Menadoro y Luceminia, personajes imprescindibles para la existencia de la siguiente generación, se hallan o acuden siempre a estas ciudades, se conocen y relacionan en ellas, y participan de las actividades cortesanas que se van originando en las mismas. En la *Parte Segunda* se repiten estos mismos núcleos de convivencia, a los que se suma la corte del Gran Turco en Tracemia, en nada diferente a las cortes europeas cristianas. De entre todos ellos, destaca con holgura el magnífico palacio de Colonia, que se convierte en el espacio cortesano más frecuentado por los

héroes de una y otra generación, además de ser el lugar en el que se celebra la mayor parte de las ceremonias oficiales y los acontecimientos festivos y deportivos que la narración ofrece.

La espléndida corte de Colonia se convierte así en el escenario cortesano por antonomasia del *Valerían*. En ella reside la máxima figura aristocrática de la obra, el emperador Nestarcio, quien a menudo se reúne y departe con los paladines y damas más significativos de la historia. Entre otras acciones e iniciativas, Nestarcio recibe a los viajeros –damas agraviadas o caballeros andantes– que acuden al lugar en busca de protección o de consejo, alecciona a sus mensajeros y embajadores, patrocina y dirige acontecimientos sociales de variada índole, y convoca cortes para administrar sus vastas posesiones y repartir títulos y responsabilidades.

Más había de un año que estava presa Boralda sin que de su fecho se hablasse, causándolo que en todo aquel tiempo el príncipe Nestarcio **tuvo cortes** para poner assento en muchas cosas, assí de la justicia como otras, en las cuales consistía el bien público y universal de todo el imperio, como aquel que era fijo del emperador Octavio (II, cap. xvj, f. 163v).

Junto a Nestarcio y su familia directa –su mujer Arinda, su hija Flerisena y también el propio Valerían– se hallan ciertas figuras de niveles y funciones heterogéneas; nos referimos a doncellas, mayordomos, auxiliares, escuderos y caballeros de diversa procedencia. De entre todos ellos, sobresale con amplitud el personaje del sabio Arismenio, que actúa de camarlengo o valido del emperador, tutelando asambleas y celebraciones y actuando de máximo consejero en numerosos asuntos. También existe un importante grupo de consejeros o jueces que intervienen en los casos en los que debe aplicarse con rectitud las leyes del imperio y el derecho procesal derivado, como sucede con el delito y la traición efectuados por la malvada Boralda.

Al cual Arismenio, sabiendo en qué había de parar tan determinado castigo, dixo que en semejantes casos más se devía regir por lo que los de su consejo le aconsejarían que fiziesse, conforme a las leyes de su imperio, que por otro cualquier alvedrío ni imaginado juizio, señaladamente siendo su voluntad y la razón de se haver con ella conforme a derecho. Por donde los devía mandar llamar y en su presencia y d’ellos venir aquella dueña, porque, vista su acusación y su buena defensa o contraria, se determinasse lo que se hallaría ser justo proveerse (II, cap. lxxxvij, ff. 30v-31r).

Dentro de los diversos acontecimientos acaecidos en la corte de Colonia, destacan especialmente los esponsales de Valerián y Flerisena, que se realizan de forma conjunta con los de Florianteo y Belinda, y los de Poliantel y Ardimea. Recordemos que el enlace oficial de los jóvenes príncipes se ve diferido durante algún tiempo debido a la propia estructura del evento y al protocolo establecido a tal efecto, entre cuyos elementos cabe destacar la invitación que el emperador Nestarcio hace a las familias reales y los grandes caballeros y damas de todas las cortes europeas. Se trata, en fin, de una celebración dividida en dos momentos independientes y distantes entre sí. Por un lado, los desposorios, que es la ceremonia privada, exclusivamente aristócrata y cortesana, en la que se incluyen una misa solemne, oficiada por el obispo de la ciudad, y un banquete con espectáculo musical en los palacios del emperador:

Aquel día, por ser de tanta ocupación y alegría, la missa se dixo en los palacios del emperador por el açobispo de Colonia. El qual en su devido tiempo los desposó a todos assí como fueron nombrados, començando por Valerián y la princesa Flerisena, con todas las cerimonias y palabras que por nuestra cathólica iglesia están ordenadas, dándoles en la fin su bendición. En el qual tiempo fueron tantos los instrumentos que sonaron y tan diversas las cosas que se hizieron e dixeron entre los emperadores y reyes, viendo su hijos llegados en aquel puerto que por todos havia sido tanto desseado, que ponerlas por escrito más pareciera iterar lo que en el día que fueron nombrados se vos contó, pues cuasi el mesmo orden se tuvo, que escribir cosa aplazible ni nueva. Por donde se vos dirá menos de los manjares que en el memso día se sirivieron, pues dexando de escribir los atavíos y especificando lo que se comió, con razón se le pudiera atribuir al coronista nombre de goloso, a lo menos sospechar que no havia de la cozina salido para ver los desposados y los vestidos d'ellos. Pero no vos dexaremos de dezir cómo, alçadas las mesas, tomando cada uno a su señora por las manos, se sentaron en los estrados que para aquel efecto les havia aquel día adereçado, adonde, con no menos gloria y descanso que poco tiempo antes con penas y affanes, estuvieron hasta la hora de cena. (II, lxxxj, f. 306v).

Y por otro lado, las bodas, o lo que es lo mismo, la ceremonia pública, con participación de todos los ciudadanos, mediante fiestas, juegos, tragantonas y alegrías por las calles y plazas, adornadas para la ocasión. Se celebra también el rito religioso, nuevamente dirigido por el obispo, y se convocan los torneos deportivos caballerescos, reservados como siempre para el último momento de la fiesta:

Otrosí quién ha de dudar que por las calles que passaron, assí al ir a la iglesia como al bolver a los palacios, faltassen gentes que no sin gran desseo de verlos atendían su venida con algunos juegos con que creían servirlos y acrecentarles su alegría, puesto que les no davan sino pena pues les impedían que passar no pudiesen, aunque por otra parte no podían dexar de se lo agradecer, considerada la buena voluntad con que lo hazían, y ser muy ledos por ella, pues de ninguna cosa deven folgar más los príncipes que de conocer que son de sus vassallos amados, por recrecéseles de aquel amor no menor honra y provecho que deshonra y daño de lo contrario, allende de innumerables cuidados y trabajos que les passar y çufrir conviene (II, cap. lxxxiiiij, f. 313v).

Por manera que quando la missa se dixo ya era cerca de medio día. Y como después de haver comido salir quisiessen a la gran placa, por ver las justas que de se hazer havían, sobrevino tan grande lluvia que les estorvó la salida y vista de los justadores con sus ricas invenciones. La cual duró aquel día y otros dos sin jamás cessar. Por donde no pudo traherse a effecto el desseo, assí de los cavalleros que havían de justar como de los que los havían de ver (II, cap. lxxxv, f. 317r).

Entre los aspectos que componen ambos momentos de los esponsales, la narración hace especial hincapié en la apariencia física de los cortesanos y en sus vestimentas y atractivo señorial, en la diversidad y riqueza de los caballeros, así como en la hermosura incomparable de las damas –«¿quién sería de tan osado juicio y loco atrevimiento que a contar se atreviese los atavíos tan ricos y estraños que aquel día sacaron todos los que de los dos géneros se havían de desposar?»–. De igual forma, se insiste en los elementos materiales y ambientales de una y otra celebración, véanse los acicalamientos de la sala palaciega, de la plaza y las calles, la abundancia y variedad de la comida –«los manjares que en el mesmo día se sirvieron»–, y la presencia de la música, el baile y el regocijo general. Recordemos que la pompa y el lustre principesco eran signos identificativos de los diferentes núcleos cortesanos de la Baja Edad Media y el Renacimiento, entre los que destacó precisamente la corte valenciana del duque de Calabria y Mencía de Mendoza, grupo y espacio con el que Clemente tuvo una estrecha relación. En el palacio y los jardines del virrey de Valencia eran frecuentes las recepciones, las fiestas y las representaciones teatrales y musicales, siempre marcadas por la etiqueta de conjunto y la prestancia de las damas valencianas y castellanas, tal como describe el poeta Luis Milán en *El Cortesano* y revalidan los cronistas Jeroni Soria y José de Sigüenza, entre otros testimonios.

Así las cosas, los componentes de la *curialitas* que se observan en el *Valerían*, aun sin ser excesivamente cuantiosos, muestran una importante evolución del caballero medieval hacia el caballero renacentista, imbuido éste de cortesanía y gusto lúdico, y también de formación intelectual –«assí en las armas como en las letras»–, como ya hemos advertido en otros momentos. En idéntico sentido, los escenarios cortesanos se van intercalando con los escenarios de la aventura, que siguen siendo, no obstante, más abundantes y prolíficos. Ahora bien, en la segunda parte del *Valerían* la corte adquiere un papel primordial y aglutinador de sucesos, en tanto que en ella se celebran los acontecimientos sociales más valiosos de la historia, ligados casi siempre con el gran héroe protagonista, además de que muchas de las contingencias tienen su origen en el seno de la misma, véase el rapto de Flerisena o la demanda del Corazón Dividido, por poner sólo los ejemplos más conspicuos.

Allende del mundo cortesano y sus habituales despliegues, no podemos olvidar que la aventura en sí misma y por sí sola es el verdadero cañamazo de la literatura caballeresca, según explicó en su momento el profesor Köhler a propósito de la materia artúrica de Chrétien de Troyes.²¹⁵ Mucho más que un complemento de los aspectos que hasta ahora hemos analizado –el paradigma del héroe, el ritual de la investidura, la expresión del amor, la magia y la maravilla, la propia *curialitas*–, la aventura se constituye en el eje vertebrador del relato, a partir del cual los anteriores elementos se perfilan, desarrollan y expanden. Hablamos del peregrinaje y de las peripecias incesantes de los personajes, o lo que es lo mismo, del protagonismo monocorde, rozando el absoluto en numerosos pasajes y capítulos, de la acción, la cual queda vinculada desde su primera esencia a los parámetros tradicionales de la errancia, la demanda y la prueba, o en otros términos posteriores, la salida. Hasta en las escenas cortesanas de asueto, al calor del relato en diferido de las hazañas de los grandes héroes,

²¹⁵ Erich Köhler, ob. cit. «La transformación del significado de la *aventure* de “azar” en “fortuna-destino” es ya un medio de respuesta a la arbitrariedad de las fuerzas imprevisibles. La *aventure* desconcretizada del caballero errante puede representar, en su idealización cortés, la necesidad y la posibilidad de sobrevivir en medio de un peligro general, que afecta a la caballería y que es, a causa de su carácter anónimo, tan vasto como impreciso», pp. 71-72. El estudio de Köhler puede completarse con el trabajo de Marie-Luce Chênerie, *Le chevalier errant dans les romans arthuriens en vers des XIIIe et XIIIe siècles*, Genève, Librairie Droz, 1986, especialmente la sección titulada «Les itinéraires», pp. 210-239, y el cap. «L’errance guerrière», pp. 277-410. Véase también el clásico estudio de Erich Auerbach, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, FCE, 1993 [1942], concretamente el cap. «La salida del caballero cortesano», pp. 121-138, donde leemos que «El mundo de la prueba caballeresca es un mundo de aventura; no sólo contiene una ristra casi ininterrumpida de aventuras, sino

el recuerdo de la aventura lleva las riendas del pulso narrativo, del acontecer sinuoso de la historia. Se trata en buena medida de la aventura como principio y fin, como sustento narrativo inapelable, pero también como proceso ininterrumpido que decanta la sublimación de los héroes y les conduce a su propia identidad; la aventura como armazón que contiene los anclajes del propio discurso y como estructura argumental que nunca se agota, más bien al contrario, se multiplica y perpetúa en hechos de libros no escritos, inexistentes –segundas, terceras o enésimas partes que nunca vieron la luz–, cómplices de un impulso irrefrenable de la imaginación y la fantasía, en busca del lector incondicional.

Recuérdese sobre el particular la atractiva interpretación de Paul Zumthor, quien a propósito del espacio del caballero andante nos hablaba de la errancia caballeresca como una sucesión o proceso de aventuras que suponen un orden secreto al que sólo el héroe elegido tiene acceso, lo que también puede asociarse con la conocida representación del *homo viator*, frecuentemente invocada por la tradición religiosa medieval. De esta forma, la aventura llega a dispensar a la errancia y la demanda su más íntimo y pleno sentido: se constituye en el auténtico e intransferible escenario del caballero, donde la errancia más común se manifiesta en tanto que figuración ideal permanente y la *quête* se percibe como el principio de organización narrativa.²¹⁶

No olvidemos tampoco las aportaciones del profesor Cacho Blecua sobre la capacidad estructural de la aventura y sobre la organización temática en diversos núcleos de la misma –«aventura familiar, amorosa y político-cortesana, teniendo en cuenta que todas ellas se interfieren y que en la mayoría de los casos tienen como manifestación externa alguna demostración bélica»–,²¹⁷ cuestiones que ya hemos comentado en el apartado correspondiente a la estructura del *Valerian* pero que debemos recuperar aquí, especialmente por la idea que se desprende al respecto de que la aventura legitima las funciones básicas del caballero, convirtiéndose así en el tronco esencial del que deriva el propio sentido de la narración y, con más rotundidad si cabe, el propio sentido del caballero, esto es, su propia identidad.

que no contiene otra cosa; nada ocurre en él que no sea escenario o preparación para una aventura. Es un mundo creado y preparado ex profeso para la prueba del caballero», p. 132.

²¹⁶ Paul Zumthor, «De Perceval à Don Quichotte. L'espace du chevalier errant», *Poétique*, 87 (1991), pp. 259-269.

²¹⁷ Juan Manuel Cacho Blecua, «Introducción», Rodríguez de Montalvo, *Amadis de Gaula*, ed. cit., especialmente pp. 110-113, tomo primero. Complétese con las múltiples indicaciones que pueden encontrarse en su imprescindible estudio *Amadis: heroísmo mítico cortesano*.

El *Valerían* de Clemente, como modesto pero fiel representante de los libros de caballerías, reproduce todos estos barruntos y hace de la aventura su tema y pauta transversal, en tanto que estructura recurrente de la historia, de la que se desgajan los hechos y los personajes, y de la que depende su caracterización más palpable, por cuanto el espacio y el tiempo se hallan domeñados plenamente por la trepidante acción. En los capítulos y secciones de nuestra obra la aventura se constituye en la perspectiva hacia la que se movilizan todos los elementos, especialmente la figura del héroe caballeresco, campeón de batallas y experiencias, que se erige así como un aventurero perpetuo, como una representación inquebrantable que necesita de la aventura para desarrollar sus propias circunstancias y avalar su estado original.²¹⁸

En cuanto al propio término, *aventura*, hay que decir que aparece por doquier en toda la obra, aportando fundamentalmente el significado más usual en la literatura caballeresca, relacionado siempre y de manera intrínseca con las pruebas y dificultades, tanto guerreras como maravillosas, que el caballero encuentra y debe superar para alcanzar sus objetivos, o con los sucesos de cualquier índole que sobrevienen en su camino.

No es extraño, pues, que ya desde los versos laudatorios de los preliminares del *Valerían*, el poeta valenciano Andrés Martín Pineda describa la obra de su amigo Clemente como «tal artificio de mil aventuras» y «gran viridario de tanto deporte», aludiendo a las hazañas y los logros mayúsculos de los caballeros protagonistas y asimismo a las maravillas que la historia presenta. Expresiones de parecido calibre surgen en cuantiosos momentos del libro, principalmente en los itinerarios de los héroes, en los que se llega a mencionar hasta la ausencia de estos mismos referentes: «y fue la causa que el rey llegasse ende sin hallar alguna aventura en que se huviesse exercitado», y también, «y assí anduvo algunos días sin fallar cosa ni aventura que de contar sean en cabo», que se refieren al rey Pasmerindo y al príncipe Finariel, respectivamente.

Pero lo más habitual es que la aventura se nombre como parte imprescindible del relato o de los hechos caballerescos. Como decíamos hace un momento, la aventura debe estar presente en la salida del caballero para que éste ponga en marcha su

²¹⁸ Asociados en su mayoría a la prueba bélica, múltiples son los motivos que pueden habilitar al héroe como tal. Entre otros, véanse en el *Motif-Index*: H218. *Trial by combat. Guilt or innocence established in judicial combat*; H218.0.1. *Vindication by champion. Usually noble lady or king accused*; H217. *Decision made by contest*; H220. *Ordeals. Guilt or innocenc thus established*; H210. *Test of guilt or innocence*; P557.4. *Customs concerning single combat*; y H218. *Combat judiciaire*.

promoción y ratifique su verdadero estado. Es precisamente por esta razón que los personajes recuerdan a menudo las circunstancias en que el caballero tiene que realizar su periplo: «¿partirse ha tan presto de aquí para buscar las aventuras y ganar honra y prez como se acostumbra por los cavalleros noveles?», se pregunta la propia Flerisena ante la inevitable partida de su amado, una vez que ha terminado la ceremonia de la investidura.

En ese sentido, las acciones y pruebas que van desarrollándose en la historia, las ordalías que los caballeros deben culminar o los desmanes que deben solucionar, suelen ser llamadas *aventuras*. Mucho más cuando se trata de una prueba que sólo el héroe de superior categoría, el «mejor cavallero del mundo», podrá zanjar con éxito, distinguiéndose así de los demás paladines. La extraña aventura del libro mágico, por ejemplo, sita en la *Parte Segunda*, cap. xxxix, es designada frecuentemente de esta manera —«la aventura del libro»—, lo que hace pensar que los componentes maravillosos de algunos acontecimientos dan mayor sentido al término en cuestión. La narración detalla que «por ninguno se pudo acabar la aventura del libro», hasta que justamente intervino el príncipe Valerián de Hungría y consiguió abrir las páginas de dicho objeto y contemplar sus imágenes y mensajes escondidos; a partir de lo cual, Valerián sería recordado para siempre «assí por la honra que se le recrecía por le haver dado cima en aventura tan estraña». Con todo ello, lo maravilloso, lo mágico, perpetuamente asociado a los obstáculos probatorios y las ordalías de iniciación caballerescas, viene a representar la dimensión más distinguidora y sobresaliente de la aventura. No en vano las pruebas más dificultosas o de mayor empaque simbólico en la obra están supeditadas al impulso de los sortilegios y las artes mágicas: véanse los castillos encantados de Boralda, el libro extraordinario del sabio Zenofor, el corazón de piedra dividido, pero también la asechanza del ciervo en el bosque misterioso o el adormecimiento inducido que propiciará la adjudicación de las armas azabaches, indispensables para la lucha final.

En cualquiera de los casos, —y en esto nos basamos de nuevo en la descripción ofrecida por la profesora M^a Carmen Marín en su tesis doctoral sobre los *Palmerines*—, la aventura en el *Valerián*, y desde luego en la gran mayoría de los libros de caballerías hispánicos, «es la unidad mínima generadora de las distintas secuencias narrativas».²¹⁹ Lejos ya de las resonancias espirituales y las lecturas alegóricas que podían ofrecer las obras artúricas en torno a la búsqueda del Grial, y después del intento frustrado de

Rodríguez de Montalvo de dotar a la figura de Esplandián de cierto sentido religioso, el género de caballerías se instaló en el entretenimiento puro y en la aventura como revelación del héroe y como fin en sí misma, aspectos que la obra de Clemente expande y aprovecha en todo su ancho.

En cuanto a la tipología de las aventuras caballerescas, el *Valerían* mantiene las mismas pautas que los ciclos y obras más importantes del género al que pertenece, centrándose consecuentemente en dos arquetipos aventureros básicos: los hechos bélicos y los hechos maravillosos. Ambos, como ya hemos advertido arriba, aparecen superpuestos con relativa frecuencia en una misma representación, aunque también lo hacen de forma aislada e independiente. Ahora bien, siempre son materializados en los escenarios acostumbrados de los libros de caballerías, véanse el espacio de la corte, el castillo, la ciudad, la floresta, el camino, la cueva, y el mar o las islas.²²⁰

1.- Los hechos bélicos o hechos de armas, vinculados o no con la maravilla y el ultramundo, se extienden por todo el libro de principio a fin, desarrollando una típica aunque mínima variedad, bastante reconocible en las obras caballerescas. El esquema más recurrente lo formaliza la batalla individual en medio del camino o de la floresta, o quizás en la plaza de una ciudad o de una población de la que no se dice el nombre. Se trata del enfrentamiento de un caballero protagonista contra un adversario declarado, a menudo infame, traidor o ladrón. Es también muy habitual que los motivos de la pugna estén relacionados con la inocencia o la libertad de una doncella, la cual, de manera directa o por medio de otras personas, solicita de un caballero que sea su valedor y la defienda frente a uno o más individuos con perversas intenciones. En los capítulos iniciales de la *Parte Primera*, la princesa griega Arinda utiliza a su doncella Danela para buscar un caballero que luche por su liberación. Nestarcio, el gran campeón alemán, se ofrece como valedor y se enfrenta contra el malvado Fulvián, carcelero de la princesa. En este caso, como en otros que irán apareciendo a lo largo de la obra, la modalidad del combate es un choque violento entre caballeros, enfrentamiento en el que cabe suponer

²¹⁹ M^a Carmen Marín Pina, *Edición y estudio del ciclo español de los Palmerines*, especialmente pp. 152-153.

²²⁰ Emilio José Sales Dasí en *La aventura caballerescas* realiza una agrupación aproximada de los espacios determinados de la aventura caballerescas, pp. 119-146. Ahora bien, «Mientras los escritores de obras caballerescas intentan captar la atención de su público con la promesa de que van a contar grandes hechos de amor y de armas, la consideración del espacio queda relegada a un segundo plano. El elemento geográfico interesa en cuanto marco de una acción trepidante, de forma que no deberemos esperar grandes ejercicios descriptivos y documentales a la hora de representar los distintos escenarios recorridos por el caballero», p. 119.

que se han establecido ciertas normas básicas, a tenor de la existencia de los jueces que se encargan de controlarlas.

Los jueces que vos diximos, tomando cada uno su cavallero, los pusieron en aquella parte del campo que les pareció devida por derecho. Fecho lo qual, bolvieron a sentarse en el lugar que antes tenían, dexando a los cavalleros, los cuales, en el mesmo instante que sintieron tañer las trompetas, con no menor desseo de dañar el uno al otro que se tenían saña, firieron sus cavallos de las espuelas sin ninguna piedad, los cuales, aunque grandes corredores fuessen y ligeros, como tan aquexados fuessen por sus señores, corrieron con tan sobrada impetud y ligereza que, puesto que assaz huviesse cada uno tomado del campo en muy breve tiempo, vinieron a encontrarse de tal manera que, aunque fueran los más flacos y covardes cavalleros del mundo, no dexaran de parecer también como los mejores, según fueron los encuentros poderosos, tanto que Nestarcio perdió las estriberas ambas, y con la fuerça del encuentro su cavallo se enarmonó tan alto e derecho que todos creyeron que caería sobre él (I, cap. xxxiiij, f. 54v).

La justa entre Nestarcio y Fulvián se plantea con objetivos muy distintos a los que sustentan los torneos deportivos, de los que hemos hablado en el apartado de las fiestas cortesanas. El tono de esta batalla no es festivo o lúdico ni los contendientes pretenden adquirir fama y conseguir un obsequio valioso o una prenda de la dama más hermosa de la corte. Está en entredicho la palabra y la libertad de una princesa cautiva, por lo que el caballero valedor luchará con vehemencia y determinación, poniendo en juego su propia vida y buscando sin reparo la muerte de su contrario, el cual actuará con idénticas expectativas. Las características de este tipo de sangrientas lizas quieren aproximarse en alguna medida a los *rieptos* y desafíos descritos por la tratadística medieval y renacentista, si bien no cumplen con muchos de los componentes instituidos a la sazón.²²¹ El parecido reside concretamente en los motivos y en el estilo de estas acometidas, en tanto que siempre concurre una grave traición, una deshonra o tuerto que el caballero de turno intenta restablecer. En primer lugar, el paladín desafía

²²¹ Recordemos que en la *Séptima Partida* de Alfonso X el Sabio los títulos III y IV se dedican a los *rieptos* y el título IX al desafiamiento, cuyas leyes respectivas establecen las normas de actuación. De igual forma, el *Doctrinal de los cavalleros* de Alonso de Cartagena, en los títulos II y III del libro tercero, trata de los desafiamientos y los *rieptos*, respectivamente, en ed. cit., pp. 200-223. De gran interés son las completas anotaciones de Diego de Valera en su *Tratado de las armas*, llamado también *Tratado de los rieptos e desafíos que entre los cavalleros e hijos dalgo se acostumbran hazer...*, que podemos encontrar en *Prosistas castellanos del siglo XV*, estudio y edición de Mario Penna, Madrid, Atlas, 1959, pp. 117-140. En el género que nos ocupa, hay que resaltar el caso de *Don Florindo*, singular libro de caballerías en el que aparecen numerosos y detallados ejemplos de este tipo de peleas y disputas caballerescas, como

directamente al malvado perpetrador, y acto seguido se sitúa en el escenario de la lucha a muerte, ante la vigilancia de los jueces oportunos y el monarca correspondiente. Pero hasta aquí llega la similitud, dado que en el *Valerían* no se dan cita los carteles de desafío, los juramentos, los plazos, las medidas, la selección de armas y otros elementos que los tratados muestran como costumbres o leyes de dichas pependencias, en las que se vienen a combinar finalmente la práctica bélica y el derecho de carácter procesal.

En cualquier caso, la violencia de este tipo de justas es la nota que predomina en los diferentes enfrentamientos que surgen en el *Valerían*, ya sean batallas, duelos o pasos de armas, incluidos también los grandes choques entre ejércitos, la guerra en su expresión absoluta. A este respecto, el ejemplo más importante en nuestra obra lo encontramos en la espectacular lucha entre el ejército imperial de Trepisonda, dirigido por el rey Pasmerindo y el caballero Menadoro, y las huestes moras de Abelarín de Asiria, que han invadido y asolado el territorio cristiano. Tanto el conflicto entre las dos religiones, como la desmesura de las cifras de víctimas o la rapidez de las incursiones, son aspectos habituales de los libros de caballerías que el *Valerían* reproduce sin grandes aditamentos.

Pero al tiempo que llegaron, mostrando que no querían que su venida no les costase caro, el rey Pasmerindo e Menadoro con todos los cavalleros de su haz dieron sobre ellos con tanto esfuerço y denuedo que de los primeros encuentros, antes que las lanças quebrassen, según los tomaron a su salvo e descuidados, derribaron e mataron más de diez mil cavalleros sin recibir ningún daño los christianos. Y aquel descuido y seguro que ellos tenían, dio causa que como las guardas que los moros tuvieron aquel día en el camino de la villa huviessen visto que ninguno salía al campo, e que ya de la parte que ellos guardavan eran passados diez mil cavalleros para la guarda de las tiendas, e otras cosas que havían de passar. E que después que anoheciera eran passados otros diez mil. Havían dexado la guarda e se eran bueltos por ver passar los que quedavan, por donde los hallaron tan descuidados de aquel sobresalto, ayudando a ello que no tenían a los de la villa en cosa, cuidando que no eran más de los que havían entrado en ella cuatro días antes (I, cap. xx).

2.- Los elementos maravillosos y mágicos, vinculados o no con la práctica guerrera, componen otro de los imprescindibles espacios de aventura caballeresca, si bien su presencia en la obra es bastante menor que los hechos de armas. A pesar de ello,

ha estudiado Alberto del Río Noguerras en su trabajo «El *Don Florindo* de Fernando Basurto como tratado de *rieptos* y desafíos», *Alazet*, 1 (1989), pp. 175-194.

su trascendencia simbólica respecto al proceso de iniciación y ascenso caballerescos, y respecto a la estructura narrativa en su conjunto, resulta verdaderamente incuestionable, tal y como hemos comentado en secciones anteriores.

Las aventuras maravillosas se concentran especialmente en la *Parte Segunda*, mientras que en la *Parte Primera* apenas se asoman, siendo la aventura bélica y militar, con sus numerosas batallas individuales y algunas guerras entre ejércitos de contraria religión, la acción más aventajada. Recordemos de nuevo que la segunda parte narra con profusión las andanzas del príncipe de Hungría y que la primera entrega se dedica sobre todo a Nestarcio y Pasmerindo, antecesores del gran paladín. La maravilla, pues, suele acompañar a Valerián en muchos de sus peregrinajes, lo que dará muestras inequívocas de las virtudes superiores de este caballero frente al resto de personajes.

Ya hemos hablado con antelación de los sucesos maravillosos y de los ingredientes que los constituyen. Cabe repetir, no obstante, que este tipo de aventuras son las que culminan los procesos fundamentales del relato. Sólo los elegidos pueden superar las artes mágicas y subyugar los encantamientos y nigromancias, de lo que se desprende que, si la aventura bélica es la dimensión acostumbrada y pertinente de los caballeros, la aventura mágica se convierte en el portal de los héroes supremos, de los seres que se aproximan a la perfección.

En ese sentido, Arismenio relata o alude una y otra vez, y ante públicos distintos, la hazaña de Valerián con el libro prodigioso de Zenofor, aventura que únicamente podía llevar a término «el más leal amador del mundo». Como sabemos, las excepcionales condiciones caballerescas y amorosas de Valerián superan la cota mágica y se adueñan de los efectos consecuentes de la ordalía; el príncipe logra abrir la arquilla donde está depositado el libro, consigue tomar el pesado objeto, «y en el mismo instante, sin hazer más fuerça de la que para abrir cualquier otro libro convenía ponerse, lo abrió tan súpitamente como si ya estuviera abierto». El libro le enseña después los mensajes escritos que nadie ha podido leer nunca y le ofrece imágenes exclusivas de su amada, la cual se halla cautiva en un lugar lejano y desconocido.

Otro de los acontecimientos maravillosos, el Corazón Dividido, repite el mismo esquema funcional: una extraña prueba que sólo Valerián alcanza a superar, si bien en este caso se suma la figura de Flerisena. La pareja protagonista muestra de esta forma su perfección amatoria por encima de lo común y del resto de los personajes. Valerián ha sido el único que ha logrado unir dos piezas del corazón de piedra, y acto seguido la princesa alemana ha puesto la tercera, rehaciendo el objeto mágico y proporcionando a

su poseedor los beneficios que necesitaba. Tanto éste como el resto de fenómenos prodigiosos de la historia muestran el lado superlativo de la aventura, la faz en la que caben los efluvios ultramundanos y los goznes sorprendentes y a veces oscuros que llevan al *plus ultra*, habitualmente dispuestos todos ellos para ser vencidos o salvados por los sujetos mejor dotados para llegar a la cúspide aventurera.

LO MARGINAL: EL ENANO Y EL BANDOLERO

Los personajes marginales forman parte del imaginario habitual de los libros de caballerías hispánicos. Se trata en principio de distintas figuras que proceden de múltiples sustratos tradicionales y folclóricos, en combinación ocasionalmente con representaciones aproximadas a una realidad más o menos inmediata. Varias de estas figuras llegan a situarse claramente en el ámbito de la villanía o en el límite de la delincuencia, y al mismo tiempo, tal como expone el profesor Alberto del Río, «desempeñan una función de contrapunto antiheroico a las hazañas caballerescas cuando éstas se reflejan en el espejo deformante de la risa cortesana».²²²

1. El enano

Uno de los personajes marginales más conocidos y recurrentes del género caballeresco es el enano, de evidente ascendencia artúrica. El enano del ciclo artúrico presenta cierta variedad tipológica, a través de individuos de distintas e incluso opuestas cataduras sociales y morales, si bien suele simbolizar el desvío o la deformación humana, en clara antítesis con la figura mitológica del gigante.²²³ Con todo, los libros de caballerías reproducen generalmente un enano de tipo bufonesco, casi siempre de aspecto ridículo y risible, y en ocasiones amparado bajo el palio de oscuras intenciones y relacionado con el ámbito de la magia y la maravilla, aunque también centro de los pasatiempos y jolgorios aristócratas de las salas de palacio. En la obra que tratamos, el enano grotesco se halla representado exclusivamente por el fiel escudero Dromisto, figura que va a incrementar las citadas características arquetípicas con el papel de consejero amoroso y confidente de los máximos protagonistas, además de constituirse en uno de los auxiliares más importantes del héroe principal.

Desde su aparición en el capítulo sesenta y tres de la primera parte, Dromisto, personaje que se sobreentiende de extracción social baja, sorprende por su inteligencia y sensatez, su recto proceder y su exquisita formación en algunas materias. La entrada en

²²² Alberto del Río Noguerras, «Figuras al margen: algunas notas sobre ermitaños, salvajes y pastores en tiempos de Juan del Encina», en *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*, ed. Javier Guijarro Ceballos, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, pp. 147-161.

²²³ Carlos Alvar, *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza, 1991, especialmente pp. 142-144, dedicadas a los enanos artúricos. Allí leemos lo siguiente: «Numerosos enanos pueblan las páginas de la novelística artúrica, constituyendo una porción notable de su galería de secundarios. Siendo, en palabras de Juan Eduardo Cirlot, seres de inocente carácter maléfico, los enanos, en tanto que personajes de extracción mitológica o folclórica, se caracterizan por una fundamental ambivalencia», p. 142.

escena de este personaje está marcada por diversos símbolos –el río, el vado, los juicios morales– que preludian la importancia que va a desarrollar en los acontecimientos posteriores. El relato nos presenta a los caballeros Aspalión del Vado y Laurén en su regreso hacia el reino de Hungría, en cuyo camino esperan toparse con múltiples aventuras que acrecienten su ya excelente fama de grandes paladines. Muy cerca de una ciudad que no se nombra, llegan a un río que deben atravesar por necesidad pero cuyo puente ha sido destrozado por la fuerza del agua. En su orilla se encuentra un enano que está pescando humildemente.

E avínoles también que, después de haver escogido el camino por tierra, no anduvieron cinco días cuando llegados junto a la ribera de un río, el cual con una crecida que fiziera se había llevado pocos días antes la puente de madera que de primero ende había, fallaron un enano de buen rostro, aunque de cuerpo pequeño, que pescava. Al cual, burlando, preguntaron si estava ende para ganar y sostener su vida passando los caminantes a la otra parte del río, porque de hombre de semejante estatura y en tal lugar, no se había de creer que para otro effecto ende estuviesse.

Cuando el enano se oyó así burlar, le dixo:

–Por más que digáis, cavalleros, no creáis que tengo de me enojar ni menos de correr, pues lo que a mí quitó Dios de piernas y cuerpo, no lo dexó a vosotros de discreción y de seso. Por que si así no fuesse, no hallando vosotros por donde passar el río, ni a quien lo preguntar sino a mí, aunque más diforme fuera me haviades de halagar para que vos lo dixera, y no dezirme cosas ni sacarme deffectos; que si en mí los hay, no es por mi culpa, porque así le plugo a quien cualquier de vos y a todos pudiera, si le fuera plaziente hazer más diformes y menguados. Porque si yo me pudiera traçar y formar, no fuera tan sandío que no me huviesse fecho tan apuesto y proporcionado, que con mayor razón me pudiera de muchos burlar que vosotros de mí. Pero porque veáis qué fruto se saca del desonesto hablar, yo lo faré de manera que, si este camino quisiéredes de seguir, rodeéis tres jornadas para passar el río, lo que pudiérades escusar con no me denostar, pues por donde yo vos enseñara, no rodeárades un cuarto de legua (I, cap. lxij, f. 113r).

Tras las excusas obligadas por parte de los caballeros, una vez que han valorado su pésimo comportamiento, Dromisto actúa de guía y les enseña el vado secreto entre las aguas, lo que constituye un claro motivo folclórico con tintes cristianos y evidentes recuerdos bíblicos –el paso de los israelitas por el Mar Rojo–. El enano se une a los caballeros en su viaje y les ofrece su apoyo en diversas aventuras y batallas que les sobrevienen por tierras húngaras. De esa forma, llegan a la ciudad de Fradia, a orillas

del Danubio, donde se encuentra la corte húngara de Pasmerindo y sus hijos, en la que Dromisto es acogido cordialmente por el grupo cortesano. A partir de ese instante, la categoría narrativa de Dromisto va creciendo progresivamente, siempre de forma subordinada al héroe protagonista. En los capítulos dedicados a su estancia en Fradia, el enano cumple con su condición bufonesca y se convierte en el centro de atención de los nobles de palacio; las doncellas y caballeros se ríen de su aspecto y se asombran por sus ejemplares y oportunas refutaciones. La imagen de Dromisto como bufón de la corte encuentra su modelo real en las costumbres y usos de los reyes y poderosos de la época renacentista, que gustaban de rodearse de individuos deformes y llamativos para regocijar y entretener a cortesanos y visitantes.²²⁴

Bajo estas típicas circunstancias, el enano Dromisto comienza su estrecha relación con el príncipe Valerián, a la sazón un niño de pocos años, del que la narración tan sólo ha aportado hasta ahora la contingencia de su nacimiento. El rey Pasmerindo, atraído por las acertadas indicaciones y las excelentes maneras de Dromisto, le solicita a éste que acompañe al joven príncipe en su viaje a Colonia, y de la misma forma le pide que forme parte del grupo de maestros y subordinados que va a encomendarse de su educación principesca y cortesana.

Y fue tan grande el contentamiento que el rey tuvo de Dromisto, después que conoció a que pujava su discreción y saber, que cuando el príncipe, su hijo, fue de la edad que Arismenio le dixera que había de tener, para embiarlo a la casa del emperador Octavio, las dos personas a quien más el príncipe encomendó que por él mirassen fueron Aspalión del Vado, el cual levava cargo de le enseñar las cosas de las armas, por quanto como se vos ha dicho era muy sabio en aquel exercicio, y a Dromisto, para que le retraxesse de los exercicios a que los donzeles se inclinan contrarios a las virtudes que les han de enseñar, según se dirá en su tiempo (I, cap. lxx).

A partir de estos hechos, subsidiarios del proceso de iniciación del gran héroe, Dromisto se transforma en compañero y amigo fiel de Valerián, siguiéndole en diversas

²²⁴ Consúltese el trabajo de Fernando Bouza, «Tinieblas vivientes. Enanos, bufones, monstruos y otras criaturas del Siglo de Oro», que forma parte de Fernando Bouza y José Luis Beltrán, *Enanos, bufones, monstruos, brujos y hechiceros*, Barcelona, Mondadori, 2004, pp. 33-128. «Los bufones, truhanes, chocarreros y, en general, toda la cohorte de hombres de placer se las ingeniaban para provocar la risa en los príncipes y señores a quienes acompañaban y servían tanto con sus gestos, visajes y movimientos ridículos como con sus dichos alegres, sus comentarios descarados, sus salidas ingeniosas y repentinas. Eran, así, un remedio con el que paliar la melancolía de los grandes, por naturaleza teóricamente más sabios, capaces, prudentes, pero también más taciturnos y tristes por menos sanguíneos», p. 118.

y significativas empresas y aventuras. En primer lugar, como acabamos de decir, adquiere no poca responsabilidad en la formación cortesana y caballeresca del joven príncipe, casi a la par de la conferida al caballero Aspalión del Vado, aunque a cierta distancia, eso sí, del consejo superior del rey Nestarcio y la especial tutela de Arismenio. Mucho tiempo después, tras el secuestro de Flerisena a manos de la maga Boralda, el enano recibe igualmente la encomienda de llevar las malas noticias a su señor, al que encuentra muy pronto por tierras de Dinamarca, tras lo que se une a él como escudero y amigo, y le sigue en su búsqueda desesperada por tierras orientales y europeas.

Por otra parte, una vez que Valerián y Flerisena se conocen y enamoran, Dromisto desarrolla la función de mentor y confidente amoroso, a través de perseverantes «remedios y saludables consejos», que al fin y al cabo representan su papel más importante en toda la obra. Sabe reconfortar al héroe con el recuerdo complaciente y el anhelo emocionado de los amores de Flerisena, y en parecidos términos se comporta con la dama, a quien también anima de diversas formas y predispone sentimentalmente respecto al príncipe de Hungría. De esta forma, el enano actúa en bastantes momentos como intermediario o mensajero de los amantes, en el portador de los sentimientos encendidos y las palabras apasionadas, en tanto que consuelos y esperanzas de un postrero y definitivo encuentro.²²⁵

Fijémonos, por ejemplo, en el significativo capítulo quinto de la *Parte Segunda*, poco antes de que Valerián, recién investido caballero, inicie su andadura justiciera. El enano Dromisto, mostrando un perfil de oportuno preceptor, le recomienda al héroe que sea discreto en sus peticiones amorosas y utilice siempre la cordura, la templanza y la sabiduría:

—Yo no puedo, mi señor, dezir más en estos fechos de suplicar a Nuestro Señor Dios, que así como por agora se muestra servido de lo que está entre vós y la princesa, mi señora, fecho, assí lo traiga al puerto del contentamiento y descanso que por entrambos se dessea. E juntamente que, después de darle las gracias a vós posibles, pues las devidas no sois bastante, aunque vos no diera más del ser que todos los mortales alcançan, quanto más haviendo vos criado con tanta hermosura y dotado de tan alto estado, que cuasi sois un dechado de sus maravillas, quando fuera de la presencia de mi señora vos falláredes todo el tiempo que turare. El cual, por breve que sea, se vos ha de

²²⁵ Estas acciones y circunstancias remiten al *Motif-Index*, motivos T35. *Lover's rendez-vous*; T66. *Help in wooing*; T51. *Wooing by emissary*; y T475. *Unknown, clandestin paramour*.

representar eterno, según todas las cosas desseadas nos parece sobre cansado alcançar, vos çufráis y lo passéis con el esfuerço y discreción de que no vos fizo Dios pequeña parte, conformando vos con su voluntad. Pues allende d'esto conviene que lo assi fagáis para demostración de vuestra cordura, pues sabéis que ninguno se puede llamar sabio, sino aquél que según el tiempo ordena y después si conviene muda todas sus cosas para su mayor provecho y honra.

De la misma manera, en el capítulo siguiente, tras le explícita petición de ayuda de la princesa, el enano le aconseja a ésta que se apoye en la fuerza de la esperanza para superar la amargura de la separación. Al mismo tiempo, Dromisto le invita a escribir cartas para expresar su amor y mantener el contacto con su amado, lo que constituye, como ya hemos dicho en otro apartado, uno de los motivos habituales de los libros de caballerías, si bien no tendrá excesivo desarrollo en la obra de Clemente:

–Por ende, mi señora, pues del vencimiento de la batalla más peligrosa los vencedores caudillos doblada corona e triumpho alcançan, y de contar los mayores peligros y fortunas, después de passadas, mayor descanso se recrece, y los fines más desseados y que más tardan en alcançarse, mayor gloria otorgan yo vos suplido, aunque no fuesse para conservación de vuestra vida, en la cual la de mi señor consiste sino para gozar del descanso y gloria que desseáis, que usando del çufrimiento y esperança que antes dixé, vos çufráis y passéis con aquel esfuerço que para tan grandes fuerças se requiere, pues sabéis que el Alto Señor a ninguno permite tentar ni afligir más de aquello que resistir y passar puede. Y a vós, mi señora, que tan señalada en este mundo hizo, no se ha de creer que se haya olvidado de vos dar la fortaleza que para passar y venir al efecto, de lo que ya está por él ordenado, es conveniente, señaladamente que sé yo muy cierto que para los poder passar vos converna embiarle algunos socorros de cartas vuestras, con que vea que no vos olvidáis de embiárselos, con igual desseo de los recibir para que la vida de entrambos se conserve, hasta venir al fin que, después de tan enojosos y contrarios medios, se espera.

En cualquier caso, la figura de Dromisto se distingue, frente a otros enanos del género de caballerías, por sus cualidades oratorias y su capacidad argumentativa, de las que hace gala desde el primer momento en que aparece en el relato, aquilatándolas después con sus disertaciones amorosas ante Valerían o Flerisena. Recordemos, entre otros, al enano Ardián del *Amadís de Gaula*, abocado claramente a la comicidad, aunque también «mensajero o anunciador de las fuerzas indómitas o relacionadas con la

muerte, ante las cuales se siente impotente», en palabras del profesor Cacho Blecua.²²⁶ O el enano Busendo del *Amadís de Grecia*, que en principio es objeto de mofa y escarnio general, pero que después se transforma igualmente en intermediario amoroso entre el héroe y su dama. Y ahí está la enana Ximiaca del *Florisel de Niquea*, acompañada en ocasiones del propio Busendo y del pastor Darinel, quienes protagonizan a tres bandas intensos debates dialécticos y burlescos, en los que Feliciano de Silva desarrolla su propuesta humorística con claros tintes precervantinos.²²⁷

Ni los enanos amadisianos y floriselinos ni otros muchos que surcan las páginas de los libros de caballerías,²²⁸ parecen alcanzar las coordenadas narrativas de Dromisto, el cual ocupa una categoría de gran protagonismo en la historia y despliega un valioso repertorio funcional, en tanto que amigo, confidente y asesor amoroso del caballero y la dama principales, convirtiéndose de esta manera en el perfecto complemento del sabio Arismenio, amigo igualmente de los protagonistas y su protector mágico, además de cronista oficial de las aventuras en las que todos se incluyen.

Dromisto y Arismenio, el enano y el sabio, son personajes que en gran medida representan las dos caras de una misma moneda, el haz y el envés de la imagen auxiliar por antonomasia, dado que ambos surgen en el relato con la misión casi exclusiva de ayudar al héroe y su dama en aquellas dificultades con las que se van a encontrar en su camino, escoltándoles en muchos momentos de la historia, y guiándoles hasta alcanzar el punto culminante de sus amores y la gloria caballeresca y social terminante. Ambos

²²⁶ José Manuel Cacho Blecua, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, p. 119.

²²⁷ Véase Emilio José Sales Dasí, *Antología del ciclo de «Amadís de Gaula»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2006, concretamente «La comicidad de los enanos», a partir del *Florisel de Niquea III*, en pp. 287-288. Sobre la comicidad en la obra de Silva, hay que ver los trabajos del mismo Sales Dasí, «Feliciano de Silva cono precursor cervantino. El “sermón” de Fraudador», *Voz y Letra*, 14/2 (2003), pp. 99-114; y «El humor en la narrativa de Feliciano de Silva: en el camino hacia Cervantes», *Revista Literatura: teoría, historia, crítica*, 7 (2005), pp. 115-157; también Emma Herrán, «Humor y libros de caballerías o el caso de tres burladores sin piedad: El Caballero Encubierto, el Fraudador de los Aridides y el Caballero Metabólico», en *El Humor en todas las épocas y culturas. Actas del IX Congreso Internacional sobre el Discurso Artístico*, Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 1-15.

²²⁸ Sobre los enanos caballerescos hay que ver el estudio de José Manuel Lucía Megías y Emilio José Sales Dasí, «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. I. Los enanos», *Revista di Filologia e Letterature Ispaniche*, 5 (2002), pp. 9-23, donde se propone una clasificación al respecto. Debe completarse con las aportaciones de Eduardo Urbina, «El enano artúrico en la génesis literaria de Sancho Panza», en *Actas del Séptimo Congreso Internacional de Hispanistas* (Venecia, 25-30 de agosto de 1980), Roma, Bulzoni Editore, 1982, vol. II, pp. 1023-1030; y especialmente con el trabajo de Emilio José Sales Dasí, *La aventura caballeresca*, cap. 7.3. «El enano», pp. 92-97, donde leemos lo que sigue: «Junto a los personajes de este grupo que van apropiándose de un papel destacado en el discurso, aparecen otros tantos con una participación esporádica, la mayoría de las ocasiones como elementos de enlace al conducir a nuevas pruebas al caballero, y que de forma más o menos habitual están relacionados con el ámbito de lo fabuloso. Enanos marineros que guían al héroe en una nave cuyo artífice es algún encantador, enanos emisarios que aparecen de improviso y apartan al caballero de la ociosidad, o enanos

son también las voces de las hazañas de Valerián y los intérpretes de los desconuelos de Flerisena. Dominan y exponen la palabra, y demuestran no pocas y a veces sorprendentes sabidurías.

No obstante, hacia el final del relato se advierte una de las diferencias más considerables entre Dromisto y Arismenio. Una vez resueltas todas las tareas del héroe y llegados éste y su dueña al vértice del cambio generacional, el sabio, tras un gran protagonismo en los últimos acontecimientos palaciegos, se retira a su Ínsula Venturosa y desaparece totalmente de la narración. Por el contrario, el enano opta por quedarse con sus señores y los jóvenes príncipes, mostrándose como el amigo más cercano y el vasallo y consejero imprescindible, lejos ya de sus primeras connotaciones burlescas.

2. El bandolero

Cuando el desprecio de las reglas y principios de la orden de caballería provoca una palmaria transgresión, el oficio de caballeros pierde todo su sentido, agota todo su valor, dando lugar, en el otro extremo de la ideología caballeresca, al oficio de ladrones y villanos: «—Pues siendo cavalleros salteáis como ladrones, yo vos mostraré qué galardón se alcança por los que, menospreciando tan alto orden como el de cavallería, vienen a ser como vosotros salteadores» (f. 72v); «—En hora mala vos dieron, cavallero, el orden de cavallería, para que con él hagáis officio de salteador por los caminos, desmesurando vos contra las donzellas, a quien honrar y servir jurastes» (f. 136v).

Clemente utiliza a menudo esta dicotomía para subrayar la oposición básica entre los diferentes personajes de su obra, lo que le lleva a echar mano de otro material de gran interés narrativo: las figuras marginales del bandolero y el corsario, relativamente frecuentes en el género caballeresco, aunque no conocemos ninguna obra que alcance la cuantía y la pluralidad que se observa en el *Valerián*. En ese sentido, hay que recordar el trabajo de la profesora Sylvia Roubaud sobre la imagen del bandido en los libros de caballerías, en el que vino a contrastar ejemplos potenciales en el *Amadís de Gaula*, *Clarián de Landanís*, el *Caballero de la Cruz*, *Florambel de Lucea*, y *Cirongilio de Tracia*,²²⁹ sin embargo, según señalaba la propia Roubaud, no se llega a concretar una figura que sea plena o parcialmente identificable con el referente histórico

que funcionan como intermediarios de los sabios y se acercan al héroe para hacerle entrega de unas armas con virtudes especiales».

²²⁹ Sylvia Roubaud, «Bandits et malfaiteurs dans les romans de chevalerie», en *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, ed. Juan Antonio Martínez Comeche, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Autónoma de Madrid, 1989, pp. 165-176.

y sociológico, como sí que ocurre, a nuestro parecer, con varios de los asaltantes que participan en las dos partes de nuestra obra, o también, tal como ha descubierto el profesor Cacho Blecua, con la banda de salteadores que aparece en el peculiar y poco conocido *Rosián de Castilla*.²³⁰

Los diversos asaltadores y ladrones que surgen en el *Valerían* cumplen una incuestionable función antagónica dentro de la estructura narrativa del relato, al mismo tiempo que, según creemos, son exponentes en alguna medida de un escenario real, un problema social de gran envergadura que inquietaba la vida cotidiana y enrarecía el horizonte político de aquella época. La existencia de salteadores de caminos era común en la Península Ibérica desde algunos siglos atrás, si bien el bandolerismo y el bandidaje, como fenómeno social mucho más complejo por el que distintos grupos se organizaban para controlar las vías de comunicación, en ocasiones mediante acuerdos con ciertos poderes públicos o privados, se establece fundamentalmente a finales de la Edad Media y principios de la Moderna, siendo en los distintos territorios de la Corona de Aragón donde mayor incidencia y desarrollo llegó a alcanzar en los Siglos de Oro, tal como muestran numerosos testimonios.²³¹ Recordemos al respecto las palabras del

²³⁰ Juan Manuel Cacho Blecua, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127. Cacho Blecua analiza con su acostumbrado rigor el fenómeno que nos ocupa: «En el extremo opuesto de estos valores positivos, y retomando un motivo con amplia representación literaria y folclórica, algunos autores recrean episodios con ladrones que se cobijan en cuevas, como en el *Valerían de Hungría* (II, xcvi) o el *Rosián de Castilla* (I, xii), quienes lógicamente serán vencidos por los héroes. Desde una perspectiva tradicional y caballeresca, estos salteadores de caminos se caracterizan por su villanía y su traición, valores antitéticos a los de nobleza y lealtad asumidos por la caballería. Y si bien el estereotipo no suele reflejarse con frecuencia en esta literatura, que tiende de forma acusada hacia la fijación de un mundo ficticio propio, tampoco puede explicarse por una tradición literaria sin tener en cuenta una sociedad en la que proliferan cada vez más los grupos organizados de bandoleros», pp. 117-118.

²³¹ En referencia a los distintos territorios de la Corona de Aragón, deben consultarse los siguientes estudios: Joan Reglà, *El bandolerismo català del Barroc*, Barcelona, ediciones 62, 1966, y *Bandolers, pirates i hugonots a la Catalunya del segle XVI*, Barcelona, Selecta, 1969; Sebastià García Martínez, *Bandolers, corsaris i moriscos*, València, Eliseu Climent, 1980; Esteban Sarasa Sánchez, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón: siglos XIII-XV. Estructuras de poder y conflictos de clase*, Madrid, Siglo XXI, 1981; Gregorio Colás y José Antonio Salas, *Aragón en el siglo XVI: alteraciones sociales y conflictos políticos*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1982; Nuria Sales, *Senyors bandolers, miquelets i botiflers. Estudis d'història de Catalunya (segles XVI al XVIII)*, Barcelona, Empuries, 1984; Xavier Torres, «Guerra privada y bandolerismo en la Cataluña del Barroco», *Historia Social*, 1 (1988), pp. 5-18; Agustí Alcoberro, *Pirates i bandolers al segle XVI i XVII*, Barcelona, Barcanova, 1991; María Jesús Torreblanca Gaspar, «Sistemas de guerra, sistemas de paz; los bandos en el Aragón de la Edad Media», *Aragón en la Edad Media. Sesiones de trabajo. IV Seminario de Historia Medieval*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1995, pp. 101-120; Jaume Serra i Barceló, *Els bandolers a Mallorca (ss. XVI-XVII)*, Mallorca, Consell de Mallorca, 1997; Xavier Torres, «El bandolerismo mediterráneo: una visión comparativa (siglos XVI-XVII)», en *Felipe II y el Mediterráneo. Los grupos sociales*, Madrid, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, pp. 397-423; Jaume Serra i Barceló, «El bandolerismo en Mallorca durante el reinado de Felipe II», en *Felipe II y el Mediterráneo*, pp. 443-478; y Assumpta Serra Clota, «Lucha de bandos en Catalunya: orígenes y características en el

embajador veneciano Antonio Tiépolo, quien a mediados del siglo XVI describía con pasmosa claridad la situación que acabamos de indicar:

En los tres reinos de Aragón, Valencia y Cataluña, en donde su majestad no tiene el poder absoluto, se cometen los crímenes más atroces y puede afirmarse que allí los viajeros no encuentran seguridad en ningún tiempo, porque esas comarcas están por todas partes infestadas de bandidos y es imposible que su majestad pueda allí proveer; los habitantes no soportarían jamás que se les impusiese, sino conforme a sus antiguas constituciones y no dejarían modificar una coma en sus privilegios.²³²

Tal como establece Esteban Sarasa Sánchez en su estudio sobre los conflictos sociales en Aragón, hay tres razones principales que generaron el bandolerismo bajomedieval en buena parte de las tierras aragonesas: la escasez de medios de subsistencia, los enfrentamientos civiles entre bandos nobiliarios aragoneses, y las guerras de la Corona de Aragón con la de Castilla que atraieron a mercenarios y delincuentes franceses e ingleses, según los pactos llevados a cabo por ambas casas reales. La nefasta situación económica de finales del Medievo, junto al consecuente auge de la pobreza y la mendicidad y el aumento de la diferencia entre las clases pudientes y las humildes, favorecieron el impulso de la primera de las razones; de esa forma, la lucha a veces indolente entre las familias más poderosas, el llamado bandolerismo feudal o aristocrático, propició la concentración de grupos armados en torno a las familias o los feudos, pero también la movilidad constante de numerosos individuos que buscaban el mejor postor y la mayor ganancia; y por último, la proliferación tanto de las guerras entre los reinos hispánicos como de los conflictos de algunos de éstos contra países europeos, hizo que los soldados de cualquier signo y nacionalidad camparan por sus anchas, realizando atropellos e invasiones territoriales

siglo XIV», en *Poder y Sociedad en la Baja Edad Media. Estudios en homenaje al profesor Luis Vicente Díaz Martín*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, II, pp. 1103-1127. Resulta imprescindible la obra colectiva *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, ed. Juan Antonio Martínez Comeche, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Autónoma de Madrid, 1989, donde pueden verse, entre otros, los trabajos de Ricardo García Cárcel, «El bandolerismo catalán en el siglo XVII», pp. 43-54; y Jaime Contreras, «Bandolerismo y fueros: el Pirineo a finales del siglo XVI», pp. 55-78. También hay que consultar el clásico de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, en especial el tomo II, pp. 110-140: «Miseria y bandidaje».

²³² José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Tomo I: Desde los tiempos más remoto hasta fines del siglo XVI*, Madrid, Aguilar, 1952, p. 1153.

sin ningún tipo de control. Con estos rotundos y terribles antecedentes, el profesor Sarasa llega a las siguientes conclusiones:

Se puede hablar, pues, de un bandolerismo de subsistencia, de otro de carácter político y, en tercer lugar, del provocado por incursiones extrañas al reino y protagonizado por extranjeros; pero, lógicamente, las tres variantes se entremezclan en muchas ocasiones, y, por ejemplo, los bandoleros que actúan por iniciativa propia pueden caer en manos de un noble que les contrata para combatir al enemigo, o, por el contrario, restos de bandos nobiliarios, concluida la causa que los hacía depender del señor, pueden optar por vivir de la rapiña y quedan marginados por la ley.²³³

En concreto en el reino de Valencia, los historiadores sitúan el comienzo del bandolerismo organizado en el siglo XIV, lo que en las dos centurias siguientes se fue transformando en una delincuencia de gran alcance, claramente manipulada e incluso promovida por algunos sectores dominantes.²³⁴ Todo ello encontraba perfecta justificación en los propios fueros, cuya versión de 1547-1548, los *Fori Regni Valentiae*, reconocía el derecho de guerrear entre los caballeros, nobles, ricoshombres, hombres de paraje y hombres honrados que se hubieran previamente desafiado, lo que guardaba, no obstante, una serie de normas y aplicaciones de obligado cumplimiento, siempre dentro del territorio valenciano.

Fem fur nou quels cavallers qui guerrejaren entre sí pus serán desafiats no facen mal los uns ne los altres als lauradors ni als sarrahins, ni als bens d'aquells qui guerrejaren, mas ells entre ells passats los deo dies segons lo fur quels pusquen fer mal en les persones, e

²³³ Esteban Sarasa Sánchez, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón*, pp. 115-116.

²³⁴ Sobre el bandolerismo en Valencia, además de los citados en nota anterior, véanse los trabajos de Manuel Serrano y Sanz, «Los bandos de Orihuela en la primera mitad del siglo XVI», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 12 (1904), pp. 449-461; Sebastián García Martínez, «Bandolerismo, piratería y control de moriscos en Valencia durante el reinado de Felipe II», *Estudis*, 1 (1972), pp. 85-167; M. D. Salvador, «Notas sobre el bandolerismo nobiliario a comienzos del virreinato del duque de Maqueda (1553-1554)», en *Actas del Primer Congreso de Historia del País Valenciano*, Valencia, Universidad de Valencia, 1976, vol. III, pp. 177-180; Remedios Ferrero Micó, «Bandolerismo en Valencia a finales del siglo XVI», en *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, pp. 79-91, y «Bandosidades nobiliarias en Valencia durante la época foral», *Saitabi*, 35 (1985), pp. 95-100; Lluís J. Guàrdia Marín, «Dissidència política i repressió social al País valencià a mitjan segle XVII», *Saitabi*, 34 (1984), pp. 105-124; James Casey, «Bandos y bandidos en la Valencia moderna», en *Homenatge al doctor Sebastià García Martínez*, Valencia, Universidad de Valencia, 1988, vol. I, pp. 407-421; Rafael Narbona, *Malhechores, violencia y justicia ciudadana en la Valencia bajomedieval (1360-1399)*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1990; Francisca Miralles Vives, «La intervención de Felipe II en el ajuste de paces entre los bandos de los Borja y los Centelles», *Saitabi*, 51-52 (2001/2002), pp. 259-268; y Remedios Ferrero Micó, «Greuges presentados en las Cortes valencianas que se celebraron en el siglo XVI», *Ivs Fvgit*, 10-11 (2001-2002), pp. 935-961.

aquells ay tambe que serán ab ells en los desafiaments e que contra aço farà pierda la meytat de tots sos bens (*Fori Regni Valentiae*, IX, VIII, 15).²³⁵

Estas disposiciones legales favorecían a priori las respuestas armadas de nobles y poderosos ante cualquier gesto o amenaza que consideraran punible u ofensivo, lo que originaba un encadenamiento de ataques e incursiones que solían provocar desastres indiscriminados en las aldeas y zonas más humildes del reino, sin que los máximos dirigentes del mismo, incluido el virrey, pudieran hacer nada por evitarlos. Estas auténticas guerras privadas se llevaban a cabo mediante agrupaciones o cuadrillas llamadas *bandos*, cuyos miembros se denominaban por extensión *bandoleros* (*Fori*, IX, VIII, 27). Así las cosas, el fenómeno del bandolerismo valenciano terminó complicándose en exceso al maridarse con el brutal y despiadado bandidaje de los moriscos argelinos, muy en alza en todo el siglo XVI, lo que derivó en una constante situación de desorden público que intentó paliarse con rigurosos edictos de los distintos virreyes, pragmáticas y cridas en las que se anunciaba la persecución tenaz por parte de la justicia y la pena de muerte para los atracadores y criminales más desalmados.

En el *Valerián* se percibe el eco de estos dramáticos acontecimientos a través de diversas aventuras protagonizadas por personajes de parecido calibre a los que hemos hecho referencia. Aunque externamente tienen apariencia de caballeros, sus actos los proclaman –y así se les define en el relato– como auténticos ladrones y malhechores. Los ejemplos al respecto se extienden por la obra con cierta profusión, desarrollando en definitiva el prototipo literario del salteador, y mostrando incluso algunas modalidades o variantes, no exentas de interés. El desarrollo más completo de esta figura marginal lo encontramos en el escenario de los Valles Dudados (II, cap. xiiij), donde el príncipe Valerián y el príncipe Florianteo se enfrentan con un grupo organizado de bandoleros que controla el paso de un valle desde dos cuevas situadas estratégicamente en los dos costados del mismo. Liderados por los gigantes Xentropoleo y Camelo, estos «villanos y ladrones» roban a los caminantes que cruzan el paso, secuestrando a muchos de ellos y matando a los que ofrecen resistencia.

Las características de estos personajes corroboran la imagen tradicional de los bandoleros, adoptada desde tiempos atrás por la literatura, como demuestra por sí mismo el *Valerián* y lo harán después otras obras, incluido, desde luego, el *Quijote*;

²³⁵ *Furs de València*, I, València, Institut Valencià d'Administració Pública, 1990; reproducción en facsímil de los *Fori Regni Valentiae*, I (València, Imprenta de J. Mey, 1547), f. 293r.

imagen que corresponde en buena medida con la información que aportaban los documentos y las crónicas de aquellos años. En esta representación de la realidad se suelen unificar o superponer los dos tipos de asaltadores más conocidos, esto es, los bandoleros que pertenecían a las bandas o banderías nobiliarias, y los ladrones de caminos que actuaban por su cuenta, si bien en ocasiones también derivaban de los anteriores. La primera característica que identifica a estos criminales es su manifiesta e impasible crueldad: son capaces de matar y arremeter brutalmente por conseguir sus objetivos. Viven y se refugian en cuevas escondidas o de difícil acceso, en las que también encarcelan y abandonan a sus presos, con la intención de pedir por ellos sustanciosas transacciones. Atemorizan a las poblaciones rurales cercanas, robando su ganado y sus bienes y aniquilando a los que se oponen a sus exigencias. La banda de Xentropoleo cumple con muchos de estos requisitos posibles, recreando la imagen viva de los numerosos salteadores de caminos, pequeñas cuadrillas organizadas que constituían una verdadera plaga por la gran mayoría de los reinos hispánicos, siendo muy activas, como ya hemos anotado, por las tierras de Aragón y el litoral mediterráneo.

Otrosí supieron del hombre del gigante la forma que los dos jayanes tenían para prender y robar los que por aquella comarca passavan, y en matarlos si se defendían, la cual era que cada mañana Camelo con diez hombres passavan a la otra cueva, y los cinco quedavan a la puerta que respondía a aquel valle, y los otros con Camelo passavan a la otra parte, con que podían de muy lexos ver todos los que passavan por entrambos valles. Y cuando vían algunos cavalleros o otros caminantes venir, por la parte que guardava Camelo venía a ellos con cuatro de los hombres que consigo tenía, quedando el uno para llamar los otros cinco con que en muy breve espacio los tenía si era menester todos consigo, assí que con ellos y sus grandes fuerças, ninguno passava que no fuesse preso y robado, e si se defendía, como se vos ha dicho, muerto (II, cap. xiiij, f. 161v).

Otro caso bien explícito de bandidaje organizado es la mesnada del ambicioso e intrigante Dandalio (II, cap.xxix-xxx). Nos encontramos aquí con la figura de un noble que reclama la sucesión del trono del reino de Thesalia, al que podría acceder, en efecto, como familiar directo del rey finado; sin embargo, la existencia de una joven reina que ha recibido el poder por vía legal testamentaria, impide la materialización del derecho sucesorio consuetudinario. Dandalio decide entonces utilizar la violencia y las armas,

reuniendo para ello un abigarrado y variopinto grupo de mercenarios y seguidores, con el que ataca y conquista algunas poblaciones de Thesalia, controla los caminos principales y llega a amenazar a la misma reina Laurela, cercando la ciudad de Prantasia, capital del reino. El grupo congregado por Dandalio reproduce los síntomas de los bandos nobiliarios que abundaron en los siglos XIV, XV y XVI por toda la Península Ibérica; verdaderas guerras feudales entre familias aristócratas que lidiaban por prebendas, privilegios y territorios, lo que producía una gran alteración de la paz pública, siendo los más perjudicados, como es lógico, los campesinos, las personas más débiles e indefensas, y en general el pueblo llano.

El grupo de Dandalio va reclutando adeptos y se convierte a la postre en una gran hueste que atenta contra el poder y las leyes establecidas de Thesalia. El bando se ha transformado progresivamente en un pequeño ejército, utilizando para ello diversas fórmulas de captación y vasallaje, bien sea a través del seguimiento voluntario de familiares, deudos y amigos, o bien por medio de las promesas materiales de los bienes obtenidos en las incursiones y rapiñas. Otra de las fórmulas se ha establecido a partir del alquiler dinerario de sus miembros, lo que desarrolla la llamativa modalidad del salteador de alquiler, como puede comprobarse en este apunte retrospectivo sobre ciertos villanos que habían trabajado para los intereses de Dandalio:

Y dexándolo con tanto arrepentimiento como poco antes traía ganas de se levar a Diliarda, fue para ayudar a Sedanel, el cual muy bien se defendía de los dos que lo habían acometido, aunque mejor lo fizo cuando del uno se falló desembargado por haver tomado a Soranter al otro a su cargo. Pero como Sedanel y Soranter fuessen muy preciados cavalleros, y sus contrarios más usassen **oficio de salteadores y villanos**, y en el tiempo de Dandalio **alquilados para aquel exercicio**, como muchas vezes acaee dar sueldo a quien lo daría doblado porque se le otorgasse licencia para robar, muy presto los pararon tales que no se tuvieran por mal andantes si pudieran trocar su daño con el primero, (II, cap. xliiij, f. 225r).

La variedad tipológica de ladrones y forajidos que surgen en nuestra obra, parece emular en ese sentido la gran diversidad de bandoleros que atemorizaban a la población valenciana, desde el organizado bandidaje nobiliario, insumiso a la ley oficial y las pragmáticas reales, hasta el anárquico latrocinio popular, llevado a cabo principalmente por los cristianos viejos, pasando por el salvaje bandolerismo morisco, asociado en ocasiones al latifundismo aristocrático, además de numerosos criminales y malhechores

que operaban de forma autónoma en los barrios pobres de las ciudades y las zonas rurales más humildes y desprotegidas.

De toda la casuística que ofrecía aquella cruda y difícil realidad, Clemente aprovecha y articula varios de los aspectos más idiosincrásicos. Véase, por ejemplo, la estrategia de las bandas en sus ataques a los viajeros, como ya hemos visto en el episodio de los Valles Dudados y los gigantes asaltadores, o el uso de las cuevas en tanto que escondite y refugio de los ladrones y como prisión de las personas raptadas por éstos, observado igualmente en la aventura anterior y en otras de similar factura que surcan las dos partes del *Valerían*. Recordemos al respecto las escenas que protagonizan los caballeros Aspalión y Laurén por tierras de Hungría (I, cap. lxxv), cuando, tras haber pasado la noche en un bosque tenebroso y lleno de alimañas, se topan con un nutrido grupo de ladrones, armados de cuantiosas hachas y espadas, que defienden enconadamente la entrada de una cueva. Poco después, se presenta también el que resulta ser el jefe de la banda, un viejo vehemente y vocinglero que trata con excesiva rudeza a propios y extraños. Aspalión y Laurén aniquilan con facilidad a los asaltadores y descubren en el interior de la cueva a dos caballeros que están presos, maniatados con grillos y cadenas y en pésimas condiciones físicas, de nombre Marceo y Logistil, vasallos del rey Pasmerindo, que habían sido engañados, robados y torturados por el viejo loco.

Ejemplo bien similar lo materializa el caballero Brisortes en su viaje por el reino de España, concretamente en su travesía por los valles de Navarra (II, cap. xcvi). El joven y aguerrido escudero se encuentra con un doncel que le solicita auxilio para liberar a su padre y su hermana de ciertos salteadores de caminos que los han secuestrado, salteadores cuyas credenciales, aun en menor exposición narrativa, son bien parecidas a las que presentan los demás ejemplos vistos hasta el momento; se trata ahora de dos caballeros transformados en bandidos que tienen cautivos en una cueva al distinguido noble y su hija y también a tres ricos mercaderes, por los que esperaban cobrar importantes rescates, lo que Brisortes, como es esperable, desbarata totalmente y con enorme facilidad.

De igual forma, otros aspectos provenientes de modelos reales e inmediatos pueden detectarse en la citada facción o banda de Dandalio, la cual imita la actitud y las formas de los bandolerismos nobiliarios de Aragón, Cataluña y Valencia, litigando por sus presuntos derechos, enfrentándose abiertamente con la otra parte, despreciando la autoridad real y local, y conquistando por la fuerza plazas y aldeas, en un intento de

lograr sus objetivos a costa de cualquier precio. Semblanzas reivindicativas y desaforadas como la de Dandalio eran bien corrientes en los siglos XV y XVI; muchos de los barones y señores se hallaban fuera de la ley, según consta en los documentos y confirman algunos de los greuges o agravios presentados por nobles y síndicos en las Cortes aragonesas y valencianas.²³⁶ Se trataba de auténticos señores de la guerra y para la guerra que dirigían o financiaban bandos y cuadrillas, combatiendo incluso contra el virrey y sus oficiales, como es el caso de Vicent Adell o el más famoso de Francisco Folch de Cardona, almirante de Aragón que protegía a numerosos nobles relacionados con el bandolerismo que operaba por valles y caminos de la zona aragonesa.²³⁷ Estos factores se hallaban presentes igualmente en el ámbito de las grandes concentraciones poblacionales. En el caso concreto de la ciudad de Valencia, los bandos o *bandositats* se constituyeron fundamentalmente entre los diferentes gremios u oficios, también entre cofradías y los llamados clanes, e incluso entre los propios barrios, lo que provocó una incesante pugna social que muchas veces se materializaba en la propia calle, con verdaderas batallas campales donde las armas y la violencia se cobraban numerosas víctimas.²³⁸

Además de todos esos elementos que Clemente tiene muy en cuenta para perfilar sus salteadores, surge en el texto la alusión directa al grave problema del tránsito por los caminos. Trasladarse por las vías de peregrinaje y las rutas de comunicación era en verdad peligroso o al menos bien temerario en casi toda Europa, en especial por los caminos de España, como manifestaban abundantes testimonios de viajeros y mercaderes. Un viajero florentino decía a mediados del XVI que era prácticamente inútil tratar de ir de Barcelona a Zaragoza por la posta, debido a los incesantes ataques

²³⁶ Los greuges, igualmente llamados agravios o contrafueros, eran quejas de tipo administrativo y judicial que se hacían directamente al rey, en el seno de las Cortes. El contenido de los greuges se basaba casi siempre en las quejas de abusos de autoridad efectuados por la monarquía y la nobleza, aunque también se planteaba la defensa de privilegios adquiridos, la petición de normativas económicas, y la reclamación de préstamos y ayudas de toda índole. Las solicitudes venían acompañadas muchas veces por la huella del conflicto de bandos, ante lo que el monarca dictaminaba órdenes muy severas y categóricas, que solían contravenir la esencia misma de los fueros del reino correspondiente. Véase sobre el particular el artículo ya citado de Remedios Ferrero Micó, «Greuges presentados en las Cortes valencianas que se celebraron en el siglo XVI», *Ivs Fvgit*, 10-11 (2001-2002), pp. 935-961.

²³⁷ Consúltense las interesantes aportaciones de Lluís J. Guàrdia Marín, «Dissidència política i repressió social al País valencià a mitjan segle XVII», *Saitabi*, XXXIV (1984), p. 105-124.

²³⁸ Véase el estudio de Rafael Carbona Vizcaíno, *Malhechores, violencia y justicia criminal en la Valencia bajomedieval*, València, Ayuntamiento de València, 1990, especialmente el capítulo V, «La violencia de los oficios», pp. 105-128. Entre otras consideraciones, léase lo siguiente: «Los días de fiesta mayor se convierten en las ocasiones propicias para que los choques se exterioricen, para ello los oficios se nutren de *diverses linatges d'armes* e invaden las calles y plazas de la ciudad, tando de día como de noche, a hurtadillas».

de bandoleros y ladrones.²³⁹ La mención al respecto que brinda el *Valerían* se encuentra en el viaje que realiza el joven Brisortes desde Francia hasta ciertos valles de Navarra, por lo que debemos interpretar que ha cruzado la cordillera de los Pirineos, una de las zonas más peligrosas e inestables en cuanto al tránsito de mercancías y peregrinos se refiere, plagada de grupos de infanzones contrariados y pequeños nobles convertidos en señores de las montañas, además de bandidos y malhechores de diverso pelaje:

Y pareciéndole que pues ya había visto las tierras de Francia, por la parte que ivan a Flandes, y otrosí las de Alemaña y Ungría, lo mejor sería tomar su camino contra los reinos de España, començó de seguirlo no sin gran desseo de hallar algunas aventuras, con que empleando las fuerças y orgullo que en sí sentía pudiesse ganar alguna honra y prez, y mostrar que para aquel exercicio no le había faltado buen maestro. Pero como con la nueva venida de los reyes y príncipes, sus señores, se huviesse puesto el orden y assento que convenía, assí en el regimiento y administración de la justicia como en guardar los caminos, **de suerte que los caminantes sin peligro caminar pudiesen**, cuasi toda la tierra de Francia y ducado de Guiaina había travessado y entrado en unos valles del reino de Navarra, sin hallar cosa para su propósito ni que con razón se deviesse por escrito poner (II, cap. xciiij, f. 331r).

La figura del asaltador se halla, pues, enfrentada con las leyes vigentes de una localidad o de un reino, y se sitúa fuera o al margen de las dos justicias reconocibles en nuestro texto; de la civil, que corresponde en el *Valerían* con ciertos elementos derivados de la realidad inmediata, en su doble vertiente social y jurídica; y de la caballeresca, que se hace propia de los parámetros de ensalzamiento nobiliario que caracteriza a los libros de caballerías y otras obras de temática aproximada y tratamiento igualmente caballeresco. La oposición tipológica que finalmente se produce, caballero frente a salteador, es tan funcional y casi tan recurrente como la tradicional de caballero *versus* villano, que técnicamente la contiene, además de formalizar el esquema más usual y definitorio del género.

Aunque en menor cuantía y trascendencia que los ladrones de caminos, la manifestación de figuras al margen convoca también en el *Valerían*, como ya había ocurrido en libros de caballerías precedentes –*Lepolemo* y *Tristán el Joven*–,²⁴⁰ a los

²³⁹ Fernard Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. II, p. 124. Braudel reúne diversas noticias sobre la expansión del bandolerismo por las rutas españolas.

²⁴⁰ Consúltense: Sylvia Roubaud, «Cervantes y el Caballero de la Cruz», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pp. 525-566; Anna Bognolo, «La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías; el *Lepolemo, Caballero de la Cruz* (Valencia, 1521)», en *Medievo y*

famosos corsarios del Mediterráneo,²⁴¹ piratas y bandidos de procedencias muy diversas, tanto moros como cristianos, franceses, portugueses, castellanos y vascos,²⁴² genoveses, provenzales, y hasta valencianos, con el caso especial de *les bandositats de la Ribera*,²⁴³ todos ellos muy activos en los siglos XIV al XVI, siempre en torno a circuitos comerciales y puertos importantes, y muchas veces en declarada connivencia con algunos nobles y poderosos, incluso con ciertos reyes y emperadores. Recordemos, por ejemplo, la famosa campaña de Pero Niño, conde de Buelna, contra los corsarios y berberiscos del Mediterráneo, relatada con viveza y hermoso detalle por Gutierre Díez de Games en *El Victorial*, la primera biografía caballeresca de la literatura española.²⁴⁴ En cuanto al *Valerián*, en sus páginas se nos presenta al formidable moro Zonacrín, reflejo prototípico de los corsarios norteafricanos que atacaban y desvalijaban los barcos cristianos que se encontraban a su paso, casi siempre haciendo cautivos a los tripulantes, con la intención de obtener beneficiosos rescates o con el propósito de venderlos en los mercados de esclavos de Argel y El Cairo:

Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 de septiembre-1 de octubre 1993), Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. I, pp. 371-378; y Axayácatl Campos García Rojas, «El Mediterráneo como representación de un imperio: moros, corsarios y gigantes paganos en *Tristán el Joven*», en *I Congreso Internacional de Estudios Históricos: el Mediterráneo, un mar de piratas y corsarios*, ed. Ana Sánchez Fernández, Santa Pola, Ayuntamiento de Santa Pola, 2002, pp. 285-291.

²⁴¹ A modo de introducción, véase Fernad Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. II, pp. 284-320: «La piratería, forma complementaria de la gran guerra». De igual forma, hay que ver el estudio de José Hinojosa Montalvo, *Esclavos, nobles y corsarios en el Alicante medieval*, Alicante, Universidad de Alicante, 2000, sobre todo el cap. «La piratería y el corso en las costas alicantinas durante la Baja Edad Media», pp. 75-92.

²⁴² Resulta imprescindible el estudio de M^a Teresa Ferrer Mallol, *Corsarios castellanos y vascos en el Mediterráneo medieval*, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000. En este trabajo encontramos también una extensa bibliografía sobre el fenómeno del corsarismo en los territorios de la Corona de Aragón, pp. 15-16. Asimismo, véase el artículo de Pedro Andrés Porrás Arboledas, «El corso y la piratería ante la chancillería de Valladolid (1486-1490)», *Anuario de Estudios Medievales*, 35/1 (2005), pp. 131-157, donde se estudian varias Reales Ejecutorias conservadas en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, en las que algunos afectados reclaman un resarcimiento ante la justicia por haber sido atacados por corsos castellanos y vascos en el Mediterráneo.

²⁴³ Sebastià García Martínez, *Bandolers, corsaris i moriscos*, cap. «Les bandositats de la Ribera», pp. 185-202. «Vora el desenvolupament dels tipus ja coneguts de bandolerisme –el morisc, el nobialiri, el popular–, adquireix singular i sangonós relleu en aquests anys, un altre espècimen encara més danyós i difícil de desarrelar: el que suposaven les bandositats, connectades amb les rivalitats locals, els odis familiars i les venjances de clan; localitzades, de moment, a la Ribera, amenaçaren amb submergir aquesta comarca en el caos més absolut», p. 186.

²⁴⁴ Hay que consultar la edición de Rafael Beltrán: Gutierre Díez de Games, *El Victorial*, Madrid, Santillana, 1994, en cuyo estudio introductorio leemos lo que sigue: «La expedición, que fue en principio concebida como misión de policía contra los corsarios castellanos, llegaría a convertirse en muchos momentos en una campaña de verdaderos corsarios castellanos contra las costas africanas, puesto que en las propias acciones de Pero Niño se juntaron las labores de vigilancia con las de corso, con conatos de verdadera piratería», p. 32. El estudio más completo sobre la citada campaña se debe a M^a

Y acaesció que una mañana, haviendo ya passado el estrecho que dizen de Gibraltar y entrando en el mar Mediterráneo, vieron contra sí venir un barco muy armado. El cual, por algunos de los marineros que a mirarlo salieron, luego fue conocido que era de un **moro cossario** que muchas vezes salía al encuentro a los barcos de los mercaderes christianos, para robar y cativarlos (II, cap. xxxj, f. 192v).

El corsarismo y la piratería en todo el Mediterráneo, y en concreto en las playas y puertos de los reinos de Valencia, Cataluña y Mallorca, fue un fenómeno tan habitual y sangriento como el bandolerismo interior. Diversos documentos de los archivos valencianos y de la Corona de Aragón guardan noticias sobre licencias concedidas para armar naves en corso, con apoyo y financiación gubernamental para perseguir y ajusticiar a piratas y moriscos enemigos; de la misma forma, existen datos de cómo distintas ciudades litorales se amurallaron y pertrecharon frente a los posibles desembarcos de los piratas, algunos tan célebres como Barbarroja –en árabe, Hayr al-Din– (1465-1546), corsario y almirante turco que asolaba reiteradamente las costas españolas e italianas. Barbarroja azotó el litoral valenciano entre 1518 y 1519, produciendo estragos y numerosas muertes y capturando decenas de personas; por las mismas fechas también se adentró en las tierras y poblaciones de Cataluña y, poco después, en 1521, llevó a cabo el famoso remonte con cuatro fustas por el río Ebro, atacando la ciudad de Amposta y sembrando el terror por donde pasaba.²⁴⁵

Con todo, la resonancia del corsario y el pirata en el *Valerían* no es de gran alcance y su figura se halla mucho menos elaborada que la del asaltador de caminos o la del caballero villano en general. El corsario interviene en el relato en contadas ocasiones y con escaso protagonismo, lo que en buena lógica deriva del marco narrativo de la obra, donde el espacio de la aventura es fundamentalmente terrestre.

A modo de coda final sobre los asuntos referidos, queremos insistir en la idea de que el *Valerían*, como tantos otros libros de caballerías,²⁴⁶ pone de manifiesto diversos

Teresa Ferrer i Mallol, «Els corsaris castellans i la campanya de Pero Niño al Mediterrani (1404). Documents sobre *El Victorial*», *Anuario de Estudios Medievales*, V (1968), pp. 265-338.

²⁴⁵ Acontecimientos que recoge Agustí Alcoberro en *Piratas i bandolers al segle XVI i XVII*, pp. 18-19, donde se documenta la existencia de famosos bandoleros e históricos piratas a lo largo de los siglos XVI y XVII, especialmente en la zona de Cataluña.

²⁴⁶ Luzdivina Cuesta Torre, «La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»)*. *Poética, lectura representación e identidad*, ed. Eva Belén Carro Carvajal, y otros, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002, pp. 87-109; desarrolla con profusión el tema de la realidad en los libros de caballerías, y recoge también la bibliografía pertinente al respecto. Tan sólo añadimos una contribución por nuestra parte: Jesús Duce García, «Apuntes de realismo y originalidad en *Don Olivante de Laura*», en *Volver a Cervantes. Actas*

aspectos que reflejan o denotan el contexto histórico y la realidad inmediata de su época. En la obra que nos ocupa se percibe la sociedad valenciana del quinientos, con sus escenarios de violencia disoluta y con sus bandolerismos enfrentados al orden establecido, o a veces amparados por él. Todos los ejemplos de salteadores que aparecen en el *Valerían* recuerdan en gran medida a los que existieron en Valencia en las primeras décadas del siglo XVI; el conspirador Dandalio y sus bandoleros de alquiler, Xentropoleo y Camelo y su violenta cuadrilla de ladrones, la extraña banda del viejo irascible, el moro Zonacrín y su nave corsaria, y los bandidos de los Pirineos a los que se enfrenta Brisortes, son diferentes muestras de una figura literaria que desprende en su formulación y en su variedad un palpable hálito de cercana crudeza, tristemente afín a los tiempos que corrían para Clemente y sus contemporáneos.

¶ 2.4 LA JUSTICIA Y EL OFICIO DEL AUTOR EN EL VALERIÁN

Además de la inevitable multiplicación de motivos y aspectos característicos del género caballeresco, el *Valerían* contiene algunos elementos que le otorgan cierta singularidad temática. Recordemos en ese sentido el extenso e informativo incipit de la obra, en el que Dionís Clemente declara abiertamente su profesión de notario, lo que así se corrobora con los múltiples protocolos que se han conservado con su firma y autorización en diferentes archivos de Valencia. Conocedor, pues, de los vericuetos de la escribanía y los entresijos de la justicia, el escritor quiso introducir en su libro, junto a los ingredientes acostumbrados del género, diferentes aspectos relacionados con el mundo del derecho en varias de sus vertientes, obteniendo de ese modo una confluencia narrativa de apreciable novedad en el ancho mar de la literatura caballeresca, donde las referencias jurídicas y legislativas apenas tienen cabida, excepción hecha de breves apuntes en obras fundamentales como el *Libro del Cavallero Zifar* o el *Amadís de Gaula*.²⁴⁷

Dentro del campo concreto del *ius civile*, en el *Valerían* se aperciben sobre todo los pleitos por la sucesión de tierras y patrimonios, a los que se suman esporádicamente el derecho de familia y las distintas instituciones que lo componen, cuestiones de enorme trascendencia en la realidad de aquellos años, cuya reglamentación aparece en todos los códigos medievales y renacentistas, desde la propia *Partida Sexta* del Alfonso X, hasta el libro quinto de los *Fueros de Aragón* y el libro sexto de los *Furs de Valencia*, por citar algunos de los ejemplos más importantes. Los casos testamentarios que Clemente desarrolla en el *Valerían* pueden agruparse en dos tipos generales: los que

²⁴⁷ Véase, al respecto, el estudio de Enrique Álvarez Cora, «Zifar y la ley: la ley y la literatura castellana medieval», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 65 (1995), pp. 879-902. Este trabajo evidencia una enorme consulta textual que, sin embargo, no llega a traducirse en un detenido y contrastado análisis de los hallazgos. En cuanto al *Amadís*, puede verse la aproximación de Juan Luis Suárez, «“El derecho, muchos son los que lo razonan y pocos los que lo conocen”». Elementos jurídicos en la estructura del *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 32-33 (2001), pp. 11-23; y los trabajos parciales de Silvia C. Lastra Paz, «La injusticia como costumbre en el *Amadís de Gaula*», *Studia Hispanica Medievalia IV. Actas de las V Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval. Buenos Aires, 21-23 de agosto de 1996*, ed. Azucena A. Fabroschi, y otros, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1999, pp. 295-301, y «Los procedimientos jurídico-deliberativos en el *Amadís de Gaula*», *Letras*, 48-49 (2003-2004), pp. 151-148. Por nuestra parte, tras las generosa indicación de Patricia Esteban, podemos añadir el caso del *Florisando* de Ruy Páez de Ribera (Salamanca, Juan de Porras, 1510), en el que aparecen dogmas y cánones eclesiásticos, anotaciones minuciosas sobre derecho romano y acercamientos diversos a la esencia del derecho común, el *ius commune*, todo ello acompañado por consejos de buen gobierno que remiten finalmente a la estructura de los espejos de príncipes.

hacen referencia a testamentos de caballeros y nobles de gran prestigio y los que se basan en las prácticas sucesorias de reyes y emperadores. Dentro del primer grupo, entresacamos un ejemplo de un polémico testamento, cuyas cláusulas determinan las facultades de la sucesión efectiva de los bienes raíces y materiales. En el citado documento queda establecido que la viuda, de nombre Manidora, si quiere conservar el usufructo de la hacienda del caballero Eporineo, no podrá contraer nuevas nupcias antes del plazo de dos años. En su defecto, dicha hacienda pasará de forma automática al hijo de ambos, sin posibilidad alguna de retorno.

–Por donde passados algunos días, después de muerto mi padre, rogué a mi madre me diesse licencia para ser cavallero, pues mi edad ya lo requiría, la cual no quiso por entonces otorgarmela, antes me la difirió por no verme en algún peligro, y que no me fuesse de su presencia. Pues conocía que en la hora que yo sería cavallero, si havía de hazer lo que los buenos acostumbran, no dexaría de ir por el mundo, experimentando mi bondad si alguna tenía. Con que me forçava çufrir, cuidando que aquellas causas del amor, que como madre me havía de tener, procedían, aunque según después se vido, no eran sino muy contrarias de las que yo cuidava, porque su intención era de casar con un cavallero mancebo tan pobre de virtudes como de bienes. Pues al tiempo que con mi madre casó, aún no havía hecho cosa que de cavallero fuesse, ni tenía para pagar las armas y el cavallo con que lo fizieron cavallero. El cual casamiento se dexó de efectuar por tiempo de dos años, después de la muerte de mi padre, porque **en su testamento dexava ordenado que si mi madre dentro de aquel término casava, perdiesse el derecho que tenía en su hazienda, e viniesse yo a la sucessión d’ella.** Y como ya estuviesse entr’ellos concertado, el primer día que passado aquel término fui a folgarme a un castillo que mi padre tenía a tres leguas de la ciudad en que bivimos, mi madre, con el cavallero que dixé, se desposaron y velaron. Por donde cuando bolví del castillo, ya hallé a entrambos muy alegres, por razón del nuevo casamiento. Y aunque algunos días la amistad de su nuevo marido y mía pudo sostenerse, como sea cosa muy vulgar semejantes deudos no poder bivar en paz por largos tiempos, no sé sobre qué prácticas reñimos, de suerte que me convino salir de mi casa por apartar la ocasión que para le quitar la vida se me podía offerer, con que perdiera la libertad de ser cavallero, lo que yo sobre todas las cosas d’este percedero siglo preciava y precio (II, cap. vij, ff. 146v-147r).

Era muy común en aquellos tiempos que en las segundas nupcias el nuevo cónyuge fuera más joven que su consorte, lo que respondía en ocasiones a intereses pactados entre las familias o sus representantes. Por otra parte, si el primer matrimonio había tenido algún hijo, no era extraño que surgieran desavenencias entre éste y el

marido de nueva impronta, especialmente en el caso de que la madre viniera a mantener el usufructo durante mucho tiempo y no quisiera compartir las potestades originarias ni los beneficios adquiridos con los descendientes del primer himeneo.²⁴⁸ De todo ello había que dar cumplida cuenta en los testamentos y contratos oportunos, siempre avalados por las figuras administrativas correspondientes. Estas son las circunstancias que entran en funcionamiento en el ejemplo citado del *Valerían*. La decisión de la madre de contraer un nuevo enlace provoca el malestar de Amoraneo, su hijo, quien finalmente se enemista con Macronel, el joven cónyuge, situación que se irá enredando por momentos hasta la intervención resolutive de Florianteo, uno de los grandes paladines de la obra. Al final, como pertenece a un genuino libro de caballerías, el espíritu caballeresco prevalece por encima de otros principios; sin embargo, no hay que perder de vista el origen jurídico del conflicto, esto es, el testamento y última voluntad del noble fallecido. Es cierto que la narración no especifica íntegramente el contenido del testamento, pero el tono de insinuación que se desprende en el relato hace pensar que la madre y el segundo marido no han cumplido con rigor los puntos establecidos en dicho documento, lo que produce que Amoraneo exija sus derechos como descendiente directo con plena capacidad usufructuaria.

Hay que recordar aquí el interesante articulado de los *Furs* valencianos, donde se generan sobre el particular dos importantes alternativas del sistema viudal, cuya libre elección por parte de la afectada no tiene precedentes en los códigos de la época: la viuda indotada y sin hijos del matrimonio de referencia tiene derecho a la institución de la *setantena* o setenta por mil de todos los bienes del marido; ahora bien, si tiene hijos de dicho matrimonio puede optar entre el usufructo de los bienes conyugales, con la obligación de atender a los hijos, y entre la citada *setantena*, desvinculándose por ello del compromiso familiar y de la tutela de menores.²⁴⁹ El caso de Amoraneo está

²⁴⁸ Véase Jesús Delgado Echeverría, *El derecho aragonés*, Zaragoza, Alcrudo Editor, 1977. El profesor Delgado Echeverría estudia con detalle la institución de la viudedad en la concepción familiar de los fueros y usos aragoneses. Esta institución se desarrolla a partir de los *Fueros de Aragón* de 1247, *La Compilación de Huesca*, influyendo en otros fueros colindantes y coetáneos, como es el caso catalán de los *Usatges* y, especialmente, el valenciano de los *Furs*, donde el sistema de sucesión y viudedad alcanzará un gran desarrollo. No obstante, el derecho aragonés es pionero en el establecimiento de los rasgos fundamentales de la viudedad, entre los que cabe destacar el predominio de los valores colectivos y del grupo familiar, así como la universalidad de los bienes sucesorios de ambos cónyuges.

²⁴⁹ A pesar de las indudables novedades que presenta el sistema retributivo de la viuda valenciana, la institución tiene su origen en el derecho romano, donde ya se asignaba a la viuda indotada una parte de la herencia del marido. También se observa la huella del usufructo viudal de otros reinos de la Corona de Aragón, especialmente el caso foral aragonés, como ya hemos visto en nota anterior, e incluso se recogen influencias del derecho árabe, según demuestra Honorio García, «Derechos de la viuda indotada», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 12 (1931), pp. 22-26, y «Las segundas

relacionado claramente con la primera opción dentro de la segunda posibilidad legal que posee la viuda valenciana, si bien el luto que debe guardar por la muerte del marido se amplía en el *Valerían* a dos años, mientras que en los *Furs*, concretamente en el fur VI, rúbrica II del libro quinto, se dice que la mujer no puede tomar otro marido hasta que transcurra un año de la muerte del primero, el llamado *any de plor*. El incumplimiento de esta norma provoca la pérdida de todos los beneficios y caudales que permanezcan del marido, tanto del *creix*, que es la donación primera de las nupcias en contrapartida del *exovar* aportado por la mujer, como de otros privilegios habilitados con posterioridad, recayendo en ese caso en los hijos del primer matrimonio o, *in absentia*, en los parientes más próximos e incluso en los causahabientes del fallecido.²⁵⁰ Quizá el aspecto de los *Furs* que mejor se refleje en el caso de Manidora, Macronel y Amoraneo sea la determinación taxativa de que los bienes relictos, como consecuencia de las segundas nupcias prematuras o indebidas, vuelvan a los hijos del primer matrimonio, lo que a fin de cuentas responde al criterio de proteger y dar continuidad al grupo familiar o núcleo original, en el marco de un derecho de familia de tipo superior a los capítulos de las sucesiones.

En el siguiente ejemplo se plantea de nuevo una sucesión de sedientes y muebles, aunque esta vez el carácter tiene un rango muy específico, dado que forma parte del derecho sucesorio real, el segundo de los campos en los que se desenvuelven los conflictos testamentarios del *Valerían de Hungría*. Nos encontramos, pues, con un gran dirigente, el rey de Lidia, el cual fallece sin dejar descendientes ni tener parientes reconocidos que puedan sucederle en el mandato, tal y como suelen establecer las costumbres y leyes de todos los estados monárquicos.

–Y acaeció que, muriendo el rey de aquella provincia sin hijos ni otros deudos a quien **el derecho otorgasse la successión**, fue mi padre elegido por rey, pareciendo a los más principales que a ninguno le pertenecía por tantas y tan legítimas causas, assí por ser de

nupcias de la viuda en relación a los bienes en los fueros de Valencia», pp. 258-265, y Miguel Gual Camarena, «El régimen matrimonial de bienes en los fueros de Valencia», *Anuario de Historia de Derecho Español*, 37 (1967), pp. 553-561. Por su parte, María Ángeles Belda, en su estudio *Instituciones de derecho de familia en los «Furs de Valencia»*, Zaragoza, Anubar, 1979, insiste en la especial idiosincrasia del derecho de familia desarrollado en los *Furs* y en la avanzada aportación de las instituciones valencianas, como la citada *setantena* y también el *privilegi marital*, la *germanía* y el *creix*, algunas de ellas inexistentes en otros cuerpos forales.

²⁵⁰ Los asuntos relacionados con los derechos y deberes matrimoniales de la mujer se agrupan en las rúbricas I-V del libro quinto de los *Furs*, dedicado íntegramente al derecho civil. Seguimos en todo momento la edición citada en secciones precedentes: *Furs de València*, I, València, Institut Valencià d'Administració Pública, 1990, que reproduce en facsímil la recopilación de los *Fori Regni Valentiae*, I (Valencia, Imprenta de J. Mey, 1547).

mayor estado como sabio en las artes y cumplido de virtudes, lo que yo bien me escusara de contar si el processo de mi demanda no lo requiriesse (II, cap. xxxix, f. 208r).

Lo cierto es que el nuevo rey, el sabio Zenofor, personaje de gran trascendencia en la trama de la segunda parte del *Valerían*, ha accedido al trono sin ser familiar o allegado del anterior rey y sin pertenecer a ninguna casa de la alta nobleza, lo que parece haberse dilucidado mediante la decisión consensuada de los hombres principales del país, quienes han visto en Zenofor los méritos y la capacidad suficientes para ocupar la cúspide de la regencia y sacar adelante los compromisos y empeños del reino de Lidia. Dicha opción, entre otras posibles y más comunes, se halla integrada en los textos jurídicos medievales, como así ocurre en la magnífica producción de Alfonso X, concretamente en la ley 9 del título 1 de la *Segunda Partida*.

Ley. IX. *Cómo el Rey deue amar a Dios por la gran bondad que es en él.*

Verdaderamente es llamado Rey aquel que con derecho gana el Señorío del reyno. E **puédese ganar por derecho en estas quatro maneras**. La **primera** es quando por heredamiento hereda los reynos el fijo mayor, o alguno de los otros que son más propincos parientes a los reyes al tiempo de su finamiento. La **segunda** es quando lo gana por auenencia de todos los del reyno, que lo escogieron por Señor, non auiendo pariente que deua heredar el Señorío del Rey finado por derecho. La **tercera** razón es por casamiento, e esto es quando alguno casa con dueña que es heredera del reyno, que maguer él non venga de linaje de Reyes, puédese llamar Rey después que fuere casado con ella. La **quarta** es por otorgamiento del Papa o del Emperador quando alguno dellos faze Reyes en aquellas tierras en que han derecho de lo fazer. Onde si lo ganan los Reyes en alguna manera que de suso diximos, son dichos verdaderamente Reyes. E deuen otrosí guardar siempre más la pro communal de su pueblo que la suya misma, porque el bien e la riqueza dellos es como suyo. Otrosí deuen amar e honrrar a los mayores e a los medianos e a los menores, a cada vno segund su estado, e plazerles con los sabios, e allegarse con los entendidos, e meter amor e acuerdo entre su gente, e ser justiciero dando a cada vno su derecho. E deuen fiar más en los suyos que en los estraños, porque ellos son su Señores naturales, e non por premia.²⁵¹

La elección de Zenofor como rey de Lidia responde perfectamente al segundo supuesto del código alfonsí. Hombre de múltiples conocimientos, de gran sabiduría y

bondad, Zenofor se aproxima en buena medida al prototipo del príncipe o noble vinculado a la cultura y los estudios humanistas, amante de la vida cortesana pero también partidario del contacto con el pueblo y las fiestas comunales. Se trata de un rey cercano y prudente, mesurado aunque resolutivo, siempre preocupado por sus vasallos. Y quizá lo más interesante: deja por escrito a Diliarda, su hija y heredera, un extenso catálogo de indicaciones para poner en práctica, cuando llegue el momento oportuno, la correcta administración del país de Lidia. El consejo se encuentra estructurado en diversas áreas; primero se desarrollan las disposiciones relacionadas con el mundo de la justicia, en las que se habla de las leyes, los consejeros, los delitos, y las penas y castigos consecuentes; acto seguido se manifiestan los hábitos y ejercicios que Diliarda debe llevar a cabo para adquirir y salvaguardar la condición de dirigente ecuánime; y por último, se exponen ciertas recomendaciones sobre la crianza y educación de los hijos, siempre en búsqueda de la «provechosa doctrina»; todo lo cual entronca visiblemente con la tradición de los libros de *regimine principum*, bien conocida por los autores caballerescos, plasmada aquí de forma especial por cuanto se trata de una mujer la que recibe las orientaciones.

Los consejos de Zenofor, por cierto, podrían estar dirigidos encubiertamente a doña Mencia de Mendoza, marquesa del Zenete y virreina en ciernes del reino de Valencia, a quien Dionís Clemente dedica la obra que estamos tratando.²⁵² No hay que olvidar que la marquesa estaba a punto de convertirse en la esposa de uno de los más importantes prebostes políticos del siglo XVI, Fernando de Aragón, el duque de Calabria, amante de las artes, mecenas de poetas y músicos, y gran amigo y colaborador de Carlos V. Esta razón bien pudo animar al autor del *Valerían*, como hombre formado en leyes, a emitir diversas recomendaciones de buen gobierno destinadas en interlineado a doña Mencia, emparentando de paso el reino de Lidia con el de Valencia.

La historia de Zenofor y Diliarda se complica más adelante en términos bien distintos, dado que el rey sabio fallece, dejando a su hermano Affasarén como gobernador del reino durante la minoría de edad de Diliarda, que tan sólo cuenta once

²⁵¹ Alfonso X el Sabio, *Las Siete Partidas*, glosadas por Gregorio López, Salamanca, Andrea de Portonaris, 1555; *Segunda Partida*, ff. 6r-6v. Reproducción facsímil: Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1974.

²⁵² Según el cronista valenciano Martín de Viciana, doña Mencia y don Fernando se casaron el 13 de enero de 1541, como vemos en el *Libro segundo de la Chrónyca de la inclita y coronada ciudad de Valencia*, Valencia, Joan Navarro, 1564, f. 34r. Reproducción facsímil: Valencia, Universidad de Valencia, 1972, p. 69. Recordemos que el *Valerían* presenta en su colofón la fecha de 2 de agosto de 1540, por lo que el libro se terminó de imprimir varios meses antes de la boda.

años en esos momentos. Pasado un tiempo, cuando la joven tiene la edad que marca la legislación para acceder al trono, Affasarén no quiere abandonar su cargo fiduciario ni reconoce la titularidad correspondiente. Lleva a cabo un intenso proselitismo a su favor y consigue agrupar un importante número de seguidores, de la misma forma que intenta deshacerse en varias ocasiones de Diliarda. Una vez más, como resulta preceptivo en el género donde estamos ubicados, entra en funcionamiento la justicia caballeresca, la cual restituye por la fuerza y por las armas la traición acaecida. El gran héroe, Valerián de Hungría, devuelve las cosas a su lugar y aniquila al felón de turno. En otro orden de cosas, la historia ha dejado el poderoso eco de los altercados y luchas de poder en torno a las sucesiones de reyes, tan comunes por toda Europa en la época de los Austrias, empezando por los enfrentamientos entre Juana la Loca y Fernando el Católico a propósito de la Corona de Castilla, que finalmente se absolverán con el irrefrenable impulso de Carlos V.

Los casos de testamentos regnícolas son más numerosos en el *Valerián* que los nobiliarios. Un nuevo ejemplo lo encontramos en el testamento del rey de Bohemia, por el que se deja como heredero universal del reino y de todos los bienes al caballero Menadoro, sobrino del anterior, además de proveer los recaudos para jurarlo como rey ante la corte y el pueblo de Bohemia, lo que se anuncia en el capítulo lxxviii de la *Parte Primera* del *Valerián*, cuando el héroe en cuestión se halla en la ciudad de Londres formando parte de la corte del rey Laristeo. A falta de otros descendientes o deudos, Menadoro es uno de los familiares más próximos al finado rey, pero también, como indica repetidamente la narración, es la persona más querida por el monarca, «causándolo que, dende chiquito, lo había criado y le había salido muy obediente, por donde lo amó siempre tanto que jamás se quiso casar después de muerta la reina, su mujer, por no haver fijos que le quitassen la sucession del reino» (f. 124v); se trata, en definitiva, del hombre en quien más confía, a pesar del continuo distanciamiento entrambos provocado por las aventuras del caballero andante. De esta forma, la elección de Menadoro resulta perfectamente compatible con la primera opción vertida por la citada ley novena de la *Partida* II, que, al fin y al cabo, era y es la más frecuente y preceptiva en los sistemas monárquicos.

Otro ejemplo testamentario de gran interés lo encontramos en la *Parte Segunda*, capítulo xxix, donde se habla por extenso del testamento que ha mandado redactar el rey Vincilario de Thesalia. Este gran monarca no ha tenido descendencia de sus diversos matrimonios. Por esa razón, nombra a la joven Laurela, su tercera esposa, sucesora del

reino y heredera universal de todos sus bienes, en disposición de las leyes vigentes de Thesalia, distintas, como se comprueba de inmediato, a las *Partidas* alfonsinas y otros textos de la realidad medieval y renacentista, que nada dicen de la posibilidad de la sucesión monárquica en la esposa del rey. El citado testamento ha sido capitulado por ciertos embajadores que tenían, según se dice, «comisión y poder bastante» para realizar dicho cometido, llevando a cabo de esta guisa la modalidad del testamento hológrafo, memoria testamentaria de puño y letra del testador que después es redactada en limpio y corregida por personas autorizadas. Sin embargo, el intrigante Dandalio, primo del monarca fallecido, y a la sazón el familiar de sangre más cercano, opina que dichos embajadores no poseían en verdad potestad alguna para ultimar el protocolo. Su argumentación es la siguiente: la decisión de que los agentes diplomáticos realizaran dicha tarea ha sido tomada cuando los concernientes ya estaban casados, por lo que debe suponerse que la joven Laurela ha influido poderosamente en la voluntad del rey e incluso ha podido cambiar alguna de sus decisiones, mientras que las leyes de Thesalia, según apunta con detalle Dandalio, dejan claro que, en estos menesteres testamentarios, «los auctos hechos entre el marido y la muger se presumen no ser de efecto». En este punto hay que imaginar la existencia de un documento anterior en el tiempo que no se nomina en la narración, perteneciente en buena lógica a los años del primer matrimonio del rey. En cualquier caso, con todas estas alegaciones, algunas en principio de posible carácter legal, Dandalio decide tomar las armas, formar un grupo de seguidores –un bando o bandería– y luchar enérgicamente por su proclamado derecho. A partir de estas circunstancias, como no podía ser de otra manera, interviene la costumbre y la justicia caballerescas, de la mano de uno de los mejores caballeros, el rey Pasmerindo de Hungría, quien resuelve la situación a favor del factor débil, esto es, la dueña ultrajada y difamada; de esta forma, el motivo de legalidad sucesoria queda tamizado e incluso reconvertido por el influjo del espíritu caballeresco, situado siempre en el nivel superior de la ficción.

En sintonía con los anteriores ejemplos se halla la adjudicación directa que el rey Menadoro de Gran Bretaña le concede al caballero Neophal. Se trata de un privilegio plenipotenciario con carácter sucesorio por el que Neophal puede edificar castillos y fundar poblaciones en la Ínsula de Cefalia; al mismo tiempo, los habitantes del lugar quedan libres de todos los antiguos derechos y obligaciones emitidos por el rey. En el apartado jurídico y administrativo, Neophal tendrá poder y facultad de resolver todas las causas, así las civiles como las penales, lo que le otorga entera libertad para impartir la

justicia, incluidos los casos de traición al rey, que no merecerán interponer recurso ni apelación, y tampoco podrán pedir juicio distinto o cambiar la presidencia del mismo. Todo ello se complementa con una moneda propia, si bien de igual cuño que la inglesa, y una relación política preestablecida con la corona británica. El sistema de atribución delegada que recibe Neophal, especialmente en el ámbito legislativo, se aleja del régimen condal primitivo para aproximarse al más moderno de la gobernación y el virreinato, debido, como decimos, a las implicaciones de autoridad jurídica, muy similares a las advertidas en las figuras del rey y el emperador, cuyos pormenores básicos ya se encuentran en las primeras leyes de la *Partida Segunda*.²⁵³ Por otra parte, llama la atención el apunte sobre la exención de obligaciones reales que los moradores de la ínsula obtienen con el cambio de regencia gubernamental. En el texto no hay más explicaciones sobre este tema, pero la independencia legislativa que logran los cefalienses recuerda en alguna medida la situación foral que se venía planteando en algunos reinos hispánicos desde los siglos XIII y XIV, siempre, eso sí, con la mirada atenta del rey y de una figura de *imperium* como la que representa Neophal, a modo de gobernador o virrey. Véase el siguiente párrafo del citado episodio:

Y puesto que aquellos días de alegría fuessen, acordándose el rey de lo que a Neophal prometiera y que era mucha razón que sin dilación se cumpliesse, pues no había tenido pereza para traerle aquellas tan alegres nuevas, le mandó despachar **un privilegio con que otorgava assí a él como a sus sucessores** que en aquella su ínsula pudiesen edificar otros castillos y poblaciones, haziendo para siempre a todos los moradores d'ellas francos e libres de todos los derechos que al rey podían por cualquier materia pertenecer. Y otrosí poder y facultad de determinar todas las causas, **assí civiles como de crimen**, aunque fuessen de traidores contra el rey, definitivamente sin haver recurso ni apellación a otro juicio ni presidencia. Y que juntamente pudiesen hazer monedas con las mismas armas de la rosa, salvo que una parte huviesse un castillo edificado en una ínsula. Y que siempre que a la Gran Bretaña viniessen no les fuesse entredicho entrar en el consejo de los reyes y tuviessen el segundo voto. Y que se llamasen nobles (II, cap. lxxx, ff. 305r-305v).

²⁵³ En el título I, ley segunda, se establece que el emperador ostenta el control del derecho. Tiene capacidad para crear fueros nuevos y mudar los antiguos si entendiere que son dañinos. «E aun ha poder de fazer justicia e escarmiento en todas las tierras del imperio». En los siguientes títulos y leyes se vierten las potestades y obligaciones del rey, incluida la capacidad de nombrar consejeros «que le ayuden e le sirvan de fecho en aquellas cosas que son menester para su consejo, e para fazer justicia e derecho a la gente» (II, título I, ley III). De igual manera, a los ciudadanos «déueles dar leyes e fueros muy buenos porque se guíen e vsen a bivar derechamente, e non quieran passar además en las cosas» (II, título X, ley III).

Con atinada medida, además de los escenarios y las situaciones litigantes que acabamos de ver, Clemente va incorporando algunos de los conceptos más habituales del derecho civil. Respecto a las actas matrimoniales, superadas en la obra por la vasta presencia del matrimonio secreto, lugar común de la literatura caballeresca, nuestro notario y escritor recalca en la obligada exposición de la dote de la mujer, que cita en varias ocasiones, usándola así mismo como elemento de contraste o crítica ante distintas posturas que sólo valoran la posesión material: «y como no fuese de los bienes de fortuna codicioso, casó con mi madre no queriendo más de su bondad por el *dote* que otros cuasi aborrecen, pues la posponen a los otros bienes» (II, cap. lxi, f. 260r). Similares conjeturas vienen a desprenderse del interesante parlamento que el sabio Arismenio dirige a Valerián, Flerisena y otros comensales de la Ínsula Venturosa, parlamento donde el buen consejero, quien sigue por demás la preceptiva moral de la época de Clemente, defiende con vehemencia el perfil de la mujer bondadosa y cauta, la mujer eficiente y educada, mientras que, en el extremo opuesto, censura la costumbre de encumbrar en exceso a la mujer de apariencia hermosa, siendo que en muchas ocasiones acarrea la más completa ignorancia o acaba transformándose en un ser disoluto e intratable:

–De suerte que no hay hombre que se no tenga a buena dicha de le dexar su hija para que lo sirva, ni quien dexe de las querer por mugeres porque sirvieron, y aún sin **dote** por saber que dende no pueden salir sino sabias y muy virtuosas. Porque en estas tierras muy poco respecto se tiene por los que se casar quieren a los temporales bienes que las donzellas tienen, sino a la bondad y virtudes que alcançar conocen. Lo que es al contrario de muchas provincias que yo he visto, adonde no curan de muger que no sea rica aunque consigo traiga todos los vicios e ignorancia que se pueden considerar. (II, cap. lxxiiij, f. 291r).

Desde los restantes campos de lo civil, en concreto las tasaciones y asuntos testamentarios y los contratos y acuerdos entre partes que necesitan autorización notarial, Clemente aporta las expresiones que ya se venían utilizando en los códigos medievales, tanto el *Fuero Juzgo* y las *Siete Partidas*, referencias fundamentales de numerosos textos futuros, como los influyentes *Fueros de Aragón* de 1247 y sus revisiones posteriores, y los innovadores *Furs* de Valencia de 1240 y las recopilaciones siguientes que fueron agrupándolos, recopilaciones que Clemente tuvo que conocer y

manejar por obligación profesional. El vocabulario resultante sobre el particular no es excesivamente especializado ni llega a convertirse en una jerga de difícil comprensión para el lector ajeno, pero sí demuestra en alguna medida los conocimientos de la materia que el autor tenía que poseer con largueza. Se trata de expresiones del tipo de *herencias* o *heredades de bienes*, así como las trascendentales y a veces polémicas *sucesiones* de un reino, como hemos visto arriba; todo ello a propósito de los familiares y *deudos* implicados y del propio *derecho* y las *leyes vigentes* –*leyes del reino*–, por las que se pueden constituir o declinar tales prebendas. Los términos que hemos señalado surgen con cierta frecuencia a lo largo del *Valerían*, destacándose los vocablos *ley* y *derecho*, y también *justicia*, con más de un centenar de apariciones en cada caso, porcentaje bastante significativo incluso en un libro de las dimensiones del *Valerían*. De igual forma, se convocan en alguna ocasión las figuras de los *escribanos*, los *jueces* y los *alcaldes*, que firman y autorizan las actas civiles, las penales, y las transacciones; y también se expone la liberación de deuda o el *quito*, y las *pérdidas* o *cobranzas* de las heredades y tierras en litigio. En los prolegómenos de la sucesión del reino de Thesalia, en torno al áspero contencioso entre Laurela y Dandalio, se encuentran numerosos párrafos de gran riqueza en cuanto a términos jurídicos se refiere. Compruébese, entre otros, el siguiente ejemplo:

Por donde lo restituía y entregava en poder de la reina, a quien justamente pertenecía, mandando a cualquier **alcaldes** y otros cavalleros que, en su nombre y por él tuviessen en **guarda** y **encomienda** cualesquier ciudades, villas y castillos, y otros lugares y fuerças de aquel reino, que se lo entregassen, o a quien ella ordenaría so pena de falsos y rebeldes al **pleito** y **homenaje** que para aquello le avían prestado. Y que para el descargo d'ellos y de cada uno, aquella voluntad y mandamiento fuessen recibidos por un **escrivano**, para que d'ello **hiziesse fe y perpetuo testigo** (II, cap. xxx, f. 190v).

Acomodado plenamente en el seno caballeresco del *Valerían*, Clemente va dejando entrever algunos elementos jurídicos relacionados con el oficio de escribano y el *ars notariae* que tan bien conoce por propia experiencia y formación.²⁵⁴ Como hemos

²⁵⁴ En la época de Clemente, los notarios y escribanos de Valencia representaban una de las instituciones profesionales más antiguas y prestigiosas de todo el reino. Su historia comienza incluso antes de la conquista de la ciudad por Jaime I, como se comprueba en las disposiciones notariales de las *cartas pueblas* de la zona de Castellón, si bien el nuevo y flamante rey será quien instaure el notariado público y el examen de validez titular y profesional. En la *Costum* de 1240, el *publicus notarius*, también llamado *tabellio*, *scriptor publicus*, queda ya definido como la persona pública encargada con exclusividad de la escrituración *in iudicio et extra*, es decir, de autorizar los *acta publica* o documentos

visto en todos los ejemplos anteriores, se trata de componentes de la derecho civil centrados casi con exclusividad en el derecho testamentario y las sucesiones regulares o intestadas de grandes personajes, ya sean reyes, emperadores, nobles o caballeros. Este ámbito es precisamente el que abastece los numerosos protocolos y formularios firmados por Dionís Clemente, en su mayoría testamentos, conservados en el Archivo del Reino de Valencia y en el Archivo del Patriarca de Valencia, entre los que destaca el testamento que recibió del marqués de Brandeburgo, segundo marido de Germana de Foix, viuda en primeras nupcias de Fernando el Católico. Testamentos verídicos, al fin, del mismo puño y letra que los testamentos ficticios del *Valerían*, en cuyo tropel de batallas y aventuras sin cuento los reflejos translúcidos de la realidad notarial y administrativa acaban adaptados a la imponente y solidaria justicia de raigambre caballeresca.

judiciales y también los extrajudiciales. Esta ordenación notarial es la primera en la Península Ibérica, anterior en siete años a la aragonesa y en quince a la castellana. Así las cosas, los *notarii publici civitatis Valentiae* formaron un estamento o comunidad gremial que después llegará a transformarse en el colegio de notarios de la ciudad, desarrollado con plenitud en el siglo XVI. Los notarios poseían abundantes conocimientos legislativos que los hacían imprescindibles para tareas específicas de gran importancia, como la adaptación al lenguaje judicial de los prolegómenos de las Cortes valencianas, amén, por supuesto, de sus tareas habituales de escribanía relacionadas con la autorización de contratos, testamentos, tasación de bienes y otros actos semejantes. Cabe apuntar que en los *Furs de València*, como se observa en la recopilación de 1547, la figura del notario es el profesional de la justicia que mayor articulación presenta, abarcando por entero la rúbrica XIX, *De notaris, scrivans e de salaris*, perteneciente al extenso libro IX, rubrica que se compone de 106 fueros, en los que se detallan las numerosas funciones de los notarios, tanto en el apartado público de carácter general, como en su vinculación con el Consell de la ciudad y la organización de las Cortes.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- AA.VV., *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008.
- AA.VV., *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, ed. Juan Antonio MARTÍNEZ COMECHE, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Autónoma de Madrid, 1989.
- AA.VV., *Edad de Oro*, 21 (2002). Monográfico dedicado a los libros de caballerías.
- AA.VV., *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia LACARRA, Bilbao, Universidad de Navarra, 1991.
- AA.VV., *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval*, Madrid, Polifemo, 1999.
- AA.VV., *Hernando Colón y la biblioteca colombina: una vida de libros*, ed. Teresa PRIETO PALOMO, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003.
- AA.VV., *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, dir. Francisco RICO, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2000.
- AA.VV., *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*, coords. María Luisa LOBATO y Bernardo J. GARCÍA GARCÍA, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2003.
- AA.VV., *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»)*. *Poética, lectura representación e identidad*, ed. Eva Belén CARRO CARVAJAL, y otros, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002.
- AA.VV., *Socialización, vida privada y actividad pública de un emperador del Renacimiento: Fernando I, 1503-1564*, ed. Alfredo ALVAR, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2004.
- AA.VV., *Thesaurus*, 54 (1999). Monográfico dedicado a los libros de caballerías.
- AA.VV., *Teatros y prácticas escénicas, I: El Quinientos valenciano*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1984.
- AA.VV., *Violencia y conflictividad en la sociedad de la España bajomedieval. Aragón en la Edad Media. Sesiones de trabajo: IV Seminario de Historia Medieval*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1995.
- ACEBRÓN RUIZ, Javier, *Sueño y ensueño en la literatura castellana medieval y del siglo XVI*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2004.
- ALCOBERRO, Agustí, *Pirates i bandolers al segles XVI i XVII*, Barcelona, Barcanova 1991.
- ALEMÁN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. Francisco RICO, Barcelona, Planeta, 1983.

- ALFONSO X EL SABIO, *Las Siete Partidas*, glosadas por el Licenciado Gregorio LÓPEZ, Salamanca, Andrea de Portonaris, 1555. Reproducción facsímil: Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1974.
- ALMILA Y VIVES, Francisco, *El Duc de Calabria i la seva Cort*, Valencia, Sicania, 1958.
- ALPERA, Lluís, «La concepció de l'amor al *Tirant lo Blanc*», en *Estudis de literatura catalana al País Valencià*, Alicante, Universidad de Alicante, 1987, pp. 25-36.
- ALVAR, Carlos, «El viaje al más allá y la literatura artúrica», *Literatura y Fantasía en la Edad Media*, ed. Juan PAREDES, Granada, Universidad de Granada, 1989, pp. 15-26.
- *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza, 1991.
- «Mujeres y hadas en la literatura medieval», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. María Eugenia LACARRA, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 21-34.
- «De autómatas y otras maravillas», en *Fantasía y literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*, ed. Nicasio SALVADOR MIGUEL, Santiago LÓPEZ-RÍOS y Esther BORREGO GUTIÉRREZ, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 29-54.
- ALVAR, Carlos, y José Manuel LUCÍA MEGÍAS, *Libros de caballerías castellanos. Una antología*, Barcelona, Ollero y Ramos / Random House Mondadori, 2004.
- ÁLVAREZ CORA, Enrique, «Zifar y la ley: la ley y la literatura castellana medieval», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 65 (1995), pp. 879-902.
- AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, «Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro», [1946] recogido en su obra general *Opúsculos históricos-literarios*, Madrid, CSIC, tomo I, 1951, pp. 331-373.
- ANDRÉS DÍAZ, Rosana, «Las fiestas de caballería en la Castilla de Trastámara», *En la España Medieval*, 5 (1986), pp. 81-107.
- ANDRÉS EL CAPELLÁN, *De Amore*, ed. Inés CREIXELL VIDAL-QUADRAS, Barcelona, Quaderns Crema, 1985.
- ANDREU GONZÁLBEZ, Ramón, *El Monasterio de San Miguel de los Reyes*, Valencia, Imprenta J. Nácher, 1935.
- ANGLÉS, Higinio, *La música en la corte de Carlos V*, Barcelona, Instituto Español de Musicología, 1944.
- ANTONIO, Nicolás, *Bibliotheca hispana sive hispanorum*, Roma, Ex officina Nicolai Angeli Tinassii, 1672, 2 vols. La segunda edición: *Bibliotheca hispana nova*, ed. Tomás Antonio SÁNCHEZ, Juan Antonio PELLICER y Rafael CASALBÓN, Madrid, Ibarra, 1783-1788, 2 vols.

- ARANDA, Eugenio, y Juan ALCIRA ROVIRA, *Parenesis ad litteras. Juan Maldonado y el humanismo español en tiempos de Carlos V*, Madrid, Fundación Universidad Española, 1980.
- ARCINIEGA GARCÍA, Luis, *El Monasterio de San Miguel de los Reyes*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2001, 2 vols.
- Arderique*, ed. Dorothy MOLLOY CARPENTER, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000.
- ARISTÓTELES, *Retórica*, ed. Alberto BERNABÉ, Madrid, Alianza, 1998.
- AUERBACH, Erich, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, FCE, 1993 [1942].
- AUNÉS, Jerónimo, *Libro segundo de Morgante*, Valencia, Nicolás Durán de Salvanyach, 1535.
- AVALLE-ARCE, Juan Bautista, *Dintorno de una Época Dorada*, Madrid. José Porrúa Turanzas, 1978.
- «*Amadis de Gaula*»: *el primitivo y el de Montalvo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Baldo*, ed. Folke GERNERT, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- BARANDA, Nieves, «Gestos de cortesía en tres libros de caballerías de principios del siglo XVI», en *Traités de savoir-vivre en Espagne et au Portugal du Moyen Âge à nos jours*, Clermont-Ferrand, Association Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Clermont-Ferrand II, 1995, pp. 55-68.
- *Crónica del rey Guillermo de Inglaterra. Hagiografía política y aventuras medievales entre Francia y España*, Madrid, Iberoamericana, 1997.
- BAROIN, Jeanne, «A propos du cerf épique», en *Mélanges de langue et littérature française du Moyen Âge et de la Renaissance, offert à Monsieur Charles Foulon*, Rennes Cédex, Université de Haute-Bretagne, 1980, tome II, pp. 5-13.
- BARRERO, Ana M^a, «El derecho romano en los furs de Valencia de Jaime I», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 41 (1971), pp. 639-648.
- BATAILLON, Marcel, *Erasmus y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950. Quinta reimpresión: 1995.
- BELDA, María Ángeles, *Instituciones de derecho de familia en los «Furs de Valencia»*, Zaragoza, Anubar, 1979.

- BELTRÁN, Rafael, «Relaciones de complicidad ante el juego amoroso: *Amadís, Tirant y la Celestina*», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia LACARRA, Bilbao, Universidad de Navarra, 1991, pp. 59-79.
- «Tiemblan las carnes del valiente ante la batalla: claves caballerescas para el episodio de los requesones en la celada y el león manso (*DQ*, II, xvii)» *Letras*, 50-51. *Número monográfico: Libros de caballerías. El «Quijote». Investigaciones y relaciones* (2004-2005), pp. 39-50.
- «La noria con arcaduces (cimera de Jorge Manrique) y otras doce invenciones poéticas en *Tirant lo Blanc*», en *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Vázquez Villanueva*, ed. Pedro M. PIÑERO, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 135-152.
- *Tirant lo Blanc, de Joanot Martorell*, Madrid, Síntesis, 2006.
- BELTRÁN, Vicenç, *Poesía española, 2. Edad Media: lírica y cancioneros*, Barcelona, Crítica, 2002.
- BENITO RUANO, Eloy, «Lope de Estúñiga, Vida y cancionero», *Revista de Filología Española*, 51 (1968), pp. 17-109.
- BERGER, Philippe, «La lecture à Valence de 1474 à 1560 (Evolution des comportements en fonction des milieux sociaux)», dentro de *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*, Paris, Editions A.D.P.F., 1981, pp. 97-107.
- «La dependance editoriale de l'Espagne: le cas de Valence aux XV^e et XVI^e siècles», dentro de *Histoire du livre et de l'édition dans les pays iberiques. La dependance*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 1986, pp. 7-25.
- *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987, 2 vols.
- «À propos des romans de chevalerie à Valence», *Hommage à Maxime Chevalier, Bulletin Hispanique*, 92/1 (1990), pp. 83-99.
- «Las bibliotecas nobiliarias de la parroquia de San Andrés de Valencia (1477-1557)», *Bulletin Hispanique*, 97/1 (1995), pp. 375-383.
- «Las lecturas de las capas modestas en la Valencia renacentista», *Bulletin Hispanique*, 99/1 (1997), pp. 161-170.
- BERMÚDEZ, Agustín, Magdalena MARTÍNEZ y Alfredo OBARRIO, «Las Cortes valencianas durante el reinado de Alfonso V el Magnánimo. La legislación foral», en *Atti XVI Congresso Internazionale di Storia della Corona d'Aragona*, a cura di Guido D'AGOSTINO y Giulia BUFFARDI, Napoli, Paparo, 2000, vol. I, pp. 73-97.
- BERNAL, Fernando, *Floriseo*, ed. Javier GUIJARRO CEBALLOS, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.

- BEYSTERVELDT, Anthony van, «El amor caballeresco del *Amadís* y el *Tirante*», *Hispanic Review*, 49 (1981), pp. 407-425.
- *Amadís-Esplandián-Calisto. Historia de una linaje adulterado*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982.
- BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, Madrid, Akal, 2002 [1968].
- BOASE, Roger, *El resurgimiento de los trovadores. Un estudio del cambio social y el tradicionalismo en el final de la Edad Media en España*, Madrid, Pegaso, 1981.
- BOCCACCIO, *Decamerón*, ed. María HERNÁNDEZ ESTEBAN, Madrid, Cátedra, 1994.
- BOGNOLO, Anna, «La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías: el *Lepolemo, Caballero de la Cruz* (Valencia, 1521)», en *Medievo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. Juan PAREDES NÚÑEZ, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. I, pp. 371-378.
- «La desmitificación del espacio en el *Amadís de Gaula*: los “castillos de la mala costumbre”», *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO* (Toulouse, 6-10 de julio de 1993), ed. Ignacio ARELLANO, y otros, Toulouse-Pamplona, GRISO, 1996, vol. III, pp. 67-72.
- *La finzione rinnovata. Meraviglioso, corte e avventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnolo*, Pisa, ETS, 1997.
- «El *Lepolemo, Caballero de la Cruz* y el *Leandro el Bel*», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 271-288.
- BOHIGAS BALAGUER, Pedro, «La *Visión de Alfonso X* y las *Profecías de Merlin*», *Revista de Filología Española*, 25 (1941), pp. 383-398.
- BORREGO Gutiérrez, Esther, «Matrimonios de la Casa de Austria y fiesta cortesana», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, ed. Alfredo J. MORALES, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 79-116.
- BOUZA, Fernando, «El espacio de las fiestas y ceremonias de corte: lo cortesano como dimensión», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, ed. Alfredo J. MORALES, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 155-173.
- «Tinieblas vivientes. Enanos, bufones, monstruos y otras criaturas del Siglo de Oro», que forma parte de Fernando BOUZA y José Luis BELTRÁN, *Enanos, bufones, monstruos, brujos y hechiceros*, Barcelona, Mondadori, 2004, pp. 33-128.

- BRANDENBERGER, Tobias, *Literatura de matrimonio (Península Ibérica, s. XIV-XVI)*, Zaragoza, Pórtico, 1996.
- BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, 2 tomos.
- BRISSET MARTÍN, Demetrio E., «Imágenes del rapto de la doncella en rituales festivos ibéricos», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 58.2 (2003), pp. 201-222.
- BRONSEVAL, Claude de, *Viaje por la Valencia del siglo XVI*, texto latino, traducción y comentarios de Francisco CALERO y Daniel SALA, València, Ayuntamiento de València, 1993.
- BUENO SERRANO, Ana Carmen, *Índice y estudio de motivos en los libros de caballerías (1508-1516)*, tesis doctoral, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2007.
- CABANES PECOURT, M^a Desamparados, «Escribanos y notarios en el ‘repartiment’ de Valencia», *Anales de la Universidad de Alicante*, 4-5 (1986), pp. 298-305.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel, *Amadís: heroísmo mítico cortesano*, Madrid, Cupsa / Universidad de Zaragoza, 1979.
- «El entrelazamiento en el *Amadís* y en las *Sergas de Esplandián*», en *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1986, vol. I, pp. 235-271.
- «*Nunca quiso mamar leche de mugier rafez* (Notas sobre la lactancia. Del *Libro de Alexandre* a don Juan Manuel)», *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Santiago de Compostela, 2 al 6 de diciembre de 1985), ed. Vicente BELTRÁN, Barcelona, PPU, 1988, pp. 209-224.
- «La iniciación caballeresca del *Amadís de Gaula*», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia LACARRA, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 59-80.
- «El amor en el *Tirant lo Blanc*: Hipòlit y la emperadriu», *Actes del Symposium Tirant lo Blanc*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993, pp. 133-170.
- «El beso en el *Tirant lo Blanch*», *Homenaje al profesor José Fradejas Lebrero*, Madrid, UNED, 1993, pp. 39-57.
- «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. PIÑERO RAMÍREZ, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127.
- «El universo ficticio de Rodríguez de Montalvo: el *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*», en *L'univers de la chevalerie en Castille. Fin du Moyen Âge – Début des Temps Modernes*, coordonné par Jean-Pierre SANCHEZ, Paris, Éditions du temps, 2000, pp. 251-269.

- «La iniciación caballeresca de don Quijote», *Philologia Hispalensis*, 18/2 (2004), pp. 21-48.
- CAMPBELL, Joseph, *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959 [1949].
- CAMPOS GARCÍA ROJAS, Axayácatl, «La infanta Melía: un caso de vida salvaje, intelectualidad y magia en *Las Sergas de Esplandián*», en *Proceedings of the Ninth Colloquium*, ed. de Andrew M. BERESFORD y Alan DEYERMOND, PMHRS, 26, London, Queen Mary and Westfield College, 2000, pp. 135-144.
- «El Mediterráneo como representación de un imperio: moros, corsarios y gigantes paganos en *Tristán el Joven*», *I Congreso Internacional de Estudios Históricos: el Mediterráneo, un mar de piratas y corsarios*, ed. Ana SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, Santa Pola, Ayuntamiento de Santa Pola, 2002, pp. 285-291.
- Cancionero de Estúñiga*, ed. Manuel ALVAR y Elena ALVAR, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1981.
- Cancionero de Estúñiga*, ed. Nicasio SALVADOR MIGUEL, Madrid, Alhambra, 1987.
- Cancionero de Uppsala: Villancicos de diversos autores a dos, y a tres y a quatro y a cinco bozes, Venecia, 1556*, ed. Jesús BAL Y GAY, intr. Rafael MITJANA, trabajo preliminar de Isabel POPE, México, El Colegio de México, 1944.
- Cancionero de Uppsala*, transcripción de Rafael MITJANA, estudio introductorio de Leopoldo QUEROL ROSSO, Madrid, Instituto de España, 1980.
- CARLOS VILLAMARÍN, Helena de, «Os Automatas de la Cámara de Eytor», *Verba. Anuario Galego de Filoloxía*, 16 (1989), pp. 135-143.
- CARTAGENA, Diego de, *Doctrinal de los caballeros*, ed. José María VIÑA LISTE, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago, 1995.
- CARRERES Y DE CALATAYUD, Francisco de A., *Las fiestas valencianas y su expresión poética (siglos XVI-XVIII)*, CSIC, Madrid, 1949.
- CASEY, James, «Bandos y bandidos en la Valencia moderna», en *Homenatge al doctor Sebastià García Martínez*, Valencia, Universidad de Valencia, 1988, vol. I, pp. 407-422.
- CASTAÑEDA, Vicente, «Don Fernando de Aragón, Duque de Calabria», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 25 (1911), pp. 268-286.
- «Antecedentes y notas sobre la encuadernación valenciana en los siglos XVI y XVII», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 124 (1949), pp. 305-341.
- *Sucesos en Valencia durante el reinado del emperador Carlos V y virreinato del duque de Calabria (1547-1551)*, Madrid, Imprenta Góngora, 1958.

- CASTIGLIONE, Baldassare, *El Cortesano*, ed. Mario POZZI, Madrid, Cátedra, 1994.
- CATALÁN, Diego, «Lanzarote y el ciervo de pie blanco», en su obra *Por campos del Romancero*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 82-100.
- CATALINA GARCÍA, Juan, «El segundo matrimonio del Primer Marqués del Cenete», dentro de *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1899, pp. 665-681.
- CÁTEDRA, Pedro M., *Amor y pedagogía en la Edad Media. Estudios de doctrina amorosa y práctica literaria*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989.
- «Fiestas caballerescas en tiempos de Carlos V», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, ed. Alfredo J. MORALES, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 93-118.
- *Jardín de Amor. Torneo de invención del siglo XVI*, Salamanca, SEMYR, 2005.
- *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño de don Quijote*, Madrid, Abada, 2007.
- CÁTEDRA, Pedro M., y Anastasio ROJO, *Biblioteca y lecturas de mujeres. Siglo XVI*, Madrid, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004.
- CÁTEDRA, Pedro M., y Jesús D. RODRÍGUEZ VELASCO, «El baladro del sabio Merlín y su contexto literario y editorial», en *El baladro del sabio Merlín con sus profecías* (transcripción y estudios), Oviedo, Universidad de Oviedo / Ediciones Trea, 1999, pp. XXI-LIII.
- CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, Alfonso, *La orden y divisa de la Banda Real de Castilla*, Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1993.
- CEBRIÁN IBOR, Santiago, *Los fueros de Valencia. Apuntes preliminares para su exposición y completo estudio*, Valencia, Imprenta hijo de F. Vives Mora, 1925.
- CERDÁ, Joaquín, «La Inquisitio en los *Furs* de Valencia y en el *Llibre de las costums* de Tortosa», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 50 (1980), pp. 563-586.
- CIGADA, Sergio, *La leggenda medievale del Cervo Bianco e le origini della «matière de Bretagne»*, Roma, Academia Nazionale dei Lincei, 1965.
- CIRLOT, Victoria, «La ficción del original en los libros de caballerías», en *Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 outubro 1991), coords. Aires A. NASCIMENTO y Cristina ALMEIDA RIBEIRO, Lisboa, Cosmos, 1993, vol. IV, pp. 367-373.
- «El amor de lejos y el valor de la imagen. Elaboración y negación del mito del amor en la Europa medieval», en *Memoria, mito y realidad en la historia medieval. XIII Semana de Estudios Medievales* (Nájera, del 29 de julio al 2 de agosto de 2002), Logroño, Gobierno de La Rioja, 2003, pp. 281-310.

- COLÁS, Gregorio, y José Antonio SALAS, *Aragón en el siglo XVI: alteraciones sociales y conflictos políticos*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1982.
- CONTRERAS, Antónío, «La investidura de armas: pescozada y palmada en el *Lanzarote del Lago*», *La Corónica*, 32/1 (2003), pp. 257-274.
- «Las tres espadas maravillosas de *La Questa del Sant Grasal catalana*», *Revista de Poética Medieval*, 13 (2004), pp. 11-26.
- CONTRERAS, Jaime, «Bandolerismo y fueros: El Pirineo a finales del siglo XVI», dentro de *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, ed. Juan Antonio MARTÍNEZ COMECHE, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Autónoma de Madrid, 1989, pp. 55-78.
- CORTIJO OCAÑA, Adelaida, y Antonio CORTIJO OCAÑA, «Carnaval y teatro en los siglos XVI y XVII, *El Cortesano* de Luis de Milán y la comedia burlesca barroca», *Revista de Filología Española*, 84 (2004), pp. 399-412.
- Crónica Troiana*, ed. Ramón LORENZO, A Coruña, Real Academia Galega, 1985.
- CUESTA TORRE, M^a Luzdivina, «Lo sobrenatural en la *Leyenda del Caballero del Cisne*», en *La literatura en la época de Sancho IV*, ed. Carlos ALVAR y José Manuel LUCÍA MEGÍAS, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá. 1995, pp. 355-366.
- «Libros de caballerías y propaganda política: un trasunto novelesco de Carlos V», en *Mundos de ficción. Actas del VI Congreso de la Asociación Española de Semiótica*, Murcia, Universidad de Murcia, 1996, pp. 553-560.
- «Fiestas de boda en (algunos) libros de caballerías», en *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Santander, 22-26 de septiembre de 1999), ed. Margarita FREIXAS y Silvia IRISO, Santander, AHLM, 2000, vol. I, pp. 617-630.
- «La realidad histórica en la ficción de los libros de caballerías», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»)*. *Poética, lectura representación e identidad*, ed. Eva Belén CARRO CARVAJAL, y otros, Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002, pp. 87-109.
- CURTO HERRERO, Federico Francisco, *Estructura de los libros españoles de caballerías en el siglo XVI*, Madrid, Fundación Juan March, 1976.
- CHENERIE, Marie-Luce, «Le motif de la fontaine dans les romans arthuriens en vers des XIIe siècles», en *Mélanges de langue et littérature françaises du Moyen Âge et de la Renaissance, offerts à Monsieur Charles Foulon*, Rennes Cédex, Université de Haute-Bretagne, 1980, tome 1, pp. 99-104.
- *Le chevalier errant dans les romans arthuriens en vers des XIIIe et XIIIe siècles*, Genève, Librairie Droz, 1986.

- CHEVALIER, Maxime, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Ediciones Turner, 1976.
- CHICOTE, Gloria B., «La caza del ciervo de pie blanco. Resemantización del motivo en el *Romance de Lanzarote*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50.1 (2002), pp. 43-57.
- CHRÉTIEN DE TROYES, *Li contes del graal. El cuento del grial*, ed. Martín de RIQUER, Barcelona, Quaderns Crema, 1985.
- DAVID-PEYRE, Ivonne, «Le mal d'amour dans le roman de chevalerie de Montalvo *Amadís de Gaule* (1500)», *Crisol*, 10 (1989), pp. 5-11.
- DELGADO ECHEVERRÍA, Jesús, *El derecho aragonés*, Zaragoza, Alcrudo Editor, 1977.
- DELPECH, François, «Les jumeux exclus: cheminements hispaniques d'une mythologie de l'impureté», en *Les problèmes de l'exclusion en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*, Études réunies et présentées par Augustin REDONDO, Paris, Publications de la Sorbonne, 1983, pp. 177-203.
- «El hallazgo del escrito oculto en la literatura española del Siglo de Oro: elementos para una mitología del Libro», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 53.1 (1998), pp. 5-37.
- DEMATTÈ, Claudia, «Instancias autoriales en los libros de caballerías», en *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro* (Münster 1999), ed. Cristoph STROSETZKI, Madrid, Iberoamericana / Frankfurt, Vervuert, 2001, pp. 415-421.
- «Los cuatro libros del muy noble y valeroso caballero Félix Magno [Sevilla, 1549]», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 375-388.
- «La *mise en abyme* en los libros de caballerías», en *Actas del IX Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001), ed. Carmen PARRILLA y Mercedes PAMPÍN, vol. 2, A Coruña, Universidade da Coruña, 2005, pp. 189-204.
- DENOMY, A. J., «An Inquiry into the Origins of Courtly Love», *Mediaeval Studies*, 6 (1944), pp. 175-260.
- «Fin'Amors: The Pure Love of the Troubadours, its Amorality and Possible Source», *Mediaeval Studies*, 7 (1945), pp. 139-207.
- DÍEZ-BORQUE, José María, *El libro. De la tradición oral a la cultura impresa*, Barcelona, Montesinos, 1985.
- DÍEZ DE GAMES, Gutierre, *El Victorial*, ed. Rafael BELTRÁN, Madrid, Santillana, 1994.

- DONÀ, Carlo, *Per le vie dell'altro mondo. L'animale guida e il mito del viaggio*, Soveria Manelli, Rubbettino, 2003.
- DON JUAN MANUEL, *Obras completas*, ed. José Manuel BLECUA, Madrid, Gredos, 1982, 2 vols.
- *Libro del cavallero et del escudero*, dentro de *Cinco Tratados*, estudio y edición de Reinaldo AYERBE-CHAUX, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1989.
- *Libro de los estados*, ed. Ian R. MACPHERSON y Robert BRIAN TATE, Madrid, Castalia, 1991.
- DRONKE, Peter, *Medieval Latin and the Rise of European Love-Lyric*, Oxford, Clarendon, 1968.
- DUBOST, Francis, «Les merveilles du cerf: miracles, métamorphoses, médiations», *Revue des langues romanes*, 98 (1994), pp. 287-310.
- *Aspects fantastiques de la littérature narrative médiévale, XIIe-XIIIe siècles. L'Autre, l'Ailleurs et l'Autrefois*, Paris, Champion, 1991, 2 tomos.
- DUBY, Georges, *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, 1973.
- *El amor en la Edad Media y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1990.
- *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal*, Madrid, Taurus, 1992.
- DUCE GARCÍA, Jesús, «Apuntes de realismo y originalidad en *Don Olivante de Laura*», en *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas (Lepanto 1/8 de octubre de 2000)*, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001, vol. I, pp. 517-530.
- «Fantasías caballerescas: aproximación al motivo de los castillos encantados» en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001), ed. Carmen PARRILLA y Mercedes PAMPÍN, A Coruña, Universidade da Coruña, 2005, vol. II, pp. 213-223.
- «Los ciervos en la literatura caballerescas hispánica», en *Actas del XI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (León, 10 al 24 de septiembre de 2005), León, Universidad de León, 2007, vol. I, pp. 501-510.
- DURÁN, Armando, *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballerescas*, Madrid, Gredos, 1973.
- EGIDO, Aurora, «La enfermedad de amor en el *Desengaño de Soto de Rojas*», en *Al ave al vuelo. Estudios sobre la obra de Soto de Rojas*, Granada, Universidad de Granada, 1984, pp. 32-52.

- EISENBERG, Daniel, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography*, London, Grant & Cutler, 1979.
- *Romances of Chivalry in the Spanish Golden Age*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1982.
- EISENBERG, Daniel, y M^a Carmen MARÍN PINA, *Bibliografía de los libros de caballerías castellanos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.
- El baladro del sabio Merlín con sus profecías* (reproducción facsímil; transcripción y estudios), Oviedo, Universidad de Oviedo / Ediciones Trea, 1999, 2 vols.
- ELIADE, Mircea, *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, Barcelona, Paidós, 1999 [1976], 3 vols.
- *Nacimiento y renacimiento. El significado de la iniciación en la cultura humana*, Barcelona, Kairós, 2000.
- ESCOLA TUSET, Josep M., «Mencía de Mendoza, mecenas humanista», *Revista Salina*, 16 (2003), pp. 63-68.
- ESMEIN, Adhémar, *Le mariage en droit canonique*, Paris, Librairie du Rucueil Sirey, 1929-1935, 2 vols.
- ESTEBAN MATEO, León, *Hombre-mujer en Vives: Itinerario para la reflexión*, València, Ayuntamiento de València, 1994.
- FALOMIR FAUS, Miguel, «El Duque de Calabria, Mencía de Mendoza y los inicios del coleccionismo pictórico en la Valencia del Renacimiento», *Ars Longa*, 5 (1994), pp. 121-124.
- FALLOWS, Noel, *The Chivalric Vision of Alfonso de Cartagena: Study and Edition of the «Doctrinal de cavalleros»*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1995.
- *Un texto inédito sobre la caballería del Renacimiento español. «Doctrina del arte de la caballería»*, de Juan Quijada de Reayo, Liverpool, Liverpool University Press, 1996.
- FELIPO ORTS, Amparo, «El proyecto universitario de doña Mencía de Mendoza. Las capitulaciones de 1544», dentro de *Doctores y escolares. II Congreso Internacional de Historia de las Universidades Hispánicas* (Valencia, 1995), València, Servei de Publicacions de la Universitat de València, 1998, vol. I, pp. 141-154.
- FERLAMPIN-ACHER, Christine, *«Merveilles» et topique merveilleuse dans les romans médiévaux*, Paris, Honoré Champion, 2003.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Corpus documental de Carlos V*, Salamanca, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Universidad de Salamanca, 1975-1979.

- *La España del Emperador Carlos V*, que forma parte de *Historia de España*, dirigida por Ramón MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, tomo XX. 1ª edición: 1966.
- *Carlos V, el Cesar y el Hombre*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000.
- FERNÁNDEZ DE HEREDIA, Juan, *Obras*, ed. Rafael FERRERES, Madrid, Espasa-Calpe, 1955.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Batallas y quinquagenas*, ed. Juan Bautista de AVALLE-ARCE, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1989.
- *Claribalte*, ed. Alberto del RÍO NOGUERAS, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- FERRANDO BADÍA, Juan, *El histórico Reino de Valencia y su organización foral*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1995.
- FERRANDO FRANCÉS, Antoni, *Els certàmens poètics valencians del segle XIV al XIX*, València, Institució Alfons el Magànim, 1983.
- FERRER I MALLOL, M^a Teresa, «Els corsaris castellans i la campanya de Pero Niño al Mediterrani (1404). Documents sobre *El Victorial*», *Anuario de Estudios Medievales*, V (1968), pp. 265-338.
- *Corsarios castellanos y vascos en el Mediterráneo medieval*, Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.
- FERRERO MICÓ, Remedios, «Bandosidades nobiliarias en Valencia durante la época foral», *Saitabi*, 35 (1985), pp. 95-110.
- «Bandolerismo en Valencia a finales del siglo XVI», dentro de *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, ed. Juan Antonio MARTÍNEZ COMECHE, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Autónoma de Madrid, 1989, pp. 79-92.
- «Reivindicaciones estamentales frente al poder monárquico», en *Atti XVI Congresso Internazionale di Storia della Corona d'Aragona*, a cura di Guido D'AGOSTINO y Giulia BUFFARDI, Napoli, Paparo, 2000, vol. I, pp. 321-345.
- «Greuges presentados en las cortes valencianas que se celebraron en el siglo XVI», *Ius Fugit*, 10-11 (2001-2002), pp. 935-961.
- FLORES ARROYO, Francisco J., «El torneo caballeresco: De la preparación militar a la fiesta y representación teatral», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 de septiembre-1 de octubre 1993), ed. Juan PAREDES NÚÑEZ, Granada, Universidad de Granada, 1995, tomo II, pp. 257-278.

- FLORI, Jean, «Chevalerie et liturgie. Remise des armes et vocabulaire chevaleresque dans les sources liturgiques du IXe au XIVE siècle», *Le Moyen Âge*, 84 (1978), pp. 247-278 y 409-442.
- «Les origines de l'adoubement chevaleresque: étude des remises dans les chroniques et annales latines du IXe au XIIe siècle», *Traditio*, 35 (1979), pp. 209-272.
- «Du nouveau sur l'adoubement des chevaliers» (XIe-XIIe siècles)», *Le Moyen Âge*, 91 (1985), pp. 201-226.
- *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2001.
- Formulario notarial zaragozano de la primera mitad del siglo XVI*, ed. Cristina MONTERDE ALBIAC y María Rosa GUTIÉRREZ IGLESIAS, Zaragoza, El Justicia de Aragón, 2001.
- FRAPPIER, Jean, «Le concept de l'amour dans les romans arthuriens», en *Amour courtois et Table Ronde*, Genève, Drozt, 1973, pp. 43-56.
- Furs de València*, I. *Fori Regni Valentiae*, I, València, Imprenta de J. de Mey, 1547. Reproducción facsímil: València, Insitut Valencià d'Administració Pública, 1990.
- GAGANO LLUCH, R., *Els Furs de Valencia*, Valencia, Publicacions d'Argú Valencià, 1930.
- GALMÉS DE FUENTES, Álvaro, «El mitotema de los leones en la épica románica y la tradición árabe», en *Romania Arabica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 257-293.
- GALLARDO, Bartolomé José, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid, Rivadeneyra, 1863-1869, 2 volúmenes.
- GALLEGO BARNES, Andrés, *Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579). Un humanista aragonés en el Studi General de Valencia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1982.
- GALLEGO GARCÍA, Laura, «Personajes femeninos en el *Belianís de Grecia*. Tipología y tradiciones», en *Actes del X Congrés Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, ed. Rafael ALEMANY, y otros, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2006, vol. II, pp. 753-764.
- GARCÍA, Honorio, «Derechos de la viuda indotada», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 12 (1931), pp. 22-26.
- «Las segundas nupcias de la viuda en relación a los bienes en los fueros de Valencia», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 12 (1931), pp. 258-265.

- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, *Herejía y sociedad en el siglo XVI. La Inquisición en Valencia, 1530-1609*, Barcelona, Península, 1980.
- *Las Germanías de Valencia*, Barcelona, Península, 1981.
- «El bandolerismo catalán en el siglo XVII», dentro de *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, ed. Juan Antonio MARTÍNEZ COMECHE, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Autónoma de Madrid, 1989, pp. 43-54.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *Primeras novelas europeas*, Madrid, Istmo, 1988.
- «Un truco de la ficción histórica: el manuscrito reencontrado», *1616*, 1 (1996), pp. 47-60.
- GARCÍA HERRERO, M^a Carmen, «Las capitulaciones matrimoniales en Zaragoza en el siglo XV», *En la España Medieval*, 5 (1986), pp. 381-398.
- *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la Baja Edad Media*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2005.
- *Las mujeres en Zaragoza en el siglo XV*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, 2 vols.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Sebastián, «Bandolerismo, piratería y control de moriscos en Valencia durante el reinado de Felipe II», *Estudis*, 1 (1972), pp. 85-167.
- *Valencia y la Casa de Austria*, Valencia, Anubar, 1977.
- *Bandolers, corsaris i moriscos*, València, Eliseu Climent, 1980.
- «El erasmismo en la Corona de Aragón en el siglo XVI», dentro de *Erasmus in Hispania, Vives in Belgio. Actas Colloquii Brugensis (23-26 IX 1985)*, ed. J. IJSEWIJN y A. LOSADA, Lovanii, Aedibus Peeters, 1986, pp. 215-290.
- «La cultura humanística en la Corona de Aragón en tiempos de Hernán Cortés», dentro de *Hernán Cortés y su tiempo. V Centenario (1485-1985)*, Mérida, Junta de Extremadura, 1987, pp. 713-745.
- GARCÍA MATAMOROS, Alfonso, *Apología. "Pro adserenda hispanorum eruditione,"* ed. José LÓPEZ DE TORO, Madrid, CSIC, 1943.
- GARCÍA MERCADAL, José, *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Tomo I: Desde los tiempos más remoto hasta fines del siglo XVI*, Madrid, Aguilar, 1952.
- GARCÍA PÉREZ, Noelia, «Mencia de Mendoza y el patronazgo artístico en el arte de la platería (1508-1554)», *Estudios de platería. San Eloy 2002*, Universidad de Murcia, 2002, pp. 143-162.
- *Arte, poder y género. El patronazgo artístico de Mencia de Mendoza*, Murcia, Nausícaä, 2004.

- *Mencía de Mendoza (1508-1554)*, Madrid, Ediciones del Orto, 2004.
- GARCÍA SANZ, Arcadio, «El documento notarial en derecho valenciano hasta mediados del siglo XIV», en *Notariado público y documento privado: de los orígenes al siglo XV. Actas del VI Congreso Internacional de Diplomática, Valencia, 1986*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1989, pp. 177-199.
- GARCI-GÓMEZ, Miguel, «La tradición del león reverente: glosas para los episodios en *Mío Cid, Palmerín de Olivia, Don Quijote* y otros», *Kentucky Romance Quaterly*, 19 (1972), pp. 255-284.
- GARROSA RESINA, Antonio, *Magia y superstición en la literatura castellana medieval*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987.
- GAYANGOS, Pascual de, *Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año 1800*, en *Libros de Caballerías*, Madrid, Rivadeneyra, 1857, tomo I, pp. LXIII-LXXXVII.
- GERNERT, Folke, «El Baldo [1542]: cuarta parte del ciclo *Renaldos de Montalbán*», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 335-347.
- GERNET, Louis, «Fosterage et légende», *Mélanges Gustave Glotz*, Paris, PUF, 1922, pp. 385-395.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis, *Formas y tendencias del humanismo valenciano quinientista*, Alcañiz, Instituto de Estudios Humanísticos-Laberinto / Madrid, CSIC, 2003.
- GIL POLO, Gaspar, *La Diana enamorada. Cinco libros que prosiguen los VII de Jorge de Montemayor. Nueva impresión con notas al «Canto del Turia»*, ed. Francisco CERDÁ Y RICO, Madrid, Antonio de Sancha, 1778, 2 vols. Reproducción facsímil: Valencia, Librerías París-Valencia, 1979, 2 vols.
- *Diana enamorada*, ed. Francisco LÓPEZ ESTRADA, Madrid, Castalia, 1987.
- GILSON, Étienne, *La filosofía en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1982.
- GIMENO CASALDUERO, Joaquín, *Estructura y diseño en la Literatura Castellana Medieval*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1975.
- GÓMEZ MORENO, Ángel, «La caballería como tema en la literatura medieval española: tratados teóricos», en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, vol. II, pp. 311-323.
- GÓMEZ-MONTERO, Javier, *Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542). El «Espejo de cavallerías» (deconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen, Niemeyer, 1992.
- «Los límites de lo fantástico en los géneros literarios del siglo XVI», *Anthropos*, 154-155 (1994), pp. 51-60.

- «El *Libro de Morgante* en el laberinto de la novela de caballerías», *Voz y Letra*, 7/2 (1996), pp. 29-59.
- «*Phantasos in litteris*. La magia ante el estatuto ficcional de “lo maravilloso” y “lo fantástico” de la ficción», en *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, ed. Jaume PONT, Lleida, Universitat de Lleida, 1999, pp. 55-92.
- GÓMEZ MUNTANÉ, M^a Carmen, «San Miguel de los Reyes y la capilla musical de don Fernando de Aragón», en *San Miguel de los Reyes: de Biblioteca Real a Biblioteca Valenciana*, Valencia, Biblioteca Valenciana / Generalitat Valenciana, 2000, pp. 91-111.
- GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa medieval castellana, I. La creación del discurso prosístico: el entramado cortesano*, Madrid, Cátedra, 1998.
- *Historia de la prosa medieval castellana, II. El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca y el orden religioso*, Madrid, Cátedra, 1999.
- GÓMEZ TRUEBA, Teresa, *El sueño literario en España. Consolidación y desarrollo del género*, Madrid, Cátedra, 1999.
- GONZÁLEZ, Eloy R., «Función de las profecías en el *Amadís de Gaula*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 31 (1982), pp. 282-291.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto, «La admonición como profecía en el *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 18 (1994), pp. 282-291.
- «Amadís en su profecía general», *Letras*, 34 (1996), pp. 63-85.
- «La profecía general sobre Esplandián en el *Amadís de Gaula*», en *La cultura hispánica y Occidente. Actas del IV Congreso Argentino de Hispanistas* (Mar de Plata, 18-20 de mayo de 1995), ed. Edith Marta VILLARINO, Mar de la Plata, Universidad Nacional de Mar de la Plata, 1997, pp. 334-337.
- «Los sueños proféticos del *Palmerín de Olivia* a la luz de los *Commentarii in Somnium Scipionis* de Macrobio», *Stylos*, 7 (1998), pp. 205-264.
- «Pautas para la caracterización del discurso profético ficcional como clase de texto: las profecías del *Palmerín de Olivia*», *Incipit*, 18 (1998), pp. 107-158.
- «La ideología profética del *Palmerín de Olivia*», *Letras*, 37 (1998), pp. 53-81.
- «La narración profética en los libros de caballerías castellanos», en *La función narrativa y sus nuevas dimensiones (Actas del Primer Simposio Internacional del Centro de Estudios de Narratología)*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1998, pp. 294-302.

- «El sistema profético en la determinación del *Palmerín-Primalción* como unidad textual (segunda y última parte)» *Íncipit*, 20-21 (2000-2001), pp. 81-118.
- GONZÁLEZ CASTAÑO, Juan, «Los límites de la autoridad: resistencia política y bandos en el reino de Murcia en la época de Felipe II», en *Felipe II y el Mediterráneo. Los grupos sociales*, Madrid, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, pp. 425-441.
- GONZÁLEZ CUENCA, Javier, «Espectáculos nobiliarios de riesgo: el torneo y sus variantes», dentro del estudio global *Historia de los espectáculos de España*, coord. Andrés AMORÓS y José María Díez BORQUE, Madrid, Castalia, 1999, pp. 487-506.
- GRACIA ALONSO, Paloma, *Las señales del destino heroico*, Barcelona, Montesinos, 1991.
- «El arco de los leales amadores. A propósito de algunas ordalías literarias», *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), pp. 95-115.
- «El “palacio tornante” y el bizantinismo del *Amadís de Gaula*», en *Medioevo y literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 septiembre-1 octubre 1993), ed. Juan PAREDES, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. II, pp. 443-455,
- «Sobre la tradición de los autómatas en la *Ínsola Firme*. Materia antigua y materia artúrica en el *Amadís de Gaula*», *Revista de Literatura Medieval*, 7 (1995), pp. 119-136.
- GRAULLERA SANZ, Vicente, «El fuero universitario en la Valencia del XVI», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 53-54 (1993-1994), pp. 957-984.
- «Juristas valencianos en el reinado de Alfonso el Magnánimo», en *Atti XVI Congresso Internazionale di Storia della Corona d’Aragona*, a cura di Guido D’AGOSTINO y Giulia BUFFARDI, Napoli, Paparo, 2000, vol. I, pp. 361-381.
- «Juristas y notarios en las cortes valencianas del XVI», *Ius Fugit*, 10-11 (2001-2002), pp. 1023-1045.
- GRAULLERA SANZ, Vicente y Carmen MORÓDER, «Andreu Martí Pineda, notario y poeta valenciano del XVI», dentro de *Homenatge al doctor Sebastià Garcia Martínez*, València, Universitat de València, 1988, vol. I, pp. 375-385.
- GREEN, Otis H., *El amor cortés en Quevedo*, Zaragoza, Librería General, 1955.
- *España y la tradición occidental*, Madrid, Gredos, 1969.
- GRIFFITHS, John, «Luis Milán, Alonso Mudarra y la canción acompañada», *Edad de Oro*, 22 (2003), pp. 7-28.

- GUAL CAMARENA, Miguel (1967), «El régimen matrimonial de bienes en los fueros de Valencia», *Anuario de Historia de Derecho Español*, 37 (1967), pp. 553-561.
- GUÍA MARÍN, Lluís J., «Dissidència política i repressió social al País valencià a mitjan segle XVII», *Saitabi*, 34 (1984), pp. 105-124.
- GUIJARRO CEBALLOS, Javier, *El «Floriseo» de Fernando Bernal*, Mérida, Junta de Extremadura, 1999.
- «La historia en los libros de caballerías: la “nacionalización” del *Libro segundo de don Clarián* (1522)», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Quijote»). Poética, lectura, representación e identidad*, ed. Eva Belén CARRO CARVAJAL, y otros, Salamanca, SEMYR, 2002, pp. 147-171.
- «*Floramante de Colonia*», *Parte II de «Clarián de Landanís»*. *Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- *El «Quijote» cervantino y los libros de caballerías: calas en la poética caballeresca*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2007.
- «Los libros de caballerías, género en prosa de tradiciones medievales e innovaciones renacentistas», dentro de Miguel Ángel TEIJEIRO y Javier GUIJARRO CEBALLOS, *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el Siglo de Oro*, Madrid, Editorial Eneida / Cáceres, Universidad de Extremadura, 2007, pp. 27-71.
- GUTIÉRREZ, Santiago, *Merlín y su historia*, Madrid, Alianza, 1997.
- GUTIÉRREZ CORONEL, Diego, *Historia genealógica de la Casa de Mendoza*, 2 tomos, ed. Ángel GONZÁLEZ PALENCIA, *Biblioteca Conquense*, II y IV, CSIC / Ayuntamiento de Cuenca, 1946.
- HARF LANCNER, Laurence, *Les fées au Moyen Âge. Morgane et Mélusine. La naissance des fées*, Gêneve, Slatkine, 1984.
- «Merveilleux et fantastique au Moyen Âge: une catégorie mentale et un jeu littéraire», *Dimensions of the Marvellous (Actes du Colloque tenu à Oslo en juin 1986)*, Oslo, 1987, tome I, pp. 243-256.
- *Le monde des Fées dans l'Occident Médiéval*, Paris, Hachette Littératures, 2003.
- HARO, Marta, «La mujer en la aventura caballeresca: dueñas y doncellas en el *Amadís de Gaula*», en *Literatura de caballerías y orígenes de la novela*, ed. Rafael BELTRÁN, València, Universitat de València, 1998, pp. 181-218.
- HERRÁN, Emma, «Humor y libros de caballerías o el caso de tres burladores sin piedad: El Caballero Encubierto, el Fraudador de los Aridides y el Caballero Metabólico», en *El Humor en todas las épocas y culturas. Actas del IX Congreso Internacional sobre el Discurso Artístico*, Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 1-15.

- HEUSCH, Carlos, *La caballería castellana en la baja Edad Media. Textos y contextos*, con la colaboración de Jesús RODRÍGUEZ VELASCO, Montpellier, Université de Montpellier III, 2000.
- HIDALGO OGÁYAR, Juana, «Doña Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete, condesa de Nassau y duquesa de Calabria, ejemplo de mujer culta en el siglo XVI», *VIII Jornadas de Arte. La mujer en el arte español* (Madrid, 1996), Madrid, 1997, pp. 93-102.
- «Libros de Horas de doña Mencía de Mendoza», *Archivo español de arte*, 278 (1997), pp. 177-183.
- HINOJOSA MONTALVO, José, *Esclavos, nobles y corsarios en el Alicante medieval*, Alicante, Universidad de Alicante, 2000.
- Historia de Lanzarote del Lago*, ed. Carlos ALVAR, Madrid, Alianza, 1987-1988, 7 volúmenes.
- Historias caballerescas del siglo XVI*, ed. Nieves BARANDA, Madrid, Fundación José Antonio de Castro / Turner, 1995, 2 vols.
- HOBSON, Anthony, «Libros, manuscritos y encuadernaciones de la biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza», en *XVIII Congreso Internacional de Bibliofilia*, Madrid, Congreso Internacional de Bibliofilia, 1993, pp. 120-135.
- *Renaissance book collecting: Jean Grolier and Diego Hurtado de Mendoza, their books and bindings*, New York, Cambridge University Press, 1999.
- HUARTE MORTON, Fernando, «Las bibliotecas particulares en la Edad Moderna», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 61 (1955), pp. 555-576.
- HUIZINGA, Johan, *Homo ludens*, Madrid, Alianza, 1998 [1954].
- HUNTINGTON, Archer M., Servando ARBOLÍ FARAUDO, y Simón de la ROSA LÓPEZ, *Catalogue of the Library of Ferdinand Columbus*, New York, Graus Reprint Corporation, 1967.
- INFANTES, Víctor, *Del libro áureo*, Madrid, Calambur, 2006.
- Joannis Ludovici Vivis Opera Ommia, distributa et ordinata in argumentorum classes a Gregorio Maiansio*, Valencia, 1782-1790, 8 vols. Reproducción facsímil: London, The Gregg Press Limited, 1964.
- JOSET, Jacques, «Sueños y visiones medievales: razones de sinrazones», *Atalaya*, 6 (1995), pp. 51-70.
- KEEN, Maurice, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 1986.

- KEPPLER, Claude, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 1986 [1980].
- KNUDSON, Charles A., «Le thème de la *princesse sarrasine* dans *La Prise d'Orange*», *Romance Philology*, 22.4 (1969), pp. 449-462.
- KÖHLER, Erich, *La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Sirmio, Barcelona, 1990 [1956].
- KÖNIG, Bernhard, *Novela picaresca y libros de caballerías*, Salamanca, SEMYR, 2003.
- La búsqueda del Santo Grial*, ed. Carlos ALVAR, Madrid, Alianza, 1986.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Las fiestas en la cultura medieval*, Barcelona, Random House Mondadori, 2004.
- LAIGLESIA, Eduardo de, *La mujer en los libros de caballerías*, Madrid, Imprenta Fontanet, 1917.
- La Ilíada latina. Diario de la guerra de Troya de Dictis Cretense. Historia de la destrucción de Troya de Dares Frigio*, ed. M^a Felisa del BARRIO VEGA y Vicente CRISTÓBAL LÓPEZ, Madrid, Gredos, 2001.
- LALINDE ABADÍA, Jesús, «El sistema normativo valenciano», *Anuario de Historia de Derecho Español*, 42 (1972), pp. 307-330.
- LASSO DE LA VEGA, Miguel, *Doña Mencía de Mendoza, Marquesa del Cenete (1508-1554)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1942.
- LASTRA PAZ, Silvia C., «La injusticia como costumbre en el *Amadís de Gaula*», *Studia Hispanica Medievalia IV. Actas de las V Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval. Buenos Aires, 21-23 de agosto de 1996*, ed. Azucena A. FABROSCI, y otros, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1999, pp. 295-301.
- «Los procedimientos jurídico-deliberativos en el *Amadís de Gaula*», *Letras*, 48-49 (2003-2004), pp. 151-148.
- LAUSBERG, Heinrich, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1966, 3 vols.
- LAYNA RANZ, Francisco, «Itinerario de un motivo caballeresco: el caballero ante el león», *Anales Cervantinos*, 25-26 (1987-1988), pp. 193-209.
- LAZAR, Moshé, *Amour courtois et 'fin amors' dans la littérature du XIIIe siècle*, Paris, Klincksieck, 1964.
- LE GOFF, Jacques, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, Gedisa, 1985.

LEWIS, C. S., *The Allegory of Love. A Study in Medieval Tradition*, Oxford, Oxford University, 1936.

Libro del Caballero Zifar, ed. Cristina GONZÁLEZ, Madrid, Cátedra, 1983.

LIDA DE MALKIEL, María Rosa, *La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas*, apéndice de Howard R. PATCH, *El otro mundo en la literatura medieval*, México, FCE, 1956, pp. 371-449.

LÓPEZ, Ignacio, «Dignidad real y acción mayestática en *La farsa de las galeras* de Luis Milán», *eHumanista*, 2 (2002), pp. 176-187.

LÓPEZ ELUM, Pedro, *Los orígenes de los Furs de València y de las Cortes en el siglo XIII*, Valencia, Colegio de Abogados de Valencia, 1988.

LÓPEZ-RÍOS, Santiago, *Salvajes y razas monstruosas en la literatura castellana medieval*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1999.

--- «La educación de Fernando de Aragón, duque de Calabria, durante su infancia y juventud (1488-1502)» en *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, ed. Nicasio Salvador Miguel y Cristina Moya García, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuet, 2008, pp. 127-144.

LÓPEZ SELLÉS, José, *Poetas de Xàtiva. Antologia*, Xàtiva, Sucesor de Vives Mora, 1974.

Los viajes de Sir John Mandeville, ed. Ana PINTO, Madrid, Cátedra, 2001.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, «La descripción del Otro Mundo en el *Libro del Cavallero Zifar*», *Anthropos*, 154-155 (1994), pp. 125-130.

--- *Imprenta y libros de caballerías*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000.

--- «Libros de caballerías: textos y contextos», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 9-60.

--- *De los libros de caballerías al «Quijote»*, Madrid, Sial, 2004.

--- «Sobre torres levantadas, palacios destruidos, ínsulas encantadas y doncellas seducidas: de los gigantes de los libros de caballerías al *Quijote*», en *Fantasia y literatura en la Edad Media y los Siglos de Oro*, ed. Nicasio SALVADOR MIGUEL, Santiago LÓPEZ-RÍOS y Esther BORREGO GUTIÉRREZ, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 235-258.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, y Emilio José SALES DASÍ, «La otra realidad social en los libros de caballerías castellanos. I. Los enanos», *Revista di Filologia e Letterature Ispaniche*, 5 (2002), pp. 9-23.

LUCÍA MEGÍAS, José Manuel, y Emilio José SALES DASÍ, *Libros de caballerías castellanos (siglos XVI-XVII)*, Madrid, Laberinto, 2008.

- LLULL, *Llibre de l'orde de cavalleria*, a cura d'Albert SOLER I LLOPART, Barcelona, Barcino, 1988.
- *Libro de la orden de caballería*, ed. Luis Alberto de CUENCA, Madrid, Alianza, 1992.
- MACROBIO, *Comentarios al Sueño de Escipión*, ed. Jordi RAVENTÓS, Madrid, Siruela, 2005.
- MALAXECHEVERRÍA, Ignacio, *Bestiario medieval*, Madrid, Siruela, 1999 [1986].
- Manuscrits del Duc de Calàbria*, Còdex de la Universitat de València, València, Universitat de València, 1991.
- MARAVALL, José Antonio, «La 'cortesía' como saber en la Edad Media», en *Estudios de historia del pensamiento español, 1: Edad Media*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983, pp. 255-267.
- MARKALE, Jean, *Merlín l'Enchanteur ou l'éternelle quête magique*, Paris, Albin Michel, 1992 [1981].
- *El amor cortés o la pareja infernal*, Olañeta, Palma de Mallorca, 1998 [1987].
- MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, José Manuel RUIZ ASENCIO, y Klaus WAGNER, *Catálogo concordado de la biblioteca de Hernando Colón*, Madrid, Mapfre, 1993.
- MARÍN PINA, M^a Carmen, *Edición y estudio del ciclo español de los Palmerines*, tesis doctoral, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.
- «El personaje y la retórica del nombre propio en los libros de caballerías españoles», *Tropelías*, 1 (1990), pp. 165-175.
- «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino», *Revista de Literatura Medieval*, 3 (1991), pp. 129-148.
- «Poetas aragoneses en la corte de Alfonso V», en *I Curso sobre lengua y literatura en Aragón (Edad Media)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1991, pp. 197-215.
- «Lectores y lecturas caballerescas en el *Quijote*», en *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Alcalá de Henares, 12-16 nov. 1990), Barcelona, Anthropos, 1993, pp. 265-273.
- «Los monstruos híbridos en los libros de caballerías españoles», en *Actas do IV Congresso da Assciação Hispânica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 outubro, 1991), coord. Aires A. NACIMIENTO y Cristina ALMEIDA, Lisboa, Cosmos, 1993, vol. IV, pp. 27-33.

- «El tópic de la falsa traducción en los libros de caballerías españoles», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Salamanca, 3-6 de octubre de 1989), ed. María Isabel TORO PASCUA, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, vol. I, pp. 541-548.
- «Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad Moderna», en *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna*, dir. Eliseo SERRANO MARTÍN, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1996, pp. 109-118.
- «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa del reinado fernandino», en *Fernando II de Aragón, el Rey Católico*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996, pp. 87-105.
- «La aventura de leer y las mujeres del *Quijote*», *Boletín de de la Real Academia Española*, tomo 85, cuadernos 291-292 (2005), pp. 417-441.
- «Las coplas del *Primaleón* y otros versos laudatorios en los libros de caballerías», en *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval* (Alacant, 16-20 de setembre de 2003), ed. Rafael ALEMANY, y otros, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2005, vol. II, pp. 1057-1066.
- MARINO, Nancy F., «The Literary Court in Valencia, 1526-36», *Hispanofila*, 104 (1992), pp. 1-16.
- MARTÍ FERRANDO, Josep, *Poder y sociedad durante el virreinato del duque de Calabria*, tesis doctoral, Valencia, Universidad de Valencia, 1993.
- «Una humanista en la corte virreinal: Mencía de Mendoza» en *San Miguel de los Reyes: de Biblioteca Real a Biblioteca Valenciana*, Valencia, Generalitat Valenciana-Biblioteca Valenciana, 2000, pp. 73-89.
- «La Biblioteca Real llega a Valencia: Fernando de Aragón, duque de Calabria», en *San Miguel de los Reyes: de Biblioteca Real a Biblioteca Valenciana*, Valencia, Generalitat Valenciana-Biblioteca Valenciana, 2000, pp. 164-180.
- *El poder sobre el territorio (Valencia, 1536-1550)*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2000.
- «La Corte virreinal valenciana del Duque de Calabria», *Reales Sitios*, 158 (2003), pp. 16-30.
- MARTÍ GRAJALES, Francisco, *Ensayo de un diccionario biográfico y bibliográfico de los poetas que florecieron en el reino de Valencia hasta el año 1700*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1927.
- MARTÍN, José Luis, y Luis SERRANO-PIEDECASAS, «Tratados de caballerías. Desafíos, justas y torneos», *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia Medieval*, 4 (1991), pp. 161-242.

- MARTÍN ABAD, Julián, *Los libros impresos antiguos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004.
- MARTÍN DE VICIANA, *Crónica de la inclita y coronada ciudad de Valencia*, Valencia, Joan Navarro / Barcelona, Pablo Cortey, 1564-1566, 5 vols. Reproducción facsímil: estudio preliminar de Sebastián GARCÍA MARTÍNEZ, Valencia, Universidad de Valencia, 1972.
- MARTÍN ROMERO, José Julio, *Guía de lectura de «Febo el Troyano»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- «El combate contra el gigante en los textos caballerescos», en *Actes del X Congrès Internacional de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, ed. Rafael ALEMANY, y otros, Alacant, Institut Universitari de Filologia Valenciana, 2005, vol. III, pp. 1105-1122.
- MARTÍNEZ, Marcos, *Tercera parte del Espejo de príncipes y caballeros*, Zaragoza, Pedro Cobarte, 1623.
- MARTÍNEZ ROMERO, Tomás, «L'obra profana d'Andreu Martí Pineda i la literatura valenciana a la primera meitat del XVI», *Llengua & Literatura*, 12 (2001), pp. 77-104.
- MARTÍNEZ RUIZ, Bernabé, «La investidura de armas en Castilla», *Cuadernos de Historia de España*, 1-2 (1944), pp. 190-211.
- MARTORELL, Joanot, *Tirant lo Blanch*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Ariel, 1982.
- MAS, Albert, *Les Turcs dans la Littérature Espagnole du siècle d'Or (Recherches sur l'évolution d'un thème littéraire)*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1967.
- MATEU IBARS, Josefina, *Los virreyes de Valencia. Fuentes para su estudio*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1963.
- MCDONALD, Marc, *The Print Collection of Ferdinandus Columbus, 1488-1539: A Renaissance collector in Seville*, Londres, The British Museum Press, 2004.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, *Orígenes de la novela*, Madrid, CSIC, 1962, 2ª edición, 2 vols.
- MÉRIDA JIMÉNEZ, Rafael M., «La fantasía imposible: apuntes metodológicos para el medioevo castellano», en *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, ed. Jaume PONT, Lleida, Universitat de Lleida, 1999, pp. 43-53.
- MERIMÉ, Henri, *El arte dramático en Valencia*, Valencia, Institució Alfons el Magànim, 1985, 2 vols.

- MILÀ, Luís del, *El Cortesano*, ed. Vicent Josep ESCARTÍ, estudios introductorios de Vicent Josep ESCARTÍ y Antoni TORDERA, València, Universitat de València, 2001, 2 vols. [estudi i transcripció; facsímil].
- MILÁN, Luis de, *Libro de Motes de Damas y Caballeros*, Valencia, Francisco Díaz Romano, 1535. Reproducción facsímil: Valencia, Librerías París-Valencia, 1982.
- *El Cortesano. Libro de Motes de Damas y Caballeros*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de Aribau y Compañía, 1874.
- *Libro de Música de vihuela de mano intitulado El Maestro*, ed. Leo SCHRADE, Leipzig, Publikationen Älterer Musik, 1927 / Hildesheim, Georg Olms, 1967.
- *El Maestro*, ed. Charles JACOBS, Londres, University Press, 1971.
- Libro de Música de vihuela de mano intitulado El Maestro*, ed. Ruggero CHIESA, Milán, Edizioni Suvini Zerboni, 1974.
- MITJANA, Rafael, *Cincuenta y cuatro canciones españolas del siglo XVI. Cancionero de Uppsala*, Uppsala, Uppsala, 1909.
- MOLL, Jaime, «Notas para la historia musical de la corte del duque de Calabria», *Anuario Musical*, 18 (1963), pp. 123-135.
- *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Madrid, Arco/Libros, 1994.
- MONMOUTH, Geoffrey de, *Historia de los reyes de Britania*, ed. Luis Alberto de CUENCA, Madrid, Siruela, 1985.
- MONTOYA MARTÍNEZ, Jesús, e Isabel de Riquer, *El prólogo literario en la Edad Media*, Madrid, UNED, 1998.
- MORAES, Francisco de, *Palmerín de Inglaterra*, Libro I, ed. Aurelio VARGAS DÍAZ-TOLEDO, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2006.
- MORALES, Alfredo J., «Recibimiento y boda de Carlos V en Sevilla», en *La fiesta en la Europa de Carlos V*, ed. Alfredo J. MORALES, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 27-47.
- MORA-MALLO, M., «*Don Polismán de Nápoles*», de Jerónimo de Contreras. Edición, introducción y notas, Michigan, 1979.
- MORTARA GARAVELLI, Bice, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1991.
- Ms. 160, *Dietari de varies coses sucseides en lo Reyne de Valencia y en altres parts escrites peru un capellá del Rey Don Alfonso V de Aragó. Fins al any 1478. añadides altres memories diaries des 1516 hasta 1588*, Valencia.

- MUGURUZA, Isabel, «Sobre el prólogo de *Don Olivante de Laura* de Antonio de Toquemada», en *Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca*, ed. M^a Eugenia LACARRA, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, pp. 127-144.
- Humanismo y libros de caballerías. Estudio del «*Olivante de Laura*» de Antonio de Torquemada, Vitoria-Gasteiz, Universidad del País Vasco, 1996.
- MUÑOZ, Ferrán, *Mencía de Mendoza y la viuda de Mateo Flecha: las ensaladas de Flecha «El viejo», su relación con la corte de Calabria y el erasmismo*, València, Alfons el Magànim, 2001.
- NARBONA VIZCAÍNO, Rafael, *Malhechores, violencia y justicia ciudadana en la Valencia Bajomedieval*, València, Ajuntament de València, 1990.
- NELLI, René, *L'Erotique des troubadours*, Toulouse, 1963.
- Trovadores y troveros; Palma de Mallorca, Olañeta, 1982 [1979].
- OLEZA SIMÓ, Joan, «La Corte, el amor, el teatro y la guerra», *Edad de Oro*, 5 (1986), pp. 150-182.
- ORTIZ-HERNÁN PUPARELLI, «Hacia una tipología de los personajes femeninos en los libros de caballerías hispánicos (A propósito de la *Antología de libros de caballerías castellanos* editada por José Manuel Lucía Megías)», *Tirant*, 6 [en línea], 2003, 20 páginas.
- «El papel de la mujer en el *Cristalián de España*», en *Actes del X Congrés Internacional de l'AHLM*, Rafael ALEMANY, y otros, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2006, vol. III, pp. 1243-1252.
- ORTÚÑEZ DE CALAHORRA, Diego, *Espejo de príncipes y caballeros*, ed. Daniel EISENBERG, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, 6 vols.
- PALACIOS MARTÍN, Bonifacio, «Investidura de armas de los reyes españoles en los siglos XII y XIII», en *Primer Simposio Nacional sobre las armas en la Historia*, número especial de *Glaudius*, Madrid, Instituto de Estudios sobre Armas Antiguas, 1988, pp. 153-192.
- PALAU Y DULCET, Antonio, *Manual del librero hispano-americano*, Barcelona, Librería Palau, 2^a edición, 1948-1977, 28 vols.
- PALENCIA, Alfonso de, *De perfectione militaris triumpho. La perfección del triunfo*, ed. Javier DURÁN BARCELÓ, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996.
- Palmerín de Olivia*, ed. Giuseppe di STEFANO, intr. M^a Carmen MARÍN PINA, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- PALMIERI, Ruggero, «D'una imitazione spagnola del *Cortegiano*. *El Cortesano* di Luis Milán», *Il Consiliatore*, 2 (1915), fasc. 3-4.

- PARDO MOLERO, Juan Francisco, «El tercer Fernando. El duque de Calabria y la sucesión a los reinos hispánicos (1512-1522)», en *Socialización, vida privada y actividad pública de un emperador del Renacimiento. Fernando I, 1503-1564*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Estatales, 2004, pp. 229-251.
- PARKER, Alexander A., *La filosofía del amor en la literatura española, 1480-1680*, Madrid, Cátedra, 1986.
- PASTOR FUSTER, Justo, *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días, con adiciones y enmiendas a la de d. Vicente Ximeno*, Valencia, Imprenta y librería de José Ximeno, 1827, 2 vols.
- PAZ Y MELÍA, Antonio, «Medallas y piedras grabadas que la marquesa del Cenete legó en su último testamento a D. Diego Hurtado de Mendoza», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 10 (1902), pp. 310-319.
- PEDRAZA, Manuel José, Yolanda CLEMENTE y Fermín de los REYES, *El libro antiguo*, Madrid, Síntesis, 2003.
- PENNA, Mario, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Atlas, 1959.
- PETRUCELLI, María Rosa, «Personajes femeninos y voluntad de protagonismo en el *Palmerín de Olivia*», en *Studia Hispanica Medievalia IV. Actas de las V Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval*, ed. Azuzena Adelina FRABOSCHI, y otros, Buenos Aires, Universidad Católica de Argentina, 1996, pp. 302-313.
- PETRUCCI, Armando, «Biblioteca, libros y escrituras en el Nápoles aragonés», en *Manuscripts del Duc de Calabria. Còdexs de la Universitat de València*, València, Universitat de València, 1991, pp. 77-85.
- PETTAS, William, *A Sixteenth-Century Spanish Bookstore: The Inventory of Juan de Junta*, Philadelphia, American Philosophical Society, 1995.
- PIERA, Montserrat, «Lletres de Batalla de mujeres en *Tirant lo Blanc* y *Curial e Güelfa*: la verbalización del discurso femenino dentro del código caballeresco», *La Corónica*, 27.1 (1998), pp. 33-53.
- PINILLA, Regina, *Valencia y doña Germana. Castigo de agermanados y problemas religiosos*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 1994.
- PITARCH, Vicent, y Lluís GIMENO, *Poesia eròtica i burlesca dels segles XV i XVI*, València, Edicions 3i4, 1982.
- Platir*, ed. M^a Carmen MARÍN PINA, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1997.
- PLATÓN, *El banquete*, trad. Fernando GARCÍA ROMERO, intro. Carlos GARCÍA GUAL, Madrid, Alianza, 1989.

- PONS FUSTER, Francisco, *Erasmistas, mecenas y humanistas en la cultura valenciana de la primera mitad del siglo XVI*, Valencia, Institució Alfons el Magànim, 2003.
- PORQUERAS MAYO, Alberto, *El prólogo como género literario. Su estudio en el Siglo de Oro español*, Madrid, CSIC, 1957.
- PORRAS ARBOLEDAS, Pedro Andrés, «El corso y la piratería ante la chancillería de Valladolid (1486-1490)», *Anuario de Estudios Medievales*, 35/1 (2005), pp. 131-157.
- PORRO, Nelly R., «La investidura de armas en el *Amadís de Gaula*», *Cuadernos de Historia de España*, 57-58 (1973), pp. 331-404.
- *La investidura de armas en Castilla. Del rey Sabio a los Católicos*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998.
- Primaleón*, ed. M^a Carmen MARÍN PINA, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- PROPP, Vladimir, *Morfología del cuento*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1972 [1928].
- PUIG TORRALVA, José M^a, y Francisco MARTÍ GRAJALES, *Estudio histórico-crítico de los poetas valencianos de los siglos XVI, XVII y XVIII*, Valencia, Imprenta de la viuda de Ayoldi, 1883. Reproducción facsímil: Valencia, Librerías París-Valencia, 1992.
- QUARITCH, Bernard, *Biblioteca Hispana: a catalogue of books in castilian, catalan, portuguese or otherwise of Spanish interest*, London, Bernard Quaritch, 1895.
- QUEROL ROSO, Leopoldo, *La poesía del Cancionero de Uppsala*, publicada en los *Anales de la Universidad de Valencia*, 10 (1929-1930).
- QUEROL ROSO, Luis, *La última reina de Aragón, virreina de Valencia*, Valencia, Imprenta de José Presencia, 1931.
- RAGLAN, Lord, *The Hero: A Study in Tradition. Myth and Drama*, London, 1936.
- «The Hero of Tradition», en *The Study of Folklore*, ed. Alan DUNDES, Englewood Cliffs, Prentice Hall, N. J., 1965, pp. 142-157.
- RAMOS, Rafael, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: “Esta sancta guerra que contra los infieles començada tienen”», *Boletín de la Real Academia Española*, tomo 74, cuaderno 263 (1994), pp. 503-521.
- «Lectura y lectores de relatos de caballerías en la Castilla Medieval», *Ínsula*, 675 (2003), pp. 24-27.
- RANK, Otto, *El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires, Paidós, 1961 [1914].

- REGLÀ, Joan, *El bandolerismo català del Barroc*, Barcelona, ediciones 62, 1966.
- *Bandolers, pirates i hugonots a la Catalunya del segle XVI*, Barcelona, Selecta, 1969.
- REIG, Carola, *Los escritores del reino de Valencia*, Valencia, Anubar, 1977.
- REPULLÉS, Manuel, «Inventario de los libros de don Fernando de Aragón, duque de Calabria (a. 1550)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 4 (1874), pp. 7-10, 21-25, 38-41, 54-56, 67-69, 83-86, 99-101, 114-117, y 132-134.
- REQUENA, Susana, «*Valerián de Hungría*» de Dionís Clemente. *Guía de lectura*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- RIBELLES COMÍN, José, *Bibliografía de la lengua valenciana*, Madrid, Revista de Archivos, Museos y Bibliotecas, 1915-1943.
- RICO, Francisco, «Un penacho de penas. De algunas invenciones y letras de caballeros», en su obra *Textos y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo XV*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 189-230.
- RÍO NOGUERAS, Alberto del, «El desvío del paradigma de género en el *Claribalte*, novela de caballerías de Gonzalo Fernández de Oviedo», en *Salastano. De interpretación textual*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1985, pp. 99-119.
- «Dos recibimientos triunfales en un libro de caballerías del siglo XVI», en *Homenaje a José Manuel Blecua*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1986, pp. 19-30.
- «Sobre el *Don Florindo* de Fernando Basurto (1530). Un caballero andante asedia el castillo interior», *Rilce*, IV.2 (1987), pp. 55-72.
- «El *Don Florindo* de Fernando Basurto como tratado de *rieptos* y desafíos», *Alazet*, 1 (1989), pp. 175-194.
- «Del caballero medieval al cortesano renacentista. Un itinerario por los libros de caballerías», en *Literatura medieval. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval* (Lisboa, 1-5 outubro 1991), Lisboa, Cosmos, 1993, vol. II, pp. 73-80.
- «Libros de caballerías y poesía de cancioneros: Invenciones y letras de justadores», en *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Salamanca, 3-6 de octubre de 1989), ed. M^a Isabel TORO, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, pp. 303-318.
- «Sobre magia y otros espectáculos cortesanos en los libros de caballerías», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Granada, 27 de septiembre-1 de octubre 1993), ed. Juan PAREDES, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. IV, pp. 137-149.

- «Amor, matrimonio secreto y libros de caballerías. El sinuoso camino de don Claribalte para llegar ante la faz de la iglesia», en *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995), ed. José Manuel LUCÍA MEGÍAS, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1997, vol. II, pp. 1261-1268.
- «Figuras al margen: algunas notas sobre ermitaños, salvajes y pastores en tiempos de Juan del Encina», en *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina*, ed. Javier GUIJARRO CEBALLOS, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, pp. 147-161.
- «Semblanzas caballerescas del emperador Carlos V», en *La imagen triunfal del emperador: La jornada de la coronación imperial de Carlos V en Bolonia y el friso del Ayuntamiento de Tarazona*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 63-85.
- «El *Claribalte* [1519] de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Edad de Oro*, 21 (2002), pp. 225-270.
- «De la exposición de un infante a la querrela hispanofrancesa por el reino de Nápoles: el homenaje de Fernando Basurto a Carlos V en el *Don Florindo*», en *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 627-660.
- RIOS LLORET, Rosa E., *Germana de Foix. Una mujer, una reina, una corte*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003.
- RIOSALIDO, Jesús, *El Cancionero de Uppsala*, Madrid, Instituto Hispano Árabe de Cultura, 1983.
- RIQUER, Martín de, *Caballeros andantes españoles*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967.
- *Los trovadores. Historia literaria y textos*, Barcelona, Planeta, 1975, 3 vols.
- RODRIGO PERTEGÁS, Joseph, «Testamento del duque de Calabria», *Cultura Valenciana*, 2 (1928), 76-80.
- RODRÍGUEZ, Josef, *Biblioteca Valentina*, Valencia, Joseph Thomas Lucas, 1747. Reproducción facsímil: Valencia, Librerías París-Valencia, 1980.
- RODRÍGUEZ DE LENA, Pero, *El Passo Honroso de Suero de Quiñones*, ed. Amancio LABANDEIRA FERNÁNDEZ, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel CACHO BLECUA, Madrid, Cátedra, 1987-1988, 2 vols.
- *Sergas de Esplandián*, ed. Carlos SAINZ DE LA MAZA, Madrid, Castalia, 2003.

- RODRÍGUEZ TRONCOSO, Rosa, *Inventario de fondos notariales*, revisión de Jesús VILLALMANZO CAMENO, Valencia, Generalitat Valenciana, 1986.
- RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús D., *El debate sobre la caballería en el siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996.
- «El Cid y la investidura caballeresca», en *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas*, ed. Carlos Alvar, y otros, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2002, pp. 383-392.
- ROJAS, Fernando de, *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ed. Francisco J. LOBERA, Guillermo SERÉS, Paloma DÍAZ-MAS, Carlos MOTA, Íñigo RUIZ ARZÁLLUZ y Francisco RICO, Barcelona, Crítica, 2000.
- ROMERO LUCAS, Diego, *Catálogo gráfico-descriptivo de la primitiva imprenta valenciana (1473-1530)*, tesis doctoral, València, Universitat de València, 2004.
- ROMERO TABARES, M^a Isabel, *La mujer casada y la amazona. Un modelo femenino renacentista en la obra de Pedro de Luján*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998.
- «Modelos de mujeres en los libros de caballerías hispánicos. El *Rosíán de Castilla*», en *Fechos antiguos que los cavalleros en armas pasaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, ed. Julián ACEBRÓN RUIZ, Lleida, Universitat de Lleida, 2001, pp. 191-216.
- ROMEU ALFARO, Sylvia, «Los fueros de Valencia y los fueros de Aragón: jurisdicción alfonsina», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 42 (1972), pp. 75-107.
- ROMEU I FIGUERAS, Josep, «Literatura valenciana en *El Cortesano* de Luis Milán», *Revista de Filología Valenciana*, 1 (1951), pp. 313-339.
- *Assaigs de literatura valenciana del Renaixement*, Alacant, Universitat d'Alacant, 1999.
- ROS PÉREZ, Vicente, «Las capillas del duque de Calabria y del Palacio Real. Luís Milà», en *Historia de la música de la Comunidad Valenciana*, dir. Gonzalo BADENES, Valencia, Prensa Alicantina-Prensa Valenciana, 1992, pp. 103-105.
- ROUBAUD, Sylvie, «Les fêtes dans les romans de chevalerie hispaniques», en *Les fêtes de la Renaissance: Quinzième Colloque International d'Études Humanistes* (Tours 10-12 juillet 1972), ed. J. JACQUOT y E. KONIGSON, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, 1975, pp. 313-230.
- «La Fôret de longue attente: amour et mariage dans les romans de chevalerie», en *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne (XVIe-XVIIe siècles). Colloque International* (Sorbonne, 3-6 octobre 1984), ed. Augustin REDONDO, Paris, Publications de la Sorbonne, 1985, pp. 251-267.

- «Bandits et malfaiteurs dans les romans de chevalerie», en *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro*, ed. Juan Antonio MARTÍNEZ COMECHE, Madrid, Casa de Velázquez / Universidad Autónoma de Madrid, 1989, pp. 165-176.
- «Cervantes y el Caballero de la Cruz», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 38 (1990), pp. 525-566.
- ROVIRA, José Carlos, *Humanistas y poetas en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990.
- RUBIO I BALAGUER, Jordi, *Literatura catalana*, en *Historia general de las literaturas hispánicas*, dir. G. DÍAZ PLAJA, Barcelona, Vergara, 1968, vol. III.
- RUCQUOI, Adelina, y Hugo O. BIZARRI, «Los espejos de príncipes en Castilla: entre Oriente y Occidente», *Cuadernos de Historia de España*, 79/1 (2005), pp. 7-30.
- RUIZ DE CONDE, Justina, *El amor y el matrimonio secreto en los libros de caballerías*, Madrid, M. Aguilar, 1948.
- RUIZ DE LIHORY, José, *La música en Valencia. Diccionario biográfico y crítico*, Valencia, Establecimiento Tipográfico Doménech, 1903.
- RUIZ-DOMÉNEC, José Enrique, *Siete mujeres para Tirant*, València, Ajuntament de València, 1998.
- RUIZ HIDALGO, Lorenzo, «El inventario de la librería de Juan de Junta en Burgos en 1557. Una edición fallida», *Trabajos de la Asociación Española de Bibliografía*, 2 (1998), pp. 411-420.
- RUSSINOVICH DE SOLÉ, Yolanda, «El elemento mítico-simbólico del *Amadís de Gaula*: Interpretación de su significado», *Thesaurus*, 29 (1974), pp. 129-168.
- SAINZ DE LA MAZA, Carlos, «La Montaña Defendida o el destino narrativo de los “castillos de la mala costumbre” en las *Sergas de Esplandián*», *Revista de Literatura Medieval*, 14/2 (2002), pp. 81-102.
- SALES, Nuria, *Senyors bandolers, miquelets i botiflers. Estudis d'història de Catalunya (segles XVI al XVIII)*, Barcelona, Empuries, 1984.
- SALES DASÍ, Emilio José, «La dueña traidora: venganzas y secuestros en las continuaciones del *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 32-33 (2001), pp. 24-36.
- «Feliciano de Silva cono precursor cervantino. El «sermón» de Fraudador», *Voz y Letra*, 14/2 (2003), pp. 99-114.
- *La aventura caballeresca: epopeya y maravillas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- «El humor en la narrativa de Feliciano de Silva: en el camino hacia Cervantes», *Revista Literatura: teoría, historia, crítica*, 7 (2005), pp. 115-157.

- *Antología del ciclo de «Amadís de Gaula»*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2006.
- «Nuevos aspectos de la imitación en el *Silves de la Selva* de Pedro de Luján», trabajo inédito.
- SALVADOR, M. D., «Notas sobre el bandolerismo nobiliario a comienzos del virreinato del duque de Maqueda (1553-1554)», en *Actas del Primer Congreso de Historia del País Valenciano*, Valencia, Universidad de Valencia, 1976, vol. III, pp. 177-180.
- SALVADOR MIGUEL, Nicasio, *La poesía cancioneril: El cancionero de Estúñiga*, Madrid, Alhambra, 1977.
- SÁNCHEZ CANTÓN, F. J., *La biblioteca del marqués del Cenete iniciada por el cardenal Mendoza (1470-1523)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942.
- SANCHIS SIVERA, José, «Copistes, llibreters i impressors a València», *Butlletí de la Biblioteca de Catalunya*, 4 (1917), pp. 135-140.
- «Bibliología valenciana (Siglos XV, XVI y XVII)», *Anales de Cultura Valenciana*, 9 (1931), pp. 89-122.
- «Bibliología valenciana (Siglos XVI y XVII)», *Anales de Cultura Valenciana*, 10 (1932), pp. 44-49 y 89-119.
- SANDOVAL, fray Prudencio de, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, ed. Carlos SECO, Madrid, Rivadeneyra, Biblioteca de Autores Españoles, 1955-1956, 3 vols.
- SAN ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*, ed. José OROZ RETA, Manuel A. MARCOS CASQUERO y Manuel C. DÍAZ Y DÍAZ, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2004.
- SANLLEHY Y GIRONA, Carlos, *La biblioteca del duque de Calabria*, Barcelona, Asociación de Bibliófilos de Barcelona, 1958.
- SANTA CRUZ, Alonso de, *Crónica del emperador Carlos V*, ed. Ricardo BELTRÁN Y RÓZPIDE y Antonio BLÁZQUEZ Y DELGADO-AGUILERA, Madrid, Imprenta de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militar, 1920-1925, 5 vols.
- SANTOS ARAMBURO, Ana, «La colección de libros de caballerías de la condesa de Campo de Alange», *Pliegos de Cordel*, 25 (2004), pp. 3-16.
- SARASA SÁNCHEZ, Esteban, *Sociedad y conflictos sociales en Aragón: siglos XIII-XV. Estructuras de poder y conflictos de clase*, Madrid, Siglo XXI, 1981.

- SARTHOU CARRERES, Carlos, *Jardines de España. Artísticos del Tesoro Nacional y Parques Reales*, Valencia, Semana Gráfica, 1949.
- SCHEIDEGGER, Jean R., «Les automates dans le roman antique (*Roman de Thèbes et Roman de Troie*)», en *Le roman antique au Moyen Âge. Actes du Colloque du Centre d'Études Médiévales de l'Université de Picardie. Amiens 14-15 janvier, 1989*, ed. BUSCHINGER, Göppingen, Kümmerle, 1992, pp. 177-186.
- SCHNELL, R., «L'amour courtois en tant que discours sur l'amour», *Romania*, 110 (1989), pp. 72-126 y 331-363.
- SERÉS, Guillermo, *La transformación de los amantes. Imágenes del amor de la Antigüedad al Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1996.
- SERRA CLOTA, Assumpta, «Lucha de bandos en Catalunya: orígenes y características en el s. XIV», en *Poder y sociedad en la Baja Edad Media hispánica. Estudios en homenaje al profesor Luis Vicente Díaz Martín*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, tomo II, pp. 1103-1127.
- SERRA I BARCELÓ, Jaume, *Els bandolers a Mallorca (ss. XVI-XVII)*, Mallorca, Conèixer, 1997.
- «El bandolerismo en Mallorca durante el reinado de Felipe II», en *Felipe II y el Mediterráneo. Los grupos sociales*, Madrid, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, pp. 443-477.
- SERRANO MORALES, José Enrique, *Reseña histórica en forma de diccionario de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico en España hasta el año 1868, con noticias bio-bibliográficas de los principales impresores*, Valencia, Imprenta de F. Doménech, 1898-1899.
- SERRANO Y SANZ, Manuel, «Los bandos de Orihuela en la primera mitad del siglo XVI», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 12 (1903), pp. 449-160.
- SIGÜENZA, Fray José de, *Historia del la Orden de San Jerónimo, doctor de la Iglesia*, Madrid, Imprenta Real, 1605, 2 tomos. Reedición: Madrid, Baillo / Bailliére e hijos, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 12, 1907-1909, 2 tomos.
- SILVA, Feliciano de, *Amadís de Grecia*, Cuenca, Cristóbal Francés, 1530.
- *La primera parte de la quarta de la chorónica del excellentísimo príncipe don Florisel de Niquea*, Zaragoza, Pierrez de la Floresta, 1568.
- *Amadís de Grecia*, ed. Ana Carmen BUENO y Carmen LASPUERTAS, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- SIMÓN DÍAZ, José, «Nuevos datos bibliográficos sobre libros de caballerías», *Revista de Literatura*, 8 (1955), pp. 255-270.

- *Bibliografía de la literatura hispánica*, Madrid, CSIC, 2ª edición, 1963-1964, 16 vols.
- *El libro español antiguo. Análisis de su estructura*, Madrid, Ollero & Ramos, 2000 [1983].
- SIRERA, Josep Lluís, «Espectáculo y teatralidad en la Valencia del Renacimiento», *Edad de Oro*, 5 (1986), pp. 247-270.
- *Història de la Literatura Valenciana*, València, Alfons el Magnànim, 1995.
- SOLERVICENS BO, Josep, *El diàleg renaixentista: Joan Lluís Vives, Cristòfor Despuig, Luís Milà, Antoni Agustí*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997.
- «La literatura humanística a la selecta biblioteca de Mencía de Mendoza, marquesa del Cenete, duquesa de Calàbria i deixebra de Joan Lluís Vives», dentro de *La Universitat de València i l'Humanisme: Studia humanitatis i renovació cultural a Europa i al Nou Món*, ed. Ferrán GRAU CODINA, y otros, València, Universitat de València, 2003, pp. 313-325.
- «Mencía de Mendoza: la creació d'una imatge humanística», en *Professor Joaquim Molas. Memòria, Escripura, Història*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2003, vol. II, pp. 1067-1093.
- SORIA, Jeroni, *Dietari (1539-1557)*, prólogo de Francisco MOMBLANCH GONZÁLBEBZ, Valencia, Acción Bibliográfica Valenciana, 1960.
- SPITZER, Leo, «L'amour lointain de Jaufré Rudel», *Romanische literatur-studien 1936-1956*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1959, pp. 363-417.
- STEPPE, J. K., «Mencía de Mendoza et ses relations avec Érasme, Gilles de Busleyden et Jean Louis Vivès», en J. Coppens, ed., *Scrinium Erasmianum*, Leiden, 1969, tomo II, pp. 449-506.
- STRONG, Roy, *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento (1450-1650)*, Madrid, Alianza, 1988.
- SUÁREZ, Juan Luis, «“El derecho, muchos son los que lo razonan y pocos los que lo conocen”. Elementos jurídicos en la estructura del *Amadís de Gaula*», *Medievalia*, 32-33 (2001), pp. 11-23.
- TAVANI, Giusepp, «Literatura i Societat a Barcelona entre la fi del segle XIV i el començament del XV», en *Actes del Cinquè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, Montserrat, 1980, pp. 7-40.
- TEIJEIRO, MIGUEL ÁNGEL, y Javier GUIJARRO CEBALLOS, *De los caballeros andantes a los peregrinos enamorados. La novela española en el Siglo de Oro*, Madrid / Cáceres, Editorial Eneida / Universidad de Extremadura, 2007.

- TIMONEDA, Joan, *El Patrañuelo*, ed. M^a Pilar CUARTERO, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
- *Buen Aviso y Portacuentos, El Sobremesa y Alivio de caminantes*. Joan ARAGONÉS, *Cuentos*, ed. M^a Pilar CUARTERO y Maxime CHEVALIER, Madrid, Espasa Calpe, 1990.
- THIEBAUX, Marcelle, *The Stag of Love. The Chase in Medieval Literature*, London, Cornell University Press, 1974.
- THOMAS, Henry, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas. Despertar de la novela caballeresca en la Península Ibérica y expansión e influencia en el extranjero*, Madrid, CSIC, 1952 [1920].
- THOMPSON, Stith, *Motif-Index of Folk-Literature*, London, Indiana University Press, 1966, 2^a ed., 6 vols.
- TOBIN, F., «Concupiscencia and Courtly Love», *Romance Notes*, 14 (1972), pp. 387-393.
- TORQUEMADA, Antonio de, *Obras completas, II. Don Olivante de Laura*, ed. Isabel MUGURUZA, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 1997.
- TORREBLANCA GASPAS, María Jesús, «Sistemas de guerra, sistemas de paz; los bandos en el Aragón de la Edad Media», *Aragón en la Edad Media. Sesiones de trabajo. IV Seminario de Historia Medieval*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1995, pp. 101-120.
- TORRES FORNES, Cayetano, «Pequeñas reflexiones sobre el Duque de Calabria», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, 1 (1920), pp. 200-205.
- TORRES SANS, Xavier, «Guerra privada y bandolerismo en la Cataluña del Barroco», *Historia Social*, 1 (1988), pp. 5-18.
- «El bandolerismo mediterráneo: una visión comparativa», en *Felipe II y el Mediterráneo. Los grupos sociales*, Madrid, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, pp. 397-423.
- TRACHSLER, Richard, *Merlin l'enchanteur. Étude sur le Merlin de Robert de Boron*, Malesherbes, SEDES, 2000.
- TREND, J. B., *Luis Milán and the Vihuelistas*, Oxford, 1925.
- URBINA, Eduardo, «El enano artúrico en la génesis literaria de Sancho Panza», en *Actas del Séptimo Congreso Internacional de Hispanistas* (Venecia, 25-30 de agosto de 1980), Roma, Bulzoni Editore, 1982, vol. II, pp. 1023-1030.
- VARELA, Diego de, *Tratado de los rieptos e desafíos que entre los cavalleros e hijos dalgo se acostumbran hazer*, en Mario PENNA, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Ediciones Atlas, 1959, pp.117-140.

- *Preeminencias y cargos de los oficiales de armas*, en Mario PENNA, *Prosistas castellanos del siglo XV*, Madrid, Ediciones Atlas, 1959, pp. 169-172.
- VELÁZQUEZ DEL CASTILLO, Gabriel, *Clarián de Landanís*, Libro I, ed. Antonio Joaquín GONZÁLEZ GONZALO, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005.
- VENDRELL GALLOSTRA, Francisca, «La corte literaria de Alfonso V de Aragón y tres poetas de la misma», *Boletín de la Real Academia Española*, 19 (1932), pp. 85-100, 388-405, 468-484, 584-607, 733-747, y 20 (1933), pp. 69-92.
- VIVES, Juan Luis, *De institutione feminae christianae. La formación de la mujer cristiana*, ed. Joaquín BELTRÁN SERRA, València, Ayuntamiento de València, 1994.
- *De offici mariti. Los deberes del marido*, ed. Carme BERNAL, València, Ayuntamiento de València, 1994.
- VIVES RAMIRO, José M^a, *Estudio y edición del «Cancionero de Uppsala»*, tesis doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1992.
- VOSTERS, Simón, «Doña Mencía de Mendoza, señora de Breda y Virreina de Valencia», *Cuadernos de Bibliofilia*, 13 (1985), pp. 3-20.
- WAGNER, Klaus, *El doctor Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su biblioteca*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1979.
- WEIS, Julian, «La *Qüestión entre dos cavalleros*: Un nuevo tratado político del siglo XV», *Revista de Literatura Medieval*, 7 (1992), pp. 9-39.
- WHINNOM, Keith, *La poesía amatoria de la época de los Reyes Católicos*, Durham, University Press, 1981.
- XIMENO, Vicente, *Escritores del reino de Valencia chronologicamente ordenados desde el año M.CC.XXXVIII de la Chrisitina Conquista de la misma Ciudad hasta el de M.DCC.XLVII*, Valencia, Joseph Estevan Dolz, 1747. Reproducción facsímil: Valencia, Librerías París-Valencia, 1980, 2 tomos.
- YNDURÁIN, Domingo, «Enamorarse de oídas», en *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, Madrid, Cátedra, 1983, tomo II, pp. 598-603.
- ZOTZ, Thomas, «El mundo caballeresco y las formas de vida cortesanías», dentro de Josef FLECKENSTEIN, *La caballería y el mundo caballeresco*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 165-219.
- ZUMTHOR, Paul, «De Perceval à Don Quichotte. L'espace du chevalier errant», *Poétique*, 87 (1991), pp. 259-269.
- *Merlin le Prophète. Un thème de la littérature polémique de l'historiographie et des romans*, Genève, Éditions Slaktine, 2000 [1943].

ZÚÑIGA, Francés de, *Crónica burlesca del emperador Carlos V*, ed. José Antonio SÁNCHEZ PASO, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989.

ZURITA, Jerónimo, *Historia del rey don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia*, volumen 5: libros noveno y décimo, ed. Ángel CANELLAS LÓPEZ, Magdalena CANELLAS ANOZ y Antonio J. LÓPEZ GUTIÉRREZ, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1996.

CONCLUSIONES

En las últimas dos décadas se han dado pasos muy significativos en los estudios de literatura caballerescas hispánicas. Diversos investigadores han realizado trabajos esenciales y numerosas aproximaciones a los textos más notables, y se han interesado asimismo por algunas de las obras menos conocidas del *corpus* caballeresco, en un intento de ahondar en el conocimiento del género literario y editorial de mayor expansión en el siglo XVI. Las «fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías», como nos dirá Cervantes en las hermosas páginas del *Quijote*, compusieron un abigarrado y multiforme tapiz tras la estela del *Amadís de Gaula* de Rodríguez de Montalvo, por medio de obras y series caballerescas de heterogénea catadura y desemejante calidad, algunas de las cuales merecieron diversas reediciones, atentas miradas y lecturas entusiastas, mientras que otras o bien pasaron inadvertidas o bien quedaron ocultas y desaparecieron, quizá para siempre. En estas determinadas circunstancias filológicas hemos querido situar el análisis y la edición que ahora presentamos, siquiera un suma y sigue en el imparable y necesario avance de los citados estudios caballerescos, de cuyos méritos quedamos deudores y en cuya argamasa pretendemos incluirnos humildemente.

Justo en uno de los momentos de máxima popularidad y mayor proyección editorial de los libros de caballerías, apareció en la ciudad de Valencia el libro primero de la *Crónica del muy alto príncipe y esforçado cavallero Valerián de Ungría*. Su autor, Dionís Clemente, se presentaba como notario de profesión, lo que en efecto se puede corroborar en los actuales archivos valencianos, donde se hallan abundantes protocolos con su firma y autorización. Corría el año de 1540 y su impresor se llamaba Francisco Díaz Romano, profesional extremeño de cierto renombre, cuyas mejores encomiendas llevó a cabo en el acreditado taller del Molino de la Rovella. Ya desde los años en que vio la luz esta obra caballerescas, las noticias sobre ella son extremadamente escasas, por no decir inexistentes. En todo lo ancho de los Siglos de Oro, ninguno de los censores humanistas ni de los acerados examinadores de las fábulas *milesias* dice una sola palabra sobre el *Valerián*. Su imperceptible eco se puede deducir igualmente a partir del legado del propio Cervantes, aventajado y perspicaz lector de caballerías, quien no menciona ni refleja el *Valerián* entre los maravillosos pasajes del *Quijote*, aunque sí

rememore otros libros como el *Olivante de Laura* y el *Felixmarte de Hircania*, que nadie antes había comentado.

Hay que esperar nada menos que tres siglos para encontrar alguna noticia sobre el *Valerían*. La enorme tarea de pesquisa y catalogación emprendida por Pascual de Gayangos, publicada en 1857, revela por fin, entre tantos otros descubrimientos, la existencia de esta obra. El bibliófilo advierte que se trata de un libro rarísimo y desconocido del que sólo ha visto un ejemplar, el que ahora se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, aunque tiene noticia de otro que se conserva en la Biblioteca Nacional de Viena. De su autor, al que llama Dionisio Clemente, reconoce no haber conseguido dato alguno en sus múltiples indagaciones. A más de una centuria de distancia, el crítico norteamericano Daniel Eisenberg consigue localizar dos ejemplares más del *Valerían*: el de la Biblioteca Central de Barcelona y el de la Bayerische Staatsbibliothek de Munich, como así se expone en su conocido catálogo *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century: A Bibliography* (London, Grant & Cutler, 1979). En uno de sus diversos estudios caballerescos, Eisenberg explora algunos aspectos de los preliminares de la obra y se erige de paso en el primer estudioso que declara la conveniencia de editar y estudiar el *Valerían*, en tanto que libro extraño, inexplorado y voluminoso, acaso una rareza, que bien puede albergar elementos de cierto interés histórico y literario.

Desde esas lejanas calendas tan sólo unos pocos investigadores se han acercado a la obra que ahora queremos escudriñar. En primer lugar, dentro de su estudio sobre el motivo de la cueva en los libros de caballerías, publicado en el trabajo colectivo *Descensus ad Inferos. La ventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)* (ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127), el profesor Cacho Blecua analiza al respecto algunos episodios del *Valerían*. Se trata en concreto de dos escenas que entroncan con la tipología que Cacho Blecua articula en torno a lo que denomina «la experiencia de los límites»; en la primera de ellas se muestra una cueva que cobija a ciertos ladrones, ejemplo de «La cueva como morada», mientras que en la segunda se describe la ingrata situación de la bella dama Frunea, encerrada en una cueva para expiar la muerte de su amado, ejemplo que forma parte de «La cueva como prisión», otro de los tipos más utilizados por las obras caballerescas.

Por otra parte, hay que tener muy en cuenta el valioso hallazgo documental llevado a cabo por el estudioso Philippe Berger, como podemos ver, junto a otros muchos, en su amplio estudio *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento*

(Valencia, Alfons el Magnànim, 1987, 2 vols.); nos referimos al protocolo del contrato para la impresión de mil ejemplares de la obra, firmado el 30 de diciembre de 1539 entre Dionís Climent, notario de Valencia, y el veterano impresor Francisco Díaz Romano. En el desarrollo de las cláusulas de este contrato se detallan con precisión los compromisos materiales de ambas partes e incluso las sanciones en el caso de que no se cumplieran los objetivos acordados.

En parecido orden de cosas, el profesor Lucía Megías, en su estudio sobre la imprenta y los libros de caballerías (Madrid, Ollero & Ramos, 2000), nos brinda no pocas primicias sobre el particular: desde las ilustraciones que reproducen la portada del libro u otras partes del mismo, hasta la transcripción y análisis de varios fragmentos de sus extensos preliminares. Especial atención reciben los poemas encomiásticos y el prólogo-dedicatoria en el que el notario Clemente se dirige a su protectora, doña Mencía de Mendoza, de cuyos créditos Lucía Megías nos devuelve el aporte teórico y estructural en virtud de los apartados que recorren su estudio de bibliografía textual sobre el género caballeresco.

Por último, anotemos que Susana Requena ha elaborado una guía de lectura del *Valerían*, publicada en 2002, dentro de la colección «Guías de lectura caballeresca» del Centro de Estudios Cervantinos, a la que hay que remitirse necesariamente, en tanto que primer examen integral de la obra en cuestión. Requena ofrece un atinado resumen de los aspectos más señeros del *Valerían*, tanto de su forma como de su contenido. Seguidamente, desarrolla con bastante minuciosidad el argumento y elabora los habituales diccionarios de personajes, para terminar con una bibliografía conveniente.

Dicho lo cual, nuestro primer abordaje nos ha llevado a fijar el texto y desarrollar la edición moderna del *Valerían*, libro que no había vuelto a ver la luz desde que saliera en 1540 de la imprenta valenciana tutelada por Francisco Díaz Romano. Para esta tarea nos hemos basado fundamentalmente en el ejemplar R-4372 de la Biblioteca Nacional, que se halla prácticamente entero, a falta sólo de la portada y los primeros folios del índice; pero también hemos manejado en buena medida el Bon 8-IV-8, 9 de la Biblioteca de Catalunya, que completa al anterior en sus carencias. No han faltado las consultas y cotejos oportunos a los otros dos ejemplares existentes: el 2º P.o.hisp.18 de la Bayerische Staatsbibliothek de Munich y el CP.2.C.3 de la Nationalbibliothek de Viena. De igual forma, nos hemos aproximado a las dos traducciones italianas conocidas, la *Historia di Valeriano d'Ongaria*, realizada por Pietro Lauro (Venecia, Pietro Rosello, 1558), y la *Historia di Valeriano d'Ongaria... Di nuovo tradotta della*

lingua Spagnuola nella Italiana (Venecia, Lucio Spineda, 1611), si bien ambas traducciones reproducen única y fragmentariamente la segunda parte del libro, cuya recepción en Italia tal vez requiera de una investigación más detenida. Las diferencias innegables entre los cuatro ejemplares originales no han dificultado en grado alguno la realización del asentamiento textual, siendo que manifiestan en todo caso alternancias en las emisiones que representan, debidas seguramente a las pruebas y correcciones, cuando no deslices, de los cajistas y componedores del taller de la Rovella. Nos referimos en concreto a ciertas discrepancias de foliación, a menudo errores enumerativos de una parte, y algunas diferencias en la medida y ajuste de ciertas planas y unos pocos renglones, que nada afectan al contenido y estructura del texto.

Con ánimo de acercar esta edición del *Valerían* a las ediciones caballerescas del Centro de Estudios Cervantinos, hemos querido seguir los criterios editoriales que suelen aplicarse en las mismas. Nuestra edición, a la vista está, no es una edición crítica ni recoge notas explicativas de ningún tipo, labores que entendemos deben proponerse en futuros proyectos, quizá complementarios del presente. En primer lugar, hemos dispuesto el cuerpo textual en los párrafos oportunos, y hemos regulado el uso de las mayúsculas y minúsculas, la puntuación y la separación de las palabras, según las normas actuales. De igual forma, se han desarrollado las abreviaturas existentes en el texto sin indicación alguna. Hemos normalizado el vocalismo, distinguiendo los vigentes valores fonéticos; también hemos simplificado las consonantes geminadas y hemos modernizado el grafema *q*, en virtud de la actual diferenciación del español. Por otra parte, se ha respetado la presencia y ausencia de la *h* inicial y las alternancias de *s/ss* y *j/x*, y se han permitido igualmente los escasos grupos cultos. Seguimos en todo momento las reglas de acentuación de la Real Academia Española, si bien colocamos la tilde en *nós* y *vós* cuando cumplen función de sujeto y en la forma *ál* con significado de ‘otra cosa’. Utilizamos el apóstrofo para marcar la elisión de vocales e indicamos entre corchetes las adiciones al texto que se han estimado necesarias. En ese mismo orden, hemos desechado el uso de antilambdas para señalar los errores evidentes, corrigiendo, por lo tanto, de forma directa y sin mediación, con el propósito de mostrar un texto en todo momento diáfano y legible.

Una vez acometida la labor editorial de este texto, tan desconocido como voluminoso, nos hemos centrado en la indagación de la figura de su autor, Dionís Clemente, notario valenciano metido en veredas caballerescas, del que no conocemos ninguna otra incursión literaria más allá de la presente. En efecto; los testimonios

escritos que han quedado de Clemente, al margen del *Valerían*, corresponden totalmente con la profesión que se le adjudica, destacándose con claridad los testamentos de la alta nobleza, que vienen a mostrar, además, su estrecha vinculación con la corte valenciana del Renacimiento. Quizá este aspecto sea el único del que podamos hablar con cierta seguridad: tanto su trabajo de fedatario de la nobleza como la dedicatoria que observamos en el *Valerían* dirigida a la marquesa del Zenete, esposa en ciernes de Fernando de Aragón, duque de Calabria y virrey de Valencia, sitúan a Clemente en el grupo de artistas e intelectuales que formaron la corte renacentista promovida o tutelada por el duque. Ahora bien, ningún escritor de la época comenta o alude a Clemente, y tan sólo nos restan los poemas encomiásticos de Andrés Martín Pineda y Miguel Jerónimo Oliver, también notarios a la sazón, conocidos poetas que participaron en fiestas, certámenes y justas literarias, y brindaron versos en diversos preliminares y homenajes literarios de variada índole.

Debemos insistir en uno de los aspectos mencionados: Dionís Clemente escribió y publicó su obra caballeresca en el seno de la corte valenciana del duque de Calabria, en la que diferentes artistas, compositores, poetas, jurisconsultos, universitarios y también inquietos gobernantes y brillantes pensadores del momento, conformaron un escenario cultural de gran resonancia y de contrastados frutos en diversas materias. El desarrollo de esta espléndida corte, entre 1526 y 1550, puede estructurarse en dos etapas que vienen a corresponder en buena medida con los dos matrimonios de don Fernando de Aragón, primero con la reina Germana de Foix, hasta finales de la cuarta década, y después con doña Mencía de Mendoza, desde 1540 hasta la fecha final consignada. La figura del duque se mantuvo siempre como referencia fundamental, en tanto que efigie de un verdadero príncipe renacentista, orgulloso de sus raíces monárquicas italianas y promotor de un espacio propio de poder, expansión y complacencia, espacio, no obstante, que hubiera sido imposible sin el aval y la confianza del emperador Carlos V, quien había establecido una estrecha relación amistosa con don Fernando, no exenta de algunos altibajos.

La magnífica biblioteca del duque, en la que se llevaban a cabo tertulias y reuniones, la famosa capilla musical, donde se agruparon excelentes maestros y cantores, y las fiestas y representaciones teatrales del Palacio del Real a orillas del Turia, se convirtieron en espacios artísticos de gran atractivo y reclamo en las primeras décadas del quinientos, tal como se refleja en los dietarios y documentos valencianos. Numerosos naturales y foráneos acudían a la corte, mostraban sus credenciales e incluso

participaban en diversas actuaciones y lecturas, en virtud de su formación o sus preferencias. Para el mantenimiento y desarrollo de estos ámbitos curiales, tuvo un papel determinante el impulso de otras áreas culturales contiguas; nos referimos a los certámenes poéticos, auspiciados habitualmente por la Iglesia, y especialmente al mundo del libro y la imprenta, de gran importancia en Valencia durante la primera mitad del XVI, y por extensión a la literatura y el teatro en varias de sus vertientes, lo que vino acreditado por un buen número de autores y obras que conformaron una referencia de notable repercusión en el conjunto de los reinos hispánicos, quizá la mejor muestra del intercambio funcional entre el Renacimiento humanista que venía de Italia y las formas hispánicas autóctonas.

Este ambiente cortesano fue el que rodeó a Clemente y le aportó cuantiosos elementos que a buen seguro influyeron en la decisión de escribir el *Valerían*; un contexto en el que se dejaron notar especialmente dos figuras literarias de gran notoriedad. Nos referimos, en primer lugar, al ingenioso poeta y vihuelista Luis Milán, autor, entre otras obras, de la célebre y variopinta pieza *El Cortesano*, en la que se refleja el ambiente de los últimos años del matrimonio de doña Germana de Foix y don Fernando, en la década de los treinta, con sus actuaciones lúdicas y musicales en los patios del palacio y el jardín renacentista, sus poesías, máscaras y momos de clara imitación italiana, sus torneos amorosos y sus cacerías por los márgenes de la ciudad, en la huerta de la Albufera. El otro autor sugerido es el versátil escritor Joan Fernández de Heredia, reconocido especialmente por sus bellas poesías, creador igualmente de una farsa bilingüe, titulada el *Coloquio de las damas valencianas* o *La visita*, que fue representada en varias ocasiones en la corte, al menos una de ellas a petición de doña Mencía de Mendoza. Ambos autores se hallaban muy vinculados al teatro y la lírica, siendo, por otra parte, representantes tanto de los elementos vernáculos valencianos como de los asentamientos castellanos y las influencias italianas. Milán y Fernández de Heredia, compañeros de festejos y concursos, son los puntales literarios de la corte virreinal del duque de Calabria, pero no deben olvidarse otros escritores que también tuvieron gran importancia en el desarrollo de los gustos y las formas de aquellos momentos de efusión artística; recuérdese de manera especial al citado Martí Pineda, y también a Frances Fenollet, Jerónimo Sempere, Joan Baptista Aynes, Baltasar de Romaní, Jerónimo Aunés, Nicolás Espinosa, y los cronistas Pedro Antón Beuter y Martín de Viciano, entre algunos otros. Todos ellos, Clemente incluido, se apoyaron en diferentes factores, y en distintos géneros y materias, que se hacen necesarios para el

entendimiento de la generación literaria que integró la corte del duque de Calabria en sus dos etapas y conformó el primer gran período de la Valencia renacentista.

Junto a los citados aspectos fundamentales de la corte valenciana, debe añadirse el no menos significativo del mundo del libro y la literatura caballeresca. Durante casi todo el Renacimiento, Valencia fue un centro permanente de edición y promoción literaria. Tras la época incunable de finales del XV y una leve crisis entre 1507 y 1509, la reorganización activa y el establecimiento definitivo de la imprenta valenciana se llevó a cabo con bastante solvencia a partir de 1510, siendo sus señas más elocuentes el vigoroso impulso de la literatura profana y la irrupción en el mercado editorial del idioma castellano, si bien el latín y también el valenciano estuvieron presentes en algunas materias. Llama la atención, dentro de este conjunto heterogéneo de publicaciones, el alto número de libros de caballerías que pasaron por los molinos y talleres impresores. En primer lugar, aunque se publicó en el cuatrocientos, recordemos el magnífico y fundacional *Tirant lo Blanch* de Joanot Martorell (Nicolás Spindeler, 1490), que sabemos se escribió mucho antes; y tras él, ya en la lapa que más nos concierne, *Renaldos de Montalbán* de Luis Domínguez (Jorge Costilla, antes de 1511), *La Trapesonda* (Jorge Costilla, 1513), *Floriseo* de Fernando Bernal (Diego de Gumiel, 1516), el *Libro del esforçado cavallero Arderique* de Juan de Molina (Juan Vinyao, 1517), *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo (Juan Vinyao, 1519), *Lepolemo* de Alonso de Salazar (Juan Jofre, 1521), y los dos libros de *Morgante* de Jerónimo Aunés (Francisco Díaz Romano, 1533, y Nicolás Durán de Salvanyach, 1535), a los que deben sumarse las reediciones de *Oliveros de Castilla* (s. i., 1505), del citado *Lepolemo* (Juan Jofre, 1525) y de la narración caballeresca titulada el *Libro del rey Canamor y del infante Turrián* (Jorge Costilla, 1527), cuya primera edición se había estampado en Burgos en 1509. Por último, ya en 1540, salió de las prensas el abultado *Valerían de Hungría* del notario Dionís Clemente, último representante valenciano de los libros de caballerías. Respecto al *Caballero de la Rosa* que Philippe Berger localiza en sus investigaciones, todo hace pensar, como ya ha indicado el profesor Lucía Megías, que se trata de una edición fantasma del *Claribalte*, cuyo protagonista se hace llamar durante varios capítulos de la forma anteriormente referida. Por otra parte, no olvidemos que la obra de Fernández de Oviedo estaba dedicada al duque de Calabria, quien precisamente poseía en su biblioteca un ejemplar al que se le denomina con ese título, esto es, el *Caballero de la Rosa*.

Varios años más tarde, a modo de alternativa frente a los libros de caballerías, cuyo modelo estaba cambiando por esas fechas, ataviado de un mayor elenco de entretenimientos, se optó en Valencia por la caballería a lo divino, de la mano del librero y poeta valenciano Jerónimo Sempere y su *Libro de la cavallería celestial del Pie de la Rosa Fragante* (1554), junto a la reedición del *Libro de la cavallería cristiana* de fray Jaime de Alcalá (1556), obra primera de los caballeros celestiales. No obstante, estas apuestas tampoco tuvieron excesiva prolongación, debido, entre otras cosas, a la prohibición de la obra de Sempere en el *Índice* de Valdés de 1559, que después incluirán todos los sumarios posteriores. Por la misma época, sobresale la reincidencia de una variante de la familia caballeresca importada de Italia: los poemas caballerescos épicos. Francisco Garrido de Villena tradujo del italiano, en versos castellanos, el *Orlando innamorato* de Boiardo, que además quiso extender con una continuación personal, también en versos castellanos, titulada *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles con la muerte de los doce pares de Francia*, ambas obras salidas del prestigioso taller de Juan de Mey, en 1555. Este mismo año, otro escritor y traductor valenciano, Nicolás Espinosa, publicaba en Zaragoza *La segunda parte de Orlando con el verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles*, lo que posiblemente constituya una réplica al libro de Garrido de Villena. Por su parte, el mercader y también poeta de certámenes Jerónimo Sempere, una vez abandonada la caballería a lo divino, se inclinó por la epopeya encomiástica de tono político, publicando las dos partes de la *Carolea*, en casa de Juan de Arcos, en 1560, poema de claro ensalzamiento de la figura de Carlos V, que después citará Cervantes en su magna obra, en los famosos compases del escrutinio de la biblioteca del hidalgo. Apuntemos finalmente, ya en 1566, la primera edición del *Carlo famoso* de Luis Zapata, también por el prolífico Juan de Mey, obra visiblemente influida por el *Orlando furioso* de Ariosto (1516-1521-1532), con la que se cierra el ciclo de los poemas caballerescos editados en la Valencia renacentista y también el extenso recorrido de toda la literatura caballeresca en dicha ciudad a lo largo de varias décadas.

En cualquier caso, la literatura caballeresca publicada en Valencia despliega con claridad dos tendencias literarias que se entrecruzan a lo largo de gran parte de la centuria. Por un lado, se produce la traducción y transformación de poemas épico-novelescos italianos, y por otro, se da pie a la creación de narraciones de caballerías autóctonas, de la que el *Valerían*, como ya hemos dicho, es la última muestra de los

libros de caballerías de estirpe amadisiana. Respecto a la primera tendencia, hay que recordar que los dos primeros libros de *Renaldos de Montalbán*, traducidos y adaptados por Luis Domínguez, se basan en el anónimo *Innamoramento di Carlo Magno* (1481-1491), mientras que *La Trapisonda*, libro tercero del ciclo, sigue de cerca *La Trabisonda hystoriata* (1483) de Francesco Tromba. De igual forma, los dos tomos del *Morgante* preparados por Jerónimo Aunés, son una adaptación del *Il Morgante maggionte* (1478-1483) del conocido autor Luigi Pulci. Con estas inequívocas credenciales, las prensas valencianas se destacan por haber iniciado con antelación el contacto con las obras italianas y por llevar el género al que pertenecen, tanto en el tiempo como en la diversidad de las propuestas, mucho más allá que el resto de centros editores de los reinos hispánicos. Todo lo cual quizá podría acomodarse con cierta promoción italianizante realizada por don Fernando de Aragón durante más de veinte años, como resulta bien visible, entre otras muestras, en los juegos, anécdotas y diálogos descritos por Milán en *El Cortesano* y por Fernández de Heredia en el *Coloquio de las damas valencianas*; y lo mismo puede decirse de las predilecciones literarias que se desprenden de la propia biblioteca del duque, ahíta de autores italianos, y de los gustos musicales que se observan en las composiciones de la capilla de palacio, amén de la presencia de familiares, amigos, secretarios y sirvientes de origen italiano que acompañaron al virrey desde el principio de su mandato.

Tras situar a Clemente y su obra en una época determinada y un contexto literario específico, nos hemos adentrado en el *Valerían* con la clara intención de buscar aquellos elementos que lo distinguieran o lo significaran en alguna medida frente al acostumbrado bosquejo del género caballeresco. Labor complicada, sin duda, toda vez que el modelo amadisiano, dilatado acaso por la apuesta de Feliciano de Silva y de algún otro autor, recorre y ordena las entretelas del *Valerían* bajo el mismo o parecido armazón que podemos encontrar en numerosas obras del género aludido. Abultado como ninguno, atravesado por trescientos treinta y ocho folios y ciento sesenta y ocho capítulos, que lo convierten en el libro de caballerías más voluminoso jamás editado, el *Valerían* reproduce con solvencia los constituyentes básicos del género, si bien es verdad que podemos entresacar ciertos aspectos novedosos de relativa importancia y algunas variantes de elementos y recursos precedentes, no exentas de interés. Entiéndase esto en su justa medida: no son elementos que logren refrendar una destacada singularidad ni aportan demasiadas claves de distinción dentro del seno

caballeresco, pero sí que sirven para expandir y completar el andamiaje del modelo fundacional en el que se apoyan.

En cuanto a las piezas preliminares del libro, incorporados los motivos y recursos más acostumbrados, cabe decir que suponen una de las presentaciones más extensas y variadas de las que se pueden encontrar en el género. En primer lugar, se vierte un extenso e informativo incipit, al que sigue el tradicional prólogo-dedicatoria, bien pertrechado de la *captatio benevolentiae* y enriquecido con menciones históricas reales, como la alusión a la trascendental Dieta de Worms de Carlos V, acontecida en 1521, en la que el joven y recién nombrado emperador convocó a Lutero y le pidió explicaciones sobre sus polémicos escritos. Tras estas alusiones, aparecen los largos poemas laudatorios de Martín Pineda y Jerónimo Oliver, cuya estructura funcional, como ha demostrado recientemente la profesora Marín Pina, está en relación con las poesías esplandianas de Alonso de Proaza y con las coplas del *Primaleón*, lo que vendría a confirmar la existencia de un modelo de poesía encomiástica en el género caballeresco. Al final de estos largos preliminares, se añade la denominada exhortación al lector, redundancia prologal nada acostumbrada en los libros de caballerías, donde Dionís Clemente insiste en los puntos antepuestos e informa de los típicos beneficios particulares por la lectura de su obra.

Aunque Susana Requena llevó a cabo hace unos años una guía de lectura del *Valerián*, en la que se puede encontrar un generoso resumen de la obra y un diccionario bastante completo de los personajes de la misma, nos ha parecido provechosa la aportación de un nuevo epítome que acumule de manera distinta las incidencias medulares del argumento. En esta labor hemos enfatizado el detalle narrativo y la ligazón de los avatares, y hemos ampliado igualmente los pormenores esenciales de los caballeros y damas protagonistas. Como necesarios complementos, hemos añadido, por una parte, una escueta sinopsis de la obra, suficiente, según creemos, para capturar las líneas generales del relato, sin menosprecio de los elementos que las sustentan, y por otra, un árbol genealógico de Valerián y sus congéneres, y una tabla informativa sobre el protagonismo capitular y los episodios más relevantes, en la que se adivina con facilidad la trascendencia y la ocupación de los principales personajes, y de la que se deriva igualmente un escrupuloso seguimiento de los hechos cardinales de la historia.

Respecto a la propuesta narrativa desarrollada por Dionís Clemente, hay que señalar una vez más que perpetúa mayormente el modelo establecido por el *Amadís de*

Gaula de Rodríguez de Montalvo y los elementos distributivos que derivan del mismo. Sin pertenecer a ningún ciclo caballeresco, y definido, pues, como libro suelto o independiente dentro del *corpus* del género editorial que nos atañe, el *Valerían* se amolda de forma casi plena a la propuesta idealista del paradigma inicial, tal como define el profesor Lucía Megías las credenciales fundamentales del *corpus*, y se aleja en gran medida de la denominada propuesta realista, de la que apenas participa –quizá en algún grado con la presencia del bandolerismo y los apuntes del derecho civil, de los que hablaremos más tarde–. De igual forma, la obra de Clemente se distancia tanto de la propuesta experimental de Feliciano de Silva, en la que se incorporan las aventuras pastoriles, las burlas cortesanas o la poesía intercalada, entre otros aspectos, como del nuevo paradigma representado por el *Espejo de príncipes y caballeros*, la literatura caballeresca de puro y desbordante entretenimiento, posterior en el tiempo al *Valerían*. Desde otra perspectiva filológica, nuestra obra suscribe de forma rotunda los once o doce constituyentes básicos que el profesor Guijarro Ceballos despliega con amplios fundamentos para especificar el género caballeresco, salvo la parcial excepción del punto 10 o rasgo k], *con amplia presencia de la magia*, que sólo podemos conceder plenamente a la *Parte Segunda* de la obra, si bien este detalle apenas distorsiona el perfecto cúmulo de componentes que el *Valerían* incorpora sobre el particular, subrayándose por tanto su inequívoca pertenencia al género y su total dependencia de los patrones básicos que lo conforman.

Por su parte, la estructura general del *Valerían* no presenta grandes novedades, si bien no debe pasarse por alto la indiscutible diferenciación entre las dos partes que componen la obra. Además de la distancia capitular –setenta y uno y noventa y siete, respectivamente a la primera y la segunda parte–, conviene subrayar el elemento que en principio es más ostensible: en la primera entrega el protagonismo se halla repartido, aunque no de manera completamente equivalente, entre cuatro grandes caballeros, mientras que en la segunda sección el protagonismo que ejerce Valerían, el campeón supremo, sobresale frente al resto de personajes, siendo que llega a intervenir de forma activa en más de la mitad de los capítulos de la *Parte Segunda*, lo que representa un nivel presencial altamente considerable. No obstante, lo que nos parece más destacado en el balance entre las dos partes es el mayor acopio de diferentes aspectos y materias que presenta la *Parte Segunda* con respecto a la *Primera*, la cual manifiesta en consecuencia una superior monotonía. Especial significación tiene el gran

desenvolvimiento llevado a cabo en la *Parte Segunda* de los escenarios de magia y maravilla, los cuales quedan establecidos como elementos troncales de la historia, inexcusables para revelar y construir la propia figura del héroe protagonista. Es así como se dan cita no pocos sucesos extraordinarios, aventuras asombrosas de diversa índole, y aparecen igualmente algunos objetos admirables, originados por las artes oscuras, y sobrevienen un buen número de gigantes y seres monstruosos, además de desplegarse los territorios probados de los *mirabilia* y de perfilarse las efigies de Arismenio, Boralda y Zenofor, representantes de nigromancias de disímil cuño y aplicación.

Otro de los aspectos más reseñables en la *Parte Segunda* es la mayor presencia activa de personajes femeninos, en concreto de tres mujeres de características muy heterogéneas, cuyas funciones se diferencian igualmente con nitidez en el relato: la vengativa hechicera Boralda, causante del escarnio que desencadena la salida de todos los héroes y con ello de la aventura medular de la segunda parte; la joven y valiente Diliarda, hija del gran sabio Zenofor y futura reina de Lidia; y, especialmente, la princesa Flerisena, prometida del más alto paladín y dama del distinguido séquito imperial. Recordemos que el papel de las mujeres en los libros de caballerías suele basarse en dos imágenes prototípicas: o bien son féminas desamparadas o maltratadas que solicitan la intervención de los caballeros defensores, o bien son mujeres enamoradas, temporalmente confinadas en el castillo o en otros espacios de la corte, que esperan pacientes el regreso de sus amados, una vez que éstos hayan superado las pruebas demostrativas e irrefutables de su amor y fidelidad por ellas. Pero aunque el cometido de las mujeres se aperciba a partir de su desvalimiento y su dependencia con el vasallaje del caballero, lejos, por tanto, del protagonismo dinámico de los héroes, lo cierto es que a nivel temático y estructural las mujeres representan y canalizan el amor en sus diferentes niveles, tanto en la proyección más idealizada como en la propia dimensión erótica, constituyéndose así en elementos fundamentales para el desarrollo y consecución de la historia, por razón de que los caballeros necesitan del constante acicate del amor para superar los obstáculos de su particular peregrinaje. En cualquier caso, las tres mujeres aludidas del *Valerían* personifican diferentes alternativas narrativas, incluso más allá de su protagonismo sentimental, elevando de esa forma la cota de validación femenina en el maderamen del relato, lo que por otra parte resulta un claro intento de conectar con el público lector femenino, seguramente más numeroso y entusiasta que el de los hombres en la época en que se publicó la obra de Clemente. No

olvidemos al respecto las abundantes damas de la nobleza, las mujeres cónyuges de escribientes, jurisconsultos, mercaderes, banqueros y artesanos, e incluso monjas y religiosas en general, que poseyeron o tuvieron a su alcance diversas bibliotecas, en las que, además de libros devotos, de lecturas espirituales y práctica litúrgica, también se incluían no pocos libros de carácter profano, preferentemente los del género caballeresco, como han demostrado Pedro Cátedra y Anastasio Rojo, entre otros estudiosos, a partir del cotejo de cuantiosos inventarios.

Más allá de la estructura general de la obra, y siguiendo en nuestro empeño de descubrir algunos elementos que otorguen al *Valerían* una identidad cuando menos un tanto dispareja en el redundante mar caballeresco, hemos optado por recorrer y examinar la trayectoria del héroe desarrollada por nuestra obra, contrastando el paradigma del que evidentemente se nutre, con los desvíos, matices e incorporaciones que se plantean en diferentes grados. En cuanto al nacimiento y la educación del héroe, cuyos fundamentos míticos y folclóricos rebosan en las caballerías desde su herencia artúrica y desde la materia antigua, el *Valerían* perpetúa a grandes rasgos las posibilidades amparadas por el género. No obstante, quizá podría subrayarse la llamativa precocidad del protagonista, que con solo siete años es capaz de llevar a cabo una hazaña destinada en principio para un consumado guerrero, nada menos que la victoria frente al fiero león, con todo el simbolismo que de ello se desprende. De igual forma, cabría tomar en consideración el perfil de la educación del príncipe húngaro, cuya primera escala se representa mediante los consejos y orientaciones de Dromisto y los adiestramientos bélicos de palacio, lo que instala a Valerían en los parámetros de la nobleza y caballería cortesana de la Edad Media, en clara sintonía con la tradición de los *espejos de príncipes* y su espíritu de formación y regimiento nobiliarios, en tanto que equilibrada mezcla de destrezas militares, experiencias cinegéticas y diversos saberes artísticos, o lo que es lo mismo, en una instrucción física y deportiva junto a una preparación intelectual acorde con el nivel correspondiente. Enseñanzas que el joven Valerían ve incrementadas poco después con el superior ejercicio de las letras, el aprendizaje de lenguas modernas y antiguas, y la práctica del buen hablar, lo que le aproximan por otro lado al prototipo humanista del príncipe letrado que aparece en el *Cortesano* de Baldassare Castiglione; obra, no lo olvidemos, bien conocida por los miembros de la corte del duque de Calabria, quien, además, conservaba un ejemplar de la misma en sus extensos y muy surtidos anaqueles.

Respecto a las ceremonias de investidura del *Valerían*, con la del héroe principal a la cabeza, debe decirse que siguen el esquema marcado por la *Partida Segunda* y los tratados de caballería, si bien hay diversos elementos que no llegan a representarse y otros que han sido transformados por la tradición literaria caballeresca. El único componente que aparece en todas las escenas de este ceremonial es la figura del oficiante de la investidura, el hacedor que tiene la capacidad de imponer la caballería al escudero o doncel peticionario. Nos llama la atención que en cuatro ocasiones una doncella se constituya en pieza esencial del rito de la investidura, siendo el caso más notable el del propio Valerían; recordemos que éste recibe una espada mágica de manos de su amada Flerisena, hija de la figura monárquica más significativa de toda la obra, el emperador Nestarcio, quien, además, supervisa y dirige el acto. En Flerisena, pues, se acumulan todos los elementos transferibles que identificarán después al caballero que ahora está en ciernes: el amor, como punto de partida y justificación del camino que desea emprender Valerían; el poder social, representado por la casa imperial de Alemania, epicentro de todos los itinerarios de los héroes más importantes de la narración; la belleza, excepcional en la dama pero también asombrosa en el príncipe de Hungría; y la maravilla, transmitida a su vez por la espada encantada que la joven ofrece, referencia de las ordalías prodigiosas que únicamente Valerían, a través de su superior industria, podrá culminar.

En el tratamiento del amor, por su parte, hay diversos momentos, con sus respectivos escenarios, que jalonan la peripecia amorosa y la consecución de sus frutos. En la obra de Dionís Clemente, además de algunas contribuciones de los personajes más significativos, la figura del príncipe Valerían es la que mejor y con más suficiencia ilustra todos estos períodos, presentando al respecto hasta cinco etapas fácilmente reconocibles. De entre ellas, la que quizá nos interesa justipreciar por su mayor implicación sociológica es la que formaliza el llamado matrimonio secreto, también *a iuras*, o *in manu clerici*. El suceso en cuestión nos ofrece el desarrollo breve y apresurado de un matrimonio secreto, en el que se aplican varios de los ingredientes obligados, –«cumplidas todas las ceremonias que en semejantes casos se requerían y la católica iglesia tenía ordenado»–, aunque falta precisamente el encuentro erótico final, la realización de la cópula sexual como rúbrica del concierto tomado por los amantes, en tanto que matrimonio *por palabras de futuro*, práctica habitual en la realidad del Medioevo, según nos explica la profesora M^a Carmen García Herrero en varios de sus trabajos. La asunción del contrato matrimonial en aquellos años, tanto el público como

el clandestino, solía requerir de esta consumación física, pero también se aceptaba, como ocurre precisamente en el caso de Valerián y Flerisena, el que se hacía *por palabras de presente*, esto es, sin el «ayuntamiento carnal del marido et de la muger», tal y como reflejaban los textos legales, incluidas las propias *Partidas* del rey Alfonso, concretamente en la *Partida* IV, título I, ley IV.

Al igual que sucede con los constituyentes de la caballería y el amor, en el campo de los *mirabilia*, en el terreno de lo inaudito y extraordinario, el *Valerián* reproduce en buena medida los aspectos y motivos que articulan el *Amadís de Gaula* y el *Palmerín de Olivia*, y tras ellos otros tantos, por lo que la obra de Clemente sigue así parecida pauta en los personajes, espacios y contingencias vinculados a la magia. Como explicaba María Rosa Lida de Malkiel, los elementos maravillosos y sobrenaturales desarrollan una función capital en las adaptaciones hispánicas del ciclo artúrico y el ciclo carolingio, y de igual forma en los libros de caballerías autóctonos, en los que la distribución estratégica de dichos elementos pone en evidencia las superiores cualidades de algunos personajes y su progresivo reconocimiento y avance social hasta el encumbramiento definitivo. Concentrados, como decíamos arriba, en la segunda parte del *Valerián*, estos aspectos circunscriben con bastante precisión el itinerario bélico y sentimental del héroe supremo, desde sus primeras batallas con seres gigantescos y sus primeras visitas a lugares encantados, hasta la misteriosa y emblemática prueba del Corazón Dividido, que resolverá junto a su dama Flerisena, por lo que ambos serán acreditados como los más fieles amadores del mundo. Llegados a este punto, no podemos pasar por alto el libro mágico de Zenofor, a todas luces el objeto fantástico más original creado por Clemente. Recordemos que uno de los poderes de este libro es la capacidad de reproducir imágenes reales de personas que se encuentran en otros lugares, a modo de una conexión visual entre espacios y dimensiones distintas. Espejos, esferas, cubos y otros objetos que presentan análogas características se dan cita en diversos libros de caballerías, véase, entre otros, el espejo maravilloso del *Primaleón* y el *Platir*, el cubo del *Florisel de Niquea*, o la enorme bola de cristal del *Roselao de Grecia*, sin embargo, ninguno de ellos consigue la acumulación de fenómenos que ofrece el libro de Zenofor, en el que, además de las imágenes proyectadas, se manifiestan de forma súbita textos escritos de variada índole. Un libro fuera de lo común, regido por un extraordinario encantamiento que domina la imagen y la palabra, el recuerdo y el pensamiento, lo que otorga un carácter sumamente excepcional al único

individuo que posee la capacidad de abrir, leer y contemplar ese libro, esto es, el príncipe Valerián, quien se transforma de esta manera en artífice de altísimas potencias y caballero supremo sin posible parangón.

Como no podría ser de otra manera, los aspectos que remiten al ámbito cortesano surgen en torno a los grandes héroes y sus distintos derroteros de perfeccionamiento, en cuyo amplio proceso terminan por armonizarse componentes formativos de diversas procedencias. Sobre ese particular, como apunta el profesor Cacho Blecua a propósito del *Amadís de Gaula* y las *Sergas de Esplandián*, el estereotipo heroico resultante no es exactamente el binomio tradicional de *fortitudo* y *sapientia*, sino más bien el de *fortitudo* junto a la *curialitas*, esto es, la cortesía, entendiéndola en un sentido más limitado y específico que el suscrito por Castiglione en su conocida obra, dado que en el modelo amadisiano, y por consiguiente en el *Valerián*, tienen cabida elementos de carácter puramente lúdico y festivo, en perfecta sintonía con el *homo ludens*, esencialmente activo y consciente en la época del Renacimiento, como queda de manifiesto a través de las fiestas cortesanas y sus múltiples recubrimientos y alternativas: entradas y arcos triunfales, arquitecturas efímeras, representaciones teatrales y musicales, bailes y máscaras, desfiles y cabalgatas, justas, torneos, fuegos de artificio y muchos otros espectáculos, cuya dimensión y desarrollo siempre mostraba un marcado efecto visual, en busca de la brillantez, la admiración y la maravilla, y en busca también de la ostentación del poder y la preeminencia social de la aristocracia de aquellos años, tal como nos refiere con detalle el profesor Pedro Cátedra en sus últimos estudios y ediciones. En cuanto al *Valerián*, hay que señalar que no alcanza la variedad ni el número de celebraciones festivas y lúdicas que otros libros de caballerías ofrecen en sus páginas, más atentos, quizá, a las usanzas de la realidad inmediata, la cual a su vez intentaba emular la espectacularidad de las fiestas descritas en los libros, originando así un especial y circular vínculo de influencias. La obra de Clemente, más en concreto, se apoya básicamente en dos tipos de ceremonias cortesanas: las fiestas matrimoniales y los torneos, que casi siempre aparecen en el relato de manera contigua, y en ocasiones conteniendo las primeras a los segundos, supeditadas en cualquier caso a los desposorios de los caballeros y damas más sobresalientes.

El estudio continúa dedicando la atención merecida al atractivo y variopinto muestrario de figuras marginales, bastante acostumbrado en el género caballeresco. Uno

de los personajes marginales más recurrentes es el enano, de evidente ascendencia artúrica. El enano del ciclo artúrico presenta cierta variedad tipológica, a través de individuos de distintas e incluso opuestas cataduras sociales y morales, y simboliza habitualmente el desvío o la deformación humana, en clara antítesis frente a la figura mitológica del gigante. Con todo, los libros de caballerías reproducen por lo general un enano de tipo bufonesco, casi siempre de aspecto caricaturesco y risible, y en ocasiones amparado bajo el palio de oscuras intenciones y relacionado con el ámbito de la magia y la maravilla, aunque también centro de los pasatiempos aristócratas de las salas de palacio. En la obra que tratamos, el enano grotesco se halla representado exclusivamente por el fiel escudero Dromisto, figura que va a incrementar las citadas características arquetípicas con el papel de consejero amoroso y confidente de los máximos protagonistas, además de constituirse en uno de los auxiliares más importantes y permanentes del héroe principal. En cualquier caso, la figura de Dromisto se distingue, frente a otros enanos del género de caballerías, por sus cualidades oratorias y su capacidad argumentativa, de las que hace gala desde el primer momento en que aparece en el relato, manteniéndolas y aquilatándolas después con sus disertaciones amorosas ante Valerián o Flerisena. Recordemos, entre otros, al enano Ardián del *Amadís de Gaula*, abocado claramente a la comicidad, aunque también «mensajero o anunciador de las fuerzas indómitas o relacionadas con la muerte, ante las cuales se siente impotente», en palabras del profesor Cacho Blecua. O el enano Busendo del *Amadís de Grecia*, que en principio es objeto de mofa y escarnio general, pero que después se transforma igualmente en intermediario amoroso entre el héroe y su dama. Y ahí está la enana Ximiaca del *Florisel de Niquea*, acompañada en ocasiones del propio Busendo y del pastor Darinel, quienes protagonizan a tres bandas intensos debates dialécticos y burlescos, en los que Feliciano de Silva desarrolla su propuesta humorística con claros tintes precervantinos.

Donde creemos que Clemente ha realizado un ejercicio de superior intento distinguidor, y por ello le hemos dedicado un apartado con mayor extensión y profundidad, es en el manejo de la figura marginal del bandolero, relativamente frecuente en el género caballeresco, si bien no conocemos ninguna obra que alcance la cuantía y, sobre todo, la disparidad de prototipos que se observa en el *Valerián*. Los diversos asaltadores que aparecen en nuestra obra desempeñan un incuestionable papel antagónico dentro de la estructura narrativa del relato, y al mismo tiempo, según

creemos, son exponentes en buena medida de un escenario verídico y cercano, un problema social que inquietaba la vida cotidiana y ensombrecía el horizonte político de aquella época. Aunque la existencia de salteadores de caminos era común en la Península Ibérica desde varios siglos atrás, el bandolerismo y el bandidaje, como fenómeno mucho más complejo, se establece fundamentalmente a finales de la Edad Media, siendo en los distintos territorios de la Corona de Aragón donde mayor incidencia y desarrollo llegó a alcanzar. En concreto en el reino de Valencia, los historiadores sitúan el comienzo del bandolerismo organizado en el siglo XIV, lo que en las dos centurias siguientes se fue transformando en una delincuencia de gran alcance, en ocasiones manipulada e incluso dirigida por algunos nobles y poderosos. Todo ello podía encontrar perfecta justificación en los propios fueros, cuya versión de 1547-1548, los *Fori Regni Valentiae*, reconocía el derecho de guerrear entre los caballeros, nobles, ricoshombres, hombres de paraje y hombres honrados, lo que guardaba, no obstante, una serie de normas de obligado cumplimiento, siempre dentro del reino de Valencia.

En ese orden de cosas, la pluralidad casuística de ladrones y malhechores que podemos ver en el *Valerían*, parece emular la gran diversidad de bandoleros que amedrentaban a la población valenciana del siglo XVI. De esa forma, el libro de Clemente se hace eco, entre otros ejemplos, del organizado bandidaje nobiliario, insumiso a la justicia y las pragmáticas reales, capaz de generar pequeños ejércitos o bandos, a partir de soldados y ladrones de alquiler, como así se les describe en un episodio de la segunda parte del *Valerían*. Y también se nos presenta el temido y muy abundante bandolerismo de caminos, llevado a cabo por cuadrillas violentas e irreductibles, a menudo en búsqueda del robo y el forzamiento inmediatos, aunque también con el propósito de raptar doncellas y caballeros, por los que exigir después las más altas recompensas. Estas son algunas de las fórmulas que utilizan las distintas agrupaciones de salteadores que transitan por nuestra obra, de los que bien podría destacarse el grupo de los ladrones de los Valles Dudados, cuadrilla organizada de bandoleros que controla el paso de un angosto valle desde dos cuevas ocultas, estratégicamente ubicadas. Liderados por los gigantes Xentropoleo y Camelo, estos «villanos y ladrones» desvalijan a los caminantes que cruzan el paso, reteniendo a muchos de ellos y matando a los que ofrecen resistencia, acciones bien similares a las que acontecían en la época renacentista en las vías de peregrinaje y las rutas de comunicación de numerosos territorios europeos, y desde luego, españoles, como

manifestaban abundantes testimonios de viajeros y mercaderes. Recordemos al respecto, entre otros muchos ejemplos, las palabras del embajador veneciano Antonio Tiépolo, quien a mediados del siglo XVI declaraba que los reinos de Aragón, Valencia y Cataluña eran totalmente inseguros para los viajeros y se hallaban infectados de bandidos que cometían los crímenes más atroces.

Si nos parece indudable que Clemente está reflejando en alguna medida el problema real del bandolerismo, mucho más preciso creemos que resulta su acercamiento a ciertas parcelas del mundo del derecho. Conocedor de los múltiples y a menudo complicados vericuetos de la escribanía y la justicia, el escritor valenciano desarrolla en su obra diversos escenarios en los que aparece en cierto grado el cuestionamiento de la legalidad y el conflicto de intereses particulares, logrando de ese modo una confluencia narrativa bastante novedosa en el vasto género caballeresco, donde las referencias jurídicas y legislativas apenas tienen cabida. Dentro del campo concreto del *ius civile*, en el *Valerían* se advierten especialmente los litigios por la sucesión de tierras y patrimonios, a los que se suman el derecho de familia y las distintas instituciones que lo componen, asuntos de gran importancia en la realidad de aquellos años, cuya reglamentación aparece en todos los códigos medievales y renacentistas. Los casos testamentarios que se aportan en el *Valerían* hacen referencia a últimas voluntades de caballeros y nobles de superior realce, y también se basan en las prácticas sucesorias de reyes y emperadores, formalidades que Clemente conocía de primera mano, merced, como decíamos arriba, a su profesión de notario, destacándose en su haber el testamento del marqués de Brandeburgo, segundo marido de Germana de Foix.

Debemos aclarar que los episodios a que estamos aludiendo no desarrollan con minuciosidad los detalles inherentes al ámbito judicial o notarial, sino que simplemente exponen o introducen algunos elementos que proyectan determinadas controversias de sucesión de bienes sedientes y muebles, cuya función en el relato, sin lugar a dudas, siempre queda superada por la flamante justicia caballeresca. Así las cosas, nos hemos querido adentrar en los destellos que Clemente emite desde su oficio de fedatario y hemos hallado particularidades dignas de mención y estudio, en tanto que ejemplos sucedáneos de una realidad inmediata. Entre otros casos bien visibles, sobresale quizá una historia peculiar que se desarrolla en torno a un testamento nobiliario, cuyas condiciones establecen las facultades de la sucesión efectiva de ciertos bienes raíces y

materiales. En dicho testamento, según explica uno de los personajes, queda señalado que la viuda, a fin de conservar el usufructo de la hacienda de su esposo fallecido, no podrá contraer nuevas nupcias antes del plazo de dos años. En su defecto, dicha hacienda pasará de forma inexcusable al hijo de ambos. La decisión de la madre de contraer un nuevo matrimonio provoca la cólera de su hijo, de nombre Amoraneo, quien se enfrenta abiertamente con Macronel, el reciente y joven cónyuge. Al final, como concierne a un libro de caballerías, el espíritu caballeresco predomina por encima de otros principios; sin embargo, no hay que perder de vista el origen jurídico del conflicto, esto es, el testamento y última voluntad del noble fallecido. Es verdad que la narración no especifica cumplidamente el contenido del testamento, pero los aspectos que se desprenden en el relato hacen pensar que la madre y el segundo marido no han cumplido con rigor los puntos señalados en dicho documento, lo que provoca que el hijo existente demande sus derechos como descendiente directo con plena capacidad usufructuaria.

Recordemos aquí el interesante articulado de los *Furs* valencianos, donde se generan sobre el particular dos importantes alternativas del sistema viudal, cuya libre elección por parte de la afectada no tiene precedentes en los códigos de la época: la viuda indotada y sin hijos del matrimonio de referencia tiene derecho a la institución de la *setantena* o setenta por mil de todos los bienes del marido; ahora bien, si tiene hijos de dicho matrimonio puede optar entre el usufructo de los bienes conyugales, con la obligación de atender a los hijos, y entre la citada *setantena*, desvinculándose por ello del compromiso familiar y de la tutela de menores. El caso de Amoraneo está relacionado claramente con la primera opción dentro de la segunda posibilidad legal que posee la viuda valenciana, si bien el luto que debe guardar por la muerte del marido se amplía en el *Valerián* a dos años, mientras que en los *Furs*, concretamente en el fur VI, rúbrica II del libro quinto, se dice que la mujer no puede tomar otro marido hasta que transcurra un año de la muerte del primero, el llamado *any de plor*. El incumplimiento de esta norma provoca la pérdida de todos los beneficios y caudales que permanezcan del marido, tanto del *creix*, que es la donación primera de las nupcias en contrapartida del *exovar* aportado por la mujer, como de otros privilegios habilitados con posterioridad, recayendo en ese caso en los hijos del primer matrimonio o, *in absentia*, en los parientes más próximos e incluso en los causahabientes del fallecido. En cualquier caso, el aspecto de los *Furs* que parece reflejarse mejor en el asunto de

Manidora, Amoraneo y Macronel es la determinación inapelable de que los bienes relictos, como consecuencia de las segundas nupcias prematuras o indebidas, tienen que volver a los hijos del primer matrimonio, lo que a fin de cuentas responde al criterio de proteger y dar continuidad al grupo familiar o núcleo original, en el marco de un derecho de familia de tipo superior a los capítulos normativos de las sucesiones.

Clemente, en efecto, va entreverando en su obra diversos elementos de tipo jurídico, directamente relacionados con el *ars notariae* que tan bien conoce por propia experiencia y formación. Esta interesante y compleja materia, junto a las anteriores cuestiones arriba mencionadas, hilvanan el estudio literario que aquí únicamente prologamos, estudio en el que hemos descartado otros aspectos que quizá también merecieran atenderse. La razón de elegir las materias que presentamos radica en las posibilidades que de ellas se desprenden, seguramente las mejores apuestas literarias de Clemente, quien se halla inmerso, como bien sabemos, en un género narrativo cuyos motivos y estructuras recurrentes ofrecen pocos espacios para la innovación. El *Valerían*, cabe decir una vez más, se instala plenamente en el modelo originado por el *Amadís de Gaula* y perpetúa con máxima resolución los rasgos que identifican los libros de caballerías castellanos. Aun así, las aportaciones del *Valerían* nos enseñan pequeños atisbos de la mirada particular del escritor, nos desgranar algunos conceptos y maneras del notario cortesano y vierten ciertos reflejos más bien translúcidos de una realidad tan cercana como difícil y violenta. Son miradas, maneras y reflejos que se acomodan en oportunos senderos dentro de la caterva sin límites de batallas y glorias caballerescas.

DIONÍS CLEMENTE

VALERIÁN DE HUNGRÍA

Valencia, Francisco Díaz Romano, 1540

EDICIÓN DE JESÚS DUCE GARCÍA

CRITERIOS DE ESTA EDICIÓN

Para fijar el texto y desarrollar la edición moderna del *Valerían de Hungria*, libro que no había vuelto a ver la luz desde que saliera en 1540 de las prensas valencianas dirigidas por el impresor extremeño Francisco Díaz Romano, nos hemos basado fundamentalmente en el ejemplar R-4372 de la Biblioteca Nacional de Madrid, que se halla prácticamente íntegro, a falta sólo de la portada y los primeros folios del índice. También hemos manejado en gran medida el Bon 8-IV-8, 9 de la Biblioteca de Catalunya de Barcelona, que completa al anterior en sus mínimas carencias. No han faltado las consultas y cotejos pertinentes a los ejemplares 2º P.o.hisp.18 de la Bayerische Staatsbibliothek de Munich y CP.2.C.3 de la Nationalbibliothek de Viena. De igual forma, nos hemos aproximado a las dos traducciones italianas conocidas, la *Historia di Valeriano d'Ongaria*, realizada por Pietro Lauro (Venecia, Pietro Rosello, 1558), y la *Historia di Valeriano d'Ongaria... Di nuovo tradotta della lingua Spagnuola nella Italiana* (Venecia, Lucio Spineda, 1611), si bien ambas traducciones reproducen única y fragmentariamente la segunda parte del libro, cuya recepción en Italia tal vez pueda merecer una investigación más detenida.

Las diferencias existentes entre los cuatro ejemplares originales no han dificultado en grado alguno la realización del asentamiento textual, siendo que manifiestan en todo caso alternancias en las emisiones que representan, debidas seguramente a las pruebas y correcciones, cuando no deslices, de los cajistas y componedores del taller de la Rovella. Nos referimos en concreto a ciertas discrepancias de foliación, a menudo errores enumerativos de una parte, y algunas diferencias en la medida y ajuste de ciertas planas y unos pocos renglones, que nada afectan al contenido y estructura del texto.

Con ánimo de acercar esta edición del *Valerían* a las ediciones caballerescas del Centro de Estudios Cervantinos, hemos querido seguir los criterios editoriales que suelen aplicarse en las mismas. Nuestra edición, a la vista está, no es una edición crítica ni recoge notas explicativas de ningún tipo, labores que entendemos deben proponerse en futuros proyectos, quizá complementarios del presente. En primer lugar, hemos dispuesto el cuerpo textual en los párrafos oportunos, y hemos regulado el uso de las mayúsculas y minúsculas, la puntuación y la separación de las palabras, según las

normas actuales. De igual forma, se han desarrollado las abreviaturas existentes en el texto sin indicación alguna. Hemos normalizado el vocalismo, distinguiendo los vigentes valores fonéticos; también hemos simplificado las consonantes geminadas y hemos modernizado el grafema *q*, en virtud de la actual diferenciación del español. Por otra parte, se ha respetado la presencia y ausencia de la *h* inicial y las alternancias de *s/ss* y *j/x*, y se han permitido igualmente los escasos grupos cultos, utilizados casi siempre en los nombres propios. Seguimos en todo momento las reglas de acentuación de la Real Academia Española, si bien colocamos la tilde en *nós* y *vós* cuando cumplen función de sujeto y en la forma *ál* con significado de ‘otra cosa’. Utilizamos el apóstrofo para marcar la elisión de vocales e indicamos entre corchetes las adiciones al texto que se han estimado necesarias. En ese mismo orden, hemos desechado el uso de antilambdas para señalar los errores evidentes, corrigiendo, por lo tanto, de forma directa y sin mediación, con el propósito de mostrar un texto en todo momento diáfano y legible.

**CRÓNICA
DEL
MUY ALTO Y ESFORÇADO
CAVALLERO
VALERIÁN DE UNGRÍA**

Título del presente libro

¶ Libro primero: en el cual son copiladas las dos partes, primera y segunda, de la crónica del muy alto príncipe y esforçado cavallero Valerián de Ungría. La primera de las cuales trata de quien fueron sus padres y de la princesa Flerisena, su señora, y de la causa porque fue embiado por el rey Pasmerindo de Ungría, su padre, a la casa del emperador Octavio. Y la segunda, de sus grandes hechos en armas y leales y verdaderos amores, juntamente con muchos consejos y castigos escriptos por un sabio llamado Arismenio, el cual fue el segundo después de Zenofor, rey de Lidia. Nuevamente traduzido de su original latín por Dionís Clemente, notario valenciano. Dedicado y dirigido a la ilustríssima señora doña Mencía de Mendoça, marquesa del Zenete. τc.

Prólogo

Es tan grande la ceguedad de los que escriben, ilustríssima señora, que no solamente no veen los apparentes y claros defectos de sus obras, pero su mayor gloria es manifestarlos para que por su mesmo medio sean a los que los ignoran públicos y manifiestos. Por donde si la escusación de la primera causa, junto con la consideración de ser propias suyas, no los desculpasse, cierto es que antes merecerían ser argüidos por su descuido que galardonados por su trabajo. Y si en estos tiempos, como fue en los passados y creo será en los venideros, no se reprehendiessen sino los errores públicos y por personas peritas y en las letras exercitadas, aun no serían tanto de culpar aquellos que con algún fundamento en semejante exercicio trabajan de emplear su tiempo, porque no temerían reprehensión sino de sus iguales o más sabios.

Pero como el vicio del reprehender esté más arraigado en los ignorantes que en los primeros, algunos y muchos ay que de escrevir dexan, considerando que los que

menos sienten leyendo las agenas obras no se deleitan ni trabajan en más de escudriñar qué defectos y vicios podrán aplicarles, pues en cualquier obra, aunque buena, no dexan de inquirirlos y publicarlos. Por la cual causa la mayor parte o cuasi de todos los que escrevir podrían, no osan, no dexando assí mesmo de considerar cuán pequeño es el fruto que en esta nuestra edad de tan laborioso exercicio se alcança, y cuán ciertos y grandes los trabajos que en ello padecen. Por donde el mejor y más conveniente remedio para triumphar de sus malicias es conocer cualquier escriptor su cierta ignorancia y juntamente, sin los prolixos y desterrados rodeos llenos de dichos de filósofos y hazañas de cavalleros de que en los prólogos antiguamente se hacía memoria, dirigir su obra a quien no solamente de los detractores con su saber la defienda, pero con su poder los castigue, de suerte que por ninguna vía para reprehenderla se atrevan.

Y como hecha la investigación devida de las personas d'entrambos géneros que han podido llegar a mi noticia, en ninguna, como en la de vuestra ilustríssima señoría, el saber y poder que dixen tan clara y notoriamente concurren, conociendo primeramente mi ignorancia no ser menos que el atrevimiento que de dirigir a vuestra ilustríssima señoría obra de tan baxo estilo he osado tener, humildemente la suplico sea servida de recibirla y a ella a mí otorgarnos nombre de suyos, pues para en este siglo otra mayor bienaventurança no desseamos, por la segura protección y conocida honra que de tan cumplida merced se nos ha de recrecer.

Y porque no sería devido, siendo la obra a vuestra ilustríssima señoría dirigida, dexar de certificarla cómo fue hallada y adónde y en qué tiempo se escribió. Sabrá, ilustríssima señora, que en el año de mil e quinientos e veinte y uno, teniendo cortes el emperador don Carlos, rey y señor nuestro, en la ciudad de Vuormacia del imperio de Alemania, vino a verlo el rey don Hernando, su hermano, no sin gran número de grandes y otros cavalleros de Ungría, con uno de los cuales tomé tan grande amicitia que un día, platicando de las cosas maravillosas de España porque no me pareciesen menos bien las de Ungría, me mostró y después dexó para que las pudiesse leer las dos partes, primera y segunda, de la crónica de un príncipe de aquel reino, tan valeroso como antiguo, llamado Valerián de Ungría, y quiso la suerte que antes de ver yo el fin d'ellas vide el de su vida, por donde quedaron en mi poder.

En el año de mil quinientos y treinta, hallándome en la ciudad de Cuenca por razón de las muertes que se siguieron en ésta de Valencia, assí por huir el vicio de la ociosidad, como porque aquéllos que latín no alcançan no dexassen de gozar de obra tan

provechosa, acordé aunque no sin continuo y trabajoso exercicio de traduzirlas de su elegante e muy gracioso latín, escripto por un sabio llamado Arismenio, en el romance que verá vuestra ilustríssima señoría. A la qual assí mesmo suplico no dexe de mandarlas leer porque, ultra de no haver en su lectura cosa que de honestidad carezca, antes siendo cuasi todas sus partes muy provechosas, no será menos que su claro e bivo ingenio, en cosas sublimes y muy delicadas continuamente exercitado, por algún breve tiempo no se deleite en las de la dicha obra, aunque morales e llanas, pues la interposición de los exercicios, con la variedad de las cosas allende del natural desseo nos causan dessear larga vida, la qual juntamente con los estados de vuestra ilustríssima señoría, plega al señor de todo lo criado, con entera salud y descansado ánimo, acrecentar por largos y bienaventurados tiempos, feneciendo en fin d'ellos en su santo servicio. Amén.

Fin del Prólogo

¶Encomendación de la presente obra y declaración de lo que en ella se contiene. Escrivía Andrés Martín Pineda, notario de Valencia, los versos siguientes.

¶D'aqueste volumen, la fábrica y arte,
sus modos y estilos muy altos y tersos,
no pueden las lenguas en prosas y versos
pintar con la pluma la muy menor parte.
Por más qu'el más sabio concierta y reparte
mineros y massas de grandes loores,
sus frutos muy dulces son siempre mayores
d'aqueste heroico, belígero Marte.

¶Por manos orfeas le vemos tañido
en medio del coro de todas las musas,
y en él tantas gracias refulgen difusas
que passa las fuerças de todo sentido.
Tan grande edificio dolado y polido
de todos decoros, colegio y caterva,
es donde sus hachas enciende Minerva
pues nunca tal obra nació de nascido.

¶Las leyes y reglas del alta milicia
aquí tienen puestas sus puertas y llaves,
aquí los discretos cortesés y graves
ordenan teatro de toda policia.
L'estilo se muestra con tanta pericia
qu'en todo parecen sus limpios lugares
ser justos dechados de castos vulgares
y metro y mensura de hablar sin malicia

¶ Los encantamientos, los bravos gigantes,
los golpes y encuentros muy duros y atroces,
los siempre valientes, ligeros feroces,
resuenan por letras en nada pecantes.
Del orden rethórico jamás discrepantes,
los auctos estrenuos leyendo verán
del braço invencible del Valerián
que doma los fuertes y más triumphantes.

¶ Aquí de Vulcano la fábrica fuerte
verán, y de Venus las llamas y fuegos,
aquí de las armas duelos y juegos
sin miedo del verse en trances de muerte.
De todas virtudes, el precio y la suerte
se trata y conoce por modos divinos,
sus altas sentencias son luz y caminos
con quien cualquier hombre su vida concierte.

¶ Aquí los togados doctores y vates
degusten el *flumen* del agua Castalia,
aquí los escritos perfectos d'Italia
verás todos juntos si bien lo remates.
Y cuanto más veces lo leas y trates
tan dulces medulas verás cada'l día
que en siempre leerlo ternás más porfía
y es bien que la lengua y entrañas desates.

¶ Aquí de las ninphas y damas de corte
reluzen retractos, belleza y corduras,
es tal artificio de mil aventuras
que todos y en todo lo juzgan por norte.
Es gran viridario de tanto deporte
que siempre polula deleites y gloria,

de quien toma y coge la fértil memoria
de puntos discretos la traça y el corte.

¶Aquí del gran Phebo muy altas parecen
las boces subtiles, con tanta ventaja
que todos los otros juzgamos por paja
d'aquestas espigas que tanto florecen.
Y cierto, sus altos lavores merecen
de todos los sabios muy ínclita fama,
pues tantas doctrinas declara y derrama
que en nuestros ingenios muy bien resplandecen.

Fin

¶Ninguno retracte lo mucho que digo,
pues todo es muy poco según lo que vale,
a todos loores el libro prevale
según de sí mesmo da prueba y testigo.
Assí que le sea cualquier buen amigo
y alaben contentos a quien el bien loa,
que el bueno y discreto no pienso que roa
ni coma centeno y dexe tal trigo.

¶ Miguel Hierónimo Oliver, notario de Valencia. Declarando lo que en la
misma obra se escribe hacia los versos que siguen.

¶ Los claros ingenios en quien resplandecen
las gracias y dones del alta Minerva,
y aquellos que siguen l'escuadra y caterva
de Marte y en hechos heroicos florecen.
Procuran y buscan y en todo se ofrecen
devotos a historias do están esculpidas,
en cartas melifluas hazañas subidas
d'aquéstos que fama perpetua merecen.

¶ Por ende, los tales que sois desseosos
de ver ambas cosas en uno juntadas,
leyendo este libro veréis debuxadas
las togas con lauros de Febo dichosos.
Las musas con cantos sonoros graciosos
a Palas publican, belígera y fuerte,
las armas y letras iguales en suerte
en él se reparten trofeos honrosos.

¶ A vueltas d'aquesto, veréis Citerea
los grandes efectos que causa en el mundo,
veréis dos amantes que son sin segundo
en castos amores y en vida no fea.
Veréis cuán sin culpa la dama s'emplea
en dar sus favores al próspero amante,
y a él en servicios veréis tan constante
que nunca descanso sin ellos dessea.

¶ Veréis la pintura d'un buen cortesano
y las calidades que en él se requieren,
veréis de la corte las leyes que quieren

que cumpla quien viste l'arnés de Vulcano.
Veréis cuál ser debe cualquier soberano,
gran príncipe y César, a sus cavalleros,
veréis del Senado las leyes y fueros
en tiempo que cierran el templo de Jano.

¶ Veréis de las damas la gala y policia,
los cultos y trages en nada profanos,
veréis sus hablars corteses humanos,
las conversaciones de dulce pericia.
Sus tratos muy simples veréis sin malicia
qu'en nada lastiman a sus servidores,
veréis el palacio d'extraños primores
qu'en todo descubre perfeta milicia.

¶ Si el fuerte Alexandre tal obra leyera,
jamás la *Iliada* de Homero buscara,
que sólo en aquesta su studio empleara
y nunca d'Aquiles embidia tuviera.
Y aquello que dixo, jamás lo dixera
llegando al sepulcro do stava enterrado,
y al nuestro d'Ungría mejor a su grado
l'amara dichoso si ver lo pudiera.

¶ ¿Quién vido tal frasis tan alta y subida?
¿Quién vido tal copia de hablar tan subido?
¿Quién vido l'estilo tan limpio y polido?
¿Quién vido la prosa tan tersa y polida?
De grandes sentencias está guarnecida,
de tropos y esquemas está divisada,
de sabias razones está rodeada,
de passos subtiles está fornecida.

Fin

¶En fin, es la suma que suma y comprende
d'aquestos extremos la suma y la cumbre,
del arte de guerra y de su costumbre,
de paz y descanso el bien que s'estiende.
Por tanto, cualquier varón que s'entende
no deve por cosa dexar de leerlo,
qu'es cierto si en todo procura entenderlo
verá que los vicios enormes reprende.

¶Exhortación del mismo traductor de la historia al lector.

Si de ver y oír las cosas sobrenaturales, discreto y estudioso lector, no se deve recibir admiración, considerando el poder que el alto Señor tiene para obrarlas, quanto pues menos de aquellas que la experiencia nos enseña y representa tan fáciles que con templado estudio y trabajo las podemos saber y exercitar. Por ende, si de la presente historia para tu satisfacción cumplida algunas dudas se te recrecieren, assí por razón de las vidas y hazañas de los cavalleros y hermosuras y estados de las dueñas y donzellas, como por lo que algunos supieron en las artes y estrañas lenguas que entendieron y hablaron, y o te ruego, aunque no se diga por extenso su origen ni cómo ni adónde las aprendieron, que desechadas de tu pensamiento procedas en la lectura hasta el fin, pues no hallarás cosa tan fuera de razón y del orden natural que en los passados y presente tiempos no se ayan visto y se hallen sus iguales y en muchos grados más difíciles de creer. Señaladamente que lo que en ella se escribe no solamente no excede pero no iguala a lo que en otras cuasi sin números historias, assí antiguas como modernas, havrás primero leído, en las cuales no ay ni se leen tantos ni tan saludables consejos y castigos como en el discurso d'esta se te ofrecerán para tu provecho y aviso, por donde mayor crédito has de dar a la presente, pues no las puedes argüir de fingida ni falta sino sólo del baxo estilo e ignorancia, los cuales yo conozco ser y tener tan grandes como su mesma baxeza los declara y sin comparación mayor, y assí mismo de algunos errores y defectos de dictiones y letras que por razón de la nueva impresión se havrán causado, los cuales ten por cierto que no hallaras si pudieran escusarse. Y pues la ignorancia que digo a todos los mortales, según que más y menos alcanza, tú no le añadas malicia, porque si arguyeres contra mí por razón de la una, no se parezcan en ti las dos juntas, sino que tomando lo que vieres serte aplazible y dexando lo ál, te contentes y çufras con ver lo que muchos de los passados dessearon, y que, no se les otorgando, a ti, sin cuidado que de lo ver tuviesses, favorece la fortuna para que no solamente lo veas pero que lo puedas con muy pequeño precio gozar. Vale.

¶Parte primera de la crónica del muy alto príncipe y esforçado cavallero Valerián de Ungría, la cual trata de quien fueron sus padres y de la princesa Flerisena, su señora, y de la causa porque fue embiado por el rey Pasmerindo de Ungría, su padre, a la casa del emperador Octavio.

¶Principio de la primera parte

En las antiguas historias de los emperadores de Alemania se lee que en el tiempo que imperó el alto emperador Octavio, tan cuerdamente y sabia gobernó su imperio que de sus súbditos fue bien quisto y de los otros príncipes sus comarcanos tan amado como de sus enemigos temido, por donde la fama de su persona y casa, tan altamente floreció que a todas las de los otros reyes y señores, sus contemporáneos, en baxeza y cuasi olvido hizo poner. Huvo por muger a la virtuosa Pulchrea, hija de Vantesileo, rey de la gran Bretaña, cuya discreción y costumbres no menoscabaron la grandeza del emperador, su marido, en la cual huvo un hijo llamado Nestarcio y una hija a quien pusieron nombre Polidia, los cuales fueron por naturaleza tan favorecidos y, después, en las cosas y exercicios que al género de cada uno convenían, con tan grande solicitud y vigilancia enseñados, que en los años cuasi tiernos alcançaron la perfición de todo lo que sus padres dessearon. Tan estrañamente se amaron estos dos hermanos, assí por razón del deudo como por ser en uno criados, que sus condiciones se vinieron a hazer tan conformes junto con sus voluntades que no se lee que en sus tiempos se hallassen sus iguales; fueron otrosí muy humildes y honradores, assí de aquellos a quien era devido como de los que no los obligava más de su buena crianza.

Y quando el príncipe Nestarcio llegó a tener diez y seis años, y la infanta Polidia los catorze, muchos de los altos hombres del imperio y otros estraños, oyendo las virtudes que de cada uno d'ellos se sonavan, ya havían traído ende y embiado sus fijos y fijas para que, sirviendo estos príncipes, se criassen, pues todos los exercicios que en la casa de aquel honrado emperador se hazían y enseñavan no carecían de nombre de virtuosos, por donde lo que para los cavalleros y donzellas cumplía tan largamente, se alcançava que los estraños no desseavan más honrado nombre que ser llamados cavalleros de la casa de aquel honrado emperador, el cual lo más de su vida lo vivía en

Colonia por ser ciudad grande y buena comarca, no sin grandes montes cerca d'ella, con otros aparejos para todo género de caça, en la cual, assí el emperador como el príncipe su hijo, sobre todos los otros passatiempos y aplazibles exercicios, se holgavan.

Y acaeció que, siendo idos al monte a cuatro leguas de Colonia, hallándose un día cada uno en el lugar que le convenía, vido el príncipe Nestarcio salir a su diestra a un ciervo tan grande como después pareció ligero, contra el cual arremetiendo con su cavallo dexó ir un hermoso lebrel que de la traílla tenía, por donde el ciervo, viendo contra sí venir aquellos que no menos desseo tenían de le quitar la vida que él de guardarla, començó de huir con tan grande ligereza que parecía exceder al buelo de la ave que más ligeramente buela. Puesto que por esso no dexó de ser seguido del príncipe, el cual al mayor correr de su cavallo iva en su alcance animando al lebrel porque de alcançarlo no desconfiasse, por donde el ciervo, viéndose tan aquexado, teniendo toda la esperançã de su vida en sus piernas, a muy gran priessa huía. Y tanto que Nestarcio cuasi no podía con su lebrel y el ciervo tener, pero el gran desseo que de lo alcançar tenía dava causa que, pospuesto el temor de los golpes que las ramas de los árboles le davan en el rostro por ser el monte muy espeso, corriese su cavallo tan aquexadamente como por camino desembargado se le otorgara, y con todo su correr se le fuera el ciervo, según era ligero, si aquel buen lebrel, haviéndole ya asido la una oreja, no le impidiera, colgándose d'ella, la velocidad de su curso.

Y puesto que assí asidos fuessen travessando todo lo que del monte quedava y un gran llano que havia en medio d'él, y de una floresta, entraron por ella siguiéndolos el príncipe, aunque de lexos. Y no corrieron gran pieça, después de entrados en la floresta, quando llegados a una fuente en que una donzella se acabava de lavar el rostro y las manos, el ciervo que tan aquexado viniera assí por el correr, como el pesado lebrel que hasta la fuente traxera colgado, se dexó caer delante d'ella no con pequeño espanto y turbación de la donzella y de su palafrén en que de las riendas tenía. La cual, quando vido que el ciervo no se movía, maravillada no menos de la mansedumbre del ciervo que de tan súpita aventura, pospuesto el temor que de aquel sobresalto se le causara, quitó con sus manos los agudos dientes del lebrel de aquella oreja en que asidos vinieran, con tanta obediencia del lebrel como alegría del ciervo, viéndose con esperançã de vida y del passado dolor librado. En aquella sazón llegó Nestarcio, el cual no se maravilló menos de lo que vido que la donzella se pagó de su apostura, y puesto que con sobrada voluntad viniesse de matar al ciervo, por el trabajo que le hiziera

passar, viéndolo yazer tan doméesticamente ante la donzella, la cual en aquel tiempo se había levantado, le dixo:

–Por cierto, virtuosa donzella, si el ciervo careciendo de razón vos ha tomado por fin de su esperanza y refugio, no dexaría yo de ser desmesurado, haviéndome Dios otorgado entendimiento y juicio, si de conocer dexasse que lo merece alcançar, aunque grande era el desseo con que venía para matarlo.

Cuando la donzella su razón oyó tan mesurada, perdida su primera turbación, viéndolo otrosí de ricos paños de monte vestido, y pareciéndole en todo de alta guisa y estado, le dixo:

–Pues tan gran merced por vós cavallero se me haze –lo que dezía cuidando que ya lo era según su apostura–, que mis fuerças son pequeña cosa para vos lo servir; plega al alto señor de vos dar el galardón por esso y hazeros tan bien andante en todos vuestros hechos como le plugo hazeros apuesto y mesurado, aunque mayor la recibiría si quien sois dezir me quisiessedes, assí para la satisfacción de mi desseo como porque vos pueda hablar según a vuestro valor y estado pertenece, el cual, a mi ver, no puede ser poco ni baxo.

No pudo aquel virtuoso príncipe, vista la voluntad de la donzella, de se lo dezir luego, conociendo que si de hazer lo dexara se le hiziera agravio, según la voluntad que para lo saber mostrara; y aún no lo hubo de oír acabado cuando hincando las rodillas en el suelo y juntando sus manos, alçados los ojos en alto, començó de dezir:

–¡O, Señor todopoderoso, a ti, que jamás justos ruegos oír desdeñaste, humildemente suplico!: que pues tu voluntad ha sido que yo perdiesse mi camino en esta espesa floresta, por donde el conocimiento d’este valeroso príncipe se me ha otorgado, le pongas en voluntad que sabida la sinrazón que a mi señora se hace quiera mantener su derecho, pues siendo la más alta y hermosa donzella del mundo no merece ser librada sino por el cavallero que sea su semejante, y otrosí porque, siendo su dicha de librarla, alcance el más alto galardón que jamás fue otorgado, dexada aparte la gloria de la inmortal fama que de su librança se le podría seguir.

En no menos cuidado fue puesto Nestarcio de saber quién era la señora de aquella donzella, juntamente con la sinrazón que se le hazía, por donde la rogó que se levantasse y le dixesse su demanda, porque él le prometía, pospuestos cualquier trabajo y peligro que de aquel hecho se le pudiessen recrecer, de trabajar en librarla, assí con su sola persona, si para ello más cavalleros no fuessen menester, como con todo el poder del emperador, su padre, si fuesse necesario. Y que no dudasse en lo que le dezía, pues

no menos era obligado de hazer por la más pobre persona del mundo, quanto más por tan alta donzella como dixera ser su señora. Oída por la donzella la razón del príncipe, y visto su cumplido ofrecimiento, le suplicó que le diese las manos por aquella segunda y sin comparación mayor merced que le hazía, las cuales Nestarcio desvió, y después que fue levantada la rogó que se se sentassen en unas piedras que al derredor de la fuente había assaz grandes, porque más sossegadamente y con menos trabajo le contasse aquel hecho y muy por extenso, pues la frescura del lugar lo requería. Lo que assí se hizo, no se dexando de maravilliar entrambos del ciervo, porque luego que ellos movieron para ir a ssentarse en las piedras se puso delante de la donzella, por seguirla adonde iva, bolviendo siempre los ojos por no perderla de vista, pues por su causa había alcançado la vida, teniéndola tan cercana a la muerte que no pudiera si no passar por ella.

¶Capítulo primero. De cómo Danela, que assí había nombre la donzella, contó al príncipe Nestarcio quién era su señora, y el peligro en que estava y la aventura que le había traído en aquella floresta.

Después de se haver sentado en las piedras que vos diximos, la donzella començó de dezir en esta manera:

– El sobrado desseo que del remedio de mi señora tengo de cumplir, lo que por vós, esforçado príncipe, se me ha mandado, será causa que no breve sino largamente vos diga, assí el gran peligro en que la yo dexé, como la suerte que a esta fuente me traxo, porque allende de tener por muy cierto lo por vós ofrecido, ningún descanso puede mi corazón recibir mayor que publicar el grande agravio que se le ha ahecho sin merecerlo. Para lo qual conviene valeroso príncipe saber que el alto Constancio, emperador del griego imperio, hubo por muger la muy virtuosa Demerencia, hija del rey que oy señorea el reino de Francia, en quien pudo haver una sola hija llamada Arinda, cuya hermosura no sin compañía de todas las virtudes y gracias que pueden en una donzella considerarse, assí fue por el Universo divulgada, que aún no había quince años cumplido quando muchos hijos de reyes y otros altos hombres y cavalleros eran venidos en aquella famosa ciudad de Constantinopla, con desseo de verla y determinar si la presencia, como por la mayor parte acostumbra, menguava su fama.

»Y era tan grande el acrecentamiento que les parecía hallar que ninguno de cuantos para aquel efecto eran venidos, después de la haber visto, alcançavan libertad para bolverse a sus tierras, según quedavan d'ella pagados, lo que bien claro mostravan con buscar todos los medios que para assentar en la casa y servicio del emperador podían hallar, por tener causa y aparejo para gozar de su vista y los que lo merecían, hazer a mi señora los mayores servicios que se les otorgarían, con que pudiessen ganar su amor, conociendo que no sería de la próspera fortuna olvidado el que lo alcançar pudiesse, pues no solamente gozaría de la más hermosa donzella que se sabe, pero vernía juntamente a la sucession y señorío de aquel grande imperio por donde muchas justas y otros exercicios en armas, que muy gran regocijo ponían en aquella ciudad, muy a menudo se hazían, en los cuales cada uno punava de alcançar nombre de mejor.

»Y aunque todos eran por mi señora vistos, lo que a los cavalleros hazía acrecentar las fuerças y orgullo, no mostrava a los unos más que a los otros favorecer, igualándoles la honra y mesura con sus estados, por donde siendo todos d'ella pagados ninguno havia contento, viendo que no alcançava de mi señora más de lo que el primer día, que eran por ella recibidos, se les otorgava. Y acaeció que saliendo el emperador con la emperatriz y la princesa de los palacios, por ir a la plaça a ver ciertas justas que se havían de hazer aquel día, don Clarinor, príncipe de Apolonia, el cual mucho tiempo havia que era para su mal ende venido y en servicio del emperador quedado, por la falta que de libertad tuvo para bolverse a su reino, hallándose muy cerca de la princesa al tiempo que quería en su palafrén cavalgar, le tomó la rienda para la levar d'ella, no juzgando aquella suerte, que en aquella sazón se le ofreció, por tan mala como después le sucedió. Y no se descuidando por el camino de mirar la estremada hermosura de mi señora, sacando de la hondura de sus desseos las fuerças, que según era en aquella sazón aquejado, se le otorgaron, le dixo:

»—Si para deziros las penas y mortales ansias, o hermosa y soberana princesa, que después que a esta vuestra ciudad vine, adonde pude veros, al coraçón que solía ser mío, para las contar faltare esfuerço, por el temor que siendo ya vuestro tiene de enojaros como a su verdadera señora. No seré yo de culpar si vuestra mesura no me faltare, y menos por mi grande atrevimiento, el cual es cierto que no tuviera, si callando no temiera padecer la muerte, pues faltándome no puede sino sobrevenirme, puesto que no por la pérdida de la vida, porque no haviendo de ser para serviros pero sería, sino por el descontentamiento que mi alma llevara, si de sus penas no fuéades sabidora.

»Fue tan grande el sentimiento y enojo que de aquellas palabras mi señora tuvo, que buena pieça estuvo sin le responder ni lo hiziera si no fuera por le quitar para otra vez el atrevimiento, si semejante aparejo se le ofreciese, por donde le dixo:

»—Por cierto jamás creyera si lo no oviesse oído que en vós Clarinor, siendo tan buen cavallero, se hallasse tan gran desmesura contra una donzella de la guisa que yo soy, señaladamente no vos habiendo dado causa con que atreveros deviéssedes, por donde, si me no fuesse a cruera atribuido, y vos certifico que vos costara tan caro como se pudiera aunque no según mi honra merece la satisfacción por el menosprecio que d’ella hezistes. Por los juizios de la cual por agora contra mi voluntad converná çufrirme, puesto que no de suerte que se me jamás olvide. Y si esos pensamientos vos ocupa el juicio, dende agora podéis, si en casa del emperador, mi padre, ha de ser vuestra vivienda, desecharlos, porque de otra suerte sed cierto que si agora me ha parecido tener tan sobrado çufrimiento para vuestro provecho no lo terné otra vez sino para vuestro daño.

»D’esta respuesta, tan agena de su intención y del fin de sus desseos, quedó tan triste y turbado don Clarinor, que si alguno parara en ello mientes no dexara de conocerlo, porque luego su gesto dio señales del desmayo que de la flaqueza de su corazón se causava, con la cual no dexó de dezirle:

»—Nunca Dios quiera, muy alta princesa, que la vida, que querer dixes para serviros, sea por mi sostenida para lo contrario ni menos para ver vuestro gesto, con la vista del cual todos los elementos se alegran, tan sañudo en mi disfavor como contra los otros a quien otorgo fortuna, lo que a mí ha negado, aplazible y ledó, porque la muerte, que por vós se me manda dar, sin comparación fuera más gloriosa que aquella que me está aparejada, assí porque fenecieran mis días al tiempo que a vós pluguiera, con que mi alma algún descanso llevara, como porque creyera que quedaríades de mi caro atrevimiento satisfecha. Por donde agora se partirá tan triste, viendo que vos dexa quejosa, que no podrá gozar cumplidamente de la gloria, que a los que por mi razón mueren está otorgada.

»Dicho lo cual llegaron a los cadahalsos en que de mirar havia, y al tiempo que mi señora havia de decender de su palafrén, no fue perezoso don Clarinor, aunque las fuerças no le sobrassen, en saltar de su cavallo y tomándola en sus braços, dezirle en aquel pequeño tiempo que se le otorgava, considerando según en sí sentía el desmayo, cuán presto havia de perder aquella gloria:

»—Agora, muy alta señora, no puede dexar de ser leda mi alma, pues, antes de despedirse d'este atribulado cuerpo, ha visto en sus braços a vós, por cuyo servicio han de ser apartados hasta el postrero día.

»Y dicho aquello subió con mi señora hasta la dexar en su silla. Y haziéndole su acostumbrada mesura, decendió del cadahalso con tan grande y bivo dolor como si el corazón le despedaçara, por donde de cuasi sin algùn sentido cavalgó en su cavallo y bolvió a su posada, creyendo cuantos lo vieron que para armarse y justar como solía porque era muypreciado cavallero, llegando a la cual se encerró en su cámara, mandando a sus criados que lo dexassen solo. Y en su lecho echado comenzó de reduzir a su entendimiento y menbrança la estremada hermosura de mi señora, junto con la cruel y sañuda respuesta que de su más que hermosa boca le oyera. Y cuán poco d'él mostrara dolerse, y en su gesto y palabras cuán lejos viera los señales, que, para le acarrear alguna pequeña esperança, ver desseava. Y cuán grande había de ser la flaqueza de su corazón, faltándole la fuente, de la cual se le había de causar el esfuerço, y sobre todo cuán impossible sería sostener la vida, no se le otorgando gozar de lo que era su verdadera sustentación. Por donde fue d'estos y otros contrarios que, en aquella sazón, le ocurrieron tan aquejado y lo atormentaron y desmayaron tanto que por más de tres horas quedó cuasi sin algùn sentido, en cabo de las cuales, como quien de un pesado sueño recordava, dixo:

»—O, cuánto te fuera mejor nunca haver oído ni visto, Clarinor, príncipe de Apolonia, la hermosura y gracias de tu señora Arinda, pues en la sazón que ser más bien andantes de todos los príncipes de su tiempo cuidavas, haviéndole tus mortales desseos hecho manifiestos, te sobreverná tan arrebatada como no devida muerte. Mas, qué digo: bien parece que me faltan los sentidos, pues no siento que no pudo ser mayor mi dicha, haviendo alcançado ver y tener en mis braços aquella tan alta y hermosa princesa que en el mundo de igual carece, por cuyo servicio y voluntad de padecer la tengo, la cual es cierto que, en el tiempo que la supiere, no será menos que se no duela, que tan sinrazón la aya padecido. Pero qué mayor razón puede hallarse que haver yo enojado y deservido a la que todos los bivientes servir no merecen.

»Y hablando aquellos y otros devaneos estuvo hasta tanto que, buelto el emperador a sus palacios, preguntó a algunos cavalleros amigos de don Clarinor la causa por qué no justara aquel día, ninguno de los cuales le supo dar d'ello razón, porque la no sabían ni les parecía haverlo hallado menos, según la muchedumbre de los cavalleros que justaran, los cuales, allende de haver salido ricamente adereçados y

devisados según sus intenciones, habían maravillosamente justado. Por donde mandó el emperador que fuese uno de sus donzeles a la casa de Clarinor por saberla. Y como lo preguntasse a sus criados, un camarero suyo, Aposifol llamado, le respondió que por no se haver sentido bueno no justara. Sabida por el emperador la causa, hubo d'ella pesar, porque lo preciava sobre todos sus cavalleros, por razón de la cual, al tiempo que cenaron, lo dixo a la emperatriz y a su hija, la cual no dexó de conocer que, por lo que con ella le aviniera su mal, se había causado, aunque no lo consideró tan grande como después sucedió. Y como el camarero de don Clarinor viesse que passava seis horas sin haver su señor llamado, maravillándose de tan nueva causa, abrió la puerta de la cámara y llegándose al lecho lo halló tan sin sentido como si fuera muerto, al cual comenzó con muy dolorosas bozes de llamar de fuerte, que recordando don Clarinor dixo:

»—O, mi señora Arinda, valedme; si no, muerto es vuestro leal servidor.

»Cuando Aposifol oyó a su señor hablar, algún tanto se assossegó, pues vido que no era muerto, porque cuando al lecho llegó así lo cuidava. Y creyendo esforçarlo le dixo tantas cosas que a cualquier otro, que no fuera tan aquejado, pusieran grande esperanza y le acarrearán no menor esfuerço. Pero su mal eran tan crecido que todo lo que Aposifol le dixo no aprovechó para más de acrecentar su tormento, en el cual estuvo algunos días sin querer oír consuelos ni consejos ni aprovecharse de ninguno de cuantos remedios se le procuraron, así por su amigos y criados, como por los maestros del emperador, los cuales por su mandado muchos le habían ordenado y rogado que tomasse. Todo lo cual fue afán y tiempo perdido porque desechándolos respondía, que pues su mal era mortal poco podían aprovechar los ofrecidos remedios. Por donde passado aquel tiempo vino en tan gran pérdida y flaqueza de sus fuerças y sentidos que cuasi ya no conocía ni podía hablar. Y hallándose el último día, cerca de la tarde, muy al cabo de su vida, dixo:

»—O, alma mía, más triste y oscura que las tristes y enojosas tinieblas, qué esperas y no te vas d'este malaventurado cuerpo, con la compañía del cual tantos tormentos padeces, como sin ella sentirás gloria, pues la esperanza, con que çufrir las podías, vees tan agena como la muerte cercana. Vete ya, por Dios, y huye adonde la ira de mi señora no te alcance, pues fuera d'ella no puedes sino hallar algún impensado alivio y descanso en tan crueles penas.

»Y dicho aquello, suspirando muy fieramente, se amorteció, de manera que antes de la mañana, abriéndosele el corazón del dolor y desmayo que en todo aquel

tiempo tuviera y la desesperança de sus desseos acrecentara, se le salió el alma. Cuando Aposifol y los otros criados de don Clarinor lo vieron muerto, tan grandes llantos hizieron sobre su cuerpo que, puesto que fuesse de gran mañana, no dexó de llegar luego la nueva a los palacios del emperador y de estenderse por toda la ciudad. Por razón de la cual, assí el emperador como mis señoras la emperatriz y la princesa se levantaron con todos los cavalleros a quien aquellas nuevas llegaron.

»Y algunos fueron a la posada de don Clarinor por saber la causa de su muerte, porque ninguno cuidava que tan cedo muriesse, la cual muy presto fue sabida y bien publicada, porque Aposifol, entre los otros sus criados, llorando dolorosamente dezía que mi señora lo havia hecho morir de tan cruel y desesperada muerte, lo que por algunos fue mal entendido, creyendo que con ponçoña o otro género de veneno se hiziera. Y assí començó de murmurar entre algunos amigos y criados de don Clarinor, y por donde, viniendo a los oídos del emperador, estrañamente le pesó por la causa que Aposifol publicara. Y pareciéndole que pues ende era muerto, se le devía hazer las honras que a su estado convenían. Se le hizieron tan cumplidas que pocos se acordavan haver visto sus iguales, pues lo que mi señora en lo secreto mostró de su muerte dolerse, Dios sólo es d'ello sabidor, señaladamente cuando le vino a noticia que por su causa la padeciera.

»Hechas sus honras Aposifol con los otros criados de don Clarinor, se partieron para Apolonia, a los cuales el emperador mandó dar mucho haver para su camino porque no se fuessen del todo descontentos, y, sobre todos, el camarero, al cual el emperador no dexara de castigar por el atrevimiento, que en dezir lo que de mi señora vos he contado tuviera, sino porque fue informado que cuando lo dezía no estava en su juizio por la pérdida de su señor. Otrosí porque castigándolo se divulgara más la fama de aquella muerte y se pudiera engendrar alguna sospecha en los que no sabían la verdad de aquel hecho. Por esta razón quedó la casa del emperador tan triste que por muchos días no se hizo cosa ni exercicio que de alegría fuesse, según fue sentida la muerte de aquel infortunado príncipe. Por donde muchos cavalleros de alta guisa, que ende vinieran, partieron para sus tierras descontentos de mi señora, pareciéndoles que havia sido cruel contra don Clarinor, por donde consideravan que no preciaría los servicios d'ellos, pues los de aquel príncipe tan esforçado mostrara tener en menosprecio.

»En cabo de cuatro meses, contando después que don Clarinor murió, estando un día el emperador con algunos de sus altos hombres y cavalleros en una de las salas de

sus palacios, entró por la puerta d'ella un donzel, el cual, al tiempo que fue delante del emperador, hincando sus rodillas en el suelo, dixo:

»—Si la fama que de justiciero tienes, muy alto señor, no llegara a los oídos de mi señor Fulvián de Apolonia, heredero de aquel reino por la muerte del príncipe don Clarinor, su hermano, algún recelo tuviera de venir a esta ciudad tuya para el efecto que viene. Pero considerando que por ti es mantenida justicia tan altamente como se debe y sin aceptación de personas, me embía para que le otorgues seguro con que venir pueda ante tu imperial presencia, para reutar la persona o personas que fueron causa de la muerte del príncipe su hermano, porque, sabida la verdad, reciban el castigo conforme al cometido delicto. Y que si esto hizieres creerá ser la fama que de ti se divulga tan verdadera como dexándolo de hazer falta, pues no hallará en ti lo que se dize que jamás de otorgar dexaste a quien con justa causa le pidiese.

»Acabada su razón, el emperador le dixo:

»—Dirás, amigo, a tu señor, que assí él, como todos los que justicia quisieren pedirme, pueden venir ante mí sin temor ni recelo que por ello se les siga perjuizio ni daño.

»Por donde el donzel, hecha su mesura, se bolvió para su señor, el cual a una de las puertas de la ciudad, que de Sant Jorge se dezía, lo estava atendiendo. Y diziéndole el recaudo que traía, lo hizo tan ledo como si ya viera a mi señora a muy cruel muerte condenada. Y con aquel pensamiento, acrecentándosele el orgullo, vino adonde el emperador estava; y sin hazer algún señal de mesura, de que sobradamente cuantos ende eran se maravillaron, le començó de dezir:

»—Aunque según el valor de tu persona y alteza de tu estado, muy alto emperador del griego imperio, gran mesura y acatamiento se te devan, viniendo yo tan lastimado, como puedes considerar, por la cruel y no devida muerte del príncipe don Clarinor, mi hermano. Y por esta razón, y por lo que más oirás, siendo tu principal enemigo no te has de maravillar si dexo de forçar mi coraçón para que haga lo que assí razón como buena criança me obliga. Por donde ninguno ha de juzgar ni menos reprehenderme, pues un cavallero de la guisa que yo soy, no havía de carecer d'este conocimiento. Y por ende declarando la causa de mi venida y de nuestra inimicicia, pues tengo de ti el devido seguro, digo y afirmo que Arinda, tu hija, tan cruel como falsamente mató o hizo matar al príncipe, mi hermano, por lo cual es merecedora de muerte, como aquella que tan gran traición cometió, como deviera ser leal y agradecida,

a tan alto príncipe y esforçado cavallero como es a ti y a todos los que d'él tuvieron noticia notorio.

»Y porque semejantes cruexas y traiciones a duro pueden provarse, por la gran cautela con que se hazen, puesto que estas no dexan de ser claras y muy manifiestas, si algún cavallero se atreviere a mantener lo contrario, yo le haré conocer, quedando el vencedor por verdadero y el vencido a merced del otro hasta que lo mate o otorgue ser la demanda del vencedor verdadera, que lo que yo digo es tan verdadero como falso lo contrario. Y si mi desdicha fuere tal que yo sea vencido o muerto, lo que no espero ni creo, según el sobrado derecho tengo por mi parte, y en las batallas acostumbra el señor de los cielos y de todo lo criado favorecer a los que lo tiene, que tu hija quede para siempre libre d'esta acusación y demanda. Y si fuere vencedor o matare al cavallero que querrá mantener su defensa, que se haga d'ella justicia conforme a las platicadas e justas leyes de tu imperio.

»Dicho lo cual el emperador se maravilló tanto de tan estraña demanda, que por alguna pieça estuvo cuasi sin saber lo que le responder podía. Passada la cual, le dixo:

»—Pues yo soy de que jamás creyera por vós, cavallero informado. Si vos pluguiere, id a descansar del trabajo de vuestro camino o atended fuera de aquí, adonde vos mejor pareciere, porque havido consejo de lo que hazer devo, no se dexará de proveer y cumplir todo lo que se hallare por derecho.

»Al cual, diziendo a Fulvián que assí lo esperava, se fue a una posada que el emperador mandó darle, puesto que la no quisiesse recibir al principio ni menos servicio que se le hazer mandasse mientra ende estaría.

»Salido Fulvián, el emperador hizo venir a mi señora, de la cual quiso saber las causas de su desculpa. Assí como se las dixo, y con tantas salvas como era la verdad y cumplía para la satisfacción del emperador, el cual las retiró a todos los que para aquel efecto mandara ayuntar, rogándoles que, pospuesto todo género de afición y de paternal amor, le aconsejasen lo que, salvando su honra y administrando justicia, hazer devía. Por donde en fin de muchos y diversos pareceres que ende se dixeran, assí como en semejantes y menores casos suele dezirse, fue determinado que por parte de la princesa se diesse y nombrasse un cavallero para la defensa de su derecho, porque de otra suerte sin perjuizio, assí de la honra del emperador como de la parte que viniera a pedir justicia, no se podía la desculpa de la princesa verificar, añadiendo que, puesto que fuesse cosa muy grave poner en aventura su vida y honra, no se podía con derecho

escusar que assí no se hiziesse, dándole grande esperança que Nuestro Señor Dios la libraría, assí como a otras muchas falsamente acusadas.

»Con el acuerdo, mandado venir ende Fulvián en preferencia de la emperatriz y de mi señora, el emperador le dio la respuesta según se acordara, y juntamente mandó a la princesa, su hija, que dentro término de seis meses diesse cavallero para defender su derecho, porque si lo no dava se mandaría hazer d'ella justicia, siguiendo las leyes de su imperio, pues assí había hallado que se devía por derecho proveer. D'este mandamiento que el emperador a mi señora hizo, se turbó tanto la emperatriz que casi todas las potencias perdió para hablar, señaladamente cuando vido que el emperador mandava a los cavalleros que para su guarda tenía que levassen a mi señora presa a una fuerte torre, adonde estuviesse al seguro para se poder hazer d'ella justicia en caso que su derecho no fuesse defendido, porque entonces començó de hazer tan grandes llantos que mi señora, que más lo devía sentir, la consoló diziendo que no temiesse su prisión ni peligro, porque su derecho y desculpa eran tan grandes que Fulvián pagaría con su muerte la traición con que ende viniera.

»Y puesto que con aquellas palabras la emperatriz mostrasse haver algún esfuerço cobrado, cuando vido que a su hija levavan a la torre que dixere, cuasi sin sentido cayó en los braços del emperador, el cual a entrambas estava aconsolando. Y aunque mucho trabajó de encubrir por las señales exteriores lo que su corazón interiormente sentía, no pudo tanto que, cuando su fija le besó las manos, no hiziesse compañía a mi señora, que con muchas lágrimas se las estava besando. Por donde no hubo ende persona que no llorasse, sino Fulvián, el cual antes se holgava, pareciéndole que ya començava de pagar la muerte de don Clarinor, su hermano.

»Después de tornada la emperatriz en tan cumplido acuerdo, que pudo escuchar las cosas que el emperador le dixo para consolación d'entrambos, mi señora se despidió d'ellos dándoles su bendición. En extraña manera mostró la princesa el esfuerço de su alto y generoso corazón, porque partida de sus padres, no mostrando tener como no tenía en más que si fuera libre su prisión, entró en la torre, en la cual la mandó poner su padre en compañía de una dueña que la crió y tres donzellas para su servicio, de las cuales yo soy una, sin tener más cuidado de lo que le seguir puede que si otra fuera la acusada.

»Hecho esto, el emperador preguntó a Fulvián que si se había de hazer por entonces otra cosa para el cumplimiento de su demanda. Al cual Fulvián dixo que de los principios no dexava de quedar satisfecho, y que assí esperava que serían los fines,

puesto que el plazo de los seis meses le parecía largo. Al cual el emperador dixo que esperava en Dios que algún día le pareciera muy breve y que fuesse cierto, que si en su casa se hallara en aquella sazón alguno de los buenos cavalleros que ende solía tener, él le assignara el plazo de horas y no de meses. Pero que en hecho tan grande, por razón del cual se había de aventurar la vida de su fija y la honra de todos los que de semejante pérdida les había de caber parte, no era razón que por falta de cavallero, cual para semejante hecho se requería, se perdiessen, pues según era informado y creía, no le faltava a su fija derecho.

»Oída por Fulvián la razón del emperador, sin responderle cosa, se fue a su posada, en la cual yo, señor, lo dexé esperando al cavallero que por mi señora ha de hazer la batalla. Y porque a maravilla es esforçado y exercitado en las armas, creo yo que assí por el temor que los cavalleros por razón d'esto le tienen, como porque que no saben assí el derecho de mi señora como el galardón y agradecimiento que d'ella rescibiría, hasta agora han dubdado de emprender su defensa, por donde al tiempo que yo, por mandado de la emperatriz, partí de Costantinopla para venir al rey de Francia, su padre, a rogarle que conmigo hiziesse ir alguno de sus preciados cavalleros, para defender el derecho de mi señora.

»Ya eran passados dos meses del plazo y más algunos días, y en el camino, y hasta ser aquí buelta cuasi otro tanto. Y lo que peor es que me vuelvo con tan mal recaudo como mi señora tenía el día que fue d'ella despedida, porque ninguno de los cavalleros que pudieran tan gran hecho emprender, en la sazón que yo llegué en París, era en su casa. Y por ende, pues el alto señor, después de haver perdido con un escudero que viene en mi compañía el camino en esta floresta, me ha guiado a esta fuente adonde pudiesse conocer por tan estraña aventura vuestra persona y estado, vos suplico, pues a ninguno de los nacidos se pudo otorgar tan alto principio de cavallería y con tan justa querella como es librar la más alta y hermosa donzella de la mayor traición y peligro que se jamás hizo ni vido. Que vos doláis d'ella y del gran daño que de su muerte al mundo vernía y vergüença a los cavalleros, pues dexando cualquier d'ellos, que sea d'esto sabidor, de aventurar su vida por librarla, en ningún otro hecho se podría entremeter que de muy grande vergüença y desonra no le recreciessen.

Y con lo que havéis oído, acabó de contar Danela, que assí se dezía la donzella, al príncipe Nestarcio lo que por él se le preguntara, el cual, después de haver una pieça pensado en lo que hazer devía, dixo a Danela que sería bien, pues se hazía tarde, que partiessen dende, y que por el camino le diría lo que, oída su demanda y vista la

necesidad y peligro de su señora, y considerando el daño que de diferir el remedio que convenía se podría seguir, había propuesto de hazer.

¶Capítulo segundo. De cómo el príncipe Nestarcio con Danela vinieron al monte adonde el emperador estava, y de cómo el día siguiente bolvieron en su compañía a Colonia, y de lo que ende passó.

Después de haver cavalgado el príncipe Nestarcio en su cavallo y Danela en su palafrén, siguiéndolos el lebrél y el ciervo tan domécticamente como si juntos se criaran, bolvieron por la carrera que guiava al monte de donde Nestarcio en el alcance del ciervo saliera. Y después que de caminar començaron, Nestarcio dixo a Danela:

–Según la afición con que me havéis dicho, virtuosa donzella, lo que por motivos fue preguntado, por muy cierto tengo que se no havrá por vós de dezir dexado en todo cumplida verdad, pues lo contrario no se ha ni debe creer de quien a tan alta princesa sirve, por más que para su daño o provecho pudiesse seguirle por donde de mi determinación es hazer por su liberación todo lo que a mí se otorgare, posponiendo assí el peligro de perder la vida, como cualquier otro que, hasta lo aver cumplido, se me pueda recrecer. Y porque para traerlo al efecto que se requiere es necessario que se no diga cosa de las que a mí havéis dicho ni lo que demás se ordenare, será bien que digáis que viniendo de Francia con mandado del rey para emperatriz Demerencia, su fija, vos perdistes en esta floresta y venistes a la fuente donde vos yo hallé, porque d’ esta manera no podrá haver causa alguna de sospecharlo.

Lo que Danela dixo que le parecía bien, y que assí lo haría. Y después de haver platicado de la forma que se ternía para su partida, la cual después se vos dirá, hablaron de la hermosura y gracias de la princesa Arinda, de oír las cuales no era poco lo que se folgava el príncipe Nestarcio, al cual, al tiempo que llegava cerca del monte, muchos cavalleros ivan buscando, porque ya començava de anochecer y no lo podían hallar, los cuales mucho se holgaron cuando con tan buena compañía lo vieron venir.

Y acompañándolo con mucha alegría llegaron a las tiendas, adonde el emperador lo estava atendiendo, al cual Nestarcio con Danela besaron las manos, siendo d’ él recibidos con gran plazer. Y como el natural desseo siempre sea de saber lo que no

alcançamos, luego el emperador preguntó a Nestarcio quién era aquella donzella y cómo viniera en su compañía, al cual Nestarcio no tardó en lo dezir, aunque de la manera que por el camino se concertaran, de que mucho se holgó el emperador otrosí por ver el ciervo que en su compañía traxeran, el cual, según se mostrava doméstico, no parecía que fuesse nacido en el monte.

No passó gran pieça después de llegados en assentar se a las mesas, adonde con gran plazer cenaron por la mucha caça que en aquel día havían muerto. Y se platicó de la forma que el príncipe Nestarcio a la donzella fallara. Cuando se les hizo hora para dar a sus cuerpos el nocturno descanso, en la misma tienda del emperador, la cual era assaz grande, se hizo un lecho para Danela, adonde assí ella como los otros en los suyos durmieron hasta la mañana, con el trabajo que en el día passara puesto que Nestarcio muy gran parte de la noche hoviesse sin dormir passado, cuidando en la hermosura y peligro de la princesa Arinda y en la forma que detener havía para librarla.

A la luz del alva, muy pocos fueron los que se hallaron por vestir. Y entre tanto que se dixo la missa, en la tienda del emperador se adereçó todo lo que havían de levar. Y después que fue dicha, cavalgando en sus cavallos y palafrenes, cuasi lo demás del camino caçando, bolvieron a Colonia. Y acaeció que en la puerta por donde entran Danela halló a su escudero, el cual mucho se maravilló cuando vido que el príncipe Nestarcio la llevaba de rienda, con los cuales fue hasta llegar a los palacios. Y cuando por la puerta de la sala quisieron entrar, hallaron a la emperatriz con la infanta Polidia, las cuales acompañadas de sus dueñas y donzellas los atendían. Y después de haver el emperador con la emperatriz recebido, Nestarcio juntamente con Danela se fincaron de rodillas ante la emperatriz, la cual quien al príncipe, su fijo, en compañía de Danela vido, no dexó de lo recibir con mucha alegría, con la cual no dexaron de se abraçar Nestarcio con la infanta Polidia, rogando le que le guardasse su donzella.

Y como aquella graciosa infanta, después de le haver dicho que era d'ello contenta, tomasse las manos de Danela por la alçar, oyó que le dixo Danela:

–No vos podéis con razón quejar, muy alta y hermosa infanta del alto señor, pues haviendo dotado de toda la hermosura y gracia que por nuestra naturaleza puede alcançar se, no se olvidó de darvos por padre y hermano las más altas personas que se podían en nuestros siglos alcançar, tanto que yo, que soy donzella, no puedo sin gran fuerça mandar mis ojos que dexen de mirar los vuestros, si quiera un pequeño tiempo en que puedan ver, assí alguna parte de las otras perficiones de vuestra persona como de las grandeza d'esta casa, para saber dar d'ella razón adonde es mi desseo. Y aunque del

príncipe, mi señor, tenga yo hast' aquí grandes mercedes recebidas, ésta que agora se me ha hecho conozco ser sin igual, pues con ella se me otorga gozar del deleite y gloria que sin preceder muerte sería imposible.

Como Polidia viesse que las palabras de Danela eran a su hermosura dirigidas, no quiso responder más de dezirle que con lo que Nuestro Señor le diera se juzgava por más que satisfecha, aunque muchas otras donzellas hoviesse en el mundo, ante las cuales su hermosura, si alguna tenía, sería de muy poca cuenta y consideración. Y como Danela quisiesse a aquello satisfacer, la emperatriz lo interrompió rogándole que contasse a ella y a su hija la aventura del ciervo que en su compañía traxera, lo que mandada ante ellas assentar contó luego con mucha gracia, callando lo que después con Nestarcio passaran. De que mucho se holgaron assí la emperatriz y Polidia como las otras dueñas y donzellas que lo oyeran.

Tres días estuvo Danela en aquella casa al mayor vicio que jamás se le otorgó, gozando de la honra y plazer que aquella graciosa infanta podía procurarle, assí por lo que Nestarcio le rogara como por se holgar mucho con su compañía, según era sesuda y de buena gracia. Al cuarto día Nestarcio dixo a Danela que en aquella noche se despidiesse de los emperadores, sus padres, y de su hermana. Y puesto que fuesse rogada por ellos que se no partiesse, que no lo otorgasse, dando para ello las causas que le parecería, y que en la mañana lo fuesse a atender a cinco leguas dende en una villa que le dixo, porque el segundo día de Pascua del Espíritu Sancto, que se ya acercava, él sería con ella y podrían seguir su camino, lo que Danela dixo que, assí como se lo mandava, cumpliría.

Por donde venida la noche, después de haver cenado, Danela se despidió assí de los emperadores y de sus fijos, como de cuantos era razón. Y puesto que fuesse rogada por la infanta, después de sus padres, que a lo menos en las fiestas de Pascua, que tan cercanas eran, se holgasse ende, no lo pudieron alcançar, dándoles tales excusas que a todos parecieron justas, salvo a la infanta, la cual no mostrava quedar sin quexa, porque a maravilla se folgava de oír a Danela las cosas que le contava, señaladamente las gracias y hermosura de la princesa Arinda y de otras muchas mugeres y donzellas, dándole a entender que lo había oído contar en Francia.

Por donde iva aquel camino con mucho plazer por ver si era verdad lo que de la hermosura y otras gracias de aquella hermosa princesa se sonava. Y que si Dios la bolvía en Francia no ternía de que se quexar, pues en ella y Arinda habría visto todo lo que, buscado el Universo, se podría hallar. Y por ser aquella la última noche, passaron

sin dormir la mayor parte d'ella, hasta que el sueño sobrepujó la resistencia que las voluntades hasta entonces le hizieran. Y venida la mañana, tornándose Danela a despedir de Polidia se partió con su escudero y el ciervo y fue para atender al príncipe Nestarcio en el lugar que le havía señalado.

¶Capítulo tercero. De cómo el príncipe Nestarcio suplicó al emperador, su padre, que lo fiziesse cavallero, y de cómo se lo otorgó y se hizo con grandes fiestas y alegrías.

Venida la bispera de Pascua del Espíritu Santo, al tiempo que el emperador con la emperatriz se querían a las mesas sentar, Nestarcio fincando las rodillas ante el emperador, su padre, le dixo:

–Hasta'quí no se ha ofrecido, mi señor, cosa que vos pedir en merced pudiesse, porque assí mi edad como los otros exercicios en que he entendido no dava para ello lugar. Pero agora que mi coraçón de sentir comienza lo que siendo yo vuestro hijo es razón que sienta, tengo atrevimiento de vos suplicar que me otorguéis un don, fiando en la vuestra merced que me lo no negaréis, pues para lo pedir no me falta derecho.

Oída su razón el emperador le dixo que se levantasse porque no se dexaría de hazer cualquier cosa que quisiesse.

–Todavía, mi señor –dixo Nestarcio–, si la vuestra merced fuere, se me ha de otorgar antes que de aquí me levante, pues por agora me falta libertad para hazer lo contrario.

Por donde no creyendo el emperador que lo que después oyó fuesse, le dixo que se levantasse porque él se lo otorgara. Y aún de dezir no lo acabava cuando Nestarcio, besándole las manos, le dixo que el don que le otorgara se havía de cumplir con lo armar cavallero el siguiente día.

Bien quisiera el emperador que aún estuviera por otorgar aquello, pareciéndole que la edad de Nestarcio aún no era para sostener el trabajo, ni las fuerças el exercicio de las armas, pero hùvose de çufrir, mostrando que no lo tenía en mucho, ayudando a ello creer que su fijo en los principios emprendería cosas de poco peligro. Y por ende, alzadas las mesas, le dizo que se aparejasse para velar aquella noche las armas, el cual le

dixo que ya lo tenía determinado, pues para aquel efecto no faltavan la voluntad ni los aparejos.

Por donde cuando fue hora, acompañado de la emperatriz y de su hermana, fue a la capilla en que las havía de velar, al cual tuvieron compañía, rogando a Dios le diesse ventura en ellas y le fiziesse tal cautiverio que pudiesse acrecentar la honra que de sus predecesores heredara, aunque Nestarcio no lo rogava sino con las rodillas fincadas delante del altar de Nuestra Señora la Virgen María, suplicándola otrosí con mucha humildad que en la batalla, que havía de hazer propuesto por librar a la princesa Arinda y en todas las otras, le ayudasse.

Venida la mañana la emperatriz con su hija se vistieron muy ricamente, y con el emperador, que las ya atendía, partieron de los palacios para la iglesia mayor, levando los duques de Bavera y Saxonia al príncipe Nestarcio en medio d'ellos, armado de todas sus armas salvo del yelmo y la lança, los cuales le levavan el marqués de Brandemburch y el conde de Tirol. Era tan grande el estruendo de los sones que consigo llevavan, que quasi no podían oírse. Por donde era tanta la gente que a las calles, por las cuales iván, acudía, sin la que ya havía en ellas, que les impedía que andar no pudiesen. De suerte que cuando a la iglesia llegaron y fue la missa acabada, ya era gran parte del día passado, señaladamente con las grandes cerimonias y solemnidad con que fue el auto de cavallería de Nestarcio hecho, el cual no quiso tomar la espada del emperador, su padre, aunque él lo hizo cavallero, sino de la infanta su hermana, pareciéndole que, pues su principio havía de emplearse en librar tan alta y hermosa donzella como la princesa Arinda, de otra su semejante havía de tomar la espada con que lo havía de hazer.

Y como ya fuesse, según se vos ha dicho, tarde, acompañando al novel volvieron a los palacios, adonde comieron con mucha alegría, siendo combidados del emperador, assí los duques de Bavera y Saxonia, como el marqués de Brandemburch y el conde de Tirol y los otros altos hombres que ende se hallaron. Por donde la fiesta fue muy acrecentada, la cual no diminuyeron los juegos que se hizieron y representaron aquel día y las bailas y otros exercicios de alegría, los cuales duraron hasta passada media noche, en el qual tiempo cada uno se fue a descansar, señaladamente la emperatriz con la infanta Polidia y las otras dueñas y donzellas que con ellas havían velado la precedente noche. Y como Nestarcio no havía menos trabajo passado, acordándose de lo que a Danela prometiera, llamó a dos donzeles a quien sobre todos los otros sus criados amava, por razón que dende su niñez juntos se criaran, a los cuales dixo que fuesen a su cámara y lo atiendiesen ende, porque, después de despedidos aquellos altos hombres

y cavalleros, los cuales ya querían irse a sus posadas, les havia de dezir algunas cosas que le mucho cumplían, lo que de hazer no tardaron Elisén y Brimarel que assí se llamavan entrambos.

Y quando Nestarcio vido que ya no quedavan sino los de la casa y servicio del emperador, se fue a su cámara y mandando a su camarero Astreo y a los otros sus criados que lo atendían que a dormir se fuessen, quedando con Brimarel y Elisén, les dixo:

–Ya sabéis, amigos, la voluntad que a cada uno de vosotros por mí se tiene, y que por esta razón no puede haver poridad, aunque fuesse la más importante que se considerar pudiesse, que se vos pueda dexar de comunicar, con no menor seguridad que sería la holgança que sentiría en vos la contar, por donde y porque más abiertamente lo conozcáis, havéis de saber que vos entiendo de llevar en mi compañía, para que assí de mi bien como de lo contrario no vos dexe de alacançar igual parte.

Entonces les contó lo que con Danela le aviniera y de cómo lo atendía a cinco leguas dende. Porque le prometiera de ser con ella el siguiente día y que por ende les mandava que, lo más cedo que se les otorgasse, adereçassen un cavallo y dos palafrenes para que pudiesen partirse, porque no entendía esperar la mañana a causa que no le fuesse puesto estorvo en su partida, lo que los donzeles, besándoles las manos por la merced que les hazía, no tardaron en ir a cumplir, según les era mandado.

Y entretanto, tomando Nestarcio el haver que para tan largo camino convenía, y adereçando las armas y vestidos que havia de llevar, estuvo atendiendo que viniessen a llamarlo para se partir luego.

¶Capítulo cuarto. De cómo el príncipe Nestarcio con sus dos donzeles partió de Colonia, y de cómo después de haver hallado a la donzella Danela siguió su camino hazia Costantinopla, y de lo que con su huésped embió a dezir al emperador, su padre.

Muy poco tardaron Elisén y Brimarel en hazer lo que por el príncipe, su señor, se les mandara. Y en el mesmo punto vinieron a su cámara para ayudarle a armar y tomar lo que de llevar havían. Y quando todo fue hecho, muy a passo porque sentidos no fuessen, baxaron al patín, adonde el cavallo y

los palafrenes dexaran adereçados. Y después que huvieron cavalgado, llevando Elisén el yelmo y Brimarel la lança, partieron a tal hora que aún la oriental luz no comenzava de amenazar las nocturnas tinieblas. Y fue tan grande de la priessa que en andar se dieron que antes de dos horas, después del sol salido, llegaron a Sperga, que era la villa en que Danela los atendía, a la puerta de la cual hallaron a su escudero que ya era ende venido para guiarlos, assí como lo hizo, a su posada, en la cual Nestarcio se desarmó y mientras se hazía hora para comer se echó en un lecho a reposar, como aquel que lo había bien menester, pues passara dos días con sus noches sin dormir.

En los palacios del emperador no se madrugó tanto, que, al tiempo que hallaron menos al príncipe Nestarcio, no fuesse ya cerca de medio día. Y cuando assí los emperadores como Polidia lo supieron, sin comparación lo sintieron, y, sobre todos, la infanta, la cual, con muchas lágrimas del príncipe, su hermano, se quexava, porque sin la hazer de su partida sabidora se había ido. Pero como el emperador fuesse muy cuerdo, acordándose cuán afincadamente Nestarcio el orden de la cavallería le pidiera, luego sospechó que no sería sin suficiente causa. Por donde dixo a la emperatriz y a su hija tales cosas que les hizo cessar de sus lágrimas, puesto que a la infanta no pudo dar a entender que no debía estar quexosa por razón de su partida.

E estando en aquellas razones, Astreo, el camarero de Nestarcio, vino a dezir al emperador cómo el príncipe, su señor, en la precedente noche en la hora del acostar, mandándolo salir de su cámara con todos los que se ende fallavan, quedó con solos Brimarel y Elisén, los cuales assí mesmo no eran en los palacios ni menos las armas de su señor con que tuvieron por cierto que los tres partieran de compañía. Y como muchos cavalleros de la casa del emperador se ofreciessen para ir en su demanda, les fue defendido por el mesmo emperador que no fuessen, considerando que pues el príncipe, su fijo, tan secretamente se había partido, puesto que lo hallassen no bolvería con ellos, sospechando otrosí que en alguna demanda de la donzella Danela yva, por donde todos quedaron con gran desseo de saber dél algunas nuevas.

Pero como el cuidado que Nestarcio tenía de la batalla que por liberación de la princesa Arinda había de hazer, junto con el desseo de verla, no le consentiesse dormir descansados sueños, no pudo tanto tiempo que antes de dos horas no recordasse haziendo ante sí venir la donzella Danela, porque al tiempo qu'él ende llegara, avía passado a una iglesia a oír missa e [cuando] bolvió ya lo había hallado durmiendo, la cual le dixo:

–Bien se parece, mi señor, que no se ha por vos puesto en olvido lo que prometistes. Plegua al alto señor de vos lo galardonar conforme a vuestro merecimiento e poner a mi señora en corazón que assí vos lo agradezca como lo yo servir desseo.

A la cual, Nestarcio dixo:

–Si de la primera hora, mi verdadera amiga, que fui por vos sabidor de la hermosura y peligro de la princesa, vuestra señora, mi corazón ha sentido mayor descanso que de la reduzir a mi memoria junto con la forma que para su liberación tener se debe, Dios sólo es d'ello sabidor, en el cual fío que lo guiará conforme a mis desseos, los cuales sed cierta que jamás perecerán hasta tanto que mi atribulado cuerpo pierda la desseada compañía del que lo rige.

Muy alegre se fizo Danela oído lo que Nestarcio dixera, porque conoció que amava a su señora sin conocerla, y no menos porque si la librava no podía hallar más alto príncipe ni apuesto cavallero por marido, de que no se le recrecería sino gran provecho por aver sido ella la causa y medio para lo levar a Costantinopla. Y como esto por el pensamiento le pasasse, dixo a Nestarcio:

–No tengáis tan poca confiança, mi señor, assí en el agradecimiento de mi señora como en el desseo que de vos servir yo tengo, porque si vuestra dicha fuere de la librar, por muy cierto podéis tener el galardón tan cumplido que vos no pueda quedar d'entrambas ni de ninguna quexa ni descontentamiento. Por ende, descansen vuestro corazón e fuelgue, porque yo fío en Dios si nos damos la priessa que conviene y llegamos a tiempo que se vos otorgue librarla, que se no dexarán de cumplir nuestras voluntades pues ninguna excede los límites de la razón y devido.

Tan alegre fue Nestarcio oído lo que por Danela se dixera que se no pudo sufrir sin dezirle:

–Plega a Dios, mi verdadera amiga, que assí se cumpla como lo vos dixistes.

Lo que no pudo dezirle sin algunas lágrimas que a discorrer començaron por los ojos del virtuoso príncipe, al cual el ravisoso huego de amor començava de dar algunos sentimientos en tan tierna edad, porque de sentir no dexasse alguna parte de su poder. Pues aquel calor tan nuevo como aplazible lo forçava, que por lo exterior, aquellas amorosas llamas que de su propia voluntad a encenderse començavan, señalasse de suerte que se muy bien conocía.

Passada aquella plática, de la que Nestarcio jamás quisiera dexarse, se sentaron a las mesas adonde muy poco fue su comer, puesto que de mostrar no dexasse alegre

semblante porque ninguno creyese que el poco esfuerzo de su corazón, sabiendo la afrenta en que había de verse, era la causa.

No gran pieza después de haver comido partieron dende por llegar temprano a un lugar que tres leguas distava de aquella villa. Pero antes de su partida, Nestarcio habló con el huésped y le mandó que si no podía aquella tarde, a lo menos en la siguiente mañana, fuese a Colonia y levándose el ciervo, que la donzella a su casa traxera de su parte, lo dicesse a la infanta Polidia y le alcançasse perdón por la desmesura que contra ella fiziera por se haver partido sin su sabiduría, diziéndole que lo causara el temor que tuviera que le no fuesse puesto estorvo en aquel camino, porque iba con gran desseo de dar cima en una estraña demanda de la donzella Danela, a la cual lo avía prometido, certificándola que muy cedo le embiaría su mandado y que entretanto la rogava suplicasse a los emperadores, sus señores, le perdonassen su atrevimiento y de rogar no dexasse a Nuestro Señor Dios que le ayudasse porque lo había bien menester.

Cuando el huésped oyó que aquel era el príncipe su señor, fincadas las rodillas le suplicó que, por los pequeños servicios e menor acatamiento que en su casa se le hiziera, le perdonasse, pues la ignorancia lo escusava en aquel caso de culpa, en enmienda de la cual lo certificava que haría cumplidamente lo que le había sido mandado, pues su dicha lo había hecho también andante que en alguna cosa lo pudiesse servir. Por donde no fue partido Nestarcio cuando el huésped, por cumplir aquel mandado con la diligencia debida, cavalgando juntamente con un fijo que tenía en sendos palafrenes muy andadores, levándose el ciervo se partió e dio tan buena priessa que aún no había una hora que anocheciera cuando llegó a Colonia.

E fue su dicha de llegar a tiempo que el emperador con la emperatriz e Polidia acabavan de cenar juntos, los cuales lo mandaron ante sí venir por saber qué priessa era la suya e la causa d'ella, porque assí se lo dixeran de parte del hombre, el cual, fincando las rodillas en el suelo, lo dixo al emperador:

–Yo vengo, muy alto señor, con mandado del príncipe, mi señor y vuestro fijo, para la infanta, su hermana, a quien traigo este ciervo con que a mi casa vino una donzella, en la cual estuvo hasta oy que llegó ende el príncipe con dos donzeles, e después de haver comido se partieron con la donzella que dixen, el cual cuando quiso partirse me mandó viniessen mañana con este mandado, lo que yo quise cumplir esta noche y aún se me ha hecho tarde, considerando el cuidado que d'él tener devíades. Por donde señor, vos suplico me mandéis mostrar la infanta, su hermana, para que pueda dezirle lo que más me mandó, aunque según la hermosura e gracia d'essa hermosa

donzella que junto a la emperatriz, mi señora, ser veo, no creería errar si afirmasse, puesto que no la conozca, ser ella la infanta, vuestra fija, a quien yo vengo e el mandado que dixे traigo.

Todos se folgaron de lo que Baderón, que assí se dezía aquel hombre, dixera, sino Polidia a quien no podía passar la saña que contra su hermano tenía, e otrosí porque Baderón loara su hermosura. A la cual, el emperador dixo:

–Paréceme, fija, que cuantos aquí son muestran alegrarse con saber nuevas del príncipe, vuestro hermano, sino vós que hos veo más sañuda e triste que antes que las supiésemos, por donde es bien oiáis lo que este buen hombre ha venido a deziros, por ver si con ello vos podrá passar alguna parte de vuestra saña.

–Bien sería, mi señor –dixo la infanta, cuasi sonriéndose de lo que el emperador dixera–, que todos lo sepamos, pues a cada uno no dexa de caber buena parte de la injuria.

Y bolviéndose a Baderón, le dixo:

–Levantaos, amigo, y dezid lo que hos fue mandado, porque yo soy la hermana d’esse también criado cavallero que os ha embiado.

–No lo dudo yo por cierto, mi señora –dixo Baderón–, pues antes que lo vos dixéssedes vuestros ojos me certificaron ser vós aquella hermosa infanta a quien yo vengo, porque conocidos están el agravio y prejuizio que se vos fizieran si no fuérades de estado conforme a vuestras gracias e hermosura dotada.

–No me Dios vala –dixo la infanta con una honesta risa–. Si yo cuidava reírme ogaño, según el príncipe, mi hermano, me dixo enojado, por donde creo que vos buscó y fizo venir para que con vuestras burlas me hiziéssedes perder alguna parte de mi enojo.

–No es para mí tan pequeña merced, mi señora –dixo Baderón–, que antes de vos pedir por parte del príncipe, mi señor, el perdón del enojo que vos fizo, le sea por mi causa e medio perdonado porque se yo muy cierto que no dudara él de dar una de las mejores ciudades del imperio porque lo perdiérades. E porque veáis que a ninguno le ha pesado tanto enojar ni con gran parte como a vós, mi señora, diré lo que por él me fue mandado que vos dixesse.

Entonces le contó todo lo que por Nestarcio se le dixera sin faltar cosa, con que en alguna manera mostró quedar con menos quexa e enojo que d’antes, y el emperador más satisfecho de lo que sospechara, puesto que por ende no dexaron todos de derramar algunas lágrimas con soledad de aquel príncipe que sobre todas las cosas d’este siglo amavan, señaladamente habiendo oído la afrenta y peligro en que el hombre dixera que

se había de ver, la cual si bien supieran no dexaran de proveer con todas las diligencias posibles que no viniera en efecto. Por donde todos rogavan a Nuestro Señor Dios con mucha devoción lo guiasse e librasse d'ella, assí como tenía el poder.

E como con hablar de Nestarcio en aquella sazón gustassen mayor sabor que en todo lo al que platicar podían, rogaron a Baderón que les contasse otra vez e más por extenso assí las nuevas que les ya dixera, como todo lo que había podido saber de la donzella que iva con el príncipe sin faltar cosa, lo que por Baderón no se difirió contándolo tan extensamente e con tanta gracia que ninguno hubo ende que allende de se folgar en oírlo no lo juzgasse por hombre de buen juicio, señaladamente los emperadores con la infanta, los cuales por le satisfazer su trabajo e sobre todo la buena voluntad e diligencia que en les traher tan alegres nuevas había mostrado le mandaron dar tanto haver que Baderón solamente juzgó por satisfecho, pero por bien andante, porque de allí adelante muy poca necessidad tuvo de acoger huéspedes para bivar como antes.

E como ya fuesse tarde, el emperador con la emperatriz y Polidia se fueron a sus aposentos, dexando a Baderón con su fijo para que cenassen y descansassen del trabajo que passaran en venir con tanta priessa, como se os ha contado. Puesto que el reposo e descanso no le duró mucho a Baderón aquella noche, antes jamás pudo dormir desseando la luz del día para bolverse a su casa con lo que se le había dado, porque era tanto que teniéndolo en su poder aún no creía sino que lo soñava, por donde no vía la hora de ser dende partido e llegado a su casa, assí como lo fizo luego que començó de amanecer, no se olvidando de dar muchas gracias a Nuestro Señor Dios por la merced que le había fecho.

¶Capítulo v. De cómo el príncipe Nestarcio con su compañía llegó a un castillo de un cavallero llamado Equivalio, e de lo que ende supo e passó.

No era menos el cuidado e desseo que el príncipe Nestarcio tenía porque la noche se le hazía tan larga e enojosa, aunque no era de las del invierno que el de Baderón, puesto que por diversos respectos, por razón que el sueño que pocos días antes le era aplazible, en aquella sazón le era tan enojoso que ninguna cosa aborrecía tanto, porque entre las otras cosas le impedía que no pudiesse todo el tiempo

que quería hablar con Danela de las cosas de su señora e pensar en su estremada hermosura, otrosí porque le parecía que el dormir era un perdido tiempo en el cual no se podía obrar auctos ni ejercicios virtuosos.

Por donde no pudiendo con aquellos nuevos e aquexados pensamientos sufrirse en el lecho, se levantó antes que amaneciese e recordando Brimarel y Elisén que a su lado dormían, por cobrar lo que en la precedente noche perdiera, les mandó que adereçassen lo que convenía para seguir su camino, lo que sintiendo Danela no fue perezosa en se levantar e mandar a su escudero que lo mesmo hiziesse porque por su causa no se difiriesse la partida. Por donde en breve tiempo, después de armado Nestarcio, partieron en tan buena hora que aún no había bien esclarecido, y como el desseo de aquel príncipe en aquella sazón no fuesse sino de hablar, como se os ha dicho, de la princesa Arinda a quien había ya tomado por señora, jamás por el camino con Danela hablava de otro.

Por el cual andovieron algunos días sin hallar cosa que para contar sea. En cabo de los cuales, salidos del imperio de Alemania e entrados en el reino de Ungría, oyeron dezir que un cavallero que guardava un passo de un vado, por donde Nestarcio había de passar, hazía grandes cosas en armas, e que no viniera por aquel passo de muchos días ningún cavallero que de los primeros encuentros de la lança no lo hoviesse derribado e vencido, lo que hazía por servicio de una donzella cuyo cavallero era a quien afincadamente amava, creyendo que siguiendo la de aquella suerte ganaría su amor.

Y llegado una tarde Nestarcio con su compañía a dos leguas de aquel passo, alvergó en un castillo el cual era de un cavallero anciano que en su tiempo había sido muy bueno y erforçado, y era padre de aquella donzella por cuyo servicio Aspalión, que assí se dezía aquel cavallero, guardava el passo del río que se vos ha dicho, por donde e por el mucho tiempo que lo guardava lo llamavan Aspalión del Vado.

En aquel castillo fue muy bien recebido Nestarcio por el señor d'él, assí porque lo tenía por costumbre como por parecerle de alta guisa y la compañía que traía honrada, no se dexando de maravillillar cuando fue desarmado de lo ver tan niño y apuesto e de la riqueza de sus armas e guarnimento de su espada que parecían carecer de precio.

Y porque la vista de aquellas cosas le acrecentava el desseo de saber quién era, le començó de preguntar algunas d'ellas con que pudiesse descubrir algo de su hazienda. Pero Nestarcio le respondió a todas tan cueradamente que Equivalio, que assí había nombre el señor del castillo, teniendo más sabor de saberla le dixo:

–Pues por nuestra passada plática, esforçado cavallero, no havéis de conocer dexado el desseo que yo de saber tengo vuestro nombre y hazienda. Suplícoos no me juzguéis por importuno ni desmesurado, si vos lo pedir entendiere por merced muy señalada, pues vuestra persona me ha dado para ello causa y atrevimiento. Aunque si vuestra voluntad es de encubirla, assí por conocer que no soy d’ello merecedor como por cualquier otro respecto que vos no satisfaga, yo lo terné por tan bueno que conoceréis que por razón de me lo negar no se vos hará en mi casa menor servicio sino tan cumplido como si me fuesse por vós declarado.

Viendo Nestarcio con cuanta afición aquel cavallero lo que le preguntara saber desseava, junto con el comedimiento que en todo tuviera y con quanto amor y voluntad los había recibido, y por ende pareciéndole que en no se lo dezir le había desaguisado, le dixo:

–Aunque a todos los del mundo encubrir entendiese mi nombre y hazienda, virtuoso cavallero, conociendo vuestro merecimiento y desseo, los cuales para cosas de mayor cualidad se conoce estenderse, dende agora soy más que contento de vos lo dezir con que se tenga en aquella poridad que vieredes ser devida, para me no poner en mi camino estorvo ni impedimento alguno.

Entonces le dixo quién era, puesto que no la causa porque a Costantinopla iba. De que Equivalio no dexó de se mucho maravillar, aunque creyendo muy bien todo lo que le dixera, porque su presencia dava para lo creer muy verdadero testimonio. Y queriéndole por razón de aquella merced que le hiziera hazerle la medida que le era devida, Nestarcio lo detuvo rogándole que no curasse de le hazer mayor acatamiento que de antes. Y dicho aquello los llamaron para que a cenar fuessen, y al tiempo que se querían assentar en las mesas vieron a Danela que en compañía de la hija de Equivalio, llamada Asserina, venía para los servir, lo que por Nestarcio no fue permitido. Antes, dixo a Danela:

–Paréceme, virtuosa donzella, que en breve tiempo avéis vós alcançado lo que a ningún cavallero, por muy orgulloso y esforçado que fuera, se le otorgara en muchos años, según veo essa hermosa donzella mostrarse contenta de vuestra guarda y compañía.

–Pues assí es, esforçado cavallero –dixo Danela–. Hagamos gracias al Alto Señor porque no quiere que pasemos el trabajo de nuestro camino sin algún descanso, e señaladamente tan cumplido como de la vista e plática d’essa graciosa donzella se recrece.

Dicho lo cual, Nestarcio las recibió haziéndoles grande honra e mesura, assí por amor de Equivalio como de su fija Asserina, los cuales eran de todo merecedores. E puesto que Asserina no fuesse menos sesuda que hermosa, en el tiempo de la cena no dexó de conocer que a la apostura e gracia de Nestarcio ningún cavallero de cuantos había visto igualava. Por donde se holgava tanto en mirar lo que algunas vezes se descuidava de lo que los circunstantes podrían ver, señaladamente cuando vía o sentía que sospirava, porque estrañamente desseava saber la causa pensando en la qu'él se le causava aquellos descuidos.

Alçadas las mesas, Equivalio, en presencia de todos los que ende eran, dixo a Nestarcio:

–Si por yo no conoceros, virtuoso cavallero, en alguna manera errare, assí en el acatamiento como en el servicio que a vuestra persona se debe, no seré de culpar pues mi costumbre es hazer a todos los cavalleros que de mí e de mi casa quieren servirse igual tratamiento e servicio, si por alguno d'ellos no se me manifiesta su hazienda, porque entonces no se dexa de hazer por mí lo que se me otorga porque se no partan quexosos ni descontentos. Pero dexado esto aparte, pues de semejantes servicios por los buenos no se ha de juzgar más de la voluntad y ésta no dexa de estar aparejada para siempre que menester sea, verné a lo que para mi descanso con los más d'ellos platicar acostumbro, por ver si de alguno podré alcançar algún buen consejo e consuelo. Por donde conviene certificaros, esforçado cavallero, que ha muchos años que yo casé con una donzella, hija de una cavallero, señor d'este castillo, con cuya compañía bivimos cerca de treinta años, en los que les plugo a Nuestro Señor Dios alegrarnos con darnos esta fija, pues antes d'ella jamás mi muger avía concebido otra.

»Y no tenía tres años cumplidos cuando los padres de mi muger fueron por él llamados para que le diessen la general cuenta de sus vidas, por donde quedamos huérfanos y sin más consuelo d'esta fija. Y como mi muger más de lo devido hoviese sentido la pérdida de los que la engendraron, passaron dos años después de muertos sus padres que murió de una grave y larga dolencia, dexándome con tanta soledad que ha sido gran maravilla no haver yo salido de mi seso ni perdido la vida, para el remedio de lo cual no fallé más consuelo de pensar y tener por averiguado que si yo moría, mi hija quedaría huérfana y sin saber de quien pudiesse confiarla. Por donde me sufrí algunos años hasta que, para renovación de mi dolor y passadas pérdidas, vino una noche a alvergar en este castillo un cavallero mancebo llamado Aspalión del Vado, por lo que adelante oiréis, el cual mostró pagarse tanto de mi hija que no se acordando del

acogimiento y servicio que había recibido, ni menos que se hallava en mi casa y presencia, le dixo:

»—Pues el alto señor tan gran merced me ha hecho, ¡oh, más hermosa donzella de cuantas yo he visto de me traer a este castillo!, en el cual se me ha otorgado veros y gozar del deleite que de vuestra graciosa vista se recrece, dende agora vos juro y doy mi fe y palabra que jamás otra sino vós será de mi corazón señora. Por donde vos suplico que me no neguéis el nombre de vuestro cavallero, con el cual yo fío en aquel señor que aquí me venir fizo, que haré tales cosas que vos no pese jamás de me lo haver otorgado.

»Y como mi fija tan aquexado lo viesse temiendo que si de se lo otorgar dexava con alguna desesperación, pudiera a más de lo que pidiera proceder, le dixo que dende entonces se lo otorgava por ver a cuánto se estendería su esfuerço. Tan alegre mostró quedar Aspalión de la respuesta de mi hija, que cuasi fuera de su juicio le besó las manos puesto que lo rehusasse. Y sin más atender se fue a Belgrado, adonde en pocos días se dio tanto a conocer que en todos exercicios que en armas ende se hizieron siempre levó lo mejor, tanto que el rey por lo ver tan diestro y esforçado le rogó que en su casa biniessse, ofreciéndole gran quitación y mercedes, lo que Aspalión no quiso otorgarle dando para ello sus honestos achaques. Antes vino a un passo que hay de aquí a dos leguas de un río, el vado del cual ha cerca de seis meses que guarda. En todo el cual tiempo no ha venido cavallero a passar por ende que de los primeros encuentros de las lanças no lo haya derribado.

»Todo esto he querido dezir, virtuoso cavallero, por dos causas. La primera porque si entendéis passar por aquel vado, no podéis escusar con él la batalla, lo que yo querría que se escusasse, porque puesto que a vós no falte corazón ni esfuerço, fáltaos el uso de las armas, en el cual Aspalión está muy exercitado. Otrosí la edad porque en vós no la veo tan cumplida como para semejante exercicio se requiere. Aunque por otra parte, hallo un inconveniente: que siendo por aquel passo vuestra derecha carrera, si havéis de ir por otra parte, no podéis dexar de rodear cerca de dos jornadas a causa que la hondura del río lo impide. La segunda es por saber vuestro parecer *circa* lo que de mi fija vos dixe, porque por muy cierto tengo que si la casasse con otro no dexaría Aspalión, por todas las vías a él posibles, de le procurar la muerte, lo que según su esfuerço y favor no le sería muy difícil. Por donde creyendo alcançar alguna alegría por la ver casada, no querría que el dolor de la ver biuda lo sobrepujasse.

»Y por otra parte, no puedo conmigo acabar que Aspalión crea que, por miedo ni recelo de lo que él hazer puede, dexo yo de casar mi hija a mi voluntad, de suerte que

por todas partes se ofrecen tantos contrarios que ni sé ni puedo determinarme. Por donde recibirá de vos, esforçado cavallero, señaladamente merced que me aconsejéis en esto lo que vos pareciere que hazer devo, pues assí con vuestro buen juicio como con la desocupación de mis pensamientos podréis mucho mejor que yo determinar lo que hazer devo, según el mío está ocupado d'ellos.

Oído por Nestarcio todo lo que Equivalio dixera, no tardó en le responder diziendo:

–Escusada cosa parece, virtuoso cavallero, siendo vós assí por vuestra naturaleza como por la antigua experiencia que a mí falta, tan entendido assí en los fechos d'esta calidad como en cualquier otros, pedir parecer ni consejo a quien falta edad y razón para los propios suyos. Pero porque no entiendo dexar de satisfazer a lo que vuestra virtud me obliga, yo trabajaré de vos dezir lo que en ello alcançar puedo, y para lo mejor cumplir esta noche passaré por ello y en la mañana, si vos pluguiere que vamos alguna parte del camino juntos, vos diré lo que me havrá ocurrido.

Por donde pareciéndole a Equivalio que lo havia bien acordado, le dio las gracias que se le otorgaron por aquel trabajo que por su causa se ofreciera tomar. Y después de aquellas y otras razones que sobre la mesma práctica sobrevinieron, viendo que buena parte de la noche era passada fueron a se [a]costar, levándose Asserina a Danela para que con ella durmiese, aunque más por saber quién era Nestarcio y a dónde iba, porque, como se os dixo, estava d'él muy pagada por donde tenía aquel cuidado y desseo.

¶Capítulo vj. De lo que al príncipe Nestarcio se le representó aquella noche en sueños y del consejo que en la mañana dio a Equivalio, y de lo que más passó.

Tan afincadamente rogó Asserina a Danela, después de acostadas, que le dicesse quién era Nestarcio, que pareciendo a Danela que no se lo debía encubrir, assí por le desviar algún mal pensamiento si lo tenía como porque lo no dexaría de tener en la poridad que debía, siendo tan virtuosa donzella como mostrava, le dixo assí quién era como la causa porque iba a Costantinopla, de que Asserina mucho se maravilló, considerando que un príncipe tan alto y de tan poca edad

fuesse de su grado a poner su vida en tan gran peligro. Por donde lo juzgó por muy valeroso loando la buena obra que para hazer iva, señaladamente no haviendo jamás visto la princesa Arinda. Y con aquella plática passaron buena pieça hasta que el sueño la interrompió.

Cuando Nestarcio fue en su lecho acostado, no se olvidó de pensar en lo que Equivalio le dixera, assí en lo de su hija como en la batalla que con Aspalión le convenía hazer. Por donde después de haver passado gran parte de la noche platicándolo consigo, junto con la determinación que para entrambos casos convenía, trabajó de halagar sus sentidos de manera que el sueño le sobreviniese, por dar a su fatigado cuerpo algún pequeño descanso, lo que hazer no pudo hasta tanto que la mayor parte de la noche fue passada, porque los cuidados de su señora y de las batallas de Aspalión y de Fulvián no lo permitían.

Pero cuando el cansancio pudo aquel impedimento vencer, no tardó en adormirse y en soñar: que después de haver muchos días caminado, llegava a una grande ciudad y de altos y hermosos edificios, andando por la cual se maravillava de la ver tan poblada que le parecía que no podía haver en el mundo su igual. Y juntamente que con una dueña de gran autoridad entrava en una torre adonde Danela los guiava, en la cual hallava una donzella a su parecer la más hermosa y de mayores gracias de cuantas se acordava haver visto, de cuya vista se le recrecía tan grande deleite y espantos juntos que lo hazían temblar tanto que, no se pudiendo sobre sus pies tener, fíncava las rodillas en el suelo, pidiéndole por merced que d'él se doliesse. Y que aquella hermosa donzella, puesto que en mirarlo se mostrase doler de su pena, no bastava tanto aquella demostración que con ella se le acrecentasse su cuasi perdido esfuerço, hasta tanto que haviendo con aquella honrada dueña hablado, dirigiendo contra él su razón, le dezía que si le desseva la vida, trabajasse de librarla de un fiero dragón que en una grande plaça de aquella ciudad hallaría, el cual haviéndole ya roído la mayor parte de su honra y fama, con su insaciable hambre la estava esperando para le tragar el cuerpo y vida juntos, y que si lo matava no dexaría de hallar gran remedio para su pena.

Y que oído aquello, sacando aquella donzella con la mesma dueña de la torre, yva a buscar el dragón en la plaça que le dixera, y poniendo la donzella en la más alta parte de aquella plaça adonde el peligro del dragón temer no pudiesse, con muy gran desseo lo estava atendiendo, el cual no tardava de venir contra él con gran denuedo por le quitar la vida, pero que aprovechándose de su destreza le hurtava muchas veces el

cuerpo, llagándolo con su espada de grandes llagas. Pero que después de pasada gran pieza, no le aprovechando su destreza ni ardimiento, se hallava en los braços de aquel fiero dragón, el cual con todas sus fuerças trabajava de ahogarlo y con sus agudas uñas passarle las carnes hasta las entrañas.

Por donde viéndose en tan grande aprieto y peligro, sacando de su grande esfuerço dobladas fuerças, le puxava una pequeña daga que traía por entre las ingles, con tanta fuerça y causándole tan gran dolor y daño juntos que assí, por aquello como por la ravia de la muerte que de aquella llaga se le causava, cuasi en el mesmo instante dava el dragón tan espantable bramido que allende de causar a todos los que en aquella plaça su batalla miravan grande espanto, quedava él juncto al dragón cuasi muerto y sin algún sentido, por donde recordando Nestarcio tan atormentado y lasso como si aquella batalla en efecto passara, dixo:

–¡O, Señor Dios, valedme, que me muero!

A las boces del cual, Elisén y Brimarel, que junto a su cama dormían, recordaron y saltando presto del lecho fueron por ver lo que su señor quería, al cual hallaron que no podía hablar, por donde, queriendo salir de la cámara para pedir lumbre, él los detuvo diziendo muy a passo que se sufriessen porque ningún mal tenía, assí como era verdad, porque en poco espacio cobró su perdido esfuerço y sentidos, de suerte que se no parecía en él haver passado cosa de las que havéis oído.

Y pues vieron que ya no podía tardar el día, se començaron de vestir, y aún no lo havían acabado cuando la resplandeciente alva començó de dar los acostumbrados señales de su salida, por donde Brimarel fue para adereçar sus cavallos, quedando Elisén para ayudar a armar a Nestarcio. Y como Equivalio lo sintiesse, no tardó en recordar las donzellas, las cuales fueron tan presto vestidas que por ellas no se detardó la partida. Por donde todos juntos partieron, por causa que Nestarcio rogó a Equivalio que tuviesse por bien de ir con él y levar su hija hasta el passo que Aspalión guardava, assí porque viessen cómo lo hazía su cavallero contra los caminantes como porque podría ser que le hiziesse más de lo que cuidavan, lo que assí a Equivalio como a su fija no desplugo, la cual estrañamente desseava ver la batalla de aquellos dos cavalleros, pareciéndole que se no podrían hallar sus iguales, assí al uno en estado como al otro en esfuerço y bondad.

Y assí como a caminar començaron Nestarcio con Equivalio, dexando passar delante toda su compañía, quedaron los postreros por ir a su plazer, hablando en lo que se les ofrecería, por donde al tiempo que Nestarcio vido conveniente sazón, le dixo:

–Anoche vos rogué, virtuoso cavallero, que para que con mayor acuerdo pudiesse mi parecer dezir acerca de lo que de mí saber quisistes, vos sufriéssedes hasta agora. Y puesto que mi edad y esperiencia no sean para tanto bastantes, el desseo de vos complazer me ha dado causa que vos diga lo que oiréis: Aspalión es tan buen cavallero, según suena d’él la fama y vos me havéis dicho, y tan preciado del rey d’este reino y de aquellos que de su persona y obras tienen noticia, que muy pocos se hallarían mejores ni sus iguales. Por donde desseando él a vuestra hija para que d’él sea señora y compañera, por aquella vía que son los desseos lícitos y la honra, no se menoscaba, no sé yo que se pueda ofrecer contrarios de tanto peso que al menor quilate de su bondad igualar pueda, puesto que no posea más de un cavallo y armas, pues aquellos que claro juicio alcanzan en semejantes casos, no acostumbran buscar más de las virtudes y bondad y no los otros temporales bienes.

»Por donde por mí no se alcanza que en le otorgar vuestra fija por muger, se vos pueda seguir menos honra y descanso que si a otro cavallero que muy rico fuesse la otorgássedes, porque conociendo Aspalión que sola su bondad vos mueve a lo querer por fijo, averiguado está que siendo tan virtuoso no solamente vos obedecerá como a su propio padre, pero honrará vuestra fija más como señora que como muger, porque para lo así hazer lo forçarán el amor que le tiene junto con la voluntad que havrá en vos conocido. Por donde vuestro corazón no solamente se alegrará por razón del gozo presente, pero descansará y será aconsolado de las passadas pérdidas en lo venidero, lo que vos podría al revés suceder si con otro que a vuestra hija no amasse ni a vos fuesse en la obligación que vos él será, la casássedes, como por la mayor parte vemos que los casamientos que se hazen, teniendo por último fin los precederos bienes y no las virtudes y bondad, pocas o por dezir mejor ningunas vezes se aciertan, porque tiran al hito precedero dexando aquél que perecer no puede.

»Y de aquél vengo a dezir que si un cavallero tan preciado como Aspalión amasse cualquier donzella del imperio, que si Nuestro Señor Dios por bien tuviere ha de ser mío, aunque de gran estado fuesse, lo dexaría yo de trabajar que por muger se la diessen sus padres, puesto que para lo efectuar se le hoviesse de dar por mí alguna parte de mi estado, por lo poder tener en mi compañía y servicio. Pues la bondad de un cavallero no tiene estima ni precio, señaladamente cuando por sí mesmo se alcanza y merece por ella ser honrado sin la haver de sus padres heredado.

»Esto es, mi verdadero amigo, lo que mi flaco juicio y menor experiencia alcanzan en este fecho, aunque para mayor satisfacción mía querría saber la voluntad de

vuestra hija, porque concurriendo en ello, con mayor fundamento se podría mi parecer poner en efecto. Y si el descontentamiento que vós de Aspalión tenéis, no es por más del atrevimiento que de hablar a vuestra hija en vuestra presencia tuvo, no devéis dexar de perderlo, pues Amor forçó las potencias de su lengua para que lo dixesse, el cual a ninguna cosa tiene consideración ni respecto, aunque no querría hablar en esto, pues no se me otorgaría disculpar a otro sin que a mí dicesse mayor culpa. Porque si Aspalión, viendo la hermosura y gracia de vuestra hija fue forçado dezirte lo que oísteis, algo menos tiene de culpa que aquél que de su propia voluntad va a buscar la muerte por servicio de quien jamás vido ni conoció, ni sabe si en algún tiempo le será agradecido. Pero tornando a nuestra primera plática, llamad si vos parece vuestra hija porque sabida su voluntad podáis con mayor acuerdo determinaros.

Maravillado quedó Equivalio del saber y discreción de Nestarcio, porque a maravilla le pareció bien cuanto dixera pues en ello mostrava ser precizador de la honra y bondad, aunque con gran desseo de saber por qué fin havia las postreras palabras de su razón dicho, pareciéndole cosa muy grave que un príncipe tan alto y de tan poca edad hoviesse ya su coraçón otorgado a quien no conocía. Por donde estuvo para se lo preguntar, pero acordándose que cuando por su nombre y hacienda le preguntó, no dexó de se lo dezir con mucha voluntad, callando la causa de su camino. Acordó de sufrirse otrosí porque le pareció que a tan alto hombre no se debía preguntar más de lo qu'él de su propia voluntad a dezir se comediría, y en fin de sus pensamientos le dixo que le tenía en merced el trabajo que de cuidar en sus fechos tomara para satisfacción y servicio, de lo cual suplicava a Nuestro Señor Dios le dicesse por ello el galardón devido, pues sus fuerças eran muy pequeña cosa.

Y que pues le parecía que se debía llamar su hija para aquel efecto que a él no le dexava de parecer lo mesmo, pues aquello era lo más firme y seguro, por donde llamándola después que en medio d'ellos la tuvieron, Nestarcio, rogado por Equivalio que le él hablasse, dixo:

–Aunque según la obediencia que los hijos a sus padres deven, virtuosa donzella, el vuestro ninguna necesidad tuviesse de vos dar razón en cualquier cosa que de vuestra persona fuesse su voluntad de disponer, considerando cuán obediente vos ha siempre conocido para seguirla, ha determinado en lo que yo vos diré saber la vuestra, porque si con la suya conformare con mejor ánimo, pueda ponerla en efecto y viniendo al caso no se ha de creer que sea fuera de vuestra memoria lo que con Aspalión del Vado en vuestro castillo vos avino, y de cómo por razón d'ello le otorgasses nombre de

vuestro cavallero. Y lo que después ha hecho en vuestro servicio y la honra y prez que con él ha ganado y lo que aún haze por acrecentarla, por donde, considerado por vuestro padre su valor, ha determinado perder la mala voluntad que por razón de la desmesura que le hizo contra él tenía, y lo precia cuanto es razón y debido por sus virtudes y bondad. Y allende d'esto por se lo yo haver rogado entiende de lo tomar por hijo, porque pueda recibir cumplido galardón de los servicios que vos hechos tiene, aunque todo esto se entiende concurriendo en ello vuestra voluntad para declaración de la cual havéis sido llamada, poque sabida se pueda su parecer confirmar o revocar según ya dixere.

Oída por Asserina la razón de Nestarcio y vista por ella la voluntad de su padre, de buen grado otorgara su poder a quienquiera que su corazón supiera para que le respondiese por ella, porque la vergüença le impedía tanto las potencias para aquel efecto que buena pieça passó sin poder ni saber dezir lo que en su voluntad estava, pero en fin pareciéndole que callando no cumplía con la mesura y acatamiento que a aquel alto príncipe se devía, acordó de responder como lo hizo, que su voluntad y determinación havían sido y serían siempre de no salir a su señor y padre demandado, pues era cierta que le no procuraría cosa que fuesse para más de acrecentar su honra y contentamiento, sin lo cegar la buena voluntad o contraria que a ella siendo donzella, y no sabiendo lo que le convenía, podría engañar.

Tan grande fue el gozo que Equivalio sintió de las palabras de su hija, que luego le començaron de señalar sus ojos con algunas lágrimas de alegría. Y si a cavallo no se hallara no dexara él de la besar muchas vezes, assí por la obediencia que en ella conoció como por ver que si aquellos fechos perserveravan, según tenían los principios, no podía dexar de ser muy presto casada con cavallero a quien en aquel reino no sabían igual. Y cuando hablar pudo, suplicó a Nestarcio, el cual no menos alegre se mostrava de aquello que el mesmo Equivalio, que pues su voluntad y la de su hija eran para todo lo que se platicara conformes, si su batalla con Aspalión conociesse que les havia de quedar para siempre obligado, pues de su propia voluntad venían para hazer lo que por ventura pocas horas antes no se hiziera, aunque el rey se lo embiara a mandar hasta lo haver oído, al cual Nestarcio dixo que él tomava a su cargo porque no veía la hora en que aquel casamento fuesse fecho, assí por la discreción de su fija, la cual en poder de tan buen cavallero no podía dexar de ser bien andante, assí en ser amada como servida y honrada.

¶Capítulo vij. De las razones y justas que entre el príncipe Nestarcio y Aspalión del Vado passaron, y de lo que después de conocidos Equivalio y Asserina se hizo y ordenó.

Bien cerca eran llegados del río, cuyo passo Aspalión guardava, quando las razones del príncipe Nestarcio con Equivalio y Asserina huvieron el fin que se vos dixo. Y en el mesmo tiempo, haziéndose Nestarcio enlazar el yelmo y tomando la lança que Elisén le traía, rogó a Equivalio y a su hija con Danela que se arreboçassen los rostros porque no pudiessen ser de Aspalión con[o]cidos, assí como se hizo. Y no gran pieça después, llegaron al llano en que Aspalión tenía su tienda, cerca de un grande olmo no muy lexos del río, adonde vieron muchas lanças arrimadas al olmo y un cavallo que parecía bueno y como convenía, adereçado las riendas del qual tenía un donzel, el qual quando vido tan gran compañía acercarse llamó a su señor diziéndole la causa porque lo llamava. Por donde Aspalión no fue perezoso en se hazer enlazar el yelmo a sus escuderos y en salir de la tienda, tomar las riendas de su cavallo y de saltar sin poner el pie en el estribo en la silla, tan ligeramente que todos se maravillaron de su ligereza, aunque a quien mejor pareció fue Asserina, porque a maravilla quedó d'él por razón de aquello pagada.

Después de haver cavalgado, començó de venir a su passo contra Nestarcio, el qual ya iva contra él, haviéndose algún tanto de su compañía alexado. Y quando ya fueron tan cerca el uno del otro que se bien oír podían, Aspalión dixo a Nestarcio:

–Bien creo, cavallero, según vuestro continente, que no vos debe ser la costumbre de los cavalleros que por aquí quieren passar oculta, por donde conviene que os detengáis hasta que la ayáis cumplido.

–Y si yo no quiero cumplirla –dixo Nestarcio–, ¿quién me impedirá ni porná estorvo para que passar no pueda?

–Impedirlo he yo –dixo Aspalión– hasta que sea por vós mi costumbre cumplida.

–Pues sepamos –dixo Nestarcio– qué costumbre es la que de cumplir tengo.

–Que os havéis de combatir conmigo –dixo Aspalión– antes que se vos otorgue passar el vado.

–Y si no he d'ello sabor –dixo Nestarcio–, ¿quién me forçara que lo haga?

–¿No vos dixes ya –dixo Aspalión– que soy yo el que os tengo de forçar que passéis por mi costumbre, queráis o no?

–Saber querría cómo sufre el rey d’esta tierra –dixo Nestarcio–, que vós ni otros pongáis en los caminos ni fuera d’ellos costumbres ni derechos no devidos y que por razón d’ello no seáis castigados. Pues no me ayude Dios si yo las cumplo aunque vós queráis, sino passar por mi camino, pues es común para todos.

–No sin causa traéis vós essas armas tan sanas –dixo Aspalió–, pues con palabras trabajáis de escusar las batallas, aunque no sé si creer deva que las traéis hurtadas y para vender

–¿También hos han de dar a vós essa cuenta? –dixo Nestarcio.

–De todo la tengo de tomar de vós –dixo Aspalió–, pues andando en traje de cavallero buscáis modos para no exercitar lo que tan alta orden requiere. Si por ventura lo avéis por no perder alguna de las perlas de la orladura, deviérades dexar las armas en vuestra tierra, para que después de vuestros días, los cuales no serán pocos según sabéis guardarnos, las pongan sobre vuestra sepultura por memoria de las hazañas que con ellas hezistes y del prez y honra que ganastes, con tan grande ardimiento y destreza de lengua como los otros de esfuerço y de manos.

No pudo sufrirse sin reír Nestarcio con toda su compañía, que ya en aquella sazón era ende llegada, de lo que Aspalió dixera e del menosprecio que de Nestarcio hiziera, el cual por ver si le diría más de lo passado, mostrando mayor flaqueza que hasta entonces, le dixo:

–Por más que vós, cavallero, digáis, no creáis que me tengo de enojar, pues en los casos de necesidad no conviene menor sufrimiento para dissimular las injurias que en los otros esfuerço y essecución para castigarlas como conviene. Esto digo porque me no querría entremeter ni haver con vós batalla, assí por no gastar mis armas porque las he para cosas de mayor peligro menester, como porque voy a dar derecho a estas donzellas de un agravio que les ha sido hecho, y no querría que mi tardança lo estorvasse ni por razón d’ella e les recreciesse algún daño.

–Dios no me vala si vos passáis sin cumplir mi costumbre –dixo Aspalió–, aunque tengáis más artes que un raposo, si ya no me dexáis las armas y juráis de nunca vos armar otras.

–Gracias a Dios que no son de lobo como las vuestras –dixo Nestarcio–, pues con nombre de cavallero usáis officio de salteador, dando a entender que por servicio de una donzella guardáis el passo, lo que si assí fuesse, diziéndovos yo que iva para dar derecho a estas donzellas, no pusiérades estorvo en mi camino porque d’esta manera

[s]e acostumbran de servir las donzellas y no con forçar los caminantes, y menos robarlos.

–Vós enredaréis cuanto quisiéredes –dixo Aspalión–, pero lo que yo dixere no dexará de cumplirse, porque a las donzellas no dexaré yo de servir como conviene y aventurar para ello mi vida, si ya no fueren pleitos que por palabras se ayan de ganar, porque si d’essa calidad son, dende agora las dexo para vós como más diestro.

–Pues todavía queréis haver conmigo batalla –dixo Nestarcio– e yo no puedo d’ella escusarme, dende agora digo que so contento pero con esta condición: que fenezca en las justas pues no vos faltan lanças, y el que de nosotros primero cayere sea tenido de cumplir, so pena de falso y perjuro, lo que por el que lo derribare le será mandado.

–Ya veo que lo hazéis por guardar las armas –dixo Aspalión–, pero fágase de la manera que havéis dicho, solamente porque vean vuestras donzellas cómo sabéis defenderos, aunque todavía temo que no vos dexéis caer del cavallo antes que mi lança os alcance, por donde ni yo ganaré en ello honra ni lo podré poner en cuenta de servicio a mi señora Asserina.

–Mayor será el que yo le haré en mandaros que no la enojéis –dixo Nestarcio–, pues no se ha de creer que vos tenga por menos importuno que yo por porfiado, por donde punad de vos tener bien en la silla, porque assí me ayude Dios que os tengo de hazer cobrar en este día lo que en muchos años por ventura no cuidávades.

Y dicho aquello, bolvió para tomar del campo, dexando [a] Aspalión tan sañudo que si no creyera darle prestamente el pago de su atrevimiento, rebentara con pesar, con el qual bolvió su cavallo y con tan conocida saña que bien conocieron todos que tomar Nestarcio tanta parte del campo le era odioso, según tenía desseo de castigarlo. Por donde quando vido que ya contra él venía, arremetió su cavallo con tan gran furia que, aunque más lexos estuvieran no dexaran de se encontrar tan presto como se encontraron. E de tan poderosos encuentros en los escudos que las lanças bolaron en infinitas pieças por el aire. Y con la fuerça de los encuentros, los cavallos se desviaron de manera que sus señores no pudieron juntarse de los cuerpos, puesto que Aspalión perdió las dos estriberas, e le convino por no caer mostrar toda su destreza, assí como lo hizo abraçándose con el cuello de su cavallo.

E al tiempo que pararon, Aspalión, con la saña que ya tenía y la que le sobrevino por lo que en la justa le siguiera, mandó a sus escuderos que le traxessen las dos más gruesas e fuertes lanças que hallarían al olmo arrimadas, las cuales embió a Nestarcio

para que escogiese la que mejor le pareciera. Assí como la escogió, bolviéndole a él la que Nestarcio dexara, e tornando como de antes el uno contra el otro, con tan gran velocidad e furia que no se parecía d'ellos más del polvo que sus cavallos, crudamente aquexados, movían. Por donde se vinieron a encontrar tan presta e duramente que Nestarcio perdió la una estribera, pero Aspalión, sin poder resistir a tan poderoso encuentro, fue de la silla lançado. Puesto que le ayudó mucho su esfuerço e destreza en caer de pies, pero como no huviesse dexado las riendas de la mano fizo enarmonar el cavallo tan alto y de tal suerte que fue maravilla cómo no cayó sobre él, aunque le valió desviarse a una parte porque de otra suerte no pudiera si no hazerle algún daño.

Quien en aquella sazón el gesto de Asserina mirara, muy poco tuviera que hazer en conocer su pesar e temor, señaladamente al tiempo que el cavallo de Aspalión vido enarmonado, creyendo que sobre él caería, porque puesto que lo huviesse siempre encubierto no dexava de amarlo, conociendo la razón que para ello tenía, aunque mucho se asseguró del temido daño cuando su espada en la mano lo vido venir contra Nestarcio diziendo:

–Si soltar quisiéssedes, cavallero, la condición por vós puesta, aún ternía esperança de ser alegre, haziendo mejor lo que soy tenido con esta espada que no fize con la lança, pero si vos no plaze, veisme aquí presto para cumplir lo que por vós me será mandado.

–Essa no soltaré yo por cierto –dixo Nestarcio–, pues podría ser que mi sobervia me hiziesse perder en la segunda batalla lo que me hizo humildad ganar en la primera, porque de otra suerte no dexa de ser averiguado que mis fuerças contra tan buen cavallero como vós, siendo tan pequeñas muy poco pudieran aprovecharme según la grandeza de las vuestras, quanto más que si lo que se ha hecho por alguna vía pudiera escusarse, no se hiziera por lo que yo vos precio por vuestra bondad e virtud. Pero dexado esto para su tiempo, e viniendo a lo que de vos mandar tengo e avéis de cumplir, yo vos mando que lo más cedo que se vos otorgare, pues para lo cumplir no se vos ofrecen contrarios, en compañía d'este cavallero del cavallo ruano y de la donzella del palafrén blanco –señalando a Equivalio e Asserina–, vos vais a Belgrado adonde se dize que tiene el rey su assiento, e en su presencia vos desposéis con ella.

«E si el rey ende no estuviere, en la del cavallero a quien el cargo del rey no queda, lo que digo por haver oído que el rey ha muchos días que es dende partido. E que después de desposados, fagáis todo lo al que para cumplimiento de verdadero matrimonio está por la iglesia ordenado, haziéndola señora de vuestro corazón e

amándola sobre todas las cosas que en este siglo pueden amarse. E al cavallero por su valor e el gran deudo que le tiene, sirváis e acatéis como a señor e padre, pues allende de las dichas causas su bondad e virtud lo merecen y la vuestra a ello vos obliga.

Dicho aquello, estuvo mirando Aspalión que con grandes sospiros a dezir començara:

–¡O, fortuna, para mí más que contra todos los nacidos esquivá, porque quesiste otorgarme esfuerço con que pudiesse algún prez y honra ganar entre tantos y tan buenos cavalleros que mi merecimiento no lo cabía! Y que de ver fuesse dichoso aquella hermosa Asserina, por cuyo servicio a cosas que mis fuerças e valor excedían, me atrevía para que en este punto se perdiessse todo junto con la libertad que de la servir e amar se me otorgava, forçándome que haya de emplear mis desseos en otra estraña, con cuya compañía haya de se ser mi vida tan triste como con mi señora la esperava alcançar deleitosa. Pues no creas poder tanto que bastes a mudarlos ni menos para sojuzgar mi primera voluntad, aunque mil muertes padecer supiesse e passar por todas me fuesse otorgado.

E volviéndose a Nestarcio, le dixo:

–Dios sabe, virtuoso cavallero, lo que mi coraçón sintió en el tiempo que por vós me vi en la justa vencido, porque mi locura era tan grande que lo no cuidava ser por dos cavalleros juntos aunque muy buenos fueran, pero considerando que otros de mayores fuerças e bondad han sido por los que les sobran vencidos, no dexé de me aconsolar y esforçar mi coraçón para çufrir cualquier cosa que para cumplir vuestra voluntad e mandado se me ofreciesse e ame sido la fortuna que dixé en todo tan esquivá que no sé si preciara más quedar sin la vida con que fenecieran mis penas que con ella para las sentir dobladas, porque si sólo atreverme a pensar que otra aya de ser, mi coraçón, señora, lo ternía por la mayor traición que jamás se hizo, quanto la cometería mayor si por temor de la vida lo pusiesse en efecto. Por donde, cavallero, si a vós pluguiere mandadme cosa que por mí pueda cumplirse e no lo que sin ser desleal y falso a quien jamás lo seré mandastes que cumpliesse.

Mucho se holgó Nestarcio de ver la firmeza de Aspalión, e por provarlo mejor, le dixo:

–Todavía, cavallero, vos digo, si no queréis venir a menos de lo que prometistes e alcançar nombre de falso, que cumpláis lo que vos ha sido por mi mandado, pues por cualquier vía que de lo cumplir dexássedes no vos podría huir el nombre que dixé.

–Yo no puedo sino morir –dixo Aspalión–, e con mi muerte cumplir vuestro mandado, pero ser falso y desleal nunca Dios quiera que lo yo sea a mi señora Asserina.

–Muy claro se parece, cavallero –dixo Nestarcio–, que no menos vos escusáis de cumplir lo que prometistes que yo poco antes de hazer con vós batalla, puesto que yo trabajava de escusar lo que sin menoscabo de mi honra se me otorgava lo que vos no podéis sin perderla. Pero porque veáis que vos cumplía más hazer lo que por mí se os mandava que no vuestras escusas e achaques, dende agora digo que aquella donzella con quien yo vos dezía que casássedes es tan hermosa e de virtudes cumplida como vuestra Asserina, y que vos no cumplía menos para vuestra honra y descanso alcançarla por muger e señora que la otra, a quien tan leal havéis querido mostraros que perder la vida lo tenéis por pequeño precio. Para la prueba de lo cual, si lo entendéis porfiar, seré contento de vos soltar la condición por mi puesta, e que con las espadas se determine, pues mandando lo que era vuestra honra y provecho havéis puesto por no complirlo achaques para vuestro daño. Con esta condición: que primero veais la donzella que dixes, porque si después de vista estuviéredes en vuestra primera porfía, vengamos a la batalla en el fin de la cual quede el vencedor por verdadero y el vencido por falso y a merced del otro.

Estremadamente se alegró Aspalión, oída la razón de Nestarcio, considerando que puesto que perdiesse la vida en aquella batalla no era para él tan gran pérdida como quedando con ella venir contra lo que a su señora prometiera, por donde le dixo:

–Pues no puede ser, cavallero, que essa donzella ni otra alguna sea igual en gracias ni en hermosura a mi señora Asserina. Quererla yo ver no me parece que aprovechara para más de perder e gastar tiempo, a cuya causa digo que la tengo por vista. E puesto que mucho valga e sea hermosa que en comparación de mi señora es ninguna cosa, por donde no puede escusarse nuestra batalla, a la cual vos ruego que cedo vengamos y se no gaste el tiempo que dixes, pues en essa contienda jamás seremos concordes.

–Si el tiempo para la batalla nos faltasse –dixo Nestarcio–, aún podría ser que de vos complazer no dexasse. Pero como para todo lo que suceder puede nos sobre todavía, quiero que veais la donzella e sean a ello presentes vuestros escuderos, porque si después no otorgáredes ser lo lo que yo dezía verdad y de vós no hoviere piedad ni merced en el fin de nuestra batalla, sean testigos de vuestra culpa y de mi descargo.

Pareciendo a Aspalión mil años cada punto antes de venir a la batalla, sin responder a Nestarcio llamó a sus escuderos, con los cuales se acercó a Nestarcio, el

cual ya había de su caballo decendido, mostrando que para hazer a pie su batalla. E haziendo lo mesmo Aspalión, se acercaron adonde la donzella estava, a la cual dixo Nestarcio:

–Porque este cavallero no quiere otorgar, virtuosa donzella, ser tan grandes vuestras gracias y hermosura como afirma que hay en otra a quien dize tener por señora, e por cuyo servicio ha mucho tiempo que guarda el passo d’este río, ha de ser nuestra batalla. E porque no puede ni debe con derecho hazerse, siendo vós a ella presente sin que primero vea vuestro gesto para se determinar, si ha de otorgar o contradizeir a lo que yo digo, venimos a vos rogar que vos descubráis, porque puesto que no tenga yo menor desseo de me ver con él en la batalla. Por razón d’esto, que él por lo que hasta aquí ha mostrado por muy cierto, tengo que según en vós se hallan las gracias y hermosura que dixe cumplidas, escusaréis nuestra batalla por su provecho.

Tan alegre estava Asserina viendo ante sí aquellos cavalleros como vergonçosa considerando el fin de aquellos hechos, por donde no sabía qué responder ni se atreviera a se descubrir si no fuera por Danela, la cual por se no poder más sufrir ni hazer penar Aspalión, la descubrió pareciendo tan hermosa que pocas habían visto los que ende eran que lo más fuessen. Y quando Aspalión vido que era su señora, cuidando sin algún sentido, por la grande alegría e turbación que juntas le sobrevinieron, caer en el suelo, dixo:

–¡O, Señor Dios! ¿Y qué es lo que mis ojos ven? Porque por imposible tengo en el medio de tan tempestosa fortuna tan súpita y deleitosa bonança, y en tan conocido peligro tan presto e alegre socorro, y en tan grande tristeza tan crecida alegría. ¡O, mi señora, que ninguno sino vós podía tan gran remedio a mis passadas penas otorgarme!

E dicho aquello, bolviéndose a Nestarcio, dixo:

–¡O, cavallero, tan virtuoso como esforçado! Ruégovos que por mi passada porfía no me juzguéis desmesurado, pues dende agora conociendo mi mentira e vuestra verdad, digo que vuestra razón e derecho eran tan grandes como la merced que d’ello se me recrece, señaladamente si para poder yo cumplir vuestro primero mandado se estiende.

E mandándose desenlazar el yelmo, suplicó a su señora le diesse las manos, la cual no sin gran vergüença, desviándolas, le dixo que a su señor hablasse a quien era más devido, lo que Aspalión no dudó de hazer, puesto que tan turbado como gozoso por razón de su sobrevenida alegría estuviese. Y por no detardar su mandado fue a besar las manos a Equivalio, que ya era de su cavallo decendido, el cual, aunque en el principio

mucho lo dificultasse, no dexó después de se las otorgar, abraçándolo con tan grande gozo d'entrambos que bien claro señalavan las lágrimas que derramavan, las cuales les impideron el hablar, de suerte que buena pieça passó antes que para lo hazer cobrassen fuerças.

Passada aquella alegre turbación, Aspalió le dixo que rogava a Dios le quisiessse otorgar vida con que pudiéndolo servir descansasse de los trabajos passados, assí como era su desseo, el cual no sería menor para cumplir cualquier cosa que aquel bienaventurado cavallero, diziéndolo por Nestarcio, quisiessse mandarle que en lo ál con que alcançava el fin de su bienaventurança, pues para mucho más se estendía su obligación e deuda, assí por la merced que por su causa y medio havia alcançado, como por ser el mejor cavallero que jamás traxo armas, lo que muy claramente en él se mostrava puesto que el vencimiento que d'él en la justa alcançara fuesse el menor señal de su esfuerço. Y que si él supiera cuándo le dixo que le haría cobrar en aquel día lo que en muchos años no cuidava, lo dixera, porque le entendía hazer cobrar a su señora no fueran menester tantas fuerças para vencer su porfía, como el trabajo de mostrar para mayor dilación de su desseada gloria, al cual, agradeciendo Nestarcio su ofrecimiento, dixo que de tan buen cavallero como él era no se havia de creer otra cosa, por donde Nuestro Señor Dios no se havia olvidado de le dar el galardón que desseava. Y que pues él no podía dexar de seguir su camino por el peligro que de su tardança se podía recrecer, le rogava por quanto el honrado cavallero Equivalio, siendo por él rogado, era venido ende con su hija con intención de lo recibir por fijo e darle todo lo que para en este siglo se le ofrecía otorgar que lo honrassse e sirviessse como dixera, y a su señora amasse e acatasse como d'él se esperava y a ellos se devía.

–Yo recibo tan cumplida merced, virtuoso cavallero, en cumplir todo lo que por vós se me manda –dixo Aspalió–, que mis fuerças son muy pequeña cosa para vos lo servir, puesto que a mi desseo no conozca un solo punto saltarle, y si algún género de descontentamiento en esta sazón de mi bienaventurança en mi caber puede, no es sino porque no alcanço si en algún tiempo la fortuna me otorgará lugar e forma que en alguna parte, pues en todo sería más que possible pueda, empleando todo lo que se me otogare satisfazerlo, en el cual y para qualqueir otro que supiere vuestro mandado podéis ser muy cierto, virtuoso cavallero, que mi persona e fuerças estarán aparejadas hasta la muerte. Y porque por algún pequeño tiempo se nos otorgue gozar de vuestra compañía, de la cual ya está conocido el descanso que se me ha recrecido, vos suplico que vós no pene mientras los cavallos comieren descansar en mi tienda, assí del trabajo

del camino d'esta mañana como del que por razón de mi importunidad e porfía se vos havrá recrecido, pues de aquí a cuatro leguas no hallaréis para hazer otro tanto alvergue.

Conociendo Nestarcio que lo que se le pedía era justo, lo otorgó, por donde assí a pie como se hallavan llegaron a la puerta de la tienda, adonde Asserina decendió de su palafrén en los braços de su cavallero Aspalión, el cual en aquel servicio no sintió menor gloria que el príncipe don Clarinor al tiempo que tuvo en los suyos a la princesa Arinda, puesto que con diversas fortunas.

Después que huvieron comido y en muchas cosas hablado, señaladamente en la forma que de se hazer havía sus desposorios, y de haver dicho Nestarcio a Aspalión su hazienda, y de le haver ofrecido que haría cualquier cosa que fuesse en acrecentamiento de su honra, Nestarcio se despidió de todos dexándolos con mucha soledad, puesto que Aspalión conociesse que jamás tuvo compañía con que más alegre huviesse bivido.

Después de partido Nestarcio con su compañía, siguió su camino por la parte que más presto e mejor podía ir a Costantinopla. Y Equivalio con sus hijos, llevándose la tienda e lo que en ella havía, bolvió a su castillo, en el cual entendieron algunos días en adereçar lo que de llevar havían a Belgrado para sus desposorios. E cuando todo fue adereçado, partieron con gran desseo de Aspalión que se hiziessen presto. Lo que no se hizo, assí según adelante se dirá.

¶Capítulo viij. De cómo el rey Pasmerindo de Ungría partió con su compañía de Belgrado, e de cómo llegado en Trepisonda fue recebido en servicio del emperador de aquel imperio.

Porque el cavallero de quien esta grande historia toma el nombre, y cuyos altos fechos son en ella copilados, decendió de los altos reyes de Ungría, propugnadores de la infidelidad e acrecentadores de la fe y religión cristiana, conviene que sepáis el origen y principio d'ella para que con menos trabajo y mayor facilidad se venga a su prossecución.

Ya havéis oído cómo al tiempo que el príncipe Nestarcio venció en la justa, Aspalión del Vado le mandó que en presencia del rey de Ungría se desposasse con la donzella del palafrén blanco. E que si el rey no era en Belgrado, que se feziessen sus desposorios en presencia del cavallero a quien el reino quedava en cargo, por la razón

que allí se vos dixo. Pues sabed que assí era la verdad: que partido Aspali3n de Belgrado, el rey, oyendo la fama de las cosas que hazía en la guarda del passo del río, no pudo tanto sujetar su generoso coraç3n que se çufrir pudiesse con los regalos e aplazibles exercicios con que prez ni honra podían ganarse.

Por donde muy pocos días después que Aspali3n de su casa partiera, hallándose sin padre ni madre, los cuales no había mucho tiempo que eran muertos, otrosí sin negocios que pudiesen poner estorvo en su partida, una mañana, con dos escuderos e un donzel, los cuales mucho haver y algunos ricos vestidos le llevavan armado de unas fuertes e frescas armas, parti3 de Belgrado adonde assí sus padres como él acostumbravan lo más del tiempo tener su asiento. Y pocos días antes había mandado venir los altos hombres de su reino para encargarles, y a los asusentes con sus cartas, que un cavallero anciano llamado Ladiseno, a quien dexava el cargo de su reino, acatassen e obedeciessen como a su mesma persona, porque lo tenía en cuenta de padre y por consejo del cual en los más importantes fechos se regía, porque assí se lo dexó mandado y encargado el rey, su señor, al tiempo de su muerte, por los grandes y leales servicios e saludables consejos que d'él recibiera. Y le dexava para ello las provisiones que convenían, por razón de las cuales había durante su ausencia de ser obedecido.

Y después que fue de Belgrado partido, tomó el camino del imperio de Trepisonda, por razón que había oído dezir que aquel honrado emperador ayuntava grande ejército para resistir a un príncipe de los moros, el cual con muy poderosa hueste había comenzado de entrar por su tierra, robándola e destruyendo, assí como aquel que era rey de seis provincias de la Asia, de la principal de las cuales tomava el nombre su señorío, por donde lo llamavan el rey Abelarín de Asiria, a maravilla esforçado cavallero e no menos desseoso de acrecentar su estado, haziendo cuenta que pues la causa de se partir de Belgrado e de dexar su reino era para exercitar en aquellas cosas que el orden de cavallería convenían, en ningunas lo podría mejor emplear que tan justas fuessen como en ayudar aquel virtuoso emperador contra aquellos infieles y enemigos de la fe santa e cat3lica, señaladamente porque era buen christiano e amado de sus vasallos comarcanos, por donde assí a ellos como a los estraños movía los desseos para le ayudar e servir.

Y con aquel virtuoso propósito, caminando sus continuas jornadas, llegó en aquella famosa ciudad de Trepisonda, a tiempo que quedavan pocos días para la partida que el emperador entendía de hazer con su ejército, y fue la causa que el rey llegasse ende sin hallar alguna aventura en que se huviesse exercitado, que todos los cavalleros

assí de los reinos comarcanos como de su imperio en quien se hallava alguna bondad eran idos a servir al emperador en aquella guerra, los unos como vasallos para ello llamados, otros por ganar prez e honra, otros por assentar en su servicio, pues en aquella sazón a ninguno desechava. Antes les mandava dar buenas quitaciones con las cuales tenían la facultad para bivar que antes no alcançavan, e con esperança de algunas mercedes conformes a sus servicios y de aprovecharse en la guerra de lo que a los moros podrían ganar.

Y entrando en la ciudad y preguntando por los palacios del emperador, un donzel que al encuentro le vino, tan bien criado como de buen parecer, le dixo:

–Por lo que me bien parecéis, virtuoso cavallero, seguidme que yo vos guiare fasta vos dexar en ellos.

–Mercedes de vuestro buen comedimiento –dixo el rey–, e si verdad es, como se ha de creer, lo que yo he oído dezir que cuantos en la casa del emperador se crían salen a maravilla bien criados, muy poca duda pornía en creer que no muy lexos d’ella ha sido vuestra criança e vivienda, pues con tan gran cuidado a me guiar vos movistes.

–Por cierto vós dezis gran verdad, honrado cavallero –dixo el donzel–, porque no solamente fui ende criado, pero soy donzel de la princesa Albericia, su hija, e hermano de una donzella suya llamada Colencia, las cuales juntas se criaron, por donde fui yo recebido por suyo.

–A Dios merced –dixo el rey– por me haver encontrado con tan buena compañía la primera vez que soy en esta ciudad entrado. A él plegua que assí sucedan los medios con la salida. E pues mi dicha no ha dexado de ser en esto muy grande, ruégovos que me digáis vuestro nombre, porque si vos menester huviere para alguna cosa que se me ofrecer pueda y por mi hazerlo pudiéredes, sepa a quien tengo de acudir.

Tan bien pareció al donzel todo lo que el rey le dixo, que a maravilla quedó d’él pagado, por donde le dixo:

–A mí, virtuoso cavallero, dizen Darinto, para vos servir en cualquier cosa que me mandar quisiéredes. Y pues ya somos cerca de los palacios, los cuales le enseñó, y tengo de ir a cumplir lo que se me ha mandado, ruégovos me perdonéis si vos dexo, porque en verdad según soy de vuestra virtud e apostura pagado, mucho me pesa tan presto dexaros.

–Dios vaya con vós, amigo –dixo el rey–, pues me no dexáis de todo lo que en vós he conocido menos satisfecho.

Dicho lo cual se bolvió Darinto y el rey llegó a los palacios. E dexados los dos escuderos en el patín, con sólo el donzel subió a lo alto, y entrando por una sala grande e no menos adereçada, vido muchos cavalleros e otros hombres armados, los cuales eran para la guarda de la persona del emperador y de todos lo que en sus palacios bivían, lo que muy bien le pareció. Passada aquella sala y alcançada licencia de dos hombres que estaban por guarda de la segunda puerta, entró en una cuadra muy rica adonde halló al emperador que con la emperatriz e su hija acabavan de comer, cuyos semblantes no parecían alegres, causándolo las malas nuevas que de cada día les venían de la destrucción y estrago que los moros hazían en su tierra. E acercándose adonde estaban, fincó las rodillas en el suelo e quiso començar su razón, lo que no le fue consentido hasta que se levantasse, porque assí lo tenía el emperador por costumbre con los cavalleros que no conocía, por donde conociendo el rey la honra que se le hiziera quiso besar las manos al emperador, el cual las desvió diziéndole que la causa de su venida le declarasse, lo que el rey no tardó diziendo:

–La fama de vuestra bondad e alto estado, poderoso emperador, llegada a mis oídos, puesto que bien lexos d’este vuestro imperio, juntamente con la de la guerra que los infieles moros de nuestra santa fe enemigos se han atrevido hazeros, tuvo tal fuerça que, sin perdonar a los trabajos e peligros que me ocorrer podían, soy venido no sin la mayor priessa que me dar pude a vos servir como al mejor e más alto príncipe de nuestra religión cristiana. E puesto que yo sea cavallero de tan poca nombradía como experiencia, el desseo e voluntad con que aquí vine son tan grandes que pueden suplir e igualar cualquier falta que en mí se hallasse, por razón de la cual no mereciesse ser para vuestro servicio recibido. Por donde, señor, vos suplico que me no desdeñéis de recibir, pues por agora no entiendo de vos pedir quitación ni mercedes, ni menos suplicaros que en lo venidero me las hagáis mayores de las que según la poquedad o grandeza de mis servicios vos pareciere serme devidas.

En todo el tiempo que el rey su razón dezía, assí el emperador como la emperatriz e la princesa, lo estuvieron con mucha atención mirando no menos maravillados que satisfechos de su apostura e gracia, pareciendo a cada uno no haver jamás visto cavallero que tan bien pareciese, aunque a quien sobre todos mejor pareció fue a la princesa, porque a maravilla fue d’él pagada e, señaladamente, de su autorizada presencia.

Acabada su razón, el emperador le dixo:

–Si por nosotros no saber, virtuoso cavallero, vuestra hazienda no se os haze la honra que se vos debe, por mi parte os ruego que no recibáis d’ello agravio. Lo que se dize porque vuestra persona no dexa de señalar ser vós cavallero de alta guisa. En cuanto a lo ál, yo vos agradezco vuestro buen desseo, y si al alto señor pluguiere, lo mesmo haré en su tiempo vuestros servicios, los cuales plegue a su bondad que vos yo galardonar pueda según vuestro merecimiento e mi voluntad, porque pudiéndose assí cumplir no vos alcançaría de lo que yo hazer pudiere pequeña parte. Si vuestro nombre dezir nos quisiéredes, en alguna manera seré yo alegre, porque añadiré a mi coraçón la parte de alegría que después que vos he visto se le ha quitado de tristeza.

Al cual, diziendo el rey que por la grande honra e merced que entonces recibía le besava las manos, dixo que mal estaría al que viniendo con desseo de servirlo su nombre le encubriesse, por donde le hazía saber que, a quien igualmente con el menor de sus vasallos mandar podía, era Pasmerindo, al cual jamás se olvidarían aquellas honras y mercedes que se le hazían sin las merecer ni haver servido.

Passadas sus razones, el emperador mandó a uno de sus mayordomos que lo aposentasse en sus palacios y le hiziesse dar todo lo que conviniesse muy cumplidamente. Pero en aquel medio tiempo que el emperador con su mayordomos hablara, teniendo el rey lugar y aparejo para mirar la grande y estremada hermosura de la princesa, no se descuidó de poner en ella los ojos con tan gran firmeza como fue el deleite e pena que d’ello juntos le crecían. Lo primero, porque no se podía dexar de gozar por quien quiera que su hermoso gesto mirasse, e lo segundo porque conocía que se no podía sino breve tiempo gustar, señaladamente que le sobrevino tan gran flaqueza en su coraçón que assí se le fue toda la color de su gesto como si por algún desmayo por otro accidente e dolencia causado la perdiera.

Lo que aquella hermosa princesa no dexó de conocer porque en la misma sazón no mirava a otra parte, puesto que mejor lo concoció al tiempo que el rey se despidió de los emperadores, sus padres, y d’ella, porque no se parecía en él haber fuerças para se poder dende partir con el mayordomo, para ir al aposento que por él le fue señalado, llegando al cual se desarmó y dende a poco vinieron los escuderos que en el patín dexara, los cuales bien conocieron cuando a su señor el comer traxeron que no lo dexava por falta de los manjares, porque muy buenos eran, sino por razón de algún nuevo pensamiento, el cual no se dexava de conocer en su semblante.

Después de ido el rey, el emperador estuvo gran pieça hablando con la emperatriz y su hija de quanto le havía bien parecido todo lo que hasta entonces se podía

en Pasmerindo conocer. Y cuando fue hora, la emperatriz con la princesa se fueron cada una a su aposento, dexando al emperador para entender en las cosas que para la guerra y a su partida convenían, porque como vos diximos entendía de se partir dende muy cedo con su exército.

¶Capítulo ix. De la información que el emperador dio al rey Pasmerindo del estado de la guerra y de su partida, e de lo que sobr'ello el rey le dixo e aconsejó.

Después de haver el rey Pasmerindo comido, aunque no con su acostumbrada alegría, perdida juntamente con la libertad al tiempo que de la princesa Albericia se partió para ir a su aposento, acostándose en su lecho comenzó de reduzir a su memoria la estraña y grande hermosura de aquella graciosa princesa, e de fluctuar en diversidad de pensamiento e entre los otros, que pues su ventura lo havia ende guiado adonde se le otorgava gozar de la vista de la más alta y hermosa donzella que jamás viera ni oyera dezir, que determinava posponer todos los trabajos e peligros que le sobrevenir pudiessen por alcançar nombre de su cavallero e después lo que más se le otorgaría, señaladamente conociendo que para otra cosa ni havia fuerças ni sobrava la voluntad, ni de otra alguna podría tan alto galardón alcançar sus servicios, alcançando el cual sería el más bienaventurado príncipe de sus tiempos.

Y con aquella esperança causada de sus firmes y altos desseos, se hizo tan ledo y cobró tan grande esfuerço como sintió desmayo en la sazón que sus ojos vieron aquella hermosa princesa a quien dende en aquella hora recibía y tomava por señora, proponiendo de jamás otorgar a otra alguna aquel nombre ni señorío, por donde con aquella tan firme como voluntaria y justa determinación, cubriéndose uno de los ricos mantos que consigo traxera, salió a la cuadra en que al emperador dexara, pareciendo tan apuesto que assí aquel alto príncipe como cuantos con él se hallavan se maravillaron.

Al cual, el emperador señaló que se acercasse adonde él estava. En la misma hora, le dixo el estado de la guerra e cómo dentro de tres o cuatro días entendía salir de la ciudad con su exército, porque de su tardança sus enemigos no cobrassen mayor ánimo y los suyos lo perdiessen. Y que determinava de les dar batalla antes que verse

cercado, pareciéndole que d'ello se seguirían dos bienes: el uno, estorvar la destrucción y pérdida de su imperio, el cual sería después más difícil de cobrar que antes de perderlo fácil de guardar y de defender, y el otro, porque muchos cavalleros y muy buenos que eran ende venidos a servirlo, si en él e en los suyos conocían tan gran flaqueza como en sus enemigos esfuerço, e sin esperança de remedio ni de fuerças para resistirlos, podría ser que se fuessen, como lo harían, lo que con ir a buscar a sus enemigos se escusava. E por ende le rogava que pues Dios lo havia ende traído e con el desseo que dixera, que acerca de aquello le dicesse su parecer, pues de las cosas bien pensadas e por muchos que con amor y fidelidad hazer lo quieren esaminadas, no puede insurtir sino tan provechoso éxito e fin como de las que repentinamente y sin acuerdo son fechas malo y dañoso.

Acabada la razón del emperador, e dadas por el rey Pasmerindo las gracias con mucha humildad que por le haver hecho tan grande honra y merced en presencia de tantos cavalleros darse devían, le dixo:

–Las razones e causas por vós, muy alto señor, dichas, son tan conformes a lo que vuestro servicio y conservación, e acrecentamiento de vuestro estado cumple, y tan acompañadas de la claridad de vuestro claro juicio y esfuerço de vuestro generoso corazón, que cualquier cosa que en opósito d'ellas dezir se presumiesse no podría dexar de causar lo contrario. E pues vuestra determinación, e no otra cosa alguna es la que en efecto e por obra poner se debe, mi parecer, aunque de hombre de poca experiencia y menor juicio, sería que si para mañana está lo que para vuestra partida conviene adereçado, que se no deve esperar esse otro día, porque sientan vuestros enemigos e conozcan vuestros vasallos y los que han de servirlos que no solamente es vuestro poder para defenderos de los primeros bastante, pero para los castigar por la osadía e atrevimiento que de entrar en vuestro imperio han tenido, siguiéndolos hasta sus tierras como riguroso vencedor y si menester fuere conquistárselas, pues querían las agenas.

»Y si por ventura lo por mí dicho es por alguno juzgado como de hombre que en ausencia de los enemigos habla, por donde se podría inferir que lo dize porque no tiene temor d'ellos, pues para servirlos, mi señor, soy venido. Mandadme poner en aquella parte que más servido fuéredes y adonde ver se pueda si la vista d'ellos mudará mi propósito, porque entonces se conocerá que entiendo de levar adelante lo que digo hasta perder en ello la vida, con que si mal hoviere aconsejado no dexaré de pagallo.

Muy satisfechos quedaron assí el emperador como todos aquellos cavalleros del rey Pasmerindo, y no menos lo preciaron aunque de su persona e hazienda no sabían

más de lo que havéis oído, juzgándolo por hombre de buen juicio y entendido en los hechos de la guerra, no tiniendo como era la verdad veinte y tres años cumplidos, al cual el emperador dixo:

–Ya veo, Pasmerindo amigo, que si para mi partida no faltasse más de vuestra voluntad, no sería tan tarde de que para maña[na] se difiriesse, pero el plazo señalado tengo yo por muy cierto que será bien menester, porque todos lo que de ir tienen tengan adereçadas sus cosas, señaladamente que aún no son acabados de ordenar los mantenimientos que para tan grande ejército son necessarios, ni la froma como se han de llevar ni la repartición d’ellos.

–Pues que assí es, mi señor –dixo el rey–, mandadlo pregonar luego porque nadie no pueda después escusarse que lo tomastes descuidado, por donde cada uno trabajará de estar aparejado para el plazo que se señalare por no caer en vergüença ni mostrar desamor ni flaqueza en este caso en que todos han de mostrar el desseo que de serviros tienen.

Pareciendo al emperador e a los que ende eran que aquello era lo que más convenía, luego mandó que se publicasse con gran número de trompetas e otros sones de guerra, con que no se causó pequeño regozijo en la ciudad y en el campo adonde muchos cavalleros había aposentados, porque puesto que por muy cierto tuviessen la partida, como no sabían el día cierto, estaban descuidados, y en oyendo el pregón no entendieron en más de adereçarse. Otrosí se puso con aquello grande ánimo, assí en los que ende avían de quedar como en los que con el emperador habían de ir, porque los unos e los otros temían de se ver cercados.

Luego que fue el pregón acordado e mandado que se publicasse, el emperador despidió todos los que eran a consejo venidos e a Pasmerindo, al cual mandó de nuevo a sus mayordomos que le diessen todo lo que por su parte se pidiesse para adereçarse si lo menester había, puesto que él no pidiesse ni tomasse cosa, assí porque no le faltava haver del cual siempre iba bien proveído como por tener buenas armas e vestido según vos diximos.

Después de despedido el rey assí del emperador como de los otros cavalleros de gran estado, de los cuales había sido muy honrado, viendo cuánto lo era por el emperador, se fue a su aposento adonde luego bolvió a sus primeros pensamientos, sintiendo en ellos tanto sabor como era justo que sintiesse, pues había puesto su coraçón en tan alta y hermosa princesa, puesto que antes de llegar a su cámara le siguió con Darinto, lo que agora oiréis.

¶Capítulo x. De las razones que passaron entre la princesa Albericia y su donzel Darinto sobre la venida del rey Pasmerindo, e de lo que después passó entre el rey Pasmerindo y el mesmo Darinto.

Venida la princesa Albericia a su cámara después de haver visto la turbación y desmayo que de su vista en el rey Pasmerindo se causaron, tan pagada de su apostura y gracia como de sus razones contenta, comenzó de hablar con sus donzellas, aunque sobre todas con Colencia, porque era la que d'ellas más amava, de cuán bien le había parecido todo lo que de su persona viera, por donde tenía desseo de saber su hazienda y porque en todas sus cosas parecía cavallero de alta guisa.

Estando en aquellas razones, vino Darinto, el cual, después de haver dado razón a su hermana de lo que le hazer mandara, dixo a la princesa:

–¡O, cuán contento vengo, mi señora, de un cavallero extraño que hallé poco antes en la calle mayor! El cual venía con un donzel y dos escuderos, preguntando por los palacios, a quien dexado el mandado porque iva los enseñé, porque me dixo que venía a servir al emperador, mi señor. ¡O, cuánto quisiera que lo viérades por saber si de su apostura y presencia tuviérades conmigo igual satisfacción e contentamiento!

–Si será por ventura –dixo la princesa– uno, el cual, estando yo con él emperador e la emperatriz, mis señores, vino a ofrecerles su persona y rogar que en su servicio lo recibiesse, porque según sus razones e buen parecer no dudo yo que debe ser cavallero de alta guisa y no menos esforçado, por donde ha sido recebido e mandado dentro de los palacios aposentar e que se le de cumplidamente lo que menester hoviere.

–No es otro, mi señora –dixo Darinto–, por donde me havéis fecho muy ledo en saber que aya sido como dixistes recebido, porque semejante cavallero no merece sino estar junto a la persona del emperador. Porque si de deziros hoviesse, mi señora, lo que yo por él haría si el poder del emperador, mi señor, me fuesse otorgado según vengo de su persona y mesura pagado, no creo me contentasse con le dar el medio imperio y aun las dos partes por lo tener siempre conmigo, porque se me figura que para mucho más se estiende su merecimiento.

Cuando la princesa tanto se lo oyó loar y encarecer a Darinto, más se le acrecentó el desseo e cuidado de saber quién era, por donde le dixo:

–Pues tanto dizes que has visto e conocido d'esse cavallero, ¿sabrás por ventura dezirme de su hazienda más de lo que el emperador, mi señor, descubrió?

–No sé más de lo que vos he dicho, mi señora –dixo Darinto–, pero con ello sólo quedo yo bien satisfecho que debe ser cavallero a quien no faltan estado y esfuerço, pues todo lo ál le sobra, pero yo fío en la mesura que en él tengo conocida que me no negara quanto yo preguntarle quisiere, por donde no dexaré de lo saber antes que hoy passe.

–Pues no te descuides d’ello –dixo la princesa–, assí porque veamos a cuánto se estiende la nueva amicicia d’él e tuya como porque si te lo dixere sepamos qué tan grande es su estado.

–Yo vos lo prometo assí, mi señora –dixo Darinto–. Y aunque será muy cedo, e porque se me haze ya tarde para saberlo, quiero salir hazia la sala de consejo e cuando salieren yo lo veré, e si no informarme he en qué parte está aposentado e trabajaré de me poner en tal lugar que dende su cámara pueda verme, porque tenga aparejo para llamarme.

E dicho aquello, se fue a la parte que le dixeran que era su aposento por aprenderlo, e después bolvió a la sala de consejo adonde supo que lo havia visto entrar. Y no passó gran pieça después de lo haver ende atendido que lo vido venir cubierto de tan rico manto entre los otros cavalleros que le pareció según su auctorizada presencia que aún no eran buenos para serle criados. Y al tiempo que vido que ya era despedido d’ellos y venía hazia su aposento, fingiendo Darinto que iva a otra cosa con muy gran prissa, le vino al encuentro mostrando tan gran descuido que ya passava adelante si el rey no le dixera:

–¿Qué es esto, amigo Darinto?, ¿tan grande es vuestra prissa que os impide que no veáis ni habléis a vuestros amigos? Detenedvos si vos pluguiere, pues no es razón que sin nos hablar tan cedo partamos nuestra compañía.

Lo que se no dudó de hazer por Darinto pidiéndole por merced le perdonasse su descuido, pues podría ser cierto que si lo viera no fuera contra él, que lo servir deseava desmesurado. Otrosí le dixo:

–Por verdad, virtuoso cavallero, muy grande habría de ser la cosa que tan ledo pudiera hazerme como ha sido veros en esta casa aposentado y por el emperador, mi señor, recebido, porque se mejor cumplir pueda el desseo que yo tengo de serviros, conociendo vuestro valor y merecimiento y no menos, porque si assí no se hiziera no se vos dexara de hazer grande agravio, del cual es cierto que se me siguiera igual descontentamiento.

–A vós, muchas gracias, Darinto amigo –dixo el rey–, por vuestra buena voluntad y desseos, porque en lo ál por muy cierto tuve yo oy e agora mucho más, que de tan prósperos principios no podían suceder medios ni fines que les no correspondiessen. E aunque mi merecimiento muy pequeña cosa sea, yo fío en el alto señor que no se havrá respecto a él sino al desseo con que aquí soy venido, el cual no creáis que sea tan pequeño que ninguno de cuantos cavalleros el emperador para su servicio tiene lo sobrepuje ni, si permitido es dezirlo, le igualen.

–Sin esso creo yo muy bien, esforçado cavallero –dixo Darinto–, que vuestra sola persona merece tanto que si a su medida se le hoviessen de hazer los servicios, menores serían mis fuerças y de cuantos aquí biven para cumplirlo. Por donde vengo a sospechar y de creer no dexo que si encubrís vuestra hazienda, lo que assí he oído del emperador, mi señor, no es sino porque no se os asconde que si la descubriessedes en mayor necessidad lo porniades, si de cumplir hoviesse lo que vuestro valor y estado merecen, que no la guerra que agora tiene. Porque para lo primero le faltarían las fuerças aunque las tuviesse mayores, tanto como le sobrarían teniendo a vós, virtuoso cavallero, e a otros muchos en su compañía e servicio para cumplir lo segundo.

Muy pagado quedó el rey de aquella voluntad que Darinto en tan breve tiempo mostrava tenerle, por donde le dixo:

–Bien creo yo que vuestra razón, Darinto amigo, havría lugar cuando las mercedes se me hoviessen de hazer conformes a vuestra voluntad, la cual, pues por mí no ha dexado de conocerse, sed cierto que me no ternía por cavallero si la mía no le correspondiesse y en algún tiempo no lo satisfiziesse de suerte que de ninguna cosa vos quede desagradecido ni deudor.

–Essa merced recibo yo agora, esforçado cavallero –dixo Darinto–, con desseo de vos lo servir siempre que se me otorgaren para ello fuerças.

E dicho aquello, queriéndosele mucho humillar Darinto, el rey lo detuvo diziendo que pues por entonces no se podía por él hazer más del ofrecimiento, que fiziera que el efecto quedaría para cuando su dicha, que le era en aquella sazón contraria, se lo otorgasse, al cual Darinto, haziendo las gracias que supo, le dixo:

–Yo quedé esta mañana, virtuoso cavallero, tan pagado de vuestra medida que en el mesmo instante mi coraçón se sojuzgó para, según dixes, serviros en todo lo que se me otorgaría con muy entera voluntad, y aunque las recibidas mercedes sobrepujen no solamente esto que digo, pero todos los servicios que de mí recibir podríades, confiando más en vuestra virtud que en todo lo ál que por mí se podría ofreceros, no dexaré de vos

suplicar me digáis vuestra hazienda, pues no dexa de ser razón que mi voluntad y desseo conozcan a quien ya tienen por señor. Y si mandáis que se tenga en poridad, dende agora podéis ser cierto que lo no será menos tenido que aquello que por la princesa mi señora mandado me fuesse.

–Pues lo vós assí queréis, amigo Darinto –dixo el rey–, yo soy muy contento con la condición por vós puesta.

Por donde les dixo quién era y la causa de su venida en aquella ciudad, añadiendo que la fama de la estremada hermosura de la princesa, su señora, havía sido el principal fundamento. Otrosí le dixo el desmayo que le sobrevino cuando la vido y la determinación que havía hecho de jamás tener otra por señora, y que por ende le rogava que la suplicasse que, pues aquel desseo de servirla lo avía en su tierra hecho venir ende, fuesse servida de recibirlo por su cavallero, porque con aquel nombre cumplir pudiesse lo que hazer tenía propuesto en su servicio, pues si aquella merced y nombre no se lo otorgavan allende, que ninguna cosa sería para con la vida sostenerlo bastante, no dexaría de recibir muy grande agravio pues no la desseava para más de servir a la princesa, su señora.

Y otras muchas cosas le dixo para aquel efeto, las cuales bien se escusara si pudiera Darinto de oír aunque poco antes tan gran desseo señalara de saberlas, puesto que mostrasse con fincar las rodillas ante el rey e con le pedir las manos para se las besar que recibía la mayor merced que se le podía otorgar, pues lo hazía de tan grandes secretos sabidor, ofreciéndose a servirlo en todo lo que se le otorgaría sin acarrear perjuizio ni menoscabo a la honra de su señora. Lo que por el rey no le dexó de ser agradecido, rogándole que de cualquier cosa que sobre aquello con la princesa, su señora, se platicasse, le hiziesse presta relación e, señaladamente, si alguna merced y esperança para sus grandes desseos podría alcançar, pues sin ella era imposible sostener, según dixera, la vida, lo que por Darinto le fue prometido.

E con aquel ofrecimiento se despidió del rey. E por el camino muchos contrarios le ocurrieron con que ya estava para determinarse de no dezir a su señora cosa de las que oyera. Pero, en fin, determinó de se lo dezir todo por no venir a menos de lo que permitiera, otrosí porque le pareció que su señora sin dexar de hazer lo que devía no podía sino mostrársele agradecida, pues se le otorgaría alacançar por marido cavallero ni príncipe que al rey igualasse assí en apostura como en estado, dexado aparte el esfuérço, del cual su alta presencia dava testimonio y el leal y verdadero amor que le tener mostrava.

¶Capítulo xj. De cómo el emperador rogó a Pasmerindo que su hazienda le dicesse en presencia de la emperatriz y de la princesa, y de lo que él respondió

Sin comparación quedó alegre el rey Pasmerindo al tiempo que el donzel Darinto se despidió d'él, porque vido que sus fechos comenzavan con el principio qu'él desseava para fin y remedio de sus altos pensamientos e nuevas cuitas, por donde en la hora del cenar no dexaron de conocer los suyos que su alegría no era en aquella sazón menor de la tristeza que en la mañana al tiempo del comer mostrara, causándolo que puesto que el amor y desseos que contra la princesa pusiera fuesen siempre acrecentando, por donde las encendidas llamas como parte mayor para abrasar sus entrañas sin alguna piedad ni contradicción de su voluntad lo fuesen por su igual, atormentando el contrapeso tan grande del alegría que de tan prósperos principios se causara las templava, de suerte que antes le acarreavan orgullo y esfuerço que tristeza ni desmayo, con los cuales se le figurava que podría passar todos los contrarios y enojosos medios que le sobrevernía.

E con aquella firmeza de su esperança y propósito se acostó en su lecho aunque tarde, creyendo en él hallar el reposo y sueño de las passadas noches, lo que muy al revés de su pensamiento le sucedió, porque bien era dos partes de la noche passadas antes que dormir pudiesse, según le era sabroso reduzir a su imaginación y memoria la agraciada hermosura de su señora, la cual no le consintió mucho tiempo en el lecho yazer, porque en el levantarse y vestirse no quiso darse menos priessa que la oriental luz del alva, con tan ricos paños que quienquiera que lo viesse de juzgar no dexasse que era cavallero de alta guisa en quien algún lugar hallavan tan altos desseos y, señaladamente, la princesa, su señora, la cual tenía él por muy cierto que en aquella noche había sido por Darinto de su fazienda sabidora.

Cuando le pareció hora salió de su cámara y fue para atender al emperador en la sala que le acostumbravan cada día dezir la missa. Y al tiempo que ende llegó ya halló algunos cavalleros, assí de los que el precedente día en consejo estuvieran como otros mancebos e hijos de los altos hombres de aquel imperio, los cuales assí mismo atendían aquella salida. Y cuando tan estraña y ricamente vestido lo vieron, mucho fueron d'él pagados, porque a maravilla le acrecentavan aquellos ricos vestidos su apostura. Por

donde algunos d'ellos, después de ser por él saludados, le comenzaron de hablar, a los cuales respondió con tanto tiento y gracia que no lo quedaron menos de su discreción.

Y estando en aquellas razones, salió a ellos el emperador, el cual mucho se holgó cuando el rey Pasmerindo vido entre sus cavalleros tan bien adereçado, porque allende de ser su vestir muy rico era para en aquella tierra no menos estraño, y con ser tan apuesto y de tan buen talle parecía tan bien que assí el emperador como cuantos eran ende no se cansavan de mirarlo, con los cuales comenzó de platicar de algunas cosas aunque con quien más mostrava folgarse era con el rey, y tanto que no dexó de haver ende algunos que le tuvieron de aquellos favores embidia, assí como en semejantes casas haver suele puesto que lo no mostrava. Por donde en extremo desseavan ser ya partidos para los moros y hallarse entre ellos por ver si las obras correspondían a su apostura y si por razón d'ellas merecía ser tan favorecido como veían.

Al tiempo que se quería comenzar la missa, la emperatriz y la princesa, con muchas dueñas y donzellas hijas de los altos hombres y cavalleros de aquel imperio, salieron para oírla. Y en el punto que aquella hermosa princesa fue por el rey Pasmerindo vista, no pudo tanto esfuerço tener que se no conociese bien claro la turbación de sus sentidos, sin ser en su mano la dissimulación que convenía, aunque le valió para que se no conociese que cada uno de los cavalleros que ende eran se ocuparon en mirar las donzellas a quien servían y los otros a la princesa, porque su gracia y hermosura a ninguno dexava con libertad para hazer lo contrario, la cual, aunque no detuvo mucho tiempo sus ojos en el rey cuando lo vido, no dexó de conocer su desmayo, lo que no fue pequeña causa para afirmarse más de amarlo si era verdad que su estado correspondiesse a su apostura, según la noche antes se lo había comenzado de dezir Darinto.

Otrosí le pareció en aquel punto tan conforme a lo que sus ojos pudieran dessear que no pudo forçarlos que no bolviessen otra vez y muchas a mirar contra aquella parte que él estava mientras la missa se dixo, con que sin comparación se le añadieron el gozo y la esperança a sus aquexados desseos. Por donde le pareció aquel tiempo tan breve como lo requería aquella gloria que antes de passarla se le otorgara, la cual jamás de recibir cansara según su cuitado coraçón en aquella sazón descansava.

Acabada la misa, el emperador mandó llamar al rey Pasmerindo, el cual, puesto que sentir no pudiesse mayor gozo que estar cerca de su señora para poder más a su sabor gozar de ver su hermosura, no dexó de temer aquella afrenta por la mayor que podía considerar, porque temió que su esfuerço no le acompañaría tanto que cuando

fuesse cerca de su señora no señalasse alguna flaqueza. Pero esforçándose lo mejor que pudo fue adonde el emperador estava, y queriendo fincar las rodillas para le preguntar lo que mandava, no se lo consintiendo, le dixo:

–Ya vos dixé ayer, Pasmerindo amigo, que mi voluntad no era que se vos dexe de hazer toda la honra que vuestra persona merecer señala, por no saber lo ál que para lo hazer con aquel cumplimiento que se debe es necessario, por donde viendo que con lo que proveer mande, assí acerca de vuestro aposento como para lo de más que vós mesmo oísteis en alguna manera mostrávades quedar satisfecho, determinado estava por no ser importuno de meno[s] entremeter en saber más de vuestra hazienda de la que entonces supe. Pero agora que la emperatriz con mi hija me han rogado que vos lo pregunte por el desseo que tienen de ser d’ella sabidoras, assí por las complazer como porque en lo dessear saber no quiero otorgarles ventaja, he les prometido que lo haría y no he querido que fuesse sino en su presencia, porque vean assí lo que yo por su ruego hago como lo que vós oír el de los tres haréis, por donde vos hize llamar y después y agora rogar que nos la digáis, pues somos aquí para la oír con tanta voluntad como de vos lo agradecer, no vos quedando por ello en pequeña obligación y deuda.

Tanto acrecentaron las palabras del emperador la turbación de Pasmerindo que se no dexó por aquellos altos hombres de conocer que lo havían puesto en grande estrecho, porque buena pieça estuvo la respuesta dudando, porque por una parte le parecía que dexárselo de dezir no carecía de desmesura, havido a sus altas personas el devido respecto, por la otra tenía por muy cierto que diziéndolo no se le ofrecería tan buen aparejo para el fin de su pensamiento, atreviéndose más a ser contra los emperadores desmesurado, pues de la princesa no dudava que lo ya sabía o que lo no podía muy cedo dexar de saber, que no a passar las penas que lo aquexavan con menor esperança y mayor guarda de la que entonces tenía, determinó de lo no dezir. Y por ende, dixo al emperador:

–Dios sabe cuánto quisiera, poderoso señor, que en mí se hallaran las fuerças que conozco faltarme para poder servir assí a vós, mi señor, como a estas altas señoras el cuidado que de saber han mostrado hazienda de un cavallero de tan poca nombradía como yo soy. E otrosí tener algunos señales allende de mi nombre, con que, sin contravenir a mi palabra a lo que prometido tengo cuando partí de mi tierra, saber e conocer de mi hazienda, pudiéssedes más de lo que se me ha otorgado deziros. Por donde, pues sin contravenir a mi palabra e honra, por agora no podría descubrirla. Suplícovos, mi señor, que hasta la buelta de la guerra vos çufráis, venidos de la cual

dende agora, vos prometo en presencia de mis señoras la emperatriz e de la princesa, de cumplir vuestro mandado tan cumplidamente que se me no pueda atribuir culpa alguna, sin la cual no podría quedar si en esta sazón la dixesse, y en emienda d'esta tan conocida desmesura mía hazer en ella tales cosas que, no saliendo de lo que al servicio de los tres que me lo mandaron se debe, se conozcan que tengo desseo de lo emendar.

–Pues vuestra voluntad, ayudando a ello lo que por vós se ha permitido –dixo el emperador–, es que hasta entonces se difiera, dende agora digo que por mi parte no dexo de quedar satisfecho como creo que lo está la emperatriz e mi hija, siendo vós, señor, servido.

Dixo la emperatriz:

–Averiguado está que mi hija e yo no havemos de quedar descontentas puesto que con menos quexa quedáramos si lo que se le ha rogado hazer se pudiera.

E dicho aquello, la emperatriz con su fija, acompañadas de todas las dueñas e donzellas con que viniera, se fueron a sus aposentos, dexando al emperador con sus cavalleros hablando en las cosas de la guerra y en otras de plazer, por los animar e alegrar como aquél que era no solamente virtuoso e sabio, pero gracioso y conversable, assí con los suyos como con los estraños, por donde de todos era muy amado.

Viendo que se acercava el mediodía, el emperador dio licencia a todos los cavalleros para que a comer fuessen, retrayéndose él para hazer otro tanto con la emperatriz e su hija, con las cuales en aquella sazón comía a causa que se havía de partir muy cedo e la buelta era incierta, por les hazer en aquellos pocos días cumplida compañía, aunque de antes cada uno comía en su aposento.

E cuando el rey Pasmerindo llegó al suyo, no dexó de se mucho alegrar y esforçar con las mercedes e favores que en el tiempo que la missa se dixo recibiera. E aunque por otra parte no lo dexasse de aquexar el temor que tenía, assí depender lo que creía tener ganado por razón de la presta partida como de no venir al fin por el desseado, puesto que siempre determinado çufrir todos los contrarios que podría sobrevenirle, viendo que si su señora, sabidora de sus desseos e quien él era porque assí lo tenía por cierto, lo havía en tan breve tiempo favorecido tanto como tuviera por gran galardón si después de proceder muchos años de servicios lo alcançara. Por donde no dexava de estar alegre e esforçado por razón de aquel bien presente, pues le dava mayor esperança para lo venidero. Con que aquel día comió con tanta alegría que sus criados se maravillaron, pareciéndoles que no la podía mostrar mayor aunque de aquel grande imperio lo fiziera emperador.

¶Capítulo xij. De cómo el rey Pasmerindo descubrió a Lauren, su donzel, cómo amava la princesa Albericia, y de lo que después passó entre el mesmo Lauren y Darinto.

Passada buena pieça después de medio día, viendo el rey Pasmerindo que Darinto no bolvía con la respuesta que el precedente día prometiera traerle, de lo que con la princesa su señora havia passado, sabida su hazienda. Y como con aquel desseo e pensamiento cada momento se le figurassen mil años, no pudo çufrirse sin llamar a su donzel e dezirle:

–Ya has visto, Lauren –que assí se llamava–, cómo confiando yo más de tu padre Ladiseno que de todos los altos hombres de mi reino, assí por su bondad como por los fieles e grandes servicios que assí al rey, mi señor, como a mí tiene fechos, le he dexado el cargo d’él. E allende d’esto, de todos los donzeles que para mi servicio tenía, he hecho de ti elección, porque tengo por muy cierto que siendo hijo de tan honrado padre seguirás sus pisadas o havrías de degenerar, lo que se no ha de esperar de ningún bueno. No has de creer que sin suficiente causa te haya traído lo dicho a la memoria, porque si no la huviera no dexara mi razón de carecer del devido fundamento, por donde has de saber que entiendo de mis secretos darte tanta parte como aquella que mi coraçón alcança, porque sabidos allende de los tener en aquella poridad que a mi servicio debes, procures todos los remedios que para ellos y a mis nuevas cuitas convenir vieres, con aquella solicitud e fidelidad que me debes, pues de otra suerte ni cumplirías con la obligación que por ser mi vasallo eres deudor, ni corresponderías a la voluntad que assí a tu padre como a ti tengo de vos hazer tan cumplidas mercedes como a mí, siendo señor e vosotros leales vassallos y fieles criados, hazer y recibir pertenece.

Y dicho esto, le contó todo lo que hasta aquí havéis oído. Y otrosí le mandó que con Darinto hablasse lo más presto y sesudamente que pudiesse, señalando que por ser entrambos de una edad desseava serle y tomarlo por amigo y que por razón de aquello se le ofreciese cumplidamente. Y si le preguntava por su hazienda, que tomando seguro d’él que lo ternía en poridad, no se lo negasse y demás le dixesse lo que por su señora padecía e todo lo ál que él con Darinto passara en el precedente día, de suerte que no fuessen en cosa diferentes.

Como Lauren muy sesudo fuesse besando las manos al rey, su señor, por la merced que en le dar de tan altos hechos parte le hiziera, e poniéndolo en grande

esperança para el fin de sus desseos, se fue hazia el aposento de la princesa, creyendo que por aquella parte hallaría más presto a Darinto que en cualquier otra. Y porque no lo pudiesse errar se arrimó a una de las finiestras que ende havia, no dexando de mostrarse muy pensativo. Y aún no havia una hora que ende viniera cuando Darinto, saliendo del aposento de la princesa, vino a passarle cuasi junto adonde estava, e como assí lo viesse no pudo çufrirse sin preguntarle diziendo:

–¿Qué es la causa de vuestro estar aquí, hermano, y de la suerte que hos veo, que parece que vos no sobra alegría?

Al cual, Lauren dixo:

–Por cierto, Darinto, vós dezís gran verdad, porque la alegría que por agora yo tengo es muy poca, y lo que peor es, menor la esperança de cobrarla, si Dios devido remedio no provee.

Oído por Darinto lo que Lauren dixera, y viéndolo con el gesto tan triste que se no pudo dexar de doler d’él, creyéndole acarrear algún consuelo, le dixo:

–Si por mí se pudiere hazer alguna cosa, hermano, para el remedio que dixistes, sed cierto que por lo que a vuestro señor servir desseo no lo dexaré de cumplir con la mesma voluntad que haría el mandado de mi señora, por donde vos ruego me digáis la causa de vuestra tristeza.

–A vós mercedes –dixo Lauren–, pues sois tal que me no dexaríades de procurar cualquier bien y alegría. Y pues tan buena voluntad he en vós para mi remedio conocido, yo vos prometo de la tener siempre en mi memoria y en algún tiempo trabajar que se conozca por vós que no lo olvide ni menos soy desagradecido, aunque por agora mis fuerças sean muy pequeña cosa para que yo serviros pueda la merced que de vuestro buen agradecimiento y mayor ofrecimiento se merece.

Dixo Darinto:

–Ruégovos me digáis vuestro nombre y la causa que de vuestra tristeza vos pregunte si lo por bien tuviéredes.

–No ay cosa en que vos yo servir pueda –dixo Lauren–, amigo Darinto, que de la hazer dexe, cuánto más deziros mi nombre el cual es Lauren, quien no menos podéis mandar que mi señor Pasmerindo. Aunque de la causa de mi tristeza mucho folgaría que vos çufriéssedes sin saberla, pues a mi ver de todos los remedios que se le buscar podrían por agora conozco que carece.

–Todavía, hermano Lauren –dixo Darinto–, hos ruego que me lo digáis, pues podéis ser cierto que no solamente no la siento menos que si en la persona de mi señora

o de mi hermana Colencia la conociese, pero que procuraré el remedio d'ella como para cualquier de las dos que dixe.

–Pues lo assí mandáis –dixo Lauren–, e a mí no se otorga salir de vuestro mandado, si me prometéis como leal amigo de lo tener en la poridad que se requiere, aunque para con otro ninguno ternía yo tan grande atrevimiento, yo vos la diré luego, no dexando de recibir en contarla el mayor descanso que en esta sazón hallar podría.

Al cual, Darinto, con el desseo que de lo saber tenía, lo prometió tan largamente que Lauren mostró quedar satisfecho, por donde se lo començó de contar sin faltar cosa según el orden que el rey, su señor, le diera. Y en fin le dixo que la causa de su tristeza era ver al rey, su señor, en tan breve tiempo tan aquexado que si la princesa, doliéndose d'él no le dava alguna esperança para su vida, no podría sino muy cedo perderla, según el desmayo sentía en su corazón y flaqueza en su fuerças, considerando los pocos o ningunos servicios que hasta entonces le havia hecho, por razón de los cuales se pudiesse atrever a pedirle mercedes.

Otrosí le dixo tantas y tales cosas para aquel efecto que, movido Darinto a compasión por las muchas lágrimas que Lauren diziéndole aquello derramara, y porque tan alto rey y esforçado cavallero no perdiesse tan cedo la vida, determinó de hazer en su servicio mucho más de lo que hasta entonces tenía deliberado, porque puesto que cuando el precedente día se partió del rey, le ofreció que assí en aquello como en cualquier otra cosa que se recreciesse lo serviría. Después, le pareció no entremeterse en tan grandes hechos porque a la princesa, su señora, no se causasse algún peligro o deshonra.

E lo que más le fizo temer fue que como aquel día en la tarde fuesse ido al aposento de la princesa con la primera determinación que se os dixo, cuando su señora lo vido, le preguntó si havia sabido lo que tomara a su cargo de se informar, a la cual dixo que ya lo supiera pero que no lo podía dezir por razón que assí lo prometiera, por donde creyendo la princesa que lo dezía por causa de sus donzellas que ende eran, fingiendo que no tenía gran cuidado d'ello, le dixo que, pues su Pasmerindo no havia querido que lo dixesse, no podía proceder sino de temor que tenía de ser conocido, porque no le fuesse hecha menos honra sabiendo quién era, que se le hazer mandar havido respecto a su sola persona, y por ende que lo tuviesse bien secreto porque no viniesse a menos de lo que prometiera, pues si cavallero de alta guisa fuera no se lo havia de dezir con condición alguna, señaladamente sabiendo que él era su donzel. Pero que, pues a él lo havia dicho que ella trabajaría en la mañana que el emperador, su

señor, se lo preguntasse y lo supiese, por donde no quedaría tan ufano por razón del gran secreto que dezía haver alcançado.

A la cual, Darinto, burlando dixo que a lo menos dende entonces hasta la mañana gozaría d'ello, lo que assí mesmo dixo porque sus donzellas no sospechassen alguna cosa de su señora, la cual al tiempo que cenaron juntamente con la emperatriz quedaron de concierto que en la mañana rogarían al emperador que se lo preguntasse a Pasmerindo, assí como se hizo. Pero cuando Darinto vido que era hora, no se descuidó de bolver al aposento de la princesa a la cual dixo quién era Pasmerindo. Y viendo que sólo aquello se turbó tanto que no parecía estar en su juicio, acordó de callar lo ál por entonces a causa que contra él no se enojasse, por donde dexándola con su hermana Colencia se salió dende no sin gran temor y cuidado de lo que viera, assí que por aquella causa Darinto no era buelto con el recaudo que al rey Pasmerindo prometiera. Pero viendo después lo que Lauren hiziera y lo ál que le dixera, mudando su propósito, dixo a Lauren:

–Pues no podría yo, Lauren hermano, quedar sin nombre de desmesurado e desagradecido si no cumpliesse con lo que assí al rey, vuestro señor, como a vos dever conozco. Dende agora vos prometo que si esta noche yo pudiere, e sino de mañana por último término, llevar a vuestro señor tan buen recaudo que se tenga por servido de me perdonar lo passado e juzgar por muy buena la tardança de mi respuesta.

–Assí lo fío yo de tan buen donzel y amigo como vós –dixo Lauren–, pues en ello no se puede ofrecer cosa que se vos tachar pueda allende de ganar la voluntad del rey, mi señor, para vos satisfazer tan señalado servicio e la mía para vos lo servir, por lo que su descanso e bienandança desseo.

Y en fin de aquellas razones se partieron, Darinto para donde le era mandado y Lauren para el rey, su señor, al cual contó todo lo que se hos ha dicho, con que lo fizo tan alegre que se no pudo çufrir sin lo abraçar, prometiéndole tan cumplido galardón como le pertenecía dar por razón de aquel servicio, al cual Lauren besó las manos teniéndolo por tan cierto como después se puso en efecto.

¶Capítulo xiiij. De cómo el donzel Darinto dixo a la princesa la causa de la venida del rey Pasmerindo en aquel imperio, e la rogó que por su cavallero lo recibiesse y lo que por razón de aquello sucedió.

Tanto se detuvo Darinto en el mandado que llevaba, que bien cerca era de media noche antes que a su señora bolviesse, lo que fizo por causa que quando al aposento de la princesa viniesse no hallasse en su compañía más de sola Colencia, su hermana, porque en aquella hora tenía su señora por costumbre de rezar sus devociones, y antes que començasse mandava a sus donzellas que se fuessen a su cámara, no quedando sino Colencia, la cual con ella dormía.

Y viniendo en aquella hora a la cámara de su señora, llamó a su hermana muy a passo, la cual no tardó en abrirle y al tiempo que entró ya halló la princesa que habiendo acabado de rezar se hazía peinar los cabellos a su hermana. Y mostrando que venía muy apressurado y no sin gran causa, fizo como que de alguna gran congoxa que tenía no podía hablar. Al cual, quando la princesa tan turbado vido cuidando que malas nuevas fuessen al emperador venidas, le dixo:

–¿Qué es esto, Darinto, cómo vienes tan congoxado? ¿Por ventura son ya cerca los moros de la ciudad? Pues parece que de aliento y de fuerças para hablar careces. Dímelo ya por Dios y no me hagas estar suspensa.

–Que no son moros, mi señora, ni les dará Dios tanto poder –dixo Darinto.

–¿Pues qué es la causa de tu venida a tal hora –dixo la princesa– y tan congoxado?

–Si vós, mi señora, me prometéis –dixo Darinto– que después que la supiéredes le daréis el remedio que se vos otorgare, pues en ello vuestra honra ni hazienda no reciban menoscabo, ni yo tardaré en vos lo dezir ni vós, mi señora, en lo saber, y si no çufirme he aunque de lo callar no puede sino seguirse grande e irreparable daño.

–Pues mi honra quede salva, porque de la hazienda no lo tengo en tanto, y de callarlo se podría seguir el daño que dexiste y en mi mano está el remedio –dixo la princesa–, dímelo que dende agora te prometo que por mi parte no se dexará de cumplir lo que se me otorgare y para esse remedio conviene.

No fue perezoso Darinto en fincar las rodillas delante su señora y juntamente dezir lo que por aquella tan grande merced le besava las manos, y por otra que le avía de otorgar antes que la causa de su congoxa le declarasse.

–Saber quiero primero qué tal es la segunda –dixo la princesa–, porque antes de saberla no te la otorgaré jamás.

–Que me habéis de perdonar, mi señora –dixo Darinto–, por cualquier enojo que mis palabras vos pudieren causar.

–Yo soy contenta –dixo la princesa–, por ende, dilo ya y acaba, pero guarda que no se ha de entender sino salvando mi honra como antes dixiste.

–Pues ya tengo el perdón alcançado, mi señora –dixo Darinto–. No me queda más de saber si es vuestra voluntad que mi hermana sea a lo que vos dezir tengo presente, porque es poridad que si no por vuestro mandado no la osaría yo a ella ni a otra persona alguna descubrir.

Tan grande era el desseo que la princesa tenía de saberlo, viendo con cuantos rodeos Darinto se escusava de lo dezir, que le dixo:

–Di lo que quisieres en presencia de tu hermana, pues sabes que por muy grande que sea tu poridad no se la havía yo de encubrir como a mi mesmo corazón.

Oído por Colencia lo que la princesa dixera, luego fincó las rodillas e tomándole las manos se las besó muchas vezes.

–Agora hos digo –dixo la princesa– que no puedo dexar de reírme, pues hos veo a entrambos delante de mí tan concertados en me hazer raviar poniendo con tantas reverencias e besar de manos mil años de dilación en lo que veis que peno por saber. Por ende, Darinto, acaba ya de dezirlo si no quitarme he de lo prometido.

–Nunca Dios tal quiera, mi señora –dixo Darinto–, pues si tan alta donzella como vós viniesse a menos de su palabra, qué confiança se podría después tener en los de baxa guisa para que lo cumpliessen.

–No me Dios salve –dixo la princesa– si te digo cosa hasta que me ayas dicho essa gran poridad con que has venido, la cual ya me parece que se ha convertido en cortesías y deshecho en retóricas. Por ende, ¡dila ya!, si no vete y déxanos dormir.

–Es tanto lo que dezir os tengo, mi señora –dixo Darinto–, que no me ayude Dios si sé por donde comience, aunque para que no se me olvide cosa mejor será començar por el principio. No creo que se hos aya, mi señora, olvidado cómo anoche, cuasi en esta hora, hos dixes que aquel tan esforçado como apuesto cavallero Pasmerindo era rey del reino de Ungría, e que en la sazón que de mí lo oístes no dexó vuestro gesto de se alterar, puesto que entonces ni yo supe la causa ni menos la alcanço agora. Por donde no osé proceder en lo que más sabía; antes determiné de poner en ello silencio por no vos acarrear algún enojo, pues mi desseo no se ha de entender para más de

aquello que conociere ser a vuestro servicio e descanso conforme, como a mi natural señora de quien mi hermana e yo de cada día recibimos mercedes e honras.

»Pero habiendo oy visto un donzel suyo llamado Lauren, el cual es hermano del cavallero a quien ha quedado el cargo del reino de Ungría, tan triste que apreciá querérsele salir el alma, quise d'él saber la causa de su tristeza, la cual jamás pude d'él alcançar si le no prometía dos cosas: la primera, que lo ternía en poridad, e la segunda, que con todas mis fuerças procuraría el remedio, lo que con el desseo que de lo saber tenía, luego le fue por mi prometido. Por donde me dixo que la fama de vuestra hermosura había traído a su señor en esta vuestra tierra, e que en el mesmo punto que la vido fue el desmayo de su corazón tan grande que assí perdió el esfuerço para miraros como la libertad para dexar de ser vuestro. E que le sentía tan aquejado considerando vuestro alto estado e su pequeño merecimiento, e sobre todo por vos no haver hecho algunos servicios con que a vós pedir alguna merced atreverse pudiesse, que tenía por muy cierto que en breves días su vida vernía al término, con que la esperança de alcançar las desseadas cosas viene a perecer. E otras muchas razones para este efecto con tantas lágrimas que bien parecía que de sentir no dexava, que perdiendo a su señor perdía todo su bien e honra.

»Por donde viendo yo, mi señora, el agravio que a tan alto rey y esforçado cavallero se haría si por haver su reino dexado y a serviros venido la no devida muerte le sobreviniesse, e la tan gran pérdida que vós, mi señora, y el mundo haríades acorde de mudar mi propósito e deziros lo que havéis oído. E otrosí suplicaros que por alguna vía con que vuestra honra menoscabo recibir no pueda, le otorguéis alguna pequeña esperança para sustentación de su vida, pues si en lo venidero viéredes que no es tal como para vuestro servicio e contentamiento se requiere, no dexará de estar en vuestra mano mudar vuestros pensamientos, de suerte que conozca que no sois menos cuerda e virtuosa para lo que a vuestra honra y persona cumple, que agradecida para sus servicios e desseos si fueren los que ser deven. Y si por este atrevimiento, mi señora, vos parece que merezco castigo e pena, y que valer no me deve la palabra e perdón que alcancé poco antes, yo seré tan contento de los çufrir e passar e con tanta voluntad como tengo para cumplir la vuestra y de aquel esforçado rey, por cuyo servicio los passaría.

Dicho lo cual, hizo fin mirando el gesto de aquella hermosa princesa, la cual, aunque por el desmayo que en el rey Pasmendo conoció la primera vez que lo vido y por los otros señales que después sucedieron, conocido hoviesse que de verdadero amor la amava de que no le pesava, señaladamente después que fue de su estado sabidora,

puesto que no tuviese d'ello mayor certitud que la que de su autorizada presencia podía conjeturarse. Y por ende, en el tiempo que la missa se dixera, mostrara que le no desplazía que sus desseos fuessen en ella puestos. No por esso era su coraçón ya tan sujetado ni halagado para lo amar, de manera que, por razón de aquel amor que le tener podíase, le otorgasse al rey tanta confiança que osasse publicar aquellos desseos ni la hazer d'ellos sabidora, sino después de algún tiempo en el cual algunos servicios y otros señales de mayor seguridad y manifestación de su querer precedieran.

Pero viendo entonces cuán encarecidamente Darinto le afirmara ser las cuitas del rey, tan grandes que si la esperançã del remedio no se le otorgava en breve tiempo, fenecerían sus días, y que se le no podía por ella otorgar sin algún peligro o menoscabo de su honra.

No pudo su dulce y generoso coraçón, combatido de los dos contrarios, amor y temor, que en aquel instante sin comparación lo aquexaron, dexar de se enflaquecer tanto que por gran pieça le faltaron las fuerças y potencia para responder a Darinto, el cual aún estava delante de la princesa, no menos temeroso que maravillado de ver las mudanças que hasta entonces su gesto hiziera e aquel huir y bolvérsese la color tantas vezes que carecían de cuenta, según su dudoso coraçón recibía los combates y esfuerços que por cada uno de los contrarios se le dieran. Pero passada aquella tormenta, assossegándose algún tanto de la fortuna y variedad de sus pensamientos, dixo:

–Grande ha sido tu atrevimiento, Darinto, en traer semejantes nuevas a tan alta donzella como yo, e menor tu cordura por haver alcançado el perdón antes de cometer tan conocido yerro, porque de otra suerte por muy cierto puedes tener que te castigar mandara de forma que para mientras el mundo durara fuera en exemplo traído. Y aún no sé si de lo hazer dexara, puesto que a menos de mi palabra viniera sino porque se no pudiera en ti essecutar, sin que a tu hermana le cupiesse tan gran parte que ha sido causa de retraer mi voluntad para que se no fiziesse. Por donde me ha convenido çufrir aunque no de manera que mi triste no menos que lastimado coraçón de tomar dexe la vengança que por razón de tu atrevimiento se le debe, el cual, pues por causa de la seguridad por ti alcançada, no puedes tú satisfazer.

»No puedo yo sino pagar dándome la mesma pena por ti merecida, pues no dexa de ser justo que quien dio aparejo y causa para el daño lo satisfaga, assí como yo agora, que pues conozco ser el reparo y satisfacción de mi honra impossible, no podré sino morir de tan presta como merecida muerte, porque en ningún tiempo pueda dezirse que quise vida ni menos la dessee, pues no se me otorgava con ella la vengança devida de

aquel que mi honra tuvo atrevimiento de amanzillar. Lo que no menos dexara de seguirse, porque no pueda el rey Pasmerindo de mí quejarse ni me juzgar por desagradecida, pues con mi muerte fenecerán sus penas y aquellos tan aquexados desseos que han sido causa que la yo antes padeciese.

Y como todas aquellas palabras se dixessen con sobrado dolor de su atormentado corazón, lo que bien claro mostravan las abundantes lágrimas que de sus hermosos ojos manavan, señalando su natural flaqueza en aquel punto acompañada de la accidental que le sobrevino, cuasi sin algún sentido cayó en los brazos de Colencia, la cual, mandando a Darinto que de un armario que en la mesma cámara havia con muchos vasos y redomas de aguas de buenos olores le sacase una, derramó del agua sobre el rostro de la princesa, con que tornando algún tanto en su acuerdo con la boz tan baxa que con gran pena podía sentirse, no dexando de sospirar dolorosamente, dixo:

–Dexárasme morir, Darinto, y pudieras alabarte que era por tu causa muerta la desdichada Albericia, princesa de Trepisonda, con que tu corazón fuera ledo, pues vieras que tus flacas fuerças avían las de naturaleza, que por invencibles son tenidas, sobrepujado, de que no creas que recibiera pena mi alma pues fuera antes de verme del imperio que señorear esperaba deseredada, por donde fueras no solamente sin culpa pero merecedor de galardón.

Otrosí dixo:

–¡O, rey Pasmerindo, más valeroso y apuesto que todos los cavalleros de tu tiempo! ¿Por qué dixiste al emperador, mi padre, que venías para servirlo trayendo contigo encubierta la ponçoña con que matar quieres su única hija? No considerarás que todos tus servicios aunque fuesen tan estremados que no se les hallase satisfacción no podrían igualar al prejuizio e daño que de mi muerte se recrecerán, porque puesto que tu esfuerço fuesse tan grande que por sólo su fuerte e poderoso brazo todos sus enemigos muriessen e le restituyesses el cuasi perdido imperio, haziéndolo señor de los reinos de su contrario. Cierto es que le no podrías restituir ni satisfacer la pérdida que de mí ha de hazer, por donde antes merecerías la más cruel de las muertes que el menor galardón que se podría considerar.

»Por ende, dime que esperas e no te vas porque no se pueda en ti essecutar la justa saña de mis padres, pues aunque tú de la mía seas tan verdadera como conocida causa no creas que mi alma a doquier que vaya dexará de recibir pena que por la haver tú causado padezcas, pues a mí pertenece, conociendo tu buena intención, perdonarte y no por la mala obra que recibo condenarte, porque si tus desseos no fuesen los que

contra mí ser debe, no te causara mi vista al tiempo que por mi mal la viste tan gran turbación y desmayo como en ti fueron conocidos, ni después tan aquexadas cuitas y penas que te forçassen a hazerme d'ella sabidora, para que creyendo tú fallar en ellas remedio hallassemos entrambos más cierta muerte, en la cual no puedes dexar de me tener compañía si ya no fuesses tan falso como mi alma te juzga fiel y verdadero.

Estas y otras cosas estuvo diziendo aquella tan lastimada como hermosa princesa, pareciéndole tener presente aquel venturoso rey a quien las endereçava causándolo aquel cruel no menos que piadoso amor, el cual, señoreando todos sus sentidos, le representava al de la vista e imaginativo al rey Pasmerindo como si estuviera ende y con las rodillas en el suelo le pidiera merced, que d'él se doliesse con tan gran humildad que le parecía que si de hazer lo dexava antes que de su presencia partiesse fenecería su vida. Por donde no pudiendo su lastimado corazón resistir a las fuerças de su nuevo señor, después que fue en su acuerdo, dixo a Colencia:

–Pues mi mal es tan grande, mi verdadera amiga, que las fuerças y libertad tengo, como creo que se en mí parecen, tan perdidas que ni sé qué diga ni menos qué haga en lo que el rey Pasmerindo pide. Yo te ruego que me aconsejes, pues a ti sobra el juicio que a mí en esta sazón falta, lo que de hazer devo para la conservación de su vida y mía e de la honra que a todas las cosas se ha de anteponer. Y no te maravilles si tan presta e repentinamente vees de tal suerte mi corazón sojuzgado porque puede ser cierta, Colencia, que si no fuera contigo comunicado lo que siente, no se pudiera una sola hora çufrir sin reventar por mil partes.

No quisiera Colencia ver a su señora en tal estado ni sobre sí tomar tan gran cargo aunque el señorío del medio imperio se le ofreciera, pero considerando que si en aquella sazón no ponía freno a la voluntad de la princesa, no podría dexar de seguirse en su honra algún menoscabo, según lo que d'ella podía conjeturar, acordó de esforçarla diziendo que fuesse alegre y no le penasse por haver sojuzgado su corazón al amor de tan alto rey e esforçado cavallero, porque Dios queriendo ella lo guiara de manera que no perdiendo un solo punto de su honra sus desseos avrían el fin que desseava. Y otras cosas le dixo a aquel efecto y tantas que la princesa cobró su primera alegría, y porque ya era tarde, mandando a Darinto que a dormir se fuesse y que bolviesse de mañana por el recaudo que aquella noche acordarían, se acostaron en su lecho más para pesar lo que al rey Pasmerindo se había de embiar a dezir que no para dormir ni tomar el acostumbrado descanso, pues en aquella sazón el verdadero reposo era hablar en las cosas del rey Pasmerindo.

¶Capítulo xiiij. De las razones que entre la princesa Albericia y Darinto passaron, y de cómo llevó un prendedero de oro de la princesa al rey Pasmerindo y lo que sobre ello dixo e fizo.

Bien había dos horas que eran en la cama acostadas la princesa y Colencia y en todo aquel tiempo escogido y revocado diversos pareceres, cuando acordaron que pues el rey Pasmerindo no pedía ni a suplicar embiava por entonces a la princesa sino que le otorgasse algún género desesperançado que la vida sostener pudiesse, y que aquello se podía cumplir con otorgarle nombre de su cavallero e sin causar prejuizio en su honra que la princesa lo recibiesse, pues su estado e valor no dexavan de merecerlo.

Y con aquel acuerdo dieron fin a sus razones, punando cada una por dormir, aunque a la princesa no se le otorgó por espacio de una hora, porque luego recordó y con variedad de pensamientos passó hasta que fue de día. Y sintiendo que Darinto llamava a la puerta de su cámara, recordó a Colencia para que le abriessse, como lo fizo, al cual Colencia en presencia de la princesa dixo lo que había acordado, pero que le defendía que al rey Pasmerindo no dixesse cosa de las que aquella noche había sucedido, sino que por su importunidad lo recibía por su cavallero. E que, pues ya como a su cavallero le podría embiar a dezir lo que había de hazer por su servicio, le rogava que en la guerra se huviesse tan sesudamente que su orgullo e esfuerço no sobrepujassen los límites de la razón, porque allende que no podría dexar de recibir pesar de cualquier daño que le sobreviniesse. Más lo quería para las cosas que a ella cumplirían passada la guerra, por ver lo que en ellas haría, que no para aquello que se había de hazer por servicio del emperador, su padre, puesto que por ella no le había de ser sino igualmente agradecido, pues se hazía en defensión del imperio, que si Dios por bien tenía había de ser suyo, assí como de sus predecesores.

No se pudo çufrir Albericia cuando vido que Colencia acabara su razón sin añadir estas palabras:

–Y más le dirás: le dé en todas sus cosas tan buena suerte como puede y su coraçón dessea.

Cuando Darinto aquello oyó a la princesa y conoció que no estava tan brava como la passada noche, acercándose al lecho, le dixo:

–Si queréis, mi señora, que assí lo diga a aquel venturoso rey, havéis de hazer dos cosas y hasta ver si cumpliréis la primera no vos diré la segunda, porque entiendo vengarme del miedo en que anoche me pusistes, el cual fue tan grande que no me ayude Dios si creía amanecer menos de ahorcado de una ventana d'estas

–Déxate, Darinto, d'esso –dixo la princesa–, por tu vida, y no me renueves lo que yo por bien nuevo tengo, si ya no quieres agora que no tienes de mí seguro dezir algo con que lo pagues todo junto, y podrá ser que sea pena del primer pecado.

–Por eso está bien, mi señora –dixo Darinto–, que no vos lo diré hasta que primero me perdonéis lo passado y me dexéis besar vuestras manos en señal de la merced que en ello se me otorga.

Y tomándoselas luego, con tanto plazer de la princesa que no se lo contradixo holgando de oírlo, se las besó diziendo:

–Vós, mi señora, otorgáis que hasta aquí no vos fize enojo ni causé pesar del cual no sea ya por vós perdonado.

–Yo lo otorgo –dixo la princesa–. Por ende, veamos lo que quieres.

–A Dios merced –dixo Darinto–, que quedo con la vida para poder servir a tan altas y estremadas dos personas en estado y hermosura, en sazón que tanto han menester mi servicio. Y pues de la primera he salido bien, no puedo de la segunda salir sino por igual o mejor.

–Pues que es agora la segunda, veamos –dixo la princesa–, porque mucho dudo que no se algún mal recaudo cuando tú tanto temes e tantos rodeos buscas para dezirlo. Plegua a Dios que a lo menos no sea peor que el d'esta noche, porque no sea yo forzada de mandar hazer en ti lo que no tengo en voluntad.

–Yo voy por tan buen cavallero, mi señora, en esta demanda –dixo Darinto–, que ya para mí escusados son miedos ni espantos, pues aunque la muerte tuviesse delante no dexaría de provar mis fuerças, mayormente, sabiendo que al que a mí fuesse contrario y me estorvasse de darle cima, le costaría tan caro como sería su atrevimiento según rigurosamente sería castigado.

–Di lo que quisieres, Darinto –dixo la princesa–, pues assí me ayude Dios como tu desvergüença sobrepuja al esfuerço del que a ti te da tanto orgullo.

–Yo haré, mi señora, que ésse que dezis –dixo Darinto– se mude el nombre, porque no vos pene que aquí delante nombrar Pasmerindo, pues ha media hora que no hablamos de otri y parece que no cabe en vuestra boca ni en la voluntad nombarlo.

–Ya te dixes, Darinto, que digas lo que quisieres –dixo la princesa–, pues según tú sabes assegurararte y defender el derecho de quien quieres, nunca lo pornás en necesidad que tome armas para vengarte.

–Pues ya estoy seguro que no porné en peligro a quien es mi desseo servir –dixo Darinto–. Lo que vos suplico, mi señora, es que para que yo sea creído de la merced e remedio que para el rey, mi señor, tengo de llevar, me mandéis dar un señal, el cual bien creo que será de oro antes que de palabras, según vós, mi señora, las vendéis caras. Esto pido; porque si no fuesse por él creído, según los que lealmente como él aman son incrédulos de su bien, sería forçado por la conservación de mi crédito traerlo a vuestra cámara para que de vuestra mesma boca lo oyesse, y no sé cuándo aquí se viesse si se contentaría con palabras.

–Mejor creo que será –dixo la princesa, aunque no sin mucha risa e gracia– darte lo que pediste, Darinto, con que luego te vayas, si no, según tú estás puesto en hazer bueno el partido d’esse que mi cavallero quiere ser, e yo no dexo de quererlo, no se te daría uno que luego no pidas otro y siempre de mal en peor.

–Pues assí es, mi señora, –dixo Darinto–, dádmelo luego porque me vaya antes que vengan vuestras donzellas.

–Espérate –dixo la princesa–, que sí haré.

Y volviéndose a Colencia, le dixo:

–Dime qué le podríamos dar a este importuno para que de aquí se vaya.

–Alguna de aquellas donas que este otro día, mi señora, vos traxo mi hermano –dixo Colencia– de vuestra tía, la reina de Apolonia, las cuales si se vos acuerda no acabamos de ver, porque sobrevino la mala nueva que al emperador traxeron de la pérdida de la villa de Ferencia.

–Assí me ayude Dios que dizes verdad –dixo la princesa–, y que ya no se me acordava d’ellas. Bien dizen que los pequeños cuidados no duran más de quanto tardan a venir los grandes. Por ende, tráemelas tú que sabes dónde las pusiste.

E sacándolas de una arca vieron entre las otras un prendedero de oro con muchas piedras de gran precio en él engastadas, el cual tenía por pendiente un rubí muy ardiente e fino tallado a la semejanza de un corazón.

Cuando Darinto lo vido, dixo:

–Paréceme, mi señora, que a estar asidos dos corazones d’este prendedero, como está uno, éste sería el señal que más al propósito haría de cuantos yo he visto.

–Cómo eres necio, Darinto –dixo Albericia–, e muestras no tener agudeza sino en maldades, pues no alcanças que de aquellos que bien e lealmente se aman sus dos coraçones, no ha de ser más de uno, como aquí ves, porque si dos o más fuessen, partidas serían sus voluntades e desseos, lo que no puede sostenerse porque assi como uniformes han de ser sus desseos e voluntades, assi han de proceder e causarse de un solo coraçón, pues, aunque sean en el número dos, están de tal manera puestos y enxeridos el uno dentro del otro que ninguno de sus dueños aunque se lo enseñassen podría conocer cuál es el suyo, por la conformidad que han de tener assi en cada una de sus partes como en todo junto.

Maravillados quedaron Darinto e Colencia de la razón de la princesa, tanto que si no lo oyeran jamás lo pudieran creer. Pero Darinto por no dexar a su señora sin satisfacción, por lo que le rentara, le dixo:

–En verdad que no ha tres días, mi señora, que si vos leyera lo que agora dixistes no lo entendiérades por bien que vos lo declararan, por donde no devéis reprehenderme pues no he tenido como vós tan buen maestro, porque ya podría sucederme antes de mucho tiempo tal cosa que no sería maravilla leer yo a mi hermana, a quien por tener vós, mi señora, por tan sesuda, le havéis encomendado vuestra honra y hazienda, e la juzgasse por no menos torpe de lo que por vós, mi señora, antes fui juzgado. Pero porque ya es tarde, dadme el prendedero e irme he luego.

Al cual, dándoselo Colencia, dixo:

–Cata que no digas cosa de lo que aquí ha passado, sino como te dixes que por tu importunidad ha sido mi señora contenta de recibirlo por su cavallero, e que el prendedero huviste por cumplimiento de un don que a mi señora pediste, el cual te otorgó.

–Andémonos a decir mentiras –dixo Darinto–, pues según veo el juego entablado, haún creo que mi señora queda con pena por lo poco que yo he pedido y me ha dado para el rey, mi señor, e que le ha de pedir más de lo que ha passado. Por ende, hermana, no será bien que yo pierda las albricias de tan alto hombre diziéndole la verdad, pues podría ser que las perdiessse callándola e afirmando lo contrario de lo que vosotras después le diréis.

–Pues veamos si ternás tan poca vergüença como dizes –dixo Colencia.

–Por más que me digáis, hermana –dixo Darinto–, no tengo de quedar esta vez por mentiroso por encubrir vuestras locuras, pues me dieron anoche tan mal rato que aún no se me ha buuelto la sangre en su lugar.

Y diziendo aquello se salió a hora que ya las donzellas de la princesa entravan en su cámara, a la cual fallaron muy alegre por lo que con Darinto passara, aunque ninguna d'ellas sabía la causa. Salido Darinto del aposento de la princesa, mil años se le figuraron ser aquel poco tiempo que tardó en llegar al del rey Paserindo, el cual, como no tenía otros cuidados sino cuándo vería a Darinto, se paseava por su cámara atendiéndolo, e cada vez que llegava a la puerta d'ella se parava buena pieça. E quando lo vido con tanta priessa venir, le señaló que se detuviesse, assí como lo hizo, e en el mesmo instante mandó a sus escuderos que fuessen cada uno a su mandado, quedando con sólo Lauren, al cual dixo que le llamasse a Darinto, que estava en los corredores primeros. Lo que no se tardó de hazer ni menos Darinto de venir ante el rey, el cual le dixo:

–Pues, amigo Darinto, ¿qué nuevas me trahes? Aunque si por lo que en tu gesto veo las tengo de juzgar, no serán peores de las que yo desseo.

–No pueden dexar de serlo –dixo Darinto–, pues vós, mi señor, no las merecéis ni sería razón que vos las traxessen malas.

Entonces le contó lo que havéis oído, puesto que no de manera que saliesse del mandado de Colencia, ni dicesse cosa con que la honra de su señora fuesse menoscabada. Pero quando el rey vido el prendedero, que Darinto le dixo que havia alcançado por el don que a su señora pidiera, fue tan sobrado su gozo que pospuesta la autoridad de su estado e gravedad de su persona no pudo dexar de abraçar a Darinto e assí mesmo dezirle:

–Si yo no creyesse, Darinto, en breve tiempo darte el galardón de tan cumplido plazer y servicio, ten por cierto que no sería menor el pesar que ternía d'esto segundo, que el gozo de mi corazón ha sentido de lo primero, pues no se debe dessear más la sustentación de la vida para satisfazer las deudas y servicios que para recibir los plazer e deleites.

Y dicho aquello, tomando el prendedero de Darinto, el cual le quería besar las manos por la merced e galardón que le prometiera, quando al rubí que d'él pendía vido a manera de corazón, dixo:

–¡O, cuánto más prendado estáis vós, corazón mío, de aquella soberana y, sobre todas la de su tiempo, hermosa princesa e mi señora! Y con seguridad tan firme que no puede sin pérdida de la vida perecer, señaladamente agora que vuestra voluntaria prisión havéis de juzgar por incomparable deleite y gloria, pues de vós ha de ser, señora,

aquella que en estado en todas las otras gracias assí carece de igual como vós del merecimiento que para alcançar nombre de suyo vos cumplía.

Y preguntando a Darinto si el prendedero había estado algún tiempo en menos de su señora, e sabido que d'ellas lo tomara para se lo traer, dirigiendo su razón al mesmo prendedero, dixo:

–¡O, cuán claro se parece que eres insensible, pues no consideras la pérdida tan grande que en trocar señor hiziste! Dime quién, si no tú, puesto en las poderosas manos de mi señora, saliera d'ellas sin dar quejas tan grandes que todo el mundo se doliera del agravio que enmendarte ir a otro poder se te ha fecho. Mas ¿qué digo?, que muy más claro se parece no estar yo en mi seso del gozo que mi corazón siente, pues no siento que si no cumplieras el mandado de tan alta señora aún no fuera suficiente sentencia para ti deshazerte y quemar en bivas llamas, como a sólo rebelde en el mundo a tan soberana princesa. Por donde es razón que seas, assí como eres, de muy máspreciado, e otrosí porque supiste con obediencia huir del peligro, del cual repugnancia ni otro género de dureza jamás pudiera librarte. Y pues a mi poder eres venido, yo prometo a tu primera persona, cuyos entrambos somos, de ponerte adonde seas de muchos visto y al que no otorgare haver sido tú de la más hermosa donzella del mundo, dexado aparte su estado y otras gracias que se dexarán de dezir porque no puedan conjeturar cuyo fuiste, hazerle costar tan cara su pertinacia y atrevimiento, como para la satisfacción de la injuria convinieren.

Y volviéndose a Darinto, le dixo:

–Pues hazer yo a mi señora las gracias que de tan sobrada merced se le deven, amigo Darinto, es tan imposible, según la grandeza d'ella e mi pequeño merecimiento como tú ves. Yo te ruego que por mí le beses las manos y le digas que me embíe a mandar lo que de hazer tengo por su servicio, pues sabe que se cumplirá con igual voluntad de aquella con que me será mandado. Lo demás que a ti se debe e a mí pertenece cumplir, quedará a mi cargo para su tiempo, en el cual juzgarás mi corazón según que d'este tan señalado servicio te viniere la satisfacción.

De lo cual, Darinto, besándole las manos, aunque lo rehusó, se despidió del rey, el cual no pudiendo creer que aquello en efecto passasse, según se juzgava bien andante, en la misma hora mandó llamar un maestro que fuesse ábil para lo que él quería hazer, al cual dixo que le fiziesse en medio de su escudo un corazón de oro esmaltado de la color del rubí del prendedero, y que de las alas le prendiessen de las cuatro esquinas del escudo de las mesmas colores y artificio de que era hecho el

prendedero. Y porque el tiempo era tan breve que no quedava más de aquel día e otro para su partida, tomasse para ello muchos ayudantes porque él lo satisfaría a su voluntad. E dándole el escudo y haver que le pidió el maestro para hazerlo, lo despidió rogándole pusiesse en ello la diligencia que convernía porque fuesse acabado para el plazo señalado, lo que por el maestro le fue prometido. Y con aquello se fue dexándolo más glorioso con su prendedero que si le vinieran nuevas que havia heredado otro reino tan grande como el de Ungría.

¶Capítulo xv. De cómo el donzel Darinto contó a la princesa Albericia lo que el rey Pasmerringo dixo e fizo después de visto e recebido el prendedero que le lleva.

Aquel día en la mañana, la emperatriz ni Albericia no salieron a oír la missa con el emperador porque la princesa, haviendo passado cuasi toda la noche sin dormir, embió a dezir a su madre que no entendía levantarse porque se havia sentido mal aquella noche, por donde la emperatriz vino al aposento de la princesa por mejor certificarse de la verdad. Y quando supo que no era más de lo que a dezir le embiara, mucho se assossegó del sobressalto que traía, porque amava tanto a su hija que puesto que le dixeron que ninguna cosa era su mal no pudo çufrirse sin la ir a ver, con la cual estuvo hasta que se levantó, aunque bien tarde.

Y las dos se fueron a comer con el emperador, el cual, después de oída la missa, havia entendido en librar algunos negocios y despachar lo que quedava para su partida. Y quando fue hora se retraxo con la emperatriz y su fija que ya lo atendía. Alçadas las mesas, el emperador les contó algunas de las cosas en que aquella mañana entendiera, y que havia mirado por Pasmerringo y no lo havia visto.

–Yo creo, señor –dixo un donzel–, que estará adereçándose para la partida, porque yo vide esta mañana entrar en su cámara un hombre, el cual después salió con su escudo.

–Alguna invención será –dixo el emperador– que querrá hazer para que sea entre los otros cavalleros conocido.

–Y dígovos que si sus fuerças y esfuerço corresponden a su apostura no creo que aya mejor cavallero en el mundo.

–Grandes son –dixo entre sí la princesa– para contra mí. No sé qué tales será contra los otros, pues con sola su vista ha sojuzgado mi corazón de suerte que las mías me faltan para contravenir a su voluntad.

Y con lo que al emperador oyó y el señorío que sobre su Paserindo sabía tener, se fizo tan leda que quienquiera que su gesto mirara bien conociera las sobras de la hermosura que aquella alegría le acarrea. Passadas aquellas razones, la emperatriz e Albericia se fueron cada una a su aposento, dexando al emperador que salía a la sala de consejo para entender en sus acostumbrados fechos.

Darinto atendió la hora de las noches passadas y cuando le pareció tiempo vio a la cámara de su señora, a la cual no había podido hablar aquel día por el estorvo que le hiziera la emperatriz e las donzellas de la princesa. E cuando con sola Colencia la vido, le dixo:

–¡O, cuán grande es la alegría de mi corazón, mi señora, viendo cómo Nuestro Señor guía vuestras cosas al puerto de seguro descanso e firme bienaventurança! Porque si hasta aquí mi entendimiento vos considerava única en el mundo en ventura e gracias, assí por vuestro alto linage como por la hermosura e virtudes de que tan dotada vos veo, cuánto agora más viend[os] tener señorío sobre el mejor e más alto rey que en nuestro siglo alcançamos. Esto digo porque si de contarvos huviesse, mi señora, las gracias sin número e con tanta humildad a vós embiadas por la merced que en recibirlo por vuestro cavallero le fezistes, e las cosas que visto vuestro prendedero dixo e hizo, no menos tiempo habría menester que el que se dize haver bivido novecientos años, allende de la gracia que me faltaría para lo referir.

Por donde Albericia, quasi fuera de sí del sobrado gozo que sentía oyendo a Darinto, le mandó que junto a ella sentasse e que le contasse lo que con su cavallero passara muy por estenso. A la cual, Darinto dixo, haziendo lo que le era mandado:

–En mí seso estuve yo, mi señora, cuando por parte del rey, mi señor, tomé la querella, pues antes d’esto, fincado ante vós de rodillas, no me juzgávades merecedor de vuestra vista, e agora que me llamó e soy suyo me mandáis que me assiente. A él agradezco yo, mi señora, esta honra e no a quien anoche aun con mi muerte no mostrava quedar satisfecha. Mal me haga Dios si de servirle dexo en cuanto pudiere, pues en ello vuestra honra quede en todas sus partes sin manzilla.

–Yo creo, Darinto –dixo la princesa–, que si tú fueras donzella no dudarás sin ninguna vergüença de requerirlo antes que él te hablasse, según la afición que en sus cosas te veo mostrar.

–Eso podéis vós muy bien creer, mi señora –dixo Darinto–, que si Dios me hiziera la gracia que a vós hizo no folgara mi corazón hasta que d’él tuviera más seguridad de la que vós tenéis, puesto que sea muy grande según conozco su corazón no ser ya suyo sino vuestro.

–¿Cómo, Darinto, no te parece –dixo Albericia– que he fecho por él más de lo que devía en dos días y aunque fueran años?

–Si se ha respecto, mi señora –dixo Darinto–, a vuestro valor y estado, es tanto que no ay merced que pueda ser su igual, pero si se considera el merecimiento de aquel a quien se ha hecho, es tan poco que aún no hinche el más pequeño vazío de lo que él merece.

–Yo creo, Darinto –dixo la princesa–, que jamás contigo se acabará esta contienda, según somos en los pareceres diversos, puesto que las voluntades no sean en todo discordes, porque él y tú por su parte, según de tus palabras se puede conjeturar, no querríades sino hallar camino para que en muy breve tiempo se cumplan sus desseos sin haver respecto a mi honra y al menosprecio que se seguiría de mi persona y estado. Y yo por la mía tengo de buscar lo contrario para la conservación de todo, e no creas que diga esto porque crea que sus desseos no son contra mí los que ser debe, porque de otra suerte escusado sería sólo el pensamiento, pero dígolo porque no sería razón o a lo menos muy fuera d’ella parecería que una donzella tan alta como yo tan repentinamente otorgasse su amor a un cavallero, por más que lo amasse y de mayor estado y esfuerço fuesse.

»Pues que es cierto que aliende del menosprecio que a mi persona se causaría, no me sería agradecido, porque en esto, Darinto, recebimos las mugeres notorio prejuizio e muy grande agravio, por razón que los hombres quando aman pueden comunicar sus passiones e manifestar sus desseos e trabajar por alcançar el fin e remedio que dessean, e nosotras quando amamos no solamente lo havemos de encubrir e dissimular, pero mostrar que aborrecemos aquellos que más queremos e huir de los fines que no menos desseamos. Y todo esto no por más de conservar aquella gravedad e vergüença que a nosotras pertenece tener e esta honra que tanto cuesta de guardar, que a las veces ella e la vida se pierden juntas. Assí que mira cuán grande es la desigualdad de la regla, pues los primeros pueden por cualquier vía procurar su remedio e nosotras por todas havemos de huir de él. Pero pues esto no haze a nuestro propósito, según tú dixiste que de todo quanto en mí viste harías a mi cavallero sabidor, por donde mi

dissimulación sería fuera tiempo, dexémoslo agora y cuéntame lo que te mandé cuando aquí quise que te assentasses porque muy tarde se me haze para saberlo.

–No creáis vós, mi señora –dixo Darinto–, aunque yo dessee en lo que pudiere servir al rey, mi señor, que los tales servicios no se han de regular por aquella vía que se me otorga siendo yo vuestro criado y natural vasallo, porque de otra suerte mal empleadas fueran y serían en mi hermana y en mí las honras e mercedes que de vós, mi señora, y de vuestros padres havemos recebido y la criança que en vuestra casa fezimos. Por donde no havéis de creer que assí en lo passado como en lo venidero a mi causa aya recebido la honra que a vuestra persona y estado se deve, ni menos recibirá un solo punto de menoscabo, porque la verdad es que el rey, mi señor, no ha sabido de vós, mi señora, ni devuelto coraçón más de aquello que mi hermana me mandó, y aun con tanto tiento que no creo que hasta que crea tener ganada la menor almena de la fortaleza de vuestro alto e generoso coraçón.

Entonces le contó la forma que tuvo en hablarle e las cosas que dixo cuando el prendedero vido e las gracias que con tanta humildad dadas le embiava y lo demás que le dixo sin faltar cosa de que la princesa sintió tan sobrado gozo que no pudo çufrirse sin dezirle:

–Pues por causa de los servicios por ti, Darinto, fechos a tu señor e mi cavallero, dixiste que te hazía más de la acostumbrada honra cuando te mandé sentar, agora quiero abraçarte porque veas que es sin comparación mayor ésta que recibes por los servicios que a mí has fecho, pues aquellos que son por los criados fechos por su solo comedimiento y amor que a sus señores tienen, sin que les sean por ellos mandados hazer y, señaladamente, los que causan la honra, no recibir algún menoscabo ni manzilla carecen de toda satisfacción. Y es la causa porque assí como con ningún precio cuando la honra se pierde puede cobrarse, assí al que la sostiene o es causa que no se pierda ni amanzille no se puede satisfazer sino con la moneda que en ello ganó, que es la misma honra, por donde quiero yo agora que tú recibas ésta que te de abraçar yo se te sigue.

Y tomándolo entre sus muy hermosos brazos, lo abraçó no dexando en aquel tiempo de derramar algunas lágrimas que semejantes a las orientales perlas de aquellos sus agraciados ojos emanaron, viendo que sus hechos se guiavan por la vía de su contentamiento. No fue perezoso Darinto assí conociendo la honra y merced sin medida que por la princesa se le hiziera, como por cumplir el mandado del rey, su señor, de tomarle las manos y besárselas muchas vezes, tanto que la princesa le dixo:

–Acuérdate que es ya tarde, Darinto. Por ende, vete a dormir, porque si yo tengo de passar dos noches sin dar al cuerpo su devido e acostumbrado reposo, no podría dexar mañana de dormir en la misma y en cualquier otra parte que estuviesse, por donde de mi vida se podrían hazer diversos juizios, señaladamente si mi cavallero lo viesse, al qual dirás que todavía le mando, aunque mejor dixera ruego, que puesto que en los hechos en armas y batallas, en las cuales se ha de ver, no dexe de emplear sus fuerças y señalar el esfuerço de su alto coraçón, que no se olvide de guardarse y mirar por sí, porque pueda cumplir lo que acá queda obligado.

–Aunque fuessen, mi señora, dos años –dixo Darinto– los que sin dormir ni descansar passássedes, no creáis que por ende el sueño vos sobrevernia en presencia del rey, mi señor, ni de ningún otro, porque la regla de amor, según lo he leído, manda que la primera cosa que los suyos ha de perder sea el sueño. En lo demás yo seguiré, mi señora, el orden de vuestro mandado no menos que lo cumplirá aquél a quien se embía.

Y con aquello se despidió de la princesa dexándola con su hermana Colencia, las cuales se acostaron con gran plazer viendo que la honra de la princesa no había recebido el menoscabo que cuidavan.

¶Capítulo xvj. De lo que el emperador dixo a sus cavalleros cerca las cosas de la guerra y de lo que para hazer resseña, por saber qué número sería el de los cavalleros que a ella habían de ir, se ordenó.

No comenzava aún el resplandeciente Sol de esparzir sus ilustrantes rayos por la sunmidad de las altas montañas, quando el rey Pasmerindo, que no muchas horas de aquella noche había con sueño sus sentidos ocupado, se levantó y mandó que de vestir le diessen los más ricos paños que consigo mandara traer, porque siendo aquel día el de antes de la partida en el qual no sería menos que dexasse de ver a su señora, quería que lo viesse no como cavallero andante sino de la manera que a su alto estado convenía, y otrosí porque conociesse que haviéndolo recebido por su cavallero acrecentava no solamente su esfuerço e orgullo, pero todo lo demás que a él se otorgava para demostración de su valor e merecimiento.

Y porque mejor se pareciesse que para aquel efecto aquello se hazía tomando el prendedero que por su señora le fue con Darinto embiado, lo echó sobre su cuello. Y

ceñida su buena e preciada espada salió cuando fue hora de su aposento acompañado de sólo Lauren, pareciéndole, pues consigo llevaba la voluntad de su señora, que ninguna otra compañía lo podía tanto autorizar ni con gran parte. Con el cual pensamiento iba tan loçano e apuesto que cuando llegó a la sala en la cual los preciados cavalleros e altos hombres acostumbraban de atender al emperador, a todos hizo maravilliar no menos de la riqueza de sus vestidos que de su apostura e autorizada presencia, aunque muchos d'ellos lo havían otras vezes visto, por donde a los que ya le havían comenzado de tener embidia, sin comparación se acrecentó con no menor desseo de saber quién fuesse.

Y después que buena pieça passó hablando con aquellos cavalleros que más se le señalavan amigos, salió el emperador con más alegre semblante que el que su corazón le otorgava por ver tan buena compañía de cavalleros, la mayor parte de los cuales ya vinieran vestidos de guerra con las divisas e invenciones que al propósito de cada uno hazía. Y entre los otros, un cavallero sobrino del rey de Bohemia que, siendo muy orgulloso y esforçado, era venido a provar sus fuerças contra los moros en aquella guerra, al cual dezían Menadoro e a quien mucha honra se hazía por el emperador e todos los otros cavalleros, sospechando aunque él lo encubría que era sobrino del rey de Bohemia y que esperava heredar aquel reino después de los días del rey, su tío, porque no tenía fijos, assí como lo heredó, según en la mesma primera parte d'esta grande historia se vos contará. El cual, puesto que encubiertamente, amava estrañamente a la princesa Albericia, y la causa porque fasta entonces no havía publicado sus desseos, haziéndola d'ellos sabidora, era porque entendía primero servir al emperador en aquella guerra y hazer tales cosas según en sí sentía el esfuerço e orgullo que después los pudiesse publicar, sin temor ni recelo que le podría ser tachado por los haver puesto en tan alta princesa.

Este cavallero traía un sayo de guerra de brocado verde muy bien tallado, sembrado de dos «AA» juntas de tela de plata. Y en lugar de orladura e guarnición al derredor, sobrepuestos unos rétulos de la mesma tela con las letras de oro sobre ellos labradas que dezían: «Tal alto es el principio como el fin glorioso». Las cuales eran tan grandes y tan bien hechas que muy fácilmente se podían leer, porque el manto que sobre el sayo llevaba, como era corto y echada la una parte d'él sobre el hombro, no ocupava la lectura d'ellas, antes las sacava más claras. Con el cual atavío muy bien parecía a todos, aunque con todo ello ni menos con su apostura no igualava con gran parte a los del rey Pasmerindo, el cual no dexó de conocer que aquellas dos lestras señalavan las del principio e fin del nombre de su señora, por las cuales comencava e acabava, pero

no se le dio por ello cosa, assí porque ya la princesa lo havía recebido por su cavallero como porque el estado de Menadoro no igualava con el suyo. Antes se paró con aquellos pensamientos más loçano, considerando que puesto que su señora fuesse de tan buen cavallero como Menadoro amada y servida, los grandes favores e mercedes no se estendían ni otorgavan sino a él sólo.

No pudo çufrirse el emperador cuando vido al rey Pasmerindo tan estraña e ricamente vestido sin dezirle:

–Cuanto más va, Pasmerindo amigo, tanto me parece que se acrecienta el tiempo que de passar tiene hasta que la emperatriz e yo vuestra hacienda sepamos. No digo esto porque quiera que antes de lo que está prometido se cumpla, pues teniéndovos en mí compañía e servicio no queda cosa que de vós por mí dessear se pueda. Pero dígolo por la sospecha que mi coraçón tiene que no se vos haze aquella honra que se vos debe y la que yo desseo que recibir quisiéssedes.

No se olvidó el rey Pasmerindo de fincar las rodillas en el suelo e suplicar al emperador le diesse las manos por las mercedes y embiada honra que le hazía, el cual, desviándolas y mandándolo levantar, le dixo cómo havía acordado que aquel día se hiziesse resseña por saber el número de los cavalleros que havían de ir con él en aquella guerra e también porque todos supiesen a las señas que havía de acudir, porque con menos trabajo los pudiesen ordenar para ir de camino.

Al cual, Pasmerindo loó su acuerdo e demás le dixo que su parecer era que lo devía luego mandar proveer, lo que no se tardó porque en la misma hora el emperador lo dixo a todos aquellos cavalleros que ende eran, y otrosí mandó que luego se pregonasse que para la una hora, después de mediodía, todos los que havían de ir con el emperador en aquella guerra saliessen al campo que havía a las espaldas de sus palacios, cada uno con sus armas como si entonces huviessen de partir. Y a uno de sus camareros mandó que para aquella hora hiziesse sacar en aquella mesma parte las siete señas que mandara hazer, lo que assí se puso en efecto como le fue mandado. Y dicho aquello, el emperador dexó a Pasmerindo e a todos los otros cavalleros, porque vido a la emperatriz e a la princesa que ya salieran a la capilla para oír la missa.

No fue pequeña la gloria del rey Pasmerindo cuando a su señora vido mirarlo con no menos afición que en su gesto se mostrava hermosura, señalando que ya era de sus desseos sabidora, y puesto que en el tiempo que la missa se dixo buena pieça passasse por razón que aquel día se celebrava muy solemne oficio por ser fiesta de

Santa Cruz de mayo, en el cual día era a maravilla grande la fiesta que en aquella tierra se hazía.

No le pareció al rey Pasmerindo haver passado sólo un momento, según gozava e sentía aquella gloria no sin grande acrecentamiento d'ella por ver que aunque Menadoro en todo aquel tiempo no dexó de mirar hazia aquella parte que la princesa se i[v]a con desseo de ser por ella visto, los ojos de su señora jamás se bolvieron para lo mirar, lo que no era assí contra él porque todos los puntos que a la princesa se otorgavan no dexava de bolverlos a su parte, sintiendo tanto gozo cuanta era la firmeza que con aquello a su corazón se añadía.

Acabado el oficio, e después de idas la emperatriz e la princesa con todas las otras dueñas e donzellas que con ellas havían venido, el emperador mandó que ninguno de los cavalleros que ende eran se fuesse porque les entendía dezir ciertas cosas que le ocurrían, lo que assí se fizo quedando atentos e con desseo de saber lo que diría. El cual, cuando los vido estar con silencio atendiendo su razón, les dixo:

–Ya havréis sabido, virtuosos cavalleros e amigos míos, cómo aquél entre los otros de nuestra fe cristiana mayor enemigo, Abelarín de Assiria, con todo su poder pospuesto el temor de Nuestro Señor Dios e de los que de su servicio e religión somos, no contento con el señorío tan grande que de sus predecesores ha heredado, ha venido como tiránico usurpador en este nuestro imperio para sojuzgarlo a su obediencia y de aquellos falsos dioses e ídolos que para ello le han dado esperança e principio, creyendo que en los que se lo han de defender no hallaría aquella resistencia que se le podría oponer ni las fuerças e esfuerço que en cada uno d'ellos florece, y no sin esperança y desseo de nos hazer a todos passar por su cruel y riguroso cuchillo. Y porque ya el alto señor no puede çufrir las grandes e innumerables cruexas que hasta aquí tiene fechas, lo que bien claro señala el amagar del castillo que manda que nosotros como sus fieles y verdaderos ministros contra ellos executemos.

»Yo vos ruego pues de la tardança no puede dexar de seguirse tanto daño y flaqueza en los christianos quanto provecho y mayor ánimo en nuestros enemigos y, sobre todo, el desservicio que a Nuestro Señor Dios se causaría de nuestra inobediencia, y otrosí porque se vea el desseo particular que cada uno de nós tiene de servirlo hasta la muerte, señaladamente en la defensión e acrecentamiento de su santa e católica fe, que oy, después de mediodía, aunque ya vos lo aya dicho luego que aquí vine, todos con los vuestros salgáis al campo que se vos dixo y de la manera que vos lo rogué. E que salidos cuando tiempo fuere, acudáis a las señas que por mi parte vos señalarán

Pasmerindo e Menadoro, a los cuales, por ser cavalleros estrangeros e orgullosos y que por razón podrán passar cualquier trabajo e afán, quiero dar este cargo, el cual no creo que por mi amor e servicio rehusarán, pues yo quedo para la emienda e galardón obligado.

»El caudillo de todos yo lo entiendo ser mientras Nuestro Señor Dios me lo otorgare, rogándovos que en cualquier sazón e tiempo que de mí fuere servido para el otro siglo durante la guerra, el que por mi muerte eligiéredes sea aquél que más viéredes convenir para vuestro descargo e conservación e acrecentamiento d'este imperio, pues en tal sazón e para semejante efecto todos havéis de ser unánimes. E por dar fin a mi larga razón, no menos vos ruego que para mañana en amaneciendo estéis adereçados e a punto para la partida según el orden que oy se vos dará, e que ninguno contravenga a la ordinación de sus caudillos ni reciba en ello pena ni agravio, pues no ay en el mundo hombre a quien semejante cargo le sea encomendado que no preciasse antes ser mandado por el más sutil e covarde peón de toda la hueste que tener el cargo e regimiento d'ella, por razón que todos los cargos, assí d'esta como de cualquier otra cualidad, traen debaxo de sí y en lo más encubierto una carga de cuidados tan grande que es mucho más penosa e trabajosa de çufrir y sostener que lo principal, que es manifiesto. Y pues ya es tarde, comamos aquí juntos porque después tengáis más tiempo para salir a la reseña, e si algunos hoviere que no tengan sus armas en el punto que deven hasta mañana, en la mi sala de las armas podrán escoger para oy las que mejor les armaren.

Y con aquello dio fin a su razón, al cual Menadoro e Pasmerindo dixeron que puesto que aquel cargo se quitasse a muchos de los cavalleros de su imperio a quien por muchas causas era devido, ellos por cumplir su servicio e mandado y por la gran honra que d'ello les recrecía, lo recibían juntamente con la merced que conocían serles en ello fecha. Dicho lo cual, todos aquellos altos hombres y cavalleros loaron la election del emperador, conociendo ser aquella su voluntad, y otrosí porque siendo estrangeros los dos caudillos no se les hazía prejuizio, señaladamente sospechando como se vos dixo el alto linage de Menadoro, no dexando de maravillarse que el emperador le havia dado por compañero a Pasmerindo, nombrándolo primero, no sabiendo quién fuesse. Y en lo demás le dixeron que ellos esperavan en Dios que guiaría sus cosas de manera que con victoria muy complida de sus enemigos bolvería a su casa, por donde se escusaría la segunda elección que dixera. E le ofrecieron que si Nuestro Señor era servido de lo

contrario, ellos harían así en la elección como en todo lo á lo que eran tenidos como sus verdaderos criados e naturales vassallos.

Muy alegre quedó el emperador de la respuesta de sus cavalleros, aunque mucho más por haver conocido sus voluntades contra él tan fieles e unánimes, tanto que las lágrimas le vinieron a los ojos, pero por no mostrar algún género de tristeza en aquel día, las detuvo, y con alegre semblante les dixo que a las mesas se acogiesen pues ya era hora, lo que así se hizo.

Aunque el emperador quiso comer solo en una mesa, por no causar embidia entre los suyos a causa que como los cavalleros eran muchos así había en aquella sala muchas mesas porque juntos pudiessen comer y a vista del emperador, el cual los fizo servir de suerte que ninguno hubo que quedasse descontento según el orden e servicio que en todas las cosas mandó tener.

Cuando hubieron comido e les pareció hora, cada uno se despidió del emperador para salir a la resseña, aunque el rey Pasmerindo antes que fuesse a su aposento escogió de las armas que había en la sala que el emperador dixera las más ricas y que mejor le armaron, por razón que a las suyas faltava el escudo que el maestro llevara para el efecto que oísteis. Y el emperador, idos aquellos cavalleros, se retraxo con la emperatriz y su fija hasta que fuesse hora de salir al campo.

¶Capítulo xvij. De cómo se hizo la reseña general e del orden que para hazerla se tuvo, y de cómo aquella noche el rey Pasmerindo se quejó a Darinto de sus penas e de lo que entrambos concertaron.

Cuando al emperador pareció tiempo, salió del aposento de la emperatriz y mandó a sus mayordomos que para esse otro día de mañana tuviessen adereçado todo lo que convenía para que en la partida no huviesse detención, y que las señas que al camarero dixera hiziessen sacar luego al campo y guardassen hasta que Pasmerindo e Menadoro las repartiessen, y no gran pieça después, que era ya cuasi una hora después de medio día, quien podría contar la priessa que los cavalleros tenían los unos por venir a acompañarlos y los otros por salir al campo. Por cierto, sería ultra possible porque ninguna puerta había en la ciudad por la cual no fuessen tantos los

cavalleros que salían para la resseña que parecían carecer de número allende de los que en tiendas y en otras partes estaban fuera de la ciudad aposentados.

En esta sazón, el emperador con la emperatriz y la princesa se assomaron con cuantos había en los palacios a las ventanas que hazia aquella parte del campo había, por ver a sus cavalleros cómo salían, no sin grande alegría, viendo la muchedumbre d'ellos.

Y cuando al emperador pareció que ya era hora, a gran priessa se fizo dar sus armas y se armó, ayudándole a ello Menadoro e Pasmerindo, los cuales buena pieça había que eran ende venidos, assí mesmo armados, con los cuales e otros muchos que su salida atendían, decendió al patín. Y después que fueron a cavallo en medio de aquellos dos nuevos caudillos, salió el emperador con todos los otros cavalleros assí mancebos como ancianos, a los cuales ya eran entredichas las armas, de sus palacios. Y dende a poco rato, llegaron al campo causándolo que estaban junto a la cerca hazia aquella parte en que la resseña se había de hazer.

Cuando el emperador fue ende llegado y los que en el campo eran lo vieron e supieron por razón del guión que siempre se traía por un cavallero cuasi junto a su persona, todos se le humillaron e los principales se allegaron a su escuadrón por saber lo que mandava que hiziessen. E atendiendo su mandado vieron cómo Pasmerindo e Menadoro hizieron traer las señas del emperador, las cuales eran en número siete y todas de Damasco verde cuasi de un mesmo tamaño, salvo la una que era más grande, en las cuales se mostravan broslados de oro y plata y otros colores de sedas los siete dolores de Nuestra Señora la Virgen María, repartidos en cada uno el suyo por maravilloso artificio. Las cuales repartieron en siete cavalleros de la casa del emperador muy buenos y de gran experiencia en las cosas de la guerra, a los cuales dixeron que en siete partes de aquel espacioso campo se repartiessen lo más lexos y a compás que pudiessen los unos de los otros, lo que muy presto fue hecho y en el mesmo punto, Pasmerindo por una parte e Menadoro por la otra, llevando consigo cada uno dos cavalleros de aquellos ancianos que les hazía relación del valor y estima de cada cavallero.

Porque no errassen no concociéndolos, començaron de repartirlos de juntos que estaban embiándolos a las señas que les parecía. E cuando a las señas llegaron los cavalleros que las tenían, cada uno de los cuales tenía junto a sí dos escrivanos, les hazían dezir y escrevir sus nombres, por donde con esta diligencia e orden antes de se poner el Sol, porque en aquel tiempo eran los mayores días del año, todos fueron

repartidos e por escrito puestos sus nombres. E cada uno supo a la seña que de allí adelante había de acudir, ayudando assí mesmo a ello la gran priessa que en la repartición se dio porque se acabasse antes que la noche sobreviniesse.

Cuando cada escuadron de lo siete se pudo ver por su parte, no acarreaa menos plazer que maravilla su vista, causándolo que en aquella sazón ninguno andava desmandado por el campo. Y como el Sol era ya baxo, hazía reberveración con las armas, por donde parecía también que el emperador y cuantos los veían no cansaran de mirarlos aunque todo el día turara, el cual mucho se holgó de ver aquel orden y diligencia que se tuviera, juzgando a Pasmerindo, por cuyo consejo se hiziera, por no menos sabio en aquellas cosas que en las que en él se mostravan y él había experimentado de su alto valor. Pero viendo que ya era tarde e queriendo mandar que cada uno pudiesse bolverse a la ciudad, se detuvo por oír a Pasmerindo, el cual, llegándose a él juntamente con Menadoro, le dixo:

–Aunque mi razón no carezca de atrevimiento y desmesura, muy poderoso señor, por querer deziros lo que me ha ocurrido ante estos vuestros altos hombres e cavalleros, de cada uno de los cuales todos los que hoy biven podrían seguir su parecer e consejo, pues a cualquier d’ellos sobra el juizio e experiencia que a mí falta. El desseo que a vuestro servicio tengo ciega de tal suerte mi entendimiento que me no dexa conocer lo que devría, e me da el atrevimiento que antes dixi para mucho más de lo que sé ni mis fuerças alcançan, por donde en este caso yo vos suplico, mi señor, y a ellos ruego que se juzgue la voluntad que me mueve y no la obra e parecer si no fuere a vuestro servicio e juizio d’estos sabios y esforçados cavalleros conforme, y por ende viniendo a lo que dezir quiero.

»Ya veis, poderoso señor, cómo la noche sobreviene e que cuantos aquí son tienen sabor de ir a descansar por el trabajo que ha passado. E vós, señor, no menos, pues lo quesistes tomar no fiando que teníades para vuestro servicio a este esforçado cavallero Menadoro e muchos otros que recibieran muy gran merced en vos escusar d’él, por donde será bien, pues para de gran mañana havemos de estar aparejados para nuestra partida, mandéis que los cavalleros que las señas tienen y han de llevar sean a la luz del alva en este campo e se pongan cada uno en el lugar que oy estuvo; y que los cavalleros que a ellas han de acudir vengan assí mesmo a la seña que les ha sido señalada, porque d’esta manera podrán caminar sin juntarse los unos con los otros. Y que a cada escuadrón de los siete se señalen cien carretas para los mantenimientos porque d’ellos cada uno quiere para sí lo mejor.

»El escuadrón en que fuere vuestra persona podrá ir por sobresaliente para poner en razón a los que desmandar se querrán, de suerte que yendo de camino llevaremos el mismo orden que si fuésemos para dar batalla a nuestros contrarios podríamos llevar. El carruage de las tiendas podrá partir de media noche adelante con mil cavalleros en su guarda para que llegando con tiempo se puedan armar las tiendas, por donde las noches estemos en cubierto e assí llegaremos descansados, pues las jornadas de tan grande ejército han de ser pequeñas e siendo los días grandes sobraré tiempo para todo.

Muy bien pareció al emperador e a todos los que lo oyeron el orden que Pasmerindo dixera que se havía de tener en aquel camino, no dexando de maravillarse que un cavallero de tan pocos años tanto alcançasse en las cosas de la guerra. Por donde, viendo el emperador que todos con aquello conformavan, mandó que assí se cumpliesse sin faltar cosa. Y cuando los cavalleros de las señas y todos los que a ellas havían de acudir supieron el mandado del emperador, por muy bien orden passando delante d'él e abaxando las señas hasta los oídos de los cavallos en señal de mesura, bolvieron a la ciudad en la cual entraron cada uno por su puerta por no se detener tanto en la entrada. Y los que en tiendas o en casas de fuera de la ciudad estavan aposentados, se fueron a sus tiendas e aposentos.

Por donde, aunque en todo aquello se dio e puso gran diligencia y prissa, cuando los escuadrones fueron en la ciudad entrados y el emperador buuelto a los palacios, ya havía más de una hora que anoheciera, puesto que con la lumbre de las muchas hachas no dexasse de parecer no ser aún escondida la luz del día. E cuando a la puerta de los palacios llegó, no quiso que ninguno de los cavalleros que no tenían ende su aposento con él entrassen ni subiesen a lo alto, assí por no los detener por ser tarde como porque ya la emperatriz e Albericia lo atendían con las mesas puestas; aunque Pasmerindo con desseo de ver a su señora porfió en llegar con el emperador a su aposento, diciendo que pues él havía ayudado a armarlo para el trabajo que no le dexaría menos de desarmado para el descanso. Por donde al tiempo que el emperador llegó donde la emperatriz e su fija lo atendían, les dixo cómo Pasmerindo, no satisfecho de lo que aquel día havía fecho en su servicio, no havía querido dexarlo hasta que lo huviesse desarmado, por ende que rogassen a Dios se lo pudiesen galardonar conforme a su merecimiento.

Cuando Pasmerindo aquello oyó, después de haver hecho a aquellas altas señoras su devida mesura, bolviéndose al emperador, aunque no con pequeño esfuerço pora fallarse en presencia de su señora, le dixo:

–Estas mercedes sin medida, mi señor, sobran en grado tanto a mis flacas fuerças y poder que no creo; antes dudo que mi ventura me favorezca para que mis servicios a ella ni al desseo que de los hazer yo tengo íguales, por donde, aunque ya esté dicho y ofrecido, para mayor satisfacción mía quedará mi persona e cuanto yo alcanço, puesto que muy pequeña cosa para vos servir y aventurarse a mucho más son obligadas, considerada la desigualdad de tan altas mercedes a mis pequeños o ningunos servicios.

No curando de responder a Pasmerindo, dixo a su hija que le ayudasse a desarmar por la otra parte, pues Pasmerindo ya en aquella sazón lo mesmo començara de hazer por la una. Lo que la princesa fizo con aquella presteza que se le otorgó yendo el mandado del emperador, su padre, por donde, ayudándole entrambos a desenlazar las cintas a la parte de las espaldas, vinieron a juntarse sus manos de suerte que Pasmerindo pudo un momentáneo tiempo tener con la suya la mano de su señora, con tanta gloria quanto mostró esfueço en no turbarse, aunque no pudo tanto encubrirlo que el emperador le dixo:

–Paréceme, Pasmerindo amigo, que no se vos entiende tanto en desarmar los cavalleros como a mi hija, pues habiendo vós començado ha acabado primero su parte.

–Assí en esto como en cualquier otra cosa, mi señor, ha de saber y entender más la princesa, mi señora –dixo el rey–, porque haviéndola Dios dotado de todas las gracias que se pueden dessear, cierto es que no la dotaría menos del saber y entendimiento que fuesse a ellas conforme.

–En verdad que me valiera más callar –dixo el emperador–, pues de aquí adelante no podremos con ella bivar, haviéndola loado vós siendo cavallero de tan buen juicio, según quedará d’ello gloriosa y ufana.

–El remedio es en la mano, mi señor –dixo el rey–, pues mañana ha de ser nuestra partida y no nos alcançará en todo ni en parte cosa con que de bivar dexemos por essa causa, aunque por lo que yo dixere lo que tan conocido está en la princesa, mi señora, no recibe más acrecientameinto que mengua de lo contrario.

Con aquellas y otras razones de burlas se acabó de desarmar el emperador y se assentó a cenar, y puesto que al rey mandasse quedar ende para tenerle en la cena compañía, assí por hazerle aquella honra como por provar si se juzgava d’ella merecedor, no quiso el rey otorgarlo monstrando que su merecimiento no se estendía para tanto. Antes se despidió con no menos pena por partirse de la presencia de su señora que alegría por lo que poco antes con ella le aviniera.

Y llegado a su aposento halló a Darinto que lo atendía, de que no fue poco maravillado, y después que lo hubo recibido con mucha dissimulación, porque era en presencia de sus escuderos Lauren y Darinto, lo ayudaron a desarmar y en el mismo punto embió las armas a la sala de donde aquel día las tomara con los dos escuderos que consigo vinieran. Y cuando sin el estorvo d'ellos se vido, porque Lauren de todo era sabidor, dixo a Darinto:

–Pues qué buena venida es ésta, amigo, la cual Dios sabe si yo desseava, pues tenía como tengo por cierto que no puede ser sino para alguna parte del remedio que yo a mis penas desseo.

–En lo que yo, mi señor, pudiere –dixo Darinto–, no es menester que de nuevo me ofrezca, pues jamás desseé tanto como en esta sazón por vos poder acarrear esse remedio tan cumplido como es vuestro merecimiento.

–Ya lo sé y lo veo, Darinto amigo –dixo el rey–, por donde jamás mi corazón será alegre hasta lo haver satisfecho, pero todavía querría saber a qué fu tu venida.

–Vine, mi señor –dixo Darinto–, para dezirvos lo que agora oiréis.

Entonces le contó todo lo que por la princesa le fue mandado sin olvidarse cosa. Y en fin de aquello le dixo:

–Yo veo, mi señor, que vuestra partida ha de ser mañana y que yo tengo de quedar aquí, adonde es cierto que no dexaré de hazer lo que viere ser a vuestro servicio e descanso conveniente. Pero todavía para mayor satisfacción mía y conocimiento que tengáis de mi voluntad, he querido dezirvos esto porque sabida la vuestra pueda en todas sus partes, si se me otorgare, cumplirla, aunque en ello se aventurasse y perdiesse mi vida e cualquier otra cosa, si se pudiesse considerar, que de mayor cualidad fuesse.

–Assí lo tengo yo creído, mi verdadero amigo –dixo el rey–, por donde será escusado hazerte nuevos ofrecimientos. Pero viniendo a lo demás, ¿quién te podría dezir, Darinto, lo que yo esta ausencia de tu señora y mía comienzo de sentir?; que por cierto, quando salí del aposento del emperador, donde yo la dexé mi atribulado corazón e alma, no querían ni podían otorgar fuerças al cuerpo para alexarse de la gloria que de su presencia a todos juntos se otorgava, quanto más en la mañana quando viere ser mi partida tan cierta quanto incierto el fin de mi esperança y desseos. Por donde vengo a considerar que mi muerte es menos cercana que lexos su remedio, porque puesto que las mercedes que de mi señora he recebido sean tan grandes cuanta es la diferencia que hay de su alto estado a mi baxo e pequeño merecimiento, como mi ventura no me ha otorgado que pudiesse por ellas besarle las manos y darle aquellas gracias que se me

otorgarían, no me parece que mi corazón queda con más satisfacción de la que tiene aquel que teniendo grandes tesoros, viendo que con ellos no puede satisfacer todo lo que debe, después de muchos pensamientos desespera. Así que por una parte veo las grandes mercedes que dixe y por la otra el poco contentamiento que mi corazón con ellas tiene, por donde vengo a desear y no sé qué, querría pedir, mas de lo que tengo no tengo razón para ello. Querría quejarme véome sobradamente satisfecho. Querría perder la vida por no passar tantos tormentos, no querría perderla por no morir tan adeudado. Querría no ser venido en tal alta cumbre, por otra parte, no querría abaxar d'ella si para así sostenerme viesse el remedio. Así que Darinto, amigo mío, mira cuál estoy y qué tengo tal mal que ni yo sé darlo a entender ni menos puedo callarlo, por donde no es menos que muy cedo mis días no fenezcan como ya te dixe y que con ello no pierda mi señora lo que jamás le será otorgado cobrar.

En fin de las cuales palabras no pudo su lastimado corazón dexar de enflaquecerse de suerte que en sus ojos se pudo muy bien conocer según començaron de abundar en lágrimas, las cuales le impidieron que su razón prossiguiesse. Cuando Darinto así lo vido, dexándolo algún tanto reposar de aquel súpito movimiento, desseando acarrearle algún consuelo, le dixo:

–Dios sabe, mi señor, si yo pudiesse darvos el remedio que antes dixistes que no dexaríades de conocer y muy presto en efecto lo que aún está en la voluntad, pero pues a mí no es otorgado más de procurarlo, ved vós, señor, con qué por agora vuestro corazón puede recibir algún descanso y esperança para sostenerse en esta ausencia, porque yo vos prometo de hazer en ello tanto que a mí no juzguen por negligente ni a vós, señor, por mal librado.

–Si aquella mano de mi señora que yo poco antes pude con la mía juntar, amigo Darinto –dixo el rey–, a mí fuesse otorgado besar, no puedo creer sino que mi corazón quedaría tan esforçado y satisfecho quanto agora por su culpa está flaco y descontento.

–Pues así es, mi señor –dixo Darinto–. Yo trabaxaré en ello con esta condición: que me deis vuestra fe y palabra que no passaréis la voluntad de mi señora e mía en caso que yo pueda d'ella alcançarlo.

–Yo te la doy dende agora, amigo Darinto –dixo el rey–, tan larga y firmemente como a mi señora el corazón y quanto le pude otorgar.

–Pues no se ha de creer de tan alto hombre como vós, mi señor, lo contrario –dixo Darinto–, atendedme hasta que a vós buelva porque, si no muero, yo salvaré vuestra vida aunque la mía se aventure.

E con aquello se despidió a tiempo que los dos escuderos que las armas llevaran a la sala que oísteis vinieran para dar de cenar a su señor, el cual bien se escusara d'ello si no fuera porque sus escuderos no sospechassen algo de aquellos hechos, puesto que fue muy poco lo que cenó. E cuando le pareció tiempo mandó a los dos escuderos que se fuesen a su cámara y tuviessen cuidado antes que amaneciese de traerle, pues el maestro le había prometido que para aquella hora estaría acabado. Y salidos ellos quedó solo con Lauren, con el cual, descansando su corazón en contarle lo que con la princesa, su señora, aquella noche le aviniera al tiempo que al emperado[r] desarmavan, estuvo atendiendo a Darinto no sin gran desseo que lo que había prometido se cumpliesse.

¶Capítulo xviiij. De cómo el rey Pasmerindo se desposó con la princesa Albericia por medio del donzel Darinto en presencia de su hermana Colencia.

A la hora que Darinto vido que en los palacios ninguno se sentía por razón que todos eran acostados, sabiendo que habían de madrugar, y que por la misma razón la princesa no tardaría en se acostar, no se olvidó de volver al aposento del rey Pasmerindo con el cual lo más presto y a passo que pudieron, porque de nadie fuesen sentidos, fueron hazia aquella parte en que la princesa tenía su aposento. E cuando llegaron cerca de su cámara, el rey comenzó de temblar en tanto grado que Darinto le dixo:

–Nunca creí, mi señor, que tan pequeño fuesse vuestro esfuerço como agora veo.

–No te maravilles, Darinto –dixo el rey–, pues estoy como aquél que siendo acusado de muerte está para oír sentencia, no sabiendo si ha de salir libre o condenado.

–Assí es –dixo Darinto–. Atendedme señor aquí hasta que por vós buelva, porque yo fío en Dios que no será el juez tan riguroso que no se duela de vuestra mocedad.

–Ve en buena hora, amigo –dixo el rey–, que yo te atenderé como dizes, pues para partirme no me sobran las fuerças ni la voluntad.

Entonces, Darinto, llegado a la puerta de la cámara de su señora, llamó muy a passo a su hermana Colencia, la cual cuando oyó que era Darinto, abriendo la puerta, le dixo:

–Yo creo, Darinto, que ya tienes esta hora señalada para venir a dar malas noches a mi señora.

–Antes buenas –dixo Darinto–, pues aún no podéis dezir que ayáis tenido ninguna mala.

E fincando las rodillas ante la princesa, que ya quería desnudarse, le dixo:

–Si jamás, mi señora, tuvistes voluntad de me hazer mercedes, yo vos suplico que agora la cumpláis, pues en ningún tiempo tanto las huve menester.

–¡Váleme Dios! –dixo Albericia–. Y siempre te toman a estas horas las congoxas. Di, veamos qué mercedes son las que tanto dizes que has menester.

–Para remedio de un gran mal son, mi señora –dixo Darinto–, el cual, si no por vós sola, no se puede curar.

–Dime ya qué mal es ése tan grande –dixo la princesa–, que me hazes con tu tardança venir a la memoria mil pensamientos que me sacan de juizio. Por ende, dilo luego porque si puedo yo lo remediaré.

–Assí lo esperaba yo de vós, mi señora –dixo Darinto–, porque en tiempo de tan gran necesidad no me negaríades el remedio.

Entonces le dixo todo lo que con el rey había passado y de cómo atendía junto a la puerta de su cámara las nuevas de vida o muerte que él le había de llevar. Tan grande fue la turbación que Albericia oyendo aquello sintió, que buena pieça passó sin que hablar pudiesse, porque por una parte conocía e temía el peligro que a su honra podía causarse; por la otra el de la vida del rey a quien ya sobre cuantas cosas había en el mundo amava. Por donde estuvo en aquel tiempo pesando aquellos contrarios sin poder determinarse, pero en el fin considerando que si el rey moría no podía ella después quedar con la vida, y que aquella no se perdería sin gran parte de su honra. Acordó por lo salvar todo otorgar a Darinto la licencia que pidiera con la seguridad que para conservación de su honra se requería y Darinto había del rey alcançado para aquel efecto. Y por ende, le dixo:

–Nunca creí, Darinto, que tan contrario me fueras por favorecer la parte de aquél a quien no ha tres días que conoces, siendo yo tu señora natural, pero pues sin otorgarte lo que pediste dizes que no hay remedio para sostenerse la vida de tu señor, en la cual la mía consiste, haz lo que por bien tuvieres, pues se salve lo que perdiéndose sería irrecoverable.

No fue perezoso Darinto, después de haver besado las manos a su señora por aquella merced que le hiziera, de bolver al rey, el cual, sabidas aque[ll]as alegres

nuevas, en el mismo instante assí perdió todas sus fuerças que menos parecía poder tener entonces de gozo que antes de temor. Pero passada aquella alegre alteración, luego entró con Darinto en la cámara de su señora, a la cual, fincadas las rodillas en el suelo esforçándose más de lo que su corazón le otorgava, dixo:

–¡Qué servicios podría igualar, o, soberana princesa e mi señora, a la menor de las mercedes por vós a este vuestro cavallero mandadas hazer! Por cierto ningunos, aunque en ellos mil muertes padeciesse. Por ende, pues para cualquier d’ellas falta satisfacción, yo vos suplico, mi señora, porque todo no me falte que no se me niege la licencia e merced de vos besar las manos como a mi verdadera señora, e para cuyo servicio nací y vine en esta bienaventurada tierra.

E como diziendo aquello viesse a la princesa de tal suerte que ni le respondía ni menos le contradecía con desviar sus manos, las cuales ya él tenía con las suyas, en aquella sazón se las començó de besar sintiendo aquel gozo e deleite, el cual no puede alcançarse ni gustar por más de aquellos que amando tan leal y verdaderamente, como aquel venturoso rey, vienen en aquel primero grado de felicidad que a los semejantes se otorga.

Cuando Darinto e Colencia vieron que en la princesa no havia razón para dezir al rey que se levantasse, ni menos havia resistencia para cualquier otra cosa que en mayor menoscabo de su honra hazer quisiesse, y que passara buena pieça que ende viniera, acordaron de dezir a la princesa lo que de hazer havia. La cual, cobrando el juicio que de antes le parecía faltar, le rogó que se levantasse y que no le atribuyesse a soberbia ni desmesura lo que le aviniera, pues la causa de su descuido era para dezirle escusada.

E quando el rey hubo su mandado cumplido, antes que a la princesa respondiesse, Darinto le dixo:

–Ya se vos acuerda, mi señor, cómo no muchas horas antes que aquí viniéssedes me distes vuestra fe y palabra, que si vos alcançava licencia de mi señora para el efecto que vos dixes no passaríades de mi voluntad después que aquí seríades entrado, puesto que en lo demás no merezca yo nombre de criado del menor de los cavalleros de vuestro reino. Por ende, mi señor, vos suplico que antes que vos assentéis ni pidáis cosa con que en todo o en parte la honra de mi señora, que por vuestra propia según Nuestro Señor Dios ha guiado estos fechos havéis de tener, pueda recibir menoscabo. E para descargo de mi hermana y mío, pues a ello somos preferentes, le deis vuestra fe como leal rey y cavallero que jamás otra ninguna será ni haréis de vuestro corazón señora. E que con

ella vos desposéis en la forma e por las palabras que por la católica iglesia está ordenado, para lo qual será el verdadero juez Nuestro Señor Dios e testigos nosotros a quien se otorga que lo ver podamos. E si estos desposorios no se hazen con tantas fiestas e solemnidades como otros que se hazer acostumbran entre tan altas personas, no por esso dexarán de hazerse con mayor voluntad e contentamiento. E cuando será por vosotros, mis señores, fecho lo que he dicho, yo diré lo demás pues en esta sazón se me otorga mandar a quien todo lo restante del mundo no merece servir.

–Si la voluntad de mi señora es la que tú señalas, Darinto amigo –dixo el rey–, dígotte que oy alcanço la mayor bienaventurança que jamás a ninguno se otorgó.

–En el punto que por bien tuve que aquí entrásedes, mi señor –dixo la princesa–, determiné de no vos salir jamás de mandado, por donde yo soy la que cumpliéndose lo que Darinto dixo recibo la honra e bienaventurança, que sin ello no pudiera por la falta de mi merecimiento.

Cuando el rey aquello oyó a su señora, quiso fincar las rodillas en el suelo en señal de las gracias que a la lengua, con aquella alegre turbación que a la que ya tenía sobrevino, no se otorgó poderle dar. Pero por la princesa no le fue consentido, por donde el rey, viendo su sobrada humildad y conociendo la no menor honra e merced que en cumplir lo que Darinto dixera, recibía, descijnó su espada e poniendo sobre la cruz d’ella su mano derecha, dixo:

–Yo juro a Nuestro Señor Dios y a esta cruz, semejança e memoria de aquella que mi señor Jesuchristo levó sobre sus ombros, y en la cual después padeció passión e muerte por la redemptión de toda la humana naturaleza, que jamás donzella ni dueña alguna fue, es, ni será de mí ni de mi corazón sino esta hermosa y alta princesa para cuyo servicio soy nacido.

E fecho aquello, tomando de su señora la mano derecha e juntándola con la suya, se desposaron diziendo las palabras ordenadas por la iglesia sin faltar un solo punto en ellas ni en la voluntad e consentimiento. E tomando a Nuestro Señor Dios y a su gloriosa madre por más ciertos testigos de los que eran a ello presentes, la besó tantas vezes e se detuvo en aquella gloria tanto tiempo que no parecía acordársele cosa de las d’este siglo. Por donde le huvo de decir Darinto:

–Bien creo, mi señor, aunque por haver cumplido tan enteramente lo primero que prometistes, se aya de esperar que lo mesmo havéis de hazer en lo segundo, que a lo menos no será con la mesma voluntad.

–¿Cómo, por qué lo dizes, Darinto? –dixo el rey.

–Porque ya no ay de aquí al día dos horas, señor –dixo Darinto–, e quantos son en los palacios, como sabéis, han de madrugar e no será bien que por gozar un momento más de la gloria en que vos veo, acaezca algún contrario por donde la perdáis para siempre.

–¡O, Darinto amigo! ¿Crees tú que si esso no temiesse –dixo el rey–, e sobre todo los juizios que de la honra de mi señora se podrían hazer, que mi corazón ternía esfuerço para solamente pensar en mi forçosa partida? No lo creas, pues sabes que si lo hiziesse cometería tan gran traición contra su verdadera señora, cuanta fue la merced que en quererlo recibir por suyo le otorgó. Pero, pues para la conservación de la honra y lealtad que dixe conviene hazerse lo que tú dexiste, aunque ya comienço de sentir la soledad e penas que me han de atormentar en esta tan larga como cierta ausencia, conviene que me çufra assí con la menbrança d’esta presente gloria, como con la esperança que sola podrá sostener mi atribulado cuerpo e desseos hasta el día de mi segura e cumplida bienaventurança.

En fin de las cuales palabras, dixo a la princesa:

–¡O, mi verdadera señora! ¿Quién será aquél tan contrario a sí mismo que tan arrebatadamente quiera, dexando la luz que su alma alumbra, entrar en tan tristes y oscuras tinieblas? ¿E adónde se hallará el esfuerço que contra tan gran fuerça se requiere?

Y no pudiendo proceder su razón con el estorvo de las abundantes lágrimas que a las del primero gozo sobrevinieron, tomando entre sus braços a su señora, que no en menor grado en aquella sazón las derramava, la tornó a besar muchas veces, suplicándola que en aquella ausencia le tuviesse igual compañía en la memoria que siempre d’ella ternía.

Y dicho aquello se despidió de la princesa, recibiendo los mismos ruegos acompañados de algunos solloços que bien claro señalavan el verdadero e leal amor que le tenía, lo que no lastimava menos el corazón del rey, que le acarreava esfuerço e orgullo viéndose tan altamente amado d’ella, no dexando de conocer que en aquello era el más bien andante príncipe de los de su tiempo. Otrosí se despidió de Colencia agradeciéndole aquel servicio que d’ella recibiera en tenerla de su parte, ofreciéndole cumplido galardón por ello.

Y con Darinto muy a passo bolvió a su aposento, en el cual halló a Lauren que lo atendía. E después que Darinto lo dexó, el rey escribió dos cartas. La una para Ladiseno, con que le dava razón de quanto fasta aquella sazón le havia sucedido, callando lo que

se debía. E la otra dirigida a sus altos hombres en creencia d'él, mandándole entre las otras cosas que con la mayor priessa que se le otorgaría fiziesse venir todos los cavalleros, que él le embiava a dezir en aquella ciudad adonde atendiessen su mandado, no diziendo que él los llamava sino que atendían la buelta del emperador, a quien venían con embaxada del rey de Ungría.

Acabadas de escrevir las cartas, desnudándose de aquellos ricos paños con que fuera a ver a su señora, se vistió de los de guerra. E assí mesmo mandó a Lauren que llamasse a sus escuderos, lo que no se tardó en cumplir. Por donde luego que fueron venidos, al uno que dezían Marceo mandó que con aquellas cartas, dándose la mayor priessa que pudiesse, bolviessse a Belgrado, e después de haverlas dado a Ladiseno lo tuviesse acerca en que se cumpliesse lo que a mandar le embiava. Y que no viniesse con el recaudo ni respuesta hasta tanto que los cavalleros que havia de venir en aquella ciudad fuessen partidos. Y si le parecía venirse con ellos para solicitarlos que se diessen mayor priessa, que lo fiziesse.

Oído por Marceo el mandado de su señor, ofreciéndole que lo cumpliría como más fuesse su servicio, habiendo ya recebido el haver que para su camino convenía, se partió para lo poner en efecto.

Partido Marceo, mandó al otro escudero que se dezía Logistil que fuesse por su escudo a casa del maestro que lo adereçava e que no bolviessse sin él, pues luego amanecería y se havia de armar para salir con el emperador al campo, lo que assí se hizo. Por donde, quedando el rey con sólo Lauren, le contó cuánto con su señora aquella noche passara, no dexando de recibir en comunicar su incomparable gozo, igual gloria de la pena que con la ausencia esperaba sentir, de que Lauren no menos se maravilló que a su señor juzgó por más venturoso cavallero de todos los de su tiempo. Y aún no acabava aquellas sabrosas razones, quando Logistil con el maestro eran venidos con el escudo, de ver el cual a maravilla se folgó el rey por lo mucho que en él se havia fecho en tan breve tiempo, porque parecía impossible tan grande y perfeta obra haverse podido hazer en dos meses, quanto más en dos días, no dexando de juzgar por muy hábil al maestro, al cual satisfizo su trabajo e diligencia de tal suerte que no quedó menos contento que el rey alegre.

E después de lo haver ayudado a armar con aquel escudo, en el cual se representava su verdadera e voluntaria prisión, se bolvió a su casa dexándolo que atendía al emperador que saliesse de su aposento. Y entretanto, Logistil e Lauren

adereçaron assí los cavallos como los vestidos y otras cosas que para aquel camino y guerra que havían de ir convenía.

¶Capítulo xix. De cómo el emperador con su exército partieron de Trepisonda y de la forma que en el camino se tuvo.

Salido era ya el emperador a la sala que oístes armado, según que por el camino había de ir, cuando la luz oriental a muy gran priessa començava de retraer las sombras de la noche hazia el ocidente. E como el rey Pasmerindo otra cosa no atendiesse, e fuesse por su escudero de aquella salida avisado, no tardó en ser venido ante el emperador a tiempo que aún ninguno de sus cavalleros era llegado.

A maravilla fue alegre el emperador cuando lo vido tan de mañana armado. E como a la lumbre de las hachas que ende había encendidas, a causa que entonces según se vos ha dicho amanecía, viesse su escudo tan rico, le dixo:

–Yo creo, Pasmerindo, que esso que en vuestro escudo havéis hecho sobreponer, no habrá sido por manos de hombres sino por arte de algún sabio, según el poco tiempo que para ello havéis tenido y lo mucho que en él se había de hazer. E que esse coraçón que con tantas cadenas señala estar preso, no dexa de mostrar que no lo está menos aquél que representa.

–Vós dezís muy gran verdad –dixo el rey–. E si lo del escudo se ha acabado en tiempo tan breve, no es de maravillar, porque cosas de mayor admiración e que al juicio de los hombres parecen impossibles, se hazen e acaban en menos tiempo sin arte de sabios, cuando Dios lo permite y es d’ello servido.

–Pues a essa permissão e voluntad no se halla ni puede hallar contrario –dixo el emperador–, yo lo creo como lo vós dixistes.

No passó gran pieça después de aquellas razones, cuando ya fue venido Menadoro, de muy ricas armas armado. E sobrepuestas las dos «AA» con las mismas letras que en los paños de guerra traía esculpidas con esmaltes al derredor, tan bien talladas que se podían muy bien leer. Con el cual assí mesmo se holgó el emperador.

Y luego, después de Menadoro, vinieron muchos cavalleros creyendo cada uno ser el primero que el emperador vería, según era de mañana. E cuando el emperador pareció tiempo con ellos, salió al campo por ver cómo acudían los cavalleros a sus

señas. E aunque la priessa que se davan en venir era tan grande que bien señalava la voluntad de cada uno, no dexaron de tardar tanto que, antes que los escuadrones fuessen cumplidos, no fuese ya salido el Sol buena pieça, ayudando a ello la tardança que se tuvo en el cargar de las carretas.

Pues siendo ya todos puestos en el orden señalado, el emperador mandó que los escuadrones partiessen, según en la seña de cada uno eran los dolores de Nuestra Señora divisados. Y que siguiessen el segundo al primero y assí todos los otros por su orden, lo que assí se hizo, puesto que quando a caminar començaron bien havía dos horas que el Sol era salido.

Después que los escuadrones fueron en camino el emperador con los que a su persona havían de aguardar, bolvió a los palacios adonde almorzaron con mucho plazer assí del emperador, en lo que mostrava cómo de los cavalleros que vos diximos, porque como la mayor parte d'ellos fuessen mancebos, señalavan grande alegría en la partida con el propósito que llevavan de hazer cada uno maravillas en la guerra, assí por servir al emperador, por lo que lo conocían agradecido, como por señalar el valor de sus personas. Entre los cuales, era Menadoro el cual sobradamente lo desseava porque las cosas que él entendía de hazer en ella fuessen sobre todos los otros cavalleros señaladas, y puesto que de Pasmerindo no se huviesse de creer que tuviesse menos voluntad de señalarse que los otros y supiesse que sus desseos no podían alcançar el fin desseado hasta que de la guerra fuessen bueltos, no podía su coraçón dexar de mostrar que en él no morava ni havía la alegría que en los otros se parecía, aunque por esso no dexava de esforçarse para parecer a los que los miravan que se folgava como ellos.

Alçadas las mesas, el emperador y todos aquellos cavalleros atendieron que la missa, que la emperatriz e la princesa oían, se acabasse, la cual dezían cantada y con mucha solemnidad por razón de la partida. Y quando fue acabada, el emperador se fue con todos aquellos cavalleros a despedir de la emperatriz y de su fija, en cuyos continentes bien claro se mostrava su tristeza, aunque sobre todos era la de la princesa, viendo que se havían de partir en aquella hora la[s] dos personas que ella más amava. Y al tiempo que fue la despedida y que el emperador tenía a la emperatriz abraçada y que su hija le estava besando las manos, ninguno hubo ende que dexasse de tenerles compañía en las lágrimas que derramavan sin poder hablarse, por donde, viendo que no se podía escusar, las dexó para que los otros cavalleros se pudiesen d'ellas despedir, assí como lo hizieron, a los cuales la emperatriz encomendó y encargó que mirassen por

el emperador, su señor, como d'ellos s'esperava, los cuales, abaxando sus cabeças en señal de lo prometer y otorgar, se partieron d'ellas.

Pero cuando Pasmerindo a su señora pidió licencia, fue maravilla cómo su corazón no mostró la flaqueza que de aquella partida se le recrecía y de cómo por cuantos ende eran no fueron su pasión y dolor conocidos. Bien se ha de creer que no menor sería el sentimiento de la princesa, señaladamente cuando vido el escudo de su amigo, pues no dexava de conocer que se fiziera por mostrar la firmeza de su corazón, puesto que assí mesmo no dexasse de sentir que no menos firmeza era la del suyo y aun con más fuertes cadenas.

Despedidos todos como havéis oído, salieron de sus palacios, yendo el emperador en medio de Pasmerindo e Menadoro porque reciessen aquella honra entre los otros, por ser como diximos estrangeros y por el cargo que de caudillos les diera el día de la reseña. Y assí començaron de caminar para alcançar sus escuadrones, los cuales, aunque les llevassen cerca de dos horas de ventaja, hazían cuenta que alcançarían porque ivan a su passo, pues la jornada aunque fuesse la mayor no passava de tres leguas, en fin de la cual el aposento havia de ser en un valle de grandes arboledas, por medio del cual discurría un pequeño río de muy buena agua y fresca, la cual decendía de diversas fuentes que manavan en lo alto de las montañas.

Pero antes que el emperador llegasse a la puerta de la ciudad, se acordó de las listas de los nombres de los cavalleros que en su ejército ivan, que las havia dexado encima de una de las arcas de su cámara. Por donde, mandando a uno de sus donzeles que por ellas bolviesse y se las traxesse a buen recaudo, dixo a Pasmerindo y Menadoro cómo aquella noche, después de haver cenado, havia contado los cavalleros que se eran escritos el día antes en la reseña, que por ende les rogava, por ver si arbitrarían bien, le dixessen qué tantos cavalleros podrían ser los que se escribieron e ivan en los siete escuadrones que los dos havían ordenado.

Buena pieça tardaron en responder al emperador Pasmerindo y Menadoro, por razón que cada uno d'ellos rogava al otro que dixesse primero su parecer, aunque todavía le huvo de dezir Pasmerindo porque Menadoro juró la vida del emperador que no diría el suyo hasta saber el de Pasmerindo, el cual dixo al emperador:

–Pues Menadoro no quiere, muy alto señor, la honra que le conviene y manda que yo sea el desmesurado por cumplir vuestro mandado y su voluntad, digo que, según mi juicio puede alcançar, el número de los cavalleros que en los escuadrones van será de cincuenta y cuatro hasta cincuenta y cinco mil o pocos más, los cuales no precio yo

menos que si fuesen doblados, assí por la bondad que en cada uno se parece como por el conocido desseo que de vos servir tienen.

Acabada su razón, Menadoro dixo al emperador que él tenía por hombre de tan buen juicio a Pasmerindo que no podía dexar de conformarse con su parecer, pues queriéndolo mejorar no sería menos de atrevimiento.

Mucho se folgó el emperador por ver la cortesía e mesura de aquellos dos cavalleros, las cuales causavan que él los preciasse mucho más, considerando que aquello procedía de la generosidad de sus coraçones y no de sus esfuerços, los cuales con grandes fuerças muchas vezes se ven en hombres de baxa suerte, sin compañía de lo primero que cuasi se ha de heredar no menos que los temporales bienes. Y por ende les dixo que el número de los cavalleros excedía al que Pasmerindo dixera, puesto que no llegavan a sesenta mil, y que era la verdad que entre ellos había de muy buenos cavalleros e no menos experimentados e diestros en las cosas de la guerra.

Y con aquellas razones e otras caminando, llegaron muy poco después de los escuadrones al valle que vos diximos, e tan temprano que aún quedavan por passar más de cuatro horas del día. E después que hovieron descansado del calor de la siesta e trabajo del camino, en la tienda del emperador se tuvo consejo sobre lo que se devía hazer. E se acordó que uno de los escuadrones anduviesse mayores jornadas que el emperador con todo el ejército, porque pudiesen los cavalleros que en aquel escuadrón irían entrar en una villa que había hazia aquella parte, una legua antes de llegar a un río muy hondo, el cual no había podido hasta entonces passar Abelarín, porque los vezinos d'ella, sabiendo su venida, habían quebrado la puente, e defenderla aunque los moros passassen el río, porque era a maravilla grande e fuerte, al cual dezían Rumea.

Y no se podía perder sino por falta de gente que la defendiesse, otrosí porque los vezinos d'ella cobrassen ánimo, assí por el buen socorro como con las nuevas de la venida del emperador, de la cual por entonces tenían poca esperança, e assí mismo porque si los moros tenían algún aviso que era salida gente de Trepisonda, creyessen que no era más de la que para el socorro de aquella villa se embiava. Porque el emperador, algunos días antes que huviesse por consejo de Pasmerindo mandado pregonar e declarar el día de su partida, había mandado tomar todos los caminos de manera que podían venir a Trepisonda, pero no bolver por aquella parte de Rumea a causa que sus enemigos no pudiesen ser de su partida sabidores, e por ver si con tomallos descuidados los podrían a su salvo de los christianos empecer.

E assí como se acordó se puso por obra, de manera que en dos horas que del día quedavan, al tiempo que de consejo salieron, el primer escuadrón anduvo aquella tarde otras dos leguas. E los otros días después se dieron los cavalleros que en él ivan tan buena priessa que antes de seis días llegaron a Rumea, la cual distava treinta y tres leguas de Trepisonda, con la venida de los cuales grande fue el esfuerço que cobraron los moradores d'ella, e sin comparación mayor cuando fueron ciertos que el emperador los venía a socorrer.

Cuando Abelarín supo que era llegado socorro a la villa, cuidó morir de pesar porque ciertos ingenios que él havia mandado hazer para passar el río no eran aún acabados, e según los maestros le dixeron no quedava hazienda de tres días para poderlos varar en el río. Otrosí porque tenía determinado, luego después de passado el río, combatir e tomar aquella villa por tener tan buena fuerça de la otra parte del río, para retraerse en ella si lo menester huviesse, a cuya causa no entendía sino en que los ingenios se acabassen, creyendo que el socorro que viniera no era parte para contrariar su voluntad e poder, pues lo cavalleros que tenía nos mostravan poderse contar.

Aquella noche que al valle llegaron, el emperador con todo su exército mucho a su vicio estuvieron en aquel lugar, a causa que era aplazible e fresco por las muchas aguas e árboles que en él havia, puesto que al rey Pasmerindo se le representasse al contrario, porque la ausencia de su señora no dava lugar a que pudiesse ver ni oír cosa que descanso ni deleite pudiesse acarrearle. Por donde aquella noche poco más fue su dormir que la passada, pues no sintió menos soledad en la segunda que compañía e descanso en la primera.

Venida la mañana, el emperador partió con toda su hueste llevando el orden del primer día. E de aquella suerte anduvo todas las jornadas hasta llegar a dos leguas de Rumea, aposentándose todas las noches fuera de poblado, pues el tiempo dava a ello lugar, porque la gente no tardasse tanto en acudir a sus señas. E cuando los de la villa supieron por sus hombres, que para ello tenían, que el emperador era ende llegado, le fizieron saber cómo esse otro día en la tarde Abelarín con su hueste havia de passar el río, porque la luna era cerca del lleno e con su claridad, acompañada de la devoción que le tenían los moros, entendían de passarlo, pues assí mesmo se escusavan del calor del Sol, que ya era en aquel tiempo muy enojoso.

Sabida por el emperador aquella nueva, luego mandó juntar en su tienda todos los cavalleros que acostumbravan de ser llamados para el consejo de la guerra, a los

cuales dixo lo que los de la villa a dezir le embiaran. Y que por ende acordassen lo que se devía hazer, pues Dios les ofrecía tan buen aparejo e sazón.

Muchos y diversos fueron los pareceres que allí se dixeron, assí como lo eran los juizios, pero en fin acordaron de seguir el del rey Pasmaerindo, el qual fue que pues Dios los había traído ende en el tiempo que los moros habían de passar el río, la qual sazón habían de atender diez años según se les ofrecía próspera a su propósito, se escribiesse a los de la villa mandándoles que en la tarde siguiente, assí como començaría de anochecer, todos saliesse armados e atendiesse al emperador para juntarse con el ejército quando a la villa llegasse e seguirlo. E que del ejército del emperador se hiziesse dos hazes: en la primera de las cuales fuessen los cavalleros que el emperador nombraría, y en la otra su persona con los de su guarda y los otros que para ella quedarían. E que tomando a los de la villa en la delantera, pues estarían más holgados, podrían llegar a tiempo que los medios de sus enemigos fuessen passados. E quantos más mejor, pues los tomaría desordenados e sobre descuido, e que assí podrían en breve tiempo haver d'ellos victoria, porque si quisiessen atender que todos fuessen passados, no sería el pleito tan seguro ni se ganaría con pérdida de tan poca gente, porque sus contrarios mayor ánimo y esfuerço tendrían hallándose juntos que partidos, señaladamente que siendo assí assaltados antes que se determinassen se perderían, por donde con muy poco trabajo e menos daño destruirían los medios. E que vencidos aquéllos, menos habría que hazer en vencer e destruir los otros, pues eran ya entrados más de cuarenta leguas dentro del imperio e no tenían ganada sino la villa de Ferencia, en que podían retraerse, lo que no harían tanto a su salvo aunque quisiessen, porque solamente la gente de las otras ciudades e villas del imperio que de la otra parte del río había, las cuales aún no había Abelarín ganado por passar adelante, pareciéndose que con tan poderoso ejército no devía ni podía temer ningún contrario, eran bastantes para los hazer pedaços, sabiendo la destrucción d'ellos e la victoria el emperador.

El qual assí lo mandó escrevir a los de la villa porque con tiempo fuessen avisados. E assí mesmo hizo la repartición de su ejército en dos hazes. La primera de las cuales dio a Pasmaerindo e a Menadoro, rogándoles que el esfuerço no sobrasse la discreción y tiento, sino que se hoviessen no menos sesuda que esfuerçadamente contra sus enemigos. En la qual mandó que fuessen muchos cavalleros de los de su imperio, los cuales venían con gran desseo en aquella guerra por señalarse en cualquier afrenta y peligro que sucediesse, cuyos nombres no se vos dizen, assí por escusar prolixidad como porque fueron de muy poca cuenta las cosas que hizieron, según se dio en breve

fin a la guerra. La otra haz quiso el emperador para sí, en la cual mandó que fuessen e le guardassen otros cavalleros de no menos de cuenta y esfuerço que los primeros.

E con aquel acuerdo passaron aquella noche, y el día siguiente, adereçando lo que convenía, porque en la hora que huviessen de partir no les faltasse cosa para seguir sus caudillos, la mesma diligencia y orden se tuvo por los de la villa, assí por mostrar que en aquella sazón no havían de ser perezosos ni de poco esfuerço como porque el emperador e cuantos con él venían conociessen que con entera voluntad obedecerían su mandado.

¶Capítulo xx. De cómo la haz del rey Pasmerindo e Menadoro firió sobre los moros que eran ya passados a la parte de Rumea, e del vencimiento que alcançaron y estrago que en ellos fizieron.

Tan grande fue la priessa que Abelarín fizo e mandó dar en los ingenios que vos diximos para passar el río, que fueron acabados en el mesmo día que el emperador llegó a dos leguas de Rumea. E no quiso aquella noche mandar echarlos en el río, porque ningún tiempo passasse después de varados sin que hiziesen el exercicio para que eran hechos. Por donde en la otra mañana, luego que fueron en el agua, començaron de passar cavalleros a la otra parte. Y en dos vezes passaron diez mil cavalleros, porque los ingenios eran cincuenta y en cada uno passavan cien cavalleros con su cavallos. Y luego después d'ellos fizo passar todas las tiendas y mantenimientos de su real, porque estuviessen paradas y todo assentado para quando él fuesse passado. Assí que quando todas las tiendas y carretas con los mantenimientos fueron passados, bien cerca era de la tarde, en la cual con mucho plazer cenaron, atendiendo que saliesse la Luna para passar los otros sin ningún recelo de los de la villa, porque todo aquel día los moros havían tenido muchas guardas cerca d'ella, porque si hazían algún movimiento luego pudiesse ser avisado Abelarín, el cual con aquello estava tan descuidado e al seguro como si se hallara dentro de la mejor ciudad de sus reinos.

Pero al tiempo que la claridad del día otorgó a los rayos de la Luna mostrarse claros sobre la tierra, Abelarín mandó que sus cavalleros començassen de passar, los cuales bien señalavan que con desseo e no pequeño obedecían su mandado, por no ser de los postreros al passar de la otra parte. Pues el emperador no se ha de creer que se

descuidasse con sus ordenadas hazes partir al tiempo que le pareció conveniente, e hazer aquel camino hazia Rumea muy a passo porque los cavallos no llegassen cansados para pelear, por manera que cuando a la villa llegaron ya había dos horas que anoheciera. E los que d'ella eran salidos e atendían su venida, estaban desesperados no sabiendo la causa de tan gran tardança, pero luego, después de llegados, los acogeron en la primera haz. E aunque en aquello muy poco tiempo se detuviessen y en el camino, después de partidos de la villa, se diessen buena priessa, bien tardaron otras dos horas antes que a los moros llegassen, a causa que dende la villa al río como se vos dixo había una grande legua.

Pero al tiempo que llegaron, mostrando que no querían que su venida no les costasse caro, el rey Pasmerringo e Menadoro con todos los cavalleros de su haz dieron sobre ellos con tanto esfuerço y denuedo que de los primeros encuentros, antes que las lanças quebrassen, según los tomaron a su salvo e descuidados, derribaron e mataron más de diez mil cavalleros sin recibir ningún daño los christianos. Y aquel descuido y seguro que ellos tenían, dio causa que como las guardas que los moros tuvieran aquel día en el camino de la villa huviessen visto que ninguno salía al campo, e que ya de la parte que ellos guardavan eran passados diez mil cavalleros para la guarda de las tiendas, e otras cosas que habían de passar, e que después que anoheciera eran passados otros diez mil, habían dexado la guarda e se eran bueltos por ver passar los que quedavan, por donde los hallaron tan descuidados de aquel sobresalto, ayudando a ello que no tenían a los de la villa en cosa, cuidando que no eran más de los que habían entrado en ella cuatro días antes.

Después de quebradas las lanças e que echaron mano a las espadas, quién podría contar lo que con ellas hazían, e señaladamente el rey Pasmerringo, que no hallava moro delante d'él por bien armado que estuviesse que no lo lisiasse o matasse. Al cual tenía tan grande embidia Menadoro que viendo las estrañezas que hazía, iba teniendo con él, dando e çufriendo grandes e pesados golpes, no dexando de tenerles compañía los cavalleros que vos diximos, los cuales no les querían otorgar ventaja en el desseo ni en la obra, por poder con ellos ganar igual prez y honra, puesto que hasta entonces los unos ni los otros no hoviessen ganado mucha, porque como hoviessen tomado sus enemigos sobre descuido, e derribado e muerto tantos en tan breve tiempo, no sabían defenderse ni aun podían, antes se apretavan unos con otros porque no les entrassen cuasi sin hazer resistencia. Pero cuando vieron que el retraer y huir les era entredicho por la hondura del río y creyessen que los que los habían acometido no eran entrados, cobraron de la

poca esperança de su vida tanto esfuerço que començaron de se defender bravamente, por donde en aquella sazón era cosa maravillosa de ver lo que los christianos hazían, lo cuales con doblado ánimo peleavan viendo el gran estrago que en tan poca hora havían fecho en aquellos enemigos de su fe.

Pero con quanto esfuerço mostravan, no obstava que después que los moros se rehizieron, muchos de los christianos no fuessen por ellos derribados y algunos muertos, lo que les hazía crecer en doblada saña, aunque con quanto se defendían no eran parte para resistir a las fuerças e orgullo de tantos y tan preciados cavalleros, señaladamente que con los que havían derribado de los moros quedavan los christianos en mayor número e mejor armados, por donde los llevavan a toda su voluntad, tanto que si no fuera por tres caudillos de los moros, los cuales hazían estrañezas por defender a los suyos, ya no les tuvieran campo, porque con sólo el esfuerço de aquellos se sostenían.

Por donde viendo el rey Pasmerindo la resistencia que aquellos hazían acercándose, aunque sin gran pena, al uno d'ellos lo firió con su espada de tal golpe por encima del hombro izquierdo, que armadura que traxesse no le prestó tanto que de muy gran llaga no lo llagasse, el cual, viéndose tan fieramente llagado como un león ravisoso, arremetió contra el rey Pasmerindo, levando la espada alta por ferirlo sobre el yelmo. Al cual, viendo el rey venir tan fuera de tiento, desviando su cavallo al tiempo que el moro quería el golpe descargar, se lo fizo perder de tal manera que firió su mesmo cavallo por entre los dos oídos, assí que de la cabeça le hizo dos partes. Pero ante que el moro e su cavallo cayessen, lo hirió de otro tal golpe por aquella mesma parte que cuasi todo el braço le derribó, por donde con aquel golpe e con el que el mesmo moro firió a su cavallo, cayeron los dos en el suelo, teniendo en la muerte la compañía que en la vida tuvieron.

Por donde Menadoro, que con el rey iva siempre teniendo, cuando vido aquellos dos tan poderosos golpes con que al moro hiriera, assí se maravilló d'ello que determinó de morir o hazer otro tanto. E por ende se fue por otra parte hasta que su ventura lo fizo encontrar con otro de los caudillos que ya oistes. E llegándose a él, con grande esfuerço y denuedo lo firió por encima del yelmo, de suerte que lo atordeció, y en el mesmo instante lo tornó a ferir tantas vezes que antes que el moro pudiesse cobrar sus fuerças y sentidos, lo derribó del cavallo muy mal llagado en el suelo, adonde no tardó en morir de las pisadas de los cavallos que por encima d'él passaron.

Fecho aquello començó de animar a los suyos, de tal suerte que ya llevavan por aquella parte a sus contrarios a toda su voluntad. E viendo que también lo hazían los

suyos e que en los contrarios ya no había otra defensa sino huir, bolvió hacia aquella parte que al rey Pasmerindo dexara, al cual halló que de un golpe de espada acabava de matar al tercer caudillo e lo había a sus pies derribado. Por donde, viendo los moros a sus caudillos muertos e lo golpes que del rey recibían, comenzaron así mesmo de afloxar por la otra parte, tanto que de una arrancada los christianos los llevaron hasta la orilla del río, en el cual muchos se lançaron creyendo salvar las vidas.

Pero viendo en fin que no tenían otro remedio sino morir, decendiendo de sus cavallos pidieron merced de la vida con cautiverio, la cual, pues no se defendían, les fue luego otorgada. Y no mucho tiempo después vieron que los ingenios bolvían y que eran ya cerca de la orilla con muchos cavalleros para socorrer a los suyos, pero como conocieron el pleito mal parado luego se detuvieron por no passar por la aventura de los primeros, la cual supieron de algunos que nadando se salvaron en los ingenios. Con los cuales bolvieron a la otra parte adonde contaron a su señor Abelarín todo lo que vieran y supieran, el cual cuando lo oyó así se turbó y entristeció como si todo su ejército perdiera. Por donde comenzó de quejarse de tan contraria fortuna, desseando antes haver sido preso o muerto, con los que lo eran, que no verse burlado por su soberbia y mal recaudo. Y luego quiso passar de la otra parte con todos los cavalleros que en los ingenios podrían passar, pero los suyos no se lo consintieron, diziendo que era conocidamente ir a tomar la muerte y que debía esperar hasta la mañana, y entretanto haver su acuerdo, así como se hizo.

Pasmerindo y Menadoro, en la misma hora que se dieron los moros, hizieron llevarlos a la villa, los cuales passavan de seis mil, y así mesmo todos los heridos de las dos partes porque tuviessen recaudo. A los muertos dexaron de reconocer hasta la mañana, porque los christianos se pudiesse dar sepultura. Hecho aquello, dexando el rey Pasmerindo a Menadoro con su gente a la orilla del río, se fue para el emperador que estava tan alegre de aquella victoria que no se podría encarecer, al cual dixo que debía mandar que los de la primera haz que habían trabajado aquella noche, bolviessen a descansar a la villa con los presos y heridos que ya embiaran, y que él con los cavalleros de su haz se albergasse en las tiendas de los moros, pues tan buen aparejo había para ello. Y que pues sus contrarios no podían tomar tierra por aquella parte sin su voluntad, ende estarían tan seguros y sin recelo como dentro de la misma villa. Y que por la mañana habría su consejo sobre lo ál y se seguiría lo que más a su servicio fuesse conforme, pues el dar o no la batalla a los moros estava en su voluntad.

Oída por el emperador la razón de Pasmerindo, en la mesma hora mandó que todo se cumpliesse como lo dixera. Y otrosí que, so pena de la vida, ninguno fuesse osado de tomar cosa de cuantas en el real de los moros había, porque la repartición se pudiesse después hazer como convenía. E para ponerlo assí en efecto, luego el emperador se apeó en la tienda de Abelarín, la cual por su estrañeza entre las otras fue bien conocida. Lo mesmo hizieron los otros preciados cavalleros que en la haz del emperador vinieran e algunos de los que habían peleado, entre los cuales fueron el rey Pasmerindo e Menadoro e otros que, pues no habían seído llegados, no quisieron ir con los que a la villa bolvían. E los otros cavalleros tomaron por alvergues las tiendas que mejor les parecieron, pues a cada uno por entonces se le otorgava aquella libertad.

E después que hovieron ordenado e puesto la guarda que para la orilla del río convenía, cenaron, puesto que fuesse bien cerca del día, de los mantenimientos que fallaron en el real de los moros, el cual tenían bien proveído. Pero antes de aquello, como el emperador fuesse ya sabidor de las cosas y estrañezas que Pasmerindo e Menadoro aquella noche fizieran con los otros que en su compañía se hallaron, después de lo haver agradecido e prometido los galardones que a él pertenecía dar por tan grandes e señalados servicios, se mostrava con todos tan alegre que les parecía que aunque los servicios de cada uno fueran mayores e de más peligro, pues tan agradecidos eran, no dexavan de ser bien satisfechos.

Cuando los presos con los que los llevavan llegaron a la villa, ¿quién vos podría dezir las alegrías que en ella se hizieron e los denuestos que la gente baxa les dezían? Por cierto ninguno, aunque en otra cosa no mirara, pues, si no fuera porque no les dieron para ello lugar, a todos los hizieran pedaços, según desseavan d'ellos cumplida vengança. Después que los presos fueron a recaudo puestos e los heridos lo que mejor se pudo curados, por ser tantos, comieron de lo que los de la villa les pudieron de presto adereçar. E tomándolos en aquello el día se fueron a descansar en los aposentos que les señalaron, porque como Rumea fuesse de gran población e los vezinos d'ella tuviessen gran voluntad de servirlos, por agradecerles el beneficio que habían recebido en librarlos de los moros cuyos cativos cuidavan ser pocos días antes, a todos se dio cumplido recaudo.

E d'esta suerte que vos contamos estuvieron los unos e los otros atendiendo el día, pues era muy cercano, sin poder ninguno dormir, assí los christianos con el gozo de su victoria como los moros con el dolor de su pérdida, de la cual estimavan más dañosa la de las tiendas e mantenimientos que la de la gente, porque aún le quedavan a Abelarín

más de ochenta mil cavalleros, con los cuales tenía él por cierto que si pudiera passar el río, los christianos no le osarían atender ni esperar batalla. E como se hallava sin remedio para passarlo sino con número de cinco mil cavalleros, porque no cabían más en los ingenios, e que con tan pocos no podía tomar tierra a pesar de sus enemigos, e considerando por otra parte que ni él ni los suyos con los cavalleros se podrían mantener sin comer ni çufrirse por el calor del Sol sereno, cuidava salir de seso tanto que muchas vezes porfío aquella noche de passar el río, preciando más morir que verse de aquella suerte si los suyos lo dexaran passar. Por donde passó toda lo que de la noche quedava con tanto desseo del día que le pareció haver durado mil años, según fue por él desseado.

¶Capítulo xxj. De lo que el rey Abelarín dixo a sus cavalleros e del desafío que el emperador embió, e de la respuesta que se le dio e de lo que después se hizo e ordenó.

Venida la mañana, por Abelarín tan desseada, con su cavallo se acercó a la orilla del río por descubrir qué número de gente podría ser la de los christianos, por quanto por algunos de los que nadando se havían salvado en los ingenios, según vos diximos, havia sabido cómo el emperador era llegado con grande ejército, con el qual havia hecho el estrago e alcançado el vencimiento de los suyos que havéis oído, de que tenía tanto dolor en su corazón, e señaladamente por no haverse hallado en aquella rebuelta, que no hallava cosa que le pudiesse acarrear consuelo. Pero como los más de los christianos estuviessen dentro de las tiendas e los otros fuessen idos a Rumea con los presos, no pudo arbitrar cuántos podrían ser. Antes le parecían tan pocos, porque no veía sino los que tenían la guarda del río, que le causava no menos acrecentamiento de saña, creyendo que los suyos havían sido vencidos por tan poca gente, que variedad de pensamientos, no hallando ninguno para determinarse. Por donde deliberó de aventurar su vida por salvar su ejército e assí bolvió adonde sus cavalleros dexara, a los cuales, después que fueron por su mandado ayuntados, habló, no mostrando el sentimiento en su gesto de su passada pérdida, en esta manera:

–Si la adversa fortuna, esforçados cavalleros e amigos míos, en los altos e generosos coraçones aquella mesma impressi3n fiziesse que hazer acostumbra en los débiles e de poco esfuerço, ninguna ventaja havría de los unos a los otros. Pero como a aquellos, a quien los dioses esforçados los dieron, convenga en la mayor necessidad e peligro mostrar la grandeza e mejoría de su quilate, como al oro entre los otros metales en los ardientes carbones, assí conviene a nosotros señalarnos como aquellos que antes acarrearíamos espanto a la muerte que no lo recibiésemos, siguiendo las pisadas de los que sus esfuerços por ella no pudieron ser sobrepujados.

»No creáis que diga esto por acordar a ninguno de vosotros lo que assí en éste como en cualquier otro mayor caso deve y es obligado hazer, pues del menor podría yo recibir esfuerço e consejo. Pero háblolo por rogaros que si lo que me ha ocurrido pudiere haver efecto, no vos enogéis si a mí sólo pusiere en el peligro, pues sabéis que de conocer no dexo, que todos quedaréis quexosos si d’ello no vos alcança alguna parte, porque pudiéssedes con ella satisfazer a vuestros orgullosos coraçones, los cuales en las más peligrosas afrentas suelen gustar el manjar con que pueden amatar la ravisosa hambre de alcançar immortal fama para que criados fueron.

»E viniendo al caso, ya havéis sabido cómo cautelosamente e a manera de salteadores, nuestros enemigos, a quien sola nuestra vista pone incomparable miedo y espanto, esta passada noche nos saltaron, mataron y prendieron los cavalleros de nuestro ejército que de aquella parte del río eran passados a su salvo de los christianos, por el descuido nuestro e d’ellos. E cómo juntamente nos han robado nuestro real, no dexándonos con qué sostener ni a cubierto estar podamos. E que tomar por agora d’ellos la devida vengança es impossible, por la hondura del río que para su seguridad es más que rezió e inexpugnable muro. Por donde conviene pues las fuerças e ingenios hasta aquí puestas y experimentados para traer nuestro desseo al fin desseado, no han seído bastantes, que se busquen otros expedientes e remedios con que veamos si la fortuna que dixó nos será más próspera e favorable.

»E porque yo tengo uno acordado, vos he fecho aquí ayuntar para vos lo dezir, porque veáis si será bien tentar lo e ponerlo en execuci3n, pues a mi ver en esta saz3n no puede otra cosa ser tanto o más conveniente. El emperador es venido con toda la gente que ha podido haver para nos estorvar el passar del río, pues para lo demás conoce faltarle las fuerças e no es menos que en su ayuda e servicio no vengán algunos cavalleros de estado e preciados, de quien él tenga confiança. Por donde yo entiendo de embiarle a dezir que lo que él anoche hizo contra mis cavalleros, fue más oficio de

ladrones que salen a los caminos a robar y saltar los caminantes, cuando los tienen a su salvo, que no de cavalleros que sean deseosos de ganar honra e prez entre los buenos. E que le haré conocer esto de su persona a la mía en la otra parte del río, otorgándome el seguro que se requiere. E si él no osare o por alguna vía indevida se escusare, haré conocer lo mesmo a cualquier otro cavallero de los suyos, en quien le pareciere que su derecho y razón pueda dexar, con esta condición: que si yo en la batalla fuere vencido o muerto, todo mi ejército se aya de bolver a mis tierras sin le hazer algún daño en su imperio. E le restituiré e mandaré entregar la villa de Ferencia que le tengo ganada, la cual es una de las mejores que él tiene.

»Y para cumplir esto porné por rehenes en su poder diez cavalleros de vosotros los de más estado. E assí mesmo antes de entrar en la batalla juraré e mandaré jurar que lo haré cumplir todo sin faltar en lo que se assentare un solo punto. Y que si el emperador o el cavallero que conmigo ha de hazer la batalla, fuere vencido o muerto, sea tenido de restituirme todos los presos que de anoche quedaron bivios y las tiendas y otras cosas que en nuestro real hallaron, e que assí mesmo le restituiré la villa de Ferencia con todos los presos que en ella y en los otros lugares del imperio le tengo tomados. Para lo cual quedarán las mesmas rehenes hasta tanto que toda su tierra le quede libre, y le prometeré que por mí ni mis sucessores jamás le será hecha guerra. Y si esto no quisiere otorgar, que me bolveré a mis tierras e traeré mayor ejército del que agora tengo, e le quemaré e destruiré todo el imperio sin alguna piedad, por donde conozca que assí para cumplir lo primero como lo segundo no me faltan poder ni el esfuerço que se requieren. E cuando al emperador no le pareciere otorgarlo entonces havido mejor acuerdo, buscaremos otro expediente cual mejor nos pareciere, puesto que, como dixes, a mi ver ninguno puede sobrevenir tan bueno.

Cuando hubo su razón acabado, todos aquellos cavalleros le respondieron que puesto que les pesasse por no poderlo servir en aquello conforme a sus desseos, no dexavan de conocer que havía tenido el mejor acuerdo y hallado el más conveniente remedio que en aquella sazón se pudiera hallar. Por donde en la misma hora, Abelarín embió un cavallero de aquellos en quien no havía menos cordura que esfuerço, el cual se dezía Zonaril, al emperador, para que de su parte aquello le dixesse, encomendándole que assí mesmo mirasse y reconociesse qué cavalleros e cuántos podían ser los christianos. Y que en todo se huviesse tan sesudamente quanto a mensagero por tan alto hombre embiado convenía, por donde Zonaril, tomándolo a su cargo con uno de los ingenios, passó a la otra parte del río. E cuando fue cerca de la orilla, aunque fizo alçar

una veleta en señal que pedía seguro, no lo dexaron llegar a tierra hasta que lo fueron a dezir al emperador, el cual entonces se acabava de vestir, puesto que no havía dormido dos horas, por cuyo mandado le dexaron tomar tierra. Y entretanto el emperador hizo venir a su tienda todos los cavalleros de mayor estado y de quien se hazía no menor cuenta, los cuales muy poco tardaron en venir a causa que ninguno se havía desnudado.

Y venido Zonaril ante el emperador, fecha su mesura, le dixo por muy buen orden lo que por su señor Abelarín le era mandado, por manera que de cuantos lo oyeron fue juzgado por cavallero de buen juicio, acompañado de mucha gracia y esfuerço. Acabada su razón, el emperador lo mandó salir fuera de la tienda para haver su consejo, y después dixo a aquellos cavalleros que, pues havían oído el mensaje de Abelarín, viessen y acordassen lo que sería mejor responderle, porque conociessen sus contrarios que en ellos no havía menos saber que esfuerço. Por donde en aquel consejo se dixeran muchos y diversos pareceres e ninguno conviniente, porque assí como el caso era grande e importante no podían acudir a todos los cabos que se requería, porque por una parte se tratava de la honra del emperador, por lo que se le dezía que no havía oficio de cavalleros sino de ladrones, como de la de todos sus cavalleros si en su servicio se dexava de hallar quien con Abelarín osasse combatirse, porque al emperador no se lo havían de consentir los suyos; por la otra, del daño que muchos christianos podían recibir no aceptando la batalla, el cual con otorgarla se escusava. Assí que no sabían determinarse, hallando en cada parecer muchos contrarios.

Cuando el rey Pasmerindo vido entre ellos tanta discordia y variedad, alcançada licencia del emperador para dezir su parecer, dixo:

–Yo no sé ni alcanço, poderoso señor, que se pueda poner duda en lo que Abelarín pide, pues si fuere vencido se ha de volver a su tierra sin que la vuestra reciba daño, y vos ha de entregar todo lo que d’ella vos tiene tomado. E si fuere vencedor, lo que Dios no quiera, assí mesmo. Por donde solamente se aventura perder las tiendas e otras cosas que anoche le tomastes, lo que se le devría luego bolver porque no crea que cobdicia d’ellas vos fizo aquí venir, sino desseo de castigarlo e destruir sus cavalleros como lo fezistes, e fiziérades a él si con ellos d’esta parte se hallara del río. Otrosí se aventura la restitución de los presos, los cuales juntos no creo que valgan, dexada aparte la diferencia de la fe por la cual no se puede hallar comparación, precio del menor y más pobre christiano de vuestro imperio. Porque si en vuestra mano, señor, estuviesse passar a la otra parte del río para dañarlos, escusada cosa sería pensar poner vuestra honra ni lo

que ya tenéis ganado en condición ni aventura de un solo cavallero, adonde ay tantos que para vuestro servicio e su castigo d'ellos son aquí venidos.

»Pero como no les podáis estorvar todo el mal que hazer querrán en los lugares que de la otra parte del río tenéis, sin que passe mucho tiempo, en el cual se pudiesen hazer los aparejos para passar con vuestro exército el río necessarios, parácame a mí que por vuestra parte se le deviera requerir lo que él pide, pues con muerte de todos ellos, aunque se tomasse la vengança possible, no se repararía el menor de los daños que antes podrán hazer. Y porque no pueda irse alabando que no halló en vuestro servicio cavallero que abaxasse su orgullo, si a mí se otorga por vós, señor, la licencia que me falta, quedando los otros cavalleros que aquí son para las cosas de mayor peligro, yo le haré conocer que mejor fezistes vós, señor, oficio de cavallero en defender lo vuestro e castigar a quien vos lo venía a tomar, que no él venir a usurpar e robar lo ageno. Para lo cual vos suplico, señor, me otorguéis vuestra voluntad, e a estos cavalleros pido por merced lo tengan por bien, pues de mi atrevimiento e locura si mal huviere aconsejado y no supiere defenderme, ninguno sino yo recibirá la pena.

Fue tan pagado el emperador de la razón de Pasmerindo, señaladamente viendo que por ninguno se le había contradicho, que bolviéndose a los otros cavalleros, dixo:

–Paréceme que no otorgando a Pasmerindo lo que pide, todos quedaríamos de poca mesura, y pues de mí quiso la primera voluntad, yo se la otorgo dende agora y ruego a Nuestro Señor Dios lo haga tan bien andante en la batalla como es mi desseo.

Por donde todos los otros cavalleros, sabida la voluntad del emperador, aunque algunos había que quisieran aventurar sus vidas por ganar aquella honra si su ventura se lo otorgava, y señaladamente Menadoro por los respectos que se vos han dicho, dixeron que assí lo tenían por bien, pues a ninguno le era con tanta razón devido, lo que por Pasmerindo no se dexó de agradecer, de suerte que todos quedaron satisfechos.

Y en la misma hora, llamado Zonaril, se le bolvió por el emperador la respuesta de lo que se había acordado. Y después le dixo que aquel cavallero, señalando a Pasmerindo, era el que con su señor había de hazer la batalla, del cual podría saber cuándo y de qué manera sería. Cuando Pasmerindo se vido por el emperador señalar y que Zonaril lo estava mirando, le dixo:

–A mí se ha fecho merced, cavallero, por el emperador, mi señor, de otorgarme la batalla con el tuyo, la cual, si él por bien tuviere, será de la forma que entre los buenos cavalleros se acostumbra y con todas las condiciones que por su parte se han puesto. El campo será delante d'esta tienda y juezes sus diez cavalleros, que por rehenes

ha de dexar, y otros tantos de los que aquí son a quien el emperador, mi señor, nombrare. Aunque si yo lo huviesse de hazer, las rehenes serían escusadas, porque la palabra de tu señor no ha o a lo menos no debe venir por cosa de las del mundo a menos. Y cuando la quisiesse quebrantar, por cierto tengo yo que no se lo estorvando el peso e menoscabo de su honra que no lo dexaría por el de las rehenes.

»Pero pues assí lo quiere, cúmplasse su voluntad, y porque no crea que le quiero tomar desmayado de hambre ni de sueño, tú llevarás para su persona e todo su ejército los mantenimientos que será menester para oy e mañana, y algunas tiendas e camas en que él los cavalleros de mayor estado alverguen. Y le dirás que yo se lo embió con licencia de mi señor, el emperador, por la parte que se me havía de dar del despojo, aunque yo no lo merezca. Y que espero en Dios que si me lo no agradece, que mañana a su pesar me quedará en mayor obligación. Y que no crea de la vitoria de anoche sintamos ni nos parezca haver alcançado alguna gloria, pues no lo hallamos con todo su ejército d'esta otra parte del río, porque si lo halláramos, conociera que somos cavalleros como él y no salteadores; ni menos desseosos de defender el imperio que no le pertenece que el de lo usurpar.

»Y porque vea en cuánto ha de tener a cuantos aquí somos y a mí que soy el menor d'ellos, dende agora prometo en presencia del emperador, mi señor, que si mi dicha y sobre todo el sobrado derecho que tengo de mi parte, me otorgaren el vencimiento de la batalla que con tu señor he de hazer y d'ella saliere tal que pueda pelear, de poner este prendedero que aquí vees en un padrón ante la puerta d'esta tienda y mantener hasta número de diez cavalleros, los mejores que con tu señor son venidos, viniendo uno em pos de otro, que ninguno d'ellos tiene ni alcançar por señora dueña ni donzella que iguale con gran parte al valor, hermosura y otras gracias de aquella que d'él me hizo merced, en señal de recibirme por su cavallero, aunque mi merecimiento no lo alcance.

»Y el que a mí venciere, podrá levar el prendedero para hazer d'él lo que quisiere. Y el que fuere vencido, sea tenido de dexarme su escudo y nombre para que yo lo pueda levar a quien, por poder alcançar el nombre que de su cavallero dixere, lo prometí antes que de mi tierra partiesse. Ya veo que es atrevimiento y locura pero, pues lo prometí, conviéneme cumplirlo y para esto hazer lo que pudiere hasta la muerte. Y si por ser sus cavalleros de Abelarín e yo en las leyes diversos, y por esta razón contrarios e mortales enemigos, a algunos pareciesse ser lo que he dicho fuera de tiempo e de razón, como mi demanda sea por razón de amor y de hazer servicio a sus señoras o

amigas e mía, y este amor en todas las leyes tenga único e igual señorío, será nuestra batalla no por la inimizia e mala voluntad que por la diversidad de las leyes que dixen nos devemos tener, sino por el prez, honra y precio que al vencedor será otorgado, puesto que el que a mí venciere en más habrá de tener y estimar el prendedero, por haver sido de la más hermosa donzella y de virtudes cumplida de nuestros tiempos, que no la honra del vencimiento, siendo yo cavallero de tan pocas fuerças e valor como nombradía. El seguro para tu señor y a los que con él han de venir para este efecto es escusado pedirlo, porque en presencia de tan alto hombre como el emperador, mi señor, y tan virtuoso, ni fuera d'ella, ninguno ha de ser osado de les hazer desaguizado, assí por el acatamiento que a su persona se debe y avemos todos de tener, como por el riguroso castigo que a cualquier que lo contrario tentasse se daría.

No menos maravillado fue y quedó Zonaril de las palabras del rey Pasmerindo, que de su apostura y esforçado continente contento. E tanto lo preciò que le dixo:

–Por cierto, cavallero, si tus fuerças igualan a la apostura y esfuerço que en ti se demuestran, en gran cargo eres a los dioses. Y en verdad te digo que no creo que cuantos con Abelarín, mi señor, vienen ni aquí se hallan, si a mi juicio conforman, ayan visto ni de grandes tiempos oído cavallero que también como tú parezca, dexada aparte tu discreción y razones de las cuales no creas que tenga ni lleve menor contentamiento. Yo te tengo en merced el ofrecimiento de los mantenimientos e tiendas que dixistes y te ruego que lo cumplir mandes, porque es ya passada alguna pieça del día e mi señor Abelarín con sus cavalleros, atendiendo mi respuesta ternán pena por mi tardança. Lo demás yo lo remito a mi señor e a los otros cavalleros a quien tus palabras se endereçan, para que lo acepten o desechen, según la voluntad de cada uno, pues a mí no es dado saberla ni responderte hasta haverles de la tuya certificado.

No curando el rey Pasmerindo de responder a lo que Zonaril dixera, luego entendió en que al ingenio en que pasara se llevase el recaudo que oístes, assí como se hizo muy cumplidamente. Cuando todo fue despachado, Zonaril se despidió del emperador e de Pasmerindo y de todos los otros cavalleros que ende eran, muy alegre por haver recaudado tan bien en aquel mensaje y haver conocido al emperador e a sus cavalleros, pero sobre todo por el buen socorro que a tal tiempo levava para su señor y todo su ejército. Y en breve tiempo passó de la otra parte, adonde, sabido por Abelarín todo lo que havéis oído, fue por él muy bien recebido, el cual no hazía sino preguntar por lo que havía conocido de Pasmerindo, lo que por Zonaril se le dixo sin faltar cosa, como aquel que lo havía muy bien mirado y no menos comprehendido, de que Abelarín

con sus cavalleros mucho se maravillaron no dexando de agradecerle aquel servicio. Por donde muchos d'ellos ya desseavan que el otro día fuesse venido, assí por ver la batalla que su señor havia de hazer con Pasmerindo, como por ganar el prendedero, según se sentían orgullosos, si a Abelarín no sucedía como él desseava con que en algo se repararía la honra de su señor.

Y después que huvieron comido, no entendieron sino en adereçarse Abelarín e los cavalleros que con él havían de ir ese otro día. Lo mesmo fizo Pasmerindo acordándose que lo havia de haver con tan buenos cavalleros, e por librar el imperio que esperava que sería suyo, pero sobre todo por la princesa Albericia, su señora, cuya menbrança lo hazía muy orgulloso.

El emperador, después que por su mandado fueron enterrados todos los christianos que la noche antes murieran, los cuales passaron de setecientos, mandó que de los cuerpos de los moros que eran muertos aquella noche, se hiziessen grandes montones, llevándolos cerca del río. E que trayendo mucha leña, pues havia assaz árboles a la orilla d'él, los quemassen, pues entre todos aunque havia muchos y buenos cavalleros, e señaladamente los tres caudillos que vos diximos, ninguno havia de grande estado, porque todos atendían passar con su señor Abelarín, por donde ninguno d'ellos murió. Y no pasó gran pieça, después que el emperador lo mandó, que se hizo, causándola gran diligencia que en hazerlo se tuvo, porque el emperador otorgó las armas e vestidos d'ellos a los que los quemarían. Por donde antes de tres horas, después de mediodía, fueron todos quemados, no sin gran dolor de los que de la otra parte del río lo miravan, pues no podían tomar de los christianos la desseada vengança.

Aquel día no se habló de otra repartición del despojo hasta ver el fin de la batalla de Pasmerindo, ni se entendió en más de lo que havéis oído, salvo en despachar mensageros, assí para Trepisonda como a todas las otras villas e ciudades del imperio, con las nuevas de aquella victoria, por las cuales se fizieron en todas las partes que las supieron grandes alegrías. Y no menores fueron los dones que a los mensageros se dieron, señaladamente a los que a Trepisonda las llevaron, porque de la emperatriz y de la princesa los recibieron muy grandes. Y fue la alegría que la princesa recibió, cuando supo lo que su señor y esposo havia hecho, tan grande que jamás con Darinto e Colencia hablava de otra cosa, no dexando siempre de rogar a Nuestro Señor Dios que assí sucediessen todas las otras cosas como en tan prósperos principios havían comenzado.

¶Capítulo xxij. De las razones y batalla que passaron entre los reyes Pasmerindo y Abelarín y de cómo fue Abelarín vencido y lo que después sucedió.

Grande era el cuidado que el emperador tenía de la batalla que Pasmerindo había de hazer, assí por lo que lo preciava como por la parte del bien o mal que d'ella le había de caber. Por donde aquella noche embió a mandar a Rumea que se fiziessen muchas vigalias y estaciones, y que por la mañana se dixessen en todas las iglesias las missas que se podrían dezir y que en ellas se rogasse a Nuestro Señor Dios diesse victoria a Pasmerindo contra aquel enemigo de su fe. Otrosí mandó dar muchas limosnas, assí secretas como públicas. E quando los cavalleros que en la villa eran supieron de aquella batalla, todos se adereçaron para venir a verla, assí por ver al rey Abelarín e a sus cavalleros como lo que harían contra Pasmerindo, a quien por lo que d'él habían conocido sobre todos los otros preciavan.

Venida la luz del día, el rey Pasmerindo oyó la missa que al emperador se dixo, en la cual muy devotamente rogó a Dios que lo ayudasse contra aquel enemigo de su fe. Acabada la cual, se armó de sus fuertes e ricas armas e luego le traxeron tres cavallos muy buenos de los que el emperador mandava traer de diestro, tan adereçados como convenía, e muchas lanças que de la villa hiziera traer. El cual, después de echado sobre su cuello el prendedero que oístes, se fue a la tienda del emperador para atender Abelarín, a la puerta de la cual había fecho un cadahalso e sobre él puesta una silla muy rica para el emperador, en las gradas del cual se habían de assentar los juezes e los otros cavalleros de gran cuenta, los cuales ya eran por el emperador nombrados para que con los de Abelarín les partiessen el Sol e fiziessen todo lo ál que a semejante oficio convenía. Delante de la mesma tienda se había hecho un campo assaz grande para dos cavalleros, e aunque fueran veinte, todo al derredor de troncos y rama de los árboles, por manera que la batalla se podía también hazer como por todos los que quisiessen ser vista.

No tuvo pereza Abelarín, antes que el día viniesse, de levantarse y con muchos añafiles y otros instrumentos que consigo traía, los cuales muy bien se oían del real del emperador, armarse de sus ricas armas. Y quando començó de amanecer, por mostrar cuán desseada era por él aquella luz, mandó que todos los de su real diessen grandes algaradas e hiziesen grandes alegrías, y mandados ante sí venir todos sus cavalleros, les

dixo e rogó que por bien o mal que en aquella batalla le aviniese, no quebrantassen su palabra e ninguna de cuantas cosas se havían assentado, sino que la cumplieren tan enteramente como a él pertenecía, lo que todos le prometieron y los de mayor estado juraron cumplir para su mayor contentamiento en su poder.

Y después de aquello, viendo que se acercava la salida del Sol, entrando en uno de aquellos ingenios con los cavalleros que havían de ser juezes y rehenes y otros hasta número de ochenta, passó a la otra parte del río. E cuando decendió en tierra, mandó assí mesmo tañer sus añafiles muy acordadamente, tanto que gran sabor havían de los oír cuantos los oían.

Ya en aquella sazón eran ende venidos Menadoro con otros muchos cavalleros a recibirlo, a los cuales muy bien pareció Abelarín porque a maravilla era membrudo y bien proporcionado, con muy buen gesto. Y después que lo huvieron recebido, hablando en aquél las cosas que con tan alto príncipe y que venía a hazer semejante batalla devían, llegaron cerca del campo que para ello estava fecho. Y cuando Abelarín entró dentro, preguntó por el cavallero que con él havia de pelear, por quanto vido muchos cavalleros a la puerta de la tienda del emperador, que armados para su guarda estavan atendiendo su salida y que subiesse a ssentarse en la silla que oístes para mirar la batalla. Al cual luego le mostraron señalando al rey Pasmerindo, a quien Abelarín embió a rogar que cavalgasse en su cavallo e viniesse hasta el medio campo, porque antes de la batalla lo quería ver e hablar, lo que por Pasmerindo luego se cumplió, viniendo no solamente hasta el medio campo pero hasta la puerta por donde Abelarín havia entrado. Cuando Abelarín lo vido, le dixo:

–Aunque mucho trabajó Zonaril, cavallero christiano, por declararme con comparaciones e otros señales tu apostura y las otras cosas que en ti se demuestran, si yo no te viera como agora, por verdad no pudiera dexar de recibir tan grande engaño como ay de lo pintado defectuoso a lo bivo muy perfeto. Y puesto que yo no viniera de mi tierra para más de conocerte, ten por cierto que tuviera mi trabajo por bien empleado, señaladamente habiendo en ti hallado lo que jamás creyera hallar en ningún christiano. Por donde puedes creer que si de ti no huviera antes recebido el daño, que en mis cavalleros heziste, que el remedio que con Zonaril me embiaste, no tuviera voluntad de haver contigo batalla. Pero el desseo de vengarme no sin compañía de satisfazer lo que te devo, no me consiente que de hazer lo dexe.

»A cuya causa y por cumplir lo que por mí parte se prometió, traigo conmigo estos diez cavalleros para juezes y rehenes, los cuales te juro por los soberanos dioses

que son todos reyes y príncipes de grandes señoríos, puesto que la fortuna los hizo a mi señorío tributarios y sujetos. Y otrosí juro que a todo mi poder cumpliré e faré cumplir cuanto Zonaril dixo a tu señor, el emperador, de mi parte, sin faltar en ello un solo punto, o passar por la muerte. Por donde cuando hora te parezca, pues yo fio de ti que no embiarías a dezir sino verdad, assí en lo del seguro como en lo demás, acaba de armarte y hagamos que el tiempo no se gaste ni passe en palabras.

A maravilla fue Pasmerindo pagado de aquel rey moro, pues en lo que dixera no dexó de mostrar menos el agradecimiento del recebido beneficio que el desseo de la vengança del daño. Y por mostrarle que no tenía por bien que el tiempo se perdiessse, señaladamente que si su dicha fuesse de vencerlo, había depsués de combatirse con otros cavalleros por razón del prendedero de su señora, le dixo que era contento de cumplir en aquello su voluntad, porque fiava en Dios que muy cedo cumpliría él la suya, según la justicia el emperador, su señor, tenía por su parte.

Tan sentido quedó Abelarín de la respuesta de Pasmerindo. que no quiso ni pudo responderle con la saña que de aquellas palabras le recreció. Antes a gran priessa demandó su yelmo, el cual le enlazó Zonaril, y otro de los cavalleros que con él venían, que se dezía Axerín, le dio la lança que le traía. Cuando Pasmerindo vido Abelarín pedir su yelmo, con los diez cavalleros de las rehenes se fue a la tienda del emperador, a la puerta de la cual le enlazaron el suyo y le dieron una lança, a tiempo que ya el emperador quería con los juezes christianos subirse a sentar en su silla. Pero antes que los juezes subiessen con los otros moros a sentarse, fueron a poner Abelarín y a Pasmerindo en aquella parte del campo que partido el Sol y guardado el derecho de cada uno convenía. Y cuando los dexaron bolvieron al cadahalso, adonde, fecha por todos al emperador igual medida, se assentaron.

Y después de haver pregonado e mandado que ninguno fuesse osado hablar ni hazer señal alguno so grandes penas, las trompetas començaron de sonar. Y aún no habían cuasi començado cuando los dos cavalleros, a la mayor furia que los cavallos los podían llevar corriendo el uno contra el otro, vinieron a se encontrar de tan grandes y poderosos encuentros que las lanças en muchas pieças hizieron por el aire bolar, no pudiendo empecer a los cavalleros por la bondad y fortaleza de sus escudos. Pero fueron tan grandes los encuentros que Pasmerindo fue forçado por no caer, abraçarse con el cuello de su cavallo. Y Abelarín fue lançado de la silla tan reziamente que lo fizo passar en las ancas del cavallo, el cual, cuando allí se sintió cargado, dio tantos saltos e tiró tantas coces que a Abelarín convino dexarle las riendas, que no perdiera, y juntamente

estribado en el arzón de la silla dar un salto en tierra, así como lo hizo, tan diestramente que más de dos braças se halló lexos de su cavallo.

Y en el mesmo punto, tirando de su espada, bien cubierto de su escudo, comenzó de acercarse con muy esforçado continente a Pasmerindo, el cual ya en aquella sazón había de su cavallo decendido e iba contra Abelarín. Por donde juntándose tan cerca que ya se podían ferir, comenzaron de se tirar y ferir muy rezios y cargados golpes sobre los yelmos, cuya fortaleza defendió que no fuessen de los primeros golpes llagados, y así mesmo por todas las otras partes que mejor les parecía poder dañarse, mostrando cada uno tener voluntad de llevar su batalla en breve tiempo a fin, con vencimiento de su contrario. Pero como los cavalleros fuessen de no menos ligereza y destreza que esfuerço, hurtávanse los cuerpos de manera que muchas vezes los golpes ivan en vazío. E de aquella suerte, cuasi sin jamás cessar de ferirse, anduvieron más de dos horas tan ligeros que quantos su batalla miravan se espantavan de verlos, porque según los golpes a menudo sonavan, antes parecía ser batalla de diez que de dos cavalleros, y así mesmo cómo no se habían hasta entonces llagado por mil partes, porque no veían que saliesse sangre sino a Abelarín de una pequeña llaga que tenía en la pierna.

Pero luego que passó cerca de media hora más, Abelarín comenzó de enflaquecer a causa que iba perdiendo el huelgo, por lo mucho que en aquel tiempo por mostrar su esfuerço había sin descansar trabajado. Y quando Pasmerindo lo conoció, a maravilla fue ledó, porque no sintió en sí que huviesse perdido un solo punto de sus fuerças. Y acordándose que aquella batalla se hazía por la liberación del imperio, que por propio juzgava, y era delante de aquel famoso emperador, padre de la princesa, su señora, y que si aquel primer cavallero le durava tanto, los otros cobrarían más esfuerço para las otras batallas, comenzó de herir e cargar de tan espesos y duros golpes a Abelarín, que espantado de ver y sentir dobladas fuerças en su contrario, pugnando de hazer lo mesmo, porque en él no se conociesse sólo un punto de falta de esfuerço, se dio tanta priessa y puso tantas fueças en ferir a Pasmerindo, por todas las partes que pudo, que como el aliento ya le fuesse faltando, a poco rato lo perdió cuasi del todo. Por donde no dexando de hazer todo lo que podía, antes trabajando más de lo que era permitido por vencer o matar a su contrario, vino a caer cuasi sin ningún sentido a los pies de Pasmerindo, el cual luego le cortó las enlazaduras del yelmo, no dexando de creer algunos que para le cortar la cabeça, y quitándoselo estuvo una pequeña pieça atendiendo que le diesse el aire, porque por cierto tenía que no era muerto, sino que por haverle faltado el huelgo, como era la verdad, era caído. Y así fue que, luego que le dio

el aire, tornó en su acuerdo, pero cuando abiertos los ojos se sintió sin yelmo e vido a su contrario con su espada alta, le dixo:

–Por los soberanos dioses te ruego, cavallero christiano, que, pues mi esfuerço ni fuerças no son de cavallero que merezca tener señorío, señaladamente igual al que solía ser mío ni menos para que pueda ni deva parecer ante aquellos a quien sólo el nombre de cavalleros se otorga, cortes esta mi cabeça, más llena de sobervias que de seso, porque si yo lo alcançara, no fuera la fortuna tan poderosa que pudiera ponerme honra y alteza. Y pues en ti no ay menos mesura que esfuerço, yo te ruego que lo hagas, pues de mayor piedad usarás en hazerme passar por la muerte, que no puede en algún tiempo escusarse, que no en dexarme con la vida y memoria de mi poquedad e desonra.

–Nunca Dios tal quiera, valeroso príncipe –dixo Pasmerindo–, que mis fuerças en ningun momento se empleen adonde no hallaren resistencia, cuanto más en tu persona en quien la muerte sería tan mal empleada como es bien la vida, porque si por flaqueza de coraçón y poco esfuerço fueras en este punto venido, aún pudieras con alguna causa dessear y pedir la muerte que dixiste, por el menoscabo que de tu poco esfuerço se pudiera atribuir a tu honra. Pero habiendo empleado tus fuerças sin faltar un solo punto de lo que devías hasta que la falta del aliento te fizo caer, no puedes tener queixa sino de la fortuna que como variable ha usado de su acostumbrado oficio, ayudando a ello la gran sinrazón que por tu parte tenías, pues querías lo que no te dexaron tus padres, no teniendo respecto a más de tu voluntad. Por ende, esfuerça, virtuoso rey, y confórmate con la razón e derecho, y conocerás que en dessear la muerte recibías muy grande yerro.

–Pues tú, a quien todos los que armas traen obedecer deven –dixo Abelarín–, assí lo quieres, yo soy contento de seguir tu consejo y mandado, puesto que no para más de cumplir lo que con el emperador e contigo assentó Zonaril por mi parte, porque los míos no quebranten lo que en tu presencia y de otros muchos cavalleros juré y prometí. Y no creas que en esto te favorece tan poco la fortuna, pues te otorga que tengas a tu voluntad aquél a quien seis reyes de los mejores de la Asia con sus vasallos son temidos de obedecer y servir.

Y dicho aquello, Pasmerindo le ayudó a levantar. E los dos juntos, aunque bien a passo, vinieron hazia los cadahalsos del emperador, llegando a los cuales Abelarín le hizo tan gran mesura que sus diez cavalleros, que por juezes ende estaban sentados, se maravillaron conociendo la alteza de su coraçón y estado. Y demás, le dixo:

–No creas, venturoso emperador, que si te he fecho la medida que has visto haya sido la causa ver ni saber la grandeza de tu estado e imperio, aunque sin comparación fuessen mayores, sino porque es muy justo que assí se haga, pues he visto e conocido en tu servicio este virtuososo y esforçado cavallero, a quien con no menor razón todos los que de virtud se precian buscar deven, para aprender quanto por su naturaleza les falta, pues de sus sobras los puede hazer tan cumplidos quanto antes de su conocimiento son y vernan defectuosos. Por donde ha tenido tanto poder para abaxar mi orgullo e mudar mi corazón, no solamente de sus altos e vanos pensamientos, pero para subordinarlo a tu voluntad, no haviendo dos horas que creía que el tuyo y de cuantos son debaxo de tu poder, havían de ser sujetos al mío.

A maravilla fue ledo el emperador, oídas las palabras de Abelarín, a cuya causa alçandosse de la silla se le humilló, diciendo que le agradecía aquella buena voluntad y conocimiento. Por donde podía ser cierto que la suya no era para más de lo honrar y complazer en todo lo que justo le pareciesse y honesto, por lo cual Abelarín le dio las gracias que pudo. Y fue aquella humildad del emperador tan gran parte para la satisfacción del corazón de Abelarín, que dende aquella hora propuso de jamás enojar al emperador y de rehazerle todos los daños que le havia fecho en su imperio muy cumplidamente.

Passado aquello, Pasmerindo rogó a Abelarín que a la puerta de la tienda se sentasse, porque viesse lo que haría por mantener la locura que prometiera, lo que luego se fizo por Abelarín, al cual assí mismo curaron los maestros del emperador de la llaga que vos diximos y de otras que en el discurso de la batalla recibiera, aunque pequeñas y no peligrosas. Y después, tomando Pasmerindo su prendedero, lo puso sobre un grueso madero que a la puerta de la tienda havia mandado poner a manera de padrón, y haziéndose traer el cavallo que dexara en el campo por mandado de los juezes, sacaron al de Abelarín por la mesma puerta que havia entrado, y cavalgando en el suyo atendió que los cavalleros, que vinieran con Abelarín para ganar si pudiessen el prendedero, viniessen a la batalla.

¶Capítulo xxiiij. De la batalla que Pasmerindo huvo con los diez cavalleros de Abelarín y del assiento que después se dio en las cosas de la guerra por consejo de Pasmerindo.

Dos horas o más passaron después que Abelarín fue de su llaga curado, que ninguno de sus cavalleros salió para combatirse con Pasmerindo, assí por lo que ya d'él conocieran en la batalla que con Abelarín huviera como porque ninguno quería ser el primero por tomarlo sobre cansado. Pero cuando vieron que todos los del real los miravan movidos de gran vergüença, echaron suertes sobre quién sería el primero e quién el segundo, e assí en orden hasta el postrero, puesto que dixessen que las echavan porque cada uno quería ser el primero para ganar el prendedero con la honra de la batalla, y que si hasta entonces no havían salido no havia seído por más de la diferencia que sobre aquello tuvieran. Y cuando fueron concordés, entró un cavallero en el campo de muy bien talle y de ricas armas armado, el cual traía en su escudo sobrepuesta una figura de donzella que a un cavallero, que tenía en el suelo tendido, havia acabado de arrancar el coraçón de las entrañas, de que parecía quedar a maravilla leda e ufana. Al cual, cuando Pasmerindo vido que ya le venía a su passo al encuentro, dixo:

–Si tú, cavallero, tuvieras tan firme tu coraçón como éste que en mi escudo se representa, no tuviera fuerças essa cruel donzella para lo quitar de su lugar, por donde creo que assí como floxamente estava assentado, assí no tuvo mucho que hazer en lo sacar y llevar consigo.

–Porque a las fuerças de aquella mi señora a quien la que tú en mi escudo has visto, cavallero christiano, representa, no hay contradición que resista ni firmeza que no afloxe –dixo Ginaraz, que assí havia nombre el cavallero–. Tuve yo por bien de dexarle tomar mi coraçón, porque dándoselo de grado no lo lastimasse como hiziera si en mí hallara o conociera la resistencia o firmeza que dixiste. Y para que mejor lo trate yo le entiendo de llevar tu prendedero, porque conozca que no solamente lo que yo le puedo otorgar ha de ser para su servicio, pero cualquier otra cosa que otri tenga y a mí pareciere que a ella pertenezca como aquella que sola lo merece y le es devido.

–Más ay que hazer de lo que tú, cavallero, piensas –dixo Pasmerindo–. Por ende, vengamos a la batalla, porque se pueda ver a qué bastan tus fuerças.

Por donde bolviendo cada uno su cavallo, tomaron del campo quanto les plugo y arremetiendo el uno contra el otro al más correr de sus cavallos, los cuales bien mostravan en aquello su ligereza, se vinieron a encontrar en sus escudos tan poderosamente que las lanças quebraron en muchas pieças. Pero Ginaraz fue tan duramente encontrando, que por las ancas del cavallo vino a dar muy gran caída en el suelo, a cuya causa tardó buena pieça sin poderse levantar, pareciendo Pasmerindo en la silla tan firme como antes de la justa. Y después que Ginaraz se levantó del suelo, Pasmerindo decendió de su cavallo, fue contra él con su espada en la mano y llegándose cerca d'él, le dixo:

–Si no hazes, cavallero, más con la espada que con la lança, dende agora podré dezir que mi prendedero no será posseído por tu señora, que sola lo merecía, por donde me converná ir la yo a buscar por escusar dos agravios. El uno el de tu señora, por la razón que dixiste, y el otro de mi prededero, porque no quede ni esté en poder de quien no lo merece.

No menor fue el sentimiento que de aquellas palabras tuvo Ginaraz, que de verse derribado en el suelo y tan quebrantado como vos diximos, por donde le dixo:

–No te cumple, cavallero, venir para conmigo passar adelante la batalla, pues mis fuerças no son para me defender bastantes. Por ende, vamos adonde quisieres para darte mi escudo y nombre, porque aquélla por cuyo servicio tú pediste la batalla con los otros e conmigo, no dexede otorgarte su amor por mi causa ni según por mí veo y creo por cuantos estorvarte lo queríamos.

Y dicho aquello, fueron entrambos a la puerta de la tienda del emperador, adonde dexado por Ginaraz su escudo y nombre, bolvió a tomar su cavallo con el cual, llevándolo por las riendas, salió por la misma puerta que había entrado. Y como en aquella sazón ya fuesse cerca de mediodía, el emperador, con todos los otros cavalleros, decendieron del cadahalso y luego se sentaron a las mesas, adonde el emperador fizo que Abelarín junto a su persona comiesse, y más baxos Pasmerindo e Menadoro con los otros cavalleros del emperador que habían sido por juezes nombrados, e assí memso los de Abelarín, adonde fueron servidos de muchos y buenos manjares, porque assí de la villa como de los dos reales se traxo muy cumplido recaudo.

Alzadas las mesas, Pasmerindo suplicó al emperador que assí él como todos los otros bolviessen a sentarse en el cadahalso y a Abelarín donde antes estuviera, porque viessen cómo trabajava de cumplir su atrevimiento. Y que hasta que lo huviesse cumplido o lo huviesse vencido, no se entendiesse en otros fechos. Al cual el

emperador lo otorgó con Abelarín e los otros mostrando que de ninguna cosa podían recibir mayor folgança, por donde siendo ya sentados cada uno en su lugar, vieron por la otra parte del campo entrar un cavallero a maravilla bien tallado e apuesto con muy ricas armas, el cual traía en su escudo figurado un cavallero que debaxo sus pies mostrava tener muy mal tractado al dios de Amor, con una boca hazia el suelo en señal de mayor menosprecio. Al cual, acercándose Pasmerindo vista su estraña invención, dixo:

–No sé yo, cavallero, siendo tú tan enemigo de Amor y menospreciándolo en tanto grado como señalas, por qué quieres aventurar tu persona en cosa que cuando d’ella salgas conforme a tu voluntad, no te sea de nadie agradecido, pues nuestra batalla no se haze sino para que de ti, si me vencieres, o de mí, quedando vencedor, tu señora o la mía nos lo reciban en servicio y agradezcan el peligro e trabajo que por servir las entendemos de passar.

–Bien parece, cavallero –dixo Massentín, que assí se llamava aquel moro–, que hablas sin ser de mi intención sabidor ni de la causa porque yo, a este que tú vees en forma del dios de Amor, tan vilmente trato y menosprecio, porque si la supieses de otra manera lo juzgarías. Pero porque no quedes d’esta vez con dos queexas, la una de la ignorancia d’esto que dezirte entiendo, y la otra de la pérdida de la batalla y prendedero que ganar espero, yo te lo declararé brevemente. Es mi señora, cavallero christiano, de tanto merecimiento y valor, que ninguna cosa ay ni puede haver en este siglo que señorearla pueda ni con justo nombre, sino mediante su voluntad, servir merezca. Por donde, porque no sería razón que siendo yo su cavallero sea de otro ninguno, sino por sola ella señoreado, he tomado esta invención que ves, de traer debaxo de mis pies aquél a quien todos los nacidos de su grado otorgan señorío. Porque se vea que si yo, por ser cavallero de mi señora, alcanço tanto poder quanto mayor e sin comparación ha de ser, como es, el de mi señora, al valor de la cual ninguno que mortal sea puede igualar, por ser todos como dixen sujetos a éste, el cual, de mí que d’ella soy sujeto, es como tú vees tan vilmente tratado. Y aunque tan alto sea el poder de mi señora, no creas que llevándole tu prendedero, siendo tan pequeño servicio, quede sin agradecimiento y galardón, porque su generoso corazón no mirará el poco valor del prendedero, sino mi voluntad y desseos que jamás cansarán de servirla, como han fecho dende el primer día que venturosa suerte me hizo alcançar nombre de su cavallero.

–No me ayude Dios –dixo Pasmerindo–, si éssa que tú tanto alabas merece servir a mi señora, aunque el amor la señorea, ni tú a los que a ella sirven aunque assí lo

menosprecias. Por ende, ven a la batalla y veamos lo que pueden tus obras, pues tan altas y sobervias son tus palabras.

–Presto lo verás –dixo Massentín con gran saña por lo que de Pasmerindo oyera.

E bolviendo sus cavallos cuando fue tiempo, los fizieron correr con tan gran furia que el campo parecía temblar. Y como viniessen con sobrada voluntad de dañarse, perdieron de tal suerte el tiento que entrambos fallecieron de sus encuentros, puesto que no de los cuerpos, porque tan reziamente se encontraron que a cada uno le pareció haver encontrado en una dura peña. Del cual encuentro, algún tanto fue Pasmerindo aquexado, pero Massentín cayó del cavallo abaxo, tan sin sentido que más passó de media hora después que Pasmerindo le cortó las enlazaduras del yelmo y se lo quitó de la cabeça, que no supo de sí parte, tanto que los juezes lo declararon por tan muerto como poco antes que recordasse por vencido, otorgando a Pasmerindo en señal del vencimiento su escudo e nombre. Y cuando después recordó hallándose sin yelmo y escudo, e sabido el tiempo que había estado sin acuerdo, se levantó aunque no sin gran pena, según se hallava quebrantado, y tomó por las riendas su cavallo con el cual se salió del campo, puesto que no cavalgando porque cuasi no se podía sobre sus pies sostener, no sin vergüença de lo que le acaeciera, porque a maravilla era buen cavallero.

No tardó gran pieça, después de salido Massentín del campo, a venir otro cavallero, el cual de los primeros encuentros fue por Pasmerindo derribado. E assí mesmo los siete que quedavan, antes que fuese de noche, fueron por Pasmerindo vencidos, puesto que no se vos cuente especificadamente por escusar prolixidad, con los cuales no hubo de pelear con las espadas sino con el postrero, por razón que entrambos cayeron en la justa de sus cavallos, aunque Pasmerindo por culpa de su cavallo, al cual se le quebró una espalda con la fuerça del encuentro. Y viendo que Pasmerindo era venido como él al suelo, quiso provar contra él sus fuerças, las cuales presto le faltaron porque en poca pieça lo traxo Pasmerindo a toda su voluntad, y abraçándose con él lo derribó en el suelo, por donde el cavallero se otorgó por vencido, viendo que en él no había más de muerte si porfiava. Y assí cobró de aquél y de los otros sus escudos y nombres, los cuales a su donzel Lauren dio en guarda.

Cuando fue hora cenaron, teniendo el mesmo orden de la mañana. Y alçadas las mesas, Pasmerindo, levantándose en pie fecha su mesura, comenzó de hablar dirigiendo sus palabras al emperador en esta manera:

–La fortuna y experiencia, poderoso señor, ha mostrado a este esclarecido príncipe Abelarín la falta de su justicia, por cuyo conocimiento ha tenido por bien de

sojuzgar su alto coraçón y voluntad todo aquello que fuere justo y razonable, y por vós, señor, será ordenado. Y pues este voluntario conocimiento y no otra fuerça alguna lo ha traído en lo que antes dixes muy gran razón será, que en vós, señor, no entre la ceguedad de sobervia que de los vencimientos suele recrecersse, por las cuales se pueda dezir que dexáis de usar con su persona e los suyos de la liberalidad y virtud que a vuestro alto estado pertenece, pues assí mesmo por esta vía que digo los esforçados e indómitos coraçones se pueden atraer y sojuzgar para más de lo que son obligados, lo que por otra es escusado. Y para que mi razón mejor se cumpla, digo que me parece, sometiendo mi parecer a la enmienda vuestra y de todos estos esforçados cavalleros, que por vós, señor, deve mandarse que todos los que suyos tenéis presos sean libres, y que a este valeroso príncipe le sea restituido todo lo que tenéis suyo, porque yo fio en su virtud, que no por la fuerça del juramento ni rehenes que entregadas tiene, sino por su propia voluntad, conociendo la buena obra que recibiría, muy más largamente cumplirá lo que tiene prometido. Y assí como quedará a su cargo de corresponder a la obra que dixes, assí quedará al vuestro de galardonar los que vos sirvieron y se esforçaron de ganar lo que le havéis de mandar restituir, pues por estas dos vías ternéis ganadas las voluntades y coraçones, assí de los vuestros como de los que hasta aquí vos eran contrarios.

Oída por el emperador la razón de Pasmerindo, le respondió diziendo:

–Pues por seguir hasta aquí vuestro consejo y parecer, Pasmerindo amigo, mis cosas han sucedido tan prósperas, como a todos es notorio, no me sería atribuido a buen juicio dexar de seguirlo assí en esto que es al mío conforme, como en cualquier otra cosa que ofrecerse pudiesse. Por donde dende agora yo lo otorgo, y si conviniere mandar assí mismo, mando que todo se haga y cumpla como vós lo dixistes. Y si a este virtuoso príncipe le pareciere que se deve hazer más, yo soy contento porque conozca que no tengo menos voluntad de complazerle agora que he conocido su persona, queriendo como dize ser mi amigo, que el traía de me dañar antes que conociesse la mía, siéndome tan riguroso enemigo.

No tardó Pasmerindo en besar las manos del emperador, por la honra y mercedes que junctas le hiziera, ni Abelarín en se lo agradecer, de suerte que assí el emperador como cuantos ende eran conocieron que sus palabras procedían de gran voluntad, en la cual ningún género de engaño cabía. Y después, bolviendo Abelarín a Pasmerindo, le dixo:

–Yo te quedo, de lo que por mí has fecho, virtuoso cavallero, en tanto cargo que conozco mis fuerças con gran parte, no igualar al desseo que de te lo satisfazer tengo,

por donde si no te viniere según el beneficio la satisfacción devida, podrás quejarte, no de mí, pues la voluntad me sobra, sino del poder que por los dioses no me fue otorgado bastante, para que no te quedasse de tanto deudor. Por donde quedará lo que a mí se otorgare cumplir de aquí adelante a tu voluntad y orden. Lo que puede ser cierto será por mí puesto en efecto, de suerte que tú por lo que de mí has confiado, y yo por lo que he prometido, no quedemos en cosa deudores.

Y después de dicho aquello, y passadas otras razones de plazer, por mostrar que de lo passado no le quedava mal talante ni enojo, Abelarín y Pasmerindo con los otros cavalleros salieron de la tienda, dexando al emperador que de todo lo suso dicho quería escrevir y despachar mensageros a Trepisonda y a todas las otras ciudades y villas del imperio, assí como lo hizo. Por donde, sabidas aquellas nuevas, se hizieron tan grande[s] alegrías por todo el imperio, que ponerlas por escrito acarrearía antes fastidio que deleite a los lectores.

Después que Abelarín con Pasmerindo fueron en el campo, hablando entrambos en las cosas que havían más sabor, se alexaron algún tanto de los otros cavalleros. Y cuando Abelarín se vido con él solo y que ninguno los podía oír, le preguntó por su hazienda, porque havia oído que ni el emperador ni cuantos havia en su imperio lo sabían, y assí mesmo le rogó muy encarecidamente que se la dixesse, porque no quedasse con aquella duda y desseo. Lo que Pasmerindo le no dudó de dezir, viendo con cuánta instancia y razón aquel valeroso príncipe se lo pidiera, ni menos le dexó de dezir, por dexarlo cumplidamente satisfecho, todo el secreto de sus amores y alta fortuna, sin faltar cosa. Por donde Abelarín no quedó menos satisfecho que maravillado, ni dexó de agradecer menos aquella voluntad a Pasmerindo, que cuanto por él havia hecho, ofreciéndole por ello de nuevo su persona y estado. Por manera que aquellos dos príncipes, siendo de diversas leyes y haviendo aquella mañana punado por mostrarse el uno al otro, y aun quedando Abelarín de las llagas que vos diximos, quedaron de aquellas razones tan amigos que grandes tiempos les tuvo aquella amistad, renovándola muchas vezes con sus cartas, puesto que no se vos diga en el discurso de la historia. E fue tanta la voluntad de Abelarín contra Pasmerindo, que quisiera bolver con él en Trepisonda por ver a la princesa Albericia y gozar más de su compañía, si no le retraxera de aquel propósito ver que aquella ida sería cuasi de prisionero, y que no se vería ende con la victoria e gloria que pocos días antes esperaba.

Y después de passadas entre ellos aquellas y otras cosas, bolvieron a la tienda del emperador. Pero antes de llegar ende, el rey Pasmerindo, tomando por la mano a

Menadoro, el cual con muchos otros cavalleros les vino al encuentro, dixo a Abelarín a cuánto pujava su valor y esfuerço, al cual por Abelarín le fue hecha la mesma honra que antes de haver sabido la hazienda de Pasmerindo le hazía, por donde Menadoro se le humilló, teniéndole en merced aquella honra, y se ofrecieron entrambos sus personas y estados. Y assí estuvieron atendiendo que el emperador acabasse de escribir, el cual los recibió con mucha alegría, mostrando siempre a Abelarín toda la buena voluntad que guardada la gravedad de su estado podía, tanto que Abelarín, quanto más mirava al emperador y a sus cavalleros, más se le acrecentava la voluntad de serle buen amigo.

Y aquella noche Abelarín durmió en su mesma tienda y sus cavalleros fueron huéspedes de los del emperador, por manera que todos mostravan ser ledos porque el fin de la guerra huviesse venido en aquella amistad. Y con la alegría que oís passaron aquella noche atendiendo la mañana para dar conclusión en aquellos fechos.

¶Capítulo xxiiij. De cómo después de assentadas las cosas que convenían entre el emperador e Abelarín, se partió Abelarín para sus tierras y el emperador para Trepisonda. Y de lo que Abelarín fizo antes que del imperio saliesse.

Aunque aquella noche el emperador se acostasse muy tarde por haver despachado los mensageros que vos diximos, buena pieça passó después que fue en su lecho que no pudo adormirse, considerando las bueltas e mudanças de la variable fortuna e, sobre todo, el soberano poder del Alto Señor, reduciendo a su memoria que aún no havia tres días que tenía temor de perder todo el imperio y juntamente su vida, e de otros muchos cuya pérdida no era de menor consideración. E que no solamente era fuera en tan breve tiempo de aquel recelo, pero que sus enemigos se havían sopuesto a su voluntad e ordinación, de que su corazón se seguía firme descanso e inmortal gloria, por donde no se olvidó de hazer a Nuestro Señor Dios las gracias que pudo ni de suplicar lo que assí guiasse lo que por hazer quedava, porque de todo junto, después de buuelto a su casa, se las pudiesse dar más cumplidas.

E luego que fue de día se levantó e no gran rato después fueron en su tienda todos aquellos cavalleros, assí christianos como moros, con gran desseo de ver el fin de sus fechos. Y viendo Abelarín oportunidad, dixo al emperador que, pues su voluntad

había sido de otorgar todo lo que Pasmerindo por su parte suplicara, por donde él había sojuzgado su corazón a seguir dende en adelante todo lo que por él se ordenasse, le pedía por merced le mandasse dar licencia para que se pudiesse bolver a sus tierras, y alguno de sus cavalleros de quien se pudiesse tener confiança, que fuesse con él para entregalle la villa de Ferencia, e todo lo demás que suyo tenía, quedando por rehenes los cavalleros que para aquel efecto consigo traxera.

Oída por el emperador la razón de Abelarín, le dixo que la licencia que pedía tenía él tan cumplida para quedar en su imperio como para bolver a sus tierras, y mandar en él lo que fuesse su voluntad, la cual no se dexaría de cumplir menos que en sus reinos, y que ya eran escusadas rehenes adonde tanta amistad se señalava, pues su sola palabra sobraba para la restitución de todo su imperio, y aunque mayor fuesse, pero que le rogava que se çufriessse, porque si algún tanto tardava el cumplimiento de lo que pidiera, no lo causava falta de voluntad, sino porque ninguna cosa quedasse por hazer de las que él entendía de ordenar para su cumplida satisfacción. Y aún no acabava de dezir el emperador aquello cuando le vinieron a dezir que todos los presos habían traído de la villa, según lo había mandado la noche antes, por donde assí el emperador como Abelarín, con Pasmerindo y Menadoro y los otros cavalleros que ende eran, salieron de la tienda para los ver.

Cuando Abelarín los vido, a maravilla fue ledo porque no creía él que con gran parte fuessen tantos, y sobre todo cuando supo el buen recaudo que a los heridos se había dado, y no menos porque se los bolvían con sus cavallos y armas y todo lo ál que cobrar se pudo, lo que fue causa de acrecentarle la buena voluntad y propósito que ya tenía, y que si los dioses le otorgavan algunas victorias en algún tiempo, de haverse bien con los presos que tomaría. E cuando los suyos vieron a su señor, todos se le humillaron, aunque con tristes continentes, a los cuales Abelarín recibió con alegre semblante y les mandó que se çufriesssen hasta haver oído que se les mandaría por el emperador, el cual ya en aquella sazón había mandado desparar todas las tiendas, y que mientras él se detenía en ver los presos, las cogiessen y pusiessen en las carretas que habían tomado en el real de los moros, pues todo era ende sin faltar cosa, y que assí las tiendas como los mantenimientos y todas las otras cosas que eran d'ellos las llevassen a orilla del río, assí como se fizo, e con tanta diligencia que cuando el emperador con Abelarín bolvieron hazia la tienda de donde salieran, ya era todo fecho, no quedando por coger ni llevar al río sino sola la tienda de Abelarín, el cual no dexó de se maravillar

d'ello, pareciéndole que en tan breve tiempo haverse despachado todo el real era sobrada diligencia.

Y volviéndose al emperador, Abelarín le dixo que ya había visto cómo por su mandado eran ende venidos los presos y lo que de su real era puesto a la orilla del río, para que él los mandasse passar de la otra parte, y que también lo mandara passar sino porque le faltava el aparejo para ello, que por ende viesse si quedava otra cosa por hazer, porque no dexaría de cumplirse con la mesma voluntad que en lo primero había conocido. Por donde Abelarín, teniéndole en merced lo que por él mandara hazer, ordenó que los suyos començassen de passar, lo que assí se fizo, e con tanta presteza, que mientre el emperador y él con los otros cavalleros comieron, passó cuasi la mayor parte de los presos al real de Abelarín. Y antes que fuesse hora de cenar, no quedó cosa por passar de las que vos havemos dicho. Y en aquel tiempo, Abelarín dixo al emperador que le pedía por merced le dexasse ir, pues ya era razón que a los suyos se passasse, lo que no le fue consentido, rogándole que con él quedasse aquella tarde, porque no pareciesse, pues ya tenía lo que pidiera, que no los quería ver más. Por donde Abelarín, e por complazer al emperador, lo otorgó, conociendo que todo aquello procedía de buenas entrañas e sana voluntad.

Después que huvieron cenado, el emperador dixo a Abelarín que, por quanto él entendía de bolver a la villa de Rumea, quería d'él saber qué era su voluntad de ordenar en aquella tierra porque se pudiesse sin faltar cosa cumplir, al cual Abelarín lo agradeció con mucha humildad ofreciéndole para su servicio, su persona y reinos. Por donde, quedando aquellos dos valerosos príncipes tan concordados en las voluntades quanto eran discordes en las leyes, se despidieron el uno del otro, guardadas por entrambos las gravedades que a sus estados se devían. Y mientra el emperador estuvo hablando con sus mayordomos en algunas cosas que cumplían, Abelarín se despidió de los cavalleros del emperador y los suyos. Assí mesmo, después que del emperador se huvieron despedido, y en la misma hora, Pasmerindo e Menadoro y otros cavalleros de los que aquella honra y lugar merecían, acompañaron a Abelarín hasta llegar al río, adonde una pieça estuvieron atendiendo uno de los ingenios que había de bolver para passar a Abelarín y a los suyos que quedavan, en el qual tiempo el emperador fizo despachar y después firmó una cédula de su mano, con la qual otorgava poder a dos cavalleros para recibir de Abelarín la villa de Ferencia e lo que más había prometido entregar, la qual assí mesmo mandó sellar con su imperial sello. Y no quiso dar carta de

passo ni seguro a Abelarín, assí porque llevando tan poderoso exército lo llevaba muy firme, como porque ya por todo el imperio eran mandadas publicar las pazes entre ellos.

Fecho aquello, los dos cavalleros que vos diximos, mandando consigo llevar la tienda de Abelarín, en la cual el emperador havia alvergado, llegaron al río a tiempo que ya Abelarín era en el ingenio entrado, despedido de todos aquellos cavalleros, mostrando en aquella partida mucho sentimiento por razón de Pasmerindo, al cual havia muchas vezes abraçado de que no se maravillaron poco quantos lo vieron, considerando que no podía aquello proceder sino de sobrada voluntad. Llegados los dos cavalleros con sus escuderos al ingenio, fueron por Abelarín muy bien recibidos. E si no fuera porque le dixeron que por mandado del emperador le traían su tienda, no la huviera recibido, según mostró pesarle que el emperador no se huviesse querido d'ella servir.

Partido Abelarín como vos havemos dicho, Pasmerindo e Menadoro con todos los otros cavalleros que ende vinieran, se bolvieron al emperador, con el cual entraron en Rumea, por cuya venida se hizo tan solenne y alegre recibimiento quanto por los vezinos se pudo considerar e hazer en tan breve tiempo. Siete días estuvo el emperador en aquella villa, ordenando las cosas que convenían. Y entre las otras, después de haver hecho muchos beneficios e limosnas en servicio e hora de Nuestra Señora la Virgen María, que pues los ingenios que Abelarín havia mandado hazer para su daño quedavan en el río, se reedificasse la puente que havían los de la villa quebrado, dexando el haver que para ello era necessario. E después que tuvo todas sus cosas ordenadas, por sus jornadas, puesto que por otro camino por el cual visitó algunas ciudades e villas del imperio, bolvió con el mesmo exército a Trepisonda, a la entrada de la cual se le hizo tan triumphante y alto recibimiento que si por extenso se huviesse de escrevir, sería cosa no menos enojosa que prolixa, porque las alegrías e juegos fueron tan diversos e tantos en número que más de ocho días, después de llegado el emperador, duraron. Ni menos se vos dize lo que la emperatriz e la princesa Albericia fizieron quando con tan presta e segura victoria vieron al emperador buelto, pues assí mesmo no dexaría de acarrear fastidio.

Passados los días de las fiestas, vinieron al emperador mensageros con quien supo cómo ya Abelarín havia entregado la villa de Ferencia con todos los presos e otras cosas que tenía. E que a todos los hijos e hijas que havían perdido sus padres quando ganó la villa, e a las mugeres que havían perdido sus maridos, havia mandado tanto haver, según la condición de cada uno, que ninguno quedava descontento. E que assí mesmo havia dexado grandes quantías para pagar todos los daños que ante el juez de la

villa cualquier hombre o muger provaría aver recebido, assí en sus casas e haziendas como en las heredades que fuera d'ella tenían, por razón que en el tiempo que la tuvo cercada e cuando la ganó fizieron él y los suyos muchos daños a los vezinos d'ella.

Con aquellas buenas nuevas se dobló el plazer y alegría del emperador y de cuantos era razón, y no menos de Pasmerindo, viendo que el consejo que diera había salido tan bueno quanto al imperio, que esperava que había de ser suyo, provechoso. Y el emperador después pagó muy cumplidamente lo que a los cavalleros de su ejército devía, y assí mesmo les dio grandes dones y fizo muchas mercedes a cada uno según sus estados y servicios, por manera que ninguno quedó con quexa, antes con desseo de servir al emperador. Y los que con él quisieron quedar, no dexaron de ser recibidos en su servicio con mucha voluntad y convenientes assientos. Y los otros se bolvieron a sus tierras, por donde, aunque de antes era muy amado de los suyos, de allí adelante lo fue más de los unos y de los otros y su fama por todo el Universo divulgada.

¶Capítulo xxv. De cómo el rey Pasmerindo, después de passadas algunas razones con la princesa Albericia, su señora, alcanzó la seguridad que desseava para el fin de sus desseos.

Jamás fue ni se halló mayor alegría en corazón de cavallero que la que el rey Pasmerindo sintió cuando con tanta honra y brevedad de tiempo, puesto que sus cuitas y pensamientos no se lo dexassen juzgar sino largo y enojoso, se vido buelto en aquella famosa ciudad no sin firme esperanza de ver y hablar aquella mesma noche a la princesa, su señora, en cuyo fin todos sus desseos se encerravan, lo que assí se fizo como vos agora diremos.

La noche que el emperador llegó a sus palacios, antes de entrar a una de las pieças e que la emperatriz con la princesa y sus dueñas y donzellas lo atendían, despidió a todos sus altos hombres y cavalleros diziéndoles que se fuessen a descansar a sus casas y aposentos, porque no quería que le impidiessen el gozo que había de recibir con la vista de su muger e fija, lo que assí se hizo, no sin sobrada pena del rey Pasmerindo y Menadoro y de los otros que amavan otras donzellas, porque con aquel mandado les era entredicha la gloria que de ver a sus señoras esperavan alcanzar. Por donde cada uno se fue a su aposento, y assí mesmo el rey Pasmerindo, adonde, después de aver cenado,

estuvo atendiendo a Darinto por saber nuevas de su señora y si podía ir a su cámara para recibir algún descanso de sus passados e presentes tormentos.

Después que el emperador despidió sus cavalleros, según se vos dixo, entró adonde la emperatriz con la princesa era, los cuales re recibieron con aquel verdadero amor que siempre se tuvieron e mucho gozo que entonces les sobrevino. E quando fue desarmado le dieron de cenar, puesto que su gusto ni sabor no consistiesse en aquella sazón en más de alegrarse e contar a aquellas dos soberanas princesas, a quien él tanto amava, algunas cosas que le preguntavan e las que a él ocurrían, aunque todas de las que havían passado después que partiera de Trepisonda, entre las cuales les dixo que podían tener por cierto que Pasmerrindo era el mejor y más sabio cavallero que él havia visto, y que por su esfuerço y consejo se havían despachado tan presto y a su salvo aquellos fechos, y que no sabía con que se lo pudiesse galardonar, viendo que no quería tomar ninguna de cuantas cosas le havia mandado dar, y que por otra parte no sabiendo su estado ni hazienda, no sabía que honra ni tratamiento se le devía, puesto que todavía su corazón afirmava que era cavallero de alta guisa, e que Dios doliéndose d'él se lo havia traído ende para aquel efecto. Quando la emperatriz oyó todas aquellas cosas al emperador, en mayor grado se le acrecentó el desseo de saber quién fuesse Pasmerrindo, a cuya causa dixo:

–Pues en verdad no passará más de mañana que no sepamos su hazienda, pues lo prometió ante que de aquí partiesse.

La princesa estava tan alegre oyendo aquello que sus señores dezían, que no se vos podría acomparar, tanto que, hallándose con aquellos que la havían engendrado e criado e de quien era sobre todas las cosas amada, le parecía estar en tan gran soledad que no vía la hora para bolverse a su cámara, adonde cuidava hallar o que muy presto le vernía la verdadera compañía que desseava. Assi que, acostados el emperador e la emperatriz en la cámara de la emperatriz, porque con mayor descanso le pudiesse contar las cosas de la guerra, puesto que ya se las huviesse escrito como se vos ha dicho, Albericia se fue a su aposento en el cual halló a Darinto que su venida atendía. Y viéndola con tan grande alegría venir en presencia de sus donzellas, le dixo:

–Si de las nuevas que del emperador havéis, mi señora, sabido, nos quisiérdes hazer parte, gran merced recibiremos los que no las sabemos, porque pudiéssemos alcançar con ellas la parte de alegría que antes que de aquí partiesse nos cabía de tristeza.

–Assaz es grande el día de mañana, Darinto –dixo la princesa–, en que las podrás saber. Por ende vete agora a dormir, e assí mesmo vosotras –bolviéndose a sus donzellas–, porque es passada gran parte de la noche e tengo sabor de dormir.

–Pues assí lo mandáis, mi señora –dixo Darinto–, hágasse, porque no vos pongamos estorvo en vuestro sueño.

E diziendo aquello se salió dende con las otras donzellas, quedando Albericia con sola Colencia. Muy poco tardó Darinto en llegar al aposento del rey Pasmerindo, al cual las horas que lo estuvo atendiendo se le havían figurado innumerables años. E después que lo hubo el rey recebido, le dixo:

–Pues, amigo Darinto, ¿qué nuevas me traes de mi señora?

–Las que es razón e yo desseo –dixo Darinto–, pues vos atiende en su cámara con aquel verdadero amor al cual sólo el vuestro puede igualar.

Cuando el rey lo oyó fue maravilla no perder sus sentidos, según sintió de aquellas palabras sobrado gozo. Y cuando le fue otorgado responder, le dixo:

–Si te parece que ya es hora, Darinto, vamos, porque de mi tardança no se me siga perdida de un solo punto de gloria.

–Luego lo será, mi señor –dixo Darinto–, pues ya eran sus donzellas fuera de la cámara de mi señora antes que yo a los corredores saliese, e agora ya creo que serán acostadas. Por ende vamos en buena hora, porque ninguno ay que nos sienta según es tarde.

E lo más passo que pudieron, por no ser sentidos, fueron hazia aquella parte que entrambos sabían. E cuando a la puerta de la cámara de la princesa llegaron, muy presto fue por Darinto abierta, la cual cuando a Darinto vido tan a passo entrar, cuidando lo que era según aquel día lo havían concertado, toda se estremeció. Pero de que no vido al rey, dixo:

–¿Qu'es de tu señor, Darinto?

–Aquí cerca de la puerta queda atendiendo vuestro mandado, mi señora –respondió Darinto.

–Pues ve –dixo la princesa– e dile que más razón ay para que yo atienda el suyo.

Lo que assí se hizo por Darinto, el cual llegando al rey para dezirle lo que havéis oído, assí le halló temblando como la primera noche que ende viniera, tanto que no se pudo çufrir sin dezirle:

–No sé, señor, qué es esto ni a qué lo pueda atribuir, pues veo que no menos tembláis agora que sabéis la voluntad de mi señora ser a la vuestra conforme, que antes que ningún seguro ni señal d’ello tuviéssedes.

–No te maravilles, amigo Darinto –dixo el rey–, pues hallándome sin el merecimiento que desseo tener para tan grandes mercedes, soy comparado al avaro muy rico que no pudiendo llevar consigo todos los tesoros e riquezas que tiene, temiendo perderlos, tiembla no menos del recelo de perderlos que se goza del señorío que d’ellos se le otorga, pues lo primero le parece muy fácil por las muchas causas que se le ofrecen para que los pierda, e lo segundo muy difícil viendo que su corazón no es tan alto ni generoso que pueda señorearlos, como agora el mío, que conoce no ser de tanta gloria capaz ni merecedor como por mi señora se le otorga.

E acabada su razón, entró por la puerta de aquella desseada cámara de su señora, con aquel leal amor que le dava para tanto el esfuerço que convenía. E queriendo fincar las rodillas para besarle las manos, no le siendo por la princesa consentido, antes haviéndose entrambos abraçado con el igual desseo que para ello tenían, le dixo:

–No son ya, mi señor, para la que vos ha de servir esas honras, por donde si queréis que conozca que vuestra voluntad dessea assí complazerme como la mía serviros, ha de ser que de aquí adelante me mandéis como a aquella que jamás sentirá descanso, sino cuando huviere cumplido vuestro mandado, a la medida de vuestra voluntad como ya dixere.

Y con la dulçor de tan humildes e graciosas palabras, a las cuales el rey Pasmerindo jamás tuvo fuerças para responder, estuvieron tan gran pieça abraçados que si no fuera por Darinto, que les dixo que se sentassen un poco e hablassen en las cosas que verían ser para su mayor descanso, assí passaran toda la noche e aunque fueran años. Por donde, como recordados de un muy sabroso sueño, se sentaron y el rey pudo cobrar fuerças e libertad para dar gracias a su señora por las mercedes tan grandes que d’ella había recebido, e juntamente preguntarle si se había d’él acordado en aquella corporal ausencia assí como él, que jamás un solo punto la tuviera fuera de su pensamiento e memoria, entreponiendo en aquellas razones los amorosos abraços e besos que al corazón d’entrambos davan su desseado descanso.

E quando vido que en ninguna cosa dexava el amor de la princesa de corresponder al suyo, según las dulces e graciosas repuestas que a todo le hazía, le pidió por merced que para su complida bienaventurança le dexasse tomar aquella seguridad sin la cual ninguno que fuesse verdadero amante podía bivar sin variedad de recelos. E

aunque la princesa lo que a aquello respondió fuese rogar lo que se çufriese, hasta que con la honra que a entrambos se devía se fiziessen sus fechos, no por esso mostrava contrariar ni resistir al oficio que las manos del rey hazían, el cual no acordándose de Darinto ni de Colencia que ende eran, no punava sino de venir al fin que desseavan sus desseos.

Por donde quando la princesa conoció su determinación e vido que sus palabras no aprovechavan para retraer a su señor de lo que mostrava por efecto, le rogó pues aquella era su voluntad, de la cual ella no podía ya salir, que se acostasse en su lecho, adonde dándoles lugar Colencia e Darinto podrían, no arrebatadamente sino con el descanso que se les otorgaría, dar fin a sus comunes desseos, assí como lo hizieron, pues en todas las cosas y en cualquier parte d'ellas eran sus voluntades conformes. Del cual ayuntamiento, aunque la princesa perdió lo que hasta entonces con verdad le fizo tener nombre de donzella, sin quedarle esperança de cobrarlo jamás, no por esso dexó de quedar en el efecto y semblante igualmente contenta con el rey, su señor, el cual, si se le pudiera añadir contentamiento, más lo fuera si supiera quedar la princesa preñada de un hijo de cuyas virtudes e proezas trata e toma el nombre la presente historia, según se dirá adelante.

Todo lo que de la noche se les otorgó estuvieron gozando aquellos dos amantes de la gloria que desseavan, hasta tanto que Darinto e Colencia que tenían aquel cargo, habiendo entre ellos reñido buena pieça por causa de haver traído Darinto al rey a la cámara de la princesa, les vinieron a dezir que ya era hora que se fuese a su aposento. E aunque entrambos sintiessen igual pena en aquello, considerando que para la conservación de sus honras e aparejo de tornar en aquella gloria assí convenía hazerse. Luego el rey se vistió, e después de despedido de su señora infinitas vezes, según su corazón no quería alexarse del deleite que de aquella compañía se le ofrecía, y habiendo hablado a Colencia encomendándole a su señora y ofreciéndole cumplido galardón a sus servicios, se fue con Darinto, el cual, después de haver dexado al rey con aquel contentamiento e seguro que hasta entonces había desseado en su aposento, se fue a dormir al suyo muy satisfecho por los nuevos ofrecimientos que el rey le había fecho por aquellos tan señalados servicios. Después de salidos el rey y Darinto, como havéis oído de la cámara de la princesa, Colencia se acostó como solía en su compañía, a la cual Albericia dixo:

—Ya has visto, Colencia, cómo por seguir la voluntad del rey, mi señor, le he otorgado la possession que de mi persona se le devía como a verdadero señor d'ella. Y

pues ante Dios yo soy fuera de cargo, no tengo de mirar sino por la conservación de mi honra, la cual consiste en que lo fecho no se divulgue. Por donde te ruego que pues tú con tu hermano solos sois aquellos que podríades amanzillar, allende de poner vuestras vidas en aventura, lo tengas y a él hagas tener en la poridad que devéis, pues no se vos asconde que puesto que descubriéndose no dexaríades entrambos de encorrer en el mismo o mayor peligro, según los rigurosos castigos en los tiempos de agora son en los que menos pueden essecutados, no vos seremos menos obligados el rey, mi señor, y yo por la guarda d'esta poridad e secreto, que yo sola por la criança que juntas tuvimos y por los servicios que dende tu niñez me heziste.

A la cual Colencia prometió cumplir su mandado e hazer que lo mesmo fiziesse su hermano Darinto, el cual ya lo tenía tanto a su cargo que cuando Colencia se lo dixo, no fueron menester muchas palabras ni exortaciones, pues él passara mil muertes antes de publicarlo. E hablando en aquellas cosas, la princesa e Colencia passaron lo que de la noche quedava y aun parte de la mañana sin dormir, porque puesto que Colencia le sobreviniesse sueño, la princesa la recordava porque hablassen en su señor Pasmerindo, en cuya menbrança hallava el verdadero descanso e deleite.

¶Capítulo xxvj. De cómo llegados los altos hombres e cavalleros de Ungría en Trepisonda, el rey Pasmerindo descubrió al emperador su hazienda, e de lo que después sucedió.

No se olvidó la emperatriz, cuando en la mañana se levantó, de dezir al emperador que se acordasse, dicha la missa, de preguntar a Pasmerindo lo que les havia prometido dezir sobre su hazienda si bolvia de la guerra, a la cual el emperador lo prometió como aquel que no tenía otro desseo que más desseasse ver cumplido. E después que fue vestido, salió a aquella sala que acostumbrava, en la cual ya halló muchos cavalleros que havían madrugado más por poder ver a las donzellas que servían, que no por tener compañía al emperador, entre los cuales vido a Pasmerindo, a quien ya havían perdido la embidia e mala voluntad que antes tenían, assí por haver visto que era de muy alto fecho d'armas como por aver conocido sus maneras, por las cuales era de todos bien quisto. E llamándolo el emperador, le dixo:

–Paréceme, Pasmerindo amigo, que no menos madrugáis en el tiempo de holgança que en el de trabajo e peligro, pues yo vos prometo que puesto que agora vos parezca estar muy al seguro, que no passará gran pieça que vos veréis, según mi juicio alcança, en tan grande aprieto que vos hará olvidar cuantos hasta aquí havéis passado.

–Yo fío, mi señor, en la vuestra medida –dixo Pasmerindo– que me libraré d’él, pues es cierto que no ha de consentir que en tan buena casa se me haga fuerça ni agravio.

–Pues vós distes la causa –dixo el emperador–, havréislo de passar. Otrosí porque conozco que en lo que a vós faltaren las fuerças no sobrarán a mí ni a otri.

–Todavía, mi señor –dixo Pasmerindo–, spero yo e fío que ha de valer vuestra medida, pues jamás a quien la menester huviesse faltó.

–Presto lo veréis –dixo el emperador–, porque la emperatriz e mi hija no se havrán olvidado de lo que a ellas y a mí prometistes.

Con aquellas y otras graciosas burlas estava el emperador folgando y descansando con sus cavalleros, a los cuales acrecentava el desseo de servirlo. E no después de gran pieça que aquello passó, vinieron a dezir al emperador cómo la emperatriz e la princesa salían a oír la missa, de las cuales nuevas fue sin comparación el plazer de todos aquellos cavalleros e señaladamente de Menadoro, que moría por ver a la princesa, pues de Pasmerindo quién podría escrevir el orgullo e gozo que su corazón tenía en aquella sazón, viendo a Menadoro e conociendo sus desseos, e sabiendo el señorío que sobre aquella soberana princesa tenía.

Muchos de aquellos cavalleros siguieron al emperador para besar las manos a la emperatriz e a la princesa, a las cuales aún no havían visto. E assí como Pasmerindo quiso bolver con el emperador, sintió a Lauren que le detenía la halda del manto. E deteniéndose por saber lo que quería, le dixo cómo Marceo quedava en su aposento, e le havia dicho que le fiziesse saber cómo ante de dos horas serían ende sus altos hombres y cavalleros de Ungría, que por ende rogasse al emperador les mandasse señalar las posadas. Cuando el rey lo oyó, sobradamente fue ledo por ver que a tan buena sazón fuessen llegados, y por no detenerse, dixo a Lauren:

–Pues assí es, ve luego al mayordomo que á mi aposento e dile que yo le ruego que las señale luego, porque todos esos cavalleros allende que vienen con embaxada al emperador son mucho mis amigos, e que con los más d’ellos fui criado en la casa del rey de Ungría.

Lo que luego fue por Lauren puesto en efecto. Ya habían recibido la emperatriz con la princesa a todos los cavalleros que habían seguido al emperador en aquella sazón, cuando la emperatriz, no viendo a Pasmerindo en compañía d'ellos, preguntó por él al emperador, el cual le dixo que no podía dexar de ser luego ende, assí como fue, porque aún no acabava de dezir aquellas palabras el emperador, cuando el rey Pasmerindo se huvo fincado de rodillas delante de la emperatriz pidiéndole las manos, aunque sus ojos no fueron osados olvidarse ni dexaron de hazer lo que eran obligados, pues luego fueron puestos en los de aquella esclarecida princesa, a quien en la mesma sazón acabava de bolver el color que se le fuyera cuando no vido a su señor con el emperador, su padre. Al cual la emperatriz recibió haziéndole la mesma honra que a Menadoro había fecho. E mandándolo levantar, le dixo que se aparejasse para cumplir lo que había prometido, a la cual el rey dixo que assí en aquello como en cualquier otra cosa no la dexaría de servir, pues d'ello se recrecían a él muy grandes honra y merced.

Bien conoció Menadoro, porque en otro no parava mientes, la súpita mudança que la princesa fizo al tiempo que él llegara ende, e la alegría que después de venido el rey Pasmerindo le sobrevino, pero no porque supiesse la causa, porque no podía él creer ni menos le cabía en el pensamiento que el rey Pasmerindo fuesse en tan breve tiempo tan amado de la princesa, que su ausencia le hoviesse causado aquella alteración. Passado aquello, la missa se començó muy solene, e mientras se dixo, Menadoro començó de conocer que la princesa no dexava cuando podía bolver sus ojos a la parte que el rey Pasmerindo la oía, pero juntamente vía que no los detenía en él más que en cualquier otro que mirasse, por donde, lo primero, le hazía sospechar que no se hazía aquello sin alguna voluntad que lo causasse, e lo segundo, lo assegurava, pues no los detenía en él más que en otro. Pero lo que más le hazía a él sospechar era haver visto e conocer que después que el rey Pasmerindo llegó en aquella ciudad, nunca la princesa lo había mirado como a los otros cavalleros, lo que le hazía desamar algún tanto al rey Pasmerindo, aunque por otra parte conocía que no podía con razón por las muchas honras que d'él había recibido. Por donde en todo aquel tiempo que se tardó en dezir la missa, estuvo Menadoro mirando su propio mal, engañando assí mesmo, embidiando los favores del rey Pasmerindo, contentándose con la vista de la princesa y quexándose por verla, y en fin determinándose de servirla, no dexando de quedar con mayor desseo de saber más de lo que hasta entonces había visto, para mayor certificación de su aborrecimiento.

No hubo acabado de dar la bendición el que la missa había dicho, cuando ya un donzel de la emperatriz llegándose al rey Pasmerindo le dixo de su parte que fuesse al emperador, porque la había de hablar en lo que él ya sabía. Y assí como el rey Pasmerindo movió para allegarse a aquella parte, vido cómo el mayordomo a quien él había embiado, Lauren, començava de hablar al emperador, y aunque él no podía entender lo que le dezía, luego sospechó que le diría cómo venía de señalar posadas a sus cavalleros, y lo que Lauren le había dicho de su parte, como era la verdad. Y cuando fue bien cerca del emperador, oyó que respondió al mayordomo:

–Presto lo sabremos y a buen tiempo son llegados. Por ende ve y hazles dar muy bien recaudo y mientras aquí estuvieren no se les tome por ninguna cosa dineros, porque conozcan que el medio de Pasmerindo es para mucho más que esto bastante.

Despedido el mayordomo, el emperador, acercándose con Pasmerindo a la emperatriz en su presencia, le dixo:

–Ya oístes lo que oy vos dixé, Pasmerindo amigo, acerca del aprieto en que vos haviades de ver, según hast’aquí havéis puesto achaques por no deziros vuestra hazienda. Por ende, pues sabéis la causa porque vos lo dixé, yo vos ruego no de mi parte, porque no vos atreváis a la voluntad que vos tengo, sino de la emperatriz e mi fija que me hazen ser importuno, y a quien se que ternéis más miedo de enojar que a mí ni a cualquier cavallero por muy esforçado que fuesse, que nos la digáis, pues assí mesmo no podríades no lo cumpliendo dexar de venir a menos de lo que prometistes.

–Eso podéis vós, mi señor, dezir con verdad –dixo el rey–, porque no ay cavallero, por fuerte y esforçado que fuesse, que a mí, aunque sin armas y él armado nos hallássemos, me pusiesse con gran parte tanto temor como cualquier d’estas soberanas, por pequeña que fuesse la saña que en sus gestos contra mí se señalasse, porque contra cualquier cavallero ay defensión y resistencia poca o mucha, según el corazón del que se quisiesse defender, lo que contra tan altas señoras no habría lugar, por razón de la falta del esfuerço y fuerças que contra su querer y poder se podrían hallar, no solamente en un solo cavallero, pero en todos los que oy biven juntos. Y pues en éste y en cualquier otro mayor caso, obedecerlas e servir las es el verdadero triumpho que se puede alcançar, dende agora, mi señor, digo que yo soy el que recibo la mayor honra y merced que jamás cavallero recibió, por las cuales besándovos las manos y quedando en deuda que carece de satisfacción. Otrosí digo para declaración de mi pequeño estado y merecimiento, que assí como hasta aquí para vuestro servicio havéis tenido en lo aparente mi sola persona, la ternéis, mi señor, de aquí adelante acompañada de todos los

cavalleros y moradores de Ungría, el qual, puesto que mío sea, por vuestro le havéis de tener. Pues no es ageno de razón que desseando yo señores, ser vos servidor y vasallo, lo aya de ser con todo aquello que Dios me dio, lo que muy presto se podrá con efecto cumplir, pues oy son llegados a esta vuestra ciudad la mayor parte de los altos hombres y cavalleros de aquel reino, a los cuales yo mandaré que vos otorguen y juren la mesma fidelidad e vassallage que a mí como a su natural señor son tenidos de mantener y guardar.

Cuando el emperador con la emperatriz aquello que tan nuevo les era oyeron, mucho se maravillaron que un rey como aquél anduviesse solo por el mundo, por donde en más lo tuvieron y preciaron. E si sus cavalleros no fueran ende llegados, de quien se podría saber la verdad, a duro lo pudieran creer, porque puesto que en sus pensamientos, viendo su apostura y las otras gracias que en él se mostravan, lo juzgassen por cavallero de alta guisa, no creían que fuesse su estado con gran parte igual al que entonces les era manifiesto, a cuya causa, aunque le huviessen fecho hasta entonces grande honra, no había sido porque lo considerassen ser rey ni de semejante estado, sino por ser estrangero y por las otras causas que se vos han dicho. Y por aquella razón el emperador le dixo:

–Ya vos lo dixé yo, esforçado e virtuoso rey, que no podíamos quedar menos de corridos por la poca honra que en mi casa hast’aquí se vos ha fecho, por donde vos ruego por todos los que de la culpa nos alcança parte por el perdón d’ello, pues la ignorancia en este caso es el solo escudo con que podemos alcançar alguna defensa.

Al qual, el rey dixo que antes las honras e mercedes por él hasta entonces recibidas, habían seido tan grandes que la causa porque había trabajado de encubrir su hazienda había sido porque no le sabiendo más de unas armas y cavallo no lo juzgassen por desagradecido ni por cavallero de poco conocimiento, sino se atrevía por satisfazer parte d’ellas a algunos mayores servicios de los que había fecho, pues sólo el pensar la satisfacción no le fuera atribuido a menos locura que atrevimiento.

Y assí como el rey acabava su razón, vido ante sí a Marceo que fincadas las rodillas le quería besar las manos, de que no fueron poco maravillados todos los cavalleros que ende eran, considerando que no sin gran causa en presencia del emperador se le hazía tan gran mesura a Pasmerindo, el qual mandó levantar a Marceo y que dixesse lo que en el camino había fecho y cómo había recaudado tan cedo la venida de aquellos cavalleros, porque el emperador con la emperatriz, sus señores, fuessen de

todo aquel fecho sabidores. Por donde Marceo, dirigiendo su razón al rey, lo comenzó de contar diziendo:

–Yo llegué, mi señor, en tan breve tiempo en vuestra ciudad de Belgrado, que a duro se podría creer. En la cual fue mi dicha de hallar todos los cavalleros que en vuestra carta mandávades aquí venir, e la causa porque pocos días antes que yo llegasse era ende venido Aspalión del Vado, trayendo en su compañía a la donzella Asserina, por cuyo servicio había guardado el vado que ay a dos leguas del castillo del buen cavallero Equivalio, e assí mismo a su padre, para desposarse con ella en vuestra presencia. Porque assí le había sido mandado por un cavallero con quien hubo batalla estando en guarda del vado.

Entonces Marceo contó todo el discurso d'ella sin faltar punto, porque Aspalión no dudava de publicarlo a cuantos lo saber querían. Y prossiguiendo después su razón, dixo:

–Y como vós, señor, fuéssedes de muchos días ausente de Belgrado y aun de vuestro reino, fizo pregonar torneos para dende el día que se pregonaron en veinte días, porque con alguna fiesta se hiziessen sus desseados desposorios. E dos días antes del término ya eran llegados todos o los más cavalleros que se habían de llamar para saber vuestro mandado en aquella ciudad, lo unos por ver los torneos y los otros por provarse en ellos. De suerte que al tiempo que yo llegué e di las cartas a Ladiseno, vuestro lugarteniente, él se halló muy ledo, assí por saber las nuevas que desseava como por ver el buen aparejo que había, para cumplirse muy cedo lo que a mandar le embiávades. Por donde la misma tarde los mandó llamar para que esse otro día de mañana se ayuntassen en la sala de consejo de vuestros palacios, porque les quería explicar su creencia y vuestro mandado.

»Y como todos tuviessen muy gran desseo de saberlo, luego en la mañana acudieron a la sala que dixe y, después de ayuntados, Ladiseno les leyó la carta de creencia y demás les dixo lo que por vós, señor, le era mandado que dixesse, los cuales como naturales y leales vasallos, y otrosí desseosos de mostrar en efecto lo que tenían en la voluntad, unánimes respondieron que luego lo cumplirían, pues en ningún tiempo se les pudiera ofrecer mejor sazón, a causa que todos eran a punto assí de armas, porque ya las tenían para entrar en los torneos, como aparejos para el camino, pues cada uno después de passados entendía bolverse a su casa. E como Aspalión ende se hallasse, dixo en presencia de todos que, pues assí era que todavía se le ofrecían estorvos para el fin de sus desseos, él lo tenía por bien, pues eran causa que se huviessen de cumplir en

vuestra presencia, y que por ende él entendía de hazer el mesmo camino con su padre y señora, porque supiesse el cavallero que aquello le havía mandado, que con entera voluntad y sin faltar en ello un solo punto lo entendía cumplir.

»E como yo, señor, en lo que he dicho fuesse presente y viesse que todo se hazía conforme a vuestro servicio e a mi voluntad, juntamente con Ladiseno, les rogué que antes que dende saliessen señalassen el día de la partida y que fuesse lo más cedo que pudiesen, los cuales acordaron que dentro de tercero día, assí como se fizó, porque ninguno osó señalar que por su culpa no podían partir aquel día. Otrosí porque yo no dexé de tenerlos cerca, assí antes de la partida, porque para el término señalado se cumpliesse, como en el camino. Y después que fuimos llegados al reino de Apolonia, como oyésemos la nueva que de la guerra se dezían, nos dimos tanta priessa por llegar a tiempo que nos pudiessemos hallar en ella que, dexando a los cavalleros a quien no se otorgava por su crecida edad tanto trabajo y al padre de Asserina con su hija que su poco a poco viniesse, Aspalión con todos los otros cavalleros mancebos, mudando cuasi cada día cavallos, e yo con ellos, caminamos muchas jornadas por llegar antes que el emperador, mi señor, entrasse en Trepisonda. Puesto que nuestra diligencia no aprovechó para tanto, por donde havemos llegado en esta hora aunque yo me adelante para hazerles señalar posadas, como ya, señor, havéis sabido.

Sobradamente, fue ledo el rey con aquellas nuevas porque sobrevenían a la otra primera alegría que ya tenía, por haver alcançado de su señora la seguridad e fin de sus desseos que vos contamos. E no menos fue aquella esclarecida princesa viendo que aquel camino era el más verdadero y cercano para el cumplimiento de los suyos, tanto que quien en ello parara mientes no dexara de conocerlo. E como el emperador viesse que sus cavalleros estaban hablando unos con otros, repartidos en muchas partes de aquella sala, les dixo con boz alta:

—¿Qué vos parece, cavalleros? Cuán escondido nos tenía este esforçado rey su alto estado, aunque su apostura y presencia bien claro lo manifestavan, pues siendo rey del reino de Ungría, que tan nombrado es en el mundo, vino a nuestra casa como cualquier otro cavallero que no más de un cavallo y armas.

Todos aquellos cavalleros, maravillados de lo que oyeran, se acercaron al emperador y al rey, al cual cada uno d'ellos se vino a ofrecer y entre los otros Menadoro, el cual lo abraçó con más sospecha de la que tenía antes, porque luego le ocurrió al pensamiento que ninguna causa habría podido ser suficiente para haverlo traído en aquella tierra ni haverse puesto en servicio del emperador, sino la fama de la

hermosura de Albericia, la cual en aquella sazón no podía encubrir el gozo de su corazón, lo que era causa de acrecentar a Menadoro su dolor e sospecha.

Y venida la hora de comer, el emperador no consintió que el rey comiese fuera de su mesa, en la cual, después de idos todos aquellos cavalleros a sus casas y aposentos, comió el rey no menos del manjar, que de la vista de su señora gustava que de las otras cosas que se sirvieron, puesto que fuessen muy buenas. Después que las mesas fueron alçadas, el rey, alcançada licencia del emperador, se fue a su aposento. Y cuando al emperador pareció tiempo, se retraxo con la emperatriz, e mandada ir a su fija a su cámara, començó de hablar a la emperatriz en esta manera:

–No vos podría, dueña, dezir cuánto se alegró mi corazón e cuán grande fue el esfuerço que cobró el día que el rey Pasmerindo vino a nuestra casa, porque luego me pareció que el temor y recelo que tenía de perder el imperio, se alexó de mí como si claramente conociera la sucessión de lo passado. Por donde mi voluntad se otorgó a amarlo e honrarlo no menos que si ya como agora por su medio y esfuerço el imperio me fuera restituido, ayudando a ello su discreción e apostura. E como esta voluntad fuesse de cada día acrecentando, por lo que de su persona iba conociendo, muchas vezes mi corazón, adevinando su alto estado, me combidava y forçava que tuviesse por bien de casarlo con nuestra fija, no hallando para ello más contrarios del recelo que me ocurría que no fuesse de tan baxa guisa, que poniéndolo en efecto pudiesen reprehenderme los que no sabían ni alcançarían lo que yo d’él conocía y alcançava, por ser nuestra fija princesa d’este imperio que el Alto Señor nos encomendó, y no tan pobre de hermosura, que puesto que no tuviera más de ser fija nuestra cualquier príncipe no se juzgasse por bien andante en alcançarla por muger.

»Pero agora que cessa el recelo que dixere, por ser tan alto rey como sabemos, yo no puedo dexar de afirmarme en mis primeros pensamientos, pues la edad de nuestra fija no es para buscar dilaciones ni que se esperen tiempos para darle marido. Todo esto vos he querido dezir, allende de declararos mi voluntad e pensamientos, assí para saber de vós si vuestro corazón ha sentido alguna parte d’ello, como porque de vuestra fija sepáis su voluntad, porque puesto que ella no nos ha de salir de mandado, todavía será bien que assí se faga, pues a nosotros pertenece buscar su provecho e honra y a ella la satisfacción e contentamiento, sin el cual todas las honras e bienes temporales son enojoso peso, lo que antes vós que yo ni otro alguno podrá d’ella saber, assí por la vergüença que siempre tienen los fijos mayor a sus padres que a sus madres, como por

que siendo vós madre y muger no dudará declarar su voluntad, por la conformidad que los géneros vuestro y d'ella en todas sus partes tiene[n].

Antes que la emperatriz respondiesse al emperador, algún tiempo estuvo cuidando en la respuesta, porque assí como aquel fecho era grande con no menor acuerdo se havía de determinar. Pero passado aquel primer pensamiento, aunque todo lo que el emperador le havía dicho cuadrasse e juntasse todas las esquinas de los contrarios que entonces le ocurrieron, no queriendo sin mayor acuerdo determinarse y señaladamente sin haver sabido la voluntad de la princesa, lo dixo al emperador, el cual por muy sano tuvo el pensamiento de la emperatriz, a la cual rogó y mandó que no lo pudiesse en olvido, porque si sus voluntades y pareceres venían a ser conformes se buscassen los medios razonables para traerlos al devido efecto. Y quedando a cargo de la emperatriz cumplir su mandado, el emperador salió dende e fue a su aposento hasta que fuesse hora de salir a sus cavalleros.

¶Capítulo xxvij. De cómo el rey Pasmerindo fue a ver a sus cavalleros y de las razones que entre la emperatriz y la princesa passaron sobre su casamiento.

Asu aposento llegado el rey Pasmerindo, halló ende a sus escuderos e a Lauren que entonces querían salir para hazerle compañía cuando fuesse del emperador despedido. Y dexados Logístil e Lauren con solo Marceo, salió de los palacios a tiempo que siendo poco más del medio día passado, el Sol mostrava la fortaleza de su calor, por donde siendo cuasi de ninguno vistos, llegaron muy presto a las posadas que a sus cavalleros havían señalado, a causa que eran cerca de los palacios. Y en la primera que entraron fue en la del duque de Burcen, el cual era cavallero muy apuesto y mancebo con quien el rey falló Aspalión del Vado e a otros cavalleros, fijos del marqués de Rustre, los cuales assí como lo vieron entrar no fueron perezosos en venirle al encuentro e fincando las rodillas pedille las manos, las cuales levantó y abraçó con gran plazer de todos, assí del rey por ver aquellos cavalleros sus vasallos y conocer el amor con que havían fecho aquel camino, como d'ellos por la honra que les hazía, por donde era amado sobre todos los príncipes del mundo. Y después de sentado con ellos, començaron de hablar en las cosas que más sabor hallavan, señaladamente en la

aventura de Aspalión, de la cual mucho se folgó el rey cuando a él mismo la oyó contar, e assí dixo a Aspalión, que aunque más padeciera lo havía de tener por bien, pues havía alcançado aquélla que havía sido la causa de sus peligros y afanes.

–Téngolo por tan bien, mi señor –dixo Aspalión–, que no me ayude Dios si me queda más cuidado de pensar cómo lo podré servir al príncipe Nestarcio, al cual ninguna embidia tengo por su estado ni por sus fuerças, ni menos trocaría la ganancia que yo en aquella batalla hize por el prez y honra, que por derribarme en la justa, ni aunque me venciera si la batalla de las espadas viniera, en efecto él pudo ganar, porque en fin en Asserina se encierran todas las cosas que por mí se han podido y pueden dessear, ganando la cual las alcancé todas, tanto que ya no me queda por cumplir más de ser con ella desposado, para desterrar todos los pensamientos y recelos que hasta que se cumplan me lastiman el corazón, viendo que hasta aquí jamás me han faltado para ello estorvos, los cuales plega a Dios que sean cumplidos y que sea ya venido el tiempo de mi buenaventurança y cumplido gozo.

Mucho se folgó el rey por haver oído lo que Aspalión dixera, porque luego le ocurrió que si él tanto tiempo huviera lazerado como Aspalión en alcançar a su señora, antes passara por la muerte, según cada hora de los días que hasta haver venido al fin de sus desseos passara, se le havían representado innumerables años.

En aquella sazón, Marceo, que era ido a las posadas de los otros cavalleros para llamarlos que ende viniessen, entró con ellos adonde el rey era, el cual los recibió tan bien que cada uno se tuvo y juzgó por satisfecho de sus servicios e trabajo, aunque mayores fueran. Y después que con ellos estuvo buena pieça, hablando en las cosas que mayor plazer les podían acarrear, bolvió a los palacios, y viendo que ya era hora, salió de su aposento para ir al emperador, del cual fue recebido con aquella honra que a su estado pertenecía. Y después, en presencia de muchos cavalleros que ende eran, contó al emperador cómo era ido a ver los suyos que de Ungría vinieran e de cuánto se havía con ellos holgado. Y que luego que fuessen llegados todos, le venía a besar las manos e a prestar el vasallage que dixera. Al cual el emperador, agradeciéndoselo quanto era razón, dixo que pluguiesse a Dios que por todo le pudiesse dar el galardón que desseava, pues quanto mayor fuesse no dexaría de ser en mayor acrecentamiento de su honra e imperio. Y después que huvieron en aquellas cosas y otras por buena pieça hablado, el emperador estuvo holgándose con sus cavalleros, con los cuales muy gran descanso recibía su corazón viendo y conociendo el amor que le tenían, con que le

acrecentavan la voluntad para hazerles mercedes, por donde todos con tan agradecido señor bivían la vida muy leda.

La emperatriz, después de salido el emperador de su cámara como vos diximos, fizo llamar a la princesa, la cual, oyendo el mandado de su madre, luego vino ende con sola Colencia. Y mandada sentar por la emperatriz y a las donzellas que las dexassen por entonces, le dixo lo que el emperador le havia mandado e que por ende quería saber su voluntad, la cual le rogava que dixesse luego, porque sabida, pudiesen mejor determinarse. Cuando la princesa acabó de oír lo que la emperatriz le havia dicho, assí se turbó del sobrado gozo que d'ello a su corazón sobrevino, que no parecía tener esfuerço ni poder para responderle, tanto que la emperatriz no pudo çufrirse sin preguntarle la causa de su turbación, a la cual la princesa entonces dixo:

–No vos devéis, mi señora, maravillar, hablando a quien no se le entiende más de labrar e hazer otros mugeriles exercicios y jugar con sus donzellas en cosa con que se aya de mudar este sabroso género de vida, en otro tan grande y de tantos cuidados acompañado, si su corazón se turba y el gesto haze mudança y el color natural se le huye, pues oyéndolo no puede dexar de ocurrirle diversidad de pensamientos e variedad de determinaciones, las cuales combatiéndolo por tantas partes le hazen mostrar en lo exterior el aprieto en que se ve y la flaqueza de su esfuerço, como a mí agora, señaladamente si se añade a esto haver yo de perder la compañía del emperador, mi señor, e vuestra, con la cual tanto descanso recibe mi corazón quanto sentiría sin ella soledad. Pues no podría con la ausencia servir a entrambos, assí como soy tenuta, por los tantos beneficios y mercedes que d'ellos he recebido, dexado aparte el ser que después de Dios me dieron por la falta que para ello ay de satisfacción. Pero si esta obligación y desseo, vós, mi señora, mandáis que se cumpla y emplee con seguir la voluntad del emperador, mi señor, la cual, según entiendo, es la mesma vuestra, no digo con el rey Pasmerindo, siendo tan alto rey como oy supimos y tan virtuoso cavallero como por el mundo se suena, pero con cualquier otro que menos pueda e valga, no es mi intención e desseo de saliros a los dos e a cada uno de mandado, pues aunque por su virtud no muestren querer casarme sin que en ello concurra mi contentamiento, yo, por lo que ya dixen dever, no tengo de hazer más de aquello que a vosotros pareciere cumplirme.

Fue tan grande el gozo que la emperatriz sintió de las palabras de la princesa que, besándola muchas vezes no sin compañía de abundantes lágrimas, le dixo:

–Plega a Dios, mi hija, que lo que yo agora siento, puedas tú en los venideros días sentir de los hijos que a él plazerá darte, porque sientas e conozcas que ninguna alegría puede ser a esta semejante, pues sola la obediencia e voluntad que muestras de seguir la de tu padre y mía es aquella moneda con que puedes pagarnos, assí la criança que en ti hezimos como todos los otros beneficios que antes dixiste e aún te quedaríamos deudores, lo que con otra ninguna podrías compensar ni satisfazer sola una hora de pesar que en tu niñez o por tus dolencias havemos passado. Porque has de saber que ningún padre ternía aquel ferviente cuidado que de criar sus hijos tiene, por más que la naturaleza a ello lo obligue, si no tuviesse esperança que cuando serán grandes, se lo han de agradecer siguiendo en todo su voluntad de grado. Assí como siendo niños, con amenazas o açotes y con aquella esperança que digo, pueden çufrir todas las passiones e penas que por ellos passan, pero cuando la pierde, ningún padre ay que no folgasse, y si es permitido dezir, dessease una de dos cosas: o que tales hijos nunca le nacieran, o que assí inobedientes se le muriessen. La cual muerte no creas que acarreasse dolor ni penas porque vernía sobre el desseo que d’ella se ternía, por donde puedes tú, mi hija, conocer que si la inobediencia e desagradecimeinto de los hijos son causa suficiente para que el padre no deva ni quiera dolerse de la muerte d’ellos, por el grande aborrecimiento que contra ellos se tiene, qué satisfacción y contentamiento, qué alegría e consuelo pueden ser mayores ni iguales a los que agora yo siento e tu padre terná cuando d’esta obediencia y agradecimiento tuyo por mí será sabido. E pues ya sé tu voluntad, vete, mi fija, a folgar e déxame hablar con tu padre, porque yo fío en Dios que antes de muchas horas, no solamente te consideraré princesa d’este imperio, pero juntamente reina de Ungría e muger del mejor y más apuesto cavallero que jamás traxo armas.

Dicho aquello, la princesa se despidió de su madre e se fue a su cámara, con tanto gozo que mil vezes antes que a ella llegasse abraçó a su donzella Colencia. Y en la mesma tarde la emperatriz embió a dezir al emperador que antes de acostarse la viniesse a ver. Lo que assí se hizo después de que hubo cenado. E cuando el emperador acabó de oír todo lo que la emperatriz avía passado con la princesa, fue tan grande su alegría que buena pieça passó sin que tuviesse fuerças para hablar, pero después de passado aquello dio muchas gracias a Dios porque tan buena e obediente fija le havía dado. E antes de salir de la cámara de la emperatriz, quedaron entrambos de acuerdo que aquella noche pensarían cada uno por su parte la forma que se ternía en traer a efecto aquel fecho, porque conociesse el rey Pasmerindo e todos los otros cavalleros que lo havían servido que no se descuidava de galardonar a cada uno según su estado y servicios.

Cuando fue hora, el rey Pasmerindo con Darinto no se descuidaron de venir a la cámara de la princesa, e cuando se vieron no dexaron de señalar el gozo de sus ánimos. E que se ha de creer que la princesa no dexó de contar al rey, su señor, lo que con la emperatriz había pasado aquel día sin faltar un solo punto, e que después no entendieron en más de dar aquel descanso a sus coraçones que la fortuna les otorgava como aquellos que de leal e verdadero amor se amavan, señaladamente viendo que sus fechos se començavan de hazer a la medida de sus desseos. Y cuando fue tiempo, el rey se bolvió a su aposento por no ser sentido, teniendo el mesmo orden en las venideras noches que no se ofrecieron estorvos para gozar de su acostumbrada gloria.

¶Capítulo xxviiij. De las razones que passaron entre el emperador y la emperatriz y de cómo otorgaron la princesa Albericia al rey Pasmerindo por muger.

Luego que el emperador recordó otro día en la mañana, vino a la cámara de la emperatriz, la cual falló que aún no se había levantado, por razón que cuasi la mayor parte de la noche no durmiera pensando en lo que entrambos acordaran, a la cual preguntó si le había ocurrido algún contrario que con razón pudiesse poner impedimento en sus voluntades, porque él no lo fallava. E otrosí le dixesse la forma que se podría tener para començar a entender en aquellos fechos por ver i conformaría con la que él traía acordada, al cual la emperatriz, después de haverle dicho que no hallava cosa que a su parecer pudiesse poner estorvo ni contrario, dixo:

–Yo no puedo, mi señor, creer que el rey Pasmerindo, no vos conociendo ni sabiendo vuestro estado, sin alguna causa que para ello le huviesse movido, sea venido para serviros como havemos visto y después aya embiado por los altos hombres de su reino. Por donde se ha de presumir e conjeturar que no fiando en los servicios que él vos pudiera hazer, antes que de aquí partiesse embió por ellos, para que sabido su estado vos moviéssedes, como ha sucedido, a darle vuestra fija por muger. Por donde si a mí voto se huviesse de estar, aunque otro prometí a la princesa, yo atendería que él vos la pidiesse. E cuando no hiziesse esto que digo, o por no descubrir algunos desseos si los tiene, o por dudar alguna afrenta si por vos no le fuesse otorgada, entonces se le podría hablar por la vía que a vos pareciere, pues nuestra hija no es pieça que él e cualquier

otro príncipe de mayor estado no se tenga por dichosos en haverla por muger, pues saben que después de nuestros días es legítima sucessora en este imperio.

–Bien creo yo, dueña –dixo el emperador–, que lo que vós dezís no dexa de passar assí en verdad. Pero como de las mercedes a las mercadurías sea grande de la diferencia, assí conviene usar de cada una según su ser, porque el mercader para bien ganar ha de atender tiempo y sazón que sea requerido e rogado que venda aquello que para vender tiene, lo que es al contrario de la mercedes, porque cuando se han de hazer no ha de esperar el que las debe que se las pidan, porque si se las piden, aunque se hagan, no se pueden llamar mercedes. Antes ternán nombre de quitación e precio que son a algún criado por sus servicios devidos, al cual, no pagándose, le queda el derecho para pedirlo. E si se lo pagan no se le deve cosa, por donde si yo he de atender que el rey Pasmerindo me pida nuestra hija por muger por galardón de sus servicios, cuando esso sea, ya parecerá que la pide por no conocer en mi voluntad de galardónárselos. Y si no me la pidiere, ya será passado algún tiempo, el cual muy enojoso es de passar a los que el tal galardón e mercedes son devidas.

»Y si atender yo que el rey Pasmerindo nuestra hija me pidiese, acrecentasse mi honra y dársela yo de mi propio motivo la menoscabasse, no dexaría de haver lugar vuestro parecer y razón. Pero como ninguna cosa sea tanto de príncipes ni más sus honras acreciente como hazer mercedes y galardonar servicios, e aun antes que les sean fechos, por ganar las voluntades para hazerlos y con esto se sostengan e acrecienten sus estados, siendo el rey Pasmerindo el que sabemos, aunque d’él ningún servicio huviésemos recebido, para casar nuestra hija como conviene, fuera razón embiar embaxadores a su reino e rogarle que por muger la quisiese, sin quedarnos en cosa obligado, aunque luego le entregássemos el señorío del imperio y quanto Dios nos encomendó. Lo que agora no será assí, porque otorgándole yo de mi voluntad a la princesa por muger, no solamente se terná por satisfecho de quanto le devo, pero quedará obligado para mientras yo biviere no sentir en servirme pena ni cansancio, viendo que le doy todo lo que darle puedo.

»Por ende, dueña, yo vos ruego que primeramente demos a Nuestro Señor Dios gracias por los tantos bienes que en tan breve tiempo havemos d’él recebido. Y que con el rey Pasmerindo no se miren esos puntos ni se guarden esos tiempos, pues cuasi su sola persona ha sido el medio de nuestro descanso, sino que, pues esto viene de lo alto, lo embiemos a llamar y en este mesmo lugar le declaremos nuestro propósito e determinación, porque conozca que nuestra voluntad para galardonarle sus servicios no

es menor que su deseo de servirnos, pues como dixere veré, que dándole cuanto nos es otorgado no dexaremos para nosotros más de la voluntad e desseos de darle más si lo tuviésemos. Y pues los altos hombres y cavalleros de tu reino son ya llegados, e de los de nuestra casa ninguno ay despedido, en esta nuestra ciudad se podrá hazer sus desposorios e bodas, por manera que Dios queriendo, de todo gozemos cumplidamente.

–Siendo essa vuestra voluntad –dixo la emperatriz–, e sobre tan buen acuerdo, dende agora ruego a Nuestro Señor Dios nos lo dexee ver y cumplir muy cedo a su mayor servicio.

Y como el emperador viesse tan buen aparejo, con un donzel embió a dezir al rey Pasmerindo que, para haver con el consejo sobre cosa que mucho cumplía, viniesse luego a la cámara de la emperatriz. El cual, oyendo mandado del emperador y no dexando de sospechar lo que podía ser, según lo que la princesa, su señora, le dixera, no fue perezoso en venir delante d’él, al cual, como hallase solo con la emperatriz, más se afirmó en su sospecha. E después de fecha su mesura, de la suerte que antes de ser conocido su estado solía, con que acabó de asentar más firme en los coraçones de aquellos altos emperadores la voluntad que ya tenía, el emperador le dixo:

–Vuestros grandes servicios, esforçado e virtuoso rey, considerados por la emperatriz e por mí, en grandes pensamientos nos havían puesto, conociendo la falta de nuestras fuerças para galardonarlos, y esto antes que de vuestro estado fuésemos sabidores. Por donde agora que junto lo conocemos, los tenemos doblados. Pero porque no se pueda dezir que mora en nosotros la mesma falta de voluntad que ay de fuerças, la cual Dios sabe que si para más pudiesse estenderse no quedaría tan baxa, havemos determinado, no por galardón de vuestros servicios, pues no es parte, sino para nuestro mayor descanso, darvos nuestra hija, la princesa, con el derecho que después de nuestros días tiene en este imperio, por muger. Por ende, la emperatriz e yo vos rogamos que la recibáis por compañera y a nosotros por padres, en lugar de los que perdistes. E a vós recibiremos la emperatriz e yo por verdadero hijo, para cumplimiento del desseo que por cumplir nos quedava.

Aún no acabava de dezir el emperador las postreras palabras de su razón, quando el rey fincadas sus rodillas en el suelo, besando las manos al emperador muchas vezes sin que lo desdeñasse, le dixo:

–Las mercedes, poderoso señor, que tienen medida e caben en aquellos a quien se hazen, pueden con algunos servicios, que a su valor corresponden, igualarse. Pero aquellas que sobrepujan todos los grados de razón, assí por la grandeza d’ellas como por

el poco merecimiento de aquellos que las reciben, no sé yo que se puedan con algún género de agradecimiento ni servicios, aunque en ellos la muerte les sobreviniese, satisfacer, como son éstas que en este punto e muchos días antes por vós, señor, se me han fecho e sin merecerlo he recibido. Por donde, señor, como aquél que no siendo de tanto bien merecedor, no tengo el juicio que conviene para dezir lo que siento, por agora no diré más de suplicar a Nuestro Señor Dios por vuestra vida e de la emperatriz, mi señora, para que durante la mía podáis recibir de mí aquellos servicios e descanso que mi corazón dessea.

Y dichas aquellas palabras, acercándose al lecho de la emperatriz, le besó no menos vezes las manos, la cual, con el emperador derramando algunas lágrimas del gozo que sentían, lo besaron tantas vezes que no parecía que en aquella sazón se les podía ofrecer igual descanso. Después que passó alguna pieça en aquel exercicio, el emperador dixo al rey que lo que ende passara tuviesse en poridad hasta el día de sus desposorios, porque con mayor y nueva alegría se hiziessen. Y diziéndole el rey que en todo haría su mandado, se despidió del emperador y de la emperatriz, la cual dixo al emperador, después de salido el rey de su cámara, qué le parecía, que lo mesmo devían dezir a la princesa su hija porque tuviesse tiempo para adereçarse de lo que convenía y que no la tomassen sobre descuido. Por donde, pareciendo al emperador que así era razón, la mandaron venir ende, a la cual el emperador dixo:

–Dios sabe, hija, lo que mi corazón sintió cuando la emperatriz, tu madre, me hizo sabidor de tu obediencia. Y pues Nuestro Señor Dios assí se ha dolido de nosotros, que ninguna cosa después que el rey Pasmerindo vino en esta casa ha dexado de sucedernos tan próspera, quanto antes de su venida contraria, e señaladamente en que tu voluntad fuesse a la de tu madre y mía conforme, lo que no creas tengo en menos cuenta que la recuperación del imperio. Por no ser desagradecidos a quien tanto bien nos ha causado, tu madre e yo havemos hecho venir poco antes en esta cámara aquel bienaventurado rey, al cual te havemos otorgado por muger, recibiendo a él por hijo. Por ende, mi hija, pues tú dixiste que serías d’ello contenta, yo te ruego que lo ames y, en las cosas que devieres, sirvas e obedezcas, pues su persona e merecimiento e sobre todo ser tu marido a ello te obligan. Para lo cual, dende agora tu madre e yo te damos nuestra bendición, rogando a Nuestro Señor Dios te dé la suya, con que biviendo muchos años en paz fenezcáis en su santo servicio.

Lo que no se pudo hazer sin derramar no menos lágrimas que de antes, ni la princesa dexar de besar a sus padres tantas vezes las manos quantas ellos sus ojos y

boca, por el incomparable gozo que todos sintieron. Después de pasado aquel sabroso llorar, la princesa les dio las gracias que pudo, assí por la merced que le havían hecho en no casarla sin saber su voluntad, como por el cuidado que tuvieron de buscarle marido tanto a su honra e contentamiento. E después que fue d'ellos despedida, se bolvió a su cámara con la mayor alegría que jamás su corazón sintió, tanto que aunque el emperador le mandó que lo tuviesse secreto, no podían los señales de su hermoso gesto dexar de señalar el sobrado gozo de su ánimo, con que si no tuviera a Colencia con quien de día lo comunicara, y al rey, su señor, de noche con quien dobladamente descansava, no pudiera çufrirse sin dar parte de tanta gloria a todas sus donzellas, porque le parecía que no la tenía cumplida, pues no era con todas comunicada.

Passado el medio día, el rey Pasmerindo quiso ver, assí como el día antes, a sus cavalleros que ya lo atendían en la misma posada del duque de Burcen, con los cuales folgó buena pieça. E después, tomando aparte a Aspalión del Vado, al cual sobre todos los otros preciava por su esfuerço y buenas maneras, le contó todo lo que le havia sucedido con la princesa, y otrosí le dixo que pues los torneos que en Ungría havia hecho pregonar no havían venido en efecto, él entendía de alcançar licencia del emperador para que se publicassen e fiziessen en aquella ciudad, assí porque sus desposorios con Asserina se cumpliessen con la fiesta e honra y merced que se devía, como porque fuesse conocida su bondad por los que no la sabían.

Oído aquello por Aspalión, quiso fincar las rodillas en el suelo e besarle las manos por la honra y merced que juntas le hazía, sino que el rey lo detuvo. E quando le pareció tiempo, bolvió adonde el emperador, como vos diximos, solía con sus cavalleros holgar y comunicar de las cosas que ocurrían. E después que hovieron hablado en lo que más holgavan, el rey le pidió por merced diesse licencia a Aspalión del Vado para que pudiesse hazer pregonar ciertos torneos dende en diez días, para que los cavalleros no estuviessen ociosos, al cual el emperador lo otorgó, por donde aquella mesma noche fueron pregonados.

Pero antes que pasassen los diez días del plazo, llegaron ende todos los que por venir quedavan de Ungría, los cuales fueron del rey Pasmerindo, como desseavan, recibidos, y señaladamente Asserina, a quien el rey, después de su padre, fizo mucha honra por amor de Aspalión. Y en todo aquel tiempo no se entendió en más de adreçarse todos los cavalleros para los torneos. Y tres días después de llegados los que vos diximos, juncto con los que primero vinieran, fueron a besar las manos al emperador, del cual fueron como de su mesmo rey honrados y recibidos, e Asserina de la

emperatriz y de la princesa, con la cual mucho se folgaron, assí por su hermosura y buena gracia como por la estrañeza de sus vestidos con los cuales parecía muy bien a todos cuantos la miravan en aquella tierra.

¶Ca[pí]tulo xxviiiij. De cómo el rey Pasmerindo y la princesa Albericia fueron desposados en presencia de Menadoro e de todos los cavalleros de Trepisonda e Ungría, e de lo que antes e después se dixo e hizo.

Bispera era de Santiago cuando el emperador mandó llamar todos sus altos hombres e cavalleros, para que el otro día de mañana viniessen a sus palacios, porque antes que la missa se dixesse quería haver con ellos consejo sobre ciertos fechos que nuevamente ocurrían. E lo mesmo embió a rogar al rey Pasmerindo, el cual ya tenía a su cargo de hazer venir ende a los suyos, porque no ignorava la causa porque aquello se hazía. Y como él y la princesa ya supiesen que en aquel día se havían de hazer sus desposorios e las fiestas que por aquella razón se harían, no entendieron todos los días antes en más de adereçarse, de manera que fuessen, assí como lo eran, entre todos los otros señalados, según a sus estados pertenecía.

Pues venida la mañana, por ellos tan desseada, antes que el emperador saliesse de su cámara, ya eran venidos tantos cavalleros en aquella sala que vos diximos, assí de los del imperio como de Ungría, y todos tan ricamente vestidos que ninguno havia que dexasse de ser juzgado de gran estado, señaladamente Menadoro, el cual venía tan bien divisado que no dexava de mostrar su valor e que su corazón no estava libre de algunos pensamientos e desseos que lo causassen.

No gran pieça después de llegado Menadoro, vino ende el rey Pasmerindo con solos Aspalió del Vado y Equivalio que lo acompañavan, el cual traía por la mano Aserina, la cual venía de tan buenos vestidos guarnida, que puesto que los del rey careciessen de precio, ninguno hubo ende que no se holgasse de vellos. Y después que fue entre aquellos cavalleros, los cuales no le hizieron menos medida que al mesmo emperador, les rogó que le dixessen si sabían algún cavallero que quisiesse aquella donzella que consigo traía por señora, pues Aspalió del Vado era venido a menos de lo que le prometiera, cuando juró que otra no sería jamás de su corazón señora. Lo que el rey dezía con tanta gracia que todos los que oían mucho se folgavan, salvo Aspalió, el

cual dixo que puesto que no otorgar lo que el rey, su señor, dixera fuesse desmesura, él nunca lo otorgaría, pues si lo fiziesse jamás creería perder nombre de falso e desleal. De cuya respuesta todos aquellos cavalleros se folgaron, viendo la firmeza de Aspalió porque aun de burlas no entendía mostrar más de lo que en su corazón tenía.

En aquella sazón salieron el emperador y la emperatriz, en medio de los cuales venía la princesa, la cual, a los que ende eran, assí pareció hermosa, según le acrecentavan su hermosura la alegría de su corazón e la riqueza de sus atavíos, que ninguno hubo ende que no se maravillasse, tanto que el rey Pasmerindo no lo fue menos, al cual ninguna de sus perfecciones era oculta. Pues quien mirara el gesto de Menadoro no dexara de conocer la alteración que de aquella vista recibió, porque assí se le enflaqueció el corazón que fue maravilla no caer en el suelo sin algún sentido, a causa del temor que le sobrevino, que aquella venida de la princesa en medio de sus padres no carecía de grande misterio. Pero con el deleite que de verla recibía, çufrióse lo mejor que pudo por saber el fin d'ello, el cual no menos desseavan saber todos los que no lo alcançavan, por donde después que huvieron hecho su devida mesura al emperador, luego se asosegaron con tanto silencio que ninguno parecía haver ende. E quando el emperador vido que no atendían sino que él hablasse, dirigiendo sus palabras a todos, dixo:

–Porque siento ser vuestro desseo de oír, lo que yo no tengo en menos voluntad deziros, virtuoso rey de Ungría y preciados cavalleros, no entiendo con larga razón acarrearvos pena ni a mi trabajo antes en breve hazervos sabidores de la causa porque aquí vos fize rogar que viniéssedes. A ninguno de cuantos aquí sois es oculto cómo Abelarín de Assiria, tan desseoso de conquistar este imperio como enemigo de nuestra fe, si no hallara la puente de Rumea quebrada, por donde al passar de su ejército se puso tal estorvo que tuvimos tiempo de llegar aquella noche, en la cual le hezistes conocer que el imperio no carecía de defensores, es cierto que no dexara de venir, antes que d'esta ciudad partiésemos, a ponernos el cerco que por nosotros era tanto dudado quanto por él y los suyos desseado.

»Por donde, assí a los moradores de aquella villa, por la diligencia que tuvieron en romperla como a los que aconsejaron y fueron causa que nuestra partida se abreviasse, y, sobre todo, a los que con esforçados corazones hizieron en nuestros contrarios tal estrago que antes fenecerán los siglos que la memoria de sus hazañas, son por mí devidas las mercedes e galardón que a cada uno según que mis fuerças y poder son

convenientes, pues con todo el imperio no se podría satisfacer a sola la voluntad de uno que por mi servicio huviesse aventurado su vida.

»E como entre los otros, vós, esforçado rey, seáis aquél que más altamente, a mi juicio y a la común boz de los que a todo fueron presentes, havéis no solamente aconsejado e dado orden en la brevedad de nuestra partida, pero juntamente la noche que dixé, quitado de mi deservicio aquellos dos valerosos caudillos moros, en cuyo amparo consistía toda la defensa de nuestros enemigos, allende de muchos otros que temerosos de vuestra vista, y por no passar otra vez por el furor de vuestro fuerte braço, tuvieron por bien de no quedar en este siglo. Y no menos para mayor demostración de vuestro esfuerço e del desseo con que para servirme venistes, aventurastes vuestra vida por salvar la mía e de muchos que perecer pudieran en la batalla que con Abelarín passastes, sin la otra que con sus cavalleros huvistes, de donde a mí se recreció tanto beneficio y descanso como a vós trabajo e peligro, pues la paz y confederación que por vuestra causa se fizo no es razón que se pierda de la memoria, pues fue el sello para el reposo y seguridad míos e de todo el imperio.

»Y si a todo esto se huviese de añadir lo que se vos deve, por ser venido de vuestro reino, con tanto trabajo de vuestra persona a servirme, qué galardón se vos podría por mí dar que a tan señalados servicios igualasse. Por cierto, ninguno, pues son sin medida pero porque no se juzgue mi voluntad carecer de agradecimiento ni de desseo de satisfacerlos, quedando siempre en la mesma deuda, he acordado dar vos por agora lo que a mí se otorga, que es la princesa, mi hija, por muger, con todo el derecho que después de los días de la emperatriz y míos le pertenesce en el imperio. Y porque en ello no se ponga algún estorvo ni tardança, yo vos ruego que para cumplimiento de los desseos de la emperatriz y míos, se hagan luego vuestros desposorios, pues ninguna cosa para ello falta y la voluntad de nosotros sobra si la vuestra no le es contraria.

Acabada la razón del emperador, ninguno hubo ende que no se alegrasse de lo que oyeran, sino Menadoro, el cual fue maravilla no caer en tierra muerto del sobrado dolor que su corazón sintió cuando oyó el fin de las palabras del emperador. E puesto que trabajó de encubrirlo, no pudo tanto que los que en ello pararon mientes no conociessen muy claro su desmayo, e la alegría del rey Pasmerindo, el cual, fincadas las rodillas en el suelo, besó las manos assí al emperador como a la emperatriz tantas vezes quantas eran las lágrimas que entrambos en aquella sazón derramaron de gozo. Y así mismo les dixo que, pues para tan sobrada merced le faltava merecimiento, les

suplicava que luego se cumpliesse su voluntad, porque ningún tiempo se le difresse la gloria e honra que junctas recibía.

Y como todo viniessse sobre concierto, el arçobispo, que ya para aquel efecto era allí venido, en presencia de cuantos ende eran, desposó al rey Pasmerindo e a la princesa por las palabras e con las cerimonias por la católica Iglesia ordenadas. Y al tiempo que se dieron la paz, sonaron tantos instrumentos que para el mesmo efecto mandara venir ende el emperador, con tan grande y acordado estruendo, que no podían los unos a los otros oírse, tanto que Aspalión del Vado no lo podía çufrir viendo que no era oído por el rey, su señor, al cual estava suplicando que, pues sus desposorios e de Asserina se havían diferido tanto tiempo para mayor gloria suya, rogasse al arçobispo que los desposasse luego, lo que assí se fizo con tanto contentamiento e alegría de Aspalión que no creía que el rey, su señor, le tuviesse en cosa ventaja. Fecho aquello, la missa se començó y dixo tan solemne quanto podía ser.

La cual acabada, el emperador mandó que ninguno de cuantos cavalleros havia ende se fuessen, porque a todos los quería por huéspedes. No fue menor aquel segundo tormento de Menadoro, considerando lo que su coraçón sentiría viendo comer a la princesa con el rey Pasmerindo, señaladamente conociendo en sus semblantes el gozo de sus coraçones. Pero hùvose de çufrir por no descubrir más de sus penas, para remedio de las cuales no hallava otro consuelo sino aver callado y encubierto sus desseos, por donde escusava la afrenta que, haviéndolos publicado, se le hiziera, aunque por otra parte le parecía que si los manifestara a la princesa, por ventura fuera por ella tan amado que no consintiera en aquel casamiento. Por donde le quedara la speranza que entonces le faltava, añadiendo a aquello que pudiera ser, que si el rey Pasmerindo supiera sus desseos no fiziera tan señalados servicios al emperador, porque todavía afirmava en su coraçón que amar a la princesa era lo que le havia dado para ello tan grande esfuerço y orgullo, e que lo del prendedero no se havia fecho sino por servicio de la princesa, porque si otra fuera señora del rey Pasmerindo, como el dixera, no otorgara con tanta voluntad aquel casamiento. Assí que él fluctuava en diversidad de pensamientos, no menos que la nave en la tempestosa mar aquexada de la fuerça y variedad de los vientos, aunque diversos en la speranza.

Cuando fueron a las mesas sentados, quién podría, sino con enojosa prolixidad, contar los manjares que se sirvieron y la diversidad de instrumentos que sonaron, y las mercedes que aquel día el emperador y la emperatriz con el rey Pasmerindo y la princesa fizieron. Por cierto ninguno pues fueron innumerables, y ponerlas por extenso

fuera hazer esta grande historia sin fin. Alçadas las mesas, el emperador mandó traher ende los diez escudos que el rey Pasmerindo havia ganado de los cavalleros de Abelarín, porque assí de los del impío como de los de Ungría fuessen vistos. Y quando a todos fue por el emperador dicha la forma que tuvo en ganarlos, mandólos levar a la sala de sus armas, adonde los pusieron con un letrado en que se escribió la causa porque allí se ponían. Quando el emperador pareció tiempo, dio licencia a todos aquellos cavalleros para que fuessen a adereçarse para las justas, por donde los más d'ellos se fueron, no quedando ende más del rey Pasmerindo con algunos de sus cavalleros y Aspalió, el qual en todo quiso aquel día seguir al rey, su señor, pues con ello se le otorgarva gozar y tomar aquella parte de su señora que el rey en lo público tomava de la princesa, no sin sobrado contentamiento d'entrambos, por verse surgidos en aquel puerto, adonde ya no podían temer los reveses de la adversa fortuna.

¶Capítulo xxx. De las fiestas que en Trepisonda se fizieron por los desposorios del rey Pasmerindo e de la princesa Albericia, e de cómo después de velados se partieron para Ungría, adonde la princesa, passados algunos días, parió un muy hermoso fijo.

Bien serían tres horas después de medio día, quando el emperador salió de sus palacios para ir a la plaça, adonde las justas se havían de hazer. El qual llevaba a la emperatriz de rienda, y el rey Pasmerindo a la princesa, e Aspalió Asserina, e a las otras dueñas y donzellas, los otros cavalleros que las servían, pues en aquel día se les otorgava, en cuya compañía iba Menadoro con gran muchedumbre de cavalleros que ya atendían aquella salida, el qual quando vido al rey Pasmerindo llevar a la princesa e la grande hermosura de su gesto causada, allende de su natural, del gozo e alegría de su corazón y, sobre todo, quando oyó por las calles dezir a todas las gentes «Bienaventurado sea el cavallero que nos libró y en tanta alegría convirtió nuestra trsiteza, e cuán bien andante es oy la princesa, nuestra señora, pues lo ha alcanzado por marido». ¿Quién podría contar ni acomparar assí la envidia como la pena y tormento que d'ello sentía? En verdad ninguno, pues solamente el desmayo de su gesto y el poco esfuerço que le forçavan señalar, hazían maravilliar a cuantos lo miravan, viéndolo tan perdido como podía ir cavallero, y sostener la cabeza sobre sus hombros.

Pero llegando a los cadahalsos, no sintiendo en sí fuerças para subir a ellos, no quiso de su cavallo decender, antes entre sí mesmo dixo, viendo al rey Pasmerindo sentado juncto con la princesa:

–No te puedes quejar, Pasmerindo, si el Alto Señor te dio estado y apostura con esfuerço acompañado de discreción, que haya dexado de darte por compañera la más alta y hermosa donzella que nació en nuestros tiempos. Por ende, huelgue agora tu corazón y descanse, y lazere sólo aquél a quien todas las desdichas están guardadas, pero guárdate y no te desconozcas, pues si lo hizieses caerías de tan alto que no podrías jamás bolver en igual honra y alteza. Y pues a ti favorece tanto la fortuna quanto a mí persigue, no quieras que te yo vea gozar de aquella, en cuya vista se me representava no menos gloria de las penas en esta sazón me quexan, pues si nuestras fortunas se trocaran, tú no lo quisieras ver aunque del Universo se te prometiera el señorío.

Y dicho aquello, se bolvió, acompañándolo algunos cavalleros, para su posada, con intención de no ver más a la princesa e aquella noche despedirse del emperador, y bolverse a casa del rey de Bohemia, su tío, o a otra qualquier parte adonde su ventura lo guiasse.

Aquel día se hizieron muy hermosas justas, en las cuales huvo grandes encuentros y los cavalleros que justaron, como fuessen mancebos y de alta guisa, sacaron muy graciosas invenciones e divisas, al intento y propósito de cada uno, adonde los cavalleros de Ungría mostraron el valor de sus personas, tanto que de allí adelante por muy preciados fueron tenidos, y no menos algunos de la casa del emperador.

Cuando fue hora de bolverse, por el mesmo orden bolvieron a los palacios, aunque por ser ya de noche con gran muchedumbre de hachas encendidas, a la lumbre de las cuales, assí la princesa como Asserina, con todas las otras donzellas, parecían tan bien que era maravilla, aunque sobre todas era conocida la hermosura de Albericia, assí porque era sin comparación mayor como porque el gozo de su corazón se la acrecentava. Y todos los cavalleros que aquel día justaran, con muchos de los otros cenaron con el emperador, y después se representaron muchos juegos, passados los cuales cada uno se fue a su aposento. E cuando el emperador llegó al suyo, falló ende a Menadoro, el cual se despidió d'él, aunque por el emperador fue rogado que a lo menos hasta passados los torneos no partiesse, lo que jamás pudo alcançar ni menos que tomasse ninguna de cuantas cosas le mandava dar. Por donde se partió dende, e no quiso despedirse de la emperatriz, creyendo que hallaría en su compañía a la princesa, la cual no tenía voluntad de ver jamás, aunque no fue assí según en la Segunda Parte se

contará, sino que fue al aposento del rey Pasmerindo, del cual assí mesmo se despidió, ofreciéndole su persona y lo que más se le otorgava. Y aunque el rey Pasmerindo quiso provar, como el emperador, si lo podría detener, Menadoro se escusó diziendo que no lo podía en aquello servir, por razón que havia de ir a plazo cierto por cumplir un don que prometiera. Despedido del rey Pasmerindo, se fue a su posada. Y de gran mañana se partió con sólo un escudo, dexando mandado a los otros sus criados que luego partiessen para la casa del rey de Bohemia, su tío, e que ende atendiessen su venida o mandado, assí como lo fizieron.

Bien conoció el rey la causa de la partida de Menadoro, al cual juzgó por sesudo por se haver partido, pues para sus desseos no havia esperança ni remedio. Y quando sintió que todos los de los palacios dormían, no se olvidó de ir a la cámara de su señora, con la cual lo que sobrava de la noche estuvo gozando de su acostumbrada gloria. Y antes que amaneciese, se bolvió a su asposento.

Aspalión fue tan solícito aquel día y tanto punó con su señora Asserina que le prometiese el cumplido galardón que por él era tanto deseado, que haviéndoselo prometido aquella mesma noche, lo alcançó con tanto contentamiento que no otorgara ventaja al rey, su señor.

Otro día de mañana, todos fueron a oír missa con el emperador, con el cual assí mesmo comieron y fueron después a ver los torneos, en los cuales Aspalión hizo maravillas por servir a su señora la merced que d'ella recibiera, por donde, allende que ganó en ellos grande honra, e fue de allí adelante por el emperador y los que no lo conocíanpreciado, fueron los de su parte vencedores, assí como aquellos que havían echado del campo a sus contrarios.

El día siguiente se fizieron otros, en los cuales entró el rey Pasmerindo, el cual fizo tales cosas que a todos acarreó incomparable spanto, porque no sería golpe que no atordiesse o derribasse al cavallero que lo recebía, por donde fueron sus contrarios vencidos, y con ellos eran Aspalión e otros preciados cavalleros, los cuales, aunque hizieron cosas que jamás se perdió la memoria d'ellos, e çufrieron muchos golpes y afán por no ser echados del campo, no pudieron tener, según fueron aquexados por el rey e los de su parte. Con aquella victoria sacaron al rey Pasmerindo del campo, al cual el emperador salió a recibir con tan grande estruendo de diversidad de sones que no se vos podría contar, ni menos cuán grande fue la alegría del emperador como de la emperatriz e de la princesa, porque carecía de toda comparación, por haver visto a qué bastava el

esfuerzo de aquel rey que tanto amaban. E con el mesmo orden de los otros días llegaron a los palacios, adonde cenaron.

Y en cabo de ocho días se fizieron las bodas con toda aquella solemnidad e fiestas que se puede considerar, en las cuales el emperador con la emperatriz fizieron grandes mercedes e dieron grandes dones, por donde fue conocida de todos la magnanimidad de sus generosos coraçones. Y en el mesmo día, después de haver comido, salieron a la plaça que vos diximos, adonde antes de las justas, las cuales fueron las mejores e de cavalleros más ricamente adereçados que en ningún tiempo fueorn ende fechas ni oídas, en unos grandes cadahalsos que el emperador havia mandado hazer, juraron al rey Pasmerindo e a la princesa Albericia por príncipes de aquel imperio, después de los días de aquellos honrados emperadores, con todas las cerimonias que en semejantes juramentos se acostumbra.

Muchos días después, se hizieron torneos e otras muchas fiestas, tanto que no se entendía en otra cosa. En cabo de los cuales, el emperador conociendo que ya era tiempo e razón que el rey bolviesse a su reino, le otorgó licencia para su partida, por donde, después de despedidos él y la princesa de aquellos honrados emperadores, sus padres, no sin muchas lágrimas de todos, llevándose a Colencia e a Darinto, con otras donzellas de la princesa, acompañados assí de sus cavalleros de Ungría como de otros de la casa del emperador, partieron de aquella grande ciudad de Trepisonda. E por sus jornadas, aunque no grandes, llegaron en Ungría, y en cada villa e ciudad de aquel reino se les hizieron grandes recibimientos, de ver los cuales muy grande alegría recibía la princesa por haverle Dios dado tan alto rey por marido, e tanto a su contentamiento.

Y llegados a Belgrado, el rey ordenó su casa dando el cargo d'ella a los que conoció serles devido, ente los cuales fizo su camarero mayor a Aspalión del Vado, dexando a Ladiseno el mesmo cargo de mayordomo mayor que ya tenía; a Lauren fizo mayordomo e a Darinto camarero de la reina, e a todos los otros cavalleros que en aquel viage lo havían servido e quisieron quedar en su casa, les dio assientos y officios con que siendo d'él honrados y preciados mucho a su plazer bivían. E a los otros que no quisieron ende quedar les dio tantos dones e fizo tantas mercedes que ninguno dexó de tenerse por satisfecho.

Passados algunos días después de llegado el rey a Belgrado, la reina parió un hijo tan hermoso que cuantos lo vieron afirmaron no haver oído ni visto jamás su semejante, al cual, bautizado con mucha solemnidad e grandes fiestas que por su nacimiento se fizieron, assí en todo el reino de Ungría como en Trepisonda, después que

los emperadores fueron sabidores de su nacimiento, pusieron nombre de Valerián de Ungría, del cual como vos diximos es la presente historia.

¶Capítulo xxxj. De cómo el príncipe Nestarcio y la donzella Danela, con su compañía, llegaron a Costantinopla, y de lo que ende se fizo.

Ya havéis oído cómo al tiempo que el príncipe Nestarcio partió con su compañía del vado que Aspalión guardava, siguió su camino hazia Costantinopla, llevando las mayores jornadas que podía, por llegar a tiempo que pudiesse librar a la princesa Arinda, a quien havía otorgado el señorío de su corazón, no sin sob[r]ado desseo de verla y de aver cumplido lo que en el sueño que en el castillo de Equivalio soñara se le havía representado. Pues agora conviene que sepáis que en muy pocos días llegó a a aquella grande e famosa ciudad de Costantinopla, de cuyo assiento y edeficios muy maravillado fue, e, sobre todo, porque le parecía haverla ya otra vez visto. Y el día que llegó, no quiso ir a los palacios del emperador ni hablarle hasta tanto que Danela lo fiziesse de su venida sabidor, e le bolviesse respuesta de lo que en su ausencia se havía fecho en lo de la prisión de la princesa Arinda, porque de no ser librada muchos días antes que llegassen a Costantinopla, e después de llegados supieron que no lo era. Por donde Danela, viendo que aquella era su voluntad, fue a los palacios del emperador, al cual halló e a la emperatriz juntos, porque en aquella sazón acabavan de comer, e tan tristes, que no parecían ser aquellos que ella dexara antes de su partida. E assí como fincó las rodillas ante ellos, el emperador, que ya de la emperatriz havía sabido cómo le havía embiado a casa del rey de Francia, su padre, para el efecto que oístes, le dixo:

–Pues, Danela amiga, ¿qué recaudo traes de lo que tanto te encomendó la emperatriz, tu señora?

–Traígolo tan bueno, mi señor –dixo Danela–, que fío en Dios que antes de tercero día, seréis entrambos tan alegres quanto agora vuestros semblantes señalan vuestros coraçones ser tristes.

Y dicho aquello, mandada por el emperador levantar e que luego le dixesse el recaudo con que venía, le contó todo lo que hasta llegar a Francia le aviniera, e de cómo siendo ya de buelta en Ungría, al passar el vado de un río, avía hallado al cavallero que

consigo era venido que se combatía con otro caballero que guardava aquel vado, el cual era de tan alto fecho d'armas que ya había seis meses que lo defendía. Y en todo aquel tiempo no había pasado por allí cavallero que de los primeros o segundos encuentros de las lanças no lo hoviesse derribado. Y que oída por ella la fama de aquel cavallero, vino ende para rogar le quisiesse mantener el derecho de su señora, pero que habiendo visto cómo el que ella viniera había en los segundos encuentros de su justa derribado al que el vado guardava, mudando el propósito que traxera, había rogado al cavallero vencedor lo que al vencido viniera a rogar. E que en el mesmo instante, otorgándoselo, partieron dende por llegar antes qu'el plazo que su señora tenía passase, porque a su cuenta no quedavan más de seis días. E que después que lo vido desarmado, se espantó de ver que cavallero tan mancebo fuesse tan esforçado e de tan grandes fuerças. E como jamás había d'él podido saber cosa de su fazienda, puesto que en todo le parecía ser de alta guisa, señaladamente en las armas, porque a maravilla eran ricas. E cómo aquella mañana eran llegados, e que no entendía de les venir a besar las manos hasta que ella bolviesse con el recaudo de lo que en aquel tiempo se había hecho acerca la liberación de su señora, porque si no tenía cavallero que la defendiesse, él vernía esse otro día para el efecto que dixera.

Tan alegres fueron aquellos honrados emperadores, oído lo que Danela les dixo, como si ya vieran a su hija de aquella acusación, con muerte de Fulvián, librada, por donde el emperador abraçó a Danela, prometiéndole por su buena diligencia grandes mercedes. E demás le dixo:

–Mi alegría es tan grande, Danela, que no me consiente esperar tan largo plazo para la venida d'esse cavallero, según el desseo de lo conocer me ha sobrevenido. Por ende, ve luego e dile que la emperatriz e yo atendemos su venida, porque si tal es como dizes, oyendo esto no creo dexe de venir a nuestro mandado.

–Eso podéis vós muy bien creer, mi señor –dixo Danela–, porque es de tan buenas maneras que, aunque el mandado fuesse del más pobre cavallero del mundo, no dexaría él de lo cumplir, cuánto más el vuestro y de la emperatriz, mi señora.

Y dicho aquello se despidió por bolver a la posada adonde dexara a Nestarcio, con quien no tardó en venir ante el emperador, el cual no solamente no quiso dar las manos a Nestarcio al tiempo que se las pidiera, pero ayudándolo a levantar, viéndolo tan niño e apuesto, le dixo:

–En verdad, cavallero, nunca creí que mi desdicha aflorasse tanto que para el remedio de mi tristeza se pudiesse hallar algún medio. Pero agora que veo que vós por

sola vuestra virtud, e no vos obligando a ello ninguna causa, sois venido a poner, según mi donzella me ha dicho, vuestra vida e aventura por quien jamás vistes, no puedo sino creer que Nuestro Señor Dios, como es verdadero juez y sabidor de la justicia que mi hija tiene, vos fizo aquí venir, assí para el consuelo que tan ageno era de la emperatriz y de mí en esta sazón, como a todo el mundo es notorio, como para el castigo de aquel que en tan gran cuidado y peligro tiene puestas muchas vidas sin que lo merezcan. Por donde, agradeciendo vos vuestra voluntad y trabajo, y no quedando sin el devido desseo de lo satisfazer, ruego a Nuestro Señor Dios vos faga en esto y en lo demás tan bien andante como es vuestra voluntad y mi desseo.

Al cual, Nestarcio, dando las gracias por aquella merced y honra que junctas le hiziera, dixo:

–Aunque mis fuerças, muy alto señor, sean para tan gran fecho pequeñas, yo fío en Dios que la justicia que a la princesa sobra, las acrecentará en tanto grado que cedo alcançaréis la vengança y alegría que por vos y la emperatriz, mi señora, se esperan. Porque es cierto que tan gran traición no puede permanecer, señaladamente contra tan alta y virtuosa donzella, y de quien no se ha de creer ni sospechar que solamente la pensasse. Y pues d’esto yo quedo bien satisfecho, y no soy venido para más de mantener su derecho, ruégovos, señor, tengáis por bien que yo vea a la princesa, porque pueda d’ella saber si será servida que yo lo defienda.

Oído por la emperatriz lo que por Nestarcio se havía dicho, aunque no sin muchas lágrimas causadas del gozo que su ánimo sintió, cuando tan cuerda y osadamente lo oyó hablar, rogó al emperador que juntamente con aquel cavallero la dexasse ir a ver a su fija, pues sabía que, después que la mandara poner en la torre, no la havía visto. Lo que por el emperador le fue otorgado, conociendo el desseo de la emperatriz, la cual no queriendo gran compañía de cavalleros ni dueñas que la acompañassen con Nestarcio, que la llevaba de rienda, y algunos de los cavalleros que ende se hallaron.

Y Danela salió de los palacios para ir a la torre adonde la princesa Arinda estava. Y por el camino, la emperatriz contó a Nestarcio la causa de la prisión d’ella, no creyendo que Danela tan extensamente se la huviesse contado. Y otrosí porque en lo que le respondería pudiesse conocer más de lo que por su donzella supiera de su discreción y esfuerço, los cuales Nestarcio señaló tanto en aquellas razones que con la emperatriz passó, que ella fue d’él tan pagada que no podía haver cavallero en el mundo que igual fuesse, señaladamente oyendo las bendiciones que las gentes que por las calles

le davan, no lo conociendo, aunque ya sabían, por razón que luego se sonó por la ciudad, que él era el que era venido para mantener el derecho de la princesa contra Fulvián, el cual era de todos desamado, por razón de la demanda que contra ella pusiera e quería mantener.

Y acaheció que passando por una calle Darenó, el escudero de Fulvián, que ende se halló, viendo que todos miravan al cavallero que de rienda levava a la emperatriz, e oyendo lo que las gentes dezían, se paró assí como los otros a mirarlo, por poder dar razón a su señor de su edad y apostura. E sin más tardar lo fue a dezir a Fulvián, al cual por una parte no pesó, oyendo que era muy niño e que por razón no podía tener muchas fuerças ni experiencia, por donde no le podría turar en el campo, según él en sí las tenía e havía experimentado ser grandes; aunque por otra no le plugo, pues ya del plazo no quedavan sino pocos días, e quisiera, pues hasta entonces ninguno era venido, que se passara aquel término sin venir cavallero que quisiesse mantener el derecho de la princesa, porque más a su salvo, quedando con la vengança que desseava, ella padeciesse.

Cuando fueron a la torre llegados, antes que la emperatriz decendiesse de su palafren, Danela quiso adelantarse a llevar aquellas nuevas a la princesa, pero la emperatriz la mandó detener, diziendo que no se aquexasse, pues las albricias ya las tenía ganadas. Por donde Danela huvo de hazer su mandado, e atender que la emperatriz y Nestarcio subiessen a la torre, como se hizo. Cuando la emperatriz vido a su hija tan hermosa, y que parecía en aquella prisión haver acrecentado en su hermosura, lo que ella cuidava hallar al contrario, a maravilla fue leda. E assí como la princesa hincó las rodillas y le tomó las manos para besárselas, la emperatriz la besó muchas vezes, no sin derramar entrambas muchas lágrimas, assí por el gozo que de verse sus ánimos sintieron como por la tristeza que hallándose en aquella torre les sobrevino. Tan turbados fueron los sentidos de Nestarcio y sus fuerças tan perdidas, al tiempo que la princesa Arinda fue junto con la emperatriz, a quien él por la mano tenía, que si la emperatriz y las dueñas e donzellas que la princesa tenía por compañía en la torre, estuvieran atentas en aquel recibim[ien]to, no pudieran dexar de conocer el desmayo e flaqueza de su corazón, porque fueron tan grandes que assí començó de temblar como si tuviera por cierta la pérdida de su vida en aquel mesmo punto, tanto que tomó por expediente, acordándose de lo que en el castillo de Equivalio soñara, fincarse de rodillas ante la princesa y suplicarla le dicesse las manos. La cual, como hasta entonces con recibir a la emperatriz, su madre, no lo huviesse bien visto, cuando ante sí lo vido, pareciéndole el

más apuesto y hermoso cavallero que se podía en el mundo hallar, y con tanta humildad que parecía pedirle merced para su vida, no dexando de sentir luego en su corazón el primer sentimiento que los que a amar afincadamente comiençan sentir suelen, y por ende, tan turbada que no sabía qué responder, le dixo:

–Por Dios vos ruego, cavallero, que vos levantéis y no hagáis tan gran mesura a la más desdichada donzella de cuantas nacieron en este siglo, y a quien tan cedo, aunque sin culpa, está aparejada tan desonrada como cruel muerte, la cual pluguiera a Dios que ya hubiera padecido, pues con ella serían fenecidas todas mis penas.

En fin de las cuales palabras, sus agraciados ojos començaron de derramar algunas lágrimas, no sin lastimar el corazón de aquel príncipe que delante sí tenía, el cual le dixo:

–No plega a Dios, señora, que tan alta y hermosa donzella e que en el mundo tan gran falta haríades, que de vuestro igual lo dexaríades huérfano, tan cedo muera e con título y renombre de falsa, porque si assí huviesse de ser, ¿quién sería el cavallero de tan mala suerte que quisiesse quedar con la vida ni que jamás osasse traer armas, si sabiendo la alevosía e traición, que de vós se ha dicho por Fulvián, dexasse de defenderla y morir mil vezes como bueno e leal? Por ende, esclarecida princesa, yo vos suplico que estéis de buen corazón, pues havéis de tener por muy cierto que Nuestro Señor, que es el verdadero e justo juez, no permitirá que vuestra justicia quede sin defensor ni Fulvián sin castigo. Para lo cual vos suplico, puesto que por no ser yo de tal nombradía ni de tan alta guisa no merzca tanta honra y merced como de defender vuestro derecho se me ha de recrecer, que de mí vos queráis servir como de vuestro cavallero en este caso, otorgándome para ello vuestra voluntad, pues a ninguno le es devido como a mí, por sólo el desseo con que de muy lueñe para vos servir e defender soy venido. E otrosí porque no me la otorgando havría lugar la mala intención de Fulvián, no sin pérdida de vuestra vida y gran menoscabo de vuestra honra, poniendo a todos los que traemos armas en la mayor baxeza que en todos los estados se puede hallar.

Cuando la princesa acabo de oír lo que Nestarcio dixera, e con tanta afición que sus palabras señalavan dolerse él más que ella mesma de su muerte y honra, e con aquello acrecentándosele la voluntad e querer que poco antes començara de tenerle, en tanto grado que de sí mesma se maravillava, le dixo:

–Si para cumplir lo que por vós, esforçado cavallero, se pide el consentimiento de tan desdichada donzella, como yo, se debe otorgar, dende agora yo vos lo otorgo,

suplicando a Nuestro Señor Dios que assí como yo tengo la justicia por mi parte, vos otorgue la victoria, porque si verdad es que en las batallas la justicia e clareza se demuestran, por muy cierto tengo, aunque Fulvián fuesse el mejor cavallero del mundo y vós el más covarde, que muy poco tiempo vos podrá durar en el campo. Porque yo vos juro por la fe que a Dios devo que jamás con el pensamiento y menos con las obras entendí ni procuré la muerte de don Clarinor, su hermano, de la cual sed cierto que recibí mayor pesar que de verme poner en esta torre con el peligro que veis, porque a maravilla era buen cavallero y lo preciava yo sobre cuantos en casa de mi padre bivían, si no fuera contra mí la primera vez que me habló desmesurado. Esto digo porque, puesto que la prisión e peligro en que me veo no dexen de acarrearne mil pensamientos que me tormentan ell alma, como tengo por cierto que Dios no me ha de olvidar, como lo ha fecho, no lo tenía ni tengo en tanto como su muerte por la carencia que tiene de los remedios que a mí han de sobrar.

A la cual Nestarcio dixo:

–Las manos vos suplico yo, mi señora, me deis para que vos las pueda besar, por la merced que me hazéis, que de durar Fulvián en el campo con tan falsa demanda ya sé yo que no puede, ni menos dexar de recibir el castigo que merece, pues no dexa de ser más que cierto que, siendo vós tan alta e leal donzella, no haviades de consentir en la muerte de tan buen cavallero como don Clarinor, cuánto más en hazérsela dar.

Y dicho aquello, quiso tomar las manos de la princesa, la cual, desviándolas, le dixo que se levantasse, a causa que fasta entonces siempre havia estado de rodillas, porque las mercedes de sus padres las havia de recibir e no d'ella, que no tenía más de aquella vida, que tener no quisiera para causar muerte de ningún cavallero. Pero viendo que se no quería levantar aunque se lo dixera, le tomó las manos para hazer que se levantasse, el cual, sintiendo las de su señora apretar las suyas, con no menor presteza se las besó, que la princesa las desvió no mostrando que por su voluntad se las besara. Cuando Nestarcio fue levantado, la emperatriz con Arinda se asentaron y una pieça hablaron cuasi siempre llorando, y aunque a Nestarcio rogaron que se sentasse, él les suplicó que se lo no mandassen, assí por no mostrar que se sentía de tan grande honra merecedor, como porque estando de pies podría mejor gozar de la vista de aquella hermosa princesa.

La cual, conociendo cuán afincadamente aquel cavallero la estava mirando, no dexó alguna vez de bolver hazia él sus ojos, con que no le dava menos vida y esperança que cuando los apartava le acrecentava pena, señaladamente al tiempo que la emperatriz

se despidió d'ella que mostró a Nestarcio tan alegre y, para su remedio, tan favorable semblante que bien claro le dio a entender que excedía los límites de la razón, assí por la grandeza de su estado como por la prisión e peligro en que en aquella sazón se considerava. Por donde, Nestarcio, no dexando de sentir la mayor gloria que jamás sintió, cobró algún tanto sus perdidas fuerças, con que pudo llegarse a la emperatriz e con ella despedirse de aquella hermosa princesa, con quien no descansavan menos sus ojos que sentían tormento en verse fuera de su presencia.

No se olvidó Danela, despedidos la emperatriz e Nestarcio, de besar las manos a su señora, la cual la abraçó y besó muchas vezes, assí por ser la donzella que más amava como por el recaudo que para su liberación traxera, según se lo havia contado la emperatriz, su madre. Y porque en aquella sazón Danela no tuvo tiempo de contarle lo que quisiera, a causa que la emperatriz ya quería cavalgar, solamente le dixo que fuesse cierta que aquel cavallero era el mejor del mundo. Y le rogava que sobre todos los otros lo amasse, pues solamente por poderla servir en tan pequeña edad havia recibido el orden de cavallería, y era con tanto afán allí venido para aventurar su vida, dexando los deleites y pasatiempos que tenía en casa de su padres. Y aunque dicho aquello se quisiesse ir la princesa, la aquexó tanto que le dixesse quién era, que Danela, no pudiendo excusar, le dixo cómo era fijo del emperador Octavio, y que lo demás le diría cuando para ello se les ofreciesse tiempo. Y con esto se despidió dexándola tan maravillada, assí por lo que a Danela oyera como por lo que en su coraçón comenzava de sentir, que no sabía de sí parte, tanto que aquel día e otros muchos su comer y dormir fue tan poco que sus donzellas se maravillavan cómo podía la vida sostener, no sabiendo a qué lo pudiessen atribuir.

Y la emperatriz con Nestarcio e Danela y la otra compañia que vos diximos, bolvieron a los palacios a tiempo que ya era de noche. Y sabido por el emperador todo lo que en la torre passaran, muy alegre fue, señaladamente cuando supo que su hija no havia menoscabado en su hermosura, aunque no pudo en aquel caso el amor de padre dexar de señalarse con algunas lágrimas de piedad que de su fija huvo. Y conociendo lo que a Nestarcio se devía, puesto que no sabía más de su hazienda de lo que se vos ha dicho, lo mandó en su palacios aposentar, y que para su persona e servicio se diesse todo lo que menester hoviesse muy cumplidamente. Y aunque el emperador por su parte, y la emperatriz por el camino, no dexaron de preguntar a Nestarcio por su fazienda, no lo pudieron d'él saber, excusándose que no tenía para les servir en aquello libertad. E cuando fue hora de despedirse, fue al aposento que le dieron, adonde Elisén y

Brimarel lo atendían con la cena, en la cual no dexó de tener igual compañía a su señora y assí mesmo en el dormir, e otros muchos días después, hasta que se siguió lo que adelante oiréis.

¶Capítulo xxxij. De cómo se aplazó la batalla entre Fulvián e Nestarcio, para ver la cual sacaron de la torre a la princesa Arinda, la cual otorgó la defensión de su derecho al príncipe Nestarcio.

Aún no mostrava el Sol su acostumbrado replandor con la comunicación de los rayos sobre la tierra, cuando Nestarcio se levantó, aunque muy poco fue su dormir aquella noche, y luego que le pareció hora se fue a aquella parte adonde acostumbrava de salir el emperador, el cual assí mesmo era ya levantado tan desseoso como temeroso de ver el fin de aquellos fechos de su fija, porque, puesto que la justicia que tenía por su parte y la apostura y esfuerço que en Nestarcio se demostravan mucho lo esforçavan, la grande experiencia que Fulvián tenía en las armas le hazía tener el temor que se vos ha dicho. Y luego que fue de vestir acabado, salió a una grande y rica sala adonde la mayor parte del verano estava con sus altos hombres y cavalleros, entendiendo en los fechos que ocurrían, la cual, allende de ser traçada y fecha por maestros muy hábiles en aquel exercicio, todas sus cubiertas eran de maçonería de muy perfectas figuras labradas al natural, sobredoradas y con otros colores matizadas de manera que verdaderamente parecían bivas, las ventanas de la cual por una parte davan sobre una huerta de muchos árboles con diversidad de frutos e caños de agua, que gran deleite acarreavan a la vista por la variedad de que los ojos en la ver gozavan. En la cual ya halló a Nestarcio de ricos paños vestido, con los cuales muy más apuesto le pareció que el precedente día, el cual, después de hecha su mesura al emperador, le dixo en presencia de algunos cavalleros que eran ende, que si le parecía mandar que viniesse Fulvián para dar fin a su traición e a la prisión que la princesa tenía sin la merecer, fuesse lo más cedo que ser pudiesse, pues ya no era razón que tanto se difiriesse el pago e castigo de tan sobervio como conocido atrevimiento.

Muy bien parecieron al emperador y a cuantos las oyeran las palabras de Nestarcio, porque con ellas, aunque breves, señalavan no carecer de discreción y esfuerço. Y por ende le dixo que, pues en aquel desseo sus coraçones no eran diferentes,

le rogava que se çufriesse, porque luego serían ende los duques de Andrinopol e de Negroponte, a quien ya para aquel efecto havia mandado llamar, y que venidos se embiara por Fulvián assí como lo él dixera. Por donde, viendo Nestarcio ser aquella la voluntad del emperador, y que no se havia de hablar en aquello fasta que los dos duques fuessen venidos, dexándolo para que pudiesse librar otros fechos, assí como tenía por costumbre, se acercó a una de aquellas ventanas que vos diximos, de la cual se vía la mayor parte de la huerta, con los pilares y caños de agua que en ella havia, todos fechos por estraño artificio. Y como aún fuesse de mañana y tanto que el Sol no se mostrava sino en lo más alto de los árboles, y en algunos de los caños que vos diximos, con la reverberación que hazía del agua en ellos, causava tanta variedad de colores, con tan sabrosas y frescas sombras, que viéndolo Nestarcio assí se embeveció en ello, que no le quedó en su memoria más de considerar cuán bien andante sería si se le otorgasse que con su señora pudiesse en algún tiempo andar debaxo de aquellos árboles, cogiendo de la fruta y dulçor de su boca, e darle en pago la de los árboles, por no le quedar deudor en la cuenta, pues en el valor no se hallava comparación ni estima. E con aquel pensamiento tan sabroso, assí se le ocuparon sus sentidos, que no se acordando que estava delante de aquel honrado emperador ni de la batalla que con Fulvián havia de hazer, e sobre todo, no viendo esperança ni camino para dar remedio en sus aquexados desseos, començaron por sus ojos de salir algunas lágrimas, de las cuales ningún sentimiento tenía, según el grande embevecimiento que aquella tan sabrosa como triste membrança le havia causado.

Y aunque el emperador en otros fechos estuviesse entendiendo como toda su esperança en Nestarcio, muy a menudo bolvia hazia él los ojos, e assí mismo cuantos con el emperador eran, porque siendo estrangero e tan apuesto y, sobre todo, sabiendo que era venido para mantener el derecho de la princesa, no miravan en otra cosa. Por donde gran pieça estuvieron mirándolo por ver en que pararía su llorar, porque, no creyendo que fuesse por falta de esfuerço, según en lo que en él veían e poco antes dixera, dessevan saber qué havia sido la causa. Pero Nestarcio sentía tanto sabor en aquella membrança, que al tiempo que recordó de su pensamiento, no pudo d'él despedirse sin sospirar tan dolorosamente que le parecía que le arrancavan el coraçón de las entrañas. Y como bolvió los ojos y vido que assí el emperador como cuantos ende eran lo estavan mirando, e sintió que el rostro tenía de sus lágrimas mojado, no sin tener gran vergüença de lo que acaeciera, bolviendo otra vez a mirar la huerta, se limpió lo más presto y mejor que pudo tornando en su primero e alegre semblante.

Cuando el emperador vido que tan presto era passado su llorar y que en su gesto no se conocía más tristeza ni alegría de la que, antes que aquello le acaeciera, se mostrava, desseando saber la causa de tan súpita mudança, llegándose cerca de Nestarcio, le dixo:

–Paréceme, cavallero, que vuestro descanso e deleite no consisten en ver huertas ni las cosas que ay en ellas, porque si assí no fuesse, cierto es que vos acarrearía la tristeza que cuando poco antes las mirávades se parecía en vuestro gesto, tanto que tuvieron poder para vos hazer llorar. Por donde mucho folgaría en saber la causa, porque si en la huerta huviere alguna cosa que la cause, sabida por mí la mande quitar, porque otra vez no le acaezca a otri lo semblante.

–En tan buena casa como la vuestra, mi señor –dixo Nestarcio–, escusado es pensar que se pueda hallar cosa que acarree tristeza, antes todos los deleites e placeres que no sin grande dificultad se podrían hallar en el mundo, sino que assí como los coraçones e pensamiento de los hombres son diversos, todas las operaciones que hazen son sus semejantes. Por donde muchas vezes vemos un hombre viendo llorar alegrarse, e otro que ve reír entristecerse, causando esta contrariedad el placer o pesar que cada uno en su coraçón siente, assí como a mí agora me avino que siendo esta huerta la más deleitosa que yo jamás vi, en lugar de acarrearne su vista algún descanso, me causó tanta tristeza que me fizo, como señor vistes, llorar. Porque cuando yo la mirava correspondiendo mi pensamiento a la tristeza de mi coraçón, dudoso de alcançar y cobrar la alegría que por agora tiene, caminava buscando los remedios que para la desseada cobrança convienen, e como no los hallassen teniendo delante tan contrario objecto, no pudiendo çufrir dos tan grandes dolores junctos, fue forçado como muy aquejado, e por no rebentar con la desesperança del remedio que tan ageno se le ofrecía, arrimarse a la parte más flaca, poniéndome ál delante la mutación de los tiempos por solo remedio, pues otro no hallava con que se sustentar pueda. Esta es, señor, la causa que de mí saber quesistes, la cual vos he dicho por cumplir vuestro mandado.

–Bien creo yo –dixo el emperador– que no es otra, pero, pues yo no sé por ella más que de antes ni menos el remedio que para vos se requiere, más me valiera no vos lo haver preguntado, porque no quedáramos vós con el trabajo de me lo haver dicho e yo con menos intelligencia d’ella, e con mayor desseo de saberla.

No passó gran pieça después d’esto cuando los dos duques que el emperador dixera fueron venidos, los cuales a maravilla se mostraron alegres cuando vieron a Nestarcio tan apuesto, creyendo que por él sería bien defendido el derecho de la

princesa. Los cuales, atreviéndose al amor que al emperador tenían, así por ser sus vassallos como por haver sido en uno criados dende niñez, le preguntaron si sabía quién fuesse Nestarcio, porque su talle e apostura señalavan ser cavallero de alto lugar. A los cuales el emperador dixo que lo que d'él sabía era lo que Danela le dixera, contándoselo por extenso, y otrosí que él estava muy confiado, así por lo que en él se parecía como por la justicia tan grande que la princesa, su hija, tenía.

–Essa es, mi señor, la que la ha de librar –dixo el uno d'ellos–. E ha guiado a vuestra donzella adonde pudo hallarlo, porque de otra suerte no se ha de creer sino que como han passado tantos días del plazo, que cuasi son muy pocos los que quedan, assí passarán todos, sin que se hallara ni viniera cavallero para defenderla. Y aun lo que más se ha de considerar, señor, es que cuando con menos esperança estávades del remedio, entonces vos lo embió el Alto Señor, porque conozcamos que en él sólo se hallan los remedios e que en él sólo se ha de tener la confiança, señaladamente en las cosas honestas y justas, pues él es el verdadero juez y la mesma justicia, e no en nuestras fuerças y estados, pues ante las suyas son las de todos los que bivimos ninguna cosa. Y otrosí porque sepamos que tenemos superior e havemos de obrar todas las cosas conformes a su voluntad y regla y no a nuestro sabor e apetito, porque al tiempo que diéremos la cuenta y razón d'ellas se parezca que havemos sido cada uno un siervo fiel, pues ninguna cosa tenemos buena que no nos sea por su sola bondad comunicada, para que d'ella usemos a su loor e honra y a provecho de nuestras almas.

Mucho se holgó el emperador de oír lo que los duques le dixeron. E con mayor ánimo y esfuerço, dixo a Nestarcio que si le parecía que se devía llamar Fulvián, pues los duques eran venidos, luego lo mandara.

–Ya, señor, vos dixere mi parecer poco antes –dixo Nestarcio–. Por ende mandadlo emplear cuando quisiérdes, pues yo no tengo de hazer más de serviros e defender el derecho de la princesa, vuestra hija.

Por donde el emperador mandó que luego llamasen a Fulvián, el cual no tardó mucho tiempo en venir, porque haviendo sabido por su escudero que el cavallero que con la emperatriz viera el día antes, era venido para mantener el derecho de Arinda, ya estava presto para cuando fuesse llamado. E como Nestarcio lo vido en presencia del emperador y que no le havia hecho mesura, maravillado de su soberbia, aunque le pareció cavallero que por razón devía tener grandes fuerças, según su presencia e apostura, no lo preciando tanto como si lo viera humilde y mesurado, le dixo:

–Si todavía, Fulvián, quisiéredes mantener la traición que a la princesa Arinda levantastes, afirmando que ella fue la que a vuestro hermano, el príncipe don Clarinor, procuró e fizo dar la muerte, e que assí lo haríades conocer a cualquier cavallero que lo contrario quisiesse mantener, dende agora yo digo e afirmo, y entiendo mantener con mi persona contra la vuestra, quedando el vencido sin esperança de piedad ni merced, pues se trata de traición levantada a la más alta y leal donzella del mundo, que lo que vos contra ella dixistes e siempre que lo dixéredes es falso, y que la princesa Arinda jamás procuró ni trató la muerte a don Clarinor, vuestro hermano. E porque veáis que assí como lo digo entiendo mantenerlo, veis aquí mi gage –tendiendo la falda de su manto hacía el emperador.

Cuando Fulvián oyó tan osadamente hablar a Nestarcio, le dixo:

–Yo quería por amor d’essa hermosura que en tí se parece, la cual más a donzellas que a cavalleros es conveniente, usar contigo de alguna piedad, porque en tan tierna edad, pues no tienes más culpa de haver creído la falsa información que se te ha fecho, no hoviesses de sentir tan arrebatada muerte como te está aparejada. Pero, pues tú quieres que no se pueda haver merced del vencido, yo soy contento que assí sea, puesto que venciéndote se dirá en lo venidero que fueron dos donzellas las que en satisfacción e venganza de la muerte de mi señor y hermano, don Clarinor, murieron, de manera que ni ternán por vengada su muerte ni a mí se podrá agradecer lo que por la alcançar havré hecho.

–Yo fío en Dios, Fulvián –dixo Nestarcio–, que antes de muchas horas me juzguéis por cavallero, y tan riguroso que ternéis por mejor partido dexar la vida e passar po[r] la muerte que ver otra vez mi gesto, aunque por agora de donzella vos parezca. Y porque creáis que si me mataredes no dexaréis de alcançar vengança con muerte de cavallero, con la cual la de vuestro hermano quede bien vengada, yo vos certifico que aunque no fuese el contrapeso de la vida e honra de la princesa Arinda que en ello se aventura, de la cual, perdiéndose un solo çapato, causaría sobrada vengança para muerte de quien más que vuestro hermano valiesse, que si una sola gota de sangre en la batalla que con vós he de haver yo perdiesse, sería sobrada vengança de su muerte, añadiendo la vuestra aunque dos tanto valiéssedes.

Tan grande fue la saña que Fulvián tomó de las palabras de Nestarcio, que bien señaló en su semblante el desseo que tenía de darle el castigo de su atrevimiento, por donde algún tanto estuvo sin le poder responder. Y después le dixo:

–Yo creo, cavallero, que el poco conocimiento que de mí tienes, ha sido causa de tu sobervia, aunque por otra parte no puedo sino tener por cierto que has hablado tan osadamente porque te entierren con alguna honra. Porque si lo que tú dexiste lugar hoviesse, havrías tú de ser más que hombre, lo que no se ha visto en nuestros tiempos, pero porque de la tardança de tu castigo se podría menoscabar la satisfacción que a mí se requiere tomar de tu osadía, cata aquí mi gage –dando al emperador un guante de los que traía– porque la batalla no se difiera. Aunque primero quiero ver si Arinda será contenta de otorgarte la defensa de su derecho, porque después no tengamos otro pleito.

–No quedará por esso, Fulvián –dixo el emperador–, porque yo haré venir a mi hija para que si quisiere lo otorgue e vea en la batalla su buena o mala andança. Por ende, passado medio día venid al campo, en el cual estos dos duques –señalando los que havéis oído– darán a cada uno de vós el lugar e lo de más que hallarán por derecho.

–Aunque muy tarde se me haze –dixo Fulvián–, çufrirme he pues no puede ser antes.

–Todos los plazos vos parecen largos –dixo Nestarcio–, pues yo fío en Dios que antes que anochezca dessearéis que el término de nuestra batalla fuesse de oy en cient años, sin que vos aproveche. Por ende, venid presto que ya ay aquí quien no entiende comer antes de la batalla por cumplir vuestro desseo de ser presto en el campo.

Dicho lo cual, Fulvián se fue tan sañado que a cuantos lo vían ponía espanto, dexando al emperador, el cual mandó a los duques que a comer se fuessen e bolviessen luego para ir por su hija, e que la traxessen al campo adonde havia de ser la batalla, porque él no quería verla hasta que de la culpa que Fulvián le imponía fuesse libre, pues assí mismo sabían que havían de ser juezes de aquellos cavalleros. Por donde Nestarcio, viendo que los duques se ivan, e haviendo oído lo que el emperador les havia mandado, le suplicó que en compañía d’ellos pudiesse él ir a acompañar a la princesa, porque sabido el derecho que tenía la pudiesse esforçar e con mejor ánimo defender, lo que por el emperador le fue otorgado, viendo la razón que para ello havia. Y por ende, a la hora que los duques quisieron ir a traer la princesa de la torre, Nestarcio, el cual ya havia oído la missa que al emperador havían dicho, e confesando sus pecados, suplicando a Nuestro Señor Dios lo ayudasse en aquella primera batalla, pues sabía la justicia que tenía por su parte, armado de todas sus armas, salvo el yelmo, fue con ellos a la torre que oístes, adonde entrados dixeron a la princesa el mandado del emperador. La cual les dixo que pues por su mandamiento havia entrado en aquella prisión y estado en ella

tanto tiempo, que por él mismo iría con ellos a doquier que la voluntad de su padre fuese.

Y aunque los duques se huviessen maravillado de ver a la princesa tan hermosa después de tan larga prisión, en más tuvieron su corazón, conociendo por su grande esfuerço no temer el peligro en que de perder su vida y honra estava. Pero mucho más se maravilló Nestarcio, viendo que sus fuerças, delante aquella esclarecida princesa, assí le faltavan que no le parecía que se podía sobre sus pies sostener, pero viendo que en aquel caso cualquier desmayo que en él se conociesse no se le podría atribuir sino a poquedad de corazón, esforçandose más de lo que pudo, se acercó a la princesa, a la cual, después de hecha su devida medida, tomó la mano para la ayudar a decender las escaleras de la torre. Por donde no se pudo escusar que assí como decedían la una con la otra, no se apretassen ni que dexassen de sentir en ello igual sentimiento de deleite, assí porque de Nestarcio no se ha de dudar que jamás lo sintió tan grande, como porque la princesa, considerando el valor de su persona y estado, e que por sus servicio había venido para aventurar su vida, e sobre todo, no haviendo jamás visto cavallero tan apuesto, ya había propuesto de amarlo sobre todos los del mundo.

Después que fueron a cavallo, vinieron con la mayor presteza que se pudo al campo, porque no fuese Fulvián el primero, y cuando por las calles passaron, quién podría dezir las bendiciones que los que los vían davan a Nestarcio y con quantas lágrimas rogavan a Nuestro Señor Dios que a entrambos librasse, porque viendo a la princesa tan hermosa, aunque sus vestidos traía negros conformes a su prisión, y que era la única sucesora en aquel imperio e considerando el gran peligro de su vida, no podían dexar de llorar como aquellos que mucho la amavan como a su señora natural. Y si algún consuelo les quedava era ver cómo su alto y generoso corazón, no curando de sus llantos por la limpieza que en sí sentía de aquella traición, le causava mostrar un semblante tan alegre que a todos hacía maravillar.

Pues llegados a los cadahalsos, en los cuales ya habían puesto una silla cubierta de seda negra para la princesa, a causa que había prometido de no vestir ni ser sino en paños negros, hasta que de la culpa de la cual la reutavan fuese libre, cuando fueron en lo alto d'ellos, Nestarcio, fecha su medida juntamente con los duques, los cuales quedaron en las gradas más baxas, le dixo muy a passo, porque por ellos no fuese oído:

–Plega a Dios, mi señora, que con mayor gozo y alegría de la que agora vuestro corazón siente, vos vea yo sentada en la silla del imperio romano de Alemania, mandando a su dueño e naturales vasallos y tan presto como es mi desseo.

Y dicho aquello, decendió para atender a Fulvián en el campo porque en aquella sazón aún no era venido. No le desplugo a la princesa lo que Nestarcio le dixo, assí porque en dezírselo sin que pudiesse ser oído, conoció su discreción no ser menor que sus desseos, pues en todo el camino hasta entonces no los había publicado, como por la determinación que ya fiziera de no amar sino a él sólo. Y aún no había acabado de cavalgar Nestarcio en su cavallo, después que de los cadahalsos decendió y se puso en medio de Elisén y Brimarel, que le tenían su yelmo y lança, porque no quiso otra compañía pues Fulvián no había de venir acompañado, cuando ya todo aquel campo adonde había de ser su batalla fue circuido de cavalleros e otra gente de innumerable cuenta, todos esperando la venida de Fulvián, el cual bien tardó cerca de media hora en venir, después de llegados la princesa y Nestarcio con los duques. E assí como entró por el campo, Nestarcio le dixo en boz bien alta, porque de todos pudiesse ser su razón oída:

–Para pareceros, Fulvián, los plazos de la batalla tan largos, razón fuera que mucho antes fuérades venido y me atendiérades como yo a vos he fecho, siquiera por dar a conocer que ponéis en efecto lo que en vuestra voluntad señaláis tener. Pero yo creo que vuestra poca justicia vos habrá puesto ál delante que si queréis seguir la traición que a la princesa levantastes, no podéis dexar de perder el cuerpo, e lo que peor es, ell alma. Y que el temor de tan gran pérdida no vos ha dado lugar que más cedo venir pudiéssedes, pero por mucho que lo ayáis diferido, venida es la hora en que si no quisiéredes conocer vuestra culpa y otorgar la verdad, como para el descargo de la princesa conviene, vos está aparejado el devido castigo.

Al cual, Fulvián, respondiendo como quien no lo preciava cosa, dixo:

–Yo creo que para que te tengan en alguna cuenta tu venida, me aconsejas que haga lo que tú harías, creyendo que mi coraçón e palabra son de muger como tú pareces, pero porque sea para ti castigo y para los cavalleros que después de ti havrán conmigo batalla exemplo, yo te prometo de lo hazer de manera que muy presto no sin rigurosa e cruel muerte pagues la osadía e atrevimiento que de assí hablarme has tenido.

–Pues por vuestro provecho –dixo Nestarcio– vos dava el consejo que vos cumplía, y no queréis seguirlo, fiando en vuestras fuerças e sobervia sin temor del divino castigo, yo fío en Dios que más presto pagaréis vós la traición que fabricastes. Porque se vea que vós y vuestros semejantes no solamente han de ser punidos en este siglo con perder el cuerpo, pero para el otro ell alma, adonde eternamente lazeren y paguen su dañada obstinación.

–Si te no pudiesse luego dar la pena que de tu atrevido hablar mereces –dixo Fulvián–, yo me ternía por el más mal andante cavallero que jamás nació. Por ende, vengamos a la batalla porque veas que no dexo de poner en efecto mi voluntad, aunque primero quiero ver cómo te otorga Arinda la defensa de su alevosía e traición.

La cual, oído lo que Fulvián dixera en presencia de los dos juezes que vos diximos e de cuantos la pudieron oír, otorgó la defensión de su derecho a Nestarcio, el cual, no viendo la hora en que ser en la batalla por dar presto el pago a Fulvián de su atrevimiento, se fizo enlazar el yelmo, así como a Fulvián enlazaron el suyo. Y tomando entrambos las lanças que sus escuderos les traxeran, se endereçaron en las sillas, atendiendo a los juezes que ya en aquella sazón decendían de los cadahalsos para partirlas el Sol y poner a cada uno de los cavalleros en su devido lugar.

¶Capítulo xxxiiij. De la batalla que entre el príncipe Nestarcio y Fulvián de Apolonia passó, e de cómo fue en ella Fulvián muerto. Y de las cosas que después la princesa Arinda dixo, creyendo que assí mesmmo fuesse muerto Nestarcio.

Los juezes que vos diximos, tomando cada uno su cavallero, los pusieron en aquella parte del campo que les pareció devida por derecho. Fecho lo cual, bolvieron a sentarse en el lugar que antes tenían, dexando a los cavalleros, los cuales, en el mesmo instante que sintieron tañer las trompetas, con no menor desseo de dañar el uno al otro que se tenían saña, firieron sus cavallos de las espuelas sin ninguna piedad, los cuales, aunque grandes corredores fuessen y ligeros, como tan aquexados fuessen por sus señores, corrieron con tan sobrada impetud y ligereza que, puesto que assaz huviesse cada uno tomado del campo en muy breve tiempo, vinieron a encontrarse de tal manera que, aunque fueran los más flacos y covardes cavalleros del mundo, no dexaran de parecer también como los mejores, según fueron los encuentros poderosos, tanto que Nestarcio perdió las estriberas ambas, y con la fuerça del encuentro su cavallo se enarmonó tan alto e derecho que todos creyeron que caería sobre él. Pero como aquél a quien le iva en aquello la vida e honra junto con la de su señora, no perdiendo el tiento e sentido que tenía, en el punto que su cavallo estuvo cuasi para caerle encima, lo firió con el puño entre los dos oídos con tanta fuerça que luego lo fizo bolver sobre las

manos, con grandissima alegría de cuantos el bien y honra d'él y de la princesa desseavan, por lo ver librado del peligro en que antes lo vieran.

Pero Fulvián fue tan dura e poderosamente encontrado de Nestarcio, que puesto que sus fuerças e destreça fuessen a maravilla grandes, no pudiendo çufrir la punta de la lança de Nestarcio, que muy aguda e sin piedad le havia passado las armas, y que assí haría el cuerpo si no dava lugar a tan sobrada furia, cayó por las ancas del cavallo, no sin dar tan gran caída en el suelo que cualquier otro cavallero que no fuera su semejante, no quedara tan quebrantado que por gran pieça no se pudiera mover. Pero como su esfuërço, junto con el temor de perder la vida, sobrasen al daño que de la caída recibiera, ayudando a ello la gran saña que por lo que le aviniera le sobrevino, no sin igual desseo de se vengar de su contrario, tirando de la espada, muy bien cubierto de su escudo, vino contra Nestarcio, el cual ya havia de su cavallo decendido e venía contra Fulvián de la mesma suerte. Y antes que se a ferir començassen, Nestarcio le dixo bien alto, para que de los más que su batalla miravan pudiesse ser oído:

–Bien veis agora, Fulvián– que no soy donzella sino cavallero, que vos haré conocer cuán pequeñas son las fuerças de vuestra soberbia y cuán grandes las de mi razón. E si creéis que he decendido de mi cavallo por usar con vos de cortesía, no devéis creerlo, pues no la merecéis, porque antes lo he hecho para más presto embiaros a los infiernos, adonde sus pobladores vos acojan como a uno de sus principales caudillos. Por ende, trabajad en defender la traición que levantastes, porque yo os prometo de daros tan poco descanso en la batalla que aun no tengáis tiempo de pensar ninguna salida a vuestra gran falsedad.

E dicho aquello, vino él tan endonadamente como si conociera no haver en él alguna defensa, y lo firió de tan rezió golpe por encima del yelmo, que le fizo inclinar la cabeça hasta las rodillas, sin le dar tiempo que le responder pudiesse. E si el yelmo no fuera tan bueno, no pudiera dexar de recibir juntamente la muerte, según la fuerça e saña con que fue herido. Y aunque Fulvián muy cargado se sintiesse de aquel golpe, no dexó de le dar el pago a Nestarcio, creyendo, según lo firió con gran saña, con aquel primer golpe dar fin a su batalla. Pero Nestarcio fue tan presto en pararle el escudo que, puesto que siendo de muy fino azero, en él entrasse la espada de Fulvián más de una mano, fue causa de librarlo del grande y conocido daño, el cual si lo firiera en cualquier otra parte de su persona, no pudiera dexar de recibir, según la fuerça con que fue dado. Y viendo que Fulvián tirava de su espada por la sacar de su escudo, Nestarcio lo firió con no menor fuerça que saña, de tan grande golpe en el mesmo braço de la espada que,

puesto que la armadura era asaz fuerte, no por esso le prestó tanto que dexasse de ser llagado de llaga, que, puesto que no fuesse grande, la sangre d'ella salía no abundasse tanto que luego tuviesse todas sus armas. Por donde Fulvián, viéndose llagado y por no recibir otro semejante o peor golpe, puso tanta fuerça en sacar su espada del escudo de Nestarcio, que luego la sacó. Y sgrimiéndola bien alto, firió de tan gran golpe a Nestarcio sobre el yelmo, que si no fuera tan bueno, o por mejor dezir, el derecho de Fulvián tan malo, no dexara de hazer de su cabeça dos partes.

Y d'esta manera, firiéndose entrambos de grandes golpe[s] por las partes que más daño se podían hazer, anduvieron en su batalla más de dos horas, sin que se pudiesse conocer mejoría en ninguno d'ellos. Porque entrambos andavan tan ligeros, aunque en muchas partes llagados, que grande admiración a los cavalleros y espanto a las otras gentes que miravan su batalla ponían. En cabo de las cuales, Fulvián començó de menoscabar en sus fuerças, tanto que lo golpes que fería, ya no eran con gran parte tan fuertes, causándolo la llaga del braço que vos diximos, porque, puesto que no fuesse grande, como se le fizo en el principio de la batalla, e continuamente le hoviesse corrido d'ella sangre, havíale enflaquecido la fuerça del braço. De manera que bien lo conoció Nestarcio, y en su coraçón dio muchas gracias a Nuestro Señor Dios por la merced tan grande que le hazía, por donde, doblándosele el esfuerço, començó de cargar a Fulvián de tantos y tan pesados golpes que le parecieron muy más duros e con mayor fuerça dados que no cuando la batalla començaron.

Y como conociesse que sus fuerças se le ivan menoscabando, mucho temió el fin de aquella batalla, porque, puesto que en muchos peligros se huviesse visto, ninguno juzgava por tan grande, según se vido por muchas partes llagado. E aunque en su contrario viesse lo mesmo, no vía que huviesse assí como él menoscabado sus fuerças un solo punto, pero como fuesse cavallero de gran coraçón y muy diestro e usado en las armas, defendíasse y ofendía a Nestarcio lo mejor que podía, tanto que si tuviera la razón por su parte, como lo contrario, aún se viera a Nestarcio en mayor aprieto. Pero por mucho que él hiziesse, ya en aquella hora todos conocían que Nestarcio levava lo mejor de la batalla, assí por ver que los golpes con que Fulvián fería a Nestarcio no eran iguales a los que recibía, como conocer el grande ardimiento y bivez con que fería a Fulvián con tan espessos y rexios golpes que aún no le dava tiempo para cubrirse con su escudo, tanto que si el príncipe Nestarcio no fuera cavallero de tanto esfuerço y ligereza, según se havía dado, y dava la priessa en ferir a Fulvián, no pudiera sostener tanto tiempo sino que le faltaran el aliento y las fuerças.

Pero su ligereza era tan grande que cuasi siempre lo sostenía en un ser, por donde quanto más continuavan su batalla los cavalleros, tanto se parecía en el mayor esfuerço, ayudando a ello la floxeza de Fulvián, el cual como ya pasassen tres horas que començaran su batalla y continuamente de la llaga del braço huviesse perdido sangre, allende de las otras muchas llagas que en el discurso de la batalla recibiera, ya no podía alçar su espada si no se ayudara de su gran destreza. Pero de que se vido tan aquejado y conoció que de aquella manera no se podía mucho tiempo mantener, determinó de poner su vida en aventura y abraçarse con Nestarcio, al cual assí mesmo mucha sangre salía de sus llagas, aunque bien quisiera Fulvián, antes de poner en efecto su propósito, descansar una pieça, pero no osó dezirlo a Nestarcio, assí por no añadirle con ello esfuerço como porque tuvo por cierto que no lo complazería en cosa que él quisiesse, pero sobre todo dexó de dezirlo porque no podía quedar sin menoscabo de su honra y demostración de floxeza. Por donde le convino çufrirse y aguardar sazón e punto para abraçarse con su contrario, el cual con sobrado desseo de levar su batalla a fin, iva tan ardid y fería a Fulvián tan a menudo que los que lo veían tan llagado por gran maravilla lo tenían.

Pero viendo que su desseo no podía ponerse en efecto, según Fulvián sabía defenderse e cobrirse con su espada e escudo, por donde no lo podía herir en descubierto, acordó de hazer lo mesmo que Fulvián había propuesto. Y para lo efectuar presto, haziendo como que de un pesado golpe lo quería herir sobre el yelmo, al tiempo que Fulvián alçó la espada y escudo en alto, por no recibirlo en descubierto, entró tan rezió con él que pudo a todo su sabor abraçarse con Fulvián, el cual gran pieça había que desseava aquello, creyendo que con sus fuerças lo sobrepujaría e derribaría en el suelo. Por donde con toda la mayor fuerça que pudo se abraçó con Nestarcio, apretándolo tan fuerte que sino fuera tan buen cavallero e de tantas fuerças, no le dexara sangre en el cuerpo, según con estar assí apretados se la hazían salir por muchas partes entrambos, aunque no dexó de sentir Nestarcio que Fulvián no tenía tanta fuerça en el braço derecho como en el izquierdo, por la razón que vos diximos.

Bien cerca de dos horas anduvieron assí abraçados, por donde no había quien creyesse que ninguno d'ellos pudiesse, aunque más mal no se hizieran, salir bivros de la batalla. Y no juzgaron por cuerdo a Nestarcio por se haver abraçado con Fulvián, pues antes de aquello lo traía a toda su voluntad, no sabiendo la causa que a ello le movió. Pero en aquella sazón, ya Fulvián tenía tan pocas fuerças que, puesto que a Nestarcio no sobrassen, assí por el cansacio de la batalla y pérdida de su sangre como por haver

entregado ayuno en ella, cuasi no se podía sobre sus pies sostener sino colgándose de Nestarcio, el cual, como lo conociese e viesse que si más durava la batalla su vida no podía quedar sin peligro de perdesse, sacando de su alto y esforçado corazón nuevas fuerças, derribó a Fulvián en el suelo, aunque assí mesmo cayó Nestarcio, puesto que encima de Fulvián. El cual muy quebrantado fue de aquella caída, tanto que las fuerças y sentido no le ayudaron después de caído para más de tener apretado a Nestarcio, pero no tanto que le pudiese estorvar que no sacasse, assí como lo sacó, el braço derecho debaxo de Fulvián. Y en la mesma hora, tirando de una pequeña daga que traía ceñida, firió a Fulvián por entre las piernas cerca de la ingle derecha, con tanta fuerça que siendo muy aguda no paró, porque no había en aquel lugar armadura que lo pudiese defender, hasta los cabos, aunque con tan poco acuerdo que a las bozes que Fulvián dio en aquel tiempo, en el cual juntamente le salió el alma, Nestarcio cayó de la otra parte, tan sin sentido y tan perdido el huelgo que entrambos parecían yazer muertos.

No pudo la princesa Arinda en aquella sazón encobrir tanto el dolor que de ver assí a Nestarcio le sobrevino, que sobrepujando al gozo que de se ver libre y vengada de aquel su enemigo había de sentir, sus ojos no lo señalassen, de suerte que por muchos de los que en ello pararon mientes no fuesse claramente visto. La cual dixo a los juezes que mandassen quitar el yelmo a Nestarcio, porque no muriesse por falta de huelgo o del desmayo que podía tener, los cuales le respondieron que si Fulvián era muerto bien se podría cumplir su mandado, pero que si bivo era no podían ayudar a ninguno de los cavalleros, sin hazer gran prejuizio en sus derechos. Para ver lo cual, decendieron de los cadahalsos y llegando a Fulvián luego vieron que era muerto, porque, puesto que el yelmo le quitaron, no bullió pie ni mano ni menos hallaron huelgo. Pero al tiempo que desarmaron la cabeça a Nestarcio, luego que el aire le dio, abriendo muy poco los ojos, dixo:

—¡O, Señor Dios, haved merced de mi alma! Pues el cuerpo, haviendo pagado su deuda, ha de quedar en la fría tierra hasta el postrero día.

Y dicho aquello, tornados a cerrar los ojos, calló, dando algunos gemidos. Cuando la princesa oyó dezir que no era muerto Nestarcio, su gozo fue sin comparación y luego mandó que ende lo traxessen, como se fizo. Y entretanto que los maestros del emperador vinieron, lo començó de desarmar con sus muy hermosas manos, con tanto tiento que ningún dolor causava a Nestarcio, el cual, cuando fue acabado de desarmar, cobrando del aire, que estando sobre los cadahalsos le dio, un poco de huelgo algún tanto, más abrió los ojos que la primera vez. Y cuando vido aquella esclarecida princesa

derramar de los suyos tantas lágrimas que cayendo sobre su rostro fueron parte, para le hazer cobrar el poco sentido que en aquella sazón tenía, no sin sospirar dolorosamente, dixo:

–¡O, alma mía, cuán descansada irás agora! Pues antes de tu partida no has dexado de ver aquélla tu señora que en este siglo te hazía gustar la mayor de las glorias, que después de aquélla que en el otro posseer esperas se puede considerar. ¡O, afligido cuerpo mío, descansa ya! Pues siendo con tales manos sepultado, jamás podrá enriquecer algún género de corrupción.

Aunque a la princesa, oyendo aquello, el dolor de su corazón más se acrecentasse, tanto que le impedía las potencias para que hablar pudiesse, pero esforçándose más de lo que podía, por esforçar aquel cavallero en cuya vida consistía la de entrambos, le dixo:

–¡Qué poco esfuerço es el vuestro, cavallero! Pues ¿sabéis que por guardar vuestra vida se perderían muchas, porque la aventurastes por salvar a la agena? Por ende, esforçad agora, por Dios, pues no tenéis mal que de remedio carezca ni que negarse vos pueda, haviendo fecho al emperador y a la emperatriz, mis señores, el mayor servicio que jamás cavallero hizo. Los cuales e yo, a quien todo el bien se fizo, no vos havemos de ser desagradecidos, antes obligados a vos dar el galardón y muy cumplido, pues con muerte de mi mayor enemigo me restituistes mi vida y honra junctas.

Fue tan grande la alegría que Nestarcio de oír aquello a su señora sintió, que cobrando gran parte de ánimo y fuerças para hablar, le dixo:

–¿Es cierto que Fulvián sea muerto y vós, mi señora, libre?

–Es tan cierto –dixo la princesa– como ser vós el mejor cavallero del mundo. Por ende, veamos cómo vos esforçaréis a me librar de otra afrenta y peligro mayores que el primero.

–Para esso, mi señora, faltan agora –dixo Nestarcio– las fuerças, aunque no el desseo para vos servir. Pero por cumplir vuestro mandado yo me esforçaré aún más de lo que mi corazón y fortuna en esta sazón me otorgan.

Acabado de dezir lo que havéis oído, los maestros llegaron, los cuales cataron todas las llagas, y aunque muchas tenía, viendo que de ninguna le podía recrecer peligro, se lo dixerón a la princesa, la cual no menos lágrimas derramó entonces de alegría, que poco antes de tristeza. Y después que le huvieron bien apretado las llagas, porque no lo quisieron curar en parte que le diesse el aire, lo echaron sobre una litera

que para aquel efecto traxeran. Y con gran alegría de todos, lo sacaron del campo como a vencedor y levaron a los palacios del emperador, hasta lo dexar en su aposento, adonde después lo curaron con todo aquel cumplimiento que se pudo, en presencia de la princesa, la cual, al tiempo que junto a la litera de Nestarcio venía para los palacios, mandó a los maestros que no lo curassen hasta que ella despedida del emperador fuese a ello presente, assí como se hizo, aprovechándole más a Nestarcio aquella vista e presencia de su señora que todos los unguentos y otros remedios que los maestros le pusieron.

Cuando el emperador y la emperatriz, la cual todo el tiempo que la batalla turó había con todas sus dueñas y donzellas estado de rodillas delante una imagen de Nuestra Señora, en su aposento llorando y suplicándole por la liberación de su hija, supieron las nuevas de la muerte de Fulvián, quién vos podría contar el gozo y alegría que sus coraçones sintieron, por cierto ninguno que mortal fuese según fueron sobrados, por corresponder al dolor e tristeza que mucho tiempo antes habían sentido tanto, que cuando Nestarcio fue llegado a la primera de las puertas de las salas de sus palacios, adonde para lo rescebir eran venidos, assí lo abraçaron y besaron muchas vezes en la litera en que venía, como si su propio fijo, y sin llagas lo consideraran, causándolo ser sabidores que ninguna tenía peligrosa. Pero de que la princesa llegó ante el emperador su padre y se hincó de rodillas pidiéndole las manos, quién fuera bastante para escribir cuántas lágrimas se derramaron d'ende, assí por aquellos honrados emperadores como por cuantos fueron a ello presentes. En verdad ninguno, ni menos la constancia de la princesa y su gran coraçón, el cual poco antes parecía que se quería deshazer en ellas, y que delante del emperador y su madre, a quien juntamente con los otros tan agramente vido llorar, no se doblasse, a solamente mostrar en su semblante que les quería en ello tener compañía, a la cual el emperador, passada su primera turbación, dixo:

–Agora soy yo, mi fija, alegre, pues vos veo libre de la culpa que de la traición que vos levantaron, por los que vuestra limpieza no sabían se vos dava.

–Siempre estuve yo sin culpa, mi señor –dixo la princesa–, aunque ver no me quesistes en todo el tiempo de mi prission, mostrando vos contra mí el más cruel padre que jamás se falló contra su única fija. Pero yo lo tengo todo por bien, pues en ello se cumplió vuestra voluntad.

–Dios sabe, mi fija –dixo el emperador–, la intención que yo cuando vos hize prender tuve, y lo que mi coraçón, en no vos haver visto en todo el tiempo que dixistes, ha padescido por mostrar que el amor de padre no causava en mí más voluntad contra

vós que si fuéades la más estraña donzella del mundo. Por ende, yo vos ruego que desechéis la saña y enojo que por lo no saber hasta aquí podíades contra mí tener, pues vós, gracias a Nuestro Señor Dios, sois ya libre de la culpa que falsamente vos atribuían, e yo de la pena que por vos no poder ver en tanto tiempo he padescido.

Dicho lo cual, el emperador y la emperatriz la besaron infinitas vezes, descansando con aquello sus atribulados coraçones de los pensamientos e cuidados que después que Fulvián viniera los havían continuamente atormentado. Cuando a la princesa pareció tiempo, suplicó al emperador le diesse licencia para que juntamente con la emperatriz, su señora, fuesse presente al curar de su cavallero, porque conociesse que le agradecía lo que por su servicio havia fecho. A la cual el emperador dixo:

–A cabo de tanto tiempo que vos ver desseava, hija, e descansar mi coraçón con vuestra vista, ¿me queréis dexar tan cedo?

–No vos maravilléis, mi señor –dixo Arinda–, si deviendo más a mi cavallero que a vós, señor, vos dexo por lo ir a ver, pues es cierto que si después de Dios por vós, señor, tengo la vida, por él tengo la vida y la honra juntas. Por donde no quiero que se pueda dezir que me descuido de hazer curar su cuerpo, pues con tanta voluntad sin preceder para ello causa, lo ofreció a la muerte e recibió aquellas llagas, sin padecer las cuales yo no pudiera sino passar por la más vituperosa e cruel de las muertes, que por las leyes de vuestro imperio se pueden dar a una malaventurada muger.

No hovo ende ninguno que dexasse de tener a la princesa, oído aquello, por tan agradecida e virtuosa, quanto por desconocida e sin agradecimiento de lo contrario. E assí mesmo el emperador, el cual, porque ya començava de anochecer, mandó que el cuerpo de Fulvián fuesse luego quemado, lo que muy presto se hiziera sino fuera por Nestarcio, que le embió a suplicar que, pues era muerto como buen cavallero por vengar la muerte del príncipe don Clarinor, su hermano, lo mandasse enterrar honradamente y según a su estado se devía. Lo mesmo suplicó la princesa al emperador porque la voluntad de Nestarcio se cumpliesse, aunque si la suya se hoviera de cumplir, no dexara de poner en efecto lo que el emperador havia mandado, el cual tuvo por bien, assí por complacer a los que se lo suplicaron, como por conocer que lo que Nestarcio a dezir le embió era justo que se fiziesse, assí como después se fizo, con tanta solemnidad que no menos fueron nombradas sus honras que las de su hermano don Clarinor. Por donde aquellas dos muertes jamás fueron por ninguno demandadas, ni por causa d'ellas se tuvo después mala voluntad al emperador, ni a sus sucesores por los hermanos e deudos de don Clarinor y Fulvián, los cuales, a toda su culpa y no del emperador ni de

su hija, eran muertos. Por lo que supieron muy por extenso de Daremo, el escudero de Fulvián, el cual, fechas las honras de su señor, luego se partió para Apolonia.

Pues viendo la emperatriz que la voluntad de la princesa era de se hallar presente a la cura de Nestarcio, fue con ella a su aposento, al cual fallaron en todo su acuerdo, de que sobradamente se alegraron, y señaladamente la princesa, la cual bien dio a entender con su vista a Nestarcio que no le dexava de agradecer lo que por su servicio había fecho. Después que los maestros hovieron curado a Nestarcio en presencia de aquellas dos altas señoras, les dixeron que lo dexassen solo, porque si podía dormir alguna pieça, pues ya antes de curarlo había comido, le sería muy provechoso. Las cuales, como no desseassen más de su salud de aquel cavallero a quien tanto devían, se salieron dende, puesto que antes la princesa le dixo que cuando sería hora ella lo vernía a ver, el cual se lo tuvo en merced, agradeciéndoselo en su corazón por el remedio que aquella speranza que le diera le acarrea para sus desseos más mortales que sus llagas.

Cuando Nestarcio se vido solo y tan llagado que no sin gran pena podía alçar la cabeça del lecho en que yazía, començó de recogitar lo passado por él hasta en aquel punto. Y señaladamente lo que soñara en el castillo de Equivalio, y viniéndolo a comprobarlo, con lo que después de llegado en Constantinopla le había sucedido, conociendo que ya era cumplido aquel peligro en que se había de ver en aquella ciudad, en la forma que se le había en el sueño representado. Dio muchas gracias a Nuestro Señor Dios por lo haver con tanta honra librado de aquel tan fiero como spantable dragón, que teniéndolo tan fuertemente abraçado, assí había atormentado sus carnes de grave dolor. Y después de aquello, se adurmió tan sossegadamente que sobre quatro horas le tuvo aquel sueño, con que rescibiendo su cuerpo muy grande descanso, le fizo perder cuasi todo el dolor de sus llagas. Y aunque después recordó y se sintió muy aliviado del dolor que vos diximos, con el gran cansancio que de la batalla le había quedado, se tornó a dormir fasta la mañana.

Despedidas la emperatriz y la princesa de Nestarcio, se fueron al aposento del emperador, el cual las atendía con la çena por gozar en ella de su fija, porque según el gozo [que] sentía no podía aun acabar de creer que fuesse libre, sino que era en sueños. Por donde, con mucha alegría de todos, cenaron, y después se retraxeron a dormir. No quiso la princesa que de allí adelante durmiese en su cámara sino sola Danela, diziendo que le quería hazer aquella honra sobre todas sus donzellas, por el gran servicio que d'ella había recebido, la cual aquella noche contó a la princesa la aventura del ciervo y conocimiento de Nestarcio. Y otrosí le rogó que lo amasse y se doliesse d'él, pues la

amava sobre todas las cosas del mundo, a la cual Arinda dixo que tuviesse por cierto que assí lo haría, pues aunque no fuera tan alto hombre, solamente por el servicio que d'él había recibido, se lo devía, cuanto más que buscado todo el Universo, tenía ello por cierto que no se hallaría cavallero que en bondad y apostura fuesse su igual, pues aquel amor fuesse regulado de honestad y conservación de su honra, porque de otra manera sería sólo el pensamiento escusado.

–No quiera Dios, mi señora –dixo Danela–, que yo procure cosa que contra vuestra honra sea, porque puesto que yo le sea deudora de muchas honras y mercedes que d'él he recibido, y sobe todo, por haver sido causa de vuestra liberación, mucho más devo a vós que sois mi señora natural y a vuestra honra, la cual a todas las otras cosas se debe anteponer.

Y después que en aquellas y otras cosas que mayor sabor les acarreavan huvieron hablado, se adurmieron, pero antes acordaron que en la mañana Danela fuesse a ver a Nestarcio y le dixesse que por entonces no pensasse en más de esforçarse, para guarecer de sus llagas, porque entretanto ella buscaría el remedio que para curar de las interiores, que mucho más lo aquexavan, convenía.

¶Capítulo xxxiiij. De las razones que passaron entre le príncipe Nestarcio y la donzella Danela, y después con la princesa Arinda, su señora.

Otro día por la mañana, Danela fue al aposento del príncipe Nestarcio, a la puerta del cual falló a Elisén y Brimarel, que atendían que su señor llamasse, porque no entendían de interromperle el sueño, sabiendo, por lo que los maestros havían dicho, el provecho que le causava. Y de que la vieron, mucho se alegraron a causa que sabían que su señor con ninguna otra persona folgaría tanto, por razón de las nuevas que de la princesa le traería. Y viendo, después que atendió una pieça, que Nestarcio no llamava, entró en su cámara lo más passo que pudo, por no recordarlo para ver qué tal estava. Y de que fue junto a su lecho, vido que entonces començava de recordar. Pero assí como abrió los ojos y vido a Danela, le dixo:

–¡O, mi verdadera amiga, quién vos podría dezir el gozo que mi alma ha sentido en veros! Por cierto ninguno, sino el que supiesse dezir cuánto lo sintiera mayor si con vós viniera la princesa, mi señora, de la cual si la fortuna me otorga que yo pueda

alcançar las mercedes prometidas, buena fue la hora en que yo vos vi. Pero si aquel dolerse que de mí señala y remedios que me ha ofrecido con su vista y palabras, no se han de estender para más de remediar estas corporales llagas que aquí veis, no quedando en su corazón voluntad de remediar las otras que siente mi alma, creed, mi verdadera amiga, que no habrá más tardança en mi muerte que hubo en la de aquel esforçado don Calrinor, aunque yo spero en Dios que por la mía jamás mi señora se verá en ningún peligro. Pues siendo ella servida e yo contento de padecerla por su servicio, todo el mundo se ha de tener por satisfecho.

–Dexadvos por Dios, mi señor, d’essos pensamientos –dixo Danela–, y trabajad en guarescer d’essas llagas que Fulvián vos fizo, que las que yo causé con lo que en la floresta cerca de Colonia vos dixes, yo me ternía por la más malaventurada donzella del mundo si vos no la curasse.

Entonces le contó lo que con su señora había passado aquella noche y le dixo que tuviesse por cierto que la princesa estava tan aparejada para cumplir cualquier cosa que honesta fuesse, para satisfacción y remedio de sus desseos quanto él podía dessear que lo estuviesse, y que fiasse d’ella que no se olvidaría de las mercedes y honras que d’él había recebido. A la cual Nestarcio lo agradesció quanto era razón y la rogó que mientras estaría en el lecho buscasse manera, como después de guarido, pudiesse ir a besar las manos de su señora por las mercedes que le hacía.

–Ya la tengo yo, mi señor, buscada –dixo Danela–. Por ende, esforçadvos, que pues tan enteramente havéis cumplido lo que a mí prometistes, yo me ternía por mal andante si no cumpliesse lo que yo vos prometí, sin faltar en ello un solo punto.

Tan esforçado se sintió Nestarcio con la sperança que las palabras de Danela le acarreavan para el fin de sus desseos, que ya le parecía que ningún mal tenía. A la cual rogó que siempre que pudiesse lo viniesse a ver, pues sabía el descanso que su corazón sentía con ella. La cual, prometiéndole que assí lo haría, se despidió d’él, y llamados sus donzeles se salió dende, porque ya se acercava la hora en que los maestros lo havían de venir a curar, porque como en aquel tiempo hacía gran calor, a causa que eran los postreros días de julio, había ordenado de curarlo cada día dos vezes.

Venidos, pues, los maestros, la princesa que ya por Danela supiera su venida, embió a dezir a la emperatriz si era su voluntad de ser presente a la cura de su cavallero, porque ella no entendía dexarlo curar en su ausencia. Y sabido que aún no era levantada, y que su voluntad era que por aquella vez fuesse ella sola, pues otras muchas vezes podrían ir las dos juntas, no pesando d’ello a la princesa, passó al aposento de

Nestarcio. Y después que en su presencia fue curado y le fue hecha relación por los maestros de la mejoría que en sus llagas hallaron, salidos ellos, la princesa se assentó en una silla juncto a la cabecera de su lecho y Danela a los pies de la princesa. Y después de le haver preguntado, en presencia de todos los que ende eran y de las otras donzellas que con ella vinieran, qué tal se había sentido de su llagas, mandándoles ser a una parte de aquella cámara, le dixo que no menos le agradecía la voluntad con que en aquella tierra era venido que lo que después por su liberación había fecho, pues si lo primero no precediera no se siguiera lo segundo, y que tuviesse por cierto que assí del emperador y de la emperatriz, sus señores, como d'ella, le era tan agradescido quanto era devido, aunque las fuerças d'ellos no alca[n]çavan para satisfazer a la menor parte de su voluntad, señaladamente siendo el valor de su persona y estado tan grandes como por su donzella había sabido. Por donde no podía su parte ofrecerle más de su voluntad, assí como se la ofrecía para cumplir todo aquello que fuesse, para satisfacción de la suya e remedio de sus llagas, justo y honesto y que tuviesse por cierto que no se dexaría de cumplir, assí como se le ofrecía con la menor de todas sus partes, y que puesto que Danela se lo avía dicho ya de su parte, para mayor satisfacción suya, había acordado de dezírselo assí como lo había oído.

No creyó Nestarcio estar velando ni en su acuerdo, al tiempo que aquella hermosa princesa le dezía lo que havéis oído, sino que le parecía soñar, no pudiendo creer que su ventura fuesse tan grande que alcançasse tanta bienaventurança como por ella se le ofrecía, pero conociendo que no durmía e viendo a su señora, e haviendo oído lo que dixera, no pudiendo hazerle aquella medida que le devía e su corazón desseava, le dixo:

–Pues mis fuerças, aunque sobrepujassen las del mayor jayán e más alto cavallero en la redondez del mundo se pudiesse hallar, no serían parte para vós poder, muy alta señora, servir la menor de las mercedes que por vós, sin lo yo merecer, se me han fecho. Scusado será ofrecer las mías siendo tan pequeñas e baxas, quanto es grande y alto el merecimiento de vuestra alta persona y estado. Pero porque mi atribulado corazón no quede sin aquella satisfacción que por mí se le puede dar, ayudándome a ello vuestra gran medida, en quien es toda mi esperança, dende agora juro por la fe que a Dios devo de lo no apartar jamás de vuestro servicio e señorío, pues sola vós sois su verdadera señora, juntamente con mi voluntad y desseos, porque no quede en mí cosa que vuestra no sea sino sólo el pensamiento, para con él tenervos presente cuando mi desdicha causare que no vos pueda como agora ver y gozar de la mayor gloria que en

este siglo se me puede otorgar. Y si para yo rescibir esta merced, aunque mayor ser no pueda, de vós, mi señora, con aquel cumplimiento que para mi cumplida bienaventurança se requiere, me dexássedes vuestras manos besar, pues tomarlas yo por agora no se me otorga, quedara aquel corazón que mío solía ser tan satisfecho y con tanta gloria, que jamás podrá sentir descontentamiento ni menos quejarse de mí, que no le procure el remedio que dessea.

Y dicho aquello, calló, mirando a la princesa, la cual algún tanto se turbó, no sabiendo qué responderle, acordándose de lo que poco antes le había ofrescido y conociendo ser justo lo que pedía. Pero muy poco después de haver Nestarcio su razón acabado, determinada de lo no dexar por entonces descontento, le dixo que recibía su ofrecimiento como aquella que en ello ganava más de lo que en carecer sabía, y que en lo ál le rogava se çufriese hasta ser de sus llagas guarido, porque entonces no dexaría de cumplirse de la manera que assí para su satisfacción como a la honra d'entrambos convenía, y que de más podía tener por cierto que le no dezía aquello por diferir un solo punto lo que prometía, sino porque se esforçasse a guarir más presto d'ellas.

Tan alegre fue Nestarcio de aquella respuesta como la princesa por ver que sin menoscabo de su honra lo dexava contento. Y quando le pareció hora, con Danela y las otras donzellas que con ella ende vinieran, bolvió a su aposento, no sin grande alegría por conocer que tenía señorío sobre el mejor cavallero del mundo, señaladamente habiendo determinado que ninguno otro de señorear hoviesse de su alto y generoso corazón, dexando a Nestarcio con sus criados con doblado esfuerço y mejoría.

De aquella manera pasó Nestarcio algunos días, siendo por la emperatriz e por la princesa cuasi cada día visitado, en cabo de las cuales, esforçándose más de lo que convenía, se levantó con desseo de alcançar lo que por su señora se le había prometido. Al qual el emperador no vido muchas vezes por razón de los fechos que librava, señaladamente en aquella sazón, porque, teniendo aviso que los turcos ayuntavan grandes huestes sin saber contra qué parte, no entendía en más de hazer provisiones para bastecer las villas y ciudades de las fronteras de todas las moniciones que convernían, y en guarnecerlas de cavalleros e de otra gente para la defensión d'ellas. Aunque poco tiempo pasó en fin del qual supo cómo aquellos aparejos no eran contra su imperio, sino por reduzir ciertas provincias que se les habían alçado y no los querían obedecer, pretendiendo que sus predecesores habían sido libres y tentavan si podrían cobrar la perdida libertad y sostenerla. Lo que no les aprovechó porque en muy breve tiempo

fueron reduzidas y sujetadas en su primera servidumbre, con grandes y rigurosos castigos de los que fueron para mover aquella rebelión causa y principio.

¶Ca[pí]tulo xxxv. De cómo el príncipe Nestarcio, por medio de Danela, vino a la cámara de la princesa Arinda, su señora, y de cómo, por razón de lo que entre los dos passó, Nestarcio embió Elisén a Colonia.

Todos los días que el príncipe Nestarcio de yazer huvo por razón de sus llagas, Danela le fizo compañía en las horas que sin engendrar alguna sospecha se le otorgava, la cual, como sobre todas las personas del mundo, después de su señora, desseasse servirlo, no entendía en más de buscar forma cómo con voluntad de la princesa lo podía levar a su cámara, y cuando para aquel efecto huviesse su voluntad alcançado, cómo y por qué parte podría entrar, sin que pudiesse ser sentido y mucho menos visto. Por donde no sabía determinarse si sería por una puerta que salía a la huerta de los caños que vos diximos, por la cual en el tiempo del verano muchas vezes su señora decendía para folgarse, o si sería por una cámara en que dormían tres donzellas, la cual estava antes de entrar a la de la princesa, las llaves de la cual la emperatriz tenía. Pero en fin determinó que sería mejor y más secreto por la cámara de las donzellas, pues no podía ser sino por ellas sentido, y cuando lo sintiessen no havían de descubrir tan gran fecho contra su señora, a quien todas mucho amavan. Y por la huerta, antes de entrar en ella, havia de subir encima de la pared que la cercava, la cual era muy alta, y después decender d'ella y venir a aquella puerta, la cual por muchas partes podía ser vista.

Y cuando ya en aquello estuvo determinada, el día que se le ofreció aparejo para tomar la llave de aquella cámara, la tomó e dio a Elisén, diziéndole que le fiziesse hazer otra que fuesse su semejante y le bolviesse las dos junctas porque las havia mucho menester. Por donde Elisén no fue perezoso en cumplirlo, porque antes de quatro horas sin partirse del maestro fue fecha otra tal como la primera, las cuales volvió a Danela. Y aquella noche la provó en la cerradura de la cámara, y cuando vido que sin trabajo alguno abría a maravilla fue leda, pues con poder ella abrir aquella puerta creía tener el aparejo que desseava.

Y como siendo el príncipe Nestarcio de sus llagas guarido, la emperatriz con la princesa lo hoviessen dexado de visitar, assí como cuando estava llagado, se enflaqueció tanto que sino fuera por los consuelos de Danela no dexara de peligrar su vida con soledad de aquella hermosa princesa, de cuya vista se causava la verdadera melezina y los más saludables unguentos que para sus llagas convenían. Por donde, viéndose por Danela tan aquexada que hablasse a Nestarcio, que si no hallava para ello justo impedimento no podía sino dexarlo descontento, le dixo que no lo tenía olvidado sino que no hallava cómo lo hazer pudiesse, de manera que d'ello no se tuviesse sospecha o algún sentimiento. A la cual, entonces, Danela dixo el aparejo que para ello tenía, mostrándole la llave de la cámara de las donzellas y diziéndole la forma que para la hazer tuviera. Y como la vieja había buuelto adonde la emperatriz la tenía, porque no la allasse menos, de que la princesa no fue poco maravillada considerando la diligencia y atrevimiento que para ello tuviera. Y puesto que de conocer no dexasse que se no podía efectuar la venida de Nestarcio a su cámara, sin gran peligro de su honra, conociendo lo que le devía, se lo otorgó a Danela, encargándole que mirasse que no la engañasse la voluntad y se hoviesse sesudamente, pues conocía lo que de lo contrario podía suceder. A la cual, diziendo Danela que lo tomaría a su cargo, dixo otrosí para la esforçar que por razón de aquello ninguna cosa había de temer, que la princesa quedó cumplidamente satisfecha.

Y cuando Nestarcio hubo ya sus primeras fuerças cobrado, y que no tenía más llagas de las que de la ausencia de su señora se le causavan, habiendo para el remedio d'ellas hablado con Danela lo que de fazer devía, y muy bien aprendido por qué parte había de entrar, cuando vino la noche y hora tan larga como desseada, cubierto de su manto con sola su espada, vino a la puerta de la cámara de las donzellas, la cual falló abierta y a Danela que lo atendía para guardarlo que no entropçasse, assí como lo hizo hasta ponerlo dentro de la cámara de su señora. La cual no menos lo estava atendiendo, vestida de una saya de damasco blanco broslada de un filo de oro con diversos lavores, y sobre sus ruvios y largos cabellos puesta una pequeña guirnalda, cuyo valor y precio bien señalavan el alto estado de quien la posseía, según la riqueza d'ella, la cual no se ascondía por haver ende lumbre de dos velas que a la una parte de la cámara estavan encendidas. Y cuando Nestarcio vido a su señora, cuya hermosura parecía incomparable, fincadas las rodillas en el suelo y pidiéndole las manos para se las besar, dixo:

–¡O, ojos míos, a quien se otorga la vista y gozo de la princesa que hasta agora sólo el pensamiento ha gozado, que podéis fuera de aquí ver qué tinieblas no vos parezcan y muy oscuras! ¡O, Danela, mi buen amiga, qué día de tanto bien fue para mí aquél que junto a la fuente de la floresta el perseguido ciervo se dexó en vuestras haldas caer, por seguridad de su vida, figurando la que en estas de mi señora yo había de hallar! ¡O, corazón, cuán claro se parece que eres ageno, pues gozas de lo que si mío fueras jamás alcançaras por la falta del merecimiento, que siendo d’esta soberana princesa, tu señora y mía, es cierto sobrarte! ¡O, más hermosa princesa que cuantas en nuestros tiempos nacieron! Veis aquí al vuestro leal servidor Nestarcio, en quien las mercedes por vos hechas no hallan su lugar devido, assí por la falta que de mi merecimiento dixen, como por vuestra soberana grandeza, ante la cual no es de maravillar si mi lengua dixen desatinos, pues la del más sabio orador guiada por mis aquejados desseos no dexaría de los dezir, según la gloria que sentiría, sobraría su juicio.

Dicho lo cual, quiso besar las manos a su señora, la cual, aunque fuera de sí estar pareciesse, habiendo lo que por Nestarcio se le dixera oído, no se las otorgando, le rogó que se levantasse y que en otra silla que ende había le pluguiesse sentarse, hasta haver lo que le dezir quería oído, porque tenía por muy cierto que de su razón no quedaría con queja sino con devida satisfacción, lo que por Nestarcio, siéndole como debía agradecido, no tardó en cumplirse, viendo ser aquella su voluntad. Y de que ya lo vido assossegado y que no entendía en más de mirar su hermoso rostro, le dixo:

–No havéis de creer que la causa que me movió, esforçado príncipe, a tener por bien que aquí viniéssedes aya sido con acuerdo ni voluntad de otorgaros la menor parte de la licencia y señorío que muchas de mi género, antes de pensar si otorgándolo menoscabavan su honra, la vinieron del todo a perder sin speranza de remedio, porque la alta sangre de los que me engendraron ni la de sus predecesores, aunque la vuestra no dexen de sobrepujarla, no pueda assí ante Dios como aquellos que hoy biven siendo de la verdad sabidores, en ninguno de sus perfectos quilates recibir prejuizio ni damnación. Antes para vos certificar que assí por vos satisfacer en alguna parte la gran deuda de que vos yo soy deudora, como por corresponder al amor y voluntad con que aventurar vuestra vida por librar la mía venistes, mi corazón jamás se otorgará para ser sino de vós señoreado por los respectos que dixen, y otras causas que se dezir más podrían. Y que, aunque d’esta mi voluntad no tengáis la certificación tan cumplida e con tantos juramentos y promessas como de vos yo tengo, no vos aqueje duda alguna ni

recelo que de cumplir se dexese, pues quando yo fuesse la más baxa donzella de todo el mundo no vernía a menos de lo prometido, señaladamente siendo mi palabra a tan alto príncipe dada.

»La cual podéis ser cierto que no tengo por menos firme y verdadera que la del más leal cavallero de cuantos se hallar en el Universo podrían, pues está averiguado que antes çufriría padecer mil muertes que no que por mi voluntad en la menor letra d'ella sea quebrantada. Y si dezir quisiéredes para en contrario d'esto que al tiempo que yaziades llagado vos prometí que después de sano vos otorgaría lo que en aquella sazón pedíades, y que agora no lo cumpliendo vos parece que vengo a menos d'ella, por muy cierto tengo, acordándosevos lo que juntamente dixese, que la ternéis por muy verdadera, pues lo prometí sólo porque para guarecer de vuestras llagas vos esforçássedes e no para que mi intención fuesse de hos otorgar lo que vos entender quisistes. Por donde pues vuestra voluntad, en lo que atañe a la conservación de mi honra, no ha de dexar de ser a la mía conforme, yo vos ruego que hasta que nuestros hechos se hagan por aquella vía que se debe, vos çufráis, pues para el descanso de entrambos mientras se tarda el efecto, ternemos esta hora e lugar para passarlo con menos pena.

Como todo lo que a dilación sabía fuesse muy ageno de la intención de Nestarcio, mayormente habiendo creído que pues por voluntad de su señora ende venido, no le había de negar cosa que él quisiesse, no siendo en menoscabo de su honra, maravillado fue de le oír lo que dixera. Pero viendo que antes de salir dende estava en su mano tomar toda aquella honesta parte que le pluguiesse de su señora, la cual ni Danela no habían de dar ocasión para que sentidos fuessen, determinó de primero tentar si con voluntad de la princesa se podría alcançar que no se fuesse sin gozar de los primeros grados de la gloria que a los verdaderos amantes en semejantes principios se otorga. Por donde le dixo:

–Si la intención que yo de recibir tuve, muy alta princesa e mi señora, la merced que en la sazón por vós dicha me fezistes, fuesse de tal cualidad que de la vuestra se desmandasse, algún honesto achaque se pudiera hallar para no cumplirla. Pero como jamás aquella en ninguna de sus partes del desseo, que para vuestro servicio e conservación de vuestra honra tengo, se aya desmandado, no puedo creer que se hallar pueda razón para no cumplirla. Y si para esto el derecho que por vós, mi señora, se me ha dado valer no me puede, válgame vuestra mesura la cual no ha de permitir que con causa o sin ella padezca la más triste y arrebatada muerte que jamás cavallero padeció. Porque es cierto que si lo que por vós, mi señora, me fue tan voluntariamente

prometido, con igual esquivanza dexa de cumplirse, ¿qué esperanza me ha de quedar para lo ál que aún no se me promete? Y pues la muerte que digo no la temo por falta de la vida sino por lo que los dos perder podríamos, assí vós, mi señora, del más leal servidor que jamás nació, como yo de la bienaventurança en que me veo y la que mayor alcanzar espero, súplicovos, mi señora, no sea por vuestra voluntad consentida, pues con ello será por vuestra palabra no menos cumplida, la cual en este caso ha de ser según mi intención interpretada.

Dicho lo cual, tornando a fincar las rodillas le tornó a pedir las manos, y puesto que la princesa se esforçasse en no se las otorgar, como Nestarcio estuviesse de besárselas determinado, no lo pudo tanto escusar que en aquello su desseo no se cumpliesse. Y como viesse que la oportunidad e la sazón le ofrecían mayores grados de gloria, quiso por no perderlos por su culpa ni descuido, sin le hablar más palabra, juntar su rostro con el de su señora, por alcanzar toda aquella parte de bienaventurança que con aquello esperaba gozar, si por la princesa no se le impidiera. La cual no solamente se lo impidió con desviar su rostro, pero con palabras no sin alguna graciosa saña dichas por razón de su atrevimiento, y otrosí rogándole que se çufriessse hasta que su menoscabo de su honra se lo pudiesse otorgar y le fuesse justamente devido.

Por donde Nestarcio se hubo de çufrir hasta saber de su señora qué mandava que fiziesse, porque un solo punto no se difiriesse su esperada gloria. E conociendo que su voluntad no era de se lo otorgar hasta que fuessen desposados, la suplicó, pues sus desseos no se estendían para más de quererla por señora e alcanzar alguna seguridad con que su afligido corazón no temiesse perderla, que lo recibiesse por su cavallero y esposo, assí como él la entendía recibir por señora, lo que, como sus voluntades no fuessen en aquello en sólo un punto diferentes, luego fue hecho con todas las palabras y devido consentimiento que está por la católica Iglesia ordenado, cumplido lo cual se le otorgó a Nestarcio usar de su primer pensamiento, abraçando a su señora, la cual no dexó con igual voluntad de le otorgar aquella parte que como a su nuevo señor y esposo devía. E como en aquel tan desseado deleite gran pieça se detuviessen, conociendo Danela que si no se iva en aquella hora Nestarcio podría ser que fuesse descubierto, acordó de recordarlos, assí como lo hizo, con tanta pena d'entrambos como era la gloria que antes sentían. Y porque la princesa conociesse que no era menor su humildad que el amor que contra ella tenía, antes de salir de su cámara le pidió perdón e lo alcanzó, por razón de su primera licencia e atrevimiento. E por la dexar más satisfecha le prometió que en aquella mañana despacharía uno de sus criados para el emperador, su padre,

suplicándole que, lo que más cedo que ser pudiesse, embiasse ende sus embaxadores, para que lo que entrambos desseavan no tardasse de venir en efecto.

Y después de se haver despedido de su señora vezes sin número, se fue a su aposento. Y habiendo escrito las cartas que convenía y despachado Elisén con ellas, se acostó en su lecho por dar alguna parte del corporal descanso a su atribulado cuerpo, assí como poco antes lo tuviera su alma. Bien quisiera la princesa que antes que Nestarcio huviesse lo que se vos ha dicho alcançado, fuera después de ser en lo público desposados y velados con la honra y fiestas que ella deseava. Pero por otra parte no le pesó, conociendo que no había fecho cosa de que reutada ser pudiesse de la fe de Dios, el cual era sabidor de la verdad, con que tenía por cierto ser tan verdadera muger de aquel alto y esforçado príncipe quanto lo era la emperatriz, su señora, del emperador, su padre. Y lo que no menos la aconsoló fue lo que Danela acerca de aquello le dixo, no solamente loándole lo passado, pero lo que más podría por él hazer, trayéndole en exemplo lo que otras donzellas e mugeres de mayores estados habían fecho, ninguna de las cuales lo devía tanto como ella al príncipe Nestarcio, el cual, puesto que no la hoviera servido aventurando su vida por la librar, por su sola persona lo merecía, quanto más haviéndola también lazerado y deviéndosele tan justamente como ella mesma sabía.

¶Capítulo xxxvj. De cómo el emperador con la emperatriz, por medio de la princesa Arinda, quisieron saber de Nestarcio quién era. Y, passado algún tiempo, cómo alcançó el remedio que para fin de sus cuitas desseava, con que su señora quedó de una muy hermosa hija preñada.

Por muchas vías procuraron assí el emperador como la emperatriz de saber quién era Nestarcio, assí porque conforme a su estado pudiesen darle el galardón, que por haver librado a la princesa, su fija, merecía, como por acordarse de que había dicho, el día que con Fulvián habló, que sola una gota de sangre que en la batalla que con él había de hazer perdiesse, era sobrada vengança para la muerte de entrambos hermanos, aunque dos tanto valiessen. Y mientras llagado yazía ni después que fue de curar acabado, no quisieron preguntárselo por no le dezir cosa con que enojo recibir pudiesse. Pero quando vieron que ya su primera salud y fuerças había cobrado, acordaron de lo afinar tanto que no quedassen con aquel desseo, porque no menos

sospechaban que siendo cavallero de tan alta guisa, como él dixera y su apostura señalava, no viniera con tanta voluntad para aventurar su vida por salvar la de su hija, sin preceder algunas causas tan suficientes que para lo assí hazer lo hoviessen forçado. Y como viessen que la princesa siempre havía hecho e hazía tan gran caso de su persona como si le fuera igual o mayor, assí en querer ser presente en la cura de sus llagas, como en no haver querido mudarse los paños con que de la torre saliera, hasta que Nestarcio pudiesse de sus palacios salir, más se afirmavan en su sospecha y mayor desseo tenían de saber su hazienda.

Por donde una mañana, hallándose Nestarcio con muchos altos hombres y cavalleros en presencia del emperador, el cual entonces quería oír la missa, según cada día acostumbrava, vido cómo entre él e la emperatriz con la princesa se tenía muy secreta plática, acabada la cual oyó que la princesa dixo que era muy contenta de complir su mandado, y si mandavan que fuesse luego que lo fiziessen venir ende porque no dexaría de se lo preguntar. Por donde, como todos sus sentidos estuviessen atentos a lo que su señora hazía e dezía, entendió que le havían dicho que le preguntasse por su hazienda, como era la verdad, porque en la mesma hora le mandó el emperador que se llegasse ende porque le quería hablar, lo que no se tardó en cumplir por Nestarcio, al cual la princesa, no sin dissimulación que convenía, dixo:

—Por el gran desseo que assí el emperador como la emperatriz, mis señores, allende del mío tienen, esforçado cavallero, de vos satisfazer el servicio que de librarme de la acusación de Fulvián con tanto peligro de vuestra vida, o mayor que aquél en que mi vida e honra en aquella sazón estavan, les fezistes. Y otrosí por vos hazer aquella honra que a vuestra persona y estado se debe, dessean, e yo no menos, saber la verdad de vuestra hazienda. Por donde, aunque en nos la dezir se les recrecerá el mayor servicio que después de mi liberación se les podría hazer, yo no entiendo por mi parte de quedaros sin doblada deuda por lo que vos ya devo, ni con menor desseo de la satisfazer, si de la poquedad de mis fuerças no se causare algún estorvo e impedimento.

En muy grande aprieto se halló el príncipe Nestarcio oída la razón de su señora, no sabiendo lo que responder devía, para que dexándolos con satisfacción no se le pudiesse atribuir a desmesura, pues descubrir su hazienda en aquella sazón muy fuera estava de su pensamiento. Y por ende, acordó de le responder de manera que, dexándolos con esperança que muy cedo lo sabrían, no fuesse por entonces descubierta, y por ende, le dixo:

–Por el mesmo servicio que vós, muy alta princesa, havéis dicho que estos soberanos emperadores, vuestros señores e míos, han recebido por razón de vuestra liberación, se puede claramente conocer que si la libertad que para defender vuestro derecho tuve, con que se aventuró por mí todo lo que aventurar pude, no me faltasse para vos servir en lo que por vuestro medio se me ha mandado, [e] no se dexaría de cumplir por mí con la misma o mayor voluntad que para lo primero fue en mí conocida. Pues cotejado con el primer servicio, aunque pequeño este segundo, cuasi sería ninguna cosa, por donde faltándome para esto la libertad que para lo otro me sobraba, por lo haver assí prometido a quien assí le plugo antes que de mi tierra saliesse, pues sin lo prometer no se me otorgara licencia para salir d’ella, vos suplico no dexéis de ser servidos de vos çufrir fasta que la yo alcance y se me otorgue dezirla, pues para este efecto no ha mucho tiempo que fue por mí despachado uno de mis criados, el qual fío en el Alto Señor que será aquí muy cedo con el recaudo que para ello conviene e yo desseo.

De la cual respuesta, aunque ninguno d’ellos mostrasse quedar con quexa, el emperador no quedó tan satisfecho que se no afirmasse más en su primera sospecha. Y puesto que su hija fingiesse no saber más de aquellos fechos, que de algo más era sabidora, pero çufriesse con la prometida esperança, y después de dicha la missa, de la cual salieron tan tarde que era cerca de medio día, se retraxo juntamente con la emperatriz e la princesa para comer, dexando a Nestarcio con los otros para que los mesmo hiziessen.

Venida la noche e hora en que el príncipe Nestarcio acostumbrava de ir a la cámara de su señora, no se olvidó de ir a gozar de aquella gloria que ende se le otorgava. Y después de se haver los dos recebido, mostrándose el amor que podían, pues el que se sentían era escusado solamente pensarlo, viendo Nestarcio que, aunque muchas noches fuesse ende venido, no havia de su señora alcançado más de se haver con ella desposado en la primera d’ellas. Por donde, aunque su coraçón con aquello muy grande razón tuviesse de tener alguna seguridad, no le parecía alcançar la firmeza que para su cumplida bienaventurança se requería. Acordó de suplicar a su señora que se la otorgasse, diziendo:

–Si mi dicha tan grande fuesse y mi fortuna tan favorable, mi verdadera señora, que de vós una merced que pidiros entiendo alcançar pudiesse, mi coraçón, tan temeroso de enojaros como desseoso de perder los continuos recelos que me aquexan, quedaría tan satisfecho que por ningún tiempo ternía que temer y menos dessear.

–No sé yo qué duda puede por vós, mi señor, ponerse en lo que por mí para serviros cumplirse puede –dixo la princesa–, sino que devéis juzgar mi corazón según el vuestro, creyendo que aún le queda algún rinconcillo, adonde el señorío que en todo afirmáis que tengo no alcanza.

–¿Quién dexara de vos besar mil vezes las manos, mi señora? –dixo Nestarcio– Pues me hazéis merced de otorgar que, assí como por mi atrevimiento he alcanzado la bienaventurança en que me veo, pueda gozar de la otra gloria que para cumplida seguridad e descanso de mis mortales desseos con vuestra voluntad desseava.

Dicho lo cual, la començó de besar muchas vezes, agradeciéndole con las más dulces palabras que se le otorgavan la merced que le havia fecho, no dexando de mostrar que no era pequeño su desseo para venir al fin d’ella. Y puesto que la princesa jamás hoviera creído que el príncipe, su señor, la havia de aquexar tanto, como en aquella sazón viesse lo contrario, y conociendo que no havia razón con que contradizirle deviesse, pues pedía y quería lo que le era devido, rogándole que se çufriesse hasta que salida dende Danela pudiesen en su lecho acostarse, alcanzó tiempo con que, quitados los vestidos d’entramos, se acostaron en él, adonde sin contradición alguna, antes de su propia voluntad causado del sobrado amor que le tenía de muy hermosa donzella, en no menos breve tiempo, perdiendo su primer título y cobrando el segundo de dueña, quedó en aquella noche preñada de una fija que en muchos de los passados tiempos ni en aquellos con gran parte de los venideros se halló quien le igual fuesse, assí en hermosura como en todas las otras gracias e virtudes que se podían en una perfeta donzella considerar.

Por cuyo servicio muy grandes fueron las cosas que en armas fizo, e no menos las cuitas y mortales desseos que padeció, aquel esforçado Valerián de Ungría, cuya es la presenta historia, según en la segunda parte d’ella se vos contará. Pues no se ha de creer que todo lo que de la noche quedó hasta la hora que Nestarcio salió, aquellos dos amantes dexassen de satisfacer a sus corazones en todo lo que podían, juzgando aquella noche por tan breve quanto les pareciera larga y enojosa, si antes de passar no se les otorgara gozar de la igual gloria que entrambos sintieron, con la cual, pues no fue aquella sola noche, los dexaremos por agora, pues en ningún tiempo los pudiéramos dexar que más a su vicio quedassen, por contar lo ál que para la prosecución de la presente historia dezir conviene.

¶Capítulo xxxvij. De cómo Finariel, príncipe de Francia, oídas las nuevas que de la hermosura de la infanta Polidia se publicaron en la corte del rey, su padre, partió de París con desseo de la ir a ver y servir, y de lo que por el camino le sucedió.

En el principio d'esta historia se vos dixo cómo el emperador de Constantinopla fue casado con una fija del rey de Francia llamada Demerencia, en la cual hubo una sola fija a quien dexamos a muy gran vicio con el príncipe Nestarcio. Para prossecución de la historia conviene que sepáis agora que el mesmo rey de Francia e padre de la emperatriz de Constantinopla, después de diez y ocho años que ella nació, hubo un hijo al cual llamaron Finariel, por razón que fue fin de los desseos de sus padres, según por ellos había sido desseado. Por el nacimiento del cual muy grandes fiestas se fizieron por toda Francia, conociendo que Nuestro Señor Dios se había acordado d'ellos, dándoles príncipe legítimo sucessor en sus reinos, los cuales temían, si el príncipe no naciera, que después de la vida de los reyes no fuessen anexos al imperio de Constantinopla, por razón que en aquellos tiempos, no haviendo varón sucessor, las mugeres podían suceder en los reinos de sus padres. Y como aquellos virtuosos reyes no tuviessen otro espejo en que deleitarse sino aquel príncipe que les Dios diera, de tal suerte lo fizieron criar y enseñar que ninguna cosa le faltava, para ser en todo tan cumplido como los ingenios de los que lo enseñavan alcançar podían, allende que por su naturaleza era tan gracioso que no creían que se hallasse cavallero que su igual fuesse.

Cuando fue de edad de diez y siete años, siendo muy orgulloso de coraçón, desseava sobre todas las cosas ser cavallero, por poder ganar honra y prez, assí como los otros cavalleros mancebos que había en la corte del rey, su padre. Y como en aquella sazón otra cosa no desseasse, un día que el rey, su padre, estava en gran solaz con sus cavalleros, fincadas las rodillas en el suelo le pidió un don, el cual luego le fue por su padre otorgado, desseando saber lo que quería por razón de lo cual, después de le haver besado las manos, el príncipe le dixo que el don que le otorgara se había de cumplir con darle el orden de cavallería el día siguiente, pues ya tenía las armas con todo lo ál que convenía aparejado.

Y puesto que el rey quisiera que el príncipe, su hijo, no fuera tan cedo cavallero, o a lo menos hasta tener cumplidos veinte años, considerando que aquel desseo proceder

no podía sino del orgullo y esfuerzo que su corazón sentía, no le pesó, antes ordenó que así el día que dixera como muchos otros después se fiziesen grandes fiestas en París, por autorizar el tan alto orden que su fijo había de recibir, el cual recibió el otro día en la mañana, habiendo para ello velado las armas aquella noche con toda la solemnidad que para semejante auto convenía.

Y aún no eran passados tres meses después que fue armado cavallero, cuando vinieron ende dos mercaderes alemanes, los cuales bolvían de una romería que habían cumplido en una iglesia que dezían de Nuestra Señora de Cleri, por otros llamada de Orliens. Y entre las otras cosas que contavan era que passando por Colonia habían visto la fija del emperador Octavio, e que tenían por cierto que, así en hermosura como en todas las gracias y virtudes de las cuales naturaleza podía una acabada donzella dotar, sobrepujava todas las de su tiempo. E tanto lo encarecieron que algunos cavalleros de los que lo oyeron se lo dixeron al príncipe Finariel, el cual de tal suerte figuró su hermosura en su pensamiento, e así se le assentó en su corazón, que puesto que algunos días procurasse de la desechar de su memoria, jamás pudo.

Antes una noche, después de se haver en su lecho acostado, la començó de reducir a su pensamiento, recibiendo en aquella membraça tanto sabor e deleite que, pareciéndole tener aquella hermosa infanta delante de sí e que contemplava todas las faciones de su gracioso gesto, ya eran passadas dos partes de la noche cuando d'ella recordó con tanto pesar, por no haver gastado todo el tiempo que había passado después que aquellas nuevas le dixeron, en aquella tan deleitosa meditación como poco antes había recibido descanso. Y aunque después de aquello trabajasse de se adormir, viendo que el día se acercava, no pudo jamás porque aquel apazible pensamiento, sobrepujando las fuerças del sueño, no le consentía señorear sus sentimientos. Por donde aún no era bien de día cuando, acabado de vestir, se puso a una siniestra de su cámara que dava sobre unas huertas que debaxo había, creyendo con aquella vista ocupar su pensamiento en otro exercicio, para lo cual començó de mirar los árboles, los cuales, como muy verdes y llenos de diversidad de fructas estuviessen, a cualesquier otros ojos, que no fueran de otro más deleitoso objecto señoreados, gran plazer e descanso acarrearán.

Pero como los suyos ya no tuviessen virtud para ver ni gozarse sino con la vista interior de aquéllos que corporalmente ver no podían, recibiendo con los que entonces vían más enojo que descanso, no le consintieron estar en gran pieça, porque sintiesse que los cumplimientos de los desseos ni los medios para venir al fin d'ellos, no se habían de alcançar con folgança ni exercicios aplazibles, sino con trabajos y penas,

porque después de passados con doblado triumpho se pudiesse gozar de la cosa desseada. Y como viesse que su coraçón en ninguna cosa hallava descanso, sino en la membraça que vos diximos, ni supiesse, pues no la havia visto, si la hermosura de aquella infanta era tan grande como a él se representava, acordó de ir a Colonia y si era tal, servirla y trabajar por ganar su amor, pues siendo tan gran príncipe no havia de codiciar muger por grandes estados que tuviesse, sino con quien su coraçón alcançasse aquel contentamiento que en este siglo se puede alcançar.

Y como en esto estuviesse determinado, y para hazer aquel camino ninguna cosa le faltasse, un día de gran mañana partió de cassa del rey, su padre, no llevando consigo más de un escudero que le llevaba la lança y los paños para cuando se desarmasse, dexando assí al rey, su padre, el cual ya havia muchos años que embiudara, como a toda su corte en mucha soledad. Y assí anduvo algunos días sin fallar cosa ni aventura que de contar sean en cabo los cuales. Después de haver andado buena pieça por una floresta, vido contra sí venir por su mesmo camino una donzella que sobre su palafrén muy agramente llorava. A la cual, Finariel dixo, doliéndose de su llanto:

–No debe ser pequeña vuestra cuita, donzella, pues lloráis tanto que parece vuestro mal carecer de remedio.

–Harto carece de remedio, señor –dixo la donzella–, pues no hallo quien remediarlo pueda. Y si vós, virtuoso cavallero, que de mí vos mostrastes doler, quisiéredes ayudarme en esta necessidad, allende que haríades aquello que tenido sois, podríades hazer mi coraçón tan alegre quanto agora lo tengo cuitado y triste.

A la cual, Finariel dixo que si su poder para ello fuesse bastante, ni él quedaría sin cumplir lo que devía, ni a ella sin cobrar la alegría que tan perdida mostrava tener.

–Plega a Dios, mi señor, de vos hazer también andante –dixo la donzella– como es vuestro desseo, assí por lo que de mí vos dolistes como por la esperança en que me havéis puesto con vuestro esforçado ofrecimiento. Y pues assí vos plugo, vamos adelante que por el camino vos contaré la causa de mi desdicha.

Por donde tomando el mesmo camino que Finariel llevaba, la donzella le començó de dezir assí:

–Sabed, señor, que mi madre fue primero casada con mi padre, el cual se dezía Apanio, e fue señor de un castillo que poco menos de tres leguas de aquí hallaremos. Del cual casamiento nacimos dos hermanos míos y yo, los cuales murieron siendo pequeños, dexándome a mí para sentir lo que agora siento e más sentir espero, si Nuestro Señor como muy piadoso e justo de mí no se duele. De cuyas muertes, mi padre

huvo tanto pesar que, adoleciendo de una dolencia que le turó cerca de tres años, en fin d'ellos passó d'esta penosa vida a la otra de nuestra descansada gloria, quedando mi madre biuda, aunque con assaz bienes, conmigo sola de edad de doze años. Y como estos temporales bienes, pues sin ellos menos de grande y continuo trabajo no se puede bivar, sean por todos los que en este siglo biven codiciados, dexados aparte los cuerdos que menospreciándolos eligen la vida para el servicio de Dios descansada, acaeció que un cavallero tan pobre d'ellos como de bondad, hizo hablar a mi madre para que con él casasse, ofreciéndole de la tener siempre por señora e de no salir jamás de su mandado, y que miraría por mi persona y honra no menos que si su hija fuesse.

»E como mi madre no lo conociesse, sino por relación de aquellos que se lo hablaron y se lo hoviessen loado por tan buen cavallero y de buenas maneras, e con quien su persona sería honrada y sus bienes conservados, añadiéndole la bondad e virtud que le faltavan, como en semejantes casos se suelen hazer por traer los tales casamientos a efecto, viéndose biuda e sin tener quien por su hazienda mirasse, y sobre todo, por amor de mí que no estuviesse sin amparo, acordó de consentir en aquel casamiento, no creyendo que sería para más de aquello que le dixeran. Por donde, después de passado un año o poco más que fueron casados, en el qual tiempo hizo a mi madre tantos servicios y a mí tan buen tratamiento, que tuvo por bien de le entregar las llaves de quanto tenía, viendo el señorío que se le había otorgado, assí se ensoberveció e fizo tan señor nuestro y de quanto teníamos que nos traxo a tal estado que aún hablar no le osávamos. Y no contentándose de tener por cativas las que servir no merecía, según su poco valor, por sujetarnos de suerte que en ningún tiempo pudiésemos salir de su mandado, o por mejor dezir cativerio, dixo a mi madre que me quería casar con un cormano suyo aún de peores maneras que él, amenazándola que si no era d'ello contenta, lo traería al castillo, y aunque a las dos nos pesasse, lo pornía en mi cámara para que me tuviesse por amiga.

»E como mi madre temiesse que si le contradecía no lo pusiesse luego por obra, le respondió que ella era muy contenta, pero que le rogava se çufriesse algunos días hasta que me lo hoviesse hablado e puesto en razón, para que mi voluntad viniesse en aquel casamiento. Por donde mi madre, viendo su mala intención y que si yo con su cormano de Draceo, que assí se dize aquel traidor, casava, ninguna esperanza nos quedaría para entrambas de remedio, tomándome aparte me dixo que lo mejor que pudiesse me pusiesse en recaudo, porque Draceo me entendía de casar con Malicarán, que assí se llamava su cormano. E como yo aquello oyesse, preciando antes morir que

verme ayuntada a tan vil cavallero, esta mañana con la mejor manera que pude salí del castillo, y aquexando mi palafrén más de lo que podía, vine a esta floresta, adonde entendía de asconderme un día o dos hasta que perdida la esperança de hallarme Draceo, el cual no creo que en sabiendo mi partida dexé de buscarme, pudiesse ir a alguna parte adonde aya cavalleros que me amparassen e vengasen del maltratamiento que ha fecho a mi madre y a mí haría si en su poder me tuviesse. Esta es la causa, señor, que me ha hecho y haze llorar, por donde yo vos suplico, pues Nuestro Señor Dios a tal tiempo vos hizo por aquí venir, que de mi madre e de mí vos doláis e nos deis la vengança que de tan grandes fuerças dar se deve.

A la cual Finariel, aconsolando lo mejor que pudo, rogó que de llorar se dexasse, certificándole que pues su ventura lo había por allí traído, él trabajaría de la quitar de aquella desonra que dixera, y a su madre de la sujeción en que estava, aunque para cumplirlo aventurasse la vida. Por donde la donzella se lo agradeció cuanto pudo, dando assí mesmo gracias a Nuestro Señor Dios porque con tan buen cavallero tan cedo la acorriera. Y no anduvieron gran pieça, después de salidos de la floresta, cuando por el llano vieron contra ellos venir un cavallero muy apressurado, al cual la donzella, como de otro no temiesse tanto que no había árbol ni tronco que de lexos no le pareciesse Draceo, luego conoció, por donde a grandes bozes dixo a Finariel:

–¡Ay, señor, ponedvos presto el yelmo porque aquél que viene es Draceo que havrá como dixé salido para buscarme y bolverme al castillo!

Y dicho aquello, quiso bolver su palafrén para huir, no fiándose en la bondad de Finariel, el cual, conociendo su temor la detuvo, aunque contra su voluntad. Y enlazándose muy presto el yelmo, e tomando su lança a su passo, fue contra Draceo. Y cuando vido que ya lo podía oír, le dixo:

–Tened vos allá, cavallero, hasta que sepamos qué priessa es la vuestra y la causa d'ella, porque si a la donzella queréis, primero es menester que se cumpla el derecho que contra vós tiene.

–Bolviéndola a mi castillo –dixo Draceo–, se lo daré yo el derecho.

–Aunque no tal como vos pensáis, pues yo vos prometo –dixo Finariel– que si a la donzella llegáis que vos costará la vida, pues sois falso y desmesurado.

Y como Draceo lo oyesse, no curando de responderle, abaxando su lança vino a encontrar a Finariel, con tanta presteza que antes que él pudiesse la suya abaxar, lo encontró tan reziamente que en muchas pieças la quebró, no le haziendo otro daño. Fue tan grande el enojo que Finariel tomó por lo que le aviniera, que arrojando la lança

cuanto pudo e tirando de su espada, bolvió contra Draceo, el cual, en passando después de haver encontrado a Finariel, ya se havía acercado a la donzella para tomarla por los cabellos y llevarla assí colgada d'ellos una pieça por el campo, como lo fiziera si ella no fuyera con su palafrén y viniera hazia Finarel, el cual, llegándose a Draceo, antes de ferirlo, le dixo:

–Ya no me ayude Dios si otra vez, don Falso, me burláis.

Dicho lo cual, firió de tan pesado golpe al cavallo de Draceo por entre los dos oídos que, haziéndole la cabeça dos partes, dio con entrambos en el suelo. E decendiendo Finariel del suyo, le dixo:

–Acabad ya de salir de vuestro cavallo, porque recibáis a pie sin que fuir vos pueda el galardón de vuestras buenas obras.

Lo que Finariel le dezía porque al tiempo que Draceo y su cavallo cayeron, le havía tomado el un pie debaxo y no le havía podido sacar tan presto, que Finariel no fuesse ya decendido del suyo y llegado a Draceo para le dezir lo que havéis oído. Bien cierto era Finariel, si él estuviera como Draceo embaraçado, que no hallara en él la medida que contra él tuviera. Pero cuando lo vido ya libre por su mayor mal y que havía tirado su espada para se defender, lo començó de ferir por todas partes tan a menudo y con tanta fuerça que a muy poca pieça, trayéndolo mal llagado y a toda su voluntad, lo firió de tan rezio golpe en la una pierna, que gran parte de la carne y de los huesos le cortó, sin que armadura que traxesse se lo pudiesse estorvar. Por donde convino a Draceo, no se pudiendo tener sobre aquella pierna, fincar las rodillas en el suelo, lo que no le aprovechara poco si fuera para pedir a Nuestro Señor Dios missa por sus pecados y a su contrario tiempo para hazer alguna penitencia d'ellos. Pero como muchas vezes se vea, para la demostración de su justa justicia, aquellos que mal biven con peor muerte fenecer sus días, assí le avino a aquel malaventurado Draceo, que aún no hubo acabado de fincar las rodillas en tierra, cuando Finariel, firiéndolo de otro no menor golpe que el primero por entre el yelmo y el braço, le derribó todo el hombro, con que no fue más menester ferirlo, pues cuasi en el mesmo instante se le salió el alma.

Cuando Gramercia, que assí se dezía la donzella, vido aquel su crudo enemigo muerto, decendiendo del palafrén a muy gran priessa, vino para besar las manos a Finariel. De cuya apostura no tenía menos contentamiento que de su esfuerço, porque lo uno y lo otro tenía muy complidamente. El cual, no lo consintiendo le dixo que se acogiesse a su palafrén, porque antes que el calor entrasse pudiesen llegar a su castillo. Y cuando fueron a media legua d'él, encontraron a un escudero en un palafrén, el cual,

viendo a Gramercia sin su señor Draceo, mucho se maravilló y no se pudiendo çufrir, le dixo:

–Bien creo, mi señora, que si Draceo vos fallara no viniérades tan a vuestro espacio.

–¿Cómo? –dixo Gramercia– ¿No queda en el castillo?

–No por cierto –dixo el escudero–, porque luego que supo vuestra partida, dexando a vuestra madre encerrada en la bóveda de la torre de la esquina, salió en vuestra busca, siguiendo el camino que le dixeron que leváades y diziendo que si él vos fallava, no folgariades de verlo.

–Por esso es Dios grande –dixo Gramercia–, pues en un punto muda las voluntades de los hombres. Esto digo porque yo lo he fallado y me he folgado de lo ver como lo dexé, y creo que de hoy más havrá perdido todo el mal talante que contra mi madre y aun contra mí tenía.

–¿Adónde lo dexastes, señora? –dixo el escudero.

–Antes de entrar en la floresta –dixo Gramercia–, adonde creo que vos atenderá, aunque no lleguéis allá fasta la noche.

Cuando el escudero aquello oyó, temiendo que a su señor le havría ido mal con el cavallero que iva con Gramercia, aguijando su palafrén, los dexó, que seguían su camino contra el castillo, en el qual, de allí a poca pieça entraron, y en el patín fallaron otro escudero y dos moços de Draceo, los cuales, quando vieron a Gramercia sin su señor y en compañía de Finariel, muy espantados fueron, y si los vieran venir no los dexaran entrar en el castillo, según amavan a su señor por ser tal como ellos. Pero Gramercia que los conocía, luego dixo a Finariel que los mandasse salir de castillo, assí como se fizo, sin que en ello osassen poner contradición. Y como se viessen fuera d'él, no sabiendo adonde ir, acordaron de seguir el mesmo camino que su señor Draceo havia levado. Y después de cerradas las puertas, subieron a lo alto y en una sala fallaron dos dueñas y una moça, las cuales eran de la voluntad de su señora, y en viendo a Gramercia, assí la corrieron a abraçar, como si muchos años passaran que la no hoviessen visto, preguntándole por Draceo. Pero Gramercia, diziéndoles que muy cedo lo sabrían, a gran priessa pedía las llaves de la torre de la esquina, las cuales luego le sacaron de la cámara de Draceo, con las cuales fueron a la torre, y después de abierta la puerta de la bóveda, fallaron a su madre de Gramercia tal como muerta, porque en sintiendo abrir la puerta e viendo el cavallero que venía con su fija, cuidando que

Draceo fuesse, había caído en tierra sin ningún sentido, pero cobrándolo, dixo a Finariel:

–¡O, malvado y falso Draceo, a quien la ventura tanto ha favorecido!, que del más vil cavallero de cuantos nacieron en este siglo te ha fecho señor de la muger y fija de aquel buen cavallero Apanio, que mientre bivió pocos tuvo iguales, y no menos de sus bienes, para que d’ellos y de nosotras puedas cumplir tu dañada voluntad que speras y no entras para hazer sacrificio de nuestra sangre, assí a tu sobervia como a todos los otros pecados que en ti tienen morada, porque cuando mueras tengas mayor certitud de ir a los infiernos, aunque según tus obras la que ya tienes sobra, porque si christiano o cavallero fuesse, no vernías a menos de los mandamientos que Dios puso ni del juramento que feziste el día que el orden de cavallería en ti tan mal empleado, que eres para perpetuo *exemple* de los malos, recibiste –y demás, dixo–. ¡O, Señor Dios, haved merced de mi alma por aquel gran pecado que fize el día que otorgué mi consentimiento a tan falso cavallero! Pues mi vida no puede ser ya tan larga que yo, si no suple en ello vuestra misericordia, pueda hazer la penitencia que assí para satisfacción d’él, como de otros muchos antes y después por mí cometidos, soy obligada.

Tantas eran las lágrimas de Gramercia, assí de alegría por ver su corazón vengado, como por las palabras que a su madre oyera dezir, que hasta que hubo su razón acabado, no tuvo lengua ni fuerças con que interromperla pudiesse. Pero después de passado aquel primer movimiento, le dixo:

–No le dará tanto poder Nuestro Señor Dios a Draceo. Por ende, esforçadvos que este cavallero no es aquel falso enemigo vuestro y mío, sino el que de su poder nos ha librado.

Cuando su madre oyó a su hija hablar con tanto esfuerço, y alçando los ojos vido a Finariel, el cual ya se había quitado el yelmo, tan apuesto y hermoso, dixo:

–Yo creo, fija, que mis lágrimas, aunque de muger pecadora, llegadas ante aquel Alto Señor que sabe con cuánto dolor de mi corazón las he derramado, han sido causa que tan presto fuesse nuestra liberación, quanto esperávamos la muerte, según la presencia d’este cavallero, el cual bien parece embiado por su mano.

Y assí como hubo dicho aquello, quiso fincar las rodillas ante Finariel, el cual no se lo consintió. Antes ayudándola a levantar, juntos se fueron a comer, pues lo tenían bien adereçado, porque Draceo el día antes había embiado un mensajero a Malicarán, su cormano, para hazer de Gramercia lo que havéis oído, e creyendo que llegaría ende a mediodía, había mandado adereçar muy bien de comer. Y aún no havían acabado de

alçar las mesas, cuando sintieron grandes aldabadas a la puerta del castillo. Y sabiendo que era Malicarán, Gramercia y su madre así se estremecieron de miedo, que bien señalaron sus gestos que en sus coraçones no había tanta alegría como de antes. Pero Finariel las esforçó, diciendo que no temiesen, que por su mal era venido y que, con ayuda de Dios, no tardaría mucho en ir a tener compañía a su cormano Draceo. Y asomándose a una finiestra, dixo:

–Vós, cavallero, ¿qué buscáis ende?

–¿Quién sois vós que lo preguntáis? –dixo Malicarán.

–El que vino a estorvar las dañadas voluntades vuestra y de Draceo que no hoviessen efecto –dixo Finariel.

–No creo yo que un rapaz como vós sea para tanto –dixo Malicarán–. Y si no hablásedes de tan alto, yo sé que vos faltaría el atrevimiento para dezirlo. Y si acá baxo lo dixiessedes, yo vos juro que no vos iríades sin el castigo que merecéis.

Cuando tan desmesuradamente lo oyó hablar Finariel, le dixo:

–El temor que tengo que en viéndome aí baxo no huyáis, me haze que por agora no decienda, porque si esso no fuese, yo vos mostraría si soy rapaz o cavallero que quebrantara vuestra sobervia no menos que la de vuestro cormano.

–No creáis, don Atrevido, que, por estar cerrado –dixo Malicarán– me havéis de huir y dexar de venir a mis manos, pues aunque sepa hazer traer aquí una tienda, no dexaré de atender vuestra salida, para que me lo paguéis todo junto.

–Si esse trabajo y pérdida de tiempo queréis escusar –dixo Finariel–, yo vos dexaré entrar acá dentro, con seguro de cuantos hay en el castillo sino de mí, porque entiendo de vos hazer bien criado para siempre, assí que todavía creo que no osaréis.

–Abridme –dixo Malicarán–, que dende agora soy contento d’entrar sin ningún seguro, porque conozcáis la voluntad que tengo de vos satisfazer la criança que me prometistes enseñar poco antes.

–Pues atendedme –dixo Finariel–, porque yo fio en Dios que antes de mucho dessearéis salir, y quedaréis aquí, aunque vos pese.

Y después de se haver enlazado el yelmo, baxando al patín, cavalgando en su cavallo y tomada su lança, mandó abrir las puertas del castillo para que entrasse Malicarán, el cual luego entró dentro, mostrando tener grande esfuerço, puesto que él no lo tuviesse conforme a sus palabras, las cuales se había atrevido de dezir a Finariel por lo haver visto tan niño, creyendo vencerlo ligeramente, porque no podía creer, aunque su cormano Draceo hoviesse recebido algún daño, que fuese por lo haver vencido

Finariel por su esfuerço, sino por algún engaño. Y luego que fue dentro en el castillo, Finariel le dixo:

–Pues el corral, cavallero, es pequeño para la justa, decendamos de nuestros cavallos y vengamos a las espadas, porque siendo tan enemigos como somos o devemos ser, pues por mi mano esta mañana fue muerto vuestro cormano Draceo, no me parece que devemos gastar el tiempo en justar.

–Aunque no querrá Dios tanto mal ni es cosa que creer se pueda –dixo Malicarán–, yo soy contento.

Por donde decendiendo de sus cavallos, vinieron el uno contra el otro con sus spadas altas, bien cubiertos de sus escudos, y se començaron de ferir de muy pesados golpes. Pero su pleyto no turó mucho porque Finariel, siendo uno de los buenos cavalleros del mundo e manteniendo tan buen derecho como malo su contrario, en muy breve spacio lo huvo ferido de tan duros y pesados golpes, que lo fizo cuasi sin algún sentido caer a sus pies. E como viesse que gran parte de la cabeça tenía hendida, no curó de ferirlo más, porque bien vido que, puesto que tuviera los mejores maestros del mundo, ni de aquella llaga ni de sus malas costumbres pudieran curarlo, según fue presta su muerte.

Cuando Gramercia y su madre vieron el fin de aquella batalla ser conforme al desseo de sus coraçones, vinieron para besar las manos a Finariel y darle gracias por aquel socorro que les havía fecho, y juntamente le rogaron que no las dexasse fasta poner recaudo en sus personas y en aquel castillo, pues todo havía de ser para su servicio, por donde Finariel, conociendo que le pedían guisado, se lo otorgó. Y por lo cumplir le convino estar ende tres días, el primero de los cuales supo que la causa porque Dramercia no venía bien en aquel casamiento de Malicarán, allende de lo que se vos ha dicho, era porque un cavallero mancebo, señor de otro castillo que havía cerca de aquél, la havía servido algunos años, con desseo de alcançarla por muger. Al cual ella secretamente amava, por ser cavallero apuesto y cuerdo en todas sus cosas. A cuya causa, embiando por él antes que del castillo partiesse, los hizo desposar.

Y el día que Malicarán murió lo fizo levar para enterrar a una villa que havía a dos leguas de aquel castillo, adonde ordenó que se le fiziessen honradas obsequias, pues era muerto como buen cavallero por vengar la muerte de su cormano Draceo, al cual los escuderos y otros moços que salieron del castillo, cuando lo fallaron muerto cerca de la floresta donde fue la batalla con Finariel, haziendo de la rama de la floresta una litera que levarlo pudiesse, lo levaron a la mesma villa adonde a Malicarán havían enterrado.

Y junto a su sepultura fizieron la de Draceo, no sin grandes llantos de sus criados, aunque con mucho plazer de la otra gente que los conocían, porque muy malquistos eran entrambos en aquella tierra.

Fechos los desposorios de Gramercia con Frandel, que assí se dezía el cavallero que vos diximos, con aquellas fiestas que ende se pudieron hazer, Finariel se partió dexándolos con mucha soledad. Pero antes que se partiesse, afincado por ellos que les dixesse quién era por saber a quién eran de tanto deudores, no pudo dexar de hazellos sabidores de cuanto quisieron, de que todos quedaron tan maravillados como se juzgaron honrados y dichosos en que sus desposorios fuessen fechos por medio de tan alto príncipe, y por su mano y esfuerço haver alcançado tan cumplida vengança de aquellos sus enemigos, en cuyo poder no esperavan passar sino peor vida que la misma muerte.

¶Capítulo xxxviii. De cómo el príncipe Finariel, después de llegado en Colonia y recebido en servicio del emperador Octavio, dende a pocos días alcançó nombre de cavallero de la hermosa infanta Polidia.

Tanto anduvo por sus jornadas Finariel, que travessando todas las tierras de Picardia y de los condados de Bravante y Flandes, llegó en una ciudad que se dezía Aquisgrano, que era la primera de Alemania la baxa. Y dende a dos días en Colonia, en la cual, según ya se vos contó, el emperador Octavio tenía su assento en sazón que había pocos días que Nestarcio se partiera. Y antes de tercero día, acompañado de su escudero, fue para los palacios del emperador, al cual falló sin la alegría que solía a causa de la ausencia de su fijo. Y fincadas ante él las rodillas, le dixo cómo el desseo de servirlo, oída la fama de su corte, lo había traído en aquella tierra. Y que por ende le suplicava, aunque fuesse cavallero de poca nombradía y menos estado, le fiziesse merced de lo recibir para su servicio, pues su desseo sobrepujava todas las cosas que para aquello le podían faltar. Al cual, viendo el emperador tan niño y apuesto, cuanto cualquier otro que jamás hoviesse visto, le dixo que él folgava que semejantes cavalleros viniessen a su casa. Y que por ende dende entonces lo recibía por amigo, con voluntad de hazerle las mercedes conformes a sus servicios.

Y otrosí le dixo que le fiziesse plazer de le dezir su nombre y fazienda, porque pudiesse hazerle aquella honra y buen tratamiento que a su persona se devía. Al cual, Finariel, besando las manos por la merced que le había fecho en recibirlo en su servicio, dixo su nombre, y assí mismo le suplicó que por entonces no le mandasse dezir lo demás, porque no tenía libertad para ello, fasta tanto que por sus obras, si las pudiesse hazer buenas, mereciesse alguna honra y no por su linage. Cuando el emperador vido que se quería encubrir teniendo en su persona gran contentamiento, lo mandó en sus palacios aposentar y que se le diesse lo que convenía cumplidamente, pareciéndole según su manera que no podía sino ser cavallero de alta guisa.

No passaron muchos días después de aquello que el emperador con la emperatriz y la infanta Polidia, con muchos cavalleros y dueñas y donzellas que los acompañavan, salieron de los palacios para ir a una iglesia que había fuera de la ciudad so invocación de Nuestra Señora, a la cual de muchas partes venían romeros por su gran devoción, para fazer dezir ciertas missas con que se rogasse a Nuestra Señora, ayudasse a su fijo, el príncipe Nestarcio, en aquella demanda en que iva, porque assí lo había embiado a rogar al emperador, su padre. Y fue su ventura de Finariel en fallarse al tiempo que la infanta cavalgó en su palafrén, tan junto a ella que ninguno de los que antes solían llevarla de rienda, por no usar contra él de desmesura, no acometió de le quitar aquel lugar. Por donde, assí al ir a la iglesia como cuando bolvieron para los palacios, le tuvo compañía, en el cual tiempo pudo muy bien determinar que era sin comparación mayor la hermosura de aquella graciosa infanta de lo que a él dixeron y antes de verla considerava. Y aunque a la ida a la iglesia no osasse ni pudiesse hablarle, por la gran turbación que en sí sentía, viendo aquélla que antes de conocerla había començado de amar, teniendo por bien empleado todo el trabajo y afán que dende el día que determinó de amarla había passado, juntamente con todos los cuidadosos pensamientos y desseos que en todo aquel tiempo lo habían atormentado, atreviéndose a más de lo que su esfuerço le podía dar fuerças, al bolver a la ciudad, le dixo:

–¡O, cuánto más gozan mis ojos y descansa mi coraçón! ¡O, más hermosa infanta de cuantas en nuestros tiempos nacieron, viendo las maravillosas cosas d'esta vuestra ciudad de lo que creía, antes de ser aquí venido y cuando las oí contar en aquella tierra de donde vine por verlas!

–Saber querría qué tierra es essa en que vós las oístes contar, si vos pluguiere – dixo la infanta.

–Vuestra es, mi señora, y para vuestro servicio –dixo Finariel–, aunque por agora otro tiene el nombre de señor d’ella.

–No sé yo que otras tierras sean ni hayan de ser más ni para mi servicio –dixo la infanta–, sino aquellas que el emperador, mi señor, será servido darme.

–No puedo yo creer, mi señora –dixo Finariel–, que haviéndoos heredado Nuestro Señor Dios de tanta gracia y hermosura, que repartida por el Universo ninguna de las de vuestro género quedaría fea, vos dexasse desheredada de todo aquello que a tan grandes gracias y alto estado, como en vos se hallan, pertenece tener, pues en todo es cumplido y ninguna cosa ha fecho sin perfición.

–Bien puede ser que así lo tenga Dios preveído –dixo la infanta–, pero si conforme a mis gracias y merecimiento ha de ser el estado, del cual dezís haverme heredado, cualquier sobraré por pequeño que sea.

–Si a esso, mi señora, ha de corresponder –dixo Finariel–, mayor habría de ser el mundo de lo que es, pues aunque dos tanto fuesse, no igualaría a ninguna de las perficiones que en esse vuestro más que hermoso gesto le plugo hazer aquél que así lo quiso, para demostración de alguna parte de su soberano poder, cuanto más con tantas juntas. Pero vuestra medida, que tan cumplida es, no ha de mirar su grande merecimiento, sino el poder de aquél, que ofreciendo vos todo lo que tiene y puede, no dexará para sí más del desseo de alcançar más con que mejor servirvos pueda.

–En mucho se ha de tener la buena voluntad –dixo la infanta–, cuanto más cuando tan acompañada, como vos dezís, se ofrece, aunque todavía querría saber qué tierra es la que dixistes, porque sepa de qué tengo de hazer cuenta, pues mía afirmáis que ha de ser.

–Si en aquella poridad que a tan alta donzella, como vós, mi señora, tener pertenece, guardarlo quisiéredes –dixo Finariel–, no dexaré yo de vos lo dezir, así por cumplir vuestro mandado como el desseo de vos servir que aquí me traxo.

–Ni yo quiero dexarlo de saber –dixo la infanta–, con la condición por vos puesta.

Entonces Finariel le dixo quién era e la causa de su venida. Y la suplicó le fiziesse merced de otorgarle nombre de su cavallero, para que con él se le acrecentasse su esfuerço, pues así convenía para servir tan alta señora, e sin aquello era imposible que pudiesse dar cima en la menor aventura que le venir pudiesse. Por donde la infanta, puesto que no sin maravillarse que un tan alto príncipe así sólo fuesse a casa de su padre venido, cotejando con aquello la ida del príncipe Nestarcio, su hermano, y viendo

la grande apostura juntamente con la gracia que en todas las cosas aquel cavallero tenía, dio fe a lo que él le dixera. E pareciéndole que no le otorgando lo que pedía le haría sinrazón y desaguisado, se lo otorgó, no sin mucha gravedad acompañada de no menor gracia, dexando a Finariel tan contento quanto jamás lo sperava ser, el cual de grado besara si pudiera a su señora las manos, por aquella tan alta merced que le havia fecho, aunque no dexó por esso de se lo dezir, de suerte que no quedó la infanta menos satisfecha que Finariel pagado.

Llegados a los palacios, Polidia decendió de su palafrén en los braços de Finariel, sintiendo tanta gloria en aquel poco tiempo que se no podría acomparar. En el cual, le dixo:

–Agora soy yo, mi señora, el más bien andante de todos los cavalleros, pues en un hora las mayores mercedes que jamás a ningún príncipe fueron en discurso de largos tiempos fechas, señaladamente en vos fazer este pequeño servicio, de que se me sigue tan grande bienaventurança que mi coraçón no la puede comprehender por su pequeño merecimiento.

No le pesó a la infanta de lo que Finariel dixera, la cual no le respondió porque ya el emperador era muy cerca d'ellos, con el cual y con la emperatriz subieron a lo alto, adonde, dexándolos para que comiessen, cada uno se fue a sus posadas. Aunque Finariel no comió aquel día de la sobrada alegría que su coraçón sentía, por haver alcançado de su señora lo que se vos ha dicho, pues la infanta, cuando se vido sola en su aposento, no dexó de reduzir a su memoria lo que Finariel le havia dicho, gloriándose que un tan alto príncipe y tan apuesto cavallero fuesse venido ende por su servicio. E con aquello se fizo tan loçana que de allí adelante se vistió muy ricos paños, porque fasta entonces por la partida de su hermano los traía honestos, con que crecentando en su hermosura, puesto que lo natural era en toda perfición, acrecentava el orgullo a su cavallero, al cual no dexava de favorecer en lo que honestamente podía. Por donde ninguno havia en aquella casa que viendo lo ir tan adereçado y siendo de su condición humilde e gracioso, no lo amasse y honrasse quanto podía, el cual, passando aquella tan sabrosa vida, aunque por otra parte muy penada, según en este siglo los desseos no pueden jamás cessar de dessear, estuvo en la casa de aquel honrado emperador, del cual era muy preciado por algún tiempo, fasta que se siguió lo que se vos dirá adelante.

¶Capítulo xxxix. De cómo Elisén llegó en Colonia y de cómo, después de fechas grandes fiestas e alegrías por las nuevas que traxo, el emperador embió sus embaxadores a Costantinopla.

Elisén, como vos contaremos, partió de Costantinopla con gran voluntad de servir a su señor en aquel mandado que levava. Por donde se dio tan gran priessa en el camino que en breve tiempo llegó en Costantinopla. Y subiendo a los palacios, falló al emperador que entonces acabava de oír la missa juntamente con la emperatriz e la infanta Polidia. Y como el emperador luego lo hoviesse conocido, antes que las manos le besasse, le dixo:

–Amigo Elisén, ¿qué nuevas me trahes del príncipe, tu señor?

–Son tan buenas, mi señor –dixo Elisén–, que puesto que en pocos días he andado muy largo camino, mucho se ha tardado el cumplimiento de mi desseo, para vos las contar.

–Pues levántate –dixo el emperador–, porque no es razón que tan alegres nuevas como dizes cuentas con trabajo. Antes se te deven por ellas tales albricias como a mí pertenece dar, las cuales dende agora yo te prometo.

No fue perezoso Elisén en besar las manos al emperador por aquella merced, ni menos detardó el desseo que el emperador y cuantos con él eran mostravan de oír aquellas nuevas, porque luego las començó de contar tomando por principio dende el día que Nestarcio partió de Colonia hasta el día que lo dexó en Costantinopla, quanto les había acontecido sin faltar cosa, puesto que callando lo que a la honra de la princesa Arinda podía causar algún prejuhizio. Fueron tantas las lágrimas de alegría que aquel honrado emperador juntamente con la emperatriz e la infanta derramaron, que a todos los que allí eran promovieron a que les tuviessen compañía.

Acabada su razón Elisén, tomando tres cartas que traía, las dio assí como venía por su orden al emperador y a la emperatriz e a la infanta. Y aunque Polidia no quiso abrir la suya, sus padres abrieron las que para ellos venían, en las cuales tan solamente les dezía, después de remitir en crehencia de Elisén todo lo que hasta la liberación de la princesa Arinda le había sucedido, que pues haviendo él librado aquella hermosa princesa, quedava en no menor peligro que el que ella antes tenía, según las penas e mortales desseos que después de la haver visto había continuamente su alma atormentado, sin esperança de cessar, les suplicava que con la mayor brevedad que

pudiessen, embiassen sus embaxadores para que se pudiesse traer su casamiento, y de aquella alta princesa, al fin que él desseava, certificándoles que de la tardança o presta venida d'ellos pendía su triste y penada muerte o alegre vida, y otras muchas cosas para atraerlos a que muy cedo los despachassen.

Cuando la infanta huvo oído lo que en las cartas de su padres se scrivía, abriendo la suya vido cómo mucho más larga cuenta dava a ella de su vida su hermano que al emperador, su señor, pues la hazía sabidora de todas las mercedes que de su señora Arinda tenía recibidas, rogándola que lo tuviesse en poridad. Y cuando la infanta lo huvo todo leído, de muy buen coraçon suspiró, guiando sus ojos contra el príncipe Finariel, el cual jamás los suyos de su vista partió. Por donde, encontrándose en aquel punto, los de Finariel, no pudiendo çufrir tan gran fuerça, se abaxaron dando lugar a los de su señora, para que entrando por los suyos se aposentassen en lo mejor y más fuerte de su coraçón, y se enseñoreassen de todas las acesorias que podían hallar en sus entrañas, porque ninguna parte d'ellas quedasse fuera del señorío de aquella graciosa infanta, a quien él de buen grado lo otorgava como a su sola e verdadera señora.

Leídas las cartas, como se vos ha dicho, el emperador mandó luego al duque de Saxonia y al cardenal de Maguncia que ende estavan, que dentro de diez días se adereçassen para ir a Costantinopla y entender en ciertos fechos que por las instrucciones que después les daría de palabra y por scrito, verían. Y que fuessen de manera que aquel griego emperador conociesse que de ningún otro príncipe le podía venir más honrada embaxada, para lo que les mandó dar mucho haver, no solamente para su cargo, pero para que lo levassen al príncipe Nestarcio, porque si lo menester hoviesse no le faltasse cosa. Los cuales, diziéndole que en aquel mandado recibía señalada honra y merced, se despidieron del emperador e fueron a sus casas para entender en lo que tenían a cargo, con la diligencia que convenía.

Muy grandes fueron las alegrías que en aquel día se hizieron en Colonia, por causa de aquellas alegres nuevas. Y aunque ya era cerca de medio día, quiso el emperador, antes que comiesse, juntamente con la emperatriz e la infanta, ir a aquella iglesia de Nuestra Señora que vos diximos, para darle gracias por la merced tan grande que les había fecho en guardar de tan gran peligro al príncipe, su hijo. Por donde Finariel, al tiempo de cavalgar, no se olvidó de servir a la infanta, su señora, y tomarla después de rienda. Y cuando se le ofreció aparejo, dixo:

–Si [mi] coraçón, al tiempo que vós, mi señora, la carta del príncipe, vuestro hermano, leístes y después sospirastes, tuviesse esfuerço para dezir lo que sintió, en

ningún tiempo le faltaría alegría, de la cual entonces se vido tan ageno como agora con vuestra vista y presencia abundante. Pero como aquél que, siendo ence[r]rado y preso por el vuestro, no tiene ni alcança más fuerças de las que por vós, mi señora, se le otorgan, no puede sin vuestra licencia dezir lo que siente, y por ende calla y çufre. E assí padece desiguales penas hasta tanto que a su sobrado amor iguale el vuestro, el cual por agora tan pequeño contra él se muestra.

–Si esso es assí –dixo la infanta–, ¿cómo puede ser que estando vuestro coraçón en el mío encerrado no alcançe y sepa todo lo que yo sé y puedo? Pues estando tan anexos y juntos es imposible que puedan asconder ni retenerse cosa de lo que saben y sienten.

–Porque ningún prisionero, mi señora –dixo Finariel–, no puede saber más de aquello que por el carcelero que lo guarda, según le es amoroso o squivo, le es comunicado. E como vuestro coraçón sea el carcelero, que al mío en la squiva cárcel de los desseos que de ser vuestro tiene por su grado preso, cierto es que si no le comunica la causa de vuestro sospirar, no puede saberla. Por donde ha sido forçado de vos suplicar, y assí mesmo mi alma, por la parte de los tormentos que le caben, que doliendo vos d’etrambos no permitáis que queden sin la satisfacción que, por saberla causa que dixé, alcançar speran.

–Pues de callarla tanto mal se podría seguir –dixo la infanta–, allende de quedar en juicio de desmesurada, yo soy contenta de vos lo dezir, con que se tenga en la poridad que de vós, siendo tan alto cavallero, se deve sperar.

Y después que Finariel le fizo las gracias que se le otorgavan por aquella merced, la infanta le dixo lo que el príncipe, su hermano, le havía scrito y cómo la princesa Arinda le havía otorgado el señorío que como a su esposo y marido le devía. Y como ella viesse que aquellos dos príncipes havían tan presto venido, en aquel estado que desseavan con tanta igualdad de las personas e voluntad, y ella no supiesse cuándo se vería en aquel estado, señaladamente con marido que tanto la amasse como su hermano señalava amar aquella hermosa princesa, aquel pensamiento fue causa de la fazer sospirar sin lo poder contradezir a su atribulado coraçón, por no lo dexar rebentar, según en aquel punto fue aquexado.

–A Dios merced, mi señora –dixo Finariel–, que halló el príncipe, vuestro hermano, quien d’él se doliesse en tan breve tiempo. Y pues sus fechos están ya tan al cabo, no es razón, mi señora, que vós dexéis de saber lo que yo en esse caso puedo hazer por ayudar y servir al príncipe, vuestro hermano, de cuyo servicio tengo por cierto

que a vós no caberá la menor parte, por donde mi corazón se esfuerça a lo que agora diré. Havéis de saber, mi señora, que la princesa Arinda es fija de mi hermana, la emperatriz Demerencia, la cual nació diez y ocho años antes que yo viniesse en el mundo. Y es tan grande el desseo que mi hermana tiene de verme que sé yo, que después de ver a su fija en aquel estado que le conviene, ninguna cosa dessea tanto. Y pues yo cump[ll]iendo su desseo puedo venir al fin de aquellas penas y mortales desseos que continuamente me atormentan, puesto que apartarme de la gloria que de veros mi alma siente me sea más duro que la muerte, he propuesto, si vuestra voluntad no lo contradize, de ir con estos embaxadores en Costantinopla, a dónde sé que en la hora que me daré a conocer al emperador e a mi hermana, la emperatriz, cualquier cosa que les yo pidiere y aconsejare, no dexará de cumplirse, por donde el casamiento de vuestro hermano con la princesa, mi sobrina, será en el mesmo punto concluido.

»Fecho lo cual, yo entiendo de pedir un don al príncipe Nestarcio, el cual por muy averiguado tengo que me no dexará de otorgar. Y cuando aquí fuéremos bueltos, le diré que lo cumpla, con dárvosme para que seais como yo lo spero verdadera señora, assí de mi persona como de aquel reino de Francia, el cual si por vós, no ha de ser señoreado, dende agora suplico a Nuestro Señor Dios que muy cedo ponga fin en mis penas, dándolo a mis días. Pero, porque para todo lo que dicho tengo ha de proceder y concurrir vuestra voluntad, según dixere, pídivos por merced, mi señora, me hagáis sabidor d'ella para que yo pueda en todo seguirla, sin que falte un solo punto.

–Mi voluntad –dixo la infanta–, esforçado príncipe, no ha de ser sino aquella que el emperador, mi padre, y el príncipe, mi hermano, querrán que sea, porque, puesto que mi corazón no dexere de sentir que ofreciéndosele por vós, vuestra persona y estado es mucho más de lo que yo merezco ni podría en ningún tiempo alcançar, es cierto que no se ha de doblar para seguir más de aquello que por los que ya dixere me fuere mandado.

Y como al tiempo que Finariel quería responder a la infanta, fuessen cerca de la puerta de los palacios, no pudo, porque era innumerbale gente la que atendía con muchos juegos la buelta del emperador, el cual, y muchos de los que con él venían, aunque no havían comido, puesto que passassen tres horas después de medio día, no tuvieron aquel día peor comer que los otros, según con mucha alegría se sentaron a las mesas, adonde no menos servidos fueron de los juegos, que vos diximos que subían a representarles, que de los manjares, aunque muchos y bien adereçados. Y si no quisieran dar alguna parte a la noche, bien tuvieran en qué folgarse fasta otro día, pero passada medianoche el emperador y la emperatriz y Polidia se retraxeron a sus aposientos, por

donde los juegos cessaron y los cavalleros e la otra gente se fueron a descansar a sus posadas.

Otro día en la mañana, Finariel suplicó al emperador le dicesse licencia para ir con aquellos embaxadores en Costantinopla, porque era cierto que lo podría servir mejor en aquel camino que estando en su casa, según después se vería por la obra, al cual el emperador la otorgó, agradeciéndole el trabajo que para su mayor servicio quería tomar. Y para ello le mandó dar otro tanto haver como a cualquier de los embaxadores, aunque no había de levar más cargo del que él mesmo se procuraría cuando en Costantinopla fuesse. Por donde Finariel besó manos al emperador, assí por la licencia como por el haver de que le había fecho merced, el cual tomó, assí porque pudiesse adereçarse mejor para aquel camino, como porque el emperador no lo considerasse de mayor estado del que él dixera ser, al tiempo que lo recibió en su servicio.

Venida la noche antes de la partida, los embaxadores vinieron a despedirse del emperador, el cual ya les avía dicho e dado el recaudo de todo lo que había de fazer, y rogado que en aquellos fechos se hoviessen sesudamente, anteponiendo su honra y la del príncipe, su hijo, a todos los otros intereses. Y pues Finariel, por su servicio de su propia voluntad, quería tenerles compañía en aquel camino, que lo honrassen y acatassen como a su propio hijo, porque él tenía por cierto que ninguna honra se le podía hazer sobrada, según su merecimiento. Los cuales, ofreciéndole que en todo cumplirían su mandado, se despidieron d'él e de la emperatriz, porque Polidia no era ende. La cual, dende el día que había otorgado su voluntad a Finariel para hazer aquel camino, considerando la soledad que de su ausencia sentiría, siempre se había sentido mal, tanto que si no fuera porque ya Finariel tenía licencia del emperador para ir con los embaxadores, ella le pusiera estorvo en su partida.

Por donde algunos días estuvo sin salir de su aposento, no dexando de señalar en su gesto la tristeza de su corazón. Pero sabiendo que ya los embaxadores se habían despedido, e que Finariel assí mismo se despediría aquella noche, vino al aposento de la emperatriz con achaque que quería cenar con ella, porque estando sola no podía comer ni hallava sabor en ninguna de cosa de cuantas le traían. E como los más días el emperador e la emperatriz comiessen de consuno, fuéronse las dos al aposento del emperador, con el cual Polidia cenando se esforçó a comer más de lo que había comido los otros días, fingiendo con aquella compañía haver cobrado gran parte de esfuerço y alegría.

Alçadas las mesas, Finariel vino ende. E puesto que en su semblante mostrasse ser muy alegre, por dar a entender al emperador que no sin sobrada voluntad de servirlo quería hazer aquel viage, su corazón no dexava de ser tan triste que aquella graciosa infanta no conociesse que su alegría no procedía de raíces y fundamento alegres. Al cual el emperador, en presencia de la emperatriz y de su fija, le encargó sobre todas las cosas que en aquellos fechos no se mirasse más de no menoscabar su honra, e de traher la voluntad del príncipe, su fijo, pues era honesta, al fin que él dess[e]ava con la mayor brevedad que se pudiesse, al cual Finariel, prometiendo que assí se cumpliría, siendo el Alto Señor servido, suplicó fíncadas las rodillas en tierra le diesse las manos. Y como el emperador siempre en su corazón lo considerasse cavallero de alta guisa, no lo consintiendo lo fizo levantar, diziéndole que dixesse a la emperatriz e a su fija si mandava alguna cosa, pues a los embaxadores no havían querido encomendar ninguna.

–Sobrada sería la merced que en ello, mi señor, yo alcançaría –dixo Finariel–, pero mi pequeño merecimiento me será tan contrario que no consentirá que lo yo alcance d’estas altas señoras, aunque si les pareciere que con la poquedad de mis fuerças yo puedo hazerlo, muy ciertas pueden ser que no faltará aquella voluntad y desseos que a ésta vuestra tierra me traxeron para poder serviros.

–Pues con tanta voluntad vos ofrecéis a nos servir –dixo la emperatriz–, razón será que no se dexa de emplear por mi parte, pues no la empleando, no quedaré de menos deudora. Por donde vos ruego que lo más cedo que ser pudiere, me traigáis en vuestra compañía al príncipe, mi fijo, sin que para este efecto por vós en procurarlo se pierda un solo punto.

E antes que Finariel a la emperatriz respondiesse, la infanta le dixo:

–Llevándovos, virtuoso cavallero, mandado de la emperatriz, mi señora, poca necesidad habrá de vos encomendar otra cosa por mi parte, pues no dexa de ser averiguado que yo no podría añadir ni menguar sólo un punto de su voluntad sin caer en muy notable yerro. Pero pues assí como a mi señora vos me ofrecistes, no es bien que yo dexa de emplear vuestro ofrecimiento, pues para mucho más son bastantes vuestra discreción e fuerças. Y por ende lo que vos ruego que por mí fagáis es que el príncipe, mi hermano, no venga en esta tierra sin traher en su compañía a la princesa Arinda, pues si viniessse sin ella no le terníamos acá sino como de prestado, porque es cierto que luego trabajaría de bolver adonde ella estuviesse. Por donde, ni nosotros d’él ni él de nós, podríamos gozar sin recelo de perder muy presto la cosa que más ver y gozar desseamos, a cuya causa ningún gozo podríamos sentir. E si assí fuesse yo le havría de

perder todo el amor que le tengo, pues es cierto que dexándome otra vez, como la primera por ir adonde no sabe si es como de mi amado, no podría dexar de conocer que del todo habría olvidado aquel amor que siempre mostró tenerme.

–Si el alma como debe, muy alta señora –dixo Finariel–, tan poco se acordara de vós como d’estos altos señores, a quien debe tanto que de comparación carece, pero por servir assí a la emperatriz, mi señora, como a vós, muy graciosa infanta, en lo que por entrambas me ha sido mandado, puesto que por agora vuestras voluntades parezcan en algo contrarias, yo fío en Dios que se cumplirá por mí de manera que, quedando entrambas servidas las voluntades que dixere ser diversas, quedarán en todas sus partes concordes.

Y aunque después de dicho aquello quiso besar las manos, assí a la emperatriz como a la infanta, como no lo consintiesen, despedido d’ellas e del emperador, se fue a su aposiento para se aparejar para su partida. Por razón de la cual ya había tomado muchos servidores y mandado fazer muy ricos atavíos, porque siendo conocido en Costantinopla no lo fallasen como cavallero andante

Cuando Polidia vido a Finariel despedido, pareciéndole quedar en las tinieblas que por la pérdida de la luz en las oscuras noches se causan, no pudiendo estar ende gran pieça, se fue a su cámara, adonde mandadas salir todas sus donzellas, quedando con sola Lumela, que era la donzella de quien sobre todas fiava, después de haver en su pensamiento passado una muy cruda batalla entre el amor que ella a Finariel tenía con el temor y vergüença de menoscabar en algo su honra, en la cual había la parte del amor prevalecido, pues tenía por compañera la rectitud con que se había causado, le dixo que fuesse al aposento de Finariel, y de su parte le rogasse que aquella carta que ella escrevía a su hermano Nestarcio se la dicesse luego que fuesse llegado en Costantinopla, porque le cumplía mucho que la leyese antes que las del emperador, su padre.

Tomada por Lumela la carta, no tardó en cumplir el mandado de su señora, aunque bien sospechó que aquel cenar aquella noche con el emperador y embiar aquella carta tan tarde, e sobre todo, el mal que su señora dezía sentir, no se fazían y sentía[n] sin gran causa, porque en todos aquellos diez días en cualquier hora que delante d’ella se hablava de aquella partida, toda la alegría que su señora mostrava tener luego se le convertía en tristeza.

Y llegada ante Finariel, después de le haver dado la carta, le dixo lo que por su señora le había sido mandado, de que Finariel recibió tan alegre turbación, que más se afirmó en lo que antes de aquello había sospechado Lumela, a la cual, agradeciendo el

trabajo que en le traer la carta había tomado, preguntó si le habían mandado dezir otra cosa. Y diziéndole Lumela que con lo que le había dicho era cumplido lo que le mandaran, bolvió a su señora, a la cual, por más descubrir su sospecha, contó la turbación que en Finariel conoció al tiempo que le dio su carta, de que la infanta no dexó de se alegrar, conociendo el señorío que tenía sobre tan alto cavallero. Y como no pudiesse aquella alegría encubrir, puesto que sobre gran tristeza viniessen, dixo a Lumela:

–No te maravilles si a las vezes el mandado de una sola donzella causa mayor alteración en el corazón de un cavallero, por fuerte que sea, que le causarían diez cavalleros armados que para acometerlo viniessen. Porque a lo primero se ha de resistir e alcançar victoria con obedecer, sometiéndose a cosas cuasi imposibles de çufrir, e lo segundo con fuerças y esfuerço, los cuales fácilmente se alcançan. Por donde puedes Lumela conocer que es cosa más difícil sujetar el generoso corazón, que esforçarlo para que se atreva a cualquier cosa, por muy peligrosa que sea. Porque, en fin, mal se puede resistir ni ofender a aquél de quien aún no querríamos defendernos. Y pues ya es hora de dormir, acostémonos, aunque bien creo que tú dormirás, con más sosiego del que agora mi corazón tiene, lo que de la noche queda.

Partida Lumela, acercándose Finariel a una de las velas que ende alumbravan, por ver el sobrescrito de la carta, cuando sin él la vido y no cerrada, bien conoció que él era el Nestarcio a quien iba dirigida. Y cuando hubo leído las palabras que en ella se escrevían, no pudiendo de sobrado gozo sobre sus pies sostenerse, se arrimó a su lecho diziendo entre sí mesmo:

–¡O, mi señora Polidia, qué servicios han sido los míos porque habiendo respecto a ellos a tal tiempo me acorriésedes! Estas son, mi señora, las mercedes que se han de agradecer, pues impensadamente e sin merecimiento de quien las recibe se hazen, que no aquellas que la precedencia de los servicios y trabajo de pedir la satisfacción las sobrepujan. ¿Quién vos forçava, esclarecida infanta, descubrirme los secretos de vuestro generoso corazón y dezirme que será maravilla poderse sostener hasta que yo vuelva, sino lo que vos sentís de lo que el mío siente y sentir espera, por todo el tiempo de mi corporal ausencia? ¿A qué puedo yo, mi señora, someterme, siendo cosa tan baxa que pueda igualar al menor quilate de vuestra humildad, siendo tan alta? ¡O, Señor Dios, dadme vida para que, no desviando de vuestro servicio, pueda servir a mi señora tan cumplidas mercedes como sin tener yo para ellas merecimiento me otorga.

Y otras muchas cosas dixo para este efecto, tan ocupado en aquel sabroso pensamiento que no podían d'él despedirse sus sentidos. Pero haviendo en aquello pasado gran parte de la noche, se acostó en su lecho, en el cual durmió muy poco, y aquello más de cansancio de la mala noche que no porque él lo procurasse. Y antes del alva se levantó y cuando fue hora, en compañía de los dos embaxadores, partió para Costantinopla para el efecto que se vos ha dicho.

¶Capítulo xl. De lo que a Menadoro avino después de partido de Trepisonda, hasta que le vino al encuentro el sabio Arismenio.

Al tiempo que Menadoro, como vos diximos, se despidió del rey Pasmerindo en Trepisonda, su intención fue de ir a casa del rey de Bohemia, su tío, adonde a sus criados había embiado e mandado que lo atendiessen. Por donde, tomando el camino hazia aquel reino, después que lo hubo seguido ocho días, descendiendo una mañana de una alta sierra a un valle muy hondo, comenzó de sentir por entre los árboles, los cuales muy espessos eran, grandes bozes como de muger que se quexava. E assí como hazia aquella parte se iba acercando, siguiendo el tino d'ellas, muy claro conoció que de muger eran. E por la poder socorrer más presto, en caso que la acorrer pudiesse, se dio en el andar gran priessa, tanto que ya por entre los árboles, aunque eran más espessos en aquel lugar y apartado del camino, vido un cavallero que quería escarnir una donzella, poniendo en ello toda su fuerça, la cual a grandes bozes llamava a Dios y a Santa María que la acorriessen. E de que muy cerca d'ellos fue Menadoro, dixo en una boz tan alta que al cavallero que la donzella assí tenía hizo bolver la cabeça:

–¡Dexad, don Falso, la donzella, si no, moriréis por ello!

El cual no tardó en responderle:

–Pues deciende de tu cavallo si no quieres atender que yo cavalgue en el mío. Y verás cómo te daré presto el pago que, por me haver de mi sabor estorvado, se te debe.

Y aún no acabava de dezir aquello el cavallero, cuando ya Menadoro había de su cavallo decendido. Y con su espada en la mano, bien cubierto de su escudo, acercándose a su contrario, le dixo:

–Ponte el yelmo, malaventurado, que, pues lo quitaste para tomar el sabor que dexiste, razón es que lo cobres para hazer la satisfacción que de tan gran pecado e fuerça debes a Dios e a essa pobre donzella que forçar querías.

–Algo más de bien ay en ti –dixo el cavallero– de lo que yo creía, pues me das tiempo para me enlazar el yelmo, pudiéndome acometer sin él más a tu salvo.

–Los tales como tú –dixo Menadoro– hazen esso e lo primero que tú hazer querías, pero en fin tan bien lo pagan como tú agora todo junto.

Y como el cavallero no tuviesse menos saña contra Menadoro, por las palabras que entonces le dezía, que por le haver poco antes estorvado su dañado y esperado

deleite, en acabando de enlazarse el yelmo, vino contra Menadoro con su espada alta. El cual, como lo tuviese por cavallero desmesurado y de malas maneras, aunque con tanto denuedo lo vido venir, no lo preci6 cosa. Por donde, llegándose a 6l sin ning6n recelo, lo firi6 por encima del yelmo, de tan pesado golpe que entrando por 6l, aunque de fino azero era, m6s de tres dedos lo llag6 de una llaga, puesto que no grande. El cual, como se sintiese llagado, por se vengar de Menadoro le descarg6 tan duro golpe que si antes de llegar al yelmo no parara el escudo, no pudiera dexar de hazerle igual o mayor da6o d'el que 6l havía recibido. Y viendo que no lo havía podido coger a su sabor, queriendo tornar a ferirlo, no supo hazia qu6 parte el golpe descargasse, porque la sangre que de la llaga de la cabe6a le saliera, ya le havía decendido a los ojos e cegado de suerte que ninguna cosa podía ver, ni menos a Menadoro, el cual, firiéndolo de otro golpe en una pierna, le fizo en ella una grande llaga, tanto que era maravilla como se podía sobr'ella sostener. E no lo ovo acabado de ferir, cuando con mucha ligereza dio un salto hazia'tr6s por no recibir otro de su contrario. Y al tiempo que dio de pies sobre la yerva que ende havía, deslizáronsele los pies de manera que cay6 d'espaldas en el suelo. E vali6se que su contrario no lo pudo ver, porque si lo viera no pudiera Menadoro sino verse en alg6n peligro. Pero creyendo su contrario tenerlo delante, le descarg6 un golpe con tanta sa6a e fuer6a, creyéndole fender el yelmo e la cabe6a, que como diesse en vazío, no parando hasta el suelo, m6s de media espada puso por 6l, no tardando en sacarla y al6arla en alto. En aquello conoci6 Menadoro que el cavallero que con 6l hazía la batalla no podía ver, por donde 6l lo podía ferir a su salvo por la parte que m6s da6o le podría hazer. Y si Menadoro creyera que dexándolo con la vida de allí adelante se emendara, no levara al cabo el pleito, pero temiendo que si lo dexava con ella, en lugar de emendarse haría otro tanto o peor, llegándose muy cerca d'6l lo firi6 sobre el yelmo de tan pesado golpe que, fendiéndole gran parte d'6l e de la cabe6a, no tard6 gran pie6a en perder la esperan6a de escarnir donzellas, juntamente con la vida.

Cuando la donzella vido el fin de aquella batalla, cobrando su perdida alegría con el sabor de tan s6pita e impensada vengança, vino contra Menadoro, al cual dio las gracias que supo por la haver a tal tiempo acorrido. E otrosí le pidi6 por merced que la no dexasse sola, porque si la dexava podía ser que se viesse en otra igual o mayor congoxa de la passada. A la cual, ofreciendo Menadoro que faría todo su poder por guardarla, dixo que se acogesse a su palafr6n y andando le podría dezir lo que quería que por ella hiziesse.

Y partiendo de aquel lugar, dexando el camino que Menadoro llevaba, tomaron otro que la donzella le dixo que convenía para la llevar a casa de su padre. Y después que por aquella carrera que la donzella dixera, huvieron caminado buena pieça, viéndose ya la donzella en seguro y hallándose sossegada de aquel gran sobressalto y aprieto en que se viera, començó de dezir a Menadoro:

–Sabed, señor cavallero, que mi padre es señor de un castillo, el cual se dize de la Dehesa por razón de una gran dehesa e de mucha caça que es anexa a su señorío, el cual mi madre traxo en dote al tiempo que con ella casó. Del cual casamiento nacimos otra mi hermana e yo, sin algún hermano varón. Quiso la suerte que mi madre y hermana dentro término de un año muriessen, quedando mi padre e yo en aquella soledad que podéis, señor, considerar. Y como aquel castillo, con todo lo ál que mi padre tiene, sea para mi casamiento, muchos cavalleros, desseando tanto o más el señorío de mis bienes que de mi persona, me han fecho demandar a mi padre para que con ellos casasse. El cual, temiendo que si me diesse marido no podría tener de mí el servicio que agora tiene, y que sin bienes se le aparejaría mala vegez, todos los casamientos que para mí le han hablado, ha desechado con buenas palabras, hallando para cada uno su justo achaque.

»Y ha sido mi desdicha que por esta tierra aportaron esse cavallero, que muerto en el valle dexamos, con un hermano suyo. E sabido que yo tenía tantos bienes para mi casamiento, trabajó con algunos ilícitos y desonestos medios ganar mi voluntad. E cuando vido que no le aprovechavan cosa, uso d’esta maña, que tomando un hombre que de pocos era en esta tierra conocido, le dixo que fuesse al Castillo de la Dehesa y que de parte de una, mi tía hermana de mi madre, le dixesse que le rogava que para después de mañana fuesse conmigo a su castillo, porque nos fallássemos en los desposorios de su hija y mi cormana. Por donde sabida por mi padre la voluntad de mi tía y que siendo la desposada tan gran deudo conmigo, era razón que fuéssemos algún día antes para que yo pudiesse ayudar a mi cormana en algunas cosas que para semejantes fiestas se acostumbravan adereçar. Dixo al hombre que bolviesse a mi tía y le dixesse que oy seríamos en su castillo, y para lo poner en efecto esta mañana antes del día partimos de nuestro castillo para ir al de mi tía, haziendo cuenta de llegar antes de medio día, pues no ay más de cinco leguas de camino.

»Y como el cavallero que dixe, fuesse por el hombre havisado que para oy sería nuestra partida, aguardándonos cuasi al medio camino adonde se dexa éste que agora llevamos y se toma el que va al castillo de mi tía, al tiempo que mi padre e yo ende

llegamos, arremetió con su lança baxa contra mi padre para passarlo de la otra parte, viendo que venía desarmado e sin ningún recelo, assí como lo fiziera, si mi padre con su cavallo no fuyera por no recibir la muerte. Y aunque alguna pieça lo siguiesse, como vido que según el cavallo de mi padre era ligero y corredor le sería difícil poderlo alcançar, y que podría ser que yo por otra fuyesse, adonde después no pudiesse hallarme, dexando a mi padre vino a mí. E tomando las riendas de mi palafrén, a gran priessa començó de caminar hazia el valle en que nos hallastes, adonde apeándose de su cavallo me decendió de mi palafrén, y quitándose el yelmo se sentó a par de mí, començando de aconsolarme de los llantos que yo hazía, y dezirme muchas cosas para que yo de mi voluntad consintiesse en la suya, ofreciéndome que casaría conmigo e que siempre me ternía por señora.

»Todo lo cual le aprovechava poco, porque acordándome que le había visto querer matar a mi padre, y que con tan gran traición me había tomado, ruegos ni otras cosas que fizo e dixo jamás pudieron ser parte para que yo de mi llanto cesasse, ni menos le respondiesse palabra a ninguna de cuantas cosas me dezía. De suerte que, viéndome obstinada en no querer complazerlo, movido de mucha saña, me començó de maltratar diziendo que, pues yo no lo quería por marido, valiendo más que todo mi linage, él me desonraría e llevaría por el mundo todo el tiempo que le pluguiesse. Y después, con grande violencia quiso tentar de traer a efecto su dañada voluntad y suzios desseos, los cuales tengo por cierto que si vós, señor, no estorvárades, no pudieran sino cumplirse, porque ya mis fuerças ni para me defender ni para dar bozes tenían fuerça.

»Y pues ya aquel falso tiene el pago que merece según su desmesura, lo que por mí, señor, havéis de hazer es defenderme del hermano que vos dixes que tiene, el cual también esperava a mi padre y a mí por otro camino, según yo supe del que en el valle queda, porque no pudiésemos dexar de venir a sus manos. Por donde creo que cuando havrá visto que no havemos ido por el camino que él guardava, verná para buscar a su hermano por el otro, y si a mí hallasse fuera de vuestra compañía, no podría yo dexar de morir por sus manos de muy cruel muerte, según entrambos hermanos son sobervios y de malas maneras. Y pues antes de mañana a medio día seremos en el castillo de mi padre, yo vos suplico, señor, que no me dexéis hasta que allí seamos, porque puesto que fuera de vuestra compañía ningún siniestro me siguiesse, solamente el miedo que tengo de aquel traidor de su hermano será para me matar bastante.

Oída por Menadoro la aventura de la donzella y lo que más le rogava, le respondió que él le ofrecía de no la dexar hasta la entregar a su padre, porque su

costumbre era servir e favorecer a las mugeres, señaladamente a las donzellas, aunque de una venía muy lastimado, puesto que no por culpa d'ella sino de su ventura, la cual en aquellos desseos le havían sido muy contraria.

Y hablando en aquello e otras cosas que la donzella contava a Menadoro, con mucha gracia no desacompañada de hermosura, siendo ya tan tarde que cuasi quería el Sol entrar en su acostumbrada casa, vieron por su mesmo camino venir un cavallero a gran priessa, el cual, llegando a un tiro de arco cerca d'ellos, arremetió su cavallo e con su lança baxa vino contra Menadoro sin le dezir cosa, cuidando que la donzella e su padre fuessen y que havían tomado otro camino por no encontrarse con él o con su hermano. Pero Menadoro no fue perezoso en irle al encuentro con tan gran furia, aunque era para los cavallos sobre cansancio de todo el día, que era maravilla, y fueron los encuentros tan poderosos que la lança del cavallero boló en mil pieças. Pero la de Menadoro, que más gruessa e fuerte era, lo sacó de la silla por las ancas del cavallo, haziéndole dar en el duro suelo tan gran caída que ya era decendido Menadoro de su cavallo por le ir a dar la muerte, pues no devía ser menos falsso que su hermano, cuando el cavallero se començó de levantar, y aunque muy quebrantado de defenderle de Menadoro. El cual, antes que anocheciese, lo paró tal señaladamente con dos golpes que le firiera en la cabeça, que no tardó en la forma de la muerte, assí temporal como eterna, en hazer compañía a su hermano.

Cuando la donzella vido la experiencia del grande esfuerço y fuerças de Menadoro, a maravilla fue d'él pagada, aunque no lo havia visto sin yelmo, porque no se lo havia quitado después que oyó las bozes de la donzella en el valle. Y cuando fueron alexados del segundo cavallero, viendo que ya anohecía, desviándose del camino, fueron a alvergar debaxo de unos grandes árboles que a su diestra havia, adonde, decendiendo de sus cavallos, les quitaron los frenos, para que paciessen de la yerva que ende havia mucha y viciosa. Y se sentaron a cenar de lo que el escudero de Menadoro traía para semejantes lugares.

Cuando la donzella vido a Menadoro sin yelmo, no dudara ella, aunque no por vía ilícita porque era muy virtuosa, de le tomar por señor e marido, puesto que no le supiese más hazienda de sus armas y cavallo, porque mucho lo preció en su corazón, por lo que le havia visto hazer contra dos cavalleros tan dudados como aquellos que havia muerto, no dexando de se maravilliar viéndolo tan moço e apuesto, como no le pedía su amor siendo ella tan niña y hermosa, que sólo por aquello era de muchos codiciada.

Cuando huvieron cenado, Menadoro, mandando a su escudero que diesse un manto a la donzella con que se cubriessse, se tendió sobre la yerva, haziendo de su yelmo almohada, y assí mismo su escudero, tomando cada uno el lecho que mejor y más blando le pareció, adonde durmieron hasta la mañana, que recordando Menadoro, aunque fue el que menos había dormido, llamó a la donzella y a su escudero para que luego partiessen, assí como lo hizieron, tornando a cobrar la carrera que el día antes habían llevado.

Y aún no eran alexados de donde durmieran una legua, cuando vieron por su mesmo camino venir cuatro cavalleros a la mayor priessa que dar se podían. Y cuando fueron tan cerca de Menadoro, que pudieron conocer la donzella, los dos que venían delanteros arremetieron contra él con sus lanças baxas, cuidando que fuesse el cavallero que buscavan. Pero la donzella, conociendo en el cavallo al uno d'ellos que era su padre, y poniéndose en medio del camino con su palafrén, les dio grandes bozes porque parassen, porque aquel no era el cavallero que la llevara. Por donde se detuvieron, puesto que no huviessen oído lo que dixera. Pero cuando el padre de la donzella le oyó dezir lo que Menadoro había por ella fecho, decendiendo de su cavallo fue contra Menadoro para darle las gracias que devía, pidiéndole perdón por la mala voluntad que contra él tuvieran tan sin causa. Y aunque Menadoro quiso de su cavallo decender, por no ser desmesurado contra el cavallero, no le fue por él consentido, antes tornando a cavalgar bolvieron por el mesmo camino, por el cual la donzella contó a su padre y a los otros que con él vinieran todo lo que después que su padre la dexó le había acaecido, sin faltar cosa de que aquellos cavalleros mucho se maravillaron y mucho más apreciaron a Menadoro por lo que d'él habían oído.

Por donde, su padre de la donzella, con mucha humildad tornó a hazer gracias a Menadoro, viendo que por su causa había sido su fija librada antes que desonra recibiesse. Del cual Menadoro supo que los otros dos cavalleros, que habían quedado atrás cuando él se adelantó con el otro para acometerlo, eran cormanos, e que la causa porque no quisieron acometerlo en compañía suya fue porque dixeron que era gran villanía acometer dos ni tres cavalleros a un cavallero solo, porque sabía a traición. El uno de los cuales era el que con la cormana de aquella donzella se había de desposar. Y pareciendo a Menadoro que aquellas palabras no podían proceder sino de cavalleros, en quien huviesse toda bondad e virtud, dixo al padre de la donzella que se detuviesse, porque quedando los dos le pudiesse hablar un poco [lo] que le había entonces ocurrido, assí como se hizo.

Y luego Menadoro le dixo que por su hija le había sido hecha relación que ninguno de cuantos casamientos le hablaban le parecía bien, buscando para cada uno sus achaques, aunque la verdad era que no se dexavan sino por temor que casándola no podría ser d'ella servido, y de desposeerse de los bienes que le había de dar. Lo que no era conforme al servicio de Dios ni a su honra, ni d'ello podría dexar de seguirse otro tal o peor inconveniente que el passado. Y pues era possible que Nuestro Señor Dios le huviesse dado aquel primer açote para su castigo, no lo tentasse más porque si lo hazía, perseverando en su pertinacia, podría ser que el segundo fuesse sin remedio. Y pues aquellos dos cavalleros eran cormanos y se parecía en ellos ser esforçados y de buenas maneras, y el uno ya estava dedicado para su sobrina, que devía casar a su fija con el otro, porque era cierto que, haziéndolo assí, no podría dexar de serle siempre obediente hijo, y ternía con entrambos mejor vegez de la que tener esperava.

Y otras cosas para aquel efecto también dichas que oídas por el padre de la donzella, mudaron su pensamiento y movieron su ánimo para hazer lo que Menadoro le había aconsejado cumplidamente, tanto que, después de le haver dicho a Menadoro que le ternía en no menor merced el consejo que le había dado que el socorro que a su hija fiziera, le pidió por merced que él lo fiziesse y assentase como más conviniesse a su honra, porque él estava determinado de otorgar e cumplir todo lo que él assentaría, al cual Menadoro lo agradeció, tomándolo a su cargo. Y después le preguntó que adónde había fallado aquellos cavalleros y cómo sabían que su fija fuesse ida con el cavallero que la llevara por aquel camino. El cual le dixo que al tiempo que él fue assaltado por el cavallero, después que lo dexó viendo que no lo podía alcançar, había tomado el camino del castillo de su hermano, llegando al cual falló aquellos tres cavalleros que con él eran venidos, los cuales eran ende entendiendo en el casamiento de su fija. Y como supiesen la causa de su venida, luego se armaron por venir en su compañía a buscar al cavallero que a su fija llevó, y como les sobreviniesse la noche en el camino, atendieron hasta la mañana debaxo de unos árboles, venida la cual tomaron a seguirlo fasta que encontraron a él y a su hija.

Y no passó gran pieça, después de aquellas razones, que vieron el Castillo de la Dehesa, el cual estava assentado sobre un cerro pequeño. Y quando ende llegaron, el señor d'él fizo adereçar lo más presto y mejor que pudo de comer. Y alçadas las mesas, Menadoro, tomando aparte al cavallero con quien el entendía casar a Burgia, que assí se dezía la donzella fija del señor del castillo, le dixo lo que con su padre había hablado, con que lo hizo tan alegre que quiso besar las manos a Menadoro, señalando que por su

medio recibía la mayor honra y merced que él esperaba alcanzar. Y le suplicó que se no partiesse dende sin los dexar desposados, porque con su ausencia no sucediesse algún estorvo, al cual Menadoro lo otorgó conociendo que le pedía guisado, según la condición del padre de Burgia era variable. Y fue tan solícito e mañoso Menadoro en traer aquellos fechos a efecto, que antes de la noche los tuvo a todos concordados, y se concertó que assí los desposorios de Burgia como los de su cormana, se hiziesen en aquel castillo dende a seis días, porque todos tuviessen tiempo para adereçarse de lo que convenía. En los cuales Menadoro fue cada día a caça, en la cual mucho se folgava, assí porque matavan más de la que querían, como porque todos no entendían sino en servirlo, teniéndolo por el mejor e más mesurado cavallero del mundo.

Passados los seis días que vos diximos, la tía de Burgia con su hija, acompañadas de muchos cavalleros y otras dueñas e donzellas que venían a les hazer honra y compañía, vinieron al Castillo de la Dehesa, adonde el siguiente día se fizieron los desposorios de las dos cormanas con los dos cormanos, con muy gran contentamiento de todos, porque si las donzellas eran niñas y hermosas, los cavalleros no eran viejos ni feos.

Dos días después de los desposorios, se despidió Menadoro de todos, agradeciéndoles el plazer y honra que ende le fizieran, ofreciéndoles su persona y lo demás que se le otorgava para siempre que lo menester hoviessen, certificándolos que en la corte del rey de Bohemia lo hallarían, o nuevas d'él. Y aunque no quisiera descubrir su hazienda, fueron tantos los ruegos que al tiempo de su partida le fizieron aquellos cavalleros e donzellas, que no pudo dexar de complazerlos. Por donde, dexándolos tan alegres por saberlo, quanto tristes por no le haver fecho el servicio que a su persona y estado se devía, pero, sobre todo, por la soledad que de su compañía sentirían, se partió d'ellos siguiendo su primero camino, aunque después, por una aventura que le avino, mudó su propósito y fue a otra parte, según se vos dirá.

¶Capítulo xlj. De cómo el sabio Arismenio, doliéndose de Menadoro, le vino al encuentro en el camino, y dándosele a conocer, le dio consejo con que se aconsoló. Y de cómo después, por exortación de una donzella, Menadoro determinó de ir a la Gran Bretaña.

Algunos días anduvo Menadoro siguiendo el camino que antes llevaba, en cabo de los cuales, después de entrado en una floresta y de haver por ella caminado buena pieça, alcançó un donzel que por su mesmo camino iva, cavallero en un palafrén tan flaco y lasso que era maravilla como así sólo podía sostener, al cual con un grueso palo estava firiendo de grandes golpes, aquexándolo que caminasse. Pero el palafrén estava tal parado que, aunque los palos fueran doblados, no moviera sus manos y pies más de lo que sus fuerças señalavan, tanto que Menadoro dixo el donzel:

–¿Para qué, hermano, trabajas y te cansas en balde? Pues vees que por más que hieras tu palafrén, no podrá aunque quiera cumplir tu voluntad.

Y como el donzel lo oyesse hablar, bolviendo la cabeça por ver quien era, y cuando lo vido, mostrándole el rostro muy sañado, le respondió:

–No sé yo qué cuidado tenéis vós, cavallero, para dezir lo que dixistes. Por donde, porque veáis cuán poco aprovecha dar consejo adonde no vos lo piden, agora lo feriré más y no cansaré fasta que lo haga correr.

Al cual Menadoro, no pudiendo dexar de reírse, dixo:

–Si esso tú esperas, bien creo yo que no lo alcançaras en tu vida, porque es cierto que antes te cansarás tú de apalearlo que él de recibir los palos, según lo veo porfiado para que pase la suya. Aunque por cierto tengo, según es de buenas maneras e paciente, que si le diesses tanta cevada como golpes, perdonándote su daño e injuria, no dexaría de complazerte en correr, según quieres.

–Yo creo, cavallero, que no sois venido aquí para más de con vuestras razones detenerme, que no vaya mi camino con la priessa que me embían –dixo el donzel–, según vos pesa que yo aguije mi palafrén, en quedándome aún por andar diez leguas antes que anochezca.

–No me ayude Dios –dixo Menadoro– si tú las vas con essa bestia, aunque tan andariega parece, en diez días, quanto más esta tarde.

–Pues yo vos prometo –dixo el donzel– de llegar primero con él a diez leguas de aquí, antes que la noche sobrevenga, que vós a casa del rey de Bohemia en dos años, aunque no vos queden ocho días de camino. Y pues vós, con cuantas fuerças pusistes nunca movistes el corazón de la princesa Albericia, para que a lo menos de veros folgasse, no me juzguéis por sandio si yo con las mías trabajo en hazer que corra mi palafrén, pues no es tan imposible como lo que vós de la princesa que dixes alcançar queríades.

–¿Cómo sabes tú lo que yo aún no acabo de saber –dixo Menadoro– ni menos fue por mí jamás a nadie comunicado?

–Porque sé más de vuestra hazienda que vós mesmo –dixo el donzel.

–Assí me parece –dixo Menadoro–, pues los mayores y más altos secretos de mi corazón te son manifiestos. Por donde muy gran merced me harías que me dixesses lo que de mí sabes, pues assí te lo otorgaron Dios e mi ventura.

Pero el donzel, no curando de le responder, firió muy quedito en el uno de los oídos del palafrén con su palo, el cual comenzó de correr con tanta ligereza que Menadoro se santiguó muchas vezes, maravillándose de lo que el donzel le dixera, y no menos de ver correr tan ligeramente su palafrén, tanto que muy presto lo perdió de vista. Y assí quedó con gran desseo de saber quién fuesse el donzel que tanto sabía.

Aquella noche alvergó Menadoro en casa de un florestero, aunque su dormir fue tan poco que cuasi la mayor parte d’ella estuvo pensando en lo que le aviniera, y, sobre todo, cómo podía ser que él no llegasse a casa del rey, su tío, en dos años, no le quedando camino de ocho días, pareciéndole ser imposible. Y de muy gran mañana, se partió siguiendo su mesmo camino, por el cual anduvo cuatro días, en cabo de los cuales una mañana sintió tras de sí un estruendo como de cavallo que corría. Y como bolviesse la cabeça por ver quién era, vido un hombre tan viejo y que traía la cabeça tan baxa por su vegez, que la barva, aunque no muy larga, llegava al arzón de la silla en que venía cavallero. E por no caer, traía asidas las dos manos del arzón, y era el palafrén en que cavalgava tan grande y grueso, y con la barriga tan ancha, que le hazía llevar los pies tan altos que parecía que con la misma silla igualavan, tanto que mostrava ir a cavallo con muy gran trabajo. Y cuando llegó junto a Menadoro, lo saludó muy cortésmente, y haziendo lo mesmo Menadoro, le dixo:

–Dezí, padre, ¿por qué cavalgáis en bestia tan gruesa que parece que vos haze ir con gran pena?

–¿Cómo terníades que dezir –dixo el viejo– vós y todos los otros que me vieren si yo de otra manera fuesse? Y lo que más d'estas preguntas me enoja es que ninguno me lo ha preguntado que sepa adónde va ni para qué, ni menos qué ha de ser de su vida, y todos ellos entendiendo en duelos agenos, no curando de los suyos, que aun anteayer encontré con un donzel, el cual iba cavallero en un palafrén, el más flaco e lasso que jamás se vido, tanto que aunque lo matava a palos no podía hazer que de su passo se moviesse. Y también me preguntó por qué iba yo d'esta manera, yendo él de la otra que digo, en que por cierto mucho más había que ver y dezir. Pero porque me pareció muy sesudo, no quise enojarme con él, ni reprehenderlo por lo que me había dicho, sino responderle muy cortésmente.

–¿Supistes vós, padre, quién sea esse donzel? –dixo Menadoro.

–Sí supe –dixo el viejo–, porque en fin de nuestras razones me lo dixo. Aunque primero me contó que había encontrado con un cavallero que d'él se había reído, al cual había respondido muchas cosas, y entre las otras, que si él no sabía regirse con su palafrén, menos había sabido el cavallero lo que había hecho en amar a una donzella, que si bien se me acuerda se llamava Albericia, hija del emperador de Trepisonda. Y que la causa porque se había partido de donde ella estava, había sido por no ver las fiestas que se habían de hazer, por razón del casamiento d'ella y de Pasmerindo, rey de Ungría, a quien ella de verdadero amar amava. Y haún más me dixo, puesto que al cavallero no lo dixera, que de aquel rey de Ungría y de la donzella que dixere, nacería un hijo, el cual había de ser el más hermoso y esforçado cavallero de todos los de su tiempo. E otrosí muy virtuoso e cumplido de buenas maneras, el cual, por amor de otra donzella, haría después tan grandes cosas en armas, que, allende que alcançaría el fin de sus desseos, vernía a suceder en el señorío de tres imperios e un reinado. E juntamente me dixo que aquel cavallero a quien el donzel había encontrado, no llegaría adonde llevaba el intento por algunos años, porque antes de llegar adonde iba, se le ofrecería cosa, por donde, dexando su camino, iría a otra provincia, en la cual una donzella no menos hermosa que cualquier otra de las de su tiempo, haziéndole olvidar la que primero había amado, le haría sentir gran parte de lo que el amor haze sentir a los que lo siguen cuando quiere. E muchas cosas otras que agora no puedo ni menos conviene deziros, assí porque serían muy largas de contar como porque no sé si vos aprovecharía saberlas.

Al cual, Menadoro dixo:

–¿Por ventura esse donzel que dezís, padre, díxovos si aquel cavallero que la primera donzella havía de olvidar, alcançaría el cumplimiento de sus desseos con la segunda?

–¿Y por qué lo queréis vós saber? –dixo el viejo–.Yo creo que sois también de aquellos que no curando de sus haziendas propias, procuran de saber las ajenas.

–No es tan ajena, padre –dixo Menadoro–, que si vos dixo lo que yo vos pregunto, e vos dezírmelo quisiéssedes, no me cumpla tanto saberla como si yo mesmo fuesse el cavallero de quien el donzel vos habló. Por donde yo vos ruego que me lo digáis, porque no biva con esse cuidado.

–Menadoro, Menadoro –dixo el viejo–, nunca creí que tan poco conocimiento fuesse el vuestro, que diziéndovos yo tanto de vuestra hazienda, e haviéndome otra vez visto, no me conozcáis. Por donde en pago de tan gran descuido, yo vos dexaré con el cuidado que dixé, porque assí vos roa los huessos como el hambre la carne d’este mi palafrén.

Y diziendo aquello le apretó las piernas, por donde de tan grueso como era antes, le pareció el mesmo que al donzel viera, y mirando al viejo conoció que era el mesmo donzel que los días antes hallara. E queriendo se le acercar para detenerlo, el donzel fue tan presto en arremeter con su palafrén que en muy breve espacio se alexó gran pieça, aunque después paró por atender a Menadoro, el cual, viniendo en pos d’él, le rogava a grandes bozes que se detuviesse, porque le quería hablar. Al cual, el donzel, antes que a él allegasse, dixo:

–No vos cumple, Menadoro, trabajar por me alcançar ni menos saber de mí más de lo que yo quisiere, porque todo será afán e trabajo perdido, señaladamente que mi voluntad no es de vos dexar por agora quexoso del todo, porque si yo no vos preciara tanto como vos precio, no tuviera este cuidado ni tomara el trabajo que para vos ver he tenido. Y porque de aquí adelante sepáis mi nombre, yo soy contento de vos lo dezir, aunque no más de vuestra hazienda de la que vos he dicho, pues assí mesmo no vos sería provechoso, porque si yo vos dixesse que vuestros desseos han de venir al puerto por vos desseado, por ventura no faríades algunas cosas que para los traer a efecto convernían, por donde no se cumpliessen. Y si lo contrario, podría ser que aquel pensamiento vos acarreasse algún descontentamiento de vuestra ventura, por razón del cual no alcançássedes algún bien, que puede ser que vos este guardado. Mi nombre es Arismenio, que servirvos desseo. Y porque para otra vez no me desconozcáis, miradme agora bien.

Por donde, bolviéndose Menadoro, vido un hombre de buena estatura, más viejo que moço, según sus barvas eran tan largas que le llegavan a la cintura, y sus cabellos más blancos que negros. Y cuando lo hubo bien mirado, Arismenio le dixo:

–Pues agora, señor, ¿desconocerméis si me halláredes en otra parte?

–No, por cierto –dixo Menadoro–, porque vuestra presencia es tal que jamás caerá de mi memoria. Puesto que si vos no queréis ser conocido, poco me aprovechará, pues ya vos he visto de tres hedades e muy diferentes. Y si dezir me quisiéredes en qué tierra es vuestra bivienda, porque si vos hoviere menester, sepa adónde tengo de buscaros, no será menor merced para mí que las que ya tengo de vos resebidas.

–Mi morada, señor –dixo Arismenio–, es en un castillo puesto en una isla muy lexos de aquí, el cual se dize el Castillo Venturoso, porque ninguno entró en él jamás que primero no hoviesse alcançado la cosa que más hoviesse desseado, sin que le quedasse desseo de alcançar otra de aquella cualidad.

–Pues luego en balde será mi trabajo de vos buscar –dixo Menadoro–, pues jamás alcancé cosa que dessease.

–No será –dixo Arismenio– porque, puesto que me no hallásedes buscándome, yo vos hallaré cuando menester me hoviéredes.

–Pues essa es vuestra voluntad –dixo Menadoro–, no quiero dezirvos más de rogaros que de mí vos acordéis.

–Yo vos prometo de me no olvidar de vós –dixo Arismenio–, siempre que menester fuere. Y por ende quedad con Dios, porque muy lexos de aquí ha de ser mi alvergue esta noche.

–Él vaya con vós –dixo Menadoro.

Y dicho aquello, Arismenio començó de correr con aquel flaco palafrén, con tanta ligereza que parecía ser mayor que la del mesmo viento, dexando a Menadoro, el cual seguía su camino como de antes. Y en fin de aquella jornada llegó a un castillo adonde por el señor d'él le fue hecho buen acogimiento.

Y después que en la mañana fue del castillo partido, antes de haver andado camino de dos horas, llegando a una encrucijada, encontró a una donzella en compañía de un escudero, los cuales caminavan a gran priessa con sus palafrenes. A los cuales saludó, y la donzella y el escudero se le humillaron, pareciéndoles cavallero de alta guisa en las ricas armas que traía. A los cuales Menadoro preguntó que por cortesía le dixessen de dónde eran, porque en le vestir parecían de tierra estraña.

–Por vos servir, cavallero –dixo la donzella–, dezirvos lo hemos.

–A vós muchas mercedes –dixo Menadoro.

Entonces la donzella le dixo cómo la princesa Luceminia, hija del rey Laristeo de la Gran Bretaña, era su señora, y que le había embiado con ciertos dones a su tía la emperatriz de Alemania, muger del emperador Octavio. Y pues se hallava fuera de la Gran Bretaña y no sabía si después se le ofrecería tan buena sazón como entonces se le ofrecería, había acordado de llegar hasta la corte del rey de Bohemia, por ver a un hermano suyo que ende bivía, cómo lo había hecho por saber si era muerto o bivo, porque había muchos años que se había ido de la Gran Bretraña y no habían sabido d'él cosa ninguna, hasta muy pocos días antes que se le ofreciese aquel camino. Y pues lo había visto ella, se bolví a su tierra muy contenta, aunque hoviesse tomado aquel trabajo. A la cual Menadoro dixo que le hiziesse plazer de dezirle cómo se dezía su hermano.

–Llámase Franortes, señor –dixo la donzella.

–Agora vos digo que no me duelo de vuestro trabajo –dixo Menadoro–, pues fue por hallar tan buen cavallero.

–Saber querría de dónde le conocéis vós, señor, si lo por bien tuviéredes –dixo la donzella.

–Porque he bivido algún tiempo en casa d'esse rey –dixo Menadoro–, y agora quiero bolver allá, pues mi ventura me es tan contraria que en ninguna parte hallo descanso, por ver si me será favorable en la tierra adonde nací y he sido criado.

–¿Pues qué prez ni honra puede ganar tan buen cavallero como vos –dixo la donzella– buscando descanso ni reposo? Por cierto, mejor sería emplear essa apostura que vos dio Dios, pues por razón no vos deven faltar las fuerças y esfuerço que vos convienen, en servicio de alguna donzella que fuesse de igual o mayor estado que el vuestro, porque pudiéssedes ser señalado por las obras como sois en la aparencia. Pero si mi hablar en esto que digo, virtuoso cavallero, excede los límites de lo que a las donzellas es permitido, dende agora, señor, vos pido perdón, pues parecerme que jamás vi cavallero que tan bien como vós pareciese, me dieron el atrevimiento que tuve, no sin saber si mi juicio recibe en ello algún engaño.

–Por Dios, donzella –dixo Menadoro–, que yo hallo en vós mejor consejo que en cuantos hasta aquí he conocido. Y porque no sería bien no seguirlo, siendo dado por vós con tan buen zelo, yo vos juro por la fe que a Dios devo de me no partir de vuestra compañía, si ya d'ella no se vos recrece algún enojo o impedimento, hasta tanto que

veáis si havéis recibido engaño en juzgarme por bueno, por lo exterior que de mí havéis visto.

–Antes será para mí gran merced –dixo la donzella– que vós, señor, queráis hazernos mercedes de la vuestra, pues allende d’esto no pudiera yo hallar mejor aguardador, aunque por todo el mundo a buscarlo fuera.

Dicho lo cual, Menadoro tomó el camino que la donzella llevaba y dexó el suyo, por donde luego le vino a la memoria lo que Arismenio le dixera, y conoció que se començava de hazer verdadero. Y pues ivan de consuno, Menadoro rogó a la donzella que le dixesse algunas cosas de las de la casa del rey Laristeo, y señaladamente qué donzellas y cavalleros havia de hermosura y nombradía en ella, por donde la donzella le dixo muchas d’ellas. Pero cuando le dixo y particularizó la hermosura y gracias de la princesa Luceminia, su señora, aunque entonces no tenía cumplidos cuatorze años, luego le pareció a Menadoro que el amor que hasta entonces havia tenido a la princesa Albericia, se havia erradicado de su corazón no menos que si jamás la huviera oído nombrar ni visto su grande hermosura, de que no menos maravillado que alegre se sintió, viendose libre de aquellos cuidados y continuos pensamientos que hasta aquella sazón tuviera. Los cuales más a locura que a amor se havían de atribuir, pues para sus desseos no havia esperanza de remedio. Por donde dixo a la donzella que aunque su consejo no le aprovechase para más de haver por él ganado su compañía, con la cual tenía por cierto haver alcançado el descanso que para su atribulado corazón buscava, havia salido para él tan provechoso que no sabía con qué lo pudiesse satisfacer. Y por ende la rogava que, si en satisfacción d’ello la podía en algo complazer y servir, se lo dixesse, certificándola que no lo cumpliría menos que el mandado de la princesa Luceminia, su señora.

–Pues por vuestra virtud, cavallero señor, a tanto vos ofrecéis –dixo la donzella–, yo vos ruego que para mi cumplida satisfacción me digáis cómo en tan breve tiempo havéis alcançado el descanso que por vós se buscava.

A la cual, tomando Menadoro primero d’ella fiança, que lo ternía en la poridad que convenía, lo dixo, sin faltar cosa ni menos callando lo que del sabio Arismenio supiera, de que la donzella fue no poco maravillada, juzgando a Menadoro por cavallero muypreciado y de alta guisa, pues se atreviera a poner sus desseos en tan alta princesa como Albericia.

Y como en aquella sazón ya fuesse cerca de medio día, y viessen, aunque algo desviado del camino, una fuente llegando a ella, comieron de lo que los dos scuderos de

Menadoro y de la donzella traían. Muy pagada fue Esteria, que assí se dezía la donzella, de la hermosura de Menadoro, cuando le vido desarmada la cabeça, tanto que se no pudo çufrir sin que le dixesse que havia tenido gran razón de amar a la princesa Albericia, pues Dios lo havia hecho tan apuesto cavallero. Y otrosí porque no era menos que no tuviesse todo lo ál que se requería, para poner su coraçón en tan alto lugar.

–Si razón e orden huviesse, donzella amiga, en amar –dixo Menadoro–, no irían tantos quexosos por el mundo de aquellos que al amor sirven. Pero como el amor proceda de la voluntad y ésta no tenga riendas con que retraerse pueda, desseamos muchas, y aun las más vezes, lo que no devríamos, e fuímos de aquello que más nos podría satisfacer. Por donde a ninguno han de juzgar por atrevido si pusiere sus desseos en alto lugar, ni por de poco valor si abaxare a menos de su stado, pues los unos y los otros si verdaderamente aman no consideran su valor ni estado, sino solos los sabrosos deleites y descanso que del cumplimiento de sus voluntarios desseos alcançar speran.

Dicho lo cual, viendo que ya era hora de partirse, partieron dende para seguir su camino.

¶Capítulo xlij. De lo que Menadoro fizo contra dos cavalleros que le querían tomar a Esteria, y de las justas que fizo ante el rey Laristeo con algunos cavalleros de su casa. Y de cómo, después de recebido en su servicio, la princesa Luceminia lo recibió por su cavallero.

Passados algunos días que Menadoro, con su compañía, su camino seguían hazia la Gran Bretaña, una mañana, después de haver andado por una floresta más de media legua, debaxo de unas grandes y altas hayas que ende havia, vieron dos cavalleros que teniendo las lanças arrimadas a una de las hayas estaban hablando. Puesto que no pudiessen oír lo que dezían, pero de que junto a ellos llegaron, el uno d’ellos, tomando las riendas del palafrén en que Esteria iva, le dixo:

–Tenedvos, amiga, y quedaréis conmigo, con quien ternéis más honra y mejor vida que con esse cavallero que vos aguarda.

La cual, como aquello oyesse, assí se estemeció que no le pudo ni supo responder palabra. Pero Menadoro que lo vido no tardó en responder al cavallero, diziendo:

–Si yo creyese que de verdad lo dixéssedes, yo vos mostraría lo que valgo, de que no vos pesaría menos que a los que menosprecian a quien no conocen, les acostumbra pesar.

Y como dixesse aquello y viesse que el cavallero a quien hablava, dexava las riendas que del palafrén de Esteria tomara, para tirar de su spada, no atendiendo que la tirasse, hallándose muy junto al cavallero, le dio tan gran puñada en el yelmo a la parte del rostro, que no se pudiendo tener en la silla, ayudándole a ello Menadoro, lo derribó del cavallo abaxo. Y tirando de la spada, firió al cavallo del cavallero de tan pesado golpe sobre la cabeça que, aunque algún tanto fuyó con la ravia de la muerte, luego cayó, no tardando a morir gran pieça. Pero antes se levantó su señor, el cual bien folgara que aquel pleito no se hoviesse por él comenzado, para defenderse del que lo havia derribado. Pero Menadoro, no curando d'él fue contra el otro que venía con su spada alta para ayudar a su compañero. El cual dixo:

–Pues siendo cavalleros salteáis como ladrones, yo vos mostraré qué galardón se alcança, por los que, menospreciando tan alto orden como el de cavallería, vienen a ser como vosotros salteadores.

Dicho lo cual, lo firió de tan pesado y duro golpe por la visera del yelmo que no le prestando su fortaleza, no sin sobrado spanto de Esteria y de los dos scuderos que su batalla miravan, le quebró entrambos los ojos. Y aún no se contentando con aquello su furiosa spada, entró tan adentro por la frente del cavallero que, fendiéndole la mayor parte d'ella, luego cayó del cavallo abaxo, tan cercano a la muerte que muy poco tiempo tuvo para dolerse de sus pecados. Fecho lo cual, Menadoro, decendiendo de su cavallo, fue contra el primero que derribara. Al cual dixo:

–Bien creo yo que si a cavallo vós falláredes, no atendiérades la muerte que vos llama, pues en lugar de hazer servicios a las donzellas y defenderlas de quien enojar las quiere, las esperáis por los montes para scarnirlas.

Y así no lo acabava de dezir cuando lo començó de ferir por tantas partes y de tan pesados golpes que el cavallero tuvo tan gran miedo y espanto, que no pudo ni alcançó poder para alçar la spada para ferir a Menadoro. Y viendo que del todo le faltavan las fuerças y el corazón, acordó de arrojar la spada de la mano y de fincarse de rodillas, assí como lo fizo, delante Menadoro, al cual dixo que se çufriese hasta que se huviesse desarmado el yelmo, porque con mayor brevedad recibiesse la penitencia y castigo que por su sobervia merecía, pues havia quebrantado el juramento que fizo el día que recibió el orden de cavallería, aunque si con la vida lo quería dexar, él le

prometía de emendar su yerro con doblada satisfacción. Y como Menadoro viesse que el cavallero tenía conocimiento de su yerro, tomando d'él fiança con juramento que haría la emienda y satisfacción que había dicho, lo dexó para que se fuesse con el cavallo de su compañero a curar de sus llagas, assí como lo hizo.

Cuando Esteria vido en tan breve tiempo haver Menadoro castigado aquellos dos cavalleros, le dixo:

–En verdad, señor, que bien me havéis pagado el consejo que dexistes, pues si no fuera por vós, no podía yo d'esta vez dexar de ser desonrada.

–Por esso lo ha hecho bien Dios, virtuosa donzella –dixo Menadoro–, en traerme aventura con que, quedando yo libre de mi juramento e sin ningún daño, vos pudiesse hazer el servicio que havéis visto, puesto que no dexe de quedar en la mesma duda por la libertad que por vuestro medio alcançó mi corazón, de aquellos cuidadosos pensamientos que tan triste me hazían ser, que de ninguna cosa podía antes alegrarme ni recibir descanso.

E assí hablando en las cosas que más sabor havían, anduvieron muchos días sin que se les ofreciesse cosa que sea de contar. En cabo de los cuales, llegaron a una buena villa e fuerte puerto de mar, que Calés se dezía, adonde en un barco se embarcaron e muy presto fueron de la otra parte del estrecho que ay dende Francia a la Gran Bretaña. E llegados a una villa que se dize Cantarberi, descansaron ende aquella noche y allí supieron como el rey estava caçando a cuatro leguas de Londres hazia aquella parte, e que vinieran en su compañía la reina y Luceminia con muchos cavalleros, algunos de los cuales se havían señalado mantenedores de justa, por no estar ociosos, y otrosí porque el rey holgava mucho de aquello, porque a maravilla era buen cavallero.

Otro día partieron de aquella villa, tomando el camino contra la parte adonde se dezía que era el rey. Y el segundo día de mañana llegaron cerca de las tiendas en que el rey e la reina, con los que ya diximos, alvergavan las noches y en la siesta. E como llegasse a tiempo que el rey iva caçando con sus cavalleros, Menadoro rogó a Esteria que se encubriessse y disfraçasse lo mejor que pudiesse, de suerte que no fuesse conocida, porque él entendía de se no hazer conocer al rey hasta tanto que hoviesse visto algunos de sus cavalleros cómo justavan. La cual dixo que haría su mandado, siendo muy alegre, assí porque conocía, por lo que de todos había visto, que ningún cavallero había en la casa del rey que fuesse su igual, como porque viesse su señora Luceminia que traía para el servicio de sus padres y d'ella el mejor cavallero que había jamás visto.

Por donde, con aquel acuerdo, se apartaron del camino y entraron por unas espesas matas que había debaxo de unos árboles, adonde, decendiendo de sus cavallos, comieron con mucha alegría, por ver que ya eran al fin de su largo camino. E cuando a Menadoro le pareció hora en que el rey por razón devía ser a las tiendas venido, embió su escudero, pues de nadie era en aquella tierra conocido, para que le dixesse cómo él, oída la fama de su casa, era venido en aquella tierra con desseo de bivar en ella, si lo pudiesse alcançar. E por quanto no tenía atrevimiento de dársele a conocer hasta que hoviesse hecho algo con que hazer lo pudiesse, le suplicava otorgasse licencia a algunos de sus cavalleros para que con él justasse[n], con condición que el que del primer encuentro cayesse, hoviesse de cumplir mandado del otro, y el que del segundo, perdiesse su cavallo, y el que del tercero, el escudo, y el que del cuarto fuesse derribado, ninguna cosa, antes si quisiesse pudiesse combatirse de las spadas hasta tanto que al rey pareciesse que se devía poner fin en su batalla, lo que no pudiesse hazer ninguno de los que caerían antes del cuarto encuentro. Por donde el escudero, habiendo bien aprendido lo que por su señor se le había mandado, fue para las tiendas, adonde llegó a tiempo que el rey entonces, acabándose de apearse de su caballo, quería entrar en su tienda. Pero viendo que el escudero se había fincado ante él de rodillas, se detuvo por ver lo que quería, el cual, tan alto que todos los cavalleros que eran ende lo pudieron oír, le dixo lo que Menadoro a dezir le embiava, de que no se poco maravillando el rey, le dixo:

—No se debe preciar poco vuestro señor, pues ha querido que sus justas sean con tantas condiciones. Pero pues ninguna hay deshonesta ni menos peligrosa, dezilde que yo soy contento de dar, assí como dende agora otorgo licencia, a todos los cavalleros que con él querrán justar, que lo puedan hazer, siguiendo el orden por vuestro señor puesto. Y mucho soy alegre en que cavallero que tan buen esfuerço y derecho se sienta, venga para bivar en mi casa, en la cual puede ser cierto, comoquier que en la justa le avenga, que se le no dexara de hazer aquella honra que a su persona se deviere.

Y el escudero, besando las manos al rey por lo que a su señor había prometido, bolvió a donde lo dexara, diziéndole el recaudo que traía, con que muy alegre lo fizo. Y entretanto que se hazía hora, Menadoro entendió en adereçarse y limpiar lo mejor que pudo, por no parecer tan mal llegado de su camino. Lo mesmo hizieron los cavalleros que con él entendían de justar, desseando mucho que la fiesta passasse, por ver y provar al cavallero que con aquella demanda era venido, queriendo cada uno ser el primero por quebrantarle el orgullo que traía.

Passada la mayor calor de la fiesta, Menadoro con su compañía fue hazia las tiendas del rey. Y cuando llegaron ante la puerta de la tienda del rey, el cual ya se había sentado en una silla por ver mejor los encuentros de las justas, teniendo a su diestra a la reina en otra silla y a la princesa, su hija, de la otra parte, Menadoro les fizo su mesura, humiliándoseles quanto estando a cavallo se le otorgava. Al cual el rey recibió con alegre gesto, y bolviéndose a la reina, dixo:

–Según lo que yo veo d’este cavallero estraño, por cierto tengo que no querrá para sí la peor parte. Y aun dudo que antes que él caiga de su cavallo, aunque flaco y cansado del camino, no nos ponga en vergüença alguno de nuestros cavalleros.

Mientras el rey aquello a la reina dezía, Menadoro se deleitó en mirar el gracioso gesto de Luceminia, la cual, como assí mesmo lo estuviesse mirando, de tal suerte entraron los rayos, que de la claridad de sus lindos ojos procedían, por la visera de su yelmo, sin que su voluntad de Menadoro ni otra alguna parte de su persona les fiziesse resistencia, que tomando la posesión de su corazón, assí se aposentaron en él que jamás la perdieron, según por su grado les fue otorgada para siempre. Por donde, sintiendo la mesma o mayor sugestión que a la princesa Albericia había otorgado, cuando comenzó de amarla, luego conoció que aquella era la causa porque Arismenio le había dicho que no iría tan cedo como cuidava del rey su tío, de que no le pesando, antes siendo muy ledo por haver puesto su corazón en tan hermosa princesa, y tomando de aquello nuevo y grande orgullo, determinó de hazer, assí en aquellas justas como en cualquier cosa que después se ofreciesse, tales cosas que conociesse su nueva señora que con alguna causa se atrevía de poner en ella sus desseos.

Y porque vido que un cavallero salía para la justa de la puerta de una tienda, cabe la cual muchas lanças había arrimadas, fue a su passo, tomando del campo buena pieça, assí como lo fiziera el otro cavallero. Y cuando pareció a entrambos haver tomado lo que convenía, arremetieron sus cavallos el uno contra el otro. Y a la mayor furia del curso d’ellos se encontraron de tan duros encuentros que, puesto que las lanças bolassen en muchas pieças, no por esso dexaron de causar que Menadoro perdiesse la una estribera, la cual cobró tan presto que no lo vieron sino los de su compañía, a causa de estar todos los otros que la justa miravan a la parte de las tiendas. Pero el cavallero que con él justó, cayó por las ancas de su cavallo tan gran caída, que cuando llegó al suelo, les pareció a cuantos eran ende que se había rompido todos los huessos. Por donde tardó mucho tiempo en se levantar, aunque luego le quitaron el yelmo, porque ya otro cavallero era venido al campo, puesto que no con tanto orgullo como el primero.

Por donde, arredrándose Menadoro buena pieça, quando fue tiempo se vinieron a encontrar tan poderosamente que el cavallero fue lançado sobre las ancas de su cavallo, pero con su destreza y la mucha fuerça que para ello puso, no sin sobrada ligereza, tornó a cavalgar en la silla, y algùn tanto tardó en cobrar las sriberas. Pero Menadoro estuvo tan firme que no se parecía en él haver recebido encuentro de su contrario. Y tornando a tomar cada uno la mejor lança que ende hallaron a su propósito, se tornaron a encontrar de tan grandes encuentros, que aunque los pensamientos y desseos eran iguales de se derribar el uno al otro, no se cumplió sino el de Menadoro, cayendo su contrario muy gran caída en el suelo. Y el cavallo de Menadoro cuidó caer con la fuerça del encuentro, si él, firiéndolo de las spuelas sin ninguna piedad, no lo fiziera saltar para adelante. Y quando fue sossegado, decendiendo d'él, cavalgó en el de su contrario, sin poner más de la mano sobre el arçón, con tanta ligereça como si desarmado y sin haver passado ningún trabajo se fallara. Y endereçándose muy bien en la silla, catando la lança con que la segunda vez justara, la cual le dio su escudero, como la fallase buena, no quiso tomar otra. Antes bolvió adonde la primera vez se pusiera, por poder gozar de ver aquella hermosa princesa, la cual gran plazer tenía de ver lo que él hazía, porque no había visto aún cavallero que tan bien lo hiziesse, ni de tan ricas armas, puesto que las traxesse abolladas y rotas por muchas partes, con que muy mejor parecía.

Buena pieça passó después de salido el segundo cavallero del campo que no vino otro a la justa, a causa que no se habían armado más de los dos primeros, creyendo que cualquier d'ellos los quitaría de aquel trabajo, pero quando el tercero fue acabado de armar y a cavallo, tomando una buena y gruessa lança, vino a tomar del campo con muy buen continente. Y quando fue ante la tienda del rey no se olvidó de hazer su devida mesura. Y passando adelante se puso al encuentro de Menadoro, el cual ya lo estava atendiendo, por donde, quando les pareció tiempo, corrieron el uno contra el otro con tanta furia que no parecía sino que bolavan. Por donde, en muy breve spacio, se vinieron a encontrar de muy poderosos encuentros, con que sus lanças quebraron en mil partes y ninguno de los cavalleros mostrara ser encontrado, si el que con Menadoro justara no perdiera la una sribera. Dos otras vezes justaron; en la primera de las cuales, el contrario de Menadoro perdió las dos sriberas, y en la segunda fue lançado de la silla, sin mostrarse en Menadoro desdén alguno, aunque del tercero encuentro quedasse algùn tanto quebrantado, de que el rey e cuantos los miravan no dexavan de maravillarse, como aquellos que había grandes tiempos que no habían visto cavallero que contra tantos se hoviesse tan bien mantenido.

Bien tarde era cuando vino el cuarto cavallero, con el cual se partió la justa de los segundos encuentros, porque assí como los otros fue de la silla lançado por Menadoro, y como ya en aquella sazón fuesse cerca de la noche, el rey, con desseo de conocer al cavallero straño, mandó que cessassen las justas y le dixesse que a él se viniessen. Por donde Menadoro, oyendo mandado del rey, en compañía de su donzella, después de haverse apeado, vinieron a fincarse de rodillas ante el rey, al cual Menadoro, haviéndose ya quitado el yelmo, dixo:

–Porque esta donzella que en mi compañía traigo, muy alto señor, aunque muy lexos d’esta vuestra tierra, me fizo saber que era de la princesa, vuestra fija, pareciéndome que en la aguardar fasta aquí cumplía dos cosas, la primera, el desseo que de mucho tiempo antes yo tenía de serviros y de ver vuestra persona y casa, y la segunda, lo que al servicio de la princesa, vuestra hija, se devía. Determiné hazerlo y venir en su compañía, porque con alguna causa pudiesse ante tan buen rey como vos, parecer y suplicarvos me recibíessedes en vuestro servicio, pues no es de vuestro costumbre desechar a los que con semejantes desseos vienen a vos suplicar que por vos sean recibidos.

Cuando Luceminia oyó que aquella era su donzella Esteria, a maravilla fue alegre, y si no conociera que era razón que primero besasse las manos al rey, no se tardara en la recibir y abraçar, según la amava sobre todas sus donzellas, y era grande el desseo con que sperava su venida.

Oída por el rey la razón de Menadoro, y visto lo que en las justas fiziera, y sobre todo, su grande apostura y gracia, le dixo que él folgava de su venida e que dende entonces lo recibía por amigo, con voluntad de le hazer todas las honras y plazer que se le otorgarían, según lo que a su persona se devría. Y si su voluntad era de dezirle su hazienda, que se lo agradecería mucho, porque contra él no errasse. Al cual Menadoro, besando las manos por la merced que le hazía, dixo y suplicó que por entonces no fuesse desservido por no saber más de lo que le había dicho, porque él le prometía que muy cedo lo faría d’ello sabidor. Y dicho aquello, se levantó por dar lugar a Esteria, con la cual mucho se folgó el rey por el plazer que su fija habría de su venida.

Después de haver besado las manos al rey, Esteria se fue para la reina e a Luceminia, las cuales ya habían recibido a Menadoro mientras ella con el rey hablara, e la princesa le había dado las gracias que devía por haver aguardado a su donzella. E cuando fue ante la reina, assí ella como su fija la abraçaron muchas vezes, como

aquellas que mucho la amaban, por razón que la madre de Esteria había criado de leche a la princesa, la cual y Esteria desde aquella edad se habían criado e bivido juntas.

Y porque ya en aquella sazón las mesas eran puestas, no pudieron hablar según quisieran por entonces. El rey mandó a sus mayordomos que a Menadoro diessen de cenar, en compañía de los cavalleros que con él habían justado, dentro de su mesma tienda, porque de aquella justa no quedasse algún enojo ni mala voluntad, lo que assí se fizo, aunque con mucha vergüença d'ellos. A los cuales Menadoro habló tan humil y mesuradamente que todos lo tuvieron por bien, pues habían conocido sus fuerças, no dexándose de maravillarse que cavallero de tan poca edad las tuviesse tan grandes y anduviesse por el mundo, aunque de lo que más se maravillaron fue de ver su gran discreción y criança, porque grandes tiempos había que no se viera en aquella tierra cavallero que a cualquier de sus gracias igualasse, quanto más a tantas juntas.

Después que hovieron cenado, el rey mandó a sus mayordomos que a Menadoro diessen todo lo que menester hoviesse cumplidamente. Y cuando fue hora de dormir, se acostaron con determinación de bolver esse otro día a Londres, y con aquel acuerdo, madrugando de gran mañana, partieron para aquella gran ciudad. Y en el camino, Menadoro tuvo compañía a la princesa, a la cual, declarando la causa de su venida, suplicó lo recibiesse por su cavallero, lo que Luceminia, aunque en el primer día mostrasse no quererle otorgar, en el segundo, según fue por Menadoro aquexada, no dexó de se lo otorgar, assí por lo que ya había visto de sus fuerças e apostura, como por lo que aquella noche le dixera Esteria, la cual lo había alabado por el mejor cavallero del mundo.

E cuando a Londres llegaron, el rey mandó aposentar en sus palacios a Menadoro, al cual por agora dexaremos en servicio de aquella graciosa princesa, trabajando por ganar su amor y de venir al fin de aquellos nuevos desseos que de su hermosa vista se le habían causado.

¶Capítulo xliij. De cómo el príncipe Finariel, con los embaxadores del emperador Octavio, llegaron en Costantinopla, e de cómo por Danela fue conocido por hermano de la emperatriz Demerencia. E de lo que más en aquello passó.

Con la mayor priessa que se dar pudieron el príncipe Finariel con los embaxadores que a Costantinopla ivan, caminaron por cumplir aquellos fechos para que embiados eran, con la brevedad que les era encargada, y puesto que antes de su partida e por el camino ya se huviessen despachado algunos mensajeros, para hazer sabidor de su partida e jornadas al príncipe Nestarcio. Cuando fueron a tres jornadas de aquella famosa ciudad, despacharon otro mensajero, con el qual le hazían saber que antes de cuatro días sería ende su llegada, de que Nestarcio fue sobradamente alegre. Y quando aquella noche se vido con su señora, se lo dixo, con que la fizo más alegre que jamás esperava, porque cada día se le figurava alargarse mil años aquella venida, señaladamente quando se sintió preñada. Y con aquella nueva alegría fue tan grande el amor que a Nestarcio mostró, que le parecía que fasta entonces no lo había querido bien su señora, porque él no sabía qué dixesse ni fiziesse por le corresponder a los halagos e otras cosas que aquella noche le fizo y dixo.

En la mañana, Nestarcio dixo al embaxador cómo tenía haviso que dentro de tercero día serían en aquella su ciudad dos embaxadores del emperador Octavio, y le suplicó que, allende que por ser de tan alto hombre embiados y por sus personas y estados les era devida mucha honra, los mandasse bien aposentar porque eran mucho sus amigos, y cualquier honra y merced que a ellos se fiziesse la recibiría él por propia. Maravillado fue el emperador de lo que Nestarcio le dixo, porque no podía atinar a qué venían. Pero por complazer a Nestarcio, e otrosí porque assí era razón, no solamente quiso mandar que les diessen posadas, pero que fuessen dentro de sus palacios aposentados, haziéndoles adereçar de lechos y paños muy ricos los aposentos en que habían d'estar. Y que para sus personas y criados fuesse dado todo quanto convenía, según lo pedirían. Y no menos mandó adereçar toda su casa, y a la emperatriz e a su fija con todas sus donzellas, porque entretanto que aquellos embaxadores estuviessen ende, se vistiessen lo mejor y más ricamente que pudiessen, porque conociessen que ninguna cosa faltava en su casa de las que había en la del emperador Octavio, de donde ellos venían.

No se entendió en aquellos tres días sino en hazer lo que se vos ha dicho. Y en la tarde que llegaron, salieron a recibirlos cuasi todos los altos hombres y cavalleros que en casa del emperador había, salvo Nestarcio, el cual dixo al emperador que la causa porque no salía con sus cavalleros a recibirlos, era porque no quería que supiesen que él era ende, fasta que le viniessen a besar las manos y declarar la causa de su venida, porque si se habían de folgar en verlo, recibiesen el plazer doblado.

Aquella noche, siendo havisado Nestarcio por Elisén que ya en el aposento de los embaxadores ninguno había sino Finariel, fue para verlos. Y cuando vido a Finariel, a maravilla se pagó de su aposento, los cuales cuando lo vieron, sabiendo ya su venida por el mesmo Elisén, se quisieron fincar ante él de rodillas. Por donde Finariel conoció que aquél era el príncipe Nestarcio, y otrosí porque le pareció que vido ante sí a su señora, la infanta Polidia, y queriendo hazerle la mesura que los embaxadores le fizieran, no lo consintió ni a los otros, antes les rogó que se levantassen, mostrándoles el mayor amor que podía. Y aunque buena pieça estuvo con ellos hablando, con quien más habló fue Finariel, causándolo que, como en la edad fuessen iguales y en la apostura no muy diferentes, aquella igualdad los combidó a començarse a tener buena voluntad, la cual después siempre fue acrecentando y se convirtió en muy estrecho deudo, según se dirá adelante.

Y después que hubo con ellos estado tan gran pieça, que cuasi era cerca de la media noche, y acordado que en la mañana saliessen a besar las manos al emperador y la forma que para ello habían de tener, bolvió a su aposento. Y cuando fue hora de verse con su señora, no tardó en ir a su cámara, a la cual pidió por merced que para aquella mañana se vistiese muy ricamente, porque aquellos embaxadores conociessen la razón que él tenía de quererla por señora, y que con justa causa había fecho que se diessen de tan gran priessa en el camino. Y que puesto que de la riqueza de sus vestidos su natural y acabada fermosura no hoviesse de recibir acrecentamiento, era bien que assí se fiziesse por conformar con ello su estado, aunque sin comparación lo sobrepujasse. Al cual la princesa dixo que ella era contenta de cumplir su mandado, puesto que para más demostración de su buen parecer, si lo tenía, que por acrecentar su estado, pues con la haver él elegido para su servicio, era subida en tan alto estado que en comparación d'él, por muy pequeño juzgava ella el del emperador, su padre. A la cual Nestarcio besó mil vezes por aquella sobrada humildad, acompañada de tanta gracia que parecía que le era imposible poderla del todo gozar.

Cuando fue tiempo, Nestarcio bolvió a su aposento. Y después que durmió lo que de la mañana quedava, a la sazón que acostumbrava fue para atender al emperador, al cual suplicó que con la missa atendiese los embaxadores, porque sabía que aquella mañana havían de venir a le besar las manos. Al cual el emperador dixo que assí lo tenía propuesto, y que ya para aquel efecto havia mandado venir a la emperatriz e a su fija, las cuales, aún no lo acabavan de dezir, cuando fueron venidas cada una para según su estado y edad vestidas, puesto que las cosas de riqueza que la princesa sobre sus vestidos traía eran tantas y de tan gran precio e valor, que parecían carecer d'estima, con que se mostrava tan hermosa que Nestarcio, a quien ninguna de sus perficiones era oculata, se maravilló de verla.

Y después que los embaxadores tuvieron aviso que ya el emperador, con la emperatriz e la princesa, estavan en sus estrados assentados atendiéndolos, vinieron en aquella sala en que los atendían, tan adereçados e acompañados, que bien señalavan por quién eran embiados, aunque no fueran personas de tan grandes estados. Y después de haver hecho su mesura, antes que cerca del emperador llegassen, como muy junto a él viessen al príncipe Nestarcio, mostrando de aquella vista no menos alegrarse que maravillar, fincándose todos tres de rodillas, le dixo el cardenal de Maguncia:

—¡O, mi señor y esclarecido príncipe, qué día de tanta alegría es este para nosotros y será para aquellos emperadores, vuestros padres y señores nuestros, cuando supieren las nuevas que de vós saber dessean! ¡O, cuán grande será el descanso que sentirán sus atribulados coraçones, después de tanto tiempo que por vuestra ausencia han passado los mayores cuidados y recelos que jamás se passaron!

A los cuales Nestarcio, no consintiendo que las manos que ya le tomaran le besassen, dixo que al emperador, su señor, se devía aquella honra y no a él en su presencia, que por ende fuessen a cumplir lo que tenidos eran. Tan maravillado fue el emperador cuando aquello vido, juntamente con la emperatriz y todos los que aquello no sabían, que no podían creer que aquello que en su presencia se fiziera no fuesse en sueños, según no supo que fiziesse ni dixesse. Pues quién podría dezir el plazer y gozo que el ánima de la princesa sintió, cuando vido hazerse aquella mesura por tan altos hombres al príncipe, su señor. Por cierto ninguno, aunque le sobrassen las potencias de naturaleza, según fue la alegría de su coraçón tan grande que ningún grado d'ella se pudiera pesar ni acomparar. La cual, por dissimular lo que sentía, no dexava de mostrarse menos maravillada de aquello que el que más lo era, de que Finariel, siendo sabidor de todo lo que entre ella y el príncipe Nestarcio havia passado, no dexara de

reírse, si considerara que hazerlo en aquella sazón no se lo atribuyeran a menos de locura o vanidad. Por donde, disimulando lo mejor que pudo, se çufrió, mirando la grande hermosura de la princesa Arinda, pareciéndole que después de su señora Polidia, ninguna podría haver en el mundo que tanto lo fuesse.

No consintió el emperador que los embaxadores le besassen las manos, antes por les fazer mayor honra, después que fizieron la mesma medida a la emperatriz e a la princesa, los mandó sentar cabe sí, lo que ellos hovieron de hazer por mandado de Nestarcio. El qual les dixo que cumpliesen lo que por el emperador se les mandava, aunque Nestarcio no quiso por entonces recibir aquella honra de sentarse, escusándose que havia de hablar al duque de Andrinopol en ciertos hechos que entrambos havían de librar.

E después que los embaxadores hovieron una pieça con el emperador hablado, en lo que entre semejantes personas se devía, la donzella Danela, que junto a la princesa estava, le dixo muy passo:

–O yo, mi señora, me engaño, o verdaderamente diría que he visto otra vez aquel cavallero que con los embaxadores es venido, aunque no se me puede acordar adónde.

Y después que una pieça estuvo pensando, dixo:

–¡Santa María, señora!, ¿y qué es lo que mis ojos ven?

–¿Qué has? –dixo la princesa.

–¿Qué he, señora? –dixo Danela–. Que quiero morir si el cavallero que dixes no es el príncipe Finariel, vuestro tío. Y si él no es, dende agora digo que no estoy en mi seso.

–Assí será ello –dixo la princesa–, porque si él fuesse no viniera con estos embaxadores. Y aunque con ello viniera, no dexara de darse a conocer en casa que tantos deudos tiene, quanto más que no será sino que, como muchas vezes el parecerse una persona a otra causa tomarse algún yerro, assí havrá agora acontecido a ti en lo que dizes.

–Pues no me ayude Dios –dixo Danela– si yo me çufro más sin lo saber, aunque me juzguen por atrevida y de poca vergüença.

Y sin más detención, levantándose de su lugar, después de fecha su medida a la princesa e a la emperatriz, vino adonde el emperador estava, e acercándose a Finariel, le dixo:

–Si vos pluguiesse, esforçado cavallero, dezirme vuestro nombre, quitaréis de gran diferencia a unas donzellas, la qual tienen después que vos vieron, y entre otras, la

princesa, mi señora, a la cual parece haveros otra vez visto, e assí lo quiere afirmar por muy verdadero. Y puesto que fuera mucha razón atender otra sazón para saber esto, pues no podemos dexar de ser juzgadas por donzellas de poco çufrimiento, porque podría ser de la diferencia que tenemos se siguiesse mayor daño que no es yerro que dixere, acordaron de me embiar a mí como más desembuelta para vos rogar que me lo digáis, assí como vos lo ruego y suplico.

–No quiera Dios, virtuosa donzella –dixo Finariel–, que por mi causa en ningún tiempo suceda daño ni prejuizio a ninguna persona, quanto más a las donzellas, a las cuales, sobre todas las otras personas, los cavalleros somos tenidos de defender y servir, señaladamente habiendo de caberle parte a vuestra señora e mía, la princesa. Y pues si yo no lo estorvasse, aunque en ello creyese perder la vida, no podría dar de mí la cuenta que devo, como dexare cumplir su mandado y vuestra voluntad, aventurando tan poco como es deziros mi nombre, del cual ninguno dexa de tener noticia sino aquél que no quiere saberlo. Por donde dezilde que a mí llaman Finariel, para servirla en lo que más fuere su servicio, aunque en verdad jamás en esta tierra estuve sino agora.

–A Dios merced, mi señor –dixo Danela–, que buen conocimiento es el mío, aunque la princesa, mi señora, no quería creerme.

Y dicho aquello y fecha su mesura, bolvió a su señora, la cual como no estava muy lexos del emperador, ya havia oído todo lo que Finariel respondiera, siendo muy alegre por conocer aquel príncipe, su tío, por ser tan apuesto y hermoso cavallero. Y no sabiendo qué medio tuviesse para descubrir el gozo que tenía, algún tanto estuvo cuidando lo que havia de hazer. Pero después, levantándose con todas sus donzellas e alcançada licencia de la emperatriz, fue derechamente a Finariel, el cual, quando assí la vido venir, algo sospechó de ser descubierta su hazienda, de que el emperador, con quantos ende eran, mucho se maravillaron, pero quando le fue cerca, Finariel quiso fincar las rodillas para hablarle, sino que la princesa, tomándolo por la mano, lo fizo levantar y después le dixo:

–Aunque a las personas de gran estado muy mal parezca, esforçado cavallero, siendo ellas las que han de hazer y otorgar las mercedes, sin que las pidan en los casos que las hazer deven, pedir dones ni otras cosas, señaladamente a quien nunca vieron ni conocieron, atreviéndome a vuestra mesura, y que por ser yo donzella e fija de tan altos padres no me negaréis lo que pediros entiendo, vengo a vos pedir un don, y es el primero que jamás pedí.

–¿Quién osaría contradecir a vuestra voluntad y mandado, esclarecida señora – dixo Finariel–, que no creyese en el mesmo instante ser puesto mil estados debaxo la tierra, para eterna memoria del atrevimiento que en vos no obedecer habría tenido y cuando tal pena no hoviesse? ¿Cuál sería el cavallero de tan poco conocimiento que de conocer dexasse la sobrada merced que se le haría, en que tan alta y hermosa princesa del servir se quisiesse? Por cierto creo que ninguno, si ya de razón y juicio no careciesse. Por donde, mi señora, dende agora digo que vos otorgo no el don, pues a mí no pertenece, pero todo lo que otorgar puedo, pues con ello se cumpla vuestra voluntad y servicio, con que no recibiré yo menor merced, si por vós, señora, se manda recibir, que la que haviéndoos querido de mí servir, se me fizo.

–No se esperaba de tan buen cavallero como vós –dixo la princesa– sino lo que se ha visto. Pero porque no se dexa de cumplir mi ruego con efecto, el don que vos pedí y me havéis otorgado, es dezirme en presencia del emperador, mi señor, si sois vós el príncipe de Francia, Finariel, hermano de aquella alta señora que me parió, e tío d’esta donzella que vos lo pregunta, porque en veros mi corazón me dio a sentir ser vós aquél que yo tengo de complazer y servir, e mis señores amar y honrar, en aquel grado que tenidos somos.

Cuando el emperador, con la emperatriz y Nestarcio y los embaxadores, con todo los altos hombres que ende eran, aquello oyeron, todos se levantaron en pies, atendiendo la respuesta de Finariel, el cual, como no supiesse qué responder, le dixo que la verdad era ser él aquel Finariel que a todos había de servir. Al cual la princesa diziendo:

–Aunque el abraçaros, mi señor, primero se deva al emperador e a la emperatriz, mis señores, pero pues con menoscabo de mi vergüença he descubierto tan gran deudo y señor, no quiero ni entiendo perder las albricias, pues está en mi mano tomarlas, siendo las mayores que jamás se dieron.

Dicho lo cual, quiso haziéndole gran mesura abraçarlo, pero Finariel la detuvo, abraçándola con mucho amor, no dexando de hazerle la mesma o mayor mesura. Después de la princesa, lo recibieron y abraçaron el emperador y la emperatriz con Nestarcio. Y con los embaxadores y los altos hombres de Grecia se tuvo aquel orden de hablarle y recibirlo, que al estado de cada uno convenía, de suerte que cuando aquello passó era tan tarde, que antes que la missa se acabasse, ya passava medio día. Pero el gozo de aquella aventura y de la de Nestarcio era tan grande que nunca se acordaron de

comer, si no les vinieran a dezir que se acogiesen a las mesas porque ya passava la hora.

Y por más regozijar la fiesta, el emperador quiso que aquel día comiessen consigo todos aquellos cavalleros, adonde fueron servidos según se devía a semejantes huéspedes y en casa de tan honrado emperador. Pero al tiempo que en las mesas estuvieron, no dexó Finariel de conocer la dissimulación con que el príncipe Nestarcio y la princesa Arinda se miravan, porque puesto que mucho trabajavan de encubrir el amor que se tenían, no podían tanto que Finariel no lo conociesse, el cual bien quisiera tener aquella mesma vida con su señora Polidia. Pero çufríasse con saber el señorío que el uno al otro se havían otorgado de sus coraçones, y con ver que según las cosas ivan tomando principio, no tardarían de venir al fin que tan largo se le hazía de sus aquexados desseos.

Y como el emperador quisiesse saber de su hija cómo conociera al príncipe, su tío, no lo haviendo jamás visto, la princesa se lo contó diziendo cómo su donzella Danela lo havia conocido, por lo haver visto cuando fue a Francia, al tiempo que por la emperatriz, su madre, fue embiada a casa del rey, su padre, en busca de algún buen cavallero que viniesse a mantener su derecho. Y como ella no lo pudiesse creer, Danela se havia levantado para le preguntar, como lo fizó, por su nombre, de que mucho se folgaron todos, aunque la emperatriz mucho más por ver a su hermano a quien aún no havia visto, porque como vos diximos naciera dieziocho años después d'ella, en el cual tiempo ya era casada con el emperador, su marido.

Cuando las mesas fueron alçadas, Finariel, levantándose en pies, dixo que pues aquel día era de alegría y en él se havían comenzado de pedir dones, los cuales eran ya cumplidos, él entendía pedir uno a una de las personas que ende eran. Y por ende les suplicava y rogava le declarassen sus voluntades, al cual todos dixeron que si de cuantos ende eran quisiesse el suyo, se havían de tener por dichosos en lo cumplir, quanto más que, no lo haviendo de recibir sino de sólo uno, havia de quedar en la mesma obligación a todos, pues la voluntad por obra se havia de juzgar en aquel caso. A los cuales Finariel agradeció la merced que le hazían. Y bolviéndose contra Nestarcio le dixo:

—De vos, esforçado príncipe, si la vuestra merced fuere, lo entiendo yo de alcançar, aunque creo que sois el que menos lo cuidávades, pues no havíades de mí recibido servicios que para ello me hoviessen dado atrevimiento.

–Tanto mayor merced es para mí, señor –dixo Nestarcio–, porque en verdad no me juzgava por tan dichoso que se pudiesse por mí cumplir cosa que fuesse de vuestro servicio. Y por ende, si vos pluguiere dezidme qué es lo que mandáis que faga, porque luego será por mí sin ninguna dilación cumplida.

–Assí lo tengo yo por cierto, mi señor –dixo Finariel–. Pero pues agora no conviene cumplirse, quedará para cuando tiempo fuere, pues es cierto que el discurso d’él no será parte para vos hazer olvidar que lo prometistes, ni a mí que de recibirlo tengo.

–En cualquier tiempo, señor –dixo Nestarcio–, me acordaré yo de serviros. Por ende quede para cuando vós lo mandáredes.

Después de passado aquello, el emperador dixo a aquellos cavalleros que le parecía que por aquel día no se devía hablar ni entender negocios, pues era para todos de tanta alegría, e que por ende les rogava que para esse otro día lo dexassen, los cuales, viendo ser aquella su voluntad, le dixerón que harían su mandado y que lo mesmo les parecía a ellos. Por donde aquel día no se entendió en más de hablar en aquellas cosas en que más sabor hallavan. Y al tiempo del cenar se tuvo el mesmo orden de la mañana, e cuando fue hora de dormir, fueron a descansar. E aunque el emperador quería que a Finariel se diesse aposento aparte, no quiso dexar la compañía de los embaxadores, por les hazer aquella honra en satisfacción de la que ellos por el camino le hizieran, no le conociendo más estado que a un cavallero andante.

¶Capítulo xxxiiij. De cómo los embaxadores dieron sus cartas al emperador e le declararon la causa de su venida, e de lo que el emperador les respondió. E cómo después de otorgada su hija por muger del príncipe Nestarcio, se partieron con ella para Colonia.

Después de dicha la missa el siguiente día, los embaxadores dieron al emperador las cartas que traían. E como fuessen de creencia, luego le declararon diziendo la causa porque vinieran, señalando que la voluntad del emperador, su señor, era de lo tener por señor e amigo. E que para confirmación de su amistad desseava que se añudasse, de suerte que por ningún tiempo pudiesse afloxar, por donde le había parecido que se le devía embiar aquella embaxada, para lo traer a

efecto si en aquello podían sus voluntades conformes, y otras cosas muchas que para cumplimiento de aquellos fechos convenían. A los cuales el emperador respondió que él se tenía por dichoso que tan alto hombre, como su señor, le tuviese la voluntad que dixeran, juntamente con el desseo de lo tener por deudo. Por donde conocía que era sobrada merced que Dios le hazía, pues él era obligado de buscar lo que por parte de su señor se movía, por todos los medios que para lo alcançar conviniessen, e que podían tener por cierto que si en aquellos fechos no se hoviera de tomar más de su solo parecer, ya fueran concluidos, dexando la forma de la conclusión con todo lo demás a voluntad de su señor. Pero como en semejantes cosas fuesse mucha razón darla, e pedir su parecer a sus altos hombres e a las otras personas a quien se devía, señaladamente porque haziéndose como se pedía, se tratava de enagenar el imperio de su linage, del cual grandes tiempos había que era señoreado, no se podía bien hazer sin lo consultar y platicar con los que dixera, e principalmente con la emperatriz y su hija. E por ende les rogava se çufriessen por entonces, pues él entendía de mandar luego llamarlos que en ello habían de entender y bolverles la respuesta de lo que se acordaría, si pudiesse aquel mesmo día, fiando en Dios que sería tal que ninguno quedaría descontento. Los cuales, dándole por aquello que dixera las gracias, que de parte de su señor devían y por la d'ellos, besándole las manos, salieron dende dexando a Finariel con el emperador, porque les dixo que le había de hablar de otras cosas que a él satisfazían. Por donde, viendo Finariel la buena sazón que se le ofrecía, tomando aparte al emperador, le dixo:

–Aunque yo, mi señor, con estos hombres y por parte del emperador Octavio, sea venido para el efecto que se vos ha dicho, y traxesse propósito de entender en ello como cualquier de los dos embaxadores que principalmente el cargo traen, y de me no dar a conocer fasta que, o por vía de concordia o de lo contrario, fuesse despachado, agora que por ser ya conocido no puedo ni devo hazer lo que traía propuesto, pues no sería razón, siendo la emperatriz, mi hermana, y la princesa, mi sobrina, hablar yo por parte de aquel honrado emperador. Tengo, aunque no quiera, de mirar por lo que a esta otra cumple, como aquel a quien de todo vuestro bien y honra ha de caber igual parte y de lo contrario. Por donde, viniendo a lo que dezir entiendo, yo no sé, poderoso señor, ni alcanço que en este caso del cual se tracta, vós ayáis de consultar ninguno de vuestros deudos y altos hombres, porque si ante ellos se propone que el imperio griego de grandes tiempos aca no ha salido de vuestro linage, y que haziéndose este casamiento se ha de enagenar, cierto es que vós mesmo buscáis ocasión. Por donde alguno de los que de vuestro linage son, se ponga en el pensamiento que como a vuestro deudo le

pertenece el imperio, y que por razón él ha de ser emperador, para cumplir lo cual no dexará de buscar todos los medios con que su mala intención e peor pensamiento pueda traer a efecto.

»E lo que más se ha de considerar es que si algún aparejo para ello viere, no atenderá el fin de vuestros días, antes al primero que trabajará de matar seréis vós, señor, haziendo cuenta que, siendo vós muerto e faltando legítimo sucessor en el imperio, y otrosí quien lo defienda, antes que se determine quién será emperador, se podrá apoderar del imperio o de la mayor parte, lo que después sería tan difícil de cobrar como por la vía que digo fácil de perder. Por donde, señor, en este cabo de consultar vuestros deudos y los otros que dexistes, a mí parece que se debe poner silencio, pues ningún provecho puede d'ello suceder, señaladamente que como mejor que yo sabéis, los hombres a quien Dios tales estados como a vós, señor, encomendó, no han de subordinar sus voluntades en semejantes casos a sus vasallos ni deudos, siquiera porque no tomen aquella posesión que después por no perderla suelen aventurar las vidas e destruir las haziendas. Porque el amor que los príncipes han de mostrar a sus súbditos, no ha de estenderse para más de honrarlos y no quitarles lo suyo, galardonarles sus servicios, serles liberales en las mercedes que les pidieren, pues sean justas, mantenerlos en igualdad e justicia, defenderlos de quien los quisiere dañar, pues con ellos conservan sus estados, tratarlos con humildad, y en los casos que pudieren serles tan misericordiosos quanto en los que no devieren justicieros rigurosos, porque con lo primero se gana el amor, y con lo segundo el temor, los cuales no concurriendo en uno, agora por la parte más flaca o por la más fuerte, no pueden mucho tiempo sostenerse. Pero si allende d'esto les consienten estender las manos para que alcancen y entiendan en las cosas de voluntad, como ésta que no requiere sino la vuestra, la cual han de seguir, aunque no quieran. Si otra vez o muchas quisiéssedes usar de la libertad y señorío que Dios vos dio sin consultarlos, luego vos irían a la mano diziendo que semejantes cosas no las devéis ni podéis despachar ni determinar sin consejo e intervención d'ellos, trayéndoos en consecuencia y exemplo las que de la misma cualidad, concurriendo el voto y asistencia d'ellos, determinastes.

»Y lo que siento peor es que cuando esto se osa dezir, ya está más aparejada la resistencia que el castigo, el cual en tales casos no se debe dexar de hazer sin mucha rigurosidad, todo lo cual pudiendo se debe escusar, porque, en fin, aunque los castigos sean provechosos en los casos que hazer se deven para conservación de los estados, todos redundan en daño de los príncipes que fazer los mandan. No digo yo, señor, que

sin haver consejo vos determinéis, porque las cosas que sin acuerdo y repentinamente se hazen, por igual traen las más vezes el arrepentimiento. Pero digo que el consejo sea regulado y tomado de aquellas personas de quien necessariamente y de las otras que sabéis que con sanas intenciones vos han de aconsejar, y de cada uno por su parte y sin interposición de largo tiempo, porque en los votos no se concierten, y después que vos determinéis en aquello que principalmente viéredes ser conforme al servicio de Dios y después a vuestra honra y conservación de vuestro estado.

»Y pues con quanto he dicho aún no he declarado mi parecer, puesto que sea atrevimiento dezirlo no me lo pidiendo, por no bolver más a esta plática, digo, señor, que por lo que yo he visto e conocido de la persona y estado del emperador Octavio, y por lo que he oído de la bondad e valor del príncipe, su hijo, y por lo que después que lo he conocido alcanço, que puesto que no precediera tan gran servicio como vos hizo en la liberación de mi sobrina, por el cual sólo le sois deudor de tanto que con todo vuestro imperio no se lo podéis satisfazer, merece no solamente a la princesa por muger, aunque mucho valga y tenga. Pero aunque sobre lo que tiene y espera se le añadiesse quanto el Sol circuye y ve, suplicovos, señor, me perdonéis por el trabajo que para escuchar mi simple razón y parecer, vos he dado. Y otrosí por el atrevimiento que para ello he tenido, pues el desseo de serviros, junto con lo que dixen que de vuestro bien y honra, o de lo contrario me ha de caber, han dado para ello causa.

Muy bien pareció al emperador lo que Finariel le dixo, y no menos se holgó por conocer que en tan poca edad fuesse de tan buen juicio. Y muy alegre se halló en que la emperatriz, su muger, tan buen hermano, y su hija tan honrado tío, tuviessen. Y assí le dixo que él le agradecía su buen consejo, y sobre todo, la voluntad con que lo diera, y que fuesse cierto que no juzgava él por menos merecimiento e valor al príncipe Nestarcio de lo que él dixera, ni era menor su desseo de traer aquel casamiento al efecto que se pedía, que del emperador Octavio, su padre, y que si aquella respuesta había dado a sus embaxadores no la diera, sino porque otorgándoles sobre mayor acuerdo a la princesa, no tuviesse en poco haver ganado su voluntad para ello. Porque aquella diferencia habían de hazer aquéllos, a los cuales los grandes estados son por el alto señor encomendados en otorgar las cosas que les son pedidas, de aquellas que de su propio motivo se comiden a dar, porque cuando una cosa les es pedida, aunque precedan justas razones y causas con que pedirla puedan, y que los tales príncipes tengan voluntad de otorgarla, para que agradecido les sea y en alguna estima tenido, ha de mostrar cuándo la otorgar en que les es en alguna manera grave otorgarla, lo que ha de

ser al contrario, para demostración de la grandeza de sus ánimos, en las cosas que de su propia voluntad e motivo dar quisieren. Porque entonces han de mostrar que les parece dar poco aunque den mucho, porque esto segundo pocas o ningunas vezes acaee hazerse, sin que preceda alguna obligación e servicios que les muevan a dar lo que dieren como de sí mismos, porque si no precediessen devidas causas, cierto es que no se darían porque carecerían de causa. Por donde los tales, antes serían juzgados por pródigos vanos que por liberales cuerdos, y que la razón porque ha de ser lo que con causa se diere tenido en mucho, por quien lo recibe, no es por el valor de aquello que se le da, pues le es o más devido, sino por la voluntad y comedimiento que conocen en sus señores de se lo dar, por satisfacer a la obligación en que les son. Por donde si en el mesmo instante que le fue su fija pedida, la otorgara, no pareciera que la preciava cuanto era razón, y por ende no tuvieran que le agradecer. Y otorgándosela después de haver en ello pensado y havido su consejo, conocerían que por muchos respectos que para ello había, se les otorgava, a cuya causa ternían por bien empleado el trabajo de su camino, pues insurtiría aquel efecto para que embiados eran.

Tan bien pareció a Finariel lo que el emperador dixera, que no curando de responderle, antes loándole su parecer cuanto pudo, dio gracias a Nuestro Señor Dios por ver que para el fin de sus desseos no era contraria la voluntad del emperador. El cual con Finariel salió a comer porque ya los atendían. Y después de alçadas las mesas, se retraxo con la emperatriz, a la cual, después de haver dicho la causa de la venida de los embaxadores y lo demás que havéis oído, dixo su resolución, con la cual la emperatriz se conformó. Y después de ser los dos concordés, lo hablaron a la princesa, por ver si la voluntad sería a la d'ellos conforme. La cual les dixo que ella devía tanto a aquel príncipe, por lo que por su servicio fiziera, que puesto que fuera de más baxo estado, no dudara, dándosele por ellos la licencia que convenía, de casar con él, pues no le podía dar cosa que por él no la tuviesse, cuanto más siendo tan alto príncipe. Por donde, assí para con Nestarcio como para con cualquier otro que a ellos fuesse bien visto, dende entonces otorgava su voluntad, de que el emperador, con la emperatriz, fueron muy alegres por conocer que su fija, no dexando de ser agradecida a Nestarcio por el peligro en que su vida por servicio d'ella pusiera, no dexava de señalar la obediencia que como a padres les devía.

Después de aquello, el emperador habló con muchos de sus altos hombres, y señaladamente con los duques que vos diximos, ninguno de los cuales dexó de tener por bien aquel casamiento, a causa del contentamiento que todos tenían de Nestarcio y de

sus maneras. Y otrosí por la igualdad y razón que había para ello, la cual era el principal fundamento, de que el emperador no recibió pequeña gloria, viendo que aquellos fechos se iban efectuando así como él deseaba. Por donde, siendo ya resuelto en lo que hacer debía, enviando por los embajadores, en presencia de Finariel, el cual fue gan parte para que aquello se fiziesse, así por lo que al emperador dixo como por haver prevenido a muchos de aquellos que al emperador habían de aconsejar, les bolvió la respuesta de su acuerdo, diziéndoles que a Nuestro Señor Dios había plazido traer aquellos fechos por tan razonables y justos medios, como a todos era notorio, al fin que por las dos partes era deseado.

Por donde, como aquel que cumpliendo con la voluntad del emperador Octavio ganava muy grande honra, y conocía que se le hacía por Nuestro Señor Dios no menor merced, después de la que en haverle traída al príncipe Nestarcio en aquella tierra, para tanto bien suyo recibiera, de lo cual sucedía poder ganar tan altos deudos con tan esforçado y valeroso fijo, dende entonces les otorgava su fija, con todo lo de más que con ella otorgar podía, así antes como después del fin de sus días y de la emperatriz. Y pues aquellos fechos se fazían tanto a su honra y provecho e por tan justas causas como dixera, no quería que por su parte se capitulasse ni buscasse ningún género de seguridad, sino que lo remetía todo a la voluntad y orden del emperador, su señor, para que haziendo cuenta que el príncipe y su fija le eran igualmente fijos, lo ordenasse e assentasse, así como mejor le pareciesse, que no estaría bien y firme para el derecho d'entrambos y tuviessen por cierto que, después de venir aquello de la mano del Alto Señor, a quien así lo había plazido guiar para su mayor servicio, lo que más lo había incitado para lo efectuar de la manera y con la brevedad que les era manifiesto, había sido ser sus personas de tanto merecimiento que se les fiziera desaguisado, sino se tuviera d'ellos muy grande respecto, señaladamente, siendo venidos en compañía de su hermano, el príncipe Finariel, por cuyo principal medio no podía dexar de venir su embajada en efecto.

Por donde Finariel, con los embajadores que ende eran, le quisieron besar las manos por la honra y merced que juntas recibieran, si el emperador lo consintiera, al cual suplicaron que para cumplimiento del deseo con que vinieran, tuviesse por bien que luego besassen las manos a su señora, la princesa, la cual, venida ante el emperador, su padre, después que los embajadores hovieron besado las manos a la emperatriz, recibió aquellos sus nuevos vassallos con mucho amor. Así mismo fizo venir ende el emperador al príncipe Nestarcio, el cual, así al emperador como a la emperatriz, besó

muchas vezes, sintiéndose por todos aquel gozo que muchos dizen carecer de comparación, cuando con tantos cumplimientos viene, no sin derramar algunas y muchas lágrimas.

Luego se publicaron aquellas nuevas por la ciudad, por la cual, dexando los ofiales sus oficios, como aquellos que allende que amavan a sus señores por les ser tan buenos, estaban muy desseosos de alegrarse, por razón que dend'el día que la princesa fue en la torre puesta, ningún exercicio de alegría se havia fecho, ni después de ser librada, por haver salido Nestarcio tan llagado como se vos contó de la batalla que con Fulvián huviera. Començaron de hazer tantos juegos y alegrías que no havia calle en toda la ciudad en que muchos no se fiziessen.

El emperador, con los que con él eran, acordaron que para dende en doze días los desposorios de los príncipes se huviessen de hazer, porque entretanto se adereçassen algunas cosas que convenían, y que se pregonassen justas y torneos, porque allende que acrecentaran la fiesta, los cavalleros se exercitavan. No hay entendimiento en quien caber pueda, ni lengua que dezir pudiesse, el sobrado gozo que el corazón de la princesa sintió, viendo acabado aquello que tanto desseava con aquel cumplimiento de honra que se devía. Y entre sí mesma dava muchas gracias a Nuestro Señor Jesuchristo, porque a tan buen tiempo la acorriera, porque puesto que el parto de su preñez no dexaría de descubrir el tiempo en que se fiziera preñada, pues no sería en Costantinopla ni en presencia de sus padres, no lo tenía en mucho en comparación del recelo que la aquejava, que sería antes descubierto el secreto de sus amores que sus hechos acabados según su desseo.

Todos los días que havían de passar hasta el plazo de los desposorios, no se entendió en más de se adereçar, según se vos ha dicho. Venido pues el día para ellos destinado, quién podría contar los ricos atavíos, assí de los príncipes Nestarcio y Arinda, como de Finariel y de los otros cavalleros, que aquella mañana sacaron. Por cierto ninguno, según la variedad y riqueza d'ellos.

Cuando fue la hora de dezir la missa, se començó con mucha solemnidad, e al tiempo que se devía el arzobispo de aquella ciudad los desposó, con todas aquellas ceremonias que para semejantes autos se requerían, en presencia del emperador e de la emperatriz, e del príncipe Finariel y de los embaxadores, e otros altos hombres y cavalleros del imperio, aunque a la verdad, delante Nuestro Señor Dios, muchos días havia que eran desposados, según se vos ha contado.

Acabada la missa, la cual se dixo en los palacios del emperador, porque si a la iglesia mayor huvieran de ir no pudieran bolver sino muy tarde, acordaron de sentarse a las mesas y comer temprano, porque tuviessen tiempo para ir a la plaça a ver las justas y fiestas que se havían de hazer aquel día, las cuales tenían por muy cierto que no dexarían de corresponder a la causa porque se hazían, según el aparejo que para ellas havían hecho los altos hombres e cavalleros de aquel grande imperio. El servicio que con tan gran orden aquel día en las mesas se hizo, porque se no podría sin muy larga escritura contar, no se escribe, pues cualquier discreto lector podrá considerar que no se había de menoscabar en aquello la fiesta.

Después de haver con tanta alegría comido, fueron a la plaça adonde vieron las justas que ende se fizieron, las mejores e de más poderoso encuentros, allende de las muy ricas y graciosas invenciones que los cavalleros sacaron, que en aquella tierra en ningún tiempo fueron vistas. Aunque antes que a justar començassen, fueron los príncipes Nestarcio y Arinda, con mucho gozo de sus coraçones, jurados por príncipes de aquel imperio, por todas las personas y con aquellas cerimonias que para tal aucto sin faltar cosa se requerían, a cuya causa los cavalleros havían salido aquel día tan ricamente vestidos, que en cada uno no se dexó de conocer su estado, lo que en gran manera autorizó la fiesta. Por donde, cuando bolvieron a los palacios, ya era de noche, <h>aunque con las hachas que consigo levaban, sin las muchas lumbres que por todas las calles había, no parecía sino que de día claro fuese, pues la cena no se ha de creer que fuese con menos cumplimiento que todo lo ál que había sido más cumplido.

Y después que venida la hora de dormir cada uno se despidió para ir a sus posadas, Nestarcio no dexó de atender aquella en que solía ir a la cámara de su señora, la cual halló tan alegre e contenta, por las causas que se vos han dicho, que puesto que su preñez en alguna manera la había començado de enflaquecer, muy más hermosa le pareció que hasta entonces, causándolo el leal y verdadero amor que entrambos se tenían.

Otros cuatro días hubo muy hermosas justas y torneos, en los cuales muchas cosas se hizieron en armas dignas de perpetua memoria. Y en los dos d'ellos entraron los príncipes Nestarcio y Finariel. Y avínoles también que el un día los de la parte del uno fueron vencedores, y en el otro vencidos, por donde fueron muy más conocidas las cavallerías y proezas del príncipe Nestarcio y començadas de conocer las de Finariel.

No se descuidaron, assí el día que el emperador les otorgó a la princesa Arinda como después de los desposorios, los embaxadores de despachar mensageros al

emperador Octavio, su señor, dándole aviso de lo que se vos ha dicho, y de cómo Finariel había sido ende conocido por príncipe de Francia y hermano de la emperatriz Demerencia, y tío de la princesa Arinda, certificándoles cómo había sido la mayor parte para que aquellos hechos se cumpliesen. Y fue tan grande la priessa que los mensageros se dieron por ganar las albricias, que por levar tan buenas nuevas esperaban, que en muy breve tiempo llegaron en Colonia. Y de allí el uno d'ellos, el cual iba despachado por el emperador Costantino, fue a Francia, adonde hizo saber al rey todo lo que del príncipe Finariel se vos ha contado. Por donde en aquellas dos casas del emperador Octavio y del rey de Francia, se señalaron tanto las alegrías que de aquellas buenas nuevas sintieron, y fueron tantas las fiestas que en cada una d'ellas se hizieron, que no fueron mayores las de Constantinopla por razón de los desposorios.

Y si se hoviesse de poner por escrito lo que aquella más que hermosa infanta Polidia sintió, cuando vido con tan entera prueba ser certificada del valor y estado de su cavallero, el príncipe Finariel, y cuán alegre fue su corazón, conociendo que según aquellos principios, sus desseos no podían mucho tiempo tardar de venir al fin por ella desseado, porque sería no menos prolixo que enojoso, no se vos cuenta por extenso, sino que aquella alegría la hizo acrecentar tanto en su hermosura que todos conocían, que mayor era su gozo por aquellas nuevas que del emperador, ni de todos los otros a quien pertenecía alegrarse, atribuyéndolo al grande amor que conocían tener al príncipe Nestarcio, su hermano.

Passados los torneos que vos diximos, el emperador, hablando un día a su hijo Nestarcio, en presencia de los embaxadores y de muchos otros altos hombres y cavalleros que ende eran, le dixo que sería bien que se asignasse día para sus bodas, porque no era razón de detener ende sus embaxadores y los altos hombres e cavalleros de su imperio tanto tiempo. Al cual Nestarcio, fincadas las rodillas en el suelo, suplicó que pues él con la emperatriz, su señora, habían recebido el gozo de sus desposorios, tuviesse por bien que el emperador y la emperatriz, sus padres, recibiesen el de las bodas. Otrosí porque las fiestas que se harían en aquella ciudad ya serían sobre cansados de las primeras, y que fuesse cierto que en le otorgar aquello le haría la mayor merced, que después de le haver otorgado a la princesa por señora pudiera recibir. Por donde, aunque el emperador con gran desseo esperasse el día de las bodas, por gozar cumplidamente de todo lo que él deseava, viendo con cuanta afición se lo pedía, y considerando que era la primera cosa que le había fasta entonces suplicado, se lo otorgó.

A cuya causa Nestarcio le besó las manos muchas vezes, y pues la voluntad del emperador tuvo alcançada, luego hizo entender en lo que a su partida convenía.

Y cuando supo que ninguna cosa faltava, se despidió Nestarcio, con la princesa y Finariel, con los embaxadores y otros muchos cavalleros de Costantinopla, que para acompañar ivan, del emperador y de la emperatriz, con tantas lágrimas de todos que si no se partieran los unos de los otros, gran tiempo les durara su llanto. Y levando a la princesa de manera que por el camino no pudiesse su preñez recibir daño, partieron de aquella famosa ciudad, haziéndose las jornadas muy pequeñas, porque la princesa de tan alrigo camino no se enojasse, unos días caçando y otros descansando, al mayor vicio que ir podían.

¶Capítulo xxxv. De cómo caminando el príncipe Nestarcio con su señora Arinda, y el príncipe Finariel con su compañía, fallaron un cavallero en un monte, con el cual el príncipe Nestarcio y Finariel justaron, a los cuales después el cavallero se dio a conocer.

Ya eran en los confines del griego imperio Nestarcio con los que vos diximos llegados. Y tanto que no les quedava un día de camino para ser fuera de su tierra, cuando, habiendo caminado cerca de una hora y siendo aún bien de mañana por un monte de muy spessos árboles, vieron un cavallero arrimado a un grande árbol, el cual tenía su cavallo por las riendas, y más de veinte lanças al mesmo árbol arrimadas. Y cuando vido aquella compañía contra sí venir, subiendo muy presto en su cavallo e tomando una de aquellas lanças, vino con muy buen continente y a su passo contra Nestarcio e Finariel, los cuales, habiendo visto lo que el cavallero fiziera, ya se habían enlazado sus yelmos, y tomando sendas lanças se habían de los suyos adelantado, llevando el mesmo passo contra el cavallero. El cual, siendo cerca d'ellos, les dixo que se detuviessen e no passassen adelante, porque si entendían de passar por aquel camino, primero les convenía justar con él fasta que él o ellos cayessen, con condición que ninguno le pudiesse pedir batalla de las spadas, porque de aquella manera había prometido de guardar aquel passo a una donzella, la cual tenía por cierto ser la más hermosa de cuantas se podían fallar en el Universo. Y otrosí les dixo que cualquier d'ellos que cayesse, había de cumplir mandado del otro, por donde les dava aquel

havisio, porque si querían passar, primero havían de cumplir las posturas que dixera, y si no que se bolviessen por donde vinieran.

–Mucho rodearíamos, cavallero –dixo Finariel–, por cualquier otro camino que bolviésemos, pues éste es el más derecho, a cuya causa tengo por cierto que perderíamos más tiempo en rodear, que no el que se puede perder en justar con vós y cumplir vuestras posturas, aunque no como lo vós entendéis.

–Pues ya podría ser –dixo el cavallero a Finariel– que rodeéis más de lo que cuidáis, si no vos tuviéredes bien firme en la silla, porque si havéis de cumplir mi mandado, bien creo que no llegaréis tan cedo adonde cuidáis.

–¿Cómo ya sabéis vós adónde vamos –dixo Finariel– y que cumpliendo vuestro mandado no llegaremos allá tan presto?

–Cierto es que lo sé yo –dixo el cavallero–, pues dezir ser este vuestro derecho camino, y que si mi mandado havéis de cumplir no iréis sino por otro.

–Pues veamos si sabéis tan bien justar como ordenar mandados –dixo Finariel–, aunque por cierto tengo que vos ha de salir la cuenta al revés.

–Yo vos prometo que por mí no se tarde mucho tiempo la prueba –dixo el cavallero.

E dicho aquello bolvió su cavallo para tomar del campo. Y cuando le pareció que havía tomado lo que convenía, bolvió contra Finariel, el cual, viendo al cavallero contra sí venir, ya havía contra él arremetido a la mayor furia que su cavallo podía llevarlo. Por donde muy presto vinieron a encontrarse tan duramente, que bolando las piezas de sus lanças por el aire, entrambos passaron hermosos cavalgantes. Otra vez justaron con mayor sabor de se derribar, en la cual Finariel perdió la una estribera, sin parecerse en su contrario haver recebido algún encuentro. Y como muy cerca del árbol, adonde el cavallero sus lanças tenía, hoviessen sido los encuentros, acercándose adonde estaban, cada uno de los cavalleros tomó la que mejor le pareció, mostrando en sus continentes no menos saña, por se no haver derribado el uno al otro, en las dos vezes que justaran, que desseo de lo emendar en la tercera justa. Por donde vinieron el uno contra el otro tan furiosamente, que bien se pareció en los encuentros que se dieron la intención que cada uno d'ellos tenía, pues el cavallero del monte perdió entrambas las estriberas, y le convino asirse a las cervizes de su cavallo por no caer, en que mostró tener no menos destreza que fuerças. Pero Finariel fue por las ancas de su cavallo lançado con tan gran fuerça, que si no cayera de pies no podiera dexar de recibir muy gran daño. Cuando Nestarcio aquello vido, no se pudo çufrir sin que dixesse:

–Yo creo verdaderamente que este cavallero no es hombre sino algún diablo que nos ha salido al encuentro para estorvo de nuestro camino.

Ni el cavallero sin que dixesse a Finariel, el cual estava tan sañudo como un león por lo que le havía acaecido:

–Ya d’esta vez, cavallero, no llegaréis tan cedo como cuidávades, adonde era el fin de vuestro camino. Por donde fuera mejor que rodeárades, según vos yo dixere por otra parte, pues no vos sabéis tener en la silla.

–Vengamos a las espadas –dixo Finariel–, y provaréis si lo hago peor que en la justa. Pero, porque otra vez no me acaezca otro tanto, dende agora juro por el orden [de] cavallería que recibí, de jamás entrar en batalla con ningún cavallero, que no me pueda aprovechar e valer de cuantas armas conmigo traxere, porque si tuviere la voluntad que agora me sobra de vengarme, lo pueda cumplir hasta la muerte.

–Por ventura ha sido vuestro provecho –dixo el cavallero– no tener la libertad que tanto mostráis dessear para la batalla de las spadas.

–Bien podría ser –dixo Finariel–, pero a lo menos no me quedaría el dolor y pensamiento que agora tengo de me haver podido vengar.

A este tiempo, Nestarcio, que como havéis oído, muy gran saña tenía de lo que a Finariel aviniera, viendo que el cavallero havía ya tomado del campo, vino contra él muy bien cubierto de su escudo, al mayor correr que su cavallo podía, con tanta furia, que como su contrario fuesse contra él con la mesma, muy presto se vinieron a encontrar de muy duros encuentros. Pero avínoles tan bien, que como ellos fuessen muy buenos cavalleros, tanto que a duro en el mundo se pudieran hallar sus iguales, y sus armas muy fuertes, ningún daño se fizieron, antes passaron tan firmes, e bien puestos en la silla como ivan antes que se encontrassen.

Qué vos diremos sino que dos otras vezes justaron, sin que ninguno d’ellos recibiesse desdén, salvo Nestarcio que a los segundos encuentros perdió la una estribera. Pero de que vieron que se no podían derribar, acercándose entrambos al árbol en que las lanças estavan, e tomando cada uno la suya tan gruessa y pesada, que a duro cualquier otro cavallero que tan bueno no fuera pudiera alçarla del suelo, tomaron muy gran pieça del campo, no sin gran saña por lo que les aviniera. Y con intención de lo emendar aquella vez, y quando les pareció que assaz havían tomado, bolvieron el uno contra el otro tan furiosos, assí en el correr como en la voluntad, que vinieron a encontrarse tan poderosamente que el cavallero del monte fue lançado fuera de las ancas del cavallo, de las cuales, con no menos presteza de ligereza y maña antes que su cavallo a coçear

començasse, bolvió en ella, aunque no tan bien que no tardasse buena pieça en cobrar sus estriberas y refirmarse en ellas, no sin gran sentimiento del poderoso encuentro que había recibido.

Pero Nestarcio, por no ser desmesurado contra Finariel, quiso tenerle compañía en la caída de su cavallo, dando assí mismo de pies en el suelo, aunque por otra vía, porque la caída de Nestarcio se causó que, como el encuentro que el cavallero le diera hoviesse sido muy fuerte, y con la lança tan gruessa que se no pudo quebrar, ni el escudo y loriga passar según su bondad e fortaleza, convino que quebrantasse el arçón de la silla a la parte de las spaldas. Por donde ovo de caer según vos diximos, de que Nestarcio sintió tanto pesar, e cobró tanta saña que diera el uno de los dos imperios porque pudiera vengarse con la espada, señaladamente no sabiendo qué le había de ser por el cavallero mandado, considerando que si había de cumplir cosa con que le conviniesse dexar por algún tiempo a la princesa, su señora, preciara morir antes mil vezes. La cual fue maravilla, según sintió grande alteración cuando vido caer al príncipe, su señor, de tan poderoso encuentro, cómo no movió de su preñez.

Cuando el cavallero vido a Nestarcio en el suelo, cobró tan gran alegría e fue tan grande el gozo que sintió, por haver ganado aquella honra que de aquel vencimiento se le recrecía, que no sabía qué fiziesse ni dixesse. Pero considerando que de tardase a fazérselos conocer, no podía suceder sino acrecentamiento de saña en aquellos cavalleros que había derribado, luego saltó de la silla y fue contra Nestarcio, al cual quería rebentar el corazón en el cuerpo de pesar. E cuando fue cerca d'él, alçándose el visal del yelmo, le dixo:

–Aunque me no conozcáis, señor cavallero, ni yo a vós, mi voluntad y desseo ha muchos días que vos conocen para vos servir.

Al cual, Nestarcio, agradeciéndole más con palabras que con la voluntad su ofrecimiento, dixo:

–Hasta aquí muy bien lo havéis mostrado. No sé cómo lo haréis para adelante.

–Yo lo haré tan bien –dixo el cavallero–, que tengo por cierto que vós y esse otro cavallero –diziéndolo por Finariel–, no dexaréis de quedar satisfechos del enojo que contra mí tenéis.

–Pues essa voluntad contra nosotros teniades –dixo Nestarcio–, ¿por qué quesistes que esse enojo tomássemos, pudiendo alcançar de nuestro grado la honra que a nuestro pesar ganastes, con que nos escusárades la vergüença que no podemos dexar

de tener delante de una señora, en cuya compañía venimos, y de los otros que la aguardan?

–Pues a Dios gracias, señor, ninguno daño hay –dixo el cavallero–. Yo fio en su medida que vos no retraerá la culpa que no tuvistes. Pero porque sepáis quién es el que se ofrece a la emienda de todo, y que de aquí adelante vos ha de servir, para lo qual ha deseado vuestra amistad y conocimiento, para lo mejor poder cumplir es aquí venido, es Pasmerindo. El qual, puesto que tenga el nombre de príncipe de Trepisonda e de rey de Ungría, vos ofrece que no menos podéis hazer de los dos señoríos que dize lo que fuere vuestra voluntad, que de los de Alemania, Costantinopla y Francia que son vuestros.

Cuando Nestarcio y Finariel oyeron ser aquel el rey Pasmerindo, cuya fama por el mundo sobre todos los otros cavalleros de su tiempo sonava, teniéndole en merced el trabajo que por los conocer había querido tomar y por lo demás que les había dicho. Y otrosí, diziéndole que davan por bien empleada su vergüença, aunque fuera doblada, pues con ella habían podido conocer tan alto príncipe y esforçado cavallero, lo vinieron a abraçar, assí como lo fizieron, servidas entre ellos aquellas cosas que para demostración de sus estados y de aquella amistad que entonces comenzava devían. E puesto que el rey quisiese ir a pie, assí como se fallava, a ver e ofrecerse a la princesa Arinda, no se lo consintieron Nestarcio e Finariel. Por donde, cavalgando en sus cavallos, fueron adonde la princesa había parado antes que las justas comenzassen, la qual, viéndolos venir, ya iba la buelta d’ellos. E quando el rey fue cerca d’ella, quiso descavalgar por le hazer mayor medida, puesto que la princesa no lo consintiese. Antes sabiendo quién era, le pidió perdón por se no haver apeado para le fazer la medida que a él se debía. A cuya causa entonces los unos e los otros se ofrecieron sus personas y estados, no sin demostración de gran voluntad, la qual siempre fue después acrecentando. Y en fin, se convirtió en tan gran deudor, que cuasi la mayor parte d’esta historia no faze de otra cosa mención.

E assí como comenzaron de caminar, el rey les contó cómo por Aspalión del Vado, que era un cavallero a quien el príncipe Nestarcio muy bien conocía, estando en Trepison[da] había sabido lo que con él le aviniera sobre el passar del vado. E cómo después de llegado en su reino, había oído la liberación de la princesa Arinda, y que los embaxadores del emperador Octavio habían embiado un hombre a Costantinopla. El qual tuviese, assí como lo fiziera, cargo de le hazer saber todas las cosas que ende se farían. Por donde, siendo él sabidor de la partida d’ellos, y que viniendo tan largo

camino con la princesa, no podrían hazer sino pequeñas jornadas, había partido de su casa con algunos cavalleros para alcançarlos, antes que entrassen en su reino e poderles hazer algún servicio, después que en él serían entrados. Otrosí que había dexado mandado a la reina, su muger, que por sus jornadas viniessen contra aquella parte, porque todos pudiessen conocerse.

Muy pagados fueron aquellos cavalleros con la princesa de la apostura de aquel buen rey, y él mucho más de la hermosura e gracia de la princesa e de la autorizada presencia de los príncipes Nestarcio e Finariel, y sobre todo, muy ledo por la buena ventura que Dios le había dado contra ellos.

No anduvieron gran pieça, después de passadas aquellas razones, cuando antes de salir del monte que vos diximos, vieron dos grandes tiendas puestas cerca de una fuente, la cual, como de muy alto viniessen y diesse sobre un pilar que de la mesma peña tajado se mostrava, muy gran deleite acarreava a la vista, juntamente con muchos y altos árboles que le estavan cerca, debaxo de los cuales, assí por su sombra como por la abundancia del agua que por algunas partes de aquel campo discurría, muchas yervas con no menos flores de diversos colores había. E quando sobre ellas descavalgaron la princesa con los que ya vos diximos, no sintieron mejor descanso y plazer que en las doradas pieças e muy ricas que cada uno en su casa tenía.

Y como el rey hoviesse sabido de cada día la venida d'ellos, y que para aquella jornada habían de passar por aquel monte, no quiso atenderlos en poblado, assí por poder justar con los dos príncipes según lo fizo, como porque viessen que, puesto que aquel lugar pareciesse desierto, no les faltava cosa de cuantas se pudieran fallar en la mayor ciudad del imperio griego. Por donde comieron tanto a su vicio y sabor, que después que de Costantinopla partieran, no les pareció haverse folgado tanto como en aquel desierto, aunque no de bien querer.

Después que huvieron comido, el rey les contó la forma de su casamiento con la reina Albericia, con todo lo ál que después de partido de Ungría le aviniera, dexando las cosas que no se devían dezir, por la parte que la honra de la reina se pudiera menoscabar. De que mucho se folgaron los que lo oyeron, sino Finariel que, señalando tener embidia al rey e a Nestarcio, dixo:

–No sé yo, señores, para qué fue mi salida de Francia, pues jamás he visto ni oído sino venturas en los otros y desdichas en mí, tanto que no puedo ver cosa que me haga alegre, sino con que mi tristeza se doble. Porque cuanto más va, más padezco e

lazero, y lo que peor es, sin ninguna speranza de lo que a vosotros, señores, veo, con tan cumplida alegría y contentamiento, possen.

–Por esso, señor –dixo el rey–, será doblado vuestro descanso, pues verná sobre mayores trabajos y desseos. Pero dende agora digo que no entiendo por mi parte de vos tener embidia, ni menos según creo este alto príncipe –diziéndolo por Nestarcio por la suya–, aunque no lo hayamos recebido sino senzillo.

Con aquellas y otras burlas e razones, con que más podían folgarse, passaron fasta que fue hora de cavalgar. Y después caminaron hasta llegar a una villa muy buena que se dezía Cercia, adonde aquella noche estuvieron y otros dos días, porque la princesa no se enojasse con la continuación de tan largo camino.

¶Capítulo xlvj. De cómo el sabio Arismenio salió al encuentro en el camino al rey Pasmerindo y a los otros príncipes que ivan en su compañía, y de las justas e batallas que passaron antes de se dar a co[no]cer.

Muchos días anduvo aquella honrada compañía que vos diximos sin fallar cosa que se vos contar deva, siguiendo siempre su derecho camino, fasta tanto que entraron en el reino de Ungría, en cuyas ciudades e villas muy grandes recibimientos se les fazían.

Y acaeció que saliendo un día de una buena villa que se dezía Rustre, de la cual era señor el padre de los dos hermanos que fueron en Trepisonda, que se dezían los fijos del marqués de Rustre, después que hovieron andado camino de tres horas, passada una muy spessa floresta, y que no les quedava media legua para llegar a una aldea, en que el comer les tenían aparejado, vieron en medio de un valle en que entonces abaxaron un cavallero parado en medio del camino, armado de todas armas e con su lança en la mano. Y quando más se acercaron, vieron que el cavallo en que cavalgava era una alimaña muy grande, la cual tenía cuatro pies y la cabeça a manera de ciervo, con los oídos pequeños y el pescueço largo e delgado, con la barriga y el cuerpo tan ancho que era maravilla. Las ancas muy cortas e redondas, sin ninguna cola, aunque los pelos que en ellas tenía eran tan largos que llegavan al suelo, y tan amarillos que parecían ruvios. Y de la silla hasta la cabeça era su cuero tan raso e negro como azavache, con unas cintas tan anchas como un dedo y blancas que le començavan debaxo de la barva e

venían a fenecer en los pechos. Las armas del cavallero correspondían a los colores que vos diximos, tanto que él e la alimaña en que cavalgava parecían una mesma cosa, salvo que en el escudo se mostrava pintado un castillo muy bien fecho.

Y cuando el cavallero vido acercársele tanta compañía de cavalleros y otra gente, embió a ellos un escudero que tenía consigo, diziéndole lo que havía de hazer. El cual no tardó en dezir al rey Pasmerindo, que con el príncipe Nestarcio y Finariel se havían algún tanto adelantado, cómo su señor, el Cavallero del Castillo Venturoso, les fazía saber, que si por aquel camino entendían passar, no lo podían hazer sin cumplir primero una de dos cosas: o que cada uno de lo que él querría le havía de prometer un don, o dexar la principal dueña o donzella que con ellos viniessen, con las dueñas o donzellas que traía para su servicio, y jurar que no amarían de allí adelante a quien fasta entonces hoviessen amado. Y si aquello les parecía grave de cumplir, que havían de justar con su señor, con condición que cualquier que cayesse, hoviesse de hazer mandado del que lo derribaría.

–Esta es la mejor condición de cuantas yo jamás oí –dixo Finariel–. Pero aunque yo no ame ni menos tenga que dexar, pues a otro atañe la guarda de la princesa principalmente, no me ayude Dios si yo le otorgo el don que pide, ni menos juro de cumplir ninguna de sus condiciones. Ya sé que ninguno ha de librar peor que yo de cualquier cosa que se siga, pero no será de manera que, si me va mal con la lança, no lo pueda emendar con la espada. Y si vosotros, señores –bolviéndose al rey e a Nestarcio–, tenéis voluntad de ver mi buena o mala andança, muy gran merced recibiré de ser el primero que con el cavallero ha de justar, porque si mal me fuere en la batalla, a lo menos terné esperança que cualquier de vosotros me podrá dar la vengança que podría dessear, la cual ninguno de vós terna si fuéssedes los primeros.

–Si essa es vuestra voluntad, señor –dixeron el rey e Nestarcio–, cúmplasse como mandáis, puesto que no sería pequeño vuestro mal recaudo si de nosotros sperássedes la vengança.

Entonces, Finariel, bolviéndose al escudero, le dixo:

–Amigo, diréis a vuestro señor que todos los cavalleros que aquí venimos, ninguna cosa de las que podemos hazer de grado, querríamos cumplir por fuerça. Y mucho menos por temor de amenazas. Y que ya pudiera ser que, si los dones que dize los nos pidiera como se acostumbra, no dexáramos de otorgárselos, porque tuviera que agradecernos. Pero, porque si agora los otorgassemos, no quedaríamos menos deudores que avergonçados, que se apareje a ganarlos con algún trabajo, pues hasta aquí no ha

fecho cosa por donde los merezca. Porque mucho les cuestan a estos cavalleros las señoras que aman, para dexarlas olvidadas y jurar que no las amarán de aquí adelante.

No tardó el scudero en bolver con aquel recaudo a su señor, el cual, viendo que ya Finariel se ponía a guisa de batalla, no atendió que él començasse, antes con sobrada ligereza y furia de su alimaña, començó de correr contra él, bien cubierto de su scudo, con la lança baxa, mostrando que no era principiante en aquel exercicio. Contra el cual, ya Finariel venía aquexando su cavallo, para que más de lo que podía corriese, el cual, cuando vido aquella alimaña contra sí venir, spantándose d'ella sin lo poder Finariel detener, començó de fuir por aquel valle sin ningún tiento. Y aunque después Finariel fizo todo lo que pudo, por lo fazer acercar a la parte que estava su contrario, jamás el cavallo osó ni quiso hazerlo. Por donde, viendo Finariel que por culpa de su cavallo no podía acercarse a su contrario, a grandes bozes le dixo:

–Pues essa vuestra alimaña, cavallero, pone estorvo en nuestra justa, decended d'ella y veamos si seréis para tanto que me hagáis otorgar lo que yo no tengo en voluntad.

Al cual, el Cavallero del Castillo dixo:

–Yo no he pedido, cavallero, batalla a pie sino justa. Por ende, çufridvos que yo vos prometo que, cuando la huviésemos, no sería para vuestro provecho.

–Esso está por venir –dixo Finariel–. Por donde no hay necesidad de gastar palabras. Pero cómo se puede hazer lo que vós dezís, si yo, por un juramento que fize, no puedo justar con ningún cavallero que no tenga de haver con él batalla de las spadas.

–No digo yo que no vos aprovechéis de la espada –dixo el Cavallero del Castillo– cuando en la batalla entráredes. Pero dígovos que yo no pedí más de justa, y que por agora no entiendo de querer más con vós ni con ninguno de los que con vós vienen.

–Pues assí es –dixo Finariel–, haveldo con los otros, aunque tan en balde será su trabajo de llegarse a vuestra alimaña con sus cavallos, como el que yo tuve con el mío.

–Cuando esso fuere –dixo el cavallero–, tomarse ha otro espediente. Pero primero entiendo de provar si la justa que yo pedí, podrá venir en efecto.

Entonces Finariel, bolviéndose adonde al rey con el príncipe Nestarcio dexara, les dixo lo que con el cavallero había passado, que por ende ya podrían ellos ir a provar si sus cavallos se acercarían al cavallero, pues con el suyo no pudiera. Por donde Nestarcio, oído aquello, pidió por merced al rey le otorgasse la primera justa con el cavallero, el cual se lo otorgó. Y por no mostrar que era perezoso, corriendo su cavallo

contra el cavallero, que ya contra él moviera con su alimaña, muy prestamente vinieron a encontrarse tan duramente, que Nestarcio fue de su silla lançado, tan ligeramente que él se maravilló d'ello, y más por ver a su contrario que parecía que lo havían clavado en la silla.

Cuando el rey y Finariel vieron a Nestarcio de los primeros encuentros derribado, poca esperança tuvieron de vengarlo, pero por esso no quiso el rey dexar de provar su ventura, la cual fue igual a la de Nestarcio, quedando entrambos tales que no les parecía aquello ser possible, señaladamente porque les parecía que no con las lanças, sino con los manos, los havían sacado de la silla, según ligeramente caían en el suelo.

Cuando Finariel aquello vido, dixo:

–Pues no será verdad que d'esta vez yo quede sin provar lo que pudiere. Pues es cierto que no tengo de quedar con más honra que los otros.

Y dicho aquello, cavalgando en el cavallo del rey y dexando el suyo, quiso arremeter contra el Cavallero del Castillo, pero por mucho que le hizo sentir a que pujava el ferir de las espuelas, jamás pudo hazer que a su alimaña se acercasse. Y dexando aquel cavallo y cavalgando en el de Nestarcio, quiso provar lo que con el del rey havia fecho. Pero por mucho que trabajasse en fazerlo correr contra el Cavallero del Castillo, jamás pudo. Por donde, viendo que ninguno de los tres cavalllos quería acercarse a aquella alimaña, dixo:

–Bien dezía yo que los desastres no havían de parar sino en mí. Pero no podrán tanto que yo más no pueda, aunque pese a mi desdichada ventura.

Dicho lo cual, decendiendo del cavallo que de Nestarcio tomara, fue a pie contra el Cavallero del Castillo. Al cual dixo que decendiesse de su bestia, si no quería que se la matasse.

–Más havriades vós de poder para esso –dixo el cavallero–. Pero si tan grande es vuestra voluntad de hazer conmigo batalla, yo soy contento de apearne, porque no quedéis sin satisfacerla. Y porque veáis en cuanto vos tengo y precio, dende agora juro por la fe que a Dios devo, que si del primer golpe que con la espada vos firiere, no vos matare o derribare a mis pies, de suerte que esté en mi facultad dexarvos con la vida o sin ella, de no cavalgar más en este año en esta alimaña ni en otra cualquier que llevarme pueda, antes de ir a pie por penitencia de no haver cumplido mi juramento.

–Si por temor de palabras hoviesse yo de dexar de hazer lo que devo –dixo Finariel–, sobrada sería la honra que vós, cavallero, de aquestos fechos llevaríedes. Pero

yo espero en Dios que no lo hará así con tan buenos cavalleros ni conmigo, aunque tan poco valgo, que no faga que vos cueste caro vuestro sobervio hablar.

Y dicho aquello, llegándose al cavallero, que ya contra él venía, lo firió de tan pesado golpe sobre el yelmo, que si tan bueno no fuera, no pudiera sino recibir muy gran daño. Pero el cavallero, sintiéndose muy cargado de tan pesado golpe, firió a Finariel de otro en el mismo lugar, de tan gran fuerça que, pareciéndole a Finariel que una torre le había caído encima, sin ninguna detención cayó a los pies de su contrario, de que todos fueron maravillados. Y en el mismo instante, el cavallero le comenzó de desenlazar el yelmo, mostrando que le quería cortar la cabeça. Pero como el rey e Nestarcio lo viessen, a grandes bozes dixeron al cavallero que se detuviesse. Y cuando junto a él fueron, le rogaron que no matasse tan buen cavallero, pues no había para ello razón, y se lo ternían a crueza y no a esfuerço. El cual les dixo que no dexaría de cumplir su voluntad, si no le otorgavan cada uno d'ellos un don, puesto que ya huviessen prometido de cumplir su mandado, según la postura que con su escudero se assentara, y que farían que cuando el cavallero bolviesse en su acuerdo le prometiera otro, o se metería en su poder, de la suerte que lo entonces tenía sin que pudiesse hazerle ninguna resistencia ni ofensa. Los cuales fueron contentos de otorgar y prometer que cumplirían cuanto les dixera.

Por donde el Cavallero del Castillo tornó a enlazarse el yelmo. Y aún no se lo acabava de enlazar, cuando Finariel fue en su acuerdo y se levantó para tornar a hazer batalla con el Cavallero del Castillo. Pero el rey e Nestarcio no se lo consintieron, diziéndole lo que había passado, y cómo había de otorgar un don a su contrario o tenderse a sus pies, para que d'él fiziesse a su voluntad. Por donde Finariel otorgó al cavallero lo que por su parte se le había prometido. Y entonces el Cavallero del Castillo les dixo que se acogiesen a sus cavallos, porque cuando serían en la aldea, les declararían los dones que le habían prometido.

Por donde todos de consuno bolvieron a la princesa, a la cual Finariel dixo:

—¿Qué vos parece, señora, de vuestros aguardadores y de sus esfuerços? Por cierto, bien claramente se ha visto que vos ha valido más la medida del rey y d'este otro cavallero —diziéndolo por el del Castillo—, que cuanto nosotros hazer pudiéramos, pues ha sido en mano de cualquier d'ellos mandarnos que nos bolviésemos a Costantinopla, y que vos dexásemos, aunque no sé cómo nos irá con este cavallero por lo que nos ha de mandar.

El cual, no curando de responder a Finariel, fizo gran mesura a la princesa, la cual lo recibió con mejor semblante que era la voluntad que contra él tenía. Y entonces, bolviéndose a Finariel le dixo que se devía él quejar entre los otros, pues la primera donzella que se le havia encomendado falló en él tan buen aguardador que no solamente la defendió de quien la venía a buscar, para llevarla en poder de quien no podía dexar de ser desonrada, pero matando en un día dos cavalleros, havia librado a la donzella y a su madre de la peor y más triste vida que jamás se bivió. Y las restituyó en el señorío de un buen castillo con compañía de un cavallero, con quien la bivían la más descansada que se podía pensar.

–Vós dezís muy gran verdad –dixo Finariel al cavallero–, pero creo que con esso se cumplió todo el fin de mi ventura, puesto que de tener la mejor no me falten los desseos.

–Harto bien es –dixo el cavallero– tener buenos los desseos, porque el que semejantes los tiene, no puede hazer cosa mala ni caer por su voluntad en falta, y si cayere, no por su culpa, sino por causa d’essa buena o mala ventura que dixistes, la cual muy pocas cosas o ninguna tiene por iguales ni que sean a ella semejante. Porque, puesto que muchas cosas aya en este siglo, las cuales tienen ser y se puede ver y conocer muy gran parte d’ellas, carecen, a lo que nosotros alcançamos, de nombre, causándolo ser ajenas y estrañas, y por nosotros no conocidas. Lo que es al contrario d’esta aventura, a la cual todos le sabemos nombre, no la pudiendo ver ni conocer. Por donde si bien es mirado su significado, sin añadirle buena o mala, es imposible que ninguno pueda interpretarlo, pues en sí no tiene más ser del que con los dichos contrarios se le impone. Pero bolviendo a vuestra razón, cavallero, paréceme a mí que no tenéis razón de vos quejar de la vuestra ni de la juzgar por mala. Pues en vos se podrían fallar muchas gracias juntas, con qualquier de las cuales no serían pocos los que se juzgarían de buena, e ninguno se fallaría con que se juzgar pudiesse de mala.

Sobradamente se maravilló Finariel de lo que aquel cavallero le dixera, no lo conociendo. Y assí, le dixó:

–Pues tan gran grande conocimiento de mis cosas, cavallero, tenéis, ruégovos que me digáis qué cosa tengo yo buena, después de un derecho con que nací para heredar algún bien, si antes no muero.

–Ya sabéis vós –dixo el cavallero– que tenéis otra que la no trocaríades por dos derechos de los que tenéis, aunque fuesse para heredar dos imperios.

–Essa será la vida –dixo Finariel–, la cual por ningún precio, sino por la honra, se deve trocar.

–Bien es vida –dixo el cavallero–, aunque no tenga tal nombre, pues sin ella no podría durar ess’otra. Y si durasse, todo aquel tiempo se podría llamar muerte e no alcançaría nombre de vida, sino cuando muriesse.

–Yo creo, cavallero –dixo Finariel–, que si mucho porfiasse en vos hazer preguntas, todas mis poridades sacariades a luz. Por donde no quiero dezir sino que, si la vida que vós dixistes es la que yo pienso, no digo trocarla por los imperios, pero por todo el mundo me parecería tan pequeño precio, como sería la comparación de ninguna cosa al valor de todo él junto.

No passó mucho después de passadas aquellas razones que vieron la aldea muy cerca d’ellos, a la cual gran pieça había que desseavan llegar, así por conocer quién sería el cavallero que tanto sabía e podía, como por saber lo que les había de mandar, dudando que no fuessen cosas que les estorvassen el fin de los desseos de cada uno, y no menos maravillados cómo sus cavallos no se espantavan de aquella alimaña a quien poco antes no ossavan con buena pieça acercarse, viendo que, después que el cavallero se juntó con ellos, se acercavan a ella tan doméesticamente y sin recelo, como si fuera entr’ellos criada.

Llegados a la aldea, después que los yelmos se quitaron, mucho se maravillaron de ver al cavallero que los derribara, porque, puesto que el rostro tuviesse colorado y fresco, sus barvas eran tan largas que bien señalavan ser su edad cercana a sessenta años. Al cual, Finariel dixo:

–¿Qué devíades vós hazer en vuestro tiempo, cavallero, que agora que las fuerças por razón devrían caducar, nos havéis así vencido, creyendo cada uno de los que aquí veis que muy ardid había de ser el cavallero que en el campo osasse atendernos?

–En ningún tiempo las tuve yo tan grandes, señor –dixo el cavallero–, pues jamás tanta honra gané como en este día y en tan breve espacio.

–Pues si bien lo supiéssedes, puesto que por mí no lo diga –dixo Finariel–, por lo poco que yo valgo e puedo, no lo diríades así desganado y como por menosprecio. Porque yo vos certifico que, aunque otros tantos años biváis y con las mesmas fuerças, no la ganaríades tan grande como en vencer a estos dos cavalleros, los cuales no se sabe que en el mundo tengan igual en esfuerço y estado.

–Y aunque, porque los conozco –dixo el cavallero– encarecí tanto lo que dixes, porque de otra suerte para muy poco hubiera yo sido en cuarenta años que soy cavallero, no haver fecho otro tanto como oy.

Y dicho aquello, todos aquellos príncipes, con el cavallero estraño y los embaxadores, comieron en una mesa mucho a su vicio. Porque el rey Pasmerindo lo tenía tan bien proveído, que no menor recaudo tenían en las aldeas y montes que en las villas y ciudades. Pero Finariel, no se pudiendo çufrir, assí como alcançaron las mesas, dixo al Cavallero del Castillo que si todos huvieran sido de su parecer, no comieran antes de saber lo que cada uno havia de hazer por su mandado, porque si fuesen cosas con que huviessen de recibir pesar, no les fiziesse mal provecho. Y que por ende le rogava les dixesse su voluntad, porque saliessen de aquella duda y pensamiento. Al cual, el cavallero dixo:

–Sé que no me havia de hazer Nuestro Señor Dios tanto mal, señor, que aunque vosotros no fuéssedes las personas que sois, recibiendo yo tan gran merced y honra como de vuestra compañía y mesura se me recrece, no conociesse lo que devo hazer, por no ser tenido por mal criado. Y aunque por mi naturaleza no lo alcançasse, la experiencia que de mucho años tengo, me habría ya fecho maestro. Por donde, señores, estad de buen corazón, porque yo vos prometo que por lo que entiendo dezir, no sé seguirá menoscabo en vuestra honra ni tardança en vuestros desseos. Y cuando fuere tiempo vos los diré como mejor supiere, porque antes acrecentéis en vuestra honra, aunque la de cualquier de vós sea la que ser puede, y más presto se satisfaga la voluntad e intento de cada uno.

Todos se lo agradecieron como era razón, a los cuales dixo que, pues aquel día habían andado más de tres leguas, no passassen de la aldea aquella noche y podrían ir a una fuente que havia muy cerca, adonde verían muchas alimañas, assí de caça como extrañas, con que mucho se folgarían y podría ser que matassen alguna con que se acrecentasse su plazer.

Sabida por aquellos cavalleros la voluntad de la princesa ser de ir a folgarse a aquella fuente, luego cavalgaron, e sin levar más de sus spadas, porque el cavallero los certificó que no hallarían cosa de que se deviessen temer, porque fuesen más ligeros, començaron de caminar por el camino que el Cavallero del Castillo, que iba primero, llevaba.

¶Capítulo xlvij. De las cosas que el sabio Arismenio fizo después de llegados a la fuente, por dar plazer a la princesa Arinda y a todos los que en su compañía iban.

Como aquella fuente tan cerca de la aldea estuviesse, que aún no había fasta llegar a ella camino de media hora, muy presto fueron llegados adonde estava, pareciendo a todos que no habían jamás visto cosa tan deleitosa, según el assento d'ella. La cual manava debaxo de una muy alta roca que tenía una entrada assaz alta e ancha, a manera de cueva, y todo lo que era ocupado de la agua estava assí cubierto de la mesma roca, que el Sol en ningún tiempo del año entrava allí dentro. Y eran tantos y tan altos los árboles que al derredor d'ella había, que todos se maravillavan de verlos.

Y después que huvieron dexado la princesa con sus donzellas y algunos cavalleros para su guarda, y señaladamente los embaxadores que vos diximos, los cuales siempre la aguardavan, en el mejor lugar que ende había, para ver más que de cualquier otra parte lo que en la fuente se podría hazer, el Cavallero del Castillo repartió a todos los que eran ende venidos como a él mejor pareció, para que a manera de una ala pudiesen de lo alto de la montaña hazer abaxar algunas de las animalias de caça, que ende había, hazia la fuente, porque cerca d'ella era la mayor espessura de los árboles.

Y después de haverles dicho que ninguno se partiesse de su lugar, hasta que por él le fuesse señalado, se alexó d'ellos. Y fechas por él algunas cosas de las que sabía para aquel efecto, no hubo ninguno de cuantos cavalleros ende había, que delante de sí no viesse salir quien puerco, quien osso, quien ciervo, quien raposo, liebre, o otras animalias de caça. Las cuales, guiadas por la voluntad de aquel cavallero, que en aquello mucho sabía, todas començaron de correr camino derecho de la fuente. Y quando cerca llegavan de la agua, no osavan acercarse, porque, según el cavallero después dixo, les parecía que toda l'agua eran un fuego muy grande, sino que unas con otras reñían e se mordían con la mayor ravia del mundo.

Y a poca pieça vieron venir ende un osso tan grande e un león tan fiero que la princesa, aunque bien lexis estava y con assaz compañía, toda se estremeció y cuantas mugeres con ella eran, no dexando de participar de aquel miedo los cavalleros que las aguardavan. Y de que juntos se vieron, començaron entre sí la más esquiva y cruel batalla que jamás fue vista, porque el osso era a maravilla grande y fuerte, tanto que,

cuando se enarmonava, no havia ende cavallo que tan grande pareciesse. Pues el león no era menos fiero y esquivo, y aunque no osasse venir a braços con el osso por su grandeza, no dexava por ende de se juntar tantas vezes con él, que con sus agudas uñas no le rasgasse la piel, haziéndole muy grandes llagas, aunque no salía tan limpio el león del juego, que no recibiesse cuasi el mesmo daño. Y eran tan grandes los bramidos que entrambos davan, que todos aquellos valles hazían reteñir.

Y cuando bien huvieron reñido, y tanto que parecía que ya no se podían tener, arremetieron el uno contra el otro con tan gran denuedo, que fue maravilla verlo. Y se abraçaron mordiéndose, y con las uñas abriéndose las carnes por todas las partes que mejor podían. Y como con tan gran saña estuviessen asidos, no podían ni osavan desasirse, temiendo que el primero que soltaría su presa, no pudiesse después cobrarla. De aquella manera, anduvieron gran pieça el uno encima del otro, haziéndose y recibiendo gran daño. Y cuando ya estuvieron tales que ningún género de ofensa ni resitencia se parecía haver en ellos, se dexaron, cayendo cada uno a su parte tal como muerto.

Passada aquella batalla, vieron llegar dos salvages con sendos palos bien grandes y los escudos a sus personas conformes, para beber en la fuente. Y cuando cerca d'ella fueron, dieron un gran salto hazia tras, como aquello que del fuego havían miedo. Y començando a reñir con palabras que se no podían entender, aunque el tono era bien alto, dexándose d'ellas, vinieron a ferirse con los palos en sus escudos de tan grandes golpes, que era maravilla cómo no se hazían mil pedaços ni cómo ellos los podían sostener. Y después que vieron que la defensa de los escudos ponía estorvo para que sus sañas no pudiesen cumplirse, concordándose d'ello, arrojaron cada uno sus palos y escudos y vinieron a braços, y la primera presa que entrambos trabajaron de tomar fue de aquellas barvas largas que tenían, por las cuales se tiravan tan reziamente, que del dolor del daño que se hazían, davan tan grandes bozes que de una legua se podían oír.

Y de que assí estuvieron, faziéndose todo el mal que podían, dexándose de las barvas, se asieron por los cuerpos cada uno entendiendo cómo derribaría al otro, unas horas parándose el pie y puxándolo, y otras alçándose hazia arriba para después dexarse caer, como si el que encima cayesse, no estuviesse en el mismo peligro en que estaría el de debaxo. Y assí anduvieron otra gran pieça, hasta que el uno cayó, pero no estuvo mucho debaxo cuando ya tuvo a su contrario de la mesma forma. Y assí anduvieron rodando por el campo, hasta que tuvieron por bien de se dexar y tornar a sus mismos palos sin los escudos, y cuando los huvieron cobrado, gran plazer era de ver cómo se

rebatían los golpes que se davan, porque muy pocas vezes se acertavan en descubierto. Pero a la fin, como el cansancio les fiziesse perder el tiento que antes tenían, se cargaron de tan pesados golpes, que no tardó mucho en caer entrambos tan mal parados, que no había quien de vida los juzgasse.

No huvieron acabado de caer, cuando vinieron al mesmo lugar una serpiente espantosa, que si por lo passado no creyeran que no había de ser más lo presente, ninguno osara ende parar por más lexos que estuviera, aunque de buen corazón fuera, quanto más las mugeres a quien la naturaleza de tan flaco ánimo dotó, puesto que para mayor bien suyo. Y luego, tras la serpiente, un cavallero bien armado de todas sus armas, con una gruessa maça llena de clavos muy agudos en la mano derecha, y un escudo en la otra, en que no se parecía menos fortaleza que esfuerço en quien lo tenía. El cual, no atendió que la serpiente a él viniesse, antes con esforçado ánimo, bien cubierto de su escudo, fue contra ella, la cual alçándose del suelo, quanto un estado de un hombre, no le bolvió su espantable rostro, antes le atendió el primer golpe con intención de se dexar después caer sobre el cavallero y tomarlo debaxo de sí. Pero fue tan grande la ligereza del cavallero, después de la haver ferido, que al tiempo que la serpiente quiso cogerlo, ya había dado un muy ligero salto al través, por donde no pudo de aquella vez efectuar su mal pensamiento. Y fue el cavallero tan presto en la ferir de otro golpe, antes que se tornasse a alçar sobre la cabeça que ella tanto guardava, que más de cuatro de aquellos clavos le fincó por ella, acertando el uno d'ellos en el ojo derecho, del cual no se viera más aunque mil años biviera. Y fue tan grande y espantable el bramido que la serpiente dio, al tiempo que fue herida, que al cavallero fizo estremecer. Y quiso alçarse para asirlo con sus braços, pero el cavallero le tenía con tanta fuerça puesta la maça por la cabeça que, aunque la serpiente quería, no podía alçarse en alto, porque el cavallero con todo su poder la tirava hazia baxo, por manera que con el gran mal que le fazía, no osava alçarse, porque dos vezes que lo provó, no se sintió bien d'ello. De aquella manera, estuvieron buena pieça, que ni la serpiente osava alçarse ni el cavallero desasirse de la maça, porque con la espada poco o ningún daño le podía hazer.

Bien parecía a lo que todos de lexos podían juzgar, que el cavallero estava en grande aprieto, el cual, viendo que se no podría assí mucho tiempo mantener, y que a la fin sobrevernía la noche, y siempre quedando en el mismo peligro, acordó de echar detrás de sí el escudo que en la mano izquierda tenía. E assí lo fizo, assiando depués la maça con entrambas manos y tirando hazia sí la serpiente, la cual, con el gran dolor que

de los clavos sentía, seguía al cavallero sin le hazer ninguna resitencia. Por donde assí la anduvo trayendo a un cabo y después a otro, assegurándola como que no entendía hazer más de aquello. Y cuando vido tiempo para su propósito, dexando la maça de la mano derecha y cobrándola con la izquierda, sacó su espada, con la punta de la cual firió a la serpiente por el ojo que le quedava sano, y la puxó con tanta fuerça que se lo sacó. Y en el mesmo instante, arrojando de si la espada, tornó a cobrar la maça con dos manos y a llevar la serpiente como de antes por aquel campo, fasta que pareciéndole tiempo, dexando la maça, començó de correr al través, porque de presto no pudiesse ser por la serpiente asido. La cual, buscando al cavallero, vino a aquella parte que los salvages yazían, los cuales, cuando la vieron, con miedo de la muerte, se levantaron y con sus palos la començaron de ferir por todas partes. Por donde, no viéndose para ofender ni menos para defenderse, dava los más espantables bramidos que se jamás oyeron. A los cuales, se levantaron el león y el osso como si los recordaran de un sueño, y cada uno por su parte, començaron con sus uñas de dañar la serpiente en tanto grado y por tantas partes, que no se pudiendo ya valerse, tendió en el suelo con el vientre y los braços hazia arriba, por se defender de la muerte que tan cercana tenía.

Pero no le aprovechó cosa, porque assí de los palos que de los salvages recibiera, como del daño que el osso y el león le hizieron, en muy breve tiempo se tendió en el suelo, al parecer de todos tal como muerta. Y entonces, cada uno de los salvages tomó contra sí, el uno al osso y el otro al león, por donde hubo entre ellos una no menos reñida que fiera batalla, tanto que los que la miravan, s'espantavan de la destreza y ligereza de aquellos salvages, porque serían tan a su salvo al osso y al león, que cuasí ningún daño recibían d'ellos, según se aprovechavan de sus palos y escudos. Por donde, en tan poco espacio los pararon tales, que tomaron el fuir por último remedio. Y con la mayor priessa que pudieron, començaron de correr contra aquella parte que la princesa estava, siguiéndolos siempre los salvages.

La cual, recibió tan grande espanto viéndolos venir, que si no se acordara que ya en aquella sazón tenía en su compañía al príncipe, su señor, y al rey Pasmerindo y a Finariel, no pudiera sino causar muy gran daño en su preñez. Los cuales, dende la primera batalla del osso y del león, eran venidos adonde la princesa estava, porque, como vos diximos, de aquel lugar mejor que de cualquiera otra parte se podía ver lo que junto a la fuente se hazía. Y como viessen contra aquella parte acercarse el osso y el león, tiraron de sus espadas para los matar, si assí llegavan, pero el cavallero, que junto a la fuente quedara, les dio bozes que no temiessen. Con que se aseguraron y los

dexaron acercar sin ningún recelo. Y de que fueron a aquel lugar llegados, cessando de su curso, se juntaron todos cuatro y començaron los unos de bramar y los otros de cantar y después bailar, dando tantas bueltas y con tanta presteza, que assí la princesa como todos los que los miravan, se folgavan más que de ninguna de cuantas cosas fasta entonces vieran.

Y después que assí anduvieron un rato, pareciendo al cavallero de la fuente que ya era hora de bolverse a la aldea, para que tuviesse tiempo de declararles los dones que le prometieran antes que se fiziesse de noche, fizo que los cuatro que assí bailavan, corriendo quanto podían, se fuessen cada uno por su parte, y tan presto que luego los perdieron de vista. Lo mes[m]o se fizo de la serpiente, assí que ninguno la vido jamás, puesto que parecía muerta.

Fecho aquello, el cavallero vino a ellos con sus paños de monte como allí viniera, y les preguntó cómo les havia parecido la caça, al cual todos dixeron que jamás la vieran tan buena, y que no les desplugó cosa d'ella más de no haverlo podido socorrer en aquel tan grande aprieto en que lo havían visto con la serpiente.

–No fue tan pequeño, señores –dixo el cavallero–, que no lo tenga en la memoria para toda mi vida, puesto que no sea tan grande como aquél en que oy me vide con este cavallero –señalando Finariel–, el cual no quería con menos de mi muerte tomar su desseada vengança, según se aquexava por venir a la batalla conmigo, por emplear la saña que ya creo tiene contra mí perdida.

–Fasta agora perdida la tengo por cierto –dixo Finariel–, si no se me rebiva con el don que de cumplir tengo.

–Más se vos rebivarán, señor –dixo el Cavallero del Castillo–, el amor y cuidados que antes de mucho sentiréis, porque serán doblados de los que agora sentís.

–¿Cómo vós sabéis lo que yo siento? –dixo Finariel.

–Sí –dixo el cavallero–. Y porque veáis que no me es oculto, digo vos que sentís un señorío tan grande, de un coraçón que a vós señorea, que si no lo sintiéssedes, jamás vos veríades alegre ni vos acarreará plazer cosa de las que en la caça vistes, ni comeríades con gusto, ni fallaríades sueño aunque lo buscássedes. Y que esto sea verdad, acordadvos que alguna noche, antes de alcançar el señorío que dixes, lo buscávedes y no lo hallastes, a cuya causa, creyendo deleitar vuestra vista en las cosas que antes de aquello descansava vuestro coraçón mirándolas, sentistes doblada pena, fasta alcançar el señorío que después se vos otorgó. Por donde agora tienen facultad lo árboles y huertas con sus variedades de vos acarrear tanto plazer, como antes tormento y

pena. Pero porque ya es tarde y mi alverge esta noche ha de ser muy lexos de aquí, vámonos a la aldea y por el camino declararé a cada uno lo que de fazer tiene, para cumplir los dones que prometistes, con que siendo mi corazón alegre, quedéis libres.

Y assí como lo dixo, començaron de caminar para bolverse a la aldea.

¶Capítulo xlvij. De cómo el sabio Arismenio se descubrió al rey Pasmerindo y a los otros príncipes, y les declaró los dones que les pidiera, y después se partió d'ellos. Y de cómo la princesa Arinda con su compañía llegó a Clocea, adonde ya los atendía la reina Albericia.

Al primero que el Cavallero del Castillo quiso hablar fue el rey Pasmerindo, pues los príncipes Nestarcio y Finariel en todas las cosas le otorgavan la honra. Pero, antes que le hablasse, a todos tres juntos dixo cómo él era Arismenio, señor del Castillo Venturoso, a quien les suplicava tuviessen de allí adelante por muy verdadero servidor, pues podían tener por cierto que ninguna cosa desseava tanto, assí por la honra que d'ello le podía recrecer, como porque sabía que una sola fija que tenía él, uno d'ellos la había de librar del mayor peligro en que se había de ver. Y que pues tan grande era el beneficio que d'ellos esperaba, allende de la honra que ya dixera, le parecía que era razón conocerlos y hazerles algún servicio y ofrecerles su persona, como lo había fecho, para siempre que lo menester huviessen, y que aquella había sido la causa de su venida. Los cuales, oída su razón, agradeciéndole que se tenían por dichosos de su conocimiento, le ofrecieron assí sus personas como estados para cuando quiera que los emplear quisiesse.

Dicho aquello, passando los otros adelante para tener compañía a la princesa, Arismenio comencó de hablar al rey Pasmerindo, que con él quedava, en esta manera:

–El don que yo a vós pedí, y desseo que cumpláis, mi señor, es que, pues el Alto Señor sobre todos los otros príncipes de vuestro tiempo vos ha dotado d'estado y de otras gracias que en vos florecen, señaladamente haviéndoos elegido por padre del más hermoso fijo y esforçado cavallero que en nuestros tiempos y en muchos antes se a visto, no desconozcáis su soberano poder sino que en todos vuestros fechos vos conforméis con su voluntad, siguiendo siempre aquello que sea su servicio, desechando lo voluntario. Pues ninguna cosa ay de que más se sienta desservido que del

desconocimiento e ingratitud, porque quiere principalmente que lo reconozcan por señor, y que no crean que por sí mismos, por grandes o mayores príncipes que sean, tienen cosa buena. Porque es cierto que aquellos que se gobiernan por sus propias voluntades y no las sojuzgan a la razón, desconocen a quien les otorgó el poder para regir y gobernar, señaladamente si con la libertad que de señorear y mandar tienen, interpretan las leyes e ordenaciones a su sabor, y no según la intención del instituidor d'ellas. Porque, por grandes príncipes y señores que sean, ley tienen y ley han de guardar, y siempre que la rompieren, contravienen a la voluntad de quien la impuso, de la cual contravención se siguen los açotes, los cuales muchas vezes padecen los reinos más por culpa de sus señores que de aquellos a quien alcançan, mayormente, cuando la tal voluntad emplean en rigurosidades. Porque en tal caso sin ninguna comparación es mala y dañada, porque no ay razón para hazer creer que el cruel y riguroso pueda ante Dios fallar misericordia, a lo menos en el otro siglo, en el cual es cierto que no se pueden hazer cosas con que se satisfaga la menor de las culpas cometidas, dexada aparte la satisfacción que por la penitencia se alcança.

»Y sobre todo, señor, que no vos ensobervezcáis por grandes felicidades que vos avengan, pues sabéis que ésta es la madre, la cual concibe y después pare aquellos fijos que, dando en la juventud infinitos desatientos a sus padres, los rematan en la vegez, que es la muerte, con eternas penas, sino conformando vuestra voluntad y obras con la intención del dador, que de la ley dixere, vos rijáis por la justicia, acompañándola de mucha misericordia, siempre que hazerlo pudiéredes, no siguiendo las pisadas de muchos príncipes que, teniendo en sus casas por consejeros y muy favorecidos hombres, que desirviendo a Dios y siendo de sus almas homicidas, y de todos sus pueblos, son rigurosos executores contra los baxos. Porque siendo mal regidos y peor tratados, se quexan de los que tiránicamente los gobiernan, con que muestran anteponer sus honras y poder a los del Alto Señor, los cuales sin ninguna comparación devrían más zelar y hazer guardar e temer. Otrosí que vos guardéis de aquellos que conociéredes, que por aprovechar sus casas y enriquecer sus hijos y deudos porpornán la fidelidad que vos devieren y trabajarán de poner vuestra honra en condición, y vuestra alma, que es más de temer, en perpetua pobreza y miseria. Y que honréis e hagáis mercedes a los que vos irán a la mano con sanas intenciones ni saludables consejos, no curando de sus propios intereses, porque, puesto que el corazón e intención de los hombres no se puedan en un instante conocer, por las palabras que d'ellos proceden,

según a la parte que las endereçan, aunque más lo dissimulen, muy fáciles son de comprehender.

»Todo esto vos he querido dezir, poderoso rey e mi señor, no porque en vos dexé de conocer de presente vuestra voluntad como se deve regulada, sino porque el desseo que de serviros tengo, y voluntad de vos prevenir para lo venidero, me han dado para ello causa. E otrosí porque podría ser que, no teniendo cura de vos conservar en ella, cayésedes de tan alto que la subida al mesmo lugar fuesse muy difícil. Y por dexar vuestro corazón, en lo que a mí se otorga, satisfecho y alegre, vos certifico que allende que vuestro fijo será tan hermoso y esforçado como dixé, su ventura y maneras serán tan buenas que no menos será estremado en esto segundo. Por donde verná a señorear tan grandes estados que el vuestro, puesto que sea grande, ante los suyos es pequeña cosa. Y porque a los fijos, cuando en casa de sus padres se crían, siempre los regalos les impiden que alcançar no puedan las cosas que cumplen para su dotrina y criança, tan cumplidamente como conviene, será bien que el príncipe, vuestro hijo, cuando huviere cumplido siete años, en la cual edad mayores serán sus fuerças y saber de lo que extimar se puede, lo embiéis a la casa d'este, vuestro buen amigo, el príncipe Nestarcio. En la cual, señor, podéis ser cierto que todas las cosas de criança y virtuosos exercicios florecen, y adonde el príncipe Valerián, no con menos cura de la que vós, señor, si ende fuéssedes presente terniades, sera criado y enseñado, allende que de su criança y conocimiento nacerán los principios del bien que le está guardado. Y porque tengo de hablar a estos dos príncipes, pídivos, señor, por merced, me perdonéis mi atrevimiento, pues sabéis la causa que para ello he tenido.

Al cual, el rey, después de le haver dado las gracias que devía por tan saludable consejo, dexó con el príncipe Nestarcio, a quien ya había llamado para dezirle lo mesmo que al rey Pasmerindo dixera, callando lo que a Valerián atañía, y encargándole que sobre todos sus deudos y amigos, amasse y preciase al rey Pasmerindo. Porque según las cosas sucerían, conocería que de aquella amistad no le recrecería sino mucha honra y descanso. Al cual, el príncipe Nestarcio, agradeciendo la buena voluntad y el consejo que le diera, prometió que assí lo cumpliría, según lo él vería, viniendo el tiempo en que él le pudiesse mostrar el desseo que para lo assí hazer tenía.

Cuando Arismenio, dexando a Nestarcio, se vido con Finariel, le dixo:

–El don que vós me prometistes cumplir, esforçado príncipe, es que vuestro corazón no se desvele jamás sino en pensar cómo por vós podrá ser mejor servida la infanta Polidia, la cual, allende de su grande hermosura y alto linage, que de vós son tan

bien conocidos, solamente por vos amar sobre todas las cosas, merece que vuestro pensamiento no se ocupe ni reciba deleite en caças, ni en otros semejantes ejercicios que desvían las sabrosas membranças, que los leales y verdaderos amantes han de tener e gustar de aquellas señoras cuyos son y ser más dessean. Porque si assí no lo fiziéssedes, no le corresponderíades al leal y verdadero amor que en ella tenéis conocido, el cual, y no la codicia de vuestro esfuerço, pudo forçar su alto y generoso corazón, que la noche de vuestra partida de Colonia, vos pidiesse perdón del yerro que jamás fizo, porque sólo en pensar en esto mi corazón es otorgado para la servir, mientras el Alto Señor otorgare a mi alma no perder la compañía d'este fatigado cuerpo.

»Pues mirad, esforçado príncipe, de cuanto más le sois vós deudor, que es tanto, que si la brevedad del tiempo que para dezir lo tengo, no lo impidiesse, yo vos diría d'ello tan gran parte que con mayor razón vos esforçássedes a serle tan sujeto, cuanto ella dessea que seáis vós su señor. Pero, porque se haze tarde, no quiero dezir más d'acordaros que, por lo mucho que a Nuestro Señor Dios devéis, no le seáis en ningún tiempo ingrato ni desconocido, sino que ordenado siempre vuestra voluntad con la suya, fagáis vuestras cosas dirigidas, antes a su servicio que a vuestro provecho. Esto es por agora lo que, esforçado príncipe, havéis de cumplir para ser quito del don que prometistes por servicio de aquella hermosa Polidia, pues con la haver vós alcançado por señora, Nuestro Señor no ha mostrado quereros menos, que en vos haver dado por fijo a tan buen rey como vuestro padre, aunque doblados reinos d'él hoviéssedes de heredar. Bien sé que diréis que si no fuérades tan gran príncipe, no alcançárades el señorío de su corazón, ni menos esperança de la haver por compañera.

»A esso digo que muy más altos príncipes que vós hovieron mugeres, que preciaran más haver nacido pastores que para señorear tan grandes estados, sólo por la compañía d'ellas serles tan enojosa y a sus voluntades y honra tan contraria, cuanto a vós será la de la infanta, vuestra señora, aplazible y conforme. Y pues a vós, señor, todo junto lo ha otorgado el Alto Señor, dadle las gracias a vós posibles, por lo que más que los otros le devéis, puesto que ninguno le dexa de dever mucho, por el ser que generalmente nos ha dado y fecho nacer en su religión cristiana, con que nos habilita para poder gozar, si por nuestra culpa perder no lo queremos, de su eterna gloria. Y pues ya somos cerca de la aldea, quedad, señor, con Dios, porque voyme a despedir de la princesa, vuestra sobrina.

Tan atónito quedó Finariel de lo que Arismenio le dixera, porque le parecía imposible ningún hombre mortal alcançar los secretos de los pensamientos y coraçones

de los hombres, que apenas pudo responderle a ninguna de cuantas cosas había oído. Y no con pequeño esfuerzo, según él estaba, le pudo solamente decir que le agradecía su buena voluntad, y sobre todo, haberle pedido cosa que en cumplirla, se cumplía todo lo que él en aquella sazón deseaba.

Y aún no lo acabó de decir, cuando su corazón comenzó de sentir lo que Arismenio le había dicho que sentiría, con tan grande acrecentamiento de lo que hasta entonces sintiera, puesto que muy pocos de los que creían perfectamente amarle fuesen iguales, que jamás sus pensamientos se ocuparon sino en la memoria de aquella graciosa infanta, su señora, ni sus deseos dexaron de mortalmente aquejarlo, hasta tanto que la fortuna otorgó a entrambos corazones único descanso.

Después que Arismenio se hubo de Finariel despedido, se despidió de la princesa y de aquellos que era razón. Y antes de llegar a la aldea, juntamente con su escudero, el cual llevaba sus armas, se partieron con tan gran velocidad d'entrambos, que muy presto los perdieron de vista. Aquella noche folgaron en la aldea, y antes de dormir no se habló sino en la sabiduría de Arismenio, del cual todos quedaron pagados y muy satisfechos. Y Finariel mucho más por haber sabido que había de venir el fin de sus penas, por él sobre todas las cosas deseado, aunque sus pensamientos lo aquejasen tanto que de ninguna cosa quería entrometerse ni hablar, por no gastar tiempo en más de pensar en su señora, tanto que le decían que tenía por cierto que el don que Arismenio le pidiera, había sido que no hablase, por darle la pena de lo que antes solía hablar. Pero por mucho que le dixessen, su firmeza era tan grande en aquellos pensamientos, que vino a conocer que Arismenio le había dicho muy gran verdad, que se le rebivirían de suerte que en ninguna cosa su corazón fallaría descanso, sino en aquella memoria.

El otro día de mañana partieron, siguiendo su camino con mucho placer. Y en cabo de cinco días llegaron a una villa que se decía Clocea, en la cual la reina Albericia los atendía. En la entrada de la cual se les hizo grande recibimiento, y la reina salió a dos leg[u]as d'ella para recibir a la princesa. Cada una de las cuales, cuando se vieron, se maravillaron de sus fermosuras y no menos se alegraron por se haber podido conocer. No hubo ninguno de aquellos príncipes y embajadores, y de los otros cavalleros que con ellos venían, que dexasse de juzgar la hermosura de aquella graciosa reina ser igual o mayor que la de la princesa Arinda, por razón que era más alta y no menos proporcionada en todas sus faciones.

Después de se haber recibido todos, mostrándose el mayor amor que podían, el príncipe Nestarcio tomó de rienda a la reina Albericia, y el rey Pasmerindo y el príncipe

Finariel acompañaron a la princesa Arinda. Y así llegaron a la villa, no quedando Nestarcio menos pagado de aquella hermosa reina por su gracia y discreción, que ella d'él por su grande apostura. En la cual fueron aposentados y servidos, según en casa de tan buen rey lo podían ser.

Seis días descansaron en aquella villa, en los cuales los cavalleros ivan a caça, porque la tierra era d'ella muy abundosa, llevando algún día sus mugeres para que se folgassen, aunque la princesa Arinda más folgava en descansar del trabajo de su camino que no en ir a caça, como aquella que ya era en los cuatro meses de su preñez passados, con que lo sentía doblado.

En aquellos días la reina Albericia fizo tantas fiestas y buscó tantos plazerres y passatiempos a la princesa Arinda, que ella se maravillava del amor tan grande que aquella reina le mostrava, no sabiendo que le dixesse y fiziesse para demostración del contentamiento que d'ella tenía. Y aunque el tiempo fue breve, el amor que se tomaron aquellas dos altas princesas fue tan grande, que jamás lo perdieron, antes con lo que después sucedió, se confirmó de suerte que, durándoles mientras bivieron, participaron d'él en no menor parte sus sucessores.

Passados los seis días que vos diximos, se partieron dende. Y aunque el rey e la reina porfiaron y se esforçaron de quererlos acompañar, fasta que saliessen del reino de Ungría, no les fue consentido por aquellos príncipes, conociendo que lo hecho sobrava. Por donde, embiando algunos cavalleros, para que en su lugar los sirviessen en los aposentar y en las otras cosas que se ofr[e]cerían, y despachados mensageros, con los cuales se proveía que por todos los lugares que passarían los sirviessen como a sus mesmas personas, sin les tomar por ninguna cosa dineros, se despidieron los unos de los otros, tomando el príncipe Nestarcio con la princesa Arinda y su compañía el camino para Colonia, adonde por agora los dexaremos por contar lo que hizo Menadoro después que quedó en la casa del rey Laristeo.

¶Capítulo xlix. De cómo una donzella vino a la casa del rey Laristeo para pedirle un cavallero que le dicesse derecho de otro que le ponía estorvo en sus casamientos, para lo cual fue Menadoro con la donzella, la cual por el camino le contó la causa por qué se los estorvava, y lo demás que entre ellos había passado.

Según vos havemos ya contado, Menadoro quedó en casa del rey Laristeo de la gran Bretaña, trabajando en servir la princesa Luceminia por traer sus desseos al fin por él desseado. Y como en ál no se ocupassen sus pensamientos, iva tan lozano y tan ricamente adereçado, que ninguno había en la casa del rey que le igualasse. Otrosí, en cualquier exercicio de armas que se fiziesse siempre llevaba lo mejor, tanto que por toda la Gran Bretaña no se hablava sino de su bondad. Y acaeció que estando un día el rey con sus cavalleros en una sala, entró por la puerta d'ella una donzella, acompañada de un escudero y de un donzel, la cual, aunque vestía paños de luto, no dexava de mostrar que Nuestro Señor Dios no se había olvidado de dotarla de hermosura. Y llegada ante el rey, fincadas las rodillas, le pidió las manos para se las besar, lo que el rey no consintió, antes, mandándola levantar, le dixo que le dicesse la causa de su venida. Por donde la donzella, faziendo lo que le era mandado, le començó de dezir:

–Bien sé yo, poderoso rey e mi señor, que si mi padre, según los servicios fizo al vuestro, viniera en su tiempo a le pedir justicia y mercedes, no le fueran por él negadas, assí como jamás las dexó de otorgar a quienquiera que con justa causa se las pidiesse. Pero como el mayor mal que en este siglo tenemos sea el olvido de los servicios passados, pues parece que que no se tiene memoria sino de los presentes, teniendo fasta aquí algún consuelo con la madre que me parió, heme çufrido, temiendo que según mi desdicha no fallaría aquel remedio a mis penas, que mi afligido corazón desea. Pero agora que, faltando el consuelo de mi madre me falta todo el bien con que çufrir me podía, he tomado por último remedio lo que ha muchos días deviera tomar por primero, assí porque mis fatigas son tan grandes que la dilación las podría hazer sin remedio, porque se trata de menoscabar mi honra, la cual sobre todas las cosas se ha de preciar, como por tener esperança que, aunque los servicios de mi padre no precedieran, sino solamente como mi señor natural y virtuoso cavallero, por la obligación que de

favorecer a las como yo cuitadas tenéis, no permitiréis que yo sola sea la que quejar se pueda en vuestros reinos.

»Por donde, señor, vos suplico que pues, según la fama suena, a vuestra casa es venido pocos días ha un cavallero, a quien por su bondad y esfuerço cualquier fecho por grande que sea se le puede encomendar, le mandéis que se vaya conmigo para me dar derecho de un cavallero, que no curando del poder y castigo del Alto Señor, ni menos del vuestro, ha mucho tiempo que trabaja en me quitar la honra que dixes, juntamente con mis bienes.

Oída por el rey la demanda de la donzella, y haviendo d'ella duelo por la ver tan afligida como sesuda, le dixo:

–Yo no sé qué penas son las vuestras, donzella, porque fasta aquí no las declarastes, ni menos quién fue vuestro padre, ni el nombre del cavallero que a mi casa vino, porque muchos son venidos en breve tiempo, a los cuales tengo yo por muy buenos para acometer cualquier fecho. Por donde ni yo puedo darvos la respuesta que vuestra demanda requiere, ni la que viéndovos tan cuitada desseo. No creáis que esto diga por me escusar de vos dar el remedio a mí possible, porque, cuando en mi casa no se fallase cavallero que para darvos derecho fuesse suficiente, por las causas que diximos, yo iría con vós para lo hazer, aunque en ello se aventurasse mi vida. Pues si assí no lo fiziesse, mala cuenta podría yo dar a aquel Alto Señor que a vós, y a todos los otros mis naturales vassallos, tan encarecidamente me ha encomendado que del más pequeño que se pierda se la tengo de dar muy estrecha. Quanto más que puesto que no lo fiziesse, por no causar a mi alma eterna pena, no dexaría de hazerlo, porque no se pudiesse dezir que, siendo fijo de tan buen rey como vós dixistes, por temor de aventurar mi vida por cumplir lo que soy tenido, degenerasse. Y por ende, por satisfazer a vuestra demanda y certificarvos de lo que mostráis no ser sabidora, digo que no ha muchos días que a mi casa es venido esse cavallero que junto a vós está –señalando a Menadoro–, el cual, sin prejuizio de los otros a quien yo no precio menos, tengo por tan bueno que si a mí se pusiesse pleito de mi estado, y se hoviesse de librar por batalla de un solo cavallero, yo ternía por muy bueno mi partido, si él emprendía de defender mi derecho. Por donde, si por bien tuviere de se ir con vós para lo que pedís, yo se lo agradeceré mucho, y si menester fuere se lo rogaré, assí como agora se lo ruego, aunque su ausencia nos cause alguna soledad.

Al cual, Menadoro, fincadas las rodillas en el suelo, dixo que él recibía merced en cumplir su mandado, y por poder acorrer en lo que él pudiesse aquella donzella, al

cual, besando las manos del rey por la merced que le hazía, y agradeciendo a Menadoro el trabajo y peligro que de cumplir su demanda le podía recrecer, le rogó que luego partiessen porque de su tardança no se le causasse algún daño. A la cual, respondiendole Menadoro que estava presto, fue a armarse y en breve tiempo, acompañado de su escudero, salió con la donzella y su compañía de los palacios, tomando, después que fueron salidos de la ciudad, el camino que la donzella dixera. La cual muy satisfecha quedó del rey, pero mucho más pagada de Menadoro, assí por su apostura como por su voluntad que en él conoció de ir con ella aquel camino, para le hazer alcançar su derecho.

Cuando ya a caminar començaron, Menadoro dixo a la donzella que le contasse la causa porque tan cuitada se mostrava, y qué era lo que él havía de hazer para cumplimiento de su derecho. Al cual, la donzella dixo:

–Havéis de saber, virtuoso cavallero, que mi padre bivió mucho tiempo en servicio de aquel buen rey Vantefileo, padre d’este que agora reina y de la virtuosa Pulcrea, muger que hoy es del emperador Octavio. Y aunque mi padre, a quien dizen Anodio, pudiesse según su condición bivar honestamente con lo que de mis agüelos heredó, era tan grande el amor que a aquel buen rey tenía, que jamás quiso dexar su casa ni cessar de lo servirlo, lo que assí mesmo causava la mucha honra que el rey, conociendo lo que devía, entre los cavalleros le hazía, hasta tanto que la muerte, que cualquier ñudo y voluntad por firmes que sean no dexa de desatar, fizo que, muriendo el rey Vantefileo, mi padre bolviesse a su casa a descansar de sus passados trabajos.

»Pero fue tan grande el sentimiento y dolor que de su muerte tuvo, que todo el tiempo que a aquel buen rey sobrevivió, fue peor que la misma muerte, pues jamás lo gastó sino en llorar y en otros exercicios que a su persona y espíritu mayor tristeza podían acarrear. Tanto que como esta nuestra vida para se poder sostener tenga necesidad de alcançar alguna interposición entre los enojos y trabajos, que siempre nos persiguen, lo que la de mi padre jamás alcançó, aquella continua tristeza, causándole aborrecimiento no solamente en el comer, sin el cual naturalmente no se puede bivar, pero en todas las otras cosas que le podían dar alguna sustentación y descanso, le traxo un desmayo tan grande, que adoleció de una estraña y grave dolencia, en muy breve tiempo murió, dexando a mi madre e a mí en tan gran soledad, que muchos días después de su muerte seguimos las pisadas de su vida. Pero como mi madre temiesse que si en aquello contiuvamos no podría la suya, según sus males, sostener ni çufrir lo que yo por ventura con mis pocos años pudiera, y muriendo ella sería el mayor dolor que d’este

siglo llevaría dexarme sola, acordó de esforçarse, mostrando el semblante más alegre que tenía el coraçón, haziéndome exercitar en algunos passatiempos, assí deleitables como honestos, señalando recibir alguna alegría de mi plazer. Con que passamos algún tiempo alegrándome y consolando con mi madre, y ella çufriendo y dissimulando su tristeza por scusar la mía.

»Y como sea vulgar hablar que cualquier mal que venga sólo se ha de tener por bien venido, pues muy tarde viene el primero que de aquél no sucedan otros muchos, se siguió que un cavallero, con más codicia de gozar de mis bienes, que de mi hermosura pagado, señalando no tener otro desseo sino que yo fuesse su señora, començó de trabajar por todas las vías a él posibles en que yo, recibéndolo por mi cavallero, no dexasse de ser a sus desseos agradecida. Y como yo de saber no dexasse, por los medios que para ello tuvo, aquella su voluntad y amor ser contra mí tan grandes quanto sus obras me forçavan creerlo, comencelo de amar tan afincadamente que no fallava más folgança de cuando lo podía ver, de que él mostrava r[e]cebir la mayor gloria que en las cosas d'este engañoso siglo se pudiesse considerar. Y como este bien querer nunca se contente hasta venir al fin con que puede ser durable, no se mostrando contentar el cavallero que dixé, con sólo verme ni que lo yo viesse, trabajó en que le hablasse como lo fize, no lo teniendo en menos desseo de lo que él señalava dessearlo.

»Por donde la primera noche que le hablé se concertó por nosotros aquella hora para las venideras, las cuales passamos más de cuatro meses, sintiendo yo tan verdadero como el fingido descanso que de nos contar nuestras penas se nos recrecía. Y como después d'este tiempo, él conociesse que mi voluntad no podría dexar de satisfacer a sus no conocidos desseos, una noche me dixo: «O Acrimela –que assí es mi nombre–, cuán grande sería el descanso de mi triste y penado coraçón, si por las mercedes que fasta aquí tengo de vós recibidas, pudiesse besarvos las manos. Porque con este pensamiento que tengo de ver que para esto que digo no se me otorga la libertad que me falta, no puedo gozar cumplidamente del descanso que de vuestra sabrosa y dulce conversación en todas las passadas noches había de sentir».

»Y como yo tuviesse sojuzgado mi coraçón a la voluntad que él dezía tenerme, no dudé en se lo otorgar, pues lo mesmo fiziera mucho antes, si supiera más complazerlo. Por donde quedó que para la venidera noche yo le abriría las puertas y le ternía conmigo, no me acordando de tomar d'él ninguna fe ni seguridad para el saneamiento de mi honra, según sus fingidos desseos me tenían ciega. Pero como mi madre no durmiesse tan sossegado sueño, que yo pudiesse de su cama levantarme sin

que lo ella sintiese, todas aquellas noches que dixese se levantava, después de salida yo de su cámara, por ver lo que haría. Y como conociese que con mi cavallero comenzava de hablar por una ventana muy a passo, por no ser sentida, se acercava para ascuchar lo que dezíamos. E cuando sentía que nos a despedir comenzávamos, no tardava en bolver a su cama, y cuando yo bolví a acostar me fingía dormir a su sabor. Por donde era sabidora de todo lo que yo con mi cavallero passava. Y como hasta aquella noche que digo no se hoviesse hablado de cosa con que mi honra pudiesse menoscabarse, mi madre havíase çufrido y mostrado no saber cosa de las que havía oído, salvo que cuando de día labrávamos o en otros exercicios a mugeres convenientes y domésticos nos exercitávamos, siempre me ponía al delante muchos exemplos de donzellas y otras mugeres, que por haver sojuzgado sus coraçones a las voluntades de los hombres, havían perdido sus honras y estados. Y me dezía que las personas que antes de hazer las cosas no miravan si el fin d'ellas les podía ser dañoso, no podían sino dar grandes caídas y otras cosas contrarias a mis pensamientos, tanto que me hazía d'ello maravillar. Porque me parecía que cuanto me dezía el siguiente día era para desfazer todo lo que la precedente noche mi cavallero e yo havíamos passado. Por donde a cualquier otra persona que no estuviera tan embevecida como yo, bien suficiente castigo era lo que d'ella oía para que de aquel peligroso exercicio me dexasse. Pero como lo que Damacinel, que assí se llama el cavallero, me dezía se imprimiesse en mis entrañas, y lo que de mi madre oía no hallase en ellas ni en mi coraçón el mesmo acogimiento, quedava con lo primero e ívasse lo segundo. Por donde todo quanto se me dezía por mi madre, en contrario de lo de Damacinel, no podía cuadrar ni assentárseme en el pensamiento ni en la voluntad un sólo momento.

»Pero aquella noche que mi madre oyó que le havía yo prometido de abrir las puertas de mi castillo en la venidera noche, bolviéndose muy presto a su cámara, fizo como que sossegadamente dormía. Por donde me acosté en su lecho como solía, sin pensamiento de haver sido aquella noche ni las precedentes sentida. Y luego esse otro día de mañana, me dixo muchas cosas para me retraer de mi firme propósito, aunque cosa que me dixesse no aprovechó para me apartar de mi voluntaria determinación. Venida pues la noche en que yo a Damacinel cuidava en mis braços tener, y la hora de nuestro concierto, al tiempo que yo era fuera de la cama y quería de la cámara salir, mi madre, fingiendo que de un spantable sueño recordava, dixo con una boz que estremecer me fizo: «¡O, Señor Dios, valed a mi fija en tan gran peligro!». Y dicho esto se assentó en la cama, y como tentando a mi lugar no me fallasse, comenzó de llamar diziendo:

«¡Mi hija, a dó eres!»». A la cual, mostrando yo que por alguna cosa de nuestra flaqueza me había levantado, dixé: «Aquí soy, señora». «Pues acuéstate presto, hija», dixo mi madre, «porque hasta tenerte en mis braços no puedo creer que seas biva». Y no fui acostada, cuando abraçándome y besando muchas vezes, no sin abundancia de lágrimas, me començó de dezir: «¡O, mi amada hija, en cuán gran cuita estava poco antes mi triste corazón!»». «¡O, Señor Dios, y cuánto vos devo yo por la merced que de tan presto socorro me feziste! Porque si tardara, cierto es que no dexara, antes de recordar de tan temeroso sueño, de hazer compañía a aquel buen cavallero Anodio, mi marido». «¡O, mi hija!, que me parecía que te vía de tu propia voluntad, levantada de mi cama, quererte echar en el más ardiente y espantable fuego que jamás fue visto y que assí como ya estavas para caer en él, yo dava grandes bozes diziendo: ¡O, Señor Dios, valed a mi hija en tan gran peligro! Con que recordé, y cuando no te fallé en tu lugar, ten por cierto Acrimela, que mi alma fue tan atormentada, que si no me respondieras cuando te llamé, por poco que tardaras, de aquel bivo dolor y tristeza que mi corazón sentía, me hallaras en esta cama muerta»».

»Y como aquello hoviesse dicho, perseverando en me tener abraçada y en sus lágrimas, passamos fasta la mañana sin jamás dormir. Por donde vista por Damacinel mi tardança, el cual me atendió fasta el día, según después supe para que le yo abriesse, y creyendo que d'él me había burlado, no mostró de allí adelante curarse más de mí que si me nunca viera, como aquél que muy poco tuvo que hazer en desechar el fingido amor que me tener mostrava. De que mi alma sintió tan gran pena, creyendo que aquel aborrecimiento de Damacinel procedía de alguna desesperación que por conocer en mi poco amor se le había causado, que si no considerara que dándome la corporal muerte no podía dexar de padecer la eterna, sin ninguna duda yo diera fin a mi vida y a los tormentos que fasta saber el engaño con que biviera había padecido.

»Pero antes d'esto, viendo que me no podía çufrir sin lo ver y hablar, acordé de descubrir mi corazón a mi madre, pues sabía que en cualquier cosa que se cumpliesse mi voluntad, pues en ello no se amanzillase la honra, no dexaría de otorgar su consentimiento. La cual, mostrando ser de aquellos fechos ignorante, mucho me reprehendió, haziéndome innumerables razones en contrario, aunque no sin dexarme con esperança que lo podría haver por marido, y para lo traer a efecto, un día lo habló a un cavallero para que, como que de sí mesmo aquello procedía, lo hablasse con Damacinel. El cual dio por respuesta al que le hablara, que él bien sería contento de casar conmigo, pero que había de ser con condición que mi madre e yo le diésemos

nuestro castillo y cuanto teníamos, sin que nos quedasse cosa de que él no fuesse absoluto señor y que de otra suerte era escusado hablarle más en ello.

»Oída por nosotras aquella tan codiciosa como dessabrida respuesta, fue tan grande el enojo que mi madre, conociendo en mí tan gran voluntad para casar con Damacinel, tomó, que sobreviniendo al que ya tenía de la muerte de mi padre, y a otras passiones que sus días y passados males le havían causado, adoleció de tan grave dolencia que, no le aprovechando ninguno de cuantos remedios se le procuraron, passó d'esta penosa y temporal vida a la otra de eterno descanso. Y aunque antes que mi madre muriesse, muchos casamientos y muy convenientes para mí le hoviesse hablado, todos fueron por Damacinel estorvados en la forma que yo, señor, vos contaré, que fue estorvado el que después de muerta mi madre vino en mayor estrecho. Porque, quedando yo tan niña y huérfana, y sobre todo, de Damacinel desechada, y con tanta soledad como vos he dicho, embié por una mi tía para que en mi compañía estuviesse, por escusar lo que las gentes suelen dezir de las mugeres moças en libertad puestas. La cual, no muchos días después de venida a mi castillo, me habló por marido un sobrino suyo buen cavallero, al cual yo conocía y él a mí, por donde nos otorgamos las voluntades con determinación de las traer a su devido efecto. Y como Damacinel lo supiesse, haziendo más divulgar la fama que ya tenía puesta que era mi marido, y que si nuestro casamiento no era público, había sido la causa no haver querido mi madre darle mis bienes, y que entre nosotros ya estava concertado de solenizarlo, recibiendo la bendición de la iglesia después de sus días, puso en ello tal estorvo que, quedando yo sin honra ni remedio, pues publicava que ya le había otorgado mucho tiempo antes el señorío de mi persona. No sabía lo que hazer pudiesse ni que consejo me tomasse, señaladamente porque, preciándose Damacinel de buen cavallero e de muchas fuerças, ha osado dezir y afirmar que lo que él dize de mi casamiento es verdad, y que assí lo fará conocer a cualquier cavallero que lo contradize quisiere.

»Y porque cuantos lo conocen, dudando tanto sus fuerças como mi derecho, no han osado ni querido defender mi razón, por no aventurar sus vidas, acordé de venir al rey, mi señor, por suplicar que mandasse a alguno de sus preciados cavalleros que conmigo viniesse para el efecto que havéis, señor, oído. E por el camino me dixeron cómo era a su casa venido un cavallero, el cual, antes de se dar a conocer, había en unas justas vencido cuatro cavalleros, los mejores que el rey tenía en su casa. Y aunque de donde me lo dixeron fasta Londres hoviesse camino de doze leguas, yo me di tan gran priessa, ayer que lo supe en andar por lo fallar ende, que llegué esta mañana a la hora

que al rey hablé. El cual, ya señor oíste lo que me respondió, por donde, llevándovos en mi compañía, mi corazón va muy descansado y seguro, que, alcanzado el derecho que se me debe, verá cumplida la vengança que dessea de aquel falso Damacinel, que no contento de haver menospreciado mi persona, ha querido amanzillar mi honra, no sin sobrada pérdida de mi hazienda, por el mal recaudo que yo con mi soledad puedo en ella poner. Y puesto que en vós, señor, se parezca toda bondad y esfuerço, muy gran merced me fariades en dezirme si sois vós el cavallero que antes dixes, porque pueda, assí a Nuestro Señor Dios como al rey, fazer aquellas gracias que a mí serán posibles, por me haver acorrido con tan seguro socorro.

Oída por Menadoro la demanda de Acrimela, le dixo:

–Yo tengo por cierto, virtuosa donzella, que, siendo vós fija de tan honrados padres, no dexariades de dezir en todo verdad. Por donde, aunque por mandado del rey, mi señor, yo no viniera para provar mis fuerças por vos fazer dar la emienda y derecho que vos convienen, sabiendo el prejuizio que a vuestra honra se haze, dexando aparte la pérdida de vuestra hazienda, no dexara de lo emprender, pues no para otro efeto recibí el orden de cavallería. Por donde vos prometo de me no entremeter en otros fechos fasta que vos quedéis de mi satisfecha, aunque en ello creyese recibir la muerte, porque el desleal de Damacinel pague con la suya, no solamente en el engaño con que bivar vos fizo, pero juntamente el menosprecio que de vuestra persona ha mostrado tener. Quanto a lo que de mí saber queréis, pues escusar no se puede, la verdad es que mi ventura me favoreció contra los cavalleros que vos dixeron, en haver con ellos por falta de sus cavallos lo mejor de la justa, el día que por el rey, mi señor, fui recebido.

–Agora me puedo yo, señor, tener por bien andante –dixo Acrimela–, pues por tal cavallero como vós se han de librar mis fechos. Porque nunca temí que por falta de justicia, pues me sobra, sino del cavallero que la mantener quisiesse, me había de perder. Pero agora yo doy gracias a Nuestro Señor que de mí se dolió y me puso en voluntad que a buscar vos viniessse.

Y después que en aquello hovieron hablado todo lo que convenía, para la información de Menadoro, hablando en otras cosas que d’ello dependían, caminaron fasta que fue tarde y aquella noche alvergaron en casa de un buen cavallero. El cual les fizo buen acogimiento, pareciéndoles compañía honrada, y mucho más preció a Menadoro cuando vido que cada uno dormía por su parte, conociendo que aquello era costumbre de cavalleros y no de otros, que teniendo tan alto nombre, hazían oficio de rufianes.

El otro día de mañana, agradeciendo al cavallero el recebido servicio, partieron dende y por sus jornadas, sin les acaecer cosa que de contar sea, llegaron al castillo de Acrimela, en el cual, después de haver descansado un día, embieron por Apertino, que assí se dezía el cavallero sobrino de la tía de Acrimela, al cual Menadoro habló y conoció, según su discreción y maneras, que Acrimela había fecho buena elección en lo querer por marido. El cual, bien hoviera defendido el derecho de Acrimela, si por ella le fuera otorgado, lo que Acrimela no quiso porque Damacinel parecía cavallero de mayores fuerças, y era muy dudado en aquella tierra, y no quiso aventurar su honra y la vida del que ella quería por marido.

Otro día, después de llegado Apertino, embieron un mensagero a Damacinel, el cual bivía en una villa que se dezía Ramerta, a dos leguas de aquel castillo, haziéndole saber cómo Acrimela tenía cavallero que le faría conocer que él jamás le había sido marido, antes desleal y engañoso en el amor que le había mostrado tener, el cual lo atendería ende fasta tercero día, por ver si vernía a mantener su falsedad. Por donde Damacinel vino esse otro día cerca del castillo, armado de todas sus armas, no sin compañía de muchos cavalleros que con él vinieron, por ver quién era el cavallero tan ardid que con Damacinel entendía de entrar en batalla, y lo que de aquellos fechos sucedería. Y luego que fue ende llegado, embió a dezir a Menadoro, que ya lo atendía, para le fazer conocer que no era falso ni desleal, sino marido de Acrimela, la cual por indución de su tía lo había rehusado, porque la pudiesse con su sobrino casar. Por donde, sabida por Menadoro su venida, acompañado de Apertino y de su tía, y llevando a Acrimela de rienda, fue a aquella parte del campo en que Damacinel, con los cavalleros que vos diximos, lo atendía.

¶Capítulo 1. De las razones y batalla que passaron entre Menadoro y Damacinel, en la cual fue Damacinel vencido, y de lo que ende passó.

Luego que Menadoro, con la compañía que oístes, llegó al campo adonde Damacinel lo atendía, conoció que Damacinel devía ser el cavallero que armado viniera, como era la verdad. El cual muy bien le pareció, a causa que era alto y membrudo y bien proporcionado, por donde señalava ser cavallero de grandes fuerças, si fuera de lealtad y virtud acompañadas. Y por conocer más de lo que por lo

exterior se podía conjeturar, dexada Acrimela con su tía y Apertino, fue contra Damacinel, el cual con sus amigos que con él vinieron, estaban mirando a Menadoro, pareciéndoles ser cavallero de alto fecho de armas e muy apuesto. Y cuando fue tan cerca de Damacinel y de los otros que podían bien oír lo que diría, le dixo:

–Muy mal parece, Damacinel, a los cavalleros, haviendo jurado que defenderán las dueñas y donzellas, y morirán por guardar sus honras y haciendas, hazer lo contrario, porque vienen contra el juramento que juran cuando el orden de cavallería reciben. De la cual contravención es cierto que no han d’esperar menos de riguroso castigo del alto señor, en menosprecio del cual lo cometen. Y si d’este sólo pecado no se puede esperar otro galardón, qué se esperará de aquel que no solamente se causa por quebrantar el juramento que dixen, pero se levanta falso testimonio en prejuizio de tan buena y leal donzella como Acrimela, la cual, como mejor vós sabéis, es fija de tan buen cavallero y que tan lealmente sirvió al rey Vantefileo, que después de su muerte aborreció la vida, pues con ella no podía servirlo. Por cierto, a mi ver no ha de sperar el que a tanto se atreve, sino breve y cruel muerte en este siglo y eterna en el otro. Por donde, assí por lo que a la satisfacción de la honra de Acrimela conviene, como por lo que a vuestro descargo satisfaze, muy alegre me faríades en otorgar lo que por el mensajero que vos embié vos fue dicho, pues si lo negar quisiéssedes, Nuestro Señor, como justo juez y a quien ninguna cosa se asconde, no lo dexara de declarar en nuestra batalla, por pequeñas que sean mis fuerças, no sin perdición de vuestra vida y alma, ni dexando de quedar vuestra honra con mayor menoscabo del que por conocer la verdad se vos podría recrecer. Pero si todavía, fiando en vuestras fuerças, quisiéredes sostener que Acrimela es vuestra muger como lo ser deve, y que de su propia voluntad vos tomó por marido, otorgando vos el señorío de su persona y bienes, dende agora digo que vos faré conocer ser vuestra demanda y la fama por vos publicada tan falsa, como todo lo contrario verdadero. Para cumplir lo cual, si lo conocer no quisiéredes, vengamos a la batalla y no gastemos el tiempo en palabras.

Oída por Damacinel la razón de Menadoro, bien conoció que en todo dixera verdad, y que no podía él con causa, que por alguna vía se pudiesse llamar justa, hazer aquella batalla. Y mucho más temió la justicia de Dios que las fuerças de su contrario, porque según las que en sí sentía y en Menadoro considerava, no dudara él la batalla, aunque fueran dos cavalleros los que contra él la havían de hazer. Por donde algún tanto estuvo dudando lo que faría, pero por ver más de lo que fasta entonces havia visto de Menadoro, acercándose a él, le dixo:

–En gran cargo sois, cavallero, al Alto Señor, pues siendo vendido para hazer conmigo batalla, cuyo fin ha de ser la muerte del uno de nós, lo que por vós se ha dicho no me ha dexado de parecer tan bien como si de cualquier d'estos cavalleros mis amigos lo oyera. E si assí como lo vós dicho havéis fuesse, no sé yo que ningún cavallero, entendiendo tan bien la razón, como la vós dais a entender, tuviesse osadía ni esfuerço para vos lo contradzir. Pero lo que a mí d'este fecho más me desplaze es que la relación se vos aya fecho tan falsa, que no consiente que yo, por vuestro medio, pueda hazer lo que por ventura por ninguno de cuantos cavalleros conozco cuidava, por la sobrada justicia que tengo de mi parte. Por donde, si todavía vos determináis en creer más a una variable donzella que a mí, que soy cavallero, y de quien no es razón que cosa fea se sospeche, no puedo dexar de me defender fasta que mis fuerças me falten.

Al cual, Menadoro dixo:

–Pues assí queréis sostener lo contrario de lo que vós sabéis ser verdad, en la batalla sois conmigo.

–Pésame –dixo Damacinel–, porque yo os tengo por buen cavallero y mesurado, pero pues soy forçado de defenderme, ya se me haze tarde de ser con vós en ella.

Dicho lo cual cada uno de los cavalleros, haviendo a su voluntad tomado del campo, vino contra el otro a la mayor fuerça que sus cavallos los podían levar. Y al tiempo que se encontrar pudieron, se encontraron tan duramente que el estruendo no pareció ser menor que de un gran trueno, según el romperse las lanças por mil partes y la caída de Damacinel en el suelo se siguieron, en el mesmo instante de la cual fue Damacinel tan quebrantado como los que su batalla miravan maravillados. Porque siendo Damacinel caído, al cual tenían por el mejor cavallero de toda aquella tierra, Menadoro no havia perdido más de la una estribera, y que con tanta presteza hoviesse de su cavallo decendido para ir contra Damacinel, el cual se estava endereçando el yelmo que con la caída se le torciera. Y cuando cerca d'él llegó, le dixo:

–Paréceme, Damacinel, que vuestras fuerças no son tan grandes como cuidávades, por donde yo fío en Dios que muy cedo serán más pequeñas.

–También vos veo como a mí en el suelo –dixo Damacinel–, por donde no siento qué es la causa de vuestro orgullo. Así que presto vos faré conocer si mis fuerças reciben diminución o acrecentamiento.

Todo lo cual dezía, creyendo que Menadoro fuesse como él caído del encuentro, al cual no havia decender de su cavallo con la turbación de su caída.

–Para vos dar el pago de vuestra obstinación –dixo Menadoro–, más presto de lo que cuidáis, soy yo decendido de mi cavallo, que no porque vós d’él me derribásedes.

Y dicho aquello lo firió de tan pesado golpe por encima del yelmo, que sino fuera tan bueno, con aquel sólo feneciera su batalla, aunque por esso no dexó de lo cargar tanto que la cabeça le fizo abaxar muy baxa, y lo aturdió de suerte que, antes que Damacinel lo firiessse, Menadoro lo tornó a ferir tan a su sabor y con tanta fuerça en el mesmo lugar, puesto que algo más baxo, que aunque no lo llagó, le fizo dar con las dos manos del espada y escudo ante sus pies en el suelo, tan presto que cuantos eran ende les parecía imposible que de dos golpes de spada, sin le hazer llaga, y de un encuentro de lança, pudiesse tan buen cavallero como Damacinel ser derribado, sin parecerse en el esfuerço para hazer el menor género de resistencia que se podía pensar.

Cuando Menadoro assí lo vido, haviendo del duelo, sólo por lo bien y mesurado que le hablara, tirándose hazia fuera, le dixo:

–Para defender vuestra vida y honra, cavallero, no me parece que havéis fecho con qué creer podamos que queréis guardarlas. Por ende levantad y defendedvos mejor que hasta aquí fezistes, si no tajaros he la cabeça, pues en batalla fecha por la razón que la nos fazemos, no se debe usar de mesura alguna.

Como Damacinel, que no atendía sino su muerte, aquello oyesse, alegrándose no menos que maravillado de lo que su contrario dixera, se levantó lo más presto que pudo, y aun no acabava de ser en pies, cuando Menadoro contra él venía para lo ferir como de antes. Pero Damacinel, tirándose atrás, le dixo:

–Tenedvos, cavallero, porque assaz tiempo tenemos para traer nuestra batalla a fin.

–Ya fuera passado esse tiempo, si yo quisiera –dixo Menadoro–. Pero he querido çufirme por ver si querréis conocer el tuerto que tenéis por vuestra parte, aunque agora no entiendo de vos dexar descansar un sólo punto.

Y como dicho aquello quisiesse a Damaci[n]el ferir, vido que, arrojando la espada tan lexos de sí como pudo, le començava de dezir:

–No plega a Dios, cavallero, que mi desconocimiento sea tan grande que me no consienta conocer ser vós el mejor cavallero y más mesurado que jamás nació. Y por ende, conociendo que contra vuestro esfuerço y mesura no ay fuerças que resistir puedan, señaladamente teniendo por vuestra parte la razón, digo que yo soy aquel Damacinel que fui contra Acrimela tan desleal y desconocido, de que mucho antes de agora no ha sido pequeño mi arrepentimiento, como vós cavallero leal y virtuoso. Y si

vos parece que con lo que dicho tengo, no he satisfecho tan cumplidamente lo que soy tenido, como es vuestra voluntad, dende agora soy más que contento de dezir e hazer todo lo ál que para ello faltare. Pues por mucho que diga ni faga por fuerça, no puede igualar a la menor parte de lo que vós, siendo mi enemigo mortal, contra mí fezistes de grado.

Muy satisfecho quedó Menadoro de Damacinel, al cual dixo que, pues conocía claramente que su justicia lo había traído en aquel estado, siendo tan buen cavallero, le rogava que de allí adelante punasse en emendar aquel yerro, con defender y servir a las dueñas y donzellas, señaladamente a las cuitadas. Pues si hazía lo contrario, no solamente no dexaría de recibir el castigo de Nuestro Señor Dios que ya dixera, pero para en lo d'este siglo le sería gran desonra y afrenta.

Al cual, Damacinel prometió de lo cumplir con doblada satisfacción, assí como después lo fizo, y también que no fueron pocas las vezes que vino al punto de la muerte, por defender y hazer cobrar sus derechos a muchas mugeres que a él vinieron para aquel efecto. No menos se maravillaron los cavalleros que con Damacinel eran venidos, de ver que había doblado su coraçón para conocer el tuerto que tenía y desdezirse de lo que tan afirmadamente había publicado por verdadero, que del esfuerço de Menadoro, el cual, aunque fuesse cavallero de buenas faciones y conforme a ellas proporcionado, no era tan alto ni tan membrudo como Damacinel. El cual, como sintiesse lo que entre sus amigos se murmurava, les dixo que se no devían maravillan de lo que fiziera, pues no pudiera sostener lo que había dixo sin pérdida de la vida y alma, quanto más que habiendo él recebido de aquel cavallero tan gran cortesía y merced, como ellos habían visto, no pudiera jamás alcançar fuerças para le dañar. Y otrosí porque mayor fuera su afrenta y vergüença, si otorgara la verdad en tiempo que se conociera haverla otorgado por fuerça, que en aquella sazón que la otorgó, pues antes se le había de atribuir a virtud y conocimiento, por corresponder a la mesura y beneficio que recibiera de su contrario, que a flaqueza de fuerças ni de coraçón.

Dicho aquello, Damacinel rogó a Menadoro que, pues ya su coraçón estava sojuzgado a no fazer cosa que fuesse contraria a lo que era tenido, para su satisfacción fuesse contento, que él pidiesse perdón a Acrimela por lo que contra ella dixera, porque de aquellos fechos no quedassen reliquias de enojo ni causas para hablar más d'ellos en ningún tiempo. Al cual, Menadoro dixo que lo tenía por bien, y otrosí porque en aquello hazía oficio de buen cavallero, siquiera por lo que le debía del tiempo que lo ella había amado más que a ssí mesma.

Por donde Damacinel, en compañía de Menadoro y de los otros sus amigos, fueron adonde Acrimela con su tía y Apertino habían quedado para ver la batalla. Y luego que ende llegaron, Damacinel, fincadas las rodillas en el suelo, no siendo parte Acrimela ni Menadoro para lo hazer levantar, le dixo:

–Aunque mi ventura, virtuosa Acrimela, me aya sido tan esquiva que en el tiempo que me fue próspera, no consintió que conociese, por mi sobrada locura y soberbia, el bien que me otorgava, no passaron muchos días, después de cerradas las puertas de su prosperidad, que lo conocí tan cumplidamente cómo fue el arrepentimiento que d’ello tuve, a cuya causa trabajava de poner el estorvo que dezía en vuestros casamientos, por ver si por alguna vía, discurriendo el tiempo, pudiera venir en la perdida cumbre del quererme que en vós había conocido. Pero pues las cosas han sucedido de suerte que teniendo yo con mucha razón el pago de mi locura, vos havéis alcanzado la satisfacción que de mí dessear pusiérades, no solamente la que este venturoso cavallero –señalando a Menadoro– vos ha fecho alcanzar con sus fuerças, pero la que a mí se otorga por mi voluntad, yo vos suplico por el perdón de mi yerro, y que tengáis por bien de olvidar los enojos que contra mí tener podríades. Porque si esta merced yo de vós alcanço, será mi coraçón en alguna manera alegre, considerando que en el vuestro, aunque con justa causa no pueda ningún género de amor quedar, a lo menos no le quedará de saña, ofreciéndovos, no para la satisfacción que espero, sino para emienda de lo passado, servos en lo venidero tan leal servidor y amigo quanto vos fui engañoso y contrario, en el tiempo que ser señor pudiera.

Cuando Acrimela vido ante sí a Damacinel con tanta humildad haverle pedido perdón de su yerro, y conoció que en su gesto y palabras se mostrava muy claro su arrepentimiento, acordándose que lo había amado sobre todas las cosas del mundo, no pudo esforçar tanto su coraçón que de señalar dexasse la despedida de la saña que contra él tuviera con algunas lágrimas, las cuales algún tanto le impidieron la respuesta. Pero después de passada aquella sabrosa tristeza, le dixo:

–Por cierto, Damacinel, el enojo que yo fasta aquí contra vós he tenido era tan grande, que jamás creyera que con lo que vós agora fezistes, ni menos con vuestra muerte, pudiera mi triste no menos que sañado coraçón satisfacerse. Pero acordándome que el Alto Señor se tiene por servido de nuestro arrepentimiento, aunque muy graves sean las ofensas por nosotros cometidas si d’ellas, pero no le pedimos con intención de nos emendar en lo venidero, he acordado de me conformar con su regla y exemplo, y así no solamente otorgaros el perdón que me pedir quesistes, pero juntamente

certificaros que vos no dexaré jamás de complazer en cualquier cosa que sin menoscabo de mi honra pudiere, con no menor voluntad que si de únicos padres fuéramos entrambos nacidos.

Y dicho aquello, agradeciéndoselo Damacinel como era razón, se ofreció a Apertino con tanto cumplimiento, que quedando todos a maravilla contentos porque aquellos fechos habían tenido tan buen fin, se partieron los unos para Ramerta, y los otros para el castillo de Acrimela, adonde antes que Menadoro dende partiese, fueron desposados ella y Apertino. El cual sin comparación fue alegre cuando a su esposa falló según desseava, porque con aquello perdió la sospecha que hasta entonces tuviera que Damacinel no sin gran causa afirmava ser su marido, por donde mucho más la amó de allí adelante.

Passados los desposorios, despedido d'ellos Menadoro, no sin gran sentimiento de Acrimela y Apertino, partió con su escudero para bolver a Londres, con el acostumbrado desseo de ver a su señora, en la cual se encerravan todos sus deleites y descansos. Y aunque muy grave se le hiziesse una hora de tardança, teniendo esperanza en Dios que aquel reino en algún tiempo había de ser suyo, quiso bolver por otro camino, puesto que rodeasse alguna jornada, por ver más de lo que fasta entonces había visto, a causa del gran contentamiento que de aquella tierra tenía, assí por ser abundosa de montes y florestas como de prados y otros campos de diversidad de flores y yervas más altas, que en otras provincias, assí por razón de las muchas aguas de ríos que había en ella, como porque era tierra que muy a menudo llovía.

Y aquella noche que del castillo de Acrimela era partido, alvergó en una aldea en casa de un labrador, el cual, aunque villano, era buen hombre y folgava de acoger y servir a los cavalleros andantes, por causa que un cavallero lo había librado de poder de unos ladrones que lo querían matar en un monte, y le había fecho cobrar todo el haver que ya le habían tomado, el cual llevaba para mercar ganado no muy lexos de su aldea.

¶Capítulo Ij. De cómo Menadoro falló una donzella a la puerta de una cueva, y de cómo, por haver en ella entrado por saber quién la donzella fuesse, sobrevino el gigante Anacarte, con el cual se combatió y lo mató.

Cuando fue la hora, Menadoro partió con su escudero de casa de aquel labrador, adonde aquella noche había alvergado. Y siguiendo su camino, anduvo dos días sin aventura fallar, en cabo de los cuales, entrando una mañana por un valle que había en medio de dos altas sierras, después que por él hubo caminado por espacio de media hora, a la salida de un espesura de árboles tan altos y espesos, que no dexavan gozar la vista sino muy poco del cielo, vido a su diestra, aunque tan lexos como dos echaduras de arco, una cueva. La entrada de la cual no dexava de parecer assaz grande, y tan cuadrada y bien fecha, que señalava haver sido manualmente labrada. Por donde, deseando saber qué podía haver en ella, y otrosí porque le pareció lugar fresco, y que por razón no dexaría de haver ende alguna fuente, fue contra aquella parte, y llegándose muy cerca de la cueva, viendo una pequeña fuente, decendiendo de su cavallo y quitándose el yelmo, se lavó las manos y el rostro. Y mientras su cavallo y el palafrén del escudero pacían, comió junto a la fuente de lo que traía para cuando se hallassen en despoblado, y bebió del agua, la cual no menos sabrosa era que fría.

Y cuando huvieron comido, pareciendo a Menadoro aquel lugar a maravilla vicioso, comenzó de passear por un prado que ende había, reduziendo a su memoria cuán trabajosa, allende de peligrosa, era la vida de los cavalleros, y el prez y la honra cuán caros de alcançar y cuán fáciles de perder, pero sobre todo, cuán pocos eran en el mundo los que la alcançavan. Y después de aquello, comenzó otrosí de pensar cuántos trabajos y peligros se le habían ofrecido y había passado después que el orden de cavallería recibiera. Y assí mesmo cómo aquel amor tan grande, que a la princesa Albericia tuviera, se había erradicado de su corazón, no menos que si la jamás viera, ni de su grande hermosura oyera hablar, y de cómo era mudado en su señora Luceminia y cuán poco era lo que fasta entonces había fecho por su servicio, y cuánta menos era la seguridad que tenía para que, con alguna descansada esperança, pudiesse, sirviéndola, alcançar el fin de sus desseos. Y de cómo se iba efectuando lo que Arismenio le dixera, no sabiendo en que vernían a parar tantas fortunas.

Assí que en aquella tan deleitosa como triste membrança, estuvo todo aquel tiempo tan embevecido que, puesto que entre árboles y en aquel valle su cuerpo se

fallasse, no le parecía sino que a cada cosa de las que por su pensamiento habían pasado, se fallava presente. Y cuando en sí tornó, acordándose que no era ende venido por más de ver la cueva, llegando a ella falló una donzella, la cual junto a la puerta estava sentada, puesta su cabeça sobre la mano derecha, señalando que no era mucha su alegría. Y maravillándose de ver donzella tan niña y hermosa en tan desierto lugar, le dixo:

–Mucho vos agradecería, virtuosa donzella, si me dezir quisiéssedes quién vos traxo a esta cueva, y qué es la causa por la cual en vós se parece tanta tristeza.

Y aún no lo acabava de dezir, cuando vido que la donzella, <c>haviendo alçado los ojos al cielo y sospirando fieramente sin le responder cosa, se entrava por la cueva adentro con mucha presteza. Y como la vista de aquella donzella le hoviesse doblado el desseo de saber lo que en la cueva havia, no curando de cobrar el yelmo que en la fuente dexara, començó por la cueva adentro de seguir la donzella. Pero en breve espacio, perdiendo la luz que de la puerta se cobrava, se falló tan a escuras que la escura noche no podía causar tan grandes tinieblas. Por donde le convino ir a passo, pues no sabía el tiento de la cueva. Pero de que assí hubo andado a su parecer por espacio de media hora, començó de descubrir contra sí claridad, con que mucho se alegró, creyendo que ende fallaría la donzella. Y como cuando más adelante fuesse, tanto más cobrase de la luz, para ver el camino por donde iva, aguijando los perezosos passos que fasta ver la claridad le conviniera hazer, muy presto llegó al fin de la cueva, en que havia un palacio assaz grande, el cual tenía la claridad por lo alto y era tan bien labrado, aunque de la mesma peña, que Menadoro se maravilló de tan buen edificio. Y assí como acabava de entrar por él, vido que no havia ende más de la donzella, la cual, llorando tan ágramente que a Menadoro causava no menor tristeza, le dixo:

–Por Dios vos ruego, cavallero, que vos vais luego, y no queráis atender vuestra muerte, pues no la merecéis, y dexad lazerar y morir a quien la vida es tan enojosa como su pérdida desseada. Pues fue desleal al más leal cavallero que jamás nació.

Cuando aquello Menadoro oyó, haviendo más sabor de saber por qué dixera la donzella que havia sido desleal, le tornó a dezir:

–Por Dios vos ruego, donzella, me digáis lo que ya vos pregunté, pues el lugar adonde vos veo y vuestras lágrimas me lo fazen dessear tanto, que si en mi mano estuviere, y con aventurar mi vida pudiere ganar, sed cierta que lo haré sin ningún temor de lo que me avenir pudiere.

Por donde visto por la donzella el desseo de Menadoro, y oído su esforçado ofrecimiento, le dixo:

–Pues sólo Nuestro Señor Dios, virtuoso cavallero, es el que en mi mal puede poner el remedio que dixistes, pídivos por merced que no queráis saber mis penas porque son tan grandes, que así como a los otros, que tan afligidos no son, el contar sus males les acarrea algún descanso, a mí, sed cierto, que me dobla mi tormento, por la falta de la esperança que a todos los que dixes sobra.

–Todavía vos ruego, donzella –dixo Menadoro–, que me lo contéis, pues podrá ser que Nuestro Señor Dios, enojado de la fuerça que se vos faze, me aya fecho venir a este lugar para vos sacar d’él. Porque según lo considero lexos de poblado, no puedo creer que para otro efecto aya sido por aquí mi venida.

–Pues essa es vuestra voluntad, señor –dixo la donzella–, aunque según la sobra de mi desdicha, todos los remedios son agenos para mis penas, quanto justa la causa que yo las padezca, sólo por satisfazer al desseo que en vós he conocido de las remediar, si se vos otorgasse, yo vos lo entiendo contar muy por extenso. Por donde sabed, señor, que siendo yo de edad...

Y dicho aquello, dexó de proceder su razón, porque sintió grande estruendo en la cueva. Y como conociesse ser los passos del gigante, dixo:

–¡O, triste y cuitada de mí, que cierto es Anacarte el que viene! Por donde, cavallero, ni vuestra muerte puede escusarse ni mi mayor pena.

Y aún no lo acabava de dezir, quando vido Menadoro entrar por aquel palacio un cavallero de tan gran estatura, que le pareció no haver visto jamás su semejante, ni que con gran parte le fuesse igual. El qual, así como vido a Menadoro, le dixo:

–¡O, cativo de ti, cavallero! ¿Y quién te traxo a esta cueva para desonrar mi donzella? Bien parece que me no devías conocer, ni menos haver oído cuán rigurosas son mis venganças. Pero no cures que yo fío, que muy cedo lo sabrás y sentirás todo junto.

Y para lo poner en efecto, vino contra Menadoro con su espada bien alta, creyendo que aunque tuviera el mejor yelmo del mundo, le había de hazer d’él y de la cabeza dos partes, quanto más teniéndola desarmada. Pero Menadoro, viendo que por demás era esperar cortesía del gigante, según su soberbia, y que si no se defendía, su muerte no podía escusarse, teniendo así mismo ya su buena espada en la mano y el escudo embraçado para recibir en él los golpes, porque si en descubierto le fería uno sólo, muy poca necesidad había de maestros, al tiempo que el gigante descargó el

primer golpe, alzó su espada y escudo juntos. Por donde la espada del gigante entró más de una mano por el escudo de Menadoro, aunque era de muy fino azero. Y al tiempo que el jayán pugnava por sacar su espada d'él, Menadoro lo firió de tan rezio golpe en la una pierna, que no le prestando al armadura que en ella traía, ni aunque fuera más fuerte, le fizo gran llaga, de la cual en gran cantidad començó de abundar la sangre. Pero fue la saña que al jayán sobrevino tan grande por se sentir llagado, allende de la que ya tenía por haver hallado a Menadoro, siendo tan apuesto con su donzella, que no sintiendo su daño ni aunque mayor fuera, tiró otro golpe con su espada a Menadoro con tan gran fuerça, que si le no furtara el cuerpo, aunque le huviera parado el escudo, no dexara de los fender por medio a entrambos, o a lo menos perdiera Menadoro el braço con que le tenía embraçado. Pero como el golpe viniesse con tanta fuerça y saña, que cuasi el tiento fizo perder al jayán, pudo muy bien desviarse Menadoro. Por donde, llegando la espada al suelo, todo lo que a él llegó se fizo pedazos, de suerte que no le quedaron al gigante las dos partes d'ella en la mano.

Pero viendo Menadoro que si aquel pleito durava mucho, por ventura no le podría furtar todos los golpes, y que de uno que, como se vos dixo, le acertasse, sobrava para no ver jamás a su señora, assí como Anacarte huvo alçado la espada en alto, al tiempo que la quebrara, lo firió de toda su fuerça en la otra pierna, con que cortándole la armadura con la una de las canillas, fue causa que el jayán, no pudiéndose sobre aquella pierna sostener, fincasse la una rodilla en el suelo, dando tan espantables bozes, que el escudero de Menadoro que entonces entrava por la cueva para traer el yelmo a su señor, haviendo visto al jayán que ende era entrado, se estremeció de miedo, tanto que por poco no passara adelante. Pero como fuesse hijo de honrado cavallero y criado con Menadoro, que era uno de los buenos cavalleros del mundo, no dexó de seguir su camino por la cueva adelante, conociendo por las bozes que oyera, que ya su señor devía ser en la batalla con el gigante, no deaxando de temer que no sería a tiempo de darle el yelmo antes que hoviesse fin.

Cuando Menadoro vido al gigante en tal estado, muchas gracias dio a Nuestro Señor por le haver dado gracia que no solamente se huviesse podido d'él defender, pero que fuesse por él vencido sin daño alguno de su persona, ni pérdida de una sola gota de sangre. Y por ver si podría atraer al jayán a que, si hoviesse de perder su cuerpo, no perdiesse juntamente el alma, le dixo:

–Bien ves, Anacarte, que tus fuerças son ninguna cosa contra las de aquel Alto Señor a quien grandes tiempos ha que desirves y enojas. Por ende, pues tu muerte en

cuanto yo creo no puede escusarse, gran bien harías a tu alma si arrepintiéndote de tus pecados, le pidiesses misericordia.

–Si yo hallarla creyese –dixo el jayán–, no creas que de pedir la dexasse, pues conozco que si yo fuera tan bueno como he sido malo, tan poca cosa, como tú eres y señaladamente estando sin yelmo, no solamente no me traxeras en lo que me veo, pero ni de la más alta sierra d’este valle osaras ni te atrevieras a mirarme. Pero como yo aya fecho tantos males que el menor d’ellos ha sido tener esta donzella aquí gran tiempo por fuerça, puesto que de mí ninguna desonra aya recebido, qué penitencia puedo yo d’ellos hazer, no me quedando una hora de vida, según las fuentes abundan de mi sangre, ni qué misericordia he de alcançar si yo nunca la huve con nadie.

–Si tú esse conocimiento tienes –dixo Menadoro–, y arrepintiéndote de los males que feziste te pesa, porque te no queda más vida para emplearla en servicio de Nuestro Señor Dios, y para hazer la penitencia que d’ellos pudiesses, le pides misericordia, yo te certifico que la hallarás más cumplida que no la puedes pedir, pues es infinita, y jamás negada a los que con esperança de la alcançar con firme y buen coraçón la piden. Y si assí lo hizieres, no creas que no me duela más por no te poder tener compañía en tan buena muerte, que me podré jamás alegrar, aunque biva muchos años la más leda vida que se puede alcançar en este mudable siglo, pues ternás tú no menos, antes sin comparación, más cierta la gloria que te está aparejada, que yo los deleites y momentáneos plazerres que no sin innumerables trabajos y penas espero gustar con incertitud, después de passado el curso de la vida, de alcançar la certitud que tú de la gloria que dixes tienes, si por tu culpa y desconfiança no la pierdes.

Y como en aquella sazón que Menadoro acabava de dezir lo que havéis oído, el gigante ya se sentisse muy desmayado, creyendo, assí como havía de creer, que haziendo lo que Menadoro le dixera, alcançaría del alto y piadoso Señor la misericordia que d’él esperava, después de se haver quitado el yelmo como mejor pudo, arrojando el escudo de su izquierda mano, y tomando con las dos su espada por lo agudo, y alçando la cruz d’ella en lo alto y con su boca la juntando, començó, no sin gran muchedumbre de lágrimas de verdadero arrepentimiento, de dezir tales cosas que Menadoro y la donzella assí le tenían compañía en el llorar, como si cada uno d’ellos, perdiéndolo, perdiera su más cercano deudo, puesto que en sus ánimos sintiessen gradíssimo gozo por ver aquél que, según su vida no se havía de creer que dexaría su alma de poblar los infiernos, con tanta fe e dolor de los males por él hechos pedía a Dios misericordia, por donde muy presto gozaría de su eterna gloria.

E cuando ya el jayán començava de turbarse la palabra, rogó a Menadoro que hiziesse salir la donzella dende, porque no viesse, pues ya no la desseava, cosa que le doliesse dexar en este siglo, lo que luego se fizo, juzgando al jayán por no menos sesudo que buen christiano. E viendo que ya no se podía assí de rodillas sostener, ayudándole a ello Menadoro, se tendió en el suelo. E después que ya no pudo hablar, besando siempre la cruz de su espada, no dexando de señalar con la continuación de sus lágrimas el arrepentimiento que de sus pecados devía tener, y siendo en todo aquel tiempo esforçado por Menadoro para que ninguna cosa pudiesse ni deviesse temer, con muy glorioso fin restituyó su alma al Señor que se la encomendara, para su eterna bienaventurança, dexando su cuerpo a la sepultura.

A este tiempo, Menadoro començó de llamar a la donzella, creyendo que sería de la cueva salida, la cual no tardó en venir ende, porque al tiempo que ella y el escudero de Menadoro se encontraron en la cueva, sabiendo que el jayán no tardaría a morir, según ella le había dicho, contándole la batalla como había passado, vinieron muy a passo entrambos contra el palacio adonde los dexara la donzella. La cual y el escudero sobradamente se maravillaron cuando vieron al jayán muerto, el cual, antes de su muerte, rogó a Menadoro que lo fiziesse enterrar en una iglesia que había en una villa a una legua de su cueva, so invocación de Nuestra Señora, pues en ella tenía toda su confiança, lo que por Menadoro le fue prometido. E para lo poner en efecto, mandó a su escudero que fuesse luego a aquella villa, e fiziesse venir algunos clérigos con la cruz y lo demás que convenía para llevar el cuerpo de aquel jayán a enterrar. Lo que el escudero luego fue a cumplir, según por su señor le era mandado.

¶Capítulo liij. De cómo la donzella de la cueva contó a Menadoro su hazienda e la causa porque allí la tenía el jayán Anacarte.

Partido el escudero para la villa, Menadoro dixo a la donzella que, pues ya no había de qué temer, le contasse lo que había començado antes que Anacarte viniesse, la cual le rogó que saliessen primero a la puerta de la cueva, porque todavía tenía miedo del gigante, y que allí más descansadamente se lo contaría. Por donde Menadoro, tomando el yelmo que su escudero le traxera, salió dende con la

donzella, la cual, sentándose juntamente con Menadoro a la puerta de la cueva, le començó de dezir assí:

–Sabed, señor, que aún no cumplidos los catorce años de mi desdichada juventud, un cavallero que se dezía Maragdín, a quien Dios havia comunicado más bondad que gracia e apostura, fue de la mía, puesto que no sé por qué, tan pagado en unos desposorios de una mi cormana, a los cuales mis padres me llevaron, que aunque muchas donzellas havia en ellos, con las cuales Nuestro Señor no se havia olvidado de repartir su gracia tan cumplidamente como la dessear pudieran, dixo en una boz que assí d’ellas y de mí, como de cuantos cavalleros de los que ende eran, que no eran pocos, pudo ser oída, que si ningún cavallero de los que ende eran ni cualquier otro osava dezir que yo no era sobre todas las donzellas que allí havia hermosa, dexada aparte mi cormana por no poner a su esposo en afrenta ni peligro, él les faría conocer, assí en justas como en batalla, remitiendo la elección al que lo contrario quisiesse mantener, que lo que él de mi hermosura dixera era verdadero, e lo que contra de aquello se diría muy falso. Y puesto que naturalmente todas las mugeres holguemos de ser llamadas y tenidas por hermosas, y esta naturaleza o por mejor dezir locura, con lo que dixere, nos haga no solamente sobervias, pero creer lo contrario de lo que el espejo nos representa, en el cual todas nuestras faltas e defectos se manifiestan, aunque Maragdín aquello hoviesse dicho en mi loor, no me plugo por lo haver dicho él, siendo como dixere no tan hermoso ni apuesto como bueno e virtuoso, puesto que no dexara de deplazerme si cualquier otro de los cavalleros bien apuestos, que ende havia, lo dixera, por conocer que mi hermosura no era loada y codiciada por cavallero que traxesse, como Maragdín, las muestras de su aborrecimiento. Pero como todos aquellos cavalleros conociessen sus fuerças, ninguno osó contradezir a lo que él dixera, por donde, acrecentándosele el orgullo por la honra que se le recriera, a causa de no haver osado ninguno contradezir a su razón, llegándose a mí, dixo:

»–Pues vós, donzella, sois la más hermosa de cuantas aquí ay, dexada aparte vuestra cormana por la razón que dixere, justo es que no seáis servida sino por cavallero que a todos los que aquí son en fuerças y esfuerço sobrepuge. Y como esta mejoría no pueda conocerse sin que d’ella se haga experiencia, dende agora digo que ninguno sino yo, por esta razón, merece serviros. Pues entiendo de mantener que no ay en cuantos aquí son presentes, no solamente quien sobrepujarme pueda, pero ni quien igual me sea con gran parte, de la manera que el que la batalla querrá haver conmigo, por la dicha razón, eligiere.

»Todos los cavalleros que ende eran bien oyeron lo que Maragdín dixera, pero ninguno d'ellos fue tan ardid que a su razón contradiezir osasse, antes mirándose los unos a los otros no hablaban, no dexando de conocerse en ellos claramente su afrenta. Por donde dos d'ellos determinaron de matar a Maragdín, e para efectuarlo presto, antes que se fiziesse de noche, se fueron cada uno por sí, disimulando su mala intención. E después que se hovieron armado, salieron al camino por donde Maragdín había de passar, para lo dañar hasta la muerte. El cual, después de haver cenado, armándose de sus armas, partió de aquel castillo para bolver a la villa en que todos bivíamos. Y aún no había andado media legua, cuando los dos cavalleros arremetieron contra él con sus lanças baxas, y lo firieron tan duramente, como aquellos que gran saña le tenían, que el uno le passó el escudo y el braço, dexándole por él metido un pedaço de la lança, y el otro, falsándole escudo y la loriga, le fizo una pequeña llaga en los pechos. Pero Maragdín, bolviendo sobre ellos, no los preciando cosa por lo haver assaltado a tración, al primero que alcançar pudo firió con su lança tan poderosamente, que no le pretando armadura que traxesse, no paró hasta que por el cuerpo le entró buena pieça, y lo puxó tan reziamente, que sacándolo de la silla por las ancas del cavallo, lo derribó en el suelo, tan mal parado que muy poco tardó en poner fin a sus traiciones, sin que jamás pensar ni acometer pudiesse otras. Y como el otro cavallero no creyese que el mal de su compañero fuesse mortal, por ayudarle fue contra Maragdín para lo ferir con la espada alta. Pero Maragdín, que con la claridad de la luna pudo ver el braço del cavallero tan alto, lo firió con tanta fuerça, assí suya como de la que su contrario puso, al tiempo que lo quiso ferir, que no le aprovechando armadura que traía más que si desarmado estuviera, le hizo de aquel malaventurado braço dos partes. E como se sintiesse tollido quiso fuir, pero Maragdín, con la saña que tenía de sentirse tan mal llagado, y sobre todo, por lo haver tan falsamente acometido, fue sobre él y al tiempo que lo pudo alcançar, alçándose sobre las estriberas, lo firió de tan pesado golpe sobre el pescueço, que no tardó más en caerle la cabeça en el suelo que él en encomendarlos a los diablos del infierno, pues, siendo cavalleros, menoscabavan tan alto orden con hazer oficio de ladrones.

»E dexándolos de la manera que havéis oído, fue a la villa que dixera para se hazer curar de sus llagas, para sanar de las cuales le convino yazer muchos días en el lecho, por razón que la llaga del braço, puesto que no fuesse peligrosa ni grande, con la humedad de la noche y la saña que le sobrevino al tiempo que lo firieron, se le enconó

de suerte que cuando llegó a la villa, lo traía tan hinchado que los maestros se maravillaron cómo no había rebentado.

»Luego otro día de mañana, las nuevas llegaron al castillo de mi tío de cómo aquellos dos cavalleros eran muertos, a los cuales enterraron honradamente, a causa que tenían muchos deudos en aquella tierra, cuya muerte no fue pedida a Maragdín, sabiendo la verdad de cómo había pasado.

»Después de curado Maragdín de sus llagas, fizo rogar a mi padre que me otorgasse a él por muger, diciendo que no quería más de mi sola persona, con la cual y no con todos los bienes del mundo tenía por cierto que tenía muy alegre vida, prometiéndole que me faría tales servicios que serían causa que lo yo amasse sobre todas las cosas. Y puesto que mi padre, por lo que d'él conocía, tuviesse su voluntad aparejada para cumplir la de Maragdín, por ver que yo no era contenta de aquel casamiento, le embió a dezir que se çufriesse, porque yo era muy niña y no era razón ni tiempo de me sacar aún de su casa.

»Por donde Maragdín atendió fasta que yo tuve cumplidos diziséis años, en todo el cual tiempo jamás cessó de fazerme todos los servicios que pudo, solamente por atraer mi corazón, que en alguna manera se doblasse para amarlo. Pero todo su afán era perdido, porque mis pensamientos más se empleavan en jugar y folgar con otras donzellas, y en exercitarse en passamientos aplazibles, que en pensar que él ni otro alguno me amasse. Y de que vido que ya mi edad era para desechar el primero achaque, fizo otra vez rogar a mi padre que, pues ya era venido el tiempo que esperara para cumplir el fin de sus desseos y lo que él prometiera, no lo difiriesse, porque se sentía tan cuitado que tenía por cierto que su esfuerço no sería bastante a sostenerle la vida sin mi compañía muchos días. Y como mis padres conociessen que era razón que lo que Maragdín pedía se cumpliesse, no fueron pocas las vezes que me lo hablaron y trabajaron de ganar mi voluntad para ello. Pero cosas que me dixessen jamás aprovecharon para que yo lo otorgasse, antes les bolví por respuesta, si aquel casamiento había de passar en efecto, yo mesma me daría la muerte, sólo por no verme en su poder. Por donde, viéndome tan constante y pertinaz, le fizieron dezir mi voluntad e propósito. A cuya causa, Maragdín les pidió por merced le otorgassen licencia para me hablar en su presencia, porque él fiava en Dios que con lo que él me diría, yo no desdeñaría de ser su esposa.

»E después que mis padres me hovieron atraído para que yo le oyesse, le asignaron día para que viniesse a me hablar. En el cual, Maragdín, vestido de los paños

que hechos tenía para el día que él creía que nos havían de desposar, vino a mi casa, e después de haver hecho a mis padres no menor mesura y acatamiento que si suyos fueran, llegando ante mí se fincó de rodillas, e después que passó la porfía que entre él e mi huvo sobre lo hazer levantar, lo que jamás pude, con boz que no menos temblando le començó de salir que si le huvieran sentenciado a muerte, me dixo:

»—No sé por qué causa, mi señora Frumea —que éste es mi nombre—, queréis ser contra mí tan esquiva, sabiendo que, dende el primer día que mis ojos hos vieron, perdí la libertad para dexar de ser vuestro, no dexándose de recibir en ello por mi mayor merced, que considerava, siendo vós d’ello servida, alcançar gloria. Y que el galardón de mis servicios sea mi breve no menos que cruel muerte. Y cuando la razón que a los que con ventura nacieron siempre aprovechó, a mí como desdichado no aprovechasse, válgame siquiera para que satisfagáis a estos mis señores, vuestros padres, alguna parte de lo que por vós fizieron, con seguir la voluntad que de me hazer el más bien andante de los nacidos tienen. Y si todo lo que dicho tengo, no fuere parte para doblar vuestro duro corazón, que me otorg[ue] la servidumbre que desseo, a lo menos dóblesse con pensar que, si de mí no se doliere, ha de ser de la sangre del mío amanzillado, dexándovos nombre de cruel para mientras de entrambos huviere memoria. ¡O, día para mí de gran crueldad y tristura si vuestra mesura no me vale! Pues creyendo cuantos aquí me vieron venir que era para alcançar el fin de mis aquexados desseos, sabrán que no fue sino el de mis postrimeras honras. En las cuales, aunque más rigurosa ser queráis, no dexaréis de ser presente con que no será el de mi alma pequeño descanso e gloria, ni la de mi cuerpo menor fama e honra, de sentir las cuales ya sería razón que començassen, según, considerando vuestra dureza, ven mi muerte y su despedida tan cercana, que vós, señora, no vos maravillaréis menos d’ella que de la presteza y brevedad con que será causada.

»E puesto que, oído por mí todo lo que Maragdín dixera, deviesse en alguna manera forçar mi voluntad para darle alguna parte de esperança en sus desseos, creyendo que todo aquello se dezía por me atraher a que d’él me doliesse, sabiendo que las mugeres por nuestra naturaleza muy presto nos inclinamos a dolernos de los que por nosotras algún daño o cuitas padecen, le dixé que antes me maravillava yo d’él, porque siendo tan buen cavallero quería que contra mi voluntad hoviesse de bivar en su compañía, con que mi corazón jamás sentiría ningún género de alegría. Y le rogué que dexasse aquellos pensamientos, porque, puesto que los desseos que contra mí tenía fuessen según afirmava grandes, bien podría con algunos medios, si quería aprovecharse

d'ellos, ponerlos en otra parte, con que desechando los primeros fallasse remedio en los segundos. Pues no se había de creer que su amor ni el de ningún hombre hoviesse sido, ni pudiesse ser tan grande que le causasse morir con desesperança de tan breve muerte como él dixera, ni había de ser la suya primera. El cual, quando esto me oyó dezir, viendo que no solamente tenía en poco su persona y servicios, pero el sobrado amor que me tenía, buelto su rostro en color de tierra, teniendo ya debaxo su manto, allende de la espada que traía ceñida, un agudo cuchillo que para aquel efecto traxera, pareciendo que juntamente con la palabra le quería salir el alma, dixo:

»—Pues mi voluntad y desseos, ¡o, tan cruel como hermosa Frumea!, en ningún tiempo alcançaron libertad para más de servirvos, no será razón, no pudiendo vós conmigo bivar alegre, lo que proceder no puede sino de grande aborrecimiento, que de aquí delante de mi triste, no menos que breve vida, se cause ni señale cosa que vos pueda enojo ni tristeza acarrear. E porque creáis que mi muerte no es menos cercana de lo que ya vos dixere, y otrosí para perpetua memoria del sobrado amor que vos siempre tuve, y porque en el tiempo de mi última restitución, ninguna cosa me quede agena, veis aquí cómo dexando en vuestro poder este atribulado cuerpo, en quien mi afligido corazón como vuestro se encerrava, para que d'él tomáis las venganças que de los enojos que vos hizo dessear pudiérades, doy esta dolorida alma al Señor que me la encomendó.

»E aún no lo acabava de dezir, quando con el cuchillo que dixere se firió tan cruelmente por en derecho del corazón, que no parando hasta los cabos que en su mano tenía, súpitamente cayó en tierra muerto. Dios sabe, señor, lo que mis padres e yo sentimos, viendo cuán poco nos había aprovechado el pensamiento que teníamos de le estorvar su muerte, creyendo que no tenía más de sola su espada con que se matar pudiesse, con la cual es cierto que se no pudiera ferir, según cada uno de nos tenía propuesto de le no consentir que la tirasse, ni menos que se ferir con ella se le otorgasse, porque si tan determinada y presta cruera consideráramos, por cierto podéis, señor, tener que según dixere no solamente no le consintiéramos que se matasse, pero que se hazer pudiesse daño alguno en su persona, por haverme hablado con tan conocida humildad.

»A las bozes que todos dimos en el mesmo punto, acudió ende mucha gente, por donde la fama de su muerte y la causa porque se matara luego fue divulgada. Y esse mesmo día fue enterrado con mucha solenidad e muy honradas obsequias, aunque según nuestra fe, no se ha de creer que ningún beneficio ni sufragio que por su alma se

fiziesse, le pudiesse aprovechar, pues quiso usurpar el poder del Alto Señor, a quien sólo es otorgado darnos ser con qué le sirvamos, y después la muerte para nos dar el galardón que, sin que lo deva, nos tiene aparejado.

»Y porque a ninguno era oculto ser Maragdín por mi causa muerto, no salía vez de casa de mi padre, ni me vía persona, que no dixesse vedes allí la donzella, señalándome, que por ser cruel contra el mejor cavallero que en esta tierra había, lo hizo morir de tan cruel como desesperada muerte. Por donde rogué a mi padre me traxesse a la villa, que a vuestro escudero mandastes ir por los clérigos, porque tengo ende dos tías e un cormano, con quien podría passar algún tiempo, assí por me apartar mil pensamientos tristes que continuamente me ocurrían, como la memoria de mi crueza de los que en mi tierra me conocían, lo que por mi padre no se tardó en poner por efecto, conociendo que mi determinación era buena, según las causas que para ella había.

»E cuando fuimos en este valle, el gigante nos salió al encuentro, al cual, como mi padre viesse tan grande y espantable, no lo osando atender, fuyó cuanto más pudo, diziéndome que lo mesmo hiziesse. Pero como mi palafrén no pudiesse correr tanto como el cavallo del gigante, muy presto me alcançó, y fue de mi vista tan pagado que, halagándome con las mejores palabras que supo, me traxo a esta cueva, en la cual bien ha cerca de un año que me ha tenido, comiendo e durmiendo en su compañía, sin jamás haverme enojado ni menos tentado cosa con que mi honra pudiesse recibir algún prejuizio ni daño. Antes siempre trabajó de me hazer todos los servicios y plazerres que podía, tanto que mi corazón, conociendo el grande y entraña[ble] amor que me tenía, tan regulado con mi voluntad que en ninguna cosa osava salir de mi mandado, ya había perdido toda la saña y mal talante que contra él tuviera, aunque por la desigualdad de las personas, no pudiesse amarlo. E puesto que la libertad para me ir de su poder me faltasse, sin la cual todos los deleites y plazerres no pueden gustarse, ya me iba algún tanto conformando con aquella vida, haziendo cuenta que passava aquella penitencia por la muerte de Maragdín. Pues no me faltava sino el poder oír missa e los otros divinos officios, porque para lo demás el tiempo me sobrava, assí para rogar a Nuestro Señor Dios por mi alma, y que de la ira del gigante me guardasse, como para otros exercicios en que por mi passatiempo el gigante me hacía entender, porque de la soledad no me enojasse. El cual, aunque era tan grande, no se preciava de ser sobervio ni follón, antes muy mesurado, y puesto que algunos males hiziesse, no por esso dexava cada noche y en la mañana de rezar muchas oraciones que sabía, las cuales había aprendido de un hermitaño con quien siendo niño se criara.

»Assí que, señor, esto es lo que yo vos dezir puedo de mi hazienda y desventura, dexando lo demás, pues no aprovecharía sino para vos enojar con tan larga como mal hablada razón, aunque todavía no vos dexaré de pedir por merced que, pues ya según parece vienen los que han de levar al gigante, e mucho antes que anochezca podremos llegar a la villa que dixere, me no dexéis hasta que sea en casa de mi cormano o de cualquier de mis tías. Porque me parece que sin vuestra compañía no podría dexar de seguirme alguna desventura, según la seguridad tengo en vos tener por mi aguardador.

A la cual Menadoro respondió que pues todos havían de ir juntos para acompañar a los clérigos que llevarían el cuerpo de Anacarte, él la aguardaría fasta la dexar en la una de las casas que dixera.

¶Capítulo liij. De cómo fue llevado el cuerpo de Anacarte para enterrar a la villa, de donde, dexada por Menadoro la donzella en casa de su cormano, se partió para Londres, adonde no halló al rey Laristeo.

Aunque la compañía que Frumea de lexos venir vido, según Menadoro había dicho, creyese que serían los clérigos con el escudero de Menadoro, que venían para llevar el gigante, la verdad era que no eran sino cuatro cavalleros con algunos escuderos, e otra gente de pie que los acompañavan, los cuales venían desarmados. E trahían consigo un palafrén de diestro, de que mucho se maravillaron Menadoro y Frumea, porque no podían sospechar para qué venía ende tanta compañía. Pero después que se acercaron tanto, que se podían los unos a los otros conocer, luego Frumea conoció a su cormano, el cual se había adelantado de los otros con desseo de llegar más presto. Y como ya fuesse cerca de la cueva, saltando de su cavallo, vino con los braços contra Frumea, la cual, como no menos sesuda fuesse que hermosa, después de le haver dicho que fuesse bien venido, le dixo que hiziesse la honra que devía a aquel cavallero que la librara, señalando a Menadoro, al cual el cavallero hizo muy gran mesura, diciendo que rogava a Nuestro Señor Dios que en algún tiempo le pudiesse servir la merced que había hecho, assí a su cormana como a todos sus deudos, para lo cual le ofreció su persona e hazienda. Lo que por Menadoro le fue agradecido con la misma voluntad. Dicho lo cual, Frumea con su cormano se abraçaron muchas vezes,

como aquellos que se mucho amavan, assí por el deudo como por se haver criado gran tiempo juntos.

Ya a este tiempo eran llegados los tres cavalleros y la otra compañía que vos diximos, los cuales assí mesmo fueron por Menadoro recibidos. Y después que alguna pieça hovieron hablado, le rogaron que les mostrasse el gigante. Por donde Menadoro, entrando en la cueva, diziendo que lo siguiessen, llegó con ellos al palacio, adonde el jayán yazía tendido con su espada encima del cuerpo, el cual, puesto que ya viessen que era muerto, no les dexó de acarrear algún espanto, según era de sobrado talle. Y mucho se maravillaron, assí de la mucha sangre que por el palacio había, como de los golpes que tenía en las piernas, porque les parecía imposible que sobre armadura, aunque no fuesse fuerte, por ningún hombre se pudiesen hazer tan grandes llagas.

Y de que lo hovieron bien catado, rogaron a Menadoro que les contasse cómo había passado la batalla, el cual lo remitió a Frumea, diziéndoles que mejor lo contaría ella que la viera, que él que no trabajava sino en guardar la vida. Por donde, rogada Frumea que la contasse mientras los clérigos tardarían, no tardó en contarla assí como passara, sin dexar un solo punto. Pero cuando oyeron que Menadoro sin yelmo hoviera la batalla con el gigante, mucho más lo preciaron, no creyendo que pudiesse en el mundo hallarse cavallero que mejor y más apuesto fuesse. Y aún no lo había acabado Frumea de contar, cuando sintieron que el escudero de Menadoro venía, diziendo:

—¡Seguidme, señores, porque más adentro está el palacio, adonde fue la batalla entre mi señor y Anacarte!

Y después de entrados en él los clérigos, le dixeron algunos responsos y absoluciones, echando sobre el cuerpo del gigante del agua bendita que traían. Y cuando lo hovieron desarmado, embolviendo en dos sávanas de su mesmo lecho, lo sacaron fuera de la cueva, no con pequeño trabajo, aunque más de dos vezes descansaron en el camino, según era grande el peso del cuerpo del gigante. Sacado el cual, los hombres que el escudero fiziera venir de la villa para levar la ropa del gigante, luego la sacaron y llevaron a la villa, adonde después se vendió para hazer bien por su alma, porque assí se los había rogado Anacarte a Menadoro, según se vos contó, antes de su muerte.

Cuando todo estuvo aparejado para partir, Menadoro con los cavalleros que vos diximos e la donzella fueron en compañía del cuerpo del jayán hasta la villa. E por el camino Frumea supo cómo la causa de la tan presta venida de su cormano con aquellos cavalleros, había sido que, sabiéndose en la villa la muerte del gigante Anacarte, luego él con aquellos sus amigos, que juntos se hallaron en aquella sazón, habían cavalgado

por venir a verla, porque no podían creer que fuese biva, a cabo de un año que ninguno la había podido ver.

Después de llegados a la villa, aunque ya era de noche, Menadoro hizo enterrar al gigante en la iglesia de Nuestra Señora que él dixera. Y esse otro día de mañana se le fizieron tan solenes honras, que grandes tiempos passaron que ningunas se fizieron ende sus iguales. Aquel día estuvo ende Menadoro a ruego de las tías y del cormano de Frumea, faziéndole todos los servicios que pudieron, de los cuales se despidió el siguiente día, dexándolos no menos alegres por la liberación de Frumea que pagados de sus maneras. Y aquella tarde anduvo tres leguas, y en la noche alvergó en casa de un cavallero señor de un castillo, adonde fue bien servido, assí por lo que su persona señalava merecer como por saber que él era el que había muerto al gigante Anacarte, el cual muy dudado era por toda aquella tierra.

Y después que de aquel castillo partió, siguió su camino hasta llegar a Londres, adonde no falló al rey, porque aquella tarde se había partido con la reina e su fija para ir a Vidisora. E porque supo que aquella noche alvergaría en una casa de plazer que tenía a dos leguas de Londres, por aquel camino que se dezía Ricomonte, y vido que le sobraba tiempo para andar aquellas dos leguas, no quiso parar en Londres, antes dándose la mayor priessa que pudo, llegó a Ricomonte, assí como quería anochecer, e a tal tiempo que el rey era venido de caça muy alegre por la mucha que habían muerto aquel día. Puesto que más lo fue cuando ante sí vido a Menadoro que le pedía las manos, al cual el rey recibió con mucho plazer, porque lo preciava sobre cuantos cavalleros tenía en su casa. Y después que Menadoro fue ante la reina y Luceminia, siendo d'ellas recebido como él desseava, el rey le preguntó que le dixesse lo que se había fecho en la demanda de la donzella con se partiera de Londres, e cómo le había sucedido después por aquella tierra. Al cual Menadoro dixo que todo se había fecho bien, pues había dado derecho a la donzella de aquello para que viniera a su casa, puesto que fuera d'ella y de su servicio ninguna cosa le podía suceder a su parecer tan bien.

No dexó de entender la princesa Luceminia al fin que Menadoro lo dixera, y por ende suplicó al rey, su padre, mandasse a Menadoro que les contasse todo lo que, después que con la donzella partiera, le había sucedido, lo que el rey luego hizo por complazer a su fija. La cual, antes que Menadoro a lo contar començasse, dixo que bien sería que con juramento lo dixesse, porque no pudiesse callar cosa que le fuese en pejuizio ni acrecentamiento de su honra. A la cual Menadoro dixo:

–Yo no sé, muy alta princesa, quién ser pudiesse el cavallero de tan poco conocimiento e sobrado atrevimiento, que ante tan altas personas osasse dezir menos ni más de aquello que a la verdad es conforme, que luego no deviesse ser desterrado en los desiertos, adonde con las animalias morasse hasta que lo despedaçassen vivo, pues como bruto no conocería la honra y merced que en le ser preguntado, como a mí agora, habría recibido.

–Todo estaría bien que assí se fiziesse –dixo la princesa–, cuando de contar hoviéssedes haciendas ajenas. Pero como en la propia, según ya dixes, no parecería bien dezir cosa con que vuestra honra pudiesse acrecentarse ni lo contrario, por ende supliqué yo al rey, mi señor, que vos lo mandasse, y a vós que jurássedes que lo contaríades cumplidamente, porque con la fuerça del juramento y de su mandado de todo vuestro bien o daño fuésemos sabidores. Pero, pues essa es vuestra voluntad y de tan buen cavallero como vós no se ha de creer que diga más con premia que sin ella, pues en todo sois tenido a dezir verdad, por mi parte yo quedo satisfecha, pues lo contéis luego.

Por donde Menadoro lo començó de contar según lo havéis oído, sin quitar ni añadir cosa alguna de las que por él y de la misma forma que havían passado, pues su señora mostrara quererlo saber tan enteramente, de que los reyes con la princesa y cuantos ende eran mucho se maravillaron, y señaladamente de la batalla del jayán y de la muerte de Maragdín que por muy estraña cosa la tuvieron, considerando tan grandes dos pérdidas como fiziera de su vida e alma.

Otro día de mañana partieron para Vidisora, e por el camino Menadoro levó de rienda a la princesa, su señora, la cual ya lo començava de amar afincadamente, señaladamente después que supo aquella noche de cuán alto fecho de armas era. Por donde no le desplugó que él la sirviesse en aquel camino, en el cual Menadoro se le iba quejando de la poca voluntad que en ella conocía de le hazer mercedes, y diziéndoles otras cosas para que d'él se doliesse, tanto que la princesa le dixo:

–¿Cómo queréis vós, Menadoro, siendo yo tal alta donzella, que sin saber quién vós seáis, pues hasta aquí los havéis callado, haya de doblar mi corazón para vos amar? Otrosí querría de vós saber: ¿que satisfacción podría yo dar a mí mesma, que fuesse para mi descargo tan suficiente, que assí para lo de Dios como para lo de mi honra, me librasse de culpa? Por cierto, ninguna, pues no vos conociendo, no hay ni puede hallarse causa ni escusación que d'ella pudiesse librame. Por donde me parece que no vos devéis quejar, si en mí no conocéis la voluntad que de satisfacer a vuestros deseos

devría tener. No niego yo que vuestro valor y merecimiento, aunque ningún estado tuviéssedes, no sea tan grande que no sobre al de cualquier rey e señor de los que en nuestros tiempos se saben, pero, como es notorio, cuando este valor y estado juntos se hallan con más razón y menos cargo de quien las deve, se podrían otorgar las mercedes a los semejantes devidas.

–¡O, mi señora, más hermosa de cuantas en el mundo nascieron! –dixo Menadoro– ¿No sabéis vós que tan altos desseos no podrían caber en coraçón que baxo fuesse? Pues el más alto y generoso, no por su merecimiento sino por sola vuestra voluntad, los havría de alcançar, assí como yo, dende el día que por vuestro recibir me quesistes. Pero porque por essa vía mi bienaventurança no se pierda, si de la alcançar merecedor me fiziéredes, yo vos juro por la fe que a Dios devo e al orden que de cavallería recibí, que puesto que vós, mi señora, seáis hija de tan altos reyes, como a todo el mundo es notorio, los que a mí engendraron no les deven cosa, assí en linage como en los estados. Por donde, mi señora, podéis ser cierta que cuando mi coraçón recibirá aquella gloria e cierto descanso, con cuya sperança sostenerse puede, no solamente no vos lo terné oculto, pero vos diré más de vuestra fazienda de la que vos dezir podrían aquellos que dende vuestra niñez vos conocieron. E por esto, mi señora, vos suplico que de mí vos doláis, pues con me hazer merecedor que vos pueda besar vuestras hermosas manos, assí por las ya recebidas mercedes como por las que mayores spero, tengo por cierto que sentirá mi atribulado coraçón muy gran parte de su desseada gloria.

Con que la princesa, como fuesse muy niña e no menos conociesse que Menadoro la amava sobre todas las cosas, por donde ya sin le ser de cosa deudora le iva correspondiendo al leal e afincado amor que contra ella tenía, después de algunas razones que ella dixo para se escusar de lo que Menadoro le pidiera, le prometió que llegados a Vidisora, porque el castillo adonde havían d'estar era muy grande y no podría ser que no se les ofreciesse, ella havría consejo con Esteria, por donde se ponía por efecto.

Tan alegre fue Menadoro por lo que la princesa le dixo y ofreció, que si de las dos partes del mundo lo fizieran señor, no lo fuera tanto. Y después de haver dado las gracias que devía por tan alta merced, pues besarle las manos no se lo otorgava, se hizo tan orgulloso que le parecía que ningún cavallero podía haver que su igual fuesse. Y con aquel vicio anduvo con su señora dos días fasta llegar a Vidisora. Los cuales, aunque de la vista de su señora y de su sabrosa comunicación hoviesse gozado, muy largos se le

fizieron con el desseo de alcançar la libertad que, para le poder besar las manos, le había otorgado, según con aquello creía que algún tanto descansaría su corazón de los tormentos que continuamente lo aquexavan.

E puesto que en esta historia muy grande razón hoviesse para contar todos los grandes fechos y amores de Menadoro y de la princesa Luceminia, e muy por extenso por lo que después sucedió, por agora no vos diremos más de los expedientes y medios que tuvo e procuró para alcançar el fin de sus desseos, assí por escusar prolixidad como porque el processo de la historia se ha de estender en los de aquel esforçado, no menos que virtuoso, príncipe Valerián de Ungría, según en la segunda parte d'ella se escriven.

Llegados pues al castillo de Vidisora, la princesa Luceminia contó a su donzella Esteria, a quien ninguno de los secretos de su corazón eran ocultos, lo que a Menadoro había prometido, encargándole que buscasse algún aparejo para hablarle, de suerte que no fuessen descubiertos ni sentidos. La cual, puesto que por lo que a Menadoro devía, lo dessease complazer y servir, concociendo que de aquel fecho no podría dexar de suceder algún desconcierto, según vía la voluntad de su señora, no quisiera sobre sí tomar tan gran cargo. Pero en fin de sus pensamientos y contrarios que le ocurrir pudieron, acordó de no ser desagradecida a Menadoro, pues ninguna cosa podía aventurar que por él no la tuviesse, y por ende dixo a su señora que ella tomava sobre sí aquel cargo, certificándola que muy presto conocería que no se descuidava de cumplir su voluntad y mandado.

¶Capítulo liiij. De cómo después de haver alcançado Menadoro el fin que a sus cuitas desseava, la princesa Luceminia parió un fijo, al cual pusieron nombre Florianteo.

Muchos caminos, o por mejor dezir aparejos, se le ofrecieron a Esteria para traer [a] efecto lo que por la princesa, su señora, le había sido mandado, que en el principio le aprecían buenos, pero cuando bien los examinava, ninguno vía sin peligro. Y porque assí como aquel fecho era grande, se había de traer a efecto con no menor cautela, pues de lo contrario se ponían en aventura las vidas y honra de aquellos dos sus señores e suya, en ninguno se responsava, porque de todos considerava resultar uno y muchos peligros. Pero después de algunos días que en otro

no entendía, le ocurrió uno, el cual sin más tardar dixo a la princesa. La cual muchas vezes la abraçó, viendo que por la parte que le dezía, no solamente podría hablar a su cavallero, pero ponerlo en su cámara si quisiese sin que visto ni sentido ser pudiesse.

Y el primer día que acordado aquello Esteria pudo hablar a Menadoro, le dixo lo que por su servicio había de fecho y lo que él había de hazer, y por qué parte había de venir a hablar a su señora. Y dexándolo más alegre que jamás fue, bolvió a su señora, haziéndole saber lo que a Menadoro dixera y cómo había de venir aquella noche para el efecto que le mandara.

Venida la hora por Esteria señalada, la cual no había puesto en olvido Menadoro, fue contra aquella parte que le dixera Esteria, la cual él había bien aprendido aquel día, y era por encima de la cerca del castillo, de la cual a dos siniestras que en él aposento de la princesa había, se podía muy bien entrar con una tabla, aunque no fuesse muy larga. Y cuando allí llegó, vido dos bultos de mugeres, a las cuales no osó hablar, porque como la noche fuesse oscura, no conociéndolas, temió ser descubierta. Pero ellas, sabiendo que no podía ser sino el que speravan, le dixeran muy passo:

–Dezí, cavallero, ¿quién vos ha mandado venir ende?

–Mandómelo la que a todo el mundo mandar merece –dixo Menadoro.

Y después de le haver dicho que fuesse bien venido, la princesa estuvo con él hablando en aquellas cosas que mayor descanso les podían acarrear, hasta que les pareció que se debía ir por no ser descubiertos. Y puesto que aquella noche y muchas otras después, Menadoro hoviesse mostrado contentarse con aquello, acordándose que por ventura no se le podría ofrecer en otra parte tan buen aparejo para venir al fin de sus desseos, una noche, que conoció ser conveniente para acordar a la princesa que le había prometido que le faría merced de dexarle besar sus manos, se lo dixo. Y la aquexó tanto, que Esteria, tomando una de las tablas de su lecho y dexándola resvalar por la siniestra, fizo que cogiéndola Menadoro en sus manos, pudiesse assentar la otra parte sobre la cerca del castillo y subir por ella, assí como se hizo, y entrar en la cámara de su señora, ante la cual, fincándose de rodillas, le tomó las manos y se las començó de besar muchas vezes, con tanto gozo de entrambos, que ni Menadoro se acordava de cosa de las cosas del mundo, ni la princesa de le mandar que se levantasse.

Pero después de una alguna pieça que assí estuvieron, la princesa lo hizo levantar pidiéndole perdón de su olvido y desmesura. Y como él viesse que en la princesa tenía cumplido señorío, y no tuviesse otro desseo sino de verse tan al seguro, que por ninguna vía pudiesse a su señora perder, y conociesse el aparejo que entonces se

le ofrecía para lo alcanzar, la suplicó que para su cumplida satisfacción lo recibiese por verdadero servidor y esposo. Lo que luego fue por aquella hermosa princesa cumplido, con todas las palabras que por la católica Iglesia para semejantes auctos y sacramentos están ordenadas. Por donde, fecho aquello, Menadoro comenzó de tomar aquella primera parte de gloria que se le otorgava, con que buena pieça estuvieron entrambos igualmente gozando, assí aquella noche como muchas otras, en cabo de las cuales, queriendo a su desseado fin traer sus continuos desseos, conociendo la poca resistencia que en su señora havia, señaladamente haviéndose ya con ella desposado la primera noche que en su cámara havia entrado, según se vos contó, después de muchas amorosas razones que entre ellos passaron, tanto fizo y porfió, que, alcançando enteramente el cumplimiento del remedio que desseava para sus aquexados desseos, la dexó cuando salió de su cámara preñada de un fijo, aunque por entonces ninguno d'ellos lo sabía. Y cuando fue en su aposento, conociendo de quanto a Nuestro Señor Dios era obligado, le dio las gracias que pudo, porque después de tantos desatientos no se havia olvidado de darle tan alto galardón, suplicando le guiase aquellos fechos de manera que, sirviéndolo, pudiesse gozar de aquella princesa sin ningún perju[i]zio de sus almas y honra, pues le havia plazido dársela por compañera para en este siglo.

En aquel gozo y descanso estuvo Menadoro cuasi todo aquel invierno, pero passados tres meses la princesa comenzó de sentir su preñez, y cuando a Esteria lo dixo, no fue pequeño su spanto aunque no lo mostró. Pero viendo que de semejantes batallas no se sacava otro triunfo, esforçando a su señora, le dixo que fuesse alegre y diesse gracias a Nuestro Señor, porque en tan tiernos años le deva generación del mejor cavallero del mundo, lo que le dezía porque ya sabía la princesa toda la fazienda de Menadoro muy enteramente. Y otrosí que ella se daría tan buena diligencia, que sin recibir su honra menoscabo, lo que pare[c]iesse ternía cumplido recaudo, y otras muchas cosas con que la esforçó tanto, que cuasi en ello no pensava.

Cuando Menadoro lo supo, sobradamente fue alegre, viendo que todo aquello era para mayor firmeza del cumplimiento de sus desseos. Pero como creciendo el vientre, el lustre del rostro de la princesa comenzasse a desfazerse, con que no sin gran pena podía encubrir lo que muy claro se iba monstrando, en gran fatiga y congoxa estava su triste coraçón, señaladamente cuando conoció en Esteria que no sabía qué se fiziesse, viendo que no hallava remedio con que mucho tiempo se pudiesse encubrir. Pero el Alto Señor, que en las mayores fortunas provee de tan impensados como convenientes remedios a los que en él confían y endereçan sus fines, siendo ya la

princesa cuasi en el seteno mes de su preñ[e]z, la acorrió con moverse guerra entre el rey, su padre, y el rey de Scotia, sobre ciertas parias que el rey de Scotia solía hazer al rey Vantefileo y a su padre, el cual recibió tan gran enojo cuando le dixeron que no había querido con ellas acudir, y que ayuntava hueste, no solamente para poderse defender, pero para entrar por su tierra, que dexando en Vidisora a la reina con su fija, a la mayor priessa que pudo fue a Londres, llevando consigo todos sus cavalleros y a Menadoro. El cual, aunque mucho sintió apartarse de su señora, por lo que su corazón con ella descansava, çufrióse por ver que en ausencia del rey se podría dar mejor recaudo e más a su salvo en lo que pariesse.

Llegado el rey en Londres, luego embió a llamar todos sus altos hombres. Y cuando fueron llegados, lo que se fizo en muy breve tiempo, el rey propuso ante ellos la causa que le moviera a los fazer venir, rogándoles que le ayudassen e aconsejassen como d'ellos confiava. Oída la cual, todos se ofrecieron para servirlo con cuanto pudiessen, de manera que, como el desseo de servirlo fuesse muy grande, y el rey en lo que a él tocava no se desvelasse en más de proveer todo lo que para aquella guerra convenía, en muy breve tiempo ayuntó tantos cavalleros que él se maravilló d'ello, porque aquella era la primera hueste que había ayuntado después de la muerte del rey Vantefileo, su padre. Con la cual movió contra el rey de Scotia, de quien cada día tenía nuevas cómo se venía acercando a la Gran Breataña. Y por lo dexar entrar en su reino, hizo las jornadas tan pequeñas, que cuando los reales vinieron a vista los unos de los otros, ya el rey de Scotia era más de dos jornadas dentro de la Gran Breataña.

Y dos días después de assentados los reales, se dio la batalla, en la cual, puesto que fue peligrosa y reñida con muerte de muchos cavalleros de las dos partes, el rey de Scotia con los suyos fueron en la fin vencidos y destroçados. Por donde huvieron de fuir, porque de otra manera no pudiera dexar de ser muertos o presos. En la cual batalla, Menadoro fizo tantas y tan señaladas cosas en armas, que su fama se fue estendiendo y acrecentando, tanto que de allí adelante fue tenido por uno de los mejores cavalleros del mundo, y máspreciado del rey y honrado de todos los que lo conocían, y de su señora sin comparación amado. Y pues el rey Laristeo se halló vencedor y con tan gran poder que el de Scotia no podía resistirle, entrando por su reino en su alcance, le puso cerca sobre una villa muy fuerte que se retraxera, el cual, viendo que se no podía sostener mucho tiempo, vino en partido con el rey Laristeo, el cual fue que de allí adelante pagaría las parias dobladas, entregándole, allende de muchas seguridades, dos fuertes castillos que estaban en la frontera de la Gran Breataña. Y assí se dio fin en aquella

guerra, la cual brevemente se vos ha contado, porque estando escrita largamente en la crónica del rey Laristeo, y no atañendo a la presente, no dexara de causar enojos a los lectores, allende de la prolixidad que acarreará.

Despachadas las cosas de la guerra, el rey Laristeo bolvió a Londres, adonde hizo grandes mercedes a los cavalleros y otra gente que en ella le sirvieron, y otrosí a las mugeres que ende perdieron sus maridos, y a los fijos que por morir en ella les faltaron sus padres. Por donde, quedando todos satisfechos, mucho más amaron de allí adelante aquel buen rey y señor, pues para ellos lo havían conocido ser tan bueno.

Pero queremos que sepáis que entretanto que el rey ayuntava su hueste, a la princesa, la cual bien había dos meses que no salía de su aposento, fingiendo ser doliente, no queriendo ver ni oír maestros que la curassen, diziendo que todo su mal era de frío y que con estar caliente cobraría su salud, una noche, cuasi poco antes de la media, le tomaron los dolores del parto, a tal tiempo que sola Esteria estava en su compañía. Y quiso Nuestro Señor que en breve spacio pariesse un fijo tan hermoso y de tan grandes faciones, que Esteria se maravilló d'ello, pareciéndole que era imposible una muger tan niña como su señora haver podido parir criatura tan grande. Y después que la princesa fue libre, tomando los paños que ya Esteria había aparejado muchos días antes, entre los cuales había unos labrados con unas cruces de seda de grana y oro, después que los hubo con ellos embuelto, y dexado a su madre en su lecho, por la ventana que Menadoro ende entrava, salió Esteria con el niño y en compañía del escudero de Menadoro. El cual, aquella y todas las noches passadas, venía ende para ayudarlas en lo que pudiesse, haviéndolo dexado su señor para aquel efecto, salió del castillo. Y descendieron a la villa, adonde cavalgando en sendos palafrenes, los cuales siempre tenía Gargarén, que assí se dezía aquel escudero, ensillados en una casa para cuando menester fuessen, fueron a una aldea que había a una legua de la villa, adonde Gargarén ya tenía prevenida una ama, diziendo que para una criatura que había de parir una amiga suya, y que cuando huviesse parido, él la traería ende para que la criasse.

Y después que hovieron al ama dexado el niño, y encomendádoselo como devían, bolvieron a Vidisora, a tiempo que aún había una hora de noche antes del alva. Y dexados en la misma casa los palafrenes, subieron al castillo. Y luego Esteria, por la misma ventana, entró en la cámara de su señora, a la cual falló durmiendo. Y aunque al tiempo que tiró la tabla para adentro, haziendo en ello algún estruendo, creyó que recordaría, la princesa durmía tan a su sabor, assí del cansancio de los dolores que tuviera, como por no haver podido muchas noches antes dormir, a causa de los

pensamientos que le ocurrían. Que ya había una hora que amaneciera cuando recordó, hallando a Esteria que le enxugava el rostro del sudor, que aquel sabroso y descansado sueño le había causado, de la cual supo cómo el niño quedava a buen recaudo, con que alegrándose según era razón, dio muchas gracias a Nuestro Señor, porque olvidándose de su yerro, la había acorrido a tal tiempo, con mayor seguridad de su vida y honra que ella supiera pedir.

Después de dexada Esteria, Gargarén bolvió a su posada, y luego que fue de día partió para la aldea, adonde con padrinos assaz pobres fizo bautizar al niño, al cual pusieron el nombre que sus padres querían: Florianteo. Fecho lo cual, bolvió a la villa, y los días que podía, sin dar causa de sospecha, hablava a Esteria y le dezía todo lo que sabía de Florianteo. Por donde la princesa assí mesmo era d'ello sabidora, la cual en muy pocos días, después de haver parido, comenzó de mejorar, assí en su hermosura como en sus males. Y los más días, Esteria, tomando algunos paños y mojándolos, se los levava a la reina, dándole a entender cuando se los mostrava que lo húmedo que en ellos había, era causado del sudor de la princesa, a cuya causa la reina le hazía dar gran recaudo, porque de tanto sudar no se enfalqueciesse, juzgando a su fija por muy sesuda, por haver rehusado que los maestros la curassen.

De aquella manera passaron tantos días, que cuando el rey bolvió de la guerra a Londres, ya Florianteo era de tres meses nacido y la princesa había cobrado toda la perdida hermosura. Y antes que el rey despidiesse los altos hombres y cavalleros que en la guerra le habían servido, embió por la reina y por su hija. Para acompañar las cuales, por mandado del rey, fue Menadoro con muchos otros cavalleros, el cual, en dos días que la reina se detuvo para que se adereçassen las cosas que convenían para su partida, tuvo tiempo de verse con la princesa, su señora, de la cual, aunque mucho antes Gargarén por cifras se los había escrito, supo más por extenso todo lo que en su ausencia se había seguido.

Y porque contar más d'estos amores sería no menos enojoso que prolixo, por agora no se vos dirá sino que, después de llegados la reina y la princesa en Londres, se fizieron ende muy grandes alegrías, por razón de la vitoria que Nuestro Señor les había dado en aquella guerra. Adonde, después de partidos para sus casas los altos hombres de aquel reino, quedó Menadoro gozando de su desseada gloria, hasta que después, con más cumplimiento, aunque algún tiempo passó, le fue otorgado gozar d'ella, con acrecentamiento de su honra y estado, según adelante se vos contará. Y bolveremos a

Nestarcio porque sepáis lo que, después de dexada aquella buena compañía del rey Pasmerindo y de la reina, su muger, y habiendo ya entrado en su imperio, le sucedió.

¶Capítulo lv. De cómo los príncipes Nestarcio y Arinda, con Finariel, llegaron a Colonia, y de lo que antes les sucedió en Confluencia. Y de cómo el emperador Octavio otorgó su hija, la infanta Polidia, por muger al príncipe Finariel.

Partidos los príncipes Nestarcio y Arinda con Finariel, y los embaxadores con su compañía, según vos diximos, del rey Pasmerindo y de la reina Albericia, su muger, tanto anduvieron por sus jornadas, que passado el reino de Ungría, entraron en el archiducado de Austria, y llegaron a una gran ciudad que se dize Viana, a la entrada de la cual les fue hecho grande recibimiento, adonde descansaron algunos días, porque la princesa lo había bien menester, según venía fatigada de tan largo camino.

En cabo de los cuales, siguiendo su viage, llegaron a otra ciudad que ya era del imperio de Alemania, la cual se dezía Augusta, y después en otra que se dezía Espira, adonde se determinó, pues por un grande río que junto a ella passava que se dezía el Rin, podían ir fasta Colonia, con menos trabajo de la princesa y de todos los que con ella venían que por tierra, que navegassen por el río. Por donde, después de entrados en muchos y grandes barcos que ende había, con los cuales se hazía todo el trato y provisión de aquella tierra, con el mayor plazer y descanso que se vos podría contar, començaron de navegar por el río abaxo, gozando a sabor de todos de la vista de la tierra y del agua, tanto que la princesa en pocos días cobró tan gran parte de lo que el camino tan largo le había hecho perder, que todos se maravillavan d'ello, a causa que de dentro de la cama en que se acostava, si le plazía, quitadas ciertas vidrieras que en las cámaras de aquellos barcos ponían con que pudiessen recibir claridad y no aire, podían muy bien ver toda la tierra de una parte y de otra, y el agua del río que era muy ancho y fondo, con que mucho se folgava. Y pues cada noche decendían en tierra, adonde les tenían adereçado lo que para la humana sustentación convenía, antes les parecía exercicio aplazible aquella navegación que camino trabajoso, señaladamente que cada día vían tanta diversidad de villas y ciudades que había ribera de aquel río, que los

griegos se maravillaban de tanta población, en las cuales se les hazían todas aquellas fiestas que podían.

Y después de pasada una ciudad que se dezía Vuormacia, llegaron a otra que dezían Maguncia, de la cual tenía el señorío y título de cardenal el uno de los embaxadores que vos diximos, adonde se les fizo el mayor y más sumptuoso recibimiento que después de entrados en el imperio havían visto. Porque aquel gran prelado quiso que la princesa y los que de Grecia con ella venían, conociessen cuán grande era el estado del príncipe, su señor, pues debaxo de su mando y señorío tenía tales vassallos, que podían por su servicio hazer lo que él había fecho y mucho más.

Partidos de Maguncia, adonde a costa del cardenal y embaxador folgaron cuatro días, llegaron a una villa que le dezía[n] Confluencia. Y porque por todo aquel camino el Rin va entre dos altas sierras, al pie de las cuales, como se vos ya dixo, a ribera d'él había muchas y grandes ciudades y villas, de los castillos que en lo más alto delas sierras había, tañían cuando passavan trompetas ministriles e otros géneros de instrumentos, tan acordados que haziendo reteñir aquel valle por donde el río discurría, muy gran deleite acarreava, assí a la princesa como a cuantos con ella venían, aunque los alemanes ya lo havían visto algunas vezes, señaladamente cuando el emperador subía al archiducado de Austria.

En aquella villa de Confluencia estuvieron tres días, atendiendo el mandado del emperador, el cual, dándoles a entender con sus cartas que hasta que tuviessen carta suya no partiessen dende, porque entendía en aparejarles muy grande recibimiento, llevando en su compañía a la emperatriz, su muger, con la infanta Polidia, la cual sobradamente fue alegre en hazer aquel camino, por ver más presto a su cavallero, el príncipe Finariel, e otrosí muchas de las dueñas, donzellas e cavalleros de su casa, entrando en los mejores barcos que en el río había en Colonia, e mandados tomar los caminos porque de su partida ninguna cosa pudiessen saber los que con la princesa venían, llegó en Confluencia una tarde a tal hora, que ya los príncipes Nestarcio y Arinda, con Finariel e los embaxadores, haviendo cenado, estaban a unas finiestras mirando el marinage con que aquellos barcos río a[r]riba subían, e cómo eran llegados a una puente de otro río que se dezía Mos, el cual entrava dentro del Rin junto con la villa, a cuya causa, embiando un hombre por saber quién venía en los barcos, cobraron respuesta que eran mercaderes que subían a Vuormacia cor mercaderías.

Y luego que se fizo de noche, tomando el emperador a la emperatriz por la mano, y el duque de Bavera a la infanta Polidia, y los otros cavalleros a las otras dueñas

y donzellas, comenzaron de entrar por la puente y después por la villa con la mayor dissimulación y silencio que pudieron, y puesto que traxeron consigo muchos donzeles con hachas, no las llevaban encendidas. Pero no se pudo con todo aquello encubrir tanto su venida, que las nuevas d'ellas no fuessen luego al príncipe Nestarcio llevadas. El cual, en el mesmo instante, con la princesa Arinda y Finariel, con los embaxadores y los otros cavalleros, abaxaron a la calle por la cual se dezía que venía el emperador. El cual, como en aquella sazón fuesse cerca de las casas, adonde el príncipe su fijo se había aposentado, y supiesse que ya lo salían a recibir, mandó encender todas las hachas que vos diximos, las cuales eran tantas y alumbraron tanto la calle por donde venían, que no pareció sino que el día les había sobrevenido muy claro.

Por donde muy junto a la puerta de las casas del príncipe se vinieron a encontrar, el cual, con la princesa Arinda, fincadas las rodillas, tomando las manos a aquellos honrados emperadores, se las comenzaron de besar muchas vezes, con tanta alegría de todos, que no se vos podría contar, ni menos las lágrimas de gozo que en aquel instante derramaron, viendo aquel fijo que tanto ver desseavan casado con la más alta donzella que entre los de su cristiana fe se sabía, y no menos dotada de hermosura que de virtudes y estado, tanto que los que los miravan no dexaran de tenerles compañía en sus lágrimas, si el emperador, conociendo que de aquello recrecía tristeza a cuantos ende eran, no diera juntamente con la emperatriz, después de haver besado infinitas vezes a aquellos dos hijos nuevamente venidos, lugar a la infanta Polidia para que abraçasse sus dos hermanos. La cual, al tiempo que con la princesa Arinda, después de Nestarcio se abraçó, no fue por menos hermosa juzgada por Arinda que la reina Albericia, cuya fama de hermosura sobre todas las de su tiempo se sonava, como era la verdad, porque la infanta Polidia lo era tanto, que la princesa Arinda no podía dexar de mirarla, ayudando a ello parecer mucho al príncipe Nestarcio, su señor. El cual, no menos alegre fue cuando vido a la infanta Polidia, su hermana, la cual le dixo que si la hermosura de la princesa, su señora y hermana, no le hoviessen de tal suerte turbado sus sentidos, que no podía forçar su corazón y los ojos que sólo un momento se dexassen de gozar del deleite que en verla recibiera, ya le huviera mostrado cuán caro le costara haver huido d'ella sin le haver dado razón de su partida. Pero, pues la ganancia que de su ausencia se le había recrecido, sobraba en tanto grado la culpa que por causa de su callada partida se le pudiera atribuir, ella quedava no solamente satisfecha, pero deudora por la no menor honra e merced que Dios le había hecho, e tanto que conocía carecer de poder y fuerças para se lo satisfacer. E queriendo responder a aquello la princesa, el emperador, con la

emperatriz, que se no cansavan de mirarla, según su vista les acarreó grande contentamiento, e viendo que ya había buena pieça que estaban en la calle, la interrumpieron diziendo que sería bien que entrassen en sus casas, pues para gozarse e hablar con mayor sossiego y descanso no les faltaría, Dios queriendo, el tiempo que habían desseado. Assí como se hizo, yendo el emperador e la emperatriz primeros y después el príncipe Nestarcio y Arinda, siguiéndolos el príncipe Finariel e la infanta Polidia, en cuyo poder el duque de Bavaria la dexara, sabiendo su estado, assí por las nuevas que de Costantinopla vinieran, como por lo haver recebido el emperador, al tiempo que Finariel le quiso con los embaxadores besar las manos, con tanto amor y con no menor honra, que al príncipe su hijo, diziéndole que ya no se podía más encubrir ni había causa porque lo hazer deviesse, para que de recibir dexasse la honra y lo de más que se le devía con emienda de lo passado, aunque no se vos ha contado, assí como otras muchas cosas que en aquel recebimiento se dieron e fizieron que se dexan de scrivir por no hazer la historia sin fin.

Cuando Finariel tuvo en su mano la de su señora, bien se podrá creer que no tenía embidia al príncipe Nestarcio ni al rey Pasmerindo de sus estados ni mugeres, aunque sin comparación fueran mayores y ellas hermosas. Y si alguna les tuviesse, que sería más por no serle otorgado lo que ellos ya habían alcançado, que no por la razón ya dicha, ni menos se ha de dudar que, puesto que el recebimiento que la infanta le fizo, no se señalasse con las palabras y mesura que entre personas de semejantes estados se acostumbra, sus coraçones no declarassen el gozo que de se ver sintieron y la gloria que de juntar sus manos, como lo eran las voluntades, gozaron.

Después de subidos a una sala que en aquellas casas había assaz grande, començaron de hablar en las cosas que más sabor hallavan, lo que les duró tanto, que ya passava media noche. Y viendo que era razón que cada uno fuesse a dar alguna parte del acostumbrado reposo a sus fatigados cuerpos, acordaron que su partida fuesse luego de mañana, para dar fin en su largo viage, assí como se fizo, que entrados en los barcos, cada uno de la manera que antes vinieran, al cuarto día llegaron a aquella gran ciudad de Colonia, adonde se les fizo tan grande y maravilloso recibimiento, que jamás en los passados tiempos se había fecho su semejante ni creían que se hazer pudiesse en los venideros, tanto que, aunque en la tarde cuasi siendo de día tomaron tierra, según los juegos y otras cosas que de ver y memoria merecedoras fizieron, y las gentes que por las calles por donde ivan estaban, cuando a los palacios llegaron, más eran de dos horas después de media noche passadas.

Aquella fue la primera noche que el príncipe Finariel cenó con la infanta Polidia, en la mesa del emperador con sus hijos, no gustando tanto de los manjares, aunque muy buenos eran, como del deleite que sus coraçones sentían. Los cuales, aunque en toda aquella ausencia no huviessen sentido menoscabo de su fe y lealtad, no dexaron de sentir el cumplimiento de aquella gloria de que, viéndose juntos, gozavan.

Otro día en la mañana, todos los cavalleros y altos hombres que en Colonia se hallavan, assí los que con la princesa Arinda vinieran, como los que en la corte del emperador estavan, fueron a los palacios del emperador por saber qué les quería dezir, a causa que la noche antes les havia mandado que luego de mañana viniessen ende, aunque ya sospechavan que sería para que se asignasse el día de las bodas de los príncipes Nestarcio y Arinda, y las fiestas que en ellas se havían de hazer, assí porque la princesa y los griegos conociessen el alto estado que Dios le havia dado con el príncipe, su marido, como la voluntad que en sus nuevos vasallos hallava, para honrar y solemnizar sus bodas.

Y después que huvieron oído la missa, al tiempo que todos aquellos cavalleros y altos hombres estavan atendiendo que el emperador les dixesse la causa para que los havia fecho venir ende, el príncipe Finariel, viendo que eran presentes a lo que él dezir entendía, assí la emperatriz como la princesa e infanta, con todas sus dueñas y donzellas, y que no se podía ofrecer mejor sazón para su propósito, dirigiendo su razón al emperador, dixo:

–Al tiempo que vuestro hijo, el príncipe Nestarcio, poderoso señor, estava en Costantinopla, atendiendo que por vuestros embaxadores fuesse a aquel alto emperador, declarada la causa de su embaxada, después que le ovieron las manos besado, siendo yo a ello presente, fui conocido por una donzella de la princesa, mi sobrina, por hermano de la emperatriz, su madre, según ya d’ello, señor, sois antes de agora sabidor. Por donde no se me otorgó que como servidor vuestro, sino como pariente de los que dixen, pudiesse entender en que los fechos que a nuestro cargo los embaxadores e yo levamos, viniessen, assí como Dios los ha traído, al puerto desseado. Y en el mesmo día el príncipe Nestarcio me otorgó un don, el cual prometió cumplir cuando quiera que mi voluntad fuesse. Y porque, cuando yo en compañía de vuestros embaxadores havia de partir para Costantinopla, me fue mandado por mis señoras, la emperatriz, que lo más que cedo que ser pudiesse le traxesse en mi compañía al príncipe, su fijo, e por la infanta, que con todas mis fuerças trabajasse que el príncipe, su hermano, acá no viniesse sin la princesa, mi sobrina. Querría saber, assí d’estas altas señoras, si soy quito

de lo que les prometí hazer por su servicio, como del príncipe, si es verdad que el don que dixé me otorgó. E hasta saber esto no entiendo dezir la causa que para hablar lo que dicho tengo me dio atrevimiento.

Oída por todos la razón de Finariel, la emperatriz con la infanta le respondieron que ellas havían sido satisfechas de lo que le encomendaran, como él quito de lo que les prometiera, conociendo no quedarle sin gran deuda.

–A Dios merced –dixo Finariel–, que lo primero que yo prometí es cumplido. Agora veré si mi ventura me favorecerá para que lo segundo se cumpla.

Al cual, el príncipe Nestarcio dixo que él havía dicho verdad en lo del don que le otorgara, y que tuviese por cierto que no solamente estava aparejado para cumplirlo, pero para le otorgar de nuevo cuantos pedirle quisiese. Por donde Finariel, teniéndole en merced su cumplido ofrecimiento, le dixo que él se contentava con lo primero, y si lo entendía cumplir, que no tardaría en lo saber luego.

–Ya vos dixé, esforçado príncipe –dixo Nestarcio–, que assí para lo primero como para lo segundo, está mi voluntad presta. Por ende, no me queda para lo poder cumplir más de saber la vuestra.

–Pues assí es –dixo Finariel–, no quiero que por mi culpa se detarde mi bien e honra.

E como todos estuviessen atentos para oír lo que pediría, vieron cómo, dirigiendo sus palabras al príncipe Nestarcio, le començó a dezir:

–Ninguno que juicio alcance ha de creer, virtuoso príncipe y mi señor, que sea fuera de vuestra memoria, cuán grande fue la gloria y descanso que sintió vuestro corazón aquel día que por el emperador, mi hermano, vos fue la princesa, mi señora, otorgada. Pues, aunque de todo el mundo se vos otorgara el señorío, era imposible la pudiéssedes sentir tan grande por el contentamiento que sin ella no pudiéradés jamás alcançar. E porque el mío no lo espera sin la compañía de aquélla que se lo puede sola otorgar, y ésta que digo no haya de querer como es razón, ni osar desmandarse de la menor parte de la voluntad de sus padres e vuestra. Lo que vos suplico, mi señor, es que assí para cumplimiento del don que prometistes, como para hazer que mi corazón pueda gozar de no menor gloria que lo que el vuestro sintió, me otorguéis la vuestra para suplicar juntamente con la princesa a estos altos señores, vuestros padres, que me otorguen la suya. Pues no se ha de creer que, siendo de vosotros como hijos y de mí como servidor suplicados, me la dexen de otorgar, assí por satisfazer al desseo que a

esta casa me traxo para servirlos, como porque la merced que espero corresponda, no a mi pequeño mercecimiento, sino al poder y estado de sus altos y generosos coraçones.

Oído por Nestarcio lo que Finariel dixera, sobradamente se alegró, viendo que aquel príncipe tanto desseava su deudo, que sin poner en sus desseos otros medios, había querido en presencia de tantas e tan altas personas publicarlos. Por donde no dudara él de le declarar luego su voluntad, pero pareciéndole que se devía primero saber la del emperador, le suplicó que fuesse servido de responder a lo que Finariel había dicho, pues no era razón que en su presencia él hoviesse de dezir ni responderle cosa sin saber su voluntad y preceder su mandado. Al cual el emperador dixo e mandó que, pues a él se había pedido el cumplimiento del don que prometiera, respondiesse lo que entendía de hazer, porque después la emperatriz y él les declararían lo que entre tanto havrían acordado. Por donde Nestarcio, viendo que no podía hazer otra cosa sin exceder el mandado del emperador, bolviéndose a Finariel, le dixo:

–Dios sabe cuánto quisiera que por vós, esforçado príncipe, se me pidiera cosa con que pudiera mostrar la voluntad y desseos que tengo de vos servir. Pero, pues con otorgarlos para el efecto que los vos queréis emplear agora, me parece que cumplo con lo que devo y satisfago a vuestra demanda, dende agora digo que yo, señor, vos pido en don e por muy señalada merced, que a la infanta, mi hermana, e a mí recibáis para vuestro servicio, juntamente con la princesa, mi señora, certificándovos que no vos saliremos más de mandado que a los señores que nos engendraron. Pues, siendo vós de tan alto valor y estado, que vos devríamos puesto de rodillas rogar que la recibáis para lo que dixere, la pedís por satisfacción de los trabajos que por me hazer a mí la mayor de las mercedes que jamás fueron fechas havéis passado. Esta es la voluntad que yo, señor, vos puedo otorgar con desseo de la cumplir en cuanto a mí atañe y por vós me fuere mandado.

Vista por Finariel la voluntad del príncipe Nestarcio, le dio por ella las gracias que supo, y después, bolviéndose contra el emperador, fincadas las rodillas en el suelo, le dixo:

–Si en vós, poderoso señor, yo hallar pudiesse tan cumplida voluntad de me hazer mercedes, como es el desseo que, después que vos conocí, de servir os tuve y tengo, no dudaría de vos la pedir según las ternía por muy ciertas, pero como la voluntad que dixere, proceda de lo más interior del coraçón, de cuyos secretos sólo Dios es tan verdadero sabidor, como todos los que somos mortales ignorantes, dudo de pedir las. Aunque por otra parte me esfuerço, considerada vuestra alta y generosa

condición, la cual no da lugar para que las negar podáis, señaladamente si son tales que en alguna parte a ella correspondan, como es la que yo vos pedir entiendo, confiando que si todo lo susodicho no fuere para que las yo alcanzar pueda bastante, supliendo en ello vuestra benignidad me ayudará, para que no las pierda, conocer vós, señor, las voluntades de los príncipes, vuestros hijos, ser para vos pedir, assí como lo suplico, a la infanta vuestra tercer fija, para que de mí sea señora, conformes.

Aunque acabada Finariel su razón, el emperador le mandasse levantar para le bolver la respuesta, no solamente no le quiso en aquel mandado obedecer, pero juntamente le fizieron compañía los príncipes Nestarcio e Arinda, los cuales, fincadas las rodillas, dixeron al emperador que assí la entendían de oír, pues a cada uno d'ellos cabía de aquella respuesta y merced que d'él esperavan igual parte. Por donde el emperador, viendo que detener a la princesa, siendo ya tan adelante en su preñez, assí de rodillas, no podría dexar de acarrearle algún daño, endereçando su razón a Finariel, le dixo:

–Si el gozo que mi ánimo sintió, esforçado príncipe y amado fijo, al tiempo que declarastes a Nestarcio lo que de hazer devía para cumplimiento del don que vos otorgo, yo pudiesse dezir o acompañar, no creáis que me juzgasse por menor orador de todos los que antes y en nuestros tiempos havemos oído nombrar por mayores y de más alta elocuencia, según fue en todos sus grados cumplido, viendo la merced que el Alto Señor me haze, en que pueda antes de mi muerte ver mis dos ojos, si tal nombre es conveniente, con aquella claridad de honra y estado que por mí les ha sido siempre desseada. Por donde, si de respondervos dexé tan cedo, no fue porque mi voluntad no sea mayor para vos otorgar mi fija, que la vuestra para la recibir, sino por dar lugar a mi corazón, para que mientras Nestarcio vos hablava, cobrasse alguna quietud de su alegre sobresalto. Y por ende, conociendo la merced que Nuestro Señor me haze, y la honra que yo en cumplir vuestra voluntad gano, dende agora digo que de la propia mía, e no por ruegos de ninguno de mi fijos, pues son escusados adonde el desseo sobra, vos otorgo a la infanta, mi hija, para que sea vuestra, cobrando a vós por mío, para vos amar y honrar en aquel grado que devo e como padre desseo.

¿Quién vos podría contar cuán grande fue la alegría que aquella hermosa infanta en su corazón sintió, cuando vido que con todo aquel cumplimiento de honra que por ella era desseado, se cumplían sus grandes e continuos desseos? Por cierto, ninguno que fuesse mortal, según fue sobrada, tanto que, cuando el emperador fue al cabo de su razón, aquél su más que hermoso rostro, acompañado de los colores que el corazón le

embiava, no parecía sino ultra natural, alegrando a cuantos la miravan, que no eran pocos, por ver si en lo que Finariel pidiera y el emperador le otorgara, concurría su voluntad, la cual no pudo dexar de señalar que no lo desseava menos.

No se olvidaron aquellos príncipes, que de rodillas estaban, de besar las manos al emperador muchas vezes por la merced que les fiziera, señaladamente Finariel, al cual el emperador abraçó, levantándolo suso y besándolo con tantas lágrimas, assí d'él como de la emperatriz, quando lo tuvo en sus braços, que bien claro señalavan el gozo de sus coraçones. E mientras la emperatriz con Finariel e con los otros dos príncipes, sus fijos, hablava, el emperador, después de haver muchas vezes besado a la infanta, su hija, con el amor tan entrañable como le siempre tuviera, acompañado del gozo presente, con el cual no cessavan sus lágrimas, representándosele en el mesmo instante la soledad que d'ella había de sentir quando se iría a Francia con su marido, le dixo:

—¡O, cuán claro se parece mi hija Polidia, que tu coraçón no dexa de sentir lo que el mío siente! Pues tus alegres ojos no carecen de lo que los míos hasta aquí tristes abundavan, fuelgue pues tu coraçón y descanse, y da gracias a aquel Señor por cuya voluntad todo nuestro bien nos viene, por aquella honra y merced que en esta hora te ha otorgado, dándote por marido el mejor y más alto cavallero que nació en nuestros tiempos, Por ende, fija, sírvelo e ámalo, pues no por codicia de tu estado ni de otros temporales bienes, sino por tu sola virtud, ha desseado de te haver por compañera, para que con él gozes y mandes aquel señorío, que siendo para él sólo otorgado, quiere que tú lo señores juntamente con su persona. Por donde, fija, mira cuánto se ha de preciar la virtud por los que la poseen, e codiciar por los que no la alcançan, y temer perderla los unos e los otros, pues por ella sola este esclarecido príncipe, no por medios que su voluntad encubriessen antes por su misma boca, ha querido manifestar los honestos desseos que de tu compañía tenía, con la cual vienes tú a la possession de los reinos que tus padres no te dexaron, con tan entero y supremo dominio, como si, siéndoles única, los heredaras.

Después de haver la infanta besado las manos al emperador, su padre, sin le poder dezir cosa, sobrando assí el gozo de su ánimo, como la flaqueza de su coraçón, las potencias de su lengua, fue a besar las de la emperatriz, la cual gran pieça la tuvo abraçada, no se cansando de la besar, como aquella que no menos que el emperador la amava. Y porque se no podría sin gran prolixidad contar lo que en aquella sazón se fizo e dixo, solamente vos diremos que fecho lo que havéis oído, todos los que devían vinieron a abraçar al príncipe Finariel e a Polidia, como si passaran grandes tiempos que

no los vieran, pareciéndoles que ya no era sino reina de Francia, ni Finariel príncipe de aquel reino sino hermano de Nestarcio e hijo de aquellos altos emperadores, a los cuales dixerón, los que tenían el cargo, cómo ya passava gran pieça después de medio día, y que era hora que comiessen. Por donde no tardaron en sentarse a las mesas, pues no menos podrían gozar ende de lo que hablaban que de antes.

¶Capítulo lvj. De cómo sobre las fiestas que se havían de hazer en Colonia por las bodas de los príncipes fueron despachados mensageros a diversos reinos, y de cómo fueron desposados el príncipe Finariel con la infanta Polidia.

Grande era el plazer de los que a la mesa del emperador comían, el cual estava tan alegre viendo sus fijos con tanto amor e paz, e sin que pudiesse suceder cosa que lo perder fiziesse, por razón que entre ellos no havía que partir, lo que las más vezes entre los mayores deudos causa no menores enojos y renzillas, que en su corazón jamás cessava de dar gracias a Nuestro Señor Dios por lo haver assí guiado, suplicándole que lo traxesse a fin con que todos feneciessen en su santo servicio

Alçadas las mesas, mandando el emperador que ninguno de su lugar se moviesse, les dixo que le parecía que se devía señalar día para las bodas de su hijos, y pues aquellos a quien más atañía eran ende, les rogava que assentassen para cuándo havía de ser, porque según su determinación pudiesse él proveer lo que convenía.

Muchos pareceres ovo ende, assí como eran diversas las intenciones, porque el príncipe Nestarcio quería que los torneos, que en las fiestas de sus bodas se havían de hazer, fuessen publicados, assí por toda Francia como por Ungría y la Gran Bretaña, y que el término de las bodas fuesse tan largo que después de publicados los torneos, los cavalleros de todos aquellos reinos, tuviessen tiempo de venir a ellos si quisiessen. Lo mesmo dezían los duques de Bavera y de Saxonia, porque pudiesen dar aviso a dos hijos suyos, muy buenos cavalleros, que viniessen a ellos. El príncipe Finariel con el cardenal de Maguncia y el arzobispo de Colonia, con otros que seguían su voto, dezían que, pues ende havía assaz cavalleros, assí griegos como alemanes, e los que bivían en la casa del emperador, no havía necesidad de otros para acrecentar las fiestas, y que sobran diez días de plazo para las bodas, pues en ellos se podían adereçar de todo lo

que convenía. Pero todavía Nestarcio porfiava con los que eran de su parecer, que, pues él no se casava más de aquella vez, las fiestas se hiziessen con todos los cumplimientos que se requerían, y los torneos con muchos cavalleros estraños, porque fuessen por todo el mundo sonados. E tantas vezes lo tornó a dezir e porfiar, que Finariel, bolviéndose al emperador, dissimulando su reír lo mejor que pudo, le dixo:

–Pues tan grande es el desseo, poderoso señor, del príncipe Nestarcio, mi señor y hermano, que los torneos y fiestas se fagan como él dize, a mí parece que se no deve contradezir a su voluntad, sino que todos la sigamos como es razón, pero sea d’esta manera, porque sienta si diez días es sobrado plazo, que vós, señor, le mandéis que en todos ellos no pueda hablar a mi sobrina, la princesa, vuestra hija. Y entonces, siendo la regla igual, çufrir nos hemos todos, puesto que no dexo yo de creer que no haya alguno a quien agora se le figura más enojosa una hora que en otro tiempo diez años.

Todos rieron de lo que Finariel dixera, y señaladamente el emperador, el cual, por ver qué diría Nestarcio, dixo:

–En verdad, cavalleros, que a mí parece guisado lo que Finariel, mi hijo, pide. Por donde querría saber de vosotros si sois a mi parecer conformes.

Antes que ninguno respondiesse, la princesa le dixo, no sin sobrada gracia:

–Nunca creí, señor, que el príncipe, mi tío, tanto mal me desseasse que haya trabajado en me apartar del príncipe, mi señor. E si yo supiera que tan desagradecido me había de ser del servicio que oy le fize, yo escusara mi trabajo, puesto que no aprovechó, según vuestra voluntad era a la suya conforme, sino para que se conociesse la mía. Pero, pues assí es çufrir me he con mi engaño, e conocer lo he para otro día, puesto que yo fío en vuestra medida y en mi señor Nestarcio, que d’esta vez el príncipe, mi tío, no salirá con su intención ni a mí se mandará hazer tan gran prejuizio e agravio.

–Si mi intención se ha de juzgar, señora –dixo Finariel–, no vos podréis vós quejar, porque no me ayude Dios si jamas fue de vos apartar una sola hora de vuestra alegre compañía, sino porque el príncipe, vuestro señor e mío, con el descanso presente, se ha descuidado tanto de los cuidados passados, que jamas me quiso entender que lo dezía porque le viniessse a la memoria cuán largo se le fiziera en algún tiempo el plazo de diez horas, cuánto más de días. Y para que se le acordasse, fui forçado de dezir lo que, señora, oístes. Pero en emienda de lo que mi intención sospechastes, dende agora digo que se cumpla la voluntad del príncipe, mi señor y hermano, aunque no dexo de confiar que, pues yo por vos servir sigo la suya, entrambos por me hazer merced no me dexaréis de ayudar para que se cumpla la mía.

Viendo pues el emperador que ya eran al voto de Nestarcio todos conformes, luego mandó que fuesen despachados mensageros, assí para los reinos ya señalados, por razón de los torneos, como a Costantinopla e a Belgrado, e París, e a Londres, por el nuevo casamiento de Finariel con la infanta Polidia, assignando a los cavalleros que querrían venir para se provar en ellos tres meses de plazo de aquel día adelante.

Fue tan grande la prissa que los mensageros se dieron cada uno en su camino, que en muy breve tiempo llegaron adonde eran embiados. Por donde, siendo sabidores todos aquellos que era razón, assí de los nuevos casamientos como de las fiestas que se havían de hazer en Colonia, muchos cavalleros se adereçaron para venir ende y mostrar los valores de sus personas.

Finariel suplicó al emperador que, pues para el día de su bienaventurança le quedavan aquellos tres mil años que havia señalado meses por passar, a lo menos sus desposorios emendassen alguna parte de tan largo plazo con se fazer muy presto. Por donde el emperador, viendo que pedía guisado, e por mostrar que en lo que pidiera, él quería ser de la parte de Finariel, e acortar tanto el plazo de los desposorios, como Nestarcio alargó el de las bodas, mandó que luego se fiziessen, pues ninguna cosa faltava por razón de la cual diferirse pudiessen. Por donde, en el mesmo instante, por el arçobispo de aquella ciudad que ende era, fueron desposados con no menos alegría de sus coraçones y de cuantos eran a ello presentes, que si se fizieran con mayores fiestas que las que para las bodas esperavan.

Cuando a Finariel fue otorgado el hablar con su señora y descansar su coraçón de las penas que, assí antes de la conocer como después, havia passado, y gozar de lo que a los semejantes, y que tanto como él lo desseavan, se les otorga, ¿quién podría dezir el gozo que su coraçón sintió? Por cierto, ninguno, sino aquella hermosa infanta, la cual, correspondiéndole al verdadero amor que contra ella tenía, sin quedarle de sólo un punto deudora, se mostrava tan alegre, que cuantos la miravan, juzgavan ser mayor su hermosura que de la princesa Arinda, ayudando a ello el menoscabo que su preñez y el trabajo de su camino le havían causado. Y puesto que aquel día Finariel no hablasse a su señora sino de la merced tan grande que Nuestro Señor Dios le havia fecho en otorgarle aquel descanso que entonces sentía, y con seguridad de no lo perder mientras biviessen, y otras cosas para aquel efecto, dende a pocos días fue tan importuno y la aquejó por tantas vías que en su cámara le hablasse, que la infanta, no teniendo ánimo para contradizeir a su voluntad, se lo otorgó, conociendo que cualquier cosa que por su

mandado fiziesse, no le podría acarrear prejuizio a su honra, pues ya era su señor y marido.

Y para mostrar el desseo que tenía de su contentamiento, quedando entre ellos assí de concierto, fizo que aquella noche una donzella que se dezía Grilenda, a quien la infanta sobre todas amava después de Lumela, la cual en aquella sazón yazía enferma, atendiesse a su señor Finariel a la puerta de una cuadra que havía antes del aposento de la infanta, para que, llegando ende a la hora señalada, lo guiasse a su cámara en que dos dueñas y tres donzellas dormían. Y cuando Finariel fue en la cámara de su señora, ella lo recibió como a verdadero señor, señalando la obediencia que le devía y la humildad de que era dotada, sobre todas las donzellas de su tiempo. Y después que con muchos abraços y otros amorosos autos hovieron alguna pieça hablado, se acostaron en el lecho de la infanta, en el cual muy presto fue alcançada la gloria que entrambos desseavan con tanto contentamiento, que Finariel no podía con razón tener ningún género de embidia, al que de más leal amor ni de más alta y hermosa muger y de todas virtudes complida, pudiesse ni creyesse ser amado.

Todo lo que de la noche quedó e otras muchas después, estuvieron Finariel e aquella tan hermosa infanta, gozando igualmente de aquella gloria e descanso que entonces se les ofrecía, aunque antes de un mes la infanta se hizo preñada, puesto que lo no conociesse hasta muchos días después, según se vos contará adelante.

¶Capítulo lvij. De cómo muchos cavalleros vinieron a Colonia para ver las fiestas que se harían ende, y de la forma que salieron las novias para ir a la iglesia el día que para sus bodas era señalado.

Como las justas y torneos, que en las fiestas de las bodas de aquellos príncipes se havían de hazer, fuessen como vos diximos en muchas provincias y reinos publicadas, muchos cavalleros se adereçaron para venir a ellos y señalarse entre los buenos cavalleros que ende se hallarían, y entre los otros fueron los dos hijos de los duques de Bavera y Saxonia, al uno de los cuales dezían Ethesalión y al otro Cleofán de Saxonia, los cuales havían sido por sus padres muy enseñados en todas las cosas que a cavalleros de tan grande estado convenía.

Assí mismo, se adereçaron para venir ende Aspalión del Vado, el qual, al tiempo que el príncipe Nestarcio havía por Ungría passado, era ido a Trepisonda por mandado del rey Pasmerindo, y quando bolvió no fue pequeño su pesar por se no haver hallado en aquella sazón en casa del rey, su señor, por mostrar alguna parte del desseo que tenía de servir al príncipe Nestarcio, por el bien y descanso que por su medio havía alcançado. Con el qual quiso venir Lauren, hijo de Ladiseno, governador de Ungría. Otrosí se adereçaron para venir ende Marceo y Logistil, que fueron los escuderos que el rey Pasmerindo levó a Trepisonda, los cuales salieron tan buenos cavalleros, que bien mostraron haver aprendido del mejor cavallero del mundo el exercicio de las armas y de la criança, aunque no fue su dicha de poder llegar ende, por lo que adelante se vos dirá. De la Gran Bretaña salieron Aliarte de Irlanda, el qual pocos días havía que bivía en casa del rey Laristeo, a la qual viniera oída la fama que de Menadoro se sonava, y Gonadiel, hermano del duque de Rebón, los cuales eran preciados cavalleros. De Francia salieron Acaristo, duque de Borgoña, Brandimario, duque de Guiaina, Catenor, duque de Lorena, Brestán, duque de Orliens, Gostilán, duque de Normandía, Aduarte, señor de Nimes, los cuales en la sazón que las nuevas del casamiento del príncipe Finariel llegaron a su padre, se hallaron en su corte a causa que el rey los havía embiado a llamar, por razón de la guerra que el rey de España le començava de hazer por la parte de Bayona, para los embiar con grande exército a defenderle la entrada que quería hazer por su reino.

Y como aquellas nuevas sobreviniessen, se acordó, pues por entonces no se havía de entender en más de defender la villa de Bayona, para defensión de la qual, según su fortaleza, poca gente sobrava, que dos cavalleros, uno de los cuales era señor de Lesiñán y el otro de Alpunte, tan esforçados como diestros y pláticos en las cosas de guerra, fuessen por caudillos de aquel exército, como se fizo, y que los otros duques y cavalleros fuessen a ver y servir al príncipe Finariel, y a provarse en los torneos, si quisiessen, tan adereçados, que los griegos y alemanes conociessen que, puesto que el príncipe Finariel no tuviesse título de emperador, no dexava de tener tan buenos cavalleros y de tan grande estado debaxo de su señorío, como cualquiera de los emperadores de Costantinopla y Alemania.

Passados dos meses del plazo para las fiestas señalado, la princesa Arinda parió un fija tan hermosa, que cuantos la vieron no podían creer que mortal fuesse, la qual, a los tres días de su nacimiento, fue bautizada con gran solemnidad en la iglesia de Santa Ursola. A la qual, después de muchos acuerdos y pareceres, que sobre poner el nombre

que había de tener se tuvieron y revocaron, llamaron Flerisena, por lo que entonces se podía ver, así había de florecer entre las hermosas, que dexando a todas las de su tiempo por yervas o espinas, ella sola fuese la flor, ante la cual ninguna pudiese ni osasse tener nombre de hermosa.

De su criança, así mismo es bien que sepáis que no menos sobrepujó a todas las otras hijas de reyes y de otros príncipes, que de la hermosura que Dios le diera. Así porque la princesa, su madre, viéndola tan hermosa, no quiso que ama la criasse, sino de su misma leche, porque de la agena no participasse de villanía o de defectos y manzillas de que los niños participan cuando amas los crían, porque aquella mala leche muchas y las más vezes en tal manera perturba a naturaleza sus potencias, que no puede obrar según lo bueno natural, sino según lo malo accidental, por lo cual fue la más humilde e amorosa donzella que se jamás vido. Como porque los emperadores, sus aguelos, no se deleitaban en las horas que les era permitido, sino en enseñarla en todas las cosas que a tan alta donzella convenían, por donde así mesmo fue tan sesuda que no fue menos estimada por su gran discreción que amada por su hermosura, en la cual se conocía carecer de igual.

Diez días antes que el plazo se acabasse, todos los cavalleros franceses que vos diximos, llegaron a aquella gran ciudad, siendo ya de noche, sin haver dado aviso de su venida, así porque les no saliessen a recibir, como porque viniendo impensadamente acarreassen al príncipe, su señor, al cual ya habían hecho sabidor que harían aquel camino, toda la alegría de su desseada venida junta. Pero luego que fueron llegados, se lo fizieron saber, para que les embiasse a mandar lo que de hazer habían. El cual, aquella mesma noche los vino a ver, agradeciéndoles aquel servicio que le habían hecho. E después que les huvo dicho lo que cumplía, se bolvió a los palacios, e quando con la infanta se vido, la hizo de aquella venida de sus vasallos sabidora, con que mucho se alegró.

El otro día de mañana, todos aquellos cavalleros vinieron a besar las manos del emperador, al cual fallaron juntamente con la emperatriz y sus cuatro hijos, acompañados de todos sus altos hombres. Y quando vido tan buena compañía de cavalleros y de tan gran estado, según por Finariel se le había dicho antes que llegassen aquella mañana, en gran manera fue alegre. Y así como a él llegaron los recibió con mucho amor, diziéndoles que, pues aquel acatamiento no se devía sino a su príncipe, él no se lo entendía usurpar, aunque en su tierra estuviesse. Al cual Finariel dixo que, pues él era su señor, así lo había de ser de todos sus amigos y vasallos. Y después que

huvieron fecho la medida que se devía a la emperatriz y a los otros príncipes, Finariel los abrazó, haziéndoles toda la honra que pudo, de que todos quedaron muy contentos. Pero quien mayor sintió el contentamiento fue aquella graciosa infanta Polidia, la cual tanto se alegró en ver aquellos sus nuevos vasallos, que bien lo señalava su hermoso rostro, assí porque ya se començava de conocer el señorío del príncipe, su señor, como porque Nestarcio y Arinda viessen que Nuestro Señor Dios no se havia d'ella olvidado. Y que no tenía razón de les embidiar sus grandes estados, pues no estava tan pobre d'ellos que se no maravillasen, juzgando a la infanta por muy bien andante, no se dexando de alegrar de todo su bien y honra por el deudo y amor que entre ellos havia. A la cual todos los franceses vinieron por besar las manos, pero ella los recibió tan bien y les fizo tan grande honra, que no fueron menos pagados d'ella por aquello, que maravillados de su hermosura.

Después que huvieron comido, el emperador, mandando dar muy buenas posadas a todos, se retraxo a su aposento, por donde cada uno se fue a entender en lo que más le cumplía. Aquel día llegaron ende Aspalión del Vado y Lauren, a los cuales Nestarcio hizo mucha honra, assí por la bondad que de Aspalión conocía, como por lo que el de Lauren le dixera, y los mandó aposentar y que se les diesse todo lo que menester huviessen muy cumplidamente, pues lo devía al rey Pasmerindo y era razón que sus cavalleros no lo juzgassen por desagradecido.

Muchos días havia que los fijos de los duques de Bavera y Saxonia eran llegados, de cuya vendia no vos contamos, pues cada uno venía a casa de su padre y adonde havían sido criados. Tres días después llegaron Aliarte de Irlanda y Gonadiel, los cuales, assí como otros muchos que eran ende venidos, no se quisieron dar a conocer, porque entendían hazer tan señaladas cosas en armas que, con desseo de saber quién eran, fuessen conocidos, y por ende no entendían sino en adereçar las cosas que cada uno para aquellas fiestas havia menester, a cuya causa los oficiales de la ciudad no dexavan de agradecer al príncipe Nestarcio la porfía que tuviera en que el plazo de las horas se difieresse, por el provecho que a ellos recrecía de la venida de tantos cavalleros.

Venido pues el día por todos tan desseado, ¿quién sería de tan gran memoria que vos contar pudiesse los vestidos de los novios y riqueza d'ellos, y los de tantos y tan altos hombres como ende se hallaron, ninguno de los cuales dexó de mostrar en aquella jornada a lo que la grandeza de sus estados se estendía? Por cierto, ninguno, por bien que en ello mirara e con intención de lo poner por escrito, según la muchedumbre e

diversidad d'ellos. Pero porque con la generalidad el coronista Arismenio no pudiera quedar sin alguna culpa, pues fue a ello presente aunque no lo vieron, si algunos no particularizara[n] en testimonio de su presencia, no quiso dexar de escrevir los de aquellas dos hermosas princesa e infanta, porque assí como fueron las que más por él e por cuantos ende se fallaron miradas, pues dexarlas de mirar para bolver los ojos a otra parte no fuera de persona de juicio, assí no lo pudiendo olvidar, lo escribió lo más brevemente que pudo, según oiréis.

Sacó aquel día la princesa Arinda, sobre sus no menos hermosos que ruvios cabellos, una redezilla de filo de oro, en cada punta de la cual havía una piedra con su engaste de gran precio, sin levar otro tocado en su cabeça, porque según sus cabellos remedavan la color del oro, o por mejor dezir el oro la color d'ellos, aquellas piedras que vos diximos no parecían sino ser en su mesma cabeça engastadas, las cuales, como fuesen sin número, davan de sí tanta luz y resplandor, que por poco que la cabeça moviesse, puesto que a la sombra estuviesse, no dexavan de parecer a los ojos que las miravan estrellas muy reluzientes. Cubríale tan solamente la redezilla de la media cabeça hazía arriba y discurriendo por encima de sus oídos. Venía apretarle los cabellos cuasi en medio de las espaldas, colgando de allí abaxó muchos de los filos de oro entre los mesmos cabellos, sin que conocer se pudiesse la diferencia d'ellos sino por la desigualdad del número. En su cuello traía un pequeño collar de diamantes y rubíes de tabla, y entre cada piedra una gruesa perla, el cual no tenían por de menor precio que la redezilla que vos diximos, según su valor. La lavor de su camisa, la cual gran parte de sus hermosos pechos cubría, era de un aljofar menudo e igual, y encima sobrepuestas unas cruces de esmeraldas y rubíes, apartadas quanto un pulgar, todo hecho por muy subtil artificio. La saya era de brocado verde con ricos lavores, y todas las aberturas y extremos sembradas de diversidad de piedras de gran precio, cuyas mangas eran aforradas de muy ricas martas, y debaxo de aquellas traía otras de damasco verde, y sobre ellas puestas unas estrellas de oro, tan menudas como espesas, con un esmalte en medio de cada una de color de un muy fino rubí. Cavalgaba en un palafrén guarnido de lo mesmo, con siete donzellas vestidas con sayas del mesmo brocado y tocadas con las mesmas redezillas, salvo que en cada punto d'ellas no havía más de una de las estrellas de oro, que la princesa traía en las mangas, esmaltadas. Las cuales ivan a pie em pos de su palafrén, y en medio d'ellas iva su amada Danela, pareciendo, assí como era, de todas las otras la más hermosa.

Ninguno la llevaba de rienda, porque a su mano izquierda iba la infanta Polidia, la cual, allende de su natural tan perfeto, que en lugar de recibir dava gracia a todo lo artificial, iba con todo junto tan hermosa, que puesto que la princesa, sin comparación lo fuesse, y la mucha riqueza de sus vestidos tanto acrecentasse su hermosura, no dexava de ser menos mirada ni por menor juzgada la suya, por todos los que sin afición lo querían juzgar, antes les parecía ser su rostro algún tanto más fresco, acompañado de una honesta alegría que siempre señalava tener. La cual traía sobre sus hermosos cabellos un tocado alemán, que algo menos de la media cabeça le cubría, tan sembrado de piedras de gran precio, que cuasi no se podía ver el oro de que era hecho. El cual le tenía todos los cabellos a la parte de las espaldas, assí cubiertos y cogidos, que lo blanco de su cuello no dexava de mostrarse en menor grado que de la fría nieve, sobre el cual traía un pequeño prendedero de gruesas perlas, partidas de tres en tres, con un grande no menos que hermoso zafir, las cuales, si sentido tuvieran, bien quisieran por no mostrar la disminución tan grande, que tenían su blanco ilustre, ante quien las traía ser puestas en cualquier otra parte, adonde pudieran mejor parecer, según lo natural d'ella las sobrepujavan sin ninguna comparación, haziéndolas parecer de muy pequeño valor.

El lavor de su camisa era de oro y seda blanca, con joyeles en él sobrepuestos, en cada uno de los cuales no había más de tres piedras, puestas y engastadas en ellos a semejança de un corazón. Era la saya de damasco blanco con muy estraños lavores, aforrada de no menos blancos erminios, y todas las aberturas y extremos d'ella, sembrados de los mismos joyeles de la camisa, y todo el otro campo de la saya lleno de unas letras de oro, puestas por compás, las cuales eran F e P, tan juntas y entrelazadas de lazos del mismo oro, que no era possible hallarse cabo para partirlas. Las mangas que debaxo de las de damasco salían, eran de un raso violado, todas llenas de flores de açucenas de filo de plata y aljofar, a maravilla bien puestas. Iva cavallera en un palafrén no menos blanco que sus vestidos, con otras siete donzellas de su mesma divisa vestidas y tocadas, con que muy diferentes parecían la una de la otra, creyendo cada una, no solamente ser más la hermosa, pero ir mejor y más ricamente divisada.

Y como siempre en semejantes días, por se atender los unos a los otros, no se pueda salir sino tarde, señaladamente que por las calles no podían andar sin gran pena, quando a la iglesia llegaron, no quedavan dos horas antes de mediodía. Por donde, quando la missa fue acabada ya era tan tarde, según la gran solenidad con que se dixo, que quando a los palacios bolvieron, bien passava una hora después. E como tan tarde comiessen, y se hoviessen en ello detenido gran pieça, acordaron que aquel día no se

justasse, sino que se hiziessen otros juegos y autos de plazer, pues aún no ternían tiempo para ir a la plaça. Por donde en todo lo que de aquel día quedó, no se entendió en más de hazer bailas, assí los príncipes con sus mugeres, como los otros cavalleros con sus donzellas, a cuya causa la fiesta fue muy regozijada.

Cuando fue hora de dormir, según havían cenado muy tarde, cada uno de los novios se acostó en su lecho en compañía de aquella que era su verdadero descanso, adonde gozando cumplidamente de aquella gloria, que ya en su vida perder no podían, passaron hasta la mañana. Y en la mesma noche supo Finariel de su señora cómo se sentía preñada, lo que hasta entonces no le havía osado de vergüença dezir, con que fue el más alegre que jamás ser esperava, assí por tener tan presta prenda de aquella infanta, a quien más que a sí mesmo amava, como porque conociesse Nestarcio que no se havía procurado menor recaudo con su muger que él con la princesa Arinda.

Todos los otros cavalleros fueron a sus posadas con propósito de se levantar de mañana, los unos por justar, los otros por mirar las justas, por quanto se havía acordado que oirían missa de mañana, porque en todo lo que del día quedava, pudiessen justar, sin que aquel día torneassen, porque si salían de las justas cansados, no perdiessen punto de su honra y de la que cada uno pensava ganar. Porque muy pocos havía ende que no fuessen preciados cavalleros y desseosos de mostrar que no eran ende venidos para llevar lo peor.

El emperador y la emperatriz se acostaron aquella noche muy tarde, assí por haver sido presentes al acostar de sus hijos, por no perder ninguno de los gozos que se les ofrecían, como por ordenar todo lo que vían que convenía, a causa que ninguna cosa faltasse para las fiestas que se havían de hazer, por razón que los cavalleros, que ende eran venidos, pudiessen contar el cumplimiento con que se havían hecho después de bueltos a sus tierras.

¶Capítulo lviiij. De las justas que se fizieron en Colonia, e de la forma que los cavalleros a ellas salieron, y de lo que después sucedió.

Otro día de mañana, el emperador, con la emperatriz, se levantaron a tal hora que pudiessen ver a los príncipes, sus hijos, antes que se levantassen, en sus lechos, assí como lo fizieron, con los cuales estuvieron burlando hasta que

fue hora de los dexar. Y después que fueron vestidos, salieron para oír la missa, con la cual el emperador los atendió, no sin compañía de muchos altos hombres y cavalleros, que ya eran ende venidos.

Dicha la cual, salieron de los palacios para ir a la plaça con el mesmo orden del precedente día, adonde ya estaban hechos cadhalsos cubiertos de ricos paños de oro y aparejadas las sillas por el orden que al estado de cada uno convenía, en las cuales se sentaron, atendiendo los cavalleros que havían de venir a justar. Porque ya los mantenedores, los cuales eran Ethesalión, fijo del duque de Bavera, e Cleofán de Saxonia, estaban al cabo de la plaça, adonde venía a fenecer la tela en una tienda, en la puerta de la cual havía gran número de lanças arrimadas, aparejadas para cuando los cavalleros viniessen a la justa. Los cuales no tenían paramentos ni cimeras, sino armas de guerra, porque assí se havía ordenado que viniessen los mantenedores, y que passado el medio día, que era el término que la justa havían de mantener, saliessen aquellos primeros e viniessen otros para el otro medio día. Y si caso fuesse que antes de cumplir su término, fuessen por los aventureros derribados, cumpliessen los cavalleros que los derribarían hasta que viniessen otros que a ellos der[r]ibassen, a fin que todos pudiesen ser mantenedores y aventureros y salir de guerra y divisados, y el valor de cada uno conocido.

No hovieron, el emperador, con todos lo que havéis oído, acabado de assentarse, cuando por una calle que havía en frente de su cadahalso, por la cual todos los cavalleros havían de entrar y salir, porque pudiesen al sabor de todos ser vistas sus invenciones, entraron dos cavalleros con los cavallos, paramentos y cimeras blancos, los cuales eran de damasco brosladas sobre ellos unas llamas de fuego de hilo de oro con seda de grana muy espessas, y en las cimeras sendas donzellas de lo mesmo vestidas, que con fuelles mostravan darse gran priessa en acabarlas de encender. Y assí como entraron, hizieron su mesura al emperador, y después, rodeando la tela por la parte de los mantenedores, fueron a parar al otro cabo d'ella.

Los cuales no traían consigo escuderos ni donzeles, por no ser, si les no sucedía bien la justa, conocidos. Y luego que ende llegaron al son de las trompetas, movió el uno d'ellos al más correr de su cavallo contra Ethesalión, el cual ya contra él venía no menos cubierto de su escudo que su contrario, con sus lanças baxas. E cuando delante del cadahalso del emperador llegaron, porque allí era el medio de la tela, se encontraron de tan rezios encuentros que, quedando Ethesalión muy firme en la silla, el que con el justara perdió las estriberas. Y a la segunda vez que justaron fue lançado por las ancas

de su cavallo, dando en el suelo tan gran caída, que fue maravilla cómo no se le quebrantaron todos los huesos. Por donde la donzella que en su cimera tan bien parecía, no dexó con el polvo e tierra adonde cayera de parecer tan suzia, que bien mostró, según se aquexava por encender las llamas con las fuelles, que no merecía estar tan blanca como viniera, sino según el oficio que mostrava tener.

Y después que se hubo levantado, tornando a cavalgar en su cavallo, puesto que no sin gran pena, atendió lo que su compañero haría en su vengança. El cual, ya al más correr de su cavallo, venía contra Cleofán de Saxonia, que de la otra parte corría para recibirlo con la mesma voluntad. Los cuales en breve tiempo se vinieron a encontrar por los escudos, de tan duros encuentros, que bolando las lanças en pieças ninguno de los dos cavalleros mostró haver fecho desdén ni recebido daño, antes passaron muy hermosos cavalgantes; otras dos vezes justaron, pero en la tercera, perdiendo Cleofán las dos estriberas, su contrario fue al suelo, con tan gran fuerça derribado, que si su ventura y destreza no le ayudaran en caer de pies, no pudiera dexar de recibir igual o mayor daño que su compañero, con el cual luego salió de la plaça sin darse a conocer. Pues no les había sucedido conforme a su intención, aunque después se supo cómo eran dos de los cavalleros griegos que con la princesa eran venidos, los cuales en su tierra por preciados y muy buenos eran tenidos, señaladamente el segundo que con Cleofán justara.

Salidos los dos que vos diximos, entraron por la mesma parte tres cavalleros con cavallos alazanes e los paramentos de tela de oro, salvo que en las brosladuras y cimeras venían muy diferentes. Porque el uno traía por cimera una Fortuna con el rostro favorable, a la parte de las espaldas, y el segundo una alma que ardía en bivos fuegos, y el tercero una rueda con un cavallero en ella atado, la cual jamás cessava de rodar por darle continuo tormento. Y las brosladuras de los paramentos correspondientes cada una a su cimera. Assí que muy ricos y de buen parecer entraron, los cuales, hecha su mesura como los primeros, passaron a la otra parte de la tela.

Y luego que ende fueron llegados, el que la Fortuna traía, no mostrando que quería dexar de obedecer al son de las trompetas que de tañer començaron, feriendo sin ninguna piedad su cavallo a la mayor furia que le levar podía, fue contra Ethesalión, el cual no con menos priessa contra él venía. Por donde muy presto fueron sus encuentros, con tanta fuerça, que entrambos perdieron las estriberas. Pero a la segunda vez que justaron, el cavallero de la Fortuna fue por las ancas de su cavallo en el suelo, aunque de pies sin recibir ningún daño, y Ethesalión lançado de la silla en las ancas de su cavallo,

de las cuales bolvió a saltar en ella con tanta presteza, que no menos fue por aquello loado que por los encuentros que antes había hecho. E viendo que el segundo cavallero quería contra él venir, tomando una no menos buena que fuerte lança, corriendo sus cavallos a la mayor furia que podían, se vinieron a encontrar con tan gran fuerça, que bien se mostró en hazer mil pieças las lanças, aunque ellos ningún daño recibiesen sino acrecentamiento de saña, con la cual otra vez arremetieron el uno contra el otro, habiendo ya cada uno d'ellos tomado las lanças con que mejor la pudiesen emplear. Y se vinieron a encontrar tan poderosamente, que entrambos fueron al suelo de tan grandes caídas, que tuvieron por bien de se dexar, el uno de mantener justa, puesto que le fuesse permitido, pues assí mismo había caído su contrario, y el cavallero del alma en fuegos de se provar otra vez con Ethesalión, o tantas hasta que el uno d'ellos, quedando en la silla, al otro hoviesse derribado, según quedaron quebrantados.

Y puesto que por la caída de aquellos dos cavalleros, algún tanto se alborotaron los que los miravan e algunas bozes se dieron, creyendo, según cayeran, que ninguno d'ellos con la vida quedava, quando vieron que se levantaron, señalando no haver recibido ningún daño, luego tornaron a reposar y estar atentos por mirar a Cleofán de Saxonia. El cual, habiendo visto venir al tercero que la rueda traía por cimera, que contra él venía, le iva al encuentro con tan gran voluntad de vengar a Ethesalión, como su contrario de su compañero, que el sobrado desseo de se hazer todo el mal que pudiesen, fizo que entrambos errassen los encuentros, con los cuales no pudieran dexar de dañarse, lo que antes quisieran que se siguiera, que mostrar que eran tan mal diestros en aquel exercicio, que aún no sabían encontrarse. Por donde, queriendo cada uno reparar el menoscabo que creían haver recibido, bolvieron con tan gran furia sus cavallos para se encontrar, que en breve tiempo se encontraron tan duramente, que ninguno d'ellos quedó en la silla, ni con menos quebrantamiento que los primeros, ni con más voluntad de tornar a la justa.

Antes saliendo los aventureros de la plaça, dexaron los mantenedores, a los cuales ayudavan a desarmar los suyos, pues en aquella sazón ya era passado el plazo del medio día que había de mantener las justas, puesto que no tan bien ni con tanta honra como ellos cuidavan. Por donde, siendo ya tan tarde como vos diximos, los emperadores con sus hijos e todos los altos hombres e cavalleros que con ellos eran, decendieron de los cadahalsos y subieron en unas casas, que en la mesma plaça junto a ellos había, adonde les tenían el comer aparejado, por escusar la pérdida del tiempo que se habría hecho en bolver a los palacios e después tornar a la plaça, según la

muchedumbre de la gente, que por las calles hallavan, los detenían. Por donde, aunque por una parte se folgassen en ver que aquel desseo que sus vassallos mostravan de mirarlos, no dexava de proceder del amor que les tenían, por otra se enojavan a causa que no les dexavan passar sino de gran espacio, tanto que jamás comían ni cenavan sino muy tarde, no sin recibir pena y gran trabajo en los de tener tanto en las calles.

Cuando hovieron comido e hablado en lo que les havia parecido de los cavalleros que justaron, señaladamente en los que con Cleofán e Ethesalión se havían igualado, viendo que ninguno hubo ende que los conociesse, con gran desseo quedaron de saber quién fuessen. E quando les pareció tiempo, bolvieron a los cadahalsos, y preguntando quién eran los mantenedores que en las tiendas estaban, les dixeron que eran Aspalión del Vado e Lauren, los cuales vinieran armados de guerra assí como los primeros. Entonces Nestarcio dixo al emperador y al príncipe Finariel que tuviessen por ceirto que eran cavalleros de alto fecho d'armas, señaladamente el que era mayor de cuerpo, diziéndolo por Aspalión, contándoles cómo fue el primer cavallero con quien él havia justado e la forma de la batalla que con él tuvo, con que mucho se folgaron.

E assí como acabava de contarlo, vieron entrar por la plaça quatro cavalleros muy bien devisados, cuyos paramentos eran de brocado morado, con muchas medias lunas de plata sobre ellos puestas, y sus cimeras a manera de un cielo, cuyo campo era morado, y en medio de cada campo puestas unas medias lunas como las de los paramentos, con gran número d'estrellas alderredor de oro, por tan estraño artificio, que no parecían ser puestas ende por manos de hombres. Los cuales passaron, assí como los otros, pareciendo entonces tan bien quanto dende a poco rato mal, porque ninguno d'ellos ovo que de los primeros encuentros de Aspalión y de los segundos de Lauren no fuessen fuera de las sillas, haziendo a todos los que sus justas moravan maravillar, como cayendo quatro cielos en tan breve espacio no havían fecho daño a nadie, y porque lo fizieran muy al revés de lo que en ellos se parecía. E otrosí por escusar prolixidad no se vos cuentan específicamente sus encuentros como de los primeros, ni de los cavalleros que después de los quatro vinieron, pues ninguno d'ellos, aunque fueron más de doce, dexó de tener compañía a los de las cimeras de los cielos en las caídas, sin mover a ninguno de los mantenedores de las sillas.

Por donde Aspalión, que de pocos era conocido, y Lauren de ninguno, fueron de allí adelante estimados, e como buenos cavalleros preciados. A los cuales sacaron con mucha honra del campo. Y porque más señalados fuessen, el príncipe Nestarcio fizo que el uno llevasse de rienda a la princesa Arinda, y el otro a la infanta Polidia, por donde,

levando las cabeças desarmadas, fueron de todos los que verlos pudieron conocidos y tenidos en la cuenta que se devía, quedando ellos de aquella honra que por razón de aquello recibían muy satisfechos.

E assí llegaron a los palacios, adonde aquella noche cenaron con el emperador, el cual había mandado poner tan gran diligencia por saber quién habían sido los cavalleros que aquel día justaron, que antes de alçar las mesas lo supo y dixo a los que ende eran, y señaladamente cómo los dos que habían derribado a los primeros mantedores eran Aliarte de Irlanda e Gonadiel, y el que primero había caído otro cavallero inglés que se dezía Barsenio, de quien no se hazía pequeña cuenta en la corte del rey Laristeo, a los cuales el emperador después mandó buscar por los conocer y honrar, assí por lo que sus personas merecían, e por ser cavalleros de casa del rey Laristeo, hermano de la emperatriz, su muger, como por ser venidos a honrar las fiestas del príncipe, su hijo.

Los cuales esse otro día vinieron a besar las manos al emperador, el cual los recibió con mucho amor y les mandó dar lo que menester hoviessen cumplidamente, y les fizo tan grande honra que ellos se tovieron por bien satisfechos. De los cuales supo nuevas del rey Laristeo y de la reina, su muger, y de la princesa Luceminia, con que mucho se folgó, juntamente con la emperatriz, la cual fue muy alegre cuando oyó que Luceminia, su sobrina, era tan hermosa como aquellos cavalleros dezían, los cuales assí mesmo contaron cómo habían visto un cavallero en casa del rey Laristeo, al cual dezían Menadoro, que de ninguno era ende conocido, pero que por su persona merecía serpreciado sobre todos los cavalleros de la Gran Bretaña, allende de ser muy apuesto y sesudo. Ninguno ovo ende que lo conociese sino Aspalión y Lauren, los cuales dixeron al emperador que podía tener por cierto que no solamente era uno de los buenos cavalleros del mundo, pero de muy alta guisa, al cual conocían por lo haver visto en casa del emperador de Trepisonda y lo que hiziera contra los moros de Abelarín de Assiria, la noche que los tomaron descuidados, haviendo passado el río de Rumea. Por donde todos, después de lo haver loado, quedaron con gran desseo de saber quién fuese, pues dixeron Aspalión y Lauren que no sabían más de su hazienda.

¶Capítulo lix. De los torneos y otras fiestas que se fizieron en Colonia. Y cómo después se partió el príncipe Finariel con la infanta Polidia, su muger, para Francia, y de lo que antes y después de su partida ende se fizó.

A causa que el siguiente día havían de començar los torneos, el emperador ordenó que comiessen de mañana, porque pudiessen ir a verlos temprano, por donde, cuando a la plaça llegaron, aún no passava mediodía. E antes que los cavalleros entrassen, el emperador mandó cerrar todas las calles por donde en ella se podía entrar, salvo las dos más principales que estavan de cada cabo, porque pudiessen por ellas los unos venir contra los otros e no pudiessen por otra parte. Los cuales se havían repartido d'esta manera: que todos los altos hombres de Francia, que como havéis oído eran muchos e muy buenos cavalleros, caudillassen a los de la una parte, y los alemanes y de Ungría con los de la Gran Bretaña la otra, cada una de las cuales allegava a número de setecientos e cincuenta cavalleros, sin sus caudillos.

Y cuando supieron que ya el emperador era llegado a los cadahalsos, vinieron a la plaça por las calles que vos diximos, levando en la delantera de cada parte sus caudillos. Los cuales, según lo que bien parecían por su apostura e ricas armas, no dexavan de mostrar que cada uno era merecedor de ser caudillo de cualquier imperial ejército. E antes que quisiessen los unos contra los otros arremeter, fizieron su mesura assí a los emperadores como a todos los otros a quien se devía. Y en el mismo punto, abaxando sus lanças, firiendo quanto pudieron sus cavallos de las espuelas, se vinieron a encontrar. Acaristo, duque de Borgoña, con Aspalión del Vado; Brandimario, duque de Guiaina, con Lauren, el buen cavallero; Cathenor, duque de Lorena, con Ethesalión, fiijo del duque de Bavera; Brestán, duque de Orliens, con Cleofán de Saxonia; Gostilán, duque de Normandía, con Aliarte de Irlanda; Aduarte, señor de Nimes, con Gonadiel, hermano del duque de Rebón; los cuales se adelantaron de los suyos por ser conocidos, e assí mesmo porque se viesse como justava cada uno, assí como fueron por todos bien vistos, como aquellos que no miravan otra cosa.

Y puesto que los encuentros fuessen a maravilla poderosos e con gran fuerça dados, como la de cada uno d'ellos sobrepujasse la fortaleza de sus lanças, las fizieron bolar por el aire en innumerables pieças, porque se conociesse la ventaja que havía de las fuerças d'ellos a las de un palo, de que fechas eran, quedando en las sillas todos e passando muy apuestos y hermosos cavalgantes. Y no se olvidando lo que hazer con sus

espadas tiradas, arremetieron para ferir con gran denuedo a los otros sus contrarios, los cuales, aunque muchas lanças de aquellos primeros encuentros en ellos rompieron, no le hizieron más daño de impedirles que no llegassen a ellos tan presto, para darles el pago de su atrevimiento. Pero cuando las dos partes juntas a romper y encontrarse vinieron, como tomassen a sus caudillos en medio, fue gran maravilla cómo no los derribaron todos, lo que fue causa de mostrar la destreza y esfuerço de cada uno.

Y después que fueron juntos, ¿quién podría dezir cuántos fueron los cavalleros que ya havían hecho en el suelo caer, y el daño que de los cavallos que sobr'ellos passavan se les recrecía? Tanto que, si no fuera por las armas e por algún comedimiento que se tenía por los que a cavallo eran, pues aquel exercicio se hazía más por plazer y regozijar aquellas fiestas que con saña, muchos d'ellos perdieran allí las vidas. E cuando las lanças fueron ya rompidas, ¿quién se sintiera bastante para escribir los grandes e maravillosos golpes de espadas que en aquel día se firieron, e los cavalleros que, no los pudiendo çufrir, cayeron e otros que si les fuera otorgado fuyeran? Por cierto, ninguno, por bien que lo mirara, pues fuera impossible que solos dos ojos pudiessen ver lo que se hazía en todas las partes de aquella gran plaça.

Muy rebuelto fue aquel torneo, e si bien acometido, no menos defendido de entrambas partes, tanto que bien havía dos horas que començaran, y de la una ni de la otra parte no se conocía alguna ventaja ni mejoría, causándolo que como la plaça no fuesse tan ancha que todos pudiessen juntarse para se combatir, la mayor rebuelta era entre los delanteros. En los cuales, como de cada parte hoviesse muchos e muy buenos cavalleros, e diestros en aquel exercicio, defendíanse y ofendían a sus contrarios de manera que se podían sostener. Porque cada uno, viéndose en aquella rebuelta y creyendo que todos paravan mientes en lo que él hazía, y señaladamente aquellos dos príncipes que no dexarían de conocer si en algo faltavan de lo que devían, trabajava de no ser el primero que mostrando flaqueza causasse ser los de su parte vencidos, antes punava de hazer maravillas, por ver si podría alcançar la gloria del vencimiento, por donde determinava de çufrir cualquier trabajo y peligro, a cuya causa el torneo se havía mantenido aquellas dos horas e otra después, sin que ninguno de los que los miravan pudiesse determinar cuál parte levava la mejoría.

En cabo de las cuales, teniéndose los unos e los otros por hombres de poco valor y menos esfuerço, pues en tanto tiempo no havían vencido a sus contrarios y echáolos del campo, començaron con nuevas e dobladas fuerças de se ferir tan duramente, que ya viérades la una parte començar de retraherse por el daño que recibía, y luego hazer

perder a la otra no menos del campo que la primera perdiera, con la fuerte resistencia e ofensa que hazía, posponiendo cualquier daño que le avenir pudiesse a la honra que cada uno se esforçava de ganar, si por su causa los de su parte fuessen vencedores.

En aquella hora viérades hazer cosas estrañas a aquellos dos primeros caudillos Acaristo e Aspalión, los cuales tan sin recelo se entravan por sus contrarios, que por donde ellos ivan bien se mostrava el retraer de los que ante sí hallavan, por no esperar sus pesados golpes. Lo mesmo hazían Brandimario e Lauren, porque no querían en cosa tener embidia a los primeros. Pues los fijos de los duques de Bavera e Saxonia no dexavan de mostrar que el esfuerço de los franceses, ante el de cada uno d'ellos, no era tal que le hoviesse de tener en alguna cuenta. Pues Aliarte de Irlanda y Gonadiel no se ha de creer que estuviessen tan desocupados que no mostrassen el desseo de ganar prez y honra con que ende vinieran. Porque no solamente çufrían, pero, poniéndose y entrando como dos leones entre sus contrarios, hazían tal estrago en ellos que no menos los dudavan e fuían que al que mejor lo fazía. E si no hallaran tan grande resistencia en los cavalleros franceses, no les pudieran çufrir sus contrarios, pero como delante el príncipe Finariel peleassen, el cual todos los conocía, no querían que por el afán e trabajo que se les podría ofrecer, ser por él tenidos por cavalleros de poco esfuerço. Antes por mostrar que para çufrir aquello y mucho más eran bastantes, hazían y çufrían tanto que Finariel, el cual jamás d'ellos partía los ojos, estava no menos satisfecho que alegre, juzgándolos por cavalleros que peleavan tan sesuda como esforçadamente.

Ya en aquella hora viérades caer cavalleros e sus cavallos correr por aquella plaça sin sus señores, en tan gran número que se no podían contar. Causándolo que como ya hoviesse cerca de cuatro horas que peleavan, tan cansados estavan que los cavalleros que por caudillos traxeran, assí con los pesados golpes con que los ferían, como sacándolos a braços, viéndolos tan lassos que no les hazían cuasi ninguna resistencia, de las sillas los lançavan, por donde ya la plaça era llena d'ellos.

E como los caudillos viessen que se iva haziendo tarde, no juzgando lo que hasta entonces fizieran en tanto como si aún no començaran, pues no se havían echado los unos a los otros del campo, acordaron de se combatir entr'ellos, pues en su defensa estava la de cada parte, lo que muy bien pudieron hazer, según ya los otros los dexavan ir por donde querían, por razón de los pesados golpes con que los ferían. Por donde muy presto se juntaron, dándose y recibiendo tantos y tan duros golpes, que parecía impossible tener ya fuerças para alçar los braços. Y como los otros viessen que aquellos que antes tan gran estrago fazían, los havían dexado, y que les era otorgado pelear con

los que eran sus iguales, luego comenzaron de ferirse de entrambas partes tan bien, que muchos había que no lo hacían pero que sus caudillos. Por donde, en aquella sazón, fue el torneo más rebuelto y en que más daño se hizo que en todo el día, porque antes los cavalleros que tenían por caudillos, defendían cada uno a su parte tan bien, que les no podían entrar sus contrarios, por donde no se había ofrecido tan buen aparejo como entonces, para se poder ferir a su sabor los que a cavallo quedaban.

Mucho se folgavan el emperador, con todos los que los miravan, de la porfía de aquellos cavalleros, porque no parecía sino que la vida y honra juntas les iba en el fin de aquel torneo, según trabajavan en no perder sólo un punto de lo que hazer devían, puesto que ya en aquella sazón se mostrasse que algún tanto comenzavan de enflaquecer los cavalleros que por los franceses eran caudillados. Por donde, así como comenzaron de perder del campo, sus contrarios cargaron sobre ellos con tan grande ánimo, que no les pudiendo resistir por la falta que tenían de los que antes los defendían, aunque todo lo que pudieron se esforçaron por no fuir, en pequeña pieça los echaron del campo por la misma calle que entraran, no quedando en la plaça más de aquellos que con Aspalión e los otros, sus amigos, peleavan. Los cuales, aunque bien vieron cómo los suyos iban perdiendo el campo, no los pudieron socorrer sin bolver las espaldas a los que con ellos peleavan, lo que dudaron de hazer así porque no creyessen los que los miravan que huían, como los de su parte, como porque no las podían bolver sin ser seguidos de sus contrarios, los cuales no los dexaran de cargar de tantos golpes que, no se defendiendo, no pudieran sino ser perdidos. E otrosí, porque al tiempo que los suyos el campo perdieron, ya Acaristo, Brestán e Aduarte se hallavan a pie, combatiéndose con Aspalión, Cleofán e Gonadiel.

E como después de los haver del campo lançado, bolviessen más de dozientos cavalleros contra aquella parte que los que vos diximos a pie se combatían, dexaron otros tantos para la defensa de la calle, porque no pudiessen sus contrarios tornar a entrar en el campo, pues aún dexavan sus caudillos, por razón de los cuales lo podían con derecho cobrar si pudieran. Pero cuando los franceses los vieron contra ellos venir, aunque ya se hallavan a cavallo, porque en aquel comedio todos habían cavalgado, conociendo que era imposible no perderse, como los suyos, haziendo rostro todo el tiempo que pudieron, y cuando tanto se sintieron aquexar que no podían por ninguna vía resistirles, bolviendo las espaldas, no sin hazer sentir a sus cavallos el desseo que tenían que corriessen, salieron del campo a tal hora que el Sol ya quería, dexando de alumbrar la tierra, dar lugar a las nocturnas sombras. E aunque se retraxeron, no dexaron de ganar

menos honra que los que les iban en el alcance, por lo mucho que todo el día fizieran, tanto que era maravilla cómo les quedava hueso en sus personas que quebrantado no fuesse.

Y como ya se hiziesse hora para bolver a los palacios, sacando a los vencedores del campo con muchedumbre de instrumentos, en señal del vencimiento que habían alcançado, el emperador, con la emperatriz, e todos los príncipes e altos hombres que ende eran, fueron a los palacios, llevando delante de sí todos los cavalleros que habían sido caudillos, assí los vencedores como los vencidos, pues, según lo que fizieron, única honra les era debida. Todos cenaron con el emperador, el cual, cuando fue hora, conociendo que los unos tenían razón de descansar del trabajo de aquel día, y los otros de gozar de aquella gloria que tanto habían desseado, se retraxo a su aposento, dexándolos a todos muy satisfechos.

El día siguiente no se entendió sino en ver juegos, los cuales se fizieron en los palacios del emperador, assí porque los cavalleros no quedavan sin alguna fatiga del día precedente, como por complazer a sus vasallos, pues les traían muchos a representar con que se folgassen y se regozijasse más la fiesta, de ver los los caules no se folgaron menos que de las justas y torneos, según les fueron con mucha gracia representados.

El siguiente día hovo otro torneo, en el cual entraron por caudillos Nestarcio de una parte y Finariel de la otra, en el cual fizieron ellos e muchos de los otros cavalleros tales cosas, que jamás en aquella ciudad ni en otra parte alguna se fizieron ni oyeron haverse fecho sus iguales. Las cuales no vos contamos extensamente por escusar prolixidad, e otrosí porque ninguno d'ellos venció ni fue vencido, a causa que les sobrevino la noche. El emperador, con la emperatriz e sus hijas, y todos los que a ello fueron presentes, recibieron de lo ver no menos admiración que alegría, porque les parecía cosa fuera de razón que ningún cavallero pudiesse hazer lo que los príncipes fizieron, conociendo que cada uno d'ellos sería buen defensor de sus estados.

Los otros días siguientes se fizieron otros dos no menos heridos y rebueltos torneos que los que antes se habían fecho, en el uno de los cuales fueron vencidos Aspalión del Vado, con Lauren e los otros, que fueron de su parte en el primero vencedores, puesto que fizieron maravillas en defender y amparar los suyos, y en el segundo los departió la noche, por donde por todos fue gustado el sabor del vencer y el sentimiento de ser vencido.

En cabo de los cuales, el emperador hizo grandes mercedes a los altos hombres de su casa e imperio, a los unos otorgando libertades e jurisdicciones en los pueblos de

que eran señores e no las tenían, a los otros acrecentándoles los estados con que se tuviessen por satisfechos de sus servicios. Y a los estrangeros y otros cavalleros que no eran de tan gran estado, dio grandes haveres y otros dones, de suerte que ninguno, según su condición, dexó de quedar satisfecho, ganando el emperador más que todos por el acrecentamiento de su honra y fama, que de todo le redundava. Y por cumplir lo que a sus fijas devía, fizo casar a Danela con Elisén, e a Lumela con Brimarel, y a otros cavalleros con otras donzellas, a los cuales dio grandes dotes, por donde todos se tuvieron por bien galardonados de los servicios que a sus señores havían fecho.

Y puesto que Polidia mucho sintiesse que su donzella Lumela hoviesse de quedar en casa del emperador, húvose de çufrir con ver que quedava casada honradamente y con cavallero a su contentamiento. El cual y Elisén, el día que los príncipes Nestarcio y Finariel con sus señoras recibieron la bendición de la iglesia, fueron juntamente con Lentín, escudero de Finariel, armados cavalleros por sus señores, por se poder provar en los torneos que se havían de hazer, en los cuales, puesto que vos no lo diximos ni cómo fueron hechos cavalleros, fizieron tales cosas, por las cuales, no dexando de mostrar que eran criados de tan buenos cavalleros como los príncipes, sus señores, fueron de allí adelante estimados y preciados como cavalleros de alto fecho d'armas.

Assí mismo, el emperador dio assentos y grandes quitaciones a todos los cavalleros de Grecia, e otros que quisieron quedar en su casa. Por donde aquellas fiestas se acrecentaron con los nuevos casamientos y mercedes, tanto que ya parecía que acarrearavan más fastidio que deleite, según la continuación de las cosas en este mudable siglo es no menos enojosa que la variedad aplazible.

Passadas las cuales, el emperador, viendo que ya era razón que Finariel fuesse con su muger a Francia, y que havía muchos días que le pedía para ello licencia, se la otorgó, no dexando de començar a sentir aquel entrañabale dolor que de la partida de su fija se le havía de recrecer. Por donde Finariel, viéndose en libertad de poder partir, mandando adereçar lo que para su camino convenía, cuando fue tiempo se despidió del emperador y de la emperatriz, y de su hermano el príncipe Nestarcio y Arinda, y de todos los altos hombres del imperio, señaladamente de los que fueron a Costantinopla embaxadores, todos los cuales, aunque sobre todos los primeros, sintieron tanto aquella partida, que se vos no podría contar, y señaladamente los emperadores, los cuales, al tiempo que su fija vino a se despedir, la tomaron entre sí besándola infinitas vezes, sin le poder dezir cosa, con grande abundancia de lágrimas.

Y después de le haver dado no menos abraços, la dexaron partiéndose dende, con que causaron tan gran lástima a los que se fallaron presentes, que movidos a piedad, no les pudiendo hablar ni dar consuelo, hazían lo mesmo, tanto que parecía que más sabor havían entonces de llorar que gustaran deleite en todas las passadas fiestas. Dexada aquella graciosa infanta, y despedida de sus padres, a los cuales en las lágrimas y sentimiento no havían dexado de satisfacer, de suerte que ninguna cosa les quedava deudora, vino a abraçarse con aquella hermosa princesa, con la cual gran pieça estuvieron abraçadas, sin poderse hablar palabra, llorando entrambas tan doloridamente, que tuvieron por expediente de partirse. Aunque antes traxeron ende a la niña Flerisena, para que d'ella tomasse para algunos años licencia, a la cual, besando mil vezes, Polidia dio la bendición, suplicando a Nuestro Señor Dios se la dexasse ver como ella desseava. Y después que ya fue en lo baxo de las escaleras, vino ende la su amada donzella Lumela, la cual no le dexó de añadir dolor, al tiempo que con muchas lágrimas, juntamente con Brimarel, su marido, se despidio d'ella.

Y porque el príncipe Nestarcio quiso tenerles compañía algunas jornadas, juntamente con los embaxadores, partieron todos de consuno de Colonia, levando su camino contra Francia. Y cuando hovieron dos días andado, viendo el príncipe Finariel que era razón que Nestarcio con los embaxadores bolviesse a Colonia, les rogó que lo fiziessen, porque no passaría adelante en compañía d'ellos. Por donde, viendo que aquella era su voluntad, Nestarcio se despidió de la infanta Polidia, su hermana, en la cual despedida no se mostró por entrambos menor sentimiento que cuando de sus padres partió. Y después que se hovieron despedido los unos de los otros, siguieron su camino, recibiendo por todas las villas e ciudades que passavan los mayores servicios que les hazer podían, levando pequeñas jornadas, por razón que la infanta, como vos diximos, era preñada. La cual iva de la mesma manera que la princesa Arinda viniera de Costantinopla.

Cuando el príncipe Nestarcio llegó con su compañía en Colonia, falló tan tristes al emperador y a la emperatriz, y por la misma razón a la princesa y a cuantos cavalleros eran ende, que si lo no viera no pudiera creerlo. Pues, aunque él o la infanta, su hermana, fueran muertos, no se pudieran mostrar mayores señales de tristeza, puesto que con su venida cobraron gran parte de la alegría que perdieran. Y después, en breve tiempo, desecharon toda su tristeza, ayudando a ello la razón que havia para conocer que, yendo la infanta en compañía del príncipe, su marido, no se havían de entristecer

sino ser alegres, por le haver Dios dotado de tan valeroso cavallero, no sin compañía de grande estado.

¶Capítulo lx. De cómo Aliarte de Irlanda y Gonadiel, con otros muchos cavalleros, se partieron de Colonia. Y de lo que a Gonadiel y Aliarte les avinó en un monte passada la ciudad de Aquisgrano.

Bien quisiera el emperador que Aliarte de Irlanda y Gonadiel, pues tan buenos cavalleros eran, quedaran en su casa y servicio. Y no dexó de rogárselo cuando se vinieron a despedir d'él. Pero como el desseo d'ellos no fuesse de estar ociosos sino de se exercitar en las armas, de suerte que pudiessen ganar prez y honra, suplicándole que se lo no mandasse y teniéndole en merced la buena voluntad que contra ellos mostrava de les hazer mercedes, tres días después que bolvió el príncipe Nestarcio a Colonia, se partieron, no sin gran desseo de servir a aquel honrado emperador las honras y mercedes que d'él havían recebido, ni dexando de conocer que la fama que d'él sonava no igualava con gran parte a lo que ellos havían visto de su magnanimidad y virtudes. Y como cualquier camino para sus intenciones fuesse conveniente, siguieron el que primero se les ofreció, puesto que contra Francia.

Otro día partieron Aspalión del Vado y Lauren para Ungría, aunque despidiéndose primero del emperador y después de los príncipes Nestarcio e Arinda, de los cuales muchas honras havían recebido y recibieran dones si los tomar quisieran, assí que no tomaron más de las cartas que cuasi en su mesma crehencia escrivían al rey Pasmerindo y la reina Albericia, con que acompañados de sus escuderos siguieron el camino de Ungría.

No muchos días después, partieron para sus casas todos los altos hombres del imperio, los cuales eran ende venidos para ver las fiestas que se havían fecho, por donde muy pocos fueron los que quedaron en Colonia de los que antes no bivían ende o en casa del emperador. Los cuales en lo que más se exercitavan era en ir a monte, y algunas vezes a dar derecho a los que se venían a quejar de aquellos de quien recibían tuertos sin los poder vengar ni emendar.

Pues habiendo andado Aliarte de Irlanda y Gonadiel dos jornadas por el camino que tomaron, llegaron a una ciudad que se dezía Aquisgrano, adonde aquella noche

alvergaron. Y otro día de mañana, antes de haver caminado una legua después que d'ella partieran, entrando por un espeso monte, vieron contra sí venir dos donzellas en sus palafrenes, las cuales no parecía que pudiesen alçar los ojos, según traían las cabeças baxas llorando, ni menos vieran a los cavalleros si la estrechura del camino no causara encontrarse con ellos, ni les hablaran si ellos no les dixeran que parecía mal las donzellas ir durmiendo por los caminos, lo que les dixeran cuidando que durmiesen. Pero ellas, oyendo lo que se les dixera, alçando los ojos y viendo que eran cavalleros los que les hablaran, les respondieron que la verdad era que no ivan durmiendo, sino que, por ser sus cuitas tan grandes que se no podían reparar, no querían ver cosa que del mundo fuesse.

–Pues, dezidnos la causa, virtuosas donzellas –dixo Aliarte–, porque dende agora por este cavallero y por mí vos ofrezco de vos ayudar en todo lo que pudiéremos, aunque supiésemos recibir la muerte por vos dar vengança y derecho de quien recibir lo deváis.

Al cual las donzellas lo agradecieron, diziendo que rogavan a Dios les diesse el galardón que por tan buena voluntad se les devía. Y la una d'ellas, que era algo más desembuelta, le dixo:

–Aunque, como vos ya diximos, virtuosos cavalleros, nuestro mal sea muy grande, lo que más nos aquexa y causa la tristeza que veis, es tener por cierto que carece de remedio y nuestra honra de satisfacción, sin esperança de la cobrar en ningún tiempo. Pero pues a tanto vos ofrecistes, yo vos diré la causa, porque sabida nos aconsejéis y fagáis por nos, lo que a tan buenos cavalleros, como vosotros parecéis, pertenece. Y para esto sabed que, viniendo anoche por nuestro camino, ésta, mi cormana, y yo, dándonos la mayor priessa que podíamos por llegar con tiempo a Aquisgrano, a la entrada d'este monte nos anocheció. Y después que por él hovimos andado por espacio de media hora, se hizo la noche tan oscura, que aun la carrera no podíamos ver. Y por nuestra desventura encontramos con dos cavalleros, los más desmesurados que se jamás vieron, el uno de los cuales, reconociendo que eramos donzellas, dixo al otro: «Yo creo, señor, que aún no ternemos tan mala noche como cuidávamos, pues se nos ofrece compañía que para passarla nos podrá ayudar. Por ende, tomad vós la una d'estas donzellas e yo la otra, pues por razón no deven dexar de ser hermosas».

»Dicho lo cual, cada uno tomó la una de nós, y se començaron a desviar el uno del otro. Y puesto que viéndonos assí levar e departir, diésemos tan grandes bozes que todo el monte d'ellas resonava, no fue nuestra dicha de ser acorridas. Por donde

aquellos falsos, guiando nuestros palafrenes por donde querían, nos apartaron tanto la una de la otra que no nos podíamos oír. E cuando les pareció haver fallado lugar aparejado, según sus intenciones, nos decendieron de nuestros palafrenes, no aprovechando ninguna de las fuerças que contra las suyas quesimos tentar. Y de que en el suelo nos tuvieron quitando los frenos a sus cavallos e a nuestros palafrenes, por los dexar pacer, y sus yelmos para mejor hablarnos, se sentaron cabe nosotras, faziéndonos los mayores halagos que podían, e diziéndonos las mejores razones que sabían, para atrahernos que de nuestra voluntad consintiésemos en la suya, con que voluntariamente perdiésemos nuestra honra. Y puesto que las dos tan alexadas estuviésemos, que lo que dixen la una de la otra ver ni oír no pudiesse, como después nos diximos nuestra mala andança, no parece sino que lo tenían assí entr'ellos concertado de muchos días, pues los dos tuvieron un mesmo orden y execución.

»E quando vieron que por ruegos, halagos, ni las otras cosas que nos dezían e hazían, no podían amansarnos ni induzarnos a sus dañados propósitos, desarmándose muy presto e poniendo todas las fuerças que pudieron, a las cuales las que nosotras pusimos no pudieron resisitir, puesto que la defensa nos turasse más de un hora, e aún fasta que de cansadas quedamos tales como muertas, fizieron, que perdiendo nosotras lo que sobre todas las cosas las donzellas de guardar son tenidas y lo que de muchos e muy buenos cavalleros havia sido codiciado de cada una de nós, perdiésemos juntamente nuestra honra con la esperança de jamás recobrarla. Y no quedando satisfechos, después que a su sabor toda la noche nos tuvieron, antes que amaneciese nos desnudaron para, según dixeron, matarnos a açotes. Por donde cada una de nós, fincadas las rodillas en el suelo, les pedimos merced, la cual nos otorgaron con condición que lo que fizieran les perdonássemos, e otrosí jurássemos que nunca d'ellos nos quejaríamos, assí a la justicia como a los buenos cavallero, e no menos quisieron que les otorgássemos nuestro amor y voluntad, e los halagássemos si queríamos que perdiessen la saña que contra nós tenían por no haver querido complazerlos.

»Todo lo cual fezimos con miedo de morir a tan cruel muerte, y luego que fue de día se partieron, diziéndonos que quando bolveríamos de ver a una tía nuestra que yaze enferma en Aquisgrano, nos atenderían en el mesmo camino para se folgar con nosotras, lo que assí mismo les prometimos de cumplir. Por donde, señores, podéis ver si nuestro mal es sin remedio, pues quedando escarnecidas con pérdida de nuestra honra, aún no podemos quexarnos sin quebrantar juramento y venir a menos de lo que a aquellos falsos cavalleros prometimos, lo que sed ciertos que vos dixéramos sino por satisfazer a

lo que dixites, que cuidávades que íbamos por el camino durmiendo. Porque, puesto que ellos traidores y desleales hayan sido contra nosotras, determinadas estábamos de no nos quejar d'ellos, así por no venir contra el juramento que dixes, como por no les parecer en ser falsas ni fementidas.

Cuando Aliarte y Gonadiel aquello oyeron, no menos maravillados de tan gran traición que desseosos de castigar los que la fizieran, dixeron a las donzellas que, pues aquel juramento fizieran forçadas e no procedía de sus voluntades, delante Dios fuera eran de culpa, y no menos ante las gentes, antes si no se quexaban ninguno creería que las forçaran. Por donde para el saneamiento de su honra y de aquella sospecha, les convenía dar queja d'ellos, pues no lo haziendo, si aquellos cavalleros hazían otro semejante o peor caso, ternían con ellos igual culpa, por donde los devían seguir hasta haver alcanzado justicia y derecho d'ellos. Pero que si la voluntad d'ellas no era de se quejar d'ellos, las rogaban que bolviessen en su compañía a les mostrar los cavalleros, para conocer quién eran e si pudiessen erradicarlos del mundo, pues ensuziaban aquél tan alto nombre de cavalleros con tan viles obras, que aún de oírlas era maravilla cómo no se abría la tierra.

Como las donzellas no desseassen menos aquella vengança que la precedente noche la muerte, bolvieron en su compañía. E antes de tres leguas fallaron una aldea, adonde comieron y supieron que aquellos dos cavalleros, cuyas señas las donzellas davan, no había una hora que eran dende partidos. Por donde, con la mayor prissa que pudieron, siguieron el camino que levaban, a los cuales alcanzaron cerca de una fuente que había a dos leguas o poco más de la mesma aldea, adonde habían decendido para beber del agua porque era muy fría, y descansar alguna pieça, puesto que más les valiera continuar su camino aunque sintieran doblado trabajo. Y de que fueron tan cerca d'ellos que ya los podían bien oír, Aliarte les dixo:

—¡Bolved, bolved, falsos, y veremos si sois tan osados en defender vuestras traiciones como diestros para las hazer!

E así como las cabeças bolvieron, por ver quién era el que tan osadamente hablara, vieron las donzellas. E luego conocieron que por causa d'ellas los acometían. Y como no se fiassen en las piernas de sus cavallos, los cuales no eran mejores que sus dueños, vinieron al mayor correr d'ellos con sus lanças baxas contra Aliarte y Gonadiel, que ya contra ellos ivan, tan cubiertos de sus escudos y con tanto desseo de vengar las donzellas, que bien lo mostraron en los encuentros. Pues no prestándoles escudo ni loriga que traxessen, los lançaron de las sillas en el suelo mal llagados, sin algún daño

de Aliarte y menos de Gonadiel, causándolo principalmente ser la voluntad de Dios que sobre tan falsos cavalleros fuesse luego su rigurosa justicia executada. E otrosí el poco esfuerço d'ellos, porque assí como en corazón generoso y esfuerçado jamás pudo caber sólo el pensamiento de hazer traición ni vileza, assí en el covarde y desleal no pueden ser los pensamientos y obras, sino conformes a las de aquellos dos malaventurados cavalleros que cayeron.

Cuando las donzellas vieron que aquellos sus enemigos de los primeros encuentros eran en el suelo caídos, y que en ninguno d'ellos se mostravan fuerças para se poder levantar, acercándose a ellos sin ningún miedo, conociendo los buenos aguardadores que traían, e viendo la mucha sangre que les salía, los començaron de denostar, pareciéndoles que con aquello tomavan la vengança que desseavan. Pero por se la dar más cumplida, decendiendo de sus cavallos Aliarte y Gonadiel, en muy pequeña pieça los pararon tales que no hubo en ellos remedio de vida, sino muy arrebatada muerte, la cual aún tuvieran por bien empleada, si pagando con ella los males que fizieran, quedaran sus almas fuera de culpa. Lo que no se ha de creer, pues en ellos no se conoció señal alguno de arrepentimiento, antes de pesar porque no havían sido peores.

Después que los cavalleros fueron muertos, Aliarte y Gonadiel dixeron a las donzellas que mirassen si quedava otra cosa que fazer pudiessen para cumplimiento de su voluntad, porque podían ser ciertas que no lo escusarían por afán ni peligro que les recrecer pudiessen. Las cuales, agradeciéndoles lo que por ellas fizieran y la voluntad que para lo demás ofrecían, les rogaron que no las dexassen hasta que llegassen a un castillo de un tío d'ellas, adonde assí mismo tenían un cormano, con los cuales quedarían en seguro, e otrosí porque supiesen la desdicha que les acaeciera y la vengança que havían alcançado. Por donde Aliarte y Gonadiel, diziéndoles que guiassen por el camino que sabían, y las donzellas tomando la delantera, començaron de caminar por otro camino, dexando el de la fuente, por el cual anduvieron hasta la noche y esse otro día de <de> mañana fasta que les acaeció lo que agora se vos <se> dirá.

¶Capítulo lxj. De cómo andando Aliarte y Gonadiel con las donzellas escarnecidas, vinieron contra ellos cuatro cavalleros, con los cuales hovieron batalla. Y de cómo llegaron al castillo de Antioco.

Aún no havían andado dos leguas la compañía que vos diximos, quando el Sol, queriéndose ya asconder en el ocidente, venía la noche a estender sus tinieblas sobre la tierra. Y como antes de anochecer viessen que al pie de una sierra, que havia a su izquierda mano, discurría un pequeño arroyo de agua, a ribera del cual algunos árboles se mostravan, y que por razón no havría ende falta de yerva para sus cavallos, acordaron, pues no se les ofrecía otro mejor alvergue ni descubrían poblado, de ir a aquella parte, assí como lo fizieron, puesto que quando ende llegaron ya las estrellas reluzían, no menos que a la media noche.

Y quitándose los yelmos, dexando pacer sus cavallos y palafrenes, se sentaron en el lugar que les mejor pareció, por tomar algún descanso del trabajo que havían passado aquel día. Y aunque no les sobró mucho, cenaron todos de lo que los escuderos traían, beviendo de aquella agua, en la cual no fallavan menos sabor y gusto que en los más precisosos vinos que en los grandes combites suelen servirse. Y después de haver cenado, hablando con sus donzellas, les preguntaron por sus faziendas, las cuales se las dixeron sin faltar cosa, por donde supieron que eran fijas de dos cavalleros honrados que bivían en aquella tierra, y que havían sido servidas y codiciadas de dos cavalleros mancebos que las pedían por mugeres, assí por sus hermosuras como por los bienes temporales de que no padecían mengua. Y que la causa porque fasta entonces no los havían querido amar, havia sido por no conocer en ellos ser esforçados ni saber que hoviessen fecho cosa de las que los cavalleros acostumbran hazer quando a las donzellas sirven para ganarles la voluntad.

Y como la flaqueza de nuestra naturaleza no nos consienta bivar sin mil tentaciones, ayudando a ello el enemigo para que las pongamos en efecto, pues con ello gana nuestras almas para las perpetuas penas, si el arrepentimiento con la emienda y penitencia no sobreviniessen, viendo aquellos cavalleros la mala noche que se les aparejava, y que con aquellas donzellas, siendo tan hermosas, la podían tener mejor que en el más rico lecho que havia en casa del emperador Octavio, ayudándoles a aquel pensamiento saber que ya no podrían perder cosa que no pudiessen cobrar, acordaron de ganarles la voluntad, por ver si podrían d'ellas alcançar el galardón que les devían, por

les haver dado de sus enemigos tan cumplida como presta vengança, puesto que no lo entendían de pedir por aquella vía. E como Aliarte más mancebo que Gonadiel fuesse y no menos desembuelto, cuando le vino la razón a su propósito, les dixo:

–En verdad, señoras hermosas, si aquellos cavalleros que cerca de la fuente muertos dexamos, vos hallaran en hora que vieran vuestra hermosura, acompañadas de tan conocidas gracias, no sé yo qué culpa se les pudiera atribuir por lo que cometieron, aunque no entiendo dezir en esto lo que en la mañana tentaron, pues no era oficio de cavalleros sino de rufianes. Pues la vista de cada una de vos es para no dexar a ningún cavallero en su juicio, y por más sesudo que ser pueda no le fuerce a dessear vuestro amor. E si en dezir esto vos parece que no he dicho lo que devría, no vos maravilléis, señoras, pues siendo criados este cavallero y yo dende niñez juntos, y no habiendo fasta aquí sojuzgado nuestros coraçones a ninguna de quantas mugeres havemos visto, vuestra hermosura y gracias nos han forçado de tal suerte, que no nos pudiésemos çufrir sin vos hazer de nuestros desseos sabidoras. Para que si mercedes hazer nos quisiéredes, pues nuestra ventura tan grande oportunidad nos ofrece, las podamos recibir mayores que jamás se nos fizieron, con que con justa obligación que demos por vuestros cavalleros como lo havemos sido sin ella

Oída por las donzellas la razón de Aliarte y conociendo la voluntad con que él y Gonadiel les ofrecieron sus vidas, para les hazer alcançar vengança de los que las havían deshonorado, e assí mesmo considerando que por ellos la havían alcançado tan presta y cumplida como la pudieran dessear, y otrosí habiendo visto a qué pujavan sus esfuerços y cuán apuestos cavalleros eran, y sobre todo, la oportunidad que para complazer y satisfazer a sus desseos había, señaladamente haziendo la noche tan oscura que les quitava muy gran parte de la vergüença que se lo estorvar pudiera, movidas fueron para cumplir sus desseos por les satisfazer la deuda tan grande en que les eran. Pero por otra parte, acordándose que aquella noche muy presto passaría y que por ventura en su vida no se les otorgaría tornarlos a ver, y que si quedavan d’ellos pagadas, añaderían a sus coraçones doblados pensamientos con nuevos desseos, y sobre todo, que lo no podían hazer sin grande y irreparable mensocabo de su honra, pues de su grado en ello havían de consentir, no podían determinarse ni responderles cosa, porque les parecía no menos duro no otorgarlo, que desonesto consentirlo.

Pero como en cualquier muger y donzella muy mal parezca en semejantes casos señalar su consentimiento, pues para que les sea agradecido y en algo estimado, han de mostrar a lo menos en la apariençia que lo hazen forçadas, aunque la voluntad sea

conforme a los desseos de quien las dessea, no queriendo recibir aquella vergüença, que en tan grande menosprecio las constituye que perdiéndola ninguna cosa les queda buena, acordaron de reponderles por aquella vez que les pedían por merced, aunque mucho más se les deviesse, que no quisiessen de tan señalada merced, como les fizieran tan pequeña satisfacción. Pues si aquello fazían de su grado, no podrían sin menos culpa quedar que los cavalleros que las escarnieran, pues para todos no havía más de un achaque o escusación que la voluntad les havía turbado el juicio, y pues ya los otros havían recibido el castigo de su culpa por aquella razón, que les no dexaría de sobrevenir a ellas por la misma.

Por donde, viendo Aliarte con Gonadiel que aquella era la voluntad de las donzellas, como muy mesurados fuessen, les dixeron que puesto que el amor que contra ellas tenían, fuesse tan grande que sobrepujasse todos los inconvenientes que les podrían estorvar el cumplimiento de sus desseos, no pluguiesse a Dios que por ende huviessen de ser contra ellas desmesurados sino desseosos de las servir y honrar. Y pues assí lo tenían por bien, aunque en ello no dexavan de recibir notorio prejuizio, que se acostassen sobre sus mantos, los cuales ya les havían dexado ende los scuderos cuando sus razones començaron, porque ellos no entendían de desarmarse, pues no sabían lo que les podía acaecer.

Las donzellas se lo agradecieron cuasi más con las palabras que con la voluntad, porque antes quisieran satisfacer a los desseos de aquellos cavalleros, siendo tan mesurados, que dexarlos quexosos, pues la razón y aparejo del lugar, con la deuda que conocían deverles, a ellos las combidava. E si no les fuera a vergüença atribuido, les replicaran de suerte que, entendiendo los cavalleros su voluntad, no dexaran de tomar d'ellas toda la satisfacción que quisieran. Pero pues no se lo havían de agradecer por aquella vía, çufriéronse con la mejor dissimulación que pudieron, por donde, después que los cavalleros las dexaron cubiertas con sus mantos, haviéndose alexado dende y sentándose debaxo de otro árbol, se adurmieron. Y los cavalleros dende a poco rato, haziendo de sus yelmo cabecera se acostaron, pero muy poco fue su dormir.

Y en amaneciendo, llamando sus escuderos y recordando las donzellas, cuando tuvieron aparejado para partir, bolvieron al camino que havían dexado la noche antes, por el cual començaron de caminar, yendo las donzellas tan corridas que menos mostravan tener fuerças para hablar, por no haver otorgado a Aliarte y Gonadiel lo que les pidieran, que cuando las hallaron en el monte, haviendo passado con los otros cavalleros lo que ya se vos contó, tanto que más de una legua anduvieron sin que les

dixessen cosa, ni menos les osaran hablar, según tenían de su desagradecimiento vergüenza, sino fuera porque, sintiendo detras de sí como tropel de cavallos, y bolviendo las cabezas, viendo que eran cuatro cavalleros que contra ellos corrían a la mayor priessa que los cavallos podían, dieron grandes bozes, diziéndoles que se guardassen, a las cuales, bolbiéndose Aliarte y Gonadiel, vieron los cavalleros que contra ellos venían con sus lanças baxas, diziendo a grandes bozes: «Esperad, esperad, traidores, que no vos iréis sin pagar las muertes de los que a traición matastes».

Por donde, Aliarte y Gonadiel les fueron al encuentro sin los preciar ni temer cosa, por donde muy presto los encontraron de muy duros encuentros, creyendo que a lo menos no quedarían de aquella vez en las sillas, de que doblado engaño recibieron, pues lo dos d'ellos, a quien Aliarte y Gonadiel encontraron, fueron a tierra con dos llagas de que mucha sangre les començó de salir, sin conocerse en los que los derribaran que habían sido encontrados. Los cuales bolvieron contra los otros dos, que a cavallo quedavan, con sus espadas altas, no dexando de fallarlos de la mesma suerte, por donde entre ellos se començó la batalla, aunque antes que los dos que cayeran les pudiesen socorrer, ya los habían tan mal parado que bien fuyeran si pudieran, no fiándose en el socorro que d'ellos podían recibir, pero viendo que si lo tentavan no salrían con ello, según sus cavallos traían lassos, defendiéndose lo mejor que podían se detenían, recibiendo los más golpes en las espadas y escudos. Porque cuando los tomavan en descubierto, ninguno dexavan de sentir en sus carnes, pero no se pudieron tanto tiempo sostener, habiéndolo con tan preciados cavalleros, que al tiempo que los otros dos venían para se juntar con ellos, no los huviessen ya derribado en el suelo muy maltrechos.

E aún no lo huvieron acabado de hazer, cuando decendiendo de sus cavallos fueron contra los tres que en pies estavan, porque el uno de los que cayeron, que no estava tan maltrecho, se había con ellos juntado. A los cuales acometieron con tan gran denuedo que, viéndose en muy pequeña pieça tan llagados y destroçados, todo el tiento y esfuerço les fizieron perder, no solamente para ofender, pero para defenderse. Por donde, firiéndolos Aliarte y Gonadiel a su sabor, e no recibiendo d'ellos ningún daño, en muy poco tiempo después, los dos d'ellos cayeron en el suelo mortalmente llagados, por donde el tercero, no esperando sino la muerte, quiso tentar si pidiendo merced de la vida le sería por aquellos cavalleros otorgada, a cuya causa, fincando las rodillas en tierra, se la pidió.

Al cual Aliarte y Gonadiel la otorgaron con que les dixesse la causa por qué con tan gran enemiga los habían acometido, el cual les dixo que era muy contento, pues tan gran mesura había en ellos fallado. Y levantándose en pies les contó cómo viniendo él y aquellos tres cavalleros, que ende yazían, en busca de los dos que ellos habían muerto cerca de la fuente el día antes, cuando los encontraron muertos, bolvieron a una aldea a donde comieran, por saber nuevas de quien los matara, en la cual no les supieron dezir sino que en busca d'ellos ivan dos cavalleros con dos donzellas y dos escuderos, siguiendo el camino de la fuente. Y cuando él y sus tres compañeros vinieron a la fuente, por el rastro de los cavallos y palafrenes conocieron el camino que levavan, el cual siguieron hasta que fue de noche, y que por no errarlo habían alvergado muy cerca d'él debaxo de unos árboles, atendiendo el día. Y antes que amaneciese lo tornaron a seguir, y cuando fueron a la abaxada de un cerro los descubrieron, e conocieron en el número de los cavallos y palafrenes, de que fueron muy alegres, creyendo que muy cedo alcanzarían la vengança de la muerte de sus cormanos. Por donde según vieran al más correr de sus cavallos eran venidos para los matar, lo que les había salido tan al revés como la experiencia les señalava, y que aquella era la verdad y no otra cosa.

Por donde, conociendo Aliarte y Gonadiel que lo que el cavallero dezía no levava camino de mentira, lo dexaron tornando a su camino, dexando los tres cavalleros muertos, e al cuarto tan mal llagado, que le convino yazer en el lecho muchos días antes que curasse. El cual tuvo cuidado de los fazer enterrar porque no quedassen por los caminos muertos.

Aunque las donzellas de aquel segundo vencimiento no dexassen de recibir menos plazer que del primero, no por ende se dexaron de espantar de las fuerças de sus aguardadores, pareciéndoles cosa fuera de toda orden y razón que en tan poco tiempo dos cavalleros tan mancebos y mesurados, que no parecían menos humildes que donzellas, huviessen vencido y muerto aquellos cuatro cavalleros, pues el que con la vida quedava no quedara con ella sino le fuera por ellos otorgada. Por donde aún estaban más corridas que de antes, y lo fueran muchos más si los cavalleros, conociendo la causa de su vergüença, no lo remediaran con dezirles que puesto que sus desseos huviessen sido muy grandes de gozar de sus hermosuras, por razón de las cuales se habían causado, no las amavan ni preciavan menos por razón de sus bondades, conociendo las cuales eran tenidos de les hazer no menores servicios que si de sus personas les otorgaran cumplido señorío. Por donde podían ser ciertas que les no quedava enojo contra ellas, pues a los cavalleros mancebos y desseosos de alcanzar las

hermosas donzellas convenía requerirlas e buscar todos los medios que para venir al fin de sus desseos les podrían aprovechar, y a ellas guardarse d'ellos con honestos y no desabridos desvíos, porque los dexen con el mesmo desseo de servir las, sin alcançar de su personas ninguna cosa, que podrían tener cuando en todo sus voluntades huviessen cumplido. Lo que las donzellas, dándoles las gracias que pudieron, les tuvieron en la mayor de las mercedes que d'ellos recibieran, pues mostravan de su desagradecimiento quedar tan satisfechos quanto pudieran si les otorgaran lo que aquella noche les habían pedido.

Dende a poco rato vieron el castillo adonde ivan, de que mucho se folgaron assí los cavalleros, porque dexando las donzellas podrían ir más libres de tan pesada compañía, pues cessava la causa que la pudiera hazer alegre y aplazible, como las donzellas por verse al seguro de otro inconveniente, aunque según lo que conocían en sus aguardadores, no se devían temer de cosa que les avenir pudiesse. Y como el castillo no estuviesse muy lexos de donde lo descubrieran, en poco tiempo fueron a él llegados y bien recibidos del tío y cormano de las donzellas, no dexando de se maravillarse entrambos de aquella venida, ni menos desseando saber la causa porque juntos vinieran, a los cuales luego dieron de comer porque era muy tarde.

¶Capítulo Ixij. De cómo, sabida por Antioco la causa de la venida de Aliarte y Gonadiel con sus sobrinas a su castillo, dio tal diligencia, que antes que los cavalleros dende partiessen, se recibieron sus dichos, por donde se reparó la honra de las donzellas, y fueron después casadas muy honradamente.

Después que las mesas fueron alçadas, Antioco, que assí se dezía el señor del castillo, rogó a aquellos cavalleros que le dixessen adónde habían fallado aquellas donzellas, sus sobrinas, y la causa porque ende las traxeran. Al qual Gonadiel dixo que, pues ellos no sabían más de quanto a su ruego d'ellas las habían ende traído, después de les haver fecho alcançar derecho, o por mejor dezir vengança, de dos cavalleros que las habían enojado, lo preguntasse a cualquier d'ellas, pues más cumplida le podrían dar la razón de todo lo que saber quería. Por donde Melendia, que assí se llamava la una d'ellas, después que la gente de servicio que ende eran les

fizieron lugar, lo comenzó de contar, diciendo que sabida por ellas la dolencia de su tía que bivia en Aquisgrano, y alcançada licencia de sus padres para la ir a ver, habían partido de su villa, y de la forma que los cavalleros en el monte tuvieran para desonrarlas, y todo lo que después fasta llegar ende les avía sucedido sin faltar cosa, salvo lo que con Aliarte y Gonadiel les aviniera, que lo callaron por lo que a sus honras atañía.

Cuando Antioco tan altamente oyó a su sobrina hablar de Aliarte y Gonadiel, juzgándolos por los mejores cavalleros que jamás hoviesse visto, se quiso ant'ellos fincar de rodillas para les dar las gracias a él posibles. Pero ellos, no lo consintiendo, antes faziéndole la misma honra, le rogaron que se asentasse, diziéndole que se tenían por satisfechos de su buena voluntad, cuanto más que por lo que fizieran ninguna cosa les devía. Pues si de fazerlo dexaran, vinieran a menos de lo que habían jurado de cumplir el día que el orden de cavallería recibieran, por donde se les pudiera imponer nombre de falsos. Y que pues a aquello ya eran obligados, en lo demás viesse si antes de partir dende le podían hazer algún servicio, porque podía ser cierto que lo no dexarían de cumplir, aunque cualquier trabajo y peligro les pudiesse d'ello recrecer. A los cuales Antioco y su fijo lo agradecieron, ofreciéndoles sus personas y hazienda, y les pidieron por merced que no partiessen dende aquella tarde, porque entretanto se pudiesse hazer una cosa que Antioco había pensado para alguna reparación de la honra de sus sobrinas, porque si se huviessen de casar, allende que las escusaría de la reputación de malas en que podrían ser tenidas, no perdiessen sus arras por la culpa que no tenían.

Aliarte y Gonadiel se lo otorgaron, por donde en la misma hora Antioco embió un escudero suyo a una villa que había a una legua de aquel castillo, para que consigo fiziesse venir un escrivano para el efecto que él lo quería. El cual, después de venido, tomando en juramento las donzellas para que fiziessen la relación de lo que les había sucedido verdad era, y a Gonadiel y Aliarte que en sus testimonios no dirían mentira. A pedimiento de Antioco y de su fijo, recibió la relación de las donzellas y los dichos de los cavalleros, poniéndolos muy extensamente por escrito, lo que después no dexó de les mucho aprovechar, porque los cavalleros que antes las habían pedido por mugeres, sabiendo lo que les había sucedido y que las donzellas ninguna culpa tenían, puesto que huviessen recibido irreparable daño, las tornaron a pedir. Por donde se las otorgaron sus padres, no dexándolas de amar menos que si se las otorgaran antes que aquella afrenta recibieran.

Esse otro día de mañana, Aliarte y Gonadiel despedidos de Antioco y su hijo y de las donzellas, a las cuales en gran soledad dexaron por algunos días, según eran d'ellos pagadas, partieron dende tomando el camino de man derecha hazia el ducado de Gueldres, por poder abaxar hasta la mar por el río del Rin, que por ende passava, a una ciudad que se dezía Bolduque. La cual era del ducado de Bravante muy cerca de la isla de Olanda, assí como lo fizieron.

Y después que huvieron stado en Bolduque dos días, entrando en una charrúa de las que ende se fallaron con que se tratava por aquella mar, navegaron con tan buen tiempo que en tres días, dexada toda la tierra de Bravante a la mano izquierda y después la isla de Geladan a su diestra, entraron en el estrecho que hay entre la costa de Flandes y alguna parte de Picardía de la parte izquierda, y la Gran Bretaña a la diestra. Y cuando ende fueron llegados, les sobrevino tan gran viento que, sin poder tomar puerto de los cercanos, corrieron fasta Antona, adonde desembarcaron. E viniendo por Vinchestre y Vidisora, llegaron a Londres, adonde fallaron al rey Laristeo, su señor, el cual mucho se folgó con su venida, por saber las cosas que en las fiestas de las bodas de aquellos príncipes se havían fecho, entre las cuales supo cómo Aspalió del Vado havia dicho al emperador Octavio cómo conocía a Menadoro del tiempo que estuvieron en Trepisonda, y que ende lo tenían por uno de los buenos cavalleros del mundo y de alta guisa, aunque no sabían más de su hazienda.

Luego aquellas nuevas se sonaron por los palacios y por toda la ciudad, por donde la princesa Luceminia se fizo muy leda en saber que la princesa Arinda, cuando fue con su cormano el príncipe Nestarcio desposada, ya havia tres meses o más que era preñada, consolándose con aquello de lo que por Menadoro fiziera, considerando que Arinda no sabía más de la fazienda de Nestarcio, cuando le otorgó el señorío de su persona, que ella la de Menadoro. Por muchos días quedaron ende Aliarte y Gonadiel, a los cuales el rey, después de Menadoro, honrava sobre todos los otros, fasta que después se siguió lo que adelante se vos dirá.

¶Capít[ulo] lxiij. De lo que avino a Aspalión del Vado y a Lauren con un enano que fallaron cerca de un río, y de la batalla que después huvieron con dos cavalleros que havían muerto al señor del enano. Y de lo que después sucedió.

Aspalión del Vado y Lauren, como vos diximos, partieron de Colonia con el recaudo de las cartas que para los reyes de Ungría les dieron, con pensamiento de ir derechos a Belgrado o adonde quiera que el rey se fallase. Y aunque subir por el Rin arriba fuesse cosa de gran vicio, por lo que ya se vos dixo, a causa que no podían hazer sino pequeñas jornadas contra la corriente, otrosí porque les parecía que aquella manera de caminar era para mugeres y no para cavalleros mancebos, señaladamente por satisfacer al desseo de Lauren, que era que se le ofreciessen cosas adonde, aventurando su persona, pudiesse mostrar el esfuerço de su corazón y ganar algún prez, determinaron de trocar el vicio por el trabajo e caminar por tierra, creyendo que, siendo el camino tan largo, no se les dexaría de ofrecer alguna cosa en que pudiesen sus fuerças emplear. E avínoles también que, después de haver escogido el camino por tierra, no anduvieron cinco días cuando llegados junto a la ribera de un río, el cual con una crecida que fiziera se había llevado pocos días antes la puente de madera que de primero ende había, fallaron un enano de buen rostro, aunque de cuerpo pequeño, que pescava. Al cual, burlando, preguntaron si estava ende para ganar y sostener su vida passando los caminantes a la otra parte del río, porque de hombre de semejante estatura y en tal lugar, no se había de creer que para otro efecto ende estuviessen.

Cuando el enano se oyó assí burlar, le dixo:

–Por más que digáis, cavalleros, no creáis que tengo de me enojar ni menos de correr, pues lo que a mí quitó Dios de piernas y cuerpo, no lo dexó a vosotros de discreción y de seso. Por que si assí no fuesse, no hallando vosotros por donde passar el río, ni a quien lo preguntar sino a mí, aunque más diforme fuera me havíades de halagar para que vos lo dixera, y no dezirme cosas ni sacarme defectos; que si en mí los hay, no es por mi culpa, porque assí le plugo a quien cualquier de vos y a todos pudiera, si le fuera plaziente hazer más diformes y menguados. Porque si yo me pudiera traçar y formar, no fuera tan sandio que no me huviesse fecho tan apuesto y proporcionado, que con mayor razón me pudiera de muchos burlar que vosotros de mí. Pero porque veáis

qué fruto se saca del desonesto hablar, yo lo faré de manera que, si este camino quisiéredes de seguir, rodeéis tres jornadas para passar el río, lo que pudiéradescusar con no me denostar, pues por donde yo vos enseñara, no rodeáradesc un cuarto de legua.

Cuando Aspalión y Lauren oyeron aquel monstruo hablar tan osada y cuerdamente, mucho les pesó por se haver d'él burlado, señaladamente si havían de rodear tres jornadas para passar el río, pero por tentar si con buenas palabras podrían hazer que perdiessela saña que tenía e assí saber el vado, le dixeron que ya sabía él que las burlas eran permitidas a los caminantes, porque con ellas passavan el trabajo de su camino. Y que por aquella causa le dixeran lo que havia oído, y no por burlarse d'él, señaladamente siendo ellos cavalleros que se no preciavan de aquello, antes de hazer todos los plazeres y servicios que podían a quienquiera que los menester hoviesse. Y que por ende le rogavan no tuviesse enojo contra ellos y les enseñasse el vado por donde passar pudiessen.

–No digo yo –dixo el enano– que cuando más habláredes, más se han de parecer vuestros defectos que los míos. Dezidme: ¿quién vos forçava a vosotros, siendo los cavalleros que vos publicáis, dar tanta razón a una cosa tan astrosa como yo? No por cierto ninguno, sino vuestro mal hablar. Por el cual sed ciertos que por más que trabajéis, no sabréis de mí cosa con que vos pueda complazer ni servir. E otrosí porque me parece que faré más servicio a Dios en vos castigar, con no dezir lo que de mí queréis saber, que en vos fazer d'ello sabidores, pues en callarlo no se aventura sino trabajo de tres o cuatro días. E si vos lo dixesse, según vos veo ganosos de burlar, podría ser que, quedando sin castigo, otra vez atreviéssedes a hazer lo mismo en parte adonde algún peligro e daño se vos pudiessen recrecer. Y porque no creáis que se me no acuerda lo que dixistes ni que me falta para ello satisfazió, lo que a los caminantes es permitido dezir para pasar el trabajo de su camino, no alcança a los cavalleros, que cavalgando en buenos cavallos, no sin compañía de muchos servidores, parando adonde se les antoja e siendo en todas partes servidos, ningún trabajo pueden sentir sin que d'él reciban doblado descanso, sino a aquellos que caminando a pie, hallando otros sus iguales les dizen semejantes burlas, pero no defectos ni injurias verdaderas como las que a mí dixistes. Porque en tal caso, antes se han de tener por denuestos que por burlas.

Maravillados quedaron aquellos cavalleros de las razones del enano, tanto que, si no lo oyeran, no pudieran creerlo. Por donde, viendo que con escusas ni ruegos no podían d'él saber lo que querían, determinaron tentar si con le prometer alguna cosa lo

podrían alcançar. E assí le rogaron que les mostrasse el vado, ofreciéndole cualquier cosa que por ello pidiese, con que no fuesse en estorvo de su camino.

–En esso podéis vosotros ver –dixo el enano– cuán caro cuestan los denuestos, pues ofreciéndome cumplir todo lo que por mí se vos pidiere, sin que me deváis cosa, aún no podéis contentarme lo que hazer pudiérades con tan poco precio, como vos dixes, y aun dexándome más contento. Pero porque no pueda de mí dezirse que dexo de conocer el bien que se me ofrece y la merced que Dios me haze, yo soy contento de vos mostrar el vado, con que cada uno de vós me prometa un don.

El cual le prometieron, assí como lo él demandava, según el desseo tenían de no torcer el camino que levavan.

–Pues, seguidme –dixo el enano–, porque muy cedo vos enseñaré el vado que dixes. Y después que los ovo guiado quanto tres echaduras de arco, dixo a Aspalión que lo fiziesse cavalgar en las ancas de su cavallo, lo que luego fue hecho por uno de sus escuderos. E quando ya se vido a cavallo, les enseñó una pequeña senda a su diestra, por la cual les dixo que havían de caminar, assí como lo fizieron, e no anduvieron por ella dos carreras de cavallo, quando se fallaron debaxo de muchos árboles junto al río, los cuales assí de la una parte como de la otra encubrían aquel vado, por el cual passaron. Y quando fueron de la otra parte, Aspalión dixo al enano que les dixesse lo que havía de fazer para cumplimiento de sus dones, porque entendía de bolver al mismo camino de la puente y seguirlo. Al cual el enano dixo que fuessen por donde quisiessen, porque quando vernía tiempo para su propósito, no se olvidaría de dezirlo a cada uno. Por donde bueltos al mismo camino, aquella noche alvergaron en una aldea adonde fueron bien acogidos.

E otro día de mañana partieron, levando Aspalión al enano en las ancas de su cavallo, con el cual mucho se folgavan todos, porque a maravilla era sesudo y gracioso. Y después que huvieron andado por espacio de dos horas, vieron a la mano izquierda de su camino un castillo que tenía su asiento sobre unas peñas. El cual, aunque de cerca de una legua fuesse por ellos visto, no dexava de parecer grande y fuerte. Y passando más delante, encontraron con el camino que para aquel castillo guiava, adonde el enano dixo a Aspalión que para cumplir los dones que le prometieran, convenía ir al castillo y dexar el camino que levavan. Por donde empezaron a caminar contra el castillo, e quando cerca d'él fueron, el enano se fizo descavalgar y después dixo a Aspalión y a Lauren lo que havían de fazer para cumplir lo que le prometieran. Havía de ser tajar las cabeças a dos cavalleros falsos que fallarían en aquel castillo, los cuales eran hermanos e havían

muerto a su señor a muy gran traición, siendo sus más cercanos deudores como aquellos que eran sus cormanos, según él se lo contaría después.

Dicho lo cual quiso dexar a los cavalleros por se asconder en unas matas espessas que havia ende, porque si no les iba bien en la batalla, pudiesse él salvarse. Pero Aspalión que lo conoció, le dixo:

–Pues no será verdad, don enano, ni bastarán vuestras artes para tanto, que haziéndonos venir adonde havemos de dar o recibir la muerte, quedéis vós tan a vuestro salvo. Por ende, seguidnos, porque veáis cómo ponemos en efecto lo que vos prometimos.

Cuando el enano vido Aspalión tan determinado, con no menos miedo que desseo de ver la vengança que de la muerte de su señor desseava, lo comenzó de seguir, así a pie como se fallava. E muy presto llegaron a las puertas del castillo, las cuales hallaron cerradas. Y dando grandes aldabadas porque fuessen sentidos, vieron assomar a una finiestra, que con una rexa de fierro havia sobre las mesmas puertas, un cavallero que bien señalava passar cuarenta años. El cual les dixo:

–¿Qué buscáis ende vosotros? Porque aquí no alverga nadie a su pesar.

Al cual Aspalión dixo:

–Si vos a vuestro pesar ende estuviéssedes, bien creo yo que ya vos fuérades ido, pues no vos es entredicha la libertad que para ello conviene. Pero porque estáis a vuestro plazer, tengo yo por cierto que no saliríades de la vuestra voluntad, así como nos haríamos si ende nos hallassemos, aunque no plegua a Dios con título y nombre de triadores, como vós y vuestro hermano.

Entonces el cavallero, mirándolos más que antes, e viendo Aspalión tan osadamente hablar, reconoció a Dromisto, que así se dezía el enano. E así dixo:

–Aunque no fuesse sino por alvergar esse enano, por los tantos plazer que fechos me tiene, yo vos abriré las puertas con condición que entre con vós, porque sea mi huésped algunos días, por donde podrá dezir que él es de aquellos que aquí alvergan a su pesar.

–Abridnos –dixo Aspalión–, porque el enano no dudará de entrar a donde nosotros entraremos.

–Pues atended –dixo el cavallero–, que no tardará mucho que vos daréis la mesma priessa en salir si vos dexaren.

Y partiéndose de la ventana, se fue a armar. A esta sazón estava Dromisto tan parado de miedo, que de buen grado diera por quitos a los cavalleros de su dones, sólo

porque le pusieran en salvo y fuera de aquel peligro, porque, según las palabras del cavallero y los enojos que él le havia fecho, por cierta tenía él, si a sus aguardadores no les yva conforme a su desseo, la más esquivas prisión y cruel muerte que jamás se diera. Aunque todavía tenía mucha confianza en los cavalleros que ende traxera, porque le parecían de alto fecho d'armas.

Buena pieça atendieron Aspalión y Lauren con su compañía, después que el cavallero se partió de la ventana, a causa que no abrieron las puertas del castillo fasta que él y su hermano, acabados de armar, havían ya en sus cavallos cavalgado, y tomadas sus lanças estavan ál un cabo del corral, atendiendo que entrassen. Y quando fueron dentro, el mismo cavallero les dixo:

–Bien creemos, cavalleros, si sin vuestra vergüença vos pudiérades escusar de entrar en el castillo, que lo fiziérades, pues ninguna ganancia vos puede d'ello venir. Pero porque veáis que no somos codiciosos de vuestros cavallos y armas, ni menos de derramar vuestra sangre, una cosa haremos por vós, si quisiéredes aceptarla, que vos dexaremos ir sin que se vos haga pesar ni daño, con que nos dexéis al enano para que le satisfagamos los servicios que fechos nos tiene.

–Yo fío en Dios –dixo Lauren–, que aun fasta entonces no hablará, que muy cedo se los satisfaceréis con la vengança que le Dios dará de la traición que a su señor hezistes.

Y viendo que los dos hermanos contra él y Aspalión venían al más correr de sus cavallos, no siendo perezosos de fazer lo mesmo, como aquellos que muy buenos maestros eran en aquel exercicio, fueron contra ellos con sus lanças baxas, bien cubiertos de sus escudos. Y como el campo no fuesse grande, muy presto vinieron a encontrarse, de tan duros encuentros, que quebradas por todos sus lanças, yendo los dos hermanos muy ligeramente al suelo, Aspalión y Lauren perdieron el uno la una estribera y el otro las dos. Pero por les fazer conocer que contra ellos ninguna ventaja querían, decendiendo de sus cavallos, fueron contra los dos hermanos que ya juntaran por se defender con esforçados continentes, aunque maravillados de se ver assí ligeramente derribados, porque si justicia tuvieran, no les faltavan fuerças ni coraçón con que se pudieran mejor defender.

E quando fueron los unos cerca de los otros con sus espadas altas, se vinieron a ferir de tan pesados golpes en el principio, que si la bondad de las armas no fuera tan grande, muy presto se partiera la batalla con muerte de todos, según con la fuerça que se firieron, pero la fortaleza d'ellas fizo que las espadas no les cortassen las carnes.

Aunque no muy gran pieça después, como las fuerças de Aspalión y Lauren fuesen mayores que las de sus contrarios, e la justicia que diximos, que quanto a los unos las acrecentava tanto, a los otros las fazia enflaquecer, los cavalleros del castillo fueron tan mal llagados, que la sangre de sus cuerpos, tiñendo sus armas, no dexava de llegar al suelo, començando de satisfacer la muerte que a aquel buen cavallero, señor del castillo, con tan gran traizión e siendo su tan gran deudo, dieran.

E quando assí se vieron, no haviendo aún passado una hora después que su batalla començara, retrayéndose dos o tres passos, dixeron a Aspalión y Lauren, que con mucha priessa trabajavan de traer a fin su batalla:

–Parece, cavalleros, que el día es muy pequeño, según la priessa nos damos. Por ende, çufríos un poco y descansemos, que tiempo ternemos assaz para continuar nuestra batalla.

–No sé yo si le distes vosotros tiempo a vuestro cormano –dixo Aspalión– para que defenderse ni fuir pudiesse. Por ende, no vos maravilléis si no falláis en nosotros piedad, siendo vos enemigos, pues no la hovistes vosotros de vuestro tan cercano deudo e amigo.

Dicho lo cual, fueron contra ellos con tan gran denuedo y esfuerço, que solamente aquello les fizo perder todo el ánimo que fasta entonces tuvieran, tanto que no les parecía tener fuerças para alçar contra ellos sus espadas ni menos para se defender, antes conocían que todo les iba faltando. Por donde por muertos se juzgaron, e con aquel pensamiento y temor punaron de se defender más de lo fasta allí fizieran. Pero no les duró mucho, porque Aspalión y Lauren los aquexaron de tantos y tan pesados golpes, que dentro de otra media hora, no teniendo ya tiento los cavalleros para defenderse, Lauren firió al cavallero que a la siniestra se assomara, de tan pesado golpe sobre el braço derecho, con que él havia ferido del primer golpe a su cormano quando lo mataron, que no le prestando armadura que traxesse, se lo cortó cuasi por medio, derribándolo juntamente con la espada que en él tenía en el suelo, y haziéndole dar por ello tan grandes y dolorosas bozes, que bien claro señalava por ellas el daño y dolor que recibiera. Y de que assí se vido, queriendo fuir con la ravia de la muerte que ya tenía, y con la gran turbación que d’ella se le causava, vino a entropçar con su hermano, que no menos llagado estava, por donde entrambos cayeron en el suelo, para que fuesse sobre ellos executada la sentencia que ya era dada por el alto y verdadero juez, assí como lo fue. Porque no les haviendo ninguna piedad por la traición que fizieran, e por cumplir los dones que al enano havían prometido, en el mismo instante que cayeron, les tajaron

las cabeças, llamándolo luego para se las entregar. El cual, fincadas rodillas en el suelo, estava dando a Dios gracias, porque se havia acordado de castigar aquellos malos cavalleros de su traición, y suplicándole que, pues con su muerte havían satisfecho la corporal deuda que devían, les hoviesse merced de sus almas, con tantas lágrimas que todos se maravillaron de lo ver tan sesudo y buen christiano, pues no quería vengança de las almas, assí como ninguno que caridad alcance la deve dessear.

El cual, oyéndose por los cavalleros llamar, llegándose a ellos, les pidió por merced que antes que del castillo partiessen, se informassen si era bivo un niño fijo de su señor. Por donde, llamando algunos hombres de servicio que ende havia, les mandaron que les traxessen el niño, al cual luego traxeron, sacándolo de una cámara en que estava. Y quando vido los cavalleros muertos, aviendo d'ellos miedo, començó de llorar, aunque luego se acalló con Dromisto, con el cual se abraçó a causa que no conoció sino a él. Y fue tan grande la alegría que el enano mostró tener quando al niño vido, que todos se maravillavan de lo que fazia e le dezía, juzgándolo por muy leal criado, assí por lo que havia trabajado en alcançar la vengança de la muerte de su señor, como por lo que entonces se mostrava alegrar, viendo al niño bivo. Y después que passó aquel primer movimiento de gozo que su corazón sintió, pidió por merced a Aspalión y Lauren que embiassen uno de aquellos hombres que allí eran a llamar un tío del niño, hermano de su madre, el cual bivía en otro castillo a dos leguas dende, para que se le encomendasse el castillo y el niño, assí como lo embiaron luego.

Y entre tanto mandaron levar del corral los dos hermanos a una capilla que havia en el mesmo castillo. Y hecho aquello subieron a lo alto, adonde no fallaron más de una muger de servicio con dos otras moças, porque aquellos cavalleros nunca havían sido casados. A las cuales, Aspalión y Lauren dixeron tales y tantas cosas, que les fizieron perder el llanto que fazían por la muerte de sus señores. Y Luego entendieron en darles de comer lo mejor que pudieron.

Quando hovieron comido, Aspalión quiso ver todo el castillo, el cual muy bien le pareció, tanto que pocos havia visto mejores en poder de ningún cavallero. E assí como él y Lauren se sentaron a la siniestra, de la cual uno de los cavalleros les havia hablado quando ende llegaran, vieron venir al hombre que havían embiado con dos cavalleros y sus escuderos, que les traían los yelmos y lanças. Y como no los conociessen, luego se armaron de lo que les faltava e baxaron al patio, pero viendo que contra ellos venían sin haverse puesto los yelmos, y que el enano, quando por las puertas del castillo entravan, dezía al niño a grandes bozes que ya venía su tío, fueron contra ellos para recibirlos. E

cuando se vieron juntos y la causa para que llamados eran supieron, el tío del niño, que Mosariel se dezía, lo mejor que supo les agradeció el trabajo que havían passado y el peligro en que se quisieron poner por fazer aquel servicio a Dios, del cual no podían dexar de recibir galardón muy cumplido. Y diziéndoles que él era contento de tomar el cargo que del niño e del castillo le encomendavan, e prometiendo e jurando de se lo restituir cuando tiempo fuesse, e mirar por la conservación y acrecentamiento de sus bienes, no menos que de los suyos propios, luego entendieron en hazer enterrar los dos hermanos en la mesma capilla que vos diximos.

E cuando fue la hora cenaron, y después se acostaron, durmiendo con el cansancio de aquel día hasta la mañana, que recordando Aspalión y Lauren se levantaron. Y despidiéndose de Mosariel e del otro cavallero, su sobrino, después de le haver encomendado el cargo del niño y del castillo, partieron dende, llevando en su compañía al enano, para el cual tomaron un palafrén de los que en el castillo havia e dos lanças de las que los cavalleros ende tenían. E cuando encontraron el camino que el día antes havían dexado para ir al castillo, según se vos dixo, caminaron por el que primero levavan muy alegres, assí los cavalleros como el enano, por haver alcançado la vengança que desseava e haver hallado al niño bivo, al cual en poder de tan malos cavalleros ya juzgava por muerto.

¶[Cap[ítulo] lxiiij. De cómo el enano contó a Aspalión y a Lauren la forma que tuvieron los que a su señor mataron. Y lo que después les avino con dos cavalleros que traían una donzella forçada.

Luego que de caminar començaron, Aspalión dixo a Dromisto que les contasse por qué causa aquellos cavalleros, que en el castillo dexaran muertos, havia dado la muerte a su señor, siendo d'él tan grandes deudos como dixera. Al cual, y a Lauren, que no menos desseava saberlo, el enano començó de contarle, diziendo:

–Sabed, señores, que mi señor se dezía Quanorín, y a cabo de tres años que hubo en su muger, la cual era una de las honradas dueñas que por esta tierra se sabía, aquel niño que vistas, se le murió, por cuya muerte mi señor fizo tan grandes extremos, que bien mostró haver perdido la cosa que sobre todas las otras amava. Por donde algunas

vezes, a causa de dar algún descanso a su corazón de la tristeza que de aquella pérdida sus pensamientos continuamente le acarreaban, iba a caçar con dos buenos perros que tenía, con los cuales y con una ballesta, matando algunas perdizes y conejos, algún tanto descansava. E mucho más cuando al castillo bolví con aquel niño que dixen. Por donde ya iba perdiendo gran parte de aquellos pensamientos que antes le hazían ser siempre triste.

»Siguióse que los dos cavalleros que ayer pagaron la última deuda d'este siglo, como le fuessen a mi señor, según vos dixen cormanos, vinieron algunos días a su castillo, en el cual se le hazía todo el servicio que mi señor podía, como aquel que era de todas virtudes cumplido. Y como ellos viessen que Quenorín no tenía deudos más cercanos que a ellos, sino aquel sólo fijo, en el cual no había más defensa que aparejo para les pedir su traición, acordaron de matar a mi señor por poder ser señores del castillo, a causa que no tenían más bienes que bondad. Y no menos creo que acordaron de matar al niño, si después Nuestro Señor no les desviara del pensamiento tan gran crueldad. Por donde un día que mi señor era ido a caça, sabiendo ellos muy bien a qué parte era su costumbre de ir, fallándolo sólo y desarmado, sin ningún recelo, lo firieron de tantas lançadas, que antes que d'él partiessen, conocieron que ya había dexado esta temporal y penosa vida para la trocar por la gloriosa y eterna.

»Y viniendo al castillo, después que fueron dentro d'él, preguntaron por su cormano. Y como les dixessen que era ido al monte, ellos dixeron que ende entendían de lo atender, pues por razón no podía tardar su venida, porque ya se hazía tarde. Y como los que a Quenorín servíamos, viésemos sobrevenir la noche y que no era venido, y le amássemos estremadamente por su gran bondad, salimos del castillo para ir a buscarlo, dexando al niño que andava por el patín folgando, al cual fue maravilla cómo entonces no mataron. Y aunque muy gran parte de la noche lo anduvimos buscando con la luna que hazía muy clara, cada uno por su parte del monte, a ninguno se otorgó que lo fallar pudiese, sino a mí, que cuando lo vide yazer en tierra muerto, fue maravilla cómo el dolor y espanto que juntos me sobrevinieron, no me fizieron tenerle compañía en el otro siglo. Aunque después, sobrando en desigual grado el amor que yo le tenía a mi natural y estremado miedo, dexándome caer mi palafrén, lo comencé de abraçar y besar sus sangrientas manos, con tantas lágrimas como bozes, para que, los que como yo lo buscavan, pudiesen oírme. Y cuando a las bozes que dixen acudieron ende, no sabiendo todos qué consejo ni medio tomássemos, acordamos de lo sacar al camino, para que en la mañana, trayendo el aparejo que convenía, lo

pudiésemos levar al castillo a enterrarlo. Por donde cargándolo, los que hazerlo podían sobre mi palafrén, lo levamos al camino, adonde le tuvimos compañía hasta que començó de amanecer, que acordaron que yo fuesse a levar las nuevas de su muerte a sus cormanos, creyendo que no la sabían. Y aún no fui al castillo llegado, cuando el mayor d'ellos, estando a la siniestra que hay sobre las puertas, me dixo:

»—Vete dende, cosa cativa y monstruosa, y no creas entrar acá, ni ninguno de los que de aquí salistes. Pues a mí sólo se ha otorgado el señorío que d'este castillo se me devía.

»Y como yo aquello oyesse, creyendo como era la verdad que él havia muerto a mi señor, començando de le dezir traidor y otras injurias que en aquella sazón me ocurrieron, pues con otra cosa no me podía d'él vengar, teniendo toda mi speranza en las piernas de mi palafrén, me bolví aquexándolo tanto, aunque siempre corría, porque según el miedo que yo levava me parecía no moverse de su passo, que en muy breve tiempo llegué al castillo de Mosariel, hermano de mi señora. Al cual conté la gran traición que a mi señor havían fecho, de la cual no menor spanto recibió que maravilla, creyendo, pues a él havían muerto, que no havrían dexado al hijo bivo.

»Y en la mesma hora, yendo al lugar adonde muerto yazía, lo mandó traer a su castillo, adonde lo hizo enterrar. Y puesto que Mosariel después me rogasse que con él biviesse, no osé de miedo de aquellos traidores, porque del un castillo a otro no havia más de dos leguas, las cuales, aunque no son pequeñas, no tenía yo por tan largas que fuesse suficiente entrevalo para mi seguridad. Antes me partí luego dende, y por todo el camino aquel día otra cosa no fize sino bolver la cabeça, por ver si en pos de mí venían, no fiándome muchas vezes de mis ojos, con los cuales, conociendo claramente que eran troncos de árboles los que de lexos vía, mi pensamiento me los representava hombres armados que me atendían para darme la muerte.

»Todo aquel miedo pagó mi palafrén fasta que lo vendí, porque me faltó el haver que Mosariel me dio y de que assí me vi pedido, doliéndome de la muerte de mi señor y de su fijo, que por no menos muerto juzgava, y creyendo que Nuestro Señor Dios no permitiría, como lo ha fecho, que tan gran traición pudiesse quedar sin breve e riguroso castigo, haviendo aprendido aquel vado del río que passamos de un buen hombre. Cada día venía de una aldea que hay cerca de aquel lugar adonde me fallates, por ver si vernían a passar por ende algunos cavalleros que aquella traición quisiessen vengar. Y algunos que vinieron antes de vós, les pedía un don si de mí querían saber el vado. Y cuando venía con ellos al castillo adonde lo havían de cumplir, diziendo aquellos falsos

que no havían de hazer batalla cada uno por sí, sino juntos, pues de los dos se tenía igual quexa, se escusavan. Por donde nunca hovieron mis desseos efecto, otrosí porque, según se ha visto, no estava otorgado sino a vosotros, señores, los cuales creo que no nacistes para otra cosa. Y puesto que mi coraçón no dexó de recibir el gozo que sperava de la vengança que dixé, cuando a los que a mi señor mataron vi en el suelo muertos, sin comparación fue mayor el que sintió cuando al niño traxeron. Al cual por no menos muerto juzgava que a Quanorín, su padre.

Cuando Dromisto hubo su razón acabado, maravillados fueron de tan gran crueldad los que la oyeron, juzgando por muy leal aquel enano, pues en contarla aún no había podido retener las lágrimas. Y demás le dixeron que, pues aquella traición se había fecho en tierras del emperador Octavio, el cual era tan justiciero como por el mundo sonava, ¿cómo no se había pedido justicia de los que la fizieran? A los cuales Dromisto dixo que por dos causas: la primera porque Quanorín no tenía más deudos de aquellos que lo mataron, los cuales no lo havían de pedir, y la otra porque aquella tierra era tan lexos de Colonia, que el que la hoviera de ir a pedir no pudiera sin grandes gastos, assí de su ida y buelta como porque, assí como ninguno sino Dios era sabidor que ellos havían fecho aquella muerte, no permitió sino que a él sólo se pidesse d'ella justicia, la cual no se havía de creer que dexasse de pedir aquella sangre tan sin culpa, como cruelmente por ellos derramada, hasta la haver alcançado.

En el fin de las cuales razones, llegaron a una villa que se dezía Suercia, adonde estuvieron todo aquel día por verla a su plazer, a causa que no era menos grande que bien cercada de muro y torres con cavas de agua muy fonda y corriente. A la cual no se podían entrar sino por puertas colgadizas, por donde era a maravilla fuerte.

Otro día de mañana, partieron dende. Y después de haver andado camino de dos horas, entraron en un valle de muy espessos árboles, en el cual oyeron bozes de gente que iva caçando. Y no gran pieça después vieron dos donzellas que cavalgavan en su palafrenes con sendos açores, a los cuales estavan acevando en una liebre, y dos escuderos y otros hombres de pie junto con ellas, que parecían venir en su guarda y servicio. Y de que fueron cerca de ellas, Lauren, que iva primero, las saludó muy cortésmente. Lo mesmo fizieron ellas, pareciéndoles tan bien aquel cavallero como cualquier otro que fasta entonces hoviessen visto. Y como en aquella sazón Aspalión con su escudero y Dromisto llegassen, les dixeron que si buenos y apuestos cavalleros los havia Dios fecho, no se olvidara d'ellos en darles tan buen donzel para su servicio como el que traían consigo. Como Dromisto entendiesse que por él lo dezían, les dixo:

–En esso podéis ver cuán poco valéis vosotras, pues siendo yo una cosa tan pequeña como a vuestro parecer vil he alcanzado la compañía de tan buenos cavalleros, cuales vós por más que vos preciéis no alcanzaréis jamás por la falta del merecimiento que faltando a vosotras me sobra.

La una de las cuales le dixo:

–Esso será porque tienen vistas y conocidas tantas perficiones en vuestra persona que por essa razón vos havrán acogido en su compañía. Las cuales no havrán tardado mucho tiempo en conocer por lo poco que en vós havrán tenido que ver.

–No será essó –dixo la otra–, sino que él, teniendo desseo de ser cavallero, conociendo que en estos cavalleros hallaría todo lo que para ser buen cavallero le convenía aprender, les havrá rogado que lo reciban por su escudero, lo que no le havrán negado, conociendo que no carecieran de desmesura si no se lo otorgaran, viendo el talle y proporción que tiene para sobrar de fuerças al mayor jayán que agora se sabe.

–Assaz me basta a mí, donzellas –dixo el enano–, que queden pagados de mi mal talle, que de vuestra buena desemboltura, la cual no menos mal parece en vosotras para donzellas, que en mí este mal cuerpo paro cavallero.

Todos rieron de lo que el enano dixera, pues sin ningún enojo, antes con mucho plazer, lo hablara. Después d’esto, la una de las donzellas rogó a los cavalleros les perdonassen por el atrevimiento que tuvieran en burlarse de su enano. Y que para emienda d’ello fuesen con ellas, si lo por bien tenían, a comer a un castillo que muy cerca de allí hallarían, certificándolos que, aunque en cualquier otra parte podrían recibir mayor servicio, en ninguna serían con mayor voluntad servidos. Lo que Aspalión y Lauren les tuvieron en merced, diziendo que pues ellos no dexarían de ser desmesurados, si en otras cosas de que mayor peligro les pudiesse recrecer no cumpliesen su mandado, menos dexarían de obedecerlas en aquello de que tanta necesidad tenían, quanto más que solamente por las aguardar y acompañar hasta su castillo, no las huvieran dexado por no dar tan mala cuenta d’ellos, si por las dexar solas algún daño o fuerça recibieran.

Por donde todos començaron de caminar contra el castillo, el cual tenía su assento a poco menos de media legua dende, entre unos árboles tan altos y espessos, que fasta ser junto a él no lo podían descubrir. Y aún no havían andado camino de echadura de un arco, quando vieron por aquella mesma carrera venir dos cavalleros que traían una donzella forçada, la cual venía llorando fieramente. Y de que más se acercaron, las

donzellas que con Aspalión y Lauren iban, conociendo que era una cormana d'ellas la que assí llorava, dixeron con boz muy alta:

–¡Ay, Dios, que a nuestra cormana llevan aquellos falsos furtada! ¡Por ende, acorredla, por Dios, señores, porque no la escarnezcán!

E como Aspalión e Lauren fuessen tan cerca de los cavalleros, que no tenían tiempo para enlazarse sus yelmos, llegándose a ellos les dixeron que dexassen la donzella, pues no mostrava hazer de su voluntad aquel camino.

–¡Cómo sois sandios! –dixo el uno de los cavalleros–, pues queréis entender en faziendas que vos no cumplen. No me hagáis mucho y haré que vais sin esso tras.

–Más duro les será de lo que piensan –dixo el enano a las donzellas con quien quedara–, porque por ventura, señoras, grandes tiempos ha que por esta tierra no passaron dos cavalleros tan buenos.

–Tales parecen ellos, amigo, por cierto –dixeron las donzellas–, aunque no creo que puede tardar mucho la prueba.

Y aún no ovo acabado de responder el cavallero lo que oístes, cuando Lauren, tirando de su espada, e assí mesmo Aspalión, aunque no tenía los yelmos, fueron contra los cavalleros para los ferir. A los cuales no fallaron perezosos, antes con grande esfuerço, por los ver venir desarmados, pero por esso no se escusó que no los firiessen de tan pesados golpes, que entrambos no quedassen algún tanto atordidos. Por donde antes que los ferir pudiesen, se abraçaron cada uno con el suyo y con la gran fuerça que pusieron, arrancándolos de la sillas y firiendo a sus cavallos de las espuelas, los lançaron al suelo, haziéndoles caer de tan grandes caídas, que no mostravan tener fuerça para levantarse.

Cuando la donzella que forçada iba vido que los cavalleros començavan su batalla, fue para las otras llorando no menos entonces de alegría que antes de pesar, a las cuales dixo que se fuessen luego dende, porque si sus aguardadores eran vencidos, no pudiesen enojarlas los que a ella levavan.

–Vosotras vos podréis ir –dixo la una de las donzellas–, pero yo no dexaré de atender la buena o mala andança de nuestros cavalleros, pues a ruego de nosotras y por vos librar a vós, cormana, de la fuerça que se vos hazía, fazen la batalla. Y cuando ellos sin yelmos han osado acometer a los otros, yo fío en Dios que no levarán la peor parte.

Por donde las otras, viendo que aquella era su voluntad, por no dexarla sola, acordaron de atender el fin de la batalla y passar por su mesma aventura. Pero no gran pieça después que las donzellas habían dicho lo que havéis oído, vieron cómo sus

contrarios estaban en el suelo tan desacordados, que si el miedo de la muerte no les fiziera recordar, bien pudieran Lauren y Aspalión decender de sus cavallos y tajarles las cabeças. Aunque viéndolos contra ellos venir, esforçándose lo mejor que pudieron, començaron de se defender, pero como en ellos no huviesse el esfuerço que para contra tan buenos cavalleros, como eran Lauren y Aspalión, tener convenía, y allende d'esto algún tanto stuviessen sin tiento por razones de sus caídas, muy presto los pararon, tales que puesto que no passara su batalla más adelante, no quedaran sin satisfazer el atrevimiento que tuvieran de levar la donzella forçada, según la sangre d'entrambos de las llagas que ya tenían abundava.

Cuando las donzellas que en el valle fallaron, tan maltrechos los vieron haviedo duelo d'ellos, como aquellas en quien ningún género de crueza cabía, viniendo adonde los cavalleros hazían la batalla les rogaron que se çufriessen fasta haverlas oído. Los cuales luego se desviaron, aunque no con menos necessidad de los unos que desseo de complazer las de los otros. Y cuando assí estuvieron, la una de las donzellas que se dezía Lirena, endereçando sus palabras a los que a su cormana levavan, dixo:

–Bien veis, cavalleros, que si vuestra batalla passa adelante, según las fuerças de vuestros contrarios, y la poca defensa y menos razón que en vosotros se parece, no podéis esperar sino cruel muerte, no sin pérdida de vuestras almas. Pero porque en el corazón de mi hermana e mío no puede caber tan gran crueza que baste para que ver podamos muerte de ningún cavallero, por lo que a los buenos somos tenidas, si la tal muerte por alguna vía pudiere escusarse, querría saber de vosotros si, rogando a estos cavalleros que con la vida vos dexen, lo que por su mesura fiamos que no dexarán de otorgarnos, dexaréis de aquí adelante la mala práctica e villano uso que fasta aquí contra las donzellas havéis tenido. E si lo emendareis de suerte que se parezca haver sido para mayor bien de nosotras, que mal empleado en cada uno de vós el orden de cavallería que recebistes, porque si assí lo entendéis y juráis de cumplir, entenderemos en vos procurar con tanta voluntad el remedio para vuestra vida, cuanta razón terníamos si lo contrario fiziéssedes para que la perdiéssedes.

Cuando los cavalleros huvieron oído la razón de Lirena, y que Aspalión y Lauren le respondieran que ellos no dexarían de cumplir su voluntad y mandado, fincadas las rodillas en el suelo, después de haver agradecido a Lirena lo que por ellos había fecho, y a Aspalión y Lauren la merced que de la vida les otorgavan, les juraron que ellos farían tal emienda de su vida que sería doblada de cuantos males havían fecho fasta entonces, aunque contra donzellas jamás havían errado sino aquel día, por ser el

uno d'ellos más de lo que convenía pagado de la donzella que levavan, de que ya tenían fecha tan cumplida como presta penitencia y recibido el devido castigo.

Y dicho aquello, apretándoles las llagas los escuderos de Aspalió y Lauren lo mejor que pudieron, y dexándolos para que se fuessen, como lo fizieron, a curar d'ellas a Suercia, todos tornaron al camino del castillo, al cual llegaron a tal hora que ya passava medio día. Adonde Lauren descubrió una pequeña llaga que tenía en el cuello, para curar de la cual huvieron de quedar ende cuatro días, porque, puesto no fuesse grande, estava en lugar peligroso. La cual le curava Lirena con mucha voluntad, assí por ser de su condición y natural piadosa, como por parecerle aquellos cavalleros tales que merecían cualquier honra y servicio

Y cuando el padre de la donzella que los cavalleros levavan presa, a la cual dezían Murnea, supo lo que a su fija aconteciera y que los cavalleros que la librarán eran en casa de su hermano, luego vino ende, a causa que muy cerca de aquel castillo bivía, a verlos y darles las gracias que devía, por lo que por su fija fizieran. Y assí él como Veclin, su hermano y padre de Lirena, con su muger, en todo el tiempo que ende estuvieron, no entendieron en más de hazerles todos los servicios que pudieron, aunque sobre todos los servía Lirena, señaladamente a Lauren por lo ver llagado. El cual fue tan pagado d'ella que, al tiempo que lo estava curando el segundo día, le dixo:

–Por muy sandios son juzgados, hermosa donzella, aquellos que de su proprio mal fuelgan, pero cuando aquel mal es causa de mayor bien, como agora el mío, con el cual se me otorga gozar de ver vuestro gracioso gesto y que vuestras hermosas manos lleguen a curar mis llagas, no deven sino ser tenidos por muy sesudos y de dichosa fortuna, pues se muestra muy claro que en semejantes casos los pequeños males y daños redundan en bienes y mercedes muy grandes.

Al cual Lirena, no dexando de folgarse de lo que oyera, dixo:

–Por muy cierto tenía yo, virtuoso cavallero, que la satisfacción de la voluntad que de vuestro bien y salud yo tengo, havía de ser el sentimiento que de vuestra partida se me ha de causar, pues según vuestro merecimiento no ha de ser tan pequeño que no dure más en mi corazón, que en vós el d'esta llaga con la memoria de quien tanto o más que vos curar la dessea. Pero porque si mayor fuesse la causa, tanto más grande sería su acrecentamiento, pídivos por merced que vos contentéis con saber que, puesto que mis gracias y hermosura, si d'ellas Dios me fizo alguna parte, no sean tales que puedan corresponder a vuestro merecimiento, a lo menos el desseo es tan grande, quanto vós lo

podríades dessear, para cumplir lo que fuese vuestra voluntad, en cualquier cosa que mi honra no recibiese menoscabo.

Y como Lauren en el fin de aquellas palabras viesse el rostro de Lirena tan junto al suyo, que con mucha facilidad podía alcanzar el primer fruto con que los amantes pueden gloriarse de las passadas penas y sostener las venideras, quiso tentar si la voluntad de Lirena con la suya serían en aquello conformes. Pero al tiempo que efectuar lo quiso, Lirena se desvió lo mejor que pudo, por donde Lauren conoció que la bondad de aquella donzella no era menor que la hermosura que a él había traído en aquel estado. La cual, dexando a Lauren, porque en aquella sazón vino ende su cormana Murnea, se salió con ella con propósito de le no ir a curar de allí adelante sin compañía, porque la intención de Lauren no se efectuasse, assí como lo fizo.

Y en cabo de los cuatro días que vos diximos, partieron de aquel castillo, no sin gran dolor de Lauren y de Lirena, aunque se huvieron de çufrir. Y siguiendo su mismo camino, cuando algo fueron alexados, el enano, a quien no se había ascondido la mayor parte de aquellos desseos, dixo a Lauren:

–Paréceme, señor, que Lirena no se contenta de personas que no sean apuestas y de buena presencia, pues si assí no fuese de tanto plazer como mostrava tomar en burlarse conmigo, cuando con su hermana la fallamos caçando e mientras al castillo de su padre ivamos, no había de dexar de tomar alguna parte después que allí llegamos. Porque jurar puedo que en todo el tiempo que en él estuvimos, nunca me habló ni la oí con ninguno de nós hablar, sino con vós sólo y entre dientes, cuando curava vuestra llaga como ensalmadera, creyendo que mayor mejoría fallaríades con la virtud de sus palabras que de los ungüentos, aunque fueran mejores. Y aún se me acuerda que cada vez que para vos catar la llaga se acercava a vuestro lecho, me mandava que dende me apartasse, porque no pudiesse aprender las oraciones que sobre ella vos dezía ni menos furtarle el oficio, aunque el tercero día la vi entrar en compañía de su cormana para vos curar. Por donde vengo a creer que en vuestras respuestas los días antes excedistes el oficio de monazillo, a cuya causa no quiso que de allí adelante solos estuviéssedes.

Mucho se folgó Aspalión de lo que Dromisto dixo. Y no dexó de conocer que la dificultad que Lauren fallava para partir del castillo tan cedo, no procedía de aquella llaga que le curara Lirena, sino de la que por curar quedava, puesto que no supiesse más de lo que a Dromisto oyera dezir. Por donde, viendo Lauren movida la práctica en que el hablar desseava, dixo al enano:

–Tú puedes dezir lo que quisieres, pero no negarás que Lirena no sea muy graciosa, y que no le sea yo en gran cargo por la voluntad que mostró en curarme.

–No quiero yo entrar en cuentas tan cerradas, señor –dixo Dromisto–, pero no dexo de creer que ha pesado más a vós sólo de nos haver del castillo partido, que a todos nosotros juntos, según en el tiempo que en él estuvimos vuestros ojos se mostravan deleitar en la hermosura de Lirena. La cual, si mi juicio no me engaña, no queda tan libre de cuidados que no le duren más que a mí el desseo que tuve de ver vengada la muerte de mi señor Quanorín. Pues no se le olvidarán vuestras respuestas en estos dos años.

Y con esto y otras cosas que el enano les dezía y le respondían, passaron aquel día y otros tres, en cabo de los cuales entraron en el reino de Ungría, sin que les acaeciese cosa que de contar sea.

¶Capítulo lxxv. De cómo por Aspalión y Lauren fueron librados Marceo y Logistil de unas prisiones en que los tenía un ladrón antiguo, con muerte d'él y de los suyos. Y de cómo después llegaron en Fradia, adonde era el rey Pasmerindo.

Al cuarto día que Lauren y Aspalión huvieron caminado, después que en el reino de Ungría entraron, les dixeron cómo el rey era venido a tener el invierno en una villa que se dezía Fradia, la cual tenía su assento a ribera del Danubio, que es un río muy grande que passa por aquel reino. Por donde les convino mudar el camino que levavan, por quanto aquella villa de Fradia estava a la izquierda de la carrera que entendían seguir más de tres jornadas. Y aunque los avisaron que en aquellas sierras por donde havían de travessar, hallarían malos caminos y asperos, como en otro no folgassen, acordaron de ir por aquella parte y ver cuán grande era la aspereza de aquellas montañas e lo que en ellas fallarían. Por donde, haviendo una mañana caminado más de tres horas contra lo alto de una muy alta sierra, quando a la cima llegaron, a causa del cansancio que en sus cavallos conocían, decendiendo d'ellos y dándoles a comer de la cevada que para aquella tierra traían, se sentaron debaxo de dos grandes enzinas que ende hallaron, adonde comieron con mucho plazer, mirando de aquel alto los llanos que a su diestra quedavan, los cuales eran tan grandes que los ojos

se cansavan de mirarlos, aunque cuando los bolvían contra lo baxo, adonde havían de abaxar, no recibían menos espanto, por razón que se les representava tan áspero y fondo que no alcançavan a la hondura de aquel valle. El cual se causava assí de aquella sierra en que ellos se fallavan, como de otra que delante se les ofrecía, tanto que cuando el enano lo vido, no pudo dexar de dezir:

–Si esta aventura, señores, yo puedo passar sin peligro, no me ayude Dios si terné miedo de morir en estos cient años, pues jamás tuve temor de fenecer sino en uñas de milanos, y según la aspereza d’esta sierra. Yo creo que aquí se crían tales que no ternán en mucho levarme con mi palafrén por el aire, cuanto más a mí sólo, aunque por cierto tengo que si de dexarme tienen, no será sino por parecerles yo pequeño cevo para su insaciable hambre.

Mucho se folgavan Lauren y Aspalión de ver a Dromisto tan medroso y con tanta gracia, porque no dezía cosa que no los promoviesse a reir. Cuando les pareció hora de continuar su camino, començaron de baxar a pie la sierra, levando sus cavallos y palafrenes cada uno por la rienda. Y en medio de todos el enano, para defenderlo si lo menester huviesse. Y fue tanta la priessa que se dieron, que antes que anocheciesse llegaron a lo más baxo del valle. El cual era tan fondo que cuando bolvieron los ojos contra la sumidad de donde havían decendido, les pareció que no se podía subir más alto sino al cielo. E si antes de abaxar ende no huvieran estado encima de la sierra, más se afirmaran en aquella opinión.

E siguiendo su camino por el valle hallaron una hermosa fuente de agua muy fría y sabrosa, junto a la cual determinaron de alvergar aquella noche, porque, puesto que de cualquier otra parte de las sierras aún fuesse de día, allí era ya tan de noche que si no fuera porque aún veían el cielo sin estrellas, no dexaran de creer que eran passadas dos horas de la noche, ayudando a ello haver ende gran espesura de frexnos y hayas tan altas que parecían llegar sus sumidades a media sierra, debaxo de los cuales havia tanta yerva, que los cavallos a todo su sabor pacieron d’ella mientras ende estuvieron. Pero Aspalión y Lauren no se quisieron desarmar más de los yelmos que, para lavarse los rostros y cenar, se havían quitado. E cuando el sueño començó de aquexarlos, todos juntos se acostaron debaxo de aquellos frexnos, porque según el lugar era sospechoso, assí de animalias como de algunos ladrones que por allí bivían, no quisieron desmandarse, aunque Dromisto no osó dormir sino en medio de los dos cavalleros, cubriéndose muy bien con su manto, cerrando, aunque no durmiesse, los ojos, porque no tenía esfuerço de mirar tan oscuras tinieblas en lugar tan esquivo.

Y así, durmiendo una pieza y otra velando, passaron aquella mala noche, oyendo algunas vezes tan grandes aullidos de lobos que les fazían recordar y estar velando a su pesar. Por donde, luego que pudieron conocer que ya se hazía de día, con perder las estrellas de vista, cavalgando en sus cavallos, començaron de seguir su carrera. Y después que huvieron andado camino de una hora, en el cual tiempo ya era todo el valle muy claro, vieron a su diestra e muy cerca una cueva, a la cual Lauren dixo que entendía de subir por ver lo que en ella havia, rogando a Aspalión que ende lo atendiese, si no quería tomar el mesmo trabajo.

–Pues no venimos por este camino para otra cosa –dixo Aspalión–. Vamos adonde mandáredes.

Por donde todos siguieron a Lauren. Y de que más cerca llegaron, vieron algunos hombres a la puerta d’ella, los cuales, en viendo venir hazía aquella parte los cavalleros, luego vinieron contra ellos con hachas, capellinas y espadas. Por donde Lauren y Aspalión, temiendo que no les matassen los cavallos, a gran priessa descendieron d’ellos, e tirando de sus espadas, embraçaron sus escudos para acometer los ladrones. Los cuales eran ya tan junto a ellos, que antes que los cavalleros les tirassen golpe, ya ellos los havían ferido con aquellas hachas tan tajantes, y con tanta fuerça, que si las armas que traían no fueran tan buenas, muy mal los huvieran llagado. Pero no passó mucho tiempo que los primeros, que con tan gran priessa vinieron, no quedassen en el suelo medio partidos por los cuerpos, pero por esso no los dexavan de ferir los otros de tantos golpes como podían. Y a uno que quiso aventurarse para abraçarse con Aspalión, antes le llegó la espada de Aspalión a la otra parte de las espaldas que lo abraçasse. Pues Lauren no se ha de creer que estuviesse mirando el pleito, porque al tiempo que Aspalión acabava de matar al que se quiso con él abraçar, ya con una hacha que havia tomado a uno de los primeros que mataran, havia ferido a otro de aquellos ladrones que mucho lo aquexava, por medio de la cabeça. De tal golpe, que fendiéndosela hasta las narices, no le valiendo la capellina que traía, lo derribó a sus pies muerto.

A esta sazón, vieron salir a un viejo a la puerta de la cueva, el cual començó de dezir a grandes bozes:

–¡No curéis, vellacos, que pues tanto tardáis en traherme presos esos cavalleros, yo vos faré açotar más cruelmente que a los que ayer vosotros açotastes!

Y aunque no tenía más armadura de un espada, vino para ayudarlos. Pero cuando él llegó adonde la pelea era, de sus ocho hombres no quedavan más de dos, porque los

seis eran ya muertos. Los cuales como se oyeron del viejo amenazar, fuyendo contra él porque los cavalleros los aquexavan, cuando con él juntaron, lo firieron cada uno por su parte de tan grandes golpes de sus hachas por encima de los braços, que como no traxesse armadura, se los cortaron con las canillas, diziendo:

–¡Tomad, don viejo malo, porque a nosotros ni a nadie no hagáis más mal en vuestra mala vejez!

Fue tan cargado el viejo de aquellos dos golpes, que luego cayó en el suelo con la ravia de la muerte, maldiziendo a Dios e a su madre. Por donde el uno de los hombres lo firió de tan gran golpe, por aquella maldita boca con que dava aquellas maldiciones, que partiéndole la cabeça en dos partes, le partió assí mesmo el alma del cuerpo, dándolo a todos los diablos cuyo era, e diziendo:

–¡Tomad essa otra, don falso, porque no reneguéis de Nuestra Señora, a quien devíades tanto que havia más de viente años que vos hazía sostener la vida, para que hiziéssedes penitencia de los males que haviades fecho, y de los que nosotros hazíamos por vuestro mandado!

Cuando Aspalión y Lauren le oyeron dezir lo que havéis oído, llamaron los dos hombres que para ellos se viniessen sin ningún recelo. Los cuales, cuando con seguro de las vidas que ya tenían perdidas se oyeron llamar, luego vinieron ante los cavalleros, haviendo ya arrojado las hachas que tenían muy lexos d’ellos, y se fincaron de rodillas, pidiéndoles merced de la vida, porque no muriessen sin hazer de sus males alguna emienda. A los cuales dixeron que solamente lo que contra el viejo les vieron hazer y dezir en honra de Nuestra Señora, les havia movido a perdonarlos, con que entrambos jurassen de allí adelante dexar aquella mala vida y servir a Dios, assí como lo juraron y después lo cumplieron cumplidamente. Dicho aquello, mandándolos levantar Asp[a]lión, dixo al uno de ellos que por qué causa dixera el viejo que les haría açotar peor que a los que ellos havían açotado, si eran algunos cavalleros que presos tuviesse en la cueva, y que le dixesse si los conocía.

–Los que en la cueva están presos, señor –dixo Aranel, que assí se dezía aquel hombre–, son dos cavalleros, los cuales, passando por aquí ya ha muchos días, vieron al viejo a la puerta de la cueva. El cual a grandes bozes los estava llamando que viniessen. Y quando a sus bozes pararon e lo pudieron oír, les dixo que si adelante passavan no hallarían alvergue, y que por ser cavalleros en quien parecía haver bondad, les rogava quedarse ende aquella noche, pues no podrían hallar en otra parte d’este valle tan buen servicio. Por donde los cavalleros, viendo con cuanta voluntad el viejo mostrava

quererlos acoger, dando crédito a sus palabras, por la auctoridad que sus blancas barvas le davan, decendieron de sus cavallos, a los cuales, por venir sin escuderos, luego el viejo les quitó los frenos y los ató a los árboles que están junto a la cueva para que paciessen. Otrosí les sacó sendas sillas de la cueva en que se sentassen, lo que dudaron de hazer, quitándose los yelmos por ver tan buen acogimiento. Y dende a poco rato les sacó de comer y beber, de suerte que los asseguró de todo recelo, dando gracias a Dios porque en tan esquivo lugar hallavan tan buen recaudo.

»Cuando ya se iba haziendo tarde, el viejo les dixo que le perdonassen si no les tenía compañía, porque quería ir a buscar dos hijos suyos que eran idos a caçar, por donde, dexándolos solos, vino a un passo que aquí adelante havréis visto junto a una fuente, adonde nosotros estávamos debaxo de unos frexnos que hay ende muy espesos, atendiendo dos hombres que havíamos visto decender de la sierra. Y contándonos cómo tenía en su cueva los dos cavalleros que dixen, nos mandó para que los pudiésemos prender a nuestro salvo, que no fuessemos a la cueva hasta que fuese bien de noche, y que no entrassemos en ella más de dos de nosotros, y le llamássemos padre, y los otros atiendiesen de fuera para cuando los que primero havrían entrado, diessen bozes que entrassen luego a ayudarles. Y que los que primero entrassen, no se abraçassen con los cavalleros fasta que él les fiziesse señal, pero entonces que los tuviessen bien abraçados, pues luego les ayudarían los otros. Y que mirássemos en no turbarnos, sino que nos huviésemos en aquello esforçada y sesudamente, ofreciéndonos partir con nosotros todo lo que traían igualmente. Y como el concierto estuviesse tan bien hecho, de la misma suerte se puso en efecto, por donde los dos cavalleros fueron presos sin que valerese pudiessen. Y después que por mandado del viejo los huvimos atado las manos e los pies, por razón de los denuestos que ellos le dixeron cuando los prendimos, y por no les hallar tanto haver como él cuidava, los desnudamos e açotamos muy cruelmente, tanto que no creo que después de aquella pena que él les hazía sentir a tercero día, se pueda considerar otra mayor sino la de los infiernos, que él agora siente. A los cuales tenía, assí como aún están, en muy esquivas prisiones, la llave de las cuales jamás osó fiar a ninguno de nosotros, antes la traía siempre, como agora la tiene, de su cinta colgada.

Mucho se maravillaron Lauren y Aspalión de lo que Aranel les havia contado, dando a nuestro Dios infinitas gracias por los haver guiado por aquel lugar, por donde pudiessen librar a los cavalleros que presos estaban, aunque no creían conocerlos. Y mandando tomar la llave de las prisiones, dixo a Aranel que los sacasse fuera de la

cueva, lo que no se tardó de poner por efecto. Y cuando los cavalleros se vieron de las prisiones sacar, dixeron:

–¡O, señor Dios, dadnos vós la muerte, pues aquí no vos podemos servir como era nuestro desseo, a lo menos paciencia y çufrimiento con que estos tormentos passar podamos sin desesperar de vuestra misericordia!

Y después dixeron a Aranel:

–Di, hermano, ¿mádanos sacar tu señor para quitarnos la vida? Porque si assí es, rogaremos a Dios que te dé de las albricias y galardón que de tan alegres nuevas mereces.

A los cuales Aranel dixo:

–Alegradvos, cavalleros, que no vos mandar sacar sino para que biváis y sirváis a Dios la merced que vos hizo en vos sacar d'este infierno. Porque el viejo ya es muerto por mi mano, a causa que me amenazó que me haría, como a vosotros, açotar.

Tan grande fue la alegría que los cavalleros sintieron oyendo aquellas nuevas, que no las podían en manera alguna creer, si no vieran que les quitava Aranel los grillos, porque la cadena que al cuello tenían havia sido la primera de las prisiones que les quitó. Pero cuando de manos y pies se vieron libres y pudieron sus espadas tomar, buenos huvieran de ser los diez cavalleros que tuvieran atrevimiento de tornarlos a prender, pareciéndoles que con solas sus espadas no los osarían acometer aunque fueran veinte. Y cuando salidos de la cueva vieron a Aspalión y Lauren, luego dixeron:

–¡O, señor Dios, y qué es lo que vemos!

E juntamente los vinieron a abraçar. E ya los tenían abraçados y aún no conocían quién fuessen, pero cuando más los cataron, y conociendo que eran sus mayores amigos Marceo y Logistil, criados del rey Pasmerindo, su señor, ninguno vos podría dezir ni acomparar el gozo que todos sintieron. Porque, puesto que los unos en ser liberados venían de la muerte a la vida, los otros por haver sido el medio y podido hazerles aquel beneficio, no lo sintieron en menos grado. Y después que se assossegaron de aquella tan súpita alegría, e vieron los seis hombres muertos e la cabeça del viejo partida en dos partes, mucho se maravillaron de tal estrago y tan prestamente fecho.

Y como a Logistil y Marceo no les aquexasse menos el hambre, por la dieta que les hazía tener el viejo, que el dolor y llagas de los açotes, se fizieron dar de comer, no recibiendo Aspalión y Lauren menos plazer en ver el saber con que comían, que dolor de los ver tan flacos y maltrechos, que no havia quien los conocer pudiesse. Y después que todos huvieron comido, haziendo gran fuego, Aranel y su compañero, por mandado

de los cavalleros, quemaron al viejo con los seis hombres que vos diximos. Y quando huvieron sacado de la cueva las armas de Marceo y Logistil, con lo demás que les pareció que podían levar, Aranel y su compañero, entre los cuales repartieron todo lo que ende hallaron, pusieron fuego a la cueva con tanto aparejo de leña, que antes de medio día todo fue quemado.

Y en la mesma hora, cavalgando en sus cavallos, llevando por guía a Aranel, el cual muy bien sabía aquella tierra, juntamente con el otro hombre que vos diximos, partieron de aquel infierno. Y por el camino, pues no se podían dar mucha priessa a causa de ser muy fragoso, se contaron los unos a los otros todo lo que les había sucedido después que eran partidos de casa del rey Pasmerindo, como aquellos que se mucho amavan y gran tiempo en uno se havrían criado.

Acabadas de contar sus aventuras, Dromisto, que fasta entonces no havia dicho cosa, escuchando lo que cada uno havia contado, dixo a Logistil y a Marceo:

–Yo creo, cavalleros, que en ninguna parte será mejor mi vivienda que en esta tierra, pues en ella açotan a los grandes, y a los pequeños hazen mucha honra, como a mí agora, que assí me aguardáis como si fuesse alguna cosa, pues por ventura grandes tiempos passarán que ningún cavallero ni donzella, aunque mucho valgan, será más aguardado ni de mejores cavalleros.

–Aí podrás tú ver –dixo Lauren, porque Marceo y Logistil no estaban para dezir burlas– a qué tierra te llevamos, pues tratando en ella los cavalleros, como tú has visto, es cierto que a ti no te tratarán sino peor.

–Por eso está bien, señor –dixo Dromisto–, que yo me guardaré de denostar a nadie, porque allende que no es de mi natural, ni menos podría dezir a otri defectos que en mí no los haya mayores, fazerlo he por miedo de la pena, castigándome con cabeça agena, como hazen muchos, a los cuales no juzgo yo por menos sesudos que a los obstinados por sandios.

Hablando en aquellas y otras cosas que les ocurrían, llegaron a lo alto de la otra sierra, de la cual, viendo la tierra llana, mucho se folgaron, considerando que ya no ternían tan mal camino de allí delante, como el que havían passado. Y después que huvieron abaxado d'ella quanto dos echaduras de arco, vieron un castillo que tenía su assento quasi en lo medio de aquella cuesta, la cual con gran parte no era tan alta ni áspera como las dos que passaran. Y viendo que era ya tarde, se dieron tan buena prissa por no llegar de noche al castillo, que quando a él llegaron, quasi entonces se acabava de poner el Sol. Y a tiempo que el cavallero, cuyo castillo era, estava a la puerta con un

donzel y dos escuderos, atendiendo que le abriessen, porque venía de caça. Al cual preguntaron si hallarían alvergue en aquel castillo. El cual les dixo que ende se les haría todo el servicio que él pudiesse, assí como tenía por costumbre de servir a cuantos cavalleros por allí passavan. Y acabando de dezir aquello, mirando a Lorgistil y a Marceo, les dixo:

–No sé si recibo engaño, señores, pero a mi parecer diría que no ha mucho tiempo que estuviste en este castillo.

–Assí es verdad, por cierto –dixeron ellos–, que nos hezistes tan grande honra, como en una cueva que hallamos d’esta otra parte daño y desonra, aunque bien lo han pagado.

Dicho aquello entraron todos dentro, adonde les tomaron los cavallos y los cavalleros subieron a lo alto para desarmarse, lo que bien havían menester, assí los unos por haver dos días y una noche que no se desarmaran, como los otros por razón de las llagas de sus açotes.

Después que huvieron cenado, Alenor, que assí se dezía el señor del castillo, les rogó que le contassen lo que antes de entrar en el castillo dixeran de la cueva que havían hallado, lo que luego le fue contado por Lauren, sin faltar cosa. De que Alenor dio a Nuestro Señor Dios innumerables gracias por haver quitado tan malos hombres del mundo. Y otrosí les pidió por merced que sus nombres le dixessen, porque supiesse quién havían sido los que tanto bien havían fecho en aquella tierra. Los cuales Lauren le dixo juntamente con las haziendas de todos, por contentarlo, conociendo la buen voluntad con que los servía. A maravilla fue grande el plazer que Alenor sintió, por ver en su casa tan buenos cavalleros y que tanto podían con el rey, su señor, e mucho le plugo haverlos ende acogido y fecho algún servicio.

Y después, llamando a su fijo, que era el donzel que con él venía de caça, les pidió por merced que con ellos lo llevassen, porque aprendiesse lo que para ser buen cavallero convenía, y quando les pareciesse tiempo, suplicassen al rey, su señor, lo fiziesse cavallero. Porque, puesto que aquel solo fijo fuesse la lumbré de sus ojos, entendía çufrirse de tenerlo en su compañía, porque fuesse tal cavallero que con razón tuviesse entre los buenos cabida, y aprendiesse las buenas maneras y costumbres que para aquello convenía, pues sin ellas ningún esfuerço ni fuerças eran de preciar.

Todos se lo prometieron con buena voluntad. De que Alenor fue tan alegre, que si se lo consintieran, no dexara de besar las manos por aquella merced. Por donde aquella noche adereçó lo que convenía. Y en la mañana, saliendo con ellos hasta lo

llano, de donde le rogaron que se bolviesse, dando a su hijo la bendición con tantas lágrimas que todos havían d'él gran duelo, y encomendándolo a aquellos cavalleros quanto pudo, bolvió a su castillo, dexándolos en el camino de Fradia, adonde en cabo de algunos días, sin aventura fallar llegaron.

Y a tal tiempo subieron a las casas donde el rey tenía su aposento, que lo hallaron con la reina sobre mesa, folgándose con su hijo Valerián, el cual ya parecía niño de cuatro años. Cuando el rey vido aquellos cuatro cavalleros, que sobre todos quantos en su corte bivían amava, con aquel donzel que no conocía, a maravilla fue grande la alegría que sintió, tanto que de la silla se levantó para los recibir, porque con ellos, si no havía ende estrangeros, no se mostrava grave, assí como en aquella sazón que ninguno havía con el rey que no fuesse de los familiares y ordinarios de su servicio. Y cuando vido al enano que consigo traxeran, al cual no havía visto, aunque él estava de pies y los cavalleros con las rodillas en el suelo, mandando que se levantassen, les preguntó por las faziendas del donzel y del enano. Por donde Aspalión, después de haver besado las manos, assí al rey como a la reina, que no menos fue alegre de la venida de todos, le dixo que aquel donzel se dezía Banortes, y cómo era hijo de un honrado cavallero llamado Alenor, señor de un castillo que se dezía de la Sierra, en el cual muy gran servicio se hazía a todos los cavalleros andantes. Y que pues su padre, por su crecida edad no podía con su persona servirlo, havía querido embiarle aquel solo hijo que tenía, suplicándole que lo recibiesse para su servicio, assí como ellos se lo suplicavan, pues en él se parecía que no le faltaría cosa para buen cavallero.

Por donde el rey, vista la persona del donzel e oída la relación de la bondad de su padre, y por complazer a aquellos, sus criados, dixo que era contento de recibirlo por suyo. Por la cual merced, luego Banortes le besó las manos. Y después de hecho aquello, siguiendo Aspalión su razón, dixo al rey que ellos no sabían de la hazienda del enano más de quanto le havían hecho alcançar vengança de dos cavalleros que a traición havían muerto a su señor. Y pues él se contentara de su compañía, acordaron traerlo con ellos para que lo sirviesse, certificándolo que Nuestro Señor le havía otorgado en gracia y saber, lo que le havía quitado de cuerpo y de piernas, por donde él mismo daría de sí cumplida razón de lo que más se le preguntara.

Oído aquello el rey, le preguntó si quería bivar con él, porque contra su voluntad no lo recibiría. Al cual Dromisto dixo:

–Si los cavalleros a quien Dios no hizo de estado y de otras gracias menguados, poderoso señor, lazerando los días y noches y llagando sus cuerpos y aventurando sus

días por fazientas ajenas, van por el mundo solamente por ganar algún prez y honra, por donde los príncipes, conociendo el valor y esfuerço de sus personas, se muevan a recibirlos en su servicio, y quando alcançarlo pueden, no dexan de conocer que han recebido de Nuestro Señor Dios muy grande merced, cuánto pues más, señor, so yo tenido de conocerla, que sin medida se me haze, siendo una cosa tan vil en comparación del más covarde cavallero y de menos valor de quantos son nacidos, pues de vuestra propia voluntad queréis que sea vuestro, no lo pudiendo los otros alcançar sino con la precedencia de los peligros y afanes que dixere, y otrosí con ruegos e otros medios que para ello trabajan de poner. Por donde, señor, como aquel a quien se haze mayor merced de la que en él cabe, aunque mi cuerpo, como es de enano, fuesse del mayor jayán del mundo, digo que la recibo. Y por ella vos beso los pies, pues a mí no se otorga facultad ni merecimiento para alcançar las manos.

Dicho lo qual, quiso besar los pies al rey, el qual no lo çufrió, antes quiso que las manos le besasse, pues por suyo lo recibía. Assí quedó este enano al servicio de aquel buen rey, aunque después muchos y más señalados servicios hizo a su hijo Valerián de Ungría, según se cuenta en la segunda parte d'esta grande historia.

Fecho aquello, el rey mandó a Aspalión que fuesse a descansar con su muger, porque con gran desseo de su venida lo estava atendiendo, el qual, dándole las cartas del emperador Octavio y de los príncipes Nestarcio y Arinda, remitiendo la crehencia d'ellas a Lauren, se fue a la posada que para él havían dado los aposentadores. La qual estava muy cerca de las casas del rey, a causa que, como se vos dixo, era su camarero mayor, adonde falló su muger Asserina, recibíendosse entrambos con no menos amor que tenían desseo de verse. Y Lauren, después de haver leído los reyes sus cartas, les contó todo lo que en Colonia havían visto, sin dexar cosa, con que fueron muy ledos.

Y en cabo de algunos días que aquellos cavalleros ende llegaron, el rey hizo que se casassen, pues las voluntades d'ellos concurrían, Lauren con la donzella Colencia, y su hermano Darinto con una hermana de Lauren, a quien dezían Darinea; y Logistil y Marceo con dos donzellas de las que con la reina vinieran de Trepisonda, a maravilla hermosas, a la una de las cuales llamavan Bossencia y a la otra Cassania. A los cuales el rey, allende de lo que la reina les añadió por su parte, dio tan grandes dotes, que todos se tuvieron por satisfechos de sus servicios, aunque doblados fueran. E con aquello, los que entonces començavan tomaron ánimo y se les acrecentó el desseo de servir cada uno en su oficio a los reyes, sus señores, pues tan agradecidos eran. Y por razón de aquellas bodas, muchas fiestas se hizieron ende, con dos torneos, para entrar en los

cuales el rey hizo cavalleros a muchos donzeles y escuderos, y entre los otros a Banortes, el cual lo hizo tan bien, que antes fue su esfuerço embidiado que tenido en menosprecio.

Y fue tan grande el contentamiento que el rey tuvo de Dromisto, después que conoció a que pujava su discreción y saber, que cuando el príncipe, su hijo, fue de la edad que Arismenio le dixera que havía de tener, para embiarlo a la casa del emperador Octavio, las dos personas a quien más el príncipe encomendó que por él mirassen fueron Aspalión del Vado, el cual levava cargo de le enseñar las cosas de las armas, por quanto como se vos ha dicho era muy sabio en aquel exercicio, y a Dromisto, para que le retraxesse de los exercicios a que los donzeles se inclinan contrarios a las virtudes que les han de enseñar, según se dirá en su tiempo.

¶Capítulo lxxj. De cómo, después de entrado Finariel en Francia con la infanta, su muger, y su compañía, a ruego de un donzel que le vino a pedir socorro, fueron con licencia del príncipe para socorrer a su padre, Gostilán, duque de Normandia, e Aduarte, señor de Nimes. Y de lo que en ello fizieron.

Al tiempo que el príncipe Nestarcio, con el duque de Saxonia y el cardenal de Maguncia, se despidieron del príncipe Finariel y de la infanta Polidia para volver a Colonia, ya se vos dixo cómo a la infanta levavan de la mesma manera que a la princesa Arinda traxeran de Costantinopla, y los grandes recibimientos que en las ciudades e villas por donde passavan se les fazían, con todos los más servicios que podían. Agora conviene que sepáis que después de haver passado con muy pequeñas jornadas todo el ducado de Bravante y condado de Flandes, porque se folgavan de ver toda aquella tierra por ser tan hermosa y poblada de grandes villas y ciudades, que a duro se hallaría su igual, entraron en otra provincia que se dezía Artues, y passada aquella en Picardia, la cual ya era del señorío de Francia.

Y una noche llegaron a una ciudad que se dezía Mians, la cual era la principal de toda aquella provincia, y en la entrada d'ella, como ya fuesse de su señorío, se les hizo muy grande y alegre recibimiento, porque assí lo tenía mandado el rey, padre del príncipe Finariel, que se hiziesse. Y como la infanta huviesse oído dezir que en aquella

ciudad había una iglesia muy nombrada y hermosa so invocación de Nuestra Señora la Virgen María, quiso antes de ir a las casas en que habían de aposentarse, que la levassen a aquella iglesia para que pudiesse en ella hazer aquellas gracias a Nuestra Señora que había prometido, assí como se hizo. Y después que de la iglesia salieron, aunque ya fuesse cerca de la media noche, llegaron a las casas que vos diximos, adonde no se ha de creer que les faltasse cosa de las que convenían para su sustentación y descanso. Y porque la infanta venía del camino algún tanto fatigada, descansaron ocho días.

En cabo de los cuales, una mañana partieron, y a muy gran vicio anduvieron dos días sin les acaecer cosa que de contar sea. Pero al tercero día de mañana, no habiendo aún andado una hora después que de una aldea partieron, vieron contra sí venir un donzel sobre un palafrén llorando, no mostrando traher menos cuita que priessa, el cual, cuando fue cerca d'ellos e vido tan gran compañía, les dixo:

–¡O, cuán grande servicio faríades a Dios, señores, si dos de vosotros en quien se aposenten bondad y esfuerço, quisiéssedes seguirme y ayudar a mi padre, que también es cavallero, en una necessidad muy grande, para librarlo de la cual no conviene que se le defiera el socorro!

Oída por Gostilán, duque de Normandia, y Aduarte, señor de Nimes, que ivan los primeros, la demanda tan apressurada del donzel, suplicaron al príncipe Finariel les diesse licencia para hazer aquel socorro. La cual luego les fue otorgada, y aun si con justa causa él pudiera con ellos ir, no dexara de lo hazer, según era piadoso y se dolía de aquellos que a él venían con alguna cuita. Por donde los cavalleros que vos diximos, dixeron al donzel, el cual, viendo el buen recaudo que Dios le había dado no estava menos alegre que antes triste, que pasasse adelante y les enseñasse el camino, porque luego lo seguirían, assí como lo fizo. Y en la mesma hora començaron de caminar a la mayor priessa que podían, tanto que en menos de dos horas anduvieron camino de más de tres leguas, en cabo de las cuales llegaron a un valle de muy espessos árboles. Y poco después que por él entraron, començaron de sentir golpes como de cavalleros que se combatían, y aunque pareciesse sentirlo de lexos, no era ello assí, antes eran ya muy cerca, causándolo la espessura de los árboles, por la cual no pudieron, tan presto como oyeron los golpes, ver a los que los davan. Pero de que algo más adelante passaron, luego vieron que tres cavalleros combatían a un cavallero solo y lo ferían por todas las partes que mejor podían. El cual se defendía d'ellos tan bien que era maravilla, aunque lo más que le ayudava era que tenía las espaldas puestas dentro de un grande roble, que era hueco quanto dos estados de hombre, el cual Dios le había dado para su defensa. Y

como no le podían ferir sino por delante, con su espada y escudo se guardava con tanta destreza de los golpes de sus contrarios, que no le podían nuzir sino muy poco. Aunque el cavallero estava ya tan cansado que, si el socorro no le sobreviniera, no pudiera defenderse media hora, según lo aquexavan. Y como los que para socorrerlo venían, viessen tan gran villanía, diziendo en una boz tan alta, que todos los cuatro cavalleros que se combatían la pudieron oír:

–¡Esforçad, cavallero, que aquí somos en vuestro socorro!

Y decendiendo de sus cavallos, fueron contra los tres que al cuarto combatían, con sus espadas tiradas y sus escudos embraçados, para los castigar de su traizi3n según merecían. Cuando el padre del donzel, que era el cavallero que en el roble estava, vido tan buen socorro, con doblado ánimo, como aquel que no teniendo ya sino muerte, desseava darla a los que con tan gran saña se la procuravan, no tardó en salir del roble y juntarse con los dos cavalleros que para le ayudar vinieran. Los cuales ya havían començado de cargar a sus contrarios de muy duros golpes.

Y cuando cada uno tuvo su contrario delante, entonces viérades una hermosa batalla de seis cavalleros, en la cual se davan y recibían grandes y pesados golpes. Porque los unos con temor de la muerte, la cual tenían por cierta si se no defendían bien, y los otros con gran voluntad de fazer les passar por ella, lo fazían tan bien que era maravilla. Pero como Gostilán y Aduarte fuessen sin comparaci3n de mayor esfuerço y destreza que cualquier de los otros que ende eran, y viniessen desseosos de hazer todo lo que sus fuerças pudiessen, no menos que si el mismo príncipe Finariel, su señor, fuese a ello presente, pues havía de saber todo lo que havrían fecho en aquella demanda, luego cargaron a sus contrarios, ayudádoles a ello el padre del donzel, aunque algunas llagas tenía. De tal manera que no les pudiendo resistir, se ivan haziendo una piña, no entendiendo en más de defenderse, desseando cada uno d'ellos hallar un roble con que las espaldas tuviessen seguras y huviesse en ellos mayor defensa, lo que hallavan al contrario, según eran en aquella saz3n aquexados. Por donde no pudo durar tanto el defenderse, que ya en aquel tiempo no los huviessen por muchas partes llagado, y de tan grandes llagas, que era maravilla cómo se podían en pies sostener, lo que causava el miedo de la muerte, el cual les dava fuerças. Las cuales muy poco les aprovecharon, señaladamente al que con Gostilán se combatía, el cual, firiéndolo de un pesado golpe por encima del yelmo, de tal suerte se lo fendi3 juntamente con la cabeça, que luego cayó en tierra con la ravia de la muerte, la cual no tardó mucho en sobrevinirle, pues antes que sus compañeros cayessen, lo que no se difiri3 gran pieça, se le sali3 el alma,

quedando tendido en el campo. Al tiempo que Aduarte firió a su contrario sobre el ombro derecho de tal golpe, que hasta las costillas lo fendió, no le prestando armadura que traxesse, con que luego hizo compañía al primero que muriera.

Cuando el tercero vido a sus compañeros muertos, y que él no lo esperaba ser menos, arrojando la espada de la mano, se fincó de rodillas, pidiéndoles por merced le otorgassen tiempo para que sus pecados confessasse antes que muriesse, pues de bivar no le quedava ninguna esperança, lo que le fue otorgado, porque no perdiesse como sus compañeros el alma. Por donde, mandando Gostilán y Aduarte a sus escuderos que las llagas le apretassen y que lo ayudassen a cavalgar en su cavallo, lo dexaron ir a curarse d'ellas y de su alma, la cual, antes de tercero día, dio al Señor que se la había encomendado.

Cuando el padre del donzel a su hijo vido, luego pensó que él le había procurado aquel socorro. Y aunque muy gran desseo tuviesse de hablarle, conociendo que era razón dar primero las gracias que devía a aquellos cavalleros que lo habían de la muerte librado, se las dio cuan cumplidamente pudo, y les pidió por merced que fuessen con él a su castillo, porque pudiesen recibir d'él algún servicio, pues era cerca de allí, lo que luego le fue por los cavalleros otorgado. Y pues ya se había hecho apretar sus llagas, después de haver a su hijo abraçado muchas vezes, cavalgando en su cavallo, juntamente con los cavalleros que lo habían librado, fue a su castillo, adonde les dio de comer lo mejor que pudo.

Los cuales, después de alçadas las mesas, le preguntaron que por qué causa aquellos cavalleros punavan tanto en darle la muerte, y a su hijo cómo lo supiera, porque, puesto que lo primero no supiesen, lo segundo les parecía imposible. A los cuales el cavallero dixo:

–Yo no sé, señores, cómo supo mi hijo que aquellos cavalleros me atendían para matarme, pero dezirvos he la causa por que yo creo que me la procuravan. Yo fui, señores, casado con la madre d'este mi hijo, en la cual huve a él y a una hermana suya, la cual, por ser yo viudo, tengo en casa de una hermana mía que es casada con un cavallero muy honrado, en una villa a dos leguas de aquí que se dize Ranea. Y como Nuestro Señor no se haya olvidado, entre las otras gracias que le otorgó, de dotarla de tanta hermosura que a duro en esta comarca se hallaría su igual, muchos cavalleros codiciosos de la alcançar por muger la servían, punando cada uno con honestos medios ganarle la voluntad. Y siguióssse que el primero de los dos cavalleros que hoy murió en la batalla, se pagó tanto de mi hija, quanto ella era d'él mal pagada, por ser cavallero de

malas maneras, por donde era muy mal quisto en esta tierra, allende de ser el más feo que jamás se vido. El cual me la embió a pedir por muger, y como fuessen por mí conocidas su fealdad y malas maneras, juntamente con la voluntad de mi fija, le fize rogar que me perdonasse si a mi fija no le otorgava, porque, como en semejantes casos huviessen de conocer muchas voluntades para lo traer a efecto, en aquello que él pedía ninguna había fallado por su parte, ates todas contrarias, por donde yo no podía cumplirlo. El cual, sabida mi respuesta, en lugar de apartarse de aquella vanidad, con dobladas importunaciones traxo a mi hija en tal estado, que más de un año que no salió a parte, que d'él ni de otro alguno pudiesse ser vista, según era d'ella aborrecido.

»Por donde, viendo que por ninguna vía podía traer a efecto sus desseos, me fizo amenazar diziendo que si yo no le dava a mi fija por muger, él faría que me costasse tan caro haverla engendrado, quanto a él los desseos que de la alcançar por señora tuviera. Y como yo creyesse que aquellas amenazas no procedían de sus pensamientos, ni que sus obras pudiesen ser conformes a su mal gesto, no quise hazer lo que él merecía, sino mirar por mi casa y entender en casar mi hija, porque del todo perdiessse la esperança de alcançarla. Y para ponerlo en efecto, ayer embié a mi fijo para que diesse aviso a otra hermana mía, la cual bive a tres leguas de aquí, en un castillo que está cerca del camino, adonde mi fijo vos encontró, cómo esta mañana me partiría para Mians a dar conclusión en el casamiento de mi fija con un fijo de un cavallero de aquella ciudad. Y otrosí por rogar lo que se aparejasse, para que, cuando fuesse concluido, pudiesse venir a casa de la otra mi hermana con quien está mi hija, para acompañarla cuando la levaríamos a la ciudad que dixé, porque yendo con tan buena compañía y de otros muchos deudos que tiene, la levássemos honradamente por la razón que hoy al mundo se deve. Por donde yo partí esta mañana para ir a lo que, señores, vos he dicho, y cuando fui en el valle en que me hallastes, me saltaron aquellos tres cavalleros de manera que si Nuestro Señor Dios no me diera por amparo aquel roble, adonde pude defenderme hasta que vosotros, señores, vinistes, ni yo vos lo pudiera agora contar ni los cavalleros tuvieran el pago de la mala obra que quisieron hazerme. Esto es lo que yo puedo contar d'este fecho, dexando lo ál para mi fijo, pues él sólo lo sabe.

Y mandando a su fijo que les dixesse quién le había avisado que aguardavan a su padre, lo començó de contar, diziendo cómo la noche antes, habiendo llegado al castillo de su tía, le dixera el mandado de su padre. Y que aquella mañana, mucho antes que amaneciesse, era partido dende por alcançar a su padre antes que saliesse de su castillo,

por ir en su compañía a Mians. Y cuando fue a la entrada del valle había encontrado con aquellos cavalleros que lo aguardavan, los cuales jamás lo dexaron passar, antes le mandaron que luego bolviesse por donde viniera. Y que al tiempo que junto a ellos llegara, havia oído al uno dezir: «Sé que alguna mañana verná por aquí Agoleno –que assí se dezía su padre– para que me pague el desdén y menosprecio de mi persona». Y que como él supiesse que su padre no tardaría a passar por ende, y que aquellos cavalleros lo atendían para matarlo, acordó, aguijando su palafrén cuanto podía, de bolver a un castillo de un amigo de su padre, el cual tenía dos hijos muy buenos cavalleros, para rogarles que viniessen a socorrerlo. Y que como no los havia hallado, porque eran idos el día antes con su padre a Mians, se bolviera llorando por el camino, en el cual fue su ventura de encontrar con tantos cavalleros que bien mostró Nuestro Señor que tenía más voluntad de castigar la mala intención de los que querían a su padre matar, que no de su muerte, por la falta que assí a él como a su hermana faría.

Maravillados Gostilán y Aduarte de tan gran traición, rogaron a Agoleno que se fuesse a descansar, porque ellos entendían de partir luego por ver si podrían alcançar al príncipe, su señor, aquella noche.

–¿Cómo, señores? –dixo Agoleno– ¿Ya es en esta tierra nuestro príncipe y señor?

–Ya es aquí –dixeron ellos–, y aun trahe consigo a su muger, la hija del emperador Octavio, de cuya hermosura y virtudes ya havréis oído hablar algunas vezes.

Cuando Agoleno aquello oyó, como aquél que no era menos leal que virtuoso y de buenas maneras, comenzó de llorar, dando gracias a Nuestro Señor Dios, porque con tan cumplida honra y contentamiento, lo bolví a casa del rey, su padre, para que en su vegez sintiesse aquel gozo que tanto se havia de creer que desseava, y algún descanso en la librança de los hechos de aquel gran reino en que aún entendía.

Mucho se folgaron aquellos cavalleros de ver lo que Agoleno fazía y dixera, considerando que todo aquello no podía proceder sino de la gran voluntad y amor que al rey, su señor, tenía. Y al tiempo que ya querían dende partir, Agoleno les pidió por merced que sus nombres le dixessen, porque supiesse a quien devía la vida con que quedava, los cuales se lo dixeron, juntamente con sus haziendas, por lo dexar más satisfecho, pues ellos lo eran de su bondad y agradecimiento. El cual, cuando lo oyó, quiso fincarse de rodillas para les besar las manos, los cuales, no se lo consintiendo, partieron luego, dexándolo que hazía gracias a Nuestro Señor Dios por la gran merced

que aquel día le fiziera, y otrosí por la honra que por haver sido librado por cavalleros de tan gran estado se le recrecía.

Y aunque los cavalleros se dieron por el camino la mayor prissa que pudieron, no llegaron a la aldea en que el príncipe había parado hasta que fue bien de noche. Al cual hallaron que, haviendo cenado, estava hablando con la infanta, su muger y los otros altos hombres, sobre lo que les habría podido suceder en su demanda, los cuales fueron d'él con mucha alegría recibidos. Y quando supieron cuán bien les había sucedido, todos fueron muy ledos, juzgando al donzel, hijo de Agoleno, por tan sesudo, como a su padre bueno y leal. Y por oír cumplidamente el príncipe todo aquel fecho, les mandó dar de cenar junto a su mesa, por ser la primera cosa que, después de entrados en Francia, les había acaecido. Y quando les pareció hora fueron a dormir, por madrugar para seguir su camino.

¶Capítulo lxxvij. De cómo el príncipe Finariel con la infanta, su muger, y su compañía, llegaron a París. Y de lo que, después de algunos días que ende llegaron, sucedió.

Bien de mañana era quando levantados el príncipe Finariel y la infanta con todos los otros cavalleros, cavalgaron para seguir su camino, el cual passaron sin hallar cosa que de contar sea hasta que a París llegaron. Adonde se les fizo tan alto recibimiento y con tanta diversidad de juegos y otras cosas que podían señalar la alegría con que se fazían, que sería no menos prolixo que imposible ponerlo por escrito. Porque siendo la ciudad muy grande y no menos populosa, y faziéndose por todas las calles d'ella juegos e otros exercicios de alegría, ningún mortal pudiera particularizarlos y mucho menos en carecer ni acomparar el gozo que aquel buen rey sintió quando ante sí vido, fincadas las rodillas en el suelo, aquellos dos hijos. A los cuales, abraçando y besando muy gran pieça, no tenía memoria ni menos facultad para hazer ni dezirles que se levantassen, hasta que ellos, tomándole las manos y besándolas como obedientes hijos, le hizieron recordar que de rodillas estavan, por donde, ayudando a cada uno con la mano que los tenía, se levantaron. E al tiempo que hablar pudo, alçando los ojos al cielo, dixo:

–Agora, Señor, sea cuando vos fuéredes más servido, pues me hezistes merced de alargar mi vida para que ver pudiesse esto, que después de vuestra gloria, era por mí más desseado.

Y bolviéndose después a sus hijos, a los cuales, con la turbación causada del sobrado gozo que su corazón sintió, aún no había bien podido ver, cuando vido aquella hermosa infanta, ¡o, cuánta más parte le sobrevino de alegría!, pareciéndole que el corazón se le abría para que dentro d'él entrasse aquella graciosa infanta, y que no fuesse d'él menos señora, como fija que lo era del príncipe, su marido, como muger. A la cual, besando muchas vezes, dava a Nuestro Señor Dios gracias por las mercedes tan grandes que aquel día recibiera.

Y después que aquella primera vista y turbación passó, fueron para assentarse a las mesas, adonde se puede creer que no les faltaría cosa de las que para semejante día convenían. Otrosí quiso el rey que todos los cavalleros, assí los que con sus hijos eran venidos, como los otros que estaban en su casa, cenassen en su presencia, porque no quería que de aquel gozo suyo no cupiesse a todos muy gran parte, creyendo que el gesto de aquella graciosa infanta a cuantos la miravan acarreava el mesmo deleite. El cual era tan grande, que todo su cenar fue del pasto que su corazón, hasta entonces tan hambriento de ver lo que delante tenía, como gozoso de lo haver alcançado, iba tomando a todo su sabor sin acordarse de otra cosa, tanto que todos los que en ello paravan mientes, se maravillavan de verlo tan embevecido en mirar sus hijos, porque no parecía caber en su corazón la alegría que en su gesto se mostrava, causándolo que hasta allí había muchos años que no le conocían sino mucha tristeza.

Jamás se hiziera hora de dormir para el rey, si no le dixeran que ya passavan dos horas despues de media noche, porque todo aquel tiempo que con sus hijos estuvo, no lo juzgava él por más de un momento, según sintiera gloria y descanso. Por donde, dando lugar a la razón más que a la voluntad, acompañándolos hasta los dexar en el lecho en que havían de dormir, por no dexar de gozar de aquella tan deleitosa vista en aquel poquito tiempo que lo hazer podía, los dexó, bolviéndose a sus cavalleros. De los cuales se despidió para que fuesen a descansar del trabajo de su camino, assí como lo fizieron.

Y assí el otro día de mañana, como muchos días después de llegados ende, no se entendió sino en hazer fiestas, en las cuales hubo assí justas como torneos, los cuales no fueron menos nombrados que los de Colonia, y otros juegos y exercicios para más regozijarlas. Y antes que las justas se fiziessen, el príncipe Finariel fizó que Lentín, el cual había sido su escudero y a quien, como vos diximos, ya se había dado el orden de

cavallería en Colonia, se casasse con Grilenda, la donzella que después de Lumela la infanta más amava. A los cuales dio tanto haver que, aunque no tenían título de duques ni de otros estados, no eran en menos tenidos ni honrados por todos los altos hombres y otros cavalleros en casa del rey. El cual estuvo tan alegre en todos aquellos días que, allende que no se le pidió cosa que el conceder pudiesse que de otorgar la dexasse, hizo tantas mercedes e dio tantos dones y haver, que bien mostrava en ellos la causa porque lo fazía. Y lo que más fizo acrecentar aquellas fiestas fue que le vinieron nuevas que la guerra, que el rey de España le havía començado de fazer por Bayona, era ya fenecida con assento de perpetua paz, según la concordaron los dos cavalleros que fueron con la otra gente embiados para la guarda de Bayona, assí como vos diximos.

En cabo de cuatro meses que a París llegaron, la infanta parió un hijo a maravilla hermoso, por el nacimiento del cual muy grandes fiestas se hizieran, si el rey, su agüelo, no estuviera de tan grave dolencia enfermo, que después que vido a su nieto, no bivió más de ocho horas, aunque antes que lo viesse ya havía fecho todo aquello que a tan gran rey e tan buen christiano convenía, assí para la salud de su alma y descargo de su consciencia, como por el exemplo que los semejantes son tenidos de dar en el mundo en el fin de sus días. Y después que lo huvo visto y besado muchas vezes, dándole su bendición y otrosí al príncipe Finariel, su fijo, porque la infanta yazía en el lecho nuevamente parida, el cual no dexó de recibirla sin abundantes lágrimas, despidiéndose d'él y encargándole el buen tratamiento de sus vassallos, y sobre todo la justicia, con el orden y por los términos que se deve hazer, rogándole que saliesse dende, juntamente con los otros sus altos hombres, porque de verlos y dexarlos agún dolor del mundo no le recreciesse, se fizo dar un crucifixo. Al cual, después de haver humilmente adorado, llorando tan fieramente que a muchos religiosos que le tenían compañía movía a gran piedad, començó de dezir tantas y tales cosas en comendación de su alma, pidiendo siempre de sus pecados misericordia, que todos se maravillaron d'ello, por ver un hombre que tan cecano a la muerte tenía tan grande esfuerço y memoria y perfición de palabra. Pero en cabo de las ocho horas que vos diximos, cuasi acabando de dezir aquellas palabras que Nuestro Señor Jesuchristo para nuestro exemplo dixo en comendación de su glorioso espíritu a su eterno padre, pendiendo en la cruz, dio aquella ánima a su verdadero criado, dexando su cuerpo en guarda a la tierra hasta el postrero día.

Sobre el cual se fizieron muy grandes llantos, señaladamente por aquella hermosa infanta Polidia cuando lo supo, porque lo sintió tanto que fue maravilla, e muy

gran gracia de Nuestro Señor, según era nuevamente parida, no hazerle compañía. Por donde no le convino poco al príncipe, su marido, darle los consuelos de que no tenía él menos necesidad. Assí que por aquella razón el bautismo de su hijo se huvo de hazer con más señales de tristeza que de alegría. Al cual pusieron nombre Poliantel, porque participasse de los nombres de sus padres. Y lo dieron a criar, por el mal de la infanta, la cual no lo dexara en poder de ama, por seguir a la princesa Arinda, si no fuera por se hallar doliente por la muerte del rey, su suegro.

Fechas las obsequias del cual, según a su stado convenían, y passados cuarenta días, en cabo de los cuales a la infanta se otorgó poder para salir a la iglesia sin peligro de su salud, en la plaça mayor de aquella ciudad se fizieron unos cadahalsos cubiertos de paños negros a la parte de encima, en los cuales pusieron tres sillas. Y después de haver oído missa el príncipe, con la infanta y todos los altos hombres y cavalleros, que en aquella sazón en París se hallavan, en la iglesia de Nuestra Señora, a la cual la infanta fue acompañada de todos los que vos havemos dicho, con su hijo en sus braços, vestidos de luto, vinieron a la plaça en que havia fecho los cadahalsos, adonde sentados el príncipe Finariel a la parte derecha, y la infanta, su muger, a la izquierda, y el príncipe Poliantel en medio, aunque algo más baxo, los juraron por reyes y a Poliantel por príncipe, con todas aquellas cerimonias que en semejantes juramentos se suelen hazer. Fecho el cual juramento, luego sonaron tantas trompetas y otros géneros de instrumentos, que era maravilla oírlos. Y en el mismo instante que a tañer començaron, quitaron todos los paños negros de los cadahalsos y los que los reyes e los otros altos hombres y cavalleros traían encima de los otros vestidos, quedando assí ellos como los cadahalsos cubiertos de paños de oro y sedas muy ricos.

Fecho aquello bolvieron a los palacios. E aunque los reyes Finariel y Polidia mostraron no querer aquella fiesta, por el sentimiento que devían señalar de la muerte del rey su padre, no pudieron dexar de hazer ruegos de aquellos altos hombres y cavalleros, sus vassallos, por cumplir los cuales salieron aquel mesmo día a la plaça y otros tres días después, adonde vieron muchos exercicios, assí de armas como otros muy aplazibles. Por donde assí con aquello, como por les haver Dios dado tan hermoso príncipe, començaron de perder la tristeza que de la muerte de aquel buen rey les quedava, y bolvieron a la alegría que de antes tenían, de todo lo cual no se olvidaron de embiar sus mensageros, assí a los emperadores de Alemania como a los de Costantinopla, y a sus hijos los príncipes Nestarcio e Arinda, y a todas las otras partes a

quien devían dar aquella razón, adonde assí de las nuevas de tristeza como de alegría se huvo el mismo orden que en Francia tuvieron.

¶Capítulo lxxvij. De cómo por muerte del rey de Bohemia fue alçado y jurado por rey Menadoro, su sobrino, al cual después el rey Laristeo otorgó la princesa Luceminia, su hija, por muger. Y de las fiestas que por aquella razón se fizieron en la Gran Bretaña.

Ya se vos contó cómo Menadoro quedó en casa del rey Laristeo, a muy gran vicio con la princesa Luceminia, y muy ledo por haverle Dios dado aquel hermoso hijo Florianteo, el cual era la prenda que más lo assegurava que alcançaría a su señora con aquel gran reino de la Gran Bretaña.

Agora conviene que sepáis que los criados que el de Trepisonda embió a la casa del rey de Bohemia, su tío, para que ende lo atendiessen, <o> su mandado lo atendieron más dos años, en los cuales jamás supieron d'él nuevas algunas, por donde determinaron de lo ir a buscar. Y fue su ventura que tres días antes que partir quisiessen, les llegó un mensagero de Menadoro, con el cual les embiava a mandar que fuessen a la Gran Bretaña, porque ende lo hallarían. Los cuales luego lo dixeron al rey su tío, por donde fue muy alegre en saber que era bivo aquel sobrino, que no menos amava que si le fuera hijo, porque, puesto que había tenido fijos, todos se le habían muerto, juntamente con su muger. A cuya causa Menadoro era el que después de sus días había de suceder en el señorío de aquel reino, pero viendo el rey que por sus criados embiava, lo que era señal que no entendía de bolver tan cedo en aquella tierra, acordó de embiarle con ellos sus cartas, con las cuales le rogava que lo viniesse luego a ver, porque con sus grandes y largas dolencias tenía por muy cierto que sus días fenecerían en breve. E otrosí porque era sobrado el desseo que de verlo de cada día se le iva acrecentando, antes que muriesse, causándolo que dende chiquito lo había criado y le había salido muy obediente, por donde lo amó siempre tanto que jamás se quiso casar, después de muerta la reina su muger, con otra alguna, por no haver fijos que le quitassen la sucessión del reino.

Después que fueron despedidos del rey, con las cartas que vos diximos, por sus jornadas llegaron en Londres, adonde fueron de su señor con mucho plazer recibidos. Y

leídas las cartas del rey, su tío, a quien siempre conociera por padre, con las cuales tan afectada y encarecidamente le rogava que lo fuesse a ver antes de su muerte, habiendo duelo d'él y conociendo cuán grande era la razón que para ello tenía, acordó de ir a cumplir la voluntad y desseo de aquel buen rey. Pero quando quiso despedirse de su señora, y pedir licencia para hazer aquel camino, su coraçón no tuvo tanto esfuerço que se lo dezir pudiesse, por donde muchos días sostuvo aquel continuo combate. Pero con la venida de aquellos criados suyos, no pudo su fazienda ser tan cubierta que no se començasse a desencubrir, tanto que muy presto vino a los oídos del rey. El qual, por mayor certificación suya, un día fallándose la reina e la princesa dixo a Menadoro que se acordasse cómo, luego que vino a su casa, le havia prometido de le dezir su fazienda. Y que fasta entonces él se havia çufrido de le preguntar por ella, pero porque le havían dicho que, después de los días del rey de Bohemia que su tío dezían ser, aquel reino le pertenecía, le rogava que si assí era verdad se lo dixesse, porque le parecía que ya era tiempo que lo devía saber, pues a los que se lo dixerón no era oculto.

Al qual Menadoro, viendo que sería gran desmesura a tan buen rey negar la verdad, señaladamente que ya no podría dexar de publicarse del todo su hazienda, dixo que si él hasta entonces no se lo havia dicho, no lo havia causado falta de voluntad y desseo de fazer cualquier cosa que le fuera servicio, sino porque no sabiendo su estado lo pudiesse mejor mandar, lo que no menos podría hazer de allí adelante, aunque, como le pertenecía el reino de Bohemia, esperasse señorear el mayor imperio de los christianos, pues se lo devía por satisfacerle alguna parte de las honras y mercedes que más por su virtud que por su merecimiento havia recebido después que a su casa viniera.

Quando el rey aquello oyó, assí lo quiso abraçar, como si con el estado que vos diximos fuera nuevamente venido a su casa, lo que Menadoro dixo que recibía por la mayor de las mercedes que hasta entonces se le fizieran, puesto que muy grandes las huviesse recebido. Por donde de allí adelante el rey fazia en su mesa comer a Menadoro, con que su coraçón era muy ledó, viendo que el comer y las noches tenía con su señora, no le faltando más de la libertad para publicarlo, porque aquel bien y gloria, que en haver alcanzado a la princesa considerava poseer, fuessen a todo el mundo manifiestos.

No muchos días después de llegados los criados de Menadoro en Londres, vino un mensagero a dezirle cómo en el puerto de Antona era llegada una nave de Bohemia, en la qual venían muchos de los altos hombres de aquel reino con otros cavalleros y hombres de las ciudades d'él, para jurarlo por rey, por quanto el rey, su tío, era muerto veinte días después que sus criados partieran para aquella tierra. Por donde, aunque

aquellas nuevas fuesen para acrecentamiento de su estado, y medio para alcanzar a su señora Luceminia, como él desseava, no pudo su generoso corazón dexar de señorearse de la piedad que de aquel buen rey, su tío, se le recreció, por ser muerto con tan gran desseo de verlo y no lo haver podido alcanzar, dexándole uno de los buenos reinos de los christianos, señalando aquel piadoso no menos que doloroso sentimiento que devía con algunas lágrimas.

Pero después de passado aquello con el mesmo mensagero, escriviéndoles que viniessen a Londres, mandó adereçar todo lo que para aquel aucto convenía. Y pues aquello no se podía ni devía hazer sin que a todos se dixesse y lo viessen tomando al rey aparte, le dixo todo lo que havía sucedido. Por donde el rey fue muy alegre, considerando haver tenido en su servicio tan alto hombre. Y no dexó, conociendo la tristeza que de la muerte del rey, su tío, tenía, de lo consolar lo mejor que pudo, por donde Menadoro quedó muy satisfecho de la voluntad que conocía tenerle el rey.

Dende a pocos días, los cavalleros de Bohemia vinieron a Londres, a los cuales por mandado del rey se les havían señalado buenas posadas, y no menos proveídas de todo lo que menester huviessen. Y como ya viniessen con el recaudo que para mostrar el estado de cada uno convenía, otro día de mañana vinieron a los palacios del rey, el cual, juntamente con Menadoro e la reina, con la princesa, los estaban atendiendo. Y como por Menadoro fuessen avisados de lo que devían hazer, se fincaron ante el rey de rodillas, el cual, faziéndoles mucha honra e no consintiendo que las manos que le pidieran le besassen, los remitió a Menadoro, el cual, recibéndolos con todo el amor que les mostrar pudo, les hizo la mesma o mayor honra, por donde quedaron tan satisfechos que propusieron de los amar y servir tan cumplidamente que conociesse que le eran muy leales vasallos.

Otrosí la reina y la princesa los recibieron muy bien. Y fue tan grande el contentamiento que de la hermosura y gracia de la princesa tuvieron, que luego sospecharon que a su señor Menadoro no le tenían otras prisiones en aquella tierra preso. E aunque no lo dixeron, por muy bien andantes se juzgavan si tan hermosa princesa pudiessen alcanzar por señora.

Después que algunos días huvieron del largo camino que traxeran descansado, habiendo ya mostrado a Menadoro el testamento del rey, su tío, con el cual lo dexava universal heredero de su reino y bienes, y otrosí los recaudos que para jurarlo por rey traían, le suplicaron que los mandasse recibir por vassallos. El cual les rogó que se cufriessen algunos días, porque muy presto los despacharía. Y cuando Menadoro

conoció que ya era razón que se fiziesse su juramento, porque aquellos cavalleros pudiessen bolver a sus casas, aunque ende estuviessen a gran vicio e sin ninguna costa, un día que vino al rey muy alegre, porque le habían llegado las parias de Escocia, con las cuales se renovava la alegría del vencimiento que Dios le otorgó en aquella primera guerra, le pidió por merced que le oyesse a poridad. Por donde, entrando en una cámara, cuando solos estuvieron, Menadoro le quiso hablar assí como antes que su estado fuesse sabido solía, lo que el rey jamás consintió, por donde, después de levantado, le dixo:

–Al tiempo que yo, mi señor, a vuestra casa vine, si d’ello no huviéredes perdido la memoria, vos dixé que sólo el desseo de vos servir me había aquí traído. Y vos supliqué que para que yo cumplir lo pudiesse, me hiziesse merced de recebirme en vuestro servicio, assí como lo, señor, hezistes, de donde se me han recrecido tantas honras y mercedes, que, puesto que mi vida fuesse inmortal y en cada hora la aventurasse por defender o acrecentar vuestro estado, no me sería otorgado hazer vos tales servicios que fuessen para la satisfacción de mi deuda suficientes. Y como el oficio de los que mucho deven y pagar no pueden, sea por descargarse de una pequeña deuda, cargarse de otras más grandes, por donde después vienen a perder su crédito y fuir en parte, o ponerse en manos de aquellos a quien deven, para que doliéndose d’ellos se las dexen, o a lo menos les otorguen tiempo con que satisfazerlas puedan, o por último remedio, olvidándose de sus almas y desconfiando de la misericordia del Alto Señor, desesperan. Considerándome yo tan adeudado que ni tiempo ni satisfacción son para descargar la menor parte de lo que a vos, señor, devo bastantes; atreviéndome más a vuestra gran medida que a mi pequeño merecimiento, e conociendo que ningún servicio se vos puede hazer mayor, que pedir vos cosas tan grandes con que otorgándolas se demuestre, puesto que no sea cosa nueva la magnificencia de vuestro generoso corazón, he querido atreverme por no desesperar, como los que dixé, a suplicarvos que no acatando mi estado tan pequeño como mis servicios, antes usando de vuestra acostumbrada liberalidad, me fagáis merced de otorgarme la sola persona de la princesa Luceminia, vuestra hija, para mi señora y muger. Pues, según vuestro valor y su no menor merecimiento, mi corazón a otra ninguna ha otorgado ni otorgaría este señorío, con que será tan ledo cuanto fue de vos servir deseoso, no como obdiente fijo, pues para ello me falta el merecimiento, sino como uno de los más humildes y leales vassallos que se podría fallar en todos vuestros reinos.

Dicho lo cual, atendió con gran desseo la respuesta del rey, el cual como no estuviesse tan lexos de aquel pensamiento que muchas vezes no lo huviesse con la reina

praticado, señaladamente después que se supo su estado por el contentamiento que siempre tuvieran de su valor, mucho se folgó cuando los desseos de Menadoro le fueron manifiestos, porque no dexó de conocer que el pedirle su hija con tanta voluntad, y descubrirle que jamás a otra alguna otorgaría el señorío de su corazón, no procedía de pequeño fundamento. Y otrosí porque, si él la otorgava, el assento de las cosas que se havían de hazer y capitular se haría y assentaría a toda su voluntad, lo que con cualquier otro que la casasse por ventura no se podría assí hazer. Por donde le dixo:

–Por muy cierto podéis tener, hijo y verdadero amigo, aunque vuestros desseos hayan sido y de ser no dexen los que dixistes, y yo tengo conocidos que para hazer cualquier cosa que a mí haya cumplido y cumplir puedan, los míos no fueron ni son menores para vos complazer en todo aquello que a mí se otorgare, pues si lo contrario pensasse, cuánto más si lo hiziesse, no dexaría de ser tenido por el más desagradecido príncipe que jamás fue. Por donde vos ruego que con este seguro vos çufráis fasta mañana, para que tenga tiempo de comunicar estos fechos con la reina e mi fija, pues su voluntad ha de ser el principal fundamento, porque yo fío en Dios que mi corazón no será en ninguna de sus partes con hazerse lo que poco antes me pedistes menos alegre y contento que el vuestro.

Oída por Menadoro la respuesta del rey, aunque no quiso, le besó las manos, conociendo que aquel plazo más se pedía para autorizar la merced que le entendía hazer, que porque la voluntad del rey no fuesse de se la otorgar. Y fecho lo que se vos ha dicho, salieron dende entrambos con tan ledos semblantes, que bien señalavan cada uno el gozo que sus coraçones sentían.

Aquella noche el rey lo habló a la reina, la cual no tenía menos desseo de lo ver acabado que el que conoció en el rey, porque siempre tuvo sospecha que la dolencia de la princesa en el castillo de Vidisora no fuesse, assí como fue, fingida. Y después los dos lo dixeron a la princesa, la cual, aunque mucho trabajo de encubrir el gozo que con aquellas nuevas su corazón sintió, no dexó de mostrar la voluntad que para ello tenía, según la otorgó liberalmente a sus padres.

Otro día de mañana el rey otorgó a la princesa por muger a Menadoro, no señalando menos plazer en se la otorgar que Menadoro en la recibir, por donde le besó las manos, y después a la reina. Los cuales, no sintiendo de aquel gozo la menor parte, lo besaron muchas vezes como a fijo, no sin derramar algunas lágrimas de alegría. Y puesto que todos aquellos fechos huviessen entre ellos passado, sin que ninguno fuesse a ello presente, y huviessen acordado que no se publicassen hasta que fuessen

adereçadas algunas cosas que convenían, no se pudo tener en tanto secreto que luego que se sonasse por los palacios y en la ciudad, y después por todo el reino. Por donde más presto de lo que cuidavan se huvieron de hazer sus desposorios y bodas, y en el siguiente día fueron jurados, primeramente, Menadoro por rey de Bohemia, y después él y la princesa por príncipes de la Gran Bretaña, con todos los auctos y cerimonias que para se hazer cumplidamente convenían. Por razón de los cuales auctos, assí de bodas como de juramentos, no se descuidaron de escribir a todas las partes que devían. Y otrosí se fizieron tan grandes fiestas cuales jamás fueron vistas en la Gran Bretaña, e no menos nombradas por el mundo que las que hasta entonces se havían fecho en qualquier otra parte, en las cuales, assí Aliarte de Irlanda y Gonadiel, como Barsenio y otros muchos cavalleros de casa del rey Laristeo, sin los que de Francia y de otras partes vinieron, fizieron tales cosas en armas que grandes tiempos passaron que en aquel reino pareció d'ellas la memoria, ni después por haverse escrito en la crónica del rey Menadoro no menos verdaderamente que larga.

El mesmo día de las bodas del rey Menadoro con la princesa Luceminia se hizieron las de Gargaren con Esteria, porque juntamente con ellos gozassen del descanso que consigo trahe aquel ayuntamiento por Dios ordenado. Otrosí fue Gargaren armado cavallero, el cual bien mostró en las fiestas que se hizieron que no era villano ni que dexara de aprender de su señor lo que para aquel exercicio convenía tan cumplidamente, que muy pocos hubo ende que tan bien lo fiziessen. Fueron tantos los dones que, assí los altos hombres de la Gran Bretaña como los de Bohemia y los otros cavalleros, que lo hazer pudieron después del rey Laristeo y la reina, dieron a Gargaren y a Esteria que, puesto que no les huvieran dado sus señores lo que para su casamiento les otorgaron, pudieran sostener no menor estado que el que mayor lo tenía en la casa del rey. Y porque no se podría escrevir sin prolixidad las mercedes y otras cosas que los reyes en aquella sazón fizieron e otorgaron, no vos diremos más de quanto fueron tantas, que fasta los marineros que con la nave de Bohemia eran venidos, bolvieron a sus casas con mucho haver y otras libertades, tan contentos como si a cada uno d'ellos se hiziera merced de la mejor villa de su reino.

Passadas las fiestas que vos diximos, Menadoro despidió los cavalleros de Bohemia, con los cuales embió poder bastante al duque de Fonteso, el cual era muy buen cavallero, para que durante su ausencia tuviesse el gobierno de todo el reino. Por donde, entrados en su nave, en breve tiempo llegaron en aquel reino, el cual fue por el

duque que vos diximos tan bien gobernado, que mientras bivió no les hizo falta la presencia del rey.

Muchos días passaron, después de idos los cavalleros de Bohemia a su reino, que Menadoro no osó descubrir al rey lo que entre la princesa y él havia passado antes de su casamiento, por donde era nacido el príncipe Florianteo. Pero como no se pudiesse sin él çufrir, un día acordó, viendo al rey muy alegre, de pedirle un don, assí como lo fizo, certificándolo, si no se lo otorgava, que su corazón jamás sentiría cosa que de alegría fuesse. El cual luego le fue por el rey otorgado, y no menos por la reina, a la cual assí mesmo lo pidiera. Por donde, después de les haver besado las manos, les contó todo lo que entre la princesa y él havia passado, con el mayor descargo que d'ella pudo. Y después les dixo que el don que le havían otorgado era que en ningún tiempo la princesa, su señora, por razón de lo passado sintiesse en ellos ninguna manera de enojo ni menos la reprehendiessen por ello, pues toda la culpa era d'él, por la haver con sus medios y palabras atrahído a cumplir sus desseos. Al cual el rey e la reina lo prometieron, agradeciéndole la lealtad que contra su fija e su honra havia tenido, e otrosí le rogaron que al donzel hiziesse traer luego, porque muy tarde se les hazía para verlo.

Y aunque la princesa supiesse lo que los reyes, sus padres, al rey, su señor, havían prometido, algunos días passaron que, cuando era ante ellos, no osava alçar los ojos de vergüença, tanto que ellos la havían de halagar y dezirle cosas con que le passasse, lo que de verás le pasó cuando al príncipe Florianteo huvieron traído, porque jamás el rey e la reina con sus fijos fazían, sino tomarlo en sus braços y besarlo con tan grande amor, como si de su nacimiento fuera entre sus agüelos criado. Los cuales, luego que lo vieron de muy buena voluntad, perdonaron aquel yerro a su fija y cualquier otro que mayor fuera. Y su ama de Florianteo se tuvo por bien andante por lo haver criado, pues con lo que entonces se le dio pudiera mercar su aldea y otras dos mejores. Al cual no se ha de creer que criassen con menos cura y solicitud que cualquier de los príncipes que vos havemos dicho, porque, puesto que sus padres algún tanto se pudiesen descuidar de su criança, sus agüelos tuvieron d'ella tan gran cuidado, que cuasi no entendían en otra cosa, conbidándolos a ello, allende de serles nieto, ser el donzel tan hermoso y halaguero, que no lo podían de sí partir, con el cual deleite y solicitud los dexaremos por agora, hasta que d'ellos vos tornemos a hablar en la segunda parte.

¶Capítulo lxxix. De cómo yendo el príncipe Nestarcio para dar derecho a una donzella que se le vino a quejar, halló un cavallero, el cual fue en su compañía y le ayudó contra dos cavalleros que tenían por fuerça su castillo. Y de lo que en ello hizieron.

Como el príncipe Nestarcio en grande ocio estuviesse, su mayor passatiempo era muchos días ir a caçar, porque, como en aquel exercicio se huviesse criado, cuando las armas no exercitava, en ninguna hallava mayor descanso. Y como tanto la frecuentasse, yendo un día con gran compañía de cavalleros a monte, siendo ya muy cerca del lugar adonde iva, vido venir a su diestra una donzella vestida de paños negros, la cual traía en su compañía dos escuderos e un donzel, assí mesmo vestidos, y todos a cavallo en sus palafrenes. Y como tan gran número de cavalleros viesse, sospechando lo que era, fizo adelantar el donzel por saber quién eran. Y cuando lo supo, aguijando más que antes llegó ante el príncipe Nestarcio, el cual ya se había de los suyos algún tanto adelantado, viendo que contra él venía la donzella, la cual, queriendo de su palafren decender, pues no le fue por el príncipe consentido, le començó a decir:

–Aunque mi dicha no haya sido tan grande, muy alto príncipe y mi señor, que pudiesse antes de agora haver visto la presencia de vuestra alta persona, por donde pudiesse conocervos, no por esso en esta sazón que se me ha otorgado, dexo de conocer ser vós aquel esclarecido fijo del soberano emperador Octavio e mi señor, al cual el mundo perder teme por no ser tenido en menosprecio. E si en esto mi corazón no recibe engaño, yo vos suplico, señor, que me lo digáis, porque vos pueda dezir la causa por donde a vos buscar vine.

–Pues a mí venistes, amiga –dixo el príncipe–, dezidla, si lo por bien tenéis, porque vuestra venida no sea em balde.

Y aún no acabava la donzella de oír la respuesta de Nestarcio, cuando dexándose de su palafren caer, fincó las rodillas en el suelo para hablarle. Y aunque Nestarcio le mandó que se levantasse, porque de otra suerte no la oiría, jamás lo quiso hazer fasta que le huviesse un don otorgado. Por donde, haviendo d’ella duelo Nestarcio, se lo otorgó, puesto que no las manos que le pedía por la merced que le fazia. La cual, levantándose, le dixo que el don y la merced que le había otorgado había de cumplir con ir luego en su compañía, levando si le plazía uno de aquellos cavalleros, cual más

quisiesse, para darle derecho de un grande agravio que se le fazía por dos cavalleros sus deudos.

Y como aquel príncipe no menos desseasse hazer lo que la donzella dixera, que tomar todos los otros passatiempos en que se podían gustar los mayores deleites que se pudiera considerar, por no hazer prejuizio a los otros cavalleros que quedarían, si sólo a uno llamava para que con él fuesse, ninguno quiso llamar ni menos de los donzeles y escuderos que en aquella sazón tenía, por no ser por ellos conocido, pues los que con la donzella venían le podían levar el yelmo e la lança, y sus armas siempre levase consigo adoquier que fuesse.

Antes, embiando a dezir a sus padres la causa porque iva con la donzella por el mesmo camino que ella viniera, dexando todos sus cavalleros no menos maravillados de aquello, que quexosos por haverles defendido que ninguno lo siguiesse, aunque el emperador y la princesa lo mandassen, los cuales, quando se lo dixeron al emperador, no dexaron de conocer que le pesó mucho, aunque lo quiso encubrir, el cual les mandó que no dixessen cosa de aquella ida a la emperatriz ni a la princesa, porque él les daría la razón que su hijo embiava a dezir, assí como lo fizo, no dexando de buscar todos los medios y razones que mejor le parecieron, para que la princesa perdiesse el enojo que por razón de aquellas nuevas le sobrevino.

Quando Nestarcio fue tan lexos de sus cavalleros que ya no se podían los unos a los otros ver, defendiendo assí a la donzella como a toda su compañía, que de su hazienda ninguna cosa dixessen aunque se la preguntassen, dixo a la donzella que, pues el camino les dava aparejo para poder ir hablando, le contasse su demanda, certificándola que, por más peligrosa que fuesse, no dexaría de le dar cima aunque en ello la vida aventurasse. Por donde la donzella, después de le dar las gracias que le fueron posibles, le dixo:

–Sabed, muy alto señor, que mi padre se dezía Oceril, y fue casado con una donzella que por ser a maravilla hermosa, muchos años antes que la alcançasse por muger fizo en su servicio algunas cosas en armas, por donde, quedando mi padre con la honra y fama, alcançó su amor, juntamente con el señorío de un buen castillo, el cual plazerá a Nuestro Señor Dios que veremos según yo desseo. Y como ella, al tiempo que mi padre la servía, ninguno de sus padres tuviesse bivo, estava en casa de una tía suya, la cual tenía dos hijos, los cuales aún no eran cavalleros. E puesto que a su tía mucho le pesasse de aquel casamiento de mi madre, porque entendía casarla con uno de aquellos sus dos hijos, no lo osó señalar, assí por no quedar en enemistad con mi padre, como

porque ya en lo hecho no había remedio, pero no dexó por aquella razón de ser siempre triste. D'este casamiento que, señor, digo, nacimos este donzel —señalando al que con ellos iba— e yo, con otro hermano mío, el cual ha mucho tiempo que murió. Y fue la vida de mi padre tan breve que no bivió más de seis años, después de que mi madre parió este mi hermano, por cuya muerte fizo mi madre tan grandes llantos y quedo tan triste, que sin querer ver cosa que de alegría fuesse, a cabo de cuatro años fizo compañía en la muerte al que tanto había deseado alcanzar la suya para la vida. Y como mi hermano y yo quedasemos huérfanos y de edad que más necesidad teníamos de nuestros padres, aquella tía que de mi madre dixe, teniendo siempre aquel desseo que le roía los huesos de haver para uno de sus hijos nuestro castillo, luego que mi madre fue muerta se vino para mí, mostrando no sentir menos su muerte que yo, que jamás de llorar cessava. La cual me dixo que a una donzella tan niña como yo, no estaría bien servir sin compañía de alguna dueña que fuesse mi deudo, porque mirasse por mi honra y hazienda, y que si yo quería, ella me llevaría a su castillo, porque perdiesse la soledad de mi madre, o que se quedaría en el mío para el efecto que dixera. E como yo creyese que su intención fuesse a sus palabras conforme, se lo agradecí cuanto pude y le rogué que por entonces no se partiesse de mi compañía, assí como lo fizo.

»Dende a pocos días, el uno de sus fijos vino para hablarle, la cual dixo que se çufriese, porque cuando sería tiempo ella lo embiaría a llamar, lo que, siendo oído por una de las mugeres que de servicio había ende, me fue dicho en grande poridad. Por donde de allí adelante yo miré más por mí, no consintiendo que jamás de mi compañía se partiessen mi hermano o algunas de las mugeres que tenía en el castillo, porque Eneliana, que assí se dize aquella falsa vieja, no tuviesse aparejo de me hablar en lo que quería, pues según las palabras que aquella muger d'ella oyera, no habría yo de creer que fuesse cosa de que honra ni provecho se me pudiessen recrecer, señaladamente siendo yo certificada de una criada antigua de mi padre. Como Eneliana por su naturaleza era muy codiciosa, y cuando vido que no había tenido en tantos días oportunidad de me dezir alguna cosa de las que tenía en propósito, un día, en presencia de mi hermano, me dixo que le parecía que para poder yo bivar siempre leda y ser señora de aquel castillo, sin dar parte a mi hermano si yo quería, ella me casaría con el menor de sus hijos, el cual ya sabía yo cuán cavallero era, y tan pagado de mi hermosura que siempre me ternía por señora.

»Y que para que se pudiesse en efecto poner, sin que nuestro deudo lo estorvasse, ella procuraría el recaudo a sus costas, y otras cosas muchas para atraherme

a cumplir su voluntad, las cuales le fueron por mí interrumpidas, diziéndole, no sin grande enojo, que si era venida ende con intención de entregarme a su hijo, que se fuesse luego de mi castillo, porque nunca Dios quisiesse que yo a mi hermano quitasse lo que Dios y el derecho le davan, ni menos casasse con quien podía ser mi padre, señaladamente siendo mi deudo. La cual, cuando tan osadamente me oyó hablar, descubriendo la traición con que allí viniera, me dixo que el castillo era suyo y que si yo me quería salir d'él, que fuesse en buena hora, porque mi madre falsamente lo había poseído e yo con ella, y que me certificava que, pues yo no había querido a su hijo por marido, ella faría que lo tuviesse a mi pesar por amigo, y que después ella vería quién sería parte para quitarle el señorío de mi persona y del castillo.

»Por donde, señor, temiendo yo más perder mi honra que todos los bienes del mundo, en la misma hora, tomando todo el haver que ende tenía, partí con estos escuderos y mi hermano para venir al emperador y suplicarle que me mandasse dar derecho de tan gran traición. Y fue mi ventura en esto tan buena, quanto fasta aquí contraria, pues vos pude, señor, fallar antes que a Colonia llegasse, adonde no pudiera alcançar el recaudo que agora llevo, porque es cierto que no vos lo consintieran, pues hubiera ende assaz cavalleros que vos quitaran d'este trabajo y peligro, el cual yo dudo muy poco, según la justicia tengo por mí parte.

Y como no lo pudiesse dezir sin derramar muchas lágrimas, considerando las passadas perdidas y la presente que se las reduzía a la memoria, Nestarcio la aconsoló, rogándola que de llorar se dexasse, porque él le prometía de no se entremeter en otra demanda fasta haver dado cima en la suya y que fuesse restituida, assí en el señorío de su castillo como de todo lo ál que hoviesse sido suyo. Por donde Ardania, que assí se dezía la donzella, le besó por aquella merced las manos, suplicando a Nuestro Señor por el acrecentamiento de su vida y estado.

Aquella noche, no pudiendo llegar a poblado, alvergaron en una floresta debaxo de los árboles, passando el cenar y dormir, según el lugar lo requería. Y como los lechos no fuessen muy blandos, madrugaron para seguir su camino. Y después que por la floresta huvieron andado buena pieça, encontraron un cavallero que bien parecía en su manera tener bondad, el cual, viendo tan honrada compañía, los saludó y después les preguntó si venían de Colonia. Y como le respondiessen que si, les rogó que le dixessen si dexaran ende al príncipe Nestarcio. Al cual respondieron que no, porque el día antes era salido sin compañía de Colonia y que ninguno sabía a dónde iva.

–Mucho folgara por cierto de lo fallar ende –dixo el cavallero–, porque le traigo muchas encomiendas de dos personas que no le aman poco.

–Si dezirse puede, mucho querria saber quién son esos –dixo Nestarcio.

–El rey Pasmerindo y la reina, su muger –dixo el cavallero.

–Bien creo yo –dixo Nestarcio– que las recibirá él de buena voluntad, porque sé que les dessea hazer algún servicio por las honras que en su tierra le hizieron.

–Tanto podréis vós, señor cavallero, dezir de la hazienda de aquel príncipe por quien yo pregunto –dixo el cavallero–, que me haréis creervos ser el mesmo de quien hablamos, porque después que del rey Pasmerindo, mi señor, partí, no he visto cavallero que tan bien parezca. Y si assí es yo vos suplico, señor, que me lo otorguéis, pues el afán que he passado en tan largo camino, junto con el desseo que para vos conocer y servir he traído, no dexan de ser alguna parte para alcançar la merced que d'ello se me recrecería, ayudando a ello traervos las encomiendas que dixen.

Cuando Nestarcio vido cuán grande era la voluntad que aquel cavallero mostrava tener de conocerlo, le dixo que por causa que su afán no fuesse en vano, aunque cuando de sus cavalleros partiera, fue con intención de no descubrir su fazienda a nadie. Y otrosí, conociendo que él era cavallero que más que aquello merecía, dexando a parte lo que él devía a los reyes, sus señores, que por cierto podía tener que él era aquél que havía de recibir sus encomiendas y agradecerle el trabajo que en se las traer passara, assí como entonces las recibía y se lo agradecía, tan cumplidamente quanto la razón a ello lo obligava, no fue perezoso el cavallero en saltar de su cavallo, tan ligeramente que a todos pareció muy bien, y venir contra Nestarcio, pidiéndole las manos por la merced que le hiziera. El cual le rogó que se acogiesse a su cavallo, mostrando mucho plazer de su conocimiento, al cual el cavallero suplicó que, pues su ventura lo havía guia[do] por aquella parte para que lo pudiesse encontrar y conocer, no desdeñasse de llevarlo en su compañía y servicio, pues con ella antes sería encubierta su fazienda que publicada, lo que por Nestarcio le fue otorgado, preguntándole por su nombre, al cual dixo:

–A mí, señor, dizen Banortes, y soy fijo de un cavallero que se dize Alenor, el cual es señor de un castillo que le llaman de la Sierra del Valle Hondo, en el reino de Ungría, y ha poco tiempo que recibí el orden de cavallería. Y porque muchas vezes oyendo hablar al rey, mi señor, del esfuerço y virtudes de los príncipes y otros cavalleros que por él son conocidos, se determinava que sin ninguna comparación, vós, señor, los sobrepujávades, acorde de vos venir a ver y servir con no pequeño desseo. El cual, según parece, Nuestro Señor me ha cumplido a la medida que por mí era deseado.

Dicho lo cual, siguiendo su camino, contó a Nestarcio la aventura que les siguió a Aspalión del Vado y a Lauren cuando libraron a Logistil y Marceo de la cueva del viejo, y de cuanto el rey, su señor, estaba pagado de un enano que aquellos cavalleros le traxeran por su mucha discreción, y los casamientos que después de llegados a Fradia se fizieron, con todo lo ál que después había sucedido hasta el día de su partida. Con que mucho se folgó Nestarcio, assí por saber todo lo que Banortes le contara, como por tener por el camino con quien praticar y passar el tiempo, porque, puesto que Ardania no fuesse menos sesuda que hermosa, como no hablasse jamás sino de aquello en que a ella le iva pasión, no se folgava de oírla.

Por donde, yendo Nestarcio con mayor plazer que de antes, por la compañía de Banortes, y Ardania por lo que le era más seguro levar comigo dos cavalleros que uno, para si conveniesse hazer batalla con los dos hermanos, sus contrarios, ivan su camino al mayor vicio que se podía, causándolo assí mismo el servicio que de aquella donzella y de su compañía recibían, tanto que no eran menos pagados d'ella por la gracia e diligencia que en aquello tenía, que de su hermosura. En mirar la cual no dexavan de deleitarse los ojos de Banortes, pareciéndole tan bien como cualquier otra donzella que hasta entonces huviesse visto. De que no le pesava a Ardania, viéndolo tan apuesto y que el príncipe Nestarcio lo honrava tanto que, no haviendo querido traer ninguno de sus cavalleros consigo, había folgado de su compañía.

Después que huvieron algunos días caminado sin fallar aventura que de contar fuesse, una mañana la donzella les dixo que ya no les quedavan de andar más de tres leguas para llegar a su castillo. De que mucho se folgaron, y más cuando, haviendo andado camino de dos horas, les fue por Ardania mostrado. El cual se parecía de donde los mostrara muy bien, porque entonces començaron de abaxar de un cerro, del cual a otro en que estava el castillo no había más de un llano en medio, en el cual eran tantos los árboles que había, que no parecía sino una muy espessa floresta. Y después que fueron llegados al castillo, viendo Nestarcio su assento y la grandeza d'él, dixo a la donzella:

–Agora vos digo que no me maravillo, siendo la vieja tan codiciosa como dixistes, y según la naturaleza a las de su edad fuerça para que más lo sean, cuando ya van caducando, si ha codiciado tan buen castillo como el vuestro, pues si fuera mío no lo trocara por una de las mejores villas del imperio.

–No hay cosa, mi señor –dixo Ardania–, que para vuestro servicio no sea, pues desseándolo ser las personas que son la cosa más noble que hay en el mundo y cuando

lo alcançan, teniéndose por muy bien andantes, cierto está que las piedras y tablas no han de desdeñar, pues por tan mal conocimiento no dexaría de ser convertidas en breve tiempo en ceniza, como enemigas de su bienaventurança y de la gloria que en ello alcançarían.

Muy pagados fueron Nestarcio y Banortes de aquella respuesta de Arдания, conociendo que procedía de no menor criança que discreción. Y quando les pareció tiempo, decendieron debaxo de los árboles, embiando un escudero de los de Arдания al castillo para que dixesse a la vieja e a sus hijos, si ende eran, que saliessen luego del castillo, e si no querían, que a cualquier d'ellos tajarían la cabeça.

Y como el escudero fallasse las puertas cerradas, llamó a gran priessa por donde luego vido en una de las finiestras que había por aquella parte, con muy gruessas rexas de fierro, al hijo menor de Eneliana. El cual, como lo conociesse, le dixo:

–¿Qué buscas ende, Asanor? –que assí se dezía el escudero.

El cual le dixo el mandado de los cavalleros que venían con su señora, lo que siendo por Eramir, que assí se dezía el cavallero, oído, no se dexando de reír de aquellas amenazas, le respondió diziendo:

–¿Por ventura conoces tú los cavalleros que a tanto se atreven? Yo creo que nos deven tener en muy poco, pues con palabras sobervias quieren espantarnos. Por ende, ve y diles que mi hermano e yo seremos luego en esse llano, adonde conocerán que no se dan tan barato nuestras cabeças, y que les prometo que, en pago de su locura, porné las tuyas en las puertas del castillo y la de tu señora Arдания en medio, para perpetuo exemplo de las viles donzellas que a los cavalleros desdeñan, valiendo más sola una uña del más covarde cavallero del mundo que todas ellas juntas.

No curó Asanor, oyendo sus locuras, de responderle, antes luego bolvió adonde a Nestarcio dexara con aquella respuesta. Por donde él y Banortes se fizieron enlazar los yelmos y se pusieron en el orden que devían, porque no los tomassen descuidados, considerando que de fijos de tan mala madre no se había de esperar virtud ni mesura. Muy ledo fue Banortes en fallarse en aquella batalla con Nestarcio, assí por ver a qué pujava su esfuerço, como porque, siendo visto por Nestarcio lo que él entendía de hazer en ella, folgasse más de su compañía y servicio.

Buena pieça passo antes que los cavalleros del castillo saliessen, aunque si a su madre creyeran, no salieran al campo, porque ella, conociendo la poca razón y menos justicia que sus fijos tenían, temía que no pagassen el pecado d'ella con sus muertes. Y por aquella causa les había rogado que no hiziessen aquella batalla, pero ellos, fiando

más de sus fuerças que de su derecho, y no curando de lo que su madre les dixera, y temiendo en muy poco a los que no conocía, mandando abrir las puertas del castillo, salieron a guisa de buenos en aquel llano, en que sus contrarios los atendían.

Y como ya supiesen la causa porque había de ser su batalla, no curando de se ver ni hablar, arremetieron los unos contra los otros, con tan gran furia de sus cavallos, que todo aquel llano hazían temblar. Por donde muy presto se encontraron por los escudos, de tan duros encuentros, que no quedando ninguna de las lanças sin ser fechas mil pieças, los dos cavalleros del castillo fueron al suelo lançados por las ancas de sus cavallos. Aunque su ventura les ayudó en aquello, que cayeron de pies, quedando los que los habían encontrado en las sillas, aunque Banortes con pérdida de las estriberas.

Pero antes que a cavalgar tornassen, Nestarcio y Banortes bolvieron sobre ellos tan presto que, no teniendo tiempo para tornar a cavallo, tiraron de sus espadas, y al tiempo que vieron cerca de sí sus contrarios, les firieron los cavallos de dos golpes tan grandes, que les convino decender d'ellos antes que cayessen muertos. Y cuando a pie començaron su batalla, maravilla era de ver cuán bien lo hazían los cuatro, aunque sobre todos el príncipe Nestarcio, porque no dava lugar a su contrario para que le pudiesse tirar golpe, según tenía que hazer en parar el escudo y la espada, porque no lo tomasse en descubierto, punando cada uno de mostrar su destreza y emplear sus fuerças. Lo que no duró gran pieça porque, puesto que en el principio la batalla en alguna manera pareciesse igual, luego se conoció que los cavalleros del castillo levavan lo peor, assí porque ya no ferían golpe con tanto tiento como cuando començaron, como por la menos fuerça con que los tiravan. Pues aunque acertassen a sus contrarios en descubierto, no los llagavan, lo que era al contrario d'ellos, porque ya en aquella sazón eran por tantas partes llagados que la sangre que de sus llagas salía, no causava menos alegría a Ardania que tristeza a Eneliana, la cual, de las rexas que vos diximos, la batalla estava mirando, por donde muy diversas eran en sus desseos.

No passó gran rato después d'esto, quando ya los dos hermanos, perdidas todas las esperanças que de vida tenían, acometieron de huir contra el castillo, porque su madre les estava dando bozes que al castillo se acogiesen. Pero como aquellas bozes fuesen comúnmente oídas, Nestarcio y Banortes se les pusieron al encuentro, por donde, como desesperados, començaron de cargarlos de grandes golpes, aunque dados sin tiento y con fuerças del miedo de su cercana muerte sacadas, las cuales muy poco les duraron. Porque como las empleassen en vano y fuera de todo tino, según sus contrarios les furtavan los cuerpos y se guardavan d'ellos, luego las perdieron del todo. Y como

Nestarcio aquello conociese y viesse que su contrario ya no podía ni sabía defenderse, al tiempo que le vido abaxar el escudo, lo firió de tan pesado golpe sobre el yelmo, que puesto que fuera mejor, no defendiera como no defendió que la ira de aquella aguda spada dexasse d'entrar por él y por su cabeça, no parando hasta haverle quebrado muy gran parte de la carne y del caxco. Por donde luego cayó en el suelo, reboviéndose por él, con no menos ravia que la de su madre cuando vido a su fijo de aquella manera muerto.

Y como Nestarcio, por abreviar su batalla quisiese ayudar a Banortes, siendo por él rogado que dexasse a él sólo dar a su contrario el castigo que ya tenía su hermano, se detuvo algún tanto, no dexando de folgarse en ver cómo lo hazía Banortes. El cual, por mostrar a Nestarcio que no eran en aquella sazón sus fuerças menores que en el principio de la batalla, començó de cargar de tan pesados y continuos golpes al que delante sí tenía, que con sólo dos que lo tomó en descubierto, lo derribó a sus pies, sin bullir más pie ni mano.

Cuando Eneliana aquello vido, fue tan grande la ira e ravia que le sobrevino que, si las rexas no lo estorvaran de allí abaxo, se dexara caer por conformar el fin de su vida con los malos principios y peores medios d'ella. Y como quisiese de la cámara adonde estava salir para abaxar a cerrar las puertas del castillo, antes que sus enemigos pudiesen en él entrar, no pudo a causa que le havían cerrado la puerta por de fuera. Porque como todos los que había en el castillo mirassen la batalla y viessen al primer cavallero muerto y al otro tan mal llagado que se no podía mucho tiempo sostener, y a los que con Arдания vinieran más esforçados que al principio de su batalla, lo que todos desseavan porque eran de la compañía de Arдания, y temiéndose de la vieja que según era traidora, no les fiziesse algún mal con la ira que tenía de la muerte de su fijos, antes que el segundo cayesse, viéndola embevecida en mirar su destrucción, la cerraron como vos diximos por de fuera. Por donde, cuando quiso, no pudo salir a cumplir su mala intención. Y viniendo a escuchar lo que haría, viendo a sus fijos muertos, sentían que fazía tan grande estruendo y dava tan grandes bozes dentro de aquella cámara, que todos juntos no osaran entrar a consolarla, aunque fueran los mejores oradores del mundo, según conocían carecer en aquella sazón su entendimiento de razón.

Lo que luego fue a dezir un buen hombre, criado del padre de Arдания, a Nestarcio y Banortes, de que no menos se folgaron que del vencimiento que alcançaran, porque, según la vieja era mala, no speravan d'ella sino algún mal recaudo. Y pues el castillo era cerca de donde ellos estavan, no curando de cavalgar en los cavallos que a

su pesar habían trocado, tomando en medio Arдания, la cual de grande gozo no podía detener las lágrimas, fueron al castillo, a la puerta del cual toda la compañía que ende había la recibió con la mayor alegría que se podría considerar, por razón que por su buena e humilde condición era de todos tan amada, quanto Eneliana por la suya mala aborrecida.

Después que entraron dentro, a maravilla le pareció bien a Nestarcio y Banortes, e sin comparación mejor cuando a lo alto subieron y vieron sus edificios, juzgando a Arдания, si lo había de heredar sola, por muy rica donzella, sabiendo la mucha tierra que por ella era señoreada. La cual y su compañía no se olvidaron de dar de comer a aquellos cavalleros, sirviéndolos con tan plazer que no sabía qué se fiziesse por mostrar su agradecimiento.

Alçadas las mesas, Nestarcio quiso entrar en la cámara adonde le dixeron que estava Eneliana, por ver en qué propósito la fallaría, pues había más de media hora que no la sentían. Y cuando a la puerta de la cámara llegó, abriéndola muy a passo entró dentro, adonde falló la vieja que con su mesmo ceñidero, el cual era semejante a los que traen los mendicantes, se había ahorcado de una de las finiestras a la parte de dentro, haviéndolo añudado a una de las argollas por donde el cerrojo passava. La cual, aunque stava de tal manera que a ninguno podía parecer bien, no dexava de mostrarse tan sierva de los diablos, que al más feo d'ello no igualasse su spantable figura. Por donde, llamando a Banortes y a los otros que a la puerta de la cámara quedaran para que la viessen, la fizo luego luego descolgar y llevar a donde sus fijos yazían. Y en la mesma hora, cubriéndolos de mucha leña, los fizo quemar todos, pareciéndole que no era a razón conforme, pues sus almas quemava en bivas llamas en los infiernos, que los cuerpos gozassen de lo frío y húmedo de la tierra.

Aquella noche Nestarcio con Banortes quedaron en el castillo con propósito de se partir de buena mañana. Pero en aquella tarde Nestarcio dixo a Arдания si había de hazer otra cosa antes de su partida que a ella cumpliesse, la cual, besándole las manos por las mercedes que d'él recibiera, lo suplicó recibiesse aquel donzel, su hermano, en su servicio, y cuando fuesse tiempo lo fiziesse cavallero. Porque ella lo amava tanto que no quería por amor d'él tomar marido, sino bivar en aquel castillo con el mesmo orden que podría tener en cualquier casa de monjas, por guardárselo para cuando él casasse, porque no pluguiesse a Dios que ella fuesse tan desleal que a su hermano quitasse lo que le pertenecía de derecho, ni huviesse de tomar marido jamás, pues por razón de su casamiento eran muertos aquellos dos cavalleros con su madre de tan desastrada muerte.

Tan bien pareció a Banortes lo que Arдания dixera que, puesto que no fuera tan hermosa, no dexara de la codiciar y trabajar de la haver por muger. Pero como la conociese muy assentada en todas sus cosas, antes que Nestarcio le respondiesse, alcançada d'él la licencia que devía, le dixo:

–Aunque en vós, hermosa donzella, no se dexa de conocer tan grande firmeza como cualquier cavallero tener puede y deve, no por esso dexaré de deziros que si Dios me otorgara en este percedero siglo gran señorío, y a mi noticia llegara vuestra lealtad, junto con las otras gracias que en vós se encierran, no dexara de trabajar de vos haver por señora y compañera, juzgándome más bien andante con sola vuestra persona que con todos los estados que con otra pudiera alcançar, pues lo primero no me acarreará menor descanso y contentamiento que lo segundo trabajos y penas. Y pues esto no puede hazerse, siendo vuestra determinación de tener la vida que dixistes, yo vos juro por la fe que a Dios devo, que por lo que sola vuestra virtud me obliga, de no dexar de servirvos siempre que me viniere vuestro mandado, con no menos voluntad, aunque en ello la vida una y muchas vezes pusiesse en aventura, que si por lo cumplir sperara alcançar el contentamiento y descanso que dixes, no dexando de juzgarme por de tanto valor, con tener sólo el nombre de vuestro cavallero, como si juntamente se me otorgara la bienaventurança que con ser del todo vuestro pudiera poseer.

Al cual, agradeciendo Arдания su buena voluntad y ofrecimiento con mucha humildad, quiso besar las manos al príncipe Nestarcio por la merced que le fiziera en querer recibir, como lo dixera, a Lucenio, que assí se llamava su hermano, por su donzel. Y al tiempo que Nestarcio y Banortes fueron a acostarse, Arдания entendió en adereçar lo que convenía para su hermano y a los cavalleros para su camino. Y esse otro día de mañana partieron dende Nestarcio y Banortes, levando en su compañía a Lucenio y Asanor, a quien assí mismo había recebido el príncipe Nestarcio, los cuales por bien andantes se tuvieron en haver alcançado tan alto príncipe por señor, dexando Arдания con aquel propósito que pudiera ser que no tomara si supiera el coraçón de Banortes, por lo que de su apostura y esfuerço quedava pagada, el cual, aunque lo encubrió entonces, algunos días sintió la ausencia de Arдания hasta que la razón tuvo lugar, de hazerle desechar aquellos pensamientos.

¶Capítulo lxx. De cómo partidos el príncipe Nestarcio y Banortes con su compañía del castillo de Arдания, fallaron dos cavalleros que querían pelear, a los cuales estorvaron su batalla y los conocieron después que eran Elisén y Brimarel.

Con tan grande alegría partieron el príncipe Nestarcio y Banortes del castillo de Arдания, en lo que sus semblantes mostravan, puesto que el uno no la tuviesse en su corazón, por haverse tan presto despachado aquellos fechos. Y pues el príncipe Nestarcio se vido fuera de Colonia, considerando que por ventura passarían muchos días que no se le ofrecería semejante sazón, para cumplir el desseo que tenía de ver las tierras del imperio por aquella parte en que entonces se fallava, dixo a Banortes que su intención era de bolver por otro camino a Colonia, y la causa que para assí lo hazer lo había movido. El cual le loó su propósito y demás le dixo que, pues él no era venido ende sino para servirlo, hiziesse lo que más le parecería convenir a su servicio, porque él lo seguiría hasta que la muerte le impidiesse el cumplimiento de sus desseos, por donde la compañía de Banortes le era tan agradable, señaladamente después que conoció a qué pujava su esfuerço, que ningún cansancio sentía en el camino, antes muy grande deleite en ver el gran señorío que Dios le diera con compañía de su señora Arinda. Por donde en su corazón le dava gracias, assí por aquello como por el esfuerço y otras gracias de que lo había dotado, a cuya causa, allende de la honra que por su stado se le devía, no dexava de alcançar la mayor por la fama que de su persona entre los buenos cavalleros de su tiempo por todo el Universo se sonava, no recibiendo d'ello vanagloria, antes atribuyéndolo a aquel Alto Señor a quien le había plazido no hazerlo piedra o yerva, o dexarlo sin ser, por donde no pudiera hazerle algún servicio ni gozar de aquella gloria que para sus semejantes, usando de lo que les es por él encomendado como deven, está para el fin de sus trabajosos días aparejada.

Seis días anduvieron por camino muy poblado de villas y castillos, de ver los cuales mucho se folgavan, por la variedad de de los edificios y assentos d'ellos, con la cual los ojos a maravilla se deleitavan, causándolo ser tan aplazible que por ella el bivar d'este siglo es desseado, tanto que, no se pudiendo alcançar la gloria del otro sin pérdida de nuestra vida, mientras se nos consiente sustentarla no la querríamos perder. Y aun si fuesse para con ella servir al Alto Señor, assí las recibidas como las prometidas mercedes, no sería malo el desseo, pero no la desseamos sino para más deservirlo, no

nos acordando de lo que le devemos sino en los tiempos que corremos el peligro de perderla. En el cual a las vezes acordamos tan tarde que se pierde, assí la temporal como la eterna, por donde devríamos de tal manera ordenarla que, quando fuésemos por el Alto Señor llamados, no nos doliesse sino que no lo havemos sido muchos tiempos antes, pues es cierto que, mentre en este siglo biviéremos, no son menos ciertos los peligros y trabajos que en el otro la bienaventurança sin fin.

Pero tornando al propósito de nuestra historia, a los ocho días de su camino, después que del castillo de Arдания partieron, entraron por una tierra tan áspera y despoblada, que no menos se maravillaron de ver su aspereza, que de la que havían passado la gran población. Por la cual, haviendo una mañana caminado cerca de tres horas, y llegando a un monte no menos spesso de árboles que de piedras, oyeron a su diestra como golpes y bozes que cerca se davan, siguiendo las cuales, más por el tino que d'ellas tenían, que porque se les ofreciesse camino, vieron dos cavalleros que peleavan firiéndose de muy pesados golpes. Y como viessen que por haver ende tantas piedras no podían a su sabor llegar los cavallos para ferirse, decendiendo d'ellos començaron su batalla a pie, con tan gran denuedo, que cada uno d'ellos señalava querer en breve despedirse del otro, según se ferían por todas las partes que más se podían dañar. Quando Nestarcio vido en los dos cavalleros tanta bondad, pesándole que cualquier d'ellos recibiesse daño, les dixo:

–Por cortesía, cavalleros, que vos çufráis fasta saber de vosotros lo que desseo.

Los cuales, como no menos mesurados fuessen que de grande esfuerço, apartándose algùn tanto el uno del otro, le dixeron que les dixesse qué era su desseo de saber d'ellos.

–Si hay legítima causa para fazer batalla tan cruel como la vuestra –dixo Nestarcio.

Al cual, el uno d'ellos dixo:

–La causa es, cavallero, porque mi contrario quiere que yo le diga quién soy, lo que yo de grado le dixera si me lo preguntara como entre cavalleros en quien hay mesura se acostumbra. Pero como haya dicho que se lo tengo que dezir aunque no quiera, yo moriría mil vezes antes que dezírselo, pues más se lo diría mostrando flaqueza y por temor de sus amenazas, que por cortesía ni que de mi voluntad procediesse. Quanto más que yo he jurado que le tengo de hazer perder el mal uso que tiene de querer saber haziendas ajenas.

–¡Válame Dios! –dixo Nestarcio– ¿Y por tan pequeña causa dos cavalleros tan buenos queréis perder las vidas y las almas? Agora vos digo que si lo fiziéssedes no habría quien de culpa y muy grande librarvos pudiesse. Por donde, pues no es por más de lo que dixistes, fagamos si vos pluguiere una cosa: que me digáis cada uno aparte vuestros nombres e yo los diré luego a entrambos, porque no estéis en puntos sobre cuál de los dos lo dirá primero al otro.

–¡Por Dios –dixo el uno d’ellos– que vós sabéis mejor de librar pleitos que cuantos hombres yo he visto! Pues, queriéndonos matar este cavallero e yo por no nos dezir nuestros nombres, venís vós con vuestra rethórica para querer saber los d’entrambos. Agora vos digo que si no havéis estudiado mejor, no seríades bueno para juez en lugar que haya residencia.

No pudo Nestarcio çufrirse sin reír de lo que el cavallero le respondiera. Y como muy grande desseo tuviesse que aquella batalla no passasse adelante, les dixo:

–Pues sea d’esta manera, si vos pluguiere, porque no creáis que lo dixes con intención de saber vuestros nombres sin vos dezir el mío, que yo vos lo diré luego, porque no pueda saber cosa de ninguno de vós, que de mí no la sepáis primero, y después que me digáis los vuestros para el efecto que ya dixes. Y si con lo que digo no vos contentáis, también vos diré los de mi compañero y d’este donzel y escudero, porque quedéis bien satisfechos por lo que poco antes pensastes.

–Vós lo dezís tan bién –dixeron ellos– que no hay emienda, por donde sepamos vuestro nombre.

–A mí –dixo el príncipe– me dizen Nestarcio, y a aquel cavallero Banortes.

Cuando los cavalleros oyeron dezir Nestarcio, entrambos se estremecieron de plazer, cuidando que el que ivan a buscar fuesse. Pero cuando le oyeron nombrar al otro Banortes, y vieron al escudero y donzel, a quien jamás havían visto, porque en el tiempo que con Arдания fueron a buscar a Nestarcio traían los vestidos de luto, otrosí como no le conociessen el cavallo, porque Eramir se lo havía muerto ante el castillo de Arдания, ni menos por la figura del escudo, en el cual acostumbrava de traer un mundo, por estar dessecho de los golpes que en aquella batalla recibiera, perdiendo del todo el conocimiento assí d’él, como de la boz, por causa del yelmo, el uno d’ellos le dixo:

–Si vós fuéssedes tan bueno como otro Nestarcio que yo conozco, aún más faría yo por vuestro mandado de lo que vos podríades pensar.

–Saber querría quién es esse que vós conocéis –dixo Nestarcio–, por ver si es uno a quien yo no menos que mí amo y precio.

–Es fijo del emperador Octavio –dixo el cavallero.

–A Dios merced –dixo Nestarcio– que de dos cosas que esse príncipe tiene, no me falta sino la una, de la cual, aunque assí me veis, no creáis que me juzgo por menos que él merecedor, pues el valor muchas vezes lo otorga Nuestro Señor Dios sin estados para que con él los alcançen aquellos que d’ellos carecen.

–No lo querrá Dios ni será servido –dixo el mesmo cavallero– que vos lo merezcáis tan bien como el que yo digo. Y si esso osáredes mantener, yo le diré a este cavallero mi nombre por salir de la batalla, y vos faré conocer que aún no lo merecéis servir cuanto más igualar.

–Fecho es –dixo Nestarcio–, pero sepamos primero vuestro nombre.

–No quedará por esso –dixo el cavallero–. Por ende, sabed que a mí dizen Elisén y soy criado del príncipe que dixe. Y pues ya lo sabéis, decended de vuestro cavallo y venid a la batalla.

–Esso será si esse otro cavallero vos diere por quito –dixo Nestarcio.

–Yo lo doy por quito –dixo el cavallero–. Y agora ternéis dos males, porque por la mesma aventura que él passare tengo yo de passar, por defender tan justa querella como la suya. Porque a mí llaman Brimarel e soy el mayor amigo que este cavallero tiene, y no menos servidor del príncipe Nestarcio.

–Pues assí es –dixo Nestarcio–, quedad con Dios, porque no quería saber más d’esso y batalla no la entiendo de haver con vosotros por tan pequeña causa, pues si la huviesse aún me juzgarían por tan sandio cuantos me conocen, como yo a vosotros por lo que hazer queríades.

Y bolviendo el cavallo començó de caminar a la mayor priessa que pudo, siguiéndolo su compañía.

–Por más que andéis –dixo Elisén– no creáis que vos no tengo de alcançar, para que aprendáis cómo se ha de hablar de los príncipes, porque no digan que de mis manos salistes mal criado.

E dicho aquello, assí él como Brimarel, cavalgando en sus cavallos, començaron de seguir a Nestarcio, el cual, quando algún tanto fue d’ellos alexado, y con la spessura de los árboles no podían verlo, se fizo desenlazar el yelmo, no se pudiendo tener de risa encima de su cavallo, y no menos Banortes, considerando la saña de los dos cavalleros en qué havía de parar. Los cuales, como mayor priessa que Nestarcio se diessen, muy presto le fueron tan cerca que se podía oír Elisén que venía diziendo:

–Atended y veremos, don Nestarcio, cuán grande es vuestro valor para que merezcáis el imperio de Alemania, porque yo vos prometo de tomaros muy presto con mi spada la medida de la cabeça, a causa que vos faga la corona del tamaño que conviene.

Y cuando ya fueron tan juntos que aun no había entrevalo de dos cuerpos de cavallo entre ellos, bolviéndose Nestarcio, le dixo:

–Por ende la desarme yo, Elisén amigo, porque la podáis tomar más justa.

Cuando Elisén conoció ser el príncipe, su señor, arrojando la spada de la mano y decendiendo de su cavallo, vino contra él para besarle las manos y suplicarle le perdonasse las locuras que dixera, al cual Nestarcio abraçó, agradeciéndole la voluntad que en él había conocido.

En aquella sazón llegó Brimarel, con el cual no se fizo menos. Y cuando ya fueron a cavallo y començaron de caminar, le contaron cómo entrambos eran partidos de Colonia en su busca, sin lo saber el uno del otro, y cómo se vinieron a encontrar en aquel monte, adonde los hallara, y las causas porque lo desconocieran. Por donde todos rieron de sus batallas, teniéndose por bien andantes que en aquello hoviessen parado. Entonces Banortes, por mandado de Nestarcio, les contó cómo dieran cima en la demanda de Arдания, a la cual aún tenía Banortes muy puesta en su pensamiento. Y otrosí les contó su hazienda y cómo su ventura lo fiziera encontrar en aquella floresta al príncipe, su señor, por donde fue su compañero en la batalla. Lo que no le fue poco embidiado por los cavalleros a quien se contava.

Salidos de aquel monte, entraron en un llano, por el cual, después que anduvieron más de media legua, fallaron una aldea adonde comieron y estuvieron aquel día, porque les dixeron que no hallarían poblado de allí a cuatro leguas. Otro día de mañana partieron de la aldea, y aún no habían andado camino de dos horas cuando vieron contra sí venir un osso muy grande, al cual cuatro perros aquexavan sobradamente. Y como viesse los cavalleros en el camino, bolvió contra la diestra d’ellos, corriendo con muy gran furia. Y como muy cerca dende fallasse dos grandes árboles, los cuales estaban tan juntos que no parecían más de uno hasta lo medio, arrimándose a ellos por tener las espaldas al seguro, se reparó ende, y al primero de los perros que tuvo el atrevimiento de acercársele, con uno de sus largos y agudos colmillos, lo paró tal que los otros luego castigaron, viéndolo yazer delante del osso sin bullir pie ni mano.

Pero como Nestarcio, con todos que en su compañía venían, fuesen en aquel género de caça tan diestros como aficionados, llegando tan cerca del osso que con sus lanças podían ferirlo, tomándolas todos sobre mano, lo firieron por diversas partes con tanta fuerça, que entrándole los fierros de las lanças por el cuerpo y puxándolas quanto podían, lo tenían tan firme que a una ni a otra parte podía bolverse, antes quanto más iva más le entravan las lanças. Por donde los bramidos del osso eran tan grandes, que muy presto guiaron a aquella parte dos cavalleros con otros caçadores y sus perros, los cuales, viendo el poco daño que del osso podían recibir, se le colgavan de los oídos e mordían por todas las partes que podían, tanto que, forçándole hazer algún movimiento, le causavan mayor daño y dolor en sus llagas, con que no menos spessos y grandes dava los bramidos, conociendo todos que su muerte era muy cercana, por la mucha sangre que de las llagas le havía salido y siempre continuava. Y por lo acavar más presto, uno de los cavalleros que ende acudieran, le puso su lança por medio de la boca, con un fierro muy ancho y agudo, por donde luego cessaron sus bramidos, perdiendo juntamente con ellos la vida.

Y cargándolo sobre un palafrén de los caçadores, movieron de consuno para un castillo, cuyo señor era el cavallero que con su fijo ende viniera, a ruego de los cuales Nestarcio con su compañía ivan por huéspedes, adonde fueron muy bien servidos. Y quando hovieron comido, Nestarcio se despidió del señor del castillo y de su fijo, los cuales, sabiendo quién era al tiempo de su partida, le suplicaron les perdonasse el poco servicio que d'ellos havía recibido, quedando muy satisfechos de la humanidad de aquel príncipe. El cual con su compañía alvergó aquella noche en una villa, la cual, aunque era pequeña, su fortaleza era tan grande que todos se maravillaron d'ello, la cual se dezía Ausperga. Y después que d'ella partieron, hasta llegar a Colonia, no les avino cosa que sea para contar.

Y quando Nestarcio llegó ante sus padres y la princesa Arinda, los cuales tenían ende a Flerisena, su fija, con quien se estaban folgando, no hay quien vos contar pueda el gozo que todos sintieron de su súpita venida, ni las queexas que la princesa Arinda publicó a Nestarcio de su partida, aunque muy poco le duró la saña con que las publicara. Y los cavalleros que con Nestarcio vinieron, fueron por aquellos altos señores, con el mesmo amor que contra ellos conocían tener, recibidos, señaladamente Banortes, assí por lo haver el príncipe Nestarcio loado por uno de los buenos cavalleros que él sabía, como por ser de la casa del rey Pasmerindo, y otrosí por las encomiendas

que del rey y de la reina traxera, las cuales fueron por todos recibidas con no menor voluntad que aquella con que embiadas eran.

Fecho aquello, Banortes contó al emperador por mandado de Nestarcio lo que después que partiera con Ardania les había sucedido, de que mucho se folgaron, señaladamente de la batalla de Brimarel y Elisén, y de la que después querían haver con Nestarcio. El cual, mientras Banortes lo contava, alcanzó de la princesa, su señora, el perdón de su yerro, tan cumplidamente que no dexó de conocer que ya contra él ningún género le quedava de saña ni de queixa. Y el emperador, quedando muy contento de Banortes, lo mandó en su casa aposentar, al cual, después de haverle mandado dar cuanto era menester, honrava tanto que él se tuvo por bien satisfecho de su trabajo.

Y Elisén y Brimarel fueron a sus mugeres, las cuales no los esperavan con menos desseo que la princessa Arinda al príncipe, su señor. Asanor y Lucenio quedaron en la cámara y servicio de Nestarcio muy contentos, por ver cuán bien tratados eran de su señor. Por donde en aquella casa se bivía con mucha paz y alegría, tomando los plazerres y honestos passatiempos que podían, no dexando en las horas que devían de servir a Dios y en las otras que tenían, exercitarse en virtuosos exercicios, y los que tenían cargo de la princesa Flerisena, entendiendo en la criança d'ella, aunque sobre todos lo tenían aquellos honrados emperadores, de los cuales sin comparación era amada y querida.

¶Capítulo lxxj. De cómo el rey Pasmerindo embió al príncipe Valerián, su fijo, al emperador Octavio. Y de lo que por el camino le acaeció.

Viendo el rey Pasmerindo que, aunque su hijo Valerián no tenía ocho años cumplidos, su apostura lo fazía parecer más de diez, y que assí por su noble naturaleza como por lo que se le había enseñado, su cordura e juicio no parecía de donzel, antes de hombre de mucha edad, y que ya era tiempo de seguir el consejo que el sabio Arismenio le diera, un día lo habló con la reina, su muger, a la cual muy grave se le hazía alexar de sí en tan pequeña edad al príncipe, su hijo, aunque ya tenía una fija, la cual, assí en hermosura como en todas otras cosas, no dexava de parecer hermana de Valerián, a quien pusieron nombre de Ardimea, pero conociendo la voluntad del rey, la cual siempre trabajó de seguir, húvose de çufrir.

Por donde, mandados llamar por el rey Aspalión del Vado y Dromisto el enano, los cuales tenían el cargo de la criança del príncipe, su fijo, les dixo su determinación, encargándoles que por él mirassen, assí como d'ellos tenía confiança. Y cuando todas las cosas de su partida estavan adereçadas, despedidos del rey y de la reina, los cuales no dexaron de señalar el dolor que de ver partir al príncipe, su hijo, sentían, se partieron levando a Valerián en una litera. La cual Aspalión mandara hazer para el príncipe y a su muger Asserina, e assí mismo para un fijo suyo de la mesma edad de Valerián, al cual dezían Canisor, dándose por el camino el mejor tiempo que podían, porque en su compañía ivan veinte cavalleros muy buenos, los cuales levavan algunos perros y halcones para cuando se les ofreciesse tierra de caça.

Y acaeció que en un monte, en el cual les pareció que no dexaría de haver algunos ciervos, fizieron sus armadas, poniéndose cada uno en el lugar que había d'estar. Y a poco rato, sintiendo Valerián y Aspalión el ladrar de los perros, tan cerca d'ellos que se maravillavan cómo no los vían, corrieron contra aquella parte que los sintieran, pareciéndoles mientras corrían que siempre los sentían delante de sí, pero cuando paravan, ya les parecía que más adelante eran. Por donde, yendo a un cabo y a otro del monte, siguiendo siempre el ladrar de los perros, llegaron a una fuente, la cual salía debaxo de una gruessa enzina, a la cual el curso del agua había quitado la mayor parte de la tierra que antes les cubría las raíces. Y como viessen un árbol tan grande sostenerse sin caer, por razón que no tenía sino muy pequeña parte de las raíces en la tierra, mucho se maravillaron cómo el aire no lo había hasta entonces derribado. Y después que del agua, que muy fría e sabrosa era, huvieron bebido, se lavaron las manos e los rostros.

Y al tiempo que Valerián ovo en su palafrén cavalgado, y Aspalión tenía las riendas de su cavallo para cavalgar, como viesse detrás de aquella enzina levantarse y desperezar un león tan grande como fiero, dio tan gran salto a una parte, que haziéndole perder las riendas de la mano, lo dexó començando de fuir por el monte. Y como al estruendo que el cavallo fizo en saltar y fuir, el león bolviesse los ojos contra aquella parte y viesse a Aspalión a pie y al príncipe Valerián en su palafrén, cuasi en dos saltos fue junto a Valerián, el cual, viendo contra sí venir al león, no fue perezoso en tirar de su cuchillo de monte y, rebolviéndose el manto que traía en el braço, firmarse sobre las estriberas para atender al león. El cual con sus agudas uñas muy presto començó de aquexar su palafrén, al cual Valerián no podía detener según el desseo tenía de fuir, aunque haziéndole sentir no menor dolor de las espuelas del que fasta entonces el león

le causara, lo detenía aguardando tiempo para ferir al león, si a lance le viniere. El cual, aunque Aspalión pugnava de ponerse entre él y el príncipe, porque no le pudiese dañar, tan poco se curavan d'él como si ende no estuviera, pareciéndole que mejor aparejo hallaría para matar su ravisosa hambre con Valerián y su palafrén, que ivan desarmados, que con el fierro de las armas de Aspalión, el cual no menos se maravillava de ver el esfuerço de Valerián, que temía su peligro, porque parecía en él haverse espantado más que si el león fuera un ciervo o otra animalia de quien ningún daño recibir pudiera.

Y tanto anduvo el león fuyendo de Aspalión y siguiendo a Valerián, que vino a la parte que el príncipe desseava. Y quando le pareció que lo podía con su cuchillo alcançar, lo firió de tan pesado golpe sobre el uno de los ojos, que quebrantándoselo de suerte que jamás viera d'él aunque biviera, le fizo una llaga muy grande, de la cual, sintiéndose el león muy cargado, començó de dar tan grandes bramidos, que todo aquel monte hazían reteñir. Por donde todos los cavalleros y la otra compañía que en las armadas estaban, pudieron al tino d'ellos acudir ende, pero antes que llegassen, al tiempo que el león vino para vengarse del recebido daño, dando un gran salto para coger a Valerián con sus fuertes braços y agudas uñas, le puso por aquella boca tan espantable como ravisosa, la cual traía abierta, su agudo cuchillo, con tan grande esfuerço como temor del león. El cual, no pudiendo çufrir el daño y dolor que juntos le causara, ya se havia retraído con menos fuerças que de antes, causándolo las dos llagas que tenía de las cuales mucha sangre le saliera, aunque lo aquexava la de la boca, porque como la sangre que d'ella salía le entrasse por la garganta, hazíale perder el huelgo.

Por donde, viendo Valerián que ya el león no le acometía, arremetiendo contra él con su palafrén, el cual ya no tenía en tanto el miedo de la vista del león como el estímulo de las spuelas, quando tan junto que lo podía ferir, alçando su cuchillo tan alto como se le otorgó, lo firió por la cabeça de tan fuerte golpe, que ningún cavallero ni jayán le podiera causar mayor daño, pues con él lo fizo caer a los pies de su palafrén tendido.

Quando Aspalión con los otros cavalleros, que cuasi en la mesma sazón que Valerián matara al león, eran ende llegados, vieron aquel esquivo león muerto y que en Valerián ningún género de alteración se señalava; de tal suerte se maravillaron que no sabían si passava en sueños, pareciéndoles cosa fuera de toda razón, por donde en ninguna cosa hablaban sino en aquello, no acordándose de su camino ni de lo que más hazer devían.

Pero cuando ya pudieron determinarse, acordaron de hazer dessollar al león y embiar la piel al rey Pasmerindo, con cartas con las cuales lo hazían sabidor de aquella batalla que entre Valerián y el león passara, assí como las embiaron con dos escuderos. Los cuales, cuando llegaron a Belgrado, adonde ya el rey havía algunos años que viniera de Fradia, y le dieron las cartas, jamás el coraçón d'él y de la reina fueron tan alegres, dando a Nuestro Señor innumerables gracias por les haver dado fijo que en tan pequeña edad hoviesse fecho lo que al mejor cavallero del mundo fuera contado, por una de sus mayores hazañas. Y en memoria de aquello, haziendo henchir la piel del león con cosas y otras confaciones con que se pudiesse sostener, la mandó poner sobre la puerta de los palacios, de donde no acarrea menor espanto a los que la miravan que maravilla cuando sabían quien lo havía muerto.

Después de despachados los escuderos para Belgrado, el príncipe Valerián con su compañía partieron de aquel monte. Y por sus jornadas, sin les acaecer cosa que se deva en escrito poner, llegaron a Colonia. Y cuando fueron a los palacios subidos, tomando Aspalión y Dromisto al príncipe Valerián en medio, y dos otros cavalleros a su muger Asserina y a Canisor, llegaron adonde el emperador con la emperatriz y los príncipes, sus hijos, los atendían. Y fincadas las rodillas en el suelo, les dixeron la causa de su venida, aunque algunos hubo ende que no pudieron dexar de reír cuando a Dromisto vieron de rodillas, porque no parecía, según era pequeño, sino niño de un día nacido. Por donde, oído por el emperador lo que Aspalión dixera, le respondió que él se juzgava por de buena dicha, allende de la honra que d'ello le recrecía, por tener en su casa fijo de tan altos hombres, y señaladamente tan apuesto y hermoso, que tenía por cierto que cuando fuesse mayor, antes se havría de defender de las donzellas que passar pena por alcançarlas. Por donde a Valerián se le embermejeció el rostro, con que a maravilla pareció bien a todos, a cuya causa, combidados aquellos emperadores y príncipes de su hermosura y honesta vergüença, lo tomaron cada uno abraçando y besándolo muchas vezes, recibiendo d'él las gracias y medidas que devía con mucha humildad.

Cuando Danela, que ende era, al enano vido junto a Valerián, y que era venido delante todos los otros cavalleros, creyendo que por acarrear a sus señores algún plazer lo fizieran, le dixo:

–Si vós, hermano, venís con esse hermoso príncipe, para hurtarle su gracia y hermosura muy cortos vos fizo Dios los braços y más pequeñas las manos, por donde

vos consejo, por lo que me bien parecéis, que vos hagáis criar primero y vos çufráis hasta que tengáis la disposición para ello que agora vos falta.

–Si no le hoviesse de tener acatamiento a tan altas personas –dixo el enano–, ni vós, dueña, quedárades sin castigo ni yo sin satisfacción. Pero como el çufrimiento sea una de las principales virtudes con que todas las venganças se alcançan, no quiero yo por agora dexar de usar d’él, por no ser juzgado por tan mal çufrido como vós dueña desmesurada.

–Antes me parece que ni yo quedo sin castigo –dixo Danela– ni vós sin satisfacción, pues ya no ay que dezir podáis ni yo pagar.

Todos se maravillaron de la respuesta del enano, por donde Aspalión, después que su muger fue recebida por la princesa Arinda con mucho amor, acordándose d’ella del tiempo que con la reina Albericia se vieron en Clocea, y el del príncipe Nestarcio, por no se haver olvidado de lo que entrambos avino en el passo del vado, cerca del castillo de su suegro Equivalio, dixo al emperador el cargo que el enano traía, certificándolo que todo lo que de su cuerpo se parecía faltar, le sobraba en saber y discreción no desacompañada de mucha gracia. Por donde de allí delante de todos fue honrado y en mucho tenido.

A cargo del príncipe Nestarcio quedó el aposento y todo lo ál que por Valerián se havía de hazer, dexando el emperador para sí el de la criança d’él y de su nieta Flerisena, la cual en aquella sazón ya començava de señalar bien claro su estremada hermosura. Por donde Nestarcio lo aposentó en los palacios del emperador, juntamente con los que con él havían de quedar, dándoles aquel recaudo que, para mostrar que entendía de satisfacer la deuda que a sus padres devía, era conveniente, mandando que assí fuesse servido, como si igualmente con Flerisena le fuera hijo.

D’esta manera vino Valerián en aquella casa para se criar en ella, de la cual tomó tal criança que antes perdió la vida que el amor que su venida se causó, porque mientras bivió, ningunos afanes ni peligros, aunque muchos passó, fueron bastantes que sólo un momento sus pensamientos y desseos se ocupassen en más del servicio y menbrança de la princesa Flerisena, su señora. La cual, según ya vos diximos, en sus tiempos ni en muchos de los que después sucedieron, no tuvo ni halló quien a la su sobrenatural hermosura, con ninguna que pareciesse comparación, pudiesse igualar, según que de todo se tratará muy largamente en la segunda parte de la presente historia.

¶Fin de la primera parte de la crónica del muy alto príncipe y esforçado
cavallero Valerián de Ungría.

¶Parte segunda de la crónica del
muy alto príncipe y esforçado cavallero Valerián
de Ungría. La cual trata de sus grandes fechos
de armas y de los leales y verdaderos
amores suyos y de la princesa
Flerisena, su señora, acom//
pañados de desiguales
penas y conti//
nuos des//
seos.

¶Parte segunda: capítulo primero. De las primeras razones que entre los príncipes Valerián de Ungría y Flerisena passaron, con las cuales tomaron sus amores principio y fundamento.

Como todas las cosas que han de redundar en servicio del Alto Señor sean por su providencia guiadas, para que alcancen los fines que dessean aquellos que en los principios se las dirigen con firmeza de fe y limpias entrañas, fizo y ordenó que el donzel Valerián de Ungría fuesse, por consejo del sabio Arismenio, embiado por el rey Pasmerindo, su padre, a la casa del emperador Octavio, para que aprendiesse en ella criança y las otras cosas que más por experiencia e industria que por naturaleza vienen a saberse y exercitar. Por donde, si no estuviera assí previsto y guiado, alguna duda pudiera ponerse en lo que, assí d'esto como de lo ál, el coronista de la presente historia escribió, pues pareciera cuasi fuera de razón que siendo Valerián fijo de tan honrados padres y altos reyes, como se os dixo en la primera parte, no hoviesse aparejo para lo criar en su casa, adonde no se ha de creer que menos se mirasse en su criança, por la solicitud e vigilancia de sus padres que en la del emperador Octavio, el cual, puesto que en aquel exercicio fuesse solícito, no dexava de serle estraño.

Pero siendo como diximos previsto y guiado por aquel Alto Señor, a quien no era oculto lo que para su mayor servicio havía de suceder, fue ende embiado para el efecto que oístes. El cual, acrecentando de cada día, assí en lo que se le enseñava como en la apostura y gracias de que sobre todos los de su tiempo fue dotado, vino a ser tan querido, assí de los emperadores como de los príncipes, sus hijos, que ningún grado le faltava para serlo perfectamente, sino el nombre de hijo, el cual trae consigo una natural amicicia con los que lo engendraron, que cuasi los fuerça que estrañamente lo quieran y amen. Por donde no havía otra diferencia sino que el amor que a Valerián tenían era accidental y voluntariamente causado por sus gracias y apostura, y el otro porque procede como diximos de las potencias de nuestra naturaleza, obligándonos a que no podamos dexar de tener. Y por ende era tan amorosa y familiarmente tratado d'ellos, como la princesa Flerisena, en cuyo espejo se les representava su verdadero gozo y deleite.

Y como esta familiaridad no pueda alcançarse ni menos sostener, sino con la frecuentación de la vista y comunicaci3n de la vista y comunicaci3n ayudada de la igualdad de las personas, y conformidad de las condiciones, siendo Valerián de poco tiempo mayor que la princesa Flerisena, pero tan conformes en las condiciones y criança que aquella conformidad los incitava para que se más comunicassen, les parecía a entrambos que todo otro género de juegos y passatiempos les era odioso, después de haverse exercitado en las horas que convenía en lo que a cada uno se enseñava, sino verse y estar juntos, praticando de aquellas cosas que en la edad que tenían se les otorgava, en la cual sobradamente alcançavan, según fueron de su naturaleza favorecidos, allende de lo que con la doctrina y experiencia de cada día adquirirían.

Por donde se siguió que, siendo Valerián de poco menos de doze años, hallándose con Flerisena en compaña de una dueña y dos donzellas que tenían de su persona cargo, las cuales se havían assomado a una finiestra de los palacios, por ver un hombre que delante d'ellos sobre una cuerda comenzara de hazer muy graciosos juegos, y según dezía maravillas, las cuales assí mismo Flerisena quería ver, deteniéndola le dixo:

–¿Qué maravillas pueden ser, o, más hermosa princesa de cuantas en nuestros tiempos nacieron, las que v3s queréis ver ni el hombre que vos han dicho hazer que igualen a aquellas que el Alto Señor ha fecho?

–Ningunas, por cierto –dixo Flerisena–, pues el hombre menos las haría si para ello gracia y poder no se le otorgaran. Pero ¿por qué lo dixistes?

–Porque en vuestro más que hermoso gesto –dixo Valerián– se puede ver muy gran parte d’ellas.

–Assí en el mío como en cualquier otro –dixo Flerisena– se pueden ver, pues en todos tiene muy poco que hazer según su alto poder.

–Bien creo yo que es assí –dixo Valerián–, pero no dexa por ende de parecerse más su poder y conocer su saber en una tan perfeta obra como la de vuestro gesto, que en otro en que se muestre algún defecto o imperfección.

–Luego si esso es assí –dixo Flerisena–, mucho más le devo yo.

–Es assí y tan verdadero, hermosa princesa –dixo Valerián–, que cuando no hoviesse más prueba de la d’essos ojos, que en vuestro gracioso gesto le plugo pintar, sería tan suficiente y eficaz que se no podría hallar hombre, después de los haver visto, que lo contrario dezir osasse, sin temer que como falso merecería muy cruel muerte, señaladamente si los viesse contra él irados, porque entonces no dudo yo que no fuesse mayor su espanto que el dolor que de la pérdida de la vida se le podría recrecer.

–¿Tan grande espanto os parece –dixo Flerisena– que pueden acarrear mis ojos?

–Tan grande –dixo Valerián– que si en me mirar no tuviessen el orden que deven e yo desseo, no ternía por pequeño remedio perder la vida por verlos.

–Saber querría –dixo Flerisena– qué orden es el que detener tengo y por vos dezís dessearse.

–Aquel que yo espero alcançar –dixo Valerián– por los servicios que hazeros puedo.

–Por verdad que nunca supe –dixo Flerisena– que esse pensamiento tuviéssedes, por donde no hos devéis quejar si en miraros no he tenido el orden que havéis dicho.

–Por ende, esclarecida princesa, es mi mal mayor –dixo Valerián–, pues siendo vuestro, no me conocéis ni a mis desseos, y menos los servicios que hasta aquí mi corazón vos ha fecho.

–Por vuestra fe, que me digáis –dixo Flerisena– qué servicios son éssos, porque de vós ser mío no sé cómo lo entienda, no siendo yo mía ni alcançando cosa que tenga esse nombre.

–Pues assí lo mandáis, señora –dixo Valerián–, como aquél a quien es entredicha la libertad y voluntad de salir jamás de vuestro mandado, digo que después que mis ojos fueron dichosos de ver los vuestros, junto con la estremada hermosura y gracias de que fuiste dotada, mi corazón y sentidos no han recebido otro deleite ni descanso sino en serviros cada uno en su exercicio. Por donde todo lo que por mí dende entonces hasta

agora ha sido fecho, no ha tenido principio ni fin a más de vuestro servicio. E si hasta aquí no ha sido por vós, muy alta princesa, conocido, agora que vos plugo lo sabéis. Y puesto que el Alto Señor tan libre os haya fecho que de nadie seáis, que yo soy vuestro e no mío ni de otri, desseoso de alcançar la bienaventurança que de a vós sola tener por señora se me recrecería, sin que otra alguna lo espere ni lo pueda ser.

–¿Tan grande bienaventurança se vos recrecería d’esso? –dixo Flerisena.

–Tan grande, hermosa princesa –dixo Valerián–, que no creo yo que su igual pueda sentirse, a lo menos en este siglo.

–Pues porque no la perdáis por tan pequeña cosa –dixo Flerisena–, dende agora yo os otorgo esse nombre para todo el tiempo que vos pluguiere, con libertad de lo dexar quando vos pareciere.

–Por la sobrada merced que en me otorgar tan alto nombre se me haze, vos suplico yo, mi señora, me dexéis besar vuestras hermosas manos –dixo Valerián–, porque la libertad de dexarlo, dende agora digo que ni la quiero ni plegue a Dios que jamás por mí se dessee, pues allende que dexándolo faría la mayor pérdida que hasta agora se ha fecho, no dexaría de ser desleal a la más alta y hermosa donzella del mundo.

Dicho lo cual, fincó las rodillas en el suelo, suplicándola le diesse las manos para el efecto que se las pidiera. No pudo çufrirse Flerisena quando assí lo vido, sin le rogar que se levantasse, y quando vido que la no obedecía tomarle las suyas para lo alçar. En el cual tiempo no dexó de sentir la boca de Valerián que con ellas se juntara, para sello y firmeza de aquel señorío que de su vida y coraçón en aquel punto le otorgara, recibiendo aquel tan desseado como alto nombre, con el cual no fueron pequeñas las cosas que en armas hizo, según adelante se dirá.

Esta fue la primera piedra que se puso en el cimiento de la fábrica d’estos amores, la cual aunque por entonces con palabras cuasi por burla dichas pareciesse ponerse, después del ardor de sus coraçones, templado con el agua de las muchas lágrimas que derramaron, sintiendo aquexadas cuitas y mortales desseos, se fizo tal betume que con él se refirmó, de suerte que sola la muerte, la cual todos los más estrechos ñudos y lazos desata, la quitó al tiempo que murieron, sin que antes se le huviesse podido causar algún movimiento.

Passado aquello, viendo Valerián que la dueña con las donzellas, que en la finiestra miravan, dos vezes havían llamado a Flerisena, y que ella le rogava la dexasse ver lo que el hombre hazía, assí por la complazer, obedeciendo su mandado, como porque havia buena pieça que ende viniera, la dexó y fue a su cámara. Adonde echado

en su lecho estuvo hasta la tarde, refiriendo a sí mismo lo que su señora le dixera, con tanta gracia como él sintiera gloria y entonces pena, viéndose fuera de su presencia. Y pareciéndole que no le había sabido hablar, decía: «¡o, si le dixera así e si esto se me acordara, no pudiera ser que alcançara mayor certitud de su corazón!», con otras cosas que aquella sabrosa membrança le representava, tan embevecido en ella que algunas vezes, pareciéndole tener su señora presente, hablava tan alto como si d'ella esperara respuesta, hasta que conocía su yerro cuando nadie le respondía. Otrosí decía:

–¡O, Señor y soberano Dios, cuánto es lo que yo vos devo sobre los bivientes todos!, pues me hezistes venir a esta casa para que no solamente gozasse de ver la más hermosa donzella que en nuestros tiempos vos plugo criar, pero que de su grado haya alcançado nombre de suyo.

Con que sentía tan grande alegría y orgullo que le parecía que en su corazón no podía caber. Aunque otras vezes decía:

–Mas qué será de mí, si en su tiempo no se me otorga que de mi señora gozar pueda, así como el rey, mi padre, de la suya. Pero bien parece que el gozo me priva de juicio, pues sospecho y dudo lo que no me conviene, haviendo alcançado la más alta merced que en este siglo podía otorgarse. Porque si el rey, mi padre, o el príncipe Nestarcio, muy grande cuidaron alcançarla el día que se les otorgó nombre de cavalleros de sus señoras, ¿qué comparación tiene con la que yo he hoy recebido, alcançando por señora la más alta y hermosa donzella del Universo? Pues si se consideran los estados, no los alcançaron las dos juntas tan grandes, pues la hermosura aún es más escusado a compararla, siendo cuasi tan diferentes como la claridad del Sol con las pequeñas estrellas.

Y otras razones cuyos fines eran para mayor fundamento de sus altos y sabrosos pensamientos y acrecentamiento de su recibida y esperada gloria. Y como viesse que, según se hazía tarde, no tardarían en lo venir a llamar para que a cenar fuesse, salió a aquella parte en que comer acostumbrava, con el rostro tan colorado, que Dromisto, pareciéndole sobrado según su natural y ordinario, le preguntó si se sentía bueno, diziéndole la causa porque se lo preguntava. Al cual Valerián dixo que había dormido gran pieça, por donde creía que se le habría acrecentado.

Y porque si de contarvos huviésemos por extenso todo lo que entre estos dos príncipes y nuevos amantes en aquella edad passó, según cuanto se podían ver y hablar lo empleavan, sería cosa no menos prolixa que enojosa, por ser las razones que entre ellos passavan de personas de tan poca edad. Puesto que como ya se vos dixo,

sobradamente en ella alcançassen, no vos diremos sino que fasta que Valerián tuvo cumplidos doze años, e alguna libertad de estar con la princesa, hablando en las cosas que havían más sabor, assí con aquello como por no le demandar por entonces más sus desseos, fue para él aquel tiempo el mejor y más descansado que en sus días, ni en muchos de los passados, por ningún cavallero ni donzel se alcançó. Pero cuando les fue entredicha aquella gloria que sus coraçones antes sentían, con no poder assí a menudo verse ni hablar, començaron sus cuitas y desseos a crecer y continuar, tanto que si no fuera por los remedios y saludables consejos de Dromisto, a quien por no morir de muy arrebatada muerte Valerián los descubrió, no pudiera dexar por muchas vías de peligrar su vida, y no menos si le faltara la sustentación que de la vista de su señora algunas vezes recibía, todo lo cual junto le pudo sostener la vida.

Pues de Flerisena no es razón que se calle la compañía tan cubierta que en todo a Valerián tuvo, pues fue tan igual y verdadera, que si no conociera tener tan cierto señorío sobre su coraçón, el de la princesa en muy breve tiempo en lágrimas se desfiziera.

¶Capítulo ij. De cómo un donzel con dos escuderos vino a pedir el orden de cavallería al príncipe Nestarcio, al cual hizo cavallero sin saber quién fuesse. Y cómo después de partido de Colonia, le embió a dezir que era Florianteo, príncipe de Bohemia y de la Gran Bretaña, su sobrino.

En el tiempo que Valerián ya alcançava edad de diez y siete años, su esforçado y orgulloso coraçón, no pudiendo con el vicio que sin exercitarse en las cosas de su cualidad sentía, çufrir las ravisas cuitas y continuos desseos que de no poder a su señora ver ni hablar, assí como en sus menores años se le recrecían, en muy gran cuidado y tormento estava puesto, no le pudiendo dar consuelo ni esperança las cosas que Dromisto continuamente le dezía. El cual no solamente lo consolava con consejos, pero juntamente con algunos remedios que de la princesa le traía, los cuales a cualquier otro que no se sintiera tan aquexado, eran para lo hazer el más bienandante de todos los príncipes de su tiempo bastantes.

Y en aquella sazón que en los cuidados que vos diximos fluctuava, acaeció que un día, estando él en presencia de los príncipes Nestarcio e Arinda, los cuales por la

edad de los emperadores ser tan grande que antes requiría descanso que trabajo, ya tenían el regimiento del imperio, vido por la sala en que estaban entrar un donzel con dos escuderos, la apostura del cual bien dava testimonio de su valor. E fincando las rodillas cuando cerca del príncipe Nestarcio llegaron, el donzel le dixo:

–Porque la fama de vuestra casa, muy alto príncipe, causada de vuestro valor, no permite a ninguno por de grande estado que sea, recibir descanso ni contentamiento, si alguno en esta vida recibir se puede, sin alcançar vuestro conocimiento. Por ende llegada a mis oídos, aunque en lexos tierras, tuvo tan gran fuerça, que no consintiéndome recibir el orden de cavallería de ninguno de cuantos cavalleros ende se pudieron hallar, aunque muchos haya a quien si yo igualar pudiesse, no me dexaría de juzgar por bueno, me ha traído para que si vos fuere servicio, lo pueda por vuestra mano recibir como del mejor e más alto príncipe que agora se sabe, assí para mi mayor honra como porque, acordándome de quien lo recibí, no pueda en mi coraçón reinar covardía ni flaqueza, por donde mi honra pudiesse menoscabarse. Y pues este desseo me ha traído para el efecto que dixere, suplicovos, señor, que lo cumpláis, pues podéis ser cierto que, puesto que no sea d’ello merecedor, no dexaron mis predecesores de ganar el derecho con que pedir lo puedo.

Vista por Nestarcio la apostura del donzel ser a su razón conforme, lo hizo levantar, diziendo que, puesto que no tuviera más certificación de su merecimiento de la que su persona merecer señalava, sólo por ser venido para hazer aquella honra de tan lueñe, no dexara de cumplir lo que pidiera, cuanto más teniendo tan cumplido derecho como dixera. Por donde aquella noche podría velar las armas, porque otro día se pudiesse cumplir su aucto de cavallería, por razón que no se difiriese por su causa un solo punto.

Por donde el donzel, oída la respuesta que del príncipe esperaba, queriéndole por la honra y merced que le fiziera besar las manos, se levantó. E mirando a todos los cavalleros que ende eran, después que en la princesa Arinda sus ojos algún tanto se deleitaron, vido a Valerián, de cuya vista no menos se maravilló que si viera la más hermosa donzella del mundo, tanto que no pudo çufrirse sin preguntar a uno de aquellos cavalleros, que más cerca de sí fallo, por su hazienda. El cual se la dixo sin faltar cosa, de que no menos se maravilló, no pudiendo pensar por qué causa un príncipe tan alto fuesse embiado a criarse en casa de otro.

Cuando Valerián vido que aquel donzel, el cual no parecía tener tanta edad como él, quería ser cavallero, determinó de embiar a suplicar a su señora que para recibir

aquel orden le dicesse licencia, considerando que, allende que la podría mejor servir siendo cavallero que como hasta entonces fiziera, con el afán y trabajo que andando por el mundo passaría, no le aquexarían tanto sus continuas penas. Aunque por otra parte muy grave se le hiziesse alexarse de donde podía gozar de su vista, y por su enano hazerla de sus mortales desseos sabidora. Por donde quando se vido con Dromisto le dixo:

–Ya sabes, amigo, que si para mis tormentos y penas algún descanso no buscamos, según me tormentan, mi vida no puede sino ser tan breve quanto los remedios para sustentarla veo perdidos, por donde vernía a perder la esperança de posser la bienaventurança que de alcançar en algún tiempo el fin de mis mortales desseos hasta aquí he tenido, con que juntamente con tus consejos he podido sostenerme, cuya pérdida siento yo más que de mil vidas, pues, perdiéndola, por mucho mejor ternía la muerte. Y porque el descanso no lo veo por agora aparejado, según tú sabes, y ninguna vida es más enojosa que aquélla que de conveniente exercicio carece, he acordado de ser cavallero, para que pueda començar de exercitarme en aquello que después de las letras, en fasta aquí ha sido mi mayor exercicio, mi edad y estado requieren. Porque quando me fuere otorgado el señorío, que si a mis padres sobrevino se me deve, sepa assí en las armas como en las letras lo que cualquier príncipe no deve ignorar, porque de otra manera cuasi tiránicamente lo poseería, pues a ninguno es otorgado señorío sino para que, imitando e siguiendo las pisadas y regla de aquél que, siendo de todos señor y rey, quiso ser la mesma regla y exemplar, rijan y gobiernan sus súbditos con la igualdad de justicia con que d’él somos regidos. Y otrosí porque con los servicios que yo a mi señora hiziere, pueda con alguna razón atreverme a pedirle algunas mercedes, pues por lo que hasta aquí he fecho ninguna merezco. Y dexar tal fama que la muerte no pueda d’ella triumphar, y porque sin voluntad y mandado de mi señora, no es razón que me atreva a pedir el orden de cavallería al príncipe, su padre, ni a mí es permitido saberlo sino por tu medio. Has de tener cuidado de le suplicar que para ello me otorgue la licencia que falta, de suerte que la alcances y entretanto hablaré a Aspalión, porque entienda en que se me fagan las armas e todo lo ál que para el principio de mi cavallería conviene.

Como Dromisto conociesse la razón que su señor tenía, puesto que quisiera que primero tuviesse por lo menos dizinueve o veinte años antes de ser cavallero, no se lo desconsejó, e otrosí porque sabía que quando se determinava en una cosa no lo hazía sino después de largo acuerdo.

Y avínole también que llegadas las nuevas a Flerisena de la venida de aquel donzel, que a su padre había pedido el orden de cavallería, quiso luego verlo. Por donde con algunas de sus donzellas vino a la puerta de una cuadra, en la cual se entrava por la sala en que estaban el príncipe Nestarcio con todos los que vos diximos. Y como viesse que por detrás de los paños y antepuertas que estaban colgados lo podía ver a su plazer, sin ser de ninguno vista, acercándose ende lo miró buena pieça, pareciéndole que después de Valerián ningún cavallero había visto tan apuesto.

E como después de lo haver visto se bolviesse a su cámara, por una de las finiestras que había antes de llegar a ella, vido a Dromisto que baxava a unos entresuelos que había cuasi a media scadera. Al cual mandó por una de sus donzellas dezir que subiesse a su aposento, por donde, dexado lo que iva a hazer, subió a lo alto, y después de entrado en la cámara de Flerisena la falló sentada en una finiestra de donde se vía, assí la huerta de los palacios como gran parte del campo. Al cual Flerisena, en presencia de sus donzellas, dixo:

–Yo te fize llamar Dromisto porque me digas si sabes quién es el donzel que hoy ha venido, porque según lo que yo d’él he visto no creo que dexará de ser buen cavallero.

–Muy bien lo sé, mi señora –dixo el enano–, y por ventura más de su hazienda que él mismo.

–Pues si dezir lo puedes –dixo Flerisena–, mucho folgaré de saberlo.

–Con tal, mi señora, que lo tengáis en poridad, hasta que él quiera que se sepa su hazienda –dixo Dromisto–, yo soy contento. Pero no de otra manera, porque assí me ha sido por agora mandado.

–Por el desseo que de lo saber tengo –dixo la princesa–, yo te prometo que por mí no se descubra. Por ende, dímelo luego.

–Pues mandad, señora, apartar vuestras donzellas –dixo Dromisto–, porque es cierto que si lo oyessen, luego lo publicarían, solamente por ponerme en necesidad a causa de la embidia que de mi hermosura y gracias tienen, pareciendo todas ante mí, como yo, señora, delante de vós.

Y después que riéndose todas de lo que Dromisto dixera les fizieron lugar, él dixo a la princesa todo lo que su señor Valerián le mandara. Lo que oído por Flerisena, le dixo:

–¡Dios no me salve, Dromisto, si con todo mi seso no creí, cuando mis donzellas feziste apartar, que sabías y me querías dezir lo que yo te pregunté! Por donde conozco que tu señor tiene razón de amarte por tu conocida cordura.

–Si las donzellas no estuvieran ende, mi señora –dixo el enano–, no dexara yo de vos besar las manos por las mercedes y honra que de cada hora de vós, mi señora, recibo. Aunque por otra parte creo que Dios no lo permite, porque no sean besadas sino de sólo mi señor, a quien está otorgado y para quien tan cumplida bienaventurança se guarda.

–Dexemos agora esso –dixo Flerisena–, e dime después que tu señor fuere cavallero, ¿ha se de partir de aquí?

–Yo creo, señora –dixo Dromisto–, que aunque al cabo del mundo fuesse, siempre estará en vuestra presencia.

–Luego si assí es, Dromisto –dixo Flerisena–, no me veré yo en el aprieto que cuidava.

–Mi señor es, muy alta princesa, el que se ha de ver –dixo el enano– en el aprieto y tormentos, que sólo un momento no dexan de atormentarlo, pues partiéndose ha de perder la sustentación que hasta aquí de vuestra vista ha recebido.

–Calla Dromisto e no me lo digas –dixo la princesa–, porque solamente en pensarlo se me quiere salir el alma. Pero como todo lo que para conservación e acrecentamiento de la honra conviene deva anteponerse a cualquier otra cosa por grave que sea, dezirle has que yo le otorgo la licencia que me pide, con que de aquí no se parta sin mi mandado.

Y con esto, despedido el enano, dixo a Flerisena:

–Todavía vos quiero acordar, mi señora, que no se vos olvide tener en poridad lo que vos dixes, porque vuestras donzellas no tengan con que procurarme alguna desonra.

–Pues no tenemos embidia a mi señora la princesa –dixo la una d’ellas que se dezía Erminia, a quien sobre todas Flerisena amava y de quien más se fiava–, a la cual no falta gran parte de hermosura para igualaros. No la ternemos a vos por lo poquito más de apostura que Dios vos dio.

–Harto me basta a mí –dixo el enano– que esso poco le falte, porque no seríades sesudas sino de muy poco conocimiento si desseássedes parecer a la princesa, mi señora, a quien alguna parte de hermosura falta, y dexássedes de embidiar la que a mí me sobra, no sin cumplida perfición.

E con aquello, dexando a Flerisena riendo con sus donzellas, se fue a su señor Valerián, al cual hizo muy alegre cuando le dixo que tenía la licencia que de su señora desseava, e lo ál que con ella havia passado. Por donde aquella noche mandó a Aspalión que entendiesse en que se fiziessen sus armas de novel, diziéndole el intento que tenía. El cual no se descuidó en cumplir su mandado con la mayor brevedad que pudo.

Otro día de mañana, el emperador con la emperatriz, siendo por los príncipes, sus fijos, avisados, por honrar al donzel que vos diximos, fueron a la iglesia mayor de Colonia, adonde ya fallaron al donzel que era venido, acompañado assí de los príncipes Nestarcio e Arinda, como de su fija Flerisena, a quien, por le hazer mayor honra, havia traído de rienda dende los palacios hasta la iglesia, tan maravillado de ver su hermosura, que no tuvo atrevimiento para alçar los ojos a mirarla muchas vezes, ni menos de hablarle sino muy poco, pareciéndole que a ningún mortal se devía otorgar tan gran bienaventurança.

Después de llegados el emperador y la emperatriz a la iglesia, la missa se començó muy solene. Y cuando fue tiempo, Nestarcio hizo cavallero al donzel estraño, con todas las cerimonias que para semejante aucto convenían. El cual no quiso tomar la espada sino del príncipe Nestarcio, por no mudar el propósito con que ende viniera. Bultos de la iglesia a los palacios se sentaron a las mesas, adonde el novel comió en la de los príncipes Nestarcio e Arinda. Y después, por más regozijar la fiesta, se fizieron algunos juegos, con que mucho se folgaron. A todo lo cual, Nestarcio havia provehído, adivinando el deudo que con el novel tenía, el cual aquella noche, habiendo ya dado las gracias que devía, y querido besar las manos al príncipe Nestarcio, por las mercedes y honra que d'él recibiera, se despidió de todos los que era razón, y señaladamente del príncipe Nestarcio. El cual le otorgó la licencia que le pidiera, rogándole que su fazienda le dixesse, porque se folgaría mucho sólo por no quedar con desseo de saberla, al cual el novel prometió que lo más cedo que pudiesse, pues entonces no tenía tal libertad, lo faría d'ella sabidor. Con que se fue a su aposento, y otro día de gran mañana partió con sus escuderos.

Y al tiempo que el príncipe Nestarcio de comer acabava, el uno d'ellos, entrando por la sala donde estaban, fíncadas ante él las rodillas, le dixo cómo su señor le mandava besar las manos, y que juntamente le hazía saber cómo era Florianteo de Bohemia, su sobrino e hijo del rey Menadoro y de la princesa Luceminia, su cormana, suplicándole que su desmesura le perdonasse por no haverle dicho su fazienda aquella

noche. Pues por razón que había de cumplir un don que prometiera, había de acudir a plazo cierto, lo que por ventura no pudiera fazer si ende lo huviessen detenido.

De que todos se maravillaron, y señaladamente Nestarcio, porque no creyera jamás sino lo viera que Luceminia tuviese hijo tan grande. Y después dixo al escudero que dicesse a su señor que él le agradecía el cuidado que tuviera de hazerlo sabidor de su hazienda, aunque más quisiera haverla sabido antes de su partida, y que no le entendía perdonar aquel yerro hasta tanto que ende bolviesse, con que fuesse muy cedo. Lo que no fue sino después de algunos años, passados los cuales se vieron. Y puesto que en sazón de grande alegría, no se olvidó el príncipe Nestarcio, el cual en aquella sazón ya era emperador, de se quejar d'él por le haver encubierto su hazienda, siendo su tan cercano deudo, según adelante se dirá.

Con aquel recaudo bolvió el escudero al príncipe Florianteo, su señor, el cual lo atendía en una villa a cuatro leguas de Colonia, y le dixo todo lo que por el príncipe Nestarcio le había sido mandado. Y otro día de mañana partieron para seguir su camino y hazer lo que vos contaremos adelante.

¶Capítulo iij. De cómo estando el rey Pasmerindo caçando, vido cómo un cavallero quería quitar por fuerça a una donzella un lío que llevaba, y de lo que en ello hizo. E cómo después supo quién era la donzella e adónde levava el lío.

Todos los días que el rey Pasmerindo podía ir a caça, sin prejuizio de lo que tenido era de cumplir e librar en los fechos de su reino, no dexava de emplearlo en aquel exercicio, según lo desocupava de muchos pensamientos. Y siguióse que estando en el monte un día, algún tanto desviado de sus cavalleros, vido a su diestra una donzella, la cual trahía sobre su palafrén un lío, y que un cavallero, juntando con ella, la detenía sin dexarla passar, diziéndole palabras que el rey no podía oír, por no estar tan cerca d'ellos que las oír pudiesse. Y otrosí que después de le haver hablado, le quería tomar el lío, el cual la donzella le defendía, pero como las fuerças no fuesen iguales, ya el cavallero en aquella sazón tenía la mayor parte del lío en su poder, tanto que no quedava, para se lo haver del todo quitado, sino apartar las manos de la

donzella, la cual se había dexado caer de su palafrén asida del lío y colgada d'él por no perderlo.

Y como el rey viesse que el cavallero tirava de su espada para ferir a la donzella, e oyesse las bozes que la donzella dava, y que por razón de las bozes el cavallero le había descargado tal golpe que, si la donzella no desviara el cuerpo, le fiziera de la cabeça dos partes, corriendo contra aquella parte su cavallo, muy presto fue junto al cavallero, al cual dixo:

–En hora mala vos dieron, cavallero, el orden de cavallería, para que con él hagáis oficio de salteador por los caminos, desmesurándovos contra las donzellas, a quien honrar y servir jurastes. Bolvedle por ende luego su lío, si no haré que recibáis el pago que a los que semejantes obras hazen darle deve.

–Pues yo faré que vos cueste vuestro atrevimiento, don cavallero amenazador –dixo el cavallero–, porque de aquí adelante no habléis sobervia y desmesuradamente a quien más que vós vale.

Dicho lo cual, tiró contra el rey tal golpe con la espada, que ya tenía tirada, que si el rey, sabiendo tanto en aquel exercicio como el que más en él alcançava, no se desviara de presto con su cavallo, no se hallando con más armas de su espada, no pudiera sino matarlo o ferirlo de muy gran llaga. Pero como en semejantes y mayores casos no le faltasse esfuerço y destreza, e viendo que estando a cavallo no se podría aprovechar tanto de su saber como a pie, bolviendo contra el cavallero, le hirió el cavallo de tan gran golpe por medio de la cabeça, que sin detención alguna cayó luego con su señor en el suelo. E aún no había sacado él un pie de la stribera en que le tenía, sobre la cual su cavallo había caído, cuando el rey, haviendo del suyo decendido, le fue muy junto diziendo:

–Tan desmesurado hombre como vós, no es razón que como cavallero lo faga yo morir, sino como ladrón, pues de salteador usáis el oficio.

Y deteniéndolo que se no pudiesse d'él desasir, començó de tañer una pequeña bozina que siempre yendo a caça traía al cuello, al son de la cual luego acudieron ende muchos cavalleros e otros hombres, a los cuales, mandándolo prender, dixo que luego en aquel mesmo lugar adonde cometiera el delito, recibiese el castigo ahorcándolo de uno de los árboles que ende había muy altos.

Cuando el cavallero oyó lo que el rey mandava, no lo haviendo antes conocido, fincando las rodillas en el suelo, le començó de pedir misericordia y suplicar que si no la quería haver de la vida, a lo menos la muerte no fuese tan desonrada, aunque con

mayor desonra la conocía merecer. Por donde la donzella, conociendo al rey por lo que el cavallero dixera, y doliéndose d'él, fincadas las rodillas le suplicó le huviesse merced, certificándolo que si por su causa aquel cavallero moría, jamás se vería alegre. Y como el rey viesse que la donzella era tan buena que, por quien la havía querido después de robada matar, le rogava, dixo a la donzella que él era contento de perdonarlo por aquella vez por medio d'ella. Puesto que para la cuenta que havía de dar a Dios conociesse, que no hazía lo que devía, por donde el cavallero quiso besar los pies al rey, el cual le dixo que trabajasse de emendar de allí adelante su vida y reparar aquel yerro, con honrar y defender las dueñas y donzellas, si no que tuviesse por cierto que no le faltaría la paga de lo primero y de lo otro, no sin pérdida de su alma. Y mandándole dar un cavallo por el que le matara, le dixo que se fuesse adonde por bien tuviesse. El cual fue luego a una villa adonde bivía, en la cual muy pocos fueron después los días que bivió, del espanto y alteración que le sobrevinieron cuando el rey lo mandava ahorcar.

No se olvidó la donzella de querer besar las manos al rey por la merced que le fiziera, el cual le dixo que, si tenía por bien que en su compañía fuesen algunos cavalleros hasta dexarla adonde iva, él lo mandaría, porque no le fuesse hecho algún desaguisado.

–A vós muchas mercedes, mi señor –dixo la donzella–, porque ya sé yo que lo cumpliríades mejor de lo que dixistes. Pero no hay d'ello necesidad, pues soy cierta que, puesto que me quede mucho camino por andar, no me ha de suceder en él cosa que sea en mi prejuizio, por razón que ya es passado el peligro en que yo me havía de ver.

–Mucho es esso en verdad, donzella amiga –dixo el rey–, que vós sepáis antes de passar el camino si vos han de suceder en él peligros.

–Pues yo vos certifico, mi señor, que no son passados muchos días –dixo la donzella– después que yo supe que me havía de ver en este peligro, porque me lo dixo un cavallero a quien vós muy bien conocéis, y que no tiene pequeños los desseos de serviros. E agora soy yo cierta que se le acrecentarán, assí por me haver librado del peligro que dixes, como por me haver fecho merced de la vida del cavallero, el cual, teniendo el nombre más alto y de mayor honra que se puede en este siglo alcançar, vino a punto de morir de la más desonrada muerte que puede considerarse, lo que bien sé yo que vos desseara servir, porque ninguna cosa le parece tan bien en los principios como la misericordia.

Oído por el rey lo que la donzella dixera, recoligiendo en su memoria los días passados, por ver si se acordaría quién podía ser aquel cavallero que la donzella dixera,

sin lo a ella preguntar, se acordó de lo que su buen amigo, el sabio Arismenio, le dixo quando le declaró lo que havía de hazer para cumplir un don que le havía prometido, al tiempo que bolvían con los príncipes Nestarcio e Arinda con Finariel de una caça e batallas, que les representara cerca de una fuente, a la aldea en que havían aquel día comido y la noche havían de alvergar, según en la primera parte se vos contó. Y por ende, dixo a la donzella:

–Si vós, amiga, sois la fija que aquél, mi buen amigo Arismenio, me dixo, gran plazer me haréis en me lo dezir, porque vos pueda yo fazer aquella honra que a él faría si aquí estuviesse.

Al cual la donzella, conociendo que si lo no otorgava sería contra tan buen rey desmesurada, dixo que la verdad era que a ella dezían Empiralidea, y que era fija de aquel cavallero, su servidor, que antes nombrara, certificándolo que entonces no dexava de ir en su servicio, porque su padre no se descuidava de servirlo siempre que para ello conocía tener fuerças y ser tiempo conveniente. Y tomándolo aparte le dixo que aquel lío era de las armas que su fijo, el príncipe Valerián, havía de traher en el principio de su cavallería, la cual havía de recibir otro día después que ella llegaría a Colonia, porque la noche de antes pudiesse velarlas. Y que su padre le havía dicho que en aquel camino se havía de ver en gran peligro, pero que luego sería socorrida por uno de los tres cavalleros que en el mundo eran sus mayores señores, y que después no le cumplía temer cosa. Por donde lo suplicava le diesse licencia para seguir su camino, a causa que pudiesse llegar al plazo que su padre le havía dicho, porque si aquello no lo impidiera, ella se tuviera por bien andante de recibir d'él otras mercedes y honras, aunque las recibidas sobrasen.

Por donde el rey, viendo que aquella era su voluntad, la encomendó a Dios al tiempo que començó de seguir su camino. Y dexada la caça, bolvió con sus cavalleros a Belgrado, por contar aquellas nuevas a la reina Albericia, su muger. La cual, por una parte mucho se alegró por saber que el príncipe, su fijo, havía de ser tan cedo cavallero, y por otra no le pesó menos, considerando que no dexaría de ir luego por el mundo y que no podría sino verse en innumerables peligros, según el sabio Arismenio lo havía al rey, su señor, contado, del cual ella después lo supiera.

¶Capítulo iiiij. De cómo Valerián pidió el orden de cavallería al príncipe Nestarcio, y de cómo después que se lo hubo otorgado, llegó ende Empiralidea, la fija de Arismenio, con el lío de las armas que para Valerián traía. Y de lo que ende se dixo y después sucedió.

Cuando Valerián vido las armas que hazer mandara acaba[da]s, y que tan bien como el desseava lo armavan, muy ledó fue, considerando que muy cedo sería cavallero, por donde podría emplear el esfuerço de su alto y generoso coraçón en aquellas cosas que su fiereza y orgullo requerían. Y como un día viesse a la princesa Flerisena, su señora, ser junto a los príncipes Nestarcio e Arinda, sus padres, llegándose a la parte de Nestarcio, e fíncando las rodillas en el suelo, le dixo:

–Si los desseos que yo tengo, muy alto señor, no fuessen acompañados de la esperança que he tenido siempre de vos servir, alguna parte de las honras y mercedes que en esta vuestra casa en tantos años he recebido, no ternía atrevimiento de vos pedir otras, por me no adeudar tanto que de la satisfacción desconfiasse. Y como para cumplir lo que digo, no vea faltarme más de las fuerças, las cuales tengo por impossible alcançar sin lo que hazer entiendo, por ende, señor, vengo a vos suplicar que no me sea negado por vuestra mano el orden de cavallería, porque haga mi flaco coraçón tan orgulloso y esforçado que con justa causa pueda dezirse que fue en mi bien empleado.

Como el príncipe Nestarcio conociesse a Valerián tan reposado en sus fechos, que ninguna fazía sin la primero pensar y determinar como convenía, por donde quererlo retraher de lo que pidiera era escusado, no tardó en responderle que él era muy contento de cumplir no solamente en aquello que tan justo era su voluntad, pero en cualquier otra cosa que no lo fuesse tanto. Y assí como Valerián le quería por aquella merced las manos besar, Nestarcio lo ayudó a levantar tan ledó que bien conocieron cuántos ende eran que no lo havia pedido sin sobrada voluntad. E aún no lo acabavan de dezir los unos a los otros, cuando vieron entrar por aquella sala una donzella de muy estraño trage vestida, la cual, llegando adonde el príncipe Nestarcio con los que vos diximos estava, después de haver hecho la medida que devía, le dixo:

–Dios sabe, mi verdadero señor, lo que con mucha razón puedo, pues lo sois de mi padre, el afán y trabajo que por llegar ante vós en esta hora en el camino he passado. Pero pues mi ventura me ha en ello favorecido tanto que lo hazer pude, yo lo tengo por bien empleado. Y para que de la causa de mi venida seáis sabidor, mi padre y vuestro

leal servidor, Arismenio, vos manda por mí besar las manos, y demás d'esto vos embía a suplicar que, al donzel que cuando aquí llegasse havriades otorgado de hazer cavallero, no dudéis de cumplirlo, porque grandes tiempos passarán que a ningún príncipe del mundo se otorgará hazer cavallero en quien tan bien empleado sea el orden de cavallería.

A la cual, Nestarcio dixo que fuesse muy bien venida, y que puesto que se le deviesse mucho agradecer el trabajo de su camino, no menos agradecía a su padre el aviso y consejo que le embiara, aunque ya tenía propuesto de cumplirlo. Pero que estava maravillado cómo su padre, hallándose tan lexos de aquella tierra, havia podido saber que en aquella hora que el donzel acabaría de alcançar la voluntad d'él para lo hazer cavallero, havia ella de llegar.

–Muy poco es esto, mi señor –dixo la donzella–, según su sabiduría, porque, puesto que por ser mi padre, a mí no parezca bien encarecerla, otros mayores secretos alcança de que más vos maravilláades, porque assí lo ha querido aquel Alto Señor, el cual comunica sus gracias según que le plaze entre aquellos que para su servicio y gloria tiene criados. De lo cual no dexo de creer que vos, señor, sois muy buen testigo, según d'ello sentistes algo al tiempo que, trayendo de Costantinopla a vuestra señora la princesa, lo conocistes y vos dixo alguna parte de vuestra fazienda.

–Assí es verdad, por cierto –dixo Nestarcio–, que todos quedamos de su saber tan maravillados, que mi hermano Finariel no sabía qué se dixesse, conociendo que por vuestro padre havían sido los secretos de su corazón conocidos, lo que a sólo Dios es reservado.

–Pues más vos manda dezir, mi señor –dixo la donzella–, que no menos peligroso será el principio de la cavallería del donzel que dixes, que la batalla que antes de venir a vuestra casa passó.

–Esso no entiendo yo –dixo Nestarcio–, porque no sé que antes de venir a mi casa se le haya ofrecido ningún peligro, trayendo tan buena compañía de cavalleros consigo para su guarda.

–Luego no vos lo havrán dicho, señor –dixo la donzella–, pues sabed que al tiempo que de Ungría venían, cuando llegaron a un monte, en el cual creyeron hallar alguna caça según era espesso, se pusieron en sus armadas, e sintiendo el donzel y un cavallero que le aguardava ladrar los perros, siguiendo el rastro, llegaron a una fuente que manava debaxo de una grande enzina. Detrás de la cual salió un león tan fiero y

esquivo, que pocos cavalleros se hallaran que su sola catadura, según era espantable, tuvieron osadía de mirar, con el cual hubo batalla.

La forma de la cual ende contó tan verdaderamente como si ella fuera a todo presente, porque lo sabía de su padre, Arismenio, el cual, aunque Valerián y Aspalión no lo vieron, fue el que los fizo sentir el ladrar de los perros fasta guiarlos a la fuente, adonde estava el león, por ver aquella batalla, sabiendo el suceso d'ella. Acabada de contarse por la donzella la batalla, no se olvidó de dezir cómo había embiado la piel a Belgrado, y lo que d'ella se fiziera, según se vos contó en el fin de la primera parte d'esta historia. De que todos se maravillaron mucho, teniéndolo por cosa fuera de razón, según la edad de Valerián era entonces y aunque fuera en cualquier otro tiempo.

Cuando Flerisena hubo oído todo lo que la donzella de Valerián dixera, no pudiendo encubrir el gozo que su ánimo sintió, por ver que tenía cumplido señorío sobre el mejor cavallero del mundo, bolviendo los ojos contra Valerián, bien le dio a entender que no le pesava de le haver otorgado, assí el nombre de su cavallero como la licencia para que lo fuesse, pues tan gran fruto había de suceder de su cavallería para el servicio d'ella.

Oída por Nestarcio aquella batalla del león, que para él tan nueva era, preguntó a Aspalión que por qué causa no se la había contado cuando ende vinieran.

–Por no dezir, señor, lo poco que yo en ella fize –dixo Aspalión–, pues jamás pude, aunque bien lo trabagé, ferir aquel esquivo león de un solo golpe, porque no aquexasse tanto a mi señor Valerián, para que con sus tiernas carnes hartar su insaciable hambre.

Dicho aquello e visto por la donzella que ya començavan a tener algún silencio, por lo que antes los unos con los otros hablaban de aquella batalla, dixo al príncipe Nestarcio que mandasse traer ende un lío, el cual había dexado con su palafrén a las puertas de los palacios, encomendado a un donzel suyo. Lo que luego fue fecho. E cuando la donzella lo tuvo delante de sí, bolviéndose contra Valerián, le dixo:

–Aunque mi padre, valeroso y esforçado príncipe, no vos conozca como dessea, no dexa de tener los desseos que deve para vuestro servicio tan cumplidos, quanto vuestro merecimiento y la obligación en que es al rey, vuestro padre, por me haver librado de muy cruel muerte, lo requieren. Por donde, puesto que supiesse que para vos armar cavallero no dexaríades de haver mandado hazer buenas armas, para demostración de alguna parte de los desseos que dixere, vos embía por mí las que en este lío vienen, juntamente con una espada, la cual en algunas partes conoceréis, que no vos

aprovechará menos por su bondad que vuestro esfuerço, rogándovos que, puesto que no sean tales como a vós pertenecen, no las desdeñéis ni dudéis de trocar por las vuestras, así por lo que a vós cumple, como porque pueda alcançar alguna parte de la gloria que al alto príncipe Nestarcio se otorga, por vos dar el orden de cavallería. Pues mi padre vos da las armas que para exercitarla convienen.

Y así como de desembolver el lío, luego se mostraron las armas que en él venían tan blancas como la nieve, sin ninguna orladura ni lavor, salvo que en el escudo estaban esculpidas cuatro flores de açucenas y de en medio d'ellas nacían cuatro llamas de fuego, las dos de las cuales mostravan subir contra lo alto, ocupando todo el campo del escudo, e las otras dos, que salían de los extremos, se mostravan decender contra lo baxo. De suerte que todo era ocupado de aquellas llamas, puesto que a las flores no señalassen quemar, aunque muy espessas se pareciessen entre ellas las centellas que de sí echavan, todo lo cual era fecho y esculpido tan subtilmente que, puesto que fuesse blanco, no se dexava de mostrar tan perfectamente como si a cada cosa se diera su devido y matizado color. Por donde no dexavan de juzgar que el maestro que lo fiziera no era ignorante ante aquel oficio, ni menos que las armas no fuessen tan buenas que, aunque no tuviessen sobrepuestas perlas e otras piedras con que más ricas pudiessen parecer, dexassen de ser tenidas por las mejores que fasta entonces qualquier d'ellos había visto.

Y quando la donzella tomó en su mano la espada, les mostró cómo la guarnición y cobertura d'ella, no siendo menos blanca que las armas, era labrada de la mesma suerte del escudo, y que las tablas eran de huessos de elephantes no menos fuertes que ligeras, y la mançana de una piedra blanca con tan gran lustre como el cristal, salvo que no se traslucía y que el fierro de la espada era de color indio muy escuro, con que se conocía ser tan fuerte como tajante.

Quando Valerián tan ricas y fuertes armas vido, tan grande sintió en su coraçón el gozo, que por buena pieça estuvo sin poder hablar a la donzella, la qual, conociendo su alegre turbación, le dixo:

–Bien creo yo, bienaventurado príncipe, que no dexárades agora vos de agradecer a qualquier d'estos cavalleros el plazer que vos fiziera, si por vuestra parte huviesse querido darme tan cumplidas gracias d'este servicio, que por mi padre se vos ha fecho, como es el desseo de vuestro generoso coraçón para lo satisfazer con dobladas mercedes. Pues en vuestro gesto no dexa de señalarse que antes le faltan fuerças para lo dezir que voluntad para cumplirlo, por donde y porque conozcáis a cuanto se estiende su

sabiduría, vos hago saber que antes que d'él me partiese me dixo que, luego que huviéssedes visto las armas, vuestra turbación sería tan grande que no podríades responder ni dezirme cosa. Y me mandó que, cuando en vós la conociese, no dexasse de vos lo dezir, e otrosí que no pasarán muchos días que los pensamientos que agora vos turbaron, vos parecerán tan sabrosos en comparación de los que vos han de aquexar, que no menos dessearéis veros en peligros en que la vida se aventure con que los podáis desechar, que el fin y remedio d'ellos, pues no ha de ser hasta que algunos tiempos passen, en los cuales se puedan cumplir las cosas que por el Alto Señor están ordenadas.

A la cual, Valerián dixo que por entonces no podía hazer más de dar a su padre y a ella las gracias que les devía, por el cuidado que entrambos tuvieran, él de le embiar las armas y ella de las traer con tan gran diligencia. Y de ofrecerles la voluntad que su padre conocía que él tenía, para seguir todo aquello que sería la de cada uno d'ellos. Y que en lo ál no podía responderle fasta que la experiencia se lo declarasse, pero que todavía rogava a su padre, pues sus peligros y pensamientos no se le ascondían ni la pena que por ellos había de passar, que en lo que pudiesse favorecerlo para los çufrir, no lo olvidasse. Pues no le era oculto que si él perdía la vida, su padre perdería la mayor y más aparejada voluntad que para cumplir la suya podría hallar. Lo que por Empiralidea le fue tenido en cuenta de muy señalada merced, faziéndole la medida que le era devida y certificándolo que por su parte ella quedava cumplidamente satisfecha, allende de la honra sin medida que ende se le fiziera, solamente por lo haver podido conocer, con que se cumplía el uno de los mayores desseos que fasta entonces tuviera.

Y dixo aquello, dexando a Valerián mirando sus armas, se fue para la princesa Flerisena, a quien no menos conocer desseava, ante la cual y la princesa Arinda, fincadas las rodillas, començó de dezir a la princesa a la princesa Arinda:

–Al tiempo que de mi padre partí, muy alta señora, me mandó que vos dixesse, pues de saber no dexáis el desseo que a vuestro servicio tiene, según vos ofreció, que le embiéis a mandar en que lo emplear pueda, porque conozcáis si el efecto corresponde a sus palabras y que juntamente vos besasse por su parte las manos, para cumplimiento de lo cual vos suplico, señora, que me las deis, porque después pueda dezir lo que más me mandó.

A la cual, abraçando la princesa Arinda, dixo que aquel abraço le dava para que de su parte su padre lo recibiese, por señal de la voluntad que ella tenía e complazerlo y acrecentar su honra, aunque para con él fuessen escusados cualquier señales y ofrecimientos. Pues sabía que no lo dexaría de cumplir tan bien como el que más se

preciava de ser su amigo de todos los príncipes y cavalleros que se havían ofrecido, por donde se pudiesse averiguar que no le era menos provechosa la amistad con las mugeres de su cualidad, que con los cavalleros que la tenía, aunque mayores estados y poder tuviessen.

–¿Quién sería de tan poco conocimiento, muy alta señora –dixo Empiralidea–, que no desseasse más vuestra gracia e amistad que de todos los príncipes del mundo juntos? Pues lo que a vós, mi señora, sobra, los podría hazer de algún valor y merecimiento, señaladamente ofreciéndola con tanta voluntad cuanta sería la falta de juicio, en cualquier que de conocer dexasse la sobrada honra y merced, que en lo vos assí querer se le haría e ganaría.

E dicho aquello, boviéndose a Flerisena, le dixo:

–¡O, más hermosa princesa de cuantas en nuestros siglos nacieron ni en muchos de los venideros! E a quien tanto bien e honra están guardados que falta lengua y saber para acompararlo como descansa agora vuestro corazón con la compañía de los altos príncipes, vuestros padres, y de los soberanos agüelos, que con tanto studio e diligencia entendieron en vuestra criança, para que pudiésemos, los que de ver os havemos tenido ventura, gozar del deleite que de vuestra vista se recibe. Y dar por ello gracias al Alto Señor, porque en nuestros tiempos le plugó obrar tan maravillosa obra, de no ver la cual muchos de los passados y más de los venideros tuvieron y ternán no pequeña causa de quejarse, pues no les fue ni será otorgado gozarlo. Aunque no creáis, esclarecida princesa, que por sobradas que sean vuestras gracias, y el estado e honra, que vos aparejados están, mayores ser pudiesen, dexaréis de sentir lo que por el señor que dixे está ordenado, con no menor sentimiento y penas que en vós puso perfición de hermosura. Pero es vuestra ventura en todo tan favorable, que ninguno de los fines por vós desseados, dexarán de venir al puerto que para satisfacción de vuestros desseos se requiere, aunque los medios sean contrarios. Porque no quiere el señor, a quien ninguna cosa puede salir de mandado, que en los fines que dixे se halle en vós ni pueda haver más quexa que se podría hallar defecto, porque aquellos que de vuestras tan cumplidas gracias tuvieron y ternán embidia, no puedan alegrarse ni satisfazer a sus malicias con ver en vós cosa que tristeza ni descontentamiento vos pudiesse acarrear, sino que la tengan para siempre sin fallar cosa que les aconsuele. Y porque para cumplir lo que me fue mandado, ya es tiempo que me parta, yo vos suplico, señora, que antes de mi partida me otorguéis alguna prenda semejante a la que de la princesa, vuestra señora e mía, llevo para memoria de las honras y mercedes tan grandes que de todos he recibido. E

otrosí porque pueda alcançar no menor gloria de vós, como de la más alta y hermosa donzella del mundo, que la que mi padre ha alcançado con participar en al el aucto de la cavallería del príncipe Valerián, cuya fama antes de muchos días, no cabiendo en la redondez de la tierra y mares, subirá hasta los cielos por fallar cabida e lugar en que estenderse pueda. E si para el cumplimiento d'ello essas hermosas manos me fuesse por vós otorgado besar, puesto que lo no merezca, por cierto tengo que a mis desseos no les quedaría que dessear, para su cumplida satisfación y contentamiento.

Dicho lo cual, viendo que la princesa no le respondía, según estava atónita por lo que dixera, quiso tomárselas para cumplir lo que tanto mostrava dessear. Pero la princesa, conociendo que más que aquello se le devía, assí por la voluntad que contra ella mostrava tener, como por el servicio que a Valerián fiziera, tomando su cabeça con entrambas manos, la besó dos vezes en el rostro diziendo:

–Ésta me parece, donzella, que es la prenda que a vós se deve, y no la que vós pedíades, pues a ningún príncipe ha sido ni es otorgado merecimiento que tan buena donzella, y fija tan honrado padre, y a quien tanto mis señores aman, haya de besar sus manos y menos a mí, por la falta que d'él tengo.

Tan leda fue Empiralidea con lo que Flerisena fiziera, que, conociendo que ya no podía recibir ende honra ni merced que a aquella igualar pudiesse, luego se despidió de Flerisena y de la princesa, su madre, con las cuales mucho se havía folgado, y no sin razón, pues ya havía ende quien dar su estado tuviera por muy pequeño precio, si pudiera recibir aquellos o semejantes besos, que con no menor gracias que voluntad se le dieron.

Después se despidió del príncipe Nestarcio y de Valerián, al cual dixo:

–No sé cómo mi corazón, venturoso príncipe, me puede otorgar fuerças para mi partida, conociendo que la mayor compañía y claridad que fuera de aquí tengo de hallar, no serán sino soledad y oscuras tinieblas.

Y quando fueron alexados del príncipe Nestarcio, siendo muy cerca de las escaleras, assí mesmo le dixo:

–Porque según lo que mi padre me contó de vuestros fechos, mi señor, es cosa conveniente prevenirvos para lo venidero, vos certifico que no passaran muchos días que vos converna esforçar para passar, allende de trabajos y afanes que vos no faltarán, muy mayores cuitas y pensamientos de los que fasta aquí tuvistes, los cuales sed cierto que vos han de aquexar tanto que, quando por mi padre me fueron declarados, antes recibo descanso. Pues no pueden ser tan grandes que puedan igualar al menor quilate

del merecimiento de aquella esclarecida princesa, la cual, no las sintiendo menores, no dexará de vos dar el mayor galardón que jamás fue otorgado, con que assí mesmo se remediará gran parte de los encendidos fuegos que comúnmente abrasarán vuestras entrañas. Por donde vos suplico, señor, que vos alegréis y esforzáis, pues en el fin ninguna cosa será por vuestro esforçado corazón desseada que no la alcance, aunque los miedos sean no menos largos que enojosos. Y con esto creo haver dicho todo lo que por vuestro remedio por agora dezir pudiera, mi señor. Quedad con Dios, al cual plega de vos hazer tan bien andante en vuestras cosas como tiene el poder, pues en vos no puede venir bien que no falle su devido aposento.

A la cual, agradeciendo Valerián su buen consejo y prevención, y rogándole que a su padre rogasse que de sus cosas tuviesse memoria, dexó, que ya abaxava por las escaleras para bolver a su camino, quedando con lo que Empiralidea dixera con tanto esfuerço, para passar todas las penas y peligros que venir le podían, que no le parecía que le podrían causar desmayo ni flaqueza, pues los fines havían de ser a sus desseos conformes.

Y después de haver embiado sus nuevas armas a la iglesia mayor de aquella ciudad, quando vino la hora fue a velarlas. Pero antes que se armasse, confessó sus pecados, porque lo que entendía de rogar a Nuestro Señor Dios fuesse con mayor razón oído, conociendo que no es menos amigo de aquellos que con limpio corazón y entrañas le piden mercedes, que enemigo de los que con torpes e suzias intenciones en lo exterior se señalan sus siervos.

Y después de ser por su confessor absuelto, con firme propósito y voluntad de recibir su precioso cuerpo, pues era las verdaderas armas para defensión de su vida e alma, armándose las otras que Arismenio le havía embiado, se fincó de rodillas ante el altar de la Virgen María, adonde toda aquella noche estuvo, suplicándola le fiziesse merced de alcançarle gracia de su glorioso hijo, Dios y Señor Nuestro, que todo lo que dende adelante el faría, lo dirigiesse a su santo servicio. Y que de tal suerte le fiziesse exercitar lo que al orden de cavallería que esperaba recibir convenía, que en ninguna cosa le pudiesse deservir ni amanzillar su honra, y que todos sus principios, medios e fines fuessen de verdadero y cathólico christiano, pues para que tal fuesse lo havía fecho nacer y crecer por su infinita misericordia.

En la cual vela, muchos cavalleros y altos hombres le tuvieron compañía. Y se la tuviera el príncipe Nestarcio si Valerián lo consintiera. Pero la que más verdaderamente le hizo compañía fue señora Flerisena, la cual, haviendo ya descubierto su corazón a

Erminia, que era la donzella que en su lecho dormía, en toda la noche jamás cessó, delante una muy devota imagen de Nuestra Señora que tenía en su cámara, de suplicarla, no sin compañía de muchas lágrimas, que aquel su cavallero guardasse de desonra y peligro, porque después los dos juntamente la pudiessen servir de tan buen coraçón como entonces se lo rogava, mientras la vida que havían de passar se les otorgasse.

D'esta manera estuvieron aquellos dos amantes, en quien la lealtad falló la morada que muchos años antes iva buscando tan a su sabor, que mientre bivieron jamás se enojó de habitar en ella, toda la noche, teniendo en la voluntad no menor compañía que si juntos se fallaran, suplicando a Nuestra Señora y a su precioso hijo lo que se vos ha dicho.

¶Capítulo v. De cómo Valerián de Ungría fue armado cavallero por mano del príncipe Nestarcio, y de lo que antes de salir de la iglesia passó con su señora Flerisena, y después de llegado a su aposento con su enano Dromisto.

Tan ornada falló Valerián la iglesia al tiempo que vino para velar sus armas, que le pareció que no se pudiera mejor ni más ricamente adereçar, aunque para lo hazer se tuviera tiempo de muchos años. Porque el príncipe Nestarcio, queriendo que no se dexasse de conocer que no había en olvido puesto lo que al rey Pasmerringo devía, y que tenía de lo satisfazer cumplido desseo, no solamente mandó adereçar y ornar la iglesia de muy ricos paños, para acrecentamiento de la honra que a Valerián entendía de hazer en aquel aucto de cavallería, pero juntamente que en aquel día se fiziessen muchos juegos y otras cosas de alegría, con que la fiesta se acrecentasse. Y otrosí que en una plaça, que había delante sus palacios, estuviessen paradas muchas mesas, para que a todos los que ende quisiessen venir a comer, se les diesse tan cumplidamente que conociessen la voluntad que para ello tenía el que assí lo ordenar. Y que por todas las finiestras de las calles tuviessen colgados los mejores y más ricos paños que cada uno pudiesse haver, porque de aquel día quedasse inmortal memoria. Aunque no quiso que se fiziessen justas ni torneos, porque, siendo el plazo de un día

para otro, los cavalleros no podrían salir tan adereçados como él quisiera, por la falta de tiempo que para ello tuvieran.

Venida la mañana del siguiente día, siendo ya cerca de l'alva, el príncipe Nestarcio embió a dezir a Valerián que viniesse a los palacios, porque de allí lo pudiessen acompañar a la iglesia, assí como a Florianteo. Pero Valerián, pareciéndole que no era bien por razón de cualquier mundana honra, puesto que mayor ser no pudiesse, según había de ser acompañado por los más altos príncipes y señores que en aquellos tiempos se fallavan, dexar la de Nuestro Señor Dios y de su gloriosa madre, con los cuales en aquella sazón se hallava, le embió a pedir por merced que no se lo mandasse, pues a la buelta a sus palacios se le podrían hazer aquella tan alta honra y merced. Porque su determinación era de se no mover de aquel lugar fasta que la missa fuesse dicha, y por él recebido el sacrantíssimo cuerpo de Nuestro Señor Jesuchristo, y aquel alto orden de cavallería que le había plazido dar.

Mucho se folgaron los viejos emperadores, con los príncipes Nestarcio y Arinda, de la respuesta y determinación de Valerián, por donde luego que les pareció hora, salieron de los palacios para ir a la iglesia d'esta manera, que el príncipe Nestarcio levava de rienda a la emperatriz, su madre, y el arçobispo de Colonia a la princesa Arinda, y el emperador a aquella sobre todas las otras resplandeciente estrella, Flerisena, cuya vista, assí a él como a todos los que la vían, ni comparable deleite acarrea.

Y quando por las calles ivan, viendo aquel fiel pueblo al emperador y a la emperatriz, sus viejos señores, y considerando con cuánta paz e justicia habían sido por ellos gobernados, y que ya parecía que no eran del mundo, porque después que dexaron el gobierno del imperio a sus fijos y fazían su bivienda en un monesterio de frailes que había muy cerca de la ciudad, mucho tiempo passava sin que los ver pudiessen. Y otrosí viessen los otros sus nuevos señores, de quien no eran peor tratados no menos favorecidos, con la soledad de los primeros y compañía de los segundos, muchas lágrimas derramavan. Por donde no mostravan sentir menos dolor de su pérdida o ausencia de los viejos, que alegría de la cobrança de los nuevos.

Y con tanta compañía que no podían por las calles caber, llegaron a la iglesia mayor, adonde fallaron a Valerián de todas sus armas, salvo de la cabeça y manos, armado, fincadas las rodillas en la primera de las gradas por donde al altar se subía. Y quando supieron que assí había estado toda aquella noche, y vieron que estuvo sin jamás moverse de aquel lugar hasta que la missa fue acabada, y fechas todas las cerimonias

que para aquel auto convenían, mucho se maravillaron, y más que todos Flerisena, cuando vido que por sus padres ni por ella no había buuelto la cabeça ni curava de entender sino en su oración.

Antes de acabar la missa, Valerián recibió al Señor en quien tenía, y cada uno que bien de la fe siente, ha de tener su speranza. Y después el príncipe Nestarcio lo hizo cavallero, y preguntándole de quién quería tomar la espada, Valerián le dixo que si lo por bien tenía de la princesa, su hija, porque pudiesse dezir que así como recibía el orden de cavallería del mejor y más alto cavallero que se fallava en aquella sazón, tomava la espada de las más hermosa y alta princesa que jamás naciera. Por donde el emperador, trayendo a Flerisena, no tardó en ceñirle la espada diziéndole:

–Plega a Dios, virtuoso cavallero, de vos fazer tan bueno y de tan dichosa suerte como por vós y aquellos que vos aman con derecho se puede dessear.

–Siéndolo de mano de semejantes dos príncipes y tan extremados en el mundo –dixo Valerián–, no permitiera el Señor que así lo quiso, muy alta y soberana princesa, que la obra dexa de mostrar en alguna parte que fue por vosotros señores obrada.

Al cual el emperador, respondiendo por Flerisena, dixo:

–La obra, pues por Dios es fecha y obrada, esforçado cavallero, a él rogado que la mantenga y acreciente en aquel estado que para vuestra honra y salvación cumple. Porque si por él no es sostenida, poco vos podría aprovechar el ministerio de mis hijos, pues los estados no acrecientan bondad ni menos la acarrear a quien no la tiene, antes muchas vezes acaece cobrar con ellos sobervia los que, antes que los alcancassen, eran humildes, y codicia los que las riquezas aborrecían y vicios los virtuosos. Por donde devéis a Dios muchas gracias porque estado y bondad vos dio juntos, y guardadvos de serle desconocido, porque después, aunque reconociéndoos no dexássedes de darle las gracias que le son devidas, no quedaría tan satisfecho como del permanente conocimiento y agradecimiento que vos dixen. Y porque lo dicho sobra para vuestro juicio, según para mayores cosas lo hizo Dios capaz y cumplido, y mi edad ya no es para servir ni tener compañía a donzellas, yo vos ruego que me quitéis del afán que ternía en bolver en compañía de la princesa, mi fija, a los palacios, y a ella de la pesadumbre que la presencia de los viejos a las de su edad acarrea. Pues con hazerlo así, yo quedaré satisfecho del cargo que me dio mi fijo, dexándola en poder de tan buen aguardador, y ella pagada del trabajo, que por haver venido a vos dar la espada, hasta'quí ha passado.

Al cual Valerián, tornando a fincar las rodillas en el suelo, dixo que, puesto que no se lo otorgasse tan cumplida gracia que servir pudiesse, así a él como a aquella

sclarecida princesa, la honra y merced que aquel día recibiera por cumplir su mandato tomava aquel cargo, con no menor desseo de la servir que era la merced que por ello se le fazia. Al cual Flerisena agradeci6 aquel ofrecimiento, de suerte que ninguno de cuantos lo oyeron dex6 de quedar tan contento como Valeri6n alegre, conociendo que las palabras de su se1ora se1alavan la voluntad que contra 6l tenia, ser la que 6l desseava.

Y con aquello començaron de mover de cerca de las gradas del altar, con tan gran n6mero y estruendo de instrumentos, que parecia hundirse, no solamente la iglesia, pero toda la ciudad. Y despu6s que las manos de Valeri6n y Flerisena se juntaron, al tiempo que el emperador se la encomend6, bien se podr6 creer que no dexarían de mostrar la una a la otra el desseo de sus desseados abraços, tan cumplidamente como se les otorgava. Y como el estruendo de los sonos fuesse tan grande que no havia persona que pudiesse 6ir lo que ende se dezía ni menos comprehenderlo, viendo Valeri6n la saz6n que se le ofrecía, no se1alando en ello menos su grande esfuerço que cuando mat6, de la edad que vos diximos, aquel esquivo le6n, viniendo de Ungría, dixo a Flerisena:

–¡O, cu6n grande y cumplido fuera el descanso que mi coraç6n sintiera, mi verdadera se1ora, si cuando el emperador me mand6 que vos yo tomasse y sirviesse, me otorgara aquella libertad que veo tan agena de mí que, puesto que con la gloria que de presente poseo se pueda alg6n tanto mi coraç6n sustentar, considerando cu6n presto la tengo de perder, no me consiente gozar d'ella tanto que no sienta el dolor y tristeza que de su p6rdida me ha de sobrevenir, tan bivamente que no sé c6mo puedo s6lo un momento la vida sostener. Por donde, mi se1ora, vos suplico que en esta ausencia, que s6lo mi atribulado cuerpo ha de tener de vuestra presencia, vos dol6is d'6l, porque el alma y coraç6n, aunque en la apariencia se1alaran no haverme dexado, con v6s, mi se1ora, soy cierto que han de quedar por no perder la gloria que de vuestra vista se les otorga. Porque la compa1ía que a mí han de tener, no ser6 para m6s de lastimarme cada punto, con la desesperança que me acarrearán de no poder gozar de lo que agora, para tanta gloria presente y soledad venidera, he podido alcanzar.

»Y pues ya por lo que a mi honra, que mejor dixera vuestra, ata1e, mi partida tan forçosa como conveniente no puede excusarse, otrosí, mi se1ora, vos suplico me mand6is lo que de fazer tengo, porque, puesto que mi voluntad no pueda salir de vuestro mandado, podría ser que, no sabiendo la vuestra, mis obras le fuessen contrarias. Y porque ya ninguna cosa me quede sin nombre de vuestra, aunque no sé tenerla ni menos

se pueda en ningún tiempo retractar, assí lo que vos yo prometí el día que alcance nombre de vuestro, como lo que vos, mi señora, entonces me otorgastes, juro por aquel Señor y orden de cavallería, que hoy juntos he recibido, que jamás otra será de mí ni de cuanto alcançar espero, sino sola vós, mi señora, y tan absolutamente como a mi se otorga ofrecerlo. Y en señal de ello y de la merced y bienaventurança que juntas espero, dende agora vos doy la mano que ya tenéis, con todo lo ál que más otorgar puedo, recibíendovos por tan verdadera señora, cuanto siempre desseé ser y soy vuestro, suplicándovos que, puesto que mi coraçón no terná por vuestra culpa perdervos, sino para su cumplida satisfacción e firmeza de su desseado descanso, que los mesmo me sea por vós, mi señora, otorgado. Porque con este seguro pueda çufrir aquellas penas y desseos mortales que de sentir tengo, con que mi vida podrá para vuestro servicio sostenerse hasta que se cumpla el tiempo por mí desseado.

Oído por Flerisena lo que Valerián dixera, y conociendo que si con larga razón había de satisfazerle, antes que la acabasse llegarían a las puertas de la iglesia, adonde ni después de salidos no havría aparejo para dezirle la voluntad que tenía de otorgarle lo que pidiera, pues era conforme a lo que por ella se desseava, para la conservación de su honra, con la mayor brevedad que pudo, le dixo que dende entonces lo recibía por su verdadero señor, y le otorgava el señorío de sí y de cuanto heredar esperaba, de la mesma suerte que él lo ofreciera, dándole y tomando por señal d'ello la derecha mano que ya tenía, lo que con la estrechura de la gente muy fácilmente se pudo hazer, havidas por dichas todas las palabras y por fechas, y cumplidas todas las cerimonias que en semejantes casos se requerían y la católica iglesia tenía ordenado. Las cuales por entonces eran escusadas, pues delante de Dios, que era el verdadero sacerdote, se hazía, el cual no ignorava la conformidad de sus voluntades y consentimiento de sus coraçones, de los cuales se engendrava el verdadero matrimonio. Y porque en fin de aquellas razones eran ya cerca de las puertas de la iglesia llegados, la princessa cessó de su razón, por donde no pudo dezirle ni mandar lo que había de hazer en su partida.

Después que Valerián dexó a la princesa a cavallo en su palafrén, cavalgando en el cavallo que para él tenían, no menos blanco que sus armas, levándole el yelmo Aspalión del Vado, y la lança su hijo Canisor, a quien Valerián había escogido para su escudero. Y habiendo ya cavalgado los emperadores con los príncipes y todos los que para acompañar al novel vinieran, començaron de caminar hazía los palacios d'esta manera: que el emperador con la emperatriz ivan delanteros; y Nestarcio con la princesa Arinda después d'ellos; y los terceros eran Valerián y Flerisena; y en pos d'ellos

Aspalión y Canisor, por razón del yelmo y lança que le levavan, según vos diximos; y delante de los primeros y después de Aspalión y Canisor todos los altos hombres y cavalleros por su orden, según la grandeza y cualidad de sus dignidades y estados; por donde iva muy honradamente acompañado.

Y como fuesse todo lo que Valerián traía blanco, tanto que después de sus armas y cavallo no se parecía más de su hermoso rostro, con aquellos colores que después de los de su señora todos los otros escurecían, assí del oro ante los cabellos d'entrambos, como lo colorado natural de sus rostros a todas las rosas que más ardientes se muestran por el mayo, y todos los que los vían passar no mirasen sino a él y a Flerisena, no sabían ni podían determinarse cuál de los dos, acompañando a cada género lo que le pertenecía, fuesse más hermoso. Por donde davan gracias a Dios que los criara en aquellos tiempos en que se les otorgava conocerlos, no con pequeño desseo de los ver en aquel ayuntamiento, en que ya eran, por tener por señores las dos más estremadas personas del mundo.

Después de llegados a los palacios, aunque bien tarde, se sentaron a las mesas. Y porque contar por extenso los manjares que aquel día se sirvieron, assí dentro de los palacios, como de fuera en la plaça que vos diximos, sería no menos enojoso que prolixo, y otrosí la diversidad de los juegos y alegrías que se fizieron, no vos diremos más de cuanto se hizo, con tanto cumplimiento que se señalaron muy claramente la voluntad del príncipe Nestarcio, el cual lo había assí mandado, quedar satisfecha sin algún género de falta ni de descontentamiento.

Cuando al emperador y a la emperatriz pareció que devían despedirse de los príncipes sus fijos y de Valerián, lo fizieron. Y con muy poca compañía bolvieron al monesterio en que bivían, porque ya no se folgavan en ninguna de las pompas y vanidades, por alcançar las cuales y sostenerlas se pierden la mayor parte de los que las codician. Pero antes que se despidiessen, dixeron muchas cosas a Valerián, de que se tuvo por más satisfecho, y lo recibió por mayor merced que todas las fiestas que se habían mandado hazer por el príncipe Nestarcio, por razón de su cavallería, dexado aparte lo que había de su señora alcançado, porque aquello no lo trocara él por todo el señorío del mundo, aunque fuera mayor, considerando que eran el verdadero medio y remedio para venir al fin de sus desseos, sin temor de lo perder sino con la vida.

Y si no fuera porque la vista de su señora fue causa de representársele aquel día muy pequeño, por muy largo lo juzgara, según tenía desseo de ir a su aposento para comunicar aquel gozo que sentía con su fiel Dromisto, el cual había sido muy gran parte

para halagar y atraer el corazón de Flerisena a que fiziesse lo que se vos ha dicho, porque, puesto que a Valerián sobradamente amasse, como fuesse niña y en aquellos fechos de muy poca experiencia, con el temor y las dudas que se le ofrecían, no ossara determinarse si no fuera por Dromisto que ya se las había desfecho y alexado. Por donde tan prestamente, ayudando a ello el contrapeso de su voluntad que a todos los contrarios sobrepujaba, otorgó a Valerián el mayor don que se podía ni pudo después de muchos tiempos a ningún príncipe otorgar.

Pero cuando fue hora de retraherse cada uno para dar a sus cuerpos el nocturno y corporal descanso, aunque Valerián mayor lo sintiesse con la presencia de su señora, fueron a sus casas y aposentos. Y Valerián, con Aspalión del Vado y Canisor, vino a su cámara, adonde luego les dixo que fuessen acostarse, porque él entendía de hazer lo mesmo, según quedava cansado de la passada noche. Por donde luego se fueron, dexándolo con sólo Dromisto. Al cual Valerián, después de cerradas las puertas de su cámara, porque de ninguno pudiessen ser oídos, dixo:

–Llégate a mí, Dromisto, e oirás las nuevas tan grandes que de mi bienaventurança te traigo y quiero dezir.

–Ya las sé, mi señor –dixo el enano–, pues havéis gozado de la vista de mi señora todo el día, después de la haver acompañado dende la iglesia a los palacios, habiendo primero recebido la espada por su mano, al tiempo que vos hizieron cavallero.

–O, que no es nada quanto has dicho, aunque es más de lo que el mundo merece –dixo Valerián–, tanto que no sé cómo te lo dezir pueda.

–Ya lo tengo por dicho, señor –dixo Dromisto–, pues havréis descansado vuestro corazón con mi señora, al tiempo que de rienda la traxistes.

–Aún menos es esto, Dromisto –dixo Valerián–, antes como es tanto lo que dezir te quiero e mi merecimiento tan pequeño que no lo puede coger, quedándose en lo exterior de mi cuerpo, causa que, puesto que lo vea y sienta, no te lo pueda dezir.

–¡O, cómo he sido fasta aquí bovo y fuera de mi juicio! –dixo Dromisto–, pues aún no caía en haverle podido vós, señor, tomar las manos a mi señora cuando por las escaleras subíades, después de haverla tenido en vuestros braços, al tiempo que de su palafrén decendió. Por donde creo que jamás sentistes igual gloria.

–Ya ves cuánto es esso que dizes –dixo Valerián– y en cuánto se ha de tener, pues comparación de lo que dezirte tengo es del valor de una pajueta al de todo el Universo.

–¡O, Santa María! –dixo el enano–, si yo no estuviera con vós, señor, esta noche, cuando las armas velastes, aún creería que con mi señora estuvistes y que alcançastes el fin de vuestro desseos. Pues dezís no tener en cosa lo que no ha muchas horas que juzgárades, siguiendo el error de algunos, por el sumo bien. Pero como no haya podido haver tiempo para esto que digo ni yo alcance la causa de vuestra gloria, muy gran merced recibiré que luego me sea por vós, mi señor, declarada.

–¡O, Dromisto, Dromisto –dixo Valerián–, cuánto me haze maravillar su súpita determinación! Pues muestras no alcançar que las cosas de bien o contrarias se puedan hazer sin interposición de tiempo. ¿Cómo agora sabes tú que el Alto Señor para obrar lo que a él plaze no tiene necesidad de tiempo? Por verdad muy grande sería tu ignorancia, pues es cierto que si quisiera momentáneamente criar a toda la composición de los cielos y de la tierra, con todo lo ál que en seis días fizo e crió. Y si dexó de hazerlo no lo cansó carecer de potencia, siendo él omnipotente, sino para nuestro exemplo, porque en lo que huviéremos de obrar no usemos de todo nuestro poder natural, sino en aquello que es su servicio. Porque quiso, quiere, y ordenó que assí como nuestra alma en un instante es por él criada, assí todo el amor que ha de tener a las cosas criadas lo tenga en quien la crió, endereçando a su servicio todos los pensamientos y obras, assí spirituales como otras, que entendiera hazer sin desviarse ni alexar un solo punto de sus mandamientos. Los cuales nos dexó porque no los olvidássemos y assí tuviésemos causa o achaque de ignorancia, por razón del triunfo que el tiempo de todas las cosas d’este siglo viene por su discurso a alcançar. Y assí como organizar el cuerpo humano no se causa instantáneamente, sino por sus tiempos, o en cuarenta o en ochenta días, según el género nuestro o de las mugeres, assí también quiso y ordenó que nuestras obras corporales tengan tiempo en la composición y fábrica d’ellas. Pues su peso no consiente igualarse con las del espíritu, porque como tú mejor sabes, en un mesmo instante tu pensamiento, que procede del espíritu, puede estar aquí y en Francia, lo que tu cuerpo no podría fazer por muy ligero que fuesse, sino después de lavado de las culpas de este siglo y en el otro glorificado.

»Pero tornando al propósito, Dromisto, porque veas cuánto he alcançado sin el tiempo que dixiste, hágote saber que ya somos, mi señora e yo, señores y siervos el uno del otro, con tal ñudo que sólo es bastante para desatarlo aquel Alto Señor a quien tan estrechamente atar y añudarlo plugo.

Y dicho aquello, le contó todo lo que con su señora había passado, gloriándose no menos en contar aquella bienaventurança y firmeza de su esperado descanso, que

después se sentía aquexado, faltándole la presencia de su señora. Porque cuando sentía aquel bien presente, tanto mayor y doblado era después su tormento, causándolo el orden de las cosas d'este siglo. En el cual, aunque iguales nos acaezcan las causas del plazer o del enojo, siempre sentimos con gran parte más lo segundo, por razón que el plazer nunca se puede cumplidamente gustar, por el recelo que en lo más lleno d'él nos sobreviene de perderlo, siendo al contrario del enojo, pues cuando lo tenemos, jamás creemos alcançar el plazer.

Cuando Dromisto huvo a su señor oído, como aquel que de verdadero y leal amor lo amava, recibiendo toda aquella parte de alegría que en su pequeño cuerpo podía caber, algún tanto tardó en responderle, no sabiendo que le dezir pudiesse. Aunque passada aquella primera ocupación, le dixo:

–Yo no puedo, mi señor, dezir más en estos fechos de suplicar a Nuestro Señor Dios, que así como por agora se muestra servido de lo que está entre vós y la princesa, mi señora, fecho, assí lo traiga al puerto del contentamiento y descanso que por entrambos se dessea. E juntamente que, después de darle las gracias a vós posibles, pues las devidas no sois bastante, aunque vos no diera más del ser que todos los mortales alcançan, quanto más haviéndoos criado con tanta hermosura y dotado de tan alto estado, que cuasi sois un dechado de sus maravillas, cuando fuera de la presencia de mi señora vos falláredes todo el tiempo que turare. El cual, por breve que sea, se vos ha de representar eterno, según todas las cosas desseadas nos parece sobre cansado alcançar, vos çufráis y lo passéis con el esfuerço y discreción de que no vos fizo Dios pequeña parte, conformándovos con su voluntad. Pues allende d'esto conviene que lo assí fagáis para demostración de vuestra cordura, pues sabéis que ninguno se puede llamar sabio, sino aquél que según el tiempo ordena y después si conviene muda todas sus cosas para su mayor provecho y honra.

–¡O, cuán grande es la diferencia que hay, Dromisto –dixo Valerián–, del consejo a la obra! Mira cuán grande que cuasi a todos los que en este mundo se atrevieron de aconsejar al mejor tiempo, les faltó para sí el consejo que davan y escrivían a los estraños, y aún dando mayores caídas y menos reparables que los que ellos en sus libros ponían por exemplo, causándolo que muchas y las más vezes, cuando las adversidades sobrevienen, faltan a los hombres no solamente la razón e juicio, pero al corazón y manos todas las fuerças que en el tiempo de la felicidad a la lengua y pluma sobran. No digo esto por contradezir a tu consejo, pues es bueno y de hombre sabio, ni por me escusar con los que dixen que cayeron, porque como vulgarmente se

dixe no los havemos de traer en exemplo para nuestra desculpa. Pero dígolo porque, siendo estas passiones presentes, y las venideras que ya comienço de sentir fuera de toda razón y orden, no me dexan lugar en que se pueda aposentar el çufrimiento y discreción que dixiste, aunque la prevención y consejo todavía aprovechan. Y porque ya es tarde, quiero provar si con el cansancio de la passada noche podrá mi atribulado cuerpo recibir algún breve descanso, aunque mucho lo dudo, según el alma no querrá dexar de traer a su membrança aquella gloria en que hoy se vido. Por ende, vete a dormir, pero cata que no te olvides de hablar mañana a mi señora, si pudieres, para que me mande lo que de hazer tengo, pues ya no podría yo aquí mucho tiempo de entrambos.

Al qual, diziendo el enano que lo tomava a su cargo, se fue a acostar assí como por su señor le era mandado.

¶Capít[ulo] vj. De las razones que passaron entre la princesa Flerisena y el enano Dromisto, y de cómo el príncipe Valerián partió de Colonia con sólo Canisor, hijo de Aspalión del Vado.

No tuviera Dromisto mayor solicitud e vigilancia para el acrecentamiento de su vida, de la que tuvo el siguiente día en buscar forma como pudiesse el mandado de su señor cumplir, con ser de la princesa o de alguna de sus donzellas llamado, e sin mostrar que él lo procurava, por no engendrar alguna sospecha que de la frecuentación se podría causar, desvelándose en ello tanto que no le ocurría camino para aquel efecto que no lo tentasse. Y después de muchos que le ocurrieron y tanto fue su dicha de hablar a la princesa d'esta manera, que andando él por la huerta de los palacios, sobre la qual havia una ventana, aunque muy alta de la cámara de la princesa, fue visto por Erminia. La qual en aquella sazón, que él desseava ser por alguna de las donzellas de Flerisena visto, según se vos ha dicho, para que lo llamassen, se assomó por ver la huerta. E assí como lo reconoció, aunque antes passó buena pieça, según la altura de la ventana que no lo havia bien conocido, bolviendo la cabeça contra la cámara a muy gran piessa, llamó a Flerisena, diziéndole que se assomasse luego ende si quería ver la más estraña y esquiva grandeza de jayán que se havia jamás visto. Y como la princesa ya supiesse sus burlas, no dudó fazerlo, diziéndole que le señalasse

adónde era. A la cual Erminia dixo que si tenía corazón para ello, mirasse allí abaxo en la huerta porque bien se dexava ver. Y como la princesa bolviessse los ojos contra aquella parte que Erminia le señalara, luego vido a Dromisto, aunque apenas se podía según era pequeño conocer, el cual, oyéndose llamar por Erminia, alzó la cabeça cuidando lo que era y él desseava. Y como viesse que le señalava que subiesse ende, dexadas las yervas que estava cogiendo por mostrar que no había entrado en la huerta sin alguna causa, lo más presto que pudo subió a lo alto. Y assí como entró en una cuadra que había antes de entrar al aposento de la princesa, halló a Erminia, a la cual hizo muy gran mesura, y como ella fuesse muy graciosa e no le fuessen ocultas las burlas del enano, le dixo:

–No vos cumple agora, don Dromisto, hazer d’él mesurado, porque yo vos certifico que fasta haverme de vós vengado, no dexaré de dezir todo lo que me pareciere que cumple para mi devida satisfacción.

–Pues sois mi señora –dixo el enano–, yo fio en vuestra mesura que la vengança que de mí querréis tomar, será tan pequeña como grande el desseo que yo tengo de vos servir, cuanto más no habiendo precedido para ellos causa ni injuria.

–Pues yo vos prometo –dixo Erminia– que, por más que sepáis, no la tengo de tomar, sino tan grande como de vós tomar se pudiere.

Y dicho aquello, llegaron ante Flerisena, a la cual Dromisto, después de fecha su devida mesura, dixo:

–Por cierto, mi señora, jamás creyera, si la experiencia no me lo diera a conocer, que mi gracia y apostura, según ya este otro día dixere, fuessen tan grandes que causen que vuestras donzellas se olviden de su honra y vergüença, que tan tenidas son de guardar, que perdiéndolas ninguna cosa les queda buena. Esto digo, mi señora, porque Erminia no se ha podido çufrir, sabiendo mi venida, sin salirme a recibir hasta las escaleras, y después traherme fasta dentro de vuestra cámara de la mano, solamente porque con la oportunidad que se nos ha ofrecido yo le descubriesse mi corazón, o me moviesse para amarla, o a pedirle alguna de las mercedes que mis semejantes acostumbran de pedir a las donzellas de su cualidad. Pero como yo, mi señora, tenga por una de las principales virtudes la lealtad que cualquier vassallo y servidor deve contra su señor tener, puesto que fuesse Erminia sin comparación más hermosa de lo que vemos, y cualquier cavallero por más apuesto y esforçado que se pudiesse fallar se juzgasse por bien andante, si alcançasse sólo el nombre de su cavallero, considerando la traición que en vos ser desleal cometería, no solamente no lo consentiría poner en efecto, pero

pensarlo me sería no menos grave. Pero como su merecimiento sea tan grande, cuanto en mí considero la fragilidad de mis fuerças y sentidos, dende agora, mi señora, me descargo y digo que si no ponéis en ello el remedio que conviene, por corresponderle al sobrado amor que conozco tenerme, no dexaré de otorgarle el señorío de mi persona. Pues la razón no çufre, que de tan hermosa y alta donzella sea otro sino yo su cavallero, que no puedo ser más feo ni baxo.

Tan grande era el plazer que la princesa tomava de oír a Dromisto, que bien se mostrava en su hermoso rostro tanto que él se maravillava, y le parecía cuasi impossible y fuera de todo orden natural, que persona mortal pudiesse alcançar tan cumplida hermosura. Pero no dexava por ende de alegrarse de la bienandança de su señor, considerando que havia de gozar de aquella princesa, la cual, assí en gracia como en todas las otras virtudes y perfición de que naturaleza podía dotar a una donzella, carecía de igual.

Acabada la razón de Dromisto, la princesa, dirigiendo sus palabras a Erminia, le dixo:

–Nunca creyera de ti, Erminia, que tan poco preciastes tu honra y la mía, ni que tu desvergüença fuesse tan grande que te forçasse, por satisfazer a tus malos desseos, acometer los cavalleros por las escaleras y cámaras de mis palacios. Por donde te juro por vida del emperador y de la emperatriz, mis señores, si no tuvieres para tu descargo legítima causa, de hazerte quemar biva, para que sea para ti el devido castigo y para las otras donzellas que a tan altas personas como yo sirven perpetuo exemplo. E otrosí mandaré que los más subtiles maestros que se hallar pudieren, saquen a Dromisto al bivo en una imagen de metal, y que se ponga en la principal plaça, para que los que supieren tu muerte y vieren la apostura e talle de su graciosa persona, no te juzguen por tan culpada, pues conocerán la razón que tuviste para amarlo. Todo lo cual mandaré hazer, porque me no juzguen por menos agradecida de los servicios que me has fecho, que justiciera por la traición que en menosprecio de mi honra has cometido.

Aunque Erminia quería en aquella sazón detener la risa, por responder a Flerisena con el mesmo sossiego y dissimulación que le havia hablado, no podía, porque assí como bolví los ojos contra Dromisto, y lo vía con tanta constancia como si de veras hoviera passado lo que la princesa y él dixeran, luego la promovía a reír. Por donde buena pieça passó antes que responder pudiesse. Pero de que ya se le otorgó para ello facultad, dixo:

–Pues la causa de mi disculpa vós, mi señora, havéis dicho ser la grande hermosura y proporcionada apostura d’este esforçado cavallero, las cuales forçaron mi coraçón para que cometiesse el yerro que se vos ha dicho, suplicovos, pues que es el primero que jamás contra vós pensé y fize, que en satisfacción de los servicios que vos hazer desseava, me sea por vós, mi señora, perdonado, otorgándome tan solamente la vida para en muy estrecha religión emplearla en servicio de Dios, assí para la satisfacción de mi culpa, como porque, haviendo mi coraçón elegido este gracioso cavallero por señor, assí como a la más hermosa persona que mis ojos jamás vieron, ya no podría otorgarlo a otro sin ser desleal a mí misma, pues tal fue y es mi ventura.

Como la princesa siempre tuviesse su coraçón y pensamientos en su amigo Valerián, bien conoció con todas las burlas que ende passavan que aquella lealtad que ella y Valerián se tenían, no se podía por ninguno de los dos quebrantar, sino con merecimiento de mil crueles muertes. Por donde, sintiéndose tan lealmente amada, muy leda se fizo, y respondiendole a Erminia, dixo:

–Porque no se pueda dezir, Erminia, que dexé de otorgar el primer perdón que se me pidió, e otrosí considerando que no es de menos virtud usar de misericordia, que de rigor de justicia, señaladamente en semejantes casos, dende agora te otorgo el perdón que me pediste, con condición que te guardes de errar otra vez. Porque si lo fiziesses, hágote saber que, aunque mayor fuesse tu disculpa de la que agora he conocido, no dexaría de ser executada en ti mi saña con más cruel muerte de la que te mandava dar, sin que para lo contrario te pudiesse ninguna cosa aprovechar. Y porque hablar más en los yerros después de perdonados sería querer muchas vezes gracias de un solo beneficio, dexemos por agora de hablar en ellos, porque entiendo de preguntar a Dromisto lo que agora me ha ocurrido.

Y en el mismo instante le dixo:

–Dime qué hazías en la huerta, Dromisto, cuando te llamó Erminia.

–Buscava unas yervas, señora –dixo el enano–, para remedio de mi coraçón. Y como después me acordasse que es sin comparación mayor la virtud que se halla en las palabras, señaladamente cuando se dizen con la verdadera confiança que se deve y por personas que dessean sin ninguna ficción dar salud al que d’ella carece, dexadas las yervas comenté de dezir ciertas palabras que sé, juntando una mano con otra, dichas las cuales, aunque breves, he hallado tan grande descanso, y se me ha añadido tan grande esperança de salud, que creo mediante la voluntad de Dios alcançar, puesto que algún tiempo passe, el verdadero remedio que para mi dolor buscava.

Aunque todas las donzellas de la princesa oyeron lo que el enano dixera, ninguna sino ella lo entendió, porque luego conoció que aquel remedio era el que Valerían iba buscando e había hallado el día antes, cuando en la iglesia se desposaron, dándose las manos y diciendo las palabras por la católica iglesia ordenadas. Y por ende, le dixo:

–Cuando en las palabras, Dromisto, tan grande virtud y poder se hallan, que con ellas remedian los dolores de los coraçones y otras dolencias que tormentan el alma, ¿quién será tan fuera de razón e juicio que desconfie del Alto Señor, que tal poder y virtud les otorga, que en algún tiempo no los quite del todo con certificación y seguro que el que lo siente jamás los vuelva a sentir? E otrosí querría de ti saber, si de sola la disminución y remedio de un bivo dolor, que al coraçón aquexe, sienten el alma y todos los sentidos grande descanso, ¿cuánto mayor lo sentirán cuando el tal dolor no solamente será remediado, pero del todo quitado, sin temor ni recelo que jamás torne a sentirlo el que antes era del atormentado?

–Será en tanto grado mayor, mi señora –dixo Dromisto–, que tengo para mí por muy cierto que sobrepujará la gloria del seguro que dixistes, sin comparación alguna, al dolor y penas que antes de serle remediados sentía y le atormentaban.

–Por cierto assí lo creo yo, Dromisto –dixo la princesa–, pues de los contrarios, según razón natural, una mesma o igual ha de ser la cantidad o sentimiento. Pero dexado esto aparte, di, Dromisto, agora que tu señor es cavallero, ¿partirse ha tan presto de aquí para buscar las aventuras y ganar honra y prez como se acostumbra por los cavalleros noveles?

–Ya se huviera, mi señora, partido –dixo Dromisto–, si no atendiera mandado del rey, su padre, el cual le ha escrito que hasta que le rescriba no se parta. Es verdad que ya ha muchos días que le escribió esto que digo, por donde mi señor tiene por cierto que no pueden tardar el mensagero, al cual de cada hora está esperando.

–Y tú, Dromisto, ¿has de ir con él? –dixo la princesa.

–No creo, mi señora que querrá llevarme –dixo el enano–, porque no sería bien que aquellos que dessean ver toda la variedad y diversidad de las cosas que naturaleza puede obrar, las alcancen con sólo ver a mi señor e a mí juntos.

–Pues ¿qué harás tú aquí sin tu señor? –dixo Flerisena.

–Quedaré para vos servir, mi señora –dixo el enano–, si tan grande merced otorgar me quisiéredes. Pues es cierto que, dexando yo la compañía y servicio de mi señor, en el cual todas las gracias e apostura que en un príncipe se pueden considerar

están aposentadas, no podría vivir sino quedase en servicio de su semejante o más cumplida persona. Y como yo no sepa ni nadie alcance quien su igual sea o le sobrepuje, sino vos, mi señora, ante quien el Sol sería juzgado por oscuro, suplicovos que para vuestro servicio me recibáis, pues allende d'esto ninguna de vuestras donzellas me iguala en el desseo.

–Porque no se pierda tu vida, que tan gran falta haría en el mundo, Dromisto, por mi causa –dixo la princesa–, dende agora yo soy contenta de te recibir por mío fasta que tu señor vuelva a esta tierra, lo que no creo será tan cedo.

–No creáis, mi señora –dixo el enano–, que otra prenda le quede mayor en ella de la que en quedar yo dexa, porque es cierto que si yo con él fuese, según es grande el orgullo y esfuerzo de su generoso corazón, jamás iría por el mundo a buscar y tentar los mayores peligros que le viniessen a noticia, posponiendo la pérdida de la vida, allende del daño que le podrían causar las llagas que ha de recibir, al sabroso cevo que en semejantes hechos gustaría su corazón. Pero quedando yo aquí, no dudo yo, señora, que el cuidado que terná de verme, sabiendo que fuera de su servicio mi vida no puede largo tiempo durar, no le fuerce a venir mucho antes, puesto que quedando en el vuestro ha de recibir acrecentamiento. Y por ende, aquél que no dexo de conocer que he recibido de vos, mi señora, la mayor de las mercedes que jamás fueron hechas a cualquier hombre de tan pequeño merecimiento como el mío, y aunque mayor fuese, suplicovos me dexéis besar vuestras manos con que la pueda alcanzar tan alta que carezca de comparación.

Al cual la princesa, agradeciendo su buena voluntad y conocimiento, dixo:

–Agora que ya te puedo tener en cuenta de mío, Dromisto, quiero pedirte un consejo para un fecho que me ocurre, porque soy cierta que tu buen juicio, acompañado del desseo que dizes tener a mi servicio, es para mayores cosas bastante. Pero cata que lo has de tener en poridad, y pues yo por el seguro que de mí quisiste, tuve la fazienda de mi primo Florianteo en secreto, hasta que por su escudero fue el día que de aquí partió descubierta, no sería razón que lo que yo te mando tener en la misma poridad descubras, tú reveles sin que incurriesses en grandes penas.

–Dios me libre, mi señora –dixo el enano–, que yo tal descubriese, pues, allende de ser desagradecido a tan altas mercedes, no dexaría de ser falso y cometer la mayor traición que jamás se hizo, contra la más alta princesa del mundo.

Entonces, mandado la princesa a sus donzellas que los dexassen solos, le dixo:

–Dime, Dromisto, ¿qué será de tu señor y de mí después de partido? Porque yo ya comienço de sentir que si mucho tiempo ha de tardar en bolver, mi vida no podrá sostenerse, porque, allende que de su ausencia se me han de recrecer las cuitas que tú sabes, los pensamientos que jamás cessarán de considerar los peligros en que se ha de ver, no me aquexarán menos, assí que mis penas han de ser dobladas. Porque es cierto que el dolor y tormento que le causarán las llagas que ha de recibir su cuerpo, con que dexará o no podrá sentir las penas que tan comunes han der para entrambos, aquéllos son los que no menos llagarán y lastimarán mi alma que los mortales desseos de su vista. Por donde yo soy la que lo uno y lo otro tengo de sentir, e por esso querría que me dixesses si lo podré çufrir, y si te parece que sí, con que te podré tanto tiempo sostener la vida que para sus servicio y descanso desseo, pues sin ella, por lo que de su coraçón que ya es mío alcanço, la suya no será menos triste que la más amarga y dolorsa de las muertes que se pudiessen considerar.

Y como aquellas palabras saliessen de lo más bivo del coraçón de aquella más que hermosa princesa, representándosele ya la tristeza que havia de sentir durante la ausencia de aquel que en todo le havia de ser igual, algunas orientales perlas, no menos transparentes que el cristal, començaron a salir de aquellos dos resplandecientes diamantes que estavan esculpidos en el nácar de su hermoso rostro. Pero porque no fuesse por sus donzellas visto, luego les impidió su desseado curso, e otrosí porque no cayessen en el suelo, pues no era de tanto bien capaz ni merecedor.

Cuando Dromisto assí la vido llorar, aunque no pudo dexar de dolerse de la tristeza que señalava en su coraçón tener, no dexó por otra parte de alegrarse, considerando que procedía del verdadero amor que a su señor tenía. Y por ende, le dixo:

–Como para semejantes casos, mi señora, ningún consejo pueda darse ni menos hallar consuelo, sino sólo el çufrimiento y la esperança, assí, señora, solas estas dos cosas son el verdadero escudo y defensa que vos yo consejo que toméis para defenderos de todos los pensamientos, que no sin compañía de muchos y aquexados desseos, vos han de tormentar, pues en el fin doblada restituyen la gloria del vencimiento, por razón de la fortaleza con que los que iguales penas padecen pueden sostenerse. Porque si supiéssedes, mi señora, como yo fío en el Alto Señor que sabréis, cuán grande descanso es el de los afligidos navegantes contar los passados peligros y fortunas, cuando con seguridad d’ellos se ven en el puerto, no creo que dudássedes de passar todo lo que avenir vos puede con mucha alegría. Porque después de passado y llegada al puerto de vuestros desseos, podáis no sin mayor descanso contarvos con mi señor todas las penas

que avuestros atribulados coraçones havrán en los medios atormentado. Y pues sólo el descanso, que de contar las passadas fortunas se recibe, ha de ser suficiente causa para passarlas con mucha alegría, ¿cuánto pues mayor ha de ser, añadiéndole la esperança tan firme que tenéis de alcançar el fin de vuestros desseos? Por sola ésta sería e ha de ser bastante para las passar con la alegría que dixé, aunque lo primero no procediesse.

»Por ende, mi señora, pues del vencimiento de la batalla más peligrosa los vencedores caudillos doblada corona e triumpho alcançan, y de contar los mayores peligros y fortunas, después de passadas, mayor descanso se recrece, y los fines más desseados y que más tardan en alcançarse mayor gloria otorgan, yo vos suplido, aunque no fuesse para conservación de vuestra vida, en la cual la de mi señor consiste sino para gozar del descanso y gloria que desseáis, que usando del çufrimiento y esperança que antes dixé, vos çufráis y passéis con aquel esfuerço que para tan grandes fuerças se requiere, pues sabéis que el Alto Señor a ninguno permite tentar ni afligir más de aquello que resistir y passar puede. Y a vós, mi señora, que tan señalada en este mundo hizo, no se ha de creer que se haya olvidado de vos dar la fortaleza que para passar y venir al efecto, de lo que ya está por él ordenado, es conveniente, señaladamente que sé yo muy cierto que para los poder passarvos con verna embiarle algunos socorros de cartas vuestras, con que vea que no vos olvidáis de embiárselos, con igual desseo de los recibir para que la vida de entrambos se conserve, hasta venir al fin que, después de tan enojosos y contrarios medios, se espera.

Muy bien pareció a la princesa todo lo que Dromisto dixera, conociendo que cualquier otro consejo y remedio eran más para gastar palabras que causar consuelo. Y por ende, le dixo:

–Porque mi coraçón siente, amigo Dromisto, que no sentiría menos pena en contravenir a tu consejo que descanso en seguirlo, no quiero desmandarme d’él un solo punto, si mi esfuerço para ello fuere bastante. Y dexado esto aparte, pues Nuestro Señor ha de ser el que lo ha de otorgar, viniendo a lo que de parte de tu señor me pediste, le dirás que cosa es muy escusada pedir mandado de quien él ha de mandar, antes que yo le ruego cuánto se me otorga que lo más cedo que pudiere buelva a esta casa, adonde sabe que será más desseado que de sus padres que aquí lo embiaron. Y que estoy e quedo tal que no sé más pueda dezirle, sino que se acuerde de embiarme los socorros que dixiste, porque no será menos que en aquel pequeño tiempo que me ocuparé en leer sus cartas, con el desseo que terná mi coraçón de saber lo que en ellas para su remedio

espera, no deseche de sí aquellos mortales desseos que le havrán atormentado y aquexarán hasta esse fin que dixiste.

Acabada su razón, Dromisto llamó a Erminia, a la cual, en presencia de la princesa, dixo que dende entonces le restituía e soltava el amor que le havía otorgado, porque no hoviesse de entrar en religión y tuviesse libertad de recibir otro cavallero por suyo, pues, siendo él recebido para servir a la princesa, su señora, a mayores y más altas cosas havía de estenderse su orgullo. Y no atendiendo respuesta de Erminia, pues antes se havía de la princesa despedido, fue al aposento de su señor, el cual no tardó en ser ende venido con desseo de saber si Dromisto havía a su señora hablado. Y cuando supo todo lo que con ella passara y a dezirle embiava, no se vos podría dezir la alegría y tristeza que en aquella sazón sintió juntas, por una parte, juzgándose el más bien andante de todos los príncipes de su tiempo, y por otra el más cuitado, según su esforçado y temeroso coraçón recibía los combates y socorros de los tristes y alegres pensamientos que le ocurrían.

Y después de haver cenado, habló con Aspalión, diziéndole cómo entendía aquella noche despedirse del príncipe Nestarcio, y partir dende esse otro día de mañana. Y le encargó que fiziesse aparejar a su hijo Canisor todo lo que era menester para su partida, pues no entendía de levar otra compañía. E si quería fincar en aquella casa hasta su buelta, muy alegre sería d'ello, porque a causa de la criança que en ella recibiera, allí le otorgava su coraçón bolver más que a otra parte. Y folgaría mucho de lo hallar ende cuando bolviessse. Al cual Aspalión dixo que, pues lo que era su servicio era su bien y descanso, él quedaría atendiendo su venida o mandado, suplicándolo que a su hijo fiziesse servir como convenía, porque le parecía que no tenía la desemboltura e criança que él desseava. Al cual Valerián dixo que, pues él lo levava en su compañía, perdiessse cuidado, porque él fiava en Dios que su fijo sería tan buen cavallero que a entrambos sacaría de culpa. Por lo cual Aspalión le quiso besar las manos.

Y a poca pieça Valerián, con su enano, fue a despedirse del príncipe Nestarcio y de las princesas Arinda e su señora. Y llegado ante ellos, en presencia de muchos altos hombres y cavalleros que ende estaban, fincó las rodillas en el suelo. Pero antes que de hablar començasse lo fizo levantar, mandándole que se sentasse, porque después que recibiera el orden de cavallería assí quiso que se fiziesse. Por donde Valerián, cuando fue en pies, no dexando de se le humillar como antes solía, le dixo:

—Ya vos dixite, mi señor, cuando vos pedí el orden de cavallería, que si no tuviera desseo y esperança de vos servir las honras y mercedes que, después que a vuestra casa

vine, he recibido, no me atreviera a vos pedir otras, por no quedar tan deudor que la satisfacción fuese imposible. Por donde para lo comenzar a poner en efecto, pues por vós, señor, se me otorgó el poder que antes me faltava, vengo a vos suplicar assí por la licencia que para la partida, que mañana entiendo de fazer, me falta, como por saber en qué se otorga vuestra voluntad que vos yo sirva. Porque pueda con las obras declarar aquello que en mi corazón está tan firme que nadie, sino la muerte, a quien se otorga universalmente el poder para lo mudar, lo quite, quitándome a mí de culpa.

Cuando el príncipe Nestarcio oyó a Valerián pedir aquella licencia tan determinadamente, bien creyó que poco aprovecharía trabajar de mudar su propósito, juzgándolo por sí mesmo, al tiempo que la pidió del emperador, su padre, para ir con la donzella Danela a Costantinopla. Y por ende, le dixo:

–La licencia, fijo Valerián, tenéis vós para vos partir y bolver a esta casa siempre que a vos pluguiere. Cuanto a los servicios que yo puedo pedir os son que no vos olvidéis de nos venir a ver lo más cedo que pudiéredes, pues sabéis que el amor que aquí se vos tiene, no es cosa menor del que a la princesa, nuestra fija, tenemos. Y en esto conoceremos la declaración de vuestra voluntad, si corresponde al amor que dixere.

Lo mesmo le dixeron las princesas Arinda y su señora, trabajando de encubrir aquel no menor dolor que dizen sentirse, cuando el alma dexa la compañía del cuerpo que no le ha puesto estorvo en sus buenos desseos. A las cuales Valerián quiso besar las manos si se lo otorgaran, y suplicó a su señora que, pues el corazón de su enano no se estendía para ir por el mundo y çufrir los trabajos que del continuo camino se recrecían, ni menos para verse ausente d'él, y que le havía dicho que assí lo uno como lo otro ternía remedio, si pudiesse quedar en su servicio, lo recibiesse fasta que él ende bolviesse, certificándola que aquello recibiría muy grande merced. Porque, puesto que que ende dexasse otras prendas, y señaladamente la palabra que por él se diera al príncipe Nestarcio, su señor, de bolver en aquella casa muy cedo, no era tan pequeña la de su enano que no lo forçasse a venir ende tan presto como se le otorgaría por cobrarlo, sólo por la criança y otros castigos que en sus tiernos años havía d'él recibido. Al cual Flerisena dixo que, siendo d'ello los príncipes, sus señores, servidos, dende entonces era contenta de lo recibir e igualar en el tratamiento y voluntad con su donzella Erminia, a quien no menos que él a su enano amava, por la criança que juntas hizieran. Y otrosí porque, siendo tan apuesto como era notorio, perderían con su compañía la soledad que de su ausencia se havía de sentir.

No fue Dromisto perezoso en fincar las rodillas y pedir a su nueva señora las manos por la merced que le fiziera, e por el buen tratamiento y voluntad que le había ofrecido. Al cual, cuando tan pequeña cosa vieron, no dexaron de se folgar cuasi quantos ende eran, dexados Valerián y Flerisena, los cuales no menores lágrimas derramavan dentro de sus coraçones que aquellos que, de grandes tormentos son atormentados, acostumbran de señalar por sus ojos y los otros sentidos.

Despedido Valerián de todos, fue a su aposento, adonde fizo adereçar lo que por hazer quedava para su partida. Y de gran mañana, acompañado de sólo Canisor, el cual le levava la lança aunque no el yelmo, porque muchos días lo levó puesto por no ser conocido, partió de Colonia, siguiendo el camino que guiava hazia el reino de Denamarca, antes de llegar al cual le sucedió lo que adelante se dirá.

¶Capítulo vij. En que se cuenta la causa por la cual el príncipe Florianteo salió de Londres e vino a Colonia, y de la batalla que después huvo con un cavallero. Y lo que de más sucedió.

A Florianteo de Bohemia dexamos que, recebido el orden de cavallería del príncipe Nestarcio, al cual por uno de sus escuderos había fecho de su fazienda sabidor, iva a dar cima en una demanda, por razón de un don que prometiera, por la causa que agora vos contaremos. Estando un día los reyes Laristeo y Menadoro en Londres a muy gran vicio, assí por tener casada la princesa, su fija, con aquel honrado rey de Bohemia, el cual no los obedecía menos que si fueran sus propios padres, y gozarse con aquella compañía que por todos había sido desseada, de la cual, después de Florianteo, había nacido una niña muy hermosa, a quien habían puesto por nombre Castiria, entró por una sala, en la cual en aquella sazón juntos se hallavan, un escudero, cuya edad no parecía menor de cincuenta años, con dos hombres que lo aguardavan. El cual, llegando ante los reyes, fincadas sus rodillas, dixo:

–Plega al Alto Señor, muy valerosos y altos reyes, de vos mantener por largos tiempos en aquella alegría y descanso, de los cuales mi coraçón de presente vos considera gozar, y que se no olvide de me hazer cobrar la que yo tengo perdida, pues su misericordia y poder para cosas sin comparación mayores se estiende cuando es servido. Y porque no querría con mi tristeza enturviar vuestro gozo, suplícovos me digáis cuál

de aquestos virtuosos donzeles –lo que dezía porque se hallavan ende muchos, assí bien apuestos como adereçados– es el bienaventurado príncipe Florianteo, a quien yo vengo, puesto que según la apostura del que junto a vosotros, señores, veo, no creería errar si afirmasse ser él, y a quien la fortuna otorgó la facultad de me restituir la alegría e hazienda que hasta agora tengo perdidas.

Por donde, viendo Florianteo que el mesmo escudero le había dado la respuesta que se le dar pudiera, pues lo había conocido, le dixo:

–Vuestro buen conocimiento, virtuoso cavallero, ha dado causa que sin atender que los reyes, mis señores, vos hablassen, se vos huviesse de responder por mí, a quien venir dixistes. Y paréçeme que con deziros para qué ha sido vuestra venida, y qué es lo que yo por vós hazer puedo, he satisfecho a vuestra primera pregunta, dexándovos obligado que respondáis a la mía.

–Mi venida, esclarecido príncipe, ha sido principalmente –dixo el escudero– para vos conocer y pedir un don. Por donde querría saber de vós, pues mi fortuna en esto sólo favorable ha cumplido mi primer desseo, si será vuestra voluntad de me cumplir el segundo.

Como Florianteo de su naturaleza fuesse muy piadoso, y no dexasse de tener gran desseo de saber la causa de su venida, no tardó en le responder que si para lo otorgar se le dava por los reyes, sus señores, la licencia que le faltava, dende entonces se lo otorgava. Y como los reyes no menos desseassen saberla, dixeron que fiziesse lo que más le pluguiesse, pues por su parte no les pesaría. Por la cual merced el escudero quiso a todos besar las manos, y más afincadamente a Florianteo, el cual, no se lo consintiendo, le dixo que si le plazía, mucho folgaría de saber lo que de hazer tenía para cumplimiento del don que le otorgara. Al cual el escudero dixo que se lo no podía dezir fasta que fuesse cavallero.

–Por cierto, aún no lo soy –dixo Florianteo–, pero si por quien contradezir mi voluntad puede, no se le pone impedimento, no dexaré de lo ser y muy presto, por mano y medio de quien tan alto orden recibir desseo.

–Saber querría por cuya mano lo desseáis ver mi hijo recibir –dixo el rey Menadoro–. Porque hasta agora no he sabido que tal desseo tuviéssedes.

–Por la del príncipe Nestarcio, si vós, mi señor, servido fuéredes –dixo Florianteo–. Porque según he oído es uno de los preciados cavalleros del mundo y de más alto estado, y allende d’esto desseo conocerlo, por el gran deudo que con todos tiene.

–Pues tan buen desseo es el vuestro, mi hijo –dixo el rey Menadoro–, dende agora vos otorgo, no solamente mi voluntad para que la cumpláis, pero vos ofrezco de suplicar a los reyes, mis señores, que no menos vos la otorguen.

No se descuidaron, assí Florianteo como aquel buen escudero, de pedir las manos del rey Laristeo, su agüelo, por la haver conforme al desseo de Florianteo confirmado. Y como el escudero conociesse que, pues ya Florianteo tenía alcançada la licencia que le faltava, en sola su voluntad se encerrava la diligencia o dilación que se había de tener y se podría causar para su partida, le dixo:

–Si lo que vos yo de dezir tengo para declaración del don que me otorgastes, no ha de ser hasta que seáis cavallero, saber querría mi señor qué es lo que mandáis que faga hasta que lo seáis.

–Que si lo que he de cumplir –dixo Florianteo– ha de ser en este reino, que me atendades hasta que buelva de casa del príncipe Nestarcio, e si ha de ser en otra parte que vais conmigo hasta Colonia, y de allí iremos adonde a vos pluguiere.

–Fuera d’este reino, mi señor, se ha de cumplir la merced que vos plugo otorgarme –dixo el escudero–, por donde se seguirá en todo vuestro orden y mandado.

–Pues assí es, atendedme hasta que sean hechas mis armas –dixo Florianteo–, porque yo vos prometo de mandar hazer en ello tan cumplida diligencia, que conoceréis que por mi voluntad no se difiere sola una hora nuestra partida.

–Assí lo tengo yo, mi señor, creído –dixo el escudero–, por donde fío en el Alto Señor que menos se diferirá mi desseado remedio.

Y después que algunos días passaron, en los cuales se hizieron las armas de Florianteo, y se adereçó todo lo que para su partida convenía, despedido de todos los que era devido, partió de Londres en compañía del escudero y de sus hombres, con dos escuderos que para su servicio levava. Con los cuales llegó a una villa que se dezía Dobra, en el puerto de la cual se embarcaron, e con buen tiempo llegaron a otra villa de Flandes, puerto de mar, llamada Esclusa, y dende por sus jornadas caminaron hasta Colonia, adonde Florianteo recibió el orden de cavallería, según ya se os contó. Y después tomó el camino hazía la parte que los guiava el escudero, el cual el día que de Colonia partieron, dixo a Florianteo:

–Pues mi ventura, esforçado príncipe, me ha favorecido tanto que alcançar pudiesse el ofrecimiento de vuestra voluntad con aquel cumplimiento que por mí podía dessearse, por muy cierto tengo que nuestro Dios ha sido servido de poner fin en mis passadas penas. Por donde entiendo dende agora desechar de mí los tristes pensamientos

que hasta aquí han mi corazón afligido, y cobrar alguna parte de la alegría que con mayor cumplimiento alcanzar espero. Y porque el descanso, que al triste corazón puede procurarse, es darle oportunidad y aparejo para manifestar las causas de su tristeza, así yo agora no callaré las del mío, pues de publicarla espero alcanzarlo. Por donde havéis de saber, esforçado príncipe y mi señor, que yo soy fijo de un cavallero a quien dezían Eporineo, el cual fue tan virtuoso y sesudo como mi madre por lo contrario. Y no embargante que era por él bien conocido, al tiempo de su muerte la fizo heredera de cuanto tenía, sin dexar para mí más de un cavallo y armas para el tiempo que recibiera el orden de cavallería. El cual mandó que recibir no pudiesse hasta tanto que fuesse mi madre d'ello contenta, lo que quiso mi padre que le yo prometiesse antes de su muerte, así como fize en presencia de muchos cavalleros e otros deudos y amigos míos que ende se hallaron.

»Por donde passados algunos días, después de muerto mi padre, rogué a mi madre me dicesse licencia para ser cavallero, pues mi edad ya lo requiría, la cual no quiso por entonces otorgármela, antes me la difirió por no verme en algún peligro, y que no me fuesse de su presencia. Pues conocía que en la hora que yo sería cavallero, si havía de hazer lo que los buenos acostumbran, no dexaría de ir por el mundo, experimentando mi bondad si alguna tenía. Con que me forçava çufrir, cuidando que aquellas causas del amor, que como madre me havía de tener, procedían, aunque según después se vido, no eran sino muy contrarias de las que yo cuidava, porque su intención era de casar con un cavallero mancebo tan pobre de virtudes como de bienes. Pues al tiempo que con mi madre casó, aún no havía hecho cosa que de cavallero fuesse, ni tenía para pagar las armas y el cavallo con que lo fizieron cavallero. El cual casamiento se dexó de efectuar por tiempo de dos años, después de la muerte de mi padre, porque en su testamento dexava ordenado que si mi madre dentro de aquel término casava, perdiesse el derecho que tenía en su hazienda, e viniesse yo a la sucessión d'ella. Y como ya estuviesse entr'ellos concertado, el primer día que passado aquel término fui a folgarme a un castillo que mi padre tenía a tres leguas de la ciudad en que bivimos, mi madre, con el cavallero que dixen, se desposaron y velaron. Por donde quando bolví del castillo, ya hallé a entrambos muy alegres, por razón del nuevo casamiento. Y aunque algunos días la amistad de su nuevo marido y mía pudo sostenerse, como sea cosa muy vulgar semejantes deudos no poder bivar en paz por largos tiempos, no sé sobre qué prácticas reñimos, de suerte que me convino salir de mi casa por apartar la ocasión que

para le quitar la vida se me podía ofrecer, con que perdiera la libertad de ser cavallero, lo que yo sobre todas las cosas d'este percedero siglo preciava y precio.

»Y puesto que passados algunos años después de nuestra renzilla, yo fiziesse rogar a mi madre que me otorgasse su voluntad para ser cavallero, jamás pude alcançarla, porque temía que no le matasse aquel marido que tanto havia mostrado querer, que después que con él casó, jamás de mi padre se acordó ni de su alma tuvo memoria. Y como sea cosa muy averiguada de un pequeño inconveniente seguirse muchos e mayores, se siguió que mi madre, adoleciendo de una grave dolencia, vino a trocar esta temporal vida con la otra, que para los que bien bivieron es tan gloriosa, como de tormentos y penas para los que hizieron lo contrario. Y al tiempo de su muerte, mandó que todo lo que de mi padre heredara, fuesse de su segundo marido, y que después de sus días yo le sucediesse, siendo él de tan pocos años como yo de muchos, pero con condixión que no pudiesse ser cavallero hasta que sus años fuessen por la muerte interrompidos.

»Y como según ya dixé, por mí fuesse máspreciado el orden de cavallería que toda la hazienda de mi padre, aunque mayor fuera, determinado estava de perderla y alcançarlo, si no me acordara que, perdiendo aquella hazienda, la perderían muchos deudos míos, los cuales no tienen d'ella menor necessidad que yo desseo de ser cavallero. Por donde le fize rogar que nos la partiésemos, dándole libertad que pudiesse de su parte disponer sin algún cargo entre sus deudos o estraños, según lo mejor pareciesse, creyendo que por él no se desdeñaría lo que por mí se le ofrecía. Pero como su codicia le cegasse el juicio de suerte que conocerlo no se lo otorgasse, fizo responderme que me no entendía dar medio ni parte, por razón de la falta del derecho que para ello yo tenía, pues no era fijo de su muger, sino de una amiga de mi padre, por cuya causa me havia deseredado, lo que él haría conocer a cualquier cavallero que lo contrario dezir osasse, creyendo que para lo defender me haría cavallero, con que, cotraviniendo a la voluntad y disposición de mi madre, perdería el derecho que en su hazienda tenía, quedando el señor d'ella sin lo haver ganado ni de sus padres heredado.

»Por donde, entendida por mí su traizión y conocido engaño, fui a me aconsejar con un cavallero muy sabio llamado Arismenio. El cual, oído lo que, señor, vos he contado, me aconsejó que vos a buscar fuesse y, hallado, el don que me otorgastes vos pidiesse, certificándome que assí en me lo otorgar como después en mantener mi derecho, me sucedería según yo lo pudiera dessear. Esto es esforçado príncipe lo que yo dezimos podía para la declaración del don prometido, y lo que para el cumplimiento d'él

a vos hazer pertenece, con que no solamente espero alcançar el orden de cavallería por mí desseado, juntamente con la hazienda que dixere, pero ver castigado aquel falso cavallero, assí por razón de su desordenada codicia, como del villano nombre que de me imponer se ha atrevido sin causa ni derecho. Y porque con mejor ánimo lo podáis, señor, detener, dende agora vos juro por la fe que a Dios devo que soy fijo natural y legítimo de Eporineo y de su muger Manidora, puesto me no trató sino como a malo y estraño.

No dexó de creer Florianteo todo lo que Amoraneo, que assí se dezía aquel escudero, le dixera. Porque sólo en haver conocido que no havía querido matar su contrario, y con su muerte cobrar su hazienda, lo juzgó por muy virtuoso, pareciéndole que ninguna experiencia podía hazer mayor para conocer el quilate de un hombre que en la possession o administración de los bienes, assí propios como estraños, según eran por él regidos y administrados. Por donde dixo a Amoraneo que estuviese de buen corazón e fiasse en Nuestro Señor Dios, que muy cedo alcanzaría todo lo que por él havía sido hasta entonces desseado, pues la razón y derecho le sobraba tanto como a su contrario faltava, con que Amoraneo quedó tan contento como era razón, considerando su justicia y el esfuerço de aquel virtuoso príncipe. Por parte del cual era muy cierto que se no perdería sólo un punto de lo que a él pertenecía.

E siguiendo sus jornadas, puesto que algunas noches les conviniese alvergar fuera de poblado, llegaron al castillo de Eporineo, adonde por suerte hallaron a Macronel, que assí se dezía el contrario de Amoraneo. El cual, cuando supo su venida, quiso venir a ver a Florianteo por conocer a qué podía pujar su esfuerço. Y cuando de tan poca edad lo vido, cuidando que de los primeros encuentros de la lança o golpes de la espada se libraría aquel fecho, dixo a Florianteo:

–Cuán claro se parece, cavallero, el derecho d’esse escudero –diziéndolo por Amoraneo–, pues faltándole todos los cavalleros del mundo, no ha hallado sino a ti que creo que traes las armas de tu amo hurtadas. Porque si assí no fuesse, qué negra disculpa podría tener el que te otorgó el orden de cavallería, pues no consideró tus pocos años ni cuán poco havía de lograr essa apostura tuya sobre la tierra. Por cierto no merecía menor castigo por lo que digo que tú por razón de tu atrevimiento.

–Antes por razón del gran derecho que Amoraneo tiene –dixo Florianteo–, no ha querido buscar cavalleros de fuerças ni experiencia, porque se mejor muestre su derecho, con te dar yo la muerte con las mías pequeñas. La cual no creas que puedes ya huir, pues la mereces por la conocida traición que en dezir que no era de tu muger hijo

le levantaste, creyendo con ella retenerte la hazienda que a él, y no a ti, pertenecía. Pero porque veas cuánto son más rigurosas mis manos de lo que tú me juzgaste, ven a la batalla, porque yo te prometo de te hazer conocer a tu pesar, ser el derecho d'este escudero tan bueno y cumplido como tu intención y obras falsas y dañadas.

Cuando Macronel con tan gran osadía le oyó hablar, no pudiendo creer que sus fuerças pudiessen a su orgullo igualar, le dixo:

–Por cierto, bueno andaría el mundo si por diez que tus semejantes fuessen, el más cobarde de los cavalleros se huviesse de asconder, sino castigallos como agora yo a ti, cortándote primero essa atrevida lengua y después quebrantar tu sobervio orgullo atrevimiento, para que suceda en todos los venideros tiempos por perpetuo y devido exemplo y castigo tuyo y de tus semejantes.

–Acaba ya, villano, cuerpo de traiciones –dixo Florianteo–, y no gastemos el poco tiempo que de vida te queda en amenazas. Pues te juro por la fe que a Dios devo de no haver de ti más piedad que de un infiel, pues siendo peores tus obras no mereces alcançarla, assí acá como en el otro siglo.

–Pues atiéndeme –dixo Macronel– y veremos cuál de los dos cumplirá mejor su promessa.

–Si no te quisiera atender –dixo Florianteo–, en vano tomara el trabajo que por te venir a buscar he passado. Por ende, ven presto y verás cuán cerca e parejado te está el castigo que por tus obras mereces.

Por donde, no curando Macronel de le responder, bolvió al castillo para se armar, con no menor saña que desseo de essecutar en Florianteo su soberbia, a cuya causa no tardó gran pieça en bolver ni menos en satisfacer lo que devía. Porque de los primeros encuentros hubo fin su batalla, d'esta suerte que, puesto que Macronel hoviesse muy duramente a Florianteo encontrado, haziendo de su lança mil pieças, el encuentro que recibió fue tan grande y con tanto poder, que la lança de Florianteo, entrando por debaxo del yelmo de Macronel, no paró hasta passarle más de dos palmos de la otra parte del pescueço, quasi por medio de la garganta. Por donde luego cayó de su cavallo abaxo muerto, sin bullir pie ni mano.

Y sin detenerse ende fueron al castillo, adonde Amoraneo cobró las llaves y el señorío que d'él le pertenecía. Y en la mesma tarde, Florianteo hizo llevar el cuerpo de Macronel a Suricia, que assí se llamava la ciudad adonde bivían él y sus padres de Amoraneo, para que lo enterrassen, assí como se hizo.

Y dos días después de muerto Macronel, Florianteo con Amoraneo fueron a Suricia, adonde Amoraneo recibió el orden de cavallería por mano de Florianteo. El cual otro día, después de fecho cavallero Amoraneo, partió dende con sus escuderos para buscar algunas aventuras, por las partes que mejor podría emplear sus buenos desseos, dexando a Amoraneo tan ledo con se ver cavallero, como si se le otorgara juntamente el señorío de la ciudad en que bivía. El cual no bivió después mucho tiempo, porque murió de mordedura de una bívora, la cual lo mordió durmiendo debaxo de un árbol cerca de su castillo. Y antes que muriesse partió su desseada hazienda entre sus deudos, de la manera que como buen christiano era obligado, dexándolos tan contentos por razón de aquella tan justa repartición, como tristes por su muerte.

¶Capít[ulo] viij. De cómo el príncipe Valerián encontró con un donzel que iba a la casa del emperador Octavio, y de cómo, sabida la causa de su ida, bolvió con él, y passó en el reino de Denamarca.

Cerca de diez días había caminado Valerián sin haverse por todo el camino quitado el yelmo por no ser conocido, en cabo de los cuales, como ya fuesse en tierra que tenía por cierto que ninguno lo conocería, por razón que siempre se había alexado de Colonia hazia la parte de la mar, se lo quitó, dexándolo a Canisor para que se lo levasse. Y acaeció que, siendo ya a poco más de una jornada de la mar llegado, caminando una mañana por una floresta, gozando de su frescura, a causa de los espesos y sombrosos árboles que en ella había, vido por su mismo camino venir un donzel con dos escuderos, cavalgando en su palafrenes. Y cuando junto a Valerián llegaron, viéndolo tan apuesto y de tan frescas y ricas armas armado, el donzel lo saludó con gran mesura, pareciéndole que le era devida y mayor. Y como Valerián no fuesse menos bien criado y humilde con los semejantes que con los sobervios por lo contrario, fizo otro tanto, por donde el donzel, quedando de su buena criança y cortesía pagado, desseando ver y saber más de su persona de lo que fasta entonces se le otorgara, le dixo que si no lo recibía en deservicio, le haría gran merced en dezirle si había estado algún tiempo en la casa del emperador Octavio. Oyendo nombrar la cual algún tanto se estremeció Valerián, y después le dixo que por qué causa lo quería saber:

–Porque es mi camino para esa casa que dixes, por ver si hallaré algún remedio a mi gran cuita –dixo el donzel.

–Muchos hallan en ella esse remedio que vós, buen donzel, dezís –dixo Valerián–, aunque ya conozco yo alguno a quien se le acrecentaron sus penas, siendo sin comparación mayores de las que vos podéis levar, y después de salido d’ella le parece imposible poder hallar en ellas disminución ni remedio.

–Si vós la mía supiéssedes, virtuoso cavallero –dixo el donzel–, no la juzgaríades por tan pequeña que d’ella no vos maravillássedes, pues no es como dixes tan pequeña que no tenga yo la mesma desesperança, porque su remedio es cuasi imposible.

–Ninguna cosa es imposible a los hombres –dixo Valerián–, mayormente quando en lo que hazer quieren tienen la razón por su parte.

–Si por razón va –dixo el donzel–, tanto me sobra, esforçado cavallero, quanto las fuerças me faltan, para hallar las cuales entiendo de ir a la casa de aquel famoso emperador, adonde si por mi desdicha no las fallare, no perderé tiempo en las ir a buscar a otra parte, pues la fama de los cavalleros de su casa es la que a los suyos y estraños fuerza bivar como deven, por miedo del riguroso castigo que a los que lo contrario hazen les viene de sus manos. Porque no ha muchos años que, teniendo dos cavalleros, que por muy esforçados eran tenidos, en esta su tierra un castillo de una donzella que se dezía Arдания, de un hermano suyo a quien dezían Lucenio, contra voluntad d’ellos, yendo la donzella que dixes a la casa de aquel honrado emperador, para que le fiziesse dar derecho de aquellos malos cavalleros, antes que a Colonia llegasse, falló al príncipe Nestarcio. El qual, sabida su necesidad, con otro cavallero cuyo nombre no he oído, vino al castillo que dixes, adonde, vencidos y muertos los cavalleros que lo tenían, los hizo quemar juntamente con su madre, la qual dizen que se ahorcó al tiempo que le mataron sus hijos, con que muchos que mal bivían en esta provincia, se emendaron de tal manera que bien se conocía que aquel castigo les hacía obrar virtud, aunque de su grado no usassen antes d’ella. Y por esta causa vos pregunté yo, cavallero, si haviades algún tiempo bivido en la casa de aquel honrado emperador. Porque si d’ella fuéssedes, atreviérame con alguna confiança a vos pedir socorro y emienda del mayor tuerto y sobras que jamás fueron fechas. Aunque por otra parte no querría que el desseo de vengarme, me añadiesse mayores pérdidas y quejas, si por mi causa la muerte o algún daño recibiéssedes, lo que no me pesaría menos viéndovos tan bien criado como apuesto, y con igual voluntad de saber mis cuitas e daños.

Fue tan pagado Valerián de las razones y comedimiento del donzel, que determinado de darle derecho, aunque cualquier peligro se le recreciesse, pues otrosí no era salido para otros fechos de la casa del emperador, le dixo que por escusarle el trabajo que en el camino se le podría recrecer hasta llegar a Colonia, lo certificava como él era cavallero de la casa del emperador Octavio. Y que para lo demás le ofrecía su persona, con voluntad de la aventurar en cualquier cosa que, para alcançar el derecho y vengança que desseava, se le podría ofrecer.

Al qual el donzel agradeció su ofrecimiento, diziendo que si lo que por él se había de hazer, se pudiera acabar con las fuerças y esfuerço de un solo cavallero, por muy cierto tenía que no dexaría él de aventurar su persona, según lo ofreciera, siendo tan buen cavallero e criado en tan buena casa. Pero como su derecho se huviesse de alcançar con muerte del más fiero y esquivo jayán que en el mundo se sabía, no era bien que el sólo lo pensasse cumplir, quanto más ponerlo por obra. Pues solamente osarlo mirar de una sierra muy alta, se podría contar por una de las más grandes hazañas que se podrían por él hazer, aunque más esforçado y valeroso fuesse, por la gran desigualdad de las personas y fuerças.

Cuanto más el donzel dudava de poner su derecho en manos de Valerián, tanto más lo desseava él ayudar, viendo cuánto tenía de ponerlo en peligro. Y por ende, le dixo:

–Muchas vezes, virtuoso donzel, acontece los hombres, que sin conocer las fuerças de los cavalleros las quieren juzgar, según las estaturas y proporciones de los cuerpos, recibir grande engaño. Porque no menos vezes se ve el buen coraçón de un hombre pequeño sobrar las fuerças de otro que sea grande, por donde, si se vos acuerda, muy poco antes vos dixé que el hombre que tiene la razón por su parte, ninguna cosa ha de tener por impossible. Pues las fuerças d’ella son tan grandes, que carecen de comparación, por donde si a vós sobra, según dixites, no vos desmaye mi pequeño cuerpo ni vos espante el grande d’esse jayán, pues podéis ser cierto que teniendo yo la razón que dixé por mi parte, no dudaría de acometerlo, aunque otro mayor y más fiero que él le tuviesse compañía.

–Por cierto que sería yo muy sandio, esforçado cavallero –dixo el donzel–, si embiándome Dios tan presto y conocido remedio, no supiesse conocerlo. Por donde vos ruego me perdonéis el poco conocimiento que de vuestra persona tuve, pues en lo ál no erré en más de no querer veros por mi causa en peligro, como ya vos dixé. Y otrosí vos suplico que, pues en vós no se parecen menos piedad y mesura que esfuerço y valor, vos

doláis de mis fatigas y me deis vengança de aquel fiero jayán, que tanto mal me ha fecho que de satisfacción carece.

–Ya vos he dicho que por mí no se dexará de cumplir con aquella voluntad que lo vós podéis dessear –dixo Valerián–. Por ende, tomad el camino que de levar havemos para lo poner en efecto, porque yo vos prometo de seguir hasta el lugar que por vós me será señalado.

Por donde el donzel, bolviendo su palafrén por el mesmo camino que venía, e siguiéndolo Valerián con los otros escuderos, anduvieron aquella tarde y otro día después hasta hora de vísperas que llegaron a una villa, puerto de mar, que se dezía Artra. En la cual fincaron aquella noche y otros dos días, en los cuales atendieron que les fiziesse el tiempo endereçado para passar en el reino de Denamarca, adonde el donzel dixo a Valerián que se le havia de dar el derecho que le ofreciera.

Y quando començaron de navegar, pues se les ofrecía buen aparejo para hablar de las cosas que más convenían, el donzel començó de contar a Valerián la causa porque iva a Colonia d'esta manera:

–Sabed, esforçado cavallero, que mi padre fue señor de un grande y hermoso castillo, el cual está al pie de unas sierras muy altas, en uno de los más hermosos valles que hay en todo el reino de Denamarca. En el cual bivíamos, assí él como mi madre y una hermana mía, a quien dezían Armelia, e yo, con assaz número de compañas. Fallecida mi madre, quedamos para su consuelo aquella hermana que dixen e yo de menor edad que ella. Y como su hermosura fuesse tan grande que en todas aquellas montañas ninguna se sabía su igual, y no menguada de los bienes de fortuna, muchos cavalleros la pidieron por muger, a ninguno de los cuales pareció a mi padre dever la otorgar, por lo que después havia de suceder. Para lo cual se siguió que, haviendo salido una tarde mi padre e yo, con mi hermana y nuestras compañas, a folgarnos en una fuente muy hermosa que hay cerca del castillo, vino a passar por ende un hijo de un jayán, el cual todo el día anduviera caçando por aquel valle, a dar agua a su cavallo en la fuente que dixen. Y después que nos hubo cortésmente saludado, mirando a mi hermana con tan grande embevecimiento que todos nos d'ello maravillamos, fue d'ella tan pagado que no se dexó de conocer en la pérdida de su color, y alçando los ojos al cielo, dixo:

»–¡O, Señor Dios, y cómo da vuestra magestad cumplida, adonde vos plaze, la hermosura!

»Y no pudiendo dezir más de aquello, haziendo a mi padre y a ella muy gran mesura, bolvió con su cavallo por el mesmo camino que viniera, dexándonos a todos maravillados, assí de lo que en su gesto conocimos, como de las palabras que dixera. Y antes de tercero día el gigante, su padre, que se dize Brocaleón de la Cueva, por razón de una cueva en que mora en lo alto de las mesmas sierras, el cual dizen ser el más esquivo que hay en todas aquellas montañas, vino a hablar a mi padre para que le diesse a mi hermana por muger a su hijo Galifarán, que assí se dezía. Al cual mi padre habló por las ventanas del castillo, no atreviéndose a dexarle las puertas abiertas, por la poca resitencia que se le pudiera hazer. Y con las mejores y más dulces palabras que supo, lo desengañó, diciendo que la proporción de su hija para con la de su hijo eran tan diferentes y desiguales, que, puesto que Galifarán, su hijo, muy buen cavallero fuesse y no menos virtuoso, no era razón que aquello que él pedía se hiziesse, de la cual respuesta quedó tan enojado y sañado Brocaleón, que juró que no saldría hombre ni muger de nuestro castillo que no lo despedaçasse. Por donde nos convino estar dos días encerrados, hasta que vino Galifarán, su hijo, el cual con muchos ruegos nos alçó el cerco, haziéndolo partir de allí para su cueva. Y después dixo a mi padre que él no entendía haver a mi hermana por fuerça, sino para que de su grado fuesse su señora y hazerle aquellos servicios que la voluntad, que contra ella tenía, lo obligava, assí como aquél que, puesto que era de sangre de jayanes, no dexava de ser mesurado y de buenas maneras.

»Y con esta seguridad cobramos la perdida libertad. Y para poner en efecto Galifarán los servicios que dixera, fue a la casa del rey de Denamarca, en la cual en muy breve tiempo hizo tales cosas en armas, por servicio según publicava de mi hermana, que ninguna cosa se sonava más por todo el reino, a cuya causa la hermosura d'ella vino a ser no menos publicada. Por donde algunos cavalleros vinieron, como que a otra parte passavan, a nuestro castillo por la ver. A los cuales mi padre acogía, haziéndoles todos los servicios y buen tratamiento que en semejante lugar se le otorgava.

»Y entre los otros vino uno que se dezía Lamariceo, del cual mi hermana no fue menos pagada que el cavallero d'ella. Los cuales después con sus cartas se concertaron de tal manera que, desposándose entrambos, Lamariceo se la levó del castillo. Lo que sabido por Galifarán, el cual no había tres días que era buelto en aquella tierra, siguiéndolos por el camino que habían tomado para passarse en Escocia, adonde creían salvarse, assí por razón de la ira de mi padre como del gigante, los alcançó a la salida de una floresta. Los cuales ivan en el cavallo de Lamariceo juntos, porque el palafrén de

Armela se les había cansado en la entrada d'ella. Y cuando así los vido, corriendo a todo su poder su cavallo, con la espada alta vino a ponerse delante de Lamariceo, y con el desseo que traía de lo matar, acrecentado de la saña que le sobrevino cuando lo vido junto a mi hermana, firió a Lamariceo de tan desatinado y poderoso golpe, que assí de la cabeça d'él como de la de mi hermana fizo quatro partes. Pero de que vido que no menos había muerto a su señora que a su enemigo, sobreviniéndole de aquel bivo dolor mayor saña contra sí mesmo que la que contra Lamariceo tuviera, y posponiendo la pena eterna al sentimiento y dolor que en su corazón sintió en aquel punto, se firió de tal golpe por la garganta, que degollado en el mesmo instante y muy feo cayó de su cavallo abaxo, haziendo compañía a los dos mayores enemigo y amiga que en este mundo tuviera.

»Sabida por Brocaleón la muerte de su hijo, vino al castillo de mi padre para vengarla con matar a cuantos ende hallaría, assí como lo hizo, que comenzando de mi padre acabó de essecutar su saña, con degollar muy fieramente a todos los que ende halló, quedándose con el señorío del castillo. En el cual si yo me hallara, no dexara de passar por la mesma suerte, sino que quiso Dios que un día antes me había mi padre embiado a casa de un tío mío, para que me holgasse ende algunos días, por razón de la soledad que yo de mi hermana sentía, la cual era tan grande que con minguna cosa podía alegrarme ni hallar consuelo. Lo que tengo por cierto que se fizo porque quedasse quien de tan gran crueza pidiesse justicia y procurasse vengança de aquel fiero Brocaleón, el cual ha dicho que hasta que mi sangre haya sacrificado a sus dioses, no quedará de la muerte de su hijo satisfecho.

»Por donde, sabido esto por mi tío, y que a la voluntad y fuerças del gigante no se podría hazer resistencia, determinó de me apartar de su ira, y que juntamente fuesse a la casa del emperador Octavio para el efecto que dixere. Y como todo venga de la mano del Alto Señor, ha querido que tan cedo con vós, esforçado cavallero, encontrasse, porque no se tarde tanto la essecución de la justa sentencia que contra el jayán tiene dada, ni la satisfacción y seguridad que yo con ella alcançar espero.

Maravillado quedó Valerián de lo que el donzel le dixera, pareciéndole que era de los más estraños casos que jamás oyera. E como ninguna cosa desseasse tanto como verse en la batalla con el gigante, por darle el castigo que por tan grandes cruezas se le devía, dixo al donzel, el cual no lo estava menos por haver visto que en todo el tiempo que se lo estuvo contando, ninguna mutación había visto en su hermoso gesto, que si era muy lexos su castillo del lugar adonde habían de desembarcar.

–En tres días se puede ir, señor –dixo el donzel–, por el más corto camino. Pero tomaremos otro mejor aunque algo se rodee, assí porque passando por el castillo de mi tío, podáis ser d’él certificado de algunas cosas que vos pueden cumplir, como porque el primero es muy áspero, por razón de las sierras que, yendo por él, havríamos de passar.

–Pues assí vos parece –dixo Valerián–, vamos por donde quisiéredes, porque para lo que de hazer se tiene, poco aprovechan consejos. Pues no se ha de entender en tomar vengança del gigante, sino de la manera que por los buenos cavalleros se acostumbra.

–Todavía, si vos, señor, mandáis –dixo el donzel–, es bien que por casa de mi tío vamos, porque sepáis más de la hazienda de Brocaleón de la que yo vos he dicho, para aprovechar d’ello si menester vos hiziere, assí antes de la batalla como en ella.

Y hablando en aquello y otras cosas que se les ofrecían, en día y medio travessaron aquel braço de mar que hay entre la tierra de Alemania y Denamarca, y desembarcaron en un puerto de una villa que se dezía Fruvia, adonde estuvieron el fía que llegaron por ver la fortaleza y edificios d’ella, porque a maravilla era hermosa y fuerte.

¶Capítulo ix. De cómo llegando Valerián al castillo del tío del donzel, halló al gigante Brocaleón que havia puesto fuego a las puertas d’él para quemarlo. Y de la batalla que con él huvo, y de lo que después sucedió.

Partidos de Fruvia Valerián con su compañía, anduvieron tres días siguiendo el camino que guiava al castillo de Cleandro, que assí se dezía el tío del donzel, sin fallar cosa que de contar sea. Pero al cuarto día les avino que siendo ya llegados a vista d’él, vieron que cerca de las puertas estava el gigante Brocaleón, el cual a muy gran priessa atizava el fuego que havia encendido para quemarlas y entrar dentro para matar de muy crueles muertes, assí a Cleandro como a todos los que hallaría ende, por la razón que oiréis. Después que el gigante mató al padre de Nicerián, que assí se dezía el donzel, con todos los que en aquel castillo halló, supo que por consejo de Cleandro el donzel Nicerián havia passado la mar, por donde su saña y desseos no se podían cumplir tan cedo. Y pues Cleandro havia sido la causa, determinó, assí como lo hizo, de venir a su castillo aquella mañana para essecutar en él y en los suyos lo que en

Nicerián había propuesto. Y como hallase las puertas cerradas, pugnó por las derrocar, lo que no se dexara de cumplir si Cleandro con su compañía no las refirieran con tantos maderos que le pusieron estorvo en su dañada intención, por donde les había puesto fuego, según se vos ha dicho, y aunque por las ventanas que sobre las puertas había le huviessen fecho todo el daño y resistencia que se les otorgava, assí con mucho agua como con otras defensas para amatar el fuego, al tiempo que Valerián llegó ende ya estava tan encendida y con las llamas tan altas, que poco les aprovechara todo su trabajo. Y puesto que Brocaleón, con la saña que tenía, no entendiesse en más de atizar el fuego para que con mucha presteza las puertas del castillo se quemassen, quando vido que Valerián con su compañía se eran acercados, assí a pie como se hallava, puesto que de todas sus armas armado, vino contra Valerián. El qual no se maravilló menos de su disforme estatura, que Nicerián y los otros se espantaron. Y antes que el gigante a ellos llegasse, Valerián le dixo:

–Grandes son tus atrevimientos, Brocaleón, pues allende de las cruexas que has hechos y hazes sin temor del divino castigo, vienes contra mí a pie, sabiendo la ventaja que te tengo a cavallo. Por ende ve a cavalgar, porque, puesto que tú en cualquier manera merezcas ser castigado, no entiendo yo sino con toda igualdad fazer contigo la batalla, porque conozcas más claro cuán pequeñas son tus fuerças contra las de aquel Alto Señor que para te castigar aquí me ha embiado.

Tan sañado fue Brocaleón, oído lo que Valerián le dixera, que creyéndolo tomar juntamente con su cavallo y con sus grandes fuerças llevarlos a entrambos a echar en el fuego, no curando de le responder cosa, vino sin ningún temor ni recelo a lo poner en efecto. Pero antes que el gigante a él pudiesse llegar, ya Valerián había de su cavallo decendido y venía con su espada bien apretada en la mano contra Brocaleón. El qual con los braços abiertos venía contra Valerián para lo coger en ellos sin ningún miedo, con la confianza que tenía en sus grandes fuerças y en la fortaleza de sus armas, y como fuesse ya tan cerca el uno del otro que a Valerián pareció que lo debía ferir, no curando de todo lo que el gigante hazer podía, lo firió de tan fuerte golpe en la mano derecha, que todos los dedos d'ella, dexado el pulgar, le derribó en el suelo, del qual sintió tan grande y bivo dolor el gigante, quanto se mostró por las grandes y espantables bozes que comenzó de dar. Las cuales, assí a los del castillo como a los otros, salvo a Valerián, hizieron estremecer de incomparable espanto.

Y como Valerián huviessen visto cuán bien había obrado su espada en el primer golpe, antes que el gigante tuviesse tiempo de se retraer, lo firió de otro en el mesmo

braço, del cual fue tan cargado que, viendo que se no podía aprovechar de aquel brazo, se retiró dos passos atrás, y tomando su disforme espada con la otra mano, con tanta saña y ravia que le hazía humo muy espesso salir por el visal del yelmo, arremetió contra Valerián para ferirlo y de aquel solo golpe hazer de todo su cuerpo dos partes. Pero no le avino como lo havía pensado, porque, viniendo con tanta furia como desatino, Valerián tuvo tiempo de desviarse a una parte, y en el mesmo instante firió al gigante por entre la pierna y la rodilla a la parte de dentro, de tan rezio golpe, que no le prestando la armadura que traía, aunque de piel muy dura y gruessa era, le cortó todas las cuerdas y nervios de aquella pierna. Assí que le convino, por estar con la medida que devía delante Valerián, fincar la otra rodilla en el suelo, aunque no con aquella intención, por donde no se pudo más mover.

Y cuando assí se vido, y que en él no havía ofensa ni menos defensa alguna, con las más espantables y horribles bozes que jamás fueron oídas, comenzó a maldezir a Dios y a Nuestra Señora, su sacratíssima madre, con tantas blasfemias e injurias por su infernal boca, que todos los que ende eran se maravillavan cómo los diablos no se levavan visiblemente su poderoso cuerpo y alma a los infiernos. Al cual Valerián, por interromper la prossecución de tan dañadas palabras, dixo:

–Conoces agora, Brocaleón, que quien a tan ruin señor como el tuyo sirve, es justo que reciba igual galardón. Por ende, ruégale que te remedie la salida d’essa sangre, si ya no la quiere por paga de la que tú le querías oy sacrificar. Y porque sientas con razón lo que tú querías hazer a los otros sentir sin ella, mira bien este donzel –tomando por la mano a Nicerián–, que éste es con cuya sangre querías tú hartar el hambre de tus infernales dioses. Los cuales agora con la tuya se amatarán la sed que tenían de te atormentar, en el lugar que tus semejantes suelen recibir el pago de sus malas y crueles obras.

Era tan grande la ravia que al gigante con las palabras de Valerián se acrecentava, que si no tuviera yelmo, los braços se comiera. Pero como no la pudiesse contra sí esmo emplear, toda su vengança era en reñegar como de antes. Lo que no pudiendo ya çufrir Valerián, acercándose al gigante lo firió de tan fuerte golpe en el otro brazo, que no menos tollido lo dexó que del primero. Assí que con aquel nuevo dolor e mayor pérdida de sangre, no se pudiendo ya tener de rodillas, cayó tendido en el suelo. Y cortándole en el mismo punto las enlazaduras del yelmo, se lo fizo quitar. Y mandando traer de los grandes tizones que a las puertas del castillo ardían, las cuales ya a este tiempo y mucho antes eran abiertas, fizo que se los pusiesen por aquella boca

y ojos infernales, porque començasse con aquel temporal castigo de sentir, por su horrendo reñegar, alguna parte del eterno que tan cercano tenía.

Lo que por aquella gente del castillo se hazía con tan buena voluntad, como la que el gigante no muchas horas antes contra ellos tuviera. Por donde con aquellos nuevos tormentos, y la mucha pérdida de la sangre que había fecho, en muy breve espacio dio el alma a aquellos cuyo ministro había sido, para que conforme a sus grandes servicios recibiese el galardón que le estava aparejado. Y no se contentando aquella gente de servicio con lo fecho, mudando el furor del fuego de las puertas en su cuerpo, lo quemaron en tan poco tiempo como se mostró por la voluntad con que lo fizieron, mostrándose no menos holgar en aquel exercicio que les pesava cuando el gigante lo exercitava. Pero antes que esto último se fiziesse, Cleandro vino adonde estava Valerián a le dar las gracias tan cumplidas, por razón del recebido beneficio, y después le abraçó muchas vezes a Nicerián por cuyo medio se causara.

Passado esto fueron al castillo, en el qual, quando a Valerián vieron sin yelmo los que aún no lo habían visto, en alguna duda estuvieron, viendo su edad y hermosura, que hombre mortal fuesse, pareciéndoles que ninguna persona de aquella edad ni de más crecida, con mayor esperiencia de la que él podía tener, no solamente no había de acometer, pero ni osar esperar al gigante en el campo. Y como jamás huviessen visto cosa semejante, assí lo estavan mirando como si fuera del otro mundo venido, tanto que Valerián tenía alguna vergüença que assí lo mirassen, pero después que lo praticaron, assí en el comer como en las otras cosas que con él comunicaron, no juzgaron menores su discreción y virtudes que su gracia y apostura.

En aquel castillo estuvo aquel día Valerián, adonde con muy entera voluntad fue servido en todo que se les otorgó. Y el otro día fue con Cleandro al Castillo del Pie de la Sierra, que assí dezía el de Nicerián, en el qual entraron sin contradición alguna, porque dos hombres que Brocaleón tenía para su servicio, los cuales el precedente día le estavan ayudando a quemar las puertas del castillo de Cleandro, al tiempo que vieron al gigante tollido del primer braço, fuyeron sin esperar el fin de la batalla. Y creyendo que irían en pos d'ellos, no fueron al castillo de Nicerián, porque no les satisfiziessen el trabajo que tuvieran en traer la leña y fuego.

Quando Valerián vido el castillo y su asiento en gran manera se pagó d'él, assí por ser grande y fuerte, como por la mucha tierra que le dixerón tenía debaxo de su señorío. E si sus cuitas lo dexaran sólo un punto folgar, en ninguna parte le parecía a él que las pudiera çufrir, según era todo lo que del castillo se podía ver a maravilla

deleitoso. Pero como en semejantes lugares más lo aquexassen, determinó de se partir luego para seguir su camino. Y queriéndose despedir de Cleandro y de Nicerián, Cleandro le pidió por merced que, pues aquel donzel, su sobrino, ninguna cosa desseava tanto como poderle servir parte del peligro en que se pusiera, por le dar la vengança no menos desseada, fuesse servido de recibirlo en su servicio para que lo pudiesse cumplir. Y como el corazón de Valerián no se sojuzgasse sino con humildad, conociendo que si con más humildes palabras se lo pudieran rogar, no lo dexaran de hazer, según mostravan tener desseo que le otorgasse, pero sobre todo, acordándose del temor que aquel donzel tuviera de verlo en peligro, desseando por otra parte sin comparación la vengança que había alcançado, le dixo que era contento de lo recibir por amigo, con que se çufriese de saber su hazienda hasta que sus obras le quitassen el temor para publicarla.

–Si por ál no queda, esforçado cavallero –dixo Cleandro–, con sólo lo que ayer fezistes se puede perder esse temor, y aun cobrar osadía para la divulgar.

–Si yo lo hiziera –dixo Valerián–, no dexo de conocer que es assí como lo vos dezís. Pero como semejantes cosas se hayan de atribuir a aquel Señor que contra tan grandes fuerças las pequeñas haze mayores, porque con aquello mostrándose su gran poder sean castigados los que lo desirven, como aquel infernal Brocaleón, no se puede dezir que mis fuerças tan pequeñas hayan sobrepujado las tuyas tan grandes, porque no entreviniendo en ello su gracia y poder, el mío no solamente no era bastante para dañarlo, pero ni para osarlo mirar, según su fiereza y espantable catadura, y puesto que assí las cosas grandes como las pequeñas, y todas, se hayan de atribuir al Alto Señor, por cuya voluntad son traídas a los fines por él bien vistos. Cuando los cavalleros con igualdad de personas y armas hazen sus batallas y alcançan vencimiento de sus contrarios, al común juicio, aquel tal vencimiento y gloria que d’él resulta son atribuidos a los vencedores. Porque adonde no hay desigualdad parece que se consiente que, assí en ellos como en los vencidos, la naturaleza puede usar de tal manera de su oficio que en los primeros se parezca la fortaleza, y en los segundos la flaqueza de que dotados fueron, con que se pueda mostrar el quilate y valor de cada uno. Y no en lo primero, pues no se puede alcançar con fuerças ni esfuerço, por la desigualdad y disproporción que entre Brocaleón e mi había. Assí que tornando a mi propósito hasta que por esta segunda vía yo pueda ganar alguna honra, con que pueda sin temor descubrir mi hazienda, no entiendo publicarla aunque otros diez gigantes y más fieros fuessen por mi mano muertos.

Dicho lo cual, Nicerián, por mandado de su tío, quiso besar las manos a Valerián por la merced que le había hecho en recibirlo por suyo. Las cuales no le quiso dar por no descubrir en todo ni en parte que aquella honra se le deviese. Y entre tanto que Nicerián se adereçava para la partida, Valerián encargó mucho a Cleandro la guarda de aquel castillo hasta que él por allí bolviesse o supiesse la voluntad de Nicerián. El cual, en compañía de su desseado y nuevo señor, partió luego, dexándolos en gran soledad porque a maravilla se folgavan de aquella compañía, señaladamente los escuderos de Nicerián, que d'él tenían alguna mayor noticia. A los cuales Cleandro encomendó la guarda del castillo y de todo lo ál que en él había, a causa que eran muy buenos y leales servidores. Y después bolvió a su castillo para entender en sus propios fechos y en los de su sobrino, como a entrambos convenía.

¶Capítulo x. De lo que a Valerián aconteció, alvergando una noche debaxo de un olmo, y de lo que después dixo y ensoñó.

Tan maravillados quedavan todos los que a Valerián podían ver de su grande apostura, que en los más lugares que por el camino se le ofrecían no quería entrar sino armada la cabeça. Pero como su cavallo y armas fuessen tan blancas como vos diximos, assí lo seguían por verlo hasta las posadas donde había de alvergar, que muchas vezes le convenía encerrarse en una cámara antes de desarmarse, por defenderse de algunos importunos que, hasta dexarlo encerrado, no mostravan quedar satisfechos. Por donde las más noches folgava de alvergar en el campo, adonde no solamente descansava de aquellas importunidades, pero de las cuitas tan sin medida que no cessavan de atormentarlo, señaladamente debaxo de los árboles, adonde viendo lo verde d'ellos contemplava la esperança que sola bastava a poderlo sostener tanto tiempo, sin ver no saber nuevas de su señora ni alcançar cuándo se le otorgaría volver a aquella casa de donde saliera. En la cual se había gozado tanto, quanto entonces sentía soledad, por razón de la cual muchas vezes llorava con tanto sabor, que cuasi en ninguna otra cosa hallava mayor holgança ni descanso.

Y acaeció que yaziendo una noche debaxo de un grande olmo, después de passada la mayor parte d'ella en aquella membrança, en la cual se le representavan

todas sus penas y remedios, queriéndose adormir más del cansancio que por lo él procurar, oyó una boz, como que de encima del mismo olmo, la cual decía:

—¡O, cuán sin causa son tus llantos y quejas, Valerián de Ungría, deviendo ser el más ledo que jamás fue cavallero! Pues a ninguno de los nacidos tanto bien fue otorgado. No llores, pues, ni te aquexes tan presto, porque tiempo verná que con más razón derramarás mayores y más doloridas lágrimas, desseando un lugar que a éste pareciesse, porque pudiesses, assí como agora, ocuparte en la membrança de tu señora, sin que en ello se te pusiesse estorvo. Y porque cuando este tiempo viniere, conocerás ser más verdadero de lo que querías lo que te digo, no quiero señalarlo ni darte d'él alguna noticia, pues tengo por cierto que mejor lo sentirás entonces que agora me oyes. Por ende, sigue el camino que llevas, pues, quedando para ti inmortales gloria y fama, serás causador de incomparable bien, no sin resultar d'ello servicio muy grande aquel Señor que por aquí venir te fizo.

Y acabado de dezir lo que se vos ha dicho, calló, sin aprovecharle a Valerián interrogarlo muchas vezes para que le respondiesse. Por donde gran pieça estuvo cuidando quién podría ser aquél cuya boz oyera, pareciéndole no la haver jamás oído. Pero acordándose de las palabras de la donzella Empiralidea, luego creyó, como era la verdad, que sería su padre, pues a él sólo aquello se otorgava, pero cuando vino a considerar que mayores cuitas havia de padecer que las presentes, sintiéndolas en tanto grado que de sí mesmo se maravillava cómo las podía çufrir, no pudo su lastimado no menos que esforçado coraçón dexar de prosseguir con grande acrecentamiento su primero llanto, con tan grandes solloços y gemidos que era maravilla cómo no le rebentava por mil partes, según su doloroso sentimiento. Y cuando ya entre sí mesmo se le otorgó hablar, dixo:

—¡O, Valerián de Ungría, el más bienandante de los nacidos, pues eres cavallero de aquella alta y soberana princesa a quien en todo el Universo no osa otorgar que merece tener por señora! ¿Por qué no te alegras y eres ledo, pues gozas solo de tan sobrado bien, que de la menor parte d'él todos los nacidos, si la alcançar pudiessen, se juzgarían por más que gloriosos? Pues ¿qué penas y tormentos, qué desseos e cuidados, qué dolores y passiones, qué aficiones e cuitas tan mortales son los que aquexarte pueden, por más que cada uno en su grado use contra ti de su extremo, pues con la vida te dexen, que sean suficiente contrapeso de la menor centella de aquella gloria que en ser Flerisena, tu señora, has alcançado y sin pérdida de la vida perder no puedes? ¡Mas, o, cuitado de mí, qué digo! Bien parece que no siento lo que más çufrir devría, porque si

yo a mi señora perdiese, ¿cuánta sería mayor la pena que no es agora la gloria? Porque si todo el mundo, como ya dixere, no la merece por señor, perdiéndola yo más perdería de lo que perder pueden todos los del Universo juntos. Por donde convenía sufrir mayor pena a mí sólo que la que todos los del mundo sentir podrían, correspondiendo a la gloria que de la alcanzar, como desseo, se me recrearía. ¿Pero quién me pone estos temores?, ¿de dónde proceden estos celos, no pudiendo yo perderla, siendo por su voluntad mía, pues es cierto que no hay fuerças ni poder humano que estrañar ni enagenarla pueda? ¿No me acordaré que a mí sólo, aunque no lo mereciesse, se dio? Pues si le me dio, mía es, y si es mía, ¿quién será aquél de tan loco atrevimiento que a quitármela se atreva, ni sólo en ello pensar que del menor pensamiento suyo muy cruel muerte no le hiziesse padecer? Porque si a mi señora se pudiesse atribuir las imperfecciones de las otras de su género, cierto es que mayores se me ofrecerían los celos que podría considerar las seguridades, según la poca firmeza y menor constancia d'ellas, por la indeterminación y peor elección que les fuerça hazerla diversidad y multitud de sus varios pensamientos, que no consienten que en una voluntad y ser permanezca. Y que mi señora no sea comprendida en esta cuasi general regla, muy claro se parece, y los aseguran aquellas perficiones tan cumplidas que en todas sus cosas tan evidentemente se demuestran, por las cuales se han de juzgar ser las ocultas de mayor perfición. Pues sería cosa ultra possible, debaxo su agraciada hermosura, ascondese algún género de fealdad, ni de su discreción y saber, locura ni ignorancia, ni de su verdadero amor algún fingido engaño, ni de su quietud y reposo, velocidad, ni dessossiego, por la repugnancia que harían a tan perfectos sujetos. Assí que no sé qué espero para con alegre corazón y esforçado passar todo lo que ofrecerse me puede, pues no puedo perder esta temporal gloria sin alcanzar otra eterna, ninguna de las cuales puede huirme, dando a cada uno la que darse deve, y usando de aquella misma justicia conmigo que con los que a mi cargo he de tener, sostenido de guardar y cumplir.

Éstas y otras muchas cosas estuvo consigo mesmo rebolviendo aquel esforçado príncipe para su propio consuelo, en cabo de las cuales, mucho más fatigado que de antes, se adormió. Y no tardó a ensoñar que, yaziendo de mortales llagas llagado en su lecho, venía a él un hombre muy pequeño de cuerpo, el cual le dezía que si quería perder y no sentir el dolor de sus llagas, leyese un escrito que le traía. Y que acabado de leerlo, con mucha presteza se levantava. Y armándose de unas armas muy tristes y oscuras, después de haver caminado muchas jornadas, no sabiendo adonde iva, llegava a una cueva que había en lo más apartado del mundo, en una isla cuyo nombre no se

sabía. A la entrada de la cual había un fuego tan grande que no sabía cómo lo pasar pudiese. Y que después, viendo que otra entrada no había en ella, sin ningún temor se metió por medio de aquel fuego, pareciéndole que no le podía empecer ni sentir su ardor. Y no había el fuego pasado, cuando ya le venían al encuentro dos esquivos leones, los cuales con sus agudas uñas pugnaban por le despedazar las carnes. De los cuales no gran pieza después se desasía, dexándolos cuasi castigados de su atrevimiento. Y passando más adelante, por entrar en otra puerta de la misma cueva, vía una espantosa serpiente cuya grandeza cuasi todo lo ancho de la cueva ocupava, con la cual passava una rigurosa no menos que peligrosa batalla, de la cual se sentía más lasso que de cuantas hasta aquella sazón había pasado. Y dexándolo passar la serpiente, vía contra sí venir un ximio de grande y estraño talle, el cual con un palo que traía en la mano, lo fería sobre el yelmo de tan pesado golpe que, haziéndolo inclinar aunque no quisiesse fasta poner las rodillas en el suelo, le pareció que en recibir otro, no podía dexar de caer en tierra muerto. Y que no se levantara tan presto de su caída, si no oyera unas bozes que le parecían de su señora. Al tono de las cuales Valerían recordó, tan aquejado de aquel sueño, que assí le faltava el aliento como si todas las cosas que ensoñara en efecto passaran. Pero viendo que ya amanecía, esforçándose como mejor pudo, llamó a Canisor y a Nicerián para que enfrenassen los cavallos. Los cuales, como no se huvieron de detener mucho tiempo en vestirse, muy presto adereçaron lo que convenía para partir y seguir su camino.

¶Capít[ulo] xj. De cómo Valerían entró en un castillo, adonde el señor d'él y su hijo, después de haver bien acogido los cavalleros que a él venían, los ponían en una prisión muy oscura. Y de lo que ende hizo y passó.

No muy lexos de Tresendia, que assí se dezía la ciudad adonde en aquella sazón el rey Tindareo de Denamarca tenía su assento, era llegado Valerían con su compañía, cuando por su mesmo camino vido venir a gran priessa una donzella en su palafren, llorando muy agramente, aquejándolo para que con la presteza que su cuita requería caminasse. La cual, cuando cerca de Valerían llegó, y alçados los ojos tan apuesto lo vido, pareciéndole no haver visto jamás su semejante, saludándolo con mucha humildad, le dixo:

–Si vos, cavallero, quisiéssedes acorrerme en esta mi cuita tan grande, creería que en todo vos ha fecho Nuestro Señor cumplido.

–Sepamos qué congoxa es la vuestra –dixo Valerián–. Porque si es tal que por mí se vos pueda procurar el remedio, sed cierta que se cumplirá, aunque en ello la vida se aventure. Pues dexándolo de hazer contravernía al juramento que hize el día que recibí el orden de cavallería, por donde me faltaría lo mejor para el cumplimiento que dixistes.

Fue tan grande la alegría que la donzella sintió de las palabras de Valerián, que si lo él consintiera, se dexara del palafrén caer para le hazer mayor mesura, de la que ella cuidava devérsele por su cumplido ofrecimiento. Pero viendo que la detenía, le dixo:

–Pues tan grande es vuestra virtud, esforçado cavallero, que no consiente que por mí se vos fagan aquellas gracias y mesura que se vos deven, bolved si vos pluguiere comigo, porque no muy lexos de aquí me havéis de dar vengança de aquellos que me han quitado, y puesto en muy esquivas prisiones, la cosa que en este mundo más amó. E si en algún tiempo sentistes, o agora que vuestra edad es para lo sentir conforme sentís, qué cosa es amar de verdadero amor, podréis, señor, juzgar cuán grande es mi dolor, haviendo perdido aquél que es descanso y reposo de todas mis cuitas y penas, juntamente con el amor de mis padres, que por lo amar yo tanto me tienen no menos aborrecida.

Cuando Valerián oyó la donzella que tan afincadamente amava, considerando por su propio tormento el ageno, bolviendo su cavallo para la seguir, dixo:

–Pues tan cerca es de aquí, virtuosa donzella, el lugar adonde se vos ha de dar la vengança que dixistes, mucho folgaré por el camino saber cómo perdistes el amor de vuestros padres y a vuestro amigo, por razón de lo cual se señala por vós tan gran sentimiento.

–Pues en vos lo contar se me recrece descanso, y a vós, señor, servicio –dixo la donzella–, yo soy muy contenta de vos lo dezir. Y para esto havéis de saber, esforçado cavallero, que yo soy hija única de un cavallero que bive en una villa muy buena, de la cual esta ciudad de Tresendia, adonde creo que entrambos ívamos, hay camino de dos días. El cual, allende de ser, aunque yo por ser su fija dezir no lo deviesse, muy virtuoso y de buenas gentes, tiene de los bienes de fortuna tantos, que muy pocos hay en aquella tierra que lo sobrepujen ni le igualen. Por donde algunos cavalleros mancebos trabajavan de me fazer muchos servicios, y entre los otros uno que se dize Reledín, el

cual bien mostrava que más por el contentamiento que de mí tenía, que por codicia de los bienes que dixere, trabajava en ganar mi voluntad para que a la suya correspondiese, según todas las noches, allende de los días, en cualquier hora que yo recordasse, lo sentía en la calle en que bivía, como que descansava en ver las paredes de mi casa y el lugar de las ventanas adonde yo acostumbrava d'estar, para me folgar algunas horas del día, según se acostumbra. Y así mismo en otros ejercicios, en los cuales se puede conocer la voluntad y desseos de cada uno, señaladamente en el tiempo que se le otorgava verme, porque assí le faltava el esfuerço para mirarme, como le sobravan las fuerças para las otras cosas que a cavallo pertenecen.

»Todo lo cual fue causa que yo lo amasse tan afincadamente que le otorgué tiempo y lugar para que hablarme pudiesse. De donde se siguió que, recibíendome por esposa e yo a él por señor, le consentí tomar aquella parte de mi persona que a los semejantes se otorga, pues quedasse con integridad lo que después de perdido es irrecuperable, hasta que recibidas las bendiciones de la iglesia le fuesse permitido gozarlo. Y como esto no se pudiesse muchas noches fazer sin que d'ello se tuviesse algún sentimiento, puso mi padre tan gran recaudo en su casa, que ver ni hablar al mi Reledín no se me otorgava, todo lo cual nos causava mayor tormento que la misma muerte. Pero ayudonos una noche nuestra dicha, o por mejor dezir desventura, que olvidándose mi padre de cerrar una pequeña puerta, por la cual se decendía a un corral, en el cual Reledín solía entrar para hablarme, yo pude salirme. Y sintiendo que no era lexos dende, le fize nuestro acostumbrado señal, con el cual luego acudió a aquella parte que ya él sabía. Por la cual, ayudándome para que subir pudiesse, me salí en su compañía. Y llegados a su casa, tomando su cavallo y este palafrén, nos partimos para venir a Tresendia y ponernos en manos del rey, para que, perdonando mi atrevimiento, nos mandasse velar y embiasse a rogar, o por dezirlo como conviene, a mandar a mi padre que lo tuviesse por bien. Pues entre Reledín e mí ninguna desigualdad havía, aunque en bienes la huviesse.

»Y acaeciönos que llegando anoche al castillo que agora vamos, mostrando el señor d'él y su muger acogernos con mucha voluntad, no fue acabado de desarmar Reledín, cuando salió contra él un cavallero de todas sus armas armado, diziéndole que se tuviesse por preso, si no que le tajaría la cabeça. Y como Reledín sin armas y sin su espada se hallase, porque al tiempo que se desarmó, todo lo havían entrado en una cámara, usando del çufrimiento y discreción que en semejantes casos son no menos provechosos que las armas, le dixo que sin le fazer ninguna fuerça, lo sirviera él de

grado, y que por ende no solamente se otorgava por preso, pero por obligado de su propia voluntad a cumplir cualquier cosa que le mandar quisiesse, por donde en la mesma hora lo fizieron abaxar al corral del castillo. Y como yo viesse que abrían una puerta para lo encerrar y tener, según dixeran, preso, temiendo que la desmesura del cavallero no menos se podía estender contra mí, en el mesmo tiempo, atreviéndome a más de lo que a nuestro flaco género se otorga, fui a aquella parte en que entraran el cavallo de Reledín.

»Y cavalgando en este palafrén, que aún no havia desenfrenado, con la mayor priessa y menos estruendo que pude, salí del castillo. Y fuera de camino vine fasta media legua de aquí, que lo torné a tomar, porque si salieran a buscarme, como creo que lo han fecho, no me pudiessen fallar. Lo que es cierto que Nuestro Señor fizo, porque aquellos falsos que tan deslealmente biven sean castigados, porque de otra suerte conocido tengo que mi corazón no tuviera osadía para solamente pensar que un solo punto de mi grado fuesse yo de mi Reledín apartada, sino passar por su misma ventura si me lo otorgaran. Porque por muy averiguado tengo que no es Reledín el primero ni yo fuera la segunda de los que, con tan grande engaño, hay presos en aquel castillo, según el orden tienen para prenderlos.

»Por ende, señor, pues sois d'ello avisado, sabedvos haver sesudamente, pues de lo contrario, allende de vuestro daño, se causaría en mí alguna desesperança de cobrar tan cedo a Reledín, como por vuestro medio espero.

Tan grande traición pareció aquella a Valerián que, con no menor desseo de la castigar, ya desseava ser al castillo llegado, pareciéndole que cualquier tardança era a Nuestro Señor Dios muy odiosa. Y puesto que no saliera de Colonia para más de quitar aquel mal uso del mundo, tenía por bien empleado el trabajo de su camino, por donde mucho se folgó con aquel aviso, pues lo mesmo le pudiera a él acontecer sin tener remedio de se defender, a cuya causa determinó de allí adelante no se desarmar más de las manos y el yelmo, hasta el tiempo de acostarse. Y demás dixo a la donzella, que Lareana se dezía, que le parecía que no debía entrar en su compañía en el castillo, porque no sospechassen que lo havia avisado de su mala costumbre, sino que debía quedarse en parte que no la pudiessen ver, y que assí los tomaría con el seguro que ellos tomavan los otros cavalleros.

Pareciéndole bien a Lareana el acuerdo de Valerián, le dixo que lo havia muy bien acordado, y que para lo cumplir se les ofrecía muy bien aparejo, por razón de una floresta pequena que fallarían junto al castillo, en la cual ella podría quedar y atender su

mandado. Por donde, siendo determinado que assí se hiziesse, quando a la floresta llegaron, dexada Lareana, passaron adelante hasta llegar al castillo, a las puertas del cual fallaron dos escuderos que les dixerón que si les plazía alvergar ende, no dexarían de ser acogidos y servidos como era razón, señaladamente que no hallarían alvergue ni otro poblado antes de tres leguas. A los cuales, agradeciendo Valerián su ofrecimiento, entró con su compañía en el castillo sin ningún recelo. Y al tiempo que apearse quiso de su cavallo, luego fueron ende los dos escuderos, el uno para tomarle el cavallo y el otro para guiarlo a los alto, assí como lo fizieron. Y entrando en una sala, falló una dueña de buen gesto, la cual se levantó para lo recibir, diziéndole que fuesse bienvenido, a la cual, agradeciendo Valerián la honra que le hiziera y su buen acogimiento, se le humilló. Y después de passadas entr'ellos aquellas razones, la dueña le dixo que se desarmasse y descansaría del trabajo del camino, pues aquella noche había de alvergar ende, siendo ya tan tarde, y lo sería más después que huviesse comido. Por donde Valerián se quitó el yelmo, dándolo al escudero que con él subiera, porque Canisor e Nicerián quedaron en el corral para dar recaudo a sus cavallos. Quando la dueña a Valerián vido sin yelmo, mucho se maravilló de su grande apostura, y assí le dixo:

–En verdad que vos no devéis preciar poco, virtuoso cavallero, pues el señor que vos crió, no mostró despreciarvos, pues entendió hazer en este nuestro siglo una cosa muy señalada.

–Mi preciar, honrada dueña –dixo Valerián–, me aprovecharía muy poco si mi apostura no fuesse acompañada de buenas obras, pues lo uno sin lo otro no puede bien parecer. Por donde muy mal exemplo, y no menos digno de castigo, dan de sí aquellas personas que, no agradeciendo al señor que les dio semejantes gracias, obran lo contrario de aquello que son obligados.

No fue menos pagada la dueña de la razón de Valerián que de lo ál que en él se parecía, aunque bien conoció que hazía contra ella. Y por ende no le quiso responder a aquello, antes le dixo que se acabasse de desarmar y se sentasse en su estrado, adonde con mayor descanso podrían praticar de algunas cosas que le ocurrían, porque en la verdad estava de sus palabras muy satisfecha. A la cual Valerián dixo que no le penasse del trabajo que le parecía çufrir sin desarmarse, porque su costumbre era de se no desarmar fasta el tiempo del acostar. Al cual no quiso más porfiar la dueña por no le causar alguna sospecha, sino que tomándolo por la mano lo levó al lugar de donde se levantara para lo recibir.

Y aún no eran ende llegados, quando Valerián, que no estava descuidado del aviso de Lareana, vido en la mesma puerta que él entrara dos cavalleros de todas sus armas armados, los cuales entravan con las espadas altas y los escudos abraçados, diziendo el uno d'ellos al otro:

–¡A él, mi hijo, muera, si no se otorga por preso!

No fue perezoso Valerián en el mismo punto de dar un gran salto al través, porque la dueña con él no se abraçasse, y venir contra ellos sin ningún temor, conociendo que eran traidores, con su buena espada, diziendo:

–No plega a Dios que en ningún tiempo sea yo prisionero de villanos.

Y puesto que no tuviesse yelmo, con tan gran denuedo, que la dueña no fue poco espantada, se acercó al primero d'ellos, al cual hirió de tan rezio golpe, que si no le parara la espada y el escudo juntos, le fendiera hasta los dientes, aunque no le pudo escusar que no quedasse llagado de una pequeña llaga en la mano. Y como su compañero no estuviesse durmiendo, quiso ferir de otro golpe a Valerián sobre la cabeça, el cual, como desarmada la tuviesse, no esperó que lo firiesse, antes se desvió tan presto que no le sucedió a su contrario conforme a su intención. Y en el mismo tiempo, conociendo Valerián que con los semejantes no se había de tener piedad, firió de tan estraño y poderoso golpe a aquél que más se había acercado, que el medio braço con la espada que en la mano tenía le derribó en el suelo. Del cual, sintiéndose tollido, dando muy grandes bozes, quiso huir hazia la parte que estava la dueña, la cual no menores las estava dando, del dolor que en ver a su marido tan mal llagado le sobrevino. Con el cual no se olvidó de llamar a su hijo, diziéndole que para ella se viniesse, creyendo que Valerián por su medio no pasaría adelante la batalla. Pero como en aquella intención y desseos fuessen tan discordes como lo eran en las obras, desseando Valerián erradicar aquella mala simiente del mundo, al tiempo que Baranel, que assí se dezía el fijo de la dueña, quiso passar a la parte que estava su madre, lo firió por encima del yelmo con tal fuerça que, puesto que fuera el mejor del mundo, no dexara de fenderlo, assí como lo fendió, hasta la media frente. Del cual en el mesmo instante cayó en tierra muerto. Y bolviéndose al padre, el cual con su muger por salvarse quería entrar en una cámara, al tiempo que puso el primer pie dentro d'ella, lo firió por encima del ombro izquierdo de manera que, antes que de entrar acabasse, cayó al lindar d'ella tan muerto como su hijo, assí como era razón, que pues iguales habían sido sus malas intenciones y obras en la vida, el castigo d'ellas no fuesse desigual en la corporal muerte ni menos en la eterna.

Y no se contentando con los haver assí muerto, entró em pos de la dueña en la cámara, la cual más se espantó por ver que no era caído sin ningún sentido luego que fue dentro d'ella, que de lo que poco antes le había visto hazer, por razón que ninguno podía entrar en aquella cámara contra su voluntad que luego no cayesse en el suelo tal como muerto. Por donde con la ravia y dolor que de todo se le había recrecido, arremetió a Valerián por tomarle su espada y matarse con ella, según estava fuera de su juizio. Pero cuando vido que con desviar Valerián el braço derecho, no había podido efectuar su intención, abraçándose con él, con mayor fuerça de la que a las de su género se otorga, començó de dezirle:

–¡O, cruel carnicero, derramador de la sangre de mi marido e hijo! ¿Qué esperas ya y no derramas la mía para tu cumplido triumpho? Pues mayores considerava yo mis artes que las fuerças de todos los cavalleros del mundo, las cuales veo ser por ti tan sobradas, quanto mi fortuna menguada, perdiendo en un punto todo lo que en muchos siglos me parece que perder no pudiera, no me quedando sino esta triste vida para sentir lo que, perdiéndola, no sintiera. Pues no creas poder tú tanto que de mí partas sin darme la muerte, porque ya que mis fuerças ni artes no son para te dañar el cuerpo, según tu sobrado esfuerço y ventura, bastantes, a lo menos bastará mi muerte, siendo por ti causada, para menoscabar tu honra y fama cuando supieren que en una flaca muger empleaste las tuyas.

Diziendo lo cual, lo tenía tan apretado que Valerián no sabía qué se hiziesse para se de salir d'ella. Pero en fin acordó de salir de la cámara para llamar a Canisor e Nicerián, y socorrerlos si lo menester huviessen, aunque supiesse tras sí levar a Boralda, que assí se dezía la dueña, arrastrando. Y puesto que Boralda mucho trabajasse de le impedir la salida, no pudo tanto que a su pesar Valerián no saliesse de la cámara, en la cual la dueña quería quedar cuando vido lo poco que aprovechava su estorvo. Pero como Valerián le huviesse oído dezir cuán poco le habían aprovechado sus artes, sospechando que querer quedar ende Boralda, no podía proceder sino de algún mal recaudo que entendía hazer para su vengança, tomándola por el braço, aunque le pesó, la sacó de fuera, diziendo:

–No vos aprovechará ya, doña falsa, dissimular vuestras traiciones y artes, porque yo vos prometo antes de muchas horas quemar el castillo, porque no se haga en él lo que hasta aquí se ha fecho contra los buenos, y embiarvos en parte que conforme a vuestras obras recibáis el castigo.

Y como diciendo aquello sintiese passos en la sala, bolviendo la cabeça vido a Canisor con una espada en la mano, al cual Valerián dixo:

–¿Cómo vienes assí Canisor? ¿Hay por ventura algún traidor allá abaxo? Porque en esto alto todos son leales.

–Aquí me parece que son los traidores –dixo Canisor–, y también el que sabe castigarlos sin que le huyan, pues los de abaxo no son sino leales, ni acometen cosa que salgan con ella y menos a su salvo.

–Pues tenme aquí esta muger –dixo Valerián–, porque tiempo tenemos después de contarnos nuestras aventuras.

Por donde Canisor, dexada la espada, se abraçó con Boralda, teniéndola tan firme que no podía menearse. Y como se acordasse Valerián que Lareana quedava en la floresta, llamado Nicerián, le mandó que fuesse por ella y la traxesse ende, lo que no tardó en cumplir muy cedo, por la propincuidad que havia de la floresta al castillo. Y cuando Lareana vido los dos cavalleros muertos de tan estrañas heridas, y a Boralda en poder de Canisor, que estava diciendo mil ravieras, assí se maravilló como si fuera cosa imposible, pareciéndole que aún no era tiempo que Valerián fuesse llegado al castillo, según se havia despachado presto. A la cual Valerián preguntó que cuál de aquellos cavalleros era el que a Reledín prendió. Y como Lareana ninguno d’ellos pudiesse conocer, por la conformidad de las armas, dixo que no sabía, ni menos quién la dueña fuesse, porque no havia visto más de dos escuderos que hallaran en la puerta del castillo, los cuales les dixeron que se apeassen ende, porque no les faltaría buen acogimiento y servicio, y al cavallero armado que al su Reledín prendió.

Dicho aquello, Valerián pidió a Boralda las llaves de la prisión en que Reledín estava. La cual le dixo que dentro de su cámara las hallaría colgadas. Por ende que las tomasse y fiziesse de aquel preso y de los otros, que en la mesma cárcel fallaría, a su voluntad.

–Pues entra por ellas –dixo Valerián a su donzel Nicerián.

El cual no fue dentro de la cámara entrado, cuando sin ningún sentido cayó en el suelo. Por donde, viendo Valerián que mucho tardava en salir con las llaves, entró en la cámara por saber la causa. Y como lo hallasse no menos que si fuera muerto, lo sacó de fuera, con que luego fue en su acuerdo. Assí que con aquella experiencia conoció Valerián que aquella cámara estava encantada, y que la bondad que le dixera Empiralidea de su espada, «que en algunas partes le aprovecharía más que todas las fuerças y esfuerço del mundo», era muy verdadero. Y por ende la preció mucho más

que de antes. Por donde, viendo que a él sólo se otorgava el poder de entrar en la cámara para sacar las llaves, las sacó. Y apartado el marido de Boralda, que ende con su hijo yazían muertos, los cuales aquel mesmo día hizo enterrar en el corral del castillo, la cerró. E hizo encerrar en otra cámara a Boralda, en la cual havían puesto el yelmo de Valerián y dixeran que havia de alvergar aquella noche.

Y dexado a Canisor para que la puerta guardasse, decendieron a lo baxo del castillo, adonde, abriendo la puerta que Lareana le enseñó, entró Valerián en aquella cárcel. Pero no hubo dado veinte passos, quando ya se halló en un lugar tan oscuro que las oscuras tinieblas no lo eran tanto. E viendo que passar adelante sin lumbre no era provechoso ni devido, mandó a Nicerián que le abaxasse encendida una de las hachas que havia colgadas en la sala, adonde havia sido su batalla, lo que muy presto fue cumplido. Y con la lumbre de la hacha que Nicerián, yendo primero, levava, començaron de decender muchas gradas, al cabo de las cuales hallaron un llano de deziocho o veinte pies en ancho, al cabo del cual havia una pequeña puerta, aunque bien fuerte. Y passada aquélla començaron de sentir muchas bozes y gemidos de personas que se mucho quexavan. Pero quando abrieron la última puerta, la cual era de la cárcel en que presos estaban, fue maravilla cómo de la gran hedor no cayeron sin algún sentido en tierra, y otrosí cómo los que ende estaban podían sola una hora la vida sostener.

Y viendo entrar a Valerián con tan gran lumbre, con la cual se parecían sus armas y gesto, por causa que no traía el yelmo, començaron a dezir a grandes bozes:

–¡O, Señor Dios!, ¿qué gracias vos podemos dar, porque, siendo tan grandes pecadores, por manos de vuestros ángeles seamos librados d'esta catividad e miseria?

Y era tanta la priessa que, después de dicho aquello todos tenían en dezir «señor, sea yo el primer librado», que Valerián no les podía responder, ayudando a ello la mucha piedad y dolor que d'ellos tenía. Pero de que ya aquel primer gozo y sobresalto fue algún tanto passado, preguntó que cuál d'ellos era Reledín. El cual luego respondió que él era. Por donde, creyendo los otros que aquél sólo entendía sacar, con mayores bozes de las primeras començaron de dezirle que por amor de Dios se doliesse d'ellos, pues mucho tiempo antes havían passado aquella pena. A cuya causa Valerián, determinado de les dar a todos igual alegría, mandándoles callar, les dixo que él no era ángel sino cavallero, e muy gran pecador, a quien el Alto Señor havia hecho aquella merced de otorgarle fuerças para los sacar de aquel infierno. Por ende que le hiziessen las gracias que le devían, y no a él, que sólo havia sido el ministro. Y en el mesmo

punto, abriendo el candado que estava al cabo de una larga cadena, con la cual todos estavan allí presos, los fizo salir al primer llano.

Cuando assí se vieron, ¿quién vos podría dezir su alegría ni contar lo que dezían en loor de Valerián? Por cierto ninguno, según la diversidad de las bendiciones que le davan, y las otras cosas que cada uno le parecía que devía dezir, por se no mostrar desagradecido, considerando cuán prestamente, al respecto de lo que ellos pensavan, havían sido restituidos de la desseada muerte a la no esperada vida. Y cuando la luz del día vieron, y Reledín a su esposa Lareana, ¿quién podría encarecer el gozo d'ellos y de los otros? Por verdad ninguno que mortal fuesse, porque semejante juizio havría de ser de persona divina.

Cuando Valerián, que el último de todos subía, fue en el corral, y reconociendo los cavalleros, conoció entre ellos a Darinto, el que con la hermana de Lauren, donzel del rey, su padre, casara, y a Banortes, el buen cavallero, con Astreo, camarero del príncipe Nestarcio, los cuales mucho tiempo havía que los tenían por muertos, dixo:

—¡O, Santa María! ¿Y qué es lo que mis ojos ven?

Y queriéndolos abraçar, llamándolos por sus nombres, los fizo no menos maravillados que alegres, porque con la boz y claridad luego lo conocieron, lo que antes no havían hecho, assí por estar turbados como por tener la vista muy dañada, a causa que havía mucho tiempo que no havían visto más lumbre de una lámpara, del humo de la cual aquel daño se causara. Pero antes que le respondiessen, les dixo que lo no llamassen sino el Cavallero de los Fuegos, assí como lo fizieron. Y por más lo encubrir, no le hizieron la mesura que se le devía. Aunque sin ser del estado que se vos ha contado, por los haver assí librado, cualquiera que le fiziera, parecía no menos justo serle devida, pues los otros no se ha de creer que le dexassen de dar las gracias que se les otorgava, señaladamente Reledín. El cual, mientras Valerián con Darinto y los otros cavalleros hablava, supo de su esposa la forma que havía tenido en librarlos. Y assí no se olvidó de suplicar a Valerián le perdonasse si el primero de todos no le era venido a besar las manos, por la merced y beneficio que a su causa recibiera, porque la vista de su esposa no le havía dexado aquella libertad. Al cual, agradeciendo Valerián su buen comedimiento, dixo que él havía tenido muy justa causa de lo hazer assí, porque de otra suerte no correspondería su amor al que Lareana le tenía.

Y como Valerián hasta entonces más huviesse hablado a Reledín, que no conocía, que a los otros cavalleros, sus vassallos y amigos, no se dexavan de maravillarse, pareciéndoles que havía más razón para hablar a ellos que a Reledín. Pero si supieran la

causa no se maravillaran ni menos se lo atribuyeran a descuido, porque, padeciendo continuamente Valerían las penas y tormentos que de la ausencia de su señora se causavan, y no sabiendo cuándo se le otorgaría verla con libertad de hablarle, assí como Reledín a su esposa, parecíale que con ver y hablar a aquellos dos que tanto mostravan amarse, su lastimado corazón recibía algún breve descanso, conociendo que no era solo en bien querer, aunque al suyo ninguno igualar pudiesse.

Y como en aquellas y otras razones que ende passaron se huviessen gran pieça detenido, determinaron de subir a lo alto, porque muchos havia ende tan desseosos de amarse el hambre como antes mostravan ser ledos por haver visto la luz. Y quando lo tuvieron adereçado, aunque no por las mugeres que en el castillo havia, las cuales, juntamente con los dos escuderos que a los huéspedes recibían, habían huido, viendo a sus señores muertos y a Boralda presa, sino por algunos de los presos, comieron con más sabor que los días antes, ayudando a ello verse libres y con cierta esperanza de poder bolver cedo a sus casas.

Alçadas las mesas por Valerían y todos aquellos cavalleros, se acordó que los que eran naturales de aquel reino fuesen a sus casas, y los otros a Colonia y que de parte del Cavallero de los Fuegos presentassen a Boralda al príncipe Nestarcio, para que d'ella fiziesse aquella justicia que le hallaría por derecho. Al cual no entendía escribir con tan fieles mensageros, salvo a su enano, porque se le havia olvidado dezirle ciertas cosas que havia de hazer en su ausencia. Y puesto que aquella noche Boralda no quisiesse comer, ni menos pudiesse dormir, viéndose biuda de marido e fijo y en poder de quien no sabía qué haría de su vida, otro día por la mañana, quando se vido levar presa en compañía de aquellos cavalleros e de los otros hombres que ivan a Colonia, algún tanto se esforzó, creyendo que si era oída no perdería la vida, y que con el tiempo podría de sus daños alcançar alguna vengança. Assí que despedidos de Valerían, con Boralda y el recaudo que para Dromisto levavan, partieron dende muy ledos, por haver sido librados de aquellas crueles prisiones por medio de aquel esforçado príncipe que tanto amavan. Al cual toda la precedente noche habían contado sus fortunas, y él a ellos las suyas, recibiendo gran descanso en contarlas, pues se vían libres d'ellas. De los cuales vos contaremos lo que en el camino les sucedió y de cómo llegaron a Colonia quando fuere su tiempo.

¶Capítulo xij. De cómo dexados Reledín y Lareana con su padre, Valerián encontró con un cavallero, al cual prometió ayudar para la cobrança de dos hijas que le havían levado dos gigantes en cuyo poder estaban.

Partidos los cavalleros que vos diximos, Valerián dixo a Reledín y Lareana que su intención era de se partir luego, pero que antes de su partida quería quemar aquel castillo, por castigo y memoria de la mala costumbre que en el se havia mantenido. Y como todos conformassen con su voluntad y parecer, no se tardó la essecución. Por donde, salidos todos, fizo poner fuego con los aparejos que convenía por muchas partes d'él, con que en breve tiempo se encendió de tal manera que, pareciéndoles que estar ende fasta verlo quemado del todo sería tiempo perdido, determinaron de partirse, pues según los principios ninguno dudava que antes de dos horas sería hecho ceniza.

Lo que no se hizo assí, porque, después de se haver partido, luego el fuego en lugar de acrecentar començó de enflaquecer, causándolo que, como lo medio o más del castillo fuesse labrado de bóveda, puesto que en los principios todo lo debaxo d'ella ardiesse, no pudo el fuego passar de la buelta arriba, no hallando maderos ni otro género de leña con que pudiesse proceder ni sostenerse. Por donde todo lo que havia de las bueltas arriba, quedó sin recibir daño, puesto que no huviesse escaleras para subir, las cuales se havían quemado y derribado con la fuerça del gran fuego que en lo baxo ardiera, lo que no causó después pocos daños y desatientos a Valerián y a otros muchos que no tenían en ello culpa, según se dirá adelante.

Pues llegados al fin de la floresta, que delante el castillo havia, adonde se podía tomar el camino para Tresendia y para lo alto de las montañas, queriéndose Valerián despedir de Reledín y Lareana, con todos los otros que ivan a Tresendia, por razón que entendía de ir por aquellas montañas a dar derechos a algunas personas que lo havían menester, vieron venir un hombre cavallero en un cavallo. El cual no se dava mucho vagar por el camino, causándolo la voluntad con que venía a buscar a Reledín y Lareana. Y según después vieron, era Vultoreo, que assí se dezía su padre de Lareana, el cual, no pudiendo çufrir la ausencia de su hija, por lo mucho que la amava, dos días después de partida de su casa, determinó de la ir a buscar. Y por poder hazer mejor diligencia y caminar más ligero, no quiso tomar de sus armas más de la espada, y en compañía de un escudero partió de su casa. Y con la priessa que se diera, la cual era tan

grande que su escudero quedava más de una legua arredrado, llegó, como vos diximos, adonde Valerián con aquellos cavalleros estavan despidiéndose. Y como entre ellos conociesse a su fija, su gozo fue tan grande que se vos no podría encarecer, tanto que cuasi cuidó caer de su cavallo. Al cual cuando Lareana vido, puesto que se no dexó de turbar menos que alegrarse, no fue perezosa en saltar de su palafrén y en compañía de Reledín, que lo mesmo hiziera, vino a se fincar de rodillas delante su padre, suplicándolo por el perdón de su yerro. Y como Valerián viesse que aquella obediencia no pertenecía sino a aquél a quien se hazía, dixo a Vultoreo:

–Paréceme, virtuoso cavallero, que la humildad d’essos vuestros hijos de mayor yerro merece perdón. Por donde vos ruego que les no sea por vós negado.

–¡O, triste de mí –dixo Vultoreo–, que no sé qué dezir pueda ni menos hazer! Pues por una parte la reziende y grande injuria me incitan a vengança, y por la otra, la humildad y obediencia que en ellos veo, me demuestran no ser menor la satisfacción. Por donde, esforçado cavallero, vos suplico, pues vos estáis con tan cumplido juicio como yo por lo contrario, que me aconsejéis lo que hazer devo, porque muy cierto tengo que, siguiéndolo, no se me podrá atribuir culpa.

–Tanto tiene cada uno que hazer en aconsejarse, virtuoso cavallero, para sus propios fechos –dixo Valerián–, que el juicio no queda tan libre como lo vos jugastes para los agenos. Pero como en este caso el perdón que se vos pide, sea cosa justa otorgarlo, havido respecto a las personas y a la causa, dígovos que yo no dudaría de los otorgar. Pues no dexa de ser razón que se tenga mayor arrepentimiento y pesar por no haver fecho un bien, que se podría tener quexa por no haver hecho un mal.

–Pues assí vos parece, cavallero señor –dixo Vultoreo–, de poco conocimiento sería yo si lo no siguiesse. Y porque conozcáis que no es poca la voluntad con que lo entiendo otorgar, en vuestro presencia quiero abraçarlos, por mayor seguridad d’ellos y descanso mío.

Por donde, decendiendo de su cavallo, los abraçó y besó muchas vezes con algunas lágrimas del gozo que tenía en haver visto a su hija, y el que le sobrevino cuando juntamente con Reledín le estava besando las manos. Y después que assí estuvieron una pieça, Vultoreo rogó a Valerián que fuesse con ellos a Sancia, que era la villa adonde ellos bivían, para que fuesse presente a sus bodas. Lo que no se pudo alcançar de Valerián, porque todos aquellos plazer y deleites, que ellos le entendían de procurar, eran para mayor acrecentamiento de sus tormentos y penas. Por donde, viendo Vultoreo con sus hijos que aquella era su voluntad, acogiéndose a sus cavallos,

se despidieron de Valerián para ir a Sancia, adonde con mucha alegría de todos se hizieron luego sus bodas, y los otros para irse a sus tierras, assí como se fizo, contando en todas las partes que llegavan de la forma que havían sido librados, y que tenían por cierto que el Cavallero de los Fuegos, que los librara, era el mejor y más apuesto que se podría hallar en todo el mundo.

Dos días havia que Valerián seguía su camino hazia las montañas que vos diximos, sin fallar cosa que con causa se deviesse por escrito poner. Y al tercero día en la mañana vido por su mismo camino venir un cavallero con la cabeça y manos desarmadas, y un escudero con un donzel que le traían el yelmo y la lança. Y cuando los unos fueron cerca de los otros, se saludaron muy cortésmente, y preguntándole Valerián si sabía algo de nuevo de aquella tierra de donde venía, el cavallero le dixo que assaz havia de nuevo de su mal, para remedio del cual iva a la casa del rey Tindareo.

–Por ser cavallero y de la edad que vos veo, en la cual no sería razón sino que descansássedes –dixo Valerián–, si por mí se vos puede hazer algún servicio con que vuestro trabajo de ir a Tresendia se escuse, y el remedio que dixistes se pueda alcançar, no conoceréis en mí falta de voluntad ni pereza para la essecución, por lo que assí mesmo desseo el castigo de los malos y el servicio de los buenos.

Cuando el cavallero tan esforçada y cortésmente oyó hablar a Valerián, mirándolo más que de antes, y assí pareciéndole el más apuesto y mejor armado cavallero que havia jamás visto, le dixo:

–Aunque para la reparación de mi daño muchas fuerças se requieran, esforçado cavallero, conociendo la merced que se me haze en vos de mi doler, y que sería cosa fuera de razón en persona tan cumplida como la vuestra hallarse defecto, recibíendola con entera voluntad para los servir, vos suplico oyáis mis desdichas. E si después de sabidas conociéredes que con vuestra ayuda no será dificil mi desseada vengança, me favorezcáis assí como lo ofrecistes. Porque por muy cierto tengo que, correspondiendo vuestras fuerças y esfuerço a lo que tengo de vos visto, y ayudándonos la sobrada justicia que tengo por mi parte, no dexaré yo de alcançar la vengança que dixé, con riguroso castigo de aquellos que han sido causa de mis irreperabales daños y pérdidas.

»Y por vos no detener con largas e infructuosas razones, sabed, virtuoso cavallero, que en el tiempo de mi juventud, en el cual me iva mejor que agora, casé con una donzella que se dezía Balicia, hija de un buen cavallero, señor de un hermoso y grande castillo, el cual muchos años yo he posseído despues de muerto mi suegro. En la cual huve dos hijas, cuya hermosura me ha causado mayores pesares que descanso ni

reposo. Y como esta hermosura no pueda mucho tiempo ascondese ni estar secreta, por la delectación que las que la alcançan tienen de ser vistas, por donde se causa ser divulgada y codiciada, por mi mala suerte, venida a los oídos de dos cormanos gigantes mancebos e muy esforçados cavalleros, acordaron de las venir a tomar secretamente, y si tan hermosas fuessen como se publicava, casar con ellas o tenerlas por amigas. Pues sabían que con poca dificultad lo podían cumplir. Por donde fecho entre ellos este concierto, dándose la fe y palabra que se partirían por iguales partes mi hazienda, por razón que entre ellos no huviesse causa de discordia, y que el mayor d'ellos tomaría la mayor, dexando la otra para el menor, pusieron uan espía cerca de mi castillo para que les diesse aviso de cuándo seríamos mi muger e yo fuera d'él, por razón que muchas tardes acostumbrávamos de nos salir al campo.

»Y porque la tardança del aviso no les impidiesse la essecución de su dañado concierto, los dos gigantes que dixere vinieron a ponerse dentro de un monte espesso de matas y árboles, no muy lexos de donde la espía tenían. Y como sea cosa muy cierta, cuando se ha de seguir la desdicha, las causas para que se siga suceder en todo favorables, se siguió que aquella misma tarde que al monte vinieron, me tomó tan gran desseo de me ir a folgar con mi muger a una fuente que ay media legua de mi castillo, en la cual en tiempos passados tan grandes aventuras acaecían como a mí desventuras, que para lo cumplir presto salí con ella, sin otra compañía del castillo, cavalgando en mi cavallo y en su palafrén, siguiendo el camino de la fuente. Y muy poco después de idos nosotros, mis hijas con la otra gente de servicio que en el castillo había, salieron a un llano que hay delante de las puertas a folgarse y solaçar de la manera que entre semejantes donzellas y las otras mugeres se acostumbra. Y como en sus juegos y burlas muy encendidas e sin ningún recelo estuviessen, siendo de todo avisados los gigantes, cuasi tan presto tuvieron a mis hijas en sus braços, como ellas pudieron verlos.

»Y como según la grandeza d'ellos y las pocas fuerças de mis hijas, las cuales juntamente con el sentido en aquel mesmo instante habían perdido, muy poco tuviessen que hazer en las levar consigo, no pararon hasta ser con ellas en aquella parte del monte, adonde ellos estavan al tiempo que les dieron el aviso. Y como toda la vengança que las mugeres pueden de los semejantes y de otros que menos pueden alcançar, no consista en más de denostarlos a las mayores bozes que se les otorgavan, todas aquellas compañías de mi castillo, al tiempo que a sus señoras levavan, començaron de dezir a los gigantes traidores y ladrones, con otras injurias que se les ofrecían con que les pudiesen promover a saña, creyendo que las matarían con que assí mesmo fenecerían el dolor y

sentimiento que de las ver assí levar sintieron, siendo d'ellas no menos que de mí queridas. Pero cuando vieron que no hallavan en ellos el cumplimiento de lo que desseavan, cuasi perdido el seso y todo su juizio, començaron de ir hazia la parte que mi muger e yo íbamos, dando las mayores y más dolorosas bozes que podían, y tan espessas que en poca de hora quedaron tan roncas, que hablar muy a passo aún no se les otorgava.

»Y como el corazón de los padres siempre esté cercado de mil recelos, sintiendo mi muger algunas de aquellas bozes, puesto que no pudiésemos atinar de quién fuesen ni en qué parte las davan, sospechando siempre los peligros de los hijos cuando los tienen ausentes, fizo que luego nos bolviésemos hazia el castillo. Y cuasi al medio camino que ay d'él hasta la fuente, fallamos una de aquellas mugeres, la cual con muy gran pena nos pudo hablar ni dar a entender su gran cuita, o por mejor dezir la nuestra, sino que messando sus cabellos señalava que caminásemos a gran priessa hazia el castillo.

»Y como llegados supiésemos aquellas tristes nuevas, sed cierto, esforçado cavallero, que assí perdimos todo nuestro juizio, como las fuerzas para llorar, sino que assí atónitos passamos toda aquella noche en aquel mesmo lugar que nos las contaron. E como jamás o muy a tarde venga un mal que que no sea puerta de otros mayores, dende la hora que mi muger las supo, no le aprovechando ninguno de los consuelos que para remedio de entrambos yo le dixé, ni los otros remedios que para procurar su salud hize, jamás pudo hablar ni señalar cosa en cerca de cuarenta horas que parecía biva, hasta que passadas aquellas conocimos que era muerta.

»Bien podéis por ende, virtuoso cavallero, considerar qué tal podía yo ni puedo quedar, viéndome sin compañía de mi muger, con la cual de todos mis trabajos descansava, y sin esperança de verla jamás, y con el peligro tan cierto como el cumplimiento del desseo dudoso de poder cobrar a mis hijas. Pero como en las mayores adversidades aquellos que de buen juizio y de esforçado ánimo son dotados, devan mostrar que no sin causa les ha sido por el Alto Señor otorgado, yo por mostrar que no tenía pequeño desseo de parecer a los semejantes, hecho enterrar en cuerpo de mi muger, partí de mi castillo para ir en busca de mis hijas.

»De las cuales e de todo lo ál que tengo dicho, supe por un buen hombre con quien Dios tuvo por bien que encontrasse, y de cómo los gigantes aún no las habían escarnecido, por quedar tan pagados d'ellas que en cosa no las osavan enojar, y que les habían dado su palabra que contra su voluntad ninguna parte tomarían de sus personas.

Con que algún tanto me consolé, pero temiendo que si mucho tiempo passasse sin ser socorridas, la voluntad no les hiziesse essecutar y poner en efecto lo que tanto muestran dessear, pues para ello no ay más contradición de la que ellos mismos se han impuesto, he determinado de ir lo más presto que pudiere a la casa del rey, por ver si la fortuna, que tanto me ha perseguido, me favorezca en que pueda hallar algún cavallero que sea tal que contra los gigantes tenga esfuerço de ayudarme, antes que mis hijas sean por ellos escarnidas.

»Y pues vós, cavallero, con tanta voluntad vos me ofrecistes, si agora que sabéis mis pérdidas, quisiérdes favorecerme, yo fío en Dios que llevando la razón que dixere por nuestra parte, los gigantes no dexarán de ser como merecen castigados, aunque un tercero d'ellos semejante los ayudasse

Tan bien parecieron a Valerián las palabras y esfuerço de aquel cavallero, que no tardó en dezirle:

–Aunque otra causa no hoviesse, sino por me no mostrar covarde ante tan buen cavallero como vós, no dudara de emprender cualquier afrenta por mayor que fuesse, quanto más haviéndome de mi grado para ello ofrecido. Por ende, tomad el camino que mejor hos pareciere e no nos detengamos, por el gran peligro que de nuestra tardança a vuestras hijas ocurrir puede. Pues para ellas no se hallaría remedio, y es' otro no puede escusarse que no se haga. Y demás vos digo que considerada vuestra pérdida y la traición que vos hizieron, muy tarde se me haze de ser ya con ellos en la batalla en vuestra compañía, porque veáis que con no menos voluntad de la que vos tener podéis, desseo vuestra vengança.

Cuando el cavallero aquelló oyó, sin comparación se esforzó, no sin recibir muy grande consuelo, pareciéndole que ninguna cosa se le havia ofrecido que la persona de Valerián no mostrasse tener aparejo para cumplirla. Y por ende, dándole las gracias que le pareció por tan esforçado y cumplido ofrecimiento, tornó el camino que de llevar havían, siguiéndolo Valerián. Al cual rogó el cavallero que se quitasse el yelmo, pues hasta tercero día no havia de qué temer, lo que Valerián por complazerlo no dexó de cumplir, causándole mayor admiración de ver su hermosura que de quantas cosas hasta entonces havia visto ni pudiera juzgar, que no eran pocas, porque a maravilla havia sido esforçado y muy buen cavallero, y no menos favorecido y preciado del padre del rey Tindareo. Y por ende, dixo a Valerián:

–En verdad, cavallero, que si vuestras fuerças y esfuerço corresponden a todo lo que yo hasta agora de vuestra persona he visto, como se ha de creer, no se qué podáis

pedir más a Nuestro Señor Dios para lo d'este mundo, pues vuestra apostura no da lugar que se pueda creer que vos falte el estado que a todo lo que dicho tengo corresponda. Por donde mi corazón es en alguna manera ledo, pues mis pérdidas han sido causa que vos pudiesse ver y de me hallar con vós en batalla, para que en algún tiempo se diga que Alorián de Cirea, que assí es mi nombre, fue por medio del más estremado cavallero de nuestros tiempos en su gran necessidad socorrido.

–Las gracias y estados da Dios e reparte, virtuoso cavallero –dixo Valerián–, según que a él plaze. Por donde ninguno se puede quejar, pues se le da lo que no se le deve. Por donde yo me doy por contento y a él hago las gracias que se me otorgan. Y pues ya vos dixé que en mí no hallaréis menos desseo del que vós tener podéis para vuestra vengança, no entiendo de vos dezir más de agradeceros vuestra buena voluntad, la cual recibo yo por suficiente obra.

Tanto se esforçava e folgava Alorián de Cirea con las palabras de Valerián, que nunca cessava de lo poner en pláticas, con que se le hazía el camino tan corto como lo havía de considerar largo por la razón y desseo que tenía de cobrar sus hijas, las cuales, si algo más tardara el socorro, no dexaran de peligrar según se vos dirá en el siguiente capítulo.

¶Capítulo xiiij. De la batalla que Valerián de Ungría y Alorián de Cirea huvieron con los dos gigantes que le havían levado sus hijas, y de cómo vencidos y muertos los gigantes, y dexado Alorián con sus hijas en su castillo, Valerián se partió para seguir su camino.

Mustigano y Bronfalión, que assí se dezían los dos gigantes, al tiempo que prendieron las hijas de Alorián de Cirea, ya se vos ha contado cómo las llevaron al monte en aquella parte que eran idos, para atender lo que ya havían cumplido, y de cómo llegaron ende con ellas sin ser sabidoras de quién ni adónde las llevaban, por haver perdido el sentido en verse en los braços de lo gigantes.

Agora conviene que sepáis que después que tornaron en su acuerdo y se hallaron en poder d'ellos, començaron de hazer muy grandes llantos, y les duraron tanto que, habiendo duelo d'ellas por ser de sus hermosuras a maravilla pagados, las aconsolaron con las mejores palabras que pudieron. Lo que muy poco aprovechó, porque

considerándose ausentes de sus padres y en poder de aquellós que no eran para su género ni contentamiento conformes, no cessaron de su llanto hasta que los gigantes les prometieron de no enojarlas ni tomar de sus personas alguna parte sin preceder su voluntad, lo que acordaron de dezirles más porque de llorar se dexassen que porque tuviessen intención de cumplir lo prometido. Con que Barthea y Limarela, que assí se dezían las donzellas, algún tanto se esforçaron y recibieron consuelo, e no menos consintieron que de allí las llevassen a sus casas. Por donde los gigantes por muy cierto y averiguado tuvieron que antes de muchos días perderían la saña y mal talante que contra ellos tenían, e que se les otorgaría, con consentimiento suyo, gozar d'ellas a su sabor. E por más complazerlas no quisieron apartar la una de la otra, procurándoles continuamente todos los plazerres y passatiempos que ellos podían.

Pero cuando vieron que ya havían passado algunos días y que no conocían en ellas más señal de amor y voluntad que el primero, acordaron de las llevar a holgar cerca de una hermosa fuente que havía en el mesmo valle en que ellos bivían, y no volver de allá hasta las haver a su plazer alcançado de su voluntad o por fuerça. Pues en mano de cada uno de ellos estaría después alcançar d'ellas el perdón de su yerro. E así como lo concertaron lo quisieron poner por efecto, d'esta manera que, cavalgando una mañana en sus cavallos y las donzellas en los palafrenes, que ya les tenían, partieron para la fuente que se vos ha dicho, con intención de, en acabando de comer, tomar cada uno la suya, y entre la frescura de aquellos árboles y matas que al derredor havía muy espessas, dar fin a sus dañados y suzios desseos.

Pero como Nuestro Señor Dios no consienta que las intenciones, de las cuales se le puede seguir desservicio, vengan a tan dañado efecto, hizo que aquella mesma mañana Alorián errasse el camino y tomasse por una senda que guiava a aquella fuente, de que recibió tanto pesar que si no fuera por Valerián que, para le hazer perder el enojo y tristeza le dezía muchas cosas, y entre las otras, que se no devía quejar hasta ver adónde aquel camino los guiaría y que por ventura Nuestro Señor lo hazía para mayor provecho de todos, rebentara con tan gran saña. La cual en muy mayor alegría se le convertió cedo, porque llegados al cabo de la senda se hallaron muy cerca de la fuente, de la cual no tardó mucho que vieron venir los dos gigantes con las donzellas.

E puesto que la estatura d'ellos fuesse tan grande y espantosa que sólo osar mirarlos era assaz grande experiencia para que un cavallero se pudiesse dezir esforçado, no les pareció a sus contrarios que eran suficientes para los osar atender en el campo. Por donde cuando les pareció tiempo, diciendo Alorián al Cavallero de los Fuegos: «ea,

señor, no atendamos que nos acometan, porque conozcan que tengo el sentimiento de mi daño e injuria que tener devo, juntamente con el desseo de lo vengar», siguiéndolo Valerián assí en endereçarse muy bien en la silla como en apretar fuertemente las lanças en las manos, arremetieron contra los gigantes con tan gran furia y esfuerço, que ellos se maravillaron en verse acometer por solos dos cavalleros. Pero como no los temiessen ni preciassen aunque fueran diez y más, vinieron contra los cavalleros no con menor furia y denuedo, haziendo con su grande peso sentir a sus cavallos doblado trabajo.

Pero no passó mucho, aunque de bien lexos eran salidos los unos contra los otros, que se vinieron a encontrar de tan grandes y terribles encuentros, que todos los quatro vinieron al suelo. Puesto que en diversas maneras, porque Bronfalión, que con Valerián se encontrara, más de una braça de lança tenía passada a la parte de las espaldas, por donde se escuso el trabajo de los maestros para lo venir a curar, ni menos al cavallo de Valerián, al cual el gigante havia muerto encontrándolo por la frente, por lo cual entrambos perdieron las vidas. Del alma de Bronfalión no es menester dezir si se perdió, porque es cierto que según la mercadería con que ende viniera, assí havia de levar la ganancia. Lo que no le avino assí a Mustiganio, el cual con Alorián de Cirea se havia encontrado, porque, puesto que hoviesse dado gran caída, de la cual algún tanto quedó quebrantado, no quedó llagado, antes llagó a Alorián de Cirea por el braço derecho de tal llaga que con muy gran pena pudo levantarse, y con mayor tirar de la espada contra Mustiganio, que ya venía muy desseosos de lo acabar con otro golpe de su espada. Al cual Valerián vino al encuentro, diziendo a su compañero Alorián, viéndolo tan maltrecho:

–Folgad, cavallero, y dexadme con esta dessemejable bestia, porque yo le haré presto ir a tener compañía a la otra para que jntnos vayan al infierno.

E dicho aquello, esgrimiendo su preciada espada hazia lo alto, firió a Mustiganio, el cual una torre parecía al respecto de Valerián, con la punta d'ella por el visal del yelmo, el cual, aunque muy grueso era, no pudo defenderlo de manera que no lo llagasse de una llaga assaz grande en la frente, dexándolo tan atordido que, queriendo ferir a Valerián por le corresponder a la voluntad y obra, no le acertó, según tenía perdido el tiento. De que no fue poco lo que se alegraron Alorián y sus dos hijas, las cuales ya eran de sus palafrenes decendidas para apretar la llaga del braço de su padre, al cual muy bien havían conocido por su cavallo y armas. Y aunque mucha sangre le salía, no quiso que le pretassen hasta ver en menor peligro a su buen compañero, de cuyo esfuerço y valentía estava tan maravillado como de su buena y dichosa andança

gozoso. Porque en aquella sazón ya había llagado al gigante su contrario de otras dos no menores llagas, en un brazo y en la pierna, de las cuales le salía tanta sangre que era maravilla cómo se podía en sus pies sostener.

Pero lo que más a Alorián hacía maravillarse era ver a su compañero tan diestro y ligero en saber guardarse de los golpes de aquel fiero gigante, que aún hasta entonces no lo había herido de más de un golpe en el escudo, en el cual hizo muy poca señal, aunque la fuerza con que le hiriera fuese muy grande. Pero no tardó mucho después de aquello el pleito entre ellos, porque, ofreciéndose a Valerián la sazón que deseaba, firió al gigante de tan rezio y pesado golpe sobre el yelmo que, hendiéndoselo casi hasta los ojos, lo derribó en tierra muy cecano a la muerte, tan junto a su cormano Bronfalión y tan tendido, como si para medirse se hoviessen, precedente concierto, echado en el suelo. De este último tan terrible como poderoso golpe, en tanta manera se maravilló Alorián, que casi fuera de sí, dixo:

—¡O, Señor Dios todopoderoso, y cuán cumplido te plugo hacer este caballero para tanto bien mío! Porque es cierto que si la fuerza de tu omnipotentísimo brazo no sobreviniera, no se ha de creer que ninguno, que no fuese más de humano, tanto poder tuviese. Por donde, Señor, yo te hago tan cumplidas gracias cuanto me es posible, por el no menor consuelo que me has oy embiado.

Y dicho aquello, abrazando sus hijas con doblado gozo del que poco antes tuviera cuando las vido, no juzgando la llaga que tenía por cosa que dañar le pudiese, en comparación de la otra con que ende viniera, las besó muchas veces, derramando tantas lágrimas que Valerián con todos los que ende eran habían del gran duelo. Pero conociendo Valerián que si mucho tiempo passava sin apretarse la llaga, su vida no podría sino peligrar, le rogó que se la apretase, pues para consolarse después con sus hijas no le faltaría tiempo. Las cuales, del mismo gozo y pena que juntos sentían, no le podían hablar sino besarle las manos, con que señalaban que no haberle hablado no procediera de serle inobedientes ni desmesuradas. Y cuando lo que Valerián dixera oyeron, desarmándole el llagado brazo, se lo apretaron tan bien y le estañaron la sangre con tanto tiento, que luego se conoció en él la mejoría y mayor esfuerzo del que antes mostrava. Porque casi ya iba desmayando sin lo sostener más de su gran corazón y el temor de perder el gran gozo que presente tenía.

En aquella sazón, llegaron ende los escuderos de los gigantes con el aparejo que para comer habían ordenado, lo que vino a la mejor sazón del mundo, según Valerián y los de su compañía lo habían menester, los cuales sin comparación se espantaron cuando

a sus señores vieron muertos, no mostrando menor sentimiento de su muerte. E como así juntos e tendidos en aquel suelo los hallassen, cuidaron que para los quemar los habían así emparejado. Por lo cual, como buenos y fieles criados, suplicaron a Valerián y a su compañero, pues sus señores con pérdida de sus tristes vidas habían satisfecho lo que les podían dever, que les no pluguiesen que a sus cuerpos se fiziesse ningún otro género de daño ni improprio, pues, haziéndose más, se podría atribuir cruieza. Por donde, conociendo el príncipe Valerián que lo que aquellos buenos escuderos y leales criados pedían era justo, y que la causa que los moviera a pedirlo no procedía de menos virtud que lealtad, dixo a Alorián:

–Paréceme, virtuoso y cavallero, que, aunque dobladas hoviéssedes recebido las injurias y daños de los gigantes, y que a su medida les hoviessen de corresponder la satisfacción y penas, el medio d'estos buenos escuderos fuera y es bastante para que si lo fecho pudiera excusarse, no se fiziera cuanto más que se aya de proceder contra sus cuerpos con autos y cruizas no devidas. Ayudando a ello que no es menos razón, pues los gigantes teniendo a estas hermosas donzellas, vuestras hijas, en su poder, y siendo d'ellas tan pagados no quisieron enojarlas, posponiendo el fin de sus desseos y esperados delites, al enojo que les causar pudieran, que se les satisfaga con lo que se puede, pues usaron de una virtud, que no solamente en los de su género pero en los del nuestro se ha hallado muy pocas vezes, cuando la oportunidad y aparejo ofrecen el cumplimiento de lo que se ha mucho tiempo desseado.

Como Alorián de Cirea no fuesse menos cuerdo que esforçado, pareciéndole todo lo que Valerián dixera tan justo como conveniente, le dixo que por su parte era muy contento que como lo mandara se cumpliesse. Por la cual determinación y merced los escuderos les fizieron las gracias que devían. Y después, trayendo el aparejo que convenía para llevarlos, porque el un cavallo de los gigantes había de quedar para Valerián por el suyo que le mataron, los llevaron a una villa adonde fueron encerrados luego, no sin grande admiración de todos los moradores d'ella, cuando supieron que por un solo cavallero habían sido vencidos y muertos.

Por donde, así por razón de aquellas dos muertes, como de la de Brocaleón de la Cueva y liberación de los presos del castillo de Boralda, començó de estenderse la fama del Cavallero de los Fuegos, así por aquel reino como por otras provincias comarcanas, con tan alto nombre, que en todas las hazañas de los otros cavalleros, así de aquel tiempo como de muchos de los passados, se puso silencio.

Después que hovieron comido, Alorián de Cirea pidió por merced a Valerián que lo no dexasse hasta que fuesse en su castillo llegado, porque no se le recreciesse en el camino alguna cosa con que se le perturbasse el gozo que en aquella sazón tenía, pues a él era entredicho el pelear por razón de la llaga de su brazo, hasta ser d'ella guarido. Al cual Valerián lo ofreció, assí como lo pidiera, pareciéndole que hazer al contrario no fuera mesura ni guisado.

Cuando les pareció tiempo partieron dende, llevando Valerián la una de aquellas donzellas de rienda, la cual, habiendo visto assí su estremado esfuerço como su graciosa apostura, no se tuviera por malandante ni agraviada, si los desseos del gigante se pudieran con los suyos trocar, según estava d'él pagada. Pero conociendo que en aquellos pensamientos no eran concordés, como discreta y virtuosa, los retraxo, aunque no dexando de folgarse por ir en su compañía, con la cual anduvieron dos días. En fin de los cuales llegaron a su castillo, adonde después de partido Valerián, su padre de las donzellas les dixo la muerte de su madre, la cual hasta entonces les había dexado de dezir por no enturviar el gozo de la cobrança que de su[s] hijas hiziera con tan tristes nuevas. Las cuales, cuando de su padre oyeron, como aquellas a quien mucho dolía, hizieron grandes llantos, los cuales muchos días les duraron, hasta que las casó su padre muy honradamente y a su contento con dos buenos cavalleros de la casa del rey Tindareo. El uno de los cuales se dezía Quadragel, y el otro Xenares. E le fueron muy obedientes en tanto que bivió, aunque fue poco tiempo después que fueron con sus hijas casados.

E puesto que, assí Alorián como sus hijas, cuando Valerián se partió d'ellos, hoviessen trabajado de saber quién era, no se lo dixo, porque tenía propuesto de no lo dezir mientras por aquellas tierra anduviesse. Por donde los dexó con dos penas: la una por no saber lo que tanto desseavan, e la otra por la soledad con que, por faltarles su alegre presencia, quedavan. De la cual, no curando Valerián, partió como ya se vos ha contado, con intención de prosseguir su camino contra las montañas, adonde oía dezir que otros gigantes hazían grandes tuertos y agravios a todos los que haver podían. E tantos días lo siguió hasta que le sucedió lo que agora oiréis.

¶Capít[u]lo xiiij. De cómo Valerián libró al príncipe Florianteo de los hombres del gigante Camelo. Y de cómo después mató a Xentrapoleo, su padre, librando a Gonadiel y Aliarte d'Irlanda de las fuertes prisiones en que los tenía.

Muchas y muy ásperas montañas, de las que vos ya diximos, había pasado Valerián con su compañía, aunque con gran trabajo por la aspereza del camino, sin hallar cosa que para hazer d'ella memoria sea, cuando un día, siguiendo una senda que mostrava guiar a otras muy más altas y ásperas sierras, le pareció oír una boz muy grande, y andando un poco más adelante, otra mayor. Por donde, dándose más priessa de la que traía, con desseo de saber la causa de aquellas bozes, vido un cavallero, al cual diez hombres herían por todas las partes que podían, pues a pies le combatían. De los cuales el cavallero mostrava tan bien defenderse, que era maravilla. Y no muy lexos d'ellos, vido un gigante con las rodillas en el suelo, el cual a grandes bozes animava sus hombres para que matassen al cavallero, pues, según de la batalla que con él huviera, quedara lasso y llagado, no ternían mucho que hazer en matarlo. Pero con todo aquello el cavallero se había dado tan buena priessa, que en aquella sazón ya había derribado a sus pies tres d'ellos, aunque se hallava tan fatigado y con las fuerças tan perdidas, que cuasi no se podía sostener, sino que el temor de la muerte, junto con su grande esfuerço, lo habían hasta entonces sostenido.

Por donde ya la tenía muy cercana, si Nuestro Señor Dios no lo acorriera con le traher ende a Valerián, el cual, aunque de lexos lo huviesse comenzado de ver, corriendo quanto su cavallo podía levarlo, muy presto se halló, haviendo primero d'él decendido, junto al cavallero, diziendo:

–¡A ellos, y ninguno quede con la vida, pues son villanos y ladrones!

Y porque conociesse que por su parte no dexava de cumplirse lo que dixera, comenzó de ferir aquellos hombres de tan pesados golpes, que a los dos primeros que a su sabor alcançó no hizieron más armas. Y en tan poca de hora los despachó, ayudándole a ello el cavallero como se le mejor otorgava, que no quedando más de tres d'ellos, comenzaron de fuir. A los cuales Valerián dudó de seguir, viendo que, estando él armado y los otros ligeros, no podría alcançarlos, aunque no se descuidó de mirar a qué parte iban. Y como viessen que entravan en una cueva que había muy cerca del lugar de la batalla, diziendo al cavallero que mientras él seguía aquellos ladrones,

entendiese en despachar al gigante, pues tanto había trabajado en que él fuese el despachado, cavalgó en su cavallo con el cual muy presto llegó a la puerta de la cueva. La cual era tan estrecha que para poder en ella entrar le convino decavalgar, puesto que de dentro fuese assaz ancha.

Por donde, dexado el cavallo ende, tirando de su espada y embraçado su escudo, començó de caminar por la cueva adentro, aunque por espacio de media hora sin alguna luz. Pero passado aquel tiempo, luego vido contra sí gran claridad, la cual se causava de la otra puerta que la cueva tenía por aquella parte, llegando a la cual no vido los hombres. Y mirando a todas partes, por ver si los descubriría, o algún poblado, no pudo descubrir más de otra cueva, la cual se mostrava cuasi enfrente de aquella en que él estava. Y como para ir a la otra huviesse de travessar un valle, el cual se causava de las dos montañas en que estavan las dos cuevas, no sabía determinarse si passaría adelante o si bolvería al cavallero y a su compañía. Pero en fin, como su esforçado coraçón no se contentasse sino con ver y tentar los mayores peligros que se le podían ofrecer, y considerasse que para aquel efecto había venido por aquellas montañas, determinó de passar a la otra parte, sin perdonar al trabajo que de decender dende y travessar el valle y subir hasta la otra cueva, hallándose armado e a pie, se le podía recrecer, considerando el proceso que de quitar del mundo aquellos ladrones, ministros del gigante y del diablo, se seguiría.

Por donde se dio tanta priessa que antes de una hora fue cuasi junto a la cueva, de la cual vido salir los tres hombres, en busca de los cuales viniera. Y tras ellos un gigante tan grande y fuera de toda proporción natural, que Valerián se santiguó, diziendo:

—¡O, Señor Dios, valedme contra tan fiera bestia, enemiga de vuestra fe y servicio!

Y cuando los hombres a Valerián vieron, luego lo conocieron y no tardaron en dezir al gigante, el cual, con la saña que tría de la muerte de su hijo, aún no lo había visto, cómo aquel cavallero era el que los había destroçado. Assí que cuando Xentropoleo, que assí se dezía el gigante, lo vido, menos tardó en dezir:

—¡O, dioses, a quien yo hasta aquí con tantos trabajos he servido! ¿Qué vengança puedo tomar en tan pequeña e cativa cosa para que satisfaga a mi sañado coraçón la menos parte de la satisfacción que se le deve? Porque, puesto que de mi mano reciba la más cruel muerte que se jamás pensó, no por esso se amatará una sola centella del pesar y enojo que tengo d'él recibidos.

Y mandando a los hombres que se alexassen dende y que viessen cómo essecutava lo que tenía propuesto, y la diferencia que havían fecho los dioses d'él a su fijo Camelo, vino contra Valerián con su espada alta, con intención y desseo de lo fender hasta la cinta de aquel primer golpe. Pero de otra suerte le avino, que furtándole Valerián el cuerpo, dio con tan grande fuerça con la espada en el suelo, que puesto que no fuesse arado ni blando, antes muy duro, más de tres palmos d'ella entraron por él sin que se quebrasse, según era rezia y no menos tajante. Pero no se olvidó Valerián, al tiempo que el gigante quiso alçar la espada para lo tornar a ferir, de darle tal golpe en el mesmo braço, que no le aprovechando la armadura que traía, le hizo tan gran llaga, que con no menor pena lo pudo alçar otra vez. Lo que más se hizo con la saña que de aquello le sobrevino que por la fuerça que en él podía tener, a causa de muchos nervios y venas que tenía cortadas. Pero de que ya lo tuvo en alto, tornó a descargar con tanta presteza e furia sobre Valerián, que no teniendo tiempo para le hurtar el cuerpo, assí como hizo del primer golpe, y conociendo que si lo fería en descubierto no le prestaría su yelmo, aunque no podía ser mejor que no lo fendiesse hasta la cinta, le paró la espada y escudo juntos. Por donde con tan buen reparo evadió lo que el gigante no cuidava, pues lo havía ferido con tanta fuerça, que, puesto que el escudo de Valerián y su espada careciessen de iguales, por más de seis dedos entró por él la espada del gigante. El braço del cual, con aquel tan desapoderado golpe, se acabó de tollir de tal manera que no tuvo más fuerça para lo alçar. Por donde Valerián, que no se descuidava un solo punto de lo que hazer debía, lo tornó a ferir de otro no menor golpe que el primero por lo baxo de la pierna, en la cual como no traxesse la armadura tan fuerte como la del cuerpo y braços, por escusar el peso que le impedía el poder andar a pie, y señaladamente siendo su ventura de le acertar entre la armadura de la pierna y del pie, cuasi junto al tovillo, fue causa, según la fuerça con que lo firió y la bondad e filos de su espada, de cortarle el pie de tal manera que assí quedó el gigante sin él, como si nunca lo tuviera. Y al tiempo que se lo cortó, dio tan espantables bozes y tan altas, que toda aquella montaña parecía hundirse.

Y como viesse Valerián que el gigante no se podía mover, fue contra los hombres que cerca d'ellos havían mirado la batalla para los matar. Los cuales, no curando de atenderlo, començaron de huir hazia la cueva, de donde con el gigante salieran. Pero no pudieron correr tanto que antes que a ella llegassen, el uno de ellos, que por se dar más priessa en huir havía entropaçado e caído, no quedasse en el suelo tendido, sin bullir pie ni mano, e assí mesmo otro que havía alcançado junto a la puerta

d'ella. Por donde el tercero, temiendo la mesma o más cruel muerte, arrojando el hacha que en la mano tenía, se le fincó de rodillas delante, pidiendo la merced de la vida. La cual le fue otorgada por Valerián porque no tenía libertad ni fuerças en semejantes casos para hazer lo contrario Y cuando el hombre se vido con seguridad de los que ya por no menos perdido tenía que sus compañeros, le dixo:

–Pues en vós, mi señor, se ha mostrado tanta virtud contra mí, no lo mereciendo, seguidme, y mostrarvos he los presos que el gigante dentro d'esta cueva tenía.

Por donde, siguiéndolo Valerián, llegaron a una parte d'ella, en la cual había fincados unos maderos muy gruesos que llegavan hasta lo alto y otros al través, a manera de una rexa muy espessa, dentro de los cuales había una no menos fuerte que oscura cárcel. En la cual los presos estaban atados con una cadena de tal suerte, que se no podían mover más que si tuvieran todos los grillos y esposas que a los semejantes se suelen poner. Por donde no tenían por cerradura ni puerta a la entrada de aquella cárcel más de una tabla, a la parte de fuera puesta de manera que los que estaban dentro, aunque se desatassen, no la podían quitar.

Assí que quitada aquella tabla por el hombre que muy bien sabía cómo se había de hazer, entró dentro y los comenzó de desatar, diziéndoles que se alegrassen porque ya eran libres por mano de un cavallero que, haviendo muerto a Xentropoleo, los mandava sacar dende.

–Si esso verdad fuesse, amigo –dixo el uno d'ellos–, gran merced havríamos recebido de Nuestro Señor Dios, según nuestros pecados son grandes. Por donde creo que antes nos manda sacar el gigante para nos sacrificar a sus dioses, lo que no creas que, después de lo primero, no sea por nosotros de muchos días desseado.

Al cual Valerián entonces dixo, haviendo de todos duelo y porque no dudassen su buena andança:

–¿Qué poca fe es essa? Dezí, cavalleros. ¿Creéis que Nuestro Señor Dios se olvida jamás de ayudar a los que le sirven y de castigar a aquellos que hazen lo contrario, señaladamente a estos casi demonios que con tanto menosprecio de su alto poder, fiando de solas las fuerças d'ellos y de sus ídolos, son de tantos y tan grandes males y daños causadores? No lo dudéis, pues ninguno hay de vosotros, o a lo menos no lo deve haver que, no lo creyendo, no fuesse merecedor de mayor castigo. Por ende, sed ledos que ya sois restituidos en vuestra libertad, sin que tener podáis temor ni recelo de aquellos que ende vos pusieron. Pues hoy se ha puesto fin en su mala vida, para que vosotros la tengáis, según merecéis, buena.

Cuando los cavalleros aquello oyeron, con muchas lágrimas causadas de aquella impensada alegría, començaron de hazer gracias a Nuestro Señor Dios por la merced tan grande que recibían. Y salidos de aquellas tinieblas, siguiendo al hombre que los desatara y a Valerián, vinieron hasta la puerta de la cueva, adonde cuando la luz y la tierra vieron, se fincaron de rodillas, tornando a hazerlas con mayor alegría, por la seguridad que entonces conocieron tener, porque antes aún no lo podían creer. Y si Valerián no fuera tan bien comedido en les rogar que la honra, que a él querían hazer, fiziessen a Dios, según de rodillas lo tenían abraçado, besándole las armas, pues las manos no se le otorgavan, no se desasiera d'ellos por gran pieça.

Pero de que ya aquel primero y no pensado movimiento tan gozoso començó de afloxar, de consuno fueron a ver al gigante, el cual, como de la mucha sangre que de las llagas del braço y del pie le había salido en todo aquel tiempo, huviesse perdido todas sus fuerças, ya era caído tendido en el suelo. E quitándole el yelmo por ver si era aún bivo, como ya fuesse muerto, muy más feo y espantable les pareció a todos.

En la misma sazón que lo catando estaban, llegó ende Canisor, el cual dixo a Valerián que el cavallero a quien había librado, le fazia saber cómo ya había muerto a Camelo, el jayán, según lo mandara. Y que por ende le embiava a rogar le fiziessen saber su mandado, porque entendía de se partir luego para curar de sus llagas, y no lo quería efectuar hasta haverlo sabido.

–Pues a partir de aquí para ir a otra parte esta tarde, es cosa escusada –dixo Valerián–. Ve y dile que estos cavalleros e yo le rogamos que se esfuerce de venir hasta aquí, porque no le faltará el recaudo que conviene, pues por razón los gigantes no dexarán de estar proveídos de todo, y que con su venida se acordará lo que fazer devemos.

Lo que Canisor no dexó de cumplir, bolviéndose cuasi con mayor espanto que maravillado del gigante Xentropoleo, pareciéndole la cosa más espantable y monstruosa que podía haver en todo lo criado. Y entretanto aquel hombre, con algunos de los escuderos que con sus señores habían estado presos, començaron de adereçar de lo que en la cueva había para comer. Pues estaba bien proveída con tan buena diligencia, que cuando el cavallero llegó ende, con dos escuderos que él traía y Canisor con Nicerián, ya lo tenían adereçado. Y llevando los dos hombres que ende yazían muertos cerca del gigante, porque entendían sentarse cerca de la puerta de la cueva para comer, el cavallero con los que eran con él venidos, quisieron verlo. De cuya vista mucho se

maravillaron todos, señaladamente Nicerián, pareciéndole que Brocaleón de la Cueva no era gigante en comparación de aquél.

Y cuando el cavallero bolvió con los otros a la cueva, e vido los cavalleros que d'ellas sacaron presos, luego los conoció que eran Aliarte y Gonadiel, a los cuales fue con los braços abiertos por abraçar, diziendo:

–¡O, los mis buenos amigos, y cuán buen día ha sido este para mí, pues vos he podido hallar por tan estraña aventura!

Los cuales, cuando aquello oyeron, luego creyeron que sería el príncipe Florianteo, como era la verdad, en busca del cual ellos ivan cuando los prendieron. Y por hazer el acatamiento que le devían, se fincaron de rodillas delante d'él pidiéndole las manos. Pero Florianteo los fizo levantar, abraçándolos con mucha voluntad. Al cual dixeron:

–¡O, señor y esforçado príncipe, cuán caro nos huviera costado el desseo y trabajo de buscaros si no fuera por este bienaventurado cavallero que nos libró de la más triste vida e cierta muerte que se podrían considerar!

Lo que dezían por Valerián, el cual no estava de aquello menos maravillado que los cavalleros ledos, a ninguno de los cuales parecía haverlo jamás visto, aunque por otra parte tan alegre por los haver librado como desseoso de saber quién fuessen. Lo que no tardó en saber, porque le uno d'ellos dixo:

–¡O, mi señor Florianteo, no puedo aún creer que vós seáis aquél que tanto havemos desseado hallar, fasta que, quitado el yelmo, se me otorgue ver vuestro gesto!

Lo que muy presto se cumplió por aquel príncipe, tornándolos a abraçar otra vez con tanta alegría como si un reino le dieran, por ver librados aquellos cavalleros. Los cuales muy preciados eran en casa de su padre el rey Menadoro y del rey Laristeo, su agüelo, y haver conocido el amor y la voluntad que en ir en su demanda habían señalado, pues para ello dexaran sus mugeres y casas, con que ya podían escusarse. Porque, puesto que se vos no haya contado, ya eran casados con dos hijas del conde de Ruestre, a maravilla hermosas, con las cuales recibieron muy grandes dotes sin lo que el rey les dio, con que tenían no menor estado que el conde, su suegro.

Cuando Valerián vido que el cavallero a quien librara era el príncipe Florianteo, primo de su señora Flerisena, con los otros cavalleros de su agüelo y padre, no pudo çufrirse sin abraçar a Florianteo, al cual dixo:

–Razón será, mi señor, que nos deis parte de vuestros abraços, pues no vos desseamos menos servir que esos vuestros vassallos.

–Hasta que más vea, esforçado cavallero, no sé qué dezir pueda –dixo Florianteo–, sino que en el día que creía y aún tenía por cierto morir de muy cruel muerte, tengo de hallar todos los que bien me quieren.

Y diziéndole Valerián muy a passo que lo no llamasse, después de conocido, sino el Cavallero de los Fuegos, se quitó el yelmo. Y no sé lo hubo acabado de quitar que ya Florianteo, haviéndolo bien conocido, lo abraçó con no menor voluntad que si su hermano fuera, assí por lo que d’él quedó pagado cuando lo vido en Colonia, como por haver sido por él librado de morir aquel día por mano de aquellos ladrones y villanos, los cuales cierto lo mataran, si no fuera por Valerián socorrido.

Pero Aliarte y Gonadiel fueron tan maravillados de ver a Valerián, que se vos no podría encarecer, assí porque haviendo visto antes al príncipe Florianteo, al cual tenían por uno de los más apuestos cavalleros del mundo, viéndolo en aquella sazón junto a Valerián, no les parecía sino que había trocado su gesto con otro que con gran parte no le igualava, como por saber que había muerto a Xentropoleo y sus hombres en tan breve espacio, que diez cavalleros los mejores del mundo lo tuvieran por muy grande hazaña. Por donde no menos desseavan saber quién era, viendo otrosí cuán grande medida se le había fecho por Florianteo, que lo conocía.

Y como aquel gozo de se haver conocido sobrasse cualquier hambre y cansacio, ya se havían olvidado de comer y de sentarse, puesto que les no hiziesse poco menester, porque ninguno había comido aquel día, y a algunos d’ellos lo que les dieran de comer muchos días antes no carecía de nombre de dieta. Assí que, acordándoselo el hombre del gigante, se sentaron, adonde después de haver con mucho plazer y descanso comido, se contaron los unos a los otros sus aventuras. Con que supo Florianteo cómo Aliarte y Gonadiel havían ido en su busca a Colonia, adonde supieron de su partida con el escudero y lo que por le hazer cobrar su hazienda hizo. Y cómo sabiendo que era passado en aquel reino, lo eran venidos a buscar. Y que andando en aquella demanda vinieron a passar por aquel valle. Y porque la siesta era calurosa, se havían echado a descansar debaxo de unos árboles muy altos, adonde el gigante Camelo los tomó tan descuidados que cuando recordaron ya se fallaron en su braços. Y con ayuda de otros hombres que consigo traía, los traxeron a aquella cueva en que estaban, del cual havían sido librados por el Cavallero de los Fuegos, adonde no esperavan sino que un día los gigantes los degollarían por sacrificar su sangre a unos ídolos que tenían en ella. Los cuales no querían que se les sacrificasse sino sangre de cavalleros y donzellas, por su mayor honra y acatamiento.

Otrosí supieron del hombre del gigante la forma que los dos jayanes tenían para prender y robar los que por aquella comarca passavan, y en matarlos si se defendían, la cual era que cada mañana Camelo con diez hombres passavan a la otra cueva, y los cinco quedavan a la puerta que respondía a aquel valle, y los otros con Camelo passavan a la otra parte, con que podían de muy lexos ver todos los que passavan por entrambos valles. Y cuando vían algunos cavalleros o otros caminantes venir, por la parte que guardava Camelo venía a ellos con cuatro de los hombres que consigo tenía, quedando el uno para llamar los otros cinco con que en muy breve espacio los tenía si era menester todos consigo, assí que con ellos y sus grandes fuerças, ninguno passava que no fuesse preso y robado, e si se defendía, como se vos ha dicho, muerto.

El mismo orden se tenía para los que venían a passar por aquel valle en que los cavalleros estaban, salvo que tenían mayor aparejo y poder con la ayuda de Xentropoleo, el cual siempre atendía en la puerta de su cueva para cuando fuesse menester. Por donde algunos que de noche passavan, podían, no sin gran dicha, salvarse, porque de día era impossible, según la vigilancia y orden que para ello tenían. Por donde se dezía aquella comarca de los Valles Dudados, aunque en otro tiempo no tenía aquel nombre.

Sabido por todos lo que se vos ha contado, sin lo demás que por escusar prolixidad y no hazer al propósito de la historia se dexa de dezir, mucho se folgaron y descansaron todos, assí los que havían cobrado la libertad que tenían perdida, y por se ver fuera de aquella pena y trabajo que se les havían de recrecer en la demanda de su príncipe y señor, como Florianteo por no haver perdido la vida, según la tuviera cercana a la muerte, y Valerián por haver sido de todo causa. Y pues la sazón y el lugar les dava para ello ocasión e aparejo, acordaron, pues el Cavallero de los Fuegos quería seguir su camino, que Florianteo con Aliarte y Gonadiel bolviessen hazia la Gran Bretaña, y dos escuderos con otros hombres, que assí mesmo estaban ende presos con los cavalleros, aunque se no haya hasta agora dicho, que fuessen a la casa del rey Tindareo, para lo cual era su camino cuando los prendieron. Pero que sería bien antes de su partida reconocer lo que en la cueva hallarían.

Por donde, entrados en ella, passada la cárcel, hallaron muy grande espacio, adonde tenían los cavallos y armas, assí suyos como de los cavalleros que prendían, y unos grandes ídolos de piedra sobre ciertos altares labrados de la mesma peña, los cuales derribaron en el suelo. Y otrosí lechos de rama y feno seco en que dormían, y pan y farina en grande abundancia, assí como aquellos a quien no costava más de lo tomar,

sin lo haver sembrado ni cozido, e muchas cosas assí para comer como otras que a los caminantes robavan.

Aquella noche durmieron ende, velándolos los escuderos, aunque al tiempo del acostar curaron a Florinateo tres llagas que tenía en las dos piernas y en el un brazo, las cuales algo estaban enconadas, porque solamente se las fizo apretar después que mató al gigante Camelo. Y quando comenzó de amanecer, Florianteo con los otros cavalleros se despidieron de Valerián, al qual ya havían ofrecido lo que se les otorgava, pues por su medio lo tenían. Y los otros que ivan a la casa del rey Tindareo, los cuales, quando lo huvieron hecho de las causas para que ende vinieran sabidor, le contaron lo que el Cavallero de los Fuegos havia hecho en su liberación, con muerte de los dos jayanes. Y como aquellas nuevas sobreviniessen a las otras que en los días passados llegaron, muchos días passaron que no se hablava sino de sus proezas, teniendo todos los que lo no conocían, y sobre todos el rey, muy gran desseo de conocerlo, señaladamente siendo tan apuesto como se publicava.

Despedidos pues todos los que havéis oído, Valerián fizo poner fuego en todas las partes de la cueva, adonde havia aparejo y causa para que se quemasse, otrosí en la rama y leña que fizo sacar d'ella para quemar al gigante y a sus dos hombres. Por donde en breve espacio, como todo fuesse seco y el fuego grande y por muchas partes, assí se quemó como cumplía para efectuarse la voluntad de Valerián. El qual, dexado Azarén, que assí se dezía el hombre del gigante, en compañía de su escudero y donzel partió dende, levando consigo una gruessa lança que halló en la cueva, para seguir su camino. En el qual lo dexaremos agora, exercitando y cumpliendo el desseo que levava de quitar de toda aquella tierra las malas costumbres, pareciéndole que por entonces en ninguna cosa podía mejor servir a Dios que en castigar aquellos que cada día hazían muchas cosas en su deservicio y en prejuizio de su santa fe, con irreparables daños y pérdidas de muchos que por ellos eran presos robados y maltratados, y en el fin cruelmente muertos. Y bolveremos a contar cómo llegaron a Colonia los cavalleros que fueron por Valerián librados de la prisión en que estaban en el castillo de Boralda, en compañía y guarda d'ella.

¶Capítulo xv. De cómo los cavalleros que a Boralda levavan llegaron en Colonia, y de cómo por mandado del príncipe Nestarcio, sabida la causa porque la traían presa, fue puesta en una torre con guardas hasta que en su fecho se pudiesse entender.

Astreo con Darinto y Banortes, levando consigo aquella no menos engañosa que astuta muger del castillo del cual eran partidos, siguiendo su derecho camino en cinco días llegaron a Fruvia, que era la villa adonde Valerián desembarcó, passando en Denamarca. En la cual se detuvieron tres días por no tener el tiempo endereçado. Passados los cuales, ofreciéndoseles próspero, se embarcaron, y en poco tiempo llegaron en Artra, que era la otra villa de donde Valerián era partido para passar en aquel reino. Y otro día de mañana tomaron el camino para Colonia, adonde llegaron dentro de quinze días, por no hazer las jornadas largas, por razón de la muger que levavan presa.

Y como Astreo y Banortes fuessen ende conocidos, muchos los siguieron hasta los palacios por saber de dónde venían y qué dueña era aquella que traían, y por qué se le hazía por Darinto aquella honra de traerla de rienda, viniendo presa, lo que fue causa de hazer perder a Boralda gran parte de su enojo y del mal talante que contra los que la habían traído pudiera tener. Y después que fueron subidos a lo alto d'ellos, con el mesmo orden que por la ciudad habían traído, entraron por una sala, adonde los príncipes Nestarcio e Arinda con su hija Flerisena seían, no sin gran compañía de cavalleros, ente los cuales era Aspalión del Vado, el cual todas las horas que podía no dexava de servir en lo que se ofrecía. Y llegados a su presencia, fincadas sus rodillas en el suelo, Astreo, a quien por su mayor edad aquello se devía, començó de dezir assí:

–Si lo que después que de aquí partimos Banortes e yo contar huviesse, muy alto príncipe y mi señor, assí de nuestras favorables fortunas como contrarias, por muy averiguado tengo que vos no acarrearía menos fastidio que pena, según las desdichas han sido en el número y cantidad mayores. Pero porque la principal y que más havemos sentido fue la prission en la cual con gran traición el marido e hijo d'esta dueña, que vos aquí trahemos, nos pusieron, no dexaré de la contar, pues en ello siento agora tanto descanso como sentía pena y tormento en el tiempo que lo padecía.

Entonces contó la forma cómo fueron presos, assí ellos como todos los que librados fueron, y de cómo los libró Valerián. Y después de conocidos los embiara ende

con aquella dueña, para que según sus delitos fuesse castigada. Y todo lo que ende passó sin dexarse solo un punto.

Muy ledo fue el príncipe Nestarcio con la venida de aquellos cavalleros a quien mucho preciava, assí de Astreo por lo haver servido de camarero en el tiempo que era donzel y algunos años después, fasta que lo casó con Grifea, hija del marqués de Salzperga, aunque no vos lo ayamos contado; y de Banortes por lo haver ayudado en la batalla que hizieron con Eramir e su hermano, por hazer cobrar a Lucenio y Ardania el castillo que les tenía por fuerça Eneliana; como de Darinto, el cual aún no havía visto a Aspalió, por relación del cual el príncipe Nestarcio fue sabidor de cuán favorecido era del rey Pasmerindo, assí por ser muy buen cavallero como por haver sido donzel de la reina Albericia. Por donde, mandándolos levantar, fizo mucha honra a todos en los recibir, y señaladamente a Darinto, el cual bien conoció que aquello más se hazía por satisfacer al rey, su señor, algo de lo que le era obligado por lo que por él y la princesa Arinda fiziera en el tiempo que por Ungría passaron, que porque a él fuesse tanto devido. Por donde, teniéndose por muy satisfecho y honrado, no juzgó al príncipe Nestarcio por menos grato y conocido.

Recibidos los cavalleros, mandó que a la dueña pusiessen a buen recaudo hasta que en su fecho se pudiesse entender. La cual fue puesta en una torre adonde no tenía peor servicio que guarda, correspondiendo a la causa porque la havían embiado. Salida Boralda para la levar a la torre, el príncipe Nestarcio quiso saber por extenso de los cavalleros lo que Valerián hasta los haver librado havía fecho. Lo que por el mesmo Astreo le fue dicho con no menor gracia que tuvieron alegría cuantos ende eran, señaladamente Grifea, la muger de Astreo, por el bien que a ella y a su marido les recreciera. Pero la que sobre todos más grande y verdadera la recibió fue aquella más que hermosa Flerisena, tanto que no se le dexava de parecer en su gesto. A la cual su padre dixo:

–Muy leda devéis ser, hija, pues el primer cavallero a quien havéis dado la espada para tu cavallería, ha salido tan bueno como se dize.

–Soylo yo, mi señor –dixo Flerisena–, por la criança que en vuestra casa tuvo. Porque la bondad y esfuerço, si los no tuviera del Alto Señor, muy poco aprovechara haverlo vós, señor, fecho cavallero, ni yo darle la espada. Y si siendo hijo de tan honrados padres saliera al contrario, entonces nos hoviéramos de maravilliar, pues degenerara, y no agora porque haze lo que deve por corresponder a los que lo engendraron.

–En esso vós tenéis razón, fija –dixo el príncipe Nestarcio–. Porque a duro se fallaría en el mundo cavallero que tan bueno fuesse como el rey, su padre.

Y después que en aquellas y otras cosas que se les ofrecía huvieron hablado, el príncipe Nestarcio mandó aposentar aquellos cavalleros. Al cual Aspalión suplicó que, pues Darinto y Banortes eran de su tierra y tanto sus amigos, le fiziesse merced de se los dexar por huéspedes, assí como se fizo, viendo que pedía guisado. Por donde Aspalión los llevó a su aposento, adonde de su muger Asserina fueron recibidos y servidos, según la voluntad que para ello se tenía, la cual era muy grande. De los cuales supieron las nuevas que de su fijo Canisor desseavan, con que se les acrecentó la alegría, y mucho más después de leída por Aspalión la carta que para el príncipe, su señor, escribía, assí de su fijo como de lo que hasta entonces le havia sucedido, rogándole otrosí que lo escribiesse a los reyes, sus padres.

Y en la misma hora fizo dar las otras que venían para Dromisto, porque, puesto que Valerián jamás de sus amores y desseos lo hoviesse fecho sabidor, no dexava él de creer que los secretos tan grandes de Valerián con Dromisto, y después haverlo dexado en servicio de Flerisena, no podía de otros fechos proceder. Cuando el enano vido dentro de su carta la que para la princesa, su señora, venía, no tardó, ofreciéndosele la sazón, en dársela, hallándola tan leda por lo que de Valerián havia oído contar, que no cabía en su corazón el gozo que sentía, como aquella que de toda la honra y bienandanza d’él, havia de recibir tanta parte como de lo contrario. Y vinieron aquellas nuevas y cartas a tan buena sazón, según aquella hermosa princesa se sentía aquexada, que no le fizieron menor socorro que el que Valerián fizo al príncipe Florianteo. Y cuando sola se vido, abriéndola con tan grande gozo, que las manos y el corazón le temblaban, la començó de leer, diziendo assí:

¶*Carta de Valerián de Ungría a la esclarecida princesa Flerisena, su señora.*

Si para la sabrosa membrança que mis continuos pensamientos de vuestra desseada presencia me representan, se halla en mi entendimiento tan grande falta, ¡o, soberana princesa y mi señora!, que comprehender no la puede por la sobrada gloria que siente sobrevenirle, como ocupado en este deleitoso exercicio de escriviros, se le otorgara poder para dezir lo que querría y siento, después que se

apartó mi atribulado cuerpo de aquella bienaventurança, que antes de mi partida, juntamente con el alma y coraçón que con vós dexé, se le permita gozar tan cumplidamente como agora dessear alguna pequeña parte de lo que entonces no podía por su pequeña cabida y merecimiento. Quanto más si para dezir alguna parte, pues todo excedería los humanos límites, de aquellas cuitas y esquivos tormentos que sin cessar me aquexan, osasse tener atrevimiento. Porque entonces en tan honda mar mi pequeño barco, aunque le sobrasse el gobierno que le falta, no dexaría de dar al través en las rocas de los olvidos, pues se le ofrecerían tantos cuantos son los desseos de mi remedio. Cuyo número más difícil sería de contar que de los menudos granos de las arenas que en ella se hallan. Y pues para esta tan pequeña parte en comparación de lo demás, ningún libre juicio alcanzaría bastantes fuerças, siendo el mío tan ocupado como ageno de orden lo que escrivo, por mejor tengo hazer fin a la carta. Cuya suerte no es por mí tan poco embidiada, pues se ha de ver presto en vuestras hermosas manos, que pudiéndolo yo alcanzar, no tuviesse por muy cierto ser venido al desseado puerto de los mortales desseos que hasta veros me han de aquexar. Con los cuales quedo suplicando a Nuestro Señor Dios, que aquel esfuerço que para passar estos corporales peligros y trabajos me otorga, se estienda para çufrir los otros mayores en que cada hora le ve mi alma, hasta que la fortuna que por agora se me muestra tan contraria, como la yo desseo favorable, me otorgué ver y gozar presencialmente lo que jamás se parte de mi memoria. Con cuya esperança le ha podido hasta agora sostener y sosterná mientras vuestra medida le otorgare compañía. La cual no porque lo yo merezca, sino por lo que vós, mi señora, perder podríades, vos suplico me sea con vuestras cartas, para lo conservar hasta el fin que dixé, comunicada.

Bien se ha de creer que después de leída la carta, aquella princesa, no con pequeño gozo y tristeza de su coraçón, no la dexaría de leer otras y muchas veces, sacando con el pozal de la profundidad de las palabras tan humildes que en ella venían, tanta agua que bien se mostrava la cantidad y abundancia d'ella, según su manantial curso mostrava proceder de aquellas dos tan lindas y claras fuentes, que de los no menos compassados arcos, debaxo de los cuales estaban, se vían emanar, sintiendo su lastimado coraçón sin ninguna comparación más las penas de su cavallero y esposo, por no le poder dar aquel remedio que para conservación de la vida d'entrambos convenía, que la dulçura y deleite que en conocer, que las padecen aquellos de quien más dessean ser queridas, se pueden gustar. Puesto que se no dexó de aconsolar más con

sola aquella carta que con cuantos consuelos le pudieran dezir y procurar los mejores oradores del mundo, pues con ella se refrenavan aquellos temerosos pensamientos que hasta haverla leído le havían atormentado su alma, no menos que los otros desseos de su vista que sin un solo punto cessar la aquexavan.

Algunos días estuvieron en Colonia Darinto y Banortes, en cabo de los cuales, despidiéndose del príncipe Nestarcio y de sus buenos amigos Aspalión y Asserina, cuyos huéspedes havían sido, y de Astreo y los otros de quien devían, partieron para Ungría. Y sin les acaecer cosa que sea para en escrito poner, llegaron a Belgrado, adonde fueron de los reyes, sus señores, con mucho plazer recibidos, y de sus amigos, señaladamente Darinto, el cual, assí por su muger como por todos los de la casa del rey, era tenido por muerto. Y d'ellos supieron los reyes todas las nuevas del príncipe Valerían y las otras que en Colonia se contaron, con que muy ledos fueron y no menos con haver sabido muchas particularidades de la hermosura de la princesa Flerisena. La cual por aquellos cavalleros, cuan altamente se les otorgó, havia sido encarecida, aunque no quanto se devía, según eran todas sus faciones perfetas.

Dos días después de llegados supo Banortes cómo su padre Alenor era muerto, de que no dexó de mostrar el sentimiento que como buen fijo e sesudo era obligado. Por donde, assí por aquello como por ser su esfuerço y bondad conocidos, el rey lo casó con una donzella de la reina, la cual era fija de un cavallero a quien dezían Frabortén, a maravilla rico y honrado. Con que Banortes perdió los viejos desseos de Arдания y se aconsoló de la muerte de su padre, cobrando el otro, del cual, assí por su riqueza como por la bondad y virtudes de que era dotado, se hazía mucha cuenta en la casa del rey, su señor.

¶Capítulo xvj. De cómo oída por el príncipe Nestarcio la causa y desculpa de Boralda, la mandó sacar de la torre en que estuviera presa, dándole por cárcel sus palacios y toda la ciudad de Colonia, hasta que fuessen sus fechos del todo despachados.

Más havia de un año que estava presa Boralda sin que de su fecho se hablasse, causándolo que en todo aquel tiempo el príncipe Nestarcio tuvo cortes para poner assento en muchas cosas, assí de la justicia como otras,

en las cuales consistía el bien público y universal de todo el imperio, como aquel que era fijo del emperador Octavio. El cual, mientras vivió, nunca cesó de mirar y proveer por el beneficio de sus pueblos, porque al tiempo de dar la cuenta de su regimiento no se le diese culpa por el Alto Señor, el cual tan estrecha la recibe de los que en este siglo semejantes o mayores cargos tienen, que al dar d'ella cada uno querría haver sido un simple pastor.

Pero después que hubo entendido en el assento universal, quiso entender en fechos particulares, y entre los otros en el de Boralda, porque había muchos días que estuviera presa, a la cual no pesó por ello, porque tuvo por cierto que havida consideración de su larga prisión, se le menguaría la pena y el castigo que merecía. Por donde traída un día delante el príncipe Nestarcio, para dar razón contra la culpa que le imponían y en la cual fue hallada, fincando sus rodillas en el suelo, le dixo y suplicó que su fecho no se librase por el rigor de sus leyes, sino por la equidad e misericordia con que contra las flacas y lastimadas mugeres se devía proceder. E que dexada aparte su fragilidad se considerasse que, siendo ella como había sido casada con cavallero, cuya voluntad buena o contraria había de seguir, pues no se ofreciese en ello cosa contra la fe y religión cristiana, ni la fidelidad que a sus reyes devían, no se le podía de derecho dar tal culpa que pena alguna corporal mereciesse, sino en caso que se provasse, lo que jamás se probaría pues era contra verdad, que la intención d'ella hoviesse sido tan dañada como la de su marido. Porque no la tuvo más de cuanto la conjugal obediencia la obligava, porque si su intención y consejos se hoviessen seguido, jamás a ningún cavallero se fiziera desservicio ni pesar, ni quedara ella biuda de marido e hijo, los cuales por razón de su mala costumbre le habían muerto, ni se viera en aquella prisión con tanta soledad y miseria, ni con necessidad de pedir merced y perdón del pecado que nunca cometió. Pues todo lo que por ella se había fecho, había sido por fuerça y mandado de aquél a quien para tanto mal de todos se le otorgava poderla mandar y forçar. Y que no creyesse que desseava la vida, porque tuviesse esperança de jamás ser leda ni menos alcançar algún género de alegría, sino por escusar si podía su muerte con nombre de falsa y traidora contra los cavalleros, los cuales por las dueñas y donzellas, assí como ella cuitadas, ofrecían sus cuerpos a grandes peligros, no dexando de aventurar sus vidas.

Y con muchas lágrimas después de aquello, le tornó a suplicar que de su honra y vez se doliesse, acordándose que, puesto que en aquel caso fuesse juez, no dexava de ser cavallero, cuyo orden no lo obligava menos a que d'ella, como dueña cuitada, se

huviessse de doler. Y como el príncipe Nestarcio tan virtuoso fuesse y a misericordia inclinado, oída la razón de aquella dueña, con los oídos y corazón que para ella convenían, no dexó de conocer que sus razones, acompañadas de su larga prission, mucho le menoscabavan la culpa, añadiendo a ello la afrenta y vergüença que se le había fecho y padeciera en tan largo camino, y en aquella sazón no dexava de padecer. Y como viesse con cuantas lágrimas le había suplicado que d'ella se doliesse, acercándosele a la parte de la equidad y misericordia que Boralda pidiera, y dexado el rigor de la justicia, con el cual, siguiendo las leyes de su imperio pudiera contra ella proceder, determinó de la dexar con la vida para mayor emienda de su pecado.

Y le dio por entonces por cárcel sus palacios y todo el término de la ciudad, hasta que con mayor acuerdo su fecho fuesse del todo determinado. La cual sentencia y merced la dueña dixo que humilmente recebía. Y mandada levantar la llevaron a una cámara, adonde había de estar con otra muger para su servicio, fasta que aquella prission le alçassen y se le otorgasse cumplida libertad. D'esta manera quedó aquella dueña en casa del príncipe Nestarcio, aunque mucho más le valería a Valerián haverla dexado en su castillo o embiado al rey Tindareo, porque no hiziera tanto mal como adelante se dirá.

¶Capítulo xvij. De cómo navegando Florianteo con su compañía, la tormenta los echó en un puerto de la ínsula Cefalia, y de lo que ende les sucedió.

Con gran plazer anduvieron su camino por el reino de Denamarca Florianteo con Aliarte de Irlanda y Gonadiel, hasta llegar a una villa, puerto de mar, contra el reino de Escocia, la cual se dezía Trenea, adonde hovieron de descansar ocho días, porque Florianteo acabasse de curar de sus llagas, en las cuales fasta llegar ende, por el trabajo del camino, no se alcançó mejoría. Y entretanto entendieron en buscar un buen barco en que passar pudiesen a la Gran Bretaña, y en remediar sus armas y adereçar las provisiones que convenían.

Passados los ocho días, una mañana, diziéndoles que el tiempo les había endereçado, se embarcaron en un barco assaz grande y rezio. Y no fueron seis leguas dentro de la mar que el viento començó de crecer y las ondas embravecer, tanto que en

poca pieça la altitud d'ellas les fizo perder la vista de la tierra, señaladamente cuando en lo baxo de las ondas se hallava el barco. Todo lo qual passavan con buen coraçón, pues el viento no les era contrario y la bondad del barco podía çufrir aquella y mayor tormenta. Y si no se moviera otro viento hazia la mano izquierda, que era a la parte de medio día, bien se çufrieran, aunque el primero que llevaban hoviesse dos tanto crecido. Pero como los dos vientos fuessen tan rezios y tempestuosos como contrarios, començaron de traer tan grandes nuves y tan oscuras, que el cielo, que poco antes se mostrava muy claro, se fizo tan cerrado y oscuro, con tal granizo y lluvia, que si fuera de noche no se vieran menos.

Pero lo que más les hazía temer era que quanto más iva, tanto más se acrecentava la furia de las ondas y vientos. Por donde, a causa de no perecer, determinaron seguir al que de los dos venía más furibundo, bolviendo el governalle hazia la parte que el mayor viento mandava. Con el qual navegaron todo aquel día con algo menos esfuerço del que con el pirmer viento tenían, aunque todavía confiando que al ocase del Sol, como las más vezes acostumbra, afloxaría. Lo que muy al revés de aquel pensamiento les sucedió, porque venida la noche, creciendo sin ninguna proporción aquella tempestosa fortuna, no temiendo ya más remedio de aquél que se otorga y embía por el Alto Señor en semejantes o mayores necessidades, trabajaron por se ayudar de todo lo que podían de abaxar las velas. Lo que con no menor peligro se fizo, porque, puesto que el peso de las entenas muy grande fuesse, el viento era tan sobrado, que no solamente las sostenía sin que abaxar pudiessen. Pero era mayor maravilla cómo con tanta furia no alçava el barco y se lo levava sin tocar en las ondas.

Y lo que después del primer socorro para aquello más aprovecho fue, la gran diligencia y sabiduría de aquellos marineros, muchos de los cuales eran muy diestros en aquel exercicio. Y con sus fuerças e ingenios, muchas vezes experimentados, pudieron abaxar las entenas a pesar del viento, con que cobraron alguna más confiança que de antes, pero no tanta que ninguno d'ellos creyesse salir libre de aquella fortuna que tan afligidos y perdidos los llevava, tanto que no sabían ni podían atinar en que parte eran, ni a dónde havían de parar. Con la qual anduvieron otro día e otra noche sin cobrar más tino que de antes.

En cabo de los cuales, una mañana, antes que el Sol saliesse, se fallaron muy cerca de tierra, al tiempo que començava de cessar aquel tempestoso viento que ende los havia traído. Y quando más a la tierra se acercavan, tanto más hallavan la mar con menos furia, por donde la tristeza de todos se convirtió en mucha alegría, dando gracias

a Nuestro Señor por los haver librado de aquella tan peligrosa tormenta en que se vieran. Y cuando junto a la tierra fueron, sacando sus cavallos y armas, descendieron en el puerto con gran desseo de tener los pies en la arena, pareciéndoles que con aquellos estarían del todo seguros.

Y después que una pieça se huvieron folgado, subieron a lo más alto que cerca de donde havían desembarcado se les ofreció, por ver si descubrirían algún poblado o camino que los pudiesse guiar. Pero por mucho que cataron a todas partes ninguna cosa vieron de lo que buscavan, porque era aquella tierra tan abundosa de árboles, que no parecía toda sino un muy espesso monte. Por donde, comenzando de caminar por la parte que más les plugo, a muy poco rato llegaron a una fuente tan hermosa y tan bien labrada, que ninguno d'ellos se acordava haver visto su semejante, porque saliendo el agua de una peña hecha y tajada a semejança de un cavallo, caía en una pilar muy grande, en el cual había ocho esquinas. De las cuales salía otrosí una cabeça de cavallo de la mesma piedra, e de todas las ocho cabeças caía el agua en otro pilar más baxo, tan ancho y tan grande que toda el agua recibía en sí, sin que una sola gota se mostrasse caer a la parte de fuera, aunque no dexaron de creer todos que por lo baxo d'el debía haver, como era la verdad, algún ojo o caño por los cuales aquella agua discurría. Porque de otra suerte, según la gran cantidad d'ella, muy presto lo hoviera henchido y regado mucha parte de la tierra. Y puesto que el suelo de aquel pilar más baxo, de más de tres estados de hombre fuesse hondo, era el agua que en él había tan clara y tan limpia, que tan sin pena e impedimento se mostravan las piedras de diversos colores de que estava hecho, como si no hoviera hondura de medio estado.

Y aunque los cavalleros con mucha razón devían aborrecer todo género de agua, según venían fatigados de haver visto tan grande abundancia d'ella y por tantos días, que si se les otorgara sepultura en la tierra, quasi tuvieran por bien empleada su muerte, por no hazer de sus cuerpos cevo a los grandes y hambrientos peces, assí se deleitavan en mirar aquella agua y el hermoso artificio de aquella fuente, como si para gozar de aquello fuera ende su venida, señaladamente después que vieron al derredor d'ella el más deleitoso y aplazible lugar para descansar y comer que se podía considerar, assí por estar tan cercano a la fuente, el agua de la cual no era menos fría que la nieve, como por los grandes y hermosos árboles que con sus no menores sombras todo aquel espacio cubrían. Junto a los cuales había muchas mesas y sillas, hechas y labradas de las mesmas piedras y colores, en que se podían assentar.

Por donde, viendo el aparejo que se les ofrecía para gozar de aquel descanso en compensa del espanto y temor que en su fortuna habían tenido, acordaron que sus escuderos fuessen al barco y fiziessen traer ende lo que para su sustentación traían. Lo que no tardó en cumplirse por la poca distancia que había dende hasta el puerto en que surgieran. Y después que huvieron a todo su sabor comido y descansado, como en todo el tiempo de la passada tormenta a ninguno d'ellos se huviesse otorgado sueño, con los recelos que en cada punto se les ofrecieran, teniendo tan buen aparejo para desquitarse del todo en aquel tan sabroso lugar, haziendo de la verde yerva que ende había muy descansados lechos, según el sabor y desseo tenían para los gozar, se echaron con tanto descuido a dormir, como si en los más fuertes y velados castillos de todo el reino de Londres se hallaran.

Y como los aparejos para ello fuessen tan cumplidos como se vos ha dicho e agora oiréis, tanto tiempo les duró aquel sabroso sueño, que cuando recordaron ya passava media noche, ayudando a lo no interromper, assí el aplazible estruendo del agua y de las ramas de los árboles, que movidas del suave viento con el otro concordavan, como por ser aquella agua de tal cualidad, que a cualquier que la bebiesse acarreaa incomparable sueño. Bien creía cada uno d'ellos al tiempo que recordaron que solamente se passavan por la mar fortunas, y que el lugar en que se echaran no era de menor quietud y seguridad que de deleite y frescura. Pero como en este engañoso siglo, en el tiempo que nos parece estar más descansados y ál seguro, permita el Alto Señor que mayores peligros se nos ofrezcan. Porque no nos reposemos en las prosperidades y deleites que en él alcançar se pueden, sino que estemos siempre previstos, por razón de los lazos que dende nuestro nacimiento nos tiene el enemigo malo armados, para que en ellos no caigamos, lo que si aquellos cavalleros fizieran, pudiera ser que no se vieran en el peligro que se vos dirá.

Acaeció que, acabando de recordar, cobrados por todos sus primeros sentidos, se fallaron desarmados en parte que no sabían ni podían atinarla, porque puesto que fuesse una cárcel, en la cual había una finiestra, como cerrada estuviesse y de noche, no la podían ver, causándolo que estava en lo más alto d'ella. Y como hablándose juntos se fallassen, mucho se esforçaron, puesto que no dexavan de considerar que el peligro presente no era desigual a la fortuna passada, pues no sabían en cuyo poder se hallavan, ni tenían sus armas ni libertad para se defender. Por donde, con no menos desseo que temor, atendían que les dixessen adónde estavan, y cómo e por qué razón los prendieran. E si aquella escuridad era por razón de la noche, que viniessse la luz del día.

Pero cuando comenzó de amanecer e vieron por las hendeduras de la finiestra entrar la claridad, no lo tuvieron por pequeño remedio. Por donde, subiendo Florianteo sobre los ombros de un escudero de los suyos, alcanzó a la finiestra, abriendo la cual, no vido más de una rexa que en ella había y la mar. Y después de haver estado ende una pieça, por ver si sentiría otra cosa, decendió, diciendo a Gonadiel y Aliarte lo que viera. E como al tiempo que decendiera ya fuesse el día más claro, vieron que la cárcel en que estaban era hecha de una grande y fuerte bóveda, en la cual se entrava por una pequeña puerta de fierro, maravillándose que tan rezio huviesse sido sueño que los huviesssen desarmado y traído en aquella cárcel, sin que por alguno d'ellos se sintiesse. Aunque Florianteo dixo que él bien lo había sentido todo, sino que le parecía que lo ensoñava y que folgava tanto en dormir, que, puesto que se le otorgara recordar, no lo procurara según aquel sueño le era sabroso.

–Bien caro me parece que nos cuesta el sueño –dixo Aliarte–, aunque más precio hallarme aquí preso, pues no es menos que no estemos en poder de personas que en el barco en medio de las furiosas ondas, puesto que la prisión de Xentropoleo no la tenía yo por menos peligrosa.

–Hasta ver quién me prendió –dixo Gonadiel– y saber por qué causa, no se cuál sea más peligroso, pues no era sólo Xentropoleo el que matava los cavalleros que a sus manos venían. Por donde plega a Dios que éste, en cuyo poder estamos, no sea peor, y que en salir d'esta prisión no tengamos menos ventura.

Y puesto que todo aquello dixessen, no dexavan de se esforçar, pareciéndoles todavía que todos los peligros de la tierra no igualavan con los de la mar. Pero de que ya passava de medio día e viendo que nadie les hablara ni les traía con que matar pudiesen la hambre, que ya comenzavan de sentir, Gonadiel comenzó de dezir a Florianteo:

–Si Dios de aquí nos libra, señor, mi parecer es que siempre que a dormir fuéremos, nos hagamos velar como castillo de omenage.

–Ya pluguiesse a Dios que en esso estuviésemos –dixo Aliarte–, porque aun con essa diligencia no me ternía por seguro.

–Vosotros podéis dezir lo que quisiéredes –dixo Florianteo–, pero no me parece que sea tiempo éste ni sazón para burlarse, sino de rogar a Dios, pues nos otorgó remedio para el sueño, que no nos la quite para el hambre.

Con aquellas y otras razones estaban Florianteo con sus cavalleros esforçándose, como aquellos que en semejantes casos mostravan el quilate de su valor y esfuerço. Y

en el mismo tiempo vieron abrir una pequeña finiestra que había en la misma puerta de fierro a la parte de arriba, en la cual se mostró una donzella assaz hermosa que les dixo:

–Por cortesía me dezid, cavalleros, si hay entre vosotros alguno que sea de la Gran Bretaña.

–Antes de vos responder, hermosa donzella, quería saber de vós por qué lo preguntáis –dixo Florianteo.

–Porque assí me lo han mandado –dixo la donzella.

–Pues diréis al que vos lo mandó –dixo Florianteo– que, puesto que todos lo[s] que aquí estamos somos para vos servir, ninguno hay que sea d’essa tierra, aunque no la tengamos por mala.

–A Dios merced –dixo la donzella–, que no habrá tanto mal como yo cuidava.

–¿Cómo tan mal quieren en esta tierra –dixo Florianteo– a los de la Gran Bretaña?

–Tan mal –dixo la donzella–, que si alguno que yo sé vos oyera dezir la buena, pudiera ser que no vos viniera algún provecho d’ello. Y puesto que me hayan mandado que de todo lo que vos dezir oyesse, les hiziesse relación, no es mi voluntad que ninguno de vós muera de tan cruel muerte, como se vos daría si supiesen que sois de la Gran Bretaña. Por lo que yo amo y precio los buenos cavalleros, señaladamente a los que son de alto fecho d’armas, como en vosotros se parece.

–A vós muchas mercedes –dixo Florianteo–, porque de tan leal donzella no se había de esperar otra cosa.

Y puesto que la donzella aquello les huviesse dicho, no carecían de engaño sus palabras, aunque no por su voluntad, sino por obedecer a su padre que assí se lo tenía mandado. El cual todo lo que passaran había oído, y trabajava con el engañoso medio de su hija saber de los cavalleros que prendía si eran de la Gran Bretaña, por vengar la muerte de dos hermanos suyos que le mataron ende, al tiempo que el rey de Escocia tenía guerra con el rey Laristeo, por razón de las parias que después le hazía dobladas, según en la primera parte se os contó, los cuales habían ido en servicio del rey de Escocia. Por donde el padre de Balisar, que assí se dezía el cavallero, señor de aquella ínsula, la cual se dezía Cefalia, en cuyo poder estavan Florianteo y su compañía, hubo tanto pesar de aquella muerte de su hijos, que adoleció de una muy grave dolencia de la cual murió. Pero antes que muriesse, llamando a Balisar, el cual quedava heredero assí de sus bienes como de sus malas intenciones y obras, le encargó y mandó, so pena de su maldición, que a cualquier cavallero de la Gran Bretaña que ende aportasse, no

perdonasse la vida, hasta que huviesse muertos cincuenta cavalleros, en compensación y vengança de la muerte de sus dos hermanos.

Y como Balisar no dexasse de serle hijo e muy obediente, señaladamente en lo que se le mandava, por ser exercicio y essecución de fechos y obras semejantes a las de sus padre, se lo prometió de cumplir con tan entera voluntad como después se mostrava por la obra. Y al tiempo que se lo acabava de prometer con muy solenes juramentos, por lo dexar más satisfecho, el viejo partió d'esta temporal vida para la otra, adonde se ha de creer que recibiría de su infernal ira y ravia el cumplimiento y satisfacción devidas. Y como sea cosa natural los hijos no salir del vientre de sus madres sin la sustancia de sus padres, de la cual son engendrados, assí como después no salen de sus casas sin buena parte y porción de sus bienes, no quiso Balisar en todo ni en parte degenerar, pues, quedando con la sustancia e bienes de Creonte, que assí se dezía su padre, no era razón que perdiesse el derecho que tenía a sus obras.

Por donde muerto Creonte y fechas sus obsequias para mayor pompa que sufragio, Balisar, desseando cumplir la voluntad de su padre, por no incurrir en la pena y maldición que de su inobediencia le podían sobrevenir, sabiendo que el agua de aquella fuente en que Florianteo con su compañía fue preso, tenía propiedad de acarrear muy gran sueño a los que la bevían, fizo labrar aquellos pilares y cabeças con el cavallo que ende vieran, y las sillas y mesas para comer, porque los que en aquel puerto aportarían, viendo el aparejo que había ende para descansar, comiessen y beviessen a su sabor. Y al tiempo que del castillo en que él estava, vían venir algún navio hazia aquella parte, ponía sus espías por ver si aportarían ende. Y cuando al mejor sueño dormían, venía con sus hombres y una carreta o muchas, según era menester, llenas de heno, en que los hazían llevar al castillo, el cual, puesto que no huviesseen visto Florianteo con los otros cavalleros de lo alto del puerto, no estava lexos de la fuente, sino que la espessura de los árboles ponía estorva para que se ver pudiesse. Y después, por saber si eran cavalleros y de qué nación, fazía venir a la puerta de la cárcel a su fija para se lo prenguntar, estanto él junto a la misma puerta, porque de su propia hija aún no se fiava, assí como entonces estava.

Por donde con aquel engaño ya había muerto y robado más de quinze cavalleros, de los cuales no se sabía su muerte, porque dentro del mismo castillo los hazía morir de hambre y de sed, o con los echar a dos esquivos leones que en él tenía. Y como del uno d'ellos huviesse sabido que el príncipe Florianteo iva por el mundo, tenía tan gran

diligencia en prender cuantos a su isla venían, por ver si su dicha o por mejor dezir desventura lo trahería ende, que siempre tenía espías y velas porque ninguno se le fuesse.

Pues habiendo oído Balisar que no eran de la Gran Bretaña, mandó que de comer les diessen hasta saber mejor sus haziendas. El cual les traxo Cornicia, que assí se dezía la donzella, la cual no pudo tanto aguantar la obediencia y mandamientos que a su padre devía y se le había fecho, que el gesto de Florianteo no los sobrasse, haziéndole dezir más de lo que a su padre convenía, sin ser en su mano la resistencia. Porque de la primera vez que lo vido y habló, fue d'él tan pagado, y otrosí cuando el comer les traxó, que aquella mesma noche, movida de aquel que en semejantes casos todo lo puede y manda, al tiempo que su padre dormía, vino a la puerta de la cárcel y llamando muy a passo a Florianteo le dixo cómo ya se devía acordar que aquella mañana le había dicho que nunca a Dios pluguiesse que por su causa ningún cavallero huviesse de morir, quanto más él y los otros que tan buenos parecían.

Y que por ende lo certificava que todo lo que le dixera había sido por saber la verdad de aquel fecho. Y que tuviesse por cierto que si su padre supiesse que ellos eran de la Gran Bretaña, sólo Dios era para los librar de muy cruel muerte bastante. Y que pues ella había dicho que no era su voluntad que por su causa los cavalleros huviessen de peligrar ni morir, por ende le venía a dar aquel aviso, assí porque conociesse que ella no cabía en el engaño de su padre, como porque por ninguna vía dixessen bien de aquella tierra. Y porque si tenían nombres él y sus compañeros de los cuales se pudiesse engendrar alguna sospecha que fuessen de la Gran Bretaña, se los mudassen poniéndose otros. Y estuviessen en todo lo que se les preguntaría tan concordés que se no fallasse en ellos alguna variedad, certificándolos que si la hallavan, con muy crueles tormentos les harían dezir más de los que d'ellos querrían saber. Y que en compensa y satisfacción de las engañosas palabras que, por cumplir lo que se le había mandado, dixera, fiasse d'ella y no dudasse en lo que había oído, que no lo passarían mal ni se verían en peligro. Porque tenía por cierto que, puesto que por él y sus compañeros no le fuesse agradecido aquel servicio, Nuestro Señor, al cual no era oculta la causa que a lo fazer la moviera, no se lo dexaría de poner en cuenta por satisfacción de sus pecados.

Oído por Florianteo lo que Cornicia le dixera, se lo agradeció con tan humildes palabras y le dio por ello tan cumplidas gracias quanto se lo otorgó. Y por la dexar más satisfecha, conociendo que venir ella ende a tal hora y para aquel efecto no procedía de poco amor, le ofreció su persona y servicio con tanto cumplimiento que Cornicia se bolvió a su cámara muy contenta, dexando a Florianteo con sus compañeros. Los cuales

aquella noche acordaron todo lo que havían de hazer y dezir, estudiándolo tan bien como convenía, pues el sueño no les ponía impedimento, acordándose que les iva en ello lo que más se trabaja de guardar después de la honra, aunque ay muchos que a la vida la posponen lo que proceder no puede sino de su gran vileza, pues precían más la vida desonrada que la muerte honorosa.

¶Capít[u]lo xviiij. De cómo Florianteo con sus cavalleros fueron librados de la prisión de Balisar, al cual ya dos escuderos suyos levó presos a su barco, dexando ende a Neophal, uno de los escuderos de Florianteo, en compañía de Cornicia.

Otro día por la mañana, Balisar vino a la puerta de la cárcel, y después que hubo abierto la ventanilla que en ella había, preguntó a los cavalleros que ende estaban presos que cuál d’ellos era el principal. Y que dixessen verdad sin temor que por la dezir les pudiesse venir algún daño. Al cual Aliarte dixo:

–Como nuestro oficio, virtuoso cavallero, no sea para enojar a nadie, sino para servir a cualquier que nos menester huviere, poco tememos que por dezir verdad, sin nos hazer muy gran prejuizio, algún daño pueda sucedernos, quanto más teniendo tan buen seguro, con el cual no havríamos de dudar de dezir cualquier cosa que conocidamente supiésemos ser contra vuestra voluntad y servicio. Por donde si entre nós huviesse alguno que a los otros excediesse, no se vos dexaría de dezir, pues quando de mayor estado fuesse, más razón habría para tenerle algún respecto, el cual a nosotros no se deve.

–Pues dezidme vuestros nombres –dixo Balisar– y para dónde era el fin de vuestro viage quando en esta mi ínsula aportastes.

–A mí –dixo Aliarte–, señor, dizen Sarmedín, y a este mi cormano Frusendio y a este sobrino d’entrambos Tredareo. Los cuales e yo, hallándonos en el reino de Denamarca más ricos de contentamiento que de otros bienes, acordamos de ir juntos al rey Tindareo, por ver si nos querría recibir en su servicio. Y como en esta sazón todo su reino esté en paz y los reyes d’este tiempo no quieran servirse de sus vasallos sino para sus propios provechos, ni de los cavalleros sino quando les pueden hazer lazerar esso poco que les dan y aventurar mil vezes cada día las vidas, claramente nos mandó dezir

que el mundo era mayor que su reino y que anduviésemos por él. Porque si tan buenos éramos como nos vendíamos, no nos faltarían assentos. Aunque con todo esto nos mandó dar algún haver para nuestro camino, lo que no le agradecemos poco, según lo havíamos menester. Y como ende no hallássemos el aparejo que convenía a nuestro intento, acordamos de venir al rey de Escocia, el cual, como tenga su reino en medio de Denamarca y la Gran Bretaña, lo más del tiempo acostumbra de tener guerra con alguno d'ellos, por ver si hallaríamos ende lo que en Denamarca se nos negó. Y para lo poner en efecto nos embarcamos en Trenea, que es una villa puerto de mar contra la tierra de Escocia, hoy ha cuatro días. Y ha nos seído el tiempo tan contrario, quanto después nos sucedió próspero en ser venidos en vuestro poder, a quien no serviremos menos que a cualquier de los reyes que dixe, si d'ello servido fuéredes. Porque en fin aquél tenemos nosotros por rey e señor que nos da con qué bivar podamos, pues nuestros desseos no tiran a hito más alto. Y si más de nós saber quisiéredes, más vos diremos hasta que vos enogéis de nos interrogar.

Tan bien supo Aliarte encubrir y enredar su fazienda y de los otros, que los no dexó menos maravillados que a Balisar satisfecho. El cual assí lo creyó, porque la noche antes havia sabido de los marineros del barco cómo havían partido de Trenea y que les havia seguido aquella tormenta con que ende havían aportado. Y como no pudiesse saber otra cosa, pues no havia de quien se pudiesse más informar, assí lo tuvo por cierto como lo havia dicho Sarmedín. Por donde mucho le pesó por los haver prendido. Y cuasi en el mesmo instante determinó de los sacar ende y otorgarles libertad para que se fuessen, sino que le parecía que su corazón lo retraía de aquel pensamiento como muchas vezes acontece, assí en las determinaciones buenas como contrarias. Por donde él mismo se maravillava d'ello, pareciéndole que allá dentro le dezían que más havia de lo que le dixeran. Por donde no quiso assí precipitadamente librarlos sin hazer algún otro examen, porque todavía tenía imprimidas en la memoria aquellas palabras de Tredareo, quando dixo que no tenía por mala tierra de la Gran Bretaña. Y que aquello no se podía dezir sino por gran causa que lo moviera a lo dezir, otrosí porque la apostura y maneras d'él no señalavan ser cavallero de baxa guisa.

Pero hizo que su fija les diesse mejor recaudo que el precedente día, y dos lechos en que durmiessen, mandándole que pesquisasse por todas las vías que lo hazer pudiesse, si podría saber alguna cosa más de sus haziendas. La cual muy ageno tenía de aquello su pensamiento, aunque prometió a su padre de lo hazer como le era mandado, diziéndole que no menos creía ella que se querían encubrir, lo que dezía, assí por tomar

mayor crédito y fe con su padre, como porque no librase tan cedo a Florianteo, a quien ella mucho amava.

Pues habiendo ya pasado tres días que los cavalleros estaban ende presos, y que su hija no havia podido descubrir más de lo que, el primer día y el otro después, supieron, determinó libertarlos, aunque mucho contra su voluntad, cuasi pronosticando su venidero daño. Lo que no quiso que se fiziesse de manera que él mostrasse ser d'ello contento, sino que al tiempo que su hija les huviesse dado de cenar, dexasse la ventanilla, que en la puerta de la cárcel havia, abierta, sin cerrar con la llave la cerradura que estava a la parte de fuera. Porque, viendo ellos que quedava abierta, no sería menos que no tentassen si se les otorgaría salir, lo que luego podrían cumplir, pues con mucha facilidad, no estando echada la llave, podrían abrir el cerrojo e irse luego.

Y assí como lo determinó, lo dixo a su hija, a la cual mucho pesó de aquello, porque no quisiera que tan cedo se fueran, por la razón que se vos ha dicho. Pero determinó de cumplir el mandado de su padre, porque después no acordasse otra cosa. Por donde venida la noche, al tiempo que se despedía de Florianteo, al cual havia dado muy bien de cenar, le dixo que, porque viesse cuán grande era el desseo que tenía de su bienandança e libertad, ella le dexaría aquella ventanilla abierta y el cerrojo sin llave, con las puertas del castillo abiertas. Porque no podía çufrir que él ni sus compañeros por su medio tuviessen nombre de presos, y que por ende le rogava la tuviesse siempre en su memoria. Pues podía ser que, por le otorgar aquella libertad, quedasse ella para muchos cativa y no sin gran peligro de su vida. Lo que, pudiéndose atribuir a diversos sentidos, Florianteo le agradeció como convenía, diziendo que se maravillava d'ella, que haziéndole tan cumplida merced lo tuviesse por tan desconocido que no se le acordasse sobre todos los días de su vida. Y porque conociesse que no desseava aquella libertad, dexándola en peligro, más preciava quedar ende para siempre preso. Pero si todavía tenía por bien de lo libertar, la rogava que en su compañía se fuesse, ofreciéndole con todas las promessas que se le otorgaron, que assí en su honra como en sus bienes no sería prejudicada un solo punto, antes acrecentada conforme a la buena obra y merced que d'ella recibía.

El cual ofrecimiento Cornicia dixo que le tenía en grande merced, y que, puesto que en lla huviesse otros y muchos defectos, no pluguiesse a Dios que jamás fuesse en compañía de hombre que no fuesse su padre o marido, pues de hermanos carecía. Por donde preciava más hazerle aquel servicio, quedando en el primer peligro que dixera, aunque dudoso, que tentar el segundo que era cuasi cierto y dañoso, pues aunque se

siguiese la essecución del primero, no se podía perder más de la vida sola. Y siguiéndose el segundo, no podían dexar de se perder la vida e honra juntas.

En no menor estrecho se vido Florianteo, oídas las palabras de Cornicia, que fue el contentamiento que d'ellas tuvo, porque por una parte era cuasi requerido de casamiento, y por la otra no menos forçado de salvar la vida de aquella donzella, la cual, por la servir, no desdeñava de la poner en aventura, no la preciando más que si después de perdida le fuera otorgado cobrarla; por donde no sabía qué le responder. Pero en fin determinó de dezirle que pues la confiança que en él mostrava tener, no correspondía al desseo que él tenía de le satisfazer aquella merced, que le permitiera por su parte no se le podía ofrecer más de su persona e vida, para siempre que del servir se quisiese, assí para aquel peligro en que dixera que temía verse, como para cualquier otro que pudiesse sobrevenirle. Aunque todavía le parecía que para sanear todo, era lo mejor y más seguro que ende no quedasse.

Lo que por Cornicia le fue agradecido, sin consentir en su último acuerdo, conociendo que en aquel punto no le había satisfecho, según su intención, confirmando por aquello mucho más la sospecha que ella e su padre tenían: que era cavallero de alta guisa. Porque si tan pobre fuera que tuviesse necessidad de quitación para passar su vida, haviéndosele por ella muy claramente ofrecido su persona como a marido, no la desdeñara con tan rodeados achaques y llenos de dissimulación. E si esta sospecha no tuviera, siendo d'él tan pagada que sola la primera vez que lo vido, y tanto que aquel amor la forçara que de su lecho se levantasse para le venir a hablar y darle tan saludables avisos, no consintiera que se partiera dende hasta lo haver alcançado por marido.

Pero pues en lo de la libertad quedavan tan conformes como en lo de las otras intenciones y desseos diferentes, Cornicia se partió dende con no menos tristeza que Florianteo y los otros cavalleros, cuando supieron aquellas tan alegres nuevas, sintieron alegría, agradeciendo cada uno, por la parte que le cabía, a aquella donzella el bien y merced que les había ofrecido. Y cuando les pareció hora y sazón convenientes para salir de la cárcel, con muy poco trabajo abrieron la puerta del castillo, tan a passo y con tanto silencio, que no parecía que tuviessen pies ni lengua.

Y como abierta la fallassen, muy bien conoció Florianteo que Cornicia le había dicho en todo verdad. Pero como sospechassen que si salían del castillo luego les cerrarían las puertas, por donde no podrían castigar a Balisar y a sus escuderos, según merecían, acordaron, pues de la noche aún quedavan más de cinco horas y la luna les

hacía muy clara, que el uno de sus escuderos fuese a su barco, pues a orilla de la mar no podría errar el camino, e con los marineros que ende hallaría fiziesse traer las espadas y otras armas que tenían lo más cedo que ser pudiesse. Porque con aquello sobraría aparejo para tomar el castillo, aunque los que en él bivían seis tantos fuessen.

Lo que por el escudero a quien se encomendó, se fizo con tan cumplida y voluntaria diligencia que dos horas antes que amaneciese llegó ende con los marineros y armas que había de traer. Con que, armándose lo mejor que pudieron, entraron en un palacio antiguo que cerca de la puerta había, mandando al mismo escudero que con los marineros saliesse del castillo y se pusiessen en parte que fácilmente pudiesen ser descubiertos, porque si en la mañana salían a ver si eran salidos, creyessen que sí y que ninguno quedava dentro. Lo que mucho aprovechó para su intención, porque Balisar, el cual muy poco había aquella noche dormido con aquel pensamiento que los presos se habían de ir, viendo que ya el día se acercava, llamando uno de sus escuderos, le dixo que subiesse a una torre y viesse si descubriría alguna gente. Y hasta que los huviesse descubierto o que fuese de día, no se partiesse dende. Pero que si la descubría, se lo viniesse luego a dezir.

Y fue su ventura, o por mejor dezir, desdicha, que al tiempo que el escudero con los marineros salían del castillo, el hombre de Balisar se assomava por entre las almenas de la torre, por donde vido cómo se ivan. Y creyendo que eran los presos, que sin sabiduría de su señor se ivan, con mucha prissa vino a se lo dezir. El cual le dixo:

–Pues ve y cierra las puertas, porque, aunque quieran entrar, no puedan, que mala noche me han dado fasta saber que se eran idos.

Por donde el escudero abaxó para cumplir lo que le había sido mandado, maravillándose que su señor los dexasse ir así, no les haviendo tomado más de las armas y cavallos que en el castillo quedavan. Y dexando cerradas las puertas, se bolvió a acostar, no curando de cerrar las otras que para abaxar al patín poco antes había abierto.

Cuando Florianteo, con los otros que en el palacio estaban, sintieron cerrar las puertas, luego creyeron que haver visto salir los marineros, creyéndose que eran ellos, había sido la causa. Por donde a poco rato e muy a passo, porque sentidos no fuessen, subieron a lo alto, dexando a Gonadiel para guardar las puertas, porque ninguno pudiesse dende salir sin su voluntad. El cual estava tan esforçado con una espada y capellina orinienta, y por escudo un pavés cuasi galiciano, que muy fardidos habían de

ser los dos cavalleros, que armados de todas sus armas, se quisieran atrever a lo tornar preso en la cárcel de donde saliera.

Y cuando por una sala entraron, Balisar, pareciéndole sentir passos con el recelo que tuviera y de tener no dexava, aunque creyendo que el escudero que era baxado a cerrar las puertas era, lo llamó por su nombre, diciendo:

–Di, Acrineo –que assí se dezía el escudero–, ¿cerraste las puertas como te mandé?

–Sí, señor –dixo Aliarte, disfraçando su boz lo mejor que pudo.

Aunque Balisar no se asseguró tanto que se no levantasse muy presto, por ver si era Acrineo el que le respondiera, pareciéndole que no era aquella su boz. Y al tiempo que alçava un paño que delante la puerta de su cámara havia, como toda la noche huviesse tenido una vela encendida por el recelo que tenía, vido a Florianteo, de cuya vista recibió tan grande alteración y espanto, que luego, perdidas todas sus fuerças, cayó en el suelo cuasi sin ningún sentido. Al cual, con la mayor presteza que pudieron, baxaron a la torre en que ellos estuvieron presos. Y dexando ende a Florianteo para que lo guardasse, pues quiso tomar aquel cargo por no ver ni oír los llantos de Cornicia, Aliarte con los otros subieron a la cámara de Balisar, en la cual entraron. Y tomando Aliarte la vela que ende ardía, entró en otra cámara que más adentro havia, en la cual hallaron a Cornicia durmiendo con gran sabor, causándolo que como toda la noche no huviesse podido dormir con el pensamiento de la partida de Florianteo, cuando ya amanecía, de cansada se adurmió, de suerte que ninguna cosa havia podido sentir.

Y como Aliarte creyesse que la libertad que tenían, por medio y voluntad d'ella se huviesse alcançado, no quiso recordarla, assí por no le interromper su aplazible sueño, como por no le causar alguna alteración y espanto. Pero acordándose que no era entrado para más de cobrar sus armas, sabiendo que ende las tenían juntamente con las de Florianteo y Gonadiel, con muchas otras por muy buen orden, se començó de armar, ayudándole a ello Neophal, que assí se dezía uno de los escuderos de Florianteo. El cual con él havia entrado, y acabado de armar, dixo a Neophal que cerrasse aquella cámara tras sí, porque la gente de Balisar no pudiesse entrar ende a tomar armas. Pero como el recelo y cuidado siempre sobren a cualquier reposo e cansancio, aunque Cornicia de muy cansada se havia adurmidido, aquel cuidadoso entendimiento que jamás cessa de exercitar su oficio, la recordó, suspirando muy doloridamente, y diciendo:

–¡Ay, Dios, qué sera de mí!

Y como abriendo los ojos viesse lumbre en su cámara e aquel cavallero armado, al cual no podía conocer, creyendo que fuesse su padre, le dixo:

–¿Qué es esto, señor? ¿Por qué causa vos armastes a tal hora?

Y dicho aquello se sentó en la cama. Y cuando vido que las armas no eran de su padre, otrosí dixo:

–¡O, Santa María Señora, valedme, porque muerto es mi señor!

–No es por cierto, virtuosa donzella, sino bivo –dixo Aliarte–, y en poder de quien le no hará más mal ni daño del que por sus obras mereciere. Por ende, folgad y esforçadvos sin temor, que a vuestra honra y persona se faga prejuizio ni desaguisado, pues, allende que no es de costumbre de los cavalleros que aquí somos, es mucha razón que assí se faga por lo que vos devemos.

Y aunque Cornicia muy bien huviesse entendido lo que por Aliarte se había dicho para su consuelo, no por ello dexó de creer lo que de su padre dixera. Por donde cuasi sin algún sentido, tornó a yazer como de antes.

Y como en aquel tiempo ya començasse de se hazer de día, algunos hombres del castillo que habían recordado sintiendo las bozes de Cornicia, luego se levantaron y no sin gran prissa venían para su cámara. Pero como a la puerta de la de Balisar viessen a Aliarte armado, començaron con las mayores bozes que podían a dezir:

–¡Traición, traición, que los presos son salidos y han muerto a nuestro señor Balisar!

Y bolviendo a sus estancias se armaron de las armas que tenían. Con que vinieron a la mesma sala por ver si podrían entrar en la cámara de Balisar. Pero como viessen que por el mesmo cavallero, al cual acometer no osavan, les era entredicho el poder entrar en ella, ivan por todas las partes del castillo, sin saber lo que hazer devían, hasta que llegaron a las puertas d'él y de la cárcel. En las cuales, como fallassen a Gonadiel y Florianteo, tan a punto y determinados en lo que mostravan de guardar muy bien sus personas y las puertas que tenían a su cargo, acordaron de bolver arriba.

Y pues eran ocho o nueve en número acometer a Aliarte, por donde los tres d'ellos que más atrevidos eran, adelantándose de sus compañeros lo acometieron, començándolo de ferir por las partes que cuidavan poderlo más dañar. Pero como sus armas fuessen para resisitir mayores golpes, sin recibir daño ni lisión, bastantes, no pudieron de aquella primera acometida salir con su intención. Porque saliendo a ellos Aliarte, determinado de no emplear en tan vil gente sus fuerças, firió al uno con su espada, aunque de llano, sobre la cabeça, de suerte que luego cayó a sus pies sin algún

sentido, saltándole por los oídos e narizes mucha sangre. Y al otro firió con la punta del pie en el vientre, de tal fuerça que menos se pudo tener que su compañero. Y diziéndoles: «¡quitáosme de delante, villanos ladrones!», hizo como que querría ir contra ellos. Los cuales, como lo venir viessen, espantados de los dos golpes con que derribara aquellos dos hombres, luego començaron de huir con tanto miedo y turbación, que no sabían adónde fuyessen.

Pero de que a la escalera llegaron, viendo que nadie los seguía, se detuvieron. Y havido entre ellos acuerdo de lo que hazer devían, determinaron de no hazer más armas contra los cavalleros, sino pedir perdón por lo que havían fecho.

En aquella sazón ya era buelto Ocernio, que assí se dezía el otro escudero de Florianteo, el cual era salido con los marineros, a los cuales Gonadiel havia llamado después de preso Balisar. Y dexándoles a su cargo la guarda de las puertas, quiso subir a lo alto. Y como los hombres que en la escalera estaban lo viessen venir, poniendo en essecución lo que havían determinado, se le fincaron de rodillas, pidiéndole por merced les perdonasse. Lo que les dixo que era contento de hazer, con que dexassen ende las armas y lo siguiessen. Los cuales, como otra cosa no desseassen, cumplido su mandado lo siguieron hasta la cárcel, adonde los fizo entrar para que fiziessen compañía a Balisar. El cual en aquella sazón ya era buelto en su acuerdo, con harto arrepentimiento de la buena obra que hiziera. Fecho aquello, subió adonde Aliarte estava. Al cual dixo que todo era despachado, pues no havia hombre en el castillo que preso no estuviesse, y de las mugeres no se havia de tener recelo.

–Pues aquí sois venido –dixo Aliarte–, entrad en essa cámara, adonde hallaréis vuestras armas y a Neophal, que aconsuela a la donzella Cornicia, que vos podrá ayudar armaros.

Y como Gonadiel ninguna cosa desseasse tanto como cobrarlas, no tardó en cumplir el consejo de Aliarte. Por donde, entrando en la cámara, halló a Neophal sentado en la cama de Cornicia, a la cual estava aconsolando lo mejor que podía, con tanta lástima de sus penas como tener devía, assí como aquél que, haviendo entrado aquella mañana en su cámara con entera libertad, al tiempo que la vido en su lecho sentarse para hablar a Aliarte, creyendo que era su padre, quedó de su hermosura tan pagado que participava tanto del dolor de sus fatigas, que se no vos podría encarecer, considerada la brevedad del tiempo. Por donde Gonadiel pareció que devía dezir, assí como dixo, a Cornicia:

–Por Dios cos ruego, virtuosa donzella, que no vos cuitéis tanto, deviendo ser muy leda. Porque, puesto que por el bien que nos fezistes se vos deva mucha honra con muy buen tratamiento, sólo por tener de vuestra parte a este virtuoso escudero que de vos tanto muestra dolerse. Todos los que aquí somos vos serviremos como es nuestra costumbre y el merecimiento de entrambos nos obliga.

Al cual Cornicia, agradeciendo su ofrecimiento y consuelo, le fizo la medida que, estando en el lecho, le otorgava, derramando tantas lágrimas que no menos aquexava el corazón de Neophal que el propio suyo. Y no fue acabado Gonadiel de armar cuando se fue ido, dexando ende, assí como lo hallara, a Neophal. El cual dixo tantas y tales cosas a Cornicia que, conociendo el amor y la voluntad con que se las dezía, se aconsoló lo mejor que pudo para en aquella sazón, y propuso de le no ser, en lo que con razón por él hazer pudiesse, sólo un punto desagradecida. Por donde, ayudándole Neophal a vestir sus ropas, con mejor voluntad que la que había tenido en ayudar a armar aquellos cavalleros, y aconsolándola siempre para que más se esforçase al tiempo que se acabó de vestir, aunque no sin gran premia y lágrimas, conociendo la pérdida que hazía su corazón en trocar el amor que hasta entonces a Florianteo tuviera, le otorgó su voluntad por aquella vía que, quedando libre de desonra y pecado, Neophal fuese de sus desseos satisfecho, pidiéndole por merced que aquello no se comunicasse a otri. Pues aquella sazón no lo çufría hasta que Dios ordenasse la forma que se había de tener para cumplir sus comunes y devidos desseos. De lo cual quedó Neophal tan alegre y contento, como si del medio reino de Londres le fuera otorgado el señorío.

Ninguno se ha de maravillar porque la presente historia haze tan larga mención d’este escudero y donzella, porque allende que Neophal fue uno de los buenos cavalleros de todo el reino de Londres, y se halló después con muchos príncipes y reyes en la cobrança de la princesa Flerisena, según se dirá adelante, fue fundador e poseedor de una villa tan buena en aquella ínsula Cefalia, que después ninguna había mejor en todas aquellas ínsulas comarcales, según fue privilegiada y de gran trato, y sus sucesores muy buenos cavalleros y no menos honrados por los reyes de la Gran Bretaña.

Cuando Gonadiel llegó adonde Aliarte dexara, le dixo que su parecer era que devían baxar a la cárcel, por saber lo que mandaría Florianteo que le fiziesse. Y cuando los dos lo vieron con aquellas armas, no se pudieron detener sin reírse, pareciéndoles uno de los hombres del gigante Xentropoleo, ni menos se pudieron çufrir sin se lo dezir. El cual les dixo que, pues con aquellas había ganado más honra que con las otras,

después de venido en aquella ínsula, no las preciava tan poco como cuidavan, señaladamente habiendo alcançado con ellas aquel oficio de carcelero que entonces tenía, el cual a ninguno de sus precededores se había otorgado.

Passadas aquellas razones de plazer, acordaron que, quedando Neophal y Ocernio en la guarda de aquel castillo, se levassen a Balisar e a su hija, para que al padre se diesse el castigo e a la hija el galardón que cada uno por sus obras merecía.

–No sé, señor –dixo Gonadiel–, para qué queréis levar de aquí la fija, si ya por el galardón que dixistes, no vos parece que vea la desonra y muerte de su padre, antes si vos pluguiere deve quedar. Pues según he visto hoy a Neophal, por muy cierto tengo que preciara más que lo levéis en compañía de Cornicia, aunque sea para passar igual muerte con su padre, que quedar sin ella, con el señorío de la ínsula.

Y entonces contó a Florianteo de la manera que los hallara, y lo que a Cornicia dixera.

–Pues esso assí passa –dixo Florianteo–. Dexémoslos a entrambos porque tengan más tiempo y mejor aparejo para lo que les conviene. Y quedará a mi cargo embiarle después las provisiones que fueren menester, para que con mejor y más seguro título le quede el señorío d'esta ínsula. Pues sus servicios y la buena obra que Cornicia nos ha hecho, a ello me obligan. Y pues no le faltaran armas, las cuales esta noche puede velar, mañana podrá ser cavallero. Y aunque, para auctorizar el aucto de su cavallería, estemos aquí otro día, hagámoslo de grado. Pues si no fuera por Cornicia, algunos más estuviéramos por fuerça.

Acordado lo que se vos ha dicho y cerradas las puertas del castillo, las llaves del cual dieron a Gonadiel por no le quitar el oficio que ende había ganado de portero, sacaron tres hombres de los de servicio de la cárcel para que los sirviessen. Y como subiendo a lo alto fallassen los dos escuderos que Aliarte había ferido, los cuales aún no se habían podido del suelo levantar, según quedaran maltrechos, los mandaron levar a la cárcel para que ende tuviessen compañía al que de sus semejantes se pagava. Y después, entrando en la primera cámara, hallaron a Neophal y Cornicia, en la cual ya no se parecía tan grande tristeza como de antes, de que mucho se folgó Florianteo. Al cual Neophal no fizo mayor medida que a los otros, aunque a todos dixo que les pedía por merced no le culpassen si en todo aquel tiempo no había dexado aquella donzella dende la hora que la viera. Porque le parecía que no menos servicio se les recrecía, por la haber él aconsolado en aquella sazón que tan cuitada se sentía, pues más de aquello le

era debido, que en los otros ejercicios que hazer pudiera, pues para mucho más bastavan sus solas personas.

Al cual Aliarte dixo que, puesto que a aquella virtuosa donzella se deviesse más de lo que dixera, dexada aparte aquella deuda, no la dexarían menos de complazer y servir todos, solamente porque conociesse que, teniendo a él por su parte, ninguno d'ellos havía de dexar de lo ser con la mesma voluntad. Por donde Neophal y Cornicia les fizieron las gracias que devían por tan cumplido ofrecimiento. Y cuando ya fueron desarmados, pues no havía de quien se temer, salvo de sus espadas, entendieron en lo que havían de adereçar para su partida, y en lo que convenía para el aucto de la cavallerías de Neophal. Por amor del cual, y por los otros respectos que se vos han dicho, no dexavan de hazer mucha honra a Cornicia, para consuelo de la cual le dezían muchas cosas, con que algo más quedó satisfecha y aconsolada. Tanto que, al tiempo que ellos comieron en alguna parte, les hizo compañía, puesto que su padre jamás lo quisiesse hazer, aunque con toda la rebuelta se lo havían embiado mejor adereçado que se les embiara a ellos en los días que los tuvo presos, porque las mugeres que ende havía, viendo la honra que a su señora hazían, no dexaron de lo adereçar como convenía.

Aquella noche Neophal veló las armas que mejor le armaron, en una capilla que en el castillo havía, so invocación de Sant Jorge, en el retablo de la cual estava una imagen de Nuestra Señora la Virgen María. Ante la cual toda la noche, fincadas sus rodillas, estuvo suplicándola lo hiziesse tal cavallero cual a su servicio y de su precioso hijo convenía. Y Cornicia le tuvo compañía como aquella que ya no dudava de mostrar abiertamente lo que en su coraçón tenía bien firme y cerrado.

Y otro día de mañana, aunque no se dixo missa, pues Balisar no tenía ende clérigo para que la dezir pudiesse, Florianteo lo fizo cavallero, rogando a Dios que empleasse mejor su cavallería que los cavalleros que hasta entonces havían sido señores de aquella tierra. Y puesto que tuviessen determinado de se no partir dende aquel día, como de los marineros huviessen sabido que el tiempo les hazía tan endereçado quanto lo pudieran dessear, mudando propósito, después de haver hablado a Neophal y Cornicia todo lo que les pareció convenir y dexándolos con grandes llantos, assí d'ella como de las otras mugeres, viendo que a Balisar y a sus escuderos levavan presos, se partieron dende con mucha alegría, dando gracias a Dios por la merced que les havía fecho.

Y llegados a su barco, poniendo a muy buen recaudo a Balisar con cinco escuderos que habían sabido que eran peores que él, entre los cuales eran aquellos dos que a Aliarte acometieron, comenzaron de navegar con tan buen tiempo como era grande el placer que levaban en se ver fuera de aquel peligro.

¶Capítulo xix. De cómo llegado Florianteo en Londres, con los cavalleros y presos que en su compañía traxera, Balisar fue descabeçado y sus escuderos enforcados, y Neophal casado con Cornicia, la cual sucedió en el señorío de la ínsula Cefalia.

Partidos Florianteo con los cavalleros y presos que vos diximos de aquella ínsula, en la cual no habían estado con poco peligro de sus vidas, y estuvieran en mayor si Balisar supiera quien ellos eran, de que no se les recrecía menor alegría que de ver el tiempo tan endereçado, como para su intención e viage se podía dessear, navegaron diez días. En cabo de los cuales, llegaron a un puerto de la Gran Bretaña que se dezía Seguro, por razón de ser conforme al nombre, aunque despoblado, por estar a la otra parte de la ínsula de la Gran Bretaña hazia el norte, en la cual son tan grandes los fríos en el tiempo del invierno, señaladamente cuando reina el viento de aquella región, que quasi no lo podrían los hombres çufrir, aunque por muy bueno lo tuvieron, pues de allí a Londres el camino, puesto que largo no era peligroso, en el que desembarcaron.

Y después de haver cumplidamente satisfecho a los marineros del barco en que vinieran su trabajo y derechos, con los presos que traían, para ayudar de levar los cuales alquilaron en el primer lugar que llegaron seis hombres, tomaron su camino para Londres. Adonde después de algunos días fue su dicha de llegar a tiempo que los reyes Laristeo y Menadoro con sus mugeres estaban juntos en una cuadra de sus palacios razonando lo que podría ser de la vida de aquel príncipe por ellos tan deseado, que cuando lo tuvieron en sus braços a cada uno se le hazía grave dexarlo, para que el otro d'él gozasse.

De manera que muy gran pieça estuvieron en aquel deleitoso recibimiento, assí de Florianteo como de Aliarte y Gonadiel, a los cuales no dexaron de agradecer aquel servicio, que de les haver traído a Florianteo se les recrecía, pues consideravan que en

ello no les había convenido passar pequeños trabajos y peligros. Y después de se haver assossegado y proveído que a Balisar y a sus escuderos pusiessen a tan buen recaudo, como él acostumbrava a los que prendía en su ínsula, y despedidos los hombres que para los traer habían alquilado, Aliarte, por satisfazer al desseo que aquellos virtuosos reyes tenían de saber lo que a Florianteo y a ellos había sucedido después que dende partieron, en presencia de muchos cavalleros y de las dueñas y donzellas que allí eran , les contó todo sin dexar cosa, no olvidándose lo que a Florianteo aconteció con el gigante Camelo y sus hombres. Y de cómo fue librado d'ellos por Valerián, el cual assí mismo había librado a él y a su compañero Gonadiel de Xentropoleo, con todo lo demás que les acaeciera en la ínsula Cefalia, de que no menos se maravillaron que recibieron alegría en los ver librados de tan grandes peligros. Por donde mucho preciaron de allí adelante a Valerián, pues por su medio Florianteo había quedado con la vida y podido venir a les dar aquel gozo y consuelo que entonces sentían.

Passados algunos días, en los cuales ya Gonadiel y Aliarte habían gozado algunos días de la compañía de sus mugeres, de quien no habían sido menos desseados que el príncipe Florianteo de sus padres, el rey Menadoro, el cual entendía por descansar al rey Laristeo en los fechos que se habían de librar por entrambos, mandó ante sí venir a Balisar y a sus escuderos, los cuales no curaron de negar lo que a su mal grado les fizieran otorgar, señaladamente habiendo contra ellos tan suficientes pruebas, con que la saña que contra ellos tenía el rey Menadoro por su infernado bivar algún tanto se menoscabó. Y no tan poco que, puesto que por las leyes de aquel reino semejantes delictos huviessen de ser quemados vivos, ayudando a ello ser certificado por Florianteo, lo que a su hija le debía y a la honra de Neophal, el cual de la desonra de su suegro no podía dexar de participar, determinó de le conmutar la sentencia con que fuese descabezada, con motivo que las muertes que padecer fiziera a los cavalleros que había prendido antes de Florianteo, fueron por cumplir el dañado mandamiento de su padre y no por su voluntad. Lo que assí se hizo después, sin applicar el rey sus bienes. Lo que con derecho hazer pudiera, dexando libremente la successión d'ellos a su hija Cornicia.

Y sus escuderos fueron, en el mismo día que a Balisar descabeçaron, enforcados, a los cuales no se dio muerte más penada y exemplar, aunque eran peores que su señor, porque no pareciesse que contra ellos no se había tenido el mesmo respecto. Y puesto que a los que por sus delictos eran en aquel reino no sentenciados, no se permitiessen

otorgar sepultura, usando Florianteo de su llena potestad, hizo enterrar a Balisar con más honra de la que se le devía.

Por donde Neophal e Cornicia, cuando supieron el género de la muerte y lo demás que por él se había hecho, en cuenta de muy gran merced lo tuvieron, pues con justicia no podía excusarse. Y Cornicia quedava con el señorío de su ínsula, en la cual ya había algunos días que Neophal había fecho venir un clérigo de tan buena vida como sabio, para lo tener ende en su compañía. Por mano del cual fueron desposados él y Cornicia. Y después se velaron, por donde Neophal vino a alcançar lo que por él tanto había sido desseado, con todos los cumplimientos que para su entera satisfacción convenían.

¶Capítulo xx. De cómo por el príncipe Nestarcio fue otorgada cumplida libertad a Boralda. La cual después fue a su castillo, y buelta a Colonia, por el mismo príncipe fue otorgado el cargo y guarda de la princesa Flerisena, su hija.

Quedó Boralda, según vos contamos, en los palacios del príncipe Nestarcio, los cuales y la ciudad de Colonia se le habían dado por cárcel, hasta que con mayor acuerdo en su fecho se huviesse proveído. La cual, en pocos meses después que fue de la torre en que presa estuviera sacada, se supo haver tan cuerdamente en sus cosas y conversación, que el príncipe Nestarcio tuvo por bien de librarla del todo, dándole facultad que de sí y de sus bienes dispudiesse a su voluntad. La cual no se descuidó de le besar las manos con la mayor humildad que pudo por aquella merced, que en le otorgar libertad tan cumplida se le hacía. Y demás le dixo que pues en aquella casa, adonde había sido embiada para que d'ella se hiziesse justicia, había recibido tan grandes mercedes, le parecía que su afligido corazón ya no le consentiría fuerças ni poder para bivar en otra parte. Por donde le suplicava la quisiesse recibir en su servicio, porque en lo que se le otorgaría, pudiesse servirle parte de aquellas deudas que le conocía dever. Lo que por aquel virtuoso príncipe no se le dexó de otorgar, creyendo que las intenciones de Boralda fuessen las que sus palabras señalavan.

Pocos días después eran passados, cuando Boralda pidió licencia al príncipe Nestarcio, para ir hasta el reino de Denamarca y dar assento en las cosas que allá dexara, porque después de buelta, con más descanso e quietud de su espíritu lo pudiesse

servir. La cual le otorgó, puesto que no quiso dezirle cómo Valerián le había quemado su castillo, por no le acarrear algún pesar con aquellas nuevas, las cuales había sabido por Astreo, al tiempo que la traxeran presa.

Y como para su partida muy poco tuviese que adereçar, con dos escuderos que Nestarcio le dio para su compañía y servicio, partió de Colonia, y en breves días, ayudando a ello la diligencia que puso, llegó a su castillo. Al cual, cuando assí quemado vido, dissimulando el dolor y pesar que de lo assí ver le sobrevino, dixo a sus escuderos que no sabía con qué poder pagar a Valerián la gran cortesía de que contra ella había usado, mereciendo, según el daño se había fecho en aquel castillo, que fuera hasta los cimientos quemado. Y como no se pudiesse subir a lo alto, por haverse caído y quemado las escaleras que ende habían, fizo traer unas de madera tan altas como convenían, por las cuales ella sola subió. Y decendiendo tan solamente un pequeñito libro que ninguno lo vido, rogó a los escuderos, que consigo eran idos, que le baxassen ciertas cosas de precio, las cuales se había dexado en una sala, porque, pues hasta entonces se habían guardado, no se perdiessen después por su culpa. Lo que assí mesmo hizo, porque sus escuderos, y aquellos a quien harían de lo que ende passara sabidores, creyessen que por razón de aquellas cosas era ende venida y no sospechassen que por otra causa.

Y cuando tuvo adereçado lo que para se bolver convenía, por el mesmo camino bolvió a Colonia, adonde del príncipe Nestarcio fue mejor de lo que se le devía recibida. Al cual contó de la forma que su castillo fallara, y lo que a Valerián devía por no lo haver del todo quemado; con que el príncipe Nestarcio se aseguró y contentó tanto de Boralda, que no le hacía menor honra y tratamiento que a cualquier otra muger de los principales y más preciados cavalleros de su casa. Y como por todos fuesse vista la honra que se le hacía por el príncipe, de ninguno dexava de ser acatada. Por donde, ayudando a ello su saber y astucias, vino en muy breve tiempo a tener parte en aquella casa, que assí la princesa Arinda como su fija, Flerisena, cuasi todas las horas que se les otorgava, no la dexavan d'ellas partir.

Por donde el príncipe Nestarcio determinó de encomendarle el cargo de la princesa, su hija, assí como lo fizo. A la cual mucho pesó, por una parte, creyendo que si Valerián bolviesse, le estorvaría la práctica que con Dromisto y su donzella Erminia tenían, con los cuales jamás hablava de otra cosa y entonces havrían de hablar más por razón de su presencia; y por otra, no lo dexó de tener por bien, por lo que con Boralda

se folgava, según sus razones y conversación eran no menos aplazibles que sentenciosas, e acompañadas de mucha gracia.

D'esta manera vino Boralda a tener en guarda la persona de la princesa Flerisena con sobrada alegría, por ver que sus fechos se ivan encaminando por los principios que desseava. En los cuales no tenía hallar estorvo ni contradición, y con no menor desseo que se le ofreciese sazón y tiempo para que se pudiesse vengar de la muerte de su marido e hijo, con llevarse consigo aquella hermosa princesa en parte adonde Valerián jamás verla pudiesse, pues alcançava por sus artes todo el secreto de los mortales desseos de entrambos, según las guardas y encantamientos que entendía ponerle y hazer. Los cuales serían tales que, por mucho que la fortuna ayudar lo quisiesse, no le fuesse otorgado sacarla, puesto que no tuviesse intento de dexar de servir siempre aquella hermosa princesa, assí por la honra tan grande que d'ella recibía, como por lo que de su hermosura y otras gracias que tenía sin número estava pagada. Por donde su fin y desseos no tiravan a más de guardarla de Valerián, de forma que ni oír ni verla se le otorgasse, sabiendo que con aquello le haría padecer mayores cuitas y penas, que con le dar mil muertes tan crueles como se pudieran considerar.

¶Capítulo xxj. De cómo bolviendo Valerián a Tresendia, encontró con un escudero que iba huyendo de tres cavalleros que lo querían matar, haviendo ya muerto a su padre, de los cuales lo libró con muerte de todos los tres cavalleros.

Más havia de dos años que Valerián era entrado en el reino de Denamarca, adonde assí de muchos cavalleros como de gigantes que en él bivían, haziendo grandes tuertos e fuerças a muchas personas que no les podían contrastar, havia fecho alcançar cumplidos derechos y satisfaciones. Por donde la fama de sus altos fechos, por aquellas montañas y otras tierras por las cuales anduviera, se era tanto estendida, que cuasi no pudiendo oír las cosas que d'él dezían, determinó de bolverse hazia Tresendia sin passar al reino de Nuruega, al cual otros dizen de Dacia, assí porque por aquella parte era la tierra muy despoblada, como por ver que ya se acercava el invierno. El cual era muy trabajoso de passar en aquella provincia, assí por razón de los grandes y cuasi incomportables fríos que en ella fazían, como por ser en

aquel tiempo las noches tan largas que en el medio del invierno quasi no hay cinco horas de día, causándolo la baxeza de la tierra y en aquellos meses declinarse tanto el Sol a la parte de medio día.

Pues haviendo caminado algunos días, acercándose siempre a Tresendia, con algún cansancio del afán que hasta entonces había pasado, assí del camino como de las batallas que con los jayanes y otros cavalleros le convino hazer, en las cuales algunas llagas había recibido, pero sobre todo aquexado de aquellas ravisas cuitas y mortales desseos que le habían siempre atormentado, por no haver sabido nuevas algunas de su señora, una mañana, caminando por una muy espesa floresta y de grande frescura, a causa de los altos y sombrosos árboles que en ella había, vido contra sí venir un escudero aguijando su palafrén con tanta priessa, que Valerián le preguntó la causa por qué iba tan apresurado, y otrosí que si levava buen camino para ir a Tresendia. Al cual el escudero, deteniendo su palafrén, dixo que bien podría creer que no era pequeña su cuita, pues en lugar de detenerse en aquella floresta, según era fresca y deleitosa, se dava tanta prissa en passarla. Aunque si él hallara tan buen remedio para su necesidad, como era buen remedio el camino que le preguntara para Tresendia, no dexara de gozar de la frescura d'él con aquel reposo que entonces le faltava e iba buscando.

Y como Valerián viesse que el gesto del escudero era tal que correspondía a su mesura, y por ende, doliéndose de su cuita con no menor desseo de saberla, le dixo que, tan bien le había parecido que, puesto que estuviesse determinado de se no entremeter en demanda alguna hasta llegar a Tresendia, no le dexaría de ayudar hasta aventurar la vida, por el hazer cobrar el descanso y reposo que buscava. Al cual, agradeciendo el escudero aquel tan cumplido ofrecimiento, dixo:

–Aunque por otro no fuesse, virtuoso cavallero, sino por descansar mis fatigas con vós, que d'ellas mostrastes dolervos, no dexaré de vos las contar, quanto más haviéndoseme ofrecido de grado todo lo que me ofrecer pudiéades, haviéndooslo suplicado, puesto que ya sé que, según mi desdicha, poco me puede aprovechar. Pero por vos no detener, ni a mí que no estoy sin gran peligro, sabed, virtuoso cavallero, que mi padre fue señor de un castillo, el cual antes de tres leguas hallaréis, siguiendo este camino. Y por se el castillo que dixes tan bueno, que pocos hay en esta comarca que le igualen, ha sido por un cavallero que tiene otro, cuyos términos son juntos, de muchos años codiciado, por poder, si se le otorgasse, tener el señorío d'entrambos. Y como viesse que mi padre por ningún precio quería venderlo, sabiendo que yo tenía una hermana assaz hermosa, tentó de tratar casamiento d'ella con el mayor de sus dos hijos,

con que por su dote traxesse el castillo que tanto codiciava, certificándolo que si lo no quería mi padre por deudo, lo había de tener por enemigo, juntamente con sus hijos, para nos fazer todo el daño que se les otorgasse.

»Por donde, viendo mi padre que aquel casamiento se pedía más por passar al señorío de su castillo, que por contentamiento que de mi hermana ni de nuestro deudo tuviessen, y que no era razón de me lo quitar a mí, siendole único fijo, preciando más aventurarse a cualquier peligro que otorgar cosa tan desaguisada, le embió a dezir que, pues aquel castillo había heredado de sus predecesores, los cuales jamás habían perdido el señorío d'él mientras bivieron, por seguir sus pissadas no entendía de su vida desapossessionarse d'él, quedando sujeto a su hija e yerno, cuanto más que, teniendo hijo, el cual no merecía ser deseredado, no se lo quería quitar después de sus días. Pero si su intención era como lo señalava de lo querer por deudo, él le daría a mi hermana para su fijo, con tan competente dote como sería razón, según la condición de entrambos.

»Fue d'esta respuesta tan enojado Tesamor, que assí se dize aquel mal cavallero, que no curando de bolver más en aquella práctica, puso sus espías cerca del castillo de mi padre, para que lo avisassen cuando iría a caça o a otra parte, adonde lo pudiesse a su salvo matar. Y el primer día que tuvo el aviso como era salido, aguardándolo en el camino con sus dos hijos, al tiempo que cerca d'ellos passava descuidado de tan gran traición, le firieron el cavallo, porque huir no les pudiesse, de tal manera que luego lo derribaron. Y antes que mi padre se pudiesse del cavallo escabullir, lo mataron tan presta como crudamente.

»Al cual, como assí viesse un escudero que en su compañía iva, con toda la prissa que se dar pudo vino al castillo, con aquellas nuevas tan desdichadas que fueron causa que mi madre y hermana, assí de la gran alteración que recibieron al tiempo que las oyeron, como de la gran tristeza que después les sobrevino, adoleciendo de una dolencia para el remedio de la cual por ninguna d'ellas se desseó ni procuró medio ni expediente, dentro de veinte días trocaran su penada vida con perpetuo descanso, quedando yo tan fuera de todo consuelo, que fue maravilla cómo no perdí el seso, pues por mi desdicha no se me otorgava tenerles en la muerte la compañía que desseava en la vida. Y como el mayor remedio y consuelo que yo mesmo hasta aquí he podido hallar y persuaderme, es tener por no menos presta que cierta la vengança que d'ellos he de alcançar, he determinado, porque por mi negligencia y descuido no se detarde ir en busca de un bienaventurado cavallero que ha embiado Dios en esta tierra, para remedio

de los como yo atribulados y que poco pueden, por le contar estos agravios y sobras que se me han hecho, y suplicarle que se duela de mí. Lo que no dudo, sabiendo tan gran traición, que me otorgará, pues no podría él dexar de castigarla, siendo d'ella sabidor, que no perdiessse más de su reputación y fama, de la que hasta aquí tiene ganada.

Al cual Valerián, maravillado de tan gran maldad, dixo:

–¿Por ventura vós, virtuoso cavallero, sabríades qué cavallero es ésse?

–No me han dicho su nombre, señor –dixo el escudero–, porque según he oído ninguno lo sabe, mas de quanto a la común boz le dizen el Cavallero de los Fuegos. El cual nombre me parece que conforma mejor con sus fechos que cualquier otro que tener pueda, pues por donde passa lo purifica todo, assí como el fuego los metales que en él se ponen.

–Aunque yo no sea para tanto como esse cavallero –dixo Valerián–, teniendo tan gran derecho como por vós se ha dicho, no dudaría yo de los acometer, y creería castigarlos, aunque los tres juntos hallasse. Y no lo ternía en mucho, según las fuerças de la razón son grandes y Nuestro Señor Dios acostumbra de favorecer a los que de su parte la tienen. Por ende, amigo, si en vós hay la misma confiança y vos parece que yo prueve mis fuerças contra los cavalleros que dixistes, yo lo haré de grado, assí por lo que vos he ofrecido, como por castigar tan gran traición si se me otorgasse. Y si vuestro corazón en lo que yo hazer pudiere no se vos reposa, quedad con Dios, al cual plega darvos el remedio que más vos conviene.

Como el escudero tan mansamente huviesse oído hablar a Valerián, mucho dudó de le encomendar su vengança, pero acordándose que Valerián aventurava su vida, sin que por ello le quedasse en más obligación de serle para siempre agradecido, y que si por su medio no la alcançava, no perdía el derecho que tenía para pedirla a otros cavalleros fasta que la huviesse alcançado, acordó de se encomendar y experimentar lo que en ello haría. Por donde, agradeciéndole su ofrecimiento, le pidió por merced que ofreciéndosele sazón, lo essecutasse con todas sus fuerças. Y pues el camino por donde él entendía de ir a Tresendia era el mesmo que guiava al castillo de Tesamor, que fuessen por ende y vería si se le ofrecería algún aparejo para efectuar su determinación. Al cual Valerián dixo que, pues él le había ofrecido su persona e vida para aquel efecto, guiasse por donde le pareciesse, porque él lo seguiría assí al castillo de Tesamor como a cualquier otra parte.

Por donde, tomando el camino que Verrolín, que assí se dezía el escudero, le había dicho, anduvieron por la misma floresta gran pieça, puesto que sin mucho trabajo,

según la frescura d'ella. Y después que tomaron otro camino que les ofreció a la mano derecha, luego sintieron como estruendo de cavallos. E mirando a qué parte podía ser, vieron por su mesmo camino venir tres cavalleros con mucha priessa. A los cuales luego conoció Verrolín, que eran Tesamor y sus hijos. Y por ende, dixo a Valerián:

–Señor, mirad por vós, porque éstos son los que a mi padre mataron y creo que a mí no me dexarían vivo, pues es cierto que para me buscar vienen.

Como era la verdad, que siendo avisados que Verrolín era aquella mañana salido de su castillo, eran vendidos con tan gran priessa para lo alcanzar en la floresta y matarlo, creyendo que, dexándolo en la espessura d'ella, jamás se sabría su muerte. Y dicho aquello quiso huir, no confiando en su aguardador, pero considerando que si le iba mal no menos alcanzaría a él después, y essecutarían la mala intención que contra él tenían, acordó de atender su buena o mala anda[n]ça. Por donde, viéndolo Valerián con tan gran miedo, por darle algún esfuerço le dixo:

–No temáis, buen escudero, porque yo soy el cavallero que vós a buscar ívades y Nuestro Señor Dios vos hizo encontrar para guardaros d'estos traidores y darvos vengança d'ellos.

Muy ledo fue Verrolín en oír aquello, cobrando tan gran esfuerço y confianza, como antes tenía miedo y espanto, porque ya le parecía que vía esgremir las espadas d'ellos sobre su cabeça. Y aún no acabava de dezirle aquello Valerián, cuando conociendo que ya era tiempo de salir al encuentro a aquellos que con tan gran priessa venían a recibir la muerte, arremetió su cavallo con tanta furia contra ellos, viendo que así mismo havían contra él movido con sus lanças baxas, creyendo cada uno derribarlo con su lança del cavallo abaxo, que al cavallero que encontró, el cual era el que en medio de los tres venía, dos braças de su lança le passó a la otra parte de las espaldas, quedando tan firme en la silla como los dos cavalleros que en él rompieran sus lanças y Verrolín maravillados cómo no era caído.

Y como la ira y saña que les sobrevino, al tiempo que vieron a su padre tan cruelmente muerto, les huviesse acrecentado el poco esfuerço que tenían, bolviendo sobre Valerián como dos ravidos leones, lo començaron de ferir por todas partes. Pero como aquel exercicio ni en las fuerças, no igualassen ni con gran parte con su contrario, no tardaron en conocer que no havía aprendido menos de ferir con la espada. Pues al primero que se atrevió a ferirlo le dio tal golpe en el braço de la espada, que passándole la armadura, le hizo en él una gran llaga. Y al otro que más se le havía acercado, y mejor pudo coger, firió por encima del yelmo con tan gran fuerça que Verrolín quedó

espantado de lo ver, porque según le fendió la cabeça hasta los dientes, no pareció que el yelmo le huviesse puesto estorvo. Y a su hermano, que en el mesmo tiempo había ferido a Valerián, firió de toda su fuerça sobre el ombro derecho, el cual como no estuviesse armado de tan buenas armas como las de Valerián, assí de bondad como de razón, fue por su espada abierto hasta medio cuerpo, por no ser más que los otros desmesurado.

Por donde, conociendo Verrolín que por él no se le devía dexar de hazer la mesma mesura, aunque por diversas maneras y causas, decendió de su palafrén para besar las manos a Valerián, al cual no podía hazer las gracias que conocía deverle, según la grande alegría que le sobrevino, al tiempo que todos sus tres enemigos vido en tierra muertos, por razón de lo cual tenía tan ocupados sus sentidos, que aun hablar no se le otorgava. Y como por Valerián no se dexasse de conocer la causa, le rogó que a su palafrén se acogiesse. Lo que siendo por Verrolín cumplido, partieron dende tomando otro camino que guiava al castillo de Verrolín. El cual iva tan ledo por la merced que Dios le había fecho, no solamente en los haver librado de aquella muerte que en él sus enemigos querrían essecutar, lo que mucho a su salvo hazer pudieran si Nuestro Señor Dios no le huviesse acorrido con tan buen socorro, pero juntamente por haver alcançado tan súpita y cumplida vengança d'ellos, que no sabía qué dezir pudiesse a Valerián, por mostrar que de tan gran beneficio no era un solo punto desagradecido.

El cual supo de Verrolín cómo en el castillo de Tesamor no había más de la gente que para su servicio tenían, porque su muger había más de quinze años que era muerta, y no tenía deudos algunos en aquella tierra que sus bienes heredar pudiesen. Por donde Valerián pensó de haver aquel castillo del rey Tindareo para su donzel Nicerián, del cual eran bien servido. Porque, puesto que dende fasta el castillo del pie de la sierra, el cual era de Nicerián, huviesse dos días de camino, no le dexaría de convenir mucho, pues era tan bueno, según por relación de Verrolín había sabido, que a duro se podría hallar su semejante en toda aquella tierra. Y como desseasse mucho ponerlo presto en efecto, lo que no se podía hazer hasta haverlo comunicado con el rey Tindareo, al tiempo que fueron cerca del castillo de Verrolín, Valerián le dixo que, pues ya lo dexava tan cerca de su casa, que no había de que se temer, quedasse con Dios, porque él entendía de llegar al castillo de Tesamor, por hazer traer ende a su señor y a sus hijos para los enterrar, pues eran christianos aunque tuvieran nombre de malos. Al cual Verrolín pidió por merced que no lo dexasse hasta ser en casa del rey Tindareo, adonde dixera ser su camino, porque cuando allí fuessen lo fiziesse cavallero por su

mano, para poner fin y sello en lo que de sus desseos le quedava por cumplir. Al qual Valerián lo otorgó, conociendo la voluntad con que se lo rogava.

Por donde dexado el camino del castillo de Verrolín, el qual muy bien sabía guiar para el de Tesamor, travessaron una vega grande que havía para bolver al otro. Y después de cobrado, muy presto llegaron ende, a las puertas del qual hallaron dos escuderos. Los cuales ninguna contradición les hizieron en él entrar, porque Valerián les dixo que muy cedo serían ende sus señores, assí como se cumplió. Porque acabando de descavalgar, antes de desarmarse, por los hombres del castillo y Canisor, que les fue a enseñar adónde los fallarían, fueron por mandado de Valerián traídos y enterrados sin muchos responsos en una capilla que en el mesmo castillo havía, aunque con mucho sentimiento de aquellos dos escuderos. Los cuales no pudieron dexarlo de sentir, pues en fin eran sus señores, puesto que no dexavan de conocer que merecidamente havían recibido aquella muerte.

Pero pareciéndoles que no devían estar en compañía de quien los havía muerto, vinieron a despedirse de Valerián, el qual, juzgándolos por tan buenos como sesudos, les rogó que se çufriessen hasta tener mejor acuerdo. Porque si ellos querían biver ende, no serían peor tratados ni con menos voluntad que de los señores que perdieran. Los cuales, aviendo visto a lo que pujava su bondad y esfuerço, y oído las palabras que les dixera con no menor amor que si todos sus días se hoviessen con él criado, le dixeran que eran contentos de cumplir su mandado, assí en aquello como en cualquier otra cosa que lo pudiessen más y mejor servir. Lo que les fue por Valerián agradecido. Al qual, quando Verrolín y ellos vieron desarmado, más se maravillaron de lo ver tan apuesto que de quanto havían visto y oído dezir. E pareciéndoles que tantos cumplimientos no podían caber en persona que no fuesse, assí de estado como de virtudes, cumplida, todos entendieron en lo servir con muy buena voluntad, señaladamente Verrolín, el qual en todo se quería hallar, pareciéndole que aun con aquello no se saciava su ánimo, pues para mucho más era obligado.

Tres días se detuvo ende Valerián por ver toda la tierra que los dos castillos, de Verrolín y de Tesamor, tenían. Los cuales muy bien le parecieron, mayormente para un solo señor. Y en aquel poco tiempo todos le havían puesto tanto amor, que más sintieron su partida al tiempo que d'ellos se partió, que los escuderos que ende quedavan la pérdida de sus señores, con quien casi dende niños se havían criado.

¶Capítulo xxij. De cómo Valerián llegó en Tresendia, adonde fue del rey Tindareo con mucha honra y amor recibido. El cual le hizo merced del castillo de Tesamor para su donzel Nicerián. Y de cómo Verrolín recibió el orden de cavallería.

Passados tres días, después que Valerián vino al castillo de Tesamor, partió con Verrolín y su compañía, dexándolo encomendado a los dos escuderos que ende halló. Y por ver si podrían, sin prejuizio de Verrolín, hazer lo que, después que habían visto su castillo y el de Tesamor con las tierras que tenían, había acordado, quiso passar primero por el castillo de Nicerián. Por donde le convino dexar el camino que iba derecho a Tresendia y tomar otro para el castillo de su donzel. Al cual llegaron en dos días y medio, en la sazón que hallaron ende a su tío Cleandro, el cual a maravilla fue ledo con la venida de Valerián y de su sobrino, por el bien y provecho que a todos por su causa había venido, no olvidándose lo que contra Brocaleón fiziera el día que le estava quemando las puertas de su castillo, por poderlo matar por la razón que se hos dixo. Por donde no entendía en más de servirlo por le dar a entender que no se le había olvidado lo que devía.

Y después que Valerián hubo mirado el castillo de Nicerián y su término, habló a Cleandro y a Verrolín en presencia de su donzel, diziendo:

–Cada uno de vosotros, virtuoso cavallero y amigos míos, ha visto que en lo que mis fuerças han alcançado, no he dexado de las emplear en lo que vos ha cumplido, con la mesma voluntad que tengo por cierto que emplearíades las vuestras por lo que a mí cumpliesse. Y pues agora se ofrece sazón, en la cual tengo de conocer si recibía engaño en lo que dicho tengo, he acordado de vos rogar que vos tengáis por contentos de lo que yo de los castillos de vosotros, Verrolín y Nicerián, tengo de hazer determinado. Y por no ser prolixo digo que, por lo que yo he visto, me parece que es cosa muy conveniente que de los castillos que dixere, no aya de haver más de un señor, por las renzillas que, siendo de diversos, de cada día pueden recrecerse, a causa de tener los términos tan juntos que cada uno dessearía tomar alguna parte del otro. Lo que me parece que se podría sanear con que vós, Verrolín y Nicerián, trocássedes vuestros castillos. Y puesto que a mi ver, éste en que agora estamos tenga alguna mejoría, vos çufráis por me complazer, pues en compensación de la mejoría yo entiendo de haver el de Tesamor, suplicando al rey Tindareo que en satisfacción de los servicios que yo le he hecho,

después que vine a esta su tierra, me haga merced d'él para vós, Nicerián. Con que no menos conoceréis que no me olvido de los vuestros. Y puesto que a vós, virtuoso cavallero, no vos venga tan a cuenta, por perder la vezindad de vuestro sobrino, yo fio en Dios que, allende del provecho que d'este fecho le resultará, en Verrolín ternéis un obediente hijo. Por donde vuestra pérdida no quede sin satisfacción.

Como Cleandro y su sobrino, Verrolín, desseassen servir tanto a Valerián que, puesto que lo que les había rogado fuera cosa de la cual pudiesse resultar pérdida, assí de sus bienes como de sus vidas, no se lo pudiesen dexar como no se lo dexaran de otorgar. Cuando oyeron que todo lo que les dixera redundava en acrecentamiento de sus haziendas y honra, no lo dexando de conocer y agradecer cómo eran tenidos, con mucha humildad le quisieron besar las manos si lo él otorgara, y juntamente le dixeron que assí en aquello de que tan señala[da] merced recebían, como en cualquier otra cosa que su servicio fuesse, estaban aparejados para cumplir su voluntad, tan cumplidamente como en él habían conocido en sus necesidades y peligros. Lo que por Valerián se les agradeció, conociendo que mejor lo pornían por efecto que lo habían sabido dezir y prometer.

Y después que con Cleandro hovo concertado lo que convenía para que su intención se efectuasse, partió dende con su nuevas y vieja compañía. Y sin darse mucha priessa, por llegar más descansado, llegó a Tresendia, los edeficios de la cual a maravilla le agradaron, ansí la cerca, por ser muy torreada y fuerte, allende de ser bien valleada, como las calles y casas, por donde con gran premia podía retener <sus> sus ojos que no se parassen a mirarlas. Pues no se ha de creer menos que las gentes que a él miravan no tuviessen mayor plazer y contentamiento en verlo, assí por su extremada apostura como por haver cumplido aquel desseo tan grande que de lo conocer hasta entonces tuvieran, por la fama que de sus altos y estremados hechos de cada día se iba acrecentando.

Llegado a los palacios del rey, dexando a Canisor para la guarda de los cavallos, subió a lo alto con Verrolín y Nicerián, y entrando en una no menos hermosa que rica sala, halló al rey Tindareo, que con muchos e muy preciados cavalleros era ende venido de oír la missa, entre los cuales había dos de los que Valerián había librado de una triste prisión en que presos estaban en poder de unos gigantes. Los cuales dixeron al rey que aquél era el Cavallero de los Fuegos que los librara, y el que tantas y tan grandes cosas en armas había hecho en su reino. De que el rey fue tan ledo que si lo certificaran haver heredado otro su semejante o mayor, no lo fuera más, por ver cumplido aquel insaciable

desseo que de lo conocer hasta entonces tuviera. Y como en aquella sazón ya quisiese Valerián fincarse de rodillas por le besar las manos, el rey lo detuvo abraçándolo con tanto amor y entrañable voluntad, y haziéndole en todos los autos aquel recibimiento tanta honra como si de su alto estado fuera sabidor. Por donde antes que Valerián a hablar començasse, le dixo:

–Agora vos digo, Cavallero de los Fuegos, mi verdadero amigo, que si mi corazón desseava vuestro conocimiento, era con más razón de lo que yo podía creer, pues no se alexava de cosa impossible poder considerar en un solo cavallero tantas gracias y cumplimientos juntos. Por donde doy a Nuestro Señor Dios infinitas gracias porque me lo ver dexó. Ya vos agradezco, quanto se me otorga, el trabajo que para que mi desseo pudiesse cumplirse vos ha plazido tomar después de tantos afanes, con ser de tan lueñe venido a mi casa, allende de lo que en tan gran beneficio de mi estado y vassallos, de donde no menos provecho se me recrece, avéis con vuestra persona fecho y trabajado.

Cuando Valerián vido el amor tan grande, juntamente con la incomparable honra, con que aquel buen rey le hablara y avía fecho, le dixo:

–Si vuestro corazón, muy alto señor, no adevinara el desseo que para vos servir a esta vuestra tierra me traxo, cierto es que no tuviérades causa ni razón para querer ver un cavallero de tan poca nombradía como yo, y que tan poco ha fecho después que el orden de cavallería recibió, en comparación de otros y muchos cavalleros de vuestra casa, la vista y conocimiento de los cuales con mayor razón se deviera por vós, señor, dessear. Pero como mi desseo de serviros sea sin igual, assí pudo causar que vuestro generoso corazón desseasse presencialmente verme, para me poder mandar lo que no menos hazer pudiérades estando ausente. Quanto a la deuda por vós, alto señor, señalada, dende agora digo que yo conozco ser tan satisfecho que no ternía por menor mal, si conocer pudiesse, que mis pequeños o ningunos servicios no fuessen, por las honras y mercedes sin igual por vós a mi hechas, sobrepujados.

D'esta respuesta de Valerián quedó aquel buen rey tan contento, que no menos bien le pareció que todo lo que d'él havía oído y visto. Por donde, entrando en otras pláticas que le parecieron después de aquello ser más convenientes, estuvo con él hablando gran pieça, quedando quanto más lo comunicava más satisfecho que en los principios. Y por ende no quiso por entonces preguntarle por su hazienda, ayudando a esto haver sabido de los cavalleros a quien havía librado que sus mismos criados no lo sabían. Antes mandando que se le diesse muy bien aposento y recaudo tan cumplido

como se podía y debía dar, le dixo que se fuesse a descansar, porque con menos pena lo pudiesse hazer otro día sabidor de todo lo que, después de entrado en su reino, le había sucedido, así por el plazer que en lo saber se le recrecería, como para lo mandar poner en memoria, por castigo de los malos y exemplo de los virtuosos.

Al qual Valerián dixo que le tenía en no menor merced de las recebidas aquel cuidado que de saber sus poquedades mostrava tener. Y pues aquella era su voluntad, de un escudero y un donzel que siempre consigo tuviera se podría saber, los cuales a todo lo que por él había passado fueran presentes. Dicho lo qual se despidió del rey para ir a su aposento, acompañado de muchos cavalleros, aunque él lo rehusó, y señaladamente de aquellos que él librara. Los cuales no fueron pequeños los servicios que le hizieron por se no mostrar desagradecidos.

El siguiente día Valerián suplicó al rey le hiziesse merced del castillo de Tesamor con sus tierras para su donzel Nicerián, el qual era su vassallo. Lo que no le dexó de ser otorgado con tan buena voluntad como él pudiera dessear, y otrosí las provisiones que para ello convenían con tanto cumplimiento que bien se conocía en ellas que no era forçada. Por donde Nicerián besó las manos al rey, pero de mejor grado las de su señor, por medio del qual lo habían alcançado.

Aquel mesmo día Verrolín pidió por merced a Valerián lo hiziesse cavallero, pues con aquel desseo era allí venido, el qual se lo otorgó. Y assí al tercero día se hizo su aucto de cavallería con mucha solenidad y fiesta, assí porque Verrolín era hijo de muy honrados padres, como porque lo había traído ende en su compañía Valerián, a quien el rey Tindareo desseava mucho complazer y honrar, assí por los grandes servicios que d'él había recebido, como por halagarlo para que en su casa huviesse, teniéndose por más honrado en lo tener en su servicio que todos los otros príncipes, sus comarcanos y aun estraños, por las causas que se vos han dicho.

D'esta manera quedó Valerián y estuvo por algún tiempo en la casa de aquel virtuoso rey, en la qual si le no aquexaran aquellas tan terribles cuitas y continos desseos que la ausencia de su señora le causavan, los cuales en ninguna cosa le consentían folgarse, más a su vicio biviera que en cualquier otra, adonde ver a su señora no se le otorgasse, por la mucha caça de monte que en aquella tierra había. A la qual, sobre todos los otros passatiempos, era aficionado, e assí mesmo el rey Tindareo, el qual todos los días que negocios no lo impedían, no dexava de ir a monte, adonde no menos se maravillavan de las cosas que Valerián hazía contra los ossos y puercos que ende hallavan, que si las hiziera contra cavalleros muy esforçados, según mostrava tener

en poco acometerlos y matarlos, no levando más de su espada, la cual jamás dexava de llevar consigo después que conoció su bondad en el castillo de la perversa Boralda.

¶Capítulo xxiiij. De cómo Boralda se llevó a la princesa Flerisena, y de la forma que para ello tuvo, y de lo que con la princesa Arinda, su madre, passó. Y de lo que después que lo supo el príncipe Nestarcio, su padre, se hizo y dixo.

Como el príncipe Nestarcio, según muchas vezes vos havemos dicho, fuesse tan inclinado a todo género de caça, y señaladamente a la de monte, que en ningún otro exercicio su corazón más folgava, al tiempo que algún tanto se vido de negocios desocupado, assí por haver dado conclusión en las cortes que para reformation de todo su imperio tuviera, como por haver librado los hechos particulares, en los cuales era razón que no faltasse su presencia, acordó, por dar algún alivio a su afanado espíritu y plazer a su muger e hija, de ordenar una caça en aquel monte, adonde havia ido con el emperador Octavio, su padre, al tiempo que, saliendo d'él y entrando en una floresta, siguiendo el alcance de un ciervo falló a la donzella Danela, según se vos contó en el principio de la primera parte d'esta grande historia.

E quando todo lo que para aquel efecto convenía fue aparejado con gran compañía de cavalleros, que assí a él como a su muger e hija y las otras donzellas que consigo levavan, con mucho plazer y contentamiento de todos, partió de Colonia para aquel monte, llegando al cual ya fallaron las tiendas en tan aplazible lugar assentadas que mucho se folgaron, por ver que en ninguna parte pudiera estar más a su sabor y vicio. Pero la que mucho más que todos se holgó fue Boralda, pareciéndole que en ningún lugar ni tiempo se le podía ofrecer mejor sazón y oportunidad para su intención.

Al tercero día, después que ende llegaron, dos monteros muy diestros en aquel exercicio, los cuales tenían cargo de buscar la caça, vinieron a dar aviso al príncipe Nestarcio cómo a dos leguas dende, que cuasi era adonde fenecía aquel monte, a la balda de una sierra havían visto dos puercos, los mayores y de más disforme proporción que jamás se viera. Por lo cual el príncipe Nestarcio, que todos aquellos días havia desseado hallarlos, con muchos de sus cavalleros, quedando los otros para la guarda de

las princesas, se partió, aunque la siesta hazía muy calurosa, con tan gran desseo de hallarlos, que bien se mostrava en la priessa que llevaba.

No muy gran pieça después de partidos, como juntos a las tiendas muchos e muy grandes árboles y muy sombrosos hoviesse, Boralda dixo a Flerisena que no sabía por qué causa quería estar encerrada en la tienda, pudiendo gozar del aire y frescura tan suaves que havía debaxo de aquellos altos árboles. La cual, como no menos dessease hazer lo que Boralda dixera, tomando consigo a su donzella Erminia en compañía de Boralda, salió a aquella parte que le señaló que podrían mejor y más a su plazer de todo gozar. Y después que sentadas en la verde yerva, no menos deleitosa y aplazible que las más ricas alhombros que en su casa havía, estuvieron una pieça praticando de aquellas cosas en que más sabor hallavan, a Flerisena y Erminia les tomó tan gran sueño que, haziendo la princesa de las haldas de Boralda muy blanda almohada, y Erminia de las de su señora, se adurmieron entrambas.

De manera que a Boralda pareció que aquella sazón era la mejor y más segura que ella pudiera considerar, para obrar lo que muchos días havía que tenía en intención y desseo. Por lo cual, sacando de su seno aquel libro para la cobrança del cual havía ido a su castillo, temblándole las manos, assí de la alegría que por se le aver ofrecido tan buena sazón para la essecución de su intento le sobrevino, como de miedo que no le sucediesse algún estorvo, començó de leer por él palabras tan espantosas, con tan horrendos signos, que un poco después de aver començado, todo aquel lugar en que las tiendas estaban con gran parte del rededor, se cubrió de una niebla tan oscura y espessa que casi no podían verse los unos a los otros. Por donde no se les otorgó ver cuatro grandes grifos que a un no menos ligero carro venían atados. Los cuales, acercándose a aquella astuta dueña por cuyo mandado vinieran, se abaxaron fasta lo assentar en el suelo. Y en el mesmo tiempo, tomando Boralda muy a passo a la princesa Flerisena e después a Erminia, las echó en un rico y blando lecho que en el mesmo carro havía, sin que por ninguna d'ellas fuesse sentido, por razón de su primer sueño y del que con sus palabras les fizo acrecentar.

E después, subiendo ella en el mesmo carro, fizo que se alçase de tierra cerca de cuatro estados y que parasse delante la tienda de la princesa Arinda. La cual muy maravillada estava, con cuantos en su compañía tenía, de la gran espessura e oscuridad de aquella niebla que tan súbitamente era ende sobrevenida, pareciéndoles que en ningún tiempo havían visto su semejante. E en el punto que el carro ende parara, fizo que aquella niebla se desfiziesse, quedando el cielo tan claro como de antes. Por donde,

así la princesa Arinda como a todos lo que ende eran, se otorgó ver aquel carro con los grifos, los cuales no les acarrearón menor espanto que maravilla la primera niebla. Y como Boralda viesse que el miedo que de la vista de su carro e grifos a la princesa Arinda se causara impedía que ver no lo pudiesse, comenzó de dezirle:

–No te espantes ni maravilles, esclarecida princesa, de lo que vees. Pues no son cosas que te empecer puedan, más de ser instrumento con que de ti se aparece esta hermosa hija que pariste, y aquí vees, para siempre. Pues va conmigo en parte adonde a ningún humano será otorgado llegar. E puesto que lo que dicho tengo hazer no se pueda, sin causar a ti y a su padre incomparable pena, ten por cierto que se no haze sino por vengar mi acongoxado corazón de aquel crudo y enemigo mortal mío, Valerián de Ungría, el cual sé yo que lo sentirá tanto, que tu sentimiento en comparación de su tormento, aunque le eres madre, se podría llamar consuelo, pues sobrepujará a toda humana consideración, según por él, ésta, tu hermosa hija, es incomparablemente amada. Con que se me otorgará para mi cumplida satisfacción aquella vengança que por mí era tanto desseada, quanto lo será esta hermosa princesa de ti después de partida. Por ende mírala agora si se otorga y cessa de tus llantos, porque esta es la última vez que puedes de su vista gozar.

Y en aquel punto, tomando a Flerisena en sus braços, se la mostró, aunque durmiendo con el mesmo o mayor sueño que de antes. Y cuando por la princesa, su madre, fue vista, puesto que sus ojos, así por las lágrimas que del principio de las razones de Boralda estuvieran derramando, como del miedo de aquellos espantables grifos, impedidos y menos esforçados estuviessen, sobrándolos el amor maternal, ayudado de la desesperança que en el mesmo punto le ocurrió de la ver jamás, y no pudiendo sino casi por un instante mirarla, y faltándole las fuerças y potencia para le poder responder sola una palabra, cayó en los braços de las dueñas que la aguardavan. Y en su llanto igual compañía le tuvieron tan perdidos todos sus sentidos, como si su dolorida alma del todo fuera de su no menos lastimado cuerpo despedida, al tiempo que vido que aquel espantoso carro, con mayor velocidad que la de la bolante saeta, se subía por el aire y tan alto, que en muy breve espacio lo perdieron de vista.

Y aunque ninguno de los que con la princesa Arinda eran en aquella sazón, tuviesse consejo ni esfuerço para dezir ni hazer cosa que para remedio ni consuelo d'ella pudiesse aprovechar, considerando que si no trabajavan en tornarla, según estava amortecida su vida podía peligrar, trayendo agua de la fuente que junto a las tiendas

había, se la echaron por el rostro. Con que después de gran pieza, recordando de aquel doloroso tránsito, no sin lançar grandes y aquexados sospiros, comenzó de dezir:

–¡O, Señor, a quien sólo es dado remediar los cuitados! ¿Para qué queréis que tenga yo vida sin aquella mi amada hija, la cual, después de vós, era la verdadera sustentación d’ella? ¡O, Flerisena, espejo y lumbre de mis tristes ojos! ¿Qué vida será la tuya, viéndote en catividad que mil muertes de cada hora no dessees, habiendo sido de mis pechos y después con tantos regalos de aquellos honrados emperadores, tus agüelos, criada? ¡O, hija mía!, ¿y qué dolor tan lastimero será aquél que sentirán sin esperanza de ser jamás ledos, cuando de las tristes nuevas de tu tan arrebatada partida serán sabidores?

»¡O, Boralda, a quien mejor fuera haver dado la merecida muerte que te dexar con la vida, para que tan mal lo agradeciesses, que te merecíamos mi hija e yo con los que dixes, para que en nosotros essecutasses la saña que contra Valerián de quien dixistes quedar tan lastimada tenías! Pues de conocer no dexavas que él fuera el causador de tu daño y nosotros de tu remedio, cata que has hecho grande injusticia en procurar la muerte a quien sobre todos devías dessear la vida. Mas ¿qué digo? Bien parece que estoy agena de mi sentido, pues no siento que si el príncipe, mi señor, doliente de ti, dexó de darte el devido castigo, el agradecimiento y satisfacción que d’ello se le debía, había de ser que tú, sin te doler d’él ni de mí, nos castigasses por el mal que te no havíamos fecho.

»¡O, Valerián de Ungría, sobre todos los de tu tiempo valeroso y esforçado! ¿Quién había de creer que por la criança que en nuestra casa heziste, fuesses causador de tantas penas y, en fin, de muy dolorosas muertes? Y puesto que de ti no se espere, assí por el amor tan grande que a mi hija tienes, como por corresponder al que nosotros te tenemos, sino que has de buscar la tierra y mares, sin perdonar a los trabajos y peligros que por haver a tus manos aquellas dos personas que en amor y aborrecimiento no tienen contigo igual se te pueden ofrecer, cuando nuestra ventura, o por mejor dezir la tuya, fuesse tan favorable que lo alcançar pudiesses, ¿quién podría tanto tiempo çufrirse sin ver aquella que, después que de mis entrañas salió, jamás passó día que sin la ver mil vezes reposar se me otorgasse?

»¡O, mi señor Nestarcio!, ¿qué consuelo ni deleites se vos podrán procurar, pues la ausencia de aquella nuestra amada hija vos ha de ser para siempre incomparable tormento con muy triste soledad? ¡O, alto y honrado emperador, mi señor, y vós, muy alta emperatriz, mi señora, más padres de mi hija que los que la engendraron!, ¿quién

creerá que las flacas fuerças de vuestra vegez, menoscabadas con tantas y tan largas dolencias y austera vida, puedan resistir al doloroso y fuerte encuentro de tan triste sentimiento, cuando estas más tristes nuevas que las de la vuestra propia muerte serán a vuestro oídos y alma llegadas?

»¡O, tierra, cómo conozco que gozarás presto de la mayor honra que alcançar esperavas, pues has de acoger en tus entrañas aquellos que la muerte ha temido hasta aquí llevarse, porque no le pudiesses igualar en el poder y honra que sobre todos los humanos alcanza! ¡O, vasallos d' éste que solía ser triumphante imperio!, ¿qué señales de tristeza podréis vosotros hazer que igualar puedan a la menor parte de la pérdida que haréis, perdiendo aquellos soberanos emperadores que hasta oy con tanta paz y justicia vos han gobernado? ¡O, mundo, cuánto serás de menos valor y extima después de perdidos los que en tan grande honra y triumpho solían sostenerte!

Otras muchas cosas dixo aquella dolorida princesa, y tantas que los que ende eran, se maravillavan según en su alma conocían el dolor cómo no le rebentava el corazón por mil partes. Por donde no sabían que le dezir pudiessen para en algo aconsolarla, viéndola tan agena de su consuelo, sino llorar amargamente como aquellos que no solamente consideravan la pérdida presente, la cual podía tener algún remedio, pero la venidera que d' él carecía. Pero como ende se fallasse su leal criada Danela, la cual no dexava de saber lo que en semejantes casos era conveniente hazerse, aconsolándola lo mejor que se le otorgó, y trayéndole a la memoria, assí el peligro del cual por el príncipe, su señor, fue librada, como otros muchos casos y exemplos, tanto supo hazer y dezirle que, cobrando la princesa todo su juicio, mandó que luego fuessen algunos cavalleros por el príncipe, su señor.

A la cual Danela dixo que ya lo havia proveído, de manera que tenía por cierto que no podría mucho tardar, según la diligencia se havia de hazer por el cavallero que con aquel mandado iva, aunque no con facultad de le dezir aquellas nuevas. Lo que assí se hizo, porque, no curando del daño y fatiga que a su cavallo podría recrecer, antes de una hora llegó adonde el príncipe Nestarcio estava. El cual, cuando tan apressurado venir lo vido, y que su cavallo tenía más espuma por los pechos y ancas que en la boca, le dixo:

–¿Qué es esto, Elisén? –que assí se dezía el cavallero, el cual según se vos ya contó era casado con Danela–, ¿qué priessa tan grande es la tuya?

–Es tan grande, mi señor –dixo Elisén–, que conviene que con no menor priessa de la que soy venido, bolváis a la princesa, mi señora, porque no sentirá poca pena de vuestra tardança.

Y como aquel virtuoso príncipe sobre todas las cosas amasse la princesa, su muger, temiendo que no sin gran causa con tan presta diligencia havía por él embiado, sin preguntar más a Elisén, por no se detener, bolvió por el camino que allí viniera, con tan gran priessa como era el cuidado que tenía de saber la causa. Por donde con mayor presteza que la del mensagero, en muy breve tiempo llegó adonde la princesa era. La cual aún estava en los braços de Danela. Y como creyesse que su cuita procedía de algunas nuevas de tristeza que le hoviessen venido de Costantinopla, le dixo:

–¿Qué es esto, señora?, ¿tan poco esfuerço es el vuestro que no baste a çufrir cualquier cosa aunque de mayor pesar y enojo sea, siendo vuestro corazón tan alto y generoso?

–¡O, señor –dixo la princesa–, que lo que más a mí me aquexa y atormenta es tener por cierto que, cuando supiéredes la causa, se ha de mostrar muy más flaco el vuestro!

–¡Sancta María, señora! –dixo Nestarcio–, ¿qué mal puede ser tan grande y tan súptitamente venido que no se pueda hallar esfuerço para lo poder sostener y passar? ¡Dezídme ya, por Dios, mi señora! No sienta yo hasta lo saber doblada pena.

–Pues sabed, señor –dixo la princesa–, que vuestra hija Flerisena...

Y dicho aquello se tornó a amortecer de tal manera que el príncipe Nestarcio, aunque le havía oído nombrar a su hija, considerando que no podía oír más de ser muerta para carecer su mal de remedio, y por ende no curando de preguntar a ninguno de los que ende eran por qué la havía su muger nombrado, pareciéndole que en aquella sazón no se devía entender sino en le hazer cobrar su acuerdo, tomándola entre sus braços, la començó besar con tantas lágrimas que le impedían que dezir no le pudiesse algunas cosas para consuelo de entrambos. Y haziéndola desabrochar y poner en su lecho, tantas cosas hizo y le dixo, que antes de media hora la hizo en sí tornar con mejor juicio y mayor sossiego que de antes. Y cuando assí la vido, le rogó que sin recibir en ello pena le contasse por qué causa havía por él embiado, y qué era de su hija a quien le nombrara. Y que no desconfiase del Alto Señor e de los remedios que él entendía de le procurar, porque si no era muerte d’ella o de cualquier de sus padres, no dudasse que mediante la divina voluntad todo se haría conforme a sus desseos, aunque algunos enojosos medios procediessen.

Con que cuando la princesa más aconsolada y con mayor esfuerzo que con cuantas cosas y remedios antes de su venida le habían dicho y procurado, contó al príncipe, su marido, todo lo que Boralda hiziera hasta haverse llevado su hija. Y puesto que el príncipe Nestarcio, sabidas aquellas tan tristes nuevas, hoviesse sentido el mayor y más penetrativo dolor que hasta entonces sintiera, según amava estrañamente su hija, considerando que en aquella sazón en su esfuerzo consistía la salud y vida de la princesa, a quien no tenía menos razón de amar, y que en lo de su hija Dios lo proveería a quien era otorgado, y otrosí acordándose que había oído dezir a Emperalidea, hija del sabio Arismenio, que a su hija no le habían de faltar cuitas y enojos, dixo a la princesa:

–Nunca creí por cierto, señora, que de semejantes casos vuestro corazón enflaqueciesse tanto que en vós pudiesse notarse desconfianza ni flaqueza, habiendo mostrado tan grande esfuerzo en los mayores, que cuasi excedía el poder que a las de vuestro género se otorga, señaladamente que con la experiencia debía haver recibido acrecentamiento y no disminución. Por ende, señora, vos ruego que se no dexede de conocer en vós aquel esfuerzo que siempre se ha conocido. Y procurad por vuestra parte todo lo que para la cobrança de vuestra salud e hija viéredes ser más conveniente, no vos olvidando de embiar vuestras cartas para Valerián, al cual no es razón que por mí se escriba por lo que de sus desseos se ha publicado. Pues es cierto que, aunque se no publicaran, cualquier mandado vuestro no puede dexar de hazer mayor impresión. Por donde, aunque no lo forçasse su virtud y nobleza, no lo dexará de forçar la criança que en nuestra casa se hizo, pero sobre todo su propria pasión y desseos, para que sin descansar los días y las noches trabaje de alcançar el remedio y descanso de todos. Y yo por la mía seed cierta que me no descuidaré de proveer lo que para el mismo efecto conviene, con que fio en Nuestro Señor Dios que antes de mucho tiempo seremos con doblado gozo en nuestra primera alegría restituidos.

Y como dicho aquello conociesse que la princesa ya mostrava tener mayor esfuerzo y consuelo, mandó que luego se entendiesse en bolver a Colonia. Y como no se tardassen los que a su cargo lo tenían en cumplir su mandado, muy presto pudieron partir, y dándose mayor priessa que a la venida, bolvieron a sus palacios. Y cuando por la ciudad aquellas nuevas se estendieron, muy gran tristeza se señaló en todos los moradores d'ella, la cual mucho más se les acrecentó por lo que agora se vos contará.

¶Capítulo xxiiij. De cómo sabidas por los emperadores Octavio y Pulchrea las nuevas de la pérdida de Flerisena, dixeron muchas cosas al príncipe Nestarcio dignas de perpetua memoria. Y de cómo dieron fin a sus días.

Pareciendo al príncipe Nestarcio que aquellas nuevas, aunque de tan grande tristeza fuessen, no se devían callar a los emperadores, sus señores, y que era razón, pues no podían mucho tiempo encubrirse, que por él antes que por cualquier otra persona las suspiessen, otro día después de llegado a Colonia fue al monasterio, en el cual sus padres muchos años había que hazían su vida. Y después de oída la missa, la cual se dixo en una cámara adonde dormían, por razón que avía mucho tiempo que adolecieran, por donde no se les otorgava salir a la iglesia, con el mayor esfuerço que pudo por no mostrar flaqueza y detener las lágrimas, por no les acarrear pena, les contó todo lo que de su fija había sabido sin faltar cosa. Los cuales, como aquello oyeron sin le poder responder palabra, por razón del bivo dolor que en aquel punto sintieron, començaron de llorar tan agramente que por mucho que Nestarcio trabajó en los retraher de su llanto, no pudo, después de aver visto cuán poco aprovechava, dexar de seguirlos con mayores lágrimas. Pero después que con aquello los espíritus del emperador pudieron cobrar algún aliento para proferir lo que su corazón sentía, començó de dezir.

—¡O, soberano Dios, qué gracias se vos pueden por mí dar, siendo tan gran peccador, pues antes de mi fin vos ha plazido que por mí tan estraño dolor sea sentido, que venga a conocer tan claramente que de mí vos ayáis dolido! Porque, puesto que fasta aquí en el regimiento del imperio que vos me plugo encomendar, no me ayan faltado algunos trabajos e penas, como venían mezclados con el sabor de señorear que todos lo hombres aunque no devríamos desseamos, no los sentía. E viendo que todas las otras cosas me sucedían a mi contentamiento, aunque en vuestra misericordia no dudava, no dexava de temer que mi pequeña penitencia no podría compensar el menor de los deleites e plazerres por mí recibidos. Por donde me convernía en el otro siglo padecer desiguales penas para lo satisfacer. Pero pues a vós, Señor, no es oculto que todos los gozos y alegrías que yo, en todo el tiempo de mi vida, he podido gustar, no igualan con gran parte a este tan ravioso dolor que agora siento y me ha sobrevenido, suplicovos, Señor, que compensándolo con ellos, me hagáis merecedor que supla las penas e tormentos que después d'esta vida habría de passar, siguiendo el orden de

vuestra justicia. Pues en mí no ay ni caben aquellos tan perfectos grados de arrepentimiento e penitencia, como tuve delectación en los tiempos passados en las vanidades y pompas d'este engañoso siglo.

»Y vós, mi fiyo Nestarcio, no desmayéis por lo que vos ha sucedido. Pues en semejantes casos, allende que es señal que el Señor de vós se acuerda para provar los quilates de vuestra paciencia y çufrimiento, puesto que le sean manifiestos, los príncipes como vós han de mostrar que son de más perfecto metal que los otros, pues Nuestro Señor Dios assí lo declara en la elección que d'ellos haze, para que a los de inferiores estados enseñoreen y manden. No digo que lo tengáis en poco quanto a la existencia del caso, porque el mayor es y de más importancia de quantos he oído, pues no vos sobran otros hijos a quien tan grandes señoríos como los vuestros podáis con descansado ánimo encomendar después de vuestros días, pero quanto a la apariencia y exterior demostración que disfracéis y encubráis vuestro dolor y sentimiento, porque no se conozca que en vuestros propios fechos el coraçón vos fallece. Pues d'ellos se vos seguirá la poca reputación y el gran menosprecio que de vuestra persona se ternía, ni menos digo que dexéis de sentir este açote como es razón, porque las cosas de Dios siempre se han de considerar menores en castigo y mayores en misericordia. Por donde por los que la conocer quieren, se ha de suplicar que con lo fecho se tenga por satisfecho y servido, y que no passe adelante su punición conforme a nuestros delictos.

»Y si conociéredes que de algún pecado vuestro o de quien vos corregir podáis procede, que vos castigéis y lo corrijáis de suerte que vuestro coraçón y conciencia queden satisfechos, por haver cumplido lo que a las humanas fuerças se otorga. Porque d'esta manera se sirve el Señor de nosotros, o por mejor dezir de aquellos que lo dessean servir según son tenidos.

Y otras cosas le dixo aquel valeroso emperador, por razón de las cuales no quedó con menor consuelo que maravilla, viendo tan gran fortaleza en aquel honrado viejo, en el qual ya no se mostrava más de la piel sobre los huessos, con las carnes tan consumidas como llenas de virtudes, creyendo que, según su flaqueça e diminución de fuerças, de sólo oír tan tristes nuevas había de dar fin a su fatigado bivir.

Pues si de contarvos huviésemos lo que aquella soberana emperatriz dixo, no pienso que se leer pudiesse sino con iguales lágrimas de las que ella a su fiyo había derramar, por ver assí su constancia como la conformidad de su voluntad con aquélla por la cual los cielos son regidos y la tierra gobernada.

Y porque ya passava la hora, en la cual se les acostumbrava de dar su cotidiana sustentación, Nestarcio determinó de los dexar para que la recibiesen, conociendo que en su presencia no la tomarían, según entrambos estaban embevecidos en lo amonestar y aconsolar por lo dexar, assí como ya ellos lo estaban, aconsolado. Por donde, quando pudo alcançar, salió de aquella cámara, recolhendo aquellos tan saludables consejos que oyera con intención de los seguir, assí como bueno y cathólico cristiano y obediente fijo, aunque con tanto dolor por ver a sus padres tan cercanos al fin de su desseada jornada, que quando llegó adonde la princesa Arinda era, no fue poco lo que trabajó de encubrirlo, según venía lastimado, señaladamente al tiempo que le contó lo que con aquellos honrados emperadores le havia acontecido. En el cual no pudo dexar de rebivarse la tristeza d'entrambos, con tanto acrecentamiento, que muy gran lástima les havían todos los que tan afligidos los vían.

Pero mayor la tuvieron no muchas horas después, causándolo que como el emperador con la emperatriz viessen partido d'ellos al príncipe, su hijo, conociendo sus pocas fuerças y salud, por razón de lo cual era bien que se apercibiesen puesto que siempre trabajassen d'estar apercebidos, para quando el Señor llamar los quisiese, creyendo que aquella era la última aldabada que se les havia de dar, se confessaron muy devotamente de sus pecados, mostrando con el aquejado dolor que d'ellos, y de lo que a su más que amada fija havia acaecido, mayor arrepentimiento. Y al tiempo que recibieron aquel sobre todos alto sacramento, fue maravilla, según las abundancia de sus lágrimas y cosas que con ellas dixeron invocando su misericordia, cómo no se les salió el alma.

Pero quando ya fue cerca de la media noche, haviendo passado todo el día en dezir sus acostumbradas y nuevas oraciones, pareciéndoles que presto sería tiempo de despedirse de sus fijos, embiaron por ellos porque antes que entrassen en la última batalla, en la cual muy presto conocieron que havían de entrar, se pudiesen despedir los unos de los otros; porque después ninguno de los mundanos pensamientos pudiesen impedirles los celestiales, con que entendían defenderse de aquel cruel y astuto usurpador de las almas, que siendo para la gloria criadas, jamás cessa de trabajar cómo podrá llevarlas a las eternas penas.

Y como el príncipe Nestarcio, con su muger Arinda, sintiessen que llamarlos en semejante hora no carecía de grande misterio, con la mayor priessa que pudieron llegaron ante ellos. A los cuales fallaron vestidos de los hábitos de aquellos frailes, tomándolos por las armas exteriores, de las cuales otrosí entendían aprovecharse. Y

cuando así los vieron, fíncadas las rodillas en el suelo, les tomaron las manos, las cuales más mojaron con sus lágrimas que besaron, aunque innumerables vezes fuesen por ellos besadas sin les poder dezir palabra, según sus coraçones eran tristes antes que allí llegassen. Y la tristeza que se les acrecentó después de llegados y de que ya passó aquel aplazible y descansado llanto, el emperador, como aquel a quien ya todas las cosas del mundo no podían acarrear pena, comenzando de participar con la firme esperança que tenía de la fortaleza que desseava, les dixo:

–La emperatriz, vuestra madre, e yo, amados fijos míos, siendo llamados por aquel Señor a quien todos los nacidos havemos de dar cuenta, por ir apercebidos como al buen factor conviene, havemos antes acordado de examinar y reconocer los libros de nuestra conciencia, porque interrogados sobre las partidas que en ellos están continuadas, no dudemos la respuesta que se deve. Y porque lo primero es examinar, vistos los recibos, si las datas a ellos igualan, para que sepamos de qué podemos quedar deudores, hallamos que los recibos las sobrepujan de suerte que es imposible, aunque en todos nuestros passados días hoviésemos al Señor servido, así como hecho lo contrario, se nos otorgasse la menor parte de la compensación que se requiere, para igualar al más pequeño de nuestros delictos. Por donde, conociendo que los recibos son por él graciosamente otorgados, y las datas por deuda por nosotros devida, hallamos ser más seguro no querer entrar con él en juicio, sino suplicarle que, no havido respecto a nuestra fragilidad, nos admeta el sacrificio de nuestra voluntad y coraçón, así como de presente se lo ofrecemos. Pero porque para el buen exemplo que cada uno ha de dar de su vida, convenga acompañar la voluntad con alguna obra, queremos en el libro que dixere se assienten tres cosas que nos quedavan por assentar.

»La primera es la restitución del imperio que nos encomendó, el cual en esta hora vos entregamos del todo. La segunda es la de nuestros cuerpos, los cuales queremos que sean entregados a su madre, la tierra, pues a todos es tenuta de recibir por fijos. La tercera e última es de nuestras almas a su criador, para cumplimiento de lo cual muy humilmente le suplicamos que, no por nuestros merecimientos sino por los de su pasión, sea servido recibirlas, pues por salvar las quiso padecer la más desonrada y cruel muerte de las que se pudieron considerar.

»Muchas otras ay que con menor voluntad assentaríamos si se nos acordassen, como lo mejor sabe aquél a quien todos los secretos interiores son revelados, no le siendo cosa occulta. Para cumplimiento de lo cual mandamos que por vosotros se fagan todas las diligencias posibles; y, sabidas, satisfagáis todo lo que nosotros somos en

cargo, con aquel cumplimiento que para nuestro descargo, y dende agora adelante vuestro, conviniere. Porque es muy devida cosa que si el buen mercader, queriendo mudar domicilio, quasi por sola la conservación de su crédito y honra que podría perder, manda inquirir y pregonar si es deudor de alguno que lo venga antes que se parta a cobrar.

»Que habiendo vuestra madre y yo de mudar este temporal domicilio para ir al eterno, se fagan por vosotros tan grandes y mayores diligencias para el descargo de nuestras almas, siendo como es la comparación de lo primero a lo segundo sin ninguna proporción. Juntamente con esto, vos encargamos que aquello que nosotros con vuestra fragilidad y las mundanales ocupaciones, para provecho de nuestras almas de hazer havemos dexado, lo supláis con oraciones, limosnas y otros géneros de sufragios; porque nos ayudéis y abilitéis para subir en aquella montaña, de donde lo que por vosotros rogaremos sea mejor oído que d'esto baxo de las culpas, adonde ninguno, hasta después de lavado con el agua de la penitencia, puede merecer por regla. Puesto que para el Señor ninguna ay tan firme que su sobrada misericordia no la rompa cuando es d'ello servido.

»Y porque no sería bien que, por nos acordar tanto de nuestros fechos, nos olvidemos los de vuestros vasallos que como los propios somos tenidos de mirar. Por donde no usaríamos de la perfeta virtud de charidad, sin la cual todas las otras pueden obrar pequeños o ningunos efectos. Otrosí vos mandamos que a los vasallos que diximos, los cuales mejor dixéramos vuestros, tratéis con aquella misericordia que agora nosotros desseamos alcanzar. Porque en semejante y cualquier otra jornada no temáis que vos sea negada, pues es cierto que por una regla y medida han de ser la satisfacción y el castigo. Y que juntamente uséis de la virtud de la justicia, atendiendo siempre las divinas más que las humanas, pues las primeras son tan verdaderas quanto las otras pueden ser erróneas, por la diferencia de los instituidores d'ellas. Trabajando no menos de los conservar en paz, la cual es el más firme y verdadero fundamento de todos los bienes, assí para este como para el otro siglo. Y que vos contentéis con lo vuestro y aun dexando algo d'ello, sin usurpar lo ageno, porque si una vez començásedes de gustar la dulçor que el allegar thesoros trahe consigo, para aquellos que no sienten o no quieren sentir la ponçoña que dentro tienen enxerida, por ventura, aunque después quisiéssedes dexarvos d'ellos, no se vos otorgaría, assí por la pena y descontentamiento que se vos recrecería, como porque havría de preceder la gracia del Señor, sin la cual ninguna

conversión de mal a bien puede hazerse, allende que se vos impornía nombre de codiciosos, que es el peor que los príncipes tener pueden.

»Y si después por quererlo perder usásedes de grandes liberalidades, no dirían sino que distribuís en público lo que robastes en secreto por ganar nombre de liberales. El cual con razón vos trocarían con el de pródigos y vanagloriosos, porque esta virtud de liberalidad tiene dos imperfecciones tan annexas consigo, a saber es de prodigalidad y vanagloria, que pocas o ningunas vezes en los semejantes se halla sin una d'ellas y aun con las dos juntas. Y sobre todo que miréis que los cargos de justicia no los tengan hombres que, allende de ser sabios, dexen de ser virtuosos y ricos, porque la ignorancia y el vicio o la necesidad no los tuerce que desvíen del derecho camino. Pues, faltando en ellos cualquier d'estas tres cosas, con gran peligro podrán bien juzgar.

»Y porque ya nos parece tiempo, según sentimos que nos queda poco, para atender en nos adereçar para lo ál que en este último camino conviene, amados fijos, quedad con Dios. Al cual plega darvos su santa bendición, assí como vuestra madre y yo vos damos la nuestra, supplicándole vos otorgue que el tiempo que biviéredes sea con mucha paz y concordia, feneciendo en su santo servicio.

Y dicho aquello, dada su bendición por entrambos, los abraçaron y besaron muchas vezes, sin que ellos ni ninguno de los que ende eran pudiessen hazer más de llorar con tan grandes o mayores gemidos y solloços, viendo aquella dolorosa despedida, como hazer pudieran si ya sus almas hoviessen dexado los cuerpos sobre los cuales semejantes llantos se hazen.

Después de alguna pieça que en aquel sabroso llanto se detuvieron, rogádoles que se fuessen a descansar, quedando entrambos con sus confesores, los cuales no se ha de creer que fuessen para el exercicio que en aquella sazón convenía inábiles ni de mala vida, se reconciliaron, porque ninguna llaga, aunque pequeña, dexasse de ser curada con el saludable ungüento que para la curar era necesario, hasta venir el último sueño con el cual quedan curadas para siempre. Y por no dexar de essecutar todos los autos de penitencia que estando ya tan adelante, y cuasi al cabo de su vida, se les otorgava, mientras sus flacas fuerças para sostenerse fincadas las rodillas los acompañaron, no dexaron de trabajar ni menos de suplicar a Nuestro Señor Dios que aquel pequeño trabajo, que por su servicio se esforçavan de passar, recibiesse en descuento y compensación de sus grandes culpas y pecados.

Y después que vinieron a enflaquecer de suerte que ya no podían con la cabeças altas sostenerse, echados en unos pobres lechos del mesmo orden, tomando cada uno la

figura de aquel Señor que nos redimir quiso, representada en la manera que en la cruz padeció en sus manos, diciendo tantas cosas para aquel passo y tan provechosas, que los frailes, que ende tenían para los esforçar y aconsolar, quedaron sobre razón maravillados. Cuando vino la luz del alva, puesto que el emperador por algún pequeño espacio primero muriese, fizieron entrambos la tercera restitución que de sus almas dixerón al Señor que las criara, con tanto sossiego, acompañado de una hasta entonces no vista alegría, que en ninguno d'ellos se mostrava más señal de muerte que si bivos fueran.

Cuando los príncipes, su fijos, assí los vieron, no ay persona que dezir ni escribir pudiesse las cosas que dixerón y los llantos que fizieron, refiriendo siempre la principal y primera causa, que era la ausencia de la princesa Flerisena. Por donde, no curando de lo exprimir, se remite al buen juicio y discreción de los lectores. Pues no dexarán de considerar que siendo aquellos soberanos emperadores, assí de tan alto estado como se vos ha dicho, como provechosos para sus fijos y vasallos, los llantos y los otros señales de dolor que por su muerte se devían hazer, no dexaron de ponerse con tanto cumplimiento en efecto como a cada uno, según el deudor y amor que les tenía, era lícito y pertenecía, señaladamente el día que fueron enterrados. Porque, puesto que el fin de aquellas honras fuesse más para sufragio de sus almas que para la demostración de la grandeza de sus estados, no dexaron de se hazer con tanto cumplimiento, que en los tiempos passados ni en muchos de los venideros se fizieron ni fueron vistos sus iguales.

Aquel mesmo día no se olvidó el príncipe Nestarcio de escribir aquellas nuevas, assí a Costantinopla como a Francia, y a la Gran Bretaña y a Ungría, a todos los emperadores y príncipes, sus deudos y amigos, adonde, después de sabidas, no se dexó de señalar el sentimiento que era devido, señaladamente por aquella no menos honrada que hermosa reina Polidia. Porque los llantos que fizo, acordándose del amor que sus padres siempre le mostraran y el que ella les tenía, juntamente con la princesa Flerisena, su sobrina, fueron tan grandes que cuasi cuidó hazerles compañía en la muerte, según fue por ella sentida.

Y por aquella razón, muchos de los príncipes que vos diximos salieron de sus reinos para ir en la demanda de la princesa Flerisena, a cada uno de los cuales les sucedió lo que en la prossecución d'esta grande historia se vos dirá.

¶[Capít[ulo] xxv. De cómo la princesa Arinda escribió a Valerián, así la pérdida de su hija Flerisena, como la muerte de los emperadores Octavio e Pulchrea, y le embió las cartas con su enano Dromisto. Y de lo que, así antes como después de leídas, Valerián dixo e fizo.

La princesa Arinda, conociendo que por su parte no devían dexar de escrevirse aquellas tristes nuevas a todas las personas que el príncipe Nestarcio había escrito, con los mismos mensajeros embió sus cartas, porque sus pérdidas y cuitas fuessen doblemente plañidas. Y otrosí acordándose que no menos se había de seguir el mesmo orden con Valerián, así por cumplir lo que el príncipe, su señor, le dixera, como por lo que para la cobrança de su fija convenía, le escribió una carta. Y llamando a Dromisto, su enano, le dixo:

–Porque el amor que tu señor a mi hija tiene, amigo Dromisto, es tan notorio que quererlo dissimular y encubrir sería cosa fuera de todo buen juicio, no entiendo encarecerte la diligencia que por me complazer has de poner en levarse esta carta que le escribo. Pues, aunque sea de nuevas tan tristes como a ti no es oculto, no se te ha de agradecer menos que si fuessen las de mayor alegría que llevar pudieras, pues cuanto se tardare hasta saberlas, tanto más se recrece el peligro de la recuperación de mi fija y tu señora. En la cual es cierto que se encierran, así las vidas del príncipe, su padre, y mía, como la de tu señor, si el amor que contra ella tiene es tan leal como el virtuoso y esforçado. Quanto más que cuando no lo obligasse el amor y voluntad que dixere, no lo dexaría de obligar su mesmo orden y oficio, que es de socorrer a los cuitados, y señaladamente a las dueñas y donzellas. Las cuitas de las cuales ni ninguna pienso que puedan igualarse con las que mi fija y yo tenemos razón de sentir, dexada aparte la cualidad y estado de las personas que no menos se han de considerar, allende de la criança que en esta casa fizo, por razón de la cual aún sería más obligado.

»Por ende Dromisto, pues para hazer lo que de nos serían superfluas cualesquier exortaciones, yo te ruego que, no perdonando al trabajo que d'este camino se te puede recrecer, se la lleves a doquier que lo hallar pienses, aunque todavía creo que será en el reino de Denamarca, de donde nos escribió, después de algunos días que d'esta casa partió, y nos embió aquella dueña. La cual pluguiera a Dios que nunca hoviesse embiado, pues de su venida se han causado nuestras desdichas, y a ti el trabajo que

agora se te ofrece y a otros muchos infinitos desatientos y peligros, hasta que la princesa Flerisena, mi hija, sea en su primera libertad restituida.

Pareciendo a Dromisto que mejor se cumpliría el mandado de aquella princesa con su breve partida que con larga respuesta, tomando la carta que le dixerá, y ofreciéndole que sólo un poco de dormir e comer le interrumpirían la diligencia que por servirla en aquel camino entendía poner, en la mesma hora partió levando un palafrén muy andador, tomando la carrera que guiava al reino de Denamarca, adonde tenía por cierto que había de fallar a su señor.

Passados algunos días, fechas las honras de los emperadores, el príncipe Nestarcio y su muger, acompañados de los altos hombres y cavalleros del imperio, fueron a la iglesia mayor de Colonia. En la cual, después de dicha la missa, sin alguna demostración de alegría, fueron jurados por emperadores, con todas las ceremonias para semejante auto convenientes y devidas, de forma que desde aquel día en adelante se intitularon emperadores de Alemania y príncipes de Costantinopla.

Fue tan grande la diligencia que Dromisto puso en aquel mandado de la princesa Arinda, que en muy breves días, ayudándose hallar passage y tiempo endereçado quando passó de Artra y Fruvia, llegó a Tresendia en tal día que el rey era ido a monte con Valerián e otros cavalleros. Y pareciéndole que las nuevas que él traía eran de tal cualidad que no era bien que ninguno fuesse presente al tiempo que de las oír había, según conocía que se había de alterar, determinó de lo esperar en su aposento con Canisor. El cual mucho se maravilló de aquella venida de Dromisto con la priessa que le dixerá, aunque callando la causa.

Por donde, al tiempo que Valerián bolvió con el rey de caça, y entrando a su aposento vido a Dromisto, fue su turbación tan grande que, quasi pronosticando las malas nuevas con que viniera, aun no le pudo dezir que fuesse bien venido, ni menos quando el enano le fizo la mesura que era obligado por ser ende Nicerián. Al cual no conocía, creyendo, como era la verdad, que aún no sabía la hazienda de su señor, la cual no le quería él descubrir. Pero passado aquel primer sobresalto, Valerián le dixo:

–Pues amigo Dromisto, ¿qué buena venida es ésta? La cual por muy cierto tengo yo que no carece de gran causa, siendo tú partido de donde te dexé sin mi sabiduría.

–Es tan grande, mi señor –dixo Dromisto–, quanto podía ser para tener yo justa escusación de lo hazer sin vuestra licencia.

Y como con aquellas palabras a Valerían se le acrecentasse el desseo, juntamente con el temor de saberlas, mandando a los que ende eran que los dexassen solos, assí como se fizo, le dixo:

–Antes que me digas ni declares parte de la causa de tu venida, Dromisto, te quiero certificar que mi lastimado corazón ya va perdiendo las fuerças que tener solía, para çufrir los tormentos tan sin medida que sin cessar, después que de la presencia de mi señora partí, me han siempre atormentado. Por donde, al tiempo que yo te vi, ocurriéndome que tu venida devía ser para algún alivio y remedio de mis penas, assí se me turbó de la sobrada alegría que en aquella sazón me sobrevino, que me impidió las potencias de mi lengua para hablarte. Y de lo que estoy más maravillado es que aún aquella súpita alegría no se era acabada de aposentar, cuando en aquel mesmo instante me sobrevino tan gran recelo y temor, que la causa de tu venida no fuesse para las acrecentar, que no menos se turbaron mis sentidos y se entristeció mi alma, como si ya fuera por ti certificado que ha sido para acrecentamiento de los tormentos que dixes y no para su remedio. Por donde, según la fortuna en este caso <caso> conozco serme contraria, por muy averiguado tengo que no había de ser para más de añadirme passiones. Porque jamás se me ha de la memoria podido partir el gran peligro en el qual una noche, durmiendo debaxo de un olmo, ensoñé que vía a mi señora. Con que son tantos los recelos que de continuo me aquejan, que no se me ha otorgado un solo punto de alegría, que este temor de la ver en el peligro que te he dicho, no la aya sobrado tanto que la mayor compañía que he tenido. Y con quien más me parecía que descansava eran soledad y tristeza. Por donde, amigo, te ruego que me saques presto d’esta duda y sospecha, pues hasta saber por qué has venido ha de ser mayor mi pena, que la que dizen sentirse al tiempo de la despedida del cuerpo y alma, por los combates que recibir espero, antes de saber si soy juzgado para mayores penas, o para que d’ellas se me otorgue el desseado descanso.

Tan lastimado conoció Dromisto que estava su señor Valerían, que por una parte no quisiera ser ende venido con las nuevas que le traía, conociendo cuánto más lo había de estar, pero por otra parte, considerando que había cumplido el no menor desseo que de lo ver tenía, y que en sazón de tan gran congoxa era cosa más conveniente su servicio, pues era mejor para consuelos y consejos que para las batallas, tuvo por bien empleado el trabajo de su camino, y cualquier otro mayor que se le pudiera ofrecer, pues no menos había cumplido lo que por la princesa Arinda se le había mandado, de que no dexava de resultar igual parte a su señora Flerisena. La cual tenía por muy cierto

que no había de ser librada sino por su señor, al cual sólo se debía tanta gloria. Por donde, acabada la razón de su señor, le dixo:

—Si en las adversidades y pérdidas que de remedio muestran carecer, mi señor, vuestros semejantes, a quien Dios hizo entre los otros tan estremados, se han de señalar con esforçado çufrimiento, porque se manifieste y declare la mejoría y diferencia tan grande que ay d'ellos a los otros, en aquellas que se tiene esperança de remedio, aunque muy dificultoso parezca, no me parece que son merecedores de tanto loor, puesto que muestren y señalen el çufrimiento y esfuerço que tener deven. Pues para acometer las cosas muy arduas y peligrosas, y çufrir los afanes y trabajos que en ello se les pueden recrecer, fueron criados. Esto digo, mi señor, porque en el caso que agora oiréis tengáis aquel esfuerço, acompañado de la discreción, que se han siempre en vós conocido, y vos çufráis conformádvos con la voluntad del Alto Señor que lo assí quiere. Y que vuestro generoso coraçón no reciba alteración ni flaqueza, pues para sobrar y vencer mayores cosas nacistes en este mundo.

Y por no lo detener más en aquel recelado tormento, luego le contó todo lo que de su señora Flerisena y de Boralda, juntamente con la muerte de los emperadores, se vos ha contado, y lo demás que la princesa Arinda le había dicho y pasado hasta la hora de su partida. ¿Quién sería tam buen orador que por su devido orden se atreviese a contar las mutaciones que el gesto de Valerián fizo en todo el tiempo que su enano le estuvo contando aquellas nuevas? Pues en una sazón se mostrava tan ardiente y colorado que a las bivas llamas sobrepujava su encendido color, y en otra tan perdido que los que son al extremo de su vida, no la pueden ni muestran tener menor, según los desmayos y esfuerços de su triste coraçón las embiavan a la parte superior.

¿Y lo que después de sabidas dixo? Por cierto ninguno, pues Arismenio, que fue el primer copilador, no se atrevió a las contar sino de la manera que agora oiréis. Que aún no acabava su enano de las dezir, cuando Valerián le dixo:

—¿Es cierto, Dromisto, que mi señora esté presa?

—Es tan cierto, mi señor —dixo el enano—, quanto me pesa poderlo afirmar, por el pesar y bivo dolor que de mi afirmación y testigo vuestro coraçón ha de sentir.

—Pues yo te prometo —dixo Valerián—, puesto que el castigo que yo de hazer tengo en la persona que a tanto se atrevió, no alcance a la menor parte de la satisfacción que para mi señora se requiere, por la desigualdad de las personas y grandeza del atrevimiento, que a lo menos no dexará de hazerse de manera que quede para el mundo

tan notorio exemplo, que tengo por cierto que antes perecerá que la memoria d'él, según será riguroso.

Dicho lo cual, no pudiendo la fortaleza de su combatido corazón, de tan fuertes como dolorosos combates, resistir al grande y bivo dolor que tan sin piedad juntamente lo aquejava, con muchas lágrimas acrecentadas de la desesperança que de ver a su señora se le representava, comenzó de dezir:

—¡O, Valerián, infortunado príncipe de Trepisonda y Ungría! Con cuánta sinrazón te quexavas la noche que, yaziendo debaxo del olmo, tu leal amigo Arismenio, a quien no le era oculto, reprehendiéndote, no dexó de te dar a entender las cuitas presentes, cuando dixo que tiempo vernía que aquellas d'entonces ternías por grande descanso. ¡O, cuán dichoso serías si, viéndolo, alcançasses por dónde ha de ser tu camino para buscar aquélla, tu señora, en la cual están encerrados tu verdadero descanso y gloria! ¡O, mi señora, valedme en tan sobradas cuitas, porque no me falten las fuerças en el tiempo que más y mejor desseo si pudiesse serviros! ¡O, Boralda, sobre todas las mugeres astuta y cruel! Dime por qué quisiste tomar vengança de quien jamás recibiste sino mercedes y honras, dexando a mí que no estoy pensando sino cuál género de muerte será para ti más conveniente, porque en alguna manera se demuestre la cualidad del delicto que comestiste. ¿Con qué tormentos, aunque hasta el postrero día se te diessen, podrías satisfacer la menor parte de la pérdida que el mundo ha fecho de tan soberanos emperadores, en cuyas tan honestas carnes los hambrientos gusanos se están saturando? Lo que no fizieran antes que muchos tiempos passaran, en los cuales pudieran tanto aprovechar que, para lo apreciar assí faltaría entendimiento como comparación, pues si miras lo demás que en deservicio de los príncipes, su fijos, y de mi señora heziste, ¿qué satisfacción se puede por ti hazer, aunque de lo restante del Universo fuesses señora, que igualasse a la menor parte del enojo y daño por ti cometidos? Por cierto ninguno. Tanto que, quanto más lo considero, no hallo sino que, assí como única naciste y sobre todas las de tu género falsa y astuta, assí has querido que tus falsedades y astucias fuessen empleadas contra aquella que es única en el mundo en virtudes y hermosura.

Y dicho aquello, abriendo la carta que Dromisto le diera, la comenzó de leer como se sigue:

¶ *Carta de la princesa Arinda al esforçado cavallero Valerián de Ungría.*

Avos, sobre todos los príncipes y cavalleros d'este nuestro siglo, esforçado y valeroso Valerián de Ungría, a quien otorgó la fortuna que los que cuitas padecen sin consuelo sean por vuestro medio consolados y restituidos en su primera libertad y alegría. Yo, Arinda, princesa de los imperios de Costantinopla y Alemania, muy más triste y afligida que todas las atribuladas que ha grandes tiempos que fueron y serán, mando si lo mandar puedo que mi continua tristeza, juntamente con el desseo de su remedio sean ante vos presentados y de tal manera por vos recibidos, que con el dolor de la primera y esperança de lo segundo sean mis cotinuos tormentos con aquella presteza que se pudiere, pues la desseada sería impossible, convertidos en aquella alegría que vuestro coraçón juzgare ser, para alexar de mí la continua tristeza que dixen conveniente. Sabed, esforçado cavallero y virtuoso príncipe, que Boralda, a quien al príncipe, mi señor, embiaste, no contenta de la restitución y cambio que se le fizo de su devida muerte con la no merecida vida, ni satisfecha con la honra tan embidiada que en esta casa se le hazía, por la haver hecho de todo nuestro bien y descanso tesorera, no ha tres días que, caçando en el monte el príncipe, mi señor, con muchos de sus cavalleros, haviéndome dexado con mi hija y todas las dueñas y donzellas que nuestra compañía eran idas, en las tiendas vimos todo aquel lugar en que estaban assentadas de una tan espesa niebla ocupado, que con gran dificultad alcançávamos los unos la vista de los otros. Lo que, como a cosa prenuncia del venidero daño, nos acarreó incomparable miedo, considerada la presteza con que fue causada. Y no gran pieça después, fue tan súpitamente deshecha, que no quedamos d'esto segundo menos maravillados. Y en el mesmo instante, alçando los ojos al cielo por gozar de su claridad, la cual en aquel tiempo no era para mí menos agradable que en éste enojosa, vi en el aire, cuasi cuatro estados de hombre en alto, un carro con cuatro grifos.

De la cual vista mi alteración y espanto fueron tan grandes como después los tormentos y dolores que por compañeros tengo sin sólo un punto dexarme. Y en el mesmo instante, la boz de aquella engañosa dueña llegó a mis oídos, diziendo que no temiesse la fiereza de aquellos grifos, porque me no empecerían. Pero que para última y perpetua despedida de la princesa, mi fija, si la ver quería, tornasse a alçar los ojos, pues ya no se les había de otorgar el deleite que de su vista se les recrecía. Assí, con

aquel desseo y temor que de tan fuertes y crueles palabras se me causaron, esforcé las potencias que me faltaban para poder verla, de suerte que se me otorgó como que durmiendo estuviessse. Y de más me dixo que, puesto que llevarse consigo mi hija hazer no se pudiesse sin causar a aquellos que la engendramos icomparable pena, no lo hazía sino por vengar su aquexado coraçón de los males y daños que le vos causastes, con que se le otorgaría la vengança tan cumplida como por ella desseada. Y no atendiendo la respuesta que por mí mucho menos dar se le pudiera, pues según la turbación de mis sentidos, aun oír lo que de más me dixo no se me otorgava, con no menor velocidad que la que el ardiente rayo trae de las nuves a la tierra, fue aquel carro de la vista de todos levado en los aires, tan alto y tan presto que cuasi momentáneamente desap[are]cio, cayendo yo en los braços de mi Danela, tan muerta como es mi desseo de lo ser si la espada de vuestra ventura me faltasse.

De donde se siguió que sabida por aquellos antiguos emperadores, por medio del príncipe, mi señor, éstas tan desdichadas nuevas, sobreviniendo el bivo dolor que d'ellas sintieron a su gran vegez y larga dolencia, como assí estuviessse por el Alto Señor ordenado. Dentro término de veinte quatro horas, pagando todas las deudas que devían, se subieron a los cielos trocando su penada y corporal vida con la gloriosa y eterna, cuya muerte, por lo que con ella ganaron, ninguna tristeza nos acarrearía si consigo no traxesse la memoria de la causa. La cual no puede sino permanecer hasta tanto que, restituida la princesa, mi hija, a nuestra vista, con su desseada luz nos buelva en aquella claridad que sola es bastante a nos sacar de estas oscuras tinieblas en que estamos. Las cuales son de tal cualidad, que con la resplandor del Sol en mayor grado son acrecentadas.

Y porque tengo por muy averiguado que, siendo este caso el mayor que assí en cualidad como en existencia ha sido ni podría acaecer, ha de ser remediado por cavallero que sea su semejante, vos ruego, cuanto a mí se otorga, que de mí vos doláis, y juntamente trabajéis en restituirme la claridad y alegría que dixes. Para que ganándovos sobre todos los otros fama y gloria, se vos pueda dar el galardón que se nos otorgar. Y porque lo de más que yo no cansaría de escribir, siendo el mensagero tan fiel como sesudo, lo podrá con más sossiego referir, determino de cessar, suplicando a Nuestro Señor Dios vos faga tan bienandante como el príncipe, mi señor y yo, por cuyo mandado esto se vos escribe desseamos.

Mucho acrecentaron las palabras de aquella carta el dolor que Valerián, antes de la aver leído, tenía, puesto que le parecía ser tan grande que ninguna cosa podía suceder que lo acrecentar pudiese. Por donde buena pieza le duró tener compañía a la princesa Arinda que la escribiera con las mismas o mayores lágrimas con que fue escrita. Pero después de aquello, acordó de partir d'ende muy cedo. Y para lo poner en essecución con la brevedad que convenía, mandó a Canisor y Nicerián, los cuales habían entendido en le adereçar la cena, que aparejassen lo que convenía aquella noche, porque esse otro día sería su partida. Los cuales no fueron perezosos en lo cumplir.

Y passada aquella noche con más sospiros y llantos que sueño, cuando le pareció que ya el rey sería levantado, se fue a despedirse d'él, dándole la razón que devía por su arrebatado partir. El cual, conociendo que no era sin justa causa, le otorgó la licencia que le pidiera, no dexando de se conocer que le pesaba más que si se despidieran diez cavalleros los mejores de su casa. Porque le parecía que, teniendo a Valerián en ella, no solamente la tenía honrada por su persona, pero juntamente por su causa venían ende muchos cavalleros de otras provincias por lo conocer, con que su fama se iba por muchos reinos estendiendo, no siendo antes conocido por más de virrey bueno e virtuoso. Y si conociera que, con prometerle y aun con darle gran parte de su reino, le pudiera estorvar su partida, no dexara de lo tentar. Pero como el tiempo que ende estuviera, no huviesse querido tomar cosa que fuesse de valor ni de precio, y que el castillo de Tesamor no lo pidiera sino para su donzel, por donde tenía por cierto que allende de ser de alto fecho dar más, no le faltava estado, pero sobre todo haviéndolo conocido por tan assentado en sus cosas que ninguna ponía en essecución antes de mucho acuerdo, no quiso dexársela de otorgar, ofreciéndole su persona y estado de tan buena voluntad y con tanto cumplimiento, que Valerián quedó de su agradecimiento tan satisfecho como los otros cavalleros, de quien assí mesmo se despidió, de su persona y maneras contentos.

Assí que despedido de todos, señaladamente de Verrolín, el cual no quiso dexarlo hasta ser fuera de la ciudad buen rato, se partió de Tresendia, tomando el camino de Fruvia para passar a Astra, que ya era del imperio de Alemania, por començar la demanda de su señora. Al cual avino lo que adelante se vos dirá.

¶Capítulo xxvj. De la forma que Boralda tuvo en levarse a la princesa Flerisena con su donzella Erminia, y del castillo que hizo para las tener presas. Y de lo que después de se hallar en él sucedió.

En el mismo punto que aquellos espantables grifos subieron, por voluntad y mandado de Boralda, el carro tan alto que de ninguna parte de la tierra podía verse, lo fizo parar hasta la noche, porque no pudiesen ver a qué parte decendía. Y cuando vino la hora que convenía, con no menos presteza que cuando subiera, lo hizo abaxar en una pequeña isla que en los confines de la tierra habitada por los turcos había. Tan apartada de población por su gran esterilidad, que en ningún tiempo aportó ende persona, ayudando a ello carecer de agua. Por donde los navíos passavan tan lexos d'ellas, pues de ninguna cosa podían d'ella aprovecharse, que cuasi en cient años ninguno podía verla sino forçado de gran tormenta.

Y con sus artes, en el mismo instante que ende llegara, hizo sobre una roca el más fuerte castillo que su ingenio, el cual era muy grande, pudo alcançar, con muy ricos aposentos y una huerta, aunque pequeña, circuida de muy alto muro. En la cual, assí los árboles y frutas d'ellos como las aguas, que por muchos caños discorrían, cayendo de unos pilares en otros haziendo un aplazible estruendo, muy gran deleite acarreavan. Y no quiso, para su mayor fortaleza, hazer en él más de una pequeña puerta, con una cava tan honda que espanto ponía a la vista. Y para la entrada d'ella una puente tan estrecha que no podía passar más de una persona cavalgando, al cabo de la cual, junto a la puerta del castillo, había un fuego tan grande ardiendo, assí de noche como de día, que a todos los que ella quería no parecía sino una boca de infierno, según el humo y llamas, que de aquel fuego parecían salir, llegavan a tan alto que cuasi con las nuves igualavan. Y después, tomando a Flerisena y Erminia, que a su mismo sabor dormían, las echó debaxo de unos árboles que en la misma huerta había, en el lugar más deleitoso d'ella.

Venida, pues, la mañana, recordando Flerisena e viendo a sus pies Erminia, creyendo que aún estava en el mismo lugar adonde se adurmieron, la recordó diziendo:

—¿Has de dormir toda tu vida, Erminia?

La cual, al tiempo que recordó, alçando la cabeça y no le pareciendo el lugar en que a dormir se echaran, sino otro más estraño para su mayor certificación, aunque no sin gran sobresalto, miró al derredor y como no viesse las tiendas, sino los caños de las aguas y el muro tan alto, que a todos los árboles sobrepasava, dixo:

–¡O yo, mi señora, aún duermo o este lugar no es adonde nos adurmimos poco antes!

Esto decía Erminia, no le pareciendo haver dormido sino muy poco. Y como Flerisena aquello oyese, la cual no había acabado de abrir sus ojos, según le supiera sabroso el sueño, los abrió dando con ellos a toda la huerta mayor deleite, que el que d'ella podía recibirse. Y cuando conoció ser verdad lo que Erminia dixera, no recibiendo de aquella vista pequeño espanto, dixo:

–Señora Virgen María, ¿qué lugar es éste en que me veo?

Y levantándose juntamente con Erminia, lo reconocieron mejor. Y cuando no vieron a Boralda, acordándose que Flerisena en sus faldas se adurmiera, ni menos las tiendas y la fuente que junto a ellas había, Flerisena dixo a Erminia:

–Tú, que estás más en tu acuerdo, ¿por ventura podrías atinar en qué lugar estamos? Porque yo no puedo pensarlo, pareciéndome que jamás lo he visto. Y otrosí querría que me dixesses si sabes qué se hizo Boralda.

–Ni sé ni atino lo uno ni lo otro, mi señora –dixo Erminia–, sino que estoy fuera de mí, viéndome donde me veo.

Y aún no acabava de lo dezir Erminia, cuando vieron venir ende a Boralda, acompañada de dos donzellas. Las cuales, trayendo en unos platos de oro, a maravilla labrados, de aquellas frutas de la huerta y pan muy blanco, se fincaron de rodillas ante la princesa, rogándola que comiesse. La cual, como más aquexada estuviesse del desseo de saber adónde estaban que de hambre, dixo a Boralda:

–Dezí, amiga, ¿qué lugar es éste y quién nos ha traído a vos y a nosotras en él? Porque hasta saberlo siempre creeré que estoy durmiendo, aunque me veo despierta.

–El lugar es para vuestro servicio, mi señora –dixo Boralda–. Y el que aquí vos traxo soy yo, por vos poder servir alguna parte de las honras y mercedes que de vuestros padre y de vos tengo, sin lo yo merecer, recibidas.

–¿Pues cómo nos havéis traído sin hazer d'ello sabidores a los príncipes, mis señores? –dixo Flerisena–. Catad que no vos averná bien de vuestro atrevimiento, si no lo fezistes.

–Dios me libre, mi señora –dixo Boralda–, que tan grande yerro fuesse por mí cometido. Porque yo vos juro, por la fe que a Dios devo, que antes de vos traher aquí, para que algunos días vos folguéis, se lo dixere a la princesa, vuestra madre. Y aun hize que vos viesse cómo dormíades, sin querer recordaros, assí porque no me lo mandó, como porque estando despierta no vos enojásedes de tan largo camino.

–¿Cómo tan lejos estamos de mi señora? –dixo Flerisena.

–Bien creo yo, señora, que estaremos mil leguas –dixo Boralda.

–¿Pues cómo puede esso ser –dixo la princesa– que en un sueño sin recordar hayamos hecho tanto camino?

–Porque mucho más puede Dios hazer, mi señora –dixo Boralda–, cuando quiere. Pero porque no biváis con esse cuidado, yo vos certifico que, puesto que por agora no se vos pueda otorgar bolver a casa de vuestros padres, por lo que assí a vós, mi señora, como a mí e a otros muchos cumple, en todo el tiempo que aquí estuviéredes no recibiréis de mí menos servicios que yo en vuestra casa honras y mercedes.

Esta esperanza le pareció a Boralda que devía dar a aquella hermosa princesa, porque, puesto que falsa y engañosa fuesse, no pudo dexar de se doler d’ella, cuando vido sus lindos ojos convertirse en dos manantiales fuentes de lágrimas, al tiempo que le dixo que por entonces no le era otorgado bolver a casa de sus padres, e otrosí dezir a las donzellas que con los platos vinieran que se fuessen dende, y abraçarse con Erminia, llorando tan agramente que Boralda con sus donzellas, las cuales aún eran peores que ella, tuvo por bien de la dexar por entonces, conociendo que con gran razón hazía aquel llanto. En el cual, después de le haver tenido Erminia cuasi igual compañía por buen espacio, la rogó que de llorar se dexasse, pues con aquello no se podía remediar su pena. Y que tuviesse por cierto que Nuestro Señor Dios lo havía assí ordenado, para más presto remedio de sus aquexados desseos. Y que puesto que aquel lugar, assí como estava en el mundo, estuviera fuera d’él, la ventura de Valerián era tan grande que se le no podría asconder. Y pues otrosí no le era oculto que las cosas por el Alto Señor ordenadas no podían dexar de cumplirse, que se alegrasse conformándose con su voluntad, con firme confianza que muy cedo se cumplirían sus honestos desseos.

Y otras cosas muchas para aquel efecto le dixo Erminia, con las cuales Flerisena algún tanto començó de esforçase, aunque no de manera que su cuitado corazón dexasse de sentir los continuos tormentos que padecía, antes de ser ende traída, y los que después, por razón de la ausencia de sus padres, se le acrecentaron. Y como conociesse que para començar a desechar de sí, parte de aquellos fatigosos pensamientos que en aquella sazón la aquexavan, sería mejor passear por aquella huerta que estar siempre en un mismo lugar, por gozar de la variedad de las cosas que en ella havía, se fueron dende por ver si en alguna parte d’ella hallarían algún descanso. Porque, puesto que no fuesse grande, havía en ella muchas cosas que ver, y para otras personas que tan tristes no estuvieran como aquella hermosa princesa, muy deleitosas, señaladamente la vista de la

mar. Con la cual, assí Flerisena como Erminia, las cuales jamás la havían visto, por razón de estar muchas leguas lexos de Colonia, algùn tanto se folgaron, pareciéndoles que con ninguna cosa podían sentir en aquella sazón mayor alivio en sus cuitas.

Por donde, quando fue hora, Flerisena, a ruego de su donzella Erminia, comió algùn poco de aquella fruta. Y de allí adelante se començó de aconsolar de la pérdida de su libertad, confiando en Dios que se dolería de sus penas, guiando ende a su amigo y esposo, por donde, con mayor brevedad y menos culpa suya, podrían venir al desseado puerto de sus comunes desseos. Aunque hasta ser ende aportados, no dexarían de sentir mayores tormentos de los que hasta entonces havían sentido, por razón de la ignorancia que entrambos tenían y havían de tener, durante aquella ausencia, de adónde se hallavan sus personas, sin poderse certificar de lo que padecían.

D'esta manera quedaron la hermosa Flerisena con su donzella Erminia en poder de Boralda, encerradas en aquel castillo. En el cual, si no sintiera la susencia de sus padres, juntamente con aquellas mortales cuitas que no cessavan de la siempre aquexar, a muy gran vicio estuviera, según fiziera los aparejos para sus descanso aquella sabia Boralda. La cual, aunque por muy fuerte y seguro tuviesse su castillo, por mayor seguridad suya fizo que tres donzellas, de las que ende tenía para su servicio, no mejores que las otras que vos havemos dicho, saliessen a los caminos que ella les mandó, para que le traxessen ende tres cavalleros, con los cuales tenía por más cierta la guarda de aquel castillo que con quinientos, aunque muy buenos fuessen. Las cuales, tomando cada una un pequeño barco que para ello les dio, salieron a la tierra firme por cumplir su mandado, en el cual se dieron tan buena diligencia, que ninguna dexó de traher ende al cavallero por quien iva, fingiendo una necessidad y haziéndole el engaño que adelante se vos contará.

¶Capítulo xxvij. De cómo el príncipe Poliantel recibió el orden de cavallería, y cómo, después de partido de casa del rey, su padre, libró a una donzella de dos malos cavalleros que la querían escarnir.

Como algunos días antes que las nuevas de la pérdida de Flerisena y muerte de aquellos altos emperadores llegassen en Francia, el príncipe Poliantel muchas vezes huviesse suplicado al rey Finariel, su padre, que tuviesse por bien de lo

hazer cavallero, lo que no havia podido alcançar por parecerle al rey que sus años no podían ayudar a su orgullo, quando las cartas de los príncipes Nestarcio e Arinda llegaron, con las cuales los fazían de su grande desdicha sabidores, tornó a suplicarle que lo fiziesse cavallero, porque pudiesse ir en la demanda de aquella princesa, su cormana. Lo que no podía dexar de hazer sin grande afrenta y menoscabo de su honra, según el deudo con ella tenía, señaladamente que si su ventura lo favorecía en que él la pudiesse cobrar, allende del servicio que haría a los príncipes, sus padres, no podría sino ganar tan grande gloria y fama, cual jamás havia sido ganada.

Por donde, conociendo el rey Finariel que su fijo no le pedía cosa desaguisada, aunque no le pudo dexar de pesar, sabiendo que se havia de luego partir, aconsolándole con acordarse de que cuasi del mesmo tiempo havia él partido de casa del rey, su padre; y que Florianteo era ido por el mundo más havia de dos años, y hecho muchas cosas en armas dignas de perpetua memoria, no siendo sino de pocos días mayor que su hijo; y que el príncipe Nestarcio de no mayor edad era ido a Costantinopla por librar a su sobrina Arinda; no hallando razón ni achaque para lo contradizeir, se lo otorgó. De que mucho pesar hubo la reina Polidia, su madre. Porque, puesto que tuviesen otra fija de edad de doze años, llamada Belinda, cuya hermosura ya comenzava de estenderse por muchas partes, con la cual mucho se folgava y le havia de quedar algún consuelo con ella, amava tanto a Poliantel que le parecia imposible sostener la vida, teniéndolo ausente. Aunque por otro lado, conociendo la razón que para ello havia, hùvose de çufrir.

Y como ya tuviesse Poliantel de muchos días aparejado lo que para su cavallería convenía, una mañana, después de la noche que las armas velara, sin ninguna fiesta, por razón de aquellas tristes nuevas, el rey Finariel lo hizo cavallero, recibiendo la espada de su hermana Belinda. Y otro día, despedido de sus padres, los cuales con muchas lágrimas encomendándolo a Dios y a la Virgen María, su madre, le dieron la licencia que les pidiera para partirse, armado de sus buenas más que ricas armas, con sólo un escudero, partió, tomando el camino más derecho para Colonia, adonde llegó sin hallar cosa que le huviesse puesto estorvo.

Y como fuesse informado de su huésped que ninguna cosa se sabía de la princesa Flerisena, partió de aquella ciudad, siguiendo la carrera que su cavallo quiso tomar. Y después de haver caminado muchos días, sin haver hallado nuevas algunas de aquello que tanto saber desseava, por las cuales siempre iba preguntando, un día, caminando por una floresta, encontró con dos cavalleros que estaban riñendo sobre cuál

d'ellos se llevaría una donzella que ende tenían sus dos escuderos. La cual, al tiempo que Poliantel ende llegara, le dixo:

–¡Por Dios, cavallero, vos ruego que me ayudéis, porque no sea escarnida d'estos cavalleros! Los cuales contienden sobre cuál será el primero que me ha de desonrar.

El cual, oyendo cosa tan fea, no curando de le responder, se acercó a ellos, diziéndoles:

–Por merced, cavalleros, vos pido que dexéis ir su camino esta donzella, pues no es oficio de buenos hazerles pesar ni desaguizado, quanto más desonrar a quien sobre todos havemos jurado defender y servir.

–Yo creo que vós devéis ser fraile –dixo el uno d'ellos–, pues tan bien sabéis el oficio de predicar. Seguid en buen ora vuestro camino, y no curéis d'esto que no vos conviene. Porque cuando este cavallero e yo huviéremos reñido, no havremos menester a vós ni a otri para que nos avenga quanto a la donzella atañe, pues con cualquier de nos que ella vaya se ha de tener por dichosa y honrada. Cierto es que no puede recibir daño ni desonra.

–Aunque assí lo digáis, no puedo creer –dixo Poliantel– que dexéis de hazer mi ruego, pues no vos pido cosa que no sea vuestra pro y honra.

–Luego amenazáis nos –dixo el cavallero que antes hablara–, pues aún podría ser que a vós sucediesse mayor daño d'este pleito que a la donzella desonra. Por ende, id como ya vos dixen en buen ora vuestro camino y no curéis de entender en haziendas ajenas, si no daréis causa que vos hagamos conocer cuán caro cuesta dar consejos en esta tierra a quien no vos los pide.

–Estas son mis haziendas, cavallero –dixo Poliantel–, y las que yo voy buscando para castigar los semejantes que vós. Para lo cual provar venid, que conmigo sois en la batalla.

–Nunca otro mal nos venga sino ser en ella –dixo el mesmo cavallero, el cual se dezía Bedenor–, la cual creo que no podrá mucho durar, según vos mostráis fardido. Por donde seréis causa que este otro cavallero no tenga contradición para cumplir sus desseos con la donzella, quitándome a mí del mundo para que no se lo estorve.

–No creo yo que él sea tan desleal como vós –dixo Poliantel–. Y quando lo fuesse, no lo tengo yo por tan sandío que no castigasse con la pena que vos havéis de levar por esta culpa.

–No me Dios ayude –dixo el otro, que se dezía Randel– si yo espero esse castigo. Antes entiendo castigar vuestra locura, pues a tanto se estiende.

Y bolviendo con su compañero para tomar del campo, Poliantel lo detuvo, diziendo:

–Pues menos me ayude a mí Dios si no castigo primero vuestra desmesura y mal costumbre.

Y en el mesmo punto, arrojando la lança que ya su escudero le havia dado, tiró de su buena espada. Y arremetiendo contra ellos con tan gran saña y denuedo, viendo que eran falsos e traidores, como si no creyera que lo pudiesen empecer, firió a Bedenor de tan gran golpe por encima del yelmo, como convenía para començar a purgar su pecado. Porque no le prestando más el yelmo que si fuera de papel, le hizo tan gran llaga en la cabeça, que no pudiendo se sostener en la silla cayó de su cavallo. Y como no pudiesse sacar el pie del estribo a la parte que cayera, lo firió con la espuela. Por donde el cavallo, començando de correr, lo levó arrastrando por dentro de aquella floresta, con tan gran furia que, puesto que en el principio sus armas pudieron algún tanto defender sus carnes y huessos para que no se hiziessen mil pedaços, muy poco después los golpes que con la cabeça iva dando en los árboles y piedras con que encontraba, lo pararon tal que no fue menester llevarlo a curar. Pues antes que el cavallo de correr cessasse ya era muerto.

Cuando Randel vido a su compañero de tan rezio golpe ferido, por lo vengar firió a Poliantel, de manera que la cabeça le fizo inclinar hasta el arçón de la silla sin que le pluguiesse. Aunque no tardó en recibir el castigo que, por no haver querido castigar con el de su compañero, merecía. Porque Poliantel lo firió con tanta fuerça que, si no le parara el escudo y la espada juntos, no tardara en ir a hazer compañía al primero. Pero como el golpe viniesse con toda la fuerça que a Poliantel se otorgava, no se pudiendo detener la espada en el escudo porque lo firió en soslayo, decendió al pescueço del cavallo. En el cual fizo tan gran llaga que luego començó a dar grandes saltos, pues las riendas le impedían el huir, con la ravia de la muerte. Por donde a Randel convino, antes que lo derribasse, saltar lo más presto que pudo en el suelo. Al cual Poliantel quiso tener compañía con saltar del suyo y venir contra él con la espada alta, por lo ferir de suerte que del primero o segundo golpe su batalla feneciesse.

Lo que no se cumplió assí, porque viendo Randel que del primer golpe que, después que fueron en tierra lo havia ferido, sus armas no haviam puesto estorvo a los hilos de la espada de su contrario, la cual le havia cortado la carne y los huessos del un

braço, y que si esperaba el segundo no tenía tiempo para confessar sus males, arrojando su espada se finco de rodillas ante Poliantel, pidiéndole aquel espacio de vida que había menester para no perder su alma. Lo que por él le fue otorgado, aunque mucho le pesó porque quisiera que cavalleros tan villanos no biviessen en el mundo.

Fecho esto, preguntó a la donzella si quedava otra cosa por hazer para la guardar de desonra. La cual le dixo que pluguiesse a Dios de le dar el galardón por ello y que por entonces no sabía que quedasse más de aguardarla, hasta la dexar en parte que estuviesse al seguro. Por donde Poliantel, mandando a su escudero que cobrasse su lança, tomó el camino por el cual la donzella començó de guiar, y cuando ya fueron en parte que la espessura de la floresta no les impedía que pudiesen ir hablando, Poliantel preguntó a la donzella que por qué causa iba sin compañía y adónde, y por qué razón aquellos falsos cavalleros la querían escarnir.

–Por cierto que me plaze contárvoslo, esforçado e virtuoso cavallero –dixo Laricea, que assí se dezía la donzella–, pues la fuerça que hazerme querían, no carecía de gran traición y engaño. Y por no tardar, sabed, señor, que los cavalleros que en la floresta quedan, anoche alvergaron en casa de mi padre, a los cuales hizo muy buen acogimiento y servicio, pareciéndole que se les devía sin los más conocer. Y como una tía mía con un escudero le huviesse embiado a rogar que me dexasse ir a folgarme en su compañía este verano, en un castillo que tiene muy bueno, porque no me ama menos que si le fuesse única hija, pues Nuestro Señor no ha sido servido de le dar fijos, siendo mi padre d’ello contento, mandó al escudero que atendiesse dos o tres días hasta tanto que tuviesse adereçadas algunas cosas de que nosotras no podemos ir menos a doquier que vamos. Y como después de haver cenado se hablasse de mi partida, la cual había de ser esta mañana en compañía del escudero que era por mí venido, los cavalleros que dixen dixeron a mi padre que pues a ellos se ofrecía el mesmo camino, assí por me aguardar como por satisfacer la honra que en su casa se les había fecho, en la mañana vernían en mi compañía fasta el castillo de mi tía, porque en el camino no temiesse de algún desaguisado. A los cuales mi padre agradeció su ofrecimiento.

»Por donde esta mañana, según estava concertado, partimos todos juntos. Y por no haver hallado al medio día adonde comer pudiésemos, decendimos debaxo de unos grandes árboles que al principio de la floresta hallamos, adonde descansamos una pieça y comimos de lo que de casa de mi padre traían sus escuderos y el de mi tía. Y porque la siesta entrava muy grande, el primer cavallero que derribastes dixo a mi escudero, pues sabía el camino, que se adelantasse para guisarnos la cena en una villa que hay cerca de

dos leguas de aquí que se dize Mera; y pues sobraba tiempo, que yo podría atender hasta que ellos partiessen por no caminar con la siesta, preguntándome si era d'ello contenta. A lo cuales yo dixé que lo tenía por bien, pues aquella era su voluntad. Por donde el escudero partió luego para cumplir lo que havían ordenado. Y poca pieça después, fingiendo que querían dormir un poco, pues la frescura del lugar a ello los combidava, entraron en lo más espesso de la floresta, dexándome en compañía de sus escuderos. Adonde creo que, en lugar de dormir, ordenaron la villanía que hazer querían. Y pareciéndoles que aquel lugar no era tan aparejado como para su mal propósito convenía, por estar al entrar de la floresta, después de lo haver ordenado bolvieron a cavalgar, e yo en compañía d'ellos. Y siguiendo nuestro camino llegamos al lugar donde nos hallastes, y viendo que era cual pudieran dessear por la gran espessura que ende había, se pararon para determinar quién sería el primero. Y como yo vide que nos parávamos sin causa, pues para cualquier práctica que tener quisieran en toda la mañana les había sobrado tiempo, puse más atención por ver si podría oír algo de lo que hablaban. Con que pude oír al primer cavallero que dezía:

»—No ha de ser assí, por más que vós digáis, sino que pues yo moví el negocio, primero la tengo de haver a mi voluntad, y después yo prometo de vos la entregar para que se cumpla la vuestra.

»Y como por aquellas palabras muy claro se conociesse que en mi desonra entendían, comencé de huir con mi palafrén. Lo que poco me aprovechó, porque muy presto me alcançaron sus escuderos, a los cuales mandaron que me guardassen de suerte que huir no pudiesse. Y al tiempo que tornaron en su primera renzilla, llegastes vós, señor, para los librar d'ella, assí como lo fezistes, y a mí de la traición y desonra que entendían de cometer y se me siguiera. Y pues en vós, virtuoso cavallero, he conocido tanta bondad y mesura como en ellos lo contrario, ruégovos que me no dexéis hasta el castillo de mi tía, del cual hasta esta villa de Mera, adonde está noche vamos, no hay más de tres leguas. Para que por ella y por mí cumplidamente se vos pueda agradecer y servir lo que por me guardar de desonra y a ella de pena fezistes.

Maravillado Poliantel no menos de la traición de los cavalleros que pagado de la bondad y buena gracia de aquella donzella, le dixo que era muy contento de le hazer aquel servicio y cualquier otro que le mandasse, pues su virtud para más de aquello se estendía. Y después, hablando en aquellas cosas y en muchas otras que Poliantel le iba preguntando de aquella tierra, vinieron a salir de la floresta. E muy poco después,

Poliantel se quitó el yelmo dándolo a su escudero, pues ya no había de qué temer, por razón que eran muy cerca de la villa.

Cuando Laricea lo vido tan niño y hermoso, si no le hubiera visto en la batalla que con Bedenor y Randel hubo, no pensara traher consigo mejor aguadador que otra cualquier donzella, porque como aún no le señalassen las barvas y los cabellos tuviesse no menos que el oro ruvios, y el encendimiento de las armas y de la batalla le huviessen acrecentado lo natural colorado, por muy cierto tenía ella que ninguna donzella había en toda aquella tierra que le no desseasse parecer para ser tenida por hermosa. Y por ende le dixo:

–En verdad que si vos no viera fazer, virtuoso cavallero, lo que contra aquellos falsos fezistes, mucho dudara de vuestras fuerças y esfuerço se estendiessen para tanto. Pero habiéndolo visto, no puedo dexar de dar gracias a Nuestro Señor Dios, assí por la merced tan grande que me ha fecho, como por me haver dado a conocer, pues en él puse toda mi confiança, que assí como contra mí se quería cometer una traición tan señalada, por cavallero más señalado en virtud y esfuerço había de ser mi liberación.

No pasó gran pieça después de aquello, que Laricea vido a su escudero, el cual salía de la villa para guiarlos a la posada que tomara. Y cuando él la vido en compañía de Poliantel, no se maravilló menos que después cuando supo la causa. Y como el escudero les tuviesse bien adereçado de cenar, llegados a la posada con mucho plazer cenaron. Y hasta la mañana descansaron del trabajo de aquel día. Pero venida la hora de partir, tomaron el camino del castillo de la tía de Laricea, al cual llegaron dos horas antes de medio día. Adonde, sabido lo que Poliantel por Laricea fiziera, su tía le fizo todos los servicios que se le otorgaron con tanta voluntad, que Poliantel no solamente se tuvo por satisfecho, pero le parecía que les quedava deudo, por donde hubo de quedar ende aquella noche por las complazer. Y en la mañana partió, dexándolas tan pagadas de su bondad y mesura, que muchos días les duró no hablar de otra cosa, puesto que d'él no huviessen podido saber quién era.

Después que Poliantel con su compañía partieron del lugar en que hubo la batalla con los cavalleros en la floresta, Randel fizo buscar a Bedenor, al cual mandó levar a una aldea que había muy cerca dende, hazia la mano derecha, adonde fue enterrado y él curado de la llaga del braço. La cual era tan grande y traxo tan enconada cuando llegó a la aldea, que los maestros le dixeron que curasse de su alma, porque tenían por averiguado que con gran pena curaría de la llaga. Por donde Randel fizo todo lo que como buen cristiano devía, y por mejor despachado, con un clérigo embió a pedir

perdón a Laricea de la desmesura que contra ella quería hazer, la cual le perdonó muy cumplidamente. Y al cuarto día, dexando el cuerpo para cevo de los gusanos, dio el alma al Señor que la había criado.

¶Capít[ulo] xxviiij. De cómo el rey Pasmerindo, sabidas las nuevas que de Colonia se escrivieron, partió para ir en la demanda de Flerisena. Y de lo que antes de su partida dexó ordenado.

Grande fue el sentimiento que el rey Pasmerindo con la reina Albericia, sabidas las nuevas de la pérdida de la princesa Flerisena y muerte de los emperadores, sus agüelos, mostraron e hizieron señalar en toda su casa. Y como este rey fuesse en todas las cosas el más cumplido de todos los príncipes de su tiempo, doliéndose mucho de aquellas pérdidas tan grandes que su buen amigo el príncipe Nestarcio en tan breve tiempo hiziera, y acordándose que su hijo Valerián se había en aquella casa criado y recibido el orden de cavallería, y otrosí teniendo muy gran desseo de rebivar la fama que de sus altos fechos se iva escureciendo, acordó de ir en la demanda de aquella princesa; porque si su ventura le fuesse tan favorable que la hallar y cobrar pudiesse, ganasse aquella tan encumbrada honra y gloria, que de fecho tan grande se le podría recrecer, con que sus altos fechos tornarían a reverdecer.

Y puesto que para este su pensamiento un gran contrario hallasse, el cual era dexar la compañía de la reina su muger y de su hija Ardimea, a las cuales estremadamente amava, no lo tenía en tanto en comparación de la gloriosa fama que si lo acabar pudiesse esperava alcançar. Por donde, llamando un día a un donzel suyo que se dezía Corismo, de quien mucho se fiava, le mandó que para tercero día tuviesse aparejadas las cosas que convenían para un camino que entrambos habían de hazer. El cual, teniendo aquel mandado e muy grande merced, fue para lo cumplir sin faltar un punto.

La noche siguiente el rey quiso dormir en la cámara de la reina, a la cual, después de acostados, habló por tan buenos términos en aquello que entendía hazer, que muy poca duda tuvo que la voluntad d'ella no fuesse a la suya conforme, señaladamente después de le haver traído a memoria todas las causas que le movían para hazer aquel camino. Y demás le dixo que considerasse cuán gran descanso sentirían entrambos, si

haviéndose seguido en su hija Ardimea y en los emperadores de Trepisenda, sus señores, lo que en Flerisena y sus agüelos se había seguido, sus amigos y deudos se dispussiesen a lo que el entendía de hazer, por mostrar que en semejantes casos y adversidades era él tan buen amigo de aquellos príncipes como sus propios y más cercanos deudos. Y que no se pudiesse dezir que era de los que en las felicidades se suelen mostrar principales. Y otras cosas que al rey parecieron devérsele dezir, para atraer la que de su voluntad pudiesse aquel camino poner en efecto.

Y como la reina, allende de ser la más sesuda como se pudiesse considerar, amasse al rey, su marido, sobre todas las cosas, conociendo que, puesto que aquello que le dixera solamente se lo huviesse dicho moviendo, por ver si sus voluntades serían en aquella partida concordadas, ya tenía él determinado efectuarla, preciando más seguir la voluntad del rey que la suya, aunque ninguna cosa pudiesse sentir tanto ni con gran parte como su ausencia, y por le dar a conocer que no sentía mayor descanso que en lo complazer y servir, le dixo que no solamente se debía por él hazer aquel camino, pero que si tenía por bien que ella con su hija los fuessen a consolar y tenerles compañía hasta que Nuestro Señor d'ellos se doliesse, con no menor voluntad lo haría por les dar a entender que por todas las vías que se les otorgava procurarles algún alivio en sus penas, no lo dexavan por trabajo ni peligro que d'ello les pudiesse recrecer, posponiendo los inconvenientes que de dexar los reyes sus reinos se acostumbran de seguir. Pues no lo deven hazer, aunque la causa de dexarlos iguale al valor de sus mismos reinos.

Cuando el rey acabó de oír lo que por aquella hermosa reina se le dixo, agradeciéndole su voluntad y conocida obediencia con las mejores palabras que pudo, no dexándole demostrar el mesmo o mayor amor que cuando estaban en Trepisonda trabajavan de mostrarse, la besó muchas vezes, pareciéndole que más le debía por aquella fuerça que la reina a su propia voluntad hazía por lo complazer, que por el otro amor que le mostrava, con el cual no dexava ella complaziéndolo de gozar de igual deleite y descanso.

Y después de haver estado toda aquella noche los dos a gran vicio, y acordado que la partida de la reina con su fija se debía hazer para el efecto que ella dixera, venida la mañana, el rey embió por Ladiseno. El cual, aunque estava muy viejo, pues con la antigua edad mayor esperiencia y consejo alcançava, y de su conocidad fidelidad no se había menoscabado un solo punto, no dexava de ser tan bueno como convenía, antes mejor para le poder encomendar su reino, assí como lo hizo al tiempo que fue a

Trepisonda. Al cual dixo lo que con la reina había acordado, y que por ende le rogava tomasse aquel cargo, porque él fiava en Dios que no sería para mucho tiempo. Y puesto que no se le ascondiesse que ponerlo en aquello era apartarlo de la vida que ya tenía ordenada conforme a su edad, que no lo desdeñasse, pues su corazón reposava tanto con lo dexar a su cargo, que con ningún otro le parecía que podía quedar con igual descanso y menos cuidado, señaladamente que, haviéndoselo dexado en otro tiempo, todos los de su reino lo ternían por bien. Lo que no sería assí dexándolo a otro, por razón de las embidias que siempre suele haver entre los semejantes acompañadas de malas voluntades, lo que por todas las vías posibles por los reyes se devía escusar. Porque no menos vezes de semejantes fechos nacían algunos malos pensamientos de las essecutar, si se les ofreciesse aparejo, puesto que en otros tiempos mostrassen estar muy conformes para el servicio de sus señores y reyes.

Al cual Ladiseno, ofreciendo sus pocas fuerças, dixo que pues le parecía que aquello se devía por él cumplir, para servirlo según devía, sobrava haver sabido su voluntad, no dexando de conocer que en ello se le hazía mayor merced y honra de la que él y sus servicios merecían. Y como el rey desseasse sin ninguna dilación efectuar su desseo, luego le mandó hazer las provisiones que convenían. Y en el mismo día habló con todos los altos hombres y cavalleros, que en aquella sazón en su casa se hallavan, encargándoles que a Ladiseno obedeciesen como a su propia persona. Los cuales para mayores cosas le ofrecieron sus voluntades. Y aquella noche el rey ordenó que Lauren y Darinto con sus mugeres y las otras dueñas y donzellas, assí de la reina como de su fija, fuessen en compañía y servicio d'ellas a Colonia, para la guarda de las cuales levassen cient cavalleros, de los cuales tuviessen cargo Marceo y Logistil. Y que Banortes quedasse con otros tantos para la guarda de Ladiseno y essecución de lo que él mandasse, y que trabajassen de adereçar presto las cosas que convenían para aquella partida, assí como las él tenía.

Y el otro día en la mañana, haviéndose aquella noche despedido de su muger e hija, partió armado de sus buenas y fuertes armas, levando siempre el yelmo mientras por su reino anduvo porque no fuesse conocido, con sólo Corismo que la lança le levava, no con pequeño desseo de saber algunas nuevas de Flerisena. Porque a lo menos supiesse adónde había de ir, porque sus trabajos no fuessen en vano.

¶Capítulo xxix. De cómo, andando el rey Pasmerindo en la demanda de la princesa Flerisena, llegó a la ciudad de Prantasia del reino de Thessalia, y de lo que ende passó con Laurela, reina de aquel reino.

Después de ser fuera de toda su tierra el rey Pasmerindo, no sabiendo si había de ir más a una parte que a otra, tomó el camino que guiava el reino de Thesalia, no se descuidando, adondequier que llegava, de preguntar si podría saber algunas nuevas de aquella princesa que por la buscar había emprendido aquel camino, y el afán que de lo seguir no podía dexar de passar.

Y después de haver andado más de diez días contra aquella parte, saliendo una mañana de casa de un labrador adonde alvergara la noche antes, muy poco después de se haver partido, vido venir por su mesma carrera un hombre que, cavalgando en un cavallo, se dava tanta prissa en andar, que el rey determinó de pararse por lo ver mejor, y si quisiesse detenerse, preguntarle por qué causa aquexava tanto su cavallo. Por donde, al tiempo que se le acercó, el rey le preguntó que adónde iva con tanta priessa.

–Voy al rey Pasmerindo –dixo el hombre–, por le rogar que embíe algún cavallero de los suyos, cual convenga, para librar a mi señora la reina de Thesalia. La cual tiene cercada un cormano del rey, su marido, para le quitar el reino. Y como ella sea biuda e muy niña, y no tenga deudos que la afavorezcan ni aconsegen, aquel falso no menos codicioso Dandalio, que assí se dize su tan gran enemigo, ya le ha ganado cuasi todo el reino, porque no le queda a la reina, mi señora, más de la ciudad en que está cercada, la cual se dize Prantasia.

–¿Pues cómo, estando cercada –dixo el rey–, se entiende de librar con un solo cavallero?

–Porque Dandalio –dixo Amadén, que assí se dezía aquel hombre– muchos días ha que le pidió el señorío del reino, diziendo que, pues el rey era muerto sin hijos, a él pertenecía, y que por escusar assí los gastos como los trabajos que de las guerras suelen recrecerse, y sobre todo las muertes de muchos que se no podrían dexar de seguir, él manternía a cualquier cavallero que la reina pusiesse por su parte, que el rey, su marido, no se lo pudo dexar con derecho, en prejuizio d’él, al tiempo que murió. Y como Dandalio sea uno de los mejores y más experimentados cavalleros que aca sabemos, la reina nunca ha querido poner su estado en aventura de un solo cavallero, aunque lo hallara muy bueno, pues pretiende que el rey se lo ha podido dexar por las leyes de su

reino. Por donde Dandalio, sin que por la reina se le haya podido contrastar, por tener de su parte la mayor parte de los altos hombres del reino y haver prometido a otros cavalleros los estados y haziendas de aquellos que tienen la parte de la reina, ha recogido tan grande hueste que no se le ha podido defender ninguna de cuantas villas y ciudades hay en toda su tierra, sino ésta que digo, por ser la mayor y más fuerte, por las grandes y hondas cavas y alto muro que tiene. Y otrosí porque los cavalleros y la otra gente que están de dentro son muy buenos y leales, y la defenderán mientras que comer tuvieren, lo que ya creo que no les bastará para tres meses.

–¿Y agora está Dandalio del mismo propósito? –dixo el rey.

–No lo sé –dixo Amadén–. Pero bien creo yo que, por no atender tanto tiempo, fiando en sus fuerças y destreza no dudará de hazer lo que en el principio prometió, señaladamente que la mayor parte de los cavalleros que los siguen es porque creen que la reina, por no tener derecho, no osa nombrar cavallero por su parte. Y si viessen que lo nombrava y que Dandalio no quisiesse mantener el derecho que dize tener en el reino, no creo que dudassen de dexarlo y bolver a la parte de mi señora. Por donde Dandalio, temiendo esto, no osará fazer otra cosa.

–Como yo sea muy aficionado –dixo el rey– a defender los tuertos y agravios que a las mugeres se hazen, y señaladamente a las de alto estado, si la reina, vuestra señora, quisiere que yo por su parte y servicio haga esta batalla, yo la haré de muy buena voluntad, porque, siendo estrangera, aún más me mueve el desseo para la fazer.

–Catad que lo havéis de haver con muy esforçado cavallero y de grande experiencia –dixo Amadén–, y no devéis poner os en tan gran peligro, pues, allende que vos no seríades el mejor librado, causaríades que mi señora perdiessse el derecho y señorío que en aquel reino tiene.

–Bien podéis creer, amigo –dixo el rey–, que si en la batalla he de entrar, no he de dexar de defenderme fasta la muerte, aunque no fuesse por más de salvar mi sola vida.

–Assí lo creo yo –dixo Amadén–. Pero todavía querría que con mayor esfuerço dixessedes essas palabras, porque parece que aún no os pueden salir de la boca, pues solamente ver la osadía con que Dandalio habla, es para poner espanto a quienquiera que lo oya.

–Muchos habría en el mundo esforçados, amigo –dixo el rey–, si en el hablar consistiesse el esfuerço, pero como éste no le pueda tener sino aquél a quien el Alto Señor fue servido de lo otorgar, por mansamente que el esforçado hable y

soberviamente el covarde, no dexan por ende cada uno de quedar con lo que su naturaleza tienen. Assí que si yo no hablo con la osadía de Dandalio es porque no veo que haya razón para ello. Y cuando la huviesse, siempre dexaría hazer a las manos el oficio de la lengua, porque me parece muy mal consentir ni procurar que el uno al otro lo hurten.

–Vós lo dezís por tan buenos términos, esforçado cavallero –dixo Amadén–, que me hazéis creer que, si no lo supiéssedes poner tan bien por obra, no lo hablaríades con tanto tiento. Por donde espero en Dios, pues ha sido servido que vos pudiesse encontrar, que escusándome el trabajo de tan largo camino como me quedava por andar, y el peligro que de mi tardança a la reina se podría recrecer, aquel falso Dandalio será castigado de su codicia y sobervia como merece.

–Pues tan buena esperança tenéis –dixo el rey–, vamos en buen ora, porque yo fío en él que los fechos de la reina se harán como es razón y ella dessea.

–Vamos si vos pluguiere, cavallero –dixo Amadén–, pues según mi parecer, aunque todo el mundo anduviera, no pudiera encontrar cavallero de quien más satisfecho quedar pudiesse, assí de vuestra persona como de las razones que de vós he oído.

–A vós muchas gracias –dixo el rey–. Pero pues el camino, siendo tan llano, nos da aparejo para ello, dezidme ¿cómo es esso que la reina de Thesalia no tenga deudos en essa tierra? ¿Y por qué causa el rey, su marido, siendo estrangera le dexó su reino?

–Pues assí vos plazze, virtuoso cavallero –dixo Amadén–, yo vos lo contaré por extenso, porque de todos los fechos d’ella seáis informado. Y para esto sabed que el rey de Thesalia, el cual se dezía Vincilario, huvo dos mugeres sin la que hoy bive. La primera de las cuales fue hermana del rey de Bohemia, el cual murió sin fijos, heredando su reino un sobrino suyo llamado Menadoro, que agora está en la Gran Bretaña casado con la hija del rey de aquel reino. La segunda fue hija del rey de Apolonia y hermana de dos príncipes de aquel reino, los cuales murieron en Costantinopla, cuyos nombres eran del primero don Clarinor y del segundo don Fulvián. Y el primero se dixo por acá que era muerto por amores de la princesa Arinda, hija de aquel honrado emperador, y el otro por manos del hijo del emperador Octavio, en defensión de la princesa de Costantinopla. La cual por don Fulvián había sido reutada delante del emperador, su padre, diziendo que ella había hecho morir falsa y cruelmente a don Clarinor, su hermano.

»Estas dos mugeres que digo murieron en poder del rey Vincilario. Y la que más tiempo bivió en su compañía fue la hermana de don Clarinor, de la cual huvo un hijo, el cual no bivió muchos días después de la muerte de su madre. Y fue tan grande el dolor y pesar que el rey Vincilario sintió de las muertes de su muger e hijo, que después passaron muchos años sin que en él pudiesse conocerse algún género de alegría. Y como sus altos hombres viessen que el rey era viejo y que muriendo quedaría el reino sin heredero, por muchas vezes lo suplicaron que se casasse, lo que jamás les quiso otorgar, porque todavía tenía en la memoria la grande hermosura de Aradia, que assí se dezía su segunda muger. La cual era tan grande que en su tiempo ninguna se sabía su igual.

»Pero como tan aquejado se viesse de los suyos, y por cosa que tenían tan grande razón por desviar sus importunidades, les dixo que no perdiessen en aquello tiempo, porque jamás casaría sino con muger que no fuesse menos hermosa que su muy amada Aradia, aunque fuesse hija del más pobre cavallero del mundo. E como al tiempo que el rey les diera esta respuesta, se hallasse ende un cavallero que havía passado por el ducado de Remerse, el cual, según dizen, confina con la Turquía y el Imperio griego, dixo al rey que él havía visto una hija de aquel duque, la cual era tan hermosa y dotada de tanta gracia, que tenía por cierto que a duro se fallaría otra que tanto lo fuesse. Y por ende le suplicava que se la embiasse a pedir por muger. Y si hecho el casamiento cuando la viesse, no le contentava tanto como la reina Aradia, que le mandasse tajar la cabeça, pero sí no lo era menos, que le fiziesse la merced que le parecería igual a la pena en que se ponía.

»Oída por el rey Vincilario la razón de aquel cavallero, teniendo por muy cierto que se no obligaría a tan gran pena sin mayor fundamento, embió sus embaxadores y en compañía d'ellos a Comicio, que assí se dezía el cavallero, al duque de Remerse. Los cuales se dieron tan buena diligencia que en breves días traxeron su hija al rey Vincilario, con gran compañía de cavalleros que para la aguardar en el camino vinieran. El cual fue tan pagado d'ella que, dando muy grandes dones a los embaxadores y a todos los cavalleros que con ella vinieran, fizo a Comicio su mayordomo, porque a dicha en aquella sazón era muerto el que antes tenía, con que todos juzgaron al rey por muy agradecido de sus trabajos y servicios, quedando tan alegres quanto la tristeza del rey perdida. El cual mandó que por todo su reino se fiziesse tantas fiestas y mostró tanto amor a Laurela, que assí se dize la reina, mi señora, que puesto que el rey fuesse viejo, cuya edad a las donzellas y mugeres moças es muy odiosa, se tuvo por

bienandante en haver casado con él, por ver que en tan poco tiempo la había fecho absoluta señora de su persona y reino.

»Passados tres años, contando del día que fizieron sus bodas, el rey Vincilario murió. Y por cumplir lo que al tiempo de su casamiento sus embaxadores assentaron y capitularon con el duque de Remerse, que era que si no tenía d'ella fijos, premoriendo la había de dexar heredera assí de su reino como de quanto más podía tener, fizo su testamento con el cual la dexó señora y universal sucessora de su reino y bienes. Lo que, según afirman los que lo entienden, pudo muy bien fazer por las leyes del reino. Lo que en contrario d'esto dize Dandalio es, que pues el testamento toma motivo que se lo dexa por cumplir lo que sus embaxadores capitularon, y que ellos no tenían del rey para lo capitular comisión y poder bastante, no podría mi señora en virtud del testamento succeder. Demás dize que, puesto que el rey después huviesse ratificado y tenido por bien todo lo capitulado, siendo fecha la ratificación en el tiempo que ya eran casados, la habría fecho por complazer a la reina, siendo tan niña y hermosa, y el rey tan viejo y pagado de su hermosura que lo forçara para lo assí disponer. Por donde no se podría sostener que de su propia voluntad procediesse. Y quando por la misma ratificación constasse de la voluntad del rey, pues como dicho es era fecha durante el matrimonio, no podría valer de derecho por razón que los auctos hechos entre el marido y la muger se presumen no ser de efecto alguno, según las leyes de Thesalia. Por razón de lo cual afirma que la ratificación no pudo acrecentar a los embaxadores el poder que no tenían para capitular, señaladamente que si el rey tuviera voluntad de le dexar el reino liberamente, no dixera que se lo dexava cuasi forçado por cumplir lo capitulado. Y otras muchas cosas que los letrados bien pagados hallan y saben dezir, porque con subtilidades y agudezas bivan magníficamente y descansada con las haciendas de los porfiados y necios.

»Con este fundamento, o por mejor dezir achaque, Dandanlio, hallándose cavallero de gran esfuerço e viendo algún aparejo para poder ser rey, ha tenido el atrevimiento que dixe de pedir el reino a la reina, mi señora, y después conquistárselo fasta tenerla cercada, teniendo por cierto que quando la fortuna, o por lo dezir como conviene, el poco derecho que por su parte tiene, no lo afavorezca para ser rey, a lo menos no dexará de salir con algún partido tan provechoso que tenga con que bivar más descansado que si rey fuesse, por carecer de los cuidados y pensamientos que los reyes tienen. Aunque todavía, según lo juzgo por codicioso, por no menos cierto tengo que, puesto que fuessen doblados, no desdeñaría el reinado.

Maravillado quedó el rey de la información tan cumplida que Amadén le dio de aquellos fechos, juzgándolo por hombre de buen juicio. Y por saber más de lo dicho le preguntó cómo había podido él salir de Prantasia, estando según dixera cercada.

–Porque Dandalio –dixo Amadén–, al tiempo que yo partí, no la tenía cercada por más de una parte, a causa que, si la reina con sus cavalleros quisiese salirse, lo pueda hazer. Porque su intención no es sino de tomar la ciudad, por donde a quienquier que se quiera ir d’ella, no se pone impedimento. Pero de entrar a ningún cavallero se permite, ni menos cosa que sea para mantenimiento de los que están en la ciudad. Antes si algún cavallero viene ende, Dandalio lo manda ante él venir, e si le parece que se le deva honra y buen tratamiento, lo acoge y trata de manera que todos quedan d’él satisfechos. Por donde d’esta suerte ha venido a tener en su real muchos cavalleros aventureros, tan buenos como en cualquier parte se podrán hallar.

–¿Pues cómo lo haremos para entrar en la ciudad? –dixo el rey.

–A Dios pluguiesse –dixo Amadén– que assí como tengo a vós, virtuoso cavallero, para vos entrar adonde está mi señora, tuviesse al rey Pasmerindo o al príncipe Nestarcio, porque no dudaría de vos poner a todos dentro de la ciudad, e aun otros ciento a cualquier d’estos semejantes.

–¿Pues qué provecho se sacaría de tantos –dixo el rey– sobrando uno que fuesse bueno?

–Porque con éstos –dixo Amadén– no dudarían los de la ciudad salir contra los del campo ni de acometerlos según se esforçarían, teniendo tan buenos aguardadores.

–Por cierto mejor me parece a mí –dixo el rey– el pleito, que es presto determinado, que aquél cuyas costas sobrepujan lo principal. Y pues yo quedo satisfecho del derecho que la reina, vuestra señora, tiene, fiad, amigo de buen corazón, en Dios, que Dandalio no se podrá valer contra las fuerças de la razón, aunque las suyas fuessen las más grandes del mundo y las mías las más pequeñas.

Y hablando cuasi siempre en aquel fecho, llegaron a una villa que se dezía Tredia, en la cual comieron. Y quando Amadén vido el rostro del rey e su presencia tan auctorizada, lo que hasta entonces no había podido ver por razón del yelmo que por el camino traía, le dixo:

–No se qué me diga de vós, virtuoso cavallero, sino que con las armas ningún cavallero se me acuerda haver visto que mejor me pareciesse, y sin ellas quien vos pudiesse igualar. Plega a Dios que a todo corresponda lo que ver no se puede, porque si assí es, en ora buena salí yo de Prantasia.

–Dios lo haga assí, amigo, a quien es otorgado –dixo el rey–, aunque yo no dexo de dessear que fuesse mejor lo oculto de lo que, correspondiendo a lo que vos havéis visto, podría ser.

Cuando les pareció hora de partir, tornaron a seguir su camino. Y en tres días llegaron a vista de la ciudad de Prantasia, adonde atendieron que passasse buena parte de la noche. Y en la sazón que convenía, para que sentidos no fuessen, llegaron a una pequeña puerta, adonde la reina continuamente mandava velar algunas guardas, porque si Amadén venía con el recaudo, por el cual era partido, no le fuesse impedida la entrada por los cavalleros de Dandalio que toda la ciudad rondavan. Assí por aquella causa, aunque muy a passo llamaron, luego fueron sentidos de los de dentro. Y con la contraseña y apellido que ya tenían, entraron en la ciudad y lo quedava de la noche descansaron en casa de Amadén.

Venida la mañana, fueron a los palacios de la reina, en los cuales no les impideron la entrada por venir en compañía de Amadén. Y sabiendo que la reina luego había de salir a tener consejo con los cavalleros que el precedente día había mandado para aquella hora llamar, atendieron su salida. Pero viendo Amadén que tardava más de lo que era su desseo, dixo a uno de los porteros que ende eran que fiziesse saber a la reina cómo ya había traído el cavallero que le mandara. Por donde, mirando el portero al rey que junto a Amadén estava, aunque venía desarmado, según le pareció bien, no dudó que aquél sería ni menos de cumplir lo que por Amadén se le había dicho.

Con que sabida por la reina su venida, acabada de vestir con mayor priessa de la que tenía por ver al cavallero, salió a una cuadra que había antes de la sala, adonde el rey con Amadén aguardavan. A los cuales la reina fizo dezir que entrassen ende, lo que no se dexó de cumplir con la mesma presteza, porque no era menor el desseo que el rey tenía de conocerla, por lo que Amadén se la había loado de cuerda y hermosa. Por donde, entrados en la cuadra, el rey fincó las rodillas ante aquella graciosa reina, de la cual fue tan pagado que no lo creyera jamás si no la huviesse visto, puesto que sus vestidos y adereços fuessen de paños negros. Y al tiempo que le pidió las manos, la reina no se las quiso dar, antes se le humilió tanto, rogándole que se levantasse, que Amadén se maravilló porque su señora, no lo conociendo, tan grande honra le fiziesse. Y después que el rey fue en pies por cumplir el mandado de la reina, le dixo:

–Sabida por mí, virtuosa y alta reina, la necessidad tan grande en la cual con no menor sinrazón estáis, por relación d’este vuestro mensagero, con aquella priessa que se me ha otorgado, dexado el camino que levava, soy venido para vos servir en todo

aquello que a vós, hermosa señora, pareciere que mis flacas fuerças alcançar pueden. Las cuales, si a la voluntad que para ello tengo igualassen, muy cierta podéis ser que, puesto que vuestros enemigos y deservidores alcançassen las de los mayores jayanes del mundo, no se podrían sostener contra las mías, señaladamente siendo acompañadas de la razón y derecho tan grandes que soy informado tenéis de vuestra parte. Por ende, señora, pues mi voluntad y desseos vos son tan manifiestos, como es clara y manifiesta aquella grande hermosura de que fuiste dotada, mandad en qué será vuestro mayor servicio que sean empleadas y conoceréis que no hay en mí más engaño ni ficción de la que se podría fallar en todo lo que de vós se vee y suena.

Mientras el rey esto que havéis oído a la reina dezía, assí lo estava mirando como si tuviera por cierto ser el que la hablava el mejor cavallero del mundo, porque sus palabras no dexavan de señalar en él tanto esfuerço como discreción, allende de su autoridad y apuesta presencia. La cual causó que le pesasse a aquella hermosa reina, porque tan presto havía su razón acabado. Pero pareciéndole que se le devía tan cumplida respuesta como por todos los respectos que entonces se le representavan se requería, le dixo:

–Si según el testimonio y relación que de vuestra presencia se puede sacar, virtuoso cavallero, se vos ha de dar por mí el galardón y hazer aquella honra que vos son devidas, cierto está que mis fuerças no dexarían de ser menos flacas de lo que hasta aquí han sido contra Dandalio, quanto más haviendo de satisfazer a la voluntad y desseos que contra mi fortuna y necessidad por vós se han señalado, y al trabajo que por lo poder cumplirvos ha plazido tomar. Por donde, no queriendo por agora tomaros en cuenta, más de la voluntad sola con que a me ayudar venistes, ésta se vos agradece por mí en aquel grado que es razón, con igual desseo de vos la galardonar si las fuerças de una perseguida muger, del deseredamiento de la cual se trata, fueren para tanto bastantes. Y plega a Nuestro Señor Dios que si de mí vos faltare la satisfacción, d'él vos venga tan cumplida como se vos deviere. Pues a lo que vemos antes dexa de castigar lo malo que de galardonar lo bueno, según su infinita misericordia.

A lo cual, agradeciendo el rey aquella honra y merced que le havía hecho, viendo que de sus graciosos ojos començavan de salir algunas lágrimas, tan sin sentirlas como eran por aquel esforçado rey sentidas, la suplicó que se alegrasse y no temiesse cosa, porque él fiava en Nuestro Señor Dios que su derecho permanecería con castigo de su contrario, el cual, olvidada su justicia, assí la havía perseguido. Y pues, según havía oído, luego havían de ser ende sus altos hombres y cavalleros, con acuerdo de

todos se pornía tal remedio que Dandalio no saliese con su mala intención, quedando ella en su reino como justa y verdadera señora. Con que la reina se aconsoló y esforzó tanto como si la huvieran certificado que assí havía de ser, con muy evidentes pruebas.

Y por ende dixo al rey que assí esperaba que se cumpliría, señaladamente teniendo a él y a los otros cavalleros que luego havían de acudir por su parte. A los cuales conocía dever tanto por su conocida fidelidad y servicios, que si desseava salir de aquel fecho con su intención, no era tanto por no perder su reino, puesto que mucho le pesaría, como por poder galardonar a cada uno, según se le otorgaría. Y otrosí por les salvar sus vidas e haziendas, pues, si quisieran creer a Dandalio, las tuvieran seguras y acrecentadas.

–Mal haya el cavallero, virtuosa e muy alta señora –dixo el rey–, que por miedo de perder la vida e hazienda, o por codicia de acrecentarla, quiere perder la mejor pieça que tener puede, que es la lealtad. Porque después, allende de quedar con nombre de traidor, no dexa de perderlo todo, añadiendo a ello lo principal, que es su alma. Por ende, esclarecida señora, seed cierta que Nuestro Señor Dios no permitirá que tanto mal al mundo venga, como sería quedar vós deseredada de lo que vos pertenece, y los vuestros, siendo leales, padecer muertes y pérdidas, quedando los falsos y desleales vencedores e ricos. Porque puesto que muchas vezes el Alto Señor, porque a él bolvamos de lexos, nos envíe algunas persecuciones, siempre tiene la rienda en la mano, porque tornando a él y obrando lo que devemos no passen adelante. Y quando de passar no cessan, por muy cierto se tiene que es por la obstinación de aquellos que, no queriendo aprovecharse sino de sus proprias fuerças y saber, no recorren al que les podría en un punto librar. Por donde, señora, esperad y tened confiança en su soberano y veréis cuán vezino tenéis el remedio que tan estraño vos parece.

Al tiempo que la reina le quería responder, le vinieron a dezir cómo ya eran venidos ende muchos de sus altos hombres y cavalleros, los cuales estavan atendiendo su salida. Por donde hubo de cessar aquella plática en que ella tanto se folgava, como era razón y devía, hablándose de sus proprios intereses, a cuya causa acompañada del rey e de Amadén, con algunas dueñas, salió a aquella parte que la atendían aquellos cavalleros. Los cuales no menos se maravillaron de verlo que después se folgaron, sabida la causa de su venida, pareciéndoles el más apuesto cavallero que huviessen jamás visto. Después de sentada la reina en su silla, teniendo siempre a par de sí al rey por le hazer aquella honra entre los otros, les començó de hablar, diziendo:

–Antes de vos dezir la causa por la cual ayer vos hize rogar, esforçados cavalleros y amigos míos, que en esta hora aquí vos juntássedes, quiero certificaros que havrá ocho días que, sabida por mí la necesidad que tenemos de los mantenimientos para nos poder sostener, y acordándome que Dandalio siempre ha dicho y afirmado que el derecho que tiene contra este reino es mejor que el mío y que assí lo manternía a cualquier cavallero que por mi parte lo quisiesse defender, y que por este camino, hallando yo cavallero cual para semejante fecho conviene, podríamos muy presto salir d’este cerco en que nos tiene sin peligro de nuestras vidas y haziendas, y de aquellos que son de su parte, los cuales no son menos nuestros vasallos, determiné de embiar Amadén a la casa del rey Pasmerindo, adonde siempre se hallan muy buenos cavalleros, para rogarle que de nós se doliesse, y para nuestro presto remedio tuviesse por bien de embiar uno de sus preciados cavalleros, el cual pudiesse mi razón y derecho defender. Y fue su dicha de Amadén, o por mejor dezir de todos, que a tres leguas de Tredia falló este virtuoso cavallero –señalando al rey–.

»El cual, sabida la causa de su camino, con aquella voluntad que su sola virtud lo obliga, es venido a poner en peligro su vida por asegurar la mía y de todos vosotros, juntamente con nuestras haziendas. Lo que por mí se le ha agradecido con igual desseo de se lo galardonar, si para tanto fuere Nuestro Señor servido que puedan mis flacas fuerças estenderse. Y porque si la batalla d’él con Dandalio ha de venir en efecto, es escusado hablar en lo ál que dixere, he acordado de vos lo dezir primero, porque cada uno de vós, por la parte que se cabe y a mi servicio deve, diga su parecer. Pues, aunque principalmente este hecho a mí parezca tocar por lo más que podría perder, no me parece que a cada uno dexaría de parecer que ha perdido otro tanto, pues todos quedaríamos pobres y de aquello que justamente nos pertenece deseredados. Y puesto que mi determinación huviesse de hazerse, oídos los votos de todos, por no bolver más a esto, digo que por lo que mi coraçón principalmente confía en la justicia y derecho que tengo de mi parte, y assí en la ayuda del Señor que siempre la afavorece, y después por lo que se reposa en la bondad y esfuerço d’este esforçado cavallero, al cual en verdad hasta oy no he visto ni menos creo haver oído nombrar, dende agora me tengo no solamente por contenta pero por más que bienandante. Adonde él por su virtud, pudiéndose d’ello escusar, arrisca su vida de aventurar mi estado, aunque perdiendo la batalla se huviesse de añadir a Dandalio el de mi padre y hermano, si yo lo hazer pudiesse.

No fue perezoso el rey, en aquel mesmo punto que la reina acabava su razón, de fincar las rodillas en el suelo y dezirle que por aquella honra y merced tan grandes, que juntas le havía plazido hazer, le besava las manos, suplicando a Nuestro Señor le otorgasse fuerças con que las servir pudiesse. Al qual la reina mucho más se humilló que la primera vez que lo vido, haziéndolo otrosí levantar porque le pareció, cuanto más le iva comunicando, que era cavallero de alta guisa y a quien mayor honra de aquélla se devía. Por donde el rey no la juzgó por menos sesuda que graciosa.

Después de aquello, dixo a los cavalleros que por su orden dixessen su parecer acerca de lo que havían oído. A ninguno de los cuales ocurrió cosa que fuesse contra la discriminación de la reina, antes cada uno por sí hizo gracias al rey por la voluntad con que a se poner en tan gran peligro era ende venido. Mucho se folgó la reina de aquella concorde resolución, porque le parecía que si alguna cosa podía contrariarle, adonde se fallavan tantos cavalleros y tan desseosos de su servicio y del provecho y seguridad d'ellos, alguno huviera a quien no le pareciera que se devía assí hazer. Por donde, pues la razón era buena, llamado un cavallero no menos sesudo que leal, al qual dezían Tucalén, lo embió a Dandalio para que d'él supiesse si se aternía a lo que tantas vezes havía ofrecido y afirmado, porque ya havía ende cavallero que por parte de la reina lo defendería. El qual no tardó en ser en la presencia de Dandalio, faziéndolo tan ledo en lo oír como si ya se viera dentro de la ciudad e jurar por rey, porque era el cavallero que más de sí fiava. Por donde dixo a Tucalén que él no era cavallero que en ningún tiempo ni por qualquier causa huviesse de contravenir a su palabra, cuanto más en aquello que siempre havía desseado por escusar los daños y muertes que se havían seguido y podían suceder. Y que por ende él era contento de fazer la batalla con el cavallero que la reina dezía tener por su parte, assegurándolo de manera que en venciéndolo o matando se le entregaría libremente la ciudad.

Al qual Tucalén dixo que por la seguridad no havía de cessar la batalla, por ende que se aparejasse para la hazer, porque muy presto se ordenaría de manera que no se podría escusar por no estar bien assentado y seguro. Lo que se assentó d'esta manera que la reina, con todos los altos hombres y cavalleros que tenía en su servicio y los regidores de la ciudad, representando a sí mesmos y a todo el pueblo, juraron solenemente en poder del principal escrivano de Prantasia, que si el cavallero que la reina por su parte y defensión de su derecho ponía, era vencido o muerto por Dandalio, luego le entregarían la ciudad libremente. Con una sola condición: que la reina con todo el haver, cavalleros y otras gentes que consigo quisiesse levar, pudiesen ir seguros sin

que se les pudiesse hazer algún daño ni desaguizado. Y los que en la ciudad quisiessen quedar, lo pudiesse hazer con seguridad de sus vidas y haziendas. Lo que assí mesmo juró Dandalio, e juntamente prometió que si de aquella batalla salía bivo, siendo vencido, en la misma hora quitaría el cerco que sobre la ciudad tenía y entregaría a la reina todo lo que de su reino le tenía ganado. Y si en ella muriesse, que los suyos lo quitarían y se lo entregarían con todo cumplimiento. Y para mayor firmeza de lo que por su parte prometía, fizo que lo jurassen todos los principales que consigo tenía. Con una condición: que por haver sido en su ayuda contra la reina, en ningún tiempo se les pudiesse imponer mal nombre ni menos tocar en sus personas ni haziendas, pues la duda del derecho los hazía libres de culpa.

Todo lo cual por entrambas partes fue jurado y clausulado con muchas firmezas, porque por ninguna vía se pudiesse salir d'ello. Y como todo lo que dicho es no se pudiesse hazer tan presto, acordaron que la batalla quedasse para otro día. Para la cual, assí el rey como Dandalio y los que la havían de mirar, se adereçaron lo mejor que pudieron, porque el rey e Dandalio ya sabían que lo havían menester, pues les iva en ello la vida. Y los de la ciudad, con esperança de salir del cerco, y los del campo, con desseo de entrar en ella para descansar de los malos días y noches que en el campo hasta entocnes havían passado y dudavan de passar, la desseavan e muy presto, aunque con diversos desseos.

¶Capítulo xxx. De la batalla que se fizo entre el rey Pasmerindo y Dandalio, y de cómo Dandalio fue en ella vencido y muerto, quedando el rey con una llaga en la pierna. Y de lo que antes que Dandalio muriesse y después passó.

Sabiendo el rey Pasmerindo cuán fuerte y esforçado cavallero era Dandalio, aquella noche muy secretamente se confessó de sus pecados. Y en amaneciendo oyó missa con mucha devoción, suplicando a Nuestro Señor fuesse en su ayuda y del derecho que aquella buena reina tenía, porque no quedasse, no lo mereciendo, deseredada. Fecho lo cual, se fizo dar sus armas, las cuales siempre traía mejores en el ser de lo que en la apparençia mostravan, y señaladamente aquéllas que entonces tenía, porque en Belgrado las mandara hazer de gran reposo y mucho a su propósito, porque si

se ofreciese cosa que las menester huviesse, su persona fuesse con ellas mejor que con otras defendida.

Acabado de armas, subió a lo alto de los palacios por acompañar a la reina, la cual toda aquella noche con las mugeres de su casa, y otras que fuera d'ella le tuvieron compañía, no cessaron de suplicar a Nuestro Señor Dios que de su cavallero y d'ella se doliesse. Y cuando tan de mañana lo vido venir y armado sin le faltar más del yelmo, bien conoció que por su voluntad ni por su persona no se perdería su derecho, por donde lo recibió, haziéndole tanta honra como si conociera su estado. Y cuando fueron ende los que la havían de acompañar hasta el campo, en el cual havía mandado hazer un cadahalso, de donde con guarda de quinientos cavalleros que ende mandara salir, pudiesse ver la batalla y su cavallero a ella, con que tuviesse mayor esfuerço y confiança para vencer su contrario, salieron de los palacios, levándola el rey de rienda, y a las dueñas y donzellas, que consigo llevaba otros cavalleros a quien no pesava hazerles aquel servicio.

Delante del rey y de la reina ivan con su yelmo y lança el duque de Ranea y el marqués de Sentrola, que en su tiempo havían sido esfuerçados cavalleros y no menos sesudos. Los cuales a maravilla havían esfuerçado a la reina la noche antes, diziéndole que ninguno d'ellos havía jamás visto cavallero de que tan pagados hoviessen quedado, certificándola que su derecho no se perdería por falta d'él. Por donde, teniendo aquel contentamiento de su persona, y otrosí por el peligro en que la ponía, le quisieron hazer aquella honra de le llevar el yelmo y la lança. Y cuando entraron por las calles, no oyérades sino bendiciones que echavan al rey, rogando a Dios con muchas lágrimas que lo ayudasse, tanto que el rey dixo a la reina:

–En gran cargo sois, virtuosa reina, a estos vuestros vasallos. Por donde deven ser por vós muy amados, pues los reyes ningún bien pueden alcançar en esta vida que sea su igual.

–Plega a Dios, esfuerçado cavallero –dixo la reina–, que les pueda yo dar el galardón por ello, porque no dexarán de sentir el agradecimiento que de su lealtad conozco deverles.

–Yo fio en su poder, virtuosa señora –dixo el rey–, que muy cedo lo podréis cumplir, según mi coraçón está esfuerçado, sabiendo vuestro derecho y viendo vuestra hermosura. Porque no permitirá que abaxéis del estado en que estáis, sino que se vos acreciente como merecéis.

–En mi derecho y vuestro esfuerço, virtuoso cavallero –dixo la reina–, tengo yo después de Dios la confiança, porque en mi hermosura, si alguna darne le plugo, no puedo confiar, pues hasta agora por razón d’ella no me han faltado penas, sin las que me podrían, si él no lo remediase, suceder mayores. Por donde cuando vengo a considerar que por causa de mi bien ha de morir o peligrar algún cavallero, en tan gran estrecho me pone aquella consideración, que muchas vezes he determinado ponerme en religión después que el rey, mi señor, murió y estas guerras començaron. Lo que por cierto ya hubiera hecho si no me fuera a flaqueza atribuido o a desesperación.

–Los coraçones, mi señora –dixo el rey–, de las personas que lo han de servir quiere Dios que sean limpios y firmes para su servicio. Lo que el vuestro sin su especial gracia no podría largos días de sostenerse, según los contrarios para ello se le ofrecerían. De la desesperación ¿quién duda que luego no vos fuesse atribuida? Pues parecería que queréis robar al mundo, o por mejor hablar, a los que en él biven y de vos haver visto han sido dichosos, aquel gran gozo e deleite que de vuestra vista se alcança. Pues en otra religión no tan peligrosa y por él ordenada lo podéis vos servir con mayor seguridad e menos pena. Y después de vuestros largos días los que de vos sucedieren, con que no solamente de vós pero juntamente d’ellos, será más e mejor servido. Por donde vos suplico, mi señora, me perdonéis el atrevimiento que para vos dezir esto he tenido, pues allende que con ello se vos ha de alexar alguna parte de los cuidadosos pensamientos que a vuestro temeroso coraçón afligen, parecerme que jamás vide ojos que a los vuestros pareciessen ha sido la causa.

–Viéndovos yo con tanto esfuerço, virtuoso cavallero –dixo la reina–, no puedo dexar de dar gracias a Dios que vos lo ha otorgado, porque de mi vista muy poco o ninguno podría ser el que venir hos pudiesse. Quanto a lo ál, no entiendo responderos, pues no sería menos mi atrevimiento en contradezir a vuestro buen juizio que la desmesura que d’ello se me recrecería. Por donde el perdón es tan escusado como el proceder en nuestras razones, pues somos cerca de la puerta por la cual havemos de salir al campo, adonde ruego a Nuestro Señor Dios vos haga tan bien andante que, con no menos alegría y esfuerço del que en vós se ha hasta’quí conocido, del cual se me sigue una muy firme esperança de lo que espero, podáis antes de muchas horas bolver a mi casa no sin haver alcançado cumplida victoria de aquel cruel Dandalio, que tan perseguida me tiene.

E dicho aquello, miró más que de antes al rey por ver si en aquella sazón, que ya s’acercavan al campo, su gesto haría alguna mutación que de algún desmayo o flaqueza

se causasse. En el qual ninguna conoció más que de antes, por donde no se dexó menos d'esforçar que maravillarse de tan cumplido esfuerço como conoció en su cavallero. El qual, quando a los cadahalsos llegaron, no quiso dexar de saltar de su cavallo con tanto tiento y ligereza que bien se parecía que no era aquella la primera vez, y subir con la reina hasta ponerla en el lugar en que havía de assentarse, al qual fizo su devida mesura. Y decendiendo las quatro gradas que en él havía hasta lo llano, se fizo enlazar el yelmo, a tal hora que todos dezían: «ya viene Dandalio». Lo que oyendo la reina, toda se estremeció. A la qual el rey dixo:

–No es agora tiempo, mi señora, que en vuestro gesto se conozca desmayo. Por ende, esfuerce vuestro alto coraçón, porque yo vos prometo de le dar muy cedo el pago que por vos haver causado essa alteración merece.

Y en el mesmo punto, cavalgando en su cavallo y tomando la lança del marqués de Sentrola, el qual se la havía hasta allí traído, atendió la venida de Dandalio y que los jueces pusiessen a cada uno en su lugar. Los cuales eran, por parte de la reina, el duque de Ranea, que era el que havía traído el yelmo del rey, y por parte de Dandalio, el marqués de Litrea; los cuales no fueran perezosos en hazer su oficio si Dandalio lo consintiera. El qual fizo que atendiessen porque antes de su batalla quería hablar al cavallero su contrario. El qual, sabida su voluntad, fue a su passo contra Dandalio, holgándose no menos de lo ver y hablar antes de començar su batalla. Por donde, siendo ya cerca el uno del otro, Dandalio le dixo:

–Bien creo, cavallero, que si de la razón y derecho que tengo por mi parte fuérades como se deve informado, no vos engañaran las razones y lágrimas de Laurela, la qual se hace dezir reina de Thesalia. Para que por su parte, sin causa alguna a lo menos justa, vos hoviéssedes puesto en el peligro en que estáis. Pero porque es de mi costumbre antes d'entrar en batalla con cualquier cavallero desengañarlo, quando tengo como agora la razón por mi parte, porque por su ignorancia no venga a perder la vida, por ende vos certifico que sin alguna razón ni derecho que por essa otra parte se tenga, vos fazen aquí venir para ofrecer vuestra persona y vida no lo mereciendo, por ver si con la aventurar podrán salvar las tuyas, las cuales muy justamente lo deven.

–Si tan grandes son la razón y derecho que tenéis –dixo el rey–, ¿cómo havéis tomado la possessión de la mayor parte del reino, el qual aún no está por vuestro declarado? ¿No sabéis vós que cualquier que por propia autoridad, señaladamente añadiéndole violencia, toma la cosa que pende por pleito, pierde el derecho que contra ella tiene? Pues siendo esto assí como es verdad, ¿qué derecho ni razón podéis vós tener

que puesto que lo tuviéades no fuese ya perdido? Quanto más que lo nunca tuvistes. Por donde y pues tanto acostumbráis de justificaros antes de entrar en las batallas, lo que por cierto es oficio de cavalleros tan sesudos como esforçados, entregad a esta virtuosa reina lo que por fuerça le tenéis de su reino ganado. Y entonces, con igualdad d'entrambos, se podrán nombrar personas que sin passión miren cuál de los dos tiene mejor derecho, porque de otra suerte cierto es que no se podría hazer sin ser la reina perjudicada.

–Esse consejo tornaldo para vós –dixo Dandalio–, porque nunca Dios querrá que lo que es mío y tengo de buena guerra ganado, lo dexe en poder de necios. Para que después, con dos lagrimillas que le vean fingidamente derramar, me lo quiten por darlo a éssa que no tiene menos artes que el raposo

–Pues no son de lobo como las vuestras –dixo el rey–, puédense çufrir, señaladamente en las mugeres, a quien la poca fuerça y menos resistencia que hazer pueden, abiva los ingenios para que con aquella arte alcancen lo que con las fuerças no se les otorga. Pero quando se hallan en los cavalleros entonces son de tachar, porque si al tiempo que reciben el orden de cavallería, juran de punar hasta la muerte que a las dueñas y donzellas no se les hará fuerça ni agravio, cierto es que dexándolo de hazer contravienen al juramento que fizieron. Por donde han de ser, assí como son tenidos, por falsos y perjuros entre los buenos, quanto más quando ellos mismos causan y procuran los tales tuertos y desaguisados y contra tan altas y honradas personas como esta virtuosa reina, a quien tan gran hecho ý haze. Por donde vos certifico, aunque no tengo para las batallas tan buen costumbre como el vuestro, que si fiando en vuestras fuerças venís contra las de la razón, no dexaréis de perder lo que ya dezís tener ganado, juntamente con la vida y alma que sobre todo devríades guardar, pues está en vuestra mano.

–Yo creía –dixo Dandalio– ser venido a praticar con cavallero, y paréceme que no sois sino letrado o predicador. Por donde pues ya estáis tan enredado por Laurela, que me no queréis creer de lo que os he dicho por vuestra pro, yo haré que antes de mucho me creáis con vuestro daño.

–Presto estamos para lo ver –dixo el rey–, aunque si no havía de estenderse ni aprovechar, para más de lo que havéis dicho, el quererme ver y hablar, escusadas devían ser vuestras falsas razones, pues tanto vos enojan las mías verdaderas.

No curando Dandalio de le responder por la saña muy grande que ya contra él tenía, puesto que todo lo que d'él havía visto a maravilla le pareciesse bien, bolvió muy

rezió para tomar del campo, dexando al rey que lo mesmo hazía como aquél que no tenía necesidad que se lo enseñassen. Y quando a entrambos pareció haver tomado assaz para su propósito, y los jueces los hovieron dexado en el lugar que a cada uno se devía, bolvieron el uno contra el otro con tanta furia sus cavallos, que parecía sobrar su ligereza la del tempestuoso viento. Por donde no menos presto se vinieron a encontrar en los escudos de tan duros encuentros, que las lanças bolaron en mil pieças, quedando entrambos en las sillas, aunque Dandalio atordido de aquel poderoso encuentro y habiendo perdido las dos estriberas. Las cuales aún no había acabado de cobrar al tiempo que, bolviendo sobre él su contrario con la espada bien apretada en la mano, le dixo:

–Si los derechos se pudiesen a pedaços partir como muchos juezes hazen, ya no vos quedaría el medio de lo que antes publicávades tener.

Dicho lo cual, lo firió de tan poderoso golpe encima del yelmo, que le fizo inclinar la cabeça hasta el arzón de la silla. Aunque no tardó mucho en recibir la satisfacción, porque Dandalio, viendo lo poco que hasta'llí fiziera y conociendo que lo había con cavallero, que no era menester decuidarse un solo punto, firió al rey de tan gran golpe por encima del yelmo y con tanta fuerças, que bien le aprovechó haverse fecho tan buenas armas, porque de otra suerte no lo dexara de llagar. Pero como el rey fuesse tan cumplido que de ninguna cosa quería quedar deudor, y aun si menester era prestar en semejantes casos a sus contrarios antes que recibir d'ellos, lo firió de otro golpe sobre el yelmo con tanta fuerça que, no lo pudiendo del todo defender, lo llagó de una pequeña llaga, de la cual començó de salir alguna sangre. La cual más alegría causó en el corazón de la reina quando la vido, y de todos aquellos que su bienandança desseavan, que si la pusieran en esperança de heredar otro reino semejante al que poco antes temía perder, puesto que ya en aquella sazón muy gran confiança tuviesse, assí por razón de su justicia como por ver que en todo levava su cavallero lo mejor.

Y mucho mayor la tuvo muy poco después, quando acabando de abaxar los ojos que al cielo alçara, para dar gracias a Nuestro Señor de los buenos principios que su cavallero levava, vido como en aquel punto lo acabava de ferir de otro golpe, dado con tanta fuerça y poder sobre el braço de la espada de Dandalio, que no le prestando la armadura que en él traía, le fizo tan gran llaga, que luego salió tanta sangre d'ella que una manantial fuente parecía. Y como Dandalio se viesse tan mal llagado, señaladamente de aquel braço en el cual se encerrava toda su defensa y el poder ofender, como un can ravioso, alçando la espada quanto se le otorgó en alto, firió al

cavallo del rey de tan rezió golpe cabe el un ojo, que cuasi la media cabeça le fendió. Por donde el cavallo començó de fuir con tanta furia que, no preciando la detención de las riendas, ya se acercava a la salida del campo sin jamás parar. Pero como el rey fuesse en aquel exercicio no menos diestro que esforçado, viendo si más porfiava en detener su cavallo que lo sacaría del campo, con su mesma espada le acabó de hender la cabeça de suerte que luego cayó en tierra muerto. Pero antes que cayesse, saltó d'él tan ligeramente, que todos se maravillaron de tan gran tiento y destreza, pues al tiempo que lo mató no le quedavan dos cuerpos de cavallo para salir de todo el campo.

Pero la que mayor alegría sintió de lo ver quedar en él y saltar de su cavallo, fue aquella hermosa reina, la cual todo su natural color havia perdido cuando con tanta furia havia visto llevar su cavallero hasta el término que se vos ha dicho. El cual, después tornó a cobrar con tanto acrecentamiento, que quien quiera que la mirara no lo dexara de conocer, según en un cuasi mesmo punto se vieron en su gesto aquellos dos extremos de tristeza y alegría. Y como Dandalio lo viesse contra sí venir con la espada alta, bien cubierto de su escudo a guisa de lo querer acometer, con toda la fuerça que a sus piernas se otorgava, firió su cavallo de las espuelas por lo atropellar si pudiera. Pero el rey fue tan presto, assí desviarse el cuerpo como en le ferir el cavallo, cortándole el uno de los pies por medio de la juntura, que no se pudo mover más que el suyo que era ya muerto. Y como no perdiessse un solo punto de lo que fazer devía, viendo a su contrario parado por la razón que havéis oído, lo firió sobre aquella pierna que vido a su parte con tanta fuerça que, no lo pudiendo defender l'armadura d'ella, quedó tan mal llagado que no pensó haverla menos perdido que el pie su cavallo. Por donde a mal de su grado, dándose más priessa de la que él tuviera si lo dexaran, decendió del cavallo con alguna esperança de defenderse, pues de nuzir a su contrario ninguna le quedava, viéndose del braço y de la pierna tan mal llagado que otro cavallero que no fuera como él esforçado, ya huviera caído en tierra sin poderse sostener.

Pero poco le pudo durar su defensa, porque haviendo perdido mucha sangre, assí de las llagas que ya tenía como de otras que luego le sobrevinieron, començó de enflaquecer tanto que los golpes que el rey le dexava de dar, eran los que por lo assí ver no quería ferirlo. Por donde en poca pieça lo paró tal que, viendo Dandalio que ya su muerte no podía tardar, ayudándole Dios en aquella hora por algún bien que en los passados tiempos hiziera en acordarle que de su alma curasse, arrojando la espada de la mano dixo al rey que se otorgava por muerto, aunque no por vencido, pues las fuerças y la sangre le faltavan para poderse defender, rogándole fiziesse venir ende alguna

persona de orden porque entendía curar de su alma en aquel poco tiempo que se le otorgava. Lo que el rey le otorgó, loándole su buen propósito.

Y dando gracias a Dios por la merced que a entrambos avía fecho, assí a él por el vencimiento como a Dandalio para que su culpa reconociesse, le fizo apretar luego las llagas porque mayor tiempo tuviesse para curar d'ella. Por donde, mientras las llagas le apretavan, para lo cual el rey le ayudava exortándolo que continuasse en su buena determinación, vino un reverendo clérigo, el cual, assí en vida como en letras, era tenido por principal en aquella ciudad. Pero antes que llegasse, Dandalio, a las mayores bozes que pudo, dixo que pues sus pecados de sobervia y codicia havían sido públicos, no menos pública quería que fuesse la satisfacción y su arrepentimiento. Y que por ende otorgava en presencia de todos los que lo oír podían, que como sobervio y codicioso y con voluntad de usurpar aquel reino más por fuerça que por derecho que contra él le perteneciesse, havia hasta allí trabajado en conquistarlo. Por donde lo restituía y entregava en poder de la reina, a quien justamente pertencía, mandando a cualquier alcaides y otros cavalleros que, en su nombre y por él tuviessen en guarda y encomienda cualesquier ciudades, villas y castillos, y otros lugares y fuerças de aquel reino, que se lo entregassen, o a quien ella ordenaría so pena de falsos y rebeldes al pleito y homenaje que para aquello le avían prestado. Y que para el descargo d'ellos y de cada uno, aquella voluntad y mandamiento fuessen recibidos por un escrivano, para que d'ello hiziesse fe y perpetuo testigo.

Y dicho aquello, embió a suplicar a la reina que antes de su muerte lo quisiesse ver, pues, aunque malo, no dexava de ser de la sangre del rey, su marido, el cual le havia sido tan bueno. La cual, como no menos fuesse dotada de piedad que de la hermosura que tan claro se parecía, vino ende trayéndola por la mano el rey, llorando tan ágramente, assí de la alegría de la recebida victoria, como de lástima que de assí ver a Dandalio le sobrevino, que todos se d'ello maravillavan. A la cual Dandalio suplicó que por amor de Dios le perdonasse, assí los enojos y sobresaltos que por su causa recibiera, como los daños y otras cosas por las cuales le pudiesse ser en cargo, pues tiempo ni hazienda no tenía para lo satisfacer. Y que puesto que él no lo mereciesse por lo que la havia deservido, se acordasse quanto devía al rey, su cormano, el cual no havia dexado otro deudo en el mundo sino a él, para morir de aquella manera que entonces vía. Por cuya intercessión, después de la de Dios, se lo pedía.

Eran tan grandes los llantos y solloços de aquella piadosa reina, en el tiempo que Dandalio estuviera pidiéndole aquel perdón, que impidiéndole las potencias para

hablalle, apenas le otorgaron fuerças para baxar la cabeça en señal de otorgarle lo que le pidiera, con tan enteras entrañas como él tenía voluntad de lo alcançar. Fecho lo cual, Dandalio se confessó con el clérigo que vos diximos de los otros pecados secretamente, con muy grande arrepentimiento d'ellos. Y acaeció una cosa digna de maravillar: que acabando de dezir Dandalio la última palabra de aquellas que el Señor dixo a su celestial padre en el tiempo que le encomendó su santísimo espíritu, las cuales aquel virtuoso confessor le había dado por penitencia que dixesse, y después de haverse fecho la absolución, dio el alma al mesmo Señor a quien la había encomendado, con tan grandes llantos de todos los que ende se hallaron, assí de la ciudad como el campo de Dandalio, que no parecía que huviesse allí persona que de aquel vencimiento se alegrasse. Pues la reina, a quien principalmente pertenecía mostrar algún señal de alegría, era la que más ágramente llorava. La cual, antes que de allí partiessen, mandó que llevassen a enterrar a Dandalio. Y por mostrar más la magnanimidad de su generoso coraçón, en la mesma hora perdonó a todos los altos hombres cavalleros y otras gentes que contra ella habían sido en ayuda de Dandalio, no les mostrando más saña ni enojo que a los que eran quedados en su servicio.

Fecho aquello, sacando al rey del campo de la forma que se devía en señal de su victoria, acompañándolo assí los que con él vinieran como los que de fuera estaban con Dandalio, bolvieron a la ciudad llevando el rey a la reina de rienda. Y cuando por las calles entraron, no lloravan menos las gentes de aquella alegría, que de ver a su reina y a ellos librados se les recrecía, de lo que antes fizieran cuando la vieran ir al campo, no sabiendo lo que había de suceder. Y como la reina, después de mandado enterrar Dandalio, començasse a reconocer la libertad y señorío que en aquel día avía alcanzado, aunque yendo por las calles trabajasse d'encubrir la alegría que su coraçón sentía, con el contrapeso de la muerte de Dandalio, la diferencia que en su gesto se mostrava de la ora que había ido al campo a la de la buelta a la ciudad era tan grande, que casi por todos era conocido. Y puesto que no dexassen de conocer que del provecho y bien que de aquel hecho resultava, assí a la reina como a todos, cabían muy conocidas partes.

Pero la honrra y triumpho toda se otorgava al cavallero que de rienda la levava. El cual, aunque iva llagado de una llaga en la pierna, de la cual alguna sangre le salía, assí por conocerse por él que no era peligrosa, como por no enturviar la alegría de aquella hermosa reina con algún pensamiento que por razón d'ella se le podía causar, trabajó de la encubrir hasta tanto que, subiendo a los palacios de la reina, viendo la

sangre que de aquella pierna le salía, le preguntó si se sentía llagado, porque le parecía que se le iba perdiendo mucha sangre.

—No hay llaga que estorvar pueda que vos no sirva yo, mi señora —dixo el rey—, pues con este desseo no la siento ni creo que aunque mayor fuesse la podría sentir.

Lo que por la reina con mucha humildad le fue agradecido. Y cuando fueron en lo alto, la reina lo hizo quedar en un aposiento que ende había, en el cual solían estar con el rey, su marido, y porque después de muerto se avía retraído en otro muy más apartado, adonde en presencia de muchos altos hombres y cavalleros fue desarmado. Y a ruego de la reina se echó en el lecho, aunque mucho lo porfió, porque los maestros que su llaga cataron le dixerón que para su salud convenía que no lo consintiesse levantar d'él, ni partir dende por algunos días.

Y después de aver comido, lo que se ordenó que comiesse en aquella sazón, lo dexaron para que descansase. Y puesto que la reina todos los días que su cavallero estuvo en su casa, no dexasse de estar ocupada en despachar poderes para la cobrança de sus tierras, y otros hechos que en aquella sazón ocurrían, señaladamente las honras de Dandalio, las cuales después se fizieron con no menor cumplimiento que las del rey, su marido, por donde de allí delante de todos fue más amada, en las horas que honestamente y devida se le otorgava poder ver a su cavallero, no lo dexava de hazer y juntamente el servicio e honrra que le parecían ser convenientes, por se no mostrar en cosa desagradecida.

Después de algunos días, pareciéndole que toda su vida quedaría no menos descontenta por no saber por quién le había venido tanto bien, que satisfecha por lo haver cobrado, le rogó que su hazienda le dixesse, certificándolo que se lo no pedía sino por aquella causa. Y puesto que al rey no lo pluguiesse, conociendo que le pedía guisado y el desseo que por su virtud había mostrado de la saber, le dixo que él era Pasmerrindo, rey de Ungría. Al cual de allí adelante no ternía menos a su servicio, juntamente con todos los vasallos de aquel reino y del imperio de Trepisonda, que hasta entonces a su sola persona, pidiéndole por merced que lo tuviesse en aquella poridad que de su mucha virtud sperava, y otrosí que no curasse de le mandar hazer por aquello más honrra de la que hasta entonces se le había hecho, pues aquélla sobrava aunque muy mayor fuera su estado.

No dudó la reina cosa de lo que oyera, puesto que otra prueba no tuviesse, señaladamente habiendo sospechado dende'l primer día que lo vido que era cavallero de alta guisa, y a quien no se podía hazer sobrada honrra, según que su auctorizada

presencia dava d'ello cumplido testimonio. Por donde no dudara entonces de le hazer la medida que se le devía, aunque se lo havía defendido, si no estuvieran ende algunas de sus dueñas con compañía de las cuales lo viniera a ver, con que se pudiera cuasi descubrir la poridad en que le havía rogado que aquello tuviesse. Y muy leda se hizo en ver, que por tan alto rey havía sido librada, y que en su casa se le pudiesse hazer algún servicio. Y quando le pareció hora de se despedir, bolvió a su aposiento, adonde, mandando venir Amadén, le hizo aver por le haver traído al rey para su liberación, que conoció que aquella virtuosa reina cumplidamente satisfazía los servicios. Y otros días después hizo grandes mercedes a todos los que la havían servido, por donde ninguno quedó descontento.

Cuando el rey fue acabado de guarir, y que sin peligro se podía poner en camino, se despidió de la reina. La cual le pidió por merced que la tuviesse siempre en su memoria, para quando se ofreciesse caso, que le pudiesse servir parte de los beneficios y mercedes recibidas, porque a lo menos no quedasse de todo deudora. Lo que por el rey le fue agradecido con tan buena voluntad como conocía en aquella virtuosa reina tener desseo de cumplir lo que le havía ofrecido. Y despidiéndose otrosí de aquellos duques y marqueses y otros cavalleros que cuasi las más horas de los días que yaziera le havían tenido compañía, se partió tan pagado de todos, y señaladamente de aquella honrada reina, quanto ellos lo quedavan d'él, aunque por otra parte descontentos por su breve partida, conociendo su gran discreción y experimentado esfuerço. Al tiempo de la cual, vino ende Amadén a le ofrecer su casa y hazienda, pues por medio d'él la tenía ya muy buena. Del cual el rey quedó no menos satisfecho, assí por la razón de su buen juicio como de su conocido agradecimiento.

¶Capítulo xxxj. De cómo sabidas en la Gran Bretaña las nuevas de la pérdida de Flerisena y muertes de los emperadores d'Alemania, Florianteo se partió ascondidamente para ir en la demanda d'ella. Y de lo que en la mar le avino.

No fue menor el sentimiento que en la Gran Bretaña tuvieron todos aquellos reyes y el príncipe Florianteo de las nuevas que supieron por las cartas del príncipe Nestarcio, que el que en Colonia se señaló, porque como el

emperador Octavio y la emperatriz Pulchrea, su muger, allende de serles tan conjuntos deudos, fuessen como havéis oído tan estimados en el mundo, les parecía que perdiéndolos no dexavan de perder muy gran parte de la honra que tenían por les ser deudos, puesto que fuessen reyes y de grandes reinos señores, porque no menos se preciavan de llamarse como dicho es sus deudos, que de los títulos de sus reinados y señoríos. Por donde muchos días passaron que no se mostrava menos tristeza en la casa de aquellos honrados reyes que en la del príncipe Nestarcio.

Passados los cuales, el príncipe Florianteo acordó de ir en la demanda de Flerisena, pareciéndole que cualquier cavallero que algo se preciase no debía dexar de ir en ella, porque, puesto que no se le otorgasse darle cima, no dexaría yendo por el mundo de hallar otras cosas de peligro en que exercitarse pudiesse. Por donde, llamando a Ocernio, su escudero, le declaró la determinación que tenía y le mandó que adereçasse para entrambos todo lo que para tan largo camino convenía. Para lo cual le parecía que debía ir a algún puerto de los de aquella isla y fletar algún barco que fuese muy bueno y lo proveyesse de todo lo necesario. Y quando estuviesse a punto, que viniessse por él, porque en la mesma hora se partiría sin dezir cosa a sus señores, a causa que en aquel camino por él tan desseado no le pusiessen algún estorvo. Y como aquel escudero no desseasse menos ir en aquella demanda que su mesmo señor, considerando cuántas cosas vería andando por el mundo que estando ocioso no podría ver, no fue perezoso en ir a cumplir aquel mandado.

Y fue su dicha que al primer puerto que llegó, halló un grande y hermoso barco, no menos proveído, que no esperaba sino el tiempo para partir hazia levante. En el cual passavan muchos mercaderes y ricos hombres de Flandes, ninguno de los cuales podía conocer a su señor, a cuya causa si no quisiesse descubrir su hazienda, no se sabría. Por lo cual, hallado tan buen recaudo, bolvió al príncipe Florianteo diziéndole que se diesse priessa a partir, porque llegassen a tiempo de embarcarse antes que partiessen, certificándolo que en cien años no hallaría passage que tanto le conviniessse. Con que dio tantas espuelas a la voluntad que ya Florianteo tenía, que no curado de tomar más de sendos palafrenes muy andadores, con todo el haver que pudieron llevar para algunos años, al tiempo que se havían de acostar partieron, dándose tan buena priessa que antes que el Sol saliesse ya eran lexos de Londres más de ocho leguas. Y dexando en una villa los palafrenes con que havían salido de Londres y tomando otros de refresco, caminaron tanto que antes que anocheciesse llegaron al puerto, adonde ya hallaron que querían

sacar las áncoras del agua, porque el tiempo había comenzado muy próspero y no entendían perderlo, pues había muchos días que lo esperaban.

Por donde Florianteo con Ocernio, haziendo embarcar las armas y el cavallo de Florianteo con un palafrén de Ocernio, todo lo cual había llevado al puerto, al tiempo que iba para fletar el barco se embarcaron, a tal hora que cuasi en el mismo tiempo que en el barco entraron, que sería a la media noche, dieron los marineros las velas al viento. El cual les fue tan favorable que el siguiente día ya fueron salidos de todo el estrecho que ay entre la Gran Bretaña y Francia, la cual otros dizen la Pequeña Bretaña, y eran entrados en la mar mayor. Por la cual algunos días navegaron con el mismo tiempo.

Venida la mañana, después de la partida de Florianteo, no lo echaron menos hasta la hora de comer, porque cuasi siempre comía con sus agüelos. A los cuales vinieron a dezir que él y Ocernio no eran en los palacios, ni menos los palafrenes que tenían para ir algunas vezes a caça con los falcones a ribera del río. Por donde, cuidando que allá serían idos, atendieron con aquella esperanza fasta la noche. Pero cuando vieron que no venían, ni d'ellos se sabía cosa alguna, en muy gran cuidado estuvieron otros dos días. En cabo de los cuales, dos hombres de los que habían embiado por la tierra por ver si podrían saber algunas nuevas d'ellos bolvieron a dezirles cómo en una villa que había a doze leguas de Dobra, la cual se dezía Ferlicia, habían trocado los palafrenes; y con los otros que ende tomaran, llegaron en Dobra, adonde los dexaron para que los bolviessen a su dueño. Y que en aquel puerto se eran embarcados la misma noche en un barco que iba hazia levante.

Mucho se assossegaron aquellos virtuosos reyes con saber aquellas nuevas, de algunos sobresaltos y pensamientos que dende la partida de aquel príncipe, que tanto amavan, se les habían causado, aunque no dexaron de se entristecer, no sabiendo adónde iba ni cuándo sería su venida. Por donde, encomendándolo a Nuestro Señor Dios que lo guiasse y guardasse de semejantes peligros que los del castillo de Balisar y cualquier otros, tomaron por compañía de la soledad en que los dexava a la infanta Castiria. La cual era tan hermosa, aunque niña, que con su vista todos los enojos por grandes que fuesen se les passavan. Con la cual los dexaremos y con el desseo que siempre se les iba acrecentando de saber nuevas de Florianteo.

El cual, con muy poco cuidado de aquellos que tan grande d'él lo tenían, iba por la mar continuamente imaginando cuán grande gloria se le recrescería, allende de inmortal fama, si su ventura le fuesse tan favorable que a Flerisena pudiesse hallar y traerla a los príncipes, sus padres; y otras horas hablando con los mercaderes que ivan

en el barco cosas de honesto passatiempo y plazer, con que mucho se holgavan, y más de su compañía.

Y acaesció que una mañana, habiendo ya passado el estrecho que dizen de Gibraltar, y entrando en el mar Mediterráneo, vieron contra sí venir un barco muy armado. El cual, por algunos de los marineros que a mirarlos salieron, luego fue conocido que era de un moro cossario que muchas vezes salía al encuentro a los barcos de los mercaderes christianos para robar y cativarlos. Y assí lo dixeron al señor del barco, el cual, cuasi llorando, fue con aquellas nuevas a Florianteo, y demás diziéndole cómo ya no podían dexar de ser cativos si Nuestro Señor Dios no los guardava. Mucho se holgó Florianteo con ver el miedo de aquel hombre, y más cuando vido todos los mercaderes hechos una piña, con los gestos tan desmayados como si ya los llevaran a todos con pérdida de la libertad y hazienda. Pero por los esforçar algún tanto, se hizo dar sus armas y otrosí mandó que todos los que las tenían se armassen luego para defenderle las espadas, porque no se pudiesen sus enemigos abraçar con él; y que no se assomasse ninguno d'ellos a bordo, porque los moros no dudassen de entrar ende, sino que los dexassen entrar. Porque él los escarmentaría de manera que por su mal serían allí venidos.

Como toda la esperança de aquella desconfiada gente estuviesse en aquel cavallero y en su escudero, el cual no dexó de se aver puesto tan a punto como su mesmo señor, no dudaron de hazer su mandado, pareciéndoles, según el miedo tenían, que ya eran con ellos los moros. Los cuales, guiando siempre su barco hazia el de Florianteo, en breve espacio se vinieron a juntar. Pero como el barco d'ellos no igualasse con el de Florianteo, fue forçado, a los que se quisieron atrever a entrar en el de los christianos, subir a la orilla para después saltar dentro. Lo que muy bien pudieron hazer, pues ninguno les ponía para ello impedimento ni hallavan contradición. Pero después de haver saltado cerca de veinte moros, los cuales a grandes bozes dezían: «¡cativos, cativos!», salieron de la parte de la popa contra ellos Florianteo con Ocernio y algunos de los otros. Los cuales començaron de ferir en los moros de tal manera y con tan gran ardimiento, viendo el estrago que de los primeros golpes havía en ellos hecho Florianteo, que en muy poca hora como cuasi desarmados los hallasse, siendo vil gente y ladrones, los pararon tales que a ninguno d'ellos dexaron que no fuesse muerto o presto, o muy mal llagado.

Assí que no hubo quien de aquel hecho pudiesse llevar nuevas a Zonacrín, que assí se dezía el cossario y principal d'ellos. El cual, cuando vía que los suyos tanto

tardaban, por muy cierto tenía que ya lo tenían ganado. Pero como oyese algunas boces de los suyos, sospechando que la tardança era contraria a su primer pensamiento, tomando todos los que consigo quedaran, los cuales no eran menos que los primeros, con más prissa de la que les convenía saltaron dentro del barco y con mayor esfuerço que los otros, causado assí por tener presente su caudillo como de la saña que les sobrevino cuando vieron a sus compañeros muertos y presos.

Pero como a los cristianos se hoviesse doblado, conociendo el aguardador que tenían, vinieron contra los moros con tan grande ánimo, que Florianteo se maravilló d'ello, pareciéndole que en un instante de ovejas se havían convertido en leones. Por donde en aquella sazón se començó entre ellos una muy acometida batalla, porque assí los unos por vengar su daño como los otros por no lo padecer, se ferían de tan espessos golpes como si fuera de dozientos hombres. Lo que no pudo mucho durar, porque al que Florianteo alcançava luego era quitado de su estorvo, porque los moros ya ivan tan perdidos que en ninguno se hallava resistencia, sino en Zonacrín, que trabajava lo mejor que podía en ofender a los christianos y defender assí a los suyos. A cuya causa, viendo Florianteo que todo aquel fecho sería despachado con matar o tollir aquél, acercándose a él lo firió de tal golpe en la cabeça, que puesto que sobre la armadura d'ella traxese una toca, en que havia más doblezes que él havia fecho hurtos, no le prestando todo lo que era menester para la defensión, de tan rezio golpe lo derribó a sus pies tan mal llagado, que sin poder hazer más armas, fue por los marineros levado dende a lo encerrar en una cámara, assí como lo fizieron.

Y como los que quedavan con aquello huviessen perdido todo el esfuerço que antes en compañía de su caudillo tenían, dexadas las armas pidieron merced de la vida, la cual por Florianteo les fue otorgada. Y dexándolos bien atados y con quien los guardasse, saltaron en el barco de Zonacrín, en el cual como ya no quedassen sino los marineros y la otra gente que para servicio d'ellos traían, luego los prendieron todos y los passaron a poner con los otros, quedando señores del barco de sus contrarios. Y como los mercaderes y marineros conociessen que si curavan los llagados, assí d'ellos como de los otros, podrían haver algún provecho rescatándose o vendiéndolos por cativos, con mucha diligencia los curaron, poniéndolos a todos a muy buen recaudo.

Pero cuando vinieron a curar a Zonacrín, no lo quiso çufrir, preciando más perder la vida que quedar cativo. Lo que, sabido por Florianteo, fue a la cámara en que lo tenían tan fuera de sí, viéndose cativo y llagado con pérdida de toda su hazienda, que en ninguna manera podían con él acabar que curar se dexasse. Al cual Florianteo dixo

que se maravillava d'él, siendo tan esforçado como se havia visto, que la adversidad de la fortuna le hoviesse enflaquecido su corazón, de suerte que se mostrava en él menos constancia y fortaleza que en una flaca muger. Porque si en las prosperidades solos los hombres havían de manifestar sus quilates, jamás se conocería la mejoría d'ellos. Y que por ende le rogava que se dexasse curar, pues si las fortunas se trocaban en cosa que menos le cumpliesse, no huviera él dexado de hazer su ruego.

No fue menos maravillado Zonacrín cuando a Florianteo vido sin yelmo, de su graciosa apostura, que de lo que poco antes le havia visto hazer contra él y los suyos, pareciéndole que tan grandes fuerças y esfuerço no podían caber en hombre de tan pocos años y tan mesurado. Por donde, conociendo que cumpliendo lo que le rogara cumplía lo que era obligado a su virtud e mesura, dixo que era muy contento de obedecerlo, no dexando de conocer el error que poco antes para su propio daño tenía. Por donde luego fue curado y después comió lo que le dieron, mostrando estar muy aconsolado por lo que Florianteo le dixera.

Fecho aquello, repartiéndose la gente del barco mayor en los dos que ivan de compañía, y teniendo a muy buen recaudo los cativos que llevaban, con muy buen tiempo tornaron a navegar por su mar. Y aunque en algunas partes tomassen agua y las otras cosas que para la humana sustentación convenían, llegaron en la ciudad de Génova, adonde se fizo la repartición de los cativos y del despojo a voluntad de Florianteo. Al cual lo davan todo pues por su causa no havían sido ellos los repartidos. Y porque ninguno quedasse descontento, lo repartió d'esta manera: que el barco de Zonacrín, con todo lo que en él fallaron, fuesse del señor del barco en que ellos vinieran. Y todos los cativos fuessen ende vendidos. Y de la cantidad que se sacaría fuessen fechas tres partes, las dos de las cuales fuessen para los marineros, pues havían ayudado a ganarlos como buenos hombres, y la tercera parte para la otra gente de servicio, por el trabajo que havían tenido en guardarlos por el camino. Tomando para sí la sola persona de Zonacrín, al cual dixo que le dava tan entera libertad, como antes de lo haver visto tenía, porque no entendía tener jamás en su compañía ni servicio a ninguno contra su voluntad.

Por donde Zonacrín, conociendo la merced que se le hazía, le fizo por ello las gracias que supo y demás suplicó a Florianteo que, pues su ventura lo havia traído en tan buen poder con que otrosí se le otorgaría ver las tierras y costumbres de los christianos, las cuales havia mucho tiempo que desseava ver, lo llevasse para su servicio, porque el preciava más ir en su compañía con nombre de cativo, que de libre quedando

fuera de su servicio. Al cual Florianteo lo otorgó, conociendo abiertamente las entrañas con que se lo pidiera, faziéndolo más alegre con se lo haver otorgado que triste el día que cuando fue cativo.

Fecha la repartición, o por mejor dezir, dado el orden cómo se havía de hazer, Florianteo con Zonacrín y Ocernio, dexado el señor de su barco con los mercaderes y marineros, los cuales bien lo quisieran bolver en su compañía, según se les havía sucedido, se desembarcaron, y en una buena posada que ende tomaron, estuvieron algunos días descansando del trabajo de la mar, y otrosí porque Zonacrín acabasse de guarir. Y cuando el ocio los comenzó de enojar, partieron con intención de tranvessar toda Italia, y de allí passar en Alemania alta y al reino de Ungría hasta Costantinopla, assí por ver todas aquellas tierras como por saber algunas nuevas de Flerisena, por la razón de la cual aquel camino se hazía.

¶Capítulo xxxij. De cómo Florianteo encontró con dos donzellas que acompañavan un cavallero muerto. Y de cómo, yéndoles a dar derecho del cavallero que lo matara, libró a dos buenos cavalleros a los cuales tenían aquexados cuatro malos cavalleros, con muerte de todos los cuatro.

Passado havía Florianteo con su compañía todas las tierras de Romaña, con los ducados de Ferrara y Milán, haviendo dexado el marquesado de Mantua, cuando acercándose a una ciudad que se dize el Trento, la cual tiene su assiento en las haldas de las montañas de la tierra de los suyçaros, un día por la mañana, vido por su mesmo camino venir una carreta que cuatro cavallos tiravan, encima de la cual yazía un cavallero armado de todas sus armas, aunque abiertas y rotas por todas partes. Y después de la carreta venían dos donzellas con sus escuderos, haziendo muy grandes llantos. Por donde, doliéndose Florianteo de su tristeza, preguntó a los escuderos por qué causa levavan assí aquel cavallero muerto. El uno de los cuales le dixo que se lo no podían dezir porque assí lo tenían mandado de aquellas donzellas, sus señoras. A las cuales Florianteo otrosí rogó que le dixessen lo que a sus escuderos havía preguntado. La mayor de las cuales le dixo que si él prometía de les dar derecho a todo su poder del cavallero que lo matara, muy presto lo sabría.

–Sin lo prometer, virtuosa donzella –dixo Florianteo–, es mi costumbre de darlo siempre, que para ello se me ofrecen tiempo y razón.

–Todo se vos ofrece agora, cavallero –dixo Barinta, que assí se dezía la donzella–, si tanto bien hazernos quisiéredes, porque este cavallero que aquí vedes muerto es nuestro padre, y lo mató anoche un falso cavallero que nos saltó al camino, porque no quiso dezir quién era ni adónde íbamos. Por donde vengo a creer que, según el cavallero era cruel y desmesurado, si passada la batalla que con nuestro padre hubo nos hallara ende, no fuera contra nosotras menos sobervio ni mal criado.

–¿En qué parte vos parece que lo podría hallar presto? –dixo Florianteo.

–Por la mesma carrera que vos lleváis –dixo Barinta–, y aun si alguna priessa os dais, antes que anochezca.

–Pues buelva conmigo alguno de vuestra compañía para que me lo muestre –dixo Florianteo.

–Todos iremos para esse efecto con vós, cavallero –dixo Barinta–, porque si vuestra dicha ayudarnos quisiere, podamos recibir algún consuelo de nuestra pérdida y tristeza.

Y por se no detener, dexando las donzellas la carrera en poder de los escuderos para que su camino siguiessen hazia Rovara, que era la ciudad en que todos bivían, para lo fazer enterrar, començaron de caminar en compañía de Florianteo. El cual rogó a Barinta que, pues el camino les otorgava aparejo para poder ir hablando, le dixesse muy por extenso aquel fecho cómo passara.

–Pues en ello se cumple vuestro mandado y mi corazón recibe descanso, esforçado cavallero –dixo Barinta–, yo vos los diré, y aun con mayor voluntad de la que por vós se ha para ello señalado. Y para esto havéis de saber, señor, que nuestro padre se dezía Valantín, el cual tenía casa y hazienda en Rovara. Y cuando falleció nuestra madre de una larga dolencia, que havrá más de un año, mi hermana y yo con las malas noches que passamos en servirla, y de lo que más fue el Alto Señor servido, adolecimos cuasi de su mesma dolencia. La cual nos traxo en tal punto que por no menos muertas nos juzgavan que a nuestra madre. Y como el triste de nuestro padre tan malas nos viesse, prometió a Nuestra Señora del Monte, cuya invocación está a dos leguas passado el Trento, que si guaríamos de aquella dolencia llevarnos a su casa para hazerle gracias de la merced que esperava, y dexar ende algún haver para la fábrica d’ella, porque ha poco tiempo que se començó de labrar. Assí que por cumplir su voto, luego que passó el año después que a convalecer començamos, partimos de Rovara en compañía de nuestro

padre, con aquellos escuderos que allá dexamos y este donzel, nuestro hermano. Y llegados a la casa que dixes de Nuestra Señora, estuvimos ende algunos días, passados los cuales nos bolvimos con mucha alegría por haver dado el desseado cumplimiento a nuestra romería.

»Y acaeció que, viniendo ayer tarde por nuestro camino, siendo cerca de un castillo adonde anoche alvergamos, nos salió al encuentro el cavallero que dixes. El cual preguntó a nuestro padre que le dixesse quién era y a dónde íbamos, el cual le dixo que era padre de nosotras y que bolvía a su casa. Cuando está respuesta oyó, el cavallero dixo a nuestro padre, no sin alguna demostración de saña:

»—Yo creo que vos queréis burlaros de mí. Por ende, dezidme lo que vos pregunté, si no, podrá ser que vos pese más de lo que cuidáis.

»—¿Y por qué os tengo yo de dar essa razón? —dixo mi padre.

»—Por cumplir mi mandado aunque no queráis —dixo el cavallero.

»—Ésse no cumpliré yo por cierto, sino a mi grado —dixo nuestro padre—. Y si no huviesse de dar razón a la compañía que llevo, yo vos mostraría tan bien de servir, como mostráis que se os entiende de mandar, aunque menos vos pluguiesse.

»Dicho lo cual, siguió su camino. Pero aquel mal cavallero, al tiempo que nuestro padre passó adelante, tirando tan presto de la espada que no pudo ser a tiempo de le parar el escudo, lo firió por encima del yelmo con tanta fuerça que, llagado y aturdido, lo derribó del cavallo abaxo. Y en el mesmo tiempo, saltando del suyo antes que nuestro padre se pudiesse levantar, lo firió de todos aquellos golpes que vistes, dexándolo ende muerto. Y como nosotras y los escuderos no tuviésemos aparejo para lo defender, creyendo que siendo el cavallero tan cruel y desmesurado ningún respeto nos ternía, al tiempo que vimos nuestro padre caído, començamos de nos alexar con nuestros palafrenes. Y quando de lexos pudimos conocer que lo dexava muerto, los aguijamos de manera que muy presto llegamos al castillo adonde íbamos.

»En el cual fallamos un cavallero con su muger tan virtuosos, que en ninguna cosa entendieron sino en aconsolarnos y juntamente procurar que a nuestro afligido cuerpo diéssemos algún reposo y sustentación. Y después, saliendo con su hijo, que assí mesmo es cavallero, en busca del otro que en tan gran cuita y tristeza nos había puesto, llegaron al lugar adonde nuestro padre yazía. Y como no hallassen ende al que lo matara, viendo que ya se acercava la noche, determinaron de bolverse y traer a nuestro padre al castillo, assí como lo fizieron. Y esta mañana, dexándonos las carreta que vistes para lo llevar, nos partimos dende, dexándole assí mismo nosotras el cavallo de nuestro

padre, en satisfacción del acogimiento que ende nos fizieron. Y de la pena que toda la noche les dimos, puesto que ellos no lo quisiessen, pero por mostrar que no eran desagradecidos, en la misma hora partieron para ir en busca del cavallero. Lo que por cierto nos pesó mucho porque no querríamos que el galardón de nos haver tan bien acogido, les sucediesse en algún daño o peligro.

»Esto es, virtuoso cavallero, lo que por mí se vos ha podido dezir a cerca de lo que me vos preguntastes. Y si en lo contar no he tenido el orden que devía, assí la flaqueza de mi juizio como la tristeza y cuita en que me veo, pienso me relevarán de toda culpa.

Y como dicho aquello fuessen ya llegados junto al castillo de donde aquella mañana havían partido, Florianteo fizo preguntar si eran ende los cavalleros. Y sabido que no eran bueltos, dixo a Barinta que su parecer era que no devían parar ende a comer, sino que siguiessen su camino, pues adonde quier que fallassen aparejo que les contentasse, podrían hazerlo, porque no se detuviessen solo un punto. Como en aquella voluntad no se pudiesse hallar discordia, según Barinta desseava su vengança, dixo que lo mesmo le parecía a ella que se devía hazer.

Por donde luego que fueron passados de la otra parte del castillo, començaron de caminar con tanta priessa que Barinta, aunque todos los ligeros passos le havían de parecer perezosos, bien conoció que Florianteo no desseava menos de lo que devía hazerle alcançar su desseada vengança. Y como con tanta presteza caminassen, no tardaron en llegar a la entrada de un monte muy espesso que distava del castillo más de dos leguas. Y aún no havían andado dos carreras de cavallo por él, que sintieron grandes golpes como de leñadores. Pero considerando que no los darían tan espessos si fuessen para hazer leña, luego creyeron lo que era. Por donde, acrecentando la priessa, no tardaron en ver cómo cuatro cavalleros tenían cercados a dos cavalleros, cargándolos de muy grandes golpes. Y como Barinta, mirando los cavallos, de todos conociesse que los dos eran de los cavalleros del castillo adonde los acogieran, a grandes bozes dixo a Florianteo:

–Por Dios vos ruego, cavallero, que acorráis aquellos dos tan leales, porque no mueran por manos de los cuatro tan falsos.

Y como Florianteo no tuviesse menor desseo de socor[r]erlos, decenciendo de su cavallo, pues los otros estavan a pie haziendo su batalla, y tirando de su espada, fue con tanto denuedo contra los cuatro, como si él solo los huviesse de acometer. Al primero que le vino al encuentro, firió de tan poderoso golpe por encima del yelmo, que

derribándolo a sus pies, puesto que luego no muriese, no se pudo más mover que si ya fuera muerto. Y hecho aquello, por animar a los dos cavalleros que ya muy lassos estaban, dixo a grandes bozes:

–¡Esforçad, cavalleros, y mueran estos traidores!

Y poniéndose junto a los dos, se començó la batalla de los tres contra los otros, por manera que cada uno no havía de dar razón sino a otro. Con que los del castillo, cobrando nuevo ánimo y viendo que el que los socorriera no se estaba desperezando ni adormido, antes habiendo ya derribado al que más los aquejava, el cual era el que a Valantín matara, ya tenía al otro en tal estado que si pudiera huir no lo dexara por vergüença, començaron de cargar a los dos, con quien en ellos se combatían, de manera que al tiempo que Florianteo derribó muerto a su contrario, ya los havían parado tales que en muy poco tiempo cayeron en el suelo con la ravia de la muerte.

Por donde, viendo Florianteo que ya no era ende más menester, se despidió para seguir su camino de los cavalleros del castillo y de Barinta con sus hermanos. Los cuales, si lo pudieran detener, no dexaran de mostrarse que no eran desagradecidos del bien que les fiziera. Pero como haviéndolo ya porfiado, conociessen que aquella era su voluntad, ofreciéndole todo lo que él tenían y lo demás que se les otorgó, con no menor desseo de cumplirlo se bolvieron a su castillo, encomendándolo a Dios que lo guiasse, quedando tan contentos de su medida y esfuerço, quanto Zonacrín, el cual aún no havía visto ninguna batalla de christianos, maravillado, juzgando a Florianteo por uno de los buenos cavalleros que se podían hallar en el mundo.

Llegados los cavalleros con Barinta y la otra compañía al castillo, muy leda fizieron a la señora d'él cuando le contaron su buenandança y cómo havían sido acorridos por el cavallero que havía guiado a Barinta. La cual el otro día por la mañana partió dende con sus hermanos para bolver a Rovara, acompañándolos el señor del castillo y su hijos hasta dexarlos en su casa, porque en el camino no les siguiesse algún desaguisado.

Y Florianteo aquella noche alvergó en una aldea, adonde halló mejor recaudo de lo que cuidava, por ser labradores todos los que en ella bivían y estar apartada de camino. Y el otro día en la mañana tornó a encontrar la carrera que tenía intención de seguir, por las cual anduvo muchas jornadas, dando algunos derechos que se le ofrecían, los cuales aquí no se escriben, assí por no hazer la historia sin fin como porque los que tuvieren desseo de saberlas muy por extenso las hallarán en su crónica escritas, hasta

que llegó muy lexos de aquella tierra y engañado por una donzella que un don le pidió, fue llevado adonde adelante se vos dirá.

¶Capítulo xxxiiij. De cómo la reina Albericia con su hija y compañía se partió para visitar a los príncipes Nestarcio y Arinda, y de lo que a cuatro cavalleros de los que llevaba para su guarda acaeció con un cavallero estraño. Y de cómo llegó a Colonia e de lo que en su llegada se hizo.

La reina Albericia, al tiempo que el rey Pasmerindo, su marido, partió para ir en la demanda de Flerisena, quedó para adereçar algunas cosas que convenían, assí a su persona como a su hija y a la compañía, con todo lo demás que havía de llevar para tan largo camino y para semejante aucto. Y quando ya estuvo todo adereçado y puesto a punto, embiados delante sus aposentadores, una mañana, acompañada de muchos altos y ricos hombres que la primera jornada la aguardaron, y de los cavalleros y dueñas e donzellas que hasta Colonia havía de llevar, partió de la ciudad de Belgrado con mucho desseo de cumplir el desseado fin de aquel camino y de ver las ciudades del imperio de Alemania y la casa, con los cavalleros, dueñas y donzellas que aquellos honrados príncipes, a quien iba a visitar, tenían, después de la muerte de los emperadores cuyo título aún no sabía que hoviessen tomado. Y por mostrarles que no contentándose con embaxadores que embiar pudiera, como hazer se suele a los consolar, el amor y voluntad que les tenía era tan grande que les forçava ir personalmente a lo hazer, dexando sus casas y reinos, y pospuestos cualesquier peligros que de los assí dexar se les podría recrecer.

Por lo cual, con aquel desseo que de llegar a Colonia o a lo menos al imperio tenía, puesto que no quisiesse hazer largas las jornadas, quería que fuessen continuas, a cuya causa en menos días de los que creía, saliendo de su reino, entraron en el archiducado de Austria. Y como yendo los aposentadores una jornada y dos antes, los vezinos de las villas y ciudades adonde havían de llegar ya supiesen su venida, acaesció que saliendo una mañana de una aldea que estava a la entrada de una floresta por la cual havían de passar, no haviendo aún caminado media hora por ella, los cavalleros que en la delantera ivan vieron contra sí venir un escudero. El cual les dixo que si querían passar por aquel camino, no lo podían hazer sin justar con un cavallero

que había jurado guardar aquel passo por tres días, aunque en el juramento no se entendían las mugeres, las cuales libremente y sin contradicción alguna podrían passar. Y que por ende, mirassen si les convenía aquel partido o bolver por otro camino, a causa que ninguno passaría por ende hasta haver derribado a su señor, con que se acabaría su juramento.

Al cual Logistil y Marceo, que eran los cavalleros a quien el escudero hablara, dixerón que atendiesse un poco porque luego le bolverían la repuesta. Por donde, mandando parar todos los otros que a su cargo llevaban, vinieron a dezirlo a la reina. La cual, juntamente con la infanta Ardimea, ivan en uan litera. Y como entrambas no dexassen de tener algún desseo de ver algún exercicio de cavalleros, e señaladamente de justa, en el cual no se podía recrecer tanto peligro, havido entre las dos acuerdo de lo que devían responderles, la reina les dixo que fiziessen a su voluntad, aunque no le pesaría de ver cómo lo harían el cavallero estraño y sus aguardadores. Por donde, oída la repuesta de la reina, Lauren y Darinto, que junto a la litera ivan, la fizieron passar delante de todos porque pudiessen aquellas dos señoras ver las justas que se les ofrecían en tan fresco y deleitoso lugar.

Y sin mucho tardar, así ellos como Logistil, se pusieron a punto porque por su parte la justa no se difiriesse, diziendo al escudero que ya podía su señor venir, y que lo punasse de lo hazer bien, porque no faltavan buenos miradores. Muy alegre fue el cavallero de la floresta en saber que la reina con la infanta los quisiessen ver, porque siendo muger de tan buen rey y tan esforçado, que ninguno en aquellos tiempos se sabía que más lo fuesse, no dexaría de conocer como convenía la bondad de cualquier cavallero, según havia muchas vezes visto semejantes exercicios.

Por lo cual, enderaçándose lo mejor que pudo en la silla, y tomando una buena lança en la mano de muchas que ende havia fecho traer de la villa, adonde la reina havia de comer aquel día, a su passo fue para atender que alguno de los cavalleros que con él havían de justar viniessen. Lo que no se tardó mucho, porque Logistil, siendo el primero de todos, quando le pareció tiempo firió su cavallo de las espuelas, haziéndolo correr con tanta furia, que no la hallando menor en su contrario, muy presto se vinieron a encontrar tan duramente que Logistil dio muy bien a entender que no era nuevo en aquel exercicio, pues no cayó de aquel encuentro, según fue poderoso, aunque havia perdido las dos estriberas abraçándose con las cervizes de su cavallo. Lo que no convino hazer al cavallero de la floresta, en el cual no se conoció más movimiento que si no fuera encontrado, antes señaló en alguna manera el pesar que tenía por lo poco que havia

hecho. Y como la postura fuesse que havía de justar hasta derribarlo o que fuesen derribados, tornaron a justar otra vez. En la cual no le aprovechó a Logistil su destreza, pues fue por las ancas de su cavallo derribado a tierra, quedando el que lo derribara con mejor continente que de antes. De que assí la reina y su hija como todos los otros, mucho se maravillaron, porque no solamente creían que no havía de vencer a Logistil, pero que no se podría contra él sostener, según era tenido porpreciado cavallero. Por lo caul juzgaron que no vendería muy barato su caída.

No tardó Marceo en venir a la justa con el cavallero de la floresta, creyendo vengar la caída de Logistil, según en sí sentía el esfuerço y orgullo. Pero no le avino como lo creyera, porque el cavallero de la floresta, teniendo por cierto que si Marceo se tenía en la silla mejor que su compañero, sería dar sentencia en el pleito tan reñido que en la casa del rey Pasmerindo se tratava sobre cuál de los dos era mejor cavallero, trabajó que de los segundos encuentros cayesse d'ella. Por donde de allí adelante a ninguno tuvieron por peor, ni menos al señor de la floresta por mal criado, pues sin les pedir paga de los lechos que tomaron de su tierra, les dexó ir libres de hospedage.

Cuando Darinto aquello vido, con no menor voluntad y desseo de vengarlos primeros, vino a justar con el cavallero de la floresta. El cual, por le hazer perder el pecado de la sobervia que se podría recrecer si lo derribara, se defendió tan bien que, quedando siempre en la silla, derribó a Darinto tan ligeramente por las ancas su cavallo, que assí él como todos se maravillaron de la forma que cayera, porque así se halló en las riendas en la mano como si adrede lo fiziera por detener su cavallo que no lo sacasse del campo.

Mucho temió Lauren que su pensamiento no le saliesse al revés cuando a Darinto vido tan ligeramente derribado en el suelo, sin mostrarse en el cavallero de la floresta señal de encuentro. Pero porque de la tardança no se le pudiesse aplicar flaqueza, con la mayor priessa que pudo se hizo enlazar el yelmo, el cual no se havía puesto creyendo que Darinto lo sacaría de aquel trabajo. Por donde cuando ya no podía tardarse más la justa sino por su voluntad, pues el cavallero de la floresta buena pieça havía que lo estava esperando, vino con gran desseo de mejorar su partido delante tan altas señoras. Y por ende, endereçándose muy bien en la silla, a la mayor furia que su cavallo lo pudo llevar, vino a encontrarse con el cavallero de la floresta. El cual, aunque no tuviesse su cavallo tan folgado como los otros, con el estímulo de las espuelas lo hizo correr con tan gran ligereza e ímpetu, que al tiempo que se encontraron, rompiendo las lanças en más pieças que el árbol de que eran hechas tuvo hojas, se vinieron a encontrar

de los cuerpos tan duramente que a cada uno pareció haver encontrado una peña, señaladamente a Lauren, el cual perdió de la una estribera.

Otras dos vezes justaron, la segunda de las cuales Lauren perdió ambas las estriberas, y por no caer le convino abraçarse con el cuello de su cavallo. Y con aquella saña, acercándose al árbol adonde el cavallero hiziera arrimar las lanças, tomó una cual mejor le pareció, no dexando de hazer lo mesmo su contrario. Y con doblado desseo de vengar a sí y a sus compañeros, a la mayor furia que su cavallo lo pudo llevar, vino contra el cavallero de la floresta, con el cual se vino a encontrar de tan desapoderado y rezio encuentro, que el cavallero de la floresta perdió la una estribera. Pero Lauren cayó del cavallo abaxo tan gran caída, que bien se conoció el desseo de entrambos. Aunque no hubo efecto el de Lauren, el cual cerca de dos passos vino a caer lexos de su cavallo, tanto que parecía que la lança los sostuvo en el aire hasta que cayó.

Y tornándose el cavallero de la floresta a se poner a punto, por ver si vernía algún cavallero, no dexando de mostrar el sentimiento que tenía por haver perdido la una estribera, la reina le embió a rogar, pues ya se havia visto gran parte de lo que abastava su bondad y esfuerço, que viniesse ende. Lo que por el cavallero no se dudó de cumplir luego. Y por ir con mayor mesura se fizo desenlazar el yelmo, por donde, viendo la reina su rostro assí de lexos con los cabellos más que el oro ruvios, y tan niño, toda se estremeció cuidando que su hijo Valerián fuesse. Pero al tiempo que lo ver mejor pudo, luego conoció que no era él, por razón que no le vido en la una parte del rostro un pequeño lunar leonado que Valerián tenía, y otrosí porque no le pareció tan estremado en hermosura como cuando niño, ni como le havían dicho Darinto y Banortes cuando los falló en el castillo de Boralda, que era en aquella sazón. Aunque no le dexó de parecer tan apuesto como cualquier otro que se le acordasse haver visto de aquella edad y tan bien criado.

Porque llegando a la litera en que la reina y la infanta estaban, quiso saltar del cavallo por les hazer la mesura que se les devía, si con le mandar que lo no hiziesse no se lo estorvaran, aunque no dexó de les hazer tan humil mesura, como estando a cavallo se le otorgó. Al cual no menos la reina con su hija saludaron, correspondiéndole en todo aquello que buena criança las obligava. Y demás le dixo la reina:

–Bien pensé yo, esforçado cavallero, cuando vos vi sin yelmo y de tan poca edad acompañada de tan buena gracia, habiendo precedido lo que de vuestro esfuerço se ha visto, que érades otro, a quien de mejor gana hoviera perdonado lo que vós contra mis aguardadores fezistes. Puesto que contra vós no la tenga mala, pues la queixa o la razón

d'ella se ha cansado del más virtuoso exercicio que los cavalleros podéis hazer, aunque si havrá aprovechado para que vos conozcamos, todo se ha de tener por bien, donde no siempre diré que ha sido doblado el daño. Pues es cierto que no lo sabiendo quedaremos con lo primero, que ya es recibido, y con no cumplir el desseo de saberlo, que es lo segundo.

–Por la merced que en me perdornar mi atrevimiento y el deservicio que nunca hazeros pensé, muy altas señoras, vos beso yo las manos –dixo el cavallero–. Pues en lo ál no çufriría yo, aunque en ello más de la vida pudiesse aventurar, que tan altas señoras quedásedes con quexa de mí, no siendo mi desseo sino serviros.

–Presto se verá –dixo la reina– en dos cosas que mi hija y yo queremos rogaros. La primera que nos acompañéis hasta la villa en que a comer vamos, adonde entiendo para oy cumplir mi jornada, porque los cavalleros que traía por aguardadores descansen del trabajo que vós les causastes.

–Merced y muy grande –dixo el cavallero– es para mí, esclarecida reina, aguardar y serviros, juntamente con la infanta, vuestra hija y mi señora; no digo de aquí a la villa, porque muy presto se me passaría la bienaventurança que de vos hazer semejante servicio se me recrecería, pero hasta el cabo del mundo, el cual para esse efecto no querría yo que tan pequeño fuesse. En lo demás, pues es justo que los servicios no se agradezcan ni tomen en cuenta hasta después de hechos, por razón que por los hombres no se puede alcançar de los secretos desseos y voluntades más de lo que por los efectos se manifiesta. Y otrosí porque podría ser que diziéndoos, señoras, quien soy, vos pesasse haver querido por aguardador cavallero de tan poca nombradía y valor.

»Si lo no reciben en deservicio, mi determinación es de vos aguardar y servir hasta la villa primero, de que conozco seguirseme la mayor de las mercedes que se me jamás hizo. Y fecho esto, por cumplir en todo vuestro mandado y mi desseo, vos diré mi nombre y hazienda, porque entonces sepáis quién havéis de tener para vos siempre servir en lo venidero con todas las fuerças que se me otorgaren, en emienda del deservicio que sin lo quereros fize en lo passado.

–Con esso, pues se cumpla –dixo la reina–, quedo yo satisfecha por mi parte, aunque no sé si lo estará mi hija, porque las donzellas d' este tiempo, hasta alcançar todo lo que quieren, nunca muestran contentarse.

–Valiéndome vuestra medida, mi señora –dixo el cavallero a la reina–, no creo que en día de tanto bien de valer me dexé la d' esta graciosa infanta. La cual es cierto

que no ha de ser servida de poner estorvo en las mercedes y honras que de vós, muy alta señora, tengo recibidas.

–No puedo, esforçado cavallero –dixo la infanta–, dexar de seguir la voluntad de la reina, mi señora, en todo lo que a mí se otorgare. Quanto más que a lo que yo alcanço no se dexa por vuestra parte de cumplir, lo que por la d’entrabas se vos pidió.

–Aunque todo esso sea –dixo el cavallero–, no dexo yo de recibir menos cumplida la merced en que vós, mi señora, seáis d’ello servida. Pues no lo siendo o no lo mostrando ser, no podría mi corazón dexar de quedar con menos recelos que sería su satisfacción, no conociendo que por vuestra parte quedássedes como es mi desseo en todos los grados que se pudiessen por mí cumplir satisfecha y servida.

Passadas entre aquellas altas señoras y el cavallero de la floresta las razones que se vos han contado, les vinieron a dezir cómo ya los cavalleros que justaran habían tornado a cavalgar. Por donde por causa d’ellos no había que atender. A cuya causa partieron luego dende, no dexando de perseverar en las otras pláticas que se les ofrecían. Con que, quedando más pagadas del cavallero que de cuantos se les acordava haver de su edad platicado, él lo quedó en tanto grado de aquella hermosa infanta, pareciéndole mejor que cuantas había visto e oído nombrar por hermosas que antes a la villa llegassen, otorgándole su corazón sin que lo ella supiesse. La hizo de sí única señora con tan firme determinación, que jamás otra lo sería como fue, según adelante se dirá.

Y como deleitándose los ojos en un deleitoso objecto, a todos los otros sentimientos y potencias manden y sojuzguen, para que no entiendan en más de aquello porque cumplidamente lo gozen, a muchas cosas que la reina dezía al cavallero de la floresta nunca de la primera vez le respondía al propósito, causándolo no ser en su mano oír ni comprehender más, de considerar cuán grande era el deleite y gloria que de ver las facciones tan graciosas que del hermoso gesto de aquella graciosa infanta se le otorgava gozar en aquella sazón.

Por donde la reina vino a conocer que tan grandes descuidos de alguna nueva causa procedían, pues por lo que con él había praticado en los principios, lo juzgava por no menos cuerdo que apuesto. Y en aquella sazón, que aún no habían dos horas pasado, no le parecía que tuviesse cumplidos los sentimientos, de que mucho se maravilló, puesto que no dexando de sospechar que la vista de su hija huviesse causado tan gran mutación. Con que assí mesmo le vino en la memoria aquel sabroso tiempo en el cual su corazón con el del rey, su marido, en cuasi no mayor espacio fueron el uno del otro sojuzgados. Y cómo después aquel común amor se había acrecentado con tanta

lealtad, que a ningunos de su tiempo ni a muchos del passado tenían embidia. Y de cómo sus desseos se havían cumplido por aquella vía y con aquel cumplimiento que entrambos pudieran dessear, y de la firme paz y concordia que hasta entonces tuvieran. Por donde Nuestro Señor les havía dado aquellos dos hijos, que el uno para cavallero quasi carecía de igual, y aquella infanta que ya en tan pequeña edad, por razón de su hermosura, sojuzgava el orgulloso coraçón de aquel cavallero que poco antes con su grande esfuerço havía, en tan breve espacio, derribado los mejores cuatro cavalleros de su casa.

Y de allí vino a considerar cuántas eran las fuerças de la codiciada hermosura, pues sojuzgavan los coraçones más esfuerçados, con tanto señorío que, ante aquellas de quien son sojuzgados, aún no se pueden acomparar a los de las flacas donzellas, según son combatidos de aquel amor y temor que jamás cessan de los atormentar tan sobradamente, que puesto que lo primero los esfuerce y anime para que procuren aquello que es medio o parte para alcançar lo que dessean, lo segundo los enflaquece, temiendo enojar a las que servir dessean o que sus desseos no se descubran. Por donde se les siga algún impedimento para los traer al fin desseado, como muchas vezes acaece, que aun en los principios cuando de amar comiençan, al tiempo que piensan gozar del deleite que en mirar a sus señoras se les podría causar, no alcançando fuerças ni esfuerço para tanto, tienen los ojos baxos o puestos en otra parte, pareciéndoles que para ver sus hermosuras les falta el coraçón y merecimiento.

Y como aquella virtuosa reina, en la memoria <de> de todas estas cosas tanto huviesse ocupado su entendimiento que, andando en aquella litera, le parecía estar no solamente lexos d'ella, pero presente a todo lo que aquella sabrosa membrança le havía representado; el cavallero de la floresta, que no esperava ni havía desseado sino que la reina, con no le hablar, le otorgasse algún pequeño tiempo, en el cual pudiesse cumplidamente gozar de aquel sabroso deleite que de ver aquella graciosa infanta se le recreció mientras assí estuviera ocupada, estuvo gozando d'él con todo aquel cumplimiento que para sólo aquello pudiera dessear, hallando tan grande acrecentamiento en conocer que era por la infanta conocido, sobrando su buen juizio la experiencia de la edad, que no menor gloria se le causava de aquello segundo. La cual sin ninguna comparación se acrecentó cuando vino quasi a conocer que no solamente era d'ello deservida, pero que no recibía menor deleite según por algunos señales, tan dulces como no creídos, lo pudo conjeturar. Porque considerando aquella hermosa infanta que no le correspondiendo, allende de temer que sería juzgada por desagradecida

no podía dexar de le causar algún descontentamiento, trayendo todo esto a la memoria aquél que para igualar los estados y desseos éstas y mayores causas sabe representar e imprimir en las entrañas de sus súbditos, hizo sin perdonar a sus tiernos años que su libre coraçon de allí adelante no alcançasse libertad para más de considerar el valor y apostura de aquel cavallero que aún no había dos horas que conocía. Porque sintiesse que según su poder no puede hallarse regla ni orden para que se crea que el amor se ha de causar por meses ni años, ni con precedencia de grandes servicios y frecuentación, sino momentáneamente.

De donde se siguió que, forçada aquella graciosa infanta de la voluntaria fuerça que quiso que la forçasse, pues antes le otorgó acogimiento que desdén, aún no eran en la villa llegados cuando ya el cavallero començó de sentir que no se dexava por ella de recibir algún no mostrado deleite, acompañado de no menor recelo. Lo que bien se mostrava con el huir y bolvérsese los colores de su gracioso gesto, con que assí mesmo se señalava aquel aplazible fuego, el cual, sin algo gastar, le iva abrasando las entrañas.

Passada pues aquella sabrosa meditación, en la cual la reina muy gran pieça estuviera, dixo el cavallero que se no maravillasse si algún pensamiento y memoria de las cosas passadas había interrompido su práctica, porque, con lo haver visto, le había ocurrido lo que en algún tiempo le había sucedido. Y en acordarse d'ello no pudo su coraçón dexar de halagarse, por el descanso que de lo reduzir a su entendimiento se le recrecía.

–De ninguna cosa me maravillo yo, mi señora –dixo el cavallero–, pues cuando el Alto Señor es servido, en un instante haze y causa tan grandes maravillas, que nuestro flaco juicio, puesto que fuesse sin comparación mayor y que por mucho tiempo en las considerar desvelasse, no podría comprehender la menor parte d'ellas por tener fin, y el poder del que las obra ser infinito. Y aunque el mío con la poca edad y menos experiencia muy poco pueda alcançar, no he dexado de sentir, puesto que sin tiempo o a lo menos en tan breve que no se podría sin mucha dificultad declarar su discurso, lo que no creía ni esperava sin que muchos días, o por mejor dezir años, primero passaran. Pues en la sazón que con menos cuidado de aquella esperança y sentimiento me hallava, más claramente de lo que se me pudiera en otra dar a entender lo he sentido y gustado, porque ninguno que juicio alcance podrá creer que los montes, adonde por razón no se han de ver ni hallar más de árboles, matas y yervas con las animalias que en ellos se concrián, hurten el oficio a las grandes y populosas ciudades, en quien lo que a ellos falta en muy grande abundancia se halla.

–Muy bien está dicho, virtuoso cavallero –dixo la reina–, si lo entender pudiésemos.

Puesto que no se dexava, assí por ella como por su hija, comprehender. La cual, todo lo que el cavallero dixera, assentó muy firmemente en su entendimiento para mayor señal de firmeza del señorío, que con aquellas palabras conocía tener sobre su coraçón, al cual el de la infanta ya començava de sujetarse.

–En verdad, muy alta señora –dixo el cavallero–, que no sé cómo pueda dar mejor a entender lo que dixere, pues ni yo puedo comprehenderlo ni sé cómo lo dezir pude, ni la razón que para ello me dio causa, sino que, como poco antes de maravillas se hablasse, ocurrióme, mi señora, lo que por mí había passado, teniéndolo por una de las mayores que en muchos tiempos se ha oído ni visto, tanto que aún agora que más lo desseo comprehender, nunca me Dios vala si yo lo alcançó. Por donde se podrá dezir por mí que mal puede el que no sabe declarar lo que no entiende.

Mucho más satisfecha quedó aquella discreta reina de su primer pensamiento, con ver la excusa que el cavallero de la floresta diera a su pregunta, que con cualquier otra razón o fingida causa que para su satisfacción fabricara. No le pesando por lo que d'él hasta aquella sazón viera, que huviesse puesto sus desseos en la infanta, su hija, considerando y teniendo por muy cierto que una persona en quien se señalava tan gran apostura, con compañía de estremado esfuerço e juicio, no había de ponerlos en tan alto lugar, faltándole el estado que para ello convenía, con que pudiera ser no menos tachado de loco e atrevido que antes de cuerdo y esforçado. Por donde más se le acrecentó el desseo de saber quién fuesse. Y por ver si podría algo d'ello descubrir, le dixo:

–Según veo, esforçado cavallero, muy conocido está que fuerças de cavalleros ni razones de dueñas y donzellas no pueden en vós hazer más impresión de aquella que es vuestra voluntad. Pues de lo primero con vuestro esfuerço y de lo segundo con vuestra discreción sabéis defenderos de manera que, quedando como a vos plaze, ninguno alcança lo que dessea. Y lo que más es de notar, dexando satisfechos a todos.

–No ternía por menor merced que la maravilla que antes dixere, mi señora –dixo el cavallero–, si mis fuerças e juicio fuessen tales que a tan alto alcançassen, aunque no puedo dexar de la juzgar por muy grande. Pues por sola vuestra medida, sin lo yo merecer, se me otorga que, no vos sirviendo en lo que me mandastes, de mi desseo y obras ninguna queixa vos quede.

Assí que con aquellas razones y otras, que más hazían al intento de aquellas altas señoras, el cual no se estendía para más de holgarse, llegaron a Mandria, que assí se

dezia la villa adonde a comer ivan. Y al tiempo que de la litera havia de decender, no fue perezoso el cavallero de la floresta en saltar de su cavallo para las tomar en sus braços, assí como lo fizo. Aunque quando dexada la reina vino a tener la infanta en ellos, bien quisiera el que aquel breve espacio se estendiera en infinito, según sintió en la tener assí abraçada con sus rostros tan juntos tanta gloria, que con mucha dificultad estando delante la reina, su madre, la podía encubrir.

Al tiempo que a las mesas se havían de acoger, la reina, para alguna mayor certificación de su sospecha y pensamiento, rogó al cavallero que con ellas se sentasse. El cual, haziéndoles muy gran mesura, por la merced tan encumbrada que en aquello conocía recibir las, las suplicó que se lo no mandassen, pues su pequeño merecimiento no se estendía para tanto. Y otrosí porque entendía de ser huésped de los cavalleros que con él justaran, por les quedar de más deudor. Los cuales, puesto que alguna vergüença tuviessen de lo que les acaeciera, viendo con cuanta gracia lo dixera, lo passaron como sesudos sin mostrar que por razón d'ello les havia quedado alguna saña. Antes trabajaron de lo honrar todo lo que se les otorgó, no dexando de lo poner en prácticas de plazer, a las cuales acudía tan bien y graciosamente que no lo juzgavan por menos entendido que esforçado, pues de todo tenían tan cumplida como verdadera prueba.

Quando al cavallero pareció que era razón, aunque no tiempo, según considerava la soledad que se le havia de causar en la ausencia de aquella graciosa infanta, con quien su corazón siempre havia de quedar, vino a se despedir de la reina, porque de la infanta no sobran fuerças ni la voluntad, diziéndoles que si para las servir en más de lo que hasta entonces por ellas le havia sido mandado, conocían ser su persona bastante, en ninguna cosa pordia recibir mayor merced ni igual descanso. Pero que si de su compañía y servicio se les recreía pesadumbre, las suplicava le mandassen dar licencia para seguir su camino, puesto que no la entendía pedir para las dexar de servir siempre que le llegasse su mandado, porque de ninguna cosa levava mayor desseo.

Al cual, assí la reina como la infanta, lo agradecieron con todos los señales que para demostración d'ello podían por entrambas señalar, mayormente, la infanta, la cual le rogó que antes de su partida les dixesse lo que de su hazienda havia prometido.

—Aunque nunca lo prometiera, o, hermosa infanta —dixo el cavallero—, conociendo que en vos lo dezir se me otorga cumplir alguna parte del desseo que de serviros tengo, ¿cómo podría no lo hazer sin que luego no se abriese la tierra, para me sorver en sus entrañas como al más desleal y desmesurado cavallero que jamás trató armas? Por ende y porque de la tardança no se me pueda seguir algún impedimento o

contrario, vos hago, mi señora, saber, que aquellos que hoy señorean el reino de Francia me engendraron y pusieron por nombre Poliantel, para no más de serviros, assí con lo que ellos pudieren con sus fuerças, como yo con mi persona y desseos. De que, siendo por vos, hermosa infanta, aceptado, se me seguirá mayor honra y merced que del estado que después de sus largos días heredar espero.

–Si para aceptar tan alto ofrecimiento por mi señora, la reina, licencia me fuesse otorgada –dixo la infanta–, no lo podría yo rehusar, conociendo la gran pérdida que d’ello se me recrecería. Pues, a lo que yo alcanço, a ninguna que me fuesse igual y aun en muchos grados mayor, de grandes tiempos acá se ha ofrecido su semejante. Pero como mi voluntad, en la más pequeña de todas sus partes, no pueda desmandarse de la de mi señora, no puedo dezir ni declararvos más de lo que havéis oído, por me no mostrar desagradecida del sobrado ofrecimiento por vos, esforçado príncipe, a mí, sin vos los merecer, hecho.

Fue tan leda aquella virtuosa reina, oído lo que su hija dixera, que se no pudo çufrir sin dezirle que en aquello sus voluntades no havían de ser más de una, pues de aceptar lo que aquel virtuoso príncipe les ofreciera, ganavan tanto que ninguna pérdida podrían hazer que fuesse su igual.

–Pues assí es, esforçado príncipe –dixo la infanta–, que la voluntad de la reina, mi señora, en esto que tanto por mí se gana, no dexa de ser a mi desseo conforme, no dexaré de dezir que dende agora confirmo lo que antes dixere, añadiendo esto que en vos aceptar por mi cavallero: yo soy la que alcanço lo que jamás esperaba alcançar.

Tan grande sintió el gozo de aquellas tan agraciadas palabras Poliantel, que fincadas las rodillas en el suelo, pidió las manos a aquellas altas señoras por la merced que le fizieran. Las cuales no le otorgaron aunque lo porfió buena pieça. Y como después de levantado y passada aquella sabrosa porfia, aún les quedasse por saber la causa por la cual havia partido de Francia y para dónde era por entonces su camino, se lo preguntaron. A las cuales no quiso Poliantel dexar de servir en aquello, diziéndoles la verdad de todo. Por donde después él supo que la ida d’ellas era para Colonia, al efecto que se vos contó, con que se detuvieron tanto, señaladamente porque alguno havia ende que añadía hilos a la tela para que tan cedo no se acabasse, que quando no se cataron era tan tarde que no consintieron que aquella noche Poilantel dende partiesse. Al cual se otorgó cenar con su señora de dos diferentes maneras. Por donde, quedando el cuerpo sin sustentación alguna, el alma quedó sin comparación más hambrienta, puesto que sus ojos, mientras se les otorgó, no dexaron de hazer el oficio de la hormiga, proveyéndose

del deleite de la presencia e vista de su señora en aquel sabroso tiempo de abundancia para el de la soledad.

A la hora del dar descanso al afanado cuerpo, viendo Poliantel que la reina con la infanta era razón que no fuessen por él detenidas, se tornó a despedir quedando siempre con ellas. Y en la mañana, antes que recordassen, se partió con su escudero, tan ledó por haver alcanzado aquella hermosa infanta, como triste por la soledad que de su ausencia se le causava. Pues la reina y la infanta no le dexaron de tener cuasi igual compañía, por lo que de su presencia se havían folgado y de su partida sentían.

Las cuales, continuado sus jornadas, llegaron a la desseada ciudad de Colonia, aunque cinco leguas antes que llegassen las havía salido a recibir el emperador Nestarcio, con muchos altos hombres y cavalleros de su imperio vestidos de luto, adonde les agradeció aquel voluntario trabajo que por le hazer tan conocida merced havían querido tomar. Pero quando a los palacios entraron, fueron de la emperatriz Arinda recibidas, con el verdadero amor que se ya tenían y el que con aquella venida se les acrecentó, con las cuales se falló dende a pocos días tan aconsolada, como la reina y su fija satisfechas de su voluntad por se ver mejor servidas de lo que en su casa pudieran ser. Y porque contar todo lo que assí en aquel recebimiento, como en algunos días después de llegadas ende passó, no sería menos enojo[so] que prolixo, no vos diremos sino que, no dexando de mostrar aquellos altos emperadores la tristeza que por haver perdido a sus predecesores e hija tenían, trabajaron de hazer y procurar a la reina y a la infanta, su hija, todos los plazeres y honestos passatiempos que pudieron, pareciéndoles que por mucho que hiziessen no podían satisfazerles la sola voluntad con que eran ende venidas, sin el conocido consuelo que de su venida s eles recreció. El cual no fue tan pequeño que no les hiziesse perder más de la soledad y tristeza que sentían, que todos los remedios que antes les procuravan, ayudando a ello la gran discreción de aquella virtuosa reina.

La cual en pocos días supo dezir y hazer tanto que cuasi parecía a todos los de aquella casa e ciudad que ya tenían algunas nuevas ciertas de cobrar a Flerisena, según se començaron de alegrar, cobrando muy gran parte de la alegría que perdida tenían. Y pues de tan lueñe eran venidas para las aconsolar, determinaron de estar ende muchos días, a lo menos hasta saber nuevas del rey Pasmerindo, su señor, y de los príncipes Valerián y Flerisena. De ninguno de los cuales en aquella sazón las sabían ni supieron hasta que algunos años passaron, que de todos les vinieron juntas, según adelante se vos contará.

¶Capítulo xxxiiij. De cómo navegando por la mar Valerían con su compañía, la grande tormenta que les sobrevino los echó en la Ínsula Venturosa, de la cual era señor el sabio Arismenio.

A Valerían dexamos partido de la casa del rey Tindareo y que había tomado el camino de Fruvia para passar en Alemania, por començar la demanda de la princesa Flerisena, su señora, por aquella parte que lo guiaría su ventura, pues no ternía certitud de cuál sería el mejor camino. Agora conviene que sepáis que, llegado al puerto de Fruvia otro día después, entró en un barco, el cual había de passar en Artra, que como ya oístes era del imperio de Alemania. Y a cabo de tres horas que habían hecho vela, les sobrevino un viento al través tan poderoso y súbito, que cuasi en un momento embraveció la mar de manera que, no aprovechando a los marineros sus ingenios ni experiencia, por se no perder determinaron seguirlo, pues en la contradición no había más de muerte.

Por donde Valerían, aunque en todos los peligros que en la tierra se le podían ofrecer el esfuerço le sobrase, acordándose que le venía de su señora, cuyo cavallero era, cómo después de perdida su corazón cuasi en lágrimas deshecho, aún no pudiesse resistir a la pena que sus mortales desseos le causavan, quando en aquella tan grande tormenta y peligro se vido, no pudo sino temer aquella muerte que ende creía padecer semejante a la de cualquier de aquellos pobres marineros que en el barco venían, en los cuales aún se parecía mayor esfuerço por la experiencia que tenían de semejantes fortunas. Por donde otrosí no dudara de trocar su estado por la certitud de la vida, aunque de infinitos trabajos acompañada, considerando que perdiéndola no solamente perdería el estado, pero juntamente la esperança de ver y cobrar a su señora.

La cual tenía por muy cierto que Boralda había puesto en muy esquivas prisiones, las cuales mucho más sentía que si él se hallara en ellas. Con que se sintió tan aquejado y en tanto grado afligido, que las palabras que la donzella Empiralidea le dixera, las cuales eran para darle esfuerço para mayores afrentas, ni la esperança que en semejantes casos suele a los que en iguales peligros se hallan esforçar, ni lo que debaxo del olmo oyera en Denamarca, no pudieron causarle algún consuelo, viéndose de cada punto en peligro de anegarse, por razón de las furiosas ondas que assí erravan por el barco como si ende no lo hallaran, según por aquel tempestoso viento eran agitadas. Y lo que peor fue y más le enflaqueció su cuasi perdida esperança y esfuerço, que

acercándose la noche, cuya escuridad era por los grandes nublados con continuos truenos y relámpagos acrecentada, la tormenta comenzó de crecer de tal manera y con tan sobrado viento, que, perdido todo el tino y gobierno que con la claridad del día y sus experimentados ingenios pudieron tener, discurrían por la parte que la tempestad y furibunda mar quería llevar su barco. En la cual todos los marineros antes habían aparejos para la cierta muerte que para la dudosa vida, aunque no dexando de invocar siempre el socorro de aquél en cuyas manos y poder estaba el remedio de entrambas.

En aquel ejercicio estuvieron toda aquella noche, la cual, puesto que con sus largas horas las vidas pareciesse alargarles, no les dexó de ser más fatigosa que la misma muerte, según los continuos y temerosos tragos que en ella pasaron, creyendo en cada uno haberla perdido, sin esperanza de ver la luz del día por todos, no menos que la muerte, deseada. Pero como en ningún tiempo el Alto Señor más muestre su soberano poder que en aquél en el cual los remedios parecen más dificultosos, y para los hombres y sus fuerzas imposibles, hizo y ordenó que en la sazón, que todos cuidaban perecer por ver su barco cuasi del todo debaxo de las tempestosas ondas anegado, aquella gran tormenta comenzasse de afloxar de suerte que, conociéndolo los marineros, trabajaron, aunque no con cierta esperanza de vida, de gobernar lo mejor que pudieron el barco hasta la mañana.

Venida la cual, como mejor pudiesen conocer la disminución de su furia, puesto que no fuese tanta que a otros, que no hubiessen pasado la de aquella noche, no pareciesse ser la mayor que jamás habían visto, comenzaron de hazer tan grandes alegrías como si ya se hallaran surgidos en el más seguro puerto de toda la tierra. Las cuales como Valerián, el cual aún más la había sentido, oyese, pareciéndole que no estaba en menor peligro que de antes, por muy cierto tuvo que el espanto de la noche les había fecho perder el seso. Pero por mejor certificarse preguntó a uno d'ellos que por qué causa hazían aquellas alegrías, estando siempre en el mismo peligro. El cual le dixo porque con la ayuda de Dios ya eran fuera d'él. Al cual Valerián no quiso dar crédito, pensando que por lo esforçar lo dixera, por donde, preguntándolo a muchos de los marineros, todos le respondieron que así era la verdad. Con que en aquel punto lo fizieron más alegre que en toda la noche había sido triste, creyendo firmemente que Nuestro Señor le fiziera aquella merced porque pudiesse librar a su señora y castigar a Boralda, así como merecía.

Y como dende a poca pieça las ondas no entrassen tan a menudo ni con tanta furia como la pasada en el barco, con mayor esperanza dióse a las palabras de los

marineros, conociendo que el cavallero que fuesse tan diestro en las armas, como ellos en aquel exercicio, no dexaría de ser nombrado entre los buenos.

Aquel día y la siguiente noche navegaron siempre con aquella diminuta fortuna y con el viento no tan furioso, al cual, aunque les pesó, siguieron otros doze días, no sabiendo a qué parte ivan por lo mucho que los dos primeros días se havían alexado del reino de Denamarca. En cabo de los cuales, aportaron en un puerto desabitado, juzgándolo por el mejor que pudieran dessear, pues con mucha facilidad se les otorgó llegar y desembarcar en tierra. Lo que no tuvieron por menor descanso que el temor y recelo del peligro passado, aunque no sabían en qué tierra havían aportado.

Cuando Valerián fuera de la mar se vido, fincadas las rodillas en el suelo, fizo gracias a Nuestro Señor Dios porque de tan espantosa y cruel muerte lo havia librado. Las cuales assí mesmo fizieron Dromisto, su enano, con todos los otros, el cual aún no podía creer que era verdadero aquel puerto ni menos la tierra adonde se fallava, sino que en sueños se le representava, según lo havia más que todos desseado, conociendo cuánto era mayor su peligro que el de todos, pues tres palmos de agua eran sobrada hondura para su pequeño cuerpo.

Sacados los cavallos de Valerián y de su compañía, cavalgaron para ir a reconocer aquella tierra. Y dexando mandado a los marineros que ende los atendiessen, tomaron el primer camino que se les ofreció para subir a lo más alto de una pequeña montaña que ende havia. De la cual ningún camino ni poblado descubrieron, salvo una pequeña senda no muy hollada por la cual determinaron de ir por ver adonde iría a parar; siguiendo la cual, al tiempo que cuasi quería anochecer, llegaron a una fuente adonde la senda fenecía, porque no servía para más de, cuando aportava en aquel puerto algún navío, proveherse del agua d'ella. Por donde, viendo que passar adelante, sin saber la tierra ni hallar camino, sería tan grande locura como atrevimiento, acordaron de alvergar debaxo de unos grandes árboles que cerca de la fuente havia por aquella noche, juzgando aquel lugar por no menos sabroso y aplazible que alguna de las precedentes noches temerosa y espantable, señaladamente cuando bevieron del agua, la cual era no menos sabrosa que fría, y se pudieron en ella lavar las manos y rostros, de que no traían menor desseo.

Y después que con gran plazer y descanso, causados assí de los peligros passados, como de la frescura del lugar, huvieron cenado de lo que del barco traxeran y bevido de aquella desseada agua, como aquellos que muchas malas noches havían sin dormir passado, se acostaron sobre sus mantos en la verde yerva, debaxo de los árboles

que vos diximos, teniéndolos por tan buenos y blandos lechos, como en la casa del rey, su padre, se les pudiera dar. En los cuales luego se adurmieron, aunque Valerián no fue el primero, pues antes que se adurmiese ya era pasada la media noche con más cansancio que voluntad, porque más de tres horas había en su señora pensado, pesándole dexarse de aquella membraça, en la cual hallava su alma y sentimientos por imaginación la verdadera gloria y descanso que para en este siglo en efecto poseer desseavan.

¶[Capít[ulo] xxxv. De cómo, estando durmiendo Valerián con su compañia, el sabio Arismenio con su hija le mudaron las armas que traía y el cavallo, y después se fueron a su castillo, dexándole una carta para su consuelo.

Aunque al sabio Arismenio ninguna de las venideras cosas de aquellos tiempos y de otros muchos se escondiese, por donde no ignorava lo que a la princesa Flerisena había de suceder, no pudo ni, aunque pudiera, quiso estorvar assí lo principal como cualquier otro aparejo y causa de las que para ello habían de preceder, porque no pareciesse que su locura y atrevimiento eran tan grandes que se atreviese a impedir lo que por el Alto Señor estava ordenado, pues a él sólo pertenecía y era dado ordenarlo y revocar para su mayor servicio y demostración de su soberano poder.

Pero por esso, como buen servidor y amigo del emperador Nestarcio y de los reyes Pasmerindo y Finariel, a quien de aquella tristeza y enojos que por razón de la pérdida de la princesa se habían de causar, no había de caber pequeña parte, no se descuidó de proveher lo que pareció que podía aprovechar, assí como lo fizo para prevención y consuelo de sus venideros enojos y daños. Por donde le había embiado a su hija Empiralidea el día que Valerián pidió el orden de cavallería para le dezir y a la emperatriz y Flerisena lo que a cada uno d'ellos dixo. Porque al tiempo que se seguirían sus fortunas, se aconsolassen y çufriessen con la esperança que les dio, que sus fines sucederían conformes a sus desseos.

Y otrosí procuró de saber qué guarda tenía Boralda en su castillo para tener segura a Flerisena, y la parte adonde la levava, por poder encaminar a Valerián, el cual hallava que la había de librar. Porque lo no amava menos que al rey Pasmerindo, su padre, puesto que no lo huviesse visto sino el día que mató el león y al tiempo que lo

levava de casa del rey, su padre, al príncipe Nestarcio, aunque Valerián no lo vido, y la noche que debaxo del olmo se estava quexando en Denamarca, haviéndose partido de Cleandro, tío de Nicerián. Y puesto que Valerián ni en aquella noche ni en otro tiempo lo huviesse visto, bien conoció que no podía ser sino él, a quien se otorgava saber sus secretos y a tal hora venirle a hablar.

Y por ende, cuando Arismenio supo que era partido de la casa del rey Tindareo, vino a Fruvia adonde lo atendió hasta que con él se embarcó. Y después fizo venir aquel tempestoso viento, que en tan gran peligro los puso que cuasi ninguna confianza de sus vidas les quedava, hasta los traer a su ínsula e guiar a Valerián con su compañía a la fuente, junto a la cual a su sabor dormían, para hazer lo que agora se vos dirá.

Después de adormido Valerián con los que con él venían, Arismenio vino ende con su fija, y poniendo en la mano izquierda de Valerián una candela encendida, porque mientras ardiessse no podía recordar, començaron de desarmarlo, holgándose tanto entrambos de verlo como si fuera la más hermosa donzella que se les acordasse haver visto, no dexando de maravillarse de la diferencia tan grande que Dios y naturaleza hizieran d'él a su enano Dromisto, el cual a sus pies dormía.

Y acabado de desarmar, le dexaron ende otras armas no menos fuertes que las que le quitaran. Las cuales eran tan negras y oscuras que a duro se pudiera hallar cosa que tanto lo fuesse. Y otrosí, quitando a su espada el guarnimiento que tenía, le pusieron otro del mesmo color de las segundas armas, por donde la mançana que antes parecía de cristal ninguna diferencia mostrava tener al luziente azavache. Fecho lo cual, dexándole el cavallo que le traxeron tan negro como las armas, y levándose el blanco con que viniera, haviéndole ya quitado la candela de la mano porque al recordar no le fuesse fecho impedimento, y assí mesmo dexándole una carta en sus pechos, bolvieron a su castillo. Al cual no quisieron levarlo, pues no podía entrar ende sino con la persona con cuya compañía su corazón fuesse más ledo y alcançasse mayor reconocimiento.

Y puesto que Valerián, en todo el tiempo que lo estuvieran desarmando, no huviesse recordado, assí porque no le era permitido, por virtud de la candela que en su mano pusieran como por el sabor que el cansancio y desvelamiento de tantas noches le causara, por estar siempre su espíritu en su señora desvelado, no dexava de sentir que lo desarmavan. Y aunque lo sentía, no procuró de desvelarse por no perder aquel sabor que tanto lo descansava como le dañara lo contrario. Pero muy poco después de partidos Arismenio con su hija, en el qual tiempo ya la oriental luz tan enojosa a los secretos amantes, como desseada de aquellos que las tinieblas aborrecen, recordó, no menos

maravillado de se ver desarmado que de las armas que ende viera. Las cuales bien conoció que con razón se las habían trocado, pues su color conformava con aquel dolor y tristeza que hazían su corazón tan oscuro, que si se pudiera ver aun no le igualara el de las armas.

Pero reconociendo el cavallo e viendo cuán negro y triste parecía, con los guarnimientos de la silla y freno, acarreándole aquel nuevo sentimiento mayor pena y tormento de los que ya tenía por ordinarios, no pudo detener las lágrimas que a gran priessa començaran a discorrer, considerando que aquello no se había hecho por persona que sus venideros trabajos y parte de los passados ignorasse. Y por ver si le armarían tan bien como las primeras, recordó a Canisor e Nicerián para que se las ayudassen a armar, e assí mismo a su enano, pues el día era claro y presto sería la hora de partir. Los cuales, cuando assí lo vieron, no recibieron menos espanto que en el tiempo que en la mar más peligraron, viendo tan oscuro cavallo y armas, las cuales luego le armaron sin parecerse lavores algunos en ellas. Aunque antes de començar, Valerián halló la carta que le habían dexado en sus pechos, la cual no quiso leer antes de ser del todo armado, sino tenerla cerrada con tanto recelo como desseo de saber lo que ende había escrito.

Pero cuando se ciñó la espada, no pudo çufrirse sin la tirar por ver si era trocada, siendo tan ledo cuando vido que era la suya misma, como fuera triste de lo contrario, por razón que a maravilla la preciava por su bondad. Y en no menor estima tuvo las armas aunque negras, viendo que, si todos los maestros del mundo trabajaran de las hazer a su medida y que mejor le armassen, no fuera posible. Y otrosí porque tuvo por no menos cierto que se las había embiado su leal amigo Arismenio, en el cual, después de Dios, tenía toda su confiança, considerando que haviendo tenido tan gran cuidado de embiarle las primeras armas con que fuesse cavallero, ninguno lo había de tener de le embiar aquellas segundas sino el mismo Arismenio, a quien no eran ocultas las causas por las cuales se le trocaran, dándoles a entrambas los colores que tener devían, según los tiempos de alegría e tristeza en que se le dieran. Y puesto que assí lo tuviesse por cierto, por se mejor certificar, sabiendo que en la carta no sería menos que no se declarasse, arrimándose a un árbol la començó de leer, diziendo:

¶*Carta de Arismenio el sabio al esforçado príncipe Valerián de Ungría.*

Avós, tan esforçado como apuesto cavallero Valerián, por agora príncipe de Ungría. Yo, Arismenio, señor de la Ínsula Venturosa, vuestro leal servidor, mando besar vuestras manos. Como sabidas por mí las cuitas tan grandes y mortales desseos que la ausencia y pérdida de vuestra señora y esposa, la princesa Flerisena, vos havían de nuevamente y con mayor acrecentamiento causar, no tuviesse menos desseo de vos procurar el remedio que vos de lo alcançar. En muy gran cuidado estava mi entendimiento, en qué manera, salvando la honra d'entrambos, la cual no causa menos gloria que el fin de las cosas desseadas descanso, pudiesse para que no vos aquexassen tanto. o si se me otorgara que del todo cessassen, hallar algún conveniente medio. Y en la sazón que más lo iva trabajando, me ocurrió la gran traición que la dueña Boralda havia de hazer al virtuoso príncipe Nestarcio, en satisfacción de la vida y honra que, perdidas, le restituyera.

Y como siempre por la alta providencia, ante la cual todas las angélicas y humanas juntas son ninguna cosa, previsto y ordenado lo que, después de librada aquella astuta dueña, havia de suceder, fui forçado de parar en mi pensamiento y trabajo hasta que aquello passasse. Pues pensar de estorvarlo no havia de caer en mi juicio, aunque más torpe fuera. Pero agora que a cada uno son aloxadas las riendas y otorgado el poder para que haga y sobre todo lo que devidamente pudiere, viendo el sobrado acrecentamiento de aquellas penas que antes vos parecía no poder mucho tiempo çufrir, doliéndome d'ellas cuanto al desseo que de vos servir tengo me obliga, he tenido por bien de vos hazer venir a essa fuente, adonde me cumplía que viniéssedes para vos dar esse cavallo y armas, tan conformes como a la tristeza y dolor de vuestro lastimado coraçón y a la demanda que leváis era conveniente. Y otrosí por memoria de la desseada gloria que en esse mesmo lugar vos está aparejada, aunque algún tiempo passare. El cual no vos dexará de parecer tan largo como su fin deleitoso, sin vos pesar en aquella sazón de los enojosos medios que vos havrán ocurrido, por razón del descanso que de los haver passado se vos recrecerá.

Y porque esto y no más se me otorga por agora hazer en vuestro servicio, no quedando sin el mesmo cuidado y desseo para en lo venidero, hago fin a lo que vós querriades que fuesse principio, rogando a Nuestro Señor Dios, que tan estremado vos fizo, sea servido de vos dar el çufrimiento que vos podría faltar. Pues todo lo ál vos

sobra. Y vos guíe muy presto con vuestro barco a la tierra, saliendo de la cual se vos ha de ofrecer el camino que, para remedio de vuestras cuitas y de las que otros sentir no dexan, es más conveniente.

Leída por Valerián la carta, muy ledo fue por lo haver Dios socorrido con tan impensado remedio después de tanta fortuna. Al cual dio las gracias que pudo, afirmando en su corazón, cuando se le otorgasse, hazer algunas cosas dignas de memoria en su servicio. Y otrosí de satisfacer a Arismenio su cuidado y las otras cosas de que conocía quedarle deudor, con tan cumplida satisfacción que no dexasse de conocer que no lo estorbava falta de voluntad. Y puesto que las quasi postreras palabras d'ella mayor temor le huviessen acarreado, con la alegría del remedio presente, determinó de templar el pensamiento de los trabajos venideros. Y pues en el fin Arismenio rogava a Dios que con su barco presto lo guiase, entendiendo por aquello que debía luego partir, poniéndolo en efecto en la misma hora con su compañía, partió dende para ir a su barco. En el cual estuvo atendiendo con mucho desseo que la mar se asosegasse, para fazer vela y navegar por la parte que lo guiaría el venidero viento, pues cualquier que dende lo sacasse tenía en aquella sazón por bueno.

¶Capít[ulo] xxxvj. De cómo Valerián con su barco llegó al puerto de Ephilea, que era una villa del ducado de Andrinópolis del Imperio Griego, y de cómo partido d'ella hizo cobrar a un cavallero una donzella que le havían tomado tres cavalleros por fuerça.

Dos días estuvo Valerián en aquel despoblado puerto de la Ínsula Venturosa, atendiendo que las ondas se amansassen, pues el viento que las embraveciera había quasi cessado. Passados los cuales, una mañana, mostrándoseles la mar tan llana y halaguera como los precedentes días indómita y furibunda, con un viento tan templado como conveniente para poder dende salir, fizieron vela siguiendo la misma vía. Pues ir a otra parte no sabían que les fuesse más a su propósito, no atinando de donde salieran ni menos a qué parte havían de ir, por mucho que lo reconocieron en la carta de navegar lo que más en ello entendían. Assí que con aquel tiempo navegaron

diez días muy ledos, por ver la serenidad del cielo y los otros señales que para la segura navegación se les mostraban favorables.

En cabo de los cuales, una mañana, antes que el Sol saliese, començaron de descubrir tierra con que su alegría recibió grande acrecentamiento. Y como el viento con que navegavan fuesse fresco, no tardaron muchas horas en acercarse a la tierra. Pero antes encontraron dos barcos de pescadores, a los cuales preguntaron por el nombre de aquella provincia y de una población que muy clara se vía. Y sabiendo d'ellos que era del Imperio Griego y que la villa se dezía Ephilea, del ducado de Andrinópolis, muy más ledos fueron, señaladamente Valerián. El cual mucho se folgó de oír aquella lengua, la cual no menos sabía que la úngara, porque de los griegos que con la princesa Arinda fueron de Costantinopla la havía aprendido, assí como otras muchas puesto que d'ello no se haya hecho mención.

Por donde, conociendo que era tierra de cristianos y tan buen puerto, con mejor y más alegre ánimo endereçaron su barco hazia la villa, adonde muy presto llegaron y desembarcaron, dando gracias a Dios que ende los havía guiado. Pero como el desseo de Valerián a más de llegar a tierra firme se estendiese, sabiendo que de aquella villa hasta Costantinopla havía poco más de cuarenta leguas, no viendo la hora que ser en aquella gran ciudad llegado, despedidos y pagados cumplidamente los marineros de su barco, partió tomando el camino más derecho d'ella, no sin sobrado desseo de saber algunas nuevas de la princesa Flerisena. Por quien su atribulado coraçón continuamente padecía no menores penas y tormentos que los de la misma muerte, de los cuales no se haze tantas vezes como se devría mención, por no acarrear fastidio a los lectores, señaladamente a los que no son enamorados.

Los marineros atendieron en aquel puerto algunos días hasta que el tiempo les hizo endereçado a su propósito, con el cual partieron y en menos días de los que cuidavan llegaron a su tierra, adonde mucho alegraron a sus mugeres y parientes, los cuales por negados y muertos havía muchos días que los tenían.

Partido, pues, Valerián de Ephilea con su compaña, tres días anduvo sin hallar cosa que para escribir fuesse, en los cuales mucho descansava con Dromisto, su enano, el cual le contava todo lo que en su ausencia havía acaecido en Colonia, señaladamente de las cosas de su señora, las cuales, puesto que otras vezes le huviesse contado, no se cansava de oír, por hallar, engañando a sí mesmo con aquello, algún alivio en su continuos y mortales desseos. Pues con otra cosa no lo hallava, puesto que no fuesse tan grande que, acabado de contarle, no sintiesse doblada pena.

En cabo de los tres días que vos diximos, vido por su mesmo camino venir un cavallero corriendo cuasi quanto su cavallo lo podía levar. Y al tiempo que fue junto a Valerián y pudo ver su rostro, puesto que no fuesse sin gran cuita, no se pudo çufrir sin pararse para lo mirar. E pareciéndole mejor que cuantos cavalleros havía visto ni oído dezir, lo saludó cortesamente y después le dixo:

–Si en vós, cavallero, ha puesto Nuestro Señor Dios tanta bondad y esfuerço como la hermosura que tan clara se parece, muy ledo sería mi coraçón. Pues hallaría en este necesidad quien a cobrar la cosa que más amo me ayudasse.

Al cual, no dexando de saludar Valerián con la misma o mayor mesura, ni curando de responder a lo que no convenía, dixo:

–Porque me parece, cavallero, que, según vuestra priessa, no será bien de teneros con largas interrogaciones, no determino de saber más de vós sino por donde es el camino que de levar havemos para que la cobréis. Pues dende agora vos prometo hazer en ello lo que mis fuerças me otorgaren.

–Por el mesmo que yo venía –dixo el cavallero– y no muy lexos de aquí.

–Pues bolved por él –dixo Valerián–, porque yo vos seguiré de buena voluntad.

Y acabándo de se enlazar el yelmo Valerián, començaron de caminar por el camino que era guiado. Con tanta priessa que Valerián le dixo:

–Pues tan cerca como dixistes, cavallero, es el lugar a donde havemos de ir, cosa me parece fuera de razón correr y matar nuestros cavallos.

–Bien claro se muestra que vuestro coraçón no siente lo que agora el mío –dixo el cavallero–, ni menos sabe qué cosa sea amar, porque si lo supiesse, no digo este andar que levamos pero el bolar de la ave más ligera vos parecería muy perezoso.

–Si el tiempo para ello lugar nos diesse –dixo Valerián–, mucho querría saber de vós qué cosa es esse amar que dixistes, porque muchas vezes lo he oído nombrar y a ninguno he visto que lo sepa declarar de manera que se entender pueda.

–Paréceme que la causa es muy notoria –dixo el cavallero–, pues la primera cosa que perdemos cuando de amar començamos es saber dar a entender lo que padecemos, sintiéndolo nuestro coraçón tan bivamente, que ocupado de aquel bivo dolor que lo aquexa, no da lugar a la lengua para que dezir ni declararlo pueda. Por donde, al tiempo que devríamos hablar, somos mudos, no alcançando libertad para aquexarnos sino cuando estamos solos, no haviendo quien nos oya ni de nosotros se duela, y puesto que lo haya quien remediar nos pueda. Por donde al que tan adelante se halla, si no le inventaran aquel falso nombre de enamorado, no le pudiera huir el verdadero de loco,

pues ninguna cosa le falta de las que tienen aquellos que de todo su juicio carecen. Por donde mal puede el que no sabe qué cosa es amar declararlo, y menos el que lo siente, pues el primero, careciendo de experiencia, y el segundo de juicio, no lo podrían dar a entender como se deve. Y si no fuésemos con tan gran priessa, aún yo vos diría d'esto tanto que vos maravilláades, puesto que no dexo de creer si lo no havéis sentido que muy cedo lo sentiréis, con ver alguna muger o donzella que de la primera vista vos haga tan buen maestro como el que ha diez años que no estudió en otros libros.

Mucho se folgó Valerián por haver encontrado aquel cavallero que tanto cuidava sentir de lo que él sobradamente sentía, conociendo que en todo dixera verdad, señaladamente en el ser mudos los amantes cuando devían hablar. Porque siempre que él se hallava en presencia de su señora, no solamente le faltava la lengua para hablarle, pero el esfuerço para mirarla, con tan gran miedo como esperaba recibir deleite en que los ojos d'entrambos se encontrassen, no desseando otra cosa en aquella sazón. Pues de la libertad de contar sus quejas, en el tiempo que se ha llava solo, quanto se aprovechava d'ella, no lo tenía menos en memoria, pues las más noches le acontecía passar sin que el sueño se lo impidiesse, diziéndolas a las paredes o al viento. Y no menos se folgó con haver visto que el cavallero lo tenía por tan libre de aquella passión, que siempre a su alma atormentava.

Y después que con aquella priessa hovieron caminado más de una hora, vieron ante sí los cavalleros que a buscar ivan, los cuales havían tomado otro camino que a su diestra hallaron, a cuenta de atravesar una pequeña montaña que se les ofrecía. Passada la cual ninguna noticia se pudiera d'ellos haver, según la tierra era fragosa y llena de árboles y matas tan espessas que era maravilla. Por donde no dexó de aprovechar la priessa que el cavallero tuviera para que antes de aquello los pudiessen ver y alcançar. Y viendo Valerián que los cavalleros no se davan vagar en subir la montaña, dixo al cavallero que caminasse más presto porque los alcançassen antes de llegar a lo alto.

–Todo me parece bien –dixo el cavallero–, pero ¿cómo lo haremos, que ellos son tres y nosotros no más de dos, con los cavallos que ya no nos pueden levar?

–Si vós buen enamorado fuéssedes –dixo Valerián–, no terníades juicio para considerar el daño que vos seguir puede, sino, pospuesto cualquier peligro, punar de cobrar la que tanto dezís amar, aunque en ello la vida perdiéssedes o la regla que dixistes en alguna cosa dexa de ser verdadera.

–No creo yo –dixo el cavallero– que haya ninguno por más que esté enamorado, o a lo menos no lo sé yo ni alcanço, que cuando su vida vee en notorio peligro o su

muerte cercana, no venga a cobrarlo. Pues, perdiendo la vida, se perdería la esperanza de cobrar lo que desea. Por donde muchos quieren dezir que los que de su juicio carecen, si en edad de discreción lo perdieron, al tiempo de la muerte lo cobran, porque si no eligieren la vía que deven, el escusarse con la privación del entendimiento no les aproveche. Y puesto que este parecer por muchos sea tenido por firme, algunos hay y no tan pocos, que si de contar los huviésemos, no causasse gran prolixidad su número. Los cuales opinan que no lo cobran, sino que van juzgados, según se hallavan en gracia o en pecado al tiempo que la locura, que de su entendimiento los privó, les sobrevino, por razón que la cuasi general regla haya lugar para que cada uno sea juzgado según se hallare, en la sazón que al Alto Señor fuere servido juzgarlo. Pues el proceso de nuestra vida siempre está en punto de recibir sentencia sin tener remedio de apelación, por la sobrada dilación que de obrar bien se nos otorga, si lo hazer queremos antes de ser al juicio llamados.

—¿Qué más pérdida de vida ni esperanza de cobrar la cosa deseada —dixo Valerián— puede ser que ver por vuestros ojos levar vuestros enemigos aquélla, que es el verdadero remedio para la sostener, y sin la cual ha de ser peor que la mesma muerte, y por temor d’ella dexar de aventurarla? Por ende, cavallero, aunque yo no soy enamorado, digo que vamos a ellos y punemos por la cobrar, pues yendo en tan justa demanda como es cobrar lo vuestro, no los havemos de preciar cosa aunque otros tantos en su favor contra nos sobreviniessen.

—No me Dios vala —dixo el cavallero—, si vuestro esfuerço no sobra vuestra edad, y otrosí no es para hazer esforçado el más covarde cavallero del mundo. Y pues tan buen socorro se me ha por dios otorgado, vamos a ellos porque ya se me haze tarde de cobrar a mi señora, sin la cual mil muertes padecería cada hora.

Y dicho aquello arremetieron sus cavallos no con menos furia que si ya los corrieran para encontrarse, puesto que Valerián, según el suyo era ligero, algún tanto le había de tener las riendas de que mucho se alegrava. Y como los cavalleros contra quien ivan, subiendo el cerro no pudiessen cuasi salir de su passo, muy presto los alcançaron. Y como Valerián iba primero, por razón de la estrechura del camino que no les dexava emparejar, deteniéndose el çaguero d’ellos, le dixo:

—Tenedvos allá, cavallero, y no seáis desmesurado en querer passar adelante, pues veis que el camino no lo permite.

—Y si yo voy con mayor priessa que vós —dixo Valerián—, ¿por qué no passaré primero?

–Porque no vos lo çufiremos –dixo el cavallero.

–Hasta ver quién me lo osará estorvar –dixo Valerián–, por cierto no pararé. Por ende, hazed lugar.

Y dicho aquello, tirando de su buena aunque negra espada, señaladamente para los que havían de sentir sus hilos, arremetió contra el cavallero que lo quería detener. El cual no dexó de hazer lo mesmo. Pero Valerián lo firió de tal golpe, antes que el cavallero pensasse recibirlo, por encima del yelmo, que abriéndoselo como si no fuera fecho de azero, le fizo tan gran llaga que, puesto que no muriesse d’ella, lo derribó del cavallo abaxo, con tan gran maravilla de su compañero como espanto de sus contrarios. Y no parando en aquél fue contra los otros. Y al primero que, teniéndose por fardido, ya lo estava esperando, firió de tales tres golpes sin que él fuesse ferido de más de uno, de que poco sentimiento tuvo por la fortaleza de sus armas, que cayendo de su cavallo mal llagado y tollido, si se no arrepintió de sus pecados como devía, no dexó antes de mucho de perder el alma con la vida que ende perdiera.

Pues bien se ha de creer que el tercero, aunque mejor y más eforçado que los otros fuesse, viéndolos tan presto en el suelo tollidos, no dexaría de tener temor de les hazer igual compañía en la muerte, assí como ellos a él la fizieran en algunos exercicios de que poco provecho y menos honra se les havia recrecido en la vida. Pero como aquél que en sí sentía buen esfuerço, no desacompañado de iguales fuerças si en su devido oficio las empleara, no dexó de acometer a Valerián con tan gran denuedo como si lo fecho no precediera. Pero como de ladrones y traidores, por grande que fuesse el número, no pudiesse su corazón recibir alteración y mucho menos espanto, considerando que las fuerças acompañadas de vicios y careciendo de virtudes no podían sino faltarles al tiempo que las más menester huviessen, aunque con tan gran denuedo lo huviesse acometido, no lo preció más que si una flaca muger lo acometiera, ni menos duró mucho su batalla. Porque en muy poca pieça, quedando Valerián sin alguna llaga, su acometedor quedó tal parado que no fue el último a quien salió el alma, según los golpes que recibiera fueron grandes. Por donde, en muy breve espacio perdió toda la sangre juntamente con la vida.

De que assí la donzella como su amigo quedaron tan maravillados, que juzgando la donzella con aquellas armas a Valerián, como aún no lo havia visto, por uno de los del infierno y a su amigo por uno de los cielo, no podían darse a entender que en un hombre mortal y tan bien proporcionado, tan grandes fuerças huviesse. Pero con todo su espanto, no dexaron de dar gracias a Valerián por la merced que les fiziera, y

señaladamente Trinareo, que assí se dezía el cavallero. El qual, quando a su amiga pudo llegar y hablarle, haviéndose ya para ello quitado el yelmo, assí decendió de su cavallo para la abraçar, como si muchos años passaran que la no huviesse visto. La qual se dexó caer de su palafrén en sus braços, llorando de alegría, oyendo a Trinareo que le dezía:

–¡O, mi señora Areana! –que assí se dezía la donzella–, ¿quién creerá que pueda ser verdad esto que veo? Pues mi merecimiento y servicios no lo merecían. ¡O, Señor Dios!, ¿qué gracias se vos pueden por mí dar con que satisfaga la menor parte de la merced que en cobrar ésta, mi señora, en quien se encierra toda mi bienaventurança, se me ha otorgado?

Y otras muchas cosas y tantas que, puesto que Valerián por una parte huviesse folgado de les haver hecho aquel socorro, por la otra se le doblavan sus cuitas, considerando cuán lexos era él de aquella gloria de la qual aquellos dos amantes gozavan, sin saber cuándo se le otorgaría a él semejante sazón y lugar para gozarla. Por donde no dexaron sus ojos de derramar algunas lágrimas, puesto que por tener el yelmo no pudiessen ser vistas.

Y quando le pareció razón y hora que partiessen dende, Valerián les dixo:

–Bien será, virtuoso cavallero y hermosa donzella, si vuestro descanso no se interrompe, que pues el calor del Sol nos amenaza, vamos de aquí a algún lugar adonde la sombra nos defienda de la siesta que entra muy calurosa.

Los cuales le suplicaron les perdonasse su descuido, pues la alegría que de ser assí sintieran les había privado el sentimiento que tener devieran, certificándolo que ninguno d’ellos había aún sentido el Sol ni gozaran del deleite de la sombra hasta haver cobrado lo que perdieran. Pero, pues aquella era su voluntad, que se cumpliesse como lo mandara, señaladamente que su corazón de Areana no podía oír los llantos que los escuderos hazían sobre sus señores. Los cuales no tardaron en levar a una villa, que a dos leguas de allí había, para curar al que primero cayó y enterrar los dos muertos, assí como lo fizieron. Por donde, tornando a cavalgar Trinareo, començaron de decender la cuesta que había subido. Y llegados a lo llano, se dieron cuasi no menor priessa que la de la mañana por llegar a una floresta que no muy lexos se les ofrecía. En la qual pararon, aunque no comieron puesto que los escuderos traxessen recaudo por no tener agua que beber pudiessen ellos y sus cavallos, los cuales, con la yerva que debaxo de los árboles había, descansaron de el hambre y del cansancio.

Al tiempo que Valerián se hizo desenlazar el yelmo, más se maravilló Areana de su estremada hermosura que de lo que le había visto hazer, aunque le pareciera

imposible, porque no podía creer qué naturaleza bastasse a obrar cosa tan perfecta. Por donde le dixo:

–En verdad, esforçado cavallero, que al tiempo que yo vos vi con essas armas hazer lo que todos vimos, por muy cierto tuve que más negro y feo sería vuestro gesto. Porque ninguno hay que creer pudiesse que debaxo de un velo de tanta tristeza, estuviesse ascondida la alegría tan grande que de vos ver se recibe. Y aunque a mí, como donzella, no parezca bien dezir por lo que a la honestad las de mi género devemos, pues delante mi señor Trinareo se dize, el cual por mis buenas palabras no ha de juzgar la intención mala, señaladamente siendo como le son los secretos de mi coraçón tan manifiestos que conocerá ser yo quita de culpa, por muy cierto tengo que no la pudiendo dar a naturaleza, por hazer más de lo que pudo, no se me ha de dar a mí por dezir lo que veo. Por donde, agora que he visto el engaño que antes de vos haver visto sin yelmo recibía, no puedo sino dar mayores gracias a Nuestro Señor, porque allende de me haver librado de peligro y desonra, ha querido que fuesse por vuestra mano para que juntamente pudiesse conoceros. Con que ya no me queda otro desseo sino de ver aquella hermosa Flerisena, la cual dizen carecer de igual, porque mis ojos alcançassen la perfición de hermosura d’entrambos géneros, puesto que por agora sea muy difícil cumplirse por no saber adónde se halla aquella alta princesa.

Dicho aquello, assí se maravilló Areana por no le haver respondido Valerián a lo que le dixera, como porque, después de le haver nombrado a Flerisena, le pareció que ningún color le había quedado en su rostro, teniéndolo antes muy colorado, assí de su natural como del que en la batalla y con el calor se le había acrecentado. Y assí fue la verdad porque, en oyéndola nombrar, cuidando que ya se devía alguna cosa d’ella saber, todo se estremeció de un súpito gozo que le sobrevino. El cual no pudo de sí despedir sino con la tristeza que después sintió, cuando en el fin de su razón dixo que ninguna cosa se sabía. Con que juntamente perdió todo el color de su rostro, puesto que no tardasse mucho en lo cobrar ni menos en rogar Areana que, pues la frescura del lugar los combidava para passar aquella fiestas con alguna honesta conversación, le contasse su hazienda y la de Trinareo. Porque hasta entonces no sabía más de cuanto le había rogado Trinareo que le ayudasse a cobrar la cosa que más amava, y otrosí que de la donzella que antes nombrara, cuyo nombre no se le acordava, le habían dicho, pues por ser tan hermosa la habían hurtado, y quién era el que la hurtara y adónde la habían levado, porque en extremo lo desseava saber. Y puesto que Areana algún tanto se escusasse de lo contar, rogada después por Trinareo, dixo que por les servir era muy

contenta, aunque no por orden pues en ella no lo había, sino como se le acordaría, dexando la emienda d'ello a su señor Trinareo. Por donde comenzó de lo contar, según en el siguiente capítulo se contiene.

¶Capít[ulo] xxxvij. De lo que Areana contó a Valerián por cumplir lo que le rogara, y de cómo, dexándolos Valerián para que hiziesen sus bodas, se partió para Costantinopla.

Pues todavía, mis señores, assí lo mandáis, conociendo que en lo dexar de cumplir se me daría mayor culpa, que serían los descuidos y errores que en vos lo dezir se me pueden tachar, fiando más de vuestra medida que de la cierta mala criança, que en vos no obedecer en mí se conocería, digo que vós, esforçado cavallero de las armas, que de tan negro color sin razón trahéis, no havéis de dudar que mi señor Trinareo, forçado más de mi buena suerte que de la hermosura y otras gracias que en mí no hay ni caben, fue en unos torneos, que por razón de unas bodas de una mi cormana se fizieron, tan pagado del desseo que ya entonces conoció que en mí había de hallar para servirlo. Pues en mí no había otra causa de que serlo pudiesse, que después nunca cessó de hazer por ganar mi voluntad todas las cosas a que otros dizen servicios que pudo, sin jamás conocerse por mí en su voluntad disminución ni cansancio, puesto que en los principios algún tanto más en la demostración que en el querer me les mostrasse esquivada. Por donde, como éste nuestro feminil género no esté dotado de fortaleza como sería menester, no pudo mi dissimulacion tanto tiempo durar, que de conocer dexasse que no era menor el contentamiento que yo de su persona tenía, que aquél que de mí señalava tener.

»Y con esto, atreviéndose al señorío que ya de mí le parecía tener, me embió con una muger, que entre las otras mi padre tenía para el servicio de su casa, la cual dende niña me había criado, a rogar tan humildemente cómo ya se le otorgara mandar que le hablasse. Porque su corazón, si aquella merced por mí no se le otorgava, no podía dexar de se deshazer en lágrimas. Y puesto que yo no menos lo dessease, quise de la mesma muger tomar consejo de lo que hazer devía. La cual, como ya estuviesse no menos satisfecha que prevista, en lugar de me apartar de aquel pensamiento y de me castigar, a lo menos con amenazarme que lo diría a mi padre, me dixo que si Nuestro Señor Dios le

otorgara en este mundo facultad de escoger un descanso o deleite con que más leda pudiesse bivar, no le pidiera sino que la transformara en mí, por gozar de un amor tan leal y verdadero como el que mi señor Trinareo conocía tenerme. Y que si yo le dexava de hablar sería tan grande mi arrepentimiento como después el remedio dificultoso, por donde me confesava que no lo difiriesse, pues muchas e aún las más vezes acaecía, cerrando las puertas al bien, abrirse luego las del mal. Por razón que no se podía desdeñar lo primero, que no se dicesse de ojos en lo segundo. Y otras cosas para aquel efecto que, aunque yo lo aborreciera según lo amava, no pudiera con tantos temores y exemplos sino hazerme mudar mi propósito, quanto más siendo tan conforme para seguir su voluntad.

»Y assí le dixee que pues ella, a quien yo en cuenta de la madre que perdiera tenía, me lo aconsejava, que lo hiziesse tan cautamente y de tal manera que, quedando yo con la integridad de mi fama y honra, no fuesse causa de mi perdición, pues dexándolo de hazer, según ella me dixera, no podía sino perderme. La cual fue tan diligente y solícita en lo efectuar, que antes de tres noches hallé a mi señor Trinareo en mi cámara. Al cual, según lo hallé temeroso de me haver enojado por el atrevimiento que tuviera por ser ende venido, cuasi me fue forçado halagar, no osándolo reprehender, por no le causar alguna alteración igual a la pena que yo d'ello había de sentir. Por donde no sintió menor alegría que al tiempo que por Frenisa, que assí se dezía aquella muger, le fueron mi corazón y voluntad manifiestos, tanto que, no sabiendo que me dezir pudiesse, quiso fincar las rodillas por me hablar si yo lo consintiera.

»Por donde aquella noche y algunas otras, entrambos nos mostramos contentar con nos ver y hablar, pues en todas de ninguna otra cosa se había practicado. Pero como esos humanos desseos tengan siempre tantos lugares vazíos que en esta vida es imposible acabarse de hinchar, no le pudo tanto durar aquel honesto comedimiento, que una noche no le desmandasse a querer tomar de mí aquella parte que, siendo desposados, se le otorgara. La cual por mí no le fue negada pues en ella nuestros corazones recibían igual descanso, con que no me ocurrió el peligro y menoscabo en que mi persona y honra ponía. Por donde, después de ido la misma noche, tornando en mí e conociendo, que si en aquello perseverávamos no estaría en mi mano resistir a sus grandes y comunes desseos, con Frenisa le embié dezir que se çufriesse por algunas noches de me venir a ver, porque me ocurría hazer un poco que a entrambos convenía. Lo que por él fue tomado con el çufrimiento que el caso requiría.

»Y como la fortuna nunca cesse de trocar su oficio, conociendo cuán contentos estábamos mi señor Trinareo e yo, se siguió que un tío mío, teniendo desseo de me casar con un cavallero sobrino de su muger, lo habló a mi padre. El cual más por complazer a su hermano que por contentamiento que del cavallero tuviesse, me lo dixo, haziéndome con ello tan triste como él mostró quedar contento, porque yo no venía bien en aquel casamiento a causa que a él no plazía. Y por me dexar más satisfecha, me prometió que, assí con aquel como con cualquier otro, no me casaría sin mi voluntad, de que yo le besé muchas vezes las manos.

»Pero como mi tío fuesse en aquel hecho muy porfiado, tanto supo dezir a mi padre que le prometió de hazer de mí a su voluntad, aunque lo contrario me había prometido. Y luego me lo dixo, desengañándome que no podía hazer otra cosa. Al cual, dissimulando lo mejor que pude lo que mi corazón sentía, rogué que si por alguna vía se podía escusar mi casamiento con Atossenio, que assí se dezía el cavallero, lo escusasse, porque en aquella sazón no me parecía que de mi voluntad lo podría cumplir. Y si se no podía escusar, que difiriesse la conclusión por algunos días hasta que mi corazón a ello se doblasse, porque no entendía arrebataadamente tomar por señor y marido hombre que sólo en pensar que me lo davan por fuerça, tuviesse causa de aborrecerlo en lugar de lo amar y servir.

»Y como mi padre conociesse que en lo que le pidiera no me faltava razón, no sabiendo el fin de mi pensamiento, me lo otorgó, de que yo no mostré quedar menos satisfecha que él contento. Pero en cabo de pocos días, en los cuales yo tuve tiempo de sacar todo lo que mi madre me dexó y embiarlo a mi señor Trinareo para que en la casa de su padre lo fiziesse guardar, una noche muy oscura y tal cual a nuestro propósito convenía, me fui de casa de mi padre a la de mi señor Trinareo, adonde un clérigo, teniendo de su superior licencia, delante de algunos deudos suyos nos desposó. Y en la mesma hora nos partimos para ir a un castillo de una cormana suya, adonde algunos días estuvimos escondidos, por razón que mi tío en la hora que lo supo persuadió a mi padre que me fiziesse prender juntamente con mi señor, con achaque o apellido que lo havíamos robado. Y por no vernos en poder de la justicia, la cual a las vezes con rigor excede los términos de la razón y del derecho, señaladamente cuando los casos son exemplares, acordamos como ya dixé de nos estar ende estos días hasta que aquel primer furor cessasse.

»Y porque es cuasi imposible tenerse secreto lo que la gente de servicio sabe, teniendo antenoche aviso cómo mi padre y tío eran idos a requerir la justicia que a

prender nos viniessen, en la mesma hora partimos por ir a una buena villa puerto de mar que se dize Ephilea, adonde, por ser tierra del duque de Andrinópolis, estaríamos fuera de todo recelo hasta que nuestros hechos se remediassen. Por donde anduvimos gran parte de la noche, y ayer todo el día estuvimos apartados del camino dentro de un monte, porque de nosotros nuevas ni rastro no pudiessen hallar.

»Y al tiempo que esta mañana partimos para seguir nuestro camino, aquellos tres cavalleros que allá quedan nos fallaron no muy lexos de aquí. Y como viessen aparejo para me levar consigo, dieron todos tres sobre mi señor, el qual, como lo acometiessen descuidado, por no perder a mí e a su vida juntos, confiando del remedio que Dios le embió, corrió con su cavallo quanto pudo porque no lo matassen. Y viendo que lo podían alcançar, por no me perder a causa que con mi palafrén había comenzado de huir sin lo advertir sus escuderos, bolvieron por la parte que yo iba. Y como en el curso de sus cavallos y de mi palafrén huviesse tan conocida como grande diferencia, luego me alcançaron, faziendo tantos llantos que tuvieron por bien de me no dezir cosa, sino que, tomando la rienda de mi palafrén el tercero que allá queda, comenzaron de caminar con la mayor priessa que pudieron, por passar aquel cerro en que nos alcançastes, diziendo entre ellos, aunque yo bien lo oía, que si aquella subida trasponían, después entrarían en un monte adonde el resto del mundo no los bastaría hallar. Pero Nuestro Señor, a quien ninguna cosa es occulta, lo fizo mejor que vos los dexó ver y hazer quedar, adonde con mayor seguridad cuidavan hallarse para essecutar sus malos desseos.

»Esto es, esforçado cavallero, lo que a mí se acuerda de nuestra hazienda, pues del peligro que me vos librastes es escusado, siendo vós el mejor y más verdadero testigo.

En fin de las cuales palabras vieron venir a su escudero, el qual no había hecho poco aquella mañana en saberse librar de aquellos cavalleros que a su señora levaran, porque si lo alcançaran no lo dexaran con la vida, por se haver atrevido a huir con Areana al tiempo que ivan en el alcance de Trinareo. El qual fue muy ledo cuando lo vido porque a maravilla era bueno y leal servidor, y el escudero no menos por los haver hallado juntos, no dexándose de maravillillar cuando a Valerián vido, pareciéndole la más estraña cosa que jamás había visto.

Después que de la venida del escudero reposaron, Valerián rogó a Areana que prossiguiesse su razón, en lo que de la donzella que antes dixera le quedava por contar. La qual dixo:

–Aunque yo en esse caso, virtuoso cavallero, no sepa ni haya oído más de lo que por los pregones que en una villa se fizieron aprender pude, por vos servir no lo dexaré de contar por extenso. Por mandamiento del emperador se publicó que por quanto una dueña que en las artes mucho sabía, el nombre de la cual no tengo en la memoria, estando los príncipes Nestarcio, fijo del emperador Octavio, e Arinda, su muger, fija del nuestro emperador, en un monte al cual eran idos a caça, havía fecho con su gran saber venir una carreta, la cual cuatro grandes animalias traían por el aire, adonde aquella dueña con la princesa Flerisena seían debaxo de unos árboles. Y que, poniendo aquella hermosa princesa con una donzella suya dentro de la carreta, se havía subido con ellas hazia el cielo, tanto que luego no la pudieron ver, aunque antes hablara con la princesa Arinda, su madre. Y porque no se podía saber adonde la havía levado, cualquier persona de su imperio que lo supiesse y dentro cierto término no lo fuesse a dezir al emperador, incurriesse en pena de perder la vida y todos sus bienes. Y al que primero lo revelasse, le fuesse dado tanto haver que, puesto que fuesse pobre, pudiesse de allí adelante sostenerse muy honradamente. Y aunque muchos, con codicia de ser en un punto ricos, hayan ido de sus casas por algunas partes del mundo por lo saber, hasta agora ninguno ha venido con el recaudo que convenía para cumplir su desseo, ni creen que se ha de hallar, porque dizen que aquella dueña con su saber ciega a los que van en aquella demanda, de manera que aunque passassen junto adonde ella estava no la podrían ver. Y porque la fama de la hermosura de aquella princesa es tan grande, que de otra cosa no se habla en todas las partes que d’ella se tiene noticia, haviendo yo visto en vós, virtuoso cavallero, la que en un hombre se puede encerrar, dixé poco antes que me no quedava otro desseo sino de ver la de Flerisena, por quedar para siempre satisfecha, que ninguno de los que oy biven ni bivirán hasta la fin del mundo, podrán ver más de lo que por mí sería visto.

–Yo creo bien, virtuosa donzella –dixo Valerián–, pues tanta diligencia se pone por el emperador d’este imperio, lo que no se ha de creer menos de sus padres d’essa donzella, que no se podrá escusar que se no hallé por alguno a quien Nuestro Señor Dios tiene algún bien guardado. Y por cierto, si no me fuesse tenido a locura emprender essa demanda en que tantos han fallecido, yo la iría a buscar hasta los extremos de la tierra. Pero no querría, si el Alto Señor tan bienandante hazer me quisiesse, que después el emperador me viniesse a menos de lo que tiene prometido, o que, viendo essa princesa, cativasse mi libre corazón en su poder, de donde no se me podría seguir sino muy desdichada muerte, por ser ella de tan gran valor e yo de tan poco merecimiento.

–De lo primero yo vos asseguro –dixo Areana– que jamás vos vendrán a menos, porque puesto que muchas virtudes florezcan en el emperador Constancio, nuestro señor, su palabra entre las otras es más firme que cuantas seguridades se podrían considerar, aunque no parecéis vós, cavallero, que no tengáis más estado del que por el emperador en esse caso se vos podría dar, con el cual viviéssedes. Y como de lo segundo, que es el temor de cativar vuestro corazón, no haya quien lo pueda estorvar sino sólo aquél que todo lo puede, no vos diré yo en ello cosa. Pero no dexaré de dezir que si yo cavallero de vuestra manera fuesse, y me no hallasse con más de vuestro cavallo y armas, no dexaría de me entremeter en semejante demanda, aunque supiesse que si le diesse cima ninguna cosa se me huviesse de dar, ni menos quedar con la libertad que dixistes. Porque cuando no se ganasse más de la gloria que de la fama de le haver dado fin se me podría recrecer, la cual, según por el mundo será sonada y en escrito puesta, es cierto que el tiempo no la podrá sobrar, sería para mí sobrado galardón. Y cuando la muerte, andando en ella o después de le haver dado cima por cativar mi corazón, me sobreviniesse, no sé qué otra segunda gloria que su igual o mayor fuesse se podría alcançar, que morir en servicio de aquélla que par no tiene, a lo menos que saber se pueda, en estado y hermosura. Puesto que todavía me afirmo, según lo que mi flaco juicio alcança, que haviéndoos hecho Dios tan estremado en el mundo, no vos había de dexar con quexa. La cual no dexárades de tener si vos no diera el estado que a lo que en vós se puede conocer, no correspondiera.

–Aunque en mí muy poco se conozca y por essa razón menos se me deva, virtuosa donzella –dixo Valerián–, no dexaré de tomar vuestro consejo, siendo dado con tan buena voluntad como, a la que yo tengo para vos servir, se deve. Pero antes determino de ir a ver esse vuestro emperador, al cual de muchos días desseo conocer, assí por su virtud como por ser señor de tan grande estado, puesto que a este desseo más me combiden sus virtudes que el señorío aunque hasta ser de todo el Universo se estendiesse. Porque no se deve agradecer poco a quien en semejantes estados son otorgados, con que juntamente se les otorga libertad e licencia para bivar a su sabor, si por la virtud ponen riendas a la voluntad para que no obre ni haga más de lo que hazer pueden aquéllos que son sus súbditos, y que por razón de sus delitos podrían conforme a las leyes ser castigados, porque lo primero procede de su sola bondad y virtud, y lo segundo de necesidad o temor de caer en ella.

»Y porque ya me parece hora que de aquí nos vamos, ved qué es lo que mandáis que faga porque, puesto que dexar de seguir mi camino me sea grave, por no vos dexar

en parte de que temer podáis, cualquier cosa que vos pareciere se cumplirá por mí, por la buena compañía que en vosotros he fallado.

–Si a mi voto se huviesse de estar –dixo Trinareo–, por cierto yo bolvería al castillo de mi cormana. Porque, pues los oficiales de la justicia ya se havrán buuelto dende, muy dificultoso se les haría bolver otra vez para nos tomar, señaladamente que tengo por no menos averiguado, según lo que mi padre me escribió la noche que nos embió el aviso, que pues en nuestros fechos no se había podido poner el presto estorvo que procuraron, no se dexaría de hazer por el padre de mi señora, al cual no menos puedo dezir mío, cualquier cosa que de bien fuesse, si no se lo estorvasse su hermano con sus malos consejos.

–Pues assí es –dixo Valerián–, vamos a esse castillo que dezís, adonde podréis tomar consejo de lo que vos más cumple.

Por donde, pareciendo a Areana que aquel era el mejor acuerdo, dixo que lo tenía por bien, pues no menos convenía que se no alexassen tanto de la villa, por razón de negociar mejor sus fechos.

Y con aquella determinación partieron luego, y en dos días llegaron al castillo que ivan. Y en la misma noche les vino un mensagero por les hazer saber cómo ya era todo apaziguado, con que Trinareo pidiesse perdón al padre de Areana por lo que fiziera. Y otrosí que con muy firme juramento prometiesse que por lo que su hermano contra entrambos había fecho en ningún tiempo lo enojaría, sino que lo ternía en aquella cuenta que el deudo que con ellos tenía lo obligava. De que Trinareo fue tan ledo que dixo que, puesto que las condiciones que le pedían fueran las más estrañas y agenas de todo orden y razón, no las dexara de cumplir, quanto más aquéllas que por su mesmo comedimiento era obligado de poner en efecto, por la razón que a todos era tenido de dar.

Por donde, madrugando de buena mañana con aquella alegría, llegaron a Pradía, que assí se dezía aquella villa, adonde, dexándolos Valerián entendiendo en las bodas que dende a pocos días havían de hazer, en las cuales Trinareo con Areana recibieron y alcançaron el deleite y descanso que desseavan, partió para Costantinopla por cumplir el desseo que tenía de ver aquellos honrados emperadores, juntamente con su casa y aquella ciudad que tan nombrada era en el mundo. Pues assí por el deudo que con su señora tenían como por ver todo lo de más que ende se le ofrecería, sobrava causa para los dessear conocer.

¶[Capít[ulo] xxxviiij. De cómo Valerián con su compañía llegó en Costantinopla, y de lo que, después de haver tomado nombre del Cavallero Triste, con su huésped y los emperadores passó.

Acabo de tres días que Valerián con su compañía partió de la villa de Pradía, adonde dexava Trinareo con Areana muy ledos porque sus fechos se havían acabado assí como entrambos desseavan, llegó siendo ya tarde en aquella grande y famosa ciudad de Costantinopla, de ver la cual mucho se folgó, assí por su assento como por los grandes edificios que en ella havía.

Y aquella noche, un cavallero que lo vido passar por su puerta, pareciéndole según la compañía levava que devía ser cavallero que cualquier honra y servicio serían en él bien empleados, lo afincó tanto que recibiese su casa por posada, que Valerián, conociendo que no sería mesura desdeñarla, siéndole con tan buena voluntad ofrecida, agradeciéndoselo según era razón, entró en ella. Y aquella noche fue tan servido y su compañía tan bien tratada, quanto se otorgó a aquel buen cavallero. El cual, assí por la estrañeza que en él vido de apostura como de sus armas e criados, por cierto tuvo que era cavallero que más que aquello se le devía.

Alçadas las mesas, Agarindo, que assí se dezía su huésped, le preguntó si no recibía d'ello pena por su fazienda, y la causa porque en aquella tierra era venido.

–Conociendo en vós, virtuoso cavallero, tan buena voluntad –dixo Valerián– como la que sin me conocer he visto, cierto es que haría yo mal en no vos dezir lo que saber queréis, con todo lo de más que por mí dezir se vos pudiesse. Por donde vos hago saber que yo soy natural de Ungría, adonde mis padres fueron tan bien heredados que a muy pocos de los que en aquel reino biven tuvieron ni tienen embidia. Y lo más de mi tiempo he sido criado en la casa del emperador Octavio, porque teniendo mi padre gran conocimiento con el duque de Bavera, la tierra del cual casi confina con la suya, me embió a su casa para que en ella me criasse, con un hijo suyo que en aquella sazón ya era cavallero, al cual dezían Ethesalión. Y después que en ella recibí el orden de cavallería, he andado por algunas partes del mundo por hazer alguna cosa, con que prez y honra ganar se me otorgasse. Y hasta agora he fecho tan poco por no se me haver ofrecido en que pudiesse emplear mi desseo, puesto que la vida se aventurasse solamente por alcançar fama entre los buenos, que no me han seguido más de fortunas

dende el reino de Escocia, del cual con gran tormenta he venido a aportar en este imperio, en una villa que se dize Ephilea.

»Y después, viniendo por tierra cansado de los trabajos de la mar, a dos jornadas antes de llegar a Pradía, hallé un cavallero con una donzella. Los cuales me contaron, entre las otras cosas que praticamos, del grande estado y buenas maneras d'este vuestro emperador, y de lo que por todo el imperio havia fecho pregonar, que daría a cualquier persona que lo certificasse del lugar adonde una dueña muy sabia havia levado a su nieta, la princesa Flerisena. Porque como yo por reinos estraños anduviesse, no me hallé en Colonia al tiempo que aquella gran desdicha acaeció. Y como este desseo que yo traía de buscar aventuras, aunque fuessen de peligro, no se haya podido hasta agora efectuar, he acordado de seguir la demanda de aquella princesa. Pues, allende de la gloria que alcançaría siendo mi dicha de librarla, no podría sino acrecentar en lo que esta aguardado, según lo que estos honrados emperadores y sus padres tienen prometido al cavallero que de librarla tiene. Y cuando haviéndola hallado por su liberación la muerte me sobreviniesse, no me podría quejar, pues en más alta aventura ni de mayor honra ningún príncipe ni cavallero la podría perder, dexando de sí para mientras los siglos duraren gloriosa fama.

»Esto es, virtuoso cavallero, lo que por agora se me otorga dezir, pues hasta que se cumpla este desseo de alcançar nombre de buen cavallero, no tengo ni me puedo llamar sino el Cavallero Triste, por razón que mi triste coraçón no dexa d'estar siempre acompañado de mucha tristeza, viendo que para todo lo que desseo me falta ventura, señaladamente por razón d'esta demanda que de emprender entiendo. Para cumplir la cual creo que jamás acertaré el camino ni menos alcançaré el fin.

Y como en lo que de la tristeza de su coraçón dixera, aún no hoviesse señalado la menor parte que lo afligía, acabado de dezir sus últimas palabras, no pudo dexar de señalarla con algunas lágrimas aunque mucho trabajó de las detener. De que Agarindo mostró dolerse tanto, conociendo que aquel llorar no procedía si no de sobrada fuerça que lo causasse, que muy presto le tuviera compañía en aquel exercicio, si no fuera porque el Cavallero Triste le dixo que si le plazía hablassen de otras cosas que de plazer fuessen. Pues en aquella sazón, si le hazer pudiera, bien se escusara de hablar de las primeras, las cuales esperaba en Dios que muy presto havrían fin, porque se dolería de los príncipes padres y agüelos de Flerisena, como de otras personas que ivan lazerando en aquella demanda, cuya presencia hazía mucha falta en sus casas, cuanto más que por muchos monasterios y otras casas de religión no cessavan de cada día suplicar lo que de

todos se doliese. Por donde Algarindo hizo ledo semblante, viendo que en el gesto del Cavallero Triste se comenzava de señalar alguna alegría.

Cuando fue hora de dar al cuerpo el nocturno descanso, pues haviéndole dicho cuasi todo el discurso de su vida, comenzando de donde naciera y se criara hasta aquel día, no sabía más que antes que se lo preguntasse. Por donde sospechó que era de más valor de lo que publicava y por ende se encubría.

Otro día de mañana, el Cavallero Triste acordó de ir con su huésped y compañía a ver al emperador, aunque le pareció dexar ende a Dromisto porque por él no fuesse conocido. Puesto que después le pareció no dexarlo porque quien era que lo conociesse no dexaría de conocer a él. Por donde, armándose de todas sus armas, assí como de camino viniera, acompañado de los que vos havemos dicho, fue para los palacios del emperador, no siendo menos mirado de las gentes que hallavan por las calles que lo fue el príncipe Nestarcio al tiempo que, acompañando a la princesa Arinda, iva a la plaça para hazer la batalla con Fulvián de Apolonia, según en la primera parte se vos contó.

Y entrando en la sala que havia sobre la huerta de aquellas casas, fallaron al emperador sentado con la emperatriz en una ventana de las que estaban a la parte de la huerta, por passar su tiempo con ver los árboles y caños de agua con muy graciosas fuentes que en ella havia, y desechar con aquella deleitosa vista alguna parte de la tristeza que, después de perdida Flerisena y muertos los emperadores de Alemania, siempre les tenía compañía. Y puesto que muchos de sus altos hombres y cavalleros ende huviesse, todos estaban apartados cuasi a la una parte de aquella sala, por ser el tiempo del verano y no darles algún calor con estarles cerca. Y llegándose el Cavallero Triste a la siniestra en que estaban, con tan gracioso continente que a todos los que lo vieron fizo maravilliar, fincó ante aquellos honrados emperadores las rodillas por les hablar como a su alto estado se devía.

Al cual el emperador, maravillado de ver su grande apostura más que de cosa que hasta entonces hoviesse visto, mandó que se levantasse porque de otra suerte no lo podría oír, por cierto juramento que havia hecho de no consentir que ningún cavallero estraño le hablasse sino de pies o sentado, por lo que con su hijo el príncipe Nestarcio le aviniera. Por donde, viendo el Cavallero Triste que aquella era su voluntad, levantándose assí como le era mandado, le dixo:

–Porque al tiempo que la tormenta y tempestosa fortuna de la mar, la cual sin lo yo saber me fizo venir en este vuestro imperio, muy alto emperador, fui mejor certificado del valor y alto estado, assí vuestro como de la muy alta emperatriz, cuya

compañía sea por el Alto Señor para muchos tiempos con alegría y salud sostenida, determine, por poder cumplir el desseo que todos los que biven tener deven de venir a esta vuestra ciudad, para que si tan grande merced en mí hallasse lugar, mis ojos pudiessen veros e mi corazón satisfacerse, de lo que antes y después de venido, con incomparable razón desseava. Por donde agora que todo junto se me ha otorgado, quedando yo de tan sobrada merced y satisfacción igualmente deudor, soy por la mesma razón obligado de buscar tiempo y sazón como serviros pueda parte de lo devido, pues todo excedería las humanas fuerças. Y porque, según lo que he oído, el mayor servicio que se vos hazer puede es trabajar de vos hazer sabidores del lugar adonde aquella alta princesa Flerisena, vuestra más que hija, fue levada, como aquel que en el desseo de serviros a ninguno otorgaría ventaja, puesto que en lo demás el menor de los cavalleros de vuestra casa me sobre, según la poquedad de mis fuerças y merecimiento, dende agora vos prometo de me partir muy cedo para ir en essa demanda y de no salir d'ella ni descansar, hasta que hallada por otri o por mí sea en su primera libertad, con sabiduría vuestra, restituida, aunque todos los días que se me otorgue bivar para cumplirlo me convenga andar hasta los estremos de la tierra y mares, sin perdonar a los trabajos y peligros que en tan larga y alta demanda ocurrir me pueden.

Cuando el emperador juntamente con la emperatriz acabaron de oír lo que el Cavallero Triste dixera, del cual dende el principio de su razón hasta el fin no havían los ojos partido, mirando la gracia y apostura acompañada de tanta humildad junta con el esfuerço de que su presencia dava no menos verdadero testimonio, luego les vino en la memoria que el príncipe Nestarcio cuasi de aquella misma edad era venido a su casa, no la hallando con más alegría de la que entonces tenían, y de cómo su hija fue por él librada. Con que assí mesmo les pareció que aquel cavallero que ante ellos estava era venido para librar aquella su amada nieta, y que ninguno sino a él, por las razones que dixera y en él conocían, era otorgado librarla. Por donde, adivinando sus coraçones el deudo que con él havían de tener, y recibiendo de la memoria de las cosas y pérdidas passadas y de la alegría presente, que con la vista del Cavallero Triste les sobrevino, un pesar y plazer juntos, no pudiendo sus tristes y alegres coraçones sostener en un mesmo tiempo dos tan grandes contrarios, les convino por dar lugar al principal que prevaleció derramar algunas lágrimas, considerando ser la pérdida tan cierta como la esperança de la cobrança dudosa. Con que por algún breve espacio le difirieron la respuesta.

Pero después de passado aquel descansado llorar, el emperador le dixo:

–Aquel Alto Señor a quien todos los interiores secretos son revelados, esforçado cavallero, sabe el gozo y alegría que mi coraçón sintió al tiempo que ver os pude. Porque en el mesmo instante se me representó otro, en el qual, no estando yo con menos tristeza de la que agora mi coraçón siente, con la vista de otro cavallero cuasi de vuestros años, fue por mi sentido con la mesma esperança que por vuestro medio conozco tener, no estando entonces menos ageno d’ella. Por donde vos ruego, pues vuestro desseo y el mío en la liberación de mi fija Flerisena son tan conformes como grande la esperança que con ello se me recrece, y de la restituir en su primera libertad alcançaríades la mayor gloria e fama que jamás fue a cavallero otorgada, e yo aquella alegría que tan perdida tengo juntamente con los que en este caso tienen razón de me hazer compañía, que en la hora que del trabajo de la mar y camino, que hasta aquí vos ha convenido passar, hoviéredes descansado, vos partáis para seguir la demanda que dixistes. Porque yo fío en Dios que muy cedo por vuestra mano ha de ser mi coraçón tan ledo quanto hasta oy lo he tenido triste, por la desconfiança que tenía que antes del fin de mis días no sería cobrada. La cual con vuestro gracioso ofrecimiento se ha trocado en tan gran confiança, que por muy cierto tengo que lo he de ver, y tan cedo como, poniendo en medio la razón e tiempo que para ello conviene, es mi desseo.

Pareciendo al Cavallero Triste que a tan gran honra como por el emperador se le había fecho, no se podía compensar ni satisfacer la menor parte d’ella con palabras, aunque fuessen tan ornadas como las del mejor orador del mundo. Faziéndole por ello la más humil mesura que se le otorgó, le prometió que dentro muy breves días, en los cuales entendía ver las cosas de aquella su ciudad, partiría para la seguir según le era mandado. Y dicho aquello, suplicó a la emperatriz le mandasse dezir si le ocurría alguna cosa en que servirla piudiesse, porque no lo cumpliría menos que lo que por el emperador, su señor, se le había mandado. La cual se lo agradeció con igual voluntad, no dexando de hazerle tan grande o mayor honra de la que por el emperador se le había fecho. De que el Cavallero Triste no quedó menos satisfecho que maravillado cómo ninguno de aquellos altos señores le había preguntado por su hazienda. Por donde más los preció, conociendo que no querían de los cavalleros cosa que fuesse contra su voluntad, determinando de seguir aquel orden si en algún tiempo Nuestro Señor le otorgava descanso.

Passado aquello, queriendo el emperador que el Cavallero Triste fuesse en su casa aposentado, él le suplicó que pues aquel honrado cavallero, señalando su huésped, lo había acogido con tan buena voluntad como se mostrara, no le mandasse dexar su

compañía, assí por que no creyesse que por ganar mayor honra lo dexava, como porque tuviesse más aparejo e libertad de le mostrar las cosas que de aquella famosa ciudad ver desseava. Por donde, viendo el emperador que era justo que assí se fiziesse, lo tuvo por bien.

Y después que huvieron hablado en otras cosas que les ocurrieron, en los cuales altos emperadores no dexaron de conocer que la discreción del Cavallero Triste no era menor que su apostura, se despidió d'ellos y de algunos de los altos hombres que ende había, los cuales se havían allegado por lo ver y hablar, dexándolos a todos con gran cuidado de saber quién fuesse, por los muchos señales que en él había y lo causava. Y con Agarindo, su huésped, el cual tuvo por bien empleado el servicio que le fizieran, viendo la honra que de los emperadores recibiera, salió de los palacios acompañado de su enano y de los otros sus criados para bolver a su casa, como se hizo.

Y puesto que mientras estuvo en Costantinopla, por el emperador se mandasse embiar a casa de Agarindo todo lo que convenía para el servicio del Cavallero Triste y sustentación de toda su compañía, por donde Agarindo antes ganava que perdía en tenerlo en su casa, después le fue tan bien satisfecho que no solamente para él pero para sus successores se estendieron las mercedes que por aquella razón le fueron fechas. Por donde, no se arrepintiendo de los servicios que hasta entonces había fecho a los cavalleros andantes, de allí adelante trabajó de los hazer mayores.

Tres días anduvo continuamente el Cavallero Triste con su huésped por aquella famosa ciudad, mirando las cosas que merecían ser vistas, no dexando en ellos de visitar al emperador con sus altos hombres, de quien no menos era honrado. Por donde en aquel poco tiempo alcançó tan grande amicitia con todos, como si dende su niñez le huviera con ellos criado.

Y al cuarto día, siendo cerca de la tarde, estando el emperador con muchos de sus altos hombres y el Cavallero Triste, en aquella sala en que solía lo más del tiempo del verano estar, vieron entrar por la puerta d'ella una donzella con dos escuderos. La cual traía una arquilla tan larga como dos palmos, y el ancho a la proporción d'ellos. Y según se parecía por la mesma cubierta, la cual no era menos transparente que el cristal, lo que dentro venía cerrado era un libro quasi tan grande como la misma arquilla. Y llegando donde le emperador seía, dexándola en el suelo y fincando en él las rodillas, començó de le dezir lo que en el siguiente capítulo se vos contará.

¶[Capít[ulo] xxxix. De cómo la donzella que la arquilla havía traído contó al emperador la causa de su venida. Y como después de provada por todos los altos hombres y cavalleros que ende eran la aventura del libro que en ella venía, fue por el Cavallero Triste abierto, quedando con nombre del más leal cavallero de todos los de su tiempo.

La fama, assí de la grandeza de tu alto estado como de las virtudes y bondades que en ti, muy alto emperador y en la emperatriz, tu muger, se hallan, llegada en aquella parte adonde de muchos otros príncipes christianos no se tiene noticia, fizo que, pospuestos los trabajos y peligros que assí por la tierra como por la espantosa mar me podían recrecer, teniendo por muy averiguado que en tu casa hay tantos y tales cavalleros que no será menos que no se halle en alguno d'ellos la perfición de la lealtad que ha muchos años, que por otras provincias he andado con no menos trabajo que desseo de la alcançar buscado, huviesse de venir ante tu imperial presencia, creyendo que mi demanda, juntamente con los trabajos que dixes, en esta tu casa han de haver el desseado fin, con determinación que si en ella no fenecen de no me fatigar ni perder más tiempo. Pues adonde todos los cavalleros del mundo son de la lealtad, que en ellos mejor que cualquier otra virtud parecería, deseredados, no es mucho que yo lo sea de aquellos que justamente me pertenece. Y porque si más no dixesse no se sabría la causa de mi venida, ni menos se podría cumplir mi afanado desseo. Has de saber, virtuoso emperador, que mi padre fue nacido e criado en una provincia dess'otra parte de Babilonia llamada Lidia, en la principal ciudad d'ella por el mismo nombre nombrada. En la cual, por la voluntad del Alto Señor, sectas ni otras estrañas leyes jamás pudieron empecer, puesto que éste circuida d'ellas.

»Y acaeció que, muriendo el rey de aquella provincia sin fijos ni otros deudos a quien el derecho otorgasse la successión, fue mi padre elegido por rey, pareciendo a los más principales que a ninguno le pertenecía por tantas y tan legítimas causas, assí por ser de mayor estado como sabio en las artes y cumplido de virtudes, lo que yo bien me escusara de contar si el processo de mi demanda no lo requiriesse. Y fue tan grande la alegría que mi madre sintió sabida aquella elección, por verse subida en la alteza y vanidad, por alcançar la cual faltan escritores para escribir cuántas de mi género se perdieron, que cubriéndose el coraçón de tan súpito e incomparable gozo, dentro de doze horas pagó con pérdida de la vida la sobra de su locura. Por donde las alegrías de

la elección se convirtieron en muchos llantos e otros auctos de tristeza que, por la muerte de la que aún no había jurado por reina, se huvieron de hazer. Los cuales no duraron poco tiempo por mostrar al nuevo rey que les pesava por haver perdido aquella reina y muger suya, a quien tanto había mostrado querer, que después de muerta jamás en él se conoció algún género de alegría.

»Y porque mi padre nunca hubo más fijos de mí, no dexó de trabajar, aunque en aquella sazón fuesse yo muy niña, que por princesa de aquel reino me jurassen, lo que no se tardó en cumplir assí como lo él quiso. Y como siendo según dixen en las artes muy sabio, hallasse que después de sus días yo había de ser de lo que justamente me pertenecía deseredada, llamándome un día a poridad, me dixo:

»—Porque creo, muy amada fija, que el dolor y pesar que de la muerte de tu madre tuve y siento, han de sobrepujar la[s] fuerças de mi flaca naturaleza, las cuales tú sabes que hasta aquí con mucho trabajo han podido sostenerme, y que el fin d'ellos y de mis días, después de los cuales no serán pequeños los desatientos que te converná padecer, es muy cercano, he querido para que después de algún tiempo puedas cobrar el estado que te han de quitar, hazer esta arquilla que aquí vees y poner dentro d'ella esse libro que se parece. El cual no puede ser abierto sino por un cavallero que en aquella sazón que començará de tomar algún principio tu suerte y buenandança, alcançara la perfición de la lealtad que entre los verdaderos amantes se requiere. Al cual, después que lo huviere abierto, le pedirás traslado de un consejo que en él te dexo escrito, para que siguiéndolo puedas cobrar este reino, el cual en aquel tiempo ternás perdido, y después de cobrado poseerlo mientras el Alto Señor otorgare a tu fatigado cuerpo la compañía de tu afligida alma. Por donde conviene que no canses hasta que lo halles, pues por muy cierto has de tener todo lo que te digo, pero mira que después no te desmandes en cosa de las que para tu remedio fallarás ende escrita, porque podría que por tu culpa y descuido no lo cobrasses o que después de cobrado lo perdiesses. Y para que mejor lo sigas, no dexes de levar siempre el traslado d'él contigo, porque con lo ver cada día no se te podrá olvidar lo que hazer debes. Y aún más te digo, que aquel bienaventurado cavallero a quien será otorgado abrirlo, se lo ha de retener juntamente con su arquilla, porque en él fallará todo lo que saber quisiere para remedio de alguna duda que en la mesma sazón terná, allende de otros avisos y consejos que para alivio de sus tormentos y penas mucho le aprovecharán, señaladamente cuando viere que las cosas que más ver desseare se le representarán en él tan bivamente, como si con sus

propias manos las pudiesse tocar. Por donde no lo preciará menos que si de los mayores imperios del mundo lo fiziessen señor.

»Y dicho esto, me mandó que con estos dos escuderos, mis cormanos, la hiziesse levar a casa de su madre, la cual era hermana de la mía, para que ende me la guardassen, porque en ninguno hallaría fe mi lealtad sino en ellos. Lo que assí se fizo. Y no passaron tres meses después de me haver dado el libro, que mi padre murió, dexando por gobernador del reino y durante mi menor edad por tutor de mi persona, un hermano suyo e mi tío llamado Afasarén. El cual, luego que hubo jurado de haverse fielmente, assí en la governación del reino como en la educación de mi persona hasta que yo tuviesse quinze años cumplidos, para los cuales en aquella sazón me faltavan cuatro, passados los cuales me lo havían de restituir, trabajó en ganar las voluntades de todos los altos hombres de aquella provincia y de los pueblos, con les dar grandes dones y otorgarles muchas libertades. Por donde en breve tiempo fue tan bien quisto, que luego se perdió la memoria de mi padre, puesto que su muerte a todos mostró doler, assí como lo mostraron en sus honras. Las cuales parecían para perpetua memoria de tristeza, de la cual la parte que a mi cupo bien puede considerarse, pues en aquella hora perdí padre con todo el bien que tener esperava, cobrando aquel tío que mejor dixera enemigo, según dende a poco tiempo lo mostró.

»Porque aún no eran passados seis meses, después de la muerte de mi padre, que viéndome un día seer en una ventana de su casa en compañía de una de las dueñas que de mí tenía cargo, no solamente me castigó con palabras, mostrándose zeloso de mi honra, pero juntamente me tuvo cerrada en una cámara cerca de dos meses sin ver luz, haziéndome dar lo que para mi sustentación convenía; al contrario de lo que era mi voluntad, creyendo que de pesar de me ver assí cerrada y maltratada, adolecería o me desesperaría. Con que ternía por muy cierta la possession del reinado, según las voluntades que dixé, y otros aparejos que para ello ganara y havia fecho.

»Pero como nuestra vida y salud no consista en sólo comer ni en los deleites que los que biven suelen procurarse la muerte, el día que de aquella cámara mandó sacarme, cuidando que vería en mi gesto algunos señales con que se alegrar pudiesse, cuando tan fuera de su intención los vido, no creo que sintió menor dolor que sentirá el día que el reino con la vida y alma ha de perder juntos. Y mostrando el semblante conforme a su corazón, me dixo que si otra vez me vía en aquel o semejante lugar, él me haría conocer cuán cara es de conservar la vergüença a las donzellas. Y como yo con mi tierna edad

gran miedo le huviessse, guardávame de lo enojar en cualquier cosa que conocía displazerle.

»Pero siendo ya de los cuatro años passados tres y medio, hallándose tan bién quisto que le parecía que contra su querer no havría fuerças, llamando un día éstos, mis cormanos, les dixo que si ellos emprendían de matarme, pues nadie más a su seguro y de quien menos sospecha se pudiesse tener por el deudo que entre nosotros era lo podría hazer, les prometía de dar a entrambos tan honrados y provechosos estados, que ninguno les igualaría en todo el reino de Lidia. Y que otrosí trabajaría, pues no tenía hijos, de hazer jurar al mayor d'ellos por príncipe y successor después de sus días. Y porque yo d'ellos no me recelasse, que algunas vezes me dexaría ir en su compañía a monte, y cuando mejor aparejo se les ofreciesse, con unos colmillos de osso, los cuales entonces les dio, me diessen tantas feridas hasta que muerta me dexassen, porque todos creyessen que algún osso me matara, por razón que en aquella tierra los hay muy grandes.

»Por donde, oyendo mis cormanos los buenos desseos de Afasarén y temiendo que si ellos no le ofrecían de tomar a su cargo la essecución de su conocida traición, con temor que no le descubriessen, les faría assí como a mí morir de no menos cruel muerte, dixeron que eran contentos con que jurasse, assí de lo tener secreto, pues por servirlo posponían la fidelidad y el deudo que conmigo tenían, como de cumplir con ellos lo que les havía ofrecido de los estados. Lo que por Afasarén fue jurado y prometido con tanto cumplimiento como tuvo alegría de ver que su intención levava su desseado camino.

»Por donde ordenó que muchas vezes fuéssemos a monte porque en alguna se ofreciesse el aparejo que mis cormanos havían menester. Los cuales, el día que mejor se les otorgó, me contaron la traición de mi tío y me mostraron los colmillos que les diera para me matar. Y otrosí me dixeron, pues ya no quedava sino pocos días para cumplimiento del tiempo en el cual me havía de restituir el reino, que me fingiesse doliente o que dixesse que ya me fatigava de aquel exercicio. Y con este acuerdo nos bolvimos.

»Y aquella misma noche, embiando por ellos Afasarén les preguntó por qué causa no havían cumplido lo que le prometieran. Los cuales se escusaron diziendo que en dos vezes que lo acometer quisieron, ofreciéndoseles la oportunidad que desseavan, se lo havían estorvado dos monteros que por mala suerte ende acudieran. Pero que la primera vez que fuessen a monte, ellos me llevarían en parte adonde no se les podría poner estorvo en su desseo, mostrándole los colmillos que dezían levar siempre consigo,

porque en ofreciéndoseles la sazón que convenía lo pusiessen presto en efecto. Con que Afasarén tuvo por cierto que no le mentían. Y puesto que dende a diez días me viniessen a dezir dos monteros cómo ya tenían adereçado para ir esse otro día a caça, fingiendo no me sentir buena, les di por aquella vez y dos otras desvío.

»Por donde se vino a cumplir y passar el término que yo con tan conocido desseo estuviera esperando. Passado el qual, mi tía fue a hablar con todos los altos hombres del reino para que fuessen a dezir a Afasarén que me lo restituyesse, según era obligado. Los cuales se escusaron con dezir que ninguno quería ser el primero para llevarle aquellas nuevas, pero no faltó alguno que se las dixo, increpando a mi tía de la diligencia que para ello tenía. Sabido lo qual, la mandó prender, y no sé, según la saña contra ella tenía, cómo no la fizo quemar, lo que creo estorvó el temor que tuvo que por sus hijos no fuese divulgada la traición que contra mí quería cometer. Pero amenazándola que si más en aquello hablava la faría morir de muy cruel muerte, la bolvieron a su casa, adonde después de pocos días, de la alteración que de se ver presa y de quemar amenazada recibió, vino a pagar. Lo que por cierto mejor deviera Afasarén si para su mayor castigo Nuestro Señor no lo ha diferido.

»Pero antes que d'esta vida penada passasse a la de descanso, llamando sus fijos les encargó por la fe y obediencia que a mí, como a princesa de aquel reino y su natural señora, devían, y a ella como a madre, que luego que fuese enterrada, tomando l'arquilla que mi padre me dexara, me sacassen de aquel reino y en mi compañía fuessen a buscar lo que por él me havía sido mandado, assí como se fizo, que la noche del mesmo día que se hizieron sus honras nos salimos de la ciudad con tres palafrenes muy andadores. Y nos dimos tan buena priessa en andar, que antes de dos horas fuimos al pie de la sierra que divide aquel reino con las tierras del soldán de Babilonia, y no parando hasta que la huvimos travessado.

»Muy pocas horas después de salido el Sol llegamos al primer lugar de infieles que hay d'esta otra parte, en el qual y en los otros lugares después, diziendo que levávamos aquel libro al soldán, nos dexaron passar libremente, hasta que fuimos en Babilonia, adonde assí por el soldán como por todos sus cavalleros fue provado si lo podrían abrir, puesto que a ninguno le fuese otorgado. Y cobrada d'él una cédula para que por todas sus tierras nos dexassen pasar y acogiesen de grado, nos despedimos para seguir nuestro camino, siguiendo el qual somos venidos por muchas provincias, assí de moros como de christianos, señaladamente por Trepisonda, Bohemia y Ungría. Adonde no hallamos a los reyes de los dos reinos que dixe, el uno de los cuales nos dixeron que

bive en la Gran Bretaña y el otro que es ido en busca de una hija del emperador de Alemania, la cual se había levado una sabia dueña.

»De allí venimos al reino de Thesalia, adonde menos hallamos que huviesse rey, por quanto ya había días que era muerto, y a la reina, de que en mucha honra recebimos, tenía cercada un cormano del rey, su marido, por donde en gran cuita la dexamos. Y puesto que en todas estas partes que digo, por todos los cavalleros que en ellas hallamos se haya provado, por ninguno se pudo acabar la aventura del libro. Por donde, determinados ya de dar fin a nuestra peregrinación y trabajo, acordamos de venir a esta casa por ver si en ella, como en la principal de todas, podríamos hallar lo que con tantos trabajos y peligros ha mucho tiempo que vamos buscando.

»Por donde, poderoso señor, pues la causa de nuestra venida te es manifiesta, yo te ruego que mandando venir aquí tus altos hombres y cavalleros, lo prueves y provar hagas a todos, porque mi corazón me ofrece que antes que de aquí parta, tengo de hallar quién dándole cima me de el remedio que espero para la cobrança de aquel reino. El cual por tuyo podrás juzgar si por Nuestro Señor Dios se me otorgare.

No fueron menos maravillados el emperador con cuantos ende eran de la traición de Afasaren, que de la cualidad y estrañeza de la demanda de aquella virtuosa donzella. A la cual el emperador dixo que era contento de cumplir su ruego, para el efecto del cual era venida a la mejor sazón que se pudiera procurar, porque ende eran todos o los más que para aquello se podían llamar. Y que si su demanda se pudiera acabar por el más apuesto cavallero del mundo, assí como por el más leal, por muy cierto tenía que muy presto se cumpliera, pues allí estava aquel cavallero, señalando al Cavallero Triste, que luego la quitara de pena. Por donde, bolviéndose la donzella a la parte que el emperador señalara, vido al Cavallero Triste, al cual aún no había visto, y assí le dixo:

–Por cierto, cavallero, si vuestra ventura fuesse de dar cima en mi demanda, grandes serían las dos perficiones que en vós se hallarían juntas. Por las cuales no podríades dexar de ser amado, aunque vuestro corazón se otorgasse a aquella alta princesa que antes dixé, cuya hermosura no ha de ser posseída sino con compañía de muy al estado.

–Catad, virtuosa donzella –dixo el Cavallero Triste–, que habláis delante del emperador, mi señor, el cual no tiene tan poco deudo con ella, que no dessee más cobrarla que vós la cima de vuestra demanda, y después vuestro reino, quanto más que, puesto que en mí se hallasse no solas essas dos perficiones pero todas las que más se podrían considerar juntas, es tan grande el valor de aquella alta princesa, que aunque

con ellas me añadiessen el estado del rey Pasmerindo de Ungría con su principado de Trepisonda, aún no me parece que dexaría de ser locura o sobrado atrevimiento otorgar mis baxos desseos en tan alto lugar. Y cuando tan grande fuesse mi sandez, la falta del merecimiento que en mi se halla no lo permitiría, porque conociendo que mi señorío no se estiende para más de un cavallo y armas, no se me había de otorgar lo que todo el mundo junto, con título que sea justo, merecer no puede.

–Vós podréis hazeros tan baxo quanto quissiéredes, virtuoso cavallero –dixo Diliarda, que assí se dezía la donzella–, pero por más que digáis no me haréis creer que padres que poco valgan semejantes fijos que vós fagan, porque la estremada apostura también se ha de heredar como los estados.

–Vós dezís gran verdad, virtuosa donzella –dixo el Cavallero Triste–, porque es cierto que no valen tan poco que sea yo de los que se quejar pueden, puesto que nadie con justa causa pueda quejarse, pero díxelo porque mi merecimiento comparado con aquél que para merecer aquella alta princesa se requiere, antes se podría dezir ninguno que hallarle comparación.

–Todavía quería –dixo Diliarda– que vós diéssedes cima en mi demanda, porque fuesse acabada por cavallero que, allende de ser estremado en lealtad, tuviesse otra virtud o gracia, porque no la dexasse en aposento, adonde no se halle más de un bien sólo.

Y bolviéndose al emperador, por razón que ya era tarde, lo suplicó que començasse por dar principio a la prueba e fin a sus desseos. El cual por complazer la abrió l'arquilla con la llave que le diera Diliarda, pero de levantar el libro de su lugar no hubo manera, ni le acompañó para tanto su lealtad. Al cual Diliarda dixo:

–Bien parece, muy alto señor, que si ligeramente no amáredes no se vos fiziera agora tan pesado el libro, pero pues no le fuistes leal no vos maravilléis si en ello estragastes las fuerças. Las cuales en esta sazón mucho vos huvieran aprovechado.

Después del emperador lo provaron todos los altos hombres e muchos de los cavalleros que ende había. A los cuales Diliarda, como ya lo traxesse bien aprendido, dixo muchas cosas con que todos tenían que reír, puesto que ella más con saña que por dezir donaires contra algunos lo dixesse. Y cuando todos, dexado el Cavallero Triste, lo huvieron provado, ninguno se halló que el libro huviesse alçado de su lugar, sino fueron dos hijos, el uno del duque de Andrinopol llamado Calisendo, y el otro del duque de Nigroponte que se dezía Enorián. Los cuales eran muy esforçados cavalleros y amavan secretamente dos hijas del duque de Pera llamadas Benacria y Lismelia, las cuales a

maravilla eran hermosas donzellas. Cada uno de los cuales alzó tan ligeramente el libro como si fuera una pluma, creyendo entrambos haver dado cima en aquella aventura con que no dexaron de ganar gran crédito con sus señoras, puesto que el trabajo para lo abrir huviesse sido en vano. A los cuales Diliarda dixo que, si sus amigas no los amavan más de lo medio que tenidas eran, no les fazían agravio, pues a ellos para perfectamente y con la lealtad que devían amar les faltava otro tanto.

Y cuando vido que sólo el Cavallero Triste era el que quedava por provar su aventura, lo que él no dudava si por lealtad le havía de dar cima, le dixo:

–No sé qué esperáis, esforçado cavallero, de provar lo que todos no han dexado de experimentar, si ya no vos lo impide conocer que no sois a vuestra amiga tan leal como ella querría. Porque de otra suerte ya lo deviérades haver tomado e abierto, con que la viérades de la mesma manera que se hallare en la sazón que lo abriérades, y aunque después veriérades todo lo que demás haría por todo el tiempo que en ello vos deleitássedes. Aunque oír lo que dizen ni sus respuestas no sea con él otorgado. Por donde creo que tanta dilación no procede sino del impedimento que dixe, o porque no conozcamos que hasta agora no estáis sino de vós mesmo enamorado. Lo que muy poco vos podría aprovechar por mucho que lo fuéssedes, a cuya causa ni podréis levar el libro ni a mí sacar del peligro en que me veo de caminar otro tanto, y con no menos trabajo del que hasta aquí he passado.

Todos rieron de lo que Diliarda dixera, y no menos el Cavallero Triste, porque a maravilla era graciosa. El cual le dixo:

–Pues a mí no se puede atribuir, virtuosa donzella, mayor vergüença ni afrenta de la que el emperador, mi señor, se ha recrecido d’esta prueba, no quiero dexar de provar a lo menos si con mis fuerças se me otorgará alçar el libro. Porque de abrirlo muy poca esperança tengo que mi ventura, siéndome para todas las otras cosas contraria, en esto me afavorezca.

Y santiguando el libro, lo tomó con dos manos alçándolo de su lugar, mostrando que havía puesto en ello tantas fuerças, que Diliarda le dixo que guardasse con la fuerça que hazía no rasgasse la hoja en que su consejo estava escrito, porque poco le aprovechara a ella el trabajo que su padre tomó en escribirlo. Con que todos se folgaron. Y después que lo tuvo en la mano, dixo:

–Pues mi dicha me ha favorecido, graciosa donzella, en que sea tenido por tan leal como el que más lo ha mostrado ser, assí de los que antes que aquí viniéssedes como de los que agora lo han provado, no querría passar adelante en la segunda prueba

por no enturviar con la afrenta que se me pude recrecer la gloria que, de igualar a los que dixen, conozco haver alcanzado. Pero como para contrapeso y satisfacción d'esto me quedaría un contino dolor por no lo haver experimentado, y si mi ventura me favoreciera ganado lo demás que se me recrecería, librándovos de los trabajos y afanes que passar podríades, y estorvando que no cobrássedes tan cedo vuestro reino, no entiendo dexar de hazer en ello todo mi poder, pues para librar a la más pobre muger del mundo de la menor pena que a vós se causaría, no dexaría de aventurar mi vida y esperar mayores afrentas cuantas vezes se ofreciesse.

Y al tiempo que lo abrió, no oyeron que dixo:

–Bien creo yo, mi verdadera señora –pensando en la que en aquella sazón lo había de favorecer–, que si por lealtad se ha de abrir este libro, no son suficientes cerraduras éstas ni todas las que para lo tener cerrado se podrían considerar, pues nunca vos fui desleal ni menos a quien lealtad deviesse.

Y en el mismo instante, sin hazer más fuerça de la que para abrir cualquier otro libro convenía ponerse, lo abrió tan súpitamente como si ya estuviera abierto. Por donde Diliarda lo abraçó tan fuera de sí, por razón del tan súpito como impensado gozo que le sobrevino, que el rostro y las manos le besó sin darle tiempo que se lo impedir pudiesse, derramando tantas y tan alegres lágrimas de aquella nueva alegría, como esperaba de pensar si en la demanda no se diera cima. Y fueron tan grandes las bozes y el hablar que por razón de aquello ende había, que impedían a Diliarda que no pudiesse ser oída de las cosas que en aquella sazón dixo e hizo. La cual, después que algún tanto se assossegaron, dixo al Cavallero Triste:

–¡O, bienaventurado y sobre todos los del mundo leal cavallero! Pues mi adversa fortuna es ya por tu medio convertida en aquella bienaventurança que por mí se desseava, ruégote que sin tardar me muestres aquello que para mi saber cumple, pues para tu descanso y consuelo tiempo te sobrara para leer lo que saber desseares, con que juntamente verás aquella que sola te lo puede otorgar.

Por donde el Cavallero Triste, tornando a abrir el libro con intención de hallar lo que Diliarda le pidiera, luego se abrió en aquella parte que estava escrito lo que su padre le escriviera. Y començando de leer, assi dezía:

¶ Consejo

En el tiempo que tú, mi hija Diliarda, pascieres las yervas de la greciana selva, a todo el extremo de tus cuitas y penas serás llegada, hasta que caminando por sus veredas y sotos llegues a la cueva en que su principal guarda y pastor acogerse acostumbra con sus domésticos ganados, entre los cuales fallará un blanco y extraño herminio, en quien las manzillas que se demostraren negras señalarán los claros señales de su tristeza, de la cual en aquella sazón habrá tomado el nombre. En cuyas blancas uñas venido el libro, que por me no doler menos de su pena de tu daño, para el remedio d'entrambos he querido dexar, por la virtud de la lealtad que sobre todas las otras animalias del Universo en él florecerá, será sin fuerça ni sabiduría abierto. Con que, pareciéndose en ti carecer de juicio en aquella sazón y punto, arremeterás para te abraçar con sus pieles, besando su rostro y manos, sin que pueda ni se lo otorgue contradzir tu alegre furia. Pero después que la razón sobrare tu movimiento y huviere oído tus justos clamores, ten por cierto que vencido de su virtud propia y de la piedad de tus penas, te leerá lo que hasta aquí oíste y lo demás que agora oirás.

¶ Otro día después de abierto el libro, trabajarás que sean cavalleros Soranter y Sedanel, tus cormanos, por mano del que habrá sido dichoso de lo abrir. Con los cuales, bolviendo lo más presto que se te otorgare a tu reino e ciudad de Lidia. A la puerta por donde vernás a entrar, hallarás un viejo con las barvas muy largas. El cual no dudará de levarte a una pobre casa, adonde sin recelo con tus cormanos podrás alvergar, contándole después de llegada tus fechos, porque con mayor brevedad puedan por consejo de aquel buen hombre venir a su devido fin. Pero cata que prevengas a tus cormanos que la noche que irán a las casas de tu mayor enemigo, que solía llamarse mi hermano, la voluntad ni la saña no los mueva a essecutar lo que levarán ordenado, hasta el punto que traherán señalado, en la cual sei cierta que el dolor de su muerte no impedirá sólo un punto la alegría con que serás recibida.

Por donde no has de olvidarte de satisfacer ni ser desagradecida a los que en aquella sazón y después te havrán servido. Pues no dexa de ser justo que antes quedes tú sin hacienda, que ellos con quexa, ni menos seas cruel contra el cuerpo de aquel que de ti no se apiadó, pues las venganças no se han de executar en los que son fuera d'esta humana vida. No destierres sus criados ni amigos, ni menos te sirvas d'ellos, porque

cuanto es lo primero cruel, tanto es lo segundo peligroso. No dexes de honrar a todos conforme a lo que merecen, pues con pequeño precio alcanzarás lo que no podrías con gran thesoros. No te determines presto porque menor es el trabajo del pensamiento que el dolor del arrepentimiento.

Harás la justicia igual porque no çufre excepción. No seas rigurosa porque más cierto es el galardón que los misericordiosos esperan, que los que usaron de grandes rigores. No te halaguen lisonjeros porque sus palabras no carecen de veneno. No halle en tus oídos mayor entrada el grande que el pequeño, porque no dude el pobre venirse a pedir justicia. Visita tus pueblos a menudo, remediando lo que conviene y no dexando las malas costumbres permanecer. No los rijan los que regir los dessean, sino los que por ti, precediendo verdadera información de sus vidas, nombrados fueren. No tengan cargos de justicia, hijos ni deudos de tus consejeros, porque si erraren cierto es que no te aconsejarán que los castigues, por no causar destientos ni daños a los que dessean enriquecer.

No otorgues oficios perpetuos porque el continuo mandar causa soberbia al que era antes humilde y gran menosprecio si después lo perdiere. Cata que por importunidad de ruegos no hagas cosa indevida, pues con desechar los dos vezes cobrarás tanta libertad como de lo contrario fatigosa servidumbre. No seas larga en proceder contra los presos, porque no reciban dos castigos de su delito, el uno de la prisión y el otro de la pena que se les manda dar por las leyes. No salgas a menudo de tus palacios porque el pueblo te vea siempre con desseo. En los pequeños casos no muestres admiración, pues sin ella has de castigar los grandes. En tu presencia ni fuera d'ella no permitas que se atrevan a hazer a alguno injuria sin castigarlo, porque de semejantes floxezas se causan los atrevimientos que después no conviene dexarlos sin exemplar castigo. No consientas en tus tierras juegos desonestos ni blasphemias, porque de los pecados estraños no padezcas tú la pena.

Hablarás pocas vezes y aquéllas sobrepensado, porque de la velocidad de tus palabras no se te cause ser juzgada por ligera o ignorante. No muestres ser amiga de novedades, porque mayor sería el trabajo de despedirlos que con ellas te vernían que el deleite que de oírlas se te podría recrecer. No estés jamás ociosa porque el ocio es padre de los vicios, aunque otros le dizen ociosidad madrastra de las virtudes, sino que te exercites en mugeriles e honestos exercicios, o en leer libros de auctos virtuosos y de hombres sabios, porque no pierdas el tiempo que es irrecuperable. Sea tu dormir aquello y no más que según tu complexión te aconsejarán los maestros, porque allende

que sería para tu salud dañoso, no dexarías de perder el tiempo que dixe, en el cual puedes cobrar grande doctrina.

Da siempre de lo tuyo antes que de lo ageno tomes, porque los príncipes no pueden alcançar mejor nombre que de francos ni peor de codiciosos. Favorece la iglesia sin poner mano en los que de Dios son por malos que te parezcan, pues cada pastor ha de dar cuenta de su manada. Viste tu persona y criados más honestamente que rica, porque allende que no es provehoso ni honesto pornías tu fama en peligro y tu casa en necesidad. Considera los fines antes de hazer los principios, porque no comiences sino lo que acabar pudieres. No tengas para tu servicio más criados de aquellos que sustentar pudiéredes y galardonar sus trabajos, porque de otra suerte ni tú podrás ser devidamente servida, ni ellos según sus servicios satisfechos.

No consentas en tu casa estrados ni conversaciones que no sean honestas, porque de la difamación y sospecha la mayor parte sería tuya. No tengas tus mugeres encerradas ni oppressas, ni menos gozen de toda libertad, porque entrambos extremos son peligrosos. No atiendas para casarlas que envejezcan ni menos las cases muy moças, porque lo primero trahe consigo aborrecimiento y lo segundo orgullo y poco çufrimiento, con que, teniendo sus maridos malas vidas, no las passan ellas buenas. Trata siempre a los tuyos y estraños con amor, porque de lo contrario son mal quistos los príncipes. No tengas ni muestres en ningún caso saña, sino que forçada por las leyes lo hagas, porque allende que para lo de Dios es peligroso, siempre te sería atribuido a vengança y no a la administración y essecución de la justicia. En fin, no hagas bien sin desseo ni castigo sin pesar, pues de lo contrario no podrías sino ser castigada o sobradamente arrepentida.

Y porque mi saber e juizio no alcança que tú hayas de ser ayuntada a varón, ocupado de mis dolencias no quise tomar trabajo de escribir lo que para aquel género de vida te convernía hazer. Pues cuando de casar huvieres y haver fijos, con sola obediencia que a tu marido tengas como a principal, complacencia como a amigo, conformidad como a compañero, y permanente voluntad de seguir la suya, no podrás sino bivar con él en mucha paz, con la cual todos los bienes no acrecientan menos que de la discordia disminuyen. De la criança de tus hijos aún más breve será la regla, pues con criarlos sin regalos y enseñarlos de personas que sus vidas son conformes a sus sciencias, no pueden sino recibir provechosa doctrina, para la cual el principal fundamento es temor, halagos lo contrario cuando los conocen. Por donde la

discreción de los padres ha de sobrar al amor de los hijos, pues nunca se halló que el hijo castigado acarreasse mala vegez al padre ni el vicioso buena.

Y pues teniendo este orden y regla, con tu natural proprio, lo podrás mejor servir que yo de tan lexos aconsejar, trabaja de lo cumplir como vieres ser más conveniente, porque si te no desmandas ten por cierto que no podrás sino bivar los días d'este humano siglo muy leda, recibiendo en el fin d'ellos el galardón que a los que bien governaron está aparejado.

Acabado de leer el consejo, Diliarda, que no lo dexara de oír con la atención que podéis considerar, rogó al Cavallero Triste que lo mandasse trasladar luego, porque en ninguna cosa entendía dexar de cumplir la voluntad de su padre. Pues de lo assí hazer, no solamente ganava nombre de obediente hija, pero el provecho que de aquella obediencia y cumplimiento esperava, y otrosí que el siguiente día hiziesse cavalleros sus dos cormanos, pues no había desseado menos aquel día que ella el fin de aquella aventura, y su padre lo había assí ordenado. A la cual el Cavallero Triste lo otorgó todo con la mesma voluntad que se lo pidiera. Por donde Diliarda, agradeciéndoselo según era razón, le fizo mayor medida de la que ella cuidava pertenecerle, solamente porque había sido causa del fin de su peregrinación, con esperança de ser muy cedo en el señorío de su reino restituida.

Pero el Cavallero Triste estava tan ledo por haver dado cima en aquella aventura, que después de acabar la otra, en la cual se encerravan todos sus desseos y los gloriosos fines d'ellos, ninguna lo pudiera tanto alegrar, considerado que, quando su señora lo supiesse, no podría dexar de lo recibir en el más señalado servicio que después de su liberación se le podría fazer. Otrosí por la cobrança de aquel libro con el cual se le otorgaría verla todas las horas que quisiesse, con que mejor podría çufrir los mortales desseos de su verdadera vista. Y por saber en qué parte se fallava su señora, por poder con menos interposición de tiempo librarla, si su ventura se lo otorgasse.

Y como no viesse la hora en la cual esperava gozar de aquella tan deleitosa como desseada vista, que Diliarda le dixera que se le había en aquel libro de representar, en la misma hora lo hizo trasladar y le dio el traslado que le pidiera, e juntamente dixo a sus dos cormanos que velassen las armas que tanto tiempo consigo traxeran aquella noche, porque en la mañana se pudiesse cumplir su aucto de cavallería. Los cuales con Diliarda, agradeciéndoselo como devían, se despidieron para lo poner en efecto, por quanto ya era gran parte de la noche passada. Otrosí se despidió el Cavallero Triste del

emperador, el cual se alegró tanto al tiempo que vido aquel libro en sus manos abierto, que si le vinieran nuevas que Flerisena era hallada no lo fuera más, assí por la honra que se le recrecía por se haver dado cima en aventura tan estraña en su casa, como por ser el que la diera el Cavallero Triste. Al cual, dende la primera hora que lo viera, desseava toda bienandança por razón de la alegría que de verlo se le causara, pues de los altos hombres y cavalleros que ende eran, no era menor por cierto el plazer que d'ello huvieron porque mucho lo preciavan por su buena criança y las otras causas que en él conocían. Pero sobre todos era el de Agarindo, su huésped, el cual no dexava de dar gracias a Dios por le haver puesto en el coraçón que lo acogiesse en su casa, de donde tanta honra se le recrecía que otros muchos de mayor estado dieran gran parte d'él, por lo poder tener consigo y hazerle los servicios que se les otorgasse, teniendo por cierto que no les sería desagradecido.

Por donde al tiempo que el Cavallero Triste salió de los palacios, era tan grande el número de los cavalleros y otras gentes que con él salían para lo acompañar, que si conocieran su estado no fueran más. Y puesto que mucho porfiase que no tomassen aquel trabajo, no lo dexaron hasta que fue dentro de una cámara de la posada que tenía, de donde se despidieron conociendo que allí ya era sazón y tiempo de dexarlo, siéndoles por él agradecida con mucha humildad la compañía y honra que le fizieran.

Cuando sin el estorvo que tanto desseava en aquella cámara se vido y abierto su libro, se le representó su señora Flerisena con su donzella Erminia, sentadas debaxo unos árboles cerca de unos pilares de agua, la cual con la claridad de la Luna muy clara se mostrava. ¿Quién pudiera ser de tan buen juicio que supiera acomparar aquel estraño gozo y dolor juntos, que en aquel instante que la ver pudo le sobrevinieron? Por cierto ninguno que fuera mortal, según entrambos en desiguales grados fueron por él sentidos. Porque puesto que por una parte de la vista de su señora aquel gozo tan grande le huviesse causado, considerando que aquel lugar en que estava, aunque fuera más de cuanto se pudiera considerar deleitoso, el nombre de cárcel lo hazía representar tan oscuro que las nocturnas tinieblas no lo podían ser tanto, no pudo aquel bivo dolor dexar de sobrevenirle, señaladamente cuando mirando mejor su semblante vido que mostrava tener en sí algún género de alegría. Antes cuasi sin interposición alguna le vía alçar los ojos al cielo y abaxarlos como que de sus penas se quexasse. Por donde, tan embevido en aquello como si a él mismo diera las quexas, sobrando el dolor d'ellas a su primero gozo, començó de llorar con tan bivas lágrimas, que le dixo Dromisto:

–Ya no sé qué dezir pueda d'estas vuestras cuitas, mi señor, pues al tiempo que en vós devría morar y parecerse muy gran parte de alegría, vos veo más cuitado que de antes. Porque es cierto que ningún príncipe de cuantos son en el Universo, a quien se otorgara tanta honra y gloria como la que vós, señor, por dar cima en demanda tan estraña se ha recrecido, dexara de alegrarse, a lo menos por algún pequeño espacio de tiempo, por dar a cada cosa lo que es devido, señaladamente habiendo alcançado esse libro, con el cual devríades ser el más ledo que jamás fuiste, si lo que la donzella d'él ha dicho de verdad no carece.

–¡O, Dromisto, llégate aquí –dixo el Cavallero Triste– y verás cuán sin causa me arguyes, no sabiendo la sobrada razón que para llorar tengo! Pues, sabiéndola, por más cierto tengo que conocerás que no morir yo luego es muy notorio milagro, porque viendo yo a mi señora tan triste como tú mismo vees, ¿cómo puede ser que mi corazón que consigo tiene no participe igualmente de aquel dolor que tan doloroso semblante le fuerça mostrar?

Cuando Dromisto a Flerisena con Erminia vido, tan biva y verdaderamente como si en una ventana muy baxa las mirara, no menos admirado que alegre por las haver assí visto, le dixo:

–Agora vos digo, señor, que la razón que deziades tener para ser triste, no es sino para vos hazer muy ledo, porque de aquella tristeza de mi señora se ha de causar en vuestro corazón mayor alegría, pues según el lugar adonde yo la veo denota ser aplazible, la trsiteza que dixes no puede causarse de aquel deleitoso objecto, sino por serle entredicho gozar del otro que está en su entendimiento, sino por ideas o imaginadas visiones, con que no puede gustar el verdadero deleite que de ver presencialmente se le otorgaría. Por donde, si hallándose mi señora fuera de vuestra presencia, y con la desesperança que en esta sazón de veros tiene, se alegrasse, entonces haviades vós, mi señor, de entristeceros porque no mostraría sentir el dolor y soledad que de vuestra presencia devría.

Y dicho aquello vieron cómo dos donzellas, las cuales no conocían, vinieron con sendos candeleros con sus velas encendidas adonde Flerisena estava. La una de las cuales, después de le ser fecha por entrambas la medida que devían, parecía que le hablava y que acabada su razón Flerisena se alçava, y con Erminia entravan en un hermoso palacio adonde las dos donzellas las guiaron. En el qual había dos lechos, el uno de los cuales era a maravilla rico, y al derredor del palacio muchos paños de oro y seda, en los cuales estavan labradas muchas historias de donzellas y mugeres que por

amar afincadamente habían padecido daños y penas y algunas muy crueles muertes, tan al natural como si bivas fueran. Las cuales por escusar prolixidad se vos dexan de exprimir, pues eran sacadas de los libros adonde para perpetuo exemplo estaban escritas. Otrosí vieron cómo muy poco después las donzellas que los candeleros traxeran, se salían dexando a Flerisena e Erminia cerradas. Y por ver en que pararía el exercicio que hallándose assí solas y cerradas harían, con mucha atención estuvieron mirando cómo Erminia por buen espacio de tiempo peinava los cabellos de aquella hermosa princesa. Y después, ayudándole a desnudar los vestidos, vino a dexarla con sola la camisa, pareciendo en aquella sazón tan hermosa que, puesto que a las otras de su género la compostura y arreo acreciente sus hermosuras, no les pareció assí a ellos, sino que lo natural sólo de Flerisena era tan hermoso y perfecto, que cualquier vestido y arreo por muy rico que fuera no podía sino causarle alguna disminución. Por donde estaban entrambos tan embevecidos en mirarla, que aún después que la vieron acostada no se podían d'ello dexar.

Hasta que, pareciendo a Dromisto que se devía su señor acostar, se lo dixo. El cual, forçando su voluntad, con tan justa razón lo hizo. Pero no pudo dormir tan sossegado sueño que en amaneciendo no recordasse. Y tomando el libro con intención de saber en qué parte se hallava su señora para tomar el camino que le convernía, lo abrió. Y como no estuviesse hecho para otro efecto, luego vido que se había abierto en la parte que él desseava, por donde vino a conocer que la sabiduría de Zenofor, que assí se decía aquel sabio rey, padre de Diliarda, era tan grande que no solamente alcançava las cosas venideras, pero los pensamientos de los hombres, que cosa parece cuasi imposible. Y por aquella razón no la tenían por menor que la de Arismenio, el cual era extremado entre todos los de su tiempo.

Y comenzando de leer, assí dezía:

¶ *Aviso*

Con no menor cuidado de las cuitas e continuos desseos que habían de atormentar tu alma y entrañas, o, valeroso príncipe y leal amador Valerián de Ungría, que de los trabajos y afanes que Diliarda, siéndome única andando en tu busca, había de padecer, estava mi fatigado espíritu e atribulado corazón, al tiempo que, viendo mi muerte encima, pensava en el remedio d'entrambos,

pues para mí conocía faltarme. Y como sin prejuizio de mi alma procurarlo no pudiesse, acordé hazer esse libro, el cual, antes que en tus poderosas manos viniessse, a ninguno ha fecho de lo poder abrir merecedor por el defecto de la lealtad, de la cual tu generoso corazón tan sobradamente abunda, quanto en ellos se ha mostrado faltar. En el cual, al tiempo que esto leyeres, ya havrás visto y dado copia de lo que para mi fija estava ordenado. Y aquella esclarecida princesa Flerisena, la cual, puesto que con semblante triste se te haya representado, no por ende te havrá dexado de dar con su hermosa vista algún súpito gozo e impensada alegría, pues no la viste en las esquivas prisiones en las cuales tú la consideravas cativa.

Y pues agora, con tanto cuidado de saber la parte adonde la hallar podrías, lo abriste, sepas que después de perdida nunca le estuviste tan cerca aunque no tanto que, antes de llegar donde está, no te convenga padecer algunos trabajos y peligros, porque lo que por el Alto Señor está ordenado ni tú puedes dexar de lo passar, ni yo ni otro alguno estorvarlo. Y pues para te dar algunos avisos y señas hasta agora no está entredicha la libertad, la tierra adonde se halla es poblada de christianos e muy pocos, sus confines son de mar, de la cual está cercada. Las provincias más vezinas son desiertas e inhabitadas, y las que con ellas confinan infieles las señorean. Es hazía el oriente su región, aunque alguna parte tiene contra el norte. Y para mayor declaración de todo, al tiempo que esto leyeres ya havrá trocado su primero nombre, tomando otro, el cual, por te no causar pena en tiempo de consuelo, no declaro.

Y aunque agora lo que has leído escuro te parezca, para tomar el camino que desseas por llegar antes de partir si se te otorgasse, çúfrete con saber que tiempo verná que, siendo por ti hecha la devida diligencia, no te será menos abierto que aquello que tu amigo Arismenio te dixo la noche que, debaxo de un olmo en Denamarca, de aquellas pequeñas cuitas en comparación de las segundas y presentes te estavas quexando.

Maravillado quedó el Cavallero Triste, después de lo haver leído, del saber de Zenofor, pues, hallándose en aquellas partes que cuasi eran incógnitas y olvidadas, havia alcanzado lo que en las otras provincias tan apartadas de su reino havia de seguirse, tan claramente como si a todos se hallara presente. Por donde en su corazón le hizo las gracias que devía, pues en el cuidado lo havia igualado con su hija, dándole aquellos havisos y esforçándolo con sus palabras de manera que le

parecía que todos los trabajos y peligros con que lo amenazara ya eran passados, señaladamente haviéndole dexado la imagen de aquella hermosa princesa. Con la cual assí descansava como si creyera, quando le hablava, alcançar a sus razones respuesta y a sus queexas satisfacción.

Quando fue hora de ir a los palacios del emperador, por hazer cavalleros los dos cormanos de Diliarda, no lo quiso tardar porque conociessen que para lo que hazer devía no era menester solicitadores. Pues para más de aquello quedara obligado, aunque al tiempo que llegó ya halló al emperador con muchos de sus altos hombres y cavalleros que era salido para la missa que se havía de dezir. La cual luego se començó y después se acabó con tanta solemnidad como para semejante auto convenía, aunque dentro de los palacios. Y en el tiempo devido Soranter y Sedanel fueron fechos cavalleros por mano del Cavallero Triste, con todo el cumplimiento que se requería, del cual y no de otro tomaron las espadas, pareciéndoles que pues por la lealtad que tuvieran havían padecido trabajo, y por la mesma esperavan alcançar estados del cavallero que más leal sabían, era bien tomarla. Y el emperador, por más regozijar la fiesta y honrar los noveles, quiso que aquel día fuessen sus huéspedes, juntamente con el Cavallero Triste y Diliarda, los cuales lo recibieron por muy gran merced.

Por donde, al tiempo del comer, mucho se folgaron, assí aquel honrado emperador por tener en su casa al más leal cavallero del mundo, como Diliarda por haver dado fin a sus passados trabajos y tener esperança de cumplir muy cedo los que quedavan, y los noveles por haver alcançado aquel orden de cavallería que no menos havían desseado que Diliarda la cobrança de su reino, y el Cavallero Triste por haver dado cima en demanda tan estraña y tener consigo aquel libro, en el cual hallava tan grande descanso como antes tristeza y soledad.

Alçadas las mesas, Diliarda con los noveles se despidieron del emperador, ofreciéndole su servicio siempre que lo menester hoviesse, con tanta voluntad que la distancia de la tierra no lo impidiera. Y quando Diliarda se vino a despedir del Cavallero Triste no le parecía que tenía palabras con que poderle agradecer la menor parte de los beneficios que por su medio recibiera, puesto que no le dexasse de ofrecer, juntamente con sus cormanos, todo lo que se les otorgava, con tan abiertas entrañas que bien claro dieron a entender que mejor lo cumplirían de lo que lo havían ofrecido. Y no quedando menos pagados de la respuesta del Cavallero Triste y de su ofrecimiento, que de todo lo ál que d'él havían visto, saliendo de los palacios tomaron el camino que más les

convenía para bolver hazia su tierra, no queriendo que él ni otro alguno de los que con ellos salieron los acompañasse.

Partida Diliarda con sus cormanos, el Cavallero Triste dixo al emperador que él entendía de se partir aquella noche para entrar en la demanda de la princesa Flerisena. Y que por ende le suplicava que si antes de su partida se le ofrecía algo en que lo pudiesse mejor servir, se lo mandasse, pues allende de serle devido como al más alto príncipe de los christianos, las honras y mercedes que en su casa se le havían hecho a mucho más lo obligavan. Al cual el emperador, agradeciendo su buen ofrecimiento, dixo que en ninguna cosa lo podía más complazer que en seguir aquella demanda de su hija, porque todavía fiava en Dios que por su medio havía de ser librada, y que a su cargo quedaría suplicar lo que lo guiasse por manera que muy cedo fuessen entrambos libres, assí el Cavallero Triste de sus trabajos como el emperador de su tristeza y cuidados.

Despedido, pues, el Cavallero Triste no menos de la emperatriz y de todos los otros cavalleros de quien devía, y señaladamente de aquellos medio leales amadores Enorián y Calisendo, con los cuales por ser mancebos y loçanos tenía ganada grande amicicia, con su huésped y compañía fue a su posada, adonde luego mandó entender en que se havía de adereçar para su partida, no se olvidando de fazer para la arquilla del libro una funda de pieles negras, porque por ninguno el libro que dentro estava pudiesse ser visto, el cual no trocara por aquel imperio, aunque faltara la esperança que havía de ser suyo. Otrosí hizo levar a una fusta muy buena, que su huésped en aquellos días le havía fletado con muy diestros marineros, su cavallo y los palafrenes de sus criados, con las armas y vituallas que para tan largo camino eran convenientes.

Y quando fue hora, acompañado de su huésped fue con su compañía a embarcarse en ella. Y al tiempo que se despidieron, tomada fiança de Agarindo que aquella noche ternía en poridad lo que le entendía manifestar, le dixo que en la mañana fiziesse saber al emperador cómo era fijo del rey Pasmerindo de Ungría, lo que le embiava a dezir, assí por no lo dexar con aquel cuidado si lo tenía, como porque le parecía que se no pudiera partir sin dexar nombre de desmesurado contra tan alto hombre no se lo diziendo. Y que si lo havía diferido hasta entonces era por tener mejor aparejo de servirlo, assí en no detenerse en aquella tierra, como porque no satisfacía para ello ser su hazienda publicada. Y que lo certificasse que, pues havía emprendido por su servicio aquella demanda, no cessaría d'ella hasta morir, sin sentir en lo cumplir pena ni cansancio. Y otras muchas cosas con que mayor esperança le podía acarrear, remitiéndolas a la relación de su huésped. El cual otra vez se quiso d'él despedir de la

manera que le pertenecía, si no temiera con aquello dar algún sentimiento de su fazienda a los que ende eran, suplicándolo le perdonasse el poco acatamiento y menor servicio que en su casa se le fiziera. Y dicho aquello bolvió a su casa él más ledo que jamás fue, considerando la honra que de lo haver tenido en ella se le recrecía, y el servicio tan grande que haría al emperador llevándole tan desseadas nuevas, dexando al Cavallero Triste que ya començava de hazer al remo camino con su fusta.

Otro día de mañana, no fue perezoso Agarindo en levantarse por cumplir aquel mandado, y al tiempo que el emperador salió adonde acostumbrava, se lo dixo, con que no lo hizo menos ledo que si le dixera que ya era hallada Flerisena, que era lo que por entonces más desseava. Y aunque mucho quisiera publicarlo, pareciéndole que mayor sería con ello su alegría, no quiso dezirlo sino a la emperatriz por la hazer de todo su gozo participante, çufriéndole por cumplir lo que Agarindo le dixera que lo tuviesse en poridad. Pero no dexó de mucho agradecer a Agarindo los servicios que a Valerián fiziera. Y de allí adelante lo preció igualmente con los otros preciados cavalleros de su casa, honrándolo no menos que a cualquier de sus altos hombres y mucho más después por lo que el Cavallero Triste por él hizo. Y encomendándolo a Dios que lo guiasse quedaron con mucha esperança, que muy cedo les vernían las otras nuevas con que esperaba cobrar sus verdadera alegría.

¶Capítulo xl. De cómo el Cavallero Triste con su fusta llegó a un puerto de la tierra de Turquía, cerca del cual havía una fuente de donde los navegantes se proveían de agua. Y decendiendo en tierra libró un donzella de cuatro cavalleros que la llevaban por fuerça, y a su padre y hermano de la muerte.

Aquella noche que el Cavallero Triste partió con su fusta de Costantinopla, se dio tan gran priessa, pues levaban muy buenos y esforçados remadores, en navegar por llegar si pudiera a la gran mar, dexando la canal que ay antes de llegar a ella, que bien les hizo conocer que lo deseava, aunque no aprovechó para más de alexarse de aquella ciudad cerca de ocho leguas, por razón que el viento les era contrario. Pero esse otro día se les començó de endereçar, por donde antes de lo que pensavan llegaron al fin de la canal, adonde se preguntaron a qué parte havía de ser su

viage, porque hasta entonces no lo sabían. El cual dixo al maestre que guiasse hazia levante en los confines de la tierra que estava despoblada de cristianos, cerca de la cual había una pequeña isla poblada de cristianos aunque pocos, para la cual aquel camino se hazía.

–No ay isla ni peña, esforçado cavallero –dixo el maestre de la fusta–, en toda essa mar, que la yo no sepa como mi propia casa. Pero nunca vi ni menos oí dezir que en toda essa parte aya población de christianos.

–Guiadme vós donde yo digo –dixo el Cavallero Triste–, pues podría ser que después que vós por allí passates sea de nuevo poblada.

–Aunque quieran –dixo el maestre– no pueden en essa tierra habitar, assí por su gran esterilidad como por la falta que ay en toda ella de agua dulce. Pero pues essa es vuestra voluntad y el fin de nuestro camino, vamos en tan buena hora, que cativos no seamos porque de lo demás pocos peligros temo, pues casi siempre havemos de navegar a vista de la tierra, adonde no es menos que no hallemos cossarios y otros ladrones que andan a cativar y robar los que por allí passan, a tan mal recaudo como el que nosotros llevamos.

Antes que el Cavallero Triste hablasse, dixo Dromisto:

–Bien parece, mi señor, que estos buenos hombres no me conocen, pues temen, llevándome por guardado, los peligros que en la mar se puede ofrecer, porque si me conociessen por muy cierto tengo que no dudarían de acometer la mayor y más armada fusta, que los cossarios traer pueden y aun ganársela con sólo el valor y esfuerço de mi persona. Por ende, amigo –bolviéndose al maestre–, si tan grande es vuestro miedo, perdeldo porque yo vos prometo de hazer tales cosas con que lo perdáis, aunque doblado lo tuviéssedes.

No se pudo çufrir sin reírse el maestre, oyendo lo que dixera Dromisto, pareciéndole que con todo su seso lo dezía. Y por ende dixo al Cavallero Triste que si él supiera que aquel cavallero fuesse de tan alto fecho d'armas, no mostrara el poco esfuerço que en él había conocido porque no lo juzgassen por covarde. Y pues teniendo tan esforçado aguardador, no se les podía ofrecer afrenta de que temer deviessen; él era muy contento de guiar la fusta, no solamente por aquella parte que se le había mandado, adonde los peligros eran inciertos, pero por cualquier otra que fuessen ciertos que los habían de hallar, solamente por provar a qué pujava su esfuerço y ver si sus obras conformavan con tan altas palabras.

Mucho se folgó el Cavallero Triste de la respuesta del maestre, porque no lo juzgava por tan gracioso ni acudido como en ella se conociera. Y pues había oído que de los peligros de la mar no habían de temer, a maravilla fue ledo, pareciéndole que los otros fácilmente los pasaría, según se sentía el esfuerzo y orgullo, yendo en aquella demanda de su señora, para estorvo e impedimento de la cual no considerava que se pudiesen hallar fuerças que él no las sobrasse.

Sabida, pues, por el maestre la voluntad del Cavallero Triste, muy de presto adereçó lo que convenía para ponerle a la vela, pues para seguir aquella vía ningún tiempo se les pudiera ofrecer más próspero. Y de que ya hovieron dado las velas al viento y començaron de navegar, tomando el Cavallero Tiste a una parte de la fusta su libro, lo abrió en aquella parte adonde a su señora había de ver. La cual se le mostró como que a cenar se assentava cerca de unos pilares, adonde lo más del día holgava de estar. Otrosí vido todo lo que para su comer le traxeron, maravillándose de la baxilla de oro y plata con que la servían, la cual ningún príncipe podía tener mejor. Y no menos se estuvo deleitando en ver todo lo que aquella hermosa princesa hazía hasta la hora de dormir, con que mucho descansava su corazón. Aunque como en un espejo se le representasse, y tanto que las horas que el sueño y el comer no se lo impedían, no entendía en otra cosa pues con aquello con menos cuidados passava su tiempo.

De aquella manera y cuasi con aquel mesmo viento navegaron diez días, en cabo de los cuales faltándoles el agua, por razón que sabiendo muy bien toda aquella tierra por la costa de la cual navegavan, no curaron de hazer mucha provisión, pues había muchas fuentes de las cuales se podrían proveer por beber la más fresca, les fue forçado llegarse hazia la tierra por tomarla de una fuente que había muy buena, a poco trecho de un pequeño puerto, al cual muy presto llegaron al tiempo que el Sol salía. Y dende a poco, como el Cavallero Triste viniesse de la mar fatigado, fizo desembarcar su cavallo por ver qué tierra era aquélla, no se dexando de armar por ir más apercebido, aunque no quiso llevar consigo ninguno de sus criados por ir más cubierto. Y tomando el camino de la fuente lo siguió hasta llegar a una roca de donde manava, y de allí començó de subir por donde mejor se le ofrecía hasta lo alto de aquella montaña, al pie de la cual estava la fuente, por ver si assí podría descubrir algún poblado. Y cuando fue en lo más alto d'ella, pareciéndole la tierra que de la otra parte descubrió llana y muy hermosa, por razón de muchos montes y florestas muy espessas que dende se descubrían, con algunos castillos y casas, aunque muy lexos de donde estava, le tomó gran desseo de

caminar por ella si no le ocurriera que le podía suceder algún revés que la persecución de su demanda le impidiese.

Pero como el placer y el deleite que de ver tan hermosa tierra se le recrecía sobrase todos aquellos recelos, acordó, pues aún era de mañana, de ir una pieza por aquellos montes, y entre tanto sus marineros se podrían proveer del agua que les faltava, pues para aquel efecto eran ende venidos. Y como en aquello se determinasse, decendiendo a lo llano, entró por un monte muy espeso por el cual anduvo cerca de una hora. Y como por aquella parte que él iba, muy aquedado estuviesse, dende a poco le pareció sentir algunas bozes, las cuales, como más iba adelante, tanto más sentía. Por donde, aguijando hazia la parte que le parecía que las davan, no tardó en ver por entre los árboles a su diestra mano una compañía de hombres y mugeres, que echados sobre la verde yerva y comiendo con gran sabor, davan aquellas bozes a manera de algaradas o alegrías. Y entre las mugeres vido seer una donzella assaz hermosa y ricamente vestida al uso de aquella tierra, en la cual no se parecía el alegría que en los hombres se mostrava. Lo que muy bien podía dicerner por estar cerca d'ellos y en aquella parte ser el monte tan espeso que, aunque lo trabajaran, no lo pudieran ver, cuanto más estando sin cuidado, ayudando a ello ser todo lo que él traía tan negro que no lo podían descubrir por razón de sus armas y menos de su cavallo. Por donde creyó que no estava ella ende por su voluntad, sino que la devían levar forçada quatro cavalleros que entre aquella gente había. Y lo que más crédito a su pensamiento fue conocer que una dueña con otras dos donzellas que le tenían compañía, menos mostravan estar alegres que su señora, pues no querían comer cosa de las que los cavalleros les hazían dar a sus escuderos, viendo que su señora no la quería. La cual muy a menudo alçava los ojos al cielo llenos de lágrimas.

Con que, doliéndose el Cavallero Triste de su tristeza, ya estuvo determinado de salir a ellos por saber la causa que a la donzella hazía llorar, sino que se detuvo porque vido que los quatro cavalleros a gran priessa se levantaron, y cavalgando en sus cavallos se endereçavan en las sillas, y tirando de las espaldas y embraçando los escudos que traían, se ponían a punto de se defender. Y mucho se holgó cuando vido que sobre las cabeças no se ponían más armadura de unas muy largas tocas que les cubrían gran parte del rostro y del pescueço. Contra los cuales vido venir dos cavalleros de la misma suerte armados, con los cavallos tan sudados que bien parecía que no los habían poco aquejado, por se no detener en el camino. Y al uno d'ellos oyó que dixo:

—¡A ellos, hijo, mueran los ladrones que a tu hermana traían forçada!

Con que Valerián entendió que eran padre e hijo y que la donzella era hija del cavallero que hablara. Y aún no lo había acabado de oír, cuando vido que como dos leones arremetieron contra los cuatro. Los cuales, como viessen que no eran sino dos los que assí los habían acometido, no los preciando más que si ninguno fuera, corrieron contra ellos. Por donde muy presto se vinieron a ferir de muy grandes golpes. Pero no pasó mucho que los cuatro comenzaron de aquexar a los dos, assí porque eran doblados como por traer los cavallos lassos cuando allí llegaron, y con lo que después en la pelea se habían acabado de cansar, que si no fueran tan buenos y esforçados, y juntamente diestros en aquel exercicio no pudieran sino morir muy cedo. Lo que otrosí no pudiera dexar de cumplirse si el pleito hoviesse otra media hora durado, sin les ayudar el Cavallero Triste, el cual, doliéndose de los llantos que la donzella había fecho y que viendo a su padre y hermano en tan gran peligro los hacía mayores, dexando su lança arrimada a uno de aquellos árboles, tirando de su buena espada, por el lugar que mejor se le ofreció para salir de aquella espessura, vino a ayudar a los dos cavalleros. Los cuales casi ya no tenían fuerças ni tiento para ofender ni para defenderse, según eran por todas las partes que sus contrarios los podían dañar aquexados.

Y llegando al primero que se halló delante, el cual y los otros con lo ver venir tan negro no recibieron pequeño espanto, lo firió de tan rezio golpe sobre las tocas de la cabeça, que puesto que tres tantos fueran, según la fuerça del golpe y los agudos hilos de aquella negra espada, no le prestaran que no se la hendiesse, assí como se la hendió hasta las narizes, derribándolo en el suelo muerto. Y passando al otro que más presto pudo alcançar, lo firió de manera que si no le parara el escudo no dexara de passar por la mesma aventura del primero. Pero con toda su defensa no le escusó que todo lo que d'él alcançó no lo derribasse en el suelo, dexándolo con tan grande espanto, acrecentado del temor del primer golpe con que su compañero había muerto, que no teniendo esfuerço para lo ferir, menos tuvo acuerdo para fuir ni defenderse del Cavallero Triste. El cual, considerando que eran enemigos de nuestra fe, sin ninguna piedad los quería hazer passar por la muerte, assí como lo fizo en aquel segundo, porque, viéndolo tan desacordado, lo firió por el mesmo pescueço de tan sobrado golpe, que antes le cayó la cabeça que el cuerpo en el suelo.

Cuando los dos que quedavan vieron sus dos compañeros tan fiera como prestamente muertos, quisieron provar si con huir podrían salvar lo que quedando tenía por impossible. Pero como los que antes de aquello tan aquexados estuvieran, con aquel impensado socorro hoviessen cobrado nuevo esfuerço, conociéndolo no se lo

consintieron, porque no menos diestramente que presta les fizieron los cavallos porque huir no pudiesen, conociendo que con el cansancio de los suyos no los podrían alcanzar. De manera que no tardaron en caer con sus señores en tierra. Y por parecer al Cavallero Triste que si havía de atender que los otros de los suyos decendiessen para seguir su batalla, se les daría a los caídos sobrado plazo, saltando de su cavallo con tanta ligereza que no acarreó menor espanto a los caídos que a los que los derribaran alegría, vino contra ellos y en tan breve espacio, que casi el padre de la donzella y su hijo aún no eran acabados de decender de sus cavallos, los paró tales que luego cayeron dando bueltas por el suelo con la ravia de la muerte.

Y cuando vieron que un solo cavallero y tan estraño en tan poca hora, no solamente los havía librado pero muerto a los que ya tenían a ellos para matar, y restituído aquella donzella por la cobrança de la cual havía venido a aventurar sus vidas, creyendo que sus dioses tan justo como grande socorro les embiaran, vinieron a hincarse de rodillas delante d'él por le hazer gracias como a cosa del otro mundo. Pero como el Cavallero Triste lo conociesse, los hizo levantar diziéndoles que se dexassen de le hazer aquella honra, porque no era sino un cavallero a quien Dios por les hazer aquel beneficio havía ende guiado, certificándolos que era christiano.

–Aunque lo seas –dixo el padre de la donzella–, todos te serviremos como aquél a quien más devemos, assí por el bien que nos hezistes como porque nos parece que eres el mejor cavallero del mundo. Y mayor merced nos harías si con nosotros venir quisiesses porque lo cumplir pudiésemos.

Al cual el Cavallero Triste dixo que se lo agradecía y que no dudara él sin algún recelo de ir con ellos, adoquier que los mejor servir pudiesse, sino que havía dexado su compañía en una fusta muy cer[c]a dende, en la cual andava por cumplir una demanda que prometiera.

–Pues essa es tu voluntad, cavallero christiano –dixo el que antes hablara–, lo que te rogamos es que quites el yelmo porque a lo menos veamos a quien devemos tanto bien como hoy nos heziste.

Por donde el Cavallero Triste, conociendo que le pedía guisado, se lo quitó, quedando sin él tan hermoso que la hija del cavallero, que ya era ende llegada con sus mugeres por abraçar a su padre y hermano, juntamente con ellos fueron tan maravillados que no pudieran creer si le no oyeran hablar que christiano ni otra cualquier persona mortal fuesse. Por donde el padre de la donzella dixo:

–Bien decía yo, mis hijos, que a este virtuoso cavallero nuestros dioses lo han por aquí embiado para nuestro socorro. Porque de otra suerte, ¿quién pensara jamás que en lugar tan estraño se pudiera en la sazón que tanto lo havíamos menester hallar para tanto bien nuestro?

Y como la donzella dessease verlo hablar, le dixo:

–Por cierto, cavallero, que hazes oficio de muy sesudo en no querer ir con nosotros para que te servir pudiésemos alguna parte de la merced que a todos heziste. Pues por ganar nuestras voluntades, las cuales ya están para tu servicio, perderías las de todas las donzellas d’esta tierra. Las cuales por no ser ante ti juzgadas por feas, pues no lo cuidan ser haunque reciben engaño, creo que no solamente dessearían tu muerte, pero que te lo procurarían, puesto que no les fuesse menos difícil, según lo que de tus fuerças se ha visto, que igualar sus aparentes hermosuras ante la tuya verdadera. Y aún más te digo, que hago a los dioses gracias infinitas, pues han puesto tan grande freno a mi locura con te haver visto, que de aquí adelante no me juzgaré sino por tan fea como antes juzgava a las otras en comparación de mi hermosura. Por razón de la cual se ha causado según creo este peligro en que mi señor y hermano cuidaron perder las vidas, e yo la vida y honra juntas. El cual tengo por bien empleado pues ha sido causa que ver pudiesse qué cosa es más hermosa en nuestro siglo.

–Porque contradezir a tu buen juicio, graciosa donzella –dixo el Cavallero Triste–, sería antes de animalia en los montes criada, que de hombre a quien razón y entendimiento sea otorgado, no había yo de dexar de conformarme con él por no caer en tan notorio yerro. Pero no dexaré dezir por ende, que si tu pensamiento ha sido y es de ser como lo eres hermosa, gran perjuizio harías a ti mesma de lo dexar, allende de mostrarte desagradecida a aquel Alto Señor que tan gran parte de su gracia quiso darte. Porque no sé yo que ninguna que en tanto grado como tú lo sea, tenga razón de no ser muy leda y hazerle gracias, pues no se olvidó de hazerte tal que, no solamente a tus naturales, pero de las otras provincias tan conocidamente sobrepuges.

No fueron menos pagados aquellos cavalleros con la donzella d ever hablar tan graciosamente al Cavallero Triste, que de todo lo ál que hasta entonces tenía visto. El cual les dixo que si le otorgavan licencia se bolvería a su fusta, puesto que no dessease menos saber antes de irse qué había sido la causa de la presa de aquella graciosa donzella.

–Yo diré cómo se podrá todo hazer –dixo el padre–: que todos te haremos compañía hasta tu fusta y por el camino lo contará mi hija, porque esse poco tiempo podamos gozar de te ver y platicar, pues mayor no nos es otorgado.

Y como el Cavallero Triste por mucho que lo contradixesse no pudiesse removerlos de aquel parecer, tornando a cavalgar los tres cavalleros con la donzella, dexando ende la dueña con las dos donzellas que vos diximos, començaron de caminar por el camino que el Cavallero Triste ende viniera. El cual no se descuidó de cobrar la lança que al árbol dexara arrimada, al tiempo que fue por ayudar a los cavalleros. Y cuando ya fueron alexados de aquella grande espessura, ofreciéndoseles tan desembargado que casi todos podían ir juntos, Zarea, que assí se dezía la donzella, rogada por el Cavallero Triste y mandada por su padre, dirigiendo su razón al Cavallero Triste con tanto tiento como tenía gracia, dixo:

–Haunque, según lo poco que de hablarle se m’entiende, claramente conozca que de contar lo que por ti, valeroso cavallero, y mi señor se me ha mandado, no pueda dexar de caer en algún yerro y afrenta, el desseo que de servir a ti y a él obedecer tengo, por lo que a entrambos devo, no dexa de darme la osadía que tuviera si la fuerça de la razón no me obligara. Pero pues, dexándolo de cumplir, no sería menor mi desmesura, has de saber que ayer en la tarde, haviendo cenado temprano con mi padre y hermano, nos tomó desseo de nos ir a holgar a una hermosa fuente que está a pequeño trecho de nuestro castillo. Y como para lo poner en efecto no faltasse más de cavalgar ellos en sus cavallos e yo en mi palafren, levando en mi compañía la dueña y dos donzellas que allá dexamos, por razón que a los dioses plugo de se levar mi madre havrá pocos años, muy presto llegamos ende. Y decendiendo de mi palafren con ellas, que a pie vinieran por la propincuidad del lugar, comencé de passearme cogiendo algunas flores de las que hay al derredor d’ella. Y como los hombres muy poco se huelguen de semejantes passatiempos, mandándome mi padre que dende no nos partiésemos hasta su buelta, juntamente con mi hermano fueron a ver unos panes que tienen media legua más adelante de aquella fuente.

»Y pienso que no serían a medio camino cuando, passando por ende los cuatro cavalleros que por su mal viste, con los servidores que consigo traían, los cuales al tiempo de tu salida del monte fuyeron con sus palafrenes, y viéndome tan bien adereçada con estos vestidos que me hizo vestir mi padre, porque si passava por ende un cavallero con <h>un hijo del cual se me hablava casamiento de mi vista recibiese mayor contentamiento, pareciéndoles que si me levavan en parte que mi padre no

pudiesse cobrarme, según tiene fama de rico, podrían sacar d'él mucho haver. No mirando más de efectuar su mal pensamiento, prendieron a todas d'esta manera, que cada uno de los cavalleros tomó una de aquellas mugeres que estaban en mi compañía, y el otro mandando a sus escuderos que en mi palafrén me pusiesen lo que a su plazer efectuar pudieron. Según las mugeres e yo, viéndonos assí prender, perdimos todo nuestro esfuerço y palabra, començaron de caminar con gran priessa, lo que les duró hasta la media noche, que por el cansancio de sus cavallos, alexándose algún tanto del camino, se apearon y me decendieron en unos prados que havia debaxo de unos grandes árboles adonde pararon. Y puesto que en aquella sazón ya fuesse yo tornada en mi acuerdo, fingiendo no lo estar, no sin gran atención escuchava todo lo que dezian. Y cuando entendí que lo no fizieran por me desonrar sino por cobrar el haver que de mi padre dixe, muy grande esfuerço cobré.

»Por donde, mostrando que recordava de un pesado sueño, comencé de les dezir algunos denuestos. De los cuales, no se curando mucho el uno d'ellos, el cual fue el primero que su vida perdió, me dixo y dio su palabra, si yo me esfuerçava y de los denostar me dexava, que me no harían desonra ni enojo, y adonde quier que me llevassen me harían tantos servicios que yo conocería que no tenían voluntad de me enojar. Con que yo mostré quedar algún tanto aconsolada. Y puesto que ende estuviésemos hasta la mañana que a caminar tornamos, a mis mugeres ni a mí jamás nos vino sueño, considerando el peligro en que estábamos. El cual camino seguimos hasta llegar al lugar en que todos nos hallastes, adonde pararon para comer, haziendo grandes alegrías, cuidando estar tan lexos y apartados del camino, que no los podrían hallar haunque a buscar los vinieran

»Esto es lo que a mí, esfuerçado cavallero, siguió. Mi padre y hermano te podrán dezir lo ál que a ellos avino.

Por donde el padre de Zarea, prossiguiendo la razón de su hija, dixo que después de partidos de la fuente fueron a ver aquellos panes y que bolvieron muy presto adonde la dexaran. Y como no la hallassen, teniendo por cierto que no era buelta al castillo por no contravenir a su mandado, miraron al derredor d'ella si la hallarían. Y como reconociessen gran rastro de cavallos y palafrenes, no curando de bolver al castillo lo siguieron, teniendo que por fuerça se la havían levado, hasta que la noche se lo hizo perder. Y durmiendo igualmente con su hija, atendieron con gran desseo la larga mañana, venida la cual, tornando por su rastro, llegaron al lugar adonde los cavalleros con su hija havían alvergado. El cual muy claro se mostrava, assí por razón de la yerva

que los cavallos pacieran, como de la que estava hollada adonde se echaron. Y siguiendo el mesmo camino, caminaron con tanta priessa como era menester para llegar a tiempo de les dar comida que traían pensada, la cual él y su hijo recibieran si sus dioses no les tuvieran ende aparejado el socorro que convenía para el devido castigo de sus contrarios.

–¿Pues cómo –dixo el Cavallero Triste– semejantes costumbres pueden sostenerse en tierra que haya señor?

–No se sostienen ni çufren –dixo el padre de Zarea– porque en esta tierra con gran rigor son castigados los malos, sino que algunos engañados de codicia y creyendo que con sus astucias podrán huir de la pena, que por razón de sus malas obras les está destinada, atrévense a hazer lo que aquellos cavalleros anoche hizieron. A los cuales, cuando con menos pensamiento y recelo d’ella les parecía estar, vino tan cumplida quanto por sus deméritos se les devía. Lo que assí creo yo que deve ser en todas las otras provincias, pues el que tiene cargo de administrar justicia no haze poco en perseguir y castigar los malhechores, según los ruegos, dádivas y otras semejantes o peores cosas suelen a muchos juezes, haunque no sean apassionadas, hazerles desviar del derecho camino, puesto que ya ay otros que con nombre de negligentes o piadosos dexan de hazer lo que deven. A los cuales sería mejor expediente que por los montes guardassen ganados, pues de la soldada que se les daría por su trabajo podrían satisfazer sus descuidos, que tener cargos que al dar de la cuenta si quedan deudores, pues cobradores ningunos havemos visto, no tenga con qué pagarlos, por la falta de la moneda que en aquella sazón y para semejantes pagas se requiere.

Muy bien pareció al Cavallero Triste lo que aquel turco dixera, pues no pareciera mejor a cualquier cristiano. Y dicho aquello començaron de subir a la montañuela, al pie de la cual estava la fuente, adonde legaron muy presto. Y no les permitiendo el Cavallero Triste passar adelante, les hizo traer de la fusta con que comiessen, haziéndoles en ello compañía. Y mientras comieron no dexaron de platicar de muchas cosas, de las cuales a maravilla se holgava Zarea, a la cual el Cavallero Triste dixo que pues poco antes había dicho que ya sabía cuál era la más hermosa cosa del mundo, él le faría ver otra que sin comparación le parecería mejor. Para lo cual haziéndose traer ende la arquilla, abrió el libro en aquella parte que había de ver a Flerisena. Y abierto dixo a Zarea que mirasse aquella donzella, porque de veras dixesse que la había visto.

Por donde, mirando juntamente con su padre y hermano aquella figura de la princesa, su señora, mucho más se maravillaron que de todo lo que hasta aquella sazón

havían visto ni oído, porque puesto que huviessen visto en tan breve espacio al Cavallero Triste matar aquellos cuatro cavalleros, y después de quitado el yelmo su grande apostura como lo tenían delante y les hablava, no lo tenían en tanto como ver la hermosura de Flerisena en aquel libro tan bivamente y clara como si todos estuvieran en su compañía en la mesma huerta. La cual les parecía que estando en una silla sentada, su donzella Erminia le estava peinando los cabellos, y que para llegar al fin d'ellos se había de abaxar hasta el suelo, allende de mostrarse de aquel color que el del oro ante el suyo parecía de latón o de otro baxo metal. Y como Zarea no pudiesse creer que lo que vía fuesse cosa verdadera ni biva, rogó al Cavallero Triste que por cortesía le dixesse quién era aquella donzella, en la perfición de la hermosura de la cual todo el poder de naturaleza se había mostrado, porque si no se le había dado estado que fuesse a sus perficiones conforme, muy gran razón ternía de quexarse.

–Haunque toda la habitación de la tierra no pudiera corresponderle, graciosa donzella –dixo el Cavallero Triste–, no por ende dexa de ser dotada de los dos mayores estados que entre todos los príncipes de nuestra christiandad se hallan, porque es princesa de los imperios Griego y de Alemania, al cual es anexo el Romano. Cada uno de los cuales por sí es grande y nombrado señorío en el mundo.

–Viendo tu gran medida, venturoso cavallero –dixo Zarea–, tengo atrevimiento de preguntar más de lo que la razón consiente, y otrosí porque bolvernos a ver otra vez no dexo de conocer ser tan dificultoso como comprehender lo que de tu persona y las otras cosas tuyas, que havemos hasta que visto impossible. Por donde te ruego que solamente me digas cómo hoviste esse libro, con el cual según parece quando quieres se te otorga gozar de la vista d'essa tan hermosa como alta princesa. Porque puesto que yo sea donzella, me parece que si en mi poder lo tuviesse muy poco sería mi comer y menos el dormir, según de lo que he visto e veo mis ojos han recebido, e reciben gloria e deleite.

–Como el Alto Señor no consienta, virtuosa donzella –dixo el Cavallero Triste–, que aquellos que con recta intención caminan las trabajosas jornadas d'esta penada vida, ayán de afanar siempre sin recibir algún alivio o breve descanso para que las puedan continuar, tuvo por bien que a mí, como fiel vasallo d'esta hermosa princesa, y que con verdadero desseo de restituirla en su primera libertad andava por el mundo buscándola, se me otorgasse este libro, en el cual, representándoseme cada hora que la yo ver quiero, vengo a alcançar fuerças para passarlas y tener çufrimiento hasta que hallarla pueda. Porque de otra suerte es muy cierto que ya mi congoxosa peregrinación fuera fenecida

por faltarme el socorro que antes d'esto me faltava, juntamente con la esperança que hasta cobrar este libro pudo sostenerme.

–Yo creo bien todo lo que has dicho, esforçado cavallero –dixo Zarea–, haunque no quede con menos ignorancia de lo que te pregunté que de antes. Y porque no es razón que tan estremada donzella sea buscada sino por ti, que en lo aparente conocemos que le eres semejante, vengo a creer que no menos le debes desigualar en el estado, pues no dexará de ser contra la primera razón que, haviendo criado los dioses dos tan estremadas personas cada una en su género, las dexassen sin que para entrambos se hallasse su igual.

–Pues cualquier que yo sea, soy para te servir e acrecentar tu honra –dixo el Cavallero Triste–. Yo te ruego, graciosa donzella, que me no mandes dezirte más de lo que has oído, pues la voluntad sola de complazerte, juntamente con mi padre y hermano, y no otro interesse, me ha forçado dezirte lo que a los que me hazen continua compañía he tenido siempre secreto. Por donde si conociera poderte descubrir más sin prejudicar lo que devo, ten por cierto que por te dexar del todo satisfecha no dexara de lo cumplir, por lo que de ti e de tus razones quedo contento. Pero pues ya será hora que vos vais, por razón que la noche en el camino no vos sobrevenga, señaladamente haviendo dexado vuestras mugeres con los cavalleros muertos, yo vos ruego que por todos se tenga por bien que nos departamos, pues agora o en la tarde no puede escusarse nuestra partida.

Por donde, conociendo los cavalleros y Zarea que assí era razón, puesto que con precedencia de largos y cumplidos ofrecimientos, se partieron el Cavallero Triste con Canisor y algunos marineros de los que a comer le traxeron para su fusta, y Zarea con su padre y hermano por el mesmo camino que vinieran. Y cobrando las mugeres que ende dexaran, lo siguieron hasta que les anocheció. Y esse otro día llegaron a su castillo tan fatigados de hambre como de sueño, por la razón de los dos malos días e noches que passaran.

A cabo de pocos días, Zarea fue desposada con el cavallero con quien estava concertado su casamiento. Y aunque era mancebo y bien apuesto, como haún tenía en su memoria y pensamiento la apostura del Cavallero Triste, no mostró venir en él con mucho contentamiento. Pero como después la ausencia imaginada fuesse sobrada de las obras y deleites presentes y verdaderos, las cuales le hazía y procurava su esposo con toda la diligencia y poder que se le otorgava, no passó mucho tiempo que se fizo muy leda, conociendo que lo primero era viento y lo segundo lo que havia de ser. Por donde,

correspondiéndole al conocido amor que le tenía, bivieron mucho a su servicio como aquellos que se mucho amavan y no menos sesudos eran.

¶Capítulo xli. De cómo, partido el Cavallero Triste con su fusta del puerto de la fuente, encontró con otra en que iba un príncipe moro, con el cual fue a la ciudad de Tracemia, adonde en aquella sazón estava el Gran Turco con sus hijos. Y de lo que por el camino passaron.

Después de llegado a su fusta el Cavallero Triste, con gran alegría fue recebido de los marineros, pareciéndoles que había muchos años que era partido dende, según lo amavan por su graciosa y humil conversación, a los cuales contó lo que aquel día le sucediera. Por donde muy grande ánimo dio a todos, conociendo que levavan tan buen aguardador, y señaladamente al maestre de la fusta, el cual dixo al Cavallero Triste:

–Cuando vós, virtuoso cavallero, con esse mal gesto y peor disposición, vos atrevistes a acometer cuatro cavalleros y los matastes en tan breve, ¿qué se ha d’esperar d’este otro –diziéndolo por Dromisto– que solamente su espantable catadura y sobrada grandeza es para espantar los más esquivos jayanes del mundo?

–Si no creyesse que lo dezís de veras –dixo Dromisto–, y mis fuerças no bastassen a castigar el atrevimiento que de burlaros de mí tuvistes, seed cierto que de sobrada ira sin pensar en la perdición de mi alma me echaría en la mar, porque en ningún momento dezirse pudiesse que de mí se hazía burla por dos cavalleros, los mejores que se podrían hallar, dexándolos sin su devido castigo quanto más por hombres que tan poco como vós valiessen.

–Bien creo yo –dixo el maestre– que cuando vós esso fiziéssedes, más terníamos que hazer en vos hallar para enterraros, que este esforçado cavallero –diziéndolo por su señor– en fallar a su señora, porque mayor esperança se ha de tener en hallar aquello que, puesto que sea trabajoso buscarlo, es alguna cosa, que de hallar a vós que en fin sois nada.

Mucho se folgava el Cavallero Triste de oír las burlas del maestre con Dromisto, porque entrambos eran muy graciosos. Y cuando fue hora de dar las velas al viento, començaron de navegar por su mar, tan ledos por el buen tiempo que les hazía, como

por ir en compañía tan segura y de quien mucha honra esperaban, si Dios los guiava al puerto que desseavan.

Passados algunos días de su navegación, una mañana antes del Sol salido, vieron contra sí venir una fusta no menos grande que nueva y bien fecha. Y como las velas traía altas, parecía una gran torre. Pero como ninguna d'ellas tuviesse temor de la otra, vinieron de común voluntad a emparejarse, por saber cada una quién venía en ellas. Y cuando ya fueron tan cerca que se pudieron oír, el maestre de la fusta del Cavallero Triste, el cual no menos sabía la lengua de los turcos que la griega, su natural, saludó a los de la otra fusta, los cuales assí mesmo lo saludaron por no le quedar de su comedida medida deudores. Y después les preguntó que por cortesía le dixessen quién venía en su fusta y adónde iban.

–Porque lo mesmo nos digáis –dixo un marinero–, sabed que aquí viene un cavallero maltrecho de amores de una hija de nuestro señor el Gran Turco, el cual, por no hallar para sus penas alivio en la tierra, anoche fletó esta fusta para ir algunos días por la mar, por ver si lo podrá hallar en ella. Y pues no puede alcançar la vista de la infanta Abumena, que assí se dize aquella hermosa, sino muy tarde, según le es esquiva y encerrada, acordó de provar lo que antes dixe.

–Si él es cavallero que servirla merezca –dixo el el maestre–, por bien empleadas deve tener sus penas, porque la infanta todo lo merece.

–Bien creo yo –dixo el marinero– que si su estado no se lo otorgasse no ternía él tan grande atrevimiento, porque es cierto que la paga de su locura sería la pérdida de la vida, según el valor y merecimiento de la infanta excede a todas las donzellas que por todas estas provincias sabemos, allende de su gran hermosura, y tanto que, siendo este cavallero príncipe de Antiochía, que es el mayor señorío que acá se sabe después del Gran Turco, dize que la no merece mirar cuanto más servir, lo que no le causa poco daño para venir al fin de sus desseos. Y porque no tiene ni halla mayor folgança que saber que sus cuitas sean a todo el mundo manifiestas, huelga que las publiquemos a los que saber las quisieren, porque entre tantos se halle alguno que se duela de lo que padece. Y pues ya vos he dicho lo que saber queríades, dezidme, si lo por bien tenéis, de dónde sois y a qué parte vais y quién viene ende.

–Nosotros, amigo, somos de Costantinopla –dixo el maestre– y passamos otro cavallero a una tierra despoblada, adonde espera hallar algún remedio a sus quejas, porque ver muchas gentes se las acrecienta.

–Agora vos digo –dixo el marinero– que no sé cómo no nos hundimos ni el viento puede levarnos, porque si verdad es que estos cavalleros tan cargados van de cuitas y queixas como afirman, carga es para la mayor carraca del mundo. ¿Pero cómo vais por aquí siendo cristianos? ¿No sabéis que vos podrán cativar si no traéis seguro?

–Porque otro cavallero que aquí viene –dixo el maestre– nos lo ha dado, diziendo que yendo en su guarda no nos podrán cativar aunque todo el poder del Gran Turco sobre nós viniessse.

–No deve ser menor su esfuerço –dixo el marinero– que las cuitas d’estos otros pues a tanto se atreve, aunque podría ser que le costasse caro y a vosotros no menos por vos fiar en él.

–Si vós lo conociéssedes –dixo el maestre– no dudaríades lo que digo, pero porque creáis que para más de lo que dixese se estiende su orgullo...

Tomando a Dromisto, que escuchava lo que dezían, en los braços, como un pollo lo alzó, diziendo:

–Miraldo bien porque veáis de qué nos podemos temer llevando tan buen aguardador.

–Antes creo que si el Gran Turco lo supiesse –dixo el marinero–, temiendo que no le viniessse a conquistar su tierra, ya havría apercebido grandes huestes por no lo atender descuidado.

Y como en aquella sazón Zoradán de Antiochía, que assí se dezía el cavallero moro, folgando de las razones de los marineros se hoviesse llegado a borde con algunos de sus criados y pudieron ver a Dromisto, tan pequeña cosa que mayor tenía el rostro que el cuerpo, mucho rieron. Y conociendo que llevavan buen aguardador se dexaron de la plática que tenían, porque Zoradán dixo al maestre que rogasse al cavallero que en su fusta venía que se llegasse ende porque lo quería conocer. Lo que siendo por el Cavallero Triste oído muy presto lo cumplió, saludándolo con gran mesura. El cual no la recibió menor de Zoradán, pareciéndole haver visto el más alto príncipe y apuesto cavallero del mundo, por donde le dixo:

–Yo creo que mi triste coraçón, cavallero christiano, pronosticava ayer, cuando entré en esta fusta, que havía de ver alguna cosa con que alguno recibiesse en su tristeza, según súpitamente y sin saber la causa porque lo hazía entre en ella. Porque es muy cierto que, dexada aparte la alegría que de ver a mi señora se le recrece, ninguna otra pudiera ver con que más descansara, señaladamente si es verdad que tus cuitas te fueren ir a los desiertos para hallar algún descanso, lo que puesto que por una parte me

pene por conocer por mis penas las tuyas, por otra me aconsuelo viendo que no so yo sólo el que las padezco.

–Si lo demás que en mi persona y facultad queda, virtuoso príncipe –dixo el Cavallero Triste–, fuere parte para te servir y procurar mayor consuelo, mándalo como mejor veas cumplirte, porque por lo que de ti he oído no dexaré de posponer el remedio de mis desseos por remediar los tuyos. Pues a ti pueden aprovechar trabajos y servicios en parte cierta y a mí no, pues se ha de alcançar por sola ventura, de la cual por agora me sobra muy poca.

Tan pagado quedó Zoradán de la graciosa respuesta del Cavallero Triste, que desseoso de ver y oír mucho más de sus cosas y saber algunas otras de los christianos, agradeciéndole lo que le ofreciera, le rogó que le otorgasse una cosa que le entendía pedir, con que no se le recreciendo mengua ni afrenta lo haría muy ledo.

–Escusado es para tan valeroso príncipe como tú eres –dixo el Cavallero Triste– de mandar a ningún cavallero, señaladamente estrangero de tu ley y provincia, cosa que te sea servicio con nignas salvas, pues a cualquier otro que de baxa guisa fuesse, no le dexaría de ser tachado si la pidiesse con daño o afrenta de aquel a quien se pide. Por ende, mira, esforçado príncipe, qué es tu voluntad que yo haga, porque por muy cierto puedes tener que no será menor la mía para lo cumplir.

Cuando Zoradán assí lo oyó hablar y que sin salva ni recelo se le ofreciera, no le pareciendo menos bien su razón que el esfuerço que tener mostrava, le rogó que passasse en su fusta y fuesse en su compañía hasta Tracemia, pues la distancia era breve y de cualquier peligro de su persona y de los suyos él lo assegurava tomándolo a su cargo, no solamente para estar ende todo el tiempo que quisiesse, pero que le alcançaría cédula de seguro del Gran Turco con que libremente pudiesse andar por su tierra y navegar por la mar sin recelo de todos los de su ley. Al cual el Cavallero Triste dixo que con tal palabra, haunque fuera fijo del emperador de Constantinopla, no dudaría de lo servir, quanto más siendo un cavallero que no alcançava más de un cavallo y armas. Dicho lo cual, como ya las fustas juntas estuviessen, con sola su espada que ceñida traía saltó en la de Zoradán, tan sin miedo como si fuera Florianteo de Bohemia, a quien había librado de los hombres del gigante Camelo en Denamarca.

Cuando Zoradán lo vido en su fusta, con tanta afición lo estuvo mirando, cuasi sin le poder hablar, que todos los suyos se marvaillavan de lo ver tan embevecido en aquello, que si fuera en las vista de su señora no lo pidiera estar más, pareciéndole todas las faciones del Cavallero Triste de tanta proporción que cuando se le otorgó le dixo:

—No sin causa, cavallero christiano, han dicho y dizen muchos que todos los sabios no pudieron jamás alcançar cuán grande es la sabiduría y poder de naturaleza, pues en sus tiempos no se mostró haver obrado cosa que semejante a tu persona pareciesse, porque no se pu<e>diessen alabar que no les quedava qué saber ni dessear para aquel efecto, porque si ellos verte pudieran no dudo yo que les fuera lícito escribir tan largamente de sus potencias quanto ella supiera y pudiera obrar. Porque, en fin, tengo para mí por muy cierto que en ti lo quiso mostrar todo, confiando que como en estos tiempos el exercicio de las letras que en los otros tan preciadas eran, sea ya en tan gran baxeza venido que ninguno alcança mayor sciencia de la que en la diferencia de los vestidos se precian de mostrar, pareciéndoles que en los levar menos cortos o muy largos consiste, ninguno trabajaría en lo querer saber ni escrevir. Por donde quedando ella muy docta maestra, no quedaría en escrito su sabiduría, pues si escrita quedara haviendo aparejo para ser de muchos alcançada, fuera como las otras sciencias y artes en menosprecio tenida.

No curando el Cavallero Triste de satisfazer al príncipe Zoradán lo que en loor de su persona dixera, puesto que de su razón quedasse contento, le dixo que recibía merced por le haver Dios traído a tiempo que servir lo pudiesse, a lo menos con tener el contentamiento que d'él mostrava, porque siendo su servicio por él recebido con tan buena voluntad, no podría hazer cosa que enojo le pudiesse acarrear. Y como Zoradán a maravilla se holgasse de praticar con él, por la razón que se vos ha dicho, al tiempo que navegavan la buelta de Tracemia le contó cuasi todas sus cuitas. Y finalmente le vino a dezir que la causa por la cual le havia rogado que con él fuesse era porque lo entendía levar al Gran Turco para que lo conociesse. Y que no sería menos que oyendo la infanta, su señora, la venida de un cavallero tan estraño, no quisiesse verlo con que alcançaría aquella vista por él sobre todas las otras cosas desseada. Aunque si fuera moro no tuviera tal atrevimiento, porque era cierto que sola la diversidad de las leyes, y no otra causa alguna, sería bastante a detener el coraçón de cualquier muger o donzella que él señalasse amar, que no le correspondiesse con doblado amor.

Mucho se holgó el Cavallero Triste de aquel recelo y no se dexara de reír d'ello si no lo impidiera conocer que en presencia de tan alto hombre no era permitido porque no lo juzgasse por vano. Y por ende le dixo que pues él se havia ofrecido de lo servir, podía tener por no menos cierto que no le sería en cosa desleal, porque no se le ascondía que todos los servicios, y tan grandes como se pudiesen considerar, si sola una centella

de deslealtad los acompañava, antes el que los había hecho merecería un muy riguroso castigo por aquello poco y malo que galardón por lo mucho y bueno.

Cuanto más Zoradán en razones entrava con el Cavallero Triste, tanto más se le acrecentava la voluntad de lo amar y honrar, porque vía claramente que ninguna cosa había en él que no fuesse en todos sus grados cumplida y perfeta. Y con aquel fundamento entendió de le preguntar todo lo que le ocurría para su mayor satisfacción, por donde le rogo primeramente que le dicesse su nombre.

–A mí –dixo el esforçado príncipe– dizen el Cavallero Triste, aunque para cumplir tu mandado siempre seré alegre.

–Nunca vi a hombre disformar más el nombre con su persona –dixo Zoradán– que a ti, virtuoso cavallero, pues a ninguno con tu vista puedes acarrear tristeza y a todos aunque no quieran los hazes alegres.

–Y aun por esso me es devido con gran razón esse nombre –dixo el Cavallero Triste–, pues alegrando a todos, como dixiste, a mí sólo entristezco, viendo que por causar essa alegría a los estraños causé para mí la tristeza que tengo, cuyo remedio voy por el mundo buscando. Y mira, esforçado príncipe, de qué cualidad es mi pena, que para hallarle el remedio que dixiste los que más en ello saben me han desengañado que no lo hallaré sino en regiones desiertas, adonde creo me aconsejan que vaya, porque despedaçadas las carnes d’este atribulado cuerpo por alguna fiera animalia se ponga fin a mi tormento y a esta fatigada vida, en la cual de cada hora no lo siento menor que si ya despedaçar me sintiesse, passando tan grandes penas como las que en aquel último punto dizen sentirse.

Y como diciendo aquellas palabras su lastimado corazón no pudiesse tener el esfuerço que para todas las otras afrentas le sobrava, no pudo dexar de señalar el desmayo que con ellas le sobrevino, de manera que sin lo poder resistir sus ojos començaron de derramar algunas lágrimas. Por donde Zoradán creyó que era gran verdad lo que al marinero oyera, y trabajó con otras razones bolver al Cavallero Triste en su primera alegría.

Cuando vino la hora del comer, Zoradán lo hizo seer a su mesa no creyendo hazerle en ello pequeña honra, tanto que sus criados se maravillaron cómo su señor, seyendo tan gran príncipe, a un enemigo de su ley, el cual dezía no posseer más de un cavallo, consigo lo hiziesse comer, porque según el orden de los turcos en aquello mostravan más honrar a los cavalleros que en cualquier otra cosa. Y después que entrambos hovieron hablado más que comido, según su verdadero manjar era platicar

las cosas de sus señoras, subieron a lo más alto de la fusta por ver la tierra a la costa de la cual ya se comenzava de descubrir la ciudad de Tracemia. Y vista por Zoradán comenzó de dezir:

–¡Quién se puede contigo igualar, o, triunfante Tracemia, teniendo en tu poder así las personas del Gran Turco, mi señor, y del esforçado príncipe Xarefín, su hijo, como la de aquella hermosa infanta y mi señora Abumena, cuya hermosura junto con la no menor gracia, las cuales ninguna de los d'estos tiempos pudo alcançar, son en ella tan clara como altamente conocidas, que puedes en los venideros poseer que no te quexes de tu gran soledad y notorio menoscabo! Pues mira que si lo has de perder no debes tener sobervia ni orgullo por la felicidad presente, porque si consideras lo que no te has de olvidar, ninguno deve tanto alegrarse del bien que posse que no se recele, si lo ha de perder, que en algún tiempo le ha de pesar, pues siempre es mayor el dolor que de la pérdida se espera que el plazer que de la possessión se alcança. Antes te devrías doler porque de ciudad triunfante te sobreverná nombre de huérfana, el cual no trae consigo menos aborrecimiento que antes de lo ser alteza y gloria. Por ende no desdeñes acogerme, porque cuando en el tiempo que dixes vinieres tengas quien de ti se conduela, lo que para los semejantes no es pequeño consuelo.

Y bolviéndose al Cavallero Triste, dixo:

–¡O, cavallero cristiano, que te querría dezir y no sé qué! Pues cuanto más adonde desseo nos acercamos, tanto más se me enflaquece el coraçón, considerando que, deviéndome alegrar con la esperança y aparejo que conmigo llevo para ver mi señora, el temor de verla me turba de tal manera mis sentidos que no sé cómo digo cosa con orden ni menos la fago. Porque si éste como otros males fuesse que con ver la cosa desseada se hallasse algún remedio, podría en alguna manera çufrirme, pero como mis desseos otra cosa no desseen sino ver aquella hermosa infanta, y cuando se me otorga verla no puedo, porque mi esfuerço no alcança tanta fuerça, no sé qué remedio pedir pueda ni menos dessear, pues en lugar de sentir alivio se me acrecienta la pena.

–Pues ¿sabes, esforçado príncipe –dixo el Cavallero Triste–, que la primera regla que los que al amor son sujetos han de guardar es de se no regir por orden ni razón? ¿Cómo quieres tú llamarte suyo sin quererlo perder? Ni menos creas que se instituyó sino para tu mayor provecho y mío y de aquellos que de su orden somos, porque luego no enloqueciésemos viendo tantas contrariedades de desperanças y remedios y ninguno verdadero, tantas cuitas y quejas no sin tormentos y penas, tantas passiones y engaños causadas de mil pensamientos y recelos, ofreciéndose nos tantas satisfaciones y

seguridades como a los que en aquella tempestosa e inquieta mar navegamos, se nos ofrecen. Las cuales, si nuestro juicio alcançasse, por mejor remedio terníamos, antes de llegar a aquella edad en la cual a sentirse comienza, ir a los desiertos que dixe que esperar la caída en esta red, en la cual, después de enlazados, por menor mal tenemos la muerte, pues por el más pequeño de los favores que recibir creemos, aventuramos fuera de todo tiempo y sazón la vida, con que más claro se parece carecer de entendimiento. Pues por una parte desseamos alcançar lo que cumple para el fin de nuestra bienaventurança y por otra perder la vida que dixe, con la cual juntamente se pierde la esperança de venir al fin desseado, por donde se puede claramente averiguar que por el común provecho quitó el amor la razón y orden a los suyos por no les causar en paga de sus afanados servicios muy presta muerte.

–Si te no tuviesse, virtuoso cavallero, por tan entendido en esta sciencia –dixo Zoradán–, no podría creer que no fuesse peor quedar con la vida que darle fin por no passar por todos los contrarios que dixiste, sin otros muchos que se pudieran particularizar. Pero viendo que como previsto y experimentado te arrimas a lo más seguro siguiendo tu parecer, determino de me esforçar lo mejor que se me otorgare a sostener la vida. Pues aunque trabajos y afanes se me ofrezcan, no pueden igualar a la pérdida de la esperança que se causaría de aquella gloria que en algún tiempo podrá ser, que la fortuna, cansada de me enojar, me otorgasse, pues en ninguno de los contrarios tiene firmeza.

Y como en aquel tiempo ya fuessen llegados cerca del puerto de aquella gran ciudad, siendo aún de día, Zoradán tuvo por bien atender la noche porque de ninguno fuessen vistos, mandado a su mayordomo y camarero que con el batel desembarcassen, assí como lo hizieron, para ir a adereçar lo que convernía en las casas de Zoradán. Las cuales tenía cerca de los palacios del Gran Turco, el cual ya sabía que Zoradán no estava ende sino por servir a la infanta, su hija, de que no le pesava por ser señor de muchas provincias, según se vos dixo. Al cual Abumena no mostrava amar aunque era tan alto príncipe y gentil cavallero, lo que causava que anduviesse tan cuitado como publicava.

Después de haver anochecido, a la hora que a Zoradán plugo, todos los de la fusta del Cavallero Triste, sino dos marineros que dexaron para la guarda d'ella, desembarcaron juntamente con su señor, el cual no se olvidó l'arquilla ni menos su cavallo y armas, con los palafrenes de su compañía, puesto que ya les tuviessen otros a la orilla del agua, en los cuales cavalgaron para ir a su posada porque se no cansassen,

según había gran trecho dende el puerto a los palacios. En el cual se detuvieron tanto que al Cavallero Triste, aunque había visto grandes ciudades y señaladamente la de Constantinopla, pareció que les duró más de una hora en passarlo. Y al tiempo que descavalgaron ya fallaron muchos donzeles que en el patín los atendían con hachas encendidas, tan maravillados en ver aquellos christianos, pero sobre todos a Valerián y Dromisto, que no podían creer que dos obras, la una tan perfeta y la otra tan monstruosa, hoviessen sido jamás obradas por natura en un mesmo tiempo y que se les otorgasse de las ver juntas.

Después que hovieron a su guisa cenado, despidiéndose el uno del otro hasta la mañana, Zoradán levó a un aposento muy rico al Cavallero Triste hasta la puerta del cual lo acompañó por lo más honrar. Y a todos los marineros que en su fusta venían hizo otrosí aposentar, dándoles todo lo que menester habían tan cumplidamente que ellos no dexaran aquella vida si la tuvieran por cierta por bolver a la primera.

Y cuando Valerián se vido en su cámara, antes de acostarse quiso ver a su señora en el libro. La cual vido que dormía muy quietamente, no dexando de recibir igual descanso de aquel reposo que en aquella sazón conocía tener su señora, con el cual se adurmió tan sin recelo como si se hallara en casa del rey, su padre, puesto que no estava sino entre los mayores enemigos de su fe, fiando de aquel príncipe cuya palabra, aunque de infiel, jamás fue por su sabiduría ni voluntad quebrantada.

¶Capítulo xliij. De cómo el Cavallero Triste en compañía del príncipe de Antiochía fue a los palacios del Gran Turco por le ver y a sus hijos, y de lo que con todos passó.

Antes que el Cavallero Triste se levantasse, aunque no fue gran pieça después de salido el Sol, por razón que sus continuas cuitas no le consentían reposadamente dormir, el príncipe de Antiochía, teniendo cuidado de cobrar el seguro que le dixera, se levantó y con muy poca compañía fue a los palacios del Gran Turco. El cual, sabida por un donzel su venida, lo mandó entrar en su aposento, porque igualmente lo tratava con el príncipe Xarefín, si hijo, por saber qué fechos eran tan importantes los que traía tan de mañana. Y después que Zoradán le huvo hecho su acostumbra<do>da mesura, le dixo:

–Si de contarte hoviesse, poderoso señor, lo que ayer vide en un cavallero christiano y después con él platiqué, jamás creo que lo podría acabar, según su apostura y discreción exceden a todo humano pensamiento y consideración, de las cuales quedé tan pagado quanto tengo por cierto que tú lo serás en el punto que lo vieres. Y porque verlo se te otorgasse le rogué que en mi compañía viniesse ante la tu alta presencia, ofreciéndole para su persona y los que con él venían cumplido seguro. El cual, no dudando más mi palabra que si fuera la tuya, entró en mi fusta y se vino conmigo con menos recelo que si ésta tu gran ciudad de los de su ley señoreada fuera. Por donde, señor, te suplico, assí porque gozes de aquello que sin verlo es ultra possible como el de lo que por mí en tu nombre le fue prometido, que seas servido de me lo otorgar para mi mayor satisfacción. Pues él con muy poco cuidado d’esto queda en mi casa durmiendo a su sabor.

–Maravillado estoy de ti, Zoradán –dixo el Gran Turco–, que por tan poca cosa ayas gastado tantas palabras, pudiendo según te amo y aprecio hazer de mi señorío igualmente con Xarefin lo que fuere tu voluntad, quanto más en lo que pides, pues haviéndose fiado esse christiano en mi palabra, es mucha razón que le sea tan firmemente guardada, quanto tú y él la supiéredes estender e interpretar.

Fue tan grande la alegría de Zoradán, viendo cuán cumplidamente se lo había otorgado, que assí se le humilló y le hizo tantas gracias por ello como si a su hija, la infanta, le hoviesse prometido para su descanso. Y demás le dixo que si sería d’ello servido lo haría venir ende después de medio día, porque viesse y después juzgasse si en cosa de las que le dixera había recebido algún engaño. Al cual el Gran Turco dixo que fiziesse su voluntad, pues no dexaría de se holgar en verlo, pero no menos se holgaría en saber a qué iva él por la mar al tiempo que lo halló. Por donde conociendo Zoradán que de lo no detardar se le seguiría doblado servido, se lo contó todo sin dexar cosa ni menos de exprimir la causa porque había fletado la fusta, con que mucho mostró el Gran Turco holgarse.

Dicho lo cual Zoradán despedido d’él bolvió a su casa a tiempo que el Cavallero Triste, haviendo por él preguntado, lo atendía vestido de muy ricos paños. Al cual quando Zoradán vido no menos se maravilló que si fuera la primera vez que lo viera, por donde le dixo:

–Ya no sé qué diga, Cavallero Triste, sino que creo que has tenido por bien de tomar este trabajo de andar por el mundo para que todos se alegren de te ver, pues si no

lo hiziesses no podrías dexar de te mostrar desagradecido a los dioses, que para dechado de sus potencias tan cumplido y perfecto quisieron hazerte.

Al cual el Cavallero Triste se humilló no curando de le responder más de preguntarle de dónde venía tan de mañana.

–Vengo de alcançar el seguro que te dixes del Gran Turco, mi señor –dixo Zoradán–, el cual ya tienes tan cumplido quanto a mí que soy de su ley y para su servicio nacido me pudiera otorgar. Y más te digo, que no atiende con menos desseo tu vista que yo la de la infanta, mi señora.

–Pues yo no so aquí venido para más de te servir –dixo el Cavallero Triste–, ordénalo como mejor vieres que se pueda cumplir, porque en lo poner en efecto no se detarde sólo un punto mi desseo.

Al cual Zoradán lo agradeció con mucha humildad, holgando tanto de su graciosa platica que jamás cessava de le preguntar diversidad de cosas, porque el silencio no la interrumpiesse, respondiendo a las cuales passaron hasta la hora del comer. Después del cual, a la sazón que convenía, Zoradán, cubierto de una muy rica ropa, se fue con sólo el Cavallero Triste y sus criados y entre los otros Dromisto, porque en entrambos viessen dos tan diferentes estremos, a los palacios del Gran Turco. Al cual hallaron que con Xarefín y Abumena y otros muchos cavalleros los atendían en una muy rica cuadra. Y llegados ante aquel sobervio infiel, Zoradán con el Cavallero Triste se hincaron de rodillas por le querer besar el pie en señal de humilde mesura. A los cuales mandó luego levantar, no le pareciendo que quanto Zoradán le havia dicho igualava con gran parte a lo que él en tan breve tiempo pudo ver. Pero fueron tan pagados assí Xarefín como la infanta Abumena al tiempo que lo vieron, que no parecía que tomavan sabor en más de mirarlo, tanto qu’el Cavallero Triste no tenía d’ello menos vergüença que Zoradán embidia, viendo que la infanta después que allí entrara jamás havia de aquel cavallero sus ojos partido.

Por donde conociendo el Cavallero Triste que con hablar al Gran Turco se interrompería aquel exercicio que a Zoradán fatigava, le dixo:

–Aunque la salida que de mi tierra hize, poderoso señor, junto con los peligros y trabajos que hasta aquí me ha convenido passar, no aprovecharan para más de serme otorgado ver las personas tuya y d’estos altos príncipes, tus hijos, juntamente con lo que por este esforçado Zoradán he podido saber de tu alto estado, es para mí tan sobrada satisfacción que conosco ser deudor de tanto, que para lo servir y compensar mis fuerças son tan pequeñas como grande la merced que d’ello se me ha recrecido. Por donde doy

muchas gracias a Dios, Nuestro Señor, que me ha traído en esta tu casa, adonde quedar pudiesse para siempre satisfecho de aquel gran desseo que todos los hombres de ver y saber naturalmente tenemos, y otrosí a este esforçado príncipe Zoradán por haver sido el medio y causa para que lo yo alcançasse, de que conozco quedarte en tan gran obligación y deuda, que para compensarte alguna parte d'ella solamente entiendo ofrecerte la voluntad y desseos que de te servir tengo, pues no dexan de les igualar tanto como las fuerças carecer del poder que para lo poner en efecto tener devrían.

Con tanta atención y plazer oían todos aquellos infieles lo que el Cavallero Triste dezía, cuasi forçados de la gracia con que lo hablava, que ninguno tenía atrevimiento de le responder, pareciéndoles que a palabras tan bien y graciosamente dichas no se podía devidamente satisfazer. Pero como aquel mayor de nuestra enemigo conociesse que no era devido dexar de agradecerle su ofrecimiento tan cumplido, le dixo que folgava mucho de su venida en aquella tierra, adonde podía ser cierto que assí por respecto del príncipe de Antiochía, a quien no amava menos que a cualquier de sus hijos, que lo havía ende traído, como por lo que su persona y la voluntad que ofreciera señalavan merecer, no embargante que de su ley no fuesse, la hallaría en él para lo honrar y complazer en igual grado del desseo que dixera tener para servirlo.

No fueron perezosos assí el Cavallero Triste como el príncipe de Antiochía, pues a entrambos se hazía aquella honra, de se humillar al Gran Turco de manera que conociesse que no dexavan de sentir la honra y merced tan grandes que de sus palabras se les recrecía. Después de aquello, pareciendo a Xarefin que cualquier honra y buen acogimiento que a aquel cavallero hiziesse no dexaría de fallar el devido lugar, se llegó a él y tomándolo por la mano le dixo que puesto que el Gran Turco, su señor, siendo el que a ver y conocer era venido, fuesse el deudor para se lo satisfazer, él por su parte no quería quedar sin la misma deuda, pues del plazer de su venida no le havía cabido a él la menor. Al cual, haziendo el Cavallero Triste no menor mesura que a su padre, dixo que él conocía recibir de aquello que por su parte se le dixera tan grande honra y merced, que no le penava sino porque haviendo ofrecido al GranTurco, su señor y padre, todo lo que se le otorgava, ya no le quedava que le ofrecer pudiesse. Pero considerando que no se podía hazer al uno ningún servicio que al otro no le cupiesse igual parte, de nuevo le ofrecía su persona y vida para la aventurar a doquier que le llegasse su mandado, con la misma voluntad que antes dixera.

En todo aquel tiempo que el Cavallero Triste assí con el Gran Turco como con su hijo estuvo hablando, los ojos de Zoradán, esforçados del consejo de su buen amigo

el Cavallero Triste, no dexaron de mirar a su señora con tanta firmeza como si ya hoviera perdido del todo el temor y recelo que antes de aquello tenía, y tanto, que de sí mesmo se maravillava, considerando que hasta entonces aún no tuviera atrevimiento de alçar sus ojos a la parte que ella estava. Y como de mirarla tan grande como nuevo gozo se le recreciesse, no dexava de culparse de su poco esfuerço passado, haziendo gracias a su buen amigo por se lo haver fecho cobrar con lo que le dixera. Y como aquella plática alguna pieça durasse, no pudo escusarse que los ojos de la infanta con los suyos no se encontrassen cuando a la parte de Zoradán los bolví, por donde dobladamente gozava conociendo que no solamente se le otorgava ver a su señora, porque siendo por ella visto no dexava de conocer la afición con que la mirava.

Acabada la plática de Xarefín con el Cavallero Triste, assí como lo tenía por la mano lo llevó adonde la infanta, su hermana, con muchas dueñas y donzellas tan estraña como ricamente vestidas estava. La cual no recibió de aquella venida pequeño plazer, porque en el instante que al Cavallero Triste vido, tanto se alegraron sus ojos, que llevando aquellas nuevas de alegría a su corazón, abrió de tal manera las puertas de la voluntad que no fue pequeño el tiempo que passó. En el cual jamás se hallaron ni menos se procuraron fuerças, ni medio para lo lançar dende después que lo acogieron, considerando que de lo tener allí cerrado se les recrecía tanta alegría y gozo, como temían que salido sentirían soledad y pena. Y puesto que Zoradán juntamente con ellos fuesse y de muy más cerca se le otorgasse gozar de la vista de su señora, como vía que jamás sus ojos se cansavan de mirar al Cavallero Triste, no podía con aquel recelo e imbidia recibir el gozo tan cumplido como se le ofrecía, tanto que aunque no conocía en el Cavallero más señorío del cavallo y armas que dixera, no dexara él de muy buena voluntad de trocarlas por su estado, si en las personas y voluntades lo mesmo hazer se pudiera.

Llegado el Cavallero Triste ante aquella hermosa infanta, pareciéndole tan bien como cualquier otra que después de su señora huviesse visto, no dexando de le hazer muy humilde medida, le dixo:

–Aunque con lo que al muy poderoso señor y tu padre dixere, o, hermosa infanta, se haya comprendido todo lo que a ti podría dezir y ofrecer agora que de tan cerca veo, puesto que de cualquier parte no se asconda, la estremada hermosura, de la cual quiso dotarte aquél que lo hazer pudo. Pues sola mereces, allende de tu alto estado, por esto segundo ser servida e a quien muy grandes gracias hazer deven todos lo que de ver te han sido dichosos. Digo que por te poder servir esta tan crecida merced que de tu

vista se me recrece, pues es la mayor que se me hazer podría, puesto que para la alcançar me falte merecimiento en lo que por ti me fuere mandado y conociere poderte servir, jamás mi desseo y voluntad sentirán cansancio ni temerán los peligros que se les podrían por ello ofrecer, assí como no lo sentirían los d'este alto príncipe y esforçado cavallero Zoradán, a quien sólo la fortuna otorgó la bienaventurança que de ser tu cavallero y servidor, y según se ve no para otra cosa nacido, se podía alcançar.

Muy leda fuera aquella graciosa infanta de la razón del Cavallero Triste si en el fin d'ella no lo dañara con mostrar que por Zoradán hablara, con el cual no dexava de tener gran discordia, pues de aquellas palabras solamente contentava el principio y a Zoradán el fin, el cual por razón d'ellas mucho más preció al Cavallero Triste conociendo que havía con muy gran cumplimiento mostrado la lealtad que tenerle prometiera. Pero considerando la infanta que no era por aquello razón de le dexar de agradecer lo que le ofreciera, le dixo:

–Por no saber yo de tu estado, cavallero christiano, más de lo que por ti se ha declarado, no ternás razón de te quejar si por mí no se te haze más de aquella honra que tu sola persona merecer señala, pues la ignorancia en este caso a todos los que lo ignoramos nos quita de culpa. Pero porque no sería mesura que la gran voluntad que para lo que a mí ocurriere dixite tener, que de fin la satisfacción que a las donzellas de la guisa que yo soy pertenece otorgar, assí mismo digo que porque no puedas en ningún tiempo dezir que las que fuera de tu ley somos carecemos de agradecimiento, no hallarás en mi menor voluntad para te lo galardonar que la que tu dizes tener para me servir, dexando aparte lo que a esse esforçado príncipe yo devo, a quien por el valor de su persona y estado mis fuerças son tan pequeñas como el atrevimiento sería grande para lo osar satisfazer conforme a su grande merecimiento.

No pudieron dexar de quedar satisfechos los dos cavalleros de la graciosa respuesta de aquella hermosa infanta, pues no se olvidó de dar a cada uno lo que le convenía. Por donde no menos se le humillaron que al Gran Turco, su padre, diziéndole que no les quedava otro desseo sino de le besar sus hermosas manos por la merced sin medida que a entrambos fiziera. Pero como la infanta mucho más desseasse ver y saber del Cavallero Triste, al cual su corazón ya començava de sujetarse, y por ende recibiendo gran descanso en lo ver tan cerca de sí por lo no perder tan presto, le preguntó de qué tierra era y por qué causa era ende venido, e si conocía algunas donzellas christianas de alta guisa que fuessen hermosas y cuál d'ellas lo era más, y otras cosas con las cuales le dio tanto fundamento para hablar y de tener la plática,

según a cada una de las preguntas había de responder por su debido orden, que ya era tarde y aún no era a lo medio de lo que dezir convenía para no dexar alguna d'ellas sin satisfacción.

Y puesto que todo aquel tiempo huviessen estado sin sentarse, ninguna pena sintieron, porque siendo por la infanta oído con la voluntad que podéis considerar y holgándose Xarefín con oír lo que jamás oyera. Y el Cavallero Triste por servir en aquella detención a Zoradán, el cual no se ha de creer que más largo se le fiziesse, no se cansaron como no se cansarán jamás de oírlo, según la gracia con que lo dezía y las causas que para que ninguno se cansasse había. Y porque no se pudo por entonces satisfacer a todo, quedaron que esse otro día viniessen ende para acabar lo de oír, pero antes de despedirse señalaron a Dromisto que viniesse a la infanta porque lo quería ver. El cual, passando por ante la silla del Gran Turco, no se descuidó de le hazer la medida que pudo ni menos al tiempo que llegó adonde era la infanta, por donde no fue menos mirada de todos su pequeña estatura que la apostura de su señor codiciada. Y como por mandado d'ella fuesse ende venido, le dixo:

–Por cierto, amigo, ninguno creo que ha de dudar que tu señor quiera ni ose sin tu compañía ir a ninguna parte, assí porque junto a tu persona parezca mejor la suya, como porque si le quisiessen hazer alguna fuerça el temor de tu grandeza y fuerças les ponga freno e impedimento para que acometer no lo osen.

–Si para responderte, muy alta infanta, se me otorga por ti la licencia que me falta –dixo el enano–, ni tú quedarás sin saber lo que pides ni yo sin satisfacción por lo que a mi honra se deve.

–De muy poco corazón mostraría yo ser –dixo la infanta– si haviéndote acometido esperar no osasse los duros golpes de tus respuestas. Por ende di lo que quisieres, pues en presencia de tantos y tales príncipes y cavalleros he de temer que se me haga fuerça ni agravio que no sea como para mi honra conviene satisfecho.

–Pues tanta libertad y merced por ti, muy hermosa infanta, se me otorga –dixo Dromisto–, y con ella y tu favor no temiendo las fuerças d'estos valerosos cavalleros de todo el Universo, digo que la causa porque mi señor me manda ir consigo no es porque de mi disminución y fealdad su valerosa persona reciba acrecentamiento ni mayor apostura, ni de la poquedad de mis flacas fuerças su generoso corazón esfuerço, sino porque sientan todos los cavalleros que de valerosos y apuestos se precian, que ante la su proporcionada persona ninguno hay más que yo parezca ni sea valeroso y apuesto ni las mugeres y donzellas hermosas, pues en todo sobra él a todos tanto quanto a mí me

falta. Y aunque esto que digo no haya lugar en esta casa por tu grande hermosura y el valor y apostura d'estos altos príncipes, en muchas havemos llegado que los que se atrevían a igualarle aún más baxos que yo quedavan, conociendo por fuerça lo que yo hago a Dios gracias que me dexa conocer de grado. Pero si por lo que tengo dicho en algo he excedido los límites de mi licencia, por donde pena y castigo merezca, porque no quede yo menos castigado que tú, graciosa infanta, satisfecha, dende agora te digo que puesto que para ninguna cosa hasta aquí haya desseado ser grande, para esto lo querría ser, solamente porque en mi persona se hallassen mayores partes, en que la saña, que por razón de mi atrevimiento se te podría haver causado, pudiesse ser essecutada, pues en las que agora tengo no sería mucho lo que se podría emplear.

–Jamás creyera si lo no huviesse visto –dixo la infanta– que en tan poca cosa como tú pareces tan gran discreción y cordura cupiessen, porque no alcançava yo que tu seso e juicio en tanto grado sobrepujassen las faciones de tu persona. Pero pues para lo que tu dixiste y más dezir pudieras por mí se te dio causa e licencia, dende agora te perdono cualquier excesso que de tu respuesta se pudiera notar. Y aunque no la diera, pues con tan pequeño prejuizio se ha visto que tu señor, siendo tan cumplido como vemos, no havía de traer consigo cosa tan inutil que del todo no pudiesse d'ella aprovecharse. Y pues de tus razones y persona no puede causarse ni sospechar manzilla en la honra de ninguna muger ni donzella, yo te ruego, si tu señor que lo contradezir puede no lo impide, que las horas que de tu servicio te hallares desocupado vengas a mi aposento. Porque haviéndote hallado en las cosas que por tu señor han passado e visto las tierras que ha andado, y lo que en cada parte era de ver, pues no careces de la gracia que para las contar se requiere, mucho holgaré de saberlas de ti, de quien más largamente y con no menor sosiego podré oírlas. Pues allende que de nuestro natural todas las donzellas nos holgamos con oír cosas nuevas. Las que tú has contarme no podrán sino ser muy aplazibles, assí por su diversidad como por su estrañeza, las cuales el plazer de oírlas en grande grado acrecientan.

A la cual el Cavallero Triste dixo que, pues de su persona e vida podía disponer a toda su voluntad, no se havía de interromper el desseo de servirla por razón de su enano, el cual no haría más de lo que por ella le havía sido mandado, lo que por mayor satisfacción de aquella hermosa infanta prometió de cumplir sin faltar día. Dicho aquello, viendo que ya era muy tarde, se acabaron de despedir quedando Abumena con tanta soledad, después de partido el Cavallero Triste, cuanta d'ella levava el príncipe de Antiochía. El cual no hallava el camino para partirse de aquel lugar en que su coraçón

havía hallado muy grande descanso, puesto que no sin compañía del recelo que tenía, viendo cuánto se mostrava holgar su señora con ver y hablar al Cavallero Triste. El cual y Zoradán, después de se haver despedido del Gran Turco, acompañados hasta las escaleras del príncipe Xarefín, fueron a su posada con diversos pensamientos, el uno de se partir muy cedo por no recibir favores de aquellos infieles y señaladamente de la infanta, pues aunque fuera christiana los dexara de aborrecer, y el otro con desseo que a él se hiziessen, no pudiendo creer que se pudiesse alcançar igual bienaventurança.

Y después que huvieron cenado y hablado en diversas cosas, pero sobre todas en las gracias de Abumena, las cuales por Zoradán fueron en el supremo grado enalçadas, se retraxeron cada uno a su aposento, en el cual el Cavallero Triste una pieça pudo gozar de ver a su señora, suplicándola que por su tardança le perdonasse, pues todo aquello se havía de cumplir antes de venir al fin por entrambos desseado.

Otro día, por traer a efecto lo que assentaron, bolvieron a los palacios y no hallaron al Gran Turco en aquella pieça que se vos dixo, porque en otra entendía en librar algunos fechos que a pedirle venían, sino a Xarefín y Abumena que los ya atendía. Y por oír lo que quedava con mayor sabor, se sentaron sobre unas alhombros de seda, adonde toda aquella tarde estuvieron a gran vicio oyendo hablar al Cavallero Triste de las cosas y muchas otras que por la infanta se le havían preguntado. La cual no podía encubrir tanto el ravisoso fuego que le ya començava de abrasar las entrañas, que no lo mostrasse con tener los ojos tan puestos en el Cavallero Triste, que puesto que cuando hablava se pudiesse presumir que lo hazía por estar atenta, no dexava de conocerse que con mayor trabajo los abaxava cuando aquella causa cessava.

De que Zoradán no sentía tan poca pena que no sobrasse al deleite que en verse tan junto a su señora con facultad de la mirar a su sabor recibía. Ayudando a ello considerar que siendo aquella infanta la más retraída donzella de las de su estado, y tanto que a las vezes passavan cuatro meses que no le era otorgado verla, y que por su parte se havían procurado causas para que ende bolviessen aquel día, no podía proceder sino del contentamiento que del Cavallero Triste tenía. Por donde si no fuera la confiança de la lealtad que en él conociera, assí por lo que el precedente día dixo a la infanta en su presencia, como por parecerle que no la preciava más que si fuera otra muger de menos valor y hermosura de que mucho se maravillava, sin comparación fuera mayor su tormento. Pero con el descanso que en seer junto a la infanta sentía, çufriase lo mejor que se le otorgava sin saber determinar cuál fuesse mejor, o venir ende por ver a su señora en quien conocía más afición contra el Cavallero Triste, o dexar de verla y

passar aquella soledad y tristeza que de su ausencia sentía. Las cuales, no le dexando hallar lugar con que se en algo aliviassen en la estrechura de la tierra, le fizieron entrar en la mar por provar si en su hondura y latitud lo hallarían.

Y cuando fue hora de bolver a su posada, se bolvieron, no trayendo Zoradán menores pensamientos que el día antes ni dexando a la infanta Abumena tan agena d'ellos que no la forçassen dezir al Cavallero Triste que mandasse cumplir a su enano lo que havia prometido, assí como lo fizo los más días que ende estuvieron que no fueron pocos, padeciendo el príncipe de Antiochía con aquella hermosa infanta cuasi iguales cuitas aunque muy diversas, haziéndoles compañía el Cavallero Triste con las que por su señora padecía. La vista de la cual en su libro no le acarreava menor deleite que la suya a la infanta Abumena y la de aquella graciosa infanta a Zoradán. Por donde se çufrían cada uno con la esperança que se las hazía sostener.

De aquella manera quedó el Cavallero Triste por algún tiempo en aquella ciudad, engañando a la infanta Abumena y ella a Zoradán, hasta que se siguió lo que adelante se dirá.

¶Capít[ulo] xliij. De cómo andando Diliarda con sus cormanos por el reino de Thesalia encontraron con un cavallero con el cual tuvieron gran práctica, y dándoseles a conocer supieron que era el rey Pasmerindo de Ungría.

La donzella Diliarda, cuyo devido título era princesa de Lidia, después que con sus cormanos partió de Costantinopla, con no menos alegría de ver acabada su demanda que desseo de la cobrança de su reino, tanto continuó sus jornadas que en breves días se halló en el reino de Thesalia. A la entrada del cual supo cómo la reina Laurela lo havia cobrado por medio de un cavallero que havia muerto a Dandalio, el cual la tenía cercada al tiempo que passavan para Costantinopla. Y después de algunos días que seguían su camino, siendo ya cerca de la tarde, vieron contra sí venir un cavallero a quien un donzel levava el yelmo y la lança. Y al tiempo que juntó con ellos, los saludó sin esperar que lo ellos hiziessen. Al cual otrosí saludaron con mucha humildad, pareciéndoles cavallero que lo merecía. Y preguntándoles que por cortesía le dixessen quién eran e adónde ivan. Sedanel le dixo que ellos eran del reino de Lidia y que por buscar un cavallero que diesse cima en una demanda muy estraña que levaran,

havían ido por muchas provincias, assí de moros como de christianos, y que después de mucho tiempo su dicha los havia levado en Costantinopla adonde lo hallaron. Y pues ya eran de aquel afán librados, bolvían a su tierra por ver si podrían tener la mesma dicha.

–Dios lo haga como lo desseáis –dixo el cavallero–, pues, según los trabajos dezís haver passado, grande agravio se vos faría que no alcançássedes el descanso y galardón que después de passados se espera.

–Assí lo faga como vós, virtuoso cavallero, lo dezís –dixo Sedanel–, porque en verdad lo havemos muy bien lazerado.

–Pues no vos queda mucho por andar –dixo el cavallero– para llegar a un castillo adonde seréis bien acogidos, muy gran merced me haríades en dezirme qué demanda era la que levávades y quién fue el cavallero que le dio cima.

–La demanda, virtuoso cavallero –dixo Sedanel–, yo vos la diré pues fue cosa que la alcançé, aunque del cavallero ninguno de los que aquí somos vos sabría dezir quién sea ni cómo se llama, salvo que es el más apuesto y hermoso cavallero y de buenas maneras cumplido de cuantos se podrían hallar. Y otrosí que no es griego sino estrangero de aquel imperio, porque el día que nosotros partimos de Costantinopla havia él de embarcarse por la mar para ir en otra demanda.

E dicho aquello le contó todo lo que havéis oído sin dexar cosa, por donde, oyéndolo el cavallero, buena pieça estuvo pensando quién podría ser el que en tan estraña aventura huviesse dado cima. Y puesto que por una parte pensasse en el príncipe Valerián, por lo que de la apostura d’él se dixera, por otra tenía por cuasi impossible que en aquella sazón se hallasse en Costantinopla, pues para ser salido del reino de Denamarca, aún no havia tenido tiempo. Y por ende, dixo a Sedanel:

–Por cierto, virtuoso cavallero, aunque de grandes afanes y trabajos fuiste librados, por donde devéis ser muy ledos, más lo devió ser el que vos libró, pues, allende de haver alcançado nombre del más leal cavallero de los de su tiempo, ganó el libro que dixistes, con el cual sin trabajo se alcançan los secretos que nosotros no sin afanes y peligros trabajamos de saber y alcançar. E si yo tan dichoso fuera que pudiera ser certificado de una cosa que voy buscando, no andaría como vós por unas partes y otras preguntando por ella, y por mi desdicha no sabiendo más oy que el primer día.

–Saber querría si vos pluguiere qué es lo que vós, esforçado cavallero, vais buscando –dixo Sedanel–. Porque ya podría ser que haviendo andado nosotros por tantas e tan diversas provincias, por las cuales muchas cosas havemos oído dezir, vos

supiésemos dar alguna razón d'ello. Por donde nos terníamos por no menos dichosos si por nuestro aviso vuestros afanes y trabajos cessassen.

–Bien lo creo yo, virtuoso cavallero –dixo el que antes le hablara–, porque vosotros parecéis e sois tales, que sabiéndolo no me lo dexaríades de dezir, pues de mi fatiga no se vos podría seguir descanso ni provecho, pero pues en dezirvos lo no se puede perder más de vós de tener algún tanto por mi causa. Sabed que lo que yo saber desseo es en qué parte se falla la princesa Flerisena, hija del emperador Nestarcio, la cual fue levada por una dueña muy sabia en las artes.

–A Dios merced –dixo Sedanel–, que no sois vós sólo el que va en essa demanda ni parecéis el peor de los que saber lo procuran, señaladamente que muy pocos o ninguno van en ella que no sean cavalleros, assí de muy alto fecho d'armas como deudos d'essa princesa y amigos de sus padres, de los cuales por razón no se ha de hallar quién sea de poco valor.

–A las vezes el desseo de más valer –dixo el cavallero– o de poder ganar alguna honra y prez, haze a los cavalleros aunque sean de baxa guisa tan orgullosos, que les causa, pospuesto cualquier temor y peligro, emprender fechos d'esta o mayor cualidad. Porque saliendo con ellos ganan no solamente la honra y prez que dixe, pero juntamente immortal y gloriosa fama. E si no salen con su intención consuélanse con otros muchos, que yendo en la mesma demanda no se les otorgó la gloria d'ella. E si acaso en seguirla mueren, pagando la deuda que deven, dexan al mundo obligado para que no pierda de aquella honrada muerte la devida memoria. Pues se causó por tal causa que aunque no quiera la ha de sostener para conservación de su valor y estima, porque si de los cavalleros que en los tiempos passados grandes hazañas fizieron no la huviesse, los presentes no teniendo a quien imitar, pues sobrepujarlos nuestra fuerças ya no lo alcançan, preciando más el ocio e otros vicios que en nosotros son más de tachar que en los de cualquier otro estado, que ir a buscar los peligros para que criados fueron, cierto es que dexarían de seguir lo que sus predecesores executaron. Por donde, viniéndose a perder la memoria de los primeros y el exercicio de los que oy biven, quedaría el mundo tan menoscabado que assí como agora todas las cosas a la honra posponemos, entonces por la menor d'ellas holgaríamos de perderla, por no quedar en él cosa para la cual la huviessemos de conservar sino menospreciarla, pues a ninguno es oculta su falsedad y a todos manifiestos sus engaños.

–No hay quien a tan biva y cuerda razón responder pueda –dixo Sedanel–, pero todavía afirmo que puesto que nunca huviera memoria de los passados, aquellos que

para tan altas empresas alcançan corazón y esfuerço, no dexarían de obrar lo que los primeros obraron, pues no menos que ellos dessearían favorecer al mundo, porque en él bivieron dexando de sus vidas e hazañas cuasi perpetua e gloriosa fama, assí como los primeros sin tener exemplar ni dechado por donde regir se pudiesen.

–Vós dezís muy gran verdad –dixo el cavallero–, que algunos hay en este siglo o a lo menos los deve haver que, puesto que nunca los combidará essa provecha embidia o imitación, combidados de su propia virtud y orgullo, con el desseo de dexar de sí aquella fama que del tiempo y de nuestras muertes triumphá, no dexarían de hazerlo. Pues de los actos virtuosos y honrados fines se nos sigue más larga vida, con la fama que siempre la rebiva y sostiene, que aquella en que se obran, la cual con razón es acompañada a un tan breve sueño que, de lo que en él se nos representa, aún no querríamos acordarnos, por no exercitar nuestro pensamiento en cosas, como aquella, vanas. Pues con mis importunidades vos he detenido tanto, mejor será bolver con vosotros al castillo que dixes, porque, allende que en alguna manera cumpliré con lo que a vuestra medida y voluntad dever conozco, haré mi provecho alvergando en poblado, el cual no creo que se me ofrecería antes que anocheciesse.

–Si no fuesse por la última causa que dixistes, virtuoso cavallero –dixo Sedanel–, y otrosí por gozar esta noche de vuestra honrada compañía, no vos lo çufriríamos, porque tan buen cavallero como vós no es razón que a nadie la haga sino que todos dessén la suya, pues no pueden con ella dexar de ganar tanto como sin ella perderían.

–A vós muchas mercedes –dixo el cavallero–. Y puesto que yo sea el que de la vuestra no puedo sino ganar mucho, no quiero contradézir a vuestra razón y buen juicio, pues en todo me favorece vuestra medida.

Y como acabado de dezir aquello se acordasse que Diliarda jamás hablara, con la cual y su compañía ya en aquella sazón había buuelto para ir camino del castillo, y que en su gesto no se mostrava haverse el Alto Señor olvidado de le otorgar tan grande hermosura, que por aquella razón no podía estar descontenta, como aquel que con las mugeres y donzellas virtuosas siempre se holgava, le dixo:

–Pues vós, hermosa donzella, aunque hasta aquí callastes, bien claro se parece que no ha sido la causa carecer de gracia, no vos faltando la fuente de donde ella mana, sino por seguir aquello que tan bien parece en vosotras, que por bien y graciosamente que una donzella hable, pues sea mucho, no se consideran ni juzgan lo bueno y gracioso primeros sino lo último malo, diziendo: o que fizó de hablar, jamás calló, sin acordarse de dezir, o que buenas y graciosas razones. Pero porque no vos haviendo oído

palabra, no sé lo que de vós, virtuosa donzella, juzgar pueda. Muy gran merced recibiría que me dixéssedes si por ventura sabéis vós alguna cosa más de la fazienda del cavallero que en vuestra demanda dio cima, pues de hablar conmigo no se vos dexa de otorgar libertad, como con persona en quien las malicias y malos desseos de los mancebos van caducando. Y otrosí porque podría ser que con vuestro buen juicio algo más huviéssedes visto y alcançado, rogándovos no menos que de mis razones no se vos recrezca pena, pues cuando huviesse para ello dado causa vuestra medida por su virtud, no dexara de perdonarme.

–Cosa es muy escusada, virtuoso cavallero –dixo Diliarda–, pedir perdón adonde falta la injuria, señaladamente siendo vuestra persona de tanta auctoridad, que puesto que la causáredes ni se vos podría atribuir culpa ni menos procurar la pena, porque se habría de considerar que de cavallero tan honrado no podría proceder palabras dichas con sinistra intención. Quanto a lo ál, en verdad que ni yo sé ni alcanço más de lo que por mi cormano se vos ha dicho, salvo que con las razones que después sobrevinieron se le olvidó dezir la grande honra que el emperador hazía a aquel bienaventurado cavallero. El cual no había querido recibir el aposento que le mandava dar en sus palacios, por no dexar la posada de un honrado cavallero que lo había acogido la primera noche que a Costantinopla llegara. E otrosí se olvidó de vos declarar la demanda en que iba, la cual es la misma que vós, virtuoso cavallero, dezís levar. Por donde mi cormano vos dixo que no érades sólo el que ívades en ella. Esto es lo que de más a mí se acuerda, y creo que por mi cormano no se vos dexará de contar si las razones que dixé no lo impidieran.

–En mi seso estava yo –dixo el cavallero– cuando vos dixé, graciosa donzella, que no podíades carecer de gracia, teniendo en vós la fuente d’ella. Por donde vos agradezco quanto se me otorga, assí porque de mi duda me librástes como por me haver dado más a entender la fazienda de aquel cavallero que de vuestra demanda vos libró. Porque haziéndosele por el emperador tanta honra como dixistes, no se le haría sino teniendo alguna noticia de su estado. E si uno que yo pienso fuesse, muy ledo sería mi corazón, porque por ser fijo de un rey en cuya casa yo bivi mucho tiempo, no le desseo menos que para mí cualquier bien y honra, la cual no sería tan poca que no excediesse a todos los de su tiempo. Pues en esta edad, en la cual con alguna razón podría dexar las armas y descansar de los trabajos passados, voy trabajando por alcançar alguna parte d’ella.

–Mucho querría saber quién es éste a quien por vós, virtuoso cavallero, tanto bien y honra se dessea –dixo Diliarda.

–Es fijo del rey Pasmerindo de Ungría –dixo el cavallero–, al cual jamás faltó desseo de ser entre los buenos cavalleros contado.

–Y esse rey que dezís –dixo Diliarda–, ¿es también príncipe de Trepisonda?

–Assí es verdad –dixo el cavallero–, pero ¿por qué lo preguntastes?

–No sin causa vos lo pregunté –dixo la donzella–, porque hablando aquel cavallero e yo antes de la prueba del libro, se me fizo tan baxo y de tan poco merecimiento que puesto que le añadieran el estado del rey Pasmerindo con el principado de Trepisonda, no se había de atrever a poner su corazón y desseos en la princesa Flerisena, pues no se le dexara de atribuir a tan gran locura como atrevimiento. Por donde vengo agora a creer que como él sea successor en esos dos grandes estados, no quiso aplicarse los agenos. Y otrosí porque es cuasi un vulgar hablar cuando alguno se quiere encubrir que dize «bastaría que fuesse yo el emperador de Costantinopla», siendo él mismo el que lo dize. Y lo que más en ello me fuerça afirmar es aquella apostura suya con tan alta presencia, no se parecer en él mayores que su humildad, la cual es cierto que muy pocas vezes y aun cuasi ninguna se halla en los que son de baxas e viles condiciones, porque creen que en tenerse en mucho y en mostrarse con los baxos graves y severos, consiste la bondad de las personas y grandeza de los estados, recibiendo en ello no menor engaño que es su locura, pues creen que de la soberbia y pecado pueda proceder algún género de gracia o virtud. Por donde vengo a dezir que todo lo que en aquel cavallero vide junto, cada parte de lo cual era para lo fazer juzgar de muy alta guisa bastante, me fuerça sin alguna duda creer ser éste fijo del rey de Ungría que dixistes, porque de tan buenos desseos como los de su padre no había de salir la obra sino tan perfeta, cuanto saliera mala y dañada de los malos.

No fue menos pagado el cavallero de las razones y buen juicio de la donzella, viendo por cuan seguros y notados términos venía a la resolución de su crédito y a la determinación que d’ella procedía, que satisfecho e muy cierto que el cavallero que diera cima a su demanda era aquel Valerián de Ungría, el cual tanto desseava que fuesse. Y por más certificarse, dixo a la donzella:

–Aunque todos los señales y motivos, por vós, virtuosa donzella, notados, sean para confirmar vuestra determinación bastantes, mucho querría saber si se vos acordaría haverle visto otros, assí en su rostro como en otra parte de lo aparente de su persona, juntamente con la edad y color de cabellos, porque si conforman con los que yo le vide

y de sus años sé, con mayor razón quedaríamos del todo satisfechos, puesto que lo dicho sobre.

–Si yo supiera que tan grande y particularizado examen se había de hazer de las cosas de aquel bienaventurado cavallero –dixo Diliarda–, y que por los señales que en él había de notar se huviera de determinar la declaración de su hazienda, por cierto podéis tener, virtuoso cavallero, que mucho mejor lo mirara de lo que fize, puesto que no miré en ello tan poco, pues su gesto cuasi no dexa de forçar a los que lo ver pueden que de lo fazer dexen, que no sepa dar alguna razón y tan cumplida como mis dos cormanos juntos, aunque como cavalleros lo habían de mirar mejor que yo como donzella. Y por ende digo que los señales que de su persona se me acuerdan son primeramente los cabellos, los cuales, puesto que en él no dexen de parecer muy bien, mejores serían para la donzella que no le faltasse otro para ser cumplidamente hermosa. Los ojos con todas las otras partes de su rostro son de tanta perfición, quanto de todos los que lo miran embidiado, juntamente con el color blanco y colorado que a cada parte conviene, con un pequeño lunar en una parte que por cierto antes le acrecienta que mengua su gran perfición. Su estatura es más alta que baxa, puesto que muy proporcionada. Las manos tiene blancas con las carnes, que menos o más serían estremos. Su hablar es muy gracioso, y aunque sin dudar todas las lenguas hable, su natural no puede doblarlo de manera que dexa de mostrar quanto le es más fácil la úngara que las otras, juntamente con la alemana, adonde se dezía que era criado. Su edad no muestra passar veinte y dos años, señalándola con unos delgados hilos de oro que a nacer le comiençan, tan ralos como es espessa e firme la estremada lealtad que su alto y generoso corazón ha mostrado tener. De sus fuerças, como más consistan en la prueba que en la vista, no podría yo dezir la grandeza, aunque si proporcionalmente a todas las otras faciones que dixen corresponden, no pueden dexar de ser muy grandes, señaladamente acompañándolas el esfuerço que en sí muestra tener.

»Esto es, honrado cavallero, lo que de los señales que en él vide podría dezirvos, puesto que, como dixen, no dexé de muy bien mirar si pudiera ver otros con que assí para mi memoria como para vuestra satisfacción se me acordar pudieran. Y si en lo contar no he tenido el orden que devía, tan fuera soy de culpa quanto vuestra medida mandara que lo sea, pues de cada cosa dixen lo que se me acordava al tiempo que por mí se vos declaravan, y no porque de todas juntas tuviesse cumplida memoria. E si con lo que dicho tengo vos afirmáis en mi primero parecer, a maravilla será leda, pues habiendo salido de mi demanda a fuerça de afanes y trabajos havré venido en conocimiento de

quien le dio cima a fuerça de señales y conjeturas, allende de saber que sea cumplida por el más leal y apuesto cavallero, no sin compañía de grande esfuerço y estado, de cuantos se podrían fallar.

–En tan buen juicio como el vuestro, virtuosa donzella –dixo el cavallero–, no se había de assentar determinación que no fuesse con muchas bivas razones primeramente examinadas. Y por ende podemos todos tener por cierto que aquel cavallero es hijo del rey de Ungría que ya vos dixere. Por donde mi corazón es muy ledo en saber que tan buen hijo tenga aquel rey, el cual por no haver jamás fecho pesar a nadie, no dexa de ser tan quisto de los estraños como de los propios suyos.

Dicho lo cual, luego descubrieron el castillo adonde habían de alvergar, en el cual les fue fecho tan buen acogimiento que ellos se maravillaron de la gran voluntad e diligencia con que servidos eran. En la mañana se despidieron assí del huésped como después los unos de los otros, tomando cada uno su camino, quedando assí Diliarda como sus cormanos muy pagados del castillo. El cual, por no los dexar descontentos de lo que le preguntaron, assí al tiempo de la partida como antes, señaladamente sabiendo que era compañía honrada, les dixo cómo era el rey Pasmerindo y que por librar a la reina de Thesalia de Dandalio se había detenido algunos días en aquel reino. Con que los dexó no menos maravillados que contentos, sin poner duda en lo que les dixera, puesto que no tuviessen más testigos de aquella auctorizada presencia de su persona, la cual cumplidamente lo averiguava, aunque antes que los dexasse le rogaron les perdonasse si lo no habían servido y tratado según a su alto estado pertenecía. Y otras muchas cosas le dixeron para demostración del desseo con que quedavan para servirlo, no se partiendo el rey menos satisfecho, assí de la gracia y discreción de aquella virtuosa princesa de Lidia, que de su comedimiento y de sus cormanos. Los cuales no dexavan de mostrar que eran de muy buena parte, según eran sopuestos a toda virtud y callados, y aunque mancebos y por aquella razón orgullosos, en todo aquel tiempo que con ellos estuvo no les oyó dezir cosa de las que los semejantes se precian, creyendo que con aquellas desonestas burlas son por graciosos y dezidores tenidos, siendo tanto al revés quanto es verdadero, que la honestad es un firme fundamento sobre el cual todos los otros buenos costumbres pueden cargar, sin que haga algún desdén, por donde peligrar pudiesse la obra y edificio que por ellos suben tan sin miedo ni recelo de caer, quanto sería cierta la caída si de vicios sobre fundamento de desvergüença fuesse fundado y subido el tal edificio.

¶Capítulo xliiij. De cómo Sedanel y Soranter, antes de salir del reino de Thesalia, libraron dos donzellas de tres cavalleros que las levavan forçadas, los cuales assí mesmo querían llevarse a Diliarda, princesa de Lidia.

Aún no era aquella buena compañía de la princesa de Lidia salida del reino de Thesalia, porque les quedavan dos días de camino antes de llegar a la otra tierra por la cual havían de passar para seguir su viage, cuando una mañana, después de haver caminado cerca de dos horas, entrando por una floresta, dende a muy poca pieça vieron a su diestra, por una senda que venía a fenecer en su mesma carrera, tres cavalleros que traían dos donzellas forçadas, las cuales havían encontrado a la otra parte de aquella floresta. Y porque d'ellos no se pudiesse haver razón, como aquellos que muy bien sabían todos los passos d'ella, siendo de las reliquias de Dandalio, los cuales por todo el reino andavan robando, con la mayor priessa que se dar podían tomaron aquella senda, para después caminar por el camino que Diliarda con sus cormanos venían, el cual era muy diverso y apartado del otro en que las tomaran. Y como el que primero d'ellos venía viesse a Diliarda, la cual mucho más hermosa era que las otras, puesto que graciosas e muy niñas fuessen, dixo tan alto que assí Diliarda y sus cormanos como sus compañeros lo pudieron oír:

–¡O, qué buen día se no apareja, hermanos, porque veo una donzella con cuya compañía no seré yo menos ledó que vosotros con las vuestras ufanos! Bien lo dezía yo esta mañana que me no havía de faltar mi buena ventura. Por ende quiérola hablar, pues soy cierto que preciará más mi amor que de aquellos que consigo vienen, por no ser cavalleros que la merecen. Y otrosí porque con la compañía de las vuestras no sentirá la soledad con que va. Assí que d'esta vez no podemos quedar sino bien emparejados.

Y llegándose cerca de Diliarda començó de dezir:

–Si vós, hermosa...

Y como Soranter, haviendo oído lo que dixera, estuviesse tan sañado como era razón viendo su vileza, aún no acabava de exprimir la última de sus tres palabras cuando lo ovo ferido de tan gran golpe sobre el yelmo que, interrompiéndose su començada razón, le hizo dar con la cabeça en el arçón delantero. E sin esperar otro tiempo, viéndosela inclinada, lo firió de otro con no menor fuerça por encima del pescueço, que cuasi desarmado se mostrava, de suerte que si le acertara por aquella parte antes fuera la cabeça que el cuerpo en el suelo. Pero el sabor que tenía de lo matar le hizo errar el

golpe, con que tomando más baxo lo firió de tal llaga que para la curar algo havia de ser mejor el maestro que él para cavallero. Y dexándolo con tanto arrepentimiento como poco antes traía ganas de se levar a Diliarda, fue para ayudar a Sedanel, el cual muy bien se defendía de los dos que lo havían acometido, aunque mejor lo fizo cuando del uno se falló desembargado por haver tomado a Soranter al otro a su cargo. Pero como Sedanel y Soranter fuessen muy preciados cavalleros, y sus contrarios más usassen officio de salteadores y villanos, y en el tiempo de Dandalio alquilados para aquel exercicio, como muchas vezes acaee dar sueldo a quien lo daría doblado porque se le otorgasse licencia para robar, muy presto los pararon tales que no se tuvieran por mal andantes si pudieran trocar su daño con el primero, al cual ya no le quedavan dos horas de vida, porque muy poco tardaron en caer de los cavallos, tan malamente llagados como lo fueron después sus almas, salidas de sus cuerpos, si antes de salir no se hallaron con muy verdadera contrición y arrepentimiento de sus pecados, con que en tan breve tiempo pudiessen cobrar lo que en muchos años havían perdido.

Cuando las donzellas se vieron en tan poca pieça libradas de aquellos en cuyo poder no esperavan sino ser escarnidas, no tardaron en se dexar caer de sus palafrenes, tan atónitas de gozo como poco antes de miedo, para dar las gracias que se les otorgavan a los cavalleros que las librarian, pues las convenientes no podían según era grande el peligro del cual conocían ser ya libres. A las cuales Soranter rogó que a sus palafrenes se acogiesen, pues no menos trabajaran en librar a su cormana que a ellas, aunque podían ser ciertas sin querer que les fuesse agradecido que, puesto que no traxeran consigo aquella donzella, no les consintieran passar por la fuerça que hazerles querrían, antes passaran mil vezes por la muerte por no contravenir a lo que havían jurado el día que el orden de cavallería recibieran. Y que por ende mirassen qué era lo de más que por las servir podían hazer, assí por las dexar en seguro por escusar otro inconveniente, como en cualquier otra cosa que se les ofreciesse, porque no lo dexarían de cumplir con la misma voluntad que havían hasta entonces conocido, aunque fuesse en estorvo de su largo camino.

–Pues tan grande merced hazer nos queréis, virtuoso cavallero –dixo la una d’ellas–, puesto que muy grande se nos haga, después de tan gran beneficio pediros cosas que sean para estorvarlo, siéndovos de tanto deudoras que para lo satisfazer nuestras fuerças son muy poca cosa, mucho vos rogamos que hasta nos dexar en una villa adonde bivimos, seáis nuestros aguardadores, assí porque no pueda sucedernos semejante o otro mayor inconveniente, como porque tengamos cumplida causa de rogar

a Nuestro Señor Dios todos los días de nuestra vida, que en todas vuestras cosas vos faga tam bien andantes como nos fezistes ledas, al tiempo que vimos nuestros enemigos vencidos y muertos y a nosotras libres del escarnio y desonra que no nos podían faltar.

–Pues vuestra voluntad es éssa –dixo Soranter–, guiad por dónde havemos de ir, porque no vos dexaremos de aguardar hasta la villa que dixistes, aunque estuviesse de aquí tan lexos como Costantinopla.

Por donde las donzellas, teniéndoles en merced aquel ofrecimiento tan cumplido, començaron de guiar por la mesma senda que vinieran hasta salir de la floresta, a la salida de la cual tornaron a cobrar el camino en que los cavalleros que las prendieran las havían encontrado. Por el cual, començando de caminar, Diliarda dixo a la que primero hablara que pues ya eran fuera de la floresta y la carrera era aparejada parar ir de consuno, le fiziesse plazer de contarle quién eran y adónde ivan solas y por qué razón las prendieron aquellos cavalleros. Y como Darthea, que assí se dezía aquella donzella, no tuviesse menos desseo de lo contar por el descanso que se le recrecía, y otrosí por servir a Diliarda en lo que preguntara, pues se lo devían, començó de contar diziendo:

–Sabed, hermosa donzella, que ésta, mi hermana, e yo partimos ayer después de medio día de casa de nuestro padre, trayendo en nuestra compañía dos escuderos para ir a una villa adonde bive una tía nuestra, la cual, por razón de ciertas fiestas que se han de hazer ende por causa de haver casado el señor d’ella su hija, nos embió a rogar que las fuésemos a ver, pues no faltarían justas y torneos de muy buenos cavalleros. Y su casa d’ella está en la misma plaça adonde se han de hazer, y anoche llegamos a un castillo, el cual muy cerca de aquí hallaremos, adonde alvergamos. Y quando esta mañana fuimos cerca de la senda, por la cual íbamos en la sazón que vos encontramos, nos salieron aquellos falsos que allá muertos quedan al encuentro, e diziendo «mueran los ladrones» a los escuderos que nos acompañaban, «pues llevan hurtadas las donzellas», vinieron contra ellos al más correr de sus cavallos. Por donde, viendo los escuderos que ni tenían fuerças ni aparejo para nos defender, fuyeron por lo más espesso de la floresta.

»Y dexando de seguirlos nos tomaron, y a muy gran priessa nos levavan por la senda que dixes, diziéndonos muchas cosas para nuestro consuelo, aunque más creo yo que si vos no halláramos, no saliéramos de su poder menos de escarnidas e sin esperança de cobrar nuestra perdida honra. Por donde, viendo que el desseo que teníamos de ver vanidades nos havia traído e puesto en tan gran peligro, señaladamente habiendo dexado nuestra madre que jaze enferma, por verlas, la cual, si cualquier de nosotras assí estuviera, no la huviera dexado por todos los intereses del mundo,

havemos acordado, pospuesto el placer que de ver las fiestas que dixere tomar pudiéramos, bolver a nuestra casa, pues no dexa de ser mejor castigar con sólo el amagar del primer açote que después de haver recebido el segundo

Muy bien pareció a Diliarda el hablar de Darthea, pues no solamente mostrava temer los castigos del Alto Señor, pero juntamente conocer la causa por la cual le venían, y conocidos poner el remedio que convenía. No pasó gran pieça después de passadas aquellas razones, que llegaron al castillo que Darthea dixera, adonde comieron. Y después, descansando, atendieron que passasse la siesta por razón que se les ofrecía muy calurosa. Y acaeció que assí como querían cavalgar para seguir su camino hazia la villa en que Darthea bivía, vieron por el mesmo venir tres cavalleros a muy gran priessa, entre los cuales, quando más se acercaron, Darthea conoció a su padre, el cual primero de todos venía, con el uno de los escuderos que con las donzellas havían partido que los guiava. Al cual, saliendo al encuentro Darthea con su hermana, se fincaron de rodillas pidiéndole las manos, pero Adariel, que assí se dezía el padre, assí fue turbado del gozo que le sobrevino en ver a sus hijas con sus rostros muy alegres, que no sabiendo que se hiziesse, saltó del cavallo para las abraçar y después de quitado el yelmo besar muchas vezes, como aquel que las mucho amava.

Las cuales le dixeron cómo los dos cavalleros que a la otra donzella aguardavan las havían librado con muerte de los que para las escarnir las levavan, por donde ya viniera tarde aquel socorro para remediar aquel peligro de su desonra. Y como Adariel, juntamente con los dos cavalleros que con él venían, los cuales eran sus sobrinos y eran ya ende llegados, lo oyessen, con mucha cortesía e humildad agradecieron a Sedanel y a Soranter lo que por sus hijas fizieran, ofreciéndoles sus personas e haciendas con la voluntad que la obligación que les tenían requería. Fecho lo cual se despidieron los unos de los otros, tomando Diliarda con sus cormanos el camino que para su propósito convenía. Y Adariel con sus sobrinos tuvo por bien de reposar ende alguna pieça, por razón del trabajo de los cavallos, y mientras a comer les dieron, Darthea les contó todo lo que se vos ha dicho. Por donde juzgaron a los dos cavalleros que las librarán por muy esforçados y de alto fecho d'armas.

Después Adariel contó a sus hijas cómo los escuderos eran llegados con sus palafrenes cuasi muertos para dales aquel aviso, y cómo en la misma hora que fueron armados partieron para socorrerlas, diciendo a su madre que luego sería ende, porque no iba sino hasta la aldea a cobrar lo que se le devía, por razón de los ganados que vendiera a dos labradores, porque si tenía sentimiento de su partida no recibiese alguna

alteración que más le dañasse, y que traían intención aunque los cavallos rebentassen de no parar hasta fallarlos, por los castigar como merecían, no creyendo que tan cedo fuessen castigados. Y pues hasta Marça, que assí se dezía la villa adonde bivían, no había más de dos pequeñas leguas, no partieron dende hasta bien tarde. Y con la venida de sus hijas fue su madre tan leda, señaladamente después que supo el peligro de que fueron libradas, que en breves días, no teniendo antes de su vida confianza según la gravedad de su dolencia, convaleció de manera que cobró la primera salud de que muchos de la villa se maravillaron, juntamente con los maestros que la curavan, como aquellos que no sabían que Nuestro Señor se la había otorgado por el conocimiento que sus hijas de su yerro tuvieran. El cual no tenía necesidad de días ni de tiempo para se la hazer cobrar, pues para mayores cosas que no es hazerlas sin tiempo es su alto y soberano poder bastante.

¶Capítulo xlv. De cómo Diliarda con su compañía llegó a Babilonia y de allí en la ciudad de Lidia, y de lo que después de llegada ende se ordenó.

Después que Diliarda con sus cormanos partió del castillo de Treval, que assí se dezía su dueño, no tardó mucho en bolver a su primero camino, por el cual, andando hasta la tarde, llegaron a casa de un florestero adonde aquella noche alvergaron. Y después por sus jornadas, tan continuas como largas, llegaron en Babilonia adonde fizieron saber al soldán cómo acabaran su demanda e quién era el cavallero que le diera cima. De que mucho se folgó, assí por saber aquello como muchas otras cosas de los príncipes, assí de su ley como christianos, por cuyos reinos pasaran siguiendo su demanda, como aquél que era buen cavallero y, puesto que infiel, muy virtuoso y de buenas maneras, señaladamente en no ser codicioso, antes liberal e humilde, no menos con los suyos que con los estraños.

Por donde mientras aquel soldán bivió, nunca fizo guerra al reino de Lidia, con el cual siempre sus predecesores la tuvieron, assí por causa de no ser, como diximos, codicioso de los señoríos que no le pertenecían, como por amor de Diliarda con quien él de grado casara, pues aún no tenía muger, según fue d'ella pagado, si la diversidad de las leyes no lo impidiera. Por la cual y no por falta de voluntad se dexó de procurar por parte del soldán, el cual era tan bueno que aunque la tuvo en su tierra aquellas dos

veces, en las cuales pudiera si quisiera, assí como hazen muchos no mirando lo que son de guardar tenidos, cumplir los voluntarios desseos que contra aquella deseredada princesa, aunque no de virtudes, tenía, no quiso sino anteponer la virtud de la constancia, de la cual no lo haziendo ufana, al deleite que en lo fazer podía recibir. Por donde le fizo, señaladamente la segunda vez que en Babilonia viniera, muy grande honra juntamente con sus cormanos, con tan cumplidos servicios como si fuera reina de tres reinos tan buenos como el de Lidia, ofreciéndole para la cobrança d'él assí su persona como todo su estado. A cuya causa diximos que si no fueran en las leyes diversos, conociendo aquella virtuosa princesa con cuanta voluntad acompañada de no menor honestad, aquél entre los de su ley mayor señor le hazía aquella honra y servicios, no dudara, antes havía de dessear de ser con él ayuntada al legitimo casamiento, no creyendo que recibía en ello pequeña merced.

Pero como todos estos estados y señoríos mundanos sean ante aquél, que para cualquier fiel aunque pobre christiano está aparejado, una sombra de bien y aun no sería poco si esta comparación alcançassen, aquella virtuosa no menos que hermosa Diliarda, forçando su voluntad con la razón y temor de perder lo mucho y eterno por codicia de lo poco y temporal, y desechando todos los vanos pensamientos que el desseo de señorear nos acarrea, muy presto se partió dende, agradeciendo a aquel virtuoso soldán la honra y mercedes que d'él recibiera, ofreciéndole, si Dios su señorío le dexava cobrar, que lo ternía siempre a su servicio, con tanta gracia e humildad que fue no menos maravilla, quedando el soldán con tanto contentamiento de la hermosura y donaire de aquella princesa, y conociendo la voluntad tan grande con que su persona y reino le ofreciera, cómo no pospuso cuantos contrarios le podían ocurrir para dexar de gozar d'ella, según le parecía que con su compañía biviría sobre todos los del mundo ledo.

Pero como siempre tuviesse propuesto de no hazer jamás tuerto a ninguna persona por poco que pudiesse, y señaladamente a dueñas y donzellas, de donde se le seguiría no menor desonra y difamación que de lo contrario gloriosa fama, no quiso que por los momentáneos y percederos deleites, cobrando con ellos lo primero, pereciessen los otros que quanto a este siglo se pueden dezir perdurables, con pérdida de lo segundo, sino refrenar su desordenada voluntad con temor de no perder aquella mundana gloria, como fizo Diliarda por no perder la eterna.

En cabo de diez días que de Babilonia partieron, llegaron por otro camino al pie de una alta sierra, la cual partía el señorío del soldán con el reino de Lidia, y aquella noche alvergaron debaxo de unos grandes árboles que ende havía. Y luego que la luz del

día les otorgó lo que con las tinieblas de la noche habían perdido, comenzaron de subir a lo alto dándose tan buena priessa, aunque el camino era fragoso y cuasi no usado, que antes de cuatro horas llegaron en la sumidad de la sierra. De la cual muy claramente vieron la ciudad de Lidia que tanto habían desseado, no se olvidando de dar gracias a Nuestro Señor Dios por la merced que les fiziera, después de acabados los trabajos de su demanda, en los haver ende traído, suplicándolo que por su piedad guiasse sus hechos hasta alcançar el fin que desseavan.

Y cuando les pareció hora de partir, por llegar a tiempo que de ninguna parte pudiessen ser descubiertos, comenzaron de decender de aquella no menos áspera que alta sierra, cuya sumidad parecía llegar a las nuves, todos los caminos de la cual muy bien aprendidos tenían aquellos dos cavalleros, sabiendo que por ende habían de salir e bolver. Y avinóles también que a la hora que desseavan se hallaron al pie d'ella, e siguiendo su desseado camino, antes de tres horas después de haver anochecido, llegaron a la misma puerta por la cual salieran, adonde hallaron un hombre viejo con las barvas muy largas que en un poyo d'ella estava sentado. Al cual, saludando Diliarda, dixo:

–Dezí, amigo, ¿sois vós el que tenéis en cargo el hospital de los pelegrinos?

–Yo soy –dixo el buen hombre– el que no tengo otro oficio.

–A Dios merced que con vós nos fizo encontrar –dixo Diliarda–, por donde vos ruego que no recibáis trabajo de nos acoger en él, pues usaréis en ello de mucha caridad, porque de tierras muy lexis d'estas venimos y llegando aquí nos ha faltado el haver, a cuya causa havremos de vender este palafrén con que por agora nos podamos remediar

–Esto haré yo de grado –dixo el buen hombre–, pues parecéis personas que cualquier servicio merecéis, señaladamente que llegáis en la mejor sazón que jamás tuve, porque todo el hospital está desembargado, que más ha de tres días que no ha venido por aquí pelegrino.

–Sean hechas a Nuestro Señor Dios gracias –dixo Diliarda–, pues no nos faltó todo junto.

–Nunca Dios falta a quien va en su servicio –dixo el buen hombre–, assí como vosotros. Por ende sed ledos, porque mientras aquí estuviéredes no vos faltará servicio.

E dicho aquello los començó de guiar diziendo:

–Seguidme, señores, porque cerca es de aquí adonde havemos de ir.

Y a poca pieça que anduvieron entre la ciudad y la cerca, llegaron al hospital adonde todos entraron sin ser vistos ni de ninguno sentidos, maravillándose de la

diligencia de aquel buen hombre porque en breve tiempo dio muy buen recaudo, assí a sus cavallos como al palafrén de Diliarda, y de más les dixo que se çufriessen un poco porque luego traería con que aquella noche cenar pudiessen, assí como lo fizo, porque muy presto bolvió con algunas frutas y otras cosas que sin gastar leña ni tiempo se pudieron comer, con que no menos presto huvieron cenado.

Alçada la mesa, Diliarda contó a aquel buen hombre toda su hazienda sin faltar cosa, mostrándole el consejo que su padre le dexara, con que no recibió menor espanto que alegría oyendo tan gran hecho. Pero como vido que aquello ya venía de lo alto guiado, porque si assí no fuera no lo alcançara aquel sabio Zenofor, le dixo que folgasse porque él se daría tan presta y buena maña, que sus fechos vernían al fin tan desseado como devido, pues para ello no había más inconveniente de matar, según el orden del consejo, al traidor de Afasarén, el cual contra toda razón y justicia su reino le tenía.

–Si después de muerto no hallásemos alguna contradición, presto sería fecho. Pero como yo tema que con las voluntades que ganadas tiene no aya algunos que su traición sigan, es menester tener en ello muy gran tiento, porque, descubriéndose antes de su muerte o habiendo después quien nos contradiga, no podríamos sino vernos en grande aprieto.

–Ya no hay ninguno que de su voluntad sea, señora –dixo Panfelicio, que assí [se] dezía aquel buen hombre–, porque, puesto que en el tiempo que era vuestro tutor huviesse fecho mucha justicia y dado grandes dones, y haver para ganar essas voluntades con que pudiesse retenerse el reino, después de vuestra partida ha fecho tantos males y desaguisados, pues se ha visto absolutamente señor, que todas las que creía tener por su parte le son agora contrarias, ayudando a ello su estremada codicia, no entendiendo en más de allegar thesoros tanto, que a esos pocos criados que para su servicio tiene, pues por no gastar no osa tenerlos que devría, no solamente no les haze merced ni bien alguno, pero ni les paga sus quitaciones.

Muchas y muy grandes gracias fizo a Nuestro Señor Dios Diliarda porque lo había assí guiado, pues siendo cierto lo que Panfelicio dixera, no podían sus hechos dexar de venir muy cedo al puerto que deseava. Y como con la cena y aquellas razones fuesse gran parte de la noche passada, Panfelicio los fizo acostar en los lechos que ende tenía, los cuales no eran tan buenos como los que en Babilonia les dieron, adonde con mayor sabor se acostaron, pareciéndoles que muy cedo serían aquellos fechos acabados.

Todo, o lo más de lo que la noche quedava, estuvo Panfelicio pensando cómo había de començar a entender en aquello, y si sería bien descubrir a algunos de los

grandes cómo aquella princesa y se derecha señora con sus cormanos era ende llegada, para que la viniessen a ver y ofrecer sus voluntades y servicio. Pero después pensó que aquello no se podría hazer sin que luego fuesse publicado, por donde le podría seguir algún revés, según el traidor de Afasarén tenía perdido el temor de Dios y de su fama, por donde no dexaría de executar contra ella todo el mal que pudiesse. Y por esta causa se determinó de no les dezir sino que era en Babilonia, atendiendo que le escriviessen los que le desseavan ser leales, porque le parecía muy más fácil alcançar aquellas cartas de los altos hombres, que doblarlos para que viniessen a su hospital cautelosamente a le besar las manos y hazer sus devidos ofrecimientos, assí por escusar el primer inconveniente, que luego sería sabido, como porque el hospital no era lugar condeciente para mostrar aquella princesa tanta auctoridad, que con ella se moviessen a prestarle la obediencia que como sus naturales vasallos eran obligados de otorgar.

Porque assí como a los emperadores, reyes y otros príncipes lo que más los auctoriza son los grandes palacios arreados en que moran, la gran multitud de grandes cavalleros y otros servidores que los aguardan e sirven, juntamente con las sillas reales y dosseles, adonde estando sentados todos los circumstantes los acatan y obedecen, con que al común parecer cuasi quieren ser adorados con exquisitas medidas y estraños acatamientos, siendo como son fechos y plasmados del mismo lodo del qual es hecho y proporcionado el más pobre pastor, y tan sujetos a enfermedades y otras miserias, no sin compañía de fatigosos pensamientos, y, en fin, a la muerte que a todos nos haze iguales, parecíale a Panfelicio que aquellos altos hombres se ternían por afrentados si, acompañados de muchos cavalleros y otros criados auctorizados de sus ricos atavios, havían de venir para otorgar obediencia y hazer acatamiento a aquella princesa vestida más honestamente que rica y puesta en aquel pobre hospital.

Y como en lo segundo se determinasse, se adurmió con pensamiento de madrugar por traer recaudo a sus huéspedes, y quando fuesse hora entender en aquellos hechos, según y por el orden que havia determinado.

¶Capítulo xlvj. De cómo por consejo de Panfelicio fue Afasarén muerto y la princesa Diliarda restituida en el señorío del reino de Lidia.

Como aquellos que con grandes cuidados se acuestan no pueden sossegadamente dormir, así le avino aquella noche a Panfelicio, porque muchas veces recordava cuidando que ya de día fuesse, pero como la claridad que primeramente embía al tiempo de su salida aquel sobre todos claro planeta, no cure de apressurarse para los solicitos ni detenerse para los perezosos, por mucho que aquel buen hombre su venida desseasse, haziéndosele aquella noche con el desseo de la mañana muy larga, no vino ni se mostró hasta su acostumbrado tiempo, en el cual ya había acabado su nocturno curso. Pero cuando vido que la fresca mañana comenzava de retraher las enojosas sombras hazia el ocidente, no fue perezoso en levantarse, y antes que sus huéspedes recordassen haver traído todo lo que para la humana sustentación convenía, y dexándolos que se ya vestían, salió para entender en lo que tenía a su cargo. Y se dio en ello tan buena diligencia, que a la hora del comer, en la cual no se descuidó de venir para lo dar a sus huéspedes, ya había hablado con tres de los de mayor estado de aquel reino, los cuales le habían prometido que en la tarde le darían sus cartas para Diliarda, con tan alegres semblantes que bien claro se mostrava el plazer que tenían de su venida y la gana de desechar aquel tirano que entonces reinava.

Y antes de tres días aquel buen hombre se supo haver en aquellos hechos tan sesuda y diligentemente, que ya tuvo cobradas las cartas de todos los principales, en los cuales halló tanta unanimidad que dava muchas gracias a Dios porque así lo guiava.

Fecho aquello, una noche Panfelicio fue a los palacios de Afasarén por ver qué forma podría tener para le dar tan segura como presta muerte, pues de lo procurar no se le podía tachar culpa de traición ni otro género de alevosía, porque sabía que de cualquier manera que se procurasse el castigo de aquel traidor, pues se hazía con intención de hazer cobrar a su señora lo que le pertenecía, no se le podía imponer a su honra manzilla, señaladamente en aquel caso que las fuerças de la princesa no bastavan por otra vía para alcançar la vengança de su traición ni la cobrança de su reino.

Y entrando en una sala lo halló paseando por ella, y como conociesse que para cumplir con su soberbia, pues el estado tiránicamente lo tenía, no se le había de hablar sino con las rodillas por el suelo, poniéndolo así en efecto le suplicó que porque no se perdiesse tan gran beneficio como era ayudar a los pobres, señaladamente pelegrinos,

mandasse que fuesen de su casa socorridos, assí como otros que no lo havían tanto menester, a lo menos para el comer, pues para alvergarlos con algunas limosnas que le davan, ya tenía algunos lechos con que se podrían çufrir, pues ninguno fincava ende más de tres días. Y aunque Afasarén, como se vos ha dicho, muy codicioso fuesse, considerando que de mandar que se cumpliesse lo que Panfelicio pedía, se le recrecería grande honra y vana gloria, por razón que los pelegrinos irían por el mundo contando el socorro que en su casa hallavan, sin tener respecto al beneficio que haziéndolo con otra intención podía alcançar, en la misma hora mandó que a los peregrinos que Panfelicio traería ende diessen muy buen recaudo, porque se no quexasen que en tierra de christianos no fallavan limosna. Por lo qual Panfelicio le besó las manos, loándole su magnanimidad e diziendo que rogava a Dios le diesse el galardón según sus obras.

Passados tres días después de aquello, a la hora que Afasarén acabava de cenar, que era no gran pieça después de haver anochecido, Panfelicio vino con sus huéspedes a los palacios, vestidos como palmeros para que les diessen de comer, según estava mandado. Los cuales, con el pensamiento que traían, muy poco comieron, puesto que el mayordomo les huviesse dado cumplido recaudo, salvo Panfelicio, el qual dixo que el cansa[n]cio del camino le simpedía el apetito. Y aunque lo que sobre sí traían Sedanel y Soranter fuesen hábitos de palmeros, no dexavan por ende de venir muy bien armados, salvo los rostros y manos porque no se tuviesse d'ellos alguna sospecha.

Acabada su cena Panfelicio, dexándolos ende, se fue para Afasarén, al qual halló con uno de sus secretarios que acabava de firmar ciertas provisiones que le hazer mandara para las fortalezas que tenía en las fronteras del reino. Y puesto que en todas las puertas huviesse porteros que las guardavan, como Panfelicio tan conocido de todos fuesse, y sabiendo que Afasarén folgava con él, por las nuevas que los más días le traía de lo que oía dezir a los pelegrinos, no hallava para su entrada impedimento.

Y quando el secretario fue despedido, acercándose Panfelicio a Afasarén le dixo cómo aquella noche havia llegado a su hospital un palmero que venía de Costantinopla, el qual le había contado tantas cosas y con tan buena gracia, que pareciéndole que él ni otro alguno las podría tan bien referir, lo havia hecho venir ende para que d'él las oyesse. Y entre las otras, cómo en casa de aquel emperador se havia dado cima en la más estraña aventura que jamás havia oído, por un cavallero no menos estraño cuyo nombre y todo lo de más le dixera. Y que pues se hallava sin ocupación le suplicava que lo mandasse entrar ende, porque tenía por muy cierto que se no dexaría de folgar.

Cuando Afasarén lo hubo oído con no menor desseo de lo saber que Panfelicio mostrava dessearlo, le dixo que lo hiziesse entrar luego porque mucho se holgaría en oír las cosas que passavan ante los otros príncipes christianos. El qual, por cumplir su mandato, no tardó en bolver con Sedanel, dexando a la puerta de la mesma sala a Soranter con Diliarda, diziendo al portero que los dexasse estar ende, porque pudiesen todos oír lo que aquel sabio palmero a su señor havia de contar, lo que por el portero no se le dexó de otorgar, pues los oídos d'ellos no le impedían que no tomasse toda la parte de la boz que del palmero querría.

Llegados pues Panfelicio y Sedanel cerca de la silla en que Afasarén sentado los atendía, fizieron su devida mesura, y después de recibidos por él con mejor voluntad de la que contra él traían ni él cuidava, Sedanel le començó de hablar diziendo:

—Aquel señor que de sola la limpieza de los coraçones y voluntades se siente más servido que de las aparentes obras, muy alto rey e señor sea servido darte el galardón del gran beneficio y socorro, que los pobres palmeros que a esta tierra vienen de tu casa y por tu mandado reciben, con tan grande cumplimiento como a la grandeza de tu estado, y de la estremada caridad de que tan dotado eres se requiere. Y porque habiendo yo contado a este buen hombre algunas cosas, con ver las cuales los largos caminos y trabajos se sustentan, pues assí de verlas como de contarlas muy gran descanso se recrece, pareciéndole que por ser algunas d'ellas passadas delante tan alto emperador como el de Costantinopla, no deven dexar de ser por ti o otros sus semejantes oídas, me ha fecho venir ante la tu real presencia, diziendo que de la oír no recibirás menor servicio que yo merced y descanso en que por mí se te pueden contar. Por donde considerando la gran merced que en ello se me haze, con no menor voluntad de te servir, assí en esto como en lo de más que para mi satisfacción espero por lo que te devo, soy como dixé aquí venido para te lo dezir, si tus altos oídos a mis baxas razones ternán por bien de inclinarse.

Al qual Afasarén dixo que si no lo quisiera oír no lo mandara allí venir, y que por ende le haría servicio de se lo contar muy por extenso, pues no mostrava faltarle gracia no saber para ello. Y porque con menos trabajo dezir lo pudiesse, que se levantasse, pues otrosí no dexaría d'estar fatigado de su largo camino. Y como ya entre ellos estuviesse hecho el concierto, que en el mesmo tiempo que lo mandaría levantar, Sedanel le pusiesse su agudo cuchillo por aquel vientre que tan grande hambre havia tenido de se comer todo el fruto de aquel reino, que aun con todos los thesoros e riquezas d'él, juntamente con la no devida honra que de aquel nombre de señor se le

recreciera, no se la pudieron amatar, al tiempo que alçava las rodillas del suelo, haziendo como que se endereçava su pelote, sacando el cuchillo que traía, en no menor grado hambriento de la codiciosa sangre de aquel tirano. Y no le faltando el tiento ni esfuerço que para ello convenía, lo firió con él por medio del vientre con tanta fuerça, que antes de dar Afasarén una no menos mortal que temerosa boz, a la cual no se olvidó Soranter en hazer lo mesmo en el portero que en su compañía tuviera, cerrando muy bien aquella puerta por la parte de dentro, la cruz d'él llegó al lugar por donde la punta entrara.

Y como de aquel tan grande como merecido golpe con la ravia de la muerte fuesse en tierra caído, no tuvo mucho que hazer con el segundo en cortarle aquella cabeça, cuyos sobervios pensamientos no menos que codiciosos, trayendo su cuerpo en tan mísero estado, embiaron el alma al lugar adonde, con no menos penas y tormentos que mientras bivía tuvo desseos y procuró caminos para los traer en efecto, se le dio la satisfacción equivalente a su raviosa e insaciable hambre.

Y en el mesmo instante, tomando dos hachas que a la una parte de la sala estaban encedidas, y desnudando a Diliarda del hábito de palmero que sobre sus vestidos traxera, acercándose a una de las finiestras que salían a la calle, poniéndola en medio de las dos hachas porque de todos pudiesse ser vista, a grandes bozes començaron de dezir:

–¡Biva, biva la nuestra princesa y señora Diliarda! ¡Venid, venid, cavalleros, que ya es venida a su casa y reino, y Afasarén según merecía muerto!

Y como con la lumbre de las hachas muy bien la pudiessen ver de la calle, luego con no menores bozes de todos los que ende moravan, y de los que acaso ende passavan e acudían, se començó de dezir lo mesmo, añadiendo que muriessen los que de la voluntad de Afasarén y de su servicio eran. A las cuales, en más breve espacio de lo que se podría pensar vinieron ende tantas gentes, assí de los cavalleros como del pueblo, con las armas que más prestas tuvieron, por favorecer y servir a su princesa y señora, que ya todos los palacios y la calle estaban tan llenos d'ellas que se no podían oír ni valer. Señaladamente que como los criados de Afasarén huviessen oído la boz de su señor, al tiempo que Sedanel lo firiera, y las del portero que Soranter matara, acudiendo a la puerta de la sala que Soranter cerrara, viendo que la no podían abrir para entrar dentro y matar a los que a su señor habían muerto, ya habían acudido con destrales y otros instrumentos por derribarla. Por donde el estruendo de los golpes que en la puerta davan, acudiendo muy gran parte del pueblo e viendo que eran los criados de Afasarén

que la puerta querían derribar, comenzaron de dar con en ellos con no menor furia e saña que la que ellos contra la puerta tenían, diciendo «mueran, mueran los que a tan gran traidor servían». Por donde, viendo que no podían huir ni menos eran parte para defenderse, con las mismas o mayores bozes llamaban a Panfelicio que los ayudasse, antes que aquella gente los fiziesse pedaços.

El cual, oyendo lo que dezían y viendo que si no se ponía en aquel furor presto remedio, no dexarían de los matar a todos, llamando Soranter le rogó que saliesse a amparar aquellos que lo llamaban, pues no merecían pena por la culpa de su señor. El cual assí lo hizo, puesto que no sin gran peligro, porque estando todo aquel pueblo alborotado no se pagavan ni aún podían oír cosa de las que Soranter les dezía porque de su furor se dexassen. Y como viesse que tan poco le aprovechava el predicar, posponiendo el peligro en que se esperaba ver al beneficio que de su amparo se seguía, a los que muy poco antes le procuravan de dar la muerte, buscando todos los aparejos para ello convenientes abrió la puerta de la sala del todo, diciendo que entrassen sin temor alguno. Lo que, según los aquexavan, hizieron tan de grado que ninguno, por no mostrar que era desobediente a aquel tan desseado mandamiento, quería ser el postrero, pues consideravan que no solamente serían librados de aquel primer peligro, por medio de aquel cavallero, pero juntamente por la benignidad de aquella hermosa princesa del segundo, al cual tenían por cierto que no les consentiría ser fecho daño en sus personas, porque, puesto que poco antes tanto trabajassen de le dar la muerte y a sus aguardadores, no sabían quién eran ni menos por qué causa havían a su señor muerto. Y aún no acabava d'entrar cuando ya aquella antesala, de donde ellos entraran, estava tan llena de gente armada, que sin tener respecto a Soranter ni a lo que les dezía querían entrar dentro por los matar. Por donde assí Soranter como Diliarda y Sedanel con Panfelicio se cuidaron ver en no menor peligro que los criados de Afasarén, los cuales, viendo que con tanta furia querían entrar ende para matallos y por otra parte a su señor que yazía en tierra muerto, por dos vezes fueron tentados de matar a Diliarda y a sus cormanos, aunque supiesen que después les havían de dar las más crueles muertes que se pudiesen considerar, solamente por dexar vengadas sus muertes con la de su señor.

Pero como el temor de aquellas crueldades, o por mejor dezir devidas justicias que en ellos se essecutarían, juntamente con la esperanza del amparo de Sedanel y Soranter, los cuales estavan guardando la puerta, acompañada del conocimiento que tuvieron de la buena obra que se les havia hecho en hazerlos entrar ende, con tan grande peligro de Soranter, el cual lo havia pospuesto por salvarlos, sobrassen a aquellas

tentaciones, determinaron de esperar su vida o muerte según Dios lo ordenaría. Pues essecutando sus primeros pensamientos no podían dexar de perder la vida y alma juntas, pues como desesperados querían perderlas. Y puesto que por buena pieça conviniese a Sedanel y Soranter sostener el trabajo de guardar aquella puerta, como las cosas de los pueblos y baxas gentes consistan cuasi en el primer movimiento, los cuales como cosa poca y ligera muy presto son movidos para tan furiosos príncipes, luego que vieron que los cavalleros guardavan tam bien aquella puerta, assí con palabras como con las armas, començaron de afloxar en las bozes, señaladamente quando con aquel medio silencio pudieron oír cómo por parte de la princesa se les mandava so grandes penas que decediessen al patín o se fuessen a sus casas, con que bien mostraron ser muy fieles, assí en venirla a favorecer y serbir como después en obedecer sus mandamientos con la devida obediencia y humildad, lo que no fue de menos virtud según estavan alborotados.

Por donde, dando lugar a los altos hombres y cavalleros que gran pieça había que eran ende llegados, y señaladamente los que tenían el haviso de Panfelicio, pudieron entrar en aquella sala en que la princesa estava, a la cual vinieron a besar las annos como a su reina y señora, no mostrando pequeño gozo assí en sus semblantes como en sus razones, por la haver Dios traído en aquella sazón que más desseada era. Y como Diliarda en su consejo tuviesse scrito, allende de su propio natural que era muy bueno, lo que hazer devía, a todos aquellos altos hombres y cavalleros recibió tan benignamente y haziendo tanta honra a cada uno, según su estado y merecimiento, que quedando muy satisfechos se les acrecentó el desseo de servirla, aún para más de lo que obligados eran.

Y porque haver de contar particularmente todo lo que después de haver recebido aquellos altos hombres y cavalleros passó, y lo que hechas las honras de su tío, aunque no lo mereciesse, sucedió, y las mercedes que assí a sus cormanos como a Panfelicio fizo, y el buen tratamiento que assí sus vasallos como los criados de su tío d'ella recibieron, y las libertades que confirmó y de nuevo otorgó, y los juegos y fiestas que por razón de su venida se fizieron, sería otra historia cuasi tan larga como la presente de leer, la cual no se recibiría menos fastidio que folgança, no se vos dirá, sino que assí en los principios de su reinado como después governó tan sesudamente aquel reino, siguiendo siempre el consejo de su padre, que no dexando de les hazer muchas mercedes y beneficios, los mantuvo en paz y justicia generalmente.

Por donde en la crónica d'esta virtuosa reina, aunque es la más pequeña de todos los reyes de aquel reino, por razón que en tiempo d'ella no hubo guerra a causa de la amistad que con el soldán de Babilonia tuvo, es más altamente loada, assí de virtuosa como de sesuda y justiciera, que todos los otros reyes que assí antes como después reinaron en aquel buen reino de Lidia.

¶Capítulo xlvij. De las razones que passaron entre la infanta Abumena y el enano Dromisto, en fin de las cuales Abumena le descubrió cómo amava sobre todas las cosas al Cavallero Triste, su señor.

La tercera vez que Dromisto el enano fue al aposento de la infanta Abumena, haviéndole ya en las otras contado las cosas en armas que su señor había hecho después que iba en su compañía, callando lo que dezir no devía, con tanta gracia y cordura que aquella graciosa infanta no menos se maravillava d'ello que de los peligros en que su señor viera, le preguntó para mayor certificación de las cosas que le passavan por el pensamiento dos cosas. La primera quién era su señor, por ver si era de tan alta guisa que sin cargo lo pudiesse amar. Y la segunda por qué venía por aquella tierra cuasi sin recelo de ser cativado, si por ventura tenía su corazón puesto en alguna donzella, que por servirla aquel camino hiziesse. Y en la forma de las preguntas dissimuló lo mejor que pudo, trabajando de mostrar que no se lo preguntava por gran cuidado que d'ello supiesse, sino por que el processo de su plática lo requería. Pero como el enano mucho más supiesse de lo qu'ella cuidava y por ende conociesse, que una donzella de tan alto estado no le haría aquellas preguntas de un cavallero christiano enemigo de su ley, a quien no sabía más estado ni bienes de un cavallo y armas, sino forçada de aquél que a los semejantes todo lo manda olvidar, representándoles los grandes y sabrosos deleites que los medios y fines de los desseos de los que verdaderamente aman les hazen gustar, le dixo:

—La sobrada honra y merced que por tí, muy alta infanta, se me haze, siendo yo cosa tan baxa que aun no tengo lugar para recibir las, juntamente con el desseo que tengo de te servir, por desquitar alguna parte d'ellas, es cierto que no podrían dexar en mi entendimiento y voluntad ninguna causa que estorvar pudiesse, que con mis pequeñas fuerças, y aunque fuessen mayores, dexasse de cumplir tu mandado, assí en

esto como en cualquier otra cosa que mi dicha me favoreciesse, que yo en tu servicio hazer pudiesse. Por donde no has de creer que si en esto que me pides yo pudiesse servirte, satisfaziendo a tus preguntas, no lo dexaría de hazer con todas las fuerças que dixere, pues a mucho más se estiende la deuda y obligación que por razón d'ella se me recrece. Pero como yo no sepa en todo ni en parte qué dezir te pueda acerca de lo preguntado, Dios sólo, a quien ninguna cosa es oculta, es sabidor de lo que mi corazón siente, considerando que por ventura en el tuyo podrá quedar sospecha que sabiéndolo por algunos respectos lo quiero encubrir. Pero porque conozcas que en lo que yo alcanço no quiero dexar de servirte, puesto que exceda la facultad que por mi señor se me otorga y la de mi juicio, no dexaré de dezirte lo que en esos dos casos presumir puedo, pues soy cierto que de te lo dezir no se me ha de recrecer daño ni pena.

»Es verdad, muy alta infanta, que en servicio de mi señor andamos un escudero con un donzel e yo. Y ninguno de los tres sabemos quién él sea tan ciertamente que lo pudiésemos afirmar, porque al tiempo que a cada uno de nós recibió, lo primero que nos dixo fue que de su hazienda no curássemos, porque él se havia para lo poder dezir quitado por algún tiempo la libertad hasta que algunas cosas hoviesse hecho con que los de su linage no se menospreciassen de lo tener por deudo. De donde todos tres, haviéndolo entre nós muchas vezes hablado, tenemos por muy averiguado que es cavallero de alta guisa, señaladamente viendo que sus maneras jamás ningún príncipe las alcanço semejantes. Y aunque mucho ayamos trabajado para nuestra particular satisfacción de saber quién sea, escudriñándolo por todas las conjeturas que se nos han otorgado, jamás lo havemos alcançado, causándolo que allende que de sus razones por su gran discreción ninguna cosa para aquel efecto puede conjeturar. Jamás en todo el tiempo que lo servimos le havemos visto escrevir ni recibir cartas, ni sin ellas venirle mensajeros, por donde de su hazienda algo descubrir pudiésemos. Pues si de su descanso y sossiego se pudiesse algo alcançar menos se alcançaría, porque jamás llegamos a la noche en parte que, antes de cena, no se examinen y cuenten las leguas y caminos que esse otro día havemos de andar. Y puesto que en este exercicio muy gran trabajo sostengamos, por gran descanso lo tenemos viendo la honra y buen tratamiento que nos haze, porque sin comparación excede a lo que, puesto que lo mejor sirviésemos, se nos deve, con que quedamos tan satisfechos como lo podríamos dessear, según el premio de la honra sobrepuja al de todos los bienes temporales, considerando que lo primero después de perdido es irrecuperable y lo segundo muy fácil de cobrar.

»Assí que quanto a lo que yo, muy hermosa infanta, para satisfacción de tu primera pregunta podría dezirte, es lo que has oído, con que mi corazón siempre me fuerça creer, sin haver más visto ni oído, que es cavallero de tan alta guisa que cualquier merced y honra que se le hagan no dexan de hallar en el lugar devido, aunque fuessen tan grandes como se pudiessen considerar. En lo ál, por muy cierto tengo, graciosa señora, que serás al cabo de lo que con largas razones podría dezirte, pues haviéndote dicho que de sus pláticas no puede conjeturarse cosa que él quiera tener secreta, no se ha de creer sino que como su corazón sea orgulloso y no halle descanso sino en buscar las cosas que a los otros en oírlas espantan, va por el mundo buscándolas para cevar lo de aquello, sin lo cual siempre estaría quexoso. Pues no requiere menos el esforçado corazón ser en la[s] cosas peligrosas empleado, que el covarde y flaco verse fuera d'ellas, por razón de la naturaleza de cada uno.

»Por donde de lo que en esta sazón yo más de mi señor me maravilló es verlo, después que aquí venimos, tan callado en nuestra partida, quanto en todas las otras partes solicito y cur[i]oso, lo que según parece no puede causarse sino de haver visto en esta ciudad alguna cosa que antes le fuerce pensar qué razón podrá tener para quedar en ella que para partirse. Porque si esto no fuesse, aunque mayores honras se le hiziesen, puesto que las hechas el mayor príncipe de los christianos las dessearía, no creo yo que fuessen parte para lo aquí detener, pues ninguna de las que en muchas casas de emperadores y reyes de los de su propia ley se le han hecho, lo fue para fazerlo quedar en alguna d'ellas. Lo que fuera más razón que hiziera por ser aquellos christianos y los de aquí estraños de su ley e tierra. Y si su corazón en alguna donzella tuviera otorgado, bien creo yo que por sobrada que su discreción fuesse no pudiera en tanto tiempo çufrirse, sin la manisfetar a alguno de los que con él bivimos, pues assí de las fatigosas penas en las contar se recibe disminución como de la salegrías y plazer acrecentamiento.

»De donde vemos que ninguno fue jamás tan atribulado que en contar sus cuitas no sintiesse tanto alivio, quanto muy ledo, de los buenos medios y fines de sus desseos, descanso y plazer. Y porque mi juicio ni experiencia no alcançan más en estos casos, yo te ruego, mi señora, que recibas la voluntad, juntamente con el desseo que para servirte dixé que tengo. Pues puedes ser cierta que lo quisiera saber todo, assí para el cumplimiento de tu satisfacción, con que conociera que quedaras sin ninguna sospecha que te lo encubrir quisiesse, como para la mía por saber cuyo soy y qué mercedes podré alcançar de mis pequeños y continuos servicios.

Dicho aquello, mirando el gesto de aquella hermosa infanta, el cual no menos mudanças hiziera en todo el tiempo, que hablara Dromisto, que se dixeron palabras, causándolos la variedad de pensamientos en que en aquella sazón fluctuava, no hallando camino para determinarse en lo que creer devía de lo que el enano le dixera, porque por una parte hallava tantas causas para le dar credito y tener por cierto que al tiempo que su señor ende llegara tenía libre su coraçón, pues de ser cavallero de alta guisa ninguna duda tenía, cuantas en contrario por los grandes aparejos que en su persona se mostravan. Por donde buena pieça passó antes que a Dromisto respondiesse, en la cual estuvo pesando lo uno y lo otro por se tener a lo más firme y seguro, cuidando que assí en aquello como en las otras cosas podía haver razón y peso, no considerando que solo el contrapeso de la voluntad era mayor que todos los contrarios que se le opponían. La cual, como alcançasse la mesma libertad que el alvedrío que tan líbero nos otorgó el Alto Señor para nuestro mayor merecimiento alcança, no pudo, siendo guiada por los sentimientos que tan sobrado deleite gustavan en ver aquel cavallero, cuya apostura parecía sobrar las potencias de naturaleza y oír sus graciosas razones de no menos discreción acompañadas, dexar de dar crédito a todo lo que Dromisto le dixera, y afirmarse en lo amar afincadamente sobre todas las cosas pues no hallava, porque la razón en semejantes casos cessa, causa ni fuerças para lo dexar de hazer.

Y cuando fue en esto determinada, haziéndose muy leda porque no dexava de creer que su hermosura era la que havia causado a su cavallero no hablar de su partida, de donde se havia de presumir lo que dixera el enano, le respondió de esta manera:

–Si no te hoviera hallado, amigo Dromisto, en todas las cosas que antes d'estas dos que te pregunté y me has dicho, tan verdadero como para conmigo devías, no pudiera sino tener alguna sospecha que tus palabras no carecían de engaño, porque cosa fuera de toda razón parece que tú y los otros, que con tu señor bivís, no sepáis a quien servís y qué galardones son los que tiene poder de daros al fin de los trabajos y afanes, no sin innumerables peligros que por lo servir havréis padecido y passado. Ni menos sepáis a qué parte es su camino, pues adonde todas sus cosas muestran tener sobrado cumplimiento, no puede haver falta de razón, sin la cual no iría él por estas tierras con tan grande peligro, sin los de la mar, de ser muerto o cativado por los de nuestra ley, por la antigua enemistad que con los de la suya tienen.

»Pero como para el contrario d'esto me ocurra y vea que en esta tierra, adonde los peligros le havían de recrecer, se le tiene tan buena voluntad, y que su sola persona nos combida a no le dessear daños como a enemigo sino bien y honra como amigo,

vengo a creer más afirmadamente lo que tú has dicho, y otrosí porque no se ha de sospechar que tan buen cavallero como él parece se sirviesse de criados, cuyas palabras y obras siendo en parte o en todo falsas causassen en su honra y fama algún menoscabo. Por donde no puedo dexar de te lo agradecer, no porque verdad me hayas dicho, pues es cosa que la debes, sino por la voluntad que en ti he conocido de satisfacer a la mía, porque ésta me ha puesto en la obligación que te es a ti tu señor, por razón que con no menor desseo has trabajado de me dezir lo que ni alcanças para mi cumplida satisfacción.

No se olvidó Dromisto de pedir las manos a aquella hermosa infanta por aquella merced y agradecimiento, conociendo muy bien que no dexaría ella de servir a su señor con la misma o mayor voluntad. Y a maravilla se holgó cuando assí la vido, pues en mano de su señor estaría apartarla de aquellos pensamientos y le podría mandar cualquier cosa honesta que d'ella sin lo mucho rogar quisiesse. Y puesto que en aquella sazón la infanta para dezir algo más estuviesse determinada, çufrióse hasta ver si conocería en el Cavallero Triste algunos señales con que pudiesse quedar con mayor satisfacción de la que entonces tenía, aunque no era pequeña.

Y como ya se fiziesse tarde, Dromisto se despidió para su señor, dexando la infanta con sus determinados pensamientos acompañados de unas nuevas cuitas que a las semejantes suelen en los principios aquexar. Y puesto que las piernas tuviesse pequeñas, con tan gran priessa caminava para verse con su señor, como si creyera de aquello ganar muy grandes albricias. Al cual no plugo cuando se lo dixo, assí porque él se dexara primero quemar en bivas llamas por no ser desleal a su señora y al príncipe Zoradán, de quien tantas honras recibía, como porque vía que poniendo la infanta en él sus pensamientos se desviavan de lo que a Zoradán cumplía. Al cual desseava sin comparación satisfacer alguna parte d'ellas, con ganar y atraer la voluntad de Abumena para que lo amasse según devía, no solamente por le corresponder al grande amor que él le tenía, pero por el merecimiento de su persona y estado, los cuales eran tan cumplidos que a duro se hallara entre todos los príncipes de su ley quien tan bien lo mereciesse, aunque con ella se le diera el señorío de su padre.

Por donde no dexara de se partir luego si el tiempo se lo otorgara, pero como del día que ende llegaron siempre le hoviesse sido, según sus marineros dezían contrario, çufriasse lo mejor que podía dando gracias a Dios porque lo había ende guiado, aunque adonde tanto lo deservían fuesse, conociendo que en ninguna parte pudiera llegar, fuera de donde era su señora, en que más a su vicio estar pudiera si no tuviera la compañía tan continua de aquellas cuitas que le hazían en el tiempo que había de gustar mayores

deleites, los cuales le procurava su buen amigo Zoradán, sentir mayores penas que cuando tenía mayor soledad.

Pero como aquella hermosa infanta no dessease, como vos diximos, sino conocer si el Cavallero Triste sentía por ella lo que le sentir hazía, mucho más de los que de primero acostumbravan, salía adonde estavan su padre y hermano, y puesto que cuando el Cavallero Triste la mirava no dexava de detener sus ojos por algún pequeño tiempo en su gracioso gesto, no podía ella acabar de saber la causa d'ello, ni menos porque le hablasse jamás cosa por donde pudiesse conocer que determinadamente la amava, causándolo que jamás allí venía sin el príncipe de Antiochía, delante del cual, aunque aquellos pensamientos tuviera, los había de encubrir y dissimular, quanto más estando tan apartado d'ellos como la firmeza de su lealtad requería.

Y puesto que por algún tiempo con estos aplazibles engaños se çufriesse, siendo ya tan aquexada que le parecía que no podría bivar muchos días, a lo menos con aquella duda que siendo tan clara sus continuos pensamientos le causavan, acordó de descubrir su corazón a Dromisto, por ver si con aquello podría ser sabidora de lo que tanto desseava. Por donde el día que se le ofreció mejor aparejo para su intención, tomándolo a una parte de su cámara, le dixo:

—Antes que te diga lo que entiendo dezirte, amigo Dromisto, conviene que para menguar alguna parte de mi culpa, pues sin ella quedar no puedo, me prometas tenerlo en la poridad que la arduidad del hecho requiere, y que lo no has de revelar sino a tu señor sólo, pues de lo tener a él oculto ni tú lo debes hazer, por lo que eres a su servicio tenido, ni yo te lo mandarí, por lo poco que lo que yo quiero agora descubrirte podría aprovechar.

Lo que luego hizo Dromisto, sospechando o por mejor dezir muy claramente entendiendo el corazón de aquella graciosa infanta y lo que d'él había de proceder, con todas aquellas salvas y promessas que entre semejantes y tan diversas personas se podían hazer y dezir. Fecho lo cual, prossiguiendo la infanta su razón, con tantos colores en su gesto quantos le embiava el amor y la vergüença en aquella sazón, le dixo:

—Según las razones que en estos días entre nós han passado, ya havrás visto, amigo, el gran cuidado que yo de saber tuve assí la hazienda como la vida de tu señor, por donde no dexo de creer que puesto que de la discreción y juicio que te sobra careciesses, no has dexado de sentir que si no hoviera alguna suficiente o devida causa era no solamente escusado, pero fuera de toda razón que una donzella de la guisa que yo soy con tanta instancia lo huviesse procurado. Pero pues mi fortuna me ha sido en tanto

grado esquiva que me ha traído en el punto que agora oirás, no sintiendo en mis potencias tantas fuerças ni con gran parte que resistir puedan a las ravioras y mortales penas que sin cessar me aquexan, he determinado, preciando más ponerme en la voluntad de tu señor, el qual acatando más al sobrado amor que le yo tengo que a mi alta sangre y otras cosas que para este efecto tengo de mi parte, no ha de querer cosa con que mi honra quede del todo amanzillada, descubrirte mi corazón para que usando de tu conocida discreción, ayudándome a mí como a parte más flaca y mirando que mi honra, como dixes, no sea en las obras, pues con lo que te digo no puede sino quedar menoscabada, me aconsejes como buen amigo lo que en este tan nuevo caso para mí fazer devo. Pues vees que la vergüença, que es la mejor pieça que las donzellas y señaladamente de la guisa que yo soy tener deven, ni el menoscabo que en te dezir yo esto mi honra recibe, que aún es mayor pérdida, y sobre todo el rompimiento de mi ley, la qual soy tan obligada de guardar que antes havría de padecer mil muertes que en sólo un punto quebrantarla, no han sido suficientes ataduras para poder dexar de lo publicar.

»Lo que si no hiziera, por muy cierto puedes tener, Dromisto, que no passaran muchas horas que me hallaran de tan cruel como impensada muerte, passada d'esta vida, en que las penas y ravioras cuitas que dixes siento, a la otra, adonde por no las sentir tenía por no pequeño remedio perderla. Pero como después me ocurriese que esta segunda forma de librarme d'ellas, no puede faltarme siempre que mi voluntad fuere, sin que huir me pueda, y que, forçando mi corazón y lengua para dezirte lo que has visto, podría ser que mi fortuna se trocasse, con que se me otorgaría gozar lo que perdiendo la vida no podría, he determinado, no por el precio en que la vida se ha de tener, sino por la pérdida que con ella haría de la esperança, que de poder devidamente gozar tengo de la apostura de tu señor, el qual pluguiesse a los dioses fuesse mío, dezirte lo que oyes y aún más si no te enojares, confiando que me aconsejarás de tal manera que, alcançando el devido remedio que para mis penas desseo, y correspondiendo tu señor a lo que me deve, quede sin alguna manzilla mi honra.

»La qual antepongo a la ley con que he sido criada, pues allende d'esto no se ha de creer que los dioses, que sus cosas hizieron tan perfetas, lo hizieran nacer en parte adonde no fuesse la ley de todas más perfeta. Porque después de tantos bienes y mercedes no hoviesse de perder su alma, cuya pérdida sería en incomparable grado mayor que todos los defectos y desproporciones con que pudieran su cuerpo criar. Con la carencia de los cuales me fuerça que de mi grado espere su comedimiento, posponiendo mi ley e todo lo que he dicho, no me dexando más de la honra, sin la qual

no dexo de conocer que sería por él con justa causa menospreciada. Lo que no ha de tener en tan poco que no considere que por cualquier de las dichas cosas, cuanto más por todas, habría yo de sufrir no una sino mil muertes, si las padecer pudiera, porque correspondiese la constancia que en mí se habría de hallar al alto estado de mis predecesores y padres, cuyo valor y merecimiento sobrepujan la redondez del mundo.

»Y por no ser prolixa contigo, aunque para mi descanso jamás querría en otra cosa hablar, no quiero más enojarte sino que en este caso hagas oficio de medianero y no de parte, pues allende de te dar el galardón, el cual dende agora te prometo tan cumplido como por mi parte se requiere, no puedes sino hazer a tu señor muy gran servicio, no porque dexes de merecer más de lo que por mí se le ofrece, sino porque, no se doliendo de mí, sería causador de mi muerte. La cual, como cavallero, no deve consentir, así porque por su oficio habría antes de perder la vida, como por el nombre de impiadoso que con ella cobraría, allende de ser desleal y engañoso a quien tan leal y verdaderamente lo ama. Y cuando así lo hiziesse, entonces podría tener más cierto el fingido nombre que agora tiene de Triste, pues no le huiría de la memoria, o a lo menos no le podría huir la tristeza y pesar que mi muerte, tan sin razón causada, le acarrearía todas las horas que dueñas o donzellas de alta guisa viesse. De que mi alma no dexaría de sentir no menos pena, por lo que yo su bien y descanso desseo, que es la gloria, que para los que por mi razón mueren está en el otro siglo aparejada.

Y dicho aquello, no sin muchas lágrimas que al enano Dromisto promovieron a que d'ella se doliesse, calló, faltándole con aquel sabroso llorar todo el sentimiento que tener devía porque sus donzellas no lo sintiessen. Y porque le pareció que según estava afligida convenía en aquella sazón darle algún consuelo, con ponerla en alguna esperanza, le dixo:

–Si el plazer y alegría que yo agora tengo y siento, o, infanta, no menos graciosa que alta, declararte pudiesse, no creas que en tan poco lo tuviesse que me no juzgasse por más sabio que en te dar el consuelo que pides, pues lo primero sería casi imposible y en lo segundo no alcanço dificultad. Porque ¿cuál sería el cavallero, aunque el principado del Universo alcançasse, que se no tuviesse por el más bien andante de los nacidos, si por ti se le otorgasse sólo el nombre de tu cavallero? Quanto más todo lo que de tu alta y hermosa persona se podría, después de precedencia de grandes servicios y trabajos con aquejados desseos, haver y alcançar así como agora a mi señor, al cual no dexo yo de tener por tan cuerdo que no conozca la sobrada honra y merced que en ello se le haze, señaladamente sin que le convenga contravenir a su fe. Lo cual sólo creía yo

que podría refrenar su voluntad para no desear tu amor. Puesto que fuese d'ella, no pienso que su corazón por agora pueda recibir mayor descanso ni sus ojos igual deleite de aquel que de tu graciosa vista se alcanza.

»Por ende, sei leda, porque yo fío en el Alto Señor que no sin gran causa aquí venir nos hizo, y después ha embiado los tempestosos vientos para que aquí nos detuviésemos, porque la gran ventura de mi señor sea cumplida, con alcanzar el fin de sus trabajos y afanes. Al cual sólo estaba reservado, pues siendo el más estremado cavallero que jamás nació, desaguizado se le hiziera si no alcanzara la más alta y hermosa infanta que en todos los tiempos passados y presentes. Y pues a ti ha seido plaziente que yo sea en este hecho medianero, de que tan sobrada honra se me sigue, descanse tu corazón porque yo tomo a mi cargo traerlo al efecto que para entrambos cumple. Pues adonde no falta la voluntad, no son trabajosos los efectos.

Y dexándola con aquello más leda que si supiera que había de suceder en el señorío de su padre, según confiava en las palabras y discreción del enano, el cual le había dado tan cumplida esperanza como por ella se desseava, salió de su cámara para ir a su posada y contar a su señor lo que con aquella hermosa infanta había pasado, no sin gran plazer por haver conocido en sus razones el sobrado amor que a su señor tenía. De donde se podría seguir que más cedo se cumpliessen los desseos del príncipe de Antiochía, aunque en los principios no le había parecido bien a su señor, el cual, cuando d'él supiesse la intención que para lo procurar lo moviera, no dexaría de conocer que se le devía por ello galardón cumplido.

¶Capítulo xlviii. De cómo Dromisto contó al Cavallero Triste todo lo que con la infanta Abumena había pasado, y de cómo se ordenó una caça de monte a la cual fueron la infanta Abumena con Xarefín y Zoradar, juntamente con el Cavallero Triste, su señor.

Cuando Dromisto pudo verse con su señor sin compañía que les impidiesse para le contar lo que aquel día había con la infanta Abumena platicado, se lo contó todo no sin las circunstancias que convenían, para que más claramente conociesse el señorío que sobre su corazón tenía. El cual, no recibiendo d'ello pequeño enojo, reutó a su enano porque le dixera que lo había tomado a su cargo, de que no

podía suceder cosa que fuese su honra, ni menos para la intención que él tenía, como se vos ya dixo, de procurar que Zoradán alcançasse el amor de la infanta. Y como la intención de Dromisto no dexasse de ser a la de su señor en todo conforme, le dixo:

–Muchas vezes, señor, son las obras juzgadas al revés de lo que deven, por la ignorancia que se tiene de las intenciones con que se obran, assí como agora por vós, mi señor, pues no sabiendo la causa que me ha movido a entender en estos hechos y tomarlos a mi cargo, me reutastes. Lo que es cierto no fiziérades, pues mi intención nunca fue ni plega a Dios que sea de vos hazer jamás enojo ni deservicio, ni menos çufrir quanto más procurar que vuestra persona reciba daño ni la honra menoscabo, porque, sabiendo yo el leal y verdadero amor que a mi señora Flerisena tenéis, y la no menor diferencia que ay de la hermosura y estado de aquella esclarecida princesa a la d'esta virtuosa infanta, no havía de entender en que vuestro coraçón se abaxasse a otorgarse adonde falta tanta parte de merecimiento como en mi señora sobra, antes trabajará en lo apartar de vuestro pensamiento en caso que viera que desviávades del devido camino un solo punto.

»Y puesto que para esto no me combidara la fidelidad que a vós, como a mi señor, devo forçarme la memoria de las honras y mercedes que de mi señora, assí antes como después de vuestra partida, he recibido, juntamente con la fe que le di de le ser siempre leal servidor, por donde no pudiera otra cosa hazer. Pero como para traer vuestros desseos al puerto que vos pluguiere, se requiera tener el tiempo endereçado, juntamente con el governalle para endereçarlo por aquella vía que a vuestra intención y voluntad fuere conveniente, he trabajado con las esperanças que a la infanta con mis palabras he dado, de traerla en tal punto que, haviendo su coraçón sojuzgado a toda vuestra ordinación, quede forçada de dexar todos sus hechos en mi mano, para que por mí sean guiados por el mejor camino que a entrambos pareciere. Por donde vos es, señor, otorgado mandar con seguro que se no dexara de cumplir lo que antes no se hiziera, aunque lo rogárades de rodillas, según el coraçón y voluntad de aquella graciosa infanta están no solamente aparejados pero desseosos de lo efectuar.

»Y pues vuestro desseo es satisfazer al príncipe de Antiochía los servicios que en su casa havéis recibido, con la satisfacción que por él más se dessea, con lo que yo he procurado lo podréis sin trabajo ni desconfianza cumplir, porque si por vós, mi señor, se manda a la infanta que tome a Zoradán por marido, certificándola que en lo hazer cumplirá vuestra voluntad, tan poco tiene libertad para vos lo contraddezir, como Zoradán que otro fin no dessea a sus aquexados desseos. Lo que sin dificultad se podrá

fazer pidiéndole un don la primera vez que le hablar pudiéredes, el cual se yo que vos no dexara de otorgar aunque delante de su padre se le pidiesse. Y cuando viéredes sazón lo podréis declarar diziendo que vos otorgo de tomar al príncipe de Antiochía por señor y marido, pues ninguno por tantas y tan justas causas lo merece.

»Assí que con esto desecharéis vós, mi señor, el enojo que contra mí mostrastes tener, quedando Zoradán satisfecho de lo que por vós ha hecho, y la infanta con marido a vuestra voluntad, y yo perdonado del atrevimiento que tuve en dezir que lo havia tomado a mi cargo sin vuestro mandado. De que no se me recrecerá menor merced que a vosotros tres juntos satisfacción y contentamiento, pues con ello no pienso alcançar menor bien, cobrando vuestra gracia, que Zoradán en venir al fin de sus desseos. Aunque con todo quanto he dicho no me parece que lo recibiría cumplido, si por vós, señor, no se me otorga que vos pueda besar las manos por la ocasión que di para que contra mí vos enojássedes.

Y dicho aquello quiso tomárselas, sino que el Cavallero Triste las desvió abraçándolo con mucho amor, y diziéndole que él quedava de aquella desculpa tan satisfecho como antes de la saber quexoso.

No passaron muchos días después que el príncipe Xarefín ordenó una caça, porque se pudiessen folgar en el monte cinco o seis días por razón que aquella tierra era muy viciosa d'ella. A la cual quiso llevar a la infanta, su hermana, con algunas de sus dueñas y donzellas, la cual no se holgó tan poco de aquello, considerando que se ofrecería mejor aparejo al Cavallero Triste para hablarle, que no desseasse que ya fuesse venido el día. Pues hasta entonces siempre la presencia del príncipe Zoradán, al parecer d'ella, havia causado legítimo impedimento.

Llegado pues el día que de partir hovieron, Xarefín, por hazer más honra al Cavallero Triste, al tiempo que cavalgaron le rogó que aguardasse a la infanta, su hermana, en aquel camino, pues no le faltarían cosas que contarle con las cuales no sentiría el trabajo d'él, lo que Valerían no quisiera tanto que más preciara perder una ciudad por no verse en algún aprieto. Pero mostrando que en aquello recibía la mayor merced y honra que hasta entonces se le fiziera, tomó la rienda del palafrén de aquella graciosa infanta, la cual recibió tan grande alegría por ver el aparejo que se le ofrecía, para la satisfacción de sus dudosos no menos que aquexados pensamientos, como Zoradán pesar y embidia por no serle otorgado gozar en aquel tiempo de ver y hablar a su señora, royéndole los huesos aquel recelo que tenía, que la infanta amava al

Cavallero Triste por encima de todas las cosas. Y otrosí porque tenía por imposible que la fermosura d'ella no sobrepujasse las fuerças de la lealtad que le tener prometiera

Salidos de la ciudad, por la cual muy leda iva la infanta viéndose aguardada de aquel cavallero, de cuya gracia y apostura no se havía podido guardar, creyendo que no solamente todos lo miravan con los ojos de su afición, pero que tenía sobre el coraçón del cumplido señorío, mil años se le hizieron hasta ofrecérseles camino, que traxesse aparejo para que le hablar pudiesse, por ver y oír lo que ella por muy cierto tenía que havía de hazer y dezir.

Assí que quando el Cavallero Triste vido que no podía escusarse de hablarle sin que conociesse que de falta de voluntad procedía, esforçando su coraçón para aquello que a lo menos en la apariencia se mostrava ser en deservicio de su señora, más que para cuantas afrentas y peligros havían por el passado dend'el día que de Colonia partiera, le dixo:

–Si mi coraçón no tuviere fuerças, o, hermosa infanta, para dezirte aquello que mis desseos me representan, ruégote que no lo atribuyas sino a sola la flaqueza que en sí siente, conociendo la falta que de merecimiento tiene. Con la cual y con la ocupación de las sobradas mercedes que se le otorgan, por muy cierto has de tener que no terná poder ni esfuerço para hazerte aquellas gracias que dessea, señaladamente en esta sazón, que todas las fuerças que havría de tener para te en algo servir, allende de las considerar impossibles, conoce que le son tan agenas quanto dessea que fuessen cercanas. Porque otrosí pudieses conocer que a lo menos los desseos y la voluntad no les dexan de igualar, puesto que ayan sido e sean mayores de las que se podrían por muy sabias personas considerar.

¿Quién podría deziros lo que aquella graciosa infanta en su coraçón sintió quando allí oyó hablar aquél, su cavallero, que sobre todas las cosas del mundo amava? Por cierto ningún mortal, porque fue tan grande su gozo que gran pieça estuvo que no sabía que le responder pudiesse. Pero después de assossegada de aquel sobresalto tan desseado como nuevo, le dixo:

–¡O, cavallero, a quien la fortuna no solamente otorgó que con tu grande esfuerço sobrepujastes los que armas traen!, pero juntamente con tu vista los sentimientos de las encerradas donzellas que te queda que dessear puedas, pues alcanças las dos más encumbradas cosas por las cuales los siglos han tenido y tener pueden algún merecer y estima. Porque es cierto que si no las huviesse no se hallaría en ellos cosa, que desseo de bivar ni de gozarlas nos acarreasse. Por cierto no ternías que sino

conocimiento de sí mismo, porque allí por ellas como por las perficiones y virtudes que en ti se encierran no te desconociesses. Y otrosí porque no dexes de corresponder al amor y voluntad que contra ti tuvieren, puesto que en valor ni merecer no sean tus iguales ni con gran parte, considerando, si te hallaras una flaca donzella y amaras en el último grado que amar se puede, que dessearas hallar correspondencia en la cosa amada, por no venir, si la no hallaras, en alguna desesperación con que pudieras perder la vida y alma juntas, del cual conocimiento por muy cierto tengo que no careces. Pues si te faltasse, no le dexaría de hallar en ti alguna imperfición, lo que no le ha ni puede otorgar, según los dioses para demostración de su soberano poder se miraron en te hazer cumplido y perfect. Por donde so forçada de creer, dexadas aparte las conjeturas de tu enano, que mi corazón en se haver halagado a te ser sujeto, no ha causado en mi honra menoscabo ni manzilla, pues tú, según tu perfecta naturaleza, no lo havías de consentir aunque en mí no hallaras la devida constancia, por no enturviar tu limpieza con haver engañado una ignorante donzella, señaladamente agora que con mis oídos propios he oído lo que me dixiste. Por donde por no menos cierto tengo que lo dezir pudieras si en ti no sintieras lo que mi corazón dessea que sientas para su segura satisfacción y contentamiento.

Y dicho aquello, ocupándole una honesta vergüença sus potencias, con que no pudo proceder en lo que más dezir quería, fizo forçada el fin que aún no quisiera quedando con el rostro tan colorado y hermoso, que al Cavallero Triste pareció que después de su señora no había visto su igual. Y como con aquel pensamiento la estuviesse mirando, no causava en el corazón de aquella graciosa infanta pequeño descanso, porque con aquello creía que su cavallero no lo dexava de recibir menor. Pues le parecía que el deleite que de su vista se le recreía, le impedía las potencias para hablarle, assí como poco antes en sí mesma conoció aquel impedimento. Pero no pasó gran pieça qu'el Cavallero Triste, conociendo que no la devía dexar sin satisfacción, le dixo:

–Sobrando en tanto las mercedes que por ti se me hazen, o, más graciosa infanta de cuantas se pueden en el Universo hallar, a mi baxo y pequeño merecimiento ni la lengua tiene poder ni el corazón esfuerço para hazer cada uno el oficio que devría e yo desseo, después de besar tus hermosas manos, por mostrarte assí el agradecimiento que te deven como los desseos que de te las servir tienen. Por donde si yo no dixere o de hazer dexare todo o parte de lo que para tu devida satisfacción se requiere, no debes de negarme el perdón, pues el yerro se causa por falta de juizio y de fuerças y no de desseo

y voluntad, la cual en casos tan altos no se ha de juzgar sino por muy cumplida obra. Y pues la tuya, en lo que alcanzar puedo, no dexa de querérmelas hazer mayores si por mi se te pidiessen por ende, assí porque pueda con alguna mayor certitud quedar más seguro del fin de mis desseos, como porque se me otorgue alcanzar la mayor de las mercedes que jamás se otorgó, suplicote que me otorgues un don con el cual te certifico que harás mi coraçón tan ledo quanto es mi desseo que lo sea para tu devida honra y descanso de aquellos cuidadosos pensamientos, que agora y después que vi tu hermoso gesto no han cessado de atormentar mi alma. Porque si me lo otorgasses ten por cierto que allende que perderías la honra y bien que te yo desseo, no podría aquel coraçón, que con esta confiança se ha podido hast'aquí sostener, dexar de ser en muy breve tiempo desfecho en lágrimas, causando a su señor la más esquiva y cruel muerte quen jamás cavallero por semejante causa padeció.

Como los desseos de aquella graciosa infanta no se estendiessen para más de complazer y si dezir fuesse otorgado servir aquel cavallero, señaladamente en aquella sazón que se havia dado a entender que Dromisto havia muy bien ponderado, que el quedar su señor en aquella tierra no lo causava sino el contentamiento que de su gracia y hermosura tenía, viendo con cuánta instancia y por qué causas aquel don le pidiera, y por ende teniendo por muy fuera de duda que no lo pedia sino para la satisfacción de los desseos de entrambos, le dixo:

–Aunque ninguna donzella, venturoso cavallero, deva prometer cosa sin la primero saber por lo que de semejante promessa o del cumplimiento d'ella se puede recrecer, confiando que me no pedirás ni querrás cosa con que mi honra recibir pueda manzilla ni menoscabo, dende agora digo que soy no menos contenta de te lo otorgar, que tú lo puedes quedar por lo haver alcanzado, pues para contradzirte en lo que devido fuere ni me sobran las fuerças ni lo alcanza mi voluntad.

–Aunque por agora, mi verdadera señora –dixo el Cavallero Triste–, no se me otorgue por tan alta merced poderte besar las manos, no dexo de confiar que la fortuna, que para que la yo alcançasse me ha tanto favorecido, no me aya de traer a tiempo que con mayor seguridad alcance lo demás que para el desseado fin de mis desseos se requiere. Y porque veo que el príncipe, tu hermano, con el de Antiochía se detienen por oír nuestras poridades, dexaré de prosseguir en lo que jamás cansaría y mostrare contentarme con la fatiga y estorvo que por ellos se me ofrece.

Por donde mudando la primera plática en otras cosas que diziéndolas con boz alta engendrarían a los cuerdos mayor sospecha, llegaron a los dos príncipes que los

atendían con desseo de oír lo que el Cavallero Triste iba a aquella hermosa infanta contando, como aquellos que cuidavan, que le hablava de las cosas que andando por el mundo había visto y se le habían ofrecido. Y a aquello dio causa que como el camino que se les ofrecía fuese ancho y no menos llano y de árboles escombrado, no solamente podían ir de consuno los cuatro, pero aunque fueran ciento, por donde no quisieron dexar de oírlas recibiendo en ello muy gran plazer, assí por ser cosas nuevas como graciosamente contadas, puesto que Zoradán dobladamente se folgasse pues se le otorgava lo primero, y gozar de ver a su señora y entremeterse en sus razones con que conocía muy grande alivio en sus penas.

Y mientras el camino les otorgó aquella facultad y deleite caminaron sin sentir algún trabajo ni cansancio, hasta que llegaron en aquella parte del monte en que Xarefín las tiendas mandara assentar. Y después que huvieron cenado, porque cerca de la tarde avían partido de Tracemia, y platicado sobre mesa del madrugador d'esse otro día, se fueron a dormir cada uno en sus tiendas. Y la infanta otrosí en la que para ella y sus donzellas se traxera, adonde se acostaron con pensamiento de se levantar de gran mañana para ponerse en sus armadas en la parte que los monteros tenían señalada mucha caça.

¶Capít[ulo] xlix. De cómo estando en sus armadas el Cavallero Triste con los príncipes Xarefín y el de Antiochía y la infanta Abumena, les salieron al encuentro un león y una leona muy fieros, a los cuales el Cavallero Triste mató. Y por mandado de Xarefín fueron a Tracemia llevados para que les viesse el Gran Turco.

No fue la mañana venida cuando aquellos príncipes con la infanta fueron levantados y a punto para el exercicio que de hazer habían, puesto que algunos passaran dos partes de la noche sin poder dormir, aunque lo procuravan por dar a sus fatigados cuerpos el noturno descanso, señaladamente Zoradán con la infanta, considerando el aparejo que se les había ofrecido de poder verse y hablar por algunos días, aunque en sus desseos tan diversos, como el Cavallero Triste con la infanta, el cual cuasi toda la noche no durmiera considerando otrosí la pequeña facilidad y grande impedimento que se le ofrecían para seguir su camino y poder hallar su señora,

en la cual todos los fines de su mundana gloria y esperanza se encerraban. Y si algún consuelo se le recrecía, después de conocer que hasta que el Alto Señor fuese d'ello servido eran por demás sus diligencias y quejas, y que según le escribiera su buen amigo Arismenio algunos enojosos medios se habían de interponer, era saber que aquel lugar en que su señora se hallava era tan vicioso y aplazible, como antes de haver alcanzado el libro lo considerava esquivo y oscuro. Y otrosí que aquel en que él se hallava no lo era menos con los plazeres y deleites que se le procuravan, si su gusto gozar y gustar quisiese de aquellos guisados. Por donde, no dexando de dar de todo gracias a Nuestro Señor Dios, se çufría como mejor se le otorgava encubriendo en los lugares devidos su secreta tristeza aunque verdadera, con una tan fingida como nueva alegría, con la cual en aquella sazón la infanta estava muy leda, haviéndose dado a entender que era tan señora de su corazón como desseava que su cavallero lo fuese del suyo.

Después que huvieron cavalgado, començaron de entrar por el monte contra la parte que los monteros los guiavan. Y como casi todos fuessen juntos, no se les otorgó hablar sino de las cosas para que eran ende venidos, no hallando tanto sabor Zoradán en buscar ni hallar la caça en busca de la cual andava, como en la que sus ojos caçavan de la hermosura y graciosa vista de la infanta. La cual, después que de amar al Cavallero Triste fue determinada, por más encubrir sus secretos desseos respondía y hablava a Zoradán mucho más de lo que antes acostumbrava, por donde su corazón no recibía menor descanso que el que la infanta sentía con su cavallero y nuevo amador. El cual no menos ledo se mostrava pues tenía muy cierto que con el don que la infanta le prometiera se pornía remedio en las cuitas de su amigo el príncipe de Antiochía, y fin a la obligación que le tenía por razón de los grandes plazeres y passatiempos que siempre le procurava.

Y después que fueron llegados y puestos cada uno en el lugar que convenía, movieron hechos una ala hasta llegar casi al pie de una alta sierra, adonde aquel día mataron dos puercos muy grandes, al uno de los cuales mató el Cavallero Triste junto al palafrén de la infanta, hendiéndole con su buena espada, la cual jamás dexava, la cabeza hasta los dientes. De que así los que entonces lo vieron como los que después lo supieron, se maravillaron tanto que no podían creer que la fuerça de un hombre aunque gigante para tanto bastasse.

Y así aquel día como otros cuatro que ende estuvieron no dexaron de se holgar mucho porque cada día habían muerto mucha caça, y señaladamente el quinto día, en el

cual mataron un osso tan grande qual nunca se había visto ni se acordavan haberlo oído en aquella tierra. El día antes que de bolver hoviessen acordaron de llegar hasta el cabo del monte, el qual tenía más de dos leguas y media en largo, por ver si hallarían dos grandes ossos que los monteros les dixeron que habían visto en aquella parte, y porque la infanta no tomasse tanto trabajo, que quedasse en las tiendas con algunos cavalleros que la guardassen hasta su buelta. La qual les dixo que pues el mayor trabajo era passado, con ser ende venida, no entendía dexar de ver cosa de las que se podían recrecer, pues no le faltava corazón para ver cualquier animalia por sobrada que fuesse, y peligro no lo temía levando tan buenos aguardadores. Todos rieron de su buen esfuerço y de la gracia con que lo dixera, y conociendo ser aquella su voluntad madrugaron bien de mañana, por razón que tuviessen tiempo para ir y bolver y estar caçando con la claridad del día.

Por donde, muy poco después de salido el Sol, llegaron cerca de un rincón, el qual se causava de dos grandes sierras que se venían ende a juntar, adonde aquel monte menos espesso que largo fenecía. Y quando allí fueron, entendieron en ordenarse porque por razón de mal orden no se les fuesse la caça. Assí que después de ordenados començaron a su passo de caminar, aunque muy presto acaeciò cosa que a los más d'ellos hizo correr, juzgando por muy perezoso el curso de sus cavallos, porque aún no habían andado cien passos, después que se ordenaron, quando por la parte que el Cavallero Triste con los príncipes y la infanta ivan, vieron contra sí venir casi al mesmo passo un león con una leona tan fieros, que no osando los cavallos passar adelante según fueron espantados, trabajavan en bolverse si sus señores se lo permitieran. Y puesto que la infanta hoviesse dicho que su corazón era bastante para mirar cualquier animalia por sobrada que fuesse, quando a los leones vido por poco cayera de su palafrén si el Cavallero Triste, teniéndola, no la esfuerçara diziendo:

—¿Qué poco esfuerço es ésse, hermosa infanta? ¿No sabes que tus aguardadores morirán mil muertes antes de verte en peligro? Por ende, esfuerça y mira cuán presto levarán el pago que, por razón del espanto que de su vista se te causó, se les deve.

Dicho lo qual, saltó de su cavallo tan ligeramente quanto tuvo presta su espada desnuda y su manto en el otro braço, y con tan gran denuedo, como si se hallara de todas sus armas armado, començó de ir contra ellos. Y puesto que quando assí lo vieron la infanta con los dos príncipes a grandes bozes le dixessen que a su cavallo se acogiesse, fingiendo no oírlos, no curó sino de seguir sus passos, por donde muy presto fue junto a ellos. Y no atendiendo que lo acometiessen se acercó al que primero venía,

al cual tiró tan rezió golpe, que si no diera un salto al través no dexara de le hazer de la cabeça dos partes. Pero no se olvidó juntamente al subir de la espada tirar a la leona, que no menos se le havia acercado, otro no menor golpe, la cual, aunque quiso assí como su compañero desviarse, no pudo tan presto que aquella tajante espada no le cortasse la una mano, la cual no fue tan presto en el suelo, cuando entrambos leones en dar un gran salto contra el Cavallero Triste para cogerlo entre sus fuertes braços y passarle con sus largas agudas uñas hasta las entrañas. Pero como el tiento y ligereza del Cavallero Triste no fuessen menores que su esfuerço, usando de la destreza del primero desvió al través el cuerpo, y al tiempo del passar los leones firió en la una de las piernas de la mesma leona con tanta fuerça, que assí le cortó las cannillas como si no fueran de huessos, quedando la espada tan limpia de lesión como si no la huviera ferido, causándolo la fineza y fortaleza d'ella, contra la cual no parecía que el azero, quanto más los huessos, tuviessen resistencia. De suerte que con aquel golpe quitó la leona de su estorvo, pues faltándole una mano y una pierna ni podía ni le era permitido moverse.

Cuando el león la vido tollida y sintió sus espantables bramidos, mostrando que lo que hazer quería no era para su denfensa sino en vengança de la leona, la cual por razón devía ser su compañera según mostró temer poco aquella sangrienta espada, dio contra él tan gran salto, que conociendo que su ligereza no se podía aprovechar tanto que se desviar pudiesse sin que el león lo cogiesse en sus braços, de presto puso su espada entre los dos. Por donde el león, el cual endonadamente y con no menor tiento que temor venía, hallando la punta de la espada, antes que al que assí la pusiera pudiesse llegar, se la fincó por los pechos de tal manera y con tanta fuerça, acompañada de la codicia con que venía para acogerlo, que no paró hasta apuntarle a las espaldas. Y puesto que con aquella llaga huviesse cumplimiento sin otra para perder la vida, no dexó de traer al fin aunque no como lo él desseava su cruel pensamiento, pues pudo coger al Cavallero Triste en sus braços. El cual, por no sentir el dolor que sus uñas podían causarle si le entravan por las carnes, dexada la espada que bien firme la tenía puesta por el cuerpo, le asió de los braços con que lo cuidava despedaçar, por vengar entrambas muertes. Y con la gran fuerça que en ello puso se los apartó del cuerpo, teniéndolo tan firmemente que ni d'ellos ni de la boca se le otorgava aprovechar. Por donde con la ravia que ya tenía y el dolor de la llaga tan mortal que se le acrecentava, juntamente con no poder dar remedio assí ni vengar a su compañera, comenzó de seguirla en los bramidos, pues para aquello no le era entredicha la facultad, los cuales eran tan grandes que todo aquel monte hazían reteñir.

Por donde muy pocos de los caçadores y monteros osaron ende parar si no fueron aquellos dos príncipes con la infanta, los cuales no estavan tanto espantados de la vista de los leones como atónitos, viendo el poco caso que d'ellos fiziera el Cavallero Triste. Aunque el príncipe Zoradán, embidiando la honra que de aquello se le seguía y porque conociesse su señora que su esfuerço no era menor, al tiempo que la leona fue del segundo golpe ferida, del cual quedó tollida, ya havía de su cavallo decendido y con muy buen continente llegado adonde el Cavallero Triste hazía con ellos su batalla, al tiempo que el león dio aquel salto, con el cual, fincándose la espada del Cavallero Triste hasta las espaldas, lo havía entre sus braços cogido. Y puesto que teniendo el Cavallero Triste al león con tanta fuerça que se mover no podía, Zoradán pudiera con mucha facilidad matarlo, no quiso descomplacer al Cavallero Triste, el cual le rogó que no lo hiziesse conociendo que según estava llagado no podría mucho tiempo sostenerse. Por donde se paró por ver en qué pararían los bramidos y fuerças del león, no se dexando de maravillarse que las fuerças del Cavallero Triste fuessen tan grandes que no solamente igualassen, pero que sobrepujassen las de aquel esquivo león.

Pero la que más en el principio temió su peligro y después se le convirtió en sobrado gozo fue la infanta, la cual se fizo tan leda, conociendo según creía que tenía cumplido señorío sobre aquel cavallero, que bien lo mostrava su gesto, señaladamente al tiempo que vido que el león començava de enronquecer por la falta que ya tenía de sus fuerças y aliento, las cuales no tardaron mucho en consumirse por razón de la mucha sangre que de aquella gran llaga le saliera. Por donde dexándolo el Cavallero Triste se començó de rebolver por el suelo con la ravia de la muerte, con que acabándose de fincar la espada hasta la cruz no tardó en morir, ni menos el Cavallero Triste en cobrar su espada y acogerse a su cavallo, con no más demostración en su gesto de lo que passara que si con algún ciervo o gamo le acaeciera, la defensión de los cuales consiste en sólo huir. Al cual la infanta en presencia de los otros príncipes dixo:

—No sé qué pensar ni dezir pueda, esforçado cavallero, de tus cosas, sino que assí como tu persona y ley son para nosotros estrañas, assí no lo dexan de parecer las obras. Por donde vengo a creer que ninguna cosa de las criadas te podrían acarrear espanto, pues en tu gesto, a lo que ver se puede, no se demuestra algún género de mudança, por lo que con dos tan fieras animalias te ha acaecido, no quedando los que aquí somos menos espantados, que tú mostraste tenerlos en poco según el denuedo con que por ti fueron acometidos.

–Si yo no creyera, hermosa infanta –dixo el Cavallero Triste–, que el príncipe tu hermano te hoviera de aguardar y el de Antiochía ayudarme, según que se fizo, cierto es que no tuviera la osadía y atrevimiento que en mí conociste de castigar aquellos leones, por razón del miedo y sobresalto que te causaron. Pues ninguna cosa ay en el mundo que atreviéndose para tanto no fuesse essecutado con mayor y más riguroso castigo, porque a mucho más se estiende tu alto merecimiento, por razón de lo cual se movió este esforçado príncipe de Antiochía a decender de su cavallo y matar aquel león, el cual es cierto que de acabar no dexara si él mesmo, conociendo su culpa, no hoviesse con passarse el cuerpo con mi espada querido pagar la penas. Por donde, aunque a algunos aya parecido que lo yo maté, la verdad es que el vencimiento otorgar no se deve sino a este valeroso príncipe, pues si no fuera por su conocido favor y el temor que el león de su espada tuvo, no pudiera sino ponerme en tal aprieto que mi vida no dexara de peligrar.

Y puesto que el Cavallero Triste aquello dixesse por favorecer a su buen amigo Zoradán delante de la infanta, su señora, bien se conoció por ella y su hermano que sólo el Cavallero Triste era a quien toda la gloria de aquel vencimiento se devía. Después de aquello, tañida por Xarefin una pequeña bozina, todos los caçadores y monteros que por las otras armadas estavan, juntamente con los que havían huido, acudieron ende en muy breve espacio. Por mandado del cual, abiertos los leones y sacados los interiores, los hizo llevar a Tracemia para que los viesse el Gran Turco, su padre. El cual, juntamente con todos los que los vieron, por una de las mayores hazañas que havían oído la juzgaron. Por donde de allí adelante preció al Cavallero Triste mucho más de lo que solía, viendo que su esuerço correspondía a su apostura.

Y después, con tan grande admiración de los caçadores y monteros que ende acudieron, como embidia de Xarefin y Zoradán y alegría de aquella hermosa infanta, bolvieron a sus tiendas adonde reposaron lo que del día quedava y aquella noche. Y otro día en la mañana partieron para Tracemia. Y por el camino Zoradán llevó a la infanta de rienda, gozándose tanto, assí por le hazer aquel servicio como por lo demás que en ello se le otorgava, quanto a ella pesava por conocer la gran diferencia que havía d'él a su primer aguardador, con el cual recibía igual o mayor deleite del que a Zoradán por la mesma razón se recrecía.

Después de llegados ante el Gran Turco, fueron por él recibidos con mucha alegría, señaladamente sus dos hijos, no dexando de igualar en la honra al Cavallero Triste con Zoradán, por el gran contentamiento que de todas sus cosas tenía,

señaladamente conociendo a qué pujava su esfuerço, acompañado de tan grande sossiego que se no parecía en él más que en una hermosa y delicada donzella.

Algunos días passaron después de llegados de la caça que se no vieron aquellos príncipes con la infanta, en los cuales mucho le aprovecharon los consejos y esperanças que Dromisto le diera, sin los cuales no se pudiera çufrir aquella hermosa infanta si no hallara algún camino y ocasión con que al Cavallero Triste ver y hablar pudiesse, según que de sus cuitas era aquexada. En las cuales no le dexava de igualar Zoradán, el cual ni la infanta no pudieran mucho tiempo çufrirlas si no sucediera lo que adelante se vos dirá.

¶Capítulo 1. De las razones que passaron entre el Cavallero Triste y Zoradán por razón de sus quejas, y de cómo Vanomades, príncipe de Damasco, vino con una demanda tan sobervia como estraña delante del Gran Turco, por razón de la cual se desafiaron él y el Cavallero Triste.

Como el príncipe de Antiochía tan aquexado se sintiese, que su atribulado corazón ya no podía çufrir las ravisas cuitas que, juntamente con el recelo que de su amigo el Cavallero Triste tenía, continuamente lo atormentavan, acordó, como desesperado de alcançar el remedio d'ellas, bolverse a sus tierras, creyendo que con alexarse de su señora podría con el tiempo desechar de sí aquellos pensamientos y penados desseos que lo hazían andar tan triste, que ya de ninguna cosa se folgava, no hallando en el comer gusto ni en el dormir reposo. Pero antes quiso dezirlo al Cavallero Triste assí por ver, con lo qué le aconsejaría, si podría descubrir alguna causa de recelo, como porque le parecía que lo no debía hazer sin le dar aquella razón, pues por su causa viniera ende. Y el día que le pareció más conveniente y con mejor sazón, le habló de esta manera:

–Si mi corazón tan descansado se hallasse que le fuesse otorgado saber y poder dezir lo que mi alma siente, por muy pequeñas ternía mis culpas y por menores sus penas. Pero como con la ocupación d'ellas no sienta menor tormento, que es el que se le recrece por no poderlas dezir a quien si quisiesse podría aliviarlo, es tan grande su acrecentamiento que ya ni él ni mi alma sienten fuerças para poderlo çufrir. Por donde, esforçado cavallero más venturoso que triste, pues has sido dichoso de alcançar señorío

sobre aquella de quien jamás se me otorgó servidumbre, has de saber que por no verme en lo venidero en los desfavores que con mucha dissimulación he çufrido en lo passado, y porque claramente conozco que la esperança que hasta agora ha podido sostenerme va de tal manera faltándome, que no espero ni puedo creer que para mí se pudiesse hallar remedio, he determinado de me bolver a mis tierras que muy lexos son d'estas, adonde tengo por cierto que la conocida desesperança no me acarreará menor descanso que la que agora tengo dudosa, mortal y cruel pena. Pues al fin de mis desseos conozco haver perdido lo que en el principio tenía ganado sin esperança de lo cobrar, si ya no fuesse doliéndose en mi ausencia de lo que siendo presente siempre le plugo, que es haverse mostrado contra mí tan esquiva, quanto deviera agradecida, lo que menos puedo creer según su fuerte coraçón y mi flaca ventura han de ser, como siempre me fueron, para esto contrarios.

»Y porque d'esta tan cierta como devida determinación, no es razón que se siga el efecto sin tu parecer y decreto, he tenido por bien de te hazer d'ella sabidor como aquél en cuyas manos está confirmarla y, no te pareciendo, revocarla, certificándose que no he de seguir más de aquello que me aconsejares, pues de lo contrario no esperaré sino tan cierta perdición como es cierto que, siguiendo tu consejo, tengo de hallar mi desseado remedio. Y por ende te ruego que, no havido respecto a los deleites que de la vista de mi señora se me recrecen, ni a las penas que su ausencia se me podrían causar, me digas lo que en ello sientes y alcanças, porque siguiéndolo no puedo sino acertar en lo que para la satisfacción de mis desseos, o a lo menos para algún alivio de mis penas, es más conveniente.

No dexó de conocer el Cavallero Triste que aquel virtuoso príncipe, su amigo, con mucha razón se quexava, considerando cuán dura cosa era padecer penas, por quien d'ellas no se dolía ni menos se esperaba que se dolería en lo venidero. Porque con aquella pequeña esperança parecería que podrían çufrirse para juntamente sostener la vida. Y por ende, desseando no solamente consolarlo, pero procurarle muy presto remedio en ellas, le dixo:

–Dios sabe, virtuoso príncipe, lo que mi coraçón siente oyendo tus quejas. Pues conociendo que se te otorgarva ver a quien te da causa para aquexarte, se doblan las más considerando que ni veo ni ver espero la que podría remediarlas. Pero porque conozcas cuánto más desseo el remedio de las tuyas, por aquella vía que tus justos desseos vengán al puerto por ti desseado, dende agora prometo y juro por aquella firme fe que al Alto Señor devo, de me no partir de tu compañía, aunque para buscar el

remedio de las mías muchos años passen, hasta tanto que por aquella vía que sea la honra de entrambos en su ser sostenida, seas ayuntado con la infanta, tu señora, pues dizes que para lo ser no te falta más de su voluntad y que tienes ganadas las de su padre y hermano. Por ende, huélgate y sei ledo, porque yo lo cumpliré o me no ternía por cavallero.

No pudo çufrirse aquel valeroso príncipe de Antiochía, oída la promessa y ofrecimiento del Cavallero Triste, su amigo, sin lo abraçar cuasi con lágrimas de un súpito gozo que le sobrevino, viendo con cuánta voluntad y tan determinada le havía prometido aquel remedio, del cual ya desesperava. Y después le dixo:

–No creas, venturoso cavallero y amigo muy verdadero, que tenga en tan poco lo que por ti se me ha ofrecido, que no aya acarreado mayor esperança y descanso a mi atribulado corazón, que todas las otras seguridades que para el fin de mi buenaventurança ofrecer se me pudieran. Por donde te agradezco cuanto se me otorga, assí la buena obra que de presente recibo, pues con ella he cobrado el esfuerço y esperança que me ya faltavan, como la venidera en la cual se encierran todos mis desseados fines. Certificándote que, assí cumpliéndose por tu ventura y medio como dexándose de cumplir por mi desdicha, no dexarás de ser tan señor de aquel reino de Antiochía, que para mí sólo está dedicado, como si con igual derecho conmigo lo heredaras. Y otrosí de mi persona y voluntad para seguir siempre la tuya, pues por ti no solamente me queda el reino que dixes, pero la vida que juntamente perdiera, con pérdida de la cual ni me quedara que ofrecerte ni menos que posseser pudiesse.

Pareciendo al Cavallero Triste que el ofrecimiento de Zoradán no se havía hecho con menor voluntad de la que él tenía para cumplir lo que le prometiera, se lo agradeció con muy humildes palabras, y demás le dixo que trabajasse en se esforçar y dexasse a su cargo aquellos hechos, porque, pues hasta ser acabados no podía entender en los suyos, trabajaría con todas sus fuerças en traerlos al fin por entrambos desseado. Con que dexó a Zoradán con tanto esfuerço y tan consolado, como si ya se le hoviera assignado día para el cumplimiento d'ellos, quedando el Cavallero Triste con no pequeño cuidado de procurarlo, considerando que hasta ser cumplido era por demás pensar en remediar los suyos.

Mucho tiempo passó después de aquello que al Cavallero Triste no se ofreció sazón ni aparejo para poder declarar a la infanta el don que le prometiera, con que tenía creído que se acabaría lo que a Zoradán havía prometido, de que no recibía menor pena que la que la infanta sentía, viendo cómo se difería el cumplimiento de los suyos. Por

donde fueron bien menester los consuelos de Dromisto, el cual lo supo tan bien hazer que aun para otro tanto tiempo le puso esperança y esfuerço. Y como el Alto Señor, siendo por tantas personas suplicado por la liberación de Flerisena, no desdeñasse de oír tan justos ruegos, permitió que se siguiesse lo que oiréis.

Siendo ya mucho tiempo passado, según vos diximos, en el cual el Cavallero Triste no hallara ni se le havia ofrecido aparejo para cumplir lo que tanto desseava, acaeció que estando un día el Gran Turco en una de las salas de sus palacios, acompañado assí del príncipe Xarefin y de la infanta Abumena, sus hijos, como de muchos cavalleros y dueñas y donzellas, entró por la puerta d'ella un cavallero de todas sus armas, salvo el yelmo y manos, armado. El cual, acercándose a aquella parte que el Gran Turco seía, dexados sus escuderos a la puerta por donde entrara, hincadas las rodillas por el suelo, le començó de hablar diziendo:

–El desseo que de ganar honra y prez y poder entre los buenos cavalleros ser contado, acompañado del orgullo que para ello mi coraçón le otorga, como aquél que es sujeto a la más alta y hermosa donzella del mundo, poderoso acrecentador de nuestra verdadera ley, seguro amparo y defensor de los que en ella bivimos, me a traído a esta tu casa. En la cual por razón no havrá falta de preciados cavalleros y donzellas, cuya bondad y hermosura no suenen por todas las provincias del Universo, para que, si por ti me fuere otorgada licencia, pueda seguramente publicar mi demanda y mantener una casi locura que prometí a la donzella que dixes, assí como creo que lo otorgarás. Pues ninguna cosa acrecienta tanto la honra y fama de las casas de los grandes príncipes como las venidas que a ellas hazen con demandas estrañas, y tanto más si en ellas alcançan la cima e fin para que las trahen.

Y dicho aquello, calló, atendiendo la respuesta del Gran Turco. El cual no la difirió, diziéndole que folgava que assí él como cualquier otros cavalleros viniessen a su casa con las demandas que se les ofrecían. Y que por su voluntad jamás ninguno partiría de su casa con quexa. Por ende, que dixesse la suya, porque no la dexaría de oír con tanta atención como tenía desseo de saber la causa de su venida. Por razón de la cual respuesta, queriéndole el cavallero besar el pie, no le fue por el Gran Turco consentido, antes lo mandó levantar, puesto que mucho lo escusasse, a tiempo que el príncipe de Antiochía con el Cavallero Triste entravan por la misma sala, siendo avisados de Nicerián que havia visto entrar ende aquel cavallero.

De la venida de los cuales mucho se folgó aquel sobervio infiel, porque se hallassen ende para oír la demanda del cavallero estraño. El cual, viendo que el príncipe

Xarefín yva para recibirlos, bolvió la cabeça por ver a quien se hazía tan grande honra, y cuando al Cavallero Triste vido, a maravilla se pagó de su grande apostura y estraño trage. Y puesto que antes de verlo muy hermosa le huviesse parecido Abumena, bien claro conoció, haziéndose la diferencia que se hazer devía de los dos géneros, que la del Cavallero Triste era en muy mayor perfición. Por donde se holgó mucho de ser ende venido, pues se le havía otorgado ver al más apuesto cavallero del mundo. Y cuando vino a passar cerca d'él, viéndolo venir en medio de Xarefín y Zoradán, le fizo muy gram mesura, cuidando que se le no haría honra tan grande si no supiesen que era merecedor d'ella. Al cual los tres que juntos venían se humillaron. Y cuando cerca de la infanta llegaron, no pudo su hermoso rostro encubrir la alegría de su coraçón, viendo ante sí su verdadero señor, de ver el cual no menos gozo y descanso sentía que el de Zoradán de ver a su señora.

Después que se huvieron assossegado, el cavallero, a quien todos mirando estaban por oír lo que diría, prosiguiendo su razón dixo:

–Pues por ti, alto señor, se me ha otorgado la licencia y merced que esperava, y con ellas no temiendo pena ni desaguizado, hago te saber que soy natural de las tierras de Soria. En las cuales, por la voluntad de los dioses, mis predecesores y padres no fueron medianamente heredados, y al tiempo que la edad me otorgó derecho para pedir el orden de cavallería, fui a la ciudad de Alcairo para lo recibir de mano de aquel soberano soldán, porque lo más de su tiempo tiene en ella su assiento. Y fue mi dicha tan grande que en un mesmo día recibí el orden de cavallería y a la hija de aquel alto príncipe por señora, con me haber otorgado nombre de su cavallero. Pues de su mano fue mi desseo y suerte tomar la espada, por lo cual le prometí que jamás otra sino ella alcançaría el señorío de mi coraçón, que en el mesmo instante le otorgué. Y porque lo no desdeñasse, que haría una cosa muy señalada en su servicio, la cual sería partirme luego para ir a todas las casas de los reyes y otros príncipes, que a los que son de nuestra ley señorean. En cada una de las cuales haría conocer a dos cavalleros los mejores que en ellas podrían hallarse, combatiéndome con cada uno por sí, quedando de la batalla del primero con tal disposición que a arbitrio de los jueces pudiesse entrar en ella con el segundo, que aquella alta donzella e mi señora que dixes es sobre todas las de su tiempo tan hermosa, allende del estado y otras gracias que en su persona son notorias, que ninguna le iguala ni con gran parte. Y otrosí que a ningún príncipe ni otro cavallero que se atreviesse a quererlo merecer con tan justas causas, se le podría otorgar

el alto nombre de su cavallero como a mí, del cual por su sola voluntad quiso que yo fuesse merecedor.

»Y si mi dicha, o por mejor dezir el tan justo derecho que tengo, me favoreciesse tanto que se no hallasse en las casas que dixen quien lo contrario mantener quisiesse, o que atreviéndose a lo defender fuessen por mí vencidos, passaría en las tierra por los christianos, nuestros enemigos, señoreadas, y en las tres más principales casas trabajaría de sostener la mesma demanda, si para ello se me otorgasse seguro. Y para certificación d'esto, le levaría los escudos y nombres de todos los cavalleros que por mí fuessen vencidos, con cartas certificadorias de los reyes y príncipes ante los cuales nuestras batallas passarían de sus reales sellos selladas.

»Y porque de todas las que yo había de andar de los príncipes de nuestra ley, no me queda sino la tuya para poder passar en las de los christianos, ruégote, poderoso señor, que a todos tus cavalleros hagas saber mi demanda, para cumplir la cual yo atenderé en esta ciudad tuya diez días. Passados los cuales, si ninguno huviere que la contradize quiera, assí mesmo me mandes otorgar tus imperiales cartas, con las cuales pueda passar adelante en mi promessa hasta llegar al fin por mí desseado. Con el cual no solamente espero cumplir el desseo de ganar la honra y prez que dixen, pero la palabra y promessa que a tan alta princesa tuve por bien de otorgar.

»Y porque ningún cavallero, por de grande estado que sea, dude de entrar conmigo en batalla, te hago no menos saber que a mí dizen Vanomades e soy príncipe de Damasco, aunque cavallero muy humilde de mi señora Abriarda, cuyo nombre, fuera de tu alta presencia, no me atreviera nombrar sin hazerle la medida que se me otorga, pues la devida es escusado, según su alto estado y mayor merecimiento.

No se maravillaron poco todos los que ende eran de la estraña no menos que soberbia demanda de aquel cavallero, considerando a cuánto se había estendido su orgullo y atrevimiento. Por donde no lo juzgavan de pocas fuerças y esfuerço, y otrosí por quanto era muy apuesto y membrudo y no menos proporcionado. Y como el Cavallero Triste viesse que todos callavan mirándolo, de que no se le recrecía pequeña gloria y orgullo por se ver de todos tan afectadamente mirar, no pudiendo çufrir que aquel moro en su presencia osasse dezir ni mantener que su Abriarda era de mayor hermosura y merecimiento que su señora Flerisena, alcançada licencia del Gran Turco, con tanta mansedumbre como el cavallero mostrava soberbia, le dixo:

–Aunque tu apostura y orgullo te hagan no dudar que serías bastante para dar cima en cualquier demanda, esforçado príncipe de Damasco, devieras de contentar con

mantenerla en aquellas tus tierras y reinos, pues por la mesma razón que dixiste, no deve haver en ellas falta de buenos y esforçados cavalleros con los cuales pudieras emplear y hazer manifiestas las fuerças de tu persona. Y con ellas darles a conocer que para aquellas provincias tu demanda no dexava de ser verdadera, porque devías considerar que otras donzellas hay en el mundo cuya hermosura y gracias no solamente igualan, pero exceden a las que tanto has encarecido d'essa, tu señora, en no menor grado que la luz del Sol a todos los otros planetas. Y que puesto que tus fuerças y esfuerço muy grandes ser puedan, yendo contra tan conocida razón como la que dicha tengo, no podrían dexar de faltarte al mejor tiempo. Por donde, no dando la desseada cima a tu demanda, no cumplirías tus desseos de ganar honra y prez, ni menos la palabra y promessa que a tu señora otorgaste.

»Y porque esta razón que digo, no solamente por mi sola asserción sea creída, sino que por muy notoria evidencia sea declarada, puesto que mis fuerças sean tan pequeñas, quanto se pudiessen en el más flaco cavallero de los que armas trahen considerar, no declarando quien sea la donzella cuya hermosura y gracias defender entiendo, por no descubrir mis desseos, pues lo hazer puedo siendo comprehendida en el número universal de todas las del mundo, digo que essa tan alabada Abriarda, la cual dizes ser tu señora, no solamente no sobrepuja, pero no iguala a esta que yo conozco y servir desseo en hermosura, ni en gracias ni en estado, y mucho menos en merecimiento, en los grados que del Sol con los otros planetas dixe.

»Lo que yo por mi parte, no como cavallero d'esta casa, pues no se entiende para tanto mi baxo merecimiento por no perjudicar a los que de más bondad y valor hay en ella, entiendo de hazerte conocer, con muy cierta confiança de te quitar del trabajo que en passar a las tierras de los christianos, y alcançar seguros y bolver a estas partes se te podría recrecer. Puesto que se no ha de entender que lo hazer pueda sin la licencia y decreto d'este poderoso príncipe y señor, para lo cual le suplico sea servido de me la otorgar, para después de la batalla que de hazer tienes con los dos cavalleros d'esta casa. Los cuales soy cierto me libraron del peligro en que me he puesto, pues con essa confiança, ayudada de la razón que tengo por mi parte, he tenido atrevimiento de hablar antes que ellos, a quien por muchas causas era devido, respondiessen. Por el perdón del cual assí mesmo les ruego, siendo muy cierto que por su grande virtud no me será negado.

En todo aquel tiempo que el Cavallero Triste hablara, Vanomades lo estuvo muy firmemente mirando, no se maravillando menos del sossiego y reposo con que hablara,

que de aquella grande apostura y proporción de su persona y gesto, no le pareciendo que en cavallero que tan blandamente hablasse, se hallarían fuerças que con gran parte a las suyas pudiessen igualar, y señaladamente teniendo tan gran razón como creía tener por su parte. Por donde le dixo:

–Cosa es muy escusada, esforçado cavallero, esperar batalla con los cavalleros d’esta casa y dexar la tuya que con tanta voluntad como sin razón has mostrado querer, pues otrosí no es devido atender las inciertas dexando la que no puede escusarse. Por ende, como aquél que todo lo que dezir podría, para satisfacción de tu atrevido hablar, entiendo dexar para la batalla adonde espero cumplidamente satisfazerte, afirmando siempre en mi demanda, y con mayor voluntad de la averiguar contigo que con cuantos hasta agora he huvido ni podría haver batalla por esta razón. Y no menos porque según tus palabras muestras ser christiano, por donde se me acrecienta el desseo de ser ya en ella. Digo que la quiero contigo y no con otro de los d’esta casa, pues no solamente espero hazerte conocer lo que dixes ser tan verdadero quanto lo que tú dixiste falso, pero la ventaja que los de mi ley a los de la tuya en todo tienen.

–Si por lo primero y principal nuestra batalla, esforçado príncipe, pudiera escusarse –dixo el Cavallero Triste–, cierto es que no se huviera de hazer por lo segundo, pues la diversad de las leyes no ha dado hasta aquí causa de enojo ni de saña entre tu persona y la mía. Ni menos por te yo vencer en ella serían los que en tu ley biven de menos valor, ni por tú vencerme los de la mía en menos tenidos. Porque no consiste en nosotros dos el fin del esfuerço y flaqueza de todos los cavalleros del Universo, entre los cuales no es menos que no haya alguno y muchos ante los cuales ni tu ni yo con justo título mereceríamos sólo el nombre de cavalleros. Pero porque por mi causa no se te difiera el desseo, que dixiste havésete acrecentado de ser presto en la batalla, cata aquí mi gage.

Tendiendo la balda de su manto contra el Gran Turco, al cual suplicó que para ello le dicesse licencia. La cual no se le tardó de otorgar ni menos Vanomades en dar su gage, dexando la batalla para otro día, por razón que ya era tarde y no habría assaz tiempo para ella. Fecho aquello, Vanomades se despidió del Gran Turco y de los otros príncipes para se ir a su posada. Al cual Xarefín, no lo consintiendo, fizo quedar en sus palacios adonde fue aposentado y servido según su estado convenía.

En la mesma sazón, el Cavallero Triste con el príncipe de Antiochía, despedidos de todos los que devían, se fueron a su posada, dexando a la infanta Abumena muy triste, assí porque se le alexava el que era la verdadera causa de su alegría, como por el

temor que de aquella batalla tenía, pareciéndole que el príncipe de Damasco debía tener mayores fuerças que su cavallero, por razón que era algo más alto y membrudo, y en el hablar mostrava ser de mayor esfuerço. E viendo todo lo contrario en aquél que en sus entrañas tenía, sin comparación la dudava, por donde si le no huviera visto con tanto menosprecio del daño que le hazer pudieran, matar aquellos dos leones en el monte, mucho más la temiera. Pero con aquello esforçábase lo mejor que se le otorgava, aunque no tanto que no temiesse su muerte, de la cual no esperaba ella quedar con la vida según aquel ravisoso huego le havía ya abrasado sus entrañas y conocer que le faltaría el que era la verdadera sustentación d'ella.

Por donde con aquel cuidado y recelo passó toda aquella noche, sin sentir ni aquexarla sueño. A la cual el Cavallero Triste y Zoradán no dexaron de tener compañía en la mayor parte d'ella, según lo poco que durmieron, ocupándose en rogar el Cavallero Triste a Nuestro Señor que contra aquel enemigo de su fe le diesse victoria, y Zoradán a sus dioses que lo ayudassen por lo que conocía haverlo menester.

¶Capítulo lj. De la Batalla que passó entre el Cavallero Triste y Vanomades, príncipe de Damasco, en la cual Vanomades fue vencido quedando muy amigo de su contrario.

No atendió el Cavallero Triste que viniesse el día para levantarse, porque conociesse el príncipe de Damasco que por su causa no se difería sólo un punto la batalla. Por donde, al tiempo que el alva començó de tomar su acostumbrado señorío, desechando las nocturnas sombras, ya lo ayudava a armar su buen amigo Zoradán, maravillándose, porque lo bien mirava, de ver aquel cavallero a quien no menos amava que hermano, con su acostumbrada plática e alegría, sin algún género de mudança. Y puesto que de conocer no dexasse que proceder no podía sino de su grande esfuerço, no le dexava otrosí de parecer que el pensamiento del succeso y peligro de aquella batalla se devía señalar en su gesto, pues no era tan pequeño que de acarrear le dexasse alguna turbación. Por donde dava gracias a sus dioses que tantos cumplimientos huviessen en su persona puesto, no dexándolos de suplicar por su buena andança, assí por las causas que se vos han dicho como porque, no le succediendo según desseava, no podía él dexar, sin conocido menoscabo de su honra, de provar sus fuerças

contra Vanomades. En la cual prueba no tenía mucha confianza de ser vencedor, conociendo la ventaja que el Cavallero Triste le tenía desde el día que en su presencia mató aquellos dos esquivos leones en el monte, sin lo que de sus cosas por su enano supiera.

Y como al tiempo que el Sol quería su jornada comenzar, ya estuviese de sus no menos miradas que negras armas armado, cavalgando en sus cavallos con sola compañía de Canisor y Nicerián, que el yelmo y la lança le levaban, salieron a una plaza que ante los palacios había por atender a Vanomades. El cual no tardó en ser, como convenía, ende venido con sus dos escuderos, que el yelmo y la lança le traían, en compañía del cual venía Xarefin con otros muchos cavalleros, dexándolo en una parte de la plaza por atender al Gran Turco, que saliese a ver su batalla, juntamente con la infanta. Los cuales muy poco tardaron en se sentar a una finiestra, de la cual colgava un paño de oro muy rico, assí como era acostumbrado siempre que el Gran Turco, para ver algún exercicio de guerra o otra cualquier fiesta, allí se assomava porque todos supiesen que en aquella finiestra estava el que habían de obedecer.

En la cual hora ya estava aquella plaza en todas las partes tan llena de dueñas y donzellas, cavalleros y otra gente que desseavan ver aquella batalla, que no parecía haver menos dificultad en contarlos que las estrellas del cielo. Por donde no podían dezir los que de combatir se habían, que por falta de miradores dexavan de hazer lo que obligados eran. A los cuales los juezes que para aquello habían sido nombrados, luego pusieron en su lugar devido, partiéndoles el Sol e haziendo todo lo ál que en semejantes batallas es acostumbrado, sin hazer tuerto a ninguno de los cavalleros.

Los cuales, al tiempo que oyeron los añafles, como otra cosa no atendiessen ni menos quisiessen mostrar que en aquel exercicio eran inábiles ni perezosos, movieron el uno contra el otro con tanta furia de sus cavallos, que parecía que assí el suelo de aquella plaza como todas las casas que en ella había hazían temblar. Con que muy presto vinieron a se encontrar de tan poderosos encuentros, que si las armas, por ser muy buenas y fuertes, no estorvaran la furia y fuerça de las lanças con que se encontraran, no pudieran sino passarles los cuerpos, dexándolos a entrambos en aquella plaza muertos. Pero como las armas y los escudos que para semejantes encuentros traían, fuessen a maravilla fuertes, rompiéndose las lanças en innumerables pieças, las cuales por lo mas alto de aquellas casas se vían bolar, los cavalleros quedaron en las sillas, aunque no tan firme ni bien el uno como el otro. Pues, perdiendo Vanomades las dos estriberas, el Cavallero Triste quedó en la suya muy hermoso cavalgante.

Y como con las espadas ninguno de los dos creyese hazerlo peor que con las lanças, tirando d'ellas vinieron entrambos, tan maravillados de no haver derribado cada uno a su contrario como deseosos de lo emendar, a ferirse, no sin sobrada saña del Cavallero Triste, pareciéndole que, pues por servicio de su señora y por defender su alto valor y hermosura hazía aquella batalla, de los primeros encuentros había de derribar y aun matar, o a lo menos tollir a su contrario. Y assí con aquel pensamiento como con otro que en aquel instante le ocurrió, que si Vanomades mucho tiempo se le defendía aquellos turcos no lo preciarían como hasta allí fizieran, apretando tam bien, como convenía para su intención, su buena espada en la mano, firió de tan sobrado golpe a Vanomades en su escudo, el cual le había parado conociendo que si sobre el yelmo lo fería en descubierto, según la fuerça con que venía, no le prestara aunque mejor fuera que le no hiziesse de la cabeça dos partes, que fendiéndoselo por el tercio, dende arriba hasta lo baxo, y no parando con la furia que traía en aquello, firió assí mesmo la cabeça del cavallo de su contrario, de tal manera que abriéndoselo hasta los sesos, dio con entrambos en el suelo. Aunque Vanomades, con no menor ligereza que maravilla de ver tan sobrado golpe, del cual igualmente se maravillaron todos los que ver lo pudieron, saltó de su cavallo, apretando bien su espada en la mano, conociendo que lo había bien menester.

Y como el Cavallero Triste no preciase menos guardar su cavallo que vencer a su contrario porque no se lo matase, saltó d'él con tanta ligereza que no había ende quien dezir pudiesse que le había sentido dar de pies en el suelo. Y abraçando bien su escudo, vino con tan esforçado continente contra Vanomades, que puesto que muy buen cavallero fuesse y en aquello muy exercitado, haviendo visto que para los filos de la espada de su contrario no había azero que reluciesse, mucho receló el fin de aquella batalla. Por donde cuasi perdió muy gran parte de su orgullo, señaladamente considerando que, haviendo de su cavallo decendido para lo venir a acometer sin ninguna ventaja, no podía proceder sino de lo no preciar ni temer más que si no le pudiera dañar.

Y assí lo juzgaron el Gran Turco y cuantos su batalla miravan, por donde mucho más lo preciaron. Pero sobre todo aquella graciosa infanta, la cual no dexava de creer que aquello por su servicio y defensión de su hermosura se hazía. Pues de Zoradán no es de callar cuán bien le pareció aquel decender de cavallo, porque si le otorgado fuera hablar, no callara, y aun no con baxas bozes. Pero como toda cosa de hablar y señas fuesen por el pregón que antes de la batalla se fiziera entredichas, çufríose por mirar

los cavalleros qué hazían. Por donde vido que en aquella sazón el Cavallero Triste venía con tan gran denuedo contra su contrario, que assí se maravilló d'ello, viendo que en el mesmo tiempo lo acabava de ferir de un muy pesado golpe sobre su buen escudo, que le pareció que ningún temor ni recelo tenía del daño que le hazer podía. No lo dexando otrosí de parecer que cualquier otro cavallero no devía dexar de recelarse de aquel tan poderoso golpe, porque según las fuerças de Vanomades, las cuales por razón havían de corresponder a su grandeza y miembros, cualquier golpe que en descubierto recibiesse no podía sino mal llagarlo o acabarlo del todo.

Pero como el Cavallero Triste estoviesse tan embevecido en su desseo de levar muy presto al fin aquella batalla, no curando de todas las consideraciones de Zoradán, aún no lo acabara de de ferir Vanomades cuando por darle el pago de su atrevimiento le descargó otro no menor golpe que el primero. El cual, temiendo Vanomades que no fuesse para acabarle la vida y la batalla en punto, no confiando de sólo su escudo, lo paró con la espada juntos. Pero como la fuerça con que venía no la pudiesse él resistir, de manera que no se la fiziesse abaxar cuasi hasta el suelo, fue forçado que con un tercio de la espada le alcançasse sobre el yelmo, el cual no le pudo tanto prestar que no quedasse llagado de una llaga, puesto que no fuesse peligrosa ni grande. La sangre de la cual, al tiempo que se ver pudo, no dexó de causar pequeño gozo a los que la bienandança del Cavallero Triste desseavan, puesto que lo mejor que podían lo encubriessen. Pero como Vanomades creyesse ser mayor su daño, desseando assí la vengança d'él como la gloria que del vencimiento de su contrario, según lo tenía por esforçado, se le podía recrecer, lo firió de tan pesado y rezio golpe sobre el escudo, el cual le paró por no lo recibir en el yelmo, que fue maravilla cómo no se lo fendió, juntamente con el braço con que lo tenía, según aquel esforçado príncipe lo descargó con todas sus fuerças.

Después de aquello, como la saña les fuesse acrecentando, se començaron de ferir por todas las partes que podían, con tanta fuerça e ligereza que parecía que no sabían qué cossa temor ni cansancio, aunque pocas vezes se llagavan por razón de la fortaleza de sus armas y destreza d'entrambos. Con la cual anduvieron más de una guessa hora, firiendo y defendiéndose cuasi con igualdad, aunque al principio no se dexava de conocer que el Cavallero Triste levava lo mejor, pues en aquella sazón ya havía llagado a su contrario de muchas llagas. Passada la cual començó de cargar a Vanomades de tan pesados y espessos golpes, que arredrándose un poco por cobrar algún aliento, el cual le començava de faltar, le dixo:

–Çufrete un poco, cavallero cristiano, pues assaz tiempo e día tenemos para seguir nuestra batalla.

–Tanto me he çufrido –dixo el Cavallero Triste–, que ya me parece que no se puede ganar honra por el que al otro venciere, señaladamente si es la victoria por mi parte, según se tarda de averiguar mi verdad e tu mentira. Por ende tornemos a nuestra batalla, pues para cumplirse el desseo y sabor que tenías de ser conmigo en ella, no conviene tomar descanso ni folgança.

–Pues no te dezía por tu menor provecho que mío –dixo Vanomades–, haz lo que pudieres, porque no creas que tengo de dexarte holgar hasta que mi demanda otorgues ser verdadera.

–Dios me libre de otorgar tan gran mentira –dixo el Cavallero Triste–, pues sería dezir que este día tan claro es más que la noche escuro.

Y dicho aquello fue contra Vanomades para lo ferir con tanta furia y presteza, que no teniendo tiempo de alçar tan presto como fuera menester su escudo, lo firió por encima del yelmo de tan rezio golpe, que llagándolo de otra mayor llaga que la primera, lo atordió en tal manera que no se pudiendo de pies tener, ayudando a ello muchas otras llagas que ya en aquella sazón tenía, juntamente con la pérdida del aliento, el cual ya iba perdiendo con alguna parte de sus sentimientos, venía a caer de su peso en el suelo. Al cual el Cavallero Triste sostuvo porque no cayesse, y teniéndolo cuasi abraçado le dixo:

–¿Qué’s esto, valeroso príncipe? ¿Agora es tiempo de mostrar tanta flaqueza? Esfuerça, esfuerça como debes, si no darás causa que por haver sido el primero que ha fecho contigo la batalla, haya ganado la honra que a los cavalleros de la casa del Gran Turco, mi señor, estava guardada. La cual es cierto que yo no ganara si no tuviera tan conocido derecho por mi parte.

Y como viesse que le no respondía, sosteniéndolo mejor le desenlazó el yelmo, creyendo que la falta de huelgo lo havía en aquel punto traído. E quitádoselo de la cabeça, le dixo:

–Mira, príncipe de Damasco, que si no otorgas mi razón no puedo sino tajarte la cabeça, lo que no querría por no ser cruel contra cavallero en quien he conocido tanta bondad.

Cuando Vanomades, cobrando sus sentimientos, oír pudo las palabras de su contrario y se vido en sus braços con la cabeça desarmada, le dixo:

–Haz lo que por bien tuvieres, pues mi vida ya no puede ser sino para sentir mayor pena cada hora que la que en este punto sentir podría, recibiendo la muerte de tu

mano. Pues con pensar que la recibiría del mejor y más mesurado cavallero que armas traxo, por muy cierto que iría mi alma más descansada que quedando en este mi cuerpo, más lleno de sobervia que de bondad. La cual no levaría otra quexa sino porque antes d'ella no havría visto aquella hermosa Abriarda, en cuya presencia y braços desseava acabar mi apenada vida. Porque otorgar yo mi verdad ser mentira, antes çufriría ser mi cuerpo partido en mil partes si hasta la última y más pequeña d'ellas pudiesse sostenerla, no lo teniendo en tanto como la pena que mi corazón y alma sentirían cuando considerasse, por miedo de la muerte, ser venido a menos de lo que a tan alta y hermosa princesa tengo prometido. Señaladamente no haviendo visto ni conocido la que tú dizes ser más hermosa y de mayores gracias y valor, teniendo en mi entendimiento y entrañas impressa la hermosura de mi señora, a la cual, hasta ver lo contrario, ninguna creo que igualar pueda. Porque si quieres que otorgue que eres lo que ya dixes y con los mayores cumplimientos que se podrían considerar, muy poco ternás que hazer en que lo yo diga, pues a mi parecer no podrías tú querer tanto como yo veo. Y diré que es más, pues son cosas que las he provado y conozco assí por fuerça como de grado, e diziendo lo contrario no erraría menos que en lo que contra mi señora diría. Por donde, si con lo que tengo dicho no te parece quedar satisfecho, cumple tu voluntad, pues no has de creer que la vida te agradezca, puesto que vea, si con ella he de quedar, que no puedo sino conocer que por ti la tengo. Y no porque yo la merezca, pues tan mal supe guardarla.

Conociendo el Cavallero Triste que no era razón ni tiempo de detener aquel esforçado cavallero en tan gran pena y tormento, y otrosí porque conociesse que no se dolía menos de sus quexas que se alegrava de aquel vencimiento, le dixo:

–Nunca Dios quiera, esforçado cavallero, que en tan bueno y leal cavallero como tú has mostrado ser, mis fuerças ni saña se huviessen de emplear, no viendo en ti voluntad para ofenderme ni fuerças para te defender. Porque no sería oficio de cavallero sino de muy conocido verdugo, pues de essecutarlas adonde no hay resistencia, antes se recibe menoscabo en la honra que acrecentamiento en la fama. Por donde mira que es tu voluntad que yo haga, porque por mi causa no pierdas el amor de tu señora, pues puedes ser cierto que se no me recrecería d'ello menor pena que gloria me haver provado tus fuerças, y ser mi fortuna tan favorable que no solamente me quede la vida para lo que a mí cumple, pero para te poder complazer y servir, porque conozcas que puesto que sea cristiano no te precio menos que si fuesses de aquellos que en mi fe y ley biven.

–Agora te digo, virtuoso cavallero –dixo Vanomades–, que no dexo de ser menos alegre y orgulloso que si como vencido quedara vencedor, pues con tan poco

precio, puesto que sea de mucha sangre, se me ha otorgado conocerte y aprenderte de ti tan gran medida. Porque jamás pudiera creer, siendo yo enemigo de tu ley, e por otra parte haziéndose nuestra batalla por la razón que es notoria, que tu corazón señorear pudieras, para ser contra mí tan medurado como yo esperaba lo contrario. Lo que puedes ser cierto que en mí no hallaras, porque con muy gran desseo de te quitar del mundo, e para ello hazer todo lo que mis fuerças me otorgassen, era venido a la batalla. Lo qual se ha convertido en tan gran voluntad para hazer todo lo que por ti se ordenare, como la tú podrías tener que la yo tuviesse para cumplirlo. Y porque ya quedarme no pueda algún género de afrenta ni menos vergüença para te ver y hablar, por razón de lo passado, entiendo de te abraçar. Porque si mi dicha me otorgare que en algún tiempo pueda tener a mi señora en mis braços, no menos pueda dezir que he tenido en ellos las dos personas que en sus sazones más he amado y aborrecido, y tan estrañas en sus hermosuras quanto se pudieran condiderar.

Fechas aquellas amistades, de las cuales mucho se folgó el Gran Turco, con todos aquellos príncipes y la infanta, Vanomades, acompañado de su contrario, a quien ya no tenía por menos amigo que a Xarefin, que con él saliera de la plaça, fue levado a los palacios adonde luego vinieron los maestros para le catar las llagas. Y después de curadas le dixerón que, si quería alcançar presta salud, convenía yazer en su lecho, porque puesto que no fuessen peligrosas eran muchas, señaladamente la una de las que en la cabeça tenía, por razón de la qual, aunque otra no tuviera, lo havía de hazer porque algún accidente y peligro no le recreciesse. El qual, assí por el desseo que de su salud tenía, como por conocer que con estar a su regimiento la alcançaría más presto, no quiso salirles de mandado. Y en todo el tiempo que estuvo, assí en el lecho como en su cámara, fue visitado assí de aquellos príncipes como del Cavallero Triste, con el qual, aunque fue el causador de su daño, mucho más que con los otros se folgava, tanto que, quando lod exava, le parecía quedar en muy gran soledad.

Pues del Gran Turco no es razón de se olvidar lo que dende el día de aquella batalla preció más al Cavallero Triste, porque allende de honrarlo no menos que a Zoradán y Vanomades en muchos fechos que le ocurrían, cuasi siempre seguía su consejo, conociendo que ninguno le dezía en ellos lo que convenía tan sesudamente. Por donde, aunque hasta entonces huviesse mucho desseado casar su hija con Zoradán por su grande estado, conociendo lo que no se ascondía de los cumplimientos del Cavallero Triste, no preciara menos verla en su poder, puesto que no sabía quién fuesse. Y si no lo conociera tan assentado en sus cosas, no dexara de dezir a su hija que lo mostrasse

amar, por ver si con aquello lo podría atraer para que él la dessease. Pero determinó de se çufrir hasta saber más de su hazienda, puesto que no dexava de sospechar que la batalla que con Vanomades hiziera, puesto que no había nombrado la donzella, era por servicio de su fija. La cual no vía la hora en que el don que le pidiera le declarasse, creyendo que le pediría su amor, el cual no desseava menos otorgarle que el príncipe de Antiochía alcançarlo.

¶Capítulo lij. De cómo el Cavallero Triste declaró a la infanta Abumena el don que le pidiera, por razón del cual se casó con Zoradán. Y de cómo Vanomades se partió después para Damasco, y de las fiestas que en la ciudad de Alcairo se hizieron por razón de su casamiento con Abriarda.

Quinze días estuvo Vanomades, assí en su lecho como en su cámara, sin que por los maestros que lo curavan le fuesse otorgada facultad, por lo que a su salud cumplía, que saliesse d'ella. En cabo de los cuales se la otorgaron para que por dentro de los palacios pudiesse folgarse. Y aceció que estando un día el Gran Turco a muy gran vicio y solaz, por razón que era una de las tres fiestas que cada año mandava más solemizar, siendo ya cerca de la tarde, el Cavallero Triste, que con los príncipes Xarefín y Zoradán estava platicando de las cosas con que más se podían folgar, en presencia de la infanta Abumena, acercándose a la parte que el Gran Turco estava, haziéndole su acostumbrada medida, le dixo:

–Si el çufrimiento que de muchos días hasta agora he tenido, para te dezir, poderoso señor, lo que no tardarás de saber, pudiera por mí sostenerse sin recibir alguna pena, nod exara de me çufrir por me no ver en lo que espero. Pero pues de no callarlo no puede recrecerse mayor peligro, que es el tormento que hasta aquí he padecido, confiando assí en tu favor como en el d'estos esforçados príncipes, y señaladamente del de Damasco, cuya presencia y salud ha sido por mí muy desseada, e ayudándome el día y la sazón que conozco serme no menos favorables, he determinado de salir de una duda y desseos que tengo. Los cuales, como dixere, jamás han cessado de atormentarme, pues no dexo assí mismo de confiar que la fortuna, que tan prósperos principios me ha otorgado, no permitirá que no les correspondan los fines.

»Todo esto he querido dezirte porque el día antes que con este valeroso príncipe huviésemos la batalla, pareciéndome que era ultra natural ninguna donzella ser igual en hermosura a la infanta, tu hija, tuve el atrevimiento de dezir que la princesa Abriarda no igualava a la que yo sobre todas las del Universo servir desseava en ninguna de sus perficiones, poniendo la comparación que dixé del Sol a los otros planetas, no la nombrando. Porque si la dicha d'este esforçado príncipe fuera contra mí, la que quiso contra él favorecerme, por mi culpa y flaqueza de fuerças, no perdiessen la hermosura y gracias de la infanta, tu hija, el derecho que tienen tan conocido. Pero agora que cessa aquel temor y zelo que por la dicha razón tuve, declarando quién sea aquella hermosa donzella, por cuyo servicio y defensión de sus gracias aventure mi vida, digo que es tu más que hermosa hija, la infanta, ante la cual todas las que agora en la cristiandad se hallan no ternían menor atrevimiento en se querer con ella igualar que el que yo tuve, siendo de tan poca nombradía en osarlo mantener contra el esfuerço d'este valeroso príncipe, siendo el mejor cavallero que agora se sabe.

»Por donde, siguiendo el orden de los cristianos en esto, el cual es que en cualquier tiempo y sazón que un cavallero, por defender el derecho de alguna dueña o donzella aventurare su vida y su dicha le otorgare levar lo mejor, que aquella dueña o donzella que defendiendo huviere, sea obligada de le otorgar un don con que su honra no reciba menoscabo ni su persona y hazienda detrimento, por la infanta, tu hija, se me deve el don que dixé. Y puesto que este orden que digo sea entre los de nuestra ley solos, pero como sea justo y razonable y la justicia y razón en todas las leyes tengan único señorío, querría de ti saber si le darás tu consentimiento para que otorgarlo pueda, y d'ella, que lo deve, si terná por bien de cumplirlo. Pues a entrambos suplico me otorguen lo que por muy cierto tengo que son tenidos de me otorgar, porque no se ha de presumir que contra mí dexen de hazer lo que son por su misma naturaleza obligados y han de cumplir acostumbrado con muchos, a quien con tan justas causas no era devido, de su propio grado.

Oída por el Gran Turco la petición del Cavallero Triste, con no menor desseo de saber la declaración del don que pidiera, que voluntad de se lo otorgar, pues conocía ser justo, le dixo que, pues en el don que su hija había de otorgar y cumplir, se siguiesse el orden que dixera, dende entonces dava su consentimiento e cumplida libertad a su hija para que lo otorgasse y cumpliesse a toda su voluntad. Por donde el Cavallero Triste, haziéndole las gracias que por aquella merced devía con mucha humildad, llegándose a la infanta, le dixo:

–Aunque yo d’ello deva dudar, o, más graciosa infanta de cuantas son por mí vistas y conocidas de grandes tiempos, que cualquier cosa por ti prometida se pueda dexar de cumplir, según tu alto y generoso coraçón y la alta sangre de tus predecesores no te otorgarían para ello poder ni fuerças. Pero para mayor seguridad del mío, al cual mil dudas y otros tantos tormentos han hasta aquí aquejado, he querido antes de te pedir el don que me debes, que assí para lo de nuevo otorgar como para cumplirlo, por el alto príncipe, tu señor e mío, te fuesse dado su consentimiento y otorgada la li[bertad] que para ello te faltava, estando aún en su potestad. Porque si lo que yo te pidiere se te hiziere grave cumplirlo, no puedas por ninguna vía retroceder, por donde, pues no se ha de hazer por tu parte más de otorgarlo y después por la mía serte declarado, ruégote que no lo tardes, porque muchos días ha que esta sazón y hora eran por mí no menos desseadas que el cumplimiento y efecto del don y merced que ti espero.

Como al coraçón de aquella graciosa infanta no fuesse otorgado poder ni libertad para negar cualquier cosa que aquel cavallero, a quien por muy verdadero señor tenía, le pluguiesse pedir, no tardando su respuesta, le dixo:

–Porque mi coraçón no te juzga, esforçado cavallero, por tal que pedir oses ni quieras cosa, con que de seguir se dexa el orden por los de tu ley tan justamente puesto y servado, pide y declara lo que fuere tu voluntad que yo cumpla. Pues puedes ser cierto que, assí por lo que te yo devo como por lo que tú mereces, no se dexara por mí de cumplir con tanto cumplimiento como por mis flacas fuerças se me otorgare, pues para ello se me ha dado por mi señor y padre, assí su consentimiento como la libertad que no sin alguna causa tú sospechavas faltarme.

No fue tan presta la lengua de aquella hermosa infanta en acabar la última palabra de su razón, como las rodillas del Cavallero Triste en el suelo, pidiéndole a gran priessa las manos para se las besar, por razón de aquella tan grande merced que de le otorgar acabara. Las cuales con no menos fuerça que razón, según en ello folgara, tiró a sí diziendo que se levantasse. Lo que por alguna pieça por el Cavallero Triste se difirio, hasta que, ayudandole la infanta para ello, se hubo de hazer. Y después de levantado, mirando su hermoso gesto con mucha firmeza, por ver las mudanças que en el se mostrarían al tiempo que le declararía el don que le pidiera, le dixo:

–No sé qué juizio ni saber alcancen, o, hermosa y alta infanta, para dezirte lo que desseo, siendo tan ocupados del gozo y deleite que de ver tu gracioso gesto juntos reciben. Por donde si en mi razón no levare el orden que devo, no has de maravillarte, pues, sobrando al de naturaleza todo lo que en ti se vee, no se me han de otorgar poder

ni fuerças para lo seguir según devría. Y por ende, viniendo a lo que dezir puedo, pues para lo que quiero faltan las potencias que al desseo sobran, digo que, pues para corresponder assí a la grandeza de tu alto estado, como de tu no menor hermosura, no se hallaría en todos los príncipes y cavalleros del Universo juntos el devido merecimiento, y por esta razón mucho menos en un uno sólo, suplicote cuan humildemente se me otorga que, forçada de la razón, doubles tu alto y generoso coraçón a que de tu voluntad sea señoreado por este no menos esforçado que venturoso príncipe de Antiochía, sobre el cual ya sabes tú, y de mucho tiempo conoces, tener tanto señorío quanto él tuvo desseo de te lo otorgar, para que juntamente con él gozes y posesas su alto estado. El cual, por su gran bondad y tu no menor merecimiento, te está aparejado con tanto desseo de te obedecer, como tú podrás tener de lo mandar. Y si esto que te yo suplico, por agora grave te parece por algunos respectos cumplirlo, yo fío en el Alto Señor, por cuya mano todo viene, que no passará mucho que conocerás no serme menos deudora por este servicio que por el otro, que poco antes lo cuidavas ser, por razón del descanso que con la desseada compañía d'este virtuoso príncipe te será otorgado. Y pues tu cordura y gran discreción son para vencer todos los contrarios que para satisfacción de tu voluntad podrían ocurrirte bastantes, y conoces la mía no dessear más de verte en la alteza que se te dar puede, pues la devida no es en este siglo, no dexes de cumplirlo, porque con ella quitas a tu señor y padre de cuidados, a ti de pensamiento, a este esforçado príncipe de cuitas y mortales desseos, y a mí alguna parte de la grande obligación en que conozco serte. Por razón de las no menores honras y mercedes que tengo de ti recebidas, dexándonos a todos con no menor desseo de te lo satisfazer y servir, como si d'ellos recibiessemos igual honra y provecho.

Dicho lo cual, hizo fin a su razón, atendiendo la respuesta de aquella graciosa infanta, el gesto de la cual bien claro señalava la gran turbación que su coraçón sentía, no sabiendo qué dezir pudiesse, pareciéndole que si lo otorgava no podía sino venir contra lo que a sí mesma prometiera, de solamente amar al que aquello le pidiera. Y que si de cumplir lo dexava, era forçado contravenir a la palabra que assí delante de su padre como de los otros príncipes le havía dado. La cual sobre todas las cosas quebrantar dudava, por el menoscabo que d'ello su honra recibiría, por donde abiertamente se mostrava el doloroso combate que la afición por una parte y la razón por otra davan a su dudoso coraçón, por los ofrecimientos que de cada una recibía.

Pues en este medio tiempo, quien el gesto de Zoradán mirara, no menos claramente conociera la alegría y temor que en su coraçón sentía, considerando cuán

presto y cuán lexos estava el fin de su bienaventurança. Por donde entrambos estavan de tal manera que ninguno parecía que ende se hallasse, según los pensamientos a cada uno aquexavan, juzgando la infanta al Cavallero Triste por tan desleal y engañoso, quanto lo hallava el príncipe de Antiochía leal y verdadero.

Y después que en aquella tempestosa fortuna por algún espacio estuvo aquella hermosa infanta fluctuando, como su lastimado corazón no alcançasse fuerças, ni menos hallasse camino para salir de mandado de aquél que por tan cierto como desseado señor tuviera, acompañándola la razón tan grande que de no quebrantar su palabra tenía, puesto que cumplirla lo considerasse tan grave como passar por la misma muerte, preciando más perder si conviniesse la vida que dexar de poner lo que prometiera en efecto. Y en aquello, después de mucha variedad de pensamientos, pospuestos los sabrosos deleites que mezclados con su passada esperança le representavan, determinada, puesto que en lo querer encubrir no menor pena recibiesse, le dixo:

–Si me otorgado fuesse, esforçado cavallero, que Triste hazes nombrarte, dezir lo que mi corazón siente, algún descanso recibiría considerando ser mis justas quejas manifiestas, pero como la vergüença, que por muy duro freno a las de mi género fue puesto, no dé lugar a mi lengua para que lo diga, sin que de mi honra diversos juizios pudiesen hazerse, téngolo de callar y çufrirme, no recibiendo en esto menor pena que aquella que la prinicpal causa me fuerça que sienta. Por donde assí por conservar lo primero, como por no perder lo segundo, conviene que calle lo que desseava, señaladamente no hallando achaque ni remedio, de los cuales en esta sazón pueda aprovecharme. Porque si con algunas bien dichas razones quisiesse de lo que prometido tengo escusarme, hizieron los dioses tu discreción tan cumplida que ninguna me sería admitida, según a todos los achaques y causas, que por mi parte poner y dezir se pudieran, con tu claro juizio proveíste.

»Pues pensar con ruegos ni halagos minar la fortaleza de tu constancia, para que de lo que me pediste te dexes, conozco en mí tanta falta de fuerças quanto en ti se conocen ser grandes, por donde menos esperança tengo para esto segundo. Pues atreverme a contravenir a mi palabra, antes passaría por la más cruel de las muertes que pudiesen considerarse, por no degenerar de aquella alta sangre de mis predecesores, en la cual ninguno se ha fallado que lo mismo no fiziesse, por no enturviarla con manzilla de flaqueza. Pues si pido a algún cavallero que de la fuerça que tú me hazes, quiera por armas librarme, pusieron en ti aquellos que lo hazer pudieron tan grande

poder y esfuerço, que ninguno, aunque la razón que le falta le sobrasse, podría ante la furia y fuerças de tu fuerte braço sola una hora sostenerse.

»Pues si dexo los hombres, para me quejar a las fieras animalias de los montes que de mí se duelan y de tu poder me defiendan, ¿cuál será tan osada ni terná atrevimiento de defenderme? Pues los esquivos leones de sola tu vista reciben tan grande temor y espanto, como deleite y esfuerço los que de juicio no carecen. Pues si recorro a mi señor y padre que no consienta que contra mi querer venga en poder del que tú quieres, no me parece justo, pues con su consentimiento he sometido mi voluntad a la tuya. Pues dezir que el merecimiento de ti, que lo pides, y del príncipe para quien me dedicas, no tiene debido cumplimiento. Para la satisfacción de mi honra y alto estado mayor sería que todos los otros errores, pues sobra en tanto grado quanto deviera faltar para que yo tuviesse justa causa de quejarme. Pues sí por falta de servicios que d'este esclarecido príncipe haya recebido, o del poco amor que en él he conocido pudiesse escusarme, aún menos razón ternía, pues han sido tan cumplidos quanto hasta aquí no fueron por mí conocidos por la ocupación de mi juicio.

»De manera que conozco que para mis quejas falta consuelo y para mis penas remedio, según mi ventura y tú, que assí lo quieres, lo havéis ganado, no dexando para alguna parte de mi satisfacción más de sentir que en hazer lo que pides se cumple tu voluntad. La cual no se dexara de seguir por mí poco antes, en otros fechos que me ocurrían, tan de grado como agora en esto que has querido cuasi por fuerça, hasta que el tiempo me otorgue juicio para conocer que yo soy la que en ello gano la honra y merced, que con mi locura de otros pensamientos causada como no merecedora de tanto bien de desechar trabajava. Por donde, conociéndolo tam bien como tú sabes dar a entender, digo que soy no menos contenta de cumplir lo que pediste que lo ser puede esse príncipe, tu amigo, que mi señor ha de ser, mudando mi coraçón y desseos para lo amar y servir en tanto grado, quanto sin causa que fuesse justa los ternía puestos en otra parte con que muy leda pensava bivar.

En fin de las cuales palabras, no pudiendo su aquexado coraçón dexar de sentir el bivo dolor que de trocar señor, con tan conocida pérdida, le sobrevino, començaron sus agraciados ojos de derramar algunas lágrimas sin las poder detener, ni menos las manos del Cavallero Triste que ya havían tomado la suyas y besado vezes sin número por aquella tan grande merced que le hiziera, de que no recibiendo pequeña gloria y pena juntas, no se acordava de las retraher. Pero passado aquel tan penado como alegre sobresalto, tirándolas a sí, lo fizo levantar sin le poder dezir cosa, conociendo la pérdida

que hazía, puesto que no fuese pequeña la cobrança de Zoradán. El cual, si le otorgado fuera, no las besara con menor voluntad que su leal amigo el Cavallero Triste, el cual, viendo tan buenos principios en aquellos fechos, dexada la infanta y tomando las manos de Xarefín y Vanomades, los cuales no menos maravillados estaban de aquello que Zoradán contento, se llegó al Gran Turco. Al cual de parte de todos suplicó que, pues aquel día havia sido de gran fiesta, no lo fuese menos la noche, en la cual se podría más acrecentar con otorgar al príncipe de Antiochía la infanta, su hija, pues hasta entonces se havia diferido por no tener ganada la voluntad d'ella, que ya tenían según lo havia oído.

El cual, conociendo que se le pedía guisado, aunque como se vos dixo otros pensamientos le havían ocurrido, no lo dexando de otorgar según lo pidiera, llamó al príncipe Zoradán, al cual, en presencia de cuantos allí estaban, dixo que dende aquella hora lo recibía por hijo, otorgándole la infanta para su compañera, confiando en su gran bondad que la amaría y que se habría cone ella, de la manera que para los tener a todos assí contentos como obligados convenía. Al cual, no pudiendo Zoradán responder de sobrado gozo, besó con mucha humildad las manos y abraçó a Xarefín por hermano, aunque no con tanta afición como a su buen amigo el Cavallero Triste, al cual no podía de sí apartar, según el gozo que de lo tener abraçado sentía, considerando que por su medio todo aquel bien y desseado descanso le venía.

Y porque las fiestas que después se fizieron, por razón de los desposorios y de las bodas de aquel príncipe con la infanta, assí como fueron grandes, no podrían escribirse sin causar prolixidad e fastidio, señaladamente siendo fechas por auctorizar aquellos auctos que por ser de infieles no se deven traer a nuestra memoria, no vos diremos más de quanto fueron con tan grande cumplimiento fechas como convenía, para que correspondiessen al gran desseo que Zoradán havia tenido de hazerlas. En las cuales se hallaron assí el Cavallero Triste como Vanomades, por ruego de aquellos príncipes, pero sobre todos de Zoradán, al cual parecía, según era agradecido, que con quanto havia hecho y hazía por el Cavallero Triste, no le satisfacía la menor parte de la deuda que conocía deverle, por la gloria y descanso que por su medio alcançara, señaladamente después de fechas las bodas. Porque, conociendo que la infanta lo amava como devía, estava d'ello tan ledo que no sabía qué servicios le pudiesse hazer.

Y puesto que el Cavallero Triste no dexasse muchas vezes de ver y hablar a la infanta, en presencia del príncipe Zoradán y de su hermano Xarefín, no por eso dexava de se apartar de sus pláticas, siempre que con razonable causa se le otorgava, assí

porque de conocer no dexava que no podía pesar d'ello a Zoradán, como por desvíar cualquier oportunidad que se ofrecer pudiera para hablar con la infanta, cuya virtud era tan grande que, después que se determinó de tomar al príncipe de Antiochía por señor, antes moriera mil vezes que venir contra la honra d'entrambos, la cual sobre todas las otras cosas preciava. A la cual no dexó jamás de mostrar el mismo desseo y voluntad que de la servir tenía, por donde no vino en su aborrecimiento, assí como muchas vezes acaece, antes siempre le quedó la primera voluntad de lo complazer en cualquier cosa que con honestad pudiesse. Lo que bien se ha de creer que le no contradiría Zoradán, pues no desseava sino que se ofreciesse cosa en que mostrar se le otorgasse cuán grandes tenía los desseos de satisfacerle el bien que por su causa tenía.

Cuando a Vanomades pareció tiempo, despedido assí del Gran Turco como de aquellos príncipes, se partió para su tierra, adonde supo cómo el rey, su padre, havía muchos días que era muerto. Y como su venida muy desseada fuesse, fue tanta la alegría que en ver a su señor sobrevino a sus vasallos, que muy presto fue la muerte de su primero rey olvidada. Y como los desseos de aquel príncipe no hallassen su fin en sólo reinar, embiando sus embaxadores al soldán, le otorgó su fija en la cual se encerravan. Y por más presto cumplirlos y venir en su compañía, fue a la ciudad de Alcairo, adonde se huvieron de hazer las fiestas de su casamiento, por complazer al soldán, su suegro.

Y el día que fueron a la mezquita mayor para cumplir las cerimonias de sus bodas, muchos de los altos hombres de aquella tierra levavan los escudos de los cavalleros, que Vanomades havía vencido, andando en su demanda, atados en unas lanças a guisa de triumpho. Los cuales dexaron ende por memoria del vencimiento que de sus señores le fue otorgado.

Y passadas todas las fiestas, bolvió con aquella hermosa princesa, su señora, en Damasco, con grande alegría y contentamiento d'entrambos, pues havían alcançado el fin de sus comunes desseos, sin tener embidia a Zoradán ni a la infanta Abumena, aunque mucho mostravan estar el uno del otro contentos.

¶Capítulo liij. De cómo el Cavallero Triste se despidió del Gran Turco y de sus hijos, y de cómo Asanor con Lucenio y Neophal, con otros cristianos que havían traído cativos, fueron por medio d'él restituidos en su libertad. Y de cómo, después de algunos días que se partió, la infanta Abumena parió un hermoso hijo.

Venido el tiempo en el cual se otorgava al Cavallero Triste la libertad que le faltava para seguir su camino, mandó a sus marineros, los cuales a muy gran vicio havían ende bivido, assí por estar bien aposentados como por tener lo ál que para la humana sustentación convenía, tan cumplidamente como lo dessear pudieran, que adereçassen todo lo que para su partida era necessario. Porque su voluntad era de no atender más del tiempo cuando se les ofreciesse endereçado. Los cuales, aunque grave se les hiziesse bolver a sus malos lechos y peores noches, considerando que aquella vida que dexavan no podía durar, no dexaron con mucha diligencia de cumplir su mandado. Y cuando fue todo puesto en efecto, le dixeron que según el tiempo se les endereçava esse otro día podría partir.

Por donde con el desseo que ya de muchos días tenía de salir de aquella tierra, pues para ello sobran las causas, en la mesma hora fue a los palacios del Gran Turco, adonde, después que se fizieron las bodas de Zoradán con Abumena, hazía su vida el príncipe de Antiochía, haviendo dexado su casa al Cavallero Triste. El cual, hallando oportunidad para essecutar su intento, dixo assí al Gran Turco como a los príncipes y la infanta, que pues la libertad que hasta entonces tuviera de estar en aquella su tierra, adonde las honras y mercedes que d'ellos havia recebido sobran sin comparación a sus pequeños servicios, cessava, por razón que havia de cumplir la demanda por causa de la cual era partido de su tierra, los suplicava le mandassen dar para ello su licencia, certificándolos que jamás la memoria de lo que les devía y el desseo de los servir, no hallarían en él olvido ni fin. Para cumplir lo cual le podían embiar su mandado en casa de los emperadores de Costantinopla o de Alemania, adonde sería lo más de su bivienda, y que, puesto que por entonces no les dixesse su hazienda, les prometía que muy cedo les embiaría sus cartas, assí para aquello como por les dar parte de un gozo y descanso que alcançar esperaba. Pues sabía que no dexarían de se alegrar d'ello como del más verdadero servidor que en sus casas y en todas sus tierras tenían, ofreciéndoles

en fin de todo, assí su persona como sus fuerças, para las emplear en lo que les sería servicio, con igual voluntad de la que podría tener que lo él hiziesse.

Y como el Gran Turco y sus hijos sin ningún engaño lo amassen, assí se entristecieron oída su razón como si cualquier de los que quedavan se huviera de partir, señaladamente la infanta. La cual, puesto que ya huviesse cessado aquel ravisoso fuego que antes de ser con Zoradán casada le abrasava las entrañas, por lo haver amado tan afincadamente, no dexava por ende de lo amar igualmente, con el príncipe Xerafín, su hermano, assí por haver conocido su gran virtud y lealtad, pues haviéndole otorgado tan libremente su corazón la pudiera fácilmente engañar, lo que no fizo, como por haver sido medio para que ella amasse al príncipe de Antiochía, su marido. Con el cual no bivía menos leda de lo que creía bivar si sus primeros desseos se cumplieran. Pues de Zoradán no es cosa muy conveniente expresar las causas de su pesar y tristeza, porque, después de la compañía de aquella graciosa infanta, la cual por él había sido sobre todas las cosas desseada, con ninguna se folgava ni hallava descanso, sino con la de aquél, su buen amigo. Al cual no les pareció poner estorvo ni dilación en su partida, pues no lo conocían menos assentado en sus cosas que apuesto y esforçado.

Por donde, siendo ya despedido del Gran Turco y de Xarefín, su hijo, se despidió otrosí de la infanta, la cual no dexó de señalar en su gesto y palabras lo que de aquella partida sentía, aunque era en presencia de Zoradán. El cual y Xarefín no quisieron dexarlo hasta que se fuesse embarcado, pues en aquella sazón todos los marineros con su compañía, salvo Canisor, ya habían en aquella mañana embarcado en la fusta todo lo que de levar habían, por donde ninguna cosa quedava por despachar.

Y acaeció que, siendo cerca del puerto aquellos príncipes con el Cavallero Triste, vieron cómo de unas fustas que aquella mañana habían llegado sacavan en tierra muchas cosas y algunos cativos cristianos que tomaran, assí por la costa del Imperio Griego como en otras partes. A los cuales, llegándose el Cavallero Triste preguntó de dónde eran. Y oyendo que eran griegos quiso saber si había algunos de otras partes. Y diziéndole que de muchas partes había cativos, rogó a Xarefín que los mandasse sacar luego por ver si conociera alguno d'ellos, lo que muy presto fue cumplido, pues a causa de ser ende el agua de la mar honda, las fustas cuasi estaban juntas con la tierra. Y quando el Cavallero Triste vido entre ellos a Lucenio y Asanor, que eran criados del príncipe Nestarcio, no se pudo çufrir sin que dixesse:

—¡O, señor Dios, qué buen día éste para mí, pues no será menos que por mi causa no alcançen libertad éstos, mis amigos!

Y como Xarefin y Zoradán lo huviessen oído, le preguntaron que por qué lo dixera.

–Porque he visto entre aquellos cristianos –dixo el Cavallero Triste– dos hombres que los no precia poco su señor, al cual siempre fue mi desseo de servir.

–Pluguiesse a Dios que más fuessen de los que aquí vienen –dixo Xarefin– para te los dar, si quiera porque conozcas en esto poco la voluntad con que nos dexas para lo mucho.

Al cual, agradeciéndolo el Cavallero Triste según devía, se llegó a la fusta de donde los sacavan, y con la boz tan alta que todos los que ende eran la podían bien oír, aunque no entender porque lo dixera en alemán, y señaladamente los cativos que sacavan, que por razón de su tristeza y catividad con las cabeças baxas salían, les dixo:

–¿Qué poco esfuerço es ésse, cavalleros? ¿Por ventura havíase de olvidar Dios de los suyos? Alegradvos que aquí so yo para vos hazer cobrar vuestra libertad.

Cuando Asanor y Lucenio lo oyeron, mucho se maravillaron de oír aquella lengua en tierra tan estraña, pero más se alegraron cuando, alçando los ojos, vieron al Cavallero Triste. De ver el cual fue tan grande el gozo que les sobrevino, que con la gran turbación cuasi no pudieron responderle, aunque no se olvidaron ni fueron perezosos de saltar en tierra y venir contra él con los braços abiertos. El cual ya havía de su palafrén decendido para los recibir, haziéndole compañía los dos príncipes que con él vinieran, a los cuales dixo en el mesmo language que le no fiziessen más mesura de lo abraçar, llamándolo el Cavallero Triste, lo que no dexaron de hazer con algunas lágrimas de gozo. Después de los cuales vino otro cavallero, el cual le dixo:

–No creo yo, esforçado cavallero, que haviendo a mi señor de la muerte librado, me dexéis a mí en catividad.

Al cual, puesto que lo no pudiesse luego conocer el Cavallero Triste, mirándolo mejor vido que era Neophal, el escudero de Florianteo, el cual se havía casado con Cornicia, hija de Balisar, señor de la ínsula Cefalia. Al cual dixo:

–No havéis vós por cierto de quedar cativo, mi buen amigo, porque no vos precio yo tan poco como aquellos que vos han aquí traído.

El cual, queriéndole por aquella merced besar las manos, se puso junto a los dos primeros. Los cuales, según impensadamente aquel gozo les viniera, no podían creer que aquel fuesse el príncipe de Ungría ni ellos dexar de ser cativos, pareciéndoles que todo era un sueño. Pero el Cavallero Triste no era cosa para creer el plazer que mostrava por haverse fallado ende para librar aquellos cavalleros de catividad, a los cuales mucho

amava, y señaladamente a Lucenio, el cual era moço y cuasi con él en uno criados en la casa del emperador Nestarcio. A los cuales preguntó si traían cavallos y armas.

–Sí traemos, mi señor –dixo Lucenio–. Todo lo cual viene en essa fusta, puesto que no están a nuestro mandado.

Por donde el Cavallero Triste rogó a Xarefín que se las mandasse entregar, porque la merced fuesse cumplida, lo que no menos fue tan presto fecho como se pudo, por razón de sacar los cavallos en tierra, en que alguna pieça tardaron. Cuando Zoradán vido que el Cavallero Triste, su amigo, no le pedía más de aquellos tres cristianos, le dixo:

–Pues no será verdad, esforçado cavallero, que en la tierra que tú te hallares e yo hazerlo pueda, ninguno de los de tu ley dexa de gozar de la libertad que dessea, por la honra que a tu persona se deve, la cual de mayor acatamiento y servicio es merecedora. Por ende, ordena de todos a tu voluntad, porque yo haré que, quedando ellos libres, los que los tomaron no queden descontentos.

Al cual, agradeciéndolo como era razón el Cavallero Triste, rogó que, pues tan cumplida le había querido hazer la merced, les mandasse bolver a tierras de cristianos, porque si no fueran tantos él los levava consigo, por no le acrecentar trabajo. Lo que por Zoradán se le prometió, y dende a pocos días lo cumplió más largamente de lo que le prometiera, porque no solamente los hizo poner en libertad y bolverles, assí algunos barcos como todas las cosas que les habían tomado, pero juntamente mandó dar a cada uno tanto haver, que les bastasse cumplidamente para bolver a sus casas. Y porque al Cavallero Triste pareció que según la voluntad era grande entre él y aquellos príncipes, no cumplía con lo que devía con se haver una vez despedido, se despidió otra y muchas diziéndoles cómo aquellos tres cavalleros habían sido presos por lo venir a buscar, y que eran criados de dos sus grandes amigos, a los cuales y a él ternían siempre para su servicio.

Y dicho aquello entró con ellos en su fusta, en la cual hizo otrosí embarcar sus armas y cavallos, dexando a Xarefín y a Zoradán tan ledos por le haver podido hazer aquel plazer, como tristes por su partida. Con la cual trsiteza quedaron muchos días, pareciéndoles tener muy gran soledad, según con él tenían antes no menor compañía que sabrosa conversación. Por la cual y por las otras cosas que d'él habían visto lo preciavan tanto, como si de su propia ley y de tan grande estado, como el de cualquier d'ellos, lo conocieran, y no lo amando menos que si les tuviera muy cercano deudo.

Y puesto que el que más había sentido su ausencia fuese el príncipe Zoradán, así fue el primero que se comenzó de alegrar, cuando supo de la infanta, su señora, que se hacía preñada. Y en mayor grado se le acrecentó su alegría, al tiempo que le parió un hijo muy hermoso, al cual pusieron nombre de Ramantín de Antiochía, por cuyo nacimiento muy grandes fiestas se hizieron en Tracemia. El cual salió después muy buen cavallero.

Y porque a la infanta se le hazía grave dexar la compañía de su padre y hermano, muchos años passaron antes que Zoradán la levasse a su tierra, ayudando a ello tener el padre bivo. El cual regía todas sus tierras sin lo haver menester para aquello, aunque con gran desseo de verlo juntamente con la infanta y su hijo, los cuales no menos compañía hazían al Gran Turco, por razón de la cual bivía con ellos muy ledó, puesto que, como se vos dixo, la muger le faltasse, la cual, tres años antes que el Cavallero Triste ende llegasse, era muerta.

¶Capít[ulo] liiij. De cómo el Cavallero Triste, con Lucenio, Asanor y Neophal con sus compañías, partieron de Tracemia, y de las aventuras que andando a la vela se contaron.

Cuando el Cavallero Triste se vido con aquellos cavalleros en su fusta, su alegría fue tan grande que, después que ganó el libro en Costantinopla, no le parecía que ninguna con aquella se igualava. Y luego que de aquel gran puerto de Tracemia huvieron salido, y dado las velas al viento, les rogó que le contassen todo lo que sabían que huviesse sucedido después que partieran de Colonia, así de lo que habían oído dezir, como de lo que por ellos y cada uno había passado hasta ser presos, porque mucho tiempo había que ninguna cosa supiera. Al cual Lucenio dixo:

–Aunque más razón fuera, mi señor, que cualquier d'estos cavalleros, a quien más es devido, primero hablara, considerando que con poca desmesura cumplo así vuestra voluntad y mandado, como el desseo que de contar mis males tengo, havéis de saber que, levada por Boralda la princesa Flerisena y muertos los emperadores, sus agüelos, era tan grande la tristeza que había en aquella ciudad, que no parecía que les quedavan successores, según todo género de alegría se mostrava ser ageno. Y después que fueron alçados por emperadores los príncipes Nestarcio y Arinda, mis señores,

puesto que algunos días passassen, llegaron ende la reina Albericia, vuestra madre, con la infanta Ardimea, vuestra hermana, con cuya venida muchos se aconsolaron, tanto que ya començamos de cobrar alguna parte de la alegría que hasta entonces no se mostrava. Las cuales dixeron al emperador, mi señor, cómo antes que ellas partiessen para venir ende, el rey, vuestro padre, era partido para ir en la demanda de la princesa Flerisena.

–Agora oyo yo lo que hasta aquí no sabía –dixo el Cavallero Triste–. Y creo que, aunque me lo dixeran, lo dudara, sino que con tan verdadera relación como la vuestra es cierto que no puede sino cessar mi duda, porque ¿quién havía de creer que el rey, mi señor, en el tiempo que se le devía el descanso, emprendiesse una tan fatigosa demanda que aquellos que comiençan el exercicio, con que prez y honra ganar dessean, la temen y dudan, según los trabajos y peligros que en ella se les han de ofrecer? Y que la reina, mi señora, con mi hermana, dexando su casa y reino, hayan ido tanta tierra por les dar esse consuelo, pudiendo cumplir con embiarles sus embaxadores, assí como es acostumbrado.

–Porque hay voluntades, mi señor –dixo Lucenio–, que lo que la reina, vuestra señora, ha hecho tienen por poco, y otras que con menos de embiar sus embaxadores les parece que es mucho, causándolo la diferencia que hay de aquellos que tienen tan alto corazón, que lo grande juzgan pequeño, a los que lo tienen tan baxo que hazen lo contrario. Y como Asanor e yo viésemos que nuestro tiempo se nos iba perdiendo, y que si quisiésemos ir por el mundo no nos faltaría qué buscar, señaladamente faltándovos, señor, de quien menos se sabe que de la princesa Flerisena, acordamos de suplicar al emperador que nos fiziesse cavalleros, assí como lo hizo, cuando le diximos que estábamos a punto para lo ser. Y juntamente con esto nos dio licencia para nos partir dende, lo que no tardamos de poner en essecución. Y acaeciós que entrando un día por una floresta que hallamos cuasi a la salida del imperio, siguiendo nuestro camino hazia el reino de Denamarca, adonde sabíamos que havíades mucho tiempo bivido, hallamos tres cavalleros que de muy grandes golpes aquexavan a Neophal, y tanto que si se no huviera bien defendido d’ellos, por más de media hora, después que le mataron su cavallo, ya lo huvieran muerto antes que Asanor e yo ende llegássemos.

»Y porque vimos que era cosa tan fuera de razón como mal hecha tres cavalleros acometer y aquexar a uno solo, decendiendo de nuestros cavallos nos pusimos en medio por los despartir. Pero como no tuviessen más mesura que bondad, nos firieron de algunos golpes, diziéndonos que nos fuésemos luego ende, si no que podría ser que pagássemos el escote que el primero les devía, pues les impedíamos traer a efecto el

desseo que tenían de matarlo. Por donde, teniéndolos por villanos y traidores, ayudamos a Neophal en los parar tales en poco espacio, que el que mejor d'ellos libró fue uno que bivió dos horas después de nuestra batalla. Y como Neophal viesse la buen obra que le fiziéramos, nos rogó que lo tomássemos por compañero, ofreciéndonos de se no partir de nuestra compañía hasta que nuestra voluntad fuesse. Lo que de buen grado le otorgamos, conociendo la honra que d'ellos se nos recrecía por haver visto su bondad a qué pujava.

»El cual después nos contó quién era y cómo, con desseo de se exercitar en este alto exercicio de cavallería, era partido de su ínsula Cefalia, el señorío de la cual había alcançado por se haver casado con una donzella cuya era. Y cómo andando por el reino de Denamarca había sabido de cómo Boralda se había llevado a la princesa Flerisena. Y después de unos mercaderes, cómo el príncipe Florianteo iba en su demanda por el deudo que con ella tiene, como aquél que es hijo de la reina Luceminia, cormana del emperador Nestarcio. Y que pues se hallava fuera de su casa, entendía ir en busca de aquel príncipe, su señor. Y por lo hazer mejor había passado en la tierra del imperio para ir a Colonia, por ver si ende se sabrían algunas nuevas.

»Y que cuando fue en aquella floresta en que lo hallamos, la cual dista jornada y media de una villa que se dize Artra, le habían salido al encuentro aquellos tres cavalleros, diziéndole que no podía por ende passar si no les dezía quién era y a dónde iba, y después jurava que jamás diría aquello que le preguntaran porque se no supiesse su costumbre. Y que pareciéndole que aquel exercicio no era de cavalleros sino de salteadores, no los preciando cosa, les dixo que antes de venir ende le habían hecho jurar que no diría ni haría cosa que le mandassen por fuerça. Por donde no les podía dezir lo que le preguntaran sin ser falso al juramento que hiziera, y que por ende, si le no dexavan passar liberamente, trabajaría lo que se le otorgasse en seguir su camino, aunque ellos se lo i[m]pidiessen. Dicho lo cual, hirió su cavallo de las espuelas por passar sin temer lo que hazer podían, los cuales, conociendo que mejor oportunidad ternían si le matavan el cavallo para hazer lo que traían pensado, hiriéndoselo con sus espadas al tiempo que passava, dieron con él en tierra. Del cual, saliendo lo mejor y más presto que pudo, se defendió d'ellos tam bien que podimos llegar en la sazón que dixe, y se les dio el castigo que merecían.

»Y pues nos vimos tres de compañía, acordamos de ir en Artra y fletar un barco de los que ay ende muy buenos, para ir al Imperio Griego, pues en Alemania no había más nuevas de Flerisena y Florianteo de las que le nosotros diximos. Y después que en

aquel puerto nos embarcamos, nos hizo tan buen tiempo que en muchos menos días de los que cuidávamos, aunque algunos salíamos en tierra para nos holgar y proveher de lo que para nuestra sustentación faltava, llegamos a un puerto de aquel imperio, adonde, despedidos de nuestros marineros, estuvimos cuatro días descansando nosotros y nuestros cavallos de la mala vida de la mar. Y de allí fuimos a Constantinopla, adonde supimos que un cavallero havia dado cima en una demanda con que ende viniera una donzella con un libro, que se no podía abrir sino por el más leal cavallero del mundo, dentro del qual havia de hallar escrito un consejo que le mucho le convenía para cobrar y después regir un reino que le tenían por fuerça. Y según las señas que del cavallero que le havia dado cima nos dieron, todos nos afirmamos que seríades vós, señor, por razón de ser según dezían de pocos años y muy apuesto, y que levava en su compañía un enano con un escudero y un donzel. Por donde lo tuvimos por averiguado, y otrosí porque tan estraña aventura no havia de estar para otro guardada, lo que por no menos cierto tenemos que nos diréis, señor, si es verdad, assí para nuestra mayor satisfacción, como porque nos gozemos más de saber vuestra buena andança.

–Muy grave sería la cosa, Lucenio amigo, que vós y estos cavalleros, a quien yo no menos amo y precio, de mí saber quisiéssedes –dixo el Cavallero Triste– que vos la no dixesse. Pues soy cierto que encargándovos que en poridad la tuviéssedes, podría yo hazer cuenta que vos no era revelada. Por ende, seguid vuestra razón porque no entiendo saber vuestras haziendas y encubrirvos la mía, pues no se me otorgara menos descanso en vos la contar, del que he recebido en vos oír. Pero paréceme, si se me bien acuerda, que en essa mesma floresta que dixistes haver hallado Neophal, me vino al encuentro mi donzel Nicerián, a quien di el primer derecho después que partí de Colonia, porque también tardamos hasta llegar a Artra un día y medio, adonde nos embarcamos para passar en Fruvia, que es otra villa del reino de Denamarca.

–No sé yo a Fruvia, señor –dixo Lucenio–, porque no passamos en Denamarca.

–No lo digo por esso –dixo el Cavallero Triste– sino porque en hallando a Nicerián me contó cómo el emperador Nestarcio, en el tiempo que no tenía sino título de príncipe, havia dado derecho a una donzella, que si se me bien acuerda dezían Ardania, de dos cavalleros que le tenían un buen castillo por fuerça. La cual tenía un hermano a quien assí como a vós dezían Lucenio. Porque después le digáis a Nicerián si sois vós aquel Lucenio que me él nombrara.

–Por cierto assí es verdad, mi señor –dixo Lucenio–, y que del castillo y de su dueño podéis tan cumplidamente disponer como del menor y más leal vassallo de todos vuestros reinos.

–Assí lo tengo yo por cierto, mi verdadero amigo –dixo el Cavallero Triste–, que lo no dudariades como yo en lo que a vós cumpliesse. Pero dezidme, ¿qué hezistes después de allegados en Costantinopla?

–Estuvimos ende algunos días –dixo Lucenio– viendo las cosas de aquella ciudad, pues son d’ello merecedoras. Y otrosí fuimos a besar las manos a aquellos altos emperadores, en los cuales no conocimos menos voluntad de nos hazer honra y mercedes, que en los que en Colonia dexamos. Y pues sabíamos todo lo que nos dezir pudieran, no curamos de les preguntar cosa, aunque no nos faltó para ello sazón, sin caer en desmesura, según él nos preguntó muchas, assí de la salud y vida de sus hijos como de la causa porque ende havíamos aportado. A los cuales respondimos, después de les dezir lo que de Colonia sabíamos, que assí por conocer sus personas, como por ver aquella ciudad suya entre las otras del mundo tan nombrada, pues con ello cumplíamos el natural desseo que de ver y saber los hombres tenemos, y lo demás que nos ocurrió al propósito de sus preguntas.

»Y cuando se nos ofreció tiempo, despedidos d’ellos, nos embarcamos en una fusta para seguir nuestro viage por la costa de Grecia, por ver si de vós, señor, o del príncipe Florianteo, fallaríamos algunas nuevas. Y como no las hallássemos, acordamos de bolvernos a Costantinopla. Pero como la fortuna, cuyo oficio es jamás permanecer en un ser mucho tiempo, estuviesse ya cansada de nos favorecer, no queriendo que de la conocer dexássemos, pues no le havíamos visto más de su halaguero rostro, en muy breve espacio, aquel viento que leváramos endereçado, bolviéndose en muy tempestuoso y contrario, nos levó a pesar de todos los mareantes hasta un puerto desierto d’esta tierra de infieles. El cual por muy bueno tuvimos, pues librándonos de ser anegados no éramos cautivos, assí como lo ser creíamos al tiempo que hazia la tierra nos levava. Y en aquella noche acordamos de salir a dormir en tierra, pues havía ende algunas casas, aunque derribadas, en las cuales solían morar unos pescadores. Y como viéndonos librados de la tormenta ningún otro peligro temiéssemos, y otrosí creyendo estar no menos seguros que en Costantinopla, no curamos de sacar nuestros cavallos ni armas, sino sola la ropa que para dormir convenía.

»Y a la media noche, con la mesma fortuna, llegaron ende aquellas fustas que oy, señor, vistas. Y como en la nuestra no hallassen sino poca gente y aquella soñolienta

y a mal recaudo, luego la prendieron con los que en ella dexamos, y amenazándolos, conociendo que eran christianos, para que les dixessen adónde era la otra gente de la fusta, supieron cómo en aquellas casas que dixere dormíamos. Por donde, desembarcando muchos d'ellos, bien armados, nos vinieron a recordar, de Nuestro Señor, con más pesar de nos ver sin armas que de ser cativos, porque si las tuviéramos no mercaran nuestra libertad tan barato. Lo que creo que fue así por el Alto Señor ordenado para nuestro mayor bien sin lo cuidar ni creer, aunque nos lo dixeran.

»Y después que estuvimos ende tres días, en cabo de los cuales, cessada la tormenta, bolvió el buen tiempo, partimos para venir a essa ciudad que dexamos. Y a poco rato que de aquel puerto salimos, encontraron un barco de grecianos que salía de otro pequeño puerto que había cerca del otro, al cual luego tomaron porque no había en ellos sino la gente que para la navegación convenía y unos mercaderes que, según el barco y las mercaderías que en él traían, no eran de mucha importancia. Y con muy grande alegría, causada de la ganancia y próspero tiempo, nos traxeron para nos vender ende, cuidando que por ser cavalleros havrían mucho haver de nuestro rescate. Y quiso Nuestro Señor Dios hazerlo tam bien con nosotros, que en la hora que teníamos por perdida no solamente la libertad, pero la esperanza de cobrarla, nos hallásemos libres y en vuestra compañía. El desseo de la cual no nos aquexara menos que de alcanzar la libertada que dixere.

»Esto es, señor, lo que a mi ver por los tres se vos dezir pudiera, pues no me parece haverme olvidado cosa de las que por nós hasta vos hallar han passado.

Mucho se folgó el Cavallero Triste con las nuevas que de sus padres supiera, y a maravilla fue ledo porque su madre y hermana fuessen idas a Colonia, pues tenía por cierto, si su ventura lo favoreciesse tanto que a su señora cobrar pudiesse, que se no tardarla el fin de sus desseos con todos los cumplimientos que él desseava, considerando que en las fiestas que por razón de su casamiento con la princesa Flerisena se havrían de hazer, se hallarían presentes con que recibirían parte de su esperada alegría. Y otrosí se holgó de saber que el príncipe Nestarcio con su muger se intitulasen emperadores. Y muchas gracias dio a Nuestro Señor Dios porque en sus trabajos era servido de le embiar tan grandes consuelos.

Después de aquello contó a aquellos cavalleros todo lo que después de partido de Colonia le había sucedido. Y les mostró el libro de la arquilla en que lo traxera Diliarda. Y les leyó el consejo que su padre le dexara, sin dezirles lo demás que en él había para su descanso, de que no menos se maravillaron que se juzgaron dichosos por los haver

Dios traído a aquella parte en que verlo se les otorgava y hallar aquel príncipe, con la compañía del cual ivan tan esforçados que les parecía que aunque cient fustas de turcos los acometiessen, no los preciarían cosa, no sabiendo que del Gran Turco levava el Cavallero Triste. El cual no menos ledo se fallava con ellos, assí por tener con quien poder platicar algunas cosas, con que sus pensamientos algún tanto se divertiessen, como porque si se le ofrecía alguna necesidad no se hallasse solo. Aunque para el alivio y remedio de sus cuitas ninguna cosa conociesse tanto aprovecharle, y otrosí con mirar algunas vezes en su libro, lo que hazía su señora, la vista de la cual era el más verdadero.

Al tiempo del comer, mucho se holgó de ver con cuánto sabor aquellos cavalleros comían por desquitarse de su passada dieta, a los cuales tenía compañía por encubrir en todo lo que podía su hazienda a los que la no sabían. Y quando esse otro día de mañana recordaron, ya se hallaron tan lexos de la tierra que con dificultad podían verla, por razón del tiempo que les hazía muy endereçado, con el cual anduvieron algunos días hasta que se les mudó. Por donde les convino aprovecharse del seguro que traían, con el cual fueron muy bien recibidos en una villa puerto de mar que se dezía Frisea, adonde muchos días les convino esperar el primer tiempo con que de Tracemia partieran. Y quando lo cobraron, partieron dende con mucha alegría navegando a su sabor, hasta que llegaron adonde se vos dirá.

¶Capítulo lv. De cómo el Cavallero Triste con su fusta llegó al puerto de la isla, en la cual Boralda hiziera el castillo en que tenía a su señora presa. Y de cómo entrando dentro hubo batalla con tres cavalleros, y después de haver hallado a Flerisena puso a Boralda en prisiones. Y de lo que más sucedió.

De muy gran mañana era un día que mirando el maestre de la fusta contra la parte que creía descubrir tierra, vido un humo tan alto que parecía llegar a las nuves y tan espesso que puesto de lexos era no se dexava de ver su espessura. De que mucho se maravilló porque como aquel que era buen marinero y plático en aquel exercicio, y sabiendo muy bien aquella tierra, no se le ascondía que ninguna leña había ende ni con gran parte al derredor, de quemar la cual tan grande

humo causar se pudiesse. Por donde sospechó que algún navío debía haver en el puerto d'ella que se quemava. Y después de salido el Sol, comenzó de descubrir la sumidad de unos altos edificios. De ver los cuales no recibió menor espanto, porque habiendo por aquella parte navegado algunas vezes no se acordava haver visto ende población alguna, ni menos había forma de la haver, por razón de la sequedad del agua y esterilidad de la tierra. Y para su mayor certificación miró la carta de navegar, por la cual claramente vido que aquella era la ínsula que él afirmava. Y no se pudiendo çufrir, viendo una cosa tan nueva, hizo subir a lo más alto de la fusta al Cavallero Triste, al cual dixo que ya era cerca de aquella tierra, adonde él había mandado que lo guiase. Y mostrándosela hazia la mano derecha, lo certificó cómo toda era desierta y que el castillo que se parecía, del cual salía aquel humo, no podía haver cuatro años que era edificado, porque aún no había passado tanto tiempo después de la haver él visto despoblada. Por donde se maravillava que en tan breve tiempo tan grandes edificios pudiesen ser hechos. Y lo que demás de aquello le podía dezir era que, puesto que de allí adelante navegassen un año, no hallarían más tierra.

Cuando el Cavallero Triste oyó lo que el maestre dixera y vido la tierra y el castillo, tan grande alegría le sobrevino, teniendo por averiguado que aquel era el castillo adonde su señora estava, que se no pudo çufrir sin abraçar al maestre, ofreciéndole cumplido galardón de su trabajo. Y demás le dixo que cuando le pareciesse que del castillo podrían descubrir la fusta, hiziesse abaxar las velas porque d'ellos no se recelassen, pues en la tarde podrían tomar tierra en la parte más segura. Y como el maestre viesse que ya los podrían con poca dificultad descubrir del castillo, fizo lo que le era mandado, a tiempo que ya los otros cavalleros subían por verlo, para lo cual los había fecho levantar Dromisto. El cual no cabía de gozo viendo a su señor tan ledó, aunque mil años le pareció haver durado aquel día, según tenía desseo de se ver ya dentro del castillo.

Venida pues la hora que al maestre pareció que sin recelo podían seguir su vía, no se olvidó de hazer lo que para ello convenía, no dexando de aprovechar mucho la diligencia que el Cavallero Triste mandó que se hiziesse en abaxar las velas. Porque Boralda, conociendo que de sus artes no podía aprovecharse para hazer nuevos encantamientos, por razón que Arismenio los había fecho sobre ella tan grandes que ni podía salir de su castillo ni saber cosa de las que le podían suceder, de que no estava poco espantada, todas las mañanas y tardes subía a la torre más alta del castillo por ver si descubriría algún navío, por havisar a los cavalleros que consigo tenía que les no

dexassen tomar tierra. Pues no la podían tomar sino por una parte, por la cual habían de subir como por unas gradas, por razón que todo lo que de la isla quedava al derredor era de peña tajada. Con que tenía mayor confianza de defenderse que con todas sus artes.

Y como dende la hora que la fusta comenzó de hazer su vía hasta la medianoche les hoviesse refrescado el viento, llegaron dos horas antes que el maestre creía al pequeño puerto de aquella isla, en el cual fallaron un batel con sus remos atado con una soga a una punta de la misma peña. Y decendiendo el Cavallero Triste con los tres cavalleros en tierra, llegaron cerca del castillo. Y lo más a passo que pudieron, lo rodearon todo por ver cuántas entradas tenía, pero no hallaron que tuviesse más de aquélla por la cual grandes llamas y aquel alto y espesso humo salir parecían, maravillándose cómo un fuego tan grande no lo había ya consumido y convertido en ceniza.

Y atendiendo la desseada mañana les dixo que, pues el fuego les impedía a ellos la entrada, lo aguardassen al cabo de la puente que ende había sobre la honda cava. Y que no consintiessen salir hombre ni muger del castillo que no los prendiessen. Y porque mejor se pudiessen guardar, que ninguno se les fuesse, que el uno d'ellos fuesse a dezir al maestre que se alexasse algún tanto con su fusta, llevándose el batel. Por donde, aunque del castillo saliessen, no se podrían ir sin su mandado, todo lo cual se fizo assí como lo ordenó.

Venida pues la luz del día, la cual no era por el Cavallero Triste menos desseada que la otra que muy cedo esperaba ver, con que se habían de alumbrar las continuas tinieblas de su afligido corazón, santiguándose y encomendando de buen corazón a Nuestro Señor Dios, a quien había plazido ende guiarlo, embraçando muy bien su escudo y con la espada, que para aquello conocía serle más provechosa que el favor de todo su linage, bien apretada en su mano, dexando los cavalleros para la guarda de la puente, según lo ordenara, comenzó de caminar contra la puerta del castillo, por la cual se parecían salir el humo y llamas tan grandes, que al más esforçado cavallero del mundo eran para hazer el más covarde de bastantes. Por las cuales entró con tan poco temor como fue el daño que le hizieron. Y aún no había passado adelante diez passos, quando se vido venir al encuentro dos cavalleros de tan buen talle, que se no acordava haver visto otros mejores. Los cuales dixeron:

–Tenedvos, cavallero, y no passéis adelante hasta haver cumplido la costumbre d'este castillo.

–Tal podría ser –dixo el Cavallero Triste– que la cumpliré de grado. Lo que por cierto no haré si me no satisfaze. Por ende, sepamos qué costumbre es ésta.

–Que havéis de jurar –dixo el uno d’ellos–, antes que dentro entréis, de hazer lo que la señora d’él vos mandare.

–Mucho querría saber –dixo el Cavallero Triste– quién es la señora por ver si lo merece.

–Es de tanto merecimiento –dixo el mesmo cavallero–, que antes se hallaría la falta en vós para la servir que en ella para lo mandar.

–Si yo tal como vos fuesse –dixo el Cavallero Triste–, podría ser que verdad dixéssedes, pero siendo quien soy ni ella merece mandarme ni con entrambos vosotros servirme, pues devéis ser sus semejantes.

Dicho lo cual, quiso passar adelante por ver qué sabrían hazer. Lo que no se tardó mucho, porque luego lo començaron de herir por todas partes, de tan grandes y espessos golpes, que él se maravilló de la fuerça con que los davan. Para lo cual mucho le aprovecharon sus buenas armas, porque, si otras fueran, ya pudiera ser que no mercara su entrada con tan poco precio. Pero viendo que no era razón que sintiesse las fuerças de sus contrarios, sin les dar a sentir las suyas, començó de ferir a entrambos, de tan pesados y duros golpes, que antes de mucho espacio ninguno d’ellos quedó sin ser por muchas partes llagado, lo [que] ellos no pudieron hazer en su contrario, assí por la bondad de sus armas, como porque harto tenían en qué entender en se guardar de los golpes tan rezios con que los fería. Porque haviendo ya sentido de algunas vezes que los tomara en descubierta los hilos de aquella espada, trabajavan de se defenderse de manera que no los sintiessen más, según eran sin piedad.

Pero después, considerando cada uno d’ellos que no consistía la gloria en sólo saber defenderse, sino que havían de trabajar en ofender igualmente y con algún advantage al que tanto los había ofendido, que su sangre por muchas partes de sus cuerpos se mostrava, y para aquello posponiendo el daño y temor de sus recibidas y venideras llagas, començaron con nuevas fuerças, como aquellos que eran dos preciados cavalleros en el mundo, de cargarlo de tan duros y espessos golpes, que él se maravillava de sus grandes fuerças y ardimiento. Por donde trabajava de defenderse y ofenderlos lo mejor que se le otorgava, porque puesto que no había una hora que su batalla començara, bien se parecía en ellos que había más de tres, según estaban las armas y carnes de los dos mal paradas.

Y aunque el Cavallero Triste deviesse por razón de aquello no solamente contentarse, pero ser muy ledo por se ver sin llaga, pareciéndole que aún no havia hecho lo medio de lo que devía, según la causa porque se hazía, sacando nuevas y dobladas fuerças de su grande esfuerço, acrecentado del herviente desseo que de passar adelante tenía, los començó de herir por todas las partes que podía, tan sin piedad que, creyendo que fuesse diablo y no cavallero, según todas sus armas y obras eran para ellos oscuras y tristes, haziéndole lugar para que passar pudiesse, le hizieron conocer que se no contentavan de su compañía. Por donde passó por medio d'ellos, sin ningún temor ni recelo, adelante, hasta llegar a otra puerta, por la cual, queriendo entrar, vido un cavallero en una silla sentado, de todas sus armas armado. El cual, levantándose, le dixo:

–Tenedvos, cavallero, hasta que sepamos si havéis jurado, en poder de los primeros, de hazer lo que por la señora d'este castillo vos será mandado.

–Escusado es por agora entender en esos juramentos –dixo el Cavallero Triste–, pues el día que me hizieron cavallero ya juré de servir las dueñas y donzellas en todo lo que menester me huviessen, quanto más que de mi grado les acostumbro yo de cumplir sus mandados.

–Todavía conviene –dixo el cavallero– que lo juréis. Si no, aparejadvos a la batalla.

–Pues no menos tiempo he menester –dixo el Cavallero Triste– para el juramento que el que pienso que ha de durar nuestra batalla. Más precio ser en ella, pues salido como espero, quedaré en mi libertad.

Dicho lo cual, fue contra el cavallero, el cual ya contra él venía con tanto denuedo y esfuerçado continente, que al Cavallero Triste pareció no haver jamás visto tres cavalleros tan proporcionados y que tam bien pareciessen armados, como los dos que poco antes dexara y aquél que delante tenía. Aunque todavía creía que aquél solo no era peor que los dos juntos, lo que no passó mucho que le fizo cumplidamente creer, porque de los primeros golpes que se firieron fue el Cavallero Triste tan cargado, quanto jamás se hoviesse sentido. Por donde, dudando lo que de los otros no temía, no se atrevía a ferir aquél solo con tanta libertad como a los otros dos juntos, causándolo que no era menos maestro en ofender que en defenderse. Por donde todas las vezes que podía no dexava de hurtarle el cuerpo, con que le dava tiempo para lo tornar a ferir. Y otrosí porque las armas de aquel cavallero eran tan buenas, que su espada no hazía en ella el estrago que en las de los otros hiziera. Y por essa razón y por ser los cavalleros

tan diestros, que los golpes que davan no osavan descargarlos con toda su fuerza por temor de la respuesta, era su batalla muy lidiada, señaladamente porque con su destreza los más golpes recibían en los escudos y espadas con que eran defendidas sus carnes

Pero como, durando mucho la batalla, por fuerza se hoviesse de señalar alguna mejoría en el uno d'ellos, siendo el Cavallero Triste mucho más moço y con alguna mayoridad de fuerzas que su contrario, podíase mejor sostener y ferir y apartarse. Todo lo cual no podía hazer con la misma ligereza y tiento el cavallero del castillo. El cual, andando adelante en su batalla, no pudo tanto aprovecharse de su saber y destreza, que en dos vezes que su contrario lo pudo ferir en descubierto no fuesse llagado de dos llagas, aunque no grandes, por la resistencia de sus buenas armas, la una en el braço de la espada y la otra en la pierna de la mesma parte. Por donde, saliéndole mucha sangre d'ellas, no dexó de sentir dende a poco algún menoscabo en sus fuerzas, pero no tan grande que su contrario tuviesse menos que hazer en guardarse, que si entonces començara su batalla, en la cual se havía con tanto tiento que el Cavallero Triste lo juzgava por el mejor y más diestro cavallero de quantos havía jamás visto.

Por donde, preciándolo más que no teniendo contra él saña, mucho quisiera si escusar se pudiera no llegar con él a fin su batalla, porque si no fuera por razón de verlo en aquellas dos partes llagado, no le parecía tenerle alguna ventaja, por la cual no quisiera hazerle más daño. Y pareciéndole que su intención podía efectuarse con le dar algún golpe del cual quedasse atordido, por donde podría passar adelante, se llegó tan cerca d'él, sin algún temor, por lo poder ferir a su sabor, que dexando el otro colgar la espada de la cadena, lo abraçó tan presto que el Cavallero Triste, por no caer, huvo de hazer lo mesmo. Y assí abraçados anduvieron gran pieça, trabajando cada uno de derribar al otro como mejor se le otorgaría.

Por donde con aquel excessivo trabajo y pérdida de sangre, el cavallero del castillo començó de enflaquecer de tal manera, que su contrario huvo d'ello algún sentimiento. Y dende a poco, aprovechándose el Cavallero Triste de todas sus fuerzas y maña, en sazón que su contrario estava algún tanto descuidado, lo empuxó tan reziamente que, siendo forçado ir al suelo, se levó sobre sí al Cavallero Triste tan apretado, que se no podía mover más que su contrario. De forma que tuvo por expediente dexarse sobr'él de todo su peso, considerando que, no lo pudiendo mucho tiempo çufrir, lo dexaría, y con aquello podría passar adelante su intención y no la batalla. Lo que se no tardó en cumplir, porque el cavallero del castillo, por cobrar

huelgo, fue forçado de lo afloxar, dando libertad a su contrario que se alçasse, diziéndole:

–No me vala Dios si a tan buen cavallero como vós, yo trabajo de hazer más daño. Y aun a mí –dixo el del castillo– si en vuestra voluntad pongo estorvo.

Y dexándolo que con alguna pena se levantara, passó adelante tan quebrantado que a penas se podía sostener. Y quando fue dentro del patín, vido contra sí venir Boralda, con un cayado en la mano, con el gesto tan espantado que no parecía de persona. La cual, quando fue cerca del Cavallero Triste, con aquel cayado lo firió sobre el yelmo sin le dezir cosa, creyendo según ella con sus artes le havia dado el poder que luego caería sin sentido en el suelo, de tal golpe que le pareció que una torre le havia caído encima, según se sintió cargado, porque fue tanto que le convino fincar las rodillas con la una mano en el suelo. Pero como no hoviesse por aquello perdido el sentimiento, viendo que la dueña ya le descargava otro, dando un salto al través en el mesmo tiempo que se alçava, causó que el golpe firiesse en las piedras del patín. Y como venía con la mayor fuerça que se le otorgava, le saltó de la mano buen trecho. Pero al tiempo que correr quiso para cobrarlo, el Cavallero Triste la detuvo, diziendo:

–Ya no hos han de aprovechar más, doña falsa, vuestros engaños, pues el Alto Señor es servido que a mis manos viniéssedes, de las cuales no saltéis d’esta segunda vez tam bien como de la primera.

Y tomándola entre sus braços medio sin sentido por lo que le aviniera, con su mesma cinta le ató los pies con las manos a la parte de las espaldas. De manera que se no podía mover, aunque la lengua començó de hazer su oficio en dar bozes a sus cavalleros que para acogerla viniessen, lo que poco se aprovechava porque, puesto que la oír pudieran y quisieran entrar ende para le ayudar, no les fuera otorgado, por razón que con sus artes les havia entredicho el poder passar dentro del patín, porque no pudiessen ver ende a Flerisena.

Y passando más adelante por ver adonde estava su señora, sintió bozes como de mugeres encerradas, siguiendo las cuales llegó a uno de muchos palacios y estancias baxas que al derredor de aquel patín havia, del cual salir parecían. Y abriendo un cerrojo que havia en la puerta a la parte de fuera sin llave, entró dentro, adonde luego vido a la princesa, su señora, que con Erminia llamavan a gran priessa por la finiestra a la donzella que le solía abrir la puerta, que les abriessse para salir a la huerta en que casi todo el día estavan, por recibir algún alivio en sus aquexados pensamientos y descanso en sus cuitas.

Las cuales, como lo vieron entrar con aquellas armas negras y su espada en la mano desnuda, no se dexaron de espantar, de manera que si hoviera más puertas de aquella por la cual el cavallero entrara, fuyeran a todo su poder. Pero viendo que el cavallero, al mesmo tiempo que fue por ellas visto, havía arrojado la espada y escudo en el suelo, en el cual hincadas las rodillas con tan gran priessa, como temblando, trabajava en se desenlazar el yelmo, algún tanto se asseguraron esperando ver quién sería. Pero cuando, al tiempo que se lo huvo de la cabeça quitado, su señora con Erminia lo vieron, antes que él les pudiesse palabra dezir, assí del sobrado gozo como por la igual turbación que a todos sus sentimientos en aquel instante sobrevinieron, aquella hermosa princesa, no le cabiendo la alegría tan grande que en el mesmo punto su coraçón sintió, diziendo:

–¡O, señora Virgen María! ¿Es verdad que es mi señor Valerián el que veo?

No pudiendo dezir más cayó en los brazos de Erminia, tan sin sentido como si ya hoviera en sus tiernos años pagado la última deuda. El cual, cuando assí la vido, sobrando el supino y sobrevenido dolor al primero gozo, levantándose con mayor priessa de la que sus fuerças le otorgavan en aquella sazón, la tomó de los braços de Erminia en los suyos, por ver si en ellos podría cobrar sus espíritus, con tan grande abundancia de lágrimas, que no parecían sino dos manantiales que de sus tristes ojos salían. Las cuales no impedían menos en aquella sazón el hablar, que poco antes el sobrado gozo. Y después que en sus braços la tuvo, mirando aquél su más que hermoso gesto, y derramándolas sobre él en lugar de agua, puesto que no con aquel pensamiento, antes sacadas con el pozal del bivo dolor que su alma sentía, del profundo pozo de la tristeza de su afligido coraçón, sentándose encima del lecho de Erminia, el cual más cerca de sí halló, rompiendo con la fuerça de tanta tristura las ataduras de su lengua, començó de dezir d’esta manera:

–¡O, cavallero cativo!, a quien la adversa fortuna por mi mayor desdicha otorgó camino y fuerças con que en este encantado castillo entrar pudiesse, adonde, esperando ver a esta esclarecida princesa, cuidava hallar fin en todas mis cuitas y passados afanes, qué penas y tormentos puedo çufrir, juntamente con la más cruel de las muertes que se podrían considerar, que igualar puedan al menor quilate del irrecuperable daño que de mi malaventurada vista se le ha causado, pues por ella ha venido al fin de sus passados trabajos, dando principio aunque no para mucho tiempo a los míos. ¿No fuera mejor que en la mar yo me anegara, adonde los hambrientos peces pudieran de mis infortunadas

carnes cenarse, que quedar para ser causa que los gusanos tan sin razón y tiempo coman las d'esta alta princesa, cuyo valor y hermosura carecen de igual en este siglo?

»¡O, con cuánta razón, si lo antes supiera, me hiziera llamar triste!, pues la tristeza que mi corazón y alma havían de sentir, desigual había de ser, como es, de todas las otras. Porque, puesto que no parezca tanta, pues con la vida me dexa por algunos días, no me pesa sino que se me no otorgara padecer lo que devo, pues sería imposible, sino lo que pudiere, según el mal tan fuera de toda comparación que hize. ¡O, cruel Boralda! ¿Con qué podrás tú satisfazer las dos impensadas muertes d'esta mi señora y mía, sin las otras, assí passadas como por razón d'esto venideras, pues solas las de los altos emperadores Octavio y Pulchrea han dexado al mundo huérfano de valor y merecimiento?

»¡O, emperador Nestarcio! ¡O, rey Pasmerindo! ¿Qué vós aprovecharán consuelos y a vuestras mugeres y madres nuestras cuando supiéredes la dolorosa no menos que desventurada causa de nuestra muerte, al tiempo que estaréis esperando las nuevas de vuestra desseada alegría? ¡O, imperios Greciano y de Trepisonda y Romano, con el reino de Hungría, cuán ledos vos juzgava mi esperança con el ayuntamiento de las personas y voluntad d'esta virtuosa princesa y mía! ¡Y cuán tristes vos juzga agora mi corazón, considerando cuán grande será vuestra tristeza cuando supiéredes que tan juntos quedan acá nuestros cuerpos en una tan sola como estrecha sepultura!

»¡O, mi señora Flerisena, luz y espejo de la hermosura d'este mundo! Por Dios vos ruego no despedáis tan presto vuestra alma, porque no vaya sin la mía, pues entrambas se deve única gloria en el otro siglo, assí como la esperavan en este. ¡O, corazón mío, más duro que las fuertes y asperas peñas, que atiendes y no rebientas viendo tu señora tan sin causa en estos desventurados braços muerta! ¡O, ojos y gesto míos de tanto mal causadores, pluguiera a Dios que cerrados y sin humana figura naciérades, porque no causárades al mundo tan grande y conocida pérdida! ¡O, señor Dios, acorredme en tan gran cuita, pues todos mis sentidos, desechando los no convenientes consuelos, me combidan a la desesperación merecida!

»¡O, mi buen amigo Arismenio! ¡O, discreta Empyralidea, por cuyos consejos sostener hast'aquí la vida se me ha otorgado! ¿Por qué fuistes contra mí tan crueles sabiendo lo que había de causar contra esta alta princesa? ¿No fuera mejor dexar perecer la mía, pues se escusara el mal sin remedio que por la conservar se ha causado? ¡O, mi señora y de mi corazón y entrañas más querida, de cuantas jamás lo fueron ni serán,

valedme con sólo abrir esos ojos, pues estando cerrados me encierran todos los medios y fines de mi bienaventurança y me abren las puertas de tormentos y penas!

Dicho lo cual, se los començó de besar tantas vezes, hinchíendolos de sus lágrimas, tanto que parecía que aquella soberana princesa no menos llorava por ver a su señor y amigo en tan gran cuita y aquexada pena. Y como su corazón, cuando se le otorgavan fuerças y sentimiento, siempre le hoviesse sido sujeto porque no le pudiesse d'él sospechar que estando sin ella no lo obedecía, al tiempo que aquel dolorido príncipe dixo a su señora que sus ojos abriesse, los abrió lançando un doloroso suspiro, y diciendo con la boz tan baxa que a solos los oídos del que más lo desseava se otorgó oírlo:

–Atendedme, mi señor y amigo, que ya voy, pues sin vós no quiero yo vida.

No fue jamás alegría en corazón de hombre mortal tan grande como la que en aquel punto el de Valerián sintió, oyendo aquella boz y viendo abiertos aquellos ojos, por ver los cuales había con tantos afanes y mortales desseos ende venido. Y con aquello, cobrando algo más de su perdido juicio, començó de desabrocharle las cintas de los pechos a gran priessa, no dexando sus ojos de continuar su acostumbrado exercicio, assí entonces de aquel impensado gozo como poco antes de su cierto dolor. Por donde a la princesa se otorgó con mayor fuerça sospirar y cobrar alguna parte de sus perdidos espíritus, con que pudo cuasi del todo abrir sus ojos.

Y cuando vido al su desseado Valerián tan dolorosamente llorar, no pudiendo su corazón çufrirse con lo ver tan cuitado, ni otorgándosele en aquella sazón tantas fuerças y juicio con que hablar le pudiesse, no se dexando de esforçar, según la flaqueza de su esfuerço, más de lo que pudo, alçando sus muy hermosos braços se los echó sobre el cuello, tirando sin lo pensar el rostro de su amigo contra el suyo. Porque de estar tan juntos, aunque que quisiesse, no pudiesse ver su triste llanto, para lo cual, como no fuessen menester tantas fuerças como para los apartar, no tardaron mucho en hallarse tan juntos quanto lo estaban sus corazones, tomando y recibiendo el uno del otro aquellos tan dulces como desseados besos, con que davan seguridad a sus vidas, descanso a sus pensamientos, remedio a sus cuitas y esperança para el fin de sus mortales desseos, sintiendo en aquel deleitoso y descansado exercicio tanta gloria como poco antes aquel venturoso Valerián tormento y pena.

Pero como los más desseados plazerres d'este siglo no puedan jamás cumplidamente gustarse, assí por razón de los recelos como de los impedimentos que en ellos sobrevienen, estando aquellos príncipes gozando de aquella gloria, de la cual de su

grado nunca se partieran, pues con ella iban cobrando los sentimientos con que mejor sentir y gustar la pudiessen, les vino a dezir Erminia cómo rodando Boralda por el patín se acercava a la puerta del palacio. Y que tenía miedo de se le acercar, porque con los dientes traía el cayado, con el cual obrava mil cosas y hazía otros tantos males.

No fue casi menor el pesar que de oír aquello recibió Valerián, que si le dixeran que de diez años no había de ver a su señora, pues de partirse d'ella no se le recrecía menor pena que descanso estando en su compañía. Por donde fue gran maravilla tener çufrimiento para no le cortar la cabeça, según le sobrevino la ira. Y tomando de presto su escudo, sin acordarse de la espada, salió a la puerta. Y como muy cerca d'ella viesse a Boralda, acordándose de lo que Erminia dixera, bolvió por la espada recelando que no le hiziesse, hallándose sin ella, algún engaño. Lo que no le aprovechó tan poco que si, sin tener la espada fuera, por poco que Boralda lo hoviesse con aquel cayado ferido, lo hiziera caer sin ningún sentido en el suelo. A la cual entonces dixo:

–Yo creo que tú piensas tener fuerças contra las del Alto Señor, pues no pudiéndote aprovechar de las de tu persona, confías que con esse cayado has de obrar lo que hasta aquí feziste. Pues yo te certifico que aunque no fuesse por te dar pena, sino sólo porque pierdas essa esperança, de lo hazer quemar luego juntamente con lo que en el castillo hallare. Porque no te quede cosa con que, puesto que quieras, se te otorgue obrarlo.

Dicho lo cual, tirándole el cayado que entre los dientes traía, lo arrojó dentro de aquel palacio. Y tomando a Boralda en sus braços, la subió a una cámara de las que había en lo alto del castillo, adonde la dexó encerrada haziendo los mayores llantos que se jamás oyeron, con pensamiento de bolver a su primera gloria, sin tener memoria de ninguna cosa de las del mundo ni de los cavalleros que en guarda de la puente del castillo dexara, ni de los otros con quien se combatiera, ni del libro que jamás se olvidava, sino de gozar de la gloria que se le ofrecía. Pues en aquella se encerravan toda su bienaventurança y descanso.

¶Capítulo lvj. De cómo el sabio Arismenio con su hija Empiralidea vinieron al castillo de Boralda, y de las razones que ende passaron entre ellos y Valerián con Flerisena. Y de lo que sobre ellas se acordó.

Bien creía Valerián, cuando por las escaleras del castillo descendía, que no tardaría mucho en bolver a su primera gloria, pues ningún impedimento considerava que se lo impedir podría. Pero porque conociese que las consideraciones y pensamientos humanos no pueden alcançar ni proveer más de lo que por nuestra flaca y poca naturaleza se nos otorga, acaeció que antes que al patín descendiese, lo vido en un momento tan oscuro y cubierto de una nube tan negra, que se santiguó y en dos saltos se halló en lo llano. Y no fue tan presto en él cuando vido aquella escuridad desfazerse, de manera que muy claramente pudo ver un cavallero con una donzella, mirando los cuales luego conoció que era Empiralidea y que por razón el cavallero devía ser su padre. Por donde fue contra ellos con los braços abiertos, diziendo:

–Ya sabía yo, mi verdadero amigo, que en esta sazón no me havíades de faltar, señaladamente habiendo vos llamado poco antes en otra que la pena de la muerte no la juzgava por tan grande.

Y abraçándolos con mucha alegría, los fizo levantar tomando por la mano a Arismenio, de cuya venida no se dexó de alegrar, aunque le impedía el gozo de su esperada gloria, considerando que, puesto que por entonces le pusiessen estorvo, no era sino para le ayudar a que con mayor descanso pudiesse gozarla. Cuando Arismenio lo vido, sabiendo los peligros que passara y la gran lealtad que sobre todos los otros cavalleros tenía, no se cansava de mirarlo, aunque después, por mostrar que para más de aquello había ende venido, le dixo:

–En verdad, mi señor, que, puesto que mi alegría sea muy grande por haverse cumplido el desseo que tenía de veros en este punto, no lo fue menor cuando poco antes de agora, estando en mi ínsula, supe que ya havíades entrado en este castillo y hallado a vuestra señora, aunque me no dexé de doler de vuestra cuita en el tiempo que la tuvistes en vuestros braços. Pero agora la siento ya muy cumplida, pues os veo fuera de todo peligro y con esperança de muy presto descanso, el cual plega al Alto Señor otorgaros con tanto cumplimiento como lo él puede y para muchos años.

Tan envejecida estava Empiralidea mirando a Valerián, como si fuera la más hermosa donzella del mundo, causándolo, allende de ver cuán perfetas eran sus aparentes faciones, conocer cuánto lo eran más las ocultas, y saber por relación de su padre que muy cedo sería fuera de los cuidados que ella le presentó el día que le traxo las armas con que fue armado cavallero. Y como Valerián oyesse lo que Arismenio le dixera, pareciéndole cosa cuasi impossible, le dixo:

–Maravillado estoy, mi verdadero amigo, puesto que vuestro gran saber no me sea oculto, cómo puede ser que en tan breve tiempo supiéssedes lo que aquí ha passado y juntamente seáis de vuestro castillo venido, no habiendo yo tenido espacio para cobrar el aliento y fuerças que juntos perdí en la sazón que dixistes.

–No vos maravilléis, mi señor, de tan poco –dixo Arismenio–, pues antes de muchas horas ternéis más razón de maravillaros por lo que en este castillo veréis, por razón que vos parecerá cuasi impossible. Pero porque se vos no de tarde el desseo, que de tornar a ver a vuestra señora tenéis, vamos adonde está, porque muy tarde se me haze para la conocer. Y en su presencia vos diré otras nuevas con que no seréis menos ledo.

Y como para efectuar aquello tanto aprovechassen ruegos como fuerças, luego los començó de guiar al palacio adonde la dexara, en el cual la fallaron que, haviéndose levantado del lecho de Erminia, se havia sentado en un estrado que ende havia. La cual, cuando los venir vido, no fue de los ver menos maravillada que ellos de su estremada hermosura. Y después de le haver fecho su mesura, Valerián le dixo:

–Vedes aquí, mi señora, a vuestro leal amigo Arismenio, que viene juntamente con su hija a vos hazer gracias de la honra que el día que me traxo el lío de las armas, estando en Colonia, le fezistes, como aquel que no quiere de tan gran deuda quedar deudor. Puesto que si bien se examina algo, se les deve más por alguno de los que aquí somos, y a mí para vos servir, como a la más alta princesa del mundo, sin que me lo agradecer deváis. Pues no nací para otra cosa ni tengo fuerças ni voluntad para hazer lo contrario.

–Pues juntos venís, esforçado príncipe y leales amigos –dixo Flerisena–, razón es que juntos vos abrace por no caer en el yerro que podría queriendo partiros, pues no sé a quién devo más: o vos, amigo Arismenio, por me embiar los consejos con que pude hasta aquí sostener la vida, o a esta virtuosa donzella, vuestra fija, por me los haver traído, o este valeroso príncipe por me haver librado d’esta prisión. La cual no juzgava yo por peor que la muerte, pues estando en ella me faltava la vista y el gozar de aquellos que son la verdadera sustentación de mi vida.

Tan ledos estavan todos assí de ver aquella hermosa princesa, como de oír lo que dixera, que ni se acordavan de se alçar, ni a ella, que los tenía abraçados, de se lo mandar. Pero Erminia, que con mayor acuerdo estava, le dixo:

–Si a los que de tan largo camino fatigados vienen, mi señora, no vos acordáis de les dezir que se assienten, no sé yo que ninguno vos quiera venir a servir de lexos, por no padecer dos trabajos, el uno del camino y el otro con vós estar de rodillas delante dos horas al cabo de su jornada. Por cierto, si se no acordaran ellos mejor de vos venir a buscar, aún me estuviera yo llamando a Malfea, que nos viniesse a quitar el cerrojo para salir a la huerta y ellos por salir de sus tierras.

–Calla Erminia –dixo Flerisena–, que si tú sintiesses lo que yo agora siento, no lo juzgarías assí, porque no me Dios ayude si creo que velo, sino que duermo, porque me parece imposible, después de tan gran mal, ver mayor bien y todo en un punto. Pero porque me no tengan por desmesurada, haviéndomelo acordado, seguiré tu consejo, pues esperar en esta sazón que de mi proceder pueda cosa que sea de buen juizio ni lo contrario, es por demás, no alcançando más d’esta alegría que mi coraçón siente, hallándome con la compañía que, después de la de mis padres, ninguna era por mi más desseada.

Dicho lo cual, los fizo seer, poniéndose en medio d’ellos, dexando a Empiralidea con Erminia, las cuales mucho se folgaron de se ver solas por se poder contar sus plazer y penas. Y como en el coraçón de Flerisena no cupiesse el gozo que de se ver tan junto a su señor y amigo tenía, bolviéndose a Arismenio, le dixo:

–¡Qué buena venida ha sido ésta vuestra, mi verdadero amigo! Pues la d’este esforçado príncipe ya sé yo que no ha sido para más de me librar d’esta prission. Lo que no menos creo que fiziera por la más pobre muger del mundo, puesto que no se ha de entender que lo diga, por no lo dessear satisfazer como soy tenida, pues no ha de ser sino conforme al beneficio recebido y con igual o mayor agradecimiento. Y aunque según lo que a su persona y estado, siguiendo la vanidad y orden del mundo se deve, primero que a vos había de hablarle, dexando por agora aquél y tomando el de la voluntad, la cual igualmente tengo en entrambos conocida, he querido saber antes la causa de vuestra venida, pues en este caso no se vos ha de tomar en menos cuenta que la suya.

–Mi venida, muy alta princesa –dixo Arismenio–, ha sido principalmente por cumplir el desseo que muchos días ha tenía de veros, pues aquel cayado que veis en el suelo, cuando estava en la mano de Boralda, me ponía impedimento para lo cumplir. En

el cual mucho más ay de lo que se ver puede, según lo veréis cuando de aquí partiremos, porque, quemándolo, se consumirá todo el edificio d'este castillo d'esta manera, que así como el fuego lo irá quemando, así el edificio se irá consumiendo, de suerte que, acabado de quemar el cayado, quedará esta isla en su primero ser. El cual es de una roca puesta en medio de la mar, cuyo asiento bien claro lo escribió aquel gran sabio Zenofor, rey de Lidia, sabiendo lo que aquí se havía de hazer. Y doliéndose de las penas d'este valeroso príncipe, vuestro amigo y esposo, como del más leal cavallero del mundo, para cuyo remedio y de su fija hizo aquel libro que él, por mantener más altamente lealtad que todos los nacidos, pudo abrir en Costantinopla. En el cual falló para el alivio de sus tormentos no pequeño remedio.

Y como conociesse que Flerisena por una parte mostrava tener vergüença por le haver oído dezir que Valerián era su esposo, y por la otra desseo de saber la aventura del libro, prosiguiendo su razón, dixo:

–Son tan escusadas para conmigo, esclarecida princesa, las cautelas de que usar podríades para encubrir el sobrado amor que a éste, vuestro cavallero y amigo, tenéis, quanto lo serían las fuerças para lo poder quitar, así como lo bien mostrastes entrambos poco antes que yo viniessse, según de sobrado gozo venistes en sus braços quasi muerta, no quedando él en aquella sazón con desseo de la vida. Otrosí porque esto es para mí tan notorio quanto a vosotros otorga seguridad y descanso, por el alternado amor que vos tenéis. El cual, como de muchos años antes que naciéssedes, por mí sabido fuesse, me forçó venir a dezir al rey, su padre, que embiasse este esforçado príncipe, su fijo, a la casa del vuestro para criarse en ella, así como en la suya se pudiera criar, porque criando vos juntos creciesse juntamente el amor que vos havíades de tener siendo grandes, pues estva así proveído por el Alto Señor.

»Por donde, mi verdadera señora, vos ruego que de mi presencia no se vos recrezca recelo ni vergüença para gozar de aquella honesta gloria y descanso que por agora se vos otorga, puesto que en las donzellas sea uno de los principales joyeles con que sus gracias arrear, pues aunque estuviéssedes en lo más ascondido y secreto del mundo, no me sería menos abierto que si agora, siendo yo a ello presente, se fiziesse. Y porque conozco que tenéis desseo de saber cómo ganó ésse, vuestro leal amigo, el libro que dixes, no quiero que más tiempo passe, porque en esta sazón no aya cosa que pensamiento ni cuidado, mas de aquellos que cessar no pueden, acarrear ni causar vos pueda.

Entonces le contó todo lo que acerca de la aventura del libro havéis oído, hasta la cobrança que Diliarda fiziera de su reino, sin faltar cosa. De oír lo cual fue Flerisena tan leda que, ayudando a ello el desengaño de Arismenio y, por ende, no dudando que ante él era por demás encubrir sus fechos, se lo agradeció con el corazón y entrañas tan abiertamente y con tan graciosas palabras como se lo otorgaron no dexando. Otrosí de mostrar a su señor y amigo Valerián que le no quedava menor desseo de se lo galardonar, que era el gozo que por razón de aquella gran lealtad suya le sobrevino, conociendo que sola ella era su señora, sin que otra alguna tuviesse ni esperar alcançasse de aquel señorío una mínima parte. De que no se mostró menos leda y loçana que se le no conociesse bien claro en su gesto, no dexando de recibir los que lo miravan igual alegría. A la cual Arismenio demás dixo:

–Pues el principal intento y causa que me venir aquí fizieron, muy alta princesa, no vos son ocultos, no entiendo dexar de vos dezir el aessorio, porque sabido fagáis aquello que más fuere vuestro servicio, puesto que aya pocos caminos que escoger. Y para esto, sabed entrambos, señores, que los dos cavalleros con quien vós, esforçado príncipe, esta mañana vos combatistes, sobre no dexarvos entrar acá dentro, son el uno Poliantel, hijo de los reyes Finariel y Polidia, y el otro Florianteo de Bohemia, hijo de Menadoro y Luceminia, reyes de Bohemia y de la Gran Bretaña, con los cuales vós, hermosa princesa, no tenéis pequeño deudo.

–¡Válame Dios! –dixo Flerisena– ¿Y es possible que esos, que devieran morir por librarne, ayan defendido la entrada de mi señor Valerián para que me no librasse? Agora vos digo que jamás los terné por mis deudos ni será menester que assí se llamen, pues sus obras han sido de enemigos.

Ni menos Valerián se dexó de maravilliar oyendo aquello, puesto que le no pesasse por haver conocido lo que sus fuerças podían. Y como tuviesse mayor desseo de saber quién fuesse el tercero, calló por estar atento a lo que Arismenio prosseguía.

–Ellos no vos tienen culpa, mi señora –dixo Arismenio–, antes les sois en la mesma deuda que a este virtuoso príncipe se deve, pues con el mesmo desseo partieron y otros muchos de sus tierras, sin les aprovechar para más de passar trabajos y peligros, por estar otorgada la gloria de tan alta cima a este esclarecido príncipe, a quien no pudieron nuzir ni engañar los encantamientos y engaños de Boralda como a los otros que dixe. El tercero con quien tan esquiva y lidiada batalla passastes, puesto que no sañuda, es el honrado rey Pasmerindo, vuestro padre, al cual mucho me maravilló cómo no conocistes por su gran bondad.

–Agora vos digo –dixo Flerisena–, que con mucha razón se han de perdonar los otros, pues sé yo muy bien que el rey, mi señor, al cual assí soy tenuta de dezir tenuta, porque no me tengáis por porfiada en no creer lo que me dixistes, si no fuera con engaño, no viniera conocidamen[te] contra su hijo y mi libertad.

Cuando aquello Valerián oyó, por muy culpado se juzgó, considerando que había llagado a su padre. Pero por otra parte, conociendo que la ignorancia lo relevava de culpa, y que, haviéndolo sobrado, ganava toda la fama y gloria que su padre en todas las cosas que fiziera había ganado, no le pesó, antes le plugo por aquello tanto, que no lo trocara por otro imperio igual al de Costantinopla, según la diferencia que hay de la gloria que a los cavalleros resulta de la fama de sus fechos heroicos, a la que de tener grandes estados se les puede recrecer. Porque la primera viene limpia con compañía de inmortal descanso, y la segunda turvia y acompañada de más cuidados y trabajos que tienen vassallos, por donde juzgan que a quien más tiene, peor vida se le apareja, puesto que en aquellos tiempos y aun en los de agora por peor tenían y tienen la pobreza, por lo poco que aquellos a quien alcança son preciados, juntamente con sus consejos y obras, aunque de los cuidados y trabajos que al señorear son anexos careciessen. Y por mostrar, no lo que dentro de su corazón sentía, sino aquello que como buen fijo devía, dixo:

–Pues assí es que mi fortuna me ha traído a tener tanto atrevimiento que en el rey, mi señor y padre, se haya mi espada ensangrentado, jamás seré ledo. Por donde muy tarde se me haze alcançar el perdón de tan evidente yerro y conocida culpa.

–Aún vos avré de dezir, mi señor –dixo Arismenio, cuasi sonriendo–, lo que poco antes a la princesa, vuestra señora y mía, dixes, señaladamente siéndoos más de culpar, pues no havéis querido aprovecharos de su castigo. Por donde, porque de aquí adelante no tengáis lo que yo alcanço de vuestros secretos en mucho, ni lo que yo serviros desseo en poco, quiero que me digáis, assí el Alto Señor vos otorgue, que muy presto se cumplan los fines de vuestros honestos desseos, si de haver visto y honrado esta esclarecida princesa, lo que sé que es vuestra mayor bienaventurança, ha sido vuestro corazón en ningún tiempo tan ledo como agora, pues se vos ha otorgado en este día el vencimiento de los tres cavalleros que a duro se hallarían sus iguales en todo el Universo. Porque, según lo que yo de vuestra cosas alcanço, entiendo que nunca lo estuvo tanto, por razón de haver aplicado a vuestra fama la gloria que de sus grandes fechos a cada uno se recrecía.

–Pues vuestro recelo ha sido tan grande, mi verdadero amigo, que vos no havía de dezir verdad en lo que me preguntastes, sin me conjurar tan estrechamente –dixo Valerián– alguna ocasión tuviera de la callar, por vos satisfazer conforme a la desconfianza que de mí se ha en vós señalado. Pero pues agora sé y alcanço que según vuestro alto saber no vos fuera menos abierta mi secreta mentira que mi verdad manifiesta, y otrosí considerando la vileza que del mentir se recrece y el triumpho de lo contrario, y sobre todo por no ser de veras ni burlando en conjuro tan estrecho perjuro, digo que vuestro conocimiento ha sido y es tan verdadero, quanto yo sandio en trabajar de encubrir lo que mejor que a mí se os entiende.

»Porque, aunque otra experiencia de vuestro saber no tuviera, sino haver salido tan verdadero como lo he yo sentido lo que en Denamarca me dixistes sin vos ver, sobrava para conocer vuestro conocimiento no ser menos cierto que mi conocido descuido, quanto más que assí por lo que con vuestra fija en Colonia a dezir me embiastes, como por lo que poco antes de los fechos de mi señora y míos dixistes, deviera yo conocer de grado lo que se parece que he entendido por fuerça. Por lo qual, conozco servos deudor de tanto como a la satisfacción de la injuria por mí a vuestro alto saber fecha se requiere, para lo qual fio en el Alto Señor que se me ofrecerán sazón y fuerças con que cumplirlo pueda.

»Y pues esta voluntad y desseos no vos son menos que a mí manifiestos, por agora no se me otorga más de rogaros que, pues a mi cargo queda la satisfación de vuestra injuria, al vuestro no le huya la voluntad de me la perdonar, pues sin dissimulación y cautela sabéis que se vos pide.

–Assí es por cierto verdad, mi señor –dixo Arismenio–, que son pocos en este siglo los que a vuestra voluntad de me hazer honras y mercedes son iguales. Las cuales espero yo en Dios que no passará mucho tiempo que me haréis tan cumplidas, quanto lo es el desseo que de vos servir yo tengo. Pero tomando a nuestra primera plática, ¿qué mandáis que se haga en lo del rey, vuestro padre, y de los otros príncipes? Porque allende que tienen necessidad de curarse, para lo qual ya tengo yo el recaudo que conviene, no menos han menester comer para sostenerse.

–Lo que de hazer se tiene –dixo Valerián– será lo que mi señora ordenare, aunque mucho querría entender, después de saber cómo han venido los tres a este castillo, de qué manera se han podido sostener hasta agora, si no tienen para sus sustentación más de lo que por nosotros se les ha de dar.

–Porque falta en esta sazón a Boralda –dixo Arismenio– el saber y poder para se lo dar. Lo que antes de perder aquel cayado no le faltava, salvo para salir del castillo y hazer nuevos conjuros. Para lo cual, con la ayuda de Dios, le fue por mí el poder abdicado, por donde no supo cosa de vuestra venida ni quién vós érades, por la mutación de las armas, hasta que salistes d’este palacio antes de tomar la espada, para cobrar la cual bolvistes por lo que vos Erminia dixo. Y aunque le dixites en el principio que no se vos iría d’esta segunda vez sin castigo, menos vos conoció porque no pudo comprehender vuestra razón, a causa de estar muy turbada.

–No me ayude Dios –dixo Valerián– si a mí se acuerda tam bien que lo passe todo, como a vós que aun creo que estávades en vuestro castillo.

–No se desvía vuestro buen juicio de la verdad, mi señor –dixo Arismenio–, aunque no quise d’él partir hasta que le quitastes el cayado de la boca y lo arrojastes aquí dentro, en aquel lugar adonde agora lo vemos. Por ende, mi señora –bolviéndose a Flerisena–, ¿qué es vuestra voluntad que se haga en lo que aquel esforçado rey y los otros dos príncipes han menester?

La cual le dixo que jamás declararía su parecer ni voluntad, adonde ellos sabrían mejor lo que se havía de proveer, assí a la necessidad de los que dixera, como en lo que a su honra convenía, pues no lo havían de menos mirar.

Y porque ya era passada buena pieça después de medio día, teniendo aquellos dos amantes muy poco cuidado de su corporal sustentación, pues de la que sus coraçones con se ver tan juntos recibían les sobrava para poder bivar muchos años, acordaron para proveer a todo que Arismenio, que mejor sabía lo que convenía, lo ordenasse. El cual, conociendo que se no devía d’ello escusar, hizo que Valerián se tornasse el yelmo, cobrando su espada y el escudo, porque no creyessen que havía tenido tiempo para hablar a Flerisena de espacio.

Y tomando Arismenio el cayado de Boralda, dexando ende la princesa con Empiralidea y Erminia, salieron de aquel palacio para hazer venir ende al rey e a los otros, por haver con ellos consejo de lo que hazer devían, assí de Boralda y de su castillo como en la partida que havían de ordenar, y para adónde endereçar su viage.

¶Capítulo lvij. De cómo Valerián y Arismenio hizieron venir al rey Pasmerindo con Florianteo y Poliantel al palacio en que a Flerisena dexaran. Y de lo que en verse y recibir se dixo y passó, assí antes como después que adonde la princesa estava viniessen.

Muy poco tardaron Valerián con Arismenio en llegar adonde el rey Pasmerindo estava. Al cual fallaron sentado en la misma silla en que aquella mañana lo viera Valerián seer, salvo que en esta segunda sazón estava desarmado, por razón que él mesmo se havia apretado sus llagas, a causa que su donzel Corismo, ni Clemino el escudero de Poliantel, ni Ocernio el de Florianteo, con Zonacrín el moro que tomó por su parte del despojo en Genova, no servían a sus señores, porque los tenía Boralda en otra parte del castillo aposentados, haziéndolos servir a todos de sus donzellas, con que bivían a muy gran vicio si les no faltara libertad, assí para salir del castillo como de se ver unos a otros.

Y cuando el rey a Valerián vido con la espada desnuda, algún tanto se turbó por se fallar desarmado, pero sin comparación se maravilló más cuando, haviendo arrojado la espada y escudo en el suelo, lo vido ante sí hincadas las rodillas, pidiéndole las manos y suplicándolo fuesse servido de le perdonar su passado yerro, pues, no lo haver conocido, le relevava de culpa. Y en el mesmo tiempo, Arismenio le estava desenlazando el yelmo, representándose al rey de la mesma edad y forma que lo vido la primera vez cerca de una aldea, al tiempo que havia salido al encuentro a la princesa Arinda que venía de Costantinopla en compañía de los príncipes Nestarcio y Finariel, según en la primera parte se vos contó.

Por donde el rey, en el mesmo tiempo que Arismenio le quitó el yelmo, conoció a Valerián, su hijo, y a él juntos. Y como con aquel tan grande como súpito gozo que de los ver le sobrevino, no le ocurriessen lo que dezir ni hazer debía, recorriendo a quien en todos los principios se deve haver, por los que en él confían, recurso, dixo:

—¡O, soberano Dios, qué es esto que veo! Porque o yo sueño o este cavallero es mi hijo Valerián con mi verdadero amigo Arismenio. ¡O, cuitado de mí, que el sobrado gozo que siento impide las potencias de mi juicio y lengua para dezir y las fuerças para obrar aquello que querría, por no perder de tan cumplida alegría un solo punto! ¡O, hijo, o amigos míos! Dexaos me agora abraçar juntos, pues tan junta y cumplida bienaventurança de assí veros se me ha recrecido. ¡O, mi verdadero amigo!, que vos

nunca vi a cosas vuestras que no recibiese, por lo que assí de vuestra vista se me otorga, como por lo que de vuestros consejos me queda. ¡O, Valerián, más desseado de mí que lo nunca fue hijo de padre!, déxate ya de besar mis manos, pues careciendo de culpa es escudado el perdón que me pides.

Y tomándole la cabeça entre sus manos, besándolo infinitas vezes, otrosí decía:

–¡O, hijo y descanso mío!, ¿qué gracias se pueden por mí dar al Alto Señor, que tan estremado le plugo hazerte, que iguallen a la merced que d’ello entrambos recebimos? Por cierto ningunas, aunque mi lengua y fuerças jamás en otro se empleassen. Y puesto que como padre tu bondad devía ser por mí callada, como aquél que lo he provado y lo siento, conozco que lo devo dezir. ¡O, mi desseado hijo, que no se qué ya dezir pueda! Pues nunca creí sería tan ledo como en esta sazón me veo. ¡O, reina Albericia, mi señora y muger!, agora vos otorgo que teníades tan cumplida razón de dessear ver este vuestro hijo, quanto es el gozo que se a mí otorga de lo haver visto. ¡O, mi verdadero amigo Arismenio!, yo vos ruego que vos no enogéis si vos no hablo, ni me juzguéis por sandio viendo lo que hago, pues mis sentidos por agora no se estienden para más d’este exercicio.

–¡O, rey Pasmerindo, huélgate ya y sei ledo! Pues no te queda que dessear más de la cobrança de aquella alta princesa Flerisena, por la restituir en su libertad y a sus tristes padres en su primera alegría.

Y passado aquel alegre sobresalto, con el cual no fue en su mano dexar de dezir todo lo que se vos ha dicho, bolviéndose a Arismenio, le dixo:

–Pues hasta agora he entendido en me satisfazer con lo que yo sólo cumplir podía, porque en sazón de tanta alegría ningún pensamiento me quede dudoso, por donde diminución recibir pueda, querría saber de vós, mi buen amigo, ¿quién vos traxo a este tan apartado lugar? Pues no se ha de creer que es sin muy importante causa. Por donde vos ruego que me lo digáis luego, porque sin comparación lo desseo saber.

–Pues si bien lo supiéssedes, mi señor –dixo Arismenio–, aún más lo dessearíades, puesto que se no tardará mucho, con que no seréis menos ledo que por lo que agora vos avino. Por ende, venid, señor, y tomaremos a dos cavalleros que guardavan est’otra puerta del castillo, aunque les aprovecharon sus fuerças muy poco. De saber las faziendas de los cuales no vos maravillaréis menos, que después de lo demás que por sabervos queda, si ya no queréis que vos cure primero las llagas. Pues aunque he fecho aquí venir la causa, no he dexado de traer conmigo el remedio.

–Ningunas llagas tengo –dixo el rey– que mi gozo no las sobre. Por ende, vamos adonde mandáredes sólo que saber lo que vos pregunte no se me difiera.

Y siguiendo a Arismenio el rey con su fijo Valerián, al cual por la mano tenía, no cansando de lo mirar, viéndolo por una parte tan hermoso y humilde, cuanto por la otra lo conocía valeroso y esforçado, llegaron a donde los dos cavalleros estavan, hallándolos otrosí desarmados, por razón que el uno al otro havía apretado sus llagas. Los cuales mucho se maravillaron cuando los vieron contra sí venir, porque más preciaran ver a las donzellas que los servir solían para que de comer les traxessen, según el hambre y la pérdida de la sangre, siendo ya tan gran parte del día passado, los tenía desmayados. Pero cuando tan juntos fueron que Florianteo conocer pudo a Valerián, con los braços tan abiertos como se le otorgava, vino contra él diziendo:

–Si vos no abraçare, cavallero, tan bien como devo y es mi desseo, dad a vós mesmo la culpa pues sois d’ello la causa, aunque no sé si vos queréis encubrir como cuando de los hombres del gigante Camelo me librástes.

–No ay qué encubrir, esforçado príncipe –dixo Valerián–, adonde el rey, mi señor, y vós sois.

Por donde Florianteo, dexando a Valerián, el cual se apartó con Poliantel para se le dar a conocer, fincó las rodillas ante aquel honrado rey pidiéndole las manos. El cual lo alçó lo mejor que pudo, diziéndole:

–Si vos no ayudare a alçar, virtuoso príncipe, con la presteza que devría, dad otrosí la culpa a vuestro amigo Valerián. El cual menos me quiso perdonar que a vosotros, por donde sería bien que d’él nos vengássemos, porque se no vaya alabando que nos llagó a todos quedando él libre.

–Aunque en todo lo que vuestro servicio fuere, mi señor –dixo Florianteo–, no dexaría yo de aventurar mi vida en esso, que sería conocidamente añadirnos daño y afrenta, suplicovos que me no mandéis emplear. Pues lo más devido e seguro es con las mejores palabras que se nos otorgaren acabar con el que con lo fecho se contente. De que soy cierto que no se nos seguirá menor merced que d’esse otro atrevimiento conocida pena, según cuando se enciende a ninguno dexa con la vida. Lo que, si esta mañana yo juizio tuviera, no dexara de conocer para mí menor daño, por donde me ha costado bien el descuido.

Cuando Poliantel al príncipe Valerián vido y lo oyó por el rey, su padre, nombrar, maravillado de ver su apostura y gesto, pareciéndole ante sí tener a la infanta Ardimea, su señora, lo abraçó muy de coraçón, diziéndole que le rogava le perdonasse

la tardança que hiziera en le hazer aquella medida que le devía como al mejor cavallero del mundo, pues no conocerlo le menguava la culpa. Al cual, agradeciendo Valerián su buena criança, dexó, porque quería besar las manos al rey, su padre. El cual lo recibió como a Florianteo, folgándose mucho de lo ver tan apuesto y mesurado, no dexando a Poliantel menos pagado de su autorizada presencia. Por donde de allí adelante, acrecentándosele con aquella vista el amor que a la infanta, su señora, tenía, no recibieron sus penas alivio ni diminución hechos aquellos recibimientos.

Arismenio llamó por sus nombres a Lucenio con Asanor y Neophal, que estaban al cabo de la puente guardándola, assí como les Valerián mandara. Los cuales, sintiéndose llamar, mirando hazia la puerta del castillo, no vieron más de aquél que los llamava, sin parecerse más humo ni llamas que si nunca las hoviera. De que se no menos maravillaron que de haver oído cada uno su nombre de aquél que no conocían, pero como muy buenos cavalleros fuessen, luego passaron la puente sin temor ni recelo. Passada la cual, Arismenio les dixo que entrassen en el castillo, adonde no hallarían más de señores y amigos que los mucho amavan. Y entrando con ellos luego, el fumo y llamas bolvieron a hazer su acostumbrado exercicio, lo que no se dexó de ver por los que en la fusta estaban, no desseando poco saber cómo le havía ido a su cavallero, el cual ya les parecía cien años que no havían visto.

Cuando Neophal vido a Florianteo, luego hincó las rodillas diziendo:

–Bendito Dios Señor que vos me dexó hallar adonde ni lo cuidava ni lo creyera.

Al cual luego conoció Florianteo en la habla, puesto que de dentro del yelmo procedía, por la mucha plática que d’ella tenía, assí del tiempo que fue su donzel como cuando fue su escudero. Por donde le dixo.

–Ya sabía yo Neophal, mi buen amigo, que la voluntad que siempre para mí tuvistes, no vos havía de dexar descansar en vuestra isla sin que a me buscar viniéssedes. Lo que yo vos agradezco de la manera que, correspondiéndole sin vos quedar por ello sólo un punto deudor, se requiere, puesto que este servicio no haya, como no ha de ser, en olvido puesto.

Y después, haziéndolo levantar, le dixo que se desarmasse, porque ya no havía ende de qué temer, assí como lo hizo. Y como Arismenio conociesse que se passava el día y que aquellos príncipes tenían grandíssima necesidad de ser curados, y todos de la humana sustentación, les dixo y rogó que se assentassen en unos poyos que ende havía, porque les entendía dezir cosas que no solamente se holgarían de oír. Pero que con ellas

perderían cuasi todos los cuidados y desseos con que por el mundo anduvieran, después de salidos de sus tierras.

Como Florianteo y Poliantel, con los tres que Valerían para guarda de la puente dexara, vieron que assí el rey como Valerían en todo cumplían la voluntad de aquel cavallero, no dudaron de se sentar, aunque con mejor gana lo fizieran a las mesas, atendiendo lo que dezir quería. Y assí vieron que dirigiendo su razón a los dos príncipes que lo no conocían, dixo:

–Aunque más justo fuera, esforçados e virtuosos príncipes, endereçar mis razones a este honrado rey, por lo que a su persona y estado se deve, atreviéndome a su mesura, como aquél que por más mi señor en este siglo tengo, he querido dirigirlas a vosotros como a menos sabidores, assí de mi hazienda como de lo ál que dezir entiendo. Porque conozcáis que no tengo menos voluntad de satisfazer, en lo que mis fuerças y saber alcançan, a vuestros desseos que a los de aquellos honrados reyes Fianriel y Menadoro, como d’este rey y del famoso emperador Nestarcio. Por contentar cualquier de los cuales ternía yo por mejor passar por la muerte que, dexándolos descontentos, quedar con la vida.

»Y para declaración de lo que dezir entiendo, sabed, virtuosos príncipes, que a mí dizen Arismenio, a quien el Alto Señor plugo hazer merced que alcançar pudiesse muchas cosas, assí de las venideras como otras, para su mayor servicio. Entre las cuales fue servido otorgarme el conocimiento de los pensamientos y coraçones de vuestros padres, y facultad para les aconsejar lo que más a cada uno d’ellos convenía. Por donde el rey Menadoro, dexando su reino de Bohemia, fue en la Gran Bretaña para servir a la princesa Luceminia, la cual entonces era muy niña. Y el rey Finariel amó más afincadaemente a la infanta Polidia, con que muy más presto de lo que cuidava vino cada uno al fin de sus devidos desseos, siguiéndose de los de entrambos vuestra generación. De la cual el mundo no ha cobrado menos honra y mejoría, que haría faltándole vuestros valerosos padres.

»Todo esto me ha parecido deziros porque en el verdadero tiempo me conozcáis, por no menos vuestro que lo soy de aquellos que vos engendraron. Y viniendo a lo demás, no creo que ninguno de los que aquí nos hallamos, de saber dexe que la causa que vos movió para dexar vuestras tierras, y a vós, esforçado Poliantel, tomar juntamente el orden de cavallería, fue para ir en la demanda de la princesa Flerisena, combidándovos assí el gran deudo que con ella tenéis, como el desseo de le dar cima, por la inmortal gloria y fama que d’ello se vos recrecería. Assí como movió a este

esforçado rey Pasmerindo y al príncipe, su hijo, trabajando cada uno por su parte, como aquellos en quien las virtudes y esfuerço no se tienen por mal aposentados, de la alcançar.

»Y puesto que hasta aquí muchas tierras y mares hayáis andado, adonde no havéis dexado de dar grandes derechos a los que necesidad de vuestro acorro tenía, mostrando aquellas fuerças y bondad de las cuales para este efecto fuistes dotados, a ninguno ha favorecido la fortuna para solamente alcançar en qué parte se podría hallar aquella hermosa princesa. Por donde se ha de creer que el mayor servicio que en esta sazón se vos podría por mí hazer, sería dezíroslo, porque, sabido, pudiéssedes cada uno trabajar en la ir a buscar y dar cima en demanda tan alta, con que no me quedaríades de pequeña deuda deudores, según los afanes y cuidados que vos escusaría. Pues los peligros no se me asconde que son por cualquier de vosotros con mayor voluntad buscados que fuidos, tirando siempre al hito de aquella alta fama y gloria que antes dixé.

»Y porque las cosas que son por el Alto Señor ordenadas, ninguno las puede abreviar sin hazer ni hazer sin fin, se ha seguido que, habiendo estado vós, honrado rey Pasmerindo, con los príncipes Florianteo y Poliantel, por mucho tiempo en este castillo, en el cual dende el día que fue presa aquella alta princesa ha sido siempre su morada, no lo havéis jamás sabido, antes con no menos engaño que ella aquí traídos havéis guardado sus puertas y entrada, hasta que la ventura d'este venturoso príncipe Valerián lo guiasse. Assí como lo ha guiado en esta isla, para que entrando en él, aunque los tres estorvárselo quisistes, se le otorgasse, librando aquella virtuosa princesa, cativar y prender la falsa y engañosa dueña, que a ella y a vosotros aquí traxo aunque en diversas maneras. Pues la princesa fue traída con tan grande arte, como fue el engaño con que aquí venistes, el cual fue por cumplir los dones que a sus donzellas prometistes. Por donde vos fue forçado hazer esta guarda que por la dueña que dixé se vos mandó contra vosotros mismos.

»De donde ha sucedido que, siendo presa la dueña, por la cual prisión no se le otorga obrar bien ni lo contrario, los más de vosotros y aun todos estáis sin haver tomado vuestra ordinaria y conveniente sustentación. De que, cuando nos vistes contra vós aquí venir, no vos dexastes de tan gran tardança maravillar. Assí que, esforçados y virtuosos príncipes y cavalleros, pues las cosas havían de suceder según dixé que estaban por el Alto Señor ordenadas, çúfrase cada uno con aquella fama que hasta aquí ganada tiene y no menor espera, dándole gracias porque tan presto fue servido de vos

sacar d'este castillo. Del cual no creíades de muchos tiempos salir, por donde se vos siguiera muerte en la gloria de vuestro altos fechos. La cual, pareciendo más que inmortal y nunca precedera, perdiérades por tan poco precio, costando vos el mayor y de más sentimiento que se dar puede.

»Y pues juntos nos hallamos, aunque a los llagados grave vos parezca, si lo por bien tuviéredes, vamos adonde aquella hermosa princesa havemos de hallar, ante la cual, assí de la dueña que vos aquí traxo, como d'este castillo y de lo que para partir de aquí conviene ordenarse, con devido acuerdo se determine lo que hazer se deve. Y en lo de vuestras llagas, no tengáis pensamiento, pues siendo yo aquí venido más para el remedio d'ellas que para entender en estos otros fechos, para los cuales sobran el juizio e discreción del menor de los que aquí he hallado, yo entenderé en las curar de manera que, ayudándome a ello el Alto Señor, se alcance por cada uno tan presta salud como es razón que se desse.

Como el rey Pasmerindo viesse que todos aquellos cavalleros, no menos maravillados de lo que les Arismenio dixera que el mismo rey, atendían su determinación, no tardó en dezirles que si ellos eran de parecer que aquello se hiziesse, que les no saliría de mandado, pues del engaño de la dueña a todos había cabido igual parte, dexando a su hijo que por lo querer mucho no quiso engañarlo.

Dicho lo cual, todos se levantaron para seguir al rey, diziéndole que ellos obedecerían al suyo, el cual iva en medio de Poliantel y Florianteo, y después d'ellos Valerían con Arismenio y los otros tres cavalleros, yendo el rey con aquellos príncipes con tan ledos y esforçados continentes, como si antes de ser llagados se hallaran. Y con aquel orden començaron de ir hazia el palacio, en que la princesa Flerisena estava, para verla y entender en lo ál que Arismenio dixera.

¶Capít[ulo] lviiij. De las razones que passaron entre el rey Pasmerindo con los otros príncipes y la princesa Flerisena, al tiempo que se recibieron, y después entre Arismenio y Boralda. Y de lo que más sucedió.

Sobradamente se maravillaron assí el rey Pasmerindo como aquellos dos príncipes de la estraña aventura que les había seguido, porque estando juntos en aquel castillo tanto tiempo no se habían jamás conocido, y señaladamente

Poliantel y Florianteo, que de consuno guardavan la primera puerta. Los cuales, por no contravenir al don que prometieran, no se lo preguntaron, por cuanto las donzellas que ende los traxeran les fizieron prometer que se no entremeterían en querer saber ni preguntar cosa de las del mundo, después que en el castillo entrarían, sino hazer el mandado de su señora. La cual, al tiempo que cada uno d'ellos fue ende traído, les mandó que, guardando aquella puerta, de ninguna otra hazienda se entremetiessen, por donde vinieron en conocimiento del grande engaño con que hasta entonces bivieran. Y lo que para su mayor consuelo tenían era haver visto que el rey Pasmerindo había passado por la misma aventura d'ellos.

Y el rey no dexava de consolarse, considerando que assí de su aventura como de la de aquellos príncipes se recrecía a Valerián, su fijo, gloriosa e inmortal fama. Y con aquella igual satisfacción y consuelo, siguiéndolos Valerián con Arismenio y los otros cavalleros, llegaron al palacio en que la princesa Flerisena los atendía. La cual, al tiempo que los entrar vido, conociendo entre ellos al rey Pasmerindo, assí por su autorizada presencia como por ver que venía primero y en medio de los dos príncipes, de los cuales no conoció más de Florianteo, no fue perezosa en los venir a recibir con aquel agraciado donaire, acompañado de tanta hermosura, que el rey e Poliantel, los cuales no la havían visto, assí fueron de la ver maravillados como si jamás ninguno d'ellos hubiera visto ni conocido donzella que hermosa fuesse, pareciéndoles que sobrepujava a todos los grados de hermosura que naturalmente se podían obrar.

Pues Neophal no lo fue tan poco que no fuesse forçado dezir a Lucenio y Asanor:

–Yo creo que cuando esta princesa fue de casa de sus padres levada, todos procurastes de huir d'ella, por no ver la gran falta y menoscabo de alegría que en ser dende levada se fizo. La cual creo que fue tan grande que no vos quedó cosa con que la recibir pudiéssedes, porque cuanto más la miro no menos me parece ser imposible que sea persona mortal, sino venida del otro siglo para este, porque conozcamos más de las maravillas que el Alto Señor haze.

Pero viendo que ya en aquel tiempo eran muy ceca d'ella, calló por la oír hablar, porque después no dudasse de todas sus perficiones hazer cumplida relación adonde menester fuesse, no dexando de se tener por más que satisfecho de todos los trabajos y peligros, que hasta la haver visto, le havían ocurrido.

Cuando al rey e a los que consigo venían, pareció tiempo de hazer la medida que a tan alta princesa se devía, quisieron fincar las rodillas para le hablar, pero siendo por

Flerisena previsto, detuvo al rey que lo comenzar quisiera, rogándole que no quisiese de la primera vista hurtarle aquel modo de medida y oficio que a ella pertenecía hazerle, como al mejor y más honrado rey que sabía ni había oído dezir. El cual, como no quedasse menos satisfecho de su buen comendimiento que pasado de su gracia y hermosura, le dixo:

–Aunque después se dirá lo demás que a vuestro servicio atañe, alta princesa, para lo cual somos aquí venidos, lo primero que se ha determinado, que por vos visto sea, es de la manera que estos príncipes e yo venimos y el maltratamiento que, por vos haver querido esta mañana sin nuestra sabiduría deservir, no queriendo dexar entrar en este castillo al príncipe Valerián, se nos ha fecho. El cual, no se contentando que con sólo nuestro desseo se le pagasse el derecho de su vista, quiso que mucho más nos costasse, assí porque no tuviésemos en poco haver cumplido el desseo que dixere, como porque supiésemos que ninguno vos ha de hazer de servicio que no lleve sin dilación la devida pena.

»Todo lo cual folgáramos de escusar si lo conociéramos, assí por desviar nuestro daño como por no impedir un solo punto vuestra deseada libertad. De la cobrança de la cual podéis ser muy cierta, hermosa princesa, que se no ha por vos sentido mayor alegría que por cualquier de los que aquí estamos, aunque si por nuestras obras se ha de juzgar el desseo que d’ella teníamos, según se han mostrado en efecto contrarias, muy poco crédito le havría de dar a nuestras palabras. De creer las cuales vuestra medida, si fuere d’ello servida, nos fará tan merecedores como si las obras que dixere fueran, assí como ser devían, para ello conformes.

–¿Quién sería la persona de tan poco conocimiento, mi señor e muy alto rey – dixo la princesa–, que dándole la sobrada razón que por vuestra no menor virtud vos plugo darme, no quedasse tan satisfecha que le quejar pudiesse, que le faltava sólo un punto para su cumplida satisfacción? Por cierto, ninguna que se no contentando no mereciesse ser puesta biva debaxo la tierra, para perpetuo exemplo y debido castigo de su gran desconocimiento y conocida sandez. Por huir la cual pena, aunque no fuesse por el crédito que a vuestra persona y estado se deve, no osaría yo fazer otra cosa, añadiendo a ello suplicar a Nuestro Señor Dios que aquella voluntad que aquí vos traxo, juntamente con la alegría que de mi libertad havéis recebido, vos quiera galardonar conforme a vuestro grande merecimiento. Pues para ello son mis fuerças tan pequeñas como grande la deuda en que yo por esta razón a todos quedo.

»Y pues mi liberación, según las cosas estaban por Nuestro Señor Dios ordenadas, no podía hazerse sin preceder las batallas que se hoy fizieron, de las cuales resultó el daño que en vuestras personas se ha fecho, porque aun no estoy resoluta si devo más alegrarme de mi libertad que pesarme de vuestro daño, quedará mi determinación para mayor acuerdo, puesto que mucho quisiera ver en todos tan cumplida salud como es mi desseo que la tuviéssedes. Para alcançar la cual, después de Nuestro Señor Dios, a quien darla se otorga, es aquí venido este virtuoso cavallero y de todos buen amigo Arismenio. El cual, no teniendo d'ello pequeño cuidado, ha traído consigo tales unguentos y aparejos, que muy presto espero que vos hallaréis más ledos que antes que fuéssedes llagados. Pues seréis fuera de aquellos pensamientos y cuidados que hasta aquí tuvistes. Y se vos otorgará libertad para bolver a vuestras casas, lo que, si lo hecho no succediera, pudiera ser que se no cumpliera antes que muchos años passaran.

No menos satisfechos quedaron assí aquel buen rey como los otros príncipes y cavalleros de la graciosa y cuerda respuesta de Flerisena, de lo que antes estaban de su hermosura pagados. Por donde juzgaron hallarse aquellas dos perficiones en ella tan cumplidas, quanto cada una por sí pudieran considerarse. Y pareciendo al rey que, estando aquella hermosa princesa de pies, no estava según a su estado se devía, después de le haver hecho las gracias que para corresponder a sus ruegos y ofrecimientos eran convenientes, le rogó que se sentasse en su estrado, porque con menos trabajo de su persona, pues se le no devía sino cumplido descanso, pudiesse proveher lo que cumplía. Lo que por la princesa luego se hizo por no les acarrear mayor pena, viendo que estaban llagados, sentándose en medio del rey Pasmerindo y de Arismenio. A la cual el rey dixo:

–Porque por parte d'este nuestro leal amigo Arismenio, esclarecida princesa, havemos sabido assí vuestra libertad como nuestro engaño, se acordó que pues la principal culpa que la dueña, que vos aquí venir fizo tiene, es por razón del atrevimiento que de vos prender y levar de vuestros padres tuvo, assí por esto como por lo que a vuestro alto valor y estado se deve, por vós, señora, se haya de ordenar todo lo que hasta ser en vuestra casa restituida sea conveniente. Y que para lo poner en efecto vos lo a dezir viniéssemos, porque, sabida vuestra ordenación y mandado, agora que libertad alcançamos, lo podamos cumplir, assí por vos servir, pues lo devemos, como por emendar parte de lo que oy dezimos, puesto que ya tengamos de nuestro atrevimiento cuasi devido castigo.

–Mayor y más conocido me parece, mi señor, que sería mi atrevimiento –dixo Flerisena– y más digno de castigar, si adonde se halla vuestra persona con la compañía de los virtuosos príncipes yo quisiese mostrar que se me entiende proveer en semejantes fechos, no habiendo sabido guardar mi sola persona en casa de mis padres, adonde tantos aparejos para ello tenía como aquí conozco, para menos d’esto, faltarme. Pero por no dexar de obedecer menos vuestro mandado, de lo que devo a los que me engendraron, digo, mi señor, que dende agora ordeno mi voluntad para seguir todo lo que fuere la vuestra, assí como no lo deven desdeñar todos aquellos que de juicio no carecen, por vuestra alta virtud y no menor merecimiento.

Teniendo el rey en cuenta de no pequeña merced a aquella graciosa princesa su humilde determinación, dixo a los príncipes que ende eran, que cada uno su parecer dixesse, porque de los de todos se tomasse el que más les pareciera satisfacer. Y como Florianteo fuesse por los otros rogado que el suyo les declarasse, dixo:

–Pues mi ventura, muy alto rey e mi señor, me ha traído en este día en conocimiento de mi persona y fuerças a mi pesar, no entiendo de aquí adelante atreverme a lo que no puedo, quanto más a lo que no devo, porque otro tanto no me acaezca. Esto digo porque más sería yo que sandio, adonde se vos otorga ordenar la voluntad d’esta alta princesa, la cual a todo el Universo mandar merece, y después la del príncipe, vuestro hijo, siendo el mejor cavallero que armas trahe, negarvos yo la mía, que en comparación de las que he dicho es cuasi ninguna cosa. Por ende, mi señor, por no recibir el castigo de desmesurado, que ya tengo de atrevido, digo que mi parecer es serviros no solamente en subordinar mi voluntad a la vuestra, pero en aquello que mis flacas fuerças y poder me otorgaren. Pues es cierto que, de lo assí hazer, no se me puede seguir menor honra que de la repugnancia y desconocimiento lo contrario.

No hubo ende ninguno, después de se folgar de lo que Florianteo dixera, que no fuesse a su parecer conforme. Por donde el rey, agradeciendo a todos aquella honra que recibir conocía, dixo:

–Pues a vós, muy alta princesa, y a vosotros, esforçados príncipes, ha plazido más por vuestra medida que por mi merecimiento otorgarme vuestras voluntades para seguir mi parecer, por donde las de todos con la mía no ha de ser no considerarse más de una sola, de la cual sin ninguna contradición se me otorga disponer, declarando la mía digo que, juntamente con las vuestras, está aparejada para seguir la d’este sabio cavallero Arismenio. Al cual dende agora la otorgo con no menor voluntad de seguirla, de la que cada uno me ha ofrecido, pues hallándonos en este lugar y en cualquier reino o

imperio de los que el Alto Señor, a los que aquí somos nos ha encomendado, no devríamos hazer otra cosa por su conocida virtud y alto saber. Assí que, señores, si vos parece que lo que he dicho deva seguirse, roguémosle que lo no desdeñe, pues yo fio en su bondad que lo no dexará de hazer, assí como nosotros cualquier cosa que él ordenar quisesse.

Antes que aquellos príncipes al rey respondiessen, Arismenio le dixo que le tenía en merced aquella honra y cargo que sin lo merecer le ofrecían. Y que su desseo de servirlos era tan grande, que no era necessario más demandarle que en essecución lo pusiesse. Pero que les no dexaría de dezir que empleassen los ruegos que le hazer entendían en suplicar a Nuestro Señor Dios que guiasse su entendimiento para essecutar aquello que a su servicio fuesse. Y que otrosí les hiziesse gracia de les otorgar que aquellos tan prósperos principios acabassen en sus desseados y conformes fines.

Dicho lo cual, mandó a Empiralidea que fuesse a llamar los escuderos y donzel de aquellos príncipes, pues ya le dixera adonde los hallaría. Los cuales no tardaron en ser ende venidos, tan turbados de ver a sus señores juntos y a la princesa Flerisena, como lo estaban antes que los llamassen, viendo que se hazía ya tarde y aún estaban ayunos, no se pudiendo mover del lugar en que estaban. A los cuales Arismenio mandó que en otro palacio que havía junto al de la princesa traxessen los tres lechos de sus señores, y entre ellos envió a Canisor e Nicerián con Dromisto, y que juntamente traxessen para comer en aquella tarde de lo que en la fusta tenían, pues él provehería para los días venideros lo necessario.

Después que los lechos fueron assentados, haziendo acostar en ellos assí al rey como aquellos dos príncipes, les cató las llagas y puso en ellas tales unguentos y remedios que antes de dos días perdieron toda la hinchazón que tenían, por razón que se enconaron por no se haver curado en todo el día. Y en aquella mesma noche el dolor se les fue como si ninguna llaga tuvieran.

Y mientras lo que de comer havían se adereçava, Arismenio dixo a Valerián que subiessen adonde Boralda dexara, porque le quería hablar en su presencia. A la cual hallaron cuasi fuera de juicio, assí de su gran desmayo como por lo mucho que havía llorado y dado bozes aquel día. Pero oyéndose llamar por Arismenio, alçó los ojos diziéndole:

—¿Quién eres tú, que me has llamado? Porque del que contigo viene, aunque ha algunos años que no lo he visto, no tengo tan perdida la memoria quanto me pesó siempre de lo haver conocido. Y agora mucho más, pues el día que entró en mi casa

destruyó las vidas de mi marido e hijo, con mi honra y todos mis bienes. Y agora acabará con dar fin a la mía, la cual de buen grado trocaría con la muerte, por me no ver en su poder si se me otorgasse.

–A lo menos conoces que la mereces con justa causa –dixo Arismenio–. Porque si assí es, no puedes quexarte, pues tú mesma te has buscado ocasión para mercerla.

–Más la merecía en el tiempo que la vida me otorgó el príncipe Nestarcio –dixo Boralda–. La cual pluguiera a Dios que entonces yo padeciera, porque no me quedará sazón ni tiempo para hazer lo que después hize contra aquel virtuoso príncipe que de mi honra y vegez se dolió. De que no creas que, después de traída aquí la princesa, su hija, no haya sentido tanto su enojo quanto me alegrava de la pena d’esse cavallero, porque, puesto que en lo primero conociesse haver sido desagradecida, en lo segundo hallava tan grande descanso mi corazón, conociendo que se me otorgava todo el cumplimento de mi desseada vengança, que no me dexava retroceder a lo que obligada era, pues no podía dar remedio a las penas y cuidados de aquel príncipe, que se no acrecentassen las mías. Porque, si se hazer pudiera de otra suerte, no creas que no lo trabajara, por le no ser de tan grandes honras y beneficios, como en su casa recibí, desagradecida, porque, puesto que malas hayan sido mis obras, nunca me faltó el conocimiento que devía tener d’ellas. Por donde jamás cessé de hazer a la princesa, su hija, todos los servicios que le hazer podía, assí por corresponder a lo que a sus padres devía, como porque de se ver presa menos se enojasse.

–¿Pues qué justicia era essa –dixo Arismenio– que por te vengar de uno, contra el cual dizes haver tenido tanta saña, causasses la muerte a dos emperadores y diesses tan mala vida a los príncipes, de quien otorgas haver tantos beneficios recebido, juntamente con su hija y otros que de sus penas cuasi igualmente participan, a los cuales antes devías servir que enojar?

–Porque si cuerdo fuesses –dixo Boralda–, no dexarías de alcançar que en el corazón e juicio de la muger sañuda no caben más consejos ni desseos de aquellos que para su vengança considera ser convenientes. Y aunque algunos contrarios le ocurran, para la desviar de su primera determinación, no menos los desecha que a los otros acoge, por donde hasta alcançarla, jamás para con el pensamiento y las obras, assí como yo hize. Porque si esta regla tan general no fuera, no dexara yo de conocer que la merced que aquel honrado príncipe me fizo, en me dexar con la vida, y la honra tan grande que, después en me encomendar su única hija, se me siguió, no sobrepujassen sin comparación todas mis pérdidas.

»Pero como este conocimiento no se pudiesse assentar en mi entendimiento, por ser de la saña y voluntad que de me vengar tenía señoreado, quedava siempre con lo primero. Por donde jamás pude parar hasta traer conmigo aquella princesa, no pensando en ál, sino que con aquello vengava mi lastimado corazón d'esse cavallero, pues sabía que el suyo sentiría mayores cuitas y penas, no sabiendo adónde ella se hallava, que las que él me hizo passar, hasta hallarme en este castillo. En el qual no creía yo estar menos segura de sus fuerças que del saber de aquel Arismenio, que para lo defender de mis artes le ha tanto ayudado que ha podido entrar aquí dentro a mi pesar, sin le poder contradézir ni estorvar cosa que para me defender d'él haya hecho, ni las fuerças de los tres más eforçados cavalleros que yo en el mundo sabía.

»Pero tornando a lo que primero te pregunté, ¿quién eres tú que tanto me preguntas en su presencia y te veo traer esse cayado en la mano con que antes de ser aquí puesta podía sostenerme? Pues ya las fuerças, por mi conocida vegez y males enflaquecidas, van caducando, de manera que sin él cuasi no podría sostenerme.

–Pues si lo quieres, tómalo –dixo Arismenio–, y así estarás con la medida que debes, levantándote d'essa silla delante d'este alto príncipe.

Como Boralda no desseasse más de lo ver en su mano, le dixo:

–Pues dámelo y verás que no dexaré de le hazer la medida que le devo aunque es mi enemigo, señaladamente agora que en su poder ya su ordinación me hallo.

Dicho lo qual, tendió la mano para tomarlo, pero, desviándolo Arismenio, le dixo:

–Boralda, Boralda, yo creía, por lo que poco antes dixiste, que el conocimiento que de tus malas obras tenías te apartaría del pensamiento, así de perseverar en ellas como de hazer otras sus semejantes o peores. Pero agora, que he visto la voluntad con que querías cobrar el cayado para tornar de nuevo a obrarlas, paréceme que ya no se puede de ti fiar, que en ningún tiempo se pueda en tu vida y exercicios d'ella hallar alguna emienda. Y por que no creas que de entender te dexo ni que dudo de responder a tu primera pregunta, has de saber que yo soy aquel Arismenio, a quien, como a ti no es oculto, por la gracia del Alto Señor no se asconde ninguna de las cosas que tú sabes y puedes, y aun de mucho antes que las hazer quisieses.

»Pero la buena voluntad ni el desseo que yo tuve de servir a este virtuoso príncipe, juntamente con la hermosa Flerisena, no fueron parte para cegar mi entendimiento, de manera que me yo atreviesse a estorvar lo que por el Alto Señor estava ordenado. Pues mi atrevimiento no me costará menos que a ti el tuyo, por razón

del cual se ha seguido este segundo açote, el cual, con el primero, escusar pudieras si no quisieras añadir peores obras a las que ya tenías hechas malas. Para el castigo de las cuales, assí por la princesa Flerisena como por todos los otros príncipes, a quien de tus engaños se ha seguido daño y destientos, se me han otorgado su voluntad y poder, lo que si yo escusar pudiera no tomara a mi cargo, considerando que eres muger a cuyo género jamás desseé sino servir.

»Otrosí porque con te dar la más cruel de las muertes que se pensar podrían, no se puede satisfacer la menor parte de las pérdidas y daños que han sido por ti causados, allende de dar mala y penada vida a los que devieras procurarla alegre y descansada. Y pues, haviendo de tu vegez piedad, ya no se ha de esperar sino que has de conformar tus postrimeros días con los primeros, yo te ruego que cualquier cosa que te avenga çufra con paciencia, pues puedes ser cierta que no según lo que tú mereces, porque sería imposible, si no según lo que cumpliere al servicio y seguridad d'estos príncipes, recibirás la pena y castigo. El cual, si lo hazer pudiere, por lo que de tu vegez me duelo, no será tan riguroso que te no quede vida para hazer de tus passados males alguna penitencia.

Cuando Boralda oyó que aquél que le hablara era Arismenio y entendió el poder que contra ella le había sido otorgado, mucho temió que no dexaría de ser castigada según merecía. Pero consolándose con el fin de sus palabras e viendo que era por demás hazer otra cosa, le agradeció lo que le ofreciera rogándole que de lo cumplir trabajasse, porque si con la vida y desengaño de mal obrar quedava, podría ser que haría algún bien para remedio de su alma, del cual no tenía poca necessidad.

Dicho lo cual, dexándola cerrada como de antes, se baxaron maravillados del corazón de aquella muger y de sus razones, y fueron al palacio en que el rey y los dos príncipes yazían. A los cuales, dando de comer lo que pareció a Arismenio, por razón de sus llagas, contaron lo que con Boralda habían passado, no se holgando menos en haver conocido la buena voluntad que para obrar mal le quedava, que le dolían de la ver en prisión, con más certitud de cruel muerte que de alegre vida.

Fecho aquello, Arismenio hizo dar de comer a Flerisena y a las donzellas, con todos los cavalleros y otras compañías que en el castillo había. Por donde, antes de ser muy de noche, ninguno dexó de tener el recaudo que para su sustentación convenía, teniendo el mesmo orden y diligencia para el dormir, con que se no podían quejar que por olvido o negligencia del mayordomo les faltava cosa de las que menester habían. Y

puesto que a Boralda se traxesse de comer, no quiso por aquella noche tomarlo, aunque no lo hizo así en los siguientes días.

Al tiempo que la princesa de comer acabava, llegó Dromisto para le besar las manos, con el cual mucho se folgó, porque no menos lo preciava por los buenos consejos y consuelos que d'él havia recebido, así ella como su señor Valerián. Por donde en el recibimiento que le hizo no conoció que se le havían olvidado, según se le mostró agradecida, teniendo el mesmo orden con Canisor, así porque a Valerián servía como por ser hijo de Aspalión del Vado y de Asserina, los cuales eran muy preciados en casa de sus padres.

Y quando vido a Nicerián, que también le pedía las manos tan turbado de ver su ultranatural hermosura, como alegre por haver alcanzado poder y lugar para verla, le preguntó quién era y en servicio de quién venía. El cual le dixo su fazienda y de cómo viniera en servicio del Cavallero de los Fuegos, que después se hizo dezir Triste. Y que viendo que sus compañeros que la conocían eran venidos a le besar las manos, así por seguir el orden d'ellos como por parecerle que ninguna honra y merced se le podría hazer mayor que hazerle aquella medida, como a la más hermosa donzella del mundo, era venido para se las besar y ofrecerle la poquedad de sus fuerças. Pues conocía que con mayor razón las debía emplear en su servicio que en el de la infanta Abumena, por la hermosura y servicio de la cual su señor venciera en batalla al príncipe de Damasco en Tracemia. El cual afirmava que ninguna donzella de las del Universo era de tan alto valor y hermosura como su señora, la hija del soldán de Alcairo.

Quando la princesa aquello oyó, algún tanto se turbó, no se dexando de conocer en su gesto. Por donde, llamando Dromisto, quiso d'él informarse de aquel hecho ó como passara, por no sospechar de su señor y amigo cosa que fuesse en prejuizio del grande y leal amor que se entrambos tenían. El cual no solamente aquello pero todo quanto su señor fiziera, después que partió de Tresendia, le contó y aun bien por extenso, pues no les faltava para ello tiempo. De saber lo cual, no fue menos leda aquella hermosa princesa, que sin duda alguna satisfecha, mandando a Dromisto que esse otro día de mañana le fiziesse traer la arquilla en que el libro venía, porque lo quería ver. Y que mientras ende estuviessen todas las horas que su señor no lo huviesse menester, viniesse a le tener compañía, pues no era menos suyo que de su señor Valerián, según se vos contó, al tiempo que de Colonia partió.

Aquella primera noche no se entendió en más de descansar de los trabajos del día, con algún mayor reposo de sus espíritus que en los passados días, y señaladamente

Valerián, el cual dormía en otro lecho junto al del rey, su padre, por le tener la compañía que con gran razón había mucho tiempo deseado. Los cuales no se cansava de dar gracias a Nuestro Señor Dios, assí el rey por haver hallado a su hijo y saber cuán estremado cavallero era, y otrosí por ser ya fuera de aquella trabajosa demanda de Flerisena, como Valerián por le haver dado cima, ganando sobre todos los cavalleros de su tiempo imortal gloria y fama, pero sobre todo por haver tenido en sus braços a su señora, cogiendo de su boca y dándole aquellos sabrosos besos, los cuales, puesto que por una parte no les dexassen de acrecentar el gran fuego de sus desseos, por otra no dexaron de les otorgar mayor alivio en sus penas.

Venida la mañana, no se olvidó Dromisto de cumplir el mandado de su señora, trayéndole la arquilla y libro. Aunque para abrirlo poco aprovechó, porque se no podía abrir sino por su amigo Valerián, puesto que la princesa no le era menos leal, por razón que aquella aventura, según lo oístes, estava otorgada a cavalleros y no a donzellas. Por donde huvo de atender sazón en que su amigo lo abriese y le mostrasse las cosas que en él viera, assí como se hizo cuando se les ofreció para ello oportunidad.

Cuando fue passada alguna parte del día, assí el rey e Valerián como aquellos príncipes, que llagados yazían, recordaron. Y desseosos de saber los unos de los otros lo que a cada uno acaeciera hasta ser ende venidos, se lo contaron sin fincar cosa que no dexassen, diziendo en todo verdad, como aquellos que se no pagavan de dezir cosa que d'ella se alexasse. Antes por se no mostrar vanagloriosos los casos en que les parecía que sus fuerças y orgullo les fizieran ganar alguna honra, los passavan sumariamente mostrando que se no querían aplicar d'ello alguna fama, por lo mal que la alabança parece en la propia boca.

Pero cuando oyeron a Valerián la aventura del libro en que diera cima, alcançando nombre del más leal cavallero del mundo, muy gran desseo tuvieron de ver el libro y arca en que venía, no se dexando de folgar de oír los amores de Abumena con Zoradán, viendo que de tan grande discordia de voluntades había sucedido tan evidente concordia. Pues cuando el rey Pasmerindo contó las virtudes y hermosuras de Laurela, reina de Thesalia, no les desplugo tanto a Florianteo oírlas que luego no propusiesse de la ir a ver, y si de su vista tenía igual contentamiento al de su fama, servirla y trabajarla de la haver por señora y compañera. Aunque primero vido otra a quien, sin tener libertad de resistir en todo ni en parte al señorío que de aquella primera vista de su corazón tomar le plugo, lo otorgó con tanta voluntad como conoció falta de fuerças para hazer lo contrario.

Y cuando vinieron a contar la forma con que las donzellas de Boralda los habían ende traído, no se maravillaron menos de tan grande engaño que los cavalleros lo acabaron de conocer, pues vieron que todas habían tenido un mesmo orden fingiendo grandes llantos, porque con el desseo de saberlos les otorgassen un don, assí como lo fizieron. Por cumplir el cual tenían la guarda de aquellas puertas, puesto que cada uno fuesse ende venido por su parte y en diversos tiempos, con aquel batel que al puerto de la isla hallaron, sin lo saber el uno del otro ni menos queriendo lo preguntar, según ya en el principio d'este capítulo se vos contó.

Acabadas de contar sus aventuras, Valerián mandó que el libro y el arca traxessen. Y queriéndolo assí el rey como los dos príncipes alçar, a ninguno se otorgó sino a Poliantel, el cual, puesto que lo huviesse de su lugar quitado, no lo pudo más abrir que los otros, de que no se tuvo por corrido, pues el rey e Florianteo no habían sido para tanto. Y tomándolo Valerián lo abrió, aunque les no mostró más del consejo que Zenofor dexara para su hija Diliarda. El cual pareció tam bien a todos que no lo dexaron de juzgar por muy sabio.

Después que huvieron comido, Arsimenio con Valerián passaron al palacio de la princesa, dexando a Neophal y a sus compañeros para que aguardassen al rey e a Poliantel con Florianteo, levando consigo la arquilla e libro para lo mostrar a Flerisena, como se vos dixo. Y cuando Flerisena con Valerián se vieron juntos, su alegría fue tan grande, que se no podría acomparar. Pues delante de Arismenio no dudavan de hablar en las cosas que hallavan mayor sabor, sabiendo que los secretos de sus coraçones le eran tan manifiestos como a ellos mesmos, aunque por servir la devida honestad, no gozaran de más de aquello, teniéndolo en tanto que se acordavan haver sido jamás tan ledos, ni lo esperavan ser antes que algunos enojosos medios y tiempos passassen.

En aquel vicio estuvo Valerián algunos días, señaladamente mientras la compañía del rey, su padre, y de aquellos príncipes no se lo impidió, hablando cada día con su señora, contando y oyendo todo lo que hasta entonces a entrambos siguiera, recibiendo en ello tan grande descanso como había sido su tormento, después que su señora fue traída en aquel castillo por Boralda. La cual no los passó sino al contrario, no sabiendo lo que d'ella se había acordado de hazer, aunque siempre tenía aquella confiança por lo que Arismenio le prometiera. El cual tenía de todos tan grande cuidado que ninguno era menos servido que en su propia casa, por donde no se enojavan de estar en aquel castillo, antes se holgavan mucho por se ver libres de aquella demanda y de todos los

cuidados que por su partida podrían tener. Pues sabían que los tenía Arismenio, el cual no ignorava lo que para todos cumplía.

¶Capít[ulo] lix. De cómo la reina Polidia con la infanta Belinda y sus compañías fueron a Colonia, y de cómo fueron recibidas.

De la venida de la reina Albericia con la infanta Ardimea, su hija, en Colonia, luego llegaron las nuevas en Francia, por medio de unos mercaderes que se habían hallado en aquella ciudad, al tiempo que por el emperador Nestarcio fueron recibidas. Sabidas las cuales por los reyes Finariel y Polidia, por muy buen amigo juzgaron al rey Pasmerindo del emperador Nestarcio, assí por le haver embiado a su muger e hija en lugar de embaxadores, como por haver oído que era ido en la demanda de la princesa Flerisena, sin perdonar a los trabajos y peligros que andando en ella se podían succeder, ni mirando su edad que era más conveniente para descanso que para ganar prez y honra, pues la tenía sobre todos los cavalleros de su tiempo ganada. Y otrosí dexando su reino en ageno gobierno, lo que no era de menor consideración, por razón de lo que en los reinos suele succeder en la ausencia de sus reyes. La cual da muchas vezes a los pueblos alguna facultad más para su propia destrucción que para se mejorar ni conservarse, pues a ello conviene no menos ser regidos y mandados que a los reyes regir y gobernarlos, siendo assí por el Alto Señor para la conservación d'este percedero siglo ordenado.

Por donde, conociendo el rey Finariel que fuera más razón haver fecho él con la reina, su muger, aquella visita, que la reina Albericia siéndoles estraña, puesto que le no pesasse, assí por la compañía y consuelo que con ella y su fija ternían, como por le haver acordado lo que él deviera hazer, acordó de ir en la mesma demanda y de embiar la reina, su muger, con la infanta Belinda, su hija, en Colonia, para que tuviessen compañía en aquella soledad a los emperadores Nestarcio y Arinda, pues se lo devían por ser sus tan cercanos deudos. Y como assí lo huviesse acordado lo habló con la reina, a la cual, aunque se le recrecían los cuidados de los peligros que al rey, su señor, podían succeder en aquella demanda, no pesó, conociendo que lo no podían escusar sin mostrarse desagradecidos, pues dexavan de hazer lo que les habían mostrado los estraños.

Por donde luego entendieron en proveer lo que para su partida convenia, pero como la del rey muy poco tiempo menester fuesse, luego se partió dexando ordenado todo lo que convenia, assí acerca la governación y regimiento de sus reinos, la cual quedó a Acaristo, duque de Borgoña, porque solamente era el más principal de sus altos hombres, pero por ser muy buen cavallero y no menos sesudo, como la compañía de los cavalleros, dueñas y donzellas que havían de ir en guarda y servicio de la reina y su hija. De la partida de las cuales vos diremos lo que succedió antes que de la del rey, aunque fuesse primero partido, assí porque el camino de la reina era más corto e cierto, como porque hasta llegar a Colonia no les acaeciò cosa que les impidiesse la prossecución de sus jornadas.

Con la venida de las cuales gran parte se cobró de la alegría que hasta entonces tenían perdida. Y dende adelante se les fue acrecentando, assí por la gran discreción y cordura de la reina Polidia, como por se hallar ende aquellas dos infantas Ardimea y Belinda, que por ser muy niñas y hermosas no dexavan de alegrar a los que las miravan, puesto que a los emperadores alguna soledad fiziessen sentir de su hija Flerisena. A causa de las cuales, y de muchas donzellas fijas de altos hombres que en su compañía traxeran, los cavalleros venían cada día a los palacios por las ver y servir, porque muchas d'ellas eran hermosas. Lo que no causava pequeño regozijo en los palacios, aunque se no fiziessen justas ni otros exercicios por demostración del sentimiento que de la muerte de los emperadores, sus predecesores, se devía señalar. Assí que con aquello no se dexavan de alegrar, señaladamente por dar algún passatiempo a las reinas Albericia e Polidia, porque se no enojassen de tan largo encerramiento, sabiendo que era la cosa más contraria a la condición de las donzellas, las cuales no muestran folgarse sino con lo contrario.

Del recibimiento que a la reina Polidia y su fija se fizo, no vos contaremos por no vos acarrear fastidio en lugar de sabrosa lectura, pues se ha de considerar tan cumplido como el estado y deudo de aquella virtuosa reina y de su fija era devido, señaladamente que el amor que el emperador Nestarcio con la reina Polidia se tenían, era tan grande como se vos contó, assí en el principio de la primera parte d'esta historia, como en otras partes d'ella. Y pues en aquella sazón de alegría es más conveniente dexarlos que en la primera de tristeza, por agora los dexaremos hasta que les vino más cumplida, tornando a contar lo que al rey Finariel aconteció, después de partido, para ir en la demanda de Flerisena.

¶Capítulo lx. De cómo andando el rey Finariel en la demanda de Flerisena, libró a Brandimario, duque de Guiaina, y a Catenor, duque de Lorena, de seis cavalleros que los tenían muy aquexados.

No quiso levar consigo el rey Finariel, por ir en aquella demanda sin mucha ocupación, más de Brisortes, un buen escudero, el cual tenía en lugar de Lentín, después que lo hizo cavallero y lo casó con Grilenda, la donzella de la reina Polidia. Y después de partido, mientras por el reino de Francia anduvo, siempre traxo puesto el yelmo por no ser conocido. Y avínole también que antes de salir d'él no halló cosa que de contar sea. Y como no supiesse cuál camino fuesse bueno para su intención ni contrario, su ventura lo guió por una provincia que se dize Lucemberga que está en las haldas de Alemania alta, contra Francia del ducado de Savoya. Y passada aquella tierra entró por la de Suiçaros, la cual de grandes montañas está circuida.

Y entrando una mañana no mucho después de salido el Sol por un monte muy espesso, después que alguna pieça hubo por él andado, vido contra sí venir una donzella con un hombre que la acompaña, cuasi corriendo con los palafrenes en que venían. La cual, siendo con mucha cortesía por el rey saludada, e viendo su honrado no menos que apuesto rostro, pareciéndole en todo de alta guisa, le dixo:

—Por vos ver, virtuoso cavallero, tan apuesto y que se no dexa de mostrar en vós toda bondad y esfuerço, puesto que vaya con mucha priessa por salir d'este monte por lo que oiréis, no entiendo dexar de deziros lo que vos conviene. Y es lo primero que, mientras por esta tierra anduviéredes, no vais sin yelmo, porque algunos cavalleros hallaréis que vos acometerán viéndoos desarmado, que solamente no lo osarán pensar levando todas vuestras armas, porque tienen por costumbre de no acometer cosa sin su ventaja. Lo segundo, que vos guardéis de tener compañía con ellos, porque al tiempo que se vos mostrarán más amigos pensarán contra vós mayor traición, señaladamente si veen que en vuestra persona se hallan mayores fuerças y esfuerço que en ellos, porque allende de ser viles y malos son tan embidiosos que no querrían ver jamás ningún bueno.

»Y puesto que lo que dicho tengo sea por la mayor parte, ya hay algunos en quien no hallaríades menos bondad e virtud que en los otros covardía y desmesura, aunque son tan pocos estos que digo, que para hallar uno d'ellos encontraréis primero con ciento de los otros. Y porque conozcáis que no lo digo sin causa, puesto que si

mucho por esta tierra anduviéredes no dexaréis de ver la experiencia, sabed que viniendo esta mañana en compañía de dos cavalleros estrangeros, los cuales dezían ser franceses y según en ellos se parecía muy esforçados, allá más adentro d'este monte, les salieron al encuentro seis cavalleros d'estos que dixen. Los cuales, sin les dezir cosa, los acometieron y començaron de ferir por todas las partes que pudieron, de manera que los derrocaron de sus cavallos. Y aún no fueron en el suelo cuando, tirando de sus espadas, mostrando que los no preciavan cosa, abraçando sus escudos, los llamavan villanos y ladrones, diziéndoles que decendiessen todos seis de sus cavallos y mostrarles ian qué cosa era acometer falsamente a los buenos.

»Pero como yo considerasse que, siendo traidores contra los cavalleros no serían contra mí leales, no curando de atender el fin de su batalla, me soy venida huyendo con la mayor priessa que he podido darme, dexándolos no muy lexos de aquí en la necesidad que dixen.

–Si me vos, donzella, quisiéssedes mostrar –dixo el rey– adónde los dexastes, no vos lo dexaría yo de agradecer menos que el consejo que me distes, el cual no vos quedo yo de poco deudo.

–Para buscar vuestra muerte no lo haría yo –dixo la donzella–, porque vos precio tanto por vuestra mesura como temo vuestro daño, señaladamente que, siendo ellos seis y vós no hallando para vuestra ayuda sino son ya muertos más de aquellos dos, no vos podría huir aunque fuéssedes el mejor cavallero que armas trahe.

–D'esto no hagáis cuenta, virtuosa donzella –dixo el rey–, pues aunque como son seis fuessen doce, siendo como dezís malos y falsos, no me Dios vala si yo los dudasse tanto como a uno que fuese bueno. Y pues Nuestro Señor Dios me ha guiado por este camino por donde encontrarvos pudiesse y saber el peligro en que a los dos cavalleros dexastes, yo vos ruego por la fe que al Alto Señor devéis, que me mostréis luego en qué parte hazen su batalla, porque, allende que d'ellos podría resultar a aquellos buenos cavalleros algún beneficio, yo vos prometo de lo servir en lo que me mandar quisiéredes con muy cumplida voluntad. Y si vuestro temor es tan grande que vos no parece confiar de aquellos cavalleros ni de mi socorro, a tiempo seréis de vos asconder o fuir en parte, adonde menos vos puedan hallar que agora.

–Pues todavía assí lo mandáis, virtuoso cavallero –dixo la donzella–, seguidme, porque antes de mucho los hallaremos.

Por donde, enlazándose el rey el yelmo, començó de seguir a la donzella, que ya había buuelto su palafren por donde viniera, dándose tan buena priessa, que antes de un

tercio de hora vieron los cavalleros cómo peleavan. De que no fue la donzella poco maravillada, teniendo creído que no solamente no se pudieran tanto tiempo mantener, pero que, al tiempo que al rey encontrara, ya devían haverlos hecho pedaços. Por donde le dixo:

–Agora veo lo que jamás creyera, que en dos cavalleros se hallassen tantas fuerças que pudiessen resistir a seis dende que los yo dexé.

–Pues aún más que esso veréis, virtuosa donzella –dixo el rey–, si me seguir osáredes.

–Agora ya no me parece que sería sazón ni tiempo de vos dexar de seguir –dixo la donzella–, pues, haviéndolos visto, parece que vos ha crecido el orgullo, y otrosí porque no es mucho, adonde vós voluntariamente aventuráis vuestra vida, que por ver yo la salida d’ello me ponga en algún peligro.

Dicho lo cual, vido cómo el rey que ya se había adelantado al más correr de su cavallo, al tiempo que llegó adonde los cavalleros hazían a pie su batalla, saltó en el suelo para se juntar con los dos. Los cuales en aquella sazón ya habían muerto al uno de sus contrarios y a otro muy mal llagado. Y que tirando de la espada, con su escudo bien embraçado, decía a los cuatro que los aquexavan:

–¡Quitadvos dende, ladrones villanos, y no queráis la muerte de los que aún no merecéis por señores!

Y no lo acabava de dezir, cuando firiéndolos con tanto denuedo como si le no pudieran nuzir, al uno d’ellos, que decía: «dexadme a mí con este fardido porque yo le mostraré qué cosa es mesura, si se la no enseñaron», firió de tan rezio golpe por encima del yelmo, que no le prestando su fortaleza ni aunque mejor fuera, se lo fendió con tan gran parte de la cabeça, que luego dio con él a sus pies, tan malamente llagado como merecía por los males que hasta entonces fiziera.

–Agora vos digo –dixo la donzella a Brisortes– que aunque fueran veinte los que aquel cavallero dixo doze, no los dudara, pues de un solo golpe tiene ya uno muerto.

Dicho lo cual, vido que a otro de los que más a los dos cavalleros, que ya muy lassos estavan, aquexava, acabava de herir de otro tan estraño golpe, que la mitad del braço, con que la espada tenía, le derribó en el suelo. De que la donzella se santiguó como aquélla que, viéndolo, aún no lo acabava de creer. Cuando los dos que tan aquexados se hallavan, vieron que de dos golpes les había quitado el cavallero que los acorriera aquellos dos cavalleros que los más aquexavan, cobrando tanto ánimo y fuerças como perdieron sus contrarios, començaron de cargar los que delante tenían de

tan pesados y espesos golpes, ayudándoles a ellos aquel esforçado rey, que en poca hora los pararon tales que no hubo en ellos más de aquella muerte con razón que trabajaban de dar a los otros sin ella, no quedando de todos sino sólo aquel cavallero, que ya el rey hallara mal llagado, con la vida. La cual no le duró tanto que confesión alcançar pudiesse, aunque le apretaron las llagas, señaladamente la que mayor tenía sobre la un rodilla, y lo havían en su cavallo cavalgado para que se a curar fuesse, porque antes de haver andado media legua pagó su particular y última deuda, de pagar la cual ninguno puede escusarse.

Pero antes que se dende partiesse, los dos cavalleros se desenlazarón los yelmos, assí por cobrar huelgo, según estaban aquexados, como por poder hablar con menos pena, y dar las gracias que se les otorgavan al cavallero que los acorriera. El cual, quando los vido y conoció que eran sus leales vasallos Brandimario, duque de Guiaina, y Catenor, duque de Lorena, a maravilla fue ledo por los haver a tan buen tiempo acorrido. A los cuales, antes que a le hablar començassen, fue por abraçar con los braços abiertos. De que no fueron menos maravillados que alegres por se ver librados de la muerte, que tan cercana sino fueran acorridos tuvieran, no pudiendo atinar quién podría ser el cavallero que tanto bien les fiziera y que assí los conociesse.

Pero al tiempo que, abraçándolos, le oyeron dezir: «Bien se parece, mis leales amigos, que aquellos traidores no vos precian como yo, pues vos assí aquexavan para vos dar la muerte», luego sospechó Brandimario, que lo mejor oyera, que era el mesmo que les hablava. Pero no lo pudiendo creer de sobrado gozo, le dixo:

–Por Dios, esforçado cavallero, vos rogamos que nos digáis vuestro nombre, pues hasta saberlo no ternemos menor pena que recibimos alegría al tiempo que con vuestro acorro nos vimos libres de la ya tragada muerte.

Bien creyó el rey que lo no havían conocido, pues aún querían que se más declarasse. Pero por les no detardar su sobre venidero gozo, les dixo que le desenlazassen el yelmo, y assí le quitarían el trabajo de les dezir quién era, si ya no lo havían en tan poco tiempo desconocido. Por donde, quitándose de la cabeça y conociendo que era su rey e señor, a quien de muy leal amor amavan por las honras y mercedes que de cada día les fazía, tan ledos fueron de aquel gozo tan grande que les sobrevino en verlo, que una pieça estuvieron sin le poder dezir cosa, no lo pudiendo creer sino que era en sueños. Pero después que cobraron su primero juizio, quisieron para le hablar hazerle aquella medida que le devían, pero el rey los detuvo diziéndoles que no curassen de aquello, porque de sus escuderos y de la donzella no fuesse

conocido. La cual, cuando aquello vido, muy alegre fue por haver dado con su aviso la vida a dos cavalleros tan buenos y la muerte a aquellos seis malos.

Y puesto que Brandimario y Catenor no huviessen dexado de obedecer el mandamiento del rey en lo que les mandara, no por esso dexaron de darle aquellas gracias que de vasallos a señor en semejante caso dar se devían, con tanta humildad que el rey se tuvo por no menos satisfecho d'ellos que si él fuera socorrido. Por donde les dixo que aquello no havían de agradecer a él, sino a Nuestro Señor Dios que lo había por allí guiado para que los acorriese, assí como lo había hecho. Y puesto que algunas llagas tuviessen, como no fuessen grandes, antes muy pequeñas en comparación de lo que para el remedio d'ellas les había sobrevenido, no las sentían más que si no las tuvieran, pues antes que las suyas fizieron apretar las del cavallero que vos diximos, aprovechándole tan poco como a ellos fuera provechoso, ni menos se curaran d'ello si el rey, viendo la mucha sangre que les salía, no los hiziera curar de sus mesmos escuderos. Los cuales ya traían consigo lo que para aquel menester convenía.

Acabados de curar, el rey les dixo cómo, después de Dios, tenían la vida por medio de aquella virtuosa donzella, la cual en aquella sazón ya era ende venida. Por donde, assí el rey por el beneficio que les hiziera, como los cavalleros por lo haver recibido por su causa, se lo agradecieron como era razón, ofreciéndole sus personas para todo lo que se cumpliesse con voluntad muy entera. La cual, teniéndoles en merced el agradecido ofrecimiento, les rogó que la levassen hasta una villa que hallarían a dos leguas dende, porque más preciava quedar en casa de una tía suya, sin remedio ni esperanza de cobrar un castillo con una heredad que unos malos cavalleros le tenían por fuerza, que poner sus personas en peligro por cobrarlo, señaladamente que ya había cuenta de cuatro cavalleros que se le havían ofrecido para la cobrança d'él, para buscar los cuales había entonces aquel camino.

Como el rey con los duques muy gran desseo tuviessen de satisfacer a la donzella lo que conocían deverle, acrecentándose lo conocer en ella tan grande comedimiento, que preciava más quedar sin hazienda que ponerlos en peligro. Y por ende, moviéndoseles el ánimo con mayor voluntad de la que ya tenían, le rogaron que le contasse cómo passava lo que dixera, de la pérdida y cobrança de su heredad y castillo, prometiéndole ayudar a cobrar todo lo que suyo era, aunque supiessen conocidamente que en aquella cobrança huviessen de perder las vidas.

Por donde la donzella, agradeciéndoles de nuevo aquel segundo y tan cumplido ofrecimiento, y suplicando a Nuestro Señor Dios les dicesse el galardón que se les devía

por la buen voluntad que en ellos conocía y la no menor obra que d'ellos esperaba, les pidió por merced que en otros hechos no se entremetiessen hasta haver dado cima en lo que le havían prometido, y ella sobre todos los desseos de las cosas d'este siglo desseava más ver acabado, señaladamente que en ninguna otra cosa podía entender ni emplearse que tan razonable y justa como aquélla fuesse.

Los cuales, conociendo que assí se devía cumplir como lo ofrecieran, le dixeron que porque conociesse que ya se les hazía tarde para mostrar por efecto lo que tenían en su voluntad, guiasse adonde sabía que se había de hazer, porque no se le difiriesse aquella cobrança que tanto dixera dessear, por culpa ni negligencia d'ellos un solo punto. La cual les dixo que, pues muy cerca de aquel lugar hallarían una fuente adonde podrían comer y descansar alguna pieça del passado trabajo, partiessen luego y allí les contaría su necesidad para que fuesen cumplidamente avisados de lo que convenía. Por donde, cavalgando luego en sus cavallos, partieron dende.

Y no habiendo andado gran trecho, hallaron la fuente que la donzella dixera, cerca de la cual se apearon a cuenta de comer y tener ende la siesta, assí como lo hizieron. Pero antes que la donzella de contar començasse lo que les había de dezir de su hazienda, los dos duques dixeron al rey que la causa por la cual havían de sus casas partido era porque entrambos, no lo sabiendo el uno del otro, havían determinado de ir en la demanda de Flerisena y por buscar al príncipe Poliantel, el cual les havían dicho que era partido de casa del rey de Francia, su padre, lo que assí contavan por encubrir la hazienda del rey, para ir en la mesma demanda.

Y aunque havían andado muchas tierras, no havían sabido nuevas algunas d'ellos. Y que por muy gran dicha se havían encontrado en un monte que había cerca de Popercia, adonde se conocieron por ir entrambos sin yelmo. Y que después siempre havían ido de consuno y determinaron de ir hasta saber algunas nuevas de los que buscavan. Y que por passar de Alemania en Italia eran por allí venidos, pues no sabían por donde pudiessen ir que más presto saber las pudiessen. Otrosí le contaron todo lo que a entrambos había acontecido hasta aquella mañana, con que mucho se holgó aquel buen rey y la donzella, pues havían contado algunas cosas de las cuales, sin incurrir peligro, se les recreciera plazer.

Y quando entrambos huvieron de lo contar acabado, el rey les dixo cómo era partido de la casa del rey de Francia para ir en la mesma demanda, y que, sin saber adónde había de ir, su ventura lo había por allí guiado. Y que no se alegrava menos de ser por ende venido, por les haver podido hazer aquel socorro, que si huvie[ra] dado

cima en aquella alta demanda, por razón de la cual era partido de su tierra. Y pues ya no quedava qué dezir pudiessen, assí el rey como aquellos cavalleros, acerca de lo que les acaeciera, rogaron a la donzella que les dixesse para le poder servir lo que de hazer havían. La cual, no recibiendo menor descanso en contarlo, que tenía alegría conociendo que sus fechos tenían buen principio para el fin de su desseo, començó de les hablar en esta manera.

¶Capít[ulo] lxxj. De cómo Fricea, que assí se dezía la donzella, contó al rey Finariel y a los otros cavalleros su necessidad y hazienda. Y de lo que sobre ello acordaron.

— **P**orque siéndome occulto, esforçados cavalleros, el valor de vuestras personas y estados, no creo que se me pueda atribuir culpa ni desmesura, si vos no hablaré de la manera que al merecimiento de cada uno pertenece. Por donde no entenderé en más de cumplir vuestro mandado, porque, allende que de los assí hazer, se me recrece muy grande honra, pues se me otorga servir a semejantes personas, no sentiré en lo cumplir menos descanso. Y para esto havéis de saber, señores, que mi padre fue natural d'esta provincia, y como no fuesse de los bienes de fortuna codicioso, casó con mi madre no queriendo más de su bondad por el dote que otros cuasi aborrecen, pues la posponen a los otros bienes.

»Con la cual halló mayor satisfacción y contentamiento que si le traxera tres castillos mejores que el que mi padre tenía. Y como la mayor causa y aparejo de renzilla entre el marido y la muger sea cuando los maridos biven con la fazienda de las mugeres, las cuales con aquello quieren señorearlos y mandar como si les fuessen esclavos, lo que por cierto es contra todo orden divino y humano, e mi madre no huviesse traído a la casa de mi padre más de su sola persona, aunque de virtudes muy acompañada, cessando la causa y aparejo que dixere, todo el tiempo de su vida, ayudando a ello el grande amor que se entrambos tenían, bivieron en mucha paz.

»Del qual ayuntamiento mi madre parió dos hijos y a mí. Los cuales muy poco tiempo bivieron, de cuyas muertes huvieron mis padres tanto sentimiento, que les causó, cuasi antes de la natural y ordinaria vida, hazerles compañía, dando fin a sus días. Por donde, quedando yo no menos huérfana de padres que de consejo y experiencia, me

convino morar en casa de aquella tía mía, que antes dixé, por algún tiempo. En cuya compañía no dexé de conocer que no los había del todo perdido.

»Y como en este perecedero siglo los que poco tienen menos fuerças alcançen para contradézir a los que se les otorgan grandes, sabiendo un cavallero caudillo de otros semejantes a los que allá quedan muertos, que yo no tenía padre ni deudos que por mi hazienda mirar pudiesen, sino sola mi tía, la cual por ser biuda no passava menos necesidad de quien por la suya mirasse, no temiendo la justicia de Dios, pues la d'esta tierra no alcança a más de castigar y essecutar los pobres con grandes rigores, con otros tres cavalleros que eran sus deudos y amigos se fue a mi castillo. El cual tenían en cargo dos escuderos míos con otra gente para el servicio de las tierras que son a él annexas. A los cuales, amenazando que si no se salían luego dende les tajarían las cabeças, echaron de fuera sin les dexar cosa de las que en el castillo había.

Los cuales muy tristes me vinieron con aquellas nuevas, assí para que en lo que a mí tocava pusiesse remedio, como en su necesidad. Y como para entrambos me faltasse, les rogué que se çufriessen de su pequeña pérdida, assí como yo de la mía grande, porque yo fiava en el Alto Señor que no pasaría mucho tiempo que a ellos y a mí nos daría vengança de aquellos tiranos, con la satisfacción de todos nuestros daños. Y otrosí les prometí que si en algún tiempo cobrava el castillo, de les satisfacer sus trabajos tan cumplidamente como a ellos se devía y a mí se otorgaría. Los cuales assí por conocer que yo en aquella sazón no podía remediarlos, como por que pensar otra cosa era escusado, se fueron a bivar a una villa en que otra mi tía bive, para assentar con algunos cavalleros sirviendo los cuales puedan atender el tiempo de la satisfacción de sus daños, adonde no ha mucho que supe que están, no desseando menos que yo la cobrança de mi castillo, assí por me ver en el señorío d'él restituida, como por su propio provecho.

»Y como yo viesse que, según mis pecados son grandes, los ruegos que de cada día a Nuestro Señor Dios hazía con muchas lágrimas que de mí se acordasse no eran oídos, ni llegavan ante su divina justicia, pareciéndome que ya se difería mucho el fin de mis desseos, dexé por algunos días de hazerlos cuasi desesperada de alcançarlo. Pero como mi tía huviesse d'ello sentimiento, reprehendiendo mi error muy cumplidamente como aquélla que es muy buena cristiana, hizo que bolviesse a mis primeras oraciones y lágrimas, dándome grande esperança con afirmar que Nuestro Señor es tan piadoso e justo, que jamás dexó de otorgar lo que justamente y con buen corazón se le pide, assí como lo yo pedía.

»Y que assí algún tiempo lo difiere, todo se haze para mayor bien de aquéllos que dende el primer punto lo querrían haver alcançado. Por donde, conociendo que me consejava lo que más cumplía y era obligada, me bolví a Nuestro Señor suplicándolo que mis ignorancias y delictos no mirasse. Y como siempre mi entendimiento esté fabricando cómo podría alcançar mi hazienda, ayer de mañana rogué a mi tía me dexasse ir a casa de un cavallero, no menos virtuoso que esforçado, el cual era muy grande amigo de mi padre, para me aconsejar con él qué forma podría cobrar lo que aquel traidor con los otros me tienen, pareciéndome que en este camino havía de hallar el remedio que más me cumplía.

»La cual, viendo mi determinada voluntad, encomendándome a Dios y dándome por compañía este criado suyo para que de mi persona y de mi palafrén curasse, fue contenta que me yo partiesse, assí como lo fize. Y quiso mi ventura que en todo el camino de ayer no hallé persona a quien sólo saludar me fuesse otorgado. Y anoche alvergué en una villa que se dize Matimea, adonde assí mesmo alvergastes vosotros dos, virtuosos cavalleros. Y esta mañana me alcançastes a la entrada d'este monte. Y como ya creo que se vos acordará, aún no me havíades acabado de saludar, cuando aquellos seis cavalleros vos salieron al encuentro y vos derribaron con muy gran traición de vuestros cavallos. Por donde, dexándovos, comencé de fuir con mi palafrén hasta encontrar a vós, esforçado cavallero, que los acorristes.

»Assí que agora vengo a creer que el cavallero que yo a buscar iva, para con él haver el consejo que dixes, sois vosotros todos, a quien Nuestro Señor Dios ha por aquí embiado, para que, haziéndome cobrar el derecho que se me deve, ganéis aquella honra y fama. Las cuales no son por vós menos codiciadas que por mí la cobrança de mi heredad y castillo, adonde aquellos mis enemigos biven tan sin cuidado de me lo entregar, como desseosa de lo haver cobrado. El cual, si mi dicha, o por mejor dezir la vuestra, fuere tal que lo yo cobrar pueda, podéis señores ser ciertos que lo no terné más para mi provecho que para vuestro servicio. Pues aunque por mi naturaleza fuesse desagradecida, la razón que para ello havría me forçaría que lo no fuesse.

Acabado de contar por la donzella lo que se vos ha dicho, el rey le preguntó por los nombres de su padre y del cavallero que le tenía por fuerça el castillo.

—A mi padre dezían, esforçado cavallero —dixo la donzella—, Cramelín, y a mi mayor enemigo, Donadirén. Los cuales vos certifico que no eran por su naturaleza y costumbres menos diversos que lo somos Donadirén e yo en las voluntades, pues él, no

faziendo oficio de bueno, se quería tener mi castillo, e yo, no lo haziendo de mala, desseo cobrarlo.

Maravillados fueron el rey e aquellos cavalleros de la poca justicia de aquella tierra, y mucho más cómo llovía en ella y los campos y árboles cómo fructificavan para que los que ende bivían pudiessen sustentarse. Pues no solamente no lo merecían, pero con fuego del cielo devían ser ellos y toda la tierra quemada, teniendo por muy averiguado que el reino que de justicia carece no puede conocer Dios ni temer la suya. La cual, puesto que por algún tiempo se difiera por regla, no puede dexar de ser essecutada, porque assí como del amor y temor que los cristianos tenerle deven, proceden todos los bienes que nos haze y se perdonan los males, assí a los que lo no aman ni temen, les siguen los rigurosos y devidos castigos y açotes. Los cuales no dexan de destruir en fin los reinos en que es deservido, aunque en los principios y medios muy prósperos parezcan para mayor demostración de su soberano poder.

Y después que en aquellas y otras cosas que se les ofrecieron huvieron praticado, viendo que ya era hora para seguir su camino, partieron dende. Y aquella noche alvergaron en casa de un florestero, adonde no les fue fecho tan mal acogimiento como cuidavan. Otro día partieron bien de mañana, y aunque no les faltava tiempo para llegar al castillo de Fricea, que assí se dezía la donzella, por mejor tuvieron parar a una legua d'él, assí por no los hazer aquella noche de su venida sabidores, porque se no huyessen ni tuviessen tiempo de se levar las cosas que en castillo tenían, como por poder la passar sin recelo, a causa que no tuviessen tiempo ni oportunidad para les hazer alguna traición. Puesto que les convino alvergar en el campo, atendiendo con gran desseo la mañana, no sin muchas lágrimas de Fricea. La cual toda la noche estuvo rogando a Nuestro Señor Dios que diesse victoria a sus cavalleros contra aquellos traidores, sus enemigos, siguiendo el orden de su divina recta justicia, la cual no podía ni puede errar siendo hecha y essecutada por el que era y es la summa verdad y sabiduría.

¶Capítulo Ixij. De la batalla que passó entre el rey Finariel y los dos duques contra Donadirén y su hermano con otros dos cavalleros, en la cual fueron los quatro cavalleros muertos y Fricea entregada en el señorío de su heredad y castillo.

Aún no comenzava la resplandeciente alva de señalar su salida a la parte de oriente, quando el rey con los dos duques, recordando a Fricea, que de muy cansada por haver passado cuasi toda la noche sin dormir, rogando a Nuestro Señor que de sus cavalleros y d'ella se doliesse, poco antes se adurmiera, y a los escuderos para que los cavallos adereçassen, se levantaron sin tardar mucho en vestirse y menos en coger la ropa de los lechos en que durmieran, pues se no havían desnudado ni quitado las armas, conociendo que en aquella tierra era mejor passar una noche velando de grado, que por un breve sueño muchos días malos a su pesar.

Y pues no durmiendo les havia sobrado tiempo para acordar lo que se hazer devía, luego que la claridad del día les otorgó ver el camino que de llevar havían, movieron para el castillo. El cual, quando de lexos lo vieron, no les pareció menos fuerte que hermoso, por razón del asiento que tenía al pie de un cerro y encima d'él una hermita, según dixera Fricea, so invocación de Nuestra Señora en el tiempo que por tres días perdiera su precioso hijo. En la cual aquella donzella muy gran devoción, antes de perdido el castillo, tenía, y después no menor confiança, creyendo que assí como al tercero día Nuestra Señora lo havia cobrado, assí le haría después de algunos días cobrar su perdido castillo. Pues savía que en su ausencia ningún servicio se le hazía por Donadirén y su hermano Caradino, ni menos por los otros que ende moravan, antes no entendían sino en enojar a sus comarcanos, de manera que se maravillavan cómo Nuestro Señor Dios, con quatro rayos para que el castigo más claro y exemplar se mostrasse, no los havia hecho ceniza según sus malas obras, por razón de las cuales no solamente eran en odio a su criador, pero a todas las otras criaturas.

Y quando cerca del castillo llegaron, Fricea comenzó de temblar, assí del gozo que le sobrevino en verlo, como del temor de no poder cobrarlo, si su fortuna le era tan contraria que sus cavalleros no fuessen vencedores. Pero como, conocido por ellos su miedo, la hoviessen mucho esforçado, y otrosí tuviesse muy conocida experiencia de sus personas y fuerças, aconsolándose más de lo que su naturaleza y pensamientos le otorgavan, determinó de ser presente a la batalla que por su causa se havia de hazer. Y

aun de se poner en parte que la pudiesen ver todos, assí porque sus cavalleros, viéndola y considerando su derecho, se esforçassen, como sus enemigos, conociendo su sin razón, se enflaqueciessen teniendo en muy poco, si a sus cavalleros les iva mal en la batalla, perder juntamente con ellos la vida. Puesto que todavía confiava que Nuestro Señor Dios, por medio de su gloriosa madre, a quien siempre havía puesto por intercessora, les ayudaría, aunque más de tres no fuessen y sus enemigos cuatro.

Pues siendo ya a una carrera de cavallo del castillo, vieron cómo abrían las puertas y a cuatro cavalleros armados que en el patín estavan adereçándose para cavalgar, como aquellos que por razón de la sentencia que ya estava determinada, se aparejavan para que muy más presto fuesse essecutada. Los cuales luego embiaron a un escudero por saber qué compañía era aquélla que tan derechamente como descuidada venía ende. Al cual, después que hubo cumplido su mandado, el rey dixo que aquella donzella que venía con ellos, la cual se dezía Fricea, les havía rogado por les satisfazer un servicio que le fizieran, que viniessen a descansar y holgarse algunos días en aquel castillo que dezía ser suyo. Y cuasi por no la descomplacer, como conociendo que de cumplir su ruego les sucedía descanso y provecho, eran allí venidos, assí como fueran a cualquier otra parte adonde se les pudiera recrecer daño y peligro.

–Si fuérades cuatro –dixo el escudero– no lo errárades, pues cada uno hallará un criado que vos pudiera servir en el tiempo que ende estuviérades, con la mesma voluntad y desseo que contra ello traéis. Lo que agora creo que no hallaréis, porque los cavalleros que allí vedes, como son amigos y mesurados, por no reñir entr’ellos sobre cuál quedaría sin nombre de vuestro criado, no vos querrán acoger, si ya el cuarto no sobreviniese para vos fazer iguales.

–Ya lo traemos en nuestra compañía –dixo el rey–, porque esta donzella lo podrá ser, a la cual no creo que dexarán de hazer el servicio sino conforme al galardón que les dar dessea, señaladamente porque siendo como dexistes tan mesurados, no querrán dexar de sartisfazerle lo que le deven por el tiempo que han bivido en su castillo.

–Por cierto, a mi ver –dixo el escudero– que dezís verdad, porque no podrán sino servirla assí como ella merece, por les traer tan honrados huéspedes y a tiempo que les ya tienen adereçado el almuerço. Pero porque con mayor honra podáis, assí vosotros como ella, entrar en el castillo, atendedme un poco, porque yo fio que, en sabiendo vuestra venida, vos vernán a recibir muy cedo. Pues ya me parece que han cavalgado adevinándola, y no ternán por trabajo de venir hasta aquí, siendo el trecho tan corto.

–A las vezes en más corta distancia los caminantes d’esta vida acaban la mayor jornada que se hazer puede –dixo el rey–. Por ende, id en buen hora y dezildes que no les dexaremos de agradecer su recibimiento.

Dicho lo cual, fizieron que Fricea se apartasse con los escuderos a una parte, porque aquel llano quedasse desembargado. Cuando el escudero llegó a sus señores, les dixo lo que con el rey passara, los cuales, por castigar a Fricea según con aquella venida los había enojado, determinaron de matarla d’esta manera: que los tres d’ellos irían contra los tres cavalleros que vinieran y el cuarto que con su lança la passasse, y colgada en ella la traxesse al castillo para que la ahorcassen a sus puertas. Y con aquella única determinación, saliendo del castillo, se endereçaron muy bien en las sillas. Y començando de correr los unos contra los otros, Caradino, el hermano de Donadirén, cuando fue al medio de la carrera, se desvió hazia aquella parte que Fricea la batalla mirava. La cual, como venir viesse aquella punta de la lança de Caradino, con tan grande ravia y furia para le passar las entrañas, dando muy grandes bozes, se dexó caer de su palafren abaxo, con que escusó su muerte y el efecto del mal pensamiento y peor determinación que contra ella tuvieran.

Y como el cavallo de Caradino con gran velocidad e impetud passasse, no lo pudo tan presto detener como quisiera para bolver sobr’ella y efectuar su acuerdo, hasta que buena pieça passó adelante. En el cual tiempo ya los seis cavalleros se habían encontrado d’esta manera que los del castillo habían muerto los cavalleros de los dos duques, y encontrado al rey de un grande encuentro en el escudo. Pero ninguno d’ellos quedó en la silla y el que con el rey se encontrara sin la vida, porque más de media braça de su lança le había passado a la parte de las espaldas, con que recibió muy justa paga de la traición que inventó contra Fricea. Por donde, assí los dos duques por les aver muerto a sus cavallos, como sus contrarios por haver sido d’ellos derribados, se hallaron en el suelo aunque con diversos esfuerços.

Y bolviendo el rey su cavallo para ayudar a sus compañeros, vido cómo Caradino bolví contra Fricea, las bozes de la cual, assí por traer el yelmo como con el estruendo de los encuentros y el correr de los cavallos, no había oído. Por donde, corriendo a todo su poder, y diciendo a grandes bozes: «¡tener, tener, traidor, que agora pagaréis essa traición!», lo turbó de manera que, dexando a Fricea, endereçó su carrera contra el rey. El cual, no temiendo ni tiniendo en más su villana lança, que si de paja fuera, conociendo que cavallero que semejante villanía acometiera no podía tener bondad, lo atendió con no menos esfuerço que su contrario traía miedo. Y puesto que

con su lança lo encontrasse, el daño que le fizo fue tan poco, que si no fuera mayor el que él recibió, al tiempo que passó con su cavallo, después de lo haver encontrado, no pudiera si no irse alabando que havia salido d'ello a su salvo.

Pero como el rey fuesse en aquel exercicio tan diestro como desseoso de castigar a sus semejantes, al tiempo que, haviéndolo encontrado, vinieron a enparejarse, lo firió de tan rezió golpe que, llagándolo por entre el yelmo y el pescuezo tan mortalmente como el desseava hazer en Fricea, no tardó en caer de su cavallo abaxo, dando bueltas por el campo con la ravia de la cercana muerte. Y como en la mesma sazón viesse el rey que los dos duques traían a toda su voluntad a Donadirén con el otro cavallero que bivo quedara, temiendo que si se tardava en entrar en el castillo los de dentro cerrarían las puertas, con que se les recrecería algún impedimento, arremetió con su cavallo llegando en el punto que las ya querían cerrar.

Y entrando dentro llamó a un hombre que ende vido de los del servicio de la eredad, al cual dixo que, si no le dezía verdad de todo lo que le preguntaría, luego le tajaría la cabeça. Por donde el villano, creyendo que ya la espada del rey estava junto a su cuello, se fincó de rodillas diziendo que por amor de Dios no lo matasse, porque él se la diría muy cumplida.

–Agora lo veré –dixo el rey–, pero cata que no me mientas, si no poco te aprovechara el perdón que tener crees. Por ende, dime, ¿qué gente está acá dentro?

–Por cierto, señor –dixo el villano–, no sé yo que aya más de dos escuderos. El uno aquél que vos fue por embaxador esta mañana, y el otro es del hermano del señor del castillo que se dize Caradino. Los cuales, luego que començaron la batalla, se subieron a las finiestras para verla, y nos dexaron mandados a dos compañeros míos que se han entrado en la bodega y a mí, que si a nuestr'amo no le iva bien en las cuchilladas encerrassemos las puertas y el postigo hasta echalles la tranca, assí como ya las empuxávamos si vós no nos espantáredes cuando con vuestro cavallo vos vimos venir corriendo, que por cierto no creíamos que fuéssedes cavallero sino rayo, tan presto llegastes. Mirad cuánto, que mis compañeros luego dieron de hocicos en la bodega por tomar ciertos tragos de vino que diz que son buenos para el espanto. Dios sabe si los quisiera yo tener tragados, según me vi perdido cuando me llamastes, porque a la fe también me iva allá con ellos sino por miedo que no me matássedes.

–Pues, dime –dixo el rey–, ¿qué mugeres tenían esos cavalleros?

–Do al diablo la que más tenían de una, y aun aquella vieja para la cozina –dixo el villano–. La cual bien havrá diez días o un mes que se finó. Y más vos diré que estos

mis amos nunca consintieron que la llevásemos a enterrar all' ermita del cerro, diciendo que adonde quiera estaría tam bien enterrada como en la iglesia, porque los enterramientos no aprovechavan all' alma, cuanto más que diz que no había alma ni tóname allá esa castaña, sino que después del hombre muerto ni viña ni huerto, ni otras alegaciones que, si no las sabe mejor nuestro cura, harto mal año tenemos todos.

–Si assí es como tú dices –dixo el rey–, tus amos no eran menos ereges que ladrones.

–Agora lo veréis si queréis oírme –dixo el villano–, porque a la fe también dezían que aquellas oraciones y responsos que los clérigos cantan sobre los cuerpos muertos, y las missas y otros sufragios que para remedio de las almas dizen y se hazen, después que ellos las introduxeron por bivar descansados sobre el sudor de los pobres y haciendas de los ricos. Y que los cargos de los curas todos eran burlas, pues fingiendo que tienen gran cuidado de las almas de sus feligreses no lo emplean sino en sus propios cuerpos, biviendo a sus vicios y más disolutamente que los otros, no curando sino de cobrar sus rentas y derechos.

»Y nunca riñendo sobre las dificultades de las escrituras sino con sus renteros sacristanes y monazillos, porque no cogieron cumplidamente sus diezmos y no les traxeron todos los bodigos, pollos y huevos de los pobres labradores, que aún no les bastan para mantener sus mugeres, y otras muchas cosas que no parecía sino que el diablo los había fechos veedores d'ellos según lo entendían. Y finalmente dezían que todos los que tenían a su cargo eran e ivan tan perdidos como les mesmos curas. Por donde creo que, no siendo ya Dios servido, que tan malos hombres y tan grandes hereges dexassen de ser castigados, ha embiado a vosotros para que les diéssedes el castigo que en esta vida se les podía dar de su heregía.

»Porque yo, que no entiendo en más de arar o cavar, me parece que alcanço lo contrario de lo que ellos afirmavan. No digo yo que no parezca cosa muy fea en los clérigos, y más que en los legos la desordeanda codicia y dissolución de la vida, con otros atrevimientos que si nosotros los tuviéssemos, que ninguna cosa sentimos, no fuéssemos tan castigados como ellos esentos. Por razón que muchas vezes y si se çufriesse dezirlas más, considerados los tiempos passados, pues en los presentes no se permite por razón del temor del riguroso castigo que en los malos se essecuta, se ha visto ser peor la vida y fama de sus superiores y juezes, que la de los que ellos han de juzgar y castigar.

»Pero por esso no dexa de alcançarse el error que mis amos tenían, porque si no huviesse alma o seríamos como bestias sin razón y juzio, o biviríamos para siempre, lo que no puede sostenerse, pues cada día vamos a morir. Y si al tiempo que morimos el cuerpo ninguna cosa perdiesse, no se podría dezir que morimos, porque entiendo yo ser la muerte un apartamiento, aunque los que más saben le dizen división, del cuerpo con el alma. La cual según parece, al tiempo que d'él se aparta, lo dexa sin acción y sentido, pues nunca se vido que un muerto obrasse ni menos sintiesse. Por donde se ha de dezir que aquello que pierde es lo que lo rige, y que si el cuerpo es el regido, de fuerça se ha de otorgar que es más noble ell'alma. La cual no me parece a mí que ha de salir del orden y ley, assí de Dios como de naturaleza, porque si a todos los que bien y mal biven se diesse un mesmo galardón o castigo, ¿quién sería bueno? Por cierto, ninguno, pues siendo tan justo como es devido el castigo para los malos, sobrepujan el número d'ellos en tanto grado a los buenos, que pluguiesse a Dios que pudiésemos dezir, sin mentira, ciento hay para uno, según se hallan pocos.

»Por donde, tornando a mi propósito, tengo por muy cierto que ha de haver galardón para los buenos y castigo para los malos, porque si assí no fuesse, allende que no habría diferencia de los unos a los otros, pues en ninguna cosa se muestra más que en las obras de cada uno, todos entenderíamos en saltar por los caminos. A lo menos yo, por no cavar todo un día con esperança de una escudilla de sopas que me dan a la noche y no bien grassas. Y al cabo del año cuando pido que me paguen mi soldada, achacándome que un día quebré la reja, otro el yugo, otro que perdí el açadón, o que no traxe el cumplimiento del trigo y de la cevada que mis señores dessean a su casa, levantándome que lo hurté y vendí, de cobrador me hazen deudor y de franco cativo. Pues por pagarse de su deuda, o por mejor decir, por no pagarme la mía, me fuerçan que sirva otro tanto tiempo por fuerça como estuve antes de grado y todo sin satisfacción.

»No quiero por no ser prolixo, pues no veo la hora de haver almorzado, entrar en la segunda heregía que tenían, diziendo que las oraciones, sacrificios y responsos que dixe, ninguna cosa aprovechavan al alma, porque siendo por la iglesia, que errar no puede, determinado lo contrario, no he yo menester entrar en los fundamentos y causas que la movieron a determinallo. Pues creo, y soy cierto, que entrevino en ello la gracia y lumbré del Espíritu Santo, con la cual no pudieron errar los que lo determinaron y escribieron para nuestro provecho y beneficio de nuestras almas.

»Por donde, virtuoso cavallero, digo y tengo por determinado que pues a mis amos no ha faltado el castigo que merecían como malos, a vós y a vuestros compañeros

no vos ha de faltar el galardón como buenos, contra la opinión d'ellos. La cual por verdad era de hereges y no de christianos, pues tenían que después d'esta vida no había pena ni gloria, siendo tan al contrario como verdadero lo que yo he dicho, aunque con razones de labradores mal instruidos, pero en fin no se dexan de sentir y entender por aquellos que más que yo no alcançamos.

Tanto se holgava el rey en oír aquel villano, que cuasi ya no se acordava de la batalla ni de la manera que a sus compañeros dexara. Los cuales en aquella sazón se habían dado tan buen recaudo que, igualando a sus contrarios con aquellos que el rey derribó antes que fuese al castillo, no quedaron menos alegres del vencimiento y muerte d'ellos que Fricea gozosa. Y no pasó gran pieça, después de haver el rey mandado al villano que se fuese para sus compañeros, con más alegría que hasta entonces tuviera miedo, que vido venir a los dos duques cavalgando en los cavallos de sus contrarios, con Fricea en medio d'ellos, llorando de tan cumplido gozo como se puede considerar que su corazón tenía, y dando gracias a Nuestro Señor Dios por se haver acordado y dolido d'ella.

Y aún no fueron dentro del castillo llegados, cuando Fricea, decendiendo de su palafrén, hincando sus rodillas en el suelo y alçando los ojos en alto, dixo:

–Si para vos dar las gracias que desseo, pues las devidas es imposible, muy alto y piadoso Señor, mi lengua no fuere bastante por su grande impedimento, suplicovos no desdeñéis de recibir aquellas que se me otorgan. Pues la poquedad de mis potencias no se entiende para más de considerar que tan alta merced, con tan cumplida justicia, no podía venirme sino de vuestra mano. Y que a estos bienaventurados cavalleros que han sido el medio para que la yo alcançasse, deis el galardón devido, pues para satisfazerles la menor parte de la voluntad que les vos pusistes para que lo essecutassen, son mis fuerças muy pequeña cosa.

Dicho lo cual, se alçó para besar las manos al rey, el cual, puesto que se mucho de encubrir trabajasse, no dexava de conocer Fricea, viendo su autorizada presencia y conociendo su valor que merecía aquella y mayor mesura. El cual no lo consintió ni menos ninguno de los dos duques, a los cuales rogó que le perdonassen, pues su juizio no alcançava en aquella sazón más de gozarse del bien que le hizieran, si les no había aquellos servicios que sus personas y la deuda que les devía merecían.

En aquel tiempo que Fricea acabava de hablarles, decendieron los escuderos de Donadirén y Caradino, tan tristes en sus semblantes como lo eran sus corazones, por razón que amavan mucho a sus perdidos señores, por la libertad que con el favor d'ellos

se les otorgava de hazer en las aldeas, que cerca de aquel castillo había, todo lo que querían sin que d'ellos osassen quejarse ni pedir emienda, por el miedo que a Donadirén y a los otros cavalleros tenían. Y cuando delante del rey e de los duques llegaron, Belorín, que assí se dezía aquel escudero que les hablara antes de la batalla, les dixo:

–Ya fue hoy tiempo, esforçados cavalleros, que mi locura me ponía atrevimiento para me de vos burlar, creyendo lo contrario de lo que ha sucedido, como aquel que no tenía noticia de vuestras bondades y esfuerço. Las cuales por no menos cierto tenemos éste mi compañero e yo, que no carece de los otros cumplimientos que les pertenecen. Por donde, no porque lo merezcamos ni menos como cosa devida, sino por sola vuestra virtud, vos suplicamos tengáis por bien de nos otorgar los palafrenes en que cavalgar solíamos, porque no ayamos de irnos a pie. Y si del haver de nuestros amos vos pareciere darnos alguna cosa, por satisfacción del tiempo que los havemos servido, pues éste es el postrimero beneficio que esperamos d'ellos, muy gran merced recibiremos. De que otro si conoceremos quedarvos tan deudores como si, no se nos deviendo, de vuestra propia hazienda nuestra necesidad remediar quisiéssedes.

–Vós lo dezís tam bien, virtuoso escudero –dixo el rey–, que si en vuestro coraçón no queda más d'esso, por muy cierto tengo que vos no faltaría Dios, puesto que por agora tan fin amparo vos parezca quedar. Cuanto más que podría ser para mayor bien vuestro, pues no dexáis de alcançar que el maestro vicioso, con gran dificultad puede enseñar a sus discípulos costumbres virtuosos, ni el infiel predicar el evangelio. Esto digo porque en vuestras razones, assí las d'esta mañana como en las de agora, no mostráis carecer del buen natural que a muy pocos se comunica.

»Y porque podría ser que en lo passado lo hoviéssedes, en los exercicios tan dañados como los de vuestro señor, empleado, por donde vos quedasse el sabor de seguirlos, es bien que conozcáis la merced que vos ha Dios hecho en quitaros el dechado, siguiendo el cual es cierto que feneciera vuestra labor con tan errado punto como los cavalleros que aquí bivían. Los cuales no solamente han perdido esta temporal vida, pero juntamente sus almas, pues son muertos defendiendo su maldad y procurando de dar la muerte a esta virtuosa donzella, en lugar de le restituir lo que tenían suyo con tan grande fuerça como la que el Alto Señor nos ha otorgado contra ellos. Pues no siendo más de tres y de poca nombradía, y ellos cuatro y muy esforçados, han quedado en esse campo muertos y muy feos, sin nos haver, por la gracia del Señor, llagado. Lo

que por muy cierto tengo que assí no sucediera si nuestra demanda fuera igual a su defensa.

»Y pues a vós, virtuoso escudero, sobra lo que a muchos se conoce faltar, conoceldo mientras se vos otorga tiempo y emendad vuestra passada vida, porque gran mal sería que, siendo tan sesudo, por vuestro desconocimiento y culpa vos perdiéssedes. Los palafrenes se vos darán con todo lo demás que esta graciosa mandare, la cual no dexará de seguir en esto nuestra voluntad, pues nosotros seguiremos en todo lo ál la suya.

–La vuestra y d’estos mis señores, esforçado cavallero –dixo Fricea–, es la propia mía. Por ende, no dudéis de disponer d’ella a vuestro sabor, pues no dexaría yo de tener menor desconocimiento si en sólo pensar lo contrario me ocupasse.

–Pues a tan cumplidas mercedes –dixo Belorín– no ay gracias que les corresponder puedan ni servicios igualar, quedaré, señores, por mi parte y mi compañero pienso que no menos, tan adecuado quanto desseoso de lo satisfacer, pues las fuerças para la satisfacción por agora no se me otorgan. En lo demás no quiero deziros lo que mi coraçón siente, pues mudados por vuestro buen consejo sus pensamientos, conoce tener mayor causa de alegría que la que poco antes conocía de tristeza. Por donde doy gracias a Nuestro Señor Dios que en el día que más havia creído perder, he cobrado lo que más desseava ganar, con tan firme y verdadero propósito de mantenerlo, como pocos días antes, imitando las obras de mis señores, trabajava de desechar, recibiendo en ello tan grande engaño como agora ganancia, por la gran diferencia que ay de la viciosa y mala vida a la buena y virtuosa.

–Pues assí es –dixo el rey– no vos partáis tan cedo, porque podrá ser que se faga una cosa que me ha ocurrido, con que si yo pudiere quedéis más satisfecho, solamente por lo que en todo lo que de vós he visto me havéis bien parecido.

Al cual Belorín y su compañero quisieron besar las manos, y el rey, no lo consintiendo, les dixo que entendiessen en les hazer adereçar lo que para comer convenía, porque entretanto quería emendar en lo que le dixera haverle ocurrido. Los cuales no dexaron con mucha diligencia y solicitud de cumplir su mandado, aunque primero hizieron dar recaudo a los cavallos e palafrenes con que vinieran, dexando al rey con los duques e Fricea que subían a lo alto para se desarmar e descansar de su passado trabajo.

¶Capítulo lxiiij. De cómo Belorín e Fricea fueron por medio del rey Finariel desposados e velados. E de cómo se partió d'ellos el rey con los dos duques e su compañía para seguir su demanda.

Entretanto que Belorín e su compañero entendían en adereçar lo que por el rey les fue mandado, viendo el rey el buen aparejo que se le ofrecía para començar de platicarlo lo que le havía ocurrido, llamada Fricea le dixo:

–Ya havéis visto, virtuosa donzella, cómo Nuestro Señor Dios, no se haviendo olvidado de satisferos, según el derecho que contra Donadirén y los otros cavalleros que vuestro castillo vos havían por fuerça tomado, teníades, vos ha restituido en la posesión d'él, con tanto cumplimiento e impensada vengança como por vós se desseava. E porque no es de menos dificultad sostener lo que se gana que ganarlo de nuevo, es menester que el gozo de la cobrança no vos impida el juizio, de manera que dexéis de proveer lo que para en lo venidero satisfaze, para preservación e acrecentamiento de vuestra hazienda. Lo que según el mío no me parece que se pueda hazer si vos no casáis con algún cavallero que por ella e por vuestra persona mire como por cosa propia, de suerte que biváis sin recelo de los cuidados que hast'aquí tuvistes.

»Assí que miraldo como conviene porque, haviéndoos ayudado a cobrar la que era lo más, no quería por nos descuidar que dexássedes de proveer en lo sostener, que es lo menos, que la perdiéssedes. Por donde, assí a mis compañeros como a mí, covernía más el nombre de sandios y de mal recaudo por esto segundo, que de buenos y esforçados por lo primero. Lo que si se hazer pudiere yo querría escusar por la parte que d'ello me havría de caber, antes que de aquí parta.

Al cual Fricea, conociendo lo que más por aquel cuidado le devía, dixo:

–Aunque por me haver hecho tanto bien, esforçado cavallero, como se parece, vos quedé yo tan adeudada, cuanto la razón a ello me obliga. Por el mayor que agora conozco que se me haze y yo recibo, vos besó las manos, suplicándovos que me no juzguéis por desgradecida, si por mí no se vos hazen las gracias y servicios que devría, pues no faltan para lo primero menos las potencias y saber que las fuerças para lo segundo. Por donde, conociendo que lo que más hazer puedo, para demostración de mi voluntad y desseo, es poner mi persona y hazienda en vuestras manos para que, guardada mi honra como espero, dispongáis como viéredes vós más convenirme.

»Dende agora digo que la mayor merced que después de tantos beneficios recibir desseo, es que vós, señor, hagáis y dispongáis de todo, según conociéredes que se deve hazer, certificándovos que no será por mí menos cumplido que era la cobrança d'este castillo desseada. Pues dexando de seguir vuestra voluntad y mandado, no creería haver caído en menor yerro que Donadirén en no haver conocido su maldad y pecado.

–Pues essa es vuestra voluntad –dixo el rey–, la cual por mí se vos agradece como es razón, yo soy contento de lo tomar a mi cargo, aunque de otri no lo tomaría por la valor de seis castillo como éste. Pero porque con vuestro mayor contentamiento proveer se pueda, no dexaré de vos dezir lo que me occorre, porque sabido, si vos bien estuviere, no se ponga dilación en lo traer a efecto.

»Yo he hablado con aquel buen escudero que poco ante vistes, en el cual no se asconde todo lo que en un bueno exteriormente señalar se puede. Por donde me vino al pensamiento de lo hazer cavallero, si vós por vuestro marido y compañero lo quisiéssedes, assí porque ya sabe lo que cumple al regimiento d'este vuestro castillo y tierras, como porque, queriéndolo vós por su sola bondad, pues no ay ni preceden otros respectos que para ello vos muevan, no podrá, aunque siendo mal acondicionado su naturaleza lo incitasse para lo contrario, dexar de vos amar y servir como a muger y señora.

»Pues de ninguna cosa le dais ser, de pobre lo hazéis rico y de no conocido honrado, por cuantos de aquí adelante lo conocieren. Lo que no he querido dezir que con alguno de los escuderos que en nuestra compañía vienen hiziéssedes, porque no creyéssedes que tenía voluntad ni codicia, con vuestra hazienda, galardonar sus servicios, sino con éste que digo, porque cuando vuestra desdicha o la de todos no lo ordenasse conforme a vuestra voluntad, no pueda dezirse que, por haver sido hecho vuestro casamiento dexando el verdadero camino y tomando el otro que los que más codician, no insurtió su devido ni desseado efecto.

Como Fricea no fuesse donzella menos sesuda que agradecida, conociendo como devía que el corazón y desseos del rey no tiravan a más de le procurar seguridad y descanso, le dixo que, pues ya le había otorgado su voluntad para cumplir lo que por bien tuviesse, le rogava que sin le dar razón alguna, pues era escusado, hiziesse lo que le dixera o cualquier otra cosa que le mejor pareciesse, porque se no dexaría por ella de cumplir assí como devía y por tantas razones era obligada.

A la cual el rey preguntó si tenía algunos deudos a quien de necesidad, siguiendo los humanos cumplimientos, e huviesse de dar razón de aquello. Al cual

Fricea dixo que, puesto que algunos tuviesse, no se le daría mucho que sin los consultar le efectuasse, pues aquella su tía no dexasse de ser a la conclusión y efecto de todo, porque la tenía en cuenta de madre.

–No sé yo cómo se pueda esso hazer –dixo el rey–, porque mi atender no puede passar más de mañana y según tengo'l uno, por lo que vós dixistes que havía, dende la fuente adonde el primer día que vos vi comimos, fasta la villa en que vuestra tía bive, y lo que después havemos andado, no podría ella aquí venir en tres días.

–No es tan grande la distancia, mi señor –dixo Fricea–, como cuidáis, porque de aquí a la villa no ay más de siete leguas. Y con la diligencia que se dar puede, por muy cierto tengo que para mañana en la noche, y aun antes, podrá ser aquí mi tía. Y cuando no viniesse, pues por mi parte se le aya dado el aviso y razón que devo, çufrir se ha, pues es más justo haverme yo de atrever a su mesura que a impedir vuestro camino, después de tantos peligros y trabajos que por mi causa vos ha convenido passar.

Fue tan pagado el rey del buen comedimiento de Fricea que, porque la cosa no se difiriesse, en el mesmo punto con uno de los hombres del castillo, el cual muy bien sabía la tierra, embió una carta escrita por Fricea a su tía. Con la cual, dándole muy breve razón de lo passado, la rogava que luego viniesse a su castillo para el efecto que se vos ha dicho, y que en su compañía traxesse algunas de las ropas que en su casa tenía y un clérigo para los desposar, y otrosí que hiziesse saber aquellas nuevas a los escuderos que de antes tenían en cargo su castillo, porque les pudiesse satisfazer lo que devía, assí como lo fizo después cumplidamente. Y que sobre todo trabajasse de venir para esse otro día, porque llegasse al tiempo que tanto la havía menester. Con la cual el hombre se despidió.

Después que hovieron comido, tomando el rey a Belorín a parte, le dixo todo lo que con Fricea havía concertado, y que por ende le rogava, pues no ignorava la merced que en aquello le hazía Dios, y que aquella donzella, por su sola virtud, de su enemigo lo havía querido hazer señor que la amasse y sirviesse sobre todas las cosas, pues por medio d'ella alcançava muger, honra y bienes, sin le quedar cosa que con razón dessear pudiesse. Y pues su partida havía de ser muy presta, que velasse aquella noche las armas, tomando las que le parecerían mejor de aquellos malaventurados cavalleros que tan mal lo cumplieron, porque pudiesse recibir el orden de cavallería con ellas, pues a tiempo sería después de se hazer otras, porque no le quedasse cosa ni vestigio de todos ellos.

Cuando Belorín vido que el rey había su razón acabado, no sabiendo que le responder pudiesse, conociendo la sobrada merced que por Nuestro Señor Dios y por su medio se le hazía, convirtiendo su condición de malo en bueno, sin todos los otros beneficios que con lo primero concurrían, fincando las rodillas en el suelo, le supplicó que le dexasse besar las manos, assí por la medida que se le devía, como en señal y fe de la promessa que entonces le hazía, de ser todos los días de su vida tan leal servidor y marido de aquella donzella, que le había querido dar por muger y señora, quanto lo pudiesse ser el que más d'ello se preciase.

Y despedido del rey, fue a una cámara adonde había unas armas muy buenas de Donadirén, las cuales levó a la hermita de Nuestra Señora. Y cuando fue hora, acompañado del otro escudero de Caradino, a quien aquel hecho contara, ofreciéndole que si quería quedar en su compañía lo ternía como hermano, armándose aquellas armas, las veló con mucha alegría.

Pero antes d'esto, desarmados los cavalleros que aquella mañana murieron por mandado del rey, los hombres del castillo los enterraron muy cerca de donde fue la batalla, a lo cuales dexó de quemar por complazer a Belorín, que muy afincadamente se lo rogó.

Otro día de mañana, el rey lo hizo cavallero, tomando la espada de Fricea, la cual no sin alguna vergüença se la dio, aunque le no dexó de dezir que rogava a Dios lo hiziesse tan bueno que pudiesse parecer en algo al cavallero por cuya mano aquel orden tan alto recibía.

Aquella tarde llegó ende Abarissa, que assí se dezía la tía de Fricea, acompañada de dos sobrinos suyos y del clérigo por quien embiaran. La cual fue bien recebida de todos, pero más de Fricea, porque no se cansava de le besar con muchas lágrimas las manos, sin le poder dezir cosa de sobrado gozo, no llorando menos su tía por razón que assí la amava como si le fuera fija.

Bien quisiera el rey que aquella noche los desposaran, por se poder de gran mañana partir, pero conociendo cuán comedida había sido Fricea, en todo lo que d'ella había podido conocer, quiso pagárselo con estar ende otro día. Por donde dexaron los desposorios y el velar para la mañana, pues se podían hazer juntos, assí como se hizo, quedando todos de aquellos hechos muy contentos. Pero el que más lo quedó fue Belorín aquella noche siguiente, conociendo que las mercedes recibidas eran con todos los cumplimientos que devían por él dessearse. Y puesto que Fricea no fuesse hermosa, no dexava de tener tan buen parecer que ninguno la desdeñasse por fea. Y juntamente

era tan sesuda y virtuosa que, por razón de aquello, quien quiera que juicio tuviera la deviera desear, pues eran cosas que se no podían aborrecer, allende de ser muy buena christiana y amiga de entender y oír las cosas de Dios. Por donde no era en menos temida de todos, señaladamente de su marido, el cual la amó y sirvió no la dexando de complazer todos los años que bivieron tan cumplidamente como lo prometiera.

La noche antes de la partida, el rey con los duques, porque se querían partir de gran mañana, se despidieron de todos, los cuales no dexaron de mostrar el devido sentimiento que tener devían de su partida, ofreciéndoles todo lo que les havían dado con muy cumplida voluntad. Después que del castillo salieron, no quisieron seguir el camino que los duques entendían hazer para Italia, sino que tomaron el que guiava para Alemania alta, haziendo cuenta, si ende no hallavan algunas nuevas, de passar en Ungría y adonde mejor se les ofrecería hasta saber alguna cosa de Flerisena y de su hijo Poliantel.

Para lo cual, aunque el rey mostró mucho querer hazer por su parte aquel camino, pues en no seguir su voluntad en aquello conocían los duques que hazían lo que obligados eran, no se lo concedieron, pareciéndoles que si algún peligro o daño se le recrecía por lo haver dexado solo, no podían escusarse de culpa con dezir que por obedecer su mandado lo dexaran. Por donde, conociendo el rey que era assí devido, lo tuvo por bien, no les dexando de agradecer la voluntad de que en ellos havía conocido para su seguridad y servicio.

¶Capítulo lxiiij. De cómo andando el rey Finariel con su compañía por el reino de Ungría, encontró con dos cavalleros estraños, y sabiendo d'ellos que en toda Ungría no se sabían nuevas de Flerisena, acordó de tomar otro camino.

Aunque aquella tierra por la cual el rey Finariel con su compañía anduvo algunos días, después que partió del castillo de Fricea, tan poblada fuesse de malos cavalleros, no les avino cosa que para escrevir sea, causándolo que como fuessen tres de compañía y en ellos no se encubriesse la bondad que tenían, no los osaron acometer algunos que hallaron. Los cuales, si los hallaran por sí, no dexaran de les dañar si para ello se les ofreciera sazón y aparejo.

Passada aquella tierra entraron en la del imperio de Alemania, por la cual otrosí no le se les ofreció cosa de que se deva hazer d'ello memoria. Y a dos días que havían començado de caminar por el reino de Ungría, vieron cerca del medio día venir por otro camino dos cavalleros que a gran priessa caminavan. A los cuales vinieron a encontrar en una encrucijada que de los dos caminos se causava, en cuya compañía ivan dos escuderos que les levavan los yelmos y lanças. Por donde cuando juntos fueron, pareciéndoles en sus gestos tan apuestos que pocos juzgavan haver visto sus iguales, el rey e los duques los saludaron muy cortésmente. De los cuales no fueron con menor ni menos humilde mesura, y saludados juntamente el uno d'ellos les preguntó que le dixessen por cortesía de dónde eran, porque no parecían de aquella tierra.

–Vós dezís verdad, virtuoso cavallero –dixo el rey–, porque antes somos estrangeros y naturales de Francia. Y si más queréis de nuestra hazienda saber, no menos vos lo diremos por vos dexar satisfechos, y a nosotros otrosí por cumplir lo que conocemos que se nos deve.

–A vós, señor, muchas mercedes –dixo el mesmo cavallero– por la que nos hezistes y havéis ofrecido, por la cual no vos dexaremos de servir con igual voluntad.

–Pues no vos mostráis menos mesurados que apuestos –dixo el rey–, gran merced nos haríades en nos dezir lo que de nosotros sabéis, pues otrosí vuestras personas y gestos no señalan ser de aquí naturales.

–Assí es, por cierto, como lo vós, señor, dezís –dixo el mesmo cavallero–, porque este mi compañero y yo somos hijos de un cavallero español y cuasi lo más de nuestra vida en España criados. Y por ver las cosas del mundo acordamos de entrar en un barco, y el tiempo nos echó en la Gran Bretaña, a la sazón que havían llegado ende unos mensageros del fijo del emperador Octavio, con nuevas de su muerte y de la emperatriz, su muger, y de cómo se havían levado a una nieta d'ellos que se dize Flerisena, por razón de la cual se havían ende fecho grandes llantos y demostraciones de dolor, porque según entendimos aquella honrada emperatriz era hermana del rey Laristeo.

»El cual, como deudo tan conjunto d'ellos, quiso y ordenó que se fiziessen los señales en su reino que por tan gran pérdida se devían. Y como de la mar ya saliésemos enojados, viendo en toda aquella tierra tanta tristeza, que cuasi nos causava que d'ella participássemos, como sea cosa natural los mancebos ser tan enemigos de aquello como amigos de lo contrario, acordamos de passar en Alemania, por ver si sabríamos algunas nuevas del lugar adonde aquella princesa ha sido levada. Y si fuera nuestra ventura

saberlas de ir allá y probar si nuestras fuerças alcançarían para librarla, y puesto que ayamos andado cuasi por todo aquel imperio y después por este reino, el rey del cual nos han dicho que va en la mesma demanda, no havemos sabido más de lo que antes que partiésemos de la Gran Bretaña sabíamos.

»Por donde mi hermano y yo determinamos de nos partir, él para el reino de Thesalia y yo adonde me Dios guiare, por probar si apartándonos podrá el uno de nós saber lo que andando juntos no se nos ha otorgado. Y si vosotros, señores, alguna cosa d'esto supiéredes, muy gran merced recibiríamos en que nos lo dezir quisiéssedes, porque de muy grandes afanes que nos aparejados están nos libraríades.

–Por lo que de vuestra hazienda nos havéis dicho, virtuoso cavallero –dixo el rey–, que si lo supiésemos no dexaríamos de vos lo dezir, cuanto más que, aunque juntos nos vedes, cada uno de nós salió de su casa con esse desseo. Y puesto que por diversas partes ayamos andado, antes nos parece saber menos que cuando partimos, según el mal recaudo hallamos en todas partes. Por donde vengo a creer que la han levado adonde ninguno puede llegar, o que la tienen de tal manera que, aunque junto le passemos, no se nos otorgue verla, pues a mayores cosas se estiende la sabiduría de aquéllos por quien las artes mágicas son alcançadas, aunque no dexo yo de creer que si Dios me dexasse hallara un amigo que tengo muy sabio en ellas, no tardaría mucho en saberlo.

»Y por esta razón considero el peor señal de todos, para que yo crea alcançar alguna cosa en essa demanda, ver que ni se me dexa hallar ni menos creo que d'ello se acuerda, señaladamente sabiendo mi desseo y conociendo yo la voluntad que de me complazer tiene. Por donde vengo a creer que para otri, que por ventura no lo ha de lazerar tanto, está guardada la honra y fama de tan gloriosa cima.

»Y pues vós, virtuoso cavallero, dezís que en todo este reino ningunas nuevas d'esto se saben, lo mejor será, por el más cierto camino que se nos ofreciere, passar en el Imperio Griego por ver si podremos saber ende algo de lo que buscamos. Y si allí no lo supiéremos, entrar en la mar y navegando buscar lo que por la tierra no se permite, porque no nos queden mares ni tierras que no ayamos buscado, hasta que Dios sea servido d enos librar de estos trabajos.

–Pues no somos solos –dixo el cavallero–. Çufrámoslo con paciencia y sigamos nuestra demanda, porque harto mal será que de tantos que en ella vamos, no aya alguno a quien Dios y la fortuna no se lo otorguen. Lo que por cierto querría que fuesse presto, assí porque sepamos quién será aquel bienaventurado cavallero a quien tanta gloria está

aparejada, como porque salgamos d'esta pena, no sabiendo adónde vamos tan perdidos, que creo que este es el mayor trabajo que cada uno de nós siente.

»Y pues ya no queda de qué platicar podamos, si otra cosa no vos ocurre, virtuosos cavalleros, en que vos servir podamos, con vuestra licencia quedad con Dios. El cual vos haga, assí en esto como en todos vuestros hechos, tan bien andantes como en vosotros se muestra el merecimiento.

—A vós grandes mercedes —dixo el rey—, y en vuestra compañía vaya Aquél que a todos nos puede hazer alegres.

Y haziéndose muy gran medida partieron los unos de los otros, tomando el rey con su compañía el camino para Costantinopla, y los otros para donde agora se vos dirá.

¶Capítulo lxxv. En que se cuenta quién eran los cavalleros que de España partieron, y de lo que hasta encontrar con el rey Finariel les había sucedido.

Porque no se tarde a cumplir el desseo que los lectores ternéis de saber quién eran los dos cavalleros que en el precedente capítulo diximos, queremos que sepáis que entrambos eran hijos del rey Palordián, que a la sazón reinava en las Españas. El uno de los cuales era el príncipe y el otro, su hermano, hijo de una hija del duque de Milán. La cual, en el tiempo que aquel buen rey andava por el mundo como cavallero andante, se pagó tanto de su apostura, en algunos días que estuvo en casa del duque, su padre, curándose de unas llagas que le hizo un jayán con quien hoviera muy esquiva batalla, al cual había vencido y muerto muy cerca de Milán, que no quedó menos llagada del afincado amor que contra él puso, que el rey de sus llagas.

Por donde, considerando que el tiempo que había de estar ende no sería más de cuanto fuesse acabado de curar d'ellas, y que si se iva sin gozar d'él no podría muchos días durar su vida forçada de aquél, contra el cual cuasi ningunas humanas resistencias pueden aprovechar sino ayudadas de aquel Alto Señor que todo lo manda y puede, una noche vino a su lecho sin que él ni otro alguno lo supiesse. Y puesto que el rey, por ser hija de aquél honrado duque, en la casa del cual tan grandes honras y beneficios había recibido, con buenas razones trabajasse de le desviar aquellos desonestos pensamientos, como la viesse determinada en uno de dos estremos de amor o desesperación, determinó

de la halagar, pues había de cumplir su voluntad por mostrarle que no <no> menos lo desseava.

De manera que, estando aquella noche a muy gran vicio, perdiendo ella el nombre para con el rey que antes tuviera de donzella, cobró el otro de muger y preñada, sin que ninguno d'ellos lo supiese, de un hijo, el cual después muy secretamente parió e hizo criar. Y cuando fue de edad de quinze años, con una carta suya lo embió al rey, su padre, dentro de la cual había una cruz que ella le tomara la noche antes que se partiesse. Cuando el rey la hubo leído y vido la cruz y al donzel tan apuesto, no fue con él menos ledo que con el príncipe, su legítimo hijo, al cual muy gran semejança tenía y mucho más, después que fue cavallero, en las fuerças y orgullo.

El cual recibió dos años antes el orden de cavallería que el príncipe, su hermano, y al tiempo que el príncipe lo recibió, en las fiestas que por razón de aquel aucto se hizieron, y señaladamente en el último torneo, hizo tales estrañezas en armas, que el rey, holgándose d'ello sin comparación, tuvo por bien de lo publicar por fijo. Por donde se le acrecentó tanto el orgullo, que tenían por muy averiguado que era uno de los buenos cavalleros de su tiempo, tanto que no era en menos tenido y dudado que el príncipe, su hermano, al cual no conocían igual. Y como los dos mucho se amassen, y por ende se comunicassen todos sus hechos y secretos, considerándose mancebos y desseosos de ganar prez y honra, assí como hiziera su padre andando por tierras estrañas, cuasi sobre todos los cavalleros de su tiempo, dexados el rey Pasmerindo con el príncipe Nestarcio porque estos fueron entre los otros estremados, determinaron de se partir secretamente de casa del rey, su padre, el cual entonces tenía su assiento en una ciudad que se dezía Sevilla, assí como lo hizieron lo más encubierto que pudieron, levando consigo cada uno no más de un escudero por ir desembargados de compañías.

Y llegados a un puerto de mar llamado Santa María, se embarcaron en un buen navío, el cual muchos días había que los estaba atendiendo. Y como el tiempo les hiziesse endereçado, pues con aquel haviso eran ende venidos, muy presto passaron a la gran mar de España, y rodeando la costa de Portugal y de Galizia, con las Asturias y provincia de Vizcaya y de Lepuzcua, llegaron una tarde cerca de un puerto que se dezía Blaya del ducado de Guiaina. Del cual, por un río en que entra la marea, se puede navegar hasta Bordeus, que es la principal ciudad de aquel ducado.

Y siendo a vista de aquel castillo que había en aquel puerto, les sobrevino un viento de la parte de poniente tan rezio, que en cinco días los levó al puerto de Antona, el cual era de la Gran Bretaña, adonde desembarcaron con desseo de ver aquella isla de

la Gran Bretaña, la cual algunos y los más dicen de Inglaterra, por todo el Universo muy nombrada. Y en cuatro días llegaron en Londres, adonde en aquella sazón, assí el rey Laristeo como el rey Menadoro con sus mugeres se hallavan. Y en la mesma noche que ende llegaron, vinieron los mensageros que de Colonia les embiavan con las nuevas que se vos ya contaron.

Y a cabo de tres días, los reyes que vos diximos, con las reinas y la infanta Castiria, fueron a la iglesia mayor de aquella ciudad vestidos de paños negros, con los cuales no dexava aquella graciosa infanta de mostrar, aunque no passasse los quinze años, su grande hermosura. De la cual fue tan pagado Gastafileo, que assí se dezía aquel príncipe de España, que quedando sin libertad le otorgó su coraçón tan cumplidamente como se le otorgava, puesto que de aquello la infanta ninguna cosa supiesse. Aunque no lo tardó mucho en saber, porque fue ventura de Gastafileo ponerse en la iglesia aquel día en parte que, gozando de la vista de aquella hermosa infanta, pudo ser d'ella muchas vezes visto.

La cual, como en otra cosa no parasse mientes, viendo que jamás Gastafileo partía d'ella sus ojos, en gran cuidado se puso de saber quién fuessen aquellos cavalleros estraños tan apuestos, tanto que, quien en ello se desvelara, no dexara de conocer su desseo. Y cuando tuvo tiempo de hablar con una de sus donzellas, a quien sobre todas las otras amava, llamada Garinthea, la cual muy cerca de la infanta estava, le dixo:

—¿No miras, Garinthea, cuán apuestos son aquellos cavalleros estraños que están junto a la tumba mayor cerca del altar? Por tu fe que los mires bien, y señaladamente al primero, que está hazia esta parte, porque me parece que jamás ha dexado de mirarme. Pero mira que lo hagas de manera que no sospeche que por me haver visto hablar contigo lo miras.

Por donde Garinthea, cuando se le ofreció sazón, cuasi después de haver mirado a todas las otras partes de la iglesia, bolvió los ojos contra aquella en que los cavalleros estava, y cuando vido a Gastafileo, que era el que su señora le havia más señalado, le pareció el más apuesto de cuantos hasta entonces havia visto, tanto que antes mostrava sobrar al príncipe Florianteo que no que algo, de lo que convenía para le ser igual, le faltasse. Y como Gastafileo no huviesse dexado de conocer que aquella donzella lo havia mirado por razón de lo que la infanta le dixera, a maravilla fue ledo, considerando que ya havían advertido, assí la infanta como Garinthea, que él no mirava otra cosa. La cual, cuando con menos sospecha y sentimiento pudo a su señora bolver la respuesta de

lo que le mandara mirar, hablándole tan baxo que de ninguna de las circunstantes donzellas pudiesse ser oída, y para lo más dissimular, poniéndose la mano delante de la boca como que bostezava, dixo a su señora:

–Yo no sé, mi señora, quién el cavallero sea, porque lo nunca vi, pero no dexaré de dezir, según lo que en él se parece, que es de muy alta guisa, señaladamente habiéndose puesto en aquel lugar y teniendo tan grande osadía en miraros, lo que no osara él solamente pensar si lo no mereciesse. Pero no muera yo hasta que lo sepa.

A la cual la infanta no respondió por entonces, pero cuando se le otorgó le dixo:

–Cata que te ayas en lo que dixiste sesudamente, porque no nos juzguen por ligeras y vanas.

D’esta manera estuvo Gastaphileo gozando de la vista de aquella hermosa infanta, hasta que los divinales oficios, a los cuales muy poca atención tuviera, fueron acabados y la infanta con su madre y agüela se alçaron. Y al tiempo que la infanta hizo su mesura contra el altar, al abaxar de los ojos no se olvidó de passarlos por los de Gastafileo, que los ya atendían, recibiendo d’ello tanta gloria quanto la infanta pena por no saber quién eran. Pero como el desseo que siempre los amantes tienen que los favores sean acrecentados, pareciéndoles que los recibidos son ninguna cosa en comparación de los que mayores dessean, viendo Gastaphileo que las reinas con la infanta iban tan a passo que sin excessa diligencia les podría salir al delante, con que se le otorgaría nuevo gozo de la vista que desseava, dixo a Radorián, que así se llamava su hermano, que lo siguiesse.

Y passando por entre la gente muy presto, se hallaron cerca de la puerta de la iglesia, adonde pararon al tiempo que los reyes, siendo junto a la puerta, vieron aquellos dos cavalleros tan apuestos y que con tan gracioso continente les havían fecho la devida mesura, no se pudieron çufrir, señaladamente el rey Menadoro, el cual no era en aquella sazón menos desembuelto que cuando estava en Trepisonda vergonçoso, sin preguntar aunque mansamente a Gastaphileo quién eran.

Al cual Gastaphileo, no se olvidando lo que por buena criança devía, dixo que eran españoles y que, haviendo aportado con fortuna en el puerto de Antona, eran venidos en aquella ciudad suya, para los conocer y ver las cosas d’ella con desseo de los servir. Aunque conocían que si para ello les faltava fuerças y merecimiento, la voluntad era tan grande que todo lo podía igualar, señaladamente que a ningunos príncipes podrían servir que más lo mereciessen, así por su grande estado como por el valor de

sus personas, cuya fama, no solamente en las Españas pero en todo el Universo, muy altamente sonava.

No se pagó menos el rey Menadoro de la razón de Gastaphileo que lo estava ya de su apostura, tanto que, teniendo por cierto que eran cavalleros de alta guisa, le dixo que él se tenía por dichoso que en aquella tierra del rey, su señor, fuessen venidos, y que, si en su casa entendían bivar, él trabajaría que les fuesse hecho aquel tratamiento y honra que sus personas merecer señalavan, hasta tanto que de su hazienda fuessen más informados.

Al qual Gastaphileo y Radorián suplicaron les dexasse besar sus manos, por la merced y honra que sin medida les havia querido hazer, más por su virtud que por el merecimiento d'ellos, ofreciéndole que, adonde quier que se hallassen, los podría no menos mandar que a los de su propia casa, y que no se partirían dende sin su licencia, porque entre tanto entendían de ver las cosas de aquella ciudad como le ya dixeran. A los cuales, no queriendo el rey Menadoro otorgar las manos, les agradeció su ofrecimiento, dexando lo que demás se podía entr'ellos platicar para otra sazón.

Dicho lo qual, los reyes passaron adelante hablando en la apostura de aquellos cavalleros, no sin desseo de saber quién fuessen. Y luego en pos d'ellos las reinas, sus mugeres, a las cuales otrosí no se olvidaron de hazer lo que buena criança los obligava. Pero quando la infanta se vido junto a Gastaphileo, al qual no avía visto passar, assí se turbó como si alguna cosa de grande admiración le ocurriera, aunque no se le fue ido el primer color por causa de su súpita turbación, quando ya fue venido el otro de seguridad con tanto acrecentamiento, que muy más hermosa pareció a todos, señaladamente a Gastafileo. La gloria del qual no fue pequeña, cuidando que su vista havia sido causa de aquella novedad, quando vido tan grande turbación en la infanta.

La qual, al tiempo que Gastafileo le estava haziendo la medida que le parecía devérsele, con la una de sus rodillas hasta el suelo, abaxando la cabeça como que se le humillava, siguiendo el orden de las reinas que primero lo havían saludado, los ojos de entrambos se vinieron a encontrar con tanta fuerça, que las grandes llagas que en sus coraçones sintieron, de tan poderosos encuentros jamás ningún maestro, sino la muerte que todo lo gana y cura, los pudo durante la vida curar, manando siempre d'ellas en lugar de materia una fuente de mortales cuitas y desseos.

Del licor de la qual, quando más bevían, creyendo amatar la insaciable sed de los ver cumplidos, mayor era su acrecentamiento, cusándolo aquel ravisoso fuego que sus entrañas abrasava. El qual, callentando ultra lo devido aquel licor con que amatar la

pensaban, en doblada sed los constituía, hasta que templándose algún tanto con la gloria y descanso que del fin de sus desseos alcançaron, la fortuna que en los principios y hasta alcançar aquella gloria se les quiso mostrar adversa, convirtiéndose en más próspera, les acarreó tantos plazer y deleites que sobrepujaron a sus passadas cuitas y penas.

Y después que la infanta fue passada, dexándolo en la escuridad que, ascondiéndosele aquel claro y resplandeciente Sol, con la lumbre del cual su corazón no menor claridad alcançava, le parecía tener, y no sintiendo en su persona fuerças ni sentido para partir dende, ni determinar lo que hazer devía, por consejo de Radorián bolvieron a su posada, adonde Gastafileo, acostado en la misma hora sobre su lecho, dixo tantas cosas que si no fuese por vos no acarrear fastidio y porque otrosí podrían dezir que eran sacadas de su crónica, en la cual muy por estenso se hallan escritas, no se dexaran aquí de escrevir, según fueron bien dichas.

Y al propósito de aquella bienaventurança y pena que juntas sentía, preciando ocupar más el tiempo en aquella sabrosa membrança que en correr ni dormir, tanto que Radorián se maravilló de tan súpita mudança. Y por lo consolar, viendo la gran necessidad que d'ello tenía, mas que porque creyese apartarle de aquellos pensamientos, pues vía que por tan hermosa y alta donzella eran bien empleados, le dixo tantas cosas, assí de plazer como otras que, haziéndole cobrar alguna parte de su perdida alegría, y otrosí de la esperança que más dezía faltarle, lo hizo levantar para que alguna cosa comiesse, assí como lo hizo aunque muy poco.

Pero con lo que más para comer se esforçó fue prometerle Radorián que no se desvelaría sino en buscarle algún remedio con que más cierta la tuviesse. Y para començar a entender en ello, otro día, tomando a su escudero y al huésped de su posada, dexando a Gastafileo en su contemplación, fue con ellos a los palacios de los reyes, adonde llegó a tiempo que un donzel, sobrino de Garinthea, salía de los palacios para informarse de lo que su tía lo había instruido. Porque puesto que el rey Menadoro, al tiempo que vinieran el día antes, hoviesse dicho que eran cavalleros españoles, no se satisfacía con sólo aquello el corazón de la infanta. La cual con Garinthea jamás hablava en otra cosa como aquella que ya iva perdiendo la libertad, por la cobrança del nuevo señor que de su grado había tomado. Y cuando el donzel vido a Radorián con aquella compañía, teniendo muy bien en la memoria las señas que le diera su tía, luego la conoció en la apostura y estraño trage. Al cual, viendo Radorián que lo mirando estava, le dixo:

–Si me miráis, amigo, para me dezir algo que por vos hazer pueda, no lo dudéis, porque puesto que sea estrangero ya podría ser que complirlo se me otorgasse.

–A vós muchas mercedes –dixo el donzel–, pues soy cierto que lo no dexaríades de poner en efecto haviéndolo prometido. Pero no vos miro por cierto sino por lo mucho que el Alto Señor quiso que en vuestra persona mirar se deva. Por donde no podía forçar mis ojos que d’ello cessassen por no perder lo que en veros cobravan. Y agora conozco que me no mintieron, al tiempo que me dixeron que si vos encontrava no vos desconocería, por la razón que ay para nos vos desconocer.

–Pues agora que me encontrastes y me havéis conocido –dixo Radorián–, ¿qué es lo que queda para vuestra cumplida satisfacción?

–Muy poco si vós, señor, mandáis –dixo Polucar, que assí se dezía el donzel– y mucho se vos no plaze.

–Si está en mi mano, virtuoso donzel –dixo Radorián–, dende agora vos ofrezco que no quedaréis descontento, pues hasta aquí ninguno lo ha quedado por mi culpa.

Y como diziéndole aquello hoviesse visto que le señalava Polucar que se llegassen a unas rexas que ende había, mostrando que para las mirar iva, dixo a su huésped y al escudero que lo atendiessen, porque las quería ver juntamente con la huerta que d’ellas se mostrava. Y cuando junto a las rexas fueron, Polucar, como quien le estava enseñando lo que dende se mostrava, le dixo:

–Lo que por merced vos pido, esforçado cavallero, es que me digáis quién sois y el otro cavallero a quien ayer habló el rey Menadoro, mi señor, a la puerta de la iglesia, certificándovos que, si vós no queréis descubrir, ninguna cosa fue jamás en tan grande secreto tenuta.

–Yo soy contento de vos lo dezir, virtuoso donzel –dixo Radorián–, pero con la condición que dixistes, pues de lo publicar ningún provecho resultaría. Y para esto sabed que aquel cavallero con quien ayer el rey habló se dize Gastafileo, y a mí Radorián. Y puesto que seamos hermanos, yo no dexo de lo tener por señor, por razón que, aunque tenga algunos años menos, por su mayor valor y esfuerço es justo que yo haga de grado aquello que me forçarían hazer razón y naturaleza, puesto que me pesasse.

–Si me más no dezís, esforçado cavallero –dixo Polucar–, aunque lo dicho sea para mí sobrada merced, con el mesmo cuidado que tenía antes que vos encontrasse quedará quien lo saber dessea. Y yo por mal afortunado en mandados, siendo éste el primero que con la mayor poridad del mundo se me ha encomendado.

–Saber querría quién vos la encomendó –dixo Radorián–, pues según vuestra razón no sobrepuja la poridad al desseo que de lo saber tienen.

–No quedará por esso si me lo dezir quisiéredes –dixo Polucar–, pues mi tía Garinthea, que es la donzella a quien la infanta, mi señora, sobre todas las otras ama y precia, me mandó que lo yo supiesse.

–Mal aya quien el mandado de tan virtuosa donzella de cumplir dexare –dixo Radorián–, señaladamente siendo tan amada por la más hermosa infanta de cuantas se hallar podrían, según vós dixisteis, pues no lo podría desdeñar que no mereciesse mayor castigo que perder desonradamente la vida. Y por ende, no solamente por huir de tan devida pena, pero conociendo que servir a las semejantes donzellas es ganar muy grande honra e gloria, le diréis que a mi hermano Gastafileo, después de los días del rey, nuestro padre, le pertenecen los reinos de España, y a mí servirlo, assí agora como entonces. A los cuales, juntamente con los reinos que dixere, terná vuestra tía tan prestos para cumplir su mandado como el servicio de la infanta, su señora, a quien todos lo que juicio alcança no pueden dessear más de servirla. Y si habiendo cumplido lo que vós, virtuoso donzel, de mi saber quisistes, no desdeñássedes cumplir lo que yo en tiempo pedir os conocería que tenéis alguna voluntad de corresponder a lo que la mía dessea complazeros.

–No ay cosa que por vós, esforçado cavallero, de hazer yo dexe –dixo Polucar–, pues en mí no se podría hallar igual voluntad ni fuerças a vuestra cumplida medida.

–Pues assí lo ofrecéis –dixo Radorián–, lo que no vos quedo yo por mi parte menos que el príncipe, mi señor y hermano deudor, lo que vos pido y ruego es que, pues él, sabidas por unos mercaderes que d’este reino fueron en España las nuevas tan sonadas de la grande hermosura de la infanta, vuestra señora, no dudó los peligros de la mar ni halló menos los deleites y plazerres que en casa del rey, nuestro padre, tenía por venir a verla y servir, y que en ser venido y haverla visto conoce haverlo favorecido la fortuna con los más altos principios que se pudieron considerar, digáis a vuestra tía que de su parte suplique a la infanta, su señora, le haga merced de le otorgar el alto nombre que de cavallero alcançar dessea, assí poque conozca que con tan alto y próspero medio no pueden sucederle contrarios ni adversos fines, como porque con él pueda hazer tales cosas y servicios que se le añada el merecimiento que siente faltarle por le haver alcançado.

»Y por no se prolixo no quiero dezir os lo que, después de haver visto a la infanta, su señora, ha padecido y se espera, pues allende que sería cuasi imposible

referirlo por la brevedad del tiempo, no pienso que en muchos y largos años se aya oído ni visto que un cavallero pudiesse sentir tan aquexado.

Cuando Polucar hubo lo que Radorián le dixera oído, aunque no dexasse de conocer que de dezir aquello a su tía se podía recrecer algún peligro, si aquellos fechos adelante passavan, considerando por otra parte el valor de aquel príncipe, el cual no era justo que de tan largos y evidentes trabajos y peligros no recibiesse algún galardón, y que otrosí prometiera a Radorián, su hermano, que cumpliría cualquier cosa que por él le fuesse mandada, y acordándose que havia oído dezir que Esteria no havia mal librado, antes muy bien, por haver sido medianera en los amores de los reyes Menadoro y Luceminia, y que cuando se le otorgasse lo que pedía, que era el nombre de su cavallero, no era cosa de la cual parando ende ningún prejuizio a la honra de la infanta, su señora, podía recrecerse, dixo a Radorián que él tenía tan grande desseo de servirlo y satisfazerle en alguna parte la voluntad tan cumplida que en él havia conocido, que no dexaría de cumplir lo que le mandara con su igual. Y que otrosí le haría sabidor de lo que su tía le diría después de se lo haver dicho, con lo que de la infanta, su señora, havia recaudado. Pero por quitar todo género de sospechas, que no llevasse de allí adelante su huésped en su compañía ni menos viniesse a los palacios, pues en la iglesia mayor, adonde cada día él acudiría dichas las missas o alguna pieça antes que se dixessen, por huir del concurso de la gente, podrían verse y hablar de lo que ocurrería. Al cual, agradeciendo Radorián su ofrecimiento, prometió que se le no olvidaría al príncipe, su señor, de le galardonar tan cumplido servicio.

Y dicho aquello se despidió d'él, quedando entrambos tan contentos por el buen recaudo que cada uno fallara según su intención, quanto lo fueron después los que lo atendían, porque Gastaphileo no se podía dexar de tener <a>abraçado a Radorián, haziendo cosas y extremos como si de juizio careciera, sintiendo tan sobrado gozo como si ya tuviera por cierto el fin de sus desseos. Y la infanta, no pudiendo negar a Garinthea sus nuevas cuitas ni menos lo que por parte de Gastaphileo se le pidió, no quedó sin igual alegría, aunque por otra parte mezclada con tantos pensamientos y desseos que muy sabio hoviera de ser quien discerniera cuál era lo que más sentía.

Assí que con mucha igualdad iva aquel ciego maestro urdiendo la tela del querer de aquellos dos amantes, y començándola de texer tan lisa y tan igual, pues todos los ñudos y borrones que se le ofrecían los desejava cortándolos con las tiseras de la esperança, del gran precio que acabándola assí como la començara havia de alcançar, que jamás se erró punto, no solamente el exercicio de sus pies y manos, pero ni en el de

los pensamientos, según estaban siempre atentos y determinados de sostener todas las penas que padecían, porque aquel halagüero filo de la voluntad, que le iba en entremetiendo del un corazón al otro, no se pudiese, así como no pudo, jamás quebrarse.

El siguiente día no se olvidó Radorián ir a la iglesia para cobrar la respuesta de Polucar, el cual lo estaba atendiendo con no pequeño desseo de se lo dezir. Pues cuando se la hubo dicho, conoció quedar Radorián tan alegre como él satisfecho de las gracias que por ello le diera. Pero sin comparación fue más alegre Gastaphileo, no lo dexando de señalar con todas las palabras y otros actos que dixera y hazía.

Passados algunos días y alcançada por Gastaphileo, con intervención de Polucar, licencia de su señora para la pedir al rey Menadoro, a la hora que se havía de sentar a la mesa, juntamente con la reina Luceminia y la infanta, su hija, vino ende con Radorián, su hermano, y hecha su mesura dixo al rey que, acordándose haverle prometido de se no partir dende, juntamente con aquel cavallero que consigo venía, sin le dar d'ello razón y tener d'él la licencia que les faltava, lo venía a certificar cómo esse otro día entendían de se partir si su voluntad y mandado no les ponía impedimento. Y que sólo Dios era sabidor cuánto les pesava por entonces no tener facultad de quedar en su casa y servicio, así por gozar de las honras y mercedes que por él se les havía fecho y ofrecido, como por poder cumplir el desseo que de lo servir tenían, porque forçados de quien en aquel caso les podía mandar, havían de acudir a plazo cierto en otra parte, adonde dexando de ir por su negligencia o voluntad no podían sino venir a menos de lo que prometieran. Y que por ende le supplicava que, si no lo recibía en deservicio, se le mandasse otorgar, pues no estava en su liebrtad dexar de poner en efecto aquella partida.

Y como en fin de aquella palabras le sobreviniessse un dolor tan bivo de la consideración de la soledad que de sentir havía, viendo ante sí aquella ferosa la infanta, en la cual se encerravan toda su bienaventurança y desseos, fue gran maravilla haver podido dissimularlo y detener las lágrimas que su triste corazón le embiava para su propio remedio, pues sin ellas le parecía impossible dexar de rebentar por mil partes. Lo que, siendo por la infanta conocido, no dexó de le acarrear una grande gloria y pena juntas, causándose la primera del señorío tan verdadero que sobre aquel príncipe conocía tener, y lo segundo de la mesma soledad que no podría dexar de sentir en su ausencia.

Oída por el rey la razón de Gastafileo, le otorgó la licencia que le pidiera, conociendo que no devía por ningún respecto ponerle estorvo en su partida por las

causas que dixera, puesto que mucho quisiera que en su casa quedaran por estar de entrambos muy pagado. A los cuales no quiso por su hazienda preguntar, por no les poner en algun aprieto, si entendían de encubrirse, acordándose cuán grave le había sido dezir lo semejante en el tiempo que trabajava en ser conocido.

Después que el rey les hubo la licencia otorgado, se despidieron de la reina y de la infanta. La cual en aquel tan estrecho punto no triumphó menos de todos sus sentimientos que si los no tuviera, dissimulando con una fingida alegría un bivo no menos que verdadero dolor que su triste corazón sintió, viendo que se había de partir aquél que con la presencia todo lo alegrava. Otrosí se despidieron del rey Laristeo y de la reina, su muger, los cuales en aquella sazón ya no entendían en más de servir a Dios y en las otras horas en gozarse con la compañía de aquellos reyes, sus hijos, y de la infanta, su nieta.

Y cuando les pareció hora, el día siguiente partieron para bolver a Antona, dexando encomendado a Polucar que rogasse a su tía que no consintiesse que la infanta d'ellos se olvidasse, puesto que no fuesse menester solicitadores en aquella causa. Y viniéndoles el viento que esperavan, con su barco començaron de navegar por la canal que dizen de Flandes, hasta llegar a una villa que se dezía Bergas, adonde desembarcaron.

Y despedidos los marineros con el barco, partieron para ir a Colonia, adonde creían hallar algunas nuevas de Flerisena. Y como no las hallassen, passando todo el imperio de Alemania, entraron en el reino de Ungría, por el cual anduvieron muchos días sin saber más que de antes, salvo que les dixeron que el rey Pasmerindo era ido en aquella demanda y que passando por el reino de Thesalia había librado a la reina Laurela, de la hermosura de la cual grandes cosas oyeron dezir. Y como Radorián desseasse ver si la presencia conformava con la fama, había determinado de ir a Prantasia con intención, si era cómo se dezía, de hazer tales servicios a aquella hermosa reina, que pudiesse tener atrevimiento de le pedir nombre de su cavallero y lo que más se le otorgaría para alcançar su amor, junto con el señorío de su reino, assí porque con aquello conocía que se le ofrecería vida descansada, como porque tenía muy grande desseo de lo ganar por su persona sin lo esperar ni haver del rey, su padre.

Assí que por aquella causa dixo Gastaphileo al rey Finariel que se querían partir el uno del otro, porque el príncipe desseava mucho bolver en la Gran Bretaña, por ver a su señora y quedar en aquella tierra por su servicio, y Radorián ir en Thesalia por la

razón que se vos ha dicho, puesto que al rey Finariel no le huviessen declarado aquellas causas sino que eran criados en España e hijos de un cavallero español.

Y aquella noche que al rey dexaron, durmieron en casa de un florestero. Y en la mañana, abraçándose muchas vezes no sin mostrar el sentimiento que de aquel departir se havían de sentir, se partieron tomando cada uno con su escudero el camino que para su intención convenía. Y puesto que assí en el imperio de Alemania como en el reino de Ungria, y en otras partes por donde anduvieron, Gastaphileo y Radorián huviessen hecho muchas cosas dignas de memoria, no se vos han contado por extenso, assí por no hazer la presente historia sin fin, como por escusar la reprehensión de algunos émulos y detractores, los cuales con algún cuasi verdadero fundamento pudieron dezir que fueron sacadas de las crónicas, assí de Gastaphileo como de Radorián. Los cuales a maravilla fueron valerosos cavalleros, pero no vos dexaremos de dezir algunas que, después que se partieron el uno del otro, hizieron y lo más brevemente que se pudiere, como vinieron entrambos a fin de sus honestos desseos.

¶Capítulo lxxvj. De cómo alvergando una noche Radorián en casa de un cavallero anciano del reino de Thesalia, supo la necesidad muy grande en que estava una hija suya. Y de lo que para librarla d'ella acordaron.

Como Radorián fuesse de corazón orgulloso, no podía dissimular el pesar que sentía, viendo que havia caminado por todo el reino de Ungria y otras tierras que después se le ofrecieran, sin hallar cosa en que pudiera exercitarse y cumplir el desseo que de ganar honra y prez tenía, señaladamente en aquellas tierras, porque antes de entrar en el reino de Thesalia la fama de su altos fechos precediesse, porque al tiempo que llegasse a besar las manos a aquella hermosa reina ya tuviesse desseo de conocerlo.

Y como las cosas, que por el Alto Señor están ordenadas, no puedan dexar de venir a su devido fin, puesto que a los que las desseamos muy tarde o cuasi nunca nos parece que han de efecturarse, acaeció que en la primera jornada que hizo, después de ser entrado en el reino de Thesalia, fue a alvergar en casa de un cavallero anciano. El cual, hallándose a la puerta de la villa al tiempo que Radorián quería entrar, pareciéndole que era tal que cualquier honra y buen acogimiento merecía, le rogó que

alvergasse en su casa, porque en ella se le haría el servicio que podría. Por donde, par[e]ciendo a Radorián que era rogado por su provecho, agradeciéndole su buena voluntad, se lo otorgó. Y después que fue desarmado, como aún fuese temprano, le dixo:

–Pues el tiem[po] nos da lugar, y estar tan cerca de la puerta de la villa aparejo, para nos holgar alguna pieça, mientras la cena se vos adereça, con la vista del campo y del río, por cierto tengo, virtuoso cavallero, que vos holgaréis, si allá fuéremos, e yo mucho más en contaros una fortuna y desdicha tan grande, que para mí no siento su igual.

–Hágase como lo vós mandáis –dixo Radorián–, pues no se pudiendo ofrecer d’ello peligro, tenemos por muy cierto el descanso, aunque si convienesse para el remedio de vuestra fortuna aventurar yo mi vida, sin duda podéis creer que lo haría con la mesma voluntad que en vós para me acoger he conocido.

Al cual el huésped dixo que se lo tenía en merced, teniéndolo por tan cierto como lo ofreciera. Y hablando en aquello y en lo que más se les ofreció salieron por la puerta de la villa. Y llegando a la orilla del río, sentándose en unos maderos que había ende grandes, el huésped le començó de hablar, diziendo:

–Yo vos rogué, esforçado cavallero, que por el descanso que se me recrece de contar mis penas, viniésemos a este lugar, porque durante el tiempo que las oyéredes no se vos recrezca tanta fatiga, con la vista del agua y d’estos árboles que no menor deleite acarrean. Y pues el lugar es para ello conveniente, pídivos por merced que sea por vós con atención oído, assí porque sabida mi desdicha me podáis mejor aconsejar, como con vuestras fuerças ayudar si las sintiéredes para mi remedio bastantes, porque en fin de mis días no haya de padecer tan gran daño y afrenta.

»Para lo cual havéis de saber que en el tiempo de mi juventud fui criado del alto Vincilario, rey d’este nuestro reino de Thesalia, el cual en su vegez suplicado, o por mejor dezir importunado, por sus vassallos, casó con Laurela, la hija del duque de Remerse. La cual, después de su muerte, ha sucedido en el reinado, aunque le no faltó guerra después de muerto el rey, su marido, la cual le hizo un cormano del rey que se decía Dandalio, por le quitar el reino, pretendiendo que le pertenecía de derecho. Pero como no fuese assí como lo pretendía, puesto que con grandes huestes la tuviesse cercada dentro de la ciudad de Prantasia, en el tiempo que lo creía tener todo ganado, por un cavallero, el cual quieren dezir que fue el rey Pasmerindo de Ungría, guiado por

esta tierra por aquel señor que sabía muy bien la gran justicia que la reina tenía, fue aquel Dandalio que dixe vencido y muerto en una batalla.

»Por donde la reina fue pacíficamente en el señorío de su reino restituida. Y como no sea menos cumplida de todas las virtudes que en una muger podrían considerarse, que de aquella estremada hermosura, de la cual fue por el Alto Señor con grandes cumplimientos dotada, siendo sin lo yo procurar informada de cuantos años había servido al rey Vincilario, su marido, y que no tenía más de una hija donzella, la cual en esta villa no era tenida por fea; y que mi determinación era de descansar en mi casa sin querer gozar de las honras y favores, por las cuales van muchos siguiendo a sus reyes perdidos, embiándome un privilegio de su mano firmado, con el cual me hacía donación y merced de una dehesa muy grande, con un hermoso castillo que muy cerca de la villa tiene su assento, con la renta del cual se pude por cualquier cavallero honestamente bivar.

»Otro sí me embió a mandar que le embiasse a mi hija, sin me quedar cuidado de casarla, porque en su casa se le daría marido a su honra e a mi voluntad. Y como yo viesse en esta graciosa reina tanta nobleza, que sin lo yo pedir me hacía tan cumplidas mercedes y honras, las cuales por los reyes d'este tiempo pocas vezes son otorgadas a los que después de las merecer por servicios les son otrosí devidas, por lo que más pierden y gastan en perdir las, lo que unos dizen que hazen por acrecentar thesoros, y otros por tener en sus casas quien los siga e sirva con sus propias haziendas, halagándolos con una esperança tan vana como son necios los que la creen, no quise dexar de obedecer su mandado y con la mayor brevedad que pude llevarle mi hija. Assí porque, quando se enfrían semejantes pensamientos, no se pueden después sin mucha dificultad callentar, como por le ir a besar las manos por la merced y honra que me hiziera.

»De la cual fuimos mi hija e yo con tanto amor recibidos, que puesto que no fuera más de aquello el galardón de mis passados servicios y de los venideros de mi hija, no dexaremos de conocer que ultra de satisfechos le quedávamos deudores. Passados algunos días, con licencia de aquella virtuosa reina, bolví a mi casa con intención de servir a nuestro señor en los postrimeros días, con los pensamientos más descansados que en el passado tiempo, pues le había plazido darme con que lo hazer pudiesse.

»Pero como los enemigos de nuestra naturaleza en la más descansada vida mayores assechanças nos tengan, y no menores lazos nos armen para derribar todo el

edificio que huviéremos hecho de buenas obras, se siguió que la hermosura que de mi hija dixe, codiciada de los ojos y corazón de un cavallero, a quien han sido otorgadas más fuerças que bondad y virtudes, hizo y causó que por todas las vías a él posibles no dexasse de trabajar en ganarle la voluntad, conociendo que con aquello, no solamente sentiría algún alivio en sus penas, pero que ternía esperança de llegar al fin de sus desseos, con lo qual juntamente se le otorgaría con que muy descansado bivar pudiesse, assí con mi hazienda como con lo que la reina se dezía que havia de dar para su ca[s]amiento, y ser de la reina favorecido por medio de mi hija, assí como lo ella era sobre todas las donzellas que para su servicio tenía.

»Pero como mi hija preciasse más mirar lo que al servicio de la reina cumplía que todo lo que Crapanel, que assí se dize aquel falso cavallero, hazía, no se le dava más d'ello que si lo nunca fiziera. Por donde bivia sin ningún cuidado de aquellos desabridos servicios, no dexando otrosí de considerar que assí convenía que lo fiziesse para la conservación de su honra y fama, señaladamente teniendo el cargo que de la persona de la reina y de todas sus cosas le havia otorgado. Por donde Crapanel, viendo que en más de dos años, en los cuales jamás havia cessado de servir a mi hija, aún no havia podido alcançar que solamente lo mirasse, convirtiendo sus primeros pensamientos aunque no buenos en otros muy malos, determinó de hazer morir de cruel y vergonçosa muerte a mi hija. Y para lo traher a efecto urdió la traición que oiréis.

»Que un día, tomando a un reverendo fraile, del qual muy gran cuenta se haze, assí por la reina como por todos los que lo conocen, muy secretamente en su celda, le dixo:

»—Porque sé que vuestra buena vida y conocida doctrina, reverendo padre, hazen florecer la fama de vuestra bondad sobre todos los padres de vuestra religión y de las agenas, hallándome con estrema necessidad de consejo, con el qual pueda mi conciencia descargar, de manera que, quedando yo fuera de cargo, a ninguno succeda peligro ni daño, he acordado de vos lo venir a pedir, conociendo que de tan cumplida persona no puedo dexar de recibirlo, sino de la forma que, pospuestos cualquier intereses y passiones, se me dar deve. Pues para ello no vos falta el saber y mucho menos vos ha de faltar la voluntad. Y para esto havéis de saber, padre, que en estos días passados, siguiendo yo más las cosas que este engañoso mundo nos ofrece, que las otras que más podían aprovechar a mi alma, pareciéndome que en esta penada vida no se podía por mi alcançar mayor bienaventurança que poder gozar de la hermosura de Graciela —que assí se llama mi hija—, que es la donzella a quien sobre todas las otras más muestra la reina

preciar, la comencé de amar tan afincadamente como agora tengo causa de la aborrecer, por la haver conocido después no menos falsa y alevosa que de antes se me figurava hermosa y de otras muchas virtudes cumplida.

»Esto digo porque havrá diez noches que, passando yo por entre la cerca de la ciudad y los palacios de la reina adonde salen algunas finiestras, assí de la cámara de la reina como de aquella en que duerme con otras donzellas Graciela, sentí que un hombre a quien conocer no pude estava con ella hablando, puesto que muy baxo porque la boz d'ellos de ninguno pudiesse ser oída ni menos conocida. Pero como la distancia que hay del suelo a las finiestras no sea tan poca, que para se poder oír no les conviniessse algún tanto alçarla, estando a ello con más atención de la que deviera por no oír mis propios males, sentí que dixo el hombre: “¿cómo cuidáis vós, mi señora Graciela, que tengo yo de querer cosa que contra vuestra honra sea? Por Dios vos ruego que lo no creáis, pues antes passaría por la mesma muerte que yo fuesse causa de la amanzillar. Por donde vos suplico me hagáis merced de arrojar el hilo que vos embié para atar la escalera, por la cual tengo de subir a mi desseada gloria. Y acordadvos que semejante donzella no ha de venir a menos de su palabra”.

»Y puesto que Graciela algún tanto lo dificultasse, passada una pieça en la cual la voluntad sobrepujó a los contrarios que le ocurrieran, vide cómo aquel hombre subió hasta entrar por la finiestra, aunque el hilo ni la escalera de cuerdas no pudiesen por mi ser vistas, por donde creo que al tiempo que subía iba cogiendo lo que más baxo quedava. Y como a mi triste corazón sobre todas sus passadas penas aquel dolor de haver sentido, lo que, virtuoso padre, podéis considerar, huviesse assí lastimado tanto, que no me quedaron fuerças ni juicio, quise dar bozes como loco, aunque después me çufrí, conociendo que del alboroto d'ellas podía succeder algún prejuizio a la honra de la reina, mi señora, lo que yo menos quisiera que haver visto lo que de Graciela dixe.

»Y puesto que aquella noche lo huviesse oído e visto, no pudiendo creerlo sino que era alguna visión, que por razón de mis pensamientos o porque desesperasse el enemigo malo me representava, determiné, para mayor certificación de mi mal y de su traición, asecharla en las venideras noches, en las cuales fui tan desengañado de mi porfiada duda como cuitado y aquejado del dolor y penas, que hasta haver mi juicio podido alcançar la razón que havia para desecharlas, me havían atormentado. Porque en verdad, padre, era en tanto grado, que si no hubiera más pérdida de la vida, nunca atendiera los desengaños que después yo mesmo trabajé de buscar, sino que a ellos y a mi vida se diera por mí un mesmo fin. Pero considerando que se no podía hazer sin la

del alma, la cual es irrecuperable, no menos dexé de trabajar con el celestial favor de me sostener con el çufrimiento que convenía hasta agora.

»Y porque no querría que, publicándose estos fechos, dezirse pudiesse que lo hago por pagar a Graciela el poco o ninguno amor que me siempre mostró tener, no sé qué medio hallar pueda. Pues por otra parte veo que, callándolo, soy participante en la traición que a la reina, mi señora, se haze y de los peligros que más podrían succeder si aquel traidor matasse a la reina o la robasse, cuya reparación no siento menos difícil que el remedio para lo primero.

»Assí que pues veis, reverendo padre, lo que en estos fechos occorre, por amor de Dios vos suplico que pensando bien en ellos, me aconsejéis de manera que mi alma quede descargada, aunque por otra parte cualquier peligro se me ofrezca, pues por salvarla todo lo que me avenir pudiere estoy de passar determinado.

»Oído por aquel padre todo lo que por Crapanel se dixera, en muy gran pensamiento fue puesto, no sabiendo que le aconsejar deviesse, pues por una parte vía la traición de mi hija, cuidando que assí fuesse, y lo que de más podía d'ella succeder, y por la otra el poco aparejo que había para la castigar, no habiendo para ello cumplida prueba, pues no se sabía quién era el hombre que había en su cámara entrado. Y por mejor determinarse dixo a Crapanel:

»—Mucho querría saber de vós, virtuoso hijo, si por caso, siendo d'esta traición avisada la reina, quisiesse castigar a la donzella que dezís haver la hecho, y ella lo negasse, qué prueba se podría hallar porque no se hable cosa d'esto sin verdadero fudamento.

»—Será la prueba ésta, reverendo padre —dixo Crapanel—, que pues yo lo he visto, yo lo haré conocer a cualquier cavallero que lo contrario ose defender. Y me parecerá haver fecho muy poco en vencerlo, aunque fuesse el rey Pasmerindo, según tengo averiguada la justicia por mi parte, puesto que, si sin castigo de Graciela pudiesse remediarse, Dios sabe cuán grande es mi desseo que assí se hiziesse por huir de los juizios que dixere. Y otrosí por no ver en peligro la cosa que en este mundo más he querido.

»—Pues tan cumplida e justa dezís, mi hijo, tener la prueba —dixo aquel padre—, id vós con Dios, porque yo trabajaré de vos descargar d'essos cuidadosos pensamientos con la mayor brevedad y menor daño que se hazer pueda.

»Y como viesse que aquel hecho no requiría dilación, despedido Crapanel, fue a la reina, a la cual dixo todo lo que se vos ha contado sin le nombrar quien se vos ha

dicho, encargándole que se huviere en aquello sesudamente y sobre todo que le guardasse de difamación. Y como la reina una cosa tan estraña de su pensamiento huviere oído, no menos maravillada que sañuda contra mi hija, dixo al fraile que le agradecía su aviso y consejo, y que ella lo seguiría, pues assí conocía cumplirle.

»Y aún no era fuera de los palacios aquel padre, cuando, entrada dentro de su cámara y mandadas salir todas sus donzellas sino mi hija, le dixo:

»—Nunca pensé, Graciela, que de tan honrado padre como el tuyo, lo que yo, virtuoso cavallero, dezir no deviera si el processo de nuestras razones no lo traxera, y tan leal como fue al rey, mi señor, salieras tú tan desleal y falsa, señaladamente siendo de mí, sobre cuantas donzellas hijas de altos hombres y otras que tengo en mi casa, querida y preciada. Y pues tú mejor que yo sabes la causa porque esto se te dize, aparéjate a passar por la pena que a tus semejantes está por las leyes de mi reino estatuida, porque yo te prometo que lo que tú pensavas que te podría más aprovechar para te librar d'ella, que era el grande amor que te yo mostrava tener, te será tan contrario quanto es razón que lo sea, siendo tus obras tan al revés de mi pensamiento como se han conocido.

»Dicho lo cual, calló, quedando tan sañuda que a mi hija, haviendo oído lo que le dixera, assí le faltó la palabra como si, conociendo su culpa, la perdiera. Por donde la reina, creyendo que aquel silencio de aquella causa procedía, la mandó levar a una torre en que estuviesse presa, sin le poder mi hija dezir cosa para su desculpa, más que si muda fuera. Y llamados para esse otro día los de su consejo, la reina les propuso aquel fecho, mandándoles que con mucha brevedad entendiessen en castigar a Graciela, según se hallaría por derecho. Los cuales le dixeron que la no podían aconsejar ni menos determinarse si no había una de dos cosas, o que mi hija lo otorgasse, o que para ello huviere suficiente prueba. Por donde, mandada venir ende Graciela, la interrogaron sobre las preguntas que, juxta la información que la reina de aquel hecho tenía, ordenara el fisco.

»Y como, al tiempo que de interrogarla començaron, mi hija viesse ser aquella mayor maldad que la traición de la cual era acusada aunque la cometiera, santiguándose muchas vezes y tomando con la gran saña que de aquello le sobrevino mayor esfuerço del que cualquier cavallero tener pudiera, ayudándole sobre toda la limpieza e justicia que tenía por su parte, negando todo lo que contra ella se oppusiera, dixo a la reina en presencia de quantos ende eran:

»—Aunque según la gran traición de la cual soy culpada, muy alta señora, señaladamente habiendo mi padre y yo de vos recibido las honras y mercedes que a todos vuestros vasallos son notorias, no deviesse ser oída si para la verificar solamente se hallasse el menor de los indicios y sospechas que pudiessen considerarse, yo fío en aquel alto y justo señor que a vos, mi señora, libró de Dandalio, que assí mesmo por su piedad como por mostrar su justicia, me librara tan cumplidamente, cuanto, si lo cometido huviesse, se me devía el castigo. Y porque no creáis que para en este tan peligroso caso, de aprovechar me entiendo de ningunas leyes que a favor de mi flaqueza y de las otras mugeres estén ordenadas, ni menos de aquella misericordia que sobre todas las cosas tener deven los que como vos, mi señora, reinan y señorean estados, ni de aquel gran amor y voluntad, puesto que sin alguna causa, aunque no por la que de presente se me aplica, que me siempre tener mostrastes, digo que, si se provar pudiere que sólo mi pensamiento haya jamás errado contra vuestra honra y servicio, ni la menor obra de la cual se pueda lo mesmo conjeturar, quiero y entiendo quedar por tan falsa y alevosa y recibir toda la pena que se me dar deviera por vuestras leyes, como si lo huviesse cometido, puesto que, para la prueba de mi inocencia, es mi voluntad de aprovecharme, assí del favor de aquel alto señor a quien mi limpieza no es oculta, como del derecho que no se me provando me da por quita.

»Cuando la reina con los que ende eran aquello oyeron, mucho se maravillaron de la osada razón de mi hija, pues por ella mostrava sentirse tan libre de culpa como antes de la haver oído culpada, señaladamente la reina, acordándose que, cuando con ella sola estuviera, no le havía dicho cosa en su defensa. Por donde, con mayor desseo de saber aquella verdad, mandada bolver mi hija a la torre, embió por aquel fraile que la avisara. El cual, apretado por la reina que le dixesse quién havía sido el autor de aquella traición, no pudo dexar de se lo dezir, pues no solamente lo que con Crapanel passara no havía sido en confesión, sino por vía de consejo. Pero juntamente le havía dicho que, cuando por Graciela se negasse lo que contra ella dixera, él lo averiguaría y haría conocer por armas a cualquier cavallero que lo defeneder quisiesse.

»Y esse otro día, venido Crapanel ante la reina por su mandado, y preguntado si era verdad que él huviesse dicho a aquel reverendo padre, que Graciela le hazía traición en sus palacios, dixo que assí era como se lo dixeran. Y que puesto que le pesasse, porque aquellos hechos fuessen tan adelante passados como se havía visto, no dexaría de mantenerlo contra cualquier cavallero que quisiesse defender lo contrario. Pues la verdad no dexaría de sobrar las fuerças del más sobrado jayán que se hallar pudiesse

para contradézirla. Por donde la reina, viendo tan gran diferencia entre el acusador e mi hija, la hizo venir ende para que de la boca de Crapanel oyesse su acusación, assí como la dixo y afirmó ser verdadera en presencia de la reina y de todos los de su consejo. Pero por mucho que quiso e trabajó de cobrarla, no pudo tanto que, oída mi hija, no se conociesse ser mejor su defensa.

»Y pues no podía escusarse que su derecho fuesse por algún cavallero defendido dentro de cierto término, se lo assignaron de dos meses, mandándole que durante aquel plazo lo buscase, con certificación que, después de passado, se procedería contra ella según podrían por justicia. Y como mi hija, sintiéndose sin alguna culpa de aquella acusación, tenga confiança que Nuestro Señor Dios milagrosamente ha de remediar, sin que para ello se hagan diligencias algunas humanas, jamás ha consentido que por mí ni por su parte se haya entendido en ello, fiando en la protección y defensa de sólo aquel alto señor que de su desculpa es verdadero sabidor, ni menos ha querido verme ni oír consuelos, diziendo que, siendo falsa y alevosa, no la tengo de ver ni hablar hasta tanto que, como buena hija y libre de aquella gran traición, merezca ser consolada.

»Y según mi cuenta ya no creo que le quedan ocho días del plazo, por quanto hasta agora ninguno de los cavalleros de la reina, assí por no saber el derecho de mi hija como por dudar a Crapanel, el cual es cavallero de alto hecho d'armas, ha querido tomar su defensa, ayudando a ello no haver sido por mi hija requeridos.

»Por donde, esforçado cavallero, podéis considerar cuán grande sea mi cuita y si tengo razón de contarla, señaladamente a vuestros semejantes, porque no será menos que, contándolo a muchos, no se halle alguno que de mi necesidad se duela y me aconsege lo que hazer devo.

No fue menos ledó que maravillado Radorián, oído lo que aquel honrado cavallero le dixera, viendo cuán breve aparejo se le ofrecía para seguir la intención que en aquel reino lo havían fecho venir. Porque luego consideró que si él vencía o matava aquel traidor de Crapanel, siendo de tantas fuerças como se publicava, no podía dexar de ser conocido su valor, assí por la reina como por todos sus vasallos. Y que otrosí ganava la voluntad de Graciela para le ser con aquella hermosa reina muy verdadera intercessora.

Y pareciéndole que havía tenido más que hazer en pensar el éxito de aquellos fechos que de cumplirlo, dixo a su huésped que fuesse ledó y no desconfiasse de aquel señor, en el poder del cual su hija havía tanto confiado, porque él le prometía sin entremeterse en otra fazienda de se ir derecho a Prantasia y tomar la defensa de su hija,

certificándolo que, aunque Crapanel fuese el mejor cavallero del mundo, no le duraría dos horas en el campo, pues la traición que urdiera no le otorgaría tanta dilación.

Por donde oído por Barmenil, que assí se dezía aquel buen cavallero, el esforçado prometimiento de Radorián, assí le pareció haver a su corazón sobrevenido un nuevo género de alegría tan grande, como antes lo tenía ocupado de tristeza. Y si a sus canas se otorgara fincar las rodillas en el suelo y pedir las manos a Radorián, por aquella merced que conocía haver recebido, no dexara de hazerlo por mostrarle cuán grande era su agradecimiento, pero considerando que sin conocer su estado por un hombre de su edad no se había de assí hazer, le fixó las gracias que supo, suplicando a Nuestro Señor que assí como lo había aconsolado le diesse esfuerço para cumplir aquello y todo lo ál que su servicio fuese.

Dicho lo cual, porque se ya hazía tarde, bolvieron a la posada, adonde Radorián le dixo que, si entendía de ir a Prantasia para que viesse lo que en la liberación de su hija se haría, adereçasse lo que convenía para su persona aquella noche y podrían ir de compañía. Y si determinava de quedar, que fuese todo a su voluntad. Al cual Bramenil dixo que, pues yendo de consuno, no podía dexar de ir tan aconsolado y con tanto esfuerço como quedando con mil recelos y dudas, las cuales no le fatigarían menos que la congoxa principal, él trabajaría de estar de buena mañana tan a punto, que por él no se diferiría la partida ni menos por su voluntad.

Y después de haver cenado con más plazer de Bramenil del que en todo aquel tiempo había tenido, conociendo que en Radorián se mostrava todo lo que en un cavallero para aquel efecto pudiera dessear, haviendo practicado de la forma que había de ser su camino, se acostaron Radorián y su escudero, dexando a Bramenil que entendía en se adereçar para la mañana. El cual se dio en ello tan buena diligencia, acompañando la su buena voluntad, que muy presto lo tuvo adereçado. Y cuando començó el día tomaron su camino para Prantasía, con gran desseo de todos de lo andar muy presto por dar fin en la deliberación de Graciela y en lo que Radorián traía pensado.

¶Capít[ulo] lxxvij. De cómo Graciela fue por Radorián librada, con muerte de Crapanel. Y cómo después de algún tiempo alcanzó Radorián por muger a la reina de Thesalia.

Tan grande fue la priessa que Radorián con Bramenil se dieron en aquel camino, que dos días antes de lo que cuidavan llegaron a Prantasia. Y en la primera noche fueron a posar en casa de un cavallero, grande amigo de Bramenil, del cual no fueron menos bien recebidos que aposentados. E sin comparación fue su alegría grande por lo mucho que a Bramenil y a su hija amava, quando vido a Radorián y supo la causa de su venida, señaladamente sabiendo que del plazo que a Graciela se assignara no quedavan más de tres días. Por donde no se hablava de otra cosa en aquella ciudad, teniendo por muy cierto que Crapanel dixera verdad y que Graciela moriría como alevosa de muerte assí cruel como deshonorada. Pero como el Alto Señor no se haya jamás olvidado de aquellos que con firme fe en él esperan, puso en el corazón de Radorián aquel desseo de ver a la reina de Thesalia, assí para remedio de la necessidad de aquella virtuosa donzella, como para lo que demás había de suceder por se cumplir lo que estava por él ordenado.

El siguiente día en la mañana, acompañado Radorián de Bramenil y de su huésped, y armado de todas sus armas, salvo del yelmo y lança que su escudero le levava, fue a las casas de la reina. Y llegó al tiempo que era salida para oír la missa, acompañada de algunas de sus dueñas y donzellas, pareciendo con los paños negros, que siempre vistiera después de muerto el rey Vincilario, tan hermosa que, viéndola Radorián, todo se estremeció, juzgando sus ojos y corazón no haver jamás visto cosa con que tanto se halagassen. Y por gozar de más cerca de aquella tan de[le]jitosa vista, al tiempo que se quería assentar en una silla en que antes de oír la missa acostumbrava de oír a los que se a quejar venían de algún agravio que les fecho fuesse, llegándose a ella con no menor esfuerço para aquello del que en la batalla contra Crapanel había de tener, fincando las rodillas en el suelo, quiso començarle de hablar. Pero como aquella discreta no menos que virtuosa reina lo viesse tan apuesto y con tantas ricas armas, no se acordando haver visto cavallero que tam bien le pareciesse después del rey Pasmerindo, teniendo el respecto que de la edad de cada uno se había de tener, pues la de Radorián no llegava a los veinte y tres años, passando la del rey Pasmerindo los cuarenta, no le consintió por mucho que lo Radorián porfiara, sino que levantando le hablasse. Para lo

cual bien quisiera aquel esforçado cavallero que por la reina le fueran dadas las manos, según sentía en su fuerças flaqueza para se levantar. Pero cuando vido que era razón que el mandado de la reina preferiesse a su porfia, se levantó no dexando le de dezir en el mismo tiempo:

–Pues vuestra voluntad y sobrada medida no dan lugar, virtuosa no menos que alta y hermosa reina de Thesalia, a que por mí se vos hable con aquel acatamiento que a vuestro estado se deve, pues según vuestro merecimiento es escusado pensar lo no dexando primeramente de besar vuestras manos por aquella tan alta merced y honra que por vuestra virtud conozco, aunque sin lo merecer, haver recebido, hablaré como lo mandáis. Puesto que de conocer no dexé que a vuestra persona y a mis desseos se haze no pequeño agravio, y porque es menos razón que los vuestros, si lo son de saber la causa de mi venida, dexen de muy cedo cumplirse.

»Havéis, muy graciosa reina, de saber, que oída por mí, aunque muy lexos d’este vuestro reino, la fama que de vuestras virtudes por el Universo se suena, con más desseo de vos servir que podría con mis flacas fuerças señalar, determiné de venir en esta vuestra tierra. Y en la primera jornada d’ella fui sabidor cómo un cavallero, Crapanel llamado, no pudiendo satisfacer los no devidos desseos que contra la vuestra leal donzella Graciela tener señalava, urdiendo la mayor traición que se pensar pudiera, dio causa para que, siendo por vós mandada prender, se procediesse contra ella como alevosa donzella y falsa, a vuestra honra y servicio. Lo que es tan falso como Graciela de tan dañada acusación limpia e quita, porque cuando por su descargo no tuviesse más de ser hija d’este virtuoso cavallero, sería suficiente para repeller cualquier ocasión de sospecha e indicios que contra ella pudiessen considerarse, cuanto más que ni los hay ni los puede haver, habiendo sido siempre tan leal y verdadera como el amor que le vós, señora, teníades, y al cargo que le tener mandárades era devido.

»Por donde, queriendo el Alto Señor que tan falsa y conocida traición no deva más durar, y que aquella virtuosa donzella sea en su primero ser y honra, de que sin causa ha sido desterrada por todo el tiempo de su prission, restituida, fizo que con la mayor diligencia que me dar pude sea aquí venido. Con que, cumpliéndose su voluntad, no dexando mis desseos de se cumplir, assí en vós ver y servir como en poder librar a vuestra donzella, si bien tuviere de me otorgar su defensa. Para la cual digo que entiendo de mantener con mi persona y fuerças, assí contra Crapanel como cualquier otro que afirmar lo osé hasta la muerte, que la acusación fecha contra Graciela es tan falsa quanto lo fuera Graciela si justamente la huviera acusado.

Tam bien parecieron a aquella hermosa reina las razones de Radorián, que tuvo por muy cierto que, lo que por ver quedava, no era de cavallero que no fuesse muypreciado y de muy alta guisa. Por donde le dixo:

–Si vos pluguiere, cavallero, aguardar algún tanto, no vos aquexéis, porque mientras se dixere la missa mandaré que Crapanel aquí venga. Del cual podréis saber si se atiende a lo que de Graciela ha dicho o si conoce que lo dezir no deviera. Y según su respuesta se podrá proceder en esse fecho como mejor conviniere. En lo de más yo vos agradezco vuestros buenos desseos y venida, certificándovos que los míos no serán menores para vuestro galardón, de lo que dixistes ser los vuestros para mi servicio.

–Por la merced que por vós, muy alta reina, se me haze, vos suplico yo me dexéis besar vuestras manos –dixo Radorián–, porque en lo ál no quiera Dios que me aquexe fallándome en vuestra presencia, de la cual vos prometo no partirme sin vuestro expreso mandado, pues no ha sido para otro aquí mi venida.

No curando la reina de satisfacer a lo que dixera por se no enredar con Radorián en más pláticas, se alzó para ir a oír la missa. Y en aquel tiempo recibió a Bramenil mejor de lo que él traía pensado, por donde no pudo dexar de derramar algunas lágrimas de aquella sobrevenida alegría. Al cual la reina dixo:

–Paréceme, Bramenil, que se no perderá el derecho de vuestra hija por falta de buen defensor. Plega a Dios de vos ayudar a todos según la justicia o culpa que vuestra hija tiene, de la necessidad y peligro de la cual sólo el Alto Señor es sabidor quanto por vuestra causa me pesa.

–En Él fío yo, mi señora –dixo Bramenil–, que assí ayudará a mi hija como a vós fizo, porque por muy cierto tengo que si culpa tuviera, en el tiempo que cuasi no se havía de esperar ni creer, no embiara este esforçado cavallero para que la defender quisiesse.

Dicho lo cual, y mandando que Crapanel fuesse llamado, la reina, acompañada de Radorián y de los otros, fue a la capilla en que se le havía de dezir la missa, adonde, dexada por él, se puso en parte que a su sabor pudiesse mirarla, assí como lo hizo mientras se dixo. De que no recibiendo pequeño deleite, no dexó a la reina sin algún pensamiento y desseo de saber quién era, acordándose de la manera que le hablara e viendo la forma que en la mirar tuviera, de que no le pesava por razón que dende la primera hora que lo vido, como se vos dixo, le pareció, no solamente muy apuesto, como lo era, pero de muy alta guisa. Puesto que por todo aquello su corazón no le demandasse más de lo que se ofreciera.

Acabada la missa y venido Crapanel, la reina dixo a Radorián que ya era ende aquel cavallero que a Graciela había acusado, mostrándoselo, que por ende supiesse d'él lo que dixera. Por donde, preguntado Crapanel por Radorián si perseverava en su acusación, y respondiéndole Crapanel que él no era cavallero que a menos de lo que dixera, señaladamente siendo verdad, viniessen, dieron sus gages a la reina, dexando la batalla para después de medio día. Pero antes quiso Crapanel que fuesse ende traída Graciela, por saber d'ella si le otorgava su defensa. La cual, al tiempo que con sus guardas por aquella sala entrava, se halló en manos de Radorián, el cual, levándola ante la reina, después de le haver hecho entrambos su devida mesura, le dixo:

–Porque para traher a efecto la batalla que con Crapanel aplazada tengo, no succedan estorvos ni impedimentos, ésta, vuestra leal donzella, fiando más de su derecho que de mis fuerças y pareciéndole que me lo otorgar deve por sola la voluntad con que aquí vine para lo mantener, dize muy alta señora que viene ante vós para me lo otorgar, assí como me lo otorga por todas aquellas vías que más y mejor puede, y en presencia de Crapanel, porque d'ello no dexede de quedar satisfecho.

Por donde Graciela, dando a Nuestro Señor Dios innumerables gracias con mucha humildad por aquella merced tan grande que en se acordar d'ella le fiziera, y a Radorián por su buena voluntad, de más dixo que ella se lo otorgava tan cumplido como lo tenía, suplicando al Señor de los cielos y de la tierra que en aquella batalla no desdeñasse mostrar su justicia, pues jamás a ninguna dueña ni donzella fue tan gran traición levantada. A lo cual, queriendo Crapanel responder, Radorián le dixo que no curasse de averiguar aquello con la donzella, pues no tardaría mucho de venir el tiempo en el cual se vería cuál de los dos era el falso y traidor. Y que quisiera mucho verlo armado, porque si le parecía largo el plazo hasta passado medio día, pudiessen luego entrar en el campo.

–Yo creo que cuando ende fuéredes –dixo Crapanel–, vos pesará no menos de ser en él entrado que vos plazería si salirvos dexassen.

–Ya vos dixede, Crapanel, que estos hechos no se han de averiguar con palabras –dixo Radorián–, por ende hazed lo que vos pareciere para ser presto en la batalla, porque yo vos prometo de me no salir d'ella a vuestro grado.

Dicho lo cual, Crapanel salió dende tan sañudo que parecía estar fuera de su juizio, dexando a Radorián de tan buen talante como si no huviera de hazer batalla. El cual suplicó a la reina le hiziesse merced de ser a ella presente con su donzella Graciela, assí porque viesse cómo lo hazían entrambos, como Graciela su buena o mala andança.

Y como aquella virtuosa reina conociese que se le pedía guisado, así por respecto de la causa de la batalla, como de aquel cavallero que tan humilmente se lo suplicara, y no menos desseosa de ver cómo se manternía en ella, se lo otorgó acordándose que así estuviera ella mirando la que el rey Pasmerindo hiziera por la cobrança de su reino con Dandalio. Y como Radorián quisiese por aquella tercera merced besarle las manos, las reina las tiró así, conociendo que muy gran desseo tenía aquel cavallero que se las otorgasse.

Cuando fue hora de comer, la reina mandó que así a Radorián como a Bramenil y a su hija, con el huésped que con ellos viniera, se lo diessen en sus palacios. Con la cual fizo que quedassen algunas guardas, más por mostrar que no estava en su libertad que por creer que de huir havia, señaladamente después de la haver oído, porque siempre tuvo por cierto que era sin culpa. Muy aconsolado se halló Bramenil al tiempo que con su hija se vido en la mesa, así por le haver ya besado las manos como por ver la constancia que en ella se mostrava. Por razón de la cual los que ende eran no se dexavan de maravilliar, viendo el poco caso que de su peligro y de las lágrimas de su padre hazía. El cual no gustó en el comer otro sabor ni licores, por muy buenas que fueron las viandas y los consuelos y esfuerços de Radorián y de su huésped.

Cuando fue hora de salir a la plaça adonde la batalla se havia de hazer, la reina salió de su aposento para ir a verla. A la cual de grado levara de rienda Radorián, si no le retraxera, queriéndolo acometer, considerar que así por ser la reina el principal juez de aquellos hechos, como por esforçar a su donzella mientras por el camino irían, era cosa más conveniente ir con Graciela y su padre. El cual en aquella sazón no tenía necesidad de menos esfuerço que su hija. Por donde salidos de los palacios, al tiempo que por las calles ivan, los que vían a Radorián no dudavan de dezir que no libraría mal Graciela si a la defensa de su cavallero ayudava su derecho. Llegada la reina con los juezes que estavan destinados para semejantes lides, subió a los cadahalsos, los cuales cuando ende venía siempre cubrían de paños negros. Y después de sentada en su real silla, por mandado d'ella fue Graciela puesta en una finiestra de una casa que havia a la otra parte de la plaça, cuasi enfrente de la reina, con sus mismas guardas y su padre que le tuviesse compañía.

Fecho lo cual, siendo ya venidos todos los que su batalla havían de mirar, por donde en aquella plaça y ventanas d'ella, juntamente con los cadahalsos de la reina, no parecía que huviesse suelo ni edificios sino de rostros de hombres y mugeres, según la muchedumbre de los que para verla eran venidos, Radorián se hizo enlazar el yelmo, y

tomada su lança, se puso junto al cadahalso de la reina por poder mejor gozar de aquella su estremada hermosura. De ver la cual recibía tan grande deleite y estava tan embevecido, que ya era entrado Crapanel en la plaça y muy cerca d'él llegado. Y aún no lo había sentido ni visto sino por bolverse a mirar a quien habían saludado los juezes. Los cuales, al tiempo que Crapanel hiziera su mesura a la reina y después a ellos, abaxaron algún tanto las cabeças en señal de saludarlo. Por donde Crapanel le dixo:

–Si no tenéis más sentimiento, cavallero, en la batalla del que agora mostrastes, no creo yo que bastéis a sobrar con vuestras fuerças, aunque dobladas fuessen, al mal derecho de Graciela. Por donde yo vos prometo de hazer que no estéis tan descuidado en ella.

–Cuando ende estuviéremos –dixo Radorián–, yo vos haré conocer que mis manos no se descuidan de castigar vuestra traición, pues poco antes me sobraba razón de no me bolver por ver a nadie, y señaladamente a vós, de quien no me pago menos que me pagava más en mirar a quien mirava. Pero pues ya somos adonde ser havíamos, yo vos prometo de vos ver más de lo que cuidáis y no para vuestro provecho.

Tan sañudo quedó Crapanel de las palabras de Radorián, que si no tuviera esperanza de se presto vengar d'él, el corazón le rebentara. Pero viendo que ya los juezes venían para poner a cada uno como convenía, çufriose sin responderle, considerando que no pudiera dezir cosa con orden sino mil desatinos.

No tardaron los juezes en poner a los cavalleros el uno contra el otro, a cada cabo de aquella grande plaça, no les quitando ni añadiendo cosa de su derecho. Y después que fueron vueltos y sentados en su lugar, las trompetas començaron de tañer, al son de las cuales començaron de correr con sus cavallos con tanta furia, que la saeta de la ballesta salida no muestra tener tanta velocidad. Con la cual, y con tan grande estruendo que parecía ser su correr de muchos más cavalleros, vinieron a encontrarse de tan poderosos encuentros, que hechas de cada lança de las que traían pieças sin número, Crapanel fue derribado por las ancas de su cavallo en el suelo, y tan reziamente, que si no cayera de pies no pudiera sino quedar muy quebrantado, quedando Radorián tan firme en la silla como antes del encuentro. Aunque por el escudo tenía un pedaço de la lança de Crapanel metido, pareciendo a todos que estava mal llagado, lo que no era assí, pues no llegava a la carne.

Y acercándose con su cavallo a Crapanel, le dixo:

–Si me yo quisiesse agora del campo salir, bien creo yo, Crapanel, que me lo no estorvariades con vuestras fuerças y menos con la voluntad. Pero porque no es razón

que tan buen cavallero como vós dexé de vengar su saña, no entiendo de vos dexar solo, y otrosí porque sepáis que no soy tan descuidado con la vista de los cavalleros como de las hermosas mugeres.

Dicho lo cual, saltó tan ligeramente de su cavallo, que causando assí a la reina como a todos que los miravan gran maravilla, no dexó de causar en el coraçón de Crapanel menor espanto. Con el cual luego temió su muerte, a causa que su traición ya començava de acusarlo ante justo juez. Pero como no fuesse de menores fuerças que de gran sobervia, no queriendo sino como suelen los semejantes permanecer en su pertinacia, no preciando a Radorián, el cual contra él venía esgrimiendo con un esforçado denuedo su espada, le fue al encuentro con un continente tan sobervio, que se no dexó de parecer en él, que si fuera tan bueno como malo no le faltavan fuerças ni esfuerço. Y puesto que Radorián con la espada viniessé alta para lo ferir, fue Crapanel tan diestro en aquello, que antes de recibir el golpe que Radorián le amargara, lo firió de tan pesado golpe sobre el yelmo, que, aunque le no plugo, le hizo inclinar la cabeça, haziéndole mayor mesura de la devida y de la que tenía en voluntad. Pero no le fue Crapanel de aquella vez tan alabando, que del golpe que de Radorián recibió, no quedasse tan cargado que pudiendo lo ferir de otro semejante no quedasse llagado, assí como lo fue de una llaga aunque no grande en la cabeça. Con la cual Crapanel quedó tan castigado, que mucho trabajó mientras se le otorgó de no recibir otro en descubierto.

Y por mostrar que se le no entendía menos de ofender que defenderse, comencó de ferir por todas las partes que pudo a Radorián. Lo que no duró más de lo que le aprovechó, porque siendo Radorián uno de los buenos cavalleros de aquel tiempo, y teniendo tan buen derecho como malo Crapanel, el cual con gran parte no era tan buen cavallero, antes de una hora, después que su batalla començaran, lo tenía por tantas partes llagado que la sangre que d'ellas salía, assí alegrava a Bramenil y a Graciela como entristecía y desmayava a Crapanel. Pues la reina, aunque de lo encubrir trabajava, no dexava de se alegrar de la bienandança de Graciela, porque antes de su acusación mucho la amava, y después sin comparación más cuando fue averiguado no tener culpa.

Y como en aquella sazón Crapanel ya anduviesse muy lasso y mal llagado por muchas partes, pareciéndole que su contrario de dava más priessa de la que él quisiera por traer a fin su batalla, tirándose a una parte le dixo:

–Yo creo, cavallero, que cuidáis que nos ha de faltar el tiempo según nos damos entrambos la priessa. Çufrámonos si vos parece un poco, pues assaz hay de día y no pueda dezirse que en tan breve tiempo fue el uno de nos vencido.

–No alcançaréis vós de mí esse çufrimiento ni descanso –dixo Radorián–, assí porque me no juzguen por descuidado como porque ya ah mucho tiempo que dura vuestra traición. De la cual no tardaréis de recibir el castigo.

Dicho lo cual, fue contra Crapanel con tan gran denuedo, que viendo que si quería atravesarse a ferirlo no podría sino ser peor tratado que de antes, determinó de se sostener lo mejor que pudiesse, defendiendo que la espada de Radorián no entrasse por sus carnes, de la cual muy gran miedo tenía. Pero no lo pudo tan gran pieça hazer que no fuesse llagado por muchas más partes. Por donde, con la mucha sangre que perdiera y el cansancio de la batalla, era maravilla cómo se podía sostener. Y quando Radorián tan perdido lo vido, llegándose muy cerca d’él, sin temor ni recelo del daño que le hazer podía, lo puxó tan rezio que lo hizo caer de espaldas en el suelo, de tan gran caída que sólo aquello bastara para lo matar, aunque llagado no estuviera, según fue d’ella quebrantado. Y poniéndole sus rodillas encima de los pechos, le cortó las enlazaduras del yelmo y se lo quitó de la cabeça. Y poniéndole la punta de la espada sobre aquella malvada boca, que tan gran maldad dixera, la empuxó un poco, con que le hizo abrir los ojos y tomar en su acuerdo, diziéndole:

–Si no otorgáis, Crapanel, la verdad, catad que vos no tardaré en dar la muerte.

–Por más muerto de lo que yo ya me veo –dixo Crapanel–, no sé qué temer pueda. Pero por no perder mi alma, si Dios fuere de me perdonar mis grandes pecados servido, dende agora otorgo que mi maldad y traición me ha traído en este estado.

Y llamados los juezes, lo oyeron de su propia boca, y así se lo fueron a dezir a la reina. La cual por no menos sesudo que esforçado juzgó a Radorián, pues no havía querido matarlo, señaladamente estando tan mal llagado que bivar era impossible, porque la desculpa de Graciela más claramente se mostrasse. Por donde se lo agradeció en su corazón más de los que señalava, a causa que entendía mostrar a Graciela que no era menos agradecida de los servicios que justiciara por lo contrario.

Fecho aquello y sacado Crapanel del campo, el cual aquella noche murió y esse otro día fue enterrado, los juezes quisieron sacar a Radorián en medio d’ellos, por le dar la honra y lugar que a los vencedores se acostumbra. El cual, agradeciéndoselo como devía, les dixo que sobrada honra y merced se le havía fecho por Nuestro Señor Dios en lo librar de las manos de tan buen cavallero sin ninguna llaga, quedando aquella

virtuosa donzella, por quien su batalla se hiziera, libre e quita de la traición que le havían levantado, con facultad de bolver en el servicio de aquella virtuosa reina, assí como antes de la haver puesto en prisiones.

Cuando Bramenil con Graciela fueron en la plaça, quisieron fincar las rodillas ante Radorián, por le fazer aquellas gracias que le dever conocían. El qual, no lo permitiendo, tomó por la mano a Graciela, a la cual, juntamente con su padre, levó al cadahalso adonde la reina estava. Y cuando fueron en la última de las gradas subidos, fincando los tres las rodillas, Radorián le dixo:

–Pues la culpa a esta leal donzella se dava, muy alta señora, ha sido causa que por vós se procurasse de le dar el castigo que por su alevosía le era devido, agora que al Alto Señor plugo haver mostrado su lealtad e limpieza tan cumplidamente como es notorio, venimos este honrado cavallero, su padre, y yo, a vos suplicar cuán humilmente se nos otorga, que assí como publico havia de ser, siendo falsa, su castigo, assí lo sea su perdón. Por donde se vea que no está ni ha de estar, assi agora como de aquí adelante, menos en vuestra gracia que lo estuvo en la sazón y tiempo que fue por vos más preciada, dándole en señal d’ello vuestras manos para que vos las besé, y a su padre y a mí otrosí por la parte que de tan alta como justa merced a todos alcança.

Cuando la reina huvo la razón de Radorián oído, y vido a Graciela y a su padre delante de sí, llorando tan dulces lágrimas de aquel sobrevenido gozo que les impedía que le hablar pudiessen, acordándose de los viejos servicios de Bramenil y de los nuevos de Graciela, juntamente con la lealtad de entrambos y de cuán sin razón havían padecido ella prisiones y su padre penas y passiones, doliéndose no menos de sus fatigas passadas que alegrándose de su presente gozo, y otrosí viniéndole a la memoria la tristeza y alegría que el día que el rey Pasmerindo la librara de Dandalio havia sentido, no pudo su generoso coraçón dexar de señalar, con algunos exteriores señales de tristeza, aquella su grande alegría. Con la cual, tomando entre sus hermosas manos la cabeça de Graciela, en presencia de todo el pueblo, la besó en el rostro diziendo:

–Pues tan claramente como devida se ha mostrado, Graciela, tu lealtad y desculpa, yo te prometo de te satisfazer las penas y pensamientos, assí de tu padre como las tuyas, de manera que sientas y conozcas que sobrepujará la satisfacción a tu limpieza devida al castigo que si culpable fueras se te dar pudiera.

No fueron perezosos Bramenil con Graciela en tomar las manos de la reina y besárselas muchas vezes, por aquella tan cumplida honra y merced que recibir conocían. La cual no se las negó como de antes, conociendo que assí era devido que se

fiziesse. Y puesto que Radorián quisiesse seguirlos en aquello, la reina no lo consintió por no lo conocer, juzgándolo siempre de muy alta guisa. Y pues ya no había causa para que ende se huviessen de detener, la reina decendió de los cadahalsos para bolver a sus palacios. Y como a la buelta Radorián levasse de rienda a la donzella Graciela, no se descuidó de dezirle la causa principal que en aquella ciudad y reino lo había traído, rogándola que cuando con su señora sazón se le ofreciesse, no se olvidasse de sus desseos, declarando quién era y por qué razón él y su hermano se habían partido. De que Graciela no fue menos leda que maravillada, así por haver sido librada por tan alto cavallero, como por ofrecérsele aparejo para satisfacerle alguna parte de la deuda que le debía, por haver ofrecido su vida por librar la suya. Y por ende le prometió que lo no perdería por su negligencia, pues en la honra de su señora no recavesse menoscabo ni manzilla.

Y porque haver de contar por exceso todo lo que passó, antes que Radorián alcançasse por muger aquella hermosa reina, sería otra no menor historia que la de Valerián, solamente vos diremos que, sabida por la reina la fazienda y desseos de Radorián por medio de Graciela, lo començó de amar afincadamente, ayudando a ello haver visto y conocido su persona y fuerças a lo que pujavan, allende de ser el más apuesto cavallero que, después del rey Pasmerindo, según ya se vos dixo, había visto ni oído dezir. Y por se mejor certificar de aquello que no sabía sino por sola su relación, muy secretamente y con gran diligencia embió a Amadén en España para que se informasse de todo lo que convenía, por manera que no huviessen de embiar otro para saber de toda su fazienda la verdad. El cual se la dio tan buena, así en el ir como en bolver con el recaudo que era conveniente, que antes de cuatro meses bolvió con él y tan cumplido como la reina deseava, hasta traerle todos los señales de su gesto y persona sacados del bivo.

Por donde, conociendo que todo lo que Graciela d'él le dixera era verdad, mandó a Amadén que, como de sí mesmo procedía, hablasse con algunos de sus altos hombres que la rogassen que se casasse, porque no quedasse el reino sin sucesor, señaladamente teniendo ende aquel cavallero, el cual era hijo del rey de España, y tan preciado y virtuoso, con quien casando serían bienaventurados y de quien los dañar quisiesse defendidos. El cual se supo haver en aquel hecho tan cuerdamente y solicita, ayudando a ello ser Radorián de todos tan amado que ninguno había que de su amistad no folgasse, que en muy breves días los tuvo cuasi todos concordados. Los cuales vinieron a lo suplicar a la reina tan afincadamente que, mostrando que lo hacía más por complazerlos que

porque de su voluntad procediese, lo otorgó. Por donde luego se hizieron sus desposorios y bodas con no menores fiestas de las que en cualquier otro tiempo fueron en aquel reino hechas ni oídas.

Y pues Radorián había alcanzado el fin de sus desseos, no se olvidó de embiar sus mensageros al rey, su padre, a los cuales mandó que por la Gran Bretaña passassen, adonde hallarían al príncipe Gastaphileo, su hermano, y que lo fiziessen de su alegría y ventura sabidor. Y cuando las supieron, muy ledos fueron assí el príncipe, su hermano, como el rey, su padre, el cual no se olvidó de dar gracias a Nuestro Señor Dios porque tan honradamente le había heredado aquel hijo y a su no menor contentamiento, a cuya causa se hizieron en España algunas fiestas. Las cuales acrecentaron haver sabido nuevas del príncipe Gastaphileo, del cual muchos días había que no las sabían.

Y al tiempo que Radorián fue con la reina desposado, hizo a Obarán, su escudero, cavallero, al cual casó con Graciela, por amor de la cual fizo tales cosas en aquellas fiestas que Bramenil y su hija conocieron que todo les sucedía por medio de Radorián prósperamente. Otrósí hizo que la reina casasse muchas de sus donzellas con otros cavalleros mancebos, y que les diesse muy buenos dotes. Con que acrecentándose las fiestas no se disminuyó el amor que le tener devían, antes dio causa que fuesse de todos más querido que el rey Vincilario, el cual en todo el tiempo que bivió los había mantenido en mucha paz y justicia. Pues no dexó de hazer lo mesmo Radorián, mientras el Alto Señor le otorgó vida con que lo hazer pudiesse.

¶Capítulo lxxvij. De cómo el sabio Arismenio se dexó hallar por el príncipe Gastafileo, y de lo que entre los dos passó.

Partido el príncipe Gastafileo de Radorián, su hermano, algunos días anduvo sin hallar cosas que convenga en escrito ponerse. Y después de passado el reino de Ungría y entrado en el imperio de Alemania, saliendo una maña[na] de un castillo en que la precedente noche alvergara, no habiendo aún caminado por espacio de una hora, a la salida de una floresta halló un escudero. El cual, teniendo las riendas de su palafrén en la una mano, estava echado sobre la yerva junto al camino, durmiendo tan sossegadamente y con tanto sabor, que puesto que llegando junto con él algún estruendo hiziessen, no recordó más que si fuera muerto, hasta que a grandes bozes lo recordaron atendiendo lo que diría. El cual, desperezándose como aquél que no mostrava estar de dormir contento, se assentó en la yerva en que yazía, y alçando los ojos y viendo los que lo recordaran, dixo:

–Saber querría, cavallero, pues tanto cuidado havéis tenido de recordarme, qué es lo que de mí queréis, aunque si vos passáredes tan mala noche como yo, bien sé que no folgáredes que vos recordaran en todo el día.

–Porque me pareció –dixo Gastafileo– que alguno que por aquí passara, según vós dormíades, se pudiera levar vuestro palafrén dexándovos a pie, con que vos pesara más que de vos haver recordado.

–Eso sería si en esta tierra huviesse ladrones –dixo el escudero– como en España, porque parece que cuasi todos nacen con aquel desseo de lo ser, aunque los gascones tienen el nombre.

–¿Y cómo sabéis vós que en España haya ladrones y nazcan con esse desseo? –dixo Gastafileo.

–Porque un tío que yo tengo, el cual sabe más en las artes que vós lo que a buen cavallero hazer conviene, me lo contó este otro día. Y aún más me dixo: que no había mucho tiempo que eran salidos dos ladrones de aquella tierra, los mayores y más famosos que en ella había, para ir por el mundo robando lo que desseavan para satisfacer a su ravisosa hambre. Pero que el uno presto se quedaría por estas partes, viniendo en poder de quien se la amataría, de suerte que por fuerça ni de grado dessearía allá bolver. Y que el otro quedaría dentro de pocos días tan bien castigado de sus dañados pensamientos, que holgara de no ser de su tierra salido, aunque después ternía

tanta diligencia en alcançar un thesoro con que creería salir de fatigas, que viniéndole al lance se bolvería con él a su tierra.

–Muy gran plazer me haríades, virtuoso escudero –dixo Gastafileo–, si me dezir quisiéssedes quién son esos ladrones y esse vuestro tío que tanto como dixites en las artes alcança.

–Hermano es de mi padre, por verdad honrado cavallero aunque de menores años –dixo el escudero.

–Muy bien lo entiendo –dixo Gastafileo–, ¿pero qué me aprovecha saber que sea hermano de vuestro padre si a ninguno d’ellos conozco, ni sé cómo se llama vuestro tío ni adónde bive? Lo que mucho querría saber por le ir a preguntar una cosa que ando perdido por alcançar.

–Señaladamente si es adónde se halla Flerisena –dixo el escudero–, porque no terníades peor recaudo que los otros locos que andan en la demanda d’ella, creyendo ser tan buenos y esforçados que le han de dar cima. Por donde mi tío a ninguno lo ha querido dezir, porque reciban el pago de su atrevimiento y locura, pues aquello está guardado para el mejor cavallero del mundo.

–¿Y savéis vós –dixo Gastafileo– cómo se llama esse cavallero a quien la gloria de dar fin en tan alta demanda esta otorgada?

–Bien lo sé –dixo el escudero–, porque mucho es amigo de mi tío, puesto que le no sepa el nombre, aunque según veo mejor me parece que sería no vos dezir cosa, según me tenéis cansado de preguntas, después de me haver recordado de mi sabroso sueño. Por donde creo que si a todas las otras que tenéis aparejadas de responder huviesse, bien passaría este día e otros veinte, según os veo desseoso de saber cosas que vos no aprovechan.

–¿Cómo dexaré yo de preguntaros –dixo Gastafileo– si jamás me respondáis a derechas? Porque, puesto que me hayáis muchas vezes respondido, menos sé ni os entiendo que antes que vos las preguntasse. Por donde creo que aún me hayáis en sueños. ¿Qué sé a verdad? Sed vós mesmo el juez, pues haviendo vos preguntado quién son los dos ladrones que de España salieron y vuestro tío, y adónde se podría hallar Flerisena, y cómo se dize el cavallero que la ha de librar, a ninguna d’estas preguntas me havéis respondido, de manera que vos entender pueda.

–Pues agora vos responderé a todo y tan a derechas –dixo el escudero–, que si estáis bien atento conoceréis que no quedará cosa a la cual no vos haya cumplidamente respondido, ni menos que vos respondo en sueños. Los dos famosos ladrones que dixe,

havéis de saber que son muy grandes deudos y criados, cuando niños, en diversos reinos, esforçados y atrevidos para su propósito tanto quanto se puede considerar, pero por mucho que trabajen no llegarán a lo que por acá buscavan. Mi tío es el señor del Castillo Venturoso, adonde ninguno puede entrar sin su voluntad. Flerisena se halla en las partes de Oriente, en tierras despobladas, en poder de quien no le dará libertad de grado si no la sacan por fuerça, defendiendo que no salga muchos de los que su libertad procuran. El cavallero que de librarla tiene es el que libró de muerte al que, después de sus padres, más cuidado habría de tener de guardar el thesoro que un ladrón se ha de levar, nacido no muy lexos d'este imperio, hijo del más honrado padre que nació en nuestro tiempos. Su nombre no me lo dixo mi tío, aunque me declaró ocho propiedades d'él, por cada una de la cuales devía ser muy preciado. A saber es: valeroso, amigable, leal, enamorado, riguroso, invencible, apuesto y nobilíssimo.

»Assí que si agora no quedáis satisfecho de mis respuestas, menos lo havré yo de quedar de vuestras preguntas, señaladamente haviéndome recordado de mi sabroso sueño. En el cual soñava que, hallándome en la Gran Bretaña y oyendo las nuevas de la pérdida de Flerisena y de su hermosura, me tomava tan grande desseo de la ir a ver, que puesto que muy gran causa tuviesse de bivar en aquella tierra, no me parecía que podría hallar el descanso que para mi corazón convenía si no me partía para ir en aquella demanda. Por donde, determinado de partir, me parecía que me salía al encuentro la infanta Castiria, hija del rey Menadoro, diziéndome:

»—¿Qué es esto, amigo? ¿Adónde es vuestra partida? Y si vós os vais, ¿qué será de mí? E otrosí, ¿qué es de vuestra fe y lealtad con tantos señales declarada? Por cierto ya se conoce haver fenecido, pues vuestros desseos puestos en buscar otra no son contra mí sino tan falsos como los yo juzgava verdaderos.

»Y que no curando d'ella ni de lo que me dezía, puesto que a maravilla me pareciesse hermosa, con aquel desseo de hallar y conocer a Flerisena, me partía para esta tierra no sintiendo el afán del camino ni la soledad que de aquella hermosa infanta tener devía. Pero que passado aquel tiempo, en el cual ninguna cosa podía de Flerisena saber, acordándome de las palabras de aquella graciosa infanta, sintiendo mi corazón muy lastimado y, por ende, arrepentido de mi locura, bolví a Londres, adonde viéndola contra mí tan sañuda, como era justa la causa de su saña, preciara más haver quedado por acá sin la vida que ser llegado en Londres con ella para la ver de aquella manera. Por donde me hallava tan cuitado, puesto que fuesse en sueños, que si después no

conociera en su mesura haverse de mí dolido, por muy cierto tengo que de aquella gran tristeza muriera.

»Y al tiempo que mi corazón le estava pidiendo perdón de mi yerro, pues a la lengua por su gran turbación no se le otorgavan fuerças, y que la infanta me dava sus manos para que se las yo besasse, con mayor gozo y sin comparación de lo que era antes mi tristeza, venistes vós, cavallero, muy apresurado a me recordar. Lo que no quisiera, pues me impedistes que mis desseos cumplir no pudiesse por el valor d'este imperio, aunque le añadieran el reinado de España.

Oído por Gastafileo el sueño del escudero, assí se turbó que no sabía lo que dezir pudiesse, porque por una parte le parecía que devía castigarlo por el atrevimiento que de pedir las manos a su señora tuviera, aunque en sueños passara y por otra conocía que se devía çufrir, pues sus desseos ni el gozo que esperaba no vinieran a efecto. Y por mejor certificarse de lo que a sus pensamientos acerca de aquello ocurría, preguntó al escudero que si havía conocido a Flerisena y a Castiria, y cuál de las dos era más hermosa. El cual le dixo que entrambas conociera y que no solamente Castiria, pero quantas donzellas havía en aquellos tiempos, no igualavan a la hermosura de Flerisena, ni los cavalleros a la apostura y esfuerço del que la havía de librar.

–Luego si esso es –dixo Gastafileo–, en vano trabajan los otros que van en essa demanda, pues tan poco les han de aprovechar sus afanes.

–Aprovechan tan poco como a vós, cavallero, ni a mi pensar de alcançar la infanta que dixe.

–¿Cómo sabéis vós quien yo sea –dixo Gastafileo– para que vos atreváis a dezir que no me aprovecharía poner mis desseos en essa hermosa infanta?

–Por cierto no hay mucho que saber –dixo el escudero–, pues si en ella los tuviéssedes, no andaríades por acá tan descuidado, porque aquellos que lealmente aman no han de perder un solo punto en servir a sus señoras, assí en lo que se les ofrece quando son presentes, como con el pensamiento quando no se les otorga gozar de aquella desseada presencia, señaladamente si se ocupan en buscar otras con tan gran cuidado como el que poco antes tener mostrávedes de saber la hazienda de Flerisena.

–Assí me Dios vala –dixo Gastafileo–, que no sé si me ría o si me ensañe oyendo vuestras razones, pues por una parte no aconsejáis peor que por la otra lastimáis, aunque todavía es mas sano elegir la mejor parte.

–Dicho lo cual, queriéndose del escudero despedir, vido que aún no acabara de cavalgar en su palafrén, cuando ya se alexara con no menor velocidad que la del viento un gran trecho de donde estuvieran, diziendo:

–Adiós, adiós, cavallero, que si yo lo passé en sueños, vós lo veréis bien despierto.

Y en el mesmo tiempo le desapareció de manera que no vido más del polvo por la parte que se fuera, dexando a Gastafileo tan maravillado como pensativo, y cuidadoso de lo que dezir le oyera, puesto que a la fin creyó que algún sabio era que por se burlar d’él era ende venido, como era la verdad. Aunque no por aquel respecto, porque el sabio Arismenio, doliéndose de cuán aquexada quedara aquella hermosa infanta, después de la partida de Gastafileo, assí como lo fue la hermosa Polidia de la del rey Finariel, y sabiendo que la demanda de Flerisena no podía acabarse sino por Valerián, y que aquel príncipe, sin alcançar algún fruto d’ella, andaría por el mundo errando, acordó de ponerse en aquel camino y fingiendo que dormía, porque se siguiesse lo que se vos ha contado. Por donde trabajaría de bolver luego en la Gran Bretaña, con la venida del cual aquella graciosa infanta sentiría algún alivio en sus penas, porque puesto que Gastaphileo no las sintiesse pequeñas, con no estar como la infanta encerrado, podía mejor çufrirlas. Aunque con lo que Arismenio le dixo se le acrecentaron tanto, que hasta llegar en la Gran Bretaña jamás iba en otro cuidado, y no menos en quién podría ser el que se lo dixera. Pero antes que allá llegasse se siguió lo que agora oiréis.

¶Capít[u]lo lxi. De cómo andando Gastaphileo por el imperio de Alemania encontró con una donzella, para matar la cual venían em pos d’ella dos cavalleros, de los cuales la libró y supo la causa porque le querían darla muerte.

Cuasi todo el imperio de Alemania había ya andado Gastafileo, siguiendo siempre el más derecho camino contra la Gran Bretaña, sin hallar cosa que su camino le impidiesse, cuando una mañana, caminando por su carrera, sintió en pos de sí venir como cavallos que corrían a muy gran priessa. Por donde bolviendo la cabeça, vido a una donzella, la cual a todo su poder aguijava un palafrén en que venía cavalgando, y a grandes bozes llamando a Dios y a su madre, santa María, que la

acorriessen. Y cuando lo vido, diziéndole con no menores bozes que se detuviesse, lo hizo parar por ver qué era la causa de su cuita. Y aún no acabava de juntar con él la donzella, cuando vido dos cavalleros que em pos d'ellas venían con sus espadas desnudas, diziendo:

–Atended, doña falsa, y veréis cómo se castiga la afrenta que a los cavalleros se haze.

Por donde, conociendo que la donzella razón de aquello venía dando tan grandes, tirando de su espada se puso en medio del camino, diziendo:

–Tenedvos, cavalleros, y no queráis enojar a la donzella, si no moriréis por ello.

Los cuales con muy poco pensamiento del estorvo que en él creían hallar, no curando de lo que dixera, quisieron cada uno por su parte passar adonde la donzella estava. La cual, como traxesse el palafrén tan lasso que la no podía más levar, havia d'él decendido, poniendo toda su esperança en Dios y en Gastaphileo. El cual, como los conociesse no menos desmesurados que villanos, según lo que acometer querían, y otrosí viendo el poco caso que d'él hizieron, al primero que a passar se atrevió firió de tan pesado golpe por encima del yelmo, que assí lo derribó en el suelo atordido como si fuera un pollo, al cual mucho aprovechó traer el yelmo tan bueno. Y corriendo em pos del otro, que ya passara por matar a la donzella, lo alcançó al tiempo que quería de su cavallo decender para lo hazer. Pero viendo que no era tiempo de quitar la vida a otri, sino de guardar la propria, bolvió contra Gastaphileo con el mejor esfuerço que pudo, aunque no lo tenía bueno. Pero el pleito duró muy poco, porque siendo Gastaphileo uno de los buenos cavalleros de aquel tiempo, y su contrario villano y covarde, a dos golpes que le dio en descubierta lo llagó de tal manera, que no le aprovechando más su yelmo que si lo no traxera, le fendió la cabeça hasta los ojos, con que no tardó gran pieça en morir.

Cuando la donzella vido que con sólo tres golpes su aguardador havia derribado a aquellos dos cavalleros, sus cormanos, y que el uno ya vascava con la cruel ravia de la muerte que muy cerca tenía, fincando las rodillas en el suelo, después de haver hecho a Nuestro Señor Dios innumerables gracias porque en sazón tan peligrosa la acorriera, con tantas lágrimas de aquel impensado gozo que su coraçón sintió, al tiempo que se vido de la cierta muerte restituida a la no esperada vida que casi no hablar, no dexó de las hazer a Gastaphileo por haver sido tan provechoso medio. El cual le dixo que se dexasse de aquello y que se acogiesse a su palafrén, aunque tan lasso lo traxera, porque su poco a poco pudiesen seguir su camino. Y como la donzella huviesse cavalgado,

vido que el primer cavallero a quien Gastaphileo había derribado en el suelo atordido, se había levantado y que quería tomar su cavallo, y assí lo dixo a Gastaphileo. El cual fue con su espada tirada contra el cavallero, diziendo:

–Tenedvos, cavallero, y no cavalguéis, porque quiero saber antes de vós por qué causa veníades a matar esta donzella. Y catad que me no digáis en cosa mentira, si no cortarvos he la cabeça.

Por donde el cavallero, haviendo visto a cuánto pujava su esfuerço, dixo cuasi temblando:

–Yo soy contento de vos lo dezir, porque veáis que no era sin causa.

–Pues dezildo luego –dixo Gastafileo– y no vais fuera de la verdad, si no podrá ser que tengáis muy presto compañía al que con vós vino.

–Vós podréis hazer lo que quisiéredes –dixo el cavallero–, pero de mí no oiréis mentira. Y porque mejor lo creáis venga aquí la donzella, porque en su presencia se vos cuente, y otrosí porque si algo se me olvidare, según estoy fuera de mi juizio, me lo acordar pueda.

Por donde, venida ende la donzella, el cavallero dixo:

–Sabed, señor, que aquel que conmigo venía, el cual pienso que ya ha pagado la última deuda d’este siglo, e yo somos cormanos d’esta buena donzella. La cual, según nos avisaron, amó tan afincadamente a un cavallero, que sin tener respecto a su alma y honra ni a la de todos sus deudos, las más noches lo tenía consigo gozándose entrambos a su sabor. Y puesto que mi cormano e yo huviésemos a nuestro tío avisado que mirasse por su casa y honra, como no tuviesse otra hija ni menos fijos ni muger que para ello le ayudassen, no podía tanto mirar que, cuando el sueño lo vencía, ella no tuviesse tiempo para hazer lo que ya dixere. Y no se contentando con esto, por acabar de difamar a sí a todo su linage, antenoche salió de casa de su padre en compañía de aquel su amigo, tomando este camino. Y como su padre no durmiesse el sueño tan sossegado como ellos cuidavan, muy poco después de ida su hija, con aquel recelo que tenía, quiso reconocer su casa. Y como no la hallasse, sospechando lo que era, vino a las puertas de la calle, las cuales halló abiertas. Y aunque de noche fuesse nos lo vino a dezir a los dos, con los mayores llantos del mundo. Al cual, por le acarrear algún consuelo, prometimos que luego los seguiríamos y que no bolveríamos sin ella.

»Y fue nuestra desdicha, aunque por buena suerte lo tuvimos, que anoche llegamos a una aldea adonde supimos cómo no había tres horas que eran por allí passados. Y porque ya era de noche y muy oscura, acordamos de madrugar tanto que los

alcançar pudiésemos antes que ellos fuessen muy lexos de otra aldea en que anoche alvergaron. A la cual, cuando esta mañana llegamos, nos dixeron que no tardaríamos en alcançarlos, según había poco que partieran, por donde nos dimos tanta priessa para nuestro daño. Y como su amigo no viniessse armado, con el recelo que traía no dava dize passos sin bolver la cabeça a todas partes por ver si alguno venía em pos d'ellos. Y como nos venir vido, aunque de muy lexos, pienso que diría a la donzella que se diessen priessa hasta la entrada d'este monte, adonde con la espessura d'él podrían salvarse. Por donde començaron de aguijar a todo su poder, y cuando aquí fueron, cada uno tomó por su camino, lo que nosotros bien vimos y determinados de matar al cavallero lo seguimos buena pieça. Pero como él fuesse desarmado e ligero y nosotros armados y con los cavallos más lassos, luego conocimos que era por demás seguirlo. Y por no los perder entrambos, bolvimos contra la senda que nuestra cormana tomara, y arrojando las lanças, pues no nos hazían menester, tirando de la espadas venimos a encontrar la senda que dixe. La cual seguimos aguijando nuestros cavallos hasta un recuesto que acá detrás queda, del cual la descubrimos que cuasi ya no podía con su palafrén en caminar. Y conociendo que ya no tenía tiempo para huir ni lugar para se asconder, por más atemorizarla que con la turbación del miedo no pudiesse ni menos supiesse asconderse en esta espessura, veníamos en pos d'ella diziendo a grandes bozes:

»—Atended, dueña falsa, que agora nos pagaréis la afrenta y desonra que nos hezistes.

»Porque hablando la verdad, pues la prometí dezir, nuestro intento era de la matar assí por castigarla de su atrevimiento como por gozar de la hazienda de nuestro tío. Y según parece nuestra mala intención no insurtió el efecto que pensávamos.

»Esto es, virtuoso cavallero, lo que vos yo puedo dezir acerca de lo que me preguntastes, sin se me acordar otra cosa que a este propósito satisfaga ni vos podría más declararlo, aunque ya me viesse tan vezino a la muerte como lo estava poco antes mi cormano después de llagado. Pero mi cormana es a ello presente, la cual me podrá argüir de mentira si la yo he dicho.

Al cual Moriela, que assí se dezía la donzella, dixo:

—Bien creo yo, sin que lo más jurássedes, que por vós no se ha dexado de dezir la verdad, quanto a la intención que de matar a mi esposo y a mí traídes, pero que la principal causa fuesse el sentimiento por vós señalado de desonra y afrenta que vos yo hecho huviesse, no la tengo yo por tan cierta como la otra que era de gozar de mi hazienda, con la cual pensávades ganar alguna honra, pues por vuestras personas nunca

la ganastes, quanto más que ni en la de mi padre ni en la vuestra nunca por mí se causó menoscabo ni manzilla. Porque si yo tenía conmigo las noches que dixistes a mi cavallero y esposo, hazía lo que devía, pues a Dios gracias no es villano ni covarde ni de malos costumbres. Al qual, si vosotros armado viéades, yo vos prometo que no vos diéades tanta priessa en alcançarnos. Pero Nuestro Señor Dios, a quien vuestras intenciones y mis obras no eran ocultas, lo ha hecho mejor, dando a cada uno lo que convenía.

Dicho lo qual, vieron por el mesmo camino venir un cavallero de todas sus armas armado, con su lança baxa, corriendo el cavallo quanto podía. El qual luego fue conocido por Moriela que era Adolín, su esposo. Por donde, saliéndole al encuentro, le dixo:

–Tenedvos, mi señor, tenedvos, porque si aquel bienaventurado cavallero – señalando a Gastaphileo– no me amparara, vuestra venida más fuera para vengança que socorro.

Y como Adolín la viesse, arrojando la lança y saltando de su cavallo, vino a dar las gracias que devía a Gastaphileo por haver defendido a su esposa con tan cumplido castigo de los que matar la querían. Y desenlazándose el yelmo, abraçó muchas vezes a Moriela, llorando entrambos de gozo por se ver assí librados y tan presto que quasi en sueños parecía. A la qual dixo cómo huyendo de sus cormanos por no tener sus armas, había llegado a un castillo que estava a la parte izquierda del camino que llevaba. Al señor del qual, que era su muy conocido, rogó que le dexasse sus armas, las cuales luego le dexó ayudándolo el mesmo a armar, sabida la necessidad que d’ellas tenía, y que lo armaran tan bien como las propias suyas. Y que en la mesma hora había buelto por la carrera que antes llevara aguijando todo lo que pudiera, assí por ver si sería a tiempo de socorrerla, como, si no se le otorgara, de pelear con ellos y hazer la mayor vengança que jamás fue hecha, o morir haziéndole compañía en la muerte, assí como la desseava tener con la vida.

Y bolviéndose a Gastphileo, dixo:

–Pero yo creo, señor, que Nuestro Señor Dios, sabiendo mis pocas fuerças y grandes desseos de ser bueno por nos guardar a mi esposa y a mí de peligro, vos ha por aquí guiado para su castigo y nuestro provecho. Porque en verdad si yo a mi señora saqué de casa de mi señor y padre, no fue sino a cuenta de la levar a casa de una mi tía, que bive en una villa que está a quatro leguas de donde hoy partimos, por medio de la qual yo tenía por cierto, no solamente alcançar de mi señor perdón de nuestro yerro,

pero juntamente su voluntad para que la nuestra del todo se cumpliesse, porque había oído que por complazer a estos cavalleros, sus sobrinos, le entendía dar tan mala vida como ellos tenían intención de le dar la muerte.

Mucho quisiera Gastaphileo, haviendo oído las razones de todos, que el otro cavallero no fuera muerto, pareciéndole que sin mucha dificultad los pudiera hazer amigos, pues la villana y dañada voluntad que contra su cormana traían, sobrava la injuria y afrenta que pretendían por ella tener. Pues viendo que por razón de aquello no había por entonces remedio para lo hazer, y conociendo que si dexava a Moriela y Adolín, que el que quedava bivo según se mostrava villano les podía procurar alguna nueva traición, determinó de ir con ellos y no los dexar hasta llegar a la casa de la tía de Moriela, assí como se hizo. Porque luego se partieron quedando el cormano de Moriela para levar aquellas nuevas a su tío, el cual cuando las supo, no se pudiendo çufrir sin ver a su hija, vino a la villa en que su hermana bivía, adonde halló a Adolín y a su hija. Con los cuales bolvió para que hiziessen sus bodas en su casa, acompañándolos muchos cavalleros por les hazer aquella honra.

Y cuando el cormano de Moriela vido la mutación de su tío, el cual no mostrava acordarse de su sobrino muerto ni del bivo más que si los nunca tuviera, fue tan grande el pesar que de aquello recibió, que ayudándole la corcoma y pensamientos de no haver podido gozar de la hazienda de su tío, en muy breves días murió. De cuya muerte poco se dolieron los recién casados y menos su tío.

Después de llegados Gastaphileo con Adolín y Moriela a Drabea, que assí se [de]zía la villa en que la tía de Moriela bivía, fueron d'ella muy bien recebidos. Y a maravilla fue leda cuando supo el socorro que a su sobrina se hiziera, por razón del cual la noche que ende llegaron trabajó de hazer todos los servicios que juntamente con Moriela pudo a Gastaphileo. El cual, despedido de todos, partió esse otro día para seguir su camino en compañía de otro escudero, con el cual Adolín embiava las armas que se le dexaran a aquel su buen amigo el señor del Castillo de las Hayas, el cual assí se llamava.

Y dexado aquel escudero cuando fueron a vista del castillo, continuó sus jornadas hasta llegar a un puerto de Flandes que se dezía Univabre, el cual está en frente de la isla de Gelandá. Y entrando ende en un buen barco, passó con muy próspero tiempo en la Gran Bretaña y no paró hasta llegar a Londres y presentarse ante el rey Menadoro, el cual en aquella sazón acabava de cenar con la reina, su muger, y la infanta, su hija. Y cuando entrambos se vieron, no hizieron poco en encubrir aquel gozo

tan sobrado que a sus coraçones sobrevino. Y como el rey Menadoro lo reconociesse, lo recibió muy bien como aquel que se mucho folgara de lo ver dende el primer día, cuasi pronosticando que mayor había de ser su conocimiento y deudo, no le dexando de preguntar por su compañero.

Al cual Gastaphileo dixo cómo entrambos eran partidos de aquella su tierra para ir en la demanda de Flerisena, y que viendo después de haver andado muchas tierras que ninguna cosa habían d'ella sabido, determinaron de entrar en la mar y para que más tierras y mares pudiesen ver y buscar se partieron el uno del otro, tomando su compañero el camino hazia el rey de Thesalia y él a Costantinopla, para de allí, embarcándose, navegar por donde la fortuna lo guiara. Y que si dentro de cierto término entre ellos assignado no se encontravan o nuevas algunas de Flerisena no sabían, acudiesen en aquella ciudad de Londres, adonde el uno huviesse de atender al otro por término de tres meses después de passado el plazo. Y como se ya acercasse el tiempo en que de venir habían y el invierno, en que navegar era más peligroso, pues la fortuna lo había traído en Olanda, era venido ende para atender a su compañero y estar en su servicio, si tan grande merced se le otorgava.

Muy ledo fue el rey Menadoro de la venida de Gastaphileo, así por la razón que se vos ha dicho, como por conocer que aquel cavallero no era de menor guisa de la que él antes de su partida sospechara, pues su coraçón le demandava que fuesse en aquella tan alta demanda, señaladamente que su apostura y las armas que por muchas partes traía mal tratadas, no señalavan que se había estado durmiendo después que lo no había visto. Por donde le dixo que folgava mucho que con aquel desseo que dixera fuesse a su casa venido, porque se pudiesen cumplirlos entrambos, a causa que ninguna cosa lo pudiera en aquella sazón hazer alegre, pues de su compañía no se le podía sino recrecer acrecentamiento de honra y fama, por razón que por sus semejantes eran las causas de los príncipes honradas y por el Universo nombradas. Y que si tenía por bien de le dezir su hazienda, allende que no holgaría en la saber menos que de su venida, trabajaría en que se hiziesse aquel tratamiento y honra que su persona merecer señalava. Pero que si todavía la entendía encubrir hasta que sus obras fuessen conocidas o por esperar que las descubriesse el tiempo, así como la suya cuando estava en servicio de su señor, el rey Laristeo, fiziesse a su voluntad, porque no le pesaría menos conocer que se la dezía forçado que se folgaría que de su grado se la dixesse.

Al cual Gastaphileo, haziendo las gracias que le parecía dever por razón de los honrados cumplimientos que con él tuviera, con las más humildes palabras que se le

otorgaron, dixo que ninguna honra se le podía hazer mayor que tener nombre de cavallero y criado de su casa. Para lo cual conocía no menos faltarle el merecimiento que las fuerças para se lo servir, con que se tenía por tan honrado y satisfecho como si con él su medio reino partiera.

Y puesto que, dicho aquello, el rey Menadoro lo recibiesse por suyo, por donde Gastaphileo le quiso las manos besar, no se las quiso otorgar, sospechando siempre que era cavallero de alta guisa. Al cual mandó aposentar dentro de sus palacios y que se le diesse tan cumplidamente lo que convenía, como él tenía cuando en aquella tierra vino.

D'esta manera quedó Gastafileo en la casa y servicio de aquel buen rey Menadoro, quanto a lo que se ver podía, aunque en lo secreto en el de aquella hermosa infanta Castiria, la cual, anteponiendo siempre su honra a sus aquexados desseos, no dexava de lo favorecer de suerte que bastava para la sustentación de entrambos, siendo el medio el donzel Polucar con Gastaphileo, que en lugar de poner riendas a la voluntad de su señora Castiria, el añadía espuelas no cessando de loarle su apostura y las otras cosas que d'él podían conocer. Por donde era tan amado d'ella, que con dificultad se pudiera hallar entre otros dos amantes el amor tan leal y verdadero como se ellos tenían.

Passado algún tiempo, vinieron ende los mensageros que Radorián, su hermano, embiava en España con las nuevas que oístes. Y la carta que para Gastafileo viniera, con Polucar la embió a su señora, assí por la hazer de aquellas nuevas sabidora, como porque viesse cuánto más presto se havia dolido aquella hermosa reina de Thesalia de sus cuitas, y cuán lexos tenía él la esperança del remedio de las suyas. Lo que mucho aprovechó para que la infanta más determinadamente y sin algún recelo lo amasse, porque puesto que hasta entonces muy pocas pudiera tener por iguales en aquellos honestos desseos, como no era certificada de su valor, sino por la relación de sólo Radorián, su hermano, no dexava aquel justo recelo de ocupar algún rincencillo de su corazón, por donde no se podía dezir que lo havia del todo otorgado.

Cuando a Gastaphileo pareció tiempo, despidió aquellos mensageros mandándoles que ninguna cosa dixessen, assí de la causa porque ende vinieran como por la que a España ivan, con los cuales escribió a su padre dándole razón de su vida. Y después de se haver despedido se embarcaron y en breve tiempo llegaron a España. Por la venida de los cuales se hizieron las fiestas que se vos ya contaron.

Y porque escribir por extenso lo que estos dos amantes passaron hasta venir al fin de sus aquexados desseos, sería duplicar otros amores antes que particularizar estos,

no se vos dirá sino de la forma que se cumplieron, pues, como ya se vos dixo, en su crónica están muy altamente escritos, aunque no agora sino en su devido tiempo.

¶Capítulo lxx. De cómo el sabio Arismenio interpretó a Valerián de Ungría el sueño que en Denamarca ensoñara, y de las otras pláticas que entre ellos y la princesa Flerisena passaron.

A muy gran vicio dexamos a Valerián en aquel encantado castillo al tiempo que el rey, su padre, con los otros dos príncipes yazían en sus lechos, por razón de las llagas que les Arismenio curava, el qual todas las horas que conocía ser tiempo y razón iva con él al palacio de Flerisena, con cuya compañía bien se dexara creer que no estava menos alegre que sin ella descontento. Y como un día se le acordasse de aquel sueño, que la mesma noche que le Arismenio hablara yaziendo él debaxo de un olmo, había ensoñado, le rogó en presencia de su señora que se le declarasse, aunque le parecía que ya era cumplido todo lo que en él se le representara. El qual, por lo complazer y a Flerisena que no menos desseo d'ello tenía, comenzó de lo declarar d'esta manera:

–Muy claro se demuestra, valeroso príncipe y mi señor, que aquel lecho, en que vós de tan mortales llagas llagado yaziades, era el continuo pensamiento de vuestras cuitas y grandes desseos que la ausencia y privación de la vista d'esta soberana princesa vos causava y hazía sentir. El hombre de pequeño cuerpo que a vós vino para vos dezir que, si queriades perder y no sentir el dolor de vuestras llagas leyéssedes el escrito que traía, cierto está que era vuestro enano Dromisto. El qual vos traía la carta de la muy alta princesa Arinda, leída la qual había de cessar en parte el dolor de las primeras llagas, cobrando los nuevos cuidados y afanes que por razón de lo que en ella se vos escribía habiades de tener y passar. El levantaros con priessa y armaros después de la haver leído de unas armas tristes y oscuras, ya vos dixé que eran los nuevos cuidados y pensamientos, que vos no dexando reposar, causavan en vuestro corazón un continuo movimiento hasta hallar este descanso. Y las tristes y oscuras armas la desesperança tan solícita que sabidas aquellas nuevas vos sobrevino. El caminar muchas jornadas no es menester declararlo, pues han sido sin número.

»La cueva e isla apartada en que llegávedes, ya veis si es otra sino ésta con este encantado castillo, a la puerta del cual se vos representó el fuego tan grande como lo vos después vistes y passastes sin el miedo que d'él tener deviérades, sobrándolo con vuestro esfuerço. Los dos esquivos leones que con sus agudas uñas punavan por despedaçaros las carnes, de los cuales con vuestras fuerças vos desasiades, no menos claro se parece que son los dos príncipes con quien después de entrado en este castillo huvistes batalla, durante la cual huvieron por bien de vos dexar passar por no recibir cumplido castigo de su atrevimiento. La espantosa serpiente que en la otra puerta de la mesma cueva hallávedes, por demás es quererlo ya interpretar, pues está de suyo ser aquel esforçado y alto rey, vuestro padre, cuyo valor y esfuerço a todos los malos no pone menor espanto que desseo de servirlo a los que querrían ser buenos. La grandeza y ocupación d'ella es assí su estado como su mayor merecimiento, con los cuales toda la redondez del Universo ocupar y sujetar la sería más devido. La batalla que con ella passávedes y el cansancio que después de passada sentíades, no pienso que hayan passado de vuestra memoria pues de ninguna se vos recreció mayor peligro ni fatiga.

»El ximio de gran talle y que con el palo que en la mano traía vos sería de tan pesado golpe, que vos hazía inclinar hasta poner las rodillas en el suelo, pues la sentistes y por vos passó, no sería menos escusado dezirlo pero por mayor certificación d'esta alta princesa cierto es que fue aquella engañosa Boralda, que con el palo que en su mano traía vos firió de la manera que lo ensoñastes. La cual muy bien se vos representó, assí por ser semejante al ximio en engaños y traiciones, como por el palo que a su vegez aunque mal empleado pertenecía. Las bozes que después vos parecía oír de vuestra señora, pues ninguno como vós, señor, sentistes, paréceme que no cumple acordaros que las oístes, pues el sonido d'ellas no vos alegró menos que la vista cuando quitastes el cerrojo de la puerta de su palacio, y fue causa que recordássedes tan aquexado e sin huelgo como havíades de hallaros alegre y esforçado al tiempo que se cumpliría.

»Y si mi atrevimiento se ha estendido, mis señores, a vos hablar tan claro como havéis visto, yo vos suplico que por ello me perdonéis, pues el desseo que de vos servir tengo, junto con el descanso que mi coraçón siente del vuestro, representándosele el otro mayor que vos está aparejado, me ha fecho hablar tan abiertamente.

–Mi verdadero amigo –dixo Valerián–, pues sé que vos no son ocultos los desseos de nuestros coraçones, assí para lo que a cada uno de nós como a vuestra persona y cosas vuestras atañen, escusado me parece para los tres que aquí somos pedirnos perdón, assí a vós de los placeres que nos siempre hazéis como nosotros de lo

que vos enojarnos. Pues las voluntades son conocidas que ni vos podéis enojarnos ni mi señora e yo queríamos enojaros. Pero si mi atrevimiento havrá excedido los límites de mi facultad, por haver hablado por mi señora sin preceder la licencia que pedirle deviera, yo vos suplico, mi señora, que vos no pene, pues no siendo mío sino vuestro, no podría hablar de mí que no hablasse de entrambos, a saber es de vós como de mi señora, y de mí como de aquél, que no puedo dexar de seguir vuestra voluntad y mandado,

–Si todo se ha de dezir, valeroso príncipe y mi señor –dixo Flerisena–, dende agora digo, dexada a parte la desmesura que de contradezir a vuestra razón se me podría recrecer, que yo soy la que de seguir y obedecer la vuestra recibo la mayor honra y merced que se me hazer podía, después que por vuestra me quisistes.

–No me Dios vala –dixo Arismenio– si yo çufro lo que vós, mi señora, dezís, porque puesto que como su esposa se pueda esso sostener, pero por agora mi señor Valerián es el que vos ha de obedecer como a su sola y verdadera señora.

–Por no contradezir a vuestro razón, mi verdadero amigo –dixo Flerisena–, no lo dexaré yo de otorgar, pero no porque mi corazón e juicio dexen de conocer y por muchas e muy justas causas, que yo soy la que lo tengo de obedecer y servir.

–No sin razón y muy grande, esclarecida princesa –dixo Arismenio–, se vos puso el nombre de Flerisena, pues no solamente haviades de florecer entre las hermosas, pero sobre todas las personas que de criança y virtudes creyessen alcançar la cumbre. Pues en vós no se vee ni ver puede cosa que tan perfecta no sea, como naturaleza la sabe y puede perfeccionar por muestra y dechado de su potencia y saber.

Como aquella más que hermosa princesa se oyesse tanto loar de Arismenio, en el cual solamente conocía que alcançava lo que dezía pero mucha gracia para lo saber declarar, no queriendo satisfazer a lo que en su loor dixera, miró a su amigo y esposo Valerián con aquellos sus agraciados ojos, de manera que le pareció que el aquel mirar le demostrava todo el amor tan grande y tan cumplido como contra él tenía. La cual en aquel instante le pareció tan hermosa que se no pudo çufrir Valerián sin que dixesse:

–¿Cuándo veré yo, mi verdadero amigo, este tan desseado fin de mis cuitas y mortales penas? Pues en el tiempo de mayor felicidad, que es éste en el cual se me otorga gozar de la vista y presencia de mi señora, conozco que reciben acrecentamiento en lugar de disminución. Y otrosí que viendo ante mí tan sobrada hermosura, con oportunidad y aparejo de la poder gozar sin contradición de quien la havría de defender, se me difiere la gloria y descanso que de lo alcançar se me recrecería para no se cuándo,

por sola la conservación de la razón y vergüença. ¡O, plugiera a Dios que para estorvo de la conformidad de las rectas voluntades nunca se hallaran!, pues son causa que de tan alta bienaventurança gozar no se pueda. Por donde no sé cómo entienda ni menos qué forma se podría hallar para sostener que haya razón para çufrirse, adonde falta el çufrimiento y sobra el remedio, y que se haya de tener vergüença de traer a efecto los justos y honestos desseos. Pues de lo primero no puede redundar menor daño que de lo segundo, porque si yo, por me no poder çufrir ni atender cuándo será razón que se me otorgue el remedio de mis continuas penas y tormentos, muero, quién podrá después sostener que fue justo que yo muriese, pues la que me lo podía otorgar biviendo no me lo entendía negar. Pues si por vergüença se dexan de cumplir los justos y honestos desseos que dixe, ¿qué excusación se puede hallar después para quitar de culpa a los que por vergüença dexaron de los efectuar? Por cierto ninguna, sino diziendo que esperavan que fuesse razón y tiempo, lo que mucho menos puede sostenerse, pues ninguno hay que alcançar pueda cuándo es ni fue tiempo de cumplirlos, por razón que antes de cumplidos no hay certitud ni causa tan eficaz que baste para nos hazer alcançar tan alto secreto como es el de las venideras cosas, si ya por especial privilegio e gracia no nos fuesse comunicado.

»Pero tornando a mi propósito, no sé yo por qué assí conocidamente por estos tan floxos contrarios que dixe, tengo de padecer tan cruel muerte como creo que no puede dexar de sobrevenirme en el tiempo que jamás tuve aparejada tan alegre y leda vida.

–Aunque el sobrado amor que vós, mi señor, contra esta alta princesa tenéis –dixo Arismenio– conocer no os dexe cuán justa es la razón y cuánto de preciar la vergüença, en esta sazón que vuestras cuitas sobran a vuestro juicio, yo fío en Dios que no tardará mucho. En el fin del cual conoceréis muy claramente que si el mundo d’essas dos cosas careciesse, por ninguna vía podría sostenerse, porque no haviendo razón no havría justicia, sin la cual justamente podríamos ser acomparados a los burros, pues ¿qué y cuánto se podría dezir si la vergüença se perdiesse, señaladamente en el género de las mugeres? Por cierto no tanto ni con gran parte como sé y se me ofrece, aunque de vida sobrase al que se dize haver bivido novecientos y más años, porque, no embargante este tan aspero y duro freno como es el de la vergüença, se desmandan a cometer cosas que las trahe a general menosprecio y opprobrio. Por donde se ha de creer que si lo no tuviessen, y para dezir y obrar lo que se les antojasse libertad alcançassen, causarían en el mundo tan grandes renzillas y daños, que no podría sino muy presto

perecer. Y es la causa porque si de la desvergüença y atrevimiento particular de una sola muger havemos visto perecer una gran imperio, de la general cierto es que se no ha de seguir sino conforme destrucción.

»Assí que, mi verdadero señor, conviene que vos çufráis atendiendo el tiempo que vos está aparejado, porque el Alto Señor que hasta agora vos guardó de tantos peligros, no permitirá que muráis antes de alcançar esse fin por vos tan desseado.

–Si yo juizio alcançasse, mi verdadero amigo –dixo Valerián–, no creáis que de conocer dexasse ser vuestra razón tan verdadera y firme quanto la mía falsa y floxa, pero como estos desseos que mi alma atormentan me tengan tan aquejado, como a vós no es oculto, aquel bivo dolor ocupando mis sentidos, y no les dando lugar a que en más de su remedio empleen sus fuerças y exercicios, cuando se veen ante aquélla que se lo dar puede, no os maravilléis si desechan todos los contrarios que se les opponen, ni menos si dexan de alcançar más juizio de aquél que para lo pedir conviene, pareciéndoles que ninguna razón puede ser tan justa como serles otorgado. Pues con aquello, aliviados de aquel impedimento y ocupación que dixé, podrían entender cada uno en su natural y devido exercicio.

Y como viessen que en el fin de aquellas razones se acercavan Lucenio y Neophal, los cuales con Empiralidea y Erminia estavan poco antes hablando, pues ya se hacía hora para ir a tener compañía al rey e a los otros príncipes que en el otro palacio yazían, se levantaron Valerián con Arismenio del estrado en que juntamente con Flerisena sentados estuvieran. Y despidiéndose d’ella passaron al otro palacio. Y platicando con ellos de muchas cosas, entre las otras vinieron a señalar la gran bondad y sabiduría de Zenofor, rey de Lidia, porque Arismenio les dixo que, haviendo visto cuasi todo lo que había escrito, assí en aquel libro que ende Valerián tenía como en otros muchos, podían tener por cierto que fue el más sabio en las artes de cuantos eran en aquellos tiempos ni fueron en muchos de los passados, pues por ellas no se podía alcançar más ni tanto de lo que él alcançara, diziéndoles muchas cosas de las que d’él había leído. De oír las cuales mucho se folgavan, pareciéndoles sobrenaturales, pues naturalmente era escusado pensar que se saber pudiessen.

Con aquellas y otras aplazibles pláticas, aunque todas virtuosas, passaron algunos días hasta que el rey con los dos príncipes fueron de curar acabados de sus llagas y restituidos en su primera salud y fuerças con mucho plazer, pues no les faltava cosa de las que menester havían, tan cumplidamente como si se hallaran en sus propios reinos y casas.

¶Capít[u]lo lxxj. De cómo el rey Finariel con su compañía vino con fortuna a aportar en la isla del castillo de Boralda, y de lo que por razón de su venida se dixo y fizo.

Dos días antes que el rey Pasmerindo con Flerisena y los otros príncipes y cavalleros quisiessen partir del castillo de Boralda, los marineros que en el barco de Valerián vinieran de muy gran mañana entendieron en ormear y poner en seguro su barco por razón que el tiempo hazía muy tempestoso y fortunal. Con el cual vieron venir, puesto que de muy lexos, un barco que no parecía ser pequeño, del marinage del cual mucho se maravillaron, porque no podían atinar a qué parte podía hazer su vía, no se acordando que el viento mandava en aquella sazón más que los maestros que en él venían, aunque cuando lo vieron derechamente venir a aquel puerto, no dexaron de caer en la cuenta que forçado para guarecer ende era su venida. Pero por esso no se descuidaron, considerando que se hallavan en tierra de infieles, de lo hazer saber a Valerián para que viniesse ende o embiasse algunos de aquellos cavalleros que con él vinieran para los defender si menester fuesse. Y al primero que el marinero que embiavan encontró a la puerta del castillo, el fuego y humo de la cual ya no temían, fue Arismenio, al cual contó la causa por qué era embiado. Y como Arismenio le dixesse que se bolviesse a su barco porque los que en el otro venían eran christianos y mucho sus amigos, el marinero le dixo:

–Yo creo que vós sois adevino, pues no siendo aún llegado el barco ya adivináis quién son los que en él vienen. Dexádmelo ir a dezir a nuestro cavallero, porque si nos cativaren turcos no saltemos con dezir que en vuestra relación nos fiamos.

Mucho se folgó Arismenio de lo que el marinero le dixera, viendo el temor que tenía de ser cativo, al cual, por lo hazer loquear un poco, dixo:

–Pues si no me creéis, amigo, entrad allá dentro y dezídselo a vuestro cavallero.

Por donde el marinero, no curando de más razones, passó adelante. Y cuando fue en la segunda puerta, adonde Valerián halló al rey, su padre, quiso entrar por ella pero no pudo, aunque no estaba cerrada. Y pareciéndole que el viento se lo impedía, no hazía sino dar ocho o diez passos atrás, y después corría muy rezio por entrar con la furia de su curso. Pero como la fuerça del impedimento sobrasse a todas las humanas, por mucho que lo porfio nunca pudo entrar, maravillándose porque estando abierta y no se

lo estorvando nadie no pudiesse cumplir su desseo. Y quando ya lo huvo algunas vezes provado, viendo que le aprovechava poco, bolviéndose a Arismenio, dixo:

–No sé qué diablos hay en este castillo, pues por las puertas estando abiertas no pueden los hombres entrar.

–En esso podéis vós conocer, amigo –dixo Arismenio–, que quien puede impediros para que no entréis por la puerta, aunque abierta vos parezca, pudo darme gracia que supiesse quién son los que en aquel barco vienen, pues para él ninguna cosa hay imposible.

–Vós podréis dezir lo que quisiéredes –dixo el marinero–, pero si yo hallo mejor aparejo para salir de aquí del que para entrar allá dentro he hallado, yo os prometo que no me cojáis acá otra vez como embajador ni como mensagero, pues no he visto cosa que hombres las alcancen.

Dicho lo cual, comenzó de huir con tan grande temor a la fusta, que si le dieran a escoger cuál preciara más, ser cativo de turcos o entrar por fuerça en el castillo, no hay duda sino que trocara su libertad por la huida del miedo, llegando a la cual contó a sus compañeros lo que con Arismenio le aconteciera, de que no se maravillaron menos que del temor tan grande con que lo contara.

Salido el marinero del castillo, Arismenio fue a dezir al rey e a los otros príncipes lo que con el marinero passara, y que los que en el barco venían no les causarían pequeño plazer sin les estorvar la partida. Y puesto que mucho lo afincassen que les dixesse quién eran, no les quiso en aquello complazer, porque de doblado gozo gozasen assí de ver los que venían como los otros a ellos. Lo mismo se dixo a Flerisena, a la cual Arismenio no dexó de dezir quién eran porque estuviesse sobre aviso para recibirlos, de que fue tan leda como si le dixeran que eran el príncipe, su padre, considerando que quanto más acompañada fuesse de deudos y amigos, tanto iría más a su honra y seguro.

No passaron tres horas después de aquello que el barco fue en el puerto llegado, causándolo el gran viento con que viniera, no sin grande alegría de los que en él venían, assí por se ver libres de aquella fortuna, como por haver sabido que eran cristianos los que en el castillo moravan, señaladamente quando oyeron que había entre ellos algunos cavalleros, los cuales dezían ser muy preciados. Por donde con mayor seguridad de la que hallar creían, desembarcaron en tierra, aunque de todas sus armas armados, y con sus escuderos que los seguían vinieron a entrar por la puente del castillo. Y antes de

entrar en ella vieron a Arismenio, en medio de la puerta con un cayado en la mano. El cual, cuando fueron a media puente, les dixo:

–Tenedvos allá, cavalleros, porque acá no puede entrar ninguno sino desarmado.

–Saber querría quién nos lo estorvará –dixo el primero de todos iva.

–El que pudo forçar los sentidos del rey Finariel –dixo Arismenio– para que se no pudiessen ocupar sino en la membrança de la infanta Polidia.

–¡Santa Virgen María, valedme –dixo el mesmo cavallero–, porque o yo ensueño o aquel que me ha hablado es mi leal amigo Arismenio!

Dicho lo cual, fue contra él con los braços abiertos, y abraçándolo muchas vezes, le dixo:

–Agora so[y] yo, mi verdadero amigo, en toda mi alegría, pues vos plugo que vos hallasse para la satisfacción de mis desseos y afanes.

Al cual, humiliándose Arismenio por aquella honra que le hiziera, dixo:

–Aún con mayor cumplimento d’ellos vos hallaréis, mi señor, antes que muchas horas passen, porque no era razón siendo tan buenos que no recibiesen algún galardón, juntamente con los d’essos vuestros leales vasallos y amigos. Los cuales no los mostraron tener peores cuando de Francia partieron, según vos los dixeron al tiempo que con el aviso de Fricea los librastes de los seis cavalleros que los acometieron.

Cuando el rey Finariel vido que sus cavalleros se mostravan de lo que dixera maravillan como aquellos que lo no conocían ni havían jamás visto, le sdixo:

–Cuán ciegos estábamos aquel día todos, pues, estando este virtuoso cavallero junto a nosotros al tiempo que nos contávamos nuestras haziendas, no lo vimos ni aún creo que le oímos dezir palabra, que tales quedáramos si contra su honra alguna cosa huviésemos dicho.

–Adonde vós, mi señor, estuviéredes –dixo Arismenio–, escusado es pensar que ninguno osasse tener tan grande atrevimiento y cuando lo tuviesse que le no costasse tan caro como para mí mayor satisfacción, o por mejor dezir vuestra convernía.

–Más escusado es, mi verdadero amigo –dixo el rey Finariel–, querervos yo dar a entender si es assí o lo contrario, pues los secretos de mi coraçón no vos son menos que a mí manifiestos.

Cuanto más los dos duques oían hablar al rey e a Arismenio, tanto más se maravillavan de lo que dezían, no pudiendo creer que Arismenio los secretos de los coraçones alcançar pudiesse.

–Bien creeréis, esforçados cavalleros –dixo Arismenio–, pues alcanço que dudáis lo que el rey, mi señor, dize, que no dexaré de saber lo ál que en vuestros coraçones queda.

–Vós dezís muy gran verdad –dixo Catenor–, porque a lo menos yo assí lo creía.

–E yo no menos –dixo Brandimario–, pareciéndome que era más que humano saber.

Y como Arismenio conociesse que se havían detenido mucho en aquellas razones, tomando al rey por la mano, el cual ya se havia quitado el yelmo, y diziendo a los dos duques que le perdonassen si les quitava su lugar, entraron en el patín. En el cual ya los atendían el rey Pasmerindo con todos los otros príncipes y cavalleros, porque assí lo dexara ordenado Arismenio. Tan alegre fue el rey Finariel, al tiempo que vido al rey Pasmerindo con el príncipe Poliantel, su hijo, porque a Valerián ni Florianteo no conocía, que assí se turbó de aquel impensado gozo que a su coraçón sobrevino, que no sabía qué dezir deviesse ni menos hazer. Pero acordándose de las honras y servicios que en la tierra de aquel buen rey havia recebido, al tiempo que con la princesa Arinda viniera a Costantinopla, y lo que assí por su estado como por su persona se le devía, vino a se le humiliar. Pero como el rey Pasmerindo fuesse en aquel exercicio de mesura no menos cumplido y exercitado que el de las armas, fizo lo mesmo, por donde con mucho amor se abraçaron, servadas las cosas que para la auctoridad de cada uno convenía.

No fue perezoso Poliantel, hecho aquello, de fincar las rodillas ante el rey, su padre, y de le tomar las manos besándoselas muchas vezes, ni menos el rey Finariel de le besar su rostro no sin derramar algunas lágrimas de sobrada alegría. Las cuales, si mucho tiempo duraran, no dexaran de hazer a los que los miravan e aquel exercicio participantes, señaladamente oyendo las palabras que le dezía para acrecentamiento de aquel gozo presente y de sus passados cuidados esperando descanso. Las cuales por proceder en la historia no vos contamos.

Dexado su hijo, abraçó a Valerián y a Florianteo, de la apostura de los cuales a maravilla fue pagado, puesto que de la de Valerián lo fuesse sin ninguna comparación. Otrosí recibió Poliantel a Catenor y Brandimario, agradeciéndoles el trabajo que havían passado en servir al rey, su señor, en aquella demanda, creyendo que juntos partieran de Francia. Aunque más se lo agradeció después cuando supo que cuasi contra su voluntad lo havían acompañado y servido.

Passados aquellos alegres recibimientos, como el rey Finariel no estuviese menos desseoso de saber cómo se hallavan ende todos aquellos príncipes y cavalleros, que maravillado de verlos en tan estraño y apartado lugar, dixo:

–Si me lo no atribuyéssedes a locura, mis señores, diría que no es possible lo que veo, pues en ningún juicio humano pudiera haber que en este castillo, el cual está en el fin de la tierra de los infieles, se huviesse de hallar la flor de los príncipes cristianos. Pero como siento que hablo y veo que no duermo, no me maravilló menos que recibí alegría al tiempo que vos vido, ni quedo con menor desseo de saber la causa, señaladamente habiendo aquí hallado a este virtuoso cavallero Arismenio. El cual no se dexa ver sino en sazón y tiempos de mucha qualidad e importancia.

–Pues no vos aquexéis tanto, mi señor –dixo Arismenio–, puesto que mayor razón fuera que primero hablara cualquier d’estos esforçados príncipes, porque aún vos queda tanto que ver que no seréis menos ledo cuando lo viéredes, aunque el gozo de la vista del príncipe, vuestro hijo, pareciesse sin igual. Y entonces se vos contará todo, porque se no vos detarde el gozo de lo que jamás creyérades ver.

Y tomando la delantera de todos, dixo:

–Seguidme, señores –pues vuestra voluntad me haze sin medida, porque muy cedo lo satisfaré de suerte que aún me quedéis deudores.

Y entrando por el palacio en que Flerisena los ya atendía con sus donzellas y Dromisto, el cual cuasi nunca se partía dende, dixo al rey Finariel:

–Mi señor, abraçad a esta donzella, porque podáis dezir de veras que si hallastes en este castillo desierto la flor de la cavallería y príncipes cristianos, no dexastes de hallar la flor de la hermosura y estado de las princesas del Universo.

Como el rey Finariel creer no pudiesse que una humana criatura tan grande perfición de hermosura alcançasse, cuando a Flerisena vido que contra él venía, pareciéndole ver una muy perfeta claridad del Sol, no menos se turbó que cuando al príncipe, su hijo, juntamente con el rey Pasmerindo, conoció entre los otros príncipes. Por donde lo que más dezir pudo fue:

–¡O, vós, hermosa donzella, sois aquella alta princesa Flerisena cuya pérdida con razón muy sobrada ha causado en todo el Universo tan grande tristeza como en los príncipes y cavalleros d’él cuidados y ansias para buscaros y serviros! ¡O, yo, transportado d’esta vida, estoy gozando de otra inmortal vista, de la cual a todos mis sentidos redunda tan cumplida gloria como sin morir es impossible gozar!

Dicho lo cual, quiso fincar las rodillas, pareciéndole que muy tarde se había acordado de hazerle aquella medida, pero como el comedimiento y las otras gracias que en aquella hermosa princesa había no fuessen menos cumplidas que lo aparente, que tan perfeto y cumplido en ella se mostrava, deteniéndolo y queriéndole las manos besar, le dixo:

–No soy, mi señor y muy alto rey, sino vuestra sobrina Flerisena, la cual no salirá más de vuestro mandado que de los emperadores y príncipes, mis señores.

Lo que decía no sabiendo aún de la muerte de los primeros, la cual no quiso Arismenio que en sazón de tanta alegría se le dixesse hasta que de allí fuessen partidos, como se hizo según se vos contará. Cuando Catenor y Brandimario la vieron y oyeron hablar, habiendo ya visto a Valerián, ante la hermosura del cual les parecía que no podía haver sola una parte de un gesto de cavallero ni donzella por muy perfeta que fuese que le igualar pudiesse, no se dexaron de maravillarse menos que de haver visto a Arismenio, el cual sabía los secretos de sus coraçones y de los de todos. Por donde dieron muchas gracias a Dios por los haver ende traído con el rey, su señor, porque en los venideros tiempos no podrían dexar de ser nombrados entre aquellos altos reyes y príncipes, pues no lo podrían escusar los coronistas sin ser en sus escrituras diminutos y falsos.

Passado aquel recibimiento y las razones que por razón d'él se dixeron, conociendo Arismenio el desseo que el rey Finariel tenía de saber lo que antes dixera, rogó assí a los reyes como a la princesa y a los otros príncipes y cavalleros que se assentassen, y assí mesmo dixo al rey Finariel y a los dos duques que no dudassen de cumplir su ruego, pues de los otros todos tenía poder y facultad de los ordenar, por donde no se habían de enojar si rezién venidos les hazían passar por su vieja regla. Al cual el rey Finariel dixo que lo no dexaría de obedecer, certificándolo que si no hallara hecha tan buena regla, él trabajaría que de nuevo se hiziera y que por ende él era no menos dichoso que satisfecho en passar por ella y por su mandado, juntamente con los que con él vinieran.

No se olvidó Arismenio de se le humiliar por aquella tan crecida honra que con aquello le hazía. Y cuando fueron todos assossegados, dirigiendo su razón al rey Finariel, dixo:

–No se habría de tener ni considerar por sabio, muy alto rey e mi señor, el que agora dixesse y afirmasse que, juntamente con vuestros vasallos y amigos, carecéis de muy cumplido desseo de saber lo que poco antes preguntastes, pues sobra tanto la razón para lo dessear cuanto demostraría faltar en vós, mi señor, y en ellos, si lo no

desseássedes. Pero porque con los que me no conocen quiero y entiendo ganar el mesmo crédito que assí con vós, mi señor, como con los otros que me lo otorgado tienen, tengo ganado, y otrosí porque de aquí adelante no duden en lo que vós, mi señor, dixistes, diré primeramente todo lo que, después que los dos cavalleros que vos dixeron que eran españoles en el reino de Ungría se partieron, vos ha acaecido, sin dexaros con desseo de saber quién era ni la causa por donde aquí aportamos todos. Por manera que no quedando cosa que no sepáis, sabrán assí mesmo que a todos vuestros fechos y aventuras estrañas no he dexado de ser presente, no me partiendo de mi castillo.

»Y por ende, viniendo a lo primero, sabed, muy altos reyes y príncipes, que los dos cavalleros que dixen son hijos del rey Palordián de España. El uno de los cuales muy pocos días ha que alcançó el reinado de Thesalia, casando con la reina Laurela, llamado Radorián. El cual, puesto que no sea legítimo por razón que la madre, aunque es hija de uno de los más honrados señores de los cristianos sin título de emperador ni de rey, no fue ni es muger de aquel honrado rey, no dexa de ser uno de los buenos y esforçados cavalleros d'estos tiempos. Por razón de lo cual ha alcançado a aquella hermosa reina por muger, de quien no fuiste vós, esforçado rey Pasmerindo, tan poco pagado que si no vos retraxera el amor, no menos grande que leal, que a la reina y señora, vuestra muger, siempre tuvistes, no codiciárades tanto alcançarla. Cuánto vós, valeroso príncipe Florianteo, antes de la haver conocido, según a entrambos no es oculto que a mí ni a otro jamás lo publicastes.

Y porque Arismenio les rogó que dixessen en presencia de todos aquellos príncipes si havía dicho de todo verdad, no lo dexaron de otorgar con tanta vergüença del rey Pasmerindo, aunque en loor de su lealtad se dixera, como de plazer de todos lo que lo oyeron.

–El otro es el príncipe de España, al cual dizen Gastafileo, cuya apostura y esfuerço no menoscaban su valor y estado. Y agora reside en la Gran Bretaña, en servicio del rey Menadoro, padre de vós, virtuoso príncipe Florianteo, aunque otros sean sus pensamientos din daño ni prejuizio de la hazienda y honra de vosotros todos. Los cuales no dexarán de haver el efecto que él dessea, por donde mucha paz y concordia se seguirá en los venideros tiempos entre los reinos de España y de la Gran Bretaña.

»Y pues ya vos he dicho lo primero, razón es que no menos se diga lo segundo, para lo cual otrosí conviene que sepáis que vós, muy alto rey Finariel, después de partido d'ellos, sin cosa que de contar sea, llegastes en aquella ciudad de Costantinopla. Y por vuestra virtud quisistes visitar aquellos honrados emperadores, de los cuales

recebistes todo lo que vos plugo y no más, por vos no dar a conocer. Y después de vista su ciudad, siendo d'ellos despedido, entrastes en el barco con que aquí havéis aportado, porque vos pareció grande y bueno para çufrir cualquier tormenta. La cual, passados algunos días que con el tiempo endereçado navegastes, vos echó a vuestro mal grado en la ínsula de Antimerón el gigante, adonde huvistes batalla con él y con sus dos hijos, Blandidel y Bravaleo, los cuales por vós y por estos esforçados duques fueron vencidos y muertos como enemigos de nuestra fe. La isla del cual hoy queda en poder de su hija Brondala, porque vos pareció, allende de quedar huérfana de padre y hermanos y de su madre, la cual ya havía mucho tiempo que muriera, que por ser mesurada e humilde sin le faltar hermosura, aunque era de sobrado talle, no la devíades traher cativa ni quitarle el señorío de su isla. Por donde seed ciertos que tiene perdido todo el mal talante que por las causadas muertes de su padre y hermanos, conociendo que no sin razón los matastes, teneros devía.

»Y después vos partistes de aquella ínsula guiando vuestro barco adonde el tiempo tenía más sabor de levarlo, el cual, passados algunos días, vos traxo en aquella otra ínsula desierta adonde no fallastes menos descanso con la mucha caça que en ella havía, y con haver muerto aquel tan sobrado puerco que ende matastes, que si adonde muy buen acogimiento y servicios vos hizieran, llegado fuéssedes. Partidos, pues, dende, no vos avino mal con la fusta que de infieles y nuestros enemigos encontrastes, la cual no tuvo por pequeño espediente y provechoso poder huir de vuestras manos, pues sin recibir ningún daño en vuestras personas, les echastes en la mar cuatro cavalleros en quien ellos tenían toda su esperança y esfuerço.

»De la tormenta que a cabo de algunos días que aquella fusta dexastes vos sobrevino, no hay necessidad de dezilla, pues se ha convertido, aunque no sin gran peligro, en esta alegría que poco ha recebistes y tenéis. La cual es cierto que recibir no pudiérades si el tempestoso viento, con su sobrada furia, no forçara a vuestros marineros que lo obedeciessen, bolviendo el governalle a esta parte por poder mejor correr por la ancha mar vuestra fortuna, alexándovos de la tierra.

»Y porque antes de venir a lo de más que dezir entiendo, es bien que digáis si en algo he faltado de lo que por vós, mi señor, ha passado, yo vos suplico que lo no neguéis, assí por me hazer perder mi locura como a vuestros cavalleros las dudas que dixen.

Tan maravillado estava el rey Finariel de lo que Arismenio contara, como si entonces fuera su primera vista y conocimiento. Por donde le dixo que la verdad era que

ellos habían pasado por todo lo que dixera, aunque ninguno de los que lo pasaran lo supiera tan bien y por tan buen orden contar, porque no se les acordara para lo dezir tan ordenadamente como lo oyeran, quedando tan satisfechos con aquello, como si de todas las otras cosas a las cuales su gran saber alcançava huviessen tenido noticia.

Otrosí dicho aquello, les contó todo lo que havéis oído dende el día que por Boralda fue ende traída la princesa Flerisena con su donzella Erminia, no callando el engaño con que el rey Pasmerindo y los otros príncipes fueron ende traídos, ni la aventura en que Valerián dio cima en Costantinopla, trayendo ende el libro y arca en que viniera, por donde Valerián supo que en aquella parte hallaría a la princesa. Y lo que después le siguió en Tracemia y las batallas que antes de entrar en aquel patín hubiera con aquellos esforçados príncipes y el rey, su padre, y lo que después con Boralda le avino. Y la venida suya con su hija al tiempo que Valerián decendía de encerrar a Boralda en la cámara, callando lo que a Valerián con su señora sucediera, con todo lo de más que podía engendrar alguna sospecha. De que no fueron menos maravillados que de su gran saber satisfechos, folgándose mucho de se hallar en aquel castillo juntos, a los cuales por más alegrar dixo que antes de tercero día partirían, con que dobladamente se alegraron.

Y cuando fue hora de comer no se olvidó Arismenio de se lo dar tan bueno y cumplido, que entrambos apetitos, assí el primero del desseo de saber, como el segundo del comer, no quedaron sin recibir cumplida satisfacción. Y los otros dos días que ende estuvieron no se entendió en más de se contar sus aventuras, aunque el segundo día el rey Finariel quiso ver a Boralda. La cual mucho se maravilló cuando vido que tanta gente era llegada en aquel castillo tan apartado de la conversación del mundo. Con la cual muchas razones passaron, no dexando de conocer en ellas que aún le quedava alguna malicia para mal obrar si tal facultad se le otorgara.

¶Capít[ulo] lxxij. De cómo la princesa Flerisena, con todos los reyes, príncipes y cavalleros que estaban en el castillo de Boralda, se partieron levando presa a Boralda, y de cómo llegaron a vista de la ciudad de Tracemia.

En el día que para la partida de Flerisena con todos los reyes, príncipes y cavalleros que estaban en el castillo de Boralda era señalado, no se olvidó Arismenio de muy gran mañana mandar que levassen a Boralda al barco en que el rey Finariel viniera, y que la pusiessen en una de las cámaras que ende había, adonde seguramente y sin recelo la pudiesen levar, assí como se hizo. Otrosí mandó embarcar los cavallos y armas de los cavalleros con los palafrenes de los escuderos que en el castillo estaban, con todo lo ál que ende traxeran, porque las otras cosas que habían sido para su servicio allí habían de quedar y consumirse juntamente con el edificio del castillo. Y cuando todo aquello fue hecho salieron d'él para entrar en sus barcos, levando el rey Pasmerindo y Finariel a la princesa Flerisena en medio d'ellos, y Florianteo y Poliantel con cada una de aquellas donzellas, y Valerián con los dos duques de Lorena y Guiaina, los cuales no estaban de su criança y mesura menos pagados que de su apostura y d'el esfuerço que oyeran dezir que tenía. Em pos d'ellos ivan Neophal con Lucenio y Asanor, con los otros escuderos y compañía que ende se hallavan no menos ledos que sus señores, considerando que eran comprehendidos en el número de los reyes y príncipes que ende eran venidos, de los cuales no había de perecer la fama hasta el fin de los siglos.

Y cuando llegaron a las gradas que en la peña de aquel puerto hechas estaban, Arismenio, el cual había quedado dentro del castillo haziendo algunas cosas que para lo que se había de essecutar conforme a su intención convenía, les rogó que no se embarcassen hasta tanto que el cayado de Boralda, el cual traía en la mano, fuesse acabado de quemar, certificándolos que verían cosas por ninguno d'ellos vistas. Los cuales, como no desseassen menos verlas que hallarse en sus casas, obedeciendo sus ruegos se sentaron en las peñas que ende había. Y en la mesma hora vieron cómo poniendo Arismenio fuego en lo más alto del cayado de Boralda, el cual luego comenzó de arder, las almenas de la torre más alta del castillo se comenzavan de consumir o derritirse, como si siendo fechas de cera por el calor de aquel fuego se derritiessen. Y tanto como se iba del cayado quemando, el edificio del castillo se iba consumiendo, de

tal manera que cuando el cayado fue de quemar acabado, aunque buena pieza tardó, el edificio de aquel castillo, con la puente y todo lo de más que de antes parecía, fue consumido. Y la honda cava con el agua que debaxo de la puente se mostrava, se vino a emparejar con la otra tierra, de tal manera que no se mostrava más vestigio de aquel gran edificio, que ende todos vieran, que si lo nunca hoviera. Puesto que de sentir no dexaron las bozes tan grandes que Boralda dava al tiempo que su cayado se quemava y el castillo se consumía, que todos los marineros del barco temblavan de miedo cuidando que el infierno se había mudado en la cámara en que ella estava, tanto que, si al tiempo que comenzó Arismenio no los mandara avisar, no dudaran de se echar en el agua antes que quedar dentro del barco. Y aun con todo el aviso no dexaron de temer, de manera que cualquier d'ellos no diera lo que hasta entonces tenía ganado por se hallar en tierra.

Y al tiempo que fue acabado de quemar, mucho se asosegaron viendo cómo las furias del infierno habían cessado de aquel espantoso exercicio, no se dexando de maravillar, assí Flerisena como todos los otros que lo del hazer vieran. Los cuales, por lo acabar de ver todo, bolvieron donde antes solía estar el castillo y anduvieron todo aquel espacio que ocupar mostrava, en el cual las yervas que había no estaban holladas ni marchitas, por donde se conocía que no habían sostenido carga ni peso, según las hallaron derechas y verdes. Pues los marineros no se ha de creer que se espantassen menos habiendo visto tan gran máchina haverse en tan breve tiempo anihilado, pareciéndoles que no era igual comparación la que se hazer pudiera de las altas ondas de la mar, cuando de los tempestosos vientos agitadas mostrando tan grande altura y peso, al tiempo que cessan, cómo vienen a deshazerse quedando aquella agua de que son fechas tan llana que no hay llanura en la tierra que tanto lo sea, porque puesto que las ondas viniessen a deshazerse, no dexavan de convertirse en su misma materia y especie, que era el agua de que hechas eran. Lo que no se siguiera assí de aquel castillo, porque assí las cosas que convenían para su edificio, como las otras que dentro había para ministerio y servicio de los que en el moravan, no se convirtieron sino en viento. Por donde estavan d'ello, como se vos dixo, espantados.

Fecho aquello, por consejo de Arismenio se determinó, pues los barcos habían de ir juntos y levarían consigo el batel que en el puerto hallaran, que se repartiessen d'esta manera, que Neophal con Lucenio y Asanor y los escuderos y donzeles de todos passassen en la fusta en que Valerián viniera, y que en el barco del rey Finariel fuessen Flerisena con los reyes y príncipes, y los dos duques con las donzellas Erminia y Empiralidea, no se olvidando Dromisto con quien mucho se folgavan, señaladamente el

rey Pasmerindo. El cual, puesto que ninguna cosa supiese de los amores de su hijo con Flerisena, viendo los grandes secretos que entrambos con Dromisto tenían, y acordándose que Valerián ganara aquel libro como el más leal amador del mundo, no dexava de sospecharlo sin le pesar d'ello, conociendo que Flerisena no dexava de merecerlo, aunque su fijo fuera mejor y de más alto estado. Y como aquella tan justa sospecha tuviesse, hablando algunas vezes con Dromisto lo ponía en algunas pláticas de aquello por ver si se podría más certificar, pero el enano era tan cuerdo que, por lo que de sus palabras pudo alcançar, no añadió sola una piedra a su primero fundamento.

Pues repartidos de la manera que lo havía Arismenio ordenado, entraron en el barco del rey Finariel los que vos diximos, y los otros en la fusta de Valerián, adonde fueron aposentados como se mejor pudo, según el lugar y el tiempo. Y puesto que los aposentos no fuesen tan grandes ni tan arreados como en sus casas los tenían, no por esso los dexaron de tener por tan buenos, pues la alegría de sus coraçones los ensanchava tanto como la tristeza se los representava escuros y estrechos, señaladamente yendo con grande esperança que muy presto los trocarían con otros mejores. En los cuales desseavan dar algún descanso a sus fatigados cuerpos y espíritus de los trabajos y pensamientos passados.

Cuando fue hora, los marineros, cogidas sus áncoras, estendieron las velas al viento comenzando de navegar no menos ledos que Boralda triste, no sabiendo adónde la levavan ni lo que havía de ser de su vida. Y como Valerián levasse seguro del Gran Turco, ivan muy cerca de la tierra a muy gran vicio e sin peligro de tormenta, porque, en comenzando a moverse el viento, luego se acogían a la tierra, los puertos de la cual muy bien sabían sus marineros.

Passados muchos días de su navegación, la cual hizieron siempre cuasi con próspero tiempo, a Valerián pareció que eran muy cerca de Tracemia. Por donde, hablando con Arismenio, quiso saber si les podía suceder algún daño embiando un mensagero, el cual entendía embiar a su buen amigo el príncipe Zoradán, haziéndole saber de su venida, pues se lo devía como a él no era oculto. Y sabido que sin ningún recelo se podía hazer, escribió tres cartas: las dos de creencia para el Gran Turco y a su hijo Xarefín, y la otra muy cumplida para Zoradán y Abumena, porque conociessen que se no havía d'ellos olvidado. Y llamado Casinor, se las dio, mandándole que con seis marineros que remassen muy rezio tirasse hacia Tracemia y diesse aquellas cartas a los que ivan dirigidas, e juntamente les contasse todo lo que, después que dende partieran,

les acaeciera sin faltar cosa. Y que al bolver les tomase la delantera, porque él haría que, acercándose siempre a la tierra, lo fuessen atendiendo para cobrarlo.

El cual no se dio poca diligencia en cumplir aquel mandado. Antes fue tanta la priessa que hizo dar a sus remadores, que como fuessen seis muy buenos y hábiles en aquel exerci[ci]o y el batel pequeño, en muy poco tiempo los perdieron de vista. Y antes de cuatro horas llegaron en aquel gran puerto, adonde por las guardas que ende había luego fueron presos. Pero sabiendo que venían con cartas para su señor el Gran Turco y a los otros príncipes, dexados los marineros, acompañaron a Casinor hasta los palacios, adonde los hallaron todos cuatro que en aquella sazón de comer acababan, porque como el Gran Turco amasse mucho a la infanta, su hija, lo más del tiempo quería que, a lo menos en el comer, ella y Zoradán le hiziessen compañía. Y acercándose Canisor adonde estaban, fecha su sabida mesura para hablar al Gran Turco, luego fue conocido por Zoradán. El cual, no pudiendo çufrirse ni atender que hablasse primero al Gran Turco, le dixo:

–¿Qué buena venida es ésta, Canisor? ¿Es por ventura buelto tu señor e mi leal amigo a esta tierra?

–Cuando havrás leído, muy alto príncipe, essas cartas –dixo Canisor–, yo te prometo que sabrás nuevas con que serás ledo.

Por donde, dando las que venían al Gran Turco y a Xarefín, no tardó en dar la suya a Zoradán y a Abumena, que juntos estaban. La cual muy leda fue cuando a Canisor vido, por saber nuevas de aquel Cavallero Triste a quien tan grande señorío había su coraçón otorgado. Y como las cartas para el Gran Turco y a su hijo venían fuessen breves, por razón que eran de creencia, muy presto fueron acabadas de leer. Y por ende dixeron a Zoradán y a la infanta que leyessen la suya, por ver si sería del mesmo tenor. Por donde abriéndola Zoradán y viendo que era más que las otras larga, la començó de leer diziendo:

¶*Carta de Valerián de Ungría al esforçado príncipe Zoradán de Antiochía y a la hermosa Abumena, su muger y señora.*

Avós, esforçado Zoradán, príncipe de Antiochía, y muy alta y hermosa Abumena, su muy amada muger y señora. Yo, Valerián de Ungría, hijo del rey Pasmerindo de Ungría, y príncipe del soberano imperio de Trepisonda, en otro tiempo llamado el Cavallero Triste, mando besar vuestras manos. La mudable fortuna que jamás consiente las cosas d'este siglo que en un ser permanezcan, hizo que, siendo llegado a la más alta cumbre que por los que en nuestra ley biven pudiera considerarse, por haver alcançado nombre de cavallero de la muy hermosa Flerisena, cuya hermosura y estado, allende de las otras virtudes que en ella florecen igual no hallan, aquella alta princesa e mi señora, fuesse por muy grande traición y engaño arrebatada de la presencia de aquella que la parió, por una sabia no menos que falsa dueña, y levada en los confines de Oriente en las partes más despobladas y estériles, y encerrada en un fuerte y encantado castillo. A cuenta de la tener ende presa mientras la fortuna se lo otorgasse, por me hazer padecer, hasta que la yo hallar pudiesse, aquellas cuitas y penas tan grandes que si no a las que tu esforçado Zoradán me dezías sentir, en el tiempo que ende estuve, no sabría igualar.

»Y fue la causa que, haviendo yo muerto al marido e hijo de aquella engañosa dueña, los cuales con gran traición y engaño querían prenderme, y alcançando por su saber diabólico los mortales tormentos que por aquella hermosa princesa yo padecía, y que si la levava en parte que verla ni saber d'ella me fuesse otorgado, alcançaría de mi mayor vengança que con mi muerte, la cual todas las horas y puntos de mi triste vida padecería más cruel que la que se jamás vido ni fue, trabajó con sus artes y fuerças de se la levar, como lo hizo, en las partes que dixé. Por donde, sabidas por mí aquellas tan tristes nuevas como antes d'ellas eran de mi gloria, me convino, dexando aquel alto nombre de su cavallero, tomar el otro de Triste, con el cual algunos años anduve assí por la tierra como por la espantosa mar, buscando aquélla que sola me podía restituir mi perdida alegría, con tan poco descanso como tú, valeroso príncipe, ausente d'essa hermosa infanta, tu señora y mía, pudieras hallar.

»Y como la fortuna que dixé ya se enojasse de me tanto tiempo atormentar, guió mi barco a las tierras del griego imperio, en la principal ciudad del cual se me otorgó dar cima en una estraña demanda, con que, alcançando nombre del más leal cavallero

de los del Universo, gané un libro. El cual, un honrado rey y muy sabio, doliéndose de mis penas y de los afanes de su única hija, había ordenado para el remedio d'entrambos. Con cuyo aviso hize guiar mis fusta por estas partes, adonde por me mostrar más favorecer me hizo contigo, venturoso príncipe, encontrar, para que de conocer començasse muy grandes señales de mi venidera gloria, otorgándome el descanso y mercedes que assí en tu casa como por tu graciosa muger y mi señora se me hizieron sin me conocer, no las alcançando tan grandes aquel esforçado Vanomades, príncipe de Damasco, cuyo valor y estado no eran ocultos.

»Y después, queriendo que a su alto poder conociesse en los favores como lo ya tenía conocido en lo contrario, partido de tu presencia, cuasi sin ningún enojoso medio, me levó en la parte que aquel encantado castillo en que mi señora estava pudo ser por mí descubierto. Para entrar en el cual me convino, después de passada una infernal boca que por puerta servía, hazer batalla con los dos príncipes de Francia y de la Gran Bretaña, y otrosí con el rey, mi señor y padre. Los cuales, traídos ende con no menor engaño que mi señora, andando cada uno por su parte en mí misma demanda, guardavan la entrada de aquel castillo. Y puesto que para me librar d'ellos mayores fuerças que las mías menester fuessen, siendo por la fortuna que de los peligros de la mar y otros me había librado muy altamente favorecido, se me otorgó no embargante su contradición entrar en el patín del castillo, adonde hallando aquella falsa dueña que de mi venida poco temía, fue por mí presa y en una cámara encerrada para seguridad de sus fuerças y engaños. Los cuales no pudieron contra mí tanto, que llegado a un palacio en que todos los thesoros de mi bienventurança encerrados estavan, se dexassen de abrir las puertas d'él, con que se me otorgó ver su inestimable riqueza.

»Con la vista de la cual, pagando el rescate de la alegría que hasta entonces tal cativa tuviera como mi libertad, cobré mi primero nombre, desechando el segundo, sin le agradecer la fiel compañía que me tuviera, porque assí para aquello como para todas las cosas del mundo, me faltava la memoria y juicio en aquella sazón.

»Y porque lo que después de la haver visto sucedió, Canisor, mi criado, el cual todo lo vido y sabe, podrá más extensamente contarlo, a su fiel relación lo remitiendo hago fin en esta escritura, aunque no en el desseo que de servir a entrambos tengo alguna parte de las mercedes y honras por mí recibidas. Para lo cual con no menor voluntad espero tu mandado y el de essa alta infanta, tu señora y mía, que recibiera merced si se me otorgara dexar la compañía de quien, faltándome la presencia, jamás me faltó la memoria, por donde nunca la tuve ausente.

Leída aquella carta con muy grande alegría, assí de Zoradán como de la infanta Abumena, se determinó por entrambos, mientras Canisor contara las nuevas que a él venían remitidas al Gran Turco, su señor, y a Xarefín, su hermano, de entrar en un batel para ir a ver al Cavallero Triste, su amigo, al cual aún no querían llamar por otro nombre, y a Flerisena, la cual Canisor les dixo que en su mesmo barco venía. Por donde alcançada licencia de aquel alto infiel para aquel efecto, vestidos de presto lo mejor que en tan breve tiempo se les otorgó, juntamente con Xarefín, a quien le tomó el mismo desseo, fueron a la mar. Y entrando en un batel muy bueno con muchos remadores y sin mucha compañía por ir más ligeros, començaron de tomar la vía que les Canisor enseñó. Aunque no fueron salidos gran trecho del puerto cuando ya vieron los dos barcos, los cuales Arismenio dixo a los marineros que hiziessen acercar a la tierra, avisando a Flerisena y a los reyes y otros príncipes de la venida d'ellos. Por donde se adereçaron lo mejor que pudieron, atendiendo con muy grande desseo aquella vista, assí Valerián como Flerisena, pues para ello no faltavan justas causas. Y como los barcos tirassen hazia la tierra y el batel les viniessen con mucha velocidad al encuentro, en muy breve tiempo se juntaron.

Y aún no se havían acabado de juntar cuando Valerián, dando un muy ligero salto, se halló dentro del batel y delante aquellos dos príncipes, los cuales tenían en medio aquella graciosa infanta. La cual fue tan leda de lo ver, que ya le havia tomado Valerián las manos para se las besar, y aún no havia cobrado el juicio y sentido que de aquel gozoso sobresalto havia cuasi perdido para las apartar. Porque puesto que sobre pensado su coraçón no se sojuzgara a ninguna cosa que perjuizio ni menoscabo pudiesse a su honra acarrear, cuando assí súpitamente lo vido, no dexando de lo reconocer como a su primero señor, no pudo tan presto desechar aquel conocimiento, que a Valerián no sobrasse tiempo para havérselas besado. Pero tornando aquella muy hermosa infanta en sí muy presto, le dixo:

–Ya no es tiempo, esforçado y valeroso príncipe, de nos hazer tanta medida como por la tuya te plugo en los tiempos passados que recibiésemos, sin estenderse para tanto nuestro merecimiento. El cual te ruego que a lo menos no te pese que se estienda para te abraçar, pues por tu gran valor y estado no lo merecemos.

Y sin esperar de Valerián alguna respuesta, lo abraçó con tanto amor como fue la alegría del príncipe Zoradán cuando lo tuvo abraçado, no queriendo el príncipe Xarefín que en aquel recibimiento ninguno d'ellos se los mostrasse mayor. Por donde Valerián conoció que méritamente havia servido a aquellos príncipes con la infanta, pues a su

parecer no se pudieran de su venida alegrar más sus propios padres. Y porque la venida d'ellos no havía sido para ver a Valerián sólo, subieron al barco adonde venía Flerisena con los que ya se vos han dicho. A la cual, al tiempo que fueron entrados, vieron del mismo barco de la popa venir contra ellos, en medio de los muy apuestos reyes Pasmerindo y Finariel, de cuya hermosura fueron tan maravillados aquellos príncipes turcos, y señaladamente la infanta Abumena, que se no pudo çufrir sin que dicesse a Valerián, lo más baxo que pudo por no ser oída:

–Si de leal te precias, esforçado príncipe, ¿por qué se te ha de agradecer? Pues quien a esta princesa fuesse desleal merecería ser bivo echado en los infiernos, para perpetuo exemplo de su notoria ingratitud y conocida traición.

Mucho se holgó aquel esforçado y valeroso príncipe Valerián que aquella graciosa infanta conociesse la justa razón que estuvo de la no amar. Y no curando de responderle, porque ya aquella muy agraciada Flerisena era muy cerca d'ellos, dixo a Zoradán que la mirasse bien por ver si tenía razón de padecer por su amor tan sobradas penas. El cual, aunque se lo no dixeran, no pudiera dexarlo de hazer, porque, como muchas vezes se vos ha dicho, el gesto de aquella graciosa princesa no consentía que ninguno que la ver pudiesse alcançasse libertad para lo dexar de mirar.

Pues siendo juntas aquellas dos hermosas princesas e infanta[s], y haviéndose ya hecho la una a la otra la medida que les pareció conveniente, maravilladas entrambas, assí Flerisena de la apostura y estraño trage de Abumena, como la infanta de la sobrada hermosura de aquella alta princesa, tanto que aún no le diera lugar para ver cómo venía vestida, Abumena le dixo:

–Aunque otro plazer y merced del príncipe Valerián no hoviésemos recebido, sino por su medio alcançar tu vista y conocimiento, o, hermosa donzella, no solamente conoceríamos quedar satisfechos de la deuda, de la cual sin lo dever se hazía deudor, pero tan tornadores y adeudados como es la diferencia del gozo y deleite que de te ver se nos recrece, a los pequeños plazer y menores servicios que el recibir pudo, en el tiempo que nuestra dicha lo fizo venir en casa del príncipe, mi señor, pues en comparación con los primeros serían ninguna cosa. Quanto más que son tantos los que d'él recebido havemos, que no nos queda más consuelo de pensar que, puesto que las fuerças sean para se lo satisfazer muy pequeñas, no lo es el desseo, el cual no será menor para lo que tú, muy alta princesa, mandar quisieres. Pues no dexa de ser muy justo que sirvamos a ti como a la más hermosa cosa que criaron los dioses, con la

misma voluntad que a él serviremos, siendo el más estremado cavallero de nuestros tiempos.

–Por la merced y parte que me cabe, puesto que a mi ver no por la razón que dixiste, o, infanta, no memos alta que graciosa –dixo Flerisena–, te beso yo las manos, pues la voluntad que contra mí tener muestras, sin que salvando tu buen juicio así sea, te forçó ofrecerme lo que no debes. Por donde, aunque te yo ofrezca la mía con lo que más se me otorga, no puedo sino quedarte deudora por tu primero y más comedido que devido ofrecimiento. Pero por no lo quedar tanto, dende agora te prometo que no cumpliré menos tu mandado, aunque estraña de tu ley e conocimiento hast’aquí aya sido, que si debaxo de tu señorío me criara, pues para mucho más de lo que te ofrecer y cumplir pueda, se estiende tu alto valor y merecimiento.

–Paréceme –dixo Valerián a aquellos príncipes turcos, los cuales ya con los reyes y los otros príncipes christianos se havían hablado– que si en tan peligrosa batalla dexáis estas altas princesas, seréis juzgados de mal comedimiento, pues según son los primeros encuentros poderosos, los venideros no podrán çufrirse sin quedar la una con mayor sentimiento. Por donde conviene que las departáis antes que adelante passen, porque no se pueda dezir que por falta de medianeros levaron su batalla a tan crudo fin.

–Si para gozar de otro viniéramos, virtuoso príncipe –dixo Abumena a Valerián–, habría lugar tu prevención y consejo. Pero no siendo para más d’esto venidos, y aunque lo fuéramos, ¿cuál será de tan poco conocimiento que, pudiendo gozar como yo agora de la vista y conversación d’esta muy alta princesa, lo dexé para entender en otro exercicio? Pues no pudiendo perder más del nombre de comedida, cobra la mayor gloria que acá en nuestros siglos alcançar se puede. Por ende, valeroso príncipe, tú y los otros de tu parte y ley, con mi señor y mi hermano, e yo con esta más que hermosa princesa, descansemos, si te pluguiere, un poco sentados. Porque, puesto que estando en su presencia por ninguna vía se pueda sentir trabajo ni pena, havemos de trabajar que lo no sienta ella, pues no goza ni gozar puede, viendo a nosotros, de aquel deleite que de ver su hermoso gesto se recibe. Con que no sentimos así el pequeño afán que de estar en pie se nos recrecer podría, como no sentiríamos cualquier otro que mucho mayor fuesse.

–Si contradézir a tu razón, muy graciosa infanta –dixo Flerisena–, nombre de desmesurada atribuir no se me pudiesse, no dexara de me atrever, confiando de mi justo derecho, a defender lo que más con sobrada voluntad que con alguna razón, según te dixé, has querido applicarme. Porque siendo tú la más hermosa de las donzellas y mugeres por mí vistas, no devieras mi poca o ninguna hermosura loar tanto que

mostrasses tener la tuya en menosprecio, si ya tu artificio no es tan grande que quieras del loor de la mía tan pequeña sacar un enalçamiento de la tuya tan encumbrado que, haziendo de una muy pequeña y cuasi escura estrella un radiante y claro cometa, de ti, que eres un muy hermoso luzero, quieras hazer un resplandeciente Sol, de todos los otros más noble planeta. Pero porque en todo no se contradiga tu voluntad y mandado, sentémonos adonde ordenares, pues estándote tan cerca no puedo sino recibir doblado descanso.

Mientras aquello Flerisena dixera, assí lo estaban mirando aquellos príncipes y Abumena como si enartados se hallaran, pareciéndoles que no se podía gozar en este siglo de mayor gloria ni descanso. Pero sobre todos la estuvo mirando Valerián, en cuyo corazón y sentido aún no podía caber el conocimiento que tenía de se ver señor de la voluntad y sentidos de su señora, cuya hermosura, a cuantos ende eran, no hazía menos maravillar que dessear de aquella sazón y tiempo jamás passasse, pues en ella de tan sabroso deleite se les otorgava gozar.

Y como aquellos reyes y príncipes conociessen que, pues aquellas hermosas princesas se havían assí ofrecido sus voluntades y fuerças para la complacencia de cada una, no eran menos razón que de las seguir en todo dexassen, antes que se sentassen, se ofrecieron sus personas y estados con tanto cumplimiento que ninguno dexó de creer que se cumpliría mejor por cada uno lo que ofreciera, que lo havia sabido dezir al tiempo que lo ofrecía, no se dexando de maravillar menos los príncipes turcos cuando de Valerián supieron quién eran aquellos reyes y príncipes christianos, que de ver cómo andavan por el mundo solos o en compañía de un solo escudero. Aunque les parecía que era muy buen costumbre, porque assí aquellos a quien se otorgava señorío como los que esperavan señorear, no dexassen conocer qué cosa era el mundo y los peligros d'él, señaladamente los de las batallas, porque cuando sus cavalleros los sirviesse en las guerras los supiesse galardonar conforme a sus servicios y trabajos. No como los príncipes de agora que jamás salen de sus palacios, sin perder los delicados manjares y los blandos y descansados lechos, tomando por trabajoso exercicio la deleitosa caça, creyendo que sus cavalleros passan la mesma vida en el campo.

Y después que hovieron buena pieça hablado en las cosas que más sabor havían, señaladamente Abumena con la princesa, a la cual contó de la manera que Valerián la desdeñara, haziendo muy poco caso del sobrado amor que le ella tenía, con lo demás que en aquel pequeño tiempo se les otorgó, viendo que se ya hazía tarde y que hasta la tierra havia gran trecho, aunque siempre se hoviessen acercado al puerto, determinaron

de bolverse, pues se no podía escusar aquella partida aunque muy grande se les hiziesse. Y sobre todos a Zoradán, el cual jamás cessó de hablar con Valerián, contándole la sabrosa y descansada vida que entonces tenía con su muger y señora.

Y al tiempo que de se partir hovieron, despedidos muchas vezes los unos de los otros, assí como entre personas de gran voluntad hazerse suele, Abumena con Zoradán y Xarefín, el cual no quisiera dexar de ser ende venido por el valor de un reino, se acogeron a su batel, en el cual Valerián entró para los acompañar, esforçándolo con dezir que con el batel de Canisor bolvería. Pero no le fue consentido, por donde le convino, mostrando que le mucho pesava dexarlos, bolverse a su barco dexando el batel. El cual, con gran priessa y esfuerço de los remadores, començó de bolver la vía de Tracemia, adonde llegaron cuasi en anocheciendo, y assí mesmo Canisor en el barco.

Y como a la orilla del agua les tuviessen palafrenes y hachas, assí para ellos como para muchos cavalleros que los salieran a recibir con otros bateles, acompañados d'ellos fueron a los palacios, adonde contaron al Gran Turco todo lo que havían visto y passado. Con que muy ledo lo hizieron, assí por saber cierta la hazienda del Cavallero Triste, como por conocer que sus hijos se havían holgado tanto aquel día, no dexando de tener en mucho que tantos reyes y príncipes christianos, con tan poca gente, se bolviessen atrevido a passar por su tierra. Pero sobre todo tuvo en más la hermosura de Flerisena, la cual, la infanta, su hija, le havía encarecido cuánto se lo otorgara, aunque no tanto como era, guardando la carta de Valerián como cosa muy preciada, por memoria de quien la escriviera.

Pero mejor memoria fue la de Zoradán, porque, en llegando a tierra, con la mayor diligencia que se dar pudo, embió dos bateles cargados de aves, pan y frutas, y de todas las cosas que mejores y más prestas pudo haver, a su buen amigo Valerián, rogando lo que el atrevimiento de le embiar aquella poquedad le perdonasse, pues la brevedad del tiempo se lo ayudava a rogar. Lo que vino a muy buena sazón, porque, puesto que ninguna cosa les faltasse, con aquello se refrescaron los marineros, pareciéndoles que entonces començavan su viage. Por donde en el barco no se habló menos en la bondad de los amigos de Valerián, aunque infieles, que en Tracemia d'ellos, puesto que hubo esta diferencia que a los turcos les turó mucho tiempo aquella memoria, por razón que cuasi de cada día la renovavan. Y a los del barco no se les acordó más d'ellas de cuanto tardó en acabarse lo que Zoradán les embiara.

Y como passada la media noche el tiempo començasse de refrescar, se alexaron tanto de la tierra, que en la mañana ni ellos pudieron ver a Tracemia ni los que en ella moravan a sus barcos.

¶Capítulo lxxiij. De cómo Flerisena, con los que en su compañía ivan, llegaron al puerto, cerca del cual estava la fuente adonde Zarea con su padre vinieron con Valerián, y de cómo estando en ella Arismenio contó a la princesa Flerisena la muerte de los emperadores Octavio y Pulchrea, sus agüelos.

Muchos fueron los días que la princesa Flerisena, con aquellos reyes y príncipes que en su compañía ivan, navegaron por su mar sin les acaecer cosa que para escribir fuesse. En cabo de los cuales, conociendo Arismenio que no dexavan de estar de aquel continuo exercicio algún tanto fatigados, les dixo que si querían holgarse algún poco en la tierra a su mano izquierda había un pequeño puerto, y muy cerca d'él una hermosa fuente, en la cual Valerián se había holgado y comido en compañía de una hermosa donzella y no christiana. Por donde Valerián se acordó que sería Zarea, al padre y hermano de la cual había librado de los cuatro turcos que se la habían hurtado.

Y por dar algún descanso a Flerisena todos fueron de parecer que devían salir a tierra, pues Arismenio los certificara que no se les recrecería cosa que de enojo fuesse. Y por ende, mandando a los marineros que traían el governalle, que guiassen hazia aquel puerto, en muy poco tiempo llegaron ende. Y en menos a la fuente aunque a pie fueron, por razón de la propincuidad y poca distancia que del puerto a ella había.

Y después que hovieron ende descansado buena pieça, les traxeron de las fustas lo que de comer habían. Y con la frescura del agua y del lugar comieron tanto a su sabor, que después de salidos del castillo de Boralda no les parecía haverlo así gustado.

Passado algún tiempo después de haver comido en hablar, assí de las passadas cosas como de las que ver desseavan, pareciendo a Arismenio que ya era razón que la princesa supiesse la muerte de aquellos honrados emperadores, sus agüelos, en la sazón que le más vino a propósito, le dixo:

–Pues en lo que a vuestra liberación convenía, esclarecida y muy alta princesa, no se han por vós de conocer dexado las grandes ansias y cuidados que estos esforçados reyes y príncipes, sin muchos otros de quien no tenéis noticia, han tenido y con muy notorio efecto mostrado, cosa sería más que escusada dudar que cualquier afan y peligro, que por vos acarrear descanso y desviar su contrario padecer y passar les conviniessen, lo dexassen de efectuar con la mesma voluntad que para lo principal tuvieron. Pues a los unos vuestro valor y a los otros vuestro merecimiento, y el deudo que con vós tienen para lo assí cumplir, los obliga. De donde se sigue que para las cosas que les faltaren las fuerças para vos procurar descanso o remedio, no lo dexarían porque lo no trabajar quisiessen, sino por conocer que sus trabajos y diligencias serían tan vanos como los pensamientos que se emplean en querer cumplir lo que no atañe al humano poder. Para vencimiento de lo cual son tan solamente convenientes y aun devidas el çufrimiento con la conformidad de la voluntad del Alto Señor, lo que es por cierto a lo que yo alcanço el verdadero remedio, assí para aquello a lo cual nuestra flaqueza no puede alcançar, como para lo otro que se nos representa imposible.

»Todo esto me ha parecido deziros, señora, porque siendo vós una de aquellas personas que en este siglo son más señaladas y cuasi única por su mano para dechado de las perficiones que naturaleza sabe obrar, y por ende deviéndole más que todos los que en vuestros tiempos nacieron, puesto que ninguno le deva poco, sois sin ninguna comparación tenida más que los otros, assí en darle por ello las gracias que se vos otorgan como en seguir su voluntad, contentándovos de todo lo que por ella se dispone. Pues haziendo lo contrario, allende que al mundo que en vós se mira y deleita daríades mal enxemplo, no dexaríades de recibir algún açote que por ventura traería consigo menor esperança de remedio, que este del cual vos parece ser ya librada. Con que no menos se notaría en vós un notorio desagradecimiento, por razón del cual mucho menos lo alcançaríades, pues sabéis que ninguno de los peccados ha mostrado más aborrecer y rigurosamente castigar, señaladamente de aquellos a quien mayores gracias ha comunicado, de que sobran más verdaderos documentos y exemplos que ay lenguas para los declarar.

»Por donde viniendo a lo que dezir entiendo, puesto que para según vos hizo el Alto Señor cumplida, todo lo susodicho pudiera escusarse, sabed, virtuosa princesa, que fue vuestra pérdida por el Universo tan sentida, quanto devía ser correspondido a vuestra persona y estado. Y puesto que a muchos mostró entrañablemente pesar y doler, y con mucha razón, según vos tenían amor o deudo o los dos juntos, aquellos en quien

se pareció más bivamente, fueron los muy altos emperadores Octavio y Pulchrea, vuestros agüelos. Pues por razón de aquel doloroso sentimiento, añadido a su grande vegez y larga dolencia, fueron tan aquegados que, dexando en este siglo glorioso e inmortal exemplo, fueron al otro, adonde sus justos ruegos no vos han menos aprovechado que quedando acá sus invencibles fuerças.

»Por cuya mudança de vida, aunque se no dexó de conocer la sobrada ganancia que en ella hizieron, trocando passiones y penas con gloria, no se mostró en la tierra tan poco sentimiento que se no satisfiziesse, con todos los cumplimientos que señalar se pudieron, lo que para demostación de la humana pérdida convenía, sin olvidarse lo principal que para sufragio de sus almas y alivio de las temporales penas era devido.

»Por donde a vós, alta señora, no ha de doler como hija y nieta, sino ser leda como christiana, pues no ay razón que vos forçar pueda que de su descanso vos doláis, señaladamente sabiendo que lo assí quiso y ordenó el Señor que a ellos y a vós crío para coger de todos el fruto que se le deven, en la sazón que le plaze, sin que lo huir podamos. Por donde antes conviene darle gracias porque le plugo darles, después de tan largos días, su gloria, y a vós, después de tantas penas, tan cumplido remedio.

»Las cuales, mi señora, vos suplico que le deis como es justo, pues haziendo lo contrario no mostraríades usar de vuestra conocida discreción y cumplida virtud. Y si hasta agora, virtuosa princesa, se ha diferido hazeros de lo que dicha tengo sabidora, y se no ha esperado que primero ante aquellos que vos engendraron llegássedes, ha sido la causa porque en las dos sazones de alegría, assí passada como venidera, no hoviesse ni haver pueda aparejos de tristeza ni agora los deve haver, pues los que acá quedamos no havemos de entristecernos de su descanso, antes ser muy ledos y desseosos de hazer tan glorioso fin como ellos hizieron.

Aunque aquella discreta princesa de conocer no dexasse que todo lo que Arismenio dixera no salía del orden que cualquier sabio christiano y de Dios amador, en semejantes y mayores casos deve guardar, como por su propia naturaleza fuesse muy piadosa y agradecida, acordándose de la solícita vigilancia y amor tan grande con que aquellos altos emperadores havían en su criança entendido. Pero sobre todo del bivo dolor que de su pérdida sintieron, el cual había sido para les abreviar sus vidas bastante, y del tan gran deudo que con ellos tuviera, que no lo considerava menor que el de sus propios padres, no pudieron sus tristes no menos que agraciados ojos dexar con muchas lágrimas de señalar aquel triste sentimiento que su lastimado corazón sintió, al tiempo que oyó ser aquellos soberanos emperadores d'esta vida a la otra passados. A los cuales

no menos desseava hazer ledos con su vista que a sus señores y padres, porque, puesto que de los segundos fuera engendada, en todo el tiempo de su niñez cuasi no conoció más de los primeros. Por donde aquella antigua memoria de sus primeros años, a sus tristes pensamientos reduzida, no se pudo tan presto despedir d'ellos, que mucho antes no embiasse aquellos gemidos y doloridos sospiros. Los cuales, allende de acrecentar su propia tristeza, no dexavan de la causar igual o mayor al príncipe Valerián. El cual si no temiera que en le tener compañía en sus lágrimas sus desseos se descubrieran, no menos lo dexara de cumplir que en la sazón de mayor alegría, pues en todos los tiempos y siempre sus voluntades y coraçones no eran sino únicos, sin facultad de poder dividirse.

Y como todos los que ende eran no mirassen más de su triste gesto, tan tristes tenían sus semblantes, que no parecía sino que eran venidos a aquella fuente para llorar la muerte de aquellos altos emperadores. Los cuales, puesto que ya hoviesse algunos años que murieran, por la tristeza que en aquella virtuosa princesa conocían, fueron tan nueva y reziéentemente en aquella sazón a su memoria reduzidos, como si el precedente día fueran muertos. Por donde ninguno havia entre ellos que para hablar alcançasse juicio ni fuerças, y menos Arismenio, a quien para todas las otras cosas le sobraba.

Pero después de passada una pieça en aquel continuo y sabroso llorar de Flerisena, reconociendo que aún no havia perdido la facultad para hazer a todos los circunstantes tan ledos como en aquella sazón estaban tristes, y que no era razón de satisfacerles los afanes y trabajos que en su demanda y por la librar padecieran, con lágrimas ni otros ejercicios de tristeza, los cuales no eran menos contrarios a sus condiciones que los de alegría conformes; y considerando que sus semejantes en aquellos y cualquier otros mayores casos havían de mostrar la fortaleza y constancia de sus coraçones y el señorío que sobre sus sentidos devían tener, pero sobre todo conociendo el bivo dolor que de su gran tristeza al su Valerián se recrecía; y con aquello sobrando todos los tristes y doloridos pensamientos y contrapesos que le ocurrieron, reteniendo aquellas fuentes de lágrimas que poco antes de sus hermosos ojos manava[n], esforçándose más de lo que se le otorgava para alcançar fuerças con que hablar pudiesse dirigiendo su razón al sabio Arismenio que le antes le hablara, dixo:

–Si de sentir yo dexara, mi verdadero amigo, los dos contrarios que en vuestras razones juntos se encerravan, con justa causa por todos los que aquí sois presentes, por persona de poco juicio y menor sentimiento pudiera ser juzgada. Pues el uno la vía del consuelo y el otro la del dolor me señalavan, los cuales como no pudiesen en uno morar fueron causa de me hazer sentir los dolorosos y fuertes golpes de su batalla. Por

donde, no los pudiendo con mi flaqueza y piadoso ánimo çufrir, fui forçada recorrer al más presto y natural remedio, que assí a mí como a todas las de mi género es otorgado. Con el cual, sintiendo nuestros coraçones algún alivio, podemos alcançar alguna parte de juzio para determinar lo que antes no pudiéramos por la ocupación de nuestros sentidos. Pero como ya mi coraçón, sintiendo por la fuerça de vuestra razón alguna disminución de su sobrevenida tristeza, tenga algún esfuerço para ayudar al entendimiento que conozca y sienta lo que devo, primeramente digo que vos agradezco, quanto lo vós mesmo sabéis, la pena y trabajo que vuestro pensamiento hast'aquí ha tenido de me guardar de tristeza en el tiempo y sazón de alegría. Y otrosí el remedio que para su disminución procurastes juntamente con la voluntad que en lo assí hazer tengo conocida. Todo lo cual plega al Alto Señor de me traer a tiempo que vos galardonar pueda, como a vós no es oculto ser mi desseo. Y a vosotros, esforçados reyes y príncipes, ruego que, si las lágrimas que detener no pude alguna tristeza vos acarrearón, lo que yo si se me otorgara excusar quisiera, vos no quede por ello pena, pues en mí no ay ni queda más del desseo de lo emendar de la manera que la medida de cada uno por bien terná que lo yo emiende.

Ninguno huvo en de que, oída la humil razón de aquella noble princesa, por sí no le respondiesse mostrando el pesar que de su fatiga sintieron, juntamente con la merced que después más por su comedimiento que porque lo deviesse les hiziera. Pero aunque ya no se mostravan en Flerisena sus passadas lágrimas, menos havia en ellos señales de alegría, pues no la pozavan de su gesto, el cual, estando ledó a todos los que lo miravan, no dexava estar tristes y por lo contrario.

Por donde viendo Arismenio que para erradicar del todo las causas de la passada tristeza, era mejor mudar aquella plática en otras cosas con lo que primero se olvidasse, dixo:

–Como por vuestro mandado, esclarecida princesa y muy altos reyes y príncipes, tenga yo el cargo y cuidado de lo que en este viage hazer se deve, pensando y no me descuidando de buscar todas las mejores y más prestas vías, con que mediante la voluntad del Alto Señor las vuestras muy presto lleguen a sus desseados puertos, me han ocurrido algunas, las cuales entiendo de vos declarar, pues no es razón que en las determinaciones que con acuerdo de todos se deven hazer, tenga yo atrevimiento de las determinar sólo. Y porque no se detarde más de lo devido, sabrán que por la gracia de Nuestro Señor Dios ya somos tan cercanos a las tierras del griego imperio, que si el tiempo no se nos trueca, en muy pocos días podremos aportar en ellas. Aunque para

llegar a Costantinopla algunos más serán menester, por donde conviene que se determine si nuestro camino ha de ser por tierra o por la mar. Porque si se determinare que por tierra, es más conveniente entenderse ha en adereçar unas coas, señaladamente si dende el primer puerto que hallaremos havemos de ir a Costantinopla y de allí hasta Colonia, porque no me parece que se podrá ofrecer sino tan enojoso como largo camino. Y si ha de ser por la mar hasta llegar en tierras del imperio de Alemania, diré a los marineros lo que de fazer deven, porque se pueda ahorrar gran parte de camino, si no havemos de ir en Costantinopla, endereçando nuestra vía por otra parte.

»Y pues agora o después no tengo de dexar de dezir mi parecer, por no interromper lo que me ocurre dexando la emienda al que fuere de mejor acuerdo, digo que tengo por muy cierto que el desseo de todos los que assí somos es dexar esta muy alta princesa en casa de los emperadores, sus padres, porque hasta entonces ninguno tiene o a lo menos no ha de tener libertad, para se determinar ni entremeter en otros hechos aunque le mucho convengan. Por donde si a Costantinopla fuésemos, puesto que trabajásemos en salir presto dende, no lo podríamos alcançar ni lo devríamos procurar, por no mostrar que de las fiestas que los emperadores mandaran hazer por razón de su alegría, nos enojásemos. Con que nos deterníamos ende dando plazer a ellos mucho tiempo, y difiriéndolo a sus padres, a quien, allende que es más justo que primero vea la princesa, mi señora, no se deve çufrir que tanto tiempo lo difiera. Por donde sería yo de parecer que de lo más cerca que de las tierras del imperio griego se nos ofrezca, le embiemos estas tan alegres nuevas que ha muchos años que dessean, escriviéndoles que con sus mensageros las escrivan en Alemania, pues no las esperan con menor desseo. Lo que sin ninguna dificultad se puede hazer, por razón que con el batel que aquí levamos, podrá ir el mensagero que embiáredes, al cual, aunque algún trabajo se ofrezca, no dexará de ser bien galardonado. Y assí passaremos adelante no parando hasta llegar al primer puerto de Alemania, según ya dixé, adonde mediante la divina bondad no se nos porná estorvo a cualquier cosa de las que hazer quisiéremos.

»Y pues, con lo que dicho tengo, sois, mis señores, de cuanto a cerca d'esto me ocurría sabidores, todos y cada uno miren lo que mejor les parezca y no lo tengan callado, pues de las cosas bien acordadas por personas de buena razón y juicio, y señaladamente en quien no cabe pasión, no puede proceder sino tan provechosa determinación como de las impensadas o apasionadas lo contrario.

Como aquellos reyes y príncipes, juntamente con los otros cavalleros, supiesen que Arismenio no dezía cosa que no fuesse para mayor satisfacción de los desseos de

todos, que cualquier otra que por ellos se pudiera acordar. Y otrosí conociendo que todo lo que dixera no podía dexar de efectuarse, determinados de no salir de su parecer sin lo emendar añadiendo ni quitando, le dixeron que el de cualquier d'ellos y de todos era seguir el suyo, pues buscarle contradicción ni emienda antes fuera atrevimiento conocido que determinación provechosa. Por donde viendo Arismenio que aquella era su voluntad y parecer, después de haver cenado, hizo que bolviessen a sus barcos para seguir su viage, según lo havían acordado.

¶Capítulo lxxiiij. De cómo Flerisena con los que ivan en su compañía, después de passada gran tormenta en la mar, aportaron en la Ínsula Venturosa, y de lo que, antes que perdiessen de vista las tierras del imperio griego, se proveyó e hizo.

Al seteno día que Flerisena con los que en su compañía ivan, después de partidos del puerto de la fuente, havían navegado, viendo que la costa que seguían era ya del imperio griego, despacharon por mensagero, con las cartas que Valerián havia escrito, a Zonacrín, el moro que fuera en compañía y servicio de Florianteo. Y la causa porque de aquel moro se fizo elección fue porque en todo el tiempo que passó, después que de la ciudad de Génova partieron hasta entonces, contentándose mucho de la vida y costumbres de los christianos, havia trabajado de instruirse en las cosas que para ser christiano convenía saber, señaladamente de Dromisto, mientras estuvieron en el castillo de Boralda. Del cual fue tan bién instruido que determinó, en llegando en tierras de chrisrianos, bautizarse sin lo diferir por su voluntad una hora. Por donde, sabido por él que se havia de embiar un hombre a Costantinopla, suplicó a Florianteo que procurasse que a él embiassen, porque, allende que procuraría de dar en lo que le sería mandado muy buen recaudo, podría cumplir en la muy famosa ciudad de la christiandad lo que prometiera. Por donde lo eligieron, conociendo otrosí que no era bien diferirle aquellos buenos desseos, y que no sería tan poco lo que el emperador le daría por albricias, de las nuevas que havia de levar, que no sobrasse sin comparación a lo que él perdió el día que, tomado por Florianteo su barco y hazienda, havia quedado cativo. Con que recibiría dos provechos, assí para la vida del ánima como para la del cuerpo, juntos.

Pues siendo ya Zonacrín eligido y despachado, entrando en el batel que llevaban con los marineros que convenía, muy presto lo levaron a un puerto de una villa que se dezía Elephira. Y dexándolo ende, bolvieron a su barco. Y fue tan buena la diligencia que Zonacrín se dio, que al quinto día después que partió de Elephira llegó en Costantinopla. Y no parando hasta los palacios, no tardó en ser puesto en la presencia de aquellos altos emperaodres a la hora que de cenar acabavan. Y fincadas las rodillas, teniendo las cartas que traía en las manos, les començó de dezir:

–Pues las nuevas tan alegres que te traigo, soberano emperador del griego imperio, sobrepujan a toda la tristeza y a las causas que hast’ aquí d’ ella tener pudieste y te han aquejado, suplicote que te acuerdes de lo que prometido tienes a quien nuevas te traxesse del lugar adonde se hallaría tu nieta y más que hija, la princesa Flerisena; cuánto más que las que yo traigo son de su libertad.

Cuando el emperador con la emperatriz aquello oyeron, fue tan grande su gozo que, no sabiendo lo que de hazer ni dezir havían como aquellos que muy buenos christianos eran, fincadas sus rodillas en el suelo fizieron a Nuestro Señor Dios muy grandes gracias porque se havia d’ ellos acordado. Y al tiempo que a sus sillas se acogieron dixeron a Zonacrín que se levantasse y les dixesse la verdad de aquel fecho, porque si assí era como lo él dixera, jamás mensagero fue como lo él sería galardonado.

–Por la merced que me hazes de lo assí prometer, muy alto emperador –dixo Zonacrín–, te suplico me des las manos, porque de ser verdad lo que te yo he dicho es lo tanto como tu corazón deve ser ledo, según que lo mejor verás por estas cartas que te traigo.

Las cuales dio en sus manos. Y puesto que el peso d’ ellas muy ligero fuesse, parecía que las fuerças no le acompañavan para las poder sostener, siendo de su grande gozo enflaquecidas. Pero después que el desseo de saber lo que en ellas venía escrito sobró a su primera flaqueza, limpiadas sus lágrimas porque la lectura no le impidessen, tomando la carta que para él y a la emperatriz venía, la començó de leer tan alto que de los que ende eran oír se podía, assí diziendo:

¶ *Carta de Valerián de Ungría a los altos emperadores del griego imperio, Constancio y Demerencia, sus señores.*

Avós, los soberanos Constancio y Demerencia, emperadores del griego imperio. Yo, Valerián de Ungría, vuestro leal servidor, mando besar vuestras manos. Vuestros justos ruegos, subidos y puestos ante aquel Alto Señor, el cual ningunos que se le justamente pidan oír desdeña, alcançaron que los mudables vientos en todo el tiempo que navegar quise permaneciessen, hasta tanto que llevaron mi barco al puerto de aquella desierta ínsula en que la muy alta princesa Flerisena, vuestra más que amada fija y nieta, en un encantado castillo estava presa. Cuya forma de prisión, junto con lo que para su liberación hazerme convino, a la relación del mensagero que esta mi carta vos diere se remite. Y assí mismo la estraña y engañosa aventura con que mucho tiempo antes que yo llegasse fueron traídos el rey Pasmerindo, mi padre y señor, juntamente con Poliantel y Florianteo, príncipes de Francia y de la Gran Bretaña, para guardar que ninguno pudiesse entrar en aquel castillo, haviendo salido de sus casas y dexado sus reinos con intención de la ir a buscar, y si se les otorgasse, restituirla en su primera libertad. Por donde, no los conociendo, fui forçado de haver con ellos batallas tan peligrosas como me fue la fortuna próspera, en que, no embargante su estorvo, entrar de dentro me fuesse otorgado, y librar de prisiones a aquella virtuosa princesa, poniendo en ellas a la dueña falsa que la ende traxera.

»Y no menos como dos días antes de nuestra partida, llegó ende vuestro hermano, el rey Finariel, forçado de muy gran tormenta, la cual en un incomparable gozo con la vista de todos fue convertida, por cuyo consejo y del rey, mi padre, junto con los que ya dixé, se ha determinado que sea por la mar hasta Alemania nuestro viage, puesto que mi desseo a essa vuestra gran ciudad me guiasse, para que del vuestro y de la emperatriz, mi señora, el galardón se vos otorgasse cumplido. Y pues mi voto no pudo para lo que dixé emplearse, determiné escreviros estas alegres nuevas, con que no pudiendo dexar de ser muy ledos tengo por no menos cierto el perdón de mi culpa, no siendo en mi mano d'ella librarme, aunque no la creo tener tan grande que me no atreva a vos suplicar que estas dos cartas sean por vós embiar mandadas a los emperadores, sus padres. Los cuales no las atienden con menor desseo que será su alegría al tiempo que las recibirán.

»Y pues todo lo aquí contenido con lo que más dezir podría al fiel mensagero, como ya dixen, está remitido, haré fin, aunque no al desseo con que siempre quedo de vos servir las honras y mercedes tan grandes, que en el breve tiempo que ende estuve me fueron por vos mandades hazer.

Léida con el gozo que se considerar puede aquella tan breve como desseada carta, por mandado del emperador Zonacrín, como aquél que de muy buen juicio era y no menos instruido venía, le contó todo lo que fasta'quí se vos ha dicho sin dexar cosa, pues vía que lo oían con tanto sabor y atención que, puesto que hasta el día durara contarle, ninguno sintiera sueño ni desgana, según d'ello se folgavan. Y en fin de aquello les contó lo que con Florianteo le aviniera y la causa porque d'él se había hecho elección para traerle tan altas nuevas, suplicándoles que esse otro día lo fiziessen bautizar, porque era razón, pues los había con su venida tanto alegrado, que no menos se alegrasse su alma cumpliendo los desseos que de aquello gran tiempo tuviera. Al cual el emperador loó su buena determinación y le prometió que se cumplirían como lo él pidiera, sin dexarse todo lo que para ello se devía. Y mandándolo que lo aposentassen honradamente en sus palacios, dándole lo que cumplía, hizo llamar sus secretarios, por medio de los cuales despachó aquella mesma noche mensageros con sus cartas y las que Valerían le embiara para Colonia, mandándoles que no fuesen en levar aquellas nuevas perezosos, pues les serían bien agradecidos.

Y en la mañana en la iglesia de Sancta Sophia, con tanta solemnidad fue bautizado, siendo a ello presentes aquellos soberanos emperadores, como si Zonacrín fuera su propio hijo, al cual se puso por nombre Atelicán. Y acabado de bautizar, el emperador lo hizo cavallero y juntamente le dio tanta renta que él se tuvo por bien satisfecho de sus pérdidas y de lo que el emperador había por aquellas albricias prometido, señaladamente cuando lo casó con la hija del conde Terento. La cual era a maravilla hermosa y por muerte de su padre sucedió después en los señoríos y título de aquel condado, y assí mismo los que del descendieron, los cuales fueron muy buenos cazvalleros y preciados en la casa de los emperadores.

Dicha la missa y hechos los autos de Atelicán, el emperador con la emperatriz bolvieron a los palacios adonde se regozijó mucho la fiesta, pues venía acompañada de grande alegría, por razón de la cual nueve días continuos fueron los emperadores a la grande iglesia a hazer gracias a Nuestro Señor Dios por aquella merced que les hiziera. En los cuales todos los juegos, bailas y exercicios que se habían de hazer por razón de

las fiestas que esperaban, mandó el emperador convertir en divinales oficios, en alegrar a los pobres, en casar algunas huérfanas, en ornar las iglesias y otras subvenciones y limosnas que hizo y mandó dar. Por donde, siendo Nuestro Señor más servido, conocieron sus vasallos que tenían emperadores tan christianos como en otras partes sobervios y vanos. Y con aquella alegría bivieron muchos días hasta que sucedió lo que en la tercera parte se dirá.

Bueltos los marineros que a Zonacrín dexaron en el puerto de Elephira a sus barcos, Flerisena con todos los que sabéis por algunos días siguieron su viage, con el tiempo tan próspero como lo pudiera dessear. Pero como Arismenio tuviesse intento no desacompañado de grande desseo de dar algún descanso al príncipe Valerián en sus aquexadas cuitas y desseos, a los cuales no dexava de conocer que muy cumplidamente correspondían los de la princesa, su señora, una tarde, cuasi queriendo anochecer, hizo que aquel viento muy enderçado fuesse por otro que cuasi al través les saliera, sobrado de manera que a pesar de los marineros los començó de levar por la alta y honda mar, no sin elevarse algunas espantables ondas, con tan grande escuridad, assí de la noche como del día siguiente, que cuasi no podían los unos a los otros conocerse si se no hablaban. Por donde no dexaron de temer aquella enojosa tormenta y escuridad, si no fueran antes por Arismenio previsto que la havían de passar, porque no podían huir a lo que estava por el Alto Señor ordenado.

Y puesto que al tercer día la claridad, assí del día como de la noche, fuesse por ellos en alguna parte cobrada, no por esso havia cessado el viento, el cual los hazía correr como de antes. Por donde los marineros estavan atónitos, pareciéndoles que era imposible que siendo ya tres días y passados con aquel tan furioso viento, las ondas de la mar no se huviessen alçado más altas que las velas de su barcos. Y mucho más lo estuvieron viendo que passaran otros siete días sin jamás cessar aquel tempestoso viento, ni hazer las ondas más exercicio del que con tiempo menos rezio pudieran hazer. En cabo de los cuales, una noche llegaron muy cerca de la tierra, pero no decendieron en ella, pues adonde los barcos surgieron muy poco miedo tenían de los furiosos vientos ni a las ondas que ellos podían causar.

Y el siguiente día, encomençando de amanecer, Arismenio con Valerián se subieron a lo más alto de su barco. Y quando ende fueron, Arismenio le preguntó si conocía aquella tierra. Por donde mirando Valerián a todas partes le dixo:

–No sé si me engaño pero diría que la he otra vez visto.

Y reconociéndola mejor, abraçó a Arismenio diziendo:

–¡O, mi verdadero amigo!, agora conozco que no recibo engaño sino que ésta es aquella vuestra ínsula, en la fuente de la cual me dixistes en vuestra carta que me estava aparejada mi cumplida gloria.

Al cual Arismenio, no se dexando de folgar del grande amor que aquel valeroso príncipe conocía tenerle, dixo:

–Pues tan buena es, mi señor, vuestra memoria, conviene que no digáis cosa de las que a cerca d’esto sabéis, ni menos ninguno de vuestros criados, hasta que conozcáis que se dezir deve o que por mí se vos quite el impedimento.

Por donde Valerián, llamado Dromisto, le mandó que a la fusta en que Canisor con Nicerián venían passasse, y que de su parte les mandasse que, puesto que aquella tierra conociessen, se çufriessen sin lo publicar por entonces, porque assí le convenía. Lo que tan presto fue por Dromisto cumplido como de los otros obedecido.

Después de recordados Flerisena con todos los reyes y príncipes que en los barcos venían de aquel sueño que con más reposo durmieron que las passadas noches, Arismenio mandó que los cavallos y palafrenes d’ellos y de las donzellas desembarcassen luego. Y a los cavalleros dixo que no les cumplía levar más armas de las espadas ni menos escuderos que los sirviessen, porque tenía por cierto que antes hallarían en aquella tierra servicio que peligro.

Y como los barcos, por razón de ser ende el agua muy honda, cuasi junto a la orilla pudiessen llegarse, en muy breve tiempo fueron assí ellos como los cavallos y palafrenes desembarcados. Y cavalgando en ellos, tomaron por la senda que guiava a la fuente que Valerián dixera, a la cual llegaron poco antes de medio día, adonde pararon holgándose mucho del buen aparejo que ende havia para se defender de la calor que en la fiesta havia, assí de grandes y sombrosos árboles como de la yerva verde y fresca que debaxo d’ellos se mostrava. En la cual, decendiendo de sus cavallos, después de se haver lavado con el agua de la fuente, se sentaron, no se deleitando ni descansando menos que en las alhombros de seda y oro con almohadas muy ricas que en sus casas tenían, ni menos sus cavallos y palafrenes con el sabor d’ella, porque mucho tiempo havia que la no comieran sino cevada y lo que por aquellas tierras que anduvieran se hallava para su sustentación.

Y dexándolos en aquella holgança, Arismenio con Empiralidea passaron más adelante, pero no tardó gran pieça que los vieron bolver con dos carretas, cada una de las cuales tiravan ocho cavallos, con seis donzellas que encima d’ellas venían no menos hermosas que de estraño trage vestidas. Las cuales, decendiendo de las carretas y hecha

la medida, así a la princesa Flerisena como a los otros a quien se debía, comenzaron de desembolver lo que en las carretas traían. Y pareciéndoles que era bien sacar primero lo que más peligro passava, sacaron un aparador hecho de muchas piezas de cristal juntadas, el cual arrimaron a uno de aquellos árboles. Y después de lo haver cubierto de un paño de seda blanca, no menos que el cristal del aparador luziente, abrieron una arca, de la cual vieron sacar una baxilla del mismo cristal, con tantas y tan hermosas piezas que ninguno de los que ende eran dexó de codiciarla, pareciéndoles que a ningún príncipe se le había otorgado su semejante.

Hecho lo cual, pararon dos mesas, la una algo más grande que la otra, no se olvidando de las cubrir de muy finos y blancos manteles y paños de boca, ni de traer sillas que en la una de las carretas venían. Las cuales pusieron alderredor de aquellas mesas, sin curar cuál sería la mejor y más rica, pues todas eran de un igual y labor. Todo lo cual estaban, así Flerisena como los otros, mirando con tanto placer como se les otorgava de seer ende deleite, viendo aquellas donzellas tan diligentes y que con igual gracia hazían todo aquello. Y como el rey Finariel siempre hoviesse holgado de saber lo cierto de todas las cosas que vía, y aquel costumbre cuasi ya procediesse de su propia naturaleza, por donde nunca lo había podido perder, preguntó a Arismenio de dónde traxera tan presto recaudo y cuyas eran aquellas donzellas tan diligentes y graciosas, porque a su parecer no se le acordava haver visto sus semejantes.

—Pues aún falta aquí, mi señor —dixo Arismenio—, otra compañera d'estas. La cual yaze enferma de una grande dolencia que le ha sobrevenido, por donde no ha podido aquí venir. Cuya diligencia y discreción son tan grandes, que rigendo a todas estas no muestra moverse, dando recaudo a en todas las cosas de la casa de su señor, el cual es uno de los grandes amigos que yo en estas partes tengo. Y puesto que le no falte renta y haver con que sostener podría muchos criados para el servicio de su persona y muger e hijos, no quiere servirse sino d'estas donzellas, las cuales, sabida mi necesidad, me ha dexado que en mi compañía y de mi hija viniessen para vos servir. Y en lo entretanto, que ellas aquí entienden en lo que se vee, no se dexa de adereçar en su casa lo que de comer havemos, ni tardara de nos los embiar muy presto.

»Y porque más cumplidamente, señor, sepáis lo que me preguntastes en este orden que aquel mi amigo tiene, el número de las donzellas que siempre para su servicio asisten es de siete, sin querer menos ni más. Y porque no se multiplique ni disminuya, cuando casa una d'estas, toma otra, por donde siempre el número que dixere se sostiene. Las cuales en las horas de desocupación haze estudiar en los libros de dotrina y

exemplos provechosos, porque cuando vayan en poder de sus maridos no solamente sepan servir, pero todo lo demás que para el orden y ministerio de sus casaa conviene. De suerte que no hay hombre que se no tenga a buena dicha de le dexar su hija para que lo sirva, ni quien dexe de las querer por mugeres porque sirvieron, y aún sin dote por saber que dende no pueden salir sino sabias y muy virtuosas. Porque en estas tierras muy poco respecto se tiene por los que se casar quieren a los temporales bienes que las donzellas tienen, sino a la bondad y virtudes que alcançar conocen. Lo que es al contrario de muchas provincias que yo he visto, adonde no curan de muger que no sea rica aunque consigo traiga todos los vicios e ignorancia que se pueden considerar. Puesto que por otra parte no me maravillo, porque son tan pocos los padres que a sus hijas enseñan vida y exercicios virtuosos, que en este tiempo que alcançamos antes les hazen aprender con que hermosas parezcan que buenas, creyendo que con aquella aparente hermosura atraieran a los hombres para que las quieran por mugeres. Sin acordarse de que, puesto que aquel pensamiento aunque falso pueda efectuarse, cuando a sus maridos les passa aquel desseo y codicia que las alcançar tenían, conociendo sus vicios e inabilidad, vienen a aborrecerlas de manera que les hazen passar tan mala vida como son los pensamientos y causas con que semejantes casamientos se hizieron, señaladamente que aquellos que por sola cobdicia de bienes o hermosura toman mugeres, no los combidando las virtudes que en ellas como fundamento principal haver deve, no pueden dexar de ser acomparados y aun semejantes a los brutos. Los cuales no cobdician ni piensan más de efectuar sus desordenados y suzios desseos, por donde es impossible que siendo fechos con tan dañadas intenciones, pueda d'ellos suceder fruto que no sea su semejante.

»No entiendo, por no ser prolixo, de entrar en los desonestos trajes, o por mejor dezir locuras, de que las arrear, sino que destruyendo, assí mesmo enloqueciendo, más de lo que son a sus hijas, y procurando causas con que passen malas y tristes vidas con sus maridos, después de aver por razón d'ello passado grandes enojos y penas, van derechos a los infiernos por no las haver castigado y enseñado según eran tenidos.

Y porque acabando de dezir aquello vieron venir otra carreta en que venía lo que de comer havían, se sentaron a las mesas adonde fueron tan bien y diligentemente servidos quanto lo pudieran ser, aunque para cada uno huviera diez servidores. Después que huvieron comido, con la mesma diligencia, alçaron las mesas con todo lo demás que oístes, poniéndolo en sus carretas, no les dexando más de las sillas en que sentados estaban y algunas pieças de cristal para si quisiessen tomar agua de la fuente. Y después

de les haver fecho su medida, puesto que no les hoviessen jamás hablado, bolvieron con sus carretas a casa de su señor, la cual era el mesmo castillo de Arismenio. El cual por sus artes había fecho todo aquello sin lo querer dezir a ninguno de los que ende eran.

Cuando vino la noche, se tuvo el mesmo orden para la cena, acabada la cual, sin lo poder resistir ninguno d'ellos, dexados Valerián y Flerisena, quedaron en sus sillas durmiendo tan fuertemente y con tanto sabor, que los no recordaran con todas las fuerças y esperiencias que se hazer pudieran por mucho que lo trabajaran. Y como assí estuviessen, Arismenio dixo a Valerián y a Flerisena:

–Mis señores, quedad con Dios hasta la mañana, porque yo no entiendo velar esta noche sino en mi lecho.

Dicho lo cual, sin esperar d'ellos respuesta, con Empiralidea se fue tan presto que, aunque quisieran, no le pudieran responder, pues antes de aquello ya había dado aviso a Valerián de lo que fazer entendía, y mostrado el lugar a donde le dexaría un lecho para que con la princesa, su señora, se acostasse.

¶Capítulo lxxv. De cómo Valerián de Ungría con la princesa Flerisena llegaron al puerto de sus aquexados y comunes desseos, alcançando la gloria tan cumplida como con los humanos sentidos se puede sentir e gozar.

Cuando Valerián con su sola señora en aquel tan deseado lugar se vido, pues los que ende dormían por muy ausentes los juzgava, por les no ser facultad otorgada de poder recordar. ¿Quién podría dezir ni acomparar el gozo de su corazón y alma? Por cierto ninguno, sino aquél que amando tan lealmente y afincada viesse para el cumplimiento de sus aquexados desseos el remedio y fin tan aparejado y presto como lo él considerava. Por donde, porque por su culpa y descuido sólo un punto no se difiriesse, acercándose a la silla en que su señora estava assentada, tan atónita como alegre de se ver con libertad para hablar descansando su corazón con aquel príncipe cuyo era, quiso ante ella hincar sus rodillas y juntamente tomarle las manos para se las besar. La cual, conociendo lo que devía, no se las otorgó ni menos le consintió que aquella medida le fiziesse, rogándole que se bolviesse a su silla, porque si alguno de los cavalleros recordasse no fuessen sus desseos descubiertos con tan grande afrenta y vergüença suya.

A la cual Valerián dixo que lo no temiesse, pues era cierto que de tal manera dormían que no estava en su libertad recordar, por donde le suplicava que lo no mandasse dende partir. Y por se más certificar fueron entrambos adonde Erminia en la yerva yazía, a la cual hizieron tantas cosas porque recordasse, que Flerisena viendo tan duro sueño temió que no fuesse muerta. Pero sintiendo su huelgo y que le no faltava su natural calor, teniendo por cierto lo que Valerián le dixera, se asossegó de su temor y sospecha. Y como Valerián viesse que para el fin de sus desseos no faltava más de la voluntad de su señora, pues el lugar y aparejo eran por su parte, tomando la una de sus manos le dixo:

–Agora es tiempo, mi verdadera señora, para que yo conozca si aquel sobrado y leal amor que yo vos siempre tuve y tengo, serán bastantes para que de mis penas vos doláis, pues jamás se ofreció a ningún verdadero amante sazón tan próspera como ésta que la fortuna ha querido otorgarme.

Al cual Flerisena dixo:

–No sé qué más pueda, mi señor y amigo, de vos dolerme, pues no siento menos vuestras cuitas que las propias mías, para cuyo remedio vuestro corazón, que del mío no está lexos, no dexa de alcançar lo que mi voluntad hazer dessea, cuando fuere razón y tiempo conveniente, y mi honra que por vuestra propia havéis de juzgar no pueda recibir mensocabo ni manzilla. Por donde vos ruego, pues lo que digo no vos es oculto, que vos çufráis como lo yo hago, hasta que el Alto Señor con los cumplimientos devidos de nos los otorgar a entrambos sea servido.

Diziendo lo cual no dexava Valerián de le besar muchas vezes aquella mano que le ya tenía, ni menos Flerisena de le seguir sus perezosos passos. Y era la causa porque, sintiendo la boca de su amigo con la mano juntarse, sentía con ello tan grande deleite, que ni se acordava de le preguntar adónde ivan ni menos de le dezir que de aquel exercicio cessasse, porque, puesto que se dezir pudiesse que havían gozado de mayor gloria y deleite el día que entrando Valerián en el castillo de Boralda sus rostros se juntaron, como se ya vos dixo, por cierto no igualó ni con gran parte al que entonces gozavan. Por razón que Flerisena, cuasi sin sentido y Valerián sin haver acabado de despedir el dolor que poco antes sintiera, no gustaron más de assegurar sus corazones de la vida y libertad d’ella y del temor de Valerián. El cual, como conociesse que su señora no dexaría de le otorgar lo que en aquel encantado castillo cuasi de su propio grado le otorgara, determinó de lo alcançar con su voluntad, diziendo:

–Pues a tan subida cumbre ha querido en esta sazón, mi verdadera señora, subirme la fortuna que hasta haveros hallado había trabajado de abaxarme, suplicovos por el perdón de mi atrevimiento, pues forçado de mis desseos y ofreciéndoseme tan cumplida bienaventurança no puedo dexar de atreverme a tomar de vós aquellos abraços, los cuales, si me negados fuessen, no causarían en mi entendimiento menos desesperación que alcançándolos cumplida gloria.

Dicho lo cual, y aún antes que de lo dezir acabasse, la abraçó juntando no menos su boca con la de su señora. La cual, no entendiendo de lo descomplacer en aquello, antes desseando mostrarse que lo igualmente desseava, lo abraçó y con tanta voluntad como lo requería aquélla que entrambos coraçones se tenían. Y como en aquello único descanso recibiesen, muy gran pieça se detuvieron en aquel segundo grado de gloria, con que Flerisena creyó que el su Valerián quedava como ella satisfecho y con fuerças para esperar el tiempo y sazón que le dixera. Pero como en aquel caso no diferiessen menos sus pensamientos que en todas las otras cosas eran concordes, teniendo ya Valerián propuesto de venir al fin y remedio que tantos años desseara, una pieça hablando con su señora y otra gozando de lo que se le otorgava, aunque siempre puestos los braços de entrambos sobre sus cuellos, representando el yugo de la servidumbre y unanimidad que se havían de tener, sin lo advertir la princesa la levó debaxo de cuatro árboles que ende havían muy grandes, cuasi en cuadro, en medio de los cuales había un tan rico lecho como lo tener pudieran en casa de sus padres. De ver el cual Flerisena fue menos maravillada que Valerián ledo, por donde le dixo:

–Por cierto, mi señor y verdadero amigo, jamás creyera que vuestro coraçón mayores fuerças contra el mío alcançasse que las que yo contra el vuestro alcançar siento, pues nunca pensé más de seguir todo lo que vuestra voluntad querer conociesse. Y se vee muy claro que este aparejo no se ha hecho sin gran acuerdo, para que con menoscabo de mi honra sin sazón ni tiempo se cumplan vuestros desseos. A los cuales, puesto que los míos no le sean contrarios, no entendía yo que tan arrebatadamente, y hasta que sin mi cargo pudiessen cumplirse, se havia por vuestra parte de procurar tan impensado efecto.

Aunque Valerián de sentir no dexasse, como era razón, aquellas palabras de su señora, creyendo que se dezía más por usar de las honestas defensas de que las virtuosas donzellas en semejantes casos suelen aprovecharse, por mostrar que no vienen en lo que más deseean de su grado, que porque creyesse que los desseos de su señora de los suyos

en la menor parte se desmandassen, haviéndose ya con ella en aquel esperado lecho sentado, y no sin mezclar entre sus palabras sus acostumbrados besos, le dixo:

–Si creyese, mi verdadera señora, que de vuestra voluntad procediese negarme, en sazón d’esta mi desseada bienaventurança, el remedio de mis passadas penas y presentes queexas, seed cierta que no dudaría más en me dar con mis propias manos la muerte, que procurar de salvar la vida. Pues por la menor palabra por vós, mi señora, con enojo contra mi dicha, cierto que no se hallaría para mi atribulado cuerpo en todo el universo morada, con el temor de vuestra temerosa saña, fasta vos haver dexado tomar aquella vengança que por razón de mi atrevimiento devida vos fuesse. Por donde vos ruego, mi señora, que no la vea yo en vuestro gesto, si ya no sois servida que en la sazón que cuidava ser el más bienandante de todos lo príncipes del mundo, aya de morir de la más cruel y presta muerte que se considerar puede.

Dicho lo cual, fincó en el suelo las rodillas, besándole las manos con tanta humildad que, pesando a Flerisena de lo que dixera viendo cuánto temía aquel esforçado príncipe enojarla, le dixo:

–Nunca el Alto Señor quiera, mi verdadero señor y amigo, que por mi causa vuestra persona sienta la menor de las sentidas penas, quanto más tan cruel muerte. Después de la cual, hasta vos haver seguido, es cierto que sería peor mi vida. Por ende, como aquélla a quien jamás pensamiento para vos enojar fue otorgado, vos ruego me perdonéis mi razón mal sentida. Pues el sobrado amor que vos yo tengo, junto con el desseo de guardar la honra d’entrambos, turbaron de tal suerte mi juicio, que sin lo querer dixere lo que pluguiera a Dios que por dezir quedara.

Y por mostrar que sin alguna ficción aquel perdón le pedía, acabada su razón, le tomó entre sus manos la cabeça y le besó tantas vezes sus ojos y boca, quantas creía que para lo aplacar del passado enojo que contra ella tuviera convenía, creyendo otrosí amansar aquellos ravisos fuegos que a su corazón y entrañas abrasavan, recibiendo de Valerián los mismos y en número no menores, juntamente con las humildes gracias que por tan alta merced le estava dando. Sin descuidarse entre tanto de quitarse sus ropas y desbrochar las de su señora, con tanta prissa y destreza que en muy poco espacio se hallaron en el lecho abraçados, con tanto descanso que pensar de lo acomparar sería tan escusado como creer que quisieran dexarlo, si les otorgado fuera de gozar todo el tiempo que la tardança de la venidera muerte se lo consintiera.

Por donde viéndose Valerián surgido en aquel seguro puerto de descanso, no se ha de dudar que por lo gozar más cumplido dexasse de dezir a la princesa, su señora,

palabras tan amorosas como su entendimiento e juicio en aquella sazón alcançavan, por alcançar el cual tantos peligros e fortunas como trabajos y afanes le havía convenido passar. Ni menos se ha de creer que aquella agradecida princesa, conociendo cuán justamente le era devido y que con se lo otorgar dava a si mesma el remedio que Valerián pedía, dexasse con igual voluntad de lo conceder. Con que, no se hallando en aquella sazón entre aquellos dos leales y verdaderos amantes ningún género de discordia ni de descontentamiento pues lo jamás hubo, dando a sus coraçones la verdadera seguridad que desseavan, todo lo que de la noche quedava igualmente gozaron de muy mayor gloria, de la que por ellos era antes de la gozar considerada.

Y puesto que con aquello huviessen creído dar fin a sus aquexados desseos, no dexaron de se hallar después sin la compañía d'ellos, porque, no embargante aquella tan cumplida como desseada satisfacción, antes los acrecentaron con firmeza de aquel seguro fundamento, tanto que cuando las luz del alva començó de amenazarlos, no les pareció sentir cuasi menos pena que poco antes gloria y descanso, por la incertitud que consideravan de lo bolver tan cedo a gustar tan cumplido, como en aquel poco tiempo se les otorgara.

Pero viendo que se no podía escusar, muy presto se vistieron para bolver a sentarse en sus sillas. Y no huvieron començado de caminar seis passos, cuando, bolviéndose a mirar aquel tan sabroso lugar en que estuvieran, ya no vieron el lecho ni vestigio que lo huviessen ende havido, no dexando en sus coraçones de agradecer a su buen amigo Arismenio el cuidado que de su descanso y honra tuviera, puesto que Flerisena no dexasse de tener alguna honesta vergüença por la que en ella se havía de conocer por él y Empiralidea, su hija, a los cuales sabía que todo lo passado no era oculto. Y llegados a sus sillas se sentaron, gozando de se ver, reduziendo a sus pensamientos la recibida gloria y deleite, y desviando el pesar que de se ver fuera d'él les ocurría.

Assí estuvieron buena pieça atendiendo que los que dormían recordassen y pensando cómo dissimularían su nunca venido sueño. Pero antes de lo que ellos cuidavan vino ende Arismenio, el cual, dexando a su hija sentada en la yerva junto a Erminia, la cual aún dormía, se assentó en su silla diziéndoles que pluguiesse al Alto Señor otorgalles aquel descanso y gloria para muchos años. Al cual entrambos agradecieron assí lo passado como lo presente, con aquellas palabras que mejor les parecía poder mostrar su agradecimiento, puesto que Flerisena con alguna de su ya pensada vergüença, la cual muy presto le hizo perder Arismenio, platicando con ellos de

muchas cosas de burlas y alegría, para dezir las cuales no le faltava tanta gracia como para los otros hechos sabiduría.

¶Capítulo lxxvj. De cómo la princesa Flerisena con los que en su compañía ivan partieron de la Ínsula Venturosa y llegaron el el imperio de Alemania, y después de algunos días en Colonia, y de lo que en su llegada y recibimiento se hizo e dixo.

Venida la hora en que al sabio Arismenio pareció que aquellos reyes y príncipes, con los otros cavalleros y Erminia, recordar devían, hizo que sin lo saber ni menos resistir Valerián y Flerisena se adurmiessen juntamente con Empiralidea, su hija. Y hecho aquello el primero que recordó fue el rey Finariel, el cual, cuando vido que ya era de día, no le pareciendo, assí como a los otros después que recordaron, que dos horas durmiera, mucho se maravilló que tan presto fuesse passada aquella noche. Al cual Arismenio dixo que si había tenido blando el lecho, pues tan bueno le supiera el sueño:

–Por cierto, mi buen amigo, aunque no lo tuve tan bueno como en el castillo de Boralda –dixo el rey Finariel–, no por ende he dexado de dormir con mayor sabor por razón d’esta frescura, de la cual ende no se gozava.

Y porque le pareció que se no debía dexar de tener memoria de las cosas que le Arismenio dixera, acerca de su señora Polidia en los tiempos passados, entraron en la plática d’ellas. Con que mucho se holgó el rey a causa de la renovación de la sabrosa membrança, con que en aquella sazón no se holgava menos, que entonces del señorío y possession que de aquella virtuosa reina se le otorgava.

No passó gran pieça que recordó el rey Pasmerindo, el cual les hizo tercero en sus razones, no se holgando menos de aquella plática, pues en ella se reduxeron las cosas que en el tiempo que estuvo en Trepisonda, antes que a la princesa Albericia alcançasse por señora, eran passadas.

Dende a poco recordaron todos los otros príncipes y cavalleros con las donzellas, sino Valerián y Flerisena, los cuales dormían cuasi con igual sabor de aquél que velando no muchas horas antes gustaran. Lo que hizo Arismenio porque de sus hechos ninguna cosa se sospechasse. Pero no passó mucho que entrambos recordaron, no se mostrando

menos maravillar de la brevedad de aquella noche que los otros y con mayor razón, pues a Valerián y a la princesa pareciera que aún no fueran todas las horas d'ella un momentáneo tiempo.

Después que fueron recordados todos, Arismenio les rogó que le perdonassen si no havían sido servidos de lechos tan bien como de mesas, pues el tiempo y aquel lugar tan fresco lo havían hecho atrever a les dar en lugar de blandas camas aquellas duras sillas, sabiendo que con el cansancio de la mar y seguridad del pensamiento de las noches de la tormenta, no havrían menester quien los a dormir les incitasse, por donde no les havia dado aviso que ende passarían la noche, porque no les pareciesse forçado alvergue. Ninguno hubo ende que le no otorgasse aquel perdón de grado, y Valerián y Flerisena mucho más, pues en el primer lecho que les diera havían descansado sus almas sin comparación más que los cuerpos en el segundo.

Cuando Arismenio vido que era tiempo de se bolver a sus barcos, pues la causa de la venida a la fuente ya era cumplida, les dixo que por no ser justo fatigar los hombres a sus amigos, sino en el tiempo de la necesidad en la cual ya havían sido de aquel su buen amigo socorridos, su parecer era que a sus cavallos se acogiesen para bolver al puerto, assí como se hizo. Y después de se haver embarcado y otrosí sus cavallos y palafrenes con grande alegría, por causa del tiempo que muy endereçado se les ofrecía, partieron de aquel puerto. Y en breves días llegaron a una villa del imperio de Alemania que se dezía Feltrea, adonde, despedidos e muy bien pagados sus marineros, les dieron cartas, pues todos eran griegos, para el emperador de Constantinopla. Con las cuales Flerisena, pidiéndole perdón por les no haver podido ir a besar las manos, según lo tenía en desseo, le suplicava que a aquellos marineros que tanto tiempo y tan bien havían trabajado en su servicio, fiziesse mercedes y otorgasse algunas libertades con que conociessen que sus servicios no dexavan de les ser tan satisfechos como agradecidos. Lo que por el emperador se hizo tan cumplidamente, que ninguno d'ellos tuvo más necesidad de bivar de aquel trabajoso exercicio, sino de buscar aparejos para descanso.

Algunos días estuvieron en Feltrea adereçando lo que para ir por tierra convenía, sin darse a conocer porque de su venida ninguna cosa se supiesse. Pero dos días antes de la partida que hazer entendían, llegaron ende mensageros del emperador Nestarcio, los cuales por todas las villas y puertos de mar venían a dar aviso que estuviessen apercebidos para recibir a la princesa Flerisena, con todos los otros reyes y príncipes que en su compañía havían de venir. Y como los regidores de Feltrea oyessen aquel

mandado, sospechando que aquellos dos barcos que ende llegaron eran los que habían traído a la princesa, su señora, pues toda la gente que en ellos viniera era para ellos muy estraña, acordaron, como lo hizieron, de ir a la posada en que la princesa Flerisena posava para saber si su sospecha era verdadera. Y como por voluntad d'ella fuessen sabidores que era su señora, la que esperavan, le vinieron a besar las manos, suplicándola con mucha humildad que su descuido e ignorancia les perdonasse. La cual no solamente les otorgó aquello, pero juntamente privilegio de franqueza para siempre de todos los derechos, assí imperiales como otros. Con que antes de muchos años fue tan acrecentada la villa que ninguna había su igual en toda la costa de la mar. Y como conociessen que por muchas causas tenían razón de alegrarse de la venida de la princesa, su señora, los días que ende estuvo le hizieron tantos servicios e fiestas, que conoció que de aquella merced y cualquier otra que mayor fuese no dexavan de ser merecedores.

Pues sabiendo los mensageros que eran ende venidos para dar aquel aviso que ya la princesa era llegada, sin parar días ni noches bolvieron a Colonia con aquellas nuevas de tanta alegría que se no vos podría acomparar, porque, puesto que cuando les llegaron las cartas de Valerián y del emperador de Costantinopla muy grande la huviessen recibido, no igualavan con la segunda, considerando que ya era fuera de los peligros de la mar, en los cuales siempre se les representava. Y por ende no fue menor el galardón de los segundos que el de los primeros, el cual no dexó de igualar al de Atelicán, conde que fue de Terento, primero llamado Zonacrín. Ni fue menor la diligencia que en Colonia se dieron en adereçar lo que convenía para el recibimiento de la princesa, con los reyes e príncipes que con ella venían y para sus personas, señaladamente las reinas Albericia y Polidia con la infanta Ardimea. Las cuales no desseavan menos ver a los reyes, sus maridos, y a Poliantel, a quien aquella graciosa infanta con la licencia de la reina, su madre, había otorgado nombre de su cavallero, por el cual no padecía menores cuitas que las que Poliantel por su ausencia çufría, lo que bien señaló al tiempo que en el castillo de Boralda alçó el libro de Diliarda de la arquilla en que estava.

Pero porque si de todos los príncipes y cavalleros que están en la presente historia introduzidos se huviesses de hazer especial cuenta y memoria sería cuasi sin fin, no se vos cuentan sino breve y succintamente, pues de los principales aún se dexa la mayor parte, por no vos causar fastidio si cuasi siempre leyéssedes una mesma cosa. Por donde no menos breve se vos han contado los de Gastaphileo y Radorián, en los cuales

había tanto que dezir, que después de los de Valerián con Flerisena, muy pocos tuvieron por iguales en sus desseos y penas.

Cuando todo lo que para la partida de la princesa convenía fue adereçado, con los que la havían hasta Feltrea acompañado y los regidores d'ella con muchos cavalleros se partieron. Y el día de su partida llegaron a otra villa que distava cinco leguas de Feltrea, la cual se dezía Fracernia, adonde, siendo avisados de su venida, fueron recibidos lo mejor que se les otorgó. Y bolviéndose dende los regidores y los otros cavalleros de Feltrea, los de Fracernia acompañaron esse otro día a la princesa con su compañía, hasta una aldea que distava cuatro leguas de Fracernia llamada Trucea. Y siguiendo siempre aquel orden vinieron hasta tres leguas de Colonia, adonde el emperador Nestarcio con la emperatriz, y las reinas con sus hijas y otras donzellas y altos hombres y cavalleros, los atendían, sabiendo cada día nuevas de su venida.

No hay lengua que dezir pueda ni pluma escribir lo que en aquel recibimiento tan alegre passó, si ya al que lo contar quisiera no le fuera por el Alto Señor su gracia para ello comunicada. Pues de otra suerte fuera imposible, según los coraçones de los que venían y de aquéllos que los esperavan se alegraron, porque quien viera a Flerisena, después de haver besado las manos al emperador, su padre, y siendo por él recibida con aquel entrañable gozo, que se no podía acomparar sino a la tristeza que su coraçón sintió al tiempo que fue por Boralda levada, con tan gran humildad pedir las de la emperatriz, su madre, cómo pudiera su coraçón aunque adamantino lo tuviera dexar de le hazer compañía en sus lágrimas, señaladamente al tiempo que la tomó en sus braços, diziéndole aquellas palabras que cuasi fuera de sí le dezía, besándola más vezes que fueron puntos los que passaron después de levada con aquellos hambrientos desseos de la ver. Mayormente si viera llorar aquella hermosa princesa, pareciéndole que no debía otorgar ventaja a su madre en el gozo ní en las lágrimas, pues en los besos muy claro se vía que le no quedava deudora, dexando sus manos tan mojadas como la emperatriz a su hija el rostro.

Y fue tanto lo que en aquel sabroso exercicio se detuvieron, que ya los reyes Pasmerindo e Finariel se havían abraçado y recibido con el emperador y las reinas, sus mugeres. Las cuales bien mostaron en aquella sazón que el discurso del tiempo no havía resfriado aquellas antiguas llamas que a sus coraçones y entrañas havían abrasado, y entonces no cessavan de arder tan bivamente como en la sazón que más fuerça tuvieron. Pues lo que la reina Polidia passó con el príncipe Poliantel, su hijo, no es razón que se calle, pues no dexó de imitar a lo que la reina Albericia con su hijo, el principe Valerián,

passara. La cual, como dende edad de siete años o poco más no lo huviesse visto, representándosele en aquella hora tan hermoso y apuesto, sin olvidarse que la fama de su persona sobre todos los príncipes y cavalleros de aquellos tiempos florecía, no se cansava de lo tener abraçado y besar con no menores lágrimas y gozo del que la emperatriz con Flerisena sentir señalava.

Cuando Poliantel con la infanta Ardimea se vieron, conociendo muy bien que todos los circunstantes estaban en ál ocupados, no se ha de creer que de mostrar dexassen el uno al otro el gozo que sus ánimos sentían, y que, si les otorgado fuera, no dieran a la emperatriz Arinda ventaja en lo abraços ni en la voluntad de se los dar. Pero de Florianteo conviene que sepáis que en aquel punto que sus ojos vieron la graciosa hermosura de la infanta Belinda, perdiendo la libertad de su propio grado de que hasta entonces tanto se havia preciado, que le parecía impossible un corazón generoso y esforçado poderse a una flaca donzella sujetar, assí fue de aquella hermosa infanta pagado, que conociendo cuán grandes eran las fuerças que él hasta entonces muy pequeñas considerava, assí se sujetó que jamás su corazón desseó mayor bienaventurança que la que, de servirla, se le podía recrecer, como aquella en quien conoció luego que sola podía otorgarle el galardón de aquellos tan altos como nuevos desseos. Y como viesse que no havia ende persona que para mirar más de lo que la emperatriz con su hija y las reinas con sus hijos hazían se desocupasse, llegándose a ella le dixo:

–¿Quién havia de creer, o, más graciosa infanta de cuantas mis ojos han hasta aquí visto ni ver esperan, que después de me haver librado la fortuna de tantos peligros, assí de batallas como de la tempestosa mar, en el día que creía haver mayor seguridad alcançado quede mi corazón tan cativo que ya, sin pérdida de la vida, no espere ni quiera gozar de su libertad? Por ende, mi verdadera señora, cuan humilmente se me otorga, vos suplico que, pues mi querer y fuerças ya no se han de sólo un punto desmandar de aquello que conociere ser vuestra voluntad y servicio, e sin ella serían tan flacas quanto con me otorgar nombre de vuestro cavallero las considero grandes, no desdeñéis de lo assí querer, porque pueda con tan alta merced y nombre alcançar mayor bienaventurança y gloria que la que, de ser de todo el universo señor, se me podría recrecer y aunque mayor fuesse.

Cuando Belinda hubo la razón de Florianteo oído, aunque le no pesó, no quiso responderle, assí porque el rey Finariel, su padre, haviendo dexado a la reina Polidia, venía para la tomar en sus braços, pues no havia poco tiempo que lo desseava, como

parecerle que no había necesidad de respuesta. Pues en sí sentía que lo no debía negar por ser tan gran príncipe y no menos apuesto cavallero, la fama del cual no dexava de igualar a todos los príncipes de su tiempo.

Pues viendo las reinas Albericia y Polidia que ya de razón passava lo que la emperatriz con Flerisena hazía, le dixerón que les dexasse alguna parte de aquellos abraços, pues ninguna d'ellas había que no huviesse andado muchas leguas por alcançarlos. La cual, con cuanto le dixerón, no la dexara si se la no tomaran aquellas virtuosas reinas, besándola con no menor amor que si les fuera fija, y señaladamente la reina Polidia, la cual, allende del gran deudo que con ella tenía, era tan amorosa, que por razón de aquello no era menos bien quista que las esquivas y desagradecidas aborrecidas por lo contrario. Después de las reinas, la tomaron las infantas, tan maravilladas de aquella su grande hermosura, cuanto antes que viniesse desseosas de la ver, con quien Flerisena no se folgó menos que con las reinas, por ser muy hermosas y de poca edad.

En aquel medio tiempo la emperatriz recibió a Valerián, a quien no mostró menor amor que a la princesa, su hija, no lo dexando de besar muchas vezes, diziendo:

—¡O, valeroso príncipe y mi amado hijo, sola confiança de mi desseado remedio!, ¿qué gracias vos puedo yo dar que corresponder puedan a los peligros y afanes que por me restituir la lumbre de mis ojos, y la alegría que tan perdida tenía como agora cobrada, vos ha convenido passar? Por cierto ningunas, pues han sido tan grandes y continuos como las fuerças y potencia de mi lengua flacas y pequeñas para las poder declarar. Por donde vos ruego, pues faltándome las fuerças para dezirlo no podrían ser para vos lo galardonar bastante, que vos contentéis con aquel galardón que el Alto Señor es cierto que vos no dexará de dar, juntamente con el de la gloriosa fama que por haver dado cima en tal alta demanda tenéis ganado sobre todos los príncipes del universo.

Y otras cosas le dixo para aquel efecto, con las cuales no se dexava de mostrar aquella alta emperatriz tan agradecida como Valerián ledo y satisfecho. No se ha de creer menos que el emperador Nestarcio, al tiempo que Valerián le vino a besar las manos, de recibir lo dexasse sin le encubrir que su desseo de le galardonar sus trabajos igualava al que él tuviera de servirlo. Por donde Valerián le pareció que le quedava deudor, pues bien entendidas las palabras que le dixera, juntamente con lo haver besado mil vezes, mostrara que otorgarle a la princesa, su hija, por compañera y señora, no lo tenía en cuenta de galardón suficiente.

Otrosí no se ha de dudar que, en la sazón que Florianteo y Poliantel fueron del emperador recibidos, dexassen de quedar tan satisfechos d'él como Valerián. Y que no se olvidó el emperador de quejarse de Florianteo, poque al tiempo que lo hizo cavallero no le descubrió su hazienda, siendo su tan cercano deudo, puesto que después lo huviesse hecho d'ella sabidor, según en el principio de la segunda parte d'esta historia se os contó.

Y porque si se huviesse de por extenso contar todo lo ál que en aquel alegre recibimiento se hizo e dixo, sería más enojoso que conveniente para la prossecución de la presente historia, no se vos dirá más de cuanto fueron los unos de los otros recibidos con aquella alegría que todos esperavan, sin olvidarse de se hazer todos lo cumplimientos que convenían, assí entre los emperadores y los reyes y príncipes que ende vinieran, como con las reinas e infantas que en aquel recibimiento se hallaron. Entre los cuales no vos contamos Lucenio con Asanor y Dromisto, los cuales no dexaron de ser recibidos por aquellos altos emperadores con tanto amor como los duques de Lorena y de Guaina de la reina Polidia. La cual mucho les agradeció aquel servicio y compañía que al rey Finariel, su señor, hizieran, y assí mesmo la infanta Belinda, porque no era menos que su madre agradecida.

Pues Aspalión del Vado y Assernia, los cuales en compañía de la reina Albericia eran de Colonia ende venidos, cuando a su hijo Canisor vieron tan grande y apuesto, sabiendo cuán bien havía servido al príncipes Valerián, su señor, bien se creera que fueron tan ledos de lo ver como cualquier de aquellas reinas, pues la no amavan menos.

De Neophal e Nicerián no se vos dize más de cuánto estaban tan maravillados de ver tantos reyes y reinas, príncipes e infantas juntos en la casa de aquellos altos emperadores, como alegres por se haver hallado, assí en lo passado como en lo presente, porque del enojo y alegría pudiessen contar igualmente cuando se les ofreciesse.

De las otras donzellas es escusado dezir lo que hazían con Erminia y Empiralidea, con las cuales no se mostravan folgar menos que con la venida de Flerisena, no les dexando de tener grande embidia de la compañía que cada una tuvo a aquella alta princesa, con la cual havía visto tantas cosas que ellas no podía ver ni menos lo esperavan.

Y como Arismenio considerasse que hablar a los emperadores antes de haver su hija Flerisena recibido, o en el tiempo que consigo la tenían, era más para interromper su gozo que para lo acrecentar, no quiso mostrárseles hasta que ya sus coraçones fueron de aquella sobrada alegría assossegados. Y como en aquella sazón, tan conveniente

como devida, ante ellos se presentasse, assí lo abraçaron como si fuera si igual, haziéndole tantas gracias por su venida como si especificadamente fueran de lo que, por ayudar a Flerisena y para su liberación, fiziera sabidores.

Y como aquel gozo a todos cuasi huviesse privado los sentidos, para que entender no pudiessen en más de aquel alegre exercicio en que hasta entonces havían entendido, ninguno curava de preguntar cosa de las passadas. Por donde en aquella sazón no fueron reduzidas a memoria la pérdida de Flerisena y muerte de los emperadores, sus agüelos, ni su liberación y prisión de Boralda, más que si nunca se huviessen seguido, la cual siempre con ellos viniera salvo aquel día, por razón que Arismenio la mandó detener la precedente noche en un castillo, porque su presencia no interrompiesse aquel gozo presente ni renovasse la passada trizteza.

Aunque, según Florianteo estava de nuevo cuitado, no se la acrecentara ni disminuyera su venida, porque dende la hora que vido y habló a la infanta Belinda, assí la estava mirando como enartado, pareciéndole que ninguna bienaventurança podía ser mayor que conocer que aquella hermosa infanta a su amor correspondiesse. La cual, no dexando de conocerlo y viendo que al merecimiento de aquel príncipe era justamente devido que no desdeñasse su grande ofrecimiento, quiso dárselo a entender con lo mirar, de manera que añadiéndole tanta gloria como desseos, fue causa que Florianteo, gozando de aquellos sabrosos principios, se hiziesse tan ledo por haver puesto su coraçón en aquella hermosa infanta, que le parecía que ninguno con razón lo podía ser más, conociendo que aunque le faltava estado del cual para su contentamiento poca cuenta hazía, le sobraavan virtudes, allende de ser hija de tan honrados reyes y nieta de los emperadores Octavio y Pulchrea, cuyos deudos por más honrados que los otros eran en aquellos tiempos tenidos.

Por donde por entrambas partes eran muy cercanos deudos de aquellos altos emperadores, porque, como ya se vos dixo, la emperatriz Pulchrea era hermana del rey Laristeo de la Gran Bretaña, agüelo de Florianteo, a cuya causa la reina Polidia y Luceminia eran cormanas. Y siendo Florianteo y Belinda sus hijos, eran deudos en el tercero grado, por razón de lo cual tenía por cierto Florianteo que se más amarían, forçándolos a ellos, assí el amor como el deudo, los cuales eran dos ñudos que con gran dificultad podrían desatarse. Con que tuvo por bien empleado no haver visto a Laurela, reina de Thesalia, a quien antes que supiesse cómo la havia Radorián alcançado, conocer y servir desseara, no pudiendo creer que su hermosura igualasse a la de la infanta, su señora. A la cual, sin ningún recelo que de sus razones se tuviera, se le

otorgara hablar, sino que le parecía, según su corazón y entrañas eran para la infanta manifiestas, que siendo así para todos, luego lo sospecharían, como acaecer muchas veces suele que a los que con limpios corazones se comunican, así les falta el temor y recelo de sospecha como a los que usan lo contrario se acrecienta.

Y como todos los que de aquel gozo y alegría tenían parte estuviessen tan embevecidos que de ninguna cosa curavan ni tenían memoria, usando Arismenio de la misma facultad que por el camino tuviera, les puso en razón que descansassen y comiessen, pues passava buena pieza después de medio día, aunque bien había cuatro horas que eran ende llegados. Lo que así se hizo, puesto que su verdadero comer fue gozar de se ver juntos y cada uno mirando lo que más le hacía ledó, así como lo hazían Poliantel y Florianteo, a quien Arismenio ordenó que con sus señoras comiessen, porque teniéndolas tan cerca paciessen sus corazones la verdadera pastura. Con que mayor descanso se les otorgava, según la diferencia que hay sin proporción de los manjares del alma y espíritu, los cuales consisten en sola la satisfacción de la voluntad y desseos, a los otros del cuerpo que con muy poco se alcançan.

Alçadas las mesas, buena pieza estuvieron sentados, así por razón de atender que los que les sirvieran rompiessen el ayuno, como por platicar de algunas cosas de plazer que ende Arismenio moviera. Pero conociendo que para ir a Colonia no sobraba el tiempo, se partieron de la manera que los Arismenio ordenó, por donde fueron de consuno el emperador Nestarcio con la reina Polidia, su hermana, el rey Pasmerindo con la emperatriz Arinda, el rey Finariel con la reina Albericia, Valerián con su señora Flerisena, con no menor alegría que el día que haviendo recebido el orden de cavallería la bolviera de la iglesia a los palacios. Después d'ellos ivan Poliantel con Ardimea y Florianteo con Belinda, las cuales no dieran ventaja a ninguno que amar creyesse, así en alto lugar como leal y afincadamente. Seguían a estos príncipes Brandimario, duque de Guiaina, con Erminia, y Catenor, duque de Lorena, con Empiralidea, y los otros cavalleros con las otras donzellas, cada uno hablando con ellas en aquello que más descanso sus corazones hallavan, juzgando por tan pequeñas aquellas tres leguas con el deleite que en camino sentían como Valerián y Flerisena la noche que velaron en la Ínsula Venturosa.

Y pues Arismenio iva horro, sin tener a quien aguantar, lo más del camino fue con el emperador y con los otros reyes, como aquel que sabía que los otros príncipes, aunque lo mucho amavan y señaladamente Valerián, no folgaran en aquella sazón de su compañía, pues no sirviera para más de les estorvar algunos grados de gloria. Y con

aquel orden y plazer llegaron en aquella desseada ciudad de Colonia, adonde se les hizo no menor recibimiento ni de menos alegría que al tiempo que la emperatriz vino de Constantinopla, puesto que antes de llegar ende Florianteo, se supo dar tan buena maña y fue tan solícito, que quedando por cavallero de aquella hermosa infanta, le prometió de no salir del mandado de sus padres, si por bien tenían que su señora fuesse, recibiendo igual gloria con Poliantel, a quien la infanta Ardimea había lo mesmo otorgado. Por donde antrambos fueron tan ledos como sus señoras satisfechas que eran d'ellos muy altamente amadas.

Llegados a los palacios se tuvo el mesmo orden en la cena que en comer se tuviera, aunque bien passava media noche cuando las mesas alçaron, según en el recibimiento se detuvieran. Y pues passado aquella hora no podía dexar de ser tiempo conveniente para acostarse, aunque algunos no quisieran menos que la plática durara hasta la mañana que los otros que ya fuesse acabada, se acogieron a los aposentos que para cada uno estaban de muchos días señalados. Y aquella noche la emperatriz quiso que su hija durmiese en su cámara, porque aún no le parecía que de veras era venida, según lo había desseado. Por donde cuando el cansancio de la noche les acarreó sueño, ya era de día.

No se ha de considerar menos que aquellos virtuosos reyes, siendo por las reinas, sus mugeres, por tantos años desseados, dexassen de se gozar con ellas, con menor gozo y descanso que la emperatriz con Flerisena, pues los amavan tanto como se vos ha dicho muy largamente en la primera parte d'esta historia, sin otras muchas vezes que se ha reducido a la memoria en la segunda, porque assí era devido que se hiziesse.

¶Capít[ulo] lxxvij. De las razones que passaron entre el emperador Nestarcio y Arismenio, el qual después contó muchas de las cosas que habían sucedido en la ausencia de la princesa Flerisena.

Bien había tres horas que el claro y resplandeciente Sol alumbrava en este nuestro hemisp[h]erio gran parte de la tierra, cuando los reyes Pasmerindo y Finariel, con las reinas, sus mugeres, y la emperatriz, su hija, recordaron de aquel más forçado que desseado sueño, hallándose cada uno con la compañía que en aquella sazón más desseava. Pero el emperador no fue tan perezoso que con la claridad

del día no se huviesse ya levantado, como aquél que no dexando de mostrar su grande estado, quería que conociessen que no era desagradecido a la voluntad y obras que en cada uno de aquellos reyes y príncipes había conocido para su consuelo y cobrança de la princesa, su hija. Y puesto que para ordenar y proveer lo que convenía, no le faltassen mayordomos y otros criados en aquel exercicio muy ábiles, no le parecía quedar satisfecho si no entendía en ello econ mucha vigilancia, porque del descuido d'ellos no se le pudiesse recrecer enojo ni afrenta. Por donde en las horas que se le otorgava, no dexava de proveer lo que le convenir parecía para que en todo no faltasse cosa. Y por aquella causa no se detenía en el lecho luego que de amanecer comenzava.

Después de haver platicado con sus mayordomos lo que hazer havían, salió a una sala, adonde hallando al sabio Arismenio con muchos cavalleros que lo ya atendían, estuvo con ellos hablando de las cosas que aquella alegre sazón requiría. Y estando en aquello vinieron a dezir a Arismenio cómo ya era ende llegada Boralda, por saber lo que se había de hazer d'ella. Cuando el emperador lo oyó, no se dexó de conocer en su gesto la turbación de sus sentidos, según lo había aquella falsa dueña lastimado, después de la haver librado de muerte y encomendado su única hija. Por donde rogó a Arismenio que le aconsejasse lo que hazer debía acerca de aquella dueña, porque la ira y saña que contra ella tenía no le forçassen a hazer cosa que se le tachar pudiesse. El cual le dixo que su parecer era que por entonces se pusiesse en una torre a buen recaudo, y que después con acuerdo de sus consejeros podría determinarse, pues no era razón que en sazón de tan grande alegría huviesse causas de interromperla. Por donde, siguiendo el emperador aquel consejo, mandó que se hiziesse según Arismenio lo dixera, así como se hizo.

Fecho aquello el emperador, apartándose con Arismenio a un cabo de aquella sala, le dixo:

—Pues el Alto Señor ha sido servido de me hazer tan grande bien y merced, como es notorio, mi verdadero amigo, que mis fuerças e juicio no son para le dar aquellas gracias que dever conozco bastantes, ni menos para satisfazer lo que soy tenido no querría, quedando yo tan cumplidamente como vos sabéis satisfecho, que ninguno de los que, para buscar el remedio por mí desseado, han señalado solamente buena voluntad quanto más los que tan bien lo han trabajado, pueda quedar quexoso. Y como vea que para el cumplimiento de lo que les es devido, así me faltan las fuerças como sobra la voluntad, ruégovos como aquél que antes de me conocer tan gran cuidado de mi honra y provecho tuvistes, que agora que para ello hay mayores razones y causas, me

aconsegéis lo que hazer devo sin pensar en disminución ni pérdida de todo mi estado. Porque mi voluntad es quedar antes un pobre soldado, haziendo lo que como agradecido soy obligado, que con tres imperios con el contrario nombre. Y para que mejor vos podáis determinar, no quiero dexar de vos prevenir de lo que acerca d'estos hechos me ocurre.

»Yo veo, mi verdadero amigo, que puesto que muchos se han señalado en este caso con la voluntad y las obras, dexada vuestra persona aparte, a quien ya antes d'esto mucho más se devía, son los reyes Pasmerindo e Finariel, con los tres príncipes que con ellos vinieron, juntamente con los duques de Guiaina y Lorena, a los cuales, si yo de satisfacer huviesse conforme a su merecimiento, no digo este imperio, con el de Grecia que espero, pero el universo, si mío fuesse, es tan pequeño galardón repartido entre ellos como grande la deuda y obligación en que les yo soy. Por donde se ha de hazer distinción de las personas de la forma que se ha de tener para la satisfacción. Y para esto, quanto a las personas de los reyes Pasmerindo y Finariel, es escusado pensar que con haver ni tierras se les pueda ni deva satisfacer, pues no tienen d'ello necesidad ni lo tomarían cuando lo yo tentasse, señaladamente el rey Finariel, el cual, siendo con mi hermana casado, tan obligado era para lo que ha hecho como yo si mi hija suya fuera. Pues los príncipes no me parece que deven dexar de passar por la misma regla, siendo cuasi las mismas personas de sus padres.

»Cuanto a los duques y los otros cavalleros que no entran en esta cuenta, yo entiendo de los galardonar tan cumplidamente que ninguno d'ellos dexede de se tener por bien andante. Por donde si alguna dificultad hay para el cumplimiento d'esto, no me parece que la haver puede sino en la satisfacción que a los príncipes se deve, a los cuales querría conforme a sus desseos satisfacer con les dar mugeres, con cuya compañía biviendo ledos y descansados conozcan que me no descuidé de les procurar alegría y descanso, assí como ellos me lo procuraron, con que podría dezir que les pagava en la misma moneda.

»Y pues con lo que vos he dicho, y sobre todo con vuestro buen juicio, podréis ser ya al cabo de lo que en esto hazerse deve, yo vos ruego que vuestro parecer me digáis, el cual vos ofrezco de seguir sin faltar sólo un punto, pues soy cierto que no dexara de ser sino aquél que para la satisfacción de mi honra y acrecentamiento de mi fama fuere conveniente.

Como Arismenio muy claramente conociese que aquel honrado emperador tenía mejor voluntad de efectuar lo que dixera que no lo supiera dezir, humiliándosele por la merced y honra que justas le hiziera, dixo:

–Aunque en tan grandes hechos, mi señor, sea más atrevimiento que razón dezirvos lo que mandastes, conociendo que dexando de obedecer vuestro mandado sobrepujaría mi desmesura al atrevimiento que dixere, no dexaré de dezir lo que me parece y en estos fechos siento y alcanço. Según es notorio, muy alto señor, lo que Borlalda al tiempo que se levó a la princesa vuestra fija dixo a la emperatriz, su madre y muger vuestra, no hay necesidad de dissimular ni encubrir que Valerián no la ame sobre todas las cosas d'este siglo. Por donde aquella falsa dueña conoció que tomava d'él mayor vengança en se la levar, que con lo hazer passar por la más cruel de las muertes que ella pudiera considerar. Y pues con le otorgar a la princesa por muger, no solamente se terná por todos sus passados trabajos y servicios satisfechos, pero por adeudado para los venideros aunque mayores sean, y daréis a vuestra fija el más conveniente y devido marido que se hallar podría entre todos los nacidos, por las muchas causas que de dezir cesso, pues no os son ocultas haviéndolo cuasi de su niñez criado, no cumple pensar en su satisfacción, pues de esta manera conozco que quedará tan satisfecho como fuera d'ella con todo lo que el mundo vale descontento y quexoso.

»Cuanto a los príncipes Poliantel y Florianteo, yo vos certifico que aman tan afincadamente a las infantas Ardimea y Belinda que procurándovos, señor, con sus padres que se las den por mugeres, no solamente quedarán ellos satisfechos, pero sus mismos padres, pues conocerán que les havéis casado sus hijas lo más altamente y mejor que lo dessear pudieran. Por donde no vos dexarán de quedar en la mesma deuda que de Valerián dixere, al cual ya considero vuestro hijo, pues soy cierto que vos no salirá más de mandado, juntamente con la emperatriz y vuestra hija, que a sus propios padres, por vuestro grande merecimiento y su no menor virtud.

»Y pues haziéndolo d'esta suerte cumplís, señor, vuestros desseos y deudas, sin diminución de vuestro estado y con acrecentamiento de vuestra fama y honra, no lo diferáis, pues la sazón es próspera y el galardón que dezís tener voluntad de dar a los dos duques no le ha de poner estorvo ni impedimento, cuanto más que según el rey Finariel es virtuoso y cumplido, no permitirá que lo que él deve a los duques les sea por vos satisfecho.

»De los cavalleros, vuestros criados, no entiendo de vos dezir lo que para su galardón hazer devéis, pues con lo que por vós, señor, se les diere, no lo difiriendo, se

ternán por más que satisfechos. Y pues la dilación que dixé menoscaba el valor del galardón, mi parecer, señor, es que despachéis un mensagero para el recaudo que de Nuestro Sancto Padre se ha de alcançar para el casamiento de Florianteo y Belinda, los cuales, como sabéis, son fijos de cormanos. Y en lo entretanto que se platique y alcance de los reyes, sus padres, los cuales yo sé que vos lo no contradirán.

»Y otrosí que proveáis y adereçar mandéis todo lo que para semejantes hechos conviene, sin lo comunicar con más de la emperatriz y los dos reyes, a quien forçado se ha de dar razón, por respecto de su hijas. Y quando vos parezca que no falta cosa para lo efectuar, no cumple, según dixé, atender mejor sazón que ésta, a la cual muchos tiempos vernán que no le sucederá su igual, según es favorable, no solamente para el successo d'estos hechos, pero para el agradecimiento que por razón d'ellos vos han de tener.

Por muy bien aconsejado se tuvo el emperador de aquel sabio cavallero, al cual, agradeciéndolo como devía, dixo que luego entendería en ello, porque conociesse que cumplía lo que le ofreciera, assí como lo hizo en la mesma hora. Por donde el mensagero se partió y dentro de treinta días bolvió con el recaudo tan cumplido como fue su satisfacción.

Dende a dos días el emperador dixo a los reyes Pasmerindo y Finariel la intención y propósito que tenía. Los cuales se lo otorgaron conociéndole quedar tan deudores como era grande la voluntad y agradecimiento que en él conocieron, para traher a efecto aquellos casamientos de sus hijos. Era tan grande el alegría que el emperador con la emperatriz tenían, viendo con quanto cumplimiento era venido aquel gozo de su hija, que no cessavan de cada día dar gracias a Nuestro Señor Dios, suplicándolo que assí guiasse aquellos hechos hasta el fin, como le havía plazido que fuessen sus principios, dexándolos acabar en su gracia y servicio.

Después que los reyes con sus mugeres fueron levantados, juntamente con los tres príncipes que ende estaban, con muchos cavalleros, acompañando a la emperatriz con Flerisena, salieron a oír la missa para la cual el emperador los atendía. Y como aquellos príncipes conociessen que si se ponían en parte que pudiessen ver a sus señoras, no dexarían de cumplir alguna parte de sus desseos, lo fizieron de manera que viéndolas a su sabor, no quedaron sin satisfacción de su trabajo y pensamiento, porque assí la princesa como las infantas no los dexaron de mirar, assí como aquellas que conocían que no desseavan otra cosa. Por donde, estando ellos en todo el tiempo que la missa se dixo con más gloria que atención a las bozes de los cantores y al son de los

instrumentos que se sonaron, no lo passaron sus señoras con pena, pues de aquel deleitoso mirar a todos se recrecía único gozo.

Acabada la missa, Arismenio les rogó que se no moviessen de su lugar porque les entendía de dezir cosas, con que por muy cierto tenía que se havían de folgar, lo que assí se hizo, quedando con tanto silencio atentos como si ninguno ense se hallara. Por donde, dirigiendo su razón al emperador, començó de contar todo lo que Boralda hizo después de se haver levado a la princesa Flerisena, designando el castillo y huerta en que la tuviera y la ínsula y la provincia adonde la levara, y el servicio que le siempre fiziera, con que gran parte de la saña que contra ella tenían perdieron, y de la forma y engaño con que fueron ende levados el rey Pasmerindo con los príncipes Poliantel y Florianteo, con todo lo que antes de entrar en aquel encantado castillo les había sucedido.

Otrosí contó todo lo que Valerián hizo y las cosas que le sucedieron después de recibida la carta de la emperatriz, sin callar la demanda en que diera cima en Costantinopla, para lo cual fizo traer ende la arquilla y el libro, y leyó algunas de las cosas que ende había escritas, y le pareció que hazían a aquel propósito. Y quando a dezir vino lo que en Tracemia le acaeciera con la fija del Gran Turco, no fue pequeño el gozo que de aquello Flerisena sintió, aunque ya lo había otras vezes oído, conociendo que tenía muy verdadero señorío sobre el mejor y más leal príncipe de aquellos tiempos, acordándose que había visto aquella infanta cuya hermosura, siendo muy grande, había sido por su amigo menospreciada. Por donde todos los que en el gesto de Flerisena en aquella sazón miraron, los cuales no eran pocos, muy claramente conocieron el acrecentamiento del color de su rostro, con que sobrenaturalmente les pareció hermosa.

Demás dixo la batalla que Valerián passó con aquellos dos príncipes y el rey, su padre, de que no menos se maravillaron todos que de lo que le sucedió después con Boralda, y de la forma que él con Empiralidea, su hija, en aquel castillo vinieran. Y como después por su medio, habiendo se ya el rey Pasmerindo conocido con Valerián, su hijo, se conocieron todos. Y de la venida del rey Finariel con los dos duques dos días antes que del castillo partiessen, y como se consumió al tiempo de la partida, no se olvidando el estruendo que la cámara de Boralda se sentía quando su cayado se quemava. Ni menos el recibimiento que les hizieron Xarefín y Zoradán con la infanta Abumena y la plática que entre la princesa y aquella turca passó. Y del mensagero que embiaron a Costantinopla, por donde havían en Colonia llegado las nuevas de su venida. Y de cómo después los traxera a su ínsula adonde los hizo servir y dormir de la estraña

manera que se vos contó, lo que fiziera por los no levar a su castillo, pues ninguno podía ende entrar sino con compañía de la persona que más amasse y con quien más ledo bivir en este siglo creyesse. Y que puesto que en el número de los que a su ínsula vinieran, bien se hallaran dos que pudieran en él entrar mejor que todos los que quedavan en el universo, como no fuese razón de los ayuntar hasta que por sus padres ayuntados fuessen, no fueron llamados para que en él entrassen.

Ninguno hubo ende que de conocer dexasse que los dos que dixera no podían ser sino Valerián y Flerisena, aunque los no declaró Arismenio sin que les pesasse, conociendo que ya havían sido por el Alto Señor criados para que a ninguno d'ellos faltasse su igual, no se dexando de maravillarse de la burla que les Arismenio hiziera, en que en sus sillas durmiessen toda la noche, no mostrando Valerián y Flerisena que se d'ello menos se maravillavan. Con que Arismenio mucho se folgava considerando su gloria passada e viendo la dissimulación presente. Y procediendo en su razón dixo cómo llegaron a Feltrea y los días que ende estuvieron sin darse a conocer, hasta que los regidores, avisados de los mensageros que para avisar la costa de la mar havían sido embiados, vinieron a reconocer y preguntar por sus haziendas. Con que la princesa tuvo por bien de se les dar a conocer y de les hazer aquella merced que tan cumplida les hizo de franqueza para siempre, y de la forma que en el camino vinieran hasta ser ende llegados.

Con que assí los emperadores como las reinas e infantas, con todos los que aquello tenían por nuevo, se folgaron tanto que ya era gran pieça del mediodía passada y les parecía que aún no havía dos horas que amaneciera, sin tener más apetito de comer que los príncipes desseo de se partir de aquella dehesa, en que de los ojos de sus señoras conocían proceder unas yervas de tanto gusto y sabor, que a todos los otros manjares que les dar pudieran sobrepujava su gusto y virtud, en tanto grado como es la diferencia que hay de la saciedad del espíritu a la satisfacción y contentamiento del cuerpo. Pero conociendo Arismenio que era bien no olvidarse de dar al cuerpo su devida sustentación, pues el ánima ya la havía recibido, les dixo que no les entendía pedir perdón aunque los huviesse detenido tanto, pues su trabajo havía sido doblado y las mesas estaban prestas para emienda de su yerro. A las cuales se acogieron teniendo siempre en el comer el orden del precedente día.

Por donde todos bivían la más leda vida que jamás tuvieron. La cual les duró algunos días, porque en lo entretanto el emperador entendía en adereçar las cosas que para poner en efecto el consejo que Arismenio le diera convenía que se adereçassen.

¶Capítulo lxxviiij. De cómo el emperador Nestarcio declaró los casamientos que se havían de hazer, assí entre Valerián y Flerisena como de los otros príncipes con las infantas, y de otros cavalleros y donzellas, y lo que después se dixo e hizo.

Venido el día en el cual el emperador havia determinado de mostrar a aquellos esforçados reyes e virtuosos príncipes el agradecimiento que era razón que tuviesse de la voluntad y desseos tan grandes, que en ellos conociera de procurarle el remedio tan cumplido que para su soledad y tristeza deseara. El cual con la fuerça de sus trabajos y afanes havían buscado y traído con tanto cumplimiento, como para su consuelo y acrecentamiento de su honra y alegría era devido. Después que la missa, que cada día juntamente con ellos oía, fue acabada, rogando a todos que estuviessen atentos a lo que les dezir quería, teniendo por la mano al sabio Arismenio, les començó de dezir assí:

–Si para poder dezir y acomparar lo que por mí a cada uno de vosotros, valerosos reyes y virtuosos príncipes, es devido, es razón que falten las fuerças y lengua. ¿Cuánto más faltará mi poder siendo tan pequeño para la justa satisfación de tan grande y conocida deuda? Por donde no se pudiendo dezir y menos satisfazer, es tan escusado el pensamiento de la satisfación como el mesmo efecto. Pero porque mi voluntad y desseos es justo que conocidos sean por no menores de lo que para no quedar yo tan adeudado conviene, después de tener por verdadero juez el Alto Señor, al cual no son ocultos, y a este virtuoso cavallero Arismenio por cierto testigo, he determinado de los vos declarar porque conozcáis que de hazer no dexo todo lo que se me otorga sin que quiera, ni menos me parezca quedar en un solo punto fuera de la mesma deuda y desseos de la satisfazer, en cualquier tiempo que mayor poder y fuerças de las que de presente tener conozco se me otorguen.

»Y porque no sería bien por no poder hazerse lo que se deve dexar de cumplir lo que se puede, pues como ya dixen no entiendo de salir de mi deuda ni del cuidado de la satisfazer, he acordado por agora de hazer lo que oiréis. Que vós, esforçado príncipe Valerián, a quien la emperatriz e yo jamás dexamos de amar menos que estos virtuosos reyes, vuestros padres, no para satisfación de vuestros trabajos ni afanes, ni por tener respecto a vuestro valor y estado, sino a sólo el cumplimiento de nuestros desseos, hayáis por vuestra compañera y muger a mi hija Flerisena, con el derecho que después

de los días de los altos emperadores del griego imperio, padres de la emperatriz, mi muger, y míos, en estos dos imperios tiene. Pues con esto conocemos alcançar, allende de alguna pequeña parte de mi descargo, lo que después de su recuperación para en lo d' este siglo más desseávamos, que es convertir y añadir la más verdadera que antigua amistad de los reyes, vuestros padres, y nuestra, en tan estrecho deudo, como es grande la honra y merced que d' ello se nos recrecen.

»Y vós, mi hijo Poliantel, a quien no es razón que yo menos ame, pues para lo assí hazer muy notorias causas, allende del gran deudo que es entre nós, justamente obligan que con voluntad d' estos virtuosos reyes, vuestros padres e mis hermanos, recibáis para el mesmo efecto a la infanta Ardimea, hija d' estos valeroso reyes de Ungría, de los cuales no ha pocos días que tengo yo sus voluntades ganadas para este efecto, conociendo que en aquella cadena de amistad y deudo que antes dixé, se añaden eslavones para alcançar assí a los reyes, vuestros padres, como a los otros que lo no son menos, de la mesma forma que a nós alcança, de que a todos juntos no dexa de resultar cumplido gozo y gloria.

»Y vós, virtuoso príncipe Florianteo, a quien con tan justa causa como a los primeros fijo llamar pudiera, para que vuestra vida sea tan leda como es razón que la yo dessee, por los ya dichos respectos, allende de nuestro deudo, que toméis a la otra mi hija Belinda para vuestra compañía y descanso, porque puesto que con ninguna otra lo pudiérades recibir tan cumplido, no vos es oculto que para vuestro grande estado no se podría hallar en el universo quien su igual merecimiento alcance, dexada a parte la alta sangre de donde deciende. La cual es la mesma vuestra por solas sus gracias y virtudes, de las cuales al Alto Señor tan cumplidamente plugo dotarla, para efecto de lo cual no solamente concurren las voluntades d' estos virtuosos reyes, sus padres, y nuestra, por la parte que d' ello nos alcança, pero la del Alto Señor que primero dezir deviera. El cual no dexa de ser d' ello servido, según su general vicario y nuestro Sancto Padre, con este su breve y licencia que aquí vedes, lo declara tan cumplidamente como se requiere para vuestra satisfacción e mi descargo. No quiero entrar en lo que este vuestro ayuntamiento cumple, assí a los reinos de Francia como de la Gran Bretaña, por razón de la paz y concordia que d' él han de resultar, pues de lo contrario no se ignoran las muertes e irreparables daños que en los passados tiempos se han seguido. Los cuales fueron tan grandes, que el más conveniente nombre que para entrambos reinos se hallar pudo, fue de destruidos y arrepentidos de lo passado, desseando la paz y concordia que digo para lo venidero, con que se reparar esperavan de lo que ya perdieran.

»De los duques de Guaiaina y Lorena Dios sabe cuánto quisiera, para demostración de mi voluntad aunque estén mejor y más honradamente casados de lo que yo hazer pudiera, que se hallaran assí forros como los primeros, porque a lo menos no dexaran de conocer que les no era menos agradecido que al rey, su señor e mi hermano. Pues la voluntad que para ello movió a todos no fue diversa, puesto que no entiendo por esto dexar de les satisfazer en alguna parte sus trabajos, con toda aquella satisfacción que de mí quisieren, sin la que de los reyes, sus señores e mis hermanos, de haver tienen, los cuales no les han de dexar de ser menos que yo agradecidos.

»De Lucenio y Asanor, por ser mis criados, no quiero en presencia de todos señalarles las donzellas que les dar entiendo por compañeras, pues fuera de aquí serán d'ello sabidores y de los de más que para que descansados bivan, pues lo bien lazeraron, hazer entiendo. En las donzellas de la princesa, mi hija, ni menos en los criados de Valerián, no curo entretenerme para más de les dar a cada uno de los que ellos ayuntaren lo que me pareciere debido, para que tengan en lo venidero tan descansada vida como trabajosa y penada en lo passado. Lo mesmo digo de las de la emperatriz y de vosotras, muy altas reinas, pues no es razón que en este tiempo de tanta alegría, quede ninguno de mi voluntad quexoso, pues no la tengo sino para mostrar por obra, según todos y cada uno lo podrán conocer.

Acabada la razón del emperador, por cierto ningún humano fuera para declarar los gozos que los ánimos de aquellos a quien pertenecía en aquella sazón sintieron bastante. Los cuales, mucho antes que la acabara, se havían comenzado de señalar tanto que no havía ende ninguno que no desseasse alcançar tantas fuerças e libertad para contar lo que sentía, como era la grandeza del gozo y alegría que fueron por ellos sentidos. Y si dezirse vos quisiesse, que los de Valerián y Flerisena fueron sobre todos más cumplidos, pues haviendo a los otros excedido desigualmente en sus passadas cuitas y desseos, assí les havían de corresponder mayores el gozo y alegría por se ver fuera d'ellos, como se vos podrán los de los otros declarar, no sabiendo los grados que cada uno d'ellos en bien y lealmente amar alcançava. Pues Poliantel y Florianteo, con las infantas, sus señoras, no creían que se hallar pudiesse más leal ni verdadero amor de aquél que se ellos tenían ni quien les igual fuesse. Y si dezirse pudiesse que por haver Poliantel de mucho tiempo antes comenzado de amar a su señora y por ella padecido grandes cuitas, fuesse mayor y más leal el amor que se entrambos tenían, que aquel que Florianteo con la infanta Belinda, aunque era tan nuevo, se havían tomado, no fuera mucho poder distinguir los grados del gozo que assí ellos como sus señoras sintieron.

Pero como el amor sea de tal cualidad que en un instante se puede sentir tan cumplido como si de muchos años tuviera fundamento y principio, cierto es que ninguno hay que lo comprehender pesar ni acomparar pueda y mucho menos distinguir, pues carece de toda razón, orden y alegría. Si ya queriéndolo delicadamente especular no se atreviessen algunos, que de muy doctos presumen, a los querer pesar y entender, por algunas causas y efectos que en los amantes suelen conocerse, con los cuales se tire como quien de pronosticar se precia a conjeturar quien ama más o menos. Pero como estas causas y efectos sean por unos tanto señaladas quanto por otros tenidas en secreto, según lo que cada uno en sí siente o sentir muestra conforme a sus condiciones y cualidades de las personas, muy averiguado queda no haver razón orden ni regla para entender ni declarar cuál sea el que menos o más ame.

Pues ¿cómo se creerá que el amor que Valerián con Flerisena se tuvieron excedió cuasi sin proporción a todos los que más en sus tiempos amaron? No por cierto por las ya dichas causas y efectos ni por lo que entrambos dezir ni señalar pudieran, sino porque allende de ser alcançados los secretos de sus coraçones por aquellos dos sabios, Zenofor y Arismenio, que los escribieron diziendo que al amor de Valerián y Flerisena jamás havia ninguno igualado, pues no se les ascondían de todos los otros que en sus tiempos y en los passados amaron, era tanta la perfición de todo lo que en ellos havia naturaleza obrado, que ninguna cosa se hallava en sus personas y juicio que no fuesse tan cumplida y perfecta, quanto lo podía ser y a ella se otorgavan fuerças para la obrar, según la condición y género de cada uno. Y como el amor que ellos se tenían fuesse tan grande y cumplido quanto se podía considerar y en sus coraçones caber, por esta se juzgó que era mayor y más perfecto que el que cualquier otro tener podía, pues no alcançava aquel cumplimiento y perfición que aquellos altos príncipes y leales amantes sobre todos los de su tiempo alcançaron.

Y por ende, tornando a nuestro propósito, siendo impossible, como se ha mostrado, alcançar cuál de aquellos dos esforçados príncipes amasse más a su señora que el otro, no procederemos a declararlo, pues no podríamos en más de cuánto fue tan grande el gozo que sintieron, que después de Valerián y Flerisena no se hallaron sus iguales, según lo afirmó e dixo Arismenio, a quien todo era manifiesto. Queriendo pues declarar los grados del segundo gozo que los emperadores con aquellos altos reyes y reinas sintieron, por ver tan altamente y honrada casados sus hijos e hijas y conforme a su voluntad, cierto es que no se podría alcançar más que en lo primero, aunque filosofándolo delgadamente se pudiessen muchas y aparentes causas señalar, porque

no menos podrían ser falsas que las que del amor diximos. Porque si sostener se pudiesse que no casando los emperadores sino una sola fija, no sintieron más del medio gozo que a los reyes y reinas sobrevino por haver entrambos casado sus hijos e hijas, muy poca dificultad habría en lo comprehender y declarar. Pero como de una sola causa se pueda recibir mayor gozo que de muchas juntas, es cierto que se no podría sostener, siendo aquella primera regla y proposición tan falsa como verdadera la segunda.

Por donde no se pudiendo dicerner estos grados del segundo gozo más que los del primero, solamente se dirá que fueron tan grandes entrambos, que no se hallando en ellos disparidad en lo más ni en lo contrario, según las fuerças humanas alcançavan ni lo queriendo Arismenio, a quien no eran ocultos declarar, por no causar desigualdad ni embidia entre aquellos emperadores y reyes que tan iguales tenían sus voluntades como se podían dessear, jamás por tantas personas fueron sus iguales sentidos. Pero viniendo a lo que se ver y saber pudo, lo que no es razón que de dezir se vos dexe.

En el punto que aquel honrado emperador huvo su razón acabado, luego los tres príncipes, teniendo en medio a Valerián, fincadas las rodillas le besaron las manos, juntamente con la emperatriz. Los cuales no dexaron con muy alegres lágrimas demostrar lo que sus coraçones sintieron, aunque en aquella sazón les fuesse entredicho el hablar. Y al tiempo que se levantaron para ir a los reyes que los ya atendían no con menores demostraciones de gozo, la princesa Flerisena con las dos infantas, siguiendo el orden de los primeros, se pusieron de la mesma forma delante del emperador y de la emperatriz. Los cuales, besándolas innumerables vezes, las detuvieron tanto que ya los tres príncipes habían besado las manos a los reyes y reinas, sus señoras, aunque no fue tan poco que cada uno d'ellos no mostrasse quedar satisfecho.

Y puesto que la causa porque tanto aquellos altos emperadores detuvieron a la princesa, su hija, y a las dos infantas de dezirse dexa, por escusar prolixidad en respecto de las dos compañeras de Flerisena, no es razón de passar como por olvido la de la princesa, pues fue fundada de muchos y razonables fundamentos. Porque en aquella sazón que delante d'ellos a su hija tuvieron, les vino a la memoria la tristeza que les sobrevino e sintieron, al tiempo que tan arrebatadamente les fue levada, juntamente con la muerte de los emperadores, sus padres, cuya memoria cuasi antes la fue acrecentando que disminuyendo, en todo el tiempo que les fue entredicha su vista, y el saber nuevas d'ella, y la alegría que recibieron cuando supieron que era librada, y la que mayor sintieron cuando se les otorgó verla con la que presente les sobrevenía. Por donde, con aquella triste y alegre membrança, se detuvieron tan gran pieça que parecían cuasi estar

fuera de su juicio, hasta que, sintiendo los besos que aquella obediente hija les dava en sus manos, juntamente con las lágrimas que con ellos mezclava, la dexaron por las dar a las infantas. Las cuales no podían de sí despedir, conociendo que con ellas se havia de ir quien aquel gozo y tristeza juntos le causaran, ni las dexaran, sino que, cobrando sus perdidos sentidos, conocieron que era razón que las dexassen a los reyes y reinas que con no menor desseo las esperavan, lo que bien claro mostraron al tiempo que en sus braços las tuvieron, según lo que con ellas se hizo y passó.

Y en lo entretanto los dos duques de Guaiaina y Lorena con Asanor y Lucenio fueron assí como los primeros a besar las manos de los emperadores por las ofrecidas mercedes. Los cuales, no las dando sino a sus dos criados, les dixeron tales cosas y los honraron de tal manera, que puesto que ningún galardón esperaran, con sólo aquello se tuvieran por más que satisfechos.

Y porque contar por extenso todo lo que en aquella sazón se dixo, sería antes para hazer la historia sin fin que escribir lo que conviene para su devida prossecución, no vos diremos más de lo dicho, porque los prudentes lectores hallen algunos passos en que, especulando lo que a su juicio y discreción se dexa, empleen sus bivos e agudos ingenios. Pues es cierto que, entre las otras cosas, no dexará de les venir a la memoria que todos los que ende eran en aquellos hechos principales no se olvidaron de dar gracias al Alto Señor, por les haver dado aquel tan descansado y honrado fin que para su gozo y descanso dessearan, ni menos dexaron de suplicarle fuesse servido de les otorgar larga vida, con que ver pudiessen, de aquellos sus hijos, decendientes y successores y después fenecer en su santo servicio.

Fecho aquello, acercándose Arismenio a Valerián, le dixo:

–Porque en el tiempo que en el castillo de Boralda nos hallávamos, venturoso príncipe y mi señor, ofreciéndoseme abiertamente vuestra voluntad, me dixistes que, pues no me era oculta, quedasse a mi cargo pedirvos las mercedes que a vos cumplir se otorgassen, porque en la essecución y cumplimiento d’ellas más claro se mostraría, respondiéndome a lo cual vos dixiste que antes de mucho me las haríades tan cumplidas como a la satisfacción de mis desseos convenía y en esta sazón convenga que se me hagan, vos digo, mi señor, que la mayor merced y gozo que por agora alcançar yo puedo y de muchos días fue por mí deseado, es ver ayuntada mi hija con vuestro leal donzel Nicerián. Al cual muy pocos años después de nacido tuve pensamiento de lo ayuntar con ella, sabiendo por la divinal gracias que no solamente me obedecería mientras biviesse como a padre, pero que con mucha paz bivirla con mi hija.

»Por donde sin que lo vos ni él supiéssedes, hize encontraros en la Floresta Desdichada, la cual es aquella en que lo vós hallastes al tiempo que a esta casa venía, por buscar a un cavallero que le dar derecho pudiesse de Brocaleón de la Cueva, con quien vós, señor, huvistes la primera batalla después que de aquí partistes. Y porque otrosí se cumpliesse lo que vos dixo mi hija, al tiempo que las armas vos traxo para que con ellas recibiéssedes el orden de cavallería, que vuestro principio no sería menos alto y dudado que el que se vos ofrecio con en el león que matastes en el Monte de Fortuna, al tiempo que de Ungría veníades donzel de siete años, antes de llegar a los ocho. Y la causa porque hize que en aquella desdichada floresta entrambos vos hallássedes fue porque, sintiendo cada uno en aquella sazón grandes cuitas y penas, el lugar les correspondiesse, esperando y aun temiendo por muy cierto que al tiempo que por vós, señor, se alcançaría el verdadero remedio de las vuestras, no me havía de faltar para las mías.

»Por donde, señor, vos suplico, pues de mi voluntad y fuerças no conviene hazer nuevos ofrecimientos, que en esta sazón que de muchos años ha sido por mí esperada, lo mandéis cumplir. Pues en la vuestra está el cumplimiento de la mía sin que lo él contradizir pueda ni quiera, por razón del real desseo que de vos servir siempre tuvo, por donde lo he yo desseado por hijo más que a muchos otros que lo han procurado sin que sus desseos les aprovechassen.

Sin comparación fue ledo Valerián, oída la razón de Arismenio, porque después de alcançar lo que ya tenía, ninguna cosa avía más desseado que ofrecérsele en qué mostrar pudiesse a aquel su leal amigo, que en sólo un punto no le era desagradecido. Por donde, mandando venir a Nicerián, le dixo en presencia de Canisor que era por la misma razón ende venido, que pues el emperador, su señor, le havía hecho merced de lo haver elegido por hijo, con que se havía cumplido todo lo que dessear pudiera, su voluntad era de hazer cavalleros a él y a Canisor y darles mugeres, con que ledos y descansados biviessen, porque no quería recibir aquel cumplido gozo que esperava, dexando a ellos en la primera y trabajosa vida. Y que no haviendo el emperador querido en sus criados ni en las donzellas de su señora entremeterse, por ende él entendía de les dar por mugeres a Canisor a la graciosa donzella Erminia y a él la virtuosa Emperalidea, con las cuales era cierto que, allende de quedar como convenía honrados, alcançarían muy leda y descansada vida. Y por quanto lo tenía ya alcançado del buen cavallero Arismenio y de la marquesa Domeclia, madre de Erminia, que les fuessen a besar las

manos y a los recibir por señores y padres, pues ellos ya desseavan tener los abraçados por hijos.

Fue tan grande la alegría que Canisor y Nicerián sintieron de lo que Valerián, su señor, les dixo, por razón que ninguna cosa al igual de aquella tanto desseavan, que se no vos podría encarecer, porque a maravilla estaban de sus virtudes y gracias pagados, sin desdeñar sus hermosuras pues no les faltavan, y señaladamente a Erminia, porque muy pocas donzellas havia en la casa del emperador que más lo fuessen, allende de ser tan graciosa como Emperialidea sesuda y virtuosa. Y por mostrar que de conocer no dexavan la merced que en ello recibían, luego fincaron las rodillas ante Valerián pidiéndole las manos. El cual dixo a Nicerián que las de su señor y padre besasse, porque ya quedava él de su voluntad satisfecho. Por donde tomando las de Arismenio, se las besó muchas vezes, y fue tan grande el gozo que por aquel sabio cavallero se sintió en aquella sazón, que no se dexó de conocer por todos los que en ello miravan, pues assí estava besando aquel nuevo hijo y con tantas lágrimas como la marquesa Domeclia dende a poco a Canisor. Al cual Valerián le presentó por hijo en lugar del marido que perdiera, que se dezía Agusarte, marqués de Folsberga.

Y como aquella honrada dueña conociesse que en lo recibir, no solamente dava a su hija tan honrado marido como por ella mesma se sabía, pero que mostrava tener desseo de servir a Valerián cumplidamente en lo que le hablara y entonces quería, al tiempo que ende con Canisor llegara, fincó las rodillas en el suelo suplicándolo le hiziesse merced de le otorgar que le pudiesse besar las manos por la merced y honra que conocía, assí ella como su hija en aquella sazón haver recebido. Y como por Valerián fuesse levantada, agradeciéndole su buena voluntad abraçó y besó a Canisor por hijo, haziéndosele por él la humil y devida medida que era obligado. Y dende a poco, assí Empiralidea como Erminia fueron por Arismenio y la marquesa Domeclia detenidas en sus braços, con aquel gozo que Aspalión y Assernia por razón de Canisor recibieron. Los cuales no se olvidaron de hazer las gracias que a Valerián y a Flerisena devían, ni menos de se abraçar con aquella honrada dueña, madre de su nueva fija, ni de seguir en todo el orden que los príncipes tuvieron, pues de aquel gozo y alegría no querían para sí la menor parte.

Y porque proceder más largamente en contar lo que, publicados aquellos desseados casamientos, se hizo e dixo, sobraría el nombre de prolixidad pues lo dicho no carece d'ella, sumariamente vos diremos que se no dexó de hazer cosa que

cumpliese ni se hizo que no deviese, para recibir cumplidamente y sin faltar un solo punto todo el gozo y alegría que por razón de aquello se les otorgava.

Cuando Arismenio vido que ya ninguna cosa para aquel efecto por hazer quedava, dixo al emperador que, puesto que con ninguna cosa pudiessen más folgarse que con estar assí juntos y platicar de aquellas cosas que más les parecía acrecentar su alegría, era bien que a las mesas se acogiesen, adonde podrían assí a sus almas como a los cuerpos dar la satisfacción devida. Por donde conociendo el emperador que assí era guisado, con todos los que ende eran, salió en aquella sala en que comer acostumbravan. Y antes de se sentar mandó a su mayor thesorero que a Lucenio y a Asanor diesse ciertas cuantías que les ya dixera que les mandaría dar para que se adereçassen como devían, porque los entendía de casar con dos donzellas de la emperatriz, la una de las cuales se dezía Binarda, hija del conde de Aramancio de Tribulcia, y la otra Mabría, hija de Oleanthro, señor de la villa y castillo de Trerena, cuyos padres ya se las havían al emperador prometido con mucha voluntad, assí d'ellos como de sus hijas, teniéndose por bien andantes por dar y alcançar maridos que, allende de ser muy buenos y apuestos cavalleros, eran tan preciados assí del emperador como de los otros reyes y príncipes, no menos que si fueran sus deudos. Por donde todos eran muy ledos conociendo que méritamente aquel honrado emperador se podrá llamar y era hijo del alto Octavio, su padre, el cual en sus tiempos no tuviera igual.

Alçadas las mesas, el emperador assignó el día de los desposorios para dende en veinte días y las bodas para de allí a dos meses, porque assí los cavalleros como las donzellas tuviessen tiempo para se adereçar de todo lo que para sus personas y para las fiestas que se havían de hazer convenía. Y aunque a los más d'ellos parecieron largos los plazos, huvieron de se seguir la voluntad del emperador, pues eran ciertos que sin la vida no podían perder la bienaventurança que cada uno esperaba alcançar. Y como viessen que por otra parte era justo que les no faltasse tiempo para aquello, trabajaron en lo entre tanto de se adereçar para aquellas jornadas, de manera que aunque ya fuessen conocidos por los que ende eran, los extraños que a las fiestas acudirían de ver no dexassen a cuánto pujavan sus personas y estados, para que después de bueltos a sus tierras de todo pudiessen hazer tan verdadera como cumplida relación, pues no se dexarían de preguntar sus deudos y amigos por el desseo que de lo saber se les recrecería, siendo como eran cosas por muchas razones de saber desseadas.

¶Capítulo lxxix. De cómo el emperador, con todos los reyes y príncipes que en Colonia se hallavan, escrivieron las nuevas de aquellos desposorios y bodas a todas las partes que a cada uno convenía, y de las razones que passaron entre Valerián de Ungría y su enano Dromisto.

Assignados los días para los desposorios y bodas que se vos han contado, el emperador, conociendo que aquellas nuevas de tan grande alegría no devían sino con mucha diligencia escribirse, assí a los emperadores de Constantinopla, a los cuales ya escriviera de la venida de su hija, como a todos los altos hombres de su imperio, encargándoles que porque se conociesse cuánto de su alegría se habían alegrado, viniessen ende lo más presto y de la mejor manera que se les otorgasse para demostración de sus estados, pues no dexarían de hallar en aquella ciudad, assí a los príncipes, sus señores, que los ver desseavan, como a los reyes de Ungría y de Francia con las reinas, sus mugeres, e hijos, juntamente con Florianteo, príncipe de Inglaterra y de Bohemia, con muchos otros cavalleros, ante los cuales les había de encargar que pareciessen como para aquel efecto convenía. Llamados sus secretarios, despachó sus mensageros con la mayor presteza que pudo, assí para todos los otros que se vos han dicho, y generalmente a todas las ciudades imperiales, mandando a los que tenían el cargo de regirlas que hiziessen publicar aquellas nuevas, assí por las ciudades que cada uno tenía a su cargo como por todos sus términos, porque a ninguno dexassen de ser manifiestos. Lo mismo hizieron los reyes Pasmerindo y Finariel con los otros príncipes, señaladamente a Trepisonda y Ungría, y a Francia y a la Gran Bretaña, para lo cual fue por mandado de Florianteo Neophal con solas cartas de creencia para los reyes, sus señores y agüelos, pues ninguna cosa les podía escribir que la no supiesse aquel fiel mensagero.

Y como todos los que para aquellos efectos eran embiados desseassen cumplir sus mandados con mucha diligencia, se la dieron tan buena como d'ellos se confiava. De los cuales no vos contaremos cómo llegaron a las partes que eran embiados ni las fiestas y alegrías que por razón de aquellas nuevas se hizieron, pues vos acarrearía mayor fastidio que deleite, haviendo de tratar de las que en Colonia determinaron que se hiziessen por la mesma causa, salvo de Neophal, puesto que no agora sino en su tiempo.

De Lucenio no es razón que se calle la diligencia que tuvo en escribir a Arдания, su hermana, assí de todo lo que después que la no había visto le sucediera, como el fin

de su bienandanza, a la cual el mensajero que levó las cartas halló que había muchos años que en religión entrara, por dexar a su hermano todo el señorío del castillo que el príncipe Nestarcio con Banortes le hizieron cobrar de la vieja Eneliana y de sus hijos.

Pues de Nicerián bien es que sepáis que se no olvidó de escribir todo lo que de su casamiento se vos ha contado a su tío Cleandro, dándole otrosí aviso de la hazienda del príncipe, su señor, y de lo que después de partido de casa del rey Tindareo les había sucedido. De la llegada de los cuales mensajeros menos vos contaremos por escusarla mesma prolixidad y fastidio, sino que cuando Arдания y Cleandro lo supieron fue tan grande el gozo que de aquellas nuevas recibieron, como era razón que sintiessen por causa del deudo y amor que tenían con los que se las escribieron.

Despachados aquellos mensajeros, los reyes Pasmerindo e Finariel, juntamente con los príncipes, sus hijos, acordaron que, pues los emperadores querían juntamente con Flerisena y Valerián dar descanso a sus criados y donzellas, de hazer los mesmo. Por donde casaron a Corismo, donzel del rey Pasmerindo, con Luciana, a quien sobre todas sus donzellas preciava la reina Albericia. Y a Clemino, escudero de Poliantel, con Brevicia, donzella de la infanta Ardimea, la cual no era de menos valor y estado que Clemino, aunque era fijo del señor de Alpunte. El cual fue uno de los cavalleros que el rey de Francia, padre del rey Finariel, embió para la guarda de la villa de Bayona, al tiempo que el rey Palordián de España le començava de hazer guerra, según en la primera parte se vos contó. Y a Ocernio, escudero de Florianteo, el cual era sobrino de Aliarte de Irlanda, con Leticia, donzella de la reina Polidia. Y a Aforadel, donzel de la reina Polidia, el cual era fijo de Lentín, escudero que fue del rey Finariel, con Montiela, donzella de la infanta Belinda.

Y como el rey Finariel otrosí quisiesse casar a su escudero Brisortes, conociendo que primero quería ser cavallero y hazer algunas cosas con que honra y prez ganar pudiesse, no quiso aquejarlo pareciéndole que no dexava de hazer lo que devía, por donde mostrava que con razón era hijo del buen cavallero Aduarte, señor de Nimes, a quien el rey Finariel mucho amava.

Cuando aquel concierto fue por todos los nombrados sabido, ninguno hubo que se no juzgasse por bien andante, conociendo la voluntad que los reyes y príncipes, sus señores, tenían de les procurar vida descansada. Y por mostrar que no eran de menor valor que los otros que en aquella sazón habían de casarse, no dexaron de se adereçar assí como los primeros, pues no carecían de lo que para ello convenía, según por sus señores se les había dado con mucho cumplimiento.

Cuando aquella noche Valerián se vido en su cámara con sólo Dromisto, el cual no dexava de saber lo que su señor en la Ínsula Venturosa de la princesa Flerisena había alcançado en el mesmo día que lo alcançara, por gozar de aquella segunda gloria que de se lo contar se le recreciera, le dixo:

–Ya ves, mi verdadero amigo, cómo el Alto Señor más por su piedad que por mi merecimiento ha traído mis desseos en aquel puerto y estado que eran por mí desseados, por donde el gozo y alegría de mi corazón son tan grandes que, para poder dezir que les no falta un solo punto, no me queda sino cumplir el desseo que de verte galardonado tengo. De suerte que te no quede de cosa deudor por razón de tus grandes y antiguos servicios, pues de la doctrina e criança que en mis tiernos años de ti he aprendido, es escusado hallarse galardón devido, pues sin la vida no podría perderlas. Y como vea que la falta de tu cuerpo te haze incapaz de aquello que es razón que se te dé e yo desseo, recibo tanta pena que me impide que recibir no pueda el cumplimiento del gozo que sabes, que jamás tan cumplido se me ofreció como agora. Pero acordándome haver de ti muchas vezes oído, que assí como los desseos e inclinaciones de los hombres son varios, de la mesma suerte requieren los efectos que les acarrear pueden alguna satisfacción y contentamiento, digo del que en este siglo se otorga alcançar, por ser todas sus cosas finitas y los desseos que de nuestra alma proceden infinitos, querría saber de ti, pues ya no es razón que sirvas siendo tu vegez cercana, sino que gozes del descanso que se te deve y tu edad requiere y tus servicios merecen, qué género de vida te será más aplazible para los venideros días, pues los passados a mi voluntad los empleaste. Porque puedes ser cierto que no se dexara de cumplir por mí todo aquello que para lo efectuar conviniere, con la mesma voluntad que en ti he siempre conocido. En la cual no te quiero otorgar ventaja, pues la mía no ha de dessear menos satisfazerte que la tuya hasta aquí servirme.

–Si vós, señor, me dais las manos por la merced tan grande que en esta hora recibir conozco –dixo el enano–, no dexaría yo de sentir muy gran parte del descanso que acá se puede alcançar, porque assí como el desagradecimiento que cualquier persona siente en aquél que sirvió o ha dado su hazienda o hecho algún beneficio, cuando no le corresponde al desseo que de servirlo tuvo ni a la buena obra que le hizo, le da causa de igual pesar y arrepentimiento, no menos agora, señor, viendo yo ser mis servicios sobrepujados de vuestro agradecimiento en tanto grado, como es la diferencia de vuestra persona a la mía, siento tan grande contentamiento quanto conociendo que

me no eran agradecidos sintiera lo contrario, aunque fuéramos en todo entrambos iguales.

»Por donde me parece que mudar la vida que hasta aquí tuve, señaladamente alcançando de cuanto quedo deudor, no sólo no me podría acarrear descanso ni contentamiento, pero tanta soledad y tristeza, como con vuestra compañía y servicio la considero y espero acompañada y alegre. Por razón de lo cual, mi señor, vos suplico, pues fuera de vuestra presencia ningún descanso ni contentamiento se podría por mí hallar, que me no mandéis mudar la vida que dixe, pues es cierto que en querer lo contrario, en lugar de me procurar leda vida no me succedería sino muy presta muerte. Y pues ya mis fuerças ni los años que quedar me pueden son para compensar, por mucho que vos sirva, la menor parte de lo que deudor me hallo bastantes, trabajaré de lo satisfacer con suplicar a Nuestro Señor Dios que esta voluntad tan grande que en vós, mi señor, he conocido, junto con la merced que siento haver recebido, vos sean por él galardonadas, de manera que quedando yo libre vos vea muchos tiempos gozar de la vida que vos dar plugo, con compañía de la princesa, mi señora. Pues sin ella sé yo muy bien que vos no sería menos enojosa que la mía sin la vuestra. De la cual a mi grado no seré yo apartado hasta que por falta de vida no vos lo pudiesse suplicar.

Dicho lo cual, no pudo Dromisto dexar de derramar algunas lágrimas, las cuales de tal manera promovieron el corazón de su señor, que le no dexó de tener compañía en ellas, conociendo cuán grande era el amor que aquel enano le tenía, pues en su vegez no pedía otro galardón sino que de sí no lo alexasse, haviéndolo por tantos años servido tan fielmente, que jamás en su pequeña persona había sentido para su servicio desgana ni cansancio, allende de los saludables consejos y remedios que para sus cuitas se había procurado. Por donde, abaxándose para lo abraçar, le dixo:

–Nunca el Alto Señor quiera, mi verdadero amigo, que a tu gran lealtad fuesse yo desleal. Pues es cierto que no caería en menor yerro que si contra mí señora lo fuesse, porque si conocer yo en su corazón aquel grande y leal amor que me tiene, causa y me fuerça tenerle la lealtad que tú sabes, aquello mesmo me obliga para que contra ti de tener no la dexé, pues hecha distinción de las personas y causas, no lo siento menos en ti que en mi señora. Por ende sei cierto que jamás dexarás de hallar en mí tan grande complacencia, para seguir tu voluntad, como es la que yo te devo por la que tú me tienes.

Dicho lo cual, començaron de platicar de las cosas passadas, reduziéndolas por su orden y de la forma que succedieran hasta aquella alegre sazón, con tanta alegría y

descanso de Valerián como en el tiempo que por ellas passara sintiera tristeza. No se olvidó aquel esforçado príncipe de contar al rey Pasmerindo, su padre, todo lo que con Dromisto passara. De que se no maravilló menos que se folgó, por conocer en tan pequeña cosa tan gran cumplimiento de bondad e juicio.

Y después, acordándose de la mucha honra que se le hiziera en casa del rey Tindareo, que cuasi no la recibiera mayor aunque su estado se supiera, y que no haría guisado si le no dava aviso de aquella bienaventurança en que era subido, después de los afanes y trabajos que le passar convino partido de su casa, acordó de embiarle un mensagero con una carta, assí como lo hizo, mandándole que con grande diligencia la levasse, porque no fuesse por otri primero de aquello sabidor. El cual, por cumplir tan encarecido mandado, se dio tan buena priessa que en muy pocos días llegó en Tresentia, adonde el rey Tindareo estava. Y llegado en su presencia, fincadas las rodillas en el suelo, le dio la carta que para él traía, la cual, siendo por aquel buen rey abierta, fue otrosí leída diziendo d'esta manera:

¶*Carta del valeroso príncipe Valerián de Ungría al muy alto Tindareo, rey de Denamarca.*

Avós, muy alto Tindareo, rey del gran reino de Denamarca. Yo, Valerián de Ungría, hijo del rey Pasmerindo y príncipe del soberano imperio de Trepisonda, y después de los largos y bienaventurados días de los emperadores de Costantinopla y de Alemania, legítimo sucesor en los dos imperios, mandó besar vuestras manos, pues la sazón y tiempo no dan lugar a que por mí besadas vos sean.

Las grandes honras y mercedes por vós, virtuoso rey, a mi hazer mandadas en el tiempo que con nombre del Cavallero de los Fuegos en vuestra casa y servicio estuve, jamás partidas de mi memoria, han causado que en esta sazón de alegría y descanso, por la parte que d'ello vos ha de caber, vos escribiesse las cuitas y ravisos fuegos que en el tiempo que me conocistes, a mi triste corazón y entrañas abrasando afligían, y el remedio y el descanso que después de muchos años para ellos y para mi alma me otorgó la fortuna. Para lo cual conviene que sepáis que la sobrada hermosura que la sobrada hermosura de la muy alta y esclarecida Flerisena, hija de los valerosos

príncipes Nestarcio e Arinda, en estos tiempos ya emperadores d'este grande imperio, de tal manera sujetó mis potencias y sentidos, que sin lo querer ni poder resistir, juntamente con mi corazón, le otorgaron tan cumplido señorío quanto fue servida de tomar sin hallar voluntad ni fuerças que le contradiezir quisiessen, otorgándome en recompensa de lo que me tomara el alto nombre de su cavallero, con el cual fui poderoso de ganar alguna honra, lo que sin él fuera escusado sólo pensarlo.

Pero como la fortuna, imitando al ardiente rayo, el cual jamás fiere sino adonde hallar espera mayor repugnancia para demostración de su alto poder, no hallase en todas las cosas del universo en que con mayor renombre pudiesse emplearlo, sabiendo cuán grande era la alteza en que yo en aquella sazón me hallava, y que no podía ganar mayor honra y fama que en hazerme d'ella caer, hizo que, levada aquella soberana princesa e mi señora por una falsa y engañosa muger d'esse vuestro reino llamada Boralda, la cual en las artes muchos sabía, de los ojos y presencia de sus altos padres, a quien por les ser única era su sola alegría y descanso, en los extremos y confines de las tierras de los infieles turcos estériles e inhabitables fuesse en un castillo que ende fabricó encerrada, para que d'ella en nuestros tiempos no se pudiesse cosa saber.

Y como estando yo en essa gran ciudad vuestra, por cartas de la triste no menos que alta princesa Arinda, su madre, fuesse d'ello sabidor, fui forçado partirme d'ella con tanta presteza y cuidados como por vós, honrado rey, fue visto, posponiendo la desmesura que contra vuestra real persona fize en me salir d'ella tan arrebatadamente, a la necesidad tan conocida como conveniente que de mi partida havía, assí para buscar mi remedio como de aquellos que la engendraron. Pues en aquel caso, no solamente se hallavan con la tristeza de aquella tan gran pérdida, pero huérfanos de los altos emperadores, sus padres. Los cuales, por su gran vegez y dolencias, no pudiendo resistir al doloroso sentimiento que de ver a sus fijos sin hija ni esperança de la cobrar sintieron, cuasi de grado trocaron la breve y triste vida que tener esperavan, con la alegre y eterna que en el otro siglo alcançaron.

Y después de algunos trabajos y tormentas en que a la tempestosa mar plugo que me viesse, porque sus horrendas fuerças de conocer no dexasse, assí como las de la fortuna que por mí eran bien conocidas, fui levado en la famosa ciudad de Constantinopla para me dar de los passados afanes alguna parte de satisfacción, otorgándome que en presencia de los emperadores de aquel imperio diesse cima en uan muy estraña demanda. Con que ende viniera una donzella llamada Diliarda, princesa, aunque por entonces desterrada, del reino de Lidia, el cual afirmava estar d'essa otra

parte de Babilonia. Cumplida la cual, dándole traslado de un consejo que su padre, el cual muy sabio era en las artes, dexara escrito en un libro que hasta entonces por ningún cavallero pudo ser, sino por mí, abierto, hallé otrosí para encaminar mis desseos muy grande remedio, allende de ganar nombre del más leal amator del universo, con saber en qué parte de la tierra y mares havia sido mi señora levada.

Por donde, entrando con marineros muy sabios en una buena fusta, levando conmigo aquel libro por mí máspreciado que el derecho que en los dos imperios que dixeme pertenece, comencé de navegar hazia aquella parte que en aquel libro me señalara, con menos temor de ser cativado de los infieles turcos, por cuyas mares navegava, que de mi muerte, la cual muy poco dudava. Y fue mi ventura que una mañana encontré con una hermosa fusta, en que un virtuoso príncipe de los de aquella ley venía y según dezía no menos que yo cuitado, buscando en la latitud de la mar el descanso que en la tierra no hallava, por ser amator y aborrecido de una hermosa infanta del Gran Turco hija. A ruego del cual, sabido que me llamava el Cavallero Triste, cuya compañía era la que en aquella sazón más desseava, fui con él a la ciudad de Tracemia y ante aquel de los de su ley mayor señor presentado. Del cual y del príncipe e infanta, sus hijos, fui tan bien recebido y honrado como de cualquier de los cristianos príncipes ser pudiera. Y de aquella hermosa infanta tan amado, que me otorgó el señorío de su corazón. De tal manera que, por lo yo querer, fue contenta de tomar por marido aquel cuidado príncipe que aun mirar antes de aquello no quería, puesto que fuesse no menos apuesto que de alto estado.

Y después de mucho tiempo que ende estar me convino, tornando con mi fusta a seguir el comenzado camino, tantos días anduve navegando hasta que una mañana fue por el maestre de la fusta descubierto, y después por mí visto, aquel encantado castillo adonde mi señora presa estava, no sin grande espanto de los marineros por ver edificios en aquella región tan desierta, y por la puerta salir tan grande humo y llamas, que mejor se pudiera dezir boca del infierno. Y como passada por mí sin temor alguno aquella infernal puerta quisiesse entrar más adentro, me convino hazer batalla con los valerosos príncipes de Francia y de la Gran Bretaña juntos, y después con el rey, mi señor y padre, solo. Los cuales, con no menor engaño que la princesa, mi señora, para la guarda del castillo fueron ende traídos andando en mi mesma demanda. De los cuales quiso la fortuna que me havia allí guiado librarme de tal suerte, que no embargante su impedimento entré en el patín, adonde hallada y presa por mí aquella

falsa dueña, hallé otrosí aquella soberana princesa. La cual, en el instante que la ver pude, dexado el nombre de Triste me restituyó en mi primera bienaventurança y alteza.

Y siendo, por la venida que en aquel punto ende hizo el sabio Arismenio, conocidos el rey, mi señor, e yo con los príncipes que dixen, dende a pocos días en compañía del rey Finariel de Francia, que con los duques de Lorena y Guaina con grande tormenta ende viniera y de todos los que en el castillo estábamos, partió la princesa, mi señora, de aquel encantado castillo, dexando su edificio tan consumido como de antes, levando presa aquella falsa dueña que la prendiera. Y quiso el Alto Señor de tal manera guiarnos, que en muy breve tiempo, según la gran distancia que hay de aquella desierta provincia a este imperio, llegamos a un puerto d'él y después en esta ciudad, adonde, siendo de sus padres recibida con aquel gozo al cual comparación no se halla según fue sobrado, hallamos las reinas de Francia y de Ungría. Las cuales gran tiempo había que, juntamente con las infantas, sus hijas, eran aquí venidas para les tener compañía en aquel tiempo de tanta soledad y tristeza, como se les convirtió con su venida en compañía muy alegre.

Por donde, pareciendo al emperador que, pues él con la emperatriz habían cumplido sus desseados desseos, no era razón que los que lo havíamos procurado quedássemos sin la mesma satisfacción, sabiendo que el mayor e más justo galardón que nos dar pudiera, no consistía en más de nos otorgar por mugeres las que tantos tiempos había que desseávamos por señoras, nos repartió aquella hermosa princesa e infantas d'esta manera: que al príncipe Florianteo, hijo del rey de Inglaterra y Bohemia, otorgó a la infanta Belinda, hija del rey de Francia, y al príncipe Poliantel, su hermano, a la infanta Ardimea, mi hermana, y a mí, aunque no lo merezca, a la princesa Flerisena, su hija, con las cuales esperamos dar fin y remedio a nuestros ravisos y mortales desseos, assignando veinte días de término para nos adereçar a los desposorios y dos meses después de hechos para las bodas, porque los cavalleros que a las fiestas que por razón d'ellas están ordenadas venir quisieren, tengan tiempo de aparejar lo que conviene. En los cuales no dexo de creer que havrá muchos y muy buenos cavalleros, los cuales querrán que sus valores sean por los que los no alcançamos vistos y conocidos.

Todo lo suso dicho me ha parecido escriviros, virtuoso e muy alto rey, assí por vos dar aquella razón que, como aquel que en vuestro servicio estuve, soy de dar os tenido, como por vos certificar que en cualquier tiempo que se ofrezca, no dexaré de cumplir menos vuestro mandado que en aquél que, siendo y teniendo nombre de vuestro

cavallero, era para ello obligado. Pues sobra razón que por mi grado haga lo que a ley de bueno dexar de hazer no podría, pues lo devo, remitiendo el efecto d'ello a vuestra voluntad y mandado.

¶Cuando el rey Tindareo huvo la carta leído, no dexó de se maravillar que tan alto príncipe huviesse a su casa venido y sin lo él saber bivido en ella. Por donde se holgó mucho y no menos por las honras que le hiziera sin lo conocer, y assí lo dixo a sus cavalleros, entre los cuales era ende Verrolín. El cual determinó de ir a provarse en aquellas fiestas con los que a ellas vernían, y mostrar que, siendo hecho cavallero por manos del más alto y esforçado cavallero de los del mundo, no havía de dexar de le parecer en algo.

Y después que gran pieça huvo el rey con ellos hablado de las cosas de Valerián, mandando dar al mensagero mucho haver y dones, juntamente con Verrolín y otros cavalleros, a quien Valerián havía dado algunos derechos mientra por aquel reino anduviera, le dio una carta respuesta a la que recibiera. Con la cual, teniendo en merced al príncipe Valerián la memoria que de su casa tuviera y el ofrecimiento que le hiziera, le ofrecía su persona y reino con tanto amor como si le fuera fijo. Con la cual el mensagero bolvió, no se dando menos priessa a la buelta, desseando de se hallar en su casa para gozarse y descansar con lo que se le diera.

Y cuando vido la carta y las palabras tan amorosas que en ella venían, assí se alegró como si fuera del rey, su padre, conociendo el grande amor que aquel buen rey le mostrava tener. Aunque en aquel medio tiempo que el mensagero fue y bolvió de Denamarca, Valerián andava tan aquejado que, puesto que las más horas del día ver a su señora se le otorgasse y otrosí con ella en las mesas comiesse, como su verdadero manjar no consistiesse en más de la satisfacción de sus aquejados desseos, no parecía que tenía assí como los otros el contentamiento que tener devía, por razón de la cierta esperança que de gozar muy presto de su señora havía de considerar, por donde era poca la alegría que en su gesto se señalava. Pero como aquella esclarecida princesa no tuviesse más cierto espejo que el gesto de aquel su leal amigo y esposo, en el cual cuando estava limpio y claro hallava tan grande deleite, como en el tiempo que se mostrava escuro lo contrario, viéndolo tan aquejado sin saber la causa preguntó a Dromisto si sabía por qué su señor no mostrava ser ledo en aquella sazón que todos lo eran. Y si lo no alcançava, que lo supiesse, porque no podía su coraçón çufrirse de lo ver assí triste, señaladamente no sabiendo por qué causa aquella tristeza venía.

Como a aquel sabio e fiel enano ninguna gloria ni pena de su señor fuesse oculta, le dixo:

–Cosa es muy escusada, mi señora, pensar que mi señor pueda estar ledo, faltando el fundamento de donde ha de proceder su alegría, que es el remedio de aquellos desseos tan mortales que su corazón atormentan, de tal suerte que le no consienten alcançar juicio ni çufrimiento para los passar, sin hazer tanta impresión en su alma que le hazen exteriormente señalar lo que más querría tener oculto. Y por ende, pues en vós, mi señora, sola consiste este remedio, con el cual su conocida tristeza puede en doblada alegría convertirse, proveeldo como para la sustentación de la vida de entrambos conviene, pues perdida la una no quedaría la otra ganada.

–¡O, cuitada de mí, Dromisto! –dixo Flerisena– ¿Qué puedo yo hazer que no sepa tu señor e mío que por no lo querer lo dexo, como no sabe él y tú de conocer no dexas que mi alma y desseos ninguna cosa más dessean que tenerlo contento y servido? Pero como para esto me falte aquel tiempo y aparejo que para lo traher efecto conviene, téngome de çufrir, pues soy cierta que no ha de querer que con menoscabo de mi honra, la cual por propia suya se ha de tener, haga yo ninguna cosa para alivio de sus penas y remedio de las mías. Por donde le dirás que le yo ruego, por aquel grande amor que siempre tengo d’él conocido, que se çufra a lo menos hasta este tan largo día de los desposorios, porque después d’ellos yo le prometo de me aventurar a cualquier peligro que sobrevenir me pueda, sólo por lo hazer tan alegre como yo querría verlo descansado. Pues cuando la suerte lo guiasse que se a saber viniessse, podré escusarme con dezir que hize mandado de mi señor y esposo, con que no se me podrá tachar lo que antes d’ellos me sería a notoria difamación y afrenta atribuido.

Conociendo Dromisto que Flerisena en aquello hazía lo que se le otorgava, y aun en algo excedía lo que le era permitido para los que sus fechos no sabían, le besó las manos por su señor, por razón de aquella merced que le prometiera. Y dexándola, se fue a Valerián, al cual contó lo que se vos ha dicho, con que lo hizo más ledo que si creyera heredar otro imperio, y no menos desseoso, si acrecentar se pudiera sus desseos, de servir a su señora aquel cuidado tan grande que de saber la causa de su tristeza tuviera y de le dar el devido remedio. Por donde con aquella nueva esperança, pero sobre todo por complazer y servir a su señora en lo que conocía ser su voluntad, desechando sus passados cuidados, se mostró de allí adelante tan ledo que no se maravillaron menos de aquella nueva alegría que la princesa se alegró de lo ver, pues tan grande descanso se le recrecía de aquello como de lo contrario pena.

¶Capít[u]lo lxxx. De cómo Neophal llegó en Londres con las cartas del príncipe Florianteo, y de lo que por razón de aquellas alegres nuevas ende se fizo y determinó.

Fue tan grande la diligencia que hizo y la priessa que se dio Neophal en aquel camino, porque su señor conociese el desseo que de lo servir tenía, que antes de doze días llegó en Londres, a tiempo que salían de oír la missa el rey Menadoro con la reina, su muger, y la infanta, su hija, acompañados de muchos cavalleros y entre los otros del príncipe Gastafileo, de cuya apostura mucho se pagó. Por donde luego sospechó que aquel sería el cavallero que Arismenio dixera en el castillo de Boralda que fincava en servicio del rey, su señor. Del ayuntamiento del cual con la infanta se havía de seguir tan grande concordia entre los reinos de España y de la Gran Bretaña. Y antes que se sentassen se fincó ante el rey de rodillas, pidiéndole las manos. El cual, aunque mucho tiempo passara que lo no havía visto, luego lo conoció y le dixo:

–Tú seas muy bien venido, Neophal. Y mucho más lo serías si me traxesses nuevas del príncipe, mi hijo y tu señor, porque muchos ha que no las sé. Por donde mi corazón está tan triste como tú vees –diziéndolo porque los paños que vestía y sus barvas no señalavan que tuviesse plazer ni alegría.

–Traígo las tan grandes y de tan encumbrado gozo, mi señor –dixo Neophal–, cuales nunca oír esperávades. Por ende, mandad leer essa carta y después yo vos diré, señor, tanto que vos d’ello maravillaréis.

Al cual el rey, no curando de la gravedad de su estado, forçado de aquel sobrevenido gozo, ayudó a levantar y lo abraçó temblando de sobrada alegría, tanto que a penas se podía tener ni tomar la carta, derramando tantas lágrimas que parecían ser las nuevas de tristeza. En las cuales no le dexavan de tener compañía la reina con la infanta, porque no menos amavan aquel príncipe que al rey, su padre y marido.

Abierta la carta y queriendo començar a leerla, Neophal le suplicó que se a sentar fuesse, porque muy gran pieça passaría antes que se le pudiessen contar las cosas que para le dezir viniera, allende de traer aquellas cartas. Lo que por complazerlo no dudó el rey de cumplir. Y luego en presencia de la reina e infanta, las cuales se havían otrosí assentado, començó de leerla con tan grande alegría como era razón que sintiessen, con aquellas tan alegres como impensadas nuevas. Y como vido que no era

sino de creencia y que Florianteo lo remitía todo a la relación del mensajero, el rey le dixo:

–Si creyese que mis fuerças, amigo Neophal, no fuessen para te galardonar este tan cumplido y voluntario servicio bastantes, ten por cierto que no recibiría d’ello menos pesar que alegría con estas nuevas que por mí sobre todas las cosas eran desseadas. Por ende di lo que te mandaron y tú sabes, pues vees que de ninguna cosa se nos podría por agora recrecer igual ni mayor descanso.

Después de le haver Neophal besado las manos por aquella merced que tan cumplida le prometiera, le començó de dezir cómo estando en su ínsula Cefalia supo la partida del príncipe, su señor, y de más todo lo que le aconteció hasta lo hallar. Y después de hallado hasta ser en Colonia llegados, y los casamientos que ende se hizieron sin dexar cosa por contar. Por donde fue tan grande la alegría que aquellos honrados reyes sintieron, que puesto que ya se hiziesse para comer tarde, por lo oír otra vez, fueron a los reyes viejos con Neophal, a los cuales hallaron que les alçavan las mesas. Y por los alegrar cumplidamente Neophal les contó todo lo que ya había contado sin faltar cosa, no dexando de recibir el rey Menadoro con su muger e hija, aunque lo ya oyeran otra vez, igual gozo y descanso con aquellos honrados reyes a quien nuevamente se dixera, porque no amavan menos aquel príncipe, su nieto, que a su propia hija, por razón que lo criaran dende niño, assí como los emperadores Octavio y Pulchrea a la hermosa Flerisena.

Y puesto que, acabán[do]las de oír, todos diessen gracias a Nuestro Señor Dios, porque assí le había plazido guardar aquel príncipe hasta lo traer en aquel estado que ellos desseavan, no contentos con aquello, aunque los más ayunos estuviessen, assí a pie como se hallavan fueron a una iglesia que había cerca de los palacios para las dar más cumplidas. De que no se dexó de alegrar tanto Gastafileo, pues se le otorgava de levar a la infanta, su señora, por la mano y descansar en alguna parte sus quexosas cuitas, que Neophal no lo conociesse parando en ello mientes, señaladamente cuando vido de la manera que le hablava la infanta, aunque no podía entender lo que dezía por razón que le respondía muy baxo. La cual en aquella sazón ya amava tanto a Gastafileo que, siendo su honra saneada, no dexara de le dar el galardón tan cumplido como lo dessear pudiera. Pero assí por aquello como porque, recelándose el rey Menadoro que le no aconteciesse a la infanta con Gastafileo lo que a él le aconteció con la princesa Luceminia puesto que lo no conocía, era tan grande la guarda y cuidado que de la infanta tenía, que no se le otorgava lugar para más de lo ver y hablar algunas vezes en

presencia de su padre o de algunos cavalleros y donzellas. Por donde estavan entrambos tan aquexados que si no fuera por Garinthea y Polucar, por medio de los cuales se comunicavan sus penas, no pudieran sino morir de muy resta muerte.

Cuando a la iglesia llegaron, fincadas las rodillas ante el altar de Nuestra Señora, con muchas lágrimas de gozo le fizieron las mayores gracias que se les otorgaron, por haver sido medianera en alcançar aquella gracia y merced que Nuestro Señor les fiziera, de les haver de tantos peligros guardado al príncipe, su hijo. Y porque más cumplidas fuessen, mandaron que lo mesmo se hiziesse por todas las iglesias de Londres, assí aquel día como otros tres. En los cuales no se entendió en más de aquel exercicio y hazer algunas alegrías y muchos juegos, por razón que Florianteo era muy amado de sus pueblos a causa de ser humilde y tratable, tanto que su naturaleza no parecía que fuesse de aquella provincia, antes contraria, pues los moradores d'ella por la mayor parte no saben ni alcançan qué cosa sea humildad, creyendo que por ser naturales de aquella tierra sobrepujan a todas las otras naciones. De manera que las tienen en gran menosprecio recibiendo tan grande engaño, puesto que la provincia sea buena, como es la diferencia que hay de la humildad a la soberbia. Las cuales son en sí tan contrarias como perdidos los que de la segunda se precian. Por donde, como vos diximos, era aquel esforçado príncipe tan amado quanto si fuera sobervio aborrecido, assí como lo han sido todos los príncipes que la humildad aborrecieron.

Y como con aquel alegre exercicio ninguna pena sintiessen, por razón que sus almas havían recebido aquel manjar que las podía sostener y hazer alegres, aunque cuando a los palacios bolvieron, bien passavan tres horas después de mediodía, no les parecía quedar de el hambre aquexados ni aun sentirla, a lo menos Gastafileo. El cual no se ha de creer que no quedasse más hambriento, por ver que ya para comer bolvían, que si la buelta a los palacios fuera la ida a la iglesia, según en aquella sazón y medio sus aquexados desseo recibieron la satisfacción que les convenía para se poder sostener hasta que la verdadera viniesse.

El día siguiente Neophal dixo al rey Menadoro cómo Gastafileo era fijo del rey Palordián de España y príncipe de aquellos grandes reinos. Y que el otro cavallero que con él viniera que dezía ser su compañero, era su hermano aunque no legítimo, el cual era uno de los buenos cavalleros del mundo, por donde havia alcançado a la reina y reinado de Thesalia. Y que lo sabía porque Arismenio lo dixo en el castillo de Boralda al príncipe, su señor, certificándolo del provecho que resultaría d'estar ende en su servicio a entrambos reinos de España y de la Gran Bretaña, con todo lo ál que

Arismenio le dixera. De que el rey no fue menos ledo que de las nuevas de Florianteo, porque después d'ellas ninguna cosa desseava tanto como saber la hazienda de aquel cavallero.

Y puesto que aquellos días de alegría fuessen, acordándose el rey de lo que a Neophal prometiera y que era mucha razón que sin dilación se cumpliesse, pues no había tenido pereza para traerle aquellas tan alegres nuevas, le mandó despachar un privilegio con que otorgava assí a él como a sus sucesores que en aquella su ínsula pudiesen edificar otros castillos y poblaciones, haziendo para siempre a todos los moradores d'ellas francos e libres de todos los derechos que al rey podían por cualquier materia pertenecer. Y otrosí poder y facultad de determinar todas las causas, assí civiles como de crimen, aunque fuessen de traidores contra el rey, definitivamente sin haver recurso ni apellación a otro juizio ni presidencia. Y que juntamente pudiesen hazer monedas con las mismas armas de la rosa, salvo que una parte huviesse un castillo edificado en una ínsula. Y que siempre que a la Gran Bretaña viniessen no les fuesse entredicho entrar en el consejo de los reyes y tuviessen el segundo voto. Y que se llamassen nobles.

Y allende del privilegio le dio tanto haver y le dieron tantos dones, assí los antiguos reyes como la reina y la infanta con sus cavalleros y altos hombres, porque ninguno quiso dexar de señalar el gozo que de aquellas alegres nuevas sintiera, que cuando bolvió a su ínsula pudo de fundamento junto a su castillo labrar una buena villa. La cual tomó el nombre de la mesma ínsula, y fue tan presto poblada por razón de aquellas libertades, que sobrando vezinos que venían para bivar ende, se hubo de romper gran parte de la primera cerca. Todo lo cual se fizo antes que Neophal muriesse, el cual dexó dos hijos muy buenos cavalleros, llamados el primero Elamorán de Cefalia y el otro Anumedar, los cuales, según que en la tercera parte d'esta historia se cuenta, fueron del rey Fulgencio, hijo del rey Florianteo y de la reina Belinda, muy preciados, porque lo merecían según las cosas que en armas fizieron.

Dende a pocos días, ofreciéndose al rey Menadoro la sazón que desseava para hablar a Gastafileo, le dixo cómo había sabido su hazienda y la de Radorián, su hermano, por donde no le era oculto ser el hijo del rey Palordián de España y príncipe de aquellos reinos, y que por ende le rogava que lo no juzgasse por desmesurado si en su casa no se le había hecho aquella honra y servicio que le devidos eran, pues la ignoracia de lo que entonces sabía lo relevava de culpa. Y que le dezía aquello porque su intención era de ir con la reina, su muger, y la infanta, su hija, en Colonia, por se

hallar en las fiestas que ende se havían de hazer, por recibir aquel gozo de ver el príncipe Florianteo con la infanta, su muger, esperaba. Por donde quería d'él saber su determinación, si sería de quedar ende con los reyes, sus señores, o de bolverse en España o de ir en Colonia, porque según se determinaría assí mandaría proveer lo que convenía a causa que lo no tomase un descuido.

Demás le dixo que podía tener por cierto que assí el emperador de Alemania como todos los reyes y príncipes que en su casa se hallavan, eran sabidores de quién él era, por relación de un sabio a quien ninguna de semejantes cosas era oculta. Y que los tres cavalleros que encontraron a él y a su hermano Radorián, en el tiempo que ivan en las demandas de Flerisena, en Alemania, eran el rey Finariel de Francia con dos duques que en su compañía llevaba, los cuales eran sus vasallos. Otrosí le dixo cómo Radorián, su hermano, era ya rey de Thesalia, con todo lo ál que le Neophal dixera, callando lo que a su hija tocava.

Oída por Gastafileo la razón del rey, aunque por una parte le pesasse ser sus fechos descubiertos, por otra le plugo creyendo que pues el príncipe Florianteo sabía la causa porque el bivía en servicio del rey, su padre, si iva con él a Colonia no dexaría de tener por bien y aun de procurar que se casasse con la infanta, su hermana, por donde se abreviaría el fin de sus desseos. Y por ende dixo al rey que él se acordava haver recebido en su casa tantas honras y mercedes, que conocía que para lo poder servir no tenía más fuerças del desseo. Y quanto a lo que de su hazienda y de su hermano le dixera, no havia dexado de dezir en todo verdad, puesto que se no dexava de maravillarse que tan público fuesse lo que él cuidava ser no menos secreto. Y que mucho tiempo havia que él sabía la descansada vida que su hermano tenía con la reina de Thesalia y el señorío que con ella Dios le diera.

Y quanto a su determinación que por entonces no tenía por bien de bolver en España, quanto más que ofreciéndosele la ida que con la reina, su muger, y la infanta, su hija, havia de hazer para Colonia, no podía él dexar de lo acompañar y servir en aquel camino, pues en cualquier parte que se hallara, aunque muy lexos de aquella su tierra, no dexara de venir para aquel efecto. Y mucho más siendo a ello presente, no se preciando menor de tener nombre de cavallero de su casa que el que de príncipe de España le dixeran. Por donde le suplicava que fuesse servido de lo levar en su compañía y servicio, assí porque con ello cumpliría el desseo que de lo servir tenía, como de ver aquellos emperadores, reyes y príncipes que lo ya conocían por oída, y a las reinas con las princesas e infantas que ende se hallavan. La fama de los cuales por todas las partes

del mundo sonava, assí de sus estados, valores y esfuerços, como de la hermosura que les Dios diera, y no menos por se exercitar en las fiestas que ende se harían, aunque mucho desseva que por él no fuesse su hazienda publicada, hasta que, llegados en Colonia, el tiempo la descubriesse.

Todo lo qual el rey le otorgó, no dexando de conocer que no eran pequeñas las fuerças del amor ni de se tener por bien andante que a tan alto príncipe su fija alcançasse por marido. La qual no desseava él menos otorgarle que Gastaphileo alcançarla. Pero no quiso por entonces declarar lo que en su pensamiento y voluntad tenía hasta que fuessen en Colonia, adonde se podría mejor platicar. Y quando de se hazer huviesse, más cumplidamente se harían sus bodas en compañía de Flerisena y de las otras infantas, con que alcançarían doblado gozo.

Y puesto que Gastafileo le quiso las manos besar por la merced que le hiziera en le otorgar todo lo que le pidiera, el rey las tiró a sí, conociendo que no era razón por aquello de se las dar siendo tan alto príncipe. Fecho lo qual, Gastafileo se despidió del rey dexándolo para entender en otros fechos que le ocurrían y despedir convenía antes de su partida. Para lo qual no menos se adereçavan la reina con la infanta, con gran desseo de ser ya partidas por llegar a Colonia por algunos días antes que las bodas se hiziessen, porque no les faltasse tiempo para adereçar lo que les faltaría para ellas, porque nunca les parece a las mugeres tener lo que dessean, sino que todo les falta para acabarse de componer a su propósito en semejantes auctos y fiestas.

Pues no se ha de creer que Gastaphileo, con los otros cavalleros que allá havían de ir, se descuidassen de hazer lo que les convenía. Por donde en muy pocos días, en cabo de los cuales todo fue despachado, dexando a los reyes, sus padres, a los cuales si las fuerças les ayudaran no faltava voluntad para hazer aquel camino, con el cargo del reino, del qual se havían ya despojado, y haviendo proveído todo lo que, assí para levar como para quedar convenía, por el mesmo río de Londres decendieron a la mar, adonde ya los atendían dos barcos muy buenos. Y como al tercero día que ende llegaron les viniesse el tiempo a su propósito, se embarcaron y partieron con gran plazer y no menos desseo de llegar presto en el imperio de Alemania, por cumplir lo que por cada uno se desseava con el fin de aquel viage, señaladamente el rey Menadoro con la reina, su muger, por ver a Florianteo y conocer a Belinda, su nueva hija. Y Gastaphileo con Castiria, porque creían y esperavan que ende vernían a cumplirse sus viejos y nuevos desseos. Con los cuales los dexaremos, pues levavan buen tiempo, hasta que tornemos a hablar d'ellos muy presto.

¶Capítulo lxxxj. De cómo se fizieron los desposorios que estaban concertados entre los príncipes y cavalleros y la princesa Flerisena y las infantas con las tres donzellas en casa del emperador Nestarcio.

No menos pareceres hubo entre los reyes y príncipes, con los otros cavalleros que se hallavan en la casa del emperador Nestarcio, sobre los exercicios de justas y torneos que se havían de hazer por razón de tantos y tan desseados casamientos, porque los unos querían que se hiziessen en las fiestas que se hazer havían por razón de los desposorios, y los otros en las bodas, y algunos en entrambos auctos, que en el tiempo que se concertavan las fiestas a causa de los casamientos de los príncipes Nestarcio y Finariel con la princesa Arinda y la infanta Polidia, con otros cavalleros y donzellas por razón de los plazos. Los cuales a los unos parecían tan largos como a los otros breves, según en la primera parte se vos contó.

Por donde viendo que se no podían d'ello concertar, de común voluntad lo dexaron a la de Arismenio, prometiendo todos tener por bien lo que por él se determinasse. El cual, aunque no quisiera tomar sobre sí tal cargo, conociendo la afición con que se lo havían rogado, se determinó de los servir, teniendo la parte de aquellos que querían que las fiestas se guardassen para las bodas por las razones que ende se dixeron, assí porque ternían tiempo para se adereçar, el cual para los desposorios les faltava, como porque eran ciertos que havría mas cavalleros estraños en el tiempo de las bodas. Los cuales vernían para exercitarse y dar a conocer sus valores, aunque no se les ascondía que muy pocos o ningunos exercicios se harían por lo que havía de suceder. Por donde se quiso atener a aquella opinión y parecer, pues era calro que para el día de los desposorios, según era breve el término, no ternían el medio tiempo que menester havían para se adereçar.

Y como todos huviessen por bien tenido de seguir la determinación de Arismenio cuando la supieron, ninguno quedó quexoso, assí porque no ignoravan que havía determinado lo que les más cumplía, como porque sin cuidados y mucho a sus vicios podrían gozar de sus señoras de aquello que con ser desposados se les havía de otorgar. Por donde todos eran muy ledos, no entendiendo en más de hazerse muy ricos e divisados atavíos para aquellas fiestas, assí como sabían que los hazían sus señoras. Las cuales no se adormían entendiendo siempre en el mesmo exercicio hasta que viniesse el

día por todos deseado. En la víspera del cual, con muy gran fiesta, fueron fechos cavalleros los escuderos.

Venido el día que los desposorios se havían de hazer, ¿quién sería de tan osado juicio y loco atrevimiento que a contar se atreviesse los atavíos tan ricos y estraños que aquel día sacaron todos los que de los dos géneros se havían de desposar, y señaladamente los de los príncipes con Flerisena y las infantas? Por cierto ninguno, sino aquel que no teniendo reprehensión ni el menoscabo de su crédito, quisiesse a una cosa cuasi impossible, o a lo menos contra todas las humanas fuerças y sentidos determinadamente atreverse, pues fueron tantos y tan diversos que ningún entendimiento a nuestras miserias supuesto pudiera retenerlos ni menos escribirlos, mayormente que aunque más lo trabajara, al tiempo que viera la princesa Flerisena, assí se embeveciera o transportara viendo la su sobrenatural hermosura, como si creyera ser ya fuera d'esta vida, gozando del deleite que de ver alguna de las cosas que, sin preceder muerte no pueden gozarse, le recrecería.

Por donde fuera como diximos impossible, mirando tanta hermosura, tener fuerças para bolver los ojos a otra parte para se ocupar en ver vestidos ni sus riquezas, pues ante lo primero ninguna cosa alcançava gracia ni lustre. Y por ende, no se escribiendo ni particularizando lo principal, lo accesorio que era lo que las infantas y los príncipes, sus esposos, sacaron, no es razón que se escriba, pues la presente historia es principalmente assí de Valerián como de Flerisena, ante los cuales todos los otros, puesto que a maravilla fuessen apuestos e ricamente divisados, no parecían tener la gracia y parecer que en su ausencia tenían. Por donde lo de los que a estos eran inferiores no es menos razón que se calle.

Aquel día, por ser de tanta ocupación y alegría, la missa se dixo en los palacios del emperador por el açobispo de Colonia. El cual en su devido tiempo los desposó a todos assí como fueron nombrados, comenzando por Valerián y la princesa Flerisena, con todas las cerimonias y palabras que por nuestra cathólica iglesia están ordenadas, dándoles en la fin su bendición. En el cual tiempo fueron tantos los instrumentos que sonaron y tan diversas las cosas que se hizieron e dixeron entre los emperadores y reyes, viendo su hijos llegados en aquel puerto que por todos havía sido tanto deseado, que ponerlas por escrito más pareciera iterar lo que en el día que fueron nombrados se vos contó, pues cuasi el mesmo orden se tuvo, que escribir cosa aplazible ni nueva. Por donde se vos dirá menos de los manjares que en el mesmo día se sirivieron, pues dexando de escribir los atavíos y especificando lo que se comió, con razón se le pudiera

atribuir al coronista nombre de goloso, a lo menos sospechar que no había de la cocina salido para ver los desposados y los vestidos d'ellos. Pero no vos dexaremos de dezir cómo, alçadas las mesas, tomando cada uno a su señora por las manos, se sentaron en los estrados que para aquel efecto les había aquel día adereçado, adonde, con no menos gloria y descanso que poco tiempo antes con penas y afanes, estuvieron hasta la hora de cena.

Pero luego que Valerián con su señora se vido en aquel desseado lugar, en el qual siendo de todos visto de ninguno tenía recelo, y por ende sintiéndose tan ledo que cuasi no menos estava de aquel gozo tan sobrado, que su corazón sentía fuera de su juicio que en el tiempo que mayores cuitas padeciera, le dixo:

—¿Qué gracias pueden ser por mí dadas al Alto Señor, o, mi señora, tan hermosa, como yo de tanta hermosura gozar desseoso por la merced tan sobrada que de me haver traído en esta tan alta como no merecida gloria en que me veo haver recebido sientoy conozco, señaladamente haviéndolo servido tan poco como deviera mucho, para me atrever a suplicarle que por algún tiempo gozarla me otorgue? Por cierto ningunas que igualar puedan al menor quilate de la merced por mí recibida. Por donde vos ruego, mi señora, que juntos se las demos, porque a lo menos no nos perdamos por ingratos, pues es cierto que no nos perdermos por agradecidos.

Y como dadas por entrambos aquellas gracias que se les otorgaron, Valerián mirando estuviese aquella tan encumbrada hermosura de su señora, cuasi elevado su juicio en considerar la grandeza d'ella, tornó a dezirle:

—¡O, mi amada señora, y de mis passadas cuitas y mortales desseos sola reparadora! ¡O, puerto de mis fortunas seguro y por mí más desseado que de aquellos a quien la muerte espanto causar no puede por razón de los passados y espantosos tragos d'ella! Recibid ya y surgid mi alma de tantos y tan contrarios pensamientos y recelos agitada, en la descansada seguridad y fin de sus passados peligros y penas. ¡O, corazón mío, hasta aquí de innumerables temores combatido! ¿Qué puedes temer pues gozas de tanto esfuerço que por medio de mis ojos a mirar te atreves aquellos que a todo el mundo alegran y hasta aquí, aún con el espejo y libro de Zenofor, ver ni contemplar no osavas?

Y diziendo aquello y otras muchas cosas a las cuales Flerisena no menos atenta estuviera que gozosa, la començó de besar tantas vezes y con tan conocido sabor, que aquellos que los miravan estavan tan maravillados como de ver a Flerisena. La cual no mostrava en aquel deleitoso exercicio recibir menor descanso.

De los otros príncipes bien se creerá que no dexaron de dezir todo lo que se les otorgó, assí como los otros cavalleros por mostrar a sus señoras que no venían en aquella bienaventurança sin grande desseo de la gozar, pues muchos d'ellos lo havían bien lazerado y los otros por se ver libres de aquellos trabajos.

Pero quando Valerián vido sazón para acordar a su señora lo que por medio de Dromisto prometiera, no se olvidó de le suplicar que lo cumpliesse, con tan humildes y amorosas palabras que, no teniendo libertad aquella hermosa princesa para se lo negar, se lo otorgó, no dexando de mostrar que por no venir a menos de lo prometido y por cumplir entrambos desseos se lo otorgara. Pues no havia pocos días que lo previniera y concertado el lugar por donde podría entrar en su cámara, sin más dificultad de abrir una pequeña puerta, por la cual de la cámara de sus donzellas se decendía a la huerta que dentro de los palacios havia, y la otra que para entrar de la huerta en la escalera convenía abrirse, cuyas llaves muy bien guardadas la emperatriz tenía. Las cuales, tomadas por Flerisena, dio a Erminia para que un donzel de su madre le traxesse otras semejantes, assí como las ya tenía aunque no se la havia dicho a Dromisto porque no pareciesse que tuviera tan grande cuidado de aquel fecho, por lo que mal parece en las mugeres, señaladamente en las donzellas, tan voluntarios desseos y procurados efectos.

Y pues Erminia con Empiralidea eran las que en aquella cámara dormían, aunque lo venir sintiessen no lo havían de publicar, siendo entrambas de aquellos amores sabidoras. Y por ende dixo a su señor, después de se lo haver otorgado, que ella trabajaría en buscar forma cómo sus comunes desseos se cumpliesen, pareciéndole que no era bien dezirle que lo ya tenía, por la razón antedicha, buscado. Por donde el siguiente día le dio las llaves y lo instruyó por la parte que havia de venir, y de más le dixo que prevernía a aquellas donzellas para que lo atendiessen y guiassen a su cámara. Con que no lo hizo menos ledo que el día que, entrado en el castillo de Boralda, la halló y la tuvo en sus braços, después de recordada de aquel doloroso tránsito en que se viera.

Y quando vino la hora entre ellos determinada en la cual todos los de los palacios dormían, desseando aquel venturoso príncipe recibir el descanso para su alma que los otros davan a sus cuerpos, vino por aquella parte que su señora le enseñara, y abiertas las dos puertas se halló en las manos de Empiralidea, la cual, muy baxo al oído, le dixo:

—Aunque no quiero que en cuenta de servicio se me reciba, yo sé, mi señor, quién vos hizo debaxo de unos árboles un lecho en que no passastes peor noche que la que se vos espera, puesto que no vos parecerá más grande que la primera.

–No tengo yo mayor pena, mi verdadera amiga, en esta sazón de tanta gloria –dixo Valerián–, habiendo de vuestro padre y de vos recibido tantos plazer y beneficios, que ver lo poco que por entrambos se me ha ofrecido hazer, aunque la voluntad y el desseo siempre en un ser permanezcan.

–Pues las recibidas mercedes, mi señor –dixo Empiralidea–, todo lo sobran. Y para desquitar alguna parte de lo que vos quedo por mi parte deudora, sé que vos no puedo hazer mayor servicio que levaros ante la princesa, mi señora, con quien es más justo que la voluntad y desseo que dixistes se emplee, seguidme agora sin temor, aunque siempre fuistes covarde, porque yo prometo de poneros en parte adonde a todo el mundo no lo tengáis, pues mi desseo no dexa de otorgarme el esfuerço que para tan gran atrevimiento tener conviene.

Dicho lo cual, con gran plazer de Valerián, causado de las palabras de aquella graciosa donzella y de la consideración del fin de aquel camino, lo levó a la cámara de la princesa. La cual, como no creyese su tan presta venida, cuasi no los sintió ni vido, aunque dos velas tenía encendidas, hasta que llegados muy cerca d’ella se halló ante sí al su desseado Valerián. Al cual, no consintiendo su señora que las manos le tomasse, ni menos viendo a Empiralidea por cuya presencia pudiera los desseados abraços diferir, abraçó con tan verdadero amor como aquél que lo havia ende traído, diziéndole:

–Agora quiero yo, mi señor, que conozcáis en cuán poco tengo yo por serviros los peligros que se me recrecer pueden.

Y dicho aquello, lo començó de besar con tan sobrada voluntad y alegría, que Valerián no estava menos maravillado que dudoso si era verdad que fuesse fuera de sueños aquella tan cumplida gloria de la cual gozava, y si era él aquel Valerián a quien gozarla se otorgava. Pero después de haver conocido muy claro que no dormía, y que la que entre sus braços lo tenía era aquella su señora que él desseava que fuesse y no otra, y que con mayor cumplimiento y descanso en el lecho la podría gozar, no tardó en usar del mesmo oficio que en la ínsula de Arismenio aprendiera, con tan grande y presta diligencia, que en más breve tiempo que el de aquella primera noche, se hallaron en aquel desseado lecho abraçados, con tanto aparejo como tenían desseo de alcançar y recibir aquella igual gloria, para venir a la cual tan grandes cuitas y afanes havían padecido como entontes se les ofrecían deleites y descanso.

Assí passaron aquella noche como las otras venideras, en que se les no ofreció estorvo, hasta la de las bodas, juzgándolas todas tan pequeñas como las que antes de venir en aquella bienaventurança enojosas y largas. Y como pocas vezes acaezca de

semejantes batallas, más desseadas que peligrosas, no recibirse algún galardón y ganancia por aquellos a quien se otorga el triumpho y gloria del vencimiento, muy pocas noches antes de las bodas la princesa se hizo preñada puesto que no lo supiese de un hijo. Del cual vos diremos en su tiempo el nombre, con alguna parte de lo mucho que d'él dezir vos devríamos, pues para todo mayor escritura que la de la presente historia conviniera hazerse.

¶Capítulo lxxxij. De cómo el rey Menadoro con la reina, su muger, y la infanta, su hija, con la ocmpañía de Gastafileo y de otros muchos cavalleros, llegó a Colonia y de lo que en recibirlos se dixo y passó.

Tan endereçado le hizo el tiempo al rey Menadoro con su compañia, después que de la Gran Bretaña partió, que en cabo de ocho días llegaron a una villa puerto de mar llamada Bolduque, adonde Aliarte de Irlanda y Gonadiel, al tiempo que bolvían de las fiestas que se en Colonia hizieron por las bodas del príncipe Nestarcio, se embarcaron para bolver al reino de Londres, según en la primera parte se vos contó. Por donde luego fue por ellos conocida y assí lo dixeron al rey, al cual acompañavan en aquel camino. Y por abreviarlo no quisieron subir por el río Rin arriba, el cual junto a la villa entra en la mar, por razón que subiendo contra la corriente no podían sino hazer pequeñas jornadas, señaladamente haviendo en sus barcos traído buenos cavallos y palafrenes, con que se les otorgava si quisiessen hazerlas grandes.

Y por se mejor adereçar folgaron ende dos días, passados los cuales partieron con gran plazer de todos, pero mayormente de Gastafileo, pues levando a su señora de rienda tenía aparejo para descansar alguna pieça quando la sazón se ofrecía, que le podía contar sus queexas. Para lo cual no dexavan de conocer entrambos que por el rey se les otorgava alguna más libertad de la que antes de ser hazienda sabida alcançavan. Por donde no menos leda y descansada iva aquella hermosa infanta, conociendo la diferencia tan grande que havia de la estrechura de la passada vida a la libertad de la presente. Con la cual descansavan entrambos coraçones, contándose lo que padecieran y cómo fuera impossible passarlo, si el leal y afincado amor que se tenían no los esforçara con la esperança de la gloria que alcançar esperevan, viniendo sus comunes desseos al puerto de su bienaventurança y descanso.

Y como con el desseo, que de llegar presto levavan, sus jornadas fuesen continuas no sin alguna priessa, bien quedavan más de veinte días por passar del plazo de las bodas cuando a Colonia llegaron, aunque dos días antes hizieron sabidor al emperador de su venida, por no lo tomar descuidado sabiendo cuántos y cuáles huéspedes tenía, porque tuviesse algún tiempo para proveerlos assí de aposentos como de lo ál que convenía, no dexando de dar el mesmo aviso a Florianteo, su hijo.

Por donde sabida su venida, assí por el emperador y Florianteo como por todos los reyes y príncipes e infantas, muy gran regozijo se movió en la casa del emperador. El cual, con parecer de los otros y de Arismenio, acordaron de los salir a recibir sin levar consigo a la emperatriz ni ninguna de las otras reinas y desposadas, porque doblados tuviessen los que venían los gozos. Y con aquel acuerdo salieron a cuatro leguas de Colonia, adonde se encontraron y recibieron con muy grande alegría. Y porque dezir todo lo que ende passó no carecería de prolixidad, no se vos dirá más de cuanto fue Florianteo con tanto gozo y lágrimas recibido de sus padres, como Flerisena de los emperadores y no menos de la infanta Castiria por razón que, como se vos dixo, estrañamente se amavan.

Y puesto que el príncipe Gastafileo no quisiera que su hazienda se publicara antes de llegar a Colonia, su presencia y apostura forçó tanto el desseo de saber quién era a todos aquellos reyes y príncipes que con el emperador vinieran a los recibir, que se no pudo dexar de descubrir. Por donde no fue con menor honra recibido que el rey Menadoro, considerado su valor y estado, señaladamente del rey Finariel por razón de su passado y primero conocimiento.

Cuando el rey Menadoro y el príncipe Gastafileo vieron a Valerián tan apuesto y hermoso, siendo ya de la fama de su alta cavallería sabidores, no menos se maravillaron que al tiempo que oyeron sus grandes hechos, y de ver tantos y tan altos reyes y príncipes juntos. Pues Aliarte con Gonadiel no se holgarían menos cuando a Valerián vieron, acordándose cómo los había librado de las prisiones y poder del gigante Xentropoleo, padre de Camelo, el día que de sus hombres libró al príncipe Florianteo. De ver los cuales mucho se folgó Valerián, recibéndolos con tanto amor como el emperador y el rey Finariel, acordándose cuán buenos cavalleros eran y de cómo lo habían mostrado en las fiestas que por razón de sus casamientos se fizieran, pues no dexaron de igualar a Aspalió del Vado y Lauren. A los cuales se había dado la honra de bolver las novias Arinda y Polidia dende la plaça a los palacios sin tener yelmos,

porque de todos fuesen conocidos por vencedores de las justas que mantuvieron aquel día.

Al tiempo que Valerián vino a recibir a la reina Luceminia con la infanta, su hija, sin comparación se maravillaron de lo ver, porque, puesto que muchas veces lo hoviessen oído, no podían creer que cosa se pudiese por naturaleza sola obrar con tanta perfición. Lo que assí mesmo causava estar en aquella sazón aquel venturoso príncipe en lo lleno de sus fuerças y hermosura, y andar tan ledo quanto se podía mostrar, por razón de la gloria que cuasi cada noche se le otorgava de se ver con su señora.

Fecho aquel alegre recibimiento, el emperador tomó de rienda a la reina Luceminia, pues al rey Menadoro levavan en medio los reyes Pasmerindo y Finariel. Y queriendo Valerián con Poliantel tomar en medio al príncipe Gastafileo, por dexar a Florianteo que con la infanta, su hermana, bolviesse a Colonia, como se acordasse de lo que Arismenio dixera en el castillo de Boralda, les dixo:

–Vosotros, señores, dexad a este esforçado príncipe con la compañía de la infanta, mi hermana, pues, aunque de la vuestra no pueda dexar de se le recrecer honra y servicio, según es penada cosa aguardar a las donzellas, yo fio de su buen comedimiento que trocará vuestra honra con su pena, solamente porque se no pueda quejar la infanta que en el tiempo de mayor necesidad y aprieto, la dexo por codicia d’essa honra que le hazer queríades, conociendo cuánto sería más grande la que perdería si la dexasse.

Todos mostraron folgarse de lo que Florianteo dixera, por donde sospechando la infanta que el príncipe, su hermano, alguna cosa devía saber de sus hechos, y por ende embermegeciéndosele mucho más su alegre gesto de su natural proprio, con que a maravilla pareció hermosa, le dixo:

–Ya sé, mi señor, que haviendo de mí toda vuestra vida fuido, no me havíades de buscar agora, pues no se ha de creer que en tan breve tiempo mudássedes la condición que por tan buena havéis hasta aquí tenido. Por donde vos prometo que en ver a mi señora y hermana Belinda de dezir no le dexe que de vós se guarde, como de mí havéis hecho, a cabo de cuatro o más años que vos no he visto ni menos sabido nuevas con que me çufrir de vuestra ausencia pudiesse. Con que pienso alcançar la vengança que por razón de tan conocido desamor se me deve. No creáis, señor, que esto se vos diga porque crea haver recibido agravio en haver mi compañía rehusado, pues la d’este valeroso príncipe, antes de ser su valor y estado conocidos, por mucho mejor tenía que la que mi pequeño merecimiento alcançar pudiera. Pero dígolo porque sientan estos esforçados príncipes que vos no es de nuevo huir de las donzellas. Por donde aún no

puedo creer que, siéndoles tan esquivo, hayáis esse duro corazón doblado a querer y amar a quien no puedo sino dar de vós tan grandes quejas, como conviene para la satisfacción de vuestra ingratitud y de mi injuria.

Mucho se folgaron todos aquellos príncipes de lo que la infanta dixera, pues era conocida cosa que la verdadera gracia de sus razones sobrava a su fingida saña, y señaladamente Gastafileo, a quien sobre todos mejor pareciera. Y por ende le dixo:

–Aunque por la falta de los que tanto merecimiento alcançar devrían, como para vos aguardar y servir, hermosa infanta, se requiere, me haya sido hasta aquí fecho la honra que me no era devida, en esta sazón que se halla lo que, buscado el universo, no se hallaría, para que conforme a vuestro estado y alto merecimiento pudiéssedes ser aguardada y servida, si vos pluguiera, no dexara de ser debido que cualquier d'estos valerosos príncipes, a quien la fortuna otorgó sin comparación más que yo merecerlo, vos aguardara y sirviera. Pero porque de dexar de obedecer su voluntad y mandado, señaladamente el de mi señor y vuestro hermano, no se me podría recrecer menor desmesura que de me atrever a vos servir sin vuestra voluntad. Y otrosí, conociendo que d'ello se me sigue doblada honra y ganancia, vos suplico, señora, que se no vos recrezca de mi servicio pena ni de mi poco valer agravio, pues, haziéndose por obedecerlo, havéis de mostrar aunque quejosa quedar satisfecha.

–Sin todas essas consideraciones lo quedo yo, esforçado príncipe –dixo la infanta–, pues de sola vuestra voluntad es cierto que sobraría la satisfacción.

Y como viessen que con aquellas razones de plazer se havían tanto detenido, que ya el emperador con la reina y los otros reyes se havían algún tanto alexado, començaron de aguijar por alcançarlos, yendo Valerián y Poliantel con Florianteo en medio d'ellos, aunque lo dificultó buena pieça, los primeros. Y Gastaphileo con la infanta en pos d'ellos muy ledo, por se hallar con la compañía de su señora entre aquellos reyes y príncipes, cuyo valor y fama a toda la redondez del universo sobrepujava.

De los reyes Pasmerindo y Menadoro es escusado escrevir cuánto se alegraron al tiempo que se vieron, pues con sólo reduzir a su memoria aquel sabroso tiempo en que entrambos amavan a la reina Albericia, y lo que cada uno d'ellos hizo contra los cavalleros de Abelarín de Assiria, que havían passado con los ingenios, que para aquel efecto se hizieron, el río de Rumea, según en la primera parte se vos contó, muy gran plazer sintieron. Puesto que el rey Menadoro en otro tiempo no sintiera sino pena, el cual entre sí mesmo decía:

–¡O, soberano Dios! ¡Y cómo se mudan por ti los coraçones y voluntades, según que te plaze y eres servido! Pues fuerças al mío que se huelgue con ver lo que en tiempos passados más aborrecía, porque ¿quién había de creer que viendo yo a este tan esforçado rey en compañía de aquella princesa Albericia, la cual no fue por mí menos amada que la que agora tengo por señora, pudiesse dexar de entristecerme tanto como agora folgarme? Por cierto ninguno, si no le fuera por especial gracia comunicado, pues sólo por no lo ver me partí de aquella gran ciudad de Trepisonda, con tan firme propósito de trabajar que no fuesen por mí vistos, quanto lo mostré el día que, sentados en los cadahalsos, lo dixé y prometí, viendo a este buen rey tan subido como me yo considerava abaxado y desfavorecido. ¡O, mundo, mundo! Y cómo nos traes ciegos con esta vanidad y halagos, con los cuales jamás sentimos tus cubiertos lazos, hasta que enredados en ellos venimos a dar la última caída en la fría tierra, quedando, si no nos toma apercebidos, nuestra alma no sin grande peligro de la vida eterna y otras muchas cosas.

Las cuales aquella triste y alegre menbrança le acarreava, con que no menos folgança que tristeza le parecía tener. Pero conociendo que el tiempo no era sino de alegría, platicando con aquellos dos reyes les contó muchas cosas con que se folgaron, no se olvidando de las dos formas con que le vino al encuentro el sabio Arismenio. La primera de donzel, con un palafrén tan flaco que se no podía sostener, y la segunda de viejo, con otro tan grande y ancho que le causava andar con la mayor pena del mundo. Y de las razones que entre entrambos passaron, de que no se alegraron poco, señaladamente Finariel, el cual no dexó de contar los desastres que con el mesmo Arismenio se siguieron con una fiera con que les salió al encuentro, así al príncipe Nestarcio como al rey Pasmerindo y a él, quando con la princesa Arinda venían de Costantinopla. Y lo que después les hizo ver en la fuente de la roca, al tiempo que los llevó a ver la caça que, así de aquellos salvages como de las otras animalias, con las batallas que ende se hizieron en aquella tarde, les tenía ordenada, y los dones que les después declaró. Con que muy poco sintieron el trabajo del camino, el cual no sentía más el emperador con la reina Luceminia, su cormana, contándose entrambos las cosas del imperio y de la Gran Bretaña, las cuales el emperador sobre todas las otras saber desseava.

De la infanta Castiria y de Gastaphileo, aunque vos dixéssemos que se enojarian porque el trecho era hasta Colonia largo, por muy averiguado tenemos que lo no creeríades, pues es cierto que, aunque muchos días durara, lo tomaran por muy grande

descanso. Y porque lo mesmo se havría de inferir de Valerián con Poliantel y Florianteo, los cuales ivan contando lo que con sus señores passavan, no havrá necesidad de vos dar a entender que ninguno d'ellos se enojava. Pues dexada la gloria que quando con ellas se hallavan se les otorgava, no havía cosa con que se más holgar pudiesen que en se contar las sabrosas razones que se dezían y lo que de más les otorgavan, aunque callando cada uno lo que dezir no se devía, pues no dexavan de trabajar por alcançar lo que les faltava para el fin de sus desseos, con no menos diligencia y espedientes que si en ello creyeran sus vidas salvar, conociendo que, alcançándolo, salvavan sus coraçones y entendimientos de aquellas ravisas cuitas y aquejados pensamientos que no los lastimavan menos que la misma muerte.

Y puesto que Aliarte de Irlanda y Gonadiel, con los dos duques de Guiaina y Lorena, no fuessen hablando de semejantes cosas y amorosos autos, no por esso sentían más la gran fatiga del camino que los otros, causándolo que ivan siempre platicando de sus aventuras. De contar las cuales no menos se holgavan que los otros, según eran aficionados a las cosas de las armas, como lo havían mostrado en el exercicio d'ellas.

Y porque contar de los otros cavalleros lo que hablando y platicando ivan, nos ería conveniente a la prossecución de nuestra historia, allende que vos acrecentaría más fastidio que deleite, no se vos dirá sino cómo de aquella manera ordenados llegaron en la ciudad de Colonia, assí como començava de anochecer, porque de la villa adonde comieron, de la cual havían partido, hasta la ciudad havía cuatro leguas buenas. Las cuales, aunque buena priessa se dieron, no pudieron caminar con tanta presteza que les no sobreviniese la noche antes de llegar a los palacios, adonde la emperatriz con todas las reinas y la princesa Flerisena, con las infantas y otras muchas donzellas que vos dicho havemos, los atendían, con gran aparejo de hachas encendidas, tanto que no parecía sino de día muy claro.

Y quando en aquella sala adonde todas estaban entraron, ¿quién podría contar cómo se recibieron y cuáles fueron las cosas que se ende dixeron, sin que la historia se hiziesse sin fin? Por cierto ning[u]no que no tuviesse ultra naturales fuerças y entendimiento, pues sola la admiración del rey Menadoro con el príncipe Gastaphileo, y de los otros cavalleros que en su compañía vinieran, juntamente con la de la reina, su muger, y de la princesa, su hija, con sus donzellas, no pudiera sin mucha dificultad escrevirse. Al tiempo que vieron assí a la emperatriz Arinda y a la princesa Flerisena, su hija, como a todas las otras que estaban en su compañía, con tanta diversidad de ricos trages y atavíos que no sabían adónde firmassen los ojos, después de considerar que era

casi jamás visto en una casa y sazón hallarse tantas personas de tan alto estado y tan apuestas y hermosas, señaladamente cuando vieron a la princesa Flerisena. Porque assí se detuvieron en mirarla como si no alcançaran fuerças para poderse d'ello dexar, pareciéndoles que no podía ser a la muerte sujeta, según en aquella sazón estava leda y hermosa, tanto que, teniendo alguna vergüença de ver que todos la miravan, abaxó los ojos, de los cuales se recibía incomparable deleite.

Por donde les dio libertad para que mirassen a las que aún no havían podido ver por el impedimento que de su vista se les causara. Y quando entre las otras el rey Menadoro vido a la reina Albericia, en medio de la qual y de la reina Polidia la emperatriz estava, no pudo en aquel primero instante forçar tanto su corazón ni la potencia de sus ojos, que se no halagassen con la vista de aquella hermosa reina, a quien por primera señora tuvieran. A la qual no menor mesura o cuasi fizo que a la emperatriz, diziéndole que, puesto que mayor se le deviesse, no la hiziera sino por le satisfazer un tuerto que en los tiempos passados le havia fecho sin lo ella saber. Al qual aquella honrada reina se humilló diziendo que ella lo recebía por la satisfacción que dixera y no porque lo mereciesse, puesto que se le no dexava de acordar que la causa de aquel tuerto era la partida que él fizo de Trepisonda sin la querer ver, assí como en la mesma primera parte d'esta grande historia se vos contó.

Recebidos el rey Menadoro con el príncipe Gastaphileo, de cuya apostura ninguna de aquellas señoras se despagara, la emperatriz al tiempo que que recibió a la reina Luceminia, acordándose que era cormana del emperador, su señor, le hizo igual mesura de la que por aquella virtuosa reina se le hiziera. Y dexándola en medio de las reinas Albericia y Polidia, recibió a la infanta Castiria d'esta manera, que al tiempo que se le humilló pidiéndole las manos, la emperatriz le tomó las suyas, y alçándola para la abraçar, le dixo:

–Pues a vós, mi hija, tengo, que érades lo que más yo desseava, no entiendo de atender ál, porque no podría ya venir cosa que vos igual fuesse.

La qual no quiso responderle, pareciéndole que tan grande honra carecía de respuesta. Y puesto que buena pieça estuviessen ende hablando los unos con los otros, señaladamente la reina Luceminia con la infanta Belinda, su nueva hija, a quien ya ella con el rey Menadoro havían innumerables vezes besado, por recibir aquel segundo gozo que desseavan, como conociessen que era tarde y que si no se acogían a las mesas lo sería más, se sentaron para cenar con mucha alegría, viéndose tan grande y tan hermosa

compañía que sin ser tachado se podía dezir que en lo restante del mundo no quedava otro tanto valor, hermosura y esfuerço.

Aunque por la venida del rey Menadoro, con los otros que consigo vinieran, no se mudó su viejo orden y regla, la cual era comer cada uno con su muger y señora. Por donde no hubo en aquella mesa quien la interromper pudiesse, sino Gastaphileo con Castiria, los cuales, aunque lo desseavan, no eran casados. Por donde Arismenio, que al otro cabo de la mesa en medio de sus dos hijos Nicerián y Empiralidea cenara, dixo al emperador:

–Páreceme, muy alto señor, que para no interromper el orden tan bueno e igual que en esta mesa havéis mandado guardar, no devéis permitir que este esforçado príncipe Gastafileo con la hermosa infanta Castiria ni yo, ayamos de nos sentar en ella ni hazer compañía a estos príncipes y cavalleros, a quien la fortuna se la ha otorgado con las personas que más tener la desseavan. Pues es justo que haviéndose de nós olvidado como de cosa sin provecho, seamos desterrados como en la vieja ley de la comunión y plática de aquéllos que son para sí e para el mundo provechosos, señaladamente estando tan desganados de lo emendar, que por lo que de mí alcanço, osaría afirmar que este valeroso príncipe de ninguna de cuantas donzellas ha hallado en esta casa tiene más contentamiento para alcançar el fin de sus desseos, aunque tan hermosas como se parece sean, que esta graciosa infanta de los príncipes y cavalleros que al recibir salieron, por más que sean apuestos y esforçados.

Mucho se folgaron todos de lo que Arismenio dixera, mayormente aquéllos que entendieron el fin porque lo dixo. Por donde preguntando Gastaphileo quién era aquel cavallero que con tan grande silencio y atención de todos hablara, Valerián, que a su lado sentado estava, le dixo:

–Aquel cavallero, esforçado príncipes, se dize Arismenio. El cual, puesto que lo no ayáis visto, vos conoce no menos que vuestros propios padres, por cuya relación antes de vos veer supimos quién erades, junto con vuestro valor y del rey de Thesalia, vuestro hermano. Y de más vos digo que alcança tanto de los secretos de vuestro corazón, como vós, señor, mesmo, por donde ha dicho lo que oístes sin quedar ninguno de nós que assí no lo crea.

–¿Cómo se puede hazer, mi señor –dixo Gastaphileo–, que adonde se halla la flor de los príncipes y cavalleros del mundo, la infanta no hallasse cavallero que le contentar pudiesse ni yo donzella adonde toda la hermosura está junta?

–Porque puede ser –dixo Valerián– que estando vuestro corazón y el de la infanta en otra parte sojuzgados, no hallen en esta casa ni en alguna otra, cosa que contentamiento ni descanso les pueda acarrear, aunque no dexo de creer que con más estrecho sentimiento lo declarará aquél que lo dixo y mejor lo sabe que yo.

Bien entendió Gastaphileo por las últimas palabras de Valerián que algo más se sabía de sus fechos que él cuidava. Y por ende le dixo:

–Si ello es assí, mi señor, que este cavallero los secretos de los corazones alcança, en vano trabajará quien d’él querrá encubrirse.

–Tan en vano, mi señor –dixo Valerián–, como lo trabajaría aquél que encubrir quisiesse lo que muy claro se parece.

Por donde Gastaphileo tuvo por cierto que sus amores y de la infanta eran descubiertos. De que no le pesó, pues le parecía que después de Flerisena ninguna de las infantas y otras donzellas era tanto ni más hermosa que su señora.

Cuando el emperador vido que Valerián con Gastaphileo habían dado fin a sus razones, respondiendo a Arismenio, dixo:

–Hasta haver oído lo que por parte de Gastaphileo y de la infanta dezir se puede, no me parece que sería tan justo, mi verdadero amigo, como lo vos dixistes, desterrar dos personas tan señaladas en el mundo en estado y hermosura, que a duro se hallarán sus iguales. Pues no cabe en juicio de razón que, siendo el príncipe tan valeroso y apuesto y la infanta tan alta y hermosa, sean puestos por la fortuna el olvido. De tal manera que para sí ni para el mundo aprovechar no puedan.

No menos se holgaron de la respuesta del emperador que de la razón de Arismenio, por la cual, assí Gastaphileo como la infanta, se humillaron al emperador. Al cual Gastaphileo dixo que, puesto que para cualquier cosa que aquel sabio cavallero dezir e afirmar quisiesse, muy difícil cosa fuesse hallarse contradición, no entendían tan cedo y sin mayor acuerdo confirmar ni menos contradizeir a lo que dixera, assí porque de la confirmación se mostraría causar derecho para ser de aquella compañía, en que más por la virtud de todos que por su merecimiento había sido acogido, con muy justa causa desterrado, como de la contradición muy conocida desmesura contra su valer y sabiduría. Lo que no considerava menor daño y pérdida que lo primero, puesto que mayor ni su igual ser no pudiesse.

Y como hablando assí en aquello como en otras cosas que les ocurrían, para acrecentamiento de su alegría, fuesse gran parte de la noche passada, y no se olvidando que el rey Menadoro, con la reina y los otros que en su compañía vinieran, era justo que

del trabajo de su camino descansassen, aunque ellos eran los que habían hecho aquella sabrosa comunicación durar, después de haver cenado los llevaron al aposento en que de dormir habían, acompañados de todos los que ende se hallaron. Y dexados en él, bolvieron cada uno al suyo. Pero fue tan grande el contentamiento que Florianteo tuvo del príncipe Gastaphileo, que por poder d'él más ver y gozar haziéndosele ya muy tarde de lo tener por hermano, lo llevó a su aposento con mucha voluntad de Gastaphileo, conociendo que no sin gran causa aquel príncipe y de su señora hermano aquella honra le hazía. Por donde, tomando aquel primer día y noche aquella nueva amicitia principio y fundamento, se convirtió en tan estrecho deudo como agora se vos dirá.

¶Capítulo lxxxij. De cómo el príncipe Gastaphileo con la infanta Castiria fueron desposados, y de lo que assí antes como después de sus desposorios se dixo y fizo.

Aunque el rey Menadoro con la reina, su muger, según el trabajo que por tan largo camino habían passado, muy grande razón tuviessen después de acostados de halagar sus sentidos, de manera que sus fatigados cuerpos recibir pudiessen el nocturno descanso, como el gozo de haver visto a Florianteo con su nueva hija, Belinda, sobrasse a todas sus fatigas y passadas penas, buena pieça estuvieron contándose el grande contentamiento que cada uno tenía de aquellos fechos, por razón del valor y hermosura de la infanta Belinda y del honrado deudo que de la recibir por hija para mucho tiempo ganavan.

Y como en aquella sabrosa plática sobreviniessse la memoria de lo que Arismenio en la mesa había aquella noche dicho, juntamente con lo que de Neophal oyeran, se determinaron, considerando el valor y estado del príncipe Gastaphileo y la hora y provecho que de casar con él la infanta, su hija, se les recrecían, de se la otorgar esse otro día, dada razón al emperador y a los otros a quien se devía.

Y con aquel acuerdo se adurmieron hasta la mañana. Venida la cual no fue perezoso el rey de se levantar y con sólo un donzel passar al aposento del emperador, a tiempo que se vestir quería. Al cual juntamente con la emperatriz, que en su lecho había muchos días que dormía, dixo lo que con la reina su muger había determinado, si en ello concurría su parecer con el de la emperatriz. Los cuales no dexaron de ser en aquello

conformes, assí como lo fueron todos los otros a quien el rey Menadoro lo dixo aquella mañana, antes de ser de sus lechos levantados. Lo que no pudo dezir a Florianteo por razón que con Gastaphileo durmiera. Y queriendo bolver a su cámara para contar a la reina lo que le dixeran, falló a Arismenio, el cual le dixo:

–Aunque no nos hagades, señor, parte d’essos hechos, no por esso vos dexaremos de servir, pues para más, aunque muy importantes sean, tenemos por cierta vuestra voluntad.

–No creáis, mi verdadero amigo –dixo el rey–, que para el efecto d’ellos no aya sido la principal piedra y más firme de nuestro fundamento lo que Neophal me dixo en Londres que avíades dicho en el castillo de Boralda, y otrosí lo que por vós anoche en la mesa se dixo. Por donde no me havéis de tener por tan mal comedido que, assí para esto como por cualquier cosa que de mayor cualidad se me ofreciese, no desseasse más vuestro sólo parecer y consejo que los de todo el mundo juntos, señaladamente sabiendo que se me no dexaría de dar con tan buena voluntad como es la que yo contra vós tengo. Pues que es assí muy justo siendo yo el primero de todos estos príncipes a quien ver y conocer quisites, aunque después, por mucho que madrugue, los que sobrevinieron, no sabiendo por que causa, me quitaron esta primogenitura. Por razón de lo cual ya sabéis que vos no quiero ni desseo complazer menos, pues todo lo que por vós se haze conviene que se siga, sin sentir pena ni agravio, por razón que no se cree que con essa intención se haga.

Conociendo Arismenio que la voluntad de aquel buen rey era para cumplir cualquier cosa, tan aparejada como él mismo dixera, no curando de le responder a aquello, le dixo:

–Pues para lo que a mí atañe, muy virtuoso rey, quedo yo tan satisfecho como es razón que lo quede, sabiendo el desseo que de me hazer mercedes siempre tuvistes, no entiendo de vos dezir no aconsejar más en estos fechos, sino que deis gracias al Alto Señor porque assí le plaze tener vuestras cosas de su manos, certificándovos que passarán grandes tiempos que por razón de los casamientos de vuestros hijos será muy firme paz entre todos essos reinos, assí de la Gran Bretaña con Francia y España, como de Bohemia con Ungría e Alemania. De donde se seguirá gran servicio a Dios y a vós, y a vuestros sucessores y a los d’ellos acrecentamiento y descanso. Por donde, mi señor, seguid vuestro buen acuerdo, pues cuando más presto lo efectuáredes, mayor fruto y mejor ha de suceder.

Como el rey por muy cierto tuviese todo lo que le Arismenio dixera, abraçándolo con mucha voluntad, le dixo:

–Plega a Dios, mi verdadero amigo, que no fenezcan mis días fasta tanto que por mí o mis hijos se vos satisfagan los tantos beneficios que de vos havemos recebido, porque a lo menos se tenga por vós, de alguna parte de la satisfacción, la memoria que ellos y yo siempre ternemos de lo que por vuestro medio conocemos haver alcançado.

Lo que se no dexó de cumplir en la tercera parte d’esta grande historia, quando Ataminar, el buen cavallero, hijo de Nicerián y de Empiralidea, se combatió con el gigante Fabalón del Pino y le cortó la cabeça en aquella batalla, el cual ascondidamente era venido en la Gran Bretaña por hazer algún deservicio al rey Florianteo, por razón que el príncipe Fulgencio, su hijo, había muerto a su padre Castorión del Pino, porque lo había querido prender aportando en su ínsula, siendo ausente su hijo Fabalón, el cual con un barco andava robando las fustas que passavan. De la cual batalla Atanimar quedó tan mal llagado de aquel esforçado jayán, que si no fuera por el recaudo que el rey Florianteo le hizo dar, muriera sin ninguna duda. El cual lo tuvo gran tiempo después en su casa, haziéndole mucha honra y no menores mercedes, assí por le haver quitado aquel sobervio jayán de su deservicio, como por acordarse de lo que el rey Menadoro, su padre, le mandó, que a todos los que por Arismenio le serían encomendados y a sus successors y amigos acogiesse y honrasse como muy cercanos deudos.

Dicho lo cual, se despidió Arismenio y fue a su cámara para contar, según se vos dixo, a la reina el buen recaudo con que venía, con tan grande alegría como ella sintió gozo después de lo haver sabido. Y en el mesmo tiempo Arismenio fue al aposento de Florianteo, el cual no era aún levantado puesto que no durmiesse, antes estava con el príncipe Gastaphileo, su nuevo amigo, platicando de algunas cosas que andando por el mundo le acaecieran, diziéndole cómo antes de ser venido jamás su corazón se había sojuzgado por ninguna donzella. Porque, puesto que oída por él la fama de la virtud y hermosura de la reina de Thesalia, había determinado de la ir a ver y servir, no era porque la amasse ni tuviesse más de aquel desseo de conocerla, el cual le passó en el mesmo punto que supo que era casada con Radorián, su hermano. Y que llegado en aquella casa del emperador, adonde menos cuidava sojuzgarlo por razón de ser todos lo que ende eran cuasi sus cercanos deudos, en ver a la infanta Belinda, su señora, assí le otorgó el señorío de su alma y de quanto más tenía como si muchos años precedieran que la huviesse amado y servido. Y que dava muy grandes gracias a Dios porque hasta

aquel día le huviessse hecho bivar libre de las penas que sentir pudiera, pues tenía por muy cierto que si las que en aquellos pocos días, antes que el emperador se la otorgara por señora, padeció, sintiera con la compañía de los trabajos y afanes de los caminos y peligros que se ofrecían en ellos, no pudiera sino en breve tiempo fenecer su vida.

Y aún no lo acabava de dezir cuando vido por la puerta de su cámara entrar a Arismenio, el cual, conociendo que se quería de la cama levantar para lo recibir, le rogó que lo no hiziesse, certificándolo que se bolvería si no le hazía aquella merced. Lo que por Florianteo no dexó de otorgarse, puesto que no sin maravillarse Gastaphileo por la grande honra que se le hazía. Y cuando Arismenio fue junto al lecho, saludándolos con gran mesura, dixo a Gastaphileo:

–A lo menos, señor, no hallaréis aquí a quien tenga sabor de matar los escuderos que hallan por los caminos durmiendo, porque les traen nuevas de su provecho en lugar de se lo agradecer.

Por donde acordándose Gastaphileo de lo que con él passara, luego creyó que aquel cavallero era el que había hallado a la entrada de una floresta, después de partido de Radorián, su hermano, que junto al camino dormía. Y por ende le dixo:

–Por cierto, virtuoso cavallero, si vós sois el que yo creo, más vos devo que a cuantos hoy biven, pues tan grande cuidado de me hazer bolver adonde era mi desseo tuvistes.

–Aunque yo, mi señor, sea el deudor –dixo Arismenio–, pues por quanto vos dixen en aquella sazón no vos quedó contra mí algún enojo, quiero que sepáis que me tomó desseo de veros y cuando vos vide de quitaros del trabajo que en vano tomárades andando en aquella demanda. Por donde vos dixen que lo que oístes, porque más cedo fuéssedes adonde hallaríades el verdadero descanso que se vos devía. Pero dexemos por agora esto, pues no faltará tiempo para lo contar, y dezidme ¿cómo estáis tan descuidados? Porque o yo no lo he bien entendido o me han dicho que esta mañana, assí el emperador como cuantos reyes y príncipes ay en esta casa, juntamente con su mugeres, no andavan entendiendo sino de qué manera vos podrán atar a entrambos, pues sin su licencia vos acompañastes, para que jamás alcancéis libertad ni vuestros sucessores de ser, assí en la voluntad como en los efectos, diferentes ni contrarios. Por donde cuando aquí vine, por verdad ya creía que vos hallaría armados para defender que tan gran fuerça no se vos haga, hasta que vuestro derecho sea como se deve oído y examinado.

–Pues mucho al revés d’esse vuestro pensamiento, virtuoso cavallero –dixo Gastafileo–, me parece que van estos hechos, porque poco antes, cuidando mi señor Florianteo e yo que era otra cosa, ya nos queríamos armar. Pero después que supimos la causa que dixistes nos bolvimos al lecho desnudos, porque no se pueda dezir que por ninguno de nós se hizo resistencia a la voluntad del emperador ni de todos los príncipes. Pues no se ha de creer, siendo cada uno tan derecho justiciero, que no ayan examinado nuestros derechos antes de publicar la sentencia, quanto más queriendo la essecutar.

Muy bien les pareció a Florianteo y Arismenio la súpita respuesta de Gastafileo, pues no careciendo de la discreción y criança que se requería, no era falta de mucha gracia. Por donde Floranteo dixo a Arismenio:

–Pues por este esforçado príncipe se vos ha dicho lo que passa, virtuoso cavallero, poca necessidad havrá de mi respuesta, pues no es menos razón que, haviendo de ser las voluntades conformes, no lo dexen de ser nuestras razones. Las cuales, assí para lo primero como para daros las albricias de las buenas y alegres nuevas que nos traxistes, por muy averiguado tengo que lo no dexaran de ser, pues por lo que de mí siento, ningunas pudiérades traernos con que más ledos nos fiziéssedes, allende de lo que más ser los esperamos, por razón que con el efecto d’ellas se cumplirá el fin d’entrambos desseos, dexada aparte la sobrada honra que en ello yo gano. La cual no tiene ni alcança comparación ni precio.

–Si por essa vía ha de ser, mi señor –dixo Gastaphileo–, muy conocido está que yo soy el que essa honra gano y en mi poco valor acreiento, añadiéndome el merecimiento que para tanto bien y merced es no menos cierto faltarme.

–Para que tan peligrosa batalla a fin no venga –dixo Arismenio–, justa cosa es que se ponga algún medianero, pues passando adelante podría ser que quedando entrambos sin remedio fuesse yo el más culpado. Por donde, señores, vos suplico que cesse a lo menos por me librar del peligro en que no podría dexar de verme.

Por donde oído lo que Arismenio dixera, cessaron de sus passadas cortesías con gran plazer de todos, por ver tanta conformidad en sus voluntades, y señaladamente de Gastafileo, el cual dixo:

–No me Dios vala si más detardo el vestirme, porque por mi culpa no se me defiera un solo punto el bien que espero.

–Ni a mí si vos no fago, señor, compañía –dixo Florianteo.

Folgándose tanto de aquello Arismenio como si sus propios hijos fueran, considerando que el precedente día aún no se conocían y entonces ya parecían más que

dos hermanos, que no tuviessen que partir, quererse y amar. Y aún no eran de vestir acabados cuando un donzel del rey Menadoro venía para saber si se levantarán. Al cual dixo Arismenio que dicesse al rey, su señor, que viniessen luego ende, porque lo atendían sus cavalleros con grande desseo de su venida. Por donde, oído lo que el donzel le dixera, luego fue allí venido, al cual no tardaron aquellos dos príncipes de hazer igual mesura. Y queriendo el rey hablar a su hijo Florianteo en poridad, Arismenio le dixo.

–Ya no es tiempo, mi señor, de hablar más en aquellos hechos, pues lo dicho sobra tanto como sobra el desseo y voluntad de todos los que lo havían de saber y cumplir.

Entonces le contó todo lo que havéis oído, de que el rey se folgó tanto que, viniéndole a los ojos las lágrimas, dixo:

–Pues Nuestro Señor Dios tanto bien y honra es servido de me otorgar juntos, no quiero pues no sabría dezir más de le dar las gracias que puedo, pues las devidas no se me otorgan. Y a vós, mi buen amigo, agradezco vuestro desseo y trabajo, pues jamás de lo procurar cesastes y agora mucho más.

Y no lo acabava de dezir cuando Gastaphileo, fincadas las rodillas ante él, le dixo:

–Yo soy, mi señor, el que las gracias que dixistes dar devo, y a quien el sobrado bien y honra se haze más por vuestra voluntad y del príncipe, mi señor y hermano, que por mi merecimiento, siendo tan pequeño como grande la merced que se me haze. Para servir y satisfazer alguna parte de la cual, puesto que mis fuerças muy pequeñas sean, por muy cierto tengo que acompañadas de mi grande desseo no dexarán de bastar para que a lo menos sea por vós, mi señor, conocido. Por donde vos suplico me dexéis besar vuestras manos por señal y verificación que jamás fue su igual recebida, y otrosí porque se a cumplir comiençen mis passados y presentes desseos. Y puesto que el rey no quisiera dárselas hasta que mayor razón hoviesse, conociendo que le pedía guisado y ayudando a ello Arismenio, se las dio, no se olvidando de lo besar muchas vezes, con aquellas lágrimas de gozo que más prestas se muestran en semejantes autos que en los de dolor y tristeza, no dexando de dezir lo que su coraçón sentía. Fecho lo cual, Florianteo, tomado las manos del rey su padre, le dixo:

–Pues d’esta merced, mi señor, no tengo yo mi parte por la menor, suplicovos que me no neguéis lo que a mi señor y hermano havéis otorgado.

Por donde, cumpliendo el rey lo que le pidiera, rogó a Arismenio que llevasse aquellas nuevas al emperador y a los otros que sabía que era devido, porque él entendía

en compañía de sus hijos ir a dezirlas a la reina, su muger, porque, sabidas, havisasse a sus hijas Castiria y Belinda, que juntas durmieran. Lo que assí se hizo, puesto que antes de salir el rey del aposento de Florianteo, no se dexó de mostrar entre él y su nuevo hermano Gastaphileo lo que se devía, para declaración de su nuevo deudo y acrecentamiento de su amor, con tan grande gozo del rey Menadoro, que se vos no podría acomparar sino al de la reina Luceminia cuando ante sí vido a Gastaphileo. El cual, con no menos prissa, le besava las manos que a él la reina sus ojos y rostro.

Y porque haveros de especificar todo lo que, sabidos aquellos fechos, se dixo y passó aquella mañana no carecería de la dicha prolixidad, no vos diremos más de quanto aquel día fueron desposados aquel esforçado príncipe Gastaphileo con la infanta Castiria, su señora, con no menos alegría y fiesta que la que por todas las otras princesa e infantas se sintió e fizo, y con no menor contentamiento de aquellos dos amantes por verse surgidos en el seguro puerto de sus aquexados desseos, según la tempestad y tormenta que havían passado tan grandes, en el tiempo que les era entredicho poderse ver y hablar, cuando en el temeroso golfo de la mar de sus cuitas navegavan.

Y por mostrar que se no olvidavan de los trabajos de sus criados casaron a Lareón, escudero de Gastafileo, el cual el siguiente día lo hizo cavallero, con Garinthea. La cual no era menos hermosa que sesuda donzella, puesto que huérfana de entrambos padres e señora de una hermosa villa, en que havía un castillo grande y fuerte junto a una laguna, por donde se dezía el Castillo de la Laguna, muy cerca de Londres. El cual havía sido del buen cavallero Promarel, su padre.

Y con toda su alegría no se descuidaron de despachar mensageros, assí el rey Menadoro para la Gran Bretaña, como Gastafileo para España e Thesalia con aquellas nuevas. Las cuales muy diversos obraron los efectos, pues no fueron menores el gozo e alegría que el rey Palordián de España y Radorián en Thesalia sintieron, e las fiestas que entrambos reinos se hizieron, que la tristeza e llantos que en Londres se mostraron.

Y como con aquellos nuevos desposorios se tornasse a rebivar el regozijo e bolicia que en los primeros días havía en la casa del emperador, cosa era de gran maravilla ver cuán alegres andavan aquellos desposados, conociendo que se les apropiava el día por ellos tan desseado, y los otros cavalleros con pensar que muy presto se exercitarían en las fiestas que se havían de hazer. Pues en aquella sazón ya havían llegado muchos desseosos de mostrar a qué pujavan sus esfuerços sin haberse dado a conocer, porque si les sucedía bien, con mayor desseo alcançassen su

conocimiento, y si al contrario, que no recibiesen juntos daño y vergüença. La cual no menos temían que la propia muerte.

¶Capítulo lxxxiiij. De cómo Valerián de Ungría con Flerisena, y los otros príncipes y cavalleros con las infantas e las otras donzellas, fueron velados, y de la estraña aventura en que dieron cima assí Valerián como la princesa, su señora.

Todos los días que por passar quedavan, hasta aquel que por el emperador para las bodas se assignara, no se entendía en más de adereçar armas y atavíos con muy ricos paramentos e otros estraños vestidos, porque en aquella jornada tan esperada ninguna cosa les faltasse. Por donde no era poco el deleite ni trabajoso el passatiempo de andar por las calles de aquella ciudad, mirando el exercicio tan grande que por los oficiales d'ella se hazía e los solicitadores que los acerca tenían, porque no se dexasse de acabar lo que cada uno hazer mandara conforme a su intención y propósito. Por donde con aquella solicitud e diligencia, quando vino la víspera de aquel desseado día, cuasi no quedó cosa por acabar ni a ninguno faltó lo que menester había para el cumplimiento de sus pensamientos e intenciones.

Venido pues aquel tan esperado día, ¿quién sería de tanto saber e memoria dotado que después que todos los novios e novias fueron en una grande y rica sala, juntamente con el emperador e la emperatriz con los reyes e reinas e otros cavalleros de gran estado e altos hombres venidos, pudiera particularmente ver y retener para lo poder escrevir la diversidad de los atavíos de cada uno e la riqueza y estrañeza d'ellos? Por cierto ninguno que fuera mortal, sin especial gracia para aquel efecto del Alto Señor alcançada, pues era imposible comprehenderlos ni particularizarlos, aunque para los escrevir le sobrarian escriptores.

Cuanto más si quisiera atreverse a juzgar las fermosuras de todas las novias e grados d'ellas, dexada aparte la de Valerián con Flerisena, siendo sobre todos estremada. Porque no menos es cierto que se no dexara de conocer su loco atrevimiento, pues semejantes juizios cuasi a ninguno que humano sea pueden con justa causa ser otorgados, por razón que la hermosura no puede ser por grande o mayor tenuta y

juzgada, sino según acarrea contentamiento o codicia de gozarla a los que verla y codiciar pueden

Y como no menos vezes se vea una sola parte de un gesto, con la gracia de una muger o donzella, acarrear a uno e muchos hombres mayor contentamiento y desseos de gozarla, que otras muchas e más cumplidas partes que en otras havrán visto, muy averiguado queda que los humanos juizios no son para tanto bastantes, aunque pospuesta cualquier pasión e precediendo suma diligencia juzgarlo quisiessen. Pues ninguna sabiduría podría para ello aprovechar, porque si miramos los varones antiguos que de muy sabios alcançaron nombre, no dexaron de aficionarse a este feminil género, a nuestro apetito tan aplazible como para nuestro provecho dañoso, de tal suerte que después los perdieron alcançando su contrario. Pues si confiar quisiésemos que los de edad crecida, assí por la antigua esperiencia como por la debilidad de las potencias y fría naturaleza, podrían juzgarlo por razón de los aplazibles fuegos de la juventud [que] ya no les podría empecer, por la caducación de sus fuerças e sentidos, claro está y muy determinado que no se les deve ni puede encomendar semejante juizio, porque no dexan de sobrar más exemplos de sus caídas y errores que de aquellos a quien la fresca e poderosa juventud forçó que cayessen en los mismos lazos e yerros.

Por donde, faltando a todo el humano género el juizio que para esto segundo conviene e para lo primero la memoria y el saber que diximos, no se podrá dar culpa al coronista si dexo de escrevir los atavíos y hermosuras de los que havéis oído, pues si lo cometiera no se le otorgara salir sin gran menoscabo de su crédito, con que pudiera dudarse todo lo otro que escribió verdadero.

Pero tornando a nuestro propósito, quando vieron que todos los que se havían de esperar eran ende, sin faltar ninguno, baxaron al patín, adonde cavalgando en muy fermosos cavallos e palafrenes, no menos ricamente adereçados, fueron a la mayor iglesia de aquella ciudad. En la qual no dexará de creerse que la missa se celebró tan solempne quanto se pudo según la solempnidad del día, ni que al arçobispo que la dixera se olvidasse ninguna de las cerimonias que para semejantes sacramentos hazerse convenían, ni que faltaría diversidad de instrumentos y cantores con que más la fiestas se acrecentasse, ni las cosas con que más podía su gran solempnidad demostrarse.

Otrosí quién ha de dudar que por las calles que passaron, assí al ir a la iglesia como al bolver a los palacios, faltassen gentes que no sin gran desseo de verlos atendían su venida con algunos juegos con que creían servirlos y acrecentarles su alegría, puesto que les no davan sino pena pues les impedían que passar no pudiessen, aunque por otra

parte no podían dexar de se lo agradecer, considerada la buena voluntad con que lo hazían, y ser muy ledos por ella, pues de ninguna cosa deven folgar más los príncipes que de conocer que son de sus vassallos amados, por recrecéseles de aquel amor no menor honra y provecho que deshonra y daño de lo contrario, allende de innumerables cuidados y trabajos que les passar y çufrir conviene.

No hay quien vos dezir pueda el servicio que en las mesas se fizo aquel día, pues no menos que para lo primero havían de faltar las fuerças y memoria, ni se ha de dudar que en aquello no recibiría disminución la fiesta. Por donde se detuvieron tanto, a causa de ser venidos de la iglesia muy tarde, que determinaron que ningún exercicio de armas se hiziesse aquel día por el poco tiempo que para ello tenían, dexándolo para el día siguiente. En el qual con menos priessa y más atención lo podrían exercitar y ser vistos, señaladamente de los que en la venidera noche esperavan dar fin a sus aquexados desseos.

Alçadas las mesas e yendo a sentarse con aquella determinación que se vos ha dicho, vieron entrar por la puerta de aquella grande sala una donzella con dos escuderos, de tan alta estatura que, puesto que los que con ella venían no dexassen de ser bien apuestos, cuasi con toda la cabeça los sobrepujava, y tan hermosa que, quando fue junto a ellos y al emperador delante del qual hincó sus rodillas, muchas y las más d'ellas que ende eran desseavan parecerlo, tanto a sus maridos como a ellas parecía. La qual, sin querer obedecer al emperador en lo que le mandara que se levantasse para le dezir la causa de su venida, con la boz tan alta que con mucha facilidad podía ser oída, con tanta atención de todos como por saber por qué razón viniera desseo, por les parecer que siendo su persona y trage tan estraños, no menos lo sería su demanda, començó de dezirle según que oiréis:

–No creáis, muy alto emperador de Alemania, cierto sucesor en el griego imperio después de los días de aquellos que lo hoy imperan, que sin gran trabajo de mi espíritu, dexando a parte el del cuerpo, pues no se ha de tener en tanto, ayudándome la fortuna que en esto ha mostrado querer favorecerme, haya podido llegar en esta sazón y tiempo, por mí de muchos días, para fin y cumplimiento de mis penas, desseados, ante la tu alta presencia y d'estos esforçados reyes y esclarecidos príncipes, y de la emperatriz y las otras reinas y novias, pues en cualquier otra que llegara no tenía ni podía tener esperança de alivio ni remedio en mis penas. Por donde primeramente doy gracias al Alto Señor por me haver esta tan alta merced otorgado, sin la otra que mayor espero, y otrosí porque se me otorga dezirte lo que agora oirás.

»Havrá muchos días, soberano emperador, que aquel tan cruel y engañoso como piadoso y verdadero, según lo ser quiere, dios de Amor, queriendo otorgar de mi menosprecio vengança a un cavallero que de mí la pidió por lo haver sin razón desdeñado, de tal suerte firió mi sobervio no menos que desconocido coraçón, que cuasi en un instante, assí de sus ligeras y agudas saetas tan cruelmente llagado, que fue maravilla cómo en el mesmo punto no puso fin a mis tristes días, no me dexando para remedio de mis llagas más de la membrança que de tener havía en sólo aquel cavallero, por mí poco antes tan aborrecido como después de llagada amado y querido, y puesto que por espacio de algunas horas, pues no pude días, por me çufrir punasse de no lo amar. Fue tan grande el acrecentamiento de aquel bivo dolor que con la repugnancia sentía, que por lo no sentir acorde de le otorgar mi coraçón, conociendo que con aquello sentía tanta diminución en mis penas como antes conocido acrecentamiento. Por donde lo comencé de amar tan afincadamente que sin comparación me aquexaron más los segundos desseos que mis primeras llagas, señaladamente cuando supe que por mi passado desdén y crueza no era menos d'él aborrecida que él de mí desseado.

»Y sabiendo que por seguir un consejo que un sabio le diera pudo, desechando su bien querer, aborrecerme sin lo dudar ni poner en ello pereza, aunque muy lexos era su vivienda de mi tierra, la cual se dize Sedela, fui a buscarlo, conociendo que los trabajos y peligros del camino no podían sobrepujar los tormentos que en el ocio se me recrecían. Y como después de hallado la causa de mi venida le contasse, no tardó en dezirme:

»—Dios sólo es sabidor, virtuosa donzella, [d]el pesar que por haver a aquel desconocido cavallero contra vós aconsejado me ha sobrevenido, pues veo la sobrada causa que para dever por vos padecer cuitas tuviera, y mucho más por vos no poder remediar tan cedo como es mi desseo. Pero por satisfazer a mi desmesura y a vuestro daño, si lo por bien tuviéredes yo vos haré compañía hasta una ciudad de Alemania, Colonia llamada, adonde seed cierta que hallaréis doblado remedio del que por vós se me pide. Pues no solamente de las cuitas que tanto vos aquexan seréis libre, pero haréis que vuestro cavallero convierta su aborrecimiento en el primero amor que vos tenía con sobrados desseos. Los cuales yo no sé ni alcanço si después le serán por vós satisfechos, aunque todavía creo que le no serán desdeñados, pues para vuestro ayuntamiento pocos se podrían hallar sus iguales, lo que será causa que de nuevo lo améis, aunque en ello no me afirmo.

»Y porque de la detención se podría algún inconveniente causar, no solamente conviene pero es muy necessario darnos tan grande diligencia que lleguemos ende al veinteno día de setiembre, para el qual están aplazadas las bodas de los más altos príncipes y cavalleros con las más altas y hermosas donzellas que se podrían hallar en todo el universo junto. Entre los cuales vos certifico que se hallarán un cavallero con una de las que aquel día han de ser novias, que darán cima en vuestra demanda. La qual será que con vós levaréis este coraçón, según que lo veis, en estas tres partes partido, el qual, puesto que de piedra e muy fría cosa parezca, sabed que después que aquellos que digo lo huvieren juntado, no menos mostrara su ardiente calor que aquel que el vuestro agora siente, tanto que con mucha dificultad podrá ser sostenido si ya no fuere por persona que afincadamente ame.

»No creáis que aquellos que de le dar cima serán dichosos lo puedan alcançar por esfuerço, hermosura, ni lealtad que tengan, sino porque amarán la más afincadamente y alta que se amar puede. En cuyo poder este coraçón de quedar tiene si aquellos que lo juntaren serán por la cathólica Iglesia ayuntados. E si no en el vuestro por quitar toda manera de embidia y enojo. Y en caso que en poder de los que para bivar en uno nacieron de quedar huviesse, les diréis que señale cada uno la parte que juntado huviere, porque tocando la del otro conocerá según la hallare caliente, templada o fría, si el amor que en la sazón que la junto le tenía, en el venidero tiempo havrá recebido pequeña o grande diminución o acrecentamiento.

»Demás d'esto seed cierta que luego que el cavallero, a quien la cima de vuestra demanda esta otorgada por razón que a los cavalleros se ha de dar la primera prueba, huviere juntado su primera parte, vuestro cuitado coraçón se sentirá tan descansado como antes con pena, por razón de sus passadas cuitas. Y cuando por la donzella o novia que dixere de ayuntar fuere acabado, aquel cavallero que vos agora tan poco precia, començará de sentir vuestro desechados desseos, con tan bivo y penado sentimiento que, sin comparación alguna, sobrepujarán al desamor y aborrecimiento que contra vós en esta sazón tiene.

»Y como por mí fuesse en aquel sabio tanta voluntad conocida que, allende de me haver aconsejado lo que para mi remedio conviene, sin querer de mí tomar satisfacción alguna por ello, aún no se contentava sin que en mi compañía lo traxesse, por le no dar en compensa de tan grande beneficio igual trabajo en el mismo punto, cobradas estas partes de coraçón que aquí vedes –las cuales, sacándolas de sus pechos, luego mostró a todos–, partí de su casa dándome tanta priessa que llegar en esta hora se

me ha otorgado. Por donde, poderoso señor, te suplico que lo prueves y provar ruegues y mandes, assí a los reyes y príncipes que aquí se hallan, como a los cavalleros y mugeres que lo provar quisieren, porque aquél a quien la fortuna otorgare de dar cima, pueda por su señora y ella por su marido, con muy justa causa ser sobre todas las otras cosas amado, y a mí descansar d'este tormento que, por aquel que no menos me aborrece, padezco.

Oída por el emperador la estraña demanda de Feliagra, que assí se dezía la donzella, y mandada levantar antes que le hablar quisiesse, le dixo que, pues todos los que la tenían de provar eran ende, él trabajaría que se cumpliesse, lo que le rogara porque su trabajo y penas pudiessen haver el fin que era razón y por ella se desseava. Por donde generalmente rogó a todos los que devía, que por lo complazer y rellevar a aquella hermosa donzella de sus penas, provassen a cuánto bastaría el querer de cada uno, pues ende no había trabajo ni peligro. Los cuales no dexara de passar de grado sólo por la librar, aunque sus ruegos en ello no entrevinieran. Y como ninguno de los que lo oyeran de dessear dexasse la prueba de aquella aventura, no curaron de responder al emperador más de estar aparejados para la provar, creyendo cada uno que con mucha facilidad le daría cima, según en sí sentían amar a sus señoras.

Cuando el emperador tuvo para aquello las voluntades de todos ganadas, ocurriéndole una sobrevenida duda, les dixo:

–Paréceme, esforçados reyes y virtuosos príncipes y cavalleros, que de la prueba d'esta aventura, según por mí se alcança, no puede sino quedar algún descontamiento y queexas, porque si antes de lo provar todos por alguno se le diere cima, los que por provar la quedarían no dexarían de dezir que fueron agraviados, pues no se les otorgó a ellos la prueba como a los primeros. Por donde es menester que en esto se provea porque en día de tanta alegría ninguno quede con quexa. Y pues a vós, virtuoso Arismenio, para mayores cosas se otorga dar orden y remedio, si los que aquí son no contradizen a mi voto, no vos dexarán de rogar y yo con ellos que los vos ordenéis y assentéis de manera que no pueda seguirse el inconveniente que dixere.

Como todos viessen que no fuera menor atrevimiento que desmesura contradize al parecer del emperador, siendo tan conozida la razón que para que se assí fiziesse había como fuera d'ella lo contrario, de muy buen grado concordaron con su voto. Por donde Arismenio no pudo dexar de cumplirlo, conociendo que le mandara guisado. Y por no detardarlo, mandando traer el recaudo que para escrevir convenía, aunque ya sabía lo que de suceder había, escribió los nombres de todos los que a la prueba se

atrevieron. Los cuales puso en poder de Feliagra, para que, según él ordenara, así los leyese.

Por donde el primero fue el emperador, el cual, acordándose de cuán afincadamente amara a la emperatriz, su señora, no dexó de provarla de muy buen grado. El segundo fue el rey Pasmerindo, el cual no dexó de mostrar que era muy buen amigo de aquel honrado emperador, pues no le quiso en cosa tener ventaja. El tercero fue el rey Finariel, sin tener más dicha que los primeros, aunque estrañamente había amado a su muger y señora, la reina Polidia. Y como el rey Menadoro fuesse después el amado, acordándose no menos de su acostumbrado comedimiento que del afincado amor que a la reina Luceminia tuviera y de tener no dexava, no quiso porque no pudo darle cima, dexando aparejo para que los que quedavan pudiesen provarlo, así como lo provaron Nicerián con Asanor y Lucenio y Lareón, no queriendo ganar en ello más honra que los primeros.

Cuando la prueba vino a los príncipes Poliantel con Gastafileo y Florianteo, ninguno d'ellos dudó que le no podría dar cima, pero no dexaron de mostrar que más afincadamente se podría amar de lo que ellos amavan, puesto que estrañamente a sus señores amassen. Por donde Gastafileo dixo a Feliagra:

–En verdad, virtuosa donzella, que tan mal aparejo veo para el remedio de vuestras cuitas, si se ha de alcançar con juntar essas piedras, como yo tuviera si el Alto Señor con esta, mi señora, no me juntara. La cual era el verdadero remedio de las mías.

Todos mostraron holgarse mucho con lo que Gastafileo dixera, sino Feliagra, la cual le dixo:

–Si con sólo lo que vós, virtuoso príncipe, dexistes vuestra señora se satisfaze, conociendo el poco amor que le tenéis, cierto es que mostrará que vos más ama de lo que deve. Pues dará más crédito a vuestras fingidas palabras que la conocida y clara experiencia, cuanto a lo que de mis cuitas mostrastes burlaros. Yo fío en Dios que me no tengo d'ir d'esta casa sino tan descansada d'ellas como vós de las que havéis dado a entender que por ella padecíades.

Dicho lo cual, no sin grande plazer de los que lo oyeron, se procedió en la prueba por todos los cavalleros y altos hombres que ende se hallavan, sin hazer injuria a los que la primero provaron, no quedando por lo provar sino sólo Valerián. Al cual, cuando la donzella vido, no menos maravillada de su hermosura que de todas las donzellas y mugeres que hasta entonces había visto, después de Flerisena a quien no se podía cansar de mirar, le dixo:

–Por verdad, esforçado príncipe, si vós tan afincadamente amáis como vos fizo el Señor apuesto y cumplido, dende agora afirmo que me no iré yo de aquí con menos descanso del que vuestro corazón en esta sazón sentir deve. Por donde vos ruego que, tomando este corazón que tan partido veis como lo yo desseo ver junto, lo juntéis con la mesma voluntad y desseo que de juntar el vuestro tuvistes con el de aquella señora que por vós fue hasta aquí desseada, porque se puedan en vós ver dos obras, la una de naturaleza y la otra vuestra con toda la perfección que ser pueden.

A la cual Valerián dixo:

–Si por afincadamente amar, hermosa donzella, se me ha de otorgar tanto poder que lo yo juntar pueda, dende agora vos lo ofrezco, por lo que muchos años he sentido y de sentir no dexo.

Y dicho aquello, tomando las dos partes de aquellas piedras y bolviéndose hazia aquella parte en que su señora se assentara, la cual no estava mirando sino lo que aquél, su amado señor, hazía, haviéndolas ya señalado assí como los primeros hizieron, las igualó y juntó, de manera que después de juntadas ninguno hubo ende que discernir pudiesse por dónde estuvieran partidas, tornándose tan ardientes que no las podían sostener entonces con menos trabajo, por razón de su calor, que poco antes de frías. De que no se dexaron de maravillarse tanto como Feliagra alegrarse, pareciéndole que en aquel mesmo instante no se acordava más de Acorán de Sedela, que assí se dezía aquel cavallero, que si lo nunca viera ni amara.

Por donde, cobrando su primero juizio, el cual por razón de sus passadas cuitas ocupado tuviera, quiso, si Valerián se lo otorgara, besarle las manos. Pero como conociesse no ser aquella su voluntad, lo dexó por escuchar las cosas que aquellos reyes y príncipes dezían a Valerián, después de haver dado cima en aquella aventura. Por razón de la cual, hallándose ya Feliagra tan leda como poco antes aquexada, dixo a Gastafileo:

–Agora que estoy libre como vós, esforçado príncipe, de los desseos que me aquexavan, querría que me dixéssedes algo de aquestos fechos, porque vos certifico que vos no ívades sin cumplida satisfacción, para la cual no dexaré de dezir que si vuestra señora vos ama por poco que sea, no bive con menor engaño que yo con Acorán de Sedela, de quien no era menos aborrecida que él de mi amado. Por donde no entiendo irme sin le dezir el nombre del sabio que me aconsejó y la tierra donde bive, porque cuando conociere vuestros fingidos amores y verdaderos engaños, pueda de mi propio remedio aprovecharse. Pues no dexa de ser justo que assí como los cavalleros vos

ayudáis contra las donzellas, que por el mismo orden contra vosotros nos ayudemos todas.

Mucho se folgaron aquellos cavalleros de lo que Feliagra a Gastafileo dixera. El cual, mientras el sabio Arismenio escrevía los nombres de las mugeres que havían de provar la mesma aventura, le dixo:

–Aunque por lo que de mi virtuosa donzella siento muy grande razón hoviesse de dar poco crédito a semejantes aventuras y pruebas, en esta no entiendo dexar de darlo, assí por la haver vós traído como por le aver dado cima mi señor Valerián, ante el poder del cual no han de dudar las piedras de juntarse, pues no se halla en la tierra cosa que a su voluntad y querer resistir ni contradézir ose, por temor del riguroso castigo que de semejante atrevimiento e inobediencia se le seguiría. Y otrosí porque si por mi señora no se haze más en esta segunda prueba de lo que yo hize en la primera, y por essa razón se sigue que soy d’ella tan aborrecido como vós, virtuosa donzella, de vuestro cavallero, no quiero quedar fuera de vuestra gracia, pues quedando en ella no me negaréis el remedio que a mi señora prometistes. Pues le no haréis agravio haziéndonos a entrambos iguales. Y de más digo que si todos los que la no acabaren han de usar de vuestro orden y regla, dende agora soy de parecer que nos adecemos para ir a buscar esse sabio, aunque todavía dudo que su saber y poder basten a me hazer aborrecer la cosa que yo más amo.

Dicho lo cual, Feliagra quiso responderle sino porque vido que se començava la segunda prueba, en la cual, pues se hizo de la forma de la primera, no vos diremos más de quanto se le vino a dar cima por Flerisena. Por donde fueron tantas las cosas que ende se dixeron entre aquellas reinas e infantas con las otras donzellas, que ponerlas por escrito hizieran esta historia sin fin, aunque se vos no dixeran más de las que Gastafileo dezía a las que la provavan. Con que mucho se holgavan todos, señaladamente viendo cuán afrentadas mostravan quedar las que mejor le creían dar cima, por se mostrar más amadoras de sus señores que ellos d’ellas.

Passado aquello, Feliagra se fue a assentar adonde Flerisena estava, en cuyo poder el corazón el corazón quedara, tan junto y bien tallado que era maravilla de verlo, aunque mucho más la estremada hermosura de Flerisena. La cual, con el gozo y la vergüença que juntos se sobrevinieron en el punto que diera cima en aquella tan estraña aventura, embermegeciéndosele algún tanto más de su natural su hermoso gesto, pareció tan hermosa, que Feliagra, no se pudiendo çufrir, le dixo:

—¿Qué gracias te pueden ser por mí dadas, juntamente con el príncipe, tu señor y marido, o, muy alta princesa, que sean para satisfazer el gran bien y merced que me entrambos fezistes? Por verdad ningunas, si no fuessen semejantes a aquéllas que los dos a dar sois tenidos al Alto Señor que tan estremados vos fizo, sin permitir que vuestras gracias y hermosuras fuessen sino por su igual gozadas, no vos dexando para ello de otorgar cuasi igual estado y valor con que merecer pudiéssedes, y la edades y coraçones tan conformes que si todos los humanos vos traçaran y midieran, no hallaran en el universo dos personas a quien con mayor igualdad y razón juntar pudieran. Y por ende, pues ninguno de vós por la falta de nuestra flaqueza se las podría dar convenientes, ruégovos que recibáis a su exemplo las que a mí darvos se otorgan. Y si en aquella provincia de Sedela, o adonde quier que me yo hallare, de mis pequeñas fuerças quisiéredes serviros, tened por averiguado que las ternéis tan ciertas y con tan entera voluntad de las emplear en vuestro servicio, como será la vuestra de lo mandar.

»Y porque lo mejor hazer podáis y sepáis a quien se vos otorga mandar, no menos que a cualquier de vuestros criados y donzellas, sabed que mí dizen Feliagra, y soy hija de Naxagor de Ralea. El cual tiene muy cerca de la ciudad de Sedela cinco castillos, tan fuertes como buenos, y dos villas, la principal de las cuales se dize Ralea, de donde todos mis predecesores tomaron apellido y nombre por haver sido los fundadores d’ella. Y cuando alguna vez, por el discurso de tan antiguo tiempo, se ha interrompido la sucessión del varonil género, los cavalleros que casavan con las hijas descendientes de los señores de Ralea tomavan aquel nombre y dexavan el propio suyo, porque aquello era lo primero que en el tratar de los casamientos se capitulava, a cuya causa siempre aquel apellido y nombre ha durado hasta agora. Y pues entrambos tenéis de mi voluntad y desseo la certitud que conviene, si de lo emplear dexáredes no será por mi parte la falta, por donde no dexaré de alcançar la mesma satisfaci3n y quedar tan fuera de deuda como si con todo efecto el mandado de cada uno de vós cumpliesse.

Como Valerián con Flerisena de conocer no dexassen que en el ofrecimiento de aquella donzella ninguna ficci3n ni cautela haver podía, según las abiertas entrañas que para la cumplir mostrara, se lo agradecieron con la mesma voluntad no le dexando de ofrecer lo que a entrambos se otorgara para la complazer y honrar.

Dicho lo cual, se despidió d’ellos muy leda por se hallar fuera de los aquexados pensamientos con que ende viniera, y otrosí pidiendo licencia al emperador y a todos los otros que conoció serles devido. Y como de alcançar no la dexasse partió luego, aunque muy poco fue lo que anduvo aquella tarde. Y por sus jornadas volvió a la ciudad de

Sedela, adonde halló a Acorán, con el cual, después de algunos días, casó, trayéndole en dote el señorío de Ralea, con todo lo demás que le era anexo. Por donde de allí adelante Acorán, perdido el nombre de Sedela, se llamó de Ralea, y juntamente alcanzó el fin que para sus desseos desseava. En la cual huvo un hijo llamado Bastilán de Ralea, el cual salió muy buen cavallero, y cuando fue tiempo, su madre, acordándose del remedio que Valerián y Flerisena le dieran en sus aquexadas cuitas, se lo embió para que de su mano lo fuesse. Por donde después fizo tales cosas en armas que la tercer parte d'esta historia no haze d'ellas pequeña mención, según se podrá por ella ver.

Otrosí huvo en ella una hija a la cual pusieron nombre Forciana, porque su padre Acorán, forçado de las penas y tormentos que tan cruelmente lo aquexavan, después de dada cima en la demanda de su señora Feliagra, trabajó con no pequeñas fuerças y medios de la alcanzar por muger. Y fue aquella su hija tan hermosa que Familadar, fijo de Lucenio y Binarda, passando por aquella provincia, fue d'ella tan pagado al tiempo que la vido que, según en la mesma tercera parte se lee, muy grandes cosas hizo por su servicio y con nombre de su cavallero, el cual le havia otorgado. Aunque después fue muy desdichado porque se le murió de un desmayo a los diez y siete años de su vida, por cuya muerte mostró tan grande sentimiento Familadar, que muchos años anduvo tan triste que en sus tiempos no se halló quien tanto lo fuesse, por razón de aquella tan grande pérdida, hasta que, buelto a la casa del emperador, otorgó su coraçón a Frargenia, hija de Canisor y de Erminia. A la cual, puesto que sus padres en Ungría biviessen por tener compañía a Aspalión y a Asserina, agüelos d'ella, a ruegos de la marquesa Domeclia, madre de Erminia, embiaron a Colonia para que se aoconsolase con aquella tan hermosa niña de la soledad y ausencia de su única hija.

Pero tomando a la prosecución de nuestra historia, partida Feliagra con sus escuderos, cada uno de los novios bolvieron con su señoras a su primero descanso, pareciéndoles la tarde de aquel día más larga que un año, con el desseo que de la noche tenían, venida la cual, después de haver cenado y visto algunos juegos que les representaron, en la hora que se determinó que a descansar fuessen, todos aquellos reyes y cavalleros a quien pertenecían llevaron a acostar a sus [novias], assí como el emperador con la emperatriz a Valerián y a Flerisena. A la cual, cuando fue tiempo, dexaron con la compañía que más desseava y con dos hachas encendidas en la cámara, por mandado de Valerián, el cual no cabía de gozo no viendo la hora que los [dexassen] solos.

En la cual noche no creáis que menos gloria y descanso gustassen aquellos dos estremados príncipes que en las precedentes, y señaladamente en la que juntos estuvieron en la Ínsula Venturosa, aunque fue la primera y de más tiempo desseada, porque creían en ella dar fin a sus mortales desseos, causándolo haver sido aquel primero gozo tan arrebatado y lleno de tantos recelos, y sobre todo de los pensamientos de cuando lo tomarían a cobrar, que no les dexó gozar tan cumplidamente como en aquella de las bodas. Pues eran ciertos que ya no lo podían perder sino con la vida, allende de conocer que era el uno del otro amado tan afincadamente y alta como se amar podían

Por lo cual, los príncipes con las tres infantas ni los otros cavalleros con sus mugeres, no solamente no les tuvieron ventaja, pero ni les fueron iguales en el deleite, descanso y gloria que sintieron, por razón del estremado amor que se entrambos tenían. Aunque no fue tan pequeña la que los príncipes con las infantas alcançaron que no creyessen, puesto que en dar cima en aquella aventura Valerián con Flerisena se pareciesse tenerles ventaja en el amar tan afincadamente, que en aquel deleite, descanso y gloria que en aquella noche sintieron, les fuessen iguales, según fue por todos cumplidamente sentido y gozado.

¶Capítulo lxxxv. De cómo por razón de las nuevas que de la muerte del rey Laristeo supieron en Colonia, se dexaron de hazer las fiestas que estaban ordenadas, y de lo que assí antes como después de sabidas se dixo y passo.

Como con la larga cena de aquella noche y los juegos que después sobrevinieron, allende de lo que se tardó en acostar los novios, cuasi las dos partes d'ella fuessen passadas en la hora que se acostaron, y que se ha de creer que a los más d'ellos no les sobrepujaría el sueño la gloria que, de estar velando y de aquellas desseadas mugeres gozando, se les recrecía, bien havia cerca de tres horas que los resplandecientes rayos del Sol alumbravan cuando aquellos príncipes y cavalleros, habiendo dado a sus almas y coraçones aquel descanso por alcançar el cual cuasi no menores trabajos y penas padecieran, recobraron de aquel sabroso sueño por parte de sus cuerpos y para su sola recreación procurado, hallándose en aquellos deleitosos lechos con la compañía sin la cual por enojosos y tristes los juzgaran.

Pero antes de aquello ya los emperadores con los reyes y sus mugeres y Arismenio, con los otros cavalleros a quien de aquellos gozos havía de caber parte, se havían levantado, con desseo de ver a sus hijos con aquel contentamiento que conocían haver alcançado. Por donde Valerián y Flerisena fueron los primeros a quien los emperadores, con el rey Pasmerindo y la reina Albericia, a ver vinieron. A los cuales hallaron tan recordados como aquellos que entonces creían haverse acostado, según el tiempo de aquella sabrosa noche les havía parecido breve, con el grande y cumplido gozo que sus coraçones sintieron, no solamente en el exercicio de los amorosos autos. Del cual les redundava la incomparable gloria que para en este siglo havían desseado alcançar, pero con la consideración de verse surgidos en aquel puerto de descanso tan grande, que antes de lo sentir y gustar no pudieran jamás acompararlo, ni aun creer que sin preceder pérdida de la vida pudiesse su igual alcançarse.

Y después de se haver con ellos por una pieça holgado, diziéndoles algunas de las cosas que a los semejantes se suelen dezir, pues la gravedad de los estados no perturba que entre sus iguales de dezirse dexen, salieron dende por ir a ver a Poliantel. Al cual no les pareció haver hallado a menos vicio con la infanta Ardimea que a los primeros. Y después d'ellos fueron a ver al príncipe Florianteo con Belinda, a quien el emperador no mostrava amar menos que a su hija Flerisena, con los cuales ya hallaron a los reyes Finariel y Polidia que se estaban burlando. Por donde se renovó aquella sabrosa plática y comunicación.

Y dexándolos con gran solaz fueron a ver a Gastaphileo, el cual no creía que ninguno de los otros le tuviera ventaja en los desseos ni menos en el emplearlos, para gozar cumplidamente de aquella gloria que se le ofreciera con la compañía de su señora Castiria. Con los cuales fallaron a los reyes Menadoro y Luceminia que venían de ver a sus fijos Florianteo y Belinda, por donde todos començaron de se burlar con Gastafileo y Castirira. Los cuales no les dexaron de responder lo que cumplía, con tanta gracia de Gastafileo como vergüença de la infanta, no dexando de conocer entrambos que, diziendóseles aquello por tan altos hombres, no procedía sino de grande amor que les tenían, no juzgando aquella por menor honra de la que hasta entonces se le hiziera. Aunque sobre todos los otros príncipes, assí en el seer de la mesa como en los otros lugares que son demostrativos d'ella, y por alcançar la cual no solamente a las vezes perdemos las vidas pero las almas juntamente, se le hazía. Porque siendo extranjero, antes de les ser deudo, recibiesse mayor parte que los otros príncipes, los cuales ya eran conocidos, assí como se hazer deve entre aquellos a quien el buen juicio y cumplimiento

de buena criança es otorgado, pues con aquello ganan solamente honrada fama, pero muchas voluntades y desseos para los conocer y servir sin que les cueste más de lo que sin lo hazer les costaría.

Pero tornando a nuestro propósito, no havéis de creer que el buen cavallero y sabio Arismenio se folgasse menos que los emperadores y reyes que vos hemos dicho, quando en su hijo Nicerián conoció tener tan grande contentamiento como él dessear pudiera de su hija Empiralidea. Pues como hombre cuasi fuera de su juizio los estava a entrambos en aquel lecho besando. Por amor del cual, conociendo lo que le devían, assí el emperador como todos los que en la cámara de Gastaphileo se hallaron, dexándolo a sus vicios con la infanta, su señora, vinieron a ver a Nicerián con Empiralidea. Con cuya venida se renovó su gozo, no dexando Arismenio, como aquél que lo muy bien conocía, de les tener en merced aquella tan crecida honra que assí a él como a sus hijos hizieran.

Y como no menos comedido fuesse que sabio, viendo que se detenían ende por su respecto más de lo devido, dixo al emperador que su parecer era que se saliessen dende, porque no tuviessen achaque los dormilones de sus hijos para se levantar tan presto de aquel lecho en que tanto se halagavan. Por donde, conociendo el emperador la causa porque se dixera, con todos los otros que consigo vinieran y Arismenio, salió de la cámara.

Y porque si de particularizarvos huviésemos todas las personas que en aquella mañana fueron a ver los otros novios, y lo que con ellos passaron aún sería más enojoso que prolixo, no se vos dirá más de cuanto ninguno quedó que visitado no fuesse por sus padres y deudos, con tanto gozo como era razón que sintiesse de tan cumplido descanso. Por manera que quando la missa se dixo ya era cerca de mediodía. Y como después de haver comido salir quisiessen a la gran placa, por ver las justas que de se hazer havían, sobrevino tan grande lluvia que les estorvó la salida y vista de los justadores con sus ricas invenciones. La cual duró aquel día y otros dos sin jamás cessar. Por donde no pudo traherse a efecto el desseo, assí de los cavalleros que havían de justar como de los que los havían de ver.

Y como al cuarto día, viéndolo muy claro y sereno, determinassen después de medio día entender en aquel desseado exercicio, suplicaron al emperador que la missa se dixesse presto, porque tuviessen más tiempo para emplear sus desseos. Y acaeció que al tiempo que salían de oírla, entró por aquella sala adonde el emperador estava un cavallero con unas cartas en la mano. El cual, con semblante más triste del que en días

de tanta alegría mostrar deviera, llegó al rey Menadoro y hecha su devida medida, le dixo:

–Aunque mi desseo siempre fue de vos servir, muy alto rey e mi señor, en aquellas cosas que vos pudieran gozo y descanso acarrear, mi fortuna me ha en esto sido tan contraria que no ha permitido que mi primero desseo se cumpliesse, antes por me más lastimar ha querido que por obedecer el mandado de la reina, mi señora y madre nuestra, viniesse con las tristes nuevas que por estas cartas que vos embía vos serán manifiestas.

Las cuales aquel buen rey tomó con tan grande turbación, que assí el emperador como cuantos ende eran se marvaillaron d'ello. Y fue la causa sospechar luego lo que en ellas venía. Y por se más presto certificar de lo que menos desseaba, las abrió, y por su lectura vido que eran de la reina, su señora. La cual le dava aviso cómo el rey Laristeo, su señor, de una tan breve como grave dolencia, dexando esta penada vida era ido a la del descanso y gloria, rogándole que de su biudez se doliesse y que de bolver muy cedo no dexasse, pues su ausencia y de sus fijos doblada le causavan sentir la soledad que del rey, su señor, y d'ellos tenía.

Por donde, sabidas aquellas tristes nuevas, aunque el rey Menadoro con la reina Luceminia y Florianteo con la infanta Castiria mucho trabajaron de encubrir la gran tristeza que en sus coraçones sintieron, por razón de no la causar en el emperador y en los otros que ende eran en días de tanta alegría, no pudieron tanto que con muchas lágrimas no señalassen el doloroso sentimiento que sentir devían. Y pareciendo al rey Menadoro que no era bien que por razón de aquello se dexassen de hazer los exercicios y fiestas que concertados estavan, suplicó al emperador que las solenizasse de manera que assí los cavalleros estraños como los de su casa pudiessen emplear sus desseos y mostrar sus esfuerços a que pujavan.

Pero como el emperador conociesse que, siendo el rey Laristeo su cormano y tan alto príncipe, no se debía dexar de señalar cumplidamente la pérdida que el mundo d'él fiziera, rogándole que le perdonasse si no cumplía en los que le pidiera su voluntad, no solamente mandó que todos los paños, assí de oro como otros, de los cuales estava arreada su casa, se descolgassen y que todos se vistiessen de luto. Por donde, aunque no se fizieron ende grandes llantos por razón de aquella muerte, a causa de tener todos los coraçones muy ledos con la alegre vida que tenían, en lo aparente no se dexó de hazer cuasi la mesma demostración que por la pérdida de los emperadores, sus predecesores, se fiziera, assí en las honras como en los sufragios. Por manera que los reyes Menadoro

y Luceminia, juntamente con Florianteo y Castiria, a los cuales cuasi más mostró doler que a los otros por razón de los haver criado dende su niñez, se tuvieron por tan satisfechos del emperador y le quedaron tan obligados, como por todo lo que antes de aquello, aunque mucho era, por ellos había fecho, considerada la diferencia que hay de los beneficios que se hazen a los presentes que biven en este siglo, de los que se procuran a los que son ya fuera d'él. Los cuales no los pueden pedir, pareciéndonos que no es cosa que cumple hazerlos, pues no nos lisongean ni lo agradecen con aquellas fingidas palabras y apparentes gracias con que nos vanagloriamos, recibiendo en ello tan grande engaño como es cosa muy dañada creer que los beneficios para sufragio de las almas fechos quedar puedan sin devida retribución.

Passado aquello, el emperador mandó tener gran diligencia y hazer no menor escrutinio en saber quién eran ende venidos, assí para les satisfacer su trabajo y las cosas que por razón de se adereçar para las justas y torneos. Aunque lo acordó algún tanto tarde, porque los más d'ellos, en la hora que supieron que eran entredichas las fiestas para en aquella sazón, partieron dende, assí porque los unos, que sus tierras tenían lexos, no quisieron atender el invierno que sobrevenía, señaladamente para hallarse en aquellos auctos de tristeza, los cuales no eran para el propósito de sus intenciones convenientes como aquellos que eran mancebos y no los huían menos que los alegres buscaban, como otros que se no querían dar a conocer sin haverse provado en aquellos exercicios que esperavan.

Por donde no se demostraron más de Verrolín con otros dos buenos cavalleros de casa del rey Tindareo, los cuales vinieron a besar las manos a Valerián. El cual los recibió con mucho amor, honrándolos todo lo que se le otorgó y haziéndolos conocer a muchos de aquellos príncipes. Por donde se tuvieron por bien satisfechos y no menos de Arismenio e Nicerián, de cuya bienandança mucho se alegraron conociendo cuánto le había aprovechado tener al príncipe Valerián por señor y al sabio Arismenio por padre, con compañía de aquella tan virtuosa y sesuda donzella, cuyo igual en aquello no se sabía. Y assí se lo contaron al rey Tindareo cuando en Tresendia llegaron con lo demás que en Colonia vieron y más ver esperavan, sino por lo que succedió. De que aquel buen rey no fue menos ledo con lo primero que triste por la muerte del rey Laristeo, a causa que siempre había sido muy honrado y no menos bien quisto de todos los que de su persona y auctos tuvieron noticia.

Y puesto que otros muchos cavalleros hoviesse en Colonia, que aún no eran partidos, al tiempo que el emperador mandó hazer la diligencia que se vos ha dicho, y

señaladamente de Francia y de la Gran Bretaña, no quisieron mostrarse, por donde no se vos dizen sus nombres. Aunque sin aquellos estrangeros, estaban secretamente apercebidos y con armas muy disfrazadas, determinados de hazer maravillas en aquellas fiestas, Catenor y Brandimario, duques de Lorena y Guiaina, y otrosí Lauren y Darinto con Logistil y Marceo. Los cuales con la reina Albericia eran ende venidos, y a quien el príncipe venciera en la justa que con ellos hubo en la floresta cerca de la villa de Mandria. De donde se causó el conocimiento d'él y de la infanta Ardimea con la reina Albericia, por razón del cual le otorgó su corazón, cobrando en compensa d'ello nombre de su cavallero con voluntad, assí de aquella graciosa infanta como de la virtuosa reina, su madre.

Assimesmo estaban muy a punto Aspalión del Vado con Aliarte de Irlanda y Gonadiel, los cuales, aunque con alguna e muy justa causa pudieran ya dexar aquel exercicio, según se lo otorgavan sus años, su esfuerço y orgullo eran tan grandes que no creían levar lo peor. Por donde con grande desseo esperavan aquellas fiestas, haziendo cuenta que succediéndoles a su propósito rebivarían sus famas, y si al contrario trabajarían de se escusar con la edad, y haver algún tiempo que lo no havían platicado o de se no dar a conocer, por donde en todo havia remedio.

No estaban menos adereçados que éstos Cleophan de Saxonia con Ethesalión, los cuales, aunque no havia muchos años que perdieran sus padres, como aquellos que muy esfuerçados cavalleros eran, no quisieron posponer la honra que en aquellos días podían ganar al vicio y descanso que con las mugeres y señoras tenían, por alcançar los cuales havían hecho grandes cosas, sin las que se vos han contado, al tiempo que se hizieron las fiestas por razón de las bodas el príncipe Nestarcio. En las cuales muy valerosamente mantuvieron las justas hasta que, en la hora que se acabava su plazo, sobrevinieron Aliarte y Gonadiel. Los cuales y ellos fueron de las sillas, con muy poderoso encuentro, derribados, según en la primera parte lo oístes, aunque no se vos dixeron los nombres de las dos donzellas por cuyo servicio se fizieran.

Pues los noveles que eran Canisor e Nicerián, con Ocernio y Clemino y Lareón con Corismo, no se ha de creer que desseassen menos mostrar que havían tenido para aprender aquel exercicio buenos maestros, y de la forma que lo aprendieran, juntamente con Lucenio y Asanor con Brisortes, el cual no havia querido casarte hasta haver hecho algunas cosas con que, ganando prez y honra, se le deviesse aquel descanso. Los cuales se huvieron de çufrir assí como los otros, considerando que passados aquellos auctos de tristeza y encerramiento, pues eran mancebos y su edad lo requiría, podrían ir a buscar

algunas aventuras imitando el orden de sus señores. Lo que no se les olvidó, según de los más d'ellos se vos contará en la tercera parte d'esta historia bien por extenso.

Y como el rey Menadoro conociesse que ya estar ende con su muger y casa no era devido, conociendo la falta que a su señora, la reina, y en su reino fazía, y que no había de detener mucho tiempo a Gastaphileo y a su hija, pues era razón que fuessen en España, mandó adereçar todas las cosas que para se partir dende convenía. Lo que no hizo tan presto ni con tan poca compañía como cuidava, por lo que agora se vos dirá.

¶Capítulo lxxxvi. De cómo los reyes Menadoro y Finariel, con las reinas, sus mugeres, y hijos, partieron de Colonia, y de lo que después de llegados a sus casas sucedió.

Al tiempo que el rey Menadoro supo de sus criados que todo lo que para su partida convenía estava aparejado, hablo assí con el emperador como con todos los otros a quien se devía, diziéndoles la necessidad que de bolver a su reino de la Gran Bretaña tenía. Ninguno de los cuales, conociendo la justa causa para ello había, se lo contradixo, sino el rey Finariel, el cual le rogó, pues yendo por Francia torcía muy poco camino y no sabían si se les ofrecería verse otra vez tan cedo, que lo atendiesse algunos días y podrían ir juntos hasta la su villa de Cales. De la cual, como se vos ya dicho, muy poca traviessa de mar hay hasta la Gran Bretaña, lo que por el rey Menadoro no se le pudo negar, conociendo que se le pedía guisado, y otrosí porque tenía desseo de ver alguna parte, assí de la tierra de Francia, que por el mundo era muy nombrada, como la que antes de entrar en ella habían de passar por razón que no era menos poblada y hermosa. Por donde le fue forçado atender algunos días hasta tanto que todas las cosas, que para tantos y tan altos príncipes con sus mugeres y compañías convenían, fuessen adereçadas y a punto para se poder partir.

Venido el día de la partida, por razón de la cual se huvieron los unos de los otros de despedir, no hay necessidad de contaros el sentimiento que se mostró por todos, pues no fue menor que aquél que los emperadores de Trepisonda y Costantinopla mostraron e sintieron en los tiempos que el rey Pasmerindo y el príncipe Nestarcio se levaron sus únicas hijas, sin esperança de las ver jamás, a su reino e imperio. Y puesto que muchos altos hombres y cavalleros, después del emperador y del rey Pasmerindo, quisiessen

acompañarlos por algunos días, no se les permitió, pues era tan gran compañía la de los reyes y príncipes con sus mugeres y los otros cavalleros que se dende partían, que puesto que quedassen el emperador con el rey Pasmerindo y Valerián con sus mugeres, y los otros altos hombres y cavalleros que en aquella sazón en Colonia se hallavan, les parecía quedar con más soledad que antes que fuesse levada Flerisena.

Por donde, despedidos con el sentimiento que se vos ha dicho, partieron de aquella gran ciudad. Y continuando sus jornadas llegaron en París, adonde hecho el recibimiento debido estuvieron el rey Menadoro con los de su compañía algunos días descansando e mirando las cosas de aquella tan nombrada ciudad, de ver las cuales mucho se folgaron. Passados los cuales, dexadas ende la reina Polidia y Ardimea en lugar de Belinda, puesto que no sin gran sentimiento de aquella partida, acompañados del rey Finariel y del príncipe, su hijo, partieron para la villa de Cales, adonde les convino estar siete días atendiendo tiempo a su propósito. Por donde en la hora que conocieron que se les ofrecía endereçado, despidiéndose los unos de los otros con tan grandes lágrimas del rey Finariel y de su hija Belinda, que se todos maravillaron, no dexando de alcançarse por entrambos cuán alta y honradamente había casado, y que iba en compañía del príncipe, su marido, se embarcaron en los mejores barcos que ende hallaron.

Y antes de media noche, aunque partieron tarde, llegaron en el puerto de Sanduych, el cual es de la Gran Bretaña, y esse otro día partieron para Londres. Y después de ser ende llegados, no passaron quinze días que la reina, muger del rey Laristeo, murió. Las nuevas de lo cual no tardaron en ser sabidas en Francia y Colonia, por donde, señaladamente en Londres, se renovó la tristeza que por causa del rey Laristeo tenían. De manera que muchos días passaron antes que de se alegrar començassen, ayudando a ello la partida del príncipe Gastafileo con la infanta, su muger, los cuales, después de fechas las honras de sus agüelos con aquel cumplimiento que se devía, partieron para España.

Y cuando allá llegaron, fueron tan grandes las fiestas que por razón de su venida se fizieron, que cuasi no se vos podría escribir sin muy prolixa escritura, porque, siendo los españoles la más fiel y generosa nación que se hallar en el universo podía, no quisieron dexar de mostrar cuánto se alegravan de su venida, señaladamente conociendo que si tenían príncipe apuesto y muy buen cavallero, no era la infanta, su nueva señora, menos alta y hermosa. La cual fue tan leda cuando conocer pudo el grande estado que le Dios diera, como el día que alcançó el señorío de quien lo señoreava, por haver hallado

aquel honrado rey Palordián en quien no conoció menos amor y voluntad que en sus propios padres. Por donde, assí por aquello como por ver que se no hazía en la casa del rey más de lo que por ella se mandava por su buen comedimiento, muy presto perdió los tristes pensamientos con que viniera, que eran de no saber si se le otorgaría de los jamás ver. Pues su donzella Garinthea, aunque creyó haver dexado gran cosa en la Gran Bretaña, cuando vido que Lareón, su marido, era fijo del señor de Villa Franca, cuyo señorío tenía en Galicia, en el cual le pertenecía el derecho de sucesión, no se dexó de alegrar más de lo que hasta entonces estava alegre, conociendo la merced que le Dios fiziera en haverle dado tan buen cavallero por marido y tanpreciado del príncipe, su señor, que muy pocos lo eran tanto.

Después que el rey Finariel con el príncipe, su hijo, y los cavalleros huvieron de vista perdido los barcos del rey Menadoro y de su compañía, partieron de Cales y bolvieron a París. Con la venida de los cuales mucho se alegraron la reina Polidia y la infanta Ardimea, aunque no tanto que por algunos días no durasse la soledad de Belinda. Pero como aquella graciosa Ardimea fuesse en todas sus cosas tan cumplida como le dessear pudiera, tan bien supo haverse con los reyes, sus nuevos y padres, y otrosí con el príncipe, su marido, y tanto los trabajó de complazer y servir, que en muy breve tiempo les fizo perder tan cumplidamente la soledad que de su hija Bleinda tenían, como el rey Palordián a la infanta Castiria. Y aunque al príncipe, su marido, pareció que era imposible el amor que a su señora tenía poder tomar acrecentamiento, según lo creía tener sobrado, assí se le fue acrecentando que no sabía qué hazer deviesse por mostrarle que no le era en cosa desagradecido. Por donde su mayor deleite y descanso era de se estar con ella, pareciéndole que en ocuparse en cualquier otro exercicio hazía a sí mesmo muy grande agravio, pues en aquél hallavan su alma y corazón su desseado descanso.

El cual con la ociosa vida no hallavan Ocernio con Aforadel, Clemino y Brisortes. Por donde no passaron muchos días que pusieron en essecución la determinación que fizieran de ir a buscar las aventuras. Y como los duques de Guiaina y Lorena conociessen que era razón de bolver a sus casas a cabo de tanto tiempo que d'ellas partieran, se despidieron del rey Finariel. Del cual, recibidas grandes mercedes y dones de la reina Polidia y de Poliantel y Ardimea, partieron tan [satisfechos] de todos como lo ellos quedaron porque lo fuessen. Y cuando a sus casas llegaron, bien se creerá que no serían recibidos con menor gozo y voluntad que ellos levavan desseo de llegar a ellas, adonde por agora los dexaremos hasta su tiempo.

¶Capítulo lxxxvij. De cómo el rey Pasmerindo con la reina, su muger, y compañía partieron para Ungría, y de las razones que passaron entre el emperador y el sabio Arismenio.

Con gran soledad les pareció quedar, assí al emperador como a los otros que en Colonia se hallavan, después de partidos los reyes y príncipes de Francia y de la Gran Bretaña con sus compañías, y con mayor el rey Pasmerindo con su muger, considerádo lo que de sentir havían al tiempo de se cercana partida, viéndose bolver sin ninguno de los hijos que les Dios diera. Los cuales con justa causa eran el verdadero descanso de sus trabajos y penados pensamientos, lo que muy presto sintieron porque conociendo que la causa porque eran ende venidos cessava, determinados de se bolver en Ungría, acordaron de seguir las pisadas del rey Menadoro en mandar adereçar todo lo que para su partida convenía. En la cual se huvieron de dar mayor priessa de la que cuidavan, porque otro día después de partidos recibieron cartas de Ungría, con las cuales hazían saber al rey cómo el buen cavallero Ladiseno, a quien el cargo del reino quedara en su ausencia, era muerto e assí mesmo Equivalio, el padre de Asserina, muger de Aspalión del Vado.

Por donde, assí por Lauren y Darinea, fijos de Ladiseno, como por Aspalión del Vado y su muger, se hizieron grandes llantos como aquellos que conocían haver perdido muy honrados padres, aunque para Canisor y Erminia no fueron menester grandes consuelos, por razón del gozo que entrambos tenían a causa de su nuevo casamiento. Pero el rey Pasmerindo mostró tanto sentir la muerte de aquel honrado cavallero, que si su cercano deudo fuera no se pudiera en él conocer mayor sentimiento. Con el cual no dexó de aconsolar a sus hijos y a Aspalión del Vado con Asserina, puesto que sus vassallos fuessen, conociendo que, allende de hazer lo que les devía, ganava las voluntades assí d'ellos como de sus successores y estraños para que con mejor ánimo lo sirviessen.

De manera que en pocos días, no dexando de mostrarse en el último d'ellos, assí por los que quedavan como por los que se ivan, muy grande tristeza acompañada de muchas lágrimas, partieron assí con toda la compañía con que la reina Albericia ende viniera, como con Corismo y Luciana y Canisor y Erminia, la cual sobradamente sintió aquel partirse de la marquesa Domeclia, su madre, y de la princesa Flerisena, su señora, a quien estrañamente amava. Otrosí partieron en su compañía y servicio Aspalión y

Asserina, al cual Valerián, conociendo que ya era tiempo que en su casa descansasse, rogó y mandó que fuesse con el rey, su señor.

Por donde de aquella compañía no quedó con Valerián más de Dromisto, al cual con voluntad del rey, sabiendo lo que a su hijo dixera, no levaron, pues no era razón que, habiendo querido por galardón de sus servicios que solamente lo dexassen en aquella compañía durante su vida, dificultassen de se lo otorgar, deviéndole tanto como a cualquier de los que más le havían servido.

Y como siendo tan grande compañía no pudiessen caminar grandes jornadas, muchos días les duró el camino, assí en el principio por el río del Rin arriba como después por tierra. En cabo de los cuales llegaron en Belgrado, adonde el rey mandó hazer tan grandes honras en memoria y por la muerte de Ladiseno, allende de las que por Aspalión a causa de la pérdida de Equivalio, su padre, y de su señora se fizieron, que fueron nombradas por todo el reino de Ungría, porque no quiso el rey que correspondiessen al valor de su persona y estado, aunque mucho merecía, sino al cargo con que muriera. El cual era igual al del mesmo rey, pues no menos que él havia de ser de todos sus vasallos obedecido, por razón del cual no fue menos loado que los fijos de Ladiseno satisfechos, assí por razón de aquello como de las mercedes que después les hizo.

No passaron muchos días que recibieron cartas del emperador Nestarcio, con las cuales supieron la muerte de la reina de la Gran Bretaña, muger del rey Laristeo. Por donde, no se dexando de doler quanto eran obligados, davan muchas gracias a Nuestro Señor Dios por la merced y vida que a los emperadores de Trepisonda, sus padres, fiziera y otorgava, la cual no fue muy larga según se vos contará.

Otro día después de partido el rey Pasmerringo con su compañía, saliendo el emperador de su aposento vido a Arismenio que con Nicerián estava de algunas cosas platicando. Y puesto que oír no las pudiesse, no dexava de conocer que les no iba poco en ello, según en sus razones estavan embevecidos, como era la verdad que Arismenio le estava diziendo que tuviesse por cierto que mu muger Empiralidea era ya preñada de un hijo, el cual no sería de los peores cavalleros de su tiempo y biviría gran parte de su vida en la Gran Bretaña, en casa del rey Florianteo, del cual sería muypreciado. Con que Nicerián mostrava estar tan ledo como el mesmo Arismenio, al cual el emperador, como aquél que no dudava de le dezir familiarmente cualquier cosa que le ocurriessen sin gravedad alguna, preguntó de qué platicavan porque se no dexaría de folgar si lo querían por tercero. Lo que por Arismenio no se tardó en dezirlo, juntamente con le

querer besar las manos por la merced que les hazía en se querer en sus poquedades entremeter. De que el emperador se mostró folgar mucho y cuasi riendo le dixo:

–Aun yo no creo que mis fijos hayan sido para tanto.

–Primero lo fueron que los míos, mi señor –dixo Arismenio–, porque assí era razón, pues vinieron a su ayuntamiento con mayor desseo.

Lo que assí dezir quiso porque el emperador no sospechasse que antes de las bodas su hija se hoviesse hecho preñada, puesto que si lo supiera no le pesara, acordándose que la emperatriz muchos meses antes de los púbicos desposorios, aunque después de los secretos lo fue, según en la primera parte se vos contó.

–Si se dezir pudiesse, mi verdadero amigo –dixo el emperador–, lo que de parir tiene, a maravilla sería ledo y señaladamente si es hijo.

–Haviéndovos, mi señor, dicho lo que de mis hijos saber quesistes –dixo Arismenio–, ¿qué razón puede haver para que lo de los vuestros se calle? Por donde vos certifico, señor, que la voluntad del Alto Señor es que sea hijo y tan hermoso que lo no fue más su padre en aquella edad ni cuando grande más apuesto y esforçado.

–Assí lo Dios haga, mi buen amigo –dixo el emperador–, como lo vós dezís, porque en verdad después de la cobrança de mi hija ninguna cosa era por mí al igual d’esta desseada.

–Assí será, mi señor –dixo Arismenio–, pues assí es su voluntad que lo sea, cuanto más que de sus fuerças y de las cosas en que las ha de emplear no se recrecerán pequeños servicios, según será tan desseoso de lo servir como temeroso de lo contrario. Por donde le vernán todos los bienes y gracias que le están guardadas.

Tan ledo estava aquel honrado emperador oyendo lo que Arismenio dezía, que las lágrimas le caían sin las sentir, porque lo tenía por tan cierto, por la conocida experiencia que en otras cosas d’él conociera, como si lo ya viera. Por donde le dixo:

–Aunque para vos hablar, mi verdadero amigo, como lo vos bien sabéis, en otros hechos havia sido acá mi venida, éstos de que hablado havemos son de tal cualidad que ya me parece que mucho más de lo que devo me detengo, sin los hazer saber a la emperatriz. Pues soy cierto que no le podría por agora traher otras nuevas con que más leda la fiziesse.

Y por ende, dexándolos como los fallara, fue adonde la emperatriz y la princesa, su hija, con Valerián estavan oyendo las cosas que les contava del tiempo que anduvo en el reino de Denamarca. A los cuales el emperador contó lo que de Arismenio oyera, con tan grande alegría de la emperatriz y de Valerián, como vergüença de Flerisena. La

cual no quisiera que el emperador tan cedo lo supiera, aunque no le dexó por ende de caber del plazer de todos igual parte, assí por se considerar muy presta madre de tan hermoso hijo, como por el gozo que por su causa recibir conocía aquellos sus señores. Los cuales sobre todas las cosas servir y acarrear descanso desseava.

Y pues con aquello todos sentían cuasi igual gozo y deleite, no dexaron de platicar con gran sabor cómo lo llamarían, buscando nombres que a sus intenciones fuesen conformes, aunque por muchos que entonces dixeron ninguno les ocurrió con que satisfechos quedassen. Por donde entendieron en otras cosas, de que Flerisena mucho se folgó, porque le parecía que, mientras duró la primera plática, se le podía leer y conocer en su gesto lo que por Valerián fiziera para remedio de sus comunes desseos.

Y con aquel plazer passaron algunos días. En cabo de los cuales recibieron las cartas que de la Gran Bretaña, con que supieron las nuevas de la muerte de aquella virtuosa no menos que honrada reina. De la cual, como se vos dixo, dieron aviso al rey Pasmerindo. Y puesto que al tiempo que las supieron no se dexassen de renovar las del rey Laristeo, no se hizo más demostración de tristeza de la que ya fizieran, pues fue muy grande según la occurrencia de tantas fiestas y alegrías en que se fizo, puesto que en las honras no la dexaron de igualar con el rey, su señor y marido.

¶Capítulo lxxxviiij. De cómo por medio de Flerisena fue otorgada la vida a Boralda, después de se haver ella mesma condenado a muerte, y de cómo a cabo de pocos días murió en un monesterio de monjas, y de cómo Flerisena parió un hijo a quien pusieron nombre Flerián de Alemania.

Jamás creyera el emperador Nestarcio si lo no viera que Arismenio, siendo tan sabio, estuviese con sus hijos tan embevecido que parecía que de ninguna cosa folgava sino con la compañía d'ellos, assí porque en las mesas no mostrava contentarse si se sentava en medio y comía con entrambos, como en las otras horas que se le otorgava. Las cuales no empleava en más de estar con cualquier d'ellos o con los dos hablando en las cosas que más sabor hallavan, tan olvidado de todas las otras como si fuera el que menos alcançara d'ellas.

Y como un día a grandes razones con ellos lo viesse, lo llamó por le preguntar qué era la causa de su grande sossiego, aunque por otra parte dudó de se lo preguntar

porque no se lo imputasse a curiosidad, haviéndole ya otro día preguntado de qué cosas con sus hijos hablava, y otrosí porque no creyesse que se enojava de su compañía. Por donde Arismenio, conociendo su desseo y duda, le dixo:

–Aunque se hazer no pueda sin conocida desmesura, mi señor, siendo por vós llamado, no atender vuestra razón y mandado, atreviéndome a la voluntad que jamás en vós se dexó, no sólo para perdón de mis errores y atrevimientos, pero para me hazer mayores mercedes de las que mis pequeños servicios merecen, no entiendo callar lo que agora me ha ocurrido, pues para cumplir lo ál que me dezir queríades ni faltará tiempo ni desseo. Por el poco sossiego y reposo que hasta aquí he tenido, viéndolo agora tener tan largo, cierto está que mis señores y amigos no dexarán de querer saber la causa, pues no les parecerá que sea suficiente el amor que a mis hijos tengo, sino que deve haver otro mayor, por donde las ligeras alas de mi passado movimiento y bollicia sean convertidas en los muy pesados metales del reposo y descanso que dixere.

»Y entre los otros no dudo que vós, señor, no lo hayáis olvidado, pues de mis cosas en muy pocos he conocido igual cuidado del vuestro, puesto que vos lo no haya servido y pues mi desseo no es para más de serviros y el vuestro no dexa de querer que se diga, por lo no dexar sin la satisfacción que se deve, entiendo cómo oiréis de vos hazer d’ello sabidor. Es cosa, mi señor, muy averiguada que toda la sabiduría que alcançarse puede humanamente, cuasi no es parte tan suficiente que a la voluntad pueda poner freno, con que no dessee ni apetezca efectuar los desseos de cuyo efecto y essecución ni vergüença ni daño puedan causarse. Y es la razón porque cessa la causa del impedimento que lo poner podría, por donde si el que está en predicamento de sabio de los plazeres, que sin ser tachado recibir puede, no procura de tomar la parte que le es permitida, no será por menos ignorante juzgado que aquél que no los deviendo tomar trabaja de los no perder, olvidándose de lo que más se devría acordar. Porque no es de menor ignorancia huir de los honestos plazeres que buscar los contrarios, pues otro si no es menester menor juicio para alcançar lo primero que para conocer lo segundo.

»Por donde, señor, concurriendo la fortaleza y constancia de nuestra voluntad, la cual no consiente contradición ni repugnancia para la essecución de las justas y honestas cosas, junto con la compañía del grande aparejo que en esta casa se me ofrece, no vos devéis maravilliar si por todas las vías que se me otorga, procuro y trabajo de gozar d’este descanso y deleite que de la compañía de mis hijos se me siguen. Pues allende que me no puede ser tachado por razón de me ser permitido, con el sabor y gusto que

con ello alcanço, se me quita gran parte del dolor y amargura de mis passadas pérdidas. Y me queda alguna de dulçor para sin aspereza çufrir las venideras.

»Porque en fin, señor, este es mundo en el qual de cada día vemos tanta variedad y mudanças, que dexarse de alegrar quando se nos otorga y es devido, no deve ser menos arguido que el entristecerse, pues a cada sazón y tiempo se ha de conformar nuestra voluntad con aquello que hazer puede y deve.

Tan satisfecho quedó el emperador, que la razón de Arismenio se dixera para declaración de su duda, quanto sin ella que havia conocido ser aquello lo que le entendía preguntar, y por ende se lo dixo. De que Arismenio no dexó de folgarse conociendo que aquel honrado emperador no le encubría cosa de las que descubrirle devía. Y de más le rogó, pues ya era razón que se entendiesse en el fecho de Boralda, porque a tan grande traición no se difiriesse su devido castigo, que le aconsejasse lo que le parecía ser justo que se fiziesse, porque su intención era de librarla o castigar, según se hallaría por derecho. Al qual Arismenio, sabiendo en qué havia de parar tan determinado castigo, dixo que en semejantes casos más se devía regir por lo que los de su consejo le aconsejarían que fiziesse, conforme a las leyes de su imperio, que por otro cualquier alvedrío ni imaginado juizio, señaladamente siendo su voluntad y la razón de se haver con ella conforme a derecho. Por donde los devía mandar llamar y en su presencia y d'ellos venir aquella dueña, porque, vista su acusación y su buena defensa o contraria, se determinasse lo que se hallaría ser justo proveerse.

No quiso el emperador, oída la razón de Arismenio, diferir sólo un punto su consejo, conociendo que de otra suerte no lo podía determinar sin algún cargo suyo. Por donde mandó que para otro día viniessen ende todos los que para semejantes fechos se solían llamar, assí como se fizo. Y para la hora assignada, y aun antes, ninguno faltó, porque aquello tenía el emperador sobre todos los príncipes de su tiempo, que no permitía que sus consejeros le faltassen para quando eran por él mandados llamar, si muy justo impedimento para ello no tuviessen, porque de criados y vasallos no se hiziessen señores, assí como en algunos reinos se platica y tanto, que muchas vezes sus reyes y señores los estarán atendiendo, y ellos, por ventura ocupados en mayor deservicio de sus príncipes, que es la desmesura y poco acatamiento que en los no obedecer les hazen, dexan de venir a su mandado. Lo que proceder no puede sino de la floxeza de semejantes señores o del poco amor y menos lealtad que sus vasallos y consejeros les tienen, los cuales no curan más de enriquecerse y aprovechar sus casas, y si quiera sus príncipes que se lo consienten y ellos que lo hazen, vayan derechos a los

infiernos como se ha de creer, pues no merece menor castigo el que lo puede castigar, si de hazer lo dexa, que aquél que en menosprecio y vilipendio de su rey e señor y del castigo que por su inobediencia y desmesura merece, se atreve a acometerlas.

Sabido por el emperador que ya eran ende sus consejeros, mandó que traxessen a Boralda, la cual bien se escusara el emperador de ver temiendo que con su vista no se renovasse la tristeza de sus passados enojos y pérdidas. Pero posponiéndolo todo, a lo que como buen juez y christiano príncipe era obligado, no quiso dexar de ser a ello presente. No cierto como muchos reyes y otros mayores e inferiores señores, los cuales, en los casos que se trata de librar o condenar a muerte algún delincuente, pudiendo ser a ello presentes, pues para los de su ausencia si tienen hombres sabios y de buena fama son escusados, precian más de estar en sus palacios con sus mugeres y vasallos folgando, o de irse a una deleitosa caça, adonde matando una garça o un puerco dan mayor muerte a sus almas, pues son obligados de dar tan estrecha cuenta de los que a su cargo tienen, que al tiempo de la rendición d'ella no les aprovechara allegar ignorancia y mucho menos descuido.

Traída Boralda, según el emperador mandara, fue sobre su acusación interrogada. La cual, no pudiendo negar lo que contra ella se dezía como cosa notoria, lo otorgó assí como estava articulado. Y conociendo que por ello era merecedora de cruel muerte, pidió en compensación de su conocimiento misericordioso género d'ella, pues la vida no se atrevía a pedirla no la mereciendo por su conocida culpa. Por donde, aunque ella mesma declaró su condenación, la cual no dexava de dessear el emperador que se pudiesse hazer con derecho, al tiempo que a la cárcel mandó bolverla, no pudo forçar su generoso y alto coraçón que se no doliesse de aquella malaventurada dueña. La cual, haviéndole Dios otorgado tan claro juicio, por su sola culpa y malicia era venida por dos vezes a merecer la más cruel de las muertes que por sus leyes estava estatuida.

Salidos de aquel consejo, adonde después de llevada Boralda de otros fechos que a la sazón ocurrían platicaron, luego se sonó por los palacios que la dueña que a la princesa levara havia de morir por esso esse otro día. Por donde vino aquella nueva a los oídos de Flerisena. La cual, no se queriendo acordar como generosa princesa de lo que contra ella hiziera, sino de los grandes servicios que recibió en su castillo y de la mesura y acatamiento que siempre le hizo, estando en su facultad de disponer d'ella todo lo que quisiera sin tener para ello contradición ni resistencia, determinó de le salvar la vida, porque las buenas obras y servicios que d'ella recibiera no quedassen sin galardón,

aunque a las contrarias faltasse el castigo. Y para lo traher a efecto, después de haver el emperador comido, fincando ante él las rodillas, le dixo:

–Pues a vós, mi señor, pertenece hazer mercedes, y a los que de baxo de vuestro servicio somos pedir las, puesto que ninguno de los que biven las haya de vós recebido tan grandes como yo. Y por ende, atreviéndome más al amor que me tenéis como padre y señor, que al derecho que por mis pequeños servicios y merecimiento tener podría, vos suplico me otorguéis un don. Con el cual, acrecentando en vuestra honra y fama, me haréis tan leda como en me lo negar para siempre triste.

–Acogedvos a vuestra silla, fija –dixo el emperador–, pues sabéis que para lo que por vos complazer a mí se otorga, no hay necesidad de ruegos, antes sobra la voluntad.

–Aunque yo assí lo espere y crea, mi señor –dixo Flerisena–, por agora no vos suplico más de lo que dixere, con que recibiré mayor merced de la que, cumpliéndose todo lo ofrecido, se me podría otorgar.

–Pues todavía es essa vuestra voluntad, hija –dixo el emperador–, levantadvos porque dende agora vos lo otorgo.

Por donde, al tiempo que Flerisena se levantó, le quiso besar las manos, puesto que el emperador no se las dio hasta saber el don que le pidiera, assí que le convino declararlo diziendo que el don que le otorgara era la vida de Boralda, porque habiendo todos los que de su castillo vinieran alcançado lo que sus coraçones desseavan, no era razón ni devido que aquella pobre dueña fuesse por los servicios que le hizo, en el cruel tiempo que en su poder la tuvo, con cruel muerte galardonada.

–No sé, hija –dixo el emperador–, por qué queréis que dexere yo por dos vezes de hazer justicia d’essa dueña, señaladamente haviéndose ella mesma dado la sentencia que merece.

–Y aún porque se no fizo en la primera vez, mi señor –dixo Flerisena–, he yo trabajado de la librar en esta segunda, porque no parezca que se haze más por emienda de lo passado que por razón de lo presente, quanto más que sobrada muerte padece aquel que conoce mercerla. Y como yo con mi donzella Erminia seamos aquéllas contra quien cometió el delicto e hizo la injuria, no nos quexando d’ello, antes haviéndoselo perdonado y por su vida suplicando, no hay o a lo menos haver no deve ley ni derecho que a muerte la condene, señaladamente no habiendo sido homicida voluntaria, sino por sola vengança de mi señor Valerián, por las pérdidas y daños que por su medio se le recrecieran. El cual no creo yo, pues sabe que por mí no se dudaría la muerte si con ella

conociesse servirlo, que dexara de se çufrir por sus passados peligros y afanes. De los cuales no fue por mí sentida la menor parte aunque él los passava e yo en el castillo de Boralda estuviesse encerrada.

Como Valerián, que junto a su señora estava, aquello oyesse, suplicó con toda la humildad que pudo al emperador que, lo que a la princesa prometiera, cumplir mandasse, pues allende que le no pidiera cosa injusta, se devía acordar que aunque lo fuera, haviéndolo prometido sin condición alguna, era obligado de lo cumplir havido respecto a su persona y palabra y a la voluntad y desseo de los que se lo suplicavan.

Como Arismenio en tan grande aprieto viesse al emperador, el cual no sabía determinarse, le dixo:

–No sé, señor, por qué dudáis hazer lo que los príncipes vuestros hijos vos ruegan, pues del descontentamiento de entrambos se seguiría mayor enojo que de las fuerças de Boralda, la cual ya no las tiene ni aun tiempo para emplearlas.

Por donde el emperador confirmó lo que prometiera sin alguna dilación, rogando a sus hijos que se asegurassen d’ella, de manera que de su piedad no se les ssiguiesse alguna cruera y el postrimero yerro no fuesse peor que el primero. Los cuales, aunque el emperador mostró no lo querer, le besaron las manos y otrosí a la emperatriz porque no les puso en ello estorvo. Y puesto que los emperadores mucho rehusassen de se hallar presentes a la venida de Boralda, por la cual Flerisena havia embiado, rogados por Valerián y su señora, no pudieron dexar de hazer su ruego.

No creyó Boralda, al tiempo que la cárcel abrían para sacarla, que fuesse para la bolver ende ni levar a otra parte, adonde más de aquellas horas que se tardarían de le dar la muerte, tener vida se le otorgasse. Por donde con abundantes lágrimas començó de encomendar a Dios su alma, suplicándole humilmente que huviesse merced d’ella, no acatando sus grandes pecados. Pero quando le dixeron que no temiesse, porque Flerisena con Valerián y Arismenio le recabaran merced de la vida, assí se cubrió su afligido coraçón de aquella tan súpita alegría que, si la no tuvieran, cuasi perdidos sus sentidos cayera sin duda en el suelo. Pero cobrando de aquella nueva esperança de vida mayor esfuerço del que antes, con el temor de la cuasi tragada muerte, tuviera, vino con no perezosos passos ante el emperador con los que en su guarda y compañía estavan. El cual le dixo:

–Aunque yo no he tenido, dueña, por menos afrenta esperar vuestra vista, según el Alto Señor ha sido por vós deservido e yo con otros que vos lo no devían por muchas vías enojados, que vós la de la justa sentencia que estava ordenada, no he querido dexar

de forçar mi corazón para tragar este amargo y doloroso trago, por ruego d'estos príncipes, mis hijos, a quien vós tanto haviades deservido, que vos no devieran menos procurar la muerte que han fecho la vida. La cual ternéis todo el tiempo que al Alto Señor pluguiere y ellos vos otorgaren. Y pues yo he forçado según dixé mi corazón para esto que no deviera, trabajad vós de esforçar el vuestro para aquello que devéis, pues no se vos asconde que no es buen exemplo tentar lo una vez sola quanto más tantas y tan dañosas. Por donde no devéis dexar de suplicarlo que, pues de vós se dolió para en lo d'este siglo, no vos olvide para lo del venidero. Pues si lo perdiéssedes no habría razón que vos librar pudiesse de culpa y mucho menos de la correspondiente pena. Y pues vuestro juicio para mayores cosas se estiende, no quiero dezir más de quanto por mis hijos se mandará lo que de hazer havéis y vos darán el orden que se ha de tener en vuestra vida. Por donde a ellos havéis de dar las gracias que vos la alcançaron, porque a mí d'esta vez me devéis muy pocas, aunque de la primera me devíades muchas, puesto que mal lo conocistes.

Aún no acabava el emperador su razón cuando Boralda, conociendo la merced tan grande que contra derecho recibía, fincó en el suelo las rodillas sin poder hablar de sobrada alegría, puesto que no dexó por ende de querer besar las manos al emperador si se las otorgara. El cual se fue dende por hablar con Arismenio sobre lo que se hazer debía, porque aquella dueña no les hiziesse, pues lo podía escusar. Al cual, mientras Boralda estava dando las gracias a la emperatriz y a los príncipes, sus hijos, porque d'ella se dolieran, dixo Arismenio que podía tener por cierto que a Boralda, según ya dixera, no quedavan fuerças ni tiempo con que lo hazer pudiesse. La cual, preguntada qué género de vida era su voluntad de tener de allí adelante, suplicó a Valerián y a Flerisena, los cuales se lo preguntaran, que en un monasterio de religiosas mandassen ponerla, porque pudiesse hazer a Nuestro Señor Dios algún servicio en su vegez, pues en el tiempo de su juventud lo había siempre deservido. Lo que assí se fizó, y fue tan austera su vida, después que en él entró, que muy pocos fueron los días d'ella, en los cuales no dexó de mostrar el arrepentimiento que de sus passados pecados tenía y de se doler d'ellos como buena christiana.

No passaron dos meses después de fallecida Boralda, que una noche tres horas antes del alva a Flerisena tomaron los dolores del parto. El cual quiso Nuestro Señor que fuesse tan bueno, que antes de una hora parió un muy hermoso hijo, el cual al tercero día de su nacimiento fue bautizado en la iglesia mayor de Colonia, con tanta solenidad, dexado todo género de fiestas mundanas por consejo de Arismenio, que se no

había oído jamás bautismo que tan solenizado fuese. Al cual, de común acuerdo de todos los que era razón que tuviessen para ello voto, pusieron nombre Flerián de Alemania, pues participava de la primera sillaba del nombre de Flerisena, su madre, y de las últimas del príncipe Valerián, su padre. El cual podéis ser ciertos que no fue criado con menor cuidado y vigilancia que los príncipes, sus padres y agüelos, para todo aquello que a su género y estado convenía. Por el nacimiento del cual muchos mensageros se despacharon, assí para Costantinopla y Ungría como para Francia y la Gran Bretaña, adonde grandes alegrías se fizieron, aunque por extenso no se vos cuentan.

Y acaeció que al tiempo que el mensagero que iva para la Gran Bretaña llegó en Londres, a la infanta Belinda le tomaron los dolores del parto. Por donde, cuando bolvió a Colonia, traxo las nuevas de cómo había parido un hijo, al cual habían puesto nombre Fulgencio. Por cuyo nacimiento se alegraron tanto los reyes, sus padres y agüelos, ayudando a ello las nuevas que de Colonia vinieron, que perdida su passada tristeza, mandaron hazer muchos juegos y grandes fiestas por todo el reino, con lo que se cobró la primera alegría. La cual no se dexó de recibir con el mismo cumplimiento por lo reyes de Francia, según las alegrías e fiestas que en París y por todo su reino se fizieron.

Y dende a pocos días supieron los unos de los otros nuevas con que se les acrecentó su alegría, por las cuales fueron certificados como la infanta Ardimea, muger de Poliantel, había parido una hermosa hija, a la cual pusieron nombre Polinda, porque participasse de los nombres de los dos hermanos Poliantel y Belinda.

Otrosí supieron cómo Erminia pariera otra hija a quien llamaron Frargenia, con la cual Aspalión y Asserina perdieron la tristeza de la muerte de Equivalio, su padre, aunque cuando fue de edad de cinco años la embiaron a la marquesa Domeclia, su agüela, assí poque la criasse y perdiesse con ella la soledad de su fija, como poque al tiempo que se la embiaron ya tenía un hijo. El cual no salió peor que su padre, llamado Canivalio, porque gozasse de los nombres de Canisor, su padre, y de Equivalio, su agüelo.

No es razón de poner el olvido el gozo y alegría tan grandes que Arismenio sintió cuando vido su nieto Atanimar, quedando su hija Empiralidea tan buena de su parto como si lo no pariera. El cual, según ya vos contamos, salió muy buen cavallero.

Y puesto que algún intervalo de tiempo passasse, otrosí supieron cómo la infanta Castiria había parido un hermoso hijo, por cuyo nacimiento se hizieron en España tan grandes fiestas y alegrías, que sin duda con gran parte excedieron a todas las que en

Francia y la Gran Bretaña se hizieron. Al qual pusieron nombre don Roristán de España, de cuyos grandes hechos no se faze pequeña mención en la tercera parte d'esta historia, señaladamente después que alcançó nombre de cavallero de la hermosa Laumidea, fija de los príncipes Valerián y Flerisena. La fama de la hermosura de la qual, sacándolo de casa del rey Gastaphileo, su padre, lo levó en Trepisonda, adonde ella fue criada por su agüelos, los reyes Pasmerindo y Albericia. Los cuales en aquel tiempo ya eran emperadores de aquel grande imperio, por la muerte de sus predecesores. Y quando entrambos se vieron fueron el uno del otro tan pagados, que primero perdieron la vida que aquel tan arraigado contentamiento.

En el mesmo tiempo que nació don Roristán, Binarda, muger de Lucenio, parió un hijo, Familiadar llamado. El qual, como ya se vos ya dixo, salió tan buen cavallero que su padre, aunque era muy preciado, no le tuvo ventaja.

Y porque contaros todos los hijos y decendientes que nacieron de los casamientos que se en Colonia fizieron, sería cosa muy larga y no menos fatigosa, pues todos o los más d'ellos son en la tercera parte d'esta historisa nombrados, haremos fin con los que vos havemos dicho. Los cuales no vos dixéramos si se escusar pudiera, lo que no podía sin grande y conocido defecto de la prossecución d'ella.

¶Capít[u]lo lxxxix. De cómo los altos hombres del imperio de Trepisonda embiaron dos cavalleros al rey de Ungría, haziéndole saber la muerte de los emperadores, sus señores, y de cómo el rey Pasmerindo con la reina, su muger, partió de Belgrado, y con su compañía llegó en Trepisonda, y de lo que ende hizo.

Como la variable fortuna, según muchas vezes vos havemos dicho, no consienta que los que en este engañoso siglo bivimos ninguna cosa de gozo, sin mixtura de muchos trabajos y dolores, por mucho tiempo sostener podamos, pareciéndole que si assí no lo hiziesse ni usaría de su devido officio ni se conocería su alto poder, puesto que no sin gran provecho nuestro por la poca memoria que faltándonos adversidades de nuestros pecados y de su remedio tenemos, pues en los tiempos de plazeres muy poco d'ellos y de nuestras almas nos acordamos, se siguió que no muchos años después de fechos los casamientos que oístes, con que todos aquellos

príncipes y cavalleros bivían con sus mugeres la más leda vida que considerar pudieran, juntamente con los emperadores y reyes, sus padres, por la parte que a todos y a cada uno cabía del gozo que a sus fijos posser conocían, aquellos no menos altos que honrados emperadores de Trepisonda, habiendo en su larga y gloriosa vida imitado a los virtuosos Octavio y Pulchrea, cuya fama no podía sino con el mundo perecer, los siguiessen en la no menos buena muerte que fizieron. Puesto que no tan juntamente como los primeros porque seis días murió antes la emperatriz que el emperador, su marido. El cual no quiso ni permitió que aquellas tristes nuevas a los reyes de Ungría, sus hijos, se escriviessen, porque, según en sí sentía la disminución y flaqueza de sus fuerças, no creía, como fue, muchos días sobrevenirle.

Por donde, después de muerto el emperador, sus altos hombres despacharon dos cavalleros para Ungría, assí para dar aviso de aquellas tristes nuevas a los príncipes, sus señores, como por suplicarlos que les remediassen con su presta venida la gran soledad con que bivían, pues aunque los ruegos y merecimiento de sus vasallos no lo merecían, el valor de aquel soberano imperio no dexava de lo merecer, y otras cosas con que mostrando sus devidos e fieles desseos aconsolassen a sus nuevos señores con el glorioso fin que los viejos hizieron. Por donde no era de doler su muerte sino por la pérdida que de sus personas todo el imperio fiziera.

Y llegados ante el rey Pasmerindo, con el cual no estava en aquella sazón la reina a causa que de calenturas yazía enferma, fecha su devida mesura con los continentes tan tristes como mostrar convenía, según la causa de su tristeza, le dieron las cartas que para él traían. Las cuales el rey leyó con tantas lágrimas, que assí aquellos mensageros como cuantos ende eran se maravillaron por conocer en el rey tan gran flaqueza, puesto que de conocer no dexassen que de grande amor procedía. Leídas las cuales y mandados levantar los cavalleros que con ellas vinieron, les preguntó por el discurso de la dolencia y fin de sus señores, pues en su creencia venía remitido. El uno de los cuales, que Numidel se dezía, a maravilla buen cavallero y sesudo, se lo comenzó de contar diziendo:

–Después que la soberana emperatriz, mi señora, adoleció, muy alto señor, de una grave dolencia, causada, según los maestros dixeron, de su austera y cuasi santa vida, fue tan grande la impresión que en su persona fizó, que en término de quinze días, consumidas sus carnes y enflaquecidas sus potencias, la traxó en aquel tránsito e fin que todos los nacidos passar esperamos. En todo el cual tiempo jamás el emperador, mi señor, quiso de la cámara en que yazía salir, en la cual assí el oír de la missa como

todos los otros ejercicios humanos passava y hazía, porque ningún tiempo estuviesse ausente de su señora y muger, passando las noches sin más sueño e siendo su comer no más de aquello que su naturaleza le forçava que tomasse, sin lo poder resistir, para sustentación de su aborrecida vida. Por donde en tantos días y por lo poco que en ellos se aprovechar quiso de los ordinarios y devidos remedios, vino a perder de tal manera sus fuerças, que puesto que su esforçado y generoso coraçón, acompañado del desseo de la vida de la emperatriz, mi señora, lo esforçasse para se poder en pies sostener, no carecía su cuerpo de menos reposo que servicio que aquel que a la emperatriz, mi señora, por su mandado se procurava. Lo que jamás quiso que se hiziesse aunque por los más de sus altos hombres, temiendo lo que después succedió, le fuesse suplicado.

»Y como aquel bivo y sobrado dolor que de la muerte de su señora y leal compañera sintió, sobreviniesse a tan grande vegez y flaqueza de fuerças, causó que dentro de seis días el emperador, mi señor, fuesse a le tener compañía en la gloria, assí como acá la tuviera en las penas, dexó de dezir lo que todo esto fue sentido, pues se fizo más por la razón que se al mundo devía que porque hazerse assí deviesse. Pues conociendo, por su buena vida y mejor muerte, que fueron a los cielos, no podía haver causa por la cual el sentimiento que dixere mostrar se deviesse, si no fuera por quedar sus vassallos en los trabajos que ellos dexaron y no poderlos seguir para alcançar el eterno descanso. El cual no es menos cierto ser por entrambos posseído que es averiguado a los que como ellos bivieron, mediante la misericordia de Dios, serles servido.

Aunque en todo el tiempo que Numidel hablando estuviera, jamás los ojos del rey cessassen de mostrar lo que su coraçón sentía, no dexó de quedar tan satisfecho de sus razones como de su honrada presencia y apostura contento, viendo cuán breve y cuerdamente aquellas dos muertes contara sin dexar cosa que se le preguntar pudiesse, assí para el remedio de sus vidas y descanso de sus almas, como para consuelo de los que lo oyeran. Por donde mandó que fuessen en sus palacios aposentados y que se les diesse todo lo que convenía con gran cumplimiento. Y otrosí que ninguno fuesse osado dezir aquellas nuevas a la reina, porque con el sentimiento que no podía dexar de sentir no se le acrecentasse su mal.

Y en la mesma hora por medio de sus secretarios escribió aquellas nuevas, assí al emperador Nestarcio como a los príncipes Valerián y Flerisena, sus hijos, rogándoles que, cuando Laumidea fuesse de edad, que sin peligro la pudiessen poner en camino, se la embiassen a Trepisonda porque no sintiessen de todos tan gran soledad, assí como se hizo cuando les pareció conveniente tiempo.

Y aunque el rey muy grande tristeza huviesse de aquellas nuevas sentido, cuando en presencia de la reina se hallava no mostrava menor alegría, por donde jamás pudo sentir ni sospechar cosa de aquello, assí mientras en el lecho yazierá como muchos días después, hasta tanto que, cobrada su primera salud, un día el rey se lo dixo por la mejor vía que supo por le estorvar todo el dolor y tristeza que se le otorgavan. La cual, aunque conoció que las razones del rey, su señor, eran para causarle mayor consuelo que dolor, no por esso dexó de lo mostrar con muy gran sentimiento, el cual no perdió aunque lo no mostrava por no enojar al rey, su señor, hasta que vido su nieta Laumidea, con quien cobró su primera alegría, assí como era razón pues no havía persona que la viesse que se no alegrasse por muy triste que estuviesse, según sus ojos y gesto causavan cumplida alegría.

Cuando el rey tuvo adereçadas todas las cosas que para su partida convenian, dexando el cargo de su reino a Lauren, pues se le fiziera agravio con dexarlo a otro haviéndolo tenido tantos años Ladiseno, su padre, el cual lo havía regido tan bien que sus pueblos no havían conocido la ausencia de su rey, e siendo el hijo no menos cumplido y haver servido al rey, su señor, dende muy niño, partió con la reina, su muger, levando tan poca compañía como se le otorgó, sin persona de los que antes en su servicio tenía, considerando que era razón que descansassen de sus passados trabajos, salvo a Canisor, hijo de Aspalión, y a Corismo, su donzel. El cual havía casado con Luciana, de quien ya havía havido dos hijos, los cuales salieron muy buenos cavalleros, llamados el primero Fenorantes y el segundo Lorentín.

Y la causa porque Canisor con Corismo trabajaron de ir en Trepisonda con los reyes, dexadas ende sus mugeres, fue porque entendían después de llegados en Trepisonda de ir a buscar algunas aventuras como aquellos que eran orgullosos y esforçados. Y allende de ser hijos de buenos cavalleros, se havían criado con Valerián y el rey, su padre. De los cuales no nacieron iguales en sus tiempos.

Llegados el rey Pasmerindo con la reina, su muger, en Trepisonda, recibieron con mucho amor a todos los altos hombres y cavalleros del imperio, a los cuales confirmaron todos los privilegios que de antes tenían, añadiéndoles a cada uno, según su estado, lo que les pareció devido. Por donde se hallaron tan ledos con la cobrança de tan buenos señores como antes estaban tristes con la pérdida de los primeros. Y después que huvieron hecho las honras, cuales convenían para quedar sin algún cargo por razón de lo que a sus predecesores devían, se intitularon del título d'ellos no se olvidando que eran reyes de Ungría, pues por razón de lo principal no se havía de perder la memoria y título

de tan buen reinado. De posser el cual no se preciava menos el rey que del nuevo imperio en que entonces succedía.

Fecho todo lo que se vos ha dicho, como Canisor y Corismo tuviessen desseo de cumplir la causa, porque eran ende venidos, alcançada licencia del emperador, su señor, con achaque de bolver a sus mugeres y casas, con solos dos escuderos que los acompañavan partieron de aquella famosa ciudad para efectuar el desseo que de hallar algunas aventuras tenían. Adonde por agora los dexaremos hasta que d'ellos se torné a contar en su tiempo.

¶Capít[ulo] xc. De cómo se partieron de casa del emperador Nestarcio Arismenio para su castillo y Nicerián para ir a buscar las aventuras, y de cómo Nicerián encontró con un cavallero muy aquexado en la Floresta Desdichada, y de la causa que de su desdicha le contó.

Pareciendo al buen cavallero Arismenio, aunque grave se le hiziesse, que era razón de bolver a su castillo, assí por la razón que se vos dirá como por conocer el desseo que Nicerián, su hijo, tenía de ir algún tiempo por el mundo en aquella sazón que su edad lo demandava, para exercitarse en aquel alto exercicio de las armas, por razón de lo cual havia desseado ser cavallero y provar las fuerças que tener sentía, de manera que pudiesse ganar alguna honra con que en el número de los buenos y preciados cavalleros ser contado se le otorgasse, acordó de despedirse del emperador y de los príncipes, sus fijos, y de los otros, cuya compañía le havia sido y era tan agradable que no sabía cómo sin ella çúfrirse pudiesse.

Y como un día viesse para ello conveniente oportunidad, se despidió de todos, no sin mostrar el pesar que encubrir no podía de aquella partida. Y el siguiente día, de gran mañana, sin querer compañía de Nicerián, su hijo, ni de muchos cavalleros que lo acompañar querían, cavalgando en un buen cavallo partió de Colonia. Y después de salido de la ciudad, a muy pequeño trecho d'ella, usando de su acostumbrado saber, se halló tan presto en su castillo como en el de Boralda cuando halló a Valerián que de la encerrar decendía.

Y después que fue ende llegado, por la razón que adelante se vos dirá, comenzó de entender en algunas cosas que para poder ayudar a alguno de sus señores, los cuales

entonces muy descuidados estaban d'ellas como aquellos que no las sabían ni podían pensar, convenían.

Y como Nicerián para efectuar su desseo no esperasse más de aquella partida de Arismenio, su señor y padre, alcançada licencia assí del príncipe Valerián como de su muger Empiralidea, cuya voluntad muchos días havía que para aquel efecto le otorgara, acompañado de un escudero que Bagarín se dezía, partió de Colonia con desseo de ir al reino de Denamarca, assí por ser su tierra natural como por ver el recaudo que en sus dos castillos tenía. Los cuales eran como ya se vos dixo tan buenos, que muy pocos cavalleros havía en aquel reino que sin título de señorío mejor possession alcançassen.

Y por no rodear tomó el camino derecho para Artra, por el cual anduvo algunos días sin le acaecer cosa que a su intención pusiesse estorvo ni impedimento, hasta que un mañana, entrando por la floresta en la cual havía encontrado al príncipe Valerián, su señor, encontró con un cavallero de muy buen talle que se venía de su ventura quexando con tan triste semblante, que Nicerián, doliéndose d'él, le preguntó la causa porque tan aquejado se mostrava pareciendo tan buen cavallero, pues en las cosas más adversas eran sus semejantes obligados de mostrar mayor esfuerço que los otros a quien Dios no fiziera tan cumplidos.

–Saber querría, virtuoso cavallero –dixo el que se quexava–, pues tan bien se vos entiende de aconsejar, qué forma se podría tener para çufrir mayor tormento que el de la mesma muerte, y si conocéis vós alguno tan esforçado que a lo çufrir se atreviesse quedando con la vida. Por cierto yo creo que ninguno sino yo, por mi mayor desventura, pues desseando perderla por lo no çufrir me huye siendo sobre todas las cosas por mí desseada.

–¡O Sancta María! –dixo Nicerián– ¿No me diréis qué tal es vuestro tormento pues dezís ser mayor que el de la muerte y que con la vida vos dexa? No me Dios valga si lo jamás oí ni lo pensar puedo por lo que tengo por impossible haver en este siglo mayor mal que el de la muerte, sin que la traiga consigo para acabar al que lo padece.

–Si me vós prometéis, cavallero –dixo Pentarcio, que assí se llamava el que se quexava–, que me favoreceréis en lo que se vos otorgare, pues no le ha de creer que vuestro ir por el mundo sea para otra cosa, yo vos lo diré porque solamente salgáis d'essa duda e yo si Dios quiere de mi tormento y pena.

–No quedará por esso –dixo Nicerián–. Por ende dezidlo luego.

–Dios vos lo agradezca, virtuoso cavallero –dixo Pentarcio–, pues tan libremente me ofrecéis vuestro socorro no me conociendo. Y viniendo a lo que de vos dezir tengo,

virtuoso cavallero, sabed que yo soy casado con una honrada dueña en quien havia más bondad que hermosura. Y alcancé a ser su marido de la forma que lo oiréis: que siendo yo de menos años que agora, y teniendo mayor desseo de ganar prez y honra que cuidados de hazienda, de la cual me sobraba poca, andando por el reino de Escocia buscando las aventuras, encontré con dos cavalleros. Los cuales levavan forçada a la dueña que dixé, por razón que el uno d'ellos se quería con ella casar a causa que era muy rica. La cual, quando me vido, dixo que si en mí se hallava tanto esfuerço como se parecía, trabajasse en librarla de aquellos que assí la levavan, certificándome que si lo hazía jamás servicio sería mejor galardonado.

»Por donde, oyendo que la levavan forçada sin tener a su ofrecimiento algún respecto determinado de librarla o de morir, dixé a los cavalleros que la dexassen en su libertad, certificándolos que no havia de passar la fuerça que le hazían. Los cuales, nopreciando más mis palabras que la bondad y virtud de que carecían, dexada la dueña vinieron contra mí a cuenta de me castigar por mi atrevimiento, creyendo hallar en mí la rasistencia que en ellos havia. Pero como mi derecho fuesse tan bueno como su pretensión mala, ayudándome la justicia del Alto Señor, muy pronto los vencí e maté, no quedando con más de dos pequeñas llagas. Para curar de las cuales la dueña me levó a uno de dos castillos que tenía muy buenos, adonde trabajando de curarme firió a sí mesma de tal manera, que para curar de su llaga no halló mejor remedio que de me haver por marido, haziéndome de su persona y castillo y de quanto más tenía tan cumplido señor como lo ella era.

»Y puesto que algunos días con su compañía me folgasse por razón de los grandes servicios que me hazía, como mis desseos no hallasen su fin sino en el exercicio de las armas, le rogué que me diesse licencia para no más de seis meses, porque, passados, yo le prometía de bolver ende si la pérdida de la vida no lo estorvava. La cual, aunque no dexasse de sentir mi partida a par de muerte, según después se mostró, por me no contradézir en cosa que yo quisiesse, fue, o por lo mejor dezir mostro ser, contenta de me la otorgar, tomando de mí todos los seguros que quiso para que si ser pudiesse no dexasse mi venida de ser más presta.

»Y como el sentimiento de mi partida y ausencia fuessen tan grandes que los çufrir no pudo, no passaron tres meses, después de partido, que dexada esta vida, en que solamente hallava con mi compañía descanso, fue a la otra, adonde con incomparable gloria está descansando, haviéndome de quanto tenía dexado heredero. Y como por mí no dexassen de ser conocidos sus desseos, más faltava de un mes para cumplimiento de

los seis que tomé por el último plazo, cuando llegué a mi casa creyéndola hazer más que lo nunca fue leda, cuya alegría se me convirtió en grande tristeza porque, conociendo el sobrado amor que me tuviera, no pude dexarla de amar aunque muerta, tanto que se todos maravillavan de ver en mí tantos señales de dolor y sentimiento.

»Y siguióse que teniendo noticia algunos cavalleros comarcanos de los dos casos que me acaecieron, assí de la muerte de los cavalleros que a mi muger levavan forçada, por donde juzgaron que en mí devía haver alguna bondad, como de la possession y señorío con que de su hazienda quedava, por donde arguían que era rico, luego trabajaron de me haver por deudo de tal manera y con tanta instancia, que casé la segunda vez con la más hermosa donzella que por aquellas partes se sabía. Con cuyo ayuntamiento fui tan ledo como mi primera muger al tiempo que nos ayuntamos, no considerando que son más los cuidados, que de guardar la muger hermosa se recrecen, que los deleites que con ella se alcançar pueden.

»Y como sea muy vulgar exemplo ser cosa difícil guardar la cosa que por muchos es codiciada, luego se me recrecieron mil recelos y penados pensamientos, con que no menos presto conocí que se me esperava tan mala vida como con su compañía la cuidava passar buena. Dado a ello causa que como fuesse muy niña y por razón de su hermosura orgullosa, e yo no muy moço y de muchos desatientos y trabajos cansado, aunque mucho trabajava en forçar mi voluntad para que siguiendo la suya se contentasse, como las edades e condiciones fuessen tan diferentes como lo eran las potencias y voluntades, sin número eran más las vezes que la conocía quedar quexosa que contenta. Lo que era para mí tan grande tormento como sintiera descanso conociendo lo contrario, viendo que mi experimentado juicio carecía de medios para la atraer a que por mi voluntad se rigiesse. Por donde, viendo que se no podía lo que yo desseava cumplir, por fuir las domésticas diferencias y renzillas que entre los semejantes tan mal parecen, como bien la paz y concordia, acordé de sojuzgarme a seguir la suya, recibiendo en ello tan grande engaño como fue la locura que fize, porque en sintiendo el señorío que sobre mí le mostré otorgar, luego se comenzó de desconocer de tal manera que, cuando me reconocí e vide que por aquella segunda vía era mi perdición mayor que por la primera, quise bolver a mi acostumbrado ser, ya la hallé tan fuera de lo que estava en el tiempo de mi segunda prueba como yo de mi juicio. El cual fue maravilla no perder por me haver procurado de mediana vida la peor que se podía considerar.

»Y como para no passarla tan mala conociesse faltarme ingenio y medios, pues las fuerças en semejantes casos son tan escusadas como en cualquier otros convenientes, podeís, cavallero, creer que las penas y tormentos que yo padecía sobrepujavan a los de la muerte, pues con lo primero no se alcança la esperanza de salir d'ellas. La cual es muy cierta con lo segundo, porque ninguno dexará, si buen juicio tiene, de otorgar que no sea mayor el continuo y largo tormento que la grande y breve pena.

»Y por mayor corroboración d'esto y que se no pudiesse dificultar, pues lo que se me añadió era doblado por razón de me lastimar assí la vida como la honra, se siguió que un día, en el cual yo era ido a caça, tres villanos cavalleros que por delante de mi castillo passaron, viendo a mi muger que a la sombra de unos árboles con una dueña y dos donzellas estava labrando, tan pagados de su hermosura como yo descontento, mandaron a los escuderos que en su compañía levavan que la tomassen y que en uno de sus palafrenes la pusiessen. Como lo fizieron amenazando a sus compañías que las matarían si davan bozes, pues ella, según después supe, sin sentido y cuasi muerta la levaron a un castillo de un cavallero, tío de los dos que en la prender fueron. Al cual la encomendaron diziendo que se la guardasse hasta su buelta, porque se les había encomendado a causa que la quería su marido matar, y que por la vida no la entregasse a su marido, aunque ella dixesse que quería con él bolver y por razón de aquello fingiesse grandes llantos, porque assí se lo había dicho que lo haría al tiempo que ende la traxeron, por la razón que para conservación de su honra dar devía.

»Y aunque mi muger, según la relación tengo, haya fecho todos los extremos posibles porque el cavallero que dixeme la restituye, jamás quiso, desengañándome, puesto que con las puertas de su castillo cerradas, que lo no haría si le no traía mandado del rey o de sus dos sobrinos, por les dar buena cuenta de lo que le encomedaran. Por donde, haviéndome al rey d'ellos quejado y suplicado que, castigándolos de su atrevimiento, mandasse al cavallero que mi muger tenía que me la restituyesse, oídos los cavalleros y la traición que a su mesmo tío dixeran, lo que todos tres afirmaron que manternían a cualquier que lo contradiezir quisiesse, me desengañó, que lo no mandaría sin saber la verdad de aquel fecho, para la verificación de la cual convenía que fuesse a buscar compañeros y que por batalla se averigüasse, pues lo que mi muger y compañías dezir podrían no me aprovecharía para que por mi parte se declarasse. Y aunque yo trabajasse de haver con cada uno d'ellos batalla por ver si de aquella manera podía cobrarla, no menos fui desengañado diziendo que pues los tres eran de un mesmo delicto acusados, juntos havían de defender su derecho.

»Y como yo sea en aquel reino extranjero y los deudos de mi muger, no sabiendo la verdad del fecho, no hayan querido para ello ayudarme, determiné de passar en las tierras d'este imperio, por la fama de los cavalleros de la casa del emperador y del príncipe, su hijo, se suena, para rogar a alguno d'ellos que me ayude para esta batalla que hazer espero, porque, hallándolo, muy poco [durarían] los dos, pues son falsos, aunque mejores de lo que son fuessen, según la sobrada justicia tengo de mi parte y el no menor agravio que contra toda razón se me haze.

»Por donde, cavallero, podéis conocer que mis males exceden a los de la muerte, pues cuando Dios quiera que haya mi muger cobrado, no sé si se me espera peor vida que la que antes tenía mala. Todas las cuales penas y tormentos cessarían si me otorgada fuesse la muerte que desseo, pues aunque sea fin de los deleites y gozos que en esta penada vida alcançar se pueden, tan bien lo es de los más ciertos trabajos que con ella padecemos.

»Y pues vos he dicho lo que de mi saber queríades, ruégovos que si lo que poco antes prometistes vos parece cumplir, no nos detengamos, porque se no pueda dezir que por falta de un solo cavallero tan grande tración queda sin castigo.

Al cual Nicerián dixo:

–Por cierto, cavallero, vuestra razón es tan grande como devrían ser los remedios que dezís haveros faltado. Por ende seed ledó, porque puesto que yo no sea vuestro deudo ni sepa más d'este hecho de lo que vós ser verdad afirmáis, dende agora vos prometo de ser en vuestra compañía contra esos ladrones que dixistes. Y para esto vamos cuando mandáredes, pues no havemos de dudar sus fuerças pequeñas siendo las de vuestra justicia tan grandes, aunque como son tres el cuarto sobreviniesse.

Dicho lo cual, agradeciéndoselo Pentarcio quanto devía, bolvieron por su mesmo camino hasta la salida de la floresta, adonde, dexando a la mano derecha el camino que iva a Artra, tomaron otro por el cual anduvieron quatro días hasta que llegaron a una villa puerto de mar que se dezía Rudricea. En cuyo puerto, cuando les fizo tiempo a su propósito, se embarcaron en un buen barco. Con el cual passaron en el reino de Escocia y por sus jornadas llegaron a la ciudad de Trucia, adonde el rey lo más del tiempo tenía sus assento.

Y por el camino Nicerián contó su hazienda a Pentarcio, con que no lo fizo menos ledó que cuando le ofreció su compañía. Al cual otrosí contó Pentarcio cómo era natural de la Gran Bretaña y que no osava dezir que era sino de Denamarca, porque en aquella tierra no podían ver hombre de la Gran Bretaña, según desamavan a los

naturales d'ella, por razón de ciertas parias que el rey de Escocia había de dar cada año al rey Menadoro.

Y cuando en presencia del rey de Escocia fueron, le dixo Pentarcio cómo aquel su compañero y él eran ende venidos para hazer conocer por batalla a los que a su muger levaran, si lo no querían otorgar de grado, que lo fizieron falsa y engañosamente levándola forçada sin que los ella requiriesse ni dicesse quexa, suplicándolo que los mandasse venir ende, porque se no tardasse de saber aquella traición que fiziera ni el castigo que por razón d'ella merecían.

Por donde, venidos ende por mandado del rey, el mayor de los dos hermanos que Norantén se dezía, oído lo que Pentarcio en presencia d'él y de los otros dixera, no dudó de dar su gage al rey, diziendo que para la batalla dexava la respuesta, por no ser como su contrario desmesurado, pues se no dexava de conocer la poca justicia de Pentarcio, con no haver hallado a cabo de tanto tiempo quien la traición que contra su muger hazer quería a defenderle ayudasse, sino aquel cavallero alquilado.

Tan grande fue la saña que a Nicerián sobrevino del desonesto hablar de Norantén, que si no fuera por temor que de sus palabras algún daño o estorvo en los fechos de Pentarcio se siguiesse, él le respondiera de manera que no dexara de conocer su desmesura. Por donde, dexándolo para la batalla, la cual para el siguiente día aplazaron, dieron todos sus gages al rey. Delante del cual no se dexavan de burlar los cavalleros que ende se hallaron de Nicerián y de Pentarcio, pues no siendo más de dos emprendían batalla contra Norantén y su hermano y el otro que era cormando d'ellos. A los cuales tenían en aquella casa por muy buenos cavalleros. Y a esto dava causa que como aquel rey fuesse muy tirano, no tenía para su servicio y compañía ninguno de los preciados cavalleros que los otros reyes a buscar embiavan por el mundo, y cuando a sus casas venían los honravan y hazían grandes mercedes por los poder consigo tener. Todo lo cual hazía aquel rey al contrario, por donde en su casa no había sino cavalleros desmesurados, covardes y enemigos de bondad y de virtudes.

¶Capítulo xcj. De la batalla que passó entre Pentarcio con Nicerián y Norantén con su hermano y cormano, y de cómo cobró su muger Pentarcio y Nicerián bolvió a Colonia.

Con solos sus escuderos salieron Pentarcio e Nicerián a la plaça que delante los palacios del rey había, para hazer con sus contrarios la batalla que aplazada tenían. De los cuales, por las calles que passavan, la gente baxa se burlava como aquellos que por sandios juzgavan, viendo que no siendo más de dos ivan para recibir conocidamente la muerte de sus contrarios, siendo tres y por muy esforçados tenidos.

Y no había gran pieça que eran ende llegados, cuando por otra calle vieron entrar por la mesma plaça Norantén y a sus dos compañeros, a los cuales muchos cavalleros acompañavan esforçandolos con la ventaja que les tenían, pues de su naturaleza no les venía el esfuerço. Luego después d'ellos vinieron dos cavalleros de los más principales y antiguos de aquel reino, a quien el rey había por juezes señalado para aquel fecho, los cuales no fueron perezosos en poner a los cavalleros que de lidiar habían en las partes de aquella plaça que más les parecieron devidas, guardándoles en todo sus derechos. Hecho lo cual subieron a una finiestras de una casa, en la cual el rey acostumbrava de venir algunas vezes para ver algunos juegos o semejantes exercicios de batalla. La cual no quiso ver porque no menos que sus cavalleros era enemigo de todas las cosas que a virtud y bondad se allegavan, señaladamente de aquel alto exercicio de las armas que sobre todos los otros devía preciar.

Fecho pues señal por los juezes, después que en las finiestras fueron sentados, luego tañeron las trompetas que para aquel efecto ende traxeran. Al son de las cuales los cavalleros movieron al más correr de sus cavallos, para se encontrar con tan grande ligereza y furia, que muy presto se encontraron de tan duros encuentros que las lanças de los cuatro bolaron en muchas pieças, salvo la de Norantén, la cual con la gran voluntad que traía de encontrar a Pentarcio, por le quitar la vida con desseo de casar después con su muger, no acertó por donde él pensava. Por donde barahustó por encima del yelmo, de suerte que no le haziendo daño le quedó en la mano, passando adelante con su cavallo. Lo que sus dos compañeros no pudieron hazer por haver sido por Pentarcio e Nicerián derribados, quedando tan mal llagado el hermano de Norantén, con quien Nicerián justara, que bien se pareció después en el discurso de su batalla.

Pero como Norantén, después de haver errado su encuentro y habiendo passado adelante, no viesse venir consigo ninguno de sus compañeros, paró lo más presto que pudo su cavallo y bolviendo con él vido a sus contrarios en las sillas y a su hermano y cormano en el suelo. Por donde se le recreció tan grande saña que, aquexando su cavallo quanto le fue otorgado, vino con su lança baixa para encontrar a Pentarcio por parte que lo llagar mal pudiesse, pareciéndole que lo hazer podría creyendo que no estava en todo su acuerdo. Pero Nicerián, que lo venir vido, se le paró delante para recibir el encuentro, assí como lo recibió en su escudo, por donde no pudo essecutarse la mala intención de Norantén. Al cual, al tiempo que con él juntó después de quebrada su lança, firió de tan rezió golpe, que si lo cog[i]era en lleno como en soslayo, no le dexara de hazer de la cabeça dos partes. Aunque con toda su dicha no se fue sin ser llagado en la cabeça, y tan atordido, que antes de haver con su cavallo passado diez passos, cayó en el suelo. Del cual no se levantó tan presto que Pentarcio no fuesse ya de su cavallo decendido, y tan cerca d'él como quisiera lexos, esgrimiendo su espada para cumplir en él la intención que contra Pentarcio tuviera.

Pero como Norantén viesse con cuanta saña su contrario contra él venía, se levantó lo más presto que pudo por se defender, con que algún tanto le aprovechó aquel temor e diligencia, puesto que para muy poco tiempo, porque antes de media hora lo traía tan mal llagado y por tantas partes, que se todos maravillavan cómo se podía sobre sus pies sostener, según la sangre que de sus llagas salía. Aunque más se maravillaron cuando vieron que Nicerián en aquella sazón ya tenía al uno de sus contrarios, el cual era el que con la lança llagara, tendido en el suelo con la ravía de la muerte, y al otro tan temeroso de sus golpes, que acordó, viéndose mal llagado, de se fincar de rodillas pidiéndole merced de la vida. La cual no menos presto le fue por Nicerián otorgada, acordándose que en semejantes tiempos había de seguir lo que del príncipe Valerían, su señor, aprendiera, el cual, como ya havéis oído, no era contra los que le merced pedían menos misericordioso que con los que su traición y mala querella defender querían riguroso. Pero fue el otorgársela con condición que dixesse cuán falsa y engañosamente habían prendido aquella honrada muger. Lo que muy largamente prometió por huir la ira de su espada que tantas vezes sintiera sus carnes, quantas quisiera ver a ella como a quien la tenía en lo más hondo de la mar echados, viendo que contra sus filos no le prestava armadura que traxesse.

Y como Norantén viesse que su hermano por aquella vía no era por su contrario assí como él aquexado, acordó de hazer otro tanto, puesto que tan tarde que en la sazón

que lo pidió muy poca era su vida. La cual Pentarcio le otorgó con la misma condición que Nicerián pusiera.

Por donde, venidos ende los juezes y sabida de los dos hermanos la verdad de aquel fecho según passara, declarando la demanda de Pentarcio ser tan justa como la de sus contrarios falsa, y que de su propia voluntad se otorgavan por vencidos, los sacaron del campo tan mal llagados, que Norantén antes de media noche fue muerto. Y su hermano huvo de yazer muchos días no sin gran peligro de morir, puesto que después curó, por la gran solicitud que los maestros en lo curar tuvieron. Otrosí sacaron del campo a Ferlicio, que assí se dezía el cormano de Norantén, y lo levaron a la iglesia, adonde lo tuvieron hasta el siguiente día. En el cual juntamente con su cormano lo enterraron y en una mesma sepultura, pues en una batalla y por una sola causa juntos murieran.

Y los juezes, acompañando a los vencedores, los levaron ante el rey, del cual fueron con mejor semblante recibidos de lo que en su coraçón tenía. Y en las mesma hora les mandó dar sus cartas para el tío de Norantén, mandándole con ellas que luego y sin consulta alguna entregasse su muger a Pentarcio, porque assí se havía por derecho declarado, callando la batalla y su muerte, porque con el enojo y saña que d'ello le podían recrecer no le hiziesse algún desaguizado. Lo que fue por el rey hecho a ruego de los juezes, porque como buenos preciavan a Nicerián y Pentarcio. A suplicación de los cuales fueron despachados, puesto que no por su voluntad, porque de cualquier daño y pesar que les viniera no se dexara de alegrar tanto como de su bienandança le pesava.

Por donde, conociendo Nicerián y Pentarcio que más servirían al rey con le partir dende presto que con quedar mucho tiempo en su casa, y otrosí considerando que si el tío de Norantén era de la muerte de su sobrino, antes que Pentarcio a su muger cobrasse, avisado, podría hazer alguna cosa que les más pesasse que lo passado, luego que las cartas fueron despachadas partieron con muy gran plazer del rey, porque tan presto se eran d'él despedidos conociendo en ellos la bondad que a él y a sus cavalleros faltava. Y con la mayor priessa que se dar pudieron, a causa de Pentarcio a quien mil años se le hazía cada hora hasta haver a su muger cobrado, llegaron al castillo a donde estava.

Y como el tío de Norantén viesse las cartas que del rey le presentaron, luego entregó su muger a Pentarcio, con la cual partieron en el mesmo instante. Y no passaron seis horas, que al tío de Norantén llegó un mensagero avisándolo de la muerte de su sobrino y del otro su cormano, con que recibió tan grande enojo por no lo haver sabido antes, que quasi más le pesó que de saber que era muerto, por no haver podido essecutar

su saña contra Pentarcio o su muger, con que le pagara parte de lo que por razón de aquellas dos muertes le devía. Por donde gran tiempo le duró aquel desseo de las vengar, buscando formas con que matar a Pentarcio sin que le aprovechasse, assí porque iba siempre sobre el aviso como porque después passó con su muger en Denamarca, según se vos dirá, adonde muy poco recelo d'él ni de otro tenía.

Cuando Pentarcio fue fuera de aquel castillo, por cierto no se vos podría sin larga y dolorosa escritura contar las lágrimas que entrambos derramaron de gozo y las amorosas palabras que se dixeron cuando assí se vieron juntos, porque, puesto que antes que lo que se vos ha dicho les acaeciera, muy mala vida passassen, conociendo Pentarcio la virtud de su muger y de cuán bien la había mostrado, assí cuando la prendieron como por todo el tiempo que en aquel castillo estuvo en los llantos y otras demostraciones de tristeza que en ella no se menos conocieron que en aquella sazón cumplida alegría, no pudo sino acrecentársele el amor que le tenía con firma determinación y propósito de la no descomplacer jamás en cosa que de su voluntad proceder conociesse. Y otrosí, viendo su muger lo que él por la haver codiciado había trabajado, junto con su bondad y valor, y que si le no correspondía al verdadero amor que siempre en él conociera no le dexaría de ser desagradecida, determinó de allí delante de lo amar y servir de manera que conociesse que de sentir no dexava lo que por razón de aquello le devía.

Por donde bivieron la más leda vida que se podría considerar. Y porque se más alegrassen fue servido Nuestro Señor Dios de les dar en muy breve tiempo un fijo y una fija, los cuales salieron cada uno en su género a maravilla cumplidos. Y al hijo pusieron nombre Palamireo y a la hija Denilda, de los cuales no se haze pequeña mención en la tercera parte d'esta historia. Porque, pareciendo a sus padres que en aquella tierra de Escocia no podrían aprender las virtudes y buenos costumbres, junto con los otros ejercicios que a cada uno convenían, acordaron de vender assí los dos castillos como todo lo ál que ende tenían y passarse en el reino de Denamarca para bivar en la casa del rey Tindareo, como lo hizieron. Adonde sus dos hijos se criaron con tanta solicitud de sus padres, que salieron tan cumplidos como se vos ha dicho, tanto que en su tiempo en el reino de Denamarca muy pocos cavalleros hubo que a Palamireo sobrasen de esfuerço y menos donzellas que a su hermana Denilda igualassen en hermosura.

Después de llegados Pentarcio con su muger a su castillo, detuvieron ende a Nicerián tres días, aunque lo rehusava. En los cuales hizieron todos los servicios y plazerres que se les otorgaron, con que se tuvo por tan satisfecho como de la voluntad

que en ellos había conocido. En el cual tiempo les aconsejó que no estuviessen en tan mala tierra como aquella sino que fuessen a bivar en Denamarca, como lo fizieron.

Passados los tres días que vos diximos, Nicerián se partió d'ellos dexándolos con gran soledad, y no tardó en passar al reino de Denamarca y ver a su tío Cleandro, y después a sus castillos, los que fueron de Verrolín y Thesamor, adonde estuvo algunos días entendiendo en lo que le cumplía. Y de allí bolvió a Tresendia, adonde fue de aquel honrado rey con tanta voluntad y honra recebido, que bien mostró que era criado del príncipe Valerián, según el amor que en lo recibirle mostrara y la honra tan grande que le hizo, con lo cual se contentara cualquier de los más altos hombres que en su reino tenía. En la casa del cual estuvo algunos días contando al rey muy particularmente lo que a su señor, después de partido de su reino, acaeciera, y assí mesmo holgándose con muchos de los cavalleros de la casa del rey. Los cuales, viendo cuán honrado era del rey, su señor, por respecto de Valerián y no menos por el valor de su persona, le hazían todos los plazer y servicios que a algunos d'ellos se otorgavan y conocían devérsele hazer.

Cuando le pareció tiempo, despedido del rey e de todos los que devía, passó en Francia y en el ducado de Savoya, adonde hizo muy grandes cosas dignas de perpetua memoria, por donde era tenido por uno de los buenos y preciados cavalleros del mundo. E si no se vos cuentan todas por extenso, no creáis que sea la causa ser tales que mereciessen en olvido ponerse, sino porque siendo la presente historia de Valerián de Ungría, no es razón que los hechos agenos la hagan sin fin. Y otrosí porque siendo el coronista d'ella Arismenio no quiso escribirlas extensamente, porque no pareciesse que las escribía por loar su propio hijo. Y por ende solamente vos diremos que fueron tantas y tales que su padre, el sabio Arismenio, a quien no se ascondían, se tuvo por tan honrado en lo haver alcançado por hijo, según había salido virtuoso y esforçado cavallero, como satisfecho de todos los servicios que a su señor Valerián, junto con el rey, su padre, y a todos los otros reyes y príncipes cuyo conocimiento y amistad tenía, en todos los passados tiempos hiziera.

Y a cabo de mucho tiempo, conociendo que su muger Empiralidea estaría con cuidado de su vida y por gozarse con ella, por razón que la mucho amava, bolvió a Colonia, adonde fue recebido d'ella con el verdadero amor que consigo traía, y estuvo algún tiempo hasta que se siguió lo que adelante oiréis.

¶Capítulo xcij. De cómo el rey Menadoro con la reina Luceminia, su muger, partieron de la Gran Bretaña para Bohemia, y de cómo llegados ende tuvieron cortes a sus vassallos, y de lo que en ellas y después se hizo.

De Bohemia vinieron mensageros al rey Menadoro con los cuales se le dava aviso cómo el duque de Fonteso, a quien el cargo del reino había encomendado después que fue por rey d'él jurado en la Gran Bretaña, según en la primera parte se vos contó, era muerto. E juntamente le embiavan a suplicar todos sus altos hombres y los otros vasallos que en aquel reino tenía, que de su vista no desdeñasse hazerlos mercedores después de tantos años que lo ver desseavan, pues con la presencia del príncipe Florianteo podría la Gran Bretaña por el tiempo que le pluguiesse çufrirse, assí como lo ellos hizieran sin ella; e si por algunos respectos por ellos no sabidos no se podían efectuar sus justos desseos, que a lo menos fuesse servido de les dar persona para el gobierno del reino, de cuyo regimiento se le siguiesse servicio y a sus pueblos pacificación y provecho, como se hiziera por todo el tiempo que lo rigiera el duque de Fonteso, el cual lo rigió tan sesudamente que les no faltava más de su presencia para lo tener todo.

De aquellas nuevas mucho desplugo al rey Menadoro, porque sobre todos los altos hombres de su reino preciava aquel honrado duque por su bondad y claro juicio, y por la falta que le hazía para el regimiento d'él, y otrosí porque no estava aún determinado a quién lo podría encomendar, a causa que no naciessen algunas embidias y malas voluntades entre sus vasallos, lo que no menos desseava escusar. Por donde algunos días detuvo ende aquellos mensageros sin despacharlos, señaladamente que la naturaleza de aquel reino en que naciera y se criara lo estimulava que fuesse a verla, ofreciéndole muchas razones y causas porque lo hazer devía.

Y como el natural desseo quando la razón acompaña cuasi siempre o las más vezes prevalga a todos los contrarios que se le oponer pueden, acordó, antes de se determinar, de comunicar aquel fecho con la reina, su muger, por ver si de su grado se podría aquel camino efectuar. Y quando se le ofreció la razón a su propósito, le dixó:

–Ya sabéis, dueña, la forma que en suceder yo en el reino de Bohemia se tuvo y los muchos años que, assí antes como después de ser jurado por rey de aquel señorío sin me jamás haver visto, son passados, y la grande obediencia que en este tiempo en todos los moradores d'él se ha conocido. De lo cual cualquier príncipe ha de dar a Dios

muchas gracias y nosotros no menos, pues en nuestra ausencia se han dexado regir como lo hazer pudieran siendo a ello presentes. Y porque podría ser que si para lo passado se halló tan buen cavallero como fue el duque de Fonteso, el cual lo ha tan bien regido, como por la esperiencia se ha visto, no se hallasse su semejante para lo venidero, es bien que se piense con gran acuerdo lo que para quitar todo género de discordias y renzillas entre nuestros vassallos conviene, pues de la división de los reinos se viene a seguir, no solamente una irreparable destrucción, pero desolación perpetua.

»Por escusar lo cual me ha ocurrido, pues al Alto Señor ha plazido de nos dar a los príncipes nuestros hijos, con quien mucha facilidad podemos quedar descansados en lo que cumplir podría al regimiento y gobierno d'este reino de la Gran Bretaña, y aunque mayor fuesse, adereçando lo que para semejante camino es conveniente, de ir a visitar aquel otro de Bohemia y estar ende algún tiempo hasta haver assentado lo que para nuestro descargo conviene, pues no menos cuenta havemos de dar de aquellos que tan olvidados hasta aquí teníamos, que de los que siempre havemos tenido presentes. Lo que yo mucho desseo hazer con vuestra compañía, porque puesto que haviendo de hazer este camino sin comparación sentiría la soledad de los príncipes, nuestros hijos, la vuestra me parece que por ninguna vía podría çufrir, cuanto más si de conocer dexasse no ser vuestra voluntad a la mía en todas sus partes conforme.

»Por donde vos ruego me digáis lo que en este hecho vos occorre, porque me yo determinar mejor pueda en lo que hazer devo, pues por esta razón he dexado de despedir estos mesageros y conozco que ya devrían ser despachados, lo que no menos cumple a nuestro servicio que a su provecho. Pues de la dilación se nos podría seguir mayor daño del que se podría considerar.

Y otras cosas para aquel efecto le dixo, con que mostrando que no se havia menoscabado un solo punto el grande amor que después de la haver conocido le tuviera, no dexava de manifestarle que para hazer aquel camino no eran pequeños sus desseos, puesto que los no entendía emplear, no conociendo que sus voluntades eran en todas sus partes conformes. Lo que no tardó mucho en conocer, porque en la mesma hora que la reina oyó lo que el rey, su señor, le dixera, y por sus palabras conoció que su voluntad era de hazer aquel camino, no tardó en le responder diziendo que su parecer y voluntad no eran para más de seguir el suyo, no solamente por lo que la razón la obligava, pero de su propia voluntad, la cual jamás de la suya se apartava un solo punto. Por donde lo suplicava que hiziesse lo que más le parecía ser a su servicio y voluntad conveniente, pues sus desseos no se estendían para más de lo obedecer y servir.

Cuando el rey oyó la respuesta de aquella virtuosa reina, que tanto amava, ser con no menos humildad y obediencia hecha, no se pudo çufrir sin la abraçar y dezirle lo que le agradecía aquella tan cumplida voluntad que en ella conociera. Por donde lo había obligado, más de lo que ya estava, para todo el tiempo de su vida no dexar de seguir la suya en todo lo que se ofrecer podría, pues la no devía menos complazer que ella dixera que lo obedecer desseava.

Y pues para efectuar su desseo tenía ya lo principal que se lo pudiera estorvar ganado, el siguiente día habló con Florianteo y Belinda, sus hijos, declarándoles lo que con la reina, su madre, habían acordado y la determinación que de lo cumplir tenían, y otrosí lo que ellos en su ausencia era conveniente que hiziessen. Y después, lo más secretamente que se les otorgó, fizieron adereçar un grande y hermoso barco, con todo lo ál que para semejante camino convenía. Y cuando fue todo adereçado, dando la bendición a los príncipes, sus hijos, haviéndose ya despedido de algunos de sus altos hombres y cavalleros, a los cuales en gran poridad les habían revelado la causa de su partida, y encomendado que sirviessen y obedeciessen a los príncipes que ende quedavan, para la cual ya dexava las provisiones que convenían, no sin compañía de muchos cavalleros, con dueñas y donzellas que para su guarda y servicio levavan, partieron de Londres.

Y llegados en el puerto de Dobra, adonde el barco les atendía, se embarcaron cuando el tiempo se les ofreció endereçado, con el cual navegaron menos días de los cuidavan hasta llegar adonde habían de aportar para tomar tierra, según la distancia que había tan grande dende la Gran Bretaña hasta aquel puerto, en el cual desembarcaron. Y por sus jornadas llegaron en Bohemia, no se olvidando, al tiempo que por Alemania y Ungría travessavan, de despachar sus mensageros, assí al emperador Nestarcio como al rey Pasmerindo en Trepisonda y a sus hijos en Londres, haziéndoles de aquella llegada sabidores.

Y como los altos hombres de aquel reino fuessen por los mismos mensageros que en la Gran Bretaña fueran avisados, por razón que con ellos les escribió de su presta venida, les salieron al encuentro mostrando ser tan ledos como en los recibimientos y servicios que les fizieron, assí por el camino como después lo mostraron, a los cuales assí el rey como la reina recibieron tan bien y honrándolos tanto, que ninguno dexó de quedar satisfecho.

Y llegados a una ciudad que se dezía Morandia, en la cual lo más del tiempo los reyes de aquel reino acostumbravan de tener su assiento, era ya tan grande la compañía

que consigo traían de los cavalleros de aquel reino, que la reina se maravillava no haviendo hasta entonces creído que fuesse tan grande ni tan populoso, causándolo el poco cuidado que d'él conocía al rey, su señor, tener por todo el tiempo que en la Gran Bretaña estuviera, después de haver en él sucedido. Y antes de diez días, después que fueron los reyes en Morandia llegados, vinieron todos los que devían ende acudir, a besarles las manos. Por donde quedaron tan satisfechos como conocido el amor que sus vasallos les tenían. Y para mayor cumplimiento de lo que hazer entendían, se hizo por mandado del rey convocación de todos sus altos hombres y cavalleros, porque dentro de cierto término y plazos para ello assignados acudiessen a las cortes que tener quería para assentar todas las cosas de aquel reino, por manera que ninguno quedasse quexoso.

Y cuando los plazos fueron passados con los que se presentes hallaron, pues cuasi no faltó hombre de los que llamados eran, se començó de entender en los hechos para los cuales la general convocación se fiziera y en breve tiempo se concluyeron, de manera que ninguno hubo assí de grande como de pequeño estado que no quedasse satisfecho quanto su razón y derecho lo requería. Por donde se les acrecentó sin comparación alguna el amor que les ya tenían, no dexando de rogar a Dios por la vida d'ellos conociendo cuán buenos se los diera, pues no solamente les satisfizieron lo devido, pero fueron tantas las mercedes que confirmaron y de nuevo hizieron, quantas les fueron con justa causa pedidas. Y allende de aquellas, para demostración de su magnanimidad, otorgaron otras sin que se las pidiessen a los que conocieron que se les devían por sus passados servicios, con que fueron tan grandes las voluntades que ganaron, que puesto que fueran reyes tiranos assí como naturales, no dexavan de ser tan bien quistos como el vasallage y servidumbre, de mucha voluntad acompañados, los obligava.

Y cuando al rey pareció tiempo despidió todos los que conoció que era razón que bolviessen a sus casas, dándoles grandes ayudas de costa, por donde volvieron tan contentos quanto era razón, siendo tan honrados como galardonados de los reyes, sus señores.

De aquella manera quedó el rey Menadoro con la reina, su muger, tan bien quistos y amados de los suyos, que en el tiempo que allí estuvieron, conociendo aquella gran voluntad en sus vasallos, muy poco sintieron la ausencia de los príncipes, sus fijos, adonde por agora los dexaremos hasta que d'ellos se torne a hablar en la tercera parte.

¶Capítulo xciiij. De cómo Canisor y Corismo libraron una biuda madre de una donzella y a sus compañías de cuatro cavalleros que las matar querían, por haver desdeñado entre los otros a un cavallero que le pidiera su hija para se casar con ella.

Algunos días anduvieron Canisor y Corismo, después de despedidos del emperador, su señor, por las tierras de su imperio, sin que se les ofreciese cosa que de contar sea, puesto que no sin grande desseo de hallar alguna aventura en que emplear pudiesen sus fuerças, assí como aquellos que eran criados de los dos mejores cavalleros de aquellos tiempos.

Y acaeció que, salidos una mañana de una buena villa en que la precedente noche alvergaran, no habiendo caminado dos horas, entrando por un monte, hallaron una donzella en cuya compañía ivan dos escuderos cavalgando en sus palafrenes. A la cual saludaron muy cortésmente, no dexando de recibir d'ella y de su compañía muy humilde mesura. Y otrosí le preguntaron que para dónde era su camino.

–Para casa del emperador, señores –dixo la donzella–, a le pedir socorro y derecho de un mal cavallero que tiene a mi madre cercada dentro de un castillo en que bivimos. El cual ha jurado que la ha de matar con toda la compañía que consigo tiene.

–Si para sólo esso vais, virtuosa donzella –dixo Canisor–, dende agora vos podéis bolver y escusar el trabajo del camino que de llegar hasta Trepisonda se vos recrecería, porque nosotros somos cavalleros d'essa casa y ayudaremos a vuestra madre, assí en essa necessidad como en todo lo que más pudiéremos, porque le no sea hecha fuerça ni menos reciba agravio, pues no trahemos estas armas ni recebimos el orden de cavallería para otro efecto.

–Dios vos lo agradezca, esforçados cavalleros –dixo la donzella–, porque sin que lo más juréis creo yo que sois de aquella casa, pues sin ser d'ello rogados, por hazerme muy grande merced y a mi madre no menos socorro, vos havéis ofrecido. Y pues en cada uno de vosotros, virtuosos cavalleros, se parece que vos no hizo Dios sino para remedio de los como yo cuitados, dezirvos he más largamente la causa por la cual iva a Trepisonda, porque con mayor voluntad cumpláis lo que me ofrecistes, si para tanto vos sintiéredes bastantes. Para información de lo cual conviene que sepáis que mi madre es una dueña sola y biuda. Y como tenga más opulencia que necessidad d'estos codiciados bienes de fortuna, no teniendo a quien los dexar sino a mí, ha desseado siempre de me

casar con cavallero que, puesto que no tenga más de unas armas y cavallo, sea entre los buenos contado, antes que con otro que de hazienda me sobrepujasse, si le faltasse esfuerço y las otras cosas que para serpreciado conviene.

»Por donde haviendo negado mi casamiento a algunos cavalleros que por muger me han querido, ha ganado malas voluntades de aquellos que la querían por madre, y señaladamente de un cavallero llamado Nabrandelio, por se haver más que los otros sentido porque lo ha rehusado. El cual, haviéndose quejado a algunos sus amigos de la injuria y afrenta que se le ha por mi madre hecho, los ha atraído a su voluntad. De manera que determinaron de venir a nuestro castillo y de entrar dentro a pesar de quien se lo defendería, sabiendo que no había ende quien se lo resistiese, y tomarme por fuerça y levar adonde le parecería, haziendo cuenta que teniéndome en su poder todo se haría después a su propósito.

»Quiso Dios que d'este concierto fue mi madre avisada, por donde dos días antes que Nabrandelio ende viniese con tres cavalleros para su ayuda y favor, me embió a otro castillo en que bive un cavallero, mi tío, el cual en su tiempo ha sido tanpreciado como los que dixes covardes y villanos, porque ende estuviese más al seguro. De suerte que cuando Nabrandelio vino al castillo de mi madre ya lo halló cerrado. Y sabiendo de un moço, que para traer leña era poco antes salido, que yo no era ende, puesto que no en que parte me hallava, fue tan grande la saña que le sobrevino, que en presencia del mesmo moço y de los otros cavalleros y escuderos que con él eran venidos, juró de se no partir dende hasta tanto que yo le fuesse entregada por mi madre para me tomar por amiga, pues lo había desdeñado por marido, y que si lo no hazía dentro de cierto término, que aunque le pesasse entraría en el castillo y le tajaría la cabeça juntamente con cuantos dentro d'él hallaría. Y para lo poder cumplir luego embió por dos tiendas a cuenta de assentarlas delante las puertas, porque ninguno pueda d'él salir sin su voluntad y mandado.

»Y como el moço que aquello oyera, no lo dexando entrar dentro del castillo, no supiesse lo que de hazer había, acordó de venir a dezirlo a mi tío, el cual con estos dos escuderos para suplicar al emperador que, pues somos sus vasallos, nos defienda, de manera que no nos sea hecho tuerto, castigando los que lo hazer quieren, en menosprecio de su justicia y poder, porque succeda en exemplo a los otros.

»Por donde, virtuosos cavalleros, si mi dicha fuera tan grande que, como sois dos, fuérades cuatro, pudiera escusar el trabajo que dixistes y levar más presto socorro a mi madre, la cual no dexa de estar en gran peligro, aunque el castillo es fuerte, assí por

la cava que tiene muy honda como por estar alçada la puente, por la cual se ha de entrar hasta las puertas. Todo lo cual no me assegura tanto, como haría si conmigo llevase suficiente número de cavalleros, para defenderla según la saña que aquel falso contra ella tiene. Por donde recelo que se no podrá escusar mi trabajo para assegurar del todo el peligro que dixé, aunque vos no quedaré menos deudora por lo que me ofrecistes, que si ya viera por vuestro medio a mi madre y a mí libres de todo lo que se dudar puede.

Cuando los cavalleros de oír acabaron la razón de Marcia, que assí se dezía la donzella, mucho se maravillaron del atrevimiento de Nabrandelio, conociendo cuán castigador era el emperador Pasmerindo de sus semejantes. Por donde Canisor le dixo:

–Bien se parece, virtuosa donzella, que esse cavallero ni los que con él vienen no conocen al emperador, porque en verdad si lo conocieran, no solamente acometerlo pero pensarlo, no se atrevieran, por razón del riguroso castigo que sería en ellos essecutado. Pero por no aguardar tanto, sabiendo que el Alto Señor por muchas vías sabe y puede cuando es su voluntad castigarlos, para mayor demostración de su soberano poder e justicia, y por vos escusar del trabajo que no podríades dexar de passar, y al emperador del enojo que de oír tan gran villanía se le recrecería, aunque ellos sean cuatro y nosotros no más de los que veis, si en lo que nosotros por los dichos respectos entendemos de aventurar nuestras vidas vos parece que podéis confiaros, dende agora por lo que vuestra virtud nos obliga, vos prometo por este cavallero, mi compañero, y por mí, de no nos entremeter en otra demanda hasta haver librado a vuestra madre del peligro en que ver se espera y dezís que está aventurando en ello, lo que no menos nos pesaría de perder que a vós vuestra madre, por razón de la falta que a muchos que nos bien quieren haríamos, allende de perder nosotros en ello la vida, que podéis tener por cierto que la guardaremos todo lo que se nos otorgare por no morir tan moços. Y porque con mayor seguridad vuestra se pueda hazer, dexaros emos en el castillo de vuestro tío, y con un hombre que nos guíe iremos al vuestro, adonde trabajaremos en su liberación con todas nuestras fuerças. Y si nuestra ventura fuere que lo cumplir podamos, con el mesmo hombre podréis ser de vuestras desseadas nuevas sabidoras, y de lo contrario con que vos determinaréis en lo que vos más cumpliere.

Como Marcia oyesse con cuanta voluntad aquellos cavalleros le ofrecían sus vidas para lo que tanto desseava, y que en ello se mostrava todo lo que para semejante exercicio convenía, y que según dixeran mucho a su salvo podía hazer la experiencia, agradeciéndoles según devía su ofrecimiento, les dixo que no pluguiesse a Dios de le dar tan mal conocimiento que permitiesse que ellos en su ausencia huviessen de

aventurar sus vidas por hazer lo que a ella cumplía, pues no lo çufría razón ni cabía en ley de medida. Por donde, pospuesto cualquier peligro que le recrecer pudiesse, determinava de ir con ellos, confiando que el derecho que ella tenía, junto con sus bondades y esfuerço, le darían de aquel su enemigo tan presta vengança como él desseava hazer daño en la persona de su madre, que se lo no devía.

Dicho lo cual, con sus escuderos bolvió para seguir el camino de los cavalleros, que era el mesmo que de levar havían por entonces, con el corazón tan esforçado como si consigo levava los cuatro mejores que en el mundo se hallar pudieran, según iba pagada de sus aposturas y buena criança. Y tan buena priessa se dieron, que a la tercer jornada, poco más de passado medio día, llegaron muy cerca del castillo de Marcia, de donde vieron salir gran humo. Por donde sospecharon que algún mal recaudo devía ser que Nabrandelio ende hazía, como era la verdad. El cual, recelando que si muchos días se detenía en el campo algunos cavalleros vernían para le estorvar la voluntad que de entrar en el castillo tenía, acordó con sus compañeros de hazer traer ende unos maderos, sobre los cuales hizo que ciertos carpenteros clavassen tablas bien y firmemente clavadas. Y después que hubo hecho aquello los echaron dentro de la cava, y con aquel ingenio, por ser el agua d'ella muy alta y fonda, con mucha facilidad pudo con los que en su compañía estaban passar de la otra parte. Y como la puente que estava alçada los defendiesse, de manera que de encima del castillo ningún daño se les podía hazer, mandando traher ende mucha leña la pusieron entre la puente y las puertas del castillo. Y después, encendiendo fuego por todas las partes que pudieron, començó de quemar de tal manera que si los de dentro no se defendieran, lançando mucho agua y tierra para amatarlo, en muy breve tiempo se huvieran quemado las puertas y la puente. Con que teniendo facultad de entrar dentro del castillo, no solamente pudiera essecutar su dañado propósito, pero estar muy seguro en él por razón de su fortaleza.

Y puesto que con aquella defensa algún tiempo pudieron defenderse, pero no pudo aprovechar tanto que al tiempo que llegaron Marcia con sus cavalleros no ardiessse el fuego, de manera que ya no tenían esperança ni forma con que lo amatar pudiesen. Por donde por tan muertos se juzgavan como las fuerças que en sí sentían para defenderse, a cuya causa con muchas lágrimas rogavan a Dios que d'ellos se doliesse. El cual, como no tenga acostumbrado desdeñar los justos ruegos ni permitir que a los afligidos, que a él con firme fe recorren, se haga fuerça, en el tiempo que cuasi por perdidos se juzgavan, les tenía ya proveído tan buen socorro como para los librar de aquellos malos cavalleros convenía.

Y como los que con Marcía venían acercándose al castillo, viessen con cuanta priessa sus contrarios trabajavan que se quemassen las puertas y la puente, y que si mucho se tardavan no se dexarian de efectuar sus malos pensamientos, decendiendo de sus cavallos, tiradas sus espadas, bien cubiertos de sus escudos, con tan esforçado ánimo como si los que para acometer ivan no fueran hombres para se defender, saltaron dentro del tablado que Nabrandelio hazer mandara. El cual, con sus compañeros, como los assí venir viessen y conociessen a Marcia que con ellos viniera, no dudaron de les salir al encuentro, diziendo Nabrandelio:

–A ellos, mis amigos, mueran por su atrevimiento.

Dicho lo cual, considerando que eran doblados, arremetieron contra Canisor y Corismo con tan gran denuedo, que fue maravilla no bolver Marcia las riendas de su palafrén para huir, según en aquello le parecieran esforçados sus enemigos, acordándose del sossiego que en sus cavalleros havía visto y de la mansedumbre y humildad de sus palabras, creyendo que sus fuerças y esfuerço no las sobrepujavan. Pero detuvóse, assí por haver visto cuán endonadamente havían dentro de la cava saltado, como por parecerle que, no dudando las palabras y arremetida de sus contrarios, ivan contra ellos con tan esforçados continentes, que Nabrandelio con sus compeñeros no fueron menos maravillados de sus esfuerços, que dende a poca pieça que su batalla començaron, temerosos de perder en ella las vidas, causándolo que luego que la primera furia passó, conocieron que los dos cavalleros les tenían tan grande ventaja, assí en ferirlos como en saberse guardar d’ellos, que si no se vieran tantos y no les impidiera vergüença la demostración del miedo, y sobre todo la codicia de ganar aquella donzella con el señorío de aquel buen castillo y de toda su hazienda, no dexaran de acometerlos de algún partido con el cual se pudiera escusar su batalla.

Pero creyendo que el esfuerço d’ellos no podría tanto durar que se no cansassen, según la priessa se davan, çufriéronse alguna pieça puesto que no sin su mayor daño, porque antes de media hora se hallaron de tantas llagas llagados, que bien se conocía la sin justicia d’ellos y el derecho de Marcia. La cual muchas gracias estava dando a Dios por lo que vía, no dexando de suplicarlo que cumplidamente otorgasse a sus cavalleros el vencimiento de sus contrarios, porque a su madre y a ella no fuesse hecho tan grande tuerto y agravio.

Pero como en aquella sazón Nabrandelio viesse a sí y a sus compañeros tan teñidos de la sangre que de sus llagas salía, como a sus enemigos sanos e libres d’ellas, y que cuanto más la batalla durava tanto se parecía acrecentarseles las fuerças, y por

ende más con desesperación que con esfuerzo, quiso provar si aventurándose a abrazar con Canisor podría salvar su vida y las de todos, según las juzgava por perdidas, con pensamiento que, teniendo él a Canisor abrazado, de quien más daño recibieran, los tres que quedavan con mucha facilidad vencerían a Corismo. Vencido el cual le podrían ayudar contra Canisor, por manera que, de perdidos, quedarían vencedores y alcanzarían lo que por otra vía era escusado pensarlo.

Y como en aquello se determinasse en la sazón que le mejor pareció, arremetió contra Canisor por abrazarlo. El cual, si el pleito fuera por igual, no dexara de le cumplir en aquello su desseo. Pero temiendo lo que suceder podía, al tiempo que Nabrandelio quiso abrazarlo, desvió el cuerpo, y como desapoderado y sin algún tiento viniesse, dio tan grande caída en el suelo como convino para se no levantar jamás en este siglo, porque en el mesmo punto Canisor lo firió de tales dos golpes, que assí escusó a los maestros el trabajo que para lo venir a curar se les recreciera, como a Nabrandelio la satisfacción. Puesto que no la que a la madre de Marcia devía, assí por el daño que le ya fiziera como por el que del temor y recelo que por razón de se ver en aquel peligro, se le pudiera recrecer.

En aquel comedio Corismo no se había dado adormido tanto que no huviesse ya derribado a uno de los tres compañeros de Nabrandelio, porque assí como juntos a hazer aquel daño vinieran, no fuessen al otro siglo partidos. Cuando los dos que quedarán vivos vieron a Nabrandelio y Sardalín, que assí se dezía el otro que Corismo matara, yazer en el suelo con la ravia de la cercana muerte, temiendo passar por la mesma suerte con que no podían dexar de perder las vidas y almas juntas, acordaron de pedir merced d'ellas a sus contrarios. Los cuales, conociendo que ya tenían cuasi pagada la pena que merecían, assí por estar mal llagados, como por el temor que de la muerte tener mostravan, se la otorgaron, tomando d'ellos la possible fiança que en lo venidero no serían desmesurados ni desleales contra las dueñas y donzellas, señaladamente contra Marcia y su madre, por causa de las cuales habían sus compañeros perdido las vidas y ellos cobrado aquellas llagas, las cuales con hazer lo que eran obligados no tuvieran. Lo que los dos cavalleros, como aquellos que ya no esperavan sino passar por la regla de los primeros, juraron tan voluntariamente como lo después cumplieron, conociendo que con mayor razón quedavan castigados que con la vida, aunque no eran en la intención principales, sino llamados por Nabrandelio para aquel efecto.

Y porque de la dilación no se les siguiesse algún daño en sus llagas, se las hizieron apretar por los escuderos que ende tenían. Los cuales, después de se las haver

apretado, juntamente con los otros hombres que para clavar las tablas y adereçar los maderos eran venidos, cogidas las tiendas que ende pararan y cargados los cuerpos de Nabrandelio y Sardalín en dos palafrenes, partieron, dexando a Marcia con sus cavalleros y escuderos en el castillo en que luego que passó la batalla entraron. Porque los que dentro estaban mientras duró la batalla, pues no tenían quien se lo impidiesse, entendieron en amatar el fuego. Y cuando vieron el sucesso d'ella, abaxaron la puente y les abrieron las puertas para los dexar entrar de grado, pues no se había cumplido el desseo de los que lo querían por fuerça. A donde fueron tan bien y con tanta alegría recibidos, como se considerar puede y era devido, haviéndolos librado de la cruel muerte que padecer no dudavan, señaladamente la madre de Marcia. La cual no sabía qué dezir ni hazer, assí a los cavalleros como a su hija, de gozo por les mostrar cuánto les agradecía la vida que por su causa no perdiera.

Después que huvieron aquella tarde cenado, con acuerdo de la madre de Marcia y de Canisor y Corismo se determinó que la devían casar con un cavallero, su vezino, al cual dezían Antireo, porque puesto que fuesse mancebo y de poca experiencia era tan cuerdo y assossegado en sus cosas, que pocos había en toda aquella provincia que le fuesen iguales, no dexando de tener respecto que un tío suyo, hermano de su padre, era muy rico y sin hijos. Por donde tenían por cierto que assí con aquella hazienda como con la de Marcia sería mayor y principal entre todos los cavalleros de aquella comarca, lo que assí se hizo y cumplió como lo pensarán, quanto al casamiento y a la successión de la hazienda de aquel tío de Antireo.

Dos días estuvieron ende Canisor y Corismo entendiendo en aquellos hechos, passados los cuales se partieron, dexándolos con alguna soledad por se hallar con ellos tan bien acompañados como lo estuvieran mal con Nabrandelio y sus compañeros. La cual les duró algunos días hasta que se hizieron los desposorios y bodas de Marcia, con que la perdieron por las muchas fiestas y alegrías que por razón de aquellos auctos se fizieron.

Y puesto que en aquel camino muchas cosas se les ofreciessen, con que cumpliendo sus buenos desseos emendaron grandes tuertos y agravios, no vos los contamos, porque tenemos por cierto que haviendo leído los de aquel esforçado Valerián de Ungría, el cual en aquellos tiempos careció de igual, no se halagarían vuestros oídos y los otros sentimientos con oír y leer los d'estos cavalleros, allende que se haría la historia cuasi sin fin. Por donde solamente se vos dirá cómo llegaron a cabo de algún tiempo a Belgrado, adonde de sus mugeres y deudos fueron recibidos, con

aquella alegría que el deudo y la razón requería, según antes de se venida bivían con diversidad de cuidados por razón de los peligros en que los consideravan de cada hora. Y aunque el gozo y alegría de sus mugeres muy grande fuesse por razón de su venida, no fue menor el que sus maridos sintieron, porque sin comparación fueron ledos al tiempo que se vieron en sus casas con compañía d'ellas y de sus hijos. El desseo de ver los cuales no fue tan pequeña parte que les no forçasse a venir más cedo de lo que les parecía devido a tomar aquel descanso y reposada vida, la cual no pertenece sino a aquellos a quien por razón de dolencias y debilidad de fuerças o semejantes impedimentos es otorgado.

¶Capít[ulo] xciiij. De cómo andando Brisortes por un valle en el reino de Navarra, halló dos cavalleros que se querían matar por razón del contentamiento que tenían con sus mugeres, y de las razones que cada uno dixo por su parte, siendo el uno casado con hermosa y el otro con fea, y de lo que sobre ello se determinó.

Como Brisortes, escudero que fue del rey Finariel, no tuviesse la ocupación que en Asoradel y Ocernio con Clemino conocía, los cuales por razón de ser nuevamente casados no devían sin justa causa dexar a sus mugeres, porque por ellas no se conociesse o a lo menos sospechasse que por algún descontentamiento las dexavan, pues ivan a buscar los peligros dexando el descanso, una mañana, después de se haver despedido assí del rey, su señor, como de todos los otros de quien despedirse devía, armado de unas frescas y buenas armas, partió de París acompañado de un donzel, su sobrino, para que el yelmo y la lança le levasse.

Y pareciéndole que pues ya había visto las tierras de Francia, por la parte que ivan a Flandes, y otrosí las de Alemania y Ungría, lo mejor sería tomar su camino contra los reinos de España, comenzó de seguirlo no sin gran desseo de hallar algunas aventuras, con que empleando las fuerças y orgullo que en sí sentía pudiesse ganar alguna honra y prez, y mostrar que para aquel exercicio no le había faltado buen maestro. Pero como con la nueva venida de los reyes y príncipes, sus señores, se huviesse puesto el orden y assento que convenía, assí en el regimiento y administración de la justicia como en guardar los caminos, de suerte que los caminantes sin peligro

caminar pudiesen, cuasi toda la tierra de Francia y ducado de Guiaina había travessado y entrado en unos valles del reino de Navarra, sin hallar cosa para su propósito ni que con razón se deviesse por escrito poner.

Pero llegado ende, cuasi dos horas después de medio día, sintió voces como de hombres que reñían, dadas con tan gran priessa que se no davan lugar para oírse. Y como el desseo de saber quién eran y por qué causa reñían le fiziesse aquexar a su cavallo más de lo acostumbrado, no tardó en llegar cerca de dos cavalleros. Los cuales en aquella sazón decendían de sus cavallos con intención, según después supo, de se combatir a pie, porque con mayor brevedad su cuistión se determinasse. Por donde viéndoles tan determinados y que no era bien, pudiéndolo estorvar, dexarles essecutar sus sañas, les dixo:

–Por cortesía vos ruego, cavalleros, que me digáis la causa porque poco antes eran tan grandes vuestras bozes y agora la de vuestra batalla, porque si se escusar puede por alguna vía, no muera el uno de vos o entrambos, siendo tan buenos como se parece.

–Porque no querría –dixo el uno– que mi contrario creyesse, virtuoso cavallero, que si me ocupo en responderos lo hago por diferir el desseo con que de nuestros cavallos decendimos, por merced vos pido que lo no tengáis a desmesura si vos no doy la razón que se os deve, pues cuasi no se ha de temer menos ser argüido de desmesurado que de covarde.

–Antes holgaré que le deis la razón que dezís –dixo el otro–, porque a lo menos conozca cuánto es mayor vuestra porfía que el derecho.

–Pluguiesse a Dios que la vuestra no fuesse tan grande, porque vos consintiesse dexallo a su determinación –dixo el que primero hablara–, porque si lo dexássedes entonces vería cuál de nos es el porfiado.

–Por cierto, si essa es vuestra voluntad –dixo el otro–, puesto que lo no diga porque no sea mayor mi desseo que el vuestro de lo averiguar de la primera suerte, dende agora no solamente seré contento, pero recibiré muy grande merced que lo él determine, aunque siempre creeré que vuestra porfía no querrá ser de su juizio sobrada.

–Ya parece que ponéis achaques –dixo el otro– para que no diga lo que sobre nuestra contienda alcança, pues conocéis que no se ha de declarar por vuestra parte. Por donde si no vos parece que lo él entienda ni determine, dexémonos de palabras y averíguese de la suerte que desseáis, porque yo os prometo que no lo desseo menos.

–Pues assí es –dixo el otro–, para qué es menester dar trabajo a este honrado cavallero, sino que se cumpla esse vuestro desseo, pues al mío no le falta para ello un solo punto.

Dicho lo qual se arredraron para tirar de las espadas, pero Brisortes, poniéndose en medio d’ellos, les dixo:

–Todavía vos ruego, virtuosos cavalleros, que me digáis lo que vos pregunté poco antes, pues podéis tener por cierto que si mi juizio alcança la determinación de vuestra diferencia, ni vosotros quedaréis diferentes ni yo con el pesar que si passasse adelante vuestra batalla se me recrecería, señaladamente si es vuestra cuistión de cualidad que sin mucha dificultad pueda determinarse.

–Es tan poca la que hay, virtuoso cavallero –dixo Cupidio, que assí se dezía el que primero le respondiera–, que no digo vos en quien ninguna cosa se muestra sin perfición, pero el más torpe hombre del mundo la determinaría tan presto y tan bien como la claridad de mi derecho lo requiere.

–Bien creo yo que si vós fuéssedes el juez sería assí –dixo Pacífico, que aquel nombre tenía el otro–, pues juzgaríades a vuestro sabor no curando de razón ni de derecho.

–¡O, válame Dios con tan porfiado hombre –dixo Cupidio, que ni quiere dezir su causa ni menos oír la agena! Dezid agora, por Dios, ¿cómo se determinará nuestra cuistión no siendo oída? Pues yo os juro por la fe que a Dios devo que por la segunda o primera vía no ha de quedar sin determinarse, aunque sepa quedar sin la vida en este campo. Por donde no vos ha de aprovechar el nombre de Pacífico, pues todo lo ál es de reboltoso.

–Si yo creyera que tanto se os entendía de interpretar nombres –dixo Pacífico–, no creáis que de trabajar dexara de vos conservar por amigo, según lo que para ciertos hechos me cumplía, pero como vea que el vuestro, siendo del más encumbrado y soberano amor que se hallar puede, y tanto que los poetas lo llamaron Dios, no es eficaz para que las obras en alguna parte le correspondan, antes todo lo contrario, no me parece que devíades interpretar el mío, porque no se cumpla en vós el exemplo de la pajueta y del madero, con tan gran razón como es cierto ser vuestro nombre y obras en todas sus partes y en cada una contrarias. Y porque con todo lo dicho no determino çufrir que de aquí vais sin la determinación que no menos que la vida preciar mostrastes, dende agora vos prometo de seguiros hasta que por cualquier vía sea averiguada. Y pues por lo que a este virtuoso cavallero se deve, es justo que

primeramente sepamos si lo él determinar puede. Vós, que lo sabéis dezir tan bien como si en Toledo naciéradés, dezilde la causa de vuestra porfía, porque vea si su juizio lo alcança o si querrá que entrambos lo averigüemos.

–Gracias a Dios que terná principio la declaración de nuestra contienda –dixo Cupidio–, pues será oída. Y puesto que lo no dezir sepa tan bien como los d’essa ciudad lo dirían, a lo menos será brevemente propuesta, porque pocas vezes larga razón no carece de defecto ni puede ser con plazer escuchada. Por donde, virtuoso cavallero –bolviéndose a Brisortes, dixo–, la causa de nuestra diferencia es que, siendo este cavallero mi contrario casado con la más fea muger d’este reino, afirma que osará mantener que tiene razón de estar tan contento como yo que alcançé casarme con la más hermosa. Assi que mirad cuál de los dos era el porfiado.

–Por cierto vuestra contienda es de tal cualidad –dixo Brisortes–, que creo que jamás se trató su igual. Por donde conviene, para que yo con mayor fundamento pueda al que mejor derecho tuviere arrimarme, saber de entrambos las causas y razones que cada uno tiene para poder alcançar esse contentamiento, pues de otra suerte ni vuestro pleito sería bien entendido ni como se deve declarado.

–Por verdad que tenéis tanta razón, virtuoso cavallero –dixo Cupidio–, que contradéziros no carecería de desmesura, allende que quien lo contrario dezir quisiesse, antes mostraría tener falta de derecho, que voluntad que fuesse examinado.

–Y aún assí me parece a mí que se hazer deve –dixo Pacífico–, pues si a la haz de vuestra razón no se hallasse el envés que yo alcanço, presto se declararía por vuestra parte.

–Veamos de qué cualidad es esse envés –dixo Cupidio–, porque si visto no sobrepuja o no iguala a la haz de mi derecho, tan presto seremos fuera de pleito como enredados en él si entramos más hondo.

–Paréceme –dixo Pacífico– que dexando de ver el juez la razón del que pide y los fundamentos d’ella, poca necesidad tiene de examinar las excepciones de su adversario, pues no subsistiendo causas para pedir legítimas, el requerido ha de ser absuelto y el requiriente condenado. Por donde conviene que primero se examine y vea la haz de vuestra razón y después el envés de la mía, porque cotejadas y examinadas como se deve, quede la una prevaleciente y la otra repellida.

–Pues assí ha de ser –dixo Cupidio–, digo para fundamento de mi derecho que siendo mi muger tan hermosa como fea la vuestra, tengo tanta razón de estar e bivir

contento como vos por lo contrario, porque a ley de naturaleza se ha de apetecer lo deleitable y hermoso y aborrecerse lo enojoso y feo.

–Antes que diga lo que más dezir entiendo –dixo Pacífico–, querría saber de vos cómo se ha de entender hermoso y feo, porque de cada día vemos los que presumen en los principios de gozarse con tener hermosas mugeres, en muy breve tiempo aborrecerlas por otras que al común juzio no les igualan con gran parte, y los que las eligieron feas, contentarse con ellas sin buscar otras que mejor parecer puedan.

–No sé yo que estos dos contrarios de hermoso y feo tengan necesidad de inteligencia ni de declaración –dixo Cupido–, pues no dexa de ser cierto que así el que tiene muger hermosa, desechándola por otra, como el que la tiene fea, contentándose con ella, no dexan de hazer lo que no deven, porque el primero menosprecia lo que ha de desear y el segundo se deleita con lo que ha de aborrecer, forçando sus naturalezas para que se contenten con lo que les es más contrario.

–Muy bien está dicho según vuestra intención –dixo Pacífico–, puesto que no de suerte que se haya como convenía a mi pregunta satisfecho. Pero porque no entiendo que haya de parar en esto nuestra contienda ni menos impedir la prossecución d’ella, dezidme, ¿el contentamiento ha de proceder de sólo ver un objeto aplazible y hermoso o conviene que sea de otras causas ayudado para que sea eficaz y permanente? Porque si en sola la vista de un gesto hermoso consistiese, seguir sea que ninguno que hermosa muger tuviese podría bivar descontento. Lo que no puede sostenerse, pues la esperiencia es en contrario por razón que muy a tarde se halla entre los semejantes paz ni contentamiento. Por donde tengo averiguado lo contrario, o a lo menos que de sólo el objeto, cuan aplazible y hermoso pueda considerarse sin ser de otras causas ayudado, no puede proceder. Y de ahí se sigue que el que hermosa muger tiene, no lo siente mayor que aquel que la tiene fea.

–Si dezirse pudiesse que de la vista y compañía de la muger hermosa o de la fea –dixo Cupido– se pudiesse alcanzar tan grande contentamiento como se podría desear, cierto es que no se alcanzaría sino de la vista y compañía de la hermosa, pues no dexa de ser averiguado que se causaría del objeto aplazible y no del aborrecible. Pero porque de ninguna cosa proceder puede tan cumplido y perfeto que no nos quede que desear, por razón de ser todo lo de acá poco y finito y nuestros desseos infinitos, no havemos de tratar del contentamiento, con el cual se hinchen todos los vazíos de nuestra flaqueza e imperficiones d’ella, sino de aquel sólo y particular que de la vista y compañía de nuestras mugeres puede causarse.

»Y por ende, por mostrar que teniéndola yo hermosa y vos fea tengo tan grande razón de bivar, tan alegre y contento como vós triste y descontento, allende de las ya dichas causas con las cuales está más que averiguada la razón de mi parte, digo que hallándose en entrambas mugeres iguales partes de virtudes o vicios, siempre quedaría yo mejor librado, porque en caso que fuessen virtuosas sería mayor mi contentamiento, e si viciosas menor mi descontentamiento, por razón que por cualquier vía sería preferida la hermosura a la fealdad.

–Si de ninguna cosa de las de acá, señaladamente de las que son por nós poseídas, se puede recibir contentamiento –dixo Pacífico–, de aí se sigue que de la possessión de vuestra muger hermosa ni de la mía fea no se nos puede causar, porque es cierto que todo lo poseído no puede acarrearlo, por el menosprecio en que se tiene. Y por no dexar sin satisfacción vuestra segunda razón, digo que en este juicio no cabe ni menos puede admitirse, assí porque ningún humano podría cotejar ni igualar essas virtudes y vicios, pues le faltaría el conocimiento interior, el cual a sólo el Alto Señor es otorgado, como porque no tratamos del general contentamiento sino del vuestro o del mío, en los cuales no se ha de entender la generalidad de los bivalentes. Y cuando de la nuestra particular a toda la universal se pudiesse hazer illación o por lo contrario, conviene que esaminemos primero si las virtudes y vicios que en semejantes personas concurrir pueden son naturales o adquiridas, porque si son naturales de fuerça han de obrar sus efectos conformes a su naturaleza. Por donde assi de la hermosa como de la fea se habría de tener igual contentamiento o lo contrario, e si son adquiridas havemos de examinar cuál de las dos tiene mayor aparejo para adquirir las virtudes o vicios, porque hecho d’esta manera el examen, con más facilidad podrá este virtuoso cavallero dezir su parecer sobre nuestra contienda.

»Y por ende, quanto a lo primero, conviene para no otorgar mayor fuerça a ninguna de las partes que estas dos mugeres sean en el entendimiento e juicio igualadas, pues si a la una se otorgasse mejoría, claro está que ganaría por aquella ventaja y no por derecho. Y de aí havemos de tener que siendo en el entendimiento iguales, si dexan de elegir las virtudes y escogen los vicios, aquella elección no procede de su entendimiento sino de las causas y aparejos que se les ofrecen, los cuales es cierto que tienen mayores la hermosa que la fea. Por donde se ha de inferir que no puede ser vuestro contentamiento tan grande como el mío, pues a vós pertenecen recelos y cuidados, y a mí seguridad y descanso. Por razón de los cuales no se vos otorga gozar de lo que a mí no es prohibido.

–Tantas cosas havéis dicho que si a todas huviesse de particularmente satisfacer –dixo Cupidio–, más ternía que hazer este honrado cavallero en entendernos que en declarar nuestra contienda, pues lo por vós dicho no está menos confuso que la razón por mi parte clara. Por donde no entiendo por agora dezir más de preguntaros cuáles son los aparejos que mi muger tiene mayores que la vuestra para ser viciosa, y qué recelos son los que se me han de causar, con que se me imipida recibir el contentamiento que de ver y gozar de su hermosura se me recrece.

–Tan vulgados son –dixo Pacífico–, que dezirlos sería mostrar que no tenemos por tan cuerdo a este virtuoso cavallero que los alcance. Pero porque de derecho de lo no allegado no se ha de haver consideración ni respecto, diré lo más breve que se me otorga lo que acerca de vuestra pregunta me ocurre. Para la satisfacción de la cual digo primeramente que no se ha de dudar que la hermosura de la muger, aunque sea por el marido poseída, no dexa de ser por los estraños codiciada. Por donde se le han de recrecer tan grandes cuidados y recelos, como tener convernía a quien todos sus thesoros tuviesse en una arca sin cerradura, cuyas llaves havrían de ser los ojos de su dueño, porque de su descuido no se causasse aparejo para serle robados. Lo que está claro que no se causa al que la tiene fea, pues según vuestra proposición ninguno la apetece.

»Demás digo que como nuestra flaqueza sea tan grande que para sustentación de la vida convenga dormir y hazer otros exercicios, sin los cuales assí los emperadores como los pastores bivar no podrían, quando vence el sueño nuestras potencias visibles y los otros exercicios las impiden, que velar sobre sus cuidados no pueden, ¿quién guardará los thesoros y la muger codiciada por su hermosura? Ya sé que me diréis lo primero, amigos y criados, y lo segundo, temor y vergüença, y quando alcançan todo lo que bueno alcançar pueden, castidad y amor. E si para todo falta la constancia de la voluntad, ¿qué aprovechan guardas para los thesoros e riendas para la hermosura, si las más vezes los mesmos criados y amigos son los ladrones, y el temor y la vergüença, con la castidad y amor, los robadores?

»Que esto assí sea, dexados a parte los thesoros, pues sólo nos havemos para hazer una comparación servido d’ellos. Dezidme: ¿cómo es possible guardarse y defender tanto tiempo una persona que a todo el mundo tenga por enemigo, que en un año o en muchos no venga a serle tan enojosa la defensa como aquella que tiene pocos por contrarios, la ligera carga de una armadura con que cree defender y salvar su vida? Y si assí que el hombre a quien se otorga mayor contancia e juicio, para prevenir lo

venidero y guardar lo presente, que a cualquier otro género de las criaturas que lo alcançan, por discurso de tiempo viene a fatigarse tanto del ligero peso de un arnés delicado, que por no lo çufrir lo dexa, sabiendo que por ello se aventura a padecer sangrienta y cruel muerte, ¿qué hará la muger hermosa, pues no se le asconde que aunque dexa las continuas y enojosas armas de su defensa, no sólo no ha de recibir muerte como el hombre, pero que ha de alcançar sabrosos plazer y grandes deleites?

»Por cierto no se ha de creer que sostener quiera el continuo y oneroso peso d'ellas, considerando cuán poco es lo que perder puede y cuán grande el galardón y gozo que alcançar espera. Ya me parece que os oígo dezir: hasta agora no havéis dicho cosa con que se muestre que los esperados deleites sean parte, para sobrepujar las devidas riendas del temor y vergüença, con la castidad y amor que poco antes dixen. Pues cada una por sí, en cuanto es virtud, no puede assí de ligero vencerse, quanto más quando las cuatro juntas concorren. Para solución d'estos contrarios y de vuestra duda prossigo d'esta manera:

»Es tan grande la soberbia de la muger hermosa, que no solamente causa creer que tener temor no le pertenece, pero que si lo tuviese mostraría menospreciar sus gracias y forma, las cuales cree y quiere, que assí su marido como los estraños han de honrar y adorar como cosa divina, señaladamente si en el linage los sobra. Porque entonces no ha de ser menos: dé con las rodillas por el suelo. Y aun sin quedar satisfecha, ¿pues cómo será temerosa?

»La segunda rienda, que de la vergüença dixen, es tan fácil de romperse, según es delicada y floxa, que no querría gastar tiempo en mostrar las causas de su floxeza, pues en estos tiempos de agora de ninguna cosa se puede causar mayor vergüença tomándolo por afrenta a la muger hermosa, que de ser vergonçosa, pareciéndole que encubriendo su hermosura y no manifestando las gracias contraviene a la ley del mundo. La cual manda que las encerradas sean tenidas por hipócritas o bestias, pues dexan de manifestar las gracias de que el Alto Señor las ha dotado, no queriendo que por aquellos que las miran se le den las gracias, que por razón de tan maravillosas obras le son devidas. Pues si el encerrarse y ser honestas tienen por afrenta, ¿cómo ternán vergüença?

»La tercera es de la castidad, cuya virtud en los passados siglos fue tan preciada como en los presentes aborrecida, porque es tan grande el deleite que la muger hermosa de ser vista y alabada recibe, que quasi iguala a la soberbia que d'ello le recrece. Por razón de lo cual apetece no solamente el segundo deleite, que de permitir que sea su hermosura gozada considera que le ha de sobrevenir, pero de sujetar al marido y a todo

el universo junto, pareciéndole que de señorear a uno solo no se satisfaze a todo lo que por razón de su hermosura y soberbia se le deve. Pues si sólo el desseo de sujetar sobra las fuerças d'esta tercera rienda, siendo ayudado de la consideración de los esperados deleites, ¿cuál será casta?

»La cuarta, que más fuerte rienda que todas las otras parece, por razón que el amor, según la común opinión de los poetas, ninguna cosa dexa de sobrepujar, es a lo que por mí se alcança tan floxa y delgada, que en cada una de las ya dichas se hallaría mayor fortaleza, por ser su metal de un tan delicado vidrio, que con tan grande facilidad como pequeño encuentro viene a romperse. De suerte que tornar como de principio y antes de su ruptura parece ultra possible. Porque es cierto que la muger hermosa no solamente quiere ser temida, adorada, servida y gozada, según dixen, pero sobre todas las otras cosas amada y querida. Y es el mayor mal que, quando conoce haver alcançado lo que dessea, aborrece al que fue causa que lo alcançasse. Por donde, no la amando según quiere, tiene razón de no amar, y si la aman, conforme a su desseo, respectos de aborrecer. Pues si por cada parte se hallan las causas que faltar devrían, ¿cuál amará su sólo marido?

»Por donde, de todo lo por mí dicho, resultan muy claros los aparejos y causas que la hermosa muger tiene para ser más que la fea viciosa, y los cuidados y recelos que por razón d'ellos su marido ha de tener. Y por ende no poder vós, Cupidio, por razón de la possession de la hermosura de la vuestra, alcançar tan grande contentamiento como yo, por la seguridad que de tener la fea es averiguado que se me ha de recrecer.

–Por cierto ya me fatigava –dixo Cupidio– de oír la multitud y floxedad de vuestros argumentos, si no lo compensara considerando que me enojaran más si pudieran sostenerse, por donde el plazer que d'esta consideración se me recrecía ha sobrado el fastidio que de tan grande prolixidad se me causava. Y pues no haviendo querido satisfazer a vuestra primera razón, por me haver parecido larga, si a la segunda satisfiziesse, que es más prolixa, mostraría que lo dexé por no tener para lo primero suficientes razones y causas, menos responder a ésta, pues no podría sino causarse un processo quasi infinito. Aunque no dexaré de dezir que si mi muger por ser hermosa no es menos difícil de guardar que los allegados thesoros, de la guarda de la qual afirmáis que se me han de causar los recelos e cuidados por vós dichos, ¿como la vuestra siendo fea podrá ser guardada? Pues viéndose menospreciada, forçadamente ha de codiciar tanto los estraños como la mía ser codiciada d'ellos.

»Y como para cumplimiento de la voluntad propia no se requiera tanto trabajo ni tiempo como para el de la agena, de ahí se sigue que han de ser mayores vuestros recelos que mis cuidados, cuanto más que, cumpliéndose la de la vuestra, se vos seguirían dos daños: el uno de la pérdida de la honra que podría ser común, y el otro de la hacienda. El cual se causaría a vos sólo porque a la vuestra convenía, como fea, satisfacer para cumplirla, y a la mía, como hermosa, ser satisfecha. Por donde yo no padecería más de un solo daño y vos los dos juntos. Y por ende, concluyendo digo que habiendo de ser vuestros recelos mayores que mis cuidados, forçadamente ha de ser mayor vuestro descontentamiento, allende del que de tener para mientras biviédes un espantable y aborrecible monstruo, assí en la mesa como en el lecho, se vos ha de recrecer.

Queriendo satisfacer a esto Pacífico, al cual no parecían faltar suficientes contrarios. Brisortes, conociendo que lo ál que dezir podrían tenía más respecto a porfía que a la justificación de sus derechos, lo interrumpió diziendo:

–Por Dios, cavalleros, vosotros lo havéis tan bien deduzido quanto yo jamás creyera oírlo, pues parece que toda vuestra vida no havíades estudiado otra materia. Por donde como yo no esté en ella tan resolutivo que tan presto como es vuestro desseo pueda devidamente determinarme, pido vos por merced que cada uno se tenga por contento, pues dezís que lo estáís, con la compañía que el Alto Señor plugo daros y vosotros escogistes. Pues siguiendo lo que sobre vuestra cuistión determinar se puede, a entrambos pertenece çufrir alguna pena, porque el que la tiene hermosa ha de passar fatiga en guardarla, y el que fea, trabajo en no aborrecerla. Todo lo cual vos será tan difícil de cumplir por fuerça, como ligero y fácil de grado.

–Tan satisfecho me havéis dexado, por razón de vuestro çufrimiento y conocida voluntad de obrar virtuoso exercicio, honrado cavallero –dixo Cupidio–, que si la porfía de mi contrario no lo impide, no dexaré yo de cumplir vuestro mandado.

–Pues de lo querer yo impedir, virtuoso cavallero –dixo Pacífico–, se me recrecería, no solamente nombre de desmesurado, pero de porfiado, con que se cumpliría parte de la conocida porfía que Cupidio hasta aquí ha trabajado de convertir en razón. Dende agora digo que soy no menos contento de obedeceros, que desseo que jamás la fealdad de mi muger se convierta en hermosura, porque se no trocasse mi seguridad y descanso en sus trabajos y penas.

–Aunque tan grandes vos parezcan mis penas –dixo Cupidio–, dende agora vos certifico que no las trocaría por vuestro descanso, pues dexado aparte que tengo por

impossible los ojos assí intellectuales como los otros poderse deleitar en visiones espantables y feas, no cumpliría el mandado d'este virtuoso cavallero, según lo prometí. Para cumplimiento del cual conviene que me çufra yo no menos con mis penas, que vós deleitaros con vuestro descanso.

–Tan bien está dicho por todos, virtuosos cavalleros –dixo Brisortes–, que me parece, según la medida de entrambos, que yo soy el que vos quedo deudor, para satisfacción de lo cual conviene, pues ya se haze tarde y no puedo dexar de continuar mi camino, saber de vosotros, señores, en qué mandáis que vos sirva, porque de mi desconocimiento no se me cause desmesura y a vosotros quexa.

–Sobra en tanto grado vuestro buen comedimiento a essa voluntaria deuda, virtuoso cavallero –dixo Pacífico–, que pues nuestras pequeñas fuerças no igualan a nuestra grande porfía, ni para vos lo servir somos bastantes, plega al Alto Señor de vos guiar de manera que libre de peligros lleguéis al fin que por vós se dessea.

–Pues por mi parte no se ha de dessear menos –dixo Cupidio–. Dende agora le suplico que lo haga como más cumple a su servicio y a vuestro provecho.

–Y a vosotros, que dé salud y alegría, pues dezís que no vos falta contentamiento –dixo Brisortes.

Y dicho aquello partió dende, dexándolos que tomavan el camino de una villa en que bivían, a la cual llegaron bien tarde. Y Brisortes a una aldea que havia en aquel mesmo valle, adonde alvergó aquella noche hallando mejor recaudo del que cuidava, según la esterilidad y aspereza de aquella tierra.

¶Capítulo xcv. De cómo Brisortes libró a un cavallero con su hija y otros hombres, que dos cavalleros, que usavan el oficio de salteadores, tenían presos en una cueva, a los cuales venció y mató.

En la siguiente mañana no fue perezoso Brisortes en levantarse, pues al tiempo que de esclarecer començava, ya havia cavalgado y salido de su alvergue. Y antes de dos horas, después que a caminar començara, vido con no perezosos passos venir un donzel sobre un palafrén, llorando tan agramente que haviendo del duelo le preguntó por la causa de su llanto. Al cual el donzel dixo:

–Si me vós, cavallero, prometéis, después de sabida, ayudarme en esta congoxa, ni vós dexaréis de saberlo ni yo por ventura quedaré sin remedio.

–Assí porque se cumpla mi desseo como porque en vuestra congoxa se de razón –dixo Brisortes–, dende agora digo que soy contento de hazer en ello todo lo que viéredes que hazer puedo, sin faltar un solo punto.

–Pues seguidme –dixo el donzel–, porque aún podrá ser que dexada a parte la merced y beneficio que alcançar espero, juntamente con otros que lo no piensan, hagáis un servicio muy grande a Nuestro Señor Dios, con quitar del mundo a dos cavalleros que lo mucho desirven.

–Tomad el camino que de levar tenemos –dixo Brisortes–, pues haviéndoos ofrecido de hazer lo que puedo, no vos verné a menos en no seguirlo.

Por donde, bolviendo el donzel por la mesma carrera que antes venía, començó de caminar con tan grande priessa, que le dixo Brisortes:

–Paréceme, amigo, que cumpliendo yo parte de lo que vos prometí, mucho se tarda lo que me vós ofrecistes. Acordaos por ende que primero se ha de cumplir mi desseo que vuestro remedio, por donde si grande necessidad no lo impide, mucho holgaré que me digáis adónde vamos y qué es lo que yo por vós de hazer tengo, porque hasta agora no he aprendido de vós más de trotar. Lo que puesto que mi cavallo de saber no dexa, por muy cierto tengo que le pesa exercitarlo.

–Si de la tardança no se pudiesse seguir algún irreparable daño, virtuoso cavallero –dixo el donzel–, no me tengáis por tan mal comedido que, haviendo vós me ofrecido con la voluntad que desseava para procurarme el remedio que mi congoxa requiere, dexasse de cumplir lo que después de alcançarlo es por mí estrañamente desseado, por el descanso que de lo contar se me recrecería. Pero porque para esto puede sobrar tiempo, el cual podría ser que si en el camino nos detuviésemos, faltasse para alcançar el presto remedio que para librar a mi hermana de tan grande peligro se requiere, suplico os que vos çufráis, pues si los hechos nos succeden de suerte que vos lo contar pueda, con mayor alegría vos lo contaré de lo que agora siento trsiteza.

–Pues essa es la causa –dixo Brisortes–, vamos en tal hora que el Alto Señor plega que se cumplan entrambos desseos.

Dicho lo cual siguieron su camino, con el mesmo passo cerca de dos horas, en cabo de las cuales, poca pieça depués de haver entrado en una valle assaz fondo y de espessos árboles, vido contra sí Brisortes una cueva, cuasi en lo medio de la una de las dos sierras de las cuales era el valle en que entraran, quanto dos echaduras de arco lexos

de donde la viera, junto a la entrada de la cual le pareció ver un cavallo con un palafrén que pacían. Los cuales luego conoció el donzel, diciendo:

–En aquella cueva, virtuoso cavallero, están mi padre y hermana, a los cuales, passando por aquí antes del alva, prendieron dos villanos cavalleros, de la manera que se vos después contará, Dios queriendo. Por donde conviene que miréis por vós, a causa que son grandes traidores.

Y dicho aquello vieron cómo un hombre que había de la cueva salido era tornado a entrar, creyendo que para dar a los cavalleros aviso de su venida, como era la verdad, porque luego que fueron avisados salieron armados a pie y a la puerta d’ella pararon por ver la compañía que ende venía. Por donde Brisortes, viendo que ya lo esperaban, temiendo que como villanos le matarían el cavallo, luego decendió d’él. Y dexándolo a su donzel, tirando de su espada y embraçando bien su escudo, fue contra los que lo atendían, con tan buen continente que al donzel que lo fiziera venir ende, pareció no haver jamás visto cavallero de quien tanto se huviesse contentado. Y cuando ya fue tan cerca d’ellos que lo oír podían, les dixo que hiziessen salir ende al cavallero y a la donzella que habían aquella mañana prendido, porque de otra suerte los certificava que los perderían y a sus vidas juntamente.

–¿Qué haríades si fuéssedes cuatro –dixo el uno d’ellos–, pues siendo solo braveáis como si fuéssemos cavalleros que de palabras nos espantamos? Pues yo os prometo que no los veáis sino cuando os pornemos junto con ellos. Lo que es cierto que vos pesará en muchas maneras.

Dicho lo cual vinieron contra él entrambos, con tan gran denuedo como tenían miedo después que lo vieron tan determinado. Y cuando ya se pudieron ferir, al primero que Brisortes alcançar pudo, hirió de tan rezió golpe por encima del yelmo que, puesto que le no pluguiesse, le hizo la mesura que se había olvidado de hazerle al tiempo que ende llegara. E viendo que su compañero lo había ferido de un golpe, con más miedo que fuerça en el braço de la espada, con que creía haver hecho alguna cosa en vengança del primero, lo firió de tan pesado golpe sobre el ombro derecho, que no le prestando la armadura que traía para su defensa, lo llagó de suerte que le pareció quedar del todo tollido. Y al otro que se ya levantara, hirió de otro golpe en la una pierna de tal fuerça que, passándole la armadura d’ella, le hizo no menor llaga y daño que al que antes hiriera.

Y como los viesse assí llagados y con tan poco esfuerço como virtud, y por otra parte los considerasse villanos y ladrones, los començó de aquexar de tan grandes y

espessos golpes, que antes de media hora los paró tales que ya no entendían en más de defenderse, como aquellos que las pocas vezes que se havían levado el pago de su atrevimiento. Pero como el esfuerço y destreza de Brisortes sobrasse a sus fuerças e tiento, no se tardó en ferir al uno d'ellos, de manera que luego cayó dando bueltas por la yerva con la ravia de la muerte. La cual no tenía menos cercana su compañero, aunque quiso huir para entrarse en la cueva, lo que le aprovechó muy poco, porque assí como le sobran a Brisortes el esfuerço y las fuerças para herirlos, no le faltava ligereza para correr más que cualquier d'ellos, señaladamente estando aquel cavallero tan lligado como él libre.

Por donde al tiempo que quería entrar por la cueva, lo alcançó. Y como con muy gran furia viniesse, encontrando en él lo derribó en el suelo, con tan gran caída a causa de estar la cueva más honda que el lindar, que se no pudo levantar, quanto más que luego fue sobre él Brisortes. Y como cortadas las enlazaduras del yelmo, a cuenta de le tajar la cabeça, pues era ladrón, viesse que era tan mal lligado que aunque vinieran los mejores maestros del mundo no lo curaran de aquella llaga ni de sus vicios, lo dexó, mandando al hombre, que a la puerta de la cueva viera, que lo sacasse dende y lo llevasse a hazer compañía a quien se havía agradado d'ella. Y que volviesse luego, porque quería sacar los que estaban ende presos. Lo que no se tardó en cumplir porque el hombre, temiendo el castigo que merecía, con mucha diligencia lo hizo todo.

Por donde muy presto fueron sacados de las prisiones en que estaban, assí el padre del donzel con su hija, como tres mercaderes que ende tenían presos más havía de un mes. Los cuales, allende del haver que les robaron quando los prendieron, se havían rescatado en grandes quantías, y para la cobranza d'ellas havían embiado a sus casas un escudero, que aquellos cavalleros tenían, con sus cartas firmadas de los mercaderes para que se las pagassen. Y avínole tan bien al escudero que, siendo por sospecha preso, al tiempo que ellos llegaron a sus casas dieron d'él quexa a la justicia, por donde fue ahorcado en la puerta de la mesma cueva, porque sirviesse de siñuelo a los huéspedes que ende querrían alvergar. Y el otro hombre huyó el mesmo día que a sus amos mataron en parte, que d'él no se pudiesse haver noticia.

Cuando el donzel vido a su padre y hermana, con no menos lágrimas de alegría que poco antes derramara de tristeza, le vino a besar las manos y abraçar a su hermana, diziéndoles que hiziessen gracias después de las que a Nuestro Señor Dios devían a aquel esforçado cavallero que los librara, pues no havía dudado en la mesma hora que lo halló, con no menor voluntad de la que él levava para hallarlo de venirse con él, para

hazer lo que en su libertad havían visto. Por donde, conociendo lo que devían, le hizieron todos tantas gracias y con tanta humildad, que Brisortes tuvo por más que satisfecho de su buen conocimiento.

Y como en aquella hora ya passasse medio día buena pieça, comieron de lo que los cavalleros para sí tenían. A los cuales, después de haver comido, hizo que el mesmo hombre enterrasse debaxo de un árbol. Y entretanto, Fallencio, que assí se dezía el padre de la donzella y del donzel que a Brisortes hallara, le contó cómo el precedente día había partido de su casa para ir a un castillo que cerca dende tenía con una buena heredad, por dar algún descanso y alegría a sus hijos, por razón que había cerca de un año que no eran de su casa salidos por la muerte de su madre d'ellos, por donde los traxera consigo para que se holgassen ende algunos días.

Y que en aquella mañana, assí como llegaron en aquel valle caminando sin algún recelo, los dos cavalleros que él matara les salieron al encuentro y prendieron a él y a su hija, lo que hazer no pudieron a su hijo y a un escudero que consigo venía. Los cuales huyeron con sus palafrenes a su parecer cada uno por su parte. Por donde su hijo lo había hallado para los librar tan presto que aún no había tres horas que los prendieran, certificándolo que no estaban tan tristes por razón de su prisión como por no saber la causa porque los prendieran, porque muchas era él venido por aquel camino sin haver hallado quien lo enojasse. Por donde venía cuando lo prendieron con tan grande descuido, que cuasi primero se vido preso que viesse los cavalleros en cuyo poder se halló. Y que puesto que por una parte le pesasse haver recebido aquella alteración y desatiento, por otra le plazía, pues siendo tan presto librado le sería aviso para de allí adelante no caminar desarmado y con descuido.

Y que otrosí le rogava, pues por su medio había recebido assí el primer beneficio como el segundo, que le pluguiesse de ir con ellos a su castillo, adonde le podría hazer algún servicio con que a lo menos conociesse que no le era desagradecido. Lo que por Brisortes se le agradeció, como era razón, y no menos le ofreció que si para aguardarlo hasta que fuesse a su castillo llegado tenía de su persona necesidad, no le faltaría para aquello más la voluntad que para lo primero.

Dicho lo cual interrumpió la plática que tenían, porque sintieron estruendo como de gente que a cavallo venía. Por razón de lo cual, saliendo a la puerta de la cueva, vieron al escudero de Fallencio que traía consigo dos cavalleros cormanos de su señor. Los cuales mucho se folgaron cuando supieron cómo había passado, por donde no

menos se humiliaron y ofrecieron a Brisortes, conociendo que lo merecía, pues en tan breve espacio había vencido y muerto a aquellos dos cavalleros.

El cual, viendo que ya era hora de partir, se despidió d'ellos, dexándolos que cavalgavan para ir al castillo de Fallencio, tan satisfechos de su mesura como de su esfuerço. Y siguiendo su camino hasta la noche, llegó a un castillo adonde no fue menos bien acogido que en la precedente. Y otro día de mañana partió tomando el camino para la ciudad de Pamplona.

Y porque si de contar hoviésemos por extenso lo que hasta bolver en París le succedió, no dexaría de ser tan enojoso como prolixo, puesto que hizo muchas cosas de memoria merecedoras, no vos diremos más de quanto al tiempo que bolvió fue del rey, su señor, y de los otros príncipes con mucho amor recebido. Y después lo casaron con una hermosa donzella, hija del señor de Estampes, con quien bivió muchos años muy leda vida. En la cual hubo dos hijos y una hija, los cuales salieron tan buenos cavalleros y la hermana tan hermosa, que la tercera parte d'esta historia no los ha puesto en olvido, según por ella lo veréis.

¶Capítulo xcvi. De cómo Asoradel, con Clemino y Ocernio, con gran tormenta aportaron en la Ínsula Deleitosa, por otros llamada de Fortuna, y de lo que en ella les acaeció.

Muchos días después de partido Brisortes, según ya vos contamos, teniendo su mesmo desseo Asoradel, con Clemino y Ocernio, alcançada licencia assí de los reyes y príncipes, sus señores, como de sus mugeres, a las cuales dieron cada uno por sí a entender que no ivan para cosas de peligro, y prometieron que muy cedo serían de buelta, partieron de París con intención de passar en la Gran Bretaña y, encubriéndose porque conocidos no fuessen, hazer algunos exercicios en armas, con que cumpliendo alguna parte del desseo con que de sus casas salieran, ganassen prez y honra. De las cuales se les recreciesse alguna gloria y fama de sus proezas.

Y como el más derecho camino, según aquel propósito, fuesse para la villa de Calés, caminaron por él hasta que fueron ende llegados. Y hallando en la mesma tarde que llegaron un barco a maravilla grande y bueno, el cual antes de media noche había de

partir para Antona, no fueron perezosos en embarcar juntamente con sus cavallos y los palafrenes de sus escuderos, con gran plazer por haver hallado tan presto recaudo para según su desseo.

Y acaeció que antes de tres horas, después que salieron de aquel puerto, se levantó un viento tan supino y tempestoso, que no dando tiempo a los marineros para abaxar ni bolver las velas, les fue forçado seguir, por miedo de se anegar si se resistían, la vía que él mandava. Y como al tiempo que se fizo de día refrescasse en tanto grado, que ninguno de quantos marineros eran ende se acordavan haverlo visto tan grande ni tan furioso, mucho temieron de perderse, señaladamente cuando vieron que, en la sazón que esperavan la desseada claridad del sol, se escureció el cielo, de manera que les pareció que el amanecer se había trocado con la escura noche, con tan espessa lluvia, acompañada de tantos truenos y relampagos, que cuasi no podían verse y menos oír. Con que sin comparación se les acrecentó el miedo de perderse, no les quedando más esperança de saber que el barco en que ivan era bueno y nuevo y abto para çufrir cualquier tormenta.

Pero cuando vieron que al tiempo que podían considerar que sería medio día, pues ver el sol no les era menos entredicho que en la media noche con que conocer lo pudiesen, aquel tempestoso viento en lugar de amansarse se había acrecentado, de suerte que las ondas parecía que igualavan a las antenas, muy gran parte perdieron de su primera esperança, considerando que abaxando el sol y viniendo la noche, según començara, no podía sino acrecentarse. Por donde sus consejos y esfuerços, junto con su acostumbrada experiencia, no les davan tanta confiança que creyessen, sin expressa gracia y merced del Alto Señor, ser librados de aquella tan espantosa tormenta. Lo que más temieron cuando sobrevino la noche, porque entonces con las acrecentadas tinieblas y pérdidas de la poca claridad que durante el día tuvieran, y señaladamente no sabiendo en qué parte se hallavan ni adónde los levava aquel tempestoso viento, acabaron de perder toda la poca confiança que hasta aquella sazón tuvieran.

Y como el estruendo de las ondas e viento, y sobre todo el temor de la muerte, les impidiese el sueño, toda aquella noche passaron con tantos tragos en cada hora y punto, pareciéndoles que ya se anegavan, que ninguno había que no creyesse que sus sentidos eran del todo mortificados. Por donde cada uno trabajava de recoligirse y suplicar al Alto Señor les huviesse, de lo que había de durar para siempre, merced, pues lo percedero d'este siglo ya lo tenían por perdido.

Y como passada aquella mala y espantosa noche començasse de venir la luz del siguiente día, pues no venía con tanta escuridad como el passado, algún tanto se aconsolaron, pareciéndoles que, pues aquellas horrendas tinieblas passaran, aunque entonces se anegassen, ya no tenían en tanto la muerte, pues se les otorgara verse y a los que mejor esfuerço tenían consolarse, señaladamente los tres cavalleros. Los cuales, aunque maltrechos de la mar estuviessen, como no alcançavan tanto como los marineros el peligro en que estaban y el passado, los aconsolavan esforçándolos como si para las fuerças de las temerosas ondas se podrían hallar algunas humanas que les igualar pudiessen. Lo que muy poco aprovechava, pues conocían que eran cuasi imposible dexar de perderse.

Pero como el Alto Señor en semejantes y más peligrosos casos para alguna demostración de su soberano poder, acostumbre proveer de tan impensados y convenientes como desseados remedios, hizo que en el punto más estrecho y en el cual ya creían ser del todo perdidos, aquel tempestoso viento afloxasse en tanto grado que los marineros cuasi luego lo conocieron. Por donde, con doblado esfuerço, començaron de dezir a los cavalleros que se alegrassen porque Nuestro Señor Dios se había dolido d'ellos, certificándolos que con su divinal auxilio ya eran fuera de aquel temido peligro. Lo que los cavalleros no dudaron, assí porque les pareció que el día se començava de hazer claro, como porque la furia del viento no se mostrava tan grande, aunque las ondas no dexassen de hazer su acostumbrado exercicio. En el cual no dexaron de conocer, antes de quatro horas, tan grande mejoría según su desseo, que puesto que no fuessen marineros tan bien lo conocieron como ellos.

Por donde cobraron tan grande ánimo como si se hallaran en la mayor bonança que después de tan gran tormenta dessear pudieran, puesto que no dexavan por ende de correr por su mar, sin saber adónde ivan, con tan gran furia que si no vieran la passada no la tuvieran por tan pequeña que no la dudassen como muy peligrosa. Con la cual anduvieron veinte días sin más tino de los mareantes que si no levaran brúxola ni carta de navegar. En cabo de los cuales una tarde llegaron cerca de la tierra de una ínsula, el nombre de la cual ni cuya era no sabían. Y pues se vían fuera de los peligros passados, no les parecía que les podían succeder otros que les igualassen ni con gran parte. Por donde se hallavan tan alegres como si cada uno llegara a su casa. Pero como al tiempo que ende llegaron fuesse ya, según es dicho, bien tarde, pues no sabían qué tierra era aquélla, acordaron de no desembarcar hasta la mañana, por se no ver en otro peligro.

Pues Dios los había del primero librado y estaba en su mano por aquella noche no tentarlo.

Aunque con el desseo que de salir en tierra tenían, no comenzava de amanecer cuando haziendo desembarcar sus cavallos y palafrenes, después de se haver armado, cavalgando en ellos con compañía de sus escuderos, comenzaron de caminar contra lo más alto que ende se les ofrecía, por ver si de allí descubrirían algún poblado. Y cuando ya fueron ende subidos y pudieron ver la tierra que de aquello alto se descubría, les pareció que no podía haver en lo restante del mundo provincia que le igualasse ni con gran parte, según lo que descubrir pudieron, porque a muy pequeño trecho vieron tres castillos de tan grandes y altos edificios, que ninguno d'ellos se acordava haverlos visto tan hermosos y a lo que se parecía fuertes. Los cuales estaban a manera de triángulo, cuasi a igual y medido trecho el uno del otro. Y estendiendo más adelante la vista vieron una ciudad tan grande y tan bien cercada de muro y torres, que puesto que de más de dos leguas creyessen ser la distancia, no dexavan de conocer que en todas las partes que anduvieran y habían oído, no se hallaría otra su semejante ni que pudiesse en alguna parte a comparársele, según la magnificencia de la grandeza d'ella y de las torres y otros edificios que dende se mostravan.

Por donde, movidos del desseo de saber qué tierra era aquélla tan estraña, y considerando que no sin alguna causa habían ende aportado, con tan esforçado ánimo como si creyerán ser tierra de Francia, comenzaron de caminar contra los castillos. Y no fueron descendidos a lo llano, cuando encontraron el camino tan aplazible y deleitoso por razón de los sombrosos y altos árboles que por él había, que no se enojaran de seguirlo aunque les durara diez años, según venían desseosos de gozar de los deleites de la tierra, pues quedaran bien fatigados de los peligros de la mar.

Y de que ya llegaron cuanto a dos echaduras de arco del primer castillo, la puerta del cual muy bien se parecía, pararon por ver un letrero que había en una columna de mármol ochavada, y tan grande que se maravillaron de verla. Y más cuando huvieron leído las letras latinas, porque dos otras suertes d'ellas había ende esculpidas, las cuales ni supieron leer ni las entendieron, que dezían:

Güárdese de passar / quien no se atreve a çufrir / lo que le puede seguir.

Leídas las cuales no dudaron de romper la ley puesta en aquella fría piedra, considerando que no habían de temer amenazas, pues para castigar los amenazadores y

atrevidos salieran de sus casas, cuanto más que ninguna pena ni peligro creían que les pudiesen seguir iguales a los que en la temerosa tormenta de la mar pasaran. Por donde, siguiendo su camino, al tiempo que ya eran a una buena carrera de cavallo del castillo llegados, vieron salir tres cavalleros en sus cavallos muy bien armados y de no mal talle, delante de los cuales venía un escudero a grandes bozes diziendo:

–¡Tenedvos, tened cavalleros, hasta que se sepa lo que de vosotros saber conviene!

Y como bien cerca d’ellos llegasse, Asoradel le dixo:

–Cualquier cosa que sepamos vos diremos si lo piden por cortesía, lo que es escusado sólo pensarlo por otra vía.

–Si havéis leído las letras del padrón –dixo el escudero–, y si son por vosotros entendidas, es lo que saber se quiere.

–Porque las leímos y entendimos –dixo Asoradel–, somos aquí venidos por saber qué nos ha de seguir.

–Agora lo veréis –dixo el escudero–, si ya no entendéis de ponerlos en la voluntad y mesura de aquellos cavalleros que a las puertas del castillo me atienden.

–Si los conociésemos –dixo Asoradel–, no lo terníamos en mucho, pues su valor lo podría mercer. Pero no los conociendo por cierto tenemos que antes nos ternían por covardes que mesurados, por donde les podéis dezir que no vendemos nuestra libertad tan barato.

–Pues atended un poco –dixo el escudero– y veréis que más de lo que cuidáis vos costará caro.

Dicho lo cual, bolvió a los cavalleros diziéndoles lo que le mandaran. Por donde los del castillo, señalándoles que se guardassen, endereçándose muy bien en las sillas con sus lanças baxas, vinieron contra los otros. Los cuales, en viéndolos mover, arremetieron contra ellos con tan gran furia que muy presto vinieron a se encontrar, de tan duros y poderosos encuentros que las lanças bolaron por el aire en muy pequeñas pieças, sin algún daño de todos, salvo que dos de los cavalleros del castillo perdieron, el uno las dos estriberas y el otro la una, quedando el tercero tan firme y bien cavalgante como los que los encontraran. Los cuales, tirando de las espadas, bolvieron contra los del castillo a guisa de querer pelear con ellos. Lo que no se hizo, porque les dixeron que, si lo por bien tenían, su batalla no havía de passar más adelante, pues ninguno d’ellos era fuera de la silla caído. Por donde tenían libertad de passar al otro castillo o de bolverse por donde vinieran, lo que no les fuera otorgado si alguno de todos cayera,

porque en tal caso forçadamente se huvieran de combatir hasta ver el fin y mejoría de los unos, porque assí lo tenía ordenado la emperatriz, su señora.

–Pues assí está ordenado –dixo Asoradel–, y la razón quiere que se siga la ley que cada señor pone en su tierra, señaladamente cuando es igual y honesta, estos cavalleros e yo somos contentos de seguirla, sin usar de la libertad de bolvernos sino de passar adelante, pues nuestra fortuna en tan hermosa tierra, y adonde tan buenos e virtuosos cavalleros se hallan, nos ha traído.

–Por lo que bien y mesurados nos parecéis, honrados cavalleros –dixo el uno de los del castillo–, no quisiéramos que adelante passárades, porque no vos acaezca algún revés a vuestro intento. Pero pues assí lo determináis, id en tal hora que según vuestro desseo vos succeda, porque en verdad no nos pesará d’ello.

–A vós grandes mercedes –dixo Ocernio– por vuestra buena voluntad, con la cual confiamos en Dios que no se nos seguirá cosa que sea contra nuestro desseo, pues no se estiende para más de servir a los buenos y de trabajar de castigar los malos.

Dicho lo cual, tomando sendas lanças, las cuales les mandaron traer los cavalleros con quien justaran, començaron de seguir el camino que por los mismos les fue enseñado. El cual mucho más que el primero se les ofreció deleitoso. Y cuando fueron bien adelante, hallaron otra columna igual de la primera, con sus tres letreros en ella esculpidos. Y leído lo que entendían, vieron que decía:

Pues passastes el primero / no tentéis más vuestra suerte, / porque es cierta vuestra muerte.

Y como su orgullo no dexasse de sobrar lo que ende leyeran, sin más temor que si las amenazas fueran halagos, passaron hasta llegar al término del primer castillo, adonde por abreviar se tuvo el mesmo orden, assí de les venir a hablar un escudero como en el justar, salvo que de los segundos ninguno hizo ni recibió daño ni desdén, más que si no fueran encontrados. Por donde quedaron tan hermosos cavalgantes como amigos. Y como no quissiessen bolverse, por mucho que los persuadieron que no passassen al tercer castillo, cobradas tres lanças que les dieron muy buenas, passaron adelante hasta llegar al término en que estava la tercer columna con los mismo tres letreros. Y leído lo que se entendía por ellos, hallaron que decía:

Si no vencéis los terceros, / sabed que havéis de çufrir / mayor pena que el morir.

Leída muy bien y entendida la tercera ley de aquellas altas piedras, passaron con no menor esfuerço que en los dos primeros hasta llegar a la parte que se les havían acostumbrado de embiar mensageros. De donde luego vieron venir un hombre tan viejo y cano y tan estrañamente vestido, que les pareció que naturaleza humana sola no podía sostener un cuerpo tan antiguo tanto tiempo como aquél tener mostrava. El cual, llegando a ellos, les dixo con palabras muy amorosas que, pues su ventura los havía librado de los cavalleros de los dos castillos que passaran, tuviessen por bien de se bolver si ya no entendían, por salir con su porfía, padecer lo que en el último padrón havían leído. Y que aquello les dezía y aconsejava, assí por conocer que eran buenos cavalleros y esforçados, pues no les havían puesto los primeros hasta llegar ende impedimento, como porque assí le havía sido mandado por la emperatriz, su señora.

Pues tenía por muy cierto que se no podrían tan bien mantener contra los tres cavalleros que ya del castillo salían, como con los primeros hizieran. Por donde les convernía çufrir siete años de muy esquivas prisiones, y después, si la vida tanto les durava lo que él no creía, padecer tan cruel muerte como se considerar pudiesse, por razón del atrevimiento que, de quebrantar las leyes puestas en los padrones que passaran, havían tenido. Señaladamente porque, cuando su fortuna les favoreciesse a salir de los terceros sin peligro, era tan pequeño el galardón que esperavan, que cotejado con el daño que si les era contraria les podía sobrevenir, era cuasi ninguna cosa, porque en su caso de igualdad e victoria no alcançarían más de ver a su señora y una niña. La cual se sonava que havía de ser señora del mejor y más apuesto cavallero de sus tiempos. Lo que, según el peligro al cual se aventuravan, era de muy poca consideración y precio.

—¿Por qué mayor precio se puede la vida aventurar, honrado viejo? —dixo Clemino— Pues allende que dexando de hazer lo que se deve por temor no nos podría huir nombre de covardes, ninguna cosa puede igualar a la gloria que de ver assí a las estrañas personas, como las maravillosas cosas que en el mundo se hallan, se alcança. Cuyo desseo causa, o a lo menos deve causar, que se tengan en menosprecio todos los peligros y trabajos que pueden ofrecerse a aquellos a quien el Alto Señor otorgó merecimiento para que alcançassen nombre y orden de cavalleros. Quanto más las que ver y conocer se nos ofrecen, siendo mayormente essa venturosa niña entre todas tan

estremada, que ha de ser señora y posser la más noble cosa de las que para este siglo fueron criadas. Porque es cierto que aventurar para la conocer mil vidas, aún sería muy pequeño precio.

»Por donde haviéndonos hasta aquí favorecido nuestra ventura, assí en nos librar de la passada tormenta y havernos en esta tierra tan estraña traído, como en no havernos podido impedir los seis cavalleros de los otros castillos la prossecución de nuestro desseo, muy gran flaqueza mostraríamos si por temor de la muerte, la cual agora o en otro tiempo no puede faltarnos, dexásemos de aventurar todo lo que se nos ofrece. Pues en cosas de menor cualidad y de mayor y más conocido peligro lo aventuraríamos. Y por ende, no dexando de vos agradecer assí vuestro buen consejo como la igual voluntad con que lo distes, vos rogamos que digáis assí a vuestra señora por cuyo mandato venistes, como a los cavalleros que nos atienden, que ya se nos haze tarde de ser con ellos en la batalla, no porque tengamos desseo de los dañar, no haviendo causa ni conocimiento de sus personas, sino porque sin passar por ello no podemos alcançar el galardón que de ver essa famosa emperatriz y la estremada niña con sobrado desseo esperamos.

–Pues essa es vuestra voluntad, cavalleros –dixo el viejo–, plega a aquel Señor, por cuyo orden todo lo criado es regido, de vos guardar de manera que vuestra virtud y esfuerso no vos haga padecer lo que, faltándovos dicha, podría succederos.

Dicho lo cual, con mayor priessa de la que en la venida traxera, bolvió a los cavalleros. Los cuales, certificados del desseo que de se ver en la batalla tenían, y mandados por la emperatriz que, pues no havían seguido el consejo que se diera a los contra ellos venían, fuessen a los traer por fuerça, señalándoles que viniessen, movieron contra ellos con tan gran furia que todo aquel llano parecía temblar. Y como el trecho no fuesse largo y la velocidad de sus cavallos lo abreviasse, cuasi en un instante y sin interposición de tiempo vinieron a encontrarse de tan duros encuentros, que si se atrevieran a resistir a la fuerça y desseo que aquellas fuertes lanças, con sus agudos fierros traían de les passar las armas y entrañas, no dexaran de obrar su efecto, según para ello venían determinadas. Pero conociendo que de la resistencia y porfía se les causaría igual y conocida muerte, dando lugar a su ravisosa furia y mostrando que no eran menos diestros y cuerdos que esforçados, cuasi voluntariamente, puesto que por otra parte forçada por no recibir tan presta muerte, cayeron por las ancas de sus cavallos todos los seis, tan maravillados de ser ver en el suelo, como alegres por la igualdad de la suerte.

Por donde conociendo que con las espadas se había de mostrar la mejoría, tirando d'ellas vinieron para se ferir los unos contra los otros con muy esforçados continentes, y con la voluntad y desseo que para alcançar el desseado vencimiento se requiría. Pero acaeciò que como por la emperatriz dende su cámara se huviesse visto su justa y conociesse, por lo que después se vos dirá, que no era devido dexarles passar adelante su batalla, mandò al mesmo viejo que se lo fuesse a dezir de su parte. El cual, al tiempo que se ya acercavan los cavalleros para ferirse, les dio grandes bozes diziendo:

–¡Çufridvos, cavalleros, çufrid y no passe adelante vuestra saña!

Por donde, como aquellos que no eran menos mesurados que de grande esfuerço, se detuvieron por ver lo que les dezir quería y saber la razón porque les interrompían su batalla. Y cuando les fue tan cerca que lo bien oír pudieron, dixo a Clemino y a sus compañeros que su señora les embiava a rogar dos cosas. La primera que no passassen adelante su batalla, y la segunda que fuessen al castillo, porque les quería hablar cosas con que, no menoscabando en su honra ni recibiendo sus personas daño, la servirían y complazerían mucho.

Y como en aquella sazón Ocernio se hallasse primero, le dixo que ellos eran tan desseosos de aventurar sus vidas, siempre que se ofreciesse peligro y servicio a cualquier dueña o donzella, que aunque no se les hiziera a aquel mandamiento por su señora con tantas salvas, no dexaran de la obedecer. Cuanto más que cumpliéndolo se escusavan de la conocida muerte, que no pudieran sino brevemente padecer, según la bondad y esfuerço de sus cavalleros y la poquedad de sus fuerças. Por donde no solamente les plazía obedecerlo, pero de le besar las manos por la merced que en ello recibían.

Tan satisfechos quedaron los cavalleros con el viejo de la razón de Ocernio, como de lo ál que en todos se había mostrado. Por donde, humiliándose, por la honra que les hazer quisieron, les rogaron que fuessen luego al castillo, certificándolos que de aquel servicio que a su señora hazer ofrecieran, recibían ellos muy señalada merced. Y dicho aquello, cavalgando en sus cavallos, acompañados del viejo y de sus escuderos, juntamente con los tres cavallerros con quien justaran, fueron al castillo, adonde por la propincuidad d'él muy presto llegaron. Y después de entrados vieron lo que en el siguiente y último capítulo se os contará, juntamente con lo ál que después sucedió.

¶Capítulo xcij. En el cual se declara quién era la emperatriz y señora de aquella ínsula y la niña que el viejo dixera, y de lo que, después de las haver visto Asoradel con sus compañeros, passaron y les avino hasta bolver a sus casas.

No se vos habrá olvidado cómo al tiempo que el sabio Arismenio, después de haver partido de casa del emperador Nestarcio, llegó a su castillo, vos diximos que comenzó de entender, por lo que más adelante se vos dirá, en algunas cosas que para ayudar a alguno de sus señores convenían. Los cuales, en aquella sazón, estaban d'ellas muy descuidados como aquellos que saberlas no podían. Y porque tenemos por cierto que se no dexa de tener por cualquier prudente lector desseo de saberlas, juntamente con la hazienda de la emperatriz e niña, de la cuales en el precedente capítulo se ha comenzado de tratar, muy justo es después de haver trabajado en toda la prossecución de la historia de vos satisfazer según nuestras fuerças, que por esto que por dezir quedava no vos dexaremos descontentos ni con quexa.

Por donde conviene que sepáis que la muy alta Anastarasia, emperatriz y reina de las siete ínsulas occidentales, hija que fue del muy alto emperador Ansión de Media, fue casada con el esforçado rey Abolán de Ircania. En la cual hubo una sola hija llamada Austercia, cuyo marido fue el valeroso Axarán de Bolante, rey de Liquia y de Circes, y en dos años hubo d'ella un hijo llamado Abaraz de Liquia y una hija a quien pusieron nombre la hermosa Licoranda, por razón que dende su nacimiento lo fue tanto que no se le pudo negar aquel nombre, pues a todas las de su tiempo y muchas del venidero excedió en la obra y efecto.

Quiso la suerte que assí su agüelo, el rey Abolán de Ircania, como sus padres Axarán de Bolante y Austercia, con su hermano Abaraz de Liquia, muriessen en muy breve tiempo. Por donde la emperatriz Anastarasia quedó con sola Licoranda, su nieta, con quien por una parte descansava tanto viendo su estremada hermosura y las otras cuasi sin número gracias de las cuales era dotada, que tanto por otra temía que no se le muriesse como sus padres y hermano. O que no se la hurtassen por ciertos pronósticos que oyera, o quando grande que no casasse con cavallero que no la mereciesse, pues había de ser emperatriz y reina de las siete ínsulas occidentales y de Media Ircania y Liquia, cada estado de los cuales eran no menor que del imperio.

Y como aquellos cuidados y recelos sobradamente la aquexassen, mandados para un día venir todos los sabios varones de sus reinos e imperio, quiso d'ellos saber el sucesso de la vida e fin de Licoranda, su nieta, porque sabido pudiesse proveer en lo que se le otorgaría para seguridad de aquellos continuos cuidados. Ninguno de los cuales le supo dezir tan afirmadamente lo que saber desseava, que no quedasse con más sospecha que de antes, creyendo que havían dudado de se lo dezir por no la enojar si en algún preligro havia de verse. Por razón de lo cual les preguntó si alcançavan quién fuesse el mayor sabio de aquellos tiempos. El uno de los cuales le dixo que muy bien lo sabía, certificándola que bivía en un castillo puesto dentro de una ínsula muy lexos de aquélla en que estaban, adonde ninguno podía entrar sino con cierta compañía. La cual a ninguno de los que ende eran se otorgava, pero que, si lo recibía en servicio, él iría a buscarlo pospuesto cualquier trabajo y peligro que recrecer se le pudiesen.

Oído aquello, la emperatriz determinó lo más secretamente que pudiesse de ir a hablar y a aconsejarse con él de lo que para assegurar de aquellos cuidados y recelos que continuamente la aquexavan hazer devía. Y cuando todo lo que para su partida convenía fue adereçado, comunicándola a solas dos dueñas y a aquel antiguo viejo que por su mandado habló a los tres cavalleros, según en el precedente capítulo se contó. El cual dende su niñez la havia criado, por razón que tenían cargo de la princesa Licoranda, y fingiendo que yazia enferma sin querer ser visitada, una noche se embarcó levando en su compañía aquel sabio, con muchos cavalleros que por su mandado havían de las ínsulas venido, ninguno de los cuales la conocía, y entre los otros aquellos nueve que después puso por guardas de los tres castillos que vos diximos.

Y con aquella compañía partió de su ínsula, la cual era la principal de todas llamada Deleitosa, aunque antiguamente se dezía de Fortuna, según lo escribe Antimerón, el cual fue coronista del rey Ansión de Media y de su padre. Y como los barcos en que iva no fuessen tanto guiados por los marineros d'ellos, como por el saber de aquel sabio que consigo levava, cuasi sin peligro y en breve tiempo llegaron en la ínsula de Arismenio. Al cual halló de pocos días venido de Colonia, con quien estuvo tres días platicando de la causa de su venida y de los remedios que para seguridad de sus cuidados desseava.

Y como con lo que Arismenio le dixera y aconsejara, y por servirla conforme a su intención hazer prometiera, quedasse más alegre y satisfecha que antes de venir ende triste y quexosa, bolvió a su principal ínsula, adonde no muchos días después de llegada, començando de seguir el consejo de Arismenio, fizo poner las tres columnas

con aquellos letreros y los nueve cavalleros que vos diximos. Allende de otros muchos que juntamente con los principales los castillos guardavan, por causa que ningún cavallero pudiesse passar hasta la ciudad en que lo más de su tiempo bivía llamada Felicia.

El valor del qual no fuesse antes conocido, porque según Arismenio le dixera, en los venideros tiempos havía de venir ende un cavallero tan valeroso que, vencidas por su sola persona todas las guardas de aquellos castillos, llegaría a ver aquella tan nombrada ciudad, adonde la vista de la princesa, su nieta, quedaría tan altamente pagado como ella de su apostura. Por donde, alcançando nombre de su cavallero, haría tales cosas en armas y çufriría tan grandes cuitas y penas, que escureciendo la fama de sus passados assí en auctos de guerra como de amores, se estendería tanto la suya en los venideros, que cuasi por todas las partes del mundo y hasta el fin d'él, sería divulgada y sostenida.

Pero que algunos años antes llegarían ende tres cavalleros, criados de los deudos del que después havía de sobrevenir. Los cuales no serían de los suyos vencidos ni vencedores. Por donde, aunque no mereciessen el galardón que a los que los vencerían estava otorgado, el qual era poder gozar de la vista de la princesa, su nieta, no erraría en se la mostrar, porque, vista por ellos su estremada hermosura, la irían publicando por tantas partes hasta que viniesse a los oídos de aquel famoso cavallero a quien estava otorgada la gloria de gozar d'ella y el descanso de la posseer.

Por donde en el tiempo que sus cavalleros con los estrangeros justaran, acordándose la emperatriz d'esto que Arismenio le dixera, y que según lo que les siguiera aquéllos era sin duda los tres cavalleros que al principal havían de prevenir, embió aquel honrado viejo que la havía criado, por cuyo consejo mucho se regía porque lo tenía en lugar de padre, a dezirles que no passassen su batalla adelante, assí como se hizo. Y por su mandado eran ya entrados en el castillo, según se vos dixo.

Y como después que fueron dentro les dixessen que para cumplir el mandado de la emperatriz convenía subir a lo alto, adonde los atendía, dexando sus cavallos e yelmos a sus escuderos, subieron según les dixeran. Y después de passadas tres salas muy ricas y mejor adereçadas que jamás vieran, en las cuales havía grandes compañías de cavalleros, assí ancianos como mancebos estrañamente vestidos, entraron en una cuadra tan blanca y reluziente como si fuera de cristal. A la puerta de la qual el viejo que los guiava, haviéndolos ya avisado de quién era su señora y de la forma y en la parte que dentro de aquella cuadra la hallarían, los dexó. Porque como aquellos que lo

bien aprendieran y mejor conocieran, después que fueron ende entrados, según la auctoridad de su persona y del lugar en que sentada estava, no tardaron con las rodillas en el suelo de presentarse delante de su imperial presencia, diciendo por todos Asoradel:

–Si por tan cierta tuviéramos, soberana señora, esta tan alta merced que por haver tu mandado obedecido se nos recrece, como creíamos la muerte en las tempestosas y fluctuantes ondas de la espantosa mar, con mayor y más alegre ánimo que triste y sin esfuerço passáramos, assí los días como las temerosas noches. En cada punto de las cuales se nos ofrecía, considerando el sobrado galardón que por tu sola virtud, sin que lo merceciésemos, has sido servida que alcancemos. Por donde, dando al Alto Señor las gracias que se nos otorgan por la merced primera y a ti por esta segunda, suplicamos a él que nos dé vida y fuerças con que sirviéndolo no te desirvamos, y a ti, muy alta señora, que nos mandes en que las emplear podamos, porque conozcas que, puesto que para recibir merced tan sobrada nos falte el merecimiento que dixes para te servir en lo que hasta perder la vida se nos otorgare, no falta el desseo.

Dicho lo cual todos le pidieron las manos, las cuales la emperatriz no quiso otorgarles, antes mandados levantar les agradeció la voluntad con que cumpliendo su mandado eran ende venidos. Por lo cual, allende de lo que por su valor les era devido y otrosí por algunos respectos que a ellos eran tan oscuros como a ella notorios, quería si lo por bien tenían que viessen a una niña con quien no tenía pequeño deudo, assí porque si era fea la desengañassen, pues en ellos no se parecía menor juicio que esfuerço, como porque si merecía ser loada, conociessen que no los preciava tan poco que les huviesse encubierto lo que más caro tenía para en lo de aquellos siglos.

Como Asoradel con los otros conociessen que aquella tan grande honra y merced carecían de satisfacción, consideradas las personas y causas que se no havían de olvidar, humiliándose quanto se les otorgó la suplicaron que, porque fuese sobre todas las que recibir podían encumbrada, no lo mandasse diferir. Y aún no lo acababan de dezir cuando vieron salir siete dueñas de muy buen gesto y conveniente edad. Después de las cuales venía una niña de muy pocos años, a la cual doze hermosas donzellas y muy rica y estrañamente vestidas acompañavan. De cuya vista assí se maravillaron como si fuera impossible con corporales ojos alcançar tan sobrenatural vista, según la resplandeciente hermosura de su gesto y estremada gracia de todas sus faciones, en tanto grado que, pareciéndoles que no se devía mirar tan estraña perfición sin el acatamiento que se les otorgava, fincando sus rodillas en el suelo el mesmo Asoradel, al tiempo que con ellos juntava, le dixo:

–Pues para gozar de tan alta gloria somos aquí venidos, o, más hermosa princesa de cuantas en nuestros tiempos nacieron ni pueden nacer, suplicámoste que así porque en alguna parte la gozemos como porque no se te cause agravio, en que por tan bajas personas se alcance, nos dexes besar tus manos, con que alcanzando el merecimiento que para lo que dixe nos falta, se nos otorgue lo que sin pérdida de la vida es por demás pensarlo.

Con tanta gracia, que así los tres nuevos cavalleros como cuantos ende eran se maravillaron estrañamente, respondió aquella estremada niña en los años, aunque en todo lo ál cumplida, diziendo:

–Como para vos otorgar lo que pedís, cavallero, me falte la licencia de la emperatriz, mi señora, sin la cual todos mis efectos serían de atrevimiento tachados, ruégovos que me no juzguéis por desmesurada si lo no otorgo, pues no sería menor la culpa, que por razón del atrevimiento que dixe se me podría dar, que las gracias que si lo otorgara se me devrían.

Y dicho aquello, rogándoles que se levantassen, pasó hasta llegar adonde estava la emperatriz, su agüela, de la cual fue recebida con aquella alegría que de su vista y presencia se le recrecían. Y aunque ya se hiziesse tarde, y Asoradel con sus compañeros en todo el día no huviessen comido, tan embevecidos estaban en aquel deleite, que de mirar aquella graciosa princesa gozavan, que les parecía que no menos pudieran passar muchos años. Lo que muy presto se les interrumpió, porque la emperatriz, después de haver con ellos platicado de algunas cosas y las más de las casas de los príncipes que havían venido a su noticia y de sus mugeres e hijos, y qué donzellas conocían hermosas y qué cavalleros estremados, les dixo que ella se acordava que passaran tan grande trabajo aquel día que con mucha razón se les devía el descanso. Para recibir el cual ya estava proveído, así para aquella noche como por todo el tiempo que les pluguiesse estar ende, lo que convenía, certificándolos que de su compañía no dexaría de folgarse, así por lo que merecían como por otras causas y respectos que ellos no sabían, así como de su venida. La cual mucho tiempo havía que por ella no se ignorava.

Los cuales, como no pudiessen entender el fin de su razón y conociessen que de se lo preguntar no se les recrecería menor atrevimiento que sería el plazer que de saberlo se les seguiría, le besaron las manos por las recibidas y ofrecidas mercedes, juntamente con las de la princesa Licoranda, su nieta. Y despedidos de entrambas para se partir en la mañana, descansaron aquella noche en un rico aposento que para aquel efecto les dieron.

Y el siguiente día bolvieron a su barco, adonde se embarcaron con sus cavallos y palafrenes, contando al señor d'él y a los marineros lo que les había ende acaecido. Y como venida la noche conociessen que les hazía el viento a su propósito, partieron con gran plazer por lo que les siguiera. Y en cabo de cincuenta días llegaron al puerto de Antona en la Gran Bretaña, adonde desembarcaron, y después fueron a Londres.

Y como ende hallassen al príncipe Florianteo con la infanta, su muger, los cuales por la ausencia de los reyes Menadoro y Luceminia, que muchos días había que estaban en Bohemia, tenían el cargo de aquel reino, les contaron todo lo que les había seguido después que de sus casas partieran, con que se mucho folgaron. Y pareciéndoles que antes de bolver a París devían visitar assí a los emperadores Nestarcio y Arinda, como a los príncipes Valerián y Flerisena, con su nieto don Flerián, acordaron de se despedir, como lo fizieron, del príncipe Florianteo y de la infanta, su muger.

E sin les acaecer cosa que por escrito ponerse deva, llegaron en Colonia, adonde de todos fueron tan bien recibidos como, por les satisfacer la voluntad con que ende fueran, se les devía. Y acaeció que al tiempo que Asoradel contava lo que les aviniera en la Ínsula Occidental de la Fortuna, hallándose a ello presente don Flerián, el cual aún era de poca edad, quiso de todo aquello ser tan largamente informado, que cuantos eran ende se maravillaron mucho, porque hasta entonces de ninguna cosa le habían visto entremeter más de folgarse con otros donzeles y platicar de las cosas que aquella tierna edad requería. Y puesto que passado aquello, muy pocos quedassen con cuidado de pensar por qué causa aquel donzel, siendo tan niño, había querido saberlo, a lo menos los emperadores no quedaron sin él, pareciéndoles que no sin gran causa e misterio lo había preguntado y querido por extenso saber.

Y después que aquellos cavalleros se huvieron ende folgado algunos días, bolvieron a París, adonde fueron de sus mugeres con grande alegría recibidos, y otrosí de los reyes y príncipes, sus señores, los cuales no menos se folgaron y maravillaron quando les oyeron contar lo que les aviniera que los príncipes de Colonia, y señaladamente del cuidado que de lo saber tuviera don Flerián. De las hazañas y penas del cual, y de lo que Arismenio, por le ayudar y dar en ellas remedio, hizo, y de las cosas que en la Ínsula de la Fortuna se siguieron, muy por extenso se tratará en la tercera parte d'esta grande historia.

¶Fin de la segunda parte de la crónica del muy alto príncipe y esforçado
cavallero Valerián de Ungría.

¶A loor y gloria de Dios todopoderoso y de la sacratíssima Virgen
María, madre suya, fue impresso el presente libro en la
metropolitana ciudad de Valencia. Por Francisco
Díaz Romano. Acabóse a dos de agosto.
Año de M. D. XL.

Tabla

Tabla de los capítulos del presente libro y grande historia del valiente y esforçado cavallero Valerián de Ungría.

¶Principio de la primera parte

¶Capítulo primero. De cómo la donzella Danela contó al príncipe Nestarcio quién era su señora y el peligro en que estava y la aventura que la havía traído en la floresta.

¶Capítulo segundo. De cómo el príncipe Nestarcio con Danela vinieron al monte en que el emperador estava y de cómo el día siguiente bolvieron en su compañía a Colonia, y de lo que ende passó.

¶Capítulo iij. De cómo el príncipe Nestarcio suplicó al emperador, su padre, que lo hiziesse cavallero y de cómo se lo otorgó y se hizo con muy grandes fiestas y alegrías.

¶Capítulo iiij. De cómo el príncipe Nestarcio partió de Colonia y después de hallada Danela siguió su camino hazia Constantinopla, y de lo que con su huésped embió a dezir al emperador Octavio.

¶Capítulo v. De cómo el príncipe Nestarcio con su compañía llegó al castillo de Equivalio y de lo que ende supo y después passó.

¶Capítulo vj. De lo que al príncipe Nestarcio se le representó una noche en sueños y del consejo que dio a Equivalio, y de lo que más passó.

¶Capítulo vij. De las razones y justas que entre el príncipe Nestarcio y Aspalió del Vado passaron y de lo que después de conocidos Equivalio y Asserina se hizo e ordenó.

¶Capítulo viij. De cómo el rey Pasmerindo de Ungría con su compañía partió de Belgrado y de cómo llegado en Trepisonda fue recebido en servicio del emperador de aquel imperio.

¶Capítulo ix. De la información que el emperador dio al rey Pasmerindo del estado de la guerra y de su partida, y de lo que sobre ello el rey Pasmerindo le respondió y aconsejó.

¶Capítulo x. De las razones que passaron entre la princesa Albericia y su donzel Darinto sobre la venida del rey Pasmerindo, y de lo que después passó entre el rey Pasmerindo y el mesmo donzel Darinto.

¶Capítulo xj. De cómo el emperador rogó al rey Pasmerindo que su hazienda le fixesse en presencia de la emperatriz y de la princesa, su hija, y de lo que el rey respondió.

¶Capítulo xij. De cómo el rey Pasmerindo descubrió a Lauren, su donzel, cómo amava a la princesa Albericia, y de lo que después passó entre el mesmo Lauren y Darinto.

¶Capítulo xiiij. De cómo el donzel Darinto dixo a la princesa la causa de la venida del rey Pasmerindo en aquel imperio, y la rogó que por su cavallero lo recibiesse y lo que por razón de aquello sucedió.

¶Capítulo xiiij. De las razones que entre la princesa Albericia y Darinto passaron y de cómo llevó un prendedero de oro de la princesa Albericia al rey Pasmerindo, y de lo que sobre ello dixo y hizo.

¶Capítulo xv. De cómo el donzel Darinto contó a la princesa Albericia lo que el rey Pasmerindo dixo y fizo después de visto y recebido el prendedero que de su parte le llevó.

¶Capítulo xvj. De lo que el emperador dixo a sus cavalleros cerca las cosas de la guerra y de lo que para hazer reseña se ordenó.

¶Capítulo xvij. De cómo se hizo la reseña general y del orden que para hazerla se tuvo y de lo que aquella noche el rey Pasmerindo con el donzel Darinto concertaron.

¶Capítulo xvij. De cómo el rey Pasmerindo se desposó con la princesa Albericia por medio de Darinto en presencia de su hermana Colencia.

¶Capítulo xix. De cómo el emperador con su ejército partieron de Trepisonda y de la forma que en el camino se tuvo.

¶Capítulo xx. De cómo la haz del rey Pasmerindo y Menadoro firió sobre los moros que eran passados a la parte de Rumea, y del vencimiento que alcançaron y estrago e matança que en ellos hizieron.

¶Capítulo xxj. De lo que el rey Abelarín dixo a sus cavalleros y del desafío que al emperador embió e de la respuesta que se le dio, y de lo que después se hizo e ordenó.

¶Capítulo xxij. De las razones y batalla que passaron entre los reyes Pasmerindo e Abelarín y de cómo fue Abelarín vencido, y de lo que después sucedió.

¶Capítulo xxij. De la batalla que el rey Pasmerindo hubo con los diez cavalleros de Abelarín, y del assiento que después se dio en las cosas de la guerra por consejo del rey Pasmerindo.

¶Capítulo xxiiij. De cómo assentadas las cosas que convenían entre el emperador y Abelarín, se partió Abelarín para sus tierras y el emperador para Trepisonda, y de lo que hizo Abelarín antes de salir del imperio.

¶Capítulo xxv. De cómo el rey Pasmerindo después de passadas algunas razones con la princesa Albericia, su señora, alcançó la seguridad que desseava para el fin de sus desseos.

¶Capítulo xxvj. De cómo llegados los altos hombres y cavalleros de Ungría en Trepisonda, el rey Pasmerindo descubrió al emperador su hazienda, y de lo que después sucedió.

¶Capítulo xxvij. De cómo el rey Pasmerindo fue a ver a sus cavalleros y de las razones que entre la emperatriz e la princesa Albericia, su fija, passaron sobre su casamiento.

¶Capítulo xxviiij. De las razones que passaron entre el emperador y la emperatriz y de cómo otorgaron a la princesa al rey Pasmerindo por muger.

¶Capítulo xxix. De cómo el rey Pasmerindo y la princesa Albericia fueron desposados y de lo que antes y después se dixo y hizo.

¶Capítulo xxx. De las fiestas que se hizieron en Trepisonda por razón de los desposorios del rey Pasmerindo y de la princesa Albericia, y de cómo después de velados partieron para Ungría, a donde la princesa, passados algunos días, parió un hermoso hijo.

¶Capítulo xxxj. De cómo el príncipe Nestarcio con su campaña llegaron en Costantinopla y de lo que ende se hizo.

¶Capítulo xxxij. De cómo se aplazó la batalla entre Fulvián y Nestarcio y de cómo la princesa Arinda otorgó la defensión de su derecho al príncipe Nestarcio.

¶Capítulo xxxiiij. De la batalla que passó entre el príncipe Nestarcio y Fulvián de Apolonia y de cómo fue en ella vencido y muerto Fulvián, y de lo que la princesa dixo.

¶Capítulo xxxiiij. De las razones que passaron entre el príncipe Nestarcio y la donzella Danela y después con la princesa Arinda, su señora.

¶Capítulo xxxv. De cómo el príncipe Nestarcio por medio de Danela vino a la cámara de la princesa Arinda, y de cómo embió Elisén a Colonia.

¶Capítulo xxxvj. De cómo el emperador quiso saber quién era Nestarcio y de cómo alcançó el remedio que para sus penas tanto desseava, con que la princesa Arinda, su señora, quedó de una muy hermosa hija preñada.

¶Capítulo xxxvij. De cómo Finariel, príncipe de Francia, oídas las nuevas de la hermosura de la infanta Polidia,

partió de París para verla y servir, y de lo que por el camino le sucedió.

¶Capítulo xxxviii. De cómo el príncipe Finariel fue recibido por el emperador Octavio y dende a pocos días alcanzó nombre de cavallero de la hermosa infanta Polidia.

¶Capítulo xxxix. De cómo Elisén llegó en Colonia y de cómo el emperador embió sus embaxadores a la ciudad de Costantinopla.

¶Capítulo xl. De lo que a Menadoro avino después de partido de Trepisonda hasta que le vino al encuentro el sabio Arismenio.

¶Capítulo xli. De cómo el sabio Arismenio se dio a conocer a Menadoro y del consejo que le dio, y cómo después por exortación de una donzella determinó de ir a la Gran Bretaña.

¶Capítulo xlii. De lo que Menadoro fizo contra dos cavalleros que le querían tomar a Esteria y de las justas que hizo ante el rey Laristeo, y cómo después de recibido en su servicio la princesa Luceminia lo recibió por su cavallero.

¶Capítulo xliii. De cómo Finariel con los embaxadores del emperador Octavio llegaron en Costantinopla, y de cómo el príncipe Finariel fue por Danela conocido, y de lo que más ende passó.

¶Capítulo xliv. De cómo los embaxadores dieron las cartas que traían al emperador y le declararon la causa de su venida, y de cómo les otorgó a la princesa, su fija, para muger del príncipe Nestarcio, con la cual partieron para Colonia.

¶Capítulo xlv. De cómo caminando el príncipe Nestarcio con la princesa Arinda y Finariel, un cavallero que les salió al encuentro en un monte justó con ellos y se les dio a conocer.

¶Capítulo xlvi. De cómo el sabio Arismenio salió al camino al rey Pasmerindo con los otros príncipes y de las justas y batallas que passaron antes de se dar a conocer.

¶Capítulo xlvii. De las cosas que el sabio Arismenio hizo después de

llegados a la fuente por dar plazer a la princesa Arinda y a los que ivan en su compañía.

¶Capítulo xlviii. De cómo el sabio Arismenio se dio a conocer al rey Pasmerindo y a los otros príncipes, a los cuales declaró los dones que les pidiera, y de cómo se partió d'ellos y después llegaron a Clocea a donde ya los atendía la reina Albericia.

¶Capítulo xlix. De cómo una donzella vino a quexarse de un cavallero al rey Laristeo, y de cómo fue con ella Menadoro para le dar derecho d'él y de lo que por el camino le contó, y de más passó.

¶Capítulo l. De las razones y batalla que passaron entre Menadoro y Damacinel, en la cual fue Damacinel vencido, y de lo que después passó.

¶Capítulo li. De cómo Menadoro falló a una donzella a la puerta de una cueva, y de cómo estando con ella hablando vino el gigante Anacarte, con el cual se combatió y en fin lo mató.

¶Capítulo lii. De cómo la donzella de la cueva contó a Menadoro su hazienda y la causa porque allí la tenía el gigante Anacarte.

¶Capítulo liii. De cómo fue llevado el cuerpo de Anacarte para enterrarlo a la villa, de donde Menadoro dexada la donzella se partió para bolver a Londres, adonde no halló al rey Laristeo.

¶Capítulo liiii. De cómo después de haver alcanzado Menadoro el fin que a sus desseos desseava, la princesa Luceminia parió un hijo, al cual pusieron nombre de Florianteo.

¶Capítulo liv. De cómo los príncipes Nestarcio y Arinda con Finariel llegaron en Colonia y de cómo el emperador Octavio otorgó a su hija, la infanta Polidia, por muger a Finariel.

¶Capítulo lv. De cómo por razón de las fiestas que se habían de hazer en Colonia por las bodas de los príncipes Nestarcio y Arinda, fueron despachados mensajeros a diversos reinos, y de cómo

fueron desposados Finariel con la infanta Polidia.

¶Capítulo lvij. De cómo muchos cavalleros vinieron a Colonia para ver las fiestas que se havían de hazer ende, y de la forma que el día de las bodas salieron las novias para ir a la iglesia.

¶Capítulo lviiij. De las justas que se hizieron en Colonia y de la forma que los cavalleros y ellas salieron, y de lo que después sucedió.

¶Capítulo lviiiij. De los torneos y otras fiestas que se hizieron en Colonia, y de cómo después Finariel con la infanta Polidia, su muger, partieron para Francia y de lo que antes y después se hizo.

¶Capítulo lx. De cómo Aliarte de Irlanda y Gonadiel con muchos otros cavalleros se partieron de Colonia, y de lo que a Gonadiel y Aliarte de Irlanda avino en un monte passada la ciudad de Aquisgrano.

¶Capítulo lxj. De cómo andando Aliarte y Gonadiel con las donzellas escarnecidas vinieron contra ellos cuatro cavalleros, con los cuales huvieron batalla, y de cómo llegaron al castillo de Antioco.

¶Capítulo lxij. De cómo sabida por Antioco la causa de la venida de sus sobrinas a su castillo, dio tal diligencia que con ella se reparó la honra d'ellas y casaron después honradamente.

¶Capítulo lxiiij. De lo que avino a Aspalió del Vado y a Lauren con un enano y de la batalla que huvieron con dos cavalleros que le havían muerto a su señor, y de lo que después sucedió.

¶Capítulo lxiiiij. De cómo el enano contó a Aspalió y a Lauren la forma de la muerte de su señor y de lo que después les avino con dos cavalleros que traían a una donzella forçada.

¶Capítulo lxv. De cómo por Aspalió y Lauren fueron librados Marçeo y Logistil de las prisiones de un antiguo ladrón y de cómo después llegaron en Francia adonde estava el rey Pasmerindo.

¶Capítulo lxvj. De cómo después de entrado en Francia el príncipe Finariel con la infanta, su muger, a ruego de un donzel que le vino a pedir socorro, fueron con él Gostilán, duque de Normadía, y Aduarte, señor de Nimes, y de lo que en ello hizieron.

¶Capítulo lxvij. De cómo el príncipe Finariel con la infanta, su muger, llegaron en París y de lo que después de algunos días que ende llegaron sucedió.

¶Capítulo lxviiij. De cómo por muerte del rey de Bohemia fue jurado Menadoro por rey de aquel reino, al cual el rey Laristeo otorgó la princesa Luceminia, su fija, por su muger.

¶Capítulo lxix. De cómo yendo el príncipe Nestarcio para dar derecho a una donzella que se le vino a quejar, halló a un cavallero que le ayudó contra dos cavalleros que le tenían a la donzella por fuerça su castillo, y de lo que en ello hizieron.

¶Capítulo lxx. De cómo partidos el príncipe Nestarcio y Banortes del castillo de Ardania, hallaron a dos cavalleros que quería hazer batalla y se la estorvaron, y después conocieron que eran Brimarel y Elisén.

¶Capítulo lxxj. De cómo el rey Pasmerindo embió al príncipe Valerián, su hijo, al emperador Octavio, y de lo que en el camino le acaeció.

Tabla de la segunda parte.

¶Parte segunda. Capítulo primero. De las primeras razones que passaron entre los príncipes Valerián de Ungría y Flerisena, con las cuales tomaron sus amores principio y fundamento.

¶Capítulo ij. De cómo un donzel vino a pedir el orden de cavallería al príncipe Nestarcio, al cual fizo cavallero, y después de partido le fizo saber cómo era Florianteo, príncipe de Bohemia y de la Gran Bretaña, su sobrino.

¶Capítulo iij. De cómo estando el rey Pasmerindo caçando, vido cómo un cavallero quería por fuerça quitar a una donzella un lío, y de lo que en ello fizo, y cómo después supo quién era la donzella y a donde llevaba el lío.

¶Capítulo iiij. De cómo Valerián pidió el orden de cavallería al príncipe Nestarcio y cómo después que se lo huvo otorgado llegó ende Empiralidea, fija de Arismenio, con el lío de las armas que para Valerián traía, y de lo ende se dixo y después sucedió.

¶Capítulo v. De cómo Valerián fue armado cavallero y de lo que antes de salir de la iglesia passó con su señora, la princesa Flerisena, y después con su enano Dromisto.

¶Capítulo vj. De las razones que passaron entre la princesa Flerisena y Dromisto y de cómo Valerián partió de la ciudad de Colonia con sólo Canisor, hijo de Aspalió del Vado.

¶Capítulo vij. En que se cuenta la causa por la cual el príncipe Florianteo salió de Londres y vino a Colonia y de la batalla que después huvo con un cavallero, y lo que más sucedió.

¶Capítulo viij. De cómo Valerián encontró con un donzel que iba a la casa del emperador Octavio, y de cómo sabida la causa porque iba, bolvió con él y passó en Denamarca.

¶Capítulo viiij. De cómo llegando Valerián al castillo del tío del donzel, halló a Brocaleón de la Cueva que había puesto fuego a las puertas, y de la batalla que con él huvo y después passó.

¶Capítulo x. De lo que a Valerián aconteció alvergando una noche debaxo de un olmo y de lo que después dixo y ensoñó.

¶Capítulo xj. De cómo Valerián entró en un castillo a donde el señor y su hijo, después de haver bien acogido a los cavalleros que ende venían, los encarcelavan y atormentavan, y de lo que ende se hizo y passó.

¶Capítulo xij. De cómo Valerián, dexados Reledín y Lareana, encontró

con un cavallero al cual prometió ayudar contra dos gigantes que le habían llevado sus dos hijas.

¶Capítulo xij. De la batalla que huvieron Valerián de Ungría y Alorián de Cirea con los gigantes y de cómo después de muertos y dexados Alorián con sus fijas en su castillo, Valerián partió para seguir su camino.

¶Capítulo xiiij. De cómo Valerián libró al príncipe Florianteo de los hombres del gigante Camelo y mató a Xentropoleo, su padre, librando a Gonadiel e a Aliarte de Irlanda de sus prisiones.

¶Capítulo xv. De cómo los cavalleros que a Boralda llevavan llegaron en Colonia y de cómo fue puesta en una fuerte torre con guardas.

¶Carta de Valerián de Ungría a la esclarecida princesa Flerisena, su señora.

¶Capítulo xvj. De cómo oída por el príncipe Nestarcio la desculpa de Boralda, la mandó sacar de la torre dándole por cárcel sus palacios y toda la ciudad de Colonia.

¶Capítulo xvij. De cómo navegando Florianteo con su compañía, la tormenta los echó en un puerto de la Ínsula Cefalia, y de lo que ende les sucedió.

¶Capítulo xviiij. De cómo Florianteo con sus cavalleros fueron librados de la prisión de Balisar, al cual y a dos escuderos suyos levó presos a su barco, dexando a Neophal en compañía de la donzella Cornicia.

¶Capítulo xix. De cómo llegado Florianteo con su compañía en Londres, Balisar fue descabeçado y sus escuderos enforçados, y Neophal casado con Cornicia, la cual sucedió en el señorío de la Ínsula Cefalia.

¶Capítulo xx. De cómo por el príncipe Nestarcio fue otorgada cumplida libertad a Boralda, a la cual después fue otorgado el cargo y guarda de la princesa Flerisena.

¶Capítulo xxj. De cómo bolviendo Valerián a Tresentia encontró con un

escudero que huía de tres cavalleros que havían muerto a su padre y lo querían matar, de los cuales lo libró.

¶Capítulo xxij. De cómo Valerián llegó en Tresendia, adonde fue del rey recebido con mucho amor, y después le hizo merced del castillo de Thesamor para sus donzel Nicerián, y de cómo Verrolín recibió el orden de cavallería.

¶Capítulo xxiiij. De cómo Boralda se llevó a Flerisena y de la forma que para ello tuvo y de lo que con la princesa Arinda passó, y de lo que, después que lo supo el príncipe Nestarcio, se dixo y fizo.

¶Capítulo xxiiij. De cómo sabidas por los emperadores Octavio y Pulchrea las nuevas de la pérdida de Flerisena, dixeron muchas cosas al príncipe Nestarcio y dieron fin a sus días.

¶Capítulo xxv. De cómo la princesa Arinda escribió a Valerián la pérdida de Flerisena y muerte de los emperadores, con su enano Dromisto, y de lo que Valerián dixo y hizo.

¶Carta de la princesa Arinda al esforçado cavallero Valerián de Ungría.

¶Capítulo xxvj. De la forma que Boralda tuvo para llevarse a Flerisena con Erminia y del castillo que hizo para tenerlas presas, y de lo después de hallarse en él sucedió.

¶Capítulo xxvij. De cómo el príncipe Poliantel recibió el orden de cavallería y cómo después de partido de París libró a una donzella de dos cavalleros que la querían escarnir.

¶Capítulo xxviiij. De cómo el rey Pasmerindo partió para ir en la demanda de Flerisena, y de lo que antes de su partida dexó ordenado.

¶Capítulo xxix. De cómo andando el rey Pasmerindo en la demanda de Flerisena, llegó a la ciudad de Prantasia del reino de Thesalia, y de lo que ende passó con la reina de aquel reino.

¶Capítulo xxx. De la batalla que se hizo entre el rey Pasmerindo y Dandalio y de cómo Dandalio fue en ella vencido y

muerto, quedando el rey con una llaga en la pierna.

¶Capítulo xxxj. De cómo sabidas en la Gran Bretaña las nuevas de la pérdida de Flerisena y muertes de los emperadores, Florianteo partió para ir en su demanda y de lo que en la mar le avino.

¶Capítulo xxxij. De cómo Florianteo encontró con dos donzellas que acompañavan a un cavallero muerto y de lo que por les hazer alcanzar derecho fizo.

¶Capítulo xxxiiij. De cómo la reina Albericia con su hija partió para Colonia y de lo que a sus cavalleros avino con un cavallero estraño, y de cómo llegó en Colonia y lo que ende passó.

¶Capítulo xxxiiij. De cómo navegando por el mar Valerián, la tormenta lo echó en la Ínsula Venturosa, de la cual era señor el sabio Arismenio.

¶Capítulo xxxv. De cómo durmiendo Valerián con su compañía, el sabio Arismenio con su hija le mudaron las armas y cavallo y se fueron a su castillo.

¶Carta del sabio Arismenio al esforçado príncipe Valerián de Ungría.

¶Capítulo xxxvj. De cómo Valerián llegó al puerto de Ephilea del imperio griego y de cómo, después de partido dende, fizo cobrar a un cavallero una donzella que le havían tomado tres cavalleros por fuerça.

¶Capítulo xxxvij. De lo que Areana contó a Valerián y de cómo dexándolos Valerián se partió para Costantinopla.

¶Capítulo xxxviiij. De cómo Valerián con su compañía llegó en Costantinopla y de lo que, después de haver tomado nombre del Cavallero Triste, con su huésped y los emperadores passó.

¶Capítulo xxxix. De cómo la donzella que traía la arquilla contó al emperador la causa de su venida, y de cómo después de provada por todos los altos hombres y cavalleros que ende eran la aventura del libro que en ella venía, fue por el Cavallero Triste abierto,

quedando con nombre del más leal cavallero de los de su tiempo.

¶Consejo del rey Zenofor de Lidia a su hija Diliarda.

¶Capítulo xl. De cómo el Cavallero Triste con su fusta llegó a un puerto de la tierra de Turquía, y desembarcando ende con su cavallo, libró a una donzella de cuatro cavalleros que la llevaban presa y a su padre y hermano de la muerte.

¶Capítulo xli. De cómo el Cavallero Triste encontró con una fusta en que iba un príncipe moro, con el cual fue a Tracemia, a donde estava el Gran Turco con sus hijos, y de lo que por el camino passaron.

¶Capítulo xlii. De cómo el Cavallero Triste en compañía del príncipe de Antiochía fue a ver al Gran Turco y a sus hijos, y de lo que con todos passó.

¶Capítulo xliii. De cómo Diliarda con sus cormanos, andando por el reino de Thesalia, encontraron con un cavallero con el cual tuvieron gran plática, y después supieron que era el rey Pasmerindo de Ungría.

¶Capítulo xliiii. De cómo Sedanel y Soranter libraron a dos donzellas de tres cavalleros que las llevaban forçadas y querían llevarse a Diliarda, princesa de Lidia.

¶Capítulo xliv. De cómo Diliarda con su compañía llegó en Babilonia y de allí en Lidia y de lo que después de llegada ende se ordenó.

¶Capítulo xlv. De cómo por consejo de Panphelicio fue Afasarén muerto y Diliarda restituida en el señorío del reino de Lidia.

¶Capítulo xlvi. De las razones que passaron entre la infanta Abumena y Dromisto, en fin de las cuales la infanta le descubrió cómo amava sobre todas las cosas al Cavallero Triste, su señor.

¶Capítulo xlvii. De cómo Dromisto contó al Cavallero Triste todo lo que con Abumena había passado, y de cómo se ordenó una caça de monte, a la cual

fueron la infanta con Xarefín e Zoradán, juntamente con el Cavallero Triste.

¶Capítulo xlviii. De cómo estando en sus armadas el Cavallero Triste con los príncipes Xarefín y el de Antiochía y la infanta Abumena, les salieron al encuentro un león y una leona muy fieros, a los cuales el Cavallero Triste mató.

¶Capítulo l. De las razones que passaron entre el Cavallero Triste y Zoradán, y de cómo Vanomades, príncipe de Damasco, vino delante el Gran Turco con una sobervia demanda, por razón de la cual se desafiaron él y el Cavallero Triste.

¶Capítulo li. De la batalla que passó entre el Cavallero Triste y Vanomades, en la cual fue Vanomades vencido quedando muy amigo de su contrario.

¶Capítulo lii. De cómo el Cavallero Triste declaró a la infanta Abumena el don que le pidiera, por razón de la cual se casó con Zoradán, y de cómo Vanomades partió para Damasco.

¶Capítulo liii. De cómo el Cavallero Triste se despidió del Gran Turco y de sus hijos, y de cómo Asanor con Lucenio y Neophal y otros muchos christianos fueron por su medio libres de cautiverio, y la infanta, después de algunos días que se partió, parió un hermoso hijo.

¶Capítulo liiii. De cómo el Cavallero Triste con su compañía partió de Tracemia y de las aventuras que navegando se contaron.

¶Capítulo liv. De cómo el Cavallero Triste con su fusta llegó a la ínsula en que Boralda tenía presa a su señora, y de la batalla que hubo con tres cavalleros, y de cómo después de haver hallado a su señora puso a Boralda en prisiones, y de lo que más sucedió.

¶Capítulo lv. De cómo el sabio Arismenio con su hija vinieron al castillo de Boralda y de las razones que passaron entre Valerían y Flerisena, y de lo que sobre ellas acordaron.

¶Capítulo lvij. De cómo Valerián y Arismenio fizieron venir al rey Pasmerindo con Florianteo y Poliantel al palacio de Flerisena, y de lo que antes y en recibirse y después pasó.

¶Capítulo lviiij. De las razones que passaron entre el rey Pasmerindo con los otros príncipes y Flerisena, y después entre Arismenio y Boralda, y lo que de más sucedió.

¶Capítulo lviiiij. De cómo la reina Polidia con la infanta Belinda y sus compañías fueron a Colonia, y de cómo fueron recibidas.

¶Capítulo lx. De cómo andando el rey Finariel en demanda de Flerisena libró a Brandimario, duque de Guiaina, y a Cathenor, duque de Lorena, de seis cavalleros.

¶Capítulo lxj. De cómo Fricea contó al rey Finariel y a los otros cavalleros su necesidad y hazienda, y de lo que sobre ello acordaron.

¶Capítulo lxij. De la batalla que pasó entre el rey Finariel y los dos duques contra Donadirén y su hermano con otros dos cavalleros, y de cómo Fricea fue entregada en el señorío de su castillo.

¶Capítulo lxiiij. De cómo Belorín y Fricea fueron por medio del rey Finariel desposados y velados, y de cómo se partió el rey con los dos duques para seguir su camino.

¶Capítulo lxiiiij. De cómo andando el rey Finariel con su compañía por el reino de Ungría, encontró con dos cavalleros estraños, y de cómo sabiendo d'ellos que en toda Ungría no se sabían ningunas nuevas de la princesa Flerisena, acordó de tomar otro camino.

¶Capítulo lxv. En que se cuenta quién eran los cavalleros que de España partieron y de lo que hasta encontrar con el rey Finariel les había sucedido.

¶Capítulo lxvj. De cómo alvergando una noche Radorián en casa de un cavallero anciano en el reino de Thesalia, supo la necesidad muy

grande en que estava una hija suya, y de lo que para librarla d'ella acordaron.

¶Capítulo lxvij. De cómo Graciela fue por Radorián librada con muerte de Crapanel, y de cómo después de algún tiempo alcançó Radorián por muger a la reina de Thesalia.

¶Capítulo lxviiij. De cómo el sabio Arismenio se dexó hallar por el príncipe Gastaphileo y de las razones que entre los dos passaron.

¶Capítulo lxix. De cómo andando Gastaphileo por Alemania libró a una donzella de dos cavalleros que la querían matar, del uno de los cuales supo la causa.

¶Capítulo lxx. De cómo el sabio Arismenio interpretó a Valerián el sueño que en Denamarca ensoñara y de las otras pláticas que entre ellos y la princesa Flerisena passaron.

¶Capítulo lxxj. De cómo el rey Finariel con su compañía vino con tormenta a aportar en la isla del castillo de Boralda y de lo que por razón de su venida se dixo y hizo.

¶Capítulo lxxij. De cómo la princesa Flerisena con todos los reyes y príncipes que estavan en el castillo de Boralda se partieron llevándola presa, y de cómo llegaron a vista de la ciudad de Tracemia.

¶Carta de Valerián de Ungría al esforçado príncipe Zoradán de Antiochía y a la hermosa princesa Abumena, su muger y señora.

¶Capítulo lxxiiij. De cómo Flerisena con los que en su compañía ivan llegaron al puerto de la fuente, adonde Arismenio le contó la muerte de los emperadores Octavio y Pulchrea, sus agüelos.

¶Capítulo lxxiiiij. De cómo Flerisena con los que ivan en su compañía aportaron en la Ínsula Venturosa y de lo que antes que perdiessen de vista las tierras del imperio griego se fizo y proveyó.

¶Carta de Valerián de Ungría a los altos emperadores del griego imperio, Constancio y Demerencia, sus señores.

¶Capítulo lxxv. De cómo Valerián de Ungría con la princesa Flerisena llegaron al puerto de sus aquexados y comunes desseos, alcançando la gloria tan cumplida como con los humanos sentidos se puede sentir y gozar.

¶Capítulo lxxvj. De cómo la princesa Flerisena con los que en su compañía ivan partieron de la Ínsula Venturosa y llegaron en el imperio de Alemania, y después de algunos días en Colonia y de lo que en su llegada y recebimiento se fizo.

¶Capítulo lxxvij. De las razones que passaron entre el emperador Nestarcio y Arismenio, el cual después contó muchas de las cosas que habían sucedido en la ausencia de Flerisena.

¶Capítulo lxxviii. De cómo el emperador Nestarcio declaró los casamientos que se habían de hazer, assí entre Valerián y Flerisena como de los otros príncipes con las infantas, y de otros cavalleros y donzellas, y lo que después se dixo y fizo.

¶Capítulo lxxix. De cómo el emperador con todos los reyes y príncipes que en Colonia se hallavan escrivieron las nuevas de aquellos desposorios y bodas a todas las partes que cada uno quería, y de las razones que passaron entre Valerián y Dromisto.

¶Capítulo lxxx. De cómo Neophal llegó en Londres con las cartas del príncipe Florianteo y de lo que por razón de aquellas alegres nuevas ende se hizo y determinó.

¶Capítulo lxxxj. De cómo se fizieron los desposorios que estaban concertados entre los príncipes y cavalleros y la princesa Flerisena y las infantas con las otras donzellas en la casa del emperador Octavio.

¶Capítulo lxxxij. De cómo el rey Menadoro con la reina, su muger, y hija e Gastaphileo llegó en Colonia y de lo que en recibirlos se dixo y passó.

¶Capítulo lxxxii. De cómo el príncipe Gastaphileo con la infanta Castiria fueron desposados y de lo que, assí

antes como después de sus desposorios, se dixo y hizo.

¶Capítulo lxxxiii. De cómo Valerián de Ungría con Flerisena, y los otros príncipes y cavalleros con las infantas y las otras donzellas, fueron velados, y de la estraña aventura en que dieron cima assí Valerián como la princesa Flerisena, su señora.

¶Capítulo lxxxv. De cómo por razón de las nuevas que de la muerte del rey Laristeo supieron en Colonia se dexaron de hazer las fiestas que estavan ordenadas, y de lo que assí antes como después de sabidas le dixo y passó.

¶Capítulo lxxxvj. De cómo los reyes Menadoro y Finariel con las reinas, sus mugeres, e hijos partieron de Colonia y de lo que después de llegados a sus casas sucedió.

¶Capítulo lxxxvij. De cómo el rey Pasmerindo con la reina, su muger, partieron para Ungría y de las razones que passaron entre el emperador y el sabio Arismenio.

¶Capítulo lxxxviii. De cómo por medio de Flerisena fue otorgada la vida a Boralda y de cómo después de pocos días murió en un monesterio de monjas, y Flerisena parió un hermoso hijo a quien pusieron nombre Flerián de Alemania.

¶Capítulo lxxxix. De cómo los altos hombres del imperio de Trepisonda embiaron dos cavalleros al rey de Ungría, haziéndole saber la muerte de los emperadores, sus señores, y de cómo el rey Pasmerindo con la reina, su muger, fueron a Trepisonda.

¶Capítulo xc. De cómo se partieron de casa del emperador Nestarcio, Arismenio para su castillo y Nicerián para buscar las aventuras, y de cómo Nicerián encontró con un cavallero muy aquexado en la Floresta Desdichada y de lo que su desdicha le contó.

¶Capítulo xcj. De la batalla que passó entre Pentarcio con Nicerián y Norantén con su hermano y cormano, y de cómo

Pentarcio cobró a su muger y Nicerián bolvió a Colonia.

¶Capítulo xcij. De cómo el rey Menadoro con la reina Luceminia, su muger, partieron de la Gran Bretaña para Bohemia, y llegados ende tuebieron cortes a sus vasallos y de lo que en ellas y después se hizo.

¶Capítulo xciiij. De cómo Canisor y Corismo librarón a una biuda, madre de una donzella, y a sus compañas de cuatro cavalleros que las querían matar.

¶Capítulo xciiij. De cómo andando Brisortes por un valle en el reino de Navarra halló a dos cavalleros que se querían matar por razón del contentamiento que tenían con sus mugeres y de las razones que cada uno dixo por su parte, siendo el uno casado con hermosa y el otro con fea y de lo que sobre'ello se determinó.

¶Capítulo xcv. De cómo Brisortes libró a un cavallero con su hija y otros hombres que dos cavalleros, usando oficio de salteadores, tenían presos en una cueva, a los que venció y mató.

¶Capítulo xcvi. De cómo Asoradel con Cleminio y Ocernio con grande tormenta aportaron en la Ínsula Deleitosa, por otros llamado de Fortuna, y de lo que en ella les acaeció.

¶Capítulo xcviij. En el qual se declara quién era la emperatriz y señora de aquella ínsula y la niña que el viejo dixera, y de lo que después de la haver visto Asoradel con sus compañeros passaron y les avino hasta bolver a sus casas.

¶Fin de la tabla del presente libro.